

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

**Departamento de Prehistoria**



**DE NÓMADAS A CASTREÑOS : EL PRIMER MILENIO  
ANTES DE LA ERA EN EL SECTOR CENTRO-OCCIDENTAL  
DE LA CORDILLERA CANTÁBRICA**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR  
PRESENTADA POR**

**Carlos Marín Suárez**

Bajo la dirección del doctor  
Gonzalo Ruiz Zapatero

**Madrid, 2011**

**ISBN: 978-84-695-1005-6**

**©Carlos Marín Suárez, 2011**

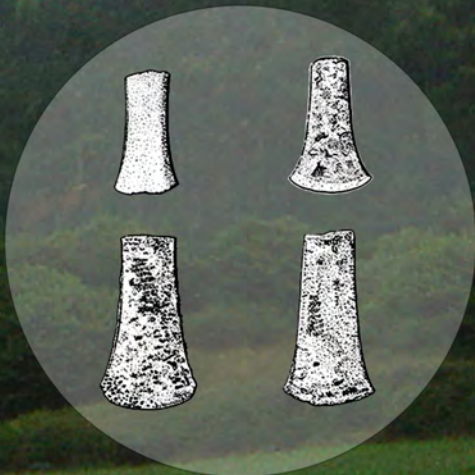
**Universidad Complutense de Madrid  
Facultad de Geografía e Historia  
Departamento de Prehistoria**



**DE NÓMADAS A CASTREÑOS.  
EL PRIMER MILENIO ANTES DE LA ERA EN EL  
SECTOR CENTRO-OCCIDENTAL DE LA CORDILLERA CANTÁBRICA**

**TESIS DOCTORAL  
CARLOS MARÍN SUÁREZ**

**Dirigida por: Dr. GONZALO RUIZ ZAPATERO**



**Madrid, marzo de 2011**



**DE NÓMADAS A CASTREÑOS.  
EL PRIMER MILENIO ANTES DE LA ERA EN EL SECTOR  
CENTRO-OCCIDENTAL DE LA CORDILLERA CANTÁBRICA**

**Tesis doctoral presentada por:**

**Carlos Marín Suárez**

**Bajo la dirección de:**

**Gonzalo Ruiz Zapatero**



**Universidad Complutense de Madrid**

**Facultad de Geografía e Historia**

**Departamento de Prehistoria**

**Madrid, marzo de 2011**





**DE NÓMADAS A CASTREÑOS.  
EL PRIMER MILENIO ANTES DE LA ERA EN EL SECTOR CENTRO-OCCIDENTAL DE  
LA CORDILLERA CANTÁBRICA**

<b>CAPÍTULO 1. Los marcos de análisis</b>	<b>1</b>
<b>1.1 El espacio geográfico</b>	<b>1</b>
Montaña cantábrica	5
Zona costera	7
Llanura sedimentaria	9
<b>1.2 El tiempo</b>	<b>10</b>
<b>1.3 Paleoambiente y climatología: la transición del Subboreal al Subatlántico</b>	<b>12</b>
<b>1.4 Perspectiva científica del pasado prerromano</b>	<b>13</b>
De anticuarios a burgueses cultivados: siglo XIX – Guerra Civil (Asturias, Cantabria, León)	15
El determinante peso del paradigma filológico: 1939 – 1978 (Asturias, Cantabria, León)	21
Arqueología científica y neopositivismo: 1978 - actualidad (Asturias, Cantabria, León)	29
<b>1.5 Perspectiva social del pasado prerromano</b>	<b>40</b>
<b>1.5.1 La visión capitalista, burguesa y urbana: los orígenes míticos de la nación</b>	<b>40</b>
Celtas y nacionalismo: el caso asturiano	40
La música celta	45
Los celtas populares	48
Cantabria: la rápida aceptación del mito	52
<b>1.5.2 Restos arqueológicos y mentalidad tradicional</b>	<b>54</b>
Castros y túmulos: marcadores simbólicos del paisaje campesino	54
Ciencia Vs folklore: la tradición como fuente de alteridad	58
<b>1.6 Nuestra Perspectiva</b>	<b>63</b>
 <b>CAPÍTULO 2. El nomadismo cantábrico y meseteño durante la Edad del Bronce (comienzos del II mil. cal AC - fines del siglo IX cal AC)</b>	 <b>73</b>
<b>2.1 Los antecedentes: el mundo cantábrico desde el Bronce Antiguo</b>	<b>73</b>
Lugares de habitación cantábricos	74
El paisaje de los muertos	75
La información de las cerámicas	78
Rasgos culturales de la zona meseteña	83
Metales y metalurgia cantábrica	89
Manifestaciones artísticas cantábricas	101
Formas de vida móviles	106
Zonas culturales cantábricas	109

Elementos comunes del centro-occidente cantábrico .....	111
<b>2.2 El límite cultural cantábrico / meseteño en el Bronce Final .....</b>	<b>113</b>
<b>2.2.1 Evidencias culturales cantábricas y meseteñas:</b>	
<b>dos mundos inmersos en la tradición .....</b>	<b>113</b>
Medio ambiente, cambio climático y acción antrópica: la intensificación de una relación	
entre los grupos norteños .....	113
Las formas de habitar cantábricas .....	119
Las heterogéneas evidencias funerarias cantábricas .....	125
Los últimos grupos nómadas meseteños .....	136
Poblados, hoyos y cerámicas en la Meseta Norte o los diferentes tipos de capital social .....	142
Cogotas I: base económica y movilidad espacial en la Meseta Norte .....	151
Los diferentes tipos de nomadismo: decisiones políticas y negociación social de los	
grupos cantábricos y meseteños .....	158
El final de la movilidad residencial y la ruptura de las actividades de mantenimiento en la Meseta:	
la transición Cogotas I – Soto .....	163
<b>2.2.2. ¿Bronce Final Atlántico o Bronce Final Cantábrico?</b>	
<b>La metalurgia del Bronce Final .....</b>	<b>168</b>
Sobre el Bronce Final Atlántico:	
del historicismo-cultural a la metalurgia como tecnología social .....	168
Depósitos metálicos cantábricos: ¿una ritualidad comunitaria? .....	173
La Meseta atlántica .....	186
Sobre depósitos, contactos a larga distancia, banquetes y rituales funerarios:	
el surgimiento de las elites meseteñas .....	197
Metalurgia cantábrica Vs. metalurgia meseteña:	
hacia una conceptualización de las fronteras culturales .....	207
<b>2.3 Historia del Bronce Final en el sector centro-occidental cantábrico .....</b>	<b>215</b>

### **CAPÍTULO 3. Los primeros castros: hacia la ruptura de la identidad comunal (siglo VIII–fines del siglo V cal AC) .....**

<b>3.1 Los primeros encastillamientos cantábricos .....</b>	<b>217</b>
La Primera Edad del Hierro a la luz del Carbono 14 .....	217
¿Por qué “la Edad del Hierro”? .....	224
Moros, bronce y peñas: los castros de la Primera Edad del Hierro: .....	226
1 - La mitad occidental de Asturias .....	230
2 - El Alto Bierzo y La Montaña Leonesa .....	238
3 - La mitad oriental de Asturias .....	240
4 - La mitad occidental de Cantabria .....	245
<b>3.2 La primera geografía castreña .....</b>	<b>249</b>



Los modos de poblamiento .....	249
La articulación del espacio: vías de comunicación, brañas y túmulos .....	257
<b>3.3 La explotación del medio y el modo de producción castreño .....</b>	<b>267</b>
Los datos cantábricos .....	270
El modo de producción castreño .....	280
<b>3.4 La materialidad de un nuevo <i>ethos</i>.....</b>	<b>285</b>
Estructuras defensivas .....	285
Estructuras habitacionales y urbanismo .....	299
Los primeros aldeanos. Los castros como “estructuras estructurantes” de una nueva geografía social .....	308
<b>3.5 Comparativa: el norte de la Meseta durante la Primera Edad del Hierro .....</b>	<b>319</b>
<b>3.6 Tecnologías antiguas, nuevos contextos:</b>	
<b>las cerámicas y los metales cantábricos .....</b>	<b>330</b>
Cerámica, el peso de la tradición .....	330
Las tecnologías del cuerpo .....	334
<b>3.7 Tensión social y ritualización: el bronce en el paisaje .....</b>	<b>338</b>
Depósitos en los poblados .....	341
Depósitos fuera de los poblados .....	345
<b>3.8 La transición de los ss. VI-IV cal AC .....</b>	<b>350</b>
<b>3.9 Historia de la Primera Edad del Hierro .....</b>	<b>353</b>
 <b>CAPÍTULO 4. Del <i>ethos</i> igualitario al <i>ethos</i> guerrero (siglo IV cal AC – fines siglo I a.C.) .....</b>	<b>355</b>
<b>4.1 C14 y cultura material: las fases II y III .....</b>	<b>355</b>
<b>4.2 Los paisajes castreños .....</b>	<b>358</b>
<b>4.2.1 Los diferentes modelos de poblamiento cantábricos .....</b>	<b>358</b>
El occidente cantábrico I: el centro-occidente asturiano y el este de Lugo .....	360
El occidente cantábrico II: la Montaña Leonesa .....	373
El sector central cantábrico: oriente asturiano y occidente de Cantabria .....	380
Síntesis del poblamiento castreño del centro-occidente cantábrico .....	385
<b>4.2.2 Hacia la intensificación del modo de producción castreño .....</b>	<b>386</b>
<b>4.3 Las tecnologías cantábricas .....</b>	<b>402</b>
<b>4.3.1 Nuevas tensiones castreñas: murallas y urbanismo .....</b>	<b>403</b>
Urbanismo y demografía .....	403
La monumentalización artificial .....	411
Murallas. Metáforas de la complejidad social .....	415
<b>4.3.2 La arquitectura doméstica. De cabañas a unidades de ocupación .....</b>	<b>427</b>
La variedad del registro cantábrico .....	427
Familia y comunidad .....	441

Los espacios domésticos y las actividades de mantenimiento:	
las relaciones de género castreñas .....	450
<b>4.3.3 Cerámica: cambio tecnológico y grupos arqueológicos .....</b>	<b>459</b>
Valle del Navia .....	465
Extremo occidental costa cantábrica (Arancedo-Punta do Castro) .....	469
Sudoccidente cantábrico (San L.luis-Chano-Tremáu de Carballo-L.larón) .....	471
Sector central asturiano (Campa Torres - Llagú) .....	473
Costa centro-oriental asturiana (Caravia-Moriyón) .....	477
Sector central cantábrico (Las Rabas) .....	478
<b>4.3.4 Una “verdadera” Edad del Hierro: la metalurgia del hierro cantábrica .....</b>	<b>481</b>
Los datos: objetos, hornos y escorias .....	481
Las minas de hierro castreñas .....	485
Los significados sociales del trabajo metalúrgico .....	489
<b>4.3.5 El desarrollo de las tecnologías del cuerpo .....</b>	<b>497</b>
El cuerpo colectivo .....	497
El cuerpo individualizado .....	509
La belleza del guerrero .....	520
<b>4.4 Un mundo sin <i>oppida</i> .....</b>	<b>526</b>
Los contactos con los <i>oppida</i> .....	543
Los contactos con el Mediterráneo .....	547
<b>4.5 Las políticas de la identidad en la Cornisa Cantábrica .....</b>	<b>523</b>
<b>4.5.1 De la arqueología etnicista a la arqueología de la etnicidad .....</b>	<b>523</b>
<b>4.5.2 Entre sociedades heroicas y <i>deep rurals</i>: la caracterización sociológica</b>	
de los castreños cantábricos .....	558
<b>4.5.3 El castro como fundamento de la identidad colectiva</b>	
en la Edad del Hierro cantábrica .....	567
<b>4.6 Religión, ritualidad y mundo funerario .....</b>	<b>571</b>
<b>4.6.1 El panteón cantábrico en el paisaje .....</b>	<b>573</b>
<b>4.6.2 Saunas rituales .....</b>	<b>579</b>
<b>4.6.3 Evidencias funerarias .....</b>	<b>584</b>
<b>4.7 Historia de la Segunda Edad del Hierro .....</b>	<b>587</b>
 <b>CAPÍTULO 5. Entre la romanización y el final de los castros (fines siglo I a.C. – siglo II d.C.).....</b>	 <b>589</b>
<b>5.1 Historia y Arqueología de la conquista .....</b>	<b>589</b>
<b>5.1.1 Los <i>castra aestiva</i> y el frente cantábrico .....</b>	<b>589</b>
<b>5.2 La reorganización territorial .....</b>	<b>601</b>
<b>5.2.1 <i>Conventus Asturum</i> y <i>Conventus Cluniense</i>: ¿límites étnicos o administrativos? .....</b>	<b>601</b>



5.2.2 Del castro a la <i>civitas</i> :	
transición y cambio de las identidades colectivas indígenas .....	608
5.2.3 La explotación estatal de los recursos cantábricos .....	622
5.3 Implicaciones de la romanización .....	633
5.3.1 La pervivencia de los castros bajo Roma .....	636
5.3.2 La nueva arquitectura castreña o la materialización de la violencia simbólica .....	640
5.3.3 Cerámicas, vidrios y epígrafes: la materialidad de un cambio social .....	657
5.3.4 El final de los castros .....	673
5.3.5 De castros a casas del mito .....	688
5.4 Historia de la fase romana de los castros .....	691
<b>Bibliografía</b> .....	<b>693</b>





*Para mis padres  
y mis hermanos*



# CAPÍTULO 1.

## LOS MARCOS DE ANÁLISIS

### 1.1 EL ESPACIO GEOGRÁFICO<sup>1</sup>.

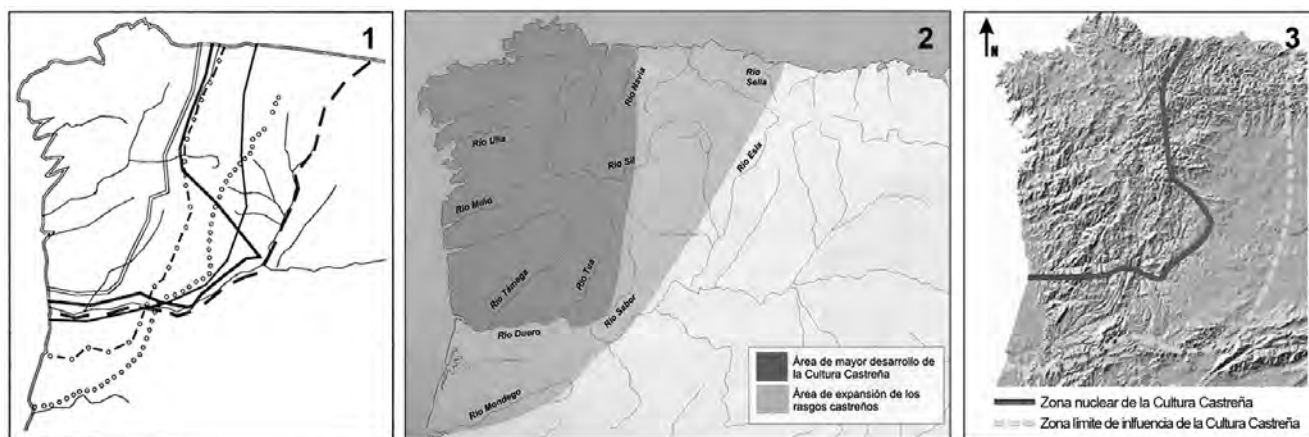
Los estudios sobre la Edad del Hierro -y en general sobre la Prehistoria reciente- se basan en “regiones” más o menos explicitadas, y que se definen de una gran variedad de formas, conllevando cada una de ellas sus propias limitaciones. En muchas ocasiones se presentan esas regiones como unidades administrativas o políticas actuales, lo que ayuda al arqueólogo a la hora de decidir que zonas se incluyen o no en el estudio. En otras ocasiones son las más aparentemente objetivas unidades geográficas las que se utilizan, aunque se suele prestar poca relación a cómo se comprendían dichas unidades geográficas en el pasado. Son frecuentes las regiones presentadas sobre “culturas arqueológicas”, siguiendo esquemas teóricos planteados hace más de un siglo, y las regiones como territorios, siguiendo las supuestas unidades territoriales de pueblos conocidos por las fuentes clásicas (Champion 1994: 145). Creemos que, de las alternativas que nos propone Timothy Champion, la más apropiada es la de usar regiones geográficas, puesto que nos oponemos frontalmente al concepto de “cultura arqueológica”, por las consecuencias políticamente reaccionarias del mismo, así como al tan poco arqueológico paradigma

filológico, que define su objeto de estudio (los pueblos de la Antigüedad) por las fuentes clásicas y utiliza la información arqueológica como relleno material de un guión predefinido. En la mayoría de los estudios de la Edad del Hierro en la Península Ibérica el paradigma filológico y el histórico-cultural van de la mano. Además, en los últimos años en lugar de avanzar en estudios críticos y lo más objetivos posibles, en los que espacios geográficos nos guíen a la hora de analizar los grupos arqueológicos que se dieron en el Norte y Noroeste (en este sentido uno de los mejores ejemplos a destacar es González Ruibal 2003a), los diferentes trabajos tienden a justificar unas áreas de estudio que sospechosamente o se parecen mucho a actuales Comunidades Autónomas (CCAA) o directamente se escogen éstas como referentes de estudio, por cuestiones que se refieren a permisos de excavación, a consulta de materiales en los museos, subvenciones... (Maya 1987/88: 13) o simplemente identitarias, por lo que no es raro que se haya dicho que éstas sean el nuevo “condicionante efectivo” de la investigación arqueológica (González Morales 1994: 8).

En el Noroeste, incluso los trabajos críticos naturalizan un espacio en el que se vincula explícitamente los castros y lo castreño con el Noroeste, sin reconocerse la existencia de otros territorios castreños, como por ejemplo los de toda la franja cantábrica hasta los Pirineos (por ej. Parcero y otros 2007: 132). Se naturaliza así un territorio castreño que sospechosamente se parece mucho a la actual Galicia y sus áreas históricas y culturales de influencia en donde se hablan dialectos del gallego (Occidente de Asturias, Bierzo, Zamora, Norte de Portugal), cuando no directamente se habla de la “cultura castreña galaica”, “cultura castrexa” o “cultura castreña”, como sinónimos de aquella (Calo 1993 o Fernández-Posee 2002: 81-82, por ejemplo), ya que por mucho que algunos reconozcan los “polimorfismos regionales” en el fondo se reifica el Noroeste, como si todos los castros se concentrasen en esta zona y el resto fueran formas impuras cuyos rasgos característicos se van diluyendo según nos alejamos del núcleo difusor. Podemos rastrear este hecho en los mapas de los innumerables artículos y

---

<sup>1</sup> En la presente tesis se respetará la toponimia tradicional de las poblaciones y yacimientos arqueológicos que sean citados. Para el caso de lenguas cooficiales en el Estado español se respetarán los topónimos utilizados por cada autor. En el caso de los topónimos en lengua asturiana, debido a que el proceso de normalización toponímica en Asturias está aún sin finalizar (ver al respecto [www.politicallinguistica.org](http://www.politicallinguistica.org)), se intentarán respetar los topónimos tradicionales en la medida de lo posible, exceptuando el propio nombre de la Comunidad Autónoma que se presentará bajo la forma castellana “Asturias” y el de las dos principales ciudades de la región, que serán nombradas bajo la forma mixta “Uviéu/Oviedo” y “Xixón/Gijón”. En el caso de los topónimos del dominio lingüístico asturiano por León intentarán presentarse en la doble modalidad, por ejemplo “Llaciana/Laciana”. En este mismo sentido se respetarán las normas ortográficas de los topónimos de las variantes occidental y oriental de la lengua asturiana, como es el caso del sonido “ch” que será escrito “l.l” para el primer caso (por ejemplo San L.luis en lugar de San Chuis) o del sonido h aspirada para el segundo caso, que será escrito “h.” (por ejemplo H.uentinegru en lugar de Juentinegru o de la aberrante castellanización Fuentenegro).



**Figura 1.1:** en los estudios sobre la “cultura castreña” se suele presentar un núcleo dinámico, asociado con el Noroeste, y una periferia en donde se van diluyendo los rasgos característicos de aquella: 1. Fernández-Posee 1998; 2. García Vuelta 2005; 3. Grande Rodríguez 2008.

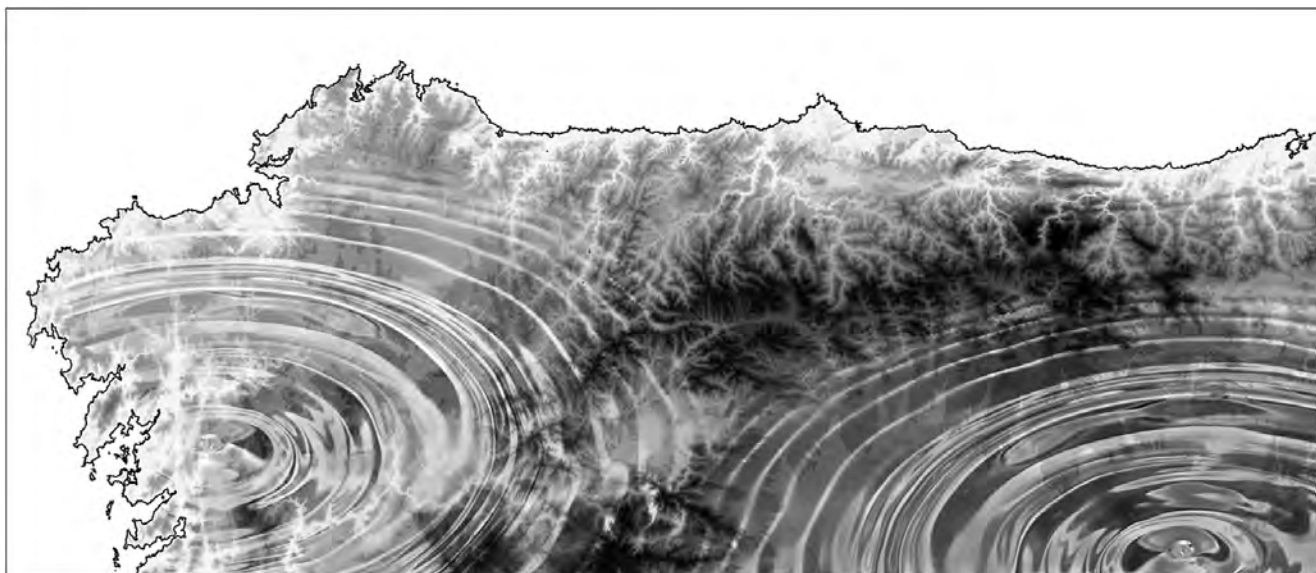
libros que tratan el periodo prerromano en el Noroeste, que tienden a incluir en el análisis el occidente cantábrico, bien hasta el río Navia, bien hasta el Sella, y siempre en un sentido de periferia e incluyendo en muchos de ellos castros leoneses o asturianos en el concepto geográfico y aparentemente neutro de Noroeste (fig. 1.1). De hecho, incluso entre autores claramente historicistas, se denunció hace tiempo el hecho de que la “cultura castreña” sea asimilada con la “cultura castreña del Noroeste”, con una franja oriental muy mal definida en la que *grosso modo* los rasgos galaicos se van diluyendo y sustituyendo por los meseteños. Además, el límite oriental se estableció entre el Eo y el Navia por ser una de las zonas más investigadas del sector (Maya 1987/88: 296) y porque el segundo de estos ríos fue el límite administrativo romano entre el *Conventus Lucense* y el *Asturum*. Pese a estas someras críticas de José Luis Maya podemos entender a este autor como el principal responsable del vaciado de contenido cultural de los castros del occidente cantábrico, para lo cual siguió la línea marcada por su maestro José Manuel González (1976; 1978), ya que el territorio asturiano se dividiría en una mitad occidental bajo el influjo galaico, y una mitad oriental que, al igual que Cantabria, se encuentra bajo el influjo meseteño, y más concretamente bajo la esfera de la “cultura de Miraveche-Monte Bernorio” (por ejemplo Maya 1987/88; 1989; Cuesta y Maya 1995b). Vemos por tanto como el sector cantábrico se ha encontrado tradicionalmente en la investigación sobre la época castreña en un fuego cruzado entre la Meseta y el Noroeste, que son regiones arqueológicamente más “dinámicas” y variadas, lo que en términos sociológicos podría entenderse como zonas donde se dieron formas sociales más desiguales, y donde en líneas generales la investigación arqueológica de este periodo ha estado más desarrollada. De hecho ello ha provocado una especie de frustración investigadora entre aquellos que trabajan con castros de zonas “poco castreñas”, lo que ha obligado a todo tipo de razonamientos forzados,

como es llevar el límite de la “cultura castreña” hasta el río Canero en Asturias para que así el castro de San L. Luis pudiera quedar dentro del círculo cultural apropiado (Jordá Cerdá 1984: 7), o que al oeste del río Esla la influencia meseteña se entienda como prácticamente imperceptible (pese a, paradójicamente, reconocerse la importancia de lo soteño en el sector) y así poder justificar la asimilación de los astures históricos en conjunto con la “cultura castreña” (Esparza 1983b), que, repetimos, es la “cultura castreña” del Noroeste.

Es curioso que los que han criticado estos presupuestos no hayan esgrimido argumentos culturales, sino cronológicos. José Luis Maya no tendría razón porque los castros asturianos son eminentemente fundaciones *ex novo* de época romana o bajo la esfera de influencia romana, que es cuando realmente se homogenizarían los castros. No así los castros cántabros o de influencia cántabra (Caravia, Moriyón, Camoca), que tendrían niveles algo más antiguos, pero con un tipo de defensas que no harían posible su catalogación como tales. No obstante se sigue asumiendo que el carácter particular de los castros asturianos con respecto a los del Noroeste es que mezclan rasgos de esta última zona con otros meseteños (Carrocera 1990a: 126; 1995a: 53-56) (fig. 1.2).

No deja de llamarnos la atención esta especie de complejo en el que lo castreño cantábrico siempre se define por rasgos exteriores a este sector. Si un castro se puede definir como “un poblado situado en lugar de fácil defensa reforzada con murallas, muros externos cerrados y/o accidentes naturales, que defiende en su interior una pluralidad de viviendas de tipo familiar y que controla una unidad elemental de territorio, con una organización social escasamente compleja y jerarquizada” (Almagro Gorbea 1994: 15) precisamente la zona cantábrica es la única a nivel peninsular que tanto durante la Primera, pero sobre todo la Segunda Edad del Hierro (capítulo 4), se mantendrá “castreña”. No podemos decir lo mismo de





**Figura 1.2:** tradicionalmente el centro-occidente cántabro durante la Prehistoria reciente ha sido visto como una zona sin características propias, sin “personalidad”, que dependía de la mayor o menor influencia de las olas culturales de las áreas limítrofes (la Meseta Norte y el Noroeste).

algunas de las supuestas zonas nucleares, como es el sur de Galicia / norte de Portugal, ya que mientras que en el área cántabro el castro seguirá siendo el absoluto protagonista del paisaje hasta la conquista romana, y, además, manteniendo prácticamente invariables los modelos de poblamiento entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro, en la zona que luego los romanos llamarán *conventus Bracarense*, veremos antes de la conquista formas urbanas o protourbanas del tipo *oppida*. ¿Con estos datos en la mano qué pasaría si pusiéramos al centro-occidente cántabro, entonces, como núcleo de la “cultura castreña” y el territorio circundante, incluida la mayor parte de Galicia, como periferia? En un sentido historicista sería inapropiado situar a la periferia, que se caracteriza por coger prestados elementos más que por ofrecerlos, como núcleo de ninguna cultura arqueológica. Además, no creemos que pagar con la misma moneda, es decir, mantenerse en postulados histórico-culturales, suponga ningún avance científico.

Para la actual Asturias observamos a algunos que defienden una “cultura castreña asturiana”, de difusos y paradójicos límites, pues si bien se identifica con el Principado de Asturias, también suele ser normal que el occidente de la región se asimile como galaico y el oriente como cántabro, tal y como acabamos de ver para el caso de José Manuel González o José Luis Maya. Otros se mantienen en posturas más sencillas pues defienden una “cultura castreña asturiana” equiparada a los límites del actual Principado de Asturias mientras que minimizan las influencias de las culturas arqueológicas que la rodean (Fanjul y Menéndez 2004: 63). También encontramos a quienes prefieren equiparar esta “cultura arqueológica” no a límites actuales sino romanos, por lo que aluden a una “cultura castreña astur” (abarcando un buen territorio de León) o naturalizan

el territorio del *Conventus Asturum* romano como apto para el estudio de la Edad del Hierro, para lo cual lo insertan, en un doble salto mortal, como parte integrante de la “cultura castreña” del Noroeste (por ejemplo Sastre 2002; 2008). Se trata de modelos que equiparan acríticamente diferentes momentos históricos, llegando incluso a usarse límites administrativos actuales como marcos culturales para la Edad del Hierro, lo que no permite establecer un marco mínimamente operativo para el estudio de este periodo en la región centro-occidental cántabra. Por su parte en Cantabria se suele hablar de los “castros cántabros” extendiendo sus dominios de “pueblo” o “etnia” hacia el oriente de Asturias y norte de Palencia y Burgos, principalmente (por ejemplo Peralta 2003). En los últimos años hemos visto como aparecen libros que esta vez justifican históricamente Euskal Herria (País Vasco, Navarra e Iparralde) con la Edad del Hierro (Peñalver 2001; 2008). Es decir, cuatro grandes grupos culturales o culturas arqueológicas de los que se presupone una identidad y que se asemejan sospechosamente a cuatro CCAA actuales y a través de los cuales incluso se pueden rastrear modernos conflictos culturales, lingüísticos y fronterizos. En muchos casos los territorios propuestos se solapan entre sí sin que ello suponga ningún problema para los diferentes autores. ¿No es una perspectiva demasiado actualista y con demasiados obstáculos conceptuales como para poder mantener un mínimo de objetividad científica? ¿Resiste ello la contrastación arqueológica? Creemos que no. Es cierto que un castro del suroccidente asturiano se parece a algunos de los gallegos, pero de los Ancares lucenses, no de la costa de Pontevedra. Tampoco es cierto que los poblados de la zona llana leonesa sean equiparables con los del sector central asturiano, ni que un *oppidum* de Burgos se pueda identificar social y culturalmente con un



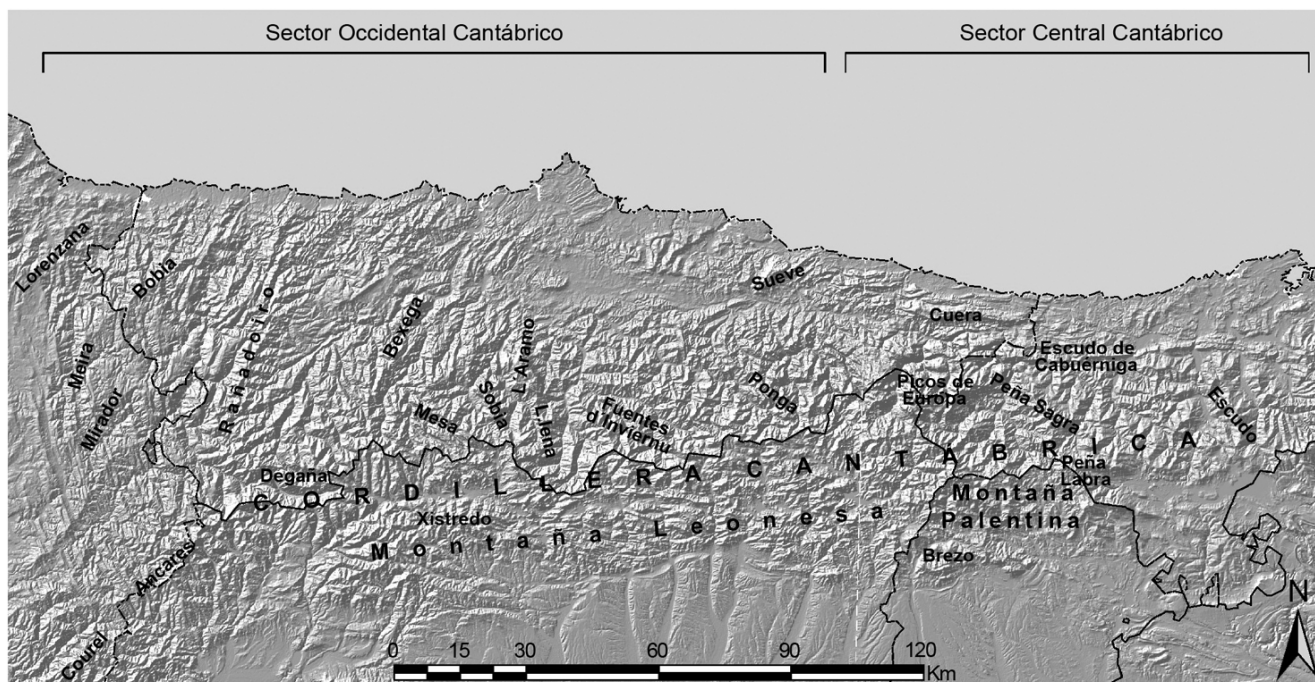
**Figura 1.3:** mapa de la zona de estudio (con los límites de las Comunidades Autónomas y principales poblaciones). Nótese como el relieve le proporciona unidad geográfica (a partir de <http://maps.google.es/maps>).

castro de 2 Ha de la Bahía de Santander. Si por el contrario muchos autores siguen empleando estas clasificaciones, sin entrar en su crítica o justificación, es porque en muchos casos hay motivos políticos y / o identitarios que lo justifican, de modo soterrado o no.

Es por ello por lo que para la realización de la presente tesis nos hemos propuesto rastrear a través del tiempo los grupos arqueológicos, que no culturas arqueológicas, de un sector de la Cornisa Cantábrica, usada ésta como referente geográfico. Desde luego esta es una concepción del espacio propia del investigador, basada en parámetros geográficos, mensurables, que no tiene por qué coincidir con la noción de este mismo espacio que tuvieron los diferentes grupos que allí vivieron en la Prehistoria reciente, y que trataremos de intentar desentrañar en cada capítulo. Por lo tanto desde un sentido externo y, como ya dijo José Luis Maya para su famoso estudio sobre la cultura material castreña, la única unidad real la proporciona la geografía de la Cordillera Cantábrica, ya que no es posible apreciar ningún tipo de unidad ni étnica, ni lingüística, ni cultural (1987/88: 13), y eso que este autor se centró en un territorio menor al que nosotros tenemos en cuenta, ya que se circunscribió a los límites del actual Principado de Asturias. De hecho nosotros nos centraremos en el sector centro-occidental cantábrico (fig. 1.3), que podemos hacer arrancar por el Este a la longitud a la que se encuentra la bahía de Santander, mientras que por el Oeste el límite lo define la propia Cordillera Cantábrica, cuyas últimas estribaciones se encuentran en el levante de la provincia de Lugo, en zonas como los Ancares u O Caurel. Por lo tanto quedarían dentro de nuestro estudio la mitad occidental de la actual Comunidad Autónoma de Cantabria, todo el Principado de Asturias y el este de la provincia gallega de Lugo. Por

el Sur la Cordillera Cantábrica abarca también el tercio norte de León o Montaña Leonesa, que también se incluye en el estudio, que lo podíamos hacer extensible al extremo norte de las provincias castellanas de Palencia y Burgos. Por el Norte nuestra zona de estudio limita con el mar Cantábrico, lo que también proporciona unos interesantes condicionantes, tanto culturales como a nivel de comunicaciones. Es decir, cortamos provincias y Comunidades Autónomas -sólo Asturias queda íntegramente dentro de la zona de estudio- y, especialmente, los territorios tradicionalmente aceptados para los Galaicos, Astures y Cántabros, ya que ninguna de estas formaciones históricas queda de forma completa al interior de nuestra zona de estudio. Sin embargo, al igual que nos ocurrirá con la dimensión temporal, hemos de realizar una pequeña ampliación del *zoom* y tener presentes las zonas limítrofes.

En concreto al oeste de nuestra zona de estudio hemos de tener muy presente el caso gallego ya que tiene una larga tradición de estudios sobre la Edad del Hierro, sobre los *castrexos*, siendo el territorio septentrional donde mejor se conoce la secuencia cultural y sobre la que más modelos teóricos y metodológicos se han aplicado. Además, el extremo occidental cantábrico (los valle asturianos del Navia y del Eo, y el este de Lugo) poseen claras relaciones culturales con la franja norte de Galicia, al menos desde la Edad del Bronce. Por ello el caso gallego será una constante guía para la realización de nuestro estudio, siendo uno de nuestros principales objetivos el poder establecer las diferencias culturales y sociales de las regiones que configuran el centro-occidente cantábrico y de éstas con respecto al Noroeste. Por otro lado hemos de aludir en todos los capítulos, a través de apartados específicos, al sur de nuestra zona de estudio, que se correspondería principalmente con



**Figura 1.4:** principales unidades de relieve del sector centro-occidental de la Cordillera Cantábrica.

el Bajo Bierzo y la zona llana de León, hasta más o menos la altura de su capital, y la mitad septentrional de las provincias de Palencia y, en parte, de la de Burgos. Es fundamental la comparación de los procesos que conseguimos documentar en el sector centro-occidental cantábrico con los que se desarrollaron en paralelo por la franja meridional a éste -extremos norte y noroeste de la Submeseta Norte-, debido, entre otras causas, a la falta de datos cantábricos y a la creencia que de este modo, mediante la contrastación, conseguiremos caracterizar con mayor precisión los procesos sociales del centro-occidente cantábrico.

## Montaña cantábrica.

La Cordillera Cantábrica es una morfoestructura de varios cientos de kilómetros de longitud, constituida en su mayor parte por un antiguo macizo herciniano levantado posteriormente durante la orogenia alpina, habiendo sido modelada sobre sedimentos mesozoicos. Sus formas de relieve son extremadamente pronunciadas (fig. 1.4). Esta cordillera corre con dirección Este-Oeste desde el País Vasco hasta la provincia de Lugo: es la unidad de relieve más destacada de la Cornisa Cantábrica, protagonista principal de su caracterización geográfica. La cadena montañosa forma el reborde septentrional de la Meseta central española, hacia donde cae con un desnivel moderado, mientras que hacia el Mar Cantábrico la diferencia de altitud es mucho más acusada. Cabe señalar que esta formación no es un alineamiento montañoso con una línea de cumbres bien definida y dos laderas que descienden progresivamente en diferentes cordales

perpendiculares, sino que estamos más bien ante un territorio montañoso de unos 17.300 Km<sup>2</sup>, en un área de hasta 80 kilómetros de anchura, en el que no se observa claramente una jerarquización de los relieves (Muñoz Jiménez 1982: 15).

Es entre Asturias, Cantabria y León donde se encuentran las máximas alturas de la Cordillera Cantábrica, en los Picos de Europa, con cumbres que superan los 2.500 metros, y que, a la vez, se encuentran a poco más de 20 kilómetros de la línea de costa, a la altura de Llanes. Los Picos de Europa constituyen una gran masa de roca caliza originada por sedimentos calcáreos depositados en el fondo de un mar poco profundo, y elevados a la superficie terrestre hace 300 millones de años. Estas primitivas cumbres sufrieron una continua erosión hasta hace unos 50 millones de años, cuando la orogenia alpina reelevó la cordillera hasta su relieve actual, aunque desde entonces no ha dejado de producirse una constante alteración y erosión de la roca caliza debido a la karstificación, dando lugar a picos, agujas, gargantas encajadas y desfiladeros (Cares, Hermida, Deva), simas, torcas, cuevas, lagos de alta montaña, erosión glaciaria patente, etc. (López Sáez, López García y López Merino 2006-2007: 4).

Esta proximidad al mar de las montañas más elevadas de la cordillera es buena muestra del accidentado relieve regional, donde además de la Cordillera Cantábrica encontramos numerosas sierras interiores que discurren con dirección Sur-Norte y con sierras prelitorales paralelas a la costa. De hecho sólo para la región asturiana, que comprende una buena parte de la región centro-occidental cantábrica, pueden diferenciarse hasta seis unidades que ocupan el estrecho espacio entre la costa y la divisoria de aguas:

el interior occidental, con pasillos y crestones silíceos alineados de forma meridiana; la parte meridional del sector central, con valles que aíslan lomas y cordales pizarrosos; su parte septentrional, formando un conjunto de sierras E-O que cierran por el Norte la cuenca de Grao-Uviéu/Oviedo-Cangues d'Onís; y el extremo oriental, fuertemente compartimentado en gargantas y macizos calcáreos E-O (Frochoso y Castañón 1990: 2). Todo ello da idea de que se trata de un paisaje caracterizado por la exacerbación de los plegamientos, las acusadas pendientes y lo accidentado del terreno.

En general en la Cornisa Cantábrica existen dos regiones diferenciadas según el sustrato geológico, al Este y al Oeste del Cabo Peñas (Asturias) (Arbizu, Aller y Méndez-Bedía 1995), que inciden en la conservación tafonómica diferencial de los asentamientos y vestigios arqueológicos. Hacia el Este y hasta el Golfo de Vizcaya tiene un contenido calcáreo (calizas) relativamente alto, mientras que en el Oeste del Cabo Peñas, conocido como la *Rodilla Astúrica*, los niveles carbonatados son casi inexistentes (Frochoso y Castañón 1990: 3-4; Aramburu y otros 2004). Esto tuvo una clara incidencia a nivel cultural, por ejemplo dificultando la construcción de fosos defensivos, la extracción de piedra o la construcción de grandes defensas en la zona caliza con respecto a la pizarrosa, o en la petrificación de las estructuras domésticas durante la Segunda Edad del Hierro, claramente preferente en la segunda de estas zonas, debido a la sencillez de la cantería y el trabajo de la pizarra con respecto a la caliza (ver capítulos 3 y 4). Pero también a nivel de investigación el diferente sustrato geológico del oriente asturiano y de la mitad occidental de Cantabria, junto a otros factores, ha hecho que los castros de este sector hayan pasado más fácilmente desapercibidos, ya que raramente poseen estructuras que resalten en el terreno, no como en la mitad occidental de Asturias, en donde en algunos casos se pueden ver murallas y cabañas castreñas aún en pie, realizadas en pizarra, sin que se haya practicado excavación alguna. Por otro lado, y en relación con esta diferencia litológica, en el actual territorio de Asturias aparecen niveles de altitudes y pendientes de valles muy diferentes en la zona occidental y la oriental, coincidiendo con la división del sustrato geológico mencionado. Es muy posible que durante las glaciaciones haya habido diferencias marcadas entre ambas zonas en la proximidad de los hielos glaciares mucho más cercanos a las desembocaduras de los ríos en la zona oriental que en la occidental. Pero lo que es indudable es que en Asturias se encuentran condiciones claramente desiguales entre estas dos regiones tan contrastadas, con unas características más nórdicas al Este del Cabo Peñas y que seguramente tuvieron que influir en el asentamiento y formas de subsistencia humana (Cid, González y Adán 2009: 88-89).

Desde un punto de vista fisiográfico, la Cordillera Cantábrica podría dividirse en dos unidades bien diferenciadas: el Macizo Asturiano y las Montañas de Santander. El Macizo Asturiano se extendería desde las primeras estribaciones occidentales de la Cordillera en territorios gallegos hasta la localidad asturiana de Llanes. Presenta materiales fundamentalmente paleozoicos plegados y accidentados por numerosas fosas tectónicas orientadas en sentido E-W. Las Montañas de Santander, por su parte, son de tipo alpino, y sus materiales dominantes son calizas y margas mesozoicas, con formas estructurales suavemente plegadas. En el seno de este conjunto pueden destacarse algunos macizos significativos como los Picos de Europa y la Montaña Palentina, ambos con relieve kárstico y origen jurásico. Por lo tanto desde un punto de vista geológico, orográfico y climático tanto la Montaña Palentina, como la Montaña Leonesa, con los nacimientos o cursos altos de los ríos Luna, Bermesga, Torío, Curueño, Porma, Esla y Cea, pertenecen al ámbito cantábrico. En la Montaña Leonesa, al igual que ocurre en el sector asturiano, se aprecia un sector occidental con predominio de las pizarras con materiales paleozoicos de formaciones hercínicas y un sector oriental en donde destacan los materiales de época Secundaria y Terciaria con calizas y conglomerados (López Sáez, López García y López Merino 2006-2007: 4).

Por su parte el Macizo Asturiano puede dividirse en dos zonas, una oriental en donde las unidades de relieve corren paralelas a la costa, y por otro lado el resto del territorio asturiano donde principalmente discurren de Norte a Sur. La orografía de la montaña central asturiana en su límite con León, es interesante, porque determina altamente el poblamiento, tanto el prehistórico como el actual. Tras los levantamientos de la Era Terciaria (orogénesis alpina) se erosionaron los materiales más blandos, acentuándose los relieves (sierras de la Sobia, La Mesa, La Serrantina o Peña Manteiga), con otras menores entre medias. En el Cuaternario se produjo el modelo glaciar, generándose valles con forma de U, tras los cuales los ríos han ido erosionando los materiales más blandos y formando sobre el fondo de la U valles con perfiles en V. Ello ha formado a partir de los cursos medios de los ríos unas terrazas en lo que era el antiguo fondo de valle glaciar, que es donde se sitúa principalmente el poblamiento rural actual, y como veremos, también el castreño. En las cabeceras de los ríos esos valles fluviales aún no se han formado y discurren los ríos por los fondos de los valles glaciares (fig. 1.5).

La Cordillera Cantábrica supone un farallón montañoso sin parangón en suelo ibérico, ya que la ausencia de portillos o pasos naturales dificulta sobremanera el contacto entre la Meseta Norte y las zonas costeras del Cantábrico. Gaspar Melchor de Jovellanos lo definió perfectamente al referirse a

Asturias: “(está) situada en el extremo septentrional del Reino, y confinada entre la más brava y menos frecuentada de sus costas y una cordillera de montañas inaccesibles...” (Jovellanos 1981: 97). Sin embargo, como veremos a lo largo de la tesis, sí hubo comunicación entre ambas vertientes a lo largo de toda la Prehistoria reciente, como demuestran los testimonios arqueológicos. En este contexto podemos ya adelantar la importancia que tuvieron a nivel social y estratégico los puertos y portillos no sólo de la divisoria de aguas, sino también de los diferentes sistemas montañosos del interior de Lugo, Asturias y Cantabria.

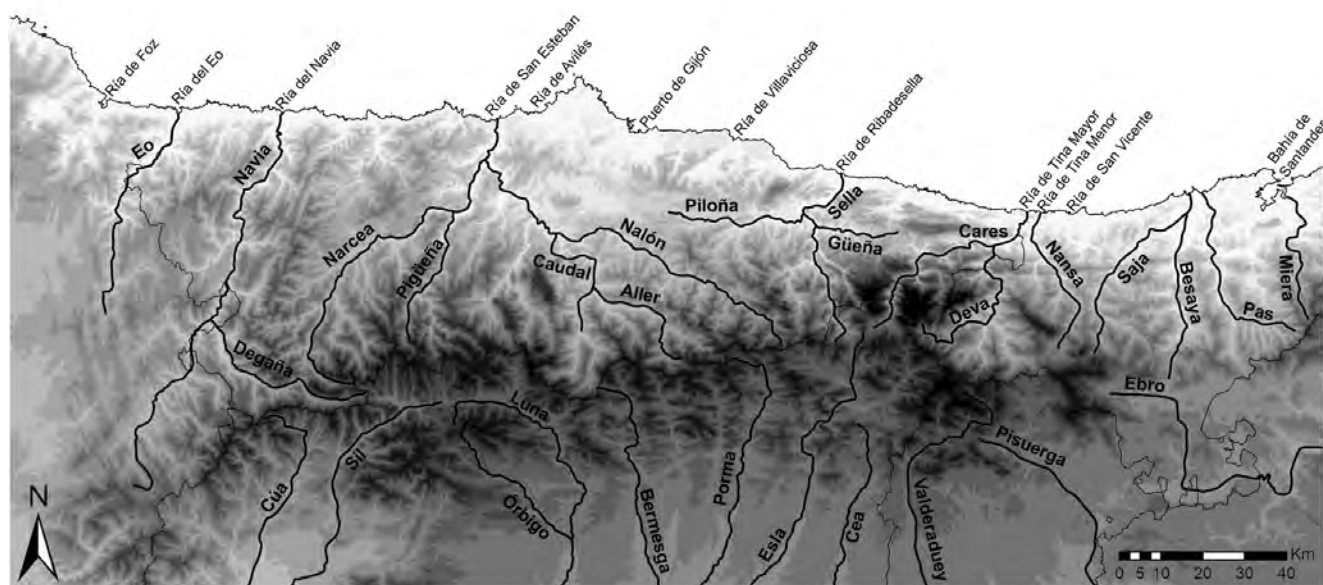
Dentro de tan complicada orografía las principales unidades geográficas que permiten una sencilla comunicación, aparte de la comunicación marítima, que veremos más adelante, son la rasa costera, que se extiende por todo el área de estudio y la desborda por oriente y occidente; la cuenca central asturiana con el sistema del río Nalón como vía de comunicación principal; y el surco prelitoral Uviéu/Oviedo - Panes (Fanjul y Menéndez 2004: 13-15) (que a veces se alude de modo más concreto como Uviéu/Oviedo - Nava) (fig. 1.6). Esta última unidad geográfica supone una de las principales depresiones del interior del centro-occidente cantábrico y además comunica de Este a Oeste los dos sectores cantábricos que aquí estudiamos. Entre Uviéu/Oviedo y Les Arriendes presenta un perfil más amplio y menos accidentado, aunque se estrecha en el tramo del río Piloña. Entre Les Arriendes y Panes se estrecha mucho y discurre entre la sierra del Cuera y los Picos de Europa, aunque con tramos más amables como es el del río Güeña. En líneas generales esta depresión está delimitada al norte y separada de la costa por sierras que levantan más de 1000 m, de calizas y cuarcitas armoricanas, como son la sierra del Sueve y la del Cuera. El principal punto de conexión entre este sector y la costa es a la altura del río Sella. Dicha depresión en su extremo occidental (concejos de Nora y Uviéu/Oviedo) es donde tiene los límites más suaves, con sierras de no más de 500 m que la separan de la costa a la altura de Xixón/Gijón. Por el occidente nuestra área de estudio queda definida por A Terra Chá lucense, que delimita a las últimas sierras cantábricas. Mientras que por el sur la Cordillera Cantábrica tiene en la Montaña Leonesa a sus últimas estribaciones, limitando con la llanura sedimentaria meseteña, en concreto con la penillanura de los páramos leoneses, en una falla que corre de este a oeste por el tercio norte de León. Dicha línea de falla no sólo delimitará culturalmente dos grandes áreas culturales durante la prehistoria reciente sino que, además, tuvo que ser una de las principales vías transversales de comunicación en este sector. Algo más al norte encontramos otra línea de falla de dimensiones más reducidas, denominada “León line” y también originada por el plegamiento alpino, que nace

en el concejo asturiano de Teverga, para luego desplazarse de oeste a este, cortando los cursos altos de los ríos leoneses, generando colladas de comunicación entre valles fluviales. La importancia de todas estas depresiones y zonas llanas como vías de comunicación se puede desprender de la cantidad de yacimientos castreños allí documentados (Gutiérrez González 1986-87: 330).

### **Zona costera.**

Habría que diferenciar, a nivel geográfico, la Cordillera Cantábrica de la costa cantábrica, que arranca del golfo de Vizcaya y podría hacerse llegar hasta el cabo de Finisterre, auténtico límite o parte aguas entre el Oceano Atlántico y el Mar Cantábrico (Fernández Ochoa y Morillo Cerdán 1994: 15-16) o en el también coruñés Cabo Ortegal, en el que cambian las corrientes de agua y los vientos (Fernández Ochoa y Martínez Maganto 1994: 115). Sin embargo en nuestro análisis nos guiará la Cordillera Cantábrica para la elección del área de estudio, y en concreto su tramo centro-occidental, por lo que por la costa tendremos especialmente en cuenta el tramo correspondiente, que podemos hacer llegar desde la bahía de Santander hasta la localidad lucense de Burela, pues es allí donde terminaría una de las principales unidades de relieve costeras de nuestra zona de estudio como es la rasa costera cantábrica (Vázquez Varela y Rodríguez 1997-98: nota 42).

La costa cantábrica, especialmente si la comparamos a la meridional de Galicia, destaca por su tendencia rectilínea, debido a la propia linealidad de las estructuras tectónicas mayores (gran falla norpirenaica), y por tener una plataforma continental estrecha (típica del sector asturiano) o rasa costera. Por tanto son las superficies llanas las que definen el paisaje costero del centro-occidente cantábrico. Estas superficies son producto de la labor abrasiva del mar, acaecida desde mediados del Terciario sobre el roquedo. Como resultado de la progresiva retirada del mar, se crearon de forma escalonada sucesivas rasas de altitud decreciente hacia el nivel marino actual. En general la rasa costera del extremo occidental cantábrico es más homogénea (superficies llanas de altitudes entre 50 y 100 m) que en el resto, por ejemplo en el oriente asturiano, con una rasa costera muy accidentada por formaciones kársticas. Los sectores de costa de inmersión en esta zona implican la existencia de rías vivas, como en la costa asturiana, lo que favorece el acceso hacia el interior así como la ubicación de puertos fluviales (Frochoso y Castañón 1990: 6; Frochoso y Castañón 1990b: 18, 28-29; Fernández Ochoa y Martínez Maganto 1994: 116). Los cabos son auténticos muros de contención de dichos vientos, y por ello encontramos muchas veces poblamiento asociado a ellos. Un ejemplo característico es el cabo Torres, en Gijón, en donde



**Figura 1.5:** principales corrientes fluviales, rías y puertos de la zona de estudio.

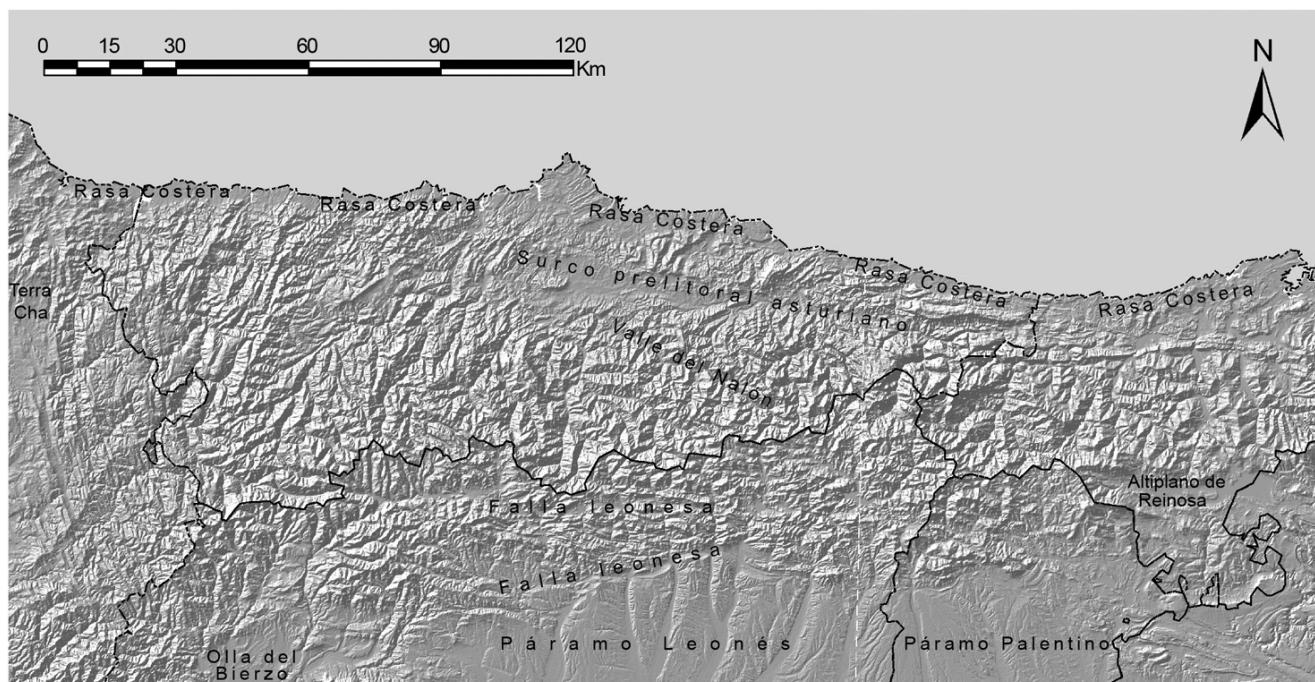
veremos el castro de la Campa Torres, uno de los más dinámicos y grandes de todo el sector y que pudo haber sido la *Noega* de los textos clásicos. Al este de dicho cabo existen magníficos puertos naturales, en lo que hoy es el puerto industrial de El Musel, como es el de puerto Chico, protegido de vientos y corrientes. No es extraño que en la documentación del s. XVI se reseñen para todo el cantábrico Castro Urdiales y Xixón/Gijón como los únicos puertos que merecen ser destacados, o que en el s. XVII Pedro de Teixeira cite Llanes, Avilés, Xixón/Gijón y Villaviciosa como los puertos principales de la costa asturiana, entre otras noticias de la Edad Media y Moderna que indican el uso habitual del puerto de Xixón/Gijón como parada necesaria. Además el cabo Torres posee una forma característica desde el mar, lo que le ha proporcionado el nombre de *La Muerona*, siendo un referente visual tradicional para la orientación en la mar (Maya y Cuesta 2001: 254 y nota 64; Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005: 141 y nota 25). En la misma línea los Picos de Europa, como su nombre indica, también han sido un referente tradicional para los barcos que transitaban la costa oriental asturiana, constituyendo un excelente referente visual desde bastantes kilómetros mar adentro (Argüelles y otros 1981).

En este sentido es ya clásica la obra de Juan Naveiro (1991) sobre el comercio atlántico en el Noroeste peninsular, en la que se enumeran los principales inconvenientes, para este sector. Entre ellos, aparte de las embarcaciones, que casi con toda seguridad serían sencillas, estarían las frecuentes tempestades desde el Norte y Noroeste combinadas con puertos orientados en estas direcciones, lo que genera graves inconvenientes en las estaciones no favorables climatológicamente. Además, las costas

suelen ser altas y de escasa accesibilidad, suele haber movilidad de las barras arenosas de ríos y rías, lo que propicia los embarrancamientos, y las corrientes marinas son muy variables en la costa y con direcciones predominantes de Este a Oeste, lo que favorece la navegación desde el Golfo de Vizcaya a Galicia, pero no al revés, y sólo entre primavera y otoño. No obstante, pese a que A Costa da Morte fuera un obstáculo real para el comercio de origen mediterráneo, hay suficientes ejemplos en la costa occidental cantábrica que permiten corroborar dichos contactos prehistóricos, que han aparecido, como es lógico, principalmente en poblados situados en rías o protegidos por buenos cabos. Habría que suponer, por lo tanto, que debió de existir una navegación de cabotaje y unas rutas costeras que conectarían la costa también desde el Oeste hacia el Este, aprovechando las diferentes corrientes y vientos.

Exceptuando algunas bocanas de rías (ver fig. 1.5) y la protección de algún cabo en general la Costa Cantábrica no ayuda en exceso al comercio marítimo y a los contactos costeros, especialmente si lo comparamos con el sector de las rías gallegas, magníficos puertos naturales que hacen que la comunicación más sencilla, ya no sólo con los comerciantes mediterráneos, sino entre los propios castros, sea marítima. Por lo tanto la Costa Cantábrica es equivalente a la Cordillera Cantábrica, pues ambas propician el aislamiento de las comunidades, como condicionantes efectivos que son geográficamente hablando. Ello no quiere decir que no se dieran en ciertos casos contactos a larga distancia, como veremos a lo largo de la tesis. No obstante, el principal impedimento para dichos contactos a larga distancia





**Figura 1.6:** principales zonas llanas y depresiones de la zona de estudio y periferia inmediata.

no fue geográfico sino social, y depende de cuestiones de economía política.

Finalmente los procesos erosivos en la costa, bajo la acción conjunta de mareas, corrientes y vientos dominantes, son un tema importante en nuestra área de estudio ya que son numerosos los casos de castros costeros en los que se percibe una merma de sus extensiones originales, lo que simple vista puede observarse en los muros de estructuras cortados por el acantilado. Por ejemplo el de A Devesa (en la costa oriental lucense) cuenta con 1,8 Ha, y se le calculan más de 2 para la Edad del Hierro (Vázquez Varela y Rodríguez 1997-98: 97, nota 7). Por ello no es raro encontrar cultura material castreña en los fondos marinos que rodean los castros marítimos (Labandera 1974: 192). Se plantea, no obstante, que en torno al cambio de era la temperatura del agua del occidente de la costa cantábrica sería algo superior a la actual (parecida a la del golfo de Vizcaya o la del estuario del Tajo) ya que en los registros de malacofaunas aparecen especies de aguas más cálidas y que ahora son inexistentes. El nivel del agua de aquella época se entiende que era muy similar al actual, en torno a  $\pm 0,5$  m con respecto al nivel presente (Vázquez Varela y Rodríguez 1997-98: 110).

### **Llanura sedimentaria.**

La porción de la zona sedimentaria meseteña, que contacta por el norte con las montañas cantábricas, tenida en cuenta en la tesis, se corresponde con la mitad norte de las provincias de León y Palencia, *grosso modo*, y parte de la de Burgos. En este sector de llanura sedimentaria o páramo los ríos, que nacen en las montañas cantábricas, tras

atravesar sus cursos altos la franja meridional de la Cordillera Cantábrica, cruzan de Norte a Sur los páramos con dirección al Duero. Justo en el extremo este de nuestra zona de estudio nace el Ebro, en el altiplano de la región de Reinosa, y tras encañonarse entre las provincias de Cantabria y Burgos, abandona la Cordillera Cantábrica hacia el Sureste, formando su propio sistema hidrográfico. Para la distinción entre la Cordillera Cantábrica y la llanura sedimentaria en León algún autor marca una falla tectónica que discurre de Este a Oeste, que justo delimita por el sur a la Cordillera Cantábrica, y que corta el curso de los ríos que acabamos de mencionar, desde el Luna al Esla. Además es una excelente vía de comunicación (Gutiérrez González 1986-87: 330). Como veremos a lo largo de la tesis esta falla tectónica no sólo divide dos mundos a nivel fisiográfico, sino que también será el límite entre dos entramados culturales distintos, desde la Edad del Bronce al menos, que en líneas generales perpetúa la clásica dicotomía entre los montañeses y los habitantes del valle o llanuras.

En una gran parte de la provincia de León, por tanto, se desarrolla la Meseta, en concreto el noroeste de la misma, que en un sentido geográfico abarca las riberas de los ríos subsidiarios del Esla (Cea, Porma, Órbigo, Bermesga) y del Órbigo (Omañas, Tuerto, Duerno, Ería), excepto en sus cursos altos o nacimientos, como vimos, es decir, todo el centro, este, sur y sureste de la provincia, que son tierras sedimentarias de formación geológica fundamentalmente terciaria y cuaternaria. Del mismo modos que las porciones llanas de las provincias de Palencia y Burgos aquí tenidas en cuenta, que, tras abandonar la gran mole caliza que supone la Montaña Palentina, subsector de la Cordillera Cantábrica, se



definen al igual que el páramo leonés por las tierras sedimentarias, caso de la Lora palentina y burgalesa, y por los ríos que discurren de Norte a Sur, como el Carrión y el Pisuerga, que tras abandonar en sus nacimientos la Cordillera Cantábrica, se amansan por tierras más llanas. Por su parte el occidente de León es de nuevo montañoso, formado por los Montes de León y la sierra del Teleno, pero antes de alcanzar este sector existen unas zonas con características propias, de transición, (la Cepeda, Maragatería, Cabrera Alta, Valdería), que en líneas generales pueden entenderse como meseteñas (Celis 1996: 43). Todo este último sector podría denominarse “región de Astorga” y funcionaría a modo de transición entre El Bierzo y los Montes de León por un lado, y la llanura sedimentaria leonesa o páramo leonés por otro. En esta zona de transición los ríos corren de Oeste a Este desde los Montes de León al páramo, caso del Duerna que nace en la sierra del Teleno, por lo que esta zona se caracteriza por una serie de contrafuertes paralelos que también corren de Oeste a Este desde la zona más montañosa a la más llana meseteña. Contrafuertes que son colinas suaves que limitan pasillos poco profundos y colmatados por materiales terciarios y cuaternarios por donde discurren los cursos de agua que desembocan en los ríos Tuerto y Órbigo, que ya son dos de los ríos del páramo leonés que, como vimos, discurren de Norte a Sur. Se trata por tanto de una zona de piedemonte entre los páramos aluviales leoneses (800-1000 m.s.n.m.) y los Montes de León (2188 m. en el Teleno) (Orejas 1996: 13-14).

Por añadidura se tendrá en cuenta la hoya de El Bierzo que es en sí mismo una unidad geográfica particular cuya coherencia se la otorga la fosa del Bierzo en sí misma y las numerosas sierras que la bordean, con una intrincada red fluvial (Celis 1996: 45). Además, dicho sector posee una evolución histórica peculiar dada también por su particular situación entre el Noroeste, el ámbito cantábrico occidental y el noroeste de la Meseta. Deberíamos diferenciar el Alto Bierzo del resto, puesto que tanto geográfica como históricamente hablando puede considerarse cantábrico.

## 1.2 EL TIEMPO.

Esta tesis parte de una doble mentira: ni el periodo cronológico que se tiene en cuenta es el primer milenio a.C. ni la región geográfica que hemos tenido en cuenta es exclusivamente la zona centro-occidental cantábrica, como acabamos de ver, ya que en ambas dimensiones se han desbordado los límites de partida. O dicho de otra manera: para estudiar el primer milenio a.C. en la región centro-occidental cantábrica es necesario, tanto para poder realizar una correcta caracterización cultural, así como debido a la sangrante falta de datos en el mundo septentrional, arrancar desde el Bronce Antiguo (comienzos del II

milenio a.C.) y llegar al s. II d.C., así como tener presente los procesos sociales que de forma pareja iban desarrollándose en los confines septentrionales del valle del Duero. La fecha del 1000 a.C. podría parecer arbitraria -atender a un milenio como lapso temporal neutro-, como arbitraria fue la elección del ámbito espacial de estudio, pero en este caso concreto no lo es. A partir del 1000 a.C. se dieron una serie de hechos que en cierta medida tuvieron que ver con la aparición de los cambios sociales que dieron lugar a los castros cantábricos, y son en definitiva estas formaciones sociales que desarrollaron -y fueron determinadas por- los castros cantábricos lo que al fin y al cabo pretendemos estudiar. A partir de esta fecha se dio la sustitución del periodo climático Subboreal por el Suabatlántico, se intensificaron los contactos coloniales fenicios en la Península Ibérica -incluyendo la fachada atlántica norte-, empezó el poblamiento semiestable y estable en diferentes ámbitos de la península y en concreto en la franja al sur de nuestra zona de estudio (norte de la llanura sedimentaria meseteña, así como norte de Portugal-sur de Galicia) y fue el momento álgido de los contactos que se vinculan con el “Bronce Final Atlántico”. Sin embargo, la escasez de datos para la zona cantábrica nos ha obligado a arrancar del Bronce Antiguo (comienzos del II milenio a.C.) para poder caracterizar mínimamente a los grupos que allí se desarrollaron en la transición entre el II y el I milenio a.C., y poder así entender de que ambiente sociocultural surgen los castros, símbolo material de las nuevas formaciones sociales. Por otro lado concluir el estudio en el cambio de era, tras haberse conquistado este sector norteño por los ejércitos de Augusto, dejaría coja la evolución de las sociedades castreñas que pretendemos analizar, por lo que hemos decidido prolongar el estudio hasta la disolución de los castros a partir del s. II d.C.

Es cierto que las periodizaciones para lo “castreño” son muy variadas y que suelen partir de criterios culturales -modificaciones visibles del registro a lo largo del tiempo - (Parcero y otros 2007: 133) y poseer un carácter evolutivo de tipo “biológico”. Pero también lo es el hecho de que la mayoría han sido desarrolladas en el Noroeste y aplicadas sin más a la zona cantábrica (por ejemplo Fanjul y Menéndez 2004). Además, como veremos más adelante, la zona cantábrica, y en concreto Asturias, adolece de ciertos problemas de interpretación cronológica consecuencia de los paradigmas historiográficos dominantes en cada momento. Si bien en época franquista se creía en el carácter prerromano de los castros no se pudo justificar este principio de ningún modo “científico”, tiempo después, hasta mediado de los años 90, el paradigma romanista dejó un anómalo vacío para la Edad del Hierro del sector, que se llegó a definir como “los siglos oscuros”. Actualmente algunos tienden, como reacción, a envejecer excesivamente los primeros castros cantábricos, situándolos en la Edad

del Bronce. Por todo ello hemos creído necesario realizar una periodización propia que, aunque en todo momento se compara y tiene en cuenta las fases y periodos propuestos tanto para el Noroeste como para la Meseta norte, juega exclusivamente con las fechas radiocarbónicas calibradas y cultura material cantábrica. Sólo de este modo podremos observar los procesos históricos particulares de nuestro ámbito de estudio y ajustar la cronología de los mismos. Pese a arrancar el estudio en el Bronce Antiguo (en torno al 2000 a.C.) (capítulo 2) sólo hemos desarrollado una propuesta de periodización para el primer milenio a.C. a partir de la recalibración de las fechas radiocarbónicas disponibles para los castros del centro-occidente cantábrico. Las fechas convencionales y las radiocarbónicas sin calibrar se presentarán bajo la forma a.C. y d.C., mientras que las fechas radiocarbónicas calibradas se presentarán como cal AC y cal DC.

Al comienzo del capítulo 3 se desarrollará en extenso el modo en que se han calibrado y recalibrado las fechas radiocarbónicas, y también en este capítulo, como a comienzo del 4, se explicarán las asociaciones de fechas que nos han llevado a definir cada fase y subfase, incluyéndose, por claridad expositiva, las subfases propuestas para el periodo romano (capítulo 5) junto a las de la Segunda Edad del Hierro (comienzos del capítulo 4). Por todo ello lo que aquí tan sólo enunciaremos es el esquema general de la periodización que tendremos en cuenta en la tesis.

Propondremos por tanto una fase I que comprende el tradicional Bronce Final II y III y la Primera Edad del Hierro (en la que la fase I a se corresponde con el comienzo del poblamiento estable en la llanura sedimentaria del Duero y en la zona del sur de Galicia y norte de Portugal, la fase I b hace referencia al comienzo del poblamiento estable en nuestra área de estudio así como en el norte de Galicia, y la fase I c es de transición hacia la Segunda Edad del Hierro en donde se diluyen los rasgos heredados de la Edad del Bronce y comienzan a apreciarse los profundos cambios que serán protagonistas de la Segunda Edad del Hierro); una fase II que comprende la Segunda Edad del Hierro hasta el cambio de era y una fase III que arranca del cambio de era y llega hasta finales del s. II d.C., aunque se ha decidido añadir la fase III b por la posibilidad de que algún castro cantábrico pudiera haber seguido poblado en época bajoimperial, aunque serían casos muy contados. Se trata de una periodización propia, ya adelantada en algunos trabajos (Marín 2009; Jordá Pardo y otros 2009), realizada a partir de la recalibración de las fechas radiocarbónicas publicadas en nuestra área de estudio, en asociación a los materiales y estructuras que éstas datan (ver comienzos de los capítulos 3 y 4), pero basada en la periodización recientemente propuesta para el Noroeste (González Ruibal 2003a: 48-49) con el fin de que la comparación entre el

Noroeste y el sector centro-occidental cantábrico resulte más sencilla, al utilizar la misma terminología. Nuestra periodización cambia con respecto a la de Alfredo González Ruibal especialmente en el tramo final de la Edad del Hierro y fases romanas, ya que la temprana introducción de una parte del Noroeste (área de los *oppida* bracarenses) en la esfera mediterránea y la perduración del poblamiento castreño durante los ss. III y IV d.C. obligan allí a una compartimentación más específica que no es necesaria para el ámbito cantábrico. Nuestra propuesta cronológica es la siguiente:

**Fase I (1000 cal AC - 400 cal AC):** incluye las subfases:

- Fase I a (1000 cal AC - 825/800 cal AC).
- Fase I b (825/800 cal AC - 600 cal AC).
- Fase I c (600 cal AC - 400 cal AC).

**Fase II (400 cal AC - 19 a.C.):**

- Fase II a (400 cal AC - 200 cal AC).
- Fase II b (200 cal AC - 19 a.C.)

**Fase III (19 a.C. - 400 cal DC):**

- Fase III a (19 a.C. - 200 cal DC)
- Fase III b (200 cal DC - 400 cal DC)

Por lo tanto el presente estudio se centra en los periodos conocidos tradicionalmente como Bronce Final Atlántico, Edad del Hierro y Romanización, aunque con la crítica correspondiente a cada uno de ellos. En concreto en el capítulo 2 se critica *in extenso* el historicista concepto de “Bronce Final Atlántico” y se explican los motivos por los que no se considera oportuno aplicarlo al ámbito cantábrico. En el capítulo 3 se realiza lo propio con el concepto de Edad del Hierro, el cual se decide mantener, con la pertinente crítica, y asociándolo al origen del poblamiento estable, es decir, a los castros (fase I b), en nuestro ámbito de estudio, o al Soto formativo en la Submeseta Norte (fase I a), por lo que habría que pensar en “diferentes edades del hierro”, cada una con sus cronologías particulares y ritmos socioculturales. Los cambios a mediados del primer milenio a.C. son de suficiente calado como para diferenciar una fase I o Primera Edad del Hierro (capítulo 3) de una fase II o Segunda Edad del Hierro (capítulo 4). El periodo romano y la romanización (capítulo 5) son en este sentido menos subjetivos que los otros periodos propuestos, ya que se definen principalmente en función de la conquista de este territorio norteño a partir de las Guerras Cántabras (29-19 a.C.). No obstante se proponen igualmente fases a partir del carbono 14 calibrado y se intenta caracterizar su

estudio en función de los profundos cambios sociales que sufrieron las sociedades castreñas tras su incorporación al estado romano. En el capítulo 5 se critica el término romanización y se propone el final del poblamiento castreño al final de la fase III a, por lo que la vida media de los paisajes castreños del centro-occidente cantábrico puede calcularse en unos 1000 años. La estructura temporal de la tesis, entonces, es lineal. La línea del tiempo, que es la metáfora habitual del mundo contemporáneo capitalista para representar el transcurrir de años, siglos y milenios. De hecho los capítulos del 2 al 5 se organizan cronológicamente en este sentido (Edad del Bronce, Primera y Segunda Edad del Hierro y Romanización).

Pese a este paso del tiempo objetivo y mensurable se tendrán en cuenta la diversidad de ritmos históricos, con ralentizaciones, estancamientos y diferentes procesos de transformación. Haremos especial hincapié en los procesos de cambio cultural, algunos especialmente significativos y rápidos, como es el que llevó a la aparición de los paisajes castreños en la fase I b, u otros cuya rapidez se desprende, al contrario que el anterior, de tajantes sucesos de conquista, como es el que dio lugar a la fase romana de los castros cantábricos. Tradicionalmente se ha estudiado el cambio cultural en Arqueología asociándolo al progreso cultural, desde perspectivas evolucionistas y androcéntricas, sin atender demasiado a los largos momentos de mantenimiento de formas sociales, como pueden ser tanto la Edad del Bronce cantábrica como la meseteña. Intentaremos paliar en lo posible esta perspectiva tradicional. En este sentido, al igual que hemos adelantado para el espacio geográfico, intentaremos comprender las diferentes subjetividades, las diferentes formas en las que el tiempo discurre para los miembros de una misma comunidad, hombres y mujeres por ejemplo, a través de diferentes conjugaciones de actividades de mantenimiento y actividades de cambio. Ello es interesante si pensamos como a la hora de periodizar se suelen escoger útiles o herramientas típicamente masculinas (un claro ejemplo son las espadas en el Bronce Final Atlántico) y como si quisiéramos hacer lo mismo con las cerámicas, tecnología que podríamos entender como femenina, seguramente la poca variación de éstas entre la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro nos impediría definir tales periodos. Intentaremos, además, tener presentes las tres temporalidades que cualquier estudio arqueológico debería tener en cuenta y que tanto Braudel, como posteriormente Giddens, plantean (en Morris 2000: 4-8): los tiempos cortos (que en arqueología prehistórica pueden tener como unidad de análisis las generaciones), los tiempos medios, y los tiempos largos, aquellos de las mentalidades, como bien explicaban los historiadores de la escuela de Annales, y que suelen ser los únicos analizados por los arqueólogos.

Pero si por algo se caracteriza el tiempo de las sociedades preindustriales es precisamente por no ser lineal, sino circular, el tiempo repetitivo del mito, y por tener una menor importancia que el espacio, o mejor dicho, el paisaje, a la hora de ordenar las normas, narraciones, recuerdos y ensoñaciones (Hernando 2006). En este sentido, pese a que la estructura de la tesis en sentido cronológico es lineal, queremos hacer un guiño a esa temporalidad circular en la propia organización de los capítulos, y plantear así una estructura temporal doble: una lineal (típica del mundo capitalista occidental y propia de los estudios históricos) pareja a otra circular (característica de la mentalidad preindustrial y precapitalista). Por ello la tesis comienza, podríamos decir, en el mismo punto en el que termina, pues si bien en el capítulo 5 estudiamos el abandono de los castros y cómo éstos conforman el paisaje mítico de los aldeanos a partir de ese momento, al final del capítulo 1, en el que ahora nos encontramos, haremos un repaso a como, durante dos mil años, las interpretaciones prácticamente exclusivas que ha habido sobre los castros no han sido, evidentemente, las científicas, sino las arrojadas desde la mentalidad tradicional de los aldeanos cantábricos, como hitos de sus paisajes míticos.

### **1.3 PALEOAMBIENTE Y CLIMATOLOGÍA: LA TRANSICIÓN DEL SUBBOREAL AL SUBATLÁNTICO.**

La Cordillera Cantábrica es una de las zonas geográficas de la Península Ibérica que, por su situación tan cercana al mar, disfruta de un clima que favorece la existencia de grandes masas boscosas que dan refugio a una variada fauna. Sus montañas, bosques, lagos y ríos, constituyen una amalgama de ecosistemas, un tesoro de incalculable valor natural que necesita ser conservado. A su vez, supone una barrera infranqueable a los vientos húmedos provenientes del Norte, separando climáticamente una España húmeda (al norte de la Cordillera Cantábrica) de otra seca interior (Meseta Norte). La vertiente septentrional de la Cordillera Cantábrica constituye una franja estrecha de territorios de elevada pendiente, que descienden prácticamente hasta el mismo mar Cantábrico, presentando ambientes brumosos y de aspecto siempre verde. La vertiente meridional, en cambio, aparece seca y continental. Estos hechos se agravan por la fuerte disimetría altitudinal existente entre ambas vertientes: mientras que en el sur apenas existe desnivel entre las comarcas de la Meseta Norte respecto a las primeras estribaciones montañosas; en el norte el mar está a unos 40 Km. de las altas cumbres, provocando que los ríos de esta vertiente aparezcan fuertemente encajados en desfiladeros, constituyendo en muchos casos cursos fluviales de aguas bravas (López Sáez, López García y López Merino 2006-2007: 3-4).

Los tentáculos del paradigma histórico-cultural están tan desarrollados que, por increíble que parezca, en algunas tesis recientes sobre “Los Cántabros” (Peralta 2003), y, por tanto, que han abordado zonas que nosotros también estudiamos, se ha resuelto el tema de la climatología y paleoambiente con el recurso a las fuentes clásicas. Nosotros, sin embargo, tendremos en cuenta estudios paleoclimáticos, análisis polínicos realizados tanto en turberas como en yacimientos arqueológicos, y tendremos en cuenta las diferentes estrategias de subsistencia y tecnología agropecuaria de cada momento, partiendo de la información arqueológica disponible, de la comparación con el Noroeste y de la aplicación de analogías etnoarqueológicas. Es decir tendremos en cuenta el carácter histórico del proceso e intentaremos caracterizar hasta qué punto las transformaciones paisajísticas y paleoambientales que se pueden detectar fueron originadas por los cambios climáticos, por la creciente antropización del medio o por una combinación de ambas. Partimos de la base de que tanto el medio físico y natural como la climatología no determinan a las formaciones sociales, sino que son factores que condicionan. Precisamente el origen del mundo castreño y de la Edad del Hierro en la zona cantábrica coincide con un cambio climático dentro del Holoceno, que no es otro que el paso del periodo Subboreal al Subatlántico, que es lo mismo que decir el paso de un periodo más cálido y seco a uno más frío y húmedo. Todo ello será abordado pormenorizadamente en el capítulo 2<sup>2</sup>.

### 1.4 PERSPECTIVA CIENTÍFICA DEL PASADO PRERROMANO.

Es habitual entender los estudios historiográficos en Arqueología como una moda, como algo que, como mucho, nos permitirá rellenar el primer capítulo de una obra más extensa (Olmos 1997:20). La historiografía en Arqueología, es decir, hacer historia de nuestra disciplina, se suele plantear desde un punto de vista internalista (Jensen 1997:81), o lo que es lo mismo, como una arqueología hagiográfica: una retahíla de nombres propios, excavaciones y fechas con escaso aparato crítico, y que son el argumento perfecto para que el autor que las redacta se presente a sí mismo como el artífice de algo diferente y, supuestamente, más elaborado que lo producido previamente. La explicación interna tiende a ver las obras culturales como significaciones intemporales y formas puras, que se pueden leer ahistóricamente. Desde esta perspectiva se suben las obras culturales al “mundo de las ideas” (Bourdieu 1994:54-57). A partir de los años 80 se plantearon

otras posibilidades de confeccionar los estudios historiográficos. Se trata de la perspectiva externalista (Jensen 1997:81), en la que se entiende la disciplina como resultado del clima social. Las relaciones políticas e ideológicas sociales son consideradas como determinantes de la práctica académica. Esta tendencia suele caer en la ingenuidad de pensar que un grupo social puede ser el determinante de una obra, y choca frontalmente con casos concretos como el nuestro, en el que, por ejemplo en Asturias, podemos observar como los intereses y base teórica de los arqueólogos y de la sociedad, en lo que respecta al conocimiento del mundo prerromano, son contrarios y se entrecruzan en el tiempo, por lo que difícilmente podríamos afirmar que el ambiente social determina a la producción arqueológica (Marín 2005a) (fig. 1.7). Otras vías alternativas son aquellas que, asumiendo ciertos presupuestos postprocesuales y con diferentes combinaciones de las perspectivas internalistas y externalistas, buscan que la historiografía sea ante todo crítica (Jensen 1997:83), política y emancipadora (Olmos 1997:25), y por ello una “historiografía práctica” (Díaz Santana 2002:25). Se trataría por tanto no de hacer una “historia de la Arqueología en forma de Historia” sino de hacer una “historia de la Arqueología en forma de Arqueología” (Gustaffson en Ruiz Zapatero 2003:217), es decir, como una parte fundamental de la práctica arqueológica y estando firmemente embebida en ella. Pensamos que el mejor modo de llevar esto a cabo es concibiendo la historiografía como Arqueoanálisis (paralelizando el término Socioanálisis de Bourdieu) (ver en Marín 2004a; 2005a y 2005b), que no es más que tratar de establecer la genealogía de cualquier aspecto de la investigación arqueológica y descubrir la forma en la que se produce el conocimiento. Para este fin es realmente útil el concepto de “campo social” -un ejemplo son los campos científicos- de Bourdieu (1994:54-77), que, además, permite combinar la visión externalista con la internalista. Podemos hablar entonces del campo científico de la Arqueología. Cada campo tiene su propia estructura y sus propias leyes, siendo básicamente un espacio de relaciones objetivas entre posiciones, y sólo comprendemos a cada agente o institución en sus relaciones objetivas con los demás. Los determinantes externos afectarán por medio de la transformación de la estructura del campo que resulte de ello, porque en general el campo ejerce un efecto de refracción. Una verdadera Arqueología científica debe analizar las condiciones sociales de la producción de conocimiento a través del origen del investigador (clase social, género, etnia...), el lugar que ocupa éste en el campo científico de la Arqueología y las categorías que usa para pensar la realidad. Se debe analizar críticamente al observador tanto como al objeto construido, es decir, “objetivar al sujeto objetivante” (Bourdieu en Flachsland 2003: 43).

<sup>2</sup> Sobre la evolución climática y vegetal en la Prehistoria reciente de la Cordillera Cantábrica ver “Medio ambiente, cambio climático y acción antrópica: la intensificación de una relación entre los grupos norteños”, capítulo 2.



compensar la insuficiencia tanto teórica como metodológica de sus investigaciones; o lo que es lo mismo, que sean defendidas por aquellos que tienen mayor legitimidad dentro del campo, es decir, por aquellos que acumulan mayor capital científico (Bourdieu 1999a: 79; 1999b: 114-115).

La importancia de la historiografía en Arqueología radica en que si nuestro fin como arqueólogos es producir algún tipo de conocimiento objetivo, o lo más objetivo posible, sobre las sociedades del pasado a partir de su cultura material, ello no será posible si previamente no hemos realizado una crítica seria de cómo se ha construido el conocimiento a lo largo de la historia de nuestra disciplina, siempre teniendo en cuenta que las prácticas científicas conjugan una dimensión puramente política -dominar dentro de cada campo- con determinaciones puras de los científicos -afán por conseguir la verdad, por ser objetivos, etc.-. Además, hacer historiografía permite marcar los problemas históricos que los diferentes autores han estudiado, desgranar el cómo y por qué se han estudiado, y reflexionar sobre si es pertinente o no seguir estudiándolos y de que modo, así como introducir problemáticas históricas nuevas. Realizaremos un repaso sintético en donde Asturias, por su mayor peso en la investigación arqueológica del mundo prerromano, tendrá mayor protagonismo, para después atender sucintamente a Cantabria y León. Para el primer periodo historiográfico aún no se había constituido como tal el campo científico de la Arqueología ni se habían levantado sus muros, por lo que el ambiente social y político sí que influyó bastante en las primeras excavaciones arqueológicas. Por ello uniremos la perspectiva científica del pasado prerromano con la social. Sin embargo para el segundo y, especialmente, tercer periodo historiográfico, como sí que se había constituido ya dicho campo científico, separaremos en otro apartado los usos políticos del pasado realizados a nivel popular.

### **De anticuarios a burgueses cultivados: siglo XIX – Guerra Civil:**

#### **Asturias.**

La Arqueología como disciplina científica en Asturias se desarrolla, como en el resto de España, a lo largo del s. XIX aunque, como veremos, más vinculada con el asturianismo y con la doctrina política regionalista, que con el nacionalismo (como proponen Díaz-Andreu y Mora 1995; y Díaz-Andreu 1996). Lo que sí compartimos con estas autoras es que la institucionalización de la Arqueología y su desarrollo en el s. XIX se deba principalmente a un cambio de la base social. Surge una clase media que desplaza a los estamentos tradicionales (clero y nobleza, los únicos que habían tenido acceso a la educación) e identifica

los intereses de la comunidad con los suyos propios (Díaz-Andreu y Mora 1995: 28).

Desde el s. XVI es posible encontrar entre los representantes de las elites socioculturales asturianas (Fernández Gutiérrez 2001:38-40) “relatos tradicionales” en los que se busca en el pasado la justificación de las formas de vida presentes, usando la Historia como *instrumentum honoris* (Barreiro 1993: 183) que permita la búsqueda de los orígenes del pueblo asturiano. A partir de Jovellanos, al que podemos considerar padre del asturianismo cultural, se siguen desarrollando estos relatos en los que se identifica a los valerosos astures que lucharon contra Roma con los asturianos del momento (San Martín 1998: 25), en una clara concepción esencialista de la Historia. Además le debemos a Jovellanos la primera excavación arqueológica, en concreto en el castro de la Campa Torres (Xixón/Gijón) que todavía no había sido definido como tal (Maya y Cuesta 2001:25-26). Hemos de entender dicha intervención arqueológica desde una perspectiva anticuaria en la que el objetivo fundamental es encontrar textos escritos -epígrafes, monedas- con los que hacer Historia. En este caso concreto se trató de la localización de las Aras Sestianas, monumento epigráfico romano del cabo Torres.

La diferencia es que a partir de este representante de la Ilustración las identificaciones entre el pasado y el presente regionales desarrolladas a lo largo del s. XIX tendrán unas claras implicaciones políticas y justificadoras. Podemos apreciar en esta época un proyecto político marcado por la Ilustración en el que se intenta crear una “identidad cultural” asturiana mediante la traducción al código culto de los elementos constitutivos de la “identidad étnica” (Fernández González 2000: 77), como son los hechos de intentar crear una academia de la lengua asturiana y el intento de escribir una historia universal, con una edad de oro inventada, a partir de la historia local. No nos ha de extrañar entonces que en las últimas décadas del s. XIX hubiera un gran desarrollo de los estudios históricos, etnográficos, folklóricos y literarios en Asturias. Clave en este desarrollo de los estudios asturianistas es la fundación del grupo “La Quintana” por Julio Somoza, que cuenta con gente como Braulio Vigón, Fermín Canella Secades, Rogelio Jove, Bernardo Acevedo y Huelves... (San Martín 1998; 1999) así como la publicación de diferentes obras, entre las que podemos destacar el estudio etnográfico e histórico de Bernardo Acevedo y Huelves *Los Vaqueiros de Alzada en Asturias* (1893) y la enciclopedia *Asturias*, en 1900, siendo sus editores Octavio Bellmunt y Fermín Canella. Tanto en el primero como en los diferentes artículos de temática histórica y etnográfica de la segunda podemos constatar la fuerte presencia de las tesis celtistas, ya en ese temprano momento, como recurso explicativo de las características históricas, antropológicas y raciales de

los asturianos. Pese a identificarse a los astures con los celtas en ningún caso se alude a elementos de la Edad del Hierro -como pueden ser los castros- para justificar tal celtismo, ya que los celtas seguían inmersos en un oscuro mundo de megalitos y druidas sin conexión alguna con los restos materiales prerromanos. Mientras, los pocos castros conocidos en ese momento, se mantienen en una difusa cronología y terminología, siguiendo la tendencia que podemos observar en el inconcluso Diccionario Geográfico-Histórico de Asturias de Martínez Marina, de principios del s. XIX, en el cual estos yacimientos se catalogan como castillos, fuertes, fortificaciones..., con cronologías ambiguas que van desde la calificación de “romano” a la de “muchísima antigüedad”, habiendo sólo un caso en el que se adscriban dos castillos de Sobrescobio como de “Mucha Antigüedad-Celtas” (Pérez-Campoamor 2000: 80 y apéndice F). La desconexión entre castros y celtas persiste a fines del s. XIX, como podemos ver en los diferentes artículos de la enciclopedia *Asturias* dedicados a concejos asturianos en los que ya se habían localizado este tipo de yacimientos (Villaviciosa, Coaña, Navia y Villayón), y escritos precisamente por autores celtistas (Canella 1897; Acevedo y Huelves 1900a; 1900b).

Además de toda esta creciente preocupación por el pasado regional, enmarcada en el ambiente asturianista de la burguesía, se creó un contexto institucional que permitió el desarrollo de la protección del patrimonio histórico y artístico y, como consecuencia, el desarrollo de las primeras excavaciones científicas. El 2 de abril de 1844 se crea la Comisión Provincial de Monumentos de Oviedo (CPMO) que, al igual que el resto de comisiones a nivel nacional, tiene como objeto atender todos los bienes desamortizados con Mendizabal (1836-44) así como proteger y restaurar los monumentos de la arquitectura asturiana. Los organismos centrales son las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando (en donde se eligen los vocales) y además se crea un órgano superior, la Comisión Central, para controlar a las provinciales. La CPMO se dividió en tres grupos: Bibliotecas y Archivos; Escultura y Pintura; Arqueología y Arquitectura (Pérez-Campoamor 1997: 250). Para agilizar su funcionamiento cuenta con una red de colaboradores locales (párrocos, eruditos...) (Pérez-Campoamor 1997: 250) que son principalmente ciudadanos preocupados por el arte y “que podían permitirse investigar sobre dichos temas” (Adán 1997a: 259). Hay una verdadera preocupación por los edificios y antigüedades de la provincia como lo demuestra el Catálogo razonado de los Objetos Arqueológicos reunidos por la Comisión, redactado por Fermín Canella y Ciriaco Miguel Vigil en 1871 y la encuesta que Fermín Canella envía para hacer un Inventario de despoblados y poder proyectar excavaciones así como conseguir piezas sin tener que competir o comprárselas a los anticuarios (Adán



**Figura 1.8:** planimetría antigua del Castellón de Coaña realizada por José María Flórez en 1878.

1997a: 261). La CPMO tiene una clara vocación coleccionista y anticuaria siendo sus miembros también coleccionistas privados. Es el caso de Sebastián Soto Cortés, Roberto Frasinelli, Octavio Bellmunt, Aurelio de Llano y Remigio Salmerón.

Se sabe que Pedro Canel Acevedo reconoció Coaña como un yacimiento arqueológico en 1815, y que escribió un artículo en *La Gaceta de Madrid* el 21 de mayo de 1818, pero no será hasta finales del s. XIX cuando se intervenga en este castro. De hecho fue la primera excavación financiada en la entonces provincia de Oviedo por la CPMO, la del Castellón de Coaña, en 1878. El hecho de que se trate de un castro no nos debe hacer pensar que su elección se debió al creciente interés por los astures y los celtas en las narrativas históricas usadas para justificar la región asturiana, ya que, por un lado se pensaba que este yacimiento era un castillo medieval, y por otro, como vimos, aún no se había establecido la conexión entre los castros y los astures/celtas. De hecho no se volvió a excavar ningún otro castro en todo ese periodo.

Se le encargó la excavación a José María Flórez, vocal de la CPMO, al parecer por el peligro que sufría el yacimiento de ser destruido por los buscadores de tesoros, guiados éstos por las leyendas locales. Pese a que la Arqueología aún no existía como hoy la conocemos, sino que más bien se practicaba una Historia del Arte con vocación anticuaria, la excavación de Coaña fue modélica. Se reconocen numerosas estructuras (fig. 1.8), diferenciándose los diferentes tipos de plantas (entre la que destacamos la estructura abovedada de paredes más gruesas que más tarde se interpretará como un horno crematorio y hoy como una sauna prerromana), así como los pavimentos, hogares, etc. Es la primera excavación que se publica en Asturias (Flórez 1878) y la segunda que le ofrece fondos al incipiente y precario Museo Arqueológico de Uviéu/Oviedo, después de las de Soto Cortés en el dolmen de Santa Cruz (Cangues d'Onís) a mediados del s. XIX (Adán 1999: 191). En la citada publicación podemos ver dibujos detallados y medidas de todos los objetos encontrados, de las plantas de las casas con los materiales que aparecieron en cada lugar, etc., que, desgraciadamente, ni siquiera hoy son habituales en las publicaciones arqueológicas.





**Figura 1.9:** Fermín Canella Secades el día de su doctorado. Esta fotografía es buen testimonio de la reinterpretación de los símbolos tradicionales asturianos en clave identitaria por parte de las élites burguesas urbanas. En este caso prendas de la vestimenta tradicional campesina como son *les madreñes* o la *montera picona*.

En la segunda parte de esta monografía podemos ver como se excavaron decenas de estructuras y como la interpretación del castillo se cambia por la de campamento romano debido a la cerámica y a las monedas encontradas. Un hecho que nos hace ver como el campo científico de la Arqueología aún no se había definido, y por lo tanto levantado sus límites con respecto al resto de campos, es el hecho de que José María Flórez, en este momento en el que la Arqueología no existe todavía como disciplina universitaria, incorpore la tradición local -leyendas de tesoros, moros, castillos- sin ningún tipo de crítica en la interpretación del yacimiento. Es un discurso científico típico de los primeros momentos en la



**Figura 1.10:** portada del *Libro de Caravia* (1919) de Aurelio de Llano, responsable de una de las primeras excavaciones científicas de un castro asturiano, el Picu'l Castu de Caravia.

definición de una disciplina, que presenta mezclados los discursos de “acción comunicativa” con los de “acción intencional-racional” (Habermas 1980: 345), es decir, aquellos propios de una sociedad tradicional en la que aún el mito, la religión, las concepciones metafísicas de la realidad... sustentan al poder político, en combinación con los de una sociedad moderna en donde “el criterio de superioridad” hace que se pongan en tela de juicio las tradiciones compartidas intersubjetivamente (Habermas 1980: 348) y en donde la ciencia hace que el mundo deje de ser el espacio del mito (Hernando 2001: 220). El campo científico de la Arqueología aún no estaba formado en Asturias a fines del s. XIX ya que de hecho ni siquiera la narrativa es científica. La Arqueología era entendida como una técnica que provee de textos escritos (epígrafes, monedas) a la Historia, o como una Historia del Arte. Otro hecho que nos indica que este campo científico se encontraba en un momento incipiente es la fuerte dependencia y determinación del contexto social -destacando las tesis del asturianismo cultural-, algo que sólo es posible en los primeros momentos ya que, como vimos, los campos sociales tienden a ser autónomos y refractarios a las circunstancias sociales en las que se desarrollan.

Respecto al contexto social que determina a la incipiente arqueología asturiana destacamos a comienzos del s. XX el auge de las tesis políticas regionalistas y cómo se concibe a Asturias en ellas. En los comienzos de la modernidad, marcada por la Ilustración, se establecen una serie de tópicos historiográficos por parte de Jovellanos repetidos hasta la actualidad en multitud de ocasiones: la identificación entre el pasado prerromano y la Asturias contemporánea (astures/asturianos); la idea esencialista de que Asturias nace con los astures y toma su mayoría de edad y su época dorada con el Reino de Asturias en la Edad Media; y la lucha, la fiereza, la resistencia e independencia como rasgos que caracterizan a los asturianos durante, al menos, los dos

últimos milenios. Sin embargo Jovellanos entiende a España como su patria y nación (San Martín 1998). Posteriormente José Caveda y Nava, político moderado de mediados del s. XIX, repite los mismos tópicos en una historia de Asturias vinculada a una historia de España en clave nacional. Comienza la idea de Asturias como subcomunidad de España e históricamente supeditada y dependiente al mito de España, jugando con elementos fundadores como Don Pelayo, el Covadongismo, el espíritu guerrero que procede de época prerromana... Ideas que el regionalismo asturiano de la segunda mitad del s. XIX maneja y que impiden que el asturianismo político se aparte de la idea de España. Asturias como comunidad, pero dentro de España (San Martín 1998: 94), ya que se continúa la construcción de la identidad cultural de Asturias por las clases cultas en un camino intermedio entre lo asturiano y lo español (Fernández González 2000: 82).

Este mismo panorama intelectual, en el que los intereses regionalistas fomentan los estudios históricos, y el mito celta gana terreno en la caracterización de la sociedad prerromana en Asturias, siempre usándose los datos de los historiadores clásicos, algo de lingüística, etnografía y mitología, pero sin referencias arqueológicas, lo encontraremos también en las tres primeras décadas del s. XX. Entre los partidos políticos creados en estos años destaca la Junta Regionalista (1916), cuyo origen ideológico hemos de buscarlo entre los sectores políticos conservadores y el carlismo (San Martín 1998:150-160), este último muy vinculado al asturianismo cultural y, en concreto, a la *llingua* asturiana. Desde el regionalismo conservador y tradicionalista -sus miembros son nobles y burgueses- se pensaba que sólo recuperando su originalidad y personalidad histórica podría Asturias volver a la España de la que formaba parte. Este regionalismo profundamente conservador y católico (Vega y García 1993: 48-49) se define como “regionalismo nacional”: pluralidad regional y unidad nacional. En 1918 vemos las ideas de este partido compiladas en la *Doctrina Asturianista*, redactada por el Vizconde de Campogrande -Álvaro Fernández de Miranda-, Ceferino Alonso Fernández y José González. Las reivindicaciones de corte historicista/esencialista y con una fuerte presencia del celtismo son patentes en esta obra. Se asegura, por ejemplo, que la lengua asturiana es de raíces celtas. Unos celtas que habrían sido importantes en la configuración del carácter asturiano desde antes de los romanos, pero que son mostrados completamente desvinculados de los castros (sí se alude sin embargo a grutas con pinturas y a dólmenes). Y la música tradicional y el amor de los asturianos a la libertad y la independencia también son explicados por los caracteres celtas que permiten a los asturianos decir que sólo ellos y Vasconia han sido las únicas regiones no dominadas por “extraño yugo” durante dos mil

años (Fernández de Miranda, Alonso y González [1918]1999: 70-71, 85, 86, 89). Además, surgen en esta época algunas instituciones culturales vinculadas al asturianismo cultural y al regionalismo político, entre las que destacamos al Centro de Estudios Asturianos en 1918 (San Martín 1999: 28; Uría 1984: 8). Su presidente de honor fue el citado Fermín Canella Secades (fig. 1.9), uno de sus miembros el dirigente de la Junta Regionalista Álvaro Fernández de Miranda y entre los arqueólogos que forman parte de él encontramos al Conde de la Vega del Sella, a Juan Uría Riu o a Aurelio de Llano. El CEA intentó impulsar “estudios regionalistas bajo perspectivas auténticamente científicas, al modo catalán, gallego o vasco” (Uría 1984:8), entre los que tienen un lugar preferente los de temática histórica ya que sin este conocimiento es imposible realizar una “verdadera labor regional”. Un claro ejemplo de como esta elite burguesa es la que maneja los recursos históricos, que por otro lado se mantienen al margen tanto del campesinado como de los obreros de las zonas industrializadas, es el hecho de que algunas de las hachas prehistóricas conocidas en el momento son regalos realizados por alguno de estos coleccionistas, como Fermín Canella (Diego Somoano 1960a; 1960 b), quien llegó a ser rector de la Universidad de Oviedo.

En 1917 el citado Aurelio de Llano -aparejador de obras- que, además de formar parte del CEA, ocupó un papel destacado en la CPMO, comienza las excavaciones del Picu'l Castu de Caravia. La CPMO en este periodo fomenta, que no financia, numerosas excavaciones. Sus miembros son apasionados de la historia de Asturias que ponen el dinero de su bolsillo para investigar y proteger su pasado. Son miembros de la burguesía asturiana que pueden satisfacer sus pasiones intelectuales en multitud de ámbitos de la cultura asturiana, y no sólo en cuestiones históricas o arqueológicas (Pérez-Campoamor 1997: 255). Estas ansias de conocimiento del pasado regional, provocadas por el asturianismo y el regionalismo, hacen que un grupo de hombres de clase alta -nobles y burgueses- decidan gastar su dinero -capital económico- para conseguir conocimiento sobre el pasado de su región -capital cultural-, un arma igual de poderosa a la hora de mantener las posiciones dominantes en el espacio social. Un claro ejemplo es el ingeniero de Xixón/Gijón don Felipe Valdés Menéndez, el poco conocido excavador de El Picu Castiellu (Siero) y buen representante de la burguesía asturiana, quien tras realizar unas intervenciones en el mencionado castro a finales del s. XIX en paralelo a unas obras de construcción de vías férreas dio a conocer los materiales mediante una comunicación en la Comisión Provincial de Monumentos el 12 de febrero de 1899 (Escortell y Maya 1972: 37-38). Este proceso provocó, por medio de algunos de estos arqueólogos como son el Conde de la Vega del Sella y,

en nuestro caso concreto, Aurelio de Llano, que se forjasen los límites y el contenido del campo científico arqueológico en Asturias, o lo que es lo mismo, que se instaurase un nuevo dominio de objetividad. Se trató de una revolución inaugural por la que los poseedores de cierto capital económico y cultural ganaron rápidamente el capital científico de la naciente Arqueología.

El citado Aurelio de Llano consiguió fijar los límites y contenido de dicho campo de estudio gracias a la lectura de las obras de Dechelette y a la correspondencia que mantuvo con el que más tarde será catedrático de Historia Primitiva del Hombre en la Universidad Central de Madrid, Hugo Obermaier. Nos encontramos ante un autor que no es posible encajarlo en la tendencia general de los estudios de la Edad del Hierro del s. XIX, en los que el guión viene definido por las fuentes clásicas y los objetos arqueológicos son usados simplemente como prueba material de la veracidad de éstas (Champion 1996: 63) y, en algunos lugares como Galicia, para corroborar la presencia de unos celtas descritos por autores antiguos (Pereira González 1996: 10-11). Por el contrario Aurelio de Llano tiene una verdadera fe en la Arqueología y en la capacidad de ésta para producir conocimiento sobre las formas de vida de las sociedades pasadas. Este es uno de los rasgos más importantes de su obra que vemos diluirse en la generación siguiente, recuperándose esta autonomía de la Arqueología respecto a la Historia Antigua, en parte, a fines del s. XX. Lo novedoso es que aparte del uso de las fuentes clásicas característico en esta época para definir problemas como el de los límites entre astures y cántabros, nuestro autor le da un contenido preciso a la Arqueología ya que la presenta como una disciplina que puede aportar mucha información sobre la cronología y sobre las formas de vida prehistóricas, a la par que vierte numerosas críticas sobre los datos de los historiadores clásicos pues son autores que escriben “de oídas y desde lejos” (de Llano 1919: 70). *El libro de Caravia* (1919) (fig. 1.10) es la monografía en la que Aurelio de Llano recoge todos sus estudios sobre este concejo asturiano y en donde se publican los resultados de dicha excavación, con fotografías del yacimiento y de los materiales, planimetrías, dibujos y descripciones de calidad. Esta publicación es un hito fundamental en la historia de la arqueología asturiana ya que además de presentar a la Arqueología como una ciencia autónoma capaz de producir conocimiento sobre las formas de vida pasadas, fue la primera vez en la que se demostró arqueológicamente que los castros eran los poblados de esos astures que las fuentes clásicas citaban como enemigos de Roma. E importante es también el hecho de que, siguiendo a Dechelette y sus cronologías propuestas por paralelismos tipológicos, se considere el castro como una “estación hallstattiana” (de Llano 1919: 57) o de la primera Edad del Hierro -recordemos que no aparecen

materiales romanos-, introduciendo de este modo la terminología propia de este joven campo científico, y por lo tanto desvinculando el yacimiento de los celtas, que corresponderían a la segunda Edad del Hierro o la Tène. Aurelio de Llano no es un autor anticeltista sino que simplemente mantiene una tesis coherente con las fechas antiguas que cree tener en Caravia y con la supuesta invasión celta de comienzos del periodo de La Tène. Si utilizamos de nuevo como parámetro el modo en el que se entendieron las leyendas y tradiciones locales veremos que Aurelio de Llano no tiene nada que ver con José María Flórez. El autor de Caravia era conocedor de toda esa mitología desde pequeño, pero a la hora de excavar utiliza esa información tradicional desde la distancia del conocimiento científico, es decir, como guía a la hora de plantear las catas, al igual que hicieron los hermanos Siret en yacimientos de Murcia y Almería.

Sin embargo, pese a las dudas sobre la celticidad del castro de Caravia y de la Protohistoria asturiana, hay una clara identificación, un hilo bidireccional que funciona igual que el celtismo (Díaz Santana 2002: 34), entre el presente del autor y el periodo castreño, por ejemplo cuando se identifica el radio de acción del Picu'l Castu de Caravia con los límites actuales de dicho concejo (de Llano 1919: 54), cuando se habla de los límites prehistóricos usando el término “Asturias” en lugar de astures (de Llano 1919: 14) o cuando se añade que “...esta guerra que terminó Augusto en el año 19 a. J.C. es el testimonio mayor para acreditar el patriotismo de cántabros y astures” (de Llano 1919: 80). Se conjuga una justificación de Asturias en la protohistoria regional con una idea de patriotismo referido a España, lo que encaja perfectamente en el ideario regionalista.

Respecto al celtismo tanto de Cantabria como de Asturias tenemos la obra de Fernando Carrera y Díaz Ibarquien, licenciado en Farmacia y profesor de secundaria, quien escribió *El Celtismo Cantabro-Astur* (1929), uno de los estudios más específicos sobre el celtismo escritos en Asturias hasta ese momento y, curiosamente, con muy poca repercusión en autores posteriores, seguramente porque en los años cuarenta el celtismo pasará a defenderse desde interpretaciones arqueológicas de la “cultura castreña” y Fernando Carrera y Díaz aún se guiaba por la tradición filológica. No obstante este autor llanisco representa un cambio respecto a las anteriores interpretaciones celtistas ya que aumentan las citas a arqueólogos, como Bosch Gimpera u Obermaier, amigos suyos, o Déchelette, con el que se carteaba (Gómez Tabanera 1991: 10), motivo por el cual le tenemos en cuenta en este repaso, además de por ser uno de los primeros en vincular directamente a los celtas con los castros. Los celtas entrarían en la península a través de los Pirineos sobre el s. IV a.C. y se les describe de un modo racial, algo que llegará hasta la actualidad en las representaciones populares sobre los celtas: “Los galo-

celtas, eran de estatura aventajada, tez blanca, barba y cabellos rubios o rojos, fisonomía montaraz, ojos azules o verdes, bigotes enormes” (Carrera y Díaz 1929: 15). De nuevo de las mujeres no se nos dice nada. Los celtas eran, y son, un asunto de hombres hablando de hombres y de las actividades y valores que tradicionalmente asociamos a éstos: guerra, ganadería, minería, valor, fiereza, honor, bebedores de cerveza, etc. Vivirían por clanes y a cada uno le correspondería una villa desde la cual se practicaba la guerra y el pastoreo. Novedoso es el hecho de decir que “estos recintos eran los castros” (Ibid.:22), siendo esta la única referencia a un elemento de la Edad del Hierro en relación con los celtas. Diferencia con fechas una época de Hallstatt y otra de La Tène, que sería la de esplendor de los celtas, y por primera vez se deja claro que los dólmenes no pueden ser celtas porque son de una civilización más antigua. Llama la atención de esta obra el hecho de que al ser un autor llanisco, perteneciente a Asturias, no podía vincularse directamente a los Astures ya que Llanes queda fuera de los límites de ese pueblo de la Antigüedad, por lo que se decide hablar conjuntamente del celtismo cántabro-astur, para evitar tener que tomar partido.

### **Cantabria.**

La recuperación historiográfica de la Cantabria prerromana y romana se desarrolló desde el s. XVIII por oposición al intento vasco de identificar la Cantabria de la Antigüedad con el actual País Vasco. Se intenta recuperar el nombre de Cantabria, disputado por los vascos, para esta zona que hasta entonces eran las Asturias de Santillana, lo que se consigue entre s. XVIII y XIX, aunque en la primera mitad del XIX todavía no se vea acompañado de la recuperación del patrimonio arqueológico de la región. Amador de los Ríos, miembro de la Real Academia de la Historia, como otros interesados en Arqueología, estudia en 1857 un dolmen y lo asocia a celtas y druidas, siguiendo la clásica confusión de periodos típica de la época. De hecho esta institución es la que promueve la Arqueología en Cantabria ya que ninguna otra lo hace en estos momentos (Renero 1997: 94).

Será a partir de finales del s. XIX cuando se aprecien dos corrientes investigadoras en Cantabria, una tradicional, de orientación histórica y preocupada por el estudio del origen de los pueblos, en el sentido “antehistórico” o “protohistórico”, como algo inmediatamente anterior a las primeras fuentes escritas y que entraba de lleno en la polémica ya surgida en el s. XVI entre vascocantabrismo y montañocantabrismo, y otra que abordaba el origen del hombre en lo que hoy llamaríamos arqueología del cuaternario. Al igual que en Asturias, se percibe la transición desde las explicaciones fundamentadas en pueblos mencionados por la Biblia y un paradigma anticuarista a otras de carácter histórico, como las de

M. de Assas, que acude a los indoeuropeos, que introducirían en la Península el componente céltico, que, arrinconando a los previos iberos hacia las montañas, acabaría dando la cultura celtibérica. Como en otras partes serán los megalitos -y no los castros, de nuevo en paralelo al caso asturiano y a otros lugares de Europa- las evidencias arqueológicas de estos pueblos. Aparte de la crítica historiográfica, hemos de pensar en el creciente interés por los restos arqueológicos, tanto desde el anticuarismo como desde la creación de la *Comisión Provincial de Monumentos de Santander*. De nuevo son las elites sociales, escogidas más por ser personajes relevantes que por su capacidad investigadora, las protagonistas de esta institución, cuya actuación fue totalmente irrelevante, pese a la presencia de Marcelino Sanz de Sautuola y las primeras excavaciones en cuevas a partir de 1875. Entre la labor anticuarista y coleccionista encontramos al citado Marcelino Sanz de Sautuola, Eduardo de la Pedraja y el Marqués de Comillas, cuyas colecciones pasarán en el s. XX a formar parte de los fondos fundacionales del Museo de Prehistoria (Moure 1995: 73-79). Será precisamente a comienzos del s. XX cuando la labor individual y voluntarista se cambió por actuaciones más profesionales y planificadas, a cargo de instituciones públicas o privadas. Destaca una perspectiva teórica científico-natural, derivada de la escuela francesa que utiliza el concepto de fósil-guía para clasificar éstos en el tiempo y espacio, que se aplicó básicamente al Paleolítico y Epipaleolítico, las ramas prehistóricas más investigadas en Cantabria a lo largo de todo el s. XX. Por su parte el enfoque histórico-cultural de la escuela alemana preocupado por la identificación de pueblos y de sus movimientos a partir de tipologías se aplicó más a las edades de los metales, y muy vinculado a presupuestos más ideológicos que científicos, como es el caso del celtismo y del cantabroceltismo. El desarrollo institucional de comienzos del s. XX en Cantabria es elocuente a la hora de entender el peso de los estudios paleolíticos en la región, con respecto a otros periodos. En el seno de la Junta para la Ampliación de Estudios se crearon el Centro de Estudios Históricos (1910) y la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (1912), que en Cantabria contaban con el Instituto de Paleontología Humana de Puente Viesgo, pero a partir de los años 20 Asturias, de la mano de el Conde de la Vega del Sella y Obermaier tomará el relevo a Cantabria en los estudios paleolíticos (Ibid.: 79-83). Por lo tanto en este periodo historiográfico el proceso en Cantabria es muy similar al caso asturiano, pues vemos el nacimiento de los estudios históricos y arqueológicos muy ligados a las elites sociales y a las ideas regionalistas de las mismas, pero con la diferencia de que en Cantabria el peso de la Arqueología cayó del lado del Paleolítico y Mesolítico, no excavándose ningún poblado castreño de la Edad del Hierro, ya que las excavaciones de

Moro a fines del s. XIX fueron en un *oppidum*, el de Monte Bernorio en el norte de Palencia. Ello no fue impedimento para que se desarrollaran tesis que buscasen el origen de Cantabria en la prehistoria, entre las que debemos destacar, de nuevo, el celtismo.

### León.

Al igual que en el caso asturiano la creación de una Comisión Provincial de Monumentos a mediados del s. XIX fue un aspecto fundamental para la preservación de un Patrimonio Histórico que sólo a partir de este momento comenzó a entenderse como tal, pese a que la de León llegase a ser reprendida por la de Madrid por sus mezquinos resultados. Por el contrario, el Museo Arqueológico de León, en San Marcos, es uno de los más antiguos (Grau 1996: 228). Los miembros de la comisión, pertenecientes a los estamentos privilegiados de la sociedad, entendían la arqueología en un sentido anticuarista y como un entretenimiento, pero también desarrollaron campañas concretas de protección de restos y edificios (como es el traslado de los mosaicos de Lancia). También impulsaron la primera excavación de León, que fue precisamente en Lancia, llevada a cabo por Ricardo Velázquez Bosco en 1867-68 y en donde al parecer se exhumaron 30 muertos de la necrópolis y dos *insulae*, pero se perdió toda la información en la revolución de ese año (Ibid.: 232-233). De hecho la “máxima urbs Asturum” (Dion Casio) o la “validissima civitas Lancia” (Floro) marca el pulso de la Arqueología desde estos tempranos comienzos hasta la actualidad en León. Fue hito y mito de la única Arqueología que existía en aquella época, la clásica (Ibid.: 236-237) por lo que, pese a que hoy conozcamos niveles prerromanos en este yacimiento, debemos equiparar aquella intervención con la de Flórez en Coaña, estos es, como dentro de un paradigma anticuarista y en donde los textos clásicos (ya sean los de los autores de la Antigüedad o los de epígrafes y monedas) determinaron las intervenciones.

Uno de los primeros prospectores de la arqueología leonesa fue Elías Gago Rabanal a comienzos del s. XX, quien interpretaba que la “raza astur” se debió formar en tiempos neolíticos y que Lancia estuvo después ocupada por griegos y romanos (en Celis 2001: 41), por lo que se ha definido su perspectiva como de “misticismo pseudorracial” (Grau 1996: 237), observable en obras como *Estudios de arqueología protohistórica y etnografía de los Astures Lancienses (hoy leoneses)* (1902), reificando el hilo unidireccional pasado-presente. Es llamativo como a la par en el tiempo estos casi míticos Astures fueron usados tanto para sustentar el Asturianismo como el Leonesismo. En la misma línea prospectora se encuentra el *Catálogo Monumental de España* de Manuel Gómez Moreno, quien entre 1906 y 1908 se encargó de León, en donde se reconocen yacimientos prerromanos, y poco

después vemos nuevas intervenciones en Lancia, de la mano de Blázquez (Ibid.: 233).

### El determinante peso del paradigma filológico: 1939 – 1978:

#### Asturias.

La figura de Aurelio de Llano y su papel en la consolidación del campo científico arqueológico en Asturias está en consonancia con la tónica general en España en las tres primeras décadas del s. XX. En esta época la Arqueología experimenta cambios radicales, asentándose la base de la Arqueología moderna. En el s. XIX la Arqueología se enseña en la Escuela Superior de Diplomática, se controla el trabajo arqueológico por la Real Academia de la Historia y se exportan objetos arqueológicos al extranjero. Pero en el s. XX se reacciona y se contacta con profesionales extranjeros, se crea un marco legal, se profesionaliza la disciplina en la Universidad y se crean instituciones oficiales y extraoficiales (Díaz-Andreu 1997a: 403). Es decir, se consolida la Arqueología como un campo científico autónomo, siendo cada vez más refractario al ambiente sociopolítico en el que se desarrolla. Pero esta autonomía no era todavía la suficiente como para que los individuos que formaban parte de ese joven campo científico se pudieran mantener al margen de los profundos cambios políticos y sociales acaecidos tras la Guerra Civil española (1936-39) y la imposición del régimen totalitario del General Franco. La Arqueología sufrió una reorganización general (Díaz-Andreu 1993, 2003). Las principales figuras se exiliaron o fueron sustituidas (como Pere Bosch Gimpera, Hugo Obermaier o J.M. Barandiarán) e institucionalmente la Arqueología viene marcada por un fuerte centralismo desde Madrid, desapareciendo las instituciones no estatales como por ejemplo el Seminario de Estudios Galegos. La Arqueología pasa a formar parte de un régimen jerárquico que se controla desde Madrid y en manos de muy pocos hombres fieles al régimen, como J. Martínez Santa-Olalla, Joaquín M<sup>a</sup> de Navascues, Martín Almagro Basch, o Blas Taracena Aguirre. La influencia del nuevo orden político será palpable, dentro del campo arqueológico, en la profunda reforma institucional llevada a cabo, como es la creación en 1939 del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) que centralizará y organizará jerárquicamente la investigación científica (Mora 2003), y en la potenciación de las carreras de determinados profesionales afines al régimen, quienes, desde sus posiciones de poder, hicieron lo posible para moldear la disciplina al servicio del franquismo (Díaz-Andreu 2003: 57) como es el caso del panceltismo de Almagro Basch y Martínez Santa-Olalla como prueba de la primitiva unidad del pueblo español (Ruiz Zapatero 2003: 228-229). En este contexto en el que el régimen político sitúa a determinados arqueólogos en



**Figura 1.11:** Antonio García y Bellido en una de las cabañas “excavadas” del Castellón de Coaña.

situaciones de poder, dentro del propio campo arqueológico, por su afinidad al régimen totalitario y fascista de Franco, es donde tenemos que entender el uso indiscriminado que se hizo de los celtas y su identificación con la base racial hispana. Unas situaciones de poder que aseguran la acumulación de capital cultural y que, debido al momento político que se vivía, hizo que muchos arqueólogos las corroborasen, manteniéndose por lo tanto en posiciones fuertemente conservadoras dentro del propio campo. Por ello la España de posguerra se caracteriza por un academicismo monotéorico y un estancamiento de la dialéctica teórica, basándose todo ello en el principio de autoridad (López Jiménez 2001: 86). Las posiciones dentro del campo científico de la arqueología en época de Franco no dependerán tanto de las elecciones novedosas o rompedoras dentro del sistema de posibilidades, debido a lo complejo que resulta salirse de la ideología impuesta en los regímenes totalitarios, sino de la mayor o menor acumulación de capital científico proveniente de desempeñar diferentes puestos en las instituciones relacionadas con la Arqueología (universidades, museos, CSIC...).

En este contexto entendemos la perduración de lo celta como “paradigma” casi obsesivo hasta los años 70. Se trató de un marco histórico e institucional que, pese a la creciente autonomía del campo arqueológico, facilitó el enrocamiento de los arqueólogos en las posiciones más reaccionarias, seguidas, podríamos decir, de forma voluntaria. Dicha autonomía del campo teórico arqueológico es

perceptible en figuras como Francisco Jordá Cerdá, que fue víctima del franquismo (encarcelado y encerrado en campos de concentración hasta 1943) (Aura 13/9/2004), y sin embargo, en sus obras sobre castros asturianos, publicadas muchas de ellas ya a finales del franquismo y en los primeros momentos de la restauración democrática (Jordá Cerdá 1969; 1984; 1985-86), sigue anclado en el historicismo cultural y en el paradigma celtista, al igual que el resto de la Academia.

El entramado teórico que predominó durante todos esos años, y que todavía es posible rastrearlo en la actualidad, es el historicismo, puesto que permite la identificación de “culturas arqueológicas” con etnias primitivas, que a su vez se presentan como el punto de partida de naciones actuales como la española. En este sentido los celtas fueron utilizados en la España franquista al igual que los germanos en la Alemania nazi. Fue precisamente en Asturias uno de los primeros lugares en los que se ensayó este modelo ya que Antonio García y Bellido y Juan Uría Riu, catedrático de Arqueología Clásica en la Universidad de Madrid y catedrático de Historia Antigua y Medieval de la Universidad de Oviedo respectivamente, decidieron reexcavar el Castellón de Coaña en la temprana fecha de 1940 (fig. 1.11). Entre 1940 y 1944 realizaron varias intervenciones arqueológicas, no sólo en el Castellón de Coaña sino también en los de Pendia y La Escrita, en el occidente de la región (García y Bellido 1942a). Del barrio bajo de Coaña se sacaron en las dos primeras campañas de excavación unas cincuenta casas, además de una de las “cámaras funerarias”, el bastión, la entrada fortificada a la “acrópolis”...; pero nada del interior de la mencionada “acrópolis” (García y Bellido 1941a). En las siguientes campañas se llega a unas ochenta casas exhumadas (García y Bellido 1941b, 1942a) (fig. 1.12). Pese a la gran superficie excavada en Coaña y Pendia no sabemos nada de los suelos de ocupación, de la distribución de materiales en cada estructura y los dibujos de materiales son muy escasos. Además se trató de excavaciones en las que no se reconoció ningún tipo de estratigrafía y de las que conocemos una parte mínima de los materiales obtenidos. No obstante se criticó la actuación de José M<sup>a</sup> Flórez aludiendo a que su metodología era parecida a la de los buscadores de tesoros (García y Bellido 1941a: 190). El propio Antonio García y Bellido hizo, en un discurso en la Academia de la Historia en 1972, un “Mea Culpa” por la mala metodología empleada y la cantidad de información perdida en la excavación de Coaña (García-Bellido García de Diego 2002: 42). La datación del castro la sitúa en el s. I d.C. por monedas y cerámica romana; no obstante se asegura que es un castro indígena que podría tener su origen en el s. III a.C. por estar ligado a las manifestaciones célticas de la Península (García y Bellido 1941a: 214). Como vimos, una Edad del Hierro o época prerromana celta había



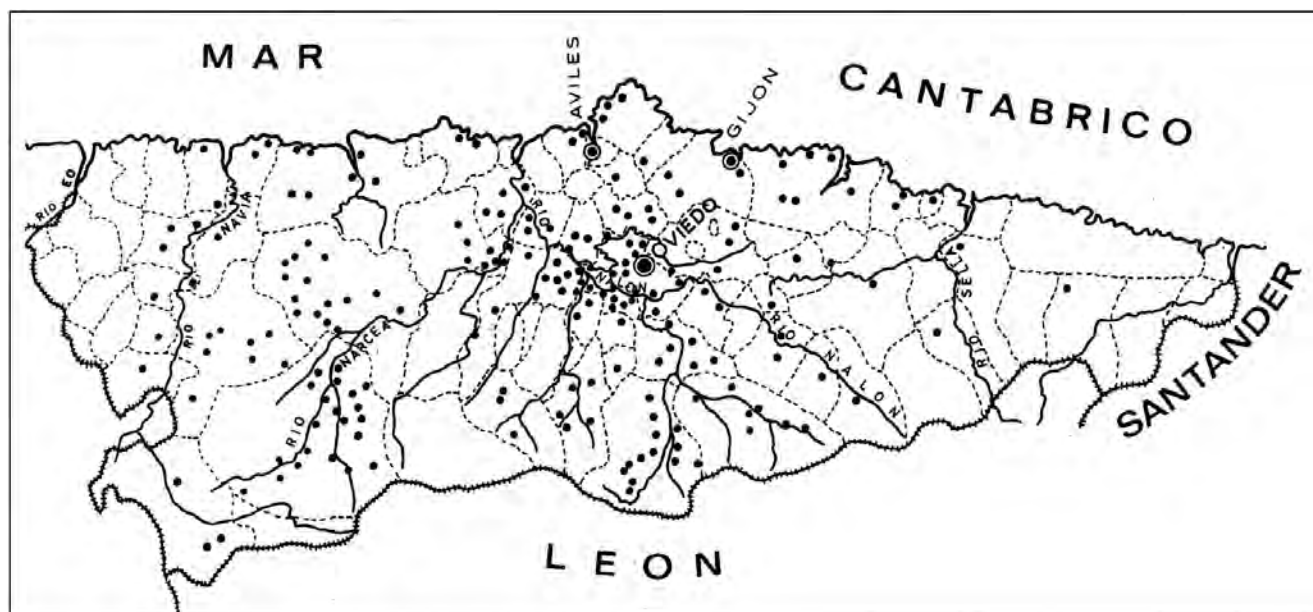
**Figura 1.12:** la famosa *anaparástasis* o reconstrucción ideal del Castelón de Coaña (a partir de García y Bellido 1942b).

sido definida ya en Asturias desde la Historia Antigua, la filología, la mitología, la etnografía y la toponimia siguiendo modelos empleados en otras partes de Europa y, en concreto, siguiendo el modelo gallego. Todo tipo de comparaciones forzadas, evoluciones filológicas interesadas y razonamientos circulares servían para demostrar la celticidad de los astures. El objetivo de Antonio García y Bellido y Juan Uría Rúa era demostrar la presencia de celtas mediante la única vía que aún no había sido explotada, la arqueológica (hemos de matizar que García y Bellido hablaba de un substrato hispano doble basado en celtas e iberos, frente a Martínez Santa Olalla, que lo fundamentaba todo en los etnones célticos).

Dicho objetivo se lleva a cabo en Asturias por personas que actúan como arqueólogos, pero que provienen de otras disciplinas, como la Filología o la Historia Antigua, o que simplemente son aficionados y eruditos locales. En esta época el conocimiento arqueológico sobre la Edad del Hierro pierde autonomía con respecto al nivel alcanzado con Aurelio de Llano, ya que se pasó a corroborar materialmente los discursos desarrollados desde otras disciplinas, especialmente la Historia Antigua. En concreto se define dicha perspectiva como “etnológica e histórica” (Uría Rúa 1941a: 8). Este rasgo también es típico de la interpretación historicista o “paradigma histórico-

cultural”. Los celtas que vemos en este momento en Asturias ya no se construyen desde el asturianismo, sino desde las ideas raciales de lo que significaba la hispanidad en ese momento. Debido a las características del regionalismo asturiano expuestas más arriba, y como se concebía en aquel a Asturias dentro de España, estas nuevas ideas no chocaron con el ambiente intelectual del momento y se asumieron con naturalidad. Desde la excavación de Coaña se identificaron los castros con los celtas, algo que en Galicia ya se hacía desde los años veinte, y se sigue exaltando el valor de los astures por sus luchas contra Roma. Los directores de la excavación de Coaña y Pendia citan más a los autores gallegos del momento y a autores que impulsaron el “paradigma céltico” en Arqueología, como Bosch-Gimpera, que a los celtistas asturianos previos. Se fuerzan los datos para corroborar la celticidad de estos asentamientos. Los morteros de piedra (García y Bellido 1942b: 303) y las saunas castreñas se interpretaron como elementos funerarios que corroborasen el ritual de la cremación, con lo que se consigue acercar los astures a los celtíberos (los celtas por excelencia en la España franquista). Cualquier resto material corrobora la etnicidad celta, como un simple fragmento de cerámica excisa (Uría Rúa 1941b), que no es tal, sino una cerámica indígena de la Segunda Edad del Hierro





**Figura 1.13:** la primera geografía castreña en Asturias fue posible gracias a la incansable labor de José Manuel González. Mapa con los castros documentados hasta 1966 (a partir de González 1966).

con impresiones a peine (ver capítulo 4). Cuando hay algún elemento que no encaja fácilmente, como las casas circulares (García y Bellido 1941b: 102-103), ya que en ese momento se asocia a los celtas con las casas cuadradas, se soluciona fácilmente presentando lo celta como una realidad polimorfa. Estos autores utilizan el concepto celta confusamente ya que no explicitan si lo usan en un sentido racial, étnico, lingüístico o de cultura material. La fragilidad intelectual de este entramado teórico la reconoce el propio García y Bellido cuando dice que el intento de fijar cronologías absolutas para la entrada de los celtas en la Península, marcar los lugares originarios de donde vienen y el estudio sistemático comparativo de sus elementos de cultura “son cosas que si más de una vez se han intentado en pocos casos se lograron con resultados ciertos o indudables” (1941b: 111-112). No obstante, pese a todas las interpretaciones y razonamientos circulares, y pese a haberse forzado los datos todo lo posible para justificar el celtismo de los habitantes de los castros asturianos, su celtismo es presentado como “científico” y diferente al del s. XIX ya que ahora se realizaría en relación con “la crítica textual, la lingüística y la arqueología” (Uría Rúa 1941a: 75). Así que, pese a que realmente no se habían conseguido vincular “científicamente” los castros con los celtas a nivel arqueológico, a partir de ese momento aquellos ya pasarán a considerarse celtas, consolidando con ello un tópico historiográfico fundamentado simplemente en el criterio de autoridad de arqueólogos como los que tratamos. Además, debido a la escasez de estaciones castreñas excavadas, Coaña tendrá un lugar preeminente en la bibliografía sobre arqueología celta de esta época a nivel nacional, como se puede ver en el capítulo “Pueblos celtas” de

Juan Maluquer de Motes, en la *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal en 1954; y en concreto para el conocimiento de los castros asturianos.

El posterior desarrollo de la investigación castreña en Asturias no lo podemos entender sin referirnos a una institución que nace en 1946, el Instituto de Estudios Asturianos (I.D.E.A.). Dicha institución cultural se situó desde su mismo nacimiento bajo la tutela del C.S.I.C., institución fundada en 1939 por el que fue Ministro de Educación Nacional desde 1939 a 1951, José Ibañez Martín, quien lo convirtió en un feudo del Opus Dei (Uría 1984: 57). Se intentó presentar el I.D.E.A. como la continuación del Centro de Estudios Asturianos, copiándose incluso las secciones de éste. Es cierto que ambas instituciones compartieron a algunos de sus miembros, como el propio Juan Uría Rúa, pero realmente tenían poco que ver ya que el C.E.A., pese a la fuerza del regionalismo, fue plural en lo ideológico, contando entre sus filas con carlistas, conservadores, tradicionalistas, socialistas..., mientras que el I.D.E.A. fue monolítico y unívoco, perdiéndose todo debate (Uría 1984: 13). Es el Instituto de Estudios Asturianos una institución completamente jerárquica que se inspira rigurosamente en el dogma católico, con un juramento para sus miembros en el que se prometía ajustar sus conductas y actitudes “dentro del espíritu religioso y de las gloriosas tradiciones consustanciales a nuestra historia patria” (en Uría 1984: 65). Tanto su presidente como el resto de sus miembros demostraron su adhesión al régimen. Para sus miembros pertenecer al Instituto era un honor, además de pagarse bien las colaboraciones en el Boletín. Casi todos son cargos universitarios, gente del C.S.I.C., miembros de las reales academias, cronistas oficiales de localidades menores...; viniendo



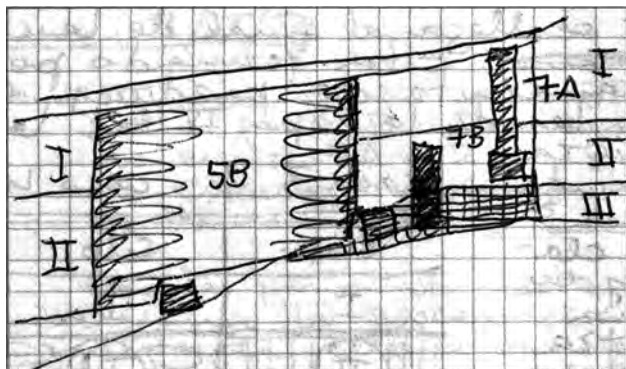
**Figura 1.14:** fotografía de las excavaciones de los años 50 en el castro de Arancedo (El Franco) (a partir de Maya 2001).

ideológicamente muchos de ellos del falangismo y de posiciones conservadoras y autoritarias, y concibiéndose a sí mismos de modo bastante exclusivo y elitista. Juan Uría Ríu estuvo marginado dentro de esta institución, no por su ideología, ya que en sus textos se aprecia claramente su adhesión al Régimen y su antisemitismo (1941a: 8,14), sino por considerar que el I.D.E.A. es anticuado y mediocre en lo que se refiere a la investigación. Y no le faltaba razón a Juan Uría Ríu puesto que casi todas las excavaciones e interpretaciones de castros en los años franquistas fueron realizadas por mediocres eruditos locales pertenecientes a dicha institución. José M<sup>a</sup> Fernández Bueta, miembro de la C.P.M.O. y del I.D.E.A. describe en el Boletín del I.D.E.A. (B.I.D.E.A.) los restos del castro de La Escrita y las consecuencias de una excavación furtiva en el de Arancedo. Estos castros son catalogados como celtas por su semejanza con el de Coaña y se combina ya claramente este celtismo castreño con la identificación entre los astures/celtas y los asturianos (Fernández Bueta 1949: 121,125; 1950: 179). Años más tarde el nivel decae con personajes como J.A. Labandera Campoamor cuyas tesis sobre los castros occidentales (en concreto los del Concejo de Tapia de Casariego), además de ser fuertemente machistas tienen elementos propios de la arqueología fantástica ya que se dice que los castros ya se construían en la Edad de Piedra, teniendo los más antiguos diez mil años. Los celtas, a los que se refiere como antepasados, se limitarían a seguir la antigua tradición constructiva (Labandera Campoamor 1969a; 1969b; 1970). De mayor calidad es la intervención arqueológica del médico Martínez Fernández (1970; 1971) en el castro de Mohías, tras haberlo descubierto (Martínez Fernández y Junceda Avelló 1968). Se toman fotografías, se hacen dibujos de materiales y de las plantas, se reconocen las estratigrafías y, además de coger muestras de semillas y de cenizas, se hace la primera datación por carbono 14 de un castro asturiano. No obstante sabemos que no se excavó estratigráficamente y que muchos materiales fueron extraídos por los niños del pueblo a quienes el

médico les facilitaba herramientas para dicha labor, como nos ha contado actualmente uno de aquellos niños.

Sin duda hemos de destacar de entre los miembros del I.D.E.A. a José Manuel González y Fernández-Vallés. Fue profesor de la Universidad de Oviedo y acabó siendo relegado del I.D.E.A. con mecanismos parecidos a los utilizados con Uría Ríu (Uría 1984: 14). Se consideraba a sí mismo como filólogo, pero estuvo familiarizado con la Arqueología desde niño y entendía ésta como la disciplina que podía generar mayor conocimiento sobre las gentes protohistóricas. Entre 1948 y 1973 realizó varios inventarios manejando datos medievales, leyendas, el catastro de Madoz y sus conocimientos toponímicos. Llega a contabilizar 251 castros y tras su muerte se añaden 14 más (Blas Cortina 2002: 29), de los cuales unos doscientos ya los daba a conocer en 1966 (González y Fernández-Vallés 1966) (fig. 1.13). Se realizó una auténtica Geografía Castreña que pone en duda el tradicional límite del río Navia para la “cultura castreña”. Es muy interesante que este autor, pese a ser filólogo, apostara por excavar castros, ya que la cultura material de éstos podría dar mucha información y conocimiento sobre aquella época, puesto que incluso en excavaciones sin reconocimiento de la estratigrafía y con malas metodologías de excavación, como las de García y Bellido en Coaña, habrían dado mucha información (1978: 181). Curiosamente tras criticar la metodología empleada en Coaña se afirma que esa es la primera intervención “científica” y no la que realizó Flórez (Ibid.: 225-228), olvidándose curiosamente de Aurelio de Llano, quien, con limitaciones, también excavó reconociendo, por ejemplo, los suelos de ocupación de las cabañas.

Por razonamientos filológicos -constata elementos lingüísticos en Asturias preindoeuropeos, indoeuropeos no celtas e indoeuropeos celtas- José Manuel González asegura que es incorrecto catalogar los castros asturianos como celtas. Sin embargo el propio autor traiciona sus propios argumentos y en obras posteriores se centra exclusivamente en los rasgos lingüísticos supuestamente célticos (González y Fernández-Vallés 1976; 1978). La celtización de Asturias se plantea como aculturación y no como conquista y, al no poderse justificar arqueológicamente, recurre a la “Ora Marítima” de Avieno, como ya antes había utilizado López Cuvillas en Galicia. Que el autor se centre exclusivamente en los rasgos celtas y deje al margen los preindoeuropeos relacionados con el eusquera y los indoeuropeos no celtas quizás tenga que ver con la necesidad de buscar un referente identitario, dando igual que éste sea una construcción artificial moderna con numerosos elementos míticos, que explique la idiosincrasia de lo asturiano. Por ello se explica que esos celtas eran “como los habitantes tradicionales de la Asturias



**Figura 1.15:** croquis de la sección de las estructuras 5B, 7A y 7B del “barrio bajo” de San L.uis, según los diarios de 1962 y 1963, en donde ya se pueden observar niveles prerromanos, según la reciente reinterpretación que hemos realizado (Marín 2007).

moderna, sus descendientes” (González y Fernández-Vallés 1978: 41).

Y si está poco claro lo que cada autor entiende por celta aún menos claro encontramos este concepto en Francisco Jordá Cerdá -director del Servicio de Investigación Arqueológica de la Excelentísima Diputación Provincial de Asturias- y su *Guía del Castrillón de Coaña* (1969). Tras un discurso en el que celta puede ser desde una cerámica excisa a un ritual funerario como la cremación se acaba por concluir que no se puede hablar de celtas en Asturias debido a que no tenemos restos humanos (antropología física) que lo corrobore. Por ello se explican los rasgos lingüísticos celtas de Asturias como fruto de una celto-romanización (Jordá 1985-86).

Dicho autor dirigió varias campañas de excavación en diferentes castros asturianos, que desgraciadamente quedaron sin publicar. En 1956 se excavaron varias estructuras circulares y cuadrangulares en el castro de Arancedo, en dos sectores al sur y norte del poblado (Marín 2008) (fig. 1.14). Entre los años 1962 y 1963 dirigió varias campañas en el castro de San L.uis (Allande), que sin duda destacan sobremanera en el panorama arqueológico de la época. Gracias a los diarios originales de la excavación (fig. 1.15) hemos podido observar como se circunscribieron al “barrio bajo” -caracterizado por las estructuras circulares-, como se reconocieron los estratos arqueológicos, como los materiales fueron recogidos por estratos y por sectores de excavación, y como fueron dibujados los principales perfiles estratigráficos de la intervención (Marín 2007). Si alguien hubiera publicado aquellas relaciones estratigráficas y los materiales correspondientes, reconociéndose las notables diferencias entre las cerámicas prerromanas y romanas, se podría haber argumentado sin problemas el origen claramente prerromano del castro de San L.uis y por extensión de los castros asturianos. Sin embargo aquellas campañas permanecieron inéditas hasta hace muy poco tiempo (Ibid.) y el único estudio que se

había realizado de sus materiales fue por parte de Elías Carrocería (1988) en su tesis doctoral leída en 1988, quien confunde a lo largo de todos su estudio las cerámicas prerromanas con las romanas. Además no contó con los diarios originales de excavación. Es en este ambiente en el que podemos entender porque el paradigma filológico celta de época franquista fue sustituido, ya en el último periodo historiográfico (a partir de la Transición Democrática), por el paradigma romanista, como veremos.

### Cantabria.

Tras el parón de la Guerra Civil destaca la figura del sacerdote conservador J. Carballo, que no se puede situar en ninguna escuela concreta, y que sigue una tradición arqueográfica, en donde se mezcla una recolección de objetos y unas explicaciones difusionistas y chovinistas que tienen por objeto rescatar el peso de la expansión céltica por España y resaltar la especificidad de la prehistoria de Cantabria. Para ello alude a las estelas cántabras o a la ocupación prehistórica de *Juliobriga*. Se puede apreciar cierto rescate de las investigaciones protohistóricas tanto en la labor del Centro de Estudios Montañeses, creado en 1934, como en la revista *Altamira*, pero aún el peso de los periodos más antiguos de la Prehistoria sigue siendo desbordante. Se trata de un panorama científico de posguerra que de nuevo está marcado por los valores reaccionarios del C.S.I.C., por la autarquía, por la falta de marcos teóricos y por la ausencia de una planificación científica de las actuaciones, en parte paliado por el Plan Nacional de Excavaciones Arqueológicas. A partir de 1962 y tras el fallecimiento del padre Carballo cambió en parte el panorama con la creación del *Seminario de Prehistoria y Arqueología “Santuola”*, rompiendo el tradicional aislamiento de la arqueología de Cantabria, pero las actuaciones siguen dedicadas principalmente al Paleolítico (Moure 1996: 87-89). Será al final de este periodo, a partir de finales de los años sesenta, con la reforma universitaria y la reorganización departamental, cuando por fin entren en la Universidad de Cantabria los estudios arqueológicos y prehistóricos, se incorporen jóvenes investigadores y se desarrollen un buen número de tesis y tesinas (Ibid.: 95), pero, como veremos, la Edad del Hierro sigue ausente en esta institución.

El panorama para la Edad del Hierro en Cantabria en este periodo es mucho más pobre que en Asturias, ya que salvo algunos artículos como uno de J. Carballo en los años 50 en donde se sistematizan algunos castros, pero donde se confunde la cerámica prerromana con la medieval, tan sólo destacaría la monografía de González Echegaray (1966) y la monografía resultado de la excavación del castro de Las Rabas por García Guinea y Rincón (1970) en los años 60 (CAEAP 2003). La excavación del castro de Las Rabas (Celada Marlantes) supuso un hito para el



**Figura 1.16:** zanja paralela a la muralla realizada en las excavaciones de Celada Marlantes (en García Guinea y Rincón 1970).

estudio de la Edad del Hierro de Cantabria (fig. 1.16). Ya el padre Carballo, en sus excavaciones de la cercana *Julióbriga*, reconoció cerámicas en Las Rabas. Posteriormente, en los años sesenta, se realizaron las excavaciones mencionadas, dirigidas por Miguel Ángel García Guinea, y asesoradas por Antonio García y Bellido, con quien había trabajado en los cincuenta en el cercano poblado de *Iulobriga*. Aparte de los obreros también participó en la excavación un campamento de la institución fascista Frente de Juventudes de Santander. Las excavaciones en este yacimiento están caracterizadas por las graves carencias metodológicas puesto que prácticamente no se reconocieron niveles, como queda de manifiesto en la afirmación de que tan sólo había un nivel fértil generalizado por todo el yacimiento, con materiales y muchas cenizas, de hasta 2 m de potencia en la vaguada, para en otro momento aludir a una secuencia estratigráfica en donde niveles de ceniza se alternan con otros de tierra rojiza, como quemada, que, pese a reconocerse, no llevó a recoger los materiales de forma individualizada. Además, pese a que algunas de las catas planteadas parecen cuadrangulares, en otros caso, como en las zonas de defensas, las catas parecen mostrar que se fueron buscando los muros, al modo en el que Antonio García y Bellido intervino en Coaña y Pendia, con

todo lo que ello conlleva de pérdida de información arqueológica (García Guinea y Rincón 1970: 11-13, láminas I-IV). Pese a todo ello esta excavación generó una de las escasas monografías para poblados prerromanos del sector central cantábrico que poseemos actualmente, así como un buen lote de materiales, especialmente cerámicos y metálicos, que permiten ofrecer ciertas interpretaciones. Que esta monografía siga teniendo especial utilidad para el estudio de la Edad del Hierro en la zona central cantábrica es un buen síntoma del estado de la investigación arqueológica sobre este periodo en dicho sector.

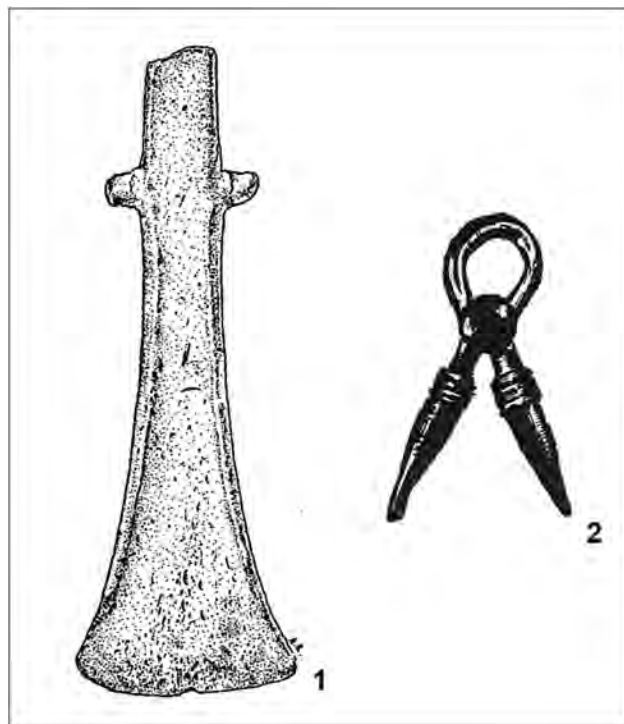
### León.

Hasta 1979, año en el que se crea la Universidad de León, la única institución con carácter oficial que intervenía en la arqueología leonesa era el Museo Arqueológico Provincial, creado en el s. XIX (Vidal 1986: 99), como ya vimos. Por ello lo que caracterizaría a este periodo en León es, aparte de la profesionalización de la Arqueología, la desmemoria de los avances previos y un buen grado de inmovilismo (Grau 1996: 234-235). Gracias al Padre Cesar Morán (1882-1952), conocemos el primer catálogo de castros de la provincia de León (Morán 1925; 1949). Además gracias a este autor se desarrolló una de las primeras intervenciones arqueológicas con resultados publicados para poblados de la Edad del Hierro en León. En concreto se centró en la comarca de Las Omañas, y en los poblados de Adrados y Villaceid (Morán 1956). Se trató de una metodología en la que se mezclaron fichas sintéticas de tipo arqueológico con datos folklóricos y documentación medieval, pero que en líneas generales se ha entendido como un retroceso al excursionismo previo, entre cuyos principales motivos se encontraba el rellenar las vitrinas del Museo de Salamanca, donde tenía su cátedra en el Seminario, es decir, como una vuelta al anticuariado acientífico que toma la Arqueología como un pasatiempo (Grau 1996: 235).

Los celtas, al igual que los Astures o Cántabros, provienen de lugares exteriores al campo científico de la arqueología y fueron utilizados durante cientos de años antes de que la disciplina arqueológica los adoptara. En León se ve este proceso de forma más temprana que en Asturias, pues si bien en ésta el momento de partida son las excavaciones de Coaña a comienzos de los años 40, como hemos visto, en León ya José María Luengo (1896-1992) usó a los celtas como base étnica y recurso explicativo desde los años 20 (Celis 2001: 41-42). De hecho Luengo, pese a que lo englobemos en este periodo procede del anterior y siguió publicando hasta los años 80. Dio a conocer un buen número de yacimientos castreños, tanto de la zona sedimentaria leonesa, como de La Montaña y el Bierzo (Morgovejo, Revilla, Sacojos, Ardón, San

Andrés de Montejos o Columbrianos, entre otros). Empezó excavando en Valderas en 1929 y catalogó un buen número de castros (hasta 200 fichas) de la mano de Sanz Martínez y Sánchez Cañón (Grau 1996: 235). Sus decenas de publicaciones, y en concreto los artículos en donde se dan a conocer datos castreños, son eclécticas, pues se dibujan materiales, se dan referencias de los poblados, se habla de epigrafía, se estudian los nombres de las “ciudades astures” y se asumen las fuentes clásicas como el guión con el que interpretar la materialidad. En general la definición de algo como celta suele venir de las clasificaciones culturales *Hallstático* o de *La Tène* para lo diferentes objetos encontrados. Todavía la cerámica no era diagnóstica, por lo que usa los metales para llevar diferentes poblados al Bronce Final o Hierro I, lo que no es inconveniente para nombrarlos con términos de las fuentes clásicas y situar algunos como capitales de aquellos pueblos -Intercatia de los Orniacos, San Martín de Torres sede de los Orniacos, etc.- (Luengo 1936-40; 1941; 1961). Este autor nacido en Astorga, inmerso en el mismo ambiente teórico que Santa-Olalla y Almagro Basch, también comparte con estos autores una vinculación ideológica con el Movimiento y desarrolló importantes cargos arqueológicos en A Coruña. Allí creó el Museo Histórico-Arqueológico y ocupó la Comisaría Provincial de Excavaciones, así como otros cargos en la de Monumentos.

Como ejemplo anecdótico de lo que fue este tipo de Arqueología del periodo franquista podemos aludir a las “hachas astúricas” de Gil Farrés (1948), que hoy denominaríamos hachas de apéndices laterales. Actualmente sabemos que son tipos normeseños, que prácticamente no penetraron hacia el ámbito cantábrico y que podemos situar en el Bronce Final (capítulo 2), pero es interesante este nombre a nivel historiográfico por lo que supone calificar con un término étnico referido por los autores de la Antigüedad ya en momentos históricos no sólo a las gentes y objetos de la larga y variable Edad del Hierro, sino también abarcando al Bronce Final, lo que es un claro ejemplo de como la Arqueología protohistórica se entendía siempre en función de las fuentes clásicas (paradigma filológico). En la misma línea podemos citar los torques norastúricos o escuela asturiana de López Cuevillas (1951) o, más adelante, los broches astúricos (Gutiérrez González 1985), hoy conocidos como laciformes (fig. 1.17). A nivel meramente arqueológico aquella arqueología destacaba por un tipologicismo clásico, en donde la seriación de los materiales hacía derivar a unos materiales de otros -por ejemplo las hachas de anillas se hacían venir de las de apéndices laterales, cuando hoy sabemos que son contemporáneas-. Estas formas de entender la Arqueología, así como la aproximación tipologicista, aún siguen muy presentes en la Arqueología de la Edad del Hierro que se desarrolla en la actualidad, sin



**Figura 1.17:** “hachas astúricas” (1. hacha de apéndices laterales, a partir de Esparza 1978) y “broches astúricos” (2. broche laciforme, a partir de Maya 1987/88) son buenos exponentes del paradigma filológico.

que la mayoría haya realizado una renovada crítica teórica de dichas herencias, o más bien, querencias.

Este periodo historiográfico en León se ha definido como de “landismo arqueológico” con evidente dejadez del Estado en sus funciones, como podía verse en el programa de TVE “Misión Rescate”, y a la par como una “arqueología de colonización”, llevada a cabo por investigadores extranjeros, como los perteneciente al Instituto Arqueológico Alemán, pero que no influyeron mucho en los arqueólogos leoneses (Grau 1996: 235-236). Dentro de esta tradición “foraneista, extraña al país” podrían meterse las primeras intervenciones de Domergue en los años 70 sobre restos de la minería del oro romana, y en la misma tradición la sustitución de Domergue por Fernández-Posee y Sánchez Palencia, investigadores del CSIC, a partir de la década siguiente.

Hasta que se publica el primer número de la revista *Lancia* en 1983 tan sólo encontramos algunas referencias y trabajos arqueológicos dentro de las revistas *Archivos Leoneses* y *Tierras de León*, lo que pone de manifiesto el pobre panorama de la Arqueología, y en concreto de la arqueología castreña, de esta provincia durante todo este periodo que *grosso modo* puede hacerse coincidir con el periodo franquista. Como paradigma de esta tendencia podría situarse el yacimiento de *Lancia*, cargado de fuerte misticismo, intervenido por un buen número de arqueólogos, aficionados y expoliadores, hasta que en 1957-59 recibió la visita de Francisco Jordá Cerdá para desmitificar el asunto. Se consiguió la compra del

terreno por parte de la Diputación y la inauguración de la revista *Excavaciones Arqueológicas en España* (Jordá Cerdá 1962) con la memoria de los trabajos previos, pero las siguientes actuaciones de los arqueólogos en el yacimiento volvieron a quedarse sin publicar (Grau 1996: 237).

Pese a la conexión entre Asturias y León de la mano del profesor Jordá Cerdá en líneas generales llama la atención la desconexión de los investigadores leoneses con sus vecinos septentrionales y con la realidad arqueológica asturiana. Se tenían en cuenta para sus discursos explicativos la “cultura castreña” del Noroeste y los poblados tipo Soto de la Meseta, con mucha menor consideración hacia el conocimiento arqueológico del solar asturiano. Esta es otra de las herencias que podemos seguir viendo en la investigación presente.

### **Arqueología científica y neopositivismo: 1978 - actualidad:**

#### **Asturias.**

Tras la fuerte reestructuración que sufrió la Arqueología en los primeros años de la dictadura, y el consiguiente estancamiento teórico, el campo científico arqueológico fue consolidando su autonomía a lo largo del periodo franquista con las características descritas más arriba. En los años de la Transición Democrática comenzamos a ver nuevas tendencias en la interpretación de la Edad del Hierro por parte de los arqueólogos que trabajan en Asturias, Cantabria y León. Podríamos pensar, desde un punto de vista externalista, que el nuevo periodo histórico que vive España -fin de la dictadura, comienza a funcionar una democracia indirecta y se pone en marcha la España de las Autonomías, modelo intermedio entre una concepción del estado centralista y otra federalista-sería el causante del cambio teórico y metodológico de la arqueología protohistórica. Sin embargo veremos como, una vez que el campo científico se ha consolidado en el periodo precedente, es posible explicar los cambios ocurridos por las propias normas y leyes que regulan aquel. De hecho, la arqueología de la Edad del Hierro que vemos desde fines de los años setenta hasta la actualidad, se caracteriza por la total desconexión y desvinculación del contexto social en la que se desarrolla (Marín 2004a; 2005a). Respecto a la descentralización de las competencias culturales que supuso la España de las Autonomías no cabe hacer, por ejemplo en Asturias, pero también en Cantabria y León, un análisis en el que, como en otras regiones, se desarrolle que el poder político de la actual Comunidad Autónoma justifique a éstas sobre bases arqueológicas (González Morales 1994). Con echar un simple vistazo a la publicación periódica por la que desde 1983 se han dado a conocer, por parte de la Consejería de Cultura, las excavaciones de

investigación y gestión del Principado (*Excavaciones Arqueológicas en Asturias*), nos daremos cuenta del peso que han tenido las investigaciones de Paleolítico sobre el resto. Sin embargo, las del mundo castreño, que potencialmente son las que más juego político pueden dar y las que de hecho tienen más connotaciones a nivel popular, han sido uno de los grupos más minoritarios. Ni entre la administración ni entre los arqueólogos se puede ver una politización de los castros para justificar la división administrativa actual. Lo que sí es cierto es que si antes el “condicionante efectivo” era el centralismo ahora lo son los diferentes estatutos de autonomía (González Morales 1994: 8). Un claro ejemplo de esto es el hecho de que se haya consolidado en este periodo historiográfico el término “cultura castreña asturiana”, como denunciábamos más arriba, haciendo coincidir un fenómeno cultural de la Edad del Hierro con los límites administrativos actuales.

Este periodo historiográfico se caracteriza, además de por el desarrollo de las metodologías de excavación y mejor conocimiento de la realidad material de la Edad del Hierro en Asturias, por el hincapié en los aspectos cronológicos y por perpetuar la tendencia etnicista, aunque al margen del “paradigma celta”. Respecto a la escala diacrónica el debate comenzó entre aquellos que daban cronologías romanas para los castros y entre los que caracterizaban a éstos como indígenas, situando un hipotético origen en el Bronce Final. Entre los que defendieron cronologías antiguas destacó José Luis Maya -profesor de Arqueología en diferentes universidades catalanas y discípulo del citado José Manuel González-, defendiendo las fechas del Bronce Final por el estudio de los materiales de este periodo -fibulas de bucle, hachas de talón y anillas, calderos con remaches...- situados en el Museo Arqueológico de Oviedo y que supuestamente habían aparecido en castros (Maya 1983a, 1987/88), aunque se reconoce que ninguno de estos materiales fue obtenido metódicamente. Estas fechas antiguas también son avaladas por la comparación con las áreas circundantes (Norte de Portugal, la Meseta...) y por los materiales obtenidos en Caravia. Recordemos que los niveles prerromanos de la Campa Torres -castro marítimo cuyo director de excavación fue el propio J. L. Maya junto a Francisco Cuesta y en el que se han desarrollado numerosas campañas desde 1978, y sobre todo en la zona de las defensas a partir de 1984 (Maya y Cuesta 1992)- que podrían corroborar las fechas de la Edad del Hierro, todavía no habían sido identificados entre los años de 1983 y 1986 (Maya y Cuesta 1990).

Sobre las excavaciones concretas lo único que se veía son las asociaciones de castros con la minería del oro romana, como en el castro de San L. Luis (Jordá y otros 1989: 47), manteniéndose ciertas reservas respecto a una primera fase en donde podría mostrarse “un posible asentamiento indígena representado por el

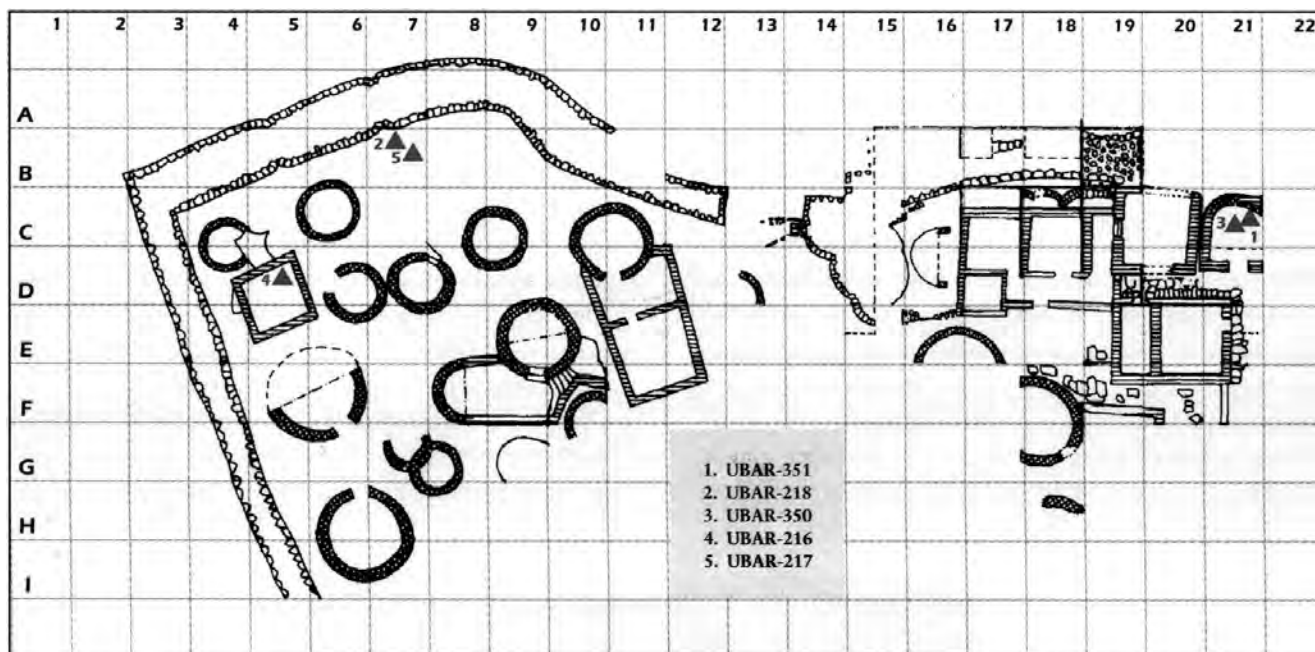
Nivel VI cuyo carácter referencial nos hace mantener cierta discreción al respecto” (Jordá y otros 1989: 48). Más tajante es Elías Carrocera -profesor de la Universidad de Oviedo y responsable de una de las pocas tesis dedicadas a los castros asturianos, en concreto a los del valle del Navia (1988)- cuando afirma que “no existen claros elementos de juicio para definir la «cultura castreña prerromana»” (Carrocera 1990c: 136), y se nos insta a ser cautos con las excavaciones antiguas, porque los objetos analizados por Maya estarían fuera de contexto y no procederían de excavaciones metodológicas (Carrocera 1990a: 127-129; 1990c: 135). Por lo tanto los castros en Asturias serían, según este autor, fundaciones romanas con fines concretos como son la explotación minera y el control del territorio, lo que parece corroborar con los sondeos en Mohías, San Isidro y La Escrita y las fechas altoimperiales obtenidas por paralelos tipológicos (Carrocera 1990b). Precisamente se consideran como romanos los mismos castros del valle del Navia que en el periodo historiográfico anterior habían sido considerados como “castros celtas”. Evidentemente mantener la tesis de que los castros en Asturias son fundaciones romanas, y no barajar en ningún momento que alguno pudiera tener niveles antiguos, suponía mantener para la Edad del Hierro de Asturias una situación anómala con respecto a los territorios inmediatos e infravalorar los datos del Picu'l Castu de Caravia obtenidos por Aurelio de Llano y en donde no había ningún material romano, así como omitir materiales del Bronce Final y del Hierro Antiguo que, pese a haber sido obtenidos de modo poco metódico, fueron desenterrados en castros, como es el caso de Pendia (García y Bellido y Uría Rúa 1940: 109, nota 1).

Será con la publicación en 1992 del volumen *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987-90* cuando veamos por vez primera niveles prerromanos en castros como la Campa Torres y los de la ría de Villaviciosa. En la Campa Torres se comienzan a excavar niveles asociados a la construcción de la muralla que por paralelos tipológicos ya se sitúan en un lapso entre el s. VI y el I a.C. (Maya y Cuesta 1992: 150). Respecto a la ría de Villaviciosa, cuyos castros comenzó a excavar Jorge Camino Mayor -arqueólogo territorial del Principado de Asturias- a partir de 1987, vemos cómo se obtienen tipos cerámicos bastante singulares, estableciéndose paralelos entre el repertorio de Camoca y el de Moriyón, y a su vez éste con el de Caravia. Se ofrece la primera fecha de C-14 prerromana de la región (s. III a. C. para el castro de Camoca) por lo que hay “una cultura castreña plenamente caracterizada y vinculada a la Edad del Hierro” (Camino 1992: 143). Sin embargo este mismo autor publicó en 1995 un catálogo de castros costeros titulado *Los castros marítimos en Asturias* dándose primacía, curiosamente, a la tesis romanista para explicar el origen de este tipo de asentamientos.

Son las dataciones de Carbono 14 las que empiezan a despejar dudas sobre la existencia de una Edad del Hierro en Asturias (fig. 1.18), en un panorama investigador parecido al gallego de la década anterior (años 80), en el que también gracias a esta técnica se comenzaron a despejar las dudas sobre una Edad del Hierro castreña (Fernández-Posse 2002: 83). La discusión, acalorada en más de un caso, se traslada hacia la coherencia de las fechas con el contexto material del que se obtienen y hacia las incorrectas interpretaciones estratigráficas. Muy discutida fue la fecha UBAR 321 de la Campa Torres que databa la muralla en el lapso de los siglos VI-V cal AC (Maya y Cuesta 1995a; 1995b: 110), del sector XVIII, interpretando además que la muralla se encuentra en algunos sectores sobre un banqueta fundacional. Es de especial importancia el artículo publicado en la revista *Zephyrus* (Cuesta y otros 1996) en el que se presenta una serie de dataciones radiocarbónicas calibradas de los castros de San Lluís, la Campa Torres, el Picu Castiellu de Moriyón, el castro de Camoca, Mohías y el Chao Samartín. Lo que el artículo deja claro es que hay una Edad del Hierro corroborada radiocarbónicamente -incluso en el occidente asturiano, cuyos castros algunos vinculaban exclusivamente con la minería de oro romana, como hemos visto-, que las murallas de módulos son indígenas y que el periodo de vigencia de la “cultura castreña prerromana asturiana” es cal AC 780- cal DC 40. Se trata de un hito a nivel historiográfico ya que por vez primera se marcan *grosso modo* los límites temporales de los castros asturianos, pero que a nivel teórico significa la reificación del paradigma historicista mediante el uso de “culturas arqueológicas” y con un aparato teórico que sigue recurriendo a las invasiones y migraciones para explicar el cambio cultural. Una vez aceptado por todos los investigadores que hay fechas antiguas en los castros asturianos, incluso de la Primera Edad del Hierro y posiblemente del Bronce Final, la discusión cronológica se trasladó hacia las dataciones de las murallas de módulos (ver discusión en los capítulos 3 y 4).

Recientemente se han publicado las fechas del castro de Llagú -desgraciadamente arrasado en la actualidad por haberse permitido que continuaran las labores de la cantera inmediata- que oscilan entre el s. VI y el I a.C. sin descartar “la posibilidad de considerar el s. VIII a. C. como inicio del poblamiento del castro” (Alonso y Rubinos 2002: 299), insertándolas en el lapso propuesto anteriormente (Cuesta y otros 1996: 267) para la Edad del Hierro asturiana. También se ha dado un reciente vuelco a las tesis romanistas que imperaban a mediados de los años noventa para los castros del occidente de Asturias al presentarse fechas entre los siglos IX y VIII a.C. para el comienzo de una serie de yacimientos como son Os Castros (Taramundi), El Picón (Tapia de Casariego), San Lluís





**Figura 1.18:** planta del castro de San L. Luis (Ayande) en la que se marcan las zonas de las que se han obtenido muestras de C-14, cuyas fechas calibradas abarcan prácticamente el primer milenio a. C. (según Adán Álvarez y otros 2000).

y el Chao Samartín (Villa 2002b: 150-151; 2003: 150; Jordá, Mestres y García 2002). Para Jorge Camino la discusión científica de este periodo entre romanismo e indigenismo, también puede entenderse como disyuntiva entre una arqueología tipológica u otra de tipo contextual, que tiene en cuenta para la interpretación de un material sus interrelaciones con los otros materiales con los que aparece (1997: 45); es decir, entre una arqueología histórico cultural u otras de tipo procesual e, incluso, podríamos pensar, postprocesual, sin que este último entramado teórico haya sido aún ensayado en la zona cantábrica. Curiosamente para Camino las tesis romanistas son las “contextuales”, que defendían estos presupuestos por no encontrar ninguna relación contextual que pudiera llevar a los castros más atrás de la romanización. Como veremos a lo largo de la tesis ya en las excavaciones de los años 30 y 40 aparecieron datos que permitían el análisis contextual de los materiales y fijar momentos prerromanos, tanto con materiales metálicos como cerámicos. Y si no se interpretaron así estos niveles es porque realmente el supuesto análisis contextual peca igualmente de tipologicista e histórico-cultural, con un desinterés total en la tecnología, analizando exclusivamente la forma final de los tipos -primando lo decorado sobre lo no decorado- y con patentes y rancios presupuestos sociales, que una y otra vez intentaban justificarse con los materiales disponibles.

Entre otras causas, la discusión académica se ha centrado en el eje diacrónico por darle al discurso un aire más “científico” y distanciarse de las investigaciones etnicistas -entre las que destacan las celtistas, pero no sólo- inmediatamente anteriores, haciendo entrar a la arqueología de la Edad del Hierro

en el mundo de la ciencia. Las dataciones radiocarbónicas y los análisis tomados de las ciencias de la naturaleza son propios de la Nueva Arqueología estadounidense y de la Arqueología Procesual, y se van adoptando paulatinamente en España sobre el entramado teórico histórico-cultural previo, por parte de una generación de arqueólogos que pretenden separarse conceptualmente de las interpretaciones de sus maestros. Llevar a la Arqueología hacia un lugar en el que primen los modelos de las ciencias de la naturaleza -dataciones radiocarbónicas, medio geológico del castro, etc.-, no se hagan interpretaciones étnicas -para lo cual es necesario abandonar el “paradigma celta”-, no se realicen interpretaciones sociales del registro arqueológico -manteniéndose en un cientifismo aséptico-, etc. significa, en definitiva, ganar un espacio dentro del campo científico de la Arqueología. Esto se puede conseguir de varias maneras, como vimos más arriba, pero la que prima en Asturias desde fines de los 70, y por parte de unos arqueólogos que ya en su totalidad podemos calificar como profesionales puesto que se dedican a la Arqueología a tiempo completo, consiste en escoger, dentro del abanico de posibilidades estilísticas, entre aquellas más “novedosas” y “científicas”. Al escoger éstas, ya ensayadas en otros lugares, se rompe en parte con los discursos de los arqueólogos de las generaciones precedentes y se consigue acumular un capital cultural con el cual negociar dentro del campo científico. Estas nuevas teorías se encuentran en el mundo anglosajón, ya sea bajo la forma de la Nueva Arqueología o de la Arqueología Procesual. Y también es esta la explicación por la cual ciertos autores, como ya hemos visto, apostaron en un primer momento por



cronologías romanas para los castros asturianos, aunque fuese en contra de las evidencias y del panorama ofrecido por las regiones que circundan Asturias. Las tesis romanistas supusieron un discurso rompedor con respecto a las tesis celtistas previas, con lo que se consigue una rápida acumulación de capital científico en muy poco tiempo. Todas las obras arqueológicas intentan situar a quien las escribe en un buen lugar dentro del campo científico de la Arqueología. Sin embargo, pese a esta apariencia científica que ofrecen las dataciones físico-químicas, los estudios geológicos y de paleoambiente, etc. el entramado teórico que subyace en las interpretaciones no dista en exceso del periodo franquista.

De hecho la preocupación central por el eje o escala diacrónica es sin duda una herencia de la tendencia historicista previa, más aún si pensamos que en un primer momento se realizó exclusivamente por paralelos tipológicos. Esto se vio también reforzado por el interés procesual en la escala temporal. El hecho de que el grueso de la discusión científica y de que buen número de páginas de las publicaciones se hayan centrado en la cuestión cronológica ha supuesto un auténtico “cronocentrismo”, en el sentido en el que lo entiende Dowson (1998: 85), donde da la sensación de que el centro de la discusión arqueológica debe ser la escala temporal, rasgo que también caracteriza a otros ámbitos de la investigación arqueológica en España. No olvidemos además que “el carácter especulativo de las propuestas favoreció un encastillamiento que ha mantenido la investigación en un improductivo atolladero durante casi dos décadas” (Villa 2002a: 159). De este modo el aspecto cronológico, que en cualquier ámbito de investigación se encuentra siempre en permanente revisión, podría haber sido esbozado en sus líneas generales mucho antes, simplemente no poniendo en duda los materiales del Picu'l Castu de Caravia, y reconociendo en consecuencia una Edad del Hierro o fase prerromana, o, más adelante, con una correcta interpretación de los materiales y estratigrafía de las excavaciones de San L.uis a comienzos de los años sesenta, o admitiendo que los palstaves que aparecían en muchos castros, aún siendo obtenidos por buscadores de tesoros, eran realmente materiales castreños. Es comprensible el interés por la cronología en un campo de la investigación en el que se desconocía por completo el marco temporal en el que se encontraba el fenómeno castreño, pero a la par ha sido la excusa perfecta para que esta arqueología científica no se ocupe de los temas que han de primar, según entendemos nosotros, en la investigación: la interpretación social a través de la obtención de significados contextuales de la cultura material. Ya Colin Renfrew nos previno del riesgo de que, una vez desarrolladas buenas cronologías mediante el uso del C14, no nos adentremos en la explicación, en la interpretación del cambio cultural, y nos quedemos exclusivamente con la fechación, con el cuándo

ocurrieron los hechos, sin que busquemos el porqué de esos hechos. El cuándo sin el cómo, lo único que nos deja es un “vacío inquietante”, un cúmulo de objetos, monumentos, culturas bien fechadas, pero sin ninguna interpretación (Renfrew 1984: 119). Nada mejor que esta frase explica la reacción al paradigma romanista a partir de mediados de los años 90 en los estudios de Edad del Hierro en Asturias. Las fechas radiocarbónicas daban más antigüedad, pero explicar o interpretar se asociaba a tener que aludir a la incómoda cuestión celta, por lo que lo mejor era mantenerse en posiciones asépticas, dar la apariencia de buena ciencia fechando con precisión los eventos, pero sin explicarlos, con lo que la Arqueología pierde su ser, deja de ser una ciencia histórica, y se convierte en un método de ordenación cronológica.

Aunque la tendencia teórica de los autores que han protagonizado esta discusión cronológica se ha definido como “perspectiva antropológico-cultural” (Ríos y García de Castro 1998: 14) por tratarse de una versión de la Arqueología Procesual y de la Nueva Arqueología, no olvidemos que en España, el interés por el dato, hizo que los sistemas de cuantificación y la arqueología analítica se desarrollaran dentro del modelo historicista (Hernando 1992: 19), como ya hemos visto. De hecho esto es lo que ocurre en nuestro caso de estudio, ya que si se hubiera asumido la Nueva Arqueología al menos se haría algún tipo de interpretación social, aunque fuera desde la Teoría General de Sistemas y con una concepción homeostática de lo social, o se analizarían los procesos de cambio. Salvo algunos autores, como Jorge Camino o Ángel Villa, la Arqueología que se hace sigue siendo etnicista y dependiente de la Historia Antigua, dos rasgos típicamente histórico-culturales.

De hecho el tema de la adscripción étnica de los castros asturianos es lo que nos permite ver con mayor claridad el grado de autonomía del campo científico arqueológico en estos años con respecto al contexto social en el que se desarrolla. A partir de los años 70 se desata entre diferentes sectores políticos, sociales y culturales asturianos una fiebre celta que en el periodo precedente tan sólo había sido desarrollada por algún miembro de la elite sociocultural afín al régimen franquista. Se trata por tanto del nacimiento de unos auténticos celtas populares usados como referentes tanto para reclamaciones políticas desde el nacionalismo de izquierdas asturiano, como calificativo de ciertos rasgos culturales como puede ser la música tradicional asturiana o simplemente como recurso para sustentar una identidad colectiva asturiana. Precisamente son los años en los que los arqueólogos que trabajan en la Edad del Hierro en Asturias dejan drásticamente de usar a los celtas como explicación última (ver fig. 1.7). Tan sólo José Luis Maya ha aludido al problema que conlleva omitir el “paradigma celta” sin dar ninguna explicación a cambio. El resto de autores, en un ejercicio de

irresponsabilidad, han eludido un problema generado fundamentalmente dentro de este campo científico, y precisamente en el momento histórico en el que la sociedad asturiana tiene mayor necesidad de conocer el alcance del celtismo de su pasado prerromano.

Para Maya la cultura castreña sería algo complejo y original que no se podría encorsetar “en el específico, insuficiente y mal definido concepto de céltico” (Maya 1989: 80). Este autor intenta dar solución al problema desde el “paradigma histórico-cultural” y mediante una confusa mezcla de elementos lingüísticos y arqueológicos, intentando rastrear los términos lingüísticos célticos mediante las conexiones arqueológicas con la Meseta, ya que se intentan corroborar los tres estratos lingüísticos propuestos por José Manuel González (Maya 1989: 79). La necesidad de encontrar celtas, o en este caso un sustituto que se pueda reconocer arqueológicamente, se debe a que la precariedad teórica del historicismo-cultural necesita siempre un factor exógeno -un pueblo de cultura más avanzada- para explicar el cambio cultural. Según José Luis Maya serían los grupos de Campos de Urnas, que entraron pacíficamente por el Pirineo en el 1100 a.C., los que colonizan el valle del Ebro y llegan a la Meseta. En Asturias entrarían a través de la cultura meseteña del Soto (Maya 1989: 17-19), influyendo sobre el substrato del Bronce Final. Además, el elemento céltico -aunque se disfrace de “influencias meseteñas”, “celtiberización”, “substrato protocelta”...- junto a la gran antigüedad de los castros son elementos que le darían cierto prestigio a la “cultura castreña asturiana” (Marín 2004a).

No obstante José Luis Maya deja clara la responsabilidad de los arqueólogos en el tema del celtismo cuando dice que las cronologías romanas para los castros es una “reacción lógica ante un exagerado celtismo que dominó nuestra protohistoria durante décadas y en la que tenemos una cierta responsabilidad” (Maya 1987/88: 297). Pese a la fuerte indefinición de lo celta para este arqueólogo -a veces se refiere a la cultura material, otras a la lingüística, se intercambia aleatoriamente por lo celtibero, etc.- al menos se debe reconocer el esfuerzo por explicar porqué tuvo primacía el “paradigma celta” en el pasado y porqué ya no se usa éste (Maya 1998).

Omitir el celtismo en las interpretaciones arqueológicas a partir de los años 70 no quiere decir que éstas sean menos esencialistas e historicistas que las anteriores. Mientras que algunos autores seguían encorsetando a los castros asturianos hasta el río Canero en la “cultura galaico-castreña” (Jordá 1984; 1985-86), para asegurarse que el castro de San L. Luis quedara dentro de este ámbito cultural, otros como Maya (1987/88, 1989) preferían no incluir los castros asturianos en el Noroeste debido a que en la actual Asturias convivieron diferentes pueblos (galaicos, astures y cántabros). Sin embargo esta aparente diversidad cultural, definida principalmente por las

fuentes clásicas aunque luego se le intentara dar un correlato arqueológico, se homogeneizó bajo el término “cultura castreña asturiana”. Si bien se reconoce esa diversidad de pueblos en el solar de lo que hoy es Asturias los términos cántabro y galaico no serán muy utilizados, ni siquiera el segundo de ellos que tiene un claro correlato material debido a la gran cantidad de castros localizados y excavados del occidente asturiano. Lo que se constata, por contra, es la consolidación del término astur. Debemos pensar por lo tanto que astur es una categoría étnica que puede utilizarse sin ningún problema al menos hasta el s. VI a.C., pues son las fechas antiguas que se nos ofrecen para la Campa Torres en el artículo con el significativo título “El castro astur de la Campa Torres” (Cuesta y Maya 1995a), y también para el substrato del Bronce Final al que se alude en el artículo “La cultura mobiliaria de los astures” (Cuesta y Maya 1995b). Un panorama parecido ofrece el recientemente excavado castro de Llagú, del cual se dan fechas, como vimos más arriba, desde el s. VI a.C., sin descartar un origen en el s. VIII a.C., y al cual se decide calificar esta vez como luggon y no como astur (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 31-34), así como en recientes monografías con títulos significativos: *El complejo castreño de los astures transmontanos*, donde curiosamente se mantiene el término astur para todos los castros asturianos de la Edad del Hierro, pero se critica el concepto de “cultura castreña asturiana” al no reconocerse tal entidad unitaria en el periodo protohistórico (Fanjul Peraza y Menéndez Bueyes 2004: 70). Este tipo de adscripciones de castros a nombres de pueblos ofrecidos por los autores clásicos siguen el esquema del historicismo celtista, solo que a menor escala (Marín 2004a).

Ha habido otros autores que han preferido omitir las clasificaciones paleoétnicas y desarrollar un método arqueológico autónomo no dependiente de la Historia Antigua. También es un rasgo de la Nueva Arqueología y de la Arqueología Procesual la crítica hacia la etnicidad y el abandono de este tipo de clasificaciones (Jones 1997: 5). En este sentido se producen cambios con Jorge Camino Mayor, quien tiende a omitir las categorías y divisiones étnicas ofrecidas por Plinio, Ptolomeo... y se centra en la cultura material para interpretar los parecidos entre las diferentes estaciones castreñas, así como su economía, organización, etc. (Camino 1995c; 1996). De momento la distribución de la cultura material de la Edad del Hierro en la zona transmontana no coincidiría con las divisiones de los *populi* de las fuentes clásicas (Carrocera y Camino 1996: 57, nota 1). Esta crítica supone una revaloración de la Arqueología, como bien explica Carrocera cuando dice que las fuentes clásicas requieren “una importante dosis de crítica y, sobre todo, una supeditación a la información y método arqueológico” (Carrocera 1995b:71). La cuestión

fundamental en este debate es la conveniencia de usar o no una categoría administrativa romana en un sentido étnico y para una realidad prerromana (Fernández-Posse 2002: 84; Pereira Menaut 1994: 855-856), como desarrollaremos en el capítulo 5. En este sentido podríamos usar las categorías astur, luggón, pésico... para los castros sólo a partir de su referencia por los autores clásicos, y teniendo en cuenta si son comarcas administrativas romanas, si responden a cuestiones culturales -como se supone para el caso de los luggones y pésicos-, etc. Podríamos usar estas categorías en Arqueología siempre desde un punto de vista crítico, para unos castros cuya organización social se haya visto profundamente alterada por la integración del territorio en el Imperio Romano (Fernández-Posse 2002; Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1998; Orejas, Sánchez Palencia y Sastre 2002; Marín e.p.) y teniendo en cuenta que son categorías impuestas desde fuera de estas sociedades y en momentos tardíos, por lo que no se pueden retrotraer a toda la Edad del Hierro y el Bronce Final. Adscribir “culturas arqueológicas” a nombres de pueblos conocidos por los autores clásicos de forma mecánica y sin ningún tipo de crítica, cada uno con sus connotaciones y mayor o menor rigor científico -ya que no es lo mismo ni tiene las mismas implicaciones definir un castro asturiano como celta que como luggón- es característico de la arqueología histórico-cultural y da como resultado una arqueología etnicista. Por ello se ha llegado a decir que este tipo de arqueologías en las que se habla de etnias son racistas y políticamente peligrosas (Collis 1996b: 176; 1997: 199). El extremo contrario a José Luis Maya lo represente Ángel Villa Valdés, quien suele omitir cualquier clasificación étnica e interpretación social, siendo su discurso arqueológico sobre los castros del occidente de Asturias fuertemente descriptivo.

Sin embargo el verdadero reto que tiene la Arqueología en la actualidad es desarrollar un método propio para abordar el tema de la etnicidad. La solución no es eludir la existencia de etnias, tanto en el pasado como en el presente, sino dar el paso desde una arqueología etnicista a una arqueología de la etnicidad. Es decir, dar el paso desde la definición paleoétnica usando exclusivamente las fuentes clásicas, cuyas categorías son ajenas a las realidades culturales que se definen, a hacerlo mediante los restos arqueológicos, intentando encontrar rasgos de autodefinición por parte del grupo étnico. Para ello contamos tan sólo con la cultura material (Jones y Graves-Brown 1996; Jones 1997). Una vez que tengamos desarrollado mínimamente el método que permita estudiar la etnicidad en Arqueología podremos empezar a plantearnos, como último escalón, las comparaciones y analogías con los testimonios epigráficos y a barajar los posibles contenidos culturales de las divisiones administrativas romanas o de los pueblos citados por los autores clásicos. No se

trata de negar la información de las fuentes escritas sino de no negar la capacidad de la Arqueología para producir conocimiento sobre las sociedades del pasado (capítulos 4 y 5). Vemos por lo tanto que la progresiva autonomía del campo científico arqueológico en Asturias no se ha traducido en el desarrollo de un método arqueológico propio, escondiéndose realmente tras la retórica arqueológica una falsa autonomía del campo.

Los diferentes autores se mueven en un abanico teórico amplio entre el historicismo y la Nueva Arqueología/Arqueología Procesual, que al fin y al cabo sigue proyectando sobre el pasado concepciones propias de la modernidad occidental, no tanto bajo la forma de pueblos como en el historicismo, sino más bien de estructuras sociales (Thomas 2004: 108-114). En general se sigue manteniendo la fe positivista de la posibilidad de interpretaciones objetivas. Pero, paradójicamente, una de las consecuencias de estos posicionamientos teóricos es el fuerte etnocentrismo de muchas de las reconstrucciones. Es frecuente que se diga que en algunos castros no podemos ver ninguna calle ni patrones ortogonales, y que por lo tanto no tienen ordenación del espacio (Maya 1983a: 27; 1989: 42) o que, ante castros que no presentan estructura urbanística en damero y casas cuadradas, se afirme que no hay un “modelo de ordenación premeditado” (Carrocera y Jordá Pardo 1986-87: 224). El castro de San L. Luis presenta dos barrios claramente diferenciados, el de arriba con casas cuadradas romanas y orientación de las calles N-S y E-W, y el de abajo con casas circulares indígenas y donde supuestamente no habría orden (Adán y otros 2000: 15-16). En ningún momento se baraja la posibilidad de que haya otras concepciones del espacio doméstico y aldeano, así como del orden, diferentes a la nuestra.

Otra clara consecuencia es la naturalización de las desigualdades en estos discursos arqueológicos. Priman los diálogos unidireccionales con los datos en las interpretaciones de la Edad del Hierro, que se entiende como familiar y cercana (Hill y Cumberpatch 1993: 129), con lo que se consigue perpetuar la concepción de la naturaleza humana construida en unas ciencias sociales que se han movido siempre dentro de análisis capitalistas y patriarcales de la naturaleza, lo que sirve para mantener la dominación que éstos suponen (Haraway 1995: 108-112). En este sentido se da por hecho y se naturaliza una jerarquización social que hoy por hoy no es posible corroborar, sino más bien desmentir, con los datos disponibles. Es el caso de J.L. Maya cuando justifica la jerarquización social en los castros mediante los textos de Estrabón, la epigrafía (conocemos un príncipe de los Albiones) y la orfebrería castreña (“un claro indicador de status social”) (Maya 1989: 70-71). Se unen elementos muy diversos y no se tiene en cuenta que todo ello puede estar representando un momento de ocupación romano, o que la orfebrería puede

interpretarse de muy diversos modos (capítulo 4). Paradójica resulta la interpretación de Carrocera cuando explica que la creación de castros en época romana supone que aumente el “nivel de vida y bienestar general auspiciado por mecanismos de control y abastecimiento romanos” (Carrocera 1990a: 136). En ese momento habría, según dicho autor, un bienestar social generalizado en el que Roma se encarga de redistribuir la riqueza y explotar las minas (Carrocera 1990a; 1994; 1995a), lo que casi parece una justificación del colonialismo. Es decir, que la incorporación de la sociedad prerromana al mundo romano y, por lo tanto, a un modelo estatal en el que se agudizan las diferencias sociales y se impone un sistema redistributivo se ve como algo positivo. Otros justifican la jerarquización social sencillamente por la presencia de metalurgia en aquellas sociedades prerromanas (Camino y Viniegra 2002: 31), aunque este sea uno de los temas peor conocido y estudiado del registro material asturiano. Los que ven alta jerarquización antes de Roma es porque interpretan desde posiciones evolucionistas y porque están analizando muchos elementos romanos como si fueran prerromanos, por lo que no sería factible ni desde la Arqueología ni desde otras disciplinas “mantener que la sociedad castreña prerromana fue jerarquizada y guerrera” (Fernández-Posse 2002: 90), principio este último que, de todos modos, no compartimos (capítulo 3).

El carácter patriarcal de la Arqueología que practicamos es evidente en el sesgo androcéntrico de casi todas las interpretaciones ya que no se tiene en cuenta a las mujeres y se suele tomar a la parte -los hombres- por el todo -la sociedad-. El peligroso *pars pro toto* típico de nuestra disciplina (Company 2009). La Nueva Arqueología, en la que se han movido algunos de los arqueólogos que han trabajado en el mundo castreño asturiano, aunque con un fuerte peso de elementos histórico-culturales, no fue en absoluto crítica con el tema del androcentrismo (Conkey y Spector 1984), sino que más bien lo ha perpetuado. Podemos hablar de una Arqueología hecha por hombres que, cuando interpreta socialmente, sólo tiene en cuenta a los hombres y que valora positivamente las actividades de cambio tecnológico que en muchas ocasiones son protagonizadas por hombres. Que la Arqueología sea machista es otra de las principales consecuencias de haber mantenido la fe en las interpretaciones objetivas, algo imposible de realizar puesto que interpretar siempre supone pensar y reflexionar sobre las bases de la experiencia personal previa y de la extensa tradición cultural y científicas en la que nos hemos socializado (Tilley 1993b: 2). En este sentido entendemos que la calota craneal encontrada recientemente en una cista de la acrópolis del Chao Samartín y fechada en los niveles del Bronce Final (Villa y Cabo Pérez 2003: 145-146) se interpretase recientemente por M. A. de Blas como la reliquia de



**Figura 1.19:** una Edad del Hierro muy masculina o *pars pro toto*: 1. Dibujo de un guerrero castreño de Asturias por Bertu Álvarez Peña (en Villa 1998a). 2. Representación de guerreros castreño de Cantabria (en Peralta 2003).

un antepasado, pero, ante la controversia suscitada por las altas posibilidades de que se trate de un cráneo femenino, se dijera que “los antepasados, como los ángeles, no tienen sexo” (Marín 2004b), en lugar de intentar explicar por qué se usa la cabeza de una mujer como legitimador en la apropiación simbólica de un espacio, hecho que no parece aislado si tenemos en cuenta que la mandíbula que aparece en los estratos más antiguos en el interior de la muralla de la Campa Torres (Gijón) tiene también bastantes posibilidades de pertenecer a una mujer (Mercadal i Fernández 2001: 290). Sólo después de realizar un análisis historiográfico del sesgo androcéntrico que ha imperado en las interpretaciones arqueológicas comprenderemos nuestros límites epistemológicos, que impiden plantear un papel activo de las mujeres en el pasado y barajar la posibilidad de que aquellos grupos de la Primera Edad del Hierro del occidente asturiano se considerasen descendientes de una mujer y no de un hombre. Ni siquiera interesantes y novedosas explicaciones de cómo se conformó una sociedad guerrera con los castros de la Edad del Hierro (ver capítulo 3) tiene en cuenta cuáles fueron las repercusiones de este proceso en las relaciones de los diversos géneros (fig. 1.19).

Por otro lado en lo que se refiere a la documentación arqueológica de campo podemos marcar que aunque este último periodo historiográfico se caracteriza por las excavaciones metodológicas aún las propuestas E. C. Harris (1991) o Carandini (1997) de documentación mediante el reconocimiento de Unidades Estratigráficas no se encuentra muy extendido, y observamos de hecho intentos por correlacionar las secuencias estratigráficas de todas las intervenciones en un mismo poblado, en siete u ocho niveles generales, como en las excavaciones de los años ochenta en San L. Luis o en Campa Torres (Jordá

y García 1999; Maya y Cuesta 2001). Con ello lo que se consigue es no registrar los acontecimientos históricos concretos de cada secuencia estratigráfica particular, unir artificiosamente estratos que poco tienen que ver entre sí y complicar posteriores reinterpretaciones. También observamos una cuanto menos curiosa combinación de testigos Wheeler junto a la aplicación del método Harris en la excavación de Llagú (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b), sobre todo si tenemos en cuenta que se trataba de una excavación de urgencia debido a que el yacimiento iba a ser destruido por las obras de una cantera, por lo que recientemente se ha tenido que volver a encargar otra intervención para excavar dichos testigos. Con unas sencillas secciones acumulativas se habrían podido documentar los perfiles estratigráficos a la par que se iban excavando los diferentes depósitos. En general no se publican las relaciones estratigráficas obtenidas en las excavaciones ni se ordenan los materiales por unidades estratigráficas. Otro error extendido, rastreable en la Campa Torres y Llagú, es no levantar las estructuras que se encuentran, en muchos casos romanas, impidiendo de este modo la documentación de los niveles previos de estos poblados. Ello es especialmente significativo en el caso de las cabañas. Todo ello dificulta enormemente las interpretaciones alternativas a las propuestas por los autores responsables de cada intervención. En general podemos observar que, al igual que ocurre en otras regiones, las mejores metodologías de excavación y documentación son las que se desarrollan en “excavaciones de urgencia” dentro de la arqueología de gestión, como en Llagú o Castro Urdiales, mientras que las excavaciones de investigación lo que priman son las tallas artificiales, los perfiles estratigráficos sobre las plantas o la publicación descontextualizada de los materiales sin atender a la Unidad Estratigráfica en la que han aparecido.

En cuanto a la prospección la cobertura vegetal del área atlántica de la Península Ibérica dificulta enormemente la localización de restos, incluso en el caso de restos macroestructurales como son los castros (Marín 2006). Ello obligaría a tener que aplicar otras metodologías en las que se puedan seleccionar una serie de puntos sobre cuadrículas en el terreno en los que habría que levantar el tapiz vegetal para poder documentar algún hallazgo (por ejemplo Van der Velde 2001), en lugar de las clásicas prospecciones, ya que sino el panorama seguirá siendo tan yermo como hasta día de hoy.

Pese a todos estos problemas el conocimiento del mundo castreño ha avanzado notablemente en Asturias en los últimos veinte años. Diagnóstico de lo que decimos puede ser la comparación de la *Historia de Asturias* editada por el periódico La Nueva España en 1990 y la de *La Prehistoria en Asturias* editada por la Editorial Prensa Asturiana en 2008. Veremos que precisamente es en la Edad del Hierro donde han sido

notables los avances de conocimiento, más que en ningún otro periodo, puesto que a la Edad del Hierro cantábrica se le ha dado verdaderamente su dimensión cronológica, histórica, y su contenido cultural en los últimos veinte años. En el primer caso los castros se explicaban como epifenómeno de la romanización (Carrocera 1990a) y la Edad del Hierro suponía unos “siglos oscuros” y un salto entre los depósitos de hachas de talón y anillas de la Edad del Bronce y la conquista romana que no sabía explicarse (Blas 1990), mientras que en el segundo se hace proceder y suceder a la Edad del Hierro de la Edad del Bronce, se desarrollan en fases los ocho siglos castreños previos a la conquista romana y los dos siglos bajo gobierno romano, y se produce el desarrollo básico de las principales características y cambios ergológicos, en cuanto a las defensas, por ejemplo, con menor énfasis en las estructuras de habitación y metales, y ninguno en la caracterización de la tipología cerámica de la Edad del Hierro (por ejemplo Villa 2008b; 2008c; 2008d; 2008 e).

Sin embargo a nivel institucional sigue siendo sangrante la falta de atención a la Edad del Hierro desde los arqueólogos de la Universidad de Oviedo, sólo suplido institucionalmente por los técnicos arqueólogos de la Consejería de Cultura, entre los que destacamos a Jorge Camino y Ángel Villa, muchas veces con un protagonismo excesivo debido al cargo que ocupan.

### Cantabria.

El desarrollo de los estudios arqueológicos desde la Universidad de Cantabria a partir de los años setenta no ha supuesto un avance para el conocimiento de la Edad del Hierro en la región, ya que la arqueología de la prehistoria reciente se ha centrado en el Neolítico y las primeras etapas metalúrgicas. Un repaso sobre los proyectos de investigación y planes de estudio de la Universidad es clarificador en este sentido (Moure 1996: 96-98), panorama que, en líneas generales, continúa hasta la actualidad, pese a contadas intervenciones, dentro de proyectos más amplios en donde el peso lo sigue teniendo el Paleolítico, como puede ser la intervención en el castro de La Garma, dentro del conjunto arqueológico homónimo, y dirigido por el profesor de la Universidad de Cantabria Pablo Arias Cabal (Arias y otros e.p.). No obstante se percibe en Cantabria en los últimos tiempos un equilibrio entre las intervenciones sobre yacimientos de época paleolítica con los de Prehistoria Reciente, y sobre todo se corrobora que el nuevo condicionante efectivo en la investigación de la Edad del Hierro y en la Arqueología en general es la Comunidad Autónoma, que es quien da o no subvenciones. Al igual que en Asturias se financió y organizó la exposición *Astures* en Xixón/Gijón en 1995, pese a que dentro del territorio actual del

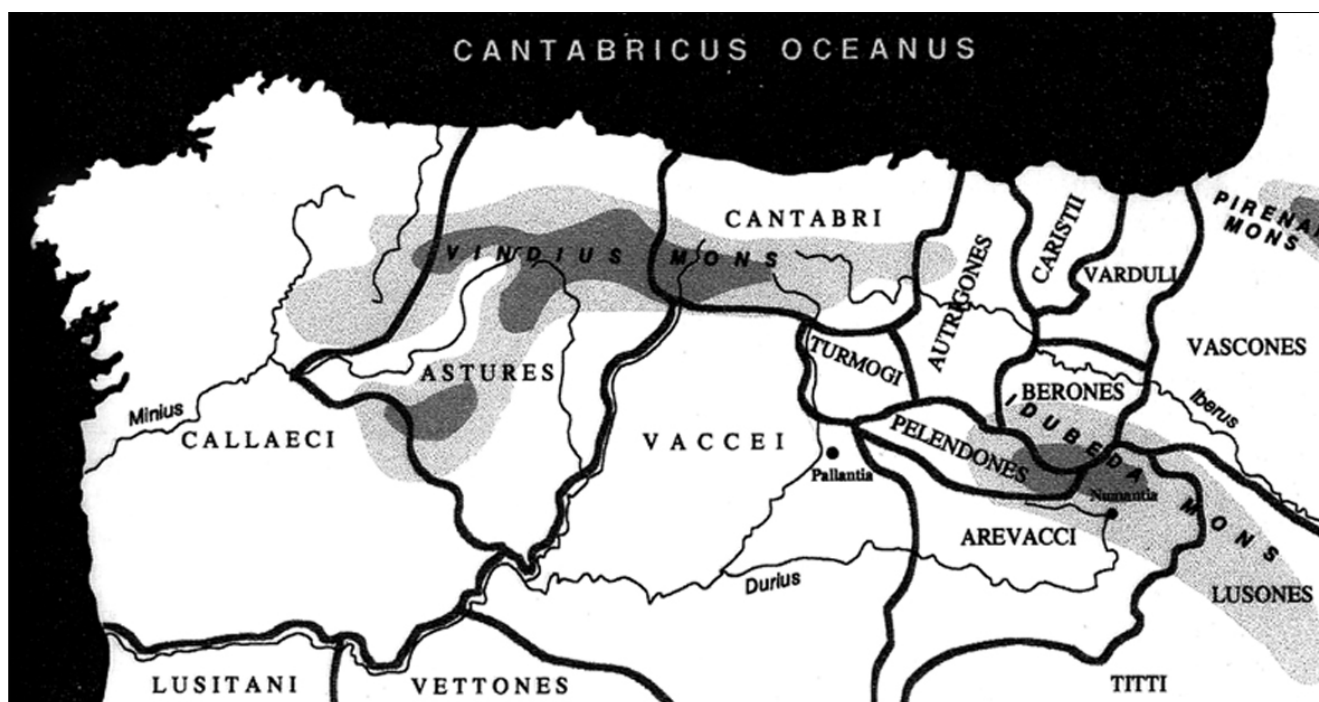


Figura 1.20: mapa de los pueblos de la Edad del Hierro del norte de Hispania (según Peralta 2003).

Principado también se encontraba una parte del *Conventus Lucense* y del *Conventus Cluniense*, en Cantabria la Caja de Cantabria financió en 1999 la exposición *Los Cántabros: génesis de un pueblo*. Son dos claros ejemplos de cómo las CCAA recién creadas condicionan los contenidos y los discursos políticos asociados de la investigación arqueológica, que en muchas ocasiones parecen rastrear el pasado con el único objetivo de sustentar históricamente realidades administrativas actuales, es decir, más en la línea de los antiguos aedos que rememoran el mito fundacional que en la de científicos sociales de espíritu crítico (Bermejo 2002).

A nivel metodológico seguimos viendo el uso de tallas artificiales en las excavaciones de la Edad del Hierro, y de la Prehistoria reciente en general, como en el caso del alto del Gurugú (Valle 2000b), en donde se sacan cerámicas de las tallas 2 y 3, en principio asimilables a la Edad del Hierro, que tras datarlas por termoluminiscencia (TL) una ofrece fechas del s. IV a.C. y otra de época Neolítica, con lo que queda de relieve que esta técnica de excavación no permite documentar correctamente las unidades estratigráficas, y por lo tanto el proceso histórico de cada yacimiento. Estas deficiencias metodológicas las observamos también en otros poblados de la Edad del Hierro como el citado castro de La Garma (Pereda 1999) o en algún *oppidum* norpalentino como Monte Bernorio (Torres 2007). Vemos tan sólo la utilización de la metodología Harris en el castro de Argüeso-Fontibre (Ruiz Gutiérrez 2000). Otra especificidad metodológica de Cantabria es el uso de la TL como técnica de datación, desestimada en el resto de la zona de estudio.

Uno de los hitos de la Historia Antigua, que no de la Arqueología, que pretende estudiar la Edad del Hierro en Cantabria es la publicación de la tesis *Los Cántabros antes de Roma* de Eduardo Peralta en el 2000, reeditado en el 2003. Esta tesis es el ejemplo perfecto de la perpetuación de paradigma histórico-cultural. Como se ha criticado recientemente “la obra de Peralta lleva hasta el paroxismo la metodología, planteamientos y objetivos de la corriente historiográfica de corte etnohistórico que, desde los albores de la pasada década de los noventa, trata de reivindicar el carácter céltico y preeminentemente guerreros de buena parte de los pueblos prerromanos de la Península” (Ríos González 2002: 397). En este sentido el problema del Celtismo no es tanto la pertenencia o no al mundo céltico de los castreños (que en el fondo no sería menos trascendental), sino la imposición de modelos sociales jerarquizados de tipo germánico-heroico, que dan por hecho efectos que el registro arqueológico contradice (Delgado y Grande 2009: 86). Se trata de una obra que sigue acriticamente los postulados de Schulten, Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal, Caro Baroja o González Echegaray, por lo que las fuentes clásicas asumen un protagonismo abrumador en su obra y el recurso a la arqueología es en la línea de relleno material de aquellas hipótesis, deformando los datos arqueológicos con tal de que se corroboren sus postulados. Por ejemplo pese a reconocerse claramente que dentro del territorio “cántabro” la vertiente costera se caracteriza por los castros de pequeño tamaño, de una o dos hectáreas, mientras que al sur de éstos es donde se desarrollan los *oppida*, con decenas de hectáreas (Peralta 2003: 52), sin ningún tapujo se equiparan

ambos tipos de realidades arqueológicas bajo el paraguas de “pueblo cántabro”, que por otro lado se define como una nación antes de Roma ya que tuvieron una clara “conciencia nacional” (Ibid.: 140). Se proyecta sobre el pasado a un recién llegado en el mundo contemporáneo, el Estado-nación (Vilar 2004), con una clara intencionalidad política, tal y como se explicita en la cita de Virgilio del comienzo de esta obra: “tratad de descubrir a la antigua madre patria”. Para ello el proceso histórico se hace arrancar artificialmente en el Bronce Final, que sería el momento en el que arrancaría la “etnogénesis” de los Cántabros como pueblo (fig. 1.20).

Sin embargo creemos que donde realmente ha revolucionado la Arqueología Eduardo Peralta es, precisamente, en los estudios sobre el origen de la fase romana de este sector de la Cornisa Cantábrica, gracias al reconocimiento arqueológico y publicación de una serie de campamentos de conquista o *castra aestiva* del *Bellum Cantabricum*, que están permitiendo entender mejor la geografía de la conquista romana del norte peninsular, así como buscar en otros lugares un tipo de yacimiento que hace pocos años se desconocía (por ejemplo Peralta 2002b). Es notable en este sentido el alto número de *castra aestiva* localizados al norte de Palencia y sur de Cantabria, así como en Asturias, por parte de otros equipos. Del mismo modo el equipo de Eduardo Peralta ha documentado una serie de nuevos castros que se incluyen dentro del ámbito territorial que tenemos en cuenta en la presente tesis.

La obra de Peralta también nos da pie para otra reflexión historiográfica para este periodo en Cantabria, que no es otra que las pugnas mantenidas entre los diferentes investigadores por ver quien pertenece o no *de iure* al campo científico de la arqueología. Esta pugna se mantiene en las notas a pie de página de los diferentes autores (ver ejemplos concretos en el capítulo 4), esgrimiendo argumentos de tipo metodológico y/o teórico, con los que se intenta desprestigiar al “rival”. Se ha llegado al punto de negar o no aceptar que los *castra aestiva* documentados por el equipo de Peralta sean tales campamentos de conquista. Principalmente estas disputas “científicas” se han mantenido entre miembros de la Universidad de Cantabria, así como de otras instituciones de investigación como la universidad privada SEK, contra Eduardo Peralta. Es llamativo observar como en todas ellas se intenta dejar al oponente fuera del campo científico de la Arqueología, por ejemplo acusándole de aficionado, reservando dicho espacio social sólo para el propio equipo en el que se trabaja, lo que paradójicamente es muy poco científico. Que las discusiones de este tipo se realicen en notas a pie de página, en donde se han librado auténticas batallas, da idea de que todos estos investigadores aún no han asumido que la discusión científica, argumentada y constructiva, es una parte consustancial del quehacer científico, sobre todo en las

ciencias sociales, donde existen tantos paradigmas como investigadores. El lado positivo de esta pugna es que ello ha incentivado la prospección de diferentes comarcas de Cantabria (valles del Nansa-Deva, del Besaya, de la rasa costera), con lo que el número de yacimientos castreños documentados está creciendo de forma rápida, compensando de este modo el alto número de cavidades con restos de la Edad del Hierro documentadas en Cantabria, ya que el protagonismo en las prospecciones hasta ese momento lo habían tenido diferentes equipos espeleológicos, como la CAEAP (CAEAP 2003).

## León.

La Arqueología leonesa desde los años setenta hasta la actualidad viene marcada por el coprotagonismo que han tenido el Museo Arqueológico Provincial y la Universidad de León, fundada en 1979, como dijimos, así como por las carencias materiales y humanas de ambas, en cuanto a la investigación se refiere. Si comparamos las intervenciones realizadas en la provincia desde 1971 a 1984 (Vidal 1986: fig. 1 y cuadro) veremos que, no obstante, el conocimiento sobre la Edad del Hierro y la fase romana de los castros y *oppida* se incrementaron notablemente con respecto al periodo previo, gracias a las intervenciones sobre Lancia, Castro Ventosa, Sacaajos, Castro y Corona de Corporales, entre otras. Como en otras regiones españolas estos años supusieron el comienzo de la Arqueología de Gestión, aunque realmente habría que marcar su acta de nacimiento con la aprobación de la Ley 16/1985, de 25 de junio, de Patrimonio Histórico Español, y en concreto con la transferencia de las competencias en materia de cultura a las comunidades autónomas, que en el caso de Castilla y León ocurrió en 1984. Si a ello le unimos algún programa de investigación como es el que se ha llevado a cabo durante años en Las Médulas desde el C.S.I.C., o los llevados a cabo por parte de Jesús Celis, mediante la revisión e intervención directa en algún poblado, como el Chano (Peranzanes), entenderemos que, pese a las notables carencias, este periodo historiográfico es el que mayor información ha proporcionado sobre la Edad del Hierro en esta provincia.

Si comparamos el panorama leonés con el asturiano en los años ochenta veremos como los tiempos historiográficos son particulares en cada tradición, y aquí al menos contamos con tantas tradiciones como provincias. Mientras que en Asturias el paradigma romanista ganaba adeptos en León Morán diferencia claramente entre culturas célticas de la Meseta, la Cultura pastoril del Norte y la Cultura castreña del Noroeste (1988: 9), mientras que Tomás Mañanes (1983) alude con claridad a que los castros de la provincia son prerromanos y que luego serían ocupados en época romana. El paradigma romanista



asturiano puede entenderse como una isla conceptual en un mar gallego, leonés y cántabro en el que se aludía sin problemas a la fase prerromana de los castros.

Por las diferentes tradiciones historiográficas también es posible que mientras que Asturias se caracteriza por el paulatino abandono del celtismo en este periodo, en León aún sigan teniendo representación personajes heredados de la España franquista, como José María Luengo, quien aún sigue abogando por usar lo celta como identificador de las poblaciones prerromanas e hispanorromanas y por posiciones ancladas fuertemente en el paradigma filológico que llevaba desarrollando desde los años 20 (Luengo 1983; 1987). Es llamativo, por ejemplo, como la caracterización étnica y división entre Astures Cismontanos y Transmontanos, que pertenecen a la “cultura céltica de los castros”, se realiza a partir de la *Ora Marítima* de Avieno, que supuestamente se estaría refiriendo a pueblos del Bronce Final preceltas sobre los que luego se dio la celtización a partir del s. VIII a.C. con las “invasiones celtas” (Luengo 1987: 3-4).

Afortunadamente, al igual que José Luis Maya intentó aportar alguna luz al complicado embrollo del celtismo en Asturias, también Jesús Celis, que es uno de los arqueólogos que mejor ha trabajado en diferentes artículos monográficos y síntesis sobre la Edad del Hierro en León, ha tratado en alguna ocasión de explicar las manipulaciones y abusos que se han realizado del celtismo en esta provincia (Celis 2001). Jesús Celis argumenta que una de las mejores formas de no caer en la superchería celta es alejarse de las reconstrucciones paleoétnicas y centrarse en las reconstrucciones sociales, en las relaciones económicas con el entorno, en el estudio del cambio cultural, en las semejanzas con otras áreas... (Celis 2001: 42). Estamos de acuerdo, con estos principios, pero creemos que esta crítica es tan sólo un esbozo y que no se realiza una verdadera labor de deconstrucción no sólo del celtismo, sino de todas aquellas herencias del paradigma histórico-cultural y del positivismo, ya que pese a esta declaración de intenciones y a evitarse las referencias al celtismo, la perspectiva arqueológica de Celis sigue muy influida por el historicismo. Además y, paradójicamente, en sus reconstrucciones culturales de la provincia de León, pese a reconocerse una zona meseteña y otra (El Bierzo) vinculada a la “cultura castreña del Noroeste”, el entorno de la Montaña Leonesa se analiza de forma autónoma, sin tener en cuenta el potencial interpretativo y las semejanzas culturales del otro lado de la división administrativa con Asturias (por ejemplo Celis 1996; 2002; 2002b). En lo que a castros cántabros se refiere aparte de los trabajos de Celis también nos serán de gran utilidad los catálogos de castros de la Montaña leonesa realizados por Gutiérrez González (1985; 1986-87).

Aparte de estas obras e intervenciones se puede destacar el comienzo de las intervenciones en Lancia en 1972 o las de Castro Ventosa y Sacaos en 1975. En 1977 comenzaron las del Castro y la Corona de Corporales, fruto de investigaciones durante bastantes años. Hoy en día las intervenciones del equipo de Las Médulas son las únicas de la historia de la arqueología leonesa que podemos catalogar como sistemáticas, pues se han realizado numerosas intervenciones arqueológicas (excavaciones y prospecciones), estudios de arqueología del paisaje y han dado pie a un notable número de artículos especializados, monografías y tesis doctorales. No obstante en esos primeros años (de 1972 a 1984) se constata una desproporción en los periodos estudiados en donde lo romano supuso más del 50% del total de intervenciones tanto de investigación como de gestión (Vidal 1986: 102-103). Pese a esta desproporción tendríamos que matizar que muchos yacimientos clasificados como romanos realmente responden a poblados prerromanos con una fase final romana, por lo que se vuelve a caer en el error de clasificar los yacimientos por su última fase de ocupación.

En este tercer periodo historiográfico destacan los trabajos, como decíamos, del equipo de del CSIC dirigido por F.J. Sánchez-Palencia, M.D. Fernández-Posse y J. Fernández Manzano que ha trabajado en la *Zona Arqueológica de Las Médulas* (Bierzo) ya que, pese a centrarse en el tema de la minería del oro romana, han excavado diferentes yacimientos de la Edad del Hierro y han presentado nuevas propuestas teóricas y metodológicas para el estudio de los castros leoneses, aunque desgraciadamente también han apuntalado de forma acrítica conceptos como el de “cultura castreña”, que asocian al Noroeste y en donde la zona central asturiana, buena parte de León y una zona de Zamora se han de entender como la periferia de un territorio nuclear. Pese a la variedad del registro arqueológico se ha naturalizado una falsa “cultura castreña”, que además se combina con las divisiones administrativas romanas (Callaecia y Asturia), sin atender a la diversidad de grupos arqueológicos y formaciones sociales dispares de este vasto territorio, pese a que sus intenciones supuestamente sean las contrarias (por ejemplo Sastre 2008). F. J. Sánchez-Palencia, al estudiar la minería del oro romana en el occidente cántabro, trabajó en sus estudios la zona occidental de Asturias y León y el este de Lugo. El problema de este autor es que se mantuvo dentro de un paradigma romanista por el cual la mayoría de los castros de esta zona se entendían como fundaciones romanas destinadas a la administración y habitación de los trabajadores de las minas (por ej. Sánchez-Palencia y Pérez 1983). Posteriormente este equipo de investigación comenzó a estudiar castros prerromanos como el Castrelín de San Juan de Paluezas o la Corona de Corporales (por ej. Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1985, 1986; Fernández-Posse y Sánchez-

Palencia 1988) ubicados en la hoya berciana, y por lo tanto no exactamente cantábricos, como veremos a lo largo de la tesis. De hecho lo que se observa es una mayor atención hacia los avances de la investigación protohistórica gallega que asturiana o cántabra, y ciertas obras adolecen de un conocimiento mínimo de la bibliografía arqueológica básica del inmediato territorio asturiano (por ej. Sastre 2001; 2002; 2008; Orejas 1996). No obstante gracias a este equipo de investigación y a las obras citadas encontramos interesantes aplicaciones de una teoría y metodología arqueológica renovada, mediante el uso de la arqueología espacial y de modelos antropológicos (sociedades campesinas, heterarquías, etc.) que han abierto interesantes y fructíferos debates, como es el hecho de valorar positivamente las formaciones sociales igualitarias, sin caer en los clásicos complejos asociados con el primitivismo de las interpretaciones tradicionales, o intentando explicar la orfebrería y otras manifestaciones culturales desde el comunismo y no desde la jerarquía social. Pensemos por ejemplo en que a M<sup>a</sup> D. Fernández-Posse (2000) le debemos uno de los pocos trabajos de arqueología del género de todo nuestro área de estudio. Por otro lado, algunas obras de este equipo, pese a centrarse en la romanización de la cuenca noroccidental del Duero, por lo que aborda el estudio del territorio leonés comprendido entre los Montes de León y el río Órbigo, al presentar una perspectiva diacrónica y desde la arqueología del paisaje, abordan también el estudio de los tiempos prerromanos, incluso de la fase soteña de la Primera Edad del Hierro en este sector, por lo que resultan también un gran avance por la visión de conjunto que presentan (Orejas 1996).

## **1.5 PERSPECTIVA SOCIAL DEL PASADO PRERROMANO.**

### **1.5.1 La visión capitalista, burguesa y urbana: los orígenes míticos de la nación.**

Una vez que hemos analizado más arriba los usos políticos del pasado prerromano a finales del s. XIX y comienzos del XX, especialmente en el caso asturiano, de la mano del análisis historiográfico arqueológico, ya que la indefinición del campo arqueológico en aquellos momentos así nos los permitía, a continuación veremos los usos y abusos que de conceptos tales como astures, cántabros y celtas se han realizado a nivel popular desde época franquista hasta la actualidad especialmente en Asturias, y en menor medida y de forma más reciente, en Cantabria y León, en ese orden. Usaremos el caso asturiano como paradigma, ya que es la región en donde los “celtas populares” tienen una proyección histórica de mayor calado. En gran medida la invención de la tradición celta en Cantabria sigue y copia el modelo asturiano. León ha sido una de las

últimas regiones en sumarse a este club en donde, sin duda alguna, destaca Galicia. Pero en León las reivindicaciones culturales, políticas e históricas en muchos casos coinciden con las de otras regiones. Pensemos en el carácter celta y la lengua gallega en el Bierzo o en el Reino Asturleonés y la lengua asturiana en el tercio norte de León.

### **Celtas y nacionalismo: el caso asturiano.**

Si exigimos análisis contextuales en el pasado también lo deberíamos hacer en el presente. Por ello, para poder analizar qué ideas se tienen sobre los castros y sobre el celtismo, y cómo se usa todo ello cultural, política y socialmente en la actualidad en Asturias, deberíamos analizar las características y matices concretos del asturianismo cultural y del nacionalismo asturiano en el contexto de la España de las Autonomías. No es equiparable el nacionalismo asturiano al español ni a los nacionalismos de otras regiones porque cada caso responde a unas circunstancias históricas concretas. Por ejemplo el uso que el nacionalismo español hizo de la Prehistoria, y que aún hace, como referente legitimador parte de la posición de un estado soberano a partir del s. XVIII, apropiándose de símbolos y eventos históricos en perjuicio de posibles usos regionales. Si analizamos el caso asturiano veremos que, como región que forma parte de España, su Edad del Hierro y su Historia Medieval -Pelayo, la Reconquista...- han servido tanto para fundamentar la idea de España como para justificar la personalidad de Asturias, especialmente a manos del regionalismo de fines del s. XIX y comienzos del XX como del regionalismo que pervivió en época de Franco que, al no negar la idea de España, encontró acomodo en el españolismo del momento. Por lo tanto no son comparables ambas politizaciones del pasado porque la que se refiere a Asturias nace a expensas de la de España y acaba oponiéndose a ésta. Lo que se está dando en la actualidad, por contra, es una tendencia generalizada a usar la Prehistoria e Historia de Asturias desde fines españolistas hacia otros asturianistas. Es una dialéctica que también ocurre en otras regiones del Estado: usar los eventos históricos desde una perspectiva española o aplicar la escala regional. Este es un tema que debe preocupar a todos los historiadores y arqueólogos ya que “la justificación y la explicación de las actitudes nacionalistas se cree encontrar en la identidad diferenciada del pueblo de que se trate, y tal identidad hunde siempre sus raíces en la Historia, más o menos lejana” (Pereira Menaut 1994: 852). En Asturias y, en menor medida, en Cantabria, ese origen nacional se busca de forma generalizada en Astures y Cántabros, frecuentemente asociados a lo celta en un sentido amplio. Otro de los rasgos del periodo actual, a partir de la Transición, es precisamente la generalización a nivel popular de los usos políticos del pasado, cuando

lo que habíamos visto más arriba es que hasta época franquista los discursos fundamentados en la politización del pasado se circunscribían a ciertas elites burguesas de ideología regionalista que además eran los que controlaban el incipiente campo científico de la Historia y la Arqueología. Por ello, para entender esta “democratización” del conocimiento histórico en la Asturias subactual hemos de rastrear el origen del nacionalismo asturiano (Marín 2004a; 2005).

En los años 60 la minería y la metalurgia dejaron de ser rentables y entraron en crisis, con huelgas obreras de importancia. Asturias deja de recibir mano de obra y comienza de nuevo la emigración, principalmente hacia Europa (Brugos 1995). En 1969 se creó la revista *Asturias Semanal* en la que empezaron a verse las primeras voces críticas con el franquismo, especialmente por la crisis industrial. En esta revista hay una postura que puede entenderse como de “regionalismo económico”, ya que los estudios económicos que vemos en ella apuestan por decisiones a escala regional para afrontar la crisis. Ya se habla en esas páginas de la necesidad de que haya un “espíritu regionalista” para hacer frente al “colonialismo interior” que vive Asturias. Tras la muerte de Carrero Blanco la revista asume un mayor protagonismo en el terreno cultural, especialmente en el campo histórico, fomentando multitud de estudios. Además se centró también en la Asturias tradicional y rural (Brugos 1995: 59-60). Recordemos que una de las características de la creación de identidades culturales por parte de las elites culturales es la traducción al código burgués -culto- y urbanita de aquellos elementos que se destacan como característicos y distintivos, es decir, ciertos elementos históricos, los rasgos etnográficos -que al igual que la Historia se idealizan- y la lengua. Además, en el caso asturiano, la industrialización no creó un proletariado opuesto a la cultura campesina y participante del código culto sino que se produjo una ósmosis entre la clase obrera y el mundo rural asturiano. Es una clase obrera que ha sido puente entre la identidad étnica asturiana y las formas de organización y de difusión del saber que la burguesía no usó para separarse culturalmente de la identidad española (Fernández González 2000: 82).

Respecto a la lengua es en la propia revista *Asturias Semanal* en donde comienza a aparecer en 1974 una sección denominada “Conceyu Bable”, encargada de recuperar la lengua asturiana a todos los niveles, y pronto este movimiento pasa a ser cultural y político. Conceyu Bable tratará que la lengua sea un tema que aglutine a las fuerzas políticas de izquierda. Se une la defensa del bable frente a Madrid con la defensa de las clases trabajadoras -hablantes de asturiano- frente a los explotadores -hablantes de castellano-. Conceyu Bable va adquiriendo cada vez más tintes políticos y ellos mismos se desligaron de otras asociaciones como Amigos del Bable (Brugos 1995: 106). En pocos años se ha dado el paso del

bablismo franquista, ya que esta lengua al no asociarse a ninguna reivindicación política no fue perseguida e, incluso, puede decirse que fue fomentada por instituciones afines al régimen como el I.D.E.A., a la reivindicación lingüística de izquierdas con tintes nacionalistas. El salto definitivo hacia el nacionalismo se puede marcar en 1977 cuando Conceyu Bable edita el *Cartafueyu Nacionalista* (San Martín 1999: 25), en un contexto internacional de nacionalismos radicales influidos por la descolonización, las teorías revolucionarias y de liberación nacional, y, en el caso concreto de España, por el colapso del franquismo y los profundos cambios en la estructura social del país. En la segunda mitad de los 70 hay opciones políticas autonomistas como Unidá Rexonalista o el PSPA -del cual forman parte dirigentes de Conceyu Bable-, pero también aparece en 1977 el primer partido nacionalista asturiano, el Conceyu Nacionalista Astur (CNA), con un proyecto revolucionario, popular y de clase, para luchar por la autodeterminación de Asturias e interpretando la situación de ésta en clave colonial (San Martín 1999: 25, nota 31). El CNA hace uso de un supuesto pasado celta de Asturias e identifica la lucha de Asturias contra España con la del resto de “países celtas” -Breñaña contra Francia; Irlanda del Norte, Escocia, Gales y Cornualles contra Gran Breñaña, etc.-. Por lo tanto, desde el nacimiento del nacionalismo asturiano como tal, el elemento celta estuvo presente en la recreación histórica que necesitan para sus objetivos (fig. 1.21).

Por otro lado debemos entender este proceso dentro de la España de las Autonomías cuya acta de nacimiento es la Constitución Española de 1978. De este modo Asturias se formó como Comunidad Autónoma a partir de 1981, con un Estatuto de Autonomía que, al igual que el actual, no cooficializaba la lengua asturiana, principal reivindicación del nacionalismo asturiano. A ello le debemos añadir la intensa crisis económica del sector industrial y minero asturiano, desde entonces hasta la actualidad. Aja (1992: 54-60) señala como problemas de la España de las Autonomías el escaso peso de las Comunidades Autónomas en las decisiones generales del Estado y el descontento de la ciudadanía ante la inoperatividad de sus instituciones autonómicas como otro de los problemas de nuestra organización territorial, especialmente graves entre aquellas Comunidades Autónomas de segunda categoría (las regidas por el artículo 143 de la Constitución) como Asturias. Un problema que Aja no ha señalado pero que resulta fundamental para el caso asturiano es el del contenido de su Estatuto. Además de las escasas competencias que se le atribuyen, es destacable la escasa preocupación por las cuestiones que realmente afectan a Asturias. Los pilares de la economía asturiana, la minería y la siderurgia, son empresas de capital público y por lo tanto regidas por el gobierno del Estado. Por otro lado, las decisiones que afectan a la agricultura y



**Figura 1.21:** “Pueblos celtas en lucha por la libertad”: el celtismo es uno de los pilares que justifican las reivindicaciones políticas del nacionalismo asturiano desde sus orígenes en los años 70. Cartel del CNA.

la ganadería, las otras dos piezas clave de la economía de la región, iban a ser controladas en lo sucesivo por Bruselas, en el marco de la Unión Europea. Durante todos estos años la ciudadanía ha comprendido que las decisiones tomadas en Uviéu/Oviedo en lo tocante a su economía tenían muy poca o ninguna relevancia, y tal vez por ese motivo la preocupación de los asturianos por fomentar el poder decisorio de sus órganos autonómicos ha sido nula. El reflejo dentro del ámbito político de este fenómeno queda representado por el arco parlamentario asturiano, en el que sólo encuentran cabida agrupaciones de ámbito estatal, que son definidas por muchos autores como sucursalistas (Barrio Alonso y Suárez Cortina 1989: 152). Otro aspecto injusto de la actual configuración territorial del Estado es la categoría de Comunidad Histórica para el País Vasco, Cataluña y Galicia por haberse aprobado sus respectivos estatutos de autonomía en periodos históricos previos, como la II República. Durante la II República trabajaron en el proyecto de un estatuto para Asturias diferentes grupos federales, pero finalmente no llegó a materializarse, entre otras razones porque la Revolución de 1934 acabó con el movimiento federalista (San Martín 1998: 141) o porque el intento de 1937 se vio frustrado por el desenlace de la Guerra Civil. Por ello Asturias no ha recibido la categoría de Comunidad Histórica.

Otra clara consecuencia del Estado autonómico que comienza a revelarse es el hecho de que cada comunidad autónoma ha comenzado a armarse con un

aparato ideológico, historicista y mitificador cuyo fin es imitar el lenguaje del nacionalismo vasco y catalán, que tan buenos resultados aporta, y por ello se registra el crecimiento de agrupaciones políticas nacionalistas para defender los derechos nacionales históricos de su región. También Linz (1981) plantea algunas ideas similares al afirmar que en España los partidos nacionalistas y regionalistas han crecido en importancia desde finales del siglo XIX, quitando terreno a los partidos estatales. Cataluña y País Vasco son buenos ejemplos de cómo los nacionalismos regionales se llevan la mayor parte de los votos y de cómo los partidos estatales pueden representar de un modo imperfecto los intereses de esas regiones, ya que están organizados dentro de partidos de ámbito estatal y han formado parte de los sucesivos gobiernos del Estado. Para el caso asturiano algunos autores también pronostican un ascenso del nacionalismo (Fernández González 2000: 82), aunque de momento esta afirmación no se ha visto corroborada en las diferentes citas electorales de los últimos tiempos.

El afianzamiento del nacionalismo asturiano en el espectro político asturiano y su moderado auge en los últimos veinticinco años puede deberse a cinco problemas básicos, según David M. Rivas (1997: 94-96): la drástica reestructuración de sectores productivos tradicionales: leche, hierro y carbón; la incapacidad de las instituciones asturianas de mejorar el estatuto de autonomía; la escasez de empleo que hace que Asturias siga siendo una de las comunidades con mayores índices de emigración; el recrudecimiento

de los sistemas de explotación capitalista; y la desaparición paulatina de la conciencia de clase entre los obreros.

Este contexto social, político y económico, en el que presumiblemente va a crecer el número de grupos que tiendan hacia una identidad cultural asturiana y también los que lo hagan hacia una identidad política -nacionalismo asturiano- lo debemos tener en cuenta como arqueólogos por dos motivos fundamentales: es la sociedad a la que en teoría deberían llegar nuestras interpretaciones, por lo cual tendríamos que conocer las especificidades de ésta ya que si no el diálogo no va a ser posible, y porque cada vez más se va a usar nuestro objeto de estudio -las sociedades de la Edad del Hierro- para fundamentar las identidades colectivas que se están creando en la actualidad, sea en la forma de nacimiento de la Asturias actual, de España como Estado-nación o en la de los valores asociados a los celtas (Marín 2005).

En este marco sociopolítico surgió en 1983 el Ensamble Nacionalista Astur (ENA) y poco después la Xunta Nacionalista Asturiana (XNA), que se juntarán y formarán la Unidad Nacionalista Asturiana. En 1985 se creó un partido de centro más moderado, el Partíu Asturianista (PAS), que ha llegado a tener peso en la Junta General del Principado, pero que en las últimas elecciones autonómicas ha perdido toda la representación. El PAS nació en un momento en el que estaban más consolidadas las ideas nacionalistas y quizás su éxito respecto a las otras fuerzas nacionalistas se deba a que se define como asturianista e interclasista, no pide la autodeterminación, acepta el marco institucional y pide la reforma del estatuto (San Martín 1999: 26). En 1990 surge otro partido nacionalista marxista, Andecha Astur (AA), que también se basa en la teoría del colonialismo interno de un estado imperialista castellano que explota los recursos naturales asturianos. De este partido se desligó la Izquierda Nacionalega Asturiana (INA), que más adelante se unirá al Bloque de la Izquierda Asturiana (BIA), surgido poco antes. Proporcionalmente el voto nacionalista tiene aún poco peso -por ejemplo en 1991 fue el 3 % de los votos -, pero en 1990 un 11 % de los encuestados en Asturias hablaban de ésta como su nación (Girón Miranda 2000: 104). Seguramente el nacionalismo no se traduce en votos por las divisiones continuas, falta de homogeneidad en los proyectos y desorganización interna, además de cierta imagen “radical” (“asturtzale”) que se proyecta en la sociedad, aunque las condiciones sociales e institucionales serían propicias para ello. De todos modos no se debe confundir la escasa representación parlamentaria con la significación de este movimiento social, pues se considera como uno de los que tiene mayor fuerza movilizadora de Asturias, además de su influencia en la agenda política o que algunas de sus propuestas, como la oficialidad de la lengua asturiana, ocupen un

lugar central en el debate público y político asturiano (San Martín 1999: 27). En general es un nacionalismo de izquierdas, que busca la emancipación social y la emancipación nacional a la par, y que está transformando la identidad étnica asturiana en identidad cultural, incluyendo en este discurso -que en principio se compone de sistemas de representación y comunicación burgueses y cultos- a las clases populares asturianas -campesinos y proletarios-, en un momento en el que el proletariado asturiano está pasando de ser un “obrero masa” a ser un “obrero social” y en el que en el campo asturiano se están incorporando las explotaciones capitalistas (Fernández González 2000: 83-84). Estas son las características particulares del nacionalismo asturiano con respecto al resto de los de la Península Ibérica: haber surgido en un momento muy tardío y no ser de base burguesa. Este es un rasgo compartido con Cantabria. Pero lo que nos debe importar aquí es que para muchos de estos partidos “su fin es conseguir un Estado-Nación basado en la etnicidad celta” (Girón Miranda 2000: 106). Es decir, en esta traducción, en muchos casos acelerada, de los rasgos de la identidad étnica a la identidad cultural asturiana -proyecto básico en cualquier movimiento nacionalista, incluido el español- el celtismo y la “cultura castreña” caracterizada como céltica juegan un papel fundamental, que también va en aumento. El hecho diferencial del nacionalismo se suele explicar con una línea directa sobre el pasado (Pereira Menaut 1994), como por ejemplo “los asturianos son diferentes porque son celtas” o “son diferentes porque son un pueblo muy antiguo”. En este sentido el Partíu Asturianista escribe en su *Cartafueyu Asturianista*: “¿De qué podemos presumir los asturianos más? Lo mejor ye presumir de lo importante, de lo que nadie ye nel mundu, de lo que somos sólo nós: asturianos. ¿Puede haber daqué más importante? Y si se quier presumir d’antepasaos, chí tán los nuestros habitantes de les cueves (...), de lo castros o los del picu asturiense, los que comíen mariscu; y, más acá, los que s’enfrentaren a Roma o los qu’asotriparen al moru y crearon el Primer Reinu de la Península. ¿Pa qué necesita otros modelos un pueblu tan perantigu? Ser asturianu ye tolo más que se puede ser y a lo que se puede aspirar comu pueblu” (Partíu Asturianista 1997:37).

Más adelante se aclara que la unión con los tiempos prehistóricos viene por los restos arqueológicos, la toponimia y sobre todo por tener el mismo nombre: Asturias. Pero realmente, para el PAS, se debería hablar de Asturias sólo con la conformación del Reino de Asturias. Es habitual que el origen de la actual Asturias a nivel político y de soberanía se marque en aquel reino medieval, dejándose a la época castreña, prerromana o céltica como un referente étnico, cultural e incluso racial que asemejaría la situación de Asturias a la del resto de “países celtas”. Algunos autores como Inaciu Iglesias (1999) creen que

sólo podemos situar el origen de Asturias en el Reino de Asturias, ya que es en ese momento cuando nace una identidad asturiana que llega hasta la actualidad, con unos rasgos como la lengua y las instituciones políticas que se originan en esa época. Esta línea con el pasado no se podría retrotraer a tiempos prerromanos, según este autor, porque sería obviar la ruptura total en lo social y cultural que supuso la romanización. Parece que la idea esencialista por la cual podemos hablar de Asturias al menos desde el s. VIII d.C. es compartida por mucha gente. Pero algunos van más allá y llegan incluso a posturas racistas, parecidas a las del regionalismo de principios de siglo, sólo que disfrazándolas de estudios genéticos. Así en la revista nacionalista *El Fielatu*, que sirve de propaganda para las ideas de Andecha Astur, podemos leer en un artículo titulado “Xenéticamente celtas” (El Fielatu 2001:20) como ciertos estudios llevados a cabo por el Hospital Central “determinen la celticidad xenética de los asturianos” debido a una supuesta semejanza genética con los pueblos del norte de Europa “especialmente con aquellos que tuvieren presencia celta”. De este modo los asturianos serían genéticamente diferentes a los españoles. En esta misma revista encontramos artículos propios de la *fringe archaeology*, como uno en el que supuestamente se habla citando a libros y estudios serios y cuyo fin es demostrar las relaciones entre los astures y los antiguos egipcios (García Pedrayes 2003). Todo tipo de evoluciones etimológicas forzadas y despropósitos sirven para concluir que Asturias es uno de los pueblos más antiguos de Europa, siéndolo incluso antes que los romanos, por lo que es injusto tener un estatuto de autonomía de segunda categoría y que no se reconozca como comunidad histórica. Otro artículo de la misma revista justifica la unión cultural de los pueblos celtas por una supuesta adoración conjunta al tejo entre todos estos “países celtas” (Porta Allende 2003). Otras veces el celtismo puede quedar reflejado de forma más sutil, como cuando la sección de Andecha Astur del concejo de Ribeseya pide como algo “básico” la instauración de un Festival Intercéltico en dicho municipio, en un folleto político donde se explica el programa electoral de dicho partido.

No deja de ser significativo que esta formación política haya dedicado tres de los treintaidós comunicados y notas de prensa, recogidos en su página de Internet (<http://www.geocities.com/CapitolHill/Lobby/2218>), a la Arqueología. En una de estas notas de prensa pide que se agilice la Aprobación de la ley de Patrimonio Histórico, aunque se presente un fósil de dinosaurio como muestra de dicho patrimonio asturiano. Además se alude a la destrucción del castro de Cellagú (Llagú) y la desprotección de la Campa Torres. Otra nota de prensa titulada *Andecha Astur denuncia'l desdexamientu y desprotección del castru La Campa Torres, y alvierte de la*

# ¿ QUÉ PASA COL ESTATUTU ?



**Figura 1.22:** “El pueblo asturiano siempre defendió su identidad e independencia: contra los romanos, los moros...”: portada y primera página de un panfleto del partido nacionalista Andecha Astur en el que se critica el estatuto de autonomía asturiano antes de una de sus últimas reformas.

*posibilidad d'un desastre comu'l producíu nel Llagú, n'Uviéu se centra en estos casos y alude a la responsabilidad política de los gobernantes para evitar pérdidas irreparables del patrimonio cultural asturiano. En otra se quejan directamente de las escasas subvenciones que recibe la Arqueología en Asturias y de que además sólo un tercio es para los arqueólogos de la Universidad de Uviéu/Oviedo -son los datos de 1988-. También denuncian que algunos arqueólogos reciben varias subvenciones por diferentes yacimientos, en lugar de que haya un yacimiento por arqueólogo. Y añaden que las subvenciones se otorgan sin seguir criterios científicos sino teniendo en cuenta la inclinación política del arqueólogo. Queda bastante claro como hay un especial interés no sólo en el pasado prerromano sino en el contexto institucional y académico que lo investiga. Es una preocupación por el patrimonio arqueológico asturiano que es de agradecer, pero hemos de tener en cuenta las causas que la provocan; es tan sencillo como que este colectivo siente los atentados contra el patrimonio arqueológico -especialmente el de la Edad del Hierro- como auténticos ataques contra la identidad de los*

asturianos. Lo que sí está claro es que los partidos nacionalistas, y en concreto Andecha Astur, tienen más en cuenta a los arqueólogos y a la Arqueología que al revés. Es hora de que los arqueólogos descendan al terreno de los mortales y se preocupen por las representaciones alternativas de nuestro objeto de estudio.

Son sólo algunos ejemplos, pero nos sirven bien para ver como desde las filas nacionalistas se instrumentaliza el pasado prerromano, sea en la forma de astures castreños o en la de celtas, para los intereses partidistas, pero también como han creado un ideario colectivo sobre el pasado prerromano de la región que se ha difundido como la pólvora y que a día de hoy es compartido por la mayoría de la sociedad asturiana, sean del signo político que sea. No deja de ser curioso en el caso del celtismo la aparente contradicción entre intentar demostrar continuamente la especificidad de la cultura asturiana desde la Prehistoria y por otro lado insertarla en una amalgama céltica junto a otros países del arco atlántico, lo que no hace más que homogeneizar los rasgos peculiares de Asturias con los de otras culturas. Es decir, para que no se confunda lo asturiano con lo español se intenta confundir lo asturiano con lo irlandés, lo bretón, lo escocés... Esta crítica que ya vertimos sobre los arqueólogos celtistas nos sirve ahora para el celtismo popular: insertar lo asturiano en una supuesta cultura celta europea, que no es más que un invento historiográfico que surge en el s. XVIII (Marín 2005: 43-47), significa no poder analizar correctamente la especificidad de los rasgos culturales que se han dado en el solar asturiano a lo largo de la Historia. Otro problema es la idea esencialista que, al igual que con el regionalismo o con la arqueología del periodo franquista e incluso la de algunos autores actuales, se sigue teniendo. Todas ellas se basan en una metáfora organicista de los pueblos. Cada pueblo sería como un organismo que nace en un embrión originario en todo diferenciado (Pereira Menaut 1994: 854), que en el caso asturiano se suele marcar en la Edad del Hierro (fig. 1.22), pese a que cada vez se esté más seguro de un origen de los castros como evolución de las sociedades del Bronce Final. La perspectiva popular suele cortar el proceso histórico en un momento dado, el periodo prerromano, coincidiendo con el momento del que tenemos datos históricos, por lo que ya se puede denominar a aquellas gentes con un nombre concreto, como astures o como celtas, y caracterizando a ese periodo como el nacimiento de lo que hoy es Asturias. La clave para ello es, como ya hemos dicho, que en este periodo se sitúan las primeras referencias escritas, de las que derivan las homfonías astures/asturianos y Asturia/Asturias, y la utilización de todo el entramado céltico, ensayado con éxito anteriormente en muchas otras regiones y estados europeos. Todo el periodo prehistórico previo a esta fundación de Asturias se suele condensar en un solo punto, en una perspectiva

completamente acrónica. Sin embargo el proceso de formación de los pueblos no es algo que tenga un comienzo y un fin, sino que algunos rasgos culturales se van perdiendo, otros se conservan y otros se van adquiriendo, todo ello en un proceso continuo (Pereira Menaut 1994: 856). Por otro lado la metáfora del ser o sujeto social subyace en la idea que normalmente el nacionalismo maneja a la hora de hablar de los pueblos, en la que la identificación con el pasado y la permanencia a lo largo del tiempo de una esencia o ser nacional a pesar de los diferentes momentos históricos y circunstancias y contradicciones sociales cambiantes, se justifica principalmente por compartir con aquellos pueblos del pasado un mismo nombre -astures prerromanos, el reino de Asturias medieval...-. Esta metáfora valdría si tenemos en cuenta que el nombre de una persona es un imperativo social, una identidad social constante y duradera que designa al agente en todos los diferentes campos sociales que participe, pese a las fuertes variaciones de tiempo y espacio. Es decir, el nombre de una persona es lo poco inmutable de ella ya que la dimensión propiamente biológica de la individualidad está sometida a variaciones dependiendo de las épocas y lugares, es decir, de los espacios sociales (Bourdieu 1994: 79-80). Si tuviéramos que usar una metáfora nominalista para hablar de los pueblos habría que usarla en este sentido, evitando todo tipo de esencialismos. Ni siquiera la sociedad asturiana actual es la misma que la de hace 30 años. ¿Cómo traer entonces los rasgos distintivos de lo asturiano de manera inmutable desde hace más de dos mil años? Pensemos además en la infantil perspectiva de la conquista romana en la que hay unos buenos -los astures- y unos malos -los romanos-, imagen reforzada por los cómics de Asterix. Entonces las tribus que se aliaron con Roma según el bronce de Bembibre ¿debemos definir las como traidoras? ¿No es absurdo equiparar un supuesto colonialismo romano sobre los astures con un supuesto colonialismo español sobre Asturias y a la par reivindicar la oficialidad de una lengua romance como es el asturiano?

### La música celta.

Aparte de las ideas celtistas proyectadas por los diversos grupos nacionalistas también han tenido mucho peso en los últimos 30 años las ideas desarrolladas por los diferentes grupos musicales asturianos, principalmente los de música tradicional, pero sin descartar a los de los otros estilos. El papel que ha jugado y que está jugando la música en la identidad colectiva de los asturianos y en la concienciación en multitud de temas de máxima actualidad ha sido y es de especial relevancia, entre los que podríamos destacar la difusión de la lengua asturiana. Pero el tema que nos atañe y que analizaremos brevemente es el de la “música celta” pues ha sido uno de los principales medios de difusión







Figura 1.24: cómic aparecido en el *Anuariu de la Música Asturiana* (VV.AA. 2002), en el que se ironiza sobre las diferentes teorías respecto al origen de la gaita (celtas, romanos, fenicios...).

intercélticos (fig. 1.25), entre otros productos celtas, son muy rentables y en Asturias proliferan a toda velocidad. Hay festivales de una sola noche en donde tocan varios grupos (*Nueches celtas*) y festivales intercéltricos de varios días con pasacalles, festivales de cine y teatro, concursos de bandas de gaitas, etc. Sin duda esta rentabilidad económica va a hacer que lo celta siga en permanente ascenso, y con ello las concepciones etnicistas y esencialistas que sobre el pasado tiene asociadas. Estas ideas son las que la gente recibe y comparte. La “música celta” fomenta una ideas etnicistas que calan hondo en la sociedad (Marín 2005b: 322-323).

Podrían ponerse muchos ejemplos de letras o portadas de discos asturianos en los que se hace referencia al celtismo, incluso en su versión racial, como es definir unos ojos azules como ojos celtas, con las ya clásicas asociaciones de elementos que no tienen nada que ver entre si como las rhunas, los entrelazados irlandeses, elementos de la cultura material castreña, etc. Pero un resumen de estas ideas lo podemos encontrar en la letra de la canción “Brega Celta” del disco *Asturies* o trabayes del grupo Dixebra: “¿Que aporta caberamente con los collacios del I.R.A.?/¿U tá'l so enfotu por algamar una Irlanda xunida?/¿Que francés se esmolez si Breña escaez la so llingua?/El

vieyu suañu celta piérdese na borrina./¿Trisquel frayáu!/Sofriendo la marxinación y el proceso d'aculturación/un simbolismu afayadizu asemeyamonos hasta na opresión/¿Escaeceremos los nuegos raigaños o afayaremos la solución?/celtes sedremos con tolos pueblos qu'al final topen el ser de so!/¿Trisquel armau!/Espertai darreu de la galbana/Recuperai la vuesa fe atlántica/Amburiai les banderes de l'agresión/Iguai l'andecha de la lliberación/¿Trisquel armáu, brega celta! (tán llocos estos romanos)”<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> ¿Qué sucede finalmente con los amigos del I.R.A.?/¿Dónde está su esfuerzo por conseguir una Irlanda unida?/¿A qué francés le preocupa que Breña pierda su lengua?/El viejo sueño celta se pierde entre la niebla./¿Trisquel roto!/Sufriendo la marginación y el proceso de aculturación/, un simbolismo similar nos asemeja hasta en la opresión./¿Perderemos nuestras raíces o encontraremos la solución?/Celtas seremos con todos los pueblos que al final encuentren su ser/identidad!/¿Trisquel armado!/Despertad rápido de la pereza/Recuperad vuestra fe atlántica/Quemad las banderas de la agresión/Recomponed el trabajo solidario de la liberación./¿Trisquel armado, arenga celta!/(Están locos estos romanos).



**Figura 1.25:** cartel de uno de los muchos festivales intercélticos que son habituales en el verano asturiano (nótese la combinación de rhunas escandinavas con entrelazados castreños).

### Los celtas populares.

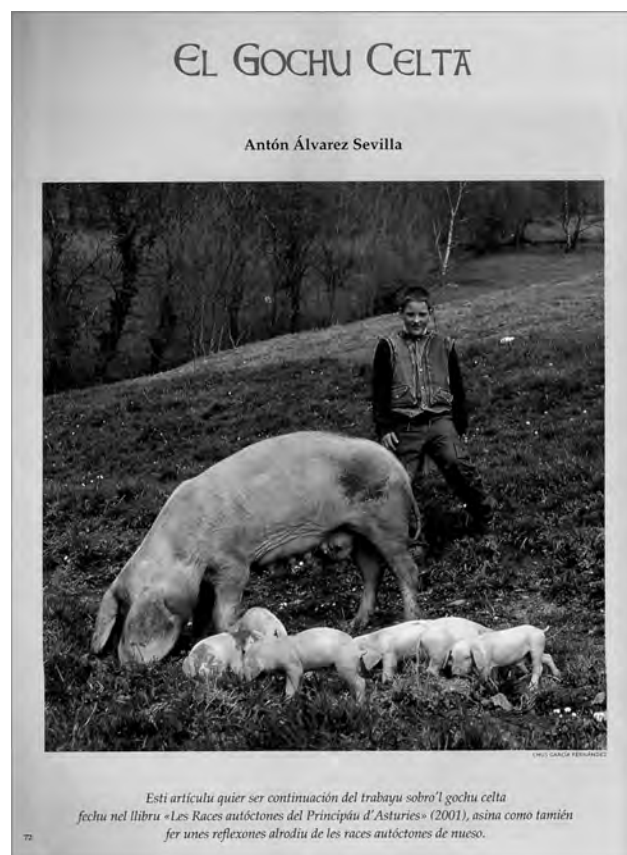
Pese a la generalización del uso del pasado prerromano y de los celtas entre la sociedad asturiana a diferentes niveles -político, musical...- podemos seguir señalando ciertas elites socioculturales que han tenido un papel muy activo en la creación de estos nuevos mitos. Esta “cepa intelectual” que ha creado a los celtas ha sido responsabilidad de muchos científicos sociales -historiadores, lingüistas, arqueólogos, etnógrafos...- y, en su versión más popular, de unas elites socioculturales bien definidas. En el caso de Asturias el celtismo ha sido algo por lo que se ha luchado con fuerza desde la Transición Democrática. La creación en 1981 de la Lliga Celta d’Asturies tuvo

especial importancia en este campo. Esta asociación, a través de la revista *Ástor*, en la que dan a conocer sus ideas, dejó claro como para ellos casi todo lo que hay en Asturias es celta. Si los celtas han sido un recurso sencillo, ensayado desde hace más de doscientos años, para todos aquellos grupos que querían reivindicar su hecho diferencial, la vía por la que opta la Lliga Celta d’Asturies es aún más sencilla. Si los especialistas no se ponen de acuerdo sobre si lo celta se debe usar sólo a nivel lingüístico, si se puede calificar como celta la cultura material, si realmente existieron los celtas... la gente de la Lliga ataja diciendo que todo en Asturias es celta. Los argumentos que se esgrimen suelen ser los típicos de la arqueología, historia y lingüística de ciencia-ficción. Por ejemplo en un artículo en el que se vincula a los astures con los celtas consanguíneamente, pero no racialmente, se dice que la antigüedad de astures y cántabros es anterior incluso a la de expansión de las lenguas indoeuropeas, ya que los cántabros proceden de las inmediaciones del Himalaya como lo corrobora la similitud fonética entre el nombre de ese pueblo y la cordillera de Chandabras (Somoano 1983), y se añade que sobre el 2000 a.C. vendrían poco a poco hacia el lugar actual. Los romanos fueron los responsables de que dejaran de hablar lenguas celtas. En otro artículo dicen que entienden el celtismo “como un de los factores que conformen la especificidad de la cultura asturiana”, que como otras culturas celtas están en peligro de desaparecer por la fuerza; y se “decidió da-y primacía al factor célticu” por ser uno de los más perjudicados por la “romanomanía” (Lliga Celta d’Asturies 1983: 20-24). Se elude el término “raza” porque simplemente se sustituye por “etnia”: lo celta es lo fundamental en Asturias porque, además de ser cultural, supuso el único aporte étnico de la región. Aunque se disfraza eufemísticamente se quiere decir que la base para defender que Asturias es celta no es la cultura sino la raza. Esta “época d’apoxeu de la civilización celta” se suele definir con el eufemismo de prerromana, según los miembros de la Lliga Celta, aunque la “hestoria científica europea” demuestre la celticidad de los astures continuamente. El recurso científico va a ser clave en los discursos celtistas del periodo, como veremos más abajo. El artículo mencionado aclara que los romanos borrarón las lenguas gaélicas de Asturias y que la lengua asturiana, pese a ser romance, se relaciona con las lenguas celtas en el hecho de que también está en peligro de desaparecer. También serían celtas los grupos ecologistas asturianos ya que los celtas tenían un panteón inspirado en la naturaleza. De todos modos se aclara al final del artículo que siempre pretenden explicar “la historia de nos, de la man de la ciencia, la crítica y la obxetividá...”, no sabemos si como recurso humorístico o salvaje ironía (Marín 2005a).

En las páginas de esta revista, que llegó hasta los años 90, podemos encontrar todo tipo de artículos,

de las materias más diversas, que tienen como objetivo fundamental demostrar el celtismo asturiano y la especificidad cultural asturiana con respecto a España. Es evidente que destaquen los artículos dedicados cuestiones históricas y filológicas, sin embargo los arqueológicos, pese a la continua referencia al pasado prerromano, no están representados. La explicación es sencilla: los arqueólogos que trabajaban, y trabajan, en esos años en castros asturianos no eran buenos aliados para las tesis celtistas, como vimos en el capítulo anterior. Incluso son frecuentes las quejas por la falta de investigación sobre castros, así como por la ausencia de dichas tesis entre los arqueólogos. Es Lisardo Lombardía (1990) quien deja claro, en uno de los últimos números de la revista, como el celtismo hay que verlo en varios niveles: como problema histórico, como problema arqueológico; y el “celtismu como fenómenu ideolóxicu” (Lombardía 1990: 11). Al autor le interesa especialmente el último caso; el celtismo como algo que marca la diferencia y que se puede incluir bajo el “atlantismo”, que sería la forma de vivir el celtismo en los países atlánticos. Se queja también de que ahora los arqueólogos no utilicen el término celta y sí el de prerromano. Para justificar el celtismo alude a que autores como J. M. González y Fernández-Vallés lo demostraron y ellos actuaron con un método científico y objetivamente, por lo que debe quedar claro que sí existieron los celtas. Para este autor castro es sinónimo de celta, por lo que hubo celtas en Asturias, y se critica a los asturianistas que no recurren al celtismo.

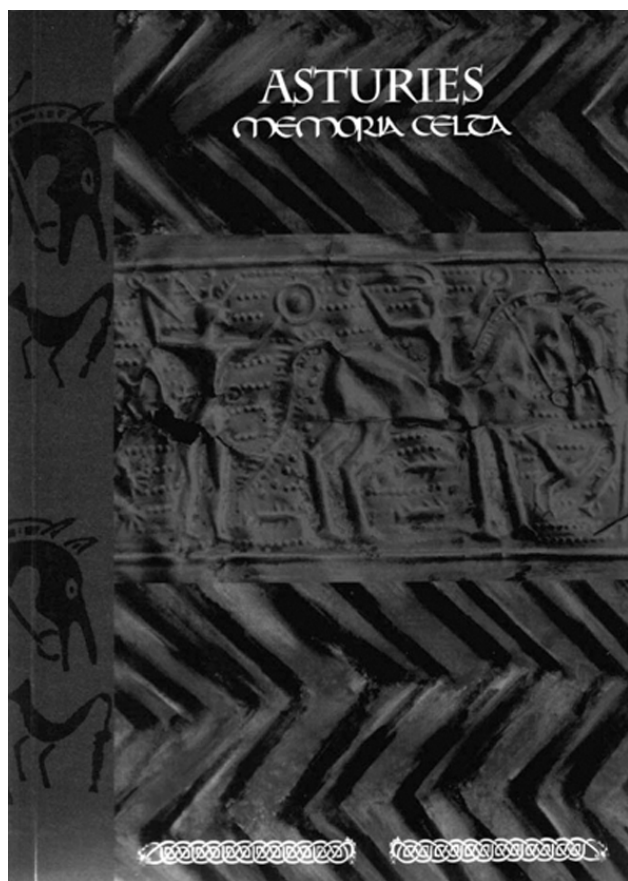
Colaboradores de la Lliga Celta d'Asturies, como el citado Lisardo Lombardía o Alberto Álvarez Peña, y otros autores como Ástur Paredes, Xosé Nel Riesgo o Gausón Fernande toman el relevo celtista en el Conceyu d'Estudios Etnográficos Belenos y la revista *Asturies, memoria encesa d'un país*, cuyo primer número sale a la luz a mediados de 1996. Desde esta fecha han trabajado duro en la defensa del patrimonio etnográfico, arqueológico, lingüístico... asturiano, pese a que ninguno de ellos sea historiador, arqueólogo o filólogo. Aparte de artículos sobre ecología, economía, etc. también son frecuentes en las páginas de esta revista colaboraciones de especialistas de los más diversos temas. El principal objetivo de la revista es defender todo aquello que forme parte de la cultura asturiana para recuperar la memoria histórica, con el valor añadido de que el vehículo para conseguirlo es únicamente la lengua asturiana, demostrando cómo ésta puede ser, si queremos, una lengua de cultura como cualquier otra. Sin embargo el modo en el que entienden el asturianismo es de nuevo sobre la base del celtismo y de las tópicas ideas patrióticas que hemos visto ya tantas veces: la resistencia de los asturianos empieza según estos autores hace dos mil años. Se retoma el camino de la Lliga Celta d'Asturies y se decide que todo sea celta en Asturias. No sólo lo son ciertos elementos arqueológicos como los torques



**Figura 1.26:** lo que se conocía como *gochu* (cerdo) del país ahora es denominado *gochu celta* (portada del artículo de Álvarez Sevilla 2004).

de Tineo, sino que también lo son los seres mitológicos asturianos (Álvarez Peña 1996), algún personaje del s. XIX (García Díaz 1996), las razas de animales domésticas de Asturias -como los ponys celtas, cerdos celtas, vacas celtas- que de paso sirven para marcar el origen de la conquista celta desde Francia (Álvarez Sevilla 1997; 2004) (fig. 1.26) o los hitos cronológicos del calendario agrícola asturiano (Conceyu d'Estudios Etnográficos Belenos 1996b). Se llega incluso al paroxismo de lo celta en la exposición itinerante que estos autores organizaron con el nombre *Asturies memoria celta* en la que lo celta es ya entendido como recuperación cultural o investigación, sea del tipo que sea, sobre algo asturiano, con el fin de crear una identidad asturiana. En el catálogo de dicha exposición (Conceyu d'Estudios Etnográficos Belenos 1998b) vemos un repaso desde el Paleolítico a la Historia Contemporánea y secciones sobre los oficios tradicionales, la mitología, los juegos tradicionales o la música. Todo pertenece a la “memoria celta”. Así ya no hay discusión posible sobre lo que es celta o no en Asturias. Todo es celta (fig. 1.27).

Detrás de ello podemos ver sentimientos claramente nacionalistas de la mano de los habituales rasgos que acompañan al celtismo, en lo que se ha denominado la “espiritualidad céltica” (Merriman 1987). El sentido nacionalista y mitificador lo encontramos claramente en un artículo de Gausón



**Figura 1.27:** libro/catálogo de la exposición *Asturies memoria celta* del Conceyu d'Estudios Etnográficos Belenos (1998b).

Fernández (2001), en el que tras el característico refrito filológico y presentación de las referencias de los autores clásicos como verdades de fe, aunque, pese a ello, el propio autor reconoce que para los autores de la antigüedad no se reconoce que los astures sean celtas, se nos presenta un proceso de celtización del que es fácil hacerse una “composición de lugar”, y en el que se aniquila y desplaza a los pueblos previos. Estos celtas que se imponen con sencillez, harían una reunión de naciones cada cierto tiempo -“un conceyu la nación”-, en fechas sagradas o con el buen tiempo, como cuando “escogieron al líder Pelayo”. La vertiente espiritual se resume por Lisardo Lombardía en la introducción del artículo de Jean Markale en esta misma revista: “la «civilización celta», derrotada poles armes de les llexones romanas, fue quien pa sobrevivir nel inconsciente colectiv u europeu y camudáse nuna gran fuerzia creadora, por mor de la so oposición dialéctica de continu a la racionalidá greco-llatina” (Introducción de Lisardo Lombardía en Markale 1996: 4).

No se trata más que del clásico conjunto de valores que se suponen desde antiguo para estos pueblos inventados y que, inalterados, llegarían hasta el presente: una espiritualidad celta -se les ve como un pueblo intensamente espiritual-, un dinamismo que les hace ser vigorosos y con espíritu de aventura, un claro

heroísmo -con banquetes, borracheras, juergas...-, un individualismo que les haría rechazar toda autoridad... (Merriman 1987: 112). Son valores necesarios en un mundo capitalista e individualista que nos oprime y los necesitamos como válvula de escape. Por esta razón los proyectamos sobre las sociedades del pasado para justificar nuestra adscripción a ellos en el presente. Son unos celtas polisémicos que representan una alternativa a algunas situaciones insatisfactorias que nos rodean (Pereira González 2000: 313) tanto a nivel político como musical o esotérico. Con el denominador común de ser valedores de otra realidad -más deseable-, como es la lucha contra el imperialismo, el ecologismo, rescatar valores más auténticos y humanos al margen de la automatizada sociedad actual o representar verdades ocultas y esotéricas. Algunas de estas imágenes ya se proyectaron en la Antigüedad por parte de griegos y romanos.

Las connotaciones de lo celta cambian a lo largo del tiempo e ideologías conservadoras, fascistas, de izquierda, ecologistas... se han visto en combinación con los celtas. Los celtas se usaron para los más reaccionarios nacionalismos, como el francés del s. XIX o el español en época de Franco, actualmente se asocia con ideologías neonazis, como es el caso de algunos que reclaman una Europa celta sin inmigrantes, o en Irlanda del Norte tanto a las tesis católicas como a las protestantes (ambos grupos reivindicaban al héroe mítico Cuchulainn). En el caso de Asturias los hemos visto en combinación con el regionalismo tradicionalista, con el franquismo y actualmente con el nacionalismo de izquierdas, todo ello de menos a más repercusión social. No nos olvidemos que muchos investigadores y políticos los están rescatando para fundamentar la Unión Europea. Pero común a todo ello es que este mito que construimos sobre el otro dice más sobre nosotros mismos que sobre el objeto que supuestamente estudiamos (Pereira González 2000: 313). No deja de ser curioso que la misma gente que ha desarrollado una gran labor etnográfica en Asturias y que ha recogido las leyendas referentes a yacimientos, en concreto a los castros, sea la misma que desde una supuesta base científica intente imponer la celticidad de todo lo asturiano, y en concreto, de la Edad del Hierro. Por un lado se recogen los datos de la Asturias rural y de la Edad del Hierro como referentes de lo asturiano, se reelaboran por las elites urbanas para sustentar cierta identidad cultural, asimilándose como inmutables, y posteriormente se explican “científicamente”. No deja de ser una forma más de imposición de un discurso científico sobre uno mítico, al igual que hacen muchos arqueólogos. La consideración de que el pasado prerromano es celta por parte de estos miembros de las elites socioculturales, que han sido y son protagonistas en la defensa de todo lo que tenga que ver con la cultura



asturiana, no es más que otra forma de neocolonialismo e imposición del discurso sobre las concepciones míticas del registro material. Son discursos que supuestamente se mueven dentro del mismo esquema de racionalidad que el nuestro -el discurso científico- por lo que son susceptibles de ser criticados y contrastados, algo que, como veremos, no tendría sentido hacer con los discursos míticos.

Tampoco faltan entre las gentes de Belenos las críticas a la Universidad de Oviedo, en concreto a sus arqueólogos, y se lamentan de “la incomprensible falta de interés de la Universidad de Oviedo para ahondar y estudiar de acuerdo con la cultura celta de Asturias” (Conceyu d’Estudios Etnográficos Belenos 1998c: 112). Críticas que recoge Alberto Álvarez Peña (2002b: 14), para quien el “problema” es una cuestión política: no se hablaría de celtas por los especialistas de Asturias para no fomentar el nacionalismo, algo que ocurriría con el estado centralista de la España de las Autonomías. Según este autor sí se recoge la celticidad de Asturias fuera de ésta y como ejemplo cita la exposición *Celtas y Vettones* de Ávila. Es curioso que se ponga como ejemplo una exposición de base completamente histórico-cultural en la que la unidad racial celta de Hispania parecía ser el mensaje clave. Como ya dejamos claro no creemos que se haya abandonado el celtismo entre los arqueólogos que trabajan en Asturias por los riesgos nacionalistas y menos por seguir directrices marcadas desde Madrid. La propia evolución del campo científico arqueológico, con un creciente grado de autonomía, ha supuesto que muchos autores simplemente obvien las teorías anticuadas o, mejor dicho, excesivamente connotadas, asociadas en muchos casos a valores reaccionarios, entre las que se encontraría el celtismo (Marín 2005a).

Podemos decir que desde hace 30 años el celtismo se ha colado por todos los lugares de la vida intelectual asturiana, y no sólo en el ámbito nacionalista o musical. Ya Tolkien se dio cuenta de que todo es posible en el crepúsculo celta (en Pereira González 2000: 311). Cientos de páginas se han escrito sobre este tema, que suele aparecer recurrentemente en todo tipo de publicaciones y debates. El caso es que si utilizamos un buscador de Internet y ponemos palabras como “astures”, “celtas”... nos aparecerán cientos de páginas en las que se definen los rasgos celtas de Asturias utilizando, por ejemplo, los dólmenes, la sidra, a Don Pelayo, la bandera asturiana o los castros. En Internet cualquiera puede definir la celticidad de Asturias como mejor le parezca, y en muchos casos con un sentido apremiante, ya que tardar más en rescatar esos datos supondría perder tiempo en esta urgente reconstrucción cultural y nacional. Criticar la celticidad se ve como un ataque a lo asturiano y al asturianismo por parte de estos defensores acérrimos del atlantismo céltico (Lombardía 2006). Aunque muchos son críticos con

estos conceptos esencialistas hay elementos que ya han calado hondo en la sociedad asturiana, aunque su introducción haya sido muy reciente, como son los “festivales intercélticos” o la “música celta”.

Otro aspecto comercial que presentan los celtas en Asturias es en el ámbito del turismo. De temática celta son multitud de souvenirs, camisetas, etc. Pero también son celtas multitud de castros presentados en los numerosos folletos que ayuntamientos o empresas privadas editan para el turismo. En estos folletos suele haber un resumen histórico del concejo, ciudad o parque natural en el que la alusión a restos celtas o a los celtas en general es frecuente. Contrastan estos folletos con los que edita la Consejería de Cultura para El castro de Coaña, las Rutas por el Arte Prehistórico Asturiano, Los castros del valle del Navia o las Rutas por la prehistoria asturiana, cuya redacción se debe a arqueólogos. En este caso no hay una sola mención a los celtas. Ambos tipos de folletos los podemos adquirir en las mismas oficinas de turismo (Marín 2005a: 179-180).

Es decir, pese a que los arqueólogos que trabajan en castros asturianos llevan 25 años sin hablar de celtas, en la sociedad asturiana la etnicidad celta y la conciencia de que el pasado prerromano de la región fue celta cada vez tiene mayor peso (ver fig. 1.7). Los celtas que a principios del s. XX sirvieron a un minoritario grupo de regionalistas de las clases privilegiadas para su programa político se han popularizado a finales del s. XX. La pujanza de la “música celta” y la masiva incorporación de las masas obreras hacia la búsqueda de una identidad cultural asturiana han tenido bastante que ver en este asunto. Para legitimar el discurso céltico se recurre a la ciencia, la forma de conocimiento del mundo moderno -la forma de conocimiento burguesa-. En el apoyo social a la ciencia hay un fuerte elemento no racional, porque el científico es el mago moderno, y nunca ha habido tanto respeto como ahora a los hombres de ciencia (Parsons en Barnes 1980; Handlin 1980). En muchas ocasiones los agentes sociales no pueden participar del discurso científico porque les resulta ininteligible y lo mismo ocurre entre los científicos con los discursos de las otras disciplinas. En muchas ocasiones los agentes sociales se limitan a aceptar las creencias científicas que provienen de una fuente de conocimiento institucionalizada, cuyo discurso es ininteligible y creado desde la autoridad del conocimiento científico (Barnes 1980: 276). La ciencia empezó a aceptarse como fuente de conocimiento y como alternativa a la tradición en las ciudades y entre las clases burguesas, especialmente por sus aplicaciones prácticas. La ciencia cada vez tuvo más clientes desde el s. XIX por abordar temas de todos los tipos posibles, pero su profesionalización y especialización -creación de los campos científicos- cada vez la alejan más de la sociedad. El proceso resultante es que la gente empieza a tolerar la ciencia, sustituyendo la forma



**Figura 1.28:** en los últimos años el Lábaro, símbolo obtenido de la estela de Barros (Corrales de Buelna), se ha convertido en un aglutinante identitario en Cantabria, usándose tanto a nivel político como cultural, turística y comercialmente.

tradicional de pensar, pero no a asimilarla. Junto a la ciencia definida formalmente nace una “ciencia popular”, que no acepta los límites de la ciencia de los científicos y que satisface más adecuadamente las necesidades de la gente, porque está acomodada al conocimiento tradicional (Handlin 1980: 259-260). Los celtas son los protagonistas de esta ciencia popular en algunos de los discursos que hemos visto: recreaciones nacionalistas, Lliga Celta d’Asturies, Belenos... Esta ciencia popular en el caso de la Arqueología no tiene los límites tan definidos respecto a la versión científica como ocurre en otras disciplinas, como por ejemplo las ciencias naturales. Baste como ejemplo el hecho de que muchos de los que actualmente quieren defender “científicamente” la existencia de celtas en Asturias usan los mismos elementos que han sido centrales en el discurso arqueológico para los castros asturianos hasta los años 80 -paradigma histórico-cultural-, del cual hay todavía representantes dentro y fuera de Asturias. La fuentes literarias, las analogías sin tener en cuenta el espacio y el tiempo, la alusión a ciertos materiales completamente descontextualizados, el esencialismo o el objetivismo positivista, tras el que hay un discurso fuertemente machista y etnocéntrico, son rasgos que comparten los celtas populares actuales y los celtas arqueológicos del periodo historiográfico correspondiente al franquismo e incluso de la actualidad. Otros celtistas no siguen la vía paracientífica sino que lo que resaltan es el potencial artístico o esotérico. Son los músicos, literatos, etc. que no incorporan las explicaciones científicas.

Las preguntas que podríamos plantearnos como arqueólogos, y parafraseando a Simon James (1999: 137), interesados en la Edad del Hierro y estando inmersos en la sociedad que hemos descrito más arriba serían: ¿Hubo celtas en Asturias? No. Defender la presencia de celtas desde la Arqueología hoy en día supondría un claro retroceso metodológico y

epistemológico en nuestra disciplina. ¿Hay celtas actualmente en Asturias? Sí. Todos aquellos que usan para su autodefinición étnica y para la construcción de su identidad cultural a los celtas son los auténticos celtas. Si usamos las características de la etnicidad, según James (1999:76), veremos como ésta es una construcción cultural que tiene poco que ver con la Historia real o verdadera, sino más bien con lo que la gente cree que es su identidad y de donde viene. Un buen número de asturianos son celtas desde el momento en el que utilizan este término para autodefinirse; lo celta como *self descriptor*, por utilizar la terminología de Fernández McClintock (2002: 37). Este es un proceso bien documentado en la Gran Bretaña postcolonial, que ha pasado a ser multirracial, multicultural y multirreligiosa, y en donde a nivel de soberanía también ha habido importantes cambios por el conflicto armado en Irlanda del Norte y por el separatismo galés y escocés (Megaw y Megaw 1996: 179). No importa que la base científica sea falsa o se manipule completamente, perteneciendo por tanto a la “ciencia popular”. Lo importante es que muchos asturianos actualmente se consideran celtas. Por lo tanto celta no es una etiqueta étnica válida para la Edad del Hierro. Por el contrario sí que lo es para los modernos celtas, cuya etnógenesis no viene desde hace dos mil años sino que es muy reciente (James 1999). La categoría celta nos puede ser muy útil para entender procesos sociales a nivel político e identitario de los últimos doscientos años, por lo que como arqueólogos debemos seguir estudiándola, pero restringida a este sentido.

### **Cantabria: la rápida aceptación del mito.**

A comienzos de los años 90 ya es patente la extensión a nivel popular de las ensoñaciones celtas en Cantabria, pese a que el conocimiento de la Edad del Hierro en esos momentos se limitaba a algunos materiales descontextualizados del Bronce Final, a algunos castros excavados, especialmente en la parte sur de Cantabria, y a unos cuantos materiales en cueva sin un contexto muy claro. Pese a este desconocimiento “resulta sorprendente y causa estupor encontrarse en las conversaciones de la gente, en los medios de comunicación, en los símbolos (pegatinas, carteles) colocados en los locales, vehículos, etc. con una realidad «céltica» tan desbordante. Pero esta parafernalia de estelas solares, hachas de doble filo, druidas y conexiones nórdicas perdidas entre las románticas brumas atlánticas y centro-europeas, no tiene nada que ver con los datos que poseemos. Se fundamentan en estelas sin contexto arqueológico claro, en antropónimos de época romana, en topónimos discutibles y en testimonios de autores clásicos que no pisaron la zona, salvo, quizás, Plinio” (Pereda 1992: 49). Compartimos completamente estas afirmaciones así como la idea de





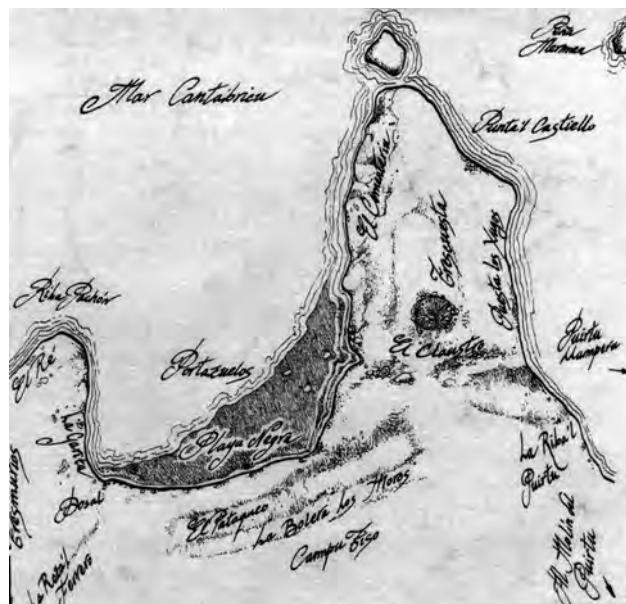
**Figura 1.29:** portada del programa de la fiesta de las Guerras Cántabras (Corrales de Buelna) del año 2006 (obtenido de [www.guerrascantabras.net](http://www.guerrascantabras.net)).

que esta ficticia identidad celta se desarrolla escogiendo un periodo muy corto de la prehistoria de Cantabria, sin valorarse en absoluto el componente preindoeuropeo de la población prehistórica, pese a que pudiera ser el mayoritario, y regodeándose en el cántabro feroz, salvaje, defensor de su tierra frente al poder de Roma. Además lo más aberrante del asunto es que esta invención celta es usada en la realidad sociopolítica actual, para definir los límites culturales y autonómicos actuales, sobre una raza celta que antaño ocupó este territorio, y poder presionar de este modo a la Administración central (Ibid.: 50). Es posible ver a día de hoy como en Cantabria tiene gran aceptación el Lábaro como escudo alternativo de la Comunidad Autónoma, sobre la creencia de que este símbolo solar, que aparece en alguna estela prerromana, era el que portaban los ejércitos cántabros en su lucha contra Roma (Ruiz zapatero 2006) (fig. 1.28).

En la reciente conformación de este ideario tienen gran responsabilidad algunas fiestas como la Fiesta de los Cántabros que se celebra en los Corrales de Buelna (fig. 1.29) (Ruiz Zapatero 2006), en donde la gente se organiza por clanes y se viste, supuestamente, como los Cántabros que lucharon contra Roma, incluido el actual presidente de la Comunidad Autónoma, Miguel Ángel Revilla, del Partido Regionalista de Cantabria. Recreaciones similares las vemos también en los Amigos de la Legio VII Gemina, en donde algunos se disfrazan de romanos y otros de cántabros. Por lo tanto en Cantabria tanto desde el ambiente político regionalista, que gobierna en la actualidad, como desde el incipiente nacionalismo, cada vez es más frecuente un uso del pasado prehistórico regional para la conformación de lo que supuestamente serían las características propias de la Comunidad Autónoma. Para ello se usan tanto

los importantes restos paleolíticos de la región como, y sobre todo, las recreaciones mitificadoras del supuesto pueblo cántabro que luchó unido contra Roma. Podríamos decir en este sentido, que el uso del pasado prerromano para sustentar ideológicamente las identidades regionales contemporáneas decrece de Oeste a Este, de Galicia a Cantabria, ya que los procesos políticos en cada región desde el s. XIX han sido muy distintos. Si en Asturias vimos como desde el s. XIX ya había un uso de los Astures y los Celtas para marcar lo distintivo de la región con respecto a España, en Cantabria la pugna tradicional ha sido contra las tesis vascocantabristas, al igual que en el caso riojano (Jociles 1994). Es en este contexto más antivasquista que antiespañol en el que podemos entender la obsesión por buscar y justificar un pasado étnico y lingüístico de tipo celta, en donde todo lo que se asemeje a lo vasco se niega, incluso desde posiciones académicas. Curiosamente, al igual que ocurre en el caso asturiano y gallego, cierto nacionalismo de izquierdas e independentismo cántabro, con un ideario político antiespañol, recoge la retórica y estética “abertzale” del País Vasco, pero con un contenido celta de las reivindicaciones, para lo cual se copian modelos y entramados conceptuales ya ensayados en Galicia y Asturias. Es llamativo observar cómo se repite el proceso. Al igual que ciertas elites socioculturales asturianas reclamaron participar en el Festival Intercéltico de Lorient a comienzo de los ochenta, para que internacionalmente se aceptara a Asturias como un país celta, es llamativo observar en páginas de Internet la queja de algunos colectivos cántabros por no ser aceptados ellos también como otro país celta más, cuando también tienen gaita en su folklore tradicional, topónimos e hidrónimos celtas, etc.

De todos modos lo que no compartimos con Pereda es el victimismo manifiesto que hace gala como arqueólogo pues asegura que “los arqueólogos que salimos de la Universidad seguimos siendo considerados como eruditos asépticos, mientras que otras personas aprovecharán dicho desprestigio para formular nuevas ensoñaciones (...) y otras barbaridades publicadas de similar categoría...” (Pereda 1992: 50). Habría que recordar que los discursos no científicos que fundamentan el celtismo de Cantabria son muy similares a los discursos científicos que van en la misma línea, pero no sólo en el pasado, sino que se han desarrollado incluso después de éstas críticas. Un claro ejemplo es la tesis doctoral de Eduardo Peralta (2003), uno de los arqueólogos más activos en el estudio de la Edad del Hierro de Cantabria, y especialmente algunos artículo de este arqueólogo, escritos para páginas de Internet de clara ideología fascista y neo-Nazi, con sugerentes títulos tales como “Fidelidad sagrada al caudillo-guerrero indoeuropeo” (Peralta 2005).



**Figura 1.30:** microtoponimia tradicional referente al castro de la Punta'l Castiellu (Podes, Gozón) (Álvarez Peña 2002a).

planificación y previsión), y las modalidades que el tiempo y el espacio adquieran en cada esquema de pensamiento, que será común a todos los miembros del grupo social que participen de unas mismas condiciones de control material sobre la realidad.

Las sociedades tradicionales son aquellas cuya interacción simbólica del marco institucional está regida por la “acción comunicativa” en lugar de la “acción intencional-racional” (propia de sociedades capitalistas) (Habermas 1980). Es decir, que el marco institucional se legitima mediante el mito, la religión, la tradición..., lo que no quita que vayan entrando progresivamente los subsistemas de acción intencional-racional, siempre y cuando se mantengan dentro de ciertos límites y permitan que la tradición siga legitimando. Una vez que se critica a la tradición compartida intersubjetivamente como legitimadora del poder se puede decir que una sociedad está entrando en la modernidad, algo que ocurre, por ejemplo, con la expansión del modo capitalista de producción. Se pasa del poder tradicional al político, y este sistema político se justifica en términos de legitimación de las relaciones de producción. Las tradiciones se “secularizan” y se transforman en construcciones que se estudian desde el conocimiento científico, que a su vez es el que ahora legitima el nuevo poder. Pero todavía hay una parte de la sociedad en la que las tradiciones siguen teniendo peso y en la que todavía no se ha dado el paso hacia la modernidad, como es el caso de muchas comunidades campesinas europeas, y en concreto las cantábricas, al menos durante la primera mitad del s. XX (González Álvarez 2008). Las tradiciones pasan de generación en generación con escasos cambios y marcan las decisiones que el individuo va a tener que hacer. Todos los acontecimientos vitales estaban regidos por este

código que se autoconvalidaba, por lo que se actuaba con escasa libertad, pero con inmensa seguridad. En las realidades explicadas con el mito no hay realmente sensación de control de éstas sino que son las realidades las que controlan la vida y destino de los seres humanos (Hernando 1997: 253). La tradición gobernaba tanto las maneras de actuar como las de conocer, el mundo visible y el mundo invisible. Pero todo ello se va destruyendo ya desde el s. XVIII, y sobre todo en el s. XX, debido a la urbanización, emigración, industrialización... (Handlin 1980: 249). Las tradiciones, por tanto, han supuesto una auténtica ontología para las sociedades campesinas cantábricas, no una “superstición primitiva”, pese a que hoy ya se hayan convertido en simples cuentos y/o reclamos turísticos; y debemos pensar que a menudo es más importante lo que la gente cree que ocurre que lo que ocurre realmente, porque la gente piensa y actúa de acuerdo con lo que ellos creen que es verdad (Layton 1999: 28). Además no es una realidad estática. Las tradiciones o el folklore son realidades dinámicas que crecen, se difunden y se adaptan a las nuevas circunstancias constantemente (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 7).

El mito suele reflejar una identidad estática que se refleja a través del espacio, mucho más que a través de la escala temporal, mientras que la ciencia, la forma de conocimiento de la Modernidad, tiende a usar, precisamente, el tiempo como parámetro en el que se ordenan los hechos de nuestra experiencia -una realidad dinámica- (Hernando 2001). Pero tampoco el espacio se usa en el conocimiento mítico como en el conocimiento científico porque no se usa una metáfora para representarlo sino una metonimia, ya que es un espacio paralelo, con una lógica diferente (Hernando 1997: 252), en el que el paisaje provee puntos tangibles a los que se asocian las leyendas (Layton 1999: 26), y éstos, en el caso cantábrico, pero también en otras muchas culturas tradicionales, suelen ser lugares destacados por alguna característica particular, tanto naturales (por ejemplo rocas, montes, bosques, ciertos árboles, etc.) como aquellos otros que también destacan y que parecen obra de alguien o de algo, aunque no haya recuerdo, y que en nuestro caso son básicamente túmulos, castros y castillos arruinados (González Álvarez 2008), aunque también cuevas en las que frecuentemente aparecen restos arqueológicos de variada cronología (Álvarez Peña 2007). Esta diferencia entre lugares naturales y no naturales no deja de ser una diferencia forzada desde el presente por clarificar el estudio, lo que no quiere decir que se hayan vivido en el pasado ambos tipos de “monumentos” de modo diferencial. Son tan míticas las explicaciones de elementos naturales, como el caso de ciertas formaciones rocosas que pueden ser las costillas del diablo que allí se quedaron tras la huida de éste (Álvarez Peña 2007b), como las de elementos que hoy llamaríamos “culturales”. En el caso de estos

últimos se trataría por tanto de monumentos a medio camino entre la naturaleza y la humanización, o “monumentos salvajes”, pero que destacan en el paisaje, que los paisanos y paisanas no consiguen explicar por acción de la naturaleza y que en cierta medida se entienden como restos de actividad cultural, pero de la que no hay recuerdo directo (Arizaga y Ayán 2007: 445, 506). Lo que sí es cierto es que sobre estos últimos existen unas narraciones densas cargadas de leyendas de tesoros, *xanes*, *cuélebres*, palacios subterráneos, túneles que comunican zonas muy alejadas, encantamientos, sacrificios, maldiciones... y, sobre todo, moros, los auténticos protagonistas del mito en el cantábrico occidental, al igual que en el Noroeste. Por ello para este sector se ha dicho que los castros suponen una geografía sagrada de Asturias. Su peso en el ideario popular es fácilmente rastreable en los diccionarios geográficos decimonónicos, en la pervivencia toponímica (fig. 1.30) y en un nutrido corpus legendario (Villa 2007a: 191). En este sentido es muy interesante repasar los diferentes artículos de la enciclopedia *Asturias* (Canella y Bellmunt eds. 1895; 1897) o el *Diccionario Histórico-Geográfico* de Martínez Marina (Pérez-Campoamor 2000). Podemos entender por lo tanto cada castro como la Casa del Mito, al igual que los monumentos tumulares y algunas cuevas, que ya desde que estuvieron en uso como poblados tendrían mitos asociados, a los que se les irían asociando nuevos elementos a lo largo de la Historia, teniendo especial importancia en este proceso, seguramente, el momento inmediato a su abandono. Los castros, primeros poblados estables del ámbito cantábrico, supusieron un momento de significación y monumentalización del paisaje muy importante, seguramente de mayor calado que el megalitismo, que no quedaría olvidado tras el traslado de la población a aldeas abiertas ya en época romana, en muchas ocasiones juntos o cerca de los castros.

De hecho la rica toponimia cantábrica en este sentido (castro, castiellu/castelo, val de castro, fuente del castro, trascastru, etc.) nos informa del protagonismo de aquellos primitivos poblados en el paisaje de las sociedades cantábricas campesinas hasta el s. XX. La toponimia es una fuente de información tradicional, vinculada en muchos casos a los mitos, que se presenta como bastante provechosa para el reconocimiento de yacimientos arqueológicos en el ámbito cantábrico (Arizaga y Ayán 2007: 446), como ya hace décadas comprobó José Manuel González (1966; 1973).

Aparte de la toponimia y los mitos y leyendas asociados a los castros, la construcción de capillas e iglesias en sus alrededores o la reutilización de los mismos como cementerios, también observamos que muchos de ellos fueron reutilizados como marcadores simbólicos de los términos municipales desde la Edad Media, lo que es indicativo de su protagonismo en el paisaje. En este sentido también es significativo que el

topónimo asturiano para túmulo es *cuturiellu*, del latín *cantum* (marca o término), lo que también da idea de la reutilización de los mismos a nivel territorial.

Por otro lado el tiempo de los mitos tampoco es como el de la Arqueología y la ciencia en general y, en consecuencia, como el de nuestro mundo urbano y capitalista. La Arqueología suele representar el pasado a través de una cronología lineal en la que se identifican momentos, mientras que la narrativa oral recurre a prototipos y a personajes que se sitúan en el presente (Layton 1999: 27) siendo normalmente un tiempo estático (Hernando 1997: 254). También se habla a veces de ciudades o construcciones de tumbas de tiempos pasados, pero en estos casos es muy difícil calcular la escala temporal de esos eventos, entre otras cosas porque los protagonistas son sustituidos con frecuencia debido a que la tradición no es inmutable sino que se remodela continuamente y está abierta a los efectos del mundo de la educación o alta cultura (Layton 1999: 28) pudiendo introducirse en los mitos incluso personajes históricos. El tiempo de las tradiciones se puede parar o moverse muy deprisa, tanto hacia detrás como hacia delante (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 15), por lo que una importante consecuencia que obtenemos para la interpretación social es que hay diversas formas de concebir el tiempo y no sólo la lineal y mensurable de la ciencia.

Un ejemplo de lo anterior puede ser el momento en el que las tradiciones referidas a castros cambiaron el nombre de sus protagonistas y empezaron a llamarlos moros/mouros, algo que debió ocurrir en algún momento en el que la Iglesia Católica intentara demonizar los cultos paganos asociándolos a los infieles por excelencia en el mundo cristiano, algo que pudo ocurrir ya desde plena Edad Media, pues se ve en muchas partes de la Europa mediterránea como la Iglesia Católica comenzó a perseguir los cultos paganos, muchos de ellos de origen prerromano, del mismo modo en el que se persigue a los que profesan otras religiones o a diferentes sectas del cristianismo (Ginzburg 1991). Tampoco debemos descartar múltiples adaptaciones y reinterpretaciones en el tiempo de una misma palabra (Arizaga y Ayán 2007: 472). Los moros/mouros de los mitos asturianos y gallegos y del occidente de Cantabria son todos aquellos personajes paganos o gentiles, y poco tienen que ver con los musulmanes que invadieron la Péninsula Ibérica en el s. VIII d.C., sino que se trata de una identificación posterior, como la que se ve en Gran Bretaña entre los míticos habitantes de los *hillforts* con los daneses, que también viven en el subsuelo al igual que los moros castreños (Álvarez Peña 2003: 147-160; 2007b: 225). También los invasores sajones depositaron objetos y resignificaron los túmulos neolíticos y del Bronce en Inglaterra (Williams en González Ruibal 2003a). Para los castros costeros de Neixón (A Coruña) se ha sintetizado hace poco que los moros/mouros de los relatos

tradicionales sobre el castro pueden hacer referencia y/o juntar rasgos del moro como: pagano o celta; negro o de etnia bereber; norteafricano arabizado en las guerras de reconquista; moros medievales que habitan en castros; piratas berberiscos o turcos de la Edad Moderna; los moros norteafricanos de Abd-el-Krim de la Guerra de Marruecos; los de la guardia mora franquista; los míticos de los castros; y los inmigrantes que llegan por mar buscando una vida mejor (Ayán y Arizaga 2005: 313).

Para el caso asturiano estos moros míticos que sustituyen a los gentiles o paganos en un momento histórico dado, con quien se identifican, debido a la particular historia medieval y contemporánea del Principado, es por un lado con los moros que fueron expulsados por Don Pelayo en Covadonga y por otro con los moros que participaron activa y sanguinariamente con las tropas sublevadas durante la Guerra Civil española. Por ello el habitante mítico de los castros de los relatos tradicionales puede vivir en un palacio lleno de riquezas situado bajo el castro, vestir bombachas y otros rasgos de vestimenta de la guardia mora franquista, en donde lleva escondido los tesoros que hay en ese lugar, llevar los caballos a beber por túneles subterráneos y habitar ese lugar desde que Don Pelayo los expulsó de Covadonga. En otros casos ya han incorporado referencias cultas urbanitas como es la asimilación de aquellos legendarios seres con los celtas. Un claro ejemplo del norte de León nos sirve, por un lado para corroborar lo dicho y, por otro para ver como el tercio norte de León fue, y es actualmente, culturalmente más semejante a Asturias que a la zona llana leonesa. En concreto en la zona montañosa entre Orzonego y el valle de Fenar se ha podido localizar tanto arqueológicamente como por información documental un despoblado medieval. Pues bien, en los relatos tradicionales de los vecinos de esa región se puede percibir la atemporalidad del mito ya que esas “tumbas” (medievales) y ese “horno de los moros” (horno de cal subactual) revelan que allí hubo “un pueblo” (despoblado medieval de Los Cuadrabazos) en donde “vivieron los moros” los cuales llevaban a enterrar a sus muertos a El Castro de Orzonaga (poblado fortificado de la Edad del Hierro) (González García y Miranda Pérez-Seoane 1989: 105), que se encuentra a más de 3 km a vuelo de pájaro. En un mismo relato mítico se pueden vincular los diferentes monumentos arqueológicos de un territorio, de variada cronología, seguramente añadiendo elementos y tradiciones a las ya existentes, puesto que en este ejemplo, aunque hay tumbas junto al despoblado medieval ello no quita para que se siga vinculando a este lugar el castro también como cementerio. Casi con seguridad el recurso explicativo de “los moros” para la diversidad de restos arqueológicos de una comarca ha hecho que todos ellos acaben vinculándose entre sí.

En paralelo a ese proceso se aprecian diferentes fases de cristianización de los castros: en época paleocristiana, en época altomedieval con la formación del sistema parroquial, con la Contrarreforma y en el s. XIX ante el riesgo de laicización de la sociedad (Arizaga y Ayán 2007: 512), lo que explicaría las frecuentes capillas e iglesias parroquiales que se sitúan sobre o al lado de castros -especialmente en los fosos defensivos- y los frecuentes nombres de santos -hagiotopónimos- que se les aplican, indicando en ocasiones el momento de cristianización del mismo, especialmente cuando se trata de santos paleocristianos. En el ámbito cantábrico vemos ejemplos de capillas del S. XVI cristianizando castros de la Edad del Hierro como es el caso de la de San Juan sobre el castro de Orzonaga (González García y Miranda Pérez-Seone 1989: 109), las del Castro de La Forca y la Coruña el Castru (ambos en Piloña) asociados a iglesias derruidas, y de otras muchas que parecen ser de fechas posteriores a esta -incluso de hasta finales del s. XIX- (por ej. González y Fernández-Vallés 1976; 1978), como por ejemplo la capilla dedicada a San Roque en el castro inédito del Picu Castiellu de Cardosu de Llanes, reformada con dinero indiano a comienzos del s. XX (fig. 1.31). Podría pensarse que tan tardías cristianizaciones de estos lugares pudieran ser debidas al mantenimiento de cultos y mitos paganos, muchos de ellos de origen prerromano, asociados a los castros hasta incluso el s. XX. Además es interesante constatar como muchas de estas capillas e iglesias se sitúan en las entradas de los poblados, que es donde las leyendas también sitúan más hallazgos de tesoros. Puede ser debido a la permanencia en la tradición de la importancia simbólica de las puertas de los poblados, algo que a nivel arqueológico es posible rastrear en la Edad del Hierro (capítulo 3).

En otros casos lo que vemos es la reutilización de un castro, tiempo después de su abandono, como cementerio, como es el caso del Chao Samartín (Villa 2008b) o el Modorro de San Pedro (Acuña y García 1968), o para celebrar ferias, caso de San L.uis (Adán y otros 2000). En una línea parecida vemos incluso en el oriente de Asturias las iglesias parroquiales fuera de los pueblos, precisamente en zonas significativas por los monumentos tumulares, como puede ser la iglesia de Abamia, o la de Villanueva de Pría, en un lugar con el significativo nombre de Prao de los Moros. En todos estos casos se trata de construir nuevas narrativas sobre el pasado a partir de los vestigios monumentales y significativos de momentos pretéritos. La coincidencia entre diferentes prácticas rituales y poblados protohistóricos sugiere una multiplicidad de interpretaciones ligadas a esos yacimientos: reclamaciones territoriales, lugares hierofánicos, viviendas de los ancestros, etc. La realización de rituales o celebraciones, que no tienen porque dejar traza material en los monumentos del



**Figura 1.31:** el presunto castro del Picu Castiellu de Cardosu (Llanes) con la capilla de San Roque a la entrada del mismo (izquierda de la imagen) visto desde el Llanu de Jontoria (fotografía del autor).

pasado, constituyen un medio de insertar el lugar en la tradición, de hacerlo merecedor de recuerdo (Bradley en González Ruibal 2003a). En el ámbito cantábrico vemos como hay ciertas fechas en las que se insertan los monumentos arqueológicos en la tradición, en los que el espacio mítico se engarza con el tiempo mítico, como es la Noche de San Juan, con muchísimos mitos y ritos que tiene lugar en ese momento del año, en multitud de ocasiones vinculados a yacimientos arqueológicos, y en concreto a castros, como puede ser el caso del Picu'l Castru de Caravia (ver capítulo 5). Podemos pensar que de un modo muy similar los castreños asimilaron y se apropiaron del paisaje presidido por los monumentos megalíticos y tumulares (capítulos 4 y 5). En este sentido el paisaje de los grupos precapitalistas está configurado por hitos significativos asociados a mitos, entre los que se encuentran los “restos arqueológicos” de momentos previos, a los que cada generación, aparte de heredar los significados que llevan asociados, va añadiendo otros nuevos, a modo de palimpsesto. En todo caso no hay que descartar que en el folklore llegado hasta nuestros días haya abundantes elementos de religiosidad prerromana (capítulo 4) ya que en el Maghreb vemos actualmente como la gente cree en los Jinn, seres míticos que pueden convertirse en hombres y desaparecer de repente, asimilados por el Islam pese a ser un culto pagano, y que ya Plinio alude a ellos hace dos mil años para referirse a las gentes del desierto.

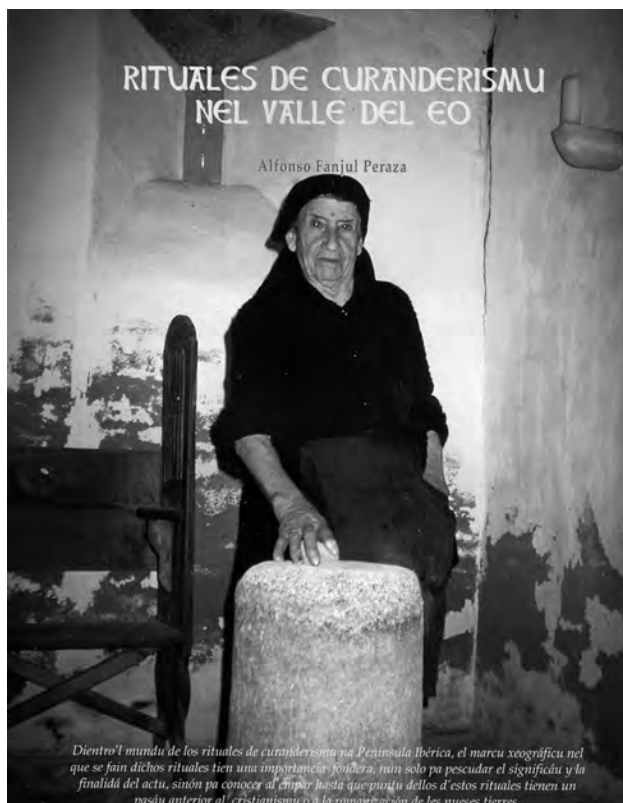
En otros muchos casos veremos cómo en la tradición oral campesina no sólo se alude a monumentos como los castros o los túmulos, sino que hay abundantes referencias a objetos muebles. En las leyendas y narraciones orales localizadas o relacionadas con yacimientos arqueológicos asturianos, por ejemplo, se menciona reiteradamente la aparición de tesoros, *chalgas* o *ayalgas* (Suárez 2001). “El origen de este tipo de relatos partiría de la recuperación de

determinados materiales arqueológicos que serán identificados como tesoros. Los campesinos y campesinas que habitaban en el entorno de algunos yacimientos se encontrarían, fortuitamente o en el transcurso de sus actividades productivas, con objetos que no se corresponderían con los que estaban familiarizados a manejar en su vida cotidiana, con lo que explicaban su razón de ser reelaborando o reinterpretando de forma comprensiva sus características y funciones de modo que tuviesen un mínimo sentido en los términos de su propia experiencia” (González Álvarez e.p.). Con la reiteración de este tipo de hallazgos acabaría por desencadenarse una auténtica fiebre del oro en torno a los yacimientos arqueológicos y otras localizaciones, como cuevas, fuentes u otros enclaves paisajísticamente destacados, en donde, supuestamente, los moros habrían ocultado sus riquezas antes de dejar estas tierras con el avance de la Reconquista. Aparecen incluso verdaderos especialistas dedicados en tiempo y alma a la búsqueda de esos tesoros ocultos, como los conocidos *chalgueiros* (González Álvarez e.p.; Suárez López 2001: 51-60, 91-93). Debemos entender este proceso como algo muy diferente a los actuales furtivos, ya que aquellas búsquedas de tesoros se insertaban en la mentalidad tradicional, como lo demuestra el hecho de que en ocasiones se consultaba a brujas para ver si iba a traer mala suerte o no continuar con la búsqueda.

En los relatos del folklore también se han reconocido casos en los que algunos materiales arqueológicos son vistos por las sociedades preindustriales como objetos de usos mágicos (Gazin-Schwartz 2001). En el medio rural asturiano también suelen otorgársele un papel mágico-religioso a materiales arqueológicos significativos, como las hachas líticas pulimentadas que aparecen habitualmente en distintos yacimientos regionales, también en poblados castreños (de Blas y Maya 1974). Estas herramientas pulimentadas son denominadas *pedras del rayu*, a las que se les otorgaban funciones como las de alejar las tormentas o sanar animales enfermos, con lo que es frecuente que se encuentren este tipo de piezas en cuadras de ganado (Hevia 1997; González Álvarez 2008; e.p.). En la misma línea podemos ver que varios epígrafes vadinienses aparecieron en la zona de Corao y Cangues d’Onís reutilizados en las paredes de herreros, quizás a modo de protección mágica ante tan contaminada tecnología (ver en el capítulo 4 la connotaciones simbólicas de la metalurgia prehistórica). También conocemos otros casos en los que un posible miliario romano fue usado por mujeres especialistas en sanaciones para realizar toda clase de filtros y remedios (Fanjul 2001) (fig. 1.32).

## Ciencia Vs folklore: la tradición como fuente de alteridad.

Desde que los primeros etnólogos, etnógrafos e historiadores del s. XIX se interesaron por la mitología y tradiciones asturianas se proyectaron una serie de



**Figura 1.32:** presunto miliario romano en la capilla de San Xuan (O Chao, San Tirso de d'Abres) del que se obtiene el polvo que será utilizado en remedios y filtros curativos (portada de Fanjul 2001).

concepciones que se mantienen hasta hoy. Una de ellas es el tono paternalista que se utiliza por parte de los miembros de las elites urbanas, entre las cuales debemos incluir a las elites científicas, para referirse al mundo rural europeo, y cantábrico en particular, concebido como un contenedor de unas esencias puras que muchas veces son utilizadas en reivindicaciones de tipo identitario. Es una versión del “buen salvaje” que no deja de ser una idealización necesaria, por ejemplo, para los intereses asturianistas de quien lo escribe, al igual que se idealizaba, como vimos, el pasado regional. Estos rasgos están presentes por ejemplo en la descripción sobre los vaqueiros o sobre las romerías que realiza Jovellanos en sus *Cartas del viaje de Asturias*. Otro rasgo característico es lo que en Antropología llaman el “presente etnográfico”, es decir, el análisis de los elementos de la sociedad tradicional sin ningún tipo de perspectiva diacrónica o percepción del cambio cultural. Se trataría de hablar de la Asturias o Cantabria rural en los mismos términos a fines del s. XX que a fines del s. XIX, como si fuera

formas puras en donde la familia, los bailes, las tradiciones o la economía fueran inmutables.

Por ejemplo Jove y Bravo incorpora el tono paternalista descrito, pero se plantea el cambio de mentalidad entre los campesinos asturianos ya a fines del s. XIX, cuando se afirma que se sustituyen los bellos cuentos tradicionales por las noticias de periódicos atrasados o por lo que algún minero socialista ha dicho, o cualquier otra cosa sino peor más nociva; entre otras cosas porque los “hombres de ciencia” se han acercado a sus mitos y se han burlado de ellos (Jove y Bravo 1896: 145). Encontramos en este autor referencias a la “atalaya” que sería el genio melancólico de las ruinas y castillos, que se presenta en forma de luz. Otros lo llamarían “ayalga” (en asturiano significa hallazgo, tesoro) y se relacionaría con los moros encantados y las leyendas de enterramientos y cuevas con tesoros (Jove y Bravo 1896: 152). También vimos como José M<sup>a</sup> Flórez describía la leyenda del castillo y de los tesoros del castro de Coaña, aunque aún sin diferenciar lo mítico de lo científico. No como Aurelio de Llano (1919: 32-33) quien hace una topografía mítica del Picu'l castro de Caravia: la terraza de hierba es el “corredor de los moros” -que como vimos más arriba hay que vincular a las defensas del castro- debido a un hermoso palacio que hubo en tiempos y al cual se entraba por la puerta de la cueva al sur del recinto. Por allí paseaban por la tarde los moros con hermosas moras hasta que unos guerreros los echaron, pero antes de huir escondieron en las habitaciones subterráneas una cadena de oro que circunda todo el corredor y que se limpia todas las mañanas de San Juan por las princesas encantadas que habitan en las fuentes vecinas (ver leyenda en el capítulo 5). De hecho los vecinos de Caravia le aconsejaron que excavara hacia el mediodía debido a que allí estaba la cueva y por lo tanto la entrada del palacio. El autor deja claro cómo usa la información de las leyendas y de la toponimia tradicional a la hora de plantearse la excavación.

Pero sobre todo, quien realizó un uso intensivo de la información que proporcionan las leyendas y la toponimia a la hora de localizar estaciones castreñas fue José Manuel González y Fernández-Vallés. Debido a la ardua tarea que supone realizar una prospección arqueológica en un terreno tan montañoso y con una espesa capa vegetal como el asturiano es necesario combinar todo tipo de información para la localización de yacimientos arqueológicos. Lógicamente los topónimos y las leyendas se suelen relacionar con los yacimientos que más destacan en el paisaje, como son los dólmenes y los castros. Pero este autor no sólo incorpora estos elementos para la simple localización de yacimientos sino que también adelanta cómo es posible rastrear los cultos paganos y la cristianización de éstos, que estarían presentes en los castros, a través del análisis de las capillas y nombres de santos presentes en muchos de estos yacimientos



**Figura 1.33:** el Picu Castiellu (El Colláu, Riosa), donde los moros tenían una escalera de oro por donde bajaban hasta el río para dar de beber a los caballos (a partir de Fanjul y Menéndez 2004).

(González y Fernández-Vallés 1978: 240-250). En definitiva lo que plantea este autor es un triple acercamiento a la hora de documentar un castro como tal (morfología del terreno, toponimia y folklore asociado), que a día de hoy sigue siendo de gran utilidad a la hora de documentar yacimientos de la Prehistoria reciente en el ámbito cantábrico (ver capítulos 3 y 4), ya que las características edafológicas y de flora de este sector peninsular hacen que de otro modo el reconocimiento de poblados de la Edad del Hierro sea prácticamente imposible en muchos casos (Marín 2006) (fig. 1.33).

De los trabajos más recientes sobre el “mundo castreño” destaca el libro de Jorge Camino Mayor *Los castros marítimos en Asturias* (1995a), en donde, a modo de inventario, se marca la presencia o ausencia de leyendas relacionadas con cada yacimiento costero. También en el reciente libro de J. Suárez López *Tesoros, ayalgas, chalqueiros, la fiebre del oro en Asturias* (2001) se hace un repaso de las leyendas asociadas a yacimientos arqueológicos, en concreto de todas aquellas que tienen que ver con tesoros y objetos de oro. Incluso han aparecido últimamente interesantes artículos (Bertu Álvarez Peña 2002a; 2007; 2007b) sobre, por ejemplo, un castro concreto del concejo de Gozón (la Punta'l Castiellu) (ver fig. 1.30), en el que se recoge meticulosamente la toponimia tradicional de las diferentes partes de este poblado costero a la par que se narran las diferentes leyendas con él relacionadas, así como las identidades de ciertos grupos familiares de las aldeas aledañas que legitiman su antigüedad haciéndose proceder de los habitantes del castro; o sobre la mitología asociada a cuevas y otros yacimientos arqueológicos. También del mismo autor es el reciente libro *Mitología Asturiana* (2003) en donde se dedica un interesante capítulo a los tesoros, ayalgas y moros.

Por lo tanto está claro que desde el comienzo de las investigaciones castreñas en el s. XIX hasta la actualidad se han tenido en cuenta las relaciones con los restos del pasado efectuadas al margen del



conocimiento científico. Por ejemplo para José Manuel González se ha dicho que las leyendas usadas en la realización del primer Atlas castreño de Asturias fueron utilizadas una vez estuvieron “desprovistas de su carga fantástica” (Villa 2007a: 191), es decir, que el acercamiento clásico a la mitología por parte de los arqueólogos no deja de ser utilitarista, como una fuente más de conocimiento arqueológico a la hora de localizar yacimientos. El problema, por lo tanto, es que la mayoría de los arqueólogos no tienen en cuenta este otro tipo de discurso, y los que lo tienen en cuenta lo incorporan manteniendo siempre la superioridad del conocimiento científico frente al tradicional. Aún solemos mantener una actitud positivista, y no aprovechamos todo el potencial de significado que tiene el folklore. Deberíamos investigarlo en sus propios términos, como un discurso mítico con sentido para sus protagonistas, con explicaciones míticas de los restos arqueológicos que deben entenderse como paralelas a las de los arqueólogos, ni superiores ni inferiores, porque no son comparables (González Álvarez e.p.). Es decir, con toda su *carga fantástica*.

La cuestión sería ver qué nos interesa a nosotros, como arqueólogos, del folklore y cómo traducir esos elementos de la tradición al código familiar de la Arqueología. El Folklore, entendido como una ciencia, es algo que se define, a la par que la Arqueología, a fines del s. XIX. Ambas ciencias se reparten un objeto de estudio que hasta entonces había estado unido y en manos de los anticuarios, quienes raramente diferenciaban entre el cuento y las reliquias materiales (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 8), como pudimos ver en el caso de José M<sup>a</sup> Flórez y el Castellón de Coaña. La Arqueología estudia la cultura material y el Folklore las tradiciones, incluyendo la cultura material, por lo que en muchas ocasiones se están estudiando facetas del mismo objeto, como puede ser un castro, un dólmen o una cueva. Tanto el Folklore como la Arqueología son dos modos de construir ideas sobre el pasado con materiales del presente, que crean imágenes e ideas que dan significados a los hechos del pasado (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 3), usando los mismos eventos y objetos (Layton 1999). Por lo tanto la Arqueología y el Folklore son dos de esas lentes, con las que podemos jugar buscando semejanzas y diferencias para construir nuevas lentes que provoquen imágenes nuevas sobre la historia de los pueblos. No se trata de crear una disciplina nueva sino de establecer un diálogo entre disciplinas para ver que frutos ofrece (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 3). En este sentido podríamos decir que donde tiene sentido la leyenda, el mito, es en el espacio geográfico concreto donde ésta se desarrolla e interactúa, que muchas veces se trata de un yacimiento arqueológico, algo que parecen olvidar muchos folkloristas cuando realizan recopilaciones de cuentos y leyendas.

Los arqueólogos suelen centrarse en el momento de construcción del monumento, pero éste tiene una vida en la que el folklore -las tradiciones- constituye una parte importante de las comprensiones actuales de dicho resto, gracias a lo cual podemos ver como la gente ha experimentado a lo largo de la historia un yacimiento arqueológico y proporcionando una visión alternativa de lo que estudiamos, evitando de este modo proyectarnos nosotros mismos en el tiempo. En este sentido sería absurdo estudiar un dólmen o un túmulo intentando rastrear exclusivamente su significado primero o del momento de construcción, sin tener en cuenta como se reconceptualizó por las sociedades castreñas para justificar su engarce con el pasado y reclamar territorios (capítulo 3), o como se reutilizó en época medieval y moderna como el hito de límites administrativos (Martínón 2001), o sin analizar todas las leyendas actuales que se le pueden asociar, entendiendo que estos restos patrimoniales no pertenecen al pasado sino que castros y túmulos están vivos, pertenecen en cierta medida al mundo tradicional que los incorporó y aún incorpora en sus relatos y formas de entender el mundo (Arizaga y Ayán 2007: 452-453). Además son analogías que pueden resultar útiles y pueden hacer ganar perspectivas en el discurso arqueológico, a lo que hay que añadir la posibilidad de involucrar a la comunidad local en la preservación de estos lugares, dentro de ejercicios de arqueología pública que hoy por hoy no son habituales en el ámbito español.

Las tradiciones y la Historia han estado más unidas de lo que pensamos, y ha sido habitual el uso acrítico de la tradición para dar significados históricos, bajo la creencia de que en las tradiciones hay elementos escondidos, o reliquias, de actitudes pasadas, como es habitual en los estudios de folklore desde la arqueología celtista (García Quintela y Santos 2000; Moya 2008).

Este es el punto más complejo: cómo trasponer en el tiempo las tradiciones cuando hemos visto que la tradición tiene un tiempo propio y cuando no sabemos el momento en el que éstas han sido inventadas, si contienen o no elementos reales, qué elementos históricos contienen y cuándo fueron añadidos, etc. Debemos añadir que las tradiciones pueden también ser usadas y deformadas con una intencionalidad política clara, o por entretenimiento, o por los intereses económicos derivados del turismo... Por todo ello es más interesante, así como deontológica y metodológicamente más correcto, analizar las tradiciones por los significados que aportan, enriqueciendo el discurso académico, que por los posibles eventos que en ellas hayan quedado reflejados o indicios culturales que posean. Precisamente ese significado es lo que ha permitido que se transmitan las tradiciones. Aunque si no debemos de ver el folklore como portador de hechos “verdaderos” sobre

el pasado tampoco debemos rechazar todo lo que diga como falso. Es posible entresacar del folklore algún elemento histórico haciendo aproximaciones analíticas muy rigurosas, porque en general las tradiciones orales en Europa han sido muy conservadoras y preservan la memoria de ciertos hechos y prácticas durante mucho tiempo. El folklore es simplemente otra forma de ver los monumentos antiguos y el tiempo, y el interés que poseería en Arqueología sería, entre otros, por los posibles significados que ofrece sobre el pasado y sus restos en el momento actual, sin perder de vista que los relatos son “valiosos dispensadores de datos para el estudio de las mentalidades tradicionales” y no tanto “restos de un naufragio que permitía reconstruir el pasado desde el presente” (Aparicio Casado en Arizaga y Ayán 2007: 448). Por ejemplo, para nosotros un dolmen es un enterramiento que puede ser neolítico, calcolítico..., pero este mismo resto ha formado parte de los mitos y ritos de la gente a lo largo de la historia -por ejemplo de los grupos castreños-, entendiéndolo en un tiempo alternativo al nuestro. Serían monumentos importantes para esas gentes por los significados que encerraban y por ello eran significativos en el paisaje, aunque esa misma gente no conociera la función originaria de dichos monumentos. Pero curiosamente muchos dólmenes se tienen en el folklore como entradas al otro mundo -el *Sídh* de los irlandeses-, por lo que algo de su significado original se mantiene a lo largo del tiempo hasta nuestros días (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 16). No es un significado inalterado que se mantenga miles de años, ya que los significados se crean, mantienen y recrean continuamente, pero es un punto de partida. Se trata de interesarnos por todos los significados que genera un monumento desde que se construyó hasta la actualidad, ya que los yacimientos arqueológicos pueden ser concebidos como palimpsestos. En este mismo sentido deberíamos analizar los castros pues, como dijimos, son los monumentos arqueológicos que, junto a los megalitos, más leyendas, ritos y topónimos tienen asociados en la sociedad tradicional en nuestra área de estudio.

Pero este tipo de aproximaciones y ruptura de las fronteras epistemológicas tradicionales que proponen algunos autores sólo es comprensible desde una reconsideración de lo que supone el objeto de la Arqueología. Por ello se nos dice que: “la meta de la Arqueología no es reconstruir el pasado único verdadero, sino desarrollar ricas y sensibles interpretaciones, en el sentido de hacer el pasado inteligible en el presente” (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 6). Por lo que el reto a la hora de usar el folklore en Arqueología es cómo descartar la noción modernista de verdad académica en pugna con la superstición local sin caer en la trampa postmoderna de la relatividad extrema, donde se niega el discurso que pueda referirse a objetos externos a él o donde se rehúsa a traducir significados entre discursos que

puedan ser aproximados (Layton 1999: 32). Simplemente el folklore y la ciencia son dos formas de verdad, puesto que los restos del pasado se interpretan de forma diferente por la gente académica que por la no académica, pero para ambos el pasado tiene su propio significado en el presente, estando las dos interpretaciones igual de condicionadas por parámetros culturales. Al incorporar el folklore la Arqueología abandona el monopolio que tiene en la interpretación del pasado y se dejaría de justificar que el conocimiento científico es superior a otras formas de conocimiento. De hecho algunos que siguen por esta vía llegan a concebir la ciencia como la mitología de la sociedad capitalista (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 18). El problema es cómo compaginar esta concepción de la ciencia con la multivocalidad, con el hecho de que, de todos modos, no todo lo que se diga sobre el pasado es igual de válido; y con lo que pueda aportar, entonces, la ciencia a la sociedad. Se proponen tres acercamientos al folklore desde la Arqueología, que son posibles siempre que superemos que ésta no es una ciencia enteramente objetiva (Layton 1999: 32-33):

- Examinar la tradición oral para rescatar la información histórica que tiene sobre el pasado.
- Usar el folklore como espejo en el cual ver las subjetividades arqueológicas y lo político del conocimiento académico en el reflejo. Por ejemplo en la escala temporal, ya que el control de ésta confiere poder, como han denunciado las arqueólogas feministas (Colomer y otras 1999), puesto que los elementos que consideramos significativos o relevantes, hitos que marcamos en el *continuum* temporal y que parece que escogemos objetivamente por su importancia, son la mayoría de las veces seleccionados por investigadores hombres, blancos y occidentales, y, curiosamente, corresponden a periodos en los que las mujeres han estado más sojuzgadas -el ejemplo más claro es el “esplendor” de la Grecia clásica-. Por ello la escala temporal alternativa del folklore debe hacernos reflexionar que la cronología es también una lente subjetiva. En la misma línea el marco espacial, el territorio tridimensional y mensurable de la Arqueología, se desvanece en el discurso mítico del folklore europeo, en donde el paisaje se revela como una geografía sagrada en donde destacan hitos paisajísticos, significativos precisamente por la carga mítica que tienen asociados. Ello, al igual que la arqueología del paisaje fenomenológica o estructuralista (por ej. Thomas 2001; Criado 1993), nos hace reflexionar sobre la carga capitalista, occidental y androcéntrica de nuestros aparentemente objetivos estudios de la espacialidad prehistórica. Al fin y al cabo la concepción del tiempo y el espacio de los grupos castreños cantábricos tuvo que ser más similar a la de los campesinos tradicionales de estas mismas

montañas que a la del entorno sociocultural de los arqueólogos.

- El folklore supone un paralelo etnográfico con el cual interpretar el pensamiento prehistórico, es decir supone una forma de realizar etnoarqueología sin abandonar la vieja Europa (González Álvarez 2008; e.p.). Es decir, el folklore es una importante fuente de alteridad, con la cual podemos aventurarnos a pensar otros mundos posibles.

Y también tiene importancia este diálogo desde el momento en el que la Arqueología establece interpretaciones sobre el pasado a través de unos monumentos que a su vez están jugando un papel importante en las identidades locales. El sentido local de pertenencia tiene mucho que ver con el folklore y la vida tradicional. Muchas identidades colectivas están conectadas con el folklore de los sitios arqueológicos, tanto a nivel local como a nivel de la industria del patrimonio. Por ello es fundamental conocer, por parte de los arqueólogos, las tradiciones de los yacimientos arqueológicos (Holtorf y Gazin-Schwartz 1999: 17). Debemos reflexionar sobre el sentido en el que nuestras acciones y supuestos afectan a los diferentes grupos implicados en un yacimiento, como es la comunidad local, y apostar por el diálogo con todos los grupos que se interesen o den significados al pasado (Hodder 1998). Una ciencia multivocal asimila más que discrimina. Pero tampoco consiste en diseccionar las tradiciones para mostrar sus características desde el positivismo, sino verlo como el otro, un otro que está muy cercano a nosotros. El arqueólogo debe romper con los límites tradicionales de la disciplina y comenzar a negociar con todos los grupos implicados.

En la línea de estos tres puntos de análisis que se acaban de definir, pero especialmente siguiendo el primero de ellos, se han desarrollado recientemente algunas propuestas de “etnoarqueología del paisaje”, “antropología” y/o “etnoarqueología” tanto para el caso gallego como asturiano, y que parten de los relatos tradicionales para aclarar cuestiones “arqueológicas” sobre objetos y estructuras prehistóricas, eventos, medio ambiente y las relaciones entre los castros y su entorno (González Álvarez 2008; Arizaga y Ayán 2007) y que en cierta manera sustituye al connotado término folklore (Arizaga y Ayán 2007: 446-447). En este sentido podrían rastrearse ciertos elementos arqueológicos castreños a partir de las leyendas, que suelen interpretar los objetos metálicos castreños casi siempre como oro, aunque la mayoría de las veces se trate de bronce. Las figuras de animales de oro podrían vincularse con fíbulas zoomorfas, como tuvimos ocasión de comprobar en el castro de El Castiellu de Fozana (Siero, Asturias). Las arracadas y pendientes amorcillados que se encuentran en los castros suelen interpretarse como anillos de las narices de los moros, o incluso de una raza previa a éstos, *los argal.lones*, peludos y que habitaban en las cuevas

(Álvarez Peña 2007b: 229-230). Otra asociación mítica que puede ser muy útil para los arqueólogos es la que tradicionalmente vincula los palstaves o hachas de talón y anillas con bolos de oro, y a su vez los fosos colmatados de las defensas castreñas, en donde suelen aparecer esas hachas (capítulo 3), con las boleras en donde los moros jugaban. Es decir que en la tradición oral de Asturias, oeste de Cantabria y norte de León, que es donde vemos el mito de las boleras y bolos de oro con los que los moros jugaban en los castros, se ve una asociación de elementos (boleras y bolos de oro) que posteriormente la arqueología está documentando (fosos y palstaves) (González Álvarez 2008). Lo interesante aquí, más que el carácter predictivo del mito a la hora de documentar niveles de la fase I en los poblados castreños, es comprobar cómo los dos ámbitos de conocimiento asumen la generalización de estos hechos: la deposición de materiales bronceos y su relación con las estructuras defensivas de los poblados castreños, lo que nos estaría informando sobre prácticas simbólicas vinculadas a la fundación o construcción de nuevos asentamientos (González Álvarez e.p.).

Por otro lado las “inscripciones en árabe” propias de los moros podrían ser tanto muestras de plástica castreña en piedra (González Álvarez 2008: 241) como epígrafes latinos (Álvarez Peña 2007b: 231). También es frecuente en el occidente asturiano que las cabañas castreñas, más visibles por su técnica y material constructivo que las del oriente de Asturias, se asocian con los hornos de los moros (Marín 2006: 90-91), o con *casuas* (casetas), como ya indicaba Flórez para el caso de Coaña (Flórez 1878). Incluso de varios castros costeros del occidente asturiano como Otur o Cabo Blanco se explican sus fosos defensivos como intentos de convertir aquellos lugares en islas por parte de los moros que los habitaban (Camino 1995b: 73-74, 98). Otras grandes alteraciones paisajísticas como son las canalizaciones de época romana altoimperial para la minería del oro se denominan *antiguas* y se suelen asociar más con el diablo directamente que con los moros (Álvarez Peña 2007b: 232), aunque también se explican como los caminos de los segundos (González Álvarez 2008: 241). El problema de intentar extraer información “arqueológica” de estas leyendas es que aunque en algún caso sí que exista una relación entre la leyenda y la materialidad a la que se refiere, en otros la leyenda puede haber sido incorporada y no tener, por tanto, ningún correlato material detrás.

Respecto a las relaciones entre castros son muy frecuentes las leyendas en las que vinculan poblados de este tipo mediante el recurso a túneles, enfrentamientos, etc. Quizás en estas leyendas se encuentre algún hecho histórico implícito o explícito sobre la organización territorial castreña, su organización social y la concepción del paisaje en la Edad del Hierro que el arqueólogo debe desentrañar mediante el rescate de la información mitológica y su

contraste con las fuentes arqueológicas, epigráficas, históricas..., como ya hace años adelantó Vázquez Varela (en Arizaga y Ayán 2007: 454-455). Otra asociación muy frecuente que la tradición suele explicar en términos míticos es la de los castros con las cuevas que a veces hay en sus faldas. Un ejemplo lo tenemos en la Cueva Ferrán (Piloña), en donde aparecieron materiales romanos y que tiene una leyenda con una *xana* y una serpiente, con respecto al castro de la Peña de San Martín (Martínez Vega 2003). Sabemos de otros castros asociados a cuevas con materiales arqueológicos, como podría ser el caso del castro de Cellagú y la cueva del Eremitán, pero sin embargo la Arqueología aún no ha sabido explicar esta asociación.

### 1.6 NUESTRA PROPUESTA.

La presente tesis es de Arqueología, es decir, que lo que se pretende es realizar una interpretación social de los cambios y continuidades culturales, así como de las hegemonías y resistencias sociales, de las sociedades del centro-occidente cantábrico desde el II milenio a.C. hasta poco tiempo después del cambio de era a partir de la materialidad de las mismas. Por lo tanto no tendría sentido incluir apartados sobre “cultura material”, como en otras tesis sobre “pueblos” protohistóricos (por ejemplo Peralta 2003; Álvarez-Sanchís 2003), ya que como arqueólogos entendemos que, desde un punto de vista teórico, toda cultura es material (una leyenda o una canción cuando se canta también se materializa) (en González Ruibal 2007: 259-260). Además, cuando otros arqueólogos aluden en esos apartados específicos a “cultura material” lo que entienden es la cultura material mueble (generalmente cerámica y metales), mientras que nosotros partimos de la base de que la “cultura material” incluye desde la semilla carbonizada de un granero y la calota craneal de una cista, a la organización urbanística de un poblado y al paisaje en el que se engarzan y cobran sentido las acciones de un determinado grupo, pasando evidentemente por las cerámicas, las fíbulas o los metales. Curiosamente el imperante paradigma historicista, supuestamente preocupado en establecer los límites espaciales y cronológicos de los “pueblos” a partir de sus fósiles-guía, ha desatendido enormemente a la materialidad del área centro-occidental cantábrica, y en concreto a uno de los principales restos de cultura material mueble: la cerámica. Por último sino realizamos un apéndice para “cultura material” es porque pensamos (González Ruibal 2007: 260) que toda la cultura material, la materialidad, no es pasiva, no son los trajes intercambiables de las muñecas, sino que la materialidad es algo que se halla activamente involucrado en nuestras vidas, que crea cultura y que no sólo la refleja, por lo que la interpretación arqueológica no es que sea sólo pertinente, sino que

además es la única de aplicabilidad en todos los tiempos históricos -en todos los grupos humanos ha habido y hay materialidad, algo que no podemos afirmar de otro tipo de fuentes de conocimiento, como las escritas-, además de ser la fuente histórica más democrática en el sentido de que “la materialidad de los cuerpos, los objetos y el espacio participa en la cotidianidad de todas las personas” (Zarankin y Salerno 2008: 22).

En este sentido un tema que como arqueólogos nos parece especialmente interesante, y que hemos podido comprobar en estudios de arqueología contemporánea (Marín y otros e.p.), es el hecho de que los distintos tipos de fuentes (documentales, orales y materiales) no tienen por qué ser siempre complementarias y converger, sino que en ocasiones son contradictorias. Sólo para el final de la Edad del Hierro y época romana contamos con fuentes escritas, desde las de historiadores y geógrafos como Estrabón, a las producidas en el propio solar cantábrico, como las epigráficas. Ello no implica que cambiemos nuestra metodología interpretativa, que seguirá siendo arqueológica, fundamentada en el estudio crítico de la materialidad, como arqueológicas son también nuestras interpretaciones sobre la Guerra Civil y el franquismo (Sánchez-Elipe y otros e.p.; Falquina y otros 2008), sino que debatamos y discutamos en qué modo pueden combinarse los diferentes tipos de fuentes. Se ha de tener en cuenta que especialmente Estrabón, por encima de Plinio, Mela y Ptolomeo, también fuentes históricas para nuestra área de estudio, así como Floro y Orosio, marca un “tiempo de barbarie” (prerromano) frente a un “tiempo de civilización” (tras la conquista), por ejemplo mediante las oposiciones bellota/trigo, cerveza/vino, mantequilla/aceite, por lo que estas fuentes hay que usarlas superando el tradicional paradigma historicista, y entender cómo la producción de aquellos textos está marcada por relaciones de poder, por unas determinadas realidades históricas, por lo que se debe tener mucho cuidado para hacer etnografía con ellos (Bermejo Barrera 1996: 21-23). Nuestro acercamiento crítico y reflexivo a las ideas preconcebidas en nuestros estudios sobre la Edad del Hierro requiere que hagamos un análisis contextual de las fuentes literarias y arqueológicas (Hill y Cumberpatch 1993:132). Los datos textuales y materiales pueden ser encarados como interdependientes, complementarios y contradictorios, al mismo tiempo, aunque no por ello deja de ser necesario un abordaje interdisciplinario que combine análisis textual y artefactual, con aportes sociológicos y antropológicos, entre otros (Funari y Vieira de Oliveira 2006: 123) para que nuestro discurso pueda ganar densidad histórica, y ser una descripción lo más “densa” posible, en el sentido antropológico de Ryle y Geertz (en Geertz 2001 [1973]: 20-21, 24). Sabemos que los textos escritos son analogías contemporáneas que pueden decirnos lo que

los artefactos pueden significar, que las mejores analogías son las relacionales (Hodder en Morris 2000:6), es decir, cuando hay varias similitudes entre los contextos comparados, por ejemplo compartiendo el espacio, el tiempo (“analogías contemporáneas”) y la forma, pero también que en el área cantábrica los textos escasean prácticamente hasta la Edad Media, por lo que algunos autores no dudaron en hacer llegar la Protohistoria hasta ese momento (González y Fernández Vallés 1976, 1978). Como toda interpretación arqueológica es analógica, debemos buscar esas analogías tanto en la Historia como en la etnografía (Morris 2000: 6), siendo esta última la opción más viable para el ámbito cantábrico en la Prehistoria reciente. De hecho, la imposibilidad de encontrar buenos trabajos de cultura material en sociedades actuales -con los que poder realizar analogías, abrir nuestra mente a la hora de interpretar o poder hacer “descripciones densas”- ha llevado a los arqueólogos a desarrollar una disciplina intermedia entre la Arqueología y la Antropología, la Etnoarqueología, que se centra en aquellos aspectos del comportamiento socio-cultural activo o vivo que dejan traza en el registro arqueológico, y que no son sólo las cerámicas, sino también las concepciones del espacio y el tiempo (González Ruibal 2003b: 11).

En este sentido en la presente tesis, se tendrán en cuenta los fundamentales aportes de la Etnoarqueología para la interpretación arqueológica de la Edad del Hierro cantábrica, tanto de pueblos preindustriales extraeuropeos como de las sociedades campesinas tradicionales de nuestro continente, que hasta hace muy poco se han dado en este mismo solar y que en muchos casos han tenido concepciones del paisaje o aspectos mitológicos heredados de momentos prerromanos. En este último aspecto tiene especial importancia todo el folklore vinculado a yacimientos arqueológicos, pero no en un sentido esencialista -para fijar la invariabilidad del significado de un rito y/o mito desde la prehistoria a través del tiempo como muchos autores celtistas hacen actualmente- sino para todo lo contrario, para abrir las posibilidades a nuevos significados que tradicionalmente no hemos tenido en cuenta y que, sin embargo, han funcionado en las sociedades tradicionales. Con ello buscamos abrir las posibilidades interpretativas para un hecho arqueológico concreto, y poder realizar interpretaciones lo más contextuales posibles, gracias a la apertura interpretativa de las analogías textuales y etnográficas.

Estos métodos por ejemplo han permitido ver cómo en muchos intrascendentes basureros de la Edad del Hierro realmente hay enormes cargas de simbolismo, o cómo la ubicación de los lugares de trabajo metalúrgico y cerámico en los castros no responden exclusivamente a cuestiones relacionadas con los humos y malos olores (capítulo 4). También la importancia y simbolismo de la arquitectura en la

estructuración de las relaciones sociales o como la cerámica no sólo sirve para beber, cocinar, transportar... sino que puede, por ejemplo, simbolizar el trabajo femenino y a las mujeres que lo realizan, dándoles protagonismo social, o ser una metáfora del cosmos (capítulo 4). Gracias a la Antropología sabemos que los movimientos trashumantes no son sólo desempeñados por hombres y realizados exclusivamente por motivos económicos, subsistenciales, sino que también pueden darse por motivos identitarios e incluso de independencia política respecto a otros grupos, no haciendo falta controlar políticamente un territorio para moverse por él con el ganado (capítulos 2 y 3). También sabemos que la omnipresente etnicidad que los arqueólogos rastreamos desde hace más de cien años no siempre es una de las identidades con más fuerza entre los agentes sociales de muchos grupos y que, en todo caso, se vive de modos muy diversos según la posición que se ocupe en el campo social (capítulo 4). O que frente al modelo de sociedad guerrera y jerárquica céltica hay infinidad de formas de presentarse el poder y la desigualdad social, así como multitud de mecanismos tanto de naturalizarlos como de neutralizarlos socialmente.

Estos matices para repensar la Edad del Hierro han quedado bien resumidos por Hill (1989; 1995b) y Hill y Cumberpatch (1993), que no por ser frecuentemente citados quiere decir que se apliquen. Estos autores proponen en primer lugar huir de los discursos arqueológicos políticamente reaccionarios que aún hoy son muy frecuentes en los estudios sobre la Edad del Hierro y que, en los peores casos, conllevan ideologías nacionalistas y racistas decimonónicas, como es seguir preocupándose por los celtas. Podríamos destacar también la necesidad de ver la Edad del Hierro no como algo familiar, cercano, conocido... -pues el riesgo es aplicarle las categorías culturales de la Europa Moderna- sino como lo otro, lo diferente a lo nuestro, cognoscible mediante un ejercicio hermenéutico en el que se dialogue continuamente entre el pasado y el presente, la parte y el todo, la teoría y los datos. Fundamental en este proceso es por lo tanto hacer que la arqueología de la Edad del Hierro sea más prehistórica y menos protohistórica, es decir, que no tienda al fácil recurso de explicar el pasado usando los textos escritos, sino que deberíamos estructurar los discursos sobre la cultura material, con lo que seguro que encontraremos significados nuevos para una materialidad que tradicionalmente se explica por su sentido práctico, sin tener en cuenta que lo funcional también puede ser simbólico.

En esta línea que proponen Hill y Cumberpatch (1993) debemos realizar una continua autocrítica de aquellos conceptos que la Arqueología usa frecuentemente para pensar la Edad del Hierro, y que conllevan tantas esencializaciones y valores

reaccionarios, como son los celtas, y en menor medida los Galaicos, Astures y Cántabros. Sobre Galaicos, Astures y Cántabros podemos adelantar que los entendemos como conceptos útiles sólo a partir de la romanización, pero no antes, y en el marco de las nuevas relaciones estatales impuestas a las comunidades castreñas (ver capítulo 5). Sobre esta problemática tenemos apartados específicos en los capítulos 4 y 5. Centrémonos ahora por un momento en los celtas, como categoría arqueológica, aún hoy tan en boga entre muchos de nuestros colegas. Comparto con Alfredo González Ruibal (2005b) las respuestas a la pregunta de “¿para qué sirven los celtas?”. Para muy poco. Los celtas no nos hacen comprender mejor la Historia porque su uso como categoría científica no ayuda en la búsqueda de respuestas si lo que nos interesa saber, como científicos sociales políticamente situados, es cómo se construye y contesta el poder en las sociedades desigualitarias, cómo la cultura material determina nuestro habitus, cómo se negocia la identidad a través de los objetos, cuáles son los mecanismos por los que se produce el cambio cultural, cómo son las relaciones entre grupos sociales con diferentes grados de desigualdad, cómo es la vida cotidiana en un gran *oppidum* o en un pequeño castro de una hectárea o qué papel juega el género en todo lo anterior en un sentido social transversal (González Ruibal 2005b; Falquina, Marín y Rolland 2006).

La escasa claridad con la que son usados los celtas por historiadores y arqueólogos quizás se deba en parte a que este “histórico” concepto no fue referido por ningún autor de la antigüedad para el septentrión hispano. Más bien el “beben en vasos de madera como los celtas” de Estrabón parece indicar que al menos algunos de estos autores no los entendían como tal. Si, no obstante, queremos seguir usándolos como categoría étnica *etic* y como categoría lingüística (Armada Pita 2005; Brañas 2005) hay serias objeciones que realizar. Nuestro campo no es la lingüística pero creo que a día de hoy no se puede asegurar que ningún grupo del norte peninsular hablase una lengua celta. De hecho en la zona cantábrica se suele aludir al triple estrato lingüístico prerromano (alguna lengua preindoeuropea, una indoeuropea no celta y una indoeuropea celta) (González y Fernández-Vallés 1976, 1978), aunque otros autores aseguran que lo que se hablaba en el norte peninsular son lenguas celtas exclusivamente. Posiciones tan dispares reflejan que dentro de la Paleolingüística las cosas no deben ser muy diferentes con respecto a la Arqueología, demostrando como las “políticas de la verdad” también actúan en esta disciplina según los condicionantes personales de cada investigador. Lo que parece evidente es que la diferencia dialectal de las diversas lenguas romances que evolucionaron en el norte peninsular, siendo un caso claro los tres dialectos principales de la lengua asturiana, tienen que ver con límites culturales que

arrancan al menos desde el Bronce Antiguo. Uno de éstos límites culturales más evidentes es el río Sella, así como el Navia (capítulo 2 a 5). Ello demuestra que, aunque no sepamos exactamente qué tipo de lenguas eran las que se hablaban en el norte peninsular, al menos sabemos que más que unidad los testimonios indican diversidad lingüística. Por lo tanto es improbable identificar el norte peninsular con una sola lengua, y menos probable aún identificarlo con una única lengua celta. De hecho tradicionalmente del Sella hacia el oriente, hasta el País Vasco y Aquitania, se defiende que lo que se hablaba en época prehistórica eran variantes de la lengua vascona (Iglesias Gil 1977: 179), lo que en el oriente de Asturias y Cantabria estaría atestiguado por numerosos topónimos con ese origen (González y Fernández-Vallés 1976, 1978). De todos modos en los últimos años algunos lingüistas han explicitado esta variedad lingüística prerromana del centro-oriental cantábrico, en donde el euskera de la zona de Euskadi y área limítrofes sería el último en llegar, puede que a finales de la Prehistoria y procedente de Aquitania, instalándose sobre un horizonte lingüístico indoeuropeo asociado con el Neolítico y otro celtibérico posterior (Villar y Prósper 2005), lo que arqueológicamente podría estar en relación con movimientos de pueblos Vascones, quienes se extenderían desde el río Leizarán hacia el Pirineo central y Aquitania, al oeste del río Garona (Almagro Gorbea 2005-2006; Ruiz Zapatero 2006). Pese a esta variedad lingüística prerromana que podemos hacer extensible a todo el ámbito cantábrico llama la atención cómo en los últimos años, en paralelo al resurgir regionalista cántabro, cierta investigación tiende a todo lo contrario, a negar cualquier evidencia vascona en Cantabria y el oriente de Asturias. Para algunos investigadores hoy en día todos los topónimos, teónimos, hidrónimos... serían de origen celta. Baste como ejemplo algún reciente razonamiento filológico, evidentemente perverso, como es el que alude al origen del orónimo Naranjo de Bulnes, pico señero del macizo central o los Urrieles de los Picos de Europa, dentro de lo que supuestamente sería el territorio histórico de los Cántabros. Según Eduardo Peralta (2003: 42), y siguiendo supuestamente a Corominas, ese “naranjo” vendría de una lengua parecida al lusitano en donde podría entenderse como *nerankos* “gigante”. La realidad es bien diferente. Naranjo de Bulnes es un topónimo muy reciente, del s. XX, promocionado a causa de la creciente afición a la montaña y a la escalada por montañeros ajenos al lugar. El topónimo original de ese pico es Picu Urriellu, y a sus pies se sitúa Vega Urriellu, en el macizo montañoso de los Urrieles. Topónimos que, al igual que muchos otros en estas montañas, se han vinculado con lenguas emparentadas al euskera. Pese a estos esfuerzos hasta autores celtistas como el citado Peralta acaban reconociendo

un substrato preindoeuropeo en el norte peninsular seguramente vinculado a la lengua vasca (2003: 41).

No obstante la presupuesta importancia de la lengua en la etnicidad (Armada Pita 2005) es matizable. ¿Debemos pensar que un Hassan que hable árabe de Qatar y un tipo, con el mismo nombre y la misma lengua, incluso la misma religión islámica, pero de Somalia tienen la misma identidad cultural? (González Ruibal 2003a). Tampoco vemos sentido en el uso de los celtas como categoría étnica *etic* ya que no permiten entender las profundas diferencias étnicas, políticas y de organización social que se suelen meter bajo el paraguas celta. Querer entender la etnicidad de los habitantes del Picu'l Castu de Caravia y de los moradores del *oppidum* palentino de Monte Bernorio cubriendo sendos poblados con las categorías de poblados cántabros y/o celtas (o Lancia y Moriyón con las de poblados astures y/o celtas) nos parece un grave error metodológico, que impide analizar correctamente dos formaciones sociales contemporáneas pero radicalmente diferentes, proyectando hacia el pasado concepciones de lo étnico fruto de la Modernidad e impidiendo de este modo reconocer la otredad, los casos históricos concretos y específicos.

Por lo tanto hemos de pensar que si los celtas se mantienen en nuestra Arqueología ello se debe a las cuestiones políticas que todo posicionamiento teórico e interés epistemológico conllevan, como vimos en el repaso historiográfico. Creemos que apostar por los celtas, con todo lo que conlleva, es la forma más sencilla de mantenerse en la ortodoxia de la disciplina, principalmente la de las universidades meseteñas, evitando de este modo molestas críticas internas de los acumuladores de capital científico y, a nivel externo, asegurando la comunicación con una sociedad que ampliamente ha demostrado aceptar a los celtas, y no sólo en el norte peninsular. Téngase en cuenta, además, que esta apuesta puede asegurar carreras académicas o ventas masivas de productos culturales, pero que está muy lejos, no obstante, de ser una herramienta emancipadora en y para la sociedad. Muy lejos de ser una herramienta que nos permita ser más libres mediante la crítica científica de las categorías sociales naturalizadas en nuestras vidas, mediante el contraste y enraizamiento de dichas categorías con las investigadas en el pasado, y mediante el recurso de los yacimientos arqueológicos y paisajes culturales como focos de memoria.

Los celtas más bien sirven para todo lo contrario. Refuerzan la naturalización tan occidental y reaccionaria de las desigualdades de género, naturalizan la presencia protagonista del hombre guerrero-ganadero con mujeres autistas que no desempeñan ningún papel relevante en la sociedad, subsumen las diferencias de clase, género, gremio, edad... bajo la aparente homogeneidad étnica de los “pueblos” históricos y de las “sociedades triangulares”,

y esconden a los protagonistas históricos concretos, a las personas, con sus voluntades y acciones, tras inoperativas ideas de tiempo largo y amplia proyección geográfica. Además, es un concepto que ni siquiera los autores que apuestan por él consiguen definir con claridad y al margen de profundas contradicciones. Por todo ello creemos que, a nivel interno, deberíamos desechar estos conceptos, como el de celtas, íntimamente ligados con el paradigma historicista, ya que sustentan las visiones más reaccionarias de lo social, son confusos, están mal definidos y evitan el desarrollo de una mayor autonomía tanto teórica como epistemológica de nuestra disciplina. Creemos que el debate entre celtófilos y celtoescépticos se encuentra viciado, ya que de lo que se trata es de superar la Arqueología histórico-cultural y positivista. Además, en nuestro caso concreto, los celtas no nos sirven para responder a las preguntas históricas que le formulamos al registro material. En este sentido es llamativo que algunos arqueólogos celtistas consideren el centro-occidente cantábrico como de escasa o intermedia celticidad (Almagro Gorbea 1995: 123-124), contrastando fuertemente con otras zonas peninsulares, pese al notable esfuerzo de muchos arqueólogos, sobre todo en época franquista, por demostrar el carácter celta de las poblaciones prerromanas de Asturias, Cantabria y León. Esfuerzo que hoy es recogido por un sinfín de asociaciones y grupos de tinte regionalista y nacionalista, como vimos más arriba.

Mientras que algunos autores apuestan por seguir utilizando a los celtas como herramienta interpretativa -aunque se reconoce que no hay unas tipologías ni un repertorio genuinamente celtas- y “para no dejar cancha libre a todas las manifestaciones acientíficas, mistificadoras y esotéricas” (Armada Pita 2005: 178), nosotros partimos de todo lo contrario. Creemos que es un sinsentido seguir manteniendo a los celtas teórica y epistemológicamente hablando, y que si se mantienen pese a las contundentes críticas de muchos autores, principalmente desde el mundo anglosajón, se debe a las motivaciones políticas, se expliciten o no, que toda actividad científica conlleva. El mantenimiento del paradigma celtista por buena parte de la comunidad científica hace que “objetivar al sujeto objetivante” se convierta en una práctica necesaria, y a su vez muy reveladora, en cualquier estudio arqueológico. Pero como decimos no se trata de usar o no a los celtas para que podamos hablar de una Arqueología más o menos política. Toda Arqueología es una forma de política, también en el caso de aquellos autores que trabajan en el ámbito septentrional y que evitan activamente aludir a cuestiones étnicas o identitarias en el pasado, amparándose en los aspectos más “científicos” de las ciencias sociales (dataciones, estudios físico-químicos, tipologías...). Al igual que la Arqueología celtista esta última arqueología aséptica y cientifista, como vimos,

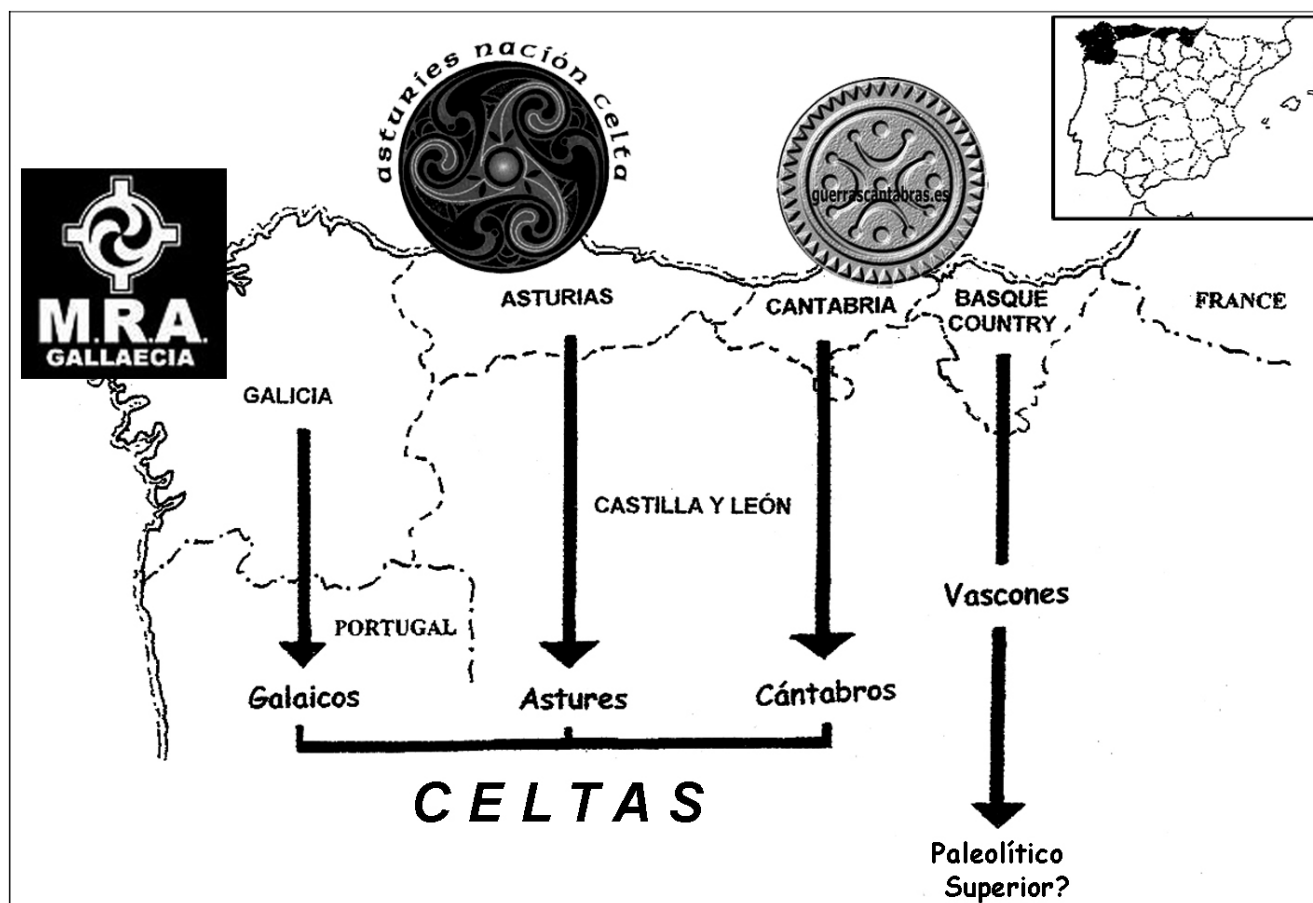


tiene los mismos condicionantes efectivos que la otra, esto es, la España de las Autonomías, fuerte condicionante administrativo, económico, jurídico y, evidentemente, político. Todas estas arqueologías, celtistas o no, pueden ser igual de positivistas, y raramente pueden escapar de un entramado sociopolítico creado tras la muerte de Franco en donde cada Comunidad Autónoma tiende a hacer énfasis en su marcado carácter individual, en escribir su propia Historia Nacional, para lo cual es inevitable la manipulación de la misma, y poder reforzar así sus identidades presentes (García Carcel 1994; Carreras y Forcadell 2003; Pérez Garzón y otros 2003) tal y como se puede apreciar en los programas educativos de cada una de ellas (Dávila 2005). No deja de ser llamativo, y creemos también que peligroso, que, como vimos al comienzo del capítulo, variados programas investigadores arqueológicos actuales, celtistas o no, conscientes del sentido político de las ciencias sociales o negadores del mismo, tengan los mismos condicionantes objetivos que la ciencia popular usada para reivindicaciones nacionalistas y regionalistas, en donde unos Galaicos, Astures y Cántabros perdidos en la nebulosa del tiempo siempre pueden ser utilizados como los incuestionables referentes de una gran variedad de discursos actuales, tanto de dentro como de fuera de la Academia (Ruiz Zapatero 2006) (fig. 1.34).

Pero precisamente por tener los celtas en general, y los Galaicos, Astures y Cántabros en particular, un papel social tan activo en multitud de grupos sociales actuales, canalizándose a través de estas representaciones del pasado multitud de reclamaciones culturales y políticas, sentimientos identitarios, demandas ecologistas, recuperación de las supuestas mentalidades tradicionales, revalorización del patrimonio arqueológico, etnográfico e histórico, sin olvidar el importante papel que poseen a la hora de mercantilizar productos culturales, es por lo que, en la faceta externa del campo científico, deben mantenerse. Es decir, celtas, Galaicos, Astures y Cántabros deben ayudarnos en nuestro diálogo con la sociedad a tender puentes de comunicación que hoy por hoy no se dan o se producen de un modo muy distorsionado. Este protagonismo de los celtas, los Astures y los Cántabros en nuestra relación con la sociedad se debe a un doble motivo. En primer lugar debido a la enorme responsabilidad que la comunidad arqueológica ha tenido, y tiene, en el uso y abuso de estos conceptos, ratificando “científicamente” los usos más reaccionarios que tanto a nivel social como académico se han desarrollado. En segundo lugar, porque si nuestro objetivo es incidir en la sociedad y presentarle la Arqueología -y las ciencias sociales en general- como políticamente emancipadoras y subversivas ya que permite desnaturalizar las relaciones de poder contemporáneas mediante el estudio crítico de alteridades históricas, en primer

lugar lo que debemos hacer es la crítica pública precisamente de aquellos conceptos que conllevan unos valores completamente antitéticos (racismo, androcentrismo, naturalización de la razón instrumental, del *homo oeconomicus*, de la desigualdad social, de las naciones modernas...), como es el caso de los celtas, Galaicos, Astures y Cántabros entendidos como Estados-nación de la Edad del Hierro (Marín 2004a; 2005a y 2005b).

La identidad pasado presente basada en la identificación entre guerreros heroicos que lucharon contra Roma y subculturas urbanas que luchan por su región, principalmente contra un enemigo que se personifica en el Estado Español, es un mito creado por las elites urbanas dominantes ideológicamente desde el s. XIX y que se ha extendido a todas las capas de la sociedad en los últimos treinta años (Marín 2005a). Sin embargo la identificación, forzada también en todo caso, entre los ganaderos y agricultores de la Edad del Hierro de identidades políticas de aldea fortificada (castros) con los campesinos subactuales cantábricos, ha sido muy pocas veces ensayada. Pese a que tampoco tenga sentido identificar pasado y presente en esta línea, sí que podríamos rastrear el origen histórico en la Edad del Hierro de ciertos elementos estructurales de los campesinos cantábricos hasta mediados del s. XX, desde una perspectiva de los tiempos largos, y analizando, evidentemente, tanto los momentos de cambio cultural como de mantenimiento de las formas sociales de este complejo proceso histórico. Entre los castreños prerromanos y los campesinos cantábricos subactuales podemos ver semejanzas en las identidades colectivas, ya que en ambos casos están fuertemente enraizadas en la comunidad local (la aldea, fortificada o no, la parroquia), en las concepciones y mitificaciones del paisaje, en las formas de desplazarse por el territorio especialmente debido a la importancia social de la actividad ganadera, en los modos de organizar y ciclos del trabajo agrícola y ganadero, en la importancia del trabajo comunal, en la complementariedad de funciones entre hombres y mujeres más allá de que los hombres monopolizaran las funciones guerreras, en las prescripciones míticas de las diferentes tecnologías, etc. Este tipo de estudios no son frecuentes y quizás sea debido a que los protagonistas de la Edad del Hierro y los campesinos cantábricos nunca han tenido voz en los discursos cultos y urbanitas, ya sea en los de los autores clásicos como Estrabón, en los de las elites socioculturales actuales que usan tanto a los guerreros de la Edad del Hierro como a los campesinos actuales para fundamentar la idiosincrasia de las regiones por las que luchan políticamente o en los de las recreaciones históricas de muchos arqueólogos e historiadores. Podríamos decir que han sido siempre los excluidos de la Historia, en donde siempre hemos hablado por ellos, habitualmente para justificar fines presentes y/o urbanitas. Y es en este aspecto en el que



**Figura 1.34:** los referentes “étnicos” e históricos del nacionalismo y regionalismo actual que los arqueólogos siguen reificando con sus investigaciones condicionadas económica, administrativa y jurídicamente por las España de las Autonomías (en Ruiz Zapatero 2006).

los arqueólogos que han procedido al modo de los aedos griegos buscando los mitos fundacionales de regiones y estados modernos tiene una gran responsabilidad. Pero la Arqueología puede ser utilizada de otro modo, debido al gran potencial subversivo que posee.

Podríamos decir que la omnipresencia de los celtas y de los “pueblos históricos” en los discursos sobre la Edad del Hierro realizados en España se debe también, a nivel teórico y metodológico, al mantenimiento del historicista concepto de “cultura arqueológica”. La invención del término “cultura” no excluye los discursos evolucionistas (vinculados a los desarrollos tecnológicos y el progreso), sino que se asimilan ambos en distintas mutaciones sutiles de los discursos. A nivel metodológico, de laboratorio, la “cultura” permite ordenar la multitud de materiales arqueológicos a la par que les otorga de espacialidad, y sigue subsistiendo la idea de progreso al hablarse de “altas” y “bajas culturas”, de “núcleos difusores” y “áreas aculturadas”, etc. Y el uso de la “cultura” posee aptitud y plasticidad, unida a conceptos metafísicos como “pueblo” y “raza”, para integrarse en discursos que buscan las identidades nacionales originarias. Y sirvió, y sirve, tanto para espíritus nacionales como para idiosincrasias locales o regionales. “... La versatilidad de la cultura facilitó la formación de

discursos «centralistas» y/o «autonómicos» estrechamente ligados con las estrategias socio-políticas de los estados modernos respecto a las poblaciones bajo su control” (González Marcén, Lull y Risch 1992: 16-17; Rowlands 1994:130-133). Partimos por tanto de una propuesta similar a la desarrollada por algunos autores en donde las clasificaciones que son tenidas en cuenta no deben ser consideradas en ningún caso criterios de verdad sino de posibilidad. En esta línea las dimensiones espacial y temporal, que vertebran los capítulos y epígrafes de la tesis, han de ser consideradas como meros criterios de dimensión, y no como categorías de análisis histórico. Pese a delimitar la esfera arqueológica en estas dos dimensiones de espacio y tiempo, y jugar con la asociación-disociación y sincronía-diacronía, la categoría básica del análisis arqueológico -y por extensión histórico- procede de la misma Arqueología, y no es otra que la de “grupo arqueológico”, evitando, por encima de todo, la clásica “cultura arqueológica”. Ello nos permite omitir una categoría frágil sociológicamente hablando, y ser libres a la hora de interpretar restos asociados en diacronías específicas a partir de una actitud abierta, en cuanto a la teoría y metodología instrumental, que de cuenta de una multiplicidad de fenómenos y no de una supuesta unidad mental que aliena al investigador. El “grupo

arqueológico” depende tanto de su propia manifestación empírica como de la teoría del arqueólogo, y con aquel siempre es posible, tras una investigación en la que mediante una serie de variables se esboce la multiplicidad del objeto de estudio, que otros investigadores puedan desarrollar otras. Rechazar la “cultura” y aceptar el “grupo arqueológico” supone poner sobre la mesa que nuestras inferencias o deducciones sobre las manifestaciones del pasado son propuestas actuales de revisión histórica y tienen su marco de actuación en nuestro mundo (González Marcén, Lull y Risch 1992: 23-25).

“Cultura arqueológica” sugiere gente, tradiciones, hábitos, ideas, expresiones materiales y sistemas de subsistencia determinados. Actúa como trascendencia immanente, como conciencia social que dirige u obliga a la comunidad que vehicula. Se encuentra en un plano racional opuesto al de las prácticas, condicionando el universo práctico como un *fatum* inevitable. Surge de un descarado razonamiento circular por el que se cosifica y da nombre a todas las manifestaciones materiales que sirvieron de inspiración para su creación. “Grupo arqueológico” no es nada de eso. Se ciñe exclusivamente a ordenar la manifestación arqueológica, evidentemente con un diálogo entre teoría y práctica arqueológica, pero en donde el único responsable de las representaciones históricas es el arqueólogo (Ibid.: 25). Una de las intenciones de la tesis es extraer de la “propuesta cultural” su manifestación material para traducirla al campo semántico del “grupo” y poder así brindar nuevas y abiertas interpretaciones históricas. Entiéndase por ello que en la tesis no se utilizarán términos como “cultura castreña o *castrexa*”, “cultura celtibérica” o “astures”, sino que se aludirá a castros, yacimientos tipo Soto o grupos Cogotas I, por ejemplo, por ser términos que, aunque discutibles, hacen mención principalmente a unos rasgos materiales (arquitectónicos, paisajísticos, cerámicos...) compartidos, sin que necesariamente se desprenda de forma automática ninguna interpretación social ni identidad colectiva compartida alguna por su uso.

Para la consecución de una arqueología de la Edad del Hierro desarrollada, en cuanto a la materialidad objeto de estudio, sobre grupos arqueológicos, que tenga en cuenta la alteridad y que explícitamente se presente como políticamente emancipadora, proponemos una reflexión profunda sobre la materialidad, la cual le da las características especiales a nuestra disciplina y con la cual podremos llegar a realizar una arqueología verdaderamente autónoma como ciencia (Falquina, Marín y Rolland 2006). Una teoría de la materialidad en Arqueología debe tener en cuenta que la cultura material, y en particular el espacio construido, es superior a cualquier discurso en la conformación del *habitus* (sensu Bourdieu 1994) de cada colectivo de identidad, al

tratarse de un mensaje con mayor capacidad de perpetuación que el mito oral, ya que es material, duradero y siempre activo, mientras que el mito oral vive únicamente durante la narración. Por ello, la cultura material se convierte en uno de los elementos clave para el establecimiento de los diversos órdenes sociales y, por lo tanto, para la imposición de relaciones específicas de dominación. Los agentes orientan sus acciones prácticas respondiendo a las disposiciones que el orden social establece a través de la configuración histórica de las condiciones objetivas de existencia que la materialidad conforma y articula (González Ruibal 2003c: 220-229). Los análisis del espacio construido y del paisaje han supuesto, así, un campo novedoso para la comprensión de los procesos históricos de configuración material del orden social como experiencia de poder. Defendemos que en la cultura material, entendida en un sentido amplio, es decir, desde un simple tiesto cerámico a un paisaje cultural, pasando por el importante papel estructurador de las relaciones sociales que tiene la arquitectura, están inscritos implícitamente los principios de poder de una sociedad (ver desarrollos prácticos en los capítulos 2 a 5). La materialidad debería entenderse en dos sentidos diferentes y complementarios, claramente orientados políticamente hablando. Por un lado, al estudiar la materialidad en las diferentes formaciones sociales del pasado determinamos, subrayamos y comprendemos la alteridad de otros usos materiales para la reproducción del poder o la existencia social, con lo que adquirimos una perspectiva temporal profunda sobre nuestras realidades, aproximándonos a otras formas de poder y definiendo la particularidad de las que se experimentan hoy en día. Este es un ejercicio fundamental de desnaturalización de las desigualdades inscritas en la cultura material contemporánea. El conocimiento de diferentes sociedades que gestionan el medio de formas distintas a las nuestras, con concepciones del mundo complejas, míticas o no, literarias u orales, con un saber acumulado sobre medicina, arquitectura, supervivencia, etc., otorgan un sentido de orientación en nuestro mundo, plantean alternativas, potencian la creatividad y fomentan la confianza, el encuentro y la comunicación con los otros. Por otro lado, el estudio de la materialidad permite entender las vías subterráneas del poder no discursivas en la actualidad, destacando el papel de violencia simbólica en las relaciones de poder a través de la cultura material, supuestamente aséptica y dictada por la racionalidad instrumental. Del mismo modo que ésta juega un papel fundamental en las relaciones de poder del pasado, lo desempeña igualmente en el presente (Falquina, Marín y Rolland 2006). Este es el sentido en el que como arqueólogos podemos desarrollar la fuerte potencialidad subversiva del quehacer arqueológico, dejar de esgrimir argumentos que reifiquen las desigualdades presentes y dar el salto cualitativo entre

que permita romper cuanto antes la falsa dicotomía entre *scholarship* y *commitment*, es decir, entre aquellos que se consagran al trabajo científico –los sabios que sólo dialogan con otros sabios y que retirados en su torre de marfil se sienten seguros con el respaldo de la comunidad científica- y los que se comprometen y utilizan su saber fuera de su estricto ámbito de aplicación. Se ha de tender hacia un arqueólogo que sea un *scholarship with commitment* (Bourdieu 2002: 152).

En las reuniones de investigadores del Dept. de Prehistoria de la UCM trasladamos nuestra preocupación por el eclecticismo teórico de la presente tesis, sin que ésta pudiera ser clasificada o definida dentro de una u otra escuela. Este eclecticismo teórico lejos de ser anormal (Johnson 2000) fue abordado en aquella reunión como una de las únicas salidas válidas si lo que quiere es abordarse una tesis de síntesis como la que sigue, cuyo principal objetivo es la interpretación social de unos grupos humanos a lo largo de no menos de un milenio y en la misma zona geográfica. Este afán en la interpretación social es lo que ha hecho que alguna vez se haya definido a los arqueólogos que perseguimos este fin como responsables de una arqueología sociológica. En esta línea consideramos a la Sociología como una especie de ciencia madre de la que dependemos el resto de científicos sociales (Bourdieu 1977; 1994) (similar a la noción anglosajona de antropología), y por supuesto definiendo que toda Arqueología debe ser sociológica o no es Arqueología. Por otro lado la escala temporal de la tesis, su carácter histórico, lo proporciona principalmente la Edad del Hierro, pese a que se arranque el estudio a comienzos de la Edad del Bronce y se aborde también la romanización. La Edad del Hierro en abstracto, sin situar geográficamente, al igual que los celtas, no nos dice mucho. El avance de las dataciones absolutas puede hacer que terminemos desechando la Edad del Cobre, del Bronce, del Hierro... y sustituyéndolas por fechas absolutas concretas en lugares y regiones específicos. No obstante creemos que, con los pertinentes matices y teniendo en cuenta que toda periodización es un artificio conceptual contemporáneo, la Edad del Hierro es un concepto que todavía puede sernos útil como marco cronológico general y estructurador del discurso (ver crítica sobre este concepto en el capítulo 3), siempre y cuando tengamos en cuenta las tres temporalidades (tiempos cortos -la generación-, medios y largos, que todo discurso histórico debe tener en cuenta), como vimos más arriba. En este sentido entendemos la Arqueología como una forma de hacer Historia, pero para ello la Historia debe ser una Historia Cultural que estudie los procesos de representación -la producción de las clasificaciones y exclusiones que constituyen las configuraciones sociales y conceptuales de un lugar o momento- (Chartier en Morris 2000:10) y los procesos por los que se construye el significado, rompiendo la idea del

significado único, absoluto e intrínseco y dando significado al mundo en caminos plurales y contradictorios. Sería por lo tanto una Arqueología como Historia Cultural que estudie las comunidades, el conflicto y la sociedad (Morris 2000: 11-12)<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Por último nos gustaría aclarar que pese a que la tesis doctoral se considere un trabajo de investigación individual, realmente esto sólo es cierto en la redacción de la misma, ya que aquella no sería posible sin la orientación y ayuda de todos aquellos compañeros y compañeras que comparten conmigo sus reflexiones, que me han abierto los ojos en multitud de aspectos tanto teóricos como metodológicos, o que generosamente me han ofrecido datos inéditos para que los use sin compromiso. En reconocimiento a todos ellos y por considerar que la investigación científica es siempre en última instancia, de un modo u otro, un trabajo colectivo, de equipo, se ha usado la primera persona del plural en la redacción. No obstante, la responsabilidad de lo aquí escrito es exclusivamente del autor.





## **CAPÍTULO 2.**

# **EL NOMADISMO CANTÁBRICO Y MESETEÑO DURANTE LA EDAD DEL BRONCE**

### **(comienzos del II mil. cal AC - fines del s. IX cal AC)**

*Pastor que tás en el monte comiendo pan de centenu  
si te casares connigo, pastor, comieres del trigu buenu*

...

#### **2.1 LOS ANTECEDENTES: EL MUNDO CANTÁBRICO DESDE EL BRONCE ANTIGUO.**

Dice Manuela Martins (1998: 77) que el tránsito del III al II milenio a. C. supone un momento amplio de interacción en las comunidades atlánticas en el que se producen paulatinos cambios comunes a todas ellas, tales como la intensificación agro-pastoril (como resultado de la aplicación de un capital intensivo, de la revolución de los productos secundarios o de la adopción de la tecnología de bronce), la especialización artesanal y el aumento de la interacción entre regiones y comunidades. Pero la Europa atlántica es un mosaico de entidades culturales que, pese a esas ambiguas características culturales comunes, poseen trayectorias culturales divergentes y asincrónicas, por lo que debemos poner el acento en los contextos locales, en la diversidad de medio ambientes, de patrones regionales de poblamiento y de formas de subsistencia particulares, así como valorar en su justa medida las escalas de interacción local, regional y de escala amplia.

Esto es lo que pretendemos en el siguiente apartado, dar una visión de conjunto de la zona centro-occidental cantábrica en relación con las áreas culturales circundantes (especialmente la Meseta Norte y el Noroeste) y arrancando desde el Bronce Antiguo, pese a lo fragmentario del registro arqueológico disponible, para facilitar la comprensión de las entidades culturales allí desarrolladas en el Bronce

Final y Primera Edad del Hierro, así como para demostrar que existen una serie de rasgos culturales que ya individualizaron a las sociedades que allí asentadas, así como a las situadas inmediatamente al sur de la Cordillera Cantábrica. Permítasenos por ello un repaso de los grupos arqueológicos que se dieron en el Bronce Antiguo y Medio para poder desarrollar, junto con los datos del Bronce Final, un discurso más interpretativo en la segunda mitad del presente capítulo.

Previamente, en un sentido cronológico, aún hemos de realizar alguna matización. Pese a la advertencia de ciertos autores sobre el hecho de que en la zona norte peninsular no está en absoluto clara la diferencia entre el Calcolítico y el Bronce Antiguo, así como la tradicional separación tripartita de la Edad del Bronce que se viene usando para la Meseta, se sigue definiendo la secuencia de modo tripartito, sobre fechas calibradas, con un Bronce Antiguo y Bronce Pleno (2200-1600 cal AC<sup>1</sup> y 1600-1250 cal AC respectivamente) (Arias y Armendáriz 1998: 48). No obstante, si hacemos nuestras esas apreciaciones y partimos de la artificialidad que supone aplicar a la Edad del Bronce cantábrica periodizaciones desarrolladas en otros lugares, como tradicionalmente se ha realizado con las del Próximo Oriente / Egeo o el mundo escandinavo para variados lugares de

---

<sup>1</sup> Se ha decidido utilizar la nomenclatura a.C./d.C para las cronologías tradicionales y para las radiocarbónicas sin calibrar. Las fechas radiocarbónicas calibradas aparecerán en el texto como AC y DC.



Europa (González Marcén, Lull y Risch 1992: 17-19), podríamos pensar que, al igual que en otros territorios (Rowlands 1984), y como parece demostrar la evidencia arqueológica cantábrica, quizás sería más apropiado pensar en dos fases compuestas de varios de los periodos tradicionales. Por un lado el Neolítico final/Edad del Cobre y el Bronce Antiguo, y por otro el Bronce Medio y el Bronce Final. Con ello rechazamos el valor cronológico de periodos usados tradicionalmente en nuestra área de estudio como es el de Bronce Final Atlántico, como veremos a lo largo del capítulo. Como ciertas dataciones radiocarbónicas parecen evidenciar (capítulos 2 y 3), y reinterpretando las cronologías tradicionales por tipología comparada, creemos que es posible marcar la cesura entre estos dos grandes momentos de la Edad del Bronce del centro-occidente cantábrico a partir de mediados del II milenio AC en fechas calibradas. A partir de esta fecha veremos ciertos cambios en el modo de poblamiento, como es la posible tendencia a ocupar estacionalmente lugares destacados en el paisaje, en donde luego veremos castros, puede también que cambios en el ritual funerario, con el desarrollo de túmulos sin cámara ortostática o sobre pequeñas cistas, y nuevos tipos metálicos, como las hachas planas de filos distendidos, que durarán hasta prácticamente entroncar con la Edad del Hierro. El final de este segundo gran periodo habría que verlo en la transición entre el s. IX y VIII cal BC, que es cuando debemos hacer comenzar la Edad del Hierro en la zona, con el surgimiento de los primeros castros cantábricos (capítulo 3). Por facilitar el discurso y la comprensión respetaremos las periodizaciones usadas por los distintos autores, aunque siempre que sea posible realizaremos la crítica correspondiente en el sentido recién expuesto.

### **Lugares de habitación cantábricos.**

No contamos en la zona norte peninsular con ningún lugar de hábitat o poblado claro perteneciente al Bronce Antiguo y Bronce Medio. Recientemente se han propuesto una serie de posibles hábitats al aire libre (fig. 2.1) (o al menos de lugares en los que se ha llevado a cabo todo un abanico de actividades subsistenciales como la agricultura, ganadería, talla de útiles líticos, actividades predatorias, etc.) definidos básicamente por útiles líticos y algún fragmento cerámico recuperados en prospección. Ejemplos de estos lugares son el Llano de los Carriles y de la Sierra Plana de la Borbolla (Llanes, Asturias) -en concreto las zonas 1, 2, 3-3A, 4, 5, 6, 10 y 21 definidas por altas concentraciones de lascas, hojas y hojitas de sílex y algún útil pulimentado (Pérez y Arias 1979: 714-715)-, el Castro de Hinojedo (en la confluencia de los ríos Saja y Besaya, Cantabria) y el núcleo de yacimientos concentrado en la zona litoral al oeste de la bahía de Santander (Ontañón 2003: 159-182). Alguno de estos

últimos poblados podría ser ya del Bronce Antiguo, como es el caso del de La Castañera, ya que en él aparece cerámica tipo Trespando (ver más abajo) (Ontañón 2003: 165), datada por TL en la cueva de Arangas (Cabrales, Asturias) en torno al 2000 cal AC (Arias y Ontañón 1999: 78). O el caso de las zonas citadas de la Sierra Plana de la Borbolla, situadas en la Edad del Bronce en un sentido amplio, y enmarcadas en una amplia sierra aplanada (fig. 2.2) en donde se han contabilizado hasta 56 túmulos, algunos de ellos cistoides y que seguramente abarquen cronológicamente también a la Edad del Bronce, como pone de manifiesto que se encuentren junto al conocido ídolo de Peña Tú. No obstante los autores encargados de la prospección se extrañan de la ausencia de cerámicas y de más útiles pulimentados (Pérez y Arias 1979: 715).

Respecto al posible hábitat en cueva durante la Edad del Bronce contamos precisamente con la citada cueva de Arangas (Cabrales). Esta posee un registro arqueológico formado por hogares, depósitos cerámicos, puñal de remaches de bronce y diversos restos y estructuras metalúrgicas (crisoles, mineral de cobre, escorias, gotas de cobre fundido, fragmentos de crisol y cubetas de fundición) (Arias y Ontañón 1999: 77-78). Además contamos con las cuevas cántabras de El Castillo (Puente Viesgo), con un nivel en la zona de la boca compuesto por cerámicas, microlitos geométricos, puntas de flecha líticas, molinos de mano, restos de macromamíferos domésticos y salvajes, además de moluscos (Ontañón 2003: 162), y El Mirón (Ramales de La Victoria), que a su vez posee unos niveles arqueológicos en el vestíbulo con una densa superposición de hogares asociados a numerosa cerámica principalmente lisa, punzones óseos, escasa industria lítica basada en puntas de flecha, elementos de molienda, y muchos restos faunísticos de bóvidos, suidos y ovicaprinos (Ontañón 2003: 166; Arias y Armendáriz 1998: 61). Estos serían los únicos ejemplos seguros de los que disponemos.

En relación con esta carencia de datos habitacionales en el vecino Noroeste parece haber también una reducción de la información disponible en comparación con los periodos precedentes (Ruiz-Gálvez y Fábregas 1997: 202), aunque, no obstante, diversos programas de investigación y de gestión han producido un corpus de poblados notablemente mayor que el de Asturias y Cantabria. Es el caso del poblado excavado de A Lagoa (Valle de Padriña, A Coruña), con dos dataciones para el Bronce Antiguo y otras dos entre el 1200 y 1000 a. C., que calibradas llegarían al 1650-1450 AC., así como de otros asentamientos cercanos localizados en prospección (Méndez 1994: 83, 85). A Lagoa es un poblado de 8 Ha, pero con grandes vacíos espaciales, con cabañas de material perecedero y estructuras de cierre de ganado mediante postes, así como estructuras de

pequeño foso asociadas en algún caso a marcas de arado de tipo primitivo.

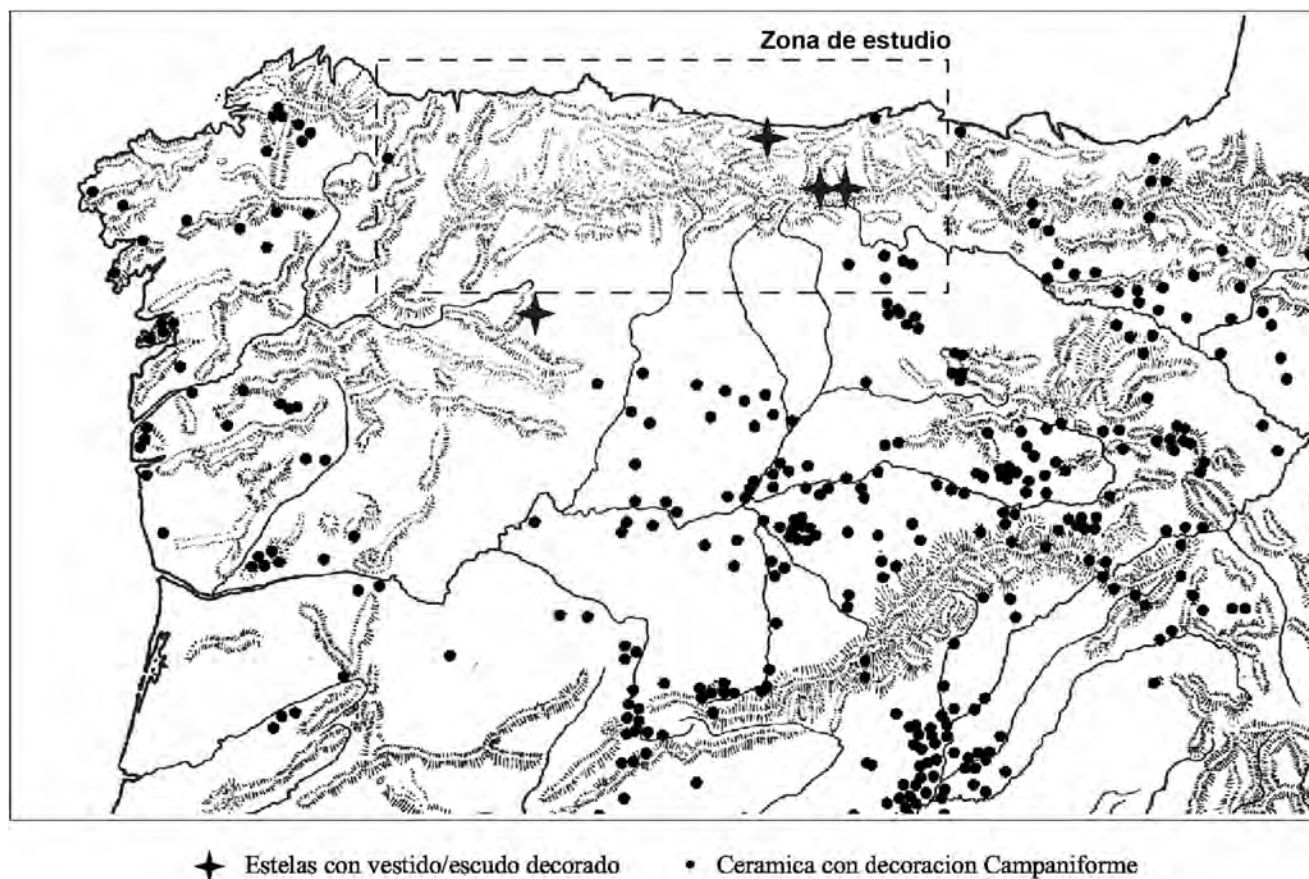
Con ubicaciones periféricas respecto al valle principal no serían poblados estacionales sino permanentes durante una serie de años, en lugares escogidos por su potencialidad de pastos, ya que se encuentran en pequeñas cuencas húmedas (brañas) actualmente dedicadas a “monte” -aprovechamiento extensivo agrícola y ganadero-, elegidas por la potencialidad de pastos y terrenos apropiados para una economía centrada en el bovino y en los cultivos cerealistas de tala y roza (Méndez 1994: 83-87). Este parece ser el caso también de Monte Buxel (Pontevedra), caracterizado por fosas de almacenamiento de grano, evidencias de cabañas de material perecedero (agujeros de poste en zanjas) y ubicado en la ladera de un monte, cerca de algunos petroglifos, y al pie de túmulos funerarios en la cima de dicho monte. Esta excavación de urgencia no cuenta con fechas radiocarbónicas debido a la escasa presencia de material orgánico, pero la aparición de cacharros de “largo borde” permitiría pensar en fechas incluso del Bronce Final (Lima y Prieto 2002, y *lam.* 1). De hecho en un planalto de la cercana Pontareas (Pontevedra) se ha documentado que según se avanza en el tiempo los yacimientos van ubicándose a cotas más bajas, empezando por el calcolítico Rebordiños III en la parte alta de la ladera, y siguiendo por los de la Edad del Bronce de Rebordiños I y II ladera abajo, para terminar con Monte das Carballas, del Bronce Pleno-Tardío, a una cota sensiblemente más baja, y de donde procede un molde para hachas de tipo Barcelos. De nuevo en la parte alta del monte, y cerca del yacimiento neolítico, se localiza una necrópolis tumular también del Neolítico Final (Suárez, Carballo y Amil 1998: 4-5, nota 7). De hecho los poblados abiertos en ladera y con proyección hacia los valles, así como las cerámicas lisas, tanto de largo borde como troncocónicas, se consideran las características básicas de la Edad del Bronce en el Noroeste, especialmente en la segunda mitad del II milenio a. C. (Suárez 2002: 21). Otros poblados del Noroeste (en A Coruña y Pontevedra principalmente) se han ubicado en el Bronce Antiguo por criterios cronotipológicos (como es la aparición de cerámica campaniforme) más que culturales, puesto que las formas de vida que evidencian muestran muy pocos cambios socioeconómicos con respecto a la Edad del Cobre. En otros casos se ven poblados que pueden situarse en el Bronce Inicial, caso de Fixón-A Costa da Seixeira (península de Morrazo) porque su repertorio material (cerámicas lisas cilíndricas o troncocónicas con asa) es muy similar a la de los enterramientos de esta fase. De todos modos la característica de estos poblados no parece indicar permanencia o estabilidad (Ruiz-Gálvez 1998: 152-153), como podríamos corroborar con uno de los pocos poblados del Bronce Antiguo publicado para el occidente cantábrico, aunque sea por una

noticia de periódico, como es el Mayéu de Busián (Ordoñez 30/09/2007), conocido gracias a los trabajos realizados en el concejo de L.Lena a raíz de las investigaciones sobre el campamento romano de La Carisa (Camino, Viniegra y Estrada 2005). Éste se halla definido por estructuras negativas (agujeros de poste de posibles estructuras vegetales) y molinos barquiformes, y se sitúa en una ladera a 1500 m de altitud vinculada a la vía prehistórica de La Carisa, lo que por un lado corrobora las localizaciones propuestas y por otro debe hacernos pensar, en contra de lo propuesto por Méndez para Galicia, que al menos este tipo de poblados sí que fueron estacionales, ya que se hace difícil imaginar pasar un invierno a dicha altitud. Podríamos hacer nuestras las ideas planteadas Parcero y Ayán (2007) también para Galicia en donde en líneas generales, los asentamientos documentados del Neolítico Final y de la Edad del Bronce mostrarían una dinámica de ocupación - abandono - reocupación sobre los mismos sitios, dentro de un proceso recurrente que no daría lugar todavía a un asentamiento permanente (como pueden ser los castros), pero tampoco a un asentamiento móvil o itinerante, sino a un patrón regular, con una escala intensa de intervención sobre el medio, que se apropia el terreno de forma estable, conformando auténticos territorios y semantizando puntos predefinidos dentro de esos territorios.

Pese a la carencia general de datos para nuestra zona de estudio podemos, no obstante, aludir a que en la Edad del Bronce se constata un hábitat diversificado, tanto en zonas costeras en donde los poblados están cerca de la línea del mar y/o junto a las áreas de aprovechamiento, y también en las tierras altas. Esos hábitats se caracterizan por su invisibilidad arqueológica y por compartir los espacios con los monumentos funerarios, mucho más visibles, puesto que son los que marcaban la monumentalización de los paisajes, como veremos. Por tanto los diferentes biotopos en los que luego aparecerán los castros cantábricos ya habían estado en su totalidad poblados, domesticados, por las poblaciones móviles de la Edad del Bronce. Podríamos entender que ya en la Edad del Bronce, al igual que en ciertas zonas del Noroeste (Ayán 2008: 912), se había implantado un modelo dual de ocupación territorial con anterioridad al surgimiento de los primeros castros y que sobrevivió hasta la llegada de éstos, como intentaremos demostrar en lo que sigue.

### El paisaje de los muertos.

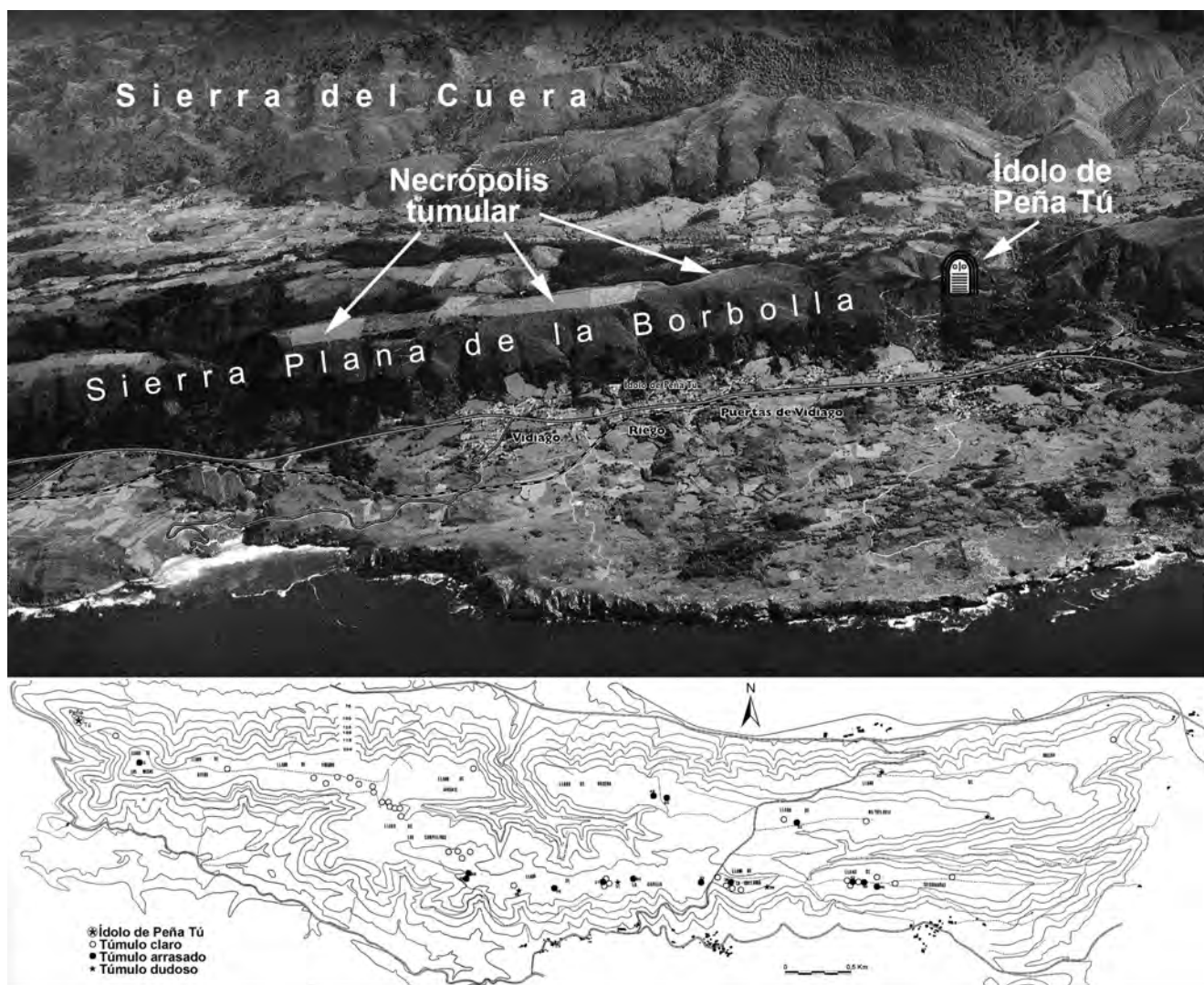
El mundo funerario cantábrico para la Edad del Bronce se encuentra mucho mejor representado en la zona centro-oriental de esta vasta región puesto que el uso de las cavidades naturales como lugares sepulcrales, que es el ritual que numéricamente destaca con claridad dentro de la diversidad de formas que



**Figura 2.1:** Arriba, distribución de estelas rectangulares con decoración reticulada o en zig-zag tipo Peña Tú y de la cerámica con decoración campaniforme (a partir de Díaz Guardamino 2010, modificado); y abajo, yacimientos de la primera mitad del II mil. a.C. del sector centro-occidental cantábrico citados en el texto: 1. Llano de los Carriles; 2. Sierra Plana de la Borbolla; 3. Castro de Hinojedo; 4. Concentración poblados oeste ría Santander; 5. Mayéu de Busián; 6. Arangas; 7. El Castillo; 8. cueva de Teverga; 9. cueva de Grao; 10. La Peruyal (Parres); 11. Valdavara II; 12. La Garma; 13. La Cobertoria; 14. Piedrafita.

existen en este momento, en los dos tercios occidentales de la actual Asturias se ve limitado a las confusas noticias de una cueva en Teberga en la que apareció un esqueleto y un hacha pulimentada y a otra posible en Cubia (Grao) con restos humanos y un

hacha metálica (Blas 1999a: 46). La cueva de la Peruyal (Parres) se ha interpretado como funeraria debido a lo angosto de su desarrollo y a la aparición en ella de cuatro vasos cerámicos decorados (Estrada 1995: 236), sin que se aporten mayores pruebas. Ya en el límite



**Figura 2.2:** fotografía aérea de la Sierra Plana de la Borbolla (a partir de García Olagorta dir. 1998; modificado) y la planimetría de la necrópolis tumular que allí se asienta (a partir de Pérez y Arias 1979, modificado).

occidental de nuestra zona de estudio, en el nacimiento del río Navia, se han documentado recientemente enterramientos de tres individuos en la cueva de Valdavara II (Becerreá, Lugo), de los cuales dos son niños menores de dos años, y que por C14 se sitúan en una genérica Edad del Bronce. También es significativo que en la inmediata Valdavara I haya también inhumaciones, pero del Neolítico Final/Calcolítico (Vaquero y Alonso 2009: 249-250).

Los enterramientos en cuevas o en pequeñas cavidades dentro de éstas se ven mayoritariamente en Cantabria y en segundo lugar en el País Vasco, aunque el problema es que en la mayoría de los casos se conocen gracias a malas excavaciones y a recogida de restos en superficie (Muñoz 1992; Arias y Armendáriz 1998: 68; Armendáriz 1990). Se ha propuesto que este fenómeno cultural, que arrancaría del IV milenio cal AC, llegase a los primeros compases de la Edad de Bronce, produciéndose un paulatina disminución de los inhumados y pasándose de los enterramientos colectivos a las sepulturas perfectamente individualizadas. Se propone por tanto que las

inhumaciones individuales en cueva son las que se heredan en la Edad del Bronce, y estarían determinadas por elementos cronoculturalmente significativos como la cerámica del tipo Trespando, o el campaniforme CZM (*Corded Zoned Maritim*) para la zona oriental cantábrica (Ontañón 2003: 229-232), ubicándose preferentemente en las galerías laterales de las cavidades (Serna 1992: 265). Un buen ejemplo de uso diacrónico de las cavidades de un mismo monte como espacios funerarios lo constituye el complejo arqueológico de La Garma (ver más abajo).

Pero los enterramientos en cueva no son las únicas formas funerarias cantábricas de la Edad del Bronce puesto que en la necrópolis tumular de La Cobertoria (zona central de Asturias) se encuentra el túmulo de cámara pétrea de Los Fitos que pudo haberse construido no lejos del 2000 a.C. (Blas 1990: 111) y los túmulos térreos de Piedrafita (cuenca derecha del Nalón) de 20/25 m de diámetro y con anillos de piedras o simples empedrados centrales en lugar de cámaras dolménicas o cistas. Éstos se habrían construido a lo largo del II milenio a.C., ya que



**Figura 2.3:** semicírculo de bloques hincados y túmulo del collado de Los Fitos (necrópolis tumular de La Cobertoria, L.lena-Quirós) (en Blas 1990).

Piedrafita V tiene un intervalo de la fecha radiocarbónica a dos sigmas de él obtenida cuyo límite más reciente se sitúa en el 1420 cal AC (Arias y Armendáriz 1998: 67-68) (fig. 2.3). Aunque la excavación que se llevó a cabo en varios túmulos de la Sierra Plana de la Borbolla en 1924 por el párroco de Vidiagu José F. Menéndez no produjo una información mínimamente útil -contamos con materiales de aquellas excavaciones que no se diferencian sustancialmente de los obtenidos en las más recientes prospecciones (Blas en Bueno y Fernández-Miranda 451-453)- podríamos pensar que al menos una parte de los 56 túmulos documentados tuviera una cronología similar a la del ídolo de Peña Tú, que marca el extremo occidental de esta sierra y se halla a escasos trescientos metros del primer túmulo documentado. Como veremos más abajo esta representación puede situarse en un genérico Bronce Antiguo.

Mientras que algunos autores aluden a lo dificultoso que es definir la fase postrera del fenómeno megalítico en la región cantábrica debido a la ausencia de “fósiles-guía” clarificadores (Arias, Pérez y Teira 1995: 51), otros asumen un final de estos enterramientos en los primeros momentos metalúrgicos de la zona, llegando al primer cuarto del II milenio a.C. (Blas 1997a: 324). No olvidemos, no obstante, que para el vecino Noroeste se propone que el fenómeno tumular pueda llegar a la transición con el Bronce Final (Fábregas y Ruiz-Gálvez 1997: 206), y al Bronce Final los túmulos sin cámara bien representados en la provincia de Lugo (Ruiz-Gálvez 1998: 160-161). José Manuel González (1973: 41-42), principal catalogador de los monumentos tumulares en Asturias, ya sospechaba hace décadas que seguramente estas formas de enterramiento se dieron a lo largo de toda la Edad del Bronce, coincidiendo los últimos túmulos con la construcción de los primeros castros a partir del I milenio a. C. El enterramiento en cista bajo la puerta de la acrópolis del castro del Chao Samartín (occidente de Asturias), datada radiocarbónicamente en el s. VIII a. C., y en un horizonte de cascarilla y

pizarra menuda, usada para nivelar la pendiente original (Villa y Cabo 2003: 144-146) y muy similar a la matriz con la que se forman los túmulos, podría ser la prueba que corroborase aquella hipótesis. Sea como fuere una serie de rasgos definirían al grupo cantábrico en oposición a las manifestaciones similares del norte de la Meseta y del Valle del Ebro, entre los que se encuentra la ausencia de dólmenes de corredor, la abundante presencia de cámaras-cofre o cistas e incluso de túmulos sobre estructuras no ortostáticas, así como la parquedad de los ajuares (Arias, Pérez y Teira 1995: 49,53; Blas 1997a: 323).

### La información de las cerámicas.

Serán los restos cerámicos, que a partir del Bronce Antiguo comenzarán a hacer acto de presencia especialmente en la zona central cantábrica ya de un modo no anecdótico, los que también nos permiten zonificar culturalmente esta parte de la España húmeda. Para momentos previos contamos únicamente con restos poco concluyentes -cerámica oscura, espatulada y relativamente fina- en niveles suprayacentes a concheros del oriente asturiano, y que han sido vistos como pertenecientes al mundo megalítico de la zona (Blas 1987b: 137). Menos claros aún son los restos de cerámicas acanaladas del interior del túmulo de Silvota I (fig. 2.4, y cerámicas en fig. 2.7) al NE de la ciudad de Oviedo, que parecen de un relleno posterior al saqueo del monumento (Blas 1981: 20), y que poco tienen que ver con las decoraciones -a base de líneas incisas continuas enmarcadas por otras de líneas discontinuas- de la cerámica neolítica bien datada, debido a su asociación estratigráfica a huesos de animales, en el IV y III milenio cal AC del inmediato poblado de Torca'l Arroyu (Cayés, Llanera) (Jordá y otros 2008). Esta cerámica neolítica de Torca'l Arroyu además es comparable a la de yacimientos gallegos y nordportugueses de similar cronología (Suárez, Carballo y Amil 1998: 7). Aparte contamos con las apariciones de cerámicas en cromlechs del valle de Liébana (occidente de Cantabria) datados en el III milenio AC, como es el caso de Peña Oviedo 2 (Díez y Ruíz 1995: 48), del citado yacimiento de Monte de Hinojedo (Ontañón 2003: 203), pero en ningún caso se hacen referencias explícitas a las características tecnológicas y morfológicas de dichas piezas.

Este magro ambiente documental presentará un cambio cuantitativo y cualitativo en los albores de la Edad del Bronce debido a la aparición de un importante elenco de materiales cerámicos en diferentes yacimientos cantábricos. Como suele ser normal las tipologías varían según cada autor, pero en líneas generales se sigue abordando el estudio tipológico de la cerámica a partir de las formas finales y de las decoraciones, sin tener en cuenta el potencial interpretativo de toda la cadena tecnológica que

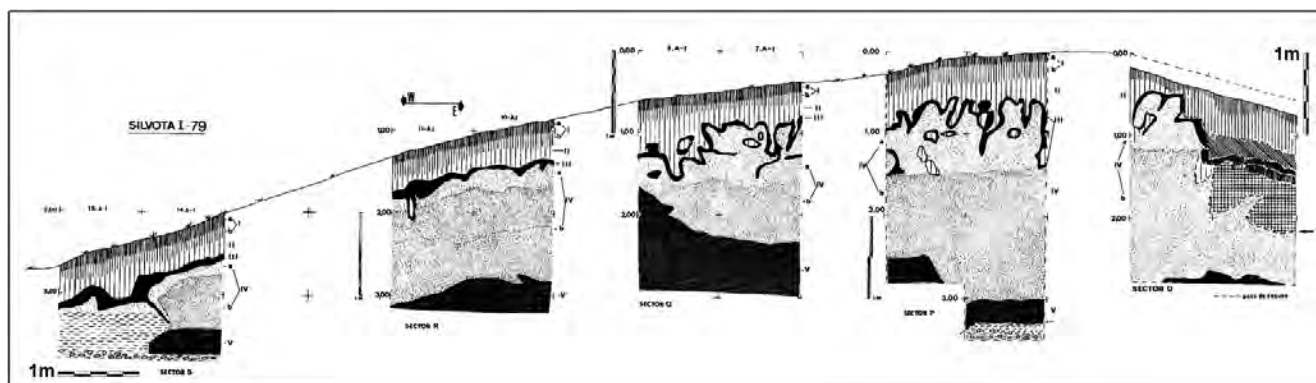


Figura 2.4: sección E-W del túmulo 1 de Silvota de Bobes (Llanera) (en Blas 1981).

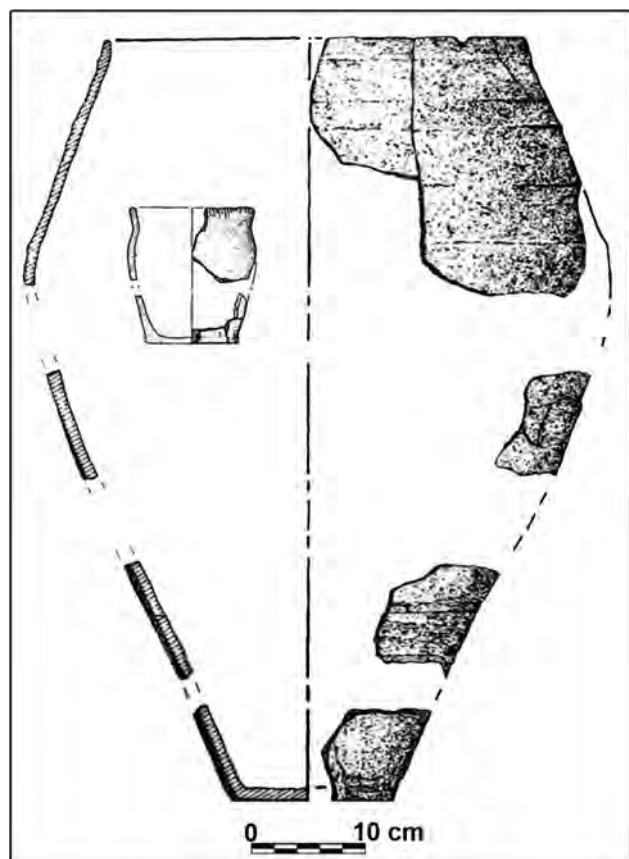
intervino en la consecución de cada pieza, como tendremos oportunidad de comprobar en los capítulos siguientes. Otro problema añadido es la ausencia de secuencias estratigráficas precisas y de dataciones, ya que tan sólo se han fechado niveles del Bronce Antiguo y Final, sin ninguna fecha para el Bronce Medio, por lo que la realización de secuencias es una labor muy compleja (Toledo 1999: 14). Una de las principales características del momento es la variabilidad de tipos asociados en los mismos estratos de la Edad del Bronce (Arias y Armendáriz 1998: 49). En líneas generales estos diversos tipos pueden agruparse en dos grandes categorías:

- Por una parte están los cacharros de tosca manufactura, de pastas groseras y paredes gruesas, de degreasante grande, obtenidos por cocciones mixtas que tienden a reductoras, con morfologías simples -ovoides tipo orza y troncocónicos- con cuellos rectos tipo botella que tienden a ser exvasados en las orzas, fondos planos y bordes simples redondeados o aplanados. Los diámetros de las bocas suelen estar entre los 20-30 cm. y las alturas entre 30-40 cm. Las orzas se encuentran en yacimientos bien datados del Bronce Antiguo como La Garma B, aunque con una desviación estándar muy alta (Arias, González, Moure y Ontañón 1999: 63), o Arangas en torno al 2000 cal AC (ver más arriba), proponiéndose la paulatina reducción de sus tamaños según avanza el Bronce Medio, como serían los ejemplos de El Castillo, Las Monedas o El Juyo, todos en Cantabria. Pueden presentar sus superficies lisas o con decoración. Ésta consiste en aplicaciones plásticas de cordones, en unguilaciones en el labio, bajo éste o sobre los cordones y en dedadas aplicadas en el cuarto inferior de la pieza sobre barro plástico añadido (fig. 2.5). En ocasiones los cordones son lisos y en los vasos ovoides de menor tamaño se decora sólo el borde (Arias y Ontañón 1999: 80-81; Toledo 1999: 15-17). Este tipo de vasos aparecen también en las cuevas cántabras de Los Reyes, Cofresnedo, de Las Grajas y del Portillo. En la última se datan en el s. XVIII AC mientras que en Las Grajas se datan mediante la fecha radiocarbónica obtenida de un fémur de bóvido

asociado al conjunto cerámico en la transición Calcolítico/Bronce Antiguo (Beta-80370:  $3710 \pm 60$  BP, 2025 cal AC, 2195-1890 cal AC a 2 sigmas) (Ruiz y Smith 1997: 68), aunque en este caso, donde también aparecen las típicas formas ovoides y los cordones aplicados con unguilaciones, destacan sobre todo los vasos troncocónicos, bitroncocónicos y de paredes rectas de gran tamaño (Ruiz y Smith 1997: 68-72), que al parecer originalmente se encontraban en las repisas naturales de la pared de la cueva (Ruiz Cobo 2000: 235), y que por tanto hemos de añadir al elenco cerámico de la Edad del Bronce en esta zona central del mundo cantábrico. Respecto al conjunto de la cueva de Cofresnedo las dudas en su datación provienen de la frecuencia de objetos de hierro asociados a estas cerámicas, por lo que su excavador plantea que puedan ser depósitos cerámicos de la Edad del Hierro en su mayoría, excepto las orzas con digitaciones y unguilaciones, que podrían asignarse a la Edad del Bronce (Ruiz Cobo 1999: 35-36). Como veremos en el capítulo 3 las dudas a la hora de clasificar la cerámica con digitaciones y unguilaciones en la Edad del Bronce o en la Edad del Hierro no son de fácil resolución debido a la perduración de algunos tipos cerámicos en la zona central de Cantabria prácticamente hasta la romanización. No obstante es posible que yendo más allá de los frecuentes análisis formales pudiera despejarse esta duda cronológica. Pero en el caso de Cofresnedo las vasijas de gran tamaño troncocónicas y alguna de las grandes orzas, debido al paralelismo con las bien datadas piezas de Las Grajas, podríamos situarlas en una genérica Edad del Bronce.

- El segundo elenco de producciones cerámicas está caracterizado por unas elaboraciones más cuidadas, de pastas más decantadas, con degreasantes finos, horneados más controlados en ambientes reductores u oxidantes y acabados esmerados, siendo frecuentes los espatulados y los bruñidos (en el caso de la cueva asturiana de Arangas los bruñidos exteriores e interiores están presentes en un alto número de vasos). Aunque las formas son predominantemente simples se documentan también





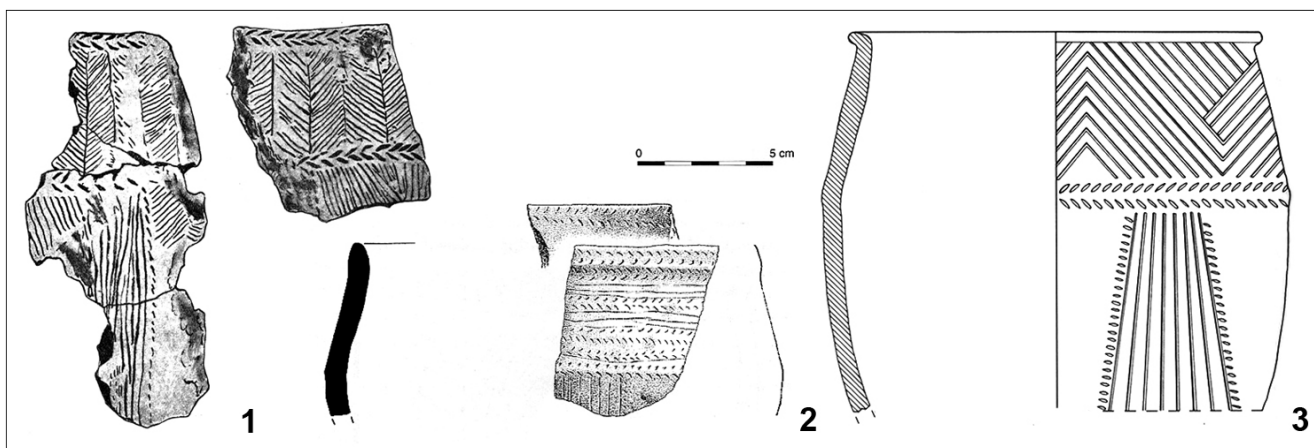
**Figura 2.5:** vaso cerámico con decoración incisa en el labio y contenedor bitroncocónico del Bronce Antiguo recuperado en la cueva de Las Grajas (Matienzo, Ruesga) (a partir de Ruiz y Smith 1997; Ruiz Cobo 2000 modificado).

algunos bordes adelgazados y exvasados, así como perfiles complejos en los que aparecen las carenas. Para la zona centro-oriental de Cantabria se ha propuesto que estas formas carenadas son el grupo más numeroso por detrás de las ovoideas, siendo más frecuentes incluso que las troncocónicas y bitroncocónicas. Además, las formas carenadas son las que frecuentemente van bruñidas. Los cuencos son muy escasos, pequeños y sin decorar. Aunque también aparecen vasijas sin decorar las que sí presentan ornamentación tienen mayor riqueza y variedad decorativa que las del grupo precedente, a partir de las técnicas de incisión, impresión y aplicación, a veces combinadas. En este grupo de producciones más cuidadas es donde aparecen las típicas decoraciones “tipo Trespando” (fig. 2.6) mencionadas más arriba, a veces en vasos carenados, consistentes básicamente en trazos lineales incisos paralelos enmarcados en uno o ambos lados por pequeñas líneas oblicuas o golpes de punzón -las denominadas “hojas de acacia”-, combinándose en algún caso con líneas de espiga en la carena, círculos impresos y zig-zags. La presentación de la decoración suele ser de factura tosca y lo más habitual es que se presente por todo el perfil del vaso adaptando los temas decorativos a los diferentes accidentes morfológicos de las piezas: motivos horizontales en los bordes -tanto en la cara externa como en la interna-, hombros y carenas, y a veces en el

contorno del fondo, y más infrecuentemente verticales (Arias y Ontañón 1999: 80-81; Toledo 1999: 15-18). Estas características decoraciones se han encontrado de momento en las cuevas del oriente asturiano de Trespando, Arangas, Cueva Rodríguez, La Llana y el Bufón; en las cántabras de Los Avellanos, el A.E.R., La Castañera, Juan Gómez, Piedrahita, Las Lapas, el Calero II y la Esperanza; así como ocasionalmente en alguna cueva y megalito del País Vasco (Arias, Martínez y Pérez 1986: 1274-1275 y fig. 5; Arias y Armendáriz 1998: 49; Muñoz y Morlote 2000: 264). Los contextos de aparición de estas cerámicas decoradas en muchas de estas cavidades revelan el carácter sepulcral de éstas. Es el caso del yacimiento epónimo de Trespando, de La Castañera o del A.E.R. (Ontañón 2003: 159-172) así como de la, ya conocida de antiguo, cueva del Bufón en Llanes, en donde junto a cuatro cráneos humanos aparecieron restos de un conchero, huesos de ciervo, sílex trabajado -seguramente de niveles paleolíticos previos- y abundante cerámica negra, formada por pequeños cuencos semiesféricos y otros fragmento decorados, de los que sólo es reconstruible uno de forma ovoide alargada (Martínez Santa-Olalla 1930: 116-117). Pero no nos apresuremos a vincular este tipo de producciones sólo con los contextos funerarios ya que en la cueva de Arangas son muy frecuentes esas decoraciones incisas y allí parecen haberse desarrollado sólo aspectos del mundo de los vivos, como es la producción metalúrgica y puede que la habitación (Arias y Ontañón 1999: 84-85). Además en otras cuevas sepulcrales cántabras las que aparecen junto a los restos humanos son las formas ovoideas y troncocónicas con cordones aplicados y digitaciones/ungulaciones y no la cerámica tipo Trespando, como es el caso de La Garma B, Cuesta de la Encina A (con fechas en torno al 2000 y 2200 cal AC respectivamente) (Arias y Armendáriz 1998: 49) o Cofresnedo (Ruiz Cobo 1999: 39).

Aspectos problemáticos de las cerámicas tipo Trespando es que mientras que los otros tipos analizados perduran hasta el Bronce Final y seguramente se heredan en la Edad del Hierro (capítulo 3), para las cerámicas de decoraciones incisas no hay casi fechas, por lo que de momento es complejo definir los límites precisos de su producción. Otro problema añadido de la información alfarera que acabamos de analizar es que sólo ofrece datos para la zona central cántabrica, desconociéndose prácticamente las posibles producciones cerámicas del centro y occidente de Asturias. Sabemos que el depósito metálico del Bronce Antiguo de Gamonéu -todavía al oriente del río Sella- apareció dentro de una cerámica muy tosca “similar a teja”, de la que no ha quedado ningún resto (Blas 1980: 268). Para el centro de Asturias hemos de marcar la similitud que presentan varios galbos del ya mencionado





**Figura 2.6:** cerámica con decoración tipo Trespando del sector central cantábrico: 1. Cueva del Bufón (Llanes); 2. Cueva de Arangas (Cabrales); 3. Cueva de Los Avellanos 1 (a partir de Santa-Olalla 1932; Arias y Ontañón 1999; Ontañón 2003) (1 sin escala).

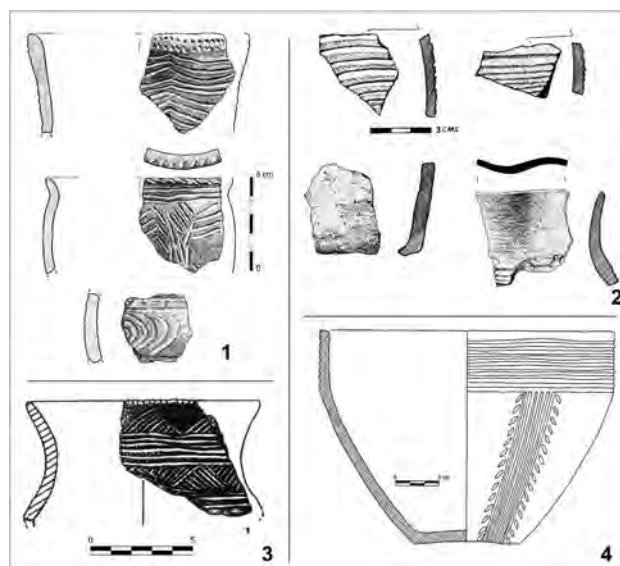
monumental dolmen de Silvota I, de 35 m de diámetro (Blas 1981: fig.7), de los que ya indicamos que su propio excavador consideraba intrusivos, con ciertas cerámicas de la zona central cantábrica. Para pensar que estas cerámicas “intrusivas” de Silvota pertenecen a la Edad del Bronce nos basamos en otros ejemplos de reutilizaciones de dólmenes y túmulos en este mismo periodo, asó como en la decoración de dichas cerámicas. Paralelos para la reutilización de monumentos funerarios megalíticos los encontramos en Galicia (Suárez, Carballo y Amil 1998: 3), donde en algún caso, como en la necrópolis pontevedresa de Oirós, aparece cerámica tan diagnóstica como los vasos de largo borde, definidores en el Noroeste de un periodo que iría de mediados del segundo milenio a.C. al comienzo del Bronce Final (Suárez Otero 2002a: 13, 21 y fig.9). Por otro lado decoraciones de líneas acanaladas horizontales de este tipo ya las encontramos en dólmenes calcolíticos como el orensano de Nigueiroá (Suárez, Carballo y Amil 1998: 9-10, fig. 5,1), aunque también están presentes en yacimientos del Bronce Pleno-Final como el ya citado de Monte Buxel (Pontevedra) (Lima y Prieto 2002: 75). De hecho dicha decoración de líneas paralelas acanaladas o incisas mediante un instrumento de cabeza plana en los mencionados galbos del centro de Asturias es muy similar a alguna de las cerámicas del Bronce Antiguo de la cueva de Arangas, que sin embargo no son descritas en el texto correspondiente (Arias y Ontañón 1999: fig. 3), así como a la vasija 1 de la Cueva del A.E.R., cuenquiforme y con el borde recto, decorado con estas líneas acanaladas horizontales de las que penden conjuntos de siete líneas verticales incisas enmarcadas por las típicas hojas de acacia de la cerámica Trespando (Ontañón 2003: fig. 21). Donde mejor se han datado estas decoraciones acanaladas es en la galería sepulcral de La Garma B, en donde junto a los huesos humanos se encontraron diferentes vasos cerámicos con las típicas decoraciones de uñadas y dedadas sobre borde y sobre cordones aplicados, y también algunas piezas con

decoración de líneas horizontales acanaladas. Se cuenta con dos dataciones de TL con desviaciones estándar muy altas pero cuyas medias se sitúan en el 2358 y 2051 a.C. (Arias, González, Moure y Ontañón 1999: 63). Un galbo similar, caracterizado por las ya vistas franjas acanaladas horizontales, fue encontrado junto a una lasca de cuarcita y una hoja de sílex de dorso en una de las cuevas de Peña Alba (Poo de Cabrales, Asturias), pese a lo cual ha sido clasificado como medieval (Camino 1995a: 122-123 y fig. 20). También acanalada es la decoración de dos galbos -en un caso horizontal y oblicua y en otro vertical- exhumados por el Conde de la Vega del Sella en el abrigo del Cuetu de la Mina (Bricia, Llanes) (Arias 1986: fig. 5). A estas piezas les acompañan fragmentos de cuencos poco expresivos, que no es el caso de un vaso de carena baja y cuerpo que tiende a recto, supuestamente bruñido, que cuenta con un claro paralelo en la también llanisca cueva de Cuetu Llamazúa (Riocaliente) (Ibid.: 810, 824 y figs.1, 7) y que debemos entender como propios de momentos antiguos de la Edad del Bronce en el sector oriental de la región asturiana (fig. 2.7).

Por ello, aunque el límite occidental actual de la decoración tipo Trespando sigue siendo el río Sella, podemos pensar que la zona central asturiana o cuenca de Uviéu/Oviedo, con una excelente comunicación con la zona oriental asturiana comprendida entre la sierra del Cuera y los Picos de Europa mediante el pasillo natural este-oeste que forman los ríos Noreña, Piloña y Gueña -donde está la cueva de Trespando y el depósito de Gamonéu-, afluentes del Sella, y el río Cares -donde está la cueva de Arangas-, tiene una cerámica propia de la Edad del Bronce que comparte algunos rasgos decorativos -las líneas paralelas acanaladas- con la zona central cantábrica (oriente de Asturias y occidente de Cantabria principalmente) y también con yacimientos gallegos del mismo periodo. Ello, además, se ajusta en mayor medida con la hipótesis de la reutilización ritual de dólmenes en la zona central asturiana durante el Bronce Antiguo al menos. Precisamente en la zona de transición entre

estos dos sectores, en la cuenca del río Sella, se encuentra la cueva de la Peruyal (Parres), una angosta cavidad en donde se recogieron al menos cuatro vasos espatulados, de base plana y bordes rectos, cierta tendencia globular de los cuerpos y galbos con decoraciones de zig-zags paralelos acanalados así como líneas oblicuas acanaladas enmarcadas entre otras verticales (Estrada 1995: 237-238). Estas decoraciones recuerdan ampliamente a las vistas de la Edad del Bronce y, aunque no encajan exactamente con ninguno de los dos grupos propuestos, parecen estar en sintonía con el elenco de la zona central cantábrica.

Otra de las características del sector centro-occidental cantábrico en cuanto a la cerámica es de tipo negativo, y no por ello de menor importancia cultural en nuestras interpretaciones, puesto que marca algo que ya vislumbrábamos con las referencias hechas al megalitismo de la zona, y que no es otra cosa que cierta tendencia a la autonomía de sus formas culturales con respecto a los grupos circundantes. Nos estamos refiriendo a la ausencia de los vasos campaniformes en la región centro-occidental cantábrica (ver fig. 2.1). Al este de nuestra zona de estudio se ve la presencia de campaniformes cordados (CZM y AOC) e incisos en la zona oriental cantábrica correspondiente con el actual País Vasco y oriente de Cantabria, y apareciendo cada tipo en diferentes ubicaciones ya que mientras el CZM se ubica en necrópolis megalíticas (Aizkorri y Murumendi) el campaniforme inciso y algún cordado lo hace en cuevas sepulcrales (El Ruso, El Cráneo o Arbil III) (Ontañón 2003: 260; 2003b: 82-84). Pese a los contados datos la distribución en el Cantábrico no sólo de la cerámica campaniforme sino del “complejo campaniforme” (puñales de espigo, brazales de arquero, botones con perforaciones en V y puntas Palmela) presenta una clara gradación hacia menos intensidad de oriente a occidente, del País Vasco a Asturias, excepto para el caso de las Palmelas, que no están presentes en el oriente cantábrico, seguramente por ser producciones normeseteñas que entrarían al Cantábrico por los puertos de montaña de la Cordillera (Ontañón 2003b: 84-85). Por su parte, la zona al mediodía de nuestro área se ve caracterizada por el campaniforme meseteño o Ciempozuelos, que caracteriza el Calcolítico tardío y el Bronce Antiguo en la Submeseta Norte, extendiéndose por el valle del Duero desde las montañas orientales de esta cuenca hasta las penillanuras salmantinas, y accediendo también al Alto Ebro y zona de la Lora Burgalesa, a los pies mismos de la Cordillera Cantábrica (Delibes y Esparza 1985: 142; Delibes 2003: 55). En la provincia de Palencia está también bien documentado en su zona meridional, como puede ser el yacimiento de “La Huelga” (Pérez y otros 1994: 15) o en Tariego-Venta de Baños, y en la zona de la capital palentina (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 163).



**Figura 2.7:** cerámicas de un genérico Bronce Antiguo y Bronce Medio del centro-occidente cantábrico, decoradas con acanaladuras: 1. Cueva de Arangas (Cabreres); 2. Tumulo de Silvota (Llanera); 3. Los Barrios de Luna; 4. Cueva del A.E.R. (a partir de Arias y Ontañón 1999; Blas 1981; Celis 2000-2001; Ontañón 2003) (diferentes escalas; la 4 combina acanaladuras con decoración Trespando).

Mientras, su posible presencia al norte de la Provincia -de nuevo al mismo pie de la Cordillera Cantábrica, en el alto Pisuerga- hace algunos años no se descartaba, debido a la frecuente asociación del equipo campaniforme -puntas Palmela y puñales de lengüeta-, como es el caso de la tumba de Celada de Robledo, en la cual no quedarían restos cerámicos debido a su extracción mediante explosivos (Delibes y Fernández Miranda 1981: 161). Sin embargo hoy se considera como un desierto para estas producciones cerámicas (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 162). En la provincia de León tampoco se ha documentado campaniforme Ciempozuelos, debido a una más que criticable inclusión de esta provincia en el horizonte Montelavar del Noroeste (Fernández Manzano 1996: 31). De hecho actualmente, descartando el horizonte Montelavar como elemento de comparación suficientemente sólido, se explica la ya mencionada ausencia de barro tipo Ciempozuelos en los cursos superiores del Pisuerga y del Carrión y en la zona al norte de la Tierra de Campos, por unas ambiguas “influencias atlánticas”, no sin ciertas dosis de extrañeza ya que en este mismo piedemonte meridional cantábrico en donde no comparecen las formas campaniformes sí lo hacen, y con relativa abundancia, los metales típicos de los ajueres campaniformes meseteños, formados por puñales de lengüeta y puntas Palmela (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 163).

Por su parte el sector Noroeste de la Península Ibérica presenta un panorama cultural no refractario a la vajilla campaniforme documentándose la del tipo Ciempozuelos en poblados del norte de Portugal como Tapado da Caldeira (Bettencourt 1995: 111)

mientras que en Galicia aparece en poblados coruñeses, como el ya mencionado de A Lagoa o en algunos costeros pontevedreses, lo que unido a su ausencia en la zona de Tras-os-Montes -sólo aparece en Palheiros- y en el interior de Galicia hace suponer que su dispersión, al igual que su supuesta predecesora cerámica tipo Penha, es preferentemente costera (Ruiz-Gálvez y Fábregas 1997: 194-195, 203).

La mencionada ausencia del fenómeno Campaniforme en la zona centro-occidental cantábrica seguramente no se deba a una escasa muestra documental -ya que en dicho caso sólo podría argüirse para el centro-occidente asturiano- sino que seguramente responda a la autonomía cultural de unos grupos humanos cantábricos cuyas características principales, como veremos, son la refracción al cambio cultural y una aparente autonomía de su cultura material y, en definitiva, de sus formas sociales escasamente jerarquizadas. En este sentido las semejanzas estilísticas de las cerámicas tipo Trespando con ciertas decoraciones campaniformes, la no asociación de ambos elencos cerámicos en ningún yacimiento cantábrico y el hecho de que la zona cantábrica en la que no aparecen materiales tipo Trespando coincida con la de mayor concentración y variedad de hallazgos campaniformes -Guipúzcoa y mitad oriental de Vizcaya- ha hecho pensar que las cerámicas Trespando desempeñaran en determinadas zonas peninsulares un papel parecido al de las campaniformes (Arias y Ontañón 1999: 82), lo que justificaría la ausencia de éstas en nuestra zona de estudio. Además, gracias a esta ausencia en el mundo cantábrico, comprenderemos mejor y restaremos extrañeza al ya mencionado vacío de campaniforme en el piedemonte meridional cantábrico, explicable, por lo tanto, como una continuidad espacial de ciertas formas culturales norteñas, es decir, como unas claras “influencias cantábricas” en el piedemonte de la Cordillera Cantábrica.

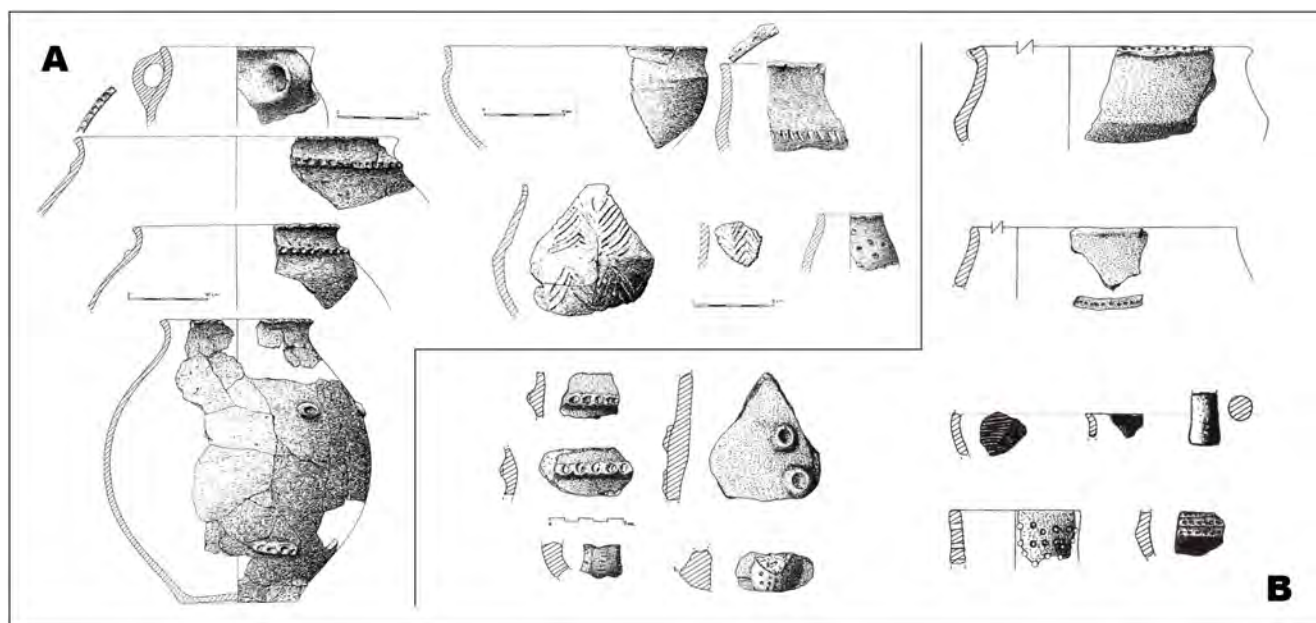
### Rasgos culturales de la zona meseteña.

La Submeseta Norte tiene como sustituto cerámico del fenómeno campaniforme, englobable por C14 entre el 2000 y el s. XVIII a. C. (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 161), aunque con fechas calibradas habría que situar su origen en un momento mucho más temprano y con un final que en ningún caso supera el 1650 cal ANE (Castro, Micó y Sanahuja 1995: 101 y graf. 6), un aún muy difuso panorama definido por el horizonte Parpantique-Cardenosa y por la continuidad de los poblados en altura de fácil defensa que ya se apreciaban en la fase anterior (Delibes, Fernández Manzano y Herrán 1999: 64). Deberíamos matizar aquí que con la nueva secuencia propuesta para la Submeseta Norte a partir de fechas calibradas se hace complejo seguir utilizando términos como los de

Bronce Antiguo, Medio y Final. Al igual que para el Bronce Final meseteño se ha propuesto una doble “fasificación”, una procedente de la tipología comparada de los hallazgos metálicos “atlánticos” y la otra de la secuencia cerámica datada radiocarbónicamente (Castro, Mico y Sanhuja 1995: 66), esta situación la podríamos extender a toda la Edad del Bronce. Por ello la asociación Bronce Antiguo con el mundo Campaniforme / Parpantique-Cardenosa, Bronce Medio con la fase Proto-Cogotas y el Bronce Final con el Cogotas I se encontraría con el inconveniente de hacer empezar el Bronce Final en el 1550 cal AC, debido a las recientes cronologías de C14 calibrado. Además, la secuencia cronológica que se ha propuesto recientemente hace comenzar la fase primera del mundo cogoteño o Proto-Cogotas, como habitualmente es conocida, en el Bronce Antiguo (Jimeno 2001: 142). Por ello cuando en el texto se utilice la nomenclatura tradicional tendrá solamente un valor orientativo. Preferimos en este sentido utilizar las fórmulas Bronce Antiguo-Medio para referirnos a la fase Proto-Cogotas y Bronce Medio-Final para Cogotas I, aludiendo siempre que se pueda a fechas en años de calendario.

El horizonte Parpantique-Cardenosa, paulatinamente va llenando de contenido el Bronce Antiguo y enlazando la transición Calcolítico avanzado/Bronce Antiguo del ya visto Ciempozuelos con el Bronce Antiguo-Medio meseteño de las cerámicas de espigas incisas del Proto-Cogotas u horizonte Cogeces. De hecho la aparición en el propio yacimiento de Parpantique de campaniformes Ciempozuelos asegura el solapamiento de estos dos periodos, algo, que al parecer, también se documenta en las lagunas zamoranas de Villafáfila (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 162). Podríamos dejar abierta la posibilidad de que en algún momento la cerámica de uso más doméstico o cotidiano que acompañe al Ciempozuelos sean las formas Parpantique-Cardenosa ya que en el yacimiento de La Huelga (Dueñas, Palencia), en la confluencia del Carrión con el Pisuerga, se localiza en su sector 2 una zona de hábitat cercana a una laguna o humedal, en donde a las características cerámicas Ciempozuelos le acompañan otras formas, orzas y ollas, con cordones aplicados, líneas en el labio y un galbo con impresión (Pérez Rodríguez y otros 1994: 16-17), que, pese a la sencillez de formas y decoraciones, podrían relacionarse con este elenco cerámico descrito para el Bronce Antiguo normeseteño.

Dichos yacimientos de la fase Parpantique-Cardenosa se definen por unos poblados en altura en combinación con otros en llano -los habituales campos de hoyos-, con cabañas de tendencia oval realizadas mediante postes y tapial de entre 11 y 13 m<sup>2</sup>, con pavimentos y hogar central sobre el suelo, así como diferentes estructuras de almacenamiento o silos para cereal, mediante los característicos hoyos en el

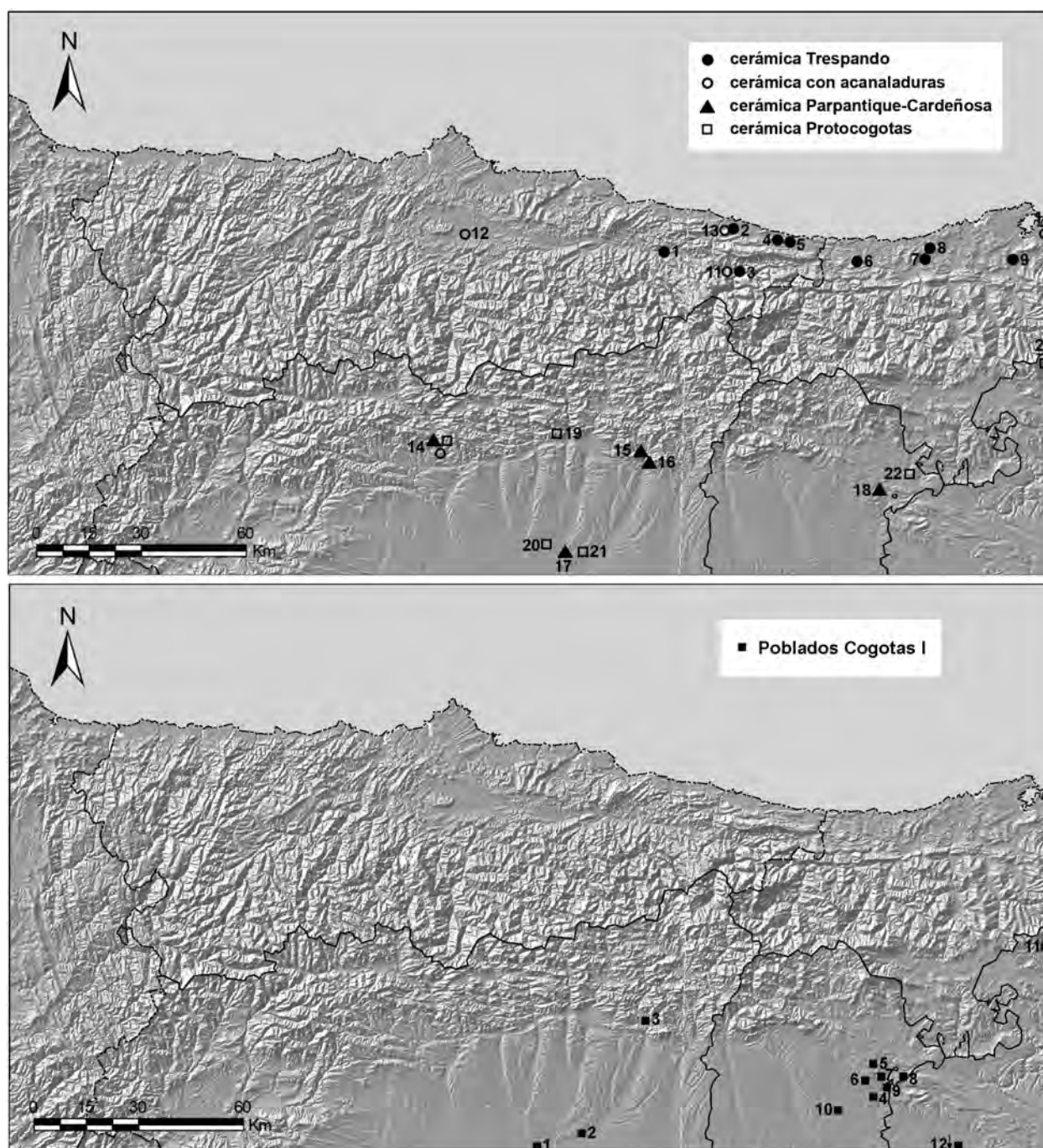


**Figura 2.8:** ejemplos de cerámicas atribuidas al grupo Parpantique-Cardenosa en nuestro ámbito de estudio (extremo norte de la Meseta): A. Pico Romero (Burgos) y B. Los Barrios de Luna (León) (a partir de Rodríguez Marcos y Palomino 1999; Celis 2000-2001) (diferentes escalas).

suelo, que en ocasiones van revocados con barro, como así lo evidencian los hallazgos del Pico Romero (Santa Cruz de Salceda, Burgos) (Rodríguez y Palomino 1999: 582, 584), con dos fechas radiocarbónicas sin calibrar que lo sitúan en el tránsito del primer al segundo cuarto del II milenio a.C. Las cerámicas de todos estos yacimientos, localizados de momento en Soria (El Parpantique, Cueva del Asno), Salamanca, Valladolid (las Eras, la Loma, los Pinos o el Pico Castro), Zamora (yacimientos de Otero de Sarriegos en relación con la extracción de sal, por ejemplo), Ávila (El Castillo en Cardenosa), Palencia (el enterramiento de Cueva Tino), Burgos (Pico Romero, Las Moratillas, Los Pájaros, Sextil, Cueva Mayor de Atapuerca o algunos castreños en Pancorbo, por ejemplo) y León (los Barrios de Luna, el Castro de Villasabariego, el Paredón, Reguero Seco y la Cildad de Sabero), es muy similar (Abasolo 1974; Alcalde y Rincón 1980; Celis 2000-01: 92; Clark 1979: 194; Rodríguez y Palomino 1999: 586-587). Casi la mitad de las piezas (fig. 2.8) son cuencos de diferente morfología seguidos por las formas globulares (un 30 % de las registradas en el Pico Romero) y en último lugar las de perfil en S -muchas de las cuales son de gran tamaño y dedicadas al almacenamiento- y algunas carenadas. Tampoco son infrecuentes las asas aplanadas y los pezones. Entre las decoraciones no faltan los bordes con digitaciones o incisiones, los cordones aplicados con digitaciones preferentemente sobre las vasijas con perfil en S, que en alguna ocasión llevan en el cuerpo dedadas de la alfarera verticales u oblicuas, formando surcos acanalados. Las piezas carenadas a veces llevan pequeños trazos incisivos sobre esta, y en una única ocasión, en el Pico Romero, se ven composiciones en zig-zag a ambos lados de aquella, que no tiene paralelos en el resto de

yacimientos Parpantique-Cardenosa, pero sí en el valle del Ebro, en el llamado “estilo Arbolí” (Rodríguez y Palomino 1999: 586-587 y fig. 4). Otros autores encuentran más paralelismos para estos contados cacharros con decoraciones de líneas en zig-zag precisamente en las producciones leonesas del Castillo de los Barrios de Luna y en las de Reguero Seco, en Vidanes (Celis 2000-2001: 89 y fig. 3).

Como hemos podido comprobar hay una gran similitud en decoraciones y formas entre las producciones cantábricas de este momento y el horizonte Parpantique-Cardenosa, aunque algunos rasgos individualizan claramente a cada zona, como puede ser la importante presencia de formas troncocónicas y de la cerámica tipo Trespando en el sector central cantábrico y, en contrapartida, la mayor presencia de formas globulares, la muy escasa presencia de decoraciones incisas y los cordones aplicados de pequeño tamaño, en los que caben desde unas cuantas digitaciones a una sola, en las panzas de las formas globulares para el grupo meseteño (fig. 2.9). Hasta que los estudios cerámicos no avancen y se tengan en cuenta más factores en las cadenas tecnológicas de producción de los cacharros que las formas finales y las decoraciones no contaremos con más elementos de comparación. Si bien compartimos, pese a lo reducido de la muestra, la adscripción general de los materiales del Castillo de los Barrios de Luna al denominado horizonte Parpantique-Cardenosa, que tiene todos los visos de convertirse en una “cultura arqueológica” al estilo clásico a no ser que dediquemos algo de tiempo a reconceptualizar el papel desempeñado por las cerámicas en el mundo social. No compartimos sin embargo el paralelismo, mencionado más arriba, entre la pieza decorada con bandas acanaladas horizontales que dividen dos



**Figura 2.9:** arriba, distribución de yacimientos con cerámicas de tipos cantábricos (Trespando y con acanaladuras) y de tipos meseteños (Parpantique-Cardenosa y Protocogotas) de un genérico Bronce Antiguo y Bronce Medio: 1. Trespando; 2. Cueva Rodríguez; 3. Arangas; 4. La Llana; 5. El Bufón; 6. Piedrahita; 7. Los Avellanos; 8. La Esperanza; 9. La Castañera; 10. La Garma; 11. Peña Alba; 12. Silvota; 13. Cuetu de la Mina; 14. El Castillo de los Barrios de Luna; 15. La Cildad de Sabero; 16. Reguero Seco de Vidanes; 17. El Pico el Castro de Lancia; 18. Cueva Tino (Mave); 19. Aviados; 20. Paradillos; 21. La Senada de Valle de Mansilla; 22. Monte Bernorio; 23. Ojo Guareña (a partir de Arias y Ontañón 1999; Celis 2002; Delibes y Esparza 1985, entre otros). Abajo, poblados Cogotas I de la zona de estudio: 1. El Molino, Roderos; 2. La Senada, Valle de Mansilla; 3. La Cildad, Sabero; 4. La venta, Alar del Rey; 5. Lomilla de Aguilar; 6. Nogales de Pisuergra; 7. Becerril del Carpio; 8. Los Barahones, Valdegama; 9. Cueva de los Espinos, Cueva Rubia y Cueva Tino, Mave; 10. La Venta; 11. Ojo Guareña (Merindad de Sotocueva); 12. Tres Chopos-Abarre, Villegas (a partir de Celis 2002; Abarquero y Delibes 2009b; Pérez y Fernández 1993; Castro, Micó y Sanahuja 1995; Delibes y Esparza 1985; Delibes y Esparza 1985; Montero y Arnáiz 2003-2004, entre otros).

bandas compuestas por series de triángulos rellenas de líneas paralelas del yacimiento leonés (ver fig. 2.7) con la pieza del “estilo Arbol” de la cerámica del Pico Romero (Celis 2000-2001: 89). En la decoración en zig-zag de la pieza del Pico Romero no encontramos

ni las líneas horizontales paralelas acanaladas ni que los triángulos estén rellenos de líneas paralelas. Quizás seamos capaces de solucionar el problema si atendemos a la reciprocidad cultural, mencionada más arriba, entre la Cordillera Cantábrica y su piedemonte



meridional, y con ello complementar las tan mesetocéntricas tesis tradicionales, que sólo buscan elementos de comparación en las “culturas arqueológicas” meseteñas, y como mucho en el Noroeste, pero marginando normalmente a las formaciones culturales norteñas, como tendremos ocasión de ver extensamente en los capítulos dedicados a la Edad del Hierro.

En este sentido el Castillo de los Barrios de Luna se encuentra en un lugar estratégico, en un farallón rocoso sobre el angosto y obligado paso que forma el río Luna (Celis 2000-2001: 87), vía natural hacia la inmediata Cordillera Cantábrica y sus pastos estivales. Quizás sea ello la clave que nos explique por qué las semejanzas más cerradas para las líneas paralelas acanaladas y los triángulos del cacharro carenado de este yacimiento los encontremos precisamente en el mundo de las cerámicas cantábricas que más arriba hemos emparentado con la vajilla tipo Trespando. El más que probable uso de los pastos estivales de alta montaña por las gentes del Castillo de los Barrios de Luna les haría entrar en contacto con los grupos culturales cantábricos. Ello debe hacernos reflexionar sobre el carácter liminal de la mayoría de los yacimientos del piedemonte meridional cantábrico, pero no en un sentido de frontera lineal, puesto que es absurdo plantear esto para grupos con alta movilidad residencial, sino en el sentido de grupos cuyos rasgos culturales son fundamentalmente meseteños y que mediante estacionales movimientos verticales, en búsqueda de pastos estivales para sus ganados, y seguramente también de recursos cupríferos, entraron en contacto e interactuaron con los grupos cantábricos.

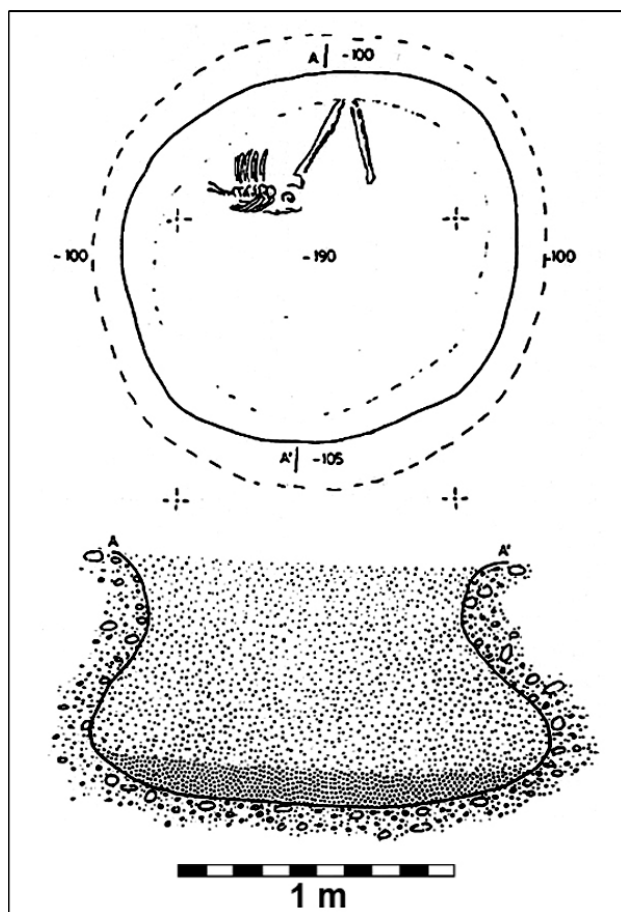
Otro interesante yacimiento de esta fase del Bronce Antiguo del extremo septentrional meseteño lo forman las cerámicas Parpantique-Cardenosa encontradas en Cueva Tino (Cañón de la Horadada, Palencia) ya que se trata de uno de los pocos yacimientos en cueva y además por corresponder a un ámbito funerario, con un mínimo de quince individuos inhumados y parcialmente cremados, en donde estas cerámicas, así como una hacha plana metálica, una pulserita de plata y una cuenta-arandela de hueso son interpretados como ofrendas (Alcalde y Rincón 1980; Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 167).

Será en el Bronce Antiguo-Medio cuando veamos con claridad que los grupos culturales de la zona llana leonesa son afines al resto del mundo meseteño y que no se diferencian en gran medida del resto de la cuenca del Duero. Recientes prospecciones han sacado a la luz una serie de yacimientos en la llanura sedimentaria leonesa adscribibles al horizonte Proto-Cogotas (ver fig. 2.9), traspasando hacia el oeste el río Esla, tradicional límite geográfico que supuestamente marcaba el límite del mundo cogoteño así como de su predecesor del Bronce Antiguo-Medio.

Encontramos yacimientos de este signo precisamente en los Barrios de Luna, Aviados, Jabares de los Oteros, Santas Martas, Posadilla de la Sobarriba, Cebrones del Río (Celis 2002: 97-98 y mapa 1) y El Pelambre, en el sur de la provincia, con fechas radiocarbónicas calibradas que sitúan el comienzo de este campo de hoyos en el s. XVII cal AC (Abarquero y Delibes 2009: 197-207). Como ya pudimos comprobar más arriba el yacimiento de los Barrios de Luna, así como el de Aviados, se encuentran en el piedemonte meridional cantábrico, controlando vías naturales de paso a través de las cabeceras de los ríos Luna y Curueño, siendo los exponentes más septentrionales del ambiente Proto-Cogotas en este sector. Que el río Luna y su afluente el Caldas son lugares de penetración de formas culturales meseteñas hacia el norte puede corroborarse por la aparición de diferentes materiales en la base de El Castro (Oblanca), entre ellos un puñal de cobre triangular con escotaduras en la base, similar a los que aparecen con los materiales de Cogotas I, y un hacha de apéndices laterales de cronología más avanzada (Gutiérrez González 1985: 61-63). En esta zona hay mineral de cobre, lo que puede explicar el interés de los grupos nómadas meseteños en pasar temporadas en estos parajes.

Quizás lo que acabamos de proponer pueda extenderse también al inmediato alto Porma, ya que en dos asentamientos castreños muy próximos a este río (Boñar-2 y Redipollos) fueron localizadas dos hachas que genéricamente se ubican en un Bronce Antiguo (Gutiérrez González 1986-87: cuadro y mapa 1), aunque recientemente se han clasificado como calcolíticas (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: fig. 16).

Tanto en León como en el resto de la Meseta Norte los poblados Proto-Cogotas y Cogotas I se hallan vinculados a fuentes de agua, tales como ríos y humedales, de ahí la frecuente distribución lineal de estos yacimientos a lo largo de cursos de agua. Es el caso del único yacimiento Proto-Cogotas excavado en la provincia de León, el de Las Vegas (Jabares de los Oteros), situado junto al arroyo Valdearcos, tributario del Esla. Se trata del clásico “campo de hoyos”, documentándose 39, de variada morfología y capacidad, no superándose los 2000 litros de capacidad en ningún caso. La presencia mayoritaria de motivos decorativos de espigas incisas, y de perfiles cuenquiforme y tazas de carena media/alta en la cerámica, hace pensar en un momento inicial del grupo Cogotas I o fase Proto-Cogotas avanzada, debido a la presencia de boquiques y asas en cinta decoradas. Destacamos de este yacimiento la presencia de inhumaciones en cinco fosas, perteneciendo una de ellas a un cánido. Las vinculadas a humanos reflejan rituales variados ya que mientras que en dos cubetas los inhumados -un niño y un adulto- se encuentran en conexión anatómica, en otras dos hay evidencias de



**Figura 2.10:** enterramiento humano en el hoyo AG-22 del yacimiento Proto-Cogotas de Las Vegas (Jabares de los Oteros, León) (en Rodríguez Marcos y otros 1999).

manipulación de los restos humanos *post mortem* debido a la desconexión de las partes anatómicas, con el añadido en el caso de una de ellas de haberse documentado claramente la reutilización y el cambio de significado de un silo, ya que la inhumación se encuentra por encima de un depósito arqueológico que consiste en grandes vasos de almacenamiento. Todas las inhumaciones se realizaron en silos ya abandonados y cuya colmatación ya había comenzado, por lo que en ningún caso se construyeron *ex profeso* para fines funerarios (Rodríguez Marcos y otros 1999) (fig. 2.10).

Si la vajilla del mundo Parpantique-Cardenosa estaba definida por las formas globulares y los cordones aplicados con decoración, en el Proto-Cogotas las características serán por un lado el brusco descenso de dichos cordones y por otro el avance de las cazuelas con carena media, panza convexa y borde exvasado, que normalmente portan una decoración de pequeños zig-zags incisos muy abigarrados, de espigas, de retículas y, en ocasiones, incrustaciones de pasta blanca en la decoración incisa (Delibes de Castro 2003: 68; Jimeno 2001: 145), acotándose geográficamente los esgrafiados *post-cocción* a la provincia de Palencia, Burgos y oeste de Álava (Pérez y otros 1994: 22) (fig. 2.11).

Numerosas dataciones en yacimientos clásicos del mundo Proto-Cogotas como el soriano de los Tolmos de Caracena o el vallisoletano de Cogeces del Monte sitúan este entramado cultural entre el s. XV y el XIII a. C. El yacimiento palentino de Cueva Rubia (Las Tuerces), con sus cerámicas esgrafiadas e incisas y su datación radiocarbónica del  $1360 \pm 30$  a. C., es un buen ejemplo, al igual que los leoneses vistos, de como esta “facies cultural” llega al extremo norte de la Meseta (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 168). No obstante, la calibración de las fechas radiocarbónicas ha envejecido el lapso cronológico en el que se da este grupo cultural, situándose entre el 1700 y el 1500 cal AC (Jimeno 2001: 145; Castro, Micó y Sanahuja 1995: 90), aunque deberíamos señalar que para algunos autores, tras la rectificación de sus teorías previas, no tendría sentido la diferenciación entre Proto-Cogotas y Cogotas I (Fernández-Posse 1998). Sobre todo ello volveremos más adelante pero ya adelantamos que aunque Proto-Cogotas y Cogotas I son dos fases cronológicas de un mismo entramado cultural mantendremos aquí la terminología clásica, aunque ajustada a las nuevas fechas radiocarbónicas calibradas, con el fin de no introducir confusión.

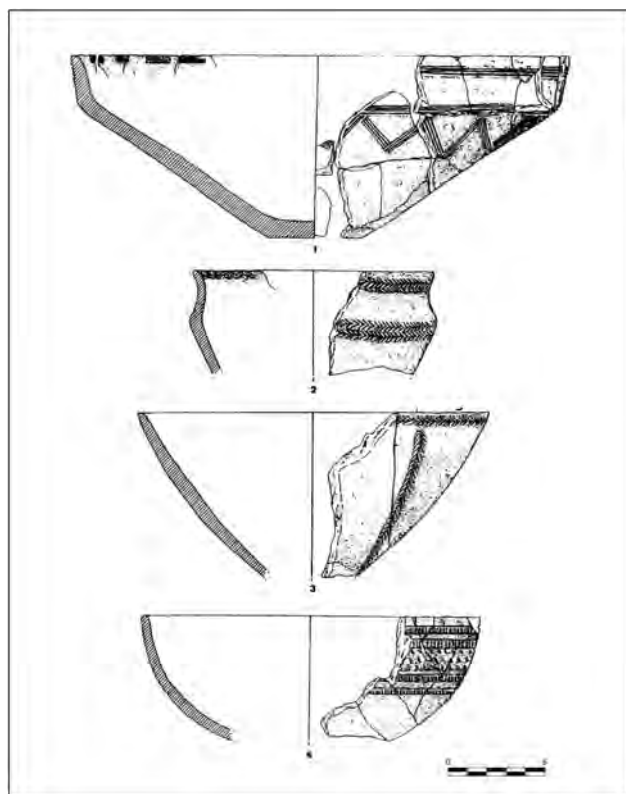
Las fechas del sector 1 del yacimiento palentino de La Huelga -tomadas en un foso y en un supuesto horno cerámico- dan entre el s. XV-XIII cal AC, y con un repertorio cerámico exclusivamente Proto-Cogotas (Pérez y otros 1994: 26). Sin embargo esta fecha debe tomarse con precaución ya que la inmediatez de los sectores 3 y 4, en donde sí que hay mezcla del repertorio protocogotiano con el cogotiano, podría indicar el uso de ese horno cerámico en un momento reciente asociado al mundo Cogotas I. Sin duda la importancia de este yacimiento palentino no se deba tanto a los aspectos cronológicos que aporta sino a que ha sido excavado en extensión y nos muestra en sus sectores 1, 3 y 5 un ejemplo de las formas de vida de este momento de la Edad del Bronce. Manteados de barro con improntas vegetales en uno de sus lados nos muestran una edificación de material perecedero junto a múltiples silos excavados en el terreno, algunos de ellos revocados, y casi con toda seguridad dedicados a productos agrícolas debido a la frecuencia de dientes de hoz en sílex, núcleos, molinos y manos molenderas. Molinos y manos suelen aparecer en el fondo de los fosos usados como silos. Pero sin duda revelador es que en este yacimiento se documenta la producción local tanto de cerámica -mediante el reconocimiento de un horno- como de metalurgia -demostrada por la presencia de goterones, así como un hoyo con crisol de fundición y escorias- (Pérez y otros 1994). El lugar muestra la estacionalidad y recurrencia del mismo, que lo hizo crecer durante todos los siglos en los que fue utilizado hasta las 28 ha, y que aparte de por su fisonomía podría corroborarse por la ubicación de los molinos y manos en el fondo de los silos, para poder



ser recuperados a la vuelta al yacimiento, por parte de unos grupos que con toda probabilidad hicieron de la movilidad residencial una de las principales características de sus estrategias, más sociales que subsistenciales. Ciertas cerámicas decoradas con la técnica del punto y raya o Boquique del gran poblado en altura de Monte Bernorio (Torres 2007: 94 y fig. 9), en el extremo norte palentino, en concreto de la zona de la acrópolis o zona superior del yacimiento, demuestran que la secuencia de este poblado comienza en estos compases de la Edad del Bronce, ya que esta decoración cerámica podemos encontrarla tanto en el mundo Proto-Cogotas como en el Cogotas I.

La comprobación de la presencia Proto-Cogotas en la vecina provincia de Burgos viene de la mano de los yacimientos en cueva de San García y La Aceña, y con bastante probabilidad de Ojo Guareña y Atapuerca, así como de los castreños de Alto de Yecla (Silos), La Fortaleza y Las Campas (Pancorbo), Valdosa (Tejada) y del yacimiento en llano de Quintanadueñas (Delibes y Esparza 1985: 151, 153). Del último de ellos podemos añadir que se encontraron tres fosas. En una de ellas y en dos placas de tierra rojiza con cantos se documentaron restos de combustión. Otra de ellas tenía un revestimiento arcilloso en la boca y paredes. Ha sido catalogado también como Cogotas I, aunque en ningún caso se citan materiales diagnósticos (Bellido 1996: 108). Cabe la posibilidad de que los yacimientos en cueva mencionados sean funerarios, ya que el Padre Saturio cita el hallazgo de huesos humanos en las mismas (Delibes y Esparza 1985: 151, 153). En el caso de Las Campas (Pancorbo) además junto a los clásicos labios con retícula incisa y líneas paralelas incisas en la cara interna del mundo Cogeces o Proto-Cogotas aparecen también cordones aplicados con digitaciones (Abasolo 1974: 49, 51, y fig. 14) que podrían indicar que este castro de la Edad del Hierro y luego romanizado fue ocupado también al menos en el Bronce Antiguo (cordones aplicados asimilables al mundo Parpantique-Cardenosa) y en el Bronce Antiguo-Medio (bordes con decoraciones Proto-Cogotas). Se desconocen materiales que puedan evidenciar en Pancorbo una ocupación del Bronce Medio-Final, esto es, cerámicas con las clásicas decoraciones mediante boquique y excisión.

Del sur de la provincia de Burgos, en la ribera del Duero, procede la información de un yacimiento típico de esta época, compuesto por una serie de 29 silos subterráneos o “campo de hoyos” en forma de botella, cuyas paredes fueron endurecidas y desinfectadas con fuego. Se trata del yacimiento de Las Empedradas (Fuentecén). Sólo un 6 % de los fragmentos cerámicos presenta decoración. Suelen pertenecer a formas pequeñas (cuencos, fuentes carenadas y ollitas globulares) y las decoraciones están protagonizadas por motivos horizontales en el exterior de los vasos, aunque no faltan los radiales desde el



**Figura 2.11:** cerámicas tipo Proto-Cogotas de La Huelga (Dueñas, Palencia) (en Pérez Rodríguez y otros 1994).

fondo hasta la carena, las decoraciones típicas en el interior del labio y guirnalas que suelen realizarse con técnica de boquique, aunque menos elaborado que en el posterior Cogotas I. Las decoraciones son básicamente mediante incisión y los motivos son las retículas de variada morfología, las espigas simples, etc. No faltan algunos cordones realzados, mamelones, etc. Y tampoco faltan los también recurrentes dientes de hoz sobre lascas de sílex con retoque denticulado, manos y molinos barquiformes, y abundantes huesos de animales domésticos y de ciervo. Lo interesante de este yacimiento es que en él concurren aún piezas con decoraciones plásticas, heredadas de las fases previas del mundo Parpantique-Cardenosa, junto a algunos tímidos boquiques, anunciando la decoración que se impondrá en el Bronce Final (Palomino y Rodríguez 1994: 60-68). Muy próximo a Las Empedradas se halla El Cerro (La Horra), que además de 28 silos de características muy similares a los descritos y reaprovechados como basureros, ha proporcionado los restos de hasta tres cabañas, también semienterradas. En una de estas estructuras de planta poco definida aparecieron tres individuos inhumados, ya en un momento de abandono de dicha cabaña, lo que de nuevo demuestra la recurrencia del lugar durante un largo periodo de tiempo. De hecho junto a las decoraciones de espigas y retículas incisas del Bronce Antiguo-Medio aparecieron también cerámicas neolíticas. Como en el caso anterior también hay todavía alguna decoración plástica (Palomino, Negrodo y Abarquero 1999: 22-32).

Por tanto podemos concluir que tanto la provincia de Palencia como la de Burgos sufrieron prácticamente en la totalidad de su territorio la ocupación de los grupos protocogotianos, manteniendo la dicotomía poblacional asentamientos castreños-asentamientos en llano ya detectada al menos desde el Bronce Antiguo en estos mismos sectores de la Meseta. Mientras, en León, lo protocogotas se circunscribe a la llanura sedimentaria, con puntuales penetraciones a las elevaciones cantábricas, siguiendo las cabeceras de los ríos.

### Metales y metalurgia cantábrica.

Si la definición cultural de los grupos cantábricos en función de los yacimientos con cerámicas atribuibles a esta época es precaria para la zona central y casi inexistente para la zona occidental (área asturiana al occidente del Sella), sobre todo si lo comparamos, como hemos visto más arriba, con unos grupos culturales meseteños cada vez mejor definidos, quizás cambie algo el panorama con el estudio de los metales. Ello se debe a su mayor abundancia en el registro arqueológico, aunque, de nuevo, la falta de contexto para la mayoría de las piezas es uno de nuestros mayores lastres.

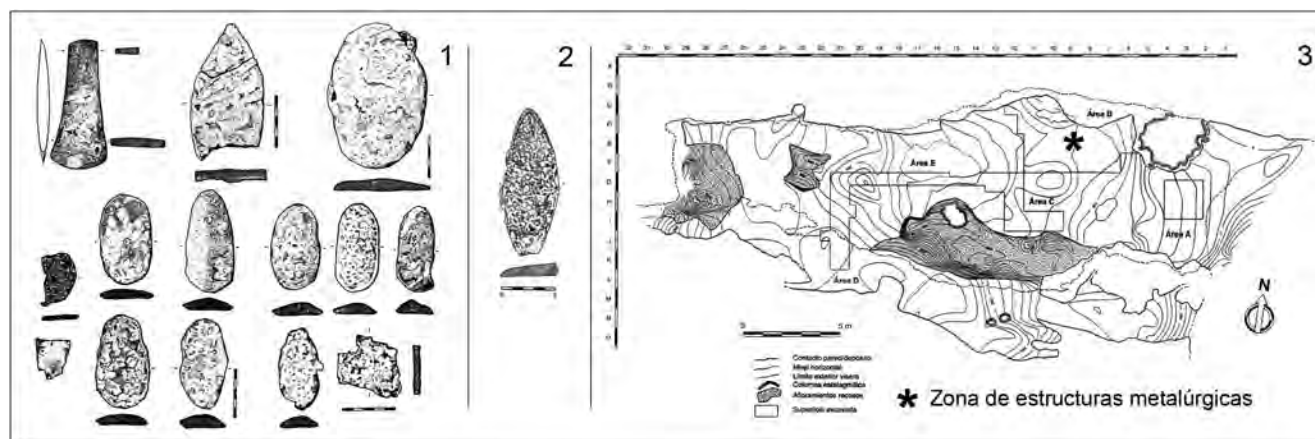
En Asturias abundan los óxidos y carbonatos de cobre en el centro y oriente de su territorio, de fácil extracción, también siendo aprovechables seguramente los óxidos y carbonatos generados por los sulfuros polimetálicos del occidente de la región, pese a no contar en este caso con ninguna evidencia de su explotación. En Cantabria las posibilidades de explotación de cobre parecen ser menores, destacando por su potencial las zonas ya de tránsito hacia la Meseta, como la comarca de Reinosa (Blas 1987a: 75; 1996a: 221). Por su parte la Submeseta Norte tiene precisamente en el piedemonte cantábrico uno de sus principales focos en cuanto a recursos cupríferos, con numerosos ejemplos en el norte y oeste de la provincia de León (Rodiezno, Cármenes, Ponferrada, Palacios de Sil, Riello, Sobrado, etc.) o los importantes núcleos palentinos de Cervera de Pisuerga, Ruesga, Celada de Robledo o Dehesa de Montejo (Delibes y Fernández Miranda 1981: 179; Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 126). Por lo tanto la zona cantábrica y su piedemonte meridional es el sector del tercio septentrional peninsular con más potencial en cuanto a recursos cupríferos. Además allí contamos con testimonios de explotación y reducción de cobre bastante antiguos. Nos estamos refiriendo a diversas dataciones radiocarbónicas efectuadas sobre herramientas de minero realizadas en asta de ciervo y sobre los cuerpos de los mineros allí depositados de las minas prehistóricas de l'Aramu (fig. 2.12) y El Milagro (centro y oriente de Asturias respectivamente) que una vez calibradas habría que situar a mediados del tercer milenio AC (Blas 1996; 2004: 54; 2007: 118-



**Figura 2.12:** el Mayáu d'Espines, un lugar de aprovechamiento ganadero estival y con monumentos tumulares (en primer término) en las inmediaciones de las minas prehistóricas del Aramu (en Blas 2010).

119; Blas y Suárez 2009; 2010). También con evidencias de explotación prehistórica se encuentra la mina La Profunda (Cármenes) en la comarca de la Montaña Central leonesa (Delibes, Fernández Manzano y Herrán 1999: 65; Blas y Suárez 2009b). La metalurgia del mundo cantábrico, al igual que ocurre en la Meseta Norte y el Noroeste comienza dentro de un ambiente claramente megalítico, como demuestra el hachita plana de cobre y el fragmento de malaquita en dólmenes de la necrópolis asturiana de La Cobertoria (Blas 1987a: 78), en la misma sierra de l'Aramu. La reducción del cobre en estos momentos antiguos, y por lo tanto el carácter local de la producción metalúrgica, quedaría demostrado por las evidencias en este sentido en la parte externa de las galerías de l'Aramu (Blas 1996: 222).

En un periodo más reciente se insertan los numerosos testimonios de actividad metalúrgica de la ya citada cueva de Arangas. En esta cavidad del oriente asturiano se han localizado recientemente una serie de estructuras semisubterráneas de combustión junto a las cuales ha aparecido alguna escoria de cobre. En otra zona de la cueva también se han exhumado crisoles, fragmentos de mineral parcialmente reducido, escorias y gotas de cobre fundido. Todos ellos parecen ser productos de una tecnología metalúrgica que, gracias a los análisis realizados, se caracteriza como de muy primitiva, con un alto porcentaje de cobre que no se aprovechó. Además se cuenta con un producto metálico finalizado. Se trata de un pequeño puñal de bronce con dos perforaciones en la base para realizar el enmangado. Las fechas planteadas para estos antiguos testimonios metalúrgicos se encuentran en el comienzo del segundo milenio cal AC gracias a las escasas fechas conocidas para la cerámica Trespando descrita más arriba y por los paralelos, poco clarificadores, para el pequeño puñal. La cueva de Arangas se encuentra a escasos 20 Km. de las minas prehistóricas del Milagro, y más cerca aún de veneros cupríferos como los de cueva Delfina, en Ortiguera



**Figura 2.13:** evidencias de metalurgia cántabrica pertenecientes al Bronce Antiguo: 1. Hacha y lingotes del depósito de Gamonéu (Onís, Asturias); 2. Lingote del norte de León; 3. Plano y sectores de excavación de la cueva de Arangas (Cabrales) (a partir de Blas 1980; Almagro-Gorbea 2004; Arias y Ontañón 1999).

(Cabrales), en donde también hay noticias imprecisas de explotaciones antiguas (Blas 1983; Arias y Ontañón 1999). Cerca de El Milagro también se encuentra las explotaciones de Avín, de donde aparecieron a fines del s. XIX objetos antiguos tales como un hacha y un cuchillo (Bellmunt en Blas 2003: 399; Blas 2007-2008). Las estribaciones septentrionales de los Picos de Europa ofrecen otros veneros cupríferos como los también cabraliegos en las cercanías de Inguanzo (Sierra de Dobros), los de Puertas, Carreña de Cabrales, Trestalléu (Arenas de Cabrales), Asiegu... existiendo evidencias de explotación desde el s. XVI en alguna de ellas. Desde un punto de vista de explotación preindustrial tampoco son desdeñables los veneros al sur del Cuera, como los del llanisco valle de Caldueña (Blas 2003: 400). Las reducciones de metal en las minas de l'Aramu y de El Milagro y las recién descritas labores metalúrgicas son testimonios muy importantes para abogar por el autoctonismo de la metalurgia del cobre y del bronce en el ámbito centro-occidental cántabro, así como para plantear que desde el mismo origen de las labores metalúrgicas la mayoría de los objetos que encontramos en el registro arqueológico se deben a producciones locales y no a importaciones, como tendremos ocasión de discutir más adelante.

Contamos con más evidencias de estas labores metalúrgicas antiguas en el oriente asturiano. Nos estamos refiriendo a los diez lingotes o tortas de fundición de cobre que aparecieron junto a un hacha plana de cobre en el depósito de Gamonéu (Onís), descubierto casualmente en un talud en el camino entre Gamonéu y el Llanu de Con. Como ya se dijo más arriba estos objetos metálicos descansaban presumiblemente dentro de una tosca cerámica y todo ello a su vez se encontraba sellado por una piedra prismática de arenisca. Uno de los lingotes es barquiforme de sección rectangular mientras que el resto tiende a las formas elípticas, con tamaños diversos y secciones plano-convexas. Los análisis presentan cobres con un 3,5 % de arsénico que

perfectamente pudieron haber sido obtenidos en la inmediata mina del Milagro (Mestas de Con) a unos escasos 3 Km. (Blas 1980). Estos hallazgos, que fueron fechados por la tipología del hacha plana, en mediados del II mil. a. C. (Blas 1980: 276), tienen como paralelos más claros para los lingotes, especialmente para el barquiforme de sección rectangular, un lingote de cobre arsenical (con un 5,6 % de arsénico), encontrado en el norte de la provincia de León y actualmente depositado en los fondos de la Real Academia de la Historia (Almagro Gorbea ed. 2004: 124). Ello demostraría, como veremos más abajo, que las características metalúrgicas del centro y occidente cántabro se extienden, al menos, por el norte de la provincia de León (fig. 2. 13).

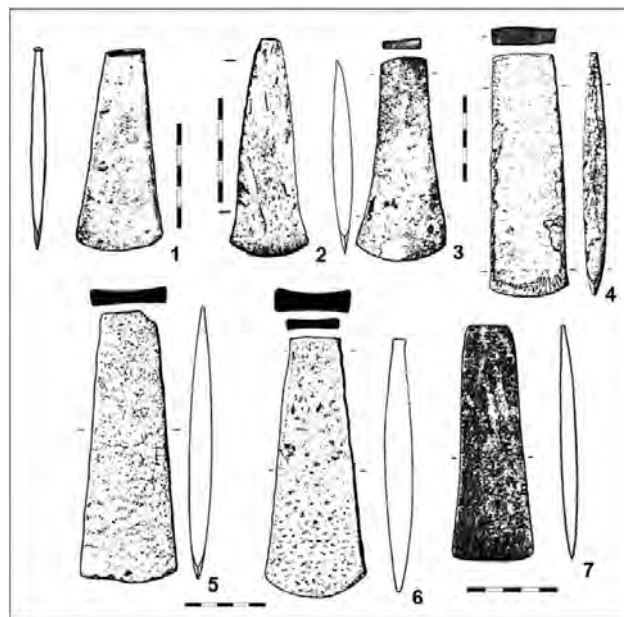
Miguel Ángel de Blas (1999a) propone una fase de implantación de la metalurgia en el mundo centro-occidental cántabro entre el 2600-2200 cal AC, a la que deberíamos asignar los testimonios de fusión y las vasijas-horno de El Milagro, l'Aramu y Arangas, así como las tortas de fundición de Gamonéu.

Entre los productos finalizados o formas finales de las cadenas tecnológicas metalúrgicas quienes poseen un papel verdaderamente protagonista en el mundo centro-occidental cántabro son las hachas. Por regiones naturales se ve que el interfluvio Deva-Sella (extremo oriental asturiano) es una de las zonas cántabras con mayor concentración de hallazgos para los periodos metalúrgicos previos al Bronce Final, en un medio, que como vimos, es muy rico en recursos cupríferos. Si se amplía al cántabro río Besaya veremos que es precisamente al oeste de Cantabria donde más hachas planas aparecen, por lo que el interfluvio Sella-Besaya cuenta con el 67 % de las hachas planas asturcántabras. Si lo que tenemos en cuenta son regiones administrativas entonces se comprobará que contando con los hallazgos de Asturias y Cantabria en la primera región las hachas suponen un 65 % de los hallazgos mientras que en la segunda un 33 % y, a la inversa, las espadas son el 25 % de los hallazgos de Cantabria mientras que para Asturias tan sólo suponen

el 3 %. Así mismo sólo contamos con muestras de orfebrería antigua en Asturias, en su extremo occidental. Dentro de Asturias las dos principales concentraciones de hallazgos de hachas planas se encuentran en relación a las principales zonas de aprovisionamiento de metal: la concentración en torno al río Nalón (por las minas de l'Aramu) y la del oriente asturiano (por las numerosas minas con laboreo antiguo, como la citada de El Milagro) (Blas 1999a: 42-43).

Sin embargo hay una serie de inconvenientes a la hora de estudiar las hachas, principalmente planas, de los primeros compases metalúrgicos cantábricos. Uno de los principales problemas es que las seriaciones e interpretaciones cronológicas de todos estos materiales metálicos se suelen realizar sobre rasgos morfológicos y, en ocasiones, compositivos (mayor apertura de los filos, paso de cobres puros a cobres arsenicados y posteriormente a bronce, etc.) que supuestamente denotan características evolutivas y, en consecuencia, cronológicas. Ello se debe principalmente a la ausencia de contextos arqueológicos fiables para la mayoría de las piezas y a la inevitabilidad, por tanto, de realizar cronologías relativas jugando con las características de los objetos. Pero además, se debe a una tendencia fuertemente arraigada en Arqueología, heredada directamente del historicismo-cultural y del paradigma anticuarista, en la que se tiende a crear tipologías teniendo sólo en cuenta las formas finales de los objetos. En el terreno concreto de la paleometalurgia, no obstante, ha habido una gran renovación metodológica en los últimos años generalizándose cada vez más las analíticas con el fin de determinar las proporciones de cada metal en las coladas. Sin embargo, la renovación metodológica no ha ido acompañada de una necesaria renovación teórica, ya que las variaciones porcentuales de uno u otro metal siguen explicándose desde el economicismo formalista más puro, como tendremos ocasión de observar.

Además, para el caso concreto de las hachas planas, debemos tener en cuenta que es uno de los tipos que más han perdurado en la prehistoria, cerca de unos dos mil años, pues en la Meseta se ven ya en ambientes precampaniformes, y en el Cabezo de Monleón (Aragón) aparece un molde que puede fecharse en la Primera Edad del Hierro (Delibes y Fernández 1983: 32; Manzano Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 20-21). Otro problema añadido es que el cuadro cronológico en el que se intentan insertar estos metales es tomado de la Meseta Norte, con los clásicos Calcolítico campaniforme, Bronce Antiguo, Bronce Medio y Bronce Final, cuando realmente en el mundo cantábrico es muy difícil diferenciar el Calcolítico del Bronce Antiguo y dentro de la Edad del Bronce lo que se aprecia realmente es una etapa antigua diferenciada del Bronce Final (Arias y Armendáriz 1998). Por todo



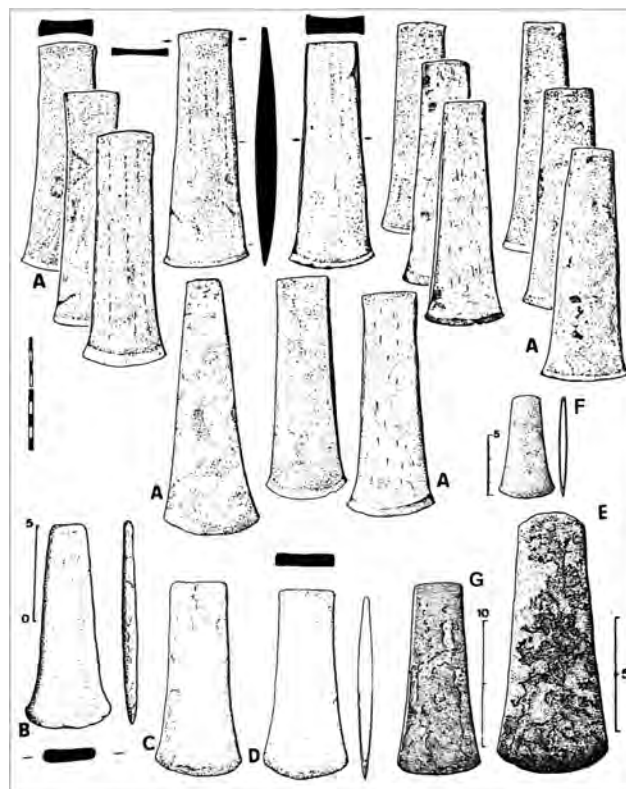
**Figura 2.14:** hachas de la “fase de implantación” de la metalurgia (Calcolítico e inicios del Bronce Antiguo) del centro-occidente cantábrico: 1. Cuchucaba; 2. Cillórigo; 3. Gamonéu; 4. Escanlares; 5. Villoria; 6. Guerañu; 7. Cueva de las Monedas (a partir de Blas 1999, modificado).

ello los esquemas propuestos por la mayoría de los autores deben tomarse como meramente orientativos ya que son numerosos los casos en los que tipos que aparentemente son cronológicamente dispares aparecen en los mismos conjuntos cerrados. En otros casos concurren tipos metálicos con composiciones químicas que en principio no le corresponderían. Otras veces lo que se ha entendido como tipos que representan estadios de un mismo proceso evolutivo realmente son representantes de talleres locales geográficamente situados y más o menos sincrónicos.

El hacha del depósito de Gamonéu, una de un dolmen de Cuchucaba (L.Lena) de cobre arsenical y a 2 Km. de l'Aramu, así como una de Pendes (Liébana), de moldes monovalvos, y otras también cántabras como las de Calerón, Pico Jano y Las Monedas (fig. 2.14), habría que situarlas en la fase de implantación mencionada más arriba, o transición entre el Calcolítico y el Bronce Antiguo (Blas 1999a: 49; Arias y Armendáriz 1998: 50). Se entiende que las que tienden hacia formas más subrectangulares, como la de Escanlares (Grandas de Salime) o la ya citada de Pico Jano (Liébana), son las que empalmarían con las producciones de comienzos del segundo milenio a. C., destacando la del suroccidente asturiano por ser la primera de esta zona del extremo occidental cantábrico, emparentándose ya con las del Noroeste ibérico (Blas 1999a: 49), aunque subrectangulares de cobre también se encuentran en las provincias de León y Palencia (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 18-24). Son numerosos los paralelos para este tipo de hachas cantábricas que encontramos en la Meseta Norte entre las “hachas - escoplo calcolíticas”, pudiéndose establecer paralelos entre la del depósito

de Gamonéu con el tipo A2 definido por algunos ejemplares leoneses y palentinos de la Colección Fontaneda, así como una más trapezoidal aparecida en el asturiano dolmen de Los Fitos (necrópolis tumular de La Cobertoria) con otras dos de la provincia de León presentes en la misma colección (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 18-24). Sin embargo el hacha de cobre aparecida en el dólmen de Santa Cruz (Cangues d'Onís) (Diego 1960b: 440), debido a su forma subtriangular es más parecida al tipo A1 de los citados autores.

Pese a esta sencillez a la hora de encontrar paralelos formales la cuestión se complica cuando tenemos en cuenta los porcentajes de arsénico de estos primeros cobres. Se ha propuesto que este primer tipo de hacha antiguo cantábrico esté definido por el cobre arsenical (Arias y Armendáriz 1998: 50), como revelan las composiciones de las piezas cantábricas analizadas mencionadas más arriba -básicamente tortas-lingote- y que en ningún caso se observa en las "hachas -escoplo calcolíticas" normeseteñas, donde sería un rasgo que denotaría modernidad de las piezas, pudiéndose situar ya a partir de mediados del segundo milenio a.C. (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 24). La intencionalidad o no de la inclusión de cobre arsenical en las coladas es un tema complejo. Algunos autores presentan numerosas pruebas que nos harían pensar en el carácter completamente deliberado de esta elección tecnológica. Entre aquellas estaría el porcentaje fijo de arsénico que parecen poseer las alabardas de tipo atlántico (en torno a un 6% y siempre superior a las contemporáneas puntas Palmela), así como que los roblones de estas alabardas, debido a la necesidad de mayor ductibilidad, siempre tienen más arsénico que las hojas. Otro argumento a favor sería que los objetos campaniformes tienen por media más arsénico que los precampaniformes. Sin embargo, pese a semejantes testimonios, estos mismos autores acaban concluyendo que los metalurgos prehistóricos no pudieron haber controlado si la aleación tenía aquel metal o no, ya que los cobres arsenicados se presentan en los mismos metalotectos que las malaquitas y ni por color, densidad o textura se diferencian. Tan solo pudieron haber controlado la temperatura de la reducción, así como los trabajos en frío y recocidos, que harían que se fuera perdiendo el arsénico (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 37-38). En esta línea se ha asegurado que el arsénico no tiene que ver con mezclas o aleaciones deliberadas, sino con el polimetallismo de los minerales (Fernández-Manzano y Montero 2001: 49). No obstante otros autores consideran que aquellos metalurgos prehistóricos estuvieron perfectamente capacitados para reconocer el cobre con altos contenidos de arsénico puesto que el olor a ajo de las menas de cobre arsenicado lo hace detectable, siendo su incorporación en las coladas una decisión



**Figura 2.15:** hachas de la "fase de desarrollo" (o un genérico Bronce Antiguo) del centro-occidente cantábrico: A. depósito de Asiegu (Cabrales); B. Cejanca; C. Tina Mayor; D. Puente de la Maza; E. Mieres; F. cueva de los Hornucos; G. El Milagro (a partir de Blas 1999, modificado).

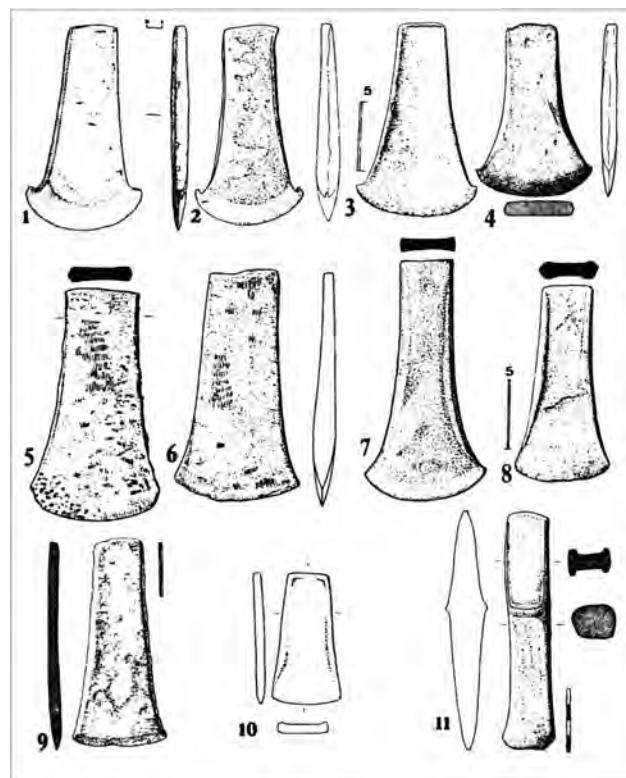
tecnológica completamente consciente, fruto del sistema de símbolos que se hubo manejado en cada grupo social, y seguramente el fin de todo ello sería conseguir un color específico y no tanto cuestiones de dureza o filo (Pearce 1998: 54-57). Esta última línea de investigación en la que se prima la agencia y la tecnología como resultado de decisiones conscientes, aunque culturalmente determinadas, frente a la otra en la que lo que subyace es la pasividad de los metalurgos por cuestiones tecnológicas que se desconocen o determinantes que no se saben controlar, es la que desarrollaremos en el apartado del Bronce Final.

Hemos de matizar, no obstante, que en ningún caso existe una homogeneidad suficiente como para poder justificar esta primera etapa metalúrgica definida por cobres arsenicados en el mundo cantábrico. Reveladores a este respecto son los análisis efectuados sobre diversas hachas planas asturianas (Rovira, Montero y Consuegra 1997: 91-93), caso de la de Los Fitos, sin apenas arsénico, sólo siendo destacable el valor de arsénico por encima de la unidad en la de Cuchucaba y El Milagro. Se podría empero plantear la tendencia de las hachas planas cantábricas a estar formadas por cobres arsenicales a partir del nacimiento del segundo milenio, algo que no sucedería ni en el norte de la Meseta, como hemos visto, ni en el Valle del Ebro, con la excepción del grupo de las hachas catalanas (Rodríguez de la Esperanza 2005: 93-

94). Ello podría corroborarse por los índices de arsénico de los restos metalúrgicos de la cueva de Arangas, superiores a la unidad (Rovira, Montero y Consuegra 1997: 91), y fechables en torno al 2000 cal AC como vimos más arriba. Dicho proceso estaría representado por el hacha de Cuchucaba, los lingotes-tortas y el hacha de Gamonéu y el lingote de la provincia de León, así como por la más reciente hacha de la mina de El Milagro.

Las fases siguientes han sido definidas como Fase de Desarrollo (2200-1700 cal AC) y Fase de Inercia (1700-1300 cal AC) (Blas 1999a). En lo que a las hachas se refiere éstas seguirían siendo protagonistas y manufacturadas en cobre, aunque con la novedad de los moldes bivalvos. Entre estas se encuentran las de Asiegu (Cabrales), el hacha de El Milagro, Moneo (Tinéu), la del Puente de la Maza y Tina Mayor (las tres primeras asturianas y las dos restantes cántabras) (fig. 2.15). Otras de Asturias y Cantabria serían de este tipo, pero más pequeñas (Muniellos -Cangas de Narcea-, Cejancas -Valderredible- y Cueva de Hornucos -Reinosa-) (Blas 1999a: 52-53). De morfologías muy similares a las anteriormente descritas, estas hachas, gracias al depósito de Asiegu, son las que Harbison englobó en el tipo Cabrales, y en el que según algunos habría que meter también las hachas de Santa Cruz, Santibañez de Murias, Gueraño y Villoria (en Arias y Armendáriz 1998: 51).

Es en la Fase de Inercia cuando Miguel Ángel de Blas (1999a: 56-57) sitúa toda una serie de hachas planas de filo desarrollado y marcadamente convexo (fig. 2.16), que tradicionalmente se han definido como tipo Bujoes y tipo Barcelos, siguiendo la clasificación de Harbison sobre modelos lusos (en Arias y Armendáriz 1998: 51). La principal característica de este repertorio es la composición ya plenamente bronceínea de sus representantes, aunque esta aleación ya tiene hitos previos, como puede ser el hacha del dolmen de Los Fitos (necrópolis de La Cobertoria), demostrando, junto a otros ejemplos del septentrión peninsular, el progresivo avance desde el norte hacia el sur de las nuevas coladas (Blas 1999a: 57). De este tipo Barcelos, de supuesta inspiración atlántica y con numerosos paralelos en el Duero-Miño portugués y suroeste de Galicia, serían las asturianas de Figares (Salas) y Santianes (Zardón, Cangues d'Onís) -aparecidas al ensanchar la carretera y entre las casas del pueblo respectivamente- y la cántabra de la Busta (Blas 1973; 1999a: 57), aunque también contamos con no pocos ejemplares muy similares en las provincias de León y Palencia (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 44-49). En este grupo estarían también el depósito de la Fuente de Frieras (Posada de Llanes, Asturias), la pieza de Box (Oviedo) y la del Puente de la Maza (San Vicente de la Barquera, Cantabria), que algunos definen como de tipo Bujoes mas que como tipo Cabrales (Arias y Armendáriz



**Figura 2.16:** hachas de la “fase de inercia” (o un genérico Bronce Medio) del centro-occidente cantábrico: 1. La Busta; 2. Figares; 3. Box; 4. “Asturias” (colección Fontaneda); 5 y 6. Frieras; 7. Santianes; 8. Hacha de rebordes del Museo Arqueológico de Oviedo; 9. Túmulo de Los Fitos (La Cobertoria); 10. Cueva de El Pendo; 11. Depósito de Pruneda (Nava) (en Blas 1999).

1998: 51). Añadiríamos una de la Colección Fontaneda cuya cartela versa “Oviedo”, aunque ello no quiere decir que apareciera en dicha ciudad ya que Provincia de Oviedo es como se ha conocido a Asturias durante el largo periodo que discurre entre 1833 y 1981, lapso en el cual Asturias perdió oficialmente su nombre histórico. La característica de este buen bronce son las “gotas de lluvia” en una de sus caras, seguramente realizadas en frío, lo que la emparenta con modelos británicos de mediados del milenio (transición de las fases Bush Barrows/Wessex I), por lo que se ha llegado a pensar incluso en una importación desde aquellas tierras (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 48). A esta Fase de Inercia de la Edad del Bronce previa al Bronce Final también corresponderían otras hachas como una plana con ligeros rebordes de El Pendo, otra de potentes rebordes laterales y procedencia desconocida albergada en el Museo Arqueológico de Oviedo y dos palstaves sin asas, uno desaparecido de la Virgen de la Peña (Cantabria) y otro de Pruneda (Nava, Asturias) (Blas 1999a: 57, 59).

Por su parte el depósito de la Fuente de Frieras sigue la tendencia común a buena parte del norte peninsular de la ofrenda de hachas y armas en medios acuáticos, especialmente a partir de momentos del Bronce Final, en este caso en el nacimiento de una

fueron gracias a una surgencia kárstica. Pese a la ausencia de analíticas seguramente se trate de broncees este conjunto de varias hachas, formado por cuatro ejemplares aunque en origen debieron ser ocho (Blas 1999b; Diego Somoano 1960b: 441). Frieras no es un caso aislado en el mundo cantábrico ya que en el curso alto del río Porma (León), en Boñar, apareció otra hacha plana de los tipos evolucionados que seguramente proceda de una fuente con aguas medicinales que en época romana albergará un epígrafe con el pagano genio curativo *Aeginensis* (Delibes, Fernández y Pérez 1997). También un hacha plana, en este caso con anillas laterales, fue depositada en una fuente termal en Valdelateja, al norte de la provincia de Burgos (Arias y Fernández Manzano 1999: 4).

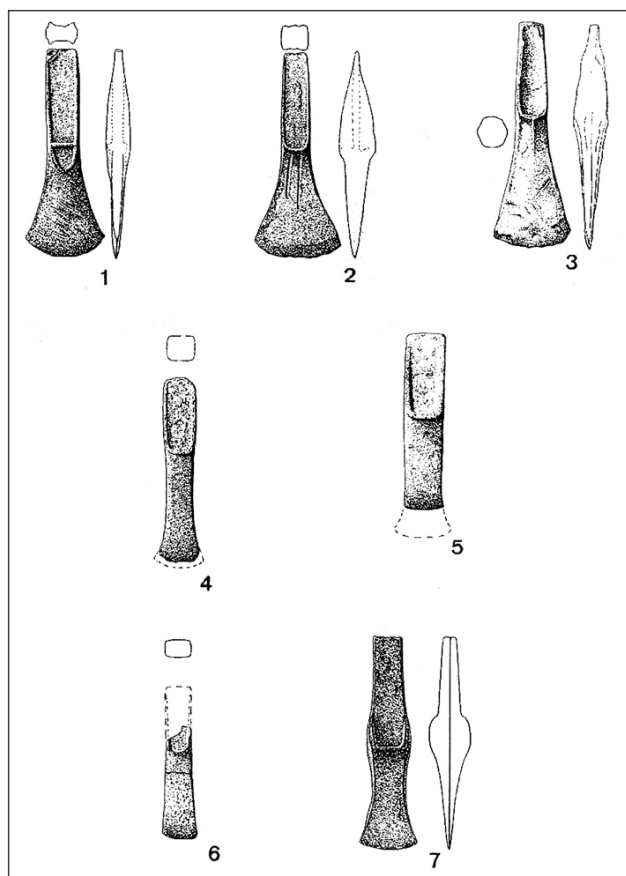
Pero ya se dijo más arriba como las fechas obtenidas mediante comparaciones tipológicas deben considerarse como meramente orientativas, siendo frecuentes las sorpresas una vez que se exhuman ciertos tipos en contextos estratigráficos bien datados. Ello nos lleva a cuestionar el excesivo envejecimiento que diversos autores han planteado para muchas de las hachas descritas, abriendo la posibilidad de perduraciones tipológicas de mayor alcance en el mundo cantábrico, como también parece documentarse entre las comunidades móviles protocogotianas y cogotianas.

Las hachas planas de bronce de filo distendido de León y Palencia han sido clasificadas en dos tipos según sus formas y composiciones (el B1 tendría los lados al principio paralelos para luego abrirse en filos muy abiertos y con porcentajes de estaño entre el 12 y el 17 %, mientras que el B2 tendería a formas más trapezoidales, cortas y anchas, con cantidades de estaño entre el 4 y 7 %) (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 46, 48). Casi todas las asturianas y varias de León y Palencia de la Colección Fontaneda cabrían dentro del tipo B1 mientras que las de la fuente de Frieras, aunque sin contar con análisis metalográficos, podríamos incluirlas en el B2. El caso es que este tipo de hachas fueron las que seguramente usaron las gentes de Cogotas I ya que se han encontrado en el yacimiento que da nombre a esta manifestación cultural así como en Carpio Bernardo (Salamanca), en Quintanadueñas (Burgos), en Cueva Tino (Palencia) y en el leonés castro de Ardón. Conservadurismo en formas que procedería ya de la fase Proto-Cogotas pues hachas de este tipo también se encuentran en el yacimiento soriano de Los Tolmos de Caracena, frecuentemente usado para definir el periodo formativo de lo cogotiano. Por ello para estas hachas se pone como límite antiguo el 1500 a. C. y como límite más moderno la sustitución del mundo cogotiano por el soteño. Ejemplos modernos de estas hachas serían la asociación de estos tipos con una de rebordes y con un palstave sin asas en el coruñés depósito de Campos y con un tas de mesa a doble

vertiente y una punta de lanza con regatón en el depósito de Valdevimbre (León), con la característica en este último depósito de que las dos hachas planas son de morfología muy dispar, puesto que si una es trapezoidal la otra es de filo distendido tipo Barcelos. Otros ejemplos de cronologías modernas para hachas planas son el depósito de Saldaña (Palencia), aparentemente unitario y en donde dos hachas planas de aspecto antiguo, una de ellas trapezoidal y de molde monoalvo mientras que la otra tiende a la forma rectangular, se ven acompañadas de un puñal de lengua de carpa, un pequeño puñal triangular que, al igual que el anterior, tiene fuerte nervio central, dos hachas de talón con una y dos anillas, una de apéndices laterales y un regatón. Así mismo el depósito burgalés de Coruña del Conde cuenta con dos hachas planas asociadas a hachas de talón y dos anillas y a otras de apéndices laterales (Álvarez Sanchís 2003: 54 y fig. 11; Delibes 1975: 149-151; Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 48, 168; Delibes y Fernández Manzano 1983: 41-42). En esta línea algunos autores se han mostrado sorprendidos de los análisis metalográficos realizados sobre el hacha plana de El Linar (Cantabria), tradicionalmente asignada al Bronce Pleno, pero que por su composición basada en un bronce altamente plomado raramente se pueda llevar más atrás del Bronce Final (Arias y otros e.p.: nota 2).

Otros hallazgos nos hacen pensar incluso la posibilidad de llevar la perpetuación de estos productos incluso a la Primera Edad del Hierro. Es el caso del hacha alargada de filo abierto aparecida como “hallazgo casual” en el castro de Villaceid (alto Órbigo, León) que por los materiales que fueron exhumados podemos entender como un castro cantábrico con origen en la Primera Edad del Hierro (Morán 1956/61: 107-108). Un hacha plana de bronce también fue encontrada en el castro de Ardón, como ya hemos enunciado, que, aunque ha sido relacionada con la fase cogoteña del yacimiento, no hemos de olvidar que contiene niveles soteños más modernos a tenor de los materiales conocidos allí desde antiguo (Luengo 1961: 108-111). De hecho Castrontrigo se considera un yacimiento del Soto pleno y de allí también hay constancia de la aparición de un hacha plana. Lo mismo podríamos decir del yacimiento de Cea, de donde proceden hachas planas y de talón y anillas, así como una espada del Bronce Medio (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: fig. 16; Celis 2002: mapa 3; Delibes, Avelló y Rojo 1982: 160-161 y nota 52), por lo que el lapso cronológico de ocupación del cerro del Castillo, si es que todos estos materiales aparecieron allí, debe abarcar más que el soteño frecuentemente aludido, puesto que la espada citada difícilmente puede acompañar a los materiales de la Primera Edad del Hierro. Por tanto las hachas planas allí encontradas pueden pertenecer tanto a los niveles soteños como a





**Figura 2.17:** hachas de talón sin anillas y sin nervio central, distribuidas por el septentrión peninsular: 1. Museo de Pamplona; 2. Bierzo; 3. Noroeste?; 4. Pruneda (Asturias); 5. Campos (Coruña); 7. Pamplona (en Suárez Otero 2000).

los cogotianos previos. Sin duda el mejor ejemplo para corroborar que las hachas planas llegaron a los primeros compases castreños, es la aparecida en el lucense castro de Penalba, pues va asociada estratigráficamente a materiales de la Primera Edad del Hierro y a una fecha radiocarbónica que hace que no pueda fecharse más atrás del 800 cal AC (capítulo 3), aunque se encuentra ya fuera de la zona cantábrica según la hemos definido (capítulo 1).

Estas asociaciones modernas para las hachas planas están en la tónica de los hallazgos del mismo tipo encontrados en el yacimiento vallisoletano de la Edad del Hierro de Carricastro, así como del molde para fabricar hachas de este tipo en la Primera Edad del Hierro en el aragonés Cabezo de Monleón, como ya dijimos (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 20). Los depósitos votivos de hachas planas en fuentes y aguas termales como los de Frieras y Boñar serían otro argumento, en este caso mucho más indirecto, para plantear que estas deposiciones fueron llevadas a cabo en tiempos de un genérico Bronce Final, ya que es en este periodo cuando se da el grueso de este fenómeno, pese a contar con ejemplos de tiempos pretéritos. Qué el depósito en una fuente termal de Valdelateja esté formado por un hacha plana con anillas reforzaría esta propuesta cronológica. Por todo ello, a tenor de las fechas que se

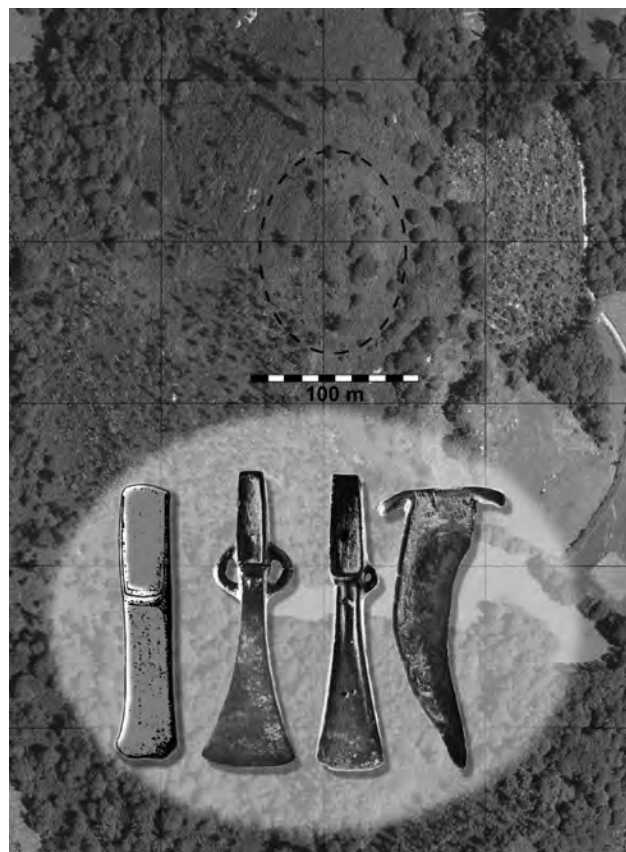
manejan actualmente para el fin del mundo de Cogotas I y sus sustitución por el Soto (entre el 1000-950 cal AC), como veremos más abajo, podríamos decir que estas hachas planas de bronce de filos distendidos también pudieron llegar en el mundo cantábrico a fechas más modernas que las propuestas más arriba del 1300 cal AC para el final de la Fase de Inercia, entroncando inclusive con la Primera Edad del Hierro, como quedaría demostrado en el cantábrico castro de Villacid, siempre y cuando este yacimiento no cuente con fases previas que no hubieran sido detectadas en las excavaciones de Morán, ya que el hacha allí encontrada es un hallazgo casual y no procede de las excavaciones de este autor. Además se describe como hacha de cobre y no de bronce, lo que en principio denotaría mayor antigüedad que la aquí propuesta (Morán 1956/61: 107-108).

Los palstaves sin asas, en la tónica tipologicista habitual, frecuentemente se consideran como los precedentes de los de una y dos anillas y a su vez descendientes de las de rebordes, así como importaciones que las poblaciones locales tomarían como modelo para desarrollar los ya locales y originales palstaves con una y dos anillas que frecuentemente aparecen en numerosas regiones de la Península Ibérica. Se conocen unas diez hachas de talón sin anillas en la Península Ibérica y todas se hallan en el mundo cantábrico, entre el Bidasoa y Finisterre (Delibes y Fernández Manzano 1978; Delibes y Fernández Manzano 1983: 34-35) (fig. 2.17), aunque si se tienen en cuenta una serie de hachas planas de filo distendido que adoptan el talón, así como un nervio que pende de este, también estaría representadas las hachas de talón sin anillas en el mundo luso (Suárez Otero 2000: 15-18). El palstave sin asas de El Bierzo, de talón muy largo y filo muy abierto, se considera una pieza importada de Bretaña entre el 1400-1200 a. C., cuyos paralelos se encuentran en el horizonte Treboul (Delibes y Fernández Manzano 1983: 34-35; Fernández Manzano 1996: 33), aunque para otros sería del tipo Normando y con unos porcentajes de estaño (26%) que hace pensar en su inclusión en el Bronce Final (Suárez Otero 2000: 13, 25; Blas 1999a: 59). Fechas relativamente modernas que, como ya hemos visto, se proponen para el depósito gallego de Campos precisamente por la presencia de un palstave sin asas. El ejemplar cántabro de Virgen de la Peña se considera como de transición al Bronce Final (Arias y Armendáriz 1998: 51). Pero seguramente sea la pieza asturiana de Pruneda la que más argumentos nos ofrezca para, sin descartar la posibilidad de importaciones atlánticas a fines del Bronce Medio y principios del Bronce Final, poder llevar estas hachas a fechas más recientes. No son del todo claras las condiciones del hallazgo de este hacha, pero todo indica que formaba parte de un depósito junto a un palstave de una anilla y a otras dos de dos anillas, y puede que más objetos, encontrados por un



paisano al realizar trabajos en el campo. El dato más relevante de este hallazgo es que apareció en la falda o en la misma cima de un monte en el que se encuentra el castro de la Cogolla de Cesa (Blas 1975) (fig. 2.18). Adelantaremos tan solo en este punto que las fechas más antiguas para los castros cantábricos, mediante carbono 14 calibrado, se hallan en la transición entre la novena y octava centuria. Además, como veremos en el capítulo 3, en el mundo cantábrico el contexto de aparición más frecuente para los palstaves de una y dos anillas son precisamente los poblados fortificados de la Edad del Hierro. Por ello, si atendemos a la información contextual del hallazgo, deberíamos plantear la posibilidad de adelantar estas hachas de talón sin anillas y de lados que tienden a ser paralelos a fechas similares a las de talón con una y dos anillas, y a su vez, a las fechas en las que aparecen los primeros castros cantábricos. Con este depósito además podríamos vincular la hoz tipo Castropol erróneamente clasificada como de Sobrefoz (Álvarez Martínez 2010), con lo que la cronología de la Primera Edad del Hierro aún quedaría más cerrada. Por todo ello hemos de fijar en la fase I a (1000-800 cal AC) el periodo de transición entre las hachas planas de filo distendido y los palstaves tanto con como sin anillas en el sector centro-occidental cantábrico, aunque en algún caso, como Penalba, ya fuera de nuestra zona de estudio, las hachas planas pasarían el límite del 800 cal AC.

Recientemente se ha propuesto que las primeras importaciones de hachas de talón sin anillas se produjeron a la par que las de talón y una anilla en fechas entre el 1200-1100 a. C., produciéndose a partir de ese momento la respuesta local (Suárez Otero 2000: 23). Que, como dice este autor, las hachas de talón sin anillas hubieran tenido menos éxito que las de talón con una y dos anillas no quiere decir que no siguieran produciéndose en determinadas zonas cantábricas hasta incluso la Primera Edad del Hierro, dejando de ser problemática por lo tanto la asociación de Pruneda. Si en la cerámica y la arquitectura doméstica los ritmos de cambio en el mundo cantábrico son mucho más lentos que en la Meseta lo mismo debe ocurrir con las producciones metalúrgicas. Otro rasgo a destacar es que si bien ciertas hachas de talón como la del Bierzo, de filos distendidos, pueden explicarse como importaciones, corroborado indirectamente por la presencia de hachas de tipo antiguo en los pecios de Langdon Bay y Moor Sand, hundidos en el Canal de la Mancha (Suárez Otero 2000: 37), lo interesante es que en los ejemplos lusos en los que se aplica el talón sobre hachas de tipo Bujoes-Barcelos y los casos de hachas prismáticas de Pruneda, Campos y Virgen de la Peña lo que vemos es la participación activa de los metalurgos locales adaptando ciertas características tecnológicas sobre los tipos presentes (variaciones tecnológicas sobre la cadena tecnológica operativa

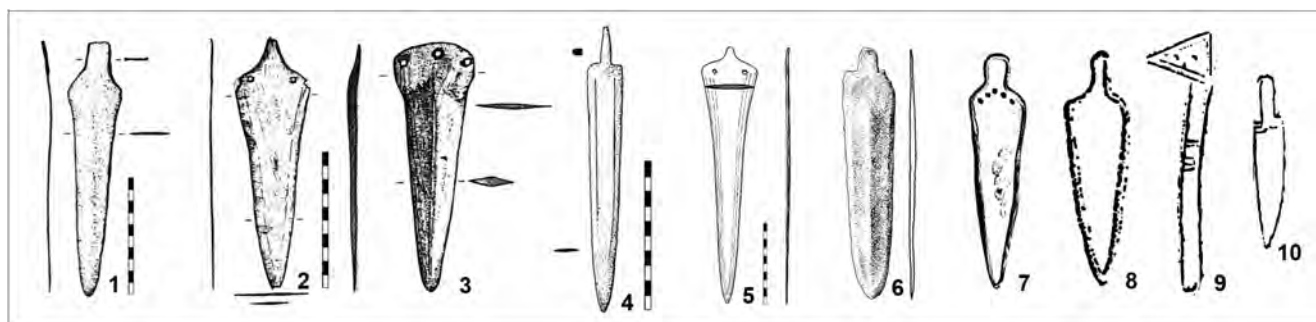


**Figura 2.18:** arriba, fotografía aérea del castro de la Cogolla (Cesa, Nava) (tomada de <http://www.ign.es/iberpix/visoriberpix/visorign.html>) y abajo, depósito de Pruneda (a partir de Escortell 1982; Blas 1975; 1999, modificados, y reinterpretación de Álvarez Martínez 2010).

reinante), proceso más acentuado aún en los ejemplos septentrionales.

Mucho más escasas son las hachas de rebordes laterales en el mundo cantábrico. Para Asturias y Cantabria se citan dos, una del Museo Arqueológico de Oviedo de la que se desconocen más detalles y otra más pequeña, de la cueva de El Pendo (Cantabria), con un 5% de estaño, aunque se duda de calificarla como tal (Blas 1999: 57). En la provincia de León contaríamos también con otra de cobre (Harrison, Craddock y Hughes 1981: 124). Este tipo de objetos sólo han aparecido en contextos arqueológicos fiables en el bajo Ebro, que es precisamente uno de los lugares donde mayor concentración de hallazgos de este tipo existe y en donde han sido fechadas, por los materiales que las acompañan, desde el Bronce Antiguo al Bronce Reciente. No obstante suelen entenderse como uno de los tipos característicos del Bronce Medio (Rodríguez de la Esperanza 2005: 120-126). Por lo demás, la escasez de hallazgos en nuestra zona de estudio y la ausencia de contextos arqueológicos para éstos no nos permiten muchas más precisiones cronológicas.

Ya hemos dicho como en el mundo centro-occidental cantábrico la manifestación metalúrgica que sigue en protagonismo a las hachas son las espadas.



**Figura 2.19:** armas (reales y representadas) del centro-occidente cantábrico: espadas y alabardas: 1. Cueva del Cuélebre (Cangues d'Onís); 2 y 3. Puertu Gumial; 4. Vega de Crispín?; 5. Cildad de Sabero; 6. Mondreganes (León); 7. Representación de Peña Tú; 8. Representación de Sejos 2; 9 y 10. Representación de Tabuyo del Monte (a partir de Blas 1999; Delibes, Avelló y Rojo 1982; Almagro Basch 1972; Rovira, Montero y Consuegra 1997) (de 6 a 10 sin escala).

Esta arma cobra protagonismo a partir de los momentos iniciales de la Edad del Bronce en el mundo cantábrico. Se trata de una serie de objetos que, al igual que ocurre con las hachas, debido a la familiaridad con los que los tratamos nos impide rastrear en ellos los significados, seguramente no unívocos, que poseyeron en aquellas sociedades seminómadas de la Edad del Bronce. Nos estamos refiriendo a un conjunto de armas de la zona centro-occidental cantábrica, con proyecciones hacia las montañas del noroeste de la Meseta, así como a otro conjunto de armas de la zona oriental cantábrica, tratada aquí por situarse inmediatamente al este de la anterior, y cuyas características básicas las comparte con algunos ejemplares del norte de la Meseta.

El primer conjunto de armas está compuesto por una serie de “hallazgos casuales” así como por la representación de este tipo de armas en unas manifestaciones de arte esquemático, tanto grabado como pintado y con ambas técnicas combinadas en el caso de Peña Tú, que se reparte por la misma zona geográfica que las armas. Nos estamos refiriendo a los puñales-espada, llamados así por su corto tamaño, de Puertu Gumial (Alto Ayer, Asturias), Sabero (León), la noticia de uno en Villasabariego (León), un puñalito en un dolmen de Almeida de Sayago (Zamora) y las representaciones de Peña Tú (Vidiagu, Llanes, Asturias), Tabuyo del Monte (León), Sejos II (Cantabria), Monte Hijedo (Burgos-Cantabria), Ruanales (Cantabria), Guarda (norte de Portugal) y Valdefuentes de Sangusín (Salamanca) (fig. 2.19). Varias han sido las teorías para marcar el origen y cronología de estas armas. Algunos autores han revisado las tradicionales tesis de Juan Maluquer (1960) y Matilde Escortell (1973) en las que se vinculaba las representaciones de Tabuyo del Monte y Peña Tú con la espada de Sabero, una de las de Puertu Gumial y la de Villasabariego por aunar dos tradiciones en ellas, la de los puñales de lengüeta clásicos campaniformes o epicampaniformes (los “tanged-daggers”) con los puñales ojivales de enmangue por clavos del Bronce Medio europeo, bien representados entre las armas argáricas. Se duda entonces de que estas armas supongan ese mestizaje ya

que los mejores paralelos se encontrarían en los puñales británico-armoricano de clase A/B (que ya cuentan con lengüetilla y clavos). Estos puñales británico-armoricano, no obstante, cuentan siempre con seis perforaciones, por lo que se acaba concluyendo que los ejemplares analizados seguramente no sean importaciones sino producciones locales. La datación de dichas armas en el Wessex A (entre s. XVIII-XVI) y de las alabardas atlánticas, como la supuestamente representada en Tabuyo del Monte, en el s. XVIII a. C. hace que sitúen puñales/espadas y representaciones análogas en un genérico Bronce Antiguo (Delibes, Avelló y Rojo 1982; Delibes y Fernández Manzano 1983: 30-32). Algo que también acerca la espada de Sabero con una de las encontradas en Puertu Gumial es que no sólo comparten el sistema de enmangado mediante una espiguilla y dos perforaciones sino que además éstas son en ambos casos una circular y la otra cuadrada. Muy próximos a estos puñales-espadas, pero supuestamente algo anteriores, son dos ejemplares de esta misma área geográfica. Se trata de dos puñales de cobre con lengüeta de “León” y de Paredes de Nava (Palencia) (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 31-33). El primero de ellos es algo menor que la espada de Sabero, pues no supera los 24 cm., pero su hoja, que tiende a pistiliforme, y la decoración de ésta con acanaladuras es prácticamente idéntica al arma de Sabero. Sin embargo se considera anterior por no tener perforaciones en la base para los remaches del mango y por tener una lengüeta más desarrollada. El otro es un pequeño puñal de espiga con la característica de poseer un fuerte nervio central y perder la tendencia plana de los puñales campaniformes. Lo traemos a colación precisamente por el potente nervio central del arma de Puertu Gumial, que sólo tiene roblones y no espiga, y por ser considerada la característica del nervio central, como el que también aparece en las espadas de Castelo Bom (Sabujal, Portugal) y Museo de Ourense, como un avance técnico (Almagro Gorbea 1972: 66). No obstante no compartimos que el nervio central pueda ser considerado rasgo de modernidad ya que es una de las características de las alabardas tipo Carrapatas,

realizadas con moldes monovalvos, y cuyo origen al menos se sitúa a finales del tercer milenio. Este arma de Puertu Gumial, pese a su pequeño tamaño (no supera los 20 cm.), tiene rasgos que la emparentan con las armas del segundo grupo cantábrico que veremos más adelante, como es la ausencia de espiguilla, la presencia de perforaciones en la base, el resalte de dicha base a modo de cabeza y el marcado nervio central. Pero su corta y ancha hoja triangular más bien nos hace pensar en un subtipo local de alabarda, sólo que con la base redondeada en lugar de la triangular de las atlánticas o Carrapatas, y sin la decoración acanalada de la hoja, pero manteniendo la forma triangular de la hoja y los tres agujeros de la base, con lo que en los pastos del Altu Ayer se reproduciría, en la forma de depósito, la misma asociación de espada-puñal y alabarda que en la representación de Tabuyo del Monte. Recordemos que la alabarda de Autilla del Pino (Paradilla, Palencia) aunque se haya querido emparentar con las alabardas de tipo atlántico con base triangular (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 33-35) realmente tiende a semicircular, al igual que en el caso que aquí tratamos, lo que podría añadir verosimilitud a la interpretación de la del Puertu Gumial como alabarda. El que sí ha sido interpretado como una posible alabarda triangular de base redondeada con tres roblones es un objeto de Tariago (Palencia), de cobre (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 49-50), con cierto parecido con la del Gumial. A favor de esta hipótesis también estaría el lugar de aparición de los objetos encontrados en los pastos estivales del Altu Ayer ya que las alabardas tipo Carrapatas así como las del Noroeste forman parte de los primeros depósitos localizados en este tipo de zonas, apareciendo muchas de ellas en hendiduras de rocas cerca de rutas naturales marcadas por ríos como el Túa, el Duero o el San Martinho (Sanches 1995: 29; Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 41), es decir, marcando rutas ganaderas (Ruiz-Gálvez 1999), cuyos destinos estarían en pastos estivales como los que aquí tratamos del concejo de Ayer y que todavía hoy se siguen arrendando en parte a pastores de Castilla por la calidad de su hierba (Fernández García 2004). En concreto para las armas del Gumial se ha propuesto, para su posible procedencia, la cercana collada Vildoso (a unos 400 m. y por donde se domina el paso al puerto de San Isidro), por haberse encontrado en ella un túmulo o círculo de piedras desmantelado y una gran losa con una cazoleta insculpida (Sierra y Díaz 1999: 298).

La interpretación de la pieza de Puertu Gumial como alabarda (Blas 1983; Briard en Bueno, Balbín y Barroso 2005: 625) nos hace ver como la asociación espada-puñal más alabarda se repite físicamente en el depósito coruñés de Leiro, en Roufeiro o en Puertu Gumial, por no citar el más meridional de Pantoja (Toledo), y gráficamente en Tabuyo del Monte

(Bueno, Balbín y Barroso 2005: 626). Con el reconocimiento de estas alabardas en el mundo occidental cantábrico, Palencia y el coruñés de Leiro como no pertenecientes al bien definido morfológica y geográficamente grupo de las Carrapatas (en la porción lusa del río Duero) (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 35) nos asaltan las dudas sobre si la alabarda representada en Tabuyo del Monte, tradicionalmente vinculada a las cercanas Carrapatas (por ejemplo Blas 2003: 407, por haberse representado en la alabarda leonesa las incisiones decorativas paralelas al filo), pudiera sin embargo responder a modelos diferentes a aquellas y vinculables a estas alabardas de base redondeada que aquí tratamos. De todos modos el sencillo triángulo con el que se representa esta alabarda leonesa no permite compararla en detalle ni con las de base triangular de las Carrapatas ni con las de base redondeada, situadas en un sector más septentrional que las anteriores.

La alabarda, también frecuente en las representaciones gráficas de los petroglifos gallegos, es por tanto un motivo iconográfico de especial significado en esta parte amplia del Noroeste hispánico. Sin embargo, en el mundo cantábrico sólo contamos con el ejemplar de Puertu Gumial, que por los paralelos que tienen con ejemplares leoneses y palentinos tanto la espada-puñal como la alabarda nos hace pensar que este depósito sea fruto de grupos culturales no cantábricos, como pueden ser los asimilables al horizonte Parpantique-Cardeñosa que habitaron el inmediato castro de la Cildad de Sabero, y como marcador simbólico de la explotación de estos pastos de altura del límite entre Asturias y León. Por todo ello es bastante probable que el mundo centro-occidental cantábrico, pese a compartir ciertos rasgos con su piedemonte meridional, en cuanto a productos metalúrgicos, cerámica cultural e ídolos tipos Peña Tú, pueda ser una zona refractaria a las alabardas. A este respecto es bastante clarificador que los tan parecidos ídolos de Peña Tú y Tabuyo del Monte difieran en el equipo armamentístico, poseyendo el ídolo leonés una alabarda inexistente en el caso del asturiano. Si lo dicho es cierto entonces tendremos que plantear que las espadas del primer gran grupo cantábrico nos son conocidas principalmente mediante representaciones gráficas y no por hallazgos físicos reales.

Respecto a las composiciones metálicas de estos objetos “las espadas” del Puertu Gumial han sido calificadas como cobres (Escortell 1973), los puñales de espiga de León y Paredes de Nava también sobre la base de analíticas (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 31), el puñal de Sabero se ha analizado recientemente y también se trata de un cobre, así como alguna de las espadas largas “argáricas”, que por morfología suelen entenderse como más modernas que las que aquí analizamos, también son de cobre, a tenor del reciente análisis del



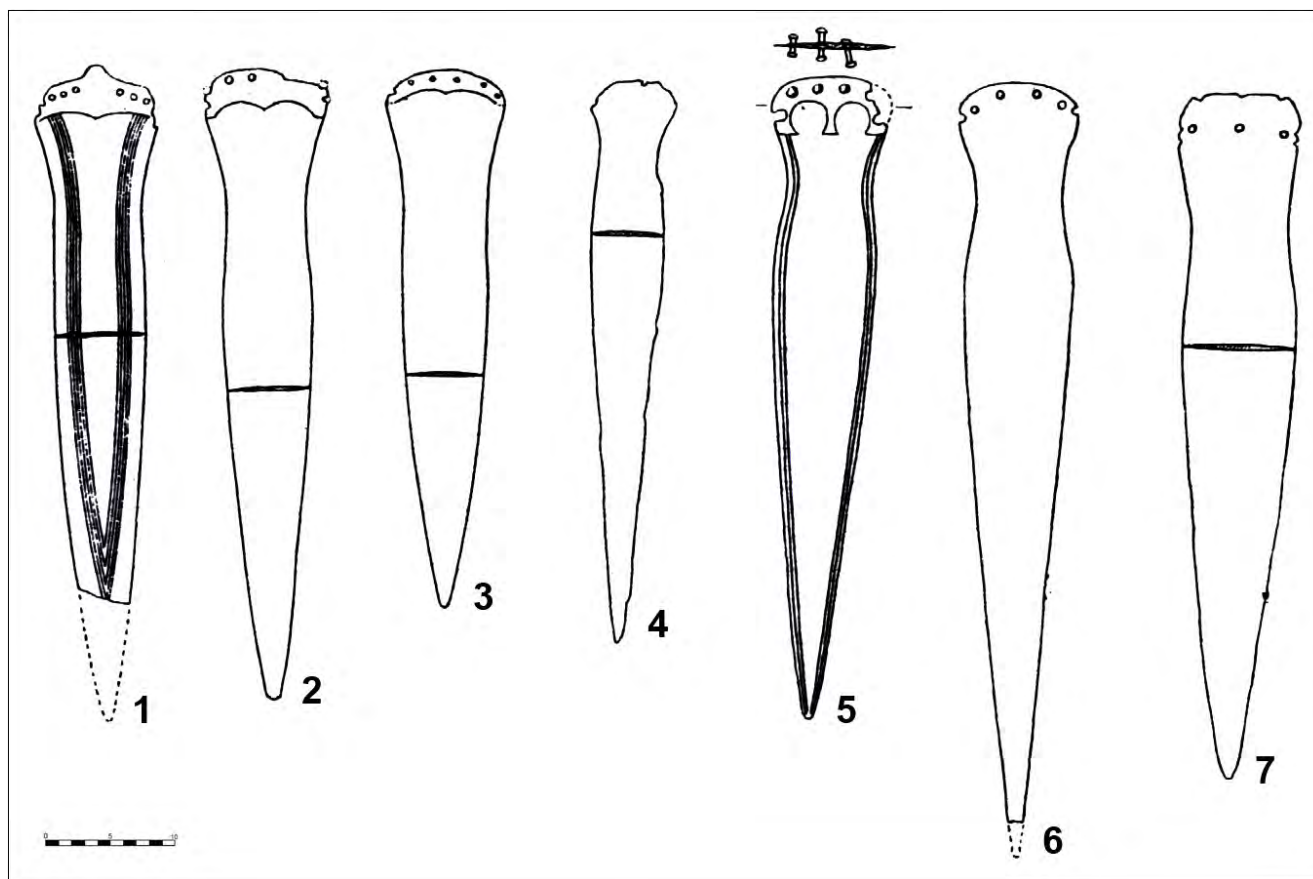
**Figura 2.20:** vista general del Collado de Sejos y detalle de dos de las estelas que forman el conjunto principal (fotografías de Marta Díaz Gurdamino).

ejemplar de Santa Olalla de Bureba, definidora del tipo I variante C de Martín Almagro Gorbea (1972), aunque otras como la de Cea, del grupo II variante C en la misma clasificación, ya tendrían un 11% de estaño (Rovira, Montero y Consuegra 1997: 127, 238, 241).

Por su parte Martín Almagro Gorbea introduce la espada que se sitúa al lado del ídolo de Peña Tú en su esquema general sobre las espadas del Bronce Medio conocidas habitualmente como argáricas, dentro del tipo I variante C, no sin bastantes dudas, y con una cronología del Bronce Medio provisional pues pudiera ser más antigua (1972: 70-71). La espada-puñal de Sabero, triangular, con hombros muy marcados, lengüeta atrofiada con dos perforaciones a los lados y tres acanaladuras decorativas que recorren la hoja fue hallada clavada en la parte más alta de un castro (Delibes, Avelló y Rojo 1982: 155), cuyos materiales parecen indicar una ocupación de la Segunda Edad del Hierro, aunque por recientes exploraciones sabemos que el lugar al menos cuenta también con una fase del Bronce Antiguo, como ya se expuso más arriba, y seguramente otra del Bronce Final (Celis 1998/99: 291-293). Curiosamente pese a que la espada-puñal y la alabarda del Puertu Gumial formaban un depósito aparentemente unitario (Escortell 1973),

frecuentemente se han analizado ambas armas como espadas-puñal y por separado, seguramente porque su asociación no encajaba adecuadamente en las seriaciones tipológicas al uso. Evidentemente estas armas encuentran paralelos en las representadas en la serie de insculturas asociadas a contextos funerarios enunciadas más arriba. Básicamente es la composición triangular de las hojas lo que coincide porque querer ver el arma que acompaña al gentil de Vidiagu o ídolo de Peña Tú como de remaches y lengüeta es obviar que lo que allí se representa es el mango del arma en sí -de material perecedero seguramente- y no su posible alma metálica o espiga (Saro y Teira 1992: 352).

Son precisamente estas representaciones grabadas de armas las que han sido usadas con cierta frecuencia para la datación de las mismas. La asociación de una alabarda con una espada en Tabuyo del Monte hace que muchos sitúen este tipo de espadas-puñal en un genérico Bronce Antiguo (Saro y Teira 1992: 49; Díaz Casado 1992), puesto que estas fechas serían las barajadas para las alabardas tipo Carrapatas, aunque arrancarían de antes (Sanches 1995: 29; Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 41), como dijimos. En la Fase de Desarrollo asimilable al Bronce Antiguo (ver más arriba) sitúa Miguel Ángel de Blas las armas de Puertu Gumial, Sabero, Santiago de Compostela y Cuevallusa I (1999a: 53). Las frecuentes dataciones de estas armas en el Bronce Antiguo no desentonarían entonces con las actividades tanto domésticas como funerarias que se han documentado en la Sierra Plana de la Borbolla, en la que se enclava la representación del Peña Tú, y que, como vimos, pueden ser de fechas muy similares. La relación de los ídolos tipo Peña Tú - Tabuyo del Monte del Collado de Sejos (entre las cabeceras de los ríos Nansa y Saja, Cantabria), uno de ellos también acompañado de la representación de un arma, con un dolmen y con dos círculos de piedras o cromlechs es clara, ya que están grabados precisamente sobre las lajas que forman estos círculos. Ello podría hacernos pensar en cronologías más antiguas para estas manifestaciones puesto que los cromlechs de montaña en Cantabria han sido datados gracias a las excavaciones en Peña Oviedo (Liébana, Cantabria) en los comienzos del tercer milenio antes de la era (Díez Castillo y Ruiz Cobo 1995: 48). Sin embargo, en el Collado de Sejos los dos ortostatos del cromlech central en los que se ubican los ídolos presentan unas cazoletas que podrían considerarse previas, y por lo tanto entender todo este conjunto como reiterativamente frecuentado, perteneciendo la confección de los dos ídolos a momentos del Bronce Antiguo. Que el lugar ha sido reutilizado por pastores recurrentemente también quedaría demostrado en la cristianización de estos lugares mediante pequeñas cruces grabadas en los ortostatos (Díaz Casado 1993: 45-49), como también ocurre en el caso de Peña Tú. Sin embargo, en una reciente revisión se tiende a ver



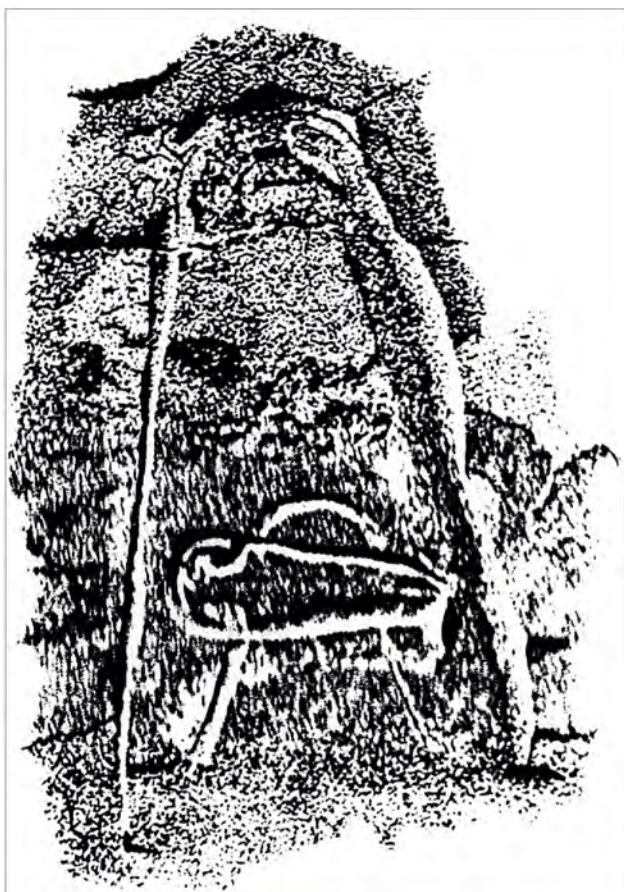
**Figura 2.21:** espadas del oriente cantábrico y meseteñas (tipo I de Almagro Basch 1972): 1, 2 y 3. Cuevallusa; 4. Bartolomeu do Mar; 5. Villaviudas; 6. Santa Olalla; 7. Madrid.

las cazoletas de Tabuyo del Monte y Sejos II como pertenecientes a la composición general de las insculturas ya que guardan una relación geométrica y numérica con los cuerpos de los ídolos, puesto que las cazoletas se agrupan también en haces de tres líneas y forman polígonos de tres lados, al igual que la decoración del cuerpo (Blas 2003: 405-406). Este espacio del Collado de Sejos también reveló, al igual que en la Sierra Plana de la Borbolla, elementos de la vida cotidiana como un molino barquiforme y restos de talla de sílex (Díez Castillo y Ruiz Cobo 1995: 48), aunando elementos del mundo de los vivos con el de los muertos en los mismos espacios ganaderos de aprovechamiento estival (fig. 2.20).

No deja de ser llamativo que el otro gran conjunto de armas que aquí tratamos se sitúe al este de Cantabria, en el río Asón (fig. 2.21). Son las tres espadas de Cuavallusa y la de Entrambasaguas, al este de la Bahía de Santander. Se trata de una zona caracterizada por su mayor similitud con el País Vasco que con la zona central de Cantabria ya que como vimos es receptora del fenómeno campaniforme, así como de otras influencias meseteñas como son las puntas Palmela, por ejemplo las de Castro Urdiales, que también se encuentran representadas en el País Vasco (Blas 1987a), aunque no en su extremo oriental (Ontañón 2003b: 85). La clasificación tipológica de Almagro Gorbea para estas espadas largas, más las del tipo II que las del I, conocidas durante mucho tiempo

como “argáricas” se centra en los rasgos morfológicos de éstas, de los que se deducen adscripciones cronológicas. Los criterios tipologicistas por los que muchos autores consideran que Cuevallusa I (del tipo I variante a), de tendencia pistiliforme, con ranuras decorativas en la hoja, clavos y espiguilla para el empuñadura, es anterior a Cuevallusa II y III y a la de Entrambasaguas por el mero hecho de carecer éstas de la espiguilla (del tipo I variante b) (Almagro Gorbea 1972: 61-62; Arias y Armendáriz 1998: 52) se encuentran de frente con el carácter unitario del depósito en la cueva de Cuevallusa así como con la creencia por parte de algunos autores de que todas ellas fueron fabricadas localmente (Blas 1999a: 53). Los otros ejemplares de este tipo I se reparten por el norte de la Meseta y son el de Santa Olalla de Bureba (Burgos) y el de Villasviudas (Palencia), compartiendo todas ellas los artillos que enuncian la forma de la empuñadura. Todo este conjunto, que se concentra en el centro norte peninsular, es considerado por Almagro Gorbea (1972) como predecesor del grupo II, el más afín a las espadas argáricas largas, por lo que a partir de ese trabajo se dejó de considerar los ejemplares meridionales como los prototípicos sino más bien al revés. Sin embargo, la distancia cronológica entre ambos grupos no puede ser muy grande ya que al menos en el caso de la de Villasviudas (tipo I) recientemente ha aparecido otra en el mismo lugar, el Pago de la Loma, en la orilla izquierda del





**Figura 2.22:** Ídolo armado de Monte Hijedo (motivo central de Peña Lostroso, Las Rozas, Cantabria) (en Teira y Ontañón 1999). Nótese la posición cruzada del arma en el cuerpo del ídolo y la historiada empuñadura en creciente lunar.

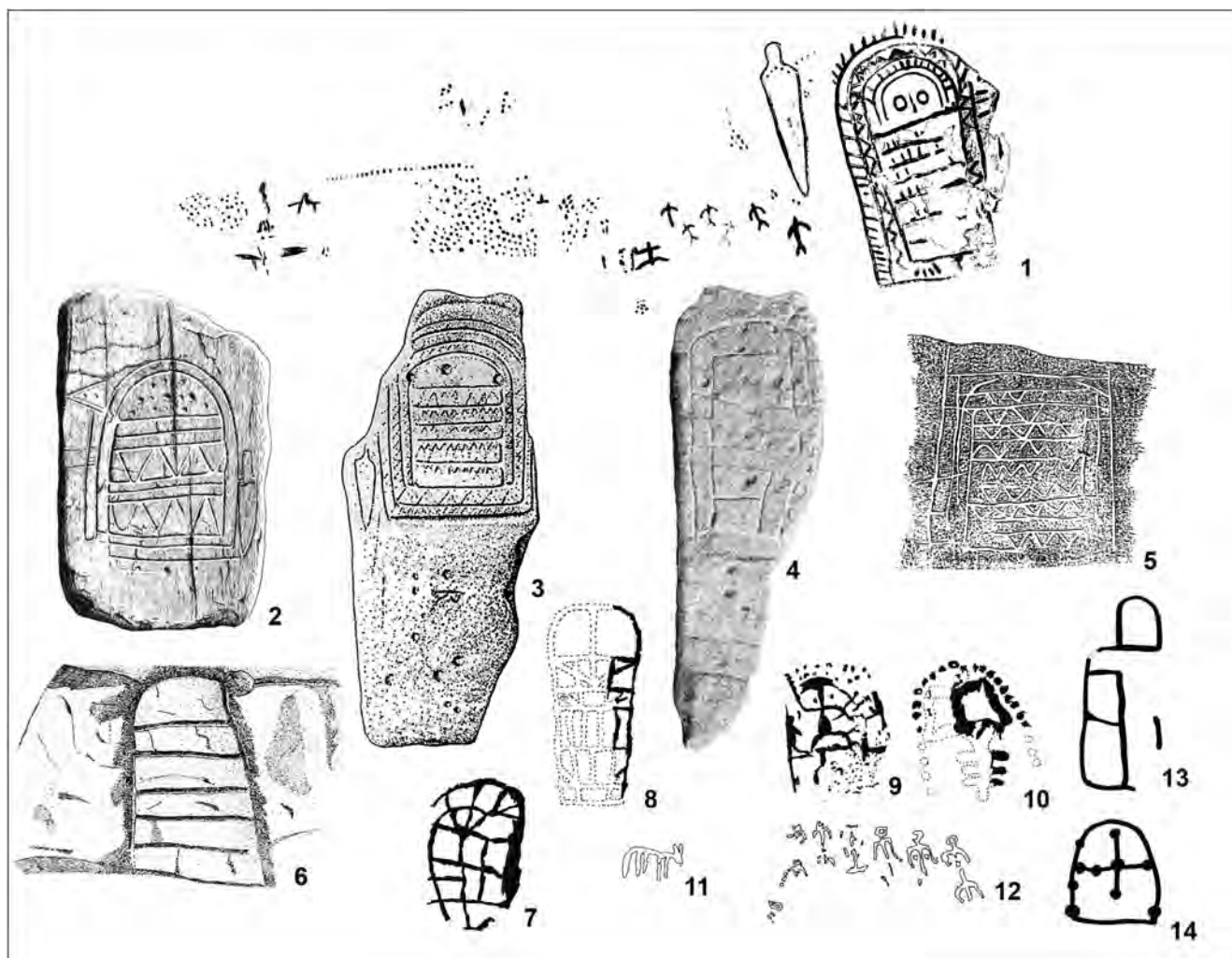
Pisuerga, pero que es del tipo II (más larga, sin estrechamiento hacia la base y sin estrías decorativas). Además la de Villasviudas es de cobre y, aunque algunas del tipo II como la de Cea (León) son de bronce, también las hay del tipo II de cobre (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 55-57). En general todas estas espadas se consideran del Bronce Medio. El ejemplar de Cea apareció en el cerro de El Castillo, yacimiento protohistórico en el que se documenta cerámica soteña (Delibes, Avelló y Rojo 1982: 162-163). Así que, como ya ocurre con otros yacimientos fortificados meseteños de la Edad del Hierro, habría que suponer ocupaciones previas para este lugar asociadas al mundo Proto-Cogotas y Cogotas I, con los que en principio se relacionarían estas espadas en ambientes meseteños.

Por último nos gustaría hacer una observación en relación a estas espadas y que dejaría el debate sobre si la herencia de espigas o lengüetas hace que un tipo sea más o menos antiguo, por tratarse de una herencia campaniforme, en segundo plano. Nos estamos refiriendo a la importancia cultural que debieron tener especialmente las empuñaduras de estas armas, que taparían los espigos y, en algún caso, también los roblones. El mejor ejemplo es, sin duda, la propia espada de Guadalajara. La estructurada

empuñadura de madera fue recubierta de una chapa de oro ricamente decorada, reproduciendo los mismos arquillos que se encuentran en la base de la propia hoja (Almagro Gorbea 1972). Estos arquillos se comparten por la mayoría de las piezas septentrionales del grupo I por lo que deducimos que aquellos enmangues, seguramente la mayoría simplemente de madera, tendrían formas y decoraciones culturalmente significativas. Analizando las representaciones de espadas de la zona centro-occidental cantábrica estudiadas más arriba vemos que las empuñaduras de éstas no tienen mayor relevancia formal, excepto en el grupo de Monte Hijedo (entre Burgos y Cantabria) y en el próximo ídolo de Ruanales (Valderredible, Cantabria) (Teira y Ontañón 1999; Saro y Teira 1992). Dicho conjunto de representaciones grabadas difiere de los ídolos tipo Peña Tú ya que aquellas están marcadas simplemente por una línea grabada en forma de herradura y sobre todo por tener el arma dentro del cuerpo, cruzada, como enganchada en un posible cinturón. Aunque los ídolos de la zona de Monte Hijedo tienen mayor relación con el mundo meseteño que con el cantábrico no creemos que las armas allí representadas puedan ser interpretadas como alabardas (a favor de la interpretación como alabardas Bueno, Balbín y Barroso 2005: 626), ya que pese a su posición horizontal no fue representado el vástago y sí una historiada empuñadura, que no deja muchas posibilidades interpretativas haciendo que nos decantemos por clasificarlas como espadas. Lo más característico de estas armas es su enmangue en creciente lunar (fig. 2.22). Aunque estas armas e ídolos han sido relacionados con las representaciones tipo Peña Tú y puñales tipo Gumial (Teira y Ontañón 1999) creemos que por la ubicación del Monte Hijedo y del de Ruanales, en el alto Ebro, muy próximo a la Lora burgalesa, y por las empuñaduras historiadas como las del tipo I de Almagro Gorbea, deben relacionarse estas representaciones con el segundo gran grupo de espadas aquí analizadas, las mal llamadas “argáricas”, que inmediatamente se esparcen al sur y noreste de dicho sector cantábrico.

### Manifestaciones artísticas cantábricas.

Ya hemos tenido ocasión de hablar en nuestra digresión sobre la metalurgia cantábrica de toda una serie de representaciones gráficas que se reparten por el mundo cantábrico. Al margen de la discusión sobre si la denominación correcta es Arte Esquemático o Arte Megalítico (Bradley 1997; Bradley y Fábregas 1999; Díaz Casado 1992; Bueno 1983; Moure Romanillo 1999) encontramos en la zona cantábrica una serie de representaciones, principalmente al aire libre, formando parte de estelas o en paneles rocosos naturales, realizados mediante grabado, pintura o la combinación de ambas (fig. 2.23). Estos rasgos y la elección de paneles verticales marcan una diferencia



**Figura 2.23:** Ídolos absidales, antropomorfos y zoomorfos del Bronce Antiguo en la zona centro-occidental cantábrica (diferentes escalas): 1. Ídolo armado, antropomorfos, zoomorfos y puntos del panel de Peña Tu (Vidiagu de Llanes, Asturias); 2. Ídolo armado con espada-puñal y alabarda de Tabuyo del Monte (León); 3. Ídolo armado de Sejos 2 (Collado de Sejos, Cantabria); 4. Ídolo de Sejos 1 (Collado de Sejos, Cantabria); 5. Ídolo de Hoyo de la Gándara (San Sebastián de Garabandal, Rionanasa, Cantabria); 6. Ídolo de Peñalaveja (La Aguilera, Cantabria); 7-10. Ídolos de los diferentes abrigos de Fresneú (Teverga, Asturias); 11-12. Zoomorfo y antropomorfos (mujeres y hombres) de Fresneú (Teverga, Asturias); 13-14. Ídolos de Picu Berrubia (Olloniegu, Uviéu, Asturias) (a partir de Bueno y Fernández Miranda 1981, sobre calco de Cabré; Almagro Basch 1972; Saro y Teira 1992; Gutiérrez y García 1998; Mallo y Pérez 1970-71; Blas 1974; Ontañón y Teira 2000).

clara con respecto a los petroglifos del Noroeste, ubicados preferentemente en paneles horizontales y sólo efectuados mediante grabado (Bradley y Fábregas 1999: 109).

El conjunto de estas representaciones estaría compuesto por los ídolos del conjunto megalítico del Collado de Sejos (cabeceras del Nansa y del Saja, Cantabria), de los que sólo uno de ellos cuenta con una espada; el de Hoyo de la Gándara (San Sebastián de Garabandal, Rionansa, Cantabria), sin arma y también próximo a estructuras megalíticas; el ídolo de Ruanales (Ruanales, Valderredible, Cantabria) con un arma muy esquemática horizontal y enmangue en creciente lunar en el exterior y otra muy parecida y también horizontal en el interior (Díaz Casado 1992; Saro y Teira 1992); los diferentes ídolos de la zona del Monte Hijedo (Burgos-Cantabria) en donde en tres casos los ídolos portan armas horizontales con enmangue en creciente lunar y son de mayor tamaño

que los que los rodean (Teira y Ontañón 1999); el ídolo de Peñalaveja (La Aguilera, Cantabria) muy próximo a los anteriores, aunque el cuerpo está dividido en las típicas bandas horizontales, rasgo que no comparte con sus compañeros del Monte Hijedo (Gutiérrez y García 1999); el ídolo de Peña Tú (Vidiagu, Llanes, Asturias) en donde junto al famoso ídolo con cara de lechuza y la espada que le acompaña, confeccionados mediante grabado y pintura roja, encontramos varios antropomorfos mucho más pequeños que el ídolo, uno de ellos con un cayado en la mano, y dos zonas llenas de puntos rojos entre las que hay varios zoomorfos (Bueno y Fernández-Miranda 1981); los grabados rupestres del Picu Berrubia (Olloniegu, Uviéu/Oviedo) en donde multitud de herraduras grabadas son acompañados por algún antropomorfo de aspecto más moderno y por dos ídolos con el cuerpo dividido y la frecuente forma absidal (Blas 1974); en la misma longitud pero ya en la

frontera con León las pinturas de Fresnéu (Teberga, Asturias) en diferentes abrigos en un paso ganadero por encima de un desfiladero, así como en algún abrigo al pie de este como es el caso de la cueva de La Pumariega, y vinculadas con los megalitos de la Sierra de la Sobia, y en donde se localizan antropomorfos, tanto hombres como mujeres, alguno también con cayado en la mano, en diferentes actividades, multitud de zoomorfos, concentraciones de puntos y hasta cuatro ídolos, entre los que, al menos claramente en tres de ellos, se reproducen las divisiones horizontales y verticales del cuerpo rectangular y las radiales de la cabeza absidal (Mallo y Pérez 1970-71; Estrada 2007b: 436); ya en el occidente de Asturias, en el pasillo natural que constituye el río Navia, las pinturas de la Cova del Demo (Boal) en donde encontramos esquemáticos hombres y mujeres junto a zoomorfos cuadrúpedos de notable parecido con los de Fresnéu y Peña Tú, estando ubicada en una zona con numerosos monumentos megalíticos (Blas y Carrocera 1985); repertorio muy parecido al de las pinturas esquemáticas de Sésamo en los Ancares leoneses (Vega de Espinareda, León) en donde los antropomorfos representados tienen incluso los dedos de las manos destacados y con tocados, como en Fresnéu, siendo también los zoomorfos muy similares (Gutiérrez González y Avelló 1986); también la noticia de una herradura labrada en una peña en el camino entre Arienza y Curueña (cerca del alto Luna, León) (Morán 1956/61: 115-116) y el conocido ídolo de Tabuyo del Monte (León) (Almagro Basch 1972) que al igual que en Peña Tú las bandas horizontales están compuestas por series de triángulos, aunque con diferente composición, y como en el caso de Sejos en el lugar de la cara hay varias cazoletas. Como ya dijimos más arriba este ídolo está acompañado de una alabarda y una espada.

Podríamos añadir a la lista dos idolillos procedentes del Bierzo (de Noceda y Villafranca), realizados sobre cantos rodados, con una perforación como para ser colgados, y que parecen representar por una de sus caras un antropomorfo esquemático femenino y por otra uno masculino (Almagro Basch 1971; Mañanes 1975). Son muy similares en la morfología general con el ídolo de las Paniciegas (entre Tinéu y Lueca, occidente de Asturias), que también cuenta con un agujero en la parte superior, pero en lugar de la caracterización sexual de los anteriores sólo cuenta con zig-zags laterales, por lo que ha sido vinculado con el arte megalítico, sin mayores precisiones (Blas 1997b: 73).

El testimonio de Arte Megalítico en conexión más directa con el ídolo de Vidiagu se encontró precisamente en esa aldea del oriente asturiano. Se trataba de una estela pintada hallada en el interior de uno de los túmulos excavados por Menéndez en 1927 (en Bueno y Fernández Miranda 1981: 453), cuyos rasgos eran muy similares a los del ídolo que

estudiamos. Por desgracia esos materiales se publicaron mal y hoy están perdidos, quedando tan sólo algunas fotografías.

Respecto a este ídolo de Peña Tú no sólo sus mejores paralelos se encuentran en la zona asturiana al este del río Sella y en la mitad occidental de Cantabria sino que además posee un topónimo que se esparce por una zona coincidente. El topónimo de Peña Tú alguna vez ha sido trasladado a la literatura arqueológica erróneamente como Peñatu, en un intento sin fundamentos de recuperar un supuesto topónimo asturiano deformado por castellanohablantes (por ejemplo Bueno y Fernández Miranda 1981: 451; Gómez-Tabanera 1983: 265). Sin embargo parece que desde el s. XVII al menos se le llama Piedra o Peña Tú o Atu, y a comienzos del s. XVIII hay la referencia a una Piedra-atuna en Vidiagu. En Puente Viesgo, Cantabria, existe una cueva con noticias de haber aparecido cerámica de la Edad del Bronce. El cerro en el que se encuentra se denomina Cerro Tú (Arias 1987). Creemos que con estos topónimos podemos relacionar también el pico piramidal que custodia el paso o puerto con León de Ventaniella, entre Ponga y la comarca de Riaño, denominado como Peña Ten, así como el castro de Tene (Quirós, en la montaña central asturiana), situado cerca de la braña de la Mortera, en donde también se documentan túmulos (Estrada 2007: 441-442). Es aventurado y casi imposible de comprobar, pero existe la posibilidad de que el Peña Tú haya mantenido el topónimo original desde la Edad del Bronce. ¿La divinización de un monte quizás?

Ya aludimos en el apartado dedicado a las armas que aparecen en el mundo cantábrico a las posibles cronologías para éstas y, por lo tanto, para los ídolos en las que aparecen. Ya vimos como se podrían fechar todas estas manifestaciones en los primeros siglos del segundo milenio. Ciertos autores han caracterizado a algunas de las manifestaciones descritas como el grupo de “Estatuas y estelas del Norte”, que llegaría desde la zona central de Cantabria al este de Galicia, también entrando en áquel la representación de Tabuyo del Monte. Estos autores consideran que debido a la recurrente asociación con necrópolis megalíticas de estas manifestaciones, las fechas antiguas para alabardas atlánticas y la posibilidad de que los puñales representados sean de espigo habría que situar estas manifestaciones en la segunda mitad del tercer milenio (Bueno, Balbín y Barroso 2005: 626-627). La relación espacial con los megalitos está fuera de toda duda. Y que el arte de estos ídolos y representaciones se vincula con el arte megalítico *per se*, también. Ya aparecen estelas, aunque sin decoración, en el exterior del dolmen de la Collá Cimera (necrópolis megalítica de La Cobertoria). Aunque sin duda los paralelos más claros para la decoración del Peña Tú se encuentran en la decoración pintada en zig-zag del dolmen de Santa Cruz (Cangues d’Onís) (Blas 1997b). También es



cierto que las fechas de los poblados con los que se vinculan las alabardas Carrapatas encajan bien en estos siglos finales del tercer milenio en cronologías calibradas, aunque ninguna haya sido datada directamente (Sanches 1995: 29). Sin embargo, las alabardas de nuestra zona no son del tipo Carrapatas sino seguramente de un subtipo local del piedemonte cantábrico, como hemos defendido más arriba, así como que las espadas-puñal representadas no pueden considerarse exclusivamente de espigo ya que, como también se dijo anteriormente, en la representación no puede reconocerse el alma del mango y por lo menos deben entenderse como de combinación de espigo y remaches, como ejemplificaría la del Puertu Gumial y, al menos los remaches, la de Peña Tú. Además, el fenómeno de las necrópolis tumulares perdura en el mundo cantábrico hasta el Bronce Antiguo-Medio al menos, como tendremos ocasión de analizar. Por todo ello creemos que no habría que descartar, como muchos autores piensan, que estas manifestaciones artísticas de marcado signo cultural perdurasen en las primeras centurias, al menos, del segundo milenio. No está de más recordar que los petroglifos del noroeste perduran durante toda la Edad del Bronce, habiendo ejemplos documentados, incluso, en la Edad del Hierro, aunque ya con motivos específicos.

Frente a las disquisiciones cronológicas consideramos que lo más importante de estas manifestaciones artísticas y de las armas que han aparecido en puntos significativos del paisaje son las consecuencias sociales que cabe extraer. Son frecuentes las interpretaciones de estos ídolos como personajes notables de la sociedad en donde la metalurgia, y en concreto las armas, serían usados como símbolos de poder por unos pocos, defendiéndose incluso la aparición de elites guerreras (por ejemplo Bueno, Balbín y Barroso 2005: 631-635). Estas interpretaciones no tienen en cuenta el resto de rasgos arqueológicos cantábricos y parten exclusivamente de los ídolos armados, obviándose, además, que en muchos casos contamos también con antropomorfos, mujeres y hombres en actividades cotidianas, pero preferentemente transportando ganado. La diferencia entre los ídolos (grandes y esquemáticos) y los antropomorfos y zoomorfos (pequeños y, aunque esquemáticos, con algunos rasgos que tienden al naturalismo, como son los detalles de los dedos, los tocados, los órganos sexuales y los pechos, los bastones, los sayos, etc.) es evidente. Las composiciones son en cierta medida narrativas, en una diagonal en el caso del Peña Tú que va de arriba a la derecha (donde se encuentra el ídolo) a abajo a la izquierda. En Fresnéu la representación del ídolo más similar al Peña Tú se encuentra sola en la cueva más alta, la del Ganáu, sin acompañamiento de zoomorfos ni antropomorfos, lo que también podría indicar una diferenciación clara del significado de ambas manifestaciones. Algunos antropomorfos de Fresnéu

parecen adorar símbolos astrales y en concreto crecientes lunares (Mallo y Pérez 1970-71). Creemos que hay más elementos a favor de interpretar los ídolos tipo Peña Tú como divinidades, aunque sea la divinización de un antepasado, que como jefes o personajes de la elite social. En primer lugar asociar la mera aparición de metalurgia con jerarquización social nos parece imprudente, más aún cuando vemos el importante carácter simbólico que tienen multitud de depósitos metálicos, es decir, más relacionados a fórmulas de acumulación de capital social y/o simbólico, que económico. Como desarrollaremos más adelante al mundo cantábrico precisamente se caracteriza por la exacerbación de los rasgos comunales, a la par que se dio un desarrollo muy notable de la minería y metalurgia. Si se alude a la desigualdad social habría que intentar sustentar esta idea también sobre la información que proporcionan poblados y necrópolis. Algo difícil con los escasos datos que contamos, pero parece poco probable encontrar diferencias sociales diferentes a las propias de los grupos segmentarios, o más concretamente *deep rurals* (ver desarrollo del concepto en el capítulo 4), entre estas pequeñas comunidades cantábricas, de vida nómada, con una alta importancia de la ganadería y de la agricultura de tala y roza sobre suelos poco profundos. De todos modos, si hubiera que buscar algún tipo de liderazgo social deberíamos atender más a los personajes claramente antropomorfos con alguna diferenciación, como es el caso de los que portan un cayado, seguramente para guiar el ganado. En la línea de entender las representaciones de ídolos como imágenes divinas y no como jefes se encuentran las, puede que excesivas, aseveraciones de José Manuel Gómez-Tabanera sobre el Peña Tú, no por su escasa veracidad sino por su carácter indemostrable. Este autor considera que el ídolo con cara de lechuza es una diosa celeste de los muertos debido a su vinculación con la necrópolis tumular que preside. Se considera a los ídolos tipo Peña Tú como auténticos pantáculos o representaciones que engloban una particular concepción cósmica, siendo la faz oculada del ídolo una presunta representación de una puesta de sol o imagen astral (1983: 273).

Al margen de que a quien allí se venere sea una divinidad o ancestro divinizado el caso es que estas representaciones son producto de una codificación simbólica construida por aquellas sociedades prehistóricas, constituyendo una forma de comunicación exitosa y heredada durante generaciones. El acontecimiento simbólico que allí se revela no se daría de un modo individual sino que seguramente se llevaría a cabo grupalmente mediante la evocación de lo simbolizado (el significado) en el contexto del simbolizante (el objeto-símbolo) gracias a unas claves hermenéuticas o ideas compartidas por ese grupo humano. En las sociedades prehistóricas esta forma de comunicación implica un lugar y tiempo de

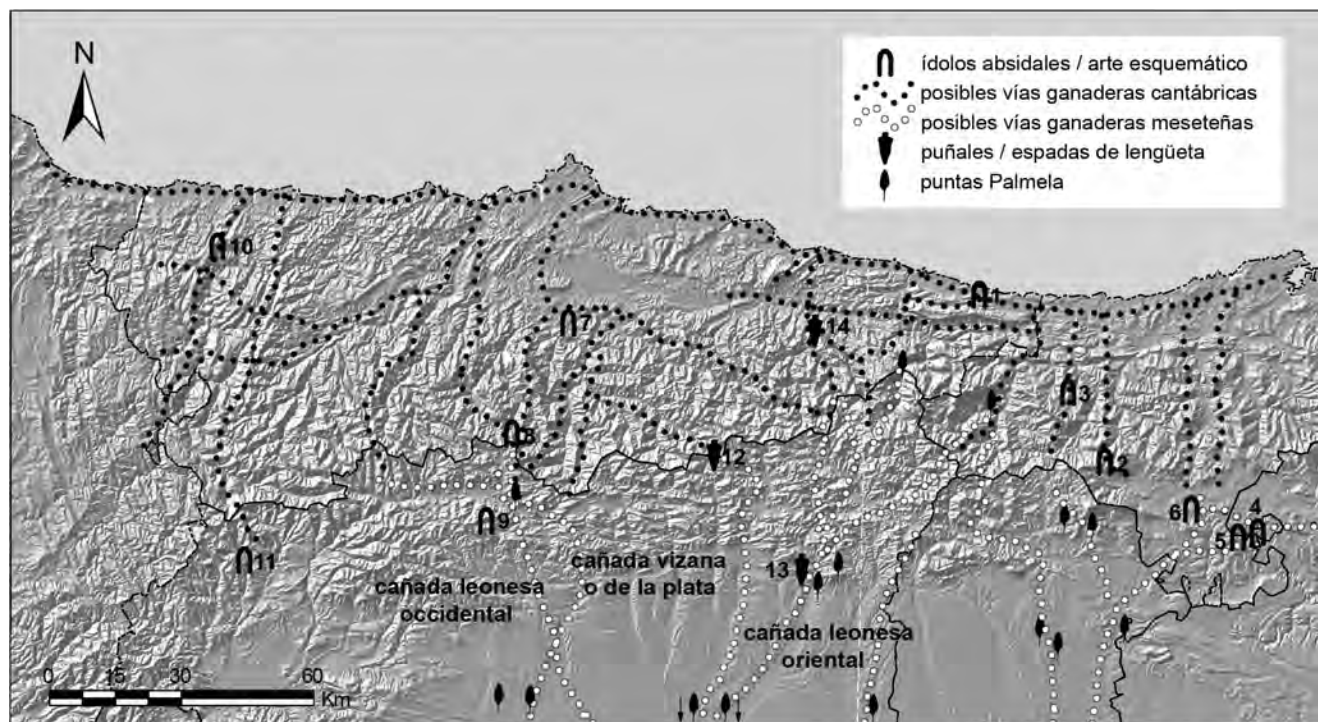


**Figura 2.24:** vista general del “gentil de Vidiagu”, roca en donde se encuentra grabado y pintado el ídolo de Peña Tú.

celebración, la presencia de un simbolizante materializado (un objeto, un grabado...) y de un testigo humano portador de la palabra (la narración o mito evocador), para que lo simbolizado pueda ser revelado (Samaniego Bordiu 1999: 50-51). La información contenida en el arte rupestre, en cuanto que fenómeno cultural, es identificada y localizada de acuerdo con el estado con el que estas manifestaciones se presentan ante su receptor, ya que él es el que va a constatar sus límites y contornos (Azevedo Netto 2005: 22). Estas propuestas parecen perfectamente aplicables a las representaciones que aquí tratamos ya que aunque se encuentran en lugares conspicuos, en rocas divisables desde lejos, los paneles en si sólo son perceptibles una vez que se accede a sus inmediaciones, estando por lo tanto dirigidos a la audiencia reunida en torno a ellos. Por otro lado el carácter conspicuo de dichas rocas y paneles debe hacernos pensar que, al igual que ocurre con numerosos petroglifos de la costa atlántica gallega (Bradley, Criado y Fábregas 1994: 162), aquellas representaciones se realizaron sobre lugares cuya significación ya estaba bien establecida con anterioridad. Podríamos pensar por ello en que este tipo de lugares con representaciones artísticas juegan con dos tipos de mensajes, que seguramente estuvieran vinculados, uno a escala macroespacial,

paisajística, como referentes visuales a larga distancia, y otros vinculados a las representaciones concretas allí grabadas y pintadas y sólo inteligible una vez reunido el grupo en torno a ellos (fig. 2.24, y comparar con fig. 2.2).

Otra consecuencia que podemos extraer de las anteriores propuestas es lo complejo que resulta acceder a aquellos significados pretéritos. Sin embargo, si el arqueólogo quiere intentar plantear significados de un modo estructurado y teóricamente sustentado ello corre parejo a que aumentemos nuestro conocimiento sobre las características subsistenciales y simbólicas de estos grupos, así como a realizar analogías con pueblos no industriales actuales para ganar densidad en la descripción, y de este modo evitar proyecciones actualistas. En este sentido es evidente que estas representaciones y depósitos de armas están en clara vinculación con la movilidad residencial de aquellos grupos, hasta tal punto que cuando se sedentarizaron desapareció este arte, o se modificó drásticamente, como está bien demostrado en el caso de los petroglifos del Noroeste. La relación pastoreo-arte rupestre viene de la mano de la necesidad que tienen estos grupos para definir sus áreas de explotación, formada de lugares que complementan la variedad ecológica (Bradley 1997). En este sentido el arte rupestre se contextualiza sobre el espacio y se convierte en una tecnología de apropiación y ordenación del entorno natural que revierte de este modo en el paisaje social. Toda la acción social está presidida por determinados sistemas de representación del espacio que en el marco de una misma cultura se relacionan entre si de forma activa, puesto que toda sociedad tiene una forma específica de conceptualizar su posición en el mundo y su relación con la naturaleza (Criado y Santos 1998: 503-505). Pese a que la concepción espacial de los pastores sería muy parecida todavía a la de los cazadores-recolectores (Bradley 1997, siguiendo a Ingold), es decir, más lineal que territorial, creemos que las representaciones de ídolos y figuras que los acompañan, así como los depósitos de armas, son un paso más en la apropiación de la naturaleza ya comenzada con las sociedades megalíticas en su conquista y monumentalización de las tierras altas, cuando las montañas dejan de ser barreras y se convierten en espacios de relación (Blas 1997a: 316), como evidencian los monumentos megalíticos que aparecen incluso en las zonas más elevadas de la Cordillera Cantábrica, como son los Picos de Europa (Arias, Pérez y Teira 1995). De hecho, el pequeño tamaño de los monumentos megalíticos (más para restos de algún ancestro que para inhumaciones reiteradas) y su carácter de referente espacial nos hace pensar, al igual que se ha dicho para el megalitismo galés (Tilley 1993a: 109), que estos monumentos y las representaciones artísticas que muchas veces les acompañan, actuarían como referencia simbólica y lugar de encuentro ceremonial



**Figura 2.25:** la información arqueológica (túmulos, metales, arte esquemático y cerámica -por ej. fig. 2.9-), etnohistórica y antropológica permite aventurar algunas de las rutas ganaderas tanto cantábricas como meseteñas de la Edad del Bronce (a partir de González y Fernández-Vallés 1973; Dantín 1936; Rovira y Blas 2005-2006; Blas 1990; Blas 1999a; González Álvarez 2009; Cantero 2003; Delibes y Fernández Manzano 1983; Torres 2003b; entre otros). Arte esquemático y puñales de lengüeta: 1. Peña Tú; 2. Collado de Sejos; 3. Hoyo de la Gándara; 4. Ruanales; 5. Monte Hijedo; 6. Peñalaveja; 7. Picu Berrubia; 8. Fresnéu; 9. Arienza-Curueña; 10. Cova del Demo; 11. Sésamo; 12. Gumial; 13. Sabero; 14. Cueva del Cuélebre.

ritualmente importante dentro de los caminos por los que se produce el movimiento de los diversos grupos humanos, siendo cruciales en la relación de estos con el paisaje. Esta preponderancia de lo humano sobre lo natural, que empieza a revertir la tendencia común de los cazadores-recolectores a sentirse de igual a igual con el resto de los seres, es lo que Vázquez Varela ha denominado “humanismo megalítico” (1997: 19).

### Formas de vida móviles.

Por lo tanto a partir del Bronce Antiguo contamos con una incipiente territorialización en el mundo cantábrico, en el sentido de asegurar zonas ecológicamente complementarias unidas mediante movimientos lineales, más que en el de asegurar controles políticos sobre territorios determinados. Se consolida por lo tanto un paisaje cultural que arranca de periodos megalíticos. Pero para la región cantábrica no debemos pensar en grandes rutas sino más bien en movimientos transterminantes de no más de 50-100 Km. (Ruiz Gálvez 1999: 82) puesto que la fuerte variación altitudinal cantábrica asegura que en recorridos no excesivamente largos se encuentren nichos ecológicos diferentes y complementarios, como son las brañas estivales en collados, majadas y puertos de montaña con respecto a los invernales de las tierras a media ladera y fondos de los valles y la costa. La búsqueda de pastos frescos y humedales debió ser una constante de estos grupos de la Edad del Bronce, algo

que podría quedar también reflejado en el arte esquemático que analizamos si tenemos en cuenta la posibilidad de interpretar las concentraciones de puntos rojos (Peña Tú, Fresnéu, Vega de Espinareda) como representaciones de agua, al igual que en los petroglifos del Noroeste (Criado y Santos 1998: 503-505). Además, se ha dicho que los campesinos en la transición Calcolítico-Bronce Antiguo tendrían aún una escasa rotación de cultivos, escaso uso de nitrogenantes, agricultura de tala y roza y largos periodos de barbecho, por lo que en muchas partes de Europa las poblaciones no podrían mantenerse estables mucho tiempo (Ruiz-Gálvez 1992: 226).

En este sentido no entendemos la representación de las armas en el arte rupestre como símbolos de poder de unos pocos sino como parte de una cosmología de grupos nómadas que es usada a la par como legitimadora de un uso y concepción determinada del paisaje, ratificados con la erección de ídolos (en algunos casos armados) y la deposición de armas (como las de Puertu Gumial y Sabero). El significado de estos depósitos de armas y el de las armas gráficamente representadas debió de ser complementario, en el sentido de atributos de la divinidad así como de ofrendas hacia ella. De todos modos las manifestaciones propiamente cantábricas son las representaciones de armas, puesto que el depósito de Puertu Gumial podría entenderse como el producto de gentes de cultura meseteña en usos estivales de los puertos cantábricos.

La distribución de armas y arte esquemático debe entenderse por tanto en relación a zonas de partida y llegada de diferentes grupos (fig. 2.25). En concreto el arte esquemático del centro-occidente cantábrico se sitúa, como en otros ejemplos del occidente peninsular (Bradley, Criado y Valcarce 1994: 166-167; Bueno, Balbín y González 2001: 60), en lugares de “braña” y reserva de pasto para periodos estivales, y también en lugares de tránsito, definiendo los mejores lugares para acceder a las zonas de complementariedad ecológica. Es decir, como hitos de una concepción determinada del paisaje en donde la movilidad residencial tiene un alto protagonismo social. Las tumbas y poblados de las sierras planas del oriente asturiano (como la de la Borbolla, en donde está el Peña Tú) son complementarios de las brañas de las tierras altas del occidente de Cantabria, en la línea de cumbres al este de los Picos de Europa (caso de la sierra de Peña Sagra), donde están ídolos como los del collado de Sejos u Hoyo de la Gándara, a través de los corredores naturales que son el río Deva (límite entre Asturias y Cantabria en su curso inferior) y el Nansa, principalmente. Precisamente el alto Deva conforma el valle de Liébana, comarca en la que se han localizado numerosos monumentos megalíticos y de donde proceden las primeras excavaciones metodológicas de cromlechs cantábricos, como el de Peña Oviedo que ya comentamos.

La imponente mole de la sierra del Cuera, con sus más de 1300 m de altitud a escasos 10 Km. de la costa, debió limitar en gran medida los movimientos de las gentes de la costa oriental asturiana. Es el río Cares el que permite rodearla por el este, pero es el río Deva el que comunica de modo directo con las brañas de la cabecera del Saja y el Nansa. Es bastante probable por tanto que las gentes del occidente de la costa de Cantabria (entre Unquera y Suances, donde está el poblado de La Castañera, con materiales que avalarían fechas del Bronce Antiguo como vimos más arriba) usasen estos mismos ríos para acudir a las mismas brañas. Además, hasta hace poco se han seguido usando rutas ganaderas a través de la propia sierra del Cuera, utilizando los pasos que ésta deja en su zona oriental, por donde era posible que gentes ribereñas del Cares fueran a vender a la marina llanisca, y compartiéndose los pastos de altura por los grupos de ambas vertientes de la sierra. También sigue usándose la ruta de la Llosa de Viangu que comunica el llanisco valle de Caldueña, límite occidental de la sierra del Cuera y con recursos cupríferos como vimos más arriba, precisamente con la costa llanisca a la altura de la desembocadura del río Purón, lugar controlado por el ídolo de Peña Tú (Blas 2003: 401-402). Por lo tanto Peña Tú se localiza en la cabecera de una importantísima ruta que comunica el interior con la costa precisamente en una de las zonas más escarpadas de la costa cantábrica, debido a la presencia de la sierra del Cuera junto al mar, a la par que

controla visualmente la más sencilla vía de la rasa costera hacia Cantabria. El movimiento de ganados desde la zona de Cabezón de la Sal (en la vega del Saja) a la cuenca de Reinosa, inmediatamente al este del alto Saja y Nansa, ha permanecido hasta fechas muy recientes, seguramente sobre los mismos caminos ya forjados en época megalítica.

Otra cuestión respecto a esta zona central cantábrica es qué relación cabe esperar entre las hachas planas aquí aparecidas y los poblados prehistóricos. Una vez que el fenómeno megalítico pierde intensidad a lo largo de la Edad del Bronce podría plantearse la posibilidad de intentar localizar los poblados de dicho periodo a partir de los hallazgos de hachas, partiendo de la suposición de que algunos de los depósitos de estos objetos se hubieran producido en los alrededores de aquellos. Por ello puede que algunas de las hachas de la costa occidental de Cantabria (como la del Puente de la Maza en San Vicente de la Barquera o la de Tina Mayor) y costa oriental de Asturias (como la de Santianes en el Colláu Zardón), nos estén indicando la cercanía de poblados. Siguiendo este razonamiento podríamos añadir el alto Deva, al igual que el alto Nansa y Saja, también como lugar de destino, en este caso no marcado por ídolos tipo Peña Tú sino por los hallazgos de hachas planas localizadas en esta zona (como los de Pendes y Pico Jano). Por su parte la cercana zona de Reinosa, al sur del cambio de vertiente, famosa aún hoy entre los ganaderos por la calidad de sus pastos y por la perduración de éstos hasta momentos tardíos del año, se explotó casi con toda seguridad por grupos meseteños desde el Bronce Antiguo, como pueden ser los representados por la tumba de Celada de Robledo, y Bronce Medio, como los representantes del mundo Proto-Cogotas del yacimiento de Monte Bernorio, ambos al norte de Palencia y al pie de estos pastizales.

Las brañas del Altu Ayer debieron ser receptoras de gentes en periodos estivales tanto de la zona centro-oriental asturiana como de la cercana zona leonesa del alto Esla, y sobre todo del alto Porma, ya que el alto Esla, en donde se encuentra Sabero, creemos que es complementario de los puertos del entorno del alto Sella (puerto del Pontón y zona de Sajambre/Sayambre), el alto Ponga (puertos como el de Ventaniella) y alto Nalón (puertos como el de Tarna). Toda esta zona se halla salpicada de monumentos megalíticos y túmulos, caso de los que marcan la ruta de la cabecera del Esla al sur del puerto de Ventaniella, como son los de Llano de los Navares, las Castellanas y Pico Castiello (Arias, Pérez y Teira 1995: 38). Estas rutas ganaderas con origen en la zona del alto Esla quedaran fijadas en época medieval con el nombre de Cañada Leonesa Oriental (Ruiz Gálvez 1999: fig. 1). Esta zona es a su vez, el destino de la ruta costera que arranca en el bajo Sella, documentada ya desde época aziliense, y que por el collado Zardón,

llegaría a la zona de Cangues d'Onís, auténtico lugar de concentración ganadera presidido por el dolmen de Santa Cruz, con su extraña ubicación en una zona llana entre dos ríos, pero estratégica en cuanto que confluyen en ella el camino que por el surco prelitoral procede de la zona central asturiana (cursos de los ríos Noreña y Piloña, con dirección oeste-este) como el ya mencionado de la costa (Blas 1997b: 78-79). A partir de la cuenca de Cangues d'Onís es posible imaginar la subida a las brañas de ambas márgenes del río Sella, al este las pertenecientes a los Picos de Europa y al oeste las mencionadas anteriormente. En este sentido creemos que tanto ese tramo de costa de las márgenes de la desembocadura del Sella como la cuenca del Güeña (donde se encuentra Cangues d'Onís) pueden entenderse como puntos de partida. Por ello es posible entender los depósitos de hachas de Gamonéu y Asiegu en relación a lugares de habitación, puesto que además comparten la ubicación periférica con respecto a los valles principales como en los ejemplos gallegos citados al principio del capítulo, es decir, en lugares de "monte" aptos para la ganadería extensiva y la agricultura de tala y roza. Es difícil saberlo sin las pertinentes excavaciones pero la tendencia en el Bronce Final y Edad del Hierro a ubicar depósitos de hachas en el límite de los poblados (caso de murallas y, especialmente, fosos en los castros, como veremos al final del capítulo y en el capítulo 3) nos hace pensar que estos depósitos de hachas ya en el Bronce Antiguo pudieran tener este sentido profiláctico de los poblados, aunque seguramente la ubicación de los depósitos en el límite físico de los asentamientos tenga más que ver con la idea de que son ocultaciones hechas por el grueso de la comunidad y no por algún miembro destacado, eligiéndose por ello lugares comunes para todos los habitantes del poblado, como es el límite físico de éste, fortificado o no. Tampoco hemos de descartar el uso de las hachas como ofrenda funeraria o ajuar, al menos en los primeros momentos metalúrgicos, ya que son frecuentes los casos en los que estas hachas aparecen en monumentos megalíticos (como ejemplifica el hacha del dolmen de Cuchucaba o la del dolmen de Los Fitos). Que toda esta vega del Güeña estuvo habitada en los tiempos megalíticos inmediatamente previos se corrobora por la alta densidad de hallazgos de hachas pulimentadas en esta zona y por la presencia del dolmen de Abamia, aparte del ya mencionado de Santa Cruz. Las evidencias de explotación de cobre en algunos de los numerosos afloramientos de la zona, como son los de El Milagro y Ortiguero, ratifican de nuevo la ocupación de esta fértil vega (Blas 1987, 1997b; Arias, Pérez y Teira 1995).

El caso es que grupos de cultura meseteña, como el caso de los del castro de la Cildad de Sabero, con una fase reconocida Parpantique-Cardenosa, ratificaron el uso de pastos estivales en la zona que les quedaba inmediatamente al norte, ya en Asturias, con

depósitos de armas de tipos específicos del piedemonte cantábrico, seguramente por la competencia que habría sobre esos mismos pastos con grupos específicamente cantábricos, como los que seguirían las rutas del Sella y similares que acabamos de mencionar. Parece por tanto que mientras que los grupos cantábricos marcan el origen y el destino de las rutas ganaderas con representaciones de arte esquemático, en donde figuran espadas, y puede que con el depósito de hachas en los exteriores de los poblados, en el caso de los exponentes más septentrionales de las formas culturales meseteñas esos hitos fueron realizados mediante depósitos de armas (espadas-puñal y alabardas, como evidencian Puertu Gumial y Sabero) y, en algún caso, también de arte esquemático, pero incluyendo el simbolismo de la alabarda, como evidencia Tabuyo del Monte. Este uso de los pastos y recursos cupríferos cantábricos de gentes de cultura meseteña se mantendría también durante el Bronce Medio, con poblados como el de Aviados en el alto Curueño, ya que, como vimos, de él procede cerámica Proto-Cogotas.

Habría que preguntarse hasta que punto se pueden vincular las representaciones de Picu Berrubia (en la cuenca central asturiana) con las de la zona central asturiana pero ya en su límite con León, caso de las pinturas de Fresnéu. No obstante las potentes moles montañosas con las que cuenta Asturias en el centro de su geografía nos permiten pensar que no todos los movimientos ganaderos fueron a los puertos con León. Esto es lo que podría haber pasado en la zona costera oriental asturiana con la propia sierra del Cuera, que ofrece pastos de altura a pocos Km. del Peña Tú (por ejemplo el valle de Viangu) (Blas 2003). Otro ejemplo oriental lo constituye el Sueve, donde multitud de megalitos en sus laderas corroboran ese uso, o los Picos del Infierno entre Casu, Ponga y Piloña. Testimonios evidentes del uso pastoril de estas altas sierras en la zona central asturiana es la ya mencionada sierra de l'Aramu, en donde además se aprovecharía el periodo estival para la extracción de cobre, mientras el ganado pastaba de forma extensiva (Blas 2010). Por ello no sabemos hasta que punto las pinturas de Fresnéu y los dólmenes de la sierra de la Sobia puedan corresponder a puntos de llegada de gentes del centro de la Montaña Leonesa o del centro de la zona asturiana. No obstante las rutas ganaderas de los vaqueiros de la zona central asturiana (zona costera de Xixón/Gijón y cuenca de Uviéu/Oviedo), originadas y documentadas en la Alta Edad Media, discurrían precisamente hacia la zona de Teberga, Quirós y Torrestío de Babia (Cantero 2003: 74-97) -ya en León y muy próxima a las pinturas de Fresnéu-, por lo que no deberíamos descartar la reutilización de rutas pastoriles de origen prehistórico, más aún si realizamos un paralelo entre los grabados con forma de herradura del Picu Berrubia con la encontrada en el camino entre Arienza y Curueña. De nuevo es esta

zona leonesa el punto de arranque de una de las más importantes cañadas medievales, la Leonesa Occidental, que morirá en el suroeste peninsular (Ruiz-Gálvez 1999: fig. 1), naciendo precisamente en el pueblo de Torrestío, en el Cordel de Babia de Abajo (Dantín 1936: 466-467). Y si estas brañas acogieron a gentes del centro del solar asturiano tampoco descartamos la frecuentación de las mismas por parte de gentes de cultura meseteña tanto en el Bronce Antiguo como bronce Medio, como podría ser el caso del también poblado en altura del Castillo de Luna, con facies Parpantique-Cardenosa y Proto-Cogotas.

Que los pastos de altura estivales fueron el lugar de contacto y negociación social de grupos culturalmente dispares como pueden ser los cantábricos y los del piedemonte meridional, cuyos rasgos culturales son preferentemente meseteños, queda también testimoniado por algunas características que, no obstante, fueron compartidas, como puede ser el uso de una misma vajilla cultural y la ausencia de campaniforme, como vimos más arriba. No sabemos hasta que punto las espadas gráficas tipo Peña Tú pudieron ser similares a las físicas tipo Sabero, pero en caso de coincidir estos dos amplios grupos, el cantábrico y el del piedemonte meridional, también compartirían tipos metalúrgicos como las hachas planas y las espadas, no así las alabardas que serían propias del segundo de ellos. Estas penetraciones por las cabeceras de los ríos de grupos culturales meseteños hacia el ámbito cantábrico se pueden constatar también por la presencia de algunos objetos como las puntas Palmela de Peña Ubiña -concejo de Lena, fronterizo con León- (Blas 1999a: 50), la de la garganta del Cares (en la parte asturiana de los Picos de Europa) (Rovira y Blas 2005-2006), la de Potes en la Liébana o la dudosa de La Llana en Asturias (Ontañón 2003b: 83), ajenas a los grupos septentrionales y, sin embargo, diagnósticas del Calcolítico campaniforme y Bronce Antiguo meseteño, cuyos representantes más norteños, aparte de las ya mencionadas, serían las leonesas de Cistierna y Ocejo de la Peña y las palentinas de Celada de Robledo (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 26-27; Delibes y Fernández Miranda 1981). De hecho se ha propuesto una penetración de estos elementos del “complejo campaniforme” desde la Meseta Norte hacia el septentrion hispano por vías y pasos de montaña como fruto de la interacción, puede que desigual, entre dos entramados culturales diferentes (el cantábrico y el normeseteño), como fruto del interés de los segundos por abastecerse de materias primas cantábricas como el cobre (Ontañón 2003b: 87-89).

Por último las numerosas rutas ganaderas que al menos desde la Edad de Media han comunicado la zona costera occidental asturiana con el suroccidente de la región nos permiten aventurar una relación cultural entre las manifestaciones de la Cova del Demo

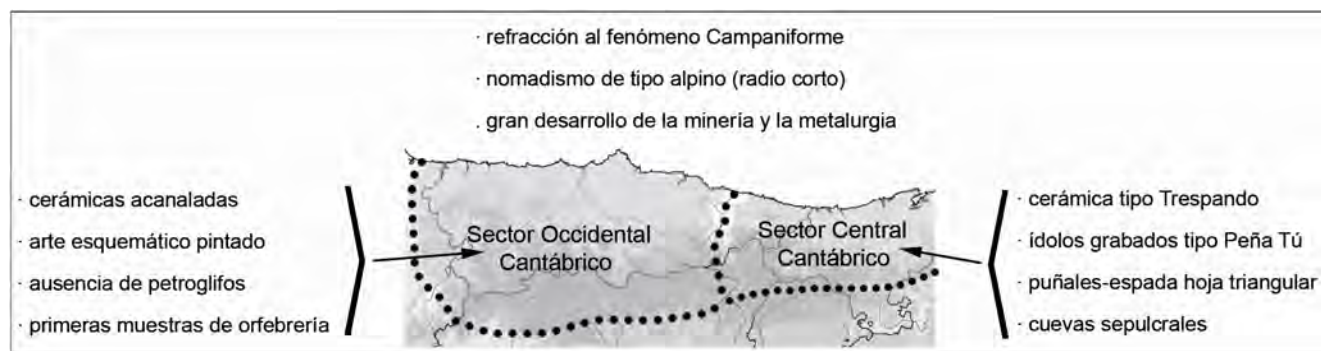
con las de Vega de Espinareda en los Ancares leoneses. La Cova del Demo se encuentra en la vega del río Navia. Tanto éste, pero sobre todo las sierras que lo rodean, en donde hay documentada una amplia presencia del fenómeno megalítico, son las principales vías de comunicación de este sector (Blas 1987: 131). También se han puesto en relación diversas necrópolis tumulares del concejo de Belmonte de Miranda, en concreto las del Cordal de Porcabezas y la de la Sierra del Pedrorio con el Camino Real de la Mesa, lo que confirma la estrecha relación que existe entre estos monumentos y las vías tradicionales de comunicación (Díaz, Sierra y Blanco 1999: 303) en el centro-occidente asturiano.

Si es cierto que el ídolo de Tabuyo del Monte procede de dicho pueblo, deducción realizada por Martín Almagro Basch puesto que el nombre de “Tabugo” que figuraba en la etiqueta no coincide con ningún pueblo leonés (Almagro Basch 1972: 105), habría que vincular este ídolo con el mundo cantábrico a través de alguna ruta como la ya mencionada de la Leonesa Occidental (que discurre por La Bañeza, a 27 Km. al este de Tabuyo) o puede que por otra ruta más occidental aún, cuyo recorrido coincida con las montañas del occidente leonés hasta empalmar con el Bierzo, tradicional punto de comunicación entre el noroeste de la Meseta y el sureste de Galicia. Recientemente se ha propuesto que la ubicación de Tabuyo del Monte se deba al control de los pastos de la Sierra del Teleno, al pie de la que se encuentra, al control de los inmediatos ríos auríferos, al de las salinas y, sobre todo, en relación con la ruta que por el río Órbigo iría hacia la cordillera Cantábrica, a una zona rica en recursos cupríferos, como los representados por la mina leonesa de El Milagro. Esa ruta estaría jalonada, al igual que la del Esla, por puntas Palmela y hachas planas (Blas 2003: 409-410). Sea como fuere el ídolo de Tabuyo del Monte añade verosimilitud a la hipótesis de que ciertos rasgos culturales cantábricos se reparten por el territorio al sur de la propia Cordillera Cantábrica, ya que los paralelos más estrechos para este ídolo los encontramos en la zona centro-occidental cantábrica.

### **Zonas culturales cantábricas:**

Si Pablo Arias y Ángel Armendáriz (1998: 47) se plantean al comienzo de su trabajo la existencia de rasgos propios cantábricos que individualicen la Edad del Bronce podríamos en este punto contestar que, pese a la ausencia de datos arqueológicamente obtenidos, reiterativa queja de la arqueólogos no obstante, sí es posible reconocer entidades arqueológicas, y por extensión culturales, que no tienen porque corresponderse, no obstante, con identidades (Jorge 1998: 9-10), como la étnica, sino que más bien acotan zonas con formas particulares de economías morales. Esas entidades arqueológicas individualizan el mundo





**Figura 2.26:** características particulares y características compartidas de los sectores oriental y occidental cantábrico.

centro-occidental cantábrico en dos amplias zonas, aunque muy similares entre sí. La primera gran zona se encuentra al este de la anterior abarcando el este de Asturias, los sectores oriental y central de Cantabria, seguramente el noreste de la Montaña Leonesa, marcando este límite meridional un giro hacia el norte en la zona palentina puesto que las formas culturales meseteñas llegan al norte de la provincia de Palencia e incluso debieron acomodarse en parte de los espléndidos pastos estivales del alto Ebro. Por otro lado estaría la zona al oeste del río Sella que llegaría al este de Galicia y desde el mar alcanzaría al sur de la Montaña Leonesa. En ningún caso deben entenderse como fronteras, ni como líneas rígidas, sino como meras orientaciones geográficas de los posibles ámbitos de explotación de sociedades nómadas, en los cuales se dan sus movimientos transterminantes (fig. 2.26), y que seguramente, una vez que avance el conocimiento arqueológico de la Edad del Bronce, podamos dividir en subzonas:

#### • Zona central cantábrica.

La primera de estas zonas, la coincidente con el sector central cantábrico, es la que se desarrolla principalmente al norte y laterales del macizo de los Picos de Europa, y en una estrecha franja al sur de éstos. Estaría comprendida entre los ríos Sella y Besaya y se caracterizaría por la cerámica tipo Trespando, así como por otros tipos cerámicos globulares, troncocónicos y de paredes rectas; por los ídolos tipo Peña Tú *sensu stricto*, realizados principalmente mediante grabado; por el alto número de hachas planas que en ella se han localizado y por unas espadas de hoja triangular sólo conocidas por representaciones en el arte esquemático de la zona y, al menos en el caso de Peña Tú, también de remaches, que no sabemos hasta que punto deben relacionarse con las espadas del Bronce Medio mal llamadas “argáricas” y que se reparten por la zona este de Cantabria y por el norte de la Meseta. Pero hojas triangulares, frente a las pistiliformes y las de hojas alargadas de lados paralelos de los dos tipos de espadas “argáricas”, y enmangues sencillos, nos inclinan más a pensar en tipos locales, como el

representado por la espada-puñal de Sabero, que se repartirían por el mundo centro-occidental cantábrico y su inmediato piedemonte meridional. Ello quedaría ratificado por la inclusión en este grupo de armas del puñal de la Cueva del Cuébre (Corao, Cangues d’Onís), el arma física que quizás tenga mayor relación con la representación de Peña Tú (Blas 2003: 401), y que, además, apareció junto a un canto con decoración geométrica comparable a Peña Tú y a la decoración del dólmen de Santa Cruz (Diego 1960a: 287). Esta distribución de armas que proponemos es muy similar a la que recientemente se ha atribuido al ya mencionado puñal con dos perforaciones para roblores de la cueva de Arangas (Arias y Ontañón 1999: 82). También caracterizaría a esta región central cantábrica un uso sepulcral y habitacional de las cuevas de relevancia cultural mucho mayor que en la zona occidental y que perdurará hasta la Edad del Hierro.

#### • Zona occidental cantábrica.

La zona que se corresponde con el sector occidental cantábrico es la que se sitúa al oeste de la anterior a partir del río Sella, y se caracteriza por una cerámica cultural similar a la Trespando, pero consistente su decoración en bandas acanaladas horizontales de las cuales hay aún muy pocos ejemplos, por un arte esquemático principalmente pintado, aunque también hay ejemplos de grabado, con ídolos similares a los tipo Peña Tú, pero en los que no se reconocen armas, y también por la presencia de hachas planas, pero en menor proporción que la zona anterior. Para este sector tenemos un desconocimiento casi total de los tipos armamentísticos que fueron usados, pero ya hemos visto en el párrafo anterior como es posible que compartiera tipos de espadas y de puñales con la zona central cantábrica. En el extremo occidental de esta zona aparecen también los primeros testimonios de orfebrería, como es un tubito del dolmen de Las Llagúas (Boal), el anillo del dolmen de Mata 1 Casare y los discos del occidente de Asturias (Blas 1987a: 78; 1999a: 56), ubicándose el anillo y los discos en la Fase de Desarrollo propuesta por dicho autor. Sin embargo el límite occidental de esta área es complejo de definir



ya que son escasos los datos conocidos y porque los petroglifos del Noroeste se esparcen principalmente por la mitad occidental de Galicia, por lo que no sabemos exactamente cuales son los puntos culturales de unión entre el occidente de Asturias y el oriente de Galicia. Sin embargo algunos datos, como los discos de oro, nos harían pensar en la vinculación del occidente de Asturias con el mundo gallego y el norte de Portugal, cuyas producciones orfebres ya arrancan con fuerza desde el Bronce Antiguo (Ruiz-Gálvez 1979a: 157).

### **Elementos comunes del centro-occidente cantábrico.**

Ambas zonas, aunque divergentes en algunos puntos como acabamos de ver, tienen en común la ausencia de poblados en altura, al menos antes de mediados del II mil. a. C., y del fenómeno campaniforme. Así mismo convergen en la importante presencia de la metalurgia del cobre primero y del bronce después, y en la consolidación de unas formas de vida nómadas, puede que aplicando ya los movimientos estacionales valle / montaña, aprovechando los periodos estivales para la explotación de los pastos de altura. Es una zona por lo tanto claramente excluyente con respecto a las principales entidades arqueológicas que se dieron en la Meseta en el Bronce Antiguo y Medio, definidas por los yacimientos Parpantique-Cardenosa y Proto-Cogotas. La relativa frecuencia de los veneros cupríferos en este sector hizo que éstos fueran explotables en todas las épocas del año, pero algunos de alta montaña como los de l'Aramu lo serían sólo en verano. El carácter local y autosuficiente de la minería metálica y producción metalúrgica, así como su uso principalmente para marcar hitos en el paisaje y como atributos de la divinidad tanto como ofrendas hacia ella, son datos que deben poner en duda las frecuentes vinculaciones mecánicas entre la producción de objetos metálicos y el surgimiento de elites sociales. Los tipos metalúrgicos que aquí tenemos en cuenta pueden engarzarse perfectamente con grupos humanos y formas de desigualdad social muy diversos. Es a su vez una de las zonas peninsulares que, paradójicamente, pese a su ubicación atlántica, menos evidencias tiene de contactos a larga distancia, ni con otros territorios peninsulares ni a través del arco atlántico por vía marítima. Como excepción están los discos áureos del occidente asturiano, emparentados con manifestaciones irlandesas similares, pero ya en la órbita de los mayores contactos a larga distancia documentados en el Noroeste. Por otro lado los ídolos del arte esquemático que se da en toda esta zona pueden perfectamente entenderse como representaciones de divinidades debido a la recurrencia de un modelo iconográfico con muy pequeñas variaciones (caso similar al de otros ejemplos de arte

megalítico como los ídolos-placa alentejanos o los asociados a dólmenes en Hernán Pérez, Extremadura). No pueden interpretarse del mismo modo estos ídolos del Bronce Antiguo-Bronce Medio que las estelas del Suroeste donde claramente se representan personajes reales, cada uno con sus atributos materiales específicos e individualizados (Díaz Guardamino 2010). Además, en el ámbito septentrional tenemos a los hombres y las mujeres representados al margen de los ídolos, compartiendo las actividades nómadas ganaderas, y guijarros decorados con la representación de ambos géneros en cada uno de sus lados. Por todo ello consideramos que este arte esquemático de raíz megalítica no puede ser usado para justificar ni jerarquización social ni preponderancia masculina, más allá de la clásica diferenciación social a partir de las identidades relacionales de género, ya que entendemos que a nivel de género en aquellos grupos humanos cantábricos aún destacaba la complementariedad de funciones.

Por lo tanto los datos que se manejan para justificar la jerarquización social y la preeminencia de los valores masculinos en cercanas zonas peninsulares, como es el poblamiento en altura, la tendencia al sedentarismo, la evidencia de contactos a larga distancia y la aparición de objetos y materias primas exóticas, la representación esquemática de elites masculinas armadas junto a elementos que simbolizan esos valores como es el ciervo, etc. o no se dieron en el ámbito centro-occidental cantábrico o al menos aún no se han documentado. Desgraciadamente la información de las tumbas y los poblados, fundamental para dirimir estas cuestiones, es prácticamente inexistente. Sin embargo, no creemos que esta caracterización social se deba a la escasez de datos ya que algunos con los que contamos evidencian que el mundo cantábrico ha tendido ya desde momentos megalíticos a cierta autonomía de sus formas culturales (ausencia de dólmenes de corredor, del fenómeno campaniforme, de objetos atlánticos que aparecen incluso en la Meseta, de poblados en altura) y a ciertas tendencias refractarias a los cambios culturales, o, al menos, a cambios muy paulatinos (perduración de tipos cerámicos entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, perduración de ciertos tipos metálicos como son las hachas planas o los palstaves durante todo el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro o el mantenimiento de la refracción a los contactos a larga distancia durante la Primera Edad del Hierro, como veremos). Y si ello se produjo sólo es posible explicarlo mediante los mecanismos sociales de las sociedades más igualitarias para abortar cualquier posibilidad de cambio o para que éste sea lo más retardatario posible. Es por ello por lo que debemos de dejar de ver el nomadismo solamente como una característica meramente subsistencial para pasar a entenderlo también como una decisión políticamente consciente por parte del grupo.

Muy pocos datos nos permiten saber qué animales son los que se movían en estos desplazamientos. Algunos interpretan los zoomorfos de las pinturas esquemáticas como cápridos (Mallo y Pérez 1970-71), aunque al tener todas las representaciones cuernos también podría tratarse de bóvidos. En el yacimiento coruñés de A Lagoa se supone un protagonismo importante del ganado vacuno, lo que determinaría, junto a la tecnología agrícola de tala y roza, la elección de los poblados en cuencas húmedas así como la explotación de las brañas (Méndez 1994: 86-87). Para el caso asturiano contamos también con los datos neolíticos de Torca'l Arroyu (Jordá y otros 2009) en donde ya se observa una cabaña ganadera diversificada, pero con preponderancia del bovino. El mismo protagonismo tienen los huesos de bóvidos, muchos con marcas de descarnado por objeto metálico, con respecto a los escasos de suido y ovicáprido en la cueva cántabra de Las Grajas (Matienzo). Uno de estos huesos de bóvido ha sido datado radiocarbónicamente en el 2195-1890 cal AC a 2 sigmas (Ruiz y Smith 1997: 68, 72). Por todo ello podemos interpretar que los movimientos estacionales de los grupos cantábricos estuvieron en gran medida motivados por las exigencias alimenticias del ganado vacuno, que luego se verán recompensadas por la fuerza de tiro y los productos secundarios (*sensu* Sherrat 1981; 1983) en general que esta exigente cabaña proporciona.

Por último nos gustaría aludir a la supuesta inclusión del Noroeste de la Meseta en el horizonte Montelavar o formas culturales de Galicia y Norte de Portugal. Con los datos con los que actualmente contamos podemos negar rotundamente dicha inclusión ya que hemos visto como las formas culturales meseteñas se dieron por toda la zona llana de León y por prácticamente toda Palencia (equipo metálico campaniforme, yacimientos Parpantique-Cardenosa y Proto-Cogotas). Sin embargo ciertas características individualizan a los grupos humanos que allí habitaron. Es sabido que en el Norte de Portugal hay evidencias de contactos con el mundo meseteño ya desde momentos previos al Bronce Antiguo, como testimonian las cerámicas del campaniforme Ciempozuelos en Tapado da Caldeira, así como en fechas posteriores por la cerámica Proto-Cogotas y Cogotas I en diversos yacimientos de la zona de Tras-os-Montes y zona de Minho (Bettencourt 1995: 111). Ya vimos más arriba como también en Galicia hay diversas evidencias de campaniforme Ciempozuelos. A la inversa también constatamos elementos culturales del Noroeste ibérico en la zona leonesa y palentina. Básicamente podemos aludir al uso social y simbólico de las alabardas en este sector, reflejados por tipos locales de alabardas con base redondeada, tres agujeros para los remaches y la hoja triangular. Sus representantes son las palentinas de Tarego y Autilla del Pino, la asturiana de Puertu

Gumial (casi en la frontera con León) y puede que la representada en Tabuyo del Monte. Otra de las características de este extremo septentrional de la Meseta es la variedad de tipos de espadas que allí se dió en el Bronce Antiguo-Bronce Medio y que se concentran en León, Palencia y Burgos, así como en la proyección de formas meseteñas que se documenta en el este de Cantabria. Estos útiles metálicos de nuevo muestran comunicación con el Noroeste, como representaría la espada de Santiago de Compostela. Sin duda que este extremo noroccidental de la Meseta tenga claras relaciones con el Noroeste se debe a que ambos comparten códigos simbólicos y cierta complejidad socioeconómica. En ambos sectores se ha detectado poblamiento en altura, procesos de intensificación económica y la posibilidad de la preponderancia de ciertos individuos necesitados de contactos a larga distancia para sustentar ese incipiente poder y por lo tanto la introducción de estos poblados en una naciente economía-mundo, con todas las reservas que debamos ponerle a este concepto. Ejemplos de este tipo de poblados en altura con una potente monumentalización natural del lugar que ofrece buenas opciones defensivas naturales y, en algún caso, evidencias de posibles defensas artificiales en el norte de Portugal, y en concreto en el valle del Tâmega en la transición entre el III y II milenios pueden ser San Lourenço, Vinha da Soutilha, Pastoria o Castelo de Aguiar (Jorge 1985), o el yacimiento de Castelo Velho, más al sur, en Foz Coa, en donde aparece cerámica Protocogotas. Estos contactos entre el noroeste de la Meseta y el norte de Portugal-Galicia se darían a través de los numerosos pasos ganaderos y rutas naturales que comunican León con Galicia a través de la vía del Sil por ejemplo o los que comunican León y Zamora con Tras-os-Montes (Ruiz-Gálvez 1998: 176-178, y fig. 50).

Ello nos lleva a otra de las características particulares de esta zona extrema de la Meseta en relación a lo anteriormente descrito y que no es otra que la importante concentración de manufacturas metálicas que observamos en este sector, especialmente en los cursos altos de los afluentes y subafluentes del Duero por la derecha, sobre todo si se compara con otras zonas de la Meseta. Además, que para algunos se deberían a extensas redes comerciales para aprovisionarse de metales (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 170-173). En primer lugar habría que matizar que muchos de estos hallazgos corresponden ya al mundo cultural cantábrico y en segundo lugar que los que se vinculan al mundo meseteño no les hace falta extensas redes de circulación de metales ya que hemos visto como seguramente estos grupos nómadas meseteños hicieron auténticas incursiones norteñas tanto para explotar pastos como para proveerse de metal, a partir de ciertos poblados en altura en los cursos altos de los citados ríos. En otros casos como es el norte de

Palencia los veneros cupríferos se encuentran dentro de zonas culturalmente meseteñas. Podría corroborarse además por la creación de tipos metálicos propios en estos confines de la Meseta como son las espadas-puñal de hoja triangular (puede que compartidas con el mundo cantábrico) y las microhachas planas palentino-leonesas (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 170). Además ello provocó el contacto social y la negociación entre dos mundos, el cantábrico y el normeseteño, que en cuestiones materiales quedó reflejado en la ausencia del fenómeno campaniforme en ambos ambientes y en que se compartieran ciertos tipos metálicos como las hachas planas y puede que las espadas de hoja triangular. Por todo ello aunque el horizonte Montelavar fue definido por la herencia del enterramiento campaniforme, pero sin la cerámica típica (Ruiz-Gálvez 1979a: 152-155), no creemos que la vinculación del noroeste de la Meseta con respecto al sector gallego y al del norte de Portugal pase de ciertas relaciones e intercambios, como ya hemos aludido, pero no de inclusión, puesto que las entidades arqueológicas que allí se dieron están suficientemente individualizadas, como hemos visto a lo largo de este capítulo. Además, también hemos intentado demostrar como la porción de la cuenca sedimentaria del Duero que incluye nuestro estudio, aparte de las influencias atlánticas ya aludidas, posee ciertos elementos comunes con el mundo cantábrico que rara vez se han explicitado.

### 2.2 EL LÍMITE CULTURAL CANTÁBRICO / MESETEÑO EN EL BRONCE FINAL.

El Bronce Final en el mundo cantábrico es un periodo complejo a la hora de ser investigado ya que la información se reduce prácticamente a depósitos metálicos, a alguna fecha radiocarbónica sin un contexto arqueológico claro y a algún enterramiento humano en cueva, aunque, como veremos, es posible avanzar algo sobre los cambios en el modelo de asentamiento y adelantar alguna explicación contextual para alguno de los depósitos metálicos conocidos, con lo que poder acercarnos a alguno de los “campos de discurso” (*sensu* Barret 1988) que manejó aquella gente. Además, pese a que se ha eludido el uso de la división tripartita clásica del Bronce Final debido a que ésta se estructura sobre tipos metálicos prácticamente ausentes en el mundo septentrional hispánico (Blas y Fernández Manzano 1992: 399; Fernández Manzano y Arias 1999: 3), las explicaciones vertidas suelen mantenerse dentro de un discurso fuertemente tipologicista-económico y a caballo entre las interpretaciones meseteñas y las “atlánticas”, sin atender a las formas particulares cantábricas en sus propios términos, los cuales son específicos y en muchas ocasiones no compartidos por los grupos de la cuenca sedimentaria del Duero. Ello es especialmente

relevante a la hora de definir el origen de las primeras aldeas fortificadas en altura o castros ya que, como veremos en parte en este capítulo y especialmente en el capítulo 3, se trata de un proceso diferencial en el mundo cantábrico con respecto a la Meseta, siendo la primera de estas zonas claramente retardataria.

Percibimos también un fuerte cariz teleológico de los discursos establecidos puesto que para muchos el interés de estudiar el Bronce Final reside en encontrar el origen de las diversas “etnias prerromanas” (diversos ejemplos en Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero 1992 o en Peralta 2003: 45-47). Por ello se suelen aceptar como válidas interpretaciones de la cultura material del Bronce Final en función de supuestos grupos étnicos definidos por las fuentes clásicas y que cronológicamente se situarían mil años después del fenómeno que se está estudiando. Algo así como estudiar los reinos medievales peninsulares en función de las descripciones de las actuales Comunidades Autónomas por parte de periodistas extranjeros.

Respecto a la Meseta norte los avances han sido grandes en los últimos tiempos, especialmente en la definición del tránsito Cogotas I - mundo Soto. Sin embargo la adecuación de la secuencia cronológica no se ha visto acompañada por una exploración de las implicaciones sociales de la rápida sedentarización que se aprecia a partir del cambio de milenio, y cierta descontextualización de los depósitos metálicos aún perpetúa discursos tipológicos en algunos autores que caen en la contradicción de explicar la metalurgia broncea de las gentes de Cogotas I como arcaizante y con escasos cambios a lo largo de siete siglos y a renglón seguido responsabilizarlos de los “tipos metálicos atlánticos” que comienzan a aparecer en el periodo que ahora estudiamos.

#### 2.2.1 Evidencias culturales cantábricas y meseteñas: dos mundos inmersos en la tradición.

##### Medio ambiente, cambio climático y acción antrópica: la intensificación de una relación entre los grupos norteos.

“El medio hace al hombre”, nos dice Marisa Ruiz-Gálvez (1995a: 11), pero no en un sentido de determinismo medioambiental sino braudeliano, es decir, en el de que ciertas realidades estructurales configuran, a lo largo del tiempo y del espacio, unas características fuertemente definidoras de algunas regiones geográficas. Por lo tanto, en una explicación de tipo histórico, lo importante debe ser el estudio de las estrategias políticas concretas que en cada momento se dieron sobre esas realidades estructurales, que en el caso cantábrico, como sucintamente vimos en el capítulo 1, están definidas por una abrupta orografía que marca fuertemente los movimientos en el paisaje y restringe las áreas susceptibles de ser

aprovechadas agropecuariamente mediante una tecnología primitiva, así como por un cambio climático, el de la transición Subboreal-Subatlántico, que *grosso modo* coincide con el Bronce Final. Esta relación entre las personas y el medio se ha definido a partir de tres componentes: el ambiente (espacio como realidad intransitiva, medio natural o matriz ambiental sobre la que las personas realizan sus actividades), la sociedad (que transforma el espacio físico anterior en una realidad transitiva, en una construcción social o producto de la acción humana) y la cultura (que configura el espacio como una categoría cultural, como el resultado de las concepciones alumbradas por el pensamiento, la ideología y los valores simbólicos de un determinado grupo social). Es por ello por lo que la Arqueología tradicional debe de dejar de ver los yacimientos arqueológicos como “islas de actividad humana”, rodeados de un universo silvestre y no significativo, a verlos, especialmente después del surgimiento de la agricultura y ganadería, como el eje de un proceso de ocupación social del espacio, más allá de los límites estrechos del yacimiento (Díaz, Criado y Méndez 1994: 153-154). Por ello los estudios sobre la historia de la vegetación pueden ser concebidos como el resultado de la tensión existente entre accidentes históricos y el determinismo del sistema climático, es decir, entre procesos aleatorios y no aleatorios (Carrión en López Sáez, López García y López Merino 2006-2007: 3).

En el periodo que nos atañe el ambiente se vio afectado por la transición del periodo climático Subboreal al Subatlántico, que suele situarse entre los siglos XIII-IX a.C., caracterizado en líneas generales por ser un momento más frío y húmedo, teniendo un periodo de estancamiento entre los ss. X y IX a.C. para acentuarse y culminarse a mediados del s. VIII a.C. (López Merino 2009). La diferencia del periodo Subatlántico, en el que nos encontramos actualmente, con respecto al Subboreal no se halla tanto en una variación drástica de las temperaturas -las del comienzo del Subboreal eran muy similares a las actuales- como en un aumento de la pluviosidad (Salas 1994: 137). Se ha definido este momento de cambio climático como *evento 2800 BP*, que se trata de un periodo especialmente húmedo, donde hubo una repentina y aguda elevación del carbono 14 atmosférico entre *ca.* 850 y 760 cal AC (*ca.* 2750-2450 BP), el cual implicó el trasvase desde unas condiciones climáticas cálidas y continentales a otras más oceánicas. Como consecuencia el nivel freático se elevó considerablemente (López-Merino, López-Sáez y López 2006: 306).

Una de las principales consecuencia de este cambio climático en el medio cantábrico fue un aumento del hayedo (*Fagus*) con respecto al roble (*Quercus*), algo que se hace más patente en la zona oriental que en la occidental y que se ha entendido como claro indicador de que las condiciones

ambientales pasaron a ser algo más frías y húmedas. De hecho la máxima capacidad expansiva de los bosques caducifolios con respecto a la anterior omnipresencia de las coníferas se ha situado entre el 4000 y el 1000 a.C. (Salas 1994: 137-138; Torres 2003: 51-78)

Pero si atendemos al espacio como una realidad transitiva, en la que afloran las huellas de diacrónicos procesos culturales veremos como una de las principales características del Holoceno es la paulatina reducción de las masas arbóreas, situándose el cenit del proceso, según las zonas, precisamente a partir del Bronce Final. No son excesivos los datos para la zona cantábrica en este sentido, aunque contamos con los ya clásicos trabajos sobre turberas de la costa oriental asturiana, y con uno más reciente, que repasa toda la secuencia holocénica, efectuado sobre una turbera costera de la zona central asturiana. La secuencia palinológica del Llanu Ronanzas (oriente de Asturias) marca un paisaje en el que las Gramíneas y Ericáceas serían predominantes sobre el arbolado, aunque el taxón predominante es el de *Corylus* (avellano), precisamente coincidiendo con una fecha radiocarbónica de comienzos de lo que tradicionalmente se entiende como Bronce Final (3210 BP). Se afirma que es evidente la intervención humana desde la base del diagrama debido a la fuerte presencia de polen no arbóreo y a la presencia de cereal (Mary, De Beaulieu y Medus 1973: 37-38). Quizás no debamos generalizar y reconocer que existe una antropización diferencial según hablemos de las zonas costeras, pobladas desde antiguo, o de las montañas interiores. La Túrbera de Riofrío, en el occidente de Asturias y a 1700 m. de altitud, marca una reducción del paisaje boscoso *ca.* 3500 BP, precedido por un retroceso más leve tiempo atrás (en Gutiérrez Cuenca 1999: 11). Los sedimentos del también asturiano lago del Valle de Somiedu (a 1570 m.s.n.m.) marcan que a partir del 3840 BP y hasta la actualidad dominan los bosques de robles, abedules y hayas, y que las ericáceas, como indicadoras de antropización, comienzan a cobrar peso a partir de esa fecha. Del puerto de Los Tornos (Soba, Cantabria) (a 920 m.s.n.m.) provienen datos entre el 4620  $\pm$  70 BP y el 1360  $\pm$  70 BP en una línea contraria a los anteriores, ya que indican un predominio de bosques de robles, avellanos y pinos, con tendencia a sustituirse éstos por hayas, y con porcentajes tan bajos de Ericáceas y cereales que indicarían una escasa antropización para la zona (Turner & Hannon y Peñalba en Burjachs i Casas 2001: 299). Son, por otro lado, los recientes trabajos en la turbera de Las Dueñas, ubicada en la rasa costera de la zona de Cuideiru (costa central asturiana), los que nos permiten obtener una mejor visión de conjunto de la evolución de la flora a lo largo del Holoceno, aunque el periodo Atlántico no ha quedado bien representado. En líneas generales puede decirse que a comienzos del Holoceno el paisaje de

esta zona costera fue de tipo abierto, con manchas de bosque de robles, abedules y, en menor medida avellanos, en zonas ya algo más alejadas de la costa, y con encinas, alcornoque y acebuches seguramente ocupando las zonas de acantilado. Interesante también es que el castaño se documenta como autóctono, ya que está presente desde la base de la secuencia, argumentándose que fue precisamente la zona cantábrica uno de sus refugios desde el terciario, por lo que de nuevo queda de manifiesto que la explotación de este árbol no se debe a una introducción romana. Estas formaciones arbóreas irán ganando terreno paulatinamente con la mejora climática del Holoceno, cuyo punto culminante se dio hace unos 6000 años, y por lo tanto manifestado por la consiguiente reducción del polen no arbóreo. También es significativo que en la segunda mitad de la secuencia, marcado su origen por la fecha radiocarbónica Ua-32241 3570  $\pm$  40 BP, 3980-3722 cal BP, son las ericáceas y los tojos, que deben asociarse a situaciones de degradación de los bosques a causa de actividades de pastoreo, los arbustos que predominan, mientras que los que suelen acompañar a los bosques de robles desaparecen. Las herbáceas de ambas mitades de la secuencia son muy similares, pero en esta segunda mitad crece la importancia de algunas hierbas de tipo antrópico como *Plantago* sp. y *Polygonum bistorta*, mientras que entre los microfósiles no polínicos cobran importancia algunos coprófilos vinculados con actividades de pastoreo e incendios antrópicos. Esta antropización del paisaje costero hizo que algunas especies arbóreas disminuyeran, como es el caso de abedules, avellanos, robles y sauces (López-Merino, López-Sáez y López 2006: 301, 305-306; López Merino 2009). Por último los recientes estudios palinológicos llevados a cabo en el lago Enol (Picos de Europa), a 1070 m.s.n.m., que podríamos situar en el eje entre el sector central y occidental cantábrico, ratifican la tendencia del clareo del bosque por la acción antrópica a lo largo de Holoceno, con especial incidencia a partir del Bronce Final, lo que demuestra como la economía de la Edad del Hierro con los primeros castros (capítulo 3) más que un cambio con respecto a la Edad del Bronce lo que supuso fue una intensificación de la explotación tradicional, centrada principalmente en las áreas de montaña y laderas de suelos ligeros. De hecho es particularmente significativo el descenso de los taxones de *Pinus* sp., *Corylus* y *Quercus* de hoja caduca después del 2700 cal BP. La desaparición de la especie *Pinus* observó en el Holoceno tardío fue probablemente mediada por factores antropogénicos. De igual modo el aumento de los porcentajes de *Alnus*, *Castanea* y *Fagus*, así como de las formaciones arbustivas (principalmente *Ericaceae*, que antes eran muy raras), *Plantago* sp. y *Rumex acetosella* también pueden haber estado relacionados con el inicio de la actividad humana en la zona, y en concreto de la creación de un paisaje más abierto debido al pastoreo.

El aumento en el porcentaje relativo de *Castanea* y la aparición de *Juglans* es también un indicativo del impacto humano. Además, el desarrollo de los bosques de *Fagus* probablemente se haya visto favorecido por las perturbaciones humanas en la zona (Moreno y otros e.p.).

No obstante se ha apuntado que la aparición de la agricultura en la zona cantábrica, así como en los Pirineos atlánticos, presenta un evidente retraso con respecto a los territorios peninsulares ribereños del Mediterráneo, puesto que esta actividad agropastoril, que se traduce en una fuerte actividad deforestadora, se dio en la zona cantábrica a partir del 5000-4500 BP, según muestran los diferentes análisis polínicos (Ramil 1993a: 167). De todos modos no hemos de pensar en un proceso unitario para toda el área cantábrica. Una reciente síntesis que ha reinterpretado la mayoría de los estudios polínicos del área cantábrica, tanto de la vertiente norte como de la sur (Asturias, Cantabria, León, Palencia y Burgos) (López Sáez, López García y López Merino 2006-2007: 9) pone de manifiesto como en la vertiente sur de la cordillera (León y Burgos, sobre los estudios de las turberas Valle de la Nava, La Piedra y San Mamés de Abar) la antropización del bosque tuvo que iniciarse en el III mil. cal AC, mientras que las turberas del Puerto de San Isidro y el de L.leitariegos muestran que aquí la antropización del paisaje únicamente comenzó en épocas más recientes, durante el Subatlántico (Ibid.: 9). Una posible explicación que presentan estos autores es que el primer grupo de turberas se encuentra a 900-1000 m de altitud, mientras que el segundo lo está a 1650-1700 m. Sin embargo no debemos descartar que se deba también en parte a cuestiones culturales ya que, como veremos, aquella zona leonesa estuvo explotada y ocupada por nómadas cantábricos, frente a la burgalesa, en donde se movieron grupos culturalmente meseteños (Calcolítico precampaniforme y campaniforme).

Otra evidencia de este proceso de clareo del bosque con fines agro-pastoriles son los niveles de incendio en el yacimiento gijónés de la Campa Torres. Se trata de un potente nivel de incendio, compuesto de multitud de fragmentos de troncos carbonizados, que se extiende por toda la ladera sur del montículo que luego ocupará el castro de la Campa Torres, infrayacente a la muralla, y que intramuros se corresponde con el nivel VI de dicho yacimiento. Posee además dos fechas radiocarbónicas que calibradas nos sitúan a finales del s. XI AC. La antracología muestra, entre las especies que fueron quemadas, robles, encinas, hiedras y distintos tipos de *prunus*, así como un porcentaje alto de ericáceas (brezales), que junto a los tojos suelen ser un buen indicador de antropización, a no ser que se tratara de un bosque que al abrirse hacia el mar fuera clareándose naturalmente. Este bosque, al amparo de la ladera meridional del montículo en el que se

encuentra, iría acompañado de una vegetación a base de arbustos en el resto de la plataforma del Cabo Torres, ya que han quedado las improntas de hojas de helechos y tojos en el barro (Maya y Cuesta 2001: 28-32). Es significativo que en los análisis polínicos de los niveles más antiguos del yacimiento, pertenecientes a la Primera Edad del Hierro, ya no aparezcan robles y sí alguna encina, siendo a partir del momento de aquel incendio un paisaje abierto formado principalmente por ericáceas, enebros, helechos y taxones de herbáceas, y apareciendo también los de cereales (Burjachs i Casas 2001: 297-298).

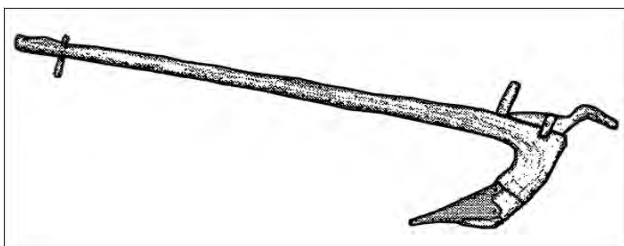
El incendio antiguo de la Campa Torres, siempre y cuando no se produjera por causas naturales, es importante por varios motivos. En primer lugar es una clara evidencia de un sistema de clareo del bosque mediante el fuego, dentro de un esquema de tala y quema al que ya aludimos más arriba, y que ha sobrevivido entre las labores agropecuarias tradicionales de nuestra zona de estudio prácticamente hasta nuestros días. Con los incendios se pretende, además de clarear el bosque para permitir su explotación, abonar estos terrenos de suelos ligeros - los únicos que de momento se explotaban-, aunque la pérdida de masa vegetal unida a la mayor pluviosidad del Subatlántico tenderá al empobrecimiento de los suelos (podsolización) (González Ruibal 2003a: 60-61). En segundo lugar ese incendio muestra el interés, desde fechas tan tempranas para el mundo cantábrico, por la explotación de lugares conspicuos, como es el Cabo Torres, ya que aunque no hay evidencias de artefactos en ese nivel de incendio podría pensarse que este lugar ya fuese un lugar frecuentado por los grupos del Bronce Final. Algunas fechas radiocarbónicas de la segunda mitad del II mil. a.C. en castros del occidente asturiano podrían ir en el mismo sentido (ver capítulo 3). Como veremos más abajo ello podría ser reflejo de la intensificación de una relación existente con el medio que ya se vislumbraba desde época megalítica.

Para algunos autores esta intensificación se debe a una serie de cambios tecnológicos que se produjeron en ese momento. De hecho se ha afirmado que el Bronce Final fue uno de los periodos de la Prehistoria reciente, junto a la transición Calcolítico / Bronce Antiguo caracterizada por la consolidación de la revolución de los productos secundarios, de mayores cambios en la base económica agrícola (Ruiz Gálvez 1998: 192). Uno de esos cambios fundamentales en tecnología agraria fue la adopción de la *Vicia faba*, cultígeno de gran importancia debido a su carácter nitrogenante, lo que prolonga la fertilidad de los campos, y a su importancia en la alimentación humana y animal (Ibid.: 197). La relación de las plantas nitrogenantes (judías, guisantes...) con los primeros lugares en alto del norte de Portugal y sur de Galicia en el Bronce Final es evidente ya que aparecen en lugares como Sao Juliao, Coto da Pena, Baioes o Bouça do Frade. Permiten una mayor sedentarización,

ampliar el abanico alimentario, explotar las tierras pesadas alrededor de los yacimientos (a modo de huertas) y seguramente se rotarían con el mijo, que ofrece un par de cosechas al año (González Ruibal 2003a: 67). En este sentido paleoeconómico los datos para el mundo septentrional son escasísimos, y casi todos provenientes de yacimientos en cueva. En el municipio cántabro de Entrambasaguas, al sureste de la Bahía de Santander, contamos con los sondeos de la Cueva de los Murciélagos que han proporcionado moluscos marinos y huesos de mamíferos, y con una fecha radiocarbónica que calibrada a 2 sigmas sitúa estos restos en el lapso 1270-930 AC. Muy próxima se encuentra la boca B de la cueva de la Cuesta de la Encina, con los mismos restos faunísticos que la anterior cavidad, y una fecha que pese al alto margen de su calibración a 2 sigmas -1310-390 AC.- también podemos situar en el Bronce Final (Arias y Ontañón 2000: 238-239). Como del Bronce Final también se explican otras cavidades cántabras como la cueva del Llano, La Lastrilla, La Hoz y los últimos niveles de la de La Castañera, entendidas como refugios de pastores desde el Bronce Pleno, con restos de oveja, cabra, vaca, cerdo y, en cuanto a la agricultura, pólenes de cereal y molinos barquiformes (Peralta 2003: 47). Sin embargo el autor del que procede esta información no se decanta por ninguna precisión cronológica y cataloga estos yacimientos como del Calcolítico-Bronce (Ruiz Cobo 1992: 33). Como podemos observar, pese a la escasez de datos y las indefiniciones cronológicas, la situación no parece mostrar cambios importantes, ni cuantitativos ni cualitativos, con respecto a los periodos más antiguos de la Edad del Bronce.

Otro avance tecnológico en directa relación con la explotación del medio sería el uso del arado, que como ya vimos con los negativos de su uso en el yacimiento de A Lagoa, parece haber sido usado desde momentos previos al Bronce Final, al menos en el Noroeste. En concreto se propone un tipo de arado arcaico, la *cambela*, una mezcla de arado y azada cuyo nombre proviene del celta “camb” (curvo) y que se ha encontrado, física y gráficamente, en yacimientos europeos de la Edad del Bronce (fig. 2.27). Sobre su posible aplicación a los terrenos agrícolas en el Bronce Final del mundo cantábrico nos movemos en la mera especulación, y tan solo podemos decir que se ha usado hasta hace bien poco en el occidente asturiano y oriente de Lugo (González Ruibal 2003a: 65).

Por el contrario, otra de las herramientas que se suele relacionar directamente con la explotación del medio, el hacha, es prácticamente la única evidencia cultural con la que contamos para este periodo y sector peninsular, siguiendo una tendencia, por tanto, ya definida en los estadios pretéritos. Haciendo una correlación directa, si partimos de la base de que las hachas bronceas del Bronce Final (hachas planas, palstaves sin asas, con un asa y con dos asas) fueron



**Figura 2.27:** arado-azada o cambela (Lorenzo en González Ruibal 2003a; modificado).

usadas en la explotación del medio tanto para aclarar los bosques, en unión con el fuego, donde luego irán terrenos agrícolas y pastizales, como para laborear directamente en el terrazgo, a modo de azada, podemos concluir que el alto número de hachas en este periodo con respecto a los previos es un claro indicador de una intensificación de la relación con el medio. Las cuatro decenas de hachas de talón y anillas que han sido catalogadas como asturianas ha hecho por ello que se afirmase que: “Las creaciones metálicas se manifiestan, (...) como los testigos más relevantes del dominio humano sobre el medio” (Blas y Fernández Manzano 1992: 402).

Sin embargo varios son los problemas de este esquema interpretativo. En primer lugar, con respecto a la cronología, pese a que los autores recién citados reconocen que muchos de estos productos metálicos aparecieron en las inmediaciones de castros o en los propios castros se afirma que “nunca podremos defender la conexión real con aquellos poblados” (Ibid.: 402). Sin duda ello es consecuencia del paradigma romanista que en Cantabria, pero sobre todo en Asturias, ha sido imperante hasta mediados de los años noventa en la interpretación del fenómeno castreño (Marín 2005: capt. 6), como vimos en el anterior capítulo. Sin embargo los avances de los últimos años han modificado completamente este magro panorama. Actualmente, como veremos detenidamente en el siguiente capítulo, sabemos que los castros cantábricos nacen en la transición s. IX/VIII cal AC y que en ellos es común la “metalurgia atlántica” al menos hasta el s. VI cal AC. Por ello la frecuente adscripción de los palstaves al Bronce Final debe tomarse con precaución ya que las cronologías otorgadas a partir de tipos bronceos deben ser entendidas como meramente orientativas puesto que han sido realizadas sobre las frágiles bases de objetos descontextualizados (Arias y Armendáriz 1998: 50). Razón esta por la que algunos autores gallegos llaman la atención para que no se usen las producciones metalúrgicas para marcar la cronología de un periodo, puesto que estos materiales no tienen por qué pertenecer al Bronce Final, ya que seguramente estén definiendo un poblado de la Primera Edad del Hierro (Parcero 2000: 86). Ello nos coloca también en la difícil tesitura de fechar los tradicionales depósitos del Bronce Final ya que si los materiales que en ellos aparecen son idénticos a los de los castros de la

Primera Edad del Hierro ¿qué cronología les otorgamos? (González Ruibal 2003a: 58-59). Aunque lo trataremos extensamente al final de este capítulo y en el capítulo 3, podemos adelantar que en el mundo cantábrico, si intentamos reconstruir los contextos originales de muchos de los palstaves conocidos, nos acabamos encontrando con estaciones castreñas o fechas de la Primera Edad del Hierro, y desde la Bahía de Santander hasta el interfluvio Eo-Navia (Marín 2008b).

Aparte de la cuestión cronológica, en lo que se refiere a las hachas en si como herramientas relacionadas con la capacidad productiva de aquellos grupos, en primer lugar no debemos olvidar el carácter dual de estos artefactos, como herramientas cotidianas y como unidades estandarizadas de metal (Bradley 1990: 119), y que en ambas formas pudieron ser usadas tanto en un sentido profano como en otro de alto contenido ritual, aunque esta diferenciación es más metodológica que real, y en cierta medida presentista, puesto que un acto tan mecánico como trabajar la tierra no sólo se realiza mediante decisiones tecnológicas pactadas culturalmente sino que además puede ser al mismo tiempo una actividad completamente ritual, como muestran numerosos ejemplos de sociedades no capitalistas tales como las propias comunidades cantábricas de mediados del s. XX (por ej. Lisón Tolosana 1979; González-Quevedo 2002).

Teniendo esto en cuenta nos centramos ahora en la capacidad mecánica de las hachas metálicas para ver en qué medida fueron adecuados útiles agrícolas. La etnoarqueología puede ser una buena forma de aproximación. Recientemente se ha mostrado como en grupos etíopes actuales también se usan hachas planas (como las del Bronce Antiguo y Medio) y hachas de cubo (como las del Bronce Final luso y de las Islas Británicas) (González Ruibal 2003a: 65). Las primeras las usan los grupos prenilóticos para agricultura de roza y quema, en donde se abren pequeños claros en el bosque sin necesidad de abatir todos los árboles y que se cultivan durante pocos años; mientras que las segundas son usadas por los pueblos de las Tierras Altas dentro de una agricultura compleja, con intensa deforestación y amplios campos labrados permanentemente. Ello es debido a que el hacha tubular permite usos variados, que no la plana, tales como talar, trabajar la madera o escarbar. Adoptar esta pesada hacha, efectiva y versátil, podría indicar entonces una mayor presión sobre el medio. El problema es que este tipo está prácticamente ausente en el mundo cantábrico, aunque podemos vincular esa mayor versatilidad necesaria en la intensificación agrícola con la sustitución paulatina de las hachas planas por los palstaves de talón y anillas, que puede que en nuestra zona de estudio no se diera en la transición entre el Bronce Medio y Bronce Final sino a lo largo del Bronce Final.



Otro modo de acercarnos a la utilidad de estos artefactos en relación con la capacidad productiva de los grupos prehistóricos se encuentra en la información de la arqueología experimental en combinación con la de las huellas de uso. Recientemente se ha hecho un estudio sobre hachas de cubo y una anilla de Yorkshire (este de Inglaterra) y del sureste de Escocia, de la fase Ewart Park (1020-800 AC) (Roberts y Ottaway 2003), aunque no se descarta que arranquen de tiempo atrás. En este estudio se reprodujeron este tipo de hachas, se usaron para diferentes labores y luego se compararon las huellas de uso con el catálogo de piezas -54 hachas- de las zonas mencionadas. Lo interesante del experimento es que se comprobó como las diferentes hachas de cubo fueron usadas para actividades variadas que tienen que ver con madera, metal, usos ligeros variables y usos duros variables. También se demostró que un porcentaje de las hachas nunca fue usado. Se duda de que las que tienen marcas de objeto metálico hayan sido usadas en combate. En lo que nos atañe, los otros tres apartados de huellas de uso pueden correlacionarse con actividades agropecuarias. Por ello estos autores consideran las hachas de cubo como herramientas multifuncionales (Ibid.: 137), corroborándose de este modo la información etnoarqueológica expuesta más arriba.

Es interesante en esta línea ver como las concentraciones de los diversos tipos de hachas de cubo, que en principio, como hemos dicho, se podrían relacionar con una mayor presión sobre el medio, se dan en lugares del Arco Atlántico -valle del Támesis, NE de Inglaterra, Cornualles, Gales, península armoricana, norte de Portugal/sur de Galicia... (Coffyn 1985: mapa 42; Coffyn 1998: figs. 4 y 5)- en donde se han constatado cambios significativos en el paisaje desde comienzos del Bronce Final y, en concreto, procesos de intensificación agrícola y ganadera tales como la aparición de campos de cultivo delimitados, intensas deforestaciones en los alrededores de los yacimientos, creación de brañas, aterrazamientos de las laderas, aparición de plantas nitrogenantes, aumentos significativos de polen de cereal, etc. Dicho reparto de hachas de cubo deja excluida, significativamente, toda la zona cantábrica, con excepción de dos artefactos encontrados en el occidente de esta región, la encontrada en Tinéu y el peculiar molde para un tipo de anillas y cubo de San Martín d'Ozcos, ambos en Asturias.

Es también interesante para nosotros otro estudio de arqueología experimental que compara la efectividad de las hachas de piedra pulimentada, de bronce y de hierro (Mathieu y Meyer 1997), ya que el tipo escogido para el segundo de los casos es el que se corresponde con las hachas de talón y anillas, protagonista indiscutible en la zona cantábrica a partir del Bronce Final. En dicho estudio lo que se midieron fueron los tiempos empleados para talar árboles por

cada tipo de hacha teniendo en cuenta diferentes variables como el diámetro del árbol, la dureza de la madera, el tamaño del hacha, etc. Una de las principales conclusiones es que no hay diferencias significativas entre las hachas bronceas y las de hierro, pero sí entre las metálicas y las líticas. Sin embargo esta mayor rapidez a la hora de derribar árboles se constata únicamente con los ejemplares de porte grande, ya que en aquellos de hasta 20 cm. de diámetro es prácticamente indiferente con que tipo de hacha se realice la tala, e incluso en árboles de madera excepcionalmente dura o blanda parecen ser más adecuadas las hachas líticas que las metálicas.

En nuestra zona de estudio no existe ningún tipo de análisis parecido y de muchas hachas se desconoce el contexto de aparición. No obstante la casi nula presencia de hachas de cubo en este territorio, la pervivencia y uso de hachas de piedra pulimentada al menos hasta la transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro, la constatación, como veremos, de hachas bronceas no funcionales o que no llegaron a utilizarse y la evidencia de fuego en el clareo del bosque, deben hacernos pensar por tanto en una agricultura de roza y quema de tipo primitivo aún, como la de los pueblos prenilóticos del occidente etíope, sobre tierras ligeras y en la que no se derribarían todos los árboles, sin que podamos decir mucho más sobre la posibilidad de uso de abonado animal, rotación de cultivos con plantas nitrogenantes y empleo de algún tipo de arado. Por todo ello ha de matizarse la frecuente relación directa entre la aparición de hachas y la mayor explotación del medio, e intentar contextualizar cada tipo de hacha. Además, para ver la acción de los seres humanos sobre el paisaje sería interesante poder combinar la información de las turberas y lagos con la de los yacimientos arqueológicos concretos (Ramil 1994: 119), algo que en la zona norte peninsular aún es difícil de conseguir. Por todo ello compartimos las ideas de Antonio Gilman cuando asegura que ni la naturaleza de los objetos metálicos producidos en el Bronce Final del mundo atlántico, ni su volumen de producción (pequeña y poco eficiente), ni los contextos de los hallazgos (principalmente enterramientos en el Bronce Antiguo y depósitos votivos / tesorillos en el Bronce Final), permiten hablar de la importancia tecnológica del metal en facilitar la producción, obligándonos por tanto a buscar una alternativa en la línea de ver el significado del trabajo metálico en términos sociales (1998: 15).

Es difícil valorar en su justa medida los cambios producidos en el Bronce Final en la zona cantábrica en lo que se refiere a la explotación del medio. Aunque aparecen animales domésticos con los primeros megalitos de la región y cereales en monumentos megalíticos del periodo climático Subboreal -en torno al 5500 BP- (Salas 1994: 139; López-Merino, Martínez y López-Sáez 2010), en algunos yacimientos

cantábricos -como el dolmen de Mata'l Casare, La Peña o Abauntz- no se constata la misma deforestación que en otros yacimientos del tercer milenio a.C. de Galicia (Ramil 1994: 120-121). Tampoco debemos ver este proceso en el mundo norteño como irreversible y unidireccional ya que los Datos del Llanu Roñanzas que antes comentábamos muestran, para periodos históricos, como esa deforestación que se dió a partir del Bronce Final se compensó tras la caída del Imperio Romano con un rápido crecimiento del robledal, volviendo de nuevo a caer el polen arbóreo en los alrededores de las villas costeras en la Baja Edad Media y especialmente, en el caso asturiano, cuando a partir del s. XVIII los bosques más accesibles se convirtieron en “Dehesas Reales” para abastecer a los astilleros de El Ferrol y con el cambio a una explotación agropecuaria de tipo intensivo orientado a la explotación lechera entre los siglos XIX y XX (Ramil Rego 1994:124-125; Frochoso y Castañón 1990: 15-16).

Un modelo que nos puede ser útil para comprender los cambios en el paisaje del Bronce Final es el del sur de Inglaterra ya que allí comenzaron también los poblados fortificados de tipo castreño en el s. VIII a.C. y se han constatado numerosos cerramientos y postes para hórreos en los niveles anteriores a esos asentamientos fortificados (Cunliffe 1990; Hamilton y Manley 1997). Se plantea un sistema productivo a partir del 1000 a.C., que es cuando comienzan los grandes cerramientos, muy similar al precedente, pero un cambio en cuanto a la gestión de las tierras, que aunque seguirían siendo explotadas de modo comunal, seguramente se intensificó su laboreo para poder abastecer a una mayor población. Los grandes campos compartimentados se entienden como necesarios para obtener mayor cantidad de cereales. Los cerramientos también se relacionan con ganados que, de nuevo, se entienden como explotados comunalmente. Se plantea que detrás de esta intensificación agraria se encontraría el poder coercitivo de ciertos linajes que cada vez sustentarían su poder en el control de la tierra y no tanto en la ostentación de bienes de prestigio exóticos (Cunliffe 1990: 333-335). No obstante, sería inviable aplicar este modelo al norte peninsular debido a la escasez de datos, pero al menos se constata que detrás de la aparición de castros, por muy tardíos que éstos sean, se encuentran procesos sociales muy complejos, como son los que tienen que ver con la intensificación de los modos de explotación tradicionales, la compartimentación de las tierras a largo plazo, nuevas formas de exhibir y detentar el poder entre las elites sociales, la reducción de la movilidad residencial, la tendencia a la territorialización, la segmentación de los grupos sociales o el aumento de las tensiones inter e intracomunitarias. Elementos que sin duda deben estar entre las causas de los primeros poblados estables fortificados de la zona cantábrica.

### Las formas de habitar cantábricas.

Por la escasez de datos con los que contamos este apartado se ha redactado con altas dosis de especulación, pero entendemos que la especulación también puede generar algún tipo de conocimiento. En el vecino Noroeste, especialmente en las zonas no asociadas a las Rías Baixas, tampoco se cuenta con mucha información para este periodo, aunque como ya vimos hay una serie de yacimientos como Monte Buxel pertenecientes al Bronce Final y en donde silos excavados en el suelo y revocados para impermeabilizarlos, con capacidades entre los 1000 y 2000 litros, así como molinos barquiformes de gran tamaño en su interior, estarían indicando esa creciente intensificación agropecuaria que llevaría al almacenamiento tanto de grano como de hierba para el ganado (Lima y Prieto 2002; Parceró y Ayán 2009). Es interesante resaltar como al lado del rellano donde se sitúa este yacimiento hay un a pequeña cima coronada por peñascos graníticos que localmente se conoce como “castro”, aunque los excavadores de Monte Buxel no pudieron corroborar que fuera un poblado de este tipo (Lima y Prieto 2002: 13). De hecho en este sector se constata la presencia de aldeas abiertas de este tipo, con rasgos de intensificación agrícola y que se ubican, algunas de ellas, en lugares más destacados en el paisaje y, en todo caso, en zonas muy próximas a los posteriores castros, y que cronológicamente se solapan con los primeros asentamientos en alto que en la zona sur de Galicia y norte de Portugal ya se documentan a comienzos de la Fase I (Fase I a). Puede ser el caso de los poblados abiertos documentados con fosas de almacenamiento y grandes molinos barquiformes amortizados de la Península de Morrazo (Pontevedra) tales como el Casal de Moaña o Chan de Armada, con fechas en torno al cambio del segundo al primer milenio a.C., la misma que se propone para los primeros castros de esta zona, como Mesa de Montes o el Facho de Donón (González Ruibal 2003a: 63-64). Algo similar ocurriría al sur de Ourense, en donde hay aldeas abiertas como Barxés, Cova u O Curral, con cerámica de boquique que denota influencias meseteñas (Calo y Sierra 1983: 63-65) y que deben fecharse a finales del segundo milenio. Sería a partir del s. X a.C. cuando se daría la ocupación en la falda del castro de Laias, seguramente de forma temporal, que se halla muy cerca del castro de Coto de San Trocado, cuyas fechas de la Fase I a hacen pensar en cronologías muy similares para el poblado abierto (González Ruibal 2003a: 63-64) (fig. 2.28). Para la zona norte de Galicia los escasos datos con los que contamos se deben a la “arqueología de la gasificación” la cual nos depara restos de poblados abiertos que por materiales se corresponden al Bronce Final, como es el caso de los estratos correspondientes con fosas de almacenamiento y con un poblado

desmantelado por el posterior uso de esa zona como suelo agrícola por parte de los habitantes del inmediato castro de Mirás, próximo al río Sar (A Coruña, cerca de Santiago de Compostela) (Parcero 1998: 18-21). Si en este caso parece bastante claro que el poblado del Bronce Final se situaría muy próximo al castro más reveladores son los materiales del también yacimiento coruñés de A Devesa do Rei. Esta excavación, fruto también de controles arqueológicos de obras públicas, deparó diferentes estructuras, tanto negativas como positivas, que abarcan desde el Neolítico hasta finales de la Edad del Hierro. Nos interesan en concreto las ubicadas en el Sector 05 por insertarse en el periodo que aquí estudiamos. Se trata de un círculo lítico de 7 m de diámetro cuyo nivel basal se fechó radiocarbónicamente en el 1380-1051 cal AC, y por lo tanto en un genérico Bronce Final, mientras que la compleja fosa -delimitada por un anillo pétreo, con sucesivas capas selladas por piedras, con una estela dentro y con un apéndice pétreo hacia el exterior por el lado sur- que se ubica debajo, se fechó en el 757-212 cal AC, y por lo tanto en la Edad del Hierro (Aboal y otros 2005: 167-168). La cronología del Bronce Final se define también por la aparición de abundante cerámica con decoración incisa profunda, similar a la de Mirás o Monte Buxel. El uso de dicha estructura monumental en la Edad del Hierro, que se interpreta como de carácter funerario, se define por la fecha radiocarbónica, pero además se haya a 750 m del Castro Marzán, un poblado fortificado de la Edad del Hierro. Por ello se concluye que esa zona ritual-funeraria del Bronce Final siguió usándose durante la Edad del Hierro (Ibid.: 175-178). Si ello responde a un patrón similar al de Mirás puede pensarse que un poblado del Bronce Final se encuentra muy próximo a un castro siendo éste el sustituto poblacional de aquel. La continuidad entre ambos mundos también se percibe en el uso continuado de la misma estructura ritual.

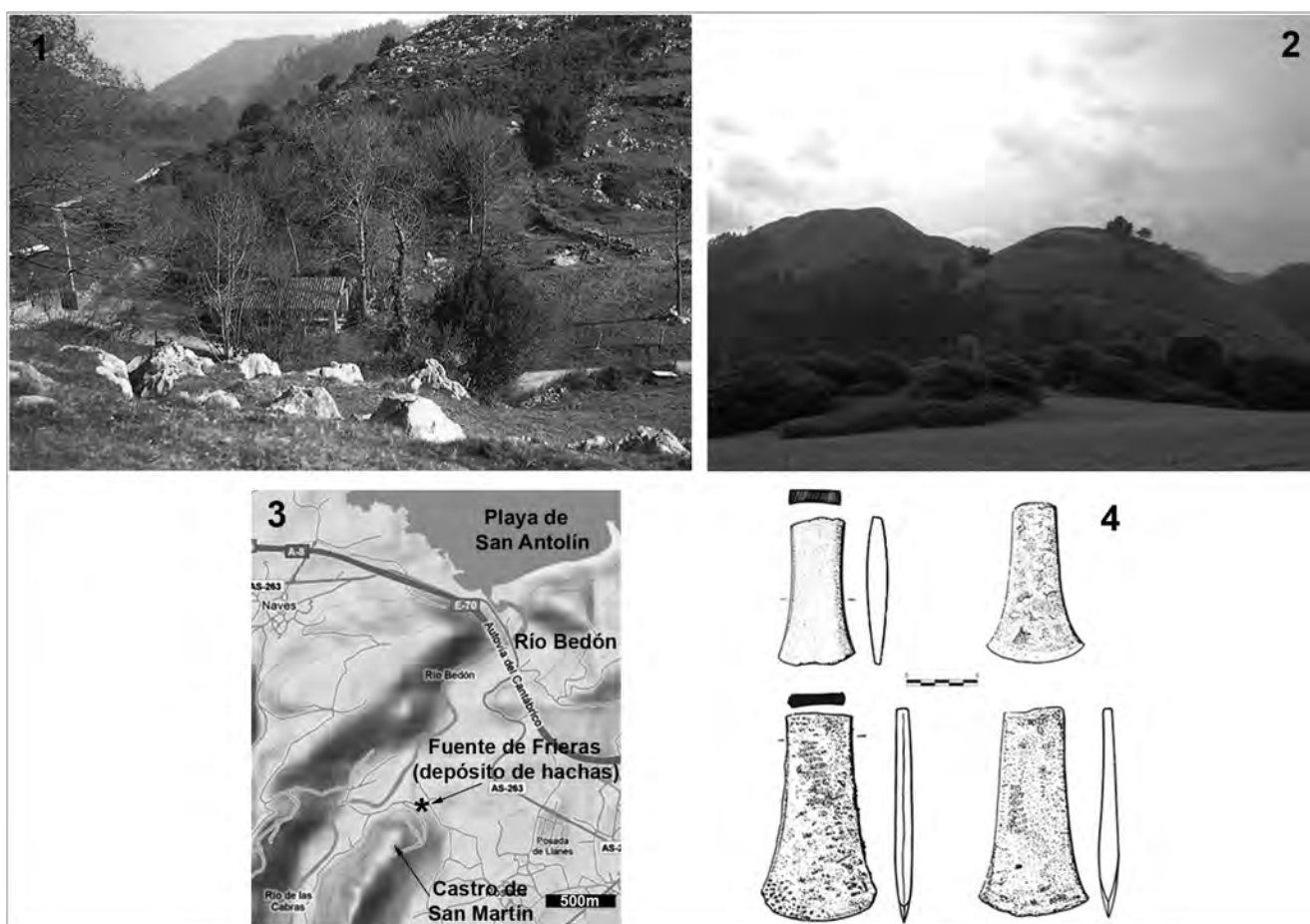
La importancia de estos ejemplos es grande porque nos indican como las aldeas abiertas del Bronce Final en nuestra zona de estudio pueden ubicarse muy próximas a los castros, ya que así ocurre tanto en las comarcas donde los primeros poblados en alto se dieron ya en la Fase I a o Bronce Final II/III tradicional, caso del grupo Baioes-Sta. Luzia, de la zona entre el Douro y el Lima, de la Veiga de Chaves o de la de las Rías Baixas-Miño (González Ruibal 2003a: 68, 70), como en la que no se dio el fenómeno castreño hasta la Fase I b o Primera Edad del Hierro, como es el área cantábrica, que aquí estudiamos, y la mitad septentrional de Galicia. Con respecto al norte meseteño veremos más abajo como a fines del segundo milenio se continuaba dando una dicotomía entre poblados en llano y poblados en altura que ya vimos que arrancaba, al menos, de la fase Parpantique-Cardenosa, correspondiéndose en este caso con los poblados cogotianos los cuales, poco después del



**Figura 2.28:** reconstrucción hipotética de un poblado en altura del Bronce Final en Galicia (en González Ruibal 2003a).

cambio de milenio, serán sustituidos por los del Soto formativo, sin que ello suponga un cambio drástico en el modelo económico, aunque sí en el de poblamiento.

Ya dijimos como para el mundo cantábrico no hay casi evidencias de poblados del Bronce Final. Hemos de suponer, y sobre todo después de analizar el panorama arqueológico que se da en el Noroeste, que las aldeas abiertas de pequeño tamaño que ya supusimos para el Bronce Antiguo debieron de darse sin interrupción hasta el comienzo de los primeros poblados en altura fortificados o castros en la zona. Por otro lado la zona central cantábrica, con el río Sella como límite occidental, parece tener un empleo de las cuevas como lugares tanto de habitación como funerario al menos hasta los comienzos de la Edad del Hierro, sino es que continúan durante esta fase. Dicho fenómeno es continuación de los rasgos culturales que se dan en la vertiente atlántica del País Vasco. No obstante, y especialmente para el sector occidental cantábrico, puede aventurarse un paulatino cambio de modelo a partir de mediados del II mil. cal AC, en donde se frecuentarían cada vez más, y dentro de la movilidad residencial característica de esta época, lugares destacados en el paisaje o protocastros. Más arriba nos referimos a los niveles de incendio previos al castro de la Campa Torres. Ya explicamos como pueden vincularse a una acción deliberada de unos grupos humanos centrados en el clareo del bosque para sus fines agropecuarios. Pero lo interesante para nosotros es que ese incendio se dio en el Bronce Final y en un lugar estratégico, el Cabo Torres, con un amplio control visual tanto hacia el mar como hacia el interior debido a la altura a la que se encuentra. La llanada interior del castro ha sido excavada ampliamente, aunque al detectarse allí estructuras cuadrangulares romanas no se profundizó más en dichas excavaciones, eludiéndose de este modo la constatación ya no sólo de posibles hábitats del Bronce Final, sino de los seguros niveles de la Edad del Hierro (fases I y II) que allí han de localizarse.



**Figura 2.29:** depósito votivo de la fuente de Frieras (Posada la Vieja, Llanes): 1. Fuente de Frieras; 2. Castro de San Martín; 3. Mapa de localización; 4. Depósito de hachas (1 y 4 a partir de Blas 1999b, modificado; 2 fotografía del autor, y 3 a partir de <http://maps.google.es/maps>).

También, hipotéticamente hablando, pero siguiendo un esquema que ya hemos visto en el castro coruñés de Mirás, es posible que el presumible poblado del Bronce Final pueda estar ubicado en los alrededores de castro, como es la llanada previa a éste, hoy ocupado por una industria. Se revela como importante, a partir de cambios teóricos en relación al paisaje y a la concepción del “sitio arqueológico” no como elemento aislado en el espacio, que de aquí en adelante se sondeen también los espacios exteriores a los recintos castreños para poder constatar no sólo posibles poblados previos, sino también algo tan fundamental para la comprensión de la prehistoria reciente como son los campos de cultivo. En esta línea habría que preguntarse si alguno de los agujeros de poste relacionados con estructuras habitacionales en la base de la secuencia estratigráfica tras la muralla de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001) no pudiera estar poniendo de manifiesto alguna ocupación previa precastreña. En la misma dirección podrían entenderse también algunos de los paleosuelos, aunque carentes de cualquier repertorio instrumental, datados radiocarbónicamente en castros del occidente de Asturias, y en fechas precastreñas que calibradas se englobarían en el s. XII AC (Villa 2003: 116), aunque a dos sigmas llegan como límite más antiguo hasta los

ss. XV y XIV cal AC. Este parece ser el caso de ciertos niveles de los castros de Pelou y Chao Samartín (ambos Grandas de Salime), y de Os Castros de Taramundi, con dataciones radiométricas que lo avalarían (ver capítulo 3), pero de los que poco más se ha dicho. Como decíamos pueden ser testimonios de protocastros o, lo que es lo mismo, de frecuentaciones de lugares en alto y conspicuos en el paisaje a lo largo de la segunda mitad del II mil. cal AC por parte de los grupos nómadas cantábricos, que explicaría por qué algunos de estos lugares fueron escogidos en la Primera Edad del Hierro para fundar los primeros poblados estables o castros, ya que serían lugares ampliamente conocidos, frecuentados y connotados míticamente desde momentos previos.

También en el mundo cantábrico, pero ya en su área oriental -provincias de Vizcaya y Guipúzcoa- hay algún ejemplo que nos permite contextualizar lo propuesto para la Campa Torres, ya que si bien allí las dataciones radiocarbónicas parecen situar el fenómeno castreño en fechas muy similares a las del Cantábrico centro-occidental (transición del s. IX-VIII cal AC), existen evidencias de algún castro con niveles previos como Buruntza (cerca de Andoain, Guipúzcoa), con una fecha radiocarbónica situada entre el 1050-860 AC., aunque asociada a materiales poco significativos y

procedentes de un reducido sondeo (Peñalver 2001: 63).

Otras posibles evidencias cantábricas para asentamientos en este periodo proceden de la información que se puede extraer de los hallazgos metálicos. Ya tendremos ocasión al final de este capítulo de entrar en las tediosas reflexiones de la cronología comparada a partir de útiles metálicos para poder extraer, como objetivo último, alguna información de tipo social. Tan sólo diremos aquí que el esquema clásico que sitúa las hachas planas como del Bronce Antiguo y Medio, para ser sustituidas en este último periodo por los palstaves sin asas y ya en el Bronce Final por los palstaves de una y dos anillas se presenta a día de hoy como pobre e inexacto, especialmente cuando recientes excavaciones han perfilado otras cronologías. Que las hachas planas perduraron en el Bronce Final es obvio ya que suelen ser las típicas formas de los asentamientos Cogotas I. No tenemos por qué pensar que no fuera así también en el mundo cantábrico, cuando hemos visto que una de sus características fundamentales es la perduración en tiempos largos de sus formas culturales, es decir, el conservadurismo cultural. Más aún cuando los tipos por excelencia del Bronce Final en el mundo norteño, las hachas de talón y anillas y las hoces, a medida que se suceden las excavaciones científicamente aceptables nos obliga a situarlas principalmente como propias de la fase siguiente, la Primera Edad del Hierro, algo que ya se sospechaba hace tiempo debido a reiteradas ubicaciones de las mismas en las cercanías o en los propios castros. Ello no es óbice para hacer arrancar las hachas de talón y anillas de al menos un Bronce Final II clásico y que en parte podríamos hacer coincidir con nuestra Fase I a.

Más arriba tuvimos ocasión de presentar los argumentos a favor de dataciones recientes dentro del Bronce Final para ciertas hachas planas, especialmente de las de filo distendido. Ahora añadimos al argumento el caso concreto del conjunto de la fuente de Frieras (Posada la Vieja, Llanes), ya que su ubicación a los pies de un monte, que localmente se conoce como Cuesta Sabina, nos muestra un lugar paradigmático en lo que a lugares conspicuos se refiere (fig. 2.29). Así como la prospección directa no ha ofrecido materiales significativos la fotografía aérea y el reconocimiento del lugar nos permite apreciar que su cima redondeada es lo suficientemente amplia como para albergar un caserío, especialmente en los hasta tres aterrazamientos / taludes que se aprecian, y que perfectamente pueden tratarse de defensas arruinadas ya de la fase castreña del lugar. Se trata, por otro lado, de un monte a modo de espolón prácticamente exento, separado de la sierra en la que se ubica por una depresión que funciona a modo de foso natural, y yuxtapuesto al curso bajo del río Beón/Les Cabres -una de las principales vías de comunicación entre la costa oriental asturiana y la

zona de los Picos de Europa- y muy próximo a la desembocadura de éste en la inmediata Playa de San Antolín de Bedón. Está rodeado por las sierras planas del Llanu de Santa Ana, Llanu de Villahormes y Llanu de Cardosu, con abundantes monumentos tumulares. Podría tratarse de un poblado eventual al modo de los protocastros mencionados más arriba, que además comparte un esquema muy parecido con el ya mencionado castro de Buruntza, en este caso ubicado en un monte muy similar en el curso bajo del río Oria. Si en un futuro pudiera demostrarse que este monte junto a la fuente de Frieras albergó un hábitat de tipo conspicuo en el Bronce Final permitiría entender mejor el depósito de hachas planas que fue ofrendado en su base, del mismo modo que tiempo después se depositaron palstaves con anillas en los alrededores de los primeros poblados fortificados. No obstante creemos que pese a estas hipotéticas ocupaciones del lugar durante el Bronce Final la morfología apreciable en la actualidad (las mencionadas terrazas) deben ser consecuencia de la ocupación del lugar a modo de poblado fortificado en la Edad del Hierro, es decir, como castro (ver en el capítulo 3 el Castro de San Martín de Posada la Vieja, Llanes). También refuerza nuestra hipótesis el hecho de que apareciera un hacha muy similar, tipo Barcelos, en la ladera de lo que luego será un castro de la Edad del Hierro, el Pico Sulcastro de Quintanilla de Babia (norte de León) (Gutiérrez González 1985: 31-32). Un caso muy similar lo encontramos en el hacha de la Edad del Bronce encontrado en el pueblo de Entrepeñas (parroquia de San Julián de Box, concejo de Uviéu/Oviedo), ya aludida más arriba, puesto que es posible que apareciera muy próxima al castro del Picu la Torre (Fanjul y Menéndez 2004: 115). Respecto a las hachas de Redipollos y Boñar, citadas en la sección del Bronce Antiguo y Medio, sus morfologías son aparentemente más antiguas, puesto que son similares a las hachas-escoplo ya descritas. No obstante una apareció en la Vega de San Pedro, sugestivo topónimo próximo a El Castro Velloso (Redipollos, norte de León), y la otra muy cerca de La Peña Salona, otro recinto fortificado de la Edad del Hierro (Ibid.: 191-192, 199), por lo que quizás estén marcando lugares de hábitat precastreño y muy próximos a poblados de la Edad del Hierro, aunque por la tipología de dichas hachas preventivamente no podamos situarlos en el Bronce Final.

Como estamos viendo estos posibles poblados de las fases postreras del Bronce Final se hallarían en lugares relevantes en el paisaje y algunos de ellos junto al mar o muy próximo a él, en todo caso controlando grandes rutas, sean costeras o de costa-montaña. Siguiendo esta misma disposición se encuentra el castro de Hinojedo (Suances), ya en Cantabria. Supuestamente en la "hombrera" de este yacimiento, al que aludimos con motivo de la cerámica del Bronce Antiguo que allí fue exhumada, apareció un puñal de

lengua de carpa (Giribet 1999: 26), que algunos vinculan con los tipo Porto do Mos (Arias y Armendáriz 1998: 56). Aunque quizás haya que tomar con cautela dicha adscripción ya que como recientemente se afirmó el puñal apareció cerca de la casa de un coleccionista (Peralta 2003: 45, nota 263). De todos modos podría dejarse abierta la posibilidad de un hábitat de comienzos del milenio antes de la era en este lugar y que con este pudiéramos asociar una punta de lanza que seguro procede de allí (Arias y Armendáriz 1998: 56).

Es muy complejo relacionar productos metálicos con posibles poblados debido a que la mayoría surgieron por hallazgos casuales, impidiendo por ello que se estudien los contextos de aparición, si bien es verdad este tema es algo que ha importado poco a los investigadores en general, más centrados en disquisiciones cronológicas. No sabemos exactamente qué número de hachas de talón y anillas puede estar reflejando ocupaciones del Bronce Final en lugares próximos a su lugar de aparición. Es un tema complejo, como veremos, puesto que las hipótesis basadas en la evolución formal de los tipos, algo que en principio nos permitiría diferenciar entre las hachas del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro asociadas a castros, no parece corroborarse. Respecto a las hachas de talón sin anillas hoy tiende a pensarse que las primeras copias locales, sean sobre morfotipos bretones o normandos, se debieron realizar a partir del 1200-1100 a.C., y que pronto comenzarían a convivir con las de una y dos anillas (Suárez Otero 2000: 20-23). Por ello el hacha de talón sin anillas de Pruneda (Nava, Asturias), producción seguramente local acompañada de otras hachas de talón y anillas, pudiera vincularse a nuestra Fase I a previa al fenómeno castreño. El hallazgo de este depósito de al menos cuatro hachas se produjo por parte de un campesino realizando labores agrícolas en la falda o en la propia cumbre de un pequeño cerro en corona conocido como Cogolla o Castrillón de Cesa (Nava) (ver fig. 2.18), que ya fue catalogado por José Manuel González como un recinto castreño (en Blas 1975: 136-137). La escasa superficie habitable del lugar (10 x 15 m.) y la ausencia de evidencias de fortificaciones complementarias (fosos) al escarpe de más de 3 m. con el que cuenta el lugar, ha hecho que recientemente se descartase como castro (Fanjul 2005: 111), y se haya catalogado como una torre medieval. Nos parece errónea esta clasificación y creemos que si la cronología del lugar no se encuadra dentro de los castros en lugares conspicuos de la Primera Edad del Hierro habría que pensar en un poblado en altura del Bronce Final, usando un lugar de monumentalización y defensas naturales, como en el caso antes mencionado del monte junto al depósito de Frieras (Castro de San Martín) o de las fases de las postrimerías de la Edad del Bronce previas a los castros de la Campa Torres, Chao Samartín, Peláu u

Os Castros de Taramundi. Que entre el conjunto de palstaves haya un hacha sin anillas podría apuntar hacia esa cronología temprana, a no ser que planteásemos también la posibilidad de ciertas perduraciones de hachas de talón sin anillas durante la Primera Edad del Hierro (Fase I b). De todos modos, aunque esta disquisición sólo podría dirimirse con una intervención arqueológica en el lugar, las fechas que deben barajarse para este yacimiento han de moverse entre las fases I a y I b de nuestra cronología y no en periodos medievales. Respecto al otro palstave sin asas de la zona cantábrica, el hoy desaparecido de Virgen de la Peña, por su ubicación en los aluviones del río Saja (Giribet 1999: 24), parece ser un ejemplo más de un depósito acuático que, como veremos, comenzaron a darse en el ámbito septentrional principalmente durante el Bronce Final.

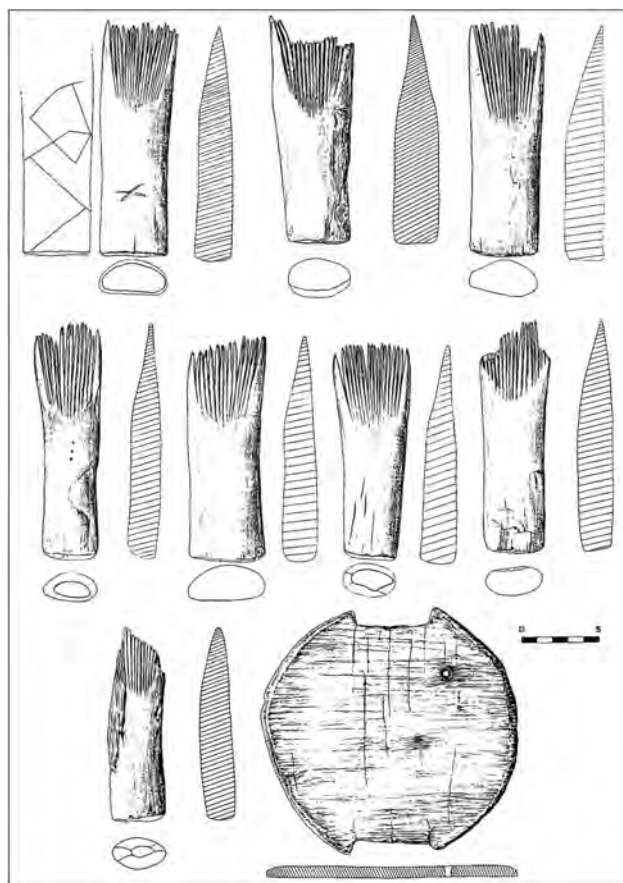
Estos escasos datos pueden indicar que en el Bronce Final, quizás ya en los albores del cambio de milenio, se dieron algunos ejemplos de ocupaciones de lugares conspicuos en el paisaje, aunque la mayoría de lugares de hábitat estarían aún a media ladera como ya propusimos para el Bronce Antiguo/Medio, ya que sino sería raro no haber encontrado nítidos niveles precastreños en alguno de los poblados fortificados de la Primera Edad del Hierro excavados científicamente. Como excepción a lo que acabamos de comentar se encuentran las dataciones de un galbo y un cuello cerámico por TL en la segunda mitad del II milenio a.C. en un nivel aparentemente de la Edad del Hierro del castro del Alto de La Garma (Omoño, Cantabria). Si están en lo cierto sus excavadores habría que relacionar esos fragmentos cerámicos con remociones realizadas en la Edad del Hierro sobre niveles de ocupaciones previas al momento castreño y relacionables con la amplia secuencia de enterramientos de la Edad del Bronce ubicados en las diferentes cavidades al pie de este monte, como veremos más abajo (Arias y otros e.p.). Sería uno de los pocos casos en los que se han documentado claros restos previos a la Edad del Hierro en un recinto castreño en el mundo septentrional peninsular, que de nuevo indicarían la tendencia de los grupos nómadas septentrionales a ubicar sus campamentos en lugares conspicuos durante el Bronce Final. De todos modos habría que ser cautelosos con las fechas obtenidas mediante TL porque aún no son del todo fiables sus resultados (ver discusión en el capítulo 3).

Por otro lado algunos autores apuestan por el Bronce Final como el último periodo de la zona cantábrica en donde se dieron hábitats en cueva. El problema de esta información es que muchas veces los escasos restos encontrados en las cavidades no fueron atendidos correctamente por sus excavadores, más interesados en los niveles paleolíticos y mesolíticos. Además, las interpretaciones vertidas para lo que se llamó “cultura de las cuevas” en muchas ocasiones no consiguen diferenciar si los restos estudiados

corresponden a asentamientos temporales relacionados con los movimientos transterminantes de ganado, si realmente son lugares funerarios o ambas cosas a la par. En otros casos parecen ser depósitos votivos, de objetos metálicos y cerámicas, que siguieron dándose en la Primera Edad del Hierro. Esta práctica es relacionable con las ofrendas de objetos metálicos en galerías de minas, como tendremos ocasión de estudiar. Otro problema añadido es el escaso valor diagnóstico de la cerámica encontrada en estos lugares ya que si bien para el Bronce Antiguo contamos con una seriación mínimamente funcional ello se desvanece al llegar al Bronce Final.

Centrándonos en las cavidades usadas como hábitat diremos que se reparten por el cantábrico oriental y central (provincias de Guipúzcoa, Vizcaya y Cantabria), encontrando de nuevo el límite cultural de dicho fenómeno en el río Sella, en el oriente asturiano. Es significativo que en la provincia de Vizcaya frente a 59 cavidades en donde se han documentado enterramientos -desde el Neolítico al Bronce Final- (Armendáriz 1990: 154), tan sólo tres de ellas ofrecen lugares de habitación del Bronce Final/Edad del Hierro -Arenaza (Galdames), Goikolau (Berriatua) y Lumentxa (Leikitió) (Cancelo 2005: 416-417). Una de las características de estos poblados en cueva del País Vasco es que han ofrecido un elenco cerámico más diversificado que en los poblados, como es el caso de los vasos globulares con digitaciones y ungulaciones en el borde, con cordones horizontales o en guirnalda que también albergan digitaciones, como los de Lumentxa, que, aunque se han relacionado exclusivamente con otros ejemplares de Navarra (Ibid.: 422), veremos como son muy similares a algunos cacharros de Cantabria, y como son tipos que abarcan desde el Bronce Antiguo a la Primera Edad del Hierro en la zona central del mundo cantábrico.

En Cantabria la ingente labor de numerosos grupos de espeleología arqueológica ha permitido obtener un catálogo amplísimo de cavidades con evidencias prehistóricas e históricas. Es llamativo el hecho de que hace más de una década ya se habían contabilizado 157 cavidades pertenecientes al grupo "Prehistoria con cerámica". De éstas al menos La Cervajera, cueva de San Vitores, parte de La Lastrilla, Cubrizas y el Puyo se situarían en el Bronce Final, sin que se añada mucho más sobre ellas. Deberíamos restar del listado la del Puyo ya que sus veinte estructuras tumulares indican un uso funerario. Lo mismo sucede con la de La Cervajera, con túmulos de pequeño tamaño y donde también apareció una lanza de bronce y cerámicas (Serna 1992: 262; Muñoz Fernández 1992), y por tanto más asimilables a ofrendas funerarias que a evidencias de un hábitat. Para otros (Ruiz Cobo 1992) las cuevas con restos de habitación del Bronce Final son la cueva del Llano, La Lastrilla, La Hoz y los últimos niveles de Castañera, que serían usadas como refugios de pastores desde el



**Figura 2.30:** instrumental textil en madera del Bronce Final (Cueva del Aspio, Ruesga) (Serna y otros en Peralta 2003).

Bronce Pleno y en donde el hábitat se corroboraría por los restos de huesos de ovejas, cabras, vacas y cerdos, por el polen de cereal y por los molinos barquiformes. Restos muy similares a los de la Boca B de la cueva de la Cuesta de la Encina y los de la cueva de los Murciélagos (ver más arriba), a los que se añadirían restos de actividades predatorias marinas en forma de moluscos y con la ventaja de contar con sendas dataciones que sitúan esos lugares en el Bronce Final (Arias y Ontañón 2000). Dentro del espectro de actividades realizadas en las cuevas habría que añadir también, evidentemente, las artesanales. En este sentido puede interpretarse el instrumental de tejedor realizado en madera de cueva del Aspio (Ruesga, Cantabria), ahora reinterpretado como del Bronce Final gracias a una datación radiocarbónica (en Arias, Ontañón, Cepeda y Cueto e.p.) (fig. 2.30).

Por tanto, en economías donde la movilidad residencial, causada por la necesidad de trasladar el ganado en busca de pastos frescos, fue alta, las cuevas fueron un buen refugio temporal tanto para las personas como para sus ganados, y de hecho, hasta hace bien poco, abrigos y cuevas han seguido usándose en este sentido en el majadeo tradicional cantábrico (por ejemplo los diferentes abrigos en donde se documentan las pinturas esquemáticas de Fresnéu, Teberga, o algunos con restos prehistóricos al este de Cantabria). El ganado ovino, caprino y bovino tiende a refugiarse en las cuevas para evitar las



altas temperaturas y los insectos. Además, a los pastores les interesaba reunir allí a sus ganados para evitar los estragos de algunos depredadores como los lobos. Otra ventaja añadida es que las cuevas mantienen una temperatura constante y son buenos lugares para mantener la carne, la leche y el queso (Fernández Vergara y Molinero 2003). En este sentido se han documentado una serie de abrigos con estructuras subactuales de cierre para el ganado, así como otras con evidencias de uso prehistórico -como el abrigo de Carlos- en el oriente de Cantabria que se hayan en evidente relación con rutas que comunican la costa con los pastos de alta montaña, y en lugares en donde existen manantiales cerca (Ibid.).

El hábitat en cueva hasta el Bronce Final ha sido interpretado como un rasgo de primitivismo, pues son “formas de vida arcaicas”, que desaparecerían con la llegada de aportes celtas de la Meseta celtibérica en la Primera Edad del Hierro, sin descartar la llegada de gentes nuevas, que es “cuando seguramente cristalizaron los cántabros como formación étnica definida” (Peralta 2003: 47, 51). Sin embargo creemos que la perduración del hábitat en cueva durante el Bronce Final y su presunta desaparición en la Edad del Hierro, manteniéndose el uso de las cavidades exclusivamente para actividades culturales y funerarias, no debe explicarse por la sustitución de una cultura primitiva por una cultura celta más elevada, es decir, desde un difusionismo tradicional que niega la capacidad de cambio endógeno en los grupos sociales, sino que creemos que tiene que ver con una alta movilidad residencial en el Bronce Final, siguiendo modos de vida que vienen de época megalítica, en donde las cuevas y abrigos serían el mejor complemento a los poblados abiertos en llano o ladera, así como a los que presumiblemente aparecen en altura en este momento. Si la primera Edad del Hierro supone el fin de este tipo de hábitat complementario, aunque falta aún una investigación profunda en este sentido, ello debe ser un síntoma más de que los primeros castros supusieron un recorte en la movilidad de los grupos así como una incipiente territorialización, y no tanto una escapada del primitivismo por parte de aquellas gentes.

Por último, el límite cultural que de nuevo es el río Sella, ya que en el oriente de Asturias aunque no existen evidencias claras de hábitat troglodítico sí lo hay de restos funerarios, debe explicarse mediante cuestiones culturales como es la recurrencia de esos espacios por grupos con cierta identidad cultural -como los ya definidos para el Bronce Antiguo/Medio-, y no por cuestiones geológicas, ya que al menos todo el sector central asturiano cuenta con numerosísimas cavidades kársticas y allí de momento aún no se han encontrado paralelos para este fenómeno.

### **Las heterogéneas evidencias funerarias cantábricas.**

Son numerosos los castros de la Primera Edad del Hierro del occidente asturiano que cuentan en sus inmediaciones con túmulos, lo que unido al dato del enterramiento cistoide en la acrópolis del Chao Samartín (Villa y Cabo 2003) -castro que también se sitúa al final de una gran zona allanada repleta de túmulos- debe hacernos plantear la hipótesis de que al menos en el occidente de Asturias y ciertas partes del Noroeste hubo enterramientos tumulares, alguno de ellos cistoides, hasta enlazar con la Edad del Hierro. Recientemente se ha conocido por la prensa las excavaciones arqueológicas desarrolladas en un túmulo funerario localizado en las proximidades de la estela discoidea próxima al Castro de Coaña (Murias 2007), de la que sabemos que se encuentra en una loma unos 800 m. antes de llegar al castro del Castellón de Coaña (García y Bellido 1942a: 232, nota) y que sin duda debe asociarse a dicho castro y por tanto fecharse en la Edad del Hierro o puede que en época altoimperial. Los técnicos de la Consejería de Cultura del Principado que siguen el caso han declarado ante la prensa que poseen “constancia fidedigna de que es un antecedente [el túmulo] del castro de Coaña” y que en los alrededores de dicha estela y túmulo han aparecido “numerosas muestras de joyería castreña” (Murias 2007). Sin más datos lo único que podemos aventurar es que parece que se ha dado la reutilización del mismo espacio cultural por parte de los pobladores del Castellón de Coaña, puede que con un sentido funerario, y que se abre la posibilidad de que este túmulo pueda fecharse en la los comienzos de la Primera Edad del Hierro, al igual que en el caso del Chao Samartín, y por tanto relacionable con la primera fase de ocupación del Castellón de Coaña. Ello vincularía de nuevo a los últimos túmulos con los primeros castros. Los conjuntos tumulares de la sierra aplanada en donde se encuentra el castro del Chao Samartín poseen variada tipología y tamaño, destacando algunos con cista a modo de cámara, mientras que la agricultura ha desmontado ampliamente la morfología de los mismos. Se proponen reutilizaciones y recrecidos desde la fundación del fenómeno en tiempos neolíticos hasta su abandono en la “Edad del Bronce”. Recientemente se ha datado uno del conjunto del Chao de Cereixeira, que, al igual que Canadeiro I, nos lleva al IV milenio. No obstante son los más grandes de los localizados en estos extensos conjuntos (Villa 2009a).

Para el Noroeste se ha planteado que en la segunda mitad del II milenio a.C. se produjo un fenómeno de reaprovechamiento y construcción de nuevos túmulos de pequeñas dimensiones, caracterizados por la ausencia de ajuares destacados y de cámaras ortostáticas, sustituidas por anillos líticos centrales, con suelos preparados o una sencilla losa a

modo de estela, acompañada o no de fosas/pozos. Se plantea también que se habría dado una traslación de la deposición de objetos metálicos de las tumbas a los depósitos votivos acuáticos y terrestres, ya que en las tumbas más recientes dentro de la Edad del Bronce los ajuares brillan por su ausencia, no como en épocas precedentes (Fábregas y Bradley 1995: 157). Algunos relacionan este proceso con un cambio en las prácticas funerarias, desde las inhumaciones megalíticas a la cremación en momentos del Bronce Medio-Final (Aboal y otros 2005: 175). Al Norte del Miño, por lo tanto, habría tradiciones funerarias variadas (túmulos reaprovechados, contenedores cerámicos con inhumaciones...) (González Ruibal 2003: 94), y puede que ya alguna forma de cremación, como veremos más adelante. La misma variabilidad de tradiciones se percibe en la zona entre el Miño y el Douro, incluyéndose también cistas con inhumaciones o tumulos con incineraciones (Ibid.: 94).

Ya en tierras asturianas el castro de El Cortín dos Mouros (Brañavella, Santa Eulalia d'Ozcos) cuenta con una necrópolis tumular a escaso 100 m, y otros castros de Los Ozcos también se vinculan espacialmente a concentraciones de túmulos (Villa 2003: 13 y mapa; 2004a: 9-10). El castro de Pendia también se encuentra a los pies de una sierra con una alta concentración de túmulos (Blas 1987b: fig. 2), y en general en el valle del Navia se ven diferentes asociaciones espaciales muy estrechas entre túmulos y castros (Blas y Carrocera 1985: fig. 19). En la cuenca del Eo también contamos con casos de manifiesta cercanía como son los no más de 500 m. que separan al túmulo de Vado del Arca del recinto fortificado de Os Castros (Brul, Castropol) (Camino y Viniegra 1995: mapa). Precisamente en la costa occidental asturiana, entre las desembocaduras del Navia y del Eo, encontramos un castro como El Picón (As Corazas, Tapia de Casariego) con fechas de la fase I b y varias estructuras tumulares rodeándolo, hoy ya bastante arrasadas (Esperanza Martín Hernández com. pers.). En la cuenca del alto Narcea, en Ayande, hemos podido constatar, sobre la información de vecinos del lugar, la posible presencia de túmulos muy próximos al castro de San L. Luis, a unos 50 m de su muralla norte, así como en la falda de otros montes del concejo en cuyas cimas se ubican castros, como es el caso de El Castiellu, Pradiellu (fig. 2.31). En la cuenca media del Narcea también es elocuente que sobre el castro amurallado de Peña La Cabra (Cornellana, Salas) (Álvarez, Expósito y González 2005: 24) J.M. González (1976: 65) documentara un túmulo. Debido a todo lo anteriormente referido una hipótesis muy sugestiva sería entender que el fenómeno tumular perduró en el occidente de Asturias -cuenca alta del Narcea, del Navia y del Eo- al menos hasta el momento postrero del Bronce Final (o Fase I a), habiendo una continuidad cultural con los primeros castros de la Edad del Hierro (en la Fase I b) (capítulo



**Figura 2.31:** túmulos (flechas blancas) en la falda del castro de El Castiellu (Pradiellu, Ayande) (flecha negra) vistos desde la muralla del castro de San L. Luis (fotografía del autor).

3). Las fechas tanto del Bronce Final como de la Edad del Hierro de la estructura circular realizada con piedras en A Devesa do Rei (A Coruña), ya comentada más arriba, puede ser un buen argumento para apoyar esta idea. En esta línea recientemente se ha defendido que el castro del Picu la Forca (Grao), con fechas calibradas de comienzos del s. VIII AC es el continuador cultural y cronológico de los túmulos que se sitúan en la campera inmediata (Blas 1977; Camino, Estrada y Viniegra 2008: 32-33). Ya hace años se propuso que en lugares periféricos como Asturias, Cantabria o el Norte de León, en donde el poblamiento castreño sería retardatario -romano- con respecto al Noroeste o inexistente, el fenómeno tumular pudo perdurar más tiempo y sobrepasar a la Edad del Bronce (Fábregas y Ruiz-Gálvez 1994: 156). Hoy sabemos que el poblamiento castreño cantábrico no es romano, sino que arranca de la transición del s. IX al VIII cal AC. Ello no quita para que se pueda seguir abogando por el enlace cultural entre los últimos túmulos y los primeros castros, y entender así algunas dataciones radiocarbónicas de túmulos asturianos en el Bronce Final, pese a que el propio autor que presenta dichas fechas plantee dudas al respecto (Blas 2006).

Las numerosas cartas arqueológicas realizadas en Asturias, así como diversos inventarios de túmulos y castros, nos permiten adelantar que la contigüidad espacial y continuidad temporal percibida entre túmulos y castros en el occidente de Asturias también se observa, aunque de un modo menos intenso, en el resto de la región así como en Cantabria. De un reciente inventario de castros del sector central asturiano (Fanjul y Menéndez 2004) encontramos varios restos arqueológicos cerca de castros que permiten apuntalar nuestra hipótesis. A menos de 3 Km. del castro de El Cantu Riba (Mieres) se encuentra la necrópolis e insculturas de Navaliego. En Mieres La Llana el Rebuyu es un castro con dos líneas

concéntricas de murallas -por lo que podrían pensarse en dos fases, de la Primera y Segunda Edad del Hierro respectivamente- que cuenta con la leyenda de un *duernu* o caja de piedra con tapadera de piedra -una posible cista, paralelizable a la de la acrópolis del Chao Samartín- en cuyo interior aparecieron cenizas y varias figuras de metal. En este mismo concejo asturiano se encuentra el Picu Escucha, otro poblado fortificado con leyendas muy similares sobre cajas de piedra o *duernos* encontrados en este lugar y en los alrededores y que contenían cenizas y objetos de valor en su interior. También sobre un roquedo calizo protagonista en el paisaje se encuentra El Picu Castichu (Malvedo, L.Lena), castro que también cuenta con un cercano campo de túmulos (Ibid.: 80-121). El Picu Castiellu de Melendreras/San Emeterio (Bimenes), al pie de la sierra de Peñamayor por su lado occidental, y con un gran dominio visual de la zona central asturiana, posee en sus alrededores el túmulo de Piedrafitu (San Emeterio, Bimenes) (Díaz y Martínez 1995: 224-225 y figs. 1 y 2). El castro de Peñas Altas (Blimea, San Martín del Rey Aurelio) cuenta en sus inmediaciones no sólo con un dolmen sino también con petroglifos (Adán 1995: 222). También la ría de Villaviciosa, entendida como unidad fisiográfica y en donde se sitúan varios castros de la Primera Edad del Hierro como Camoca o El Campón del Olivar (capítulo 3), posee buenos ejemplos de túmulos tanto en los cordales que rodean y definen la cuenca como en las zonas llanas, como es la rasa costera (Camino 1997: 50-51). El propio castro de la Campa Torres, con fechas precastreñas del Bronce Final, se encuentra al final de una sierra plana que a pocos kilómetros recoge una de las mayores necrópolis tumulares de Asturias, la del Monte Areo (Camino, Estrada y Viniegra 2008: 30).

Tampoco hemos de descartar la posibilidad de que el fenómeno tumular perdure en el resto de nuestra zona de estudio hasta enlazar y solaparse con el fenómeno castreño ya que algunos datos del norte de León y Cantabria, básicamente toponímicos, así lo podrían indicar. Puede ser el caso de los dos túmulos ubicados en un pequeño collado entre el Pico Burín y el monte con el sugestivo nombre de Pico Castiello (Burón, León), en el alto Esla. Lo mismo podríamos aventurar para el túmulo de El Cumbre (Helgueras, Val de San Vicente, Cantabria), inmediato al Pico de los Moros (Arias, Pérez y Teira 1995: 38, 44). Aunque lo desalentador para la zona central cantábrica es que en las vecinas Vizcaya y Guipúzcoa todos los túmulos excavados son previos al primer milenio a.C. (Peñalver 2001: 55). Sin embargo J. A. Gutiérrez (1985: 37) comenta que las famosas hoces de Torre de Babia, muy similares a otras asturianas, seguramente aparecieron en el lugar del El Paredón, donde hay una cista cuadrangular formada por lajas, y donde los vecinos recuerdan que “se encontró un tesoro”. Estaríamos hablando entonces de un enterramiento

del Bronce Final o puede que de la Primera Edad del Hierro. El problema de esta interpretación es que es muy raro que tanto hachas, y sobre todo hoces, sean ofrendas funerarias, ya que en el mundo atlántico, como veremos, suelen ser las protagonistas de depósitos votivos, no funerarios. Ello no le quita verosimilitud a las fechas de este enterramiento/depósito votivo, ya vengan las hoces de la misma cista o de un presunto poblado en las cercanías.

De todos modos deberíamos aclarar que contigüidad espacial no significa que mecánicamente se diera una continuidad temporal, y si nos atrevemos a proponer esta hipótesis es básicamente por los indicios disponibles de A Devesa do Rei y del Chao Samartín, que demuestran el enlace cronológico y cultural entre ambos mundos, y por la posibilidad, ya corroborada en Galicia, de hallar poblados del Bronce Final en las laderas cercanas a los castros con los que en principio podríamos relacionar algunos de los túmulos que acabamos de ver. Tampoco habría que descartar la posibilidad, al igual que en el Noroeste, de otras formas funerarias en los momentos tardíos de la Edad del Bronce al margen de las tumulares, tales como las “sepulturas planas” -cistas sin túmulo y fosas- y/o arrojar los cadáveres a las aguas (Fábregas y Bradley 1995: 157, 159 y fig. 3). En concreto la cista del Chao Samartín podría ser del tipo de las que carecen de túmulo.

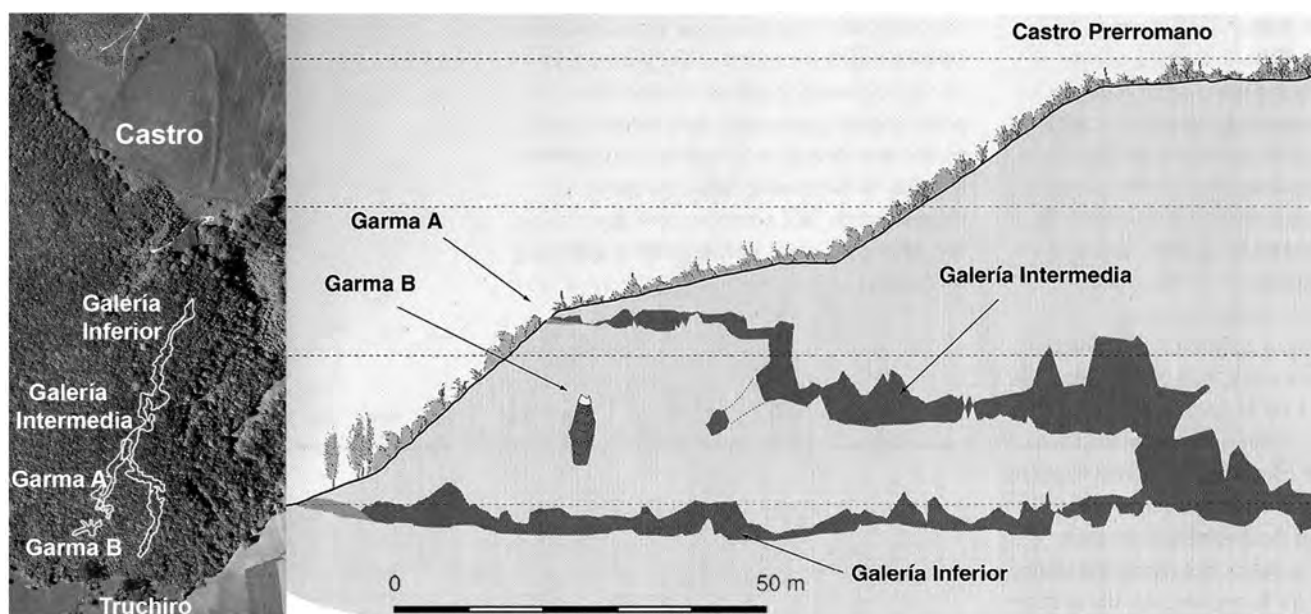
La tradicional suposición de que poblados y necrópolis del II milenio a.C. se hallan compartiendo espacios muy próximos entre sí, recientemente se ha corroborado en la península de Morrazo (Pontevedra). De nuevo intervenciones causadas por obras públicas han sacado a la luz varios yacimientos de los que destacamos la Devesa de Abaixo y Os Torradoiros. En el primero de ellos se localizaron al menos cinco estructuras funerario-ceremoniales, en concreto tres estructuras funerarias y dos de combustión. Las primeras consisten en pequeñas plataformas circulares pétreas que tapan fosas con rellenos de carbones, y que pudieron ser usadas tanto para cremaciones como inhumaciones, sin que haya restos antropológicos que puedan corroborar alguna de las dos hipótesis. En las hogueras se llevaron a cabo combustiones de baja intensidad. A escaso metros hacia el Oeste también apareció una pequeña cista, pero carente de indicios como para interpretar su pretérito contenido, junto a una estela y otra hoguera más. 130 m ladera arriba se enclava el yacimiento de Os Torradoiros, a todas luces un poblado abierto con gran variedad ergológica en cuanto a cerámica -entre los que destaca la cerámica campaniforme y un fragmento de un cacharro de este mismo estilo usado como vasija-horno- y con una estructura pétrea de planta elíptica de casi 6 x 5 m. Se propone para todo ello la interpretación de que se trate de un poblado abierto con su correspondiente cementerio en un periodo dilatado de tiempo

(Vázquez 2005: 65-68). Aunque no se cuenta con fechaciones radiocarbónicas para ninguno de los dos yacimientos, las formas y decoraciones cerámicas permiten barajar fechas variadas dentro de la Edad del Bronce para ambos yacimientos, como es el Bronce Antiguo, reflejado por la aparición de vajilla campaniforme, así como el Bronce Final, por ciertos paralelos cerámicos de A Devesa de Abaixo con poblados de este periodo en el norte de Portugal. Tampoco se descarta que, frente a la sincronicidad de ambos yacimientos en diferentes periodos, éstos pudieran ser fruto de ocupaciones intermitentes del mismo monte (Prieto, Tabarés y Baqueiro 2005: 120-124).

La idea de cremaciones durante el Bronce Final en la fachada atlántica peninsular no es descabellada ya que desde antiguo se conoce la necrópolis lusa de incineración de Alpiarça, en la que apareció cerámica tipo Baiões-Sta. Luzia. La necrópolis de Tanchaal dos Patudos, también en la zona de las beiras portuguesas y asociado al yacimiento de Alto do Castelo, ocupado en el Bronce Final, con sus dataciones radiocarbónicas cuya máxima probabilidad se encuentra entre mediados del s. XI y comienzos del IX cal AC, corrobora esa cronología. Lo mismo para la necrópolis de Parinho, con seis cistas con cremaciones en urna recubiertas por un gran túmulo, y estando las medias de sus dataciones radiocarbónicas en los ss. XII y XI cal AC. Y entre el mundo de las Beiras y el Miño también se ha documentado incineración en túmulos como los de Outeiro de Gregos, en Baiao, datable en la segunda mitad del II milenio (Vilaça y Cruz 1999: 83-85). Otros enterramientos de fechas parecidas se encuentran en la fachada atlántica francesa, por lo que, aunque en la vertiente atlántica del occidente de Europa no abundan los enterramientos durante el Bronce Final, no hay una ausencia completa de ellos (Vilaça, Cruz y Gonçalves 1999: 7-15 y cuadro1; Torres Ortiz 2002: 356-358). Lo que sí parece cierto es que no hay un ritual funerario estandarizado al norte del Douro en esas fechas (Fábregas y Ruiz Gálvez 1994; Fábregas y Bradley 1995), y que el mundo funerario del Noroeste tiende a ser reemplazado en el Bronce Final por un aumento de las ofrendas acuáticas y por un consumo conspicuo dentro del ámbito doméstico, esto es, dentro de los primeros poblados estables fortificados o castros (González Ruibal 2003a: 94-95). Muy similar es el proceso de la Submeseta Norte en donde las variadas tradiciones funerarias del Bronce Final (inhumaciones en silos amortizados, reaprovechamiento de megalitos e inhumaciones en cueva), vinculadas al mundo cogoteño, desaparecen al llegar la Edad del Hierro o mundo soteño (Esparza 1990), para volver a aparecer, ya bajo la forma de rituales funerarios estandarizados basados en la cremación en urna, en la transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro.

Serán, por otro lado, los enterramientos en cueva los que destaquen en el Bronce Final del norte peninsular, desde el extremo occidental de los Pirineos hasta, de nuevo, la cuenca del Sella. En Cantabria se contabilizan unas 350 cuevas con inhumaciones desde el Neolítico a la Edad Media, de las que entre un quinto y un cuarto pertenecerían a la Edad del Bronce (Arias y Armendáriz 1998: 68). Son importantes a este respecto los avances producidos en el País Vasco - incluyendo bajo esta denominación también a Navarra y al País Vasco francés- en donde se han contabilizado unas 230 cuevas con enterramientos, (Armendáriz 1990: 154). Una de las particularidades de estos yacimientos del cantábrico oriental que nos debe hacer ser precavidos es el hecho de que en muchas cuevas se ha documentado ocupaciones sucesivas en la forma de hábitat y de recinto funerario, haciendo difícil la interpretación de la cultura material allí encontrada (Ibid.: 154). Un claro ejemplo es la ya citada cueva del abrigo de Carlos, en el oriente de Cantabria, en donde próximo a un cierre de ganado moderno aparecieron huesos humanos de al menos tres individuos, piezas de sílex, cerámica a mano de bordes rectos, junto a un conchero y huesos de bóvidos y ovicápridos (Fernández Vergara y Molinero 2003: 156), que sus descubridores sitúan como de la Edad del Bronce. No sólo es poco clara la cronología de este abrigo dentro de una genérica Edad del Bronce, sino que nos hace plantear la duda de hasta qué punto ciertos restos de animales y vasos cerámicos que suelen interpretarse como testimonios de que las cavidades se han utilizado como lugares de habitación no sean realmente restos de ofrendas funerarias que en otro tipo de necrópolis no permanecen. Ello no quita que abrigos como este, protegidos del norte, fueran frecuentados por pastores en sus rutas ganaderas para hacer noche, al igual que Huentinegro, que también se sitúa en una zona de clara explotación ganadera. También para el País Vasco se proponen fechas para este fenómeno principalmente entre la transición Neolítico/Calcolítico y el Bronce Final/Primera Edad del Hierro, aunque en estos periodos finales decaería con respecto al Bronce Pleno. Además destacan las inhumaciones colectivas, con los esqueletos tanto flexionados como extendidos, sobre las individuales y sobre las cremaciones, que son muy minoritarias. Sólo en una docena de cuevas hay combustión de los huesos, desde cremaciones a incineraciones, y en algunos casos también huesos de animales han sufrido esta transformación mediante el fuego. Respecto a los ajuares, y especialmente en comparación con los de los contemporáneos dólmenes y túmulos, en las cuevas aparecen grandes vasos de cerámica que, sin embargo, no suelen formar parte de los ajuares megalíticos (Armendáriz 1990: 156-159).

Por todo ello no nos parece acertado entender el fenómeno de los enterramientos en cueva como sólo propio del Bronce Final y proponer este rasgo



**Figura 2.32:** ortofoto con el trazado de las galerías subterráneas y sección del complejo arqueológico de La Garma (Omoño, Cantabria) (a partir de Arias y otros 1999, modificado).

cultural como foráneo mediante paralelos cerámicos poco claros con la Meseta (Peralta 2003: 51). Ya hemos visto que enterramientos en cueva se dieron tanto en la Meseta como en la fachada atlántica y en el norte peninsular, en donde están presentes desde fechas tan antiguas como el Mesolítico. Es una forma de enterramiento muy extendida en la Península Ibérica y que viene de antiguo, por lo que no hay motivos para no entender que en el norte de España proceda de una tradición local propia que llegaría hasta la Primera Edad del Hierro, al menos, ya que este fenómeno en lugares como Cantabria llega hasta la Edad Media.

Respecto al amplio espectro cronológico de estos rituales un buen ejemplo de lo que decimos es el monte de La Garma (Omoño, al sureste de la Bahía de Santander) (fig. 2.32), en donde la cueva de La Garma A funcionó como lugar de inhumación desde principios del tercer milenio a.C. -varios individuos con un rico ajuar de sílex trabajado, como es una extraordinaria hoja de puñal- a la primera mitad del segundo milenio a.C. -huesos humanos con restos de cerámica, cuentas de collar y un colgante tubular en hueso, datados mediante TL y C14-. Otras cuevas del entorno (La Garma B, Peredo, Truchiro, etc.) al parecer también fueron utilizadas para fines muy similares (Arias, González, Moure y Ontañón 1999: 28) y han arrojado fechas ajustables al intervalo 1700-1400 cal AC, lo que no quita para entender que estos rituales arrancarían del III milenio a.C. y llegarían a entroncar con la Edad del Hierro (Arias y otros e.p.). Pero lo revelador de los enterramientos del conjunto arqueológico de La Garma es que en la cavidad de La Garma B de los dos objetos metálicos allí encontrados junto a numerosos huesos humanos desarticulados, huesos de animales como ovejas, cabras y cerdos, y moluscos, la punta de cobre con aletas y pedúnculo

parece ajustarse al contexto cultural en el que aparece, datado por C14 entre fines del III milenio y comienzos del II, pero no así una chapita de bronce ternario con un 14% de plomo y decoración repujada. Sus excavadores proponen un uso reiterado de esta cueva, en donde al menos se apreciaría un momento Calcolítico con cerámicas lisas, y uno de la Edad del Bronce con un ajuar más rico, así como del resto de las de la ladera meridional del monte de La Garma. Parece que lo normal es la deposición de los cadáveres directamente sobre el suelo, puede que ya descarnados y desarticulados, con ajuares variados, pero en donde los elementos metálicos son ciertamente escasos (Ibid.: 63-67).

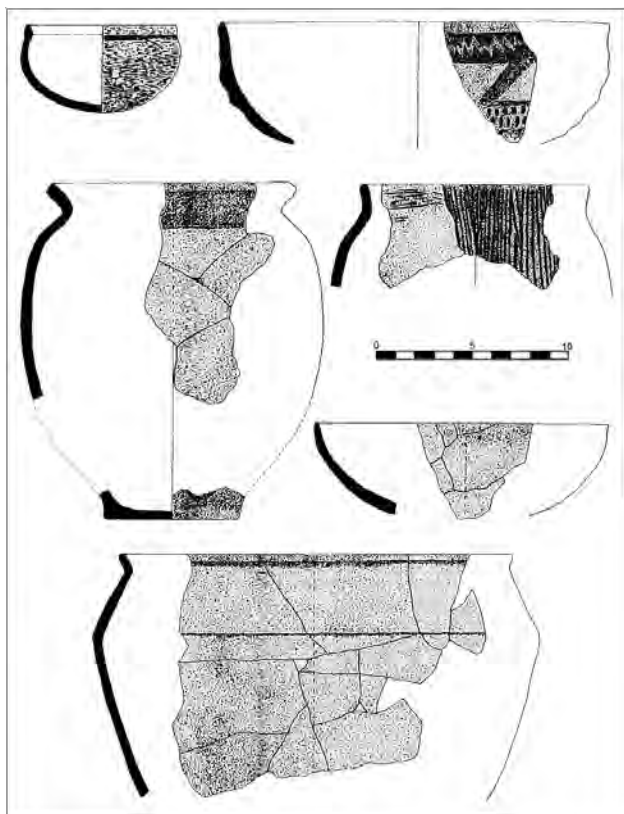
La “intrusión posterior” representada por la chapita de bronce ternario quizás sea mejor entendida a la luz de los hallazgos de las recientes campañas de excavación del conjunto arqueológico de La Garma, puesto que en la cavidad de La Garma A ha aparecido un túmulo de piedras con huesos humanos, alguna pieza metálica y cerámicas parecidas a las del castro (Arias y Ontañón en Marín 2004). Por lo tanto podemos decir que este enterramiento en cueva se puede fechar al menos en la transición del s. IX al VIII a.C., momento de origen de los poblados fortificados en el norte peninsular, y en concreto del castro de La Garma (ver cap. 3). De hecho el uso cultural de las cuevas, especialmente en un sentido funerario, se siguió dando a lo largo de la Edad del Hierro, como veremos en los próximos capítulos. Esta característica y la cuestión de que algunas producciones y decoraciones cerámicas se mantuvieron durante mucho tiempo -pensemos por ejemplo en los bordes con digitaciones y uñadas y en los cordones aplicados y decorados con la misma técnica, que parecen darse desde el Bronce Antiguo hasta la Primera Edad del Hierro al menos, en la zona central cantábrica- hace

que sea difícil, en ausencia de dataciones físico-químicas, marcar la cronología de muchos de estos enterramientos.

Además son escasos los datos publicados de estas cavidades y cuando se hacen raramente se acompañan de dibujos de materiales que permita ratificar las propuestas de los autores. Alis Serna (1992: 262) propone situar las cuevas cántabras de La Cervajera, la de San Vitores y parte de la de La Lastrilla en el Bronce Final por los materiales asociados, y Cubrizas y Puyo también por aparecer materiales tipo Cogotas I, sin que se añada mucha más información. El problema es saber qué se consideran materiales del Bronce Final ya que, como veremos, mucha de la metalurgia que tradicionalmente se ha interpretado como del Bronce Final hoy podemos reinterpretarla como la propia de los primeros asentamientos castreños de la Edad del Hierro (capítulo 3). Menos clara es aún la datación mediante paralelos cerámicos, como ya hemos visto. Y con respecto a los materiales, en concreto cerámicas, Cogotas I en la vertiente atlántica de Cantabria hay numerosas dudas de que realmente lo sean, pese a que se haya defendido su presencia para las cuevas del Linar (La Busta) y cueva Cofiar o de Los Trillos (Soba) (Peralta 2003: 47). Para el caso concreto de la segunda de ellas se alude a que puede que haya alguna cerámica de Cogotas I, pero serían muy pocos fragmentos y sin contexto claro (Fernández Manzano y Arias 1999: 5, nota 8), y respecto a la del Linar el objeto de comparación es un cacharro de carena media muy marcada que en absoluto es equiparable a las producciones cogotianas, como tampoco lo son sus motivos decorativos, consistentes en grandes dientes de sierra, que pese a estar realizados con la consabida técnica de punto en raya, no encuentran equivalentes entre las producciones meseteñas. Por todo ello seguramente se trate de una copia local y no de una importación (Blas y Fernández Manzano 1992: 410). Además, en diversos yacimientos del Bronce Medio/Final de Guipúzcoa y Vizcaya el pseudoboquite, las formas carenadas y los grandes dientes de lobo se consideran como técnicas decorativas de la tradición alfarera local (Olaetxea, Peñalver y Valdés 1990: 163), y son en definitiva los paralelos más estrechos para esta cerámica de Cantabria. Matizaciones muy parecidas pueden realizarse también para los supuestos influjos de los Campos de Urnas del Valle del Ebro, a los que se hace responsables del ritual incinerador -que no es mayoritario, no obstante, hasta al menos la Segunda Edad del Hierro, como veremos- y de la llegada de ciertas cerámicas excisas, en concreto algunas de la cueva del AER, valle del Soba, y otras de Santillana del Mar (Peralta 2003: 47). Con respecto a los materiales de la cueva del AER, lo que Eduardo Peralta entiende como cerámica excisa de los Campos de Urnas del Bronce Final (Peralta 2003: 47), y así poder

argumentar el celtismo de los cántabros desde ese periodo debido a su inclusión en el mundo meseteño, no son otra cosa que cerámicas acanaladas del Bronce Antiguo/Medio (Blas y Fernández Manzano 1992: 410) de las ya descritas al comienzo de este capítulo que, como vimos, lo que indican es la autonomía de las formas culturales septentrionales con respecto a la Meseta al menos desde la transición Calcolítico/Bronce Antiguo. Tampoco descartamos que ciertas decoraciones acanaladas perdurasen todavía a principios del primer milenio a.C. ya que se ven entre los primeros castros de la zona, pero siempre dentro de una tradición tecnológica local. Respecto a las cerámicas excisas de Santillana del Mar fueron descubiertas por Coffyn, pero en Lisboa, y ninguna otra publicación alude a ellas, por lo que podemos dudar de su localización (en Blas y Fernández Manzano 1992: 410). En lo que sí parecen estar de acuerdo los diferentes autores es que el fenómeno funerario en cuevas se dio mayoritariamente, al igual que ocurre con el País Vasco, en la vertiente atlántica de Cantabria (Blas y Fernández Manzano 1992: 409; Peralta 2003: 47), lo que no quita que haya cuevas sepulcrales también en el norte de Burgos y Palencia, o en Álava, pero ya enmarcadas en ambientes culturales distintos, que responden al grupo Cogotas I.

Uno de los mejores repertorios cerámicos para esta fase lo componen las diferentes vasijas asociadas a los numerosos enterramientos de la ya mencionada Cueva Cofiar o de los Trillos (Hoyo Masayo, Sierra del Hornijo, Soba). Allí, en una amplia galería de 500 m y dos bocas, se encontraron diferentes concentraciones de cerámicas, especialmente entre las diferentes estructuras pétreas de tendencia circular del Sector 2, ya en un tramo de la galería sin luz natural (Bohigas, Molinero y Muñoz 1992; Bohigas 2000). Al ser materiales recogidos en diversas prospecciones, y no mediante el método estratigráfico, albergamos dudas sobre la tajante fechación de todos los conjuntos en el Bronce Final por parte de sus prospectores, más aún si tenemos en cuenta la amplia secuencia de las diferentes cavidades del complejo arqueológico de La Garma, por ejemplo. Que algunos huesos humanos del Locus 2 tengan señales de haber sido quemados no lo consideramos un indicativo clarificador para fechar el conjunto en el Bronce Final. Tampoco las forzadas comparaciones de la cerámica aparecida con conjuntos tan dispares como los cogotianos, la cerámica de la Primera Edad del Hierro en Álava, los vasos campaniformes tipo Ciempozuelos o las cerámicas de la Segunda Edad del Hierro del castro asturiano de Caravía, más aún cuando estas comparaciones se realizan usando, por ejemplo, las superficies escobilladas de las piezas (Bohigas, Molinero y Muñoz 1992: 238-240). Se confunde así una de las técnicas más comunes de urdido de colombinos en las piezas realizadas mediante rotaciones lentas con una técnica



**Figura 2.33:** posible cerámica del Bronce Final de Cueva Cofiar o de los Trillos (Soba, Cantabria) (en Bohigas, Molinero y Muñoz 1992).

decorativa. Sin descartar que entre los muertos de la cueva Cofiar alguno viviera en el Bronce Antiguo / Medio debido a la comparecencia de un gran vaso bitroncocónico como los descritos páginas arriba, a no ser que este tipo también perdure en el Bronce Final, pensamos que las fechas del Bronce Final o Primera Edad del Hierro para los diversos enterramientos, en donde también aparecen huesos de mamíferos domésticos y de aves, podemos concedérsela gracias a los paralelos tipológicos de las cerámicas con las piezas aparecidas en castros de la Primera Edad del Hierro en la vertiente atlántica de Cantabria. Esas cerámicas de la cueva Cofiar (fig. 2.33) son diversos cuencos, de formas muy simples, alguno de ellos decorado con una técnica excisa en dos bandas, situándose en la más alta un irregular zig-zag (Ibid.: 233 y figs. 4 y 5). Podemos pensar que estas excisiones serían uno de los rasgos decorativos propios para la zona central cantábrica en el Bronce Final, ya que no parecen darse en los periodos previos. Dicha decoración es muy similar, aunque su factura es mucho más irregular, a las decoraciones excisas del valle alto y medio del Ebro (provincias de Álava y La Rioja principalmente) de la Primera Edad del Hierro que suceden a las vajillas Cogotas I en esta zona (Álvarez y Pérez 1987: 14-15). En concreto los zig-zag en positivo enmarcados por excisión son muy frecuentes en el yacimiento de Partalapeña (El Redal, La Rioja) (Ibid.: figs. 6-25) aunque las uñadas en el borde de este cuenco decorado de Cantabria lo sitúan en la tradición alfarera

local y por lo tanto podríamos pensar en una imitación de cacharros extracantábricos.

Aparte de los cuencos destacan dos ollas, una ovoide de base plana y cuello flexionado, borde oblicuo y labio aplanado, y otra de cuello que tiende a recto con fuerte escobillado vertical en la cara externa y horizontal en la interna (Ibid.: 235 y fig. 4). Ambos tipos de ollas y cuencos se encuentran en el repertorio cerámico del castro de Castilnegro (Medio Cudeyo-Liérganes) (Valle y Serna 2003: 367, 369 y figs. 4 y 5), que será objeto de estudio en el capítulo 3, y que cuenta con fases tanto de la Primera como de la Segunda Edad del Hierro. Las ollas de borde flexionado y labio aplanado parecen ser también las representantes de momentos más avanzados dentro de la Edad del Hierro ya que en la Cueva de Cofresnedo (Matienzo), en un ambiente funerario en donde habría enterrados al menos dos individuos jóvenes y dos adultos, se relacionan con objetos realizados en hierro y con una cuenta oculada de pasta vítrea (Ruiz Cobo 1999: 37-39). Tan solo adelantaremos que estos paralelos demuestran la continuidad cultural entre las comunidades del Bronce Final (o Fase I a) y la de los primeros castros en la Primera Edad del Hierro (o Fase I b) en la zona central cantábrica, tanto en lo que se refiere a las decisiones tecnológicas que tienen lugar en las manufacturas cerámicas como en las prácticas funerarias. Por lo tanto es necesario reformular estas características culturales de tiempo largo sobre el paradigma teórico de las actividades de mantenimiento (ver en caps. 3 y 4), lo que diverge de las ideas de aquellos que intentan explicar el origen de los castros desde perspectivas rupturistas fundamentadas sobre supuestas conquistas o difusiones masivas de elementos culturales meseteños, tildados de “célticos” en más de una ocasión.

También de prospecciones superficiales son los materiales de la cueva de La Lastrilla (Castro Urdiales), que, aunque en el oriente de Cantabria y fuera de nuestra zona de estudio, nos interesa por corroborarse en ella los enterramientos bajo túmulo de piedras en diversos periodos, abarcando también los comienzos del primer milenio a.C., como venimos viendo. Los materiales proceden de diversas partes y bocas de la cueva (Molinero y Arozamena 1992: 224-225). Hasta tres túmulos, con individuos inhumados y cremados, fueron expoliados de antiguo y poco más se sabe. Si permanecen algunos materiales como una olla cuya sencilla forma poco revela, una punta de flecha de bronce con pedúnculos y aleta, que junto a un colmillo de jabalí con perforaciones, nos hace pensar en fechas del Bronce Antiguo/Medio, y una punta de lanza de enmangue tubular (Ibid.: 224-227). La punta de lanza es muy similar a la obtenida en la cueva Cervajera (Guriezo), que se vincula con la aparecida en el depósito de Huerta de Arriba (Burgos) (Giribiet 1999: 26), y en la que ya dijimos que la punta de lanza apareció junto a cerámicas y pequeñas estructuras



tumuliformes. Frente a las puntas de lanza que provienen de lo que son aparentemente asentamientos, como la de Hinojedo, tenemos que pensar, por las asociaciones recién comentadas, que las aparecidas en cuevas del oriente de Cantabria (La Lastrilla y La Cervajera) responden a ofrendas funerarias de claras connotaciones masculinas. De la punta de lanza de Trescares, en el oriente asturiano (Fernández Manzano y Arias 1999: fig. 1), se desconoce el contexto, así que puede pensarse tanto en una cueva, como las que acabamos de estudiar, como en un lugar al aire libre.

De nuevo podemos estar hablando ya de enterramientos de la Primera Edad del Hierro en ambas cuevas en las que aparecieron las puntas de lanza y, en todo caso, de enterramientos masculinos. Respecto a las cronologías que nos ofrecen estas armas nos seguimos moviendo en los finales de la Fase I a o principios de la Fase I b puesto que las características formales que poseen (corto enmangue tubular, aspecto compacto, nervio central anguloso y tubo que penetra poco en la hoja), ya que no contamos con composiciones químicas de las mismas, nos hace relacionarlas con otras de las mismas características principalmente de Burgos, Palencia y León que se han vinculado al mundo soteño (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 70-74), esto es, a fechas de a partir de mediados del s. X cal AC.

Las noticias para el oriente de Asturias son escasas, aunque contamos con la referencia de un esqueleto encontrado en la cueva de Huentinegru, en las cimas de la sierra del Cuera de las cercanías de Purón (Llanes), y por lo tanto también muy próximo al ídolo de Peña Tú, aunque ya perteneciente al concejo de Peñamellera Alta. Al parecer se trataba del esqueleto de una mujer joven, de estatura superior al 1,60 m, depositada sobre el suelo de una pequeña cavidad de decúbito supino, las piernas flexionadas, los brazos sobre el pecho y hombro y en cada uno aún se conservaba un brazalete de bronce. Al parecer también pudo tener como ajuar alguna ofrenda animal. Se trata de uno de los pocos datos con los que contamos para este periodo en el oriente asturiano, aunque, no obstante se fecharía entre el s. VIII y VI a.C. tras calibrar el valor medio de las fechas Beta-166077 (2550  $\pm$  40 BP) y Beta-167298  $\pm$  40 BP), y por lo tanto ya en la Primera Edad del Hierro, o nuestra fase I b (ver capítulo 3). Por los análisis practicados a dicho esqueleto sabemos que sufrió periodos de *stress* alimentario durante su infancia, que probablemente realizara notables esfuerzos físicos y que su dieta se basaba en cereales, verduras, frutas y carne. Se desmonta con estos análisis el tópico de la dedicación exclusiva de estos grupos al pastoreo -como ya nos encargamos de desmontar en páginas precedentes en este mismo trabajo mediante claras pruebas como son las marcas de arado, las ubicaciones de los poblados en lugares propicios para labores agrícolas de tipo extensivo sobre suelos ligeros o los testimonios

paleobotánicos como son los taxones de cereales- y en concreto es revelador que la dieta de esta mujer de la Prehistoria reciente asturiana fuera pobre en lácteos (Arias 2007; Barroso y otros 2007).

En la Edad del Bronce británica también hay diferentes usos funerarios de las cuevas, en contextos que repiten el modelo cantábrico de aunar restos humanos, animales, depósitos de metales y cerámicas, etc. Se han interpretado esos diversos restos desde un punto de vista liminal. Los restos humanos asociados a cuevas se han visto como símbolos de estados de transición, metáforas de lo liminal, de la entrada al mundo de la muerte, y debieron haber sido entendidos como buenos lugares para llevar a cabo ritos de paso, lo que explicaría la variedad de restos que se encuentran en los enterramientos en cueva cantábricos. Los restos humanos en esos contextos debieron haber sido usados como potentes símbolos de cambio de un estado a otro (Brück 1995: 260).

Con todos los datos expuestos podemos llegar a una serie de conclusiones. En primer lugar podemos ver una serie de características regionales en cuanto al registro funerario que vuelven a compartimentar las regiones del centro-occidente cantábrico de un modo muy similar a como hemos propuesto para las etapas precedentes. La zona central cantábrica, tomando de nuevo el Sella como su límite occidental, parece compartir con el oriente cantábrico -este de Cantabria, Vizcaya y Guipúzcoa, hasta llegar a la zona de cromlechs a partir de la estribaciones más occidentales de los Pirineos- el fenómeno de los enterramientos en cueva, tanto en forma de deposición de cadáveres sobre el suelo de las galerías como mediante la erección de pequeños túmulos. Se trataría de una tradición funeraria que viene de antiguo, perdura durante el Bronce Final y entronca y se mantiene con los primeros castros del sector, durante la fase I b, sobrepasando este tipo de localizaciones incluso la Segunda Edad del Hierro. En este sector sería clara la vinculación cultural de los castros de la Edad del Hierro con las poblaciones previas de la Edad del Bronce mediante el mantenimiento del mismo ritual y localizaciones funerarias.

Por su parte la zona occidental cantábrica, desde el Sella hasta Galicia, nos informa más por sus ausencias que por sus presencias. Sin enterramientos en cuevas documentados y con algún túmulo asociado hipotéticamente a castros nos hallamos prácticamente sin datos para interpretar el mundo funerario de este sector asturiano, del correspondiente sector de la Montaña Leonesa y del este de Lugo. Puede que esta ausencia de un ritual funerario perdurable esté, por otro lado, redundando en la continuidad de formas culturales entre el Bronce Final y la Edad del Hierro en el mundo cantábrico ya que si en la zona en donde hemos documentado enterramientos en cueva en el Bronce Final -zona central cantábrica- éstos también se verán a lo largo de la Edad del Hierro -

predominantemente bajo túmulo en la Segunda Edad del Hierro-, en el occidente cantábrico la invisibilidad del mundo de los muertos en los siglos que rodean el cambio de milenio son un preludio de lo que sucederá de forma mayoritaria en la Edad del Hierro, esto es, de la creciente invisibilidad arqueológica de los rituales funerarios según avanza la Edad del Bronce. Ello podría relacionarse, de algún modo, con una creciente reducción de la movilidad de los grupos, lo que también estaría detrás del parón que se observa en el arte esquemático, pues este se vincula directamente a lugares de paso (Fábregas y Ruiz-Gálvez 1994: 155) y, como ya hemos visto más arriba, se puede fechar en la primera mitad del II milenio a.C., pero no después. Una ausencia de información funeraria que llegará a convertirse en una de las características básicas de la Protohistoria de esta zona, y hasta en un tópico historiográfico. No obstante, si bien es posible que en ambas zonas -centro y occidente cantábrico- perdurasen de modo residual los enterramientos tumulares en el Bronce Final, donde poseemos las principales evidencias de este fenómeno es en la zona occidental cantábrica, como ya hemos expuesto. Algunos de ellos son cistoides, y por lo tanto siguiendo un esquema muy similar a lo que ocurre en el Noroeste. En esta zona occidental cantábrica deberíamos hacer llegar este tipo de rituales funerarios hasta la fase I b o Primera Edad del Hierro, para pasar a desaparecer después, y ya incorporados al interior de los nuevos espacios de habitación permanente, los castros. La cista de la acrópolis del Chao Samartín y la mandíbula en la base de la muralla de la Campa Torres hemos de fecharlas en esa fase antigua del fenómeno castreño. Al igual que en el mundo británico estas dos y únicas evidencias funerarias de la fase castreña más antigua del occidente cantábrico indicarían como el énfasis monumental sobre la muerte iría desapareciendo en el centro-occidente cantábrico según avanzaba la Edad del Bronce, dejando de ser aquellos monumentos funerarios el principal lugar para la reproducción de los cambios sociales, pasando los rituales funerarios a formar parte de esporádicos rituales alrededor del tratamiento de la muerte en prácticas de la vida diaria (Barrett 1989; Brück 1995: 264) y en el interior de aquellos primeros poblados estables. Ello supuso una reformulación de la relación con los antepasados en la Edad del Bronce, y la muerte y los restos humanos comenzarían a ser usados de modo metafórico en diversos aspectos de la vida diaria, en cuanto a liminalidad, continuidad, identidad y renovación/fertilidad (Brück 1995: 264), y ya no tanto como marcadores simbólicos del paisaje, pues este nuevo rol sobre todo lo pasarán a desempeñar los castros como primeros poblados estables de la Prehistoria regional (capítulo 3). Dichas postreras evidencias funerarias del occidente cantábrico estarían demostrando, no obstante, y al igual que hemos defendido para el área central cantábrica con el

mantenimiento de los enterramientos en cueva durante la Edad del Hierro, la clara vinculación cultural de los primeros castros con las poblaciones nómadas de la Edad del Bronce. También como la Primera Edad del Hierro fraguó un cambio cultural que ya se estaba anunciando desde mediados del II mil. a.C.

Podríamos pensar que la progresiva pérdida de importancia de la monumentalidad de las necrópolis según avanza la Edad del Bronce, del fin del arte esquemático de tipo cantábrico (ídolos absidales, antropomorfos y zoomorfos) a partir de mediados del II mil. a.C. y del hábitat en cueva según se acerca la Edad del Hierro, están relacionados y se deben asociar a una reducción de la movilidad de los grupos o, al menos, a un cambio en los patrones de movilidad de los mismos. En este sentido tendríamos a favor, y también en la segunda mitad del II mil. a.C., las ocupaciones temporales en lugares conspicuos o protocastros y la creciente intensificación en la antropización del medio. Precisamente es en estas fases postreras de la Edad del Bronce, y especialmente en la primera fase castreña o fase I b, en donde vemos un notable desarrollo de los depósitos votivos, que se desarrollan en los propios poblados o en sus alrededores más inmediatos. Ello podría estar queriendo decir, como en el Noroeste, como el mundo funerario tiende a ser reemplazado en el Bronce Final por un consumo conspicuo dentro del ámbito doméstico. Los depósitos votivos, tanto dentro como fuera de los poblados, acapararán toda la competición inter e intragrupal a finales de la Edad del Bronce. La continuidad de los depósitos votivos desde al menos el Bronce Antiguo a la Primera Edad del Hierro en esta zona, y la pérdida de visibilidad arqueológica de los monumentos funerarios desde los últimos grandes túmulos, nos hace pensar que el mundo funerario fue perdiendo importancia a lo largo de la Edad del Bronce en cuanto a su función territorial y de delimitación simbólica del paisaje, es decir, en cuanto que mensaje hacia otros grupos, pasando a circunscribirse entonces el mundo funerario hacia los intereses internos de los grupos. Es interesante constatar que en las dos zonas cantábricas que venimos definiendo desde el Bronce Antiguo las hachas, siendo los principales y, muchas veces, únicos objetos de los depósitos rituales en el Cantábrico, no aparecen asociadas a muertos, al contrario que las lanzas, lo que es importante a la hora de interpretar contextualmente ambos tipos de objetos. De hecho la presencia de puntas de lanza en algunos enterramientos en cueva del sector central cantábrico podría estar indicando, por un lado, que los enterramientos en esta zona sí que pudieron seguir funcionando en un sentido de competitividad intergrupal, en cuanto que las deposiciones de lanzas como ofrendas funerarias pueden entenderse, al igual que otros depósitos votivos, como formas de consumo conspicuo realizadas por los vivos (Bradley

1990); mientras que, por otro lado, la presencia de armas en las tumbas parece corroborar que en el Bronce Final de dicha área se incrementó a nivel ideológico la importancia social del hombre guerrero, siendo retardatario este proceso respecto a amplias zonas de Europa (Treherne 1995) o de la vecina Submeseta Norte.

Por otro lado si en el Noroeste y en ciertas zonas del ámbito centro-occidental cantábrico pudiéramos demostrar que el fenómeno tumular llega hasta los albores de la Edad del Hierro, de nuevo tendríamos un contraste frente a la zona sedimentaria del Duero en donde los monumentos megalíticos y tumulares parecen haberse diluido a partir del Bronce Antiguo, aunque no la reutilización de los primeros, como es el caso del dolmen a los pies del zamorano castro de Arrabalde, reutilizado en tiempos de Cogotas I (Esparza 1990: 132). El hecho de que en la zona de Cantabria se mantengan los enterramientos en cueva en la Edad del Hierro, tanto mediante inhumaciones como con cremaciones, y que en el vecino País Vasco decaigan drásticamente a partir del Bronce Final es también otro dato importante a la hora de individualizar culturalmente a la zona central cantábrica. Pese a los reiterados esfuerzos por explicar las formas culturales de Cantabria en función de la Meseta y de este modo poder recurrir a cierta unidad de los Cantabros históricos desde el Bronce Final (por ejemplo Peralta 2003: 51), otros ya se dieron cuenta hace tiempo de la falta de unidad cultural de Cantabria en el Bronce Final (Blas y Fernández Manzano 1992: 413-414). Volvemos a ratificar para el Bronce Final lo que ya dijimos para el Bronce Antiguo/Medio, y es que las culturas de la zona costera de la región central cantábrica poseen un límite meridional coincidente *grosso modo* con la divisoria de aguas. Como veremos el extremo norte de Palencia y Burgos, e incluso todo el Alto Ebro, pertenecen a un mundo vinculable a Cogotas I y el Soto. En el siguiente punto hablaremos de como en Palencia y Burgos hay también inhumaciones en cueva, pero en un ambiente ergológico bien diferente. Además, tanto en estas provincias como en León sedimentario existen unas ofrendas de armas a las aguas, al menos desde el Bronce Medio, que podrían considerarse funerarias, y que demostrarían fronteras culturales en cuanto al ritual funerario con los grupos septentrionales, tanto de las actuales Asturias y Cantabria, como del norte de León.

En cuanto a los rituales funerarios llevados a cabo la cremación ha sido uno de los que más ha dado que hablar, en un sentido historiográfico, debido a las connotaciones étnicas y culturales que siempre se le ha otorgado. Contamos con muy escasos ejemplos de cremaciones, todas ellas del sector central. Ya nos hemos referido a algunos huesos con señal de haber sido quemados en Cueva Cofiar o de Los Trillos y a ciertos restos de cremación junto a inhumación de la



**Figura 2.34:** rituales funerarios cantábricos durante el Bronce Final situados de menor a mayor conocimiento arqueológico.

cueva de La Lastrilla. Aunque la cronología de ambos conjuntos no es en absoluto clarificadora, ya que la mayoría de los materiales de cueva con los que contamos proceden de recogidas superficiales o calicatas de aficionados (Ruiz Cobo 1992: 34), si comparamos los dos ritos funerarios, y basándonos en la información del vecino País Vasco, podríamos pensar que ambos se dieron desde fechas antiguas, previas al Bronce Final, aunque no está en absoluto claro si las cremaciones antiguas son tales o responden a procesos realizados con fuego sobre los cuerpos una vez descarnados. Que se hayan quemado los huesos no quiere decir que ese individuo hubiera sufrido el ritual de la cremación. Lo que sí parece evidente es que durante la Primera Edad del Hierro siguió habiendo inhumaciones, o más bien deposiciones en cueva, y que la cremación como tal, como ocurre en la Submeseta Norte, no se atestigua hasta la segunda mitad del primer milenio a.C. en la zona de Cantabria (capítulo 4), puesto que del occidente cantábrico no contamos con datos para estos periodos, como ya hemos dicho.

Dudamos de que todas las diferentes sociedades peninsulares, y en concreto las de la zona central cantábrica, emulen el rito de la cremación sólo a partir del Bronce Final y exclusivamente sobre modelos inspirados en los Campos de Urnas (Peralta 2003: 51). Y por extensión tampoco es defendible que la supuesta sustitución en las cuevas de la inhumación por la cremación se deba a invasiones indoeuropeas (Molinero y Arozamena 1992: 228). No dudamos que en ciertas zonas al margen del noreste peninsular la influencia de los Campos de Urnas sea la clave para explicar las primeras cremaciones, como en el levante y sureste (González Prats 1992: 143) o las más

antiguas cremaciones del Sistema Ibérico, como son las del s. XIII cal AC de Herrería (Guadalajara) (Cerdeño, Marcos y Sagardoy 2002: tab. 4). Richard Bradley alude al aumento de la cremación con respecto a la inhumación en el Bronce Final británico, y tampoco duda en explicarlo por un aumento de los contactos y la interacción regional en estas fechas, procediendo esta ideología funeraria de los Campos de Urnas del mundo continental, a través del Canal de la Mancha, lo que también parece corroborarse por la presencia de objetos centroeuropeos en las islas (1990: 98). Aunque más adelante uno de estos autores sí que asegura la presencia de cremaciones desde el Bronce Antiguo en las Islas Británicas y como se imponen sobre las inhumaciones a partir del Bronce Medio, en algunos casos bajo pequeños túmulos. De hecho se piensa que la reducción del tamaño de los monumentos funerarios a lo largo de la Edad del Bronce iría en relación a la creciente proporción del uso del fuego en los rituales funerarios y con la tendencia a eliminar los ajuares metálicos de las tumbas (Fábregas y Bradley 1995: 161-162).

Sin embargo las necrópolis de incineración de la fachada atlántica lusa, y seguramente los casos gallegos descritos, se resisten a la clásica explicación de un ritual incinerador asumido por contactos a larga distancia con los Campos de Urnas y mezclado con las formas culturales locales, al menos no si se defiende una vía continental, ya que se ve la ausencia de cremaciones en la Meseta norte al menos hasta el s. VI a.C., que es cuando aquí aparece alguna de las primeras necrópolis de incineración, caso de los Castros de Lara (Monteverde 1952), aunque no faltan tampoco algunas evidencias de cremación al norte de la Meseta asociadas a materiales del Bronce Final. Nos referimos a los enterramientos de la ya citada Cueva Tino (Mave, Palencia) donde parece documentarse la incineración precisamente sobre los individuos situados a una cota más baja y asociados a materiales del “Bronce Final” (Bellido 1996: 113), caso de la cerámica Cogotas I que allí aparece (Alcalde y Rincón 1980: fig. 6 y lam. 4). Sin embargo la ubicación de este yacimiento en las cercanías de Aguilar de Campoo, al norte de la provincia de Palencia, nos hace pensar, de nuevo, que estas poblaciones del extremo norte de la Meseta compartieron algunos rasgos culturales con las poblaciones cantábricas, como ya dijimos para las etapas precedentes, teniendo que contextualizar esas evidencias de cremación con las ya mencionadas para la zona de Cantabria.

Volviendo a las cremaciones de la zona atlántica peninsular tampoco pueden vincularse a una presencia orientalizante, ya que ésta se documenta en esa zona portuguesa entre el s. IX y el VIII a.C., y aquellas necrópolis son previas. Por ello se ha planteado que estas cremaciones se estudien de una forma independiente a los Campos de Urnas y al mundo orientalizante (Vilaça, Cruz y Gonçalves 1999: 15-20).

En esta línea también habría que explicar las cremaciones que se han documentado, junto a inhumaciones, en cistas y fosas de la necrópolis de Agro da Nogueira (A Coruña) y de Gandón, ya que se sitúan en un Bronce Inicial del Noroeste, cuyo límite más moderno sería el 1600 a.C. en años de calendario (en Fábregas y Bradley 1995: 155).

Teniendo en cuenta, por lo tanto, que en la fachada atlántica peninsular hay cremaciones antiguas, o mejor dicho prácticas funerarias en las que interviene el fuego, autónomas al influjo de los Campos de Urnas, como también deben serlo las del Bronce Medio británico (Brück 1995: apéndice), y que en la Submeseta Norte no se ve de modo mayoritario dicho ritual hasta la Segunda Edad del Hierro, cabría pensar que las cremaciones cantábricas -o rituales funerarios en donde intervino el fuego- del Bronce Final se desarrollaron también de un modo autónomo respecto a aquellos grupos centroeuropeos que llegaron al nordeste peninsular. Además, ello marca de nuevo un límite cultural con respecto a las tradiciones funerarias meseteñas en donde no parece intervenir el fuego en casi ninguna de las variadas fórmulas funerarias de esos momentos. Con respecto a la cremación bajo túmulo en abrigos y cuevas de la Segunda Edad del Hierro en Cantabria, debe quedar abierta la posibilidad, entonces, tanto de que sea fruto de una evolución de las diferentes prácticas en las que comparecía el fuego para tratar los cadáveres y que ya se documentan desde el tercer milenio en esa zona o que, por el contrario, se deba a un influjo cultural meseteño, dentro de un espectro más amplio de préstamos relacionados con el mundo guerrero masculino, como tendremos ocasión de ver (capítulo 4).

Aparte de estas disquisiciones de tipo cronológico y territorial para defender como endógenas las prácticas funerarias de la zona cantábrica en las que interviene el fuego también podemos aludir al ritual mismo y a nuestras deficiencias teoricometodológicas para estudiarlo. Respecto a los rituales funerarios de estos periodos de la Prehistoria reciente se ha planteado que hay una gran variedad en lo que se refiere al tratamiento del cadáver, aparte de la inhumación y cremación, como puede ser la descarnación o la cremación y posterior arrojamiento a las aguas de las cenizas (Bradley 1990: 107), a lo que podríamos añadir la cremación de los huesos una vez que han perdido la carne, la desarticulación y traslado y/o deposición diferencial de las diferentes partes anatómicas, etc. A nivel antropológico la variedad de tratamientos de los cadáveres es también enorme, y nos debe hacer reflexionar sobre las estrecheces de nuestras interpretaciones arqueológicas (por ej. Barley 2000). Ello nos hace pensar que la clásica oposición inhumación/cremación quizás sea un par dicotómico que conceptualmente se nos presenta demasiado

rígido y que nos impide apreciar las variadas fórmulas de tratamiento de los cadáveres tras la muerte y las decisiones culturales específicas que tienen lugar en este sentido, o cadena tecnológica de la muerte. En esta línea se ha dicho que la mayoría de los restos funerarios del Bronce Final de las Islas Británicas no encaja exactamente ni con la cremación ni con la inhumación, prefiriéndose hablar de nueve tipos de contextos diferentes en los que aparecen los restos humanos, destacando la categoría de los huesos desarticulados no quemados (Brück 1995: 247). Además, dicha rígida oposición permite mantener posiciones excesivamente difusionistas ya que ante cualquier intervención del fuego o de la combustión total o parcial de los restos antropológicos en los rituales funerarios se suele aludir a los Campos de Urnas. En este sentido no podría relacionarse la combustión de los huesos una vez descarnados, práctica que hemos visto en algún ejemplo cantábrico, con la cremación total del cadáver y su introducción en una urna cerámica, que es el ritual propio de los Campos de Urnas (fig. 2.34).

### **Los últimos grupos nómadas meseteños.**

Al igual que ocurre con los testimonios arqueológicos del Bronce Antiguo y Medio, para el estudio del Bronce Final en el norte peninsular es necesario acercarse a los grupos meseteños, especialmente los del confin norte y noroccidental de la Submeseta Norte, ya que la comparación y la delimitación de las zonas de cultura meseteña, con sus respectivas variantes locales, claro está, será una labor fundamental a la hora de comprender adecuadamente el origen de los primeros castros cantábricos. Esta vía negativa, ya utilizada páginas arriba, se debe a la escasez de datos con los que contamos para las cordilleras septentrionales de la Península Ibérica. Pero además, es capital el análisis del fenómeno arqueológico cogotiano y soteño debido a que representan a los grupos que directamente interactuaron con las gentes cantábricas del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro.

Desde que Juan Cabré publicara sus excavaciones en el castro abulense de Las Cogotas (Cardenosa) en 1930 y fijara un grupo previo al castro de la Segunda Edad del Hierro (o Cogotas II en su terminología) que situó en la segunda mitad de la Edad del Bronce y llamó Cogotas I (un buen resumen en Castro, Mico y Sanahuja 1995: 51-52), esta “cultura arqueológica”, sucesora del Campaniforme Cienpозuelos, ha pasado por diversas vicisitudes historiográficas. El tiempo ha demostrado la gran intuición arqueológica de Juan Cabré ya que después de un periodo bastante largo en el que, como ya comentamos en el capítulo 1, la excisión era sinónimo de invasión centroeuropea durante la Primera Edad del Hierro, y gracias al trabajo ya clásico de Molina y

Arteaga (1976), sobre la cerámica excisa, y a las primeras dataciones radiocarbónicas de yacimientos en los que aparecía la decoración de “punto en raya” o Boquique como son Cuesta del Negro (Purullena, Granada), San Román de la Hornija (Valladolid) o Los Tolmos de Caracena (Soria) (en Castro, Mico y Sanahuja 1995: 54), se ha devuelto a Cogotas I a la Edad del Bronce. Hoy en día puede decirse que Cogotas I es una cultura cuya área de dispersión básica es la Meseta y cuya identificación se realiza a partir del reconocimiento del estilo decorativo de la cerámica, explicándose por difusionismo el resto de territorios peninsulares donde comparecen algunas de sus técnicas decorativas características (Castro, Mico y Sanahuja 1995: 65). Es decir, Cogotas I es una “cultura arqueológica” en el sentido más histórico-cultural del término de la que en la mayoría de los estudios que le han dedicado alguna página sólo ha interesado su dispersión geográfica y su seriación tipológica mediante el “fósil-guía” en el que se ha convertido su cerámica. Dedicaremos unas páginas, sin carácter de exhaustividad, tras examinar las evidencias Cogotas I al sur de nuestra zona de estudio, a intentar ajustar ciertas interpretaciones de carácter social de los materiales con los que contamos, para así poder saber cuáles fueron los rasgos sociales básicos de los grupos con los que forzosamente tuvieron algún tipo de contacto los pobladores cantábricos del Bronce Final. Es decir, pasar de la cultura arqueológica al grupo arqueológico y de ahí a la interpretación social.

En los últimos tiempos se ha precisado el entramado cronológico de todas estas manifestaciones culturales meseteñas que ya en los momentos de Cogotas I se perciben también por el valle del Ebro y Andalucía. En la década de los ochenta se planteaba que el lapso entre el origen del Proto-Cogotas y el final de Cogotas I habría que situarlo entre el 1400-850 a.C. en fechas radiocarbónicas aún sin calibrar (en Delibes y otros 1995: 58-59). Actualmente se han revisado estas fechas y gracias a la calibración dendrocronológica hoy podemos afirmar que los grupos culturales protocogotianos-cogotianos se desarrollaron entre los siglos XVII-XI cal AC, con tres subfases: 1800-1550 cal AC, 1550-1350 cal AC y 1350-1000 cal AC, correspondiéndose la primera de estas fases con el clásico Proto-Cogotas, la segunda con el Cogotas I pleno, apareciendo ya en ella los motivos decorativos clásicos a partir de las técnicas de Boquique y excisión, y la tercera con el momento final de Cogotas I, en donde aparecen objetos foráneos como las fibulas de codo (Castro, Mico y Sanahuja 1995: 78, 89-102). No obstante se ha criticado recientemente esta secuencia cronológica por seguir realizándose en función de las decoraciones cerámicas exclusivamente, además de que la ausencia de Boquique y excisión en la fase Proto-Cogotas no sería del todo cierta (Fernández-Posse 1998).

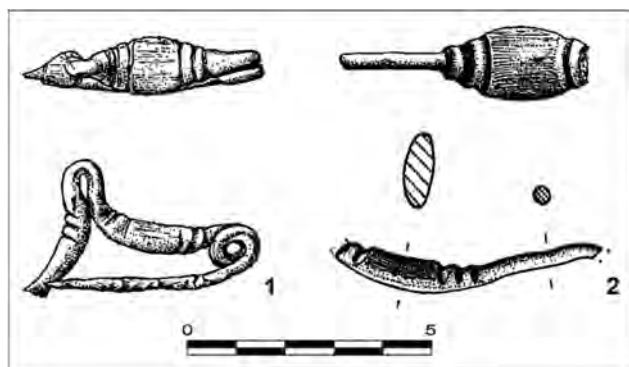
Ya hemos visto que ciertas cerámicas clásicas de Cogotas I han sido encontradas en varias aldeas abiertas de la prehistoria reciente orensana. También conocemos cerámicas de este tipo, tanto Cogeces/Proto-Cogotas como Cogotas I en el norte de Portugal, en la necrópolis de Tapado da Caldeira, contigua al poblado, y datada a mediados del II milenio a.C., o en los poblados de Castelo de Adeganha, Castelo de Anciaes, A Lorga de Dine y Castelo de Urros, en el Tras-os-Montes oriental, o Monte Padrao y Monte da Ínsua en el Minho. Al igual que ocurre en la Meseta, como vamos a ver, estas cerámicas aparecen tanto en poblados en altura, como en llano y en cuevas (Bettencourt 1995: 111). No es casual que el norte peninsular, tanto en las provincias de A Coruña y Lugo, como en Asturias y la mayor parte del norte de León, así como Cantabria -pese a los dudosos ejemplos ya comentados- sea refractario a la expansión de estas cerámicas meseteñas, ya que son reflejo de unos grupos circunscritos a la Meseta y de unas prácticas sociales que no se dieron entre los grupos humanos del sector septentrional.

Veremos más adelante, gracias a la información de los productos metálicos, como la afinidad entre los grupos meseteños con los del norte de Portugal y sur de Galicia se debe a que comparten códigos sociales y formas de desigualdad social que no se dan en el norte peninsular, como pueden ser los diferentes tipos de movilidad residencial o patrones de nomadismo -recurrentes en el norte y arbitrarios o circunstanciales en la Meseta, lo que implica una mayor participación de las elites en la elección del destino y en el tipo de poblado, sea en llano o en una elevación-. También podemos adelantar que las elites meseteñas jugaron con diferentes modos de sustentar el poder, siempre sin romper con la retórica comunitaria, ya que esto es algo que sólo ocurrirá con las jefaturas complejas o ciudades-estado de la Segunda Edad del Hierro, los *oppida*. alguna de esas formas las podemos observar por ejemplo en la aplicación del conocimiento, tanto mítico como real, que supone llevar al grupo a ciertos emplazamientos en donde pasar el próximo periodo de la vida de éste, en el control de contactos a larga distancia, aún no tan importantes como en época soteña, pero ya perceptibles en el registro arqueológico, y en la configuración de un *habitus* guerrero en donde sólo unos pocos detentarían la exclusividad de ciertas prácticas mediante ciertos objetos, como reflejarían las espadas del Bronce Medio ya estudiadas, vinculables al mundo Proto-Cogotas-Cogotas I, y halladas en León, Palencia y Burgos, adelantando en algún caso, como las dos de Villasviudas (en el lecho del Pisuerga, Palencia), prácticas que volveremos a encontrar en el mundo soteño.

Centrándonos en los testimonios cogotianos de nuestra zona de estudio en este apartado veremos como el tradicional límite del río Esla (Fernández-

Posse 1998; Jimeno 2001: 140) para la expansión de los grupos llamados Cogotas I de la literatura arqueológica se ha quedado obsoleto. Como ya comentamos para el caso de los poblados Proto-Cogotas el curso medio del Esla es receptor tanto de ese fenómeno cultural como de su sucesor Cogotas I, pero también el más occidental río Órbigo albergó en sus vegas a ambos tipos de poblados. El curso medio y bajo del río Esla cuenta con los yacimientos Cogotas I de El Castro (Ardón), Los Castrejones (Ardón), El Molino (Roderos), Las Vegas (Jabares de los Oteros), El Pelambre (Villaornate), La Senada (Valle de Mansilla) -que también cuenta con materiales Proto-Cogotas- y El Castillo (Valencia de Don Juan), así como los de Santas Martas y Paradillas en afluentes del Esla y muy cercanos a éste, por circunscribirnos al territorio leonés (Celis 2002: mapa 1; Abarquero y Delibes 2009b: fig. 53) (ver fig. 2.9). Podría plantearse también la presencia de Cogotas I para el alto Esla, en las primeras estribaciones de la cordillera cantábrica, en concreto en el yacimiento de La Cildad (Sabero), ya estudiado más arriba a causa del puñal del Bronce Antiguo en él aparecido. Esta hipótesis nace del hallazgo casual de una fíbula de codo a escasos metros de la muralla del castro de la Segunda Edad del Hierro. Ya que en la Meseta las fíbulas de codo, sean del tipo sirio-chipriota o del siciliano, suelen vincularse con los últimos momentos de Cogotas I (en torno al s. X cal AC), por lo que Jesús Celis (1998/99: 291-292) no se resiste a que no haya niveles de este signo en dicho yacimiento, para el que deberíamos plantear, por lo tanto, una ocupación de tiempo largo de casi dos mil años. Veremos más adelante que esta idea no es descabellada ya que si inmediatamente al norte de La Cildad de Sabero los castros cantábricos se fundan en la Primera Edad del Hierro sobre cerros conspicuos no habitados previamente en la mayoría de los casos, en el norte de la Meseta -provincias de León, Palencia y Burgos- contamos con numerosos casos de cerros en los que se han documentado fases desde el Bronce Antiguo/Medio hasta la romanización. Esta recurrencia de los mismos lugares en momentos en los que aún no se ha consolidado el poblamiento estable se debe a unas claras estrategias sociales, como veremos.

Respecto a la fíbula de codo debemos decir que se trata del modelo de fíbula más antiguo que se documenta en la Península Ibérica (fig. 2.35). En la Submeseta Norte se documentan en yacimientos cogotianos, ya muy tardíos, como son el poblado también leonés de Mansilla de las Mulas, el cerro del Berrueco (junto al Tormes, Ávila), el castro burgalés de Yecla de Silos (Celis 1998/99: 291; Jimeno 2001: 149) y el yacimiento, ya clásico, de San Román de Hornija (al occidente de Valladolid, casi en la Tierra del Vino zamorana), que ha permitido la contextualización de uno de estos imperdibles como ofrenda funeraria en un estrato que rellena un hoyo de



**Figura 2.35:** fibulas de codo: 1. San Román de la Hornija (Valladolid); 2. La Cildad (Sabero, León) (a partir de Delibes 1978; Celis 1998/99).

1,5 m. de diámetro, y suprayacente a un enlosado que cubría una inhumación triple, ya en el suelo del foso, cuyos ajuares/ofrendas consistían en un tubito de plata, un conejo completo y un arete espiriliforme de bronce (Delibes 1978: 226-229). La ergología alfarera que se encontró en el interior de la tumba, así como en un hogar exterior, no dejan duda del horizonte cogotiano para este yacimiento. Además, cuenta con la llamativa característica de que algunos fragmentos del exterior del hoyo casaban con los del interior, característica que por otro lado hemos tenido ocasión de comprobar nosotros mismos en un enterramiento doble, también en fosa y sellado por un túmulo, en la necrópolis de finales de la Edad del Hierro del *oppidum* de Ulaca (Ávila). Compartimos con Germán Delibes que ello se debe a la rápida formación del depósito del interior de la tumba y a la intervención de estas cerámicas en los rituales funerarios que se llevaron a cabo en el momento de enterramiento de los cadáveres.

Pero un tema que consideramos muy interesante es el hecho de por qué al final del mundo Cogotas I, un grupo cultural que durante casi 700 años mantuvo unas formas de vida y enterramiento, de movilidad y explotación del medio, tan similares y con tan pocos cambios, comenzaron a llegar objetos alóctonos de tipo mediterráneo como son las fibulas de codo, que seguramente habría que asociar a ropajes también exóticos (Ruiz Gálvez 1998). En concreto las fibulas de codo se han dividido, como ya enunciamos líneas arriba, en chipriotas (con el codo en el centro de la fibula y fuerte decoración agallanada) y sículas (codo desviado hacia el pie y somera decoración). Para el excavador de San Román de Hornija las fibulas de codo que se ven en la Península Ibérica reúnen características de ambos modelos (codo desplazado y agallanamientos). De hecho el ejemplar clásico de la ría de Huelva sería siciliano, pero en la propia Huelva aparecería otra de rasgos eclécticos. Queda la duda de si son producciones locales, algo que se ve difícil por ser las primeras fibulas peninsulares, o importaciones (Delibes 1978: 244-247). Sea como fuere, y se trate de importaciones desde el mediterráneo o de

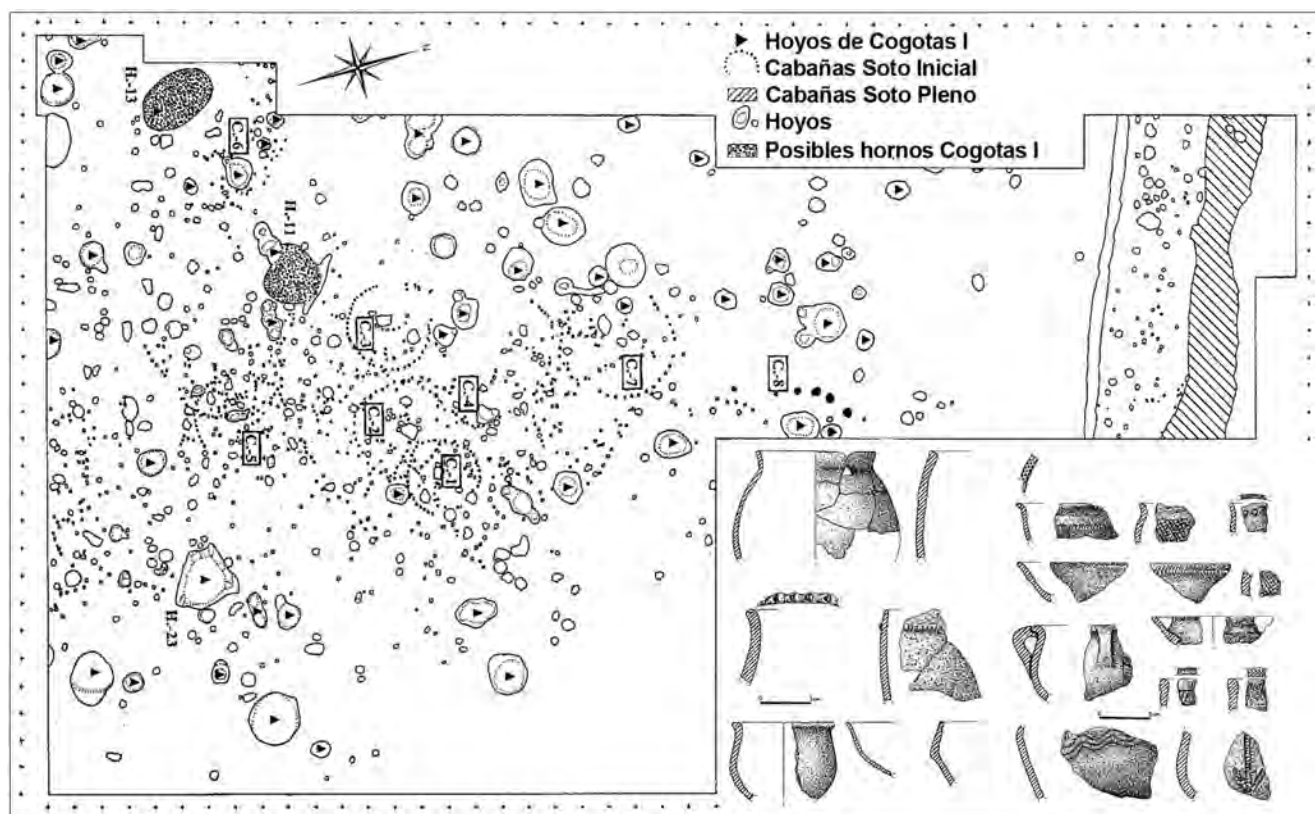
producciones en el suroeste hispano imitando modelos mediterráneos, podemos pensar que a la Meseta llegaron en forma de importaciones, de materiales exóticos alóctonos. Volveremos al final de este apartado sobre las implicaciones sociales que conlleva en un momento dado manejar relaciones a larga distancia y como la manipulación de éstas, así como de la tradición local en una cuestión tan importante en las sociedades de tendencia igualitaria como es el aspecto físico, puede desembocar en profundos cambios sociales. Quizás ahondando en estos aspectos consigamos explicar los cambios que se produjeron a partir, principalmente, del cambio de milenio y que transformaron el mundo de movilidad residencial cogotiano en las primeras aldeas estables en la Historia de la Meseta.

Pero siguiendo nuestro discurso sobre los yacimientos leoneses tipo Cogotas I, vemos otro núcleo de concentración en torno al río Órbigo. Se trata de Valdesandinas, El Moreón (Posadilla) y Sacaojos, los tres en los alrededores de La Bañeza, de El Castrillo de la Valduerna, en el afluente del Órbigo río Duerna y muy cercano a Tabuyo del Monte, de Cebrones del Río, Reguera de Arribas, Toral de Fondo, Tabuyuelo de Jamuz y ya en el bajo Órbigo y todavía en León La Vizana (Celis 2002: mapa 1; Abarquero y Delibes 2009b: fig. 53) (ver fig. 2.).

Gracias a esta reciente revisión realizada por Jesús Celis (2002) sabemos que los dos tercios meridionales de la provincia de León funcionaron durante la segunda mitad del II milenio a.C. de modo muy similar al resto de la cuenca del Duero, por lo que no se ha dudado en situar este territorio como una más de las zonas nucleares de Cogotas I (Abarquero y Delibes 2009b: 278). De hecho nos parece muy interesante la afirmación de que la mayoría de los cacharros cerámicos de algunos de estos yacimientos cogotianos de León mejor excavados, caso de El Pelambre, donde tienen sus paralelos más cerrados es en los poblados Cogotas I de las campiñas zamoranas y vallisoletana, antes que en los del alto Duero y noreste de la Meseta (Ibid.: 280). Por otro lado la dicotomía poblados en altura/poblados en llano, que ya vimos que aparecía desde el Bronce Antiguo en esta zona, se sigue produciendo entre los representantes de Cogotas I en la llanura sedimentaria leonesa, de modo parecido a lo que ocurre en otros sectores cogotianos como Soria, Ávila o Salamanca (Ibid.: 275) pese a que se haya dicho, erróneamente, que los poblados en altura serían más tardíos (Fernández-Posse 1998).

Sacaojos sería un ejemplo de poblado en llano, definido por los clásicos campos de hoyos, que suelen asociarse a ríos y lagunas, y que en este caso concreto tuvo continuidad durante el periodo soteño (Celis 2002: 98-100). Es en la zona central del poblado (sectores I y II) en donde se han documentado los 55 hoyos atribuidos a Cogotas I. Se trata del típico “campo de hoyos” con rellenos propios de basureros,





**Figura 2.36:** planimetría general de las excavaciones en el poblado de Sacaojos (Santiago de la Valduerna, León) y cerámica de los niveles Cogotas I de este poblado (a partir de Misiego y otros 1999, modificado).

por lo que sus excavadores plantean que tras la utilización primera de éstos como silos se reaprovecharían en las siguientes ocupaciones temporales del poblado para arrojar en ellos la basura recogida de las ocupaciones previas. Esta interpretación se ajusta con el hecho de que los depósitos parecen ser uniformes y realizados rápido en el tiempo. Además este yacimiento cuenta con algunos hoyos enrojecidos por el fuego y con una cama de piedras en el fondo que se interpretan como posibles hornos cerámicos, en la línea de los descritos para momentos del Bronce Antiguo-Medio en Burgos. En 33 de los 55 hoyos aparecieron materiales cerámicos fácilmente encuadrables en el mundo Cogotas I. Se trata de vasos troncocónicos, cuencos de paredes rectas o ligeramente exvasados, ollas, vasos ovoides y globulares, vasos y jarras con perfil en S, en su mayoría lisos. Las decoraciones se encuentran principalmente en los vasos troncocónicos y en las jarras. En cacharros grandes se ven los cordones aplicados con uñadas y dedadas, y en la vajilla de menor tamaño se ven motivos incisos y retículas -en algún caso con aplique de pasta blanca-, unión de retículas incisas y de boquique, siendo ésta la técnica mayoritaria (fig. 2.36). Este último dato más la escasa presencia de motivos en espiga y la ausencia de los motivos excisos más tardíos hace pensar a los responsables de su excavación que se trata de un momento de plenitud de Cogotas I, pero no del momento último de esta cultura (Misiego, Sanz, Marcos y Martín 1999: 47-52).

De este yacimiento de La Bañeza existe un estudio zooarqueológico sobre huesos animales obtenidos de las excavaciones de los años setenta y realizado por Driesch y Boessneck (en Misiego y otros 1999: 44). También sabemos que otro lote importante de fauna del yacimiento fue obtenido de las rebuscas continuadas de los “cenizales” del poblado, “ricos en osamentas de animales”, por parte de los vecinos con el fin de utilizar estos sedimentos como abono (Luengo 1961: 104, 106). La síntesis del estudio de fauna de Sacaojos se recoge en el trabajo de Harrison y Moreno (1985) aunque, al igual que en el original, los datos arqueográficos son nulos y tan solo se alude a que los materiales proceden de “el poblado céltico de Sacaojos, de León (c. 300 a.C.)” (Harrison y Moreno 1985: 54), no asociándose los restos a ninguna estructura concreta o nivel arqueológico. El problema es que, como acabamos de ver, las ocupaciones principales del yacimiento parecen circunscribirse a momentos Cogotas I y soteños, pero no más tardíos, algo que se corrobora con los materiales recogidos allí desde antiguo, siendo raro que si este yacimiento tuviera niveles de la Segunda Edad del Hierro, presumiblemente en las cotas más elevadas, no hubieran quedado actualmente materiales de dicho momento. Se ha dicho que en las excavaciones de los años setenta no se llegó a los niveles fundacionales del poblado (Misiego y otros 1999: 44) por lo que cabría esperar que la colección de fauna procediera de niveles soteños. Sin embargo, observando la documentación generada en las excavaciones de finales de los años



**Figura 2.37:** depósito metálico de Valdevimbre (en Luengo 1941) y su situación respecto al poblado Cogotas I de Ardón (a partir de <http://maps.google.es/maps>).

noventa (Misiego y otros 1999) vemos como las interfaces negativas verticales correspondientes a Cogotas I afloran a la misma cota en la que se documentaron los agujeros de poste de las cabañas soteñas, por lo que se nos hace muy raro pensar que en las excavaciones de los años setenta no fueran excavados depósitos arqueológicos vinculados a Cogotas I. Por ello, sin saber exactamente si esta colección de fauna procede de los momentos cogotianos, soteños o de ambos momentos mezclados, podemos resumir que dichos restos animales revelarían que hay presencia de caballos, destacando los maduros y, presumiblemente, muchos estarían castrados, que entre los bóvidos destacan las hembras, siendo la mayoría de los animales sacrificados en torno a los tres años, por lo que serían criados principalmente para carne, sin descartar su uso también para tracción, pero no para lácteos, algo que junto a la lana y el estiércol sí se explotaría con los ovicápridos puesto que se prefieren cabras y ovejas hembras y maduras. Además, los ovicápridos exigen menos esfuerzos que los bóvidos, crecen y crían más rápido, se adaptan, especialmente las cabras, a todo tipo de pastos, campos de cereal ya cosechado, eriales... y son buenas reservas en momentos de sequías o cuando fallan los cereales (Harrison y Moreno 1985: 62, 65, 71 y tab. 1). Estos datos deberían ser interpretados teniendo en cuenta el importante sesgo cultural, aparte del resto de procesos tafonómicos, en la formación del registro zooarqueológico. Sobre ello volveremos en el capítulo 4.

En lugares prominentes, por el contrario, se encuentran poblados como los de Ardón, Valle de Mansilla o El Moreón de Posadilla. El primero de ellos además cuenta con un foso y parapeto terrero que cierra una terraza de unas 18 Ha. sobre el Esla a cuyos pies discurre una vía pecuaria. Este yacimiento también ha permitido documentar los restos de una

estructura doméstica (asociación de un hogar con un silo y un hoyo de poste) en la que aparecieron vasijas de la plenitud cogotiana, punzones e industria laminar de sílex alóctono. Pero no terminan aquí los materiales aparecidos en este yacimiento ya que debemos sumar cinco puñales, un hacha plana, punzones biapuntados, pulsera filiforme, aguja y punta de dardo, todos ellos en bronce, molinos de mano en piedras alóctonas, una rica tipología de industria lítica y abundantes cerámicas de almacenaje. Se debe señalar la presencia del ya mencionado depósito de Valdevimbre, a unos 4 Km. del yacimiento, en un vallejo que asciende hacia una zona inhóspita y compuesto por materiales muy similares a los del poblado (Celis 2002: 100-101; VVAA 2009) ya que incluye dos hachas planas (una trapezoidal y otra de filo distendido o tipo Barcelos), dos puñales triangulares con orificios en la base, una lanza de enmangue tubular con su regatón, un pequeño yunque y una sierra de arco perdiéndose el resto de materiales que componían este depósito del lugar de El Otero (Luengo 1941: 131, 133). Pese a la aparente variedad cronológica de los objetos aparecidos en este depósito se ha caracterizado como unitario y correspondiente a un Bronce Final I clásico, siendo las puntas de lanza tubulares allí aparecidas de las primeras de la Península Ibérica (Delibes y Fernández Manzano 1982; Delibes y Fernández Manzano 1983: 42), y por tanto vinculable sin muchos problemas a los grupos Cogotas I (fig. 2.37).

La relación de los yacimientos Cogotas I a las fuentes de agua es más que evidente también en la zona central de la provincia de Palencia -como también se ha documentado para el caso vallisoletano (Quintana y Cruz 1996: 41)-, en la comarca de La Nava, definida por la laguna de igual nombre. Se han localizado 28 yacimientos del tipo Cogotas I en esta zona, la mayoría en los términos municipales de Revilla de Campos y Fuentes de Nava. Se distribuyen principalmente en torno a las principales cuencas

fluviales de la zona, habiendo un núcleo importante de yacimientos al oeste y sur de la laguna. Contrasta dicha distribución con los poblados soteños de la Primera Edad del Hierro, que se hallan de modo más regular por todo el territorio y de modo más independiente a las fuentes de agua. Este tipo de yacimientos del Bronce Medio-Final se detectan por manchas cenicientas de unos 20 x 50 m. como máximo, que no suelen estar a más de 350 m. de las fuentes de agua. La mayoría de ellos se sitúa a una distancia inferior a 1500 m. con respecto a otro yacimiento del mismo signo. Muchas veces cuentan con pequeños arroyos entre ellos y suelen situarse en pequeñas laderas orientadas al sureste. Es importante señalar que de seis yacimientos en los que se ha documentado campaniforme cuatro estuvieron de nuevo ocupados en el Bronce Medio-Final, bajo la forma de Cogotas I (Rojo 1987: 411-414, 416). Próximo a esta zona se excavó el yacimiento Cogotas I de El Arenal (Villamartín de Campos) en donde se documentaron canalillos con revoque interpretados como restos de estructuras domésticas y variadas fosas, con dos niveles muy claros -más ricos en material los inferiores- y con la presencia en una de ellas del esqueleto completo de un équido (Bellido 1996: 114).

No es extraño que, al igual que ocurría con la etapa precedente, Cogotas I ocupe toda la provincia de Palencia, siendo sus representantes más septentrionales los que se encuentran en el alto Pisuerga, desbaratando la idea, que hasta hace poco era mayoritaria, de que en esta zona del norte de la Meseta el poblamiento era exclusivamente en cueva. Ejemplos de poblados del Bronce Medio-Final meseteño en donde aparecen las clásicas cerámicas con boquiques y excisión son La Venta (Alar del Rey) o los de Lomilla de Aguilar, Nogales de Pisuerga y Becerril del Carpio, así como los niveles Cogotas I del castro de Los Barahones (Pérez y Fernández 1993: 42). Lo interesante del primero de estos yacimientos es que una de las tres estructuras negativas documentadas casi con toda seguridad se trata de un horno de cerámica, unicameral, con tobera realizada en el propio terreno y en donde las piezas estarían en contacto directo con el material combustible (Ibid.: 44-55). No obstante, las escasas cerámicas recuperadas en este yacimiento, con sus incisiones de espigas y puntos, parecen responder a un momento antiguo dentro del mundo Cogotas I o incluso del Proto-Cogotas. Esas cerámicas fueron obtenidas de la base del hoyo 65E, que es el horno de cerámica recién comentado. La cronología que proponemos es acorde con la fecha C14 obtenida de la base de dicha estructura que sin calibrar es de  $1350 \pm 35$  a.C., por lo que pensamos que sería más preciso definir este yacimiento como del momento Cogeces o Proto-Cogotas y no del Cogotas I, como aseguran sus excavadores. Respecto al castro de los Barahones o Baraones, porque de ambas formas encontramos escrito el topónimo, nos interesa su situación

geográfica, en el piedemonte cantábrico, en la comarca de Aguilar de Campoo, y el hecho de que se trata de un poblado en altura y con una secuencia muy similar a la de otros yacimientos ya comentados, como el leonés de Sacojos, ya que sobre los niveles asociados a Cogotas I se desarrollarán niveles del Soto formativo y del posterior Soto Pleno. Si bien los silos excavados en la roca en la Zona 1 contienen materiales exclusivamente cogotianos, en la inmediata Zona 2 se aprecian cabañas de los momentos Cogotas I, que se definen por agujeros de poste en arco, nivelaciones terreras y hogares, así como abundante y variado material en sílex como dientes de hoz o puntas de flecha de aletas y pedúnculo, sobre las que se superponen las cabañas de los niveles soteños, y en donde las puntas de flecha son también de aletas y pedúnculo, pero ya realizadas en bronce (Barril 1995: 401-402).

Como lugar de hábitat en cueva contamos con las excavaciones efectuadas en la Cueva de los Espinos (Mave, inmediata al castro de los Barahones). La constatación de un uso habitacional del vestíbulo de la gruta procede de la presencia allí de un “fondo” de 2,5 m de diámetro asociado a dos potentes hogares con los bordes rubefactados y asociado a materiales del “Bronce Final” (Bellido 1996: 113), que podría interpretarse como los restos de una cabaña. En la Cueva Rubia, en la misma formación kárstica que los Barahones, también se ha documentado una amplia secuencia desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro, pasando por niveles vinculables a Cogotas I (Barril 1995: 405-406). Ya en un sentido sepulcral y también en el Cañón de la Horadada, de este mismo pueblo de Mave, conocemos los trabajos realizados en Cueva Tino, que precisamente nos interesan por documentar de forma asociada una pulsera de plata, un hacha plana y cerámica de boquique (Alcalde y Rincón 1980: 86-87), ya que esta asociación nos servirá en nuestro posterior intento de desvincular a los grupos cogotianos de la metalurgia del “Bronce Final Atlántico” en la Meseta Norte. Todos estos yacimientos marcan una intensa ocupación por parte de los grupos meseteños precisamente de una zona -el alto Pisuerga/alto Ebro- que puede entenderse como de frontera cultural.

La dispersión de los yacimientos cogotianos en la provincia de Burgos también abarca a todo su territorio. Los más septentrionales, en la margen izquierda del Ebro, serían los de Ojo Guareña y el abrigo de Río Losa, que junto a Ameyugo, Atapuerca, La Aceña y San García son los representantes en cueva de este periodo en la provincia. Asentamientos de tipo castreño serían los castros de Yecla de Silos -ya aludido por aparecer en él una fibula de codo-, Lara, Adrada de Haza, Castrojeriz y Tejada. Poblados abiertos con los característicos hoyos son Burgos capital, Cabia, Estépar, Quintanadueñas, Villafría, Villaverde Peñahorada (Delibes y Esparza 1985) o el

más reciente de Tres Chupos-Abarre de Villegas (Montero y Arnáiz 2003-2004). Como bien indican los primeros autores esta variedad en la tipología de los hábitats no se debe a cuestiones cronológicas puesto que ya hemos visto como arranca de un modo muy similar al menos desde comienzos del segundo milenio. Tampoco se debe a cuestiones funcionales porque aunque las cuevas pueden ser usadas como recintos funerarios (por ejemplo Kaite, La Aceña o la Galería del Sílex de Atapuerca), otras como el Portal de Cueva Mayor de Atapuerca contuvieron seguramente asentamientos, en una amplia secuencia dentro de la Prehistoria Reciente cuya última fase habría que situar en el Bronce Final (Ibid.; Bellido 1996: 107). Respecto al Castro de Yecla (Santo Domingo de Silos), se plantea un posible hábitat del Bronce Final por aparecer materiales de este signo en el yacimiento, aunque los niveles representados en este poblado son principalmente el “celtibérico”, romano y visigodo (Bellido 1996: 109).

### **Poblados, hoyos y cerámicas en la Meseta Norte o los diferentes tipos de capital social.**

En Cogotas I, al igual que en sus predecesoras, la endeblesz arquitectónica tan solo permite documentar “campos de hoyos” en la forma de silos amortizados la mayoría de las veces, y en muy pocas ocasiones se documentan las cabañas en si: alargadas de postes de madera, barro y ramaje en El Teso del Cuerno de Forfoleda (Salamanca) y en Los Tomos de Caracena (Soria), así como el piso de otra sellando un pozo en San Román de Hornija (Valladolid) (Delibes y otros 1995: 52). Ya hemos visto en nuestra zona de estudio restos de estructuras domésticas, siguiendo este patrón, en el Pico Romero (Burgos) del Bronce Antiguo, de tendencia oval, realizada con postes y tapial, y con pavimento y hogar central. Esa cabaña se asocia a silos subterráneos, u hoyos, por no anticipar una interpretación, como también las más recientes, vinculadas a materiales Proto-Cogotas y Cogotas I de Las Huelgas (Palencia), en donde la arquitectura vegetal se nos revela gracias a las improntas de los manteados de barro. Y también de un momento Proto-Cogotas contamos con las tres cabañas semiexcavadas en el suelo, de plantas mal definidas, del burgalés poblado de El Cerro. Por lo tanto una tradición constructiva de tiempo largo, perceptible en todos los periodos en los que subdividimos la Edad del Bronce en la Submeseta Norte, en donde las cabañas tienden a ser de plantas curvas, en muchas ocasiones semiexcavadas en el suelo, y cuyas paredes se componen de postes verticales, enramado vegetal y manteados de barro. Las cubiertas forzosamente debieron ser vegetales.

Mientras que las estructuras domésticas se documentan más raramente lo que invariablemente aparece en casi todos los yacimientos intervenidos son

los famosos “campos de hoyos”, como hemos visto en los diferentes casos enunciados desde el Bronce Antiguo y siguiendo una tradición previa. Hoyos que se usaron no sólo para silos -documentados por restos de semillas y revestimiento impermeabilizantes de las paredes, por sus formas de botella o pera para su mejor sellado, etc.-, sino también como canteras para aprovisionarse de arcilla, depósitos de agua, hornos de cerámica, basureros, depósitos rituales o fosas de enterramiento (Bellido 1996: 17-67). Hemos visto lo frecuentes que son los silos para cereal excavados en el terreno en los yacimientos de Las Huelgas, El Cerro y Sacaajos, o como los del Pico Romero iban revocados, con el fin de impermeabilizarlos, y los de Las Empedradas se desinfectaron y endurecieron con fuego. Como hornos cerámicos se han interpretado fosas de los yacimientos de Las Huelgas y Sacaajos. Nos parece acertada la hipótesis propuesta por los últimos excavadores del castro de Sacaajos, que consiste en ver los rellenos de basura de la mayoría de los hoyos que se excavan en este tipo de poblados como fruto de una amortización de silos construidos en ocupaciones previas. Habría que pensar entonces que con cada nueva ocupación lo primero que se realizaría sería una limpieza superficial, un barrido, de los restos de ocupaciones previas, que serían arrojados a los antiguos silos (Misiego y otros 1999: 47-52). Como ya vimos en algún caso gallego también allí estos rellenos de basura parecen ser homogéneos y realizados de forma rápida en el tiempo, lo que corroboraría dicha hipótesis. Por lo tanto la importancia de muchos de estos rellenos es que son fruto de *C-transforms* y no de *N-transforms* (en la terminología schifferiana, usada en González Ruibal 2003b: 52), es decir, fruto de procesos deposicionales culturales, como son las pautas culturales de higiene y limpieza, y por lo tanto susceptibles de ser interpretados socialmente. Habría que ver entonces qué número de silos son los que se utilizan como basurero en cada nueva ocupación y de dónde procede la basura que en ellos se arroja, para poder acercarnos con precisión a las pautas de habitación y abandono de aquellas gentes. Algo que sólo podemos plantear con poblados excavados en extensión.

Dichos asentamientos se caracterizan por una escasísima potencia estratigráfica, por lo que algunos hablan de una “estratigrafía horizontal” que los hace extenderse por varias hectáreas, lo que no responde a que fueran grupos grandes sino a la reocupación de aquellos lugares en zonas yuxtapuestas a las del abandono anterior, mediante construcciones de cabañas de ramajes y barro. Son muchos más yacimientos que los posteriores de la Edad del Hierro, lo que no quiere decir que hubiera alta demografía pues no estarían todos ocupados a la par (Delibes y otros 1995: 51-52). Creemos que el concepto de estratigrafía horizontal no es del todo correcto (Harris 1991: 176). Además, que los diferentes hoyos no estén

relacionados estratigráficamente no quiere decir que no haya superposición de estratos dentro de cada fosa (Díaz-del-Río y otros 1997: nota 1). Sería mejor aludir a los poblados meseteños del segundo milenio a.C. como de “baja redundancia espacial” y “escasa congruencia”, como se ha propuesto recientemente (González Ruibal 2003b: 58), siguiendo la nomenclatura de Brooks y Yellen (1987). La baja redundancia espacial y la escasa congruencia responde a las formas de habitar y abandonar periódicamente el espacio en los grupos trashumantes, ya que tras la reocupación el campamento se levanta al lado, pero no encima de las ruinas previas, lo que provoca la construcción de amplias superficies, pero sin una estratigrafía compleja. Como veremos el mundo soteño supondrá todo lo contrario, una alta redundancia espacial y una alta congruencia.

Respecto a la idea de que el número de yacimientos cogotianos es superior al de los soteños es tomada de los estudios sobre la comarca palentina de La Nava (Rojo 1987) por parte de Delibes y otros (1995), pero si atendemos a los datos del inventario arqueológico de Valladolid dicha hipótesis no se corroboraría. De hecho, con un 64 % de la provincia de Valladolid prospectada, el número de yacimientos soteños es de 138 frente a los 88 cogotianos (Quintana y Cruz 1996: 43). Si tenemos en cuenta que varios de los cogotianos serían hechos por el mismo grupo, y por lo tanto no coetáneos, habría que pensar que lo que caracteriza a los primeros poblados estables soteños es un importantísimo aumento de población.

Adentrándonos en la caracterización social de los grupos Cogotas I se suele aludir a sociedades de jefaturas, que no dejarían huella en el registro arqueológico ya que éste se suele ver en la información funeraria, siendo en el caso que nos atañe muy fragmentaria (Delibes y otros 1995: 56). También se ha dicho que la ganadería trashumante exige la existencia de jefaturas (Álvarez-Sanchís 2003: 53). Creemos que estos modelos explicativos son consecuencia de una tradición historiográfica en España que tiende a centrar las explicaciones sociales en torno a la jerarquización social, siendo cualquier elemento válido para su justificación: la aparición de metalurgia, los silos con cereal o la cerámica decorada, en el caso que nos atañe. Un mero repaso a la literatura antropológica sería suficiente para demostrar como la ganadería, un mínimo almacenamiento de cereal o unas producciones alfareras y metalúrgicas de tipo doméstico no implican que los grupos sociales en donde se dieron tuvieran acusadas diferencias verticales. Son muy variados los grupos africanos actuales que nos permiten corroborar lo que decimos, como por ejemplo varios de los pueblos nilóticos de la frontera entre Sudán y Etiopía, como los Nuer o los Shilluk, ya clásicos algunos de ellos de la literatura antropológica, y con una ganadería trashumante en donde se buscan pastos desde la época seca a la

lluviosa, con cabañas circulares de material perecedero, campos de hoyos, metalurgia ampliamente desarrollada tanto en armas como en decoraciones corporales, cerámica decorada... y numerosos mecanismos sociales para evitar la desigualdad social, dentro de su organización social segmentaria, como es el caso de jefes o líderes sin poder real y que son asesinados ritualmente en caso de que intenten destacar mínimamente (Seligman y Seligman 1932; Evans-Pritchard 1997[1966]). No está de más recordar que para hablar de una jefatura real hay que pensar en que el poder y los privilegios son hereditarios, que el grueso del grupo social reconoce que no todos los miembros son iguales -asimilación colectiva de una *doxa* social desigualitaria- y que el registro arqueológico debe reflejar dichas características de algún modo, sea en la forma de ricas sepulturas, de distintivas formas y tamaños de las estructuras domésticas dentro de un mismo poblado, de una jerarquización evidente de la población de un determinado territorio, del control de los medios de producción sea en la forma de productos agrícolas o ganaderos, en el control de rutas a larga distancia o de bienes de prestigio exóticos o, por ejemplo, en el control de ciertas tecnologías (cerámicas, metalúrgicas, textiles...) en ciertas estructuras dentro del poblado o en ciertos poblados. Nada de lo expuesto es patente en el registro arqueológico de los grupos Cogotas I en nuestra zona de estudio, excepto algunos rasgos como puede ser el control de bienes de prestigio exóticos, pero ya para los momentos finales de dichos grupos y casi en la transición con lo soteño. Por contra, esas características comenzarán a aparecer de forma amplia en el registro arqueológico de los grupos soteños, para acabar fraguándose todas ellas en las ciudades-estado de la Segunda Edad del Hierro.

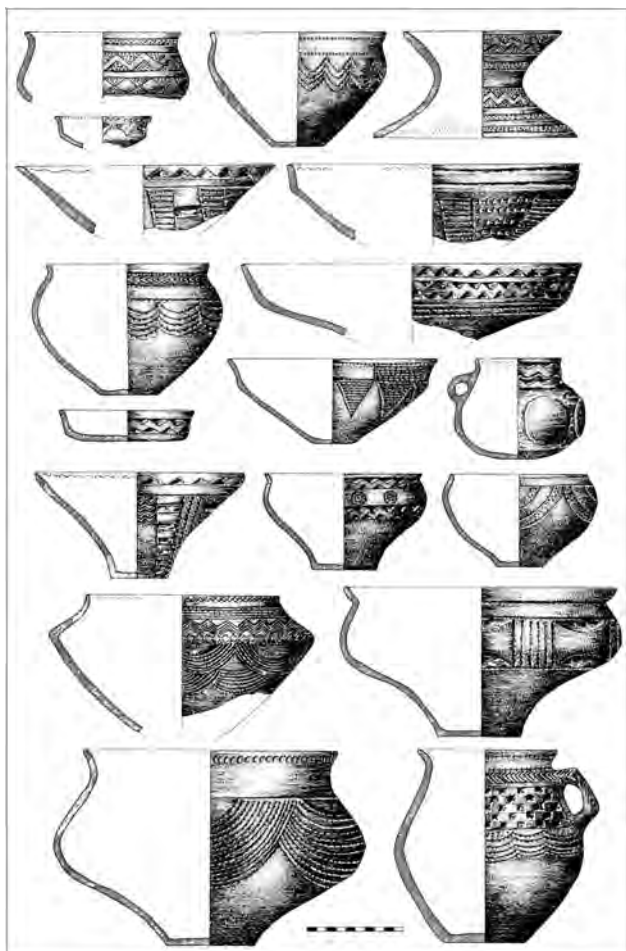
Habría que pensar, por las características sociales que desarrollaremos en este apartado y en el siguiente, en sociedades más segmentarias que jerarquizadas, en donde más que jefaturas habría liderazgos sociales no hereditarios ni institucionalizados (Fernández-Posse 1998), lo que quiere decir que habría cierta desigualdad vertical, anulada reiteradamente por las estrategias sociales de las sociedades segmentarias para mantener un *ethos* igualitario -en el sentido weberiano del término, esto es, como racionalidad profunda o clima simbólico-cultural prevaleciente de un grupo social que se comparte intersubjetivamente (en Rodríguez Ibáñez 1992: 106-112). A ello deberíamos añadir la diferenciación de género, frecuentemente olvidada en nuestros estudios, que es posible percibir en la cultura material gracias a la documentación de lugares donde se realizaron “actividades de mantenimiento” típicamente femeninas tales como el cocinado de alimentos (hogares), la molienda de cereales y bellotas (molinos barquiformes y manos molenderas en caso de encontrarse *in situ*), etc., “actividades productivas”

femeninas en este momento como la realización y cocción de la cerámica o algunas típicamente masculinas como las relacionadas con la metalurgia. Lo interesante sería poder captar la complementariedad estructural que se dió en aquellos grupos entre las actividades de mantenimiento y productivas realizadas por hombres y mujeres, que igual podría analizarse estudiando la ubicación espacial dentro del poblado de las labores productivas que tienen que ver con las decisiones tecnológicas aplicadas a la metalurgia y las que fueron ejercidas sobre la cerámica, partiendo de la premisa de que fueron realizadas por hombres y mujeres respectivamente, como ya hemos dicho. Para ello son necesarias excavaciones en área, como las decenas de ellas llevadas a cabo en la Comunidad de Madrid sobre “campos de hoyos” como consecuencia del urbanismo descontrolado y especulativo que nos afecta, pero desgraciadamente la mayoría de ellas se encuentran sin publicar.

Si como los datos disponibles revelan estos grupos meseteños mantuvieron unas formas de vida muy similares a lo largo de unos 700 años, en donde los cambios se fueron dando de un modo muy paulatino, se debe sin duda a que las “actividades de mantenimiento”, así como las actividades productivas, fueron realizadas tanto por hombres como mujeres, sin que podamos esclarecer qué grado de complementariedad de funciones pudo llegar a haber, es decir, qué tipo de asimetría de género se llegó a alcanzar. No obstante las características generales son las propias de sociedades con fuerte igualitarismo social, en donde las identidades relacionales priman sobre las individuales, y que se caracterizan por el rechazo al cambio “que se manifiesta en la reproducción inacabable de las mismas actividades y ritmos que han sido transmitidos generación tras generación...” (Hernando 2005: 120). Estaríamos hablando por lo tanto de sociedades de tipo segmentario en las que pese a no tolerarse las jerarquías sí se permite que ciertos individuos se comporten más que como acumuladores de poder como personajes con protagonismo social, puesto que fomentan la producción y la acumulación, pero no a costa de los demás sino a la suya propia: trabajan duramente, dan regalos a los vecinos, celebran fiestas... y a veces todo ello les da el reconocimiento social. Sin embargo el aumento de prestigio y la riqueza no suele traducirse en acumulación de poder debido a los mecanismos sociales referidos que impiden dichos procesos. Lo más importante de estos sistemas es que dichos liderazgos sociales no tienen por qué darse exclusivamente sobre bases económicas, ya que hay otras formas de obtener reconocimiento social y por lo tanto el liderazgo del grupo durante cierto periodo de tiempo, como puede ser el “saber hacer” (*kenow how*) sobre aspectos como son el conocimiento iniciático, los nombres sagrados, la sabiduría mítica, la

organización de fiestas, o el dominio de artesanías. Disponer de conocimiento (y su relación con lo sobrenatural) puede otorgar en las sociedades igualitarias un salto a esferas de poder mayores que si sólo se cuenta con la riqueza material (en relación con los medios de producción) (González Ruibal 2003b: 92). Deberíamos añadir que el poder en las sociedades de escasa desigualdad no se obtiene entonces mediante la especulación del capital económico, tesis básica del materialismo histórico en arqueología (ver discusión en el capítulo 3), sino que hay otros tipos de capital, como es el capital social, basado en los contactos a larga distancia, las alianzas, la deuda en forma de regalos, etc. que jugaron, si cabe, papeles más importantes. Como veremos, la continuidad de las pautas económicas del Soto formativo con respecto a los últimos momentos de Cogotas I nos hace pensar que fue la especulación con el capital social lo que llevó a acumular poder a unos pocos y a romper en el mundo soteño la *doxa* igualitaria por otra en la que se naturalizarían las diferencias sociales. Es bastante probable que las diferencias de riqueza y la diferencial acumulación de excedentes en el mundo soteño sean más una consecuencia que una causa de la creciente desigualdad social. No obstante, en las poblaciones cogoteñas no hay suficientes evidencias arqueológicas de acumulación de prestigio individual como para caracterizar dichas acumulaciones de capital social con la categoría antropológica o sistema *Big Man*.

Los presuntos líderes de poder efímero de los grupos Cogotas I jugaron con diferentes tipos de conocimientos y de capitales sociales. Como veremos a continuación las vajillas decoradas pueden entenderse como el resto material de festines institucionalizados en donde diferentes grupos compartirían comida y bebida de modo comunal. Otra cosa es poder demostrar que el organizador u organizadores de dichos festines o, dicho de otro modo, que los anfitriones, ganaran prestigio, quedando los invitados en deuda. Además tampoco tenemos la certeza de que fueran sólo ciertos personajes los que exclusivamente dinamizaran dichos festines competitivos, pudiendo también estar detrás de ellos ciertos colectivos como pueden ser los ancianos del poblado u otros grupos de poder similares. De momento son hipótesis de carácter sociológico que no podemos corroborar, pero que podemos plantear como una alternativa a las explicaciones tradicionales. Quizás sí que podamos asociar con ciertos personajes otras formas de acumulación de capital social, como es el caso de los contactos a larga distancia y la obtención de bienes de prestigio exóticos en los momentos finales de Cogotas I. En el siguiente punto veremos como la movilidad residencial y los presuntos movimientos no reiterativos de aquellos grupos en el paisaje también necesitaron de una dirección, responsabilidad que tomarían unos pocos, con el conocimiento suficiente como para tomar la decisión



**Figura 2.38:** cerámicas de las Fases Media y Avanzada de Cogotas I (en Fernández-Posse 1986-87).

más oportuna en cada momento, lo que de nuevo les otorgaría prestigio social, como ya demostró Binford (1992) en uno de sus trabajos clásicos, con grupos de menor diferenciación social incluso, como son los de cazadores-recolectores de Alaska y sus largos movimientos de cientos de Kms. Por lo tanto, sin tener la seguridad del papel que jugaron los banquetes comunales representados por las vajillas decoradas cogotianas en lo que a la acumulación de capital social y a la negociación social se refiere, entraremos a continuación a analizar estas hipótesis con más profundidad para poder aclarar el panorama interpretativo en la medida de lo posible.

Son variados y exhaustivos los trabajos que han estudiado desde un punto de vista formal la vajilla de Cogotas I (por ejemplo los ya clásicos de Fernández-Posse 1986 y 1986-87 o los trabajos más recientes de Abarquero 1997 y 1999, o Jimeno 2001) (fig. 2.38). Por ello no nos adentraremos excesivamente en la caracterización detallada de los barros cogotianos, más allá de ciertas generalidades. Gracias a una serie de yacimientos del norte de la meseta ya vimos más arriba como este conjunto cerámico meseteño de la Edad del Bronce arranca de un ambiente campaniforme Ciempozuelos, cuyos acompañantes más groseros podrían ser los representados por la vajilla Parpantique-Cardenosa, lo que no impediría afirmar,

por lo tanto, que las vajillas del Bronce Antiguo-Medio del Proto-Cogotas o Cogeces (1700-1500 cal A.C., y perduración de rasgos en 1550-1350 cal A.C.) sean herederas de las pautas decorativas campaniformes, en cuanto a las decoraciones en el interior del labio, la preponderancia de la decoración incisa y la incrustación de pasta blanca, aunque con formas diferentes y con decoraciones mucho menos recargadas (Jimeno 2001: 145-147). En esta línea continuista es cuando a mediados del segundo milenio comienzan a aparecer sobre los cacharros Proto-Cogotas las características de lo que luego será Cogotas I, con la aparición de la técnica de Boquique, casi siempre formando guirnaldas, y con la generalización en su fase postrera (1350 cal AC-cambio de milenio) de las excisiones. En cuanto a las formas los platos y fuentes planas del Proto-Cogotas anticipan los clásicos vasos troncocónicos de paredes rectas del Cogotas I, en detrimento de los recipientes de tendencia esférica y globular heredados del Calcolítico y que predominan en el Parpantique-Cardenosa. La proporción de vajilla decorada frente a la no decorada creció en Cogotas I con respecto al Proto-Cogotas. Además, según avanza el tiempo, las piezas suelen ser más voluminosas, crece el número de carenas, y se ven formas como cuencos, ollitas globulares, escudillas de fondo plano, jarras con asa en cinta y carretes. Con respecto a la vajilla no decorada se ve que la vajilla de mesa posee cociones y acabados más regulares que la no decorada, de cociones mixtos y superficies espatuladas o alisadas que, en ocasiones, sí que lleva algún tipo de decoración en la forma de dedadas en el cuerpo e incisiones en los labios. Se ha calculado que en los yacimientos cogotianos en torno a un 30% de la cerámica sería decorada (Fernández-Posse 1986; Delibes y otros 1995: 51; Abarquero 1997: 75-77).

El problema surge cuando intentan verse cuales son los rasgos identificativos propios de la vajilla Cogotas I puesto que el Boquique o técnica de punto en raya se observa desde el Neolítico y en zonas ajenas a Cogotas I, aunque en la zona donde se dió dicho grupo arqueológico hay motivos propios de Boquique y su elaboración es cuidada y de trazos cortos. La excisión de los momentos finales tampoco es una técnica privativa del mundo Cogotas aunque, de nuevo, sí los motivos que se realizan y su combinación con los rellenos de pasta blanca. De todos modos las propuestas para reconocer la cerámica Cogotas I siempre dependen de las formas finales y decoraciones de los cacharros (por ejemplo Abarquero 1999: 117-123). Pese a ser las cerámicas los referentes materiales a los que más páginas se ha dedicado a la hora de discutir sobre Cogotas I, su estudio se presenta aún hoy día como deficiente. En concreto la discusión suele centrarse en los cacharros decorados, sin atender a los barros que no lo están, y limitándose a decir qué formas llevan decoración y con qué motivos. Tampoco se han realizado estudios sobre la



dispersión-agrupación geográfica de los hallazgos dentro de las cerámicas decoradas. Situación que implica “una taxonomización deficitaria de los atributos de las cerámicas, a pesar de que constituyen la categoría artefactual crucial en la definición de la cultura arqueológica” (Castro, Mico y Sanahuja 1995: 65). Últimamente se ha propuesto que los rasgos decorativos definitorios del estilo cerámico Cogotas I serían: zigzags múltiples verticales, guirnaldas de semicírculos concéntricos, dientes de lobo, dobles triángulos horizontales o verticales sin rellenos de líneas o puntos y/o espigas horizontales verticales, asociados sistemáticamente a recipientes abiertos y/o achatados, como cuencos con cuello, cuencos y fuentes carenadas de borde divergente, y realizados mediante incisión lineal, “punto en raya”/Boquique, incisión lineal con trazos sobrepuestos/”cosidos” o excisión. Estas decoraciones estarían tanto en la superficie interior del borde como en la cara externa. Gracias a esta definición puede meterse en la misma tradición alfarera tanto a las producciones Proto-Cogotas como a las Cogotas I, y por lo tanto bajo un mismo referente común (Castro 1992 en Castro, Mico y Sanahuja 1995: 74).

No es este el lugar ya que sobre la tecnología cerámica hablaremos extensamente en los capítulos 3 y 4 en relación a los grupos cantábricos, pero es más que evidente que las producciones meseteñas de la Edad del Bronce necesitan ser reconceptualizadas sobre bases teóricas que trasciendan la catalogación tipológica sobre formas finales y decoraciones en la que parecen moverse casi todos los autores. Todas las decisiones tecnológicas que tuvieron lugar en cada proceso de confección de un cacharro, desde la búsqueda del barro a su cocción, uso y reutilizaciones una vez roto, pasando por el urdido de sus colombinos, el lugar donde se produjo esa elaboración o las herramientas que fueron empleadas, son significativas culturalmente, y por ello deben ser atendidas tanto como las decoraciones de los cacharos. Toda la cerámica en su conjunto debe ser estudiada, y no sólo la decorada, más aún si cabe cuando las producciones “groseras” de la Edad del Bronce también parecen tener una continuidad al igual que las producciones decoradas, con el ingrediente añadido de que son esas producciones “groseras” las que hereda el mundo soteño, y no las que albergan complejas composiciones decorativas que, por un motivo u otro, dejaron de ser significativas para los grupos de los comienzos del primer milenio a.C. Con el estudio de la Cadena Tecnológica Operativa completa podríamos llegar a interpretaciones sociales que con el mero estudio de las formas y decoraciones finales se nos presentaría como imposible, como a continuación intentaremos.

Se ha propuesto que estas cerámicas fueran realizadas por mujeres a un nivel doméstico dentro de los propios poblados (Abarquero 1997: 87-88) y la

posibilidad de que la vajilla decorada sea de uso exclusivo de las “elites”, pero sin datos para corroborarlo. Podríamos matizar que sería extraño que en sociedades tradicionales formadas por grupos reducidos de personas las elites usaran una vajilla decorada y el resto del grupo no, y hasta que esas elites existieran como tal. También sería difícil ver rasgos de etnicidad en estos cacharos ya que se reparten con muy pocas variaciones por áreas geográficas muy amplias (Delibes y otros 1995: 51; Abarquero 1999: 115). Aparte de no poder constatar etnicidad ni vinculación a la elite social también se ha dicho que no tendrían relación alguna con ritos funerarios, ya que muchas veces aparecen en basureros, por lo que no tendrían ningún tipo de simbolismo social. Así algunos llegan a la conclusión de que las cerámicas decoradas cogotianas se deben simplemente a cuestiones estéticas de grupos que disponían de tiempo libre, aunque cayendo en la contradicción de destacar su importante papel en las festividades sociales e incluso a la hora de encontrar cónyuge (Abarquero 1997: 83-87, 90).

Si la información que buscamos en estas cerámicas tiene que ver con algún tipo de identidad que quede reflejada en ellas (étnica, de la elite...) a lo que podríamos añadir identidad de género, de artesana, etc. deberíamos estudiar las similitudes entre diferentes cadenas tecnológicas ya que se puede dar el caso de que ante dos cacharos Cogotas I de morfología y decoración muy similar, las cadenas tecnológico-operativas fueran diferentes (diferentes tipos de rotación y soportes para la rotación, diferentes herramientas utilizadas, conceptualización y montaje de las diversas partes de la cerámica de modos dispares, etc.). Entonces tendríamos argumentos para ver diferentes tradiciones tecnológicas, algo que no es extraño si la producción es propia de cada poblado o grupo que habita una serie de poblados, pese a que las formas y decoraciones sean compartidas en una amplia región como puede ser el valle del Duero o Submeseta Norte. En este sentido hay datos reveladores como es el hecho de que las bases de las cerámicas tipo Cogotas I de algunos poblados alaveses y navarros tienen impresión de cestería en la base (Llanos 1990: 169-170). Revelador desde luego si pensamos que esta característica ya se documenta en poblados Proto-Cogotas de zonas tan aparentemente alejadas como León, precisamente en Las Vegas (Jabares de los Oteros) (Rodríguez Marcos y otros 1999: 61). Este dato muestra una decisión tecnológico-operativa relacionada con el tipo de soporte sobre el que se colocó la pieza para la rotación, lenta en estos casos para urdir los colombinos con los que están realizados casi todos los cacharos. Sería interesante ver si en otras cerámicas similares de otros lugares peninsulares pudieran documentarse otros tipos de soporte, como puede ser un cacharro ya cocido, una tabla, las propias piernas de la alfarera, etc. para realizar la rotación.

Teniendo en cuenta el uso social extracomunitario que se pretende para estas cerámicas, como veremos a continuación, tiene sentido que las decoraciones y las formas sean muy similares dentro de una gran área geográfica, para que esos códigos simbólicos sean reconocidos y asumidos por los diferentes grupos, por lo que si queremos ver características distintivas por zonas y/o grupos hemos de fijarnos también en esas decisiones tecnológicas previas a la decoración y formas finales. Con los datos con los que contamos podría decirse que no sólo se comparten decoraciones y formas sino también decisiones tecnológicas clave para la consecución de las piezas que tienen que ver con la rotación de las mismas, su conceptualización en partes, el orden de montaje de las partes, etc. Como veremos más adelante creemos que el mejor modo de explicar esta homogeneidad tecnológica tan alta es aludir al nomadismo o alta movilidad residencial de dichos grupos.

Que la producción fuese doméstica podría corroborarse por la no infrecuente documentación de hornos cerámicos en muchos de estos poblados, como hemos visto en ejemplos concretos del extremo norte de la Meseta, lo que no quita que las alfareras se juntaran en ciertas áreas del poblado para manufacturar y cocer conjuntamente las piezas, en ciertas épocas del año, etc. Respecto a que sea una producción femenina en muchas ocasiones se justifica por los negativos de dedadas y uñadas, supuestamente femeninas por ser pequeñas. Antes de caer en un apriorismo basado en la oposición presentista mujer/fragilidad-hombre/robustez, habría que tener en cuenta estudios arqueométricos y de arqueología experimental de digitaciones y ungulaciones que corrobora dicha caracterización de las uñadas y digitaciones pequeñas como femeninas e, incluso, como infantiles (por ej. Kamp y otros 1999). Además la etnoarqueología apoya esta idea ya que en multitud de grupos tradicionales de diversas partes del mundo la alfarería, siempre que ésta no se encuentre industrializada, parece ser una tecnología controlada mayoritariamente por mujeres (por ej. el trabajo clásico de Balfet 1965).

Respecto a los motivos decorativos hemos de tener en cuenta que no toda la decoración cerámica es siempre simbólica y transmisora de significados, y tampoco tiene porque tener un sentido identitario, ni a nivel de género ni de grupo étnico (Barley y Davis en David, Sterner y Gawa 1988: 376-380). Pero se nos hace raro pensar que dichos motivos, que para algunos tendrían un paralelismo con los textiles, realizados seguramente en lana (Ruiz-Gálvez 1998), y con un importante significado en cuanto a la competición social, como veremos a continuación, carecieran de simbolismo por el mero hecho de que en muchas ocasiones sean encontrados en basureros. La aparición de cultura material en basureros no exime a ésta de tener potenciales significados en el universo simbólico

de la cultura que la produjo, como bien ha demostrado Bradley recientemente (2004), poniendo de relieve la inoperante tensión entre lo funcional y lo simbólico en la interpretación arqueológica al uso y en como actividades domésticas rutinarias como echar desperdicios a un basurero pueden estar cargadas de altas dosis de ritualidad y simbolismo. Por ello nuestras artificiales diferenciaciones funcionalistas entre “basureros” y “lugares rituales” no tendrían sentido, pudiendo fusionarse ambos niveles en uno solo en las sociedades premodernas. Si entendemos que estos grupos tuvieron una alta movilidad sería lógico pensar que no llevaron con ellos sus cerámicas y que en cada campamento temporal realizarían nuevas producciones. Como ya dijimos más arriba al volver a un poblado ya habitado en ocasiones previas limpiarían el terreno de residuos, entre los cuales habría restos cerámicos, lo que no quita para que esas piezas hubieran tenido un alto simbolismo tiempo atrás. De hecho ni siquiera creemos que la cerámica no decorada careciera de simbolismo, como tampoco se encontraron sin significado cultural los basureros y la basura en general en el mundo preindustrial, ya que forman parte del paisaje cultural, y juegan un rol en los movimientos de las gentes por su localización, además de poseer un significado por su diferenciación y distinción (Sorensen 1998: 259). En este sentido no creemos afortunada la interpretación vertida para los muertos recuperados en los silos del yacimiento cogotiano de Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca) en el sentido de que son vistos como herejes o brujos por el mero hecho de estar enterrados con la basura (cerámicas rotas, huesos...), ya que no sólo es una muestra más de las rígidas tensiones teóricas que nos impiden abordar nuevas interpretaciones sobre el pasado, siguiendo la crítica de Bradley, sino porque además en esos mismos silos también aparecieron niños inhumados (Misiego y otros e.p.).

Ha sido Richard Harrison (1995) quien ha propuesto novedosas teorías sobre el uso social de las cerámicas decoradas cogoteñas para los yacimientos de este signo documentados en el Ebro medio. Para este autor la uniformidad cultural de Cogeces-Cogotas I contrasta con la variabilidad de la época campaniforme. Aunque ambos periodos vistos desde una perspectiva de tiempos largos se ve que son comparables en la vajilla de festines y banquetes. La vajilla campaniforme con los cuencos y formas acampanadas se usaría para beber líquidos y alimentos más o menos líquidos (como potajes, etc.). Sherratt (en Harrison 1995) lo vincula con un incremento del uso del alcohol, que lo relaciona con un aumento de la individualidad masculina. En la fase Cogeces suele haber platos grandes decorados, y los pequeños se hacen comunes en la fase Cogotas I. En ambas vemos los labios decorados, lo único que se vería al servir la comida. El simbolismo social y significado de los

festines competitivos y de compartir la comida no puede ser sobrevalorado. Simplemente fueron tácticas de sociedades agrarias basadas en el parentesco y hay que verlos como escenarios de la competición social del momento. Cuando la producción de objetos de lujo está seriamente limitada, por la tecnología por ejemplo o por ausencia de habilidades y destreza humanas, se recurre a otras formas de competir, como bailes, enterramientos, actos rituales o preparar y cocinar comida. Probablemente no hay coincidencia entre el desarrollo de las vajillas de festines de Cogeces y Cogotas I y el creciente rol del *stock* vivo o desarrollo del Policultivo Ganadero (por ej. Harrison y Moreno 1985). En otras zonas como Cataluña o Teruel no se da esa vajilla y hay que pensar que habría otras formas de competición en boga o que el pastoreo y la caza eran muy diferentes allí, y sus roles expresados de otra forma. Un testimonio indirecto para entender que las vajillas decoradas cogotianas tuvieron ciertos usos en festines donde se compartía comida y bebida lo poseemos en el tesoro de Villena (Alicante) pues allí aparecieron numerosos cacharros de oro y plata que debieron estar destinados a ritos de comensalidad de tipo oriental, en concreto chipriota, pero siguiendo los esquemas decorativos de cerámicas locales, en concreto Cogotas I, ya que se trataría de un regalo introductorio hecho por un artesano chipriota al gusto del régulo local (Ruiz-Gálvez 1998: 276-277), por lo que podríamos pensar que si los barros Cogotas I fueron reinterpretados de ese modo es porque ellos también estarían asociados a ritos sociales muy similares. No obstante habría que matizar que, aunque la vajilla de Villena pueda arrojar ciertas ideas sobre la vinculación de la cogoteña con ritos de comensalidad, aquella es de oro, por lo que los significados asociados y sus implicaciones sociales nunca podrían haber sido los mismos que los de los mundanos barros de Cogotas I.

Siguiendo el modelo de Harrison y ajustándolo al trabajo de Gregory (1980) podemos ver la realización de banquetes para los grupos vecinos, en un sentido parecido al *potlatch* precolonial de la costa pacífica de América del Norte, como un modo de resolver la competitividad social entre grupos mediante el acto aparentemente generoso de dar comida y bebida a los grupos vecinos, a los que seguramente les unirían lazos de parentesco, lo que en términos de reciprocidad diferida generará una deuda, pues aquellos grupos que fueron invitados al festín deberán devolver la invitación en un momento u otro. Sin embargo debemos evitar nuestra lógica economicista al estudiar este tipo de instituciones ya que lo que se obtiene en ellas no es beneficio económico sino prestigio, y siempre han de explicarse en referencia a la estructura de los clanes y a los principios que gobiernan la organización de parentesco. Por ejemplo es más frecuente este tipo de sistema de regalos en lugares donde existe la compra



**Figura 2.39:** un grupo de hombres opuuu de Gambela (Etiopía) compartiendo cerveza contenida en una gran cerámica decorada (fotografía de Alfredo González Ruibal).

de la novia que en aquellos donde se intercambian hermanas (Ibid.: 636-641). Esto genera una competición frenética -acorde con el paulatino aumento de la cerámica decorada frente a la no decorada entre el Proto-Cogotas con respecto al Cogotas I- donde constantemente se crearían y resolverían deudas. Como ya dijimos más arriba puede que sean ciertos individuos quienes, pese a ser comunales los banquetes y en principio participar todos los miembros del grupo, ganen cierto prestigio tanto frente a su propio grupo como frente a los invitados, pues serían los responsables de la organización de dichos festejos y seguramente los alimentos allí consumidos correrían a su cargo. Podríamos hablar de una inversión de capital económico para obtener capital social -el valorado socialmente en ese momento- en la forma de prestigio y de invitaciones adeudadas para futuros festines. Sin embargo esa ventaja adquirida sobre otros líderes de otros grupos sería muy difícil mantenerla, entre otros motivos por el importante gasto de alimentos que supone la realización de dichos festejos y porque una vez que se devuelve la invitación ese personaje pasará él mismo a estar en deuda. Por ello se ha definido este sistema como de “desequilibrio alternante”. Aunque la producción de las cerámicas fuese de tipo doméstico y los presumibles banquetes fuesen comunitarios, es posible que ciertas elites sociales sacaran un beneficio extra de todo ello en la forma de acumulaciones momentáneas de capital social y/o prestigio, lo que no hay que confundir con posiciones de poder ya que los banquetes en muchas sociedades tradicionales sirven, precisamente, para reforzar la simetría social (fig. 2.39).

Por lo tanto es posible que las cerámicas decoradas Proto-Cogotas y Cogotas I tuvieran relación con formas de competitividad social de grupos de escasa jerarquización y alta movilidad residencial. El fin de la movilidad residencial con el mundo soteño y la asimilación e intensificación de otras formas de competitividad social hicieron que cesara la producción de aquella vajilla decorada, sólo

heredándose en el Soto alguna forma y decoración sencilla (como las incisiones en el borde y alguna digitación en el cuerpo) con respecto a Cogotas I. Dentro de esta hipótesis la vajilla decorada cogotiana tendría un papel importante dentro de ciertos mecanismos sociales para hacer frente a la competitividad entre los diferentes grupos que se mueven por un vasto territorio, *grosso modo* la Submeseta Norte y parte de la sur, pero que confluyen en los mismos lugares húmedos, en los mismos pastos de altura, en las mismas tierras explotables agrícolamente con una tecnología primitiva y en los alrededores de los mismos veneros cupríferos.

Si entendemos las cerámicas decoradas Proto-Cogotas y Cogotas I como vajillas con un fuerte significado social a la hora de la competición intergrupar mediante los convites y banquetes, compartiéndose comida y bebida, al estilo de los que se propone para el mundo campaniforme, deberíamos aclarar entonces que en el extremo norte de la Meseta ello sólo se produjo a partir de los comienzos de los barros Proto-Cogotas ya que, como hemos visto páginas atrás, no se constata en ese territorio, al igual que en el inmediato mundo cantábrico, los vasos campaniformes. Es aún pronto y no podemos descartar que, al igual que en los últimos años se ha documentado en ciertas zonas de León cacharros Proto-Cogotas y Cogotas I, que con el avance de las investigaciones se homogeneice el panorama arqueológico de la transición Calcolítico-Bronce Antiguo para toda la Meseta. Sin embargo la ausencia de Campaniforme en Asturias y casi toda Cantabria y la importancia de los depósitos votivos en estas regiones así como en el norte de León, Palencia y Burgos nos hace pensar que en aquellos momentos iniciales de la Edad del Bronce la competición social en todas esas zonas estuvo centrada en la deposición ritual de objetos metálicos. Más adelante, ya en momentos de la aparición de las vajillas Proto-Cogotas, se iría desplazando parte de la resolución de los conflictos intergrupales hacia prácticas sociales en torno a la comida y bebida compartida, al menos para el grueso de las provincias de Burgos y Palencia, y para toda la zona sedimentaria leonesa. Ello no quita para que en esas zonas siguieran dándose depósitos votivos, con mayor profusión e intensidad que en el resto de la Submeseta Norte, quizás por su papel fronterizo, como veremos al final del capítulo. Lo que sí parece claro es que la vajilla Proto-Cogotas y Cogotas I fue utilizada entre grupos afines culturalmente que, si no se puede asegurar que compartieran una identidad étnica sí al menos una identidad cultural, con códigos simbólicos y ritualizaciones similares de las normas sociales. Por contra la negociación social con grupos ajenos culturalmente, como los cantábricos, parece haberse realizado principalmente con armas depositadas en lugares clave por su riqueza en pastos de montaña, como ya vimos, y en rituales en donde no

se usaría la cerámica. No podría descartarse, debido a lo yermo que es el panorama arqueológico cantábrico para estos momentos, que pudiera aparecer algún vaso Proto-Cogotas o Cogotas I en el norte peninsular, pero la ausencia de Campaniforme nos hace sospechar que los grupos cantábricos fueron refractarios a estos barros y a los significados culturales que representan. Es posible por ello plantear que la cerámica decorada meseteña tuviera un papel importante, a modo de lenguaje, entre grupos afines culturalmente, mientras que la comunicación con grupos dispares, como los cantábricos, se realizase mediante otra gramática, la representada por los objetos metálicos en depósitos votivos.

De todos modos tampoco podemos cerrar los posibles significados de la cerámica decorada a las relaciones intergrupales, puesto que a nivel cotidiano es obvio que también debieron ser usadas para consumir alimento y/o bebida, sin descartar su rol en otras facetas sociales como son las identidades de género y/o artesanas. Se ha dicho que las decoraciones de la vajilla Proto-Cogotas y Cogotas I, con sus incrustaciones de pasta blanca, se inspirarían en motivos decorativos textiles realizados seguramente en lana como correspondería al policultivo ganadero o revolución de los productos secundarios en la Península Ibérica, como ya lo haría su predecesor el Campaniforme Ciempozuelos (Ruiz-Gálvez 1998). Si partimos de la base, etnográficamente bien fundamentada, de que las tecnologías textiles y cerámicas estarían controladas por mujeres en la mayoría de los grupos de escasa complejidad, podríamos entender que hay una relación estructural entre ambas y que su alta presencia y protagonismo social debe hacernos poder extraer alguna conclusión social al respecto, especialmente en cuanto al fundamental principio clasificador de cualquier sociedad, el género. Desde uno de los trabajos básicos de I. Hodder (1982) en Etnoarqueología ya se vio la gran cantidad de significados simbólicos diferentes que tienen los recipientes decorados en diferentes pueblos (en el caso de las calabazas decoradas de Baringo el significado sería sólo legible por las mujeres y sus novios jóvenes, en una especie de resistencia cotidiana frente a la imposición de los hombres mayores) (Ibid.: 69). En muchas sociedades preindustriales africanas la tecnología cerámica provee de metáforas para la comprensión de otras facetas sociales y se encuentra complementada simbólicamente con otras tecnologías, frecuentemente con la metalúrgica porque en ambas se transforma la materia prima mediante el calor del horno (Gosselain 1999). Las metáforas estructurales respecto a otras tecnologías -como la metalúrgica, la del cuerpo o la arquitectónica- y los significados concretos del proceso tecnológico cerámico son muy variados. Por ejemplo entre los Karanga de Zimbabwe se representan en el horno metalúrgico los pechos, la vagina y las escarificaciones de las mujeres, y ciertas

decoraciones de las faldas de las mujeres se ven también en la cerámica (González Ruibal 2003b: 50).

Carecemos de datos para saber como se usaron las cerámicas y textiles en el mundo cogotiano, sin descartar incluso que pese a ser fabricados por las mujeres fuesen utilizados exclusivamente por los hombres (textiles para vestirse y cerámicas decoradas para festines rituales). Sin embargo, como ya hemos dicho, sería raro que porcentajes tan altos de cerámicas decoradas se utilizaran sólo en esas ocasiones especiales, por lo que seguramente las decoraciones cerámicas estuvieron presentes en las prácticas culinarias realizadas día tras día por las mujeres, viviéndose y experimentándose los significados que transmiten mediante la práctica cotidiana. Para la Edad del Bronce danesa el aumento de cerámicas decoradas hechas por mujeres significa para algunas arqueólogas (Gibbs 1987: 86) una importancia creciente de la casa como contexto doméstico y como centro de actividad económica. Sin embargo esta propuesta no es aplicable al mundo meseteño ya que aquí el caso parece ser justo el contrario, puesto que el creciente simbolismo de la casa y del espacio doméstico se dio precisamente coincidiendo con el fin de la vajilla decorada cogotiana, esto es, con las casas circulares de adobe decoradas de los poblados estables del Soto pleno. Ello podría reforzar la idea que venimos reiterando a lo largo de toda esta sección, que no es otra que la que relaciona la vajilla decorada de la Edad del Bronce meseteña con alguna forma de negociación social propia de grupos nómadas, por lo que tendría sentido que dejara de fabricarse con la sedentarización de éstos.

Es difícil acercarnos a la negociación social y roles de género de las comunidades cogoteñas. A priori entre los grupos segmentarios cabe esperar una desigualdad de género inferior a la de los grupos más jerarquizados. No obstante se ha planteado que los sistemas matrimoniales de estos grupos itinerantes de la Edad del Bronce, debido a la importancia de las mujeres como fuerza de trabajo en el campo, se basaría en intercambios exogámicos entre grupos y en sistemas del tipo de compra de la novia, en donde no sería rara la poliginia y que las mujeres pasaran a formar parte del clan del marido y sin derechos de transmisión de herencia a su descendencia (Ruiz-Gálvez 1992: 220). Sin descartar que esto fuera así también vemos que en los enterramientos en silos/hoyos reaprovechados, los mayoritarios, aparecen tanto hombres como mujeres (compartiendo incluso en algunos casos la misma fosa, Esparza 1990), por lo que no parece haber un ritual específico para cada género, a no ser que, como estudiaremos al final del capítulo, ciertas espadas depositadas en los cauces fluviales y aledaños puedan interpretarse como restos de rituales funerarios para ciertos hombres en los que los espacios acuáticos tendrían un rol importante como lugares liminales. De todos modos aún no

poseemos muchos datos publicados al respecto y los que hay no suelen contar con estudios específicos de antropología física. Aparte de esta aparición directa de los cuerpos sexuados, no poco importante a la hora de interpretar desde un punto de vista de la arqueología del género, también partimos de la base de que en el registro material podemos encontrar lugares y objetos que fueron usados en las relaciones de género y en su representación, es decir, que la cultura material es fundamental en la asignación y preservación de las ideologías de género. Aunque debemos mantener el debido cuidado para no caer en categorizaciones sobre el carácter femenino y masculino de la cultura material influidos por nuestra visión etnocéntrica y androcéntrica (Sorensen 2000; Gibbs 1987: 80). También es tópica y peligrosa la asociación sin crítica alguna, a modo de universal cultural, del mundo doméstico/privado con las mujeres y del político/público con los hombres (Moore 2004: 36-39), más aún tratándose de pequeños grupos nómadas y cuando sabemos que la división sexual del trabajo varía de una sociedad a otra.

Al contrario que en otros lugares europeos en la Edad del Bronce (Gibbs 1987: 88) en la Meseta Norte no dejó de haber presencia femenina en el registro funerario en ningún momento. Los lugares donde se desarrollaron las actividades tanto de mantenimiento como productivas, los enterramientos y los depósitos, pese a la escasez de datos, se desarrollaron también sin grandes variaciones a lo largo de este periodo. No son raros los yacimientos donde aparece alguna inhumación en silos reaprovechados, frecuentemente con ofrendas de animales cazados enteros -en conexión anatómica- tales como jabalíes (por ejemplo en el yacimiento de Las Matillas, Alcalá de Henares, acompañando a una inhumación masculina) (Díaz-del-Río y otros 1997: 103). Como veremos más adelante, entre los abundantes depósitos votivos asociados a estos momentos, algunos, en concreto las espadas, pueden ser asociados a la esfera masculina, y además se hallan en lugares exteriores a los asentamientos. Los incipientes contactos a larga distancia del final de Cogotas I también se pueden vincular sin muchos inconvenientes a la esfera masculina, como veremos. Quedaría pendiente saber, por tanto, si las cerámicas pueden entenderse también como portadoras de significados que representasen simbólicamente a las mujeres, en donde sus elaboradas decoraciones pudieran también ser silenciosos discursos entre mujeres por los que se prestaría atención a sus roles en la preparación del alimento, por ejemplo, o sin tan sólo fueron significativas en el sentido de negociación intergrupal ya descrito. Si fuera cierta la propuesta de género que realizamos la barroquización de las decoraciones cerámicas Cogotas I en el Bronce Final podrían entenderse como una resistencia simbólica, con connotaciones femeninas y de *ethos* igualitario, ante un progresivo ocultamiento simbólico de las

actividades femeninas, ante un creciente protagonismo de los hombres mediante el aumento de los contactos a larga distancia y la acumulación de poder que se deriva de ello y ante incipientes procesos individualizadores asociados a la esfera masculina. Como es evidente todas estas propuestas no pasan de ser meras especulaciones sobre una base documental bastante ambigua.

Pero si se compara con el posterior momento soteño en donde los contactos a larga distancia parecen ser los recursos para acumular capital social y en donde en el registro material aparecen muchos objetos que se relacionan con la apariencia física del cuerpo sexuado, quizás se refuercen en parte nuestras hipótesis. El comienzo del comercio precolonial a partir del s. XIII a.C. con sus demandas de productos ganaderos y minerales reactiva y potencia las actividades de la Meseta (Jimeno 2001: 169). Para algunos autores las fíbulas de codo que se reparten por la Meseta norte serían la evidencia material de unos intercambios de regalos entre elites de tribus vecinas y no tan vecinas, ya que la concentración de dichas fíbulas en Andalucía respondería a talleres meridionales (Delibes y otros 1995: 57-58). Estas fíbulas de codo se enmarcan entonces en una creciente importancia de los contactos a larga distancia, especialmente con el sur peninsular a través de la Vía de la Plata, que en los grupos cogotianos del Sistema Central también deja otros materiales exóticos como cerámicas pintadas monocromas -de raigambre tartésica-, cerámica con incrustaciones de bolitas de bronce en Sanchorreja (Ávila) o los primeros objetos de hierro (Álvarez-Sanchís 2003: 45). Veremos en el apartado dedicado al mundo soteño como la reorientación de las elites cogotianas hacia el control de exóticos objetos de prestigio (como las fíbulas de codo y los supuestos mantos a los que iban enganchadas), que el comercio mediterráneo posibilita en esos momentos de la Edad del Bronce, y así poder acumular capital social de un modo novedoso no visto en las etapas precedentes, supondrá el comienzo del fin de las formas de vida móviles e igualitarias en la Meseta, dándose el paso hacia modelos sedentarios en donde se dispararon las diferencias sociales, tanto en un sentido vertical como de género. Con el paso al mundo soteño se reforzaron los valores masculinos y la tensión social entre géneros parece decantarse hacia el lado de los hombres. No sería casual entonces que en esos momentos las decoraciones cogoteñas desaparezcan, aunque no otras daciones tecnológicas asociadas a la producción cerámica que puede hacernos entender que ésta siguió en manos femeninas.

Por todo ello si pensamos en el importante papel a nivel productivo de las mujeres en los grupos pequeños, tanto en agricultura como en ganadería, en la visibilidad continuada de las mujeres en el registro fuenerario, en que las tecnologías femeninas son las

que poseen en esos momentos prácticamente las únicas decoraciones que conocemos o en la reiterada perduración de las actividades de mantenimiento tanto masculinas como femeninas, podemos concluir que pese a la división sexual del trabajo y tensión social entre los géneros que toda sociedad posee las mujeres de los grupos cogotianos tuvieron mayor protagonismo público y menor desigualdad con los hombres que en momentos posteriores.

### **Cogotas I: base económica y movilidad espacial en la Meseta Norte.**

Desde que aparecieran cerámicas cogoteñas en el valle del Guadalquivir y en la zona levantina a partir de excavaciones de los años setenta, se comenzaron a aplicar modelos de pastoreo trashumante que se suman a la tradicional consideración de los grupos Cogotas I como pastores, puesto que aquellos yacimientos se sitúan en el extremo de cañadas históricas que tenían su punto de origen en áreas de montaña de la región del Duero (por ejemplo Picos de Urbión y Sierra de la Demanda). Por ello se propuso la correspondencia de tales yacimientos de la periferia con los establecimientos estacionales, de invierno, de la Meseta. Pero algunos autores (Abarquero y otros 2009: 293-297) socavan la credibilidad de dichos argumentos. En primer lugar se propone que un movimiento general de ganado, de tanto volumen y a tan grandes distancias, difícilmente se pudo llevar a cabo sin una cobertura legal que sólo un complejo de tipo estatal parecería proporcionar. Además, los tipos “cogoteños” del valle del Guadalquivir no serían tales, sino meras imitaciones de aquellos por las poblaciones locales. Por otro lado en el área nuclear muchos de los poblados cogoteños se sitúan en las periferias de áreas encharcadas, que sólo es posible explotar en verano, y que permiten alimentar una cabaña ganadera no muy extensa, sin tener por ello que desplazarse grandes distancias. Otro argumento en contra de la movilidad extrema es que los hoyos que caracterizan los poblados de estas gentes se suelen interpretar como silos, que junto a los molinos de mano que también aparecen, hacen pensar en agricultores básicamente sedentarios, puesto que el ciclo agrícola en las tierras de secano meseteñas dura nueve meses. En el yacimiento de El Pelambre (León) los pólenes de cereal hacen pensar en la cercanía de los campos de pan, que habría que entender que fueron labrados y sembrados a finales de setiembre, y recolectados a comienzos de julio. Los análisis polínicos de este poblado también demostrarían la cercanía de los pastizales y que el medio estuvo fuertemente antropizado, así como con huellas irrefutables de una intensa actividad pastoril. En concreto se trataría de un paisaje fuertemente deforestado ya para el Bronce Medio, destacando entre las especies arbóreas las ancinas y los enbros / sabinas. Estos árboles

formarían islas de vegetación entre amplios pastizales con abundantes palinomorfos de origen antrópico (López Sáez, López y Pérez 2009). Otro argumento añadido es la presencia de auténticas redes de poblamiento jerarquizado, con lugares centrales como La Plaza (Cogeces del Monte) o Carricastro, ambos en Valladolid, y otros como Mesa del Carpio Bernardo (Salamanca) o Ecce Homo (Madrid). Centralidad otorgada por las alquerías que rodean a los dos últimos, por el gran tamaño de alguno de ellos (más de 6 Ha en Ecce Homo), por las fortificaciones de Cogeces del Monte, la centralidad de la producción agrícola en La Mesa de Carpio o de la producción metalúrgica en Carricastro.

Si bien estos mismos autores reconocen que otros muchos yacimientos de esta grupo cultural son tan efímeros que costaría defender el sedentarismo para explicarlos. Además, el análisis arqueofaunístico del yacimiento de El Pelambre (León), revela que se criaba vacuno y caballo -que tienden a sacrificarse en edad adulta, con más de 5 años, tras un aprovechamiento previo de productos derivados-, que el sacrificio de la cabaña de ovicaprinos, la más numerosa, es en edad subadulta -de 2 a 5 años-, que predominan las ovejas sobre las cabras, o que hay frecuencia de perros -propios para actividades cinegéticas y/o ganaderas (Vega, Cerdeño y Córdoba de Oya 1998)-, por lo que no pueden obviarse las prácticas pecuarias. Pese a ello remarcan el protagonismo de las ovejas sobre las cabras, ya que aquellas se encuentran mejor adaptadas para aprovechar los pastos de vega. Todos estos datos, con los obtenidos recientemente en El Pelambre, invitan a pensar en actividades agrícolas y ganaderas, y en que, debido a la escasa entidad constructiva de sus poblados, especialmente si los comparamos con los del Soto de Medinilla del Primer Hierro, no fueron comunidades completamente fijas que practicaran cultivos de barbecho corto o de año y vez, sino instaladas en un régimen de rozas o de barbecho largo, el cual podría aconsejar hacer pequeños traslados cada cierto número de años dentro del propio territorio, lo que no quita para que se sigan caracterizando a estos grupos como de sedentarios (Abarquero y otros 2009: 295-296). A lo largo de este apartado intentaremos, por contra, caracterizar a los grupos de la Edad del Bronce de la Meseta norte como nómadas, con una determinada combinación de las prácticas agrícolas y ganaderas propias de la alta movilidad residencial y entender como ésta fue una de sus características sociales más determinantes, que se pudo llevar a cabo sin una estructura institucional compleja, y mucho menos estatal, como numerosos ejemplos etnográficos respaldan.

Tradicionalmente, desde aquellas hipótesis que veían a los grupos cogoteños y soteños como contemporáneos, los primeros en áreas de montaña y los segundos en la amplia vega del Duero, se viene

caracterizando a los primeros como pastoriles. Para algunos sería injusta esa definición pues estaría basada en ciertos paralelismos de las decoraciones de las cerámicas con la talla de madera a punta de navaja y en supuestos movimientos trashumantes de ganado no suficientemente demostrados. La trashumancia de largo alcance presupondría la existencia de una complicada estructura jurídica y burocrática, tanto para garantizar el paso por diferentes regiones como para asegurar el usufructo de las tierras de llegada. Se apuesta por un trashumancia de radio más corto, ya que además los silos revelan que permanecerían estancos con el cereal dentro, como reservas de alimentos, por lo que se acredita cierta permanencia en los poblados, no rota estacionalmente. Pero como en el valle del Duero los pastos complementarios no están cerca, entonces se plantea que la dedicación de los grupos cogotianos de la campiña sería fundamentalmente agrícola, corroborado por los restos arqueológicos encontrados y la movilidad reducida que se apreciaría. La poca consistencia de los poblados sería consecuencia de la agricultura de tala y roza que hace que al poco tiempo haya que desplazarse a una zona cercana (Delibes y otros 1995: 54-55). También se ha dicho que para los yacimientos cogotianos del suroeste de la Meseta el modelo que mejor encaja es el de valle-montaña transterminante, mejor que el trashumante (Álvarez-Sanchís 2003: 53).

En primer lugar podríamos decir que el debate entre si estos grupos fueron agricultores o pastores es obsoleto, ya que ambas estrategias son complementarias en la mayoría de los grupos de economías productivas. La alta movilidad residencial, la cultura material similar tanto en la zona llana del centro de la cuenca del Duero como en poblados de las sierras septentrionales y meridionales de dicha cuenca, la aparente estrategia de explotación extensiva del medio y la complementariedad valle-montaña de la Meseta norte hace pensar en grupos que complementan la agricultura y la ganadería en diferente proporción según el nicho ecológico en el que hayan establecido su campamento. Hasta en las ubicaciones estivales de altura es posible obtener una cosecha corta de cereal (Fernández-Posse 1998). Por lo cual adelantamos ahora que si la discusión no es ver si aquellos grupos fueron agricultores o ganaderos, pues es muy raro que no se den las dos estrategias a la par, sí que podemos centrar el debate, como haremos más abajo, en descubrir las diferentes estrategias sociales que se esconden detrás de lo que podemos denominar genericamente como nomadismo.

En esa línea que entiende la agricultura y la ganadería como complementarias, pero entendiendo los importantes cambios en la ganadería que se dieron en el II milenio a.C., se encuentran los trabajos de Richard Harrison, que se basan en analogías históricas y en estudios zooarqueológicos concretos. Las formas de pastoreo históricas en múltiples partes del



Mediterráneo y, presumiblemente, también en la Prehistoria, usarían en muchas ocasiones pastos semisalvajes, es decir, sistemas de bajo costo y también de bajo rendimiento, con el empleo de recursos naturales sencillos como el fuego o la trashumancia. Parece que los sistemas de explotación ganadera en la Edad del Bronce fueron mas variados que en épocas precedentes, puede que por la introducción de estos sistemas en una economía regional, lo que no quita que dentro de este “policultivo ganadero” hubiera ciertas especializaciones por zonas. Se plantea entonces que si hasta el 2000 a.C. los animales fueron criados principalmente por su carne, a partir de ese momento su cría se deriva hacia la importancia de los “productos secundarios”, en la terminología de Sherratt (1981; 1983), en donde ciertos productos animales de gran valor, pequeño volumen y transportables, pasan a ser muy importantes a nivel social y a poder ser intercambiados en una amplia zona (Harrison y Moreno 1985: 71, 75-79). Una de las consecuencias de este proceso en la Edad del Bronce es la posibilidad de empezar a acumular las riquezas de origen animal en las manos de unos pocos ya que con controlar algunos hechos críticos como la reproducción de los animales se garantizaría la producción del resto del año (Gilman 1981). Para los poblados Cogotas I de Aragón y Navarra los análisis muestran que hay una ganadería altamente especializada, con caballos, cerdos y ovicápridos, además de caza de ciervo. También animales que permiten un excedente de productos lácteos. Los caballos combinan en ellos mismos alimento -existen evidencias de que han sido comidos-, prestigio, utilidad y fuerza. Harrison ve que la domesticación de animales y la caza se complementan para mantener las necesidades alimentarias de las comunidades, ya que los productos de los animales se meten en el mercado también, y no solo la cerámica y los metales. El elemento pastoril fue importante en la economía del valle del Ebro, y como modo de producción se adapta a lo árido, al clima complejo estacionalmente, y se puede combinar bien con el cultivo de cereales y leguminosas. Los sistemas pastoriles pueden expandirse rápidamente y caer en etapas catastróficas, pero también son buenos mecanismos para minimizar los riesgos ya que la movilidad del ganado o *stock* vivo permite moverse de áreas con sequía o infecciones (Harrison 1995). Para el norte de la Meseta, al sur de nuestra zona de estudio, hay pocos datos en este sentido. Ya vimos como contamos prácticamente sólo con los procedentes del castro de Sacaos. Pese a las dudas sobre la situación exacta de aquellos restos el panorama ganadero que presentan encaja bastante bien en el esquema general que acabamos de describir, siendo los ovicápridos los animales que permitirían la explotación de los “productos secundarios” mientras que los bóvidos serían más bien criados para carne, sin que se descarte su uso en el otro sentido, claro está.

Se ve también por excavaciones recientes como el almacenaje, en silos principalmente, de cereal y puede que leguminosas, se hace importante a partir del 1750 cal AC, lo que permite mantener la independencia de los grupos puesto que los excedentes se mantienen en las manos de los productores. A partir de esa fecha se hacen dominantes también las lascas interpretadas como dientes de hoces, lo que conlleva que el metal casi no entrara en juego en la producción agrícola. La combinación en la estrategia económica entre ganadería y agricultura es evidente, ya que los análisis polínicos muestran la importancia del cereal, así como indirectamente los silos, los molinos barquiformes o los dientes de hoz de sílex con lustre de cereal (Jimeno 2001: 163; Harrison 1995) y que vemos en todos los trabajos que estudian yacimientos de esta época. En las prospecciones que hemos llevado a cabo en los valles de Amblés y Corneja (Ávila) durante varios años<sup>2</sup>, hemos podido constatar que era raro el yacimiento Ciempozuelos, Proto-Cogotas y Cogotas I que no apareciera junto a los ríos o humedales y en el que no se recogieran entre sus materiales de superficie abundantes molinos barquiformes, manos molenderas y hachas líticas pulimentadas. En el ya mencionado yacimiento de “campos de hoyos” de Las Matillas (Alcalá de Henares) se han documentado dos tipos de fosas: unas mayores cuya capacidad está en torno a los 1150 l. -y en donde se han documentado también inhumaciones- y otras menores con unos 610 l., ambas dentro del área C de este poblado. Las primeras tienen una ubicación periférica respecto a las más pequeñas. Es en el área A donde cabría esperar que se encontrasen las cabañas por los materiales allí documentados, y la C se entiende como un lugar de almacenamiento de grano (por haberse documentado semillas carbonizadas) y transformación de sílex (realización de la cadena tecnológico operativa del sílex). Sus excavadores entienden que es un espacio de uso prolongado por su carácter no caótico y por haberse calculado que estos silos de mayor tamaño pudieron mantener con reservas de cereal a un grupo de 160 adultos durante un ciclo agrario, suponiendo que funcionasen todas a la vez, y que pudo estar en uso esta zona de silos unos 80 años, calculando un grupo de 20 adultos y la vida media de un silo en 10 años (Díaz-del-Río y otros 1997: 96 y fig. 4).

Los paleopaisajes documentados al sur de la cuenca del Duero (provincia de Ávila) sobre secuencias polínicas de diferentes asentamientos de las fases Parpantique-Cardenosa, Proto-Cogotas, Cogotas I y Soto se ajustan bien a los modelos agropecuarios propuestos. Esa información revela la formación antigua de los paisajes agrarios del Bronce Final, pudiendo venir perfectamente de época calcolítica, y caracterizados por pastizales antropozoógenos con

<sup>2</sup> Dirigidas por Gonzalo Ruiz Zapatero y John Collis.

rodas de melojo y fresno y encinares adehesados. Se documenta la importante antropización en los alrededores de los contextos domésticos y el uso sistemático del fuego en el clareo del bosque. Prácticas pastoriles y agroforestales que causaron un “impacto desproporcionado” sobre el medio, llegando estos paisajes muy degradados a comienzos del I milenio a.C. La agricultura de cereal se produciría en los alrededores de los poblados, documentándose directamente en algún caso, mientras que es recurrente la ubicación de aquellos en las vegas de los ríos y humedales, puesto que las condiciones climáticas más secas del Subboreal y la cabaña ganadera que había que mantener así lo exigían. Los pastizales y los paisajes adehesados se han de relacionar con prácticas pastoriles extensivas (López Sáez y Blanco 2005; López Sáez y otros 2009).

Pese a las presumibles evidencias en el registro arqueológico de posibles excedentes cerealísticos y ganaderos habría que matizar que éstos pueden ser gestionados mediante dos mecanismos. Por un lado estaría gestionar el alimento -que sería usar el excedente agropecuario para realizar manufacturas artesanales especializadas o de calidad, desarrollar festines, preparar proyectos de trabajo colectivo...- y por otro gestionar la riqueza -usar bienes que la elite controla para cambiarlos por otros que no controla directamente, pero que pueden usar en su beneficio-. Para que se dé el segundo de ellos las elites aunque piensen globalmente antes deben actuar localmente, ya que sino no podrían mantener esa estrategia. En Cogotas I las escasas evidencias de excedente, el pastoreo extensivo, el hábitat no estable, las escasas evidencias de estratificación social en donde los líderes no son miembros de una elite hereditaria sino atractivos personajes a los que se sigue por el reparto de excedente generado con trabajo duro o por su liderazgo militar, etc. hacen pensar en el primero de los modelos (Gilman 1998: 16).

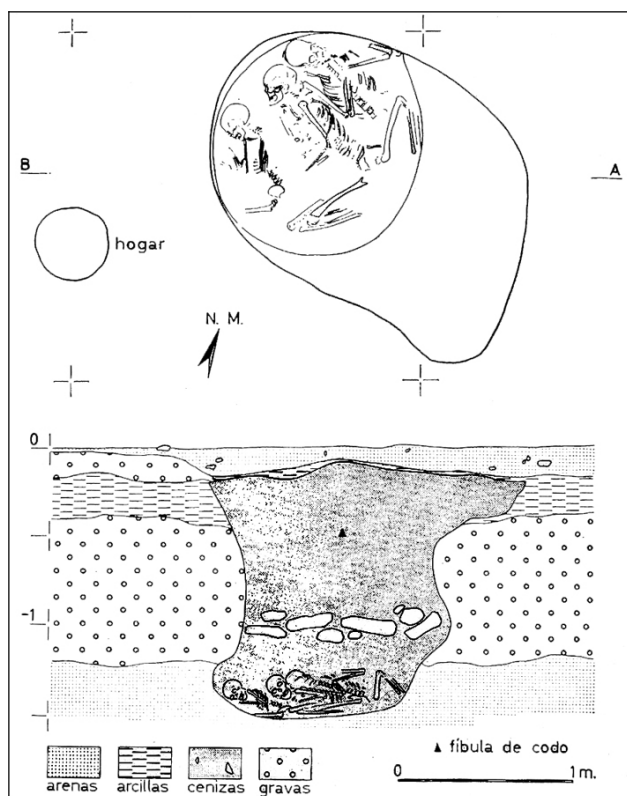
El modelo de trashumancia en relación a Cogotas I se aplica desde los años setenta, como hemos visto, aunque posteriormente se ha recortado dicha visión y se ha preferido hablar mejor de movimientos ganaderos cortos de tipo transterminante ya que para los desplazamientos largos haría falta cierta seguridad y estabilidad política, rutas definidas y paz (en Jimeno 2001: 155). Alfredo Jimeno (2001: 156-159) propone que tras la asimilación de la Revolución de los Productos Secundarios durante época Campaniforme, en donde ya se vería una ocupación de las zonas húmedas y un aumento de los bóvidos y équidos en la cabaña ganadera, se pasaría de unos movimientos itinerantes con el ganado de tipo continuo a otros de tipo discontinuo, dentro de una economía ganadera transterminante, con agricultura básica y recolección, y con una ocupación intermitente de los asentamientos y recurrente a lo largo de un periodo amplio de tiempo. También se constata la

tendencia a ocupar tierras en el piedemonte, en el Bronce Antiguo, quizás por la necesidad de ocupar nuevas zonas por el debilitamiento de la capa productiva.

Más adelante veremos cuál es el modelo de movimientos ganaderos más ajustado a las evidencias cantábricas y meseteñas, pero antes debemos estudiar una serie de evidencias arqueológicas que nos permitirán entender mejor si los movimientos de aquellas gentes fueron de radio corto (transterminancia), como opinan la mayoría de autores, o de radio largo (trashumancia), o si bien ambos términos se pueden desechar en función de un análisis contextual del tipo de nomadismo concreto que desarrollaron aquellas gentes, entendiendo nomadismo en un sentido genérico como forma de vida móvil, en el sentido en el que se entiende en la literatura antropológica al uso, como veremos más adelante. En relación con estos movimientos veremos también si las evidencias disponibles permiten hablar de un hábitat jerarquizado o no.

Variadas son las evidencias arqueológicas que nos permiten ver que aquellos grupos nómadas se movieron por un amplio territorio, con desplazamientos incluso de cientos de Kms., pese a la tendencia mayoritaria entre los especialistas en defender los movimientos cortos. En el poblado cogotiano de Carricastro (Tordesillas) hay áreas específicas para fundir bronce -hachas planas, puñales de roblones o leznas-, a no menos de un centenar de Kms. de los veneros de cobre más próximos. En el mismo yacimiento de Carricastro, orilla derecha del Duero, también existen varias toneladas de granito bajo la forma de molinos de mano o bloques paralelepípedos aún sin debastar, siendo los puntos de aprovisionamiento más cercanos el Sistema Central (Delibes y otros 1995: 55-56). No debemos descartar que la llegada de esos materiales a dichos poblados se deba a un aprovisionamiento directo de aquellos grupos en las fuentes de materias primas, se encuentren éstas tanto en el Sistema Central como en el piedemonte cantábrico, más que a fruto del “comercio”, como opinan los autores referidos. Para ello habría que imaginarse a los grupos cogotianos de la cuenca del Duero desplazándose hasta cientos de Kms. para acceder a las fuentes de materia prima.

Por otro lado las evidencias funerarias en el mundo Cogotas I suelen ser unas pocas inhumaciones por poblado reaprovechando hoyos como los de los silos, y a veces cabañas. Ésto último es lo que ocurre en Los Tolmos de Caracena (Soria) y, como ya vimos, en el yacimiento de El Cerro (La Horra, Burgos) donde aparecieron tres individuos inhumados bajo una cabaña, una vez amortizada ésta, por citar tan sólo algún ejemplo. Respecto a los silos reaprovechados en un sentido funerario ya vimos esta tradición en los momentos Proto-Cogotas previos, como en el caso leonés de Las Vegas (Jabares de los Oteros) (ver fig.



**Figura 2.40:** planta y sección de la inhumación triple del yacimiento Cogotas I de San Román de Hornija (Valladolid) (en Delibes de Castro 1978).

2.10), pero para el momento histórico que ahora tratamos ejemplos clásicos serían la ya mencionada inhumación triple de San Román de Hornija o la vallisoletana de Renedo de Esgueva, así como la palentina de Carralasevegas (Santillana de Campos) (Delibes y otros 1995: 57) (fig. 2.40).

Por otro lado, al igual que en el mundo cantábrico, son diferentes las zonas meseteñas en donde se usaron las cuevas en un sentido sepulcral. Por centrarnos en las provincias de Burgos y Palencia los enterramientos suelen seguir el ritual inhumador, aunque parece que en el caso de Cueva Tino (Mave, Palencia) hay casos de algunos huesos quemados asociados a cerámicas Cogotas I y pegados a una pared de la cueva (Esparza 1990: 111), lo que no quiere decir, como apuntábamos para las evidencias cantábricas, que el ritual funerario seguido fuera la cremación *sensu stricto*. Otras cavidades en donde se han documentado huesos humanos son Cueva de la Aceña o Valpoza, Cueva de Sotoscueva o Kaite II (dentro del amplio conjunto de Ojo Guareña en donde habría habitación, santuario e inhumaciones en las diferentes cavidades) y la Cueva Mayor de Atapuerca, las tres en Burgos (Ibid.: 113-116). No compartimos, por lo tanto, la idea de que estas pocas inhumaciones se deban a que este ritual se encontrase restringido a unos pocos (Delibes y otros 1995: 57), sino que más bien, siguiendo con la idea de que los grupos cogotianos fueron sociedades segmentarias sin excesivas diferencias verticales entre sus miembros, las

escasas inhumaciones por poblado, que en ningún caso pueden ser entendidas como necrópolis, son muestra de un ritual funerario accesible por todos -en los enterramientos vemos hombres y mujeres, adultos y niños- y del cual sólo vemos a aquellos fallecidos durante el corto tiempo en el que estuvo en uso dicho poblado, que no necesariamente ha de ser estacional, pero sí de unos pocos años y con la posibilidad de reutilizaciones posteriores.

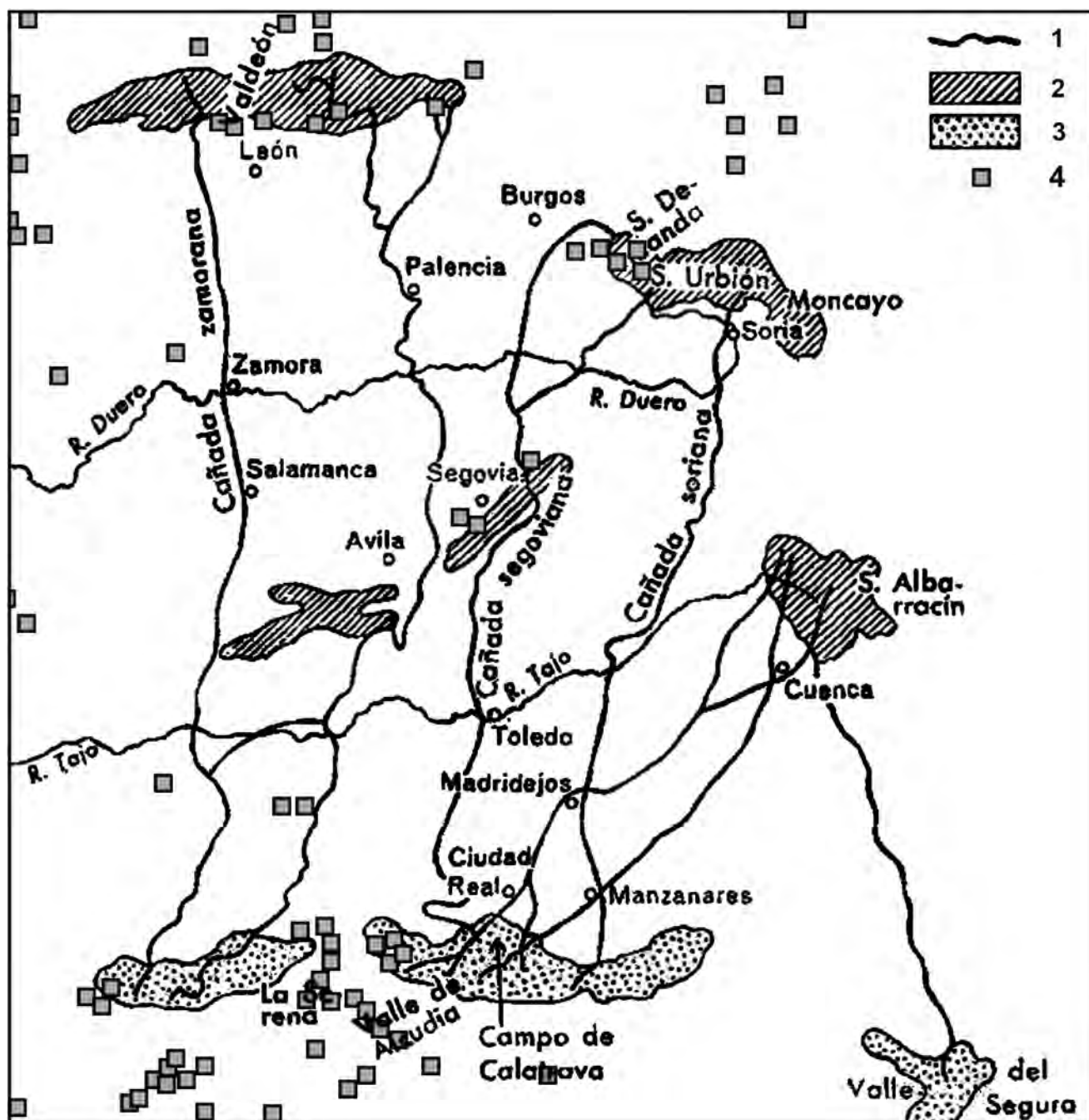
En este sentido también se decanta Ángel Esparza quien cree que la heterogeneidad de ritos funerarios entre las gentes de Cogotas I -recordemos que también se reutilizaron dólmenes de fechas previas en Salamanca y Zamora- se debe a una alta movilidad que les hace enterrar a sus muertos allí donde se encuentren (1990: 131). Otros autores resaltan que la tendencia a enterrar los muertos en silos reaprovechados puede estar poniendo de manifiesto un cambio de actitud en las relaciones con los antepasados, de míticas a genológicas. Mediante la unión de las inhumaciones a áreas productivas los familiares justificarían tanto la existencia del grupo social en el presente como su apropiación del espacio habitacional. Esas ubicaciones de las inhumaciones irían más allá en esta faceta de “justificación ideológica” y aparte de reivindicarse el área habitacional también se haría lo mismo con el territorio productivo, siendo el silo el que concentraría toda la significación de un paisaje ya domesticado (Díaz-del-Río 1997: 108). Sin embargo no creemos que esta propuesta sea excluyente con la idea de la alta movilidad residencial de estos grupos, como proponen estos autores. La unión de las inhumaciones con los silos, símbolos de la apropiación de un espacio productivo, puede ser una “justificación ideológica”, pese a ser un uso del concepto de ideología excesivamente anclado en el concepto de falsa conciencia y en una noción instrumentalista dentro del plano consciente de las personas. Ello no quita para que la escasa homogeneidad entre los rituales funerarios tanto de la Meseta como del mundo cantábrico y los escasos muertos documentados por yacimiento, incluso los intervenidos en extensión, nos hagan pensar en que aquellos grupos debieron de haber ocupado varios poblados a lo largo del tiempo, incluso dentro de escalas temporales pequeñas como puede ser la generación. Estaríamos hablando de yacimientos cuyas características no reflejarían tanto la trayectoria ininterrumpida de su ocupación como una presencia repetida pero discontinua, puede que de unos cuantos años, acorde con el aprovechamiento cíclico de un vasto territorio (Delibes y otros 1995: 55). Si bien las evidencias funerarias complementan la idea de la movilidad de estos grupos no indican nada sobre si ésta es de radio corto o largo, hasta que en un futuro no se apliquen técnicas, por ejemplo la genética u otros criterios morfológicos que permitan ver afinidades entre individuos concretos, y pudieran

revelar relaciones de parentesco entre los diferentes inhumados que se han encontrado en la Meseta.

Respecto a la presencia de cerámicas Cogotas I en amplias zonas peninsulares se ha propuesto que seguramente no se deba a la circulación de productos acabados sino a la movilidad social interregional (artesano ambulante, exogamia) (Castro, Mico y Sanahuja 1995: 73). Sin embargo, hemos visto más arriba como los datos disponibles apuntan a que las producciones cerámicas, al igual que las metalúrgicas, debieron darse en la mayoría de los poblados ocupados. Por otro lado es llamativa la alta similitud de las formas culturales, entre las que se encuentra la cerámica como ejemplo mejor conocido, en el área nuclear de los grupos Cogotas I, que es, ni más ni menos, la amplísima planicie sedimentaria del valle del Duero, desbordándola por el sur del Sistema Central. Por ello creemos que, al menos para la Submeseta Norte, la amplia difusión de dichos recipientes cerámicos puede explicarse perfectamente por la alta movilidad residencial de los grupos, al igual que lo que hemos apuntado para las evidencias funerarias en los poblados, sin descartar que fuera de esta zona puedan explicarse la aparición de las técnicas decorativas cogotianas por la aportación de estas tradiciones tecnológicas por parte de mujeres como resultado de matrimonios exogámicos, así como por otro tipo de contactos culturales. En este sentido se ha propuesto que las vajillas cogotianas son ajuares domésticos en el valle del Duero y productos de intercambio fuera de éste (Fernández-Posse 1998). Por lo tanto más que intercambiarse vasos los que circularían serían los motivos y esquemas decorativos (Jimeno 2001: 167). Se hace difícil entender la alta homogeneidad cultural de la Meseta Norte sin recurrir a la alta movilidad residencial en donde los patrones culturales similares no vendrían tanto por el intercambio entre grupos de diferentes nichos ecológicos como por la alta movilidad de los diferentes grupos por una vastísima región, en donde los nichos ecológicos complementarios pueden estar tan alejados como es la distancia que hay entre el río Duero y el piedemonte cantábrico o el del Sistema Central. Serían los mismos pequeños grupos los que estarían fabricando y usando cacharros de barro en las estribaciones del Sistema Central para hacer lo mismo, a los pocos años, en el piedemonte cantábrico, por ejemplo. En este sentido se ha propuesto que ciertas concomitancias decorativas sobre la cerámica -bandas horizontales de puntillado- entre yacimientos leoneses y zamoranos de la fase Proto-Cogotas se debe a la ubicación de estos en la vega del río Esla, por lo que debemos entender la larga vega de dicha corriente fluvial como una importante vía de intercomunicación (Rodríguez Marcos y otros 1999: 63). Se podría estar hablando en algunos casos de desplazamientos de cientos de Kms. (fig. 2.41).

Resumiendo podríamos concluir que las distancias entre ciertos productos y las fuentes de materias primas, las evidencias de un hábitat móvil testimoniado por los escasos muertos hallados por poblado, la escasa redundancia y congruencia de éstos que indican reocupaciones periódicas de los mismos lugares, pero no encima sino al lado del poblado que fue abandonado, y la fuerte homogeneidad de la cultura material en toda la Meseta Norte (tanto en tradiciones cerámicas, arquitectónicas o metalúrgicas) nos hace pensar que los movimientos de las poblaciones cogoteñas se ajustarían más al concepto de trashumancia que al de trasterminancia, es decir, con desplazamientos, incluso, de cientos de Kms. Más adelante haremos una propuesta de diferentes modelos de nomadismo para entender de un modo más ajustado el registro cantábrico y el meseteño. Esta hipótesis además se podría corroborar en el hecho de que en la Primera Edad del Hierro, íntimamente vinculada a la sedentarización, comienza un mosaico de tradiciones culturales, reflejadas especialmente en los productos metalúrgicos, cuyas cadenas tecnológico-operativas se circunscriben con claridad a pequeñas áreas geográficas, fragmentándose de este modo la anterior unidad cultural. No obstante antes de finalizar este apartado, nos gustaría hacer hincapié sobre las escasas evidencias que disponemos para poder hablar de un poblamiento jerarquizado en la Meseta Norte, debido, principalmente, a la alta movilidad residencial.

Para el piedemonte septentrional del sector occidental del Sistema Central se ha propuesto que el porcentaje de los yacimientos cogotianos en alto sería del 60 %, frente al 30 % en llano y el 10 % en cueva. Además el 42 % de los poblados de esta zona suroccidental de la Meseta que dan materiales tipo Cogotas I coincide con emplazamientos ocupados también en la Edad del Hierro, de los cuales el 70 % son en altura, en cerros claramente defensivos y estratégicos. Con estos datos y asumiendo que los poblados cogotianos en altura y en llano estuvieron ocupados a la vez se alude a una jerarquización espacial del poblamiento previo a la Edad del Hierro (Álvarez-Sanchís 2003: 51). El problema de este modelo es que para poder hablar de jerarquización en el poblamiento habría que demostrar que ambos tipos de poblados fueron ocupados de modo continuado, algo difícil de demostrar viendo la temporalidad de los poblados cogotianos ya descrita más arriba, por lo que también podríamos pensar que ambos tipos de poblados fueron fruto de los mismos grupos, cuya movilidad residencial les hizo ocupar lugares en altura o en el fondo del valle según las circunstancias - ecológicas, sociales, políticas...- de cada momento. Compartimos con Fernández-Posse (1998) que la alta movilidad de estos grupos meseteños de la Edad del Bronce con una población poco estable y en un espacio amplio y diversificado hace fácil la



**Figura 2.41:** 1. Principales cañadas de la trashumancia histórica meseteña; 2. Áreas de pastos veraniegos; 3. Áreas de pastos invernales; 4. Yacimientos mineros y explotaciones antiguas de cobre (a partir de Vilá en Rubio 2006; y Ruiz Gálvez en Díaz Guardamino 2010, modificado). Nótese la coincidencia de recursos tales como pastos frescos de verano y yacimientos cupríferos en el sector meridional del centro-occidente cantábrico, y como éstos son críticos en la Meseta Norte.

homogeneidad de la cultura material, siendo una población baja, sin problemas de recursos y con un éxito adaptativo que duró 700 años. Son muchos yacimientos los documentados, pero que abarcan un gran periodo de tiempo y una gran extensión, por lo que pese a tener sistemas extensivos de explotación, quizás no se dieron las condiciones como para que hubiera una competencia acentuada entre los grupos por el acceso a los recursos críticos. Sin embargo no compartimos con esta autora que la crítica realizada al modelo de poblamiento jerarquizado entre los grupos Cogotas I se centre en que el poblamiento en altura es más tardío que el realizado en llano, ya que al menos

en el piedemonte cantábrico hay poblados en altura con imponentes defensas naturales desde momentos Parpantique-Cardenosa y en muchas ocasiones con ocupaciones reiteradas hasta la Segunda Edad del Hierro. En las páginas precedentes ya hemos descrito numerosos yacimientos en altura, especialmente en los confines septentrionales de la Meseta Norte, tales como El Castillo de los Barrios de Luna, la Cildad de Sabero, Boñar 2, Redipollos, Ardón, Valle de Mansilla o El Moreón de Posadilla en León; Alto de Yecla (Silos), La Fortaleza y Las Campas (Pancorbo), Valdosa (Tejada), Lara, Adrada de Haza, Castrojeriz y

Tejada en Burgos; o Los Barahones y Monte Bernorio en Palencia.

Para la zona central de la cuenca sedimentaria del Duero se ha dicho que nos encontramos prácticamente sin datos para aludir a poblamiento jerarquizado, por mucho que La Plaza (Cogeces del Monte) o Carricastro (Tordesillas) estén en posiciones más elevadas que otros poblados de los alrededores. No se constataría entonces la jerarquización de asentamientos de otras zonas peninsulares (Delibes y otros 1995: 51). En contra de ver el modelo de poblamiento cogotiano como jerarquizado contamos además con la evidencia de que tanto en los poblados en altura como en los que se encuentran en llano las cabañas son exiguas y temporales (Jimeno 2001: 160), pese a lo cual dicho autor considera que ciertos poblados en lugares fortificados podrían ser ya referentes para otros grupos y deberse a una incipiente territorialización.

Como acabamos de ver la mayoría del poblamiento en altura Proto-Cogotas y Cogotas I se encuentra en el piedemonte cantábrico y en el del Sistema Central, por no aludir a las serranías orientales y occidentales de la Meseta. Es lógico pensar que sean las zonas de montaña las que ofrezcan las mejores condiciones orográficas para hábitats con buenas defensas naturales y poblamiento en altura. Pero además son estas zonas las que contienen recursos fundamentales para las comunidades meseteñas tales como pastos de altura, reservas de agua o fuentes de aprovisionamiento de materias primas, tanto para la realización de útiles líticos como para la extracción de minerales metálicos. En esta línea una hipótesis muy interesante es la que propone que el poblamiento castreño del Bronce Antiguo o fase Parpantique-Cardenosa, que coincide con un evento paleoclimático de enorme aridez en torno al 4100 B.P., así como los sucesivos emplazamientos en altura del Proto-Cogotas y especialmente del Cogotas I pueden responder a respuestas de aquellos grupos a condiciones ecológicas muy adversas, como son las sequías y la extrema aridez estival documentadas en el Subboreal (López y Blanco 2005: 234-235).

Por centrarnos en el extremo norte de la Meseta podríamos entender que el poblamiento en altura no es causado por una jerarquización del territorio sino que se debe a decisiones sociales conscientes para hacer frente a ciertas crisis ecológicas o sociales, y así escoger en ciertos momentos de la vida de los grupos lugares serranos con alto potencial en recursos cinegéticos y agropastoriles, por no aludir las evidentes ventajas de los emplazamientos en alto en épocas muy lluviosas (en Señorán 2007, siguiendo modelos etnográficos) o las también evidentes ventajas defensivas de dichos lugares. Ello conllevaría un aumento de la competitividad social, y en consecuencia de la negociación social, entre los grupos meseteños por ciertos recursos en aquellos momentos

en los que se decidiera trasladar el lugar de asentamiento a estas zonas de altura, a lo que habría que añadir la presencia inmediata de otros grupos culturales dispares, como son los cantábricos, en el extremo norte de la Meseta, en donde tendrían sentido los emplazamientos en alto, ya que sus ventajas a la hora de una posible defensa son evidentes. De ahí la aparición de los lugares en alto en el piedemonte cantábrico y la alta proporción de depósitos en dicha zona con respecto al resto de la Meseta. Pensemos además que el poblamiento en altura no es un proceso irreversible sino una decisión temporal de grupos de alta movilidad para soluciones concretas. En esta línea los Berta del suroeste etiope, explican sus poblados en altura por cuestiones defensivas en momentos de tensión y violencia entre grupos, tras los cuales se vuelven a aldeas menores mediante la segmentación del linaje (González Ruibal 2003a: 80). Veamos primero los modelos trashumantes que permiten explicar este modelo, y poder añadir como causa de los movimientos de este signo algunas de índole político a las ya descritas de cariz ecológico, para en la última sección del capítulo poder centrarnos y vincularlos al tema de los depósitos metálicos.

#### **Los diferentes tipos de nomadismo: decisiones políticas y negociación social de los grupos cantábricos y meseteños.**

Abarquero y otros (2009: 297) consideran que la vida campesina de los grupos cogoteños no tiene porque excluir completamente cierta movilidad de ganado. Creen que para mantener los rebaños pequeños valdrían los pastos locales veraniegos del sector campinés de la Meseta, pero no hay que descartar desplazamientos de cierto radio, sino trashumantes, sí trasterminantes. Siguiendo a Díez Castillo (1997) sobre la ocupación de las Montañas Cantábricas a partir del Neolítico, inciden esos autores sobre la importancia histórica de sus pastos estivales y reclaman una explotación de tales recursos en régimen de estacionalidad, puesto que la crudeza del invierno lo haría inviable en estas fechas, y más si pensamos que muchos megalitos están en torno a los dos mil metros de altura (Arias, Pérez y Teira 1995). Por ello Abarquero y otros (2009: 297) plantean la posibilidad de que aquellos grupos cogoteños instalados en el límite septentrional de su Área Nuclear, no lejos de las montañas asturianas y cantábricas, adelantaran con los ganados a unos pocos de sus miembros, puesto que la mayoría estarían ensilando la cosecha, para obtener beneficio de las praderías de la alta montaña. Revisando los poblados cogoteños de León, prácticamente todos se sitúan en las llanuras del sur de la provincia, pero también aparecen algunas cerámicas aisladas, sino iguales sí estilísticamente afines a las de dicho grupo, en el confín septentrional. ¿Debería entonces explicarse su

presencia desde estos presuntos movimientos trasterminantes?

Más arriba se explicitaron ampliamente las rutas ganaderas de radio corto (no superiores a 100 Km.) que jalonan de este a oeste toda nuestra zona de estudio o zona centro-occidental cantábrica (ver fig. 2.25). Casi sin lugar a dudas dichas rutas siguieron siendo empleadas en el Bronce Final, aunque la paradoja es que para estas fechas contamos con muchas menos evidencias arqueológicas. Ya veremos en su momento la problemática datación de muchos materiales metálicos supuestamente insertados en el Bronce Final del ámbito norteño. Sin embargo, lo que sí es revelador es que la distribución espacial de estos artefactos coincide en gran medida con los lugares de origen y llegada de los movimientos ganaderos ya descritos, así como con las rutas a través de las cuales se dieron aquellos. Se trata de distribuciones lineales a lo largo de todo el recorrido de los principales ríos en Asturias, destacando el Eo, el Navia, el Narcea, el Nalón, el Sella y el Güeña (Blas y Fernández Manzano 1992: fig. 4). Sin embargo, la distribución de dichos materiales para la zona atlántica de Cantabria es menos lineal y parecen darse las concentraciones de estos objetos en los puntos de salida (desembocaduras de los principales ríos que recorren principalmente de sur a norte la región) y de llegada (la cabecera de dichos ríos), produciéndose una notable asuencia en los puntos intermedios de dichas rutas, que sin lugar a dudas discurrirían en paralelo a las principales corrientes de agua, como ya describimos a cuenta del Bronce Antiguo y Medio.

Si lo que utilizamos para corroborar el mantenimiento de estos movimientos en el paisaje durante el Bronce Final son los poblados y las evidencias funerarias ya vimos como los datos con los que contamos son muy escasos. El presunto uso durante el Bronce Final de la zona del Cabo Torres habría que relacionarlo con poblamiento costero y como presunto punto de partida. De hecho será en la inmediata ciudad romana de *Gigia* donde confluyan las principales vías romanas que comunican el Cantábrico con la Meseta por estas longitudes, siguiendo rutas de origen prehistórico, como es la ya vista vía de La Mesa. También el presunto poblado en el monte junto a la fuente de Frieres se halla en el nacimiento de la principal ruta que comunica la costa llanica al oeste del cordal del Cuera con la zona de los Picos de Europa a través del río Beón/Les Cabres hasta su unión con el alto Güeña y el Cares. No casualmente el también supuesto poblado de Hinojedo (Suances) vigila la desembocadura del río Besaya, y por lo tanto en el nacimiento de dos vías de tránsito principales en la prehistoria reciente, las que discurrían por los ríos Besaya y Saja, apareciendo en el último de ellos también el palstave sin asas de Virgen de la Peña (cerca de Cabezón de la Sal). En la zona interior de Galicia también se documenta una deposición

preferencial de objetos metálicos (especialmente hachas) en lugares de paso cruciales, como la laguna de Antela (González Ruibal 2003a: 101).

Comentamos más arriba como los túmulos funerarios y las cuevas sepulcrales se hayan a lo largo de rutas ganaderas. Aún siendo escasos los datos podrían corroborar la perduración de rutas transterminantes de corto recorrido, inferiores siempre a los 100 Km., de tipo estacional, en donde en cortas longitudes se tiene acceso a nichos ecológicos complementarios.

Bien diferente es el caso de las poblaciones meseteñas en donde, sin descartar cortos movimientos a lo largo de las vegas de los principales ríos y humedales, causada por una explotación agrícola y ganadera de tipo extensivo que agotaría en poco tiempo la fertilidad de los terrenos, y degradaría progresivamente el medio, habría que pensar en desplazamientos de largo alcance, cuando estos grupos decidiesen ir a la búsqueda de nichos ecológicos tales como pastos y recursos hídricos de altura -puede que en momentos de sequía- o ciertas fuentes de materias primas como los filones metálicos. Se ha dicho recientemente que los grupos agrarios del Bronce Final del interior de la Meseta Norte, con una economía de subsistencia de bajo nivel ecológico, siempre debieron estar atentos a los peligrosos contrastes climáticos propios de la región biogeográfica mediterránea. El bajo nivel freático condicionaría el lugar de los asentamientos en este momento, prefiriéndose aquellos lugares donde la capa saturada estuviera más en superficie. De ahí la necesidad de establecerse cerca de ríos y humedales, ya que a lo largo del Subboreal la aridez se agudizó progresivamente, sucediéndose en el Bronce Final coyunturas de aridez y sequía estival extremas. De hecho se ha definido como “modelo de dependencia hídrica” el que caracterizaría a las comunidades de la Edad del Bronce meseteña (López y Blanco 2005: 234, 244).

Uno de los rasgos definitorios de los diferentes grupos de la Edad del Bronce, tanto meseteños como cantábricos, es que la movilidad residencial fue una de sus características socioeconómicas más importante. Sin embargo, los modelos de movilidad residencial entre ambas -mundo cantábrico con respecto al extremo norte de la Meseta- difieren. Ya hace años I. Davidson (1979) hablando de la trashumancia en España nos ponía en guardia sobre las analogías directas entre la trashumancia prehistórica y la histórica, más aún si se hace sin tener en cuenta factores tanto climáticos y topográficos como sociales y políticos que permiten que cierto modelo de movilidad del *stock* vivo pueda darse. No obstante este tipo de movimientos podrían dividirse en dos grandes grupos en la Península Ibérica: los de la costa (movimientos cortos, por estar los ricos nichos ecológicos complementarios a escasa distancia) y los de las Mesetas (movimientos largos). Davidson (1979: 146) plantea que ambos tipos de



movimientos se dan actualmente, pero que también se dieron en la Prehistoria, estando el argumento explicativo de dicha hipótesis anclado en el determinismo ecológico, aunque se invita a estudiar las soluciones estructurales sociales y económicas concretas a los problemas ecológicos planteados.

Davidson ya apuntaba que sin el concurso de la Etnoarqueología sería complejo resolver estas cuestiones. Recogiendo su testigo nos detendremos en recientes estudios etnoarqueológicos centrados en los movimientos sobre el paisaje de grupos actuales que practican la agricultura y la ganadería. Yakar (2000), mediante su estudio de grupos anatólicos actuales, señala que habría dos modelos de trashumancia que podrían convivir, un *tipo mediterráneo* y un *tipo alpino*, que más que por las distancias recorridas se caracterizarían por estar los poblados permanentes en el primer caso en las zonas de valle, desplazándose en primavera a los pastos de altura. Pero quizás sean de mayor aplicabilidad a las sociedades de la Edad del Bronce las siguientes matizaciones. Dicho autor diferencia entre pastores trashumantes, que serían los que viajan distancias más cortas y regresan a los mismos pastos todos los años -que en la terminología clásica se conocen como trasterminantes-, mientras que los pastores nómadas varían sus rutas según la incidencia de las precipitaciones. Siguiendo esta propuesta los movimientos recurrentes de tipo estacional que presuntamente planteamos que se dieron en la zona cantábrica, tipo A-B, B-A, cabría catalogarlos como de pastoreo trashumante. Mientras, los modelos alternantes meseteños que proponemos, en donde podrían pasarse años sin salir de una zona reducida, puede que con movimientos muy pequeños a lo largo de la ribera de un río, para que, en un momento dado, por coyunturas medioambientales o por ciertas decisiones políticas, se pudieran emprender viajes a una larga distancia buscando diferentes biotopos. Este último modelo, que podría definirse como pastoreo nómada, podría seguir un esquema, por ejemplo, A-B-C-D-E-B-D..., pese a que ciertas analogías directas entre la Edad del Bronce y Edad del Hierro meseteña y los movimientos de ganado del medieval Honrado Concejo de la Mesta de Pastores hayan incidido más en el modelo A-B, B-A (por ejemplo Rubio 2006; Sánchez Moreno 1998) (ver fig. 2.41). Además para el modelo de nomadismo que planteamos para el caso meseteño durante la Edad del Bronce no sólo debemos tener en cuenta la no recurrencia de los movimientos o su carácter no cíclico sino que además un poblado abandonado puede ser ocupado tiempo después por un grupo diferente (Señorán 2007).

Para plantear estas hipótesis, en donde defendemos que las comunidades meseteñas realizaron en ciertos momentos largos recorridos y donde proponemos la no recurrencia de los movimientos aún choca con un importante obstáculo, y son aquellas

tesis que descartan los movimientos ganaderos prehistóricos de alto alcance debido a que las coyunturas políticas y sociales del momento no los permitirían. Marisa Ruiz-Gálvez (1998: 178, 228) propone que en la prehistoria reciente, y en concreto en Cogotas I, los movimientos de ganado no superarían los 100 km., siendo en consecuencia trasterminantes. Esta autora reconoce que muchos poblados del grupo Cogotas I, como San Roman de Hornija, se emplazan en la salida de vados de vías ganaderas que más tarde serán cañadas trashumantes, como la Vizana o de la Plata, la Leonesa Occidental o la Soriana. Pese a ello sería difícil de admitir la idea de recorridos largos que presupondrían la existencia de cierta unidad política en todo el territorio y con fuerza suficiente para asegurar ganados, personas y mercancías. Esta propuesta se plantea para las diferentes zonas, diversas culturalmente, que confluyen en la Vía de la Plata. Sin embargo, y hablando en términos espaciales, la amplia identidad cultural normeseteña en la Edad del Bronce quizás nos esté anunciando concepciones de espacialidad y de territorialidad, y no sabemos si de identidad política, de largo alcance, en donde una serie de puntos, quizás sólo recordados muchos de ellos por los más experimentados de cada grupo, y puede que muy distantes unos de otros, son los que conformarían los referentes espaciales de aquellas comunidades. Podemos imaginar a un cierto número de pequeños grupos Cogotas I, realizando movimientos nómadas no recurrentes por el amplio espacio de la cuenca del Duero, según las decisiones que se tomaran -o tomaran los líderes del grupo- en cada momento, con periodos de tensión provocados por situaciones medioambientales adversas y en donde confluían diferentes grupos en los mismo lugares -humedales, pastos y recursos cupríferos de zonas de montaña, etc.-, y otros momentos en donde quizás no habría una relación tan estrecha y los vecinos se hallarían más alejados. También podemos imaginar la importancia de los festines asociados a comida y bebida para dirimir las tensiones que provocarían estas relaciones, puede que críticas y violentas en ciertas ocasiones. Los trabajos sobre pastores nómadas en el Irán actual pueden ayudarnos a resolver estas dudas y a imaginar posibles panoramas interpretativos.

Salzman (2002: 245, 256) nos propone superar las improductivas dicotomías trashumancia / trasterminancia y pastores / nómadas, con las cuales intentamos encasillar a las poblaciones que estudiamos bajo etiquetas invariables y estáticas. Por un lado pastor es quien mantiene pastos y recursos vivos. Nómada es el que se desplaza de un lugar a otro, sin un lugar de residencia fija en el tiempo. Las combinaciones entre el pastoreo y el nomadismo son casi infinitas, y de moverían entre dos polos marcados por ejemplo en Anatolia, por grupos nómadas puros en donde prácticamente no hay agricultura, y por otros

completamente sedentarios que centran su sistema productivo precisamente en la agricultura y apenas poseen ganadería (Cribb 1991). Por ello retomando el debate que dejamos abierto más arriba sobre si las poblaciones meseteñas eran pastoras o agricultoras, debate que se ha mantenido para el mundo norteño también en alusión a la Edad el Hierro, y que se presenta como estéril, podríamos reconducirlo, una vez que ha quedado claro que eran tanto agricultores como ganaderos, hacia el debate sobre qué tipo de nomadismo se dió en cada caso, y sobre que faceta se enfatizó en cada grupo nómada, si la agricultora, la pastoril o ambas. El nomadismo supone una vida errante, un desplazamiento colectivo del lugar de residencia y un desplazamiento regular, repetido y frecuente (Salzman 2002: 246). Lo importante es ver en cada caso qué tipo de nomadismo se dió y como se combinaba en cada caso con el pastoreo y la agricultura. Por ejemplo los Baluch de Sarhad son tribus de pastores, que habitan una amplísima región al sureste de Irán, de clima muy seco, que étnicamente comparten identidad y hablan la misma lengua, aunque se dividen en diferentes grupos pequeños. Con sus rebaños de cabras de pelo negro, ovejas y camellos, y su agricultura de cereales, verduras y frutas viajan de un lugar a otro según se den las circunstancias para sus actividades productivas, pero no se aventuran a lugares desconocidos sino que se mueven a sitios conocidos y con nombre, dentro de su amplísimo territorio tribal. Los movimientos nunca son en forma de migraciones cíclicas ya que la disponibilidad de recursos es impredecible. Entre sus preocupaciones se encuentra el conseguir un equilibrio entre zonas con buenos pastos y agua y el mantenimiento de los cultivos. Los miembros del grupo recogen información continuamente, y teniendo en cuenta las fuentes de agua, los diferentes tipos de pasto, las zonas que se encuentran vacías y el acceso a los recursos agrícolas, así como el diferente perfil de actividades y producción de cada casa en cada campo, debaten y discuten sobre cuando y a donde emigrar. En primavera toman decisiones tan variadas como moverse 1 o 40 millas. En verano se pueden decidir desplazamientos de 120 millas (casi 200 km.), atravesando montañas y grandes altitudes. La propiedad de todos los pastos de tan vasto territorio es tribal, y el acceso a ellos se consigue mediante negociación con los otros grupos (Ibid.: 247-249).

No queremos plantear una antimetodológica analogía directa entre los Baluch y las poblaciones del tipo Cogotas I, pero sí que podemos aplicar las consecuencias generales que se extraen. El nomadismo puede usarse como una respuesta rápida y eficaz a recursos impredecibles e irregulares (como el pasto o las cosechas), y por ello el patrón de migración es impredecible y asimétrico, e irregular en tiempo. Además raramente se orienta sólo a una actividad productiva y cuando se piensa en un movimiento

nómada se tiene en cuenta tanto agricultura, como pastoreo, caza o arboricultura, puesto que son economías multirecursos y por ello el nomadismo es versátil. En las discusiones sobre cuándo y cómo moverse se basan en la experiencia directa y en fuentes secundarias, y muchas veces los movimientos se desarrollan dentro de un hábitat conocido y familiar (Salzman 2002: 249-250). Si aplicamos esta ideas a la Edad del Bronce meseteña podríamos añadir que entre los elementos que se tuvieron en cuenta a la hora de decidir la siguiente ubicación para el grupo, estarían también las fuentes de aprovisionamiento de ciertas materias primas, como pueden ser los veneros cupríferos, con el valor añadido de que muchos de ellos se encuentran en zonas de buenos pastos de montaña, siendo las montañas cantábricas un lugar excepcional para ambos tipos de recursos.

Dentro de un solo país como es Irán la variedad de grupos nómadas es tan grande que las conclusiones que se sacan de todos ellos dan para rebatir una buena serie de tópicos repetidos en las discusiones de los prehistoriadores. Por ejemplo de los Komachi de Kernan, un grupo que realiza trashumancia del tipo recurrente, como la de la zona cantábrica, entre pastos de verano en las montañas y de invierno en las tierras bajas de la costa, vemos que sus movimientos anuales, pese a ser recurrentes, son de radio largo -no inferiores a los 200 Km., y más de 300 Km. en el caso de la también recurrente trashumancia de los Basseri- y además se realizan sobre territorios políticos que no controlan, al contrario que los Baluch, y no cuentan con ninguna estructura política o militar que les defienda. Por ello sufren intrusiones en sus propios territorios y presiones que les obligan a desplazarse a tierras menos favorables (Ibid.: 251). Por lo tanto sí que son posibles los movimientos largos sobre territorios no controlados políticamente, más aún cuando en los ejemplos de los que estamos hablando ya había formaciones estatales, como la persa, que no obstante no consiguieron dominar a muchos de estos grupos. Además, ya hemos dicho como tanto en el mundo cantábrico como seguramente en la Meseta Norte podríamos estar hablando ya de “territorios” controlados políticamente, aunque aún más fundamentados en la línea y en los puntos significativos del paisaje que en el área.

Otro tópico frecuente, que nosotros ya hemos manejado en la redacción de lo que precede, es atribuir al nomadismo exclusivamente causas medioambientales y/o cierto grado de determinismo económico. Sin embargo el nomadismo también puede ser, a nivel interno, un mecanismo social para reducir la desigualdad, mientras que en el externo puede servir para evitar la coerción y control por parte de otros grupos -como puede ser el caso de los Vaqueiros de Alzada en la Edad Media asturiana, cuyos movimientos les hacían no caer en las garras de los señores feudales rurales ni en la de los

monasterios- (Cátedra 1989; García Martínez 1988; Cantero 2003). Es decir, el nomadismo puede estar causado también por razones políticas. Se ha dicho que la movilidad nómada tiene un efecto amortiguante sobre la jerarquía y la centralización, sobre la coerción de jefatura y la opresión, y que los jefes tribales deben ser sensibles y responsables ante la opinión de los miembros de la tribu. En esta línea los Yomut Turkmen de Gorgon, sin ningún tipo de elemento de presión económica que les obligue a tener que moverse, mantienen la movilidad nómada simplemente como estrategia política, ya que al ser una población turca han de adaptarse a una sociedad estatal persa adversa (Salzman 2002: 254). El nomadismo es siempre una adaptación que aparte de tener que ver con una estrategia para evitar los deterioros del clima es también política, porque tiene que ver con las relaciones de poder entre pueblos y dentro de cada grupo. Si el nomadismo se da dentro de un amplio territorio controlado políticamente los pastos y las fuentes de agua suelen ser de propiedad comunal, pero si se atraviesan territorios políticos ajenos se negocia para poder cruzarlos por cierta ruta en un cierto momento del año. No son infrecuentes los pactos políticos para admitir gentes de fuera en el propio territorio, otorgándoseles el disfrute de ciertos pastos. Que el acceso a la tierra sea libre no quiere decir que no esté regulado mediante mecanismos sociales, rituales y políticos colectivos, que fuerzan a controlar el uso de los recursos territoriales y a conservar el medioambiente para garantizar los recursos futuros (Ibid.: 261).

Si bien la vajilla decorada meseteña puede entenderse como fruto de unas relaciones altamente ritualizadas en la forma de festines de comida y bebida entre grupos con alta identidad cultural con el fin de mantener unas relaciones sociales necesarias para la reproducción tanto biológica como social de los pequeños grupos nómadas, también pueden entenderse los festines dentro de un intercambio recíproco y competitivo tipo *potlatch* que podríamos pensar fue dado precisamente en aquellos momentos en los que dos pequeños grupos convergieran en los mismos nichos ecológicos como fruto de sus variados movimientos nómadas. Pensamos que las decisiones de tipo político, que en última instancia tomarían esas presumibles elites sociales de poder efímero, sea en la forma de personajes destacados y/o de asambleas de ancianos, de abandonar un lugar y trasladarse a otro pudieron ser fruto tanto de una necesidad de los grupos de buscar nuevos pastos frescos, fuentes de agua o tierras fértiles, como de la necesidad de aprovisionarse de materias primas o de evitar a grupos vecinos asentados excesivamente cerca. Sea como fuere esas decisiones otorgarían cierto prestigio a quienes consiguieran llevarlas a buen término y salir airoso de las diferentes negociaciones sociales necesarias para su consecución. No obstante no

deberíamos pensar que el conocimiento necesario, puede que ya en parte restringido a unos pocos, para la realización de movimientos nómadas satisfactorios barajando todas las variables que en ellos intervienen, sería sólo de tipo económico y cartográfico puesto que la espacialidad de aquellos grupos prehistóricos difería en gran medida de la nuestra, como apuntábamos al comienzo del capítulo.

La concepción del espacio entre los grupos de escasa complejidad es fundamental en su entendimiento y clasificación del mundo ya que entre las sociedades donde la sensación de seguridad no deviene del cambio constante, como revelan sobradamente la perpetuación e importancia de las actividades de mantenimiento en las culturas meseteñas durante unos 700 años, aquella sí que procede del espacio, referencia estática de orden de la realidad -en donde precisamente se desarrollan esas actividades de mantenimiento-, de la recurrencia de un eterno presente. Cabe esperar de dichos grupos modelos del espacio no metafóricos o científicos, sino metonímicos, ordenando de este modo territorios conocidos vivencialmente. Las concepciones del tiempo y el espacio entre grupos de cazadores-recolectores y de agricultores de tala y roza y pastoreo nómada se realizan desde la referencia a su propia actividad, desde la subjetividad. Los marcadores territoriales no tienen porque representar igual experiencia para toda la comunidad, sino experiencias individuales de sus miembros con esos lugares concretos y que además suelen estar antropomorfizadas. Esta lectura metonímica del espacio es una lectura mítica. De hecho el mito se ha definido como una forma en la que los grupos humanos reaccionan hacia lo desconocido a través de la creación social de una realidad basada en parámetros de tiempo y espacio representados metonímicamente. Los lugares, el paisaje, se encuentran cargados de significados míticos, son elementos de naturaleza no humana que pasan a convertirse en símbolos y parte de una instancia sagrada de dinámica humana, son espacios sagrados (Hernando 2002: 81-83, 89-91). Por ello se ha dicho que la reutilización de lugares con petroglifos para erigir los castros más antiguos del Noroeste puede deberse a la elección de lugares cargados míticamente, por tanto la elección de *la casa del mito* (González Ruibal 2003a: 83). Por todo ello creemos que la reutilización de los mismos lugares, por ejemplo los emplazamientos en altura del piedemonte cantábrico, desde fechas antiguas de la Edad del Bronce hasta los momentos finales de Cogotas I -y en algunos casos también durante toda la Edad del Hierro- se debe a elecciones aún fuertemente comunales dentro de un paisaje mítico. Quizás ello explique por qué en algunos lugares en donde hay evidencias de poblamiento Cogotas I, y posteriormente soteño, como es el castro de Sacaños, también se documentan ermitas cristianas, en este caso

una iglesia románica. Se trataría de una remodelación y readaptación de la casa del mito. Seguramente dichas elecciones en el mundo soteño, en muchos casos levantando los poblados de este signo sobre estaciones Proto-Cogotas y/o Cogotas I, ya respondan a una apropiación de las narrativas míticas de ciertos lugares por parte de un segmento de la sociedad, dentro de la evolución desigualitaria de la sociedad que se aprecia en el Primer Hierro meseteño. Pero tampoco debemos descartar que ese proceso se haya dado paulatinamente ya que si algunos hombres de Cogotas I empezaron a utilizar los contactos a larga distancia en el momento final de este grupo arqueológico para ganar prestigio en la forma de capital social acumulado, también es posible que por parte de estos mismos personajes comenzaran en estos momentos finales también a darse formas de apropiaciones de las narrativas míticas y del conocimiento en general necesario para decidir cual será el próximo emplazamiento del poblado. En este sentido el control de los movimientos nómadas también puede ser otra forma de acumular poder, y no sólo de evitarlo como cree Salzman (2002), de nuevo relacionado con el prestigio (capital social) y no con el modo de producción (capital económico).

Son escasas las evidencias para hablar del paisaje mítico en el mundo centro-occidental cantábrico en el Bronce Final. Pero la presencia de un arte esquemático de alto contenido simbólico en los puntos de partida y llegada de rutas nómadas desde el Bronce Antiguo y la asociación de los posteriores castros a espacios sagrados, sacralizados de nuevo en época cristiana, debe hacernos pensar en el carácter mítico también de los lugares que pudieron ocupar los poblados del Bronce Final.

Durante el Bronce Final tanto en la zona centro-occidental cantábrica como en la porción de Meseta Norte inmediatamente al sur de aquella, las diversas poblaciones mantenían formas de vida móviles, aunque los modelos de nomadismo diferían. Para el caso meseteño la información disponible es mucho más abundante que para el norte, y permite entender que la dicotomía poblados en altura/poblados en llano no se debe a una jerarquización del territorio sino que es consecuencia de movimientos nómadas no recurrentes, en donde en ciertos momentos se decidiría la ocupación de dichos lugares según las coyunturas medioambientales -sequías, malas cosechas, etc.- y políticas -por ejemplo la agudización de la tensión o violencia intergrupal, la necesidad de aprovisionamiento de materias primas, etc.-. La Meseta también cuenta con la característica de ver el final de dichas formas nómadas tiempo antes que en el mundo norteño. Si en la zona cantábrica el primer poblamiento estable, y por lo tanto el fin de las formas de vida nómadas, no se dió hasta la erección de los primeros castros en la transición del s.IX-VIII cal AC (fase I b) en la zona meseteña será en los albores del cambio de milenio cuando los poblados Cogotas I

dejen paso a los ya sedentarios soteños (comienzos de la fase I a). Del comienzo del poblamiento estable y, podríamos decir, de los diferentes ritmos de aparición de la Edad del Hierro nos ocuparemos en el capítulo 3.

Sin embargo sí que nos gustaría reflexionar sobre como el registro arqueológico muestra la convergencia de dos mundos culturales bien diferentes en el piedemonte cantábrico a lo largo de toda la Edad del Bronce. Como consecuencia de ciertas elecciones de los grupos meseteños, como son los Cogotas I, de penetrar hacia el norte en algunos de sus movimientos nómadas éstos entraron en contacto con los grupos cantábricos, quienes también explotaban estivalmente los pastos de altura de los puertos y collados del sur de Asturias y Cantabria y norte de León. De hecho ya hemos comentado la presencia de ciertos objetos metálicos de tinte meseteño incluso en territorio asturiano, en zonas muy próximas a los puertos con León. Ello también se seguirá dando en momentos posteriores. Por lo tanto la negociación entre grupos diferentes culturalmente se dió, y podríamos entender aquellos materiales metálicos como la prueba arqueológica de lo que decimos. Como veremos en el último apartado muchos depósitos metálicos puede que nos estén revelando una frontera cultural prehistórica. Pero antes hagamos un pequeño repaso de los principales rasgos que definen la transición Cogotas I-Soto formativo, especialmente en el aspecto cronológico, para poder ajustar correctamente los diferentes objetos metálicos que estudiaremos en el último apartado a la realidad cultural que les corresponde. El grueso del análisis de la Primera Edad del Hierro normeseteña o mundo soteño se realizará en el capítulo 3.

### **El final de la movilidad residencial y la ruptura de las actividades de mantenimiento en la Meseta: la transición Cogotas I - Soto.**

En los últimos tiempos se ha definido una fase que podríamos entender de transición entre el mundo Cogotas I y el Soto pleno que se ha denominado Soto inicial o formativo, cuyas fechas de arranque habría que situar a partir del cambio de milenio, y más concretamente en la segunda mitad del s. X cal AC, y hasta la transición del s. IX-VIII cal AC (Quintana y Cruz 1996: 35; Misiego y otros 2005: 217-220 y cuadro) -equiparable a nuestra fase I a cantábrica-, lo que ha permitido redefinir la transición entre ambos momentos culturales. Dicha transición entre Cogotas I y el Soto, desde que se entendieron como culturas sucesivas en el tiempo y no contemporáneas, se pasó a ver en clave rupturista, con fuertes cambios culturales difícilmente explicables sin echar mano de aportes démicos, por ejemplo de la mano de los Campos de Urnas (Delibes y Fernández Manzano 1983/84: 111) o aculturizaciones, aunque en los últimos tiempos se ha

revalorizado el componente autóctono (por ej. Romero Carnicero y Ramírez 2001: 68-69).

Un aspecto importante que tiene que ver con dicha transición se refiere a la nomenclatura de este periodo puesto que si para muchos ya es la primera Edad del Hierro, en la cronología clásica se trataría del Bronce Final II y III a y b. Por nuestra parte preferimos aplicar a nuestra zona de estudio la periodización descrita en el capítulo 1 y entender que el primer poblamiento estable en el norte de la Meseta surgió, al igual que en el norte de Portugal y sur de Galicia, en la fase I a (1000-825/800 cal AC). Será en la fase I b (825/800-400 cal AC), como veremos en el capítulo 3, cuando comience el poblamiento estable y fortificado en la franja septentrional de la península. Ya hemos defendido en otra parte (Marín 2009, y discusión en el capítulo 3) que el criterio para seguir usando el no poco connotado concepto de Edad del Hierro no debería ser ni la introducción del nuevo metal, proceso que varía mucho de una zona a otra y que conllevaría el riesgo de periodizar mediante tecnologías masculinas exclusivamente, y, evidentemente, tampoco podríamos seguir centrándonos en las cronologías relativas de los tipos bronceos ya que lo que estos revelan es una continuidad clara en el nuevo periodo y no una ruptura. Creemos que la Edad del Hierro puede seguir siendo un concepto válido y útil, una vez que lo hayamos descargado de todas sus connotaciones de tipo evolucionista y etnicista. Lo que podría definir entonces a la Edad del Hierro es una característica que afecta al conjunto de la sociedad y que aparece precisamente en estos momentos. Nos referimos a la sedentarización y a la aparición en muchas zonas de la Península Ibérica del primer paisaje aldeano, con todo lo que conlleva a nivel identitario y territorial. Se trata de un proceso que arranca en esos momentos y que podríamos hacer perdurar, en multitud de variantes y fórmulas socioeconómicas, hasta mediados del s. XX.

Por ello deberíamos apuntar que el comienzo de la Edad del Hierro no es homogéneo puesto que si para el norte de la Meseta, norte de Portugal y sur de Galicia comienza en la fase I a, en la franja norte de Galicia, norte de León, Asturias y Cantabria empezaría en la fase I b. Además los cambios sociales que se dieron en cada zona fueron muy diferentes, ya que como veremos en parte en este punto, y sobre todo en el capítulo 3, en el norte de la Meseta el Soto formativo significó un corte drástico de algunas de las tecnologías más significativas de los tiempos precedentes, como son la cerámica o la metalúrgica, y en menor medida la edilicia. Además la balanza entre las actividades de mantenimiento y las de cambio se desequilibró hacia el lado de las segundas, sin duda porque las antiguas formas de mantener y negociar el poder dejaron de ser útiles, llevándose en este momento la competitividad social hacia el control de objetos de prestigio exóticos y contactos a larga

distancia. Sin duda la presencia de comerciantes mediterráneos en las costas peninsulares desde tiempo atrás y los cambios climáticos ya explicados más arriba, que conllevaron en la Meseta una menor dependencia de los lugares con reservas hídricas, fueron factores externos que posibilitaron estos cambios. Sin embargo mientras que los contactos a larga distancia se perciben ya desde Cogotas I los cambios climáticos y la modificación del modo productivo y del patrón de asentamiento parecen corresponderse más con el Soto pleno que con el formativo, como veremos. Es decir, que los cambios en la base económica (nueva tecnología agraria, nuevos cultígenos, conocimientos compartidos...) parecen más efecto que causa del cambio social, pese a que se hayan situado como determinantes a la hora de explicar el origen del Soto (por ejemplo Álvarez-Sanchís 2003: 67-68). Por su parte el área cantábrica, cuyo primer poblamiento estable coincide con los primeros poblados del Soto pleno, no vió entre sus gentes ese cambio tan drástico, por lo que podríamos decir que si en el Soto la sedentarización fue acompañada de la ruptura de las actividades de mantenimiento, de la *doxa* social (*sensu* Bourdieu 1994) o la tradición, en el área cantábrica, como veremos en el capítulo 3, el primer poblamiento estable significó el refuerzo y perduración de dichas actividades de mantenimiento y productivas, rastreable en las diferentes tecnologías sociales. Por lo tanto podemos concluir que existen diferentes edades del hierro, con diversas cronologías, ritmos y grados de cambio social. Cuando hablemos de Edad del Hierro en la Meseta Norte nos estaremos refiriendo a los tiempos a partir del Soto formativo, reservando el término de Bronce Final para el periodo previo o Cogotas I.

Centrándonos en los rasgos arqueológicos de esa Primera Edad del Hierro meseteña podemos decir que los nuevos datos cronológicos para los niveles soteños más antiguos conectan con los últimos momentos de Cogotas I, ajustándose en gran medida a la periodización propuesta por nosotros. Así mismo los rasgos arquitectónicos, cerámicos o metalúrgicos de ambos mundos pueden ser vinculados gracias a esta fase de transición de casi dos siglos, pese a que prime la ruptura sobre el cambio. Ya entraremos en el siguiente capítulo en los límites septentrionales de los yacimientos soteños en la Meseta Norte, aunque podemos adelantar que son muy similares a los descritos para los momentos previos Proto-Cogotas y Cogotas I, aunque con la novedad de documentarse también en la zona del Bierzo. Lo que sí nos interesa aquí es romper ciertos tópicos. La sensación de ruptura entre ambos mundos procedía en muchos casos de la aseveración de que los poblados soteños en muy pocas ocasiones se asentaban sobre lugares ocupados en la Edad del Bronce, prefiriéndose los asentamientos de nueva planta, así como sobre el hecho de una aparente reducción del número de

poblados en la fase soteña con respecto a la cogotiana (Delibes y otros 1995: 61-62), basándose en los datos obtenidos del interfluvio Duero-Pisuerga del trabajo de San Miguel y en los de la comarca palentina de La Nava por parte de Rojo (1987), ya comentados más arriba. Aunque así fuera tampoco es razón suficiente para ver una cesura entre los dos momentos ya que, como veremos, los castros en el mundo cantábrico sí que en su mayoría se erigen sobre emplazamientos *ex novo* y, sin embargo, la continuidad cultural con el Bronce Final queda sobradamente probada mediante las tecnologías cerámicas y metalúrgicas, o mediante los patrones de explotación del medio, por ejemplo. Pero, además, las prospecciones llevadas a cabo en el área señera del grupo soteño, la provincia de Valladolid, demuestran que el número de yacimientos soteños (138) es superior a los cogotianos (88), marginando los poblados del Soto formativo, al igual que Cogotas I, la zona del suroeste de la provincia, la Tierra de Campos, debido a que allí los suelos son pesados y sólo explotables con una renovación de la tecnología agrícola, lo que demostraría que la apropiación y explotación del medio en el Soto formativo no difiere en exceso de la de momentos precedentes. En el Soto formativo se siguen ocupando preferentemente las riberas de los ríos y zonas húmedas, como en Cogotas I, y el cambio de patrón, ocupándose nuevas zonas, se dio realmente entre el Soto formativo y pleno (Quintana y Cruz 1996: 43-44, 48-49), que se corresponde con el comienzo de nuestra fase I b. Además los poblados del Soto formativo parecen tan poco duraderos como los cogotianos y al menos en la provincia de Valladolid aparecen en muchas ocasiones en los mismos lugares (Ibid.: 51). Respecto a esta proporción de lugares ocupados en ambas fases recientemente se ha matizado que en la provincia de Valladolid 1 de cada 8 yacimientos soteños tiene ambos tipos de cerámica (Cogotas I y Soto), mientras que en la de Palencia bajaría la ratio a 1 de cada 14 (Romero y Ramírez 2001: 53). A estas cifras cabrían hacerle dos matizaciones. Por un lado si como dicen Quintana y Cruz (1996) la Primera Edad del Hierro se caracteriza por un aumento de población, lo que conllevaría un número de yacimientos soteños superior a los de tipo Cogotas I, habría que pensar que muchos yacimientos soteños, especialmente los del momento formativo, serían *ex novo*, justificándose de este modo el alto número de yacimientos soteños en los que no se documentan niveles del Bronce Final. Por otro lado respecto al número de poblados del Bronce Final siempre quedará la duda sobre lo que se considera un poblado o sitio arqueológico del momento Cogotas I documentado por prospección, ya que como dijimos la escasa redundancia y congruencia que caracteriza a dichos yacimientos puede llevar a engaños y entender como un sólo yacimiento diferentes campamentos de diferentes cronologías situados uno al lado del otro,

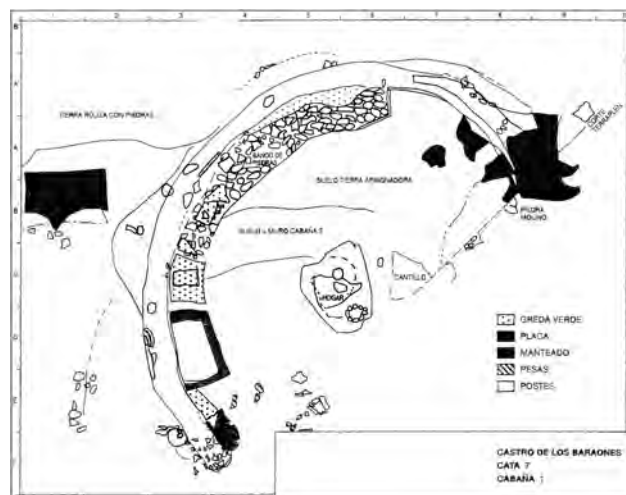


**Figura 2.42:** acrópolis del yacimiento de Monte Bernorio (norte de Palencia) en donde se han recuperado materiales correspondientes las fases Protocogotas, Cogotas I y Soto (en Peralta 2003, fotografía Eduardo Peralta).

obteniéndose un cómputo de yacimientos del Bronce Final por debajo del real. Además, llama la atención la desproporción de esas cifras con respecto a los poblados de la Primera Edad del Hierro en el suroeste de la Meseta Norte, en donde se ha calculado que un 37% de estos yacimientos se ubican en lugares en donde también se documentan castros del Bronce Final (Álvarez-Sanchís 2003: 77 y fig. 20). En otros lugares de la Meseta como en la salmantina ribera del Tormes a la altura del pueblo de Carpio Bernardo, en donde se localizaron cerámicas erróneamente interpretadas como de la Primera Edad del Hierro en los años setenta en los yacimientos de Castillo de Carpio Bernardo y Mesa de Carpio (Martín Valls y Delibes 1972: 7; 1975a: 149), podemos hoy pensar, mediante la reinterpretación de ambos repertorios cerámicos como de tipo Cogotas I para el Castillo de Carpio Bernardo y Cogotas I y Soto para el de La Mesa. Por ello podríamos concluir que aunque ambos yacimientos en altura y de defensas naturales fueron frecuentados en el Bronce Final, sólo el segundo de ellos -una meseta de mayores dimensiones- tuvo continuidad en momentos soteños, quizás debido a un presumible aumento de población en la Primera Edad del Hierro que hizo que se eligieran aquellos lugares suficientemente amplios, obviándose por tanto aquellos que no albergaban esas condiciones. Sea como fuere los datos obtenidos de diferentes partes de la Meseta Norte lo que demuestran es que los cambios culturales entre Cogotas I y el Soto no se deben a cambios o sustituciones poblacionales en esta zona sino a una complejización de las relaciones sociales en y entre los grupos que ya poblaban esas tierras desde tiempo atrás (fig. 2.42).

Si la arquitectura doméstica de los poblados soteños fue realizada básicamente mediante el concurso de adobes, levantándose cabañas de planta circular, banco corrido también de adobe en la cara interna de las paredes, y techumbre vegetal cónica, lo que reforzaba de nuevo la idea de ruptura con respecto a los “fondos de cabaña” de la Edad del

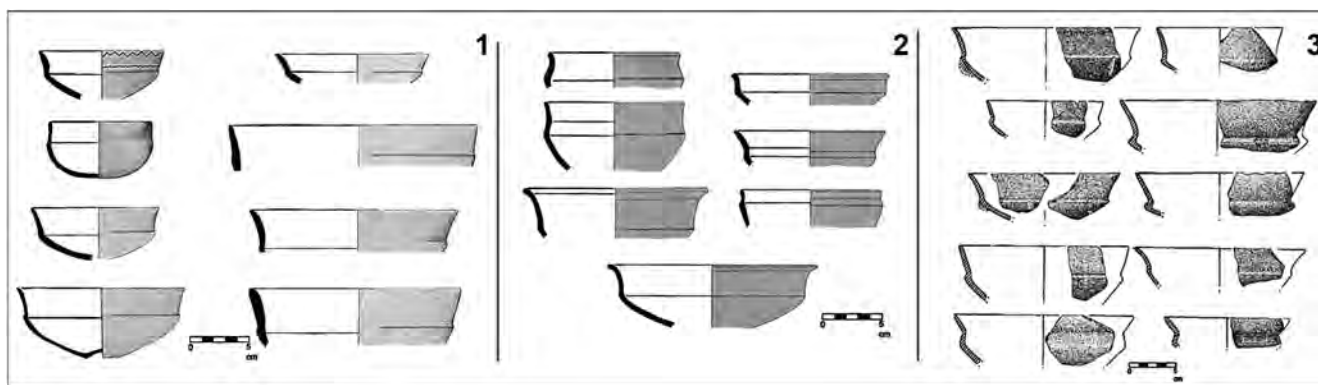
Bronce de plantas elípticas o subrectangulares y paredes realizadas mediante postes y manteados de barro, las nuevas excavaciones de poblados del Soto formativo, como es el caso del abulense de Guaya, permiten entender mejor la evolución paulatina de la arquitectura desde los momentos Cogotas I a los del Soto pleno. En la base de la secuencia estratigráfica de muchos poblados soteños, incluido el mismo Soto de Medinilla, aparecieron restos de cabañas formados por agujeros de poste que dibujan líneas curvas (Delibes y otros 1995: 63; Delibes, Romero y Ramírez 1996: 154). Las excavaciones en extensión del poblado de Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila), consecuencia de las obras de una autovía, han permitido definir mejor la arquitectura doméstica del Soto formativo. Se trata de un poblado abierto, junto al río, sin evidencias de defensas, que fue ocupado en los dos primeros siglos del primer milenio AC, cuya disposición arquitectónica consiste en grandes cabañas realizadas mediante postes, orientadas norte-sur, de formas rectangulares con cabecera absidal al norte y entrada hacia el mediodía. Suelen estar divididas en dos grandes sectores, uno el norte para vivienda de tendencia circular u ovalada gracias a la cabecera absidal y otra rectangular para otro tipo de actividades en la mitad sur. Los hogares se encuentran entre ambas zonas. También se han documentado cabañas específicas para trabajos metalúrgicos y cerámicos, así como diversas estructuras de nuevo realizadas con postes que se interpretan como cerraderos de ganado (Misiego y otros 2005: 210-212). Son muy escasos los poblados soteños excavados, y más aún los correspondientes al Soto formativo, por lo que es difícil poder aplicar sus rasgos culturales para el norte de la Meseta. Sin embargo contamos con las excavaciones del poblado leonés de Sacaojos, ya referidas con anterioridad, que además de demostrar la continuidad en los mismos lugares del Soto formativo con respecto a Cogotas I, también demostraría que los cambios sociales realmente importantes devinieron, como ya hemos enunciado, en el paso del Soto formativo al pleno, dándose, entre otras características, la erección de murallas de adobes en muchos poblados, caso de Sacaojos o del mismo Soto de Medinilla, tras una fase del Soto formativo caracterizada aún por mantenerse como poblados abiertos (ver fig. 2.36). Además, en el poblado de Sacaojos, en el mismo lugar donde se exhumaron diversas fosas con materiales Cogotas I, también se han documentado ocho cabañas del Soto formativo, realizadas de nuevo mediante postes y aún sin adobes, pero ya de planta circular, de unos 3-4 m. de diámetro (Misiego y otros 1999: 52-55), que preludian las posteriores cabañas circulares y de adobe prototípicas del Soto pleno, y que se engarzan en una tradición constructiva de la Edad del Bronce, como ya vimos para el caso de las cabañas del mundo Proto-Cogotas / Cogotas I. Dentro de nuestra zona de estudio otros poblados pertenecientes al Soto



**Figura 2.43:** planta de la Cabaña 1 del poblado de Los Barahones (Valdegama, Palencia). Obsérvese la alineación de agujeros de poste en la cara externa del muro de adobe (en Barril 1995).

formativo con estructuras habitacionales muy similares a las descritas serían los castros también leoneses de Villacelama e Hinojo, así como el palentino castro de los Barahones (fig. 2.43). Es precisamente en este último yacimiento en donde se puede apreciar la vinculación cultural clara entre el momento cogotiano y el del Soto formativo, pues en la única estructura documentada para este momento, una cabaña circular de 6,6 m de diámetro con zócalo de piedra, banco corrido con enlucido y hogar central, se documentó en su cara externa tres agujeros de poste pegados al muro, que pueden indicar en un sentido histórico el cambio cultural, en este caso concreto en cuanto a las tecnologías arquitectónicas, entre la fase Cogotas I y la del Soto formativo. Esa evolución arquitectónica indicaría una redundancia en la ocupación del espacio desconocida en momentos cogotianos, en donde los restos de la cabaña amortizada se reutilizaron para la nueva cabaña que se construyó, y un cambio en cuanto a las técnicas constructivas, pero también ciertas decisiones tecnológicas aún compartidas con el momento previo, en concreto en cuanto a la forma y lugar en donde situar la cabaña. En esta misma zona 5 se documentó de nuevo una estructura realizada mediante postes, pero asociada a cerámica con cordones digitados, es decir, ya de la Primera Edad del Hierro, lo que de nuevo nos hace pensar en las permanencias y cambios tecnológicos de esta fase que en general se puede definir como de profundo cambio cultural. Las fechas radiocarbónicas para la cabaña del Soto formativo comentada en primer lugar la sitúan entre fines del s.IX y comienzos del VIII a.C., en cronología sin calibrar. Muy próximo a León y con una fase equivalente se encuentra Los Cuestos de la Estación, en Benavente (Celis 1996: 46; Celis 2002: 104; Barril 1995: 405). Por todo ello no hay razones para pensar que la secuencia en el extremo norte de la cuenca del Duero difiera de la zona central de la misma.





**Figura 2.44:** la emulación del Mediterráneo: “taças carenadas” del Bronce Final del norte de Portugal (1. Zona del Douro, y 2. Valle del Cávado, a partir de González Ruibal 2003a, modificado) y “vasitos de carena resaltada” (3. Soto formativo del valle del Douro, Meseta Norte, a partir de Quintana y Cruz 1996, modificado) (diferentes escalas).

Cambios paulatinos, pero contundentes que también se rastrean en las producciones cerámicas. Si nos fijamos bien, a nivel de tecnología cerámica, lo que se observa en el segundo milenio a.C. en la Meseta Norte es que la secuencia Campaniforme Cienpizuelos - Proto-Cogotas - Cogotas I de cerámicas decoradas con un alto significado social, tanto interno como externo al grupo, siempre es acompañada por otras cerámicas vulgares o de cocina, escasamente estudiadas salvo en el caso de las Parpantique-Cardenosa del Bronce Antiguo. Este tipo de cerámica menos decorada, salvo por algunas incisiones en el borde, digitaciones en el cuerpo y elementos plásticos aplicados, es la que hereda el mundo soteño, perdiéndose por completo en esta época el tema de la negociación social equilibrada y el refuerzo de las prácticas comunales mediante la comida y la bebida compartida en cerámicas altamente decoradas. Se observan, no obstante, vajillas y útiles metálicos de tipo mediterráneo, ya con otras connotaciones sociales, así como pequeños vasos, que suelen ser carenados y estar completamente bruñidos, muy frecuentes en muchas partes de la península y que puede que estén imitando a los vasos metálicos de tipo mediterráneo, vinculados a rituales de comensalidad asociados al mundo masculino y de elite. Se ha dicho que el Soto hereda de Cogotas I algunos rasgos cerámicos como son los vasitos carenados de superficie bruñida, los cuencos hemisféricos o las impresiones digito-unguladas (Álvarez-Sanchís 2003: 79). La vajilla del Soto formativo entonces estaría definida por vasos de carena resaltada, bases en umbo, contenedores globulares de amplios cuellos abiertos y cerámicas finas de buenos acabados bruñidos y tamaños pequeños. En concreto algunos de los vasos de carena marcada, acabado bruñido y frecuentes mamelones en la línea de la carena se han vinculado a formas tipo Cogotas I, pudiendo ser una evolución de aquellas (Quintana y Cruz 1996: 14, 23-30; Misiego y otros 2005: 213). Los vasitos carenados, frecuentemente bruñidos, aparecen durante el Bronce Final del Levante, Sureste, Suroeste, Submeseta Sur, Extremadura y en la zona central portuguesa asociados

al grupo Baioes/Santa Luzia. Para la Baja Andalucía se sitúan a partir del cambio de milenio cal AC y antes de las primeras importaciones del S. VIII a.C. En Peña Negra también se encuentran entre la fase asociada a Cogotas I y las primeras importaciones fenicias. Las “taças carenadas” del centro-norte de Portugal, localizadas en yacimientos que en cronologías calibradas se encuentran entre los siglos XII-IX AC, se deben explicar, al igual que las de ambas submesetas y zona extremeña, por contactos con el área meridional, especialmente la zona tartésica, siguiendo tradiciones alfareras que se documentan en el Mediterráneo central durante el Bronce Final. Casi con toda seguridad estas cerámicas pueden entenderse como copias o influencias de cacharros metálicos, especialmente las de borde más exvasado, asociados a nuevos ritos de banquetes de tipo mediterráneo en donde la bebida alcohólica tendría especial importancia. Si se comparan con otras vajillas de banquete previas -campaniforme, Cogotas I...- podemos observar que están mucho menos estandarizadas, y que poseen gran variabilidad intra y extracomunitaria (Quintana y Cruz 1996: 31; González Ruibal 2003a: 71, 109, 124-128; Torres Ortiz 2002) (fig. 2.44).

Por lo tanto los vasos carenados y bruñidos de la Meseta Norte, que en algunos casos puede que se relacionen o puedan hacerse derivar de formas previas de Cogotas I, han de explicarse principalmente por el impulso e importancia que las relaciones a larga distancia tuvieron ya desde el final del mundo Cogotas I, como comentamos más arriba, especialmente con la zona meridional de la península. Además, ello relaciona a la Submeseta Norte no solamente con la zona meridional, sino también con el área lusa y el sur de Galicia, algo que con el análisis de los objetos metálicos veremos corroborado, puesto que es el zona portuguesa la que en última instancia explica el “atlantismo” de la metalurgia de la Meseta Norte en el periodo soteño. Vasitos carenados y bruñidos y la expansión de la metalurgia atlántica, en donde también vemos vajilla metálica asociada a ritos de comensalidad, son de nuevo testimonios de un cambio en las formas de mantener el poder en las

comunidades meseteñas, en las que se tiende a afianzar los contactos a larga distancia con grupos extrameseteños (con el Sur, con Portugal, con el Noroeste, etc.) para sustentar posiciones sociales que a partir de este momento podemos entender como de desigualdad manifiesta. Se están importando en la Meseta en este momento formas culturales que aunque seguramente también tienen que ver con la comida y bebida compartida, mediante los vasitos carenados bruñidos, como dijimos, y objetos de metalurgia atlántica tales como los calderos, asadores y ganchos de carne (ver más abajo), ya es probable que esta ritualidad se asocie al mundo masculino y de elite, por lo que pensamos que el paso de Cogotas I al Soto formativo en la Meseta Norte significó el principio del fin del *ethos* aparentemente igualitario de las poblaciones nómadas cogoteñas así como de parte del protagonismo social de las mujeres y, en consecuencia, de las tecnologías femeninas, como la cerámica. Aunque la cerámica se mantuvo prácticamente hasta el s. III a.C. en manos femeninas, los significados asociados a ella variaron considerablemente. Esta idea se corroboraría además con la importancia y protagonismo que comenzó a tener a partir del Soto formativo la metalurgia, que podemos definir a partir de este momento como “metalurgia atlántica”, asociada en la mayoría de las veces, tanto en su producción como consumo, al mundo masculino, y dentro de éste, en ciertos casos, a corroborar la individualización creciente de ciertos personajes. Por todo ello creemos que el rasgo social que mejor define el paso del nomadismo de los grupos cogotianos a la creciente sedentarización de los grupos en el Soto formativo sería el paso de un *ethos* igualitario a uno aristocrático con claras connotaciones masculinas y guerreras.

### **2.2.2. ¿Bronce Final Atlántico o Bronce Final Cantábrico? La metalurgia del Bronce Final.**

Adelantábamos más arriba como uno de los principales lastres metodológicos y teóricos a la hora de interpretar la metalurgia de la Edad del Bronce en el tercio norte peninsular consistía en la perpetuación de los parámetros científicos que la tendencia histórico-cultural ha impuesto en la disciplina arqueológica durante más de ciento cincuenta años. Uno de los principales constructos de esta tendencia investigadora es el concepto de Bronce Atlántico, dentro del cual se encuentra el más restringido de Bronce Final Atlántico, que no sólo condiciona las interpretaciones sociales que potencialmente pueden obtenerse de las producciones metalúrgicas, sino que, además, para el caso cantábrico, se presenta como un concepto que difícilmente podemos aplicar a la realidad arqueológica que aquí aparece. Llegaríamos así a la paradoja, siguiendo la tendencia historicista, de afirmar que si los productos metálicos del norte de la

Meseta sí pueden incluirse en líneas generales en lo que muchos autores definen como Bronce Final Atlántico, con las consecuencias sociales que habitualmente se hacen derivar de esta realidad en cuestiones vinculadas a elites sociales e intercambios a larga distancia, no así los broncees cantábricos, para los que quizás habría que aplicar un nuevo concepto, el de Bronce Final Cantábrico, llegando a la conclusión de que son mucho más “atlánticos” los broncees del interior meseteño que los de las costas del norte peninsular. Como veremos más abajo ni Bronce Final Atlántico ni Bronce Final Cantábrico son conceptos útiles y válidos ya que como laxas y difusas “provincias culturales” no nos permiten poner el acento en los contextos y significados locales de la metalurgia, así como en la traducción de influjos externos, representados en ciertos objetos, a las pautas culturales de ciertos grupos, y que fueron usados tanto para reproducir y legitimar como para modificar los sistemas sociales existentes. Serán cuestiones de índole social, y no geográfica, las que nos permitan explicar porque el norte de la Meseta mantiene mayores afinidades culturales con el grueso de los territorios atlánticos que la región cantábrica. Dichas afinidades, aunque arranquen de los postreros momentos cogoteños, se desarrollarán principalmente dentro de los importantes cambios que en la Península Ibérica se dieron con el cambio de milenio, y, por lo tanto, vinculados a lo que normalmente definimos como Soto.

### **Sobre el Bronce Final Atlántico: del historicismo-cultural a la metalurgia como tecnología social.**

“El estudio de la metalurgia: una historia de frustraciones y aciertos” es el expresivo título de un trabajo de Julio Fernández-Manzano e Ignacio Montero (2001) en donde se critican las posiciones teóricas que frecuentemente encontramos en los estudios de paleometalurgia puesto que se siguen manteniendo concepciones decimonónicas de corte evolucionista en los que los metales son usados para definir periodos y culturas, y en donde se entiende, mediante buenas dosis de ideas preconcebidas, que los metales son asumidos por los diferentes grupos debido a las ventajas funcionales implícitas que conllevan las herramientas y armas de dicha materia. Según estos autores en los estudios de metalurgia prehistórica se suelen primar las relaciones comerciales y la complejidad social a la que va asociadas, entendiéndose una relación causal entre la producción de objetos metálicos y el crecimiento de la complejidad social, sin dejar abierta la posibilidad a otras combinaciones (Ibid.: 32-34), entre ellas la de una fuerte explotación de los recursos metalíferos y un alto desarrollo metalúrgico, asociados a una escasa complejidad social y unas relaciones a larga distancia

muy vagas. Es esperanzador encontrar semejantes ejercicios de autocritica, aunque sea velada, en el panorama científico español, ya que uno de los redactores del artículo ha firmado numerosos trabajos sobre metalurgia de la Edad del Bronce de marcada tendencia historicista (por ejemplo Fernández Manzano 1986). Además, podríamos añadir que buena parte de los elementos teóricos y metodológicos que son criticados se deben a la perpetuación de conceptos histórico-culturales como es el de Bronce Atlántico, dentro del cual, al menos, se suele insertar la zona situada al sur de nuestra zona de estudio, la Meseta septentrional.

Es con Julio Martínez Santa-Olalla (por ej. 1942) cuando surge el término de Bronce Atlántico en 1946 y poco después será Mac-White (1951) el que realmente le da las dimensiones temporal y espacial aplicadas a la Península Ibérica, en relación a otros territorios atlánticos y del Mediterráneo central (ver repaso historiográfico del concepto en Bettencourt 1998). Otros autores como Hawkes (1952) también lo desarrollaron y lo asociaron claramente a cuestiones etnicistas ya que el Bronce Final Atlántico sería uno de los pilares de la celtización de la Península Ibérica. Los fósiles directores de estas propuestas eran principalmente las espadas, tanto pistiliformes como de lengua de carpa. Tras este momento se acepta por todos sin restricciones, pero a partir de los ochenta surgen críticas que entienden el Bronce Atlántico como una entidad cultural artificial y frágil. Sin embargo para varios autores puede defenderse aún este concepto si no se entiende como una cultura sino como un complejo que contiene un conjunto de grupos culturales, diferenciándose los septentrionales de los meridionales, donde está la Península Ibérica, siguiendo la clasificación de Brun (1998). El Bronce Atlántico podría defenderse si más que como una entidad cultural se entiende como una comunidad unida por la situación geográfica, los recursos minerales y las relaciones privilegiadas de los grupos que la componen. Portugal sería un claro ejemplo, siendo una región muy receptiva de tipos atlánticos y a la vez productora de tipos específicos (puñales tipo Porto do Mos, hoces tipo Rocanes o ciertas espadas pistiliformes), en donde la Estremadura portuguesa sería uno de los lugares más dinámicos en la exportación de tipos específicos al Mediterráneo central y a su vez receptora de objetos de estas tierras mediterráneas (en Coffyn 1998: 167-168, 174-175; Hawkes 1952: 91). Por lo tanto para los autores más historicistas el Bronce Atlántico no es una cultura sino un “complejo cultural” que evidentemente existe, aunque con las diferencias evidentes entre los distintos finisterres según sus tendencias de particularismo, conservadurismo o independencia, por encima de la situación geográfica y sus riquezas mineras. Sobre las diferencias hay un poso común en materiales compartidos que es lo que le da sentido al Bronce

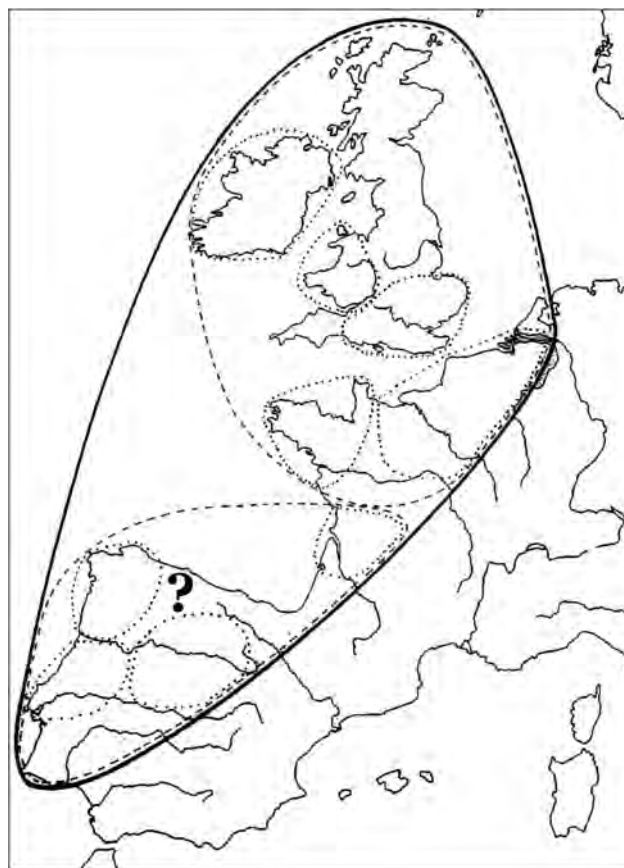
Atlántico. Tipos como las espadas, las hachas de cubo, las hachas de talón, etc. corroborarían esta terminología. Tipos que por otra parte, se siguen explicando desde posturas tipologicistas que aluden a las diferentes composiciones metálicas según la riqueza en minerales de cada zona (Coffyn 1998: 169-170; Brun 1998: 50). Desde esta perspectiva el Bronce Final Atlántico presupone una “identidad cultural” compartida por los diferentes grupos atlánticos, causada por la interacción entre ellos, y definida por sistemas de conocimientos, técnicas, reglas, creencias y modos de expresión comunes, teniendo en común el “complejo cultural atlántico” el intercambio entre elites por el desarrollo de la metalurgia (Brun 1998: 44).

Algunas de las críticas de los años ochenta las encontramos en las propuestas de Marisa Ruiz-Gálvez (1987) quien afirma que el Bronce Atlántico no tiene ni un sentido cronológico ni cultural, y que los rasgos culturales comunes no son tantos ni tan claros. Estos rasgos se podrían resumir en escasa entidad de los poblados, acepatción progresiva de las aleaciones plomadas y evidencias funerarias prácticamente ausentes en el registro arqueológico, aunque se reconoce que son procesos diferenciales según la zona. Por ello lo más apropiado sería hablar de “culturas atlánticas” o “culturas ligadas al comercio atlántico” (Ibid.: 253-254). Lo que definen las relaciones atlánticas para esta autora son los contactos comerciales a larga distancia, entrando en ellas de lleno la Península Ibérica en el Bronce Final, especialmente el Bronce Final II, cuando se registran objetos de esa metalurgia en el Noroeste, Suroeste, centro de Portugal y Meseta norte, explicable en alguno de estos lugares por su riqueza en metales (como el Suroeste o el Noroeste) o su posición intermediaria estratégica (zona central lusa), y siguiendo rutas comerciales previas (Ibid.: 255-256), pero no en el ámbito cantábrico, que se mantiene al margen de estas relaciones y, sin embargo, es una zona muy rica en recursos cupríferos. Así esta autora habla de desarrollo comercial, rutas marítimas para el comercio, competencia comercial entre gentes atlánticas y mediterráneas, o espíritu de empresa y búsqueda de ganancia (Ibid.: 260-261; 1993: 59), con un posicionamiento teórico, en lo que a economía se refiere, bastante formalista, aunque en algún lugar ha matizado que la perspectiva para la Edad del Bronce y la Edad del Hierro ha de combinar el sustantivismo y el formalismo (1993: 58; 1998: 29). Aparte de que no creemos posible tal combinación, ya que la escuela sustantivista desarrolló sus concepciones económicas precisando para todas aquellas sociedades preindustriales en donde no se dió una economía de mercado tal y como la vivimos en el mundo capitalista, y por lo tanto en donde no se dieron premisas básicas de nuestras formas económicas tales como la maximización de beneficios con los mínimos costes o

la ley de la oferta y la demanda, que aplicadas a la Prehistoria se englobarían en el paradigma del *Homo oeconomicus*, el pensamiento utilitarista y la razón instrumental (Dalton 1976; Falquina, Marín y Rolland 2006), en las propuestas de Ruiz-Gálvez están implícitas las concepciones teóricas de los Sistemas de Economía Mundo. En definitiva serían estas relaciones de tipo comercial, en donde aparte del centro y la periferia la autora introduce también la noción de margen, las que en última instancia parecen esgrimirse para el mantenimiento del concepto de Bronce Atlántico. Como se ha dicho recientemente las interpretaciones sobre las relaciones culturales entre sociedades prehistóricas basadas en los Sistemas Mundo, al llevar implícitas la noción colonial de que la difusión cultural se realiza entre un centro productor más avanzado y una periferia receptora más atrasada (Lightfoot y Martínez 1995), se nos presentan como inadecuadas a la hora de tratar los intercambios de materiales y/o rituales entre grupos segmentarios de complejidad socioeconómica similar, como pueden ser los de la Meseta Norte y centro-occidente cantábrico durante el Bronce Final.

Si como acabamos de ver los principales defensores del concepto del Bronce Atlántico esgrimen para ello razones fundamentadas en la constatación arqueológica de las relaciones a larga distancia, especialmente durante el Bronce Final, en la fachada atlántica y en algunas tierras interiores como la Meseta Norte, relaciones que por otro lado necesitan unas elites sociales de poder competitivo para poder llevarse a cabo, la primera conclusión que podríamos obtener es que el Bronce Atlántico es un concepto difícilmente aplicable al mundo cantábrico. Como veremos en el siguiente epígrafe las producciones metálicas cantábricas son en su mayoría locales y orientadas hacia un consumo local, en donde seguramente tuvieron un papel muy importante en las relaciones de grupos muy próximos entre sí y dentro de cada propio poblado, pero no en relaciones a larga distancia. Además, es un proceso que se dio en el norte de España sin el concurso de unas elites cada vez más diferenciadas del grupo social, como pudo ocurrir en la mitad norte de Portugal o en la Meseta a partir del Soto. Esta situación anómala del tan poco atlántico mundo cantábrico queda muy bien reflejada en el famoso mapa de Brun (1998) (fig. 2.45). Es por ello por lo que quizás, si nos mantuviéramos en posiciones historicistas, podríamos hablar de un Bronce Final Cantábrico, opuesto al Atlántico, aunque, como se explicará más abajo, ello no nos hace avanzar en el conocimiento sobre las formas culturales específicas en las que se desarrollaron los bronce en el norte de la Península.

Las críticas hacia conceptos como el de Bronce Atlántico, y en general hacia las formas tradicionales de aproximarnos a la materialidad pretérita, no deben realizarse en los mismo términos sino desarrollando



**Figura 2.45:** incluso entre los autores que apuestan por el concepto de “Bronce Final Atlántico” la región cantábrica sigue sin ser una de las zonas nucleares de dicho fenómeno, al contrario que la Submeseta Norte o el Noroeste (a partir de Brun 1998, modificado).

una reflexión crítica de lo que socialmente significa la materialidad en los grupos no industriales. El concepto de Bronce Atlántico es un concepto problemático en varios niveles. En el estrictamente político es evidente su utilización de modo esencialista y acrítico por parte de la Unión Europea para justificar una primera edad de oro que sirva de referente identitario a los europeos (Jorge 1998: 9; Bettencourt 1998: 28). Por otro lado la respuesta a si existe un Bronce Atlántico debe hacerse sobre la reflexión de lo que consideramos cultura y como estudiarla en el registro arqueológico. En esta línea M.L. Sorensen (1998: 261-265) cree que la diversidad de enterramientos, de contenido y tipos de los depósitos votivos -pese a compartirse la idea en si del depósito votivo-, de apropiarse y relacionarse con el paisaje, etc., es decir, la variadas formas de construcción cultural del significado, fundamentales en la reproducción social de los grupos en el área atlántica europea, no puede hacernos ver una unidad cultural asimilable a un Bronce Atlántico. Tan solo la ideología compartida de tipo masculino centrada en unos códigos guerreros, representados principalmente en las espadas y en el intercambio de éstas, a veces a larga distancia, podría hacernos pensar en una ideología atlántica compartida, aunque también con fuertes variaciones locales en las formas en las que se exhibe y

reproduce dicha ideología, como puede ser la reiteración del guerrero masculino en las estelas del Suroeste peninsular o la mayor presencia de bronce asociados a las mujeres en forma de joyas y ciertas herramientas que se da en la Edad del Bronce escandinava a la par que los objetos masculinos. Por ello, aunque dejáramos el concepto de Bronce Atlántico vinculado a unas formas compartidas de poder mediante una ideología común -o más correctamente mediante unos códigos ideológicos comunes-, formas que por un lado se basan en el poder ritual y religioso asociado a los depósitos y por otro en el poder político y guerrero de las espadas y estelas, y diferente de las formas de detentar el poder entre los grupos centroeuropeos como son los Campos de Urnas (Ibid.: 264), el ámbito cantábrico seguiría sin poder encajar en este concepto, como se desarrollará más adelante, pese a que varios autores hayan introducido a Asturias en el Bronce Atlántico (Delibes y Fernández Manzano 1983-84: 111), subárea que otros definen como Astur-Cantábrica (Almagro-Gorbea 1998; y crítica en Bettencourt 1998: 20).

Pensar sobre el concepto de Bronce Atlántico, como sobre cualquier otra categoría histórico-cultural relacionada con “culturas arqueológicas”, provoca reflexiones de tipo epistemológico, que podríamos resumir en la disyuntiva entre lo particular y lo general a la hora de investigar un determinado tema. O dicho de otro modo, la escala de análisis que se debe aplicar en las ciencias sociales. Para Pierre Bourdieu (1994: 12) sólo puede captarse la lógica más profunda del mundo social a condición de sumergirse en la particularidad de una realidad empírica, históricamente situada y fechada, pero para elaborarla como “caso particular de lo posible, como caso de figura en un universo infinito de configuraciones posibles”. No debe ello confundirse con rescatar las diferencias pintorescas de los diferentes grupos, sino que lo que se propone es atrapar lo invariante, la estructura de cada caso concreto, y así poder señalar las diferencias reales que separan a las diferentes estructuras y disposiciones ante ellas (*habitus*) que proceden de particularidades de historias colectivas diferentes. Esta parece ser la línea seguida por diferentes arqueólogos. Al comienzo del capítulo ya citamos a Manuela Martins (1998: 77) en su empeño en poner el acento en los contextos locales. J.C. Barrett (1989: 306), por su parte, asegura que los sistemas mundo se extienden sobre contextos locales particulares determinados por las condiciones locales de reproducción social. También Susana O. Jorge (1998: 283-285) cree que cualquier homogeneización cultural que hagamos sobre el territorio atlántico, sea desde el historicista Bronce Atlántico, o desde los Sistemas de Economía Mundo y la esfera ritual atlántica que pregonan, no se ratifica empíricamente en el registro arqueológico, puesto que no se han encontrado esos “escenarios rituales” compartidos que justificasen esa pretendida ideología común. Además,

aunque se dieran, como en las sociedades no estatales el poder reside en la propia sociedad -la sociedad como *locus* de poder-, habría una gran libertad en la recontextualización de los significados, y más en un espacio tan amplio. Lo que se propone es comprender la naturaleza social y política de los grupos responsables de los intercambios, y para ello hay que analizar los contextos locales y regionales en toda su multiplicidad. La comparación a gran escala sería, si acaso, el último de los pasos en dar, y no el primero. Bettencourt (1998: 27-29), por otro lado, tras analizar cómo el Bronce Atlántico, concepto antiguo y polisémico, no puede entenderse como cultura, ni permite periodizaciones tipológicas o tecnológicas fiables, y cómo las afinidades geográficas se encuentran sobredimensionadas. Propone también esta autora que nuestra investigación deba estar guiada por los modelos regionales y por la búsqueda de los significados contextuales, así como por el rechazo de los generales y uniformizantes. Además, los significados varían mucho de un lugar a otro cuando viajan los objetos, por lo que si queremos hacer son estudios sociales y de simbolismo hemos de bajar a las microestructuras de la vida cotidiana y al ciclo de vida de los objetos. Tomando las últimas ideas expuestas y asumiendo que los bronce prehistóricos no proporcionan claras cronologías sin el concurso del C14, que no permiten ser asociados directamente a identidades étnicas y/o culturales y que no son el “fósil guía” de ninguna “cultura arqueológica”, nos corresponde ahora reflexionar, entonces, sobre lo que podemos interpretar de éstos y qué rol o roles poseen en la configuración de la sociedad, así como el mejor método para aproximarnos a ellos, para poder obtener de ellos significados culturales contextualmente situados.

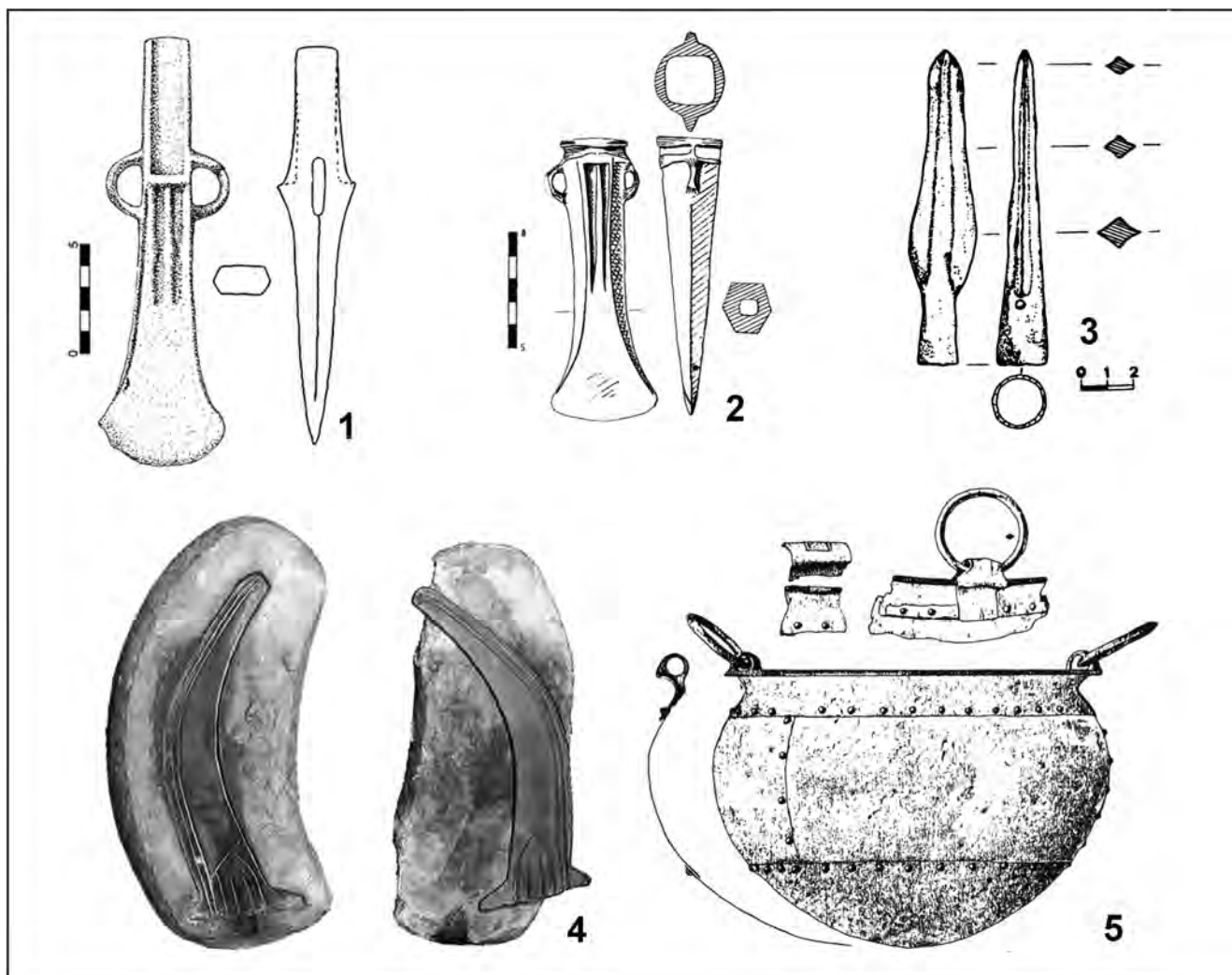
Se ha dicho que los bronce se constituyen como un cuerpo de expresiones y actividades codificados culturalmente a través del cual los objetos cobran importancia, más que como objetos aislados. Los bronce constituyen uno de los caminos a través de los cuales la sociedad comunica y se reproduce a sí misma, por lo que no carecen de significado. No son consecuencia de los cambios sociales sino que, como el resto de la cultura material, participan en la creación y transformación de su propio contexto. Ello resulta en relaciones cambiantes o renegociadas continuamente entre los diferentes niveles de la sociedad. Los objetos y las acciones en los que se relacionan son específicos culturalmente desde el momento en el que son resultado y causa de la interacción de los diferentes niveles de la práctica social. Los cambios en los tipos bronceos deben verse tanto como reflejo como causa de los cambios sociales. Por ello la cultura material en general, y en concreto los bronce, deben verse como un registro estructurado en relación a la construcción social de la realidad y en relación a estrategias sociales de interés,

poder e ideología como una forma de poder. Además, la aproximación semiótica a la cultura material parece especialmente acertada ya que al contrario que el lenguaje, que tiende a ser un sistema signifiante arbitrario, la funcionalidad de un artefacto -su signifiante- actúa para determinar y estructurar el significado, por lo que función y simbolismo son aspectos complementarios del significado de la cultura material (Sorensen 1987: 94; Shanks y Tilley 1987: 98; Pearce 1998: 53, 65). Sin duda compartimos esta perspectiva de tipo semiótico-contextual, aunque ya ahondaremos en la relación de la cultura material, y en concreto los bronce, con la práctica cotidiana -en concreto con el *habitus*- (capítulo 3), así como en la tan manida relación de ciertos bronce con una ideología guerrera-masculina de amplio espectro, para lo que, quizás, debamos reformular el concepto de ideología. Pero antes nos gustaría aludir al modo en el que interpretamos los tipos bronceos. Incluso aproximaciones como las de Sorensen se centran en los tipos ya terminados, en las formas finales. Ya dijimos con respecto a las hachas del Bronce Antiguo y Medios o a la cerámica cogoteña como todos los procesos y momentos de la vida de un objeto son significativos culturalmente. Ello es especialmente importante tenerlo en cuenta con respecto a los objetos metálicos ya que, por ejemplo, las variaciones de los componentes metálicos de las coladas suelen interpretarse desde el economicismo más formalista aludiendo a fluctuaciones de cierto metal en el “mercado”, al estancamiento de las relaciones comerciales a larga distancia, etc., sin tenerse en cuenta otras explicaciones y significados posibles para esas variaciones. Mark Pearce sin embargo apuesta por eludir la perspectiva primitivista, a la hora de estudiar las elecciones de los antiguos metalurgos, y entender el trabajo metálico primitivo como racional y deliberado (1998: 51-52). De ahí la importancia de los estudios de análisis químicos en las piezas metálicas, ya que unidos a otra información como el contexto, la tipología, el tamaño, etc., pueden revelar decisiones tecnológicas conscientes, culturalmente determinadas y con significados específicos, y no meras consecuencias de los altibajos de supuestos mercados internacionales, por ejemplo.

Con esta misma actitud que entiende la tecnología vinculada a decisiones conscientes y libres -libertad mayor o menor según si la actitud con respecto al *habitus* se mueve dentro de posturas heterodoxas u ortodoxas (*sensu* Bourdieu 1977)- se encuentra la propuesta de las Cadenas Tecnológico Operativas (CTOs) desarrollada por el antropólogo francés Pierre Lemonnier (1986:149, 1993:3), y seguida por otros autores (por ej. Dobres 1991: 93-95). En definitiva se trataría de ver cómo la tecnología de cada grupo es diferente pues ésta responde a pautas sociales, por lo que los constreñimientos medioambientales son sólo uno de los factores que se

deben tener en cuenta como criterio analítico. Las CTOs nos permiten ver todas las “decisiones tecnológicas” -y por tanto culturales- que llevan una materia prima desde su estado natural a su estado fabricado, y que en definitiva son las leyes que gobiernan la acción sobre el mundo material. Desde esta perspectiva se le da tanta importancia al conocimiento tecnológico específico -que no está sólo constreñido por los fenómenos físicos, como la materia y la energía, como postulan las aproximaciones tradicionales, sino que se encuentra embebido en un amplio sistema simbólico- y a la acción, como a la materia prima y las herramientas, formando todos ellos un sistema tecnológico, pero no en un sentido sistémico de redes causales. Se entiende la *praxis* tecnológica como una forma única de estar y de ser en el mundo. Los sistemas tecnológicos de cada sociedad suelen estar relacionados estructuralmente -por ejemplo la tecnología cerámica con la metalúrgica o con la tecnología del cuerpo-. En este tipo de estudios se evita el determinismo unidireccional, primándose la correlación y reciprocidad entre sistema tecnológico y organización social, a la par que permite aplicar uno de los principales avances del postprocesualismo, como es aunar en un mismo modelo explicativo lo funcional y lo simbólico del mundo material. El estudio de las técnicas nos permite aproximaciones sociológicas porque las técnicas son sobre todo producciones sociales, siendo la cultura el principal constreñimiento de la técnica, y no la naturaleza. Además, los productos tecnológicos permiten tanto concretizar y reafirmar las visiones del mundo y los valores que se comparten como contestarlos, es decir, que las CTOs nos permiten adentrarnos tanto en la hegemonía como en la resistencia cultural, concepto este último de especial importancia especialmente para tratar con los grupos cantábricos, como veremos.

Una de las principales consecuencias de la aplicación de la metodologías de las CTOs frente a los clásicos estudios tipológicos historicistas propios del paradigma que ha sustentado tanto tiempo el concepto de Bronce Atlántico es que donde antes se veía uniformidad cultural por compartirse cierto tipos ahora podemos ver una gran diversidad de decisiones tecnológicas, pese a que las formas finales puedan ser muy similares. De hecho se ha afirmado que el análisis formal de las piezas no resulta determinante en muchas circunstancias para afirmar la existencia de una relación comercial y ha conducido a excesos comparativos difusionistas en la investigación (Fernández-Manzano y Montero 2001: 38). Ello tampoco significa deshacernos de los tipos tradicionales, porque pueden seguir siendo un buen sistema de clasificación y útiles en el quehacer arqueológico. La tipología no debe desterrarse sino simplemente dejar de considerarse el punto de llegada y permitir que nos lleve de la teoría a la práctica y viceversa (Ibid.: 40). Por lo tanto aunque sigamos



**Figura 2.46:** productos metalúrgicos del “Bronce Final” del centro-occidente cantábrico: 1. Hacha de bronce de talón y anillas del Castro de Vilachá (Valle del Navia, Asturias); 2. Hacha de cubo de Navelgas (Tinéu, Asturias); 3. Punta de lanza de la cueva de la Lastrilla (Sámano, Cantabria); 4. Molde de arenisca para fundir hoces metálicas (Castropol, Asturias); 5. Caldero de Lois (León); (a partir de Almagro Gorbea 2004, Harrison, Cradock y Hugues 1981; Molinero y Arozamena 1992; Blas 1990; Delibes y Fernández Manzano 1983). Las piezas 4 y 5 sin escala.

manteniendo los tipos clásicos *grosso modo*, lo que intentaremos evitar son todas las connotaciones presentistas y formalistas que a menudo les acompañan, así como guardar reservas sobre la información cronológica que por tipología comparada puedan ofrecer, y sobre todo intentar comprender todas las decisiones tecnológicas concretas que cada objeto particular pueda revelar, por encima de su inclusión en uno u otro tipo. Para ello se ha propuesto que los estudios metalúrgicos conjuguen los estudios de contexto, las tipologías y los análisis tecnológicos, además de apoyarse en la arqueología experimental y la etnoarqueología (Fernández-Manzano y Montero 2001: 34), punto este último ya defendido hace tiempo por Rowlands (1971: 210) para los estudios de metalurgia prehistórica ya que los referentes etnográficos pueden abrirnos las puertas a un amplio espectro de interpretaciones que ni siquiera imaginábamos.

### Depósitos metálicos cantábricos: ¿una ritualidad comunitaria?

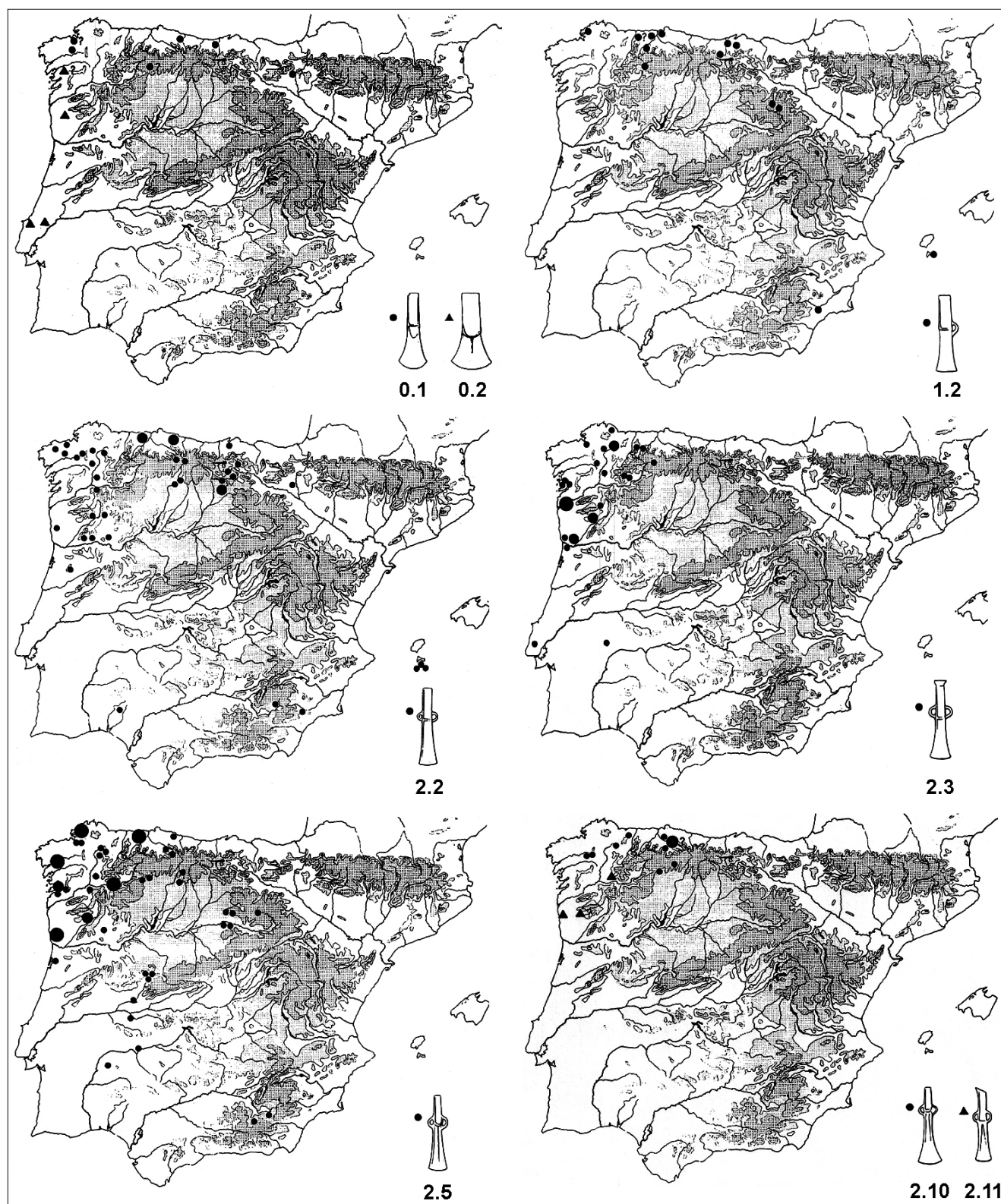
Al margen de las variadas y diversas periodizaciones para el Bronce Final en los territorios atlánticos, conseguidas la mayoría de ellas por tipología comparada (resúmenes de las principales en Mederos 1997; Bettencourt 1998), como por ejemplo la tripartita de Marisa Ruiz-Gálvez (1998: 208 y fig. 60) -Bronce Final I: 1250/1200-1100 a.C.; Bronce Final II: 1100-940 a.C.; Bronce Final III: 940-750 a.C.-, el caso es que muchos de los objetos que caracterizarían al “Bronce Atlántico” vienen de momentos previos al 1000 cal AC, entre ellos los calderos de remaches, las hoces tipo Rocanes, las hachas de talón monofaciales o algunas puntas de lanza; y no es menos cierto que muchos de estos tipos perduran en los poblados fortificados de la primera mitad del primer milenio a.C. (Bettencourt 1998: 24). Por ello se ha dicho que las cronologías tradicionales son demasiado rígidas para la amplitud cronológica del C14, lo que debe



hacer que nos replanteemos las dimensiones de tiempo que manejamos (Ibid.: 25). Por otro lado la cronología tripartita del Bronce Final fundamentada en paralelos con diversas zonas de la Europa Atlántica en muchos lugares de la Península Ibérica -como el centro-occidente cantábrico- no tendría un correlato claro, por lo que no sería operativa (Belén en Mederos 1997: 76). Curiosamente, pese a ello, algunos defienden la cronología tripartita tradicional para lugares como Cantabria (Giribiet 1999: 21), donde, al contrario que la zona lusa, todos los materiales asignables al “Bronce Final” se hallan descontextualizados, aunque otros (Blas y Fernández Manzano 1992: 399) consideran que dicha tripartición ha perdido toda utilidad para tratar el Bronce Final precisamente de Cantabria y Asturias. Además, cuando lo que se intenta datar mediante la cronología comparada son tipos autóctonos como las hachas planas con anillas de Burgos y Palencia se llega a situaciones cuanto menos curiosas, como es el hecho de que para Coffyn éstas pertenezcan al Bronce Final I, para Ruiz-Gálvez al Bronce Final II, mientras que para Fernández Manzano sean propias del Bronce Final III (en Díaz-Andréu 1988: 41), lo que demuestra la escasa operatividad de estos esquemas cronológicos. No obstante deberíamos precisar que las afirmaciones de Bettencourt (1998) se han aplicado a una de las zonas más dinámicas en cuanto a las relaciones atlánticas, Portugal, por lo que no estamos seguros de la aplicabilidad de los avances allí obtenidos a la zona cantábrica, que precisamente se caracteriza por su reacción constante al cambio cultural y su no inclusión en las redes de intercambio de alto alcance. Por ello, por el escaso nivel de conocimiento, no estamos en condiciones de saber hasta cuándo perduraron las hachas planas en el mundo cantábrico y se produjo su sustitución, paulatina o no, por las de talón y anillas. Un panorama deseable, más allá de la revisión historiográfica o arqueoanálisis de conceptos como los de Edad del Bronce, Bronce Final, Bronce Atlántico o Edad del Hierro, es la periodización de los objetos metálicos mediante dataciones radiocarbónicas calibradas, algo que de momento se está empezando a conseguir en el área cantábrica a partir de la sedentarización de los poblados en la fase I b (capítulo 3).

En el ámbito cantábrico básicamente tenemos constancia para el Bronce Final de hachas de talón con y sin anillas, puntas de lanza, hoces y calderos (fig. 2.46). Ya comentamos más arriba que algunas hachas planas de filos distendidos podrían llevarse incluso a fechas de la Primera Edad del Hierro meseteña. Comentaremos más adelante estas evidencias en relación a los depósitos votivos acuáticos. Respecto a las hachas de talón con y sin anillas, protagonistas absolutas de la metalurgia de este momento, también adelantamos páginas arriba las hipótesis cronológicas al respecto de Suárez Otero (2000), en las que se propone que las primeras importaciones de hachas de

talón sin anillas se produjeran a la vez que las de talón y una anilla en fechas en torno al 1200-1100 a.C., perdurando ambos tipos, y el posterior de dos anillas. Muy pronto se realizarían las primeras hachas locales de estos tipos. Por ello las hachas de talón, especialmente las de anillas, son las principales representantes de la fase I a cantábrica (1000 - 825/800 cal AC), si es que no están presentes ya desde algo antes, siguiendo a Suárez Otero. El problema, no obstante, no sólo es que perduraron durante la fase I b, ya con los primeros castros, sino que hay datos suficientes como para afirmar que fue ese precisamente el momento de su máximo desarrollo. El hecho de que muchas de estas hachas fuesen depositadas en lugares liminales de los castros -defensas o laderas de los yacimientos-, hace difícil precisar si son objetos vinculados o no a las estaciones castreñas o si, por el contrario, son representantes de poblaciones previas asimilables a las fases postreras de la Edad del Bronce cantábrico o nuestra fase I a (capítulo 3). De todos modos, para muchas de estas hachas los contextos arqueológicos más fiables son los castros, por lo que el grueso de su explicación e interpretación histórica se realizará en el capítulo 3. Incluso podríamos pensar que aunque el área septentrional de la península es, junto al Noroeste, una de las zonas donde más hachas de talón y anillas han aparecido éstas podrían ser en su mayoría de la Primera Edad del Hierro y que, por el conservadurismo del mundo cantábrico, las hachas planas de filo distendido perduraron hasta la fase I a (1000-825/800 cal AC), justo hasta momentos precastreños, siendo en esas fechas cuando se produciría la sustitución, todavía en poblados abiertos, de las hachas planas de filos distendidos por los palstaves. El caso es que en los primeros castros a partir del 800 cal AC ya no aparecen hachas planas de filos distendidos y sí son muy numerosas las de talón y anillas. Ello justificaría alguna de las hipótesis propuestas más arriba, como la que señalaba al monte junto a la fuente de Frieras (Posada la Vieja, Llanes, Asturias) como un poblado abierto precastreño, en el que luego se levantó el castro de San Martín durante la Primera Edad del Hierro (capítulo 3). No habría que descartar, por tanto, que algunos de los depósitos de hachas de talón y anillas nos estén señalando de nuevo este tipo de poblados abiertos de la fase I a, aunque nuestra hipótesis es que serían las hachas planas como las de Frieras las que marquen este tipo de poblados de fines de la Edad del Bronce, mientras que las de talón (con y sin anillas) ya debemos asociarlas de modo mayoritario a los primeros castros. El caso es que con los calderos ocurre algo similar ya que, pese a su inclusión por tipología comparada en el Bronce Final, muchos de ellos aparecen ya en los castros o en lugares asimilables a la Edad del Hierro, como es la mina de hierro en donde apareció el de Cabárceno. No obstante podemos aludir ahora a ciertas cuestiones de



**Figura 2.47:** distribución de los principales tipos de hachas de talón con y sin anillas del centro-occidente cantábrico en el contexto peninsular (a partir de Díaz-Andréu 1988, modificado).

importancia a la hora de interpretar estos objetos y partiendo de la hipótesis de que algunos de ellos, pese a la ausencia de contexto, debieron ser usados en fechas precastreñas.

Por ejemplo la tipología nos permite ver como ciertos tipos de hachas se circunscriben preferentemente a la zona centro-occidental cantábrica

(preferentemente en la región asturiana y Montaña leonesa) y norte de Galicia. Es lo que vimos que sucedía con las hachas de talón sin anillas que no son de las del tipo luso con nervio ni importaciones como la del Bierzo (Suárez Otero 2000: fig.1), denominadas tipo 0.1 (Díaz-Andreu 1988: mapa 1) (ver fig. 2.17 y fig. 2.47). También por la zona centro-occidental

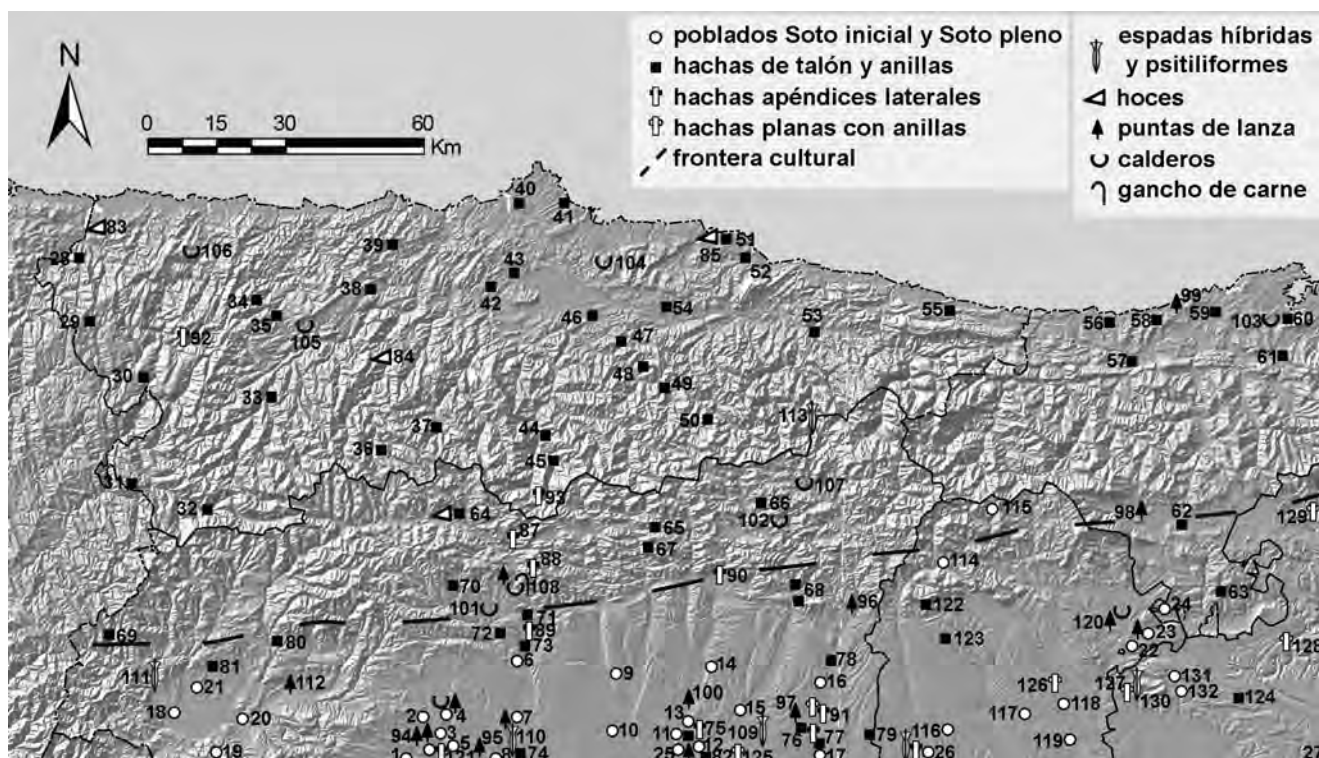
asturiana y central cantábrica se esparcen preferentemente las del tipo 1.2 o hachas de una anilla con talón, de sección bifacial y hoja lisa, según la tipología de Díaz-Andréu (1988). De nuevo el tipo 2.2, como el anterior pero con dos anillas, se esparce por Asturias y Cantabria, con algunos ejemplares en el extremo norte de la Meseta, y bastantes representantes en Galicia y norte de Portugal. Otros que poseen cono de fundición, como el tipo 2.3 de hoja lisa y dos anillas o el 2.4 de dos anillas y hoja biselada, aparecen en el extremo occidental cantábrico como extensión de su mayor concentración en el Noroeste. También una alta concentración en el Noroeste, Asturias y Montaña Leonesa tiene el tipo 2.5 de talón, dos anillas, nervio sin tope y anillas en posición alta, aunque hay algún otro representante por el resto de la península. Y claramente circunscrito al centro de Asturias, norte de León y norte de Galicia se encuentra el tipo 2.10 o hachas de dos anillas con hendiduras y sin cono de fundición (ver fig. 2.47).

Frente a esta tipología multivariante de tipo discriminante en donde se tienen en cuenta variables de intervalo (medidas) y nominales (si tiene o no anillas, monofaciales o bifaciales, nervaduras o no, localización geográfica, etc.) (Díaz-Andréu 1988: 28) existen otras tipologías más sencillas fundamentadas en las morfologías generales de las piezas, como la de Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira (1999: 92-96). En ésta se separa un gran grupo para el Noroeste y otro para la Meseta Norte, Asturias, Cantabria y País Vasco. En este segundo gran grupo la mayoría son del tipo B (de hoja trapecial) y en segundo lugar las del tipo C (hoja estrecha y filo muy distendido). El tipo B es el más extendido en la Meseta Norte, especialmente en los cursos altos del Órbigo, Cea, Valderaduey y Pisuerga, y en la zona norte principalmente en Asturias. En general son buenos bronce con entre un 10 y un 20 % de estaño. Las cronologías que se han apuntado se encuentran entre el Bronce Final II y III, dependiendo de su asociación con otros objetos en depósitos principalmente de la Meseta, como Huerta de Arriba, Sotoscueva, Coruña del Conde, Covalada o Camposalinas, en donde aparecen tipos meseteños como las hachas planas con anillas o las de apéndices laterales, lo que es escasamente elocuente en cuanto a cronología comparada. Los autores de la tipología creen que el origen de las producciones locales debe situarse en el cambio de milenio basándose en concreto en el depósito de Saldaña, pues allí aparece un puñal rematado en lengua de carpa paralelizable a las espadas de la ría de Huelva. Las esbeltas del tipo C también tienen una distribución específicamente norteña, en concreto 12 en Asturias (sobre todo de dos anillas) y 11 en León (también destacando las de dos anillas), siendo la de Astorga su límite meridional. Este tipo tiene también altos contenidos de estaño y sobre todo mucho plomo (hasta un 16 % la de Cármenes), por lo

que se piensa en fechas más recientes debido a que son bronce ternarios (Ibid.: 95).

De ambas tipologías podemos extraer varias conclusiones. Por un lado la distribución preferentemente cantábrica de determinados tipos, que también se esparcen por el extremo norte de la Meseta, aunque ya en combinación con tipos locales meseteños. Por lo que, siguiendo una tendencia que ya hemos visto desde el Bronce Antiguo, el extremo septentrional de la Meseta Norte, comparte rasgos culturales con el mundo cantábrico, pero no a la inversa. De hecho, como veremos, la presencia de ciertos tipos de hachas meseteñas en puertos de montaña entre León y Asturias, siendo sus representantes más septentrionales, pueden explicarse de un modo muy similar a como lo hicimos para ciertas espadas y alabardas. Por otro lado, como veremos en el capítulo 3, el fenómeno por el cual los objetos cantábricos salen de sus fronteras es también extensible a otros objetos como las hoces tipo Castropol. Ello redonda de nuevo en la idea del conservadurismo de las formas culturales cantábricas y en su escasa tendencia al cambio social, lo que se combina con altas cotas de producciones bronceas y con un espacio geográfico rico en recursos cupríferos, mientras que en la Meseta la tendencia es, ya en estos momentos que en su mayoría son asimilables a los últimos compases de Cogotas I y, especialmente, al Soto formativo y arranque del Soto pleno, todo lo contrario: marcada tendencia al cambio cultural tras la disolución de Cogotas I y escasos recursos cupríferos. Podríamos entender que las comunidades meseteñas aparte de beneficiarse de los recursos cantábricos también consiguieran objetos manufacturados de los montañeses mediante intercambios o mediante la necesaria negociación para poder explotar los tan necesarios pastos de altura y minas de cobre (fig. 2.48).

El problema de mantenernos en las tipologías clásicas es que puede dar la sensación de que al compartirse tipos metálicos estamos ante formas culturales muy similares. De ahí la importancia del concurso de las CTOs y así poder entender las tradiciones tecnológicas diversas, escondidas tras tipos metálicos muy similares. Aunque los autores de la última tipología presentada consideran el paso de los bronce binarios a los ternarios en un sentido cronológico compartimos con Bettencourt (1998: 25-26) que difícilmente pueda entenderse a la Península Ibérica como una provincia homogénea en metalurgia, por lo que esta autora duda de que las aleaciones ternarias puedan tener un sentido cronológico, sino que más bien habría que entenderlas como particularidades tecnológicas regionales. Al igual que vimos con el arsénico en el Bronce Antiguo, el cual, vertido en los cobres de modo consciente, le daba particularidades tecnológicas al mundo cantábrico con respecto a la Meseta Norte, y permitía plantear que los cobres arsenicados fueron previos en el norte



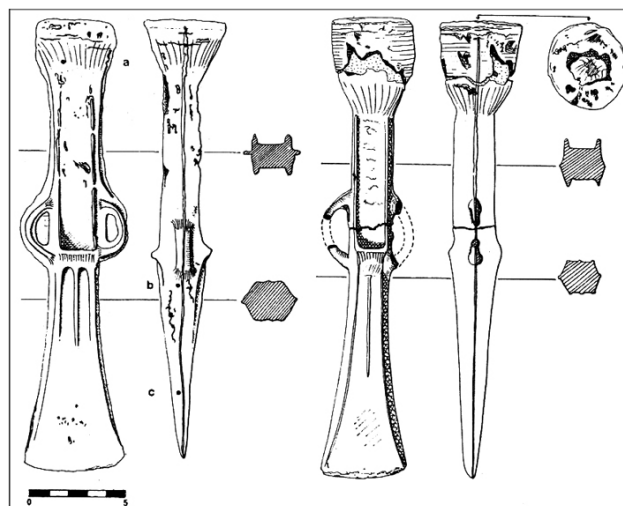
**Figura 2.48:** metalurgia cantábrica y meseteña y poblados soteños de las fase I a y I b (transición Bronce Final-Edad del Hierro): 1. Castrillo de Polvazares; 2. Vega de Magaz; 3. Otero de Escarpizo; 4. Revilla; 5. Sopena de Carneros; 6. San Martín de Falamosa; 7. Turcia; 8. Valdeiglesias; 9. venta de la Tuerta; 10. Quintana Raneros; 11. Villafañe; 12. Valle de Mansilla; 13. Castrillo del Porma; 14. Cerezas del Condado; 15. Nava de los Caballeros; 16. Cebanico; 17. Sta. María del Río; 18. Paradela del Río; 19. Toral de Merayo; 20. Castillo de Ponferrada; 21. Castro Ventosa; 22. Los Barahones; 23. Monte Bernorio; 24. La Torrecilla I, San Cristobal del Monte; 25. Villasabariego-Lancia; 26. Saldaña; 27. Ubierna; 28. Molejón; 29. Los Ozcos; 30. Valabilleiro; 31. Seroiro; 32. Llarón; 33. Cangas del Narcea; 34. Collada; 35. Pena; 36. Santullano; 37. Teberga; 38. Alava; 39. Malleza; 40. Avilés; 41. Perlora; 42. Solaxera, San Pedro de Nora; 43. Brañas; 44. Llena; 45. Los Falares; 46. Llangréu; 47. Sotrandiu; 48. Tiraña; 49. El Condado; 50. Campu Casu; 51. Rasa de Luces; 52. Lastres; 53. Cangues d'Onís; 54. Pruneda; 55. Caldueña; 56. Ruiloba; 57. Cabezón; 58. Novales; 59. Escobedo; 60. Cabarga; 61. San Vitores; 62. Requejo; 63. Salcedo; 64. San Emiliano; 65. Pontedo; 66. Cofial; 67. La Profunda (Cármenes); 68. Cistierna; 69. Vega de Valcarce; 70. Manzaneda de Omaña; 71. Camposalinas; 72. Riello; 73. Omaña; 74. Veguellina; 75. Villsabariego; 76. Villamizar; 77. Villaverde de Arcayos; 78. Mondreganes; 79. Acera de la Vega; 80. Toreno; 81. El Bierzo; 82. Mansilla de las Mulas; 83. Castropol; 84. Miranda?; 85. Camoca; 86. Torre de Babia; 87. Oblanca; 88. Mirantes de Luna; 89. Benllera; 90. Boñar; 91. Almanza; 92. Los Mazos; 93. Piñera; 94. Magaz de Cepeda y Revilla; 95. Antoñán del Valle; 96. Prioro; 97. Quintana del Monte; 98. Cordel; 99. Hinojedo; 100. Represa del Condado; 101. Villaceid; 102. Lois; 103. Cabárceno; 104. Picu Castiellu la Collada; 105. Tineo; 106. Castro de Penda; 107. Burón; 108. Los Barrios de Luna; 109. Villaverde de la Chiquita; 110. Veguellina de Orbigo; 111. Villafranca del Bierzo; 112. Bembibre; 113. Sobrefoz; 114. Alba de los Cardaños; 115. Casavegas; 116. Villasur; 117. Revilla de Collazos; 118. Villabermudo; 119. Calahorra de Boedo; 120. Aguilar de Campoo; 121. Astorga y San Justo de la Vega; 122. Roscales; 123. La Valdavia; 124. Fuente Urbel; 125. Reliegos; 126. Dehesa de Romanos; 127. Renedo de Amaya; 128. Valdelateja; 129. Sotoscueva; 130. Peña Amaya; 131. Rebolledo de Traspesña; 132. Ordejón de Arriba (a partir de Celis 1996, 2002; Adán y Martínez 1999; Orejas 1996; Marcos Contreras y otros 2003; Delibes y Romero 1992; Blas y Fernández Manzano 1992; Delibes y Fernández Manzano 1983; Delibes y otros 1999; Sacristán de Lama y Ruiz 1985, entre otros) (del 114 al 119 son yacimientos catalogados como "Edad del Hierro" en Alonso y otros 1999, de los que no se pueden asegurar los niveles soteños; y del 131 al 132 son catalogados como "Primera Edad del Hierro" en Sacristán de Lama y Ruiz 1985, pero sin que se incluyan en el grupo Soto).

peninsular que en las tierras sedimentarias del Duero, lo mismo ocurrió a partir del Bronce Final con el plomo en las coladas bronceas, especialmente en la zona asturiana y en el Noroeste. Como estudiaremos en el capítulo 3 en lugar de plantearnos la viabilidad funcional de estas hachas demasiado blandas por el exceso de plomo o las razones de mercado por las que se sustituyó parte de estaño por plomo, creemos que el objetivo arqueológico debe ser preguntarnos por los significados concretos de las decisiones tecnológicas específicas que tuvieron como resultado la creación de

hachas tan poco funcionales y el hecho de poder rastrear algún tipo de identidad tras dichas elecciones culturales.

La región cantábrica -de Asturias al País Vasco- es la tercera región en importancia de España para la obtención de galena. En la galena argentífera la plata y el plomo van unidas. En Asturias hay importantes minas de plomo/plata explotadas ya en la antigüedad, como la mina Argentola de Pravia (con lucernas y herramientas romanas), las de Castropol, Navia, Ribadesella, La Vega y Río de Porcos. También en

Cantabria está la mina de Reocín, Puente Viesgo (Maya 1990: 209-210). Pese a que J.L. Maya vincula estas explotaciones únicamente con momentos romanos, habría que pensar en su explotación y uso desde momentos prerromanos, como se desprende de los análisis de los bronce ternarios. De hecho lo que es ciertamente minoritario en el ámbito castreño cantábrico es la plata, comparada por ejemplo con el empleo del oro para joyas como torques y didemas-cinturón, y se limita tan sólo a algún pequeño pendiente y anillo, como por ejemplo en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 146, y fig. 78.6 y 78.7). La explotación de la galena argentífera se produciría, por lo tanto, ya desde el Bronce Final en la zona cantábrica, que, aunque rica en cobre, no lo es tanto en estaño -con las principales mineralizaciones en Asturias en Ablaneda, Salas y Tinéu- (Maya 1990: 194-195). Desde una perspectiva economicista podríamos pensar que en la metalurgia local del Bronce Final los metalurgos prehistóricos tendieron a sustituir el menos frecuente estaño por el plomo, más abundante, lo que explicaría la tendencia a las producciones ternarias en este sector. Sin embargo las analíticas realizadas sobre hachas asturianas, aunque aún escasas, ponen de manifiesto que la adición de plomo se produjo en detrimento no del estaño sino del abundante cobre (Blas y Fernández Manzano 1992: 404; Ruiz-Gálvez 1987: 59). La riqueza de la zona cantábrica en recursos cupríferos no permite corroborar la hipótesis presentada por Marisa Ruiz-Gálvez (1987: 259) para explicar los bronce ternarios del Noroeste, que se fundamenta en la imposibilidad de acceso al cobre del Suroeste por la presencia fenicia en el Estrecho, lo que obligaría a que aquellas comunidades tendieran a sustituir progresivamente el cobre por el plomo. Además, ya dijimos como las aleaciones ternarias puede que no estén apuntando tanto hacia cuestiones cronológicas como hacia características tecnológicas regionales, culturalmente estructuradas, por lo que debería dejarse abierta la posibilidad de adiciones de plomo en el Noroeste y Norte previas al periodo colonial. Tampoco compartimos con De Blas y Fernández Manzano (1992: 406), que ya apuntan la inconsistencia de la hipótesis de la escasez de cobre para el mundo cantábrico, la idea de que las aleaciones ternarias se deban a importaciones desde el Noroeste. Hachas muy plomadas del centro de Asturias corroboran la inconsistencia de la propuesta ya que como mucho podría aceptarse si los bronce ternarios se dieran solamente en el occidente de Asturias, puesto que es el área que muestra los contactos culturales más claros con el Noroeste. Además, nada indica que esas hachas no sean producciones locales. Por ello, con unas hachas de talón y anillas cuyos usos tendieron cada vez más a cuestiones de reproducción social y/o de negociación entre individuos y/o grupos, y no tanto a cuestiones de productividad económica (capítulo 3), como ya adelantábamos en el apartado



**Figura 2.49:** hachas con cono de fundición procedentes del Principado de Asturias (en Harrison, Cradock y Hugues 1981).

dedicado a la explotación del medio, entendemos que si en las cadenas tecnológicas locales el plomo va sustituyendo al cobre, es por prescripciones de tipo social y no por constreñimiento de los recursos o materias primas. Marisa Ruiz-Gálvez no considera las hachas muy plomadas como lingotes, ya que lo adecuado para atesorar materias primas sería no mezclar los diferentes metales, justificándose además dicha propuesta con el hecho que algunas de estas herramientas fueron funcionales (1987: 260 y nota 11). Sin omitir el hecho de que muchas de estas hachas fueron usadas como herramientas veremos en el siguiente capítulo como numerosos palstaves no fueron nunca utilizados, bien porque sus altos porcentajes de plomo los hacen excesivamente frágiles, bien porque pasaron a la esfera ritual de los depósitos aún con las rebabas y el cono de fundición, lo que demostraría que nunca fueron enmangados ni utilizadas para cortar, escarbar o remover la tierra. Por otro lado algunos autores no creen que por el hecho de ser aleaciones ternarias estas hachas no puedan verse como lingotes, en concreto como *aes formatum*, es decir, como lingotes que adquieren su valor por ser visible que cuentan con el metal suficiente como para realizarse un artefacto dado (Pearce 1998: 58) (fig. 2.49).

Esta diversidad de CTOs es lo que explicaría que ante el mismo tipo de hacha de talón y anillas, por ejemplo las esbeltas del tipo C comentadas más arriba, las aparecidas en la Montaña Leonesa, y por lo tanto dentro del mundo cantábrico, como las de Cistierna y Cármenes, tengan un 7 y un 16 % de plomo respectivamente, mientras que la de Villasabariego, en la zona sedimentaria leonesa, posea tan sólo un 2,6 % de plomo. En otros ejemplos palentinos y burgaleses los porcentajes de plomo no superan el 1 % (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 83-90). En otras analíticas realizadas sobre piezas asturianas se ven porcentajes de plomo inferiores al 6

% para piezas esbeltas como las de L.Lena, Sotrandiu y El Condao, así como para el hacha de cubo de Navelgas. Sin embargo hasta un 30 % de plomo se ve en dos hachas de L.Langréu, y el corazón de una de “Oviedo” -que debemos entender con el sentido de “Asturias”- es de plomo puro, mientras que en otras partes del cuerpo los porcentajes se hallan en torno al 22 %. La hoz de Castropol del British Museum también posee un 20 % de plomo. Porcentajes altos de plomo que también se aprecian en otros palstaves de las minas de Balcobo (Carballiño, Orense) o del norte de Portugal, pero no en algunos ejemplares leoneses del Museo Británico, (Harrison, Craddock y Hughes 1981: 136-152; Blas y Fernández Manzano 1992: 404), que además cuentan con una decoración asimilable a las decoraciones cerámicas soteñas, como veremos. Una media de 8 % de plomo tienen diversos objetos asimilables al Bronce Final, entre ellos hachas de talón y anillas, en Cantabria (Giribiet 1999: 28). Los bronceos ricos en plomo, típicos del noroeste y norte peninsular, que también son muy frecuentes en la costa noroeste francesa y en las Islas Británicas, sin embargo no parecen ser los más frecuentes en la zona meseteña, incluso en aquella parte más próxima a la Cordillera Cantábrica, lo que redundaría en la hipótesis geográfico-cultural más que cronológica. También a favor de no ver las aleaciones ternarias ricas en plomo en un sentido cronológico y entender que la adición de plomo seguramente responde a decisiones tecnológicas geográficamente situadas podemos aludir a tres hachas de talón y anillas asturianas, que por topónimos asociados podemos relacionar con estaciones castreñas, y por lo tanto con cronologías muy similares. Una de la Mina el Castillejo, de una sola anilla y cuerpo bastante rectangular, procede de estas supuestas minas junto a la “Corona del Castillo” -probablemente una castellanización del topónimo asturiano *Castiellu-* (Villa, Margolles, Cangas de Onís). Este hacha tiene casi un 2,5 % de plomo. Otra de dos anillas y filo más abierto, procedente del mismo lugar, cuenta sólo con 1,65 % de plomo. Sin embargo del Valle del Navia, del topónimo Castro de Vilachá, procede otro hacha de talón y dos anillas con más de un 5,5 % de plomo (Almagro-Gorbea ed. 2004: 139-140). No obstante entre los vecinos del lugar no hay constancia de tales trabajos mineros. Además en la documentación de la RAH al respecto la mencionada mina sólo es aludida en una ocasión, mientras que en el resto de los casos es la “Corona del Castiello” el único referente topográfico con el que se vincula el hacha, por lo que no habría que descartar que este hacha proceda del propio castro y no de la mina (Pajares Borbolla 2010).

Para ahondar en el conocimiento de las diferentes CTOs metalúrgicas es también provechoso estructurar por zonas, si es posible, a una escala más pequeña. En concreto las hachas de talón y anillas con cono de fundición se concentran en el occidente de



**Figura 2.50:** la variedad tipológica del centro-occidente cantábrico. Hachas de talón y anillas de Asturias (en Blas 1990, fotografía Astur Paredes).

Asturias mientras que las piezas esbeltas de hoja larga, nervada y espatuliforme son comunes a las tierras centro-orientales del Principado. También se ha propuesto un taller local de hachas de talón y anillas en la cuenca superior del Nalón, en pleno territorio cuprífero (Blas y Fernández Manzano 1992: 403, 405). Otros ejemplos de afinidades, en este caso morfológicas exclusivamente, los tenemos en un hacha de talón y una anilla de los alrededores de Astorga, de talón muy estrecho, hoja sin nervios y muy curvo el filo, y con rebabas de fundición perfectamente visibles. Es muy similar a otra cuyo origen es Ponferrada y que está en el Museo de Prehistoria de Santander, y a su vez muy similar a otras de Cangas de Narcea y una de la “provincia de Oviedo” (Fernández Manzano 1981a: 177-181). A nuestro entender pueden representar perfectamente un tipo del suroccidente asturiano y noroeste leonés, definiendo ya la homogeneidad de esta zona cultural, que será patente en la Primera Edad del Hierro -momento en el que podrían fecharse estas hachas-, y sobre todo en la Segunda Edad del Hierro (fig. 2.50).

Todo ello lo que demostraría es que las CTOs metalúrgicas cantábrica y normeseteña, teniendo en cuenta que existen variantes locales dentro de ellas, continuaron siendo durante el Bronce Final, al igual



que en los periodos precedentes, diferentes, pese a compartirse ciertos tipos, siendo también, seguramente, diferentes los significados asociados a los depósitos votivos de estas hachas en las diferentes zonas. Gracias a las analíticas de diversos palstaves también podemos seguir corroborando la inclusión del norte de León en el ámbito cultural cantábrico y en su tradición tecnológica en lo que a metalurgia se refiere (ver fig. 2.48). Ello es importante a la hora de establecer zonas culturales ya que el desalentador panorama en cuestiones relativas a poblados, y en menor medida a restos funerarios, como ya hemos visto, del Bronce Final en esta región nos obliga a echar mano de la información de los útiles metálicos. No obstante en el norte de León y sur de Cantabria se observa la presencia también de modelos bronceos de clara raigambre meseteña. Veremos más abajo como estas altas concentraciones de diversos tipos (cantábricos y meseteños) pueden estar poniendo de manifiesto las tensiones sociales propias de una zona de frontera cultural. Si bien debemos hacer una matización. Mientras que la dispersión de hachas de talón y anillas, el objeto por excelencia en el Bronce Final cantábrico, es más o menos homogénea para Asturias y el norte de León (por ejemplo Blas y Fernández Manzano 1992: fig. 2; Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: fig. 37), en el caso de la vecina Cantabria llama la atención la concentración preferentemente costera de estos útiles, existiendo un vacío en los cursos medios y cabeceras de los principales ríos, para de nuevo haber otra concentración ya en la vertiente meseteña de dicha comunidad autónoma, siendo ésta ya una zona afín al sector palentino y burgalés (por ejemplo Blas y Fernández Manzano 1992: fig. 3; Fernández Manzano y Arias 1999: mapa). La razón principal debe ser la falta de investigación ya que, como veremos, excavaciones recientes en castros de la zona central de esta región van completando tan magro panorama.

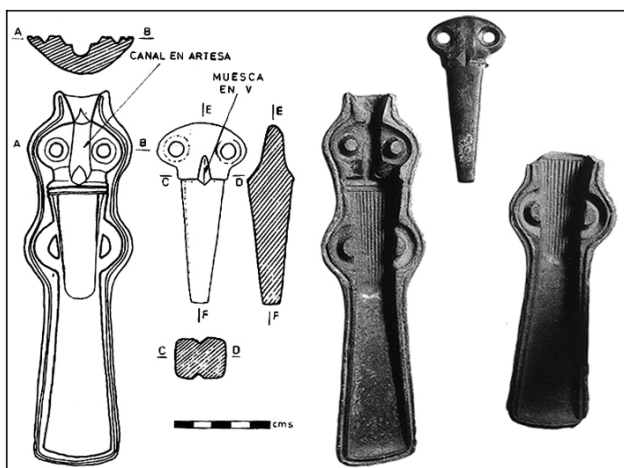
Vemos por lo tanto que el conservador mundo cantábrico es reactivo a la asimilación de tipos foráneos, que tendrá que ser explicado por el escaso o nulo papel de las elites sociales en conseguir y sustentar contactos a larga distancia, muy diferente a lo que hemos visto que ya ocurre desde el final de Cogotas I en la Meseta Norte. Por ello vemos hachas y hoces cantábricas fuera de sus límites. Habrá que preguntarse quiénes son los reponsables de la llegada de estos materiales incluso a tierras tan lejanas como las andaluzas. Nos referimos en concreto aun hacha del Museo Británico cuya procedencia es “Andalucía”, y que fue hallada aún firmemente enmangada, cuya similitud con una plomada procedente de Llangréu (Asturias) es muy alta, tanto por la morfología genereal de la pieza como por un nervio central rematado en forma de tridente que ambas tienen grabadas en una de sus caras (Harrison, Craddock y Hughes 1981: 136). Una muy similar con este característico nervio central

también se encuentra depositada en el MAN, y se ha comparado con una francesa de Arignac (Ariège) y con la asturiana del Monte de la Rasa de Luces (Llastres, Asturias) (Coffyn 1977: fig. 5). De todos modos la mayoría de comparativas entre hachas galas e ibéricas se ha realizado con ejemplares lusos y del Noroeste (Ibid.: 492-493), lo que de nuevo evidencia el relativo aislamiento del mundo cantábrico dentro de las relaciones atlánticas. Respecto al proceso contrario, el referido a materiales meseteños en el mundo cantábrico, es mucho más tenue, llegando tan sólo a algunos ejemplares en los puertos entre León y Asturias.

Siguiendo esta compartimentación cultural debemos aludir a las peculiaridades del occidente de Asturias, puesto que en el Bronce Final/Hierro I sigue la tendencia ya definida para el Bronce Antiguo/Medio, que no es otra que la de su vinculación a ciertas formas culturales con el Noroeste. En los catálogos sobre piezas bronceas del Bronce Final suelen citarse dos hachas de cubo para la zona que tratamos; en concreto un hacha de cubo de Navelgas (Tinéu) y un molde de bronce para hachas de cubo y anillas de Los Ozcos. El segundo de ellos es un molde de bronce que supuestamente compró Soto Cortés en Los Ozcos en 1894 y que consta de dos valvas y un cuerpo interno que formaría el cubo de las hachas así confeccionadas (Álvarez Martínez 2010: 87). Aunque se han buscado paralelos en otras hachas de cubo y una o dos anillas realmente no existe ningún ejemplar que permita una comparación directa (Blas 1975b: 507-510). Por ello deberíamos pensar en un tipo local específico, lo que añade dificultad a la hora de ser datado. El hacha de Navelgas por su parte fue manipulada tras el fundido, ya que sus estrías ornamentales se realizaron a buril y, lo más importante, el filo se aplastó por martilleado para buscar una mayor extensión de aquel. Es un hacha de bronce plomado, que al igual que otros ejemplos que comentaremos, fue encontrada a seis pies de profundidad y al lado de antiguas explotaciones mineras, en este caso de oro. Se trata un bronce ternario con un 6 % de plomo (Harrison, Craddock y Hughes 1981: 144 y fig. 16), y también brinda un claro argumento para defender la minería de oro prerromana.

Se ha explicado la mayor diversidad tipológica del occidente de Asturias, vinculado al Noroeste, por ser ambas zonas deficitarias en cuanto a recursos cupríferos, entendiéndose que al depender el Noroeste -incluido el occidente de Asturias- del cobre del centro-oriente de Asturias (Blas y Fernández Manzano 1992: 406; De la Peña 1992: 37) ello obligaría a mayores contactos a larga distancia, causa de esa mayor diversidad tipológica (Blas y Fernández Manzano 1992: 406) Aunque para algunos esto sería un tópico en la bibliografía puesto que en el Noroeste hay buenas reservas de cobre, como las de Santiago de





**Figura 2.51:** dibujo y fotografías del molde para fundir hachas de cubo y anillas de Los Ozcos (occidente de Asturias) (a partir de Blas 1975; 1990).

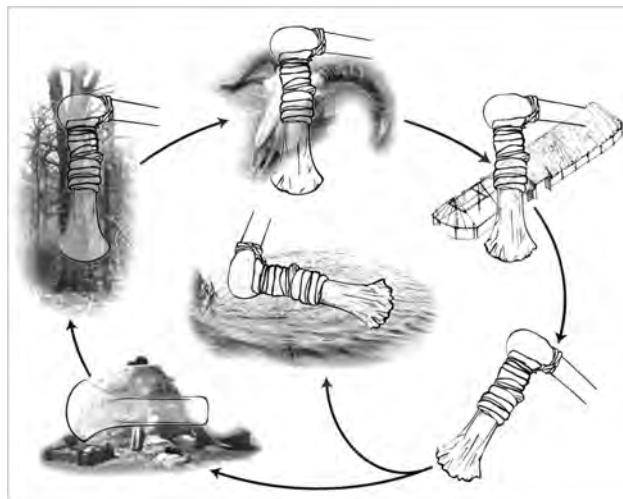
Compostela (Fernández-Posse y Montero 1998: 196). Al igual que con las hachas de talón y anillas las de cubo, típicas del Noroeste y Portugal, pueden ser datadas tanto en nuestra fase I a como en la I b. Sin embargo lo que nos gustaría apuntar aquí es que, al margen de la cuestión de los recursos cupríferos y los contactos a larga distancia para abastecerse, lo que se sigue viendo en el occidente de Asturias en fechas del Bronce Final/Hierro I es que sigue la tendencia, también vislumbrada en los momentos precedentes de la Edad del Bronce por ciertos objetos de oro, de esa mayor relación con el ámbito gallego que con el sector central asturiano. Esta vinculación no es solo geográfica sino que ya podríamos estar hablando de la creación de ciertas “reservas simbólicas” en el Bronce Final de las que se alimentaría la posterior Edad del Hierro, y que en líneas generales pueden relacionarse con las regiones lucense, bracarense y lusitana (González Ruibal 2003a: 96), a lo que podríamos añadir por otro lado los sectores central y occidental cantábrico, con el río Sella como límite entre ambos, sobre todo por los datos esgrimidos para momentos previos al Bronce Final. El hacha de Navelgas (ver fig. 2.46) puede entenderse tanto como una importación, ya que es muy similar a otras del Noroeste, como una producción local, ya que el molde de Los Ozcos demuestra que en Asturias fueron fabricadas herramientas con este tipo de empuñadura tubular (fig. 2.51).

Ya vimos más arriba como no puede establecerse una correlación directa entre las hachas, sean planas, de talón y anillas o de cubo y anillas, y supuestas tendencias durante el Bronce Final a la intensificación agropecuaria. Más aún si añadimos los datos recién expuestos que aluden a un alto número de hachas con porcentajes tan altos de plomo que nos hacen pensar que nunca llegaron a ser utilizadas funcionalmente como tales hachas. Esto es más que evidente en aquellas que conservan el cono y las rebabas de fundición, puesto que nunca llegaron a

enmangarse. De todos modos no debe hacerse la sencilla diferenciación entre hachas funcionales, las que sí fueron utilizadas para cortar o remover la tierra, y no funcionales o votivas. Volviendo al estudio británico utilizado anteriormente podemos rescatar algunas ideas interesantes que desbaratan algunos de los prejuicios más comunes en la literatura arqueológica. Por ejemplo las huellas de uso no corroboran la idea de que los artefactos más espectaculares se reserven para los depósitos más estructurados dejando las herramientas más funcionales para el reciclado o abandono, ya que los análisis contextuales muestran que han aparecido en depósitos estructurados bajo patrones culturales tanto hachas usadas como otras sin utilizar. Tampoco se corrobora la idea de que los objetos sean depositados una vez que han dejado de ser funcionales porque 20 de las 23 hachas de Yorkshire y 25 de las 31 escocesas se depositaron manteniendo aún un robusto filo cortante y un cubo de empuñadura utilizable. Por lo tanto la deposición no la determina el grado de uso de la herramienta, y la variedad de huellas de uso en las hachas depositadas indica que las actividades concretas para las que fueron usadas estas hachas tampoco determina su amortización en forma de depósito. Por ello se concluye que el significado profundo del hacha no se encuentra sólo en su posesión y uso sino también en el tiempo y lugar de deposición, cuando pasan de herramientas activas a ofrendas a la tierra (Roberts y Ottaway 2003: 136). Por ello podemos llegar a pensar que los significados culturales y el simbolismo de las hachas trascendieron a que fueran usadas o no como hachas. De hecho da la sensación de que en esta zona rica en recursos cupríferos las producciones metálicas estuvieron más vinculadas al mundo simbólico que al productivo, para el cual todavía seguían, y seguirán usándose durante la Primera Edad del Hierro, hachas de piedra pulimentada. No obstante no debemos caer en el error de dissociar las hachas líticas de cualquier tipo de simbolismo ya que también contamos con depósitos votivos con este tipo de materiales (capítulo 3). Por ello se ha insistido en el carácter dual de las hachas, como herramientas y como objetos destinados al intercambio ritual y/o ofrendas votivas. Estas características y una vida de uso muy similar las tienen también las hoces metálicas (Bradley 1990: 90; Fontijn 2002: 187). Pero las hachas, además, pudieron tener otros usos que habitualmente no son abordados, tales como hachas de combate (Fontijn 2002: 223), que no son excluyentes con los anteriores sino aditivos, tal y como se observa en multitud de pueblos agropastoriles actuales de escasa complejidad socioeconómica y tal y como podemos aventurar para los grupos cantábricos de la Edad del Bronce, en donde las armas *sensu stricto* son extraordinariamente minoritarias en el registro arqueológico (fig. 2.52). De hecho esos amplios y complejos significados de las

hachas y su conexión con variadas facetas de la existencia humana (herramientas agrícolas, apertura de pastos en el monte, herramientas para construir casas, armas, objetos rituales, su potencialidad para expresar relaciones de poder), más que las cualidades esenciales del objeto mismo, son las que hicieron que fueran estos artefactos los elegidos mayoritariamente para el intercambio ritualizado entre grupos, algo que ya vendría de época neolítica con las hachas de piedra pulimentada, puesto que sus significados son fácilmente traducibles a los idiomas locales de cada comunidad (Fontijn 2002: 247-248). Veremos en el siguiente capítulo como las hachas de talón y anillas en el centro-occidente cantábrico tuvieron un importante rol en la negociación entre diferentes grupos, en concreto para la negociación entre los diferentes poblados, y para determinados actos de reproducción social dentro de los poblados, con claras connotaciones comunitarias.

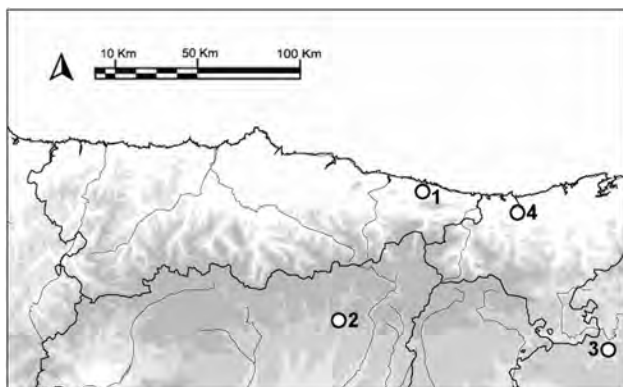
Pero centrémonos ahora en algunos tipos de depósitos particulares de difícil cronología -aunque muchos de ellos podríamos asociarlos con los comienzos de la Primera Edad del Hierro cantábrica o fase I b-. Nos estamos refiriendo a las primeras evidencias en el norte peninsular de depósitos acuáticos y a las, por el contrario ya conocidas desde antiguo, ofrendas votivas de hachas en minas y cuevas. Respecto a los frecuentes depósitos votivos en contextos húmedos o acuáticos del arco atlántico europeo durante el Bronce Final ya vimos más arriba como el conjunto de hachas planas de filo distendido de la fuente de Frieras (Posada la Vieja, Llanes) pudiera también englobarse en esta cronología o, al menos, sino queremos utilizar la cronología tripartita para la Edad del Bronce en nuestro ámbito de estudio, en los momentos finales del II mil. a.C. o transición al I (puede que ya en nuestra fase I a). Por ello mismo a la también hacha plana de tipo evolucionado procedente del alto Boñar (Porma, León), que apareció en una fuente de aguas termales, podría otorgársele una fecha similar. El carácter de deposición votiva de esta última parece bastante claro ya que apareció en una peña que se denomina Peña Salona o La Calda, topónimo este último claramente relacionado con el manantial de aguas termales allí ubicado. En esa peña sobre la fuente es donde se encuentra el epígrafe de época romana dedicado al genio curativo *Aeginensis* (Luengo 1941: 127-128; Delibes, Fernández Manzano y Pérez 1997). Ya claramente dentro del primer milenio a.C., y por lo tanto asociada a los primeros compases del grupo arqueológico tipo Soto, debemos fechar el hacha plana de anillas laterales de una fuente termal de Valdelateja (norte de Burgos) (Arias y Fernández Manzano 1999: 4). No son los únicos ejemplos ya que también contamos con algún depósito acuático protagonizado por hachas de talón y anillas. En concreto nos referimos al palstave de una sola anilla de la Virgen de



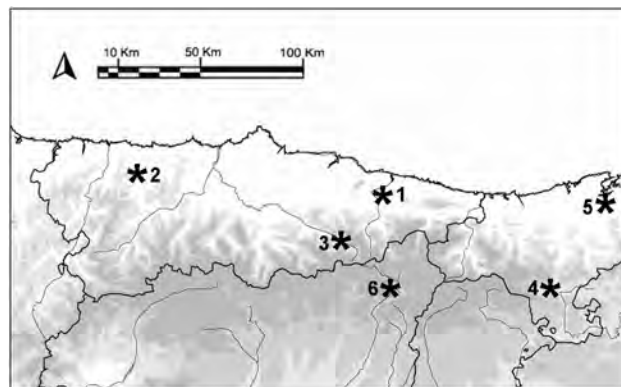
**Figura 2.52:** la biografía cultural de un hacha (en Fontijn 2002).

la Peña (Cabezón de la Sal), encontrada en los aluviones del Saja (Giribiet 1999: 24) por lo que también puede ser definido como un depósito acuático (fig. 2.53). Si tenemos en cuenta que en la Meseta algunas de las espadas llamadas argáricas fueron depositadas en contextos acuáticos en un genérico Bronce Medio-Final asociado a Cogotas I, como es el caso de las espadas palentinas de Villasviudas -presumiblemente en el lecho del Pisuega y por lo tanto interpretables como depósitos acuáticos- y que en Gran Bretaña y otros lugares atlánticos como los Piasas Bajos los depósitos acuáticos se rastrean al menos desde el Bronce Antiguo (Bradley 1990: 100; Fontijn 2002: 259-271) el ámbito cantábrico se vuelve a mostrar de nuevo como retardatario en la asimilación de estos rituales llevados a cabo en contextos húmedos. Son escasos los ejemplos de este tipo de depósitos y fechables, principalmente, en los últimos compases de la Edad del Bronce y los comienzos de la del Hierro. Además, la traducción de estos rituales a las formas del norte peninsular hizo que, al contrario que en otros lugares en donde los depósitos votivos acuáticos contienen armas y hachas, como en el Noroeste al norte del Miño (González Ruibal 2003a: 97), en nuestro caso sólo las segundas se vean representadas. El escaso desarrollo de los depósitos acuáticos en las zonas montañosas del norte peninsular se ha relacionado con la menor complejidad social que aquí se percibe (Ibid.: 103).

Superando las tradicionales dicotomías entre depósitos funcionales y rituales, recuperables y no recuperables, terrestres y acuáticos, podría decirse que todos los depósitos pueden verse como rituales, sean recuperables o no, incluidos los acuáticos, que por el mero hecho de estar en lugares húmedos no quiere decir que no se pensara en su recuperación en ciertos momentos, según las características del depósito, claro está, para volver a poner en circulación los objetos allí amortizados temporalmente (Needham 2001: 290-291; Bradley 1988: 250). Sea como fuere los depósitos



**Figura 2.53:** depósitos acuáticos de hachas de las fases I a y I b del sector centro-occidental cantábrico: 1. Frieras; 2. Alto Boñar; 3. Valdelateja; 4. Virgen de la Peña.



**Figura 2.54:** depósitos en minas de hachas y calderos de la fase I: 1. Mina Castillejos; 2. Navelgas; 3. Alto Nalón; 4. Requejo; 5. Cabárceno; 6. Lois.

votivos acuáticos, especialmente de armas, han sido vinculados a posibles rituales funerarios (Bradley 1990: 102-103). Esta explicación puede ser satisfactoria para los ejemplos de espadas del sector meseteño, como veremos, continuando una tradición que procede de momentos Cogotas I. Sin embargo el carácter particular y exclusivo de los depósitos de hachas cantábricos, así como ciertas pruebas de la Primera Edad del Hierro que revelarían que los depósitos de hachas son depósitos de la comunidad, no nos hace corroborar dicha hipótesis. Además, si hubiera que vincular alguna manufactura metálica con rituales funerarios en la zona septentrional de la península éstas serían algunas puntas de lanza aparecidas en cuevas, como ya vimos más arriba, y que no aparacen en los otros depósitos votivos, tanto terrestres como acuáticos.

No hay nada que nos impida pensar que los depósitos acuáticos cantábricos, claramente votivos como indica la reutilización en ese sentido en época romana de la fuente del alto Porma, fueran depositados con intencionalidad de ser recuperados o no, se llevasen a cabo dentro de ritos comunales. Lo que sí parecen compartir los depósitos acuáticos de hachas de nuestra zona con el Noroeste, especialmente el de Frieras y el de Virgen de la Peña, es su vinculación a grandes rutas de comunicación (González Ruibal 2003a: 99-100), lo que reforzaría la relación de dichos depósitos votivos con la comunicación y negociación social, en momentos precastreños. En los casos aquí presentados serían rutas norte-sur, continuación de las ya utilizadas al menos desde el Bronce Antiguo en los movimientos ganaderos de la costa a la montaña. Otros depósitos de hachas, en este caso terrestres, en las riberas del Navia, Narcea o Nalón pueden interpretarse en la misma línea. Puede que dentro de este énfasis por marcar las rutas en el Bronce Final se eligieran ciertos lugares para la deposición de ofrendas acuáticas por sus significados mágicos asociados a fuentes termales y curativas o a ciertas divinidades de las aguas. Sea como fuere creemos que los depósitos acuáticos cantábricos, especialmente aquellos vinculados a puntos

significativos de grandes rutas de comunicación, debieron decaer drásticamente con el desarrollo del primer poblamiento estable y fortificado durante la transición entre las fases I a y I b, puesto que serán los castros a partir de ese momento los que marcarán, a modo de hitos en el paisaje, aquellas rutas.

Como restos de rituales conciliadores con la naturaleza por parte de unas poblaciones prehistóricas conscientes de su intrusismo en el medio subterráneo al que le sustraen su riqueza se han interpretado las hachas encontradas en las galerías mineras (Blas y Fernández Manzano 1992: 404). Ya nos hemos referido a las de la Mina Castillejos de Cangas de Onís y a la de cubo y anillas de Navelgas, a las que habría que añadir una de la cuenca alta del Nalón de talón y una anilla aparecida también en una mina (Ibid.: 404) y otra también de una asa de Requejo (Reinosa) dentro de una mina de magnesita, y puede que asociada a otra hacha (Giribiet 1999: 27). Podrían asociarse a estos ejemplos rituales los calderos de Cabárceno (al sur de Peña Cabarga), encontrado en la Mina Crespa, de hierro (Ibid.: 27) y el leonés de Lois (Fernández Manzano y Arias 1999: 4), procedente también de un antiguo minado (ver fig. 2.53 y fig. 2.54). Dichas ofrendas rituales o depósitos votivos, al contrario que los acuáticos, siguen una tradición de tiempo largo bien asentada en los territorios cantábricos y que ya vimos con ciertas hachas planas en minas como las de l'Aramu. Lo que también demuestran es la continuidad de los mismos rituales entre la Edad del Bronce y al menos, mediados de la Primera Edad del Hierro, ya que el caldero de Cabárceno y las hachas de Requejo se asocian a minas de hierro, que como veremos en ningún caso fueron explotadas antes de la erección de los primeros castros, y seguramente ya durante la fase II. También demuestra, como tendremos ocasión de abordar, que la metalurgia del hierro se desarrolló dentro de los parámetros culturales en los que ya se encontraba la del bronce. Al igual que los depósitos en cueva los realizados en minas debieron tener también un carácter liminal y puede que fueran realizados sólo por el grupo de mineros-metalurgos que se encontrara en aquellos

lugares trabajando. No obstante no debemos caer en la tentación de hablar de especialistas profesionales, en el sentido de que se dedicaran a tiempo completo, a la hora de aludir a estos mineros-metalurgos, puesto que sería raro que en comunidades con economía de subsistencia la metalurgia no se diera de un modo dirigido por el poblado, aunque sólo fueran unos cuantos los que participasen en ella, aprovechando los meses con más tiempo libre (Rowlands 1971: 212-213), como puede ser el verano en minas de altura como las de l'Aramu, por ejemplo, a la par que se dejaba el ganado majadeando, y cuya explotación en invierno sería imposible. Es decir, que debemos entender a los artesanos metalurgos como integrantes de su contexto social y cultural, así como los supuestos depósitos creados por ellos, caso de los de las minas, y en contra de la hipótesis childeana de una casta de especialistas al margen de sus obligaciones sociales que acuden allí donde son llamados. Más bien deberíamos entenderlo como una actividad complementaria durante aquellos meses estivales en los que los grupos se trasladaban a las brañas y majadas de verano, y en donde unos cuantos se dedicarían a explotar las vetas de minerales con cobre.

Considerando en conjunto los depósitos acuáticos, terrestres y mineros, el sector centro-occidental cantábrico se presenta ante nosotros durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro más como heredero de las formas culturales previas que como importador de rasgos foráneos, y en concreto, atlánticos. Cuando analicemos la metalurgia del Bronce Final de la Meseta Norte veremos como en esta zona sí que se ponen de manifiesto mayores relaciones a larga distancia y evidencias de la llegada de códigos simbólicos foráneos vinculados a las elites. Quizás ello no se de en nuestra zona de estudio porque no se llegara a desarrollar la diferenciación social suficiente como para quebrantar las centenarias actividades de mantenimiento, la *doxa* social, más que de forma muy paulatina. De ahí que más arriba jugáramos con la sustitución del Bronce Final Atlántico por el Bronce Final Cantábrico, puesto que el primero de estos conceptos lo entendíamos como poco útil. No obstante ya dijimos como esta tampoco era la forma de avanzar en el conocimiento de las sociedades pretéritas de la Cordillera Cantábrica. Sí sería un avance conseguir entender el grado de complejidad social en el que se desarrolló aquella metalurgia broncea rica en plomo, aunque sin poblados excavados y apenas sin necrópolis correctamente conocidas se nos presenta como hartamente complejo. Lo que sí podríamos proponer es la no relación de las hachas con el mundo funerario ya que en las escasas muestras funerarias disponibles no están presentes estos objetos y sí, como ya hemos expuesto, las lanzas de enmangue tubular.

Miguel Ángel de Blas (2003: 412) recientemente ha usado el modelo antropológico de los *Big Men* para

referirse a las formas de acumulación de poder en el Bronce Antiguo del mundo cantábrico, relacionado con las estelas con armas, el comercio de metales y las jerarquías sociales basadas en códigos masculinos. Por un lado ya vimos como este modelo antropológico ni siquiera contaba con el respaldo arqueológico suficiente como para poder aplicarlo sin problemas en comunidades humanas en donde la diferenciación social comenzó a dispararse, como es el caso de las meseteñas en la transición Cogotas I-Soto formativo. Para el caso del Bronce Antiguo cantábrico, en donde el citado autor intenta aplicar este modelo, creemos que las estelas con armas pueden ser interpretadas como divinizaciones más que como representaciones de personajes particulares, como comentamos más arriba. Para el Bronce Final la escasez de datos no nos permite aventurar muchas cuestiones sociales. Pero tampoco debemos conectar directamente la metalurgia, como frecuentemente se hace, con formas crecientes de desigualdad social ya que el registro cantábrico no parece tender por esa línea.

Si algo muestran las evidencias etnográficas relacionadas con la metalurgia es que ésta actividad puede ser considerada de muchas formas diferentes y ser desarrollada en grupos muy dispares, desde sociedades pastoriles muy poco jerarquizadas a jefaturas complejas y estados (Rowlands 1971; González Ruibal 2003b: 46-51). Si en los primeros castros los objetos bronceos fueron utilizados en actos deliberadamente comunitarios (capítulo 3), aunque tras ellos se puedan esconder o se pretendieran esconder incipientes diferencias sociales, sería extraño que en la etapa precedente los depósitos votivos tuvieran connotaciones de rango. Ello no significa que no reforzaran y reprodujeran otras diferencias sociales, como la de género, o que no fueran utilizados para cuestiones relacionadas con las diferencias sociales, pero en este caso más bien reforzando lo comunal antes que la jerarquización. Siguiendo las propuestas para el estudio de los materiales metálicos del Bronce Final escandinavo podemos decir que allí en los bronceos se observa una característica que no es otra que la uniformidad y estandarización, y que se refleja en el registro a través de su monopolio en las actividades rituales. A su vez se propone que los bronceos deben entenderse en relación a la otra cultura material y a la vez como un grupo independiente con sus dinámicas y lógicas internas (Sorensen 1987: 92-93). Las diferencias tipológicamente observables fueron obvias para la gente que hizo y usó aquellos objetos y tuvieron que estar llenas de significado e influir en los procesos de cambio. De los materiales arqueológicos pueden obtenerse esos niveles básicos de clasificación, estructuración y conceptualización. Esas diferencias fueron recursivas en el sentido de que fueron a la par producidas y parte de la clasificación conceptual. Y también fueron modelo y resultado de la producción de un universo ordenado de objetos

materiales de los que se asume tuvieron un entramado de valores correspondiente. Información que para Sorensen ha de obtenerse de la forma física de los objetos -aunque en nuestra propuesta deberíamos sustituir la forma física por las decisiones tecnológicas socialmente situadas que tuvieron lugar para efectuar cada objeto- tanto como de su contexto y asociación con otros objetos y actividades. De este modo se puede ver como el valor original de un objeto puede ser manipulado o transformado causando futuros cambios en la cultura material. Los modelos más remarcables en la Edad del Bronce pueden asociarse a tres oposiciones básicas: externo/interno, único/estandarizado, masculino/femenino. Estas oposiciones en relación a los bronceos nos informarían sobre diferencias de rol asumidas por esos objetos, en los diferentes grupos de materiales, en la reproducción de la cultura material y la sociedad. Esta autora defiende esta aproximación a los significados pretéritos de los objetos metálicos porque son oposiciones rastreables en el registro arqueológico y permiten comparaciones. Las diferentes estructuras de oposición se refuerzan unas a otras y podría sugerirse que los valores se transfieren de unas a otras (Ibid.: 94-95).

Podemos rastrear esas oposiciones básicas en el registro arqueológico peninsular. Si bien la oposición de género seguramente sea rastreable en el mundo cantábrico a partir de la asociación de las puntas de lanza, presumiblemente masculinas, a contextos funerarios sin embargo es la oposición interno/externo la que más protagonismo posee. Ha de ser significativo que las herramientas (hachas, hoces) se mantengan, teniendo en cuenta la oposición externo/interno, corroborando frecuentemente el segundo de los términos de la oposición en el mundo cantábrico, ya que como hemos visto son tipos locales los que fundamentalmente aparacen en los depósitos votivos. Además, a partir de la primera etapa castreña o fase I b los contextos de aparición suelen ser dentro de los poblados o en las murallas de los mismos. Por ello deberíamos deducir que los significados a ellos asociados debieron tener más que ver con cuestiones internas al grupo social, como es el mantenimiento y reproducción de las diferencias de género/complementariedad de funciones, y en general de las conservadoras formas sociales, que con cuestiones como pueden ser las de refuerzo de las elites, como en el caso de ciertos materiales, especialmente las armas, entre los grupos meseteños depositados en muchas ocasiones en zonas exteriores a los poblados. Respecto a la oposición de género más que asociar a hombres y mujeres con posiciones de estatus lo que podría estar mostrando el registro es que tanto hombres como mujeres se asociaron a dos universos diferentes de objetos materiales bronceos, que tuvieron que ver en actividades rituales diferenciadas. No obstante estos universos se solapan

en ciertos ámbitos, que podrían pensarse que son aquellos en donde se enfatiza la reproducción de la tradición. La distinción masculino/femenino en lo material seguramente se convirtió en otros significados a través de los cuales las estructuras sociales fueron reflejadas y mantenidas. Las oposiciones, fundamentalmente masculino/femenino, pero asociadas a las otras ya vistas, ordenan el universo y actúan como un mecanismo conservador que enfatiza, legitima y, sobre todo, reproduce el sistema existente más que causar su desaparición (Sorensen 1987: 100-101). En el sector centro-occidental cantábrico esos ámbitos donde se solapan los universos femeninos y masculinos pudieron ser también los rituales de los depósitos votivos de hachas, aunque no contamos con pruebas que puedan asegurarnos quienes concurrían a tales ceremonias. Ni siquiera en los depósitos votivos en minas sabemos si se reforzaría sólo el universo masculino, ya que mientras que las labores metalúrgicas suelen ser exclusivamente masculinas no así las extractivas o mineras, en donde hay numerosos ejemplos etnográficos en los que también participan mujeres y niños, muy adecuados para las galerías pequeñas (Murdock 1967). Por lo tanto para el Bronce Final y Primera Edad del Hierro del centro-occidente cantábrico dejamos abierta la posibilidad de que fuera todo el grupo social el que participara de los rituales asociados a los depósitos votivos, fundamentalmente de hachas, más aún si tenemos en cuenta el pequeño tamaño de aquellos grupos.

Lo que sí parece evidente en el registro arqueológico cantábrico es la ausencia generalizada de materiales externos o foráneos, en contra de las principales premisas para la justificación del Bronce Atlántico, y la alta dosis de estandarización de la cultura material, en donde prácticamente no podemos hablar de objetos *únicos*. Durante el Bronce Final o puede que, ajustándolo más, durante nuestra fase I a, se debió dar la sustitución de las hachas planas por las de talón y anillas en el registro cantábrico, adaptando y traduciendo modas atlánticas a los parámetros culturales locales, como puede ser la perpetuación de los depósitos votivos en minas, ahora con los nuevos tipos de hachas. Excepto por la adopción de los nuevos tipos atlánticos, básicamente palstaves y hoces, la tendencia en la forma de deposición de los objetos, y, la más que presumible, continuidad en las formas de enterramiento, aunque en las de poblamiento podría verse una tendencia a la ocupación de lugares conspicuos desde mediados del II mil. a.C., nos haría hablar de un mundo conservador con unos cambios muy paulatinos -sustitución de unos tipos de hachas por otros- o de tiempo largo, y fuertemente anclado en la tradición. Desde un punto de vista de las tecnologías sociales se ha dicho que la gente traduce sus estrategias sociales e intereses en características particulares de la cultura material, así como que también traduciría en categorías las leyes físicas o relaciones entre las

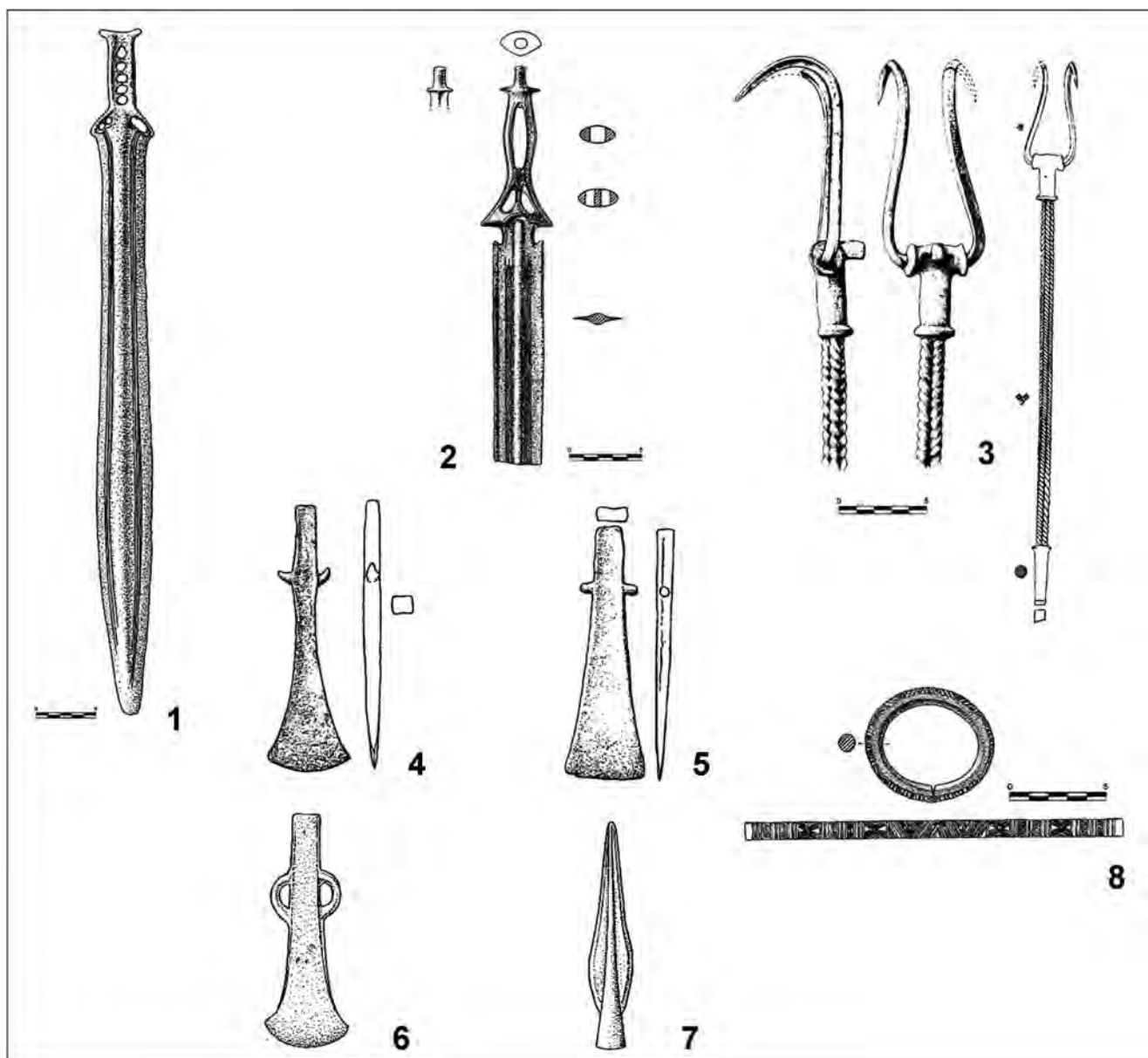
acciones materiales y los efectos materiales. Ello es fundamental para entender como se produce el proceso de innovación tecnológica porque debemos poner el acento en el significado social, sea de un grupo o de un individuo, de las nuevas técnicas y de las existentes para entender cómo y por qué los factores culturales pueden a veces orientar o no el proceso tecnológico hacia el cambio. La interpretación cultural de los sistemas técnicos puede llevarnos a ver procesos limitados o lentos de innovación técnica y, a veces, otros de pasos gigantescos y acelerados. Según las sociedades se van haciendo más complejas el cambio técnico, la innovación y adaptación de decisiones y procesos técnicos foráneos, no solo es potencialmente mayor porque hay más y más elementos que pueden ser combinados sino porque además hay más intereses sociales en conflicto (Lemonnier 1993: 25-26). Las reiteradas decisiones tecnológicas en el mundo cantábrico, especialmente en lo que se refiere a la metalurgia, nos debe hacer preguntarnos por los sistemas de significado que se esconden tras ellas, lo que intentaremos en el capítulo 3. Esa reiteración y tendencia a la negación del cambio no debe hacernos pensar, sin embargo, que es un reflejo de la ausencia de intereses sociales en conflicto, de dialéctica social, sino de la reproducción continuada de las mismas tensiones, con escaso espacio para conflictos nuevos, como pueden ser los de rango, que, sin embargo, si estarán presentes entre los grupos meseteños. Podríamos corroborar entonces que el mundo cantábrico en el Bronce Final se encaja bien en una de las alternativas que ya vimos que presentaban Fernández Manzano y Montero (2001: 32-34), que no es otra que la de grupos en donde se dió una fuerte explotación de los recursos metalíferos y un alto desarrollo metalúrgico, asociados a una escasa complejidad social y a unas relaciones a larga distancia muy vagas. Si la metalurgia del Bronce Final “atlántico” suele ser utilizada para justificar jerarquización social y contactos a larga distancia, en nuestra zona de estudio, sin embargo, lo que parece corroborarse es la perpetuación de unas formas de vida ancestrales por parte de sociedades con escasa diferenciación social, cuya *doxa* social sólo muy paulatinamente se vio modificada por ciertos cambios culturales y cuyos principales contactos e intercambios fueron de radio corto y medio, pero casi nunca contactos a larga distancia. Es decir, estamos hablando de modelos sociales que encajan perfectamente en el modelo de las *deep rural communities* (ver desarrollo del concepto en el capítulo 4).

### La Meseta atlántica.

La metalurgia del norte de la Meseta, a partir del cambio de milenio principalmente, presenta un amplio abanico de tipos metálicos (resumen en Delibes y Fernández Manzano 1983/84) que, por un lado,

contrasta con la aparente monotonía de las producciones metálicas cantábricas y, por otro, nos muestra tanto la creciente importancia de las relaciones “atlánticas” a larga distancia, especialmente con los sectores central y septentrional de Portugal y con el Noroeste, como la fragmentación cultural a través de toda una serie de talleres regionales que producen tipos metálicos muy específicos, lo que sin duda es resultado de la creciente sedentarización, a la que ya aludimos, y la consiguiente ruptura de la unidad cultural del grupo arqueológico Cogotas I. Hachas planas, hachas de talón y anillas, hachas planas con anillas, hachas de apéndices laterales tanto curvos como rectos, hoces, puntas de lanza, espadas pistiliformes y de lengua de carpa, algunos puñales, ciertos objetos de adorno tales como brazaletes, ganchos para carne, asadores o calderos remachados (fig. 2.55) son algunos de los objetos metálicos que podemos encontrar en los depósitos votivos y también, algunos de ellos, en los poblados meseteños a partir del 1000 cal AC, es decir, seguramente vinculados al grupo soteño, como veremos más adelante. No obstante autores, no sin numerosas contradicciones, siguen vinculando muchas de estas producciones a los grupos cogoteños (por ej. Delibes y Fernández Manzano 1983/84), a la par que afirman que la principal característica de la metalurgia de estos grupos nómadas es su marcado arcaísmo (por ejemplo Fernández-Posse y Montero 1998), partiendo de cierta coincidencia espacial entre los depósitos del norte de la Meseta y los yacimientos Cogotas I, así como de que las características tecnológicas de los metales encontrados en los poblados cogotianos y la de los metales de los depósitos “atlánticos” coincidiría *grossomodo* -presencia mayoritaria de bronce binarios, frente a porcentajes pequeños de bronce ternarios, aunque en los metales cogotianos llegan constituir hasta el 25% de los bronce analizados- (Fernández Manzano, Herrán y Rovira 2005: 147-156). En contra de esta hipótesis estos autores tienen la divergencia tipológica entre los depósitos atlánticos y los poblados cogotianos, ya que raramente coinciden los tipos metálicos de uno y otro tipo de yacimientos. En estos últimos trabajos, no obstante, se abre la puerta para que muchos de los metales de los depósitos “atlánticos” meseteños, que tradicionalmente se habían considerado vinculados a Cogotas I, puedan relacionarse ya con los poblados tipo Soto (Ibid.: 156).

Por otro lado la mayoría de los objetos conocidos proceden de depósitos votivos que impiden precisiones cronológicas. Sin embargo ciertos hallazgos vinculados a la metalurgia en algunos poblados nos permiten contextualizar culturalmente aquellas producciones. Gracias al molde encontrado en el poblado leonés de Gusendo de los Oteros podemos vincular las hachas planas de apéndices laterales curvos, llamadas por algunos también “hachas astúricas” (capítulo 1), cuya distribución principal se



**Figura 2.55:** la metalurgia distintiva del Bronce Final en la Meseta Norte y piedemonte cantábrico: 1. Espada pistiliforme de La Cabrera; 2. Espada de lengua de carpa de El Bierzo; 3. Gancho de carne de Cantabrana; 4. Hacha de apéndices laterales curvos de Mirantes de Luna; 5. Hachas de apéndices laterales rectos de Villasabariego; 6. Hacha plana con anillas del norte de Burgos; 7. Punta de lanza de enmangue embudado del norte de Burgos; 8. Brazalete de Villaverde de la Chiquita (a partir de Delibes y otros 1999; Delibes y Fernández Manzano 1979; 1983; Fernández Manzano, Herrán y Rovira 2005) (de 4 a 7 sin escala).

encuentra en las provincias de León y Palencia, con los poblados soteños, ya que tanto la morfología del poblado como los materiales cerámicos allí aparecidos así lo demostraría (Blas 1984-85: 277-278 y fig. 2). Esta valva fragmentada de arcilla cocida nos remite a unas hachas que, excepto dos excepciones, no sobrepasan la Cordillera Cantábrica y que se concentran en el tramo superior de la Submeseta Norte. Una de las leonesas parece proceder de un castro entre Villar de Cos y Caldas de Luna, en donde algunos materiales, como los molinos barquiformes (Blas 1984-85: 287), podrían remitirnos también a fechas de la primera Edad del Hierro, pero también a los periodos precedentes. De la procedente del palentino poblado de Paredes de Nava se ha dicho que

carece de contexto (Ibid.: 287), aunque por algunos de los materiales cerámicos allí aparecidos (Nieto 1942-43: lams. IV y V) podemos asumir niveles de la Primera Edad del Hierro, o de transición a la Segunda Edad del Hierro, ya que si bien algunas piezas parecen responder a tipos soteños otras poseen unas decoraciones a modo de anchas hojas de acacias que responderían a esta última cronología. En el zamorano castro de Fradellos apareció otro hacha, aunque ya del tipo más frecuente de apéndices laterales rectos, que no obstante nos sirve para justificar la asociación de éstas a materiales soteños (Esparza 1978: 348; De Blas 1984-85: 288) y que representa a un tipo con una distribución diferencial con respecto a las de apéndices curvos. En general podemos asociar a materiales

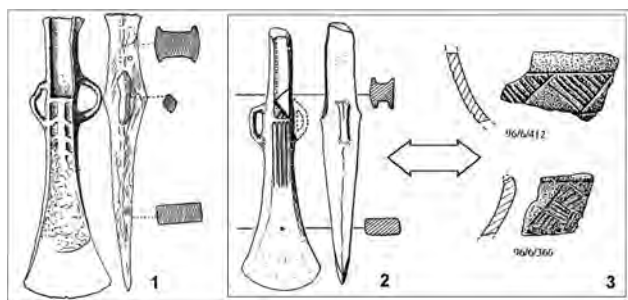


soteños no solo el molde de Gusendos de los Oteros sino también las hachas leonesas de Lancia y Cea y las palentinas de Paredes de Nava y Saldaña (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 83) (ver fig. 2.48).

Si seguimos una reciente tipología (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 80-83) podríamos denominar a las hachas planas con apéndices rectos u horizontales, como la de Fradellos, como del tipo B, mientras que las de apéndices laterales curvos y cuerpo esbelto de estrecha base y amplio filo serían del tipo C, que son la que se esparcen inmediatamente al sur de la zona occidental de la Cordillera Cantábrica, exactamente entre el curso medio-alto del Pisuerga y el Bierzo. Interesante de estas producciones del tipo C es que son las que más plomo poseen (algunas superan el 2 %) dentro de las hachas planas con apéndices (Ibid.: 83). No obstante no llegan a los porcentajes de las hachas cantábricas situadas inmediatamente al norte de ellas. Aunque hay penetraciones de estas hachas meseteñas en la región asturiana, al menos con seguridad dos en Ayande y una en L.Lena -puesto que las dos de Cangues d'Onís no tienen porque proceder de allí sino más bien de la compra efectuada por el coleccionista Soto Cortés (Álvarez Martínez 2010)- marcan una regionalización clara de unos grupos soteños en los confines septentrionales de la Meseta, con unas características particulares bien definidas y responsables del contacto y negociación con los grupos cantábricos, como veremos al final del capítulo.

Solapándose con la zona oriental de dispersión de las hachas planas con apéndices laterales curvos y abarcando también el territorio del Alto Ebro se sitúan otras de las representantes normeseteñas de la Primera Edad del Hierro, las hachas planas con anillas (Ibid.: 97-98; Delibes, Fernández Manzano y Hernán 1994: 247; Díaz-Andréu 1988: mapa 2). Una de las leonesas, la de Almanza, es un tipo híbrido, de anillas y con un apéndice en uno de sus lados por lo que podría estar en cualquiera de los dos grupos. Estos dos tipos de hachas son producciones locales de los grupos meseteños más septentrionales, ubicados todavía en tierras con gran riqueza cuprífera (piedemonte cantábrico), y demuestran la regionalización de las formas culturales que acompaña a los procesos de sedentarización (Ruiz Gálvez 1998), aunque ya más difícil es corroborar que se trate de marcas de etnicidad, como propone la citada autora, ya que por nuestra parte tan sólo podemos asegurar que se trata al menos de rasgos culturales compartidos en zonas geográficas bien delimitadas, síntomas de una regionalización postcogotiana vinculada claramente a rápidos procesos de sedentarización y de fin del nomadismo. Claros ejemplos de lo que proponemos lo tendríamos en las hachas planas con anillas, distribuidas en la mitad septentrional de las provincias de Palencia y Burgos, o las punta de lanza

“embudadas”, de exclusiva distribución burgalesa (Fernández Manzano, Herrán y Rovira 2005: 149) (ver fig. 2.55). Ello no quita para que en estas zonas se produjeran también otros tipos de hachas como las de talón y anillas. Se ha dicho que las hachas tanto de apéndices laterales como las planas de anillas se reparten por una zona en donde hay una baja densidad de palstaves (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999), algo que podemos comprobar con los mapas de dispersión de los diferentes tipos, que parecen concentrarse en la zona cantábrica, el Noroeste y el área lusitana (Díaz-Andréu 1988). Podríamos entonces caer en el riesgo de entender áreas excluyentes en cuanto a tipos de hachas fabricados y empleados, palstaves para la zona cantábrica y de apéndices y planas con anillas para los grupos meseteños fronterizos con los cantábricos. Sin embargo en los confines septentrionales de la Meseta Norte no sólo hay presencia de palstaves (Celis 2002: mapa 2; Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999; Díaz-Andréu 1988: mapa 6) (ver fig. 2.47 y 2.48), sino que aparecen en algunos depósitos en combinación con los otros tipos de hachas referidas - caso de los burgaleses de Sotoscueva y Coruña del Conde-, y además podemos aludir a ciertas composiciones y decoraciones para los palstaves propias de esta zona normeseteña. Pese a que se haya dicho que las hachas de talón “estilizadas” o tipo C, con abundante plomo en sus composiciones ternarias, se encuentran a ambos lados de la Cordillera Cantábrica (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 92), su dispersión preferencial por Asturias, Cantabria y norte de León -como las de Cistierna y Cármes- nos hace pensar en tipos propiamente cantábricos ubicados en áreas excluyentes respecto al ámbito soteño. Sin descartar que a la zona sedimentaria leonesa, así como a Palencia y Burgos, pudieran llegar algunas hachas de este tipo desde el sector cantábrico, al igual que llegaron importaciones desde la zona portuguesa, como parece demostrar el hacha de bronce ternario de Mondreganes (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 94), hemos de pensar que los palstaves propios de estos grupos meseteños son aquellas hachas trapezoidales de una y dos anillas y de bronce pobres en plomo. Esta última característica sería la propia de la metalurgia “atlántica” del Soto formativo y pleno (Cruz y Quintana 1999: 166), lo que de nuevo refuerza la hipótesis apuntada al referirnos al sector septentrional de la Península cuando decíamos que las variaciones en las coladas bronceas, esto es, la variedad de decisiones tecnológicas para la consecución de un mismo tipo o de tipos muy similares -por ejemplo palstaves-, se debe más a cuestiones culturales de tipo geográfico -ámbito cantábrico y Noroeste con predominio de bronce ternario frente a los bronce pobres en plomo o bronce de estaño de la Meseta- que a cuestiones cronológicas. Ello explicaría por qué



**Figura 2.56:** 1. Palstave decorado con espiguilla de Lancia; 2. Palstave decorado de “León”; 3. Cerámica decorada de los niveles soteños del poblado de Sacaojos (a partir de Luengo 1941; Harrison, Craddock y Hughes 1981; Misiego y otros 1999). Nótese la similitud de la decoración del palstave 2 con la de la cerámica, consistente en líneas paralelas que penden de triángulos.

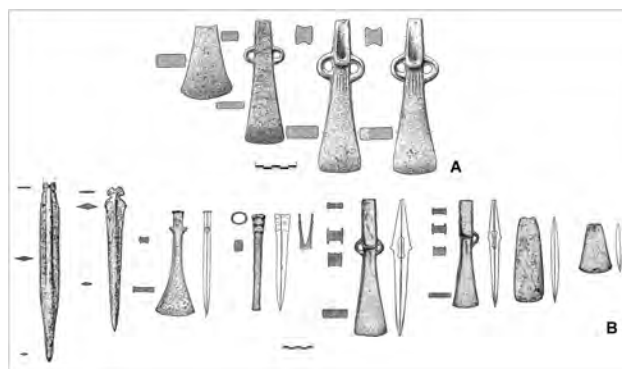
las composiciones de los metales cogotianos es tan parecida a la de los depósitos metálicos “atlánticos” de la Meseta, ya que no se debe a una coincidencia cronológica sino que suponen una herencia cultural en la forma de decisiones tecnológicas concretas (composiciones metálicas) por parte de los primeros grupos sedentarios de este sector, pero un cambio en la forma final de las piezas o tipos que se fundieron. Si tenemos en cuenta por lo tanto no solo las formas finales -sin embargo útiles para casos claramente meseteños como las hachas de apéndices laterales y las planas con anillas- sino también las decisiones tecnológicas -con las que podemos explicar las variaciones de las coladas bronceas por ejemplo entre los palstaves- podemos entonces marcar una clara dicotomía entre la metalurgia del Bronce Final de la zona centro-occidental cantábrica con respecto a la del norte de la Submeseta Norte. Más aún si tenemos en cuenta que tipos tardíos de hachas como son las planas con anillas, que se hacen venir de las de talón y anillas, siguen siendo bronce binarios con porcentajes de plomo entre el 1 y el 4 % (Delibes, Fernández Manzano y Herrán 1994: 250-253). Podemos añadir, además, ciertas decoraciones sobre palstaves de la zona sedimentaria leonesa, como es el caso del encontrado en Lancia (Luengo 1941: 135-136 y fig. 7), con un motivo a modo de espiga en el nacimiento de ambas caras, y que en ningún caso encontramos en las que se reparten más al norte. Otro hacha de talón y dos anillas procedente de la Provincia de León, de bronce pobre en plomo, filo distendido y lados marcadamente cóncavos, posee en la zona del empuñe en una de sus caras un motivo decorativo que consiste en un triángulo del cual arrancan varias líneas paralelas perpendiculares a uno de sus lados (Harrison, Craddock y Hughes 1981: 136 y fig. 11), que no podemos sino comparar con los motivos decorativos básicos de las cerámicas soteñas que suelen jugar con los dientes de lobo, los triángulos rellenos de líneas o triángulos de los que penden líneas, como se ve en el propio poblado de Sacaojos entre sus cerámicas soteñas (Misiego y otros 1999: fig.

11, 96/6/366 y 96/6/412, por ejemplo) (fig. 2.56). Este tipo de palstaves decorados, esta vez con un zigzag, los encontramos también en el norte de Portugal (Coffyn 1977: fig. 5), otra zona dinámica, hablando desde la perspectiva de la mayor o menor inserción en las redes del “Bronce Final Atlántico”. Por un lado ello vincula la metalurgia de inspiración atlántica, al menos su grueso, con las poblaciones meseteñas de la Primera Edad del Hierro, o grupo Soto, así como las diferentes metalurgias atlánticas entre sí. Y por otro lado se vuelve a poner de relieve las frecuentes vinculaciones estructurales de las tecnologías cerámicas y metalúrgicas en las sociedades preindustriales.

Muchas de estas hachas proceden de depósitos votivos de lugares externos a los poblados, lo que limita su contextualización, siendo más sencillo con las aparecidas dentro de poblados, como la recién citada de Lancia (Celis 1999), que podría relacionarse con los niveles soteños del yacimiento. Sin entrar ahora en el significado pretérito de aquellos depósitos, lo que sí podemos decir es que algunos, como el palentino de Saldaña, demuestran la contemporaneidad de los tres tipos de hachas referidos, así como de armas tales como un puñal con punta en lengua de carpa y el regatón de una lanza, y la perduración de hachas planas bronceas (Delibes 1975: 149-151), dándonos de nuevo bases para fechar algunas de las hachas planas cantábricas en la transición del II al I mil. a.C. e incluso en la fase I a. El depósito burgalés de Sotoscueva, pese a aparecer en un abrigo al pie del Pico Cuerno, posible hábitat prehistórico, las prospecciones que allí se llevaron a cabo no dieron ningún resultado. De nuevo aparecieron juntas hachas planas de anillas con otra de talón y anillas (Delibes, Fernández Manzano y Herrán 1994: 241-245) (fig. 2.57).

Antes de entrar en el estudio del resto de las producciones metálicas de tipo “atlántico” del norte de la Meseta pasaremos a realizar una valoración cronológica de la misma, para más adelante tratar de modo específico las cuestiones cronológicas de algunos objetos más problemáticos, como pueden ser las espadas pistiliformes y las de lengua de carpa, y así, en última instancia, poder ofrecer una valoración sociológica de todo ello. Gracias al envejecimiento de las fechas del Proto-Cogotas y Cogotas I vistas en los apartados anteriores se ha podido pasar en pocos años de una perspectiva que asimilaba el lapso que discurre desde el nacimiento del Proto-Cogotas al final de Cogotas I con unas fechas de cronología tradicional entre 1450-850 a.C. a un envejecimiento considerable de dicho proceso, gracias a la calibración de las dataciones radiocarbónicas, haciendo nacer actualmente al mundo Proto-Cogotas en torno al 1700-1600 AC y decaer al mundo Cogotas I en los años alrededor del cambio de milenio, como ya vimos. Dicho envejecimiento ha supuesto que las

tradicionales asimilaciones del grupo arqueológico Cogotas I a ciertas producciones “atlánticas” tales como el depósito de Huerta de Arriba, Camposalinas o Covalada (Delibes y Fernández Miranda 1987), hoy hayan quedado obsoletas y hayan permitido entender mejor la metalurgia de tipo arcaico presente en los yacimientos cogoteños (hachas planas, puñales de roblones, puntas de espiga) (Delibes y otros 1995: 58-59). Para M<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse (1998) la hipótesis de Delibes y Romero de que gentes de Cogotas I importaron metales en bruto del ámbito septentrional y luego lo devolverían en forma de útiles manufacturados es inconsistente, ya que si sobre el mapa Cogotas I es periférico del “Bronce Atlántico”, a nivel cronológico sólo podría darse el solapamiento entre metales atlánticos y Cogotas I en la fase final de este grupo, y, por encima de todo, porque Cogotas I tiene su propia metalurgia (hachas planas, puñalitos de remaches, puntas de flecha con aletas y pedúnculo, y punzones de sección cuadrada). Cogotas I contaba con una metalurgia basada en bronce de estaño (entre un 10 y 20%) muy parecida a la atlántica, por lo que poseían la capacidad tecnológica de imitar los productos atlánticos. Para Fernández-Posse si no lo hicieron quizás es porque nunca llegaron a verlos. Además de no verse objetos “atlánticos” en la zona de Cogotas I no se ven cerámicas cogotianas en territorios de riqueza cuprífera como Asturias. En la misma línea Alfredo Jimeno (2001: 142) propone que los “depósitos atlánticos” en la Meseta Norte, concentrados al norte del Duero, no son exponente de la metalurgia cogoteña, que es de tipo arcaico, sino ya del grupo soteño. Esa metalurgia arcaica cogotiana es, por ejemplo, la presente en el poblado vallisoletano de Carricastro (Tordesillas) con sus áreas específicas para fundir bronce tales como hachas planas, puñales de roblones o leznas, y en donde se constatan moldes de arenisca, lingotes para barritas de sección cuadrada, goterones y escorias de metal (Delibes y otros 1995: 55-56). La metalurgia asociada a los conjuntos Proto-Cogotas/Cogotas I también queda reflejada en el hacha plana, la hoja de puñal o las puntas de flecha con pedunculo de Los Tolmos de Caracena (Soria), el hacha y la punta Palmela de Arevalillos, o las espadas de Santa Olalla de la Bureba (Burgos), Villasviudas (Palencia) y Cea (León). Pequeños puñales de hoja triangular como los de Ardón (León), Mirón (Ávila) o Quintanilla de las Viñas (Burgos) ya se asocian en el Berrueco a cerámicas excisas y Boquique por lo que no habría dudas en verlos como representantes de la metalurgia cogoteña (Jimeno 2001: 164). Pese a poder fecharlos en momentos cogotianos lo interesante de estos puñales de hoja triangular y remaches en la base, de bronce excepto el burgalés que es de cobre, es que tienen un claro paralelo en el puñal gallego de Mesa de Montes (Pontevedra) y vinculado a la fase del Bronce Final de este yacimiento (Suárez Otero 2002b: 90-93), lo que unido a las cerámicas cogotianas en tierras lusas



**Figura 2.57:** A. Depósito burgalés de Pico Cuerno (Sotoscueva) (a partir de Delibes, Fernández Manzano y Herrán 1994) y B. Posible depósito palentino de Saldaña (a partir de Delibes 1975, modificado).

y gallegas, nos debe hacer pensar que las rutas entre el noroeste de la Meseta y el Noreste peninsular, que se potenciaron a partir del cambio de milenio, y por las cuales se produjeron los intercambios *down-the-line* entre grupos próximos, ya eran frecuentadas desde tiempo atrás, siendo los últimos grupos de Cogotas I los responsables de esos primeros contactos a larga distancia, incrementados tiempo después.

Parece difícil por todo ello que la metalurgia “atlántica” normeseteña pertenezca solamente a contextos cogotianos y debemos pensar más bien que son los grupos soteños los responsables de su mayor parte, aunque los contactos a larga distancia con el Noroeste y la zona lusa que permitieron la llegada de las ideas de los tipos metálicos atlánticos a la Meseta Norte, e incluso de alguna importación atlántica, ya se debió dar en la última fase de Cogotas I. Por ello Cruz y Quintana (1999: 161), teniendo en cuenta la reubicación cronológica del “atlántico” depósito de Baioes y las fechas calibradas para el comienzo del Soto, ponen esta etapa de metalurgia Baioes-Venat en la Meseta Norte entre mediados del s. X y mediados del VIII a.C.

Respecto a la importancia de la metalurgia en el mundo soteño, al que responsabilizamos de la mayor parte de la llamada “metalurgia atlántica”, puede quedar corroborada por la importante presencia de crisoles en los niveles correspondientes a la Primera Edad del Hierro en multitud de yacimientos. En concreto se han localizado crisoles al suroeste de El Castro (Lancia, León), en un gran nivel de incendio que depara cerámica soteña, previa a los niveles mejor conocidos de este yacimiento, los de la Segunda Edad del Hierro y época romana (Delibes 1980a: 395-397). El molde de hachas de apéndices laterales curvos de Gusendo de los Oteros era de matriz arcillosa por lo que no es paralelizable por tanto a los moldes para hoces planas y grandes planchas rectangulares de Sacojos (Delibes y Fernández Manzano 1989: 52), realizados en arenisca, esquisto y granito (Celis 2002: 114), pero sí con los moldes de arcilla de este yacimiento destinados a fabricar puntas de lanza de

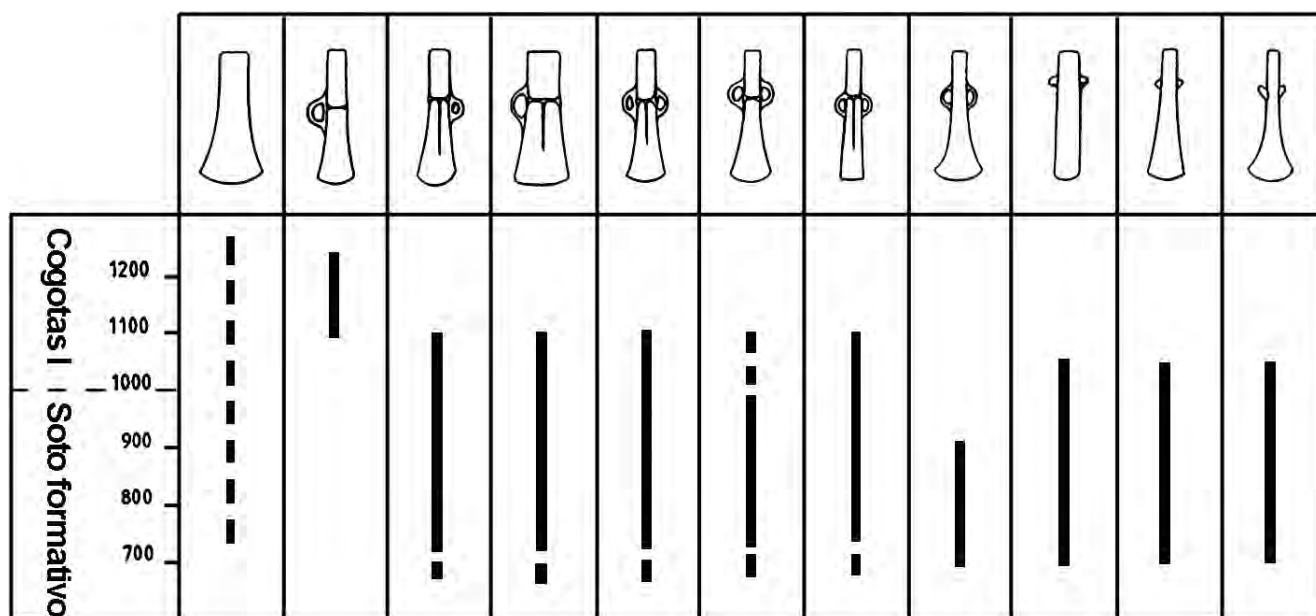


Figura 2.58: cronología de los distintos tipos de hachas de la Meseta Norte (a partir de Fernández Manzano y Montero 2001, modificado).

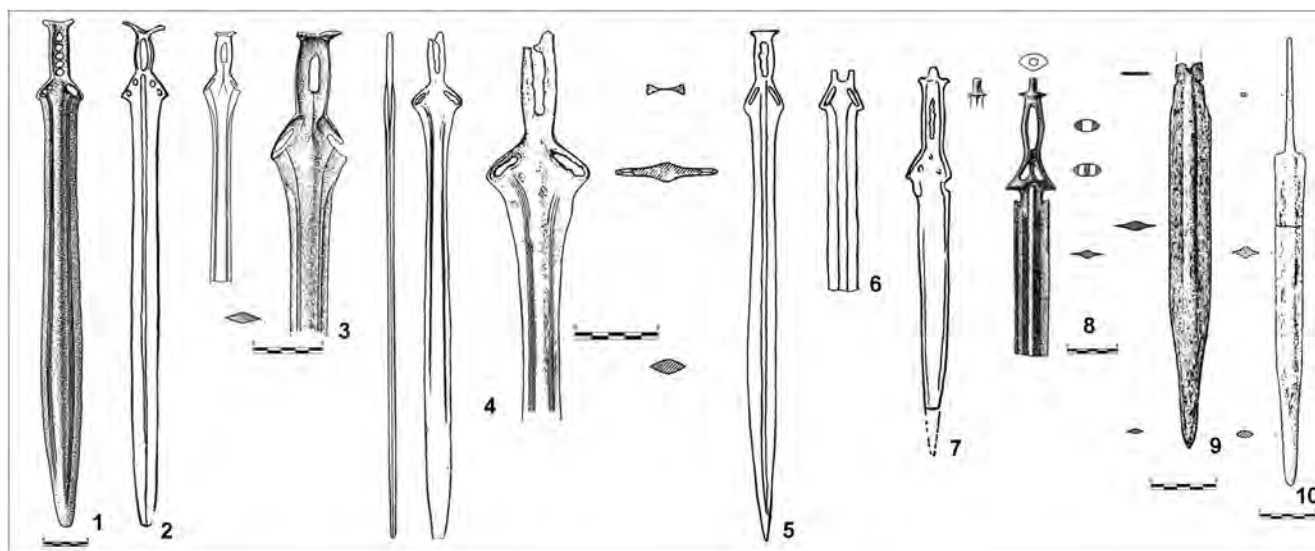
enmangue tubular y puede que hachas (Celis 1996: 52). Al parecer las escorias de bronce eran abundantes por todo el yacimiento (Luengo 1961: 105). Sí son de arcilla los dos bellos crisoles de borde decorado mediante ungulaciones del monte de la Copa (Pomar de Valdivia, noroeste de Palencia), aparecidos a escasos 2 km del yacimiento de los Barahones (Marcos, Alcalde y Sáez 1988: 56-58), aunque tampoco habría que descartar una datación más antigua para éstos, afín a Cogotas I (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 170). En el poblado leonés de Hinojo, del Soto formativo, apareció también una hoz como la de Sacaojos (Celis 2002: nota 3).

Parece claro entonces para algunos que la mayoría de la “metalurgia de signo atlantista Baioes-Venat-Peña Negra” de la zona sedimentaria leonesa es asimilable a los grupos del Soto formativo, a quienes debemos responsabilizar de la fabricación de tipos como las hoces de Sacaojos, las hachas de apéndices laterales, las planas con anillas, los calderos remachados, las puntas de lanza de tipo Cisneros, cinceles, brazaletes o ganchos de carne (Celis 2002: 104). De nuevo las evidencias metalúrgicas de este tipo en poblados soteños leoneses, tales como los de Villacelama, Algadefe, Valle de Mansilla, Valencia de Don Juan, Gusendos, Sacaojos, Castro Hinojo, Sopena, Pedredo o los Barrios de Luna, son la corroboración más contundente para esta cronología (Celis 1996: 50). Es en el Castillo de Valencia de Don Juan uno de los pocos lugares de esta zona y con esta cronología en donde se ha documentado un espacio de fundición, consistente en una cubeta que alterna capas arcillosas enrojecidas y cenicientas, con abundante escoria y goterones de bronce (Ibid.: 52). Aunque como hemos visto, la multitud de moldes de Sacaojos, Lancia y las evidencias de toberas y hornos de Gusendo de los Oteros también debe hacernos pensar

en producciones metalúrgicas en estos otros poblados. Afirmación que podría extenderse también a los poblados de Villacelama, Hinojo y San Martín de Torres, puesto que en ellos han aparecido varillas de sección cuadrangular, y, en el último de ellos, una tobera de arcilla en codo y un punzón/cinzel. Habría que añadir los moldes de arcilla de San Juan de Torres para realizar aritos de collares, broches y agujas de cabeza segmentada (Celis 1996: 52) (fig. 2.58).

Con respecto a las puntas de lanza de enmangue tubular podríamos pensar que comenzaron su andadura entre los grupos cogotianos, como demostraría su aparición en el depósito de Valdevimbre, supuestamente vinculado al yacimiento tipo Cogotas I de Ardón. No obstante otras muchas puntas de lanza deben pertenecer ya a los grupos de comienzos del primer milenio a.C. como demostrarían algunos de los moldes que acabamos de comentar. Moldes para fabricar estos objetos también aparecieron en el yacimiento que da nombre a los poblados soteños. Estas puntas de lanza parecen repartirse principalmente por las tierras llanas de León y Palencia y seguramente su máximo desarrollo haya que entenderlo dentro del afianzamiento de la ideología guerrera que, aunque viene de atrás, parece haberse desarrollado en la transición entre el II y el I milenio a.C. De castros parecen proceder la burgalesa de Lara de los Infantes y la palentina del Castro Muza, mientras que la también palentina del Pico Quilera nos muestra que no puede ser muy antigua porque posee el pasador de hierro (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 70). El depósito palentino de lanzas de Castromocho también apareció en los alrededores de un castro soteño.

Las puntas de lanza del Museo Dicesano de León proceden de hallazgos aislados sin contexto. Por tipología comparada poco se puede añadir a lo que se



**Figura 2.59:** la tecnología de la violencia del noroeste de la cuenca del Duero: 1. La Cabrera; 2. Río Esla; 3. Museo de San Marcos; 4. Veguellina de Órbigo; 5. Sobrefoz; 6. Peña Amaya; 7. Paredes de Nava; 8. Villafranca del Bierzo; 9. Saldaña; 10. Paradela de Mucos (a partir de Almagro Basch 1939-40; Delibes y Fernández Manzano 1979; 1983; Delibes 1975; Fernández Manzano y Herrán 2004-2005) (2, 5, 6 y 7 sin escala).

propone en la revisión de la colección Fontaneda. Sólo que una procede del valle del Cea y su cartela pone “Castro O. Bajo”, pero precisamente es la que tiene el aspecto más arcaico, con alerones apuntados en la base. Sin embargo la proporción de plomo es como en el resto de puntas de lanza estudiadas. Por otro lado la de Mozos y Mansilla de las Mulas, serían del mismo tipo, con hoja maciza y tubo corto, lo que denotaría modernidad, pero sus aleaciones difieren ya que una carece de plomo y la otra no. De lo que se deduce que “no hay patrones evolutivos rígidos” (Delibes, Fernández Manzano y Miñanes 1990: 332-346) en este tipo de objetos.

Respecto a los depósitos de este tipo de armas es llamativa la deposición en la periferia de la laguna palentina de La Nava, como es el caso de las lanzas y jabalinas de Cisneros o Castromocho, el puñal de empuñadura Venat de Paredes de Nava o el puñal tipo Huelva de Frechilla. Ya en León las jabalinas de Bembibre aparecieron en el fondo de una antigua charca (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 183). Como veremos al comentar las espadas, este tipo de depósitos de armas en lugares liminales y rituales como son los ríos y las lagunas, debe responder a una apropiación simbólica de estos *locales* (Giddens 1984) por parte de la elite guerrera, muchos de los cuales pueden ser vistos con claras connotaciones funerarias. Contrastan además con los escasos depósitos acuáticos cantábricos en los que, además, nunca aparecen armas sino sólo hachas, como vimos.

Una problemática parecida presentan las espadas de este periodo, objetos que, junto a las lanzas, representan una tecnología de la violencia que más adelante nos hará reflexionar sobre el papel social de la elite guerrera entre estas comunidades del norte de la Meseta y los diferentes modos de reproducción

social del poder (fig. 2.59). Son varias las espadas, tanto pistiliformes como en lengua de carpa, que se reparten no casualmente por la provincia de León, zona inmediata al sur de Galicia y norte de Portugal, regiones estas que serán partícipes de numerosas relaciones a larga distancia de los grupos del norte y noroeste de la Meseta. El problema de las espadas pistiliformes y en lengua de carpa de la Submeseta Norte es que muchas de ellas contienen rasgos híbridos que hace difícil encajarlas en uno u otro tipo, problemática que debe hacernos reflexionar sobre las derivaciones cronológicas que la tipología clásica lleva implícita. Se ha dicho que en la Submeseta Norte hay cinco espadas pistiliformes (las leonesas de La Cabrera, río Esla, Museo de San Marcos y Veguellina de Órbigo, así como una segoviana); cinco de lengua de carpa (dos de Sigüenza, una palentina de Saldaña, una burgalesa de Peña Amaya y la berciana recientemente publicada de Paradela de Mucos) y cuatro de la variante Venat o Ronda de las de lengua de carpa (cortas serían las de Paredes de Nava y Museo Valencia de Don Juan y plenamente desarrolladas la de Villafranca del Bierzo). El problema es que de ninguna de ellas se conserva el contexto original de aparición o algún material que las acompañara y que pudiera aclarar algo (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 63; Fernández Manzano y Herrán 2004-2005). Las diferentes características morfológicas que se tienen en cuenta a la hora de plantear si un tipo es más moderno o más antiguo, como es el paso de las guardas en U convexa a V de lados rectos, la aparición de *ricasso*, la sustitución de perforaciones para remaches en el mango por lengüetas caladas, la aparición de botones resaltados en el pomo e, incluso, el paso de hojas pistiliformes a otras en lengua de carpa (por ejemplo Gaucher y Mohen 1972: apartados 1-5), no suele dar

resultados satisfactorios en nuestro caso puesto que parece que lo que abundan son las producciones locales en donde se combinan todos estos elementos de modos diversos. Así Martín Almagro Basch, hablando de la espada del río Sil, pistiliforme con incisiones decorativas paralelas al borde de la hoja, guarda en U y empuñadura tripartita con tres grandes calados, decía que las lengüetas con calados fueron el “modelo nacional” en España (1939-40: 49). Las cuestiones cronológicas asociadas a cada tipo también pueden ponerse en duda gracias a la dispersión diferencial de los diversos modelos, ya que las pistiliformes parecen concentrarse en el Noroeste mientras que las de lengua de carpa parecen más bien situarse en el Suroeste de la Península Ibérica (Harrison 1974: 232). La aparecida en Veguellina de Órbigo seguramente estuvo depositada originariamente en el lecho del río ya que apareció en un pozo practicado en la orilla. Es también pistiliforme y con características muy similares a la oreana de Santo Estevao de Ribas de Sil/ San Esteban del río Sil, y puede que a la pontevedresa del depósito de Hío (Delibes y Mañanes 1979: 158, 163), aunque esta última se ha definido en alguna ocasión como de lengua de carpa (Ruiz-Gálvez 1979b: 138). La espada del río Órbigo apareció con restos de una vaina de cuero y se trata de un bronce con un 87 % de cobre, un 8 % de estaño y menos de un 1 % de plomo (Delibes 1980a: 391-395). Dentro de esta alta concentración de espadas pistiliformes en el occidente de León, en las regiones de la Cabrera y el Bierzo (espada de La Cabrera/El Bierzo y la de San Juan del Río), asociadas a los pasos naturales hacia el Noroeste como es el propio río Sil, no serían todas iguales ya que la última de las referidas posee agujeros en lugar de calados y la guarda en U cerrada, con hoja ancha y sin decorar, por lo que se plantea que sea un modelo antiguo seguramente importado del oeste de Europa, y que seguramente llegase desde Portugal pues tiene un claro paralelo en Vilar Maior (Ibid.: 161), corroborándose entonces la idea de los contactos a larga distancia por esos pasos naturales hacia el oeste. Por su parte la de La Cabrera/El Bierzo tiene la guarda muy abierta, casi en V, orificios en el mango, hoja con nervaduras y sin *ricasso*, mientras que la del Esla posee guarda en V, nervio bien delimitado y hoja mínimamente pistiliforme (Ibid.: 162-165). Entre todas estas espadas pistiliformes encontramos la de lengua de carpa procedente de Villafranca del Bierzo, de la que tan sólo se conserva la empuñadura y la mitad proximal de la hoja. Posee la guarda en V, dos *ricasso* muy marcados y los tres calados clásicos de las lengua de carpa hispanas, así como una empuñadura con un largo botón. Muy similar a esta es la de Paredes de Nava (Palencia), pero de hoja pistiliforme, sin *ricasso*, pero con pivote en el pomo (Delibes y Fernández Manzano 1979: 439-442). Este ejemplar de espada en lengua de carpa sería de los pocos existentes en la

Meseta Norte, puesto que lo que aparece en el depósito de Saldaña (Palencia) realmente es un puñal en lengua de carpa -como el de Paredes de Nava- junto a palstaves de una y dos anillas, hachas planas, una de apéndices laterales y un regatón de lanza (Delibes 1975: 149-152).

Para la Península Ibérica se viene utilizando un criterio evolutivo en función de la tipología de las espadas que sitúa las pistiliformes, del Bronce Final II, como previas de las de lengua de carpa clásicas o Ría de Huelva, ya del Bronce Final III, tras las que vendrían las más evolucionadas tipo Venat y Sa Idda, que ya podrían ponerse en relación con el periodo orientalizante del Suroeste (Ruiz-Gálvez 1987: 257 y nota 6). No obstante también se ha defendido que esta evolución de las de lengua de carpa sobre las pistiliformes en la Península Ibérica se haya producido sobre prototipos locales de ambos tipos de espadas (Ruiz-Gálvez 1982: 183). Calibrando las fechas radiocarbónicas de la Ría de Huelva, pese a su alta desviación estándar, se ha propuesto como intervalo más probable el situado entre la segunda mitad del s. XI y la primera del s. IX. Recurriendo a la tipología comparada y a fechas calibradas de otros yacimientos se sitúa el horizonte Ría de Huelva como representativo del Bronce Final III, el único que en la Península Ibérica contaría con dataciones radiocarbónicas que lo corroboren, y que en años de calendario puede ponerse entre el s. X-VIII a.C., y por lo tanto ya no vinculable a los yacimientos cogotianos que no bajan del s. X a.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 81-82). Teniendo todo ello en cuenta, y que las espadas pistiliformes se entienden como previas y situables cronológicamente en el Bronce Final II (1100-940 a.C.) (Ruiz-Gálvez 1998: 204-206) podríamos pensar que la mayor parte de las espadas arrojadas a las aguas de nuestra zona de estudio, al ser definidas como pistiliformes, debieron pertenecer a los últimos grupos cogotianos y, especialmente, a los primeros soteños, los de la fase formativa, sobre las cronologías que actualmente se mantienen, como vimos más arriba. No obstante depósitos como el de Huerta de Arriba o Padilla de Abajo, ambos en Burgos, y espadas pistiliformes como la de Veguellina de Órbigo, serían materiales del Bronce Final II y vinculables a los nómadas de Cogotas I, según esta autora (Ibid.: 233).

Pese a reconocerse la particularidad de las espadas pistiliformes leonesas, que combinan elementos de tipos modernos y antiguos, por lo que alguna de ellas, como la de Veguellina de Órbigo pudiera relacionarse con tipos de la fase postrera del Bronce Final II, como las Saint Nazaire, inmediatamente previas a las de lengua de carpa, se sigue ratificando la asociación de las pistiliformes con los grupos culturales Cogotas I, a partir de la relación de cerámica de este signo con una empuñadura de una de estas armas en la cavidad alavesa de Solacueva de Lacoymonte (Fernández Manzano 1986). El problema

de esta vinculación entre materiales Cogotas I y una espada pistiliforme, tantas veces citado por tratarse de uno de los pocos casos conocidos que permitiría defender esta vinculación, es que la procedencia estratigráfica de dicha empuñadura, aparecida en la entrada de la mencionada cavidad, no está en absoluto clara ya que si siguiendo a Apellániz se sitúa en el nivel II de las excavaciones de Barandiarán, quien ni siquiera citó esa empuñadura, habría que relacionarla con materiales tardorromanos e incluso medievales. Por tipología habría que relacionarla más bien con los niveles VI o V, aunque ello no pasa de una mera suposición (Llanos 2004: 99). Para dudar de la clásica caracterización evolutiva de los tipos de espadas del Norte de la Meseta también contamos con el carácter híbrido de éstas, así como con su concentración en el Noroeste. Muchas de las pistiliformes tienen rasgos modernos similares a los de las de lengua de carpa, como es el caso de la sustitución de los agujeros por calados largos (leonesas del Museo de San Marcos y río Órbigo, o las gallegas de Santo Estevao de Ribas de Sil/San Esteban del río Sil y Valga), pérdida de la guarda en U por la de en V (tímidamente en Santo Estevao/San Esteban y Veguellina y consolidado en río Esla y Valga), las hojas austeras sin nervios decorativos (en los dos últimos ejemplares) o la presencia de *ricasso* en el arranque de las hojas (río Esla). Y claramente sincrética es la perteniente a la Colección Fontaneda que proviene de Villaverde de la Chiquita (noreste de León) (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 65). Por todo ello no habría que descartar que las más avanzadas pistiliformes convivieran con las de lengua de carpa en el Bronce Final III, algo ya propuesto por Savory basándose en el desigual reparto geográfico de ambos modelos (Ibid.: 65). Por ello todas estas armas, incluyendo la pontevedresa de Hío, podrían definirse como “espadas híbridas” del Noroeste, que llegarían a fechas más recientes de las que tradicionalmente se han propuesto, ya que la del depósito de Hío apareció con calderos de chapa claveteada y ganchos de carne, cuyo apogeo es el Bronce Final III (ibid.: 66), llegando estos últimos al 800 cal AC (Needham y Bowman 2005: 108-116). A favor del carácter particular, y por tanto local, de las espadas pistiliformes que aquí tratamos están sus composiciones. Mientras que las de Gran Bretaña y suroeste de Francia son bronce muy plomados, y las del norte de Francia, siendo algunas plomadas, se caracterizan por tener muchas impurezas, las peninsulares no comparten ninguna de esas dos características, siendo principalmente bronce binarios que poseen tan sólo impurezas como el antimonio en los casos de Salamanca y León, que lo que revela es que se trata de producciones locales. La tendencia para las de lengua de carpa peninsulares es muy similar (Fernández-Posse y Montero 1998: 197-198).

Otro argumento, indirecto, pero a favor de la datación reciente de las espadas pistiliformes

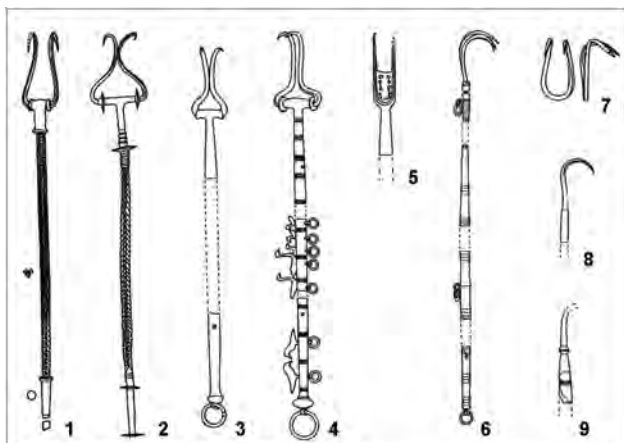


**Figura 2.60:** el pueblo de Sobrefoz custodia una auténtica puerta natural hacia los puertos de San Isidro y Ventaniella.

“híbridas” lo podemos obtener de la todavía no aludida espada pistiliforme -aunque con calados en el mango en lugar de agujeros para roblones, lo que denotaría modernidad- del asturiano pueblo de Sobrefoz (Ponga) (ver fig. 2.59) -incorrectamente transcrito en la bibliografía arqueológica como Sobrefox- que representa el límite norte de dichas espadas, siendo una de las impotaciones meseteñas por parte de grupos cantábricos que estudiaremos en la parte postrera del capítulo. El nombre del pueblo donde apareció esta espada es bastante significativo sobre el emplazamiento de este lugar, un resalte calizo defendido naturalmente por la *foz* -la hoz- que forma el río Ponga a su alrededor, dejando una caída de decenas de metros hasta el río. Precisamente este río, cuyo acceso vigila y guarda Sobrefoz, en una zona por la que discurre encañonado, es uno de los principales accesos a los ya mencionados pastos de los puertos de Ventaniella, en los alrededores de Peña Ten, y Tarna, y, en consecuencia, a los pasos hacia León. Que la espada apareciera en lo que fue interpretado como una *cuerria* -estructura circular de piedra para guardar y curar las castañas una vez que son recogidas, y muy similar a una cabaña castreña- en la zona central del pueblo, y la misma ubicación y morfología del caserío de Sobrefoz, muy similar a la de los castros también pongueses de Valle Moru y Taranés, nos hacen interpretar el lugar como un posible castro, cuyos restos han sido cubiertos casi en su totalidad por las casas actuales, en la misma línea que la espada de lengua de carpa de Paradela de Muces, que también apareció clavada en un recinto castreño (Fernández Manzano y Herrán 2004-2005: 79). Desde la zona central de Cantabria a la mitad norte de Galicia no hay castros más antiguos de la transición s. IX-VIII cal AC por lo que sería posible entender esta fecha como un *terminus post quem* para la mencionada espada (fig. 2.60).

Senna-Martínez (1995: 121) alude a que si hay cerámicas Cogotas I, como ya dijimos más arriba, en sitios lusos tales como Baioes o Sao Romao, se debe a que en contrapartida entraron elementos metálicos atlánticos en la Meseta Norte española, lo que de nuevo justificaría esa relación del final de Cogotas I





**Figura 2.61:** la comensalidad soteña. Ganchos de carne meseteños y atlánticos: 1. Cantabrana; 2. Thorigné; 3. Argyll; 4. Dunaverney; 5. Solveira; 6. Nossa Senhora da Guia; 7. Barrios de Luna; 8. Feltwell; 9. Hío (obtenido de Armada Pita 2008).

con la metalurgia atlántica. En la misma línea estaría la fíbula de codo del yacimiento vallisoletano Cogotas I de San Román de Hornija, aludida más arriba, puesto que al aparecer estas fíbula en el ya clásico depósito acuático de la Ría de Huelva la contemporaneidad entre estos grupos nómadas meseteños y las espadas largas pistiliformes podría justificarse. Por tanto dentro del repertorio de “objetos atlánticos”, que en su mayoría hay que fechar ya en el primer milenio a.C. y desvinculados de los grupos Cogotas I, podríamos pensar que las más antiguas espadas pistiliformes y algunas de las hachas de talón y anillas sí que pudieron ser contemporáneas a los últimos grupos cogotianos.

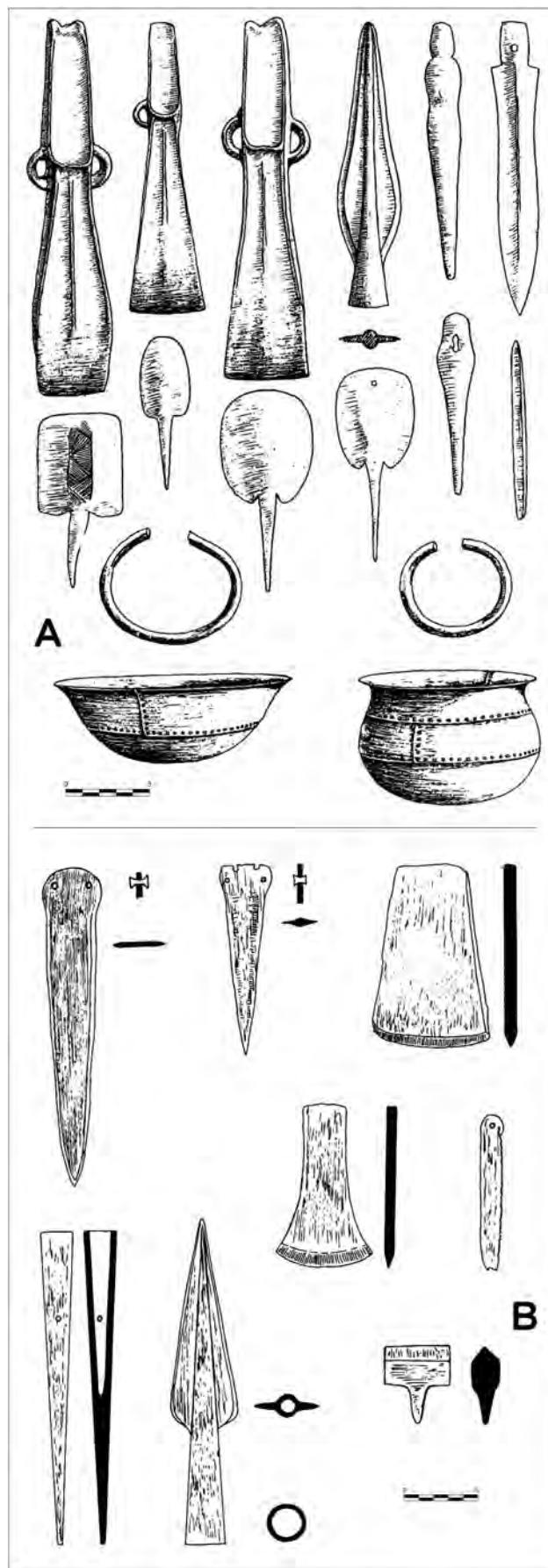
En contra de esta idea estaría el hecho del carácter híbrido de las espadas pistiliformes del Noroeste y su posible fechación en épocas más recientes, por los argumentos ya expuestos. Por ello, aunque se ha dicho que es difícil conectar la metalurgia atlántica con Cogotas I (Fernández-Posse y Montero 1998: 196) deberíamos dejar abierta la posibilidad de que el origen de estos productos atlánticos se engarce en los últimos estadios de los grupos de alta movilidad residencial de la Meseta Norte. Además, la tecnología metalúrgica soteña, vinculada completamente al mundo atlántico, es muy similar a la previa cogotiana, con las mismas composiciones en los bronce (Ibid.: 198), y con suficientes evidencias de que la mayoría de las producciones son locales. Entonces el cambio en cuanto a cuestiones metalúrgicas del Soto inicial con respecto a Cogotas I reside en que en este momento más avanzado comenzaron a producirse tipos novedosos inspirados en otras regiones atlánticas debido a la consolidación de las redes de largo alcance entre las elites, redes que, por otro lado, se forjaron ya desde momentos previos, en tiempos de Cogotas I, como pone de manifiesto la fíbula de San Román de Hornija, los materiales cerámicos Cogotas I en el Noroeste o los paralelismos entre la Meseta y la zona gallega en cuanto a ciertos tipos de puñales de

roblones en la base. Debemos pensar entonces que el cambio metalúrgico fundamental entre Cogotas I y el Soto formativo viene marcado por la ruptura de los modelos locales a la hora de producir útiles metálicos, pasándose a valorar largamente los modelos alóctonos “atlánticos”, que se consolidaron rápidamente. Seguramente este proceso se vió impulsado por las elites de creciente poder que precisamente basaron éste en esas relaciones a larga distancia, lo que como consecuencia dió la ruptura de las monótonas formas culturales cogotianas, incluidas sus producciones metalúrgicas. Si las espadas “híbridas” pueden pertenecer tanto a los últimos compases cogotianos como a los primeros soteños, las de lengua de carpa de esta zona hace tiempo que se han fechado en relación con el grupo soteño ya que la de Villafranca del Bierzo es muy similar al puñal de Paredes de Nava, y este apareció en el yacimiento denominado “La Ciudad”, análogo a Sacaos y al mismo Soto, y en donde aparecen cerámicas oscuras, lisas y espatuladas (Delibes y Fernández Manzano 1983: 52), que estos autores parecen vincular al Soto.

Con actos de comensalidad, seguramente restrictivos y orientados a cierto grupo del grueso social, como tendremos ocasión de ver en el siguiente apartado, hemos de relacionar los ganchos de carne dobles, aparecidos en la zona norte de la Meseta, así como los calderos de bronce remachados. En concreto los ganchos conocidos son los del castro de los Barrios de Luna (León), encontrado junto a chapas de bronce claveteadas pertenecientes a calderos, una lanza tubular y fíbulas de tipología avanzada (Golfo de León, de doble resorte y bucle) por lo que se puede llevar a la Primera Edad del Hierro, mientras que el burgalés de Cantabrana, que es en forma de T y con cierto aspecto antropomorfo, y puede que procedente de una necrópolis de La Bureba en la que en otra tumba apareció una tapadera cerámica en cuya asa se representaba un jabalí o cerdo, hace que se lleve esta pieza incluso a mediados de la Edad del Hierro (Delibes, Fernández Manzano y Celis 1992-93:417-419). Se duda de si son importaciones o producciones locales, pero sí se está de acuerdo en asimilar los ganchos de carne a ambientes soteños (Ibid.: 426-427). De nuevo, aunque los calderos remachados se comparten en la Meseta con el Noroeste y el mundo cantábrico, no así los ganchos de carne meseteños, que se han de vincular de nuevo, como ocurre con otros materiales “atlánticos” ya estudiados, con la zona atlántica del occidente de la península, puesto que los referentes más directos se encuentran en los tres ganchos de matriz tubular y garfio único del depósito de Hío, contemporáneos en principio a los de cabeza en T, el gancho luso de Salveira (Montealegre), doble y asociado a un hacha de talón y dos anillas y dos lanzas tubulares, y el gancho del depósito de Senhora da Guia de Baioes (Ibid.: 420-421). Relacionados con estos ritos de comensalidad ya hemos aludido a algunos de

los calderos de remaches vinculables al sector meseteño, como es el caso de los del depósito burgalés de Huerta de Arriba, los fragmentos del castro de los Barrios de Luna o el fragmento de Villaceid, que apareció dentro de una “casa cuadrada” (Morán 1956/61: 108-109) y que nos hace sospechar que su datación debe encuadrarse dentro de la Segunda Edad del Hierro. Del castro de Sacaos procede un fragmento de asador (Celis 2002: 114) en relación a los niveles soteños que también debemos vincular con estos actos rituales en torno a la comida (fig. 2.61 y fig. 2.62). De hecho ganchos de carne, asadores y calderos forman un equipo simposiaco de inspiración mediterránea, pero de factura y tipos atlánticos, que se reparte en fechas calibradas entre el 1100 y el 800 AC precisamente por aquellas regiones atlánticas de mayor dinamismo dentro del Bronce Final Atlántico (Meseta Norte, Portugal, valle del Guadalquivir, oeste de Francia, valle del Támesis o centro-norte de Irlanda (Needham y Bowman 2005: fig. 11). De este equipo simposiaco lo único que se aceptará en las zonas marginales dentro del Bronce Final Atlántico como el área cantábrica son los calderos, seguramente porque su traducción a las prácticas y códigos comunales de aquellos pudo realizarse con mayor facilidad.

De los alrededores de Astorga proceden dos brazaletes de bronce de sección elíptica y decorados con rombos, círculos concéntricos, líneas oblicuas y espinas de pez. Los referentes son poco claros, pero fueron comparados con uno procedente del cerro del Berrueco y fechados en el Bronce Final III (Fernández Manzano 1981b: 181-183). No son los únicos ejemplos ya que en Villaverde de la Chiquita, de un depósito que no sabemos si tiene algo que ver con el contexto original de la espada híbrida ya aludida, aparecieron siete más con decoraciones consistentes en aspas, líneas paralelas y zig-zags múltiples. Aspas y líneas paralelas posee otro brazalete muy similar de Cea (León), mientras que en los palentinos de Osornillo y los dos de Fuentes de Valdepero vuelven a aparecer los círculos/elipses concéntricos. Al aparecer los de Fuente de Valdeperos con algunos materiales de la Edad del Hierro, estar rematados en botones y tener paralelos en el cerro del Berrueco, Sanchorreja y Lara de los Infantes, además de aparecer uno de estos brazaletes en el castro leonés de Corporales, se propone su origen en el 1000 a.C. y su perpetuación en la Edad del Hierro (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 99-105). No estarían desencaminados estos autores ya que recientemente, a raíz de los comentarios del brazalete vallisoletano de Amusquillo, decorado con motivos de espigas, y por paralelos con algunos de los depósitos franceses en donde aparecen junto a calderos remachados, y con otros portugueses, que constituyen los paralelos más cerrados, y que se han encontrado junto a hoces, hachas de cubo o espadas en lengua de carpa tipo Venat-Sa Idda, se ponen en el Bronce Final III b. La



**Figura 2.62:** depósitos meseteños que muestran la emergente figura de personajes destacados (élites): A. Depósito burgalés de Huerta de Arriba; B. Depósito leonés de Valdevimbre (a partir de Martínez Santa-Olalla 1942; Luengo 1941).

constatación más tajante para la cronología de estos adornos procedentes del atlántico, seguramente desde la zona lusa, es que el vallisoletano apareció con vasitos carenados típicos del Soto formativo (Cruz y Quintana 1999: 162-163). Pero será a partir del s. VIII a.C. cuando se constate el auge de los objetos de adorno personal en la zona sedimentaria leonesa, entre ellos los brazaletes acorazonados y los acintados con remates en creciente lunar (Celis 2002: 115), siendo los que aquí tratamos un precedente en esta tecnología del cuerpo, seguramente destinada a resaltar el cuerpo del hombre guerrero, junto a la panoplia aristocrática que ha comenzado a imponerse.

### **Sobre depósitos, contactos a larga distancia, banquetes y rituales funerarios: el surgimiento de las élites meseteñas.**

En el Suroeste de la Península Ibérica los depósitos contienen casi exclusivamente armas y joyas, marcando una diferencia con otros territorios peninsulares, lo que puede ser interpretado en clave de regalos entre las élites para asegurarse el aprovisionamiento de materias primas como son los metales, en este lugar estratégico por su ubicación entre el comercio mediterráneo y atlántico (Ruiz-Gálvez 1987: 256). En nuestra zona de estudio, sin embargo, un contraste evidente entre el norte de la Meseta y la zona cantábrica es que si bien en la segunda de ellas los depósitos están formados casi exclusivamente por hachas, en la zona Meseteña, al igual que ocurre en el sur de Galicia y norte de Portugal, se constatan por un lado tanto depósitos exclusivos de hachas como depósitos complejos con variedad de objetos y depósitos de armas por otro lado, prácticamente inexistentes en el mundo septentrional. Además, los depósitos de hachas y espadas no están en los mismos lugares, al igual que ocurre en el Ulla y el Miño ya que mientras que las hachas se encuentran en lugares que enfatizan la comunicación, como la Depresión Meridiana, las espadas se encuentran en lugares de frontera y en zonas de comunicación marginal (González Ruibal 2003a: 99-100). No podemos defender una explicación como ésta para los casos normeseteños de espadas y su deposición diferencial con respecto a las hachas, ya que la mayor parte de aquellas armas se encuentran depositadas en los principales ríos, que con su recorrido norte-sur fueron auténticas vías de comunicación para acceder a las zonas cantábricas, como vimos al comienzo del capítulo. Quizás estén los ejemplos leoneses más acorde con los del tramo gallego del río Sil, pues los depósitos de Santo Estevao de Ribas de Sil y Mourúas, con una espada pistiliforme y dos puntas de lanza, y una espada pistiliforme respectivamente, se encuentran en lugares vinculados a la comunicación, pues están en vados del río, pero en lugares liminales desde el momento en que la orografía

abrupta del territorio no ha permitido un desarrollo del poblamiento en la Prehistoria. Por lo tanto un posible esquema podría ser que los depósitos de armas se encuentran en lugares apartados, sagrados y relacionados con el intercambio violento, mientras que los de hachas se hallan en lugares de intercambio, en lugares de paso cruciales (González Ruibal 2003a: 100-101). Podría ser el caso de la espada de La Cabrera, en una zona abrupta y de comunicación hacia el Noroeste, o las vinculadas al río Sil. La de Villaverde de la Chiquita, en una zona interfluvial con un vacío notable de poblados soteños, como también podemos proponer para la del río Esla, quizás también podamos interpretarlas en esta línea de ubicaciones relacionadas a buenas comunicaciones, a la par que liminales, por ser lugares donde confluyen los recién estrenados territorios de influencia de los diferentes poblados que acaban de empezar su andadura sedentaria. En el caso de la de Veguellina de Órbigo la inmediatez del poblado soteño de Valdeiglesias (Celis 2002: mapas 2 y 3) nos hace pensar en la posible vinculación de esta espada con dicho poblado, por lo que no respondería a este modelo. Pero común a todas ellas puede ser el hecho de entender estos depósitos de espadas como realizados en lugares liminales, tanto en el sentido de territorios políticos como de lugares de transición entre dos mundos, el de los vivos y el inframundo en donde habitan las divinidades, con las cuales se “intercambiaría” la espada allí arrojada (Bradley 2000: 28-32; Fontijn 2002: 266-267). Ello no es excluyente con la idea de que estos depósitos de espadas se pudieran haber realizado tras combates rituales entre aristócratas representantes de los diferentes grupos que en estos momentos comenzaban en la Meseta Norte a desarrollar un proceso sedentarizador y, consiguientemente, a multiplicar las fricciones territoriales. El caso es que este tipo de ritualidad que consiste en depositar espadas en los grandes ríos procede, como vimos, al menos del Bronce Medio y vincula de nuevo a la Meseta Norte con otras zonas “atlánticas”, como los Países Bajos o ciertas zonas de Gran Bretaña (Fontijn 2002: 259), con rituales idénticos, más que con la inmediata Cordillera Cantábrica.

Los depósitos de hachas por un lado y los de armas y joyas por otro representan dos espacios de producción social (*locales*, sensu Giddens 1984) diferentes: armas y joyas en relación a espacios rituales y hachas en relación a transacciones, pero en común ambos tendrían que son fruto de ofrendas, de intercambio con los dioses. Tanto la guerra como la transacción comercial se entiende por parte de muchos grupos preindustriales como parte del mismo comportamiento, puesto que en ambos casos hay intercambio social (González Ruibal 2003a: 97). Los depósitos de hachas principalmente sirvieron para la materialización de las relaciones entre comunidades e individuos, y representan mecanismos para conseguir

capital social y simbólico. Hay algo que va más allá de la práctica económica del intercambio, y puede entenderse todo ello como un sistema de tipo *Kula*, en donde las hachas, especialmente las tan plumadas y poco útiles, típicas de la zona cantábrica y el Noroeste, pero no de la Meseta, pueden entenderse como las conchas del *Kula Ring*. Herramientas metálicas que circulan sin haberse utilizado nunca, como ya se documentó para el Congo en el s. XV, por lo que habría que entenderlas más como regalos que como instrumentos de producción (Gosden 1985: 477).

No se trata exactamente de una transacción económica sino de una experiencia creada entre dos personalidades -individuos, comunidades, clanes-. Solo que en el *Kula* los materiales circulan y aquí son depositados en lugares secos y húmedos (González Ruibal 2003a: 104), aunque ello no quiere decir, como ya aludimos para el caso cantábrico, que no pudieran haber sido recuperados y vueltos a poner en circulación, según entiende Needham (2001). Por lo tanto lo que mejor explica el hecho de los depósitos votivos es la economía del Don (Bradley 1990; Gregory 1980) y el incremento de depósitos entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro puede deberse a una exacerbación de la ceremonia, y por lo tanto de un cambio de ritual, del *Kula* al *Potlatch*, en donde el consumo conspicuo y la destrucción de la riqueza están aseguradas, justo en el momento del contacto con los primeros navegantes fenicios al igual que ocurrió entre los Kwakiutl de la costa pacífica norteamericana al contactar con los primeros blancos (González Ruibal 2003a: 107). Si como proponen diversos autores y tendremos ocasión de ver, los intercambios se produjeron principalmente con los grupos vecinos, dentro del modelo *down-the-line*, la llegada e influencia de comerciantes mediterráneos a las costas del Noroeste solamente debió afectar a los grupos de la Meseta Norte dentro de una especie de efecto dominó, en donde la intensificación del proceso de reciprocidad por parte de algunos de los interlocutores acabó dando una intensificación general. Además, como veremos en el último apartado, el alto número de depósitos en los confines septentrionales de la Meseta seguramente también respondió a su situación fronteriza con respecto a los grupos cantábricos. En cierta medida el alto número de hachas de talón y anillas de la zona centro-occidental cantábrica con respecto al de hachas planas también estaría indicando que entre los grupos septentrionales, pese a que sus características sociales son el mantenimiento reiterativo de la tradición y la refracción al cambio cultural, también estaríamos viendo ciertos procesos de exacerbación de los intercambios rituales, sin que por ello se tuviera que superar la escala de la reciprocidad diferida.

Si tenemos en cuenta para la Meseta Norte las oposiciones usadas por Sorensen para estudiar los objetos metálicos de la Edad del Bronce escandinavo

podemos ver como muchas de las hachas responden, en las oposiciones externo/interno y único/estandarizado, a productos estandarizados y fabricados localmente, como revelan los moldes encontrados. Ciertos tipos, como las de apéndices laterales curvos y las planas con anillas, al estar circunscritas geográficamente y aparecer algunas de ellas dentro de los propios poblados, aunque en otros casos forman parte de depósitos externos a los poblados, podemos pensar que fueron fruto de un intercambio tipo *Kula* entre poblados afines culturalmente, y no sabemos si también étnicamente. Ello daría pie a pensar, también para esta zona, que estos depósitos de hachas responden a rituales comunales, como en el centro-occidente cantábrico, por lo que podríamos deducir que los significados a ellos asociados debieron tener más que ver con cuestiones internas al grupo social, como es el mantenimiento y reproducción de las diferencias de género, y/o externas, como puede ser la negociación entre grupos afines culturalmente dentro de una economía del Don, que con el refuerzo de las elites. Además, que las hachas fueron protagonistas de los intercambios entre grupos, quedaría también corroborado por el hecho de que son precisamente estos objetos los que se utilizaron para negociar con los grupos cantábricos -del norte de León y del sur de Asturias-, especialmente las planas de apéndices laterales, como demuestran las penetraciones de éstas hacia el norte, y seguramente los palstaves, aunque en este caso, al compartirse los tipos con el ámbito septentrional, desconocerse en muchos casos los contextos de aparición y no poseer analíticas, es más complejo saber si son producciones meseteñas o cantábricas (ver fig. 2.48).

Aunque el problema que encontramos en la zona meseteña es que también aparecen otros depósitos complejos que pueden estar revelando cierta manipulación por parte de las incipientes elites sociales. Para el Noroeste se ha dicho que en todos los depósitos complejos de esta época se puede ver como las elites manipulan la simbología de los objetos metálicos claves para la reproducción social (agricultura, metalurgia, intercambio) presentándose a ellas mismas como garantes de esas facetas sociales, lo que no quiere decir que fuesen agricultores o metalurgos, sino que se representan a ellos mismos con los símbolos de poder que son esos objetos. En África cualquier artefacto relacionado con la agricultura -hachas, hoces- o la guerra sirve como metáfora de poder económico y político, y en consecuencia se usan en cultos y ceremonias, dependiendo la prosperidad de la representación repetida de esas actividades rituales, repetición que en nuestro caso se observa en la multiplicidad de depósitos (González Ruibal 2003a: 120-121). Como veremos los depósitos acuáticos no comparten las asociaciones de objetos de los terrestres por lo que

ambos deben obedecer a cuestiones culturales diferenciadas y tener sus significados propios.

Este puede ser el caso del depósito burgalés de Huerta de Arriba, en donde junto a hachas de talón y anillas aparecieron elementos no poco significativos como una punta de lanza tubular del tipo flameante, navajas de afeitar de diversa morfología y decoración, brazaletes lisos y calderos de remaches (Martínez Santa-Olalla 1942: 131-135). Al menos la punta de lanza, las navajas de afeitar y los brazaletes pueden entenderse como elementos que ratificaron materialmente el cuerpo físico, pero también el cuerpo social, del guerrero, dentro de una específica tecnología del cuerpo guerrero que añade en estos momentos elementos novedosos -puntas de lanza, importancia de la belleza del guerrero mediante adornos y útiles para rasurar- a otros ya empleados desde antiguo, como son las espadas largas que ya vimos asociadas al grupo Cogotas y que, en algún caso, ya formaban parte de depósitos acuáticos. Debido a las particulares deposiciones acuáticas de las espadas largas y puntas de lanza del Bronce Final no podemos considerar los cuchillos y puñales que también aparecen en los depósitos complejos del momento, como en el recién comentado de Huerta de Arriba, como parte de la panoplia de la elite guerrera, sino que puede que sea un común a todos los hombres del grupo social. Puñales que también aparecen en el depósito leonés de Valdevimbre junto a hachas planas, punta de lanza con regatón, y, dentro del repertorio de herramientas artesanales, una sierra y un yunque portatil a doble vertiente (Luengo 1941: 131-133) (ver fig. 2.62). Aparte de la lanza y su vinculación al grupo crecientemente estructurado de la elite guerrera podemos pensar que lo significativo de este depósito complejo es la manipulación de los elementos artesanales seguramente relacionados a la tan trascendente y no carente de significados sociales actividad metalúrgica. Hemos visto como a partir del Soto inicial las muestras de actividad metalúrgica son crecientes dentro de los poblados y puede que la elite local, aunque no desempeñe directamente la actividad metalúrgica, sí que se muestre públicamente como garante de ésta, así como de la actividad agrícola -de ahí también la aparición de hachas en estos depósitos complejos-, utilizando los significados de estos objetos en beneficio propio, en este caso más en la línea de acumulación de capital simbólico que social. Si pensamos que por la tipología de las hachas puede tratarse de un depósito antiguo dentro del Bronce Final (Delibes y Fernández Manzano 1983: 42) -aunque como hemos visto en otras partes ello no es del todo clarificador porque las hachas planas perviven hasta la Edad del Hierro- y que la punta de lanza sea una importación desde la costa gala y una de las primeras lanzas tubulares de la Península Ibérica (Ibid.: 42), entonces este depósito cobra mayor singularidad si cabe, y es más sencillo vincularlo a las elites

emergentes del Cogotas I final-Soto formativo. Otro depósito complejo de Zamora, pero muy próximo a la frontera con León, es el de Sansueña, compuesto por una punta de lanza tubular, un palstave, arnés de caballo, tres puñales de espigo y tres brazaletes, y que traemos a colación porque posee muestras de estos objetos presuntamente manipulados por las elites y porque al parecer fue descubierto en El Castro, un poblado vinculado al grupo Soto de Medinilla en el Valle de Vidriales (Delibes 1980b: 222), y en donde el elemento que se añade al mundo ideológico de las elites es el arnés de caballo, que al parecer podría proceder del comercio fenicio.

Aunque antes aludimos a que las hachas de apéndices laterales curvos y las planas con anillas seguramente fueron empleadas en intercambios, puede que comunales, entre diversos grupos de una misma región a modo de *Kula ring* ello no quita para que alguna de ellas fueran manipuladas por la elite social para atribuirse de modo individual toda la potente simbología de dichos artefactos. Este parece ser el caso del hacha plana con anillas del depósito burgalés de Padilla de Abajo, que apareció junto a una punta de lanza de empuñadura tubular y cuatro brazaletes de los ya vistos, de sección elíptica y decoración incisa (Delibes y Esparza 1985: 163). Es por lo tanto un depósito complejo más de los del norte de la Meseta, fácilmente asimilable a las elites por la presencia de elementos que podríamos definir como aristocráticos como la lanza y los brazaletes, en donde el significado del hacha plana con anillas no puede ser el mismo que en los depósitos exclusivos de hachas. Además, este depósito nos sirve para ratificar algo que ya sospechábamos, la vinculación de los brazaletes decorados al universo masculino de la jerarquía guerrera, que comienza a darle importancia a su diferenciación corporal mediante joyas, acicalajes varios, una panoplia armamentística definida y seguramente mediante la ropa. La sedentarización y aumento de la desigualdad social en el paso de Cogotas I al Soto formativo, y las connotaciones bélicas y de rango de los depósitos recién comentados, nos hacen pensar que justo sean estos compases de las dos primeras centurias del primer mil. a.C. en donde se dió el tránsito de una sociedad guerrera (Cogotas I) a una sociedad con guerreros (Soto pleno y rápido auge durante la Segunda Edad del Hierro) (sensu Clastres 1978).

En la línea de la manipulación por parte de las elites de los objetos vinculados con las labores agrícolas y ganaderas, así como artesanales, como pueden ser las hachas, podrían presentarse algunos depósitos en los que conviven éstas con puntas de lanza, caso del burgalés de Salas de los Infantes. Otro depósito de características especiales, y que también podemos vincular a una elite guerrera, es por ejemplo el perdido depósito leonés de Represa, formado

exclusivamente por lanzas (Delibes y Fernández Manzano 1983: 45-46).

Podríamos concluir entonces que en la Meseta Norte cabe la posibilidad de ver entre los depósitos votivos formas rituales más comunales, similares a las cantábricas, que estarían detrás de los depósitos de hachas -sean conjuntos o hachas aisladas-, así como otras formas de deposición en donde entran en juego una variedad de objetos y que deben responder a una manipulación metonímica de los significados sociales de dichos artefactos -vinculados a la explotación del medio, a algunas artesanías altamente significativas en este momento como la metalurgia, al banquete y reparto de comida...- por parte de las elites de marcado carácter guerrero para aumentar su capital simbólico, lo que marca una clara diferencia con el mundo cantábrico. Al igual que los depósitos complejos se circunscriben en el Noroeste a su área meridional, siendo el más septentrional de ellos el de Hío (González Ruibal 2003a: 123-124), lo mismo ocurre en la Meseta Norte, ya que en esta zona se dan depósitos complejos mientras que en la zona cantábrica lo que vemos son sencillos depósitos formados casi exclusivamente por hachas, lo que muestra dos claras formas de detentar y exhibir el poder, dos tipos de economías políticas, cuyas diferencias se incrementarán notablemente a lo largo de la Edad del Hierro.

Dentro de estos depósitos que reforzaron el poder de ciertos personajes diferenciados del cuerpo social y vinculados a la elite guerrera, y por lo tanto que también separan a éste en clave de género, tiene un papel protagonista los depósitos formados exclusivamente por armas, especialmente espadas y lanzas. Hay dos claras concentraciones de espadas arrojadas a las aguas en la Península Ibérica, una al Suroeste y otra al Noroeste, al norte del Duero, hasta tal punto que la mayoría de las espadas conocidas del Bronce Final proceden de ríos, lo que debemos relacionar con un culto a las aguas (Ruiz-Gálvez 1982: 190). Para el noroeste de la Meseta, en donde se produce una de estas concentraciones de espadas, se ha propuesto que especialmente a partir de época soteña habría una amplia red de intercambio con el Suroeste peninsular, a través de la Vía de la Plata y la falla de Plasencia, lo que explicaría la presencia de cerámica pintada del Suroeste en poblados del grupo Soto de Valladolid y Salamanca, y con el occidente a través de la divisoria de aguas entre el Duero y el Tago (Ruiz-Gálvez 1998: 230 y fig. 72). No obstante respecto a Zamora y León se ha aludido a como ciertos poblados soteños como Torre de Babia, Oblanca, Sacaojos o Revellinos están en relación a la explotación de veneros cupríferos y, sobre todo, vinculados a vías naturales de acceso a Galicia desde la Meseta a través de la depresión del Bierzo al Sil, por las depresiones de Quiroga y el Bollo, lo que explicaría el hallazgo de la espada del Bierzo, por Benavente a



**Figura 2.63:** espadas y poblados soteños en relación a cañadas y cordeles (en Ruiz Gálvez 1998).

través de las depresiones de Monterrey y Limia, que a su vez explicaría la aparición de la espada de La Cabrera (Ruiz-Gálvez 1998: 234). Sin duda en este mismo sentido habría que entender la aparición de la espada en lengua de carpa de Paradela de Mucos (El Bierzo, muy cerca ya de la provincia de Ourense), sólo que en este caso la particularidad reside en que apareció clavada en una roca dentro de un castro (Fernández Manzano y Herrán 2004-2005: 79), lo que redundaría en la semejanza cultural de este sector leonés tanto con la Meseta como con el Noroeste, lugar este último en donde también se conocen otros ejemplos de espadas clavadas en rocas. A su vez todos estos poblados se encuentran en vías pecuarias tradicionales (Ruiz-Gálvez 1998: 234) (fig. 2.63). Si a ello le sumamos el hecho de que en el tramo medio de la Vía de la Plata se aprecia un vacío de espadas con respecto a las concentraciones del Suroeste y del Noroeste, que en el Bierzo se documenten poblados de tipo soteño, frente a la ausencia de poblados del grupo Cogotas, y que las espadas de esta concentración del noroeste de la Meseta y sur de Galicia pueden ser *grossa modo* definidas como híbridas -con la excepción de algunas en lengua de carpa como la de Paradela de Mucos- deberíamos entonces plantear la idea del refuerzo de los contactos culturales y de la ideología aristocrática compartida entre el noroeste de la Meseta y el sur de



**Figura 2.64:** recreación de la formación del depósito acuático del Bronce Final de la Ría de Huelva (en Ruiz Gálvez 1995c).

Galicia en época soteña, una vez que vimos como estos contactos ya se habían dado también en el periodo precedente, en fechas del antecesor grupo arqueológico Cogotas I.

La interpretación funeraria de dichas espadas viene de largo, y habría que entender su deposición en las aguas como una simbolización del viaje al Más Allá de los guerreros a través del líquido elemento (Ruiz-Gálvez 1982: 190) (ver más arriba). Si se entienden los depósitos acuáticos, principalmente de armas, en un sentido funerario, como recientemente se ha vuelto a proponer para la zona al norte del Miño, cobran sentido las zonas excluyentes en cuanto a ritual funerario ya que en la Meseta Norte y en el Noroeste aquel es prácticamente desconocido, pero no así al sur del Duero en la zona portuguesa, en donde existen tumbas individuales monumentales en estas fechas, o entre el Douro y el Miño, en donde hay diversidad de tradiciones funerarias y no aparecen espadas en las aguas, pero sí hachas. Por tanto serían dos formas de exhibición del poder, al sur del Miño, donde están los castros más antiguos, no hay depósitos en las aguas y el conflicto tiene un carácter más abierto por la mayor intensificación agraria y el conflicto por la tierra y el control de recursos cupríferos, mientras que al norte del Miño lo que hay es predominio de ofrendas acuáticas de armas (González Ruibal 2003a: 94). Sin embargo si la comparación la realizamos entre el noroeste de la Meseta, zona en donde también se dan estas ofrendas acuáticas de armas, y el inmediato sector occidental cantábrico veremos como precisamente la primera de ellas se caracteriza por un comienzo de los poblados estables y de la complejización socioeconómica -con el Soto formativo- previa que en el ámbito septentrional, y es similar, tanto cronológica como sociológicamente hablando, al sur del Miño. Por otro lado a favor de la interpretación funeraria también se encuentra el hecho de que en el Noroeste comenzaron a aparecer armas arrojadas a las aguas o depósitos acuáticos cuando los objetos metálicos tienden a desaparecer de los contextos funerarios. Es evidente que los objetos que en cada momento han sido depositados en diferentes

contextos (funerarios, depósitos votivos, etc.) responden a causas culturales estructuradas, recurrentes y no aleatorias, dependiendo del significado que se le otorga a cada objeto en cada momento. Además, podríamos pensar que las armas arrojadas a las aguas son la evidencia de prácticas funerarias basadas en arrojar los cadáveres a las aguas y en mover ciertas partes anatómicas entre diversos lugares (Fábregas y Bradley 1995: 154,160), y puede que, como defendimos más arriba, también fruto de luchas aristocráticas en lugares liminales y/o ofrendas a divinidades acuáticas (fig. 2.64).

En el noroeste de la Meseta, y viendo los diferentes tipos de depósitos como complementarios dentro de un sistema cultural (Bradley 1990), los depósitos acuáticos de armas -tanto puntas de lanza como espadas, como vimos más arriba- asociados al final de Cogotas I y al Soto inicial, pueden estar poniendo de manifiesto prácticas rituales de enterramiento para una determinada porción de la sociedad, precisamente con el concurso de objetos que en la oposición único / estandarizado son representantes del primer término, hasta tal punto que incluso podemos pensar que las espadas híbridas fueron personalizadas acorde con los gustos de cada tipo de usuario, debido a las características particulares que cada una de ellas posee, como vimos. Es decir, que los metalurgos de esta zona, dentro de un repertorio de decisiones tecnológicas vinculadas a la producción de espadas y compartidas entre el norte de la Meseta y lo que posteriormente será el área bracarense, escogieron en cada encargo las decisiones tecnológicas con las que poder dar un rasgo particular a cada objeto, ya que su destinatario sería un personaje destacado, pero obteniendo un resultado cuyo mensaje simbólico fuera reconocible por las elites de otros poblados. Parece por lo tanto una estrategia tecnológica de los metalurgos diferente a la llevada a cabo con la producción de hachas, mucho más estandarizada.

Si ya con las gentes cogoteñas, veíamos el uso de espadas largas de las mal llamadas “argáricas”, depositándose en algún caso en los lechos de los ríos, como seguramente sea el caso de las palentinas de Villasviudas, podemos concluir que en las variadas prácticas funerarias de aquellos grupos se empezó a incluir en un momento dado un tipo de rituales funerarios acuáticos vinculados a ofrendas de armas. La aparente ruptura de los rituales funerarios, reconocibles arqueológicamente, con el comienzo de los poblados estables soteños podría quedar paliada en parte para el norte de la Meseta si pensamos que es precisamente en este momento cuando debió imponerse el mencionado ritual acuático. Puede interpretarse ello en clave de jerarquización social ya que lo que podría querer decir este proceso es que con el paso de Cogotas I al Soto formativo el ritual funerario, al menos el observable arqueológicamente,



fue monopolizado por unos pocos, aquellos quienes tenían derecho a portar el equipamiento guerrero aristocrático. El sentido funerario de la deposición acuática de espadas y puntas de lanza en la Meseta Norte puede quedar reforzado por el hecho de ser una práctica que ve su final coincidiendo grosso modo con la aparición de las primeras necrópolis de incineración en urna de la zona, caso de las de la zona de Lara (Burgos) (Monteverde 1958), a mediados de la Primera Edad del Hierro. El registro funerario de dichas necrópolis de incineración, las características de la Meseta Norte durante toda la Segunda Edad del Hierro, podría entenderse como una vuelta a una cierta “democratización” en cuanto a la extensión, de nuevo, de un mismo ritual funerario al grueso de los habitantes de cada poblado, democratización que por otro lado se desdibujaría cuando analizamos los ajueres y la forma concreta de cada tumba. No está de más recordar que aunque el ritual funerario que especialmente a partir de fines de la Primera Edad del Hierro se impone por toda la Meseta Norte se basa en el fuego las corrientes de agua siguen teniendo gran trascendencia, vinculándose espacialmente muchas de estas necrópolis en relación a ríos y fuentes (Álvarez Sanchís y otros 2008). Es muy probable que esta importancia de los ríos, del agua en definitiva, en los rituales funerarios de la Edad del Hierro en la Meseta Norte tenga su origen, al menos, en los momentos finales de Cogotas I.

Por otro lado la distribución del bronce en el paisaje nos anuncia diferentes formas de producción del orden social. En concreto en la zona norte de Portugal, pero sobre todo en el Miño, el Ulla y el Sil en Galicia, así como en diferentes ríos leoneses como el Esla o el Órbigo, y también el alto Sil, o zonas de laguna como la de La Nava en Palencia, observamos la importancia de las zonas húmedas (ríos, lagos y humedales), debido a la constatación en ellas de depósitos, en esa reproducción del orden social. Como ya dijimos más arriba aunque muchos de estos lugares se encuentran en buenas vías de comunicación, ya sea en las vías norte-sur como en las que vinculan la Meseta Norte con el Noroeste, algunos de estos depósitos de armas parecen vincularse a lugares liminales, en donde no se ha constatado poblamiento cercano. Es el caso de algunos de los ríos leoneses en donde se han documentado espadas o de la palentina laguna de La Nava, que en si misma puede entenderse como un lugar liminal, porque si recordamos la evolución del patrón de asentamiento en este lugar en la Primera Edad del Hierro los poblados soteños dejan de tener una vinculación espacial directa con la laguna, rompiendo la dependencia de los lugares con reservas de agua de la etapa precedente. De hecho el mapa de polígonos Tyhessen realizado a partir de los yacimientos soteños documentados en esta zona muestra la intersección de tres de los polígonos precisamente en un extremo de la laguna (Rojo 1987:

fig. 4) lo que refuerza interpretar ésta como un lugar liminal o fronterizo.

Una posible explicación para ello es entender las espadas largas de este momento -pistiliformes, de lengua de carpa o las híbridas-, y seguramente también las lanzas, como relacionadas con un tipo de lucha y de representación de la violencia de tipo individual y de combate entre campeones. Sólo serían portadas por las elites aristocráticas y seguramente su deposición en lugares acuáticos liminales pueda deberse a una simbolización del fin de una lucha, ocultándose debido al poder mágico y simbólico de estas armas. Además, numerosas marcas sobre espadas encontradas en contextos acuáticos del resto de Europa demuestran que fueron usadas en combate (Kristiansen 2002: 320-330), por lo que podríamos entender que los rituales funerarios vinculados a estos depósitos acuáticos estuvieron causados por la muerte violenta en combate heroico de un representante de la elite guerrera de un poblado en pugna con el de otro poblado. Si tenemos en cuenta el carácter liminal de los depósitos podría pensarse en conflictos provocados por disputas territoriales entre dos poblados, llevándose la resolución de estas desavenencias a terrenos neutrales, como son los lugares fronterizos entre dos territorios políticos recientemente creados, lo que puede ser en si mismo fuente de conflictos. Ello reforzaría la idea de que una de las causas para la sedentarización en la Meseta Norte en el Soto formativo fuera la creciente competitividad territorial pasándose a constituir durante la Primera Edad del Hierro territorios políticos claramente diferenciados.

Dentro de los depósitos acuáticos del Noroeste el de Santo Estevao de Ribas de Sil representaría la panoplia aristocrática básica de este momento, una espada larga y dos puntas de lanza tubulares, mientras que los puñales, como los Porto de Mos o los Lama Cha, no aparecen en los depósitos acuáticos por lo que seguramente no formen parte de la panoplia de la elite (González Ruibal 2003a: 115). Estas características son extensibles a los depósitos de armas en lugares húmedos del norte de la Meseta, ya que en ellos tampoco aparecen puñales, y son las espadas y puntas de lanza las que al aparecer en los medios acuáticos podemos interpretar como los elementos armamentísticos básicos de la panoplia de la elite. No obstante llama la atención que algunos de los puñales aparecidos, como el burgalés de Cabañas de Juarros, sean modelos pistiliformes bastante clásicos solo que a pequeña escala, algo que también parece darse con los modelos de lengua de carpa ya que al menos uno de los puñales del depósito de Huerta de Arriba es de este tipo (Delibes y Esparza 1985: 166-167), lo que unido a la aparición de pequeñas vasijas metálicas remachadas en este mismo depósito debe hacernos sospechar de la fechación antigua para este conjunto que comentábamos más arriba.

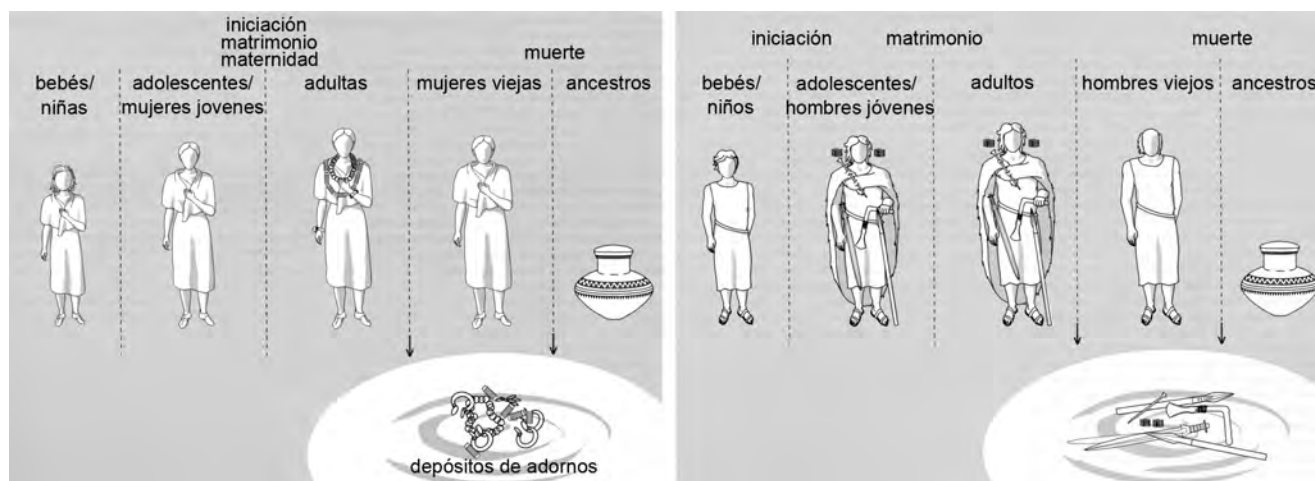
Se ha de entender todo este intercambio violento como un pilar básico de un sistema recién creado que favorece la creación y sustentación de la desigualdad, como una ruptura de la guerra primitiva que afianzaba la reproducción del orden tradicional, de la independencia de los pequeños grupos y en donde primaban las fuerzas centrífugas (Clastres 1977), y un paso hacia un nuevo tipo de combate aristocrático en donde este nuevo tipo de conflicto favorecería la unificación, la centralización y la jerarquización, puesto que es un momento en donde las elites pueden mostrar su carácter diferenciado y exhibir su liderazgo, ejerciendo poder hacia fuera y hacia dentro de la comunidad, siendo en este último caso las más afectadas las mujeres (González Ruibal 2003a: 115), en cuanto que víctimas de la violencia, al menos, simbólica. Un generalizado *ethos* masculino se transformó en el Bronce Final en una *Ideología diferenciada de guerrero*, consolidándose un tipo de guerra altamente ritualizada (Treherne 1995: 108-109).

La ubicación liminal de muchos de los depósitos acuáticos, como ya vimos que sucedía en varios casos en la Meseta Norte, redundaría en el carácter exclusivo y la separación física de los que realizan el ritual de la deposición y del depósito en sí (González Ruibal 2003a: 123-124). De igual modo que las armas, las cuchillas de afeitar como las de Huerta de Arriba y los brazaletes separan físicamente, en este caso actuando sobre el propio cuerpo del guerrero, ya que lo resaltan y enfatizan, diferenciándose con claridad la elite del resto de la población en su aspecto físico, en su tecnología del cuerpo. No es casual que las primeras fíbulas coincidan con la implantación de esta panoplia guerrera, con las navajas de afeitar y con ciertos adornos, como los brazaletes, puede que todo ello sobre ropajes de lana, ya que cada artefacto tiene la función de resaltar una parte del cuerpo del guerrero (Treherne 1995: 110), destacando por tanto los objetos de bronce vinculables al mundo masculino.

Para ver la dicotomía mujeres/hombres en los objetos de bronce se parte de la base de que hombres y mujeres se expresan de modos diferentes con los materiales desde el momento en que no son parte de la misma jerarquía, y las diferencias en los bronceos son más un reflejo material estructurado de la sociedad que algo interpretable en términos de posición individual. Si en la oposición masculino/femenino a la hora de interpretar el registro bronceo se parte de la idea de que los adornos van a sociados a mujeres y las armas a hombres en el caso escandinavo lo masculino es claramente dominante en el registro arqueológico, y especialmente en lo que se refiere a importaciones de alto nivel tecnológico y a objetos únicos. Se puede criticar que todos los adornos sean femeninos, porque también los hay masculinos (Sorensen 1987: 100), y de hecho los brazaletes en muchas partes de Europa se relacionan preferentemente con tumbas masculinas (Treherne 1995: 110). En nuestro caso el depósito

burgalés de Padilla de Abajo, en donde cuatro de estos brazaletes se combinan con una punta de lanza y un hacha plana con anillas, nos hace vincular también estos brazaletes con el mundo masculino y, en concreto, con la elite social masculina y guerrera.

Las oposiciones, fundamentalmente masculino / femenino, pero asociadas a las otras ya vistas, ordenan el universo y actúan como un mecanismo conservador que enfatiza, legitima y, sobre todo, reproduce el sistema existente más que causar su desaparición (Sorensen 1987: 100-101). Podemos pensar que en nuestro caso de estudio los pocos adornos conocidos, alguna fíbula y los brazaletes descritos, se engarzan en un universo masculino que no sólo ratifica, reproduce y amplifica crecientemente las diferencias de rango, sino que cada vez van abriendo un abismo mayor entre los hombres y las mujeres de cada poblado, reservándose solo los hombres los adornos metálicos, al menos en estos primeros momentos. Dentro de un modo de producción doméstico, en donde la adopción de la metalurgia de bronce no parece que tenga que ver directamente con la revolución agrícola, la producción y circulación de metales posibilita la expresión simbólica y material de eventuales diferencias sociales y de la emergencia de elites. Los modelos metálicos pueden verse como símbolos asociados con elites extranjeras ya establecidas, que realzan el estatuto de sus poseedores (Senna-Martínez 1998: 223). A partir del Bronce Medio en muchas partes de Europa la ideología se centró en el hombre -generado- individual y la exhibición de su equipo fue adquirida a través de intercambios interregionales y emulación de formas de beber, de decorar el cuerpo, de luchar (Treherne 1995: 111) o de realizar festines de carne (fig. 2.65). Sin embargo aquí se sufrió este proceso algo más tarde ya que un tras lapso de aparente aislamiento “atlántico” parece que la Península Ibérica volvió a conectarse a los circuitos comerciales de la fachada atlántica a partir del Bronce Final II, que es cuando en la Meseta Norte, en el Noroeste, en el Suroeste y en Portugal aparecen objetos que lo corroboran (Ruiz-Gálvez 1987: 255). Este énfasis en la comunicación y el contacto a partir del Bronce Final puede verse en diversos aspectos. Como vimos muchos yacimientos leoneses y algunos depósitos se vinculan a pasos naturales de importantes vías de comunicación, así como a rutas pecuarias. Por su parte las redes a larga distancia del Noroeste vienen desde antiguo, pero se intensificarían a fines del segundo milenio con el resto del área atlántica así como con la Meseta Norte, como indican las cerámicas Cogotas I en el sur de Galicia y Norte de Portugal, cuyas representantes más orientales pueden ser por llegada de rutas ganaderas, pero no las más occidentales que serían por intercambio. El noroeste de la Meseta se ha relacionado con la zona del norte de Portugal y sur de Galicia en función de una ubicación de los poblados en altura muy similar a lugares en alto



**Figura 2.65:** hipotéticos ciclos de vida de mujeres y hombres de alto estatus del Bronce Final y momentos preferenciales de deposición en la vida de los objetos como marcadores del paso de un estadio a otro (a partir de Fontijn 2002, modificado).

como Sao Juliao y con lotes metálicos relacionables con las elites, aunque en ninguna de ambas zonas pueda hablarse todavía de castros o poblados fortificados propiamente dichos en los momentos de transición del II al I milenio a.C. En la zona meridional gallega y septentrional lusa se supone que este proceso comenzó a darse con el cambio de milenio, algo más tarde que en la zona de las Beiras o mundo Baioes/Santa Luzia en donde ya hay castros como tal en fechas previas al cambio de milenio, y en consonancia por tanto con las fechas que actualmente se manejan para el fin de Cogotas I y el comienzo del Soto formativo. La afinidad de zonas como las tierras llanas de León con las tierras situadas inmediatamente a su occidente habría que explicarlo por las buenas vías de comunicación entre ambos territorios (González Ruibal 2003a: 71). Este énfasis en la comunicación también se aprecia en el Noroeste por el intercambio de metales con el Mediterráneo y el Atlántico y en la Meseta Norte por la llegada de alguna de esas importaciones, y en general por el intercambio de objetos metálicos con aquella zona atlántica, como ejemplifican las espadas híbridas, los brazaletes, los ganchos para carne, etc. Aunque lo que realmente viajarían no son tanto los objetos -claramente sí en algunas importaciones que llegan desde Gran Bretaña o Francia- sino las ideas, haciéndose la mayoría de los artefactos metálicos localmente y cobrando importancia en esta línea el ya mencionado fenómeno de la emulación. Circularía y se compartiría por los diferentes territorios atlánticos -en donde debemos incluir a la Meseta Norte- un *ethos* aristocrático, en donde habría una solidaridad atlántica *inter pares*, que crearía lazos extraterritoriales de cohesión y a su vez una distancia social intracomunitaria que redundaría en la acumulación de capital social y simbólico por parte de unos pocos (Ibid.: 108).

Si la Meseta Norte podemos añadirla a este conjunto de relaciones “atlánticas” entre las elites sociales no podemos hacer lo propio con el ámbito cantábrico, que se encuentra al margen de este juego,

por lo que queda claro que los cambios sociales no responden exclusivamente ni a causas externas ni a cuestiones geográficas -puesto que para los contactos atlánticos evidentemente la costa cantábrica presenta unas condiciones mucho más favorables que la interior planicie meseteña-, sino que responde más bien a cuestiones de geografía social, ya que para que los intercambios generalizados se produzcan debe haber interlocutores válidos, esto es, elites en el afán de mantener incipientes posiciones privilegiadas mediante la acumulación de capital social y simbólico, que no económico, ya que esto sólo lo constataremos durante la Segunda Edad del Hierro.

Un modelo útil para explicar como a fines del II milenio la sociedad del Norte de la Meseta comenzó a ser aristocrática, con diferencias entre sus miembros, y rompiendo el equilibrio social de siglos que se mantuvo entre los grupos cogotianos, es el modelo de *Wealth finance* (Senna-Martínez 1998: 222) en donde las elites usan joyas, bronce y vajillas para cimentar su poder y ascender socialmente, ya que las elites controlarían y poseerían los bienes de prestigio y los medios de producción -mediante el control de minas, rutas o *razzias*-. La negociación de esa cultura material va ligada a la aparición de los primeros lugares fortificados -en la Meseta Norte ya de forma fehaciente durante el Soto pleno-, y no es casual que sea en esos lugares donde más depósitos y restos haya (González Ruibal 2003a: 112). Habría que ver que tipo de circulación de metales se dió porque incluso en las zonas más dinámicas, intermediarias del comercio atlántico y mediterráneo, como es el área de las Beiras portuguesas, con su metalurgia denominada Baioes/Santa Luzia y situada cronológicamente entre el 1250-550 cal AC (Senna-Martínez 1998: 218), a la cual se la presupone como protagonista de contactos a larga distancia por parte de unos centros productores especializados en la producción metalúrgica que abastecerían a un área circundante, como el propio Senhora da Guia de Baioes (Ruiz-Gálvez 1993: 49-52), hoy este modelo tiende a desmentirse ya que se

documenta producción metalúrgica en casi todos los poblados excavados de la zona, por lo que se propone una circulación de bienes y metal a pequeña escala tipo *down-the-line*, dentro de redes de solidaridad entre élites. Ello no quita para que los objetos mediterráneos y atlánticos se expandieran rápidamente y fuesen considerados bienes de prestigio, adaptándose y copiándose localmente (Senna-Martínez y Pedro 2000: 63-65). Por lo tanto, incluso en las zonas más dinámicas dentro del comercio atlántico, en la historiografía al uso sobre este tema, hay que pensar que se dió por parte de grupos cuyas economías alimentarias permitieron muy pocos excedentes, con producciones locales de cerámica y metal que circula a muy pequeña escala y que se enmarcan dentro de lo que habitualmente denominamos autoconsumo, sin una organización mercantil estructurada y dentro de un modo de producción doméstico (Ibid.: 67). Ello no quita para que unas sociedades crecientemente sedentarias, en donde se ha consolidado una ideología guerrera de elite, por cierta lejanía que presenten, mantengan cierta reciprocidad y complementariedad dentro de un sistema sustentado por los bienes de prestigio (Kristiansen 1994: 7, 18-19). Este parece ser el caso de la Meseta Norte con respecto al sur de Galicia y norte de Portugal principalmente, mediante un amplio sistema *down-the-line* entre poblados y regiones vecinas. Frente a esta aparente primacía de la explicación externalista en la causación de la desigualdad social habría que añadir que si entre las elites cogotianas, seguramente de escasa diferencia tanto material como simbólica con respecto al resto de la sociedad, no se hubiera primado en un momento de finales del II milenio a.C. la consolidación de las relaciones a larga distancia y la obtención y emulación de bienes de prestigio, las desigualdades sociales que se perciben con claridad en momentos soteños no habrían sido tan marcadas. Ello provocó la ruptura de un *ethos* comunitario que sin embargo sí que se mantuvo entre los pobladores mas norteños de la península. Esa ausencia de elites con afán de diferenciarse del grueso del grupo, y por tanto la ausencia de necesidad de buscar y emular bienes de prestigio y consolidar contactos a larga distancia, es lo que explica las escasas penetraciones de materiales meseteños en el mundo cantábrico, como veremos al final del capítulo, ya que las elites meseteñas no entendieron a los grupos cantábricos como unos interlocutores válidos puesto que les fue imposible establecer con ellos relaciones de reciprocidad aristocrática *inter pares*.

Frente a la causación externa también está el hecho de cómo expliquemos los objetos foráneos en una determinada zona. Por ejemplo los objetos locales y externos pueden hacer que entendamos como, si bien una región puede estar vinculada a un sistema cultural más amplio, a su vez se puede ver como tienen un carácter diferente y son una manifestación

material específica. Lo importante no es documentar una importación en una determinada zona sino su adaptación local específica, y su uso y función en ese territorio. Es en ese sentido donde cobran importancia las influencias que se comunican tanto por difusión, mercado o intercambio. Las importaciones constituyen un grupo separado en la cultura material, ya que tiene un carácter dual puesto que se adaptan a la cultura local, pero son vistas como extranjeras y fuera del sistema, lo que les da importancia y asigna su potencial en el sistema, por ser vistos como objetos únicos. Pueden provocar cambios en las normas y valores, y son susceptibles de ser manipulados con este fin. La relación entre productos locales e importaciones se ve en la influencia de los primeros sobre los segundos en lo que a las imitaciones locales se refiere, y menos en la participación de las importaciones en las actividades locales (Sorensen 1987: 95-96). Las diferencias en las adaptaciones locales de los objetos extraños se relacionan con el grado de foraneidad de dichos objetos, la regularidad del contacto y la relación de esos objetos con la división masculina/femenina de objetos tales como armas y herramientas (Ibid.: 97). En la Meseta Norte la emergente elite guerrera en poco tiempo impuso el fin de los modelos metalúrgicos locales -los vinculables a Cogotas I- y la creación de una nueva “metalurgia atlántica” mediante la emulación de tipos foráneos, principalmente. No debe ser casual que la resistencia de algunos tipos locales, tales como algunas hachas planas y puñales, o la creación de tipos nuevos bastante particulares sin grandes semejanzas en otros lugares, como las hachas planas con anillas o las de apéndices laterales, sean los objetos que menos debieron intervenir en el mantenimiento y reproducción del poder de las elites, como podría constatarse en los depósitos.

Dentro del mantenimiento de ese poder de las elites emergentes durante el Bronce Final-Hierro I de la Meseta hemos de aludir también a una serie de actos rituales vinculados a la comida. Ganchos de carne, asadores articulados y calderos se han relacionado con actos de comensalidad rituales en los que la elite o grupos de edad o sexo -jóvenes guerreros- consumiría carne hervida o frita -y en donde el fuego tendría un importante papel- ya que en el mediterráneo suelen aparecer en tumbas masculinas ricas, casi siempre de guerrero (por ej. Ruiz-Gálvez 1998: 216; Delibes, Fernández Manzano y Celis 1992-93: 424). Puede que estos actos de comensalidad estén relacionados con prácticas redistributivas por parte de los jefes / elites (Needham y Bowman 2005: 126-127). Las reparaciones, adaptaciones funcionales y refuerzos para aguantar grandes cantidades de peso, así como la asociación en no menos de seis casos de calderos y ganchos de carne, debe hacer que nos decantemos por el uso de los calderos para cocinar y consumir carne de forma colectiva (Armada 2008: 152-154). Si bien los calderos y los ganchos de carne tienen sus referentes

en el ámbito atlántico, los asadores articulados ya se corresponden a un momento de interacción entre el Atlántico y el Mediterráneo, por lo que si para los dos primeros podemos aludir a objetos fechados a partir del s. XIII cal AC, para los asadores articulados podemos ir como muy atrás a la transición entre el s. XI y el X, por lo que se ha propuesto esta última fecha como el momento de afianzamiento de los lazos entre los dos mares citados, asumiéndose a partir de entonces en el ámbito atlántico los metales para el banquete y sus connotaciones simbólicas (Ibid.: 149-152). Con estos actos de comensalidad de las elites que pueden relacionarse perfectamente a consumos conspicuos y destrucción de riqueza como la referida para ciertos depósitos, pero en la forma de comida, y por tanto muy semejante al *Potlatch* de la literatura etnográfica, estarían también las vajillas cerámicas bruñidas del centro-norte de Portugal, que en algún caso tienen claras concomitancias con las decoraciones bruñidas del área tartésica -rombos rellenos de rayas, dientes de lobo- (González Ruibal 2003a: 109). Dentro del repertorio cerámico del Soto inicial ya vimos como las piezas carenadas y bruñidas representaban una de las características del momento, y pueden relacionarse perfectamente con esta nueva ritualidad de las elites sociales que debemos añadir a la comentada a propósito de los objetos metálicos para banquete, sólo que puede que la vajilla cerámica bruñida en parte también fuera destinada al consumo de bebidas alcohólicas. Ello podría comprobarse también en el hecho de que parece que esta vajilla bruñida soteña se encuentra mucho más individualizada que el resto de las producciones cerámicas del momento. Como ya dijimos estos vasos carenados se han relacionado con algunas de las producciones cerámicas de Cogotas I, pero también podemos vincularlas a esa moda que se dió por diferentes áreas de la península, en concreto con la zona lusa, donde las más que evidentes pruebas de contactos con la Meseta Norte lo sustentaría, o con el Suroeste, cuyas relaciones se mostrarían ya desde Cogotas I con la llegada de fíbulas de codo, y posteriormente, ya en momentos soteños plenos, por materiales del mediodía peninsular como son algunos platos o tapaderas, ciertas copas similares a las del poblado orientalizante de Medellín, las cerámicas pintadas, pebeteros de las colonias fenicias andaluzas o el broche de cinturón de Ojo Guareña (Romero y Ramírez 2001: 63-65). De todos modos los paralelos formales para esos vasitos carenados bruñidos de la Meseta Norte se han visto tanto en la última de estas zonas, el sur peninsular incluyendo también la submeseta sur y el Levante, como en el área lusa, y coincidiendo en todas estas zonas las cronologías que irían entre 1100/1000 AC y el 850/750 AC, coincidiendo con el Soto formativo (Quintana y Cruz 1996: 34-35) y, por lo tanto, con la cronología general para los objetos metálicos de carácter culinario (calderos, ganchos de carne y asadores).

Una novedad del Bronce Final, entonces, es el equipo simposiaco diferenciado, tanto cerámico como metálico. Las fiestas, los banquetes, pueden ser una clara consecuencia de la generalización del conflicto en esta época, rastreable por la proliferación de armas y por las disputas territoriales que todo proceso de sedentarización conlleva. Las “taças carenadas” lusas, algunas de acabados muy cuidados, responden a esta idea, siendo muy frecuentes en la zona de Baioes y enrareciéndose hacia el norte. Su límite norte se puede situar en la margen derecha del Miño. Son diferentes tipos de vasos, de variadas carenas, con acabados bruñidos o pulidos, que cada vez van exvasando más sus bordes a imitación de modelos mediterráneos. Claramente se relacionan con actos de comensalidad, raramente están en yacimientos abiertos y sí en lugares en alto. Comparándose con otras vajillas de banquetes, como la campaniforme, se ve que están mucho menos estandarizadas y por lo tanto parecen responder a una personalización de los cacharros. Es posible que esta vajilla cerámica se usara en festividades más cotidianas como son los ritos de paso o las festividades agrícolas, mientras que la otra vajilla cuidada documentada, la de los calderos remachados, a los que debemos unir los ganchos de carne y los asadores, se asocian a un consumo conspicuo de carne por parte de las elites, y ya reservado a un sector masculino y adulto de la sociedad. Son formas de ritualidad que suelen estar asociadas a grupos sociales en donde la ganadería, y especialmente el ganado bóvino, tiene importancia a la hora de conseguir prestigio y posición social. De todos modos hemos de pensar en los diferentes usos sociales de los banquetes de carne, ya que en algunos casos pueden ser usados por las elites para conseguir seguidores, mientras que en otros casos pueden ser banquetes exclusivos para las elites. Los banquetes en muchas ocasiones se dan tanto cuando se intercambia entre comunidades como cuando se sella el fin de la violencia, que al fin y al cabo son dos formas diferentes de intercambio social: la guerra y el comercio (González Ruibal 2003a: 116, 127-128).

En el norte de la Meseta tenemos la vajilla carenada -que podría estar influida tanto por el suroeste peninsular como por el área lusa, debido a los consolidados contactos con esta zona- como calderos remachados y ganchos de carne, lo que da para interpretarlo de un modo muy similar al del área lusa, y compararlo con las formas de comensalidad ritual precedentes, donde la vajilla de banquete cogotiana, de uso aparentemente más democrático, nos haría pensar de nuevo en un aumento de la diferenciación social parejo al proceso de sedentarización y, de nuevo, en una pérdida de protagonismo social de las mujeres. Si en Cogotas I la vajilla altamente decorada fue clave en la negociación social entre diversos grupos, mediante rituales en los que se compartía comida y bebida alcohólica, a partir del Soto la decoración de la vajilla

en general decreció drásticamente, por lo que podríamos pensar que, excepto en el caso de la vajilla carenada y bruñida, las cerámicas pasaron a tener un uso más interno dentro del poblado, reservándose en este momento los metales -incluida la vajilla metálica y los asadores y ganchos para carne- a la negociación interaldeana liderada por unas elites que usaron precisamente esa negociación e intercambio social, sea en la forma de conflictos armados como de intercambio de regalos, para sustentar su poder. Por lo tanto al final de Cogotas I vemos ya una parte de la cultura material que es de carácter individual -fibulas, espadas- y en el Soto una ruptura definitiva del *ethos* comunal, sustituido por el *ethos* aristocrático. La “metalurgia atlántica” puede entenderse como constructos culturales creolizados ampliamente adoptados por unos cuantos individuos de amplias regiones. Lo que podríamos preguntarnos es si ello les permitió mantener el poder mucho tiempo y cómo se lo permitió. Es decir, preguntarnos sobre cuáles fueron las estrategias sociales de la elite para imponer a su grupo social esta nueva cultura material extranjera con la que ahora se identifican. Sea como fuere estas maniobras de ruptura de la ortodoxia social consolidaron los cambios culturales y sociales en un periodo de unos dos siglos, que es lo que media entre el final de Cogotas I y el comienzo del Soto Pleno. Cambios que hemos analizado a lo largo de este capítulo y que abarcan a todas las facetas sociales, inaugurando así una Edad del Hierro en la Meseta con unas diferencias de rango y de género que se dispararán en los siglos venideros.

Pese a que algunos de los calderos metálicos con remaches mejor conocidos de este momento están ya dentro del área cantábrica -Lois, Cabárceno-, como veremos en el capítulo 3, no podemos interpretarlos del mismo modo que los normeseteños o portugueses ya que, por un lado, no contamos en el norte peninsular ni con asadores o ganchos de carne ni con una vajilla cerámica cuidada que imite a la metálica, ni, por otro lado, los contextos de aparición de dichos recipientes metálicos, cuando nos son conocidos, dan para interpretarlos en clave de desigualdad social, sino, más bien, para todo lo contrario, para ratificar la doxa social comunitaria en un momento tan crítico como puede ser el de la erección de los primeros poblados estables fortificados a partir de fines del s.IX cal AC, momento a partir del cual debemos fechar la mayoría de los calderos norteños, como veremos.

### **Metalurgia cantábrica Vs. metalurgia meseteña: hacia una conceptualización de las fronteras culturales.**

Nos ocuparemos ahora de una serie de materiales de indudable raigambre meseteña que se reparten por territorios ajenos a esas formas culturales, como es el sector centro-occidental de la Cordillera

Cantábrica (ver fig. 2.48). Esta zona del norte peninsular, que hemos venido definiendo por sus particulares formas culturales (básicamente funerarias y metalúrgicas, así como alguna muestra de Arte Esquemático durante los primeros siglos del II milenio a.C.), así como por su refracción a las formas culturales propias de los grupos arqueológicos normeseteños (Parpantique-Cardenosa, Proto-Cogotas, Cogotas I y Soto formativo) y por ser la zona en donde surgirán poblados estables fortificados a partir de fines del s.IX cal AC, la podemos enmarcar, sin límites rígidos, en la actual Asturias, el tercio norte de León y la actual Cantabria hasta la zona del límite de vertientes, en la comarca de Reinosa. Veremos a continuación como una serie de elementos metálicos meseteños penetraron, no obstante, hasta estas regiones septentrionales, para más adelante intentar explicar el motivo de dichos contactos.

Ya aludimos más arriba a la espada de Sobrefoz (Ponga, Asturias), que marca el límite más septentrional de las espadas híbridas que se reparten por el noroeste de la Meseta Norte, sur de Galicia y norte de Portugal (por ejemplo Harrison 1974: fig. 4). Como ya dijimos la espada apareció en una estructura circular en el centro del caserío actual cuando los vecinos removían el suelo (Diego 1961b: 448). Sobre si esa estructura es una cabaña o una tumba de un posible asentamiento prehistórico, que en parte se encontrase bajo el actual pueblo, poco más puede añadirse a que el lugar posee una excelente ubicación, con defensas naturales forjadas por la hoz del río Ponga y controlando un paso de acceso a las brañas en los puertos entre León y Asturias (puertos como los de Ventaniella o Tarna). En lo que sí debemos detenernos es en desmentir el falso depósito que supuestamente formaba esta espada junto a un puñal de antenas (Blas y Fernández Manzano 1992: 401), ya que este puñal, típico del occidente de Asturias y Galicia, no fue referido por el coleccionista Soto Cortés como procedente de Sobrefoz y seguramente habría que pensar que procede de Los Ozcos (occidente de Asturias) (Álvarez Martínez 2010: 103-105).

Respecto a los palstaves, pese a poder definirse algunas características cantábricas -esbeltez de las formas y ricos bronce ternarios-, como vimos más arriba, es complejo poder establecer si son producciones locales o importaciones meseteñas, ya que en líneas generales son tipos muy similares compartidos en amplias zonas. Sin el concurso de analíticas y del reconocimiento de decisiones tecnológicas que podamos situar geográficamente no nos es posible definir con mayor claridad zonas concretas para tipos específicos que las ya vistas más arriba. No debemos descartar que en los contactos entre grupos meseteños y cantábricos también se intercambiaban hachas de este tipo, sin que podamos definir cuales serían las producciones meseteñas o

cantábricas. Duda que podría asaltarnos por ejemplo con los palstaves del norte de León, como las de talón y una anilla de San Emiliano y Cofiñal, la de talón y dos anillas de Pontedo (Gutiérrez González 1985: 67, 136, 188), las de Cofiñal, Cistierna, Manzaneda, Riello, Omaña, Benllera o las tres que aparecieron junto a un cincel de cubo en Camposalinas (Celis 2002: mapa 2), del norte de Palencia, como la de Roscales o algunas del sur de Cantabria como las de Requejo y Salcedo de Valderredible (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: fig. 37). De todos modos ya vimos como alguna de ellas, como la de Cistierna, por sus porcentajes de plomo podría vincularse con mayor facilidad a las producciones cantábricas que a las meseteñas, lo que redundaría en la afinidad cultural del norte de León con la zona asturiana y cántabra.

Algo diferente ocurre con las hoces tipo Castropol, que aparecen principalmente en el área occidental cantábrica -Asturias y norte de León- (Camino 2003: 166 y fig. 2), pero también contamos con algún representante claramente del ámbito soteño como es el molde de Sacaos (Luengo 1961: 105), que nos hace ver como también en alguna ocasión, pese a la norma general, en los poblados del norte de la Meseta también se emularon formas culturales cantábricas.

Sin embargo es más sencillo con otro tipo de objetos típicos del norte de la Meseta, como son las hachas planas de apéndices laterales curvos. Como vimos estas hachas se concentran en el tramo superior de la Meseta Norte, en las provincias de León y Palencia, siendo un producto claramente meseteño (Blas 1984-85: 287). Que estas hachas participaron en intercambios entre diferentes poblados parece probado por el hecho de haber llegado hasta la costa atlántica entre el Miño y el Douro (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 80) dentro de las afinidades de complejidad socioeconómica y de intercambios a larga distancia de ambas zonas. De las cuarenta conocidas, contando las de apéndices laterales curvos y rectos, veintisiete se encuentran en la zona Meseteña entre el Duero y los Montes Cantábricos, mientras que cuatro de ellas penetran en la región cantábrica y tres en el valle del Sil (dos en Ponferrada y una en Barco de Valdorras) (Ibid: 80) reiterando de nuevo estas últimas las rutas de contacto entre el noroeste del valle del Duero y el sector meridional del Noroeste. Además, los materiales metálicos compartidos en la zona berciana con el sur de Galicia, el norte de Portugal así como con la Meseta Norte, más los materiales soteños que aparecen en este territorio, nos hacen vincular la hoya del Bierzo, en lo que a formas culturales y complejidad socioeconómica se refiere, con las áreas que lo envuelven al este y oeste, pero no con el ámbito cantábrico. Podemos pensar en unas formas culturales para la zona montañosa del occidente leonés propias de frontera, como las que veremos más adelante para

el sur del territorio cantábrico, pero con la característica particular en el primero de estos territorios de que los grupos que interactuaron compartían un mismo código arsitocrático. Esta mezcla cultural del Bierzo, y en general del occidente de León, de elementos normeseteños y del Noroeste la seguiremos viendo durante la I y II Edad del Hierro, por lo que nos resulta llamativo que los castros de esta zona se hayan utilizado como arquetipos de la “cultura castreña” y de los “castros astures” (por ejemplo Sastre 2002, y críticas en capítulo 3 y 4). En líneas generales el occidente de León y Tras-os-Montes basculan culturalmente hacia el ámbito meseteño (Esparza 1983; Lemos en González Ruibal 2003a: 133) y en concreto El Bierzo, tras el vacío de información en el periodo Cogotas I, podría vincularse también a los grupos arqueológicos meseteños de este momento, como es el Soto de Medinilla, excepto en su franja norte (Ancares, Valle de Fornela) que, como veremos, debe englobarse dentro de las formas sociales cantábricas. Quizás algunas de las cerámicas de los niveles antiguos de Castro Ventosa (Cacabelos, El Bierzo) (Marcos Contreras y otros 2003: 221 y fig. 36) puedan ser vinculadas al mundo soteño y corroborar por tanto lo que decimos.

Centrándonos en las hachas planas con apéndices laterales curvos del territorio cantábrico podemos aludir a algunas del norte de León, zona que podemos englobar en el ámbito cantábrico perfectamente, que no casualmente se hayan en la cabecera de ríos, o lo que es lo mismo, en las principales vías de comunicación para alcanzar los pastos de verano de los puertos de montaña cantábricos, como puede ser el río Luna, al que ya nos referimos a la hora de hablar del Bronce Antiguo y que seguiremos viendo durante la Edad del Hierro y época romana como una vía de especial importancia en la comunicación norte sur. Nos referimos a las de Oblanca y Mirantes de Luna en el alto Luna y ya muy próximas a los diferentes puertos que separan de Asturias, o la de la zona de Boñar en el alto Porma (Celis 2002: mapa 2; Gutiérrez González 1985: 63, 67). Respecto a la de Oblanca al parecer fue encontrada entre Villar de Cos y Caldas de Luna, en una zona donde aparecen materiales como sepulturas, molinos de mano, pulseras y vasos de vidrio (Blas 1984-85: 287), vinculables al lugar denominado El Castro, aunque realmente el hacha apareció en una amplia pradera al suroeste de dicho poblado (Gutiérrez González 1985: 63). Pese a que se haya dicho que la de Oblanca y la de Cea son las únicas encontradas en castros (Blas 1984-85: 288), habría que matizar que en Cea, bajo el castillo medieval, el lugar donde apareció el hacha, lo que se ha documentado por la cerámica allí aparecida es un yacimiento soteño (Celis 2002: mapa 3), por lo tanto en la línea de la aparecida en el también soteño yacimiento de Fradellos (Zamora) (Esparza 1978), mientras que Oblanca es un castro



cantábrico (Gutiérrez González 1986-87: cuadro) muy similar a los de la zona asturiana, y con el depósito del hacha en la zona exterior del poblado.

Ya en Asturias, pero siguiendo la misma tónica de deposición, es decir, en zonas de altura ricas en pastos de verano y muy próxima al límite administrativo con León, encontramos la de Piñera (L.Lena), aparecida en el valle del Güerna, histórico pasillo entre los dos lados del cordal cantábrico (Adán y Martínez 1999: 104), mientras que la de Los Mazos (Ayande) (Blas 1984-85: 284) penetra bastante hacia el norte respecto al núcleo difusor meseteño. Las aludidas como de Cangues d'Onís (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 80) seguramente proceden casi con toda seguridad de la colección Soto Cortés, ubicada en la aldea de Labra, dentro del citado concejo, pudiendo verse una de ellas en las fotografías antiguas de dicha colección (Diego 1960b: fig. 6). Son del mismo tipo que el resto, de filos distendidos y apéndices laterales curvos, pero no podría asegurarse donde fueron compradas por Sebastián Soto Cortés.

Siguiendo a los autores del estudio sobre la colección Fontaneda podríamos pensar que las puntas de lanza tubulares meseteñas asociadas al Soto (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 72) ofrecen un panorama de penetración en el mundo cantábrico diferente al de las hachas de apéndices laterales curvos, ya que sus representantes más septentrionales serían las puntas de lanza del depósito leonés de Bembibre (Ibid.: 72), y por tanto todavía en una zona que culturalmente ya hemos definido como más afín a la Meseta Norte que al norte peninsular. Quizás ello podría corroborar que la panoplia armamentística no individualizada del norte de la Meseta tuvo un papel secundario en las relaciones entre los grupos del Soto formativo y los cantábricos. No obstante, el aparente paralelismo tipológico entre algunas puntas de lanza de la zona de Cantabria -Cueva Cervajera, Pico Cordel y Monte Hijedo- con otras de Burgos como las de Huerta de Arriba (Blas y Fernández Manzano 1992: 408) dificulta el uso de estas producciones, al igual que ocurre con los pasltaves, para el análisis de los contactos entre los grupos de la zona llana y la montaña en nuestro área de estudio, al menos hasta que sean publicados estudios en los que se presenten las composiciones metálicas de las lanzas cantábricas y así podamos percibir unas diferencias tecnológicas que con el mero análisis formal no alcanzamos a vislumbrar. El depósito de Pico Cuervo, con palstaves y hachas planas con anillas, entre Burgos y Cantabria, puede ser otro ejemplo de límite norte de las formas culturales meseteñas más que de penetración.

Partimos de la idea de que la dispersión de la cultura material meseteña y cantábrica -con las evidencias de contactos culturales entre ambas entidades- y la caracterización de los diferentes tipos

de nomadismo, de complejidades socioeconómicas y de procesos particulares hacia la sedentarización, están poniendo de relieve la existencia de una frontera cultural de tiempo largo en el piedemonte cantábrico, cuyas características y relaciones sociales son diferentes y no tienen porque coincidir con las generadas en la interacción entre los grupos de la Meseta Norte con los de la costa atlántica peninsular. El problema de los frecuentes estudios sobre fronteras culturales realizados en Arqueología es que se basan en modelos de centro-periferia que son claramente una perspectiva colonialista realizada sobre modelos de sistema-mundo, en donde parece que la transmisión de las innovaciones culturales depende de que vengan del centro dominante a la periferia pasiva (Lightfoot y Martínez 1995: 471-472), lastre teórico-metodológico de especial importancia en el Bronce Final Atlántico, en el que se inserta nuestro ámbito de estudio (ver más arriba). Los estudios de centro-periferia (por ejemplo Kristiansen 1994; Ruiz-Gálvez 1998), conllevan varios problemas en la conceptualización de las fronteras, como es el hecho de entenderlas como lugares pasivos que dependen de las innovaciones del centro o que sólo usen la escala de análisis macro. Además, suelen tener la expectativa de que estas fronteras vayan a estar definidas por materiales diagnósticos, casi siempre desde una perspectiva bastante estática. Se suele entender desde estas perspectivas basadas en los sistemas mundo que las fronteras marcan barreras culturales semipermeables que pueden restringir interacciones sociales, filtrar el intercambio de información y limitar los movimientos de algunos materiales entre gentes a ambos lados de la frontera. Pero pueden verse como lugares de encuentro en donde confluyen gentes de diferentes territorios, donde grupos, especialmente los de escasa desigualdad, se solapan y entrecruzan. Las fronteras son lugares inmejorables para estudiar interacciones interétnicas, desarrollos de nuevos materiales y de innovaciones culturales, así como la construcción, negociación y manipulación de las identidades de grupo. Frente a esta perspectiva las fórmulas basadas en el centro-periferia implican cierta jerarquización de las formas culturales, entre colonizadores y nativos, entre innovadores culturales y recipientes pasivos, entre ideología de dominación y resistencia (Lightfoot y Martínez 1995: 473-474, 483).

Podemos reconceptualizar las fronteras como lugares de límite de esferas culturales y donde principalmente tienen lugar los contactos culturales. Las fronteras como lugares cargados culturalmente donde constructos culturales innovadores pueden ser creados y transformados, es decir, como las líneas delanteras donde se da la creolización o sincretización de constructos culturales en situaciones de contacto cultural. Por lo tanto deben ser entendidas como zonas de interfaz cultural en donde unidades sociales que se entrelazan y solapan pueden ser definidas y

recombinadas a diferentes escalas de análisis temporal y espacial y en donde se pueden estar creando gramáticas culturales novedosas, diferentes a las de origen, con nuevas funciones sociales (Haring 2004: 3-5; Lightfoot y Martínez 1995: 472). Pero tampoco hemos de caer en el error de pensar que aunque las situaciones de frontera puedan devenir en hibridaciones o creolizaciones esto tenga porque suceder siempre. Tanto entre grupos que tuvieron interdependencia económica e intercambio, como en la frontera romana de Germania, como en las fronteras entre sociedades tradicionales africanas de igual complejidad socioeconómica, se ha podido documentar como en ciertas situaciones de frontera se ha primado la continuidad cultural o reproducción sobre el cambio o la hibridación (Parker 2006: 86-87). Ello se debe a que las fronteras están influidas por una variedad de factores geográficos, políticos, demográficos, culturales y económicos de los grupos humanos que en ellas concurren, y deben verse como extremadamente dinámicas y a menudo inestables, en donde se exhibe un marcado grado de variabilidad en el espacio y el tiempo (Ibid.: 77). Por ello las fronteras pueden ser definidas como zonas de interpenetración entre dos grupos distintos, es decir, que separan dos tipos de unidades políticas o culturales, lo que no quita para que en ocasiones haya zonas vacías y no haya contacto físico directo. En nuestro caso concreto estaríamos tratando con fronteras en el sentido de las *frontiers* británicas, es decir, como lugares de encuentro de gentes en donde los límites culturales y geográficos no están claramente definidos, más que con el concepto de *borders*, que haría referencia a los límites entre potencias coloniales y estados modernos, con claras delimitaciones geopolíticas. Es decir dos polos definidos por un lado por lo poroso, fluido y zonal (*frontiers*), y por el otro por lo restrictivo, estático y lineal (*borders*). Las múltiples posibilidades entre estos dos polos ideales dependen de los citados factores geográficos, políticos, demográficos, culturales y económicos de cada zona, que propician dinámicas de fronteras, cambiantes en el tiempo, como cambiantes e históricos son los factores que las determinan (Ibid.: 79-81, 94).

Respecto al sector centro-occidental cantábrico y su piedemonte meridional en un sentido geográfico posee una orografía que es en sí misma una imponente barrera física, formado por una serie de sierras que discurren principalmente de este a oeste y de norte a sur en su extremo occidental, en donde se encuentran las cotas más elevadas de la Cordillera Cantábrica (los Picos de Europa), y que además son límite de vertientes hidrográficas y de áreas climáticas (capítulo 1). Podría pensarse por ello, como han hecho otros autores, que se trata de una auténtica barrera física que impediría el contacto cultural y abocaría a las poblaciones cantábricas al contacto por vía marítima dentro del Bronce Atlántico. Sin embargo, como

hemos visto, ni los contactos atlánticos son una característica de la zona durante la Edad del Bronce ni las zonas de alta montaña cantábrica muestran este vacío cultural sino más bien todo lo contrario, ya que será el piedemonte cantábrico el sector con mayor concentración de depósitos de la Meseta Norte. En este punto es donde entran en juego otros factores geográficos en combinación con los de tipo cultural, político y económico, como son la gran riqueza de las áreas de alta montaña cantábrica en recursos como los pastos estivales, fundamentales para las poblaciones nómadas en donde la ganadería fue la principal fuente de riqueza, y por lo tanto el pastoreo una actividad fundamental, con la diversidad de sistemas y movimientos nómadas que describimos más arriba, y que básicamente son los recurrentes de tipo cantábrico y los arbitrarios o circunstanciales, que también podríamos denominar aleatorios, de tipo meseteño. Además, estos mismos lugares, aparte, son también ricos en veneros cupríferos. Pensemos que ambos tipos de recursos escasean en todo el valle del Duero y que hasta el Sistema Central no vuelven a aparecer. De hecho las fuentes de recursos metalíferos pueden ser entendidas en líneas generales como propicias para crear situaciones de frontera (Parker 2006: 92). En última instancia los que ratificarían estas suposiciones son en sí mismo los factores culturales que tendremos en cuenta a continuación, que no son otros que la presencia y distribución de depósitos de objetos bronceos tanto meseteños como cantábricos en una misma franja geográfica que de este a oeste discurre por el piedemonte meridional cantábrico y que abarca incluso el límite meridional de Asturias y Cantabria. Podríamos hablar de hecho de una penetración de objetos bronceos de tipo meseteño en el territorio cantábrico, penetración que viene de largo y que analizamos para comienzos del II mil. a.C., pero que seguramente arranque de los primeros momentos de las economías productoras de alimento. En este sentido la alta concentración de depósitos del extremo noroeste de la Meseta y piedemonte cantábrico durante el Bronce Final (Jimeno 2001: 241; Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 173), ha sido vista en otras zonas de Europa occidental como un síntoma claro de frontera cultural. En el caso de los depósitos acuáticos de Francia éstos se concentran en una franja bastante estable al exterior de la zona en la que los objetos metálicos se vinculan a los Campos de Urnas, y más allá de la cual los objetos metálicos se relacionan ya a la metalurgia atlántica, es decir, entre el complejo cultural Nord-Alpino y el de la Cultura de la Mancha (Bradley 1990: 139; Brun y otros 1997: 97). De igual modo se ha dicho que las concentraciones de depósitos pueden señalar zonas de frontera y tensión territorial, como es el caso de la zona del Miño donde recibe al Louro y al Tea, que son dos grandes rutas de penetración hacia el interior de Galicia. De hecho el Miño ya se ve como fronterizo

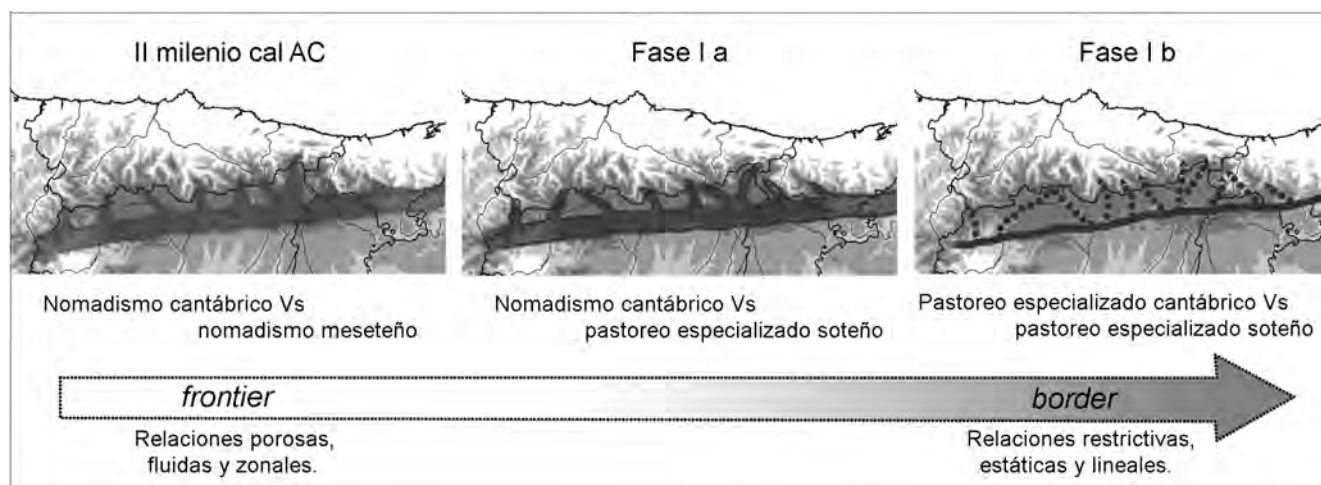
desde el Calcolítico por la concentración de petroglifos (González Ruibal 2003a: 97).

Al contrario que en la frontera gala recién aludida en nuestro caso concreto de frontera cultural durante el Bronce Final no hay la circulación recíproca de armas que allí se dió (Brun y otros 1997: 100), aunque sí una sobrerrepresentación de armas en el extremo norte de la Meseta, que podemos extender al sur de Galicia y norte de Portugal. Ocurre lo mismo con las hachas ya que en esa zona, entre el Lima y el Ulla, es donde hay mayor concentración de depósitos de este tipo, para decrecer el número entre el Lima y el Douro y ser muy raros en el grupos Baioes/Santa Luzia -aquí ya sólo dentro de los castros- (González Ruibal 2003a: 103). Seguramente haya que explicar esa alta concentración de armas y herramientas entre estos grupos de creciente ideología guerrera en relación a su situación fronteriza con respecto a los grupos septentrionales, incluyendo el norte de Galicia, más similar en cuanto a trayectoria histórica al occidente cantábrico que al sur de Galicia. El carácter más igualitario de los grupos septentrionales, su anclaje en formas de economía moral y el no haber incorporado aún la ruptura del *ethos* comunal, no obstante, debió de influir en el hecho de que las armas no fueran prácticamente utilizadas en los contactos de frontera, todo lo contrario que las hachas y las hoces. La excepción es la espada de Sobrefoz, que podemos entender como una de las escasas armas normeseteñas que penetra hasta la zona cantábrica. Ello no significa que los meseteños del final de Cogotas I y Soto formativo tuvieran unas relaciones pacíficas hacia el norte, y hacia el oeste y entre ellos violentas, por el hecho de intercambiarse armas, ya que la alta concentración de los depósitos de armas acuáticos puede ser precisamente verse como un forma sustitutiva de la violencia (Bradley 1990: 139-140), además de que, como hemos visto, entre las gentes soteñas también hubo intercambio de hachas. Lo que sí revela ello es que de todos los tipos de intercambio y deposición de metales que manejan las gentes soteñas principalmente se dieron en la negociación con los grupos cantábricos aquellos en los que pudieran verse reflejadas ambas partes, es decir, los basados en herramientas como el hacha y en formas colectivas de ritualización y negociación social.

Hace tiempo que algunos autores han desarrollado modelos explicativos para tratar las relaciones entre los grupos meseteños y los cantábricos durante el “Bronce Final Atlántico”. En este sentido es reseñable la rectificación en los últimos tiempos por parte de los principales especialistas en el tema. Se ha propuesto recientemente que las mezclas culturales que vemos al sur de la zona cantábrica procederían del aprovechamiento ganadero de los pastos de la Montaña Leonesa y norte de Palencia -a lo que podríamos añadir el sur de Asturias y Cantabria-, siendo estas zonas lugares de encuentro para

poblaciones de las dos vertientes, forjándose unos lazos que ya procederían de antes del Bronce Antiguo (Delibes, Fernández Manzano, Fontaneda y Rovira 1999: 178). Hemos de pensar que las poblaciones de comienzos del I milenio a.C. del norte de la Meseta siguieron abasteciéndose ellos mismos de los veneros cupríferos del reborde montañoso del norte de la cuenca del Duero así como de sus pastos estivales, igual que ya lo harían sus antepasados cogoteños. La competitividad entre los grupos soteños por la explotación de estos recursos sumaría tensión social a la propia de las ideologías aristocráticas emergentes que ya vimos más arriba. Que entre esas gentes se empezase a dar un proceso sedentarizador en los dos primeros siglos del milenio no excluye que aquellos movimientos ganaderos se hubieran seguido desarrollando, aunque ya serían bajo la forma de ganadería especializada, en donde sólo una parte del grupo se movería con el ganado, y ya no el grueso del grupo social, como en los tiempos anteriores. No obstante creemos que según avanzase el proceso sedentarizador meseteño las grandes rutas de movimiento de ganado de época cogoteña debieron tender a reducirse, debido a la nueva y creciente fragmentación política del territorio, especialmente cuando al proceso sedentarizador normeseteño (fase I a) se le uniera el cantábrico (fase I b) a partir de la transición entre los ss. IX y VIII cal AC con el primer paisaje castreño. Por un lado ello explicaría el alto número de metales en circulación en el extremo norte de la Meseta, visible en la alta densidad de depósitos, sobre todo si se compara con el resto del valle del Duero. Seguramente aquellos grupos de la franja norte de la Meseta a partir del Soto formativo serían los que tuvieron acceso a los veneros cupríferos y pastos estivales cantábricos, para lo cual tuvieron que negociar con los aún grupos nómadas cantábricos. No sería el caso de los grupos del centro de la cuenca del Duero, que una vez comenzado el proceso sedentarizador comenzarían a tender al intercambio para abastecerse de materias primas como el cobre y a centrar sus economías en el cereal.

Por otro lado el nomadismo de los grupos cantábricos y la transición en esos siglos del nomadismo meseteño al movimiento ganadero especializado debe hacernos pensar en fronteras culturales aún no marcadas por la territorialidad sino por el entrecruzamiento de diferentes movimientos ganaderos y la convergencia en los mismos pastos de altura y zonas ricas en cobre. Es decir, herederas de las fronteras culturales de la Edad del Bronce. Las fronteras que marcamos no son reales sino orientativas, porque la alta movilidad de los grupos nos hace ver el territorio como permeable a multitud de movimientos de diferentes grupos, sin que podamos marcar líneas fijas inamovibles ni territorios políticos claramente definidos. En la terminología de Parker (2006) estaríamos todavía hablando de *frontiers*



**Figura 2.66:** evolución de las relaciones de frontera entre los grupos arqueológicos cantábricos y normeseteños a lo largo de la Edad del Bronce y comienzos de la Edad del Hierro en función de los diferentes tipos de nomadismo y de los diferentes ritmos en el paso hacia formas de vida sedentarias.

porosas, fluidas y zonales, más que de *borders*, lo que no excluye la negociación política para explotar los recursos críticos o que los diferentes grupos se sientan políticamente legitimados sobre ciertas zonas. Según se llegue a la Edad del Hierro, especialmente cuando a la sedentarización de los grupos meseteños en los dos primeros siglos del primer mil. cal AC (fase I a) se le una la de los primeros castros cantábricos (fase I b), las relaciones de frontera creemos que fueron basculando del primero de los polos hacia el segundo, de *frontier* a *border*, con relaciones más restrictivas, estáticas y lineales fundamentadas sobre territorios políticos cada vez más estrictamente definidos (fig. 2.66).

Que en la zona meseteña los ríos que discurren norte-sur siguieron siendo las principales vías de acceso a estas zonas de pastos estivales queda reflejado en la propia dispersión de la cultura material. Un ejemplo claro lo podemos obtener en uno de los pocos casos de emulación de formas culturales cantábricas por parte de los grupos del Soto formativo. Nos referimos al molde para hoces tipo Castropol del poblado leonés de Sacaojos, que no casualmente se encuentra muy próximo a la vega del río Órbigo. Es precisamente en la cabecera de este río, ya en una zona cantábrica como es la del río Luna con muchas evidencias de contacto entre diferentes grupos culturales desde el Bronce Antiguo al menos, en donde volvemos a encontrar otras hoces de este tipo, como la de Torre de Babia (Camino 2003: 166). Ello podría querer decir que los movimientos estacionales de los grupos soteños hacia los pastos cantábricos podrían arrancar incluso de gentes que habitasen al sur de la provincia de León.

La cultura material normeseteña en la zona cantábrica, especialmente las hachas planas de apéndices laterales curvos y seguramente alguno de los numerosos palstaves documentados en esta zona, debe ser fruto, por lo tanto, de la explotación directa de dichas zonas ricas en pastos y veneros cupríferos por

parte de los propios grupos soteños, al igual que ya ocurría en el Bronce Antiguo, como revela elocuentemente el depósito de Puertu Gumial (Ayer) o la penetración de puntas Palmela (ver más arriba). De hecho una de las hachas planas de apéndices laterales curvos se ha encontrado en los pastos del Güerna (L.Lena) que al igual que ocurre con Puertu Gumial, son tradicionales pasillos que comunican ambos lados de la Cordillera Cantábrica, lo que pone de manifiesto que el movimiento ganadero especializado de los primeros compases soteños se dio siguiendo rutas ancestrales. A su vez este hecho pone en entredicho una vez más a aquellos que quieren ver una cesura cultural entre Cogotas I y el Soto formativo. Las dudas surgen cuando lo que queremos analizar es si esos depósitos se dieron exclusivamente por parte de los grupos soteños o si, por el contrario, son fruto de algún tipo de negociación social entre aquellos y los grupos cantábricos. De nuevo un depósito del alto Luna puede hacer que nos decantemos hacia la segunda de las hipótesis. Nos referimos al hacha de apéndices laterales curvos de Oblanca. Este objeto, al ser encontrado en una amplia pradera al exterior del castro que allí se ubica, podría estar reflejando que esa pradera fuese una zona ocupada estacionalmente por grupos meseteños en sus movimientos ganaderos, precisamente al amparo del grupo local, el del inmediato castro cantábrico, por lo que el depósito votivo de este hacha podría entenderse como fruto de la negociación social, hospitalidad incluso, entre los moradores del castro y los ganaderos meseteños que estacionalmente discurrían por territorios que no son los suyos y que, como dijimos en el apartado dedicado al Bronce Antiguo, también pudieron explotar en esta zona mineral de cobre. Este caso de Oblanca nos hace pensar que o bien en el lugar del castro hay un poblado previo del Bronce Final o bien que las hachas planas de apéndices laterales curvos continuaron dándose a partir del 800 cal AC, que es el límite cronológico más antiguo para los castros cantábricos.

## Capítulo 2. El nomadismo cantábrico y meseteño durante la Edad del Bronce

Como hemos argumentado más arriba estas zonas de frontera pueden caracterizarse por formas culturales creolizadas (Haring 2004) o mestizas, es decir, por uniones de rasgos culturales que generan gramáticas sociales novedosas y que se hallan en permanente tensión con las conservadoras formas sociales de los grupos de escasa desigualdad social. En el Bronce Antiguo un reflejo de ello puede ser la estela de Tabuyo del Monte, con mezcla de rasgos cantábricos y meseteños como ya vimos, que podríamos entender incluso en el sentido de *kitsch* (*sensu* González Ruibal 2002), es decir, como una innovación cultural subordinada a un mensaje familiar previo, lográndose de este modo una domesticación y una vuelta a cierta seguridad ontológica, dañada por el propio contacto cultural en si. *Kitsch* también podría ser la práctica social que se esconde tras la poco convencional ubicación de la espada de Sobrefoz. Si, como vimos, la panoplia armamentística del Bronce Final en el norte de la Meseta se depositaba en lugares vinculados al agua y fuera de los poblados, en el caso de Sobrefoz se trata de un depósito en un lugar seco y puede que vinculado a un poblado prehistórico. Como no puede ser de otra forma los objetos fuera de su contexto original no pasan a convertirse inmediatamente en chatarra, como algunos autores parecen justificar (Ruiz Gálvez 1998), sino que adquieren nuevos significados dentro de los códigos culturales de los pueblos receptores. Este parece ser el caso de esta espada seguramente intercambiada entre elites meseteñas y cantábricas, pasando a ser amortizada al modo local. Lo que parece seguro es que en este caso los rituales llevados a cabo para este depósito fueron protagonizados por grupos cantábricos, pese a que el objeto depositado sea de origen meseteño, puede que en rituales conjuntos por los que se sellaría el pacto político por el cual ciertos grupos meseteños pudieran explotar las ricas majadas de los puertos de Ventaniella y Tarna.

Sin embargo, pese a esa cultura material meseteña en la zona cantábrica fruto de reiterados contactos y negociaciones entre diversos grupos humanos, y a los ejemplos de formas culturales híbridas, creolizadas e incluso *kitsch*, lo que parecen seguir demostrando los grupos cantábricos es, precisamente, una resistencia al cambio cultural y a la necesidad de adoptar cultura material foránea. Además, las transformaciones de la cultura material no ocurren simplemente porque lleguen o se intercambien nuevos objetos. La gente suele estar expuesta a nuevas ideas y materiales y a menudo eligen seguir siendo fieles a sus formas de vida tradicionales. Y hay buenas razones para comportarse de un modo tradicionalista en situaciones de frontera. Manteniéndose reacios a las innovaciones los grupos de escasa diferenciación social pueden mostrar su adherencia a sus sistemas tradicionales de valores y prestigio, estrategia que puede ser utilizada por las elites indígenas y sus

seguidores, y así poder liderar las alianzas con los otros grupos, incluso en los casos en los que los interlocutores son potencias coloniales (Lightfoot y Martínez 1995: 485), por lo que entre dos comunidades con fuertes *ethos* igualitarios como las de la Meseta Norte y centro-occidente cantábrica durante la Edad del Bronce el cambio cultural que muchos arqueólogos naturalizan en sus explicaciones de tinte difusionista ni siquiera tuvo por que darse, aunque sean grupos que mantengan contigüidad espacial y reiterados contactos en los mismos espacios de montaña, a no ser que las estrategias de las elites se centren en todo lo contrario. Este podría ser el caso de la interacción entre los grupos meseteños con los del Noroeste peninsular a partir del cambio de milenio, en donde el cambio cultural es en cierta manera dirigido e impuesto por las elites, mediante la asimilación de una “ideología arsitocrática atlántica” que podemos entender incluso en el sentido de “hegemonía”, es decir, como el modo en que el poder gobernante se gana el consentimiento de aquellos a los que sojuzga (Gramsci en Eagleton 1997: 149). Pero bien diferente parece ser el caso de las relaciones entre la Meseta Norte y la zona montañosa cantábrica en esos mismos momentos de cambio de milenio, en donde, como hemos visto, las armas, símbolos de aquella ideología guerrera atlántica, tienen un papel muy escaso, todo lo contrario a lo que ocurre con las hachas y su deposición, seguramente en rituales colectivos, lo que nos hace pensar más en contactos entre colectivos que en contactos entre personajes destacados. No obstante puede que en algún caso concreto ese contacto cultural si que conllevara un cambio de actitud entre las elites locales que reciben la visita de los ganaderos meseteños, como puede ser el de la espada de Sobrefoz si la entendemos como un bien de prestigio, lo que implicaría cierto cambio en la forma de actuar de las elites locales. En cierta medida lo que está anunciando esta espada es la tensión entre el *ethos* igualitario y las formas desigualitarias que parece percibirse en los primeros castros cantábricos (capítulo 3).



### 2.3 HISTORIA DEL BRONCE FINAL EN EL SECTOR CENTRO-OCCIDENTAL CANTÁBRICO:

En la transición entre el II y el I milenio cal AC se observa en el sector centro-occidental cantábrico un panorama con escasos cambios con respecto a épocas anteriores. Quizás, entre los cambios, podría destacarse la producción de nuevos tipos metálicos, que fundamentalmente siguen siendo hachas, cierto desarrollo de los sistemas agrarios, con la introducción de nuevos cultígenos que, unido a la mejoría climática, permitiría a las comunidades atarse más a la tierra, o la frecuentación de algunos lugares en alto para asentar los campamentos estacionales, como ponen de manifiesto algunos depósitos metálicos y ciertas dataciones radiocarbónicas antiguas en lugares de clara monumentalización natural o protocastros. Sin embargo, aquellas comunidades montañosas destacan por sus formas culturales conservadoras, apegadas a la tradición y reacias a los cambios y a las influencias externas. Es bastante probable que las formas de vida de aquellos pequeños grupos de finales del II milenio AC fueran bastante similares a las de comienzos de la Edad del Bronce, con formas de riqueza social y económica fundamentadas en el ganado, seguramente bovino, y con unas pautas sociales definidas por la movilidad residencial. Se trataría de un tipo de nomadismo de radio corto que podemos denominar transterminancia o trashumancia corta, en donde seguramente no se superarían los 50 Km., y muy raramente los 100. Habría movimientos recurrentes valle / costa - montaña para explotar el potencial ganadero de puertos, majadas y brañas durante el verano, siguiendo unas rutas que podemos reconstruir gracias a megalitos, túmulos, arte esquemático y depósitos metálicos. Otra de las marcas distintivas de estos grupos cantábricos es el gran desarrollo de sus producciones metalúrgicas de base cobre, posible, entre otros motivos, al alto potencial metalífero de la Cornisa Cantábrica. Una de las características culturales de la cadena tecnológica cantábrica a finales de la Edad del Bronce será la preponderancia de los bronce ternarios, especialmente significativo si lo comparamos a la Meseta Norte.

Se trata, por lo tanto, de unos grupos pastores y montañoses que son conscientes y están orgullosos de sus formas sociales igualitarias o tendentes a la igualdad, en donde podría hablarse, a grandes rasgos, de una más que probable complementariedad de funciones entre hombres y mujeres, y de una prácticamente nula jerarquización, con unos jefes de poder blando que no serían más que *primus inter pares*. Para defender aquellas formas sociales definidas por un *ethos* igualitario se utilizaron dos fórmulas básicas. Una consiste en mantener reducido el tamaño de los grupos, produciéndose la segmentación de los mismos ante los primeros visos de complejidad. La otra

fórmula básica consiste en la refracción a los códigos culturales foráneos. A comienzos del II milenio a.C. pudo ocurrir algo similar, ya que se trata de una zona con ausencia de fenómeno Campaniforme. En la transición entre el II y el I milenio AC observaremos este rechazo en la ausencia en el ámbito cantábrico del código simbólico aristocrático, simposiaco, asociado al “Bronce Final Atlántico”. Es especialmente llamativo este rechazo si pensamos que la “Metalurgia Atlántica” es la propia de los grupos meseteños con los que se linda por el sur, en el piedemonte cantábrico, y que en definitiva aquella, o mejor dicho, los contactos a larga distancia entre elites y la economía de bienes de prestigio que lleva asociada, fue una de las causas que rompió el *ethos* igualitario de los grupos nómadas cogotianos y que desembocó en las desigualdades sociales del Soto. Dicha transformación cultural fruto del aumento de la desigualdad y de los cambios en las fuentes de poder en la Meseta Norte serán perfectamente constatables a partir del Soto pleno (s. IX - VIII cal AC) en la forma de poblados estables de importantes dimensiones, de tramas arquitectónicas densas, con unidades de ocupación de variado tamaño en donde destacan los graneros, de lo que se podría deducir un Modo de Producción Germánico, y con la presencia de bienes de prestigio lejanos, tanto del sur peninsular como de la fachada occidental.

Como decimos es llamativa dicha refracción cultural de los grupos septentrionales si pensamos que tras la disolución del nomadismo cogotiano los grupos soteños del piedemonte cantábrico instauraron unas formas de pastoreo especializado por las cuales siguieron aprovechando los recursos cantábricos, especialmente pasto fresco en verano para sus ganados y cobre para sus producciones metalúrgicas. Ello les hizo entrar en contacto periódico con los montañeses cantábricos, al igual que sus antepasados de Cogotas I ya habían realizado durante centurias. De hecho, el alto número de depósitos metálicos en la franja del piedemonte cantábrico puede entenderse a modo de frontera cultural. Serían fruto de la negociación entre diversos complejos socioculturales debido a los conflictos y tensiones generados por la explotación de ciertos recursos crítico que en ocasiones se encuentran en territorios que ni siquiera se controlan políticamente. La presencia de tipos metálicos meseteños en el ámbito cantábrico siguiendo rutas ganaderas es buena prueba de ello.

Vivir en la periferia de grupos más deigualitarios, rechazar conscientemente las injerencias de los mismos y mantener las formas culturales propias fundamentadas en el igualitarismo social son características propias de las *deep rural communities*. No obstante, algo tuvo que cambiar en el ámbito cantábrico para que a partir de finales del s. IX cal AC se dispersara como la pólvora el primer paisaje castreño.





## CAPÍTULO 3.

# LOS PRIMEROS CASTROS: HACIA LA RUPTURA DE LA IDENTIDAD COMUNAL (s. VIII – fines del s. V cal AC)

*pastor que tás en el monte descalzu y criando oveyes  
si te casares conmigo, pastor, calzares bones madreñes*

...

### 3.1 LOS PRIMEROS ENCASTILLAMIENTOS CANTÁBRICOS.

#### La Primera Edad del Hierro a la luz del Carbono 14.

A partir de la transición entre los siglos IX-VIII cal AC aparece en la zona centro-occidental cantábrica una nueva forma de poblado, el castro (Jordá Pardo y otros 2009), caracterizado por ser una aldea fortificada que se sitúa preferentemente en lugares conspicuos, significativos en el paisaje, y de fácil defensa. Como veremos la distribución espacial de este nuevo tipo de poblado coincide con las zonas culturales cantábricas definidas para la Edad del Bronce, asegurando por tanto un origen de los castros como resultado del cambio cultural que sufrieron las sociedades nómadas de aquel periodo en su paso a la sedentarización y a la compartimentación del paisaje, y alejando de este modo cualquier fantasma explicativo relacionado con las hasta hace poco omnipresentes invasiones celtas o con cualquier otro tipo de explicación difusionista y neocolonial que niegue la capacidad de cambio cultural para las sociedades cantábricas.

Además, curiosamente, hasta no hace mucho tiempo la tradición investigadora asturiana y cántabra situaba a los castros en los periodos inmediatos a la conquista romana, por mucho que algunos autores los tildasen de “castros celtas”, o directamente en el periodo romano (capítulo 1). Sin embargo es a principio de los años noventa cuando, gracias principalmente a las dataciones radiocarbónicas, se ha conseguido retrotraer el nacimiento de este primer paisaje aldeano del centro-occidente cantábrico hasta la transición entre las clásicas Edad del Bronce y la Edad del Hierro norteñas (Marín 2005: 116) o, lo que es lo mismo, entre nuestras fases I a y I b (Marín 2009). De este modo las dataciones físico-químicas han corroborado lo que ya algunos sospechaban desde hacía tiempo (por ej. González 1966; Maya 1983a).

Contamos con un buen número de dataciones radiocarbónicas<sup>1</sup>, y alguna de termoluminiscencia en castros de Cantabria, para la zona centro-occidental cantábrica que demuestran el origen antiguo de un buen número de estaciones castreñas. En concreto hay publicadas 43 fechas radiocarbónicas (fig. 3.1) que podemos usar para el estudio de la Primera Edad del Hierro cantábrica (fase I b) y de la fase de transición con la Segunda Edad del Hierro (fase I c) que *grasso modo* podemos situar entre los ss. VI-IV cal AC, y que han sido seleccionadas por poseer algún tramo de sus curvas de probabilidad acumulada, una vez calibradas, en coincidencia con alguno de estos periodos antiguos para el mundo castreño, o por arrojar fechas inmediatamente previas a los primeros castros (fase I a). La desproporción por regiones es patente ya que la mayoría de ellas provienen de la región asturiana, mientras que sólo una procede de Cantabria (La Garna) y otra de Lugo (Penarrubia), incluida aquí por marcar el límite occidental de nuestra área de estudio. Es curioso constatar como los investigadores que trabajan en la Comunidad Autónoma de Cantabria se han decantado por las dataciones numéricas mediante Termoluminiscencia (TL), especialmente sobre materiales cerámicos. Sin embargo, como veremos, ciertas inconsistencias cronológicas, a veces combinadas con incorrectas interpretaciones estratigráficas, nos hacen ser extremadamente cautelosos con las cronologías obtenidas por este medio y apostar por el <sup>14</sup>C calibrado como el mejor medio de datación hasta el momento, pese a los problemas que conlleva, especialmente para este periodo que nos ocupa de la Primera Edad del Hierro. Cabe señalar que no contamos con fechas antiguas para ningún castro cantábrico asentado en el norte de León.

En líneas generales las fechas obtenidas son coherentes con las obtenidas en Galicia, y en concreto con las zonas norte y noreste de dicha Comunidad,

<sup>1</sup> Se ha decidido utilizar la nomenclatura a.C./d.C para las cronologías tradicionales y para las radiocarbónicas sin calibrar. Las fechas radiocarbónicas calibradas aparecerán en el texto como AC y DC.

regiones muy afines cronoculturalmente al occidente de la zona cantábrica -occidente de Asturias y noroeste de León-, como tendremos ocasión de examinar. En Galicia las fechas más antiguas para niveles castreños las posee el pontevedrés castro de Torroso, entre los siglos VII y VI a.C., que calibradas suben bastante más (De la Peña 1992: 45), por lo que recientemente se ha propuesto una fundación de este poblado en las últimas décadas del s. IX y una monumentalización entre los siglos VIII y VII, dentro de un proceso muy similar al de los vecinos castros pontevedreses de Penalba o Castrovite, cuyo límite antiguo se sitúa en el s. VIII cal AC y siempre antes de fines del s. V cal AC (González Ruibal 2003a: 131; González Ruibal y Carballo 2001: 39-43). El norte de Galicia también se mueve en estos límites cronológicos, ya que en el coruñés castro de A Graña la calibración de las fechas radiocarbónicas hace que éstas suban hasta el umbral marcado por la transición de los siglos IX-VIII AC (Meijide 1991), aunque con una desviación típica excesivamente amplia, mientras que en el lucense castro de Penarrubia, muy próximo a la cabecera del Eo, la fecha CSIC-358  $2510 \pm 50$  (Arias 1979: 617), una vez calibrada a dos sigmas, nos lleva a una horquilla entre finales del s. IX y finales del V AC, mientras que a una sigma se encuadra entre 750-540 cal AC, ya que esta fecha ha sido incluida en nuestra tabla de calibración para fechas radiocarbónicas del centro-occidente cantábrico (fig. 3.2 y 3.3). Con el fin de poder comparar adecuadamente todas las fechas radiocarbónicas que poseemos para el centro-occidente cantábrico hemos decidido recalibrar todas ellas mediante el programa CalPal de la Universidad de Köln, en su versión de Marzo 2007 (Weninger y Jöris 2004; Weninger y otros 2007) (fig. 3.2), obteniendo de este modo una tabla con todas estas fechas calibradas a 1 y 2 sigmas (fig. 3.3). Para ello hemos utilizando la curva de calibración CalPal 2007 Hulu incluida en el paquete informático, basada para el tramo correspondiente al Holoceno en la curva IntCal-04 Tree Section (AD 1945 – 10425 cal BC) propuesta por International Calibration Series (Weninger y otros 2005). El interés de CalPal radica en que realiza la transformación de las distribuciones gaussianas de años BP en curvas de probabilidad acumulada, mostrando la geometría de las tendencias cronométricas, permitiendo evaluar la sincronía y diacronía de forma global o entre grupos con diferente significado, herramienta que, como veremos, nos resultará de gran utilidad a la hora de realizar la valoración definitiva de las fechas.

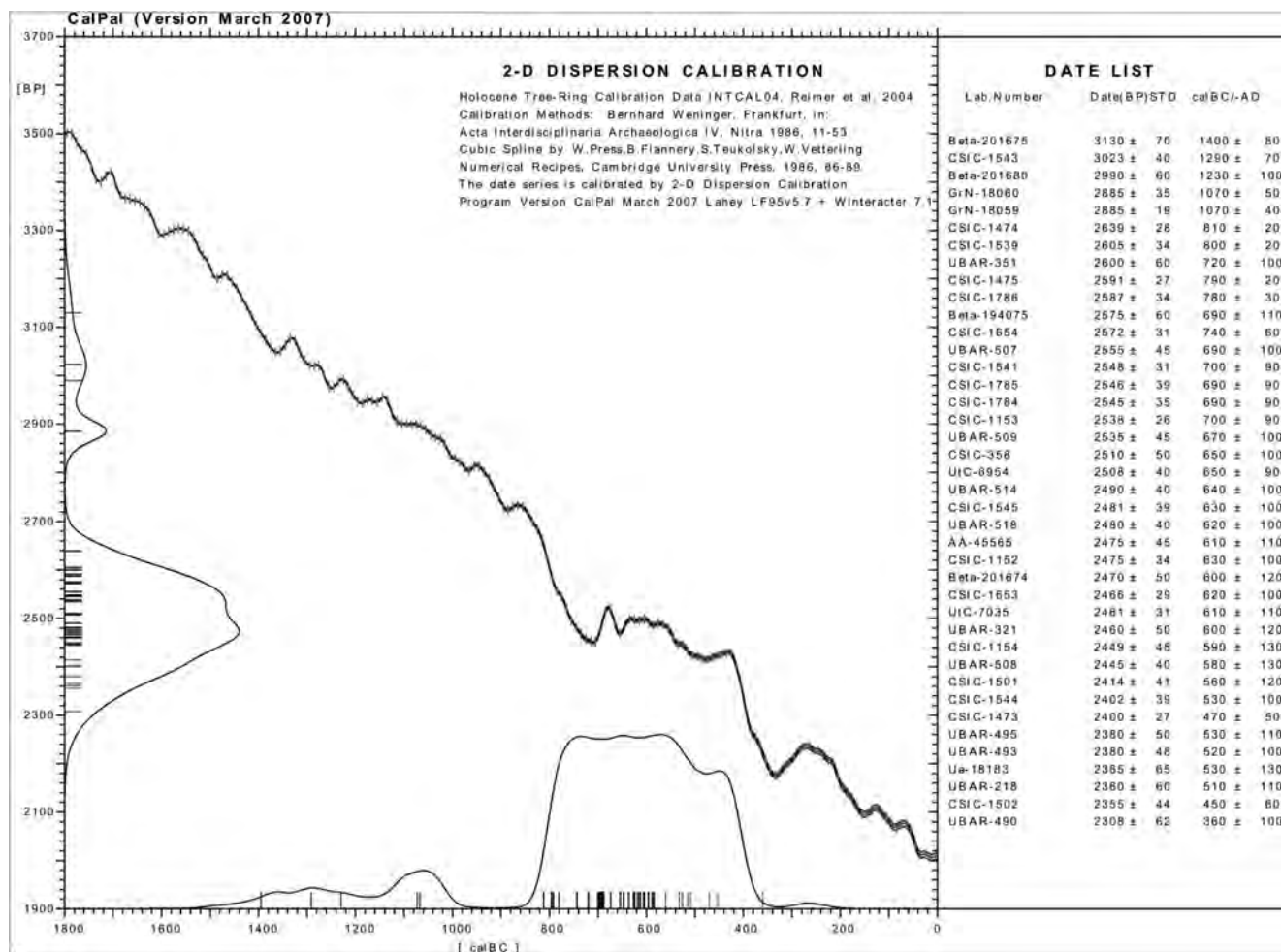
Pasando a la región asturiana, y de occidente a oriente, contamos con las numerosas fechas radiocarbónicas calibradas para los castros del Chao Samartín (Grandas de Salime) y Os Castros de Taramundi (Villa 2002b: tabla 1), en el interfluvio Navia-Eo. En concreto para el primero de ellos vemos numerosas fechas asociadas tanto a la cista funeraria,

ya comentada (capítulo 2), de la entrada de la zona alta del castro, como a la gran cabaña comunal de la acrópolis y a la empalizada que rodea este primitivo recinto fortificado (Villa y Cabo 2003 y tabla general). Todas ellas sitúan la erección de este primer recinto fortificado del Chao Samartín entre finales del s. IX y principios del s. VIII cal AC (Ibid.: 151). Con respecto al segundo lo que parece haberse datado también en fechas parecidas son las defensas primitivas, constituidas principalmente por un gran foso y por un muro/muralla de cierre que discurren bajo el caserío de la Segunda Edad del Hierro, y que con la calibración de nuevo nos lleva a la transición entre los ss. IX-VIII AC como tope más antiguo (Villa 2003: 118 y nota 5; Villa, Menéndez y Fanjul 2007: 271-273), mientras que su límite más moderno a dos sigmas, en la calibración que hemos realizado con todas estas fechas, en ningún caso supera el final del s. V AC. (fig. 3.3). Con respecto al Monte Castrelo de Pelóu (Grandas de Salime), una de las dataciones calibradas se sitúa entre el 740-400 AC (Villa 2003: 131, nota 24 y tabla) por lo que podríamos pensar también en una posible fundación del poblado a lo largo de la Primera Edad del Hierro cantábrica, en consonancia con ciertos materiales encontrados en el castro o en su entorno inmediato, como son un hacha de bronce plumado y talón, dos anillas y mazarrota de fundición y un hacha pulimentada de fibrolita, y con la primitiva cerca del recinto que parece fechar (Montes y otros 2009: 315-316, nota 1).

Ya en la cuenca del Narcea el castro de San L. Luis (Ayande) posee una serie de dataciones que de nuevo nos remiten a esos momentos antiguos de los castros asturianos (Cuesta y otros 1996; Jordá, Mestres y García 2002), de las cuales destacamos UBAR 351, que calibrada con la máxima probabilidad a 2 sigmas, el intervalo del 55% la sitúa entre el 860-735 cal AC (Jordá, Mestres y García 2002: tabla 6), mientras que si tomamos el intervalo completo a 2 sigmas (95,4 % de probabilidad) barajamos un lapso cronológico entre el 890-530 cal AC (fig. 3.3). Recientemente hemos corregido la interpretación arqueológica que se dio de esta fecha, y que proponía la vinculación de UBAR 351 con las más recientemente obtenidas UBAR 681 y 682, vinculadas a los sedimentos interiores -Nivel VI- del muro circular de una cabaña del “barrio alto” y que ofrecen unas dataciones asimilables a la II Edad del Hierro (Jordá, Mestres y García 2002: 31-32). En nuestra reinterpretación de la secuencia estratigráfica (Marín y Jordá 2007: 140-141), basada en el atento estudio de los diarios de excavación, dividimos el Nivel VI en VI-a y VI-b. UBAR 351 fue obtenida de un relleno compuesto por semillas carbonizadas -Nivel VI-b- que se encontraba en un agujero de poste sobre la roca madre y limitado por lajas de pizarra que seguramente funcionaron como calzos. Dicho nivel arqueológico se encuentra 55 cm. por debajo del muro de la estructura circular y de los sedimentos de su cara

Yacimiento	Contexto arqueológico	Material	Código Fecha	Fecha BP	Resolución típica ±	Bibliografía
Corolla de Ambás			CSIC-1301	4759	30	Camino 2002.
Pelou			Beta-201675	3130	70	Villa 2003.
Chao Samartín			CSIC-1543	3023	40	Villa 2003.
Pelou			Beta-201680	2890	60	Villa 2003.
Os Castros (Taramundi)	Valna contera de puñal de antenas.	Madera.	Ua-17646	2800	120	Villa 2002a.
Campa Torres	Sector I (interior muralla); estrato inferior.	Carbón.	GRN-18059	2885	19	Maya y Cuesta 2001.
Campa Torres	Sector VI (Patio interior muralla); capa inferior (contacto suelo natural).	Carbón vegetal (tronco árbol).	GRN-18060	2885	35	Cuesta y otros 1998; Maya y Cuesta 2001.
Chao Samartín	Paleosuelo exterior a la acrópolis, sobre roca madre y sellado por cabaña de 2ª Edad del Hierro.	Carbón.	CSIC-1474	2639	28	Villa 2002a; Villa y Cabo 2003.
Chao Samartín	Suelo de gran cabaña pseudorectangular de la acrópolis.	Carbón (combustión estructura).	CSIC-1539	2605	34	Villa 2002a; Villa y Cabo 2003.
San Luis	Cuadro C-21; Nivel VI-b (relleno de agujeros de poste de estructura vegetal).	Semillas	UBAR-351	2600	60	Cuesta y otros 1998; Marín y Jordá 2007.
Chao Samartín	Foso interno del poblado, bajo el caserío pétreo y las murallas.	Carbón.	CSIC-1475	2591	27	Villa y Cabo 2003.
Chao Samartín	Poste de la estructura de la empalizada defensiva de la acrópolis.	Muestra madera.	CSIC-1786	2587	34	Villa y Cabo 2003.
Piou la Forca	Derumbe de la muralla. Maderas de la supuesta empalizada.	Muestra madera.	Beta-194075	2575	60	Villa 2003; Camino, Estrada y Vniegra 2008.
Os Castros (Taramundi)	Primitivo muro defensivo del recinto superior.	Carbón.	CSIC-1654	2572	31	Villa 2002a; Villa y Cabo 2003.
Campa Torres	Sector XII: estrato V (equivalente al VII del resto del poblado); inferior a paso de ronda.	Hueso.	UBAR-507	2555	45	Maya y Cuesta 2001.
Chao Samartín	Suelo de gran cabaña pseudorectangular de la acrópolis.	Carbón (combustión estructura).	CSIC-1541	2548	31	Villa 2002a; Villa y Cabo 2003.
Chao Samartín	Demubios que sepultaron la cista funeraria de la puerta de la acrópolis.	Carbones.	CSIC-1785	2546	39	Villa y Cabo 2003.
Chao Samartín	Paleosuelo donde se excavó la cista funeraria en la puerta de la acrópolis.	Carbones.	CSIC-1784	2545	35	Villa y Cabo 2003.
Camoca.	Nivel superior.		CSIC-1153	2538	26	Camino 1999; Camino y Vniegra 1999.
Campa Torres	Sector XV: Estrato VII (inferior).	Hueso	UBAR-509	2535	45	Maya y Cuesta 2001.
Penarrubia	Zona C (zona central de la "roca"); Tercer Nivel		CSIC-358	2510	50	Arias 1979.
Campón de Olivar			UIC-6954	2508	40	Camino 1999.
Campa Torres	Sector XVIII/XIX: Estrato VII (superior).	Hueso.	UBAR-514	2490	40	Maya y Cuesta 2001.
Chao Samartín	Hogar junto a oración cuadrado inmediato a la acrópolis.	Carbón.	CSIC-1545	2481	39	Villa y Cabo 2003.
Campa Torres	Sector XVIII/XIX: Estrato VII (inferior).	Hueso.	UBAR-518	2480	40	Maya y Cuesta 2001.
Camoca	Nivel superior.		CSIC-1152	2475	34	Camino 1999; Camino y Vniegra 1999.
La Gama	Horizonte superior de II ciclo edáfico; exterior al zócalo de la cabaña.	Trigo quemado.	AA-45665	2475	45	Arias y otros e.p.
Pelou			Beta-201674	2470	50	Villa 2003.
Os Castros (Taramundi)	Primitivo muro defensivo del recinto superior.	Carbón.	CSIC-1653	2468	29	Villa 2002a; Villa y Cabo 2003.
Campón de Olivar			UIC-7035	2461	31	Camino 1999.
Campa Torres	Sector XVIII (testigo muralla); Estrato VII (2ª nivel de cenizas).	Huesos diversos (restos comida).	UBAR-321	2460	50	Cuesta y otros 1998.
Camoca	Nivel central.		CSIC-1154	2449	45	Camino 1999; Camino y Vniegra 1999.
Campa Torres	Sector XV: Estrato VII (superior).	Hueso.	UBAR-508	2445	40	Maya y Cuesta 2001.
Cellaquí	Sondeo 1: nivel por debajo de cabañas romanas.	Carbón.	CSIC-1501	2414	41	López González y otros 1999.
Chao Samartín	Paleosuelo (puede haberse formado por combustión de la empalizada de la acrópolis).	Carbón.	CSIC-1544	2402	39	Villa 2002a; Villa y Cabo 2003.
Chao Samartín	Pasillo entre cabañas pétreas y puerta del poblado.		CSIC-1473	2400	27	Villa 2002a.
Cellaquí	Interior muralla.	Restos oseos.	UBAR-493	2380	48	Maya y Mestres 1998.
Cellaquí	Interior muralla.	Restos oseos.	UBAR-495	2380	50	Maya y Mestres 1998.
Cellaquí	Cuadrícula T9: capa 2ª: debajo de la cabaña.	Hueso quemado.	Ua-18183	2365	65	Rubinos y Alonso 2002.
San Luis	Cuadro B-7 (interior muralla de módulos); Nivel IV.	Carbones y tierra carbonosa.	UBAR-218	2360	60	Cuesta y otros 1998; Marín y Jordá 2007.
Cellaquí	Sondeo 1: nivel más inferior sobre suelo natural de arcillas.	Carbón.	CSIC-1502	2355	44	López González y otros 1999.
Cellaquí	Interior muralla.	Restos oseos.	UBAR-490	2308	62	Maya y Mestres 1998.
Cellaquí	Interior muralla.	Restos oseos.	UBAR-496	2186	186	Maya y Mestres 1998.

Figura 3.1: listado de dataciones radiocarbónicas publicadas para el centro-occidente cantábrico que se pueden englobar en una genérica fase I.



**Figura 3.2:** gráfico general de calibración de las fechas de la figura 3.1 mediante el programa CalPal de la Universidad de Köln, en su versión de Marzo 2007 (Weninger y Jöris 2004; Weninger et al. 2007).

interna Nivel VI-a-, que por UBAR 681 y 682 debemos entender como de la II Edad del Hierro. Por lo tanto UBAR 351 fecha una estructura de material perecedero asentada sobre postes, muy similar tanto en lo que se refiere a la técnica constructiva como a la cronología a las documentadas en los niveles más antiguos de otros castros cantábricos, como la acrópolis del Chao Samartín, o del Noroeste, caso del pontevedrés Penarredonda, como veremos.

Para la zona central asturiana poseemos la datación del Picu la Forca (Gráu) originalmente publicada por Ángel Villa (2003: 119), constituyendo hasta hace muy poco el único dato dado a conocer de las excavaciones de urgencia realizadas sobre este yacimiento que, al igual que ya ocurrió con el tristemente desaparecido Llagú, se ha visto afectado por la explotación de una cantera. Su fecha radiocarbónica calibrada nos pone de nuevo en momentos tempranos como los del occidente de Asturias ya que incluso a 2 sigmas la fecha mas moderna no baja de comienzos del s. V cal AC (fig. 3.3), lo que resulta coherente con las estructuras allí exhumadas, que básicamente consisten en una potente muralla de lienzo continuo y en el pavimento pétreo

de lo que parece una gran cabaña comunal.<sup>2</sup> No obstante en las recientes publicaciones sobre estas excavaciones de urgencia se han añadido dos fechas que no varían considerablemente lo aquí propuesto ya que una, al ser tan reciente, se descarta, mientras que la otra (Beta 229399) nos sigue situando a una sigma en una horquilla muy similar a la tenida en cuenta aquí (Camino, Estrada y Viniegra 2008: 28 y cuadro; para la versión castellana del mismo artículo Camino, Estrada y Viniegra 2009). Nalón arriba contamos con el recién mencionado castro de Llagú (Uviéu/Oviedo) cuyas fechas radiocarbónicas las hemos incluido por poseer algún porcentaje de sus calibraciones en momentos de la Primera Edad del Hierro (fig. 3.3). No obstante lo más probable es que la fundación del castro haya que situarla a partir del 550 cal AC (Rubinos y Alonso 2002: 303) y por lo tanto relacionarlo con los cambios sociales que se produjeron en la fase I c o transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro que, como veremos, quedaron reflejados en profundos cambios arquitectónicos tanto en las defensas de los poblados como en la arquitectura doméstica. De todos modos no hay que descartar una fundación de este castro en

<sup>2</sup> Le agradezco esta información a uno de sus excavadores, Rogelio Estrada.

la fase I b. No es el caso del costero Campa Torres (Xixón/Gijón) puesto que, aunque podemos pensar en un hiato ocupacional entre aquellos niveles del Bronce Final que comentamos en el capítulo anterior, y que nos sitúan en el s. XI cal AC, y los de la Primera Edad del Hierro, éstos poseen fechas encuadrables perfectamente en los ss. VII-VI cal AC (Maya y Cuesta 2001: 83), que en nuestra recalibración a 2 sigmas, es decir, a su máxima probabilidad, alcanzarían el s. V cal AC (fig. 3.3). Para algunos el origen de la Campa Torres como castro fortificado podría llevarse incluso al s. VIII cal AC (Camino 1999: 158), algo que, como vemos en nuestro cuadro de fechas calibradas, es bastante probable. Analizaremos más adelante la problemática de este yacimiento que no procede tanto de su cronología, ya que parece clara la vinculación de su estrato VII y el 2º nivel de cenizas a la Primera Edad del Hierro (fase I b), sino de la lectura de su secuencia estratigráfica y de la temprana datación propuesta para su muralla de módulos.

Por su parte el oriente asturiano cuenta con dataciones de la Primera Edad del Hierro para dos poblados en torno a la ría de Villaviciosa: Camoca y El Campón del Olivar. Las calibraciones publicadas de sus fechas radiocarbónicas se encuadran entre los comienzos del s. VIII y finales del V cal AC, y en concreto para el Castiellu de Camoca entre el s. VIII-VI cal AC, lo que concuerda con la cultura material que aparece en estos poblados, especialmente en lo que a los objetos bronceos se refiere (Camino 1999: 156-158; 2003: 163), aunque como inconveniente poseen el haberse obtenido de depósitos arqueológicos de difícil seriación entre sí (Camino y Viniegra 1999: 242). En líneas generales nuestra recalibración corrobora estas fechas, pero en el caso de Camoca habría que matizar que la calibración a 2 sigmas alcanza la segunda mitad del s. V cal AC (fig. 3.3), lo que tampoco quiere decir que estuviera en uso hasta esta fecha aunque abre la horquilla cronológica para su probable ocupación.

Si damos el salto a la vecina Cantabria tan solo contamos con la datación radiocarbónica para el castro de la Primera Edad del Hierro de La Garma (Omoño), como ya hemos dicho. Lo interesante de este yacimiento es que nos permite combinar las dataciones radiocarbónicas con las de Termoluminiscencia. En el sector 1 de este poblado fortificado se han documentado tres ciclos edafogenéticos. El segundo de ellos es una terraza que apoya en la cara interna de la cerca primitiva del poblado. Es de este nivel, que también apoya hacia el interior en el zócalo pétreo de una cabaña, de donde se obtuvo una semilla de cereal con la cual se obtuvo una fecha que calibrada a dos sigmas se encuentra entre principios del s. VIII y finales del V AC, siendo su fecha más probable la del s. VII cal AC (Arias y otros e.p.). En nuestra calibración a 2 sigmas dicha fecha se encaja en el lapso 770-410 cal AC (fig. 3.3). Por lo tanto esta fecha puede

considerarse un *terminus ante quem* para la construcción tanto de la muralla como de la inmediata cabaña. Lo desconcertante es que del suprayacente ciclo edáfico 1 se obtuvo una fecha por TL sobre dos fragmentos cerámicos lisos que nos llevan a la segunda mitad del II milenio a.C., lo que ha llevado a los autores del citado trabajo a explicar esta incongruencia cronoestratigráfica en función de una posible remoción de tierras que sacara fragmentos cerámicos de un supuesto horizonte primitivo del castro contemporáneo a algunos de los enterramientos en cueva de la ladera meridional del poblado, ya comentados en el capítulo precedente (Ibid.). Si bien esta explicación no es descartable lo cierto es que *a priori* dicha fecha no encaja en la cronología relativa de los estratos arqueológicos de dicho sector, más aún cuando otras dataciones por TL sitúan esa misma fase reciente del poblado ya en época romana, fase que, de todos modos, aún no ha sido ratificada por ningún material arqueológico (Ibid.).

Ello nos lleva a las fechas por TL del cercano castro de Castilnegro (Medio Cudeyo-Liérganes). Este yacimiento posee una evolución muy similar a la de algunos del occidente de Asturias, puesto que cuenta con una acrópolis con una muralla antigua y un área exterior a ésta, más moderna y con su cierre correspondiente (Valle y Serna 2003: 358-365). Los materiales del sector II (puerta este de la acrópolis), como es el caso de un hacha de talón y anillas, y las fechas por TL de este sector (MAD-3017:  $2364 \pm 299$  BP y MAD-3016:  $2344 \pm 244$ ) (Ibid.: 373, y nota 8) son congruentes ya que llegan al s. VII a.C. De todos modos la alta desviación típica de dichas fechas las convierte en muy poco útiles, más aún si tenemos en cuenta que la excavación en dicho castro se realizó mediante un incorrecto método basado en tallas artificiales (Ibid.: 360), lo que no nos permite tener la certeza del estrato arqueológico del cual se tomaron las cerámicas que fueron datadas.

Como se puede observar en la comparación entre las tablas de las figuras 3.1 y 3.3 hay dos fechas que no han sido utilizadas en la calibración mientras que otra tercera sí ha sido incluida, aunque no está exenta de problemas. Las dos primeras son CSIC-1301 de la Corolla de Ambás y UBAR-496 de Llagú (fig. 3.1). La primera de ellas nos sitúa en momentos neolíticos y puede que esté fechando un pretérito asentamiento en la misma zona donde luego se ubicó el castro de la Corolla y que se aleja en gran medida del horizonte cronológico que tratamos en nuestra tesis. La correspondiente a Llagú cuenta con una desviación típica de 186 años. En una reciente tesis sobre el mundo castreño del Noroeste las fechas con más de 70 años de desviación típica no se tienen en consideración, argumentándose que ya las que poseen más de 50 años de desviación típica poseen una utilidad mínima (González Ruibal 2003a: 131). Teniendo esto en cuenta y viendo como esta fecha

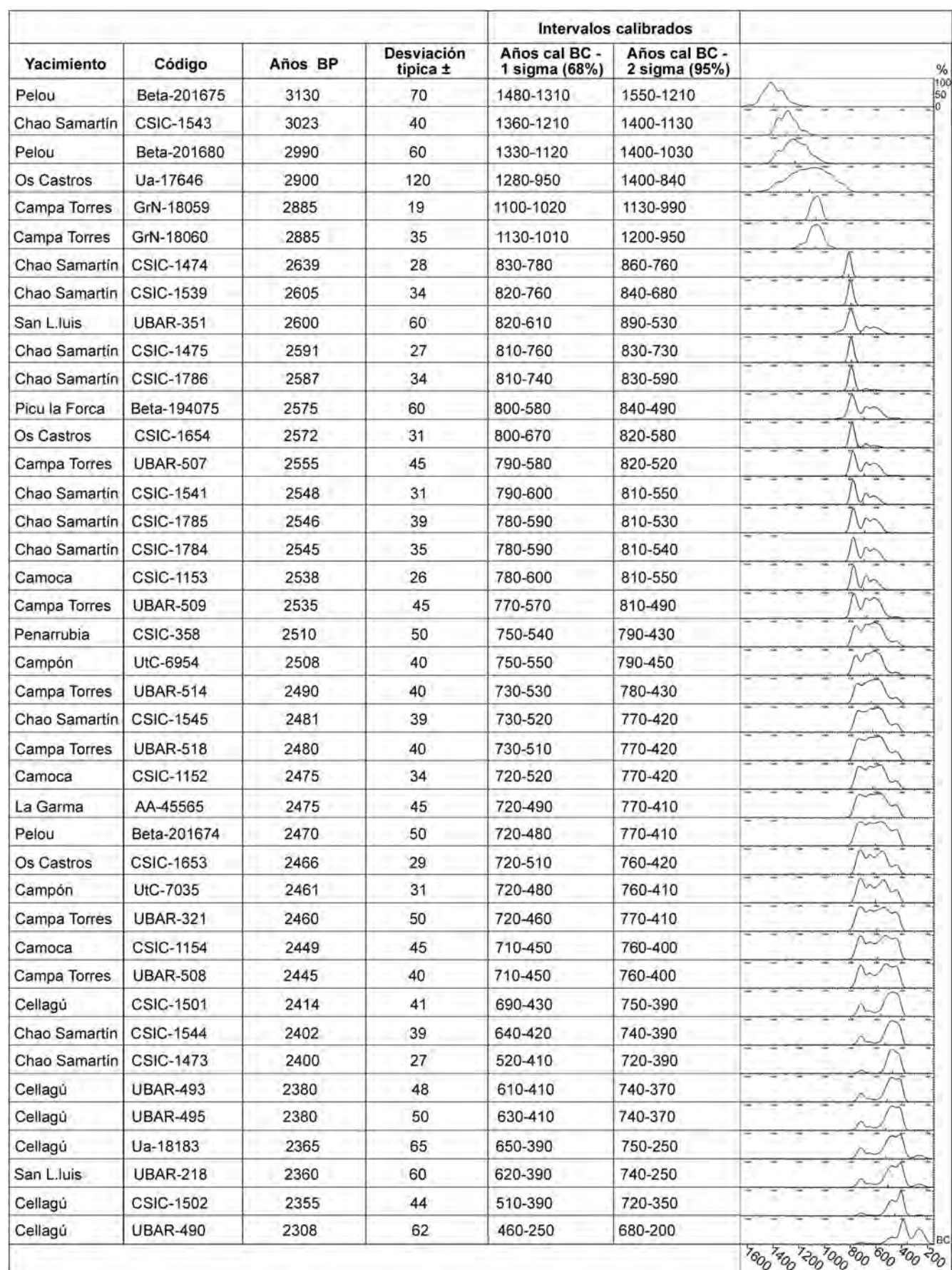


Figura 3.3: listado de fechas calibradas a 1 y 2 sigmas.

seguramente corresponde a la Segunda Edad del Hierro hemos decidido no utilizarla. La tercera fecha

es Ua-17646, obtenida de la madera de la vaina de un puñal de antenas de Os Castros de Taramundi. Pese a



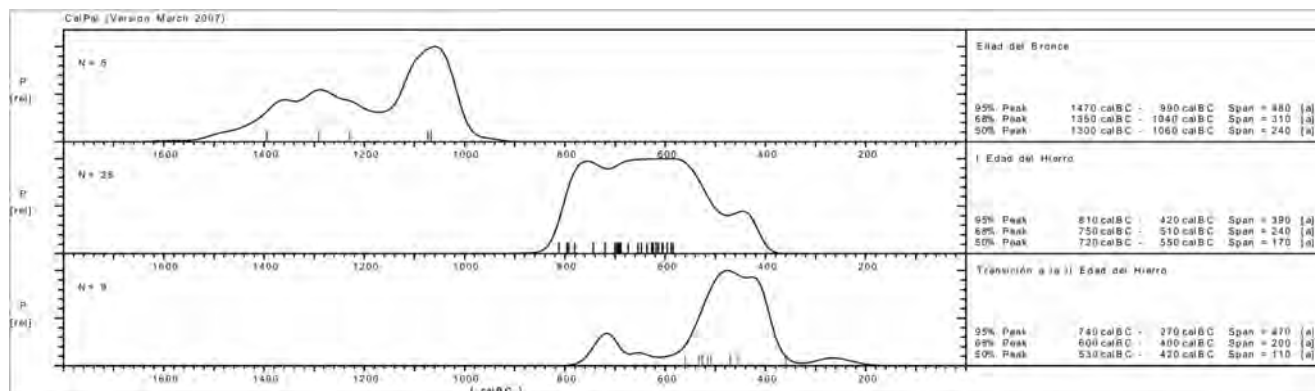
contar también con una desviación típica demasiado elevada para el estudio de la Edad del Hierro (120 años) si hemos decidido utilizarla por encuadrarse su calibración a 2 sigmas entre comienzos del s. XIV y finales del IX, por lo que podría entenderse como una de las fechas que corroboran los niveles precastreños de algunos de los castros más antiguos, como ya explicamos en el capítulo 2. Sin embargo, esta fecha posee un problema de escasa representatividad debido a que, si bien sí existe asociación entre la fecha radiocarbónica y el objeto arqueológico datado, lo que no existe es sincronía (terminología en Jordá, Mestres y García 2002: 28-30), ya que la hoja de este puñal es de hierro, metal que se generalizó en el mundo septentrional en la Segunda Edad del Hierro, además de que en el Noroeste otros puñales y conteras muy similares también se han datado en estas fechas recientes (Fanjul y Marín 2006: 114). Posibles explicaciones son que se trate de un puñal de la Segunda Edad del Hierro cuya vaina se confeccionó con la madera de un árbol que vivió en tiempos del Bronce Final, es decir, con la madera de un árbol tan longevo que hoy lo calificaríamos como “árbol monumento”, o si lo sacralizado fuese el objeto ya manufacturado y no la materia prima en sí, podríamos pensar en la vaina de un puñal de antenas realizado en la fase I y reutilizado para la confección de otro de antenas durante la fase II, a modo de reliquia.

Lo interesante de la curva de probabilidad que hemos obtenido mediante la calibración (fig. 3.2) es que muestra todas estas fechas agrupadas en tres bloques diferentes que *grasso modo* coinciden con nuestras fases I b y c, y en menor medida con la I a. En la zona izquierda de la barra cronológica (color gris) pueden verse todas aquellas fechas que se corresponden con niveles precastreños, tales como el nivel de incendio del Bronce Final de la Campa Torres, que ya explicamos en el capítulo 2, o los niveles de similar cronología de los castros grandes de Pelóu y Chao Samartín. De estos dos últimos, los contextos arqueológicos de las fechas obtenidas aún no han sido explicados adecuadamente. Como vemos en la figura 3.4, en la que se ha realizado una suma de probabilidades de estas fechas más antiguas correspondientes a niveles precastreños, vemos que con el 68 % de probabilidad se encuadran en el periodo 1350-1040 cal AC, siendo su límite más moderno con el 95 % de probabilidad el 990 cal AC. Como podemos observar, son aún pocas fechas y no suficientemente explicadas, que no nos sirven para justificar radiocarbónicamente de un modo adecuado nuestra fase I a (1000 - 825/800 AC), aunque sí demuestran, como ya apuntábamos en el capítulo previo, que algunos lugares en los que se fundaron los más antiguos castros ya habían sido frecuentados por los grupos nómadas del Bronce Final. De todos modos mantenemos nuestra fase I a no sólo por ser útil para comprender el proceso de encastillamiento

cantábrico respecto a ciertas zonas como el norte de Portugal/sur de Galicia, sino también para poder comparar adecuadamente el mundo cantábrico con el de la Meseta Norte, ya que los yacimientos del Soto formativo puede encuadrarse en dicha fase, así como para fechas ciertos objetos metálicos.

Sin embargo la fase I b (825/800 - 600/550 AC), en la que se fundaron los primeros castros cantábricos, sí que queda bien corroborada en la zona central de nuestra gráfica de calibración (en negro, fig. 3.2). El problema de estas fechas es que se encuentran en el periodo 800-400 AC, definida como la “catástrofe de la Edad del Hierro” (Rubinos y Alonso 2002: 298; Alonso Mathias 2002: 338) o catástrofe de la Primera Edad del Hierro, si quisiéramos ser más precisos. Como se puede ver en la figura 3.2 ello se debe a que en este lapso cronológico la curva de calibración pasa a tener muchos tramos horizontales por lo que a cada punto de intersección de las fechas convencionales con la curva de calibración le corresponden muchos puntos de ésta. No obstante, realizando la suma de probabilidades de estas fechas (fig. 3.4) vemos como con el 68 % de probabilidad esta fase I b podría corroborarse radiocarbónicamente por el periodo 750-510 cal AC, ampliándose sensiblemente con el 95 % (810-420 cal AC). Por lo tanto esta primera fase del mundo castreño cantábrico tendría una vigencia de entre 240 y 390 años, según la probabilidad que escojamos. Lo que parece fuera de toda duda es el comienzo de esta fase a finales del s. IX y principios del VIII cal AC. Si tenemos en cuenta que a la probabilidad del 68 % las fechas más recientes no pasan de finales del s. VI cal AC y que el siguiente grupo de fechas (fig. 3.2, gris claro), las correspondientes a la fase I c o transición a la Segunda Edad del Hierro, tiene un límite antiguo bien marcado al 68 % en el 600 cal AC, no parece descabellado plantear como hito final de la fase I b el 600/550 AC.

Como clara y gráficamente muestra la curva resultante de la suma de probabilidades de las fechas de la fase I c (fig. 3.4), no sólo al 68 % los límites de esta fase se encontrarían en el 600 - 400 cal AC, sino que incluso al 90 % la porción mayoritaria de esta probabilidad aún se encontraría en unos límites muy similares. Por ello es razonable situar esta fase de transición a la Segunda Edad del Hierro, caracterizada por la monumentalización pétreo de la mayoría de los castros y por la aparición de un tipo singular de murallas, la de módulos, entre el 600/550 - 400 AC. Pese a que aisladamente algunas de estas fechas, como las de Llagú, arranquen de mediados del s. VIII cal AC a 2 sigmas (fig. 3.3), lo más probable es que no sobrepasen hacia atrás el límite de mediados del s. VI cal AC, como ya se apuntó en la publicación original (Rubinos y Alonso 2002: 299 y fig. 102), por lo que cabe pensar en la fundación de este castro a lo largo de la fase I c. No es el caso de fechas similares para castros como San Lluís, Chao Samartín o Campa



**Figura 3.4:** suma de probabilidades de las fechas radiocarbónicas calibradas de la fase I del centro-occidente cantábrico.

Torres, que ya hemos visto como arrancan de comienzos de la fase I b, puesto que lo que están definiendo es, en el caso de los dos primeros, la ocupación de las zonas exteriores a la acrópolis, y, en general, la petrificación de las estructuras y la remodelación de las defensas, consolidándose el uso de la muralla de módulos. Sobre todo ello volveremos más adelante.

Con todo lo expuesto hasta el momento podemos ratificar el surgimiento de los castros cantábricos o, dicho de otro modo, del primer paisaje aldeano cantábrico, entendiéndolo por ello un paisaje en el que los asentamientos pasaron a ser estables, donde los grupos se sedentarizaron, y que poco a poco fueron monumentalizado artificialmente unos lugares que ya de por sí podemos entender como auténticos monumentos naturales, en la transición de los ss. IX-VIII cal AC o comienzos de la fase I b (Marín 2009). En este sentido volvemos a constatar una dicotomía entre el mundo centro-occidental cantábrico y el norte de la Meseta, dicotomía que también es extensible al Noroeste, en concreto las provincias de A Coruña y Lugo, cuyo proceso es muy similar al de la zona centro-occidental cantábrica, con respecto a las provincias de Ourense, Pontevedra y el norte de Portugal, cuyos códigos simbólicos y procesos de sedentarización, como ya vimos en el capítulo precedente, son similares a los del norte de la Meseta. Toda esta franja al sur de nuestra zona de estudio se caracterizó por sufrir unos cambios drásticos, en concreto a lo que poblamiento se refiere, a lo largo de la fase I a, lo que en el norte de la Meseta se corresponde con el fin del mundo Cogotas I y el comienzo del Soto formativo, que seguramente supuso el primer ensayo de aldeas estables o semiestables en la zona, siendo el hito cronológico clave en este proceso el 1000 cal AC (capítulo 2).

### ¿Por qué “la Edad del Hierro”?

Ello nos lleva a otro tema que, aunque pueda parecer de menor calado por tratarse de una mera nomenclatura, creemos que en definitiva conlleva un poso teórico y metodológico trascendente. Nos

estamos refiriendo a cuándo debemos entender que surge la Edad del Hierro y si sigue teniendo sentido que usemos aún esta nomenclatura para definir el periodo postrero de nuestra prehistoria reciente o protohistoria. Como vimos en el capítulo 1 los años 80 y el primer lustro de los 90 estuvieron caracterizados, principalmente en Asturias, y en cierta medida también en Cantabria, por un paradigma romanista que vinculaba los castros cantábricos a la conquista romana y a la explotación minera del oro que inmediatamente desarrolló el estado romano. Hoy en día algunos autores como Ángel Villa (2002a: 152-153; 2002b: 162-163; 2003: 115-119), en un efecto péndulo bastante común en las ciencias sociales, proponen un origen de los castros del occidente de Asturias en el Bronce Final, basándose principalmente en dataciones antiguas como las que acabamos de comentar y en ciertos materiales que genéricamente se asocian con el Bronce Final y que ahora se constatan científicamente en los castros, caso de los palstaves de una y dos anillas, y por la comparación con un territorio, el norte de Portugal, cuya secuencia histórica es diferente a la cantábrica (González Ruibal 2003a). Es decir, que por exceso o por defecto la Edad del Hierro cantábrica sigue sin tener una trama histórica específica.

Una de las principales consecuencias del modelo propuesto por Ángel Villa es que se vacía de contenido la Primera Edad del Hierro en el occidente de Asturias, ya que en su reconstrucción histórica se da un salto entre el Bronce Final y los potentes cambios arquitectónicos que definen la Segunda Edad del Hierro. A no ser que este autor esté periodizando en el sentido de la tradición lusa en la que se hace llegar la Edad del Bronce hasta el s. V a.C., momento en el que, para algunos autores, empezaría la Edad del Hierro en aquel sector peninsular (por ejemplo Bettencourt 2000a), pero que es de escasa aplicabilidad al sector cantábrico. Otra crítica que cabe a este modelo ya la apuntamos en el capítulo 2, y puede resumirse en el hecho de que si ciertos tipos broncíneos, como los calderos, palstaves de asas o las hoces, están en los últimos tiempos apareciendo recurrentemente en castros cantábricos cuyas fechas más antiguas son la transición s. IX-VIII cal AC, los

datos que usa Ángel Villa para su argumentación pueden utilizarse en un sentido contrario: las excavaciones metodológicas y las dataciones radiocarbónicas calibradas demuestran que numerosos materiales que por supuestos paralelos tipológicos meramente formales y por cronología relativa habían sido englobados en el Bronce Final hoy vemos que fueron creados y usados principalmente a lo largo de la Primera Edad del Hierro, siendo éste su momento álgido de uso y deposición. En última instancia el modelo cronológico de Ángel Villa es incoherente ya que alude a cómo los primeros castros surgen en Asturias en el Bronce Final, con fechas radiocarbónicas en la transición de los ss. IX-VIII cal AC, siendo sustituidos por castros de la Primera Edad del Hierro, cuyas fechas se situarían a partir del s. VIII cal AC (Villa 2007a: 192, 196). ¿No se le está dando el mismo contenido cronológico a dos periodos históricos distintos?

Pese a estas puntuales críticas todavía no hemos planteado si tiene sentido o no seguir manteniendo conceptos como el de Edad del Hierro. Este periodo así definido es una herencia que aún mantenemos de los padres fundadores de nuestra disciplina, ya que procede de uno de los primeros sistemas clasificatorios, como fue el de las Tres Edades de Thomsen, por lo que es un concepto historiográfico, no exento de problemas (Parcero 2005: 152). Es más, el solapamiento de la Edad del Hierro con la protohistoria peninsular y con los “pueblos históricos” le añade unas connotaciones que no poseen los periodos precedentes. La Edad del Hierro también se oscurece ante nosotros cuando intentamos definir algún rasgo sociocultural que la defina o, simplemente, sus límites cronológicos. Si usamos la aparición del nuevo metal como criterio veremos que las diferencias en cuanto a su adopción varían enormemente dentro de áreas tan cercanas como la zona llana leonesa-palentina y el sector cantábrico, en el cual no se adopta prácticamente hasta la Segunda Edad del Hierro y con un papel social secundario con respecto a las producciones bronceas (Fanjul y Marín 2006). Además, mantendríamos el agravante de seguir periodizando la Historia con “avances tecnológicos” del mundo masculino. Primar las actividades de cambio sobre las de mantenimiento conlleva unas ideas sobre el devenir histórico muy influidas por el evolucionismo y la razón instrumental, dos armas muy poderosas del androcentrismo imperante en nuestra disciplina. Hay diferentes tiempos para los diferentes sectores de la comunidad (hombres y mujeres principalmente), y los investigadores, la Historia en general, suele escoger los momentos de cambio, las innovaciones tecnológicas, que tienden a estar vinculadas con el mundo masculino, para periodizar, y nunca las actividades de mantenimiento más relacionadas con el mundo femenino. Esto se debe básicamente a que la Historia es un discurso de

legitimación basado en lo individual, en el cambio y en el tiempo lineal, todo ello vinculable a la esfera tradicional masculina (Hernando 2005: 120, 127). Ello conlleva una suerte de androcentrismo en las disciplinas históricas que suele valorar más positivamente precisamente aquellos momentos históricos más recesivos para las mujeres, como puede ser la Grecia clásica o el mundo de los *oppida* meseteños de la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica, precisamente por valorarse de un modo positivo el cambio cultural, tecnológico, con respecto al mantenimiento de formas culturales durante tiempos largos. Un ejemplo claro lo tenemos en la periodización del Bronce Final y la Edad del Hierro en la zona que nos atañe, fundamentada principalmente en objetos masculinos como las armas y, en definitiva, en productos metalúrgicos, tecnología controlada por los hombres. Si intentásemos periodizar del mismo modo con tecnologías femeninas, como la cerámica, seguramente no podríamos diferenciar entre Bronce Final y Primera Edad del Hierro, como se ha demostrado en Galicia (González Ruibal 2003: 46-47). Algo parecido ocurriría si lo que manejásemos es la arquitectura, ya que las escasas cabañas con las que contamos para los momentos más antiguos de los castros parecen ser heredadas directamente del mundo precedente, al igual que ocurre en otros territorios castreños atlánticos, como es el sur del Reino Unido (Thomas 1989; Hill 1995b: 45). Si, en cambio, lo que tenemos en cuenta son procesos que afectan a todo el conjunto social y no sólo a unos pocos, como es el caso de la mayoría de los depósitos bronceos cantábricos, la perduración y aumento de éstos en la Primera Edad del Hierro tampoco brinda argumentos a favor de justificar la Edad del Hierro, puesto que lo que parece haber es, de nuevo, una continuidad de las características tecnológicas asociadas a los objetos bronceos entre nuestras fases I a y b, no así tanto de la ritualidad que estos objetos expresan en las diferentes fases.

Más sencillo nos resultará si lo que tenemos en cuenta para definir el comienzo de la Edad del Hierro es el trascendental proceso de la sedentarización en poblados estables (Parcero 2002), aunque veremos también que las diferencias por zonas son considerables. Al sur de nuestra zona de estudio los poblados del Soteño formativo ya están en uso claramente en el 950 cal AC mientras que en el mundo cantábrico es imposible llevar el origen de un castro más atrás de finales del s. IX cal AC. Por lo tanto hemos de pensar que en zonas muy cercanas entre sí, la Edad del Hierro tardó en empezar hasta con 150 años de diferencia.

Y si son los castros, ese primer paisaje aldeano y, además, fortificado, los protagonistas de la Edad del Hierro, entonces deberíamos plantear que ésta perdure todavía en época altoimperial ya que hasta al menos el

s. II d.C. siguieron ocupadas estas aldeas con población indígena en el sector centro-occidental cantábrico -por lo tanto con formas de vida castreñas- y hasta época germánica y altomedieval en numerosos ejemplos del Noroeste (Ayán 2005: 81). Si complejo es definir cuando empieza y acaba la Edad del Hierro no lo es menos la transición, aceptada por todos, entre Primera y Segunda Edad del Hierro. Desde luego hay cambios sociales importantes como para mantenerla, pero de nuevo los procesos son muy diversos y las cronologías también. Castros de mayor tamaño, con la edificación petrificada, la aparición de murallas de módulos, de nuevos tipos tanto cerámicos como metalúrgicos, etc. son argumentos para mantener en el mundo centro-occidental cantábrico la diferencia entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro, con una transición entre ambas en el lapso de los ss. VI-IV cal AC, nuestra fase I c, como hemos visto gracias a las dataciones radiocarbónicas disponibles para esta zona. Sin embargo, una de las características de la Segunda Edad del Hierro normesteña, que no es otra que la aparición de los *oppida*, grandes poblados constituidos en la práctica como ciudades-estado, en el mundo cantábrico no se dio, caracterizando precisamente a la Segunda Edad del Hierro cantábrica la ausencia de poblados que alberguen formas de desigualdad social tan elevada.

La Edad del Hierro, en abstracto, sin situar geográficamente no nos dice mucho. El avance de las dataciones físico-químicas puede hacer que terminemos desechando la Edad del Cobre, del Bronce, del Hierro... y sustituyéndolas por fechas concretas en lugares y regiones específicos. No obstante creemos que, con los pertinentes matices y teniendo en cuenta que toda periodización es un artificio conceptual contemporáneo que muchas veces juega más con la utilización actual y política que podemos hacer de ellos que con la sustancia histórica objetiva de dichos periodos (Chesneaux 1981: 77), la Edad del Hierro es un concepto que todavía puede seguir siendo útil como marco general del análisis histórico (Hill 1995a). Por ello recientemente hemos planteado (Marín e.p. b) que si seguimos usando términos como el de Edad del Hierro ha de ser tras una deconstrucción del mismo y tras darle un nuevo contenido. Hemos propuesto entonces que lo que marque el origen de la Edad del Hierro no sea la presencia o ausencia de objetos metálicos, sólo producidos por un sector de la sociedad, aunque puede que consumidos ritualmente de modo comunal, sino procesos globales que afectaron, y mucho, al conjunto de los diferentes grupos del ámbito septentrional, tanto a hombres como a mujeres. Y ese proceso no es otro que los drásticos cambios sociales que sufrieron las gentes acostumbradas al nomadismo residencial cuando comenzaron a asentarse en poblados estables en lugares conspicuos dentro de su paisaje tradicional. Es decir, debemos vincular el

origen de la Edad del Hierro en el sector cantábrico a la aparición de los primeros castros, o lo que es lo mismo, la Edad del Hierro está definida por el acta de nacimiento de un paisaje aldeano desconocido hasta ese momento en la zona, y que a modo de palimpsesto y sujeto en cada momento a particulares situaciones históricas, se sucederá en esta región hasta que los drásticos cambios sociales provocados por el capitalismo en la segunda mitad del s. XX prácticamente aniquilen las formas de vida aldeanas. En este sentido hemos de pensar que no hay una única Edad del Hierro sino que existieron “diferentes edades del hierro” (Hill y Cumberpatch 1995); en concreto una que empezaría en la fase I a en la zona norte de Portugal, sur de Galicia y la Submeseta Norte, y otra a partir de la fase I b en la región centro-occidental cantábrica, más afín cronoculturalmente a ciertas regiones de las Islas Británicas que a las tierras situadas inmediatamente a su costado meridional. La fecha del 800 cal AC en el mundo Soto de Medinilla y en lo que posteriormente fue el *Conventus Bracarense*, también significó la consolidación de un modelo, pero que ya se llevaba dos siglos ensayando (González Ruibal 2003a: 131). Ello marca la principal diferencia entre las diferentes edades del hierro del ámbito septentrional ibérico. Dichas diferencias cronológicas y tiempos históricos dispares entre regiones alejadas se debe, en última instancia, a profundas diferencias sociológicas entre los distintos grupos culturales, como desgranaremos a lo largo del capítulo.

### **Moros, bronce y peñas: los castros de la Primera Edad del Hierro.**

Sería interesante para investigar este periodo poder definir qué poblados fortificados podemos vincular a la fase I b. Como acabamos de ver es muy limitado el número de castros que por dataciones físico-químicas podemos vincular a los momentos antiguos. Se presenta como imperante, por tanto, poder definir qué castros del centro-occidente cantábrico pueden pertenecer a dichos momentos, lo que por otro lado es una ardua labor si tenemos en cuenta que en esta zona la discusión científica aún hoy está centrada en si un yacimiento es o no castro (por ejemplo el catálogo excesivamente conservador de Fanjul 2005 frente al ya clásico de González y Fernández-Vallés 1966, en donde se contabilizaron unos 300 castros en Asturias, o las críticas de Peralta 2003 a las catalogaciones de castros en Cantabria realizadas por otros autores). Sea como fuere es una labor necesaria tanto porque esta fase antigua hasta hace muy poco no era aceptada por la mayoría de los investigadores como por la necesidad de poseer una base documental mínima con la que poder aventurar las interpretaciones sociales que pretendemos y ancladas al paisaje que les corresponda. En definitiva se trata de un problema muy similar al del Noroeste,



**Figura 3.5:** izquierda, muralla del Castellón de Eilao (fotografía de David González Álavarez) y derecha, muralla del castro de Tremao de Carballo (en Flórez, García y Fanjul 2005). Ambos poblados se encuentran sin excavar.

en donde la escasa entidad de los restos de la fase I b, la tendencia a identificar sólo los materiales más tardíos y el hecho de que en muchos casos ni siquiera se cuente con materiales de superficie que permitan atisbar la cronología del lugar, hacen que en muchas clasificaciones los castros sean catalogados como galaicorromanos, sin que se pueda sospechar un origen antiguo de los mismos (González Ruibal 2003a: 142). Por ello intentar diferenciar entre poblados de la Primera y Segunda Edad del Hierro, cuando en muchos casos lo que se discute a nivel científico es si un yacimiento es castro, torre de vigilancia medieval o terrazas de cultivo subactuales y/o trincheras de la última Guerra Civil se puede presentar ante nosotros como una compleja tarea sino media ninguna excavación arqueológica. La potente cobertura vegetal del área cantábrica en muchos casos borra literalmente cualquier forma reconocible del terreno, incluso entre las estructuras prehistóricas positivas -túmulos y castros, principalmente-. A ello hay que sumarle cuestiones de índole cultural, como es el hecho de que en la mayor parte del área cantábrica la naturaleza no pétreo de las estructuras habitacionales, prácticamente fondos de cabaña al estilo de la Edad del bronce a no ser por pequeños zócalos de piedra, hace que el reconocimiento de estos poblados haya que realizarlo únicamente mediante las morfologías de las defensas, básicamente mediante la correcta lectura de aterrazamientos y fosos, que, por otro lado, se pueden confundir fácilmente con abancalamientos para la agricultura y con antiguos caminos (Marín 2006).

Este hecho se constata perfectamente en el terreno de la tradición popular. En la zona occidental de Asturias, dentro de las explicaciones folklóricas de los castros, se diferenciaba y afinaba incluso a nivel de las estructuras domésticas debido a su patente visibilidad y perdurabilidad por su naturaleza pétreo. Recordemos que en El Castellón de Coaña a fines del s. XIX se apreciaban bastantes estructuras antes de haberse excavado y que los vecinos de las poblaciones aledañas se referían a las casas del “castillo” como

*casías* (casetas) (Flórez 1878: 7-11). En este sentido la estructura 1 del “barrio bajo” del castro de San Lluís también era conocida por los vecinos del lugar como el “horno”, según quedó registrado en los diarios de excavación de los años sesenta (Marín 2007). Esta denominación popular también la encontramos al otro lado de la cordillera, en el Bierzo, por ejemplo para las estructuras interiores del Teso da Forca, definidas por amontonamientos de pizarras (Barjas, León) o las de El Castro de Folgoso de la Ribera (Mañanes 1988: 27, 63). Por otro lado el occidente de Asturias es la única zona cantábrica en donde vemos casos de murallas monumentales en casi perfecto estado de conservación en yacimientos que no han sufrido ninguna intervención arqueológica, como el de El Castellón de Eilao (conocido en la bibliografía arqueológica bajo la incorrecta castellanización de Illano) (Francisco y Villa 2003/2004: 26) o las murallas de módulos recientemente documentadas en el castro de Tremao de Carballo (Cangas de Narcea), con paramentos que superan los 3 m altura y en donde al menos se diferencian con claridad tres módulos (Flórez, García y Fanjul 2005) (fig. 3.5). En consonancia con la menor visibilidad del resto de castros cantábricos, en la mitología asociada a éstos suele haber un mayor protagonismo de las otras formas del relieve que destacan, como son las “boleras de los moros” (González y Fernández-Vallés 1966: 290), a la sazón los fosos defensivos colmatados, en donde el origen de los “bolos de oro” de la tradición popular son, probablemente, las hachas de talón y anillas de bronce que recurrentemente aparecen en los espacios liminales de los poblados de la Primera Edad del Hierro (González Álvarez 2008).

Por todo ello dentro de estas dificultades prospectivas y clasificatorias de las que adolece la arqueología castreña cantábrica hemos de recurrir a diversas fuentes de información para poder aventurarnos a clasificar un yacimiento como de la Primera Edad del Hierro. Es lo que recientemente se ha planteado para Asturias como clasificaciones según

“criterios geotopográficos y toponímicos” (Álvarez, Expósito y González 2007: 16), pudiendo de este modo recatalogar como castros numerosos poblados de los que en los últimos tiempos se ha dudado, en muchos casos con escaso fundamento (por ejemplo Fanjul 2005). Se trata en definitiva de volver a la triple vía que hace más de cincuenta años propuso José Manuel González y Fernández-Vallés (1966: 256), que no es otra que tener en cuenta, a la hora de documentar un castro, las fuentes escritas, las tradicionales -en donde se incluye la toponimia y el folklore- y las arqueológicas. Fundamental en este sentido será el estudio de las morfologías y, sobre todo, de las ubicaciones de estos primeros poblados fortificados, puesto que, como hemos dicho, la Primera Edad del Hierro se caracteriza por la elección de lugares conspicuos, que seguramente se presentaron ante aquellas gentes como auténticos monumentos naturales.

Otra forma de acercarnos a las cronologías antiguas de estas aldeas fortificadas es mediante la reinterpretación de artefactos recurrentes en los castros y que hasta hace no mucho se han explicado como pertenecientes a supuestos poblados más antiguos e infrayacentes a los castros donde aparecen o como reliquias que los castreños guardarían de sus antepasados. Nos referimos a ciertos objetos metálicos como los palstaves de una y dos anillas, las hoces y algunos tipos de calderos. También las hachas líticas pulimentadas son un útil frecuente en niveles castreños de la Primera Edad del Hierro, como por ejemplo vemos en el caso coruñés de Neixón Pequeno (Álvarez, López y López 2005: 103). En muchos de estos casos podríamos estar hablando de auténticos “fósiles-guía” de la Primera Edad del Hierro cantábrica, con la matización de que las hachas líticas pulimentadas si bien en la Meseta Norte también siguieron en uso a lo largo de la Primera Edad del Hierro -por ejemplo las hachas pulimentadas entre los materiales soteños de los yacimientos zamoranos de Montpodre, Manganeses de la Polvorosa, Peñas Coronas y Fradellos, en donde aparecen junto a hachas metálicas, del vallisoletano Pago de Gotorría, de los leoneses Sacajos y Villacelama o del palentino Dessobriga (Celis 1996: 51; Misiego y otros 2003)-, para desaparecer en la segunda mitad del primer milenio a.C.; en el Norte y Noroeste, por su parte, a tenor de la información de recientes excavaciones (Cancela 2006: 224-225), continuaron usándose en las fases postreras de la Edad del Hierro, aunque ya en la forma de *micromachados*. Aparecen también en algún yacimiento clásico de la Segunda Edad del Hierro cantábrica, como es el Picu'l Castu de Caravia (Maya 1987/88: 255), aunque su realización en pizarra las aleja de las clásicas hachas pulimentadas que se suelen fabricar sobre piedras de mayor consistencia (fibrolita, calcedonia) (Blas y Maya 1974: 202).

Indicativos de momentos antiguos también son otros artefactos relativamente frecuentes, como los molinos de vaivén o naviformes, más aún cuando el frecuente *ex oriente lux* explicativo de la arqueología española en el caso concreto de los molinos circulares, sucesores de los naviformes, recientemente se ha replanteado de modo totalmente inverso, al modo de *ex occidente lux*, ya que al parecer son los molinos circulares de la Península Ibérica los más antiguos del Mediterráneo (Alonso 1996: 193), tardando en generalizarse por ejemplo entre la población palestina hasta la época bizantina, aunque los primeros ya serían introducidos por los militares romanos destinados en el Levante mediterráneo (Meyers 2005: 30). Estos datos, unido a que los molinos circulares son los auténticos protagonistas de los niveles castreños de la Segunda Edad del Hierro (capítulo 4), debe hacernos pensar que los molinos de vaivén, herencia de los de la Edad del Bronce, debieron ser los protagonistas en las actividades de molienda durante toda la Primera Edad del Hierro, y, seguramente también, de la fase de transición (fase I c: ss. VI-IV cal AC), siendo paulatinamente sustituidos por los rotatorios en el occidente cantábrico y en el noroeste a partir del s. IV a.C. (Maya y Blas 1973: 721; Carballo, Concheiro y Castiñeira 2003: 105-106). No obstante el caso gallego parece más retardatario que el cantábrico, no dándose la sustitución mencionada prácticamente hasta el cambio de era, claro ejemplo de resistencia cultural ante la influencia púnica. Por otro lado, en los inmediatos poblados de la zona llana leonesa del Soto formativo y Soto, la molinaria de vaivén es la que predomina durante la primera mitad del primer milenio a.C. (Celis 2002: 112). De todos modos hemos de ser cautos con este “fósil guía” de la Primera Edad del Hierro ya que el castro del Picu Castiellu de Moriyón (Villaviciosa), cuyas fechas radiocarbónicas hacen que su fase más antigua no pueda situarse más atrás del s. IV cal AC (Camino 1996: 34), también ha ofrecido molinaria del tipo barquiforme o de vaivén (Camino 1995c: 119), por lo que la aparición de un molino de este tipo en un castro no asegura que nos encontremos ante fechas de la Primera Edad del Hierro, ya que, como hemos dicho, pudieron convivir ambos tipos a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, puede que por tener cada uno funcionalidades específicas. Aunque lo que sí podría plantearse como significativo en un sentido cronológico es que tras una intervención arqueológica la única molinaria que aparezca sea del tipo de vaivén.

Paradigmático en la línea ergológica que venimos argumentando es el castro lucense de Penarrubia, ya que a su datación radiocarbónica de la fase I b tomada en la zona de la acrópolis, debemos añadir un elenco material, en relación con esta fecha, compuesto por un molino barquiforme e improntas de barro -seguramente de cabañas de material perecedero-. Cabe señalar que en el poblado todos los



**Figura 3.6:** aproximación teórico-metodológica al reconocimiento de castros cantábricos de la Primera Edad del Hierro (íconos a partir de Camino, Estrada y Viniegra 2009; García y Bellido 1942b; Blas 1983; 1990; Villa 2007a; Escortell 1982).

molinos aparecidos -hasta 58 trozos- son de este tipo, que toda la cerámica es grosera, a mano y generalmente sin decoración y que también aparecieron hachas líticas pulimentadas y un hacha plana de bronce. La fecha radiocarbónica se tomó del nivel de incendio generalizado en todo el poblado (Arias 1979), por lo que marca un *terminus ante quem* para el mismo, siendo claro que este poblado estuvo en uso y fue abandonado dentro de la fase I b.

La unión de toda esta información (fig. 3.6) nos permitirá añadir a la lista de estaciones castreñas de la Primera Edad del Hierro algunas otras en las que aún no se ha intervenido arqueológicamente o de las que en la literatura arqueológica tan sólo se mencionan sus momentos tardíos (fines de la Edad del Hierro y romanos). Ello es importante si tenemos en cuenta que la distribución geográfica de las dataciones radiocarbónicas está bastante mal repartida, concentrándose en el occidente cantábrico la mayoría de ellas y dejando grandes vacíos de conocimiento, como puede ser la alta montaña cantábrica. A dicha información le podemos unir, en un sentido espacial y paisajístico, una serie de características propias para los primeros castros de la Edad del Hierro desarrolladas y aplicadas principalmente en el Noroeste, pero que se compartirían en una vasta serie de regiones, incluyéndose, como veremos, la colindante zona centro-occidental cantábrica (González Ruibal 2003a: 136-137), aunque matizaremos el sentido exacto en el que se ajustan a este modelo:

- elección de lugares elevados sobre el entorno, conspicuos y de gran visibilidad
- cercanía a depósitos, poblados y/o petroglifos de la Edad del Bronce
- cerros de perfil cónico y con afloramientos rocosos
- poblados pequeños inferiores a una hectárea
- presencia mayoritaria de suelos ligeros en el entorno

- escasa densidad de asentamientos en comparación con momentos posteriores.

En definitiva, emplazamientos naturales escogidos por su monumentalidad y por ser referentes visuales en el paisaje (Ayán 2005b: 40), que caen prácticamente todos en el grupo C de Carballo (1996: 316), caracterizado por ser cotos o cerros rodeados por fuertes pendientes (en torno al 25%) por tres de sus lados, con gran dominio visual del espacio circundante, a veces a grandes distancias, y sencillas defensas naturales (fig. 3.7). De hecho una de las características de los primeros castros es que poseen excelente visibilidad de las distancias largas, aunque siempre primando cierto arco visual sobre otro que suele quedar oculto, y una muy parcial e irregular de las tierras más próximas. Precisamente las tierras más accesibles en las inmediaciones de los poblados suelen ser las menos visibles (Parcero y Cobas 2004: 14). En nuestro caso esas tierras a larga distancia que se sitúan en el arco de visión oculto suelen coincidir con las tierras altas de las sierras donde se sitúan, a las que aquellos grupos subieron el ganado y que aunque no dominan visualmente sí que suelen controlar los puntos de paso y acceso hacia ellas (fig. 3.8). Por el contrario la cercanía a poblados de la Edad del Bronce es una característica imposible de contrastar en la mayoría del territorio cantábrico, por el gran vacío de información que poseemos (capítulo 2). Respecto a los petroglifos precisamente el occidente cantábrico es una zona de transición entre el mundo de los petroglifos del Noroeste y otras formas de arte esquemático, propiamente cantábrico (capítulo 2), por lo que es un rasgo que tan sólo veremos en ciertos ejemplos del occidente asturiano, como el Chao Samartín. Lo que sí puede marcarse como pauta general para los poblados de la Primera Edad del Hierro del centro-occidente cantábrico es que son de



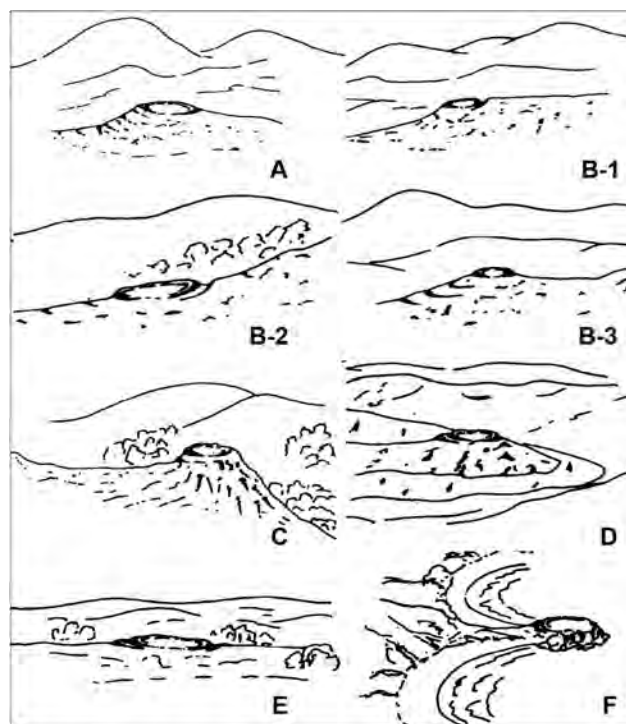
tamaños inferiores a 1 Ha, como sus equivalentes gallegos (Carballo 1996: 327) (fig. 3.9).

### 1 - La mitad occidental de Asturias:

Comenzando en el occidente de nuestra zona de estudio, y en concreto en el interfluvio Eo-Navia, la mayoría de los castros datados en la fase I b mediante el C14 comparten todos estos rasgos, con la excepción del lucense Penarrubia, situado sobre una colina poco elevada respecto al entorno circundante (Arias 1979: 613-614), ya que, aunque se haya cogido como límite occidental para las dataciones radiocarbónicas cantábricas, realmente se encuentra en una de las principales depresiones tectónicas y llanuras del Noroeste, A Terra Chá, en la que se enclava el alto Miño, y que geográficamente difiere bastante de la montaña cantábrica. Algo similar podría pasar con el también lucense castro de Viladonga, que pese a encontrarse en la misma zona llana que Penarrubia y ser sobre todo conocidas sus fases romanas, también podría aventurarse un origen en la Primera Edad del Hierro gracias a la aparición de algunos materiales como un original hacha de talón y cuatro anillas y un puñal de antenas de tipología antigua (Arias 1983: 203-204).

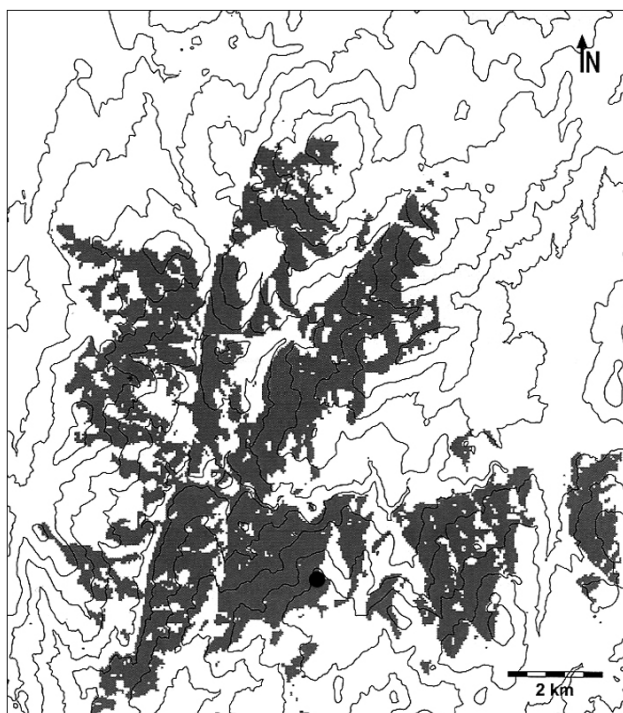
En líneas generales los castros asturianos, y podríamos decir que el resto de los cantábricos también, se encuentran en posiciones dominantes, ya sea en lo alto de colinas, en prominencias de cordales, en confluencias fluviales, en el extremo de las estribaciones, contrafuertes y espolones sobre los valles, y, en la costa, sobre cabos, penínsulas y/o promontorios (González 1966: 280). Precisamente para este autor serían los castros de la zona occidental asturiana los que destacan en tamaño con respecto a los de la zona central asturiana (cuencas del Narcea y el Nalón), a excepción de algún ejemplo costero de la zona central, como puede ser la Campa Torres (González 1976). Sin embargo esos mayores tamaños que documentó José Manuel González para castros como los del valle del Navia se corresponden realmente con aquellos poblados que fueron ampliados y urbanizados extensamente en la Segunda Edad del Hierro y época altoimperial, puesto que si seguimos la información de poblados bien estudiados como el Chao Samartín o San L.luis veremos como los asentamientos de la Primera Edad del Hierro se circunscriben preferentemente a las plataformas superiores o “acrópolis” de estos poblados, de tamaños ciertamente reducidos.

En el alto Navia el mencionado Chao Samartín, cuenta con una superficie que no supera la hectárea, y en la cuenca alta del Narcea, muy próxima a la anterior, del castro de San L.luis se ha dicho que posee unas 3,7 Ha. (Jordá y García 1999: 137), aunque a esta cifra se ha llegado teniendo en cuenta todo el aparato defensivo, ya que si sólo tenemos en cuenta el caserío



**Figura 3.7:** tipología de emplazamientos castreños (a partir de Carballo 1996, modificado). Los castros cantábricos no costeros de la fase I pueden englobarse *grosso modo* en el tipo C.

tras la muralla de módulos estaríamos hablando de una superficie que no llega a las 0,7 Ha. Además, de la superficie completa de sus caseríos sólo su “acrópolis” y “barrio alto”, respectivamente, pueden vincularse con claridad a los momentos antiguos de la Primera Edad del Hierro, aunque no faltan evidencias, especialmente en el primero de ellos, para suponer que hubo un caserío antiguo también fuera de la acrópolis, aunque puede que ya en relación con la fase de transición a la Segunda Edad del Hierro, como veremos. Se trata de dos recintos subrectangulares, que cuentan con 80x30 m. (Chao Samartín) (Villa 2007b: 124) y en torno a 60x30 m. (San L.luis) (Villa 2002a: figs. 2 y 3) (fig. 3.10). Sin duda son dos buenos ejemplos de referentes paisajísticos ya que San L.luis, a unos 780-800 m.s.n.m., se encuentra enclavado en el pico más alto de un estrecho cordal entre tres arroyos de la vertiente izquierda del Narcea. Desde esta posición se divisa el puerto de El Palo y La Carreiriega de los Gallegos, por donde se pasa a la cuenca del Navia, y el de L.leitariegos, por donde se pasa a la cuenca del Sil, así como toda una serie de castros. Así mismo San L.luis es visible desde casi todas partes en un radio de 15 Km. (Adán y otros 2000: 6; Jordá y García 1999: 137). El Chao Samartín, por su parte, no es menos protagonista en el paisaje, ya que a 677 m.s.n.m. y en el eje de una dorsal montañosa, le da un completo dominio visual sobre el valle del río Cabalos, afluente del Navia, y una aceptable visibilidad sobre su entorno inmediato, caracterizado por los terrenos marginales de escaso potencial productivo (Villa 1999: 111). También en Grandas de Salime se ubica el



**Figura 3.8:** visibilidad a larga distancia del castro pontevedrés de Penalba, de clara posición conspicua y cronología de la fase I (en Parceró 2002).

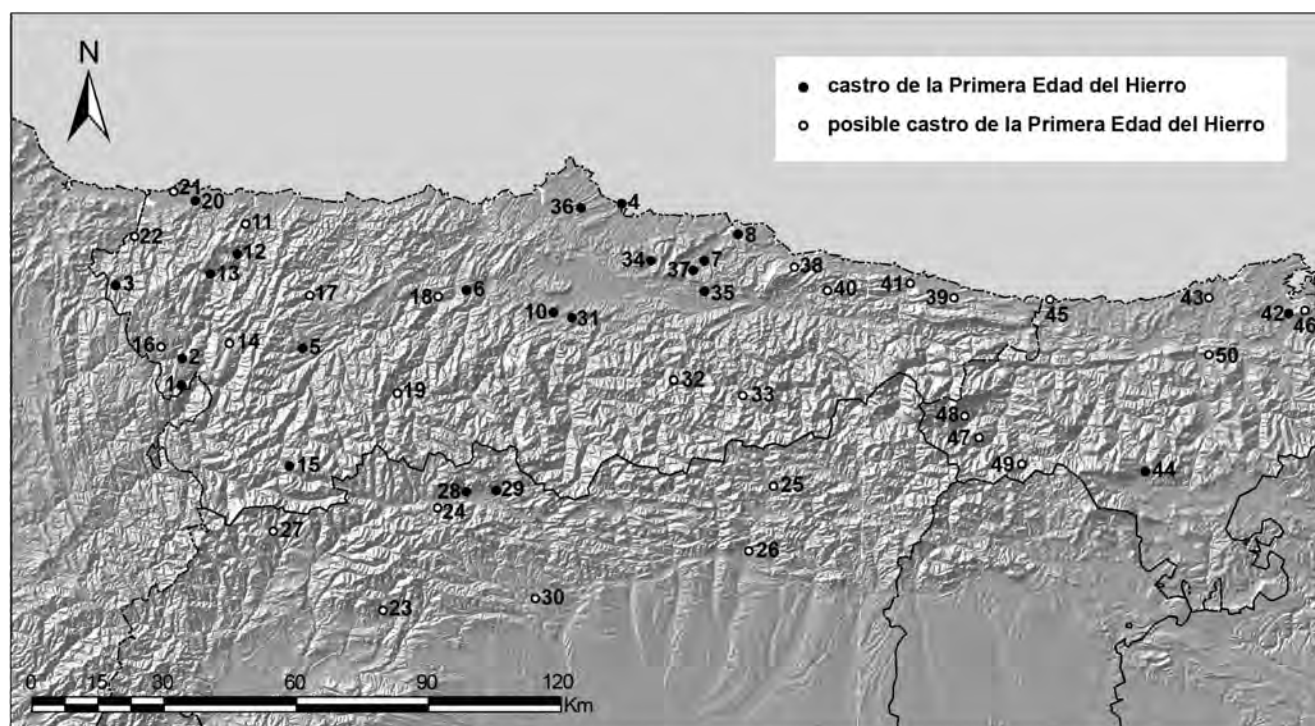
Castrelo de Pelóu, que pese a haber sido utilizado como base para la explotación del oro en época romana y tener defensas realizadas por técnicas mineras, es un claro ejemplo de castro de la fase I, corroborado, por las dataciones radiocarbónicas y por ciertos materiales diagnósticos. La parte asimilable a época prerromana es un pequeño recinto de unos 3000 m<sup>2</sup>, en un enclave descolgado de la sierra a 645 m.s.n.m., sobre el río Trasmonte de Boliqueira, afluente del Navia (Montes y otros 2009: 313-314), y con afloramientos rocosos en la zona de su entrada. Estos ejemplos, y especialmente el Chao Samartín, pueden ser buenos paralelos para reinterpretar las fases antiguas de otros poblados del bajo Navia, en concreto Coaña y Pendia.

El Castellón de Coaña, pese a ser el primer castro excavado en Asturias, si por algo se caracteriza es por las nefastas intervenciones arqueológicas a las que se ha visto sometido y por la paupérrima publicación de la información allí obtenida. Hasta tal punto que, con excepción de una de sus saunas castreñas y de alguna superposición en la acrópolis, no se ha publicado ningún estrato o material prerromano, a excepción de dos sondeos recientemente efectuados que han permitido documentar que las defensas (muralla y fosos) fueron realizados en época netamente prerromana (Villa 2007d: 415). Sabemos que la mitología del lugar principalmente se situaba en la zona más alta del poblado, en la acrópolis, en donde la tradición situaba un castillo y un tesoro escondido, pese a ser la zona con menos restos visibles en superficie, no como la falda norte. Además de ese castillo partiría una galería subterránea hasta el pueblo

de Porto, situado a sus pies y que formaría el puerto natural del poblado (Flórez 1878: 7-8) en el bajo Navia y muy cerca de la cabecera de la ría que se forma en la desembocadura. Pero precisamente fue esa meseta superior o acrópolis, plana y amurallada, la que no se intervino ni en las excavaciones de José María Flórez ni prácticamente en las de Antonio García y Bellido y Uría Rúa, ya que éstos tan sólo excavaron dos estructuras de la plataforma superior, la circular 80 y la rectangular 81 (según la numeración de Maya 1987/88: fig. 4), que flanquean la puerta de la acrópolis. Habrá que esperar a las excavaciones de Jordá Cerdá (1959-61) para que se reexcave la casa 80 y a las de 1982 de Maya para la reexcavación de la estructura 82. Son poco claras las estratigrafías ya que de los 93 m<sup>2</sup> excavados en esta zona en 1982 muy pocos fueron sobre áreas vírgenes. Tan sólo puede aclararse que la estructura circular 80 no poseía paramento interno y es suprayacente a un muro recto. Por su parte la rectangular 81 amortiza una estructura circular (Maya 1983/84: 183). Sin duda, a nivel estratigráfico, lo más interesante son algunos datos que el profesor Jordá Cerdá reveló en una memoria inédita de sus excavaciones de 1959 y en la que se deja constancia de una fase anterior a los edificios “romanos”, justo en la zona oriental de la muralla de la acrópolis, en donde se observó “la existencia de una serie de restos de hogares, posiblemente anteriores al castro actual” (en Adán 2001b: 216).

Entre los materiales antiguos que podemos citar para Coaña se encontraría un hacha de cobre que supuestamente cita Flórez, y del cual podría pensarse que es de talón y anillas (en Maya 1983/84: 184), y un fragmento de cerámica púnica que se lleva a antes del s. V a.C. (Ibid.: 184). Respecto a los molinos en todo el barrio norte lo que predominan son los giratorios, aunque también se encontró alguno de vaivén (García y Bellido 1941a: 203, 205), de los que tan sólo se ha publicado uno y mediante una fotografía sin comentario (en Pedregal 1990: 180). El Castellón de Coaña se encuentra en un lugar claramente estratégico controlando el acceso al Navia, especialmente en el meandro de Porto, lugar de importante tráfico fluvial hasta el s. XIX, cuando la costa estaba más cerca, y seguramente primitivo puerto de la ría en época prehistórica (Maya 1983/84: 184-185; Jordá 1983: 9). Coaña es un auténtico lugar de paso entre la vía terrestre que seguiría el curso del Navia y las marítimas que tendrían en la ría que forma el curso bajo de este río uno de los mejores fondeaderos de la costa asturiana.

La acrópolis posee unas defensas de dos metros de anchura sustentadas en la roca madre, y por tanto mucho más potentes que las del resto del poblado (Maya 1987/88: 27-32). A esta monumentalidad artificial podemos añadir la natural, ya que se asienta en un cerro que si bien es de escasa altitud (80 m.s.n.m.), debido a su cercanía a la costa, sí que posee



**Figura 3.9:** castros seguros y probables de la Primera Edad del Hierro (fase I) del centro-occidente cantábrico: 1. Monte Castrelo de Pelóu; 2. Chao Samartín; 3. Os Castros de Taramundi; 4. Campa Torres; 5. San Lluís; 6. Picu la Forca; 7. El Castiellu de Camoca; 8. El Campón del Olivar; 9. La Garma; 10. El Castiellu de Llagú/Cellagú; 11. Castelón de Coaña; 12. Pendia; 13. La Escrita; 14. Castro de la Garganta; 15. Llarón; 16. Cortín dos Mouros; 17. Las Torres; 18. Alava; 19. El Castiellu de Santuchano; 20. El Picón; 21. El Castelo del Esteiro; 22. Molexón; 23. La Forca de Noceda; 24. Quintanilla de Babia; 25. Castro Velloso; 26. Peña Salona; 27. El Castro de Peranzanes; 28. Torre de Babia; 29. La Majúa; 30. Villaceid; 31. Picu Llanza; 32. El Cerco la Pumará; 33. El Picu los Castiellos; 34. El Picu Castiellu la Collá; 35. La Cogolla de Cesa; 36. La Barrera; 37. La Corolla de Ambás; 38. La Riera; 39. Picu Castiellu de la Pereda; 40. La Corona del Castiellu de Margolles; 41. Castro de San Martín; 42. Castilnegro; 43. Hinojedo; 44. La Campana; 45. El Castillo de Premezzo; 46. Peñarrubia; 47. Llan de la Peña; 48. Sebrango; 49. Castro de la Corona; 50. Las Lleras.

un dominio visual amplio, de buena parte del valle del Navia y de la superficie donde se encuentra la actual Coaña, con una importante altitud relativa respecto al fondo del valle y tierras planas circundantes (Ibid.: fig. 6). Se trata de una ubicación en una zona de cambio de pendiente, muy próxima al frente de la sierra, algo que comparte con otro poblado naviego, el de Pendia (Carrocera y Jordá 1986-87: 220-221, 227, y fig. 6).

El castro de Pendia se encuentra muy cerca de Coaña y en una posición inexpugnable, puesto que se halla en el espolón de una sierra y rodeado por todos sus flancos, excepto el sur, por el arroyo Pendia, tributario del Navia, al cual hay caídas bastante pronunciadas (García y Bellido 1942b: 289, 292). Está situado a 150 m.s.n.m. y con un dominio visual amplio del arroyo Pendia, de un buen sector del valle del Navia y de las alturas colindantes (Carrocera y Jordá 1986-87: 221). Posee dos recintos fortificados, uno al norte, en la cabecera del espolón, con una muralla de 2-3 m de anchura y dos anchos torreones flanqueando la puerta que comunica con el recinto sur, el mayor. Mientras que en el recinto sur hay 11 cabañas y dos saunas, en el norte tan solo se apreciaba una gran cabaña rectangular de esquinas redondeadas (Ibid.: 291-292).

En el castro de Pendia se hizo una excavación en 1934 por dos vecinos del lugar en donde se

extrañeron “hachas neolíticas, una de bronce, fragmentos de cerámica, una piedra de molino de mano y algunos fragmentos de objetos metálicos” (García y Bellido y Uría 1940: nota 1), que al parecer se exhumaron en los alrededores de la gran cabaña del recinto norte, y que se corresponden con una hacha de talón y una anilla, cinco hachas de piedra pulimentada y fragmentos de calderos remachados (Maya 1987/88: 71). Estas cinco hachas de piedra pulimentada (cuatro de fibrolita y una de pizarra) son de diversos tamaños y morfologías. Tres de ellas, de fibrolita, son pequeñas, no pasando ninguna de los 6 cm., pero difieren en cuanto al resto de sus rasgos morfológicos. Las otras dos hachas se han considerado votivas, debido a su considerable longitud, 13,5 cm. la de fibrolita y 18,6 cm. la de pizarra, y gran delgadez. La de fibrolita está atravesada en su tercio superior por un agujero en forma de ojal, para su suspensión, lo que añadiría verosimilitud a su posible interpretación como hacha votiva (Blas y Maya 1974: 205-211) (fig. 3.11). Las recientes intervenciones en este poblado se han centrado en el barrio sur, por lo que no se ha podido comprobar el origen en la fase I del barrio norte. Sin embargo se ha datado un paleosuelo mediante C-14 que una vez calibrado sube a los comienzos del II milenio a.C. (Rodríguez y Villa 2009: tabla 1), mucho

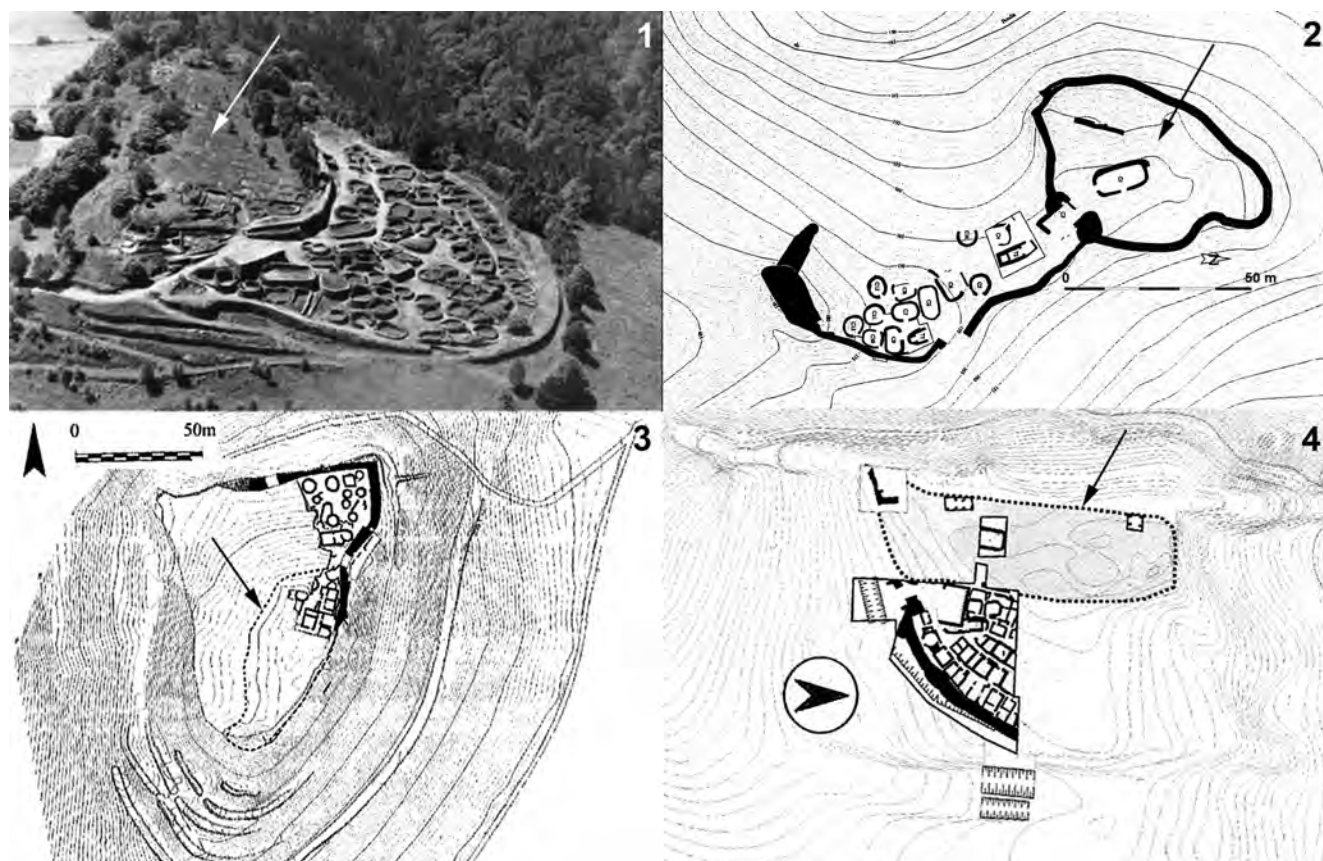
más antigua que las fechas precastreñas ya tratadas, pero que igualmente podría indicar que este lugar fue sede de campamentos temporales por los grupos nómadas que se movieron por el valle del Navia en aquel periodo, como ya aventuramos para otros castros de este mismo valle (capítulo 2). En este mismo concejo de Boal apareció al realizar la carta arqueológica un molino barquiforme y una *meta* de otro circular en el pueblo de El Castrillón, cuya ubicación sobre un espolón desgajado del Macizo de la Sierra de San Roque ha hecho pensar en un poblado antiguo en el lugar bajo el pueblo actual (Díaz Nosty y Sierra 1995: 183). Son argumentos suficientes para plantear que dicho yacimiento sea un castro.

Pese a que Maya (1983-84: 187) pensó que la acrópolis de Coaña sería un barrio más moderno que el barrio norte donde se concentra el caserío, seguramente haya que darle la razón a Antonio García y Bellido (1941a; 1941b; 1942a), quien entendió la acrópolis como el poblado original y al barrio norte como una ampliación posterior. Podríamos pensar lo mismo para el barrio norte de Pendia, más aún cuando en este yacimiento contamos con materiales y una cabaña que indiscutiblemente debemos fechar en la Primera Edad del Hierro y que representan, sin duda, el mejor paralelo para los materiales exhumados en la gran cabaña comunal de la acrópolis del Chao Samartín. Siguiendo los referentes bien documentados en el Chao Samartín y San L. Luis podemos relacionar la acrópolis del Castellón de Coaña, de unos 85x40 m., y el barrio norte de Pendia, con un área máxima de 35x40 m., con poblados de la Primera Edad del Hierro, enclavados en lugares conspicuos -aunque no tanto como en los otros ejemplos comentados- y desde donde se controla la importante vía de comunicación que es el río Navia, que discurre a los pies de ambos. Hay que entender, no obstante, que los caminos primitivos irían a media ladera y no por el fondo de valle. Presumiblemente las estructuras habitacionales serían de material perecedero, a excepción de la gran cabaña de Pendia, y de las defensas actualmente visibles en estos dos recintos no habría que descartar su inclusión en la Primera Edad del Hierro, ya que sus morfologías y tamaños difieren bastante de las que rodean las presuntas ampliaciones de la Segunda Edad del Hierro. No faltan paralelos para murallas pétreas de la Primera Edad del Hierro, como pueden ser las ya comentadas del Picu la Forca en la zona central asturiana.

En esta misma línea habría que incluir al castro de La Escrita, muy próximo a Pendia aguas arriba del Navia, y con una ubicación muy similar, puesto que es rodeado por el arroyo Munién, afluente del Navia del que dista 1,6 Km. Aunque a diferencia de aquel La Escrita se sitúa sobre un macizo montañoso de entidad media, al estilo de San L. Luis, y no en el frente de sierra, aunque no por ello deja de dominar un buen sector del valle del Navia (Carrocera y Jordá 1986-87:

225, 227) (fig. 3.12). Se conocen diversos materiales procedentes de este castro, ninguno de excavaciones científicas, que debemos incluir mayoritariamente en la Segunda Edad del Hierro y en el periodo romano. De todo este lote puede que sean antiguos una lanza tubular de bronce (García y Bellido 1942b: 306) y dos fíbulas de bucle que se sitúan en el s. V a.C. (Maya 1983/84: 180; 1987/88: 36). Recientemente se han reinterpretado estas fíbulas como de doble resorte, al igual que las que aparecen en los niveles antiguos de castros gallegos como Montealegre, Penalba y Torroso, y siempre como fruto de importaciones (González Ruibal 2003a: 176), ya que son los broches usados por fenicios y tartésicos (González Ruibal 2007: 276). De hecho podrían definirse como de largo pie, doble resorte y arrollamiento final, y fecharse en la Primera Edad del Hierro (Argente 1986-87: 143 y fig. 2.3). Precisamente los dos últimos yacimientos gallegos citados son buenos ejemplos para fechar en momentos antiguos la punta de lanza de La Escrita, puesto que en Torroso aparece una en los niveles fechables entre el s. VIII-VI a.C. y en Penalba otra datada radiocarbónicamente en fechas muy similares, así como el enmague de otra y un molde para fabricarlas (Peña 1992; Álvarez Núñez 1986a en González Ruibal 2003a: 188; Álvarez Núñez 1986b). En contra de ver este poblado como de larga duración está el hecho de su pequeño tamaño y forma circular en corona (Maya 1983/84: 179), en donde no se aprecian diferentes fases o ampliaciones, lo que de todos modos no descarta que bajo los niveles de la Segunda Edad del Hierro haya otros de la fase I b.

Volviendo al concejo ayandés, en donde se encuentra San L. Luis, pero todavía en la cuenca del alto Navia, encontramos algún otro ejemplo como el castro de La Garganta (Castro, Ayande) que nos hace pensar en una posible fase antigua debido a la aparición de molinos barquiformes y circulares (Maya 1987/88: 48) y a su pequeño tamaño. Se trata de un castro de pequeñas dimensiones (15x20 m) en un espolón descolgado de la sierra de Berducedo, con buenas defensas naturales y dos fosos y un contrafoso como defensas artificiales, sin descartar una muralla (Fanjul 2005: 183). Si este dato nos hace pensar en un posible origen antiguo del yacimiento las hachas de talón y anillas aparecidas al exterior de la muralla del castro de Llarón (Cangas del Narcea) no dejan lugar a dudas para situar las fases antiguas de éste en la Primera Edad del Hierro, pese a que las excavaciones llevadas a cabo tan solo documentasen los momentos de finales de la Edad del Hierro y época romana (Maya y Blas 1983). Aunque administrativamente pertenece a Cangas del Narcea, geográficamente hemos de vincularlo también al alto Navia, puesto que a sus 948 m.s.n.m., en la sierra de Rañadoiro, pegada a la de Degaña, se encuentra controlando el Puerto de Rañadoiro por su lado meridional y por tanto ya sobre el río Ibias, afluente del Navia. Se trata sin duda de una



**Figura 3.10:** recintos castreños de la fase I: 1. Castellón de Coaña (la flecha indica la acrópolis o posible poblado de la fase I); 2. Castro de Pendia (la flecha indica el barrio norte, en donde se exhumaron materiales diagnósticos de la fase I); 3. “Barrio alto” de San L. Luis (la línea discontinua marca el posible castro de la fase I); 4. Acrópolis del Chao Samartín (línea discontinua) en donde se circunscribía el castro de la fase I (a partir de Villa 2002a; 2010; Rodríguez del Cueto y Villa 2009, sobre planimetría de Esperanza Martín).

situación estratégica, con un gran control visual de diferentes rutas de montaña, ya que al otro lado del puerto de Rañadoiro se conecta con la cuenca del Narcea, mientras que siguiendo el Ibias aguas abajo se conecta con el valle del Navia. No obstante geográficamente se vincula en mayor medida con los castros leoneses entre los ríos Luna y Omaña, es decir con la L.laciana/Laciana leonesa, a través del puerto de L.leitariegos/Leitariegos en el alto Ibias, y con la también leonesa cuenca del Cúa, ya en el Bierzo. Carácter conspicuo y control visual de grandes rutas tradicionales con la montaña leonesa y con la costa occidental asturiana, a lo que debemos añadir la aparición de las mencionadas hachas de talón y anillas para asegurar un origen antiguo de este poblado. El poblado, elipsoidal y de unos 2000 m<sup>2</sup>, combina defensas naturales con las artificiales, en concreto fosos y murallas, en algún caso hasta cinco fosos paralelos, de los cuales los del lado norte, donde se encontraría la entrada al poblado, son los peor conservados por la destrucción que supuso la construcción de la carretera del puerto. Justo en el talud que forma la carretera en este sector del castro, al N-NW del yacimiento, y al final del talud defensivo es donde aparecieron, en los años 60, un hacha de talón y dos anillas con cono de fundición y la hoja de otro hacha similar (Blas 1981b; Maya y Blas 1983).

Para el extremo occidental de Asturias no contamos con ninguna excavación que nos permita rastrear adecuadamente otros niveles de la Primera Edad del Hierro, aunque no por ello se ha dejado de plantear la posibilidad de darle al Cortín dos Mouros (Santalla d’Ozcós), entre las cuencas del Eo y del Navia, una ocupación antigua. Se trata de un poblado a 675 m.s.n.m., en la línea de cumbres de los Montes de Brañavella, sobre un abrupto crestón (Villa 2003: 118-119; 2004a: 10). Si bien en muchos castros que arrancan en la Primera Edad del Hierro sus ampliaciones en la Segunda Edad del Hierro se suelen dar en los alrededores, constituyendo lo que hemos denominado en otra parte como “castros de largo recorrido” (Marín 2006), en aquellos casos en los que el espacio es limitado, imposibilitando cualquier ampliación, como es el caso que nos atañe, es probable que el hábitat de la Segunda Edad del Hierro se traslade a un monte cercano a una cota más baja, como se ha propuesto para Os Castros de Ferreira, al pie del Cortín dos Mouros (Villa 2003: 119), aunque para este autor las cronologías que deberíamos barajar para estos dos poblados serían las del Bronce Final y una ambigua Edad del Hierro. Como ya dijimos más arriba discrepamos de dichas nomenclaturas cronológicas. Solo con una intervención arqueológica podrá dilucidarse la sincronía o no de ambos

yacimientos, aunque, por el momento, se trata de una hipótesis muy sugestiva, más aún si tenemos en cuenta que en el limitado espacio de las cumbres de Brañavella se documentan hasta siete monumentos tumulares, estando el conjunto principal a tan solo 100 m del castro (Villa 2004a: 13), lo que, como vimos en el capítulo 2, podría indicar la sucesión cultural y cronológica de los últimos nómadas cantábricos del Bronce Final, constructores de túmulos, por las primeras comunidades castreñas. En la cercana zona lucense de O Courel, limítrofe con Asturias, y geográficamente aún en el sistema cantábrico, hay ejemplos de procesos muy similares, como es el caso de los castros de Torre do Castro y Mogoxe, uno en la parte alta y otro en la baja del mismo monte (Acuña 1996: 326), lo que puede hacer pensar incluso que este tipo específico de evolución del poblamiento manifieste determinadas características de evolución cultural situadas geográficamente. Otros castros de la zona de los Ozcós (límite occidental de Asturias) con ubicaciones y morfologías similares al Cortín dos Mouros son el Castelo (Vilanova d'Ozcós), Castromaioir (Trasmonte, Samartín d'Ozcós) o Pena del Castro (Morlongo, Vilanova d'Ozcós) (Villa 2004a: 7, 11), aunque no podemos precisar mucho más sobre ellos.

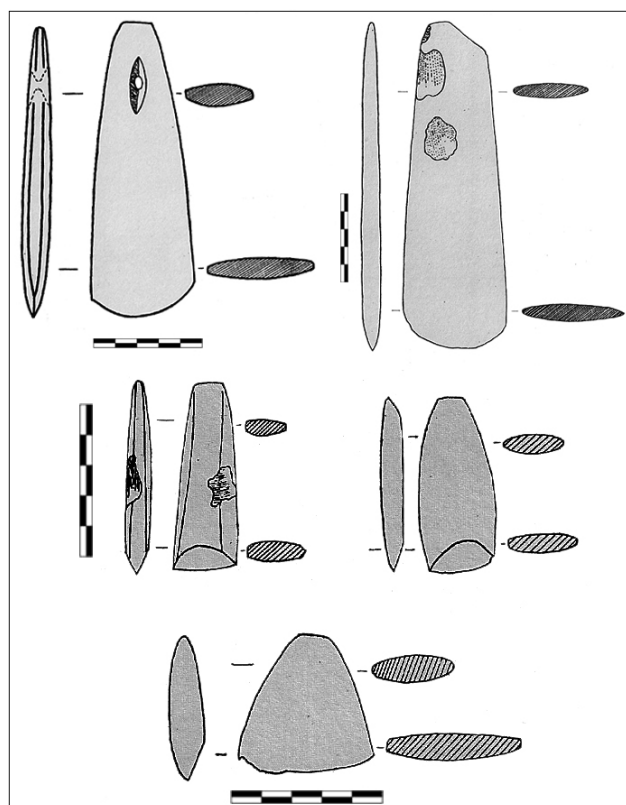
En el concejo de Tinéu y en la cuenca alta del Esva, ubicada entre las cuencas del Narcea y del Navia, encontramos el yacimiento de Las Torres (Los Castros, Riocastellu), en espolón y potentes defensas naturales, contando además con un manantial en su cumbre, “el regueiro del Castro”. Se sabe por Madoz (en Fanjul 2005: 174-175) que en él aparecieron “empuñaduras de sable, dos becerros de bronce, una cadena de oro y dos hachas de bronce”. Si bien el origen de alguno de estos materiales puede ser fruto más de la mitología local que de objetos reales, las dos hachas de bronce, que según Maya (1987/88: 42, 71) son de talón, dos anillas y con mazarota de fundición, nos indican que estamos ante otro probable poblado más de la Primera Edad del Hierro, pese a que la mayoría de la cultura material que procede de este lugar sea principalmente de la Segunda Edad del Hierro.

Ya en la cuenca del río Narcea observamos algún ejemplo claro de castro de la Primera Edad del Hierro. Es el caso de El Castro (Alava, Salas), sobre un cerro que descende de los cordales de la Sierra de Las Traviesas, elevándose justo en la confluencia del río Pigüña con el Narcea. Ovalado y posiblemente rodeado por una muralla, así como defendido por un foso en la parte más accesible (Álvarez, Expósito y González 2005: 19-21), sabemos que en una oquedad bajo sus defensas apareció un depósito formado por varios objetos de bronce, entre los que destacan siete hachas de talón y dos anillas, de las cuales queda una con parte del muñón de fundición (Maya 1983/84: 194), así como molinos circulares, uno decorado,

dentro del propio poblado (Maya 1987/88: 35). En el alto Narcea y en la confluencia de dicho río con el Valinam, El Castiellu de Corias (Cangas del Narcea), con una defensa multivallada en la zona de unión con la sierra, ofreció un molino barquiforme en uno de los muros del castro (Fanjul 2005: 188), posiblemente reaprovechado como material constructivo, como sabemos que también ocurrió en San L.uis, poblado que en las excavaciones de los años sesenta dio varios molinos tanto barquiformes como circulares (Maya y Blas 1973: nota 10).

Muchos castros del río Pigüña, subsidiario del Narcea, de los concejos de Somiedu y Miranda, se encuentran en posiciones en el paisaje muy similares a las descritas, tales como crestones rocosos colgados sobre el valle, con imponentes defensas naturales, y controlando caminos que suben a la parte alta de las sierras, tradicionales zonas de pastos estivales, y en donde se encuentran caminos usados desde tiempos prehistóricos como La Vía de la Mesa. Realmente la peculiar morfología del valle del Pigüña, con un fondo de valle bastante encajonado, tan solo ofrece la zona del hombro o escalón a media ladera entre el río y las cimas de las sierras, como único lugar útil para este tipo de poblamiento (González Álvarez 2009). El problema de la mayoría de estos yacimientos es que o bien no han ofrecido materiales arqueológicos o si lo han hecho tan sólo han sido algunas cerámicas que equivocadamente se catalogan como medievales (Fernández Mier 1999) cuando en la mayoría de los casos los paralelos más cercanos se encuentran en los niveles de la Segunda Edad del Hierro y romanos de numerosos castros del occidente asturiano. Las construcciones circulares que se aprecian en algunos de estos poblados debería ser suficiente para al menos plantear el carácter prerromano de la mayoría, sin descartar la posibilidad de un origen anterior especialmente para aquellos como Trascastru-El Castiellu (El Llamardal, Somiedu), a 1303 m.s.n.m., sobre un crestón cuarcítico, lugar desde el que se controla el puerto hacia la Meseta, lugar apropiado para la ganadería, y hacia abajo el valle. En este caso contamos con el valor añadido para la adjudicación de fechas antiguas de contar con la presencia de un gran túmulo muy cerca de los fosos en donde se encuentra el castro (González Álvarez 2009; Fanjul 2005: 118-154), aunque para algunos autores habría que hablar de dos monumentos tumulares en lugar de uno (Fernández Mier 1999: 162-163, 164). El Castiellu de Santuchano se encuentra en un crestón rocoso pequeño y muy escarpado cercano a las confluencias de los ríos Somiedu y Pigüña. En dos de sus lados lo defiende un foso (Fernández Mier 1999: 151-153). Puede que el hacha de bronce de talón y anillas descubierta en el pueblo de Santuchano (Blas 1983: 163) pueda relacionarse con el castro de El Castiellu situado en el límite del pueblo actual (González Álvarez 2009). De nuevo todos estos datos

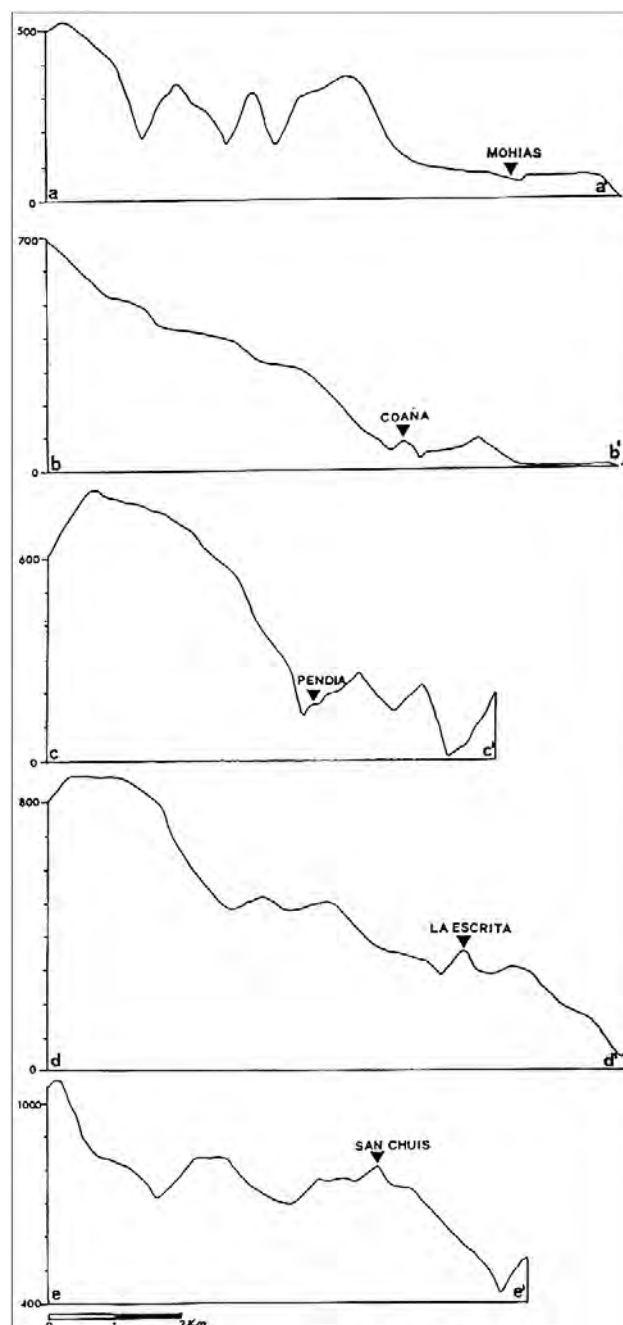




**Figura 3.11:** hachas líticas pulimentadas procedentes del castro de Pencia (a partir de Blas y Maya 1974, modificado).

combinados podrían refrendar una cronología de la Primera Edad del Hierro para algunos de los castros de este sector de la alta montaña asturiana.

Como vemos la alta montaña asturiana posee grandes vacíos documentales, como es todo el sector del medio y alto Narcea recién comentado. Inmediatamente al levante de este sector, y ya en los ríos que tributan al Nalón por la izquierda, volvemos a tener información proveniente de excavaciones arqueológicas en castros de alta montaña. Será El Picu la Forca (S. Juan de Villapañada, Gráu), ya mencionado a la hora de hablar del C14, el poblado de la cuenca del Nalón, aunque en un cordal que sirve de límite natural con la del Narcea, el que mejor documento, gracias a la excavación llevada a cabo en él y a su datación radiocarbónica, que en esta zona central asturiana también se constata el modelo de poblados de la Primera Edad del Hierro protagonistas en el paisaje y de pequeño tamaño. Más al sur, en plena alta montaña fronteriza con León, recientes trabajos de prospección y excavación en el concejo de Teberga nos permiten plantear la hipótesis de que algunos de los castros que allí se encuentran, con patentes remodelaciones y ampliaciones, tengan un origen en la Primera Edad del Hierro. Puede que sea el caso del recinto superior o *cogolla* del castro de La Cogollina (Teberga), del que presumiblemente proceden los útiles de molinaria barquiformes que se encuentran en las casas de los vecinos del lugar y en donde, en ningún caso, hay molinos circulares (Fanjul 2007: 30). Desgraciadamente en esta acrópolis rocosa,



**Figura 3.12:** cortes topográficos de castros del extremo occidental cantábrico (en Carrocera y Jordá Pardo 1986-87). Nótese el caso anómalo, ya que se trata de una fundación de la fase II (capítulo 4) y en parte de Pencia, por aprovechar el espolón formado por el meandro de un río.

que se encuentra en la entrada natural del poblado, no se aprecian estructuras visibles, siendo los sondeos que allí efectuamos, algunos de los cuales seguían agujeros de furtivos, totalmente estériles (Ibid.: 31). El potente roquedo calizo y la potencia del actual bosque de robles que se concentra precisamente en esta *cogolla* hace muy complejo poder reconocer alguna estructura, más aún si se trata de unidades estratigráficas negativas, como suele ser el caso de las cabañas de material perecedero de la fase I b. Por el momento es difícil precisar si el enorme foso y contrafoso al pie de la *cogolla*, que por su parte actuaría como bastión



defensivo en la entrada natural, se corresponden con posibles niveles antiguos o ya con las remodelaciones que levantaron en la lengua de tierra que se extiende al pie de la *cogolla* una muralla de módulos de la Segunda Edad del Hierro.

También en la zona de la montaña central asturiana, y de nuevo en un área fronteriza con León, se encuentra el castro de La Picona (Riocabo, Quirós). Éste se ubica en una prominencia de un espolón calizo en la cuenca derecha del río Riocabo y por tanto destacado en el paisaje. Se trata de una terraza de superficie irregular, seguramente delimitada por una muralla y un posible foso. El eje mayor posee 70 m de lado y se aprecia dentro del recinto una plataforma central ligeramente sobreelevada un par de metros, a modo de terraza. Es en esta zona donde se recuperaron pellas de barro rubefactada, interpretadas como restos de manteados de cabañas, un molino barquiforme y una mano moledera (Estrada 2007: 442-443). Morfología, emplazamiento y restos arqueológicos que, de nuevo, nos podrían hacer plantear un origen de La Picona en la Primera Edad del Hierro.

En el extremo occidental asturiano, pero en su tramo costero, se encuentra el castro de El Picón (Tapia de Casariego), fortificado desde su fundación mediante una muralla pétreo y en fechas similares a las que venimos manejando ya que asociado a esta defensa apareció el muñón de fundición de un hacha de talón (Villa 2007c: 280). Pese a encontrarse en la rasa costera, muy cerca de la línea de costa y a escasos 80 m.s.n.m., disfruta de un gran dominio visual y un gran protagonismo en el paisaje debido a la regularidad del entorno que le rodea (Ibid.: 277), por lo que constatamos que el modelo paisajístico que venimos manejando para los castros más antiguos se acopló desde el principio a los diferentes biotopos y condicionantes orográficos cantábricos. En el mismo concejo y en una península junto a la playa de la Paloma y al camino francés -camino de Santiago costero- se encuentra El Castelo de Calambre o del Esteiro (Labandera 1969b: 483-485). Sabemos que se encontraron varias estructuras circulares, muy próximas entre sí, y cultura material, destacando molinos de vaivén y otros circulares, así como cerámica indígena y romana, monedas, etc. (Ibid.: 491-492). Este poblado cuenta con un complejo sistema de defensas que cierran un sector subrectangular, destacando en la zona inmediata al acantilado un sector de forma tendente al círculo defendido por un foso y un parapeto que alcanza los 100 m de longitud (Camino 1995b: 50-53), y que ya de antiguo fue identificado como una “ciudadela” que se aísla del resto del poblado mediante un foso (Labandera 1969b: 486). Creemos que de haber una fase antigua en este poblado habría que vincularlo con este último sector, el cual no fue investigado en las excavaciones de 1969 y 1970, siendo el resto de defensas posibles

ampliaciones posteriores. Otros ejemplos en la costa occidental asturiana que también evidencian el control de rutas costeras son, al igual que ya hemos señalado para El Castellón de Coaña, Castropol, que por toponimia y materiales bronceos<sup>3</sup> aparecidos puede considerarse como un castro (Casteleiro y León 2005: 51) de la Primera Edad del Hierro, ejerciendo un claro control visual y una situación de centralidad espacial sobre la importante zona de comunicación marítima que es la ría del Eo; y el castro de Molexón (en el mismo Vegadeo) (Fanjul 2005: 203-204), en donde apareció un hacha de talón típica de la fase I, y que comparte con Coaña la situación estratégica entre el final de una ría y el comienzo de las rutas terrestres a través del valle de un río, en este caso el Eo. También vimos como en la ría del Eo se encuentra Os Castros de Brul (Castropol), a 500 m. del túmulo de Vado del Arca (Camino y Viniegra 1995: mapa).

Para el tramo centro-occidental de la costa asturiana podríamos pensar también en fechas antiguas para una serie de castros. En el concejo de Castrillón el castro de La Armada, a una altura de 68 m.s.n.m. pero con una altitud relativa de unos 50 m. con respecto al entorno circundante, conocido como La Vegona, lo que le ofrece un importante control de todo este territorio, ofreció “armas de piedra” (Olávarri en Muñiz y García 2007: 165-166), que podrían interpretarse como hachas pulimentadas, así como algunas cerámicas de cocciones mixtas y superficies espatuladas y peinadas que se sitúan en época altomedieval (Ibid.: 166), pero que es probable que sean cerámicas prerromanas, aunque es difícil precisar mucho más. También en esta zona, en concreto en Pravia, unos kilómetros más abajo de la unión del Narcea al Nalón, y al fondo de la Ría de San Esteban de Pravia, se encuentra el Castro de Doña Palla o Palacio de Doña Urraca que, pese a contar con abundante cultura material conocida desde los ss. XVIII-XIX, y fácilmente englobable con el final de la Edad del Hierro y época romana (monedas, torques) (Maya 1983/84: 193), curiosamente se ha clasificado en fechas recientes como una torre medieval (Fanjul 2005: 166). De nuevo la aparición de un molino plano de vaivén (Maya 1983/84: 193) es el único dato con el que contamos para barajar posibles fechas antiguas.

Por lo tanto, en la mitad occidental asturiana constatamos que se da una equiparación entre aquellos poblados a los que de forma más o menos convincente podemos aventurar un origen antiguo en la Primera Edad del Hierro (fechas radiocarbónicas, materiales diagnósticos, remodelación de defensas, etc.) y las posiciones de éstos en el paisaje, que reiterativamente es destacada, siguiendo en gran

<sup>3</sup> No obstante existen dudas razonables para pensar que los famosos bronceos de Castropol no procedan de dicho pueblo sino de algún otro castro del concejo homónimo, e, incluso, que se trate de producciones modernas usando moldes prehistóricos (Álvarez Martínez 2010).

medida las características arriba propuestas. Tan sólo ciertos ejemplos costeros, por la orografía propia de este sector, no poseen un papel tan protagonista del paisaje, aunque podríamos decir que se encuentran en las posiciones más conspicuas que les permite la rasa costera sin renunciar al control de las principales vías de comunicación tanto por la rasa como marítimas, en donde incluimos puertos naturales y los fondos de rías, pues son los puntos de contacto con las rutas terrestres hacia el interior.

## 2 –El Alto Bierzo y La Montaña Leonesa:

Desgraciadamente en los castros de la Montaña Leonesa o piedemonte meridional del occidente cantábrico, y por lo tanto ya dentro de la cuenca hidrográfica del Duero, excepto la Laciana/L. laciana que lo es del Miño a través del Sil, ha habido muy pocas intervenciones arqueológicas. Por ello en la mayoría de ocasiones tan solo se dicen generalidades con escaso fundamento para toda esta zona, a la que se hace bailar entre diferentes “culturas arqueológicas” (del Noroeste, astur transmontana y soteña) y de la cual se ha llegado a decir que es un “foco castreño subsidiario de la meseta” (Celis 1996: 58-62), lo cual nos parece escasamente acertado. Prácticamente solo contamos con las excavaciones de El Castro de Chano, que han sacado a la luz niveles y materiales de la Segunda Edad del Hierro, y las de Adrados y Villaceid, antiguas y en el límite geográfico con el ámbito meseteño, por lo que es complejo estudiar los orígenes de los castros en esta zona. Se han catalogado unos 59 castros en el tercio norte de León (Gutiérrez González 1986-87: 330), sin contar los vinculados al Sil y sus afluentes, en donde también hay multitud de yacimientos de este tipo, aunque de muchos de ellos tan sólo se ha publicado el pueblo en el que se encuentran y la mitología asociada (Mañanes 1988).

Respecto a la cuenca del Sil, y al sur de la sierra de Xistreo/Gistreo, encontramos los valles de Boeza y Noceda, ya en la transición al Bajo Bierzo y, seguramente, como apuntamos en el capítulo precedente, dentro de un ámbito cultural más meseteño que cantábrico. Nos referimos a esta zona porque hace años se hizo un estudio de los castros que allí se encuentran desde la perspectiva de la Arqueología del Paisaje (Álvarez González 1993). Los resultados de dicho estudio no son excesivamente elocuentes y se parte del error de tomar toda la Edad del Hierro como una unidad sin cambios, por lo que los cambios de patrón se interpretan en clave de castros prerromanos y castros romanos. Tampoco se tienen en cuenta las zonas de alto potencial ganadero, como los pastos de altura y brañas estivales en general, centrándose el estudio en los lugares de potencial agrícola tanto de secano como de regadío. Es interesante como los tamaños medios de estos poblados se encuentran en torno a 0,5 Ha, al igual que

en otras zonas de El Bierzo, así como en Las Médulas, La Cabrera o la cuenca del Eria (Ibid.: 275), y también en la línea de los castros cantábricos de los que venimos hablando. Es posible que alguno de los “castros mineros” romanos (ver crítica a este concepto en el capítulo 5), cuyas características residen en estar situados en zonas de escaso potencial agrícola, ser poco accesibles, tener un tamaño mediano y estar en lugares elevados (Ibid.: 277) realmente sean castros de la Primera Edad del Hierro que siguen los mismos patrones de asentamiento que los de la zona centro-occidental cantábrica, o al menos con una ocupación dilatada. Puede ser el caso del castro de La Forca, diferente del resto por ser el que mayor altitud relativa y desnivel posee, y su localización responde a factores de aislamiento y control del territorio. Es el único del estudio caracterizado tajantemente como prerromano (Ibid.: 271). Sabemos que de este poblado, defendido con muralla y foso, y de forma alargada, se obtuvieron materiales romanos, pero también molinos barquiformes (Mañanes 1988: 73-74). Otros, también catalogados como castros mineros romanos, caso del de Valdequiso (Álvarez González 1993), dieron cultura material en este sentido, pero también otra mucha que puede catalogarse como prerromana, como es cerámica indígena realizada mediante rotaciones lentas y espatulada en el exterior, o un molino barquiforme (Mañanes 1988: 74). Casos similares podrían ser los de otros castros del valle de Noceda no citados en el mencionado estudio de arqueología del paisaje, como es el caso de El Corón de Rozuelo, defendido aparentemente sólo por un foso, y en donde aparecieron fragmentos de “cerámica vulgar”, molinos barquiformes y uno redondo de arenisca, o El Corón de Tarafines o Baragañas, en una horquilla entre ríos y guardando la entrada y salida del valle de Noceda. Cuenta con defensas potentes en la zona de unión con la montaña pues el resto tiene buenas defensas naturales. Allí también se han encontrado molinos barquiformes (Mañanes 1988: 64-65, 74). Más al oeste, y también en el Bierzo, es significativo que en el Castro de San Miguel de Arganza, de planta casi redonda y defendido por murallas y cuatro fosos, sólo han aparecido molinos barquiformes y un pasador de bronce al realizarse su reconocimiento superficial (Mañanes 1988: 25). También el castro berciano de San Juan de Paluezas arrojó un molino barquiforme (Ibid.: 40), pese a que la ocupación principal del mismo sea de la Segunda Edad del Hierro (Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1988).

Aunque, como veremos, la llanura berciana puede considerarse culturalmente diferente al área cantábrica, no hay que descartar un origen, morfología y ubicación de los primeros castros que se dieron en este lugar muy parecida a las de sus vecinos del norte. Este podría ser el caso del Pico del Castro (San Miguel de Dueñas, muy próximo a Ponferrada), puesto que se encuentra en un cerro a 605 m.s.n.m., rodeado en tres

de sus lados por el arroyo Boeza. Aparecieron ladrillos y molinos circulares, pero también otros barquiformes. O también el caso de El Castro, en un cerro testigo al lado del pueblo de Viariz, muy próximo al camino tradicional que unía El Bierzo con Galicia, hoy ocupado por la autovía A6. De planta circular y con una muralla muy deshecha, sólo se ha recuperado un fragmento de molino barquiforme. También en El Corón de Rozuelo, rodeado completamente por un foso, dio cerámica vulgar, molinos circulares y barquiformes. El Castro de Toral de Merayo (muy próximo a Ponferrada), por su parte ha dado materiales prerromanos y romanos en superficie. Entre los primeros de nuevo molinos barquiformes (Mañanes 1988: 58, 60-61, 64-65, 91-92).

Para el sector propiamente dicho de la Montaña Leonesa ya aludimos en el capítulo 2 a una serie de castros en cuyos alrededores habían aparecido hachas planas de bronce que por tipología no podían relacionarse directamente con poblados castreños ya que serían previas a éstos, aunque también vimos el escaso valor cronológico de la tipología comparada. Se trata del hacha tipo Barcelos encontrada en la ladera del Pico Sulcastro de Quintanilla de Babia (Gutiérrez González 1985: 31-32) y de las hachas-escoplo de Redipollos, aparecida en La Vega de San Pedro, zona inmediata al Castro Velloso (Redipollos), y de Boñar, aparecida ésta muy próxima al recinto fortificado de la Edad del Hierro de Peña Salona (Gutiérrez González 1985: 31-32, 191-192, 199). En el río Cúa y en el Ancares, afluentes del Sil, encontramos una zona perfectamente comunicada con el alto Narcea y alto Navia, como ya dijimos, a través de puertos como los del Valdearados, Trayecto, Tormaleo, Cienfuegos o Ancares, o el más oriental de Leitariegos/L.leitariegos. De esta esquina noroccidental de León tan sólo contamos con la información ofrecida por el Chano, que pese a que las fechas radiocarbónicas, las estructuras y la cultura material que ofrece son sin ninguna duda de la Segunda Edad del Hierro, como ya sospechaba Tomás Mañanes al catalogarlo como “castro prerromano” (1988: 85), su excavador, paradójicamente, lo cataloga como castro romano vinculado a la minería (Celis 2002b: 195). No hay que descartar que alguno de los otros poblados de esta zona, y que Jesús Celis sí define como prerromanos, arranquen de la Primera Edad del Hierro, especialmente el Castro de Peranzanes, ya que se sitúa en un cerro elevado y exento, de acusadas vertientes y con dos líneas de fosos concéntricos excavados en la roca, uno a media ladera y otro en la cima (Ibid.: 199), lo que podría relacionarse con un hábitat de la Primera Edad del Hierro y una ampliación en la Segunda.

Mayores probabilidades de acierto tenemos al aventurar niveles del Hierro Antiguo para el castro de Torre de Babia, ya que de este lugar proceden unas hoces de bronce muy similares a las aparecidas en castros bien datados en la Primera Edad del Hierro

como Camoca o en poblados leoneses del Soto formativo como Hinojo y Sacajos, como explicamos en el capítulo anterior. Fechas similares pueden aventurarse para los castros de Lois y Villacid por los calderos allí encontrados, pero teniendo en cuenta que en el primero de ellos el caldero apareció al fondo de una mina asociado a una azuela/martillo de hierro, por lo que la cronología puede ser más moderna. También para el castro de Burón 2 por un fragmento de asa trilobulada de caldero; o para el conjunto de brazaletes acorazonados y laciformes del castro de La Majúa, fechado por tipología comparada entre el s. VI y IV a.C. (Gutiérrez González 1986/87: cuadro; Celis 2002: 116 y mapa 4; Peralta 2003: 46).

Siguiendo los criterios espaciales y materiales que venimos manejando, el castro de La Ercina posee claras y sólidas murallas de piedra y se encuentra en un escarpe rocoso destacado en el terreno. Además, es de los pocos que no se vincula directamente a ningún curso fluvial de los que discurren por el Norte de León, principalmente de norte a sur. Por añadidura de este poblado proceden molinos barquiformes (Gutiérrez González 1986-87: 333, cuadro). También en el río Luna vemos molinos barquiformes en el castro de Sena, así como en los de San Adrián, en el alto Porma, Acebedo en el alto Esla o Robledo de la Guzpeña 2, en el alto Cea (Ibid.).

El castro de Adrados (Adrados de Ordás, León) en la ribera del Órbigo ofreció, entre la mucha cultura material de allí obtenida por Morán, varias piedras de granito aplanadas por uno de sus lados que por las descripciones dadas parecen ser molinos barquiformes (Morán 1956/61: 103). Pese a ser un yacimiento catalogado como un castro perteneciente a la montaña norte leonesa (Gutiérrez González 1986/87: cuadro) y, por tanto, en la línea de los castros cantábricos, sin embargo presenta unos rasgos que en buena medida pueden ser catalogados como meseteños, como intentaremos analizar en el capítulo 4, por lo que nos es útil para marcar el límite meridional de los grupos arqueológicos cantábricos en esta parte de la provincia de León. A tan solo 7 Km. de éste encontramos el castro de Villacid, cuya morfología y cultura material son enteramente cantábricos, aunque su tamaño es bastante grande para lo habitual en la zona cantábrica (unos 440x200 m) (Morán 1956/61: 105), o lo que es lo mismo, casi unas 6 Ha. Es curioso constatar como si en el anterior los niveles de la Segunda Edad del Hierro se caracterizaban por las casas cuadradas y las calles rectas, en el de Villacid esos mismos niveles se ven representados por casas circulares y “calles tortuosas y curvas”, aunque en algún caso también se alude a alguna casa cuadrada. Además, Villacid se encuentra en una loma casi inaccesible, con muy buenas defensas naturales. Lo llamativo de este poblado, y por lo que podría pensarse en un origen en la fase I b del mismo, es que de allí proceden dos hachas de piedra pulimentada (una triangular de corte



**Figura 3.13:** fotografía aérea de El Castro de Villaceid (León), de cultura material de tipo cantábrico, pero de un tamaño propio de las formas culturales meseteñas.

recto a doble bisel y la otra alargada), así como un gran hacha de cobre de filo curvo “que imita a las de piedra”, y otra más pequeña a modo de escoplo (Ibid.: 107-108) (fig. 3.13).

Si Adrados nos marcaba el límite sur de los castros cantábricos en la zona noroccidental de León lo mismo podemos decir del castro de La Canalina (Morgovejo) para la zona nororiental de esta provincia, ya que aunque se ha catalogado como un castro cantábrico (Gutiérrez González 1986-87), al menos habría que matizar, debido a su posición en la transición a la campiña leonesa, la influencia meseteña sobre éste que se puede constatar en alguna pieza cerámica a torno pintada al modo del valle del Duero y en la presencia de enterramientos por incineración en fosa y bajo un túmulo (Bohigas 1986-87: 124-125, y fig. 13). Otros aspectos de su cultura material sí que lo vinculan a la zona central cantábrica.

La zona cantábrica que se corresponde con el tercio norte leonés (Alto Bierzo y Montaña Leonesa) se puede definir como de alta montaña y con enormes concomitancias con la vertiente septentrional, la asturiana, de la misma cordillera. Los lugares conspicuos y destacados en el paisaje son la tónica general de los poblados con algún indicio de pertenecer al Hierro Antiguo. Sea como fuere, y a riesgo de no poder diferenciar los castros de la Primera y Segunda Edad del Hierro de dicho sector por la parquedad de la información arqueológica, lo que sí puede asegurarse es que es raro el que supera la hectárea de extensión, al igual que en el territorio asturiano (Celis 1996: 60; Camino 2002: 142-143), lo que es un rasgo objetivamente clarificador para la comparación con los poblados de la Primera Edad del Hierro de la zona llana leonesa, que llegan a varias hectáreas, como veremos. De hecho un punto de especial interés es la transición entre la zona montañosa leonesa y la sedimentaria, refiriéndonos

tanto al extremo noroeste de la Meseta como al bajo Bierzo, pues son a la par zonas de transición y frontera cultural entre el ámbito castreño cantábrico propiamente dicho con respecto al meseteño y a las particulares formas culturales de la llanura berciana. Estos rasgos de transición podrían verse en poblados como los recién citados de La Forca de Noceda, Villaceid o La Canalina de Morgovejo.

### 3 – La mitad oriental de Asturias:

La cuenca del Nalón, volviendo de nuevo a la región central asturiana, nos ofrece algunos ejemplos de castros que fácilmente podemos vincular a la Primera Edad del Hierro. El Castro de la Corona (Picu Llanza, Ribera d'Arriba) se asienta sobre un cerro calizo que le confiere una privilegiada situación ya que desde este altozano, a 445 m.s.n.m., se controla buena parte del área central asturiana (el valle del Nalón desde Tudela Veguín a Olloniego, las cumbres de La Manzaneda, el puerto del Padrún y la sierra de Grandota-Paranza). La morfología del recinto castreño, prácticamente circular, está formada por una meseta de unos 78x71 m, próxima a la cumbre, y un potente anillo pétreo por debajo de dicha meseta, seguramente derrumbe de una primitiva muralla, contando también con buenas defensas naturales debido a la pendiente de sus laderas. No supera la media hectárea de extensión (Estrada 2007c: 467; Fanjul y Menéndez 2004: 110-111; Fanjul 2005: 140-141). Hay numerosos hoyos de rebuscas primitivas en la zona de la meseta, que es donde se presupone estaría el caserío, gracias a los cuales se recuperaron a fines del s. XIX dos hachas/azuelas pulimentadas, luego compradas por Soto Cortés (Blas y Maya 1974: 203-205; Maya 1987/88: 61), así como una pieza durmiente de molino de vaivén oblongo y un molde de fundición de varillas realizado en arenisca, esta vez recuperados por J.M. González, quien catalogó el poblado como castro (Fanjul 2005: 141). Algunos de los autores que han catalogado el poblado también han descrito restos de construcciones antiguas (Ibid.: 141), y se han recogido machacadores y manos de moler pulimentadas (Fanjul y Menéndez 2004: 111). La vinculación del castro con rutas de larga distancia podría justificarse por el hecho de que a sus pies se une una ruta que procede de l'Aramu con la que en época romana será la vía de La Carisa, en un vado del río Nalón que también se controla desde el poblado (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 29-30).

Otro hacha de piedra procede de El Castru o Picu les Pedreres (Llavareyos, Palombar, Ribera d'Arriba), cercano a los que acabamos de comentar, el cual se encontró al labrar en los campos del interior del recinto fortificado (Álvarez Peña 2006: 96). Como vimos en el capítulo precedente otro hacha de la “Edad del Bronce”, pero supuestamente más antigua que las de talón y anillas, se encontró en el pueblo de

Entrepeñas (parroquia de San Julián de Box, concejo de Uviéu/Oviedo), y es posible que muy próxima al castro del Picu la Torre (Fanjul y Menéndez 2004: 115). Ya dijimos que es complejo saber si esta hacha debe relacionarse con ocupaciones precastreñas a modo de aldeas abiertas previas a la Edad del Hierro y próximas al castro o en el mismo castro. Por el momento en ninguna excavación metodológicamente aceptable de un castro han aparecido hachas planas de bronce en niveles de la Primera Edad del Hierro, por lo que sería aconsejable de momento no vincular dichas hachas a un horizonte castreño antiguo. Por la descripción que se ofrece creemos que también se trata de un molino barquiforme el aparecido en el castro de La Grandota (Uviéu/Oviedo), situado sobre la cumbre de homónima sierra, y desde el cual se llega a divisar la costa cantábrica y casi la totalidad de las cuencas mineras al sur (Fanjul 2005: 231), y por tanto muy similar al no lejano Picu Castiellu de la Collada (Siero).

Aguas arriba del Nalón encontramos algún otro ejemplo que nos permite también pensar en posibles niveles de la fase I b, especialmente debido a las ubicaciones conspicuas de los poblados y a las apreciables ampliaciones de los recintos fortificados. Es el caso del Cerco la Pumará (Llaviana). Se ubica en la cumbre del área central del cordal Monte Castiellu, a 699 m.s.n.m., lo que unido a su morfología le confiere unas relevantes condiciones estratégicas y un amplio dominio visual (especialmente hacia el Este y Oeste), controlando una buena porción del río Nalón, prácticamente todas las tierras del concejo, así como las sierras que lo delimitan. Con unas dimensiones de unos 100x50 m posee una plataforma superior o “acrópolis” de unos 56x16 m, fortificada, mientras que otra muralla cerraría la plataforma inferior. También se aprecian diferentes taludes y aterrazamientos por diferentes partes del poblado (Menéndez y Sánchez 2007: 478; Fanjul 2005: 113). Respecto al Picu los Castiellos, que J.M. González (1976: 109) documentó como el único castro del concejo de Casu, en el alto Nalón, también podemos esgrimir razones parecidas para darle fechas antiguas. Sus condiciones estratégicas y visuales son inmejorables ya que se encuentra junto a la Peña Cugureta, bajo la cual el río Nalón se encaja y cierra por este lado la vega de Campu Casu. Es un cerro muy escarpado, de fácil defensa, con una amplia cuenca visual y que sólo obligó a defender mediante fosos la zona que le une a la citada Peña Cugureta, con una obra de unos 6 m de anchura y 3 de profundidad. Ello define un área de habitación de forma rectangular y de unos 20x50 m (Menéndez y Sánchez 2007b: 483). No obstante otros autores también han documentado, en este característico poblado en espolón, numerosos derrumbes de muralla (Fanjul 2005: 106). El hecho de haberse encontrado en los alrededores un hacha protohistórica de bronce conocida como el “hacha de Caso” (Ibid.) perteneciente al “Bronce Final”, y las

características expuestas más arriba, nos hace pensar en la posibilidad de fechas antiguas también para este poblado, aunque no está claro si este hacha procede exactamente de las inmediaciones del castro o no.

También mencionamos en el capítulo anterior al Picu Castiellu de San Emeterio, también conocido como Picu Castiellu de Melendreras, en Bimenes. Se encuentra en la falda occidental de la sierra de Peñamayor, sobre un peñón calizo a 715 m.s.n.m., en una zona que si bien no es de paso, sí controla visualmente un extenso territorio de la Asturias central. Es un recinto en corona, ovalado y defendido por una potente muralla, aunque no se advierten fosos. Sabemos que J.M. González, su descubridor, recogió de él un fragmento de tegula romana que nos aproxima en parte a su cronología (Díaz y Martínez 1995: 225; Fanjul 2005: 115). No obstante la situación del poblado y que a su lado se encuentre, como ya dijimos, el túmulo de Piedrafita de San Emeterio, son síntomas de un posible origen antiguo de este castro. La característica de encontrarse los castros junto a necrópolis tumulares no la comparten muchos castros de la cuenca minera central asturiana, ya que la mayoría de los poblados fortificados se encuentran en las faldas de las sierras en cuyas cimas suelen estar ubicados los túmulos. Aparte del caso que acabamos de citar también La Pena el Cochéu (Riosa), El Picu Castichu (Malvedo), los castros del alto Turón y el Picu la Corona (Manzaneda) son algunos ejemplos de castros junto a necrópolis tumulares (Fanjul 2002-2003: 89). Esta parece ser una característica bastante cantábrica, que vemos incluso hasta en las postrimerías de la Cordillera, ya en transición con las tierras llanas del centro-oriente de Lugo, pasando a ser un hecho excepcional entre los castros del Noroeste (Rodríguez Fernández 1994: 168).

También en la zona central asturiana la Pena el Cochéu (Riosa) es un castro que se ubica en una alta peña caliza que a sus pies tiene la Pena el Castiechu -lo que podrían entenderse como un castro de la Primera y Segunda Edad del Hierro respectivamente, como ya apuntamos para el occidente de Asturias y este de Lugo-. Se sitúa al pie de la sierra de l'Aramu y muy próximo a la necrópolis tumular de la Cobertoria, en un cordal continuación de la mencionada sierra y entre los concejos de L.Lena y Quirós (Fanjul y Menéndez 2004: 102). No obstante la catalogación de la Pena el Cochéu como castro no es del todo clara.

En líneas generales también en la zona de la alta montaña centro-oriental del actual Principado de Asturias, son numerosos los castros en lugares conspicuos, con ampliaciones, acrópolis fortificadas y gran control visual. Es el caso de algunos castros lenenses, cerca de la frontera con León, como el pequeño Pena el Casticho (Xomezana) y a 300 m de otro poblado, algo mayor y a una cota más baja, El Questru (Fanjul 2005: 118-119), que podríamos entender como la evolución del anterior ya en la

Segunda Edad del Hierro, en la línea de lo apuntado párrafos arriba. Otros ejemplos que podrían tener su origen en la fase I b o I c son El Picu Castiellu (Malvedo, L.Lena); El Questru (Oteru, L.Lena); El Picu Pumardongu (Mieres) o La Llana el Rebuyu (El Colláu, Mieres) (Fanjul y Menéndez 2004: 99-100; Fanjul 2005: 118-154). Más seguridad en dicha clasificación nos ofrece Les Mueles (Llanos, Ayer), fortificado con murallas sobre unas peñas calizas y separado de la sierra en la que se emplaza por una gran foso (Fanjul y Menéndez 2004: 100-101; Fanjul 2005: 120-121), ya que de entre los diferentes molinos que allí aparecieron y que le dan nombre al poblado (Maya 1987/88: 48), alguno es barquiforme.

Varios ejemplos nos hacen ver que los poblados de la Primera Edad del Hierro del surco prelitoral Uviéu/Oviedo-L'Infiestu buscan, al igual que en el Eo-Navia, en la cuenca del Narcea, en la del Nalón o en la Montaña Central asturiana, cerros destacados con control visual a larga distancia y en menor medida del entorno inmediato del yacimiento, como ya hemos visto con algunos ejemplos del concejo de Uviéu/Oviedo y Bimenes. El Picu Castiellu de la Collá/Collada (Siero) ha sido uno de los pocos castros excavados de antiguo en el que claramente se ha aludido a su origen en la Primera Edad del Hierro (Maya 1983/84: 194). Este poblado, excavado a finales del s. XIX como vimos en el capítulo 1, se encuentra en lo alto de un gran cerro calizo a 486 m.s.n.m. cuyas paredes norte y oeste son prácticamente verticales, por lo que las defensas se concentran en los laterales sur y este (Escortell y Maya 1972: 38-39), en donde se aprecia una corta muralla a la que le siguen dos fosos con contrafoso en medio (Fanjul 2005: 129). La ubicación de este yacimiento hace que controle el paso natural entre las llanuras de Siero, dentro de la llanura prelitoral mencionada, con los valles interiores del costero Xixón/Gijón, teniendo un gran control visual de toda la comarca, desde las montañas interiores a la costa. Su entorno inmediato es de mayoritario uso ganadero (Ibid.: 129) y, una vez más, reforzando nuestra hipótesis para explicar la ubicación de los primeros castros, el Picu Castiellu se encuentra en un cerro desligado del cordal de Peón, entre los concejos de Villaviciosa y Xixón/Gijón, conocido por la multitud de túmulos localizados en sus laderas y planicies (Frieria Suárez 1977: 416-418). Por todo ello el Picu Castiellu de la Collada es un poblado paradigmático de la fase I b del centro-occidente cantábrico ya que se sitúa en una posición destacada en el paisaje con un amplísimo control visual, posee grandes afloramientos calizos en su cima, controla grandes rutas que pasan a los pies del poblado y, no obstante, se encuentra a una cota inferior, pero controlando los accesos hacia ella, de la sierra junto a la que se ubica, de la que no dista más de 1 Km., caracterizada por el fenómeno tumular y de clara orientación ganadera. La cima del poblado, que tiene

unos 30 x 9 m -50 x 20 m según algunos (Fanjul 2005: 128)-, es donde se observaron zanjas, por lo que se pensó que seguramente este fue el lugar donde el ingeniero Felipe Valdés Menéndez practicó sus calicatas (Escortell y Maya 1972: 39). Se sabe que en aquellas excavaciones se exhumaron molinos manuales, cerámica negra y chapas de bronce con remaches. Tras el estudio de los materiales depositados en el Museo Arqueológico de Oviedo se precisó que las chapas con remaches pertenecen a calderos tipo Cabárceno, algo no extraño puesto que del mismo tipo han aparecido en varios castros de León, como ya mencionamos, y en Asturias, sobre lo que volveremos al final del capítulo. Si bien estos objetos nos sitúan a comienzos de la Edad del Hierro, así como los colgantes amorcillados, un cuchillo de bronce o una punta de lanza también en bronce; otras fíbulas, adornos y punta de lanza y regatón de hierro (Escortell y Maya 1972) nos hacen pensar en una ocupación dilatada del poblado abarcando al menos parte de la Segunda Edad del Hierro, siendo significativo que no hayan aparecido materiales romanos.

También en el surco prelitoral Uviéu/Oviedo-L'Infiestu está el castro del Picu Viyao (Piloña), que se sitúa en un accidente topográfico claramente protagonista en el paisaje, ya que este monte, de forma piramidal, es claramente visible desde una gran área, y desde él se divisa el mar, todo el valle del Piloña y el resto de castros del concejo y alrededores. A 575 m.s.n.m. es el castro más alto del concejo de Piloña, en la vertiente meridional de la cordillera del Sueve. Rico en arroyos y con un manantial denominado "la fuente los moros" se sabe que de este poblado salieron numerosos restos cerámicos y un molino circular (Martínez Vega 2003: 82-84). No obstante será su posición espacial dominante y la aparición de un hacha lítica pulimentada en los prados de la casería de L'Arbeyal, situada en la falda norte del castro y con el que debemos vincularla (Hevia 1997: 37), los principales argumentos para hacer arrancar este poblado en la Primera Edad del Hierro, al igual que el Picu Castiellu de la Collada. Tras un reconocimiento reciente se ha matizado que no todas las estructuras defensivas visibles serían prerromanas, ya que algunas encajarían mejor en las formas romanas propias de los *castra aestiva*, por lo que una posibilidad es que se trate de un castro prerromano ocupado tras la conquista (David González Álvarez com. pers.).

En la línea del Picu Castiellu de la Collada y del Picu Viyao, encontramos La Corona el Castru, en la parroquia de Coya (Piloña), pero realmente haciendo de límite administrativo entre los concejos de Piloña, Cabranes y Nava. Aparte de la abundante mitología con la que cuenta el lugar los únicos argumentos que tenemos para relacionarlo con los castros de la Primera Edad del Hierro residen en que su situación topográfica, a 468 m. de altitud en el Monte el Castru, le proporciona un control visual desde Nava a los

Picos de Europa pasando por la inmediata sierra del Sueve, así como del concejo de Cabranes y la zona costera. Además, al lado del castro se encuentra el Camín Real que va a Nava y Uviéu/Oviedo (Martínez Vega 2003: 71-74). De hecho el mencionado camino comunica varios castros del concejo de Piloña, entre los cuales se sitúa el Picu Viyao, ya que dicho camino discurre a sus pies (Ibid.: 82). Si ya es complicado defender el origen antiguo de muchos de los yacimientos citados no lo es menos con otros poblados de este mismo concejo, pese a poseer muchos de ellos posiciones dominantes en el paisaje, máxime si pensamos que este rasgo es heredado en la zona cantábrica durante la Segunda Edad del Hierro (capítulo 4). Tan sólo aludiremos a un rasgo que comparten alguno de estos poblados y que, como veremos extensamente en el siguiente apartado, es algo habitual en los primeros castros cantábricos. Se trata de la búsqueda de auténticos monumentos naturales, en la forma de rocas o peñas destacadas y/o con peculiares morfologías, para la erección de aquellos primeros poblados estables o semiestables. En concreto en Piloña vemos el castro de la Peña San Martín (San Martín, Artedosa) que cuenta en sus inmediaciones con una afloración rocosa conocida como “El Cabezón”. En la misma parroquia de Artedosa se encuentra el castro de La Cogolla, que al igual que el caso anterior, también cuenta con un monumental afloramiento rocoso conocido como “La Cerque” (Ibid.: 114, 118).

Pasando al oriente de la región asturiana, al final del surco prelitoral Uviéu/Oviedo-L. Infiestu, en donde el valle del Piloña confluye con el Sella, una serie de yacimientos podrían situarse en la Primera Edad del Hierro por compartir las características locacionales que venimos aludiendo. Puede ser el caso de El Picu Mancobiu (Parres), en lo alto de un macizo calizo, que cuenta con defensas artificiales y naturales, ya que alguno de sus lados son prácticamente acantilados. Se sitúa al sur del cordal del Sueve, muy próximo a la unión de los ríos Sella y Piloña. De hecho su control de esta dos vegas fluviales es tal que en la del Sella se divisa hasta Cangues d’Onís. Ambas vegas son rutas tradicionales, pero sobre todo lo es el camino hacia la costa (Caravia) que atraviesa el costado oriental del Sueve por el Fitu y que este poblado controla (Camino y Viniegra 2002: 23-25). Otros casos similares son La Corona del Castro (Heria, Nava), con acrópolis y diversas ampliaciones, o El Castillo de Sales (Polanava, Nava), controlando buena parte de la mencionada depresión situada al sur del Sueve (Fanjul 2005: 102-104). Ya dijimos en el anterior capítulo como La Cogolla de Cesa (Nava), pese a haber sido recatalogada recientemente como torre medieval (Fanjul 2005: 111) habría que volver a entenderlo como un castro (González en Blas 1975: 136-137), además, de cronología antigua, pues sus escarpes de más de 3 m, su pequeño espacio de hábitat

(10x15 m) y el haber aparecido en su cumbre o en la falda un depósito de tres hachas de talón y anillas y una de talón sin anillas así parece corroborarlo.

Ya en la costa podríamos pensar lo mismo del castro de La Barrera (Llogrezana, Carreño), en espolón y con un gran control de la vía natural que une la comarca de Avilés con la de Xixón/Gijón, puesto que de este enclave procede un hacha de talón y anillas realizada en bronce, con talón grueso en H, lados cóncavos y nervaduras laterales (Maya 1987/88: 36, 72) hoy desaparecida, pero al parecer encontrada por el párroco local en el interior del poblado. El problema que presenta dicho enclave es que su aparato defensivo no se puede precisar ya que se encuentra muy enmascarado por la erosión y la acción antrópica (Díaz Nosty y Sierra 1995b: 211).

De todos modos es la ría de Villaviciosa la mejor zona de la costa centro-oriental asturiana para el estudio de la evolución de los castros debido a la alta concentración de éstos en los alrededores de la ría y a las investigaciones llevadas a cabo por Jorge Camino principalmente en El Castiellu (Camoca) y El Campón (Olivar), asimilables radiocarbónicamente, como vimos más arriba, a la fase antigua (I b), así como por los materiales allí exhumados, y el Picu Castiellu de Moriyón (perteneciente a la Segunda Edad del Hierro) (Camino 2003: 163). Dichas excavaciones han permitido reinterpretar algún poblado cercano, como es La Corolla (Castiellu, Ambás), a unos 500 m del de Camoca. La Corolla de Ambás se sitúa sobre una colina en la parte alta del valle de Puelles, en la vía de comunicación principal entre Villaviciosa y las llanuras interiores del centro de la región. De forma circular y con un espacio habitado de unos 60 x 60 m (Fanjul 2005: 96) de él procede un conjunto cerámico que por comparativa con El Castillo de Camoca, el cual también presenta una posición relevante en el espacio, se sitúa en los comienzos de la Edad del Hierro (Camino 1997: 52-53; 1999: 158). Cabe señalar que de la Corolla de Ambás procede una datación radiocarbónica (CSIC-1301: 4759± 30 BP, cal AC) (Camino 2002: 141) que debido a su desfase cronológico con el grueso de fechas manejadas en el apartado anterior no se ha tenido en cuenta.

Siguiendo hacia el oriente encontramos el gran castro de La Riera (Colunga), uno de los pocos del oriente asturiano del que contamos con una ocupación romana evidente, por toda una serie de materiales recogidos en el s. XIX y comienzos del XX por Braulio Vigón y Aurelio de Llano. Sin embargo el primero de ellos también recogió del poblado un “hacha céltica de cobre” (Adán 1999: 191), que es la forma con la que se denominaban las hachas de talón y anillas, por lo que podría sospecharse también un origen antiguo para este complejo castro.

Desplazándonos al interior del extremo oriental asturiano, sobre el río Cares, en la vertiente meridional de la sierra del Cuera, se encuentra en una colina de





**Figura 3.14:** posibles castros de la fase I en el sector central cantábrico: arriba, ubicación claramente conspicua del Pico Castiellu de la Pereda, visto desde el Pico Castiellu de Rales, Llanes (fotografía del autor); centro, Pico San Martín de Posada la Vieja, Llanes, en donde se pueden apreciar los dos aterrazamientos principales que puede que respondan a diferentes ampliaciones del caserío (fotografía del autor); abajo, vista general del castro del Castillo, Prellezo, Val de San Vicente, en donde se aprecian las defensas y el posible recinto primitivo o acrópolis (en Peralta 2003).

pequeñas dimensiones (30 x 40 m), muy distante del valle y con un acceso muy difícil, el Castro de Llía (Alles, Peñamellera Alta) (Fanjul 2005: 108). Aparte de estos rasgos podríamos pensar en fechas antiguas debido a la vinculación espacial del poblado con uno de los pocos enterramientos de la Primera Edad del Hierro conocidos en el mundo centro-occidental

cantábrico, el de H.uentinegrosu -incorrectamente castellanizado como Fuentenegroso- a una cota superior pero en la misma sierra, en el interior de una cavidad kárstica y también dentro del concejo de Peñamellera Alta (Camino, Bueno y Balbín 2007: 259), en un paraje que los habitantes del Castro de Llía explotarían desde un punto de vista claramente

ganadero. Sin embargo otros autores prefieren vincular el enterramiento de H.uentinegro su con el poblado de La Punta la Torre o Punta de Jarri (Camino y Viniegra 2002), castro marítimo junto al pueblo de Llanes que demuestra que el vacío castreño del oriente de Asturias es más aparente que real, debido, entre otras causas, y al igual que ocurre con la inmediata Cantabria, al especial peso de los estudios paleolíticos en esta zona central cantábrica, en donde se ha centrado tradicionalmente la investigación arqueológica (capítulo 1). Por ello, pese a que se haya dicho que en el oriente de Asturias hay, en la práctica, ausencia de castros (Camino 2002: 141), recientemente hemos empezado a localizar un buen número de presuntos castros al este del río Sella, en donde toponimia, fisonomía y ubicación son los únicos elementos con los que contamos para poder decantarnos. Precisamente el enterramiento montañés de H.uentinegro su podría vincularse de modo directo al Picu Castiellu de la Pereda (Llanes) (fig. 3.14), probable castro de altura, inédito, en un cerro amesetado de superficie plana, tras el pico homónimo, y desgajado de la cara norte de la sierra del Cuera. Posee claras características de comienzos de la Edad del Hierro como es el increíble control visual desde el lugar y el hecho de ser visible prácticamente desde todo el tramo costero del concejo de Llanes. No obstante nos faltaría algún objeto mueble que pudiera corroborar dicha catalogación. En la misma línea podríamos relacionar el hacha de talón y anillas al que aludíamos en el capítulo anterior (Almagro-Gorbea ed. 2004: 139-140) y que apareció en una mina de Margolles (Cangas de Onís), junto al presunto castro “Corona del Castiello”, con el castro de El Cuetu, también sobre el pueblo de Margolles, en la ribera del Sella. Creemos bastante probable que el topónimo Corona del Castiellu sea el topónimo antiguo de este poblado, que se sitúa en un peñón calizo a 315 m de altitud, sobre la importante vía de comunicación que fue, y sigue siendo hoy día, el valle del río Sella, y en un punto que, además, conecta con la ruta que procede del Colláu Zardón. Este yacimiento tiene intervisibilidad con el mencionado Picu Mancobiú. Se menciona también otro castro de El Cuetu sobre Margolles y muy próximo al anterior, pero del que no se añaden más datos (Camino y Viniegra 2002: 26-27).

Expusimos en el capítulo precedente los argumentos para poder interpretar el actual pueblo de Sobrefoz (Ponga), del cual sabemos que proceden importantes ejemplos de productos bronceos, como un posible castro de la Primera Edad del Hierro precisamente por la cronología que le otorgarían esas producciones metalúrgicas. Del supuesto depósito de Sobrefoz hoy sabemos que sólo se puede asociar con este la espada híbrida (capítulo 2), ya que la hoz pudo pertenecer perfectamente al depósito de Pruneda mientras que el puñal de antenas es del occidente asturiano, seguramente de Los Ozcos (Diego 1960b:

448; Álvarez Martínez 2010). El emplazamiento del pueblo comparte con otros castros de estas fechas su localización en un lugar de fácil defensa, proporcionada por la hoz del río Ponga, afluente del Sella, que deja grandes pendientes hasta el fondo del valle. El pueblo, aparte de encontrarse sobre este meandro, literalmente custodia una auténtica puerta natural que sigue el curso del río hacia los pasos con León en los puertos de Ventaniella y San Isidro.

Como resumen de esta variada zona oriental asturiana podemos decir que los rasgos de los modos de poblamiento en cuanto a los tipos de emplazamiento y el protagonismo espacial y visual de aquellos castros de los que tenemos cierta certeza de su ocupación en fechas antiguas de la Edad del Hierro son muy similares a los de las zonas previas. En el tramo costero es donde de nuevo apreciamos algún comportamiento anómalo respecto a las características generales definidas para el Noroeste, en concreto en la ría de Villaviciosa, puesto que el poblado de Moriyón, de la Segunda Edad del Hierro, se encuentra a más altura que el de Camoca, del Hierro Antiguo. Sin duda no debemos hacer ley general de este caso ya que más al oriente el Picu Castiellu de la Pereda, si realmente se confirma su naturaleza castreña, nos sitúa ante un caso superlativo de paisaje conspicuo. Por ello, como ya apuntamos más arriba, es la costa la que sigue ofreciendo ejemplos locacionales más diversos, con respecto a la media y alta montaña. Podríamos decir que en los casos en los que el control de grandes rutas se puede conjugar con el protagonismo espacial (caso del Picu Castiellu de la Pereda, que controla no sólo rutas de montaña a través de La Llosa de Viangu sino también las de la rasa costera, o el Castro de San Martín, en Posada la Vieja y junto al depósito de hachas de la fuente de Frieras, que controla conjuntamente la rasa costera y el acceso hacia los Picos de Europa por el río Beón), los rasgos no difieren en exceso a los de la montaña, pero en aquellos en los que por orografía o por interés en el control de una determinada ruta (como es Camoca, un punto de paso, al estilo de Coaña, entre las rutas marítimas de la ría de Villaviciosa y las terrestres hacia el interior) apreciamos localizaciones menos conspicuas incluso que en sus sucesores de la Segunda Edad del Hierro, lo que no es óbice para decir que no sean referentes visuales. En este sentido entre Moriyón y Camoca no hay tanta diferencia, y lo que marcará un verdadero contrapunto en este sector será la fundación del altamente conspicuo Picu'l Castru de Caravia durante la fase II (capítulo 4).

### 4 - La mitad occidental de Cantabria:

En la vecina Cantabria el panorama a la hora de investigar el mundo castreño es igual de oscuro que en el oriente de Asturias, por lo que afinar hasta el punto de poder decir qué castros son o pueden ser de la fase

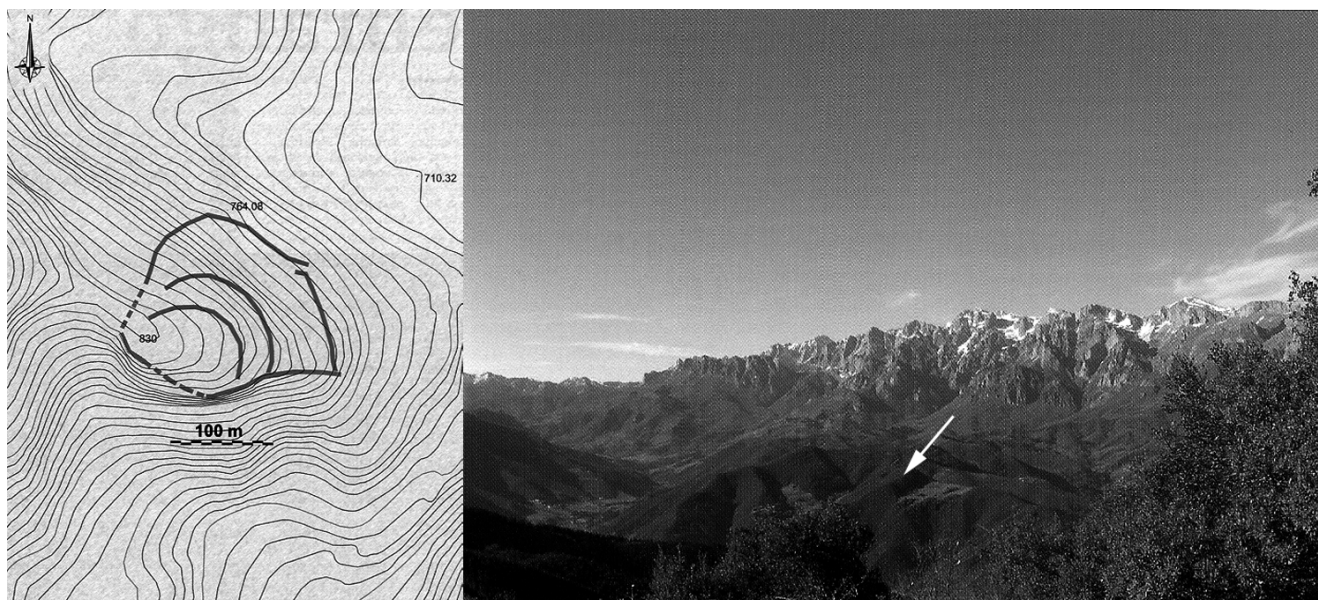
antigua es una tarea compleja y aventurada, pese a los notables y valiosos intentos catalogadores que se están realizando en los últimos tiempos (Serna, Martínez y Fernández 2010). Ya vimos que con seguridad podemos situar en un momento antiguo a los castros de La Garma y Castilnegro gracias a sus dataciones físicoquímicas. Además, en el capítulo 2 ya analizamos como en el castro de Hinojedo (Suances) apareció una serie de materiales bronceos (puñal de lengua de carpa o Porto do Mos, según el autor que lo analice, y una punta de lanza) (Giribet 1999: 26; Arias y Armendáriz 1998: 56) que nos hacen pensar en un posible poblado del Bronce Final o, seguramente, en un castro de la Primera Edad del Hierro. Más aún cuando el puñal citado se encontró en la hombrera del poblado, lo que debería relacionarse con las posibles defensas del mismo, pese a que estas no pasen de ser un talud de sencilla defensa, sin que se pueda apreciar ninguna otra obra defensiva (Ontañón 2010: 184). Podríamos estar hablando de un castro muy similar al llanisco del Pico San Martín puesto que se sitúa sobre el cerro amesetado de la Cuesta de San Pedro, junto al río Saja y muy próximo a la costa. Como veremos más adelante los depósitos de armas y hachas en murallas y fosos es un rasgo típico de los castros cantábricos de la Primera Edad del Hierro. Podríamos pensar en un yacimiento de dilatada cronología ya que si bien diferentes actuaciones arqueológicas llevadas a cabo en este yacimiento han documentado principalmente cerámicas e industria lítica calcolíticas (Ontañón 2000: 213), también han aparecido algunas cerámicas decoradas con bandas de incisiones verticales y paralelas en el cuello y cuenta de pasta vítrea oculada (Ontañón 2010: 184-185) que podemos asociar con niveles de la fase I y de la II, respectivamente.

Aparte de estos ejemplos contamos con los datos del castro de La Campana (Argüeso-Fontibre), a ambos lados de un crestón rocoso a 1040 m.s.n.m. y en el mismo nacimiento del río Ebro. Posee unas buenas defensas naturales reforzadas con sucesivas líneas concéntricas de taludes y fosos, y un gran lienzo de muralla de grandes bloques de piedra en el espigón de unión del poblado. Se ha definido como un poblado de la Primera Edad del Hierro (Peralta 2002: 361; 2003: 48; Marcos García 1986-87: 481). A este poblado puede dársele esta fecha por la similitud de las decoraciones cerámicas con otros castros de similares cronologías como el mencionado Castilnegro, aunque uñadas en el labio y dedadas en la panza son decoraciones que también son frecuentes en ambientes soteños como el del cercano castro de los Barahones (Alcalde, Marcos y Sáez 1986-87: 75-80), en el norte de Palencia, con el que se quiere vincular culturalmente (Peralta 2003: 48). No obstante las formas obtenidas en las excavaciones de Peña Campana tienden a ser globulares en las grandes vasijas y de bordes exvasados en las ollas y cuencos (Van den Eynde 2000: 171; Bohigas 1986-87: fig. 13),

contrastando con los frecuentes bordes rectos del mundo soteño, lo que nos refuerza en la vinculación de este poblado con la vertiente atlántica de Cantabria más que con el norte de la Meseta. Por otro lado que todos los restos materiales de posibles estructuras sean de material perecedero tampoco es del todo significativo, puesto que las mismas técnicas constructivas las encontramos durante la fase II, pero sí que las piezas de molinaria exhumadas sean todas del tipo de vaivén o barquiformes (Ruiz Gutiérrez 2000: 341-342). El parecido de estas cerámicas con las del castro de la Primera Edad del Hierro de Castilnegro, en donde de nuevo la única molinaria que aparece es del tipo de vaivén y que junto a una hacha de bronce de talón y anillas aparecen otras de piedra pulimentada (Valle y Serna 2003: 369-371), reforzaría esta hipótesis, aunque no deja de ser complejo poder diferenciar con unos cuantos fragmentos entre el lote de cerámicas de la zona central cantábrica en la Primera Edad del Hierro con el de los poblados del norte de Burgos-norte de Palencia (Brizuela, Valtierra de Albacastro) que más bien hemos de relacionar con las formas típicas del Soto. Además, contamos con el inconveniente de que tradicionalmente todas estas formas y decoraciones de ambos lados de la cordillera se han entendido como parte del el mismo lote (por ejemplo Bohigas 1986-87).

El castro de La Campana se encuentra en la comarca de Reinosa, un auténtico limes cultural al menos desde el Bronce Antiguo, como ya vimos, y que se mantendrá como tal a lo largo de la Edad del Hierro por lo que nos servirá, al igual que Adrados y Villacide en León, como límite meridional de nuestra zona de estudio, siendo una zona en donde se comparten rasgos tanto cantábricos como meseteños. Se trata de un lugar de paso hacia la Meseta que posee la característica de ser la única zona cantábrica que presenta una transición gradual entre los valles cantábricos y los páramos meseteños (Marcos García 1986-87: 479). Pese a que los inmediatos castros del norte de Palencia y Burgos ya responden a una realidad cultural bien diferente, meseteña, vinculada al mundo soteño, algunos siguen insertándolos en el mismo grupo que a los castros de Cantabria, mediante el empleo de una metodología etnicista de corte histórico-cultural imposible de contrastar con los materiales arqueológicos, pese a que se afirme que toda esa cultura material es homogénea, básicamente para poder corroborar el etnónimo “cántabro” (por ejemplo Bohigas 1986-87; Peralta 2003).

Es complejo saber si el resto de castros de la cabecera del Ebro, que se encuentran todos a más de 900 m de altitud y controlando los pasos hacia la Meseta (Marcos García 1986-87: 482) pueden tener también niveles de la Primera Edad del Hierro, aunque lo que sí es seguro es que la mayoría refuerzan sus estratégicas situaciones defensivas con potentes murallas pétreas, en muchos casos concéntricas y, en



**Figura 3.15:** planimetría del Castro de Sebrango y vista general del mismo al pie de Peña Oviedo y el Macizo Oriental de los Picos de Europa al fondo (a partir de Gómez Casares 2010b, modificado).

menor medida, fosos. Es posible que, al igual que en el caso asturiano, algunas de estas murallas concéntricas respondan a ampliaciones en la Segunda Edad del Hierro de castros de la fase I. Mejor información poseemos para la comarca de la Liébana, en donde en el reciente catálogo publicado (Serna, Martínez y Fernández 2010) vemos una serie de poblados con aparentes ampliaciones de las defensas y con algún material antiguo. Nos referimos a ejemplos como el castro de Llan de la Peña (Dobarganes), con dos claros recintos defensivos concéntricos, alrededor de una zona allanada en espolón, de excelentes condiciones para el hábitat y buenas defensas naturales. La ampliación del recinto habitado alrededor de una acrópolis, y la molinaria tanto de vaivén como circular encontrada, más las azuelas de piedra pulimentada aparecidas en los alrededores del poblado (Gómez Casares 2010: 137-141), nos hacen pensar en un poblado de la fase I que se mantuvo ocupado y se amplió durante la fase II. Otro ejemplo lebaniego de líneas de defensa concéntricas lo presenta el Castro de Sebrango (Peña Oviedo, Vega de Liébana), con tres grandes taludes aterraplenados concéntricos en un espolón que se desliga de la sierra de Peña Oviedo (Gómez Casares 2010b: 146-147). Mayores visos de acertar una cronología antigua tendremos con el Castro de La Corona (Vega de Liébana, Pesaguero), ubicado a gran altura (1300 m.s.n.m.), en un cerro desgajado de fuertes pendientes, controlando un paso de acceso desde La Meseta (entre Sierras Albas y Collau Arauz). Aparte de su posición conspicua, su doble recinto de fortificaciones concéntricas y su tamaño en torno a una hectárea -para el recinto mayor-, la cronología de la fase I debe desprenderse de la aparición de una fibula cruciforme de doble resorte en la inmediata Collada del Salce (Gómez Casares 2010c: 167-168) (fig. 3.15).

Lo interesante del castro de Llan de la Peña es que se encuentra a cierta altitud relativa, en un espolón desgajado de la parte de solana de la Sierra Bora, en cuya cima abunda el fenómeno megalítico. En las inmediaciones del castro existe un dólmen y una cista megalítica (Gómez Casares 2010: 140). En el mismo sentido cerca del castro de Sebrango, ladera arriba, donde termina el bosque caducifolio, se encuentra el conjunto megalítico de Peña Oviedo. Repite el modelo de ubicación intermedia en las sierras, en espolones a media ladera, alejados de los fondos de los ríos, en donde se sitúa el poblamiento medieval y subactual (Gómez Casares 2010b: 147). Ello se ha vinculado a un interés específico en controlar y acceder a los “puertos” o pastos estivales, representados por dichas necrópolis (Ibid.: 147). De este modo el perímetro inmediato de los Picos de Europa repite un modelo de poblamiento frecuente en la montaña cantábrica, y que se mantuvo sin excesivos cambios durante la fase II.

Pero en Cantabria no sólo hay castros en las montañas meridionales sino que, al igual que está ocurriendo en la costa oriental de Asturias con casos como el del castro llanisco de la Punta de Jarri, cuando los programas de investigación se centran en la búsqueda de poblados de la Prehistoria reciente éstos aparecen. No obstante hemos de señalar que en alguna de estas recientes prospecciones se ha catalogado como castro algún yacimiento más que dudoso cuyas morfologías pueden responder perfectamente a abancalamientos modernos y/o a trincheras de la Guerra Civil (por ejemplo Cisneros y Díez 2000, y crítica en Fernández y otros 2003). Al igual que en Asturias y Galicia, en Cantabria también se constatan castros de la fase I adaptados a todos los biotopos, desde la alta montaña a la costa. La Garma y Castilnegro, muy próximos a la costa y con claros niveles antiguos, son la clave para interpretar otros

castros costeros en la misma línea. Es lo que ocurre con el castro de El Castillo (Prellezo, Val de San Vicente) (ver fig. 3.14), entre la desembocadura del Nansa en la ría de Tina Menor y la localidad costera de San Vicente de la Barquera. Mientras que en el cercano castro llanisco de la Punta de Jarri tan sólo se aprecia una línea de muralla, en el caso que nos ocupa hay diversas líneas de defensas paralelas, con sus respectivos fosos y contrafosos, especialmente en la zona del istmo de esta península. Pero además, en las fotografías antiguas se aprecia como en el lado oeste del poblado había una muralla interna y una zona llana que culmina en la zona más elevada del lugar, a modo de acrópolis. También, aparte de algún material romano, aparece cerámica a mano de la Edad del Hierro, sílex tallado, molinos circulares y molinos barquiformes enteros (Fernández Fernández y otros 2003; Serna 2010: 177-180). Algunas de las hachas pulimentadas encontradas en este lugar pueden proceder del propio castro (Serna 2010: 176). La semejanza con otros castros marítimos multivallados de Asturias, relacionados con sucesivas ampliaciones a lo largo de casi un milenio, la disposición de una acrópolis, y la aparición de molinos barquiformes y posiblemente hachas pulimentadas deben hacernos pensar en un origen de El Castillo de Prellezo en la primera Edad del Hierro.

También en la costa occidental de Cantabria, pero hacia el interior, está el castro de Las Lleras (Sopenilla, San Felices de Buelna), sobre un crestón calizo, y defendido por una muralla pétrea. Su ubicación y pequeño tamaño, y la aparición de multitud de fragmentos de molinos barquiformes, pero ninguno circular (Serna 2010b: 209-210) no hacen pensar en una cronología antigua dentro de la Edad del Hierro también para este poblado. Para el centro de la Comunidad de Cantabria de nuevo podemos pensar en posibles fechas antiguas para los recintos fortificados interiores y especialmente para la acrópolis del castro del Alto de El Cueto / La Corona de Cueto Moroso (Peralta 2003: 73; Serna 2010c: 257). Hasta cuatro líneas de murallas concéntricas y sus respectivos aterrazamientos se cuentan en este castro dispuesto sobre una colina cónica de planta triangular y gran protagonismo paisajístico (Serna 2010c: 258-259). No contamos con más datos que puedan consolidar esta cronología antigua.

Si del castro de Castilnegro (Medio Cudeyo-Liérganes) de 7 Ha, podemos interpretar la zona amurallada de su acrópolis como un claro ejemplo de poblado de la Primera Edad del Hierro tanto por los materiales exhumados como por sus dataciones mediante TL, también parece ser este el caso del cercano castro de Peñarrubia (Liérganes), a tan sólo un Km. del anterior. Se trata de un poblado de una hectárea sobre el Picu Llin, separado de la sierra por un collado y a 222 m.s.n.m. Posee muralla únicamente por el lado norte, a modo de cinturón semicircular. En

los sondeos allí realizados apareció abundante “cerámica a mano” y molinos barquiformes (Valle 2000: 357; Valle y Serna 2003: 379-380; 2010b: 491-492). Más complejo es afinar la cronología de otros poblados que también se encuentran en el entorno de la bahía de Santander. El Alto del Gurugú se encuentra a tan solo 60 m.s.n.m., pero controla toda la bahía de Santander. Sin embargo no se han reconocido defensas de forma clara más allá de ciertos indicios por fotografía aérea. Además, aunque su situación y las cerámicas obtenidas en los sondeos efectuados, muy similares a las de Castilnegro, podrían hacernos pensar en unas fechas similares a la acrópolis de éste, también hay que destacar que abundan los materiales romanos -lo que no sería inconveniente si pensamos en un poblado con una ocupación dilatada, como ocurre con numerosos ejemplos asturianos-. De nuevo las dataciones absolutas obtenidas son por el sistema de la termoluminiscencia, en donde una del s. IV a.C. y otra neolítica supuestamente aparecieron en el mismo estrato o “paquete fértil”, aunque proceden de tallas artificiales diferentes (Valle 2000b: 355-356; Valle y Serna 2010: 470). Al igual que en otros ejemplos cántabros una deficiente metodología de excavación y documentación, junto al impreciso método de la termoluminiscencia, arroja más sombras que luces. También contamos con la escueta referencia de un molino barquiforme en un castro de Camargo (Valle y Serna 2003: 355). Por último destacaremos que en la misma sierra de Peña Camarga, al sur de la bahía de Santander, en donde se encuentran los castros de Castilnegro y Peñarrubia (Valle y Serna 2003: fig. 1), apareció en 1899 un hacha de talón y una anilla al hacer una voladura en la cantera de El Suto, en el municipio de Pámanes (García y Bellido 1956: 196-198), y que por cercanía podemos relacionar con cualquiera de los dos castros anteriormente citados.

Sin embargo otros poblados que se han catalogado como de la Primera Edad del Hierro presentan algún inconveniente. Al norte de Burgos se ha presentado el castro de Ciudad de Ebro (Manzanedo) como de la fase antigua del mundo castreño (Peralta 2003: 49), aunque para ello no se haya presentado ninguna prueba. Más aún, las defensas descritas parecen encajarse mejor en la Segunda Edad del Hierro. Con respecto al poblado de Peña Albilla (Monasterio, norte de Palencia) que posea cerámica con digitaciones y ungulaciones de la Primera Edad del Hierro (Ibid.: 49), no quiere decir que la muralla de mampostería haya que fecharla en la misma época, aunque no descartamos que así sea.

Como hemos intentado exponer más arriba tanto el C14 como la reinterpretación de las ubicaciones de los yacimientos castreños, así como de ciertos tipos materiales, nos ha permitido demostrar que, pese a las grandes lagunas de conocimiento y las escasas excavaciones en donde se constaten claramente niveles antiguos de poblados fortificados,

los castros pasaron a ser los protagonistas del paisaje en la zona centro-occidental cantábrica a partir de la transición de los ss. IX-VIII cal AC. Es un fenómeno que vemos repartido por toda el área geográfica tenida en cuenta en este estudio, desde la Bahía de Santander a las montañas orientales de Lugo. Además, los vemos repartidos desde el primer momento, y de forma muy rápida en el tiempo, por todos los biotopos cantábricos, tanto en la costa, como en las depresiones interiores formadas por los principales cauces fluviales, así como en la alta montaña cantábrica, tanto en su vertiente oceánica como en la que vierte las aguas hacia el Sil y el Duero.

Como veremos más adelante, cuando abordemos este primer paisaje castreño y todas las consecuencias sociales que de él se derivan, es poco probable que estos primeros castros convivieran con aldeas abiertas mucho tiempo. Más acorde con los datos que poseemos actualmente es proponer una sustitución generalizada y parece que bastante rápida, de aquellas aldeas abiertas del Bronce Final que señalábamos en el capítulo 2, continuadoras de una tradición milenaria y que se situaban a media ladera y también, en ciertos casos, ya seguramente en lugares conspicuos, por los nuevos poblados fortificados en lugares protagonistas en el paisaje. Si a este tajante cambio de patrón le añadimos el hecho de que en la zona centro-occidental cantábrica, al igual que en el norte de Galicia, no había ningún poblado fortificado durante el Bronce Final como los que podemos ver en la zona bracarense o en las planicies septentrionales del valle del Duero (capítulo 2) tendremos que deducir que la generalización del paisaje fortificado a partir de la fase I b en nuestra zona de estudio supuso un profundo cambio cultural del que caben extraer importantes consecuencias sociales. Es lo que en otra parte se definió como “la creación de un sentido de identidad topográfico” (Hamilton y Manley 2001: 32).

### 3.2 LA PRIMERA GEOGRAFÍA CASTREÑA.

#### Los modos de poblamiento.

José Manuel González (1978: 74) propuso hace tiempo que los castros en Asturias, pese a no poder precisar cuándo empezarían, seguramente fuesen la consecuencia de los poblados abiertos que habría en la región desde tiempo inmemorial. Para este autor convivirían durante bastante tiempo los primeros castros con los poblados abiertos, siendo incluso posible que a la llegada de Roma aún hubiera poblados sin fortificar y caseríos dependientes de los castros, al estilo de la Galia que describe Cesar, sobre todo en el área oriental de Asturias, que supuestamente sería la zona con menor densidad de poblados fortificados. Pese a estas referencias indirectas a un posible paisaje jerarquizado, este mismo autor asegura que el paisaje de la Asturias protohistórica, con todos esos poblados

fortificados dividiéndose el territorio, lo que refleja es un indicio de falta de un poder superior (Ibid.; 1976). Una vez más, podemos corroborar la gran intuición interpretativa de este autor clave en los estudios castreños cantábricos, ya que como hemos visto por cronología y como veremos a continuación desde un punto de vista de la arqueología del paisaje y más adelante con el tema de los depósitos votivos, los castros son los continuadores directos de las formas culturales de la Edad del Bronce, sin que medie para la explicación del surgimiento de la Edad del Hierro cantábrica ninguna conquista “indoeuropea” y/o “celta” ni aporte démico alguno.

No obstante podemos realizar una serie de matizaciones de importante calado cultural. Recientemente se ha dicho que la Primera Edad del Hierro del Noroeste supone la creación del primer paisaje fortificado. A partir del siglo VIII a.C. el castro será si no la única, sí la forma absolutamente predominante de asentamiento, dejando de existir las aldeas abiertas que se observaban desde hacía cuatro milenios, siendo un hecho inusual, pero con algunos paralelos dentro de la Europa atlántica, como veremos. Pero a la vez que significó la desaparición de un determinado sistema de aldeas, supuso también, en algunas zonas, la perduración de otro sistema de aldeas -fortificadas- hasta momentos muy tardíos, cuando en regiones adyacentes aquéllas sólo existieron como entidades dependientes de otras mayores. La generalización de los castros inhibió la aparición de un paisaje más jerárquico. Al tiempo que coartó el surgimiento de ciudades hizo prácticamente impensable la perduración de caseríos abiertos. Así pues, el mecanismo igualador que impidió desequilibrios territoriales, al menos durante un largo período de tiempo, dio lugar a un paisaje encastillado y dividido. Pensemos que frente a la opinión de algunos que creen que las aldeas abiertas dependientes de los castros no han aparecido por falta de investigación (Camino 2002) otros aseguran que no existieron ya que las grandes obras de gestión llevadas a cabo en la vecina Galicia, por las que se han documentado aldeas abiertas del primer periodo romano también tendrían que haberse dado a conocer alguna similar de la Edad del Hierro, pues ambas poseen la misma invisibilidad arqueológica (Parcero y Cobas 2004: 4). Este panorama es característico de otras sociedades agrarias, organizadas en aldeas de tamaño reducido, que, ante la ausencia de entidades supraterritoriales que actúen de amortiguadores del conflicto, se encuentran en permanente tensión. En este tipo de sociedades no estratificadas de grupos sociales que tienden a la independencia política se estaría luchando constantemente para desplazarse unos a otros y optar por las mejores tierras, para lo cual los jefes se convierten en esenciales (González Ruibal 2003a: 134, siguiendo a Johnson y Earle 1987). Lo que deberíamos definir entonces es qué tipo de jefes, caudillos o *great*

*men* surgieron en la Edad del Hierro y cual fue la configuración de su poder, si, como hemos visto en el apartado anterior, éste no residía en el control de los medios de producción ni en un profundo cambio económico con respecto a la Edad del Bronce. Es importante saber que en un sistema *great man* no se compite por los medios de producción, sino por las personas, para ganar estatus y reconocimiento, aunque éstos no son hereditarios y se van a la tumba con los que los detentan, renegociándose las relaciones y ganando poder los adversarios. Hay toda una serie de grupos que se encuentran “entre la espada y la pared” puesto que no se han sedentarizado del todo y aún no se ha dado la ruptura de los sistemas *great men* hacia formas desiguales, puesto que el crecimiento de los grupos aún se puede solucionar mediante la segmentación del mismo y la fundación de un nuevo poblado. Podría pensarse que dentro de estos grupos aún se siguen dando formas de reciprocidad generalizada entre sus componentes (Binford 1992: 235-243), siendo la reciprocidad negativa la forma de relación característica entre los diferentes grupos (González, Parceroy Ayán e.p.). Los castros de la fase I b en la zona centro-occidental cantábrica son un ejemplo, como veremos a continuación, de grupos “entre la espada y la pared”, encajando bien en estas características generales que acabamos de describir. Nuestro intento en este apartado es poder engarzar los profundos cambios sociales originados a comienzos de la Edad del Hierro con el paisaje en el que se originaron. Estudiaremos a continuación las características del primer paisaje castreño cantábrico usando modelos desarrollados en otras regiones castreñas para en otro apartado atender exclusivamente al cambio cultural.

Si nos preguntamos por qué surgen los castros en la zona cantábrica a partir de la transición s. IX/VIII cal AC, podemos exponer un variado conjunto de motivos. Por ejemplo vinculados a los cambios climáticos (capítulo 2) y a la introducción de nuevos cultivos, que, como ya dijimos, permiten atarse más a la tierra a los agricultores y ganaderos de la Edad del Hierro y depender menos de la movilidad residencial. Podríamos pensar también en situaciones de diferenciación social entre grupos a lo largo de la Edad del Bronce, mediante el desarrollo de una mentalidad económica que tendiera a primar la acumulación del producto del trabajo excedente, principalmente bajo la forma de posesión de ganado vacuno, lo que implicaría la necesidad de apropiarse de zonas de pasto extremo, como “brañas”, en el sentido gallego de zonas húmedas con pastos (Méndez 1994). No obstante podemos establecer el paralelo con las brañas en el sentido asturiano y cántabro de pastos situados en lugares altos de las montañas cantábricas, lo que llevaría, como veremos, a fundar los nuevos poblados estables en lugares desde los que se accede con relativa rapidez a zonas de sierra con praderías de

altura, en muchas ocasiones marcadas por megalitos, y cabe sospechar que creadas como tal, es decir, deforestadas, en dicha época megalítica. Ello de nuevo más que una ruptura del sistema económico previo puede entenderse como una intensificación del mismo. Menos útiles por lo escasamente concordantes con lo que venimos proponiendo serían las características y cambios del paisaje del Bronce Final en el sur de Inglaterra para entender la creación de los primeros poblados fortificados, que también comenzaron en el s. VIII a.C., ya que allí se han constatado numerosos cerramientos y postes para hórreos en los niveles anteriores a esos asentamientos fortificados, argumentándose cuestiones de intensificación agraria para alimentar a poblaciones cada vez mayores, detrás de lo que se encontraría el poder coercitivo de ciertos linajes (Cunliffe 1990: 333-335; Hamilton y Manley 1997).

Diferentes modelos explicativos para diversos paisajes castreños atlánticos que aunque no puedan aplicarse en su totalidad al área cantábrica al menos ponen de relieve que detrás de la aparición de los castros, por muy tardíos que éstos sean, se encuentran procesos sociales complejos, como son los que tienen que ver, en un sentido abstracto, con la intensificación de los modos de explotación tradicionales; la compartimentación de las tierras a largo plazo; nuevas formas de exhibir y ejercer el poder entre las elites sociales en donde el intercambio ritual de bronce entre comunidades cedió protagonismo a los depósitos realizados por la comunidad para sí misma, en un sentido intracomunitario; la reducción de la movilidad residencial; la tendencia a convertir el paisaje en territorio; la consolidación de un sistema de racionalidad y de relación con la naturaleza caracterizado por la monumentalización del paisaje - que ya venía de época megalítica- y la relación activa con éste, aunque aún conserva buenas dosis de racionalidad espacial propia del pensamiento salvaje; la creciente segmentación de los grupos sociales; o el aumento de las tensiones inter e intracomunitarias. Sin duda alguna varios de estos elementos debieron estar entre las causas de los primeros poblados estables fortificados de la zona cantábrica.

Tampoco debemos olvidar que en la zona inmediatamente al sur de nuestra área de estudio, en las postrimerías septentrionales de la llanura sedimentaria del Duero y en la zona sur de Galicia y norte de Portugal, desde tiempo atrás -al menos el 1000 cal AC o fase I a, que se corresponde con el Soto formativo y los primeros castros del área Bracarense- se estaban ensayando fórmulas de habitación estables. En cierta medida ello también pudo influir para que los personajes destacados de los grupos cantábricos, mediante procesos de emulación y reinterpretación posibles gracias a los contactos directos entre ambos entramados culturales en la franja de aprovechamiento común al sur de la cordillera cantábrica, acabaran



modificando la *doxa* social e imponiendo una nueva hegemonía mediante la reformulación de capitales sociales específicos. Evitando explicaciones basadas en un difusionismo ramplón, y teniendo en cuenta que una de las principales características de las “sociedades primitivas” es su permanente rechazo al cambio cultural, podríamos pensar que limitar o evitar el daño que otros pueblos puedan ejercer es también una estrategia de adaptación, y por ello todas las adaptaciones humanas son adaptaciones al ambiente político, en donde cambios políticos en un grupo suponen presión para el cambio en la adaptación para el otro (Salzman 2002: 254-255).

Respecto al modo concreto en el que irían surgiendo los castros podría pensarse, como defiende Margarita Fernández Mier, que las comunidades previas al mundo castreño con una base económica basada en la trashumancia -que nosotros hemos definido como nomadismo en el capítulo 2-, tendrían un determinado espacio sobre el que ejercerían cierto control, y con el paso hacia la sedentarización en la Edad del Hierro aparecería una nueva territorialidad ligada a cada uno de los asentamientos concretos, pero sin que por ello se pierda el control del territorio que ya de antes le correspondía al grupo de parentesco. Con el desarrollo demográfico de estos poblados, surgirían otros castros por segmentación, seguramente en algún punto de ese mismo territorio que ya se controlaba, por lo que estos castros serían núcleos independientes, pero conservarían ciertos lazos de unión y mantendrían un control conjunto de parte del territorio, dándose en estas zonas compartidas ciertas actividades de modo indistinto (Fernández Mier 1999: 206). Habría que aclarar que en la mayoría de las sociedades de tendencia igualitaria o donde prima el *ethos* igualitario, y se inhibe de modo colectivo y consciente el surgimiento de liderazgos coercitivos y/o despóticos, la segmentación suele ser una estrategia consciente del grupo cuando éstos crecen, pues se entiende que no deben superar unos pocos cientos de personas. Por lo tanto no se debe a una cuestión medioambiental o a condicionantes externos al grupo, pues muchas veces se documenta con grupos sedentarios que están en buenos momentos de productividad agropecuaria. Existe una relación estructural entre el comportamiento igualitario y el pequeño tamaño de los grupos (Boehm 1993: 236). Por las características sociales que hemos visto y que veremos de los primeros grupos castreños cantábricos creemos que este modelo se ajusta bastante bien, incluso para la expansión y multiplicación de los castros durante la fase II (capítulo 4).

Por lo tanto en el mundo cantábrico estaríamos hablando de una “doble territorialización” donde aquellos lugares que poseen espacios privilegiados para determinadas explotaciones se convierten en ejes estructuradores del territorio. Viendo la importancia que tiene la ganadería en el mundo castreño,

especialmente las exigentes vacas, habría que pensar que esos espacios comunes a varios castros son los pastos de altura, las brañas de las sierras y puertos de montaña en cuyas laderas se ubican los poblados fortificados (Fernández Mier 1999: 206), y en donde convergerían en el periodo estival los rebaños de los diferentes grupos. Podríamos añadir, entonces, que las actividades económicas se desarrollan sobre un espacio compartimentado por las acciones sociales y políticas, como se ha defendido para la Galicia castreña, en donde habría un territorio de explotación económica o espacio local y uno tribal o comarcal/regional (Carballo 1996: 314). En nuestro caso lo que defendemos, en contra de Carballo, es que ambos territorios, el local y el supralocal -que estaría vertebrado por los puertos y brañas de altura de una determinada zona de sierra que son explotados por un conjunto de castros asentados en sus laderas- poseerían conjuntamente un sentido económico y político, y seguramente también identitario.

Uno de los problemas para entender la primera geografía castreña en nuestro ámbito de estudio es que prácticamente no ha habido estudios desde la arqueología del paisaje, con la excepción de contados casos. Por ello hemos de recurrir a estudios llevados a cabo en la vecina Galicia y así poder determinar las principales características del primer paisaje semiestable del área cantábrica, en concreto respecto al primer modelo de territorio que se creó entre los grupos castreños, su posible contenido político y la demografía que lo acompaña, ya que la arqueología del paisaje no sólo consiste en ver la relación de los grupos humanos con su medio sino en rastrear los conceptos simbólicos y socio-culturales que subyacen dentro de un paisaje dado. El espacio no es sólo un medio o entorno que el ser humano ocupa o explota para satisfacer sus necesidades, sino que además es el resultado de una semantización social que procede de una actividad simbólica y reflexiva. La arqueología del paisaje debe tener en cuenta la diacronía, el tiempo, es decir, los diferentes paisajes que se encierran en el paisaje que observamos, y también el carácter bidimensional del espacio, en el sentido de que éste tiene una dimensión material y tecno-económica y en parte también una imaginaria o simbólica (Criado 1989: 110).

Para el Noroeste se ha planteado (González Ruibal 2003a: 134-136) la posibilidad de que durante el Bronce Final se haya producido un incremento de población más o menos constante, aunque el carácter poco visible de los poblados del Bronce Final hace difícil la comparación con los primeros castros, pese a que en Sao Juliao, al norte de Portugal, se aprecia un crecimiento significativo entre fines del II milenio y el s. IX a.C. La generalización del poblamiento fortificado y su dispersión se pueden interpretar también como un incremento en la tensión entre comunidades por un territorio explotable cada vez más

reducido. Como ya se apuntó en el apartado sobre la explotación del medio, el sistema económico de los primeros castros, que consiste en una agricultura de tala y roza y en movimientos ganaderos de medio recorrido, agota gran cantidad de terreno y necesita poder desplazarse por un amplio territorio. Etnoarqueológicamente se ha podido comprobar como los poblados en alto de la región etiope de Benishangul vienen motivados por la presión sobre el terreno cultivable y las cuestiones en torno a su propiedad, pese a ser una de las regiones con más baja densidad demográfica del país (unos 5 hab./Km<sup>2</sup> a principios del s. XX) (Ibid.: 134-136). De todos modos este autor cree que la demografía fue un problema durante la Primera Edad del Hierro sólo en la zona litoral y valles de los grandes ríos de Galicia, puesto que la concentración de poblados que allí se da contrasta con las regiones interiores montañosas casi despobladas. Las densidades de población en este periodo raramente superarían los 8 hab./Km<sup>2</sup> y si pensamos que los suelos ligeros, podsolizados, ácidos y escasamente fértiles de buena parte del Noroeste difícilmente habrían permitido poblaciones mayores de 10 habitantes por Km<sup>2</sup>, al menos antes de que los suelos más pesados del valle se roturasen, podría deducirse que a lo largo de las fases I a y I b pudo darse cierta tensión y competición intergrupal por la explotación del territorio. Contrario a esta visión se encuentran diferentes estudios de escala local y regional (Carballo 1990: 184-187; 1996: 313) en donde se ha afirmado que casi todos los castros tienen abundantes tierras cultivables en un radio de 1 Km. (más apropiado para ciertas zonas como el Ulla que el habitual de 5 Km., ya que muchos castros se encuentra a una distancia media entre ellos de 2,04 Km.), y que éstas serían suficientes para abastecer a la población, por lo que no se daría una presión demográfica sobre los recursos. El problema de este modelo es que “las mejores tierras agrícolas” se definen desde una perspectiva actual, en donde “las mejores” son los suelos pesados e irrigados y “las peores” los suelos pedregosos y poco profundos, partiéndose del apriorismo de una agricultura desarrollada de arado desde momentos antiguos y donde no se tiene en cuenta la evolución del sistema productivo y tecnología agraria castreños. Habría que destacar de este estudio que en la fase antigua de los castros, y siguiendo con un radio de 1 Km., éstos tienen “pocas tierras de cultivo” (Ibid. 1990: 193). De todos modos el principal inconveniente de los estudios de poblamiento de Xulio Carballo es que no se diferencia correctamente la fase cronológica a la que corresponde cada yacimiento, mezclándose con frecuencia los castros de la Primera y Segunda Edad del Hierro.

Para la zona central de Pontevedra, en un territorio entre la Depresión Meridiana y la Dorsal Gallega al oeste y este, y los ríos Umia y Oitavén por el norte y sur, contamos con el estudio de Cesar Parcero

(2000) y los comentarios añadidos de algún yacimiento clave para entender el paisaje de estos primeros momentos como es Penarredonda (González Ruibal 2005). Obtenidos dos modelos donde encajar a los castros de esta zona, los que se corresponden con la Primera Edad del Hierro encajan bien en el Modelo 1, que se caracteriza por castros que destacan de su entorno inmediato en un radio de 2 Km., con una altitud relativa positiva, control visual a larga distancia, pero con un control a media y corta distancia desigual y no homogéneo, sino más bien en abanico, en donde se prima un determinado sector. Están en lugares de explotación extensiva, como ya dijimos más arriba, de rápido acceso, pero que en muchos casos no se controlan visualmente. Es paradigmático el caso del citado Penarredonda, que domina visualmente las islas Cíes y el final de la ría de Vigo, que se encuentran a 45 Km. lineales (Parcero 2000: 82; González Ruibal 2005: 176). Podríamos también valorar los datos del río Ulla (Carballo 1990: 193). El territorio entre el Umia y el Oitavén posee 440 km<sup>2</sup> en donde pueden identificarse 17 castros de la Primera Edad del Hierro, para los que se calcula una media de 150 personas por poblado (siguiendo a Hassan 1981) -aunque algunos dan cifras que no superan los 100 habitantes por castro, por ej. Carballo 1990: 193- lo que daría una población de 2.550 personas para todo ese territorio y una densidad de población de 5,79 hab./Km<sup>2</sup>, que está más acorde con las economías extensivas de tala y roza, como la que mencionamos para Etiopía, que con las explotaciones intensivas de arado. Habría que tener en cuenta el constreñimiento de la orografía norteña a la hora de pensar en la densidad de población, ya que en los fondos de valle, cubiertos de bosque y sin explotar aún, no se vive, como tampoco en la parte alta de las montañas, a las que se accede sólo para llevar el ganado en tiempos estivales. Aquella cifra se asemeja a los 7,4 hab./Km<sup>2</sup> que resulta de la de 160.000 habitantes para el Convento Lucense según los datos aportados por Plinio ya para época romana, que es donde se enclava el área estudiada, aunque habría que pensar en el incremento de la población entre la Primera y Segunda Edad del Hierro, ya que en el área pontevedresa de Campo Lameiro el 32% de los castros se funda en el primer periodo, mientras que el restante 68% en el segundo, más los castros de la fase previa que siguieron en uso (en González Ruibal 2003a: 144). Incremento de población y crecimiento del tamaño de los castros que también se ha apreciado en la región del río Ulla, ya que de la fase I sería el 11% de los poblados mientras que de la fase II sería el 77%, caracterizándose la pertenencia a cada fase exclusivamente por las características topográficas de los asentamientos (Carballo 1990: 188). Esas cifras de densidad de población son semejantes a las de época medieval y moderna, antes de la introducción del maíz y la patata (una media de 10 hab./Km<sup>2</sup>), aunque, al igual que pasaría en la Edad del Hierro, las diferencias



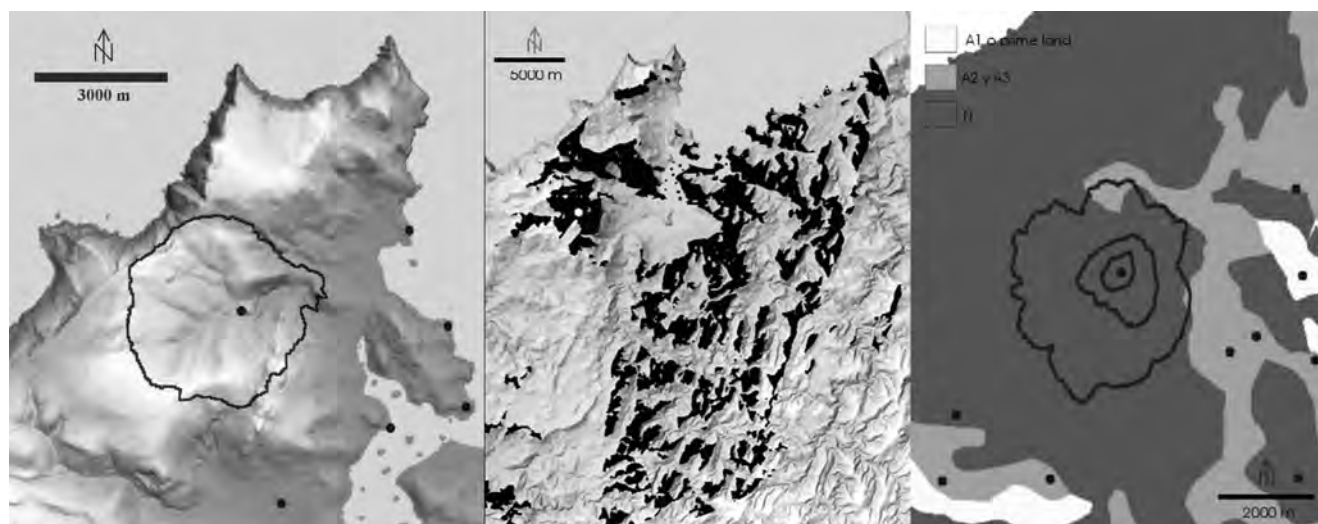
**Figura 3.16:** la recurrencia de los espacios ganaderos: “mayada” de Los Veneros, en el macizo del Aramo, donde coinciden espacialmente túmulos con cabañas de los pastores tradicionales (en González Álvarez 2009).

regionales tuvieron que ser grandes (González Ruibal 2003a: 144). Lo interesante del estudio de este último autor es el intento de definir territorios políticos entre los castros de esta fase antigua, usando las sierras más prominentes y vegas de los ríos como límites territoriales. Los 17 castros de su estudio quedan repartidos en siete posibles territorios, cada uno con 2 o 3 castros, excepto el III que sólo tiene 1. Cada territorio contaría con 300 a 450 habitantes, el umbral de la reproducción biológica. Montañas y valles de ríos, al estar deshabitados, debieron tener un carácter marginal que les debió ser significativos en el paisaje para marcar los territorios políticos (Ibid.: 145). En esta línea es interesante ver como muchas de estas zonas despobladas del Hierro se encuentran salpicadas por monumentos megalíticos, como se aprecia en el territorio V, y es bastante probable que ya en la Edad del Hierro estos monumentos se percibieran como hitos fronterizos, ya que suelen estar en lugares señeros en el paisaje o en situaciones topográficas dotadas de especial significación por estar en el límite entre zonas distintas, entre comunidades humanas, lugares de paso, espacios marginales al eje de la comunidad agrícola, etc. (Criado en González Ruibal 2003a: 145).

Este modelo aplicado a Galicia es interesante porque plantea la posibilidad de rastrear ciertos “territorios políticos” supralocales, o que unifican a una serie de castros que, por otro lado, hemos de entender como entidades políticas sino autónomas sí prácticamente autónomas. Sin embargo, a la hora de plantearnos algo parecido en la Cornisa Cantábrica, deberíamos realizar algunos matices. Aquellas zonas altas de explotación ganadera que como ya dijimos seguramente sufrieron una explotación por diferentes castros que se encuentran en sus laderas, en un sentido de pastoreo especializado, que en muchas ocasiones cuentan con túmulos, son por tanto espacios completamente domesticados y explotados ya desde tiempo atrás. La concepción espacial sigue poseyendo en estos castros muchos elementos del pensamiento

salvaje (en el sentido de Criado 1993: 23-25), en donde el espacio se sigue conceptualizando mediante líneas - sendas- que unen puntos significativos en el paisaje, y cuyo objetivo es el control temporal de áreas especiales por sus recursos (Ingold en Criado 1993: 25-26). Precisamente las zonas de braña y pasto de altura en la zona cantábrica, muchas de las cuales se encuentran salpicadas de monumentos megalíticos, son ejemplos de estos territorios con recursos especiales y pueden entenderse, más que como un límite de territorios, como el punto final de diversas líneas, es decir, como el lugar de llegada de diversos grupos (fig. 3.16). Si nos fijamos en la ubicación de los primeros castros veremos que siguen siendo muy importantes las vías de comunicación, y por tanto, el asegurarse el acceso a esos territorios de complementariedad económica y social. Sin descartar el sentido liminal de ciertas serranías cantábricas pensamos que aquellas que fueron frecuentadas por diversos grupos en los meses estivales, que en muchos casos poseen dólmenes y túmulos, debieron ser lugares de agregación, contacto y negociación, puede que de rituales conjuntos, entre las diversas comunidades castreñas, lo que podría explicar que muchos de estos montes fueran divinizados, como se puede observar por la toponimia y epigrafía romana (capítulos 4 y 5). Hemos de pensar que para los habitantes castreños el paisaje en el que se desarrollaron no era un conjunto de objetos físicos sin significado, sino que los túmulos representaban un paisaje de inteligibilidad. Ello quiere decir que la gente se encuentra insertada dentro de una red de locales con los cuales, a través de una familiaridad habitual y cotidiana, forma algún tipo de comunión. Esos locales tienen las característica de ser “lugares”, que no son sólo cosas o entidades, sino que se trata de un concepto relacional, desde el momento en el que esas localizaciones siempre llaman nuestra atención a través de lo que ocurre o de las cosas que esperamos encontrar allí. Un lugar siempre es un lugar de algo (Thomas 2001: 171-173).

Por ello podríamos decir que en los primeros momentos castreños se puede ver el cambio de relación con respecto a estos paisajes tumulares. Los grandes monumentos tumulares y megalíticos eran en el periodo anterior los puntos fijos del paisaje social, en torno a los cuales muchos tipos de actividades se llevaban a cabo, como es la residencia de los grupos al completo determinados meses al año. El acceso al territorio se controlaba mediante el simbolismo del lugar, expresado en la localización de monumentos funerarios y sitios ceremoniales. Para Gran Bretaña se ha visto que en la Primera Edad del Hierro, se destruyen u omiten algunas de esas estructuras, y el paisaje se reorganiza sobre las necesidades de una agricultura productiva. Más que las continuidades que se ven en los periodos precedentes lo que se aprecia es una reacción con respecto al pasado. Ahora se definen



**Figura 3.17:** el modelo I en la periferia cantábrica, comarca de Ortegal. Izquierda, isocrona de 45 minutos trazada a partir del castro de Pedra. Centro y derecha, superficie terrestre visible desde el castro de Penido, y entornos de 15, 30 y 45 minutos de este castro en relación a la potencialidad productiva de los suelos (obsérvese la mayoritaria presencia de suelos no productivos en el entorno del poblado) (a partir de Fábrega Álvarez 2005, modificado).

los territorios en su forma física, mediante sistemas extensivos de campos y mediante límites territoriales. No obstante una de las características que todavía vincula al nuevo sistema con los precedentes es la forma en la que esos límites incorporan los monumentos funerarios de antes (Bradley 1991: 64-65). En esta línea creemos que el paisaje significado que suponen las zonas de pastos con monumentos tumulares fue resignificado e incorporado en la incipiente territorialidad castreña del ámbito cantábrico, otorgándole un sentido de familiaridad y tradición a aquellas zonas precisamente en un momento necesario debido al potente cambio cultural que se estaba viviendo. Uno de los medios por los que la gente se interconecta con el paisaje en las sociedades no occidentales y precapitalistas es por medio del parentesco, por ejemplo a través de los antepasados, por lo que el paisaje es un recordatorio continuo de las relaciones entre los vivos con las generaciones pasadas y, consecuentemente, con las generaciones venideras. El uso continuado de lugares a través del tiempo lleva la atención hacia las conexiones históricamente constituidas que existen entre los miembros de la comunidad, y muchas veces el paisaje da información detallada sobre las relaciones de parentesco. Tierra, lugar, gente y sustancias materiales están fundamentalmente ligadas más que constituir clases de cosas enteramente separadas (Thomas 2001: 175-176). Bradley (1998: 100) piensa que las conexiones de los monumentos con el ritual, los ancestros y el pasado pueden darle fuerza a la estabilidad social y mantener la tradición, por ejemplo en circunstancias de cambios políticos y económicos. Esto es especialmente así en paisajes vividos y monumentalizados por grupos en los que hay movilidad, como en los casos de túmulos y tumbas pétreas de Gran Bretaña, hechos en lugares de comunicación. Los modelos de movimiento entre y alrededor de los monumentos debieron ser muy

importantes en los desplazamientos estacionales de las comunidades prehistóricas y en el sentido en el que esos lugares fueron usados (Thomas 2001: 179-181). Por todo ello, al contrario que lo propuesto para Galicia, muchas de estas sierras más que separar o dividir diferentes conglomerados políticos debemos entenderlas como claves en supuestas identidades, y sobre todo en un sentido de reproducción social y biológica, así como de productividad económica de los grupos, para lo que sin duda debieron darse procesos de resignificación que permitieron mantener los monumentos funerarios de momentos previos dentro de la tradición cultural castreña. Si debiéramos preguntarnos por algún límite político, para las zonas de alta montaña al menos, tendríamos que apostar entonces por los poco frecuentados y explotados fondos de valle y ríos. Por lo tanto el modelo reconocido en el límite occidental de la Cordillera Cantábrica, justo entre ésta y la zona llana lucense (concejos de Sarria y Samos) (Rodríguez Fernández 1994) es más cantábrico que noroccidental. Allí se han documentado diversos castros con una localización espacial “íntima” respecto a necrópolis tumulares, algo excepcional en el Noroeste, pero sin evidencias de que se destruyeran o expoliasen túmulos durante la Edad del Hierro. Seguramente éstos se conocerían y resignificarían social, religiosamente, con el tabú de construir en ellos hábitats, ya que seguramente serían espacios reservados para otras actividades (Ibid.: 168).

Serán los planteamientos de Pastor Fábrega (2005) los de mayor utilidad para nosotros ya que su estudio del poblamiento castreño ha sido realizado en una zona costera muy próxima y similar culturalmente al área cantábrica, la comarca de Ortegal, en donde confluyen las provincias de A Coruña y Lugo en torno a la ría de Ortigueira, de 850 Km<sup>2</sup> y teniendo en cuenta 38 castros (fig. 3.17). Este arqueólogo propone tres modelos de localización de castros. Sus modelos uno y

tres se corresponden con el I y II de Parceró, por lo que el modelo I puede seguir entendiéndose como el propio de los castros de la fase I, pero además se añade el modelo dos que es un modelo mixto ya que consiste en castros con un valor medio de accesibilidad a su entorno inmediato y con una potencialidad moderada para el cultivo cerealista intensivo. Dicha potencialidad agraria dependería directamente del aterrazamiento del espacio agrícola. Los castros del modelo dos de Fábrega siguen teniendo en líneas generales buenas condiciones defensivas y controles visuales a larga distancia. Los fuertes desniveles de la montaña cantábrica harán que las principales zonas en donde podamos ver un cambio de patrón de asentamiento sea en la zona costera, como veremos en el capítulo 4, si bien con variaciones ya que si el cambio en el patrón de asentamiento a lo largo de la Edad del Hierro en la costa occidental asturiana se puede explicar con los modelos propuestos, no así en ciertos ejemplos de la costa oriental de esta misma región, en donde fundaciones de la Segunda Edad del Hierro como Moriyón o El Picu'l Castu de Caravia (Camino 2002; Cid, González y Adán 2009) parecen situarse en lugares más conspicuos que sus predecesores de la Primera Edad del Hierro, aunque, eso sí, más retirados de las principales vías de comunicación costeras, que parecen ser claves en las localizaciones de los primeros castros. Es posible que ello se deba a que en esta zona tardó más en perderse la importancia de los contactos a media distancia, que parecen revelar las hoces tipo Castropol y la situación en un punto de paso de Camoca, mientras que con el paso a la Segunda Edad del Hierro, pese a situarse Moriyón y Caravia en puntos más conspicuos realmente lo que pasan a controlar son vías secundarias de accesos a pastos de montaña como claramente evidencia Caravia con respecto a la sierra del Sueve y su ubicación en el camino tradicional de subida a ésta. Es decir, que en Camoca se primó más el control de las grandes vías de comunicación, que la posición conspicua. De todos modos no hemos de pensar que el modelo de la ría de Villaviciosa y Caravia sea extensible a todo el oriente asturiano, puesto que en el valle del Beón tenemos el presunto castro del Pico San Martín, junto a la fuente de Frieras y controlando toda la desembocadura del Beón en la playa de San Antolín (capítulo 2), que es una auténtica comunidad de paso entre una vía marítima y otra terrestre -el río Beón es el principal acceso a los Picos de Europa en esta zona- y que podemos situar en la fase I precisamente por la vinculación espacial a las hachas de Frieras, que serían justo de momentos previos al castro, mientras que en la fase II contaríamos con otros castros, con potentes defensas y ya más cercanos al fondo de valle, como es el también inédito Picu Castiellu de Rales, junto al mismo río Beón. En la misma línea, y todavía dentro del oriente asturiano, encontramos el probable Picu

Castiellu de la Pereda (Llanes), en el monte homónimo, de gran altura y desgajado de la cara norte de la sierra del Cuera, y a sus pies los castros también llaniscos de la punta de Jarri o el Picu Castiellu de Parres, también inédito y de grandes dimensiones, por lo que podemos aplicar los modelos desarrollados en la costa norte de Galicia también a la costa central cantábrica. Deducimos entonces que, frente a los más homogéneos modelos de poblamiento de la montaña, en la costa centro-occidental cantábrica existe una variedad de modelos, como ya apuntamos más arriba, aunque ciertos rasgos como es el control de grandes rutas de comunicación y la tendencia a ocupar puntos conspicuos en el paisaje son características que tienden a compartir todos ellos, aunque en diferente tipo de combinaciones.

Precisamente lo que veremos en la montaña cantábrica es que muchos castros son de “largo recorrido”, fundándose en los comienzos de la Edad del Hierro y manteniéndose su habitación hasta época altoimperial (Marín 2006). En algunos de los escasos castros excavados del modelo II en la comarca de Ortegal se ha documentado también cerámica de la fase I aparte de la de la Segunda Edad del Hierro (Fábrega 2005: 135; Ramil 1999), por lo que creemos que dentro del modelo dos de Pastor Fábrega podríamos incluir aquellos castros cantábricos que, aún teniendo las características típicas del modelo uno, siguieron en uso a lo largo de la Segunda Edad del Hierro debido a que pudieron adaptar su espacio habitacional a ciertas ampliaciones, seguramente debidas a un incremento poblacional durante las fases I c y II, y sus campos de cultivo mediante aterrazamientos, abonado, rotación de cultivos, etc. Ejemplos de lo que decimos podrían ser Pendia, San Lluís, Alava, el Chao Samartín, Castilnegro o Peña Campana, con utilizaciones de varios de ellos durante casi un milenio y con evidentes pruebas de ampliaciones y remodelaciones del caserío desde la fase I c. Este es sin duda uno de los rasgos distintivos de la media y alta montaña del centro-occidente cantábrico, que no es otro que un conservadurismo locacional o fuerte tendencia a seguir ocupando durante la fase II los mismos lugares que habían sido fundados en la fase I, sólo que ampliando los espacios ocupacionales mediante profundas reformas y obras, frente a otros lugares como la provincia de Pontevedra y buena parte de A Coruña, o ciertos tramos de la costa cantábrica, en donde lo que apreciamos en la fase II es un abandono de los castros conspicuos y una fundación *ex novo* de castros en tierras más bajas, incluso de fondo de valle.

Los mejores paralelismos para este tipo de paisaje precisamente los encontramos en aquellas regiones atlánticas que tuvieron, al igual que la zona que estudiamos, un papel secundario en el Bronce Final Atlántico y en los intercambios generalizados a larga distancia protagonizados por aquellas elites

destacadas (capítulo 2). Hay zonas de Gran Bretaña en donde en la Edad del Hierro los castros no tuvieron un papel tan protagonista como en otras. Pese a ser los poblados cercados los dominantes en el paisaje prerromano británico, la variedad regional es muy grande, al igual que en la Península Ibérica -pensemos en la ausencia de poblados fortificados durante toda la Edad del Hierro en las regiones pirenaicas-. En algunos lugares en la Edad del Hierro todavía son los poblados y caseríos abiertos los que dominan el paisaje, a veces en exclusividad, como en ciertas zonas de Irlanda, mientras que en otras ocasiones dependen de poblados fortificados, como en el Valle del Támesis. En muchas ocasiones estas regiones están muy próximas de otras en las que los únicos protagonistas en el paisaje son los castros (Hill 1995: 54-59). Por lo tanto no se trata tanto de la dicotomía tierras altas/tierras bajas de Cunliffe, ya que en la zona del sur, de tierras bajas, es radicalmente diferente un territorio como Sussex, donde los castros son los auténticos protagonistas de la Edad del Hierro, del sureste de Inglaterra, con zonas como Yorkshire o Kent, donde en la Edad del Hierro tan solo se ven algunos castros. El Bronce Final (100-700 AC) de esta última zona se caracteriza por los abundantes depósitos metálicos, especialmente en ríos como el Támesis, que son variados y con protagonismo de las espadas lengua de carpa, de las hachas de cubo y de las importadas hachas bretonas, así como por pequeños recintos fortificados, tanto circulares como rectangulares, con evidencias de producción metalúrgica. Es en estos momentos cuando empezaría una fuerte intensificación agrícola. Durante la Primera Edad del Hierro local (Early Iron Age: 700-400/300 AC) sigue habiendo depósitos metálicos y es probable que alguno de los castros conocidos estuviera ya en uso en esa época (Champion 1994: 125-131; Thomas 1989: 264-272). Como vemos esta zona de Gran Bretaña, muy vinculada culturalmente a las tierras continentales al otro lado del Canal de la Mancha, como por ejemplo la Bretaña francesa, tiene muchas concomitancias, como ya se marcó a la hora de hablar del Bronce Final Atlántico, con el norte de Portugal/sur de Galicia y con el norte de la Meseta, es decir, con el resto de regiones inmersas en el “Bronce Final Atlántico”. La zona de Wessex también nos permite ver como detrás de la elección de ciertos lugares a la hora de fortificar un poblado puede haber un uso ritual del pasado distante ya que son varios los ejemplos que se levantan sobre cierres y estructuras lineales previas, pero también sobre pozos rituales del segundo milenio, como Danebury, lo que legitima su presencia en el primer milenio (Cunliffe 1990: 330). La intensificación agrícola que se desprende de los múltiples cerramientos y estructuras lineales de fines del segundo milenio de esta última zona y el temprano surgimiento de poblados estables, aún sin fortificar (Ibid.: 333), no es comparable en absoluto al área

cantábrica y, si acaso, sí lo es con los procesos de intensificación agrícola y ganadera que vimos para el Soto inicial o los documentados en los primeros poblados en alto del sur de Galicia-norte de Portugal.

Por el contrario la zona cantábrica posee mayores concomitancias con aquellas zonas consideradas marginales dentro de las redes de intercambio a gran escala durante el “Bronce Final Atlántico” y en donde los únicos protagonistas en el paisaje son los castros, como puede ser Sussex. En este condado costero del sur de Inglaterra los castros o poblados fortificados surgen en entre la LBA (Bronce Final o fase I a) y la EIA (equivalente a la Primera Edad del Hierro o nuestra fase I b), y están en posiciones conspicuas en el paisaje, ocupando todos los nichos ecológicos de ese territorio, aunque preferentemente se sitúan en la plana rasa costera y en los Downs -depresiones meridionales inmediatas a la costa-, para ser más raros en las zonas ricas en mineral de hierro y que se encuentran más al norte. Son zonas con finos suelos arables y también aptos para pastos. En algunos casos se ven ocupaciones previas de la Edad del Bronce, pero es en estos momentos cuando se amurallan o marcan físicamente los límites del poblado con terraplenes, muros con rellenos y empalizadas. Suelen situarse de modo disperso en los límites de los Downs, dejando amplios espacios vacíos entre ellos, controlan las vías de comunicación que por los valles de los ríos van hacia el norte y, especialmente, los costeros controlan las rutas marítimas, ya que tienen clara intervisibilidad entre ellos, están contruidos para ser vistos desde lejos e incluso han sido referentes visuales para los marineros hasta hace poco tiempo. Las estructuras -graneros y casas, preferentemente circulares- que se han documentado en el interior de ellos son de materiales perecederos -postes-. No son raros los depósitos rituales en estos poblados, en muchos casos compuestos por restos de animales -como mandíbulas de bóvidos- o humanos -desde cráneos a extremidades, según el yacimiento-. Se documenta en algún caso un uso de recursos que están a más de 15 Km. así como un aprovechamiento estacional de la hierba. Aunque no hay obras constructivas importantes en ninguno de estos sitios sí parece que se puso empeño en la visualización de los poblados (Hamilton y Manley 1997: 93-101; 2001). Otra de las zonas que presenta paralelismos estructurales con el área cantábrica es la Escocia Atlántica. Pese a las importantes diferencias culturales entre la zona norte y occidental de Escocia (Armit 1990: 203), son los propios autores que trabajan en éste área los que han llamado la atención sobre los paralelismos culturales entre la Escocia Atlántica, la Irlanda no-laténica y el Noroeste de la Península Ibérica -que hacemos extensible, preferentemente, al área cantábrica-, y no por asumir un paradigma celtista, que es criticado drásticamente, sino por ser zonas de la Europa

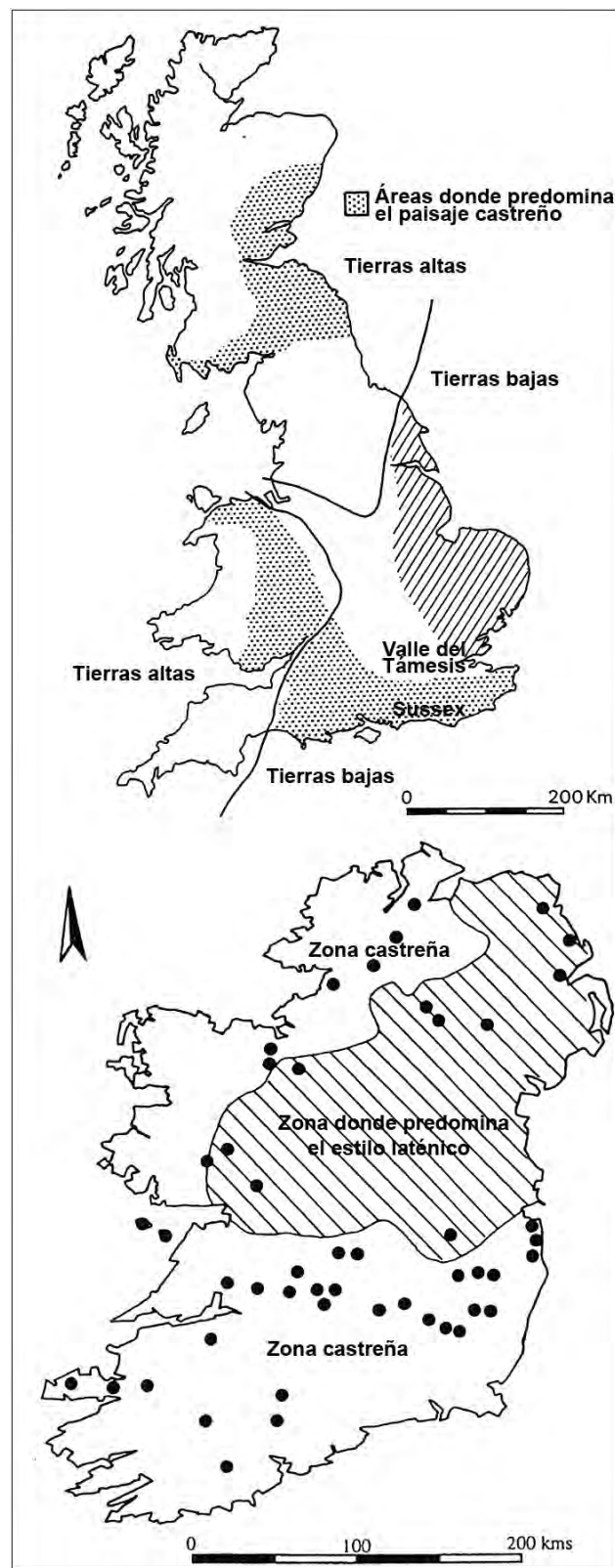
atlántica caracterizadas por “stone fort-cultures” (culturas castreñas) (fig. 3.18), con unos contactos y rasgos culturales compartidos desde época megalítica, y que difieren claramente de las formaciones sociales de la Edad del Hierro centroeuropea (Harding 1990: 16), y, en nuestro caso, del resto de las de la Península Ibérica y en concreto de la Meseta Norte.

Al igual que en las regiones con las que acabamos de realizar paralelos, nuestra zona de estudio también se caracteriza por haber sido refractaria al intercambio a larga distancia durante el “Bronce Final Atlántico” y por tener al asentamiento fortificado como unidad básica que da sentido al paisaje, siendo imposible inferir la existencia de jerarquías de yacimientos o de unidades más grandes que actúen políticamente, así como de granjas dependientes. Por lo tanto dentro de algunas de estas áreas atlánticas “marginales”, de las que cabe extraer formas sociales más igualitarias o comunales, se pasó a formas de poblamiento fortificado durante la Edad del Hierro que si bien fueron más tardías con respecto a las áreas que sí habían tenido amplios contactos durante el Bronce Final Atlántico y un asumido *ethos* aristocrático, lo hicieron de un modo en el que el castro pasó a ser el absoluto protagonista en el paisaje, desarrollándose una profunda compartimentación política y territorial de los paisajes previos, lo que no debe hacer que entendamos los castros como entidades aisladas y sin relación entre ellos, como veremos más abajo.

#### La articulación del espacio: vías de comunicación, brañas y túmulos.

Ya hemos visto como la mayoría de los castros cantábricos que bien por fechas radiocarbónicas o bien por materiales asociados podemos aventurar su pertenencia a la fase I se podrían entender en el modelo I de Cesar Parcero (2000) y Pastor Fábrega (2005). Algunas de las características de estos modelos de la fase I son la vinculación y el control visual de grandes rutas de comunicación por parte de estos primeros castros conspicuos. En la zona cantábrica también corroboramos esta característica, pero debido a la especial orografía del sector muchas de estas vías de comunicación se vinculan a rutas de montaña que discurren  *grosso modo*  paralelas a las vías fluviales, ya sea a media ladera o por las cimas, y a los pasos y puertos de montaña. Por otro lado encontramos las rutas marítimas, tanto la propiamente marítima, que al igual que el caso mencionado de Sussex puede deducirse del carácter conspicuo y como referentes tradicionales para la navegación de algunos de los castros costeros del momento, como la que discurre por la rasa costera cantábrica de Este a Oeste.

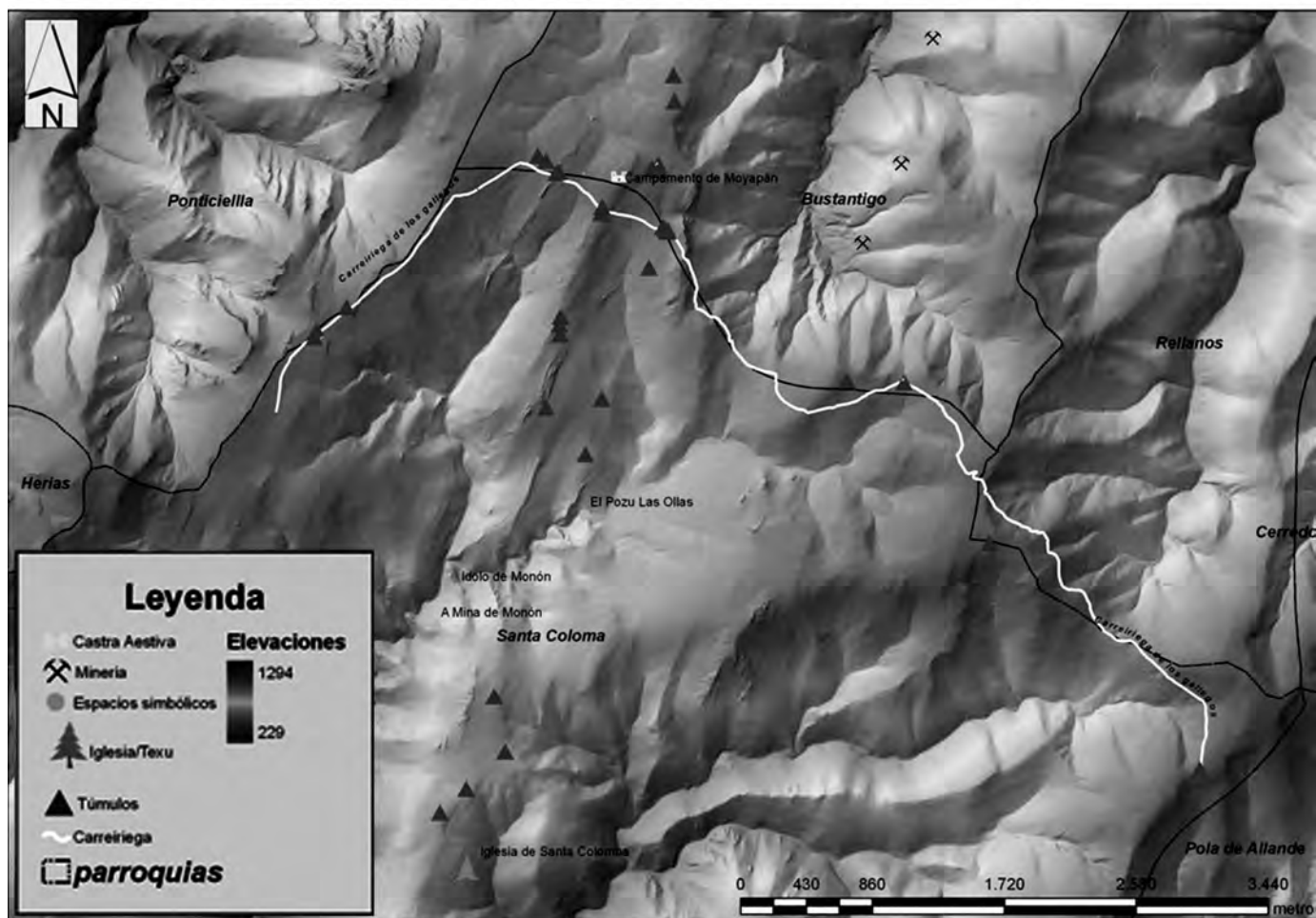
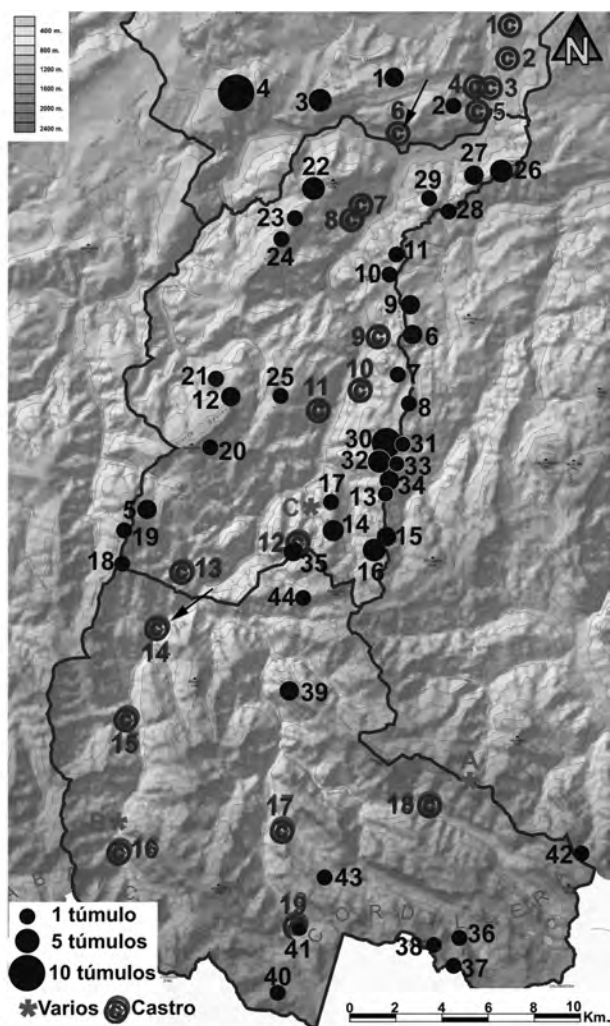
Brevemente repasaremos una serie de zonas que, por diferentes motivos, arrojan información en este sentido. Un claro ejemplo lo tenemos en el río



**Figura 3.18:** otros paisajes castreños atlánticos, como Sussex, el noreste de Inglaterra, sureste de Escocia o sur de Irlanda, también ajenos o al menos muy secundarios en las relaciones “aristocráticas” del Bronce Final Atlántico (a partir de Champion 1994; Hill 1995a, modificados).

Navia, jalonado por castros de la fase I, como, probablemente Coaña, Pendia y La Escrita, y de modo seguro el Chao Samartín y Peláu. En líneas generales estos poblados siguen alguna o varias de las





**Figura 3.19:** castro, túmulos y vías de comunicación. Arriba izquierda: castros de la fase I del curso bajo del río Navia (1. Castellón de Coaña; 2. Pencia; 3. La Escrita), la Cova del Demo, concentraciones de túmulos y posibles vías principales de comunicación terrestre y marítima (a partir de Blas y Carrocera 1985; Díaz Nosty y Sierra 1995; Villa 2007e). Arriba derecha: distribución de castros y túmulos en la cuenca del río Pigüña (concejos de Belmonte de Miranda y Somiedu). Nótese la ubicación de los castros preferentemente a media ladera y en los puntos de acceso a unas sierras con abundante fenómeno tumular y presencia de vías de comunicación como la de La Mesa (concentración tumular de la derecha). El castro número 6 es Alava y el número 14 es el Castiellu de Santullanu, los únicos de los que de momento se pueden aventurar fechas de la fase I (a partir de González Álvarez 2009, modificado). Abajo: La Carreiriga de los Gallegos, que comunica las cuencas del Narcea y del Navia a través de la sierra de El Palu, y los túmulos que jalonan esta vía de alta montaña y que se reparten por zonas de braña (a partir de Álvarez Martínez y otros e.p, modificado).

características de los lugares conspicuos propuestas para la fase I: ubicaciones en el frente de sierra, en espolones y cerros destacados, amplios controles visuales que incluyen extensos tramos del río Navia y de la media ladera de las sierras en las que se enclavan, pero no de las cimas de éstas (Carrocera y Jordá 1986-87: 220-224; Villa 2008: 74, 78-79), aunque sí los accesos a esas zonas elevadas de susceptible explotación ganadera. En el caso concreto del Chao Samartín la cota a la que se encuentra el poblado es prácticamente la misma que la de la cima de la sierra aplanada en donde se ubica, y en donde hay multitud de túmulos y petroglifos (capt. 2). En general habría que pensar en fundaciones por parte de grupos que en la Edad del Bronce ya se movían por esta vía de comunicación que es el valle del Navia y que explotaban las sierras aledañas, precisamente por donde discurrían las principales vías de comunicación, como demuestran las pinturas esquemáticas de la Cova del Demo y los megalitos/túmulos que allí abundan. Como hemos dicho se podría entender que sobre territorios políticos que determinados grupos nómadas controlaban, aunque sea en el sentido laxo y no cerrado típico del nomadismo, éstos comenzaron a partir del 800 cal AC a fundar unos poblados estables que romperán drásticamente con las conservadoras formas culturales de la Edad del Bronce. A este respecto es interesante ver cómo se concentran los túmulos en las cumbres de sierras (Panondres, Busmente, Carondio) que jalonan la vertiente oriental del río Navia -zonas que también pudieron ser explotadas por los castros de la fase I de los vecinos concejos de Valdés, Tinéu y Ayande- y sobre todo los túmulos que también siguen las cumbres de sierra y una orientación sur-norte, como es el caso del cordal de Coaña, entre el homónimo concejo, donde se encuentra el famoso Castellón de Coaña, y Boal, en donde están los castros de La Escrita y Pencia, o los túmulos en collados, *chaos* y líneas de cumbre de las sierras de El Gumio, Sierra de Penouta, Macizo de Penácaros y Sierra de San Roque, en todos los casos a distancias inferiores a los 10 Km. respecto a los castros de la fase I b. Habría que hacer hincapié en que las corrientes fluviales sólo pueden ser vías de comunicación en sus tramos bajos, de vegas abiertas - en el caso del Navia por ejemplo entre Coaña y Pencia-, pero para los tramos medios y altos las principales vías de comunicación discurren o a media

ladera o por las zonas más elevadas, ya que precisamente la alineación norte-sur de los monumentos tumulares próximos a las cumbres de sierra demuestran que estos caminos de montaña eran los caminos más frecuentes entre la costa y la montaña desde tiempos prehistóricos (Villa 2007d: 413; 2007e: 419; Díaz Nosty y Sierra 1995: 182). Si aceptamos a Coaña como representante de la fase I podremos ver en este lugar el paradigma de la importancia que las vías de comunicación poseyeron en este primer paisaje castreño, ya que, como dijimos, se trata de una auténtica comunidad de paso entre las importantes vías terrestres a las que se accede desde el río Navia y las marítimas que tendrían en la ría del Navia buenos fondeaderos (fig. 3.19).

San L.luis aunque pertenece a la cuenca del Narcea controla visualmente los puertos de montaña que conectan esta cuenca con las del Navia (El Altu'l Palu, La Carreiriga de los Gallegos), del Sil (Leitariegos/L.leitariegos), del Nalón y con la costa cantábrica (Porciles, Lavadoira y la Espina) (Carrocera y Jordá 1986-87: 226; Jordá 2001: 68). Precisamente estas son las principales vías que controla San L.luis, y en concreto las que suben hacia las sierras de El Palu, Valledor y los Lagos, salpicadas de monumentos tumulares, como los de Santa Coloma, y de castros de cronología desconocida, en donde se encuentran tradicionales pasos de montaña que unen las cuencas altas del Narcea y el Navia, como es el propio El Altu'l Palu. Muy próxima a la sierra de El Palu se encuentra la mencionada braña de Santa Coloma, que constituye un magnífico ejemplo de pastizales de alta montaña (González 1973: 31-32; Jordá 2002: 70). No deja de ser significativo que en las proximidades de San L.luis, en concreto en la localidad de Celón, se unan diferentes vías de época romana (capítulo 5), como es el camino que desde La Puela de Ayande, capital del concejo, se dirigía hacia Astorga a través del Puerto del Trayecto, pasando antes por el hito que supone el castro de L.larón, también de la fase I, en el puerto del Rañadoiro, y las "Rutas del Oro" que precisamente comunican esta zona del concejo ayandés con la capital del convento lucense a través de El Altu'l Palu, atravesando el concejo de Grandas de Salime y en concreto el lugar en donde se encuentra el Chao Samartín (Fernández Ochoa 1982: 41-44; Villa 2006). Este camino que pasa junto al mencionado castro del Chao Samartín y entre los túmulos de la

sierra plana donde se ubica, luego se convirtió en uno de los ramales más primitivos del Camino de Santiago. Cabe pensar, por tanto, que estas vías de época romana y medieval no hicieron sino mantener unos caminos que estaban en uso, al menos, desde época megalítica (Graña 1983). No obstante debemos criticar a Carmen Fernández Ochoa el hecho de estar utilizando en algunos casos carreteras modernas, como la de El Altu'l Palu, para la caracterización de presuntas vías romanas. En concreto para la unión de la cuenca alta del Narcea con la del Navia, si tuviéramos que decantarnos por una ruta, deberíamos hacerlo por La Carreiriega de los Gallegos. Esta ruta es un camino tradicional que comparte su nacimiento con la subida a El Altu'l Palu desde La Puela de Ayande para luego girar hacia el norte y atravesar una zona de altiplanicies (entre 950 y 1150 m.s.n.m.) aprovechando pasos naturales de la sierra de Rañadoiro. La sierra de Rañadoiro es una formación geológica que se desgaja de la cordillera Cantábrica con dirección sur-norte llegando prácticamente a la costa entre los concejos de Lluarca y Navia. Precisamente El Altu'l Palu supone el límite entre la zona meridional de alturas más acusadas y la septentrional. Lo interesante de esta vía es que se emplaza en unos parajes de “monte” (pastos y matorrales), receptores tradicionales de una importante ganadería, y que está jalonada por 34 túmulos, situados muy cerca del camino y en lugares de paso como collados o laderas muy suaves. Además, mientras que algunos de estos túmulos son de tamaño grande y cámara ortostática otros muchos son de pequeño tamaño y sobre cámaras de lajas de pizarra y plantas poligonales (Graña 1983; Álvarez Martínez y otros e.p.), lo que nos hace relacionarlos con monumentos como el de la acrópolis del cercano castro de Chao Samartín, al otro lado de esta sierra. En un sentido territorial y político, al igual que en el capítulo 2 definimos para el río Sella, estas brañas de las que hablamos y en general toda la sierra de Rañadoiro, auténtico límite físico y cultural entre el ámbito lingüístico del asturiano occidental y el sector asturiano de habla gallega (González y Fernández-Vallés 1978: mapa lingüístico de Asturias), pudo ser, no obstante, durante la Primera Edad del Hierro un lugar de explotación ganadera y comunicación entre los grupos del alto Navia y el alto Narcea, para pasar a fragmentarse políticamente durante la fase II (capítulo 4) y convertirse en un *limes* cultural entre estos dos grandes sectores del occidente asturiano, el cual en cierto modo habría llegado hasta la actualidad. San L. Luis cuenta con brañas más cercanas algo más al sur de El Altu'l Palu, en la misma sierra del Rañadoiro, a menos de 10 Km. a vuelo de pájaro (Álvarez, Menéndez y Jiménez e.p.) (ver fig. 3.19).

Por lo tanto la explotación de estas sierras por donde pasan estas vías debió provocar los contactos entre los poblados aledaños, como San L. Luis, Peláu o

el Chao Samartín, durante esta fase. Lo mismo podríamos decir del castro de Llarón, asimilable por materiales a la fase I, y que controla el puerto del Rañadoiro, un paso tradicional entre la cuenca alta del río Ibias, afluente por la derecha del Navia que brinda numerosos pasos de montaña hacia León, como el mencionado del Trayectu, y el alto Narcea. No debe ser casual que en las cercanas Fuentes del Narcea también se hayan documentado conjuntos tumulares (Sierra 2007: 424).

Ya vimos como este modelo que venimos definiendo se constata perfectamente en la cuenca media del Pigüña, afluente del Narcea, gracias a diferentes investigaciones (Fernández Mier 1999; González Álvarez 2009). En este último caso además habría que relacionar muchos poblados con diversas necrópolis tumulares del concejo de Miranda, en concreto las del Cordal de Porcabezas y la de la Sierra del Pedrorio, y a su vez con el Camín Real de La Mesa, lo que confirma la estrecha relación que existe entre estos monumentos y las vías tradicionales de comunicación (Díaz, Sierra y Blanco 1999: 303). De nuevo tenemos castros vinculados a vegas fluviales usadas como vías de comunicación –aunque no el fondo de valle sino de nuevo la media ladera– y a pastos de montaña con megalitos, que también definen importantes vías de comunicación, como es el hecho de que la vía de La Mesa se convirtiera en época romana en uno de los principales pasos desde León hacia la costa, tanto a la zona de Xixón/Gijón, como a la zona central asturiana y desembocadura del Nalón. El problema es que no contamos con la seguridad de que ningún castro de esta zona sea de la fase I, excepto para el caso del de Alava (Salas) por los materiales metálicos con los que se asocia, que se sitúa precisamente en la unión del Pigüña con el Narcea, auténtico nódulo de una red de comunicaciones, o del de Santullanu, por los mismo motivos. El primero de ellos se descuelga de la Sierra de Las Traviesas, la cual no controla, pero sí sus accesos (González Álvarez 2009: 94), y en donde se documentaron un buen número de túmulos (González 1973: 27-28), por lo que el modelo se repite. No sabemos si alguno de los otros castros situados aguas arriba y abajo del Narcea, y al otro lado de la Sierra de Las Traviesas (Álvarez, Expósito y González 2007), también pudieron ser fundados en la fase I y compartir la explotación de esta sierra junto al de Alava (ver fig. 3.19).

En el cercano castro de El Picu la Forca (Grao), cuya ubicación también es en una cumbre montañosa en donde un espacio de unos 100 x 40 m. se defendió mediante una potente muralla pétreo (Camino, Estrada y Viniegra 2008; 2009), veremos otro ejemplo significativo en cuanto a las vías de comunicación. Se trata de un cerro destacado de la Sierra de El Pedrorio, que separa las cuencas del Nalón y del Narcea, estando a unos 350 m por encima del lecho del primero de los ríos. Tiene una posición destacada en el paisaje, por



**Figura 3.20:** arriba, el Picu la Forca desde la campera en donde se encontraba la necrópolis tumular de El Valle, y abajo, vista general de la necrópolis tumular con el Picu la Forca a la derecha (a partir de Camino, Estrada y Viniegra 2009, modificado).

encima de una planicie que lo une a la sierra y en donde hasta hace poco se encontraba una necrópolis tumular (Blas 1977), y estratégica en el sentido de las vías de comunicación ya que controla directamente el paso de la Cabruñana, que comunica actualmente la cuenca del Nalón con la del Narcea, aunque antes de la Guerra Civil el paso utilizado era el de El Freisnu, a unos 1000 m., por donde pasa el Camino de Santiago, situado sobre la vía romana de *Lucus Asturum* a *Lucus Augusti*, y que por los castros y los túmulos que allí se asientan hemos de entender que utilizaba una vía de comunicación prehistórica. Precisamente en el collado de El Freisnu se juntaba esa vía con la ya mencionada de La Mesa, proveniente de *Asturica Augusta*, y que también recorre alturas de las sierras con abundante presencia tumular en su dirección a la costa (Camino, Estrada y Viniegra 2008: 32-33), como hemos comentado hablando de la cuenca del río Pigüena. Por lo tanto el Picu la Forca se encontraba en un estratégico nudo de comunicaciones prehistóricas, entre la costa y la montaña y entre las cuencas del Nalón y del Narcea (fig. 3.20).

En el sector oriental de nuestra zona de estudio podría pensarse que ciertas fundaciones antiguas de castros se hicieron precisamente en los extremos de los territorios políticos de los grupos nómadas de la Edad del Bronce, que abarcarían desde la costa oriental asturiana y occidental cántabra a la zona de los Picos de Europa y cabecera del Ebro (capítulo 2). No deja de ser llamativa la importancia de las vías de

comunicación que vertebraron aquellos territorios de la Edad del Bronce y sobre las cuales los primeros grupos castreños construyeron sus primeros poblados estables. Como vimos la vía del Colláu Zardón, alternativa al río Sella para alcanzar Cangues d'Onís desde la costa y de ahí subir a los Picos de Europa, parece estar en uso desde época paleolítica. Precisamente en esta encrucijada de caminos, sobre el río Sella a la altura del pueblo de Margolles y muy próximo al Colláu Zardón, está el Picu Castiellu/El Cuetu que por un hacha de talón y anillas podríamos asimilar a la fase I b. Si este ejemplo supone la construcción de un castro en un punto intermedio de una vía de comunicación el ejemplo cántabro de La Campana supone la construcción de un castro justo en el punto final de un territorio controlado por grupos nómadas cántabros, ya que más al sur, en la montaña palentina, lo que destacan son los rasgos culturales meseteños (capítulo 2). Además, la situación de este castro, al pie de los montes de Brañavieja, ya limítrofes con León, corrobora de nuevo las ubicaciones típicas de la fase I. En contrapartida Castilnegro y La Garma, en las inmediaciones de la Bahía de Santander, podrían entenderse como fundaciones antiguas en lugares de partida u origen de antiguas rutas ganaderas que por los valles de los principales ríos tienden a los pastos de las montañas cántabras, caso de la vega de Reinosa en donde se ubica el castro de La Campana. Por añadidura, en el caso concreto de La Garma, la erección del castro se realizó en un monte utilizado durante toda la prehistoria reciente como lugar de enterramiento y puede que de habitación. Ciertos indicios cerámicos y fechas por termoluminiscencia encontrados en el poblado hacen pensar a sus excavadores en algún episodio ocasional de habitación a lo largo del II milenio a.C. en lo que luego será el espacio del castro (Arias y otros e.p.), lo que podríamos comparar con las dataciones antiguas de la segunda mitad del II milenio a.C. de algunos castros del occidente asturiano. Se tratan por lo tanto de auténticos “lugares de memoria” (Santos Granero 1998; González Ruibal 2003a: 129), que tuvieron que influir en su elección para erigir poblados fortificados en su cumbre. Como veremos este hecho pudo ser manipulado como método de adquirir importantes dosis de capital social y simbólico por parte de las elites locales.

Son los castros costeros, o en posiciones estratégicas cercanas a la costa, como los recién comentados de Castilnegro y La Garma en torno a la bahía de Santander, los que mejor revelan la importancia de la comunicaciones a la hora de la fundación de los primeros poblados fortificados, tanto marítimas de cabotaje, como las que discurren por la rasa costera, como demuestra el castro de El Picón, en el occidente asturiano. Las rías fueron aprovechadas como lugares de recepción de esa comunicación marítima, precisamente por las buenas condiciones

que presentan como puertos naturales en la compleja y acantilada costa cantábrica, y porque entroncan con vías hacia el interior a través de los ríos que forman las propias rías. Al margen de las dudas para considerar Castropol como un castro de la fase I b -ya que los famosos objetos bronceos puede que no aparecieran en el mismo pueblo sino en una zona cercana-conspicuo y controlando visualmente toda la ría del Eo, sí que casi con toda seguridad lo es el de Molexón, en la cabecera del río Eo que, al igual que Coaña en la ría del Navia, se encuentran en un punto intermedio entre la vía marítima y la terrestre, conformando auténticas comunidades de paso. Precisamente las hoces bronceas que encontramos en Castropol (ría del Eo) las volvemos a encontrar en la ría de Villaviciosa, en donde el poblado de Camoca, en una posición dominante en el valle de Valdediós, también ha sido interpretado como una auténtica comunidad de paso, en un punto intermedio entre un estuario navegable y la prolongación hacia el interior de esas rutas. Habría que pensar, por tanto, en una comunicación marítima, seguramente de cabotaje y con numerosas etapas intermedias, entre rías tan distante como la del Eo y la de Villaviciosa. Dicha comunicación marítima de castros como Camoca también puede quedar demostrada en la aparición de tempranos hierros y de alguna cerámica pintada (Camino 2003: 166 y fig. 2). De hecho objetos bronceos como las mencionadas hoces, se encuentran en algunas de las principales vías de comunicación ya mencionadas, y no sólo costeras, como es el caso de la de “Miranda” con respecto al río Pigüña -si es que realmente apareció en tal municipio-, y las del norte de León de Páramos de Sil y Torres de Babia que vuelven a ratificar la adhesión cultural del tercio norte de León al ámbito cantábrico, así como la importancia de los puertos y pasos de montaña entre el alto Narcea y afluentes y el alto Sil. Por su parte el cerro calizo de La Garma se destaca del entorno, la vega de un afluente del Miera, con una altitud relativa sobre aquella de unos 60 m., la cual controla, pero desde el que también se divisa la ciudad y la bahía de Santander (Arias y otros 1999: 14; Arias y otros e.p.). Este dato es importante si pensamos en que este territorio cercano a la costa al este de la Bahía de Santander es menos abrupto y más ondulado que los valles interiores de Cantabria.

Respecto a la importancia de las comunicaciones marítimas es reseñable que en casi todos los estuarios y rías, así como puertos naturales, de la costa centro-occidental cantábrica, se hayan documentado castros de la fase I b. Ya hemos visto ejemplos en las rías del Eo, del Navia, de Villaviciosa y en la Bahía de Santander. Precisamente las dos corrientes fluviales, y por lo tanto vías de comunicación, más importantes del territorio asturiano, el Narcea y el Nalón, confluyen cerca de la costa para pronto formar la ría de San Esteban de

Pravia. Recientemente se han apuntado fechas de la Primera Edad del Hierro, en función de la cronología relativa que sugiere la cultura material allí exhumada, para el Castillo de San Martín, castro que domina el codo que forma el río Nalón y tras el cual se abre la mencionada ría. Las relaciones marítimas con la ría de Villaviciosa y con el castro de la Campa Torres, del cual hablaremos a continuación, podrían venir de la mano de los laciformes que allí se encontraron en los años 90 (Villa 2007a: 198; 2008: fig. 2), aunque realmente estos broches cantábricos debieron ser bastante habituales en los primeros castros y seguramente fueron fabricados localmente en cada poblado. Por último la Campa Torres es otro magnífico ejemplo de la importancia de los mejores puertos naturales a la hora de que un grupo escoja un lugar para establecer un asentamiento estable. Ya sabemos que la península del Cabo Torres estuvo frecuentada por grupos al menos desde el Bronce Final y que en ella hay claros niveles habitacionales de la Primera Edad del Hierro. Sabemos que vías de época romana como la de La Mesa o La Carisa, levantadas sobre caminos prehistóricos que fueron usados en época castreña, tendrían como punto final la zona de poblamiento romano en torno a Xixón /Gijón -posible *Gijia*-, en donde se encuentra la Campa Torres. Ello se debe a la importancia del puerto natural que se situaba donde actualmente está el puerto de El Musel y El Puerto Chico, a los pies de la Campa Torres, protegido de los vientos dominantes del Noroeste y de las corrientes. Además, el Cabo Torres posee un perfil característico, “La Muyerona” para los marineros, que pudo incluso servir como guía en las navegaciones nocturnas. De hecho en cartografías del s. XVII el Cabo Torres y Castroudiales son los únicos puertos cantábricos que merecen ser destacados, mientras que en otra documentación medieval precisamente se dice que los principales puertos de la costa asturiana son Villaviciosa, Gijón, Avilés y Llanes. La importancia estratégica de este puerto y el característico perfil del Cabo Torres desde el mar, así como los intereses propagandísticos del Estado romano, debieron ser las razones para levantar un faro sobre el castro de la Campa Torres en época altoimperial (Maya y Cuesta 2001: 254 y nota 64; Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005: 140-141 y nota 25) (capítulo 5). Mientras que para el caso británico algunos quieran demostrar la importancia de la comunicación marítima atlántica durante la Primera Edad del Hierro, tras ese supuesto “colapso” del intercambio de metales del Bronce Final Atlántico, en el hecho de compartirse las casas redondas en numerosas regiones del occidente de aquellas islas (Henderson 2007: 321-323), nosotros preferimos plantear que lo que demostraría que hubo comunicación marítima, aunque fuera de cabotaje, es la ubicación de los propios castros costeros, referentes visuales para la navegación, sin que por el momento

podamos aludir a la intervisibilidad entre los mismos, como en el caso de Sussex (Hamilton y Manley 1997: 93-101), debido al escaso número de estaciones castreñas que con seguridad son de la fase I. Por otro lado, algunas evidencias materiales como las hoces tipo Castropol que se comparten en las rías del Eo y de Villaviciosa como que acabamos de comentar, podrían corroborar tales ideas.

No exactamente marítima, pero sí costera, es otra importante vía de comunicación que recorre toda la rasa costera del centro-occidente cantábrico y a la cual se vinculan todos los castros tanto marítimos como los de la propia rasa. Su antigua raigambre viene confirmada por su aparición en documentación del s. IV (*Tabula Peutingeriana*), y del s. VII, pero sobre otra del s. III (*Anónimo de Rávena*) de la cual se deduce su carácter costero por la ausencia de *Lucus Asturum*. Estos caminos romanos se situarían sobre caminos costeros prehistóricos, según ponen de manifiesto la distribución de túmulos y, evidentemente, de castros (Camino 1995b: 193-195). De hecho algunos castros de la fase I como El Picón, y en parte también Camoca si comparamos su ubicación con la de los castros de esa misma zona en la fase II, evidencian que en ciertos casos costeros primó el control de la vía de comunicación sobre la elección de un lugar conspicuo (fig. 3.21).

Precisamente la importancia de las vías de comunicación en la primera geografía castreña no hace más que corroborar que los primeros castros se engarzan en las formas culturales del Bronce Final, en donde el intercambio ritualizado de objetos bronceos entre los grupos y la deposición de los mismos juntos a vías de comunicación fue de vital importancia (capítulo 2). Aspecto que, por lo menos, también lo siguió siendo para sus descendientes de los primeros castros cantábricos hasta el s. VI cal AC (fin de la fase I b). Esta primera geografía castreña del centro-occidente cantábrico también mantiene una lógica espacial sino similar sí al menos heredera de la del fenómeno tumular, en donde aún prima más la línea que el territorio, lo que de nuevo ha de entenderse como una continuidad cultural entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. Desde la perspectiva de los grupos arqueológicos (capítulo 1) supone la implantación de un nuevo paisaje a partir del 800 cal AC sobre el mismo territorio centro-occidental cantábrico (este de Lugo, Asturias, tercio norte de León y prácticamente toda Cantabria, con la excepción de sus ramificaciones meridionales) que ya individualizamos para la Edad del Bronce mediante el arte esquemático y los depósitos de bronce (fig. 3.22). Se trata de un paisaje peculiar en donde en muy poco tiempo se dio una sustitución generalizada de las aldeas abiertas de uso no continuado, por otras estables, fortificadas e independientes unas de otras, pese a la “doble territorialización” que presuponemos para cada asentamiento y para el conjunto de varios

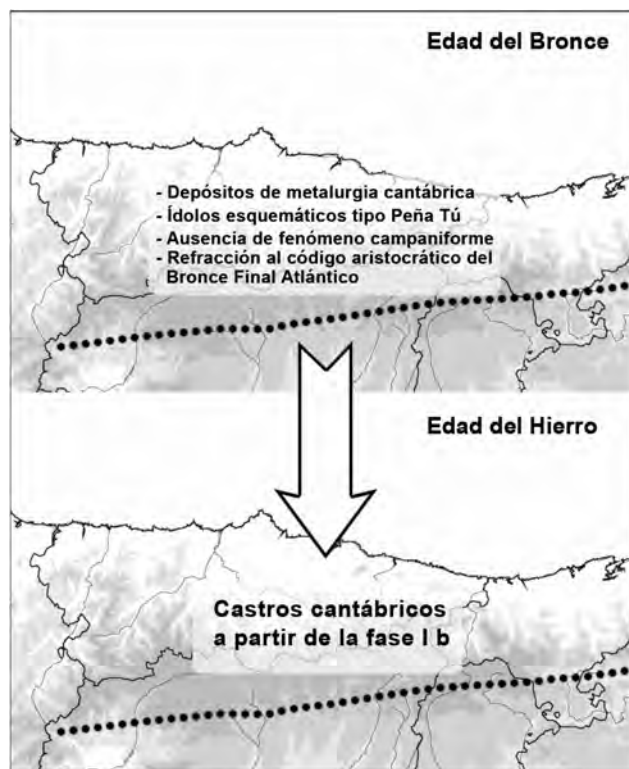


**Figura 3.21:** la primacía de las vías de comunicación: el castro de El Picón (As Corazas, Tapia de Casariego) se encuentra en uno de los paisajes más llanos de la geografía asturiana, la rasa costera del occidente de la región, en un mínimo cerro apenas destacado en el paisaje (arriba, vista aérea, a partir de <http://www.ign.es/iberpix/visoriberpix/visorign.html>; abajo, vista general del castro, fotografía de Esperanza Martín Hernández).

castros que confluyeran en los mismos pastos comunales de altura.

Los túmulos, y los presuntos poblados abiertos que se ubicarían en sus alrededores, se sitúan preferentemente sobre las principales vías de comunicación, que en el sector cantábrico en muchas ocasiones discurren por cimas o lugares elevados de las serranías, así como en zonas ricas en pastos y que no están exactamente sobre esas vías. En el caso de los primeros castros vemos la necesidad de controlar esas mismas vías, pero ello se tuvo que combinar con las exigencias de un poblamiento estable, que además sea fácilmente defendible y que se constituya como un referente en el paisaje. Al ser un poblamiento estable ya no podrán ocupar lugares tan elevados como los de ciertas brañas y puertos de montaña que estacionalmente habitaron sus antecesores de la Edad del Bronce, existiendo un techo altitudinal límite de unos 1400 m.s.n.m. para el asentamiento de los poblados fortificados de la Edad del Hierro. Así mismo el interés defensivo y de exhibición del poblado hace que en muchas ocasiones se escojan emplazamientos en espolones o cerros descolgados de las laderas de las sierras, y en otros casos, en las cimas de ciertas sierras si éstas cumplen las condiciones requeridas. Por ello pese a constatar el interés por





**Figura 3.22:** el paisaje de la tradición. Los grupos arqueológicos del primer paisaje castreño del centro-occidente cantábrico como herederos de los grupos arqueológicos cantábricos de la Edad del Bronce.

controlar las grandes vías de comunicación (riberas de los ríos en los casos de vegas anchas, cimas de cordales, puertos de montaña y rutas a media ladera en la mayor parte de los casos, así como la rasa costera y las rutas marítimas de cabotaje) tuvieron que conjugar aquel interés con el techo altitudinal propuesto -por cuestiones de innivación y rigores climáticos- y con las cuestiones defensivas, de monumentalidad y de protagonismo paisajístico. Por ello observamos que cuando se puede controlan directamente las grandes vías de comunicación que existen desde tiempos megalíticos, ya que se asientan sobre ellas, como es el caso del Chao Samartín o el Picu la Forca con rutas de montaña, o de El Picón respecto a la que discurre por la rasa costera. En otros casos vemos que ya no se ubican exactamente sobre la gran vía de comunicación o vía principal, sino a cierta distancia de ésta, sobre una vía secundaria de acceso a pastos de altura. Ejemplos de lo que decimos pueden ser el castro de Alava, La Garma sobre la vega del Miera o San Luis, sobre una sierra aplanada con monumentos tumulares en sus alrededores y secundaria o ligeramente retirada respecto a las principales vías de acceso a pastos de montaña, como vimos.

En la zona centro-occidental cantábrica no es sencillo estudiar la evolución de los poblados abiertos de la Edad del Bronce a los fortificados de la Edad del Hierro sencillamente porque los primeros son prácticamente desconocidos. Sin embargo podemos argumentar que la importancia que tuvieron las vías de

comunicación en la primera geografía castreña se pudo deber en cierta medida a una reformulación de la espacialidad de la Edad del Bronce, ya que sí que conocemos los lugares de enterramiento, los túmulos, y el crucial papel que debieron tener estos lugares para las gentes que levantaron los primeros poblados estables. No son infrecuentes en la Península Ibérica los ejemplos de variadas reutilizaciones y apropiaciones de monumentos megalíticos y tumulares durante la Edad del Hierro, fenómeno que podemos hacer extensible a la Europa Occidental, en donde los megalitos son frecuentemente reinterpretados y reutilizados durante toda la Edad del Bronce y del Hierro (Hingley 1996; García Sanjuán 2005a; 2005b), época romana (García, Garrido y Lozano 2007) y época cristiana, hasta la Edad Media y periodo subactual (Holtorf 1998; Martínón 2001; González y Fernández-Vallés 1958). Encontramos ejemplos en los que un dolmen decorado se encuentra, incluso, en la acrópolis de un poblado fortificado de la Edad del Hierro, como es el caso del de La Coraja con respecto al poblado de Los Castillejos (Cáceres), renovándose y apropiándose del mito asociado al monumento, a los supuestos antepasados, como recurso ideológico, como un acto de vinculación genealógica con el pasado, que justifica la apropiación territorial (Bueno, Balbín y González 2001: 64). Por tanto dólmenes y túmulos poseen largas biografías que llegan hasta el presente (capítulo 1), representan al pasado en el paisaje y la memoria cultural les da un significado en cada momento. Son, por tanto, monumentos apropiados para entender como se usó el pasado en el pasado (Holtorf 1998: 24).

Esto hace que entendamos mejor cómo los primeros castros se sitúan sobre un paisaje cultural heredado del paisaje megalítico, sobre la “casa del mito”, que se reinterpreta y manipula ideológicamente, con el recurso a genealogías de antepasados, reales o inventados, para legitimar el uso y tránsito de aquellos espacios ricos en reservas de pastos. En cierta medida la forma de vincularse con la Naturaleza en la Edad del Hierro en el mundo cantábrico es similar a la de la Edad del Bronce, en donde todavía quedan buenas dosis de una racionalidad salvaje, pre-neolítica, en lo que a la concepción del paisaje se refiere. Se configuran elementos viejos y nuevos en la racionalidad espacial de la Edad del Hierro. Los viejos vienen por el mantenimiento de formas de apropiación del espacio que tiene que ver con la configuración del paisaje a partir de una geografía de lugares y de la movilidad propia de los paisajes salvajes. Lo nuevo viene por la expresión de esa geografía con formas monumentales plenas, los castros (Criado 1993: 30). “La nueva actitud hacia el espacio que expresan lo monumentos genera, a la postre, la construcción de nuevos tipos de paisajes sociales” (Ibid.: 30-31). Para Galicia se duda si los paisajes monumentales, con la artificialización

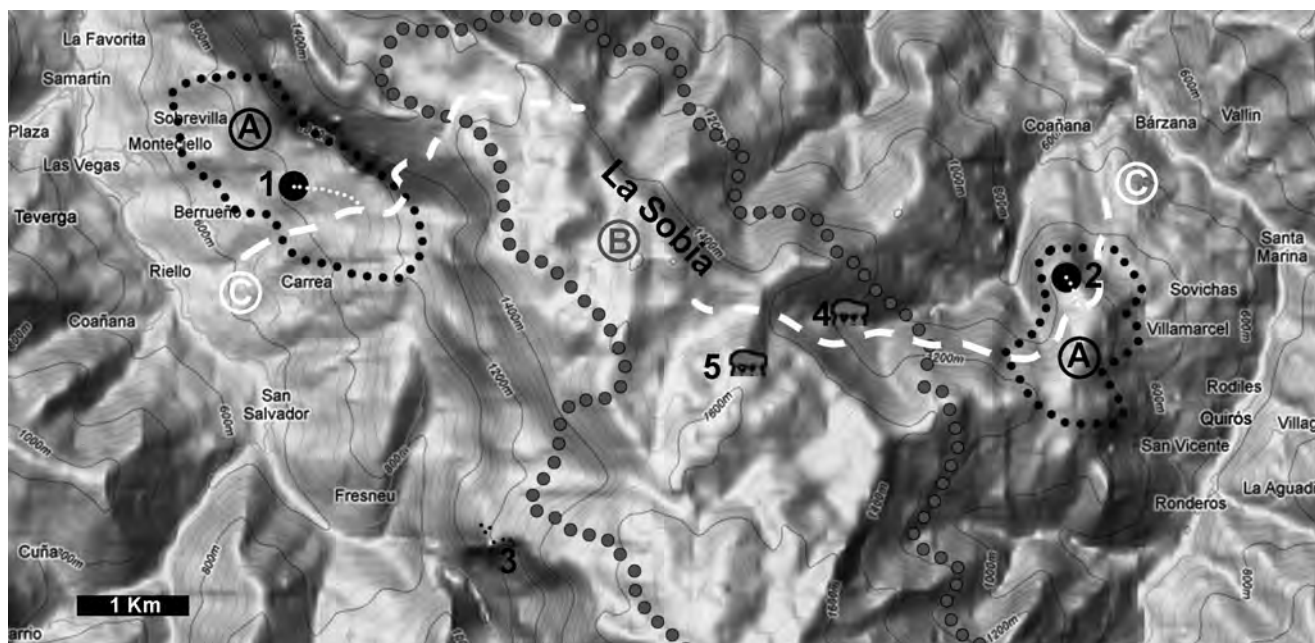


progresiva del medio natural, ya se dieron con la huella tenue de los megalitos y túmulos o hay que esperar a la Edad del Hierro para certificar su acta de nacimiento, aunque se tiende a entender los castros como continuadores de la monumentalización del paisaje que supusieron las construcciones tumulares (Ibid.: 35). Estas herencias culturales las podríamos aplicar, y con mayor motivo aún, también a los castros cantábricos con respecto a la Edad del Bronce, si asumimos como probable que en nuestra zona de estudio los túmulos lleguen a solaparse con los primeros castros (capítulo 2). Lo que sí parece fuera de toda duda es que algunos de los castros de la fase I se ubican junto a monumentos tumulares; que numerosas zonas de brañas en donde existen este tipo de restos fueron frecuentadas por los grupos castreños que se sitúan en sus inmediaciones, en las vías de acceso a las mismas; que los castros pueden entenderse como una nueva forma de monumentalización que en muchos casos lo que están marcando son los puntos de acceso o subida hacia esas brañas; y que las grandes vías de comunicación, como en el periodo precedente, supusieron un rasgo que se valoró positivamente para la elección de un lugar en donde se iba a construir un castro.

Para entender la lógica espacial del emplazamiento de las *mámoas* gallegas se ha visto que los principales factores para la elección de un lugar para establecer un monumento es que esté vinculado a puntos de tránsito o vías de desplazamiento a través del terreno; y que esté vinculado a rocas y elementos naturales visibles y significativos (Criado 1993: 36). Como hemos visto más arriba éstos son también dos rasgos básicos de la localización de emplazamientos para los primeros castros cantábricos, heredándose esta lógica espacial ya no para las tumbas colectivas sino para los poblados estables. Además, la cercanía entre monumentos tumulares y monumentos castreños, como vimos que ocurría en no pocos casos (capítulo 2), y claramente para la fase I en el caso del Chao Samartín y el Picu la Forca, puede entenderse como un recurso para crear una imagen artificial de tradición social (Ibid.: 37). Si bien los castros de la Primera Edad del Hierro son herederos de los paisajes monumentales megalíticos, en ellos ya se percibe un cambio en la lógica espacial, hacia formas ya cercanas a lo que se ha definido como “paisajes parcelados”, en donde comienza la apropiación privada del suelo y la construcción del paisaje viene dada por la definición de territorios y delimitación de propiedades, y “paisajes jerarquizados”, en donde ya se han definido claramente los territorios y los poblados están cerrados sobre sí mismos, el cual sería el paisaje propio de la Segunda Edad del Hierro para ciertas zonas del Noroeste. Resumiendo podemos decir que el paisaje de la Primera Edad del Hierro constituye todavía, a la vista de lo expuesto, un espacio convexo, semejante al de la Edad del Bronce o el Neolítico (Criado 1992:

250), pero en el que se atisban ya ciertos cambios, de no poca trascendencia. Una de las características particulares de la zona centro-occidental cantábrica con respecto al Noroeste es que si bien en este último territorio se ha defendido para la Segunda Edad del Hierro la transición de un paisaje convexo a un paisaje cóncavo, centrado en la cuenca del valle, que contrastaría con el anterior, así como una drástica reducción de la movilidad de la Edad del Bronce (Parcero y Cobas 2004: 7), en muchas zonas de nuestra área de estudio el paisaje de la Segunda Edad del Hierro continuó siendo muy parecido al del Hierro antiguo, por lo que las herencias de la Edad del Bronce perduraron mucho más tiempo. Es decir, que tras los rápidos cambios acaecidos en cuanto a la monumentalización y concepción del paisaje durante la fase I b, el resto de la Edad del Hierro se caracterizará por el mantenimiento de estas formas culturales, por la conversión de la novedad cultural en tradición.

Como venimos argumentando que los castros se constituyan en comunidades políticamente independientes y tiendan a fraccionar el paisaje no quiere decir que éstos sean entidades espaciales completamente aisladas y que no haya relación entre comunidades que puedan dar grupos más grandes (Sastre 2002: 221-222 y nota 9; Fernández Posse 1998). La “doble territorialización” comentada más arriba y una lógica espacial muy similar a la megalítica, en donde las vías de comunicación, y por ende los contactos intergrupales, siguieron siendo muy importantes, justificaría esta interpretación (fig. 3.23). Por ello la localización de los primeros castros en los principales corredores naturales y alrededor de brañas y pastos de altura que debieron ser explotados conjuntamente por varios de ellos nos da pie a pensar en el origen de ciertas entidades políticas ya en la fase I b, o, al menos, en entidades supralocales que compartiesen rasgos culturales, por si se quiere hacer coincidir los límites de lo político con los del propio poblado fortificado. No sería descabellado pensar que si un grupo de castros, originados por segmentación unos de otros, y herederos de los mismos grupos de parentesco de la Edad del Bronce que ya se movían por aquellos territorios, sigan manteniendo lazos políticos, incluso sancionados por una misma ascendencia común, sea mítica o no, lo que ayudaría no sólo a que en los periodos estivales pudieran explotar las mismas zonas de pastos de altura, sino también a la reciprocidad entre ellos, tanto de personas como de objetos. Debemos tener en cuenta que en muchos grupos prehistóricos la circulación de objetos -como las tan recurrentes hachas en el ámbito cantábrico- y personas se encuentran a un mismo nivel conceptual pues ambos tipos de “dividuos” comparten capacidades similares, como es el hecho de estar animados y formar parte de una red relacional (Fowler 2005: 23-52). En este sentido la segmentación es



**Figura 3.23:** modelo hipotético de la doble territorialización castreña, en función de los castros de La Garba (Berruño, Teverga) (1) y Collao Castro (Villamarcel, Quirós) (2), respecto a la sierra de La Sobia, espacio de tradicional uso ganadero en donde se conoce las pinturas esquemáticas de Fresneu (3), y en donde también es frecuente el fenómeno tumular en las zonas de braña, como es el caso del túmulo de Tresechu (4) o el de la Mortera'l Pando (5), respecto a la braña de La Felguera. Los poblados castreños se encuentran en posiciones claramente conspicuas, alejados de los fondos de valle, y en terrenos de potencial explotación extensiva tanto agrícola como ganadera (A). Por encima de ellos quedan las cimas de las sierras, de tradicional uso ganadero (C), en donde entrarían en contacto y negociación con los habitantes de los otros poblados castreños que también las explotasen, principalmente en el periodo estival. Para ello controlan directamente los principales accesos (C) a dichas cimas (en el caso del Collao Castro se trata del camino antiguo de la Coañana), pero manteniendo a la par una posición ligeramente retirada, al final de pequeñas vías secundarias, consiguiendo una gran impermeabilidad espacial, puesto que lo que se prima es el carácter defensivo de las localizaciones habitacionales (información obtenida de Fanjul 2005; Fanjul y otros 2007; Estrada 2007).

ambivalente ya que puede ser tanto la clave de conflictos entre los grupos desplazados y los de origen como la base para relaciones intercomunitarias relativamente intensas, como las que se producirían con la circulación de personas entre grupos, caso de la exogamia de poblado para poder llevar adelante la reproducción biológica del grupo (Sastre 2002: 232, 236 y nota 27), o la circulación de hachas tipo *Kula Ring* (anillo Kula), como defendimos para la Edad del Bronce (capítulo 2). Pese a la *interpretatio* romana y reformulación territorial que supuso la creación de *civitates* en época altoimperial (capítulo 5), se podría pensar que el anclaje al territorio y los nuevos conceptos territoriales que surgieron con la sedentarización a comienzos de la Edad del Hierro pudieron estar detrás del origen de entidades políticas y territoriales que conoceremos mucho más adelante por las fuentes clásicas. Si los Albiones tuvieron el río Navia como límite administrativo en época romana, deberíamos pensar en que, con las obvias transformaciones históricas ello pudo estar originado en los comienzos del poblamiento estable cuando las sierras cargadas de túmulos que rodean la cuenca, en este caso concreto por su lado izquierdo, pudieron servir como vertebradores culturales de los castros que allí se erigieron. Lo mismo puede pensarse con los Pésicos y la cuenca alta del río Narcea y los pasos de la

cabecera de éste al noroeste de León. Es bastante probable que estas primeras entidades territoriales supralocales se estén desarrollando no tanto alrededor de las principales corrientes fluviales, como tradicionalmente se ha argumentado, sino a través de las principales vías de comunicación cantábricas, que como hemos visto se desarrollaron por las laderas y cumbres de las sierras, así como de esas mismas unidades orográficas, como podría ser la sierra del Cuera para el conjunto de castros que siglos más adelante Roma reconceptualizará bajo el término de Orgenomescos. Aunque para el oriente de Asturias y occidente de Cantabria no contamos prácticamente con datos es curioso observar como si planteamos un origen prehistórico de Orgenomescos y Vadinienses éstos se reparten un territorio que en la Edad del Bronce debió estar frecuentado por los mismos grupos, es decir, que la territorialización de la Edad del Hierro seguramente comenzó a dividir territorios prehistóricos más amplios, que habíamos definido (capítulo 2) como lugares de partida y lugares de llegada. Precisamente la zona de Cangues d'Onís y el río Güeña parece ser en época romana el *limes* entre ambas *civitates*, lo que no deja de ser llamativo si recordamos la importancia que tuvo en época prehistórica esta zona como cruce de caminos que suben a los Picos de Europa, lo que debió hacer que

este lugar se entendiera de modo especial, simbólicamente significativo, como demuestra el dolmen de Santa Cruz y la posterior cristianización del lugar mediante una capilla prerrománica (capítulo 2). Quizás el carácter, especial, sagrado, de esta vega donde confluyen el Güeña y el Sella ya fuese reinterpretado en la Edad del Hierro como un *limes* intercultural, y luego reinterpretado en época romana al establecer las *civitates*. Uno de los pocos castros de esta zona del que podemos aventurar fechas de la fase I b, el del Colláu Zardón, se encuentra muy próximo a este límite que proponemos. Si la inmensa mole de la sierra del Cuera y sus ramificaciones occidentales, podemos entenderla como vertebradora cultural de los poblados castreños que más adelante serían identificados como Orgenomescos, la alta montaña entre Asturias y León al oeste de los Picos de Europa lo sería de los antepasados de los Vadinienses.

### 3.3 LA EXPLOTACIÓN DEL MEDIO Y EL MODO DE PRODUCCIÓN CASTREÑO.

Para la vecina Galicia recientemente se ha propuesto una transformación del territorio agrario directamente relacionada con los cambios en el patrón de asentamiento. A partir del siglo VIII a.C., al desaparecer las aldeas o caseríos abiertos destinados a labores agrícolas o pecuarias, serán los castros los que concentren todas las labores económicas. Esta importancia del asentamiento fortificado y su entorno se deja notar, entre otras cosas, en la aparición de estructuras relacionadas con la agricultura en sus alrededores (Parcero 1998; 2006). De hecho la visión primitivista aportada por las fuentes literarias y por un sector de la investigación que seguía considerando la presencia de bellota como un rasgo estructural de la economía de aquellas gentes ha comenzado a modificarse gracias a los análisis de los diagramas polínicos (por ej. para el norte peninsular López Merino 2009; López Merino, Martínez y López-Sáez 2010) y a trabajos de investigación y gestión dentro de la arqueología del paisaje que han tenido también en cuenta como objeto de estudio a los espacios agrícolas y ganaderos y, por lo tanto, los espacios exteriores de los poblados (por ej. Parcero 1998; Parcero y Ayán 2009).

En línea generales para el Noroeste, que lo mantendremos de momento como modelo para poder interpretar más adelante el sector cantábrico, se ha planteado un importante proceso deforestador entre el Bronce Final-Hierro I para adaptar el terreno y permitir en él un cultivo cerealístico. De todos modos la singularidad del Noroeste respecto a otras zonas europeas reside en que el elenco de especies cultivadas se mantuvo a lo largo de toda la Edad del Hierro, lo que propició la ausencia de un monocultivo de cereales. Más bien parece que lo característico del Noroeste fue un policultivo diversificado y de

rendimientos constantes, con la coexistencia de cereales de invierno y mijo, así como leguminosas. Modelo productivo que contaría con una doble cosecha de cereal (Criado 1989), gracias a la novedosa introducción del mijo en la agricultura prehistórica europea. La doble cosecha anual aseguraría el mantenimiento constante de las comunidades campesinas y seguramente permitiría obtener un crecimiento poblacional. Dicho modelo de sistema agrario se complementaría con el empleo de bóvidos como fuerza de tracción animal para el laboreo agrícola. Se trata de un sistema productivo perfectamente organizado y estructurado cuyo objetivo prioritario es garantizar la supervivencia de las comunidades a partir de la combinación de una agricultura cerealista y una ganadería mixta para alimentación y trabajo. Al contrario del precedente (capítulo 2) el sistema de la Edad del Hierro permitiría, gracias a su variedad y complementariedad, la explotación intensiva de terrenos relativamente reducidos, y garantizar con ello la supervivencia de los grupos sin necesidades de un desplazamiento constante, pudiendo asegurarse que no se trataría de una economía de subsistencia sino excedentaria, lo que en un primer momento pudo permitir, aparte de la reproducción social, la competitividad intergrupala para más adelante (Segunda Edad del Hierro) sustentar las bases de una competitividad interfamiliar dentro de cada grupo.

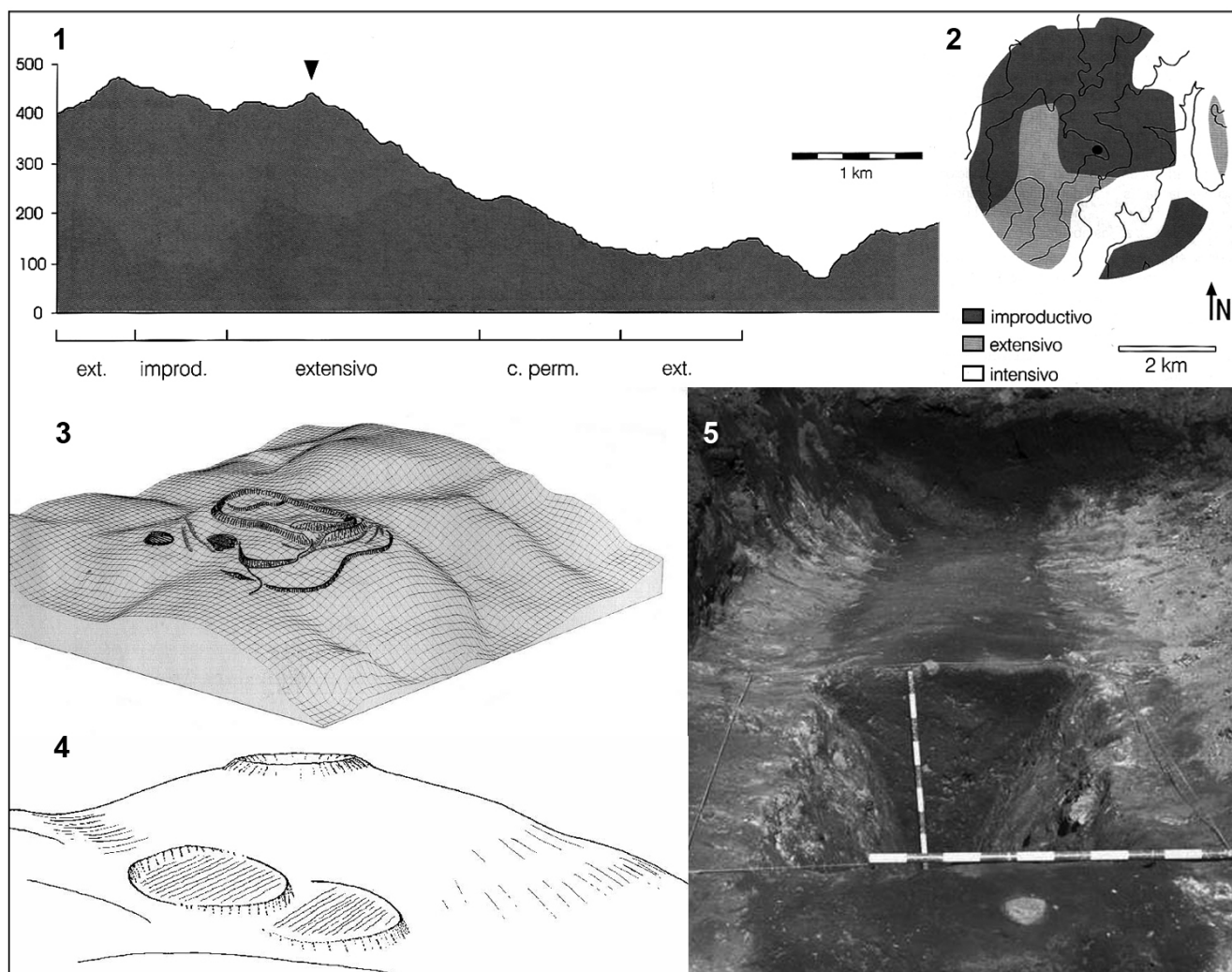
El modelo de asentamiento castreño de esta época en el Noroeste se basaría en suelos ligeros y fácilmente erosionables, como ya apuntamos, que requieren la presencia de abonado, donde las crucíferas pueden indicar la presencia de ganado vacuno. Se trata de un modelo de agricultura castreña que tiende a basar su estabilidad en el mijo, que se generalizaría en la Segunda Edad del Hierro, lo que consume una gran cantidad de terreno, ya que es un cereal que agota rápidamente los suelos. La ventaja es que permite una doble cosecha de cereal al año puesto que al ser de ciclo corto se puede plantar en verano y cosechar en otoño. También la explotación de los suelos ligeros del monte es un procedimiento agresivo, aunque ha perdurado hasta la actualidad en la forma de estivadas. El sistema consiste en rozar la maleza, cavar el monte con legones y quemar los restos vegetales y los terrones juntos. Las cenizas resultantes reducen la acidez del suelo y lo hacen más apto para el cultivo del trigo. El problema es que la estivada sólo se puede cultivar uno o dos años, a continuación el rendimiento baja mucho: esto explica que con frecuencia se plante un año trigo, otro centeno -que es menos exigente- y que posteriormente se deje al tojo crecer (el tojo nitrogena la tierra), usándose esos campos en barbecho como lugares de pasto comunal. El ciclo es de unos 15 años en los suelos de primera calidad y de hasta 36 para los de tercera. El recurso a un sistema semejante durante la Primera Edad del

Hierro explicaría la -por lo general- amplia separación de los castros entre sí, así como su gran dominio visual. Los poblados necesitaban muchas más tierras a su disposición y controladas para mantener a comunidades relativamente pequeñas, en analogía clara con el paisaje rural subactual más escabroso del Noroeste. Además, el paisaje agrario del Primer Hierro hace pensar que la creciente importancia agrícola del Bronce Final se hizo fundamental en este momento, pasando a ser la tierra cada vez más la fuente de riqueza, lo que también explicaría la generalización de un paisaje fortificado y territorializado. Se documenta una mayor producción agraria y una mayor variedad de vegetales cultivados, lo que ayudaría a una sedentarización definitiva y a una acumulación de excedentes. En definitiva el sistema de la Edad del Hierro posibilita, a través de su variedad y complementariedad, la explotación intensiva de terrenos cada vez más reducidos con la obtención de producciones suficientes como para abastecer al grupo. En las provincias de A Coruña y Lugo se aprecia que las zonas donde tradicionalmente se ha cultivado maíz se solapan en gran medida con las zonas en donde hay castros, pero no con las zonas de *mámoas*, que suelen encontrarse en tierras altas en donde hiena y este cultivo no se da (Mariño 2000: 50-51; Parcero 2002: capt. 2; González Ruibal 2003a: 141-142; Parcero y Ayán 2009).

Aparte de este panorama general que acabamos de esbozar también rescataremos algunos datos concretos provenientes de excavaciones arqueológicas gallegas con el fin de reforzar el modelo. Por ejemplo, pese a la tendencia general, sí que hay lugares con un marcado continuismo espacial, como puede demostrar la aldea abierta del Bronce Final de A Carballeira, con cabañas circulares de materiales perecederos y fosas de almacenamiento excavadas en el suelo, y a tan sólo 50 m del castro de Chapa, aunque, al contrario que en las aldeas del Bronce Final aún no se ha documentado ninguna fosa o estructura -al modo de hórreos, cabazos o graneros- de almacenamiento en un castro de la Primera Edad del Hierro (Parcero y Ayán 2009; Hill 1995: 60). Si bien estas estructuras de almacenamiento de productos agrícolas y/o ensilado no se han documentado en los poblados fortificados, sí que se han reconocido estructuras agrícolas exteriores a éstos, y que nos permiten acercarnos a los modos de producción de aquellas comunidades que comenzaban a ensayar el sedentarismo residencial. El Coto do Castro (Cotobade, Pontevedra) es un poblado típico de la Primera Edad del Hierro (González Ruibal 2003a). El dominio visual está asegurado en este castro, pero especialmente el de los terrenos alejados. Además, la accesibilidad a los terrenos circundantes es muy escasa, ya que sólo 0,6 Ha son accesibles en 15 minutos. El terreno circundante está caracterizado por el monte bajo, con suelos en ladera, poco profundos y bien drenados, que tradicionalmente en Galicia han

sido utilizados para el cultivo de roza y el pastoreo extensivo. Sería difícil poder advertir en estas condiciones campos de cultivo antiguos, cuando ni siquiera los hay contemporáneos. Al realizar las obras de un gaseoducto se documentó a unos 50 m del castro, en una zona de cierta pendiente, una estructura amplia que tiende a una disposición circular, y que más que una terraza de cultivo, nivelación del terreno realizada de modo consciente, se trataría de un *lynchet negativo*, estructura muy frecuente en sociedades prehistóricas y que se origina a través del arrastre y nivelación de tierras que provoca en un terreno en pendiente el laboreo continuo. El resultado son dos pequeñas zonas allanadas que tienden a circulares y a la horizontalidad, en esta pequeña cuenca cóncava y pendiente cercana al castro, y originadas más por el trabajo reiterado en esa zona que por una intencionalidad de crear estructuras agrarias -terrazas-. Podría decirse que las decisiones locacionales del poblado indican un sistema agrario predominantemente extensivo, en donde la existencia de campos permanentes en el entorno inmediato con fuerte inversión de trabajo no parece haber sido una prioridad. El *lynchet* más que un espacio agrario propiamente dicho sería un espacio de cultivo recurrente, pero no un lugar de gran inversión infraestructural (Parcero 1998: 10-11; 2006: 63-66, 80-81).

En el municipio de Cabanas (A Coruña) se sitúa el área de O Salto, muy cerca del Coto do Castro, un poblado fortificado que también tiene las características de un poblado temprano. El Coto do Castro se encuentra en un emplazamiento especialmente prominente dentro de un contexto bastante abrupto, convirtiéndose en el lugar más elevado del curso bajo del río Eume, y siendo un lugar visible desde muy lejos y desde el cual se controla un amplísimo territorio. Esta optimización de las condiciones de visibilidad y defensa hace que esté rodeado de fuertes pendientes. Sólo la zona de O Salto es el único rellano que tiene en sus alrededores, a unos 500 m del poblado, siendo la única zona apta para un aprovechamiento no forestal, aunque, como en el caso anterior, en superficie no se aprecia ninguna alteración antrópica del terreno. Sin embargo, al abrir la zanja para un gaseoducto se documentaron 17 estructuras lineales de diversos tamaños, siendo algunas de ellas fosos de más de 2 metros de anchura en la boca y profundidad, y con secciones en V. Parecen ser estructuras lineales que se interpretan no como fosos de delimitación de campos, pues serían demasiado profundos y abruptos, pero sí en relación a un complejo espacio de cultivo que habría que asociar con el cercano castro. En los rellenos de algunas de estas estructuras aparecen unas cuantas cerámicas prehistóricas muy rodadas que permiten dar verosimilitud a esta asociación. La colmatación de estas estructuras lineales está lo suficientemente



**Figura 3.24:** el paisaje de la producción en la periferia cantábrica: 1. Perfil topográfico y potencialidad del suelo del castro pontevedrés de Penalba, de la fase I; 2. Entorno inmediato de explotación económica de dicho castro (destaca el terreno improductivo y de explotación extensiva); 3. Estructuras agropecuarias del castro pontevedrés de Follente; 4. Reconstrucción de las estructuras agrarias tipo *lynchet* del castro pontevedrés de Coto do Castro; 5. Estructuras lineales en V de funcionalidad agraria de O Salto, relacionadas con el castro coruñés de Coto do Castro (a partir de Parcero 1998; 2002, modificado).

agregada y estructurada como para pensar que se produjo en un momento bastante antiguo. Las estructuras lineales de O Salto serían parte de un complejo de estructuración y organización del terrazgo inmediato al yacimiento con una pretensión agropecuaria, desechando una función defensiva para las mismas (Parcero 1998: 21-25) (fig. 3.24).

Pero no son sólo las estructuras de cultivo las que permiten aventurar el impulso que tuvo la agricultura en los primeros castros gallegos sino que los análisis polínicos y carpológicos también discurren en esa dirección. El castro de Penalba (Campo Lameiro, Pontevedra) -de la fase I b- ofrece polen de cereal y numerosas semillas, así como altos porcentajes de Gramíneas y escasa cubierta arbórea. Por lo tanto allí hubo una vegetación abierta, con abundantes praderas que en parte se utilizaron para el cultivo de cereal. En otros análisis que también se sitúan a comienzos del Subatlántico, pero no efectuados en castros, se aprecia de nuevo presencia de cereal e indicadores de dicha actividad como *Urtica* (Penalba) y

*Chenopodiaceas*, así como indicios de pradera (Aira y Vázquez Varela 1985: 245, 247). Torroso (Mos, Pontevedra) se ha constituido en uno de los yacimientos paradigmáticos de la Primera Edad del Hierro en el Noroeste, debido a la provechosa y variada información que de este lugar se ha obtenido. Cuenta además con análisis polínicos y carpológicos. Se aprecia como en el nivel antiguo hay más abundancia de árboles (robles, avellanos, alisos, sauces y pinos) que de hierbas. En todos los niveles aparece un tipo de polen que se asocia a incendios y también helechos, así que la vegetación sería abierta, pero con bosque mixto. En los niveles más recientes se aprecia el aumento de la deforestación (especialmente en avellanos y alisos) y el crecimiento de las hierbas y los arbustos, y se documenta polen de cereal. En general en el yacimiento se constata la presencia de trigo y bellotas. Por lo tanto hubo una actividad deforestadora cuyo fin era ganar terreno para pastos y cultivos (Peña 1992b: 43-44). Como vimos en el capítulo 2 las actividades de tala y quema en las

economías primitivas suelen centrarse en los árboles pequeños, dejando los de mayor tamaño. Los datos de Torroso parecen corroborarlo ya que se aprecia tala preferencial de los árboles de menor porte como los avellanos, dejando los de mayor porte como los robles que, además de ser más difíciles de abatir, son usados como un seguro nutricional en forma de bellotas.

Aparte de Penalba y Torroso nos interesan especialmente los datos obtenidos del castro de Penarrubia (Lugo), por la inmediatez con nuestra zona de estudio. El análisis palinológico (Aira y Guitián 1985-86) presenta polen de cereal en los tres niveles analizados. Llama la atención, además, la presencia de niveles de gramíneas muy altos, con polen arbóreo en muy reducidas cantidades (*Corylus* y *Quercus*). El polen arbóreo tiene una presencia muy limitada a lo largo de toda la secuencia. Este yacimiento demuestra, por tanto, un elevado grado de antropización del medio a mediados de la Primera Edad del Hierro, en una zona, sin embargo, marginal dentro del proceso de intensificación que advertíamos desde inicios del Bronce Final en el sector más dinámico del Noroeste -sur de Galicia y norte de Portugal-. Es bastante probable que la generalización del paisaje castreño a partir del siglo VIII afecte a todo el paisaje, no sólo al lugar fortificado. El castro y lo que podríamos denominar paisaje castreño se encuentran indisolublemente unidos (González Ruibal 2003a: 140).

Pese a las prácticas deforestadoras y los procesos agrícolas representados en la mayoría de los espectros polínicos de Galicia, como vimos en el capítulo 2, el paisaje mantendrá globalmente su carácter forestal hasta aproximadamente el último tercio del Holoceno (3000 BP), donde paralelo al desarrollo local del mundo castreño (3000-2500 BP) se evidencia una fase de fuerte deforestación en el paisaje. Los inicios de esta fase muestran un importante desarrollo tanto de la producción agrícola como de la recolección, como puede verse en el mencionado castro de Penalba, donde se recogieron 70 Kg. de trigo, 2 Kg. de mijo y 7 Kg. de glandes de *Quercus* (en Ramil 1993a: 170). Por todo ello se ha propuesto que el paso del “landsmans”, o paisaje donde el bosque aún tiene importante presencia (más del 50%), a la “estepa cultural”, donde el polen arbóreo bajaría del 25%, se podría situar entre el 4000/3500 B.P., aunque el máximo desarrollo de la “estepa cultural”, con incremento de castaños, cereal, Ericáceas y *Poaceae*, se daría en el 2600-2500 B.P., coincidiendo con la “cultura castrexa” (Ramil Rego 1994: 123-124) y, siendo más precisos, con el tramo final de la Primera Edad del Hierro.

Si a estos datos le sumamos los abundantes molinos planos que aparecen en los castros de esta fase parece razonable suponer que la agricultura supuso la base económica de la población del momento. Además, la aparición de grandes cantidades

de trigo, mijo y bellotas en los primeros castros, demuestra que éstas serían consumidas tostadas y que habría una agricultura de recolección y producción capaz de generar excedentes. Los restos faunísticos se conservan peor, pero por los datos del castro de A Lanzada también se aprecia una ganadería diversificada que se centró en ovicápridos, bóvidos y suidos (Peña 1992a: 382).

### Los datos cantábricos.

Veamos a continuación si los datos disponibles para el sector centro-occidental cantábrico nos permiten interpretar el modo de producción de los castros de la fase I b en la misma línea que sus vecinos del Noroeste, aunque, de momento, ya hemos visto más arriba como las ubicaciones de estos poblados en zonas elevadas de suelos ligeros y la abundante presencia de molinos barquiformes y planos son rasgos que de momento sí comparten. De todos modos, gracias a los análisis realizados en el castro de Castilnegro (Medio Cudeyo-Liérganes, Cantabria), no hemos de relacionar directamente los molinos planos/naviformes con el procesado de productos agrícolas ya que también se utilizaron para la molienda de frutos recolectados, puesto que de los siete molinos analizados en este poblado cuatro fueron utilizados para bellota y tres para escanda (Valle y Serna 2003: nota 7). Además, como ya propusimos en el anterior capítulo, las hachas tanto metálicas como líticas que recurrentemente aparecen en estos primeros castros, a modo de depósitos, siguiendo una tradición que arranca al menos desde el Bronce Antiguo, también pueden estar simbolizando la creciente domesticación del paisaje, de un paisaje que ahora el grupo comienza a entender no tanto como propio, puesto que ya ocurriría desde antes, sino como un verdadero territorio político y de aprovechamiento económico, con unos límites físicos cada vez más delimitados. Aunque con la notable novedad, de que muchos de éstos depósitos ahora se realizan dentro de los poblados, como veremos. Con respecto a los aperos de labranza habría que matizar que muchas de estas hachas metálicas no fueron funcionales, ya que sus rebabas o conos de fundición indican que nunca se usaron, o porque sus composiciones ternarias se nos presentan demasiado blandas como para talar o remover el campo de cultivo con ellas. Por otro lado debemos indicar que es bastante poco probable encontrar muchas más herramientas agrícolas que las ya conocidas, ya que si en la Asturias tradicional hasta hace muy escaso tiempo sólo seis tipos de los principales aperos de labranza estaban realizados en hierro, la gran mayoría lo eran de madera, asta, cuero, etc., entre ellos incluso el arado, lo que nos puede dar cierta idea de las tecnologías prerromanas (Somoza en Santos 1984: 53) (fig. 3.25).

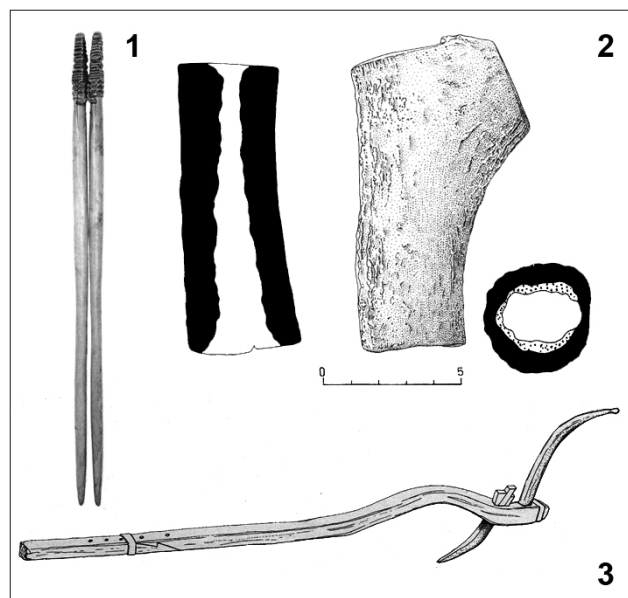
En el capítulo 2 desarrollamos el esquema paleoclimático y de paleovegetación de la zona cantábrica gracias a los datos obtenidos principalmente de turberas, ya que de yacimientos arqueológicos tan sólo contamos con algunos datos obtenidos en cueva, pero ninguno en poblados al aire libre, puesto que prácticamente no se conocen las aldeas abiertas de la Edad del Bronce en esta zona peninsular. Sin embargo para la Primera Edad del Hierro ya contamos con algunos estudios realizados en castros, y que nos permitirán matizar las características generales que ya apuntamos. Estas se pueden resumir en que a partir del óptico climático hace 6000 años, y especialmente a partir de comienzos del II milenio cal AC, se constata un aumento progresivo de los tojos y ericáceas, en detrimento del polen arbóreo; que aparecen registradas hierbas de origen antrópico; y que se constatan coprófilos vinculados con actividades de pastoreo e incendios antrópicos. Todo ello se debe a la intensificación de actividades de pastoreo (capítulo 2). La palinología y la carpología han permitido documentar una serie de especies vegetales que se cultivarían al menos desde tiempos megalíticos. Cebada (*Hordeum vulgare*), escanda (*Triticum dicoccum*), trigo duro (*Triticum aestivum* / *durum*) y mijo (*Panicum* / *Setaria*) se documentan desde antiguo, y están presentes en toda la potencia estratigráfica de algunas secuencias que discurren desde el Neolítico a la Edad del Bronce. También otras plantas asociadas a cultivos, como el llantén (*Plantago*). Un sesgo en el registro carpológico procede del hecho de que algunas especies, como los cereales y las bellotas, han de ser tostados para poder consumirlos, hacer harina o desintoxicarlos, lo que permite que su presencia sea mayor que la de especies que no precisan ese tratamiento previo, como las leguminosas, lo que no quiere decir que no se cultivasen. Además, en Galicia sí se han documentado. El mijo sería la especie que más tardíamente habría llegado a la zona cantábrica, pues no es anterior al Calcolítico / Bronce Inicial. Fue importante la introducción del mijo porque se adapta al tipo de suelos cantábricos mejor que el trigo y la cebada. De hecho su cultivo fue muy importante hasta su sustitución por el maíz a partir del s. XVII (Gutiérrez Cuenca 1999: 62-65; López Merino, Martínez y López-Sáez 2010).

En lo que respecta a los restos obtenidos en los propios castros de la fase I b cantábrica no son muchos los datos de los que disponemos. Claramente de la fase I b el Picu la Forca posee unos datos polínicos que aluden a que en los terrenos arenosos y ligeros en los que se asienta, el bosque ocupaba una extensión el doble a la actual, lo que no quita para que fuera un paisaje de camperas abiertas dedicadas a pastos y a cultivos (hay documentado polen de *cerealía*), como en época tumular (Camino, Estrada y Viniegra 2008: 30). El castro gijonés de la Campa Torres es un poblado que como dijimos tiene niveles fechados

radiocarbónicamente en la Primera Edad del Hierro, y seguramente se ubica en un lugar ya frecuentado por las comunidades del Bronce Final, que precisamente quemaron el bosque del cabo donde se encuentra para explotarlo agropecuariamente. Los análisis polínicos llevados a cabo en el yacimiento resultan reveladores, puesto que se han reconocido numerosos taxones vegetales<sup>4</sup>. De los momentos más antiguos del sector XVII se deduce que el recubrimiento arbóreo era escaso, con algo de roble, encina y avellano. Gran parte del paisaje serían prados (84,5 % de NAP), pero con especies que indican el antropismo de éste (actividades agrícola-pastoriles), como las asteráceas (dientes de león), artemisas, llantenos... (Burjachs i Casas 2001: 297-298). El problema es que el sector XVII se corresponde con el contrafoso o muralla-terraplén, situado al exterior de la muralla del poblado y, al igual que ésta, realizada mediante módulos (Maya y Cuesta 2001: 37-40). Por ello, pese a las controversias cronológicas que la muralla de módulos de la Campa Torres ha ocasionado, podemos adelantar que este tipo de defensas no deben llevarse más atrás de fines del s. V cal AC, por lo que los datos polínicos que acabamos de presentar como mucho están definiendo el paisaje y las plantas cultivadas de la fase I c. De todas formas no sería descabellado pensar que esta variedad de plantas comestibles y el paisaje abierto ya se dieran en los momentos más antiguos del poblado (s. VIII cal AC), máxime cuando se ha constatado un incendio de la cobertura boscosa del Cabo Torres durante el Bronce Final, como vimos. No debemos caer de todas formas en el error de pensar una Edad del Hierro estática y sin cambios en cuanto a la base económica, como veremos ampliamente en el capítulo 4, ya que los datos polínicos de la Campa Torres para la Segunda Edad del Hierro muestran que aunque el paisaje es muy parecido, éste es más abierto, con más prados y menos brezos. También aumenta el castaño y los cereales (Burjachs i Casas 2001: 298). Más imprecisos a nivel cronológico son los estudios carpológicos llevados a cabo en este castro puesto que aunque se asegura que han sido tomados de los niveles indígenas de los sectores XVI y XVIII, no se precisa el estrato donde fueron obtenidas las muestras (Buxó y Echave 2001a: 307-308). De todos modos podemos resumir que los que más abunda en el sector XVIII es la escanda menor (*Triticum dicoccum* L.), y por detrás la escanda mayor (*Triticum spelta*), la cebada (*Hordeum vulgare*) y el *Triticum dicoccum* o ancestro de la escanda menor, así como las avellanas y llantenos (Buxó y Echave 2001a, 2001b). Mientras que la escanda, un

<sup>4</sup> Entre ellos de diferentes tipos de árboles (roble, encina, acebuche, castaño, haya, etc.), de arbustos (brezos, brechina, efedras, hiedra), herbáceas (gramíneas silvestres, gramíneas cultivadas, llantenos, artemisas, acelga / remolacha / espinaca, apio / hinojo / zanahoria, col / rábano / nabo, legumbres, alcachofa / lechuga, etc.), helechos, entre otros (Burjachs i Casas 2001: 297-298).





**Figura 3.25:** la imperceptible tecnología de la producción: 1. *Mesories* de madera; 2. Mango de hoz realizado en asta de ciervo del castro de la Campa Torres; 3. Arado tradicional asturiano con reja de madera (a partir de Escortell 1982b; Maya y Cuesta eds. 2001; VV.AA. 2002b).

tipo de trigo vestido, es panificable y su paja sirve para alimentar al ganado, la cebada no, por lo que debió ser consumida en gachas, o utilizada para realizar cerveza o dar de comer al ganado. Se ha propuesto además que los campos de cultivo de la Campa Torres no estuvieran cercanos al poblado debido a que existe poco terreno en los alrededores del cabo para este fin y el que existe es de mala calidad. Además, no hay polen de cereal en los niveles prerromanos de la muralla, los molinos -que mayoritariamente son barquiformes- se usaron para machacar bellotas, y no hay improntas de paja de cereal en los manteados de las viviendas, que debieron de hacerse con tojo. Por todo ello se ha planteado que mientras que los alrededores del poblado se destinarían a usos ganaderos, seguramente las tierras de cultivo deban buscarse a más 2,5 Km. de distancia, especialmente hacia el SE del poblado, en lugares de tradicional cultivo de escanda y en donde hubo varias villas romanas tiempo después del final del castro, lo que sería un “buen indicativo de tierras fértiles” (Maya y Cuesta 2001: 223, 234-236), aunque no para la tecnología agraria de un poblado de la fase I. Como símbolo material de las prácticas agrícolas y cinegéticas llevadas a cabo en la Campa Torres durante la fase I podríamos aludir al mango de una hoz realizada en asta de ciervo, encontrado en el nivel fundacional del castro (Ibid.: 199) (ver fig. 3.25)

Desgraciadamente los estudios faunísticos de la Campa Torres tan sólo han tenido en cuenta el “primer nivel de cenizas” (s. II-I a.C.) (Albizuri y Canadell 2001: 318). Lo mismo podemos decir de los análisis micromorfológicos de este poblado, puesto que los niveles que presentan coprolitos de ganado

estabulado se corresponden con la Segunda Edad del Hierro, mientras que el Nivel IX del sector XIV, que sí es de los momentos antiguos del castro, tan solo presenta huesos quemados a más de 450° C, puede que con un fin culinario (Mercè 2001: 280, 283). Aunque los datos que provienen de la zona interior de la muralla se corresponden con los niveles prerromanos más modernos, y por tanto serán analizados en el capítulo 4, cabe destacar la presencia mayoritaria de *Bos taurus*, que sería usado como animal de tiro, para consumo cárnico y por sus productos lácteos, partiendo de que las condiciones específicas de la zona son aptas para una ganadería basada en el pasto herbáceo fresco (Maya y Cuesta 2001: 232). Como veremos más adelante, pese a todos los sesgos que el registro faunístico de un poblado puede tener, no sólo de tipo tafonómico sino también, y sobre todo, por las diferentes pautas culturales de sacrificio y consumo, los datos zooarqueológicos en la zona cantábrica parecen evidenciar un protagonismo del ganado bovino, con todo lo que ello implica a nivel de mantenimiento de la cabaña y de movimientos ganaderos, debido a las particulares exigencias de las vacas en este sentido. En esta línea se ha apuntado que incluso las gentes de la Campa Torres, uno de los castros más grandes de Asturias, costero y con una clara orientación al comercio marítimo, y del cual podríamos pensar un grado de sedentarización y anclaje al territorio mayor que en otros casos cantábricos, debieron de internarse estacionalmente en las no muy lejanas montañas para conseguir pastos frescos estivales para sus ganados (Maya y Cuesta 2001: 233). Pensemos en las serranías que sirven de límite administrativo a los concejos de Xixón/Gijón y Villaviciosa hacia el este o hacia el sur con Siero, zona de tradicional aprovechamiento ganadero, como ya aludimos a la hora de hablar del Picu Castiellu la Collada.

También en la Campa Torres se dieron prácticas cazadoras-recolectoras, destacando el ciervo entre las especies cazadas, por delante de corzos, jabalíes, cabras montesas y aves (Maya y Cuesta 2001: 233), aunque de nuevo no se especifica por estratos en la monografía correspondiente y por tanto no sabemos qué datos cabe aplicar a los niveles más antiguos. Es evidente que por el carácter costero del yacimiento la pesca y el marisqueo tuvieron especial importancia. Los abundantes anzuelos también nos dirigen en esta dirección, y se refleja que no hay datos suficientes para pensar en una pesca de altura, sino que más bien se explotaría el litoral circundante, aunque de nuevo no se realizan matices cronológicos para esta información, excepto para el caso de los concheros, presentes tanto en el momento más avanzado del estrato más antiguo de la cara interna de la muralla, como en el inmediatamente prerromano y en uno en contacto con los estratos romanos o ya de comienzos de la romanización. Están formados por lapas (*patella*),

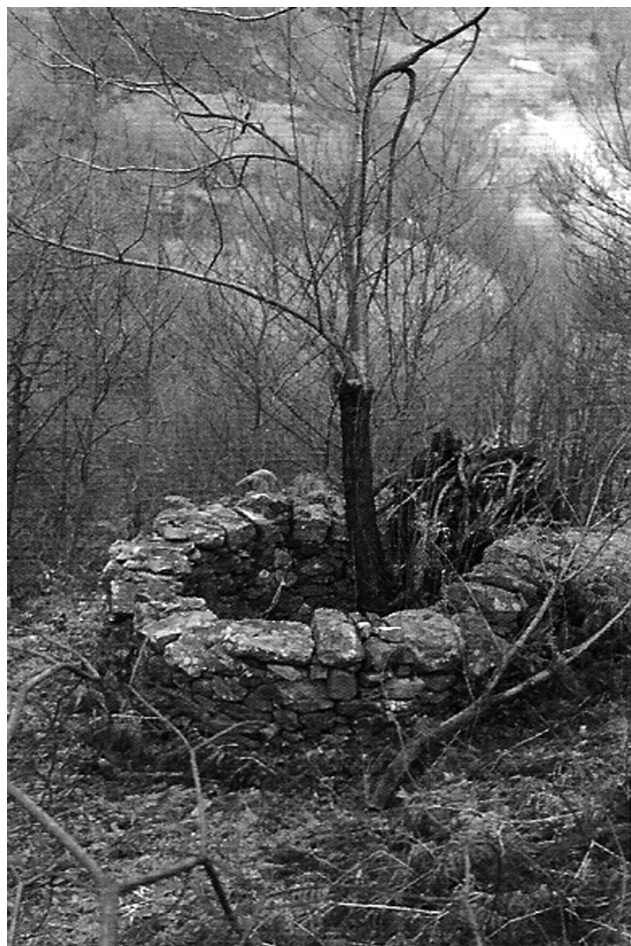
bígaros (*monodonta*), *Purpura boeomastoma*, y en menor medida, mejillones, berberechos y percebes (Ibid.: 233-234). De todos modos es llamativa la potencia y variedad de los concheros, sobre todo de los niveles más antiguos, como el VII del sector XI/XVI, significativamente asociado a un laciforme, a un remache de caldero y a un pasador bronceado en T; el estrato VII del sector XIX; o el conchero que se extiende en la base de la cara interna de la muralla en los sectores XVIII, XIV y VIII (Maya y Cuesta 2001: 60-69), aunque, como veremos, este estrato ha sido incorrectamente interpretado por sus excavadores, y con ello mal datadas las estructuras defensivas del poblado, ya que realmente el conchero mencionado es el relleno de la fosa de cimentación de la muralla de módulos, y por lo tanto posterior a ésta. De todos modos cabe pensar en una decreciente importancia del marisqueo a lo largo de la Edad del Hierro en la Campa Torres, en relación a esta menor presencia de los concheros según se avanza hacia fechas romanas. Para la vecina ría de Villaviciosa serán los datos provenientes del castro de El Campón los que de nuevo nos hagan situar los concheros en el área de las defensas, no tanto en la forma de concheros estructurados, como en la Campa Torres, como de abundantes restos de este tipo de desperdicios entre el relleno de la muralla y sus derrumbes. Se trata de moluscos principalmente para alimento, aunque también se ha documentado púrpura, que provienen de un ecosistema con bajos porcentajes de fangos y bañado por aguas tranquilas, en donde en el NMI destaca el longueirón, el berberecho, la almeja fina, la almeja brava y el berberecho marolo (Rodríguez, Vázquez y Camino 2005: 62-64).

En la vecina Galicia los concheros están presentes en toda la secuencia de la Edad del Hierro de los diferentes castros costeros (Vázquez Varela y Rodríguez 1999-2000: 343), y lo que hace que varíen las especies representadas (especies de roca o de sedimento) es el entorno costero de cada castro, es decir, si se rodea de acantilados o de aguas tranquilas. Los moluscos tienen muy poca materia comestible en relación al peso total, pero son un aporte muy bueno de proteínas, lo que no quiere decir que éstos tuvieran un papel central en la dieta castreña porque si así fuera tendría que haber muchos más restos que los documentados hasta hoy. Desde un punto de vista cuantitativo y cualitativo es muy limitado el papel de los moluscos en la alimentación castreña (Troncoso, Vázquez y Urgorri 1995/96: 110-112). Por otro lado, la relativa abundancia de púrpura en los concheros de los castros gallegos hace pensar que ésta fue utilizada más como tinte que como alimento (Vázquez Varela y Rodríguez 1995/96: 82). No sabemos hasta qué punto la utilización de animales y plantas salvajes fue importante en la dieta castreña, pero lo que sí podría asegurarse es que estos recursos fueron explotados y consumidos dentro de importantes rituales y tabúes

(Hill 1995: 60), como pone de manifiesto tanto en el área cantábrica como en el Noroeste la ubicación recurrente de los concheros en los límites físicos de los poblados y los particulares hallazgos que allí se suelen encontrar, como es el caso de las importaciones mediterráneas en los concheros de los fosos de Neixón Grande, que arranca de fines de la Fase I (Ayán y otros 2008a; 2008b; Bejega y Fernández 2008). En el caso concreto del ámbito cantábrico las defensas en general parecen ser los lugares escogidos para diferentes prácticas de ratificación de la identidad comunal, mediante la amortización de bronce en estos lugares, como veremos, por lo que quizás habría que entender el consumo y deposición de los restos de malacofauna en relación a rituales de este tipo.

Otro de los castros señeros de la fase I b cantábrica es El Castiellu de Camoca (Villaviciosa) (Camino 1997; 2003), que significativamente posee entre su registro arqueológico muchos más huesos de fauna que su vecino castro de Moriyón, representante de la Segunda Edad del Hierro. En Camoca predominan los huesos de animales domésticos, como cabra, oveja, vaca, caballo y, posiblemente, cerdo, con alzados menores a los actuales. Las osamentas de ciervos y los colmillos de jabalíes deben proceder de la actividad cinegética. Por contra las semillas carbonizadas son más cuantiosas en Moriyón, recuperándose en significativas concentraciones que deben interpretarse, junto a las estructuras que a veces les acompañan, como los lugares de almacenamiento. Abundan las semillas de cereales (trigo, cebada y avena), acompañadas en menor medida por otro cereal, el mijo, y leguminosas como el haba y el guisante. Gracias al polen sabemos que también se consumió *cruciferae* (nabo/berza) y se cultivó lino. Destaca la primacía casi endémica de la escanda, por su dureza y buena adaptación a la rudeza del clima atlántico. En el cercano castro de El Campón del Olivar, también de la fase I b, sólo apareció *Triticum*. También se recogían y almacenaban las bellotas de roble. Los análisis polínicos permiten saber que la vegetación arbórea es la representada por roble - siendo la madera más utilizada en ambos yacimientos-, aliso, madroño, avellano, pino silvestre y castaño, aunque es la vegetación no arbórea la que destacaba alrededor de estos castros, señalando un paisaje despejado con gramíneas y brezales. Este espacio inmediato al poblado debió tener un destino tanto ganadero como cultivado, aun que no se aprecian aterrazamientos ni otros preparados del terreno, aunque hay que advertir que en estos espacios exteriores al recinto fortificado no se realizaron sondeos arqueológicos. En la cabaña ganadera destaca el vacuno (Camino 1997: 78-82; 2002: 143; 2003: 167).

De estos datos se deduce que en el sector de la ría de Villaviciosa durante la Primera Edad del Hierro (Camoca y Olivar) el trigo y la ganadería, abundante y variada, son los rasgos que destacan, mientras que en



**Figura 3.26:** entre la agricultura y la silvicultura: *corra* o *cuerría* para recoger castañas en el Valle de Turón (en Paredes 1997, fotografía Astur Paredes).

la Segunda Edad del Hierro (Moriyón) se diversifica el cultivo cerealista (trigo, cebada y avena), se siguen almacenando bellotas en estructuras específicas y perdería algo de peso la ganadería (Camino 1999: 156-157). Las bellotas, recogidas en otoño, seguramente fueran un complemento a los cereales cuando éstos más escasean, en invierno (Santos 1984: 57), más si pensamos que un roble adulto puede dar entre 500 y 1000 Kg. de bellotas al año, por lo que son un buen seguro alimenticio (Torres 2001-02: 151), de un modo muy parecido a como en la Asturias tradicional se han recogido y consumido las castañas, algunas de las cuales se secaban para su conservación mientras que otras se comían frescas. De hecho el preparado del suelo de los castaños para poder recoger fácilmente los erizos en los que se envuelven las castañas o la construcción de estructuras circulares (*cuerrías*) alrededor de los castaños para recoger los frutos, en el mundo tradicional asturiano y leonés, deberían hacer que nos replanteemos la repetitiva dicotomía entre agricultura y recolección, puesto que los límites entre ambas es muy difuso en multitud de ocasiones. Estas prácticas de *silvicultura* en los bosques cercanos a los poblados, basadas en talas, limpiezas, entresacas, etc., debieron de ser habituales en la Edad del Hierro ya que, al igual que hoy, es la mejor forma de mejorar la

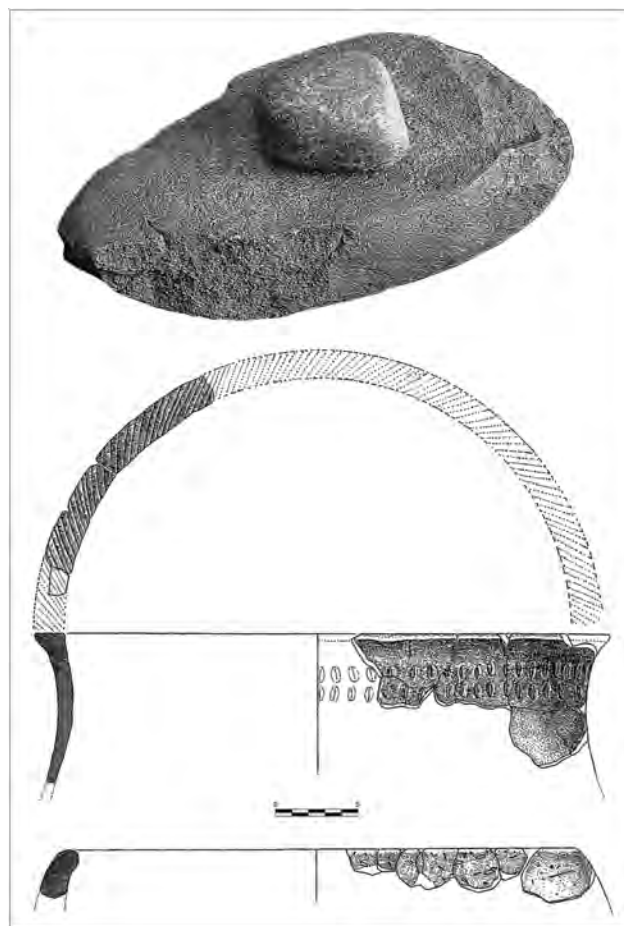
explotación de estos recursos (Torres 2001-02: 144) (fig. 3.26). Ni siquiera los cazadores-recolectores amazónicos dejan de influir en los recursos naturales, ya que sus prácticas “recolectoras” generan concentraciones no naturales de determinados frutos, por lo que incluso la salvaje selva puede entenderse como fruto de una manipulación muy antigua de la fauna y la flora (Descola 2004: 25-26). Lo mismo podríamos pensar para los cultivos de alta montaña dejados durante meses sin ningún tipo de cuidado o los regímenes ganaderos que tienen a los animales en un estado de semilibertad durante un periodo del año, ambos con ejemplos en la zona cantábrica. Por encima de las tediosas dicotomías normativistas de la práctica investigadora, como la absurda distinción entre sociedades agricultoras y ganaderas que ya criticamos en el capítulo 2, nos corresponde encontrar las características particulares de la explotación del medio de las sociedades cantábricas en la Edad del Hierro, y rastrear el calado cultural de las mismas, sin caer en las visiones peyorativas que nacen de los textos estrabonianos y que se han repetido hasta la saciedad. De hecho el umbral entre los últimos recolectores y los primeros productores de alimentos es ambiguo, puesto que existen continuos movimientos hacia atrás y hacia adelante. Agricultura y recolección son dos fórmulas estratégicas posibles de una misma racionalidad cultural, son intercambiables y se pueden adoptar coyuntural y episódicamente (Criado 1993: 24-25), como los datos arqueológicos demuestran que ocurre en la Edad del Hierro cantábrica. Las sociedades cazadoras-recolectoras y las productoras de alimentos que se basan en la utilización de recursos móviles -caso de las cantábricas como pretendemos demostrar-, poseen una forma de apropiación de la naturaleza que se limita a la apropiación simbólica o ritual de ésta (Criado 1993: 25). Como veremos, la construcción de castros en el mundo cantábrico, supondrá un cambio cualitativo en esta relación con la naturaleza, pero por los datos que manejamos podemos interpretar que muchos elementos en cuanto a la base socioeconómica, las prácticas agropecuarias y la conceptualización del paisaje se heredaron de la Edad del Bronce.

Aparte de los estudios monográficos que acabamos de citar para la Campa Torres y Camoca el resto de la información paleoeconómica para la Edad del Hierro centro-occidental cantábrica es bastante fragmentaria. En San L. Luis se localizaron habas (Carrocera 1995b: 78), pero desconocemos el estrato al que pertenece dicho hallazgo. Lo que sí es significativo es que todas las tierras que rodean el castro de San L. Luis, más o menos llanas por la especie de meseta elevada donde se ubica la colina del castro, han sido utilizadas tradicionalmente, según nos informaron unos vecinos del lugar, para cultivar centeno y trigo. Por lo tanto, al menos en este caso concreto, se contaba con un buen lote de tierras inmediatas al

poblado para la explotación agrícola y ganadera, lo que sumado a su excelente condición orográfica desde la lógica castreña, debió de ser el acicate para levantar allí aquel primer poblado estable, en unas tierras ya frecuentadas, y seguramente habitadas y cultivadas temporalmente en épocas previas, como demuestran los monumentos tumulares en esta misma sierra donde se ubica San L. Luis. La evidencia más clara de agricultura en este poblado para los niveles más antiguos son las semillas de cereal carbonizadas que rellenaban un agujero de poste con calzos en el “barrio alto” y que se dataron radiocarbónicamente en la fase I b (Jordá y Marín 2007; ver datación al comienzo del capítulo). De la fauna de este poblado no conocemos los niveles de aparición de la misma, pero cabe destacar que de todos los restos recuperados tan sólo uno pertenece a *Sus scrofa*, mientras que el resto es de *Bos taurus* (Carrocera 1995b: 73-74; Jordá 2001: 71).

Respecto a la fauna recuperada en castros del valle del Navia tampoco sabemos los niveles de aparición de la misma. Para Pendia sólo contamos con un hueso de caballo, mientras que para Coaña los restos tanto de las excavaciones de los años 40, 60 y 80 tiene en los bóvidos el NR más alto, y por detrás las ovejas (Carrocera 1995b: 73-74), aunque no el NMI, que no se ha realizado. En Coaña también hay ciervo, caballo y cabra. Desgraciadamente de las numerosas excavaciones en castros enmarcadas en el Parque Histórico del Navia y dirigidas por Ángel Villa no se ha publicado prácticamente nada en lo referente a restos faunísticos.

El castro cántabro de Castilnegro posee, como otros muchos castros de la fase I b, testimonios indirectos de actividades agrícolas y recolectoras en la forma de molinos barquiformes, aunque la novedad de este yacimiento, con el buen elenco de formas cerámicas registrado, es la clasificación de algunos cacharros como contenedores (Valle 2000: 357), que muy probablemente fuera para cereal, siendo precisamente estas formas las herederas del Bronce Final local (Valle y Serna 2003: 367) (fig. 3.27). Además, entre la fauna aparecida se han reconocido dientes quemados de suidos y bóvidos, así como berberechos (Ibid.), demostrando que el territorio de explotación de este poblado situado sobre Peña Cabarga también incluía la costa. Por su parte el castro de Pico de la Campana (Argüeso, Cantabria) posee restos de fauna no explicitada y también testimonios indirectos de agricultura como los molinos barquiformes, pero sobre todo los grandes contenedores cerámicos (Peralta 2003: 48). Desgraciadamente estas grandes vasijas de almacenamiento que, como hemos dicho, seguramente fueron destinadas a guardar cereal -sin que por el momento sepamos si había otro tipo de estructuras para este mismo fin tales como fosas en el subsuelo o cabazos- sólo se han documentado en los castros de la fase I b de la zona central cántabrica (actual



**Figura 3.27:** molino barquiforme con mano moledera y contenedores cerámicos del castro de Castilnegro (a partir de Valle y Serna 2003, modificado).

Cantabria). A día de hoy no podemos advertir ninguna forma de almacenamiento en el suelo del actual Principado de Asturias o del norte de León. De hecho, como veremos, son escasísimas las muestras de cerámica en general para este periodo en Asturias, exceptuando los datos de la Campa Torres. En Cantabria también poseemos como testimonio de la agricultura de la fase I b los granos de trigo quemados y de cebada encontrados en el castro de La Garma y que fueron datados radiocarbónicamente en estas tempranas fechas, como vimos más arriba. A ello le debemos sumar hasta 8 fragmentos de molino de vaivén en arenisca (Arias y otros e.p.). En lo que respecta a la cabaña ganadera en este poblado lo huesos recuperados son muy escasos y fragmentarios, sin que el NMI supere en ningún caso la unidad. Se han reconocido huesos de ciervo, bóvido doméstico y cabra u oveja. Los huesos no estaban quemados, pero sí tenían evidencias de haber estado expuestos a fuentes intensas de calor (Ibid.).

Gracias a todos los datos citados podemos plantear una comparación para ver hasta qué punto la zona centro-occidental cántabrica comparte los rasgos generales que se han propuesto para los modos de poblamiento y las prácticas agropecuarias de tala y roza relacionadas con éstos en la Primera Edad del



**Figura 3.28:** 1. Vista general del castro de Pendia desde el barrio norte y subida al monte Penácaros (con presencia de monumentos tumulares) (fotografía David González Álvarez); 2. Vista general del Castrelo de Pelóu (tanto en el monte desde el que está tomada la fotografía como en la sierra donde se ubica el castro hay presencia de túmulos) (fotografía David González Álvarez); 3. Vista general del Chao Samartín desde la sierra aplanada en donde se encuentra y donde son muy abundantes los túmulos (en Villa 2007a); 4. Vista desde las defensas meridionales (fase II) del castro de San L.luis en donde se puede apreciar la ubicación del poblado sobre un cerro destacado de una sierra aplanada (en donde hay presencia de túmulos); 5. Posición destacada del castro de Alava en la confluencia de los ríos Narcea y Píguña, y vista de la sierra de las Manteigas a su derecha (lugar preferente de explotación ganadera y con presencia de túmulos); 6. Defensas de Castilnegro y el amplio control de la Bahía de Santander al fondo (en Peralta 2003).

Hierro gallega. Las zonas en donde se cultiva maíz -*millo* en gallego- es donde tradicionalmente se cultivaba mijo, al que sustituyó, ya que éste cereal es algo exigente, necesitado de suelos profundos y húmedos, en los que se da bien el maíz, pero no los cereales de invierno -trigo, cebada-. Es bastante probable que el mijo acelerara diferencias entre sistemas agrarios que ya existían, pues la cosecha de un cereal de verano

permite afrontar mejor el invierno (Criado 1989: 112-113) y, en definitiva, ayudar en el proceso sedentarizador que supone el nacimiento de la Edad del Hierro y su paisaje castreño. Es bastante improbable, no obstante, que se documente el cultivo de este cereal de verano en zonas de la montaña cántabrica -zonas donde actualmente es raro ver maizales-, debido a los rigores del clima -pensemos

que con el Subatlántico el riesgo de heladas aumentó-, y que sólo se llegue a documentar el mijo en los castros de las zonas bajas, como son la costa, los surcos prelitorales y cursos bajos de los principales ríos. Desgraciadamente en la zona cantábrica sólo contamos con análisis polínicos en castros costeros, como la Campa Torres y Moriyón, casos en los que sí se documenta el mijo. No obstante los datos de la Campa Torres, y sobre todo la comparación de los de Camoca con los de Moriyón, deben hacernos pensar que la tecnología agraria necesaria para el cultivo de este cereal en suelos fértiles, pero húmedos y profundos, sólo pudo desarrollarse a partir de la Segunda Edad del Hierro, por lo que en la fase I b los sistemas agropecuarios entre los castros de las diferentes zonas cantábricas -zonas bajas y zonas altas- no debió de variar en exceso. Seguramente fue a partir de la Segunda Edad del Hierro y sólo en alguna zona costera y/o baja, con la conquista del valle y la explotación de los suelos profundos gracias a importantes cambios en la tecnología agraria, cuando los sistemas agrícolas entre los diferentes biotopos del sector septentrional ibérico comenzaron a divergir, aunque con unas diferencias mucho menos marcadas que las registradas entre las distintas subzonas que conforman el Noroeste (capítulo 4).

Como vimos más arriba las ubicaciones de los primeros castros cantábricos durante la fase I b son preferentemente en lugares elevados, abruptos y de difícil acceso. Por tanto en lugares aptos tanto para la ganadería como para la agricultura de tipo extensivo. Ello, al igual que en los ejemplos gallegos analizados, condiciona considerablemente los terrenos agrícolas susceptibles de ser explotados por aquellas comunidades. Por ejemplo, un castro que por los materiales allí encontrados tenemos que hacer arrancar de la fase I b, como es el de Alava (Salas), se enclava en un entorno donde los terrenos circundantes son principalmente redsinas pardas, que son un tipo de suelos sobre calizas y en ladera muy buenos para pastizales y, si tienen cierta profundidad, también son cultivables. Actualmente estos suelos en ladera poco profundos se dedican a pradería y a algún cultivo. Pese a estar controlando los fondos de valle de los ríos Narcea y Pigüña, muy buenos para la agricultura intensiva, es bastante improbable que en la Primera Edad del Hierro se explotasen estas pesadas y profundas tierras, debido a la rudimentaria tecnología agrícola con la que se contaba y a que estos terrenos de fondo de valle, dadas las ubicaciones de los primeros castros, son los más alejados de los poblados. Otra cuestión añadida de los fondos de valle es el tradicional problema que ha habido para controlar el régimen hídrico de los ríos, siendo frecuentes las riadas. En muchos casos este problema sólo comenzó a atajarse a partir de época moderna (Fernández Mier 1999: 38, 122-123; González Álvarez 2009: 94). Por ello podríamos ya adelantar que en muchas zonas de la

montaña cantábrica, de valles estrechos y escasos enclaves donde situar una aldea estable a media ladera, el modelo de poblamiento y de explotación del medio no varió notablemente entre las fases I y II (capítulo 4). Para el alto Navia vemos como el Castrelo de Peláu y el Chao Samartín poseen ubicaciones muy similares, aunque ya no tanto en cerros destacados como Alava sino en espolones ligeramente descolgados respecto a las cimas de las sierras aplanadas de media montaña, que facilitan los desplazamientos por las mismas desde las estribaciones de la Cordillera Cantábrica hasta la rasa costera, es decir, en direcciones sur-norte, y a una notable altitud relativa respecto a los fondos de los valles. Son espacios que facilitan el tránsito debido a su sencilla accesibilidad y gran visibilidad (Villa 2009: 310). Dichas sierras aplanadas en donde se encuentran ambos poblados es donde se sitúa el poblamiento actual y en donde existen multitud de túmulos que arrancan de época neolítica, en un espacio en donde se pudo desarrollar perfectamente tanto la ganadería como la agricultura, debido a la fertilidad de los suelos. Como hemos visto este tipo de ubicaciones las comparten la mayoría de los poblados del centro-occidente cantábrico que podemos datar con seguridad durante la fase I (fig. 3.28).

No obstante algunos autores aluden, a la hora de hablar del territorio de explotación de los castros, y en concreto respecto a las tierras agrícolas, a la cercanía de fértiles tierras de fondo de valle que permitirían buenos resultados agrícolas, desde una perspectiva que se nos presenta como bastante actualista (por ejemplo los catálogos de Fanjul 2005; Fanjul y Menéndez 2007). Sin embargo debemos tener en cuenta que la tecnología agraria de la Primera Edad del Hierro siguió siendo muy parecida a la Edad del Bronce y a la megalítica, en donde se huía de los suelos profundos y húmedos, porque aunque fértiles, están mal drenados y son muy complejos de laborear con una tecnología sustentada en layas, azadas y tardíamente en algún arado ligero. Para cultivar estos suelos hace falta arado profundo y metálico, tracción animal y drenaje de campos. Además, estas zonas están cubiertas de densos bosques. Sin embargo las zonas altas -en donde se sitúan los castros de esta fase, excepto ciertos casos costeros-, con suelos ligeros, bien drenados y texturas arenosas, son fáciles de trabajar y dan buenos rendimientos con los cereales de invierno. Por añadidura se pueden trabajar sin hacer surcos y sin drenaje (Criado 1989: 113-114). En este sentido los castros de la Primera Edad del Hierro centro-occidental cantábrica debieron tener una agricultura bastante similar a la de las etapas precedentes, puesto que sus situaciones en las zonas elevadas de sierras y cordales hacen que las tierras más próximas a éstos susceptibles de ser explotadas agrícolamente sean precisamente los suelos ligeros y en pendiente, como en la Edad del Bronce. Como hemos desarrollado ampliamente más arriba incluso

hay numerosos ejemplos de espacios en donde conviven íntimamente castros y túmulos. La contraposición entre la forma de utilización del medio y la construcción del paisaje social de las *mámoas* y los castros no es, por lo tanto, tan tajante en nuestra zona de estudio como la que se ha propuesto para Galicia (Criado 1989: 115). Por otro lado, respecto a la propiedad de las tierras que rodean a los castros y los ganados habría que pensar en que ésta sería comunal y regularmente repartida y/o gestionada por el grupo, sin que nadie tuviera una porción de tierra propia -lo que ni siquiera fue documentado en Germania por Cesar-, como es habitual en las sociedades más igualitarias (Cunliffe 1990: 334). De todos modos, al igual que en el Noroeste (Parcero y Cobas 2004: 13), aún no se ha podido documentar en ningún castro del centro-occidente cantábrico alguna estructura de almacenaje de grano cultivado y/o frutos recolectados para la fase I, más allá de ciertas vasijas de gran tamaño, como las descritas para Cantabria y que se interpretan como de almacenamiento. De todos modos, no sería raro pensar en estructuras aéreas tipo *cabaço* / hórreo, de materiales perecederos, cuyo efímero rastro arqueológico no pase de algún agujero de poste. El escaso interés científico que suelen presentar las áreas externas a los propios recintos amurallados ha hecho que de momento no hayamos podido documentar con seguridad en nuestra zona de estudio ninguna estructura agraria para la fase I -campos de cultivo, terrazas, fosos, *lynchets*, etc.- que nos permita mínimamente hablar de algún tipo de inversión de trabajo colectivo en este sentido o de algún modo de intensificación agrícola.

Respecto a los ganados deberíamos pensar también en prácticas comunales de mantenimiento de las reservas vivas, más aún si tenemos en cuenta el probable carácter parental de estos pequeños grupos que se asentaron en los primeros castros. Alguno de los castros comentados más arriba, ubicados en la alta montaña asturiana, como es Trascastru-El Castiel.lu (El L.lamardal, Somiedu), nos puede servir para hacer alguna reflexión sobre la territorialidad y el modo de producción de los castros cantábricos. Al estar situado a una gran altitud se dificultaría su dedicación agrícola, pero no la hace improbable. Es de reseñar que en las inmediaciones de este poblado se encuentran brañas vaqueiras de verano (González Álvarez 2007, 2009), y no debe ser casual que se encuentre en un puerto que sirve de paso hacia León y que aún hoy es famoso por la calidad de sus pastos. Respecto a la especialización ganadera de alguno de estos poblados, de los que se ha llegado a afirmar que sólo estarían ocupados estacionalmente, mediante una analogía cerrada con el citado grupo vaqueiro (González y Fernández-Vallés 1976; 1978), podemos decir que nos parece improbable por varios motivos. En primer lugar si asumiéramos la existencia de castros de verano y castros de invierno en ciertas zonas de la alta montaña

cantábrica no veríamos un techo altitudinal (en torno a los 1400 m.s.n.m.) a partir del cual no se documenta ningún poblado fortificado. Si el castro de alta montaña fuera sólo para pasar el verano y estuviera especializado en la ganadería éste podría haber estado situado a mucha más altura, controlando los pastos estivales directamente, pero esto no se documenta en el registro arqueológico. Por otro lado suponer un desplazamiento de los “castros de invierno” a los de “verano”, al igual que harían los vaqueiros de periodos históricos en un tipo de movimiento parecido al nómada de la Edad del Bronce supone omitir la fragmentación política y territorial que supuso la Edad del Hierro, y la complejidad de atravesar unos territorios que ahora surgen y se defienden por sus “legítimos propietarios”. Además ¿tendría sentido invertir tanto trabajo colectivo en las defensas de cada poblado para luego dejarlo abandonado la mitad del año? Sobre ello volveremos más adelante. En general los castros de esta zona de alta montaña fronteriza con León, que nos está sirviendo de modelo, están en espolones y cuellos que los separan de las sierras, tienen un amplio control visual de los corredores naturales, de los otros asentamientos y de los espacios de dedicación agrícola, con la característica de que los espacios de dedicación preferentemente ganadera, como son los pastos de altura, en torno a la mitad de los casos no se controla visualmente puesto que se ubican en la parte alta de las sierras donde se asientan. En las inmediaciones de los castros suele haber tierras pardas, redsinas pardas y, a veces, terra fusca, siendo las dos primeras buenas para pastos y praderías, aunque también son cultivables (Fernández Mier 1999: 168-169; González Álvarez 2009), como dijimos para el caso de Alava.

Las ubicaciones de los castros en la fase I, en los espigones y cerros destacados de las sierras, a media ladera de éstas, entre las tierras de monte y el labradío, y controlando los caminos que suben a sus partes más altas, que son zonas de tradicional uso ganadero y en donde se suele desarrollar el fenómeno tumular, nos indica la importancia que siguió teniendo el movimiento de ganado en aquellos primeros poblados, porque como vimos, los datos de los restos faunísticos son muy escuetos en este sentido. Es bastante probable que los espacios libres de estructuras domésticas de los castros fueran utilizados para estabular el ganado por la noche, mientras que los terrenos aledaños se utilizarían de día. La orografía cantábrica ofrece muchas sierras interiores con pastos estivales, incluso a pocos kilómetros de la costa, como vimos para el caso del Cuera, de las sierras que rodean Xixón/Gijón o de Peña Cabarga, lo que evita tener que desplazarse a los puertos con León o Castilla para conseguir pastos frescos. Las economías donde la ganadería tiene cierto peso, como son las cantábricas desde los tiempos megalíticos y continúan siéndolo durante la Edad del Hierro, necesitan el movimiento





**Figura 3.29:** diferentes tipos de movilidad pastoril subactual en la Cordillera Cantábrica: izquierda, ovejas merinas procedentes de Extremadura en dirección a los puertos cantábricos atravesando la Vega del Rebezo (Babia, León) (en Lombardía y López Álvarez 2003); derecha, pastor subiendo vacas al puerto, en Cangues d'Onís (en García Martínez 2003).

del ganado, no sólo para mantener la alimentación del ganado sino para conseguir que ésta sea de la mayor calidad posible. Más aún si las cabañas ganaderas se nutren principalmente de vacas, ya que éstas, aunque son una buena inversión por su producción de lácteos y fuerza de trabajo, necesitan bastante alimento. Ello se consigue llevando a los animales a donde los pastos tienen la mejor calidad, algo que en la zona cantábrica es relativamente sencillo debido a que la abrupta orografía hace que éstos maduren escalonadamente y que en un corto recorrido se tenga acceso a variados recursos, máxime cuando en verano los pastos de los terrenos más bajos se agostan, lo que tradicionalmente obligaba a los pastores a subir a los “puertos”, “brañas” y “majadas” (Izquierdo y Barrena 2006: 83-85). Se ha planteado que en estos desplazamientos en la Edad del Hierro no se movería toda la comunidad sino sólo una parte y, puede, que sólo integrada por hombres (Torres 2003b: 178-182), aunque esto último no pasa de ser una mera suposición. Para otros también hubo movimientos ganaderos de forma casi segura en la zona central cantábrica, pero, por las noticias de las fuentes clásicas, serían las mujeres las que se encargarían del ganado, excepto precisamente de la trashumancia y de la doma (Peralta 2003: 102-103) (fig. 3.29).

Al margen de estas disquisiciones lo que sí parece claro es que en los primeros castros cantábricos, al margen de darse una primera sedentarización generalizada de la población, continuó habiendo algún tipo de movimiento ganadero especializado, seguramente en relación al exigente ganado vacuno, continuando en cierta medida los patrones de movimiento de la Edad del Bronce, aunque la diferencia fundamental con respecto al período previo residiría en que ahora ya no se desplazaría toda la comunidad. La escasez de pastos, especialmente de invierno en los alrededores de los castros, sería un problema acuciante, tal como ha sido la tónica general en el mundo cantábrico tradicional prácticamente hasta nuestros días, más aún si tenemos

en cuenta, como hemos dicho, que las técnicas agrarias de tala y roza consumen una gran cantidad de terreno y que sólo se podrían utilizar como pasto aquellos campos que quedasen en barbecho. La subida con el ganado al monte a partir de primavera debió de ser una constante entre aquellos grupos, por muy pocas cabezas de ganado que tuvieran. Las ubicaciones al pie o junto a estas sierras y en los lugares claves de acceso a las mismas serían datos indicativos de dicha preocupación de tipo pastoril. Es bastante probable, al igual que se ha propuesto para el mundo soteño, que los movimientos ganaderos ya no sean de toda la comunidad, en el sentido del nomadismo que definíamos en el capítulo anterior, sino que ahora se de un pastoreo especializado, no en el sentido de que todo el peso socioeconómico pase a centrarse en la ganadería (Gilbert 1983: 106), ya que la agricultura, como hemos visto, creció y se diversificó, además de ser raros los ejemplos antropológicos en los que no se combinen de algún modo ambas estrategias (Levy 1983: 16), sino en el de movimientos ganaderos que pasan a ser especializados porque sólo una parte del grupo lleva el ganado a los pastos estivales (Ruiz Gálvez 1998: 114, 229). Sin que por el momento tengamos ninguna prueba para asegurar si los responsables de estos movimientos transterminantes eran hombres, mujeres u hombres y mujeres, o especialistas, aunque esto último nos parece ciertamente improbable dadas las características sociales básicas de aquellos grupos. Como veremos en el siguiente apartado las ubicaciones de los primeros castros, a los pies de sierras aptas para la explotación ganadera estival, como entre otras causas demuestran los abundantes túmulos presentes en muchas de ellas, son las muestras más evidentes del mencionado movimiento ganadero en los meses cálidos. Pese a no conocerse campamentos estacionales de la Edad del Hierro en estas brañas de las cimas de las sierras donde abundan los túmulos y megalitos junto a los chozos de pastores subactuales, básicamente por una falta de investigación de los mismos (González

Álvarez 2009: 113-118), lo que sí estaríamos en condiciones de proponer, a partir de la localización de los poblados con respecto a las sierras, es que aquellos movimientos en muchos casos serían de radio corto, puede que no superior a los 10 Km. y que, al contrario que en muchos de los movimientos ganaderos de la Edad del Hierro británica (Hill 1995: 62), éstos no se dieron para explotar zonas hasta el momento marginales, sino siguiendo la explotación de pastos abiertos desde tiempos megalíticos.

Por ello podríamos plantear que en las incipientes territorializaciones castreñas, debido a las ubicaciones que venimos manejando, y con la intención de disponer de abundantes tierras de suelos ligeros para la agricultura cerealista de tala y roza, así como pastos de altura para la presunta especialización en ganado bovino de aquellas gentes, se controlarían franjas de terreno que abarcarían los terrenos inmediatos a los poblados, en los que habría una actividad agrícola de tipo extensivo y no sabemos hasta que punto obras infraestructurales en este sentido, como terrazas, aunque seguramente sí formas desencadenadas por la actividad recurrente tipo *lynchets*. Esas franjas de terreno tendrían mayor o menor anchura según la densidad de poblados de cada momento, aunque en la fase I la densidad es baja y se necesitarían suficientes espacios debido al sistema de tala y roza, por lo que se puede presuponer que tendrían dimensiones grandes. Esos territorios irían ascendiendo por las sierras hasta llegar a zonas de majadas, brañas, pastos y camperas. Es precisamente en estas zonas altas donde mayor contacto habría con otros grupos que también subirían con sus ganados desde las otras faldas y hombros de las mismas sierras y aledaños. Ello no es óbice para que se fuera ganando con el tiempo la “propiedad” de ciertas brañas por cada comunidad castreña. Habrá que imaginar exiguas estructuras, como las cabañas castreñas, en aquellas majadas, a modo de chozos de pastor, en donde los/las responsables de subir el ganado pasarían el estío. Una de las principales diferencias que podríamos marcar con respecto al Noroeste, pese a los escasos datos que manejamos, pero que la orografía cantábrica y la localización de los yacimientos parecen brindar, es el mayor peso que debió tener la ganadería, especialmente la de bóvidos, durante la Edad del Hierro.

### **El modo de producción castreño.**

Ha sido frecuente a la hora de hablar de la economía castreña una visión peyorativa que se fundamenta en los textos estrabonianos y que se ha repetido acríticamente pese a la creciente información arqueológica que ofrecen las excavaciones y los estudios de poblamiento castreño. “Agricultura y horticultura escasamente desarrollada”, “poblaciones eminentemente pastoriles” o el escaso peso del sector

agropecuario, son algunas de las ideas más repetidas a la hora de hablar de la economía castreña en la zona cantábrica (por ejemplo Santos 1984: 59-60). Otros han introducido una perspectiva materialista histórica aplicada mecánicamente a la “cultura castreña astur”, en donde la fuerza de trabajo se basaría en la cooperación, tanto para la caza-pesca, como para la agricultura, ganadería, recolección y artesanías, y en donde la superestructura política es la sociedad tribal gentilicia. Se daría una explotación *sui generis* del territorio, en donde primaría la autosuficiencia y la equidad, y en donde a principios de la Edad del Hierro se desarrollaría la reciprocidad, la gestión familiar y la redistribución, terminando todo ello con la conquista romana (Gómez Tabanera 1975: 571-577 y cuadro 1; 1980: 103). Se trata de un modelo presentista e hipotético que no tiene ninguna conexión con la cultura material ni con el paisaje, aunque a su favor posee el hecho de intentar el estudio de las formaciones económicas castreñas al margen del modelo estatal, al contrario que en otros casos en donde se ha usado el aparentemente neutro concepto de “sociedades campesinas” y aplicado sobre los castros más *sui generis* del ámbito castreño del Noroeste, como son los del suroeste de la provincia de León y que, no obstante, se pretenden fijar como patrón para las prácticas económicas agropecuarias de la Edad del Hierro en toda esta vasta región (Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1998). De hecho para algunos el mundo castreño, al igual que sus precedentes, aún no puede definirse como *campesinado* ya que aún no se ha desarrollado del todo la relación activa, domesticadora, con el espacio natural, ni la especialización ni división social del trabajo que suele acompañar a aquella actitud (Criado 1993: 27). La racionalidad productiva doméstica y la actitud activa con el paisaje no se desarrollarán, por tanto, en la zona atlántica hasta avanzada la Edad del Hierro, como denota la alta movilidad previa, la continuación de prácticas cazadoras-recolectoras, etc. Pero ello no quiere decir que lo que hubo antes fue un *continuum* del pensamiento salvaje, ya que el mundo megalítico habría supuesto un cambio de sistema imaginario (Ibid.: 30).

A favor del concepto de *campesinado* para la Prehistoria reciente peninsular, desde una perspectiva marxista más desarrollada, se encuentran algunos trabajos de Juan Vicent. El modo de vida campesino puede definirse como “la variedad de formas de producción, de existencia individual y social, y de interacción de la sociedad con el medio basadas en la vinculación permanente de los productores primarios a sus medios de producción agraria” (Wolf en Vicent 1991: 51), aunque cambie el estatuto jurídico de esta vinculación. La vinculación entre el productor y la tierra reside en su inversión de trabajo social en transformarla en medio de producción, “esta inversión llega a ser lo suficientemente grande como para que el

coste de su abandono sea mayor que la realización de nuevas inversiones para mantener la producción o para asegurar su acceso al trabajo ya inmovilizado” (Vicent 1991: 52). Uno de los rasgos de aquella revolución neolítica fue el de prevenir los riesgos invirtiendo más trabajo y haciéndolo en los procesos de resultados más predecibles, complicando los sistemas de gestión de recursos y adoptando soluciones parciales, como el establecimiento de reservas. Como consecuencia, se redujo el radio de movilidad de los grupos, produciéndose un acantonamiento, y se invirtió trabajo de rendimiento diferido, lo que encuentra en la agricultura su máxima expresión (Ibid.: 44-45). Vemos por lo tanto como desde una perspectiva materialista histórica también se corrobora lo que apuntábamos en el capítulo 2, y es que el estudio de la movilidad espacial de los grupos es fundamental para la caracterización social de los mismos. La reducción de la movilidad tiene claras consecuencias sociales, ya que se necesita más que nunca, para la reproducción social y biológica de los grupos, la reciprocidad negativa con otras comunidades y las prácticas exogámicas que también pudieran haberse originado en los albores del Neolítico. Dentro de estas características generales que la Edad del Hierro cantábrica heredaría del Neolítico seguramente habría que hablar del almacenamiento, como medio para garantizar la reproducción de los ciclos económicos a través de la apropiación permanente de recursos, aunque no tengamos en el norte peninsular datos clarificadores al respecto, como ya vimos. En ningún caso hay en el registro cantábrico indicios de excedentes agropecuarios que permitieran una diferenciación y explotación de tipo sistemático de unos individuos por otros en aquellas pequeñas comunidades. Tampoco se observa en el registro arqueográfico una jerarquización de tamaños o funcionalidades de unidades de ocupación dentro de un poblado o entre poblados, que también pudiera hacer que nos planteáramos tales desigualdades estructurales. Sin embargo sabemos por modelos antropológicos que la explotación fundamentada en el parentesco es sutil y no sistemática, en donde el clientelismo y la violencia pueden estar interviniendo (Gilman en Parceró 2003: 272), esta vez sí dejando huella en el registro arqueológico, como veremos.

Por otro lado podríamos hablar de la segmentación, tanto por sexo como por edad, como lógica interna del grupo a la hora de dividirse como medio para dirimir ciertos conflictos internos. En cuanto a la relación externa, intergrupala, aunque deberíamos añadir que también se trata de una cuestión de *doxa* social, de *ethos*, y por lo tanto interna, habría que hablar de la territorialización, que supone una apropiación de medios de producción (tierra y trabajo), porque condiciona el acceso a la tierra a la pertenencia al grupo, que ha de definirse de modo permanente, para lo que puede que se utilizara la

sociedad de linajes. Debemos tener en cuenta que también el parentesco, y no sólo las clases sociales, puede vehicular relaciones de explotación. Además nacería la propiedad comunitaria de la tierra (apropiación patrimonial), a la par que se desarrolla un marco de categorías sociales que haga posible pensarla. También se ha dicho que la clave analítica del proceso de formación de sociedades campesinas en el Neolítico es la contradicción entre ambas estrategias de obtener seguridad a largo plazo (alianzas externas *versus* intensificación agraria) (Vicent 1992: 48-49; 1998: 828-830, 833).

La Edad del Hierro inaugurada por los primeros castros puede entenderse, en un sentido económico y con las pertinentes críticas al modelo de campesinado, originado para estudiar sociedades estatales (ver capítulo 4), como un escalón más en la consolidación del modo de vida “campesino”, cuyas características arrancaron en los albores del Neolítico. Desde luego nuestra zona de estudio no puede servir para justificar el paso de una economía premoderna basada en el regalo y la reciprocidad típica de la Edad del Bronce a una economía de mercado moderna caracterizada por mercados, ciudades, producción artesanal especializada, acuñación de moneda, etc. considerada como la arquetípica de la Edad del Hierro (Rowlands 1994: 1), ya que el centro-occidente cantábrico, como vimos, no puede considerarse una región que comparta las grandes tendencias de la Europa occidental, ya que ni siquiera siendo una región costera participó del Bronce Final Atlántico, en el sentido más normativista del concepto, con las relaciones a larga distancia y el intercambio generalizado entre las elites que conllevaba. Tampoco en los siglos previos a la conquista romana desarrolló los rasgos de una economía de mercado que algunos buscan de modo general para la Europa templada, con el peligro teórico y metodológico que supone esa supuesta identificación entre las últimas fases de la Edad del Hierro y las primeras del capitalismo (Ostoja-Zagorski 1994: 93). Precisamente son las tierras del norte de la Meseta y de la zona bracarense las que sí que caben, en cierta medida, en un esquema general de economías complejas redistributivas y con explotación social, mientras que la zona cantábrica, al igual que ya argumentamos para el Bronce Final, se mantuvo en unas formas económicas no más primitivas sino más reacias al cambio, menos orientadas a los intercambios de largo alcance y más a la reciprocidad entre grupos vecinos, y vinculadas a unos movimientos ganaderos que continuaron desarrollándose, al igual que en la Edad del Bronce, aunque ya de radio mucho más corto y con el trascendental cambio que supuso a nivel social el origen de la sedentarización y de la territorialización. Es muy probable que en muchos de estos grupos la riqueza y la competitividad social se midiera de forma colectiva (a nivel de castro) en

función del número de cabezas de ganado (bovino, principalmente).

Aunque, como vimos más arriba, los datos arqueológicos que nos permitan interpretar la economía y la caracterización del modo de producción de la Primera Edad del Hierro del centro-occidente cantábrico son escasos, especialmente en temas claves como es el almacenamiento, sí es posible extraer la conclusión de que no hubo un cambio económico significativo entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro sino más bien una intensificación de los rasgos del modo de producción previo en el que se hallaban esas sociedades desde la revolución neolítica, especialmente en lo que se refiere al acantonamiento, la reducción de movilidad evidente que denota el origen de los primeros poblados estables, aunque, como veremos en el siguiente apartado, no fue un cambio drástico, ya que se mantuvo cierto nomadismo (en el sentido desarrollado en el capítulo 2) en la forma de un pastoreo especializado, que, ya bajo formas estatales y en las diferentes situaciones históricas concretas, podemos hacer llegar en la zona cantábrica hasta el s. XX. Desde una perspectiva de tiempos largos la movilidad nómada la podemos entender como un mecanismo social que históricamente ha frenado las peores consecuencias sociales de la sedentarización total y del modo de producción tributario, ya a partir de la conquista romana en nuestro ámbito de estudio. La movilidad social de base ganadera no sigue un modelo de evolucionismo unilineal en el que el radio de acción se recorta con el tiempo hasta la sedentarización social definitiva, sino que según la coyuntura histórica puede volver a desarrollarse, incluso como medio político para evitar la explotación social, que es lo que parece estar detrás de los movimientos de largo radio de los primeros grupos *vaqueiros* en la Alta Edad Media asturiana, con los que poder huir del control de los grandes señores eclesiásticos (García Martínez 1988).

El modo de producción en el que debemos entender a los primeros castros, al igual que a las sociedades de la Edad del Bronce, debe caracterizarse por no ser ni tributario ni de clase, vinculado por lo tanto al parentesco, pero diferente tanto al modo comunal típico de los cazadores-recolectores, como al tributario vinculado a la formación de los estados, por lo que el término “campesino” debería rechazarse para su caracterización ya que es un concepto que implica una explotación, una relación de desigualdad, especialmente dentro de un marco estatal (Wolf 1982; Clastres y Shanin en Parcero 2003: 270-271). De todos modos el primer paisaje castreño está poniendo de manifiesto que algo ha cambiado en la relación entre los grupos y la naturaleza y de los grupos entre sí. Si para la Edad del Bronce las prácticas ganaderas extensivas y el nomadismo residencial nos hacen pensar en una reciprocidad intergrupal, lo que podemos asociar a “sociedades primitivas”,

controladas por procesos sociales y productivos simples, y en donde la producción se basa en el trabajo y no en la tierra, en donde la relación con esta no tiene que ser alterada para obtener productos, por lo que no hay lazos con la tierra, no hay apropiación ni exclusión, la tierra aún no es un territorio. Estas sociedades, como son las que presuponemos para la Edad del Bronce cantábrico, están organizadas sobre el trabajo colectivo y la reciprocidad interna, bajo el control del parentesco clasificatorio, en donde los problemas se pueden resolver mediante la fragmentación -segmentación- del grupo (en Parcero 2003: 270). Pero el paso a economías productivas conlleva un cambio, en donde la agricultura es ya un sistema productivo de beneficios diferidos, en donde es necesario atarse a la tierra hasta que los productos se cosechen. Ello implica cierto grado de reciprocidad negativa y de apropiación de la tierra, lo que excluye a “los otros” del terreno que se considera propio. El parentesco seguiría regulando tales accesos y prescripciones, pero ahora funciona genealógicamente, para garantizar que nadie de fuera del grupo tenga acceso a la tierra (Ibid.), lo que *a priori* parece ser una situación que encaja bien con el primer paisaje castreño cantábrico que hemos definido, con el anclaje y reivindicación por parte de cada castro de un territorio, y con la doble cosecha de cereal al año que presuponemos comenzó a darse a partir de la Edad del Hierro. Por todo ello si el Modo Tributario de Producción es la negación de la negación del modo de producción primitivo o comunismo primitivo (Vicent 1998: 832) o monimso (Kautsky en Galcerán 1997: xv, 394, 414-6), el modo de producción de las sociedades castreñas en la Primera Edad del Hierro se encuentra, por lo tanto, en la primera de estas negaciones. Desde una perspectiva evolucionista y usando la nomenclatura clásica de Service, las comunidades humanas residentes en los primeros castros, gracias a los datos con los que contamos actualmente, entrarían dentro de los que se ha definido tradicionalmente como “tribus”, en donde la producción se basa en algún tipo de combinación de caza-recolección, cultivos extensivos (con sistemas de tala y quema) y cría de ganado. Los grupos corporativos se organizan sobre el parentesco (clanes o linajes) y poseen un territorio común que defienden colectivamente, ya que la explotación de éste puede sostener al grupo a largo plazo (Gilman 1997: 83-86). Aplicando los conceptos del materialismo-histórico al caso concreto del sector castreño se ha dicho que el castro se caracterizaría por la autosuficiencia y por la ausencia de prácticas orientadas a generar un excedente que sobrepase los niveles de autosuficiencia (Sastre 2002: 215, 221). Las sociedades castreñas serían, por lo tanto, sociedades agrarias segmentarias, sin clases sociales, pero sí con complejidad y desigualdades, en donde la organización de la producción tiende a la subproducción. Se trataría de una estructura económica antisuperavit y en donde

los avances de la producción se fijan por las necesidades de la reproducción social y la acumulación no tiene un significado económico. Si el mínimo cultural es atendido la casa o grupo, entendido como unidad productiva, producirá menos y menos. Estas formas económicas pueden ser muy variadas y cambiar mucho de una sociedad a otra, pero podrían meterse, no obstante, dentro del “modo de producción doméstico” (MPD) de Sahlins, en donde el principal cambio no se da en la base tecnológica sino en la relación con la naturaleza (Ibid: 228), como veremos en el siguiente apartado. Puede haber algún caso de familias que reclamen para si mismas ciertas parcelas de cultivo, productos excedentes o fuerza de trabajo convertida en productos de valor, y suele haber personas que dirigen las labores productivas, pero el carácter sencillo, directo y no intensivo del sistema de producción impide que tales dirigentes exploten a sus dirigidos, ya que éstos siempre pueden dividir al grupo y formar una nueva comunidad (Gilman 1997: 83-86), en nuestro caso un nuevo castro.

No obstante generalizar de este modo no sería apropiado sobre todo cuando hemos visto la diversidad de formaciones socioeconómicas y complejidad social durante el Bronce Final en el cuadrante noroeste de la Península (capítulo 3). En este sentido podría circunscribirse de un modo más adecuado el concepto de sociedad segmentaria al ámbito centro-occidental cantábrico que al sector leonés en donde, precisamente, se ha utilizado. De todos modos aunque para la zona centro-occidental cantábrica debemos matizar que aunque reconozcamos el fuerte peso que entre los castros cantábricos tuvo el *ethos* comunal hasta prácticamente la conquista romana no por ello creemos que haya que vincularlos al concepto de sociedad segmentaria (Sastre 2001: 57), ya que éste no es del todo correcto para definir a los grupos castreños (capítulo 4), a no ser que tan sólo lo utilicemos para definir el modo en el que se resuelven los conflictos sociales, mediante la “segmentación” del grupo y la construcción de un nuevo castro, como vimos más arriba, ya que el concepto de sociedades segmentarias suele utilizarse para grupos fuertemente igualitarios, como los cazadores-recolectores u otro tipo de grupos productores de alimentos también organizados en pequeñas comunidades. Como veremos, pese a la aparente igualdad de estas primeras comunidades castreñas y la no producción de excedentes, la Edad del Hierro supuso el desarrollo de diferentes tensiones y desigualdades intra e intercomunitarias, es decir, de distintas formas sociales de explotación. Por ello César Parcero (2003: 271-272) para el Noroeste ha definido el modo de producción de este primer momento castreño como Modo de Producción Germánico (MPG), lo que implicaría que pensáramos que la propiedad de la tierra no la detentaría el grupo, la comunidad, sino las familias que lo componen. En el

MPG cabe esperar algún tipo de explotación, que de todos modos no es sistemática y está circunscrita al ámbito del parentesco, ya que las familias están organizadas jerárquicamente, pero que se ampara en la estructura supuestamente igualitaria del grupo. Esta explotación no se centra en derechos sobre el uso de la tierra sino en ciertas reclamaciones sobre la producción, debido a ciertos compromisos recíprocos entre las familias. Las sociedades con MPG siguen fundamentadas en el parentesco genealógico, y la desigualdad social se organiza bajo el esquema de los clanes cónicos. Los fuertes vínculos entre las unidades familiares y la tierra parten de la manipulación de las relaciones sociales en donde se asumen ciertas formas de explotación limitada. Se trata de una trampa agraria que conlleva una trampa social, puesto que para que el intercambio desigual funcione ha de aparecer algún tipo de violencia y el clientelismo, que pueden ser latentes y ocasionales, y no sistemáticas, y la violencia no tiene porque ser física sino sólo intimidatoria. El clientelismo fundamentado en el parentesco puede hacer que un conjunto de individuos imponga el control sobre el grupo, como respuesta a un sistema de intercambio restringido de excedentes. Una serie de indicadores arqueológicos podrían hacernos pensar en el MPG (Gilman en Parcero 2003: 272): la totalidad de los elementos para la producción y supervivencia de cada unidad familiar están conectados en su espacio doméstico; el modelo de poblamiento se diseña para el control de diferentes recursos estratégicos de la producción, sin que haya diferencias de tamaños relevantes entre los poblados; las condiciones defensivas de los asentamientos devienen en una reciprocidad intergrupala negativa; existen símbolos externos de exhibición de la desigualdad social, como pueden ser ciertos objetos metálicos; hay una creciente importancia de los signos de militarismo, que son frecuentemente monumentales. Pese a que en el primer paisaje castreño hay rasgos evidentes que encajan en el modelo del MPG, como es la reciprocidad negativa entre las distintas comunidades pasando a una situación de tensión y competitividad entre ellas desconocida en la Edad del Bronce o la monumentalización de la violencia en la propia arquitectura defensiva del castro, hay otros rasgos que nos hacen dudar de su aplicabilidad para la fase I como es el pequeño tamaño de las comunidades y la ausencia de evidencias de tensión entre las familias y la comunidad, la perpetuación de un modelo agropecuario en el que aún la movilidad en la forma de pastoreo especializado siguió teniendo gran importancia.

En esta línea Alfredo González Ruibal (2003a: 182) mejor que de sociedades segmentarias o de Modo Germánico de Producción para la fase I del Noroeste habla de sociedades comunales, en donde “una sociedad comunal existe cuando grupos sociales constituyentes poseen en común los medios de

producción -tierra, caza, plantas, pescado, herramientas, conocimiento tecnológico, y otros recursos necesarios para sustentar la vida-. Sería un error, sin embargo, asumir que porque la producción es comunal, los elementos de diferenciación de riqueza y poder entre grupos de interés... no existen", ya que "la igualdad agraria no tiene que generar necesariamente igualdad política" (McGuire y Saitta; y Morris en González Ruibal 2003a: 182). Hill (1995b: 51), por su parte, propone tres modos de producción posibles para la Protohistoria británica: 1) Las unidades domésticas individuales controlan los medios de producción; 2) La propiedad, etc. la posee un determinado linaje o clan; 3) La comunidad controla los medios de producción, el acceso a los recursos y distribuye el excedente dependiendo del género y rango. González Ruibal (2003a: 182) considera que el tercer modelo es el que mejor se ajusta al registro material del Noroeste en la Primera Edad del Hierro, mientras que el segundo modelo encajaría con la apropiación de los medios de producción de capital económico y simbólico de los linajes del Bronce Final en la zona bracarense, y el primer modelo, con matices, sería hacia lo que se acercan las formaciones sociales castreñas durante la Segunda Edad del Hierro. En líneas generales el tercer modelo encajaría con el Modo de Producción Doméstico y el primero con el Modo de Producción Germánico. Creemos que en el caso cantábrico debemos asumir el tercer modelo como el propio de la fase I, mientras que la tensión entre las distintas familias que componen cada comunidad castreña y la comunidad misma serán rasgos que comenzarán a atisbarse durante la fase II (capítulo 4). En ningún caso en el ámbito castreño cantábrico se llegaría a entrar, ni siquiera a finales del primer milenio a.C., en el Modo de Producción Tributario (MPT), puesto que en la zona cantábrica este proceso histórico sólo acontecerá tras la conquista romana, no como en la Submeseta Norte, con MPT en los *oppida* de la Segunda Edad del Hierro, en los que es posible documentar fuertes procesos de explotación social y de desigualdad, tanto de clase como de género, dentro de cada grupo.

En este sentido la Primera Edad del Hierro en la zona centro-occidental cantábrica no supuso un tajante cambio económico respecto a los periodos precedentes, sino un desarrollo del proceso de producción en el paisaje, en donde la tensión entre la cooperación intergrupal y el anclaje a la tierra cedió en favor de la segunda, por lo que comenzó a darse una paulatina apropiación de la misma, que se empieza a ver como instrumento de producción, y empezaron a desarrollarse mecanismos que garantizaran el acceso exclusivo del grupo a la tierra, lo que podría relacionarse, como hemos mencionado, con una implantación de un modelo genealógico de parentesco (Sastre 2002: 229). No hay que descartar, no obstante, que este proceso hubiera empezado ya bastante

tiempo atrás de la Edad del Hierro y que sea en este momento en el que lo veamos arqueológicamente implantado. Los poblados del Bronce Final con silos de almacenamiento de grano en el Noroeste podrían indicar que ya se estaba en una fase de intensificación agraria, aunque de momento el fundamental proceso de sedentarización no se había dado (Parcero 2003: 286). Por lo tanto, llamemos al modo de producción de las sociedades castreñas de la fase I modo de producción doméstico, negación del comunismo primitivo o sociedad comunal, una de las conclusiones que podemos obtener es que no supuso un cambio significativo respecto al modo de producción de la Edad del Bronce, pudiéndose explicar incluso como una intensificación de los rasgos originados en la Revolución Neolítica. Si repasamos los datos cantábricos para el Primer Hierro podemos ver que: la alta movilidad espacial no se había perdido del todo, aunque ya seguramente dentro de un tipo de nomadismo o movilidad ganadera que hemos definido como pastoreo especializado; las tierras agrícolas que se valoraron siguieron siendo las mismas que en la época precedente (ligeras, poco profundas y en ladera), puesto que primaban las ubicaciones conspicuas de los nuevos poblados; no hay testimonios de intensificación agraria en la forma de excedentes (silos, almacenes, etc.); los castros, dentro de su lógica situacional por legitimar los incipientes territorios mediante la implantación de un poblado estable y fortificado en un sitio altamente visible y de fácil defensa siguen vinculados a pastos de altura o a los caminos de acceso a los mismos, por lo que se demuestra que la ganadería siguió siendo de vital importancia económica y social. Ello no quita para que la creciente territorialización que acompaña al proceso de creación de poblados estables y a la reducción de la movilidad espacial, el creciente desarrollo de la actividad agraria que se deduce de la mayor variedad de plantas cultivadas y de la doble cosecha de cereal al año -aunque todavía no tengamos evidencias de mijo fuera de la costa- o la especialización ganadera en bóvidos, a lo que añadimos el presumible crecimiento demográfico de los grupos castreños y de las tensiones entre las familias que componen cada comunidad castreña, lleven a ciertos cambios en el modo de producción durante la Segunda Edad del Hierro, asumiéndose ciertos rasgos de lo que se ha definido más arriba como Modo Germánico de Producción, pero sin que pueda ser definido como tal ni su organización social como "sociedad heroica", que supuestamente sería el correlato antropológico de tal sistema económico (Parcero 2003: 272. 289). Arqueológicamente estos cambios serán visibles en el área cantábrica en las ampliaciones de los caseríos ya desde la fase I c, en las diferencias formales y de tamaño de ciertas unidades de ocupación y en el desarrollo de nuevos tipos de trabajos colectivos en relación a las defensas, pero que seguramente ya se

organizaron a nivel familiar, como son las murallas de módulos (capítulo 4).

Por todo lo dicho observamos un panorama en el primer paisaje castreño cantábrico que difiere en cierta medida de los propuesto para el Noroeste ya que ni observamos tal anclaje definitivo al territorio, quedando aún buenas dosis de movilidad ganadera, ni evidencias de excedentes o de una intensificación agraria *sensu stricto* que pueda hacernos pensar en una explotación social fundamentada en la producción, por muy poco sistemática y sujeta a las prescripciones de parentesco que esté. Ello no quiere decir que detrás de los primeros castros no hubiera formas de desigualdad social, por mucho que se intentaran maquillar tras prácticas y discursos comunales. Por todo ello para poder completar el modelo explicativo del surgimiento de los castros hay que recurrir a otros tipos de capitales manejados por el segmento social que se benefició y promocionó tal situación, y por el cuerpo político en general, como es el capital social y el simbólico, y no tanto el económico, y a la caracterización del paso a un *ethos* social caracterizado por la tensión entre el igualitarismo social y el intento de acumular poder por parte de ciertos individuos y/o familias. Como veremos uno de los mecanismos para evitar o camuflar la diferenciación social por parte de ciertos personajes carismáticos, guerreros o elites entendidas en el sentido más laxo del término, fue reinvertir los “excedentes sociales” en la propia territorialización que suponen los primeros poblados estables, con todas las actividades agropecuarias de acondicionamiento y preparación que conllevaría, realizadas comunalmente, así como en las obras colectivas para las defensas y para el acondicionamiento del espacio de hábitat. Todo ello refuerza la tensión social y violencia latente respecto a otras comunidades castreñas, a las que se les impedirá el acceso a las tierras y recursos que se controlan. Además, se intensifica en estos primeros momentos una actividad ritual que, heredera del periodo anterior, ahora pasa a desarrollarse principalmente dentro de los propios poblados o en sus límites físicos, en la forma de depósitos bronceos. Podríamos aludir aquí al antropólogo francés Pierre Clastres (1978) que entiende que para las “sociedades primitivas”, que serían todas aquellas no estatales, no es posible aplicar la categorización clásica marxista ya que en sociedades en donde la infraestructura económica y la tecnología agropecuaria es prácticamente idéntica, como por ejemplo el caso cantábrico durante el final de la Edad del Bronce y Primera Edad del Hierro, pueden, sin embargo, poseer superestructuras ideológicas bien dispares. Por lo tanto la fase I b en el sector centro-occidental cantábrico se caracterizó precisamente más por ser un cambio cultural en un sentido ideológico e identitario que por un cambio de tipo económico, que en este sentido quizás fue más consecuencia que causa

del primer paisaje castreño, como desarrollaremos más abajo.

### 3.4 LA MATERIALIDAD DE UN NUEVO *ETHOS*.

#### Estructuras defensivas.

“La arquitectura medieval (...) está cargada de una función política, es un signo ideológico. Lo «construido» es uno de los atributos del poder, un poderoso instrumento de segregación social y de orden político. [...] Hay que descifrar la función política de las estructuras en que se nos encajona: torres, autopistas, espacios «verdes» (inactivos), barrios residenciales, supermercados extramuros...” (Chesneaux 1981: 69). Como hemos visto más arriba lo que caracteriza a la Primera Edad del Hierro cantábrica es la aparición de un nuevo tipo de aldea que se diferencia de las anteriores no tanto por la arquitectura doméstica o por su carácter conspicuo, seguramente ya ensayado en ciertos momentos de la Edad del Bronce (capítulo 2), sino por su carácter permanente y por estar definidas, y a su vez defendidas y separadas físicamente del entorno, mediante potentes defensas, tanto en la forma de murallas de piedra, de taludes, de empalizadas de madera, como mediante fosos. Sin menospreciar una más que obvia función defensiva, que trataremos también, y en clara relación con ella, lo que pretendemos en este apartado es preguntarnos por la “función política” de unas defensas que aparecen por vez primera en la historia del centro-occidente cantábrico y que podemos entender como los mejores ejemplos materiales del cambio cultural que se produjo. Además, también son las principales representantes de la monumentalidad de este momento, entendida ésta como “... la plasmación material de determinadas formas de ser y estar en el mundo por parte de grupos humanos que se hacen presentes en el espacio de modo intencional, conspicuo y más o menos perdurable”. Dicha monumentalidad se define por la visibilidad espacial y por la visibilidad temporal, y ello es fundamental a la hora de estudiar el mundo castreño ya que todos los poblados poseen monumentalidad desde el momento en el que se levantan sus defensas y éstas, por añadidura, suman su monumentalidad construida a la monumentalidad natural de los lugares escogidos. Y deviene en fundamental en la caracterización cultural del periodo ya que no se conocen otras formas monumentales, como pueden ser las funerarias de los momentos previos, ni otro tipo de poblados, como las aldeas abiertas, que también son las que caracterizan a los momentos inmediatamente anteriores a la fase I b. La monumentalidad especialmente de los primeros castros se consiguió, como en parte ya hemos visto, conjugando estructuras artificiales (las defensas en si),



con los emplazamientos fisiográficos (visibilidad, altitud relativa, carácter conspicuo del asentamiento) y los elementos naturales (tales como rocas, afloramientos, etc.) (Parcero 2005b: 15-17).

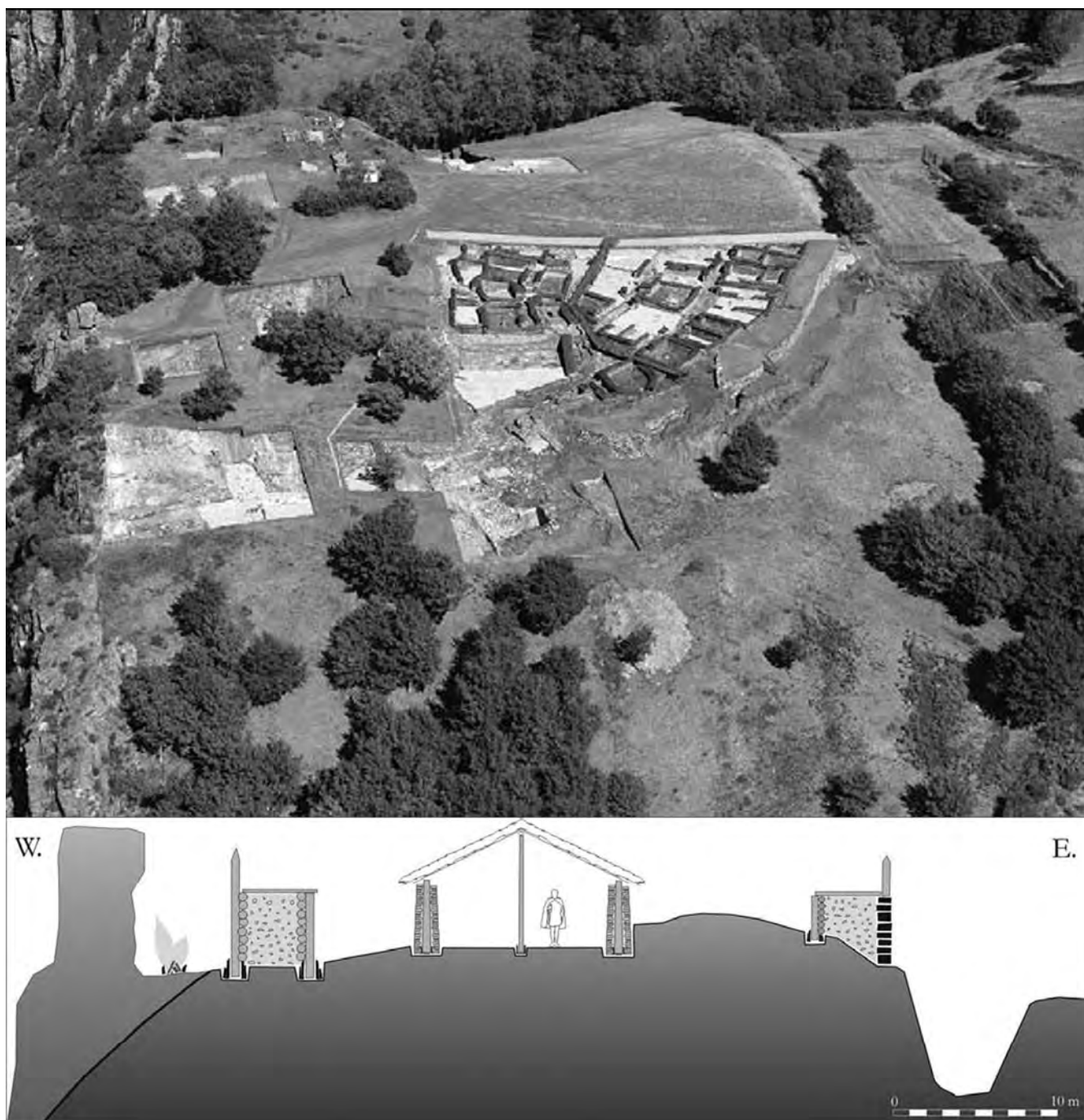
Hemos visto que no son muy numerosos los castros bien excavados y con fechas de la Primera Edad del Hierro, pero son suficientes para hacernos una idea de que el modelo de aldea estable fortificada se difundió tan rápido como la pólvora entre estas comunidades montañosas, pasando a configurar la única forma de hábitat estable durante unos mil años, complementado por los chozos o cabañas de materiales perecederos que presumiblemente tendrían en puertos, brañas, majadas y camperas durante el periodo estival para atender al ganado (por ej. González Álvarez 2009), como ya vimos. Nuestra perspectiva en este apartado contrasta con la de algunos que aseguran, con escaso fundamento, que los primeros castros cantábricos de la Primera Edad del Hierro no son recintos de habitación sino “espacios ceremoniales” del Bronce Final (Villa 2007a: 192), sin que por ello caigamos en la asimétrica diferenciación entre lo sagrado y lo profano, o entre lo simbólico y lo funcional. Como veremos, y ya en parte hemos abordado anteriormente, lo que caracteriza a los primeros castros cantábricos es el ensayo de la primera forma de sedentarización de la historia cantábrica junto a, y debido a, unas altas dosis de ritualización.

Un buen ejemplo de lo que comentamos es precisamente el recinto fortificado del Chao Samartín, que sufrió continuas remodelaciones y ampliaciones a lo largo de la Edad del Hierro y periodo romano (Villa 1999). Ya desde un primer momento el castro, que durante la Primera Edad del Hierro se circunscribía al espacio superior o acrópolis, se encontraba defendido hacia el oeste -la zona más próxima al destacado crestón cuarcítico, a los pies del cual se efectuaron fuegos también en estas tempranas fechas- por una monumental empalizada formada por robustos postes de madera, cuyos pareados anclajes sobre la roca y calzos de piedra aún hoy pueden ser apreciados. Esta primitiva defensa fue destruida por un incendio, al igual que la gran cabaña que se encontraba en su interior. El primer espacio habitacional estaba defendido por el lado oriental y sur, los más vulnerables de todos, seguramente por la continuación de la misma empalizada, esta vez situada sobre un bancal de grandes bloques de cuarcita colocados a hueso -aunque en un primer momento fuera definido como muralla, Villa 1999-2000: 389-, aprovechando un repliegue que forma aquí el terreno en su transición hacia la zona donde se desarrolló el caserío de la Segunda Edad del Hierro. Además, en una posición más adelantada y en paralelo de esta línea defensiva, en el lado oriental, se desarrollaba un foso, que en la Segunda Edad del Hierro quedaría amortizado por cabañas de piedra, y que contaba con unas dimensiones de 3 m de profundidad por 7 de anchura.

La entrada a todo este recinto alargado y subrectangular se efectuaba por el suroeste, situándose la puerta, de unos 3,5 m de anchura, sobre la cista contenida en un paquete de cascarilla y pizarra menuda usado para nivelar el terreno. Dicha cista con tapadera también de laja de pizarra contenía una calota craneal (Villa 1998a: 23; 1999: 116-118; 2002a: nota 37; 2002b: 155; 2005: 103-109; 2007a: 192; Villa y Cabo 2003: figs. 2 y 3). Recientemente se ha propuesto que el recinto definido en la acrópolis estaría acompañado por otro al exterior de las defensas de ésta, que comprendería un área residencial, y que también estaría defendido mediante dos pequeños fosos y una cerca de pizarra, varias veces reformada. Tras cierto momento la obra defensiva de este barrio exterior, infrayacente al posterior caserío de la Segunda Edad del Hierro y romano, quedó definitivamente inutilizada por una muralla de módulos, principalmente realizada en cuarcitas. Las fechas para esta muralla continua deben ser anteriores al s. IV cal AC -muralla de módulos- y posteriores a la fase de amortización de la fase antigua de la acrópolis, que su excavador sitúa a comienzos del s. VII cal AC (Villa 2007a: 192, 198). Sin descartar que durante la fase I b ya hubiera viviendas en esta zona exterior, como revelaría la fecha CSIC-1474 (Villa 2002a; Villa y Cabo 2003), creemos que lo que evidencia la evolución de los elementos defensivos del Chao Samartín es precisamente el cambio que comenzó a producirse en la fase I c, preámbulo de lo que acontecerá en la Segunda Edad del Hierro.

En el mismo concejo que el Chao Samartín vemos también El Castrelo de Peláu, un castro típico de la fase I, del que desconocemos como era su caserío primigenio, pero del que contamos con materiales que corroboran dicha ocupación y con la fecha de la fase I comentada al comienzo del capítulo (Beta-201674), que, además, sirve para demostrar que el primitivo castro estuvo defendido por una cerca de piedra, en parte retranqueada respecto al foso que lo separa de la sierra, de unos 2,5 m de anchura, con doble paramento de mampostería de pizarra y relleno de piedras y tierra. El espacio entre la cerca y el foso quedaría a modo de berma (Montes y otros 2009: 315-316). Ambas obras las podemos entender como contemporáneas, ya que suele ser la solución más sencilla, y a la vez efectiva, para obtener la materia prima con la que construir las defensas.

En Os Castros de Taramundi la fecha antigua (fig. 3.3) también se obtuvo del interior de la primitiva cerca de piedra del poblado (Villa y Cabo 2003: 149), en concreto de unas remodelaciones del muro que se pueden fechar entre los ss. VIII-VI cal AC (gracias a CSIC-1653 y 1654; Villa 2002a: nota 44), por lo que también podemos asegurar la cronología de esta muralla en la Primera Edad del Hierro. A dicha muralla habría que sumarle, como en el caso del Chao Samartín, un gran foso que discurre bajo las cabañas



**Figura 3.30:** a día de hoy las defensas (empalizadas y foso) del primitivo recinto de la acrópolis del Chao Samartín siguen siendo las mejor documentadas para el extremo occidental cantábrico en la fase I. Arriba, vista general del castro (a la izquierda de la imagen la acrópolis con el característico crestón rocoso). Abajo, sección de las defensas y la gran cabaña comunal (a partir de Villa 2010, modificado).

construidas durante la -Segunda- Edad del Hierro, constatándose su definitivo soterramiento a comienzos del s. IV a.C. (Villa 2007a: 194).

El Picón es otro ejemplo de castro multivallado, aunque las defensas que se han hecho corresponder con la fase antigua del poblado, cuya cronología del Bronce Final (Villa 2007a: 192-194; 2007c: 280) no compartimos, puesto que como ya explicamos creemos que hay que situarlas en la Primera Edad del Hierro, son sólo las que encierran la corona castreña, culminando el talud que delimita su plataforma superior y amortizadas por el caserío de la Segunda

Edad del Hierro. Se trata de una muralla pétreo de aparejo irregular de bloques de granito, cuya datación procede de la aparición del muñón de fundición de un hacha de talón bajo el nivel de bloques originado como consecuencia de la ruina y derrumbe del paramento interno de la defensa.

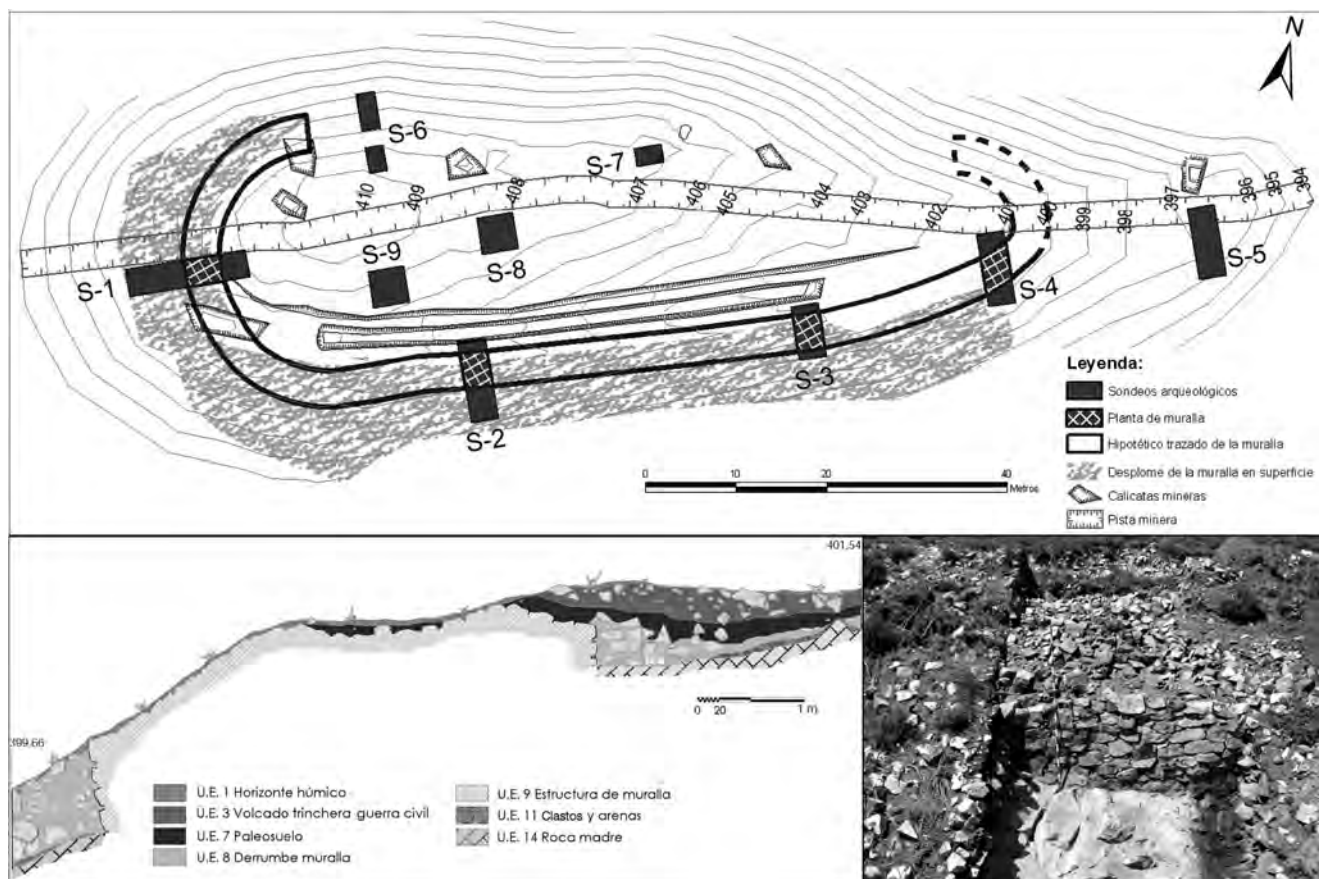
Respecto al recinto menor de Pendia, en el bajo Navia, ya hace tiempo José Luis Maya (1989: 15) sospechaba que pudiera ser un castro del “Bronce Final” por los materiales allí encontrados en las rebuscas de 1934. Ya dijimos que este recinto definido por la gran cabaña comunal, claramente de la Primera

Edad del Hierro, y la acrópolis de Coaña, pueden entenderse como los poblados fortificados originales de la fase I b, a partir de los cuales se desarrollarían los caseríos de la Segunda Edad del Hierro. Lo complejo en este caso es poder determinar si la muralla que rodea el recinto menor de Pencia y la que encierra la acrópolis de Coaña pudieran ser de la Primera Edad del Hierro, principio que hasta que no se intervenga de nuevo sobre estos yacimientos no podrá desvelarse. Al contrario que Coaña o el Chao Samartín, Pencia posee su recinto más antiguo en la zona menos elevada (por ej. García y Bellido 1942b: fig. 1). Ello puede explicarse por su ubicación en espolón descendiente rodeado por el arroyo Pencia, lo que haría que dicha zona, pese a su inferior cota, fuera la de más propicia defensa. El problema de la mala documentación de los años 40 es que, pese a ser reconocidos ambos anillos defensivos, no se practicó ninguna intervención sobre ellos. A grandes rasgos puede observarse que las defensas del recinto norte, de pizarra, el presuntamente más antiguo, son más delgadas que las del sur, que ya se corresponden con el caserío de la Segunda Edad del Hierro. En ambos casos se utilizan los cortes verticales sobre el arroyo Pencia para situar las murallas sobre ellos. Sin embargo el lienzo murario que separa ambos recintos posee una anchura desmedida, aparte de ser cortado a la altura de la puerta por una estructura cuadrangular que creemos que acertadamente Antonio García y Bellido interpreta como romana (Ibid.: 293). Sin duda, tras el reconocimiento visual del sitio, también creemos que la anchura de hasta 4 m de esta zona debe ser el derrumbe de un torreón o estructura defensiva (Ibid.: 292) del recinto primigenio, amortizado en época romana por la construcción de la estructura cuadrangular mencionada. En definitiva, para el caso de Pencia podríamos estar hablando de una potente muralla pétreo, de hasta 2-3 m de anchura, de la fase I b, que defendería un recinto cuyo absoluto protagonista es una gran cabaña comunal con materiales de dicha fase, lo que añade estrechos paralelos culturales a lo documentado en el Chao Samartín. Sin embargo en la acrópolis de Coaña, sin poder asegurar que ésta se corresponda con el poblado primigenio, como sospechaban Antonio García y Bellido (1942a: 220) y José Luis Maya (1987/88: 28), ocurriría lo contrario, que la muralla de la acrópolis es mayor (unos 2 m de anchura) y asienta sus mampuestos de pizarras tabulares sobre la roca viva, con escalones de pizarra insertos en el paramento. La puerta se situaría sobre un pasillo de 2,3 m de anchura mínima, ascendente, con arreglos de chapacuña entre la roca viva y una posible puerta levadiza de madera (Maya 1987/88: 28). De momento no puede asegurarse que esta defensa sea la de la fase I, sino tan sólo marcar la diferencia de talla con respecto a la del “barrio”. De hecho, la escueta afirmación de que una de las saunas castreñas que se encuentra en la entrada

del poblado, y que claramente son de la fase II (capítulo 4), fue arrasada en parte por las obras de remodelación del acceso a la acrópolis (Villa 2001a: 22-23), debe hacernos sospechar sobre las reformas de las defensas de la acrópolis de Coaña durante la Segunda Edad del Hierro (fig. 3.30).

En las diferentes campañas de excavación dirigidas por el profesor Jordá Cerdá en los años ochenta en el castro de San L.uis no se pudo documentar ninguna muralla previa a la muralla de módulos de la Segunda Edad del Hierro. Sin embargo, en las excavaciones de los años sesenta, que han permanecido prácticamente inéditas hasta la revisión de materiales que hemos realizado recientemente, para lo que hemos contado con los diarios originales de la intervención (Marín 2007), se localizó una segunda línea de fortificación cuya cara externa se encuentra a 16 m de distancia hacia el norte de la cara externa de la primera muralla, la de módulos, y con una orientación diferente a ésta. En el croquis que se realizó en el diario de excavación se puede observar que esta segunda línea defensiva tiene cara externa e interna y que su cota es mucho más baja que la de la primera línea defensiva. Esta segunda línea tiene 1,5 m de anchura, las hiladas de la cara externa e interna son mucho más irregulares que las de la muralla de módulos y al interior las capas I y II no tienen casi piedras ya que el derrumbe de la primera muralla no se acumuló aquí debido al enorme foso que se encuentra entre ambas líneas defensivas, y que debemos entender en relación a la muralla de módulos y no a la de paramento continuo. Este parapeto se encuentra sustentado sobre un conglomerado de piedras pequeñas y tierra (Ibid.: 136). En una reciente intervención a cargo de Ángel Villa, técnico de la Consejería de Cultura del Principado de Asturias, se ha propuesto la existencia de una muralla de lienzo continuo infrayacente a la de módulos en la esquina noroccidental del poblado y que cerraría el barrio septentrional, con unas fechas radiocarbónicas del s. VIII a.C. (Villa 2007a: 193, 198), aunque éstas aún no han sido publicadas (Villa y Menéndez e.p.). Ante la espera de dicha publicación cabría preguntarse si esta novedosa muralla no será la misma que la documentada ya en los años sesenta, y por lo cual poder plantear una evolución para San L.uis similar a la del Chao Samartín, es decir, con un caserío circunscrito a la parte más alta durante la fase I b y un primer crecimiento del poblado durante la fase I c, preludio de lo que acontecerá durante la Segunda Edad del Hierro. No obstante aún no conocemos qué tipo de defensas son las que tuvo el primigenio poblado.

Otros ejemplos de murallas de la Primera Edad del Hierro podrían ser las del Cortín dos Mouros. Situado en el extremo occidental de Asturias, junto a Lugo, a este poblado, como vimos más arriba, se le pueden aventurar fechas de la fase I por su ubicación y



**Figura 3.31:** arriba, planta general del castro del Picu la Forca con interpretación del posible trazado de la muralla, y con la señalización de los sondeos efectuados. Abajo izquierda, perfil estratigráfico del sondeo 4, realizado en el aparato defensivo; y derecha, fotografía del sondeo 2, en donde se aprecia con claridad como la muralla pétrea asienta directamente sobre la roca madre (a partir de Camino, Estrada y Viniegra 2009, modificado).

posición relativa a Os Castros de Ferreira. El caso es que se sitúa sobre un abrupto crestón en la cima de los Montes de Brañavella, que le da una defensa natural en forma de escarpes casi verticales hacia el Este. Se encuentra delimitado en todo su perímetro por un muro de grandes proporciones, realizado a hueso por bloques casi ciclópeos de cuarcita blanca, de tendencia tabular, de 4 m de anchura que conserva en algunos tramos unos 3 m de altura, y con el acceso hacia el mediodía. El espacio interior que define es de unos 80 x 30 m (Villa 2007a: 194; 2004a: 10), es decir, casi un cuarto de hectárea, lo que permite establecer paralelos con los espacios superiores o acrópolis del Chao Samartín y San L. Luis, y en la línea de los otros poblados cantábricos de la fase I.

Si, como vimos al comienzo del capítulo, el origen de los poblados fortificados en la zona centro-occidental cantábrica, y en concreto el representado por la acrópolis del Chao Samartín, lo podemos situar en la transición entre los ss. IX y VIII cal AC, la combinación estadística de las fechas radiocarbónicas obtenidas en este último yacimiento permite a sus excavadores situar la fase de amortización de la primitiva acrópolis entre el 761 y el 679 cal AC, supuestamente coherente con la información que aportan otros poblados como Os Castros de Taramundi (Villa y Cabo 2003: 149, 151). No obstante,

atendiendo tanto individualmente a las fechas de Os Castros, Chao Samartín o San L. Luis, como a la suma de probabilidades realizada por nosotros con todas las fechas disponibles para la Primera Edad del Hierro en la zona centro-occidental cantábrica (figs. 3.1, 3.3 y 3.4), creemos que esta fase de los primeros castros podría perdurar algo más, es decir, abarcando al menos todo el s. VII cal AC, o es decir, toda la fase I b propuesta más arriba. Si bien algunas dataciones de la acrópolis del Chao Samartín a dos sigmas no pasan de comienzos del s. VII cal AC, otras, como CSIC-1786, que significativamente es madera de un poste de la empalizada, llega a comienzos del s. VI cal AC, o a finales de este mismo siglo los derrumbios que sellaron la puerta de la acrópolis, fechados por CSIC-1785, dándonos entonces una fecha *ante quem* para el momento de uso de la empalizada. Creemos que estas primeras murallas debieron de tener más de un siglo de vida, al contrario de lo que proponen los citados autores, que con esa propuesta, vehiculada por el afán de retrotraer los primeros castros a una indefinida fase del Bronce Final, vacían de contenido cultural a la Primera Edad del Hierro, como quedó explicado.

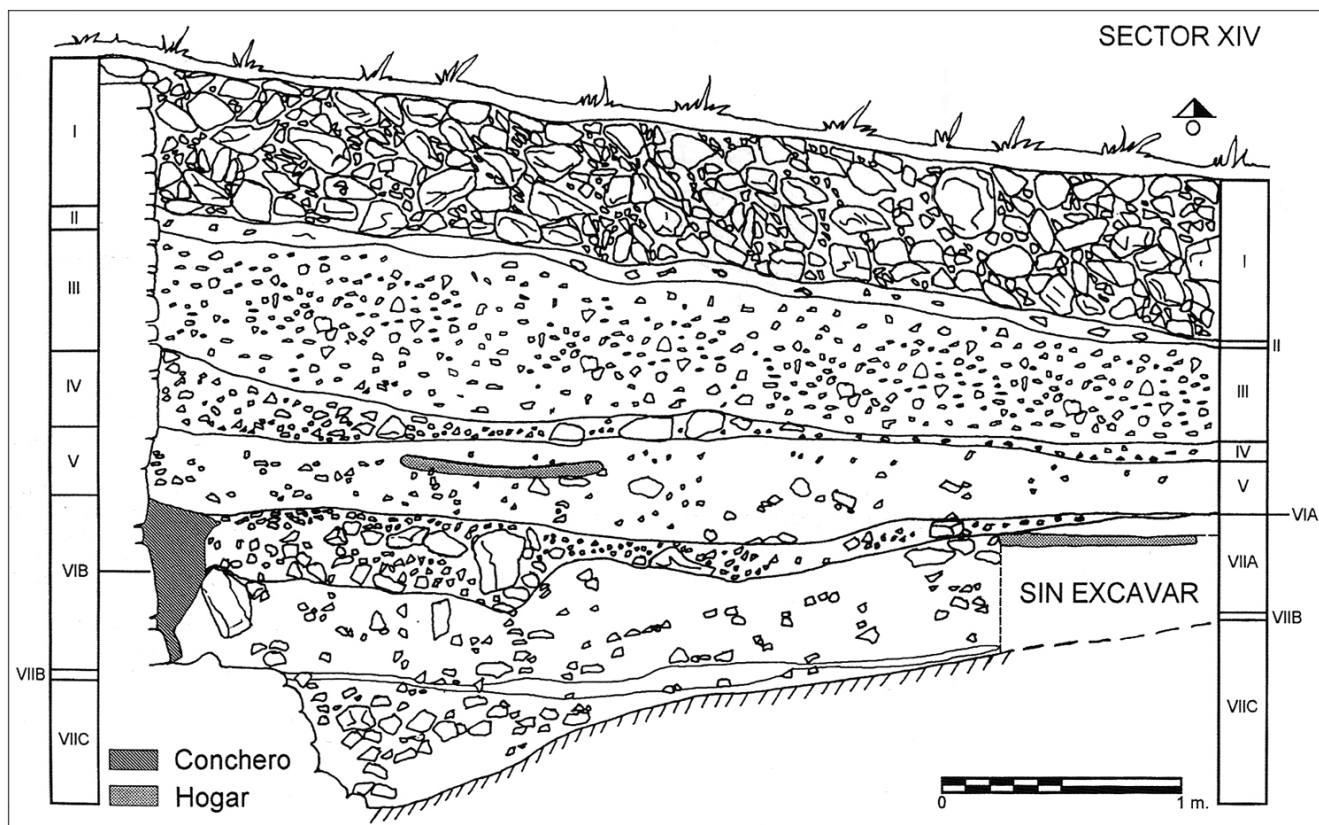
En el caso del castro de L. Larón (Cangas del Narcea), pese a saber que debió estar ocupado desde la fase I b hasta el periodo romano por los materiales que ha arrojado, nos es muy complejo determinar,

precisamente por esta amplitud cronológica, si el ancho foso del lado norte medio destruido por las obras de una carretera, los cinco fosos del lado occidental, los dos fosos del lado sur o los restos de muralla observados en los lados norte y oeste -los lados sur y este poseen perfectas defensas naturales- (Blas 1981b; Maya y Blas 1983: 158) pudieran pertenecer a la fase I b o se corresponden ya con remodelaciones posteriores, como es lo normal en todos aquellos casos que siguieron ocupados en la Segunda Edad del Hierro.

Una potente muralla pétrea de la zona centro-occidental asturiana con una fecha radiocarbónica (Villa 2003: 119) claramente de la Primera Edad del Hierro es de lo poco que conocemos, como vimos más arriba, del Picu la Forca, puesto que la información obtenida intramuros es realmente parca (Camino, Estrada y Viniegra 2008; 2009). Sin embargo es testimonio de que también en la zona centro-occidental asturiana el modelo de castro pequeño con potente muralla pétrea lo encontramos desde los primeros momentos. El problema de este poblado es que se encuentra muy alterado por las trincheras levantadas en la Revolución de 1934 y/o en la Guerra Civil -lo que por otro lado demuestra su estratégica situación defensiva-, y por los trabajos de una cantera moderna. Los sondeos que se realizaron muestran una muralla de bloques poliédricos de cuarcita en todos sus lados excepto en el norte, por la buena defensa natural de este sector, y no porque estén sin concluir las obras. Son bloques obtenidos directamente de la extracción del sustrato, a veces acomodados con ripios, y colocados a hueso. La muralla supera los 4 m de anchura y entre su derrumbe y bajo este se aprecian restos de madera carbonizados que provendrían de la empalizada que rematase la obra muraria y de donde se tomaron las muestras radiocarbónicas que vimos más arriba, que sitúan claramente esta construcción defensiva en la fase I b (fig. 3.31).

En la marina central asturiana el castro de la Campa Torres es, como venimos viendo, uno de los yacimientos con más extensión excavada y que más información ha dado, podríamos decir, de todo el sector cantábrico para la Edad del Hierro. No obstante, las deficiencias metodológicas durante las excavaciones llevadas a cabo (capítulo 1) y las más que discutibles interpretaciones sobre su secuencia y cultura material hacen que no sea del todo fácil reconocer las defensas de la Primera Edad del Hierro, sobre todo cuando para sus excavadores la primitiva defensa se trataría realmente de una zapata de cimentación para la muralla de módulos de la Segunda Edad del Hierro. Dicha muralla de módulos posee una longitud de unos 100 m, abarcando de lado a lado el istmo tras el cual se encuentra el Cabo Torres y en donde se desarrolla el poblado castreño. Hemos de pensar que el tamaño extraordinariamente grande de este poblado con respecto a la tónica general

cantábrica en la fase I b, se debe precisamente a que se escogió para realizar la muralla aquella parte del istmo que aunque ancha permitía una mejor defensa debido a que se encuentra por debajo de una elevación o pequeña colina. Ese sería el motivo por el que se cerró tan anómala extensión de más de 7 Ha, contando sólo las zonas más llanas del cabo y aptas para la habitación, así como el montículo referido. La muralla de módulos está formada por tres módulos alargados, dos módulos avanzados a modo de bastiones y un pequeño módulo transversal que conecta uno de los módulos alargados con el bastión occidental. Además, posee un “camino de ronda” o plataforma en la trasera de la mitad occidental del conjunto defensivo. Pues bien, en alguno de los módulos sobresale por la parte inferior de éstos una “banqueta”, como en el bastión oriental, que lo hace más de un metro respecto a la cara interna, y se recubre de gravas y piedras. En algún caso también se aprecia en la cara externa de las murallas. Interesantes es que esa “banqueta” o “zapata” se encuentra directamente sobre el nivel de incendio datado en el Bronce Final (capítulo 2) (Maya y Cuesta 2001: 37-55). Tras una primera explicación de la estratigrafía de las defensas (Maya y Cuesta 1995b; 1999), en la que se puede apreciar cómo la metodología utilizada para la excavación mediante tres terrazas descendientes de este a oeste (Cuesta y Maya 1999: 25) no fue del todo correcta, Jorge Camino (2000) realizó una crítica a dicha interpretación en la que se propone, a partir de una relectura estratigráfica, que la “zapata” no forma la base de la muralla de módulos sino que realmente son los restos de una muralla de la Primera Edad del Hierro, de lienzo continuo y aparejo más grosero que la de módulos, que una vez amortizada pasó a formar la base de la de módulos. Como vimos más arriba y en el capítulo 2 (fig. 3.1 y 3.3) las fechas GrN-18059 y GrN-18060, obtenidas del estrato inferior, sobre la roca madre, hacia la cara externa del módulo occidental y del estrato inferior bajo el patio o paseo de ronda, también en contacto con la roca madre, lo que datan es la quema del bosque original durante el Bronce Final. Pese a ello en los diferentes cortes estratigráficos publicados no se ha representado nunca este nivel de incendio bajo la base de la muralla y ésta aparece siempre representada sobre la roca madre (crítica en Camino 2000: 33). Además, en las descripciones es confuso ese nivel de incendio del Bronce Final pues no se consigue diferenciar correctamente respecto el estrato VII o “segundo nivel de cenizas”, también situado sobre la roca madre y rellenando sus huecos (por ejemplo Maya y Cuesta 1995b: 109 o Maya y Cuesta 2001: 43). El resto de fechas antiguas de la Campa Torres (fig. 3.1 y 3.3) ya se corresponden con la fase castreña, en concreto con el estrato VII o “segundo nivel de cenizas”, el más antiguo del poblado, que sería el que marca la fundación de éste en una fecha mínima del s. VI a.C. (Maya y Cuesta



**Figura 3.32:** el discutido perfil estratigráfico Oeste del sector XIV de la Campa Torres (en Maya y Cuesta eds. 2001).

2001: 76). Una vez recalibradas todas estas fechas (fig. 3.3), podemos pensar, no obstante, en una fundación dentro de la fase I b (825/800-600 cal AC) para el primer recinto fortificado de la Campa Torres, acorde con la cultura material del estrato VII (fibula de doble resorte, fragmento de caldero con remaches, placa de cinturón, brazalete decorado tipo la Majúa, pasadores en T, laciformes y cerámicas principalmente lisas y/o bruñidas y con alguna decoración incisa en espina de pescado, así como fauna paleontológica, malacológica y una mandíbula humana) (Maya y Cuesta 2001: 58-77). En este punto la cuestión fundamental sería poder aclarar si el estrato VII -ampliamente rectificado en las diversas publicaciones- del tan discutido sector XIV, situado tras el módulo de mayor longitud, se apoya sobre la cara interna de la muralla y sobre la banqueta / zapata de ésta, allí donde la tiene, con lo cual podríamos datar la muralla de módulos en el s. VI-V a.C., contando que sería la primera defensa que tuvo el poblado, así como las relaciones estratigráficas con el estrato VI B, que sin mayores precisiones se interpreta como un conchero/basurero en relación con el estrato VI A, cimentación de una casa con hogar de arcilla lisa de la Segunda Edad del Hierro del estrato V (Maya y Cuesta 1999: 125-127; 2001: 73-77); o si bien entendemos el conchero VI B, cuya sección desciende en cuña y se adosa a la cara interna de la muralla de módulos, como el relleno de la típica zanja de cimentación, creada presuntamente para construir la muralla de módulos, que interrumpiría la conexión de los estratos VI A y VII A con el lienzo, y que llegaría

hasta el techo de la banqueta fundacional y también se situaría por encima de los estratos VII B y VII C (Camino 2000: 34). Si pensamos en esta segunda opción tendríamos que entender que la muralla de módulos no tiene nada que ver con la banqueta/zapata ni con el estrato VII, a lo que debemos añadir que las hiladas tapadas por el conchero son más toscas, repíe de muchas cimentaciones murarias, y no la zapata, que debemos entender como los restos de una antigua muralla de la Primera Edad del Hierro (Camino 2000: 35) o aterrazamiento/base de una empalizada, más acorde con la descripción “plataforma de piedras ceñida por un bordillo, complementada por un relleno de grava gruesa y gravilla de cantos rodados de tamaño medio y sobre la cual se depositó una capa de grandes bloque de caliza” (Maya y Cuesta 1995b: 109), que debemos datar, precisamente, en la fase I b, gracias a las fechas mencionadas más arriba del Estrato VII (fig. 3.32). En otros perfiles estratigráficos seguimos viendo como el estrato VII es el que siempre monta sobre la zapata, caso del corte este del sector XIX o del oeste del sector XVIII, mientras que los estratos suprayacentes ya se yuxtaponen a la cara interna de la muralla de módulos (Maya y Cuesta 2001: 69-69, 71, y figs. 29 y 30). Precisamente del estrato VII entre los sectores XVIII y XIX es de donde se tomaron las fechas UBAR-321, UBAR-514 y UBAR-518 (fig. 3.1 y 3.3), *grosso modo* similares, aunque el problema es que el estrato VII no es inequívoco ya que en cada sector tiene una descripción particular y en algún caso se confunde con la capa negra que representa el incendio

del Bronce Final (Ríos y García de Castro 1998: 78), como ya hemos dicho. Estos problemas podrían haberse solventado en el proceso de excavación si en lugar de intentar correlacionar las secuencias estratigráficas de los diferentes sectores de excavación con la misma numeración, se hubiera numerado independientemente cada unidad estratigráfica para luego ordenarlas en una matriz, entendiendo el sentido histórico particular de cada una de ellas, lo que permitiría haber realizado correctas lecturas estratigráficas, según la metodología arqueológica al uso (Harris 1991; Carandini 1997).

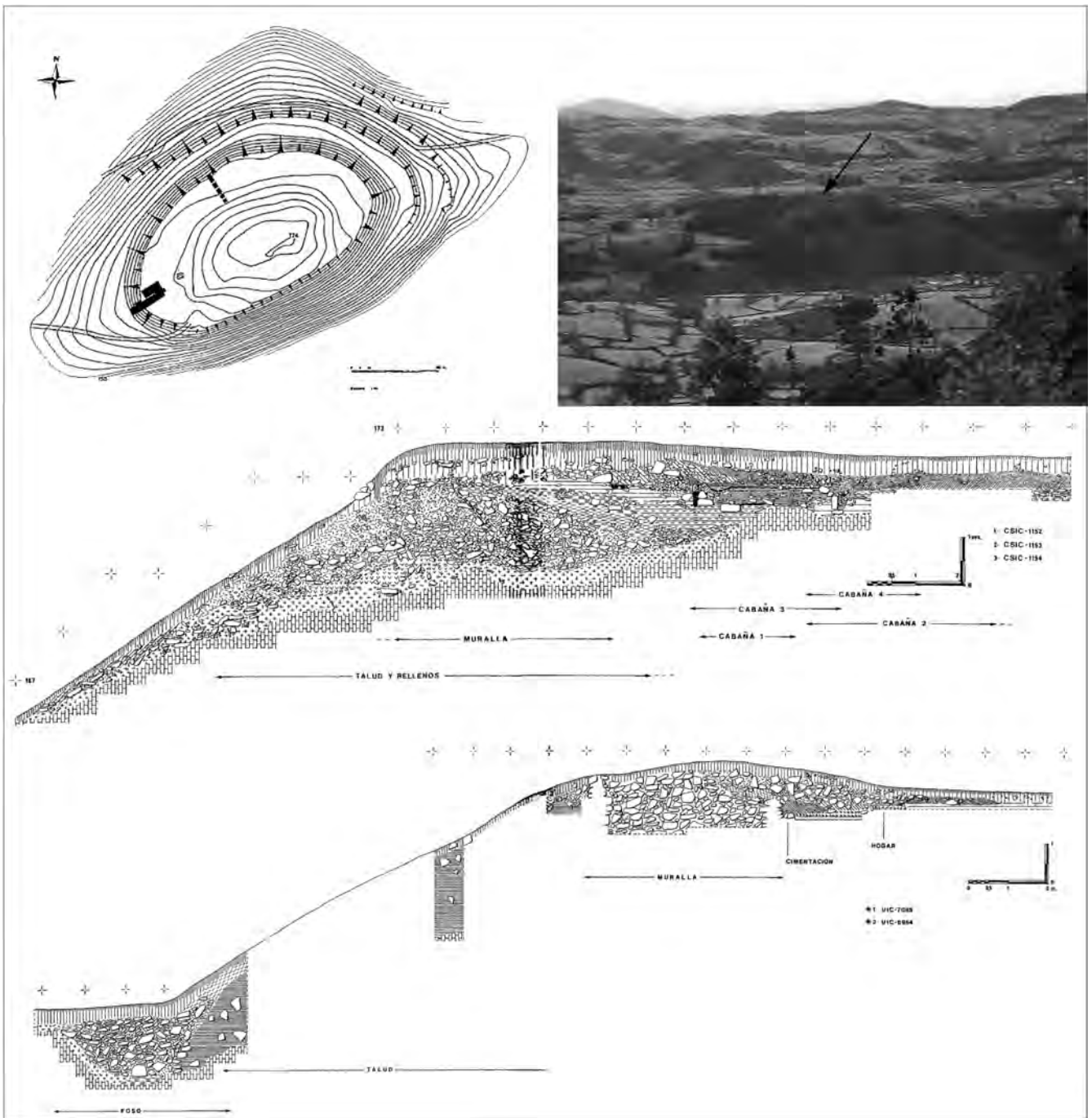
Ciertamente la contracrítica de José Luis Maya y Paco Cuesta (2001: 51) a Jorge Camino carece de fundamento pues argumentar que la zapata y la muralla son lo mismo porque están unidas físicamente denota un desconocimiento de la metodología Harris de excavación y documentación, ya que es un claro ejemplo de superficie interfacial positiva entre dos construcciones murarias y, por tanto, de dos momentos históricos distintos. También es ilógica, estratigráficamente hablando, la argumentación en contra de entender el conchero como relleno de una zanja de cimentación y sí como un basurero relleno durante el uso de la muralla de módulos y las casas allí situadas (Ibid.: 51) ya que si se hubiera documentado la superficie interfazial, en este caso negativa, del corte o zanja efectuado en los Estratos VI A y VII A de la sección oeste del Sector XIV, se habrían dado cuenta de que efectivamente se trata de una zanja de cimentación/construcción de la muralla de módulos, que corta los estratos de la Primera Edad del Hierro y que fue rellenada con un conchero siempre antes de la fase de uso representada por el hogar del Estrato V, y no durante. De hecho el conchero parece un relleno de tipo ritual y realizado rápido en el tiempo, junto a las defensas de la Segunda Edad del Hierro y en relación con la construcción de éstas, como multitud de ejemplos gallegos revelan (por ej. los ya citados para Neixón Grande, Ayán y otros 2008a; 2008b).

Quizás sí sería criticable que el módulo occidental no tiene zapata fundacional, mientras que en el módulo oriental ésta sobresale casi un metro hacia el interior de las defensas, viéndose también bajo el “paso de ronda” en su extremo más oriental (Maya y Cuesta 2001: 40, 64-65 y fig. 34), aunque si pensamos que precisamente es el lado oriental el que más desnivel posee y que la zapata fuera la base de una empalizada o similar, mas que una muralla, podría interpretarse que en el lado occidental no hizo falta esa obra para regularizar el terreno y que la presunta empalizada se asentó allí directamente sobre la roca madre, o que la zapata esté en este caso bajo el módulo y no sobresalga apenas, principio que sólo se podrá comprobar en futuras intervenciones.

Más al oriente de Xixón/Gijón, en la ría de Villaviciosa, los castros de Camoca y El Campón, con fechas y materiales que inequívocamente los sitúan en

la Primera Edad del Hierro, poseen defensas caracterizadas como de “primitivas por su tosquedad y falta de canteado de los mampuestos”, que se caracterizan por la combinación desde los primeros momentos de murallas continuas con fosos al exterior de éstas, de 2 m de anchura por 1,5 m de profundidad para el caso de El Campón (Camino 1999: 155). En el de Camoca, al interior de la muralla, se localizaron tres niveles de ocupación con sendas cabañas cada uno, pero en el inferior la cabaña o cabañas documentadas son previas a la construcción de la muralla, pues se asientan sobre el talud que sirvió de base a aquella (Camino 1997: 55). De hecho la propia descripción del talud de Camoca ya dio lugar para que Jorge Camino pensara en la posibilidad de una empalizada previa a la construcción de la muralla. La inclinación de las laderas de Camoca se encuentra rota por este potente talud de entre 5 y 8 metros de altura y 360 m de longitud, que por el lado norte cuenta con dos taludes más de menor tamaño. El gran talud se creó mediante el vertido de capas de tierras y piedras seguramente extraídas de la parte alta del cerro y configuró un anillo que delimitó el poblado y para el cual se estima el movimiento de entre unos 6000 y 8000 m<sup>3</sup> de tierra. Ello proporcionó la plataforma sobre la que se asentaría el caserío. Hacia el lado occidental del poblado el talud se eleva estableciendo una especie de cierre a modo de parapeto, con murete enterrado, y con unos carbones deslizados hacia el interior del poblado que da pie a pensar en el remate de una empalizada. Sin embargo, sólo es en la zona meridional, de donde proceden las estructuras domésticas desenterradas, en la que se pudo documentar cómo el parapeto fue sustituido por una muralla de lienzo continuo y unos 4 m de anchura (Camino 1996: 30; 1997: 71-72). Creemos que por los paralelismos de este talud con los del Chao Samartín o Campa Torres realmente se corresponda con una primitiva defensa consistente únicamente en el talud más el foso o, seguramente, en talud con empalizada y foso, y que, todavía en la Primera Edad del Hierro, al poco tiempo de haberse erigido, fue sustituido por la muralla de lienzo continuo documentada, aunque no en todo el perímetro o no guardando la misma disposición que la defensa previa, pues como hemos visto en el lado occidental no se documenta. El corto espacio de tiempo entre unas defensas y otras lo argumentamos a partir del hecho de que las tres cabañas superpuestas, la primera asociada al talud y las dos suprayacentes a la muralla, comparten la misma ubicación, demostrando una reiteración en el uso de ese espacio. También brinda nuevos argumentos para entender la fase I b como de profundos cambios culturales, ya que en un breve espacio de tiempo se ensayaron en un mismo poblado diferentes modelos de defensas y de arquitectura doméstica, así como un deseo de permanencia de aquellas gentes en el lugar elegido para levantar el poblado. No creemos que la





**Figura 3.33:** arriba, planta general con localización de los sondeos realizados y fotografía general de El Castiellu de Camoca; y perfiles estratigráficos de los aparatos defensivos del citado castro (en medio) y de El Campón del Olivar (abajo) (a partir de Camino 1996; 1999, modificado).

sustitución de una defensa por la otra se debiera a un colapso del sistema defensivo primigenio subsanado con la construcción de una muralla pétrea (Camino 1997: 72), ya que además esta hipótesis funcionalista no explica por qué se aplicó un nuevo modelo defensivo, sino que debemos acudir a causas sociales, por las que el mero hecho de la construcción, de la movilización del capital social en una gran obra colectiva, seguramente tuvo tanta importancia a nivel grupal como el hecho de conseguir terminar la defensa. Además, el cambio de modelo defensivo, por uno más duradero y monumental, también indicaría

que el proceso sedentarizador caló definitivamente entre aquellas gentes (fig. 3.33).

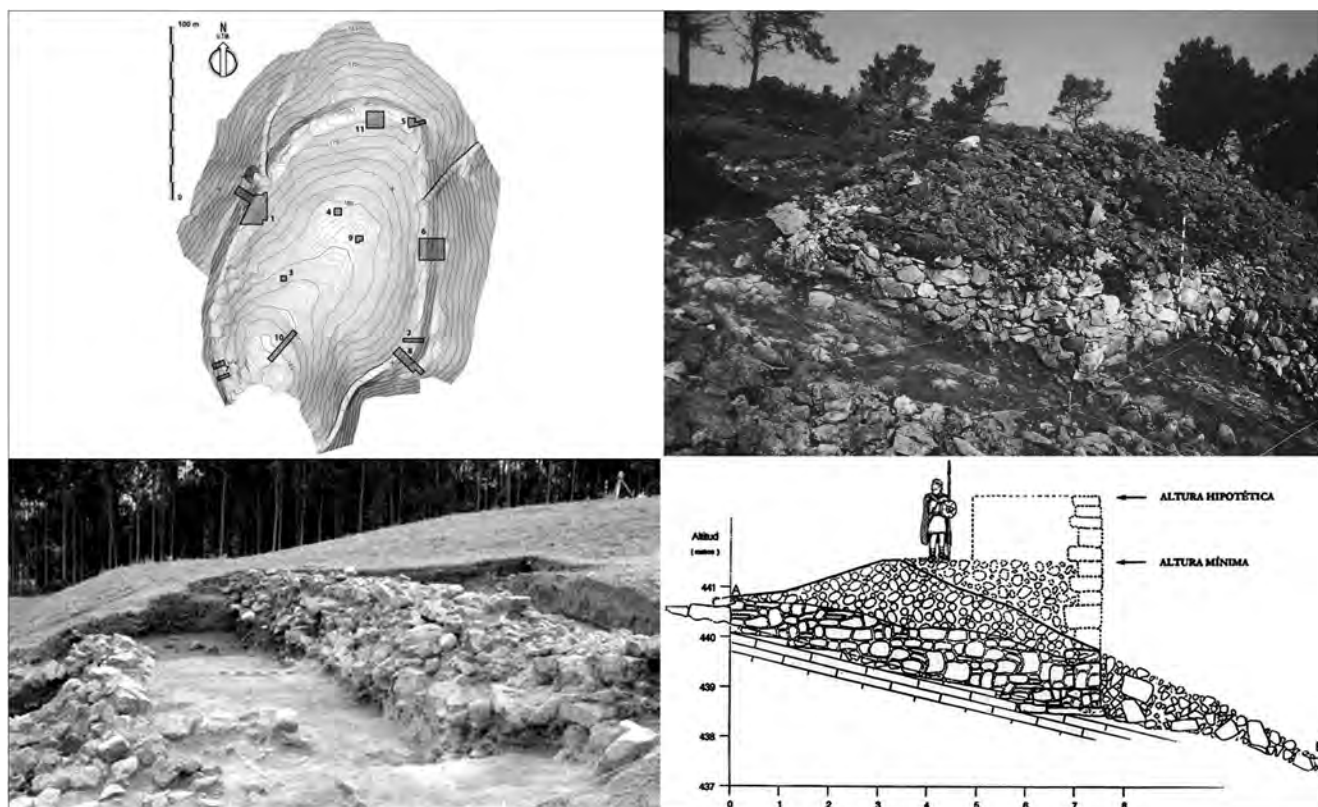
Pasando al sector cántabro podemos decir que es complejo obtener, de las publicaciones al respecto, una información clara sobre la cronología de las magníficas defensas de Castilnuevo, que consisten en tres líneas concéntricas de potentes murallas de caliza, rodeándose una superficie total de 6-7 Ha (Valle 2000: 357-358). De nuevo una inapropiada metodología consistente en tallas artificiales nos hace desconfiar de las secuencias explicitadas. No obstante es interesante observar que se ha marcado un nivel de ocupación previo a la construcción de la potente muralla de

piedras calizas en la zona de la acrópolis, tras el cual se construyó esta línea defensiva (Valle y Serna 2003: 365). Si tenemos en cuenta dicha secuencia estratigráfica en el área 2 -correspondiente a la acrópolis-, los materiales arqueológicos encontrados en ella -hacha de talón y anillas, pasador en T, brazaletes de sección ovalada, aguja de bronce y crisol- y las dataciones por TL que llegan al s. VII a.C. (Valle y Serna 2003: 365-376 y fig. 6) podríamos pensar en dar una cronología de la fase I b para la muralla de la acrópolis, y entender este recinto como el propio de la primera fase del poblado. Esta consiste en una estructura de caliza a piedra seca poco regular y base regularizada con grandes bloques planos. Se trata de una solución constructiva a medio camino entre la muralla y el talud defensivo, puesto que sólo cuenta con paramento externo, mientras que al interior no hay hiladas, sino un potente y compacto relleno de piedras y cascotes. La anchura máxima por ello es grande, de unos 7,5 m, con un alzado de 2,4 m que pudo llegar hasta los 5. Posee una estrecha puerta de 80 cm. de anchura en esviaje como único acceso (Ibid.: 365). Bajo un nivel arcilloso del área 3, en la muralla interna sur, existe un nivel de quema con palos muy regulares, interpretados como los restos de la empalizada que coronaba dicha obra defensiva (Ibid.: 374). Si centramos la cronología del castro de La Campana (Argüeso-Fontibre) en la fase I tendremos que pensar que la línea de muralla localizada en el sector sudeste, de unos 45 m. y 4,3 de anchura, también comparta esta cronología. Está compuesta por dos paramentos de grandes bloques de caliza trabados en seco y rellenos de cascajo. Le acompaña en el lado noreste varios terraplenes y fosos defensivos, de disposición concéntrica (Ruiz Gutiérrez 2010: 365-366), que parecen responder a una obra unitaria más que a sucesivas ampliaciones.

El perfil en talud resaltado de la superficie del castro de La Garma, a 12,5 Km. del de Castilnegro, muestra que estuvo defendido por dos circuitos de murallas levantados en sendos momentos constructivos. Sobre un “primer ciclo edafogenético”, sobre el cual se documentaron unas cuantas cerámicas realizadas a mano, se observó un segundo ciclo, ya más horizontal, que apoya sobre la cara interna de la primitiva estructura defensiva. La podsolización del suelo indica una formación de al menos 100 años, lo que le da un cierto lapso temporal con respecto al siguiente cinturón murario. Dicho suelo también apoya sobre la cara externa de una cabaña y de él también se extrajeron unos cuantos fragmentos cerámicos realizados “a mano”. Ese proceso edáfico encaja bien con ciertos momentos fríos como los propios de los primeros momentos del I milenio a.C. El tercer ciclo edáfico se forma sobre el terraplén que sella al anterior. Al contacto entre ambos ciclos se asocia la alineación de piedras que se ha interpretado como la cara interna de la segunda línea defensiva, así

como un agujero de poste que también se relaciona con la defensa más moderna. La cerámica de este último momento sigue siendo muy similar a la previa. La datación radiocarbónica comentada a comienzos del capítulo se refiere a la primera cerca del poblado, que a dos sigmas alcanzaba los comienzos del s. VIII cal AC. En el sector 6 se puede apreciar perfectamente como la defensa más moderna se encuentra a 2 m hacia el interior respecto a la más antigua, así como que aprovecha la superficie alisada de ésta para disponerse a una cota superior. La cerca antigua posee una parte exterior a modo de talud. Sin embargo la más moderna ya posee cara externa e interna con sillarejos, una anchura de unos 3 m y seguramente se remató con una empalizada. No obstante se adaptó morfológicamente a las circunstancias de los diferentes sectores, por lo que el empleo de calizas y areniscas varía de una zona a otra, así como su construcción, ya que en ciertas zonas se presenta con dichas caras mientras que en otras no pasa de ser un mero talud. También se presupone una empalizada para la cerca primitiva. Se ha interpretado por fotografía aérea una posible entrada en esviaje por el lado SE del poblado para la muralla más moderna, en el lugar de más fácil defensa por lo escarpado del terreno (Arias y otros e.p.; Arias y otros 1999: 69-72; Arias y Armendáriz e.p.: 68) (fig. 3.34).

Todas estas obras cuyo fin es la monumentalización de los primeros poblados estables tienen en común con los castros más antiguos del Noroeste, teniendo en cuenta las mayores altitudes tanto relativas como absolutas de la Cornisa Cantábrica, el hecho de estar situados en lugares prominentes, de fácil defensa, con obras que se adaptan al entorno físico, de difícil adaptabilidad para la habitación y con gran dominio visual de lo lejano, como ya hemos dicho en repetidas ocasiones (Parcero 2005b: 17). Sin embargo se pueden plantear algunas diferencias entre el mundo cantábrico y el Noroeste. En esta última zona poblados como Terroso, Penalba o Alto do Castro nos dan la clave ya que no poseen sólidas estructuras en positivo sino que suelen estar defendidos por fosos y taludes, sin que haya ejemplos de murallas como tal. Se habla en estos casos de murallas aterraplenadas que no serían propiamente murallas, en tanto que no se levantarían del suelo, sino estructuras para habilitar el espacio donde situar las cabañas. Ello hace que sean los elementos naturales los que sigan primando en la monumentalidad del lugar cuando fuera visto desde lejos. Además, para sus moradores no daría la sensación de estar dentro de un castro sino sobre un castro. Lo que no quita para que el significado social y simbólico sea el mismo que cuando se construyeran auténticas murallas: monumentalizar y crear separaciones, tanto físicas como sociales. Este tipo de aterrazamientos, dispuestos en cerros y montes abruptos, pueden perfectamente cumplir una labor defensiva (Parcero



**Figura 3.34:** las defensas pétreas del sector central cantábrico. Izquierda, planta general y murallas del sector 6 del castro de La Garma; derecha, fotografía de la puerta Este o Área 2 de la muralla pétrea del Castro de Castilnegro y perfil estratigráfico de la misma (a partir de Arias y otros e.p.; Peralta 2003 sobre foto de Ángeles Valle; Valle y Serna 2003).

2005b: 15-18; Parceroy Cobas 2004: 9-10; González Ruibal 2003a: 152-158). Por otro lado las fortificaciones de tierra resultan especialmente abundantes en la zona interior de Galicia, tanto en castros de la Primera como de la Segunda Edad del Hierro (Carballo 2002: 78), aunque preferentemente habría que datarlas en el último periodo (González Ruibal 2003: 153).

Sin embargo en los poblados cantábricos que hemos estudiado la ratio entre elementos naturales y artificiales es diferente, ya que si los naturales sí que son muy semejantes, e incluso en muchos casos mucho más acentuados, respecto a los artificiales vemos que desde los primeros momentos en casi todos los lugares del centro-occidente cantábrico existen sólidas murallas pétreas o potentes empalizadas, que sí dieron un claro carácter artificial a la monumentalidad desde un primero momento. Podemos asegurar que sí se cerraron y delimitaron espacios en los que se debió de tener la sensación de estar dentro, físicamente separados del entorno. Estructuras ataludadas encontramos en algunos tramos de la muralla del Chao Samartín, más como soporte de la muralla o potente empalizada que como estructura defensiva en sí. También en la fase antigua de la cerca de La Garma y en algunos tramos de la moderna, en la fase antigua de Camoca parece tratarse de un talud con empalizada, y puede también que no más que un talud o base de empalizada sea la fase antigua de las defensas de la Campa Torres. La

anchura y altura propuestas para la muralla de la acrópolis de Castilnegro, pese a tener sólo cara externa, indican un potente cierre. Estos ejemplos no justifican la idea de que no hubiera verdaderas defensas, ya que las alturas calculadas y reconstrucciones de las mismas indican cierres similares a los de una muralla. Por otro lado no hay ejemplos cantábricos de murallas o defensas terreras, y por el contrario, contamos con evidentes ejemplos de murallas pétreas con cara interna y externa desde los primeros momentos y por todo el área de estudio: El Picón, Os Castros de Taramundi, Picu la Forca, Camoca, El Campón y numerosos lienzos de la cerca más moderna de La Garma, sin contar que la fase antigua de Campa Torres también pudo ser una muralla de lienzo continuo, y que en el Chao Samartín las defensas, pese a poseer postes de madera en su configuración, son morfológica y funcionalmente igual que una muralla. Por ello los primeros castros del centro-occidente cantábrico poseen una monumentalidad menos ambigua o difusa que sus coetáneos del Noroeste, ya que a las excelentes localizaciones protagonistas en el paisaje les añadieron, desde el primer momento en el que la comunidad decidió fundar un poblado estable, unas potentes defensas, en muchos casos en la forma de murallas pétreas. Es decir, que los castros cantábricos de la fase I b poseen, en muchos casos, mayor monumentalidad natural que los ejemplos gallegos, pero sobre todo destacan en monumentalidad artificial. Ello denota un

drástico cambio del patrón de racionalidad con respecto a la Edad del Bronce en lo que a la configuración del hábitat se refiere, y cómo el sector centro-occidental cantábrico sufrió un rápido y tajante encastillamiento durante la fase I b, pasando a constituirse en la única forma de hábitat en el lapso de unas pocas generaciones, lo que contrasta con otras zonas castreñas en las que se advierte un encastillamiento más gradual y la convivencia de distintos tipos de hábitat. Creemos que en la zona cantábrica se pone claramente de manifiesto como en ninguna otra zona castreña como los derechos que las comunidades creyeron tener sobre ciertos espacios les llevaron a construir estructuras artificiales -castros, definidos principalmente por sus defensas- que convirtieron progresivamente el paisaje en territorio y fracturaron el paisaje, evidencia de la ruptura de la comunidad primitiva (Parcero 2003: 271, siguiendo a Criado y a Ingold).

Respecto a los fosos podemos apreciar que al este del río Sella, en los casos analizados de Cantabria para la zona costera, se encuentran ausentes. Tan solo podríamos hablar de fosos, y sin tener la certeza de que sean de la fase I, para La Campana. Que encontremos los fosos desde los primeros momentos de un poblado fortificado, frente a la idea de que preferentemente son de la fase romana de los poblados (Camino 1995b: 164), tiene sentido pues parece lógico pensar que en los casos en los que se documentan fosos éstos fueran lo primero en construirse, para poder utilizar la materia prima extraída en la construcción de las murallas (Ayán 2005b: 42). En casos señeros en los que documentamos murallas pétreas, pero no fosos, como en el Picu la Forca, sí apreciamos como se desarticuló la roca madre al exterior de la muralla para obtener la materia prima necesaria. La ausencia de fosos en los castros del sector central cantábrico durante la fase I b podría incluso entenderse como una característica cultural de esta zona con respecto al occidente cantábrico.

Una de las características de los primeros castros es que su construcción fue guiada por el principio elemental de definir el espacio, para lo que hizo falta grandes inversiones de trabajo (Parcero y Cobas 2004: 9). Si recordamos el dato de que para la construcción de las murallas de Camoca se movieron entre 6000 y 8000 m<sup>3</sup> de tierra podemos utilizar entonces los cálculos llevados a cabo en el castro leonés de Borrenes en donde se deduce que si la muralla de este poblado tiene 5250 m<sup>3</sup> de piedra, de cuarcita de los alrededores, y una persona puede extraer y construir 1,75m<sup>3</sup> al día, con contar con 35/40 personas la muralla puede construirse entre 2,2 y 3,3 meses (Sastre 2002: nota 8). Otros cálculos realizados para castros costeros asturianos, que tampoco tienen en cuenta las fases de los mismos, proponen que dos terceras partes de los habitantes de

un poblado estarían en condiciones de ponerse a trabajar en la construcción de las defensas, y si pensamos que una persona al día podría colocar un metro cúbico de piedras, podríamos llegar a la conclusión de que, según el tamaño, las defensas pueden estar realizadas entre un mes y medio año. El autor responsable del estudio prefiere decantarse por esta última cifra y, en caso de no tener atención a tiempo completo, se podría tardar hasta un año (Camino 1995b: 163 y cuadro 3). Manejemos la cifra que manejemos, y teniendo en cuenta el pequeño tamaño de las primeras comunidades castreñas, lo que es evidente es que no haría falta ninguna organización social jerárquica para llevar a cabo la obra defensiva (Sastre 2002: nota 8), que la mayor parte de los castros podrían construirse mediante el trabajo de una comunidad en un plazo breve de tiempo (González Ruibal 2003a: 152-156) y que las murallas han de reflejar el esfuerzo colectivo de la comunidad (Maya 1989: 33). Ejemplos históricos de este tipo de trabajos los tenemos en la propia zona de estudio, como pueden ser los frecuentes trabajos comunitarios llevados a cabo por las sociedades tradicionales de Asturias para arreglar o construir caminos, sistemas de riego, limpiar montes comunales... en donde cada familia tenía que poner un trabajador, y que se conocían con el término de *sestaferías*.

La arquitectura es una de las formas de materialización del patrón de racionalidad de una sociedad, generando una estructura espacial que refleja una determinada lógica social, por lo que las murallas no se reducen a un mero objeto arquitectónico, siendo antes entidades materiales con un acrecentado valor social. La construcción de fortificaciones en el mundo castreño, con mayor o menor monumentalidad, responde a factores socioeconómicos y/o culturales de cada contexto social. Los sistemas defensivos, en particular las murallas, más allá de su evidente función defensiva y coercitiva, tanto interna como externa, son también concebidas como una materialización de mensajes y códigos culturales, que pueden ser de diferentes tipos: prestigio, identidad, etc. de las comunidades que las construyeron, constituyendo un elemento monumental destinado a ser visto. Son elementos polisémicos y multidimensionales, contruidos muchas veces como una verdadera escenografía arquitectónica y monumental, resultado de un esfuerzo colectivo, que delimita el espacio para la acción social y es un mecanismo de cohesión social y una herramienta de control y coerción de la comunidad (Fonte, Cruz y Dabiez 2008: 341-342). Si tenemos en cuenta estos rasgos generales y que, como dijimos, la presunta intensificación productiva de la Primera Edad del Hierro, si es que se produjo, fue más consecuencia que causa del primer paisaje fortificado y estable, podremos ir acercándonos a las cuestiones ideológicas que se encuentran en el proceso de construcción de los primeros poblados, es decir, al

papel de lo ideológico en el cambio cultural. Esto mismo se puede apreciar en las grandes obras que supusieron los monumentos megalíticos británicos, monumentos realizados para perdurar, y que en muchos casos supusieron mucho más esfuerzo social que los primeros poblados fortificados de allá, y sin embargo la economía era mucho menos productiva en el primero de los momentos históricos que en el segundo (Bradley 1991: 65). En el caso cantábrico los primeros poblados fortificados supusieron, al contrario que en ciertas zonas del mundo británico, más esfuerzo social que para la construcción de dólmenes y túmulos, debido al pequeño tamaño de éstos en el septentrión hispánico (capítulo 2). Sin embargo ello no quita para que nos quedemos con la idea del carácter exclusivamente ideológico de todo cambio cultural, como intentaremos desarrollar en otro apartado.

Por otro lado hablar de poblados fortificados y defensas es hablar del tema de la guerra, aunque no por ello hay que pensar que la violencia y el combate no jugaron papeles importantes en periodos previos, en donde también se ven armas (Bradley 2001: 66), como pueden ser las que se representan en los ídolos absidales tipo Peña Tú y en donde se simboliza algún tipo de violencia. En muchas zonas de Europa, aunque no en el mundo cantábrico, el número de armas creció durante el Bronce Final, depositadas en ríos, con un claro simbolismo, siendo la primera vez que se aprecian marcas de combate en ellas, y en la Primera Edad del Hierro aparecen muchos esqueletos con marcas de golpes de armas. La provisión de almacenes de comida fortificada en la Edad del Hierro podría indicar que alguno de estos conflictos fue sobre los recursos agrícolas (Bradley 2001: 66-67). Aunque estos rasgos no son muy comunes, y las características descritas para el sur de Inglaterra encajan mejor con la Submeseta Norte que con la zona cantábrica (capítulo 2), lo que sí demuestra es que los castros son monumentos con nuevos tipos de significado, en donde hubo algún tipo de violencia institucionalizada, puede, como ya se ha dicho para el Noroeste y para ciertas zonas de las Islas Británicas, por la competencia surgida de la gran cantidad de tierras que se consumen con sistemas extensivos de tala y roza, aunque como ya dijimos, no creemos que sean sólo causas económicas las que se encuentren detrás de este cambio cultural. Si tenemos en cuenta de un modo combinado el carácter colectivo en la construcción de los castros, las características sociales de aquellos grupos con un fuerte *ethos* igualitario y la cuestión de la violencia institucionalizada que simbolizan las nuevas defensas, quizás podamos acercarnos de un modo más adecuado al sentido histórico de la aparición de los primeros poblados sedentarios y fortificados cantábricos.

El consumo conspicuo se puede referir tanto al consumo de excedente alimenticio a través del

sacrificio de animales o los festines, como a la destrucción de riqueza, como son los objetos exóticos que se sacan de la circulación y se entierran en tumbas o depósitos votivos. Así mismo, también puede referirse al consumo de energía a la hora de construir un gran monumento (Bradley 2000: 68), como un castro. Si consideramos la fortificación como un proceso de larga duración que esconde diferentes realidades según cada momento histórico, podríamos entender que la importancia de la fortificación en la Primera Edad del Hierro fue precisamente la obstrucción del riesgo de la división social, a través de reforzar lo comunitario en el hecho mismo de la construcción de las estructuras defensivas (Parcero 2003), es decir, de reorientar el consumo conspicuo o los excedentes sociales en ese sentido. Tradicionalmente las defensas de los castros se interpretan en un sentido de delimitación y/o expresión del prestigio de las comunidades. Pero ello es sólo una parte de la imagen, ya que el carácter defensivo, vinculado a la belicosidad, es claro, y éste no sólo depende de las construcciones en sí, sino también de las decisiones previas que tienen que ver con la localización de los lugares en donde se va a construir cada poblado fortificado. Además, aparte de entender el carácter funcional y simbólico de las defensas debemos preguntarnos por qué se utilizó socialmente este medio y no otros como los enterramientos o los santuarios. Lo que es evidente a través del registro es que el cambio cultural se explicita de modo tajante en los nuevos tipos de poblados y en el carácter defensivo de éstos, así como en la desaparición definitiva de los monumentos funerarios, por lo que debemos pensar en el carácter estructural que debió tener la guerra en aquel momento. Las comunidades se representan ahora colectivamente a través de los asentamientos, tanto por sus nuevas ubicaciones como por las defensas que se construyen, igual que antes se hacía con los enterramientos colectivos monumentalizados, y, al igual que en éstos, como un modo de consumo masivo de trabajo colectivo. Las murallas y elementos delimitadores del castro (fosos, terraplenes, taludes) demuestran la importancia del trabajo colectivo en la construcción del castro, aunque posiblemente se trate más de una construcción ideológica en la cual se enfatiza la isonomía y la colectividad -en un sentido semejante al que proponen Shanks y Tilley (1982) para los megalitos- que de una situación real de igualdad. Podríamos pensar que la fortificación construida por el grupo supone la asunción y representación colectiva de la guerra y del guerrero, ya que representa a la comunidad como un todo, lo que además sirve para actuar contra las tendencias de la división social a través de la individualización. Es decir, supone asumir que la guerra y el ambiente de continuo enfrentamiento pasa a asumirse como un nuevo principio estructurador del *ethos* colectivo de cada

comunidad castreña, tanto para los hombres como para las mujeres del grupo. Inevitablemente esa mayor cohesión interna del grupo sólo se puede llevar a cabo mediante una creciente diferenciación y rivalidad con las otras comunidades, tal y como demuestra este nuevo paisaje compartimentado, encastillado e incipientemente territorializado, en unidades prácticamente autónomas política y económicamente, cuyo afán de independencia está simbolizado precisamente por las defensas y ubicaciones de los poblados (González, Parceró y Ayán e.p.; González Ruibal 2003a: 152-164). Las continuas remodelaciones y construcciones de elementos defensivos, cuyo paradigma puede ser el replanteamiento íntegro del trazado de la muralla en el castro de La Garma, o las sucesivas fases de las defensas de Camoca, ¿no pueden estar indicando realmente que esas acciones de construcción y reconstrucción realmente tuvieron tanta importancia social, en tanto que aglutinador del grupo, como su forma terminada en un momento determinado en el tiempo? (Gosden y Lock 2007: 291).

Para la mayor parte de las comunidades del Noroeste ibérico, el cambio del Bronce al Hierro significa ante todo la creación de fronteras. Se crean divisiones entre el espacio habitado y el exterior, entre el exterior comunitario y el extracomunitario. El único obstáculo auténtico en los poblados del primer Hierro es la muralla, el terraplén o el foso: la separación entre el "nosotros" (la comunidad) y los "otros" (González Ruibal 2003a: 157). No creemos que la explicación para este fenómeno de parcelación en la Cornisa Cantábrica haya que vincularla de modo tajante a un proceso de intensificación agraria, al igual que hemos interpretado más arriba y como se ha defendido para el mundo británico (Thomas 1997: 214-215), ya que carecemos de pruebas para defender esto y los pocos datos que manejamos no apuntan exactamente en este sentido, sino que simplemente la mayor sedentarización de los grupos haría que las familias se vincularan más a un determinado terreno, lo que haría crecer la endogamia y se reforzaría el sentimiento comunitario en oposición a lo extraño de la comunidad (Ibid.). La cuestión es que seguramente se dio una gran permeabilidad del espacio interior, como veremos al hablar de las cabañas, que se convierte en una gran impermeabilidad cuando se trata del espacio exterior. Se podría conjeturar que este tipo de organización espacial con su énfasis en la comunidad y el lugar, a la vez que la proliferación de castros como unidades independientes, está en la raíz de un sistema de identificación no genealógico sino espacial, que tendrá su mejor expresión durante la Segunda Edad del Hierro. Los elementos colectivos, como las murallas que construye la comunidad, así como los espacios vacíos intramuros, jugaron un papel clave en la identificación comunitaria (González Ruibal 2003a: 157), que es lo que en otra parte se ha definido como



**Figura 3.35:** “casería fortificada” de las Islas Shetland (Escocia) a comienzos de la Edad del Hierro, que puede dar idea, como ya aventuraba J.M. Gómez Tabanera (1975), de lo que pudieron ser los primeros castros cantábricos, con grandes cabañas comunales dominando el espacio de hábitat, reducidas dimensiones y potentes fortificaciones (a partir de Gómez Tabanera 1975).

“la creación de un sentido de identidad topográfico” (Hamilton y Manley 2001: 32) (fig. 3.35).

Pero también deberíamos preguntarnos si la construcción de las defensas de los nuevos poblados estables, o monumentos de los vivos, suponen una ruptura total respecto a las formas previas de monumentalizar el paisaje, con los monumentos de los muertos (túmulos y megalitos). Al igual que vimos con la espacialidad, la concepción del paisaje, y la importancia que siguieron teniendo las vías de comunicación, hay algunos elementos en la construcción de las defensas más antiguas de los castros cantábricos que de nuevo vuelven a situar a estos grupos en la tensión entre la tradición y el cambio cultural. La mandíbula humana, puede que femenina, encontrada en el ya mencionado estrato VII del sector XX en la Campa Torres, y por tanto en el extremo occidental de las defensas, que se interpreta como la más próxima al lugar por donde estaría la primitiva puerta del poblado -hoy destruida esa zona por una carretera- (Maya y Cuesta 2001: 58-77) puede hacernos pensar en un posible rito o depósito fundacional de las defensas primitivas del poblado o del poblado mismo. El presunto uso de un resto humano en un posible depósito ritual, en una zona inmediata a las defensas, y el hecho de que luego dejen de aparecer restos humanos en el registro de la Edad del Hierro cantábrica, hace que vinculemos culturalmente los dos principales tipos de monumentos de la Prehistoria reciente cantábrica, los monumentos de los muertos (túmulos) y los de los vivos (poblados fortificados), en este momento de transición precisamente por la aparición de un resto humano en un poblado. Si la interpretación de esta mandíbula es ambigua mucho menos lo es el enterramiento en cista bajo la puerta de la acrópolis



**Figura 3.36:** la calota craneal contenida en la cista situada bajo la entrada de la acrópolis del Chao Samartín (en Villa 2010).

del castro del Chao Samartín, datada radiocarbónicamente en el s. VIII a.C., y en un horizonte de cascarilla y pizarra menuda, usada para nivelar la pendiente original (Villa y Cabo 2003: 144-146) y muy similar a la matriz con la que se forman los túmulos (fig. 3.36). La cista y la matriz donde se ubica la cista ya nos hizo plantear los paralelos y el engarce cultural de esta estructura con los túmulos sobre cista de la Edad del Bronce (capítulo 2). El carácter ritual e intencional del mismo en relación con la primitiva fortaleza se deduce del hecho de que en el interior tan sólo se encontraba una calota craneal, posiblemente de mujer, y de su situación en uno de los espacios con mayores connotaciones rituales, la puerta de entrada al poblado. Ubicación y parte anatómica (una cabeza de mujer) que refuerza la idea de entender la mandíbula de la Campa Torres como un depósito ritual también. Aunque los castros supusieron un cambio cultural bastante drástico y rápido en el tiempo es posible observar elementos que engarzan las formas rituales de ambos periodos, en un sentido parecido a como en Gran Bretaña, cuando los grandes cementerios formados por monumentos tumulares caen en desuso con el primer poblamiento estable, se pasa a ver algunos depósitos de huesos humanos sin quemar en los límites de los poblados o ya dentro de los mismos (Bradley 1991: 64-66).

### Estructuras habitacionales y urbanismo.

Como recientemente se ha comentado para los castros del Noroeste el entramado arquitectónico es un espacio social que se construye culturalmente, un paisaje cultural que participa de lleno en la construcción del aparato simbólico, el imaginario colectivo y las prácticas rituales de la comunidad que lo construye y habita. La estructura espacial es el producto de una sociedad concreta que por medio de unas determinadas tecnologías espaciales y arquitectónicas reproduce el patrón de racionalidad

imperante. La forma de la vivienda aporta un medio perdurable para imponer esquemas de organización social, ya que es un reflejo y un generador activo de la conducta social. Por todo ello la arquitectura debe ser interpretada en términos funcionales, pero también sociales (Ayán 2005b: 37).

La mencionada cabaña comunal del centro de la acrópolis del Chao Samartín es quizás una de las mejor conocidas para la Primera Edad del Hierro cantábrica. Los rebajes practicados en la roca para encajar sus cimientos permitieron reconstruir su planta rectangular de esquinas redondeadas. La estructura se sustentaba en gruesos postes de madera, apoyados directamente sobre la roca de modo regular y embutidos en paredes de mampostería. Se aprecian dos apoyos en el eje axial del edificio para la techumbre y se calculan unos ejes de 12,5 x 4,4 m. (Villa 2005: 103), que dejarían unos 40 m<sup>2</sup> útiles en su interior (Villa 2002a: 164) (ver fig. 3.30). Como vimos más arriba (ver fig. 3.1) alguna de las fechas de la Primera Edad del Hierro obtenidas en el Chao Samartín provienen de un paleosuelo sobre la roca, sellado por una cabaña de la Segunda Edad del Hierro, en la plataforma principal, exterior al recinto superior, lo que da pie para pensar en algún tipo de estructura, no sabemos si habitacional, al margen de la gran cabaña comunal de la acrópolis. Junto a este testimonio cronológico contamos también con hoyos, surcos, canalizaciones y pozos en esa misma zona exterior a la acrópolis que también pueden remitirnos al uso de esta área durante la fase más antigua del poblado. En concreto se ha dicho que fuera del recinto superior “es posible rastrear la existencia de antiguas estructuras probablemente con materiales perecederos” (Villa y Cabo 2003: 147; Villa 2002b: 151), que se asocian estratigráficamente a depósitos contemporáneos del recinto superior (Villa 2003: 117). Desde luego, el paralelo más cerrado para dicho espacio y su cabaña comunal es la de Pendia (fig. 3.37), como ya dijimos más arriba. Ambos casos son espacios que por materiales y/o fechas radiocarbónicas podemos situar en la Primera Edad del Hierro, y ambos poseen sendas cabañas comunales, de gran tamaño y en planta de naípe, con hachas tanto pétreas como metálicas, y otros objetos de bronce, que indican una amortización de las mismas en los suelos de las cabañas, aunque en el caso de la de Pendia los hallazgos proceden de los “alrededores” de la cabaña y no propiamente de su interior, o al menos no todos. En ambos casos no se han identificado con claridad otras estructuras alrededor de las grandes cabañas comunales, pero existen indicios para pensar en ellas. Si pensamos, y como sabemos por San L.uis o Campa Torres, que seguramente estas serían de materiales perecederos, su documentación en la mayoría de los casos no iría más allá del reconocimiento de algún agujero de poste. La única diferencia entre ambas grandes cabañas es que la de Pendia es de muro íntegro de pizarra (García y





**Figura 3.37:** la arquitectura comunitaria: izquierda, gran cabaña comunal de Pendia; derecha, gran cabaña comunal del Chao Samartín (a partir de fotografía de David González; Villa y Cabo 2003).

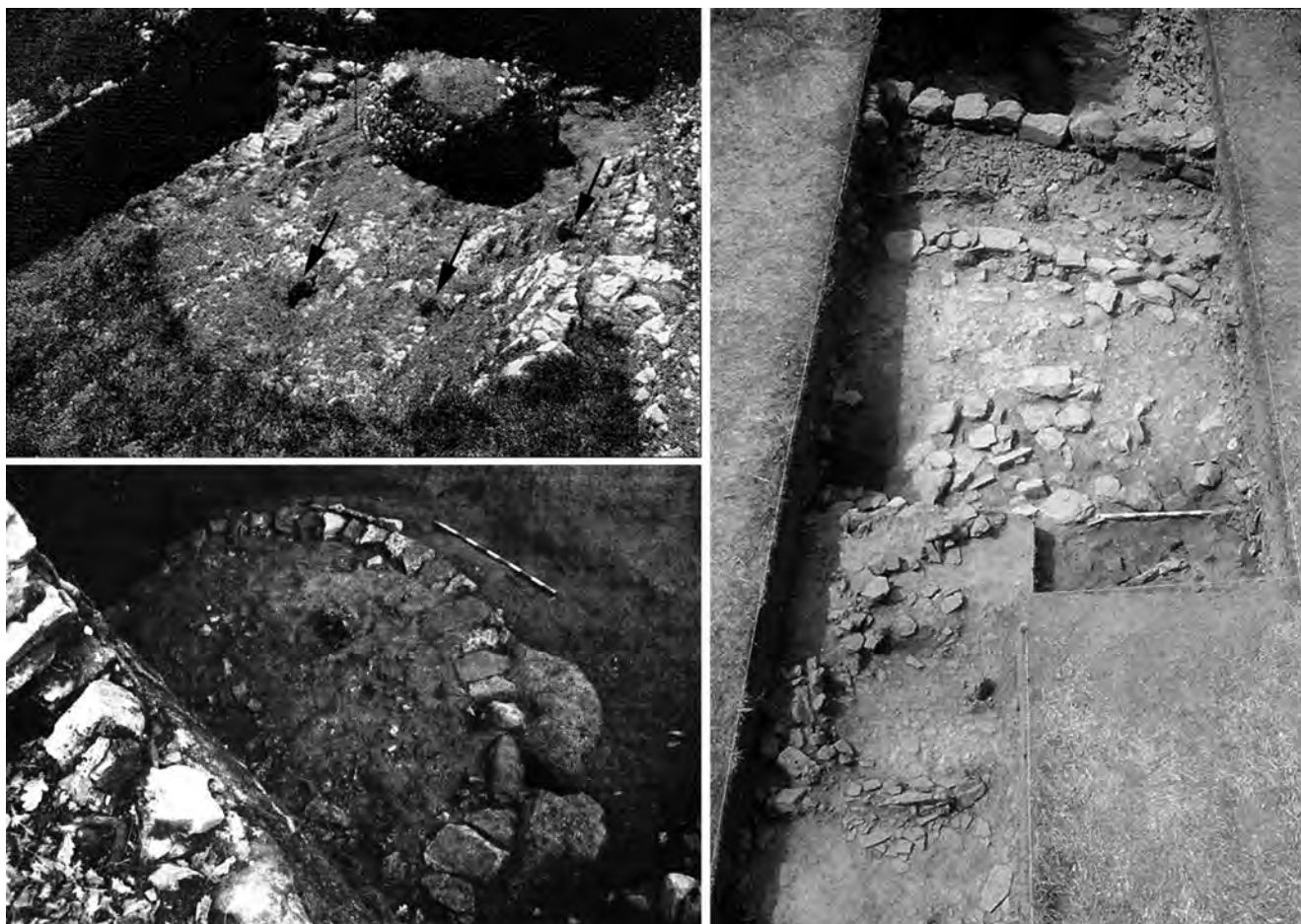
Bellido 1942b: 290-293), sin los postes embutidos en la mampostería como en el caso de la del Chao. Esta diferencia en el material constructivo también se corresponde con la apreciada para las defensas, de piedra exclusivamente para Pendia, y empalizada, es decir, combinación de madera y piedra como en el caso de su cabaña comunal, para el Chao Samartín. Siguiendo este mismo modelo de una gran cabaña comunal como articuladora del espacio construido en un castro de la fase I también podría citarse el caso de la estructura C-8 de Os Castros de Taramundi ya que formalmente es como la de los casos recién citados y también porque al estar parcialmente amortizada por la sauna castreña (Menéndez y Villa 2009: 461), y pudiendo datar estas saunas en la fase II (capt. 4), podríamos aventurar fechas de la fase I para esta gran estructura. Al sumar un caso más conseguimos que el modelo que plantearemos más adelante gane consistencia.

Los datos relacionados con los niveles antiguos de San L. Luis son escasos, pero elocuentes. La fecha antigua UBAR 351, de la fase I b, se obtuvo precisamente de los niveles infrayacentes de la estructura 18 del barrio alto. Dicha estructura, una cabaña circular de piedra de la Segunda Edad del Hierro, reformada en época romana, y a la que se asocia el nivel VI-a -pegado a la cara interna de algunas zonas del muro circular- se encuentra sobre el nivel VI-b, que es el relleno de algunos agujeros de postes realizados sobre la roca madre, y que contenían algunas semillas carbonizadas, de las que se tomó la fecha UBAR 351, y algunas cerámicas. Esa fecha antigua asociada a una estructura formada por agujeros de postes, de la que tan sólo contamos con una sección de arco, pero que presumiblemente sería circular, nos da idea del tipo de cabañas que ocuparían el primitivo poblado castreño, que en principio

ocuparía tan sólo la parte alta o acrópolis, aunque la discusión aún no está cerrada, como vimos más arriba (Marín y Jordá 2007: 140-141 y fig. 4) (fig. 3.38). La evolución arquitectónica propuesta se podría corroborar si atendemos a algún ejemplo gallego no excesivamente lejano del área cantábrica como por ejemplo el castro de Castromaior (en el camino de Santiago, en Porto Marín, Lugo, en la ribera del Miño), en donde se ven zanjaz y agujeros de poste de las cabañas anteriores a la construcción de las viviendas de piedra (que son cuadrangulares y en planta de naípe, de pizarra y con algún sillar de cuarcita) (López González 2009: 38-39), como las que se verán durante la fase II en el occidente de Asturias (capítulo 4). No se dice mucho más en la publicación, pero habría que pensar en paralelismos con San L. Luis, y en que son de la Primera Edad del Hierro, marcando una evolución arquitectónica similar a la del occidente asturiano.

Pese a no contar con ninguna publicación de las excavaciones realizadas en los años 90 en el Castillo de San Martín sí que fue publicada una exigua nota y una fotografía de unas cabañas infrayacentes a la muralla de módulos del poblado, de las que apenas se percibe un zócalo pétreo tendente al círculo (Carrocera y Camino 1996: 58, y fotografía). Por dicha relación estratigráfica y por lo materiales asociados a los niveles de uso de aquellas cabañas -enganche laciforme de bronce y toscas cerámicas espatuladas con espigas incisas, con paralelos en Camoca- (Villa 2007a: 198) puede pensarse en fechas de la Primera Edad del Hierro para el uso de ésta, o en una fase de transición hacia la Segunda Edad del Hierro (fase I c), que es cuando se originan las murallas de módulos, para consolidarse en la fase II (ver fig. 3.38).

Los datos provenientes del Picu la Forca son sorprendentes ya que se trata de un castro que parece estar sólo ocupado en la fase I b y en el cual se han



**Figura 3.38:** las estructuras de habitación en el sector occidental cantábrico: izquierda arriba, agujeros de poste de una cabaña de la fase I y hogar sobreelevado de la fase II de la Campa Torres; izquierda abajo, cabaña circular con zócalo de piedra del Castiellu de San Martín cortada y sellada por una muralla de módulos, por lo que se puede aventurar una cronología, al menos, de la fase I; derecha, superposición de tres fondos de cabaña junto a la muralla de Camoca (a partir de de Maya y Cuesta 2001; Carrocera y Camino 1996; Camino 1999).

practicado numerosos sondeos, pese a lo cual no han aparecido estructuras ni materiales -tan solo se han recuperado algunas piezas líticas, pero ninguna cerámica ni otro artefacto o ecofacto- al interior de sus potentes defensas, que dejan un espacio real de unos 80 x 25 m, es decir, unos 2000 m<sup>2</sup>. Como ya dijimos la ausencia de información puede deberse a la alteración producida por las trincheras de la Guerra Civil y por un moderna cantera, que precisamente arrasó con la llanada interna a la muralla, que es precisamente el lugar en donde suelen situarse las cabañas. Pero aparte de esta alteración el resto del peñedo no está en absoluto regularizado y da la sensación de que no se adecuara ninguna zona del castro para asentar alguna estructura. Los propios autores descartan que se trate de un castro inacabado -pese a que incurran en contradicción con los títulos de los artículos en donde se han dado a conocer las excavaciones-, ya que la ausencia de muralla por el lado norte se debe a la buena defensa natural que posee este sector, por lo que se decantan, conjugando todos estos datos, por un castro que nunca fue ocupado (Camino, Estrada y Viniegra 2008: 28-29). Nos resulta extraña tal inversión de trabajo, y que se rematasen las defensas

hasta el punto de que tuvieran en su cima una empalizada de madera, para que nunca fuera ocupado el lugar. Si bien resulta raro que tan sólo se haya recuperado algo de industria lítica y casi ninguna estructura, existe algún indicio que nos puede hacer pensar en algún tipo de construcción doméstica. Se trata de una masa extendida de piedras de tamaño mediano, con distribución caótica y sin traza ninguna de carácter constructivo, que pudieran corresponderse con una estructura arruinada (Ibid.: 26). Es posible, por contra, que el Picu la Forca esté indicando, de forma dramática, los rasgos diagnósticos de los castros cantábricos de la fase I b: potente muralla pétrea, sobre pequeño cerro conspicuo, de entramado urbanístico con una densidad muy baja de estructuras, que suelen ser de materiales perecederos, con grandes espacios vacíos, hasta el punto de que igual tan sólo contaban con una gran cabaña comunal. Quizás ese nivel de piedras de tamaño medio pueda corresponderse con una estructura de este tipo, y que el resto del poblado se caracterice por el vacío constructivo.

El principal problema para hablar de estructuras habitacionales en Campa Torres en la Primera Edad

del Hierro es que todas las viviendas documentadas pertenecen realmente a la Segunda Edad del Hierro (Ríos y García de Castro 2001: 93). Curiosamente, pese a haberse afirmado que se cuenta con documentación de viviendas desde los niveles fundacionales hasta época romana, lo cierto es que las dos únicas estructuras que podrían tener fechas de la fase I, la casa circular con fundamento de piedras y hogar decorado en retícula del nivel VII del sector XIV, que sobremonta la manida “zapata fundacional”, y otra del sector XVI, esta vez construida con agujeros de poste con calzos sobre la roca madre, acaban fechándose, por distintos motivos, en la fase II (Maya y Cuesta 2001: 55-57). La mala metodología de excavación, el hecho de documentar tan sólo perfiles estratigráficos y casi nunca plantas, y el antiproductivo intento de correlacionar los estratos de todos los sectores es un importante impedimento a la hora de interpretar el yacimiento. Pero si nos lanzamos a la reinterpretación de la estratigrafía, en el sentido propuesto más arriba, veremos que realmente el estrato VII en donde se encuentra la cabaña de hogar decorado se yuxtapone al interior de la “zapata fundacional” que reinterpretemos como muralla antigua, y se encuentra sobre un nivel datado por UBAR 321 (Ibid.: 72-74, y figs. 31 y 32) en la fase I b, lo que puede llevarnos a fechar dicha estructura en la fase I. Pero sobre todo es la otra estructura circular compuesta por tres agujeros de poste con calzos, en arco, y sobre la roca madre, la que evidentemente está mal interpretada por sus excavadores. Si atendemos a la información de que el hogar de dicha cabaña se encuentra 70 cm. por encima de la boca de los agujeros de poste y analizamos la fotografía en la que se observa el hogar en positivo mientras que a su alrededor se ha rebajado todo hasta la roca madre (Ibid.: 56, nota 25 y foto 15) comprenderemos que los agujeros de poste se corresponden con una estructura mucho más antigua que la que representa el hogar (ver fig. 3.38). Sea como fuere lo interesante es que se marcan tres tipos genéricos de construcciones circulares en la Campa Torres: mediante postes; con base de piedras y levantado vegetal de muros; y, por último, un círculo doble de piedras con espacio intermedio para asentar los postes (Ibid.: 57). Por lo expuesto más arriba podríamos decir que existe una evolución arquitectónica en el registro de la Campa Torres, en donde las cabañas realizadas mediante postes serían las más antiguas, en un proceso paralelo a San L. Luis, para pronto, incluso dentro de la fase I b, comenzar las cabañas sobre zócalo sencillo o doble de piedras, lo que continuará y perdurará durante la fase II. Además, como hemos visto, la novedad con respecto a otras estructuras cantábricas es la documentación de hogares decorados con retícula que podrían ser fechados en la fase I.

En la ría de Villaviciosa el poblado de Camoca posee cabañas, reconocidas por una hilera de piedras o

zócalo de paredes vegetales con manteado de barro, pegadas a la muralla. Algunas fueron utilizadas antes de que se construyera la defensa. En concreto se localizaron en la parte meridional del poblado, gracias a una trinchera realizada para cortar las defensas. Se trata de tres niveles de ocupación. El primero sólo lo definen agujeros de poste, obras de cimentación y hogares, sin que se haya podido asignar el número exacto de estructuras con las que se corresponden los restos. En el segundo nivel unos postes definen una cabaña oval o ligeramente elíptica que puede ser la reconstrucción de la precedente, y se corresponde con el nivel de construcción de la muralla. Sobre la explanación de esa segunda cabaña se construyó una tercera que, con la misma planta, posee un apilamiento de piedras en su perímetro, por lo que también se interpreta como de materiales perecederos y manteado de barro, como demostrarían ciertas placas de barro recocido con improntas de ramaje. Asociados a esta estructura existen varios cenizales junto a la muralla, que seguía en uso, y una zona de combustión con agujeros de poste, para algún tipo de bastidor, seguramente para colgar ollas de cocina (Camino 1997: 55-56, 69; 1999: 151; 2003: 160), demostrando que el exterior de las cabañas fueron zonas semipúblicas en donde también se desarrollaron actividades domésticas como es el procesado y cocinado de alimentos. Sin embargo, lo llamativo es la ubicación de las estructuras más antiguas sobre el talud previo a la construcción de la muralla (Camino 1997: 55). Como dijimos más arriba dicho talud, al igual que lo propuesto para el Chao Samartín y Campa Torres, igual se corresponde con unas defensas primitivas que constarían de una empalizada sobre el talud, o simplemente del talud. Por ello no habría que entender que la primera cabaña estuviera en un poblado abierto, sino en uno defendido de forma diferente al modo de muralla pétreo de lienzo continuo. También es interesante el detalle de que haya superposición de varias de estas estructuras, ya que denota cambios sociales en los usos del espacio doméstico, puesto que éste comenzará a caracterizarse por la redundancia, algo que, en principio, en los poblados de la Edad del Bronce no se daría, ya que el carácter extensivo de éstos haría que unas cabañas se construyeran junto a la amortización de las previas, pero no encima. En el contemporáneo y vecino castro de El Campón de Olivar la cabaña identificada se encuentra sellada por los derrumbes de la muralla y se define por un hogar y un rodapié de piedra (Camino 1999: 155). Es también interesante que sean en las cabañas de los últimos momentos en las que aparezcan los rodapiés o cimentaciones de piedra. Si pensamos que éstos van asociados estratigráfica y cronológicamente con la sustitución de las primitivas defensas centradas en el talud por las de muralla continua, nos estaría revelando el ensayo de variadas decisiones tecnológicas en estos primeros momentos de patente cambio cultural, hasta la consolidación de



**Figura 3.39:** planta y fotografía del zócalo de la cabaña documentada cerca de la cara interna de la muralla del castro de La Garma (a partir de Arias y otros e.p., modificado).

algunas de ellas (pensemos que las cabañas de material perecedero del vecino castro de Moriyón, de la Segunda Edad del Hierro, son precisamente vegetales con zócalo de piedra, aunque no en todos los casos). También es posible y sugerente pensar que los primeros modelos de cabañas y defensas de Camoca realmente sean herederos directos de las formas culturales de la Edad del Bronce, en donde el trabajo de la piedra está prácticamente ausente en las decisiones tecnológicas arquitectónicas, lo que de nuevo pone de manifiesto que en los primeros castros cántabros se dieron a la par tanto elementos dentro de la tradición cultural como de cambio, en donde fueron ensayadas diversas opciones constructivas, tanto en arquitectura doméstica como defensiva, hasta establecer y fijar nuevas tradiciones culturales.

Pese al gran desconocimiento para la Primera Edad del Hierro de los castros del sector cántabro las estructuras domésticas debieron de estar levantadas también con un esqueleto vegetal con manteado de barro, ya que pese a no aparecer ninguna cabaña en los sondeos del castro de Argüeso-Fontibre sí que aparecieron los manteados recocidos de las mismas, cuyas concentraciones, así como por la aparición de algún molino barquiforme, demuestran que el hábitat se desarrollaría principalmente en los cuadrantes NE y SE (Ruiz Gutiérrez 2000: 341-342). Manteados cocidos accidentalmente también es lo único que conocemos en lo referente a arquitectura para el también cántabro castro de Castilnegro (Valle y Serna 2003: 371), aunque la noticia de una estructura rectangular cimentada sobre la amortización de una construcción anterior de planta circular, cuyo zócalo está parcialmente construido con mampuestos, y adosada a la muralla (Ibid.: 390) nos permite intuir que quizás esa fuese la planta propia de la Primera Edad

del Hierro, y por tanto muy similar a lo documentado en la zona oriental y central asturiana, tal y como corroboraríamos con las cabañas de la fase I b documentadas al interior del área fortificada del castro de La Garma. En este poblado se han documentado estructuras de habitación en tres de los sectores excavados, siempre intramuros. Son estructuras circulares que tienen unos 6 m de diámetro. Ya se comentó el zócalo pétreo de una al hablar de la muralla primitiva, momento con el que debe ser relacionada. Se conoce otra ovalada, cuyo zócalo pétreo es más sencillo, asociada a la muralla moderna. En la porción de otra se ha podido comprobar como la descomposición de la roca madre se utilizó como pavimento (Arias y otros e.p.; Arias y otros 1999: 72; Arias y Armendáriz e.p.: 68) (fig. 3.39).

El modelo planteado para la espacialidad y arquitectura castreña para la Primera Edad del Hierro en el Noroeste aboga por el claro predominio de la planta circular con hogar central, de materiales perecederos (el gallego *palabarro* -o el asturiano *cébatu*, con manteado de barro), pero con zócalos pétreos. Por lo tanto habría cierta homogeneidad en el área gallega para las formas arquitectónicas. En resumen las características de éstas son un espacio habitacional con bastante permeabilidad interna, gracias a un bajo índice del espacio construido, que deja un libre recorrido circulatorio dentro del asentamiento, una disponibilidad de espacio libre entre viviendas y una ausencia de esquema jerárquico de ordenación espacial entre éstas. El castro es un hito monumental y referente visual que remarca arquitectónicamente el espacio habitacional conjunto, reforzando la identidad de la comunidad. Al interior del castro estarían las áreas de actividad de las unidades familiares, que apenas se segregan espacialmente, lo que indica que no

hay necesidad de autoafirmación de los diferentes espacios domésticos y que hay ausencia de jerarquización del espacio construido. Habría una escasa presión demográfica, una baja competitividad social a nivel interno de cada grupo y predominaría la colectividad sobre los núcleos familiares. Es evidente también que en todos los casos mejor documentados la arquitectura doméstica toma como referente la cara interna del recinto amurallado. Pese a que las estructuras de habitación suelen estar erigidas sobre aterrazamientos que nivelan el terreno, éstas no impiden ni la intervisibilidad ni la circulación (Ayán 2005b: 42-43; Parceró y Cobas 2004: 11-13). Poco sabemos de la organización espacial de las estructuras domésticas, aunque por Camoca habría que pensar en su desarrollo exclusivo en el aterrazamiento o parapeto circular construido, dejando una gran zona central elevada, con fuertes pendientes y rocas al descubierto, que en este poblado no ofreció hallazgos y que es la menos propicia para el hábitat, por lo que se ha entendido como zona de reuniones, de trabajos artesanales o de actividades agropecuarias, tales como era o redil de ganado. En este poblado de 1 Ha se aboga por una ordenación urbanística circular o subcircular adaptada al terreno (Camino 1997: 77). Es posible entonces, gracias a Camoca y La Garma, plantear algún tipo de urbanismo del tipo “poblado cerrado” o “poblado de espacio central”, en donde el conjunto defensivo de talud más murallas proporciona la plataforma circular en la que se construyeron las cabañas, dejando espacios centrales que se corresponden con las zonas más elevadas y demostrando que todo ello responde a un plan preestablecido, ya que existe una ligazón estructural entre las cabañas y las defensas (Camino 2002: 147), es decir, algún tipo de urbanismo o, si se prefiere, racionalidad espacial y arquitectónica.

Sin embargo caeríamos en un error si pensamos que toda la zona cantábrica comparte los mismos rasgos ya que en el occidente asturiano, las acrópolis de San L. Luis y el Chao Samartín, así como las grandes cabañas comunales de este último y Pendia, ponen sobre la mesa otras lógicas espaciales y otras formas de distribuir el espacio que, en definitiva, nos hablan de formaciones sociales necesariamente distintas habitando las diferentes regiones cantábricas. En la zona centro-oriental asturiana los poblados con distribución circular de las viviendas en la plataforma intramuros seguirán siendo la tónica general en la Segunda Edad del Hierro, y con una técnica edilicia muy similar. Mientras, en el occidente cantábrico (occidente de Asturias-este de Lugo-noroeste de León) la fase I se caracteriza por las acrópolis con grandes cabañas comunales y posibles cabañas más pequeñas alrededor. En este contexto no sabemos si la acrópolis de San L. Luis tuvo grandes cabañas comunales, pero sí que cuenta con un espacio lo suficientemente pequeño como para no hablar de espacios centrales vacíos.

Todos estos ejemplos occidentales darán en la Segunda Edad del Hierro espacios abigarrados de estructuras pétreas circulares y subrectangulares dentro de nuevos espacios anexionados a los primitivos poblados (capt. 4). Por tanto el modelo naviego no encaja exactamente en la tónica general del Noroeste y centro-occidente cantábrico, puesto que el espacio central, que en el resto de ejemplos queda libre, otorgando ese sentido de comunidad, precisamente en el Chao Samartín, Pendia y Os Castros de Taramundi estuvo ocupado por una gran cabaña, con planta de naípe, en donde se llevaron a cabo rituales que tuvieron que ver con la destrucción y deposición de objetos simbólicos como hachas y calderos. Si pensamos en la posibilidad de que las cabañas de habitación, a todas luces de materiales perecederos, estuvieran en los espacios libres entre las defensas y estas grandes cabañas centrales, habría que pensar que estas estructuras centrales no serían de habitación sino de congregación del grupo -significativo en este sentido es que en la bien excavada del Chao Samartín no haya aparecido ningún tipo de hogar-. Puede que en estos actos de reunión en las grandes cabañas comunales hubiera ciertas prescripciones sociales (sólo los adultos, sólo los hombres, sólo los guerreros, etc.). Ello nos recuerda al poblado de A Santinha (Amares, en el portugués río Cavado), un castro fortificado ya en el s. X cal AC y con evidencias claras de intensificación agraria, como es la tónica general en ese territorio, pero en cuya plataforma superior tenía una gran estructura documentada que aparte de contener reservas de cereales, leguminosas, etc. sirvió en sus alrededores para la producción metalúrgica. Estas características son bien diferentes a las cantábricas, no el hecho de que la gran estructura se encuentre en la zona más elevada y se interprete en un sentido comunal (Bettencourt 2001: 43-45). Puede, por tanto, que el fin de las grandes cabañas de Pendia, el Chao Samartín y Os Castros de Taramundi no fuese muy diferente al de los espacios centrales del resto de poblados del centro y oriente cantábrico, reforzar el sentimiento comunal del grupo en este complejo momento de cambio cultural y tensión social, sólo que mediante una ritualidad y arquitectura particular, y no mediante la ausencia de la misma, como en el resto de casos. La única diferencia entre la gran cabaña comunal y las defensas de Pendia y con respecto a las del Chao Samartín es que en el primero son íntegras de pizarra, al igual que la cabaña de Taramundi, y en el segundo se combinan la piedra con los postes de madera, pero formalmente son muy similares y excepcionales en el resto del panorama cantábrico. Estos datos redundan en la idea expuesta más arriba de la importancia de las grandes vías de comunicación ya que la semejanza cultural entre dos poblados situados en la cuenca del Navia, uno en su tramo alto, y otro casi en la desembocadura, es patente, por lo que podían interpretarse como consecuencia de la

segmentación y sedentarización de aquellos grupos de la Edad del Bronce (capítulo 2) que les hacíamos transterminar río arriba y río abajo por las rutas que discurren por las cimas y laderas de los cordales. Un origen común que explicaría tan peculiares rasgos culturales compartidos.

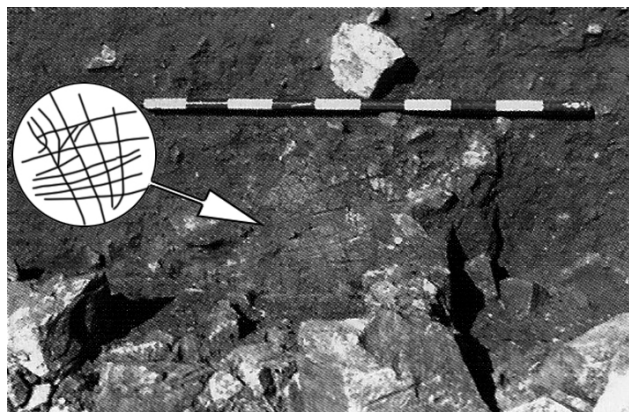
Son aún muy escasos los datos, pero, y de nuevo gracias a hipótesis lanzadas por compañeros gallegos, podemos pensar en que la continuidad entre la Edad del Bronce y la primera fase castreña se podría ver también en las características organizativas básicas del espacio doméstico, ya que las estructuras circulares -aunque de diámetros algo más pequeños-, las técnicas constructivas y los grandes espacios vacíos entre estructuras son las características básicas documentadas en el Noroeste para momentos precastreños. Pero hay diferencias con respecto a los primeros castros de As Rías Baixas y alrededores. Allí los muros de piedra sustituyen a las primeras cabañas castreñas realizadas en materiales perecederos en torno a la fase I c (Ayán 2008: 921, 926; González Ruibal 2003a: 168-171). Pero en la zona cantábrica la evolución arquitectónica difiere, pues si bien también es posible constatar en ciertas zonas una sustitución de las cabañas circulares realizadas con agujeros de poste (Campa Torres, San Lluís) heredadas de la Edad del Bronce por otras ya típicas de la Edad del Hierro a lo largo de la fase I, éstas se caracterizarán por el empleo de la piedra casi exclusivamente para realizar los zócalos, mientras que los alzados murarios serían a todas luces de enramados a los que se aplicaron manteados de barro (*cébatu*). De hecho, en muchas zonas norteñas, con la excepción del occidente cantábrico, esta será la técnica constructiva que perdurará hasta la llegada de Roma y que en muchos casos (Camoca, La Garma) se constata desde la misma fundación de los poblados. Pese a que se haya dicho que en los niveles antiguos de la “cultura castreña” las cabañas de materiales perecederos pertenecen a los niveles de obra o a cabañas provisionales en las que habitan los constructores (Fernández-Posse y otros 1994: 205), principio que vacía de contenido cultural a la Edad del Hierro, lo cierto es que esta arquitectura doméstica no sólo no pertenece a un nivel de obra sino que es la propia de la zona centro occidental-cantábrica durante la fase I, heredándose en la Segunda Edad del Hierro en un amplio sector que al menos ocupa la mitad occidental de Cantabria y los sectores oriental y central de Asturias, siendo unos de los rasgos culturales más definitorios del área. El área centro-occidental cantábrica, en lo que a la edificación se refiere, se encuentra por lo tanto en la fase I más próxima a las formas culturales del interior de Galicia, en donde tampoco existen las casas de piedras en ese momento (González Ruibal 2003a: 161). La única excepción a este panorama sería la gran cabaña comunal de Pendia. Es posible que los materiales de la fase I obtenidos de su interior sean realmente de

alguna estructura de materiales perecederos infrayacente, aunque el paralelismo de su forma y tamaño con la del Chao Samartín nos hace decantarnos por una cabaña realizada en pizarra de la Primera Edad del Hierro. No debe ser extraño este hecho si pensamos en la cercanía de Pendia a la costa occidental asturiana, que sin duda es el territorio con mayores concomitancias con el Noroeste, y ya vimos que la petrificación de la arquitectura en Galicia es una cuestión eminentemente costera. Dentro de este panorama de paulatina petrificación tampoco contamos con datos clarificadores respecto a la gran cabaña comunal de Os castros de Taramundi más allá de su relación estratigráfica con la sauna castreña documentada, por lo que perfectamente puede ser de un momento algo más avanzado, como es la fase de transición a la Segunda Edad del Hierro o fase I c.

Por otro lado el mundo cantábrico contrasta y se puede comparar fácilmente con la Meseta Norte por el pequeño tamaño de los poblados castreños en comparación con los contemporáneos de aquella zona y por la diferencia en la densidad del espacio construido, pero no tanto por la forma y tamaño de las estructuras, como se verá más abajo. En general en la zona cantábrica son raros los castros que superen la hectárea, incluso en la Segunda Edad del Hierro, principio que también es extensible a las comarcas orientales de Galicia (Grande Rodríguez 2008: 98-99). El tamaño diferencial con respecto a la Meseta Norte gana peso si tenemos en cuenta que en los niveles de la fase I b en muchas ocasiones el espacio cerrado por las defensas no pasa de unos pocos miles de metros cuadrados, en ocasiones ni del cuarto de hectárea.

De nuevo para el Noroeste la ausencia de muros que dividan y la presencia de espacios abiertos se entienden en el sentido de que el espacio doméstico no fue maximizado, contrastando con otras áreas peninsulares -en nuestro caso concreto con los yacimientos soteños, con mucha mayor densidad de construcciones para estos momentos, como veremos-. Por otro lado el castro, como monumento marcador y referencia visual, refuerza el desarrollo residencial y refuerza la identidad comunal. El área interna de los poblados, al no estar segregada espacialmente ni marcar con claridad los lugares de actividad, puede entenderse como el centro de la actividad familiar comunal. El hecho de que no fuera necesario marcar arquitectónicamente las diferentes áreas domésticas refuerza la idea de una ausencia de organización jerárquica. Así mismo sugiere que no hubo presión demográfica, con escasa competitividad social y con un predominio de la comunidad sobre la familia. Dentro de las casas la ausencia de muros sugiere un espacio doméstico abierto, que refleja un alto grado de cohesión interna en la unidad parental así como una ausencia de privacidad. Un único espacio abierto en cada estructura en donde se llevan a cabo las acciones cotidianas muestra una escasa complejidad





**Figura 3.40:** fotografía de un hogar, posiblemente de la fase I, de la Campa Torres e interpretación de su decoración (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001, modificado).

socioeconómica. La cabaña como una unidad de producción y consumo, en donde se llevan a cabo las actividades diarias tanto dentro como en sus alrededores. Las áreas de actividad como cocinar, manufacturar herramientas, almacenar o dormir seguramente se realizaron radialmente alrededor del hogar. El hogar es el foco central de la casa y sus habitantes, y alrededor del cual los objetos y las personas se organizan, gracias al aporte de luz y calor, vitales para la actividad doméstica (Ayán 2008: 932-933). En este sentido y también en lo que respecta a cuestiones demográficas tan sólo se han realizado estimaciones en la ría de Villaviciosa. Estableciendo paralelos entre las cabañas de Moriyón con las de Camoca se entiende que raramente tuvieron divisiones internas, a no ser por algún pequeño murete para proteger el hogar del viento, y puede que también alguna planta vegetal situada bajo la cubierta. Quedarían por tanto espacios interiores en las cabañas de entre 16 y 23 m<sup>2</sup>, propios para 4/5 individuos, es decir, una familia nuclear (Camino 2002: 144-146). Pese a la escasez de datos habría que entender, al igual que lo propuesto para los castros del Noroeste en esta fase al norte del Limia (González Ruibal 2003a: 158), que estaríamos ante cabañas de gran diámetro (5-8 m), corroborado por los 6-7 m de propuestos para las estructuras La Garma, con abundante espacio entre ellas, ocupadas por un grupo familiar, multifuncionales (vivienda, granero, corral y almacén) y con hogares centrales de gran tamaño, como parecen indicar las de la Campa Torres.

Respecto a la ritualidad del hogar, y en general el carácter simbólico y no sólo funcional de las estructuras, se ha escrito mucho, por ejemplo para la Edad del Hierro británica (por ej. Pope 2007). Sin embargo poseemos escasos datos para el Noroeste, y menos aún para el sector cantábrico. No obstante puede deducirse un rol importante de los hogares en el hecho de que por mucho que se reconstruya una estructura el hogar se suele mantener en el mismo lugar (Ayán 2008: 933), y como claro ejemplo tenemos la estructura de agujeros de poste de Campa Torres

que reinterpretamos más arriba, en donde el hogar de una cabaña inevitablemente más moderna que la que marcan los agujeros, se sigue situando en el centro del primitivo círculo. El otro ejemplo de la Campa Torres no es menos significativo a este respecto ya que, en un ambiente cultural en el que o bien están ausentes las decoraciones o bien estas son muy escasas y circunscritas a lugares específicos (pensemos en los hombros de ciertas cerámicas por ejemplo), llama la atención el hogar realizado en barro y decorado con una retícula incisa, que recuerda a alguno decorado del Noroeste -por ejemplo en Coto de San Trocado mediante impresiones (Fariña y Xusto 1991: 213)-. La progresiva elaboración de los hogares se puede considerar también característica de la Edad del Hierro, en comparación con épocas previas. Se puede interpretar la relevancia creciente de este elemento como parte de la importancia social y simbólica cada vez mayor del espacio doméstico en el mundo castreño (fig. 3.40). El énfasis en la apropiación del espacio explica que las cabañas se construyan unas sobre otras, lo que se observa en las superposiciones de hogares y zócalos (González Ruibal 2003a: 163; 2005). La repetición del tipo de vivienda sería una de las herramientas arquitectónicas utilizadas para legitimar una continuidad habitacional en un momento caracterizado por el incremento de la competitividad social intercomunitaria (Ayán 2001b). Se trate de cabañas de piedra que se mantienen o de materiales perecederos que se reconstruyen, en ambos casos se quiere enlazar con los ancestros, representados en la vivienda, y con los derechos que suponen la posesión de dichos ancestros. En esta dirección, como expresión del deseo de permanencia y de legitimación de pertenencia al grupo y al territorio por parte de cada grupo familiar, podríamos interpretar las sucesivas remodelaciones de una cabaña sobre otra en Camoca, los ejemplos de Campa Torres ya comentados en donde aunque cambie la técnica constructiva de la cabaña el hogar siguió quedando en el mismo lugar, construyéndose uno sobre otro, o el caso paradigmático de la acrópolis de San L.uis en donde gracias al radiocarbono y a las reformas efectuadas en cada momento histórico sabemos que la estructura 18 posee una densidad histórica de 1000 años, un milenio a lo largo del cual, generación tras generación, se habitó en el mismo lugar.

Pese a que en el mundo cantábrico no vemos el empleo de la piedra que ya se advierte en ciertas zonas de la fase I en Galicia, sí que podríamos hacer nuestras las principales innovaciones que se han comentado para aquella zona, que no son otras que la aparición de una arquitectura más sólida y la redundancia en la ocupación. El significado de este proceso iría en el sentido de que si la muralla del poblado garantiza metafóricamente el acceso de la comunidad a los pastos de los montes, a las aguas y a los campos cultivados de los alrededores, así como supone una



garantía de su independencia, el muro de la casa garantizaría el derecho del individuo -que mejor definiríamos como dividuo-, de la familia, a pertenecer a dicha comunidad y beneficiarse de los bienes colectivos, así como su independencia -relativa- dentro de la aldea. El símbolo de esa casa como tal sería el hogar, indispensable para reclamar los derechos de pertenencia al grupo (González Ruibal 2003a: 158-159), lo que no se haría en sentido discursivo verbal sino que la propia materialidad, el hecho de reconstruir una casa sobre otra y encender el fuego todos los días es en sí mismo un discurso material que mediante la práctica cotidiana refuerza el sentimiento de identidad y pertenencia al grupo.

Antropológicamente hablando es más que evidente que para las sociedades preindustriales las casas son algo más que un simple techo que cobija, ya que poseen importantes significados y un destacado simbolismo (son muy variados los ejemplos que podemos encontrar sin salir del continente africano, resumen en González Ruibal 2001). Poseemos pocos datos como para poder aludir a orientaciones de las casas o los hogares que nos puedan indicar cuestiones cosmológicas. Para los castros gallegos se han aplicado algunas cuestiones generales sobre las estructuras circulares que enfatizan una distribución a partir de líneas de centro/periferia a partir del hogar, como principio de organización consciente, y a la par uno de adelante/atrás asociado a la necesidad de luz conjugado con la dicotomía contacto/privacidad, que se mantendría en un plano mucho menos consciente (Ayán 2008: 934 siguiendo a Pope 2007). Pero sobre todo se insiste en que la forma arquitectónica de la casa redonda es un reflejo a escala microespacial del paisaje cultural. A diferentes escalas espaciales y de menor a mayor tendríamos el espacio circular de la casa, el espacio definido por las defensas del castro, el territorio económico formado y organizado por el asentamiento, y el espacio cultural o simbólico. La casa redonda podría entenderse como un microcosmos del universo, como una representación metafórica del territorio de la comunidad, de un territorio que como tal da sus primeros pasos en este momento. De todos modos se apunta a que ello se desarrollará durante la fase II. La tendencia consistiría en compartir simbólicamente la planta redonda de la casa, con la planta redonda del poblado y así mismo con un territorio de explotación circular en donde estarían todos los recursos necesarios para el grupo (tierras cultivables, pastos para los animales y lugares de extracción de materias primas). El castro como monumento central que controla ese territorio de explotación y con dos zonas claramente diferenciadas: su espacio central junto a las tierras que explota por un lado y que forman su territorio, y por otro las tierras periféricas que le sirven de límite con otras comunidades (Ayán 2008: 934-935). Sin embargo este es un modelo que no podemos aplicar, sin matizarlo,

al mundo cantábrico. Quizás el simbolismo de las casas redondas dentro de un castro circular también nos esté aludiendo a la tensión social entre los grupos familiares y la comunidad en sí misma, con una tendencia a que prime lo comunal, como ya hemos explicado. Pero en lo que se refiere al territorio exterior al castro hemos visto como la territorialización que se presupone para la Edad del Hierro aparte de ser incipiente es que no sigue el modelo de territorio circular alrededor del poblado, como vimos, y en multitud de zonas de la montaña cantábrica, ni siquiera en la fase II se desarrolló en el sentido propuesto para el Noroeste. Para la mayoría de los castros cantábricos un territorio de explotación económica y que seguramente mantuvo un papel protagonista en sus cosmologías se encontraba fuera de ese territorio cercano y circundante al poblado. Y no solo nos referimos a campos de cultivo extensivos que por causa del mismo sistema de explotación de tala y roza tienden a ocupar grandes extensiones de terreno que se van rotando sino sobre todo a los pastos de altura, a los puertos, brañas y majadas, como ya explicamos. Para hablar de simbolismo y ritualidad asociado a las estructuras cantábricas, aparte de los hogares, quizás los mejores ejemplos que tenemos para la fase I son las cabañas comunales del Chao Samartín y Pendia, y como de algún modo debieron de servir para reforzar los lazos comunales del grupo, que ahora explota un recién estrenado “territorio”.

Como resumen podríamos decir que la tensión entre el espacio colectivo y el familiar todavía no se aprecia en la Primera Edad del Hierro del sector centro-occidental cantábrico, aunque es posible que desde el mismo momento en que aparecen los castros y las casas permanentes surja este problema, al menos de forma larvada. Lo que se observará, a partir de entonces y en unas zonas con más intensidad que en otras, será una tensión entre los intereses de las familias, representados por las casas o unidades de ocupación, y los de la comunidad, representados por el castro. Los elementos colectivos comentados - fortificaciones, obras de preparación del terreno, terrazas, espacios libres interiores- sirven como elementos de cohesión dentro del grupo. Durante la Primera Edad del Hierro prima la comunidad, el castro, por encima de las unidades domésticas individuales, en donde todas las familias, representadas por sus casas, están al mismo nivel (González Ruibal 2003a; Ayán 2001). Sin embargo en la Segunda Edad del Hierro aumentará la competitividad social entre los grupos familiares que forman cada comunidad castreña. Materialmente ello quedará registrado en la diferencia formal y de tamaño, así como en las obras de remodelación llevadas a cabo, entre las diferentes unidades de ocupación, pero también en un nuevo tipo de defensas, las murallas de módulos (capítulo 4).

### **Los primeros aldeanos. Los castros como “estructuras estructurantes” de una nueva geografía social.**

A lo largo de estas páginas hemos comentado las posibles causas que explicarían el origen del fenómeno castreño en la zona centro-occidental cantábrica. Hemos visto cómo en un sentido climático el Subatlántico propició un clima algo más frío y húmedo por lo que se dependería menos de la cercanía a los recursos hídricos, y cómo en un sentido paleoeconómico no hay evidencias claras de que se produjera un cambio en la base productiva, sino, como mucho, una intensificación económica, por lo que, con respecto a la Edad del Bronce, la economía de los primeros castros no debió cambiar significativamente. No obstante la presunta introducción del mijo, y por lo tanto de una doble cosecha de cereal al año, y de plantas nitrogenantes como las habas pudo ayudar al anclaje de los grupos a los territorios. También debemos tener en cuenta que al sur de nuestra zona de estudio, en los confines septentrionales de la Meseta Norte, se estaban produciendo fórmulas sociales mucho más desigualitarias que tiempo atrás, asociadas a los poblados estables soteños. Además, hemos visto como la lógica espacial de los primeros castros es heredera de la megalítica, aunque con una readaptación al carácter estable, conspicuo y defensivo de los poblados. Constatamos la fragmentación del paisaje, con una multiplicidad de pequeños castros que raramente superan unos pocos de miles de metros cuadrados, con elecciones locacionales claramente influidas por las facilidades defensivas, a las que se añade un potente trabajo colectivo para añadir defensas artificiales, las cuales añaden monumentalización artificial a estos sitios mediante. De hecho la principal característica de la Primera Edad del Hierro, hablando en un sentido histórico, es que es el momento en el que vemos los primeros poblados estables del mundo cantábrico, constituyendo por tanto el acta de nacimiento de las aldeas en el norte peninsular. Ello conllevará importantes cambios sociales que, en cierta medida, deberán ya ser entendidos como irreversibles hasta prácticamente el s. XX, en lo que a la conceptualización de la naturaleza, la territorialización, la identidad de los grupos y las diferencias sociales se refiere. Por lo tanto estamos hablando de un cambio cultural de primer orden, que nos obliga a plantearnos una serie de cuestiones de tipo social. Después de cientos, incluso miles de años, de mantenimiento de formas de vida móviles ¿por qué grupos tan conservadores como los de la Edad del Bronce cantábrica, con fuertes mecanismos sociales que impidieron el cambio cultural o que hicieron que éste fuera muy paulatino (capítulo 2), propiciaron en tan poco tiempo cambios tan trascendentales como es

abandonar la movilidad residencial y construir poblados estables durante la Primera Edad del Hierro? Podríamos plantear que la reducción de la movilidad espacial típica del nomadismo *sensu stricto* es una elección consciente de los grupos, factible en una coyuntura histórica concreta, en donde hay nuevos cultígenos, nuevos rasgos climáticos y la sedentarización creciente de los grupos normeseteños desde el 1000 cal AC, lo que crearía una nueva coyuntura política. Los grupos cantábricos no fueron pasivos, y por lo tanto los castros una consecuencia inevitable de esta nueva situación histórica, sino conscientes y activos, en donde se usó la gradación entre movilidad y sedentarización según sus “intereses”, creando la fórmula intermedia del pastoreo especializado. Pero esta perspectiva podríamos definirla como *naïf*, ya que entiende a dichos grupos como entidades homogéneas, algo impensable por muy igualitarias que fueran sus formas sociales, y el cambio cultural como natural, inevitable y determinado desde el exterior. Por otro lado ello no explica por qué se produjo el cambio cultural en ese momento histórico concreto. Quizás habría que abogar porque detrás de este importante cambio cultural no estén los intereses del grupo en abstracto, sino los de una elite dirigente o facción del grupo social, como pueden ser los guerreros, aunque la preeminencia del *ethos* igualitario y el carácter indiviso de las comunidades hizo que la retórica y la práctica de la igualdad fuese recurrente, e incluso exacerbada, en los primeros poblados estables. Creemos que lo que realmente está detrás de los primeros castros es un cambio en la forma de detentar el poder por parte de las elites, entendidas en un sentido muy laxo, si es que se puede hablar de elites en grupos tan pequeños, indivisos y de tendencia igualitaria. O dicho de otro modo, seguramente los primeros castros tengan que ver con una redistribución del poder dentro del grupo social, lo que provocó un profundo cambio cultural que, como todo cambio, tuvo algo de traumático.

Si mantenemos entonces que el surgimiento de la Edad del Hierro no puede entenderse como un proceso natural de evolución social entonces debemos de plantearnos qué implica en términos sociales y políticos el surgimiento de la Edad del Hierro (González, Parceró y Ayán e.p.). En las sociedades primitivas los motivos ideológicos pueden promover cambios socioeconómicos, aunque lleven a un desastre ecológico, y las relaciones entre un grupo y sus recursos naturales pueden mantenerse efectivamente a través de convenciones de actividad ritual (Bradley 1991: 44-46). El cambio y la estabilidad aparecen polarizados en las estructuras sociales y el problema se convierte, dadas las tendencias de desviación contrarrestadas del sistema en la forma de mecanismos de retroalimentación, en cómo se puede dar el cambio. Lo normal es usar lo no social como causa: el medioambiente (que provoca cambios económicos o

presión demográfica). No obstante la formación social, a través del conocimiento almacenado por sus actores constituyentes y las estructuras a través de las cuales se reproduce, tiene la capacidad de definirse así misma, y a través del conocimiento e inversión acumulada, transformar sus relaciones con su medio ambiente, y construir su propio entorno. Ya que las actividades sociales, las estructuras sociales y los productos de la acción material sobre el mundo son irremediamente productos sociales, el cambio social se debe explicar con lo social, y lo no social como mucho es un constreñimiento que subyace (Tilley 1982: 28-30), o lo que en términos braudelianos podríamos explicar como que el medio no determina, sino que condiciona (en Ruiz Gálvez 1998). La posibilidad de transformación está embebida en la totalidad social: la contradicción y el conflicto proveen las bases adecuadas para estudiar el cambio en una formación social específica (Tilley 1982: 34-35). Como axioma básico se puede sugerir que los conflictos de intereses operan en todas las formaciones sociales (por muy igualitarias o primitivas que éstas sean) porque están caracterizados por un acceso diferencial al poder y control sobre los recursos, tanto como al conocimiento material e inmaterial (Ibid.: 35-36), lo que en términos bourdieanos quedaría mejor explicado si decimos que en cualquier campo social siempre hay diferencias entre los agentes según la mayor acumulación o capacidad de acceso a los capitales específicos de cada campo social concreto, sean éstos tanto de tipo económico, como sobre todo, para las sociedades que estamos tratando, social o simbólico (Bourdieu 1994). Este “poder”, y la manera en la que es ejercitado, depende de las características estructurales de la formación social particular bajo consideración. La cuestión es que si este poder existe obviamente encierra un conflicto de intereses entre aquellos que lo poseen y aquellos que son controlados por él. Habrá por lo tanto una hegemonía y una resistencia, cuyas caras y relación pueden ser muy dispares (Burke 2007: 130-135). Cuando las contradicciones entre los principios estructurales se convierten en antagónicas entonces coincidirán con los conflictos de interés entre los actores, resultando en cambios en las relaciones sociales las cuales servirán para alterar toda la formación social. Por tanto al problema se le puede dar la vuelta, la cuestión no es por qué ocurre el cambio, sino por qué se da la estabilidad, por qué las estructuras son reproducidas más que transformadas, por qué las condiciones de la acción social se mantienen iguales. El grado y la naturaleza de legitimación del orden social pueden aparecer como un elemento clave en mantener la reproducción social más que en la transformación, y la forma más fuerte de esta legitimación es la que tiene que ver con formas ideológicas de manipulación, que sirven para justificar el orden social. Ello choca con la concepción clásica de las “sociedades tradicionales”

como “frías”, es decir, impotentes para cambiar, como en las representaciones estáticas de algunos antropólogos usadas por los arqueólogos para sus presuposiciones sobre la organización social primitiva (Tilley 1982: 35-36).

Este no es el caso del antropólogo francés Pierre Clastres (1977; 1978), cuyas teorías han sido usadas recientemente para explicar el origen de los primeros castros en el Noroeste y el rol de la violencia en ellos (en González García, Parceró y Ayán e.p.; Sastre 2008). Clastres se ha esforzado por desvincular, para el estudio de las sociedades primitivas, la tradicional causalidad entre la economía y la política (por ej. Sastre 2002; Parceró 2003 para explicar el origen de los castros). En multitud de grupos americanos, entre los que el antropólogo francés realizó su trabajo de campo, se observa cierta independencia del aparato político con respecto a la infraestructura económica, en contra de las tesis clásicas del marxismo. Por lo tanto la estructura política puede ser independiente de la infraestructura económica, y la diferencia fundamental se produce con la aparición del estado, entendido como división social, más que como avances técnicos o económicos, incluidos los modos de explotar la tierra. Pero sin salir de las sociedades indivisas este autor le otorga un rol importante a la violencia institucionalizada, a la guerra, para estudiar el cambio cultural, como veremos más abajo (en González García, Parceró y Ayán e.p.; Sastre 2008).

Se ha dicho que los jefes de la Edad del Hierro tuvieron un poder más limitado o, al menos, menos ostentoso que los aristócratas del Bronce Final (González Ruibal 2003a: 134), aunque este principio tan sólo puede ser aplicado a cierta zona del Noroeste, la Bracarense, ya que en la zona cantábrica no existe ningún elemento aristocrático durante el Bronce Final (capítulo 2). También se ha dicho que la sociedad castreña puede entenderse como compleja, pero no jerarquizada ni de clases, ya que en las sociedades primitivas agrarias las desigualdades sociales no sólo tiene que ver con las jerarquías sociales. Lo que parece claro es que no hay rasgos en el mundo castreño que nos permitan hablar de formas desigualitarias del tipo jefatura, en donde las bases del poder residen en el acceso desigual a los recursos y/o en el control de los jefes o elites de la producción de subsistencia, que pudieran haber sido acompañadas de coerción ideológica y/o militar o de diferentes capacidades para fomentar la intensificación de la producción (Ibid.: 225). Nada de esto se puede defender para la fase I castreña. Por otro lado las diferentes desigualdades que no encajan exactamente en el esquema evolucionista de tribu-jefatura-estado se han reunido recientemente en el concepto de heterarquía (Crumley 2002) y se ha abogado por incorporar la resistencia a la explotación como factor dinámico esencial y último que determina las estrategias políticas y económicas

(Sastre 2002: 225-227). Coincidimos también con Inés Sastre en que dentro de las inherentes contradicciones de cualquier formación social, debemos ver los fenómenos de ruptura -de cambio cultural- y cómo se manipulan y transforman en oportunidades para el control social en una coyuntura histórica concreta, en donde ciertos individuos o grupos lleven los cambios en una dirección concreta (Sastre 2002: 231 y nota 23). Por tanto las sociedades castreñas no serían sociedades de clase, sino que podría abogarse por definir las como de “desigualdad no jerarquizada”, lo que en absoluto supone un igualitarismo total o un primitivismo (Sastre 2001: 38), tópicos manejados hasta la saciedad, especialmente el segundo.

Por el contrario nos parece poco ajustada, con los datos arqueológicos disponibles, la propuesta de esta autora de que en última instancia las desigualdades sociales en sociedades agrarias segmentarias sean explicadas por el control de la producción comunal, o de una parte significativa de ésta, a través de manipular lo social (parentesco) (Sastre 2002: 233), que no es muy diferente de la tesis de Cesar Parcero (2003) de cómo en el Modo Germánico de Producción el parentesco genealógico dentro de estructuras de clanes cónicos puede hacer que una familia presione a otras para aumentar la producción y responder a las deudas contraídas dentro de esquemas de reciprocidad e igualitarismo social. Como vimos el MPG no se puede defender para la fase I cantábrica. Aparte debemos tener en cuenta que la lógica de estos grupos es antiexcedentaria y antisuperavit (Sastre 2002), más aún cuando ni siquiera a finales de la Edad del Hierro se puede comprobar una clara diferenciación de riqueza entre las unidades de ocupación que formarán los castros, a no ser que ésta provenga del número de cabezas de ganado, lo que difícilmente es comprobable en el registro arqueológico. En esta línea se ha dicho que no existe relación directa entre el sistema simbólico-cultural de apropiación de la naturaleza y las prácticas de subsistencia, aunque un cambio en el primero pueda haber propiciado un cambio en el segundo (Criado 1993: 30). Como vimos el surgimiento de los castros no puede explicarse por cambios en el modo de producción, por lo que el principio que esgrime Felipe Criado podría aplicarse al sector cantábrico, corrigiéndose de este modo el excesivo determinismo de lo infraestructural en la perspectiva materialista-histórica. Es bastante probable que la intensificación de los rasgos del Modo de Producción Doméstico y los cambios en la lógica espacial que se percibe detrás de los primeros castros sean más procesos desarrollados tras el tajante cambio cultural que supone el fin del nomadismo residencial que explicaciones de dicho cambio.

Otra importante crítica que se le puede hacer a las interpretaciones igualitarias del mundo castreño (por ejemplo Fernández-Posse 2002) es que, aunque el Hierro supone un cambio importante en las

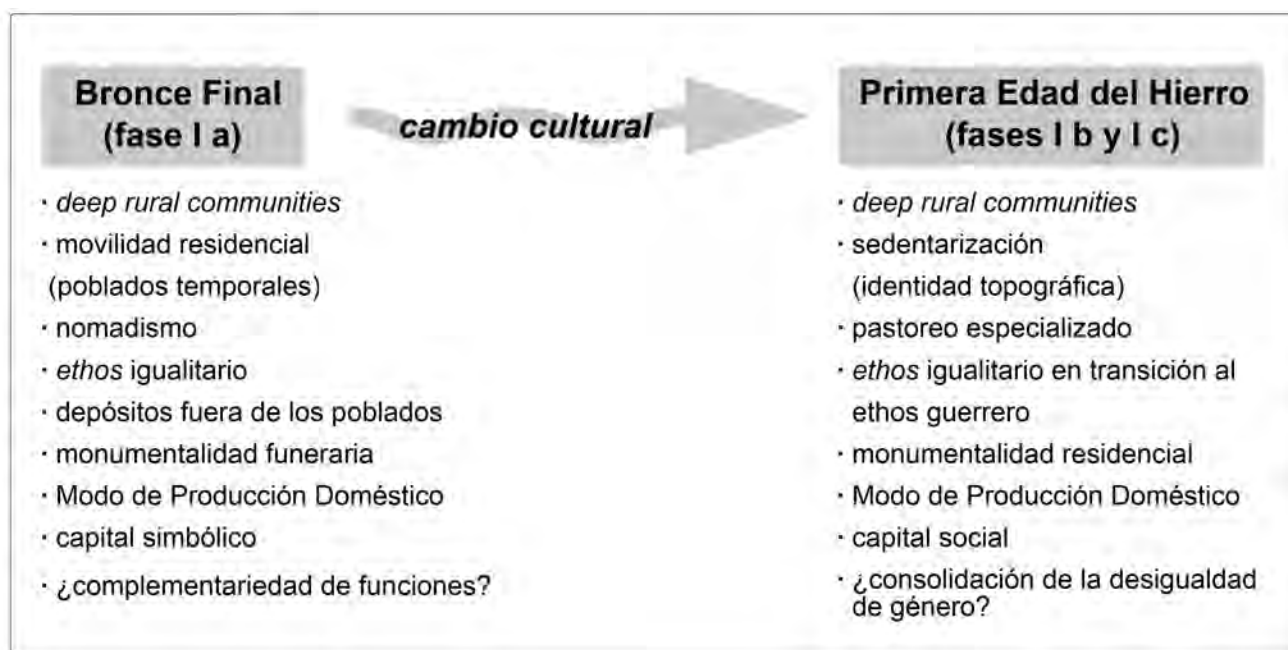
estructuras y representación del poder, no se puede mantener la existencia de una organización de tipo segmentario (por ejemplo Sastre 2001: 52-57) para todo el Noroeste, ni que la ausencia de jerarquización o de clases sociales suponga ausencia de formas de violencia institucionalizada (Fernández-Posse 2002: 90). Tratar de generalizar de este modo sería inapropiado ya que se vio la diversidad en el grado de complejidad social, intercambios y surgimiento de lugares centrales durante el Bronce Final, lo que daría diferentes “edades del hierro”. En la zona más meridional del Noroeste, en torno al Douro, por ejemplo, donde se advertían profundos cambios hacia la complejidad en el Bronce Final, han aparecido joyas fenicias del siglo VII-VI a.C. que indican intercambios a larga distancia y el mantenimiento de unas elites capaces de atraer -y utilizar- bienes exóticos. El mantenimiento de un patrón de poblamiento semejante al del Bronce Final en el sudoeste de Galicia y noroeste de Portugal, con emplazamientos sumamente conspicuos -como puede ser el ejemplo de Sao Juliao-, con un gran control territorial, especialmente de puntos de comunicación clave y zonas mineras, la perduración de contactos extraterritoriales y de orfebrería, aunque todo en menor medida que en los dos primeros siglos del primer milenio, imposibilita pensar en una sociedad segmentaria que haya hecho *tabula rasa* de la jerarquización previa. En zonas como Tras-os-Montes, el interior de Galicia, Asturias o el norte de León, peor comunicadas y montañosas, en donde el poblamiento de la fase I a es menos evidente -o totalmente desconocido, como vimos en el capítulo 2- sí cabe esperar una organización más igualitaria y con escaso poder de las elites (González Ruibal 2003a: 181), lo que no significa igualitarismo social.

Recientemente se han aplicado, como ya dijimos, las ideas de Pierre Clastres para explicar el sentido de la aparición de los primeros castros. Para el autor francés una de las principales características de las sociedades primitivas es su carácter indiviso, en donde las relaciones externas están fuertemente marcadas por la belicosidad. El conflicto expresa los deseos de independencia política y control exclusivo sobre el territorio. La guerra da cohesión interna y un sentido de identidad para la comunidad. Cualquier otro grupo es potencialmente extranjero y enemigo. Esta situación permanente de conflicto no tiene porque dar episodios de guerra abierta. El rol estructural de la belicosidad es grande ya que diferencia el nosotros (a la par que sirve para cohesionarlo) del vosotros (cualquier otro grupo es potencialmente un extraño, un enemigo, un rival). Pero la belicosidad también implica alianzas, diferenciar que grupos son aliados y cuales no, ya que es imposible mantener una relación negativa con todos los grupos, simplemente porque la reproducción social y biológica está en juego. La guerra primitiva permite

mantener la independencia política y autonomía de cada grupo, sobre la lógica de la separación. El mismo principio actúa cuando crece el tamaño de un grupo. En la lógica de estos grupos el crecimiento demográfico sólo puede solventarse mediante la segmentación, la partida de una parte del grupo a un nuevo emplazamiento (Clastres en González, Parceró y Ayán e.p.; Sastre 2008). La importancia de la guerra en las sociedades primitivas permite verlas como “sociedades guerreras” en donde cada hombre adulto potencialmente puede ser un guerrero en un caso de conflicto abierto. Pero las sociedades primitivas también pueden adoptar la forma de “sociedades con guerreros” cuya diferencia estriba, respecto a la anterior, que los guerreros pasan a ser un grupo especializado, dedicado a tiempo completo. En las primeras la defensa le compete a todo el grupo. Ambos tipos, sociedad guerrera y sociedad con guerreros, son reversibles y pueden cambiar de una a otra en cualquier momento, tanto por cuestiones externas como la amenaza creciente de otros grupos, como interna, como es la exaltación de ciertas normas sociopolíticas, tales como el impulso del *ethos* guerrero (Clastres en González, Parceró y Ayán e.p.). Pero ¿por qué se produjo ese cambio cultural, esa transformación hacia una sociedad guerrera justo en ese momento? Los castros de la Primera Edad del Hierro ponen de manifiesto una supuesta contradicción: poseen las bases necesarias para que se de explotación social (sedentarización y fortificación), pero no hay evidencias de almacenamiento. La organización de las cabañas, simples y aisladas, sin especialización funcional y la ausencia de símbolos de desigualdad puede hacernos pensar en la fase antigua de los castros como un intento por obstruir la consolidación estructural de la desigualdad. En un contexto de crecimiento de la productividad y producción de excedentes se crearía un mecanismo para evitar la apropiación de esta riqueza por ciertos individuos o segmentos sociales, que no es otro que evitar los potenciales conflictos internos aumentando la reciprocidad negativa externa. En este sentido la violencia o la intimidación serían ejercidas hacia fuera del grupo, para evitar que los foráneos puedan acceder a los recursos que cada castro controla. Pese a que se evite la explotación social se están sentando las bases (diversificación agraria, estabilidad del poblamiento) para que se de (Parceró 2003: 287-288). En principio la aparición de especialistas guerreros no amenazaría la base indivisa de estas sociedades, ya que no implica ningún tipo de poder, ni de diferenciación económica ni política, ya que se suele hacer por prestigio, que difícilmente es un riesgo para la cohesión social. Los guerreros no tienen por qué convertirse en un cuerpo político que sustente el poder y que gobierne sobre el conjunto del grupo. El rol central de los guerreros depende de su capacidad de obtener prestigio en los lances guerreros, que en principio pueden ser

aceptados o rechazados por el grupo. Pero basar la cohesión del grupo en el conflicto externo supone que ciertos individuos, los más hábiles para luchar, puedan ser promocionados a una posición dominante. La situación de conflicto e intimidación permanente puede ser utilizada e incluso creada y alimentada por un sector social en su beneficio, y así justificar ideológicamente su existencia. De este modo el conflicto que en origen se usó para constreñir la división social, puede convertirse en la base para su consolidación. El papel central de la violencia en el nuevo orden social puede hacer que expliquemos porque la monumentalización se realizó mediante los monumentos de los vivos -los poblados fortificados- y ya no con los de los muertos -los túmulos- (Parceró 2003: 292). En esta línea Inés Sastre cree que debemos diferenciar entre guerra abierta y conflicto generalizado, que sólo ocasionalmente llevaría a un enfrentamiento abierto. Todo ello dentro de una tendencia contradictoria de los castros ya que si por un lado demuestran y protegen su independencia política continuamente, por otro necesitan del intercambio con otros poblados, al menos para la reproducción biológica del grupo mediante matrimonios exogámicos con otros poblados con los que se compartiría cierta identidad cultural. Es posible que en los enfrentamientos abiertos con otras comunidades participase toda la comunidad de edad de hombres guerreros, ya que, siguiendo a Hill (2006), en esas comunidades de granjeros que son guerreros y guerreros que son granjeros la institución social del guerrero es parte fundamental a la hora de ser un hombre adulto y un miembro activo de la comunidad. Dentro de la tipología de sociedades guerreras los castros entrarían en la que todos los hombres del grupo serían guerreros o sociedades guerreras (en Sastre 2008: 1036), frente a los que, usando exclusivamente fuentes históricas, y de otros tiempos y lugares, apuestan por modelos célticos y de fratrías de guerreros (Peralta 2003; González García 2009), que más bien encajan con el modelo de sociedades con guerreros.

Es evidente que la aparición de un paisaje fragmentado cuyos nódulos están representados por poblados fortificados y la idea de que estas construcciones se levantaron comunamente concuerda bastante bien con este modelo. En este sentido los castros reforzarían la identidad comunal y marcarían una clara distancia con respecto a las otras comunidades. La violencia institucionalizada se desprende del registro arqueológico en la fuerte inversión de trabajo social para levantar las defensas. Respecto al refuerzo del *ethos* guerrero y de la sociedad castreña como “sociedad guerrera”, ya que sociedad con guerreros sólo podría aplicarse a las sociedades meseteñas o del área bracarense al final de la Edad del Hierro con la aparición de los *oppida*, podría haber quedado registrado en la materialidad de los castros en



**Figura 3.41:** el cambio cultural asociado al primer paisaje castreño en el sector centro-occidental cantábrico.

la forma de los apliques metálicos que ahora aparecen y que relacionamos con las tecnologías del cuerpo, principalmente orientadas a exhibir la belleza del cuerpo guerrero, así como la aparición de armas cortas, como es el puñal de Penácaros o el de Los Ozcos (asociado incorrectamente al depósito de Sobrefoz), como veremos más abajo.

Consideramos este modelo útil ya que en gran medida se ajusta a las características de las primeras sociedades castreñas, pero una vez que éstas ya están conformadas. El castro aparece como producto de la acción social, pero no como “estructura estructurante” de la misma. Y si se alude al por qué del cambio cultural estos autores en última instancia esgrimen argumentos sólo de tipo económico, en cierto sentido contraviniendo los presupuestos de Pierre Clastres en cuanto a la independencia de lo superestructural con respecto a lo infraestructural en las sociedades indivisas. Creemos que merece la pena hacer el esfuerzo en este sentido, e intentar explicar el cambio cultural que produjo el primer paisaje castreño en el sentido de un cambio ideológico y de reparto del poder dentro del grupo social. Además se trata de un modelo creado para el Noroeste, en donde hubo una ideología aristocrática durante el Bronce Final Atlántico que pudo ser reconvertida en la Primera Edad del Hierro en ideología guerrera, pero que no es útil para aquellos sectores que quedaron al margen de ese ambiente, como el mundo cantábrico. Por último si partimos de la idea de que estos grupos son indivisos, sin clases sociales, sin explotación económica y con jefes o elites de escaso poder, y la Primera Edad del Hierro supuso la consolidación y exacerbación del *ethos* guerrero y del papel social y por lo tanto de del mayor poder de los hombres-granjeros-guerreros del grupo, podríamos pensar que todo ello

fue posible gracias a una pérdida de poder y de protagonismo social de las mujeres.

Intentaremos partir de aproximaciones arqueológicas que nos permitan entender la cultura material como un medio para conocer los mecanismos de dominación, lo que nos pondría en contacto con la esencia fundamental del antagonismo social: el intento de domesticación por parte de todo orden social de la diferencia ontológica entre los seres humanos. El carácter estratigráfico del espacio construido, es decir, su esencia histórica, temporal, además describe el modo en el cual se suceden diferentes órdenes sociales a lo largo del tiempo en cada uno de los contextos. Por lo tanto expresa los modos en los que los órdenes sociales articulan las prácticas hegemónicas que domesticar las diferencias sociales esenciales a lo largo de la historia, es decir, expresa el cambio cultural. En este sentido, el espacio percibido y construido, en un contexto dado, se convierte en un palimpsesto de realidades sociales históricas en el que podemos percibir las suturas -en el sentido lacaniano del término- que se establecen entre las sucesivas articulaciones de discursos hegemónicos que dan forma a los principios y prácticas culturales de los agentes sociales en cada realidad social específica. Lo cual impide el desarrollo de otros mundos posibles e impone de forma naturalizada pero traumática -la sutura lo señala- unas nuevas condiciones para la existencia social (Falquina, Marín y Rolland 2006) (fig. 3.41).

Por ello si quisiéramos seguir indagando sobre el proceso concreto y las causas por las que se produjo el cambio cultural lo que deberemos analizar son las fuentes que sustentan el poder en las sociedades comunales de la Primera Edad del Hierro. Compartimos con Alfredo González Ruibal el hecho de que en la Primera Edad del Hierro se dio una

dominación "blanda", que es aquella que deriva su autoridad del juicio colectivo, "y en particular de su poder para movilizar al grupo a favor o en contra de individuos o grupos". Como ya dijimos para Pierre Bourdieu hay diferentes modos de acumular capitales: "el capital de la fuerza combativa, ligado a la capacidad de movilización y por lo tanto al número de hombres y su disposición a luchar; el capital 'económico', en forma de tierra, ganado y fuerza de trabajo, lo cual se halla nuevamente ligado a la capacidad de movilización; y el capital simbólico que se acrecienta con el uso exitoso de los otros tipos de capital". Es ahora la comunidad entera la que participa en la acumulación de capital: en la preparación de campos de cultivo y en la construcción de terraplenes y terrazas para las casas del poblado (capital "económico") y en la erección de defensas contra posibles ataques de otras comunidades así como en la democratización del armamento entre los hombres (capital de fuerza combativa). De todo ello se derivaría el acrecentamiento del capital simbólico para toda la comunidad: un castro con potentes murallas y terraplenes y abundantes campos cultivados es el equivalente colectivo del aristócrata que arroja armas a las aguas o celebra una fiesta con exóticos asadores de bronce en la región bracarense o en la Submeseta Norte. Esta dominación "blanda" y violencia "amable" es lo que crea un paisaje aparentemente igualitario, donde los símbolos de estatus se reducen al mínimo, pero a la vez explica que éstos no desaparezcan por completo (en González Ruibal 2003a: 182). Para todo este proceso aparecerían ahora nuevos tipos de liderazgo, basados en movilizar a la comunidad en beneficio de la propia comunidad. No debemos entender ello como una involución o democratización con respecto al Bronce Final, puesto que esto es sólo aplicable al sur del Noroeste (área bracarense) y norte del valle del Duero, en donde en la fase I a se ven auténticos jefes, hereditarios, vinculados a fuerzas sobrenaturales, ritos inter pares y una cultura material distinta (capítulo 2), sino en el sentido de que ahora los individuos pertenecientes a las elites de las sociedades del centro-occidente cantábrico, esos jefes que detentan un poder blando, siguen dependiendo de lo comunal para sustentar su poder, aunque lo que se modifica es la forma de llevarlo a cabo y el capital específico que se maneja. En la zona cantábrica lo que percibiríamos es la modificación de un tipo de poder durante la Edad del Bronce basado en el grupo mediante los intercambios comunales de bronce con otros grupos -con episodios de consumo conspicuo y destrucción de riqueza en parajes naturales, generándose depósitos bronceos- a otro en la fase I b fundamentado en la movilización del grupo para el propio grupo -erección de castros y sus defensas, en donde el consumo conspicuo y la destrucción de riquezas ahora se realiza preferentemente dentro de los propios poblados-.

En este sentido podríamos proponer algunas ideas sobre las características concretas del cambio cultural que estudiamos y sobre como los castros constituyeron el nuevo marco material de un nuevo sistema hegemónico de poder. La cultura material *existe* a través de la praxis, como objetivación y forma objetivada (Shanks y Tilley 1987: 114). La cultura material se explica, históricamente, mediante las relaciones de poder, porque no significa especialmente una relación entre la gente y la naturaleza, sino relaciones entre gentes (Ibid.: 103, 105). Más específicamente, al ser un canal de expresión cosificado de las prácticas sociales y las relaciones de poder, y debido a su ubicuidad, su aparente trivialidad y simple funcionalidad, la cultura material es un medio excelente de naturalización de esas prácticas y esas relaciones (Ibid.: 112). Pese a que estas ideas han supuesto un avance en la teoría de la materialidad, una de las críticas que se le puede hacer es que esta definición ideacional de la cultura material no explica la manera subterránea, libre de la intencionalidad estratégica humana, en que ella vuelve a actuar históricamente sobre los individuos y colectivos. Es decir, la cultura material no solo responde a discursos retóricos, o no fundamentalmente, sino que plantea una experiencia de poder no necesariamente discursiva, pero sí material, pues incluso la experimentación y percepción de paisajes y temporalidades presentan una sustancialidad histórica, tomando una forma específica, que responde a un intento de establecer un orden social (Falquina, Marín y Rolland 2006). Es por ello por lo que a continuación consideramos las aplicaciones a la Arqueología de la "teoría de la práctica" de Giddens y Bourdieu, principalmente, lo que, unido al concepto de *hegemonía*, nos permitirá rastrear el significado histórico concreto del surgimiento de los primeros poblados estables y fortificados cantábricos y la reconfiguración de las bases del poder en aquellas comunidades.

Giddens (1990: 278-282) reclama una "explicación de la referencia" de significados y significantes, proponiendo que la acción humana no se desarrolla como consecuencia de impulsos programados o normas expresadas discursivamente. Es decir, rechaza la comprensión de la acción humana como respuesta a un marco discursivo e institucional fijo, estanco, como es la idea reificada de *cultura*. Defiende, entonces, que las acciones sociales se encuentran en armonía con la «conciencia práctica», que conduce a que la actividad esté intrínsecamente (léase implícitamente, no discursivamente) controlada desde los seres humanos. La importación de estas ideas a la arqueología puede exponerse de la siguiente manera. Los artefactos no *registran* normas sociales del pasado. Por el contrario, son o han sido resultado de las estructuras al tiempo que medios para modificarlas (Wobst 2000: 42; Barrett 2001: 150 y ss), puesto que las condiciones materiales y el sistema social tiene una



existencia simultánea y previa a la acción de los humanos que lo habitan (Barrett 1989: 304), en el mismo sentido en que la acción también es resultado de, y medio para la intervención en, el orden social, tal y como insiste la teoría de la “doble estructuración” (Giddens 1990). Lo que interesa es la «materialidad habitada» o frecuentada (Barrett 2001: 156). Se trata de “comprender la materialidad de la práctica para explorar cómo esa materialidad es articulada en la propia estructuración de la práctica” (Barrett 2001: 153). Se considera que los objetos interfieren con la materia y con el ámbito social, porque forman parte de las intenciones de los actores para cambiar algo en un contexto dado desde lo que era hasta lo que consideran que debe ser, o para contener el cambio (Wobst 2000: 42, 46). Esta concepción de la “agencia” aplicada a la arqueología nos permite discutir los contextos de ciertas acciones prehistóricas, en donde los actores tienen que estar situados en relación al poder/conocimiento para a su vez tener conocimientos y recursos para actuar, como cuando se movilizaban espacios y recursos para erigir los monumentos prehistóricos británicos (Hodder 2003: 76), o, en nuestro caso, para entender cómo y por qué las personas pertenecientes a grupos de la Edad del Bronce, con unos tiempos largos donde la reproducción rutinaria de las relaciones entre las gentes y las cosas había constituido unas prácticas institucionales marcadas por el *ethos* igualitario, en un momento dado de la transición de los ss. IX-VIII cal AC, comenzaron a levantar los primeros poblados estables de la zona sin ningún poder tiránico ni militar que les obligara y sojuzgara a hacerlo en contra de su voluntad, sino de forma consciente y como una elección libre por parte de los agentes sociales. En este sentido pueden entenderse los primeros castros como monumentos producidos por unos agentes influidos por un poder (que reside en una élite de poder blando y/o fracción del grupo social) que les persuade y/o manipula ideológicamente (Hodder 2003: 77, siguiendo a Barrett), aprovechando una coyuntura histórica concreta, más que por un uso de la fuerza para controlar el trabajo de los otros. Por ello para abordar las formas de opresión más frecuentes en la Edad del Hierro cantábrica quizás debiéramos hablar más que de fuerza física de violencia simbólica (*sensu* Bourdieu 1977) y poder permeable y capilar (*sensu* Foucault 1978) (ver González Ruibal 2003a: 18-19, para una aplicación de estos conceptos a la Edad del Hierro en el Noroeste).

Volviendo al concepto de agencia éste no ha permitido superar, en última instancia, que la decisión última, la intención, la configuración del contexto recaiga de nuevo en los seres humanos y tampoco permite entender correctamente como la cultura material, en nuestro caso el espacio construido -el castro y el nuevo paisaje castreño- jugará, a partir de su construcción, un papel determinante en las nuevas

relaciones sociales surgidas en este momento. En este sentido se sigue viendo la cultura material como un simple medio para la acción y un simple resultado de la práctica social. Sostenemos, junto a Olsen (2003: 97-100; 2007), que la cultura material posee una cierta autonomía de las decisiones y acciones estratégicas de los seres humanos. Esto no supone que la cultura material posea capacidad de decisión o intención alguna sobre las prácticas sociales, sino que su significación supera en gran cantidad de ocasiones las decisiones concretas de individuos y colectivos. En los objetos y paisajes culturales reposan en último término una serie de categorías fuertes que de algún modo articulan las prácticas sociales. No se trata de principios estructurales estáticos o normativos que establecen los modos en que las personas actúan, pues en efecto estas tienen capacidad de decisión, pero sí establecen los marcos de referencia temporales dentro de los que las acciones sociales individuales y colectivas adquieren sentido. Estas condiciones de posibilidad de la acción social se articulan en última instancia a través de los contextos materiales en que las acciones se desarrollan. En este sentido es en el que la cultura material adquiere autonomía con respecto de la voluntad humana concreta, configurando en gran medida sus límites. Este es el modo en que el orden social trata de establecerse. Incluso las acciones llevadas a cabo por parte de los agentes dominantes están configuradas por dichas categorías fuertes, trascendiendo su propia voluntad específica. Si no aceptamos esta idea nunca podremos entender de qué manera se perpetúan las relaciones de dominación (Falquina, Marín y Rolland 2006).

La noción de *habitus* de Bourdieu (1994: 19) constituye la mejor forma de sintetizar algunas de estas propuestas, desde los planteamientos de la teoría de la acción práctica. Se trata de un “principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir, un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas”. Todo orden social establece una serie de posiciones que unifican a los individuos, por una serie de disposiciones comunes, en colectivos de identidad que dan sentido a sus prácticas. Estas disposiciones están conformadas por lo que llamamos *habitus*. Este principio establece las prácticas de cada posición social de una forma naturalizada, guiado por los principios que rigen el orden social. La adopción de este concepto supone un rechazo de las concepciones finalistas, que hacen de la intención y la conciencia los rectores de la acción. Para Pierre Bourdieu (1994: 166) la acción social debe entenderse, entonces, a partir de este conjunto de “disposiciones adquiridas que hacen que la acción pueda y tenga que ser interpretada como orientada hacia tal o cual fin sin que quepa plantear por ello que como principio tenía el propósito consciente de ese fin”. Alfredo González Ruibal (2003c: 220-229) sigue al sociólogo bearnés

cuando afirma que la mente nace del mundo de los objetos, pues éstos dan forma al mundo social. Para él la cultura material, y en particular el espacio construido, es superior a cualquier discurso en la conformación del *habitus* de cada colectivo de identidad, al tratarse de un mensaje con mayor capacidad de perpetuarse que el mito oral, ya que es material, duradero y siempre activo, mientras que el mito oral vive únicamente durante la narración. Por ello, la cultura material se convierte en uno de los elementos clave para el establecimiento de los diversos órdenes sociales y, por lo tanto, para la imposición de relaciones específicas de dominación. Los agentes orientan sus acciones prácticas respondiendo a las disposiciones que el orden social establece a través de la configuración histórica de las condiciones objetivas de existencia que la materialidad conforma y articula. Para González Ruibal (2003c), siguiendo una larga tradición etnográfica, antropológica y etnoarqueológica, las viviendas -y en general el espacio construido- son el lugar donde, en último término, reside y se perpetúa el *habitus*, a la vez que el marco que articula la negociación social y cultural de las nuevas identidades individuales y colectivas. Este es el modo en el que la nueva monumentalidad de la Edad del Hierro -los castros, con sus murallas y cerrados sobre sí mismos- estructura los nuevos *habitus*.

De este modo una vez que las comunidades cantábricas comenzaron a vivir en los nuevos poblados estables y fortificados el poder de las elites y/o facción promocionada del grupo social vendrá por la acumulación de un capital social y simbólico que ya no se fundamenta tanto en la economía del Don y en el intercambio ritual (Bronce Final) sino en la manipulación de recursos simbólicos e identitarios que tienen que ver con el anclaje definitivo a un “territorio”, con un “sentido de identidad topográfico” y con la promoción de un *ethos* guerrero. Vivir en un castro, auténtica fortaleza inexpugnable, que delimita físicamente el espacio de la vida cotidiana, reifica continuamente la nueva ideología guerrera, el sentido de permanente estado de conflicto y el papel que le toca a cada uno dentro de las nuevas relaciones sociales que se han forjado en el nuevo orden hegemónico. De todos modos la cultura material nos puede situar frente a una serie de experiencias que el nuevo orden impuesto no consiguió apropiarse. Esas prácticas, respecto a las comunidades de la Primera Edad del Hierro cantábricas, serían fragmentos de un orden cultural que paulatinamente se estaba desbancando, el que se vinculaba a los paisajes monumentales megalíticos, a la movilidad residencial y que se caracterizaba por un *ethos* igualitario con una ideología guerrera más diluida. Aquel orden cultural de la Edad del Bronce vive aún en prácticas que no se han abandonado, y que siguen actuando a través de experiencias configuradas por el espacio construido y el territorio en el que ahora se habita, y que podemos

hacer coincidir con los depósitos bronceos llevados a cabo ahora dentro de los poblados, en la apropiación de “territorios” en los que se incluyen túmulos y megalitos -cuyo ejemplo más evidente es la cista de la puerta de la acrópolis del Chao Samartín- y en general con la exageración de una ritualidad comunal, parecida a la de la Edad del Bronce, pero que realmente enmascara un cambio en la distribución del poder dentro del grupo social. La fuerte resistencia al cambio cultural de las sociedades segmentarias -reproducción de la *doxa* social- y un poder de las elites, de los jefes de poder capilar y permeable, que no es hereditario ni acumulable, hará que durante los dos primeros siglos del mundo castreño (fase I b) se siga percibiendo una práctica y una retórica de lo comunitario, en la forma de cabañas comunales, de obras colectivas como las defensas de los poblados o en las obras con fines agrícolas y ganaderos, pero también en los depósitos bronceos que, no casualmente, se suelen encontrar junto a esas obras defensivas (murallas, empalizadas, fosos), nuevos símbolos de la comunidad y del territorio que ésta ahora reclama. Especialmente las cabañas comunales, los últimos enterramientos tumulares -como el de la acrópolis del Chao Samartín- y la alta ritualización mediante la deposición y amortización de objetos bronceos dentro de los poblados son en los primeros castros cantábricos auténticas suturas del discurso hegemónico que ahora está impregnando a toda la red de relaciones sociales.

Pero toda práctica social se encuentra ya mediada por unas relaciones de dominación por el mero hecho de estar contextualizadas en un intento establecido de ordenar el mundo, es decir, de apropiarse de las diferencias constituyentes de *lo real* por medio de categorías significativas arbitrarias pero hegemónicas. En este sentido, el poder está actuando de manera práctica y significativa en las acciones de todas las posiciones sociales, incluidas las acciones orientadas por la heterodoxia, dado que todas las posiciones dentro del orden social comparten unos principios básicos de ordenación del mundo (*habitus*). Las acciones heterodoxas a comienzos de la fase I b son las que podríamos vincular a los miembros pertenecientes a la elite social y/o facción promocionada, con capacidad para llevarlas a cabo y que sean aceptadas -constituidas en *doxa* social- gracias a los capitales específicos que acumulan (social y simbólico especialmente, frente al capital económico), y a las apuestas estratégicas para reconvertir capitales de un tipo a otro, de uno simbólico basado en el prestigio del mantenimiento de relaciones con otros grupos gracias al intercambio ritual, a dirigir la movilidad residencial del grupo, al mantenimiento de pactos y alianzas con grupos cercanos, al conocimiento de los lugares donde se dan los mejores recursos productivos, etc. (capítulo 2) a otro sustentado en la movilización del capital social del propio grupo, hacia la movilización del grupo para sí

mismo, generándose y fomentándose nuevos tipos de identidades basadas en el castro/territorio y en el grupo que lo defiende como tal. Ello a la par conlleva la diferenciación respecto a las otras comunidades: el encastillamiento y el territorio fraccionado lo marcan. El grupo al completo además conseguiría, con este proceso, acumular capital simbólico respecto a los grupos circundantes, lo que en principio podría también a ayudar a que se aceptaran los cambios sociales. Debemos pensar, no obstante, que esta reconversión de capitales específicos, esta imposición de formas sociales heterodoxas, sólo fue posible gracias al aprovechamiento de una coyuntura histórica concreta, caracterizada, como hemos visto, por la mejora climática del periodo Subatlántico, una posible competitividad por el acceso a las mejores tierras, un posible crecimiento demográfico y un proceso de encastillamiento y de diferenciación social en la Meseta Norte, desde al menos el 1000 cal AC, como vimos en el capítulo 2, y, con menos datos para poder afirmarlo, puede que algún proceso relacionado con algún tipo de intensificación agropecuaria como puede ser la introducción de algún nuevo cultígeno como el mijo y/o el crecimiento del número de cabezas de ganado y del valor simbólico de la posesión, aunque sea comunal, de éstas. Aparte de aprovechar una coyuntura histórica concreta, y dadas las fuertes resistencias al cambio social de las comunidades indivisas, las posturas heterodoxas no se podrían haber llevado a cabo si todo ello no hubiera estado enmarcado dentro de prácticas y rituales que reforzaran la idea de comunidad y el sentimiento comunal.

En este punto es básico el concepto gramsciano de *hegemonía*, que es el modo en que el poder gobernante se gana el consentimiento de aquellos a los que se impone (Gramsci en Eagleton 1997: 149). Este concepto se ha recuperado (Laclau y Mouffe 1987) para redefinir la idea de *discurso* desde el marco de la teoría de la práctica. El *discurso* sería la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora establecida entre los agentes de las diferentes posiciones sociales (Ibid.); o lo que en Arqueología se ha definido como “campos del discurso”, rastreables a partir de la cultura material y en donde el campo, en un tiempo y espacio está ocupado por aquellos que tienen un discurso social particular, y en donde el discurso está instigado por la movilización de símbolos de autoridad, que cuando es aceptada y reproducida, se mantiene por la movilización de símbolos de dominación (Barrett 1989: 305). Así, el aparato hegemónico impondría a través del consentimiento -la violencia simbólica para Bourdieu- una visión específica de la sociedad de forma naturalizada, lo que establecería cada una de las posiciones distintivas en el espacio social. En este sentido la articulación del todo social se encontraría mediada por el acto de dominación hegemónica, al compartir todas las

posiciones unos criterios objetivos de diferenciación comunes. Se puede decir que estos criterios o principios significativos compartidos son los que conforman la cultura. Si ello lo analizamos en nuestro caso concreto desde los “campos del discurso”, con las características que se deben tener en cuenta (Barrett 1989: 305), podríamos decir que el ciclo temporal en el que se reproduce ese campo de discurso concreto, y en donde encontramos esas suturas relacionadas con el campo de discurso de la Edad del Bronce que ahora se está sustituyendo, es el de la Primera Edad del Hierro entre el 800-600 cal AC (fase I b). El contenido espacial del campo de discurso de la fase I b podría circunscribirse a los límites físicos de cada poblado fortificado y, puede que, a los territorios que a partir de ahora comienzan a controlarse y reivindicarse. Los recursos simbólicos movilizados en la reproducción de las relaciones de autoridad en la fase I b se mueven entre el prestigio obtenido del mantenimiento de la reciprocidad negativa (intercambio) basada en el obsequio, rastreable arqueológicamente en la forma de los depósitos bronceos, que, aunque pudieran estar dirigidos por las élites, poseían la apariencia de actos comunitarios, y la movilización de capital social y simbólico por parte de las élites, rastreable arqueológicamente en la mera decisión de reducir la movilidad residencial y sedentarizarse, en el paso a una concepción territorial del paisaje y en la movilización del grupo social para levantar obras comunales. En este sentido también hemos de entender la destrucción de riqueza -depósitos bronceos- que no casualmente ahora se realiza dentro de los poblados y en los lugares que mayor simbolismo tienen para reforzar la idea de comunidad: en las defensas y en ciertas cabañas comunales como las del Chao Samartín y Pendia. Lo que percibimos en la reproducción de ese campo de discurso en los primeros momentos castreños es una transformación de los recursos simbólicos utilizados por las élites hacia formas más eficientes de mantener el poder, centradas en mantener una nueva identidad territorial del grupo, para la que se desarrollaría una nueva retórica de la guerra y del guerrero.

Abordaremos a continuación las diferencias o aumento de la desigualdad entre hombres y mujeres en estos momentos, siempre dentro de los límites propios de los grupos primitivos o sociedades indivisas. En las sociedades donde lo que priman son la complementariedad de funciones, es decir, que tanto hombres como mujeres se mantienen en formas relacionales de identidad, en donde los rasgos de individualidad aún no se han desarrollado, y el tiempo es siempre un presente eterno debido a la reiteración de actividades -pensemos en los calendarios cíclicos basados en la naturaleza de agricultores y ganaderos-, el cambio no se suele buscar, ya que se considera que sólo se estará seguro de sobrevivir si se mantienen las condiciones conocidas (Hernando 2008: 67). Las conservadoras formas culturales del centro-occidente

cantábrico a lo largo de la Edad del Bronce lo que nos indicaban es precisamente una refracción al cambio cultural, siendo ajenas tanto al fenómeno campaniforme del Bronce Antiguo como a los rituales simposiacos, a los contactos a larga distancia y a la cultura material asociada a las elites del Bronce Final Atlántico. Por ello el importante cambio cultural que supuso la aparición de los poblados fortificados sin duda ha de ser evidencia del comienzo de ciertos cambios sociales, que tanto pueden tener que ver con la aparición de ciertos personajes destacados que manejasen buenas dosis de capital social y simbólico de un modo desconocido hasta el momento, como con la institucionalización de la violencia y del *ethos* guerrero. En definitiva ello puede estar informándonos de que dentro de las pequeñas comunidades castreñas se dio una redistribución del poder, en donde los castros como tal fueron posibles por la cesión de parcelas sociales, de poder en definitiva, de las mujeres a favor de los hombres, que pasan a ser hombres guerreros. Los castros podrían entenderse como la constatación material del paso de la secular complementariedad de funciones a la aparición del género y de la identidad de género como tales. Se ha dicho que en ciertas zonas del Noroeste las mujeres de la Edad del Hierro poseyeron un papel de mayor relevancia que el de sus homólogas del Bronce Final, ya que el énfasis en el espacio doméstico y la importancia que este tendrá a partir de ahora en la obtención de capital económico y social, así como la pérdida de importancia del cuerpo masculino -del cuerpo guerrero cubierto de bronce-, indicarían una creciente importancia del cuerpo femenino como espacio de negociación social (González Ruibal 2003a: 180). Sin embargo creemos que esta interpretación no está teniendo en cuenta el papel estructurador del *ethos* guerrero en las aldeas fortificadas que ahora aparecen en el paisaje. Además, como hemos visto (capítulo 2) el centro-occidente cantábrico se mantuvo al margen de la ritualidad y cultura material aristocrática del Bronce Final por lo que no cabe ver en nuestro caso de estudio la aparición de los castros como un proceso democratizador del paisaje y de reducción de la distancia social creada entre los géneros durante el Bronce Final, sino más bien al contrario, como las bases materiales/ideológicas que permitirán que se desarrollen procesos de diferenciación y de consolidación de los géneros como tal, mediante la asimilación de un *ethos* guerrero del que se empapó el secular *ethos* igualitario de aquellos grupos. Pero fueron procesos de diferenciación en los grupos a nivel interno que, como siempre que se dan entre comunidades en donde lo que prima es el *ethos* igualitario, debieron estar contestados por multitud de formas de resistencia, tanto en la práctica como en un sentido simbólico, pero que, en definitiva, abren la puerta de las mayores cotas de diferenciación social

que se apreciarán en la Segunda Edad del Hierro (capítulo 4).

Por lo tanto observamos que el cambio cultural y la organización de género están estrechamente relacionados. La identidad de género, los roles de género y la ideología de género no sólo cambian de una sociedad a otra sino que cambian independientemente y a diferentes ritmos dentro de la misma sociedad. Pensemos por ejemplo la diferente influencia de la colonización y el contacto cultural, como por ejemplo con la Romanización, en los roles, actividades y experiencias ya se trate de hombres o de mujeres, el papel del género en la configuración de las jefaturas complejas o del Estado (con muy interesantes ejemplos en el origen de los *oppida* a lo largo de la Segunda Edad del Hierro) o los diferentes ritmos de las identidades relacionales, típicas de sociedades segmentarias, ya se trate de hombres o de mujeres. El género no es lo único afectado en un cambio cultural, pero sí es la base de nuevos roles y de la nueva configuración social, desde la producción económica a la cosmología (Sørensen 2000; Hernando 2002). Podríamos afirmar entonces que a uno de los primeros espacios sociales a los que debió afectar el cambio cultural que caracterizó el surgimiento de la Edad del Hierro cantábrica es al de las identidades y relaciones de género e, incluso, podríamos decir que es este el momento en el que nace el género como tal en la Historia del norte peninsular. En este sentido podríamos argumentar que la Primera Edad del Hierro supuso algún tipo de pérdida de protagonismo social y de poder por parte de las mujeres de unos grupos sociales que comienzan a ser castreños, mediante una aceptación de los nuevos rasgos hegemónicos y buenas dosis de violencia simbólica, consustancial a cualquier tipo de dominación masculina (Bourdieu 2000). Ello podríamos argumentarlo principalmente de dos modos distintos. Por un lado si partimos de la base de que los castros suponen la materialización de la violencia institucionalizada y de un *ethos* guerrero, lo que además podría corroborarse por las tecnologías del cuerpo basadas en apliques metálicos, tal cual se verá más adelante, ello sin duda sólo se pudo realizar a costa de una pérdida de poder y de cesión de espacio social por parte de las mujeres.

Por otro lado los cambios en la movilidad de los grupos tienen una clara incidencia en los roles sociales de hombres y mujeres. Hemos argumentado que ahora ya no es todo el grupo el que se desplaza, sino que se impuso un sistema de pastoreo especializado. Ello no quiere decir que las mujeres no se pudieran encargar de dichas tareas también, pero sí que se pusieron las bases materiales para que las mujeres sean la parte del grupo que permanezca en los poblados estables, y para que se reduzca su movilidad y se limite la previa complementariedad de funciones. Se ha dicho que central en los “campos del discurso” es aquello que estructura las relaciones de género, y

que además tiene relación con los ciclos reproductivos de la agricultura, los ciclos reproductivos humanos y la preparación, consumo y servicio de comida (Barrett 1989: 309). Con los cambios agrícolas y ganaderos que venimos comentando, en cuanto a la intensificación de los rasgos económicos de la Edad del Bronce, podría pensarse que hubo cambios en las relaciones e identidades de género, en lo que se refiere a las actividades agropecuarias y en el procesado, preparación, servicio y consumo de comida, comenzando ahora un desplazamiento de las mujeres desde las actividades de reproducción social hacia las actividades de mantenimiento, lo que iría en relación con la menor movilidad residencial, el anclaje al territorio y el desarrollo de una identidad de tipo guerrero entre los hombres.

Como vimos más arriba algunos autores relacionan los poblados estables y la intensificación de los rasgos del Modo Doméstico de Producción con modelos de parentesco genealógicos basados en el linaje. Pensemos que, si como dice Marisa Ruiz Gálvez, la agricultura vinculada a un territorio, gracias al abonado, rotación de cultivos, uso de plantas nitrogenantes y realización de obras agrícolas, típica del Bronce Final y Primera Edad del Hierro peninsular, va vinculado a cambios en la propiedad y transmisión de la herencia, y sobre todo al paso de sistemas de parentesco fundamentados en la compra de la novia a otros caracterizados por la dote de la novia, la endogamia y la realización de alianzas mediante casamientos (1992: 220-230), se puede deducir que, en líneas generales, hubo una pérdida de poder y de protagonismo social por parte de las mujeres, y una progresiva aceptación de un nuevo orden hegemónico en el que cada vez hay más rasgos androcéntricos. De este modo, si aceptamos que el cambio cultural a lo largo de la Historia ha estado mediado por unas relaciones de dominación establecidas por un discurso cultural hegemónico, hemos de aceptar también que las posiciones subalternas al poder han construido su nueva identidad de un modo traumático. Es decir, los nuevos edificios identitarios configurados por unas prácticas de dominación no dejan de estar cimentados sobre la alienación de las identidades originales previas. En este sentido entendemos que el nuevo orden social y el cambio cultural que supuso la Primera Edad del Hierro en el mundo cantábrico fueron en cierto modo traumáticos, especialmente para las mujeres de cada comunidad, incluso entre los grupos más igualitarios como son los montañeses cantábricos.

Podríamos concluir que respecto al cambio cultural lo importante es preguntarse por qué cambiaron en esa dirección concreta y no en otra, siempre intentando mantener la mente apartada de la tendencia evolucionista clásica, que ve los diferentes episodios históricos como escalones naturales de un progreso lógico, y siendo conscientes de los

fenómenos de ralentización, de los diferentes ritmos, de las involuciones, de las resistencias, de los cambios rápidos que luego se estancan de nuevo durante siglos convirtiéndose en tradición, etc. Además, se puede combinar una perspectiva en la que se tengan en cuenta las diferentes temporalidades (Morris 2000), para intentar completar el panorama interpretativo: en los tiempos cortos una de las características principales es que este cambio cultural se dio de forma rápida, drástica en el tiempo, sobre una vasta región montañosa, lo que arroja una importante información que ha de ser tenida en cuenta para caracterizar al mismo. Si tenemos en cuenta todas las centurias que duró la Edad del Bronce y en donde, visto desde una perspectiva de los tiempos largos, primaron más las actividades de mantenimiento -incorrectamente ligadas de forma generalista a las mujeres (Hernando 2005)- que las de cambio, y además pensamos que la unidad de análisis de los tiempos cortos en Arqueología prehistórica debería ser la generación (Morris 2000: 4-8), podríamos entender que la generalización del modelo castreño a lo sumo duró dos, tres, quizás cuatro generaciones, lo que contrasta con los paulatinos y lentos cambios previos (capítulo 2). Podríamos pensar entonces que los cambios rápidos se dan más fácilmente cuando los conflictos de intereses se convierten en discursivamente posibles (Tilley 1982: 35), o dicho de otro modo, cuando las élites de los grupos cantábricos de poder blando y capilar junto al conjunto de hombres aprovecharon una coyuntura histórica concreta para imponer fórmulas heterodoxas a las respectivas comunidades bajo una buena capa de maquillaje de actividades y ritualidad comunal para que el grupo social lo pudiera aceptar, ya que precisamente lo que impera en estos grupos es ser reacios al cambio social. No sabemos hasta qué punto este proceso fue también posible gracias a la diferenciación de funciones como tal entre hombres y mujeres, es decir, a la aparición del género, reservándose ya sólo una parte del grupo -los hombres- una acumulación de capital simbólico proveniente de la actividad y ritualidad guerrera, del mantenimiento y promoción de la violencia, al igual que en otros grupos actuales de tendencia igualitaria, como los Baruya de Papúa-Nueva Guinea (Godelier 1986), en donde la principal desigualdad social también reside en la dominación masculina.

Respecto a los tiempos largos lo más trascendental, en un sentido histórico, es el hecho de que mientras que los recién construidos poblados castreños incidieron en los elementos que aparentemente incrementaron la cohesión interna de los poblados mediante una práctica funcional y ritual de lo comunal, a la larga también se sentaron las bases para que apareciera la división social a lo largo del tiempo (González, Parceró y Ayán e.p.; Parceró 2003), y que arqueológicamente veremos en la creciente diferenciación que ciertos grupos familiares poseerán

dentro de los poblados, es decir, respecto a la comunidad a la que pertenecen, pero también en el creciente papel social del hombre guerrero a lo largo de la fase II (capítulo 4).

### 3.5 COMPARATIVA: EL NORTE DE LA MESETA DURANTE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO.

Desde hace décadas algunos autores, aún muy condicionados por un entramado teórico histórico-cultural y por el paradigma filológico, en el cual los grupos culturales de la Edad del Hierro se definen en función de la información de los autores clásicos y/o de las divisiones administrativas de época romana, marcaron las contradicciones entre el territorio “astur” y las diferentes realidades arqueológicas que en él se documentan. De hecho se vio como los rasgos culturales soteños del valle del Duero (plantas de las casas circulares, uso de adobe para éstas, frecuentes revocos y decoraciones coloristas de las paredes, ubicaciones en zonas llanas buenas para la agricultura, etc.) se reparten por una buena porción de lo que se considera “zona astur”, en concreto en los valles del Tera y Vidriales, en Aliste, en El Páramo leonés, La Maragatería y el Bierzo, lo que provoca cierta perplejidad a los autores mencionados sobre todo cuando se compara con la zona “astur” transmontana (Esparza 1983: 88). En el estado actual de conocimientos estamos de acuerdo con José Luis Maya (1994: 302-303) en que los poblados soteños, concentrados especialmente al norte del río Duero, se dispersan por Zamora y las tierras llanas leonesas, influyendo también al Bierzo y alto Sil, ya en transición con formas culturales del noroeste peninsular, pero sin afectar a las zonas más montañosas del norte de León. Lo que no compartimos con este autor, y nos parece contradictorio con su hipótesis, es que se proyecte la influencia soteña sobre el centro de Asturias, llegando hasta la costa, y en concreto a la Campa Torres (Ibid.: 303), todo por confundirse las cerámicas de la primera fase castreña con los barros soteños. Y ello procede de una influencia de los planteamientos historiográficos procedentes de las fuentes grecolatinas sobre el norte de la Península Ibérica, en donde la división administrativa romana en tres conventos se traduce en términos etnológicos y a su vez se proyecta sobre el registro arqueológico (Ríos y García de Castro 2001: 90). De este modo Maya vincula la zona central asturiana con el mundo soteño, los castros del Navia con el Noroeste y la Asturias oriental al grupo Miraveche-Monte Bernorio (Maya 1989; 1998), postura que siempre anula la posibilidad del cambio cultural por procesos endógenos y en donde el difusionismo desde regiones periféricas -Meseta, Noroeste- “más avanzadas culturalmente” es siempre el último recurso explicativo. No aceptamos por todo ello, en ningún caso, que se marque un paralelismo

cultural entre la zona llana leonesa y el territorio asturiano durante el Bronce Final y la primera Edad del Hierro (en contra de Esparza 1983: 93), ya que, como venimos argumentando, el proceso cultural entre ambas regiones es claramente diferencial al menos desde el Bronce Antiguo. La dicotomía entre los grupos arqueológicos cantábricos y los meseteños durante la Edad del Hierro comparte los límites propuestos para la Edad del Bronce en el capítulo 2, y que ya se adelantó para comienzos de la Edad del Hierro en algún trabajo previo (Camino y Carrocera 1996: 59).

Una vez que ya explicamos la transición entre Cogotas I y el Soto formativo, y defendimos que la metalurgia “atlántica” debería asociarse en su mayor parte con la segunda de las formaciones sociales y no con los nómadas cogotianos (capítulo 2), abordaremos a continuación las características de los poblados del Soto pleno, continuidad de los del Soto formativo, en fechas paralelas al surgimiento de los primeros castros en la fase I b, marcando en primer lugar el territorio del extremo norte de la Meseta por el que se reparten. A partir del s. VIII a.C. -en cronología sin calibrar- vemos aparecer los poblados soteños en cerros destacados en el paisaje, pero cercanos a los cursos de los ríos y con una fuerte dependencia de sus vegas (Celis 2002: 105), es decir, por las riberas de los ríos subsidiarios del Esla y del Órbigo (Celis 1996: 43) (ver fig. 2.48) por lo que la Meseta leonesa se puede asimilar perfectamente al Soto en la Primera Edad del Hierro tanto por los poblados como por la metalurgia, que “recuerda al Bronce Final Atlántico” (Carrocera y Camino 1996: 57). Y no sólo por estas tierras sedimentarias sino que también caen en esta esfera cultural terrenos de parte del occidente de la provincia como son el arranque de los Montes de León y sierra del Teleno, con comarcas como la Cepeda, la Maragatería, Cabrera Alta, Valdería... (Celis 1996: 43; Orejas 1996: 57). Tanto sobre el río Órbigo como en el Tuerto, y en sus afluentes por la derecha, se han localizado numerosos yacimientos soteños en los que no se documentan materiales cogoteños, y en los que aparecen tipos metálicos del “Bronce Medio-Final” (Orejas 1996: 59), datos que más que provocarnos extrañeza corroborarían de nuevo que la habitual vinculación de la Metalurgia Atlántica con los poblados Cogotas I no se ajusta a la realidad y que aquella es más reciente. Poblados soteños como tal en este sector de transición entre la llanura leonesa y los Montes de León se citan hasta 8, como es el ya conocido de Sacojos -que sí tiene materiales cogotianos-, la Corona de Pedredo como el más occidental o los situados al norte de Astorga en Villaobispo de Otero (Ibid.: 60-61, fig. 9; Luengo 1961: 105-106), entre otros.

De hecho, pese a que se ha planteado la dificultad de ver el fenómeno soteño en las montañas de las serranías zamoranas, en donde se propone que



**Figura 3.42:** *oppida* en el piedemonte cantábrico con fases soteñas; izquierda, Castro Ventosa (El Bierzo, León); y derecha, Monte Bernorio (norte de Palencia) (a partir de Vidal Encinas 2003; Peralta 2003).

el Soto diera aquí lugar a una “cultura castreña” a partir del s. VI a.C. de poblados de escasa superficie y murallas pétreas con fosos (Esparza 1986; Celis 2002: 106) lo cierto es que, aunque es un territorio montañoso con claras particularidades, en líneas generales cae dentro de la órbita cultural meseteña, al igual que ocurre con los poblados soteños de la montaña palentina, que poseen particularidades orográficas y locacionales, pero que en líneas generales, a nivel de cultura material, pueden equipararse al resto de poblados palentinos de la Edad del Hierro del sector llano de la provincia (por ej. Alonso Silio y otros 1987: mapas).

Respecto al occidente leonés, los territorios en torno a la fosa del Bierzo, con su complicada morfología y sus numerosas sierras que la rodean entre las que se desarrolla una intrincada red fluvial deudora del Sil, la Primera Edad del Hierro es prácticamente desconocida, aunque a grandes rasgos se sitúa culturalmente entre la Meseta y el Noroeste (Celis 1996: 45). Creemos que buena parte del territorio berciano -exceptuando sus montañas septentrionales, como la Laciana/L.laciana, que se vinculan al sector cantábrico- hemos de situarlo en el entramado meseteño. Yacimientos como Paradela del Río, Toral de Merayo, Castillo de Ponferrada (con cerámicas soteñas y un brazalete acorazonado) y Castro Ventosa (con un emplazamiento de tipo soteño y de nuevo con cerámicas “a mano” en la onda de las soteñas) (Marcos Contreras y otros 2003), corroborarían este principio. Por ello se ha dicho que estos poblados, así como el conjunto de puntas de lanza de Bembibre y la espada de Villafranca del Bierzo, inaugurarían el poblamiento de la Primera Edad del Hierro en este sector (Celis 1996: 53), y pondrían de relieve que los rasgos aristocráticos vinculados al Bronce Final Atlántico se encuentran tanto en la Meseta Norte y Galicia como en uno de los corredores naturales entre ambos como es el Bierzo. Por ello podemos asegurar que el

fenómeno soteño se reparte no sólo por los tramos llanos de los afluentes del Duero por la derecha, incluyendo el Esla y sus afluentes Cea y Órbigo, sino que llega también al Sil en la cuenca del Bierzo (Fanjul y Menéndez 2004: 35-36), a partir de donde se daría la transición hacia los grupos arqueológicos castreños de Galicia. En esta misma zona del Bajo Bierzo seguiremos viendo durante la Segunda Edad del Hierro una clara vinculación con la Meseta por lo que ya adelantamos que es absurdo situarla como paradigma de una “cultura castreña astur”, como defienden algunos autores (por ejemplo Sastre 2002). En líneas generales los poblados soteños en León se reparten por la misma zona por la que venimos definiendo desde el Bronce Antiguo los rasgos meseteños, es decir, por el sector sedimentario de León, dejando un notable y significativo vacío en la Montaña Leonesa o tercio norte de la provincia (Celis 2002: mapa 3) que es el que coincide con el sector leonés de la Cordillera Cantábrica.

Por el contrario, el centro-norte y Noreste de la provincia de Palencia, al pie de la Cordillera Cantábrica, entra de lleno en el ámbito cultural meseteño relacionado con el Soto. Poblados como Los Barahones o Monte Bernorio siguen reificando el límite entre el mundo cantábrico y meseteño tal cual fue definido para el Bronce Antiguo y Medio. Uno de los mejores lugares para ver dicha transición es, al igual que ocurría con las manifestaciones de arte esquemático, la zona de la montaña palentina y el nacimiento del Ebro. Pese a que se haya querido vincular el yacimiento de los Barahones (Gama, norte de Palencia) con el citado castro cantábrico del Pico de la Campana (Argüeso, nacimiento del Ebro), con el único fin de demostrar que es en ese momento del Bronce Final-Hierro I “cuando seguramente cristalizan los cántabros como formación étnica definida” (Peralta 2003: 48). Lo cierto es que el poblado palentino, pese a contar con una ubicación similar al



Pico de la Campana, posee niveles Cogotas I con estructuras definidas por agujeros de poste y, posteriormente, niveles de la Primera Edad del Hierro con cabañas circulares de paredes de barro. Además, el tamaño de ambos yacimientos es radicalmente distinto. Es cierto que las estructuras circulares y las cerámicas soteñas que también se decoran con digitaciones, ungulaciones e incisiones en el labio pueden confundir y hacer que entendamos como parte del mismo complejo cultural lo que ocurre a ambos lados de la Cordillera Cantábrica en esta zona de Cantabria/Palencia-Burgos. Sin embargo la secuencia cronológica y cultural Cogotas I - Soto - *oppida* de la Segunda Edad del Hierro sólo es apreciable en las provincias de Palencia y Burgos, en la vertiente meridional de la cordillera mientras que, al norte de esta, como hemos venido viendo y trataremos detalladamente (capítulo 4) la secuencia cultural es bien distinta (fig. 3.42). De nuevo la zona de contacto cultural se produce en los pastos de altura del alto Ebro o comarca de Reinoso. De hecho en cuanto el Ebro comienza a abandonar hacia el sur la altiplanicie de Reinoso, administrativamente todavía dentro de Cantabria, encontramos ya algunos poblados como La Torrecilla I (San Cristobal del Monte), en cerros amesetados con restos de muros de adobe y fragmentos de molinos barquiformes en su cumbre (García-Soto 2000: 141) que nos hacen pensar en un poblado soteño y que ratifica los límites culturales propuestos para este sector cantábrico de la comarcas de Valderredible y Campoo, entre Cantabria, Palencia y Burgos. Otros poblados de esta misma zona, en altura aprovechando afloramientos y mesetas calizas, de los que se conocen manteados de barro y cerámicas del Hierro I meseteñas (Barril 1995: 408) refuerzan nuestra propuesta.

Una de las primeras diferencias de calado con respecto al sector cantábrico es en lo que se refiere a los modelos de poblamiento (fig. 3.43). Los poblados soteños, como los del río Órbigo o los de la planicie sedimentaria entre Palencia y Burgos, suelen estar sobre suaves cerros entre el páramo y el río, mientras que en otros casos son aterrazamientos artificiales sobre bases rocosas, como El Castro (San Juan de Torres). En general son modelos de poblamiento novedosos en la Meseta Norte que suelen escoger zonas en torno a vegas fértiles que permiten un acceso rápido a los recursos, en concreto a las tierras agrícolas de fondo de valle y situados sobre terrazas bajas de escasa altitud relativa (Orejas 1996: 61), precisamente aquellas de las que se huye en el mundo cantábrico en este mismo momento. Los poblados se presentan en una disposición lineal en torno a las corrientes fluviales, o lineal agrupada, con amplios territorios periféricos con recursos suficientes como para evitar conflictos (Celis 2002: 107). Es posible que la cercanía a grandes vegas fluviales no tenga que ver tanto con un presunto potencial para la agricultura de regadío,

pues necesitaría de importantes infraestructuras de drenaje y acondicionamiento de los campos, como para conseguir grandes superficies de praderías mejoradas. No obstante los asentamientos cuentan en sus inmediaciones con amplias superficies aptas para cultivos de secano, trigo y cebada principalmente, ampliamente identificados (Orejas 1996: 68).

El contraste con las montañas septentrionales procede entonces de que no todos los poblados soteños se encuentran en posiciones conspicuas en el paisaje, mientras que este parece ser el rasgo imperante en el norte, como ya hemos visto. Además, mientras que en la zona cantábrica los poblados fortificados o castros son la única forma de poblamiento estable hasta la irrupción del mundo romano (capítulos 4 y 5) en la Meseta Norte, ya a partir de la fase soteña, se percibe el comienzo de un poblamiento jerarquizado en el que asentamientos pequeños en llano tipo granjas, como los de Rivas de la Valduerna y San Justo de la Vega, dependerían de los grandes poblados fortificados (Celis 2002: 107). Si los primeros castros cantábricos se disponen en el paisaje siguiendo unas lógicas espaciales heredadas del paisaje megalítico previo, sobre cerros conspicuos, y los soteños buscan una disposición lineal a lo largo de los ríos, otro punto de contraste son los tamaños de los poblados. Mientras que los castros cantábricos de la fase I b son realmente muy pequeños, donde es raro el que supere la media hectárea, entre los soteños lo normal es que tengan entre 1 y 2 Ha, llegando en algunos casos (Valencia de Don Juan, Manganeses de la Polvorosa o San Martín de Torres) a tamaños entre las 6 y 11 Ha (Ibid.: 107, 121), y algo más de 3 Ha la “acrópolis” de Monte Bernorio, que es la zona que podemos asociar con el poblado soteño. Respecto al *oppidum* de Lancia (Villasabariego, León), en una amplia plataforma entre el Esla y el Porma, no sabemos qué porción de este extenso yacimiento cabe relacionar con los restos soteños de la Primera Edad del Hierro de allí obtenidos (Mañanes 1983: 173-177). O Dessobriga (Osorno, Palencia - Melgar de Fernamental, Burgos), situado por el pie y cima de un amplio páramo, de gran tamaño y con una importante fase soteña de la I Edad del Hierro, en donde de las 194 Ha del poblado de la Segunda Edad del Hierro y romano unas 4,7 Ha pueden asociarse a dicha fase antigua, precisamente por la zona inferior y más llana del yacimiento. La cronología radiocarbónica del mismo lo sitúa entre el s. VIII y V cal AC (Misiego y otros 2003: 35, 75-76, 88), al igual que Manganeses de la Polvorosa (Misiego y otros 2003b: 122), y por lo tanto contemporáneo a los primeros castros cantábricos.

Las defensas también marcan el contraste ya que lo típico en la Meseta Norte son las murallas de adobe y madera, como en el leonés de Villacelama, en donde también hay un potente foso, o en el también leonés de Sacaos, con adobes y doble hilera de hoyos para insertar una potente empalizada. Si bien el uso de

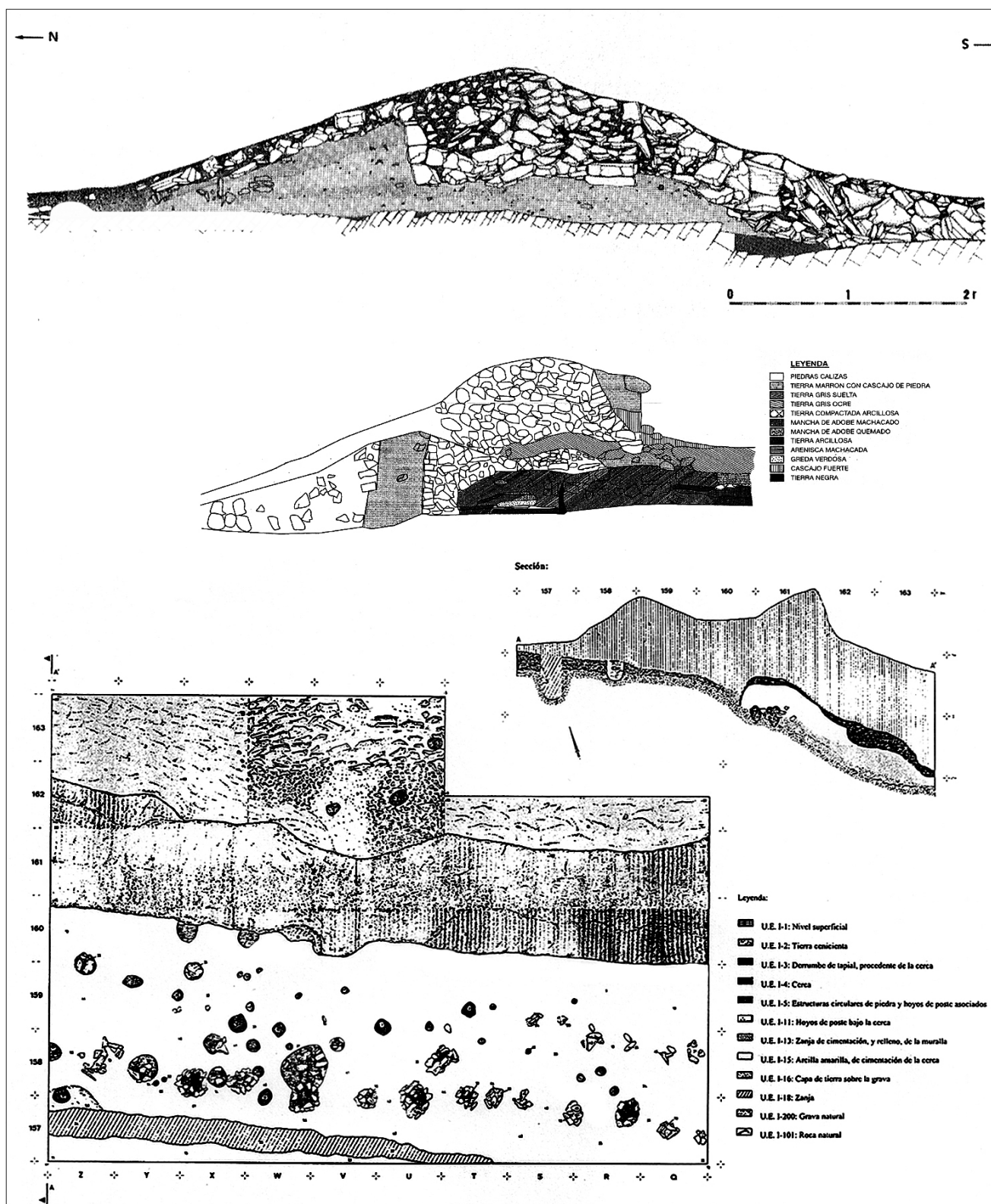


**Figura 3.43:** el contraste cultural entre la Meseta Norte y la Cordillera Cantábrica durante la Primera Edad del Hierro.

adobes podría entenderse como una adaptación a un medio sedimentario apostamos por el significado cultural de estas decisiones constructivas, como demostraría el hecho de que en El castro de San Juan de Torres se use el adobe cuando es una zona rica en cuarcita, o que en la potente muralla de adobes a sogas del zamorano Manganeses de la Polvorosa el zócalo basal sea de roca (Misiego y otros 2003b: 116-117; Celis 1996: 46-47; 2002: 107-108). La muralla de la “acrópolis” de Monte Bernorio es pétrea, de grandes bloques de caliza, pero sustentada sobre niveles de tierra apisonada y con rampas a ambos lados también de tierra. Al interior de ésta un nivel fértil ya en contacto con la roca madre arrojó abundantes materiales, como “cerámica a mano”, de finales de la Edad del Bronce y comienzos de la Edad del Hierro. La propia “rampa” sur de tierra contenía abundantes cerámicas a mano, pero también otra a torno, y en las excavaciones antiguas se define como un nivel terroso con cenizas (San Valero 1944: fig. 16; Torres 2007: 87). Por todo ello, frente a los que creen que la muralla de la acrópolis de Monte Bernorio es de momentos tardíos, relacionable con la “celtiberización” de esta zona a finales de la Edad del Hierro, y que el poblado durante el Bronce Final y Primera Edad del Hierro no estaría defendido (Esparza 1982: 400), nosotros creemos que los niveles de tierra que cimentan la muralla pétrea y las “rampas” de tierra por las que se accede a ésta se corresponden con una muralla de adobes como las soteñas que hemos definido,

amortizada por la posterior muralla de piedras y, por lo tanto, de la Primera Edad del Hierro. El vecino poblado de los Barahones, de 12 Ha de extensión entre sus diferentes sectores, estuvo protegido por una muralla, en este caso pétrea, que cerraría el poblado, pero ya en sus últimas fases, aunque dentro todavía de la Primera Edad del Hierro (Barril 1995). Esta diferencia con respecto al poblado de Monte Bernorio podría reducirse si reinterpretemos el perfil estratigráfico publicado (Ibid.: fig. 4), en la que la muralla pétrea, con cara interna y externa de sillares calizos, se apoya sobre potentes niveles de tierras y adobes. Además cuenta con construcciones de igual composición en su cara externa e interna. Todo ello nos hace pensar en primitivas defensas construidas a base de adobes, lo que sí marca una diferencia, junto a su gran tamaño, con respecto a los inmediatos castros cantábricos, y en concreto respecto al castro de La Campana, y sitúa su evolución cultural y cronológica junto a la que acabamos de proponer para Monte Bernorio (fig. 3.44).

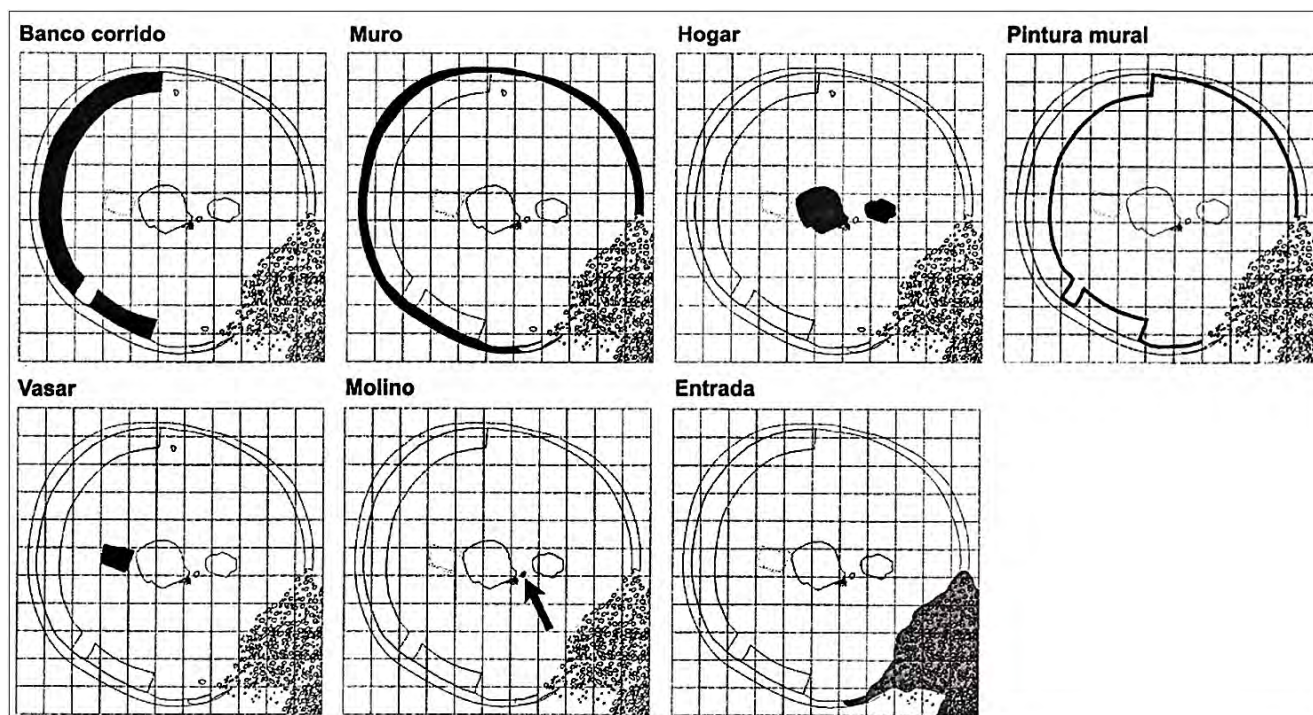
En buena parte del valle del Duero y el alto Ebro durante el Bronce Final y Primera Edad del Hierro es cierto que las plantas de las estructuras son redondeadas, lo que podría hacernos establecer paralelos con el Noroeste -y con el Norte peninsular, añadiríamos-, pero en la Segunda Edad del Hierro se sustituyen por las cuadradas, mientras que en el Noroeste -y Norte- se mantienen las circulares hasta la Segunda Edad del Hierro (Esparza 1983: 85-86). En



**Figura 3.44:** las murallas soteñas: arriba, reinterpretación de la “plataforma de tierra” sobre la que se asienta una muralla de piedra en la acrópolis de Monte Bernorio como una muralla de adobe de la fase I amortizada; en medio, sección del corte % del castro de los Barahones, en el que también se puede apreciar un nivel defensivo primitivo realizado con adobe y tapial; abajo, sección y planta del sondeo en el sector norte de las defensas del castro de Sacaosojos, compuesto por una compleja muralla de arcilla y una empalizada (a partir de Torres 2007; Barril 1995; Misiego y otros 1999).

líneas generales compartimos las afirmaciones de Ángel Esparza, aunque con matices. Si bien es cierto que tanto al sur como al norte de la Cordillera Cantábrica las plantas de las viviendas son circulares durante la Primera Edad del Hierro, no es menos

cierto que las técnicas constructivas -decisiones tecnológicas al fin y al cabo, culturalmente estructuradas- de las cabañas castreñas poco tienen que ver con los muros de adobe de los poblados soteños, por lo que no pueden verse como meras



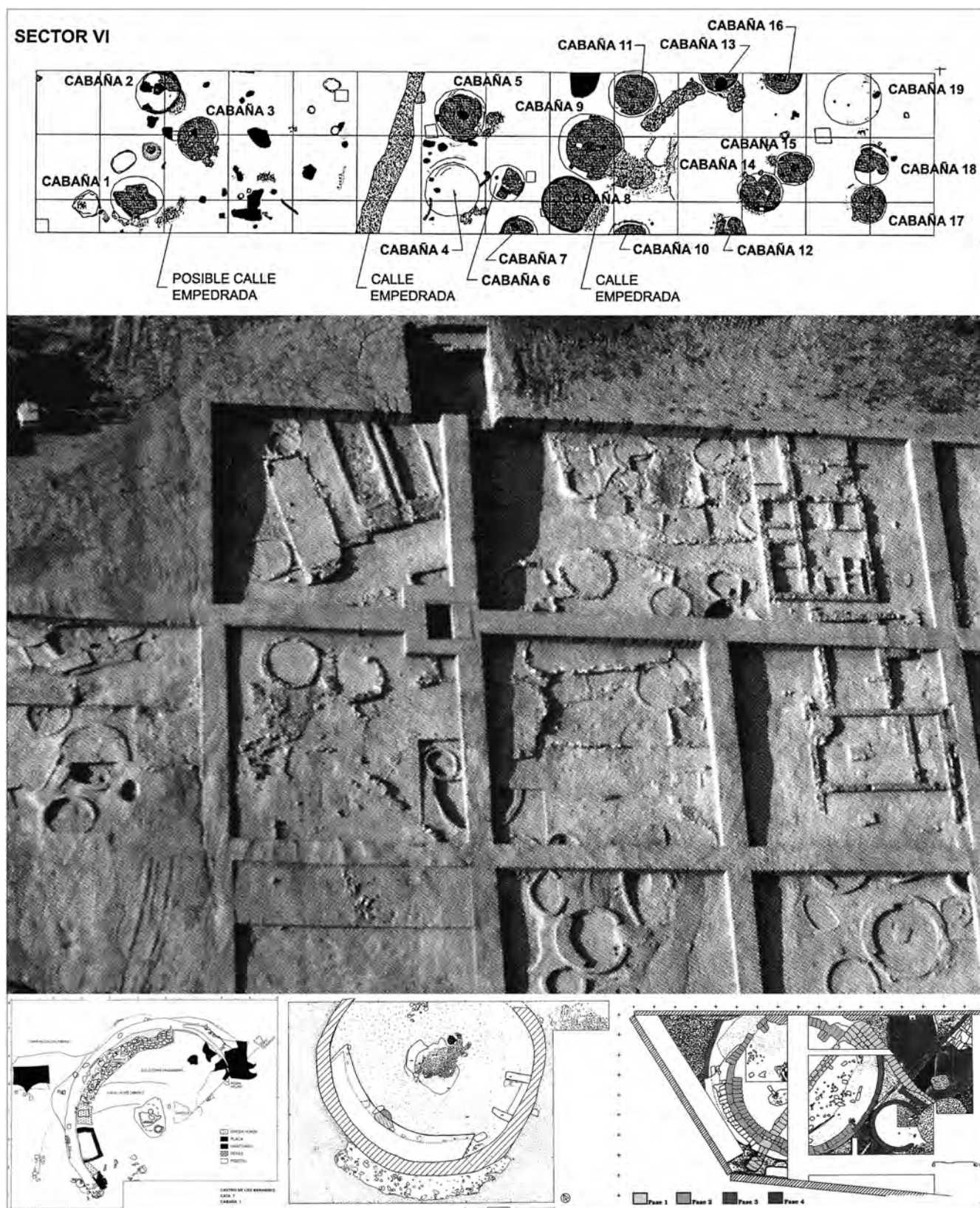
**Figura 3.45:** esquema básico de una cabaña soteña, a partir de la estructura 9 de Dessobriga (Osorno, Palencia/Melgar de Formental, Burgos) (en Misiego y otros 2003, modificado).

adaptaciones locales al medio, como ya dijimos (en contra de Esparza 1983: 90), más aún cuando en numerosos ejemplos en donde hay abundancia de piedra en el medio los muros de adobe se asientan sobre zócalos pétreos (casos de Camarzana, Pedredo y San Juan de Torres) (Celis 2002: 108).

Si estas decisiones tecnológicas en cuanto a la arquitectura nos impiden realizar paralelos entre los confines septentrionales del valle del Duero con la Cordillera Cantábrica no lo serán menos las formas arquitectónicas y el urbanismo. En los niveles más modernos de la fase soteña de Manganeses de la Polvorosa se aprecia que el caserío se distribuye en torno a dos calles paralelas, con núcleos de construcciones agrupadas con dependencias complementarias tipo granero (Misiego y otros 2003b: 118-123). En general para estos poblados el hábitat se organiza en unidades de ocupación en donde la construcción principal es la doméstica y alrededor se distribuyen otras más pequeñas (silos, graneros, hórreos, en algunos casos aéreos tipo *cabazo*) (Celis 2002: 108, 117). En Dessobriga debido a la construcción de la autovía del Camino de Santiago se han podido documentar diecinueve cabañas circulares, de tamaños grandes pues poseen una media 6,9 m de diámetro y 41 m<sup>2</sup> de superficie interna, aunque algunas llegan a los casi 10 m de diámetro. Son cabañas de adobe, que siguen el mismo patrón constructivo, con muros de adobe, suelos exteriores empedrados, banco corrido, hogar central y piedra de molino barquiforme junto al hogar. Muchas poseen enlucidos o pinturas murales en la cara interna de los paramentos (fig. 3.45). Se disponen agrupadas en lo que podrían entenderse como unidades de ocupación, con una alta

densidad de estructuras y en torno a calles lineales empedradas (Misiego y otros 2003: 74-91) (fig. 3.46). Las estructuras circulares de Villacelama y Manganeses poseen un banco corrido revocado y pintado, de rojo en el primero de ellos. También son muy interesantes las construcciones adjetivas tales como estructuras rectangulares de adobe anejas a las cabañas (graneros, despensas...) en San Juan de Torres o las estructuras circulares de adobe con divisiones radiales internas que acompañan a muchas cabañas en Manganeses, que pese a ser vistas como cultuales por tener huesos de animales, como astas de ciervo recortadas, y cerámicas rotas, así como vasitos enteros asociados (Celis 2002: 108, 117; Misiego y otros 2003b: 118-123), pueden entenderse como la base de hórreos -tal y como se han interpretado las estructuras circulares de grandes bloque de cuarcita en San Juan de Torres- o el hórreo para grano de cebada de la cabaña 2 de Dessobriga (Celis 2002: 108-109; Misiego y otros 2003: 77) (fig. 3.47), realizado en adobe, lo que nos lleva a entender las cotas a las que a partir de esos momentos llegó la intensificación agraria en esta zona, con una fuerte presencia arqueológica, del almacenaje de grano, lo que de nuevo marca un contraste frente a la agricultura extensiva de tala y roza del ámbito montaños septentrional. Por otro lado y marcando de nuevo el contraste con las montañas del norte en estos tempranos momentos de la Primera Edad del Hierro vemos en la Meseta Norte algunos rasgos que tan sólo se darán en la zona cantábrica justo en los momentos inmediatamente prerromanos y sólo en aquellos lugares más parecidos al Noroeste, como es la costa occidental asturiana (capítulo 4). Nos referimos al hecho de que varíe el tamaño de las estructuras





**Figura 3.46:** la arquitectura de adobe - cabañas y urbanismo soteño; arriba, planta general del poblado de Dessobriga (Palencia/Burgos); en medio, fotografía aérea de Manganeses de la Polvorosa (Zamora) en donde se aprecian las estructuras circulares de adobe de la Primera Edad del Hierro y las rectangulares de piedra del Hierro II; abajo, de izquierda a derecha, cabaña del castro de los Barahones (Palencia), cabaña de Villacelama (León), y cabañas superpuestas de los Cuestos de la Estación de Benavente (Zamora) (a partir de Misiego y otros 2003; 2003b; Barril 1995; Celis 1996). Obsérvese como un mismo patrón arquitectónico (adobe, planta circular, banco corrido, hogares, molinos barquiformes, hornacinas, enlucidos, empedrados exteriores, estructuras de almacenamiento...) se reparte por una gran área geográfica.

circulares -muchas entre 4 y 15 m<sup>2</sup> y el resto más grandes- dentro de un mismo poblado, pese a la estandarización de las mismas, y al hecho de que haya concentraciones de estructuras en torno a graneros delimitados por cercados de barro (Celis 2002: 108-109).

Pese a que el tamaño diferencial de las estructuras pueda explicarse por la funcionalidad de las mismas lo cierto es que este rasgo junto a la privatización de espacios pone de manifiesto la total disolución de las anteriores identidades comunitarias de los grupos cogoteños y como se han instalado en la Meseta Norte formas desigualitarias y jerarquizadas desde estas tempranas fechas, en donde ciertos grupos familiares acumulan poder respecto a otros. Ello es concordante con la asimilación de una “ideología aristocrática”, en donde los metales de tipo “atlántico” juegan un papel clave (capítulo 2), dentro de un proceso de emulación de fórmulas sociales de tipo mediterráneo que se comparten con otras zonas de la Meseta, con el Suroeste y con el área bracarense. En ningún caso, como hemos visto, la arquitectura y el urbanismo castreño revelan ninguno de estos rasgos, que podríamos resumir en alto porcentaje del espacio construido, unidades de ocupación compuestas por más de una estructura, funcionalidad específica para distintos tipos de estructuras, variación en el tamaño de las diferentes unidades de ocupación y claros elementos arquitectónicos relacionados con el almacenaje de excedentes agrarios. Estos dos últimos puntos dan pie para pensar en que en estos tempranos momentos en las tierras llanas de León, así como en Palencia y Burgos, la tensión entre la identidad comunal y la familiar ha cedido ya a favor de la segunda, gestándose el germen de las fórmulas desigualitarias que veremos en la Segunda Edad del Hierro bajo la forma de jefaturas complejas y ciudades-estado u *oppida*. Para el Soto pleno, a partir del 800 cal AC, o nuestra fase I b, podemos asumir un Modo Germánico de Producción, en donde son las familias, y no el grupo, las que detentan los medios de producción y en donde ciertos grupos familiares presionarían a otros para incentivar la producción, frente al Modo Doméstico de Producción y la propiedad comunal de los medios de producción con los que vinculamos a los castros cantábricos.

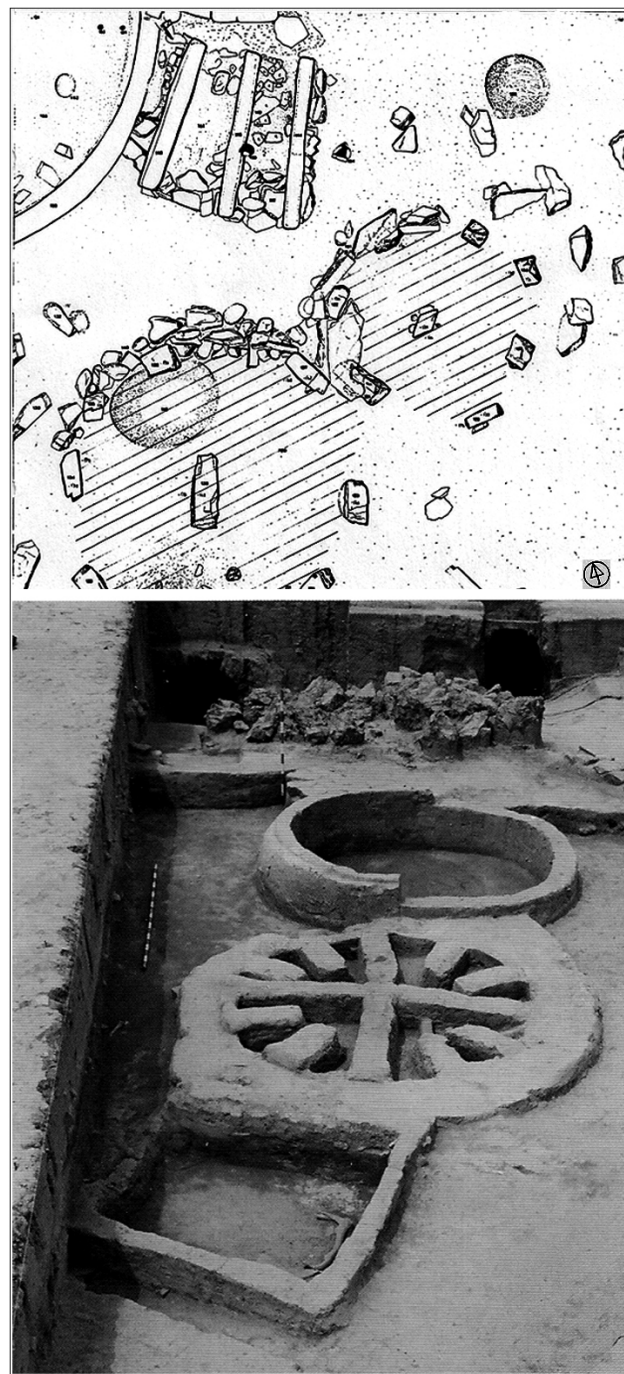
Sin embargo, respecto a la arquitectura doméstica, en Palencia el poblado de los Barahones posee cabañas de la fase Soto formativo (capítulo 2) y Soto pleno, de igual factura, que suelen estar formadas por zócalos pétreos sobre empedrados que cubren toda la extensión de la cabaña, con hogares centrales, bancos corridos enlucidos, poste central para sustentar la techumbre vegetal y paredes vegetales con manteados de barro, de los que se conservan bastantes. Como se ha apuntado las estructuras recuerdan a las del Soto de Medinilla en cuanto a la

forma, no así la técnica constructiva de las paredes, que se sitúa más en la línea de los poblados del Alto Ebro, al cual se vincula geográficamente, como es el alavés Castillo de Henayo (Barril 1995: fig. 5). En este caso concreto podríamos apreciar que las concomitancias constructivas con el mundo cantábrico son superiores que con el caso leonés. En el interior de estas cabañas se han documentado desde trabajos metalúrgicos, a otros textiles, y de molienda en la forma de molinos de vaivén. Pese al tamaño del poblado se defiende un urbanismo disperso sobre aterrazamientos del terreno (Ibid.). Podríamos pensar que dentro de los grupos meseteños afines al Soto seguramente los del pie meridional cantábrico, como los Barahones o Monte Bernorio, por sus ubicaciones podrían estar manteniendo formas de pastoreo especializado dirigido hacia los pastos del Alto Ebro y Reinosa, centralizando ahora estos poblados meseteños del piedemonte cantábrico una explotación que antes realizaba el grueso de los grupos nómadas cogotianos. Ese contacto con los grupos sociales cantábricos puede hacer que se compartan algunos rasgos como puede ser en la tecnología arquitectónica, aunque ello no da pie para equipararlos culturalmente, por lo que hemos argumentado más arriba.

Debemos recordar que antes del cambio de posicionamiento teórico de Jorge Camino este autor establecía (1992: 142-143), al igual que J.L. Maya, una conexión entre las cerámicas de Caravia, Moriyón, Camoca y Campa Torres con el grupo Miraveche-Monte Bernorio y con los castros zamoranos, sin tener ni siquiera en cuenta las dos principales fases cronológicas de la Edad del Hierro. En líneas generales la cadena tecnológica de la cerámica de la Primera Edad del Hierro meseteña -aquí englobamos la conocida como cerámica soteña y la cerámica a peine o tipo Cogotas II de finales de este periodo- posee concomitancias con la cantábrica, pero no permite establecer dicha filiación entre los cacharros antiguos de los castros cantábricos con la Meseta, pese a que los primeros sean escasamente conocidos, como veremos. La cerámica soteña en León es como la del resto de la cuenca del Duero. También es “a mano” -es decir, manufacturada mediante rotaciones lentas-, cocida en ambientes reductores -aunque de nuevo matizaríamos que se trata sobre todo de cocciones mixtas propias de hornos sencillos unicamerales-, con terminados finales mediante bruñido y espatulado, decoraciones a base de ungulaciones e incisiones, y con tipos que resumidamente son: grandes contenedores de almacenamiento (tendencia bicónica, y bordes engrosados en el caso de los bruñidos, y retículas, aspas, digitoungulaciones en los de superficie espatulada); los de medio tamaño (ollas, cuencos, copas de labio engrosado al interior, vasos de cuerpos carenados, pies realizados con molduras, otras piezas con calados...); y los de pequeño tamaño (con gran variedad, como vasitos bruñidos, soportes de copa,

cuencos, coladores, tapaderas, vasitos moldurados, etc., a veces bruñidos y otras con los típicos triángulos rellenos de líneas paralelas) (Romero Carnicero 1980; Celis 1996: 50). Podemos ver estos tipos básico del mundo soteño en los niveles antiguos del palentino *oppidum* de Monte Bernorio, pese a que en algún se hayan confundido las “cerámicas a mano” de la Primera Edad del Hierro con supuestas “cerámicas a mano” que acompañan a la “cerámica de tipo celtibérico”, cuando realmente se trata de cerámicas a torno pero de cocciones mixtas o reductoras (Torres 2007: figs. 8 y 9), tándem que suele ser habitual en la Meseta Norte durante la Segunda Edad del Hierro. Lo que sí podemos observar es la aparición de tipo soteños clásicos en el Monte Bernorio, como son los cuellos rectos/ligeramente exvasados, de labios aplanados, con digitaciones o incisiones en el labio, triángulos y líneas paralelas incisas, dientes de lobo, peine impreso e inciso, pies anulares, trípodes o las asas en cinta con incisiones longitudinales e impresiones (San Valero 1944: figs. 6-8; Torres 2007: fig. 8 y 9). En este sentido llama la atención el gran paralelismo de este elenco cerámico de Monte Bernorio con el de otro poblado soteño palentino, esta vez situado en el páramo, como es el de Dessobriga (Misiego y otros 2003: 61-63 y figs.). De este mismo ambiente cultural son las cerámicas publicadas para los Barahones, que proceden de prospecciones superficiales previas a las primeras excavaciones, y que poseen características decoraciones con ungulaciones, digitaciones e incisiones en labio y cuello, y formas de bases plana y cuellos rectos o ligeramente exvasados (Alcalde, Marcos y Sáez 1986-87), que incorrectamente se clasificaron como pertenecientes a Cogotas I (Ibid.: 80) (fig. 3.48).

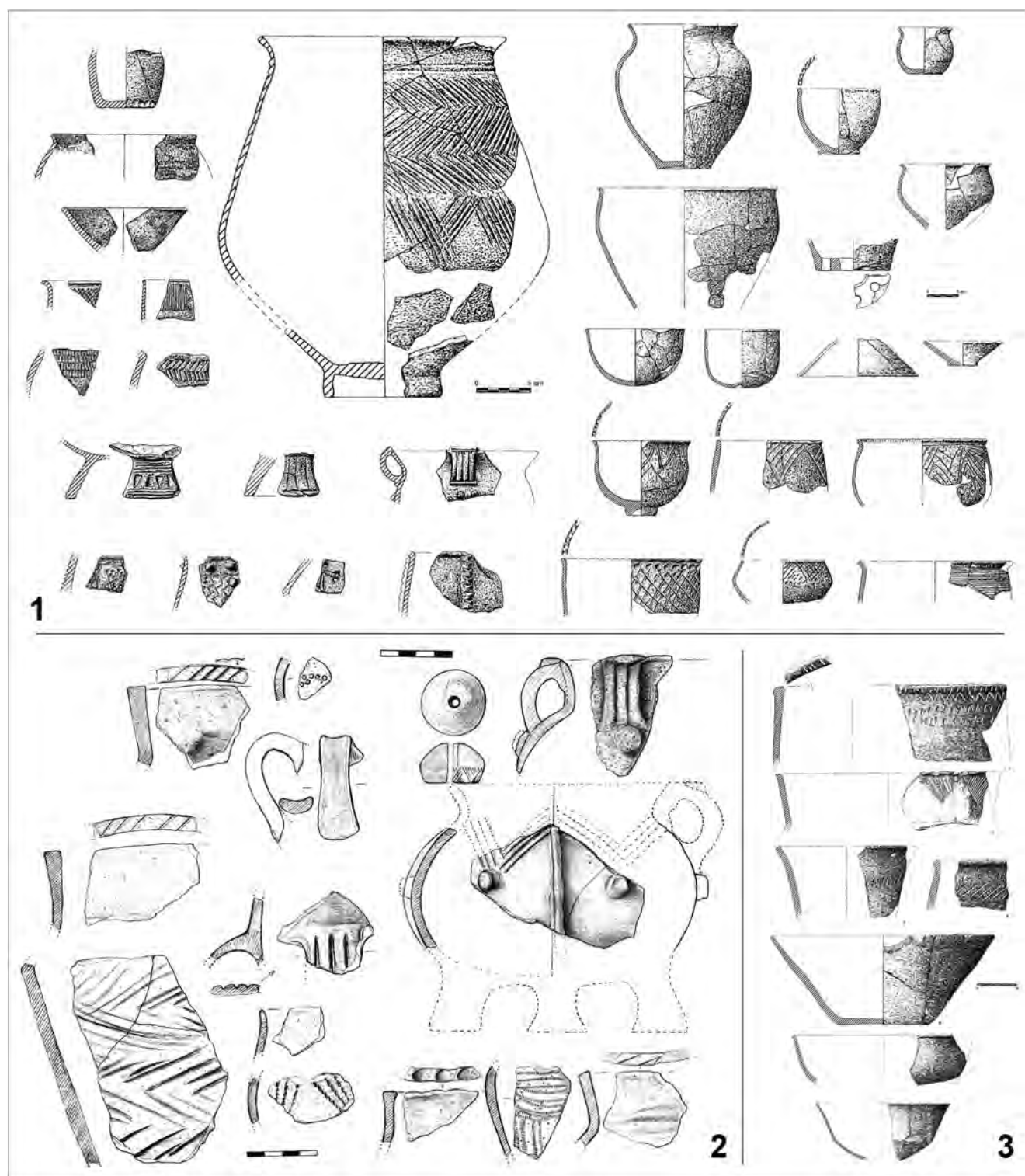
Para el final de la Primera Edad del Hierro en el valle del Duero tenemos que dejar de entender la evolución de los tipos cerámicos en cuestiones formales y decorativas como las que marcarían la sustitución de las cerámicas soteñas por las cerámicas a peine o Cogotas II (Esparza 1983: 91, siguiendo a Palol) y entender, desde la perspectiva de las cadenas tecnológico-operativas (CTO), que las cerámicas “a peine” pertenecen a la cadena tecnológica de las soteñas, solo que de un momento más avanzado, tal como podemos ver en el Teso de San Vicente de en Salamanca (Martín Valls 1986-87: fig. 1), con lo que matizaríamos ese supuesto *hiatus* de los yacimientos leoneses en los que no se apreciaría la fase Cogotas II (Martín Valls y Delibes 1977; 1978; 1981). Si las cerámicas soteñas y las Cogotas II o “a peine” pertenecen realmente a la misma CTO y representan a la Primera Edad del Hierro de la Meseta Norte, en la transición a la Segunda Edad del Hierro se seguirán viendo, hasta que a partir del s. IV a.C. comiencen a aparecer procesos de concentración poblacional que poco después darán los *oppida*, y que a nivel cerámico se caracterizarán, como en el resto de la Meseta Norte,



**Figura 3.47:** posibles bases de graneros / hórreos exteriores a las cabañas de San Juan de Torres (arriba) y Manganeses de la Polvorosa (derecha) (a partir de Misiego y otros 2003b).

por un profundo cambio en la CTO cerámica, entre otras. Los hitos principales de esta ruptura de la CTO cerámica antigua y la aparición de una nueva, serán una más o menos rápida sustitución de aquellos barros por las cerámicas realizadas a torno, cocidas en hornos bicamerales que permitirán a los alfareros -dentro de un trabajo que pasa a ser industrializado y altamente especializado- elegir entre cocciones mixtas u oxidantes, a las que se les suelen aplicar decoraciones pintadas con óxidos de hierro, y que peligrosamente se denominan “celtibéricas”. A estas cerámicas oxidantes y pintadas les acompañarán otras





**Figura 3.48:** la cerámica soteña: 1. Dessobirga (Osorno, Palencia/Melgar de Fornamental, Burgos); 2. Monte Bernorio (Palencia); 3. San Juan de Torres (León) (a partir de Misiego y otros 2003; Torres 2007; Celis 1996).

cerámicas de cocciones mixtas y poco decoradas, orientadas al almacenaje y al cocinado, también realizadas a torno rápido de pie, formando el típico tándem que comentamos a propósito de Monte Bernorio (capítulo 4).

Si bien la metalurgia durante la fase I b en la región centro-occidental cantábrica se caracteriza por una marcado continuismo y conservadurismo con respecto a momentos previos, tanto en tipos metálicos

-hachas de talón y anillas- como en decisiones tecnológicas concretas -bronces ternarios- así como en la casi total ausencia de objetos de hierro hasta la Segunda Edad del Hierro (capítulo 4), demostrando de nuevo el carácter retardatario y refractario de nuestra zona de estudio con respecto a las circundantes, en el mundo soteño los comienzos de la Edad del Hierro se caracterizan por un cambio radical en la metalurgia con respecto a Cogotas I, con una explosión de tipos

metálicos y de intercambios dentro de las redes a larga distancia propias de “Bronce Final Atlántico”, vinculados a una ideología y ritos de comensalidad de tipo aristocrático (capítulo 2). En lo que respecta al hierro, en un buen número de poblados soteños del norte de la Meseta se aprecia con claridad que ésta es una metalurgia que ya se está ensayando en estos primeros momentos (Celis 2002: mapa 4). Pese a que se haya dicho que son escasos y seguramente fruto de importaciones (Ibid.: 114-115) la diferencia con las montañas norteñas es que en éstas son inexistentes para fechas tan tempranas. Punzones, hojas de cuchillos, hachitas planas, cuchillos afalcados... que en algún caso pueden estar fabricados en otros lugares y llegar como resultado de los contactos a larga distancia con el mundo mediterráneo, pero que no nos deben hacer descartar que lo que principalmente llegue al norte de la Meseta sea la tecnología siderúrgica en sí, y no sólo los objetos. Y frente a la refracción cantábrica lo que se aprecia en el área soteña es el mantenimiento y apertura de nuevos contactos a larga distancia, como por ejemplo con el sur peninsular, que podría verse en los mencionados objetos de hierro, en cerámicas pintadas o en fíbulas de doble resorte. Pensemos por ejemplo en las cerámicas pintadas en rojos y amarillos o sólo en rojos de los poblados leoneses de Sacojos, Santiago de Valduerna o el Castro de Villacelama, y proveniente del suroeste peninsular (Romero y Ramírez 1996: 314, 316).

Por seguir marcando el contraste entre nuestra zona de estudio y las llanuras sedimentarias y piedemonte cantábrico también podemos echar mano de las tecnologías del cuerpo. Si en la fase final de Cogotas I se comenzaba a ver el comienzo del fin de aquel mundo por la importación de algunas fíbulas como las de codo, que indicaban a la par contactos a larga distancia y cambio cultural, en el mundo soteño vemos la multiplicación de objetos de adorno personal (alfileres de cabeza enrollada, fíbulas de doble resorte, anulares hispánicas, Acebuchal, Golfo de León y de pie vuelto, ajorcas de colgantes amorcillados, brazaletes acorazonados y acintados, torques de extremos abultados, etc., entre los que se encuentran algunos representantes en oro; Celis 2002: 115 y mapa 4). No deja de ser llamativo que si bien muchos de estos objetos de adorno corporal, que demuestran claros cambios en la conformación del cuerpo político en el mundo soteño, se comparten con otras zonas de la Meseta y con el Noroeste, con la zona cantábrica tan solo se comparten los laciformes o “broches astúricos”.

De hecho los broches laciformes y las hoces tipo Castropol, así como algún otro tipo de adorno, que aparecen en poblados castreños del sur de la Cordillera Cantábrica (La Majúa, Torre de Babia) se han utilizado para marcar que hubo algún tipo de contacto entre los grupos soteños con los cantábricos de los primeros castros, en donde los primeros



**Figura 3.49:** fotografía aérea del Monte Bernorio con la Cordillera Cantábrica al fondo (portada de Peralta 2003, fotografía Eduardo Peralta).

llegarían episódicamente a las tierras de los segundos por la necesidad de abastecerse de materias primas como cobre, hierro, plomo, ciertas piedras, pigmentos, etc. (Celis 2002: 116). Ya vimos en el capítulo 2 como el sur de la cordillera cantábrica puede entenderse como un lugar de frontera cultural al menos desde el Bronce Antiguo y como ciertos depósitos bronceos pueden entenderse como la sanción de pactos por los cuales se permitiría a los nómadas meseteños explotar territorios ricos en minerales y pastos estivales que no controlarían políticamente, sin que por ello necesariamente significara una asimilación generalizada de los rasgos meseteños por parte de los montañeses ya que una de las principales características de aquellas gentes es su carácter reacio al cambio y su resistencia a adoptar formas culturales foráneas (*deep rurals*). Si bien para este periodo podemos seguir hablando de estos contactos por movimientos desde la Meseta hacia el norte habría que realizar una serie de matices (Marín e.p.). Ya para el momento soteño pleno no podemos seguir hablando de nomadismo sino de grupos sedentarios en los que, en todo caso, pudo seguir habiendo un pastoreo especializado en donde sólo se movería una parte del grupo con el ganado para buscar dichos pastos. En todo caso los territorios circundantes de los poblados soteños de fondo de valle, con suelos pesados, bien irrigados, y el protagonismo de graneros y silos en las unidades de ocupación nos hablan de una intensificación agraria, quizás desviando la balanza entre ganadería y agricultura hacia la segunda en estos momentos. Se habla de agricultura dentro de una especialización económica con trigo, cebada y leguminosas y pradería cultivada, con una nueva tecnología agraria que llevaría a clarear y roturar nuevos campos. En consecuencia un posible aumento de la producción, y subsiguientemente de la población. Respecto a la ganadería Valencia de Don Juan revela que aquella pasaría a ser especializada, con selección de prados y la mayor parte de los pastos artificiales (Celis 2002: 118). Como hemos visto la sedentarización y la producción de excedentes están detrás de muchos procesos de

creciente desigualdad social, y más aún si en esta zona, como venimos explicando, se ve la adopción desde finales del mundo cogotiano de una ideología aristocrática y del intercambio a larga distancia como fórmulas de sustentar el poder de las emergentes elites, con contactos incluso con el mundo tartésico (con la llegada de algunos objetos de prestigio personal, puede que los primeros objetos de hierro, cerámica ibérica antigua, fíbulas de doble resorte, cerámicas pintadas, cuentas de pasta vítrea...). Podemos ver entonces que todos los indicadores arqueológicos apuntan a que en la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte la desigualdad social debió de ser uno de los rasgos preeminentes, con unas elites que ya no sustentarian tanto su poder sobre la acumulación de capital social y simbólico (como en Cogotas I y Soto formativo) sino que ahora entra en juego la acumulación de excedentes (capital económico, tanto agrícola como en el número de cabezas de ganado). El número de cabezas de ganado, el control de la tierra, las diferencias de tamaño entre las unidades de ocupación, la concentración de población en grandes poblados, el poblamiento jerarquizado, la asimilación de códigos aristocráticos foráneos y de objetos de prestigio, el mantenimiento de redes de intercambio a larga distancia, etc. ponen sobre la mesa procesos de fuerte jerarquización social ya en el Soto pleno de la Primera Edad del Hierro que contrasta con el carácter aparentemente igualitario de los primeros castros. En un panorama en el que en el área soteña la ganadería pudo ser mantenida con los territorios circundantes de los poblados, donde el nomadismo de Cogotas I ha sido sustituido por un pastoreo especializado, y donde ya se ha implantado la sedentarización tanto de los poblados del Soto pleno como de los castros cantábricos, comenzando procesos de territorialización, podemos aventurar que los contactos entre ambos mundos en el sur de la Cordillera Cantábrica pasaron por un fuerte cambio. Si las hoces tipo Castropol y los laciformes -que quizás evidencien más un intercambio de los mantos a los que fuesen enganchados que del propio laciforme- nos siguen mostrando que hubo algún tipo de contacto, hemos de pensar que éstos fueron decayendo según se iban forjando los territorios políticos de las distintas zonas. Además, el aprovisionamiento de materias primas como los minerales metálicos por parte de los grupos soteños, una vez que los pastos de altura cantábricos ya no fueron tan cruciales para sus economías, pudo darse perfectamente a partir de esos momentos por intercambio entre los grupos (tipo *down the line*) y ya no tanto por explotación directa. Tan sólo podríamos mantener a partir de momentos soteños una explotación directa de pastos cantábricos para los poblados meseteños del piedemonte cantábrico, como pueden ser los Barahones y Monte Bernorio en el sector palentino, entre otros, dentro de un pastoreo de corto recorrido, de tipo transterminante (fig. 3.49).

Como vimos (capítulo 2), al sedentarizarse los grupos cantábricos en la fase I b las relaciones de frontera con los grupos meseteños necesariamente tuvieron que cambiar, con una transición desde la *frontier* al *border* (sensu Parker 2006: 79-81), es decir, con unas relaciones políticas que cada vez más están marcadas por la territorialidad y por unos límites estrictamente definidos.

### 3.6 TECNOLOGÍAS ANTIGUAS, NUEVOS CONTEXTOS: LAS CERÁMICAS Y LOS METALES CANTÁBRICOS.

#### Cerámica, el peso de la tradición.

El nivel de conocimiento para las cerámicas de la Primera Edad del Hierro en el occidente asturiano es tan incipiente que las únicas cerámicas de cronología antigua conocidas son unos escasos fragmentos del castro de San L. Luis (Marín y Jordá 2007: 139-140, y figs. 2 y 3) que recientemente hemos publicado, y que provienen del relleno de los agujeros de poste de la cabaña de la Primera Edad del Hierro ya comentada. Se trata de cuatro bordes exvasados curvos, un galbo y dos fragmentos de fondo (fig. 3.50). En líneas generales siguen las características de la CTO prerromana que definiremos en el capítulo 4, y tan sólo diremos que las cocciones tienden a ser oxidantes y que las superficies no presentan ningún tipo de tratamiento más allá del espatulado y/o alisado propio de esta cadena tecnológica (Ibid.: 140). Son muy pocos los fragmentos y están muy fraccionados, pero nos sirven para ver que se sigue *grosso modo* la tendencia de las cerámicas de la Edad del Bronce: perfiles en S y bordes exvasados curvos (capítulo 2). Los perfiles más complejos y el aumento de tipos cerámicos es un proceso que veremos en la fase II. En el recinto de la acrópolis del Chao Samartín aparecieron cerámicas toscas, lisas y a mano, de aspecto rudimentario, que se pueden asociar a las estructuras de la Primera Edad del Hierro, pese a la pobre estratigrafía del lugar debido a la reutilización de piedras y al uso subactual del arado (Villa 1998b: 37; 1999: 119), pero sin que se haya publicado ningún dibujo, fotografía o descripción detallada.

Como vimos a la hora de la comparativa con la Meseta Norte ciertos autores aluden alegremente a cerámicas soteñas en niveles de la fase I castreña, pero sobre todo de la fase II, precisamente cuando ya el grupo arqueológico tipo Soto brilla por su ausencia en la Meseta, con la misma facilidad con la que ciertos bordes de labio plano son catalogados como tipo Neixón Pequeno (Maya y Cuesta 2001: 159; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 164), clasificaciones ambas que descartamos. En un sentido contrario algunos autores diferencian una “cerámica astur” de una de tradición meseteña argumentando que la primera se caracteriza por ser lisa, y por existir algunos tipos propios como la

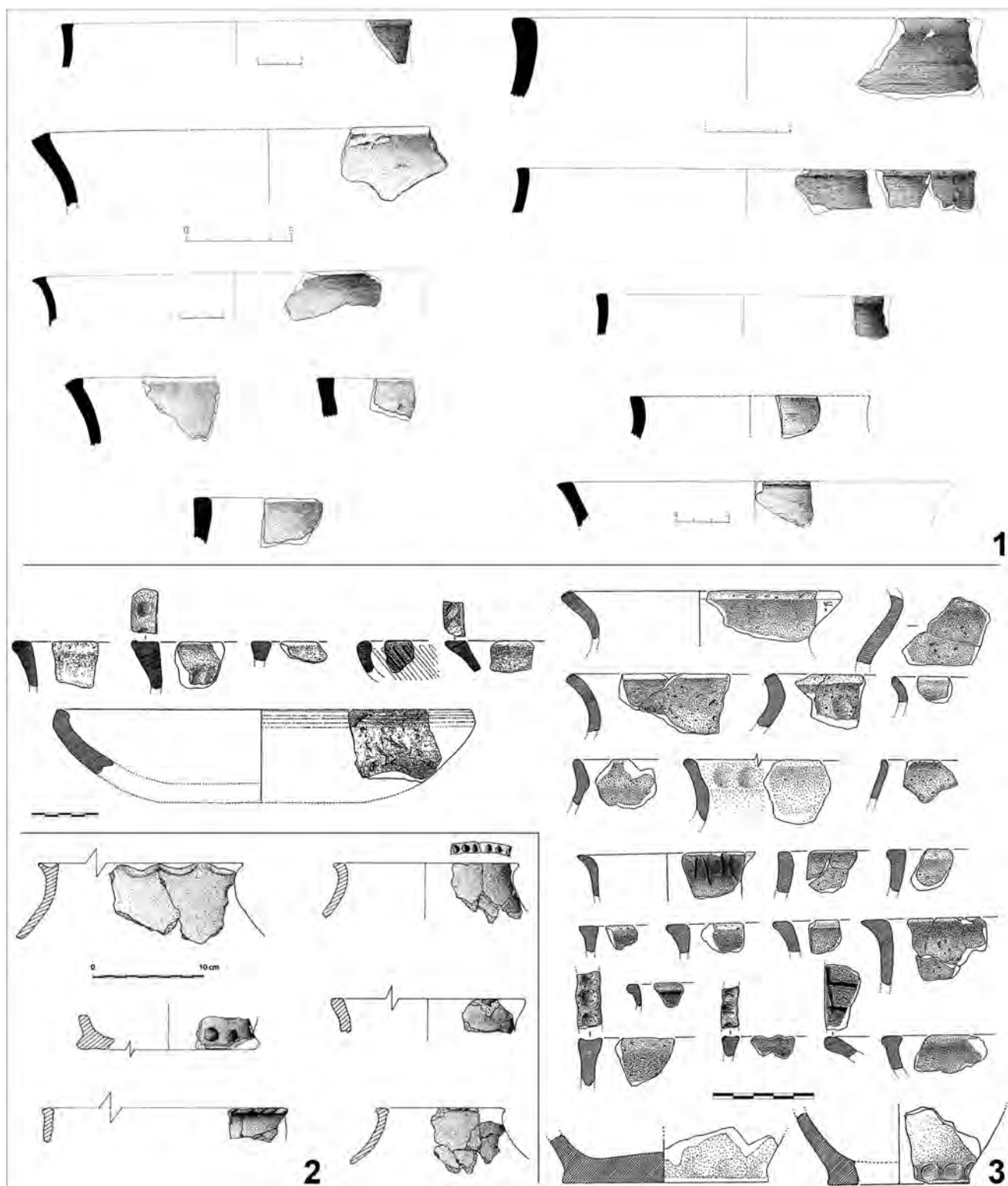
retícula bruñida (Esparza 1983: 86). En primer lugar no compartimos categorías como “astur” para enfocar el estudio de la Edad del Hierro (capítulos 1, 4 y 5 y Marín e.p. b). Además, dicho autor mete en un cajón de sastre tanto la Primera como la Segunda Edad del Hierro cantábrica. En el ámbito cantábrico hay abundancia de tipos lisos, pero sí que existen decoraciones. Si bien en algún caso es posible confundir los tipos soteños con alguno cantábrico, por ejemplo en algunas cerámicas con ungulaciones/digitaciones en el labio, etc., y pese al escaso número de piezas conocidas para el Norte peninsular, un análisis detallado nos hace ver que se trata de lotes cerámicos diferenciados. Más que vincular las cerámicas de la zona asturiana con el grupo soteño abogamos por entenderlas como herencia y continuidad de las decisiones tecnológicas cantábricas de la Edad del Bronce, al igual que la cerámicas soteñas son una evolución de ciertos tipos del ambiente Cogotas I (capítulo 2). Tampoco los bordes rectos o ligeramente exvasados de labio aplanado pueden ser catalogados como Neixón Pequeno ya que esta morfología es bastante común como para que resista la clasificación con un conjunto bien individualizado para las Rías Baixas (González Ruibal 2003a: 191-197), especialmente a partir de la última intervención arqueológica en el señero yacimiento coruñés que llevamos a cabo en el verano del 2008 bajo la dirección de Xurxo Ayán Vila. Creemos que las clasificaciones cerámicas de la Campa Torres adolecen de una serie de problemas. En primer lugar las piezas clasificadas como “soteñas” son cerámicas de formas muy comunes, que no poseen las decoraciones (como las ungulaciones y digitaciones de los labios, o los triángulos incisos) o las formas (perfiles carenados, pies realzados, tapaderas) clásicas del Soto (Romero Carnicero 1980: figs. 1-3), y sobre materiales que en la Campa Torres están en niveles fechados en muchos casos a finales de la Edad del Hierro (Maya y Cuesta 2001: 166), cuando en la Meseta ya estos tipos cerámicos han dejado de ser utilizados desde el s. IV a.C., como muy tarde. También estamos en contra de la evolución tipológica propuesta para este castro costero en la que las formas de perfiles complejos o bordes facetados serían previas a los perfiles continuos o en S, algo que contradiría la evolución general que desde hace años se ha planteado para los castros del Noroeste (por ejemplo Cobas y Prieto 1999) o también contrario al hecho ya marcado en el capítulo 2 de que las pocas cerámicas conocidas para la Edad del Bronce cantábrica precisamente sean de perfiles en S. Pese a todas estas críticas el yacimiento gijonés posee la muestra más completa de cerámica de la fase I del centro-occidente cantábrico. En líneas generales las formas y técnicas son como las ya descritas (acabados espatulados y/o bruñidos, formas continuas en S, bordes rectos o ligeramente exvasados, bordes exvasados curvos, labios tanto



**Figura 3.50:** uno de los pocos casos de cerámicas publicadas de la fase I del extremo occidental cantábrico, aparecidas en uno de los agujeros de poste de la estructura del cuadro C21 de San L. Luis, datada en la fase I b (en Marín y Jordá 2007).

redondeados como aplanados, asas cilíndricas, bases planas, cocciones mixtas, decoración poco abundante, etc.). Las escasas decoraciones cuando se conocen consisten en incisiones a punzón en temas de espiga o espina de pescado, que es un tema de amplia difusión en la Edad del Bronce cantábrica, como estudiamos en el capítulo 2, por lo que se puede entender como una herencia cultural de dicha época. También vemos algunas impresiones, alguna decoración plástica en forma de pezones y, en muy pocos casos, alguna retícula bruñida, anticipando un tema que se generalizará en la fase II. Se trata en general de los materiales cerámicos del II nivel de ceniza que suele correlacionarse con los diferentes niveles catalogados como VII y que están acompañados de metalistería de cronología semejante, como fíbulas de doble resorte, fragmentos de calderos con remaches, brazaletes tipo La Majúa, laciformes o pasadores en T (Maya y Cuesta des. 2001: 76, 159, 164). De todos modos, al no indicar el nivel de los materiales dibujados, es compleja la interpretación de la evolución tipológica en este poblado (fig. 3.51, y ver fig. 3.27).

La Primera Edad del Hierro en los castros de Villaviciosa (Camoca y El Campón, principalmente) ofrece unas cerámicas toscas, de coloraciones variadas que demuestran cocciones mixtas, algunas con grasantes calizos grandes y pastas porosas, y formas caracterizadas por las panzas globulares, las bases planas y las bocas abiertas. De ellas sólo unas pocas están decoradas, en concreto una con círculos impresos, improntas de muelles, grandes incisiones a veces formando espigas, anchas acanaladuras y otra con bruñido homogéneo interno para el primero de los castros (Camino 1997: 56; 1999: 151, 154), aunque realmente este bruñido no habría que calificarlo como decoración sino como preparación superficial. De la Corolla de Castiellu (Ambás), poblado de los inicios de la Edad del Hierro, tan sólo sabemos que aparecieron en “medio centenar de toscos fragmentos cerámicos en casi 30 metros cuadrados de terreno excavado” (Camino 1997: 52), sin que aparentemente se haya registrado en aquella intervención arqueológica



**Figura 3.51:** cerámica cantábrica de la fase I: 1. Campa Torres; 2. La Garma; 3. Castilnegro (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001; Arias y otros e.p.; Valle y Serna 1999).

ninguna estructura y sin que la cerámica haya sido publicada.

Si aceptamos una datación de la Primera Edad del Hierro para el castro de Peña Campana (Fontibre-Argüeso) (Van den Eynde 2000: 171), en el nacimiento del Ebro, veremos que sus producciones cerámicas no difieren en exceso de las de los castros asturianos de igual cronología, en lo que a tecnología cerámica se refiere (rotaciones lentas, pastas porosas, superficies

alisadas/espatuladas). Sin embargo en este poblado es posible diferenciar tipológicamente grandes vasijas de almacenamiento con panzas globulares de ollas y cuencos de bordes exvasados. Además, aparte de aparecer alguna cerámica bruñida, las decoraciones suelen consistir en digitaciones en bordes y labios, y en ungulaciones e incisiones en la panza (Van den Eynde 2000: 171; Ruiz Gutiérrez 2000: 341), denotando una fuerte continuidad cultural con respecto a las

producciones cerámicas de la Edad del Bronce del sector central cantábrico, al este del río Sella (capítulo 2).

Pero quizás el mejor lote cerámico obtenido hasta el momento en Cantabria, dentro de este magro panorama, se corresponda con el castro de Castilnegro, en concreto obtenido en su mayoría junto a la puerta este de la acrópolis, comentada más arriba. De nuevo se trata de pastas groseras, con fuertes grasas y coloraciones cambiantes en una misma pieza. Destacan dos tipos básicos: las ollas de cocina globulares con perfil en S y bordes rectos y aplastados, así como grandes orzas de almacenamiento de las que se desconocen sus perfiles, aunque se plantea la posibilidad de estar carenadas. También se han documentado vasijas muy abiertas o fuentes y vasos. En las grandes vasijas de almacenamiento los bordes suelen estar decorados con impresiones de dedos e incisiones. También se documentan galbos con incisiones oblicuas, ungulaciones y esgrafiados a punta de navaja de tipo alfabético (Valle y Serna 1999: 367, 369 y figs. 4, 5). En La Garma se ven tanto grandes recipientes de almacenamiento con cuellos rectos como ollas con perfiles en S y cuencos, y los fondos siempre planos. Entre los labios se observan tanto los engrosados y lisos como los decorados con incisiones y digitaciones (Arias y otros 1999: 73; Arias y otros e.p.) (ver fig. 3.51).

Para Jorge Camino (1996: 31), una vez corregidas sus primeras propuestas interpretativas y refiriéndose al caso asturiano exclusivamente, este corpus cerámico proclama autoctonía y un desarrollo desde un sustrato poco permeable a contactos externos, ya que se marca el paralelismo entre algunas decoraciones en zig-zags paralelos con la del mundo de las cuevas vinculables a la Edad del Bronce (Camino y Viniegra 1999: 242). En esta misma línea para Cantabria se argumenta en favor de la continuidad cultural con respecto al Bronce Final, pues las grandes ollas de almacenamiento de Castilnegro procederían de aquellos momentos, mientras que las ollas en S serían tipos novedosos del primer Hierro, que perdurarían hasta la romanización (Valle y Serna 2003: 369).

En líneas generales el panorama para investigar las cerámicas de la fase I cantábrica es aún muy pobre, y no tanto por una ausencia de intervenciones, que también, sino por una inadecuada publicación de los datos obtenidos, siempre considerados menos importantes y vistosos que los relacionados con la metalurgia. Podríamos no obstante afirmar que la CTO cerámica sigue siendo en líneas generales muy similar a la de la Edad del Bronce (capítulo 2), incluso en lo que a formas finales y decoraciones se refiere, al igual que ocurre en el Noroeste (González Ruibal 2007: 261). Aparecen, de todos modos, algunas decoraciones que, aunque minoritarias, anuncian las que serán predominantes en la fase II sólo para el

occidente cantábrico, al oeste del Sella, como las retículas bruñidas. Y en cuanto a la zonificación tipológica tan sólo podríamos aventurar que la continuidad respecto a la Edad del Bronce que se produce en la zona central cantábrica hace que las decoraciones predominantes en este sector sean las digitaciones y ungulaciones en el labio y zona superior de la pieza, frente al sector occidental cantábrico, que aunque también presenta alguna ungulación, lo que destacarán son las decoraciones mediante incisiones, en algún caso formando espinas de pez o grandes espigados, que también recuerdan a los gustos de la Edad del Bronce de dicha zona. En cualquier caso, y pese a la provisionalidad de los datos, hemos de dejar claro que se trata de lotes cerámicos autónomos, fruto de la evolución de las tradiciones locales, y que no incorporan elementos mesetños. También es de destacar, para la zona central cantábrica, la presencia de grandes contenedores, que de momento son los únicos recipientes de almacenamiento conocidos para la fase I castreña. En líneas generales se trata de un mismo tipo de cacharro, de perfil en S, fondo plano, borde exvasado curvo, con o sin decoración, que sirve tanto para cocinar como para almacenar alimentos, en el caso de los de mayor porte, por lo que sigue a grandes rasgos las tendencias marcadas en el Noroeste (Cobas y Prieto 1999; González Ruibal 2007).

Pese a que en las tecnologías metalúrgicas también se aprecia gran continuidad respecto a la fase precedente, no obstante se pueden observar ciertas novedades tipológicas, en lo que a las tecnologías del cuerpo se refiere. Por el contrario en las tecnologías cerámicas lo que predomina es el conservadurismo y la continuidad tecnológica, el énfasis en la tradición, lo que no deja de ser llamativo en un contexto de cambio cultural de gran calado. Quizás, si partimos de la idea de que las tecnologías cerámicas estuvieron en manos femeninas, para lo que sí hay, por cierto, bastantes paralelos etnográficos (González Ruibal 2007: 261), podríamos pensar que las tecnologías controladas por las mujeres son las que menos cambiaron dentro de todo el espectro tecnológico de la fase I (arquitectura, metalurgia, tecnologías del cuerpo...). Quizás esta afirmación no sea baladí si pensamos en el carácter eminentemente ideológico del cambio cultural que supusieron los primeros castros, y en cómo se impusieron de forma muy rápida en el tiempo y en un vasto territorio formas institucionalizadas tanto de violencia física como simbólica, en donde el *ethos* guerrero, que bebe eminentemente de fuentes masculina, salió reforzado. Un momento en el que aparecería el género como tal y se pondría fin a la secular complementariedad de funciones. Podríamos pensar incluso que en el cambio cultural de la fase I b hubo cierto dirigismo por parte de los hombres, lo que en definitiva tuvo que suponer, como argumentamos, que la Primera Edad del Hierro fuera un momento en cierta medida recesivo para el protagonismo social

femenino. Sin embargo, si partimos de la idea de que la tecnología cerámica estaba controlada por las mujeres y que las cerámicas, monótonas en formas y decoraciones, tuvieron, como toda la cultura material, un papel importante, activo, en la vida diaria de las mujeres, incluso como vehículo para reflexionar sobre la sociedad y el cosmos (Gosselain en González Ruibal 2007: 262), podría llevarnos a pensar que la ausencia de cambio en la tecnología cerámica entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro supuso que la vida de las mujeres, en muchos aspectos, continuó siendo muy parecida (Ibid.: 262). Una posición intermedia podría tender por pensar que el mantenimiento de esta tecnología sin aparentes cambios en un contexto claro de cambio cultural y supuesto reforzamiento ideológico de los hombres podría entenderse a modo de resistencia simbólica por parte de las mujeres, en un momento claramente recesivo para ellas, como una de “las formas de resistencia cotidiana” (Scott en Moore 2004: 209-211), resistencias que en muchas ocasiones no son verbalizadas, y que se llevan a cabo mediante la cotidianeidad de las prácticas, y en donde la cultura material cumple un importante papel. El mero hecho de no perder una tecnología que tradicionalmente se controla y escoger, precisamente en un contexto generalizado de cambio cultural y de aumento de la desigualdad, por aquellas posibilidades tecnológicas que más se acercan a la tradición puede suponer tanto un mecanismo de resistencia como de seguridad ontológica.

### Las tecnologías del cuerpo.

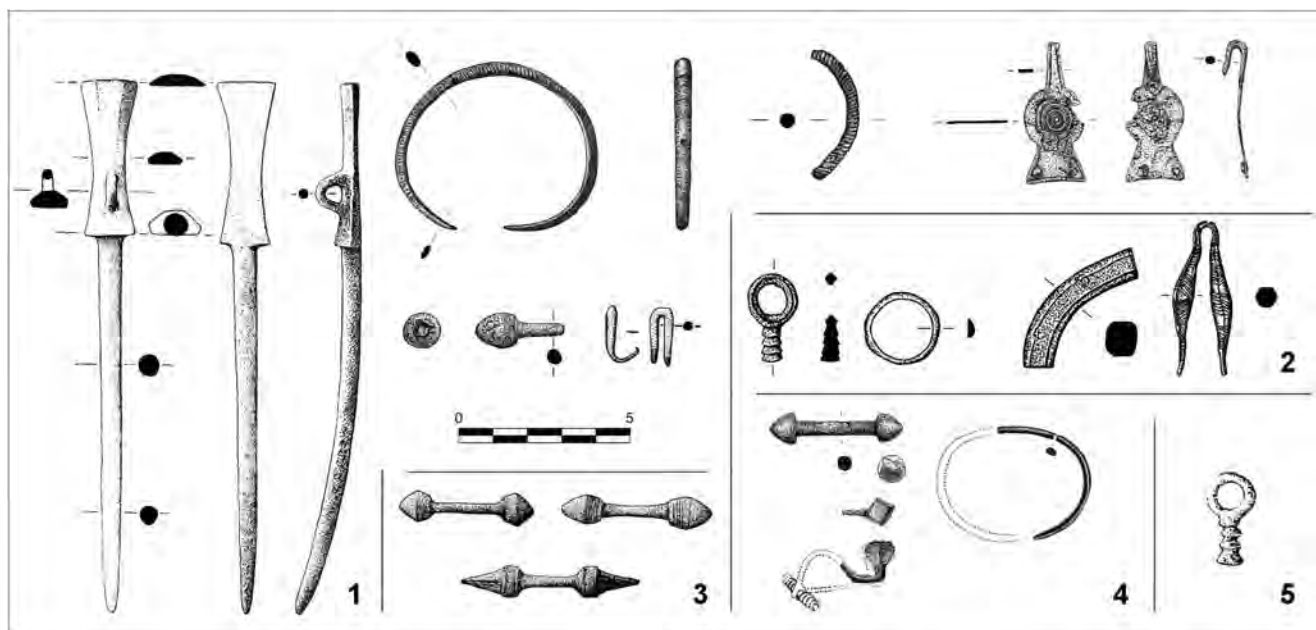
La forma en la que nos vestimos, pintamos, maquillamos, decoramos, nos movemos... están regidas culturalmente, por códigos sociales, por lo que pueden entenderse como una tecnología social más, como unas “técnicas del cuerpo” (Mauss 1934), con sus decisiones tecnológicas innovadoras o recurrentes, con su capacidad para simbolizar y reforzar multitud de identidades (de género, de clase, de grupo étnico...), etc. Pero sobre todo aquí nos interesa que “el cuerpo, los cuerpos de todos y cada uno de nosotros, son los preciosos enclaves en los que se libran complejas transacciones de poder” (Preciado 2008: 93). Como veremos a continuación no debe ser casual que muchos apliques metálicos vinculados a la vestimenta aparezcan en el mundo cantábrico justo en este momento histórico de cambio cultural, en relación a la sedentarización en poblados fortificados cuya erección fue pareja al desarrollo de un *ethos* guerrero y a la delimitación social de lo que podríamos definir como género, por lo que podrían entenderse como extensiones biotecnológicas pertenecientes a un nuevo sistema político que cada vez tiene más rasgos androcéntricos.

En Camoca los hallazgos metálicos que tienen que ver con la vestimenta, decoración y apliques son

escasos, en sintonía con la parquedad imperante en el mundo cantábrico, pero reveladores. Un laciforme, denominado tradicionalmente tipo La Majúa o “astúrico”, una anilla con barrita moldurada, un anillo, remaches cónicos o un brazalete, todos ellos de bronce ternario, con altos contenidos de plomo y estaño, se encuentran entre los objetos de adorno y joyas de Camoca (Camino 1999: 155, 157; Camino y Viniegra 1999: 242). En este sentido los laciformes de bronce en El Castillo de San Martín (Carrocera y Camino 1996), por la reinterpretación estratigráfica que realizamos, también pudieran ser de la fase I, aunque la alta perduración del tipo, como comprobaremos en la Campa Torres, debe hacer que seamos cautos con esta cronología que proponemos. Puede que el pendiente del sector 2 de Llarón, único sector en el que no fueron localizadas estructuras, de sección amorcillada y manufacturado en bronce (Maya y Blas 1983: 167), pueda pertenecer a los momentos más antiguos de ocupación del castro, aunque su sencillez tipológica hace que, de nuevo, debamos tomar este principio con precaución. Con respecto a las tecnologías del cuerpo El Picu Castiellu de la Collada (Siero) ofreció ya a finales del s. XIX un buen repertorio de apliques entre los que se encuentran algunas de las fíbulas más antiguas de los momentos castreños, pasadores en T, colgantes de adorno como uno de forma amigdaloides de un tipo de ágata, espirales de bronce, un brazalete de sección circular rematado en dos botones y aretes y anillas de bronce (Escortell y Maya 1972: 44-47). En Cantabria el castro de Castilnegro arrojó un pasador en T, que por la asociación de materiales debemos entender como de la fase I (Valle y Serna 2003: 373-374) (fig. 3.52).

De nuevo será la Campa Torres el castro que mejor repertorio ha dado en adornos, apliques de vestimenta y materiales vinculables a las tecnologías del cuerpo (ver fig. 3.52). Un brazalete y el fragmento de otro, en bronce y con decoración de líneas paralelas incisas, parecidos a los encontrados en La Majúa, se fechan en los niveles antiguos del poblado (Maya y Cuesta 2001: 98, 102). Un buen y variado repertorio de laciformes, también llamados por Gutiérrez broches de “tipo astúrico” (1985), de nuevo está presente en la Campa Torres. Por un lado parece ser uno de los tipos característicos de la zona centro-occidental cantábrica, y hay que interpretarlos como broches que irían cosidos a la ropa, acompañados de otros apliques metálicos formados por unos alambres incurvados en S, en donde se engancharían (Maya y Cuesta 2001: 98-102). Sabemos que desde los primeros momentos castreños los habitantes de estos poblados los usaron en sus ropajes, ya que así lo demuestra la aparición de uno, asociado al brazalete tipo La Majúa, en el nivel más antiguo de la Campa Torres, que por otro lado, es la misma asociación que se documentó en el poblado leonés homónimo, o por su aparición en Camoca. Pero también por Campa Torres sabemos que fue un





**Figura 3.52:** la tecnología del cuerpo en el centro-occidente cantábrico durante la fase I: 1. Gran aguja / broche, brazaletes, broche de cinturón, cabeza de pasador en T y laciforme de la Campa Torres (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001, modificado); 2. Barrita moldurada, anillo, brazaletes y laciforme de Camoca (a partir de Camino y Vieniëgra 1999, modificado); 3. Pasadores en T del Picu Castiellu la Collada (a partir de Maya 1987/88); 4. Pasador en T, brazaletes y fíbula de pie vuelto de inspiración meseteña de Castilnegro (a partir de Valle y Serna 2003, modificado); 5. Barrita moldurada de San L. Luis (a partir de Jordá Pardo y García 1999) (3 y 5 sin escala).

aplique de larga duración ya que si bien ha sido documentado en varios castros en la fase I no dejará de aparecer en el registro hasta la romanización. La misma función debió tener una varilla doblada con dos ganchos en la parte terminal, que también es de los niveles fundacionales del castro gijonés. Sin duda una de las piezas más originales de la Campa Torres es una placa de cinturón, de pequeño tamaño, decorada y con gancho firme, procedente del nivel fundacional, y que pese a que se han buscado paralelos en la Meseta, la comparación más cerrada se encuentra con el castro de San L. Luis, con lo que también podría darse una cronología antigua para aquella (Ibid.: 111, 115, 118). Ya mencionamos como aplique típico de los primeros momentos esas varillas con cabezas en los extremos que suelen llamarse pasadores en T y que Maya interpreta como ejes de cinturones, lo que explicaría que aparecieran en ocasiones junto a enganches de tahalí. En Campa Torres apareció la cabeza de uno, que es muy similar al del Picu Castiellu la Collada, en el nivel VII que se fecha en el s. VI-V a.C. (Maya y Cuesta 2001: 124) y que podríamos llevar incluso algo más atrás. Podríamos pensar que estos pasadores, junto a los laciformes, son los apliques metálicos más comunes en las vestimentas de los habitantes de los primeros castros del centro-occidente cantábrico, en el primer caso como elemento de algún tipo de correa y en el segundo a modo de broche de algún tipo de manto, a modo de fíbula, pero sin llegar a serlo. Además, marcan una zona, la centro-occidental cantábrica, excluyente en este tipo de adornos para la vestimenta respecto al Noroeste, en donde destacan los colgantes amorcillados (González Ruibal 2007:

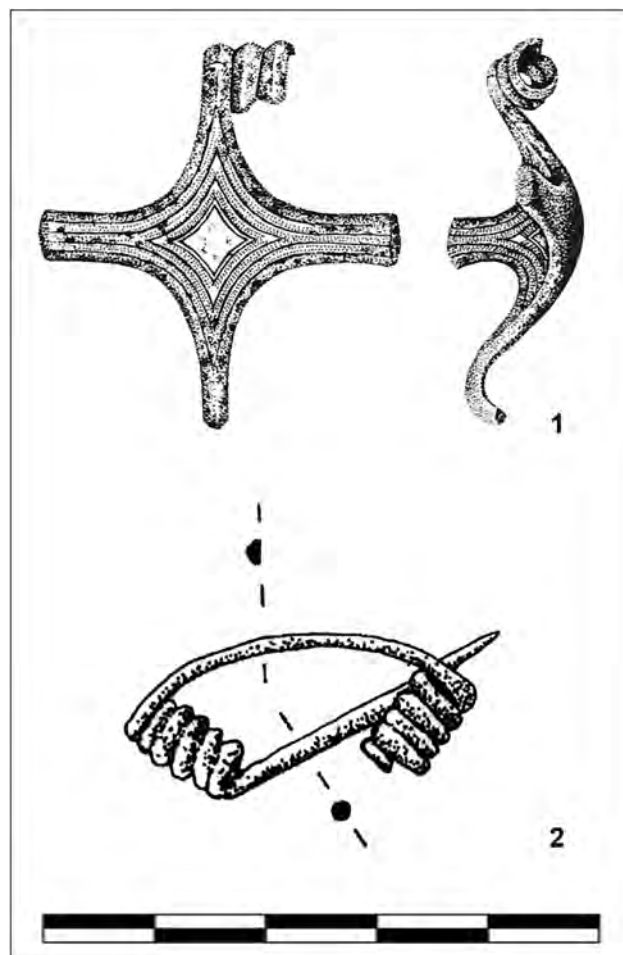
264). También se usaron en momentos antiguos, para sujetar los mantos de lana, grandes agujas como una aparecida en Campa Torres que posee un cuerpo prismático con una asa (Maya y Cuesta 2001: 126, 128). De todos modos no debemos circunscribir los laciformes y los pasadores en T sólo a la fase I ya que perduraron durante la Segunda Edad del Hierro, como demuestra la aparición de ambos tipos en los niveles más modernos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001) así como en otros poblados, tal y como ya se ha comentado, por lo que asistimos a una fuerte perduración de hábitos de vestimenta que en la fase II se completará con una explosión tipológica de fíbulas.

Precisamente llama la atención la ausencia casi total de fíbulas en los primeros momentos castreros cantábricos, lo que de nuevo marca un contraste con las modas meseteñas, pero no tanto con el Noroeste, en donde se ve que el auge de este invento mediterráneo se produjo a partir del s. V a.C. o la fase I c de transición (González Ruibal 2007: 264). La excepción son algunas fíbulas de doble resorte que pudieron ser importaciones desde la Meseta, ya que es su principal lugar de aparición. En este contexto es llamativa una fíbula de doble resorte en bronce en el nivel inferior del poblado de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 98, 102). Fíbulas de este tipo y también asociadas a castros también tenemos las del Castro de La Corona (Liébana), las de Picu Castiellu la Collada o las de la Escrita (fig. 3.53). Estas primeras importaciones meseteñas en lo que se refiere a las tecnologías del cuerpo están marcando una tendencia que e desarrollará notablemente durante la fase II.

Estrechamente vinculada a las tecnologías del cuerpo se encuentra la tecnología textil, de la que el registro cantábrico para la fase I es muy parco. Sólo Campa Torres ha proporcionado alguna fusayola troncocónica de cerámica. Quizás también con el trabajo textil habría que relacionar un gran objeto de hueso, aplanado y biapuntado, del cual no se apunta ninguna utilidad (Maya y Cuesta 2001: 216) y que quizás podríamos relacionar con una lanzadera de hilo de un telar (fig. 3.54).

La metalistería comentada, si es analizada desde las cadenas tecnológico-operativas y no tenemos en cuenta aún las formas finales de los tipos metálicos (capítulo 2), lo que nos habla es, paradójicamente, de continuidad cultural, al igual que ocurre con la cerámica, como acabamos de ver. En general se trata de bronce ternarios, con altas dosis de plomo y estaño, en la línea de la metalurgia de aquellos pastores nómadas de finales de la Edad del Bronce (capítulo 2). Es decir, la cadena tecnológico-operativa es muy similar a la de momentos precastreños, sólo que ahora existen ciertas decisiones tecnológicas novedosas, vinculadas a la creación de nuevos tipos metálicos con fines antes desatendidos por los metalurgos, como es el adorno personal y la vestimenta, o lo que es lo mismo, con las tecnologías del cuerpo. Otros materiales, como dos piezas de azabache sin pulimentar en el castro de Camoca (Camino 1997: 57), puede que también haya que vincularlas al aderezo personal, sin que sea sorprendente su aparición en este poblado ya que es en la ría de Villaviciosa en donde se encuentran las mejores minas de azabache asturianas (Camino 2003: 166). Ello supone un cambio cultural de primer orden que, aunque ahora lo veamos en un sentido tenue e incipiente, irá creciendo a lo largo de la Edad del Hierro.

Estos elementos revelan por un lado un cambio en las tecnologías del cuerpo, en la vestimenta y en la exhibición pública del cuerpo social, el cuerpo público que sirve de campo para diferentes negociaciones sociales e identidades, apareciendo por vez primera objetos metálicos destinados a la vestimenta, en un proceso paralelo a lo que ocurrió tiempo atrás en la Meseta con las primeras fibulas de codo importadas por los pastores cogoteños para sujetar sus mantos. De nuevo observamos el carácter retardatario entre las poblaciones castreñas a la hora de incorporar estas nuevas modas en la vestimenta, en paralelo al también retardatario proceso de sedentarización y construcción de castros, y como de nuevo la influencia es traducida a los códigos culturales propios, como denotan los tipos específicos cantábricos. En este sentido podríamos decir que los tipos eminentemente cantábricos que hemos de vincular a las tecnologías del cuerpo en la fase I son los brazaletes tipo La Majúa, los laciformes junto a sus enganches que son alambres en S, algunas de las primeras anillas con barritas molduradas (de las que desconocemos su



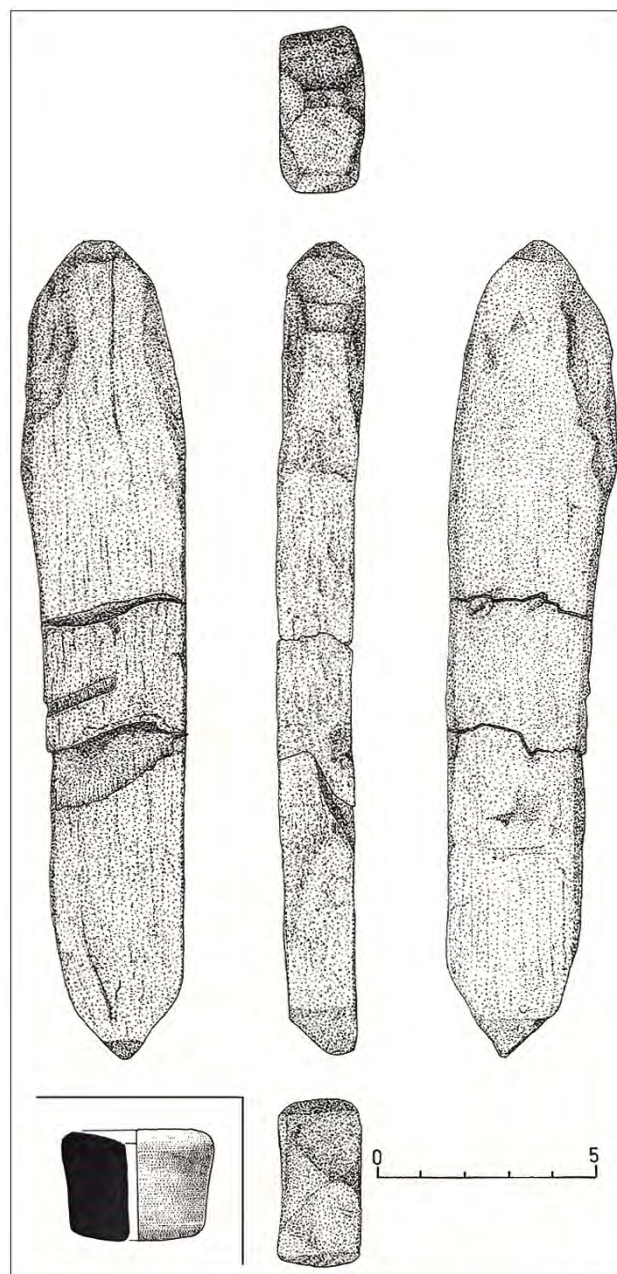
**Figura 3.53:** ejemplos de importaciones meseteñas: 1. Fíbula cruciforme de doble resorte del Castro de la Corona (sin escala) y 2. Fíbula de doble resorte de la Campa Torres (a partir de Gómez Casares 2010c; Maya y Cuesta eds. 2001, modificados).

funcionalidad), algunas grandes agujas también para abrochar los mantos, los pasadores en T (eje o pieza de algún correa o cinturón), alguna placa de cinturón y enganches de tahalí. Las fibulas *sensu stricto* como ya dijimos, sólo se están representadas en las de doble resorte, que no sabemos si son copiadas o importadas desde la Meseta, aunque nos decantamos por la segunda opción. Excepto las últimas todos los tipos presentados pertenecen a formas eminentemente cantábricas y se caracterizan por su perduración durante la Segunda Edad del Hierro, ya en compañía de una variada tipología de fibulas y otros apliques.

Nos es muy difícil, con el escaso registro que manejamos, poder sexar estas piezas. Pero lo que es evidente es que se desarrollan en un momento en el que los poblados pasan a ser estables, se institucionaliza la violencia guerrera y cambia drásticamente la identidad del grupo. Aunque los guerreros no pasaron a formar un cuerpo político autónomo, pues se trató de una sociedad guerrera más que de una sociedad con guerreros, ello no quita para que se impusiera un *ethos* guerrero entre los hombres del grupo, que seguramente comenzarían, cada vez

más, y una vez alcanzaran la edad adulta, a compartir una identidad dentro de cada castro basada en los atributos militares y en unas tecnologías del cuerpo que cada vez se distancian más de las de las mujeres. Ello debió conllevar cambios en la vestimenta para la exhibición y autoafirmación pública de los cuerpos guerreros. Ello podría explicar que fuera en este momento cuando comenzasen los apliques metálicos (más duraderos) para dichas tecnologías del cuerpo y que la mayoría de los tipos cantábricos en este sentido puedan ser asociados al mundo masculino. Las placas de cinturón, enganches de tahalí, pasadores en T, laciformes, brazaletes... pueden ser las partes metálicas que acompañasen a los mantos de lana y a la vestimenta de tela y cuero de aquellos agricultores y pastores que ahora se presentan públicamente también como guerreros. De todos modos sólo los broches de cinturón y los enganches de tahalí pueden asociarse a los hombres de una forma más o menos segura, y otros adornos como los brazaletes y pendientes pudieron ser tanto de hombres como de mujeres. No obstante apostamos por que la mayoría de los objetos mencionados más arriba debieron caer en la esfera masculina. Si unimos esta información a la mención que hicimos sobre como en el ámbito cantábrico la Edad del Hierro dio la puntilla final a la secular complementariedad de funciones entre hombres y mujeres podemos entender que el desarrollo de los géneros como tal se construyó y a su vez modificó en buena medida el aspecto físico, especialmente el de los hombres.

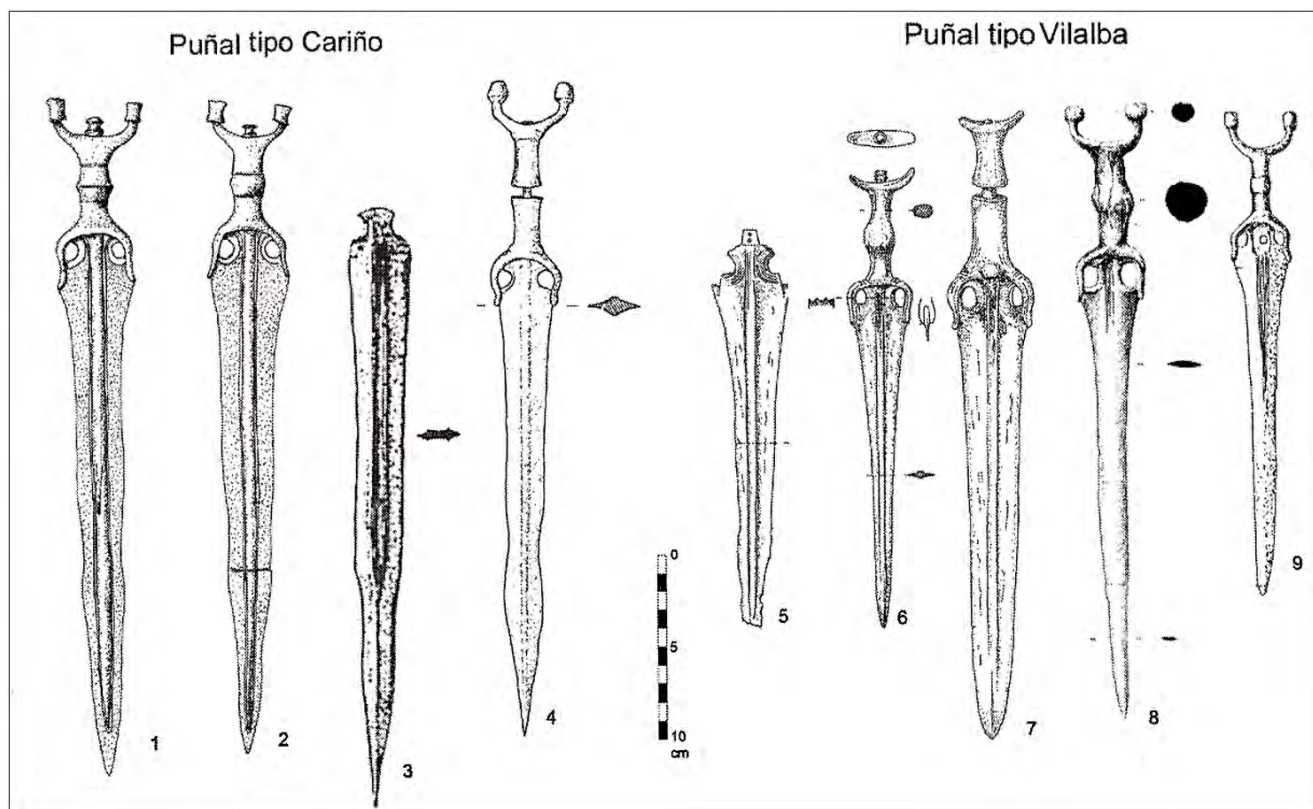
En clara relación con el naciente *ethos* guerrero (lo que en absoluto quiere decir que en época anteriores no hubiera conflictos armados, guerreros que luchasen, etc.) se encontrarían unos nuevos tipos de armas, típicas de la Primera Edad del Hierro en el Noroeste y que perdurarán y evolucionarán durante la fase II. Nos referimos a los puñales de antenas, que sustituyen a las espadas largas de la fase I a, y que parecen poseer tanto rasgos atlánticos como mediterráneos, así como unas antenas de origen centroeuropeo (González Ruibal 2003a: 186-187). Para la zona cantábrica sólo se conocen en aquel sector con mayores concomitancias culturales con el Noroeste, que no es otro que el occidente asturiano / oriente de Lugo. Podríamos citar aquí al puñal de Penácaros, encontrado a un Km. del castro de Pendia y muy cerca también del de Los Mazos. Es de bronce y fundido en una sola pieza, con perforación central aparte de los calados típicos, e incisiones convergentes sobre una hoja triangular (Maya 1974: 71-73). Aparte contamos con el conocido incorrectamente como puñal de Sobrefoz, que realmente procedería de Los Ozcos (Álvarez Martínez 2010). Por último en territorio cantábrico contamos con el puñal de antenas del Chao Samartín, situado en una genérica Edad del Hierro (Villa 2002a: fig. 10; 2005: 36), pero que por tipología y fabricación exclusiva en bronce podríamos llevar a la



**Figura 3.54:** tecnología textil de la fase I representada en la Campa Torres: biapuntado y fusayola (a parti de Maya y Cuesta eds. 2001, modificado).

fase I, bien representada en este poblado (fig. 3.55). Estos tres ejemplares asturianos se han situado dentro del grupo de los puñales tipo Vilalba, datados en la fase I b, que tienen la hoja apuntada triangular, las guardas marcadas mediante un quiebro y decoradas con incisión y los ricassos marcados con círculos incisos, cuya dispersión principal es por el norte de Galicia, aunque en los tres ejemplares asturianos se ha marcado que las empuñaduras difieren respecto al resto del grupo (González Ruibal 2003a: 186-187) por lo que igual podrían entenderse como un subtipo local o taller propio del occidente asturiano. Pese a que tanto en Pendia como en el Chao Samartín o en castro de Los Ozcos como Taramundi hay niveles de la fase I que podrían justificar la datación del tipo Vilalba en estas fechas lo cierto es que se han datado de este





**Figura 3.55:** puñales de antenas de bronce del Noroeste de la Península Ibérica que pueden pertenecer a la fase I: 1-2. Procedencia desconocida (Museo de San Antón); 3. O Burgo (Río Mero); 4. Cariño (Ría de Ortigueira); 5. Zoñán; 6. Cova dos Penedos (O Furco); 7. Sobrefoz (Ponga) -reinterpretado actualmente como de Los Ozcos, occidente de Asturias-; 8. Chao Samartín; 9. Penácaros (en González Ruibal 2003a).

modo por la idéntica tecnología y la posible asociación en el depósito del Museo de San Antón con los puñales de antenas del otro gran grupo, el tipo Cariño, cuyas hojas en lengua de carpa indicarían estas fechas tempranas (Ibid.: 186). Además, como vimos al comienzo del capítulo el puñal de antenas de Os Castros de Taramundi habría que fecharlo en la Segunda Edad del Hierro, por ser de hierro y por comparaciones tipológicas con Galicia, pese a poseer una fecha radiocarbónica muy antigua, de la fase I a, proveniente de la madera de la vaina, para lo que sólo se nos ocurre que estuviera confeccionada con la madera de un árbol centenario, de especiales características o simbolismo, o que se tratara de una reliquia, un objeto con una amplia biografía que fue remodelado y rehecho en diversas ocasiones a lo largo de la Edad del Hierro. Al contrario que con los puñales de antenas de la Segunda Edad del Hierro que suelen aparecer en los poblados, los de la Primera en Galicia suelen encontrarse en contextos similares a los de las espadas del Bronce Final, es decir, contextos rituales (González Ruibal 2003a: 185-190). Desconocemos el lugar exacto donde apareció el puñal de Penácaros, pero este monte se halla junto al poblado de Pendia, y es uno de los posibles lugares de altura que pudieron explotar los pobladores de aquel castro, por lo que en cierta medida podría corroborarse el modelo gallego. Sin embargo en el caso del Chao Samartín parece proceder del propio

castro, aunque no se ha ofrecido mucha información al respecto. Pero la cuestión fundamental es que, ante el vacío de información sobre armas para el Bronce Final en territorio cantábrico, ahora aparece un tipo de puñal que suponemos es el que se compartiría por los guerreros de cada poblado y en los que reposaría, en un sentido simbólico, buena parte del *ethos* guerrero del que hablábamos. El inconveniente para este modelo es que aún no conocemos puñales o armas en general equivalentes para el resto de los territorios cantábricos que estudiamos.

### 3.7 TENSION SOCIAL Y RITUALIZACIÓN: EL BRONCE EN EL PAISAJE.

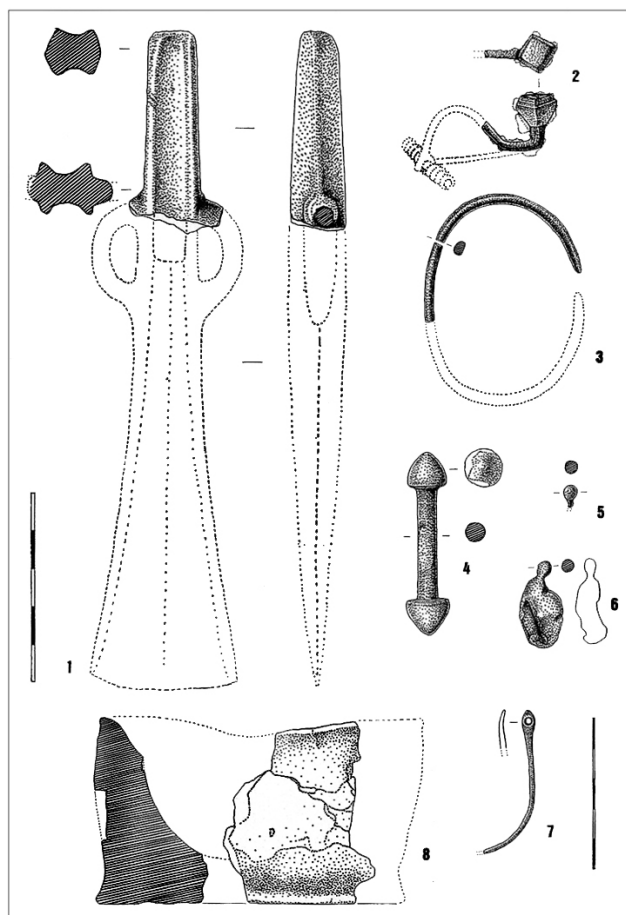
Pese al carácter multifuncional de los espacios y estructuras de los primeros castros y a la ubicuidad de los restos, hay un tipo de tecnología, la metalúrgica, que es posible que sí tuviera localizaciones específicas socialmente prescritas. En esta línea las zonas de reducción y trabajo de los objetos bronceos comienzan a aparecer con las características apreciables a lo largo de toda la Edad del Hierro, estos es, junto a las murallas, como muestran los hallazgos de vasijas-horno, probables lingotes, bebederos de moldes, chatarra para reciclaje, moldes de arcilla y escorias, al interior de la muralla de Camoca (Camino 1997: 56; 2003: 166), así como el deterioro de las piezas documentadas que revela una constante

refundición (Camino y Viniegra 1999: 242). También debió haber trabajos metalúrgicos en El Picu Castiellu la Collada ya que algunos de los fragmentos de bronce, como los fragmentos de hojas, o las barritas (Escortell y Maya 1972: 47) parece tratarse de materia prima y chatarra para reciclar usada por los metalurgos del poblado, a lo que sumaríamos los cinceles y el punzón como herramientas para tal fin. En este poblado desconocemos el lugar de origen de estos restos. En Campa Torres un tipo específico de cerámica de la fase I es la utilizada para crisoles de fundición (Maya y Cuesta 2001: 159), demostrando que desde los momentos antiguos del poblado los trabajos metalúrgicos, al menos en la zona de la cara interna de la muralla, ya se llevaron a cabo. Como ya dijimos para la Edad del Bronce (capítulo 2) los recursos cupríferos no son un problema en la zona centro-occidental cantábrica debido a la multitud de veneros explotables. En concreto El Castiellu de Camoca posee minas de cobre a 7 Km. (en Breceña) ya explotadas en el s. XVIII (Camino 2003: 165). En Cantabria el castro de Castilnegro posee muestras suficientes como para hablar de trabajos metalúrgicos en el poblado, y datarlos en la Primera Edad del Hierro, puesto que el crisol de fundición, con adherencias de bronce en su interior, así como los goterones de fundición, aparecen en un nivel asociado a un hacha de talón y anillas y a un pasador en T (Valle y Serna 2003: 373-374) (fig. 3.56), como los de Campa Torres y Picu Castiellu la Collada. Ciertas placas de barro cocidas a alta temperatura también pueden ser relacionados con dichos trabajos metalúrgicos (Ibid.: 371). Casi a modo de constante aparecen evidencias de trabajos metalúrgicos en los poblados de la fase I que se documentan correctamente, lo que demostraría la clara autosuficiencia de los primeros castros en tecnología y producción metalúrgica, seguramente como pasaría en sus predecesores de la Edad del Bronce. El castro de La Garma, en sus 225 m<sup>2</sup> excavados, también da señales de trabajos del metal (restos de un horno, escorias y fragmentos de bronce como una varilla y hierro) (Arias y otros 1999: 69), aunque no se ha especificado si todos estos restos proceden del mismo nivel, por lo que deberían asociarse entonces con la fase II por la presencia de hierro, o a lo sumo de la I c, o si son evidencias metalúrgicas de distintos niveles y sectores. Y muy interesante resulta el hecho de que en este lugar se haya documentado un horno de reducción de cobre o bronce, de los pocos publicados para la fase I en la zona centro-occidental cantábrica, y que consiste en un hoyo excavado en el suelo en cuyas paredes arcillosas se documentaron restos de fundición adheridos (Arias y otros 1999: 73), y por tanto no muy distintos a las vasijas-horno que veremos en la Segunda Edad del Hierro para reducir metales de base cobre, modelo que seguramente tampoco debió variar en exceso respecto a los de la Edad del Bronce.

Con todo ello podemos adelantar alguna de las características de la metalurgia cantábrica. En primer lugar la metalurgia de la Primera Edad del Hierro es claramente heredera de la de finales de la Edad del Bronce, como demuestran especialmente los depósitos de hachas, que analizaremos más abajo, y el protagonismo absoluto de las producciones bronceas ternarias, principal decisión tecnológica del Bronce Final heredada en los primeros compases castreños. A ello sumamos una más que minoritaria presencia de objetos de hierro, como dos piezas de difícil clasificación en Camoca (Camino y Viniegra 1999: 242), y puede que alguna de las de Castilnegro y La Garma, lo que de nuevo contrasta con los ambientes soteños por ejemplo de la inmediata zona llana leonesa, en donde en esta fase ya se documentan variados útiles férreos, tanto decorativos como funcionales (Celis 2002). Como veremos en el capítulo 4 una de las principales características metalúrgicas cantábricas es que el desarrollo de la metalurgia del hierro es retardatoria con respecto a las áreas circundantes, llegando su desarrollo ya en la fase II o Segunda Edad del Hierro.

Por otro lado, y frente a la tradición investigadora que ha sobredimensionado la importancia social de los metales, así como perpetuado ciertos tópicos historiográficos que arrancan de los años 30 con los trabajos de Gordon Childe, podemos afirmar que la producción metalúrgica de los primeros castros no es fruto de aquellos artesanos móviles que tanto juego han dado como difusores de novedades culturales, sino que se trata de producciones locales, con tecnologías heredadas de la Edad del Bronce, en las que cada castro sería autosuficiente. De hecho debemos pensar en que los útiles metálicos fueron fruto de un trabajo especializado por algunos de los miembros de la comunidad, aunque seguramente no a tiempo completo.

En el Noroeste se ha afirmado que de algún modo los castros vienen a sustituir la forma en la que se consumían los excedentes sociales del momento previo que consistiría en el intercambio ritualizado de objetos metálicos dentro del “Bronce Final Atlántico” (González, Parcero y Ayán e.p.). Para el mundo cantábrico, por el contrario, creemos que no sólo es que no podamos aplicar el concepto de “Bronce Final Atlántico” (capítulo 2), sino que el auge de los depósitos bronceos precisamente discurrió en paralelo a la construcción de los castros más antiguos, durante la fase I b, para caer drásticamente en la fase de transición a la Segunda Edad del Hierro (fase I c). En el anterior capítulo apuntamos que habría que entender la fase I a (1000-800 cal AC) como el periodo en el que se produciría la sustitución de las hachas planas de filos distendidos por los palstaves, que ya serían los verdaderos protagonistas de la primera metalurgia castreña durante la fase I b. El fin de la circulación y deposición de bronce a lo largo de la



**Figura 3.56:** reveladora combinación de materiales metalúrgicos de la fase I del sector central cantábrico de las excavaciones del castro de Castilnegro: 1. hacha de talón y anillas; 2. fragmento de fíbula de hierro; 3. brazalete de bronce; 4. pasador de bronce en T; 5. bolita de bronce; 6. objeto parcialmente fundido en bronce; 7. aguja de bronce; 8. fragmento de crisol (en Valle y Serna 1999).

fase I c tuvieron que ver, seguramente con la definitiva implantación del modo de vida sedentario en la doxa social, que hizo que ya pudieran evitarse los continuos rituales que cada grupo realizaba para si mismo a fin de evitar el riesgo de división social, y con la ruptura de los intercambios ritualizados de bronce entre poblados, ya que a partir de la fase I b será la guerra o violencia institucionalizada la principal forma de relación intergrupar. No creemos que el fin del consumo conspicuo de bronce en el mundo cantábrico durante la fase I c se deba a factores como el cambio climático y el aumento de la población, como se ha argumentado para otros lugares (Cunliffe 1990: 335), ni tampoco creemos que la producción y atesoramientos metalúrgicos de bronce, por muy importante que, supuestamente, fueran, pueda justificar por si sólo la aparición de los castros como centros fortificados destinados a proteger dicha producción metálica, como recientemente se ha asegurado (Camino 2002: 151).

Según avanza la investigación podemos observar que el principal contexto de aparición de palstaves, calderos y hoces son los castros de la

Primera Edad del Hierro. No sabemos hasta qué punto los depósitos de bronce en los castros son también un momento de la vida social de aquellos objetos tras procesos de intercambio ritualizado tipo Kula como los de la Edad del Bronce (capítulo 2) que se heredarían, y que mantendrían, en la lógica del regalo entre comunidades cercanas, que implica que una autoridad es mantenida al aceptarse el regalo, en una transacción en la que el significado del regalo se transforma desde un símbolo de autoridad a uno de obligación, pero engendrando también un significado de autoridad cuando el regalo se vuelva a poner en circulación. Significado del regalo que se transforma sucesivamente, por lo que se ve una relación recurrente entre el símbolo material y las obligaciones sociales. Hay un ciclo de reciprocidad viendo la circulación del regalo como un ciclo que se reproduce, pero en cada transacción concreta se puede ver una relación asimétrica entre los actores (Barrett 1989: 307). El hecho de que las hachas que conocemos en los primeros castros sean muy plumadas, y por tanto frágiles, e incluso con mazarrotas de fundición y rebabas que indican que nunca fueron utilizadas, apoya la idea de entenderlas dentro de una economía del Don y Contradon. El aumento de los depósitos bronceos en paralelo a los primeros castros podría entenderse como una exacerbación de la ceremonia, y por lo tanto de un cambio de ritual, del Kula al Potlatch, en donde el consumo conspicuo y la destrucción de la riqueza están asegurados (capítulo 2; González Ruibal 2003a: 107). Así los depósitos de la fase I b, por un lado indican que pudo haber una economía del Don/Contradon entre castros cercanos heredada de la Edad del Bronce, puede que aquellos mismos que que compartían las mismas zonas de pastos y que procedían de la segmentación de los grupos de la Edad del Bronce, y cuyos contactos fueron fundamentales para asegurar la reproducción social y biológica de los poblados. Por otro lado pueden indicar que la tensión entre circulación de metales y deposición de metales (entre sistemas tipo Kula y sistemas tipo Potlatch, por decirlo de otro modo) balanceó hacia el segundo concepto en la Primera Edad del Hierro, concordante con el consumo conspicuo de capital social que supuso, por ejemplo, levantar las primeras defensas de los poblados.

Respecto al hecho concreto de que sean principalmente hachas, y en menor medida hoces, las protagonistas de esta ritualidad hemos de pensar que estos metales debieron tener un papel importante en la reproducción agrícola. Al usarse en la transformación de los recursos naturales y en la estructuración de la labor agrícola, seguro que acarreaban un gran valor simbólico, aunque la diferente presencia y deposición de hachas y hoces ha de conllevar que ambos tipos de herramientas tuvieran roles diferentes. Las hachas son las herramientas que más allá de las rutinarias labores agropecuarias aparecen como las principales

protagonistas de los intercambios, además de ser las responsables del consumo de la mayoría del metal disponible. La deposición de hachas sin terminar demuestra que estas herramientas más que usarse como hachas circularon como hachas, dentro del ciclo local de intercambio de regalos (Barrett 1989: 315). En este sentido que las hachas sean cada vez más plomadas, hasta el punto de que no ser funcionales en un sentido agropastoril y de silvicultura, y el hecho de que aparezcan con rebabas y mazarrotas de fundición, que de nuevo indican que nunca fueron usadas para talar y/o remover la tierra, indica la exaceración de la ritualidad entre las fases I a y I b, en donde el paso de un sistema Kula a uno Potlatch hizo que las hachas ya fueran realizadas exclusivamente con ese fin ritual de destrucción conspicua de la riqueza, que es lo que en definitiva son los depósitos de bronce. Algo así como cuando en muchas partes de China hoy día se construyen coches, motos, equipos de música o móviles de cartón para ser destruidos en el funeral de un ser querido (Barley 2000). Este consumo y destrucción conspicua tipo Potlatch lo que pone de manifiesto es la creciente competitividad social entre los grupos, siempre dentro de una economía del Don o reciprocidad diferida, que acabará fraguando en la sedentarización de los mismos y la construcción de poblados estables fortificados. Y detrás de ese aumento de competitividad debemos ver como principales protagonistas a esa elite de poder blando y percolativo y/o facción promocionada del grupo social, que asociamos con los hombres guerreros de cada poblado.

Por todo ello la creación, intercambio y consumo de objetos metálicos debieron tener un papel central en las estrategias de reproducción social (Rowlands 1980) de la Primera Edad del Hierro, para perderse en la transición hacia la Segunda Edad del Hierro. De hecho la fase I b es una fase de transición entre distintos modos de interrelación entre los grupos, de uno fundamentado en el intercambio ritual y consumo conspicuo de bronce, principalmente hachas, heredada de la Edad del Bronce a otro fundamentado en la violencia, tanto ritual como real, que será la propia de la Edad del Hierro.

No obstante uno de los principales problemas que nos encontramos ante la posibilidad de ofrecer interpretaciones contextuales es, como ya apuntamos en el capítulo 2, que de la mayoría de los hallazgos desconocemos el lugar exacto de aparición. Sirva como ejemplo el hecho de que de las once hachas de talón y anillas conocidas en Cantabria de ninguna se conoce el lugar exacto de procedencia ni los restos a los que se asociaba (Arias y Armendáriz e.p.: 67). No obstante creemos que existen suficientes datos y evidencias como para que no haya duda de que muchos de los materiales catalogados tradicionalmente como del Bronce Final haya realmente que asimilarlos a los primeros momentos castreños (capítulo 2),

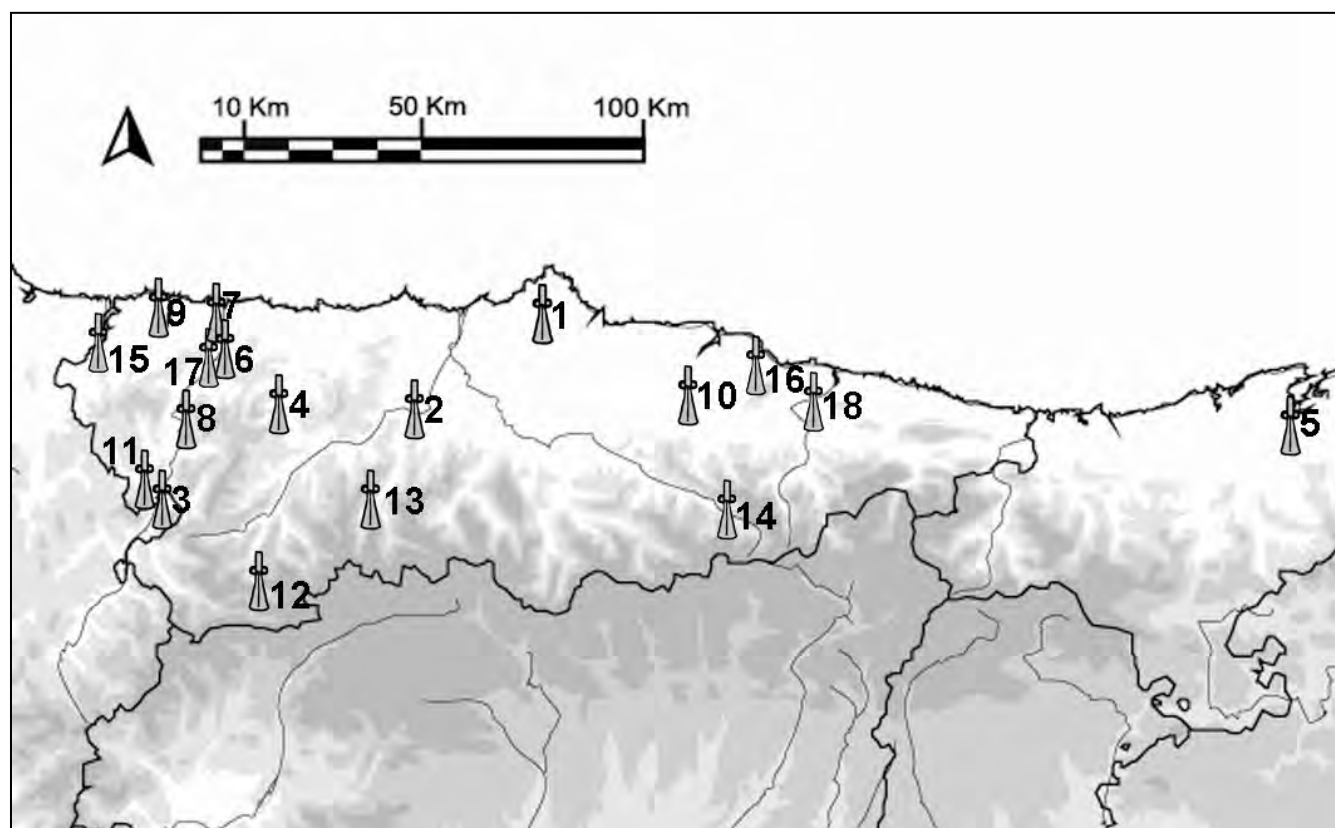
aunque ciertos autores aún no lo hayan asumido y sigan lamentándose de que no se conoce prácticamente ningún material del Hierro Antiguo, mientras llaman la atención sobre un inexplicable vacío estadístico de materiales metálicos para este periodo (Arias y otros e.p.: 4-5), que realmente no es tal. Correctamente plantean que una posible explicación sea por un error clasificatorio reiterado en donde cabría la posibilidad de que algunos de los metales del Bronce Final haya que fecharlos a partir del s. VIII a.C. (Ibid.).

#### Depósitos en los poblados.

Desde hace bastante tiempo se conocen palstaves asociados a castros asturianos (fig. 3.57), en concreto de talón y dos anillas en los castros de La Barrera (Llorgozana, Carreño), Alava (Salas), Las Torres / Los Castros (Riocastiel.lu, Tinéu) (Maya 1989: 13; 1987/88: 71-72), el indeterminado palstave o “hacha céltica de bronce” de La Riera (Adán 1999: 191), o los documentados más recientemente en el Castrelo de Pelóu (Grandas de Salime), Chao Samartín (Grandas de Salime) y Castilnegro (Peña Cabarga) (Montes y otros 2009: nota 1; Valle y Serna 2003), así como de talón y una anilla en el de Pendia (Boal); además de un posible palstave en Coaña sacado por Flórez en el s. XIX (Maya 1983/84: 184) así como otros que genéricamente se vinculan a un castro - ¿Vilachá?- del valle del Navia (Almagro-Gorbea 2004: 139-140). Con el castro de La Escrita se asocia el talón de una palstave (Escortell 1982: 65 y fig. 293) y es posible que el hacha asociado a la mina “Castillejo” en Margolles, realmente hubiera aparecido a mediados del s. XIX en el castro de la Corona del Castiellu (Pajares Borbolla 2010). Algunos de estos hallazgos antiguos sirvieron para sospechar tiempo atrás el origen de los castros en el “Bronce Final” (Maya 1983/84: 196), pese a que algunos hayan dicho sorprendentemente que “nunca pudo acreditarse dicha correlación” (Camino y Viniegra 1999: 241). No propiamente un hacha, pero sí la mazarrota de fundición de una de ellas ha aparecido en las defensas del castro del Picón (Tapia de Casariego) (Villa 2002: 178). A la luz de todos estos hallazgos ya comentamos en el capítulo 2 como las hachas de talón y anillas del depósito de Pruneda habría que vincularlas al castro de la Cogolla de Cesa (Nava).

Ya comentamos más arriba como en la excavación furtiva de 1934 en los alrededores de la gran cabaña comunal de Pendia aparecieron hachas de piedra pulimentada, junto a un hacha de talón y una anilla y otros materiales antiguos (García y Bellido y Uría 1940: nota 1). Pese a la exigua información hemos planteado más arriba la vinculación de estos materiales con la gran cabaña, por el parecido formal de esta con la del Chao Samartín, lo que la fecharía en la fase I b. Quizás no deberíamos diferenciar las





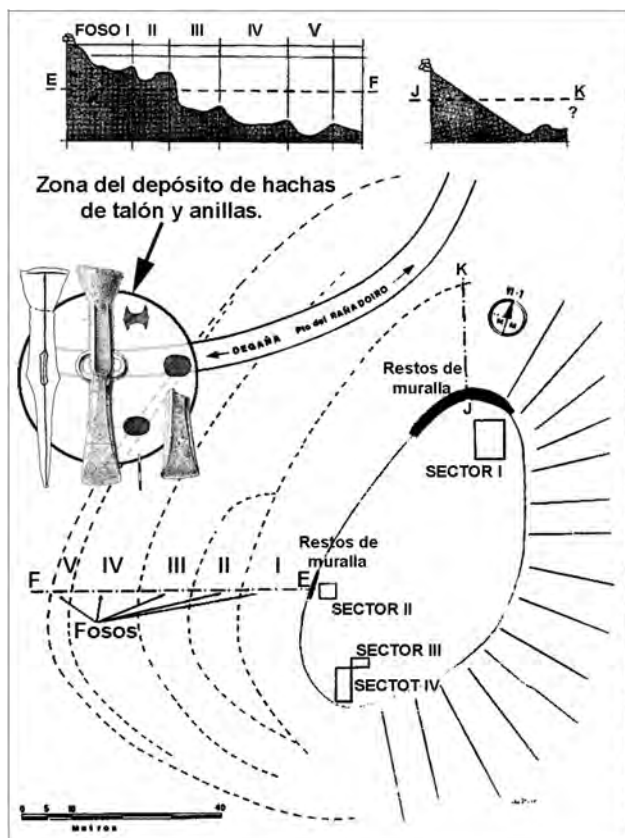
**Figura 3.57:** hachas de talón y anillas asociadas a castros (las dudosas aparecen con interrogación): 1. La Barrera; 2. Alava; 3. Pelóu; 4. Las Torres / Los Castros; 5. Castilnegro; 6. Pendia; 7. Coaña?; 8. Vilachá?; 9. El Picón; 10. La Cogolla de Cesa; 11. Chao Samartín; 12. L.Larón; 13. El Castillu de Santullanu?; 14. El Picu los Castiellos / Peña Cugureta?; 15. Molexón; 16. La Riera; 17. La Escrita; 18. Corona del Castiellu?.

hachas metálicas de talón y anillas de las de piedra pulimentada en cuanto al significado social y valor ritual de ambos tipos, pues en algunos casos aparecen formando parte de los mismos depósitos, como es el caso de las cinco encontradas en esta gran cabaña comunal de Pendia.

Se conocen varios casos en los que, además, la deposición de las hachas se realizó en las defensas de los poblados (fig. 3.58). Aunque los autores que excavaron el castro de L.Larón hayan dicho que las hachas de talón y anillas -en concreto una con dos anillas y muñón de fundición y la hoja de otra- aparecieron fuera de éste, a unos 100 m, el hecho es que se encontraron justo en el límite del talud defensivo, a pocos metros de los cinco fosos que defienden el poblado por el lado oeste (Maya y Blas 1983: 183-185; Blas 1981b), por lo que de nuevo podemos marcar la asociación entre estos útiles y las obras defensivas del poblado. Es interesante marcar como ambas hachas, con muñón de fundición una de ellas y rebabas, no fueron nunca utilizadas. Aparte de estar en el sistema de fosos aparecieron muy cerca de una fuente (Villa 2008c). Del castro de Alava (Salas) sabemos con certeza que proceden 7 hachas de talón y anillas (Maya 1987/88: 35), que aparecieron en una cavidad del foso defensivo. Es posible que podamos hablar en este caso incluso de hasta 10 hachas, ya que hay noticias de que varias se “perdieron” (Blas 1983: 156, 163). También hemos mencionado el muñón de

fundición de un hacha de talón bajo el derrumbe del paramento interno de la muralla de la Primera Edad del Hierro del castro de El Picón, con una presencia que denota una composición ternaria muy rica en plomo (Villa 2002a: 178; 2007a: 194), y que a priori es difícil saber si es fruto de un depósito intencional o es un resto de la actividad metalúrgica no depositado intencionalmente.

En la misma línea el hacha de talón y dos anillas de Pelóu, que podría haber aparecido tanto dentro como en los alrededores del castro, es de bronce muy plomado y mantiene la mazarrota de fundición. Apareció junto a un hacha de piedra pulimentada de fibrolita (Montes y otros 2009: nota 1), lo que reforzaría ciertas asociaciones de la fase I, como la de la gran cabaña comunal del barrio norte de Pendia. Respecto al Castro de La Barrera (Llorgozana, Carreño) tan sólo contamos con la exigua noticia de que el párroco Manuel Martínez encontró en su interior un hacha de talón y anillas, que no cuenta con mazarrota de fundición (Maya 1987/88: 36, 71). Tampoco contamos con mucha información contextual de las dos hachas de talón y anillas de los Castros de Riocastiellu (Tinéu), aunque al menos sabemos que fueron encontradas en el interior del poblado al estar arando un paisano, quien, a mayor profundidad, también desenterró los cimientos de una casa circular, con carbones, un molino circular y cuentas azules (Ibid.: 42), aunque dudamos de que las



**Figura 3.58:** depósitos de hachas en las defensas castreñas: izquierda, planimetría general del castro de Llarón y zona aproximada en la que aparecieron (a partir de Maya y Blas 1983, modificado) y derecha, foso colmatado de las defensas del castro de Alava, en donde apareció otro depósito de hachas de talón y anillas (fotografía de David González Álvarez; y hacha en Maya 1987/88).

hachas se puedan relacionar con dicha estructura, que presumiblemente es de la Segunda Edad del Hierro, aunque tampoco hay que descartarla del todo ya que veremos algunos ejemplos de hachas de talón y anillas reutilizadas ritualmente en la Segunda Edad del Hierro. En la explanada principal del poblado del Chao Samartín, fuera del recinto superior, aparecieron un hacha de talón y anillas completo y el talón de otro ejemplar (Villa 2002b: nota 7), que debe hacernos pensar que se reutilizaron durante las fases II y III antiguos materiales de poderosos y duraderos significados. Lo curioso de estos dos objetos son sus contextos de aparición, el talón en una casa de cronología altoimperial y el hacha completa entre un hogar y la reforma de éste en una casa de la Segunda Edad del Hierro, que siguió en uso en época romana. Las fechas radiocarbónicas para este singular depósito lo sitúan entre el s. II a.C. y el I d.C. (Blas y Villa 2009). No entraremos ahora a valorar estas piezas, sino en el capítulo 4.

Quizás sea más problemática la asociación del depósito de Pruneda con respecto al castro de La Cogolla de Cesa en Nava (capítulo 2), dado que de las cuatro hachas de talón aparecidas en sus inmediaciones (puede que en el mismo castro o en su falda) tres tienen anillas y una no. Pero si dejamos al margen la cronología por tipología comparada y pensamos que un hacha de talón sin anillas puede

fabricarse y usarse en la fase I b, de nuevo tendríamos una asociación de un depósito de hachas con un castro de características antiguas marcado por su pequeño tamaño. Además, un reciente estudio (Álvarez Martínez 2010) propone que podríamos estar hablando de un número mayor de hachas, ya que Soto Cortés compró a los paisanos de la zona estos “cinceles célticos” en varias tandas. Según esta reciente revisión además tendríamos que añadir a este depósito la mal llamada hoz de Sobrefoz, ya que realmente procedería de Pruneda, y podríamos así mismo hacer venir todo este depósito tanto del castro citado como de una cavidad que hay en su base de la que además se conocen leyendas sobre boleras y bolos de los moros que, como ya dijimos, son la interpretación tradicional de los palstaves (capítulo 1). La presencia de la hoz además refuerza el hecho de datar estas hachas, pese a que entre ellas haya una de talón y sin anillas, en la fase I b (capítulo 2). La misma problemática la tenemos para poder asociar el hacha de bronce de talón y anillas descubierta en el pueblo de Santuchanu con el castro de El Castiel.lu de Santuchanu, situado en el límite del pueblo actual (González Álvarez 2009), pero dada la frecuente asociación entre castros y hachas no sería extraño pensar que procediera del poblado. Como dijimos más arriba este también sería el caso del hacha protohistórica de bronce conocida como el “hacha de Caso” con respecto al castro de Peña Cugureta / El

Picu los Castiellos (Campu Casu). Más seguridad tenemos para asociar un hacha de talón con respecto al castro de Molexón (Vegadeo).

Por último destacaremos que en la misma sierra de Peña Camarga, al sur de la Bahía de Santander, en donde se encuentran los castros de Castilnegro y Peñarrubia (Valle y Serna 2003: fig. 1), apareció en 1899 un hacha de talón y una anilla al hacer una voladura en la cantera de El Suto, en el municipio de Pámanes (García y Bellido 1956: 196-198), y que por cercanía podemos relacionar con cualquiera de los dos castros anteriormente citados, sin que podamos asegurarlo.

No debemos pretender explicar aquí todas las hachas de talón y anillas aparecidas en castros, así como los otros tipos de depósitos bronceos, del mismo modo. Es evidente que como depósitos *sensu stricto* contamos con las encontradas en las defensas de los poblados y puede que con varias de las asociadas a poblados en general. En otros casos hemos de pensar que se trata de depósitos de tipo metalúrgico, como es el fragmento de hacha de talón y dos anillas del castro cántabro de Castilnegro, pues apareció junto a un crisol de fundición con adherencias de bronce, gotitas de fundición y un pasador en T que corrobora la cronología del conjunto en la fase I b (Valle y Serna 2003: 367, 373) (ver fig. 3.56), y puede que el de El Picón, como vimos. Ello no exime, no obstante, a este tipo de depósitos, con sus ubicaciones junto a las defensas del poblado, de tener también un carácter ritual aparte del utilitario. De hecho no debe ser casual que tanto los trabajos metalúrgicos en los que se desarrollan, entre otros objetos, las hachas de talón y anillas y los depósitos de hachas de talón y anillas suelen compartir las ubicaciones junto a las defensas del poblado, demostrando que ya en estos primeros momentos castreños este tipo de actividades se estaban desarrollando en los mismos lugares liminales y tan simbólicamente cargados que serán la norma en la Segunda Edad del Hierro (Fanjul y Marín 2006).

Si bien el talón del palstave aparecido en la gran cabaña comunal del Chao Samartín pudiera ser un resto de chatarra para su refundición, lo que no le exime de ningún carácter ritual, en conjunto todos los materiales allí exhumados, amortizados y destruidos a conciencia, sí que parecen haber sido fruto de un depósito ritual en la base de dicha construcción, en concreto en su extremo meridional (fig. 3.59, y ver fig. 3.37). Curiosamente, pese a que otros ejemplos de calderos, como veremos, los conocemos por formar parte de depósitos fuera de los poblados, y en concreto en cuevas y minas, en el caso del Chao Samartín forman parte de un depósito en el interior de la estructura con mayor protagonismo de la fase I b en el poblado (restos de calderos con remaches, asas de sítulas y los restos de un gran disco de bronce, Villa 2007a: 192). Sin descartar la interpretación del objeto de 110 cm. de diámetro como un disco, si sus

fragmentos pudieran reinterpretarse como un objeto no plano sino con cierta concavidad, es decir, como un caldero de remaches, tendríamos pues que todos los objetos metálicos del depósito de la gran cabaña pertenecerían a distintos tipos de recipientes (asas de sítulas y calderos de placas de bronce remachados) y a hachas de talón y anillas. Si incidimos de nuevo en el carácter comunal de la cabaña y de los depósitos bronceos de los primeros castros podremos concluir que en este caso se conjugan en el mismo lugar ambos elementos, como cabría interpretar también para el caso de Pendar. Podríamos entender que esos objetos son fruto de una destrucción conspicua de “riqueza” - más en sentido simbólico por lo que representan en los intercambios con los grupos cercanos que económico, ya que en la zona cántabra no hubo problemas para abastecerse de metal-. Así mismo puede entenderse como fruto de un ritual de fundación de poblado remarcando lo comunal en el mismo hecho de la fundación del poblado estable. Como veremos más abajo es posible interpretar la destrucción y amortización de los calderos después de haber sido utilizados en comidas comunales en donde se habría guisado carne de vaca en un sentido similar. Por todos estos hechos es por lo que más arriba entendimos que estas grandes cabañas debieron tener un sentido ritual o de congregación de las distintas familias que forman el grupo o de representantes de todas ellas, más que de habitación. Sería un ejemplo de como se reorientaron los “excedentes” del grupo hacia prácticas comunales, materialidad de la sutura de un profundo cambio cultural, aunque no hay que descartar que la entrada a estas grandes cabañas comunales estuviera prescrita sólo a los hombres o sólo a los hombres en edad de guerrear, lo que no le resta a la estructura ni a los ritos allí desarrollados su condición de comunal.

Otros ejemplos de fragmentos de calderos -no sabemos si como chatarra para ser refundidos o fruto de una destrucción y amortización como en el Chao Samartín- son los del Picu Castiellu de la Collada (Siero), Pendar y Tinéu, aunque en este último caso sólo puede vincularse con lo castreño por estar con materiales de la Edad del Hierro en el Museo Arqueológico de Asturias que en principio vienen de un mismo castro, como son pasadores en T, fíbulas de doble resorte y algún objeto de hierro, mientras que para el segundo caso no tenemos la certeza si acompañan a los materiales de la Primera o de la Segunda Edad del Hierro (Escortell y Maya 1972: 40; Maya 1989: 14; Maya 1987/88: 72, 78). En el caso de Pendar, por haber aparecido con las hachas de talón y anillas y las de piedra pulimentada en la gran cabaña comunal sí que podrían interpretarse cronológica y culturalmente como en el Chao Samartín. Pero sobre todo son claros los fragmentos de calderos de la fase I b de Camoca y Campa Torres (Camino 1997; Maya y Cuesta 2001: 132). Por todo ello no deben entenderse





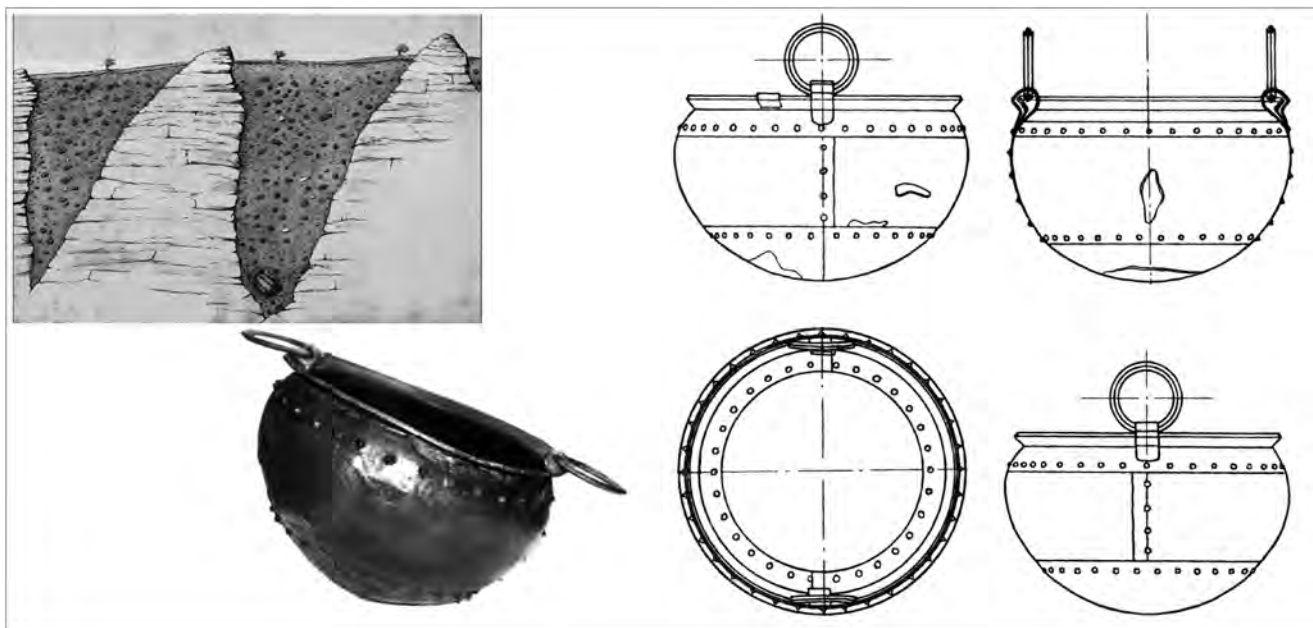
**Figura 3.60:** el hacha de Tudanca (Polaciones-Mancomunidad de Campóo-Cabuérniga) (en Martínez y Bolado 2008).

embargo de algunas tenemos algún dato geográfico que sí permite la realización de ciertas pesquisas (fig. 3.60). Algunos ejemplos pueden ser las cántabras de San Vitores o la de talón y una anilla de Peña Cabarga. Ambas se han encontrado en la citada sierra caliza de Peña Cabarga, importante no sólo por su situación estratégica y de gran control visual, sino también por su riqueza en minerales de hierro, lo que ya la hizo famosa en la antigüedad (Valle y Serna 2003: 376). Se nos hace raro pensar que estos depósitos de hachas tengan que ver con algún tipo de ritualización en la explotación del hierro, ya que en principio ésta no se dará en el mundo cantábrico hasta la Segunda Edad del Hierro, aunque en este sentido los castros de Cantabria son más precoces que los de Asturias y quizás estas herramientas lo estarían demostrando. Por otro lado estas hachas, y sobre todo la de Tudanca (Martínez y Bolado 2008: 193-196), que se trata de una curioso ejemplar de talón y dos anillas, con cuatro nervaduras en la hoja y decoración en zig-zag en ambas caras del talón, indican que ciertas tendencias locacionales típicas de la Edad del Bronce, de las mencionadas más arriba, aún se mantienen en estos primeros momentos ya que se vinculan a lugares prominentes y destacados en el paisaje o, en el caso de la última, a un paso de alta montaña hacia recursos críticos como es el collado de Los Escajos (1350 m.s.n.m.), ya que el hacha apareció en un terraplén -¿antigua cavidad?- en el lateral de la pista actual que tras subir a dicho collado comunica con el ya conocido por nosotros (capítulo 2) collado de Sejos, de donde proceden representaciones de arte esquemático tipo Peña Tú, junto a menhires y cromlechs, y que se trata de un espacio con buenos pastizales de altura.

Otras localizaciones para objetos bronceos de la fase I b, como veremos, también son las cavidades, y especialmente, las galerías mineras. Comentamos en el capítulo 2 la procedencia de dos hachas de talón y una y dos anillas respectivamente, de bronce con menos de un 3% de plomo, de la Mina el Castillejo,

junto a la “Corona del Castillo” -probablemente una castellanización del topónimo asturiano Castiellu- (Villa, Margolles, Cangas de Onís) (Almagro-Gorbea ed. 2004: 139-140). Por otro lado también comentamos el hacha de cubo y anillas de bronce plomado de Navelgas que fue encontrada a seis pies de profundidad y al lado de antiguas explotaciones mineras, en este caso de oro (Harrison, Craddock y Hughes 1981: 144 y fig. 16). En los dos primeros casos el castro de procedencia se sitúa junto a la mina, aunque la ritualidad y significado debe asociarse a su contexto de deposición, en el sentido de rituales conciliadores con la naturaleza, como podríamos aventurar también para una de la cuenca alta del Nalón de talón y una anilla aparecida también en una mina (Blas y Fernández Manzano 1992: 404) y otra también de una asa de Requejo (Reinosa) dentro de una mina de magnesita, y puede que asociada a otra hacha (Giribiet 1999: 27). Vemos que son relativamente frecuentes estos depósitos de hachas en galerías mineras en el mundo centro-occidental cantábrico, siendo el segundo lugar de aparición de contexto conocido después de los castros. Problemática es la cronología que podemos dar para estas hachas pues si bien en el capítulo 2 abogamos por su presencia desde la fase I a, muchas se asocian a minas de hierro, que realmente se explotaron en la fase II, por lo habría que entenderlas como tardías, a no ser que lo que se explotasen en dichos lugares fuesen otros recursos. Dichas ofrendas rituales o depósitos votivos, al contrario que los acuáticos, siguen una tradición bien asentada en los territorios cantábricos y que ya vimos con ciertas hachas planas en minas como las de l’Aramu. Lo que también demuestran es la continuidad de los mismos rituales entre la Edad del Bronce y, al menos, mediados de la Primera Edad del Hierro, demostrando la clara vinculación cultural entre ambos periodos. La cuestión cronológica y los posibles significados de estos depósitos los veremos a cuenta de los dos calderos más conocidos del norte peninsular, el de Cabárceno y el de Lois.

En la misma sierra de Peña Cabarga, en donde se encuentran varios castros, como el de Castilnegro, encontramos el depósito, al fondo de una galería minera de la Mina Crespa, para la extracción de hierro, el famoso caldero de Cabárceno (fig. 3.61), a 12 m de profundidad y puede que como resultado de un depósito ritual en una galería minera prehistórica, ya que las labores mineras romanas sí que están documentadas en esta zona, por lo que es verosímil pensar que éstas continuaron las de la Edad del Hierro (Arias y otros e.p.). En relación a este depósito de tipo minero y para reforzar la idea de una explotación minera prehistórica en Mina Crespa podemos vincular los de la cueva Tobalina, por encima de dichas explotaciones, y en donde las marcas en las paredes también evidencian antiguos trabajos mineros. Allí fueron encontrados en los años 80 dos recipientes

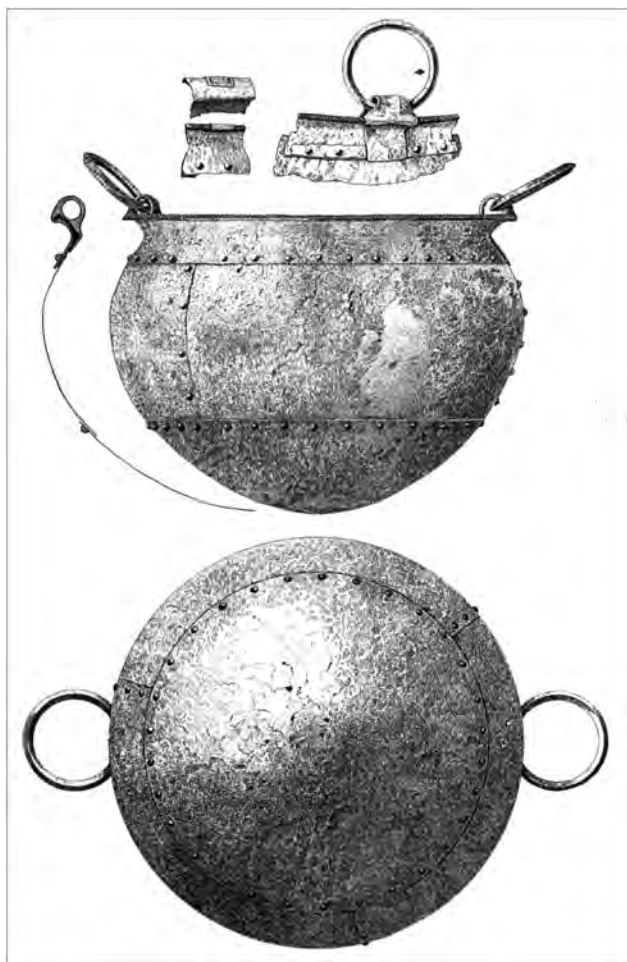


**Figura 3.61:** caldero de Cabárceno (a partir de Blas 2009, modificado).

cerámicos -realizados a mano, y uno de borde recto y labio plano-convexo, con asa en cinta- que pueden atribuirse a la Edad del Hierro (Valle y Sena 2003: 387). Pese a haberse vinculado tradicionalmente a la metalurgia del Bronce Final actualmente se tienden a fechar en momentos castreños del s. VII-VI a.C. ya que este es el principal contexto en el que aparecen los calderos remachados (Arias y Armendáriz e.p.: 69). Si bien en el centro de Portugal pueden rastrearse fechas radicarbónicas calibradas para los calderos con remaches en los tres últimos siglos del II mil. cal AC en los casos gallegos y asturianos que han podido ser datados sistemáticamente vemos fechas a partir del s. VIII cal AC (Armada 2008: 130-135, tablas 1 y 2). Llama la atención que si bien los fragmentos de calderos que aparecen en los castros son sólo eso, fragmentos, al igual que ocurre con los ejemplos documentados en poblados soteños, que parecen responder más bien a chatarra para refundir (hay en Villaceid, en el vertedero de Valencia de Don Juan, en Algadefe y Villacelama, Celis 1996: 52 y nota 26) -lo que no impide entender la ritualidad de las prácticas que se encuentran detrás de esa fragmentación, como hemos intentado explicar para el Chao Samartín- en los casos que tratamos de Cabárceno y Lois están completos, en perfecto estado.

El caldero de Lois (fig. 3.62), a 1450 m de altitud, en un paraje claramente orientado a la explotación ganadera, se asocia a una mina con diferentes posibilidades extractivas, pero de la que habría que destacar el cinabrio, igual no tanto para la producción de mercurio sino para usarlo como bermellón, es decir, como colorante (Blas 2009: 243-246), pero sobre todo es interesante que apareciera asociado a madera de encina quemada y a una costilla de bóvido, lo que indicaría que fue depositado tras una ceremonia de comer carne de vaca guisada y

consumida en ese extraño contexto, dándonos la clave para el uso del resto de calderos del contexto cantábrico, que igualmente irían destinados al consumo de carne de bóvido como ritual comunitario y de refuerzo de lo comunitario, en estos contenedores metálicos con capacidad para 60 litros -tanto el de Cabárceno como el de Lois-. En relación a la hipótesis del vínculo pigmento rojo-calderos se podría añadir que los calderos se inscribirían en una actitud cultural íntimamente asociada a las peculiaridades del trabajo minero (Ibid.: 239-248). Por el contexto de aparición también se ha sugerido la relación de este recipiente no con el consumo de carne sino con el de sustancias psicoactivas para aliviar un trabajo de extracción del mineral que debía resultar especialmente duro (Fernández Manzano y Guerra 2003: 348). Además, si pensamos en esas otras explotaciones posibles de galerías mineras de hierro, cinabrio, etc. quedaría resuelta la aparente contradicción de que se depositaran objetos de la fase I a y b, en minas de un mineral, el hierro, que todavía no se explotaba, al menos de forma generalizada. Miguel Ángel de Blas pese a reconocer que el poblado soteño más cercano a Lois está a unos 40 Km. a vuelo de pájaro insiste en vincular los calderos de remaches una y otra vez a ese mundo meseteño (Blas 2009), sin reconocer el carácter cantábrico del tercio norte leonés, cuando es un depósito claramente cantábrico si lo comparamos con Cabárceno y cuando, además, en el mismo pueblo de Lois contamos con un cerro en el centro de la vega, de fácil defensa, con el topónimo “castro”, que seguramente es al que se refiere Gutiérrez González (1986-87: tabla y mapa 1) como castro de Ciguera. Por la ubicación del caldero podría pensarse que los rituales que produjeron aquel depósito se llevarían a cabo por los habitantes de aquel castro. Respecto a la asociación del caldero a picos de hierro (Delibes de



**Figura 3.62:** caldero de Lois (en Armada 2008, sobre dibujo de Schubart).

Castro y Fernández Manzano 1983: 49-50; Arias y otros e.p.) parece que algunos autores no la tienen muy clara (Blas 1999), pero nos pueden llevar a fechar tan peculiar depósito en la fase II. De todos modos rechazamos la datación de los calderos de Cabárceno y de Lois por tipología comparada en los ss. X-VIII a.C. (Armada 2008: 135) ya que todos los indicios nos llevan a fecharlos precisamente a partir del s. VIII cal AC.

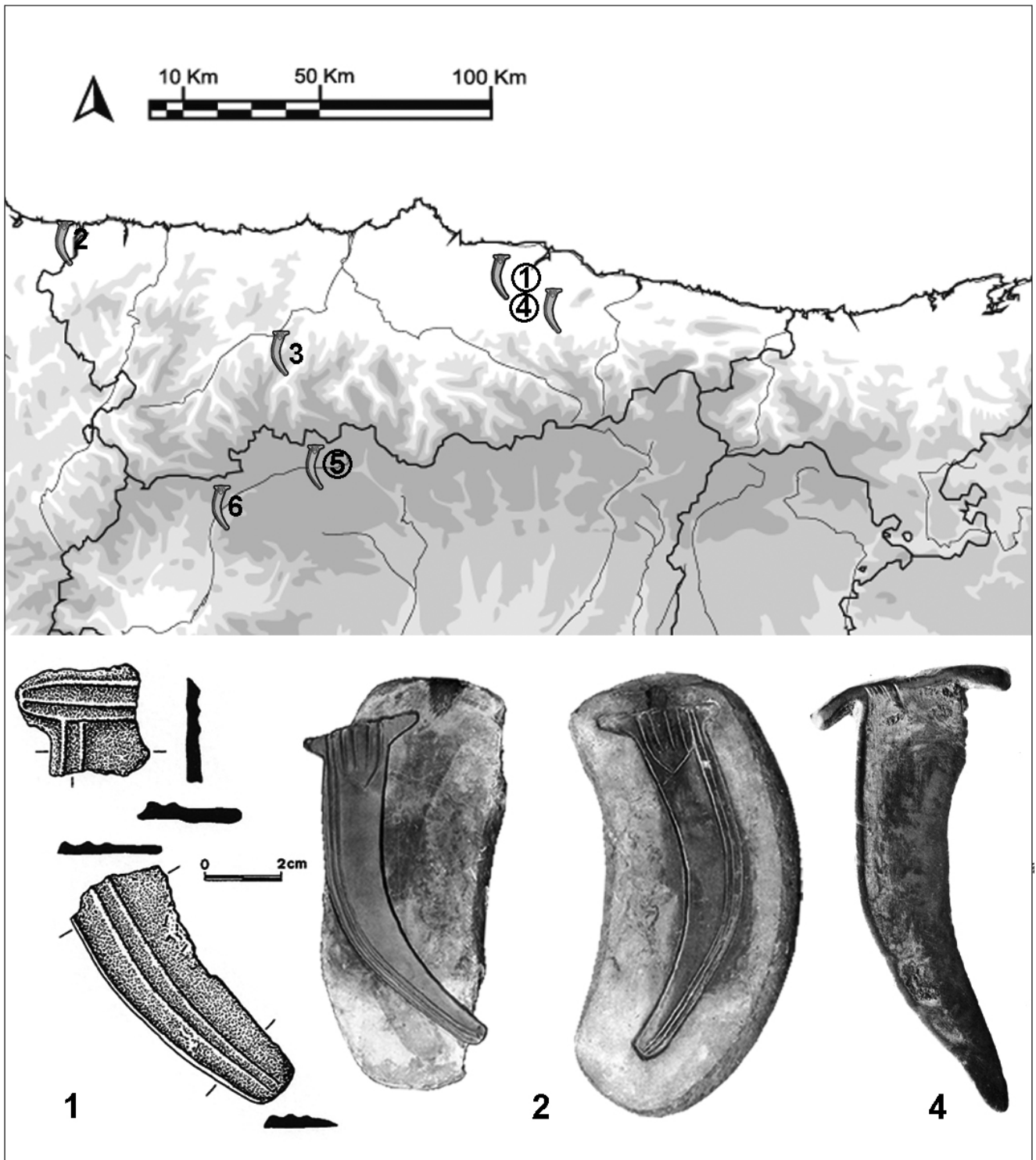
El caldero de Cabárceno y el leonés de Lois poseen en común el hecho de haber aparecido bajo tierra, en una cueva el primero y en una mina el segundo. Son variadas las cronologías que se dan a estos calderos a lo largo del Bronce Final y toda la Edad del Hierro (Armada 2003). Hemos visto como la mina de hierro para Cabárceno podría indicar fase II. Pero también conocemos fragmentos en el mundo cantábrico desde la fase I b castreña, como observamos en los fragmentos bien datados de Camoca y Campa Torres, asociados al nivel VII, y seguramente también en los del Picu Castiellu la Collada y Pendia, lo que brinda argumentos para fechar los calderos en el ámbito cantábrico en la primera fase castreña. No obstante en la Campa Torres los fragmentos de calderos siguen siendo

frecuentes también a lo largo de la Segunda Edad del Hierro.

Si la cronología laxa a lo largo de la Edad del Hierro no es muy clarificadora sí el contexto, tanto en Lois como en Cabárceno, si se admite como más probable el señalado vínculo calderos-trabajo minero, en donde aquellos no tendrían sentido como instrumentos de alguna utilidad laboral. Parece más ponderada, por tanto, la probable función suprautilitaria verificada en un paraje donde convergen dos circunstancias dominantes: el vaciado de la tierra con la toma de sus riquezas, y el ámbito subterráneo, la mina-cueva, donde se produce tal sustracción. El trabajo minero es una tarea sometida a específicos tabúes en numerosas sociedades primitivas, a menudo reconociendo la existencia en el subsuelo violado de seres poderosos. En tales circunstancias, la oblación, la ofrenda, se torna imprescindible para “descartar el peligro, conjurar el miedo, plegarse ante el dominio de las fuerzas extrahumanas...” (Blas 2003b: 45). Entender pues los calderos que nos ocupan como la oblación a la mina y a los poderes que la rigen es al menos una idea plausible. La gruta, y la mina lo es en gran medida, conforma un lugar de tránsito entre la luz, la vida, y el subsuelo, tantas veces reino de la muerte. Los calderos como oblación para agradecer a los verdaderos dueños de lo que se extrae (divinidades, espíritus, etc.) el poder explotar las minas (Blas 2009: 249-252). Quizás todos estos depósitos en galerías mineras que vemos en la Primera Edad del Hierro, tanto de palstaves como de recipientes -sean vasijas cerámicas o calderos metálicos-, suponen la herencia y mantenimiento de rituales mineros que ya se aprecian en la región desde el IV milenio a.C. en las explotaciones de l'Aramu (Blas 2003b).

Como ya anunciamos en el Capítulo 2 es muy probable que las hoces nervadas con talón en T tipo Castropol (fig. 3.63) que tradicionalmente se han datado en el Bronce Final, se correspondan realmente, como ocurre con muchos palstaves de los conocidos, con depósitos bronceos de los primeros castros y por tanto de la fase I b. Es sin duda el caso de la encontrada en Camoca, de bronce ternario (Camino 1999: 157). Como indicamos más arriba hay suficientes dudas como para vincular las hoces que dan nombre al tipo, las de Castropol, a este lugar concreto pudiendo proceder de las cercanías del pueblo. En Asturias se conocen además las de Ponga, también conocida como de Sobrefoz, y la de Miranda, de las que desconocemos el contexto de aparición, y al norte de León las de Páramo de Sil y Torres de Babia, de las que tampoco sabemos nada sobre su contexto original, aunque en el segundo de los casos se puede vincular sin muchos problemas con el castro. También como de la fase I b podría meterse la hoz de Sobrefoz si realmente ajustamos su lugar de aparición, ya que por un error de Somoano se catalogó como de aquel lugar pongués, al igual que un puñal de antenas que





**Figura 3.63:** hoces del sector occidental cantábrico. En un círculo las vinculadas a castros: 1. Camoca; 2. Castropol; 3. Miranda; 4. Pruneda / Cogolla de Cesa -antigua Sobrefoz-; 5. Torres de Babia; 6. Páramo de Sil (a partir de Camino y Viniegra 1999; Blas 1990, modificado; Escortell 1982).

realmente es de Los Ozcos, al occidente de Asturias. Revisando los diarios de Soto Cortés podría vincularse la hoz citada con el depósito de Pruneda (Álvarez Martínez 2010), y por tanto con el castro de la Cogolla de Cesa. Ya fuera de la zona cantábrica y vinculada a un yacimiento de la Edad del Hierro, aunque con niveles Cogotas I, se encuentra la de Sacaojos (Camino y Viniegra 1999: figura 1). Si bien es complejo saber hasta qué punto pueden entenderse como depósitos

algunas de estas hoces, cuando aparecen claramente vinculadas a un poblado pueden ser entendidas como chatarra para ser refundida -como en Camoca-. Lo que sí nos sirven es para marcar el mantenimiento de rutas ganaderas tradicionales de la Edad del Bronce durante la Primera Edad del Hierro, especialmente en el caso de las de Belmonte y Torres de Babia, a ambos lados de los importantes puertos somedanos, así como la de Páramo de Sil a los pies de los puertos con la Asturias

occidental. Aunque éstas ya debieron ser de tipo transterminante y no de largo recorrido como antes dijimos, debido al proceso sedentarizador y territorializador a ambos lados de la Cornisa Cantábrica. Por coherencia con las fechas de Camoca el molde para hoces tipo Castropol del poblado leonés de Sacaosjos debemos fecharlo en momentos soteños - ampliamente representados por la cerámica de este signo (Luengo 1961: 105-106)- y no cogotianos, lo que demostraría (capítulo 2) que al menos en estos momentos todavía se siguen explotando pastos cantábricos por estas gentes de la zona llana leonesa, a través del río Órbigo y su afluente el Luna, hasta llegar a los pastos somedanos. Significativamente otros materiales de clara filiación meseteña los seguimos encontrando, como en los momentos precedentes, en los importantes pastos de la alta montaña cantábrica, como la fibula de doble resorte de Bárago, Vega de Liébana (Arias y Armendáriz e.p.: 68), que podría corroborar el origen meseteño de las conocidas en nuestro ámbito de estudio, a través de los frecuentados pasos de montaña cantábricos (capítulo 2). Algunas de ellas, como las de Campa Torres, pudieran también ser fruto del comercio marítimo impulsado por fenicios y tartéssicos, aunque no habría porque pensar en la llegada directa de estos comerciantes hasta las costas asturianas, ya que el límite de expansión de sus productos se sitúa en las Rías Baixas (González Ruibal 2004b; 2006), por lo que pueden ser fruto de intercambio entre los propios indígenas. Las hoces tipo Castropol han servido para justificar que en estos compases de los primeros siglos del primer milenio a.C. los grupos meseteños aún realizarían periódicas visitas a las alturas cantábricas para explotar mineral de cobre, plomo y hierro -como los propios pastos en sí-, ya que demuestran el contacto entre gentes de ambos lados de la cordillera (Celis 2002: 116), y por lo tanto perpetuando rutas y contactos que vienen de antiguo.

### 3.8 LA TRANSICIÓN DE LOS SS. VI-IV cal AC.

“Desde la segunda mitad del s. VI a.C. hasta el s. IV a.C. se observa una crisis o descenso de actividad. Al menos eso da a entender la peor calidad de las estratigrafías de los poblados manejados que no es debida exclusivamente a su afección por los periodos ulteriores: el de Camoca es abandonado, en la Campa se abre un hiato o, a lo sumo, como en el de Moriyón sus ocupaciones son de escasa entidad. Semeja una fase de transición, de tiempo arqueológico lento, en el que la paulatina extinción de los caracteres anteriores va abriendo paso a otros novedosos” (Camino y Viniegra 1999: 247). Paradigmático en la transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro en la zona cantábrica han sido las excavaciones en la ría de Villaviciosa (Asturias) puesto que el poblado de Moriyón parece sustituir culturalmente, a

partir del s. IV a.C., al de Camoca, que se abandonaría sobre el s. V a.C. Este proceso, extrapolado al resto del territorio castreño cantábrico, se explica por una crisis comercial en el Mediterráneo a partir del s. VI a.C. -caída de Tiro y su sustitución paulatina por Cartago- que haría que se dieran procesos más autóctonos y que las jerarquías que habían controlado el comercio cayeran (Camino 1996: 34). De hecho la transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro vino marcada por la irrupción masiva del comercio mediterráneo en el Noroeste, especialmente en el Bajo Duero y en Rías Baixas, quedando bastantes zonas ajenas a éste, aunque, no obstante, los púnicos, o mejor dicho los materiales púnicos, también llegaron hasta el norte de Galicia y a Asturias, a puertos como el de la Campa Torres (González Ruibal 2004b). En este sentido más que ver la caída de unas supuestas redes comerciales a larga distancia asociadas al Bronce Final Atlántico, inexistentes por otro lado, como hemos demostrado, lo que podríamos apreciar es la conexión por vez primera de ciertos puertos cantábricos a amplias rutas comerciales.

Hemos podido definir la fase de transición o fase I c (600-400 cal AC) gracias a la congruencia de una serie de fechas radiocarbónicas de castros cantábricos que hemos recalibrado, como vimos al principio del capítulo. En un sentido cultural esta fase de transición hacia la Segunda Edad del Hierro se caracterizará por la desaparición de las producciones bronceas heredadas de la Edad del Bronce -excepto los calderos- y por la construcción de nuevas murallas, que rodean nuevos caseríos, en los castros que continuaron estando poblados. En algún caso hubo un traslado hacia zonas de menor cota y/o faldas de las montañas. Como hemos venido argumentando la zona centro-occidental cantábrica, al menos desde el Bronce Final, parece quedar al margen de los contactos a larga distancia y de las grandes redes comerciales, desarrollándose por el contrario procesos sociales bastante autónomos, por lo que no nos parece una explicación excesivamente afortunada la de Jorge Camino. No creemos apropiado explicar dicha fase por la disolución del poder de las jerarquías que controlan el comercio sino que más bien todos estos rasgos están desvelando, precisamente, un afianzamiento de las elites sociales surgidas en relación con los primeros castros, y un cambio en las fuentes de poder, abandonándose prácticamente a partir de ahora las heredadas de la Edad del Bronce y afianzándose las propias de la Edad del Hierro. La fase I c se caracterizaría por la implantación definitiva de un nuevo tipo de hegemonía, de una nueva tradición, que hará innecesarias las suturas propias de la fase previa.

Algunos han visto como desde la segunda mitad del s. VI a.C. hasta el s. IV a.C. se observa una crisis o descenso de actividad, como demostrarían las peores calidades de las estratigrafías de los poblados, o al

abandono de algunos como Camoca, o el hiato de Campa Torres, y por tanto como una fase de tiempo arqueológico lento, en el que la paulatina extinción de los caracteres anteriores va abriendo paso a otros novedosos (Camino y Viniegra 1999: 247). Creemos que efectivamente se trata de una fase de transición, pero no advertimos tal crisis sino un periodo en el que los vertiginosos cambios culturales de la precedente fase I b, dejaron paso en cierta medida a una fase de ralentización del cambio cultural y de menor actividad ritual vinculada al consumo conspicuo de bronce.

Propusimos más arriba suficientes argumentos como para entender la acrópolis del Chao Samartín como un poblado de la fase I b que se extendería hacia lo que luego fue el caserío de la Segunda Edad del Hierro precisamente en la fase I c, con una evolución de los elementos defensivos y del espacio ocupacional que es preludio de lo que acontecerá en la fase II: la ampliación de los espacios castreños, la construcción de sólidas defensas pétreas y, a todas luces, de un crecimiento poblacional. Pensamos que es posible que la expansión de San L. Luis por el “barrio bajo” y la construcción de aquella primitiva cerca pueda corresponderse también con la fase de transición I c. En ambos casos aún serían murallas de lienzo continuo y no de módulos.

Aparte del crecimiento de los castros que poseen en sus alrededores espacios aptos para tal fin se fundarían nuevos poblados en esta fase, tal cual parece ser el caso de Llagú, lo que de nuevo puede estar queriendo decir que el crecimiento poblacional y la segmentación / fundación de nuevos poblados fue la tónica del periodo. Las fechas para el castro de Llagú, como vimos más arriba, tienen márgenes muy amplios como para aclarar cronologías. De todos modos, si tenemos en cuenta que las murallas de módulos son las que caracterizan a la Segunda Edad del Hierro y que estas arrancan de la fase de transición I c (600-400 cal AC), podríamos pensar que, de un modo parecido a lo propuesto para Campa Torres, en Llagú hay una muralla y una ocupación previa al poblado de la Segunda Edad del Hierro (Villa 2007a: 198), aunque en el primer caso arranca desde los mismos orígenes de la fase I b, y en el segundo no. Los autores de la mediocre monografía publicada no aclaran exactamente si los grandes bloques de caliza que sobresalen en la base de la muralla de módulos se corresponden con una zapata fundacional o con un nivel antiguo de muralla. Pese a esta ambigüedad fechan ese nivel antiguo interno a la muralla, y en concreto a los grandes e irregulares bloques de caliza, a partir del s. V a.C. (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 61-62). Es bastante probable que nos encontremos ante la evidencia arqueológica del paulatino cambio de modelo durante la fase I c cantábrica, y de los primeros ensayos de castros de mayor tamaño -aunque en este caso no se supere más de 1,2 Ha-. En ciertas

zonas, como sobre todo la costa, tienden a ocupar los castros emplazamientos menos conspicuos. También vemos castros *ex novo*, como en Llagú. En otras muchas zonas y siempre que haya condiciones espaciales para ello se siguen ocupando los mismos lugares, pero corrigiendo el trazado de las líneas defensivas para ampliar la superficie del caserío, como demuestra la cabaña amortizada por la muralla de módulos de El Castillo de San Martín, en la desembocadura del Nalón, y que también podríamos vincular con este momento de cambio que es la fase I c, o en Cantabria las ampliaciones de los recintos fortificados de Castilnegro o la fundación del castro de Sámamo. De todos modos no conviene generalizar el modelo y debemos estar atentos a las diferentes tendencias regionales, ya que si bien el castro cántabro de La Garma también sufrió importantes remodelaciones en sus líneas defensivas en la fase I c, éstas llevaron a reducir el espacio de hábitat, al contrario de la tendencia general.

Todo ello nos lleva a pensar en esta fase como el periodo en el que los cambios sociales han calado en las comunidades castreñas: territorialización, *ethos* guerrero, sentido de identidad topográfico, etc. Si bien durante la fase I b lo característico fue la fundación de muchos castros en muy poco tiempo, fruto de la segmentación de los grupos nómadas de la Edad del Bronce, ahora percibimos como el crecimiento poblacional ya no se resuelve únicamente mediante esta estrategia sino que se añaden otras que en si mismas son la base para que se forjen mayores cotas de desigualdad dentro de cada grupo. Nos referimos a la ampliación de las superficies defendidas de los poblados, debido al crecimiento y complejización urbanística de los caseríos, algo impensable tiempo atrás. Se han incorporado a la norma social ciertos procesos de complejización social que permitirán las transformaciones que veremos en la Segunda Edad del Hierro.



### 3.9 HISTORIA DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO.

En la transición entre el s. IX y el VIII cal AC surgió en el sector centro-occidental cantábrico un nuevo tipo de aldeas, los castros. Están caracterizadas por sus pequeños tamaños, sus ubicaciones en lugares conspicuos, desde los que se ve y se es visto, y por sus imponentes defensas. Los castros están a media ladera, entre las tierras de monte y el labradío, algo mantenido en los asentamientos rurales tradicionales, especialmente en cuanto nos alejamos de la costa. Para Galicia se ha dicho que los territorios castreños coinciden con los de las actuales parroquias, e incluso que la agricultura gallega ha sido hasta hace poco la de la Edad del Hierro (Criado 1989: 120). En la zona cantábrica, especialmente en los lugares de abrupta orografía, como es el alto Narcea, se corrobora esta superposición del paisaje campesino medieval y subactual con el castreño, pues la mayoría de las villas medievales se sitúan muy próximas a castros, aunque buscando lugares menos abruptos y sin preocuparse del aspecto defensivo, estando incluso, en algún caso, el pueblo actual sobre el poblado fortificado de la Edad del Hierro (Fernández Mier 1999: 170). Esto mismo lo vemos en casos de la Primera Edad del Hierro como es el caso de Os Castros, sobre el pueblo de Taramundi (Villa 2008: 76). Por ello podemos certificar que la fase I b, con el surgimiento de los castros y su organización y distribución, supuso el acta de nacimiento del paisaje aldeano en la Cornisa Cantábrica.

Se trató de un proceso muy rápido en el tiempo, de quizás dos, tres, o cuatro generaciones, que rompió con unas milenarias formas de vida nómadas. Pese a este importante cambio cultural que define el periodo podemos asegurar que fueron aquellos grupos nómadas de la Edad del Bronce los que desembocaron en el primer paisaje castreño, sin que tengamos necesidad de recurrir a aporte démico alguno para explicar esta ruptura. De hecho, dentro de la Primera Edad del Hierro podemos separar un primer periodo (fase I b) caracterizado por las herencias culturales de finales de la Edad del Bronce (fase I a), tanto en la arquitectura doméstica como en las tecnologías cerámicas. Pero sobre todo lo podemos constatar en la metalurgia, ya que a día de hoy son los castros el principal contexto de aparición de las hachas de talón y anillas.

Siempre es complejo tener en cuenta todos los factores históricos que inciden en un cambio cultural de primer orden como éste, en un acelerón de la velocidad histórica, especialmente significativa en unos grupos humanos caracterizados hasta entonces, y a partir de entonces, por sus lentos ritmos sociales, por la primacía de las actividades de mantenimiento sobre las de cambio. Los nuevos cultígenos y un cambio climático permitieron atarse más al territorio. Ser

fronterizos de grupos más desiguitarios como los soteños, que ya llevaban un tiempo ensayando fórmulas sedentarias dirigidas por una elite que comenzaba a diferenciarse del grueso social, también puso ante los ojos cantábricos un posible ejemplo a seguir. Pero los grupos cantábricos, tanto durante la Edad del Bronce como en esta incipiente Edad del Hierro pueden ser caracterizados como comunidades *deep rurals*, que precisamente se definen por su rechazo al cambio cultural y a las fórmulas foráneas, y por sus *ethoi* igualitarios. Es compleja la explicación de este cambio cultural si pensamos que el recurso a la jerarquización social no es viable, ya que en las primeras aldeas estables cantábricas o castros lo que se aprecia es una isonomía en las formas sociales. El pequeño tamaño de los grupos, las grandes cabañas comunales del extremo occidental cantábrico, los poblados-patio con grandes espacios diáfanos en el centro del poblado o los depósitos metálicos en dichas cabañas o en las murallas y los fosos, lugares públicos que son a su vez metáforas del colectivo castreño, así nos lo hacen pensar.

Pero sin duda entre las fases I b y I c hubo un cambio en las fuentes de poder y, en relación a ello, en las identidades grupales. Es probable que hasta ese momento las identidades fundamentales estuvieran enlazadas al parentesco. El nomadismo mantenía unas concepciones espaciales fundamentadas más en el camino que en el territorio. Seguramente en la Edad del Bronce las relaciones entre los grupos, puede que también marcadas por vínculos de parentesco, estuvieran ligadas a redes de reciprocidad ritual, con intercambios de bronce, especialmente hachas, como en el anillo *Kula* que nos describió Malinowsky (1986), que pudieron estar maquillando un larvado conflicto social. Pero con los primeros castros lo que aparecerá es un nuevo sentido de identidad, que podemos denominar topográfico. El castro, especialmente sus defensas, pero también sus espacios agrarios, se construyeron colectivamente y fueron a su vez el identificador del grupo. Al atarse al paisaje surgen los territorios, que se defienden por las armas. El castro es la aldea fortificada desde la que se lucha por cada territorio. Ahora los depósitos de bronce se realizan dentro de los poblados.

Las tensiones entre los grupos devinieron en un conflicto generalizado, cuyas dos caras de la moneda son violencia y tensión de murallas para afuera, para poder mantener la aparente igualdad de los grupos de muralla para adentro. Pero esa violencia supuso la aparición de un *ethos* guerrero que fue sustituyendo al *ethos* igualitario. La aparente isonomía castreña cada vez tenía más de formal y menos de real, ya que la aparición de los castros sólo fue posible gracias a una pérdida de poder de las mujeres respecto a los hombres guerreros de cada grupo; a la aparición de un sistema fundamentado en la violencia simbólica masculina de tipo guerrero, del género como tal.



## CAPÍTULO 4.

### DEL *ETHOS* IGUALITARIO AL *ETHOS* GUERRERO

(s. IV cal AC – fines s. I a.C.)

*Pastor que tas en el monte y duermes pente la rama  
si te casares connigo, pastor; durmieres en bona cama*

...

#### 4.1 CARBONO 14 Y CULTURA MATERIAL: LAS FASES II Y III.

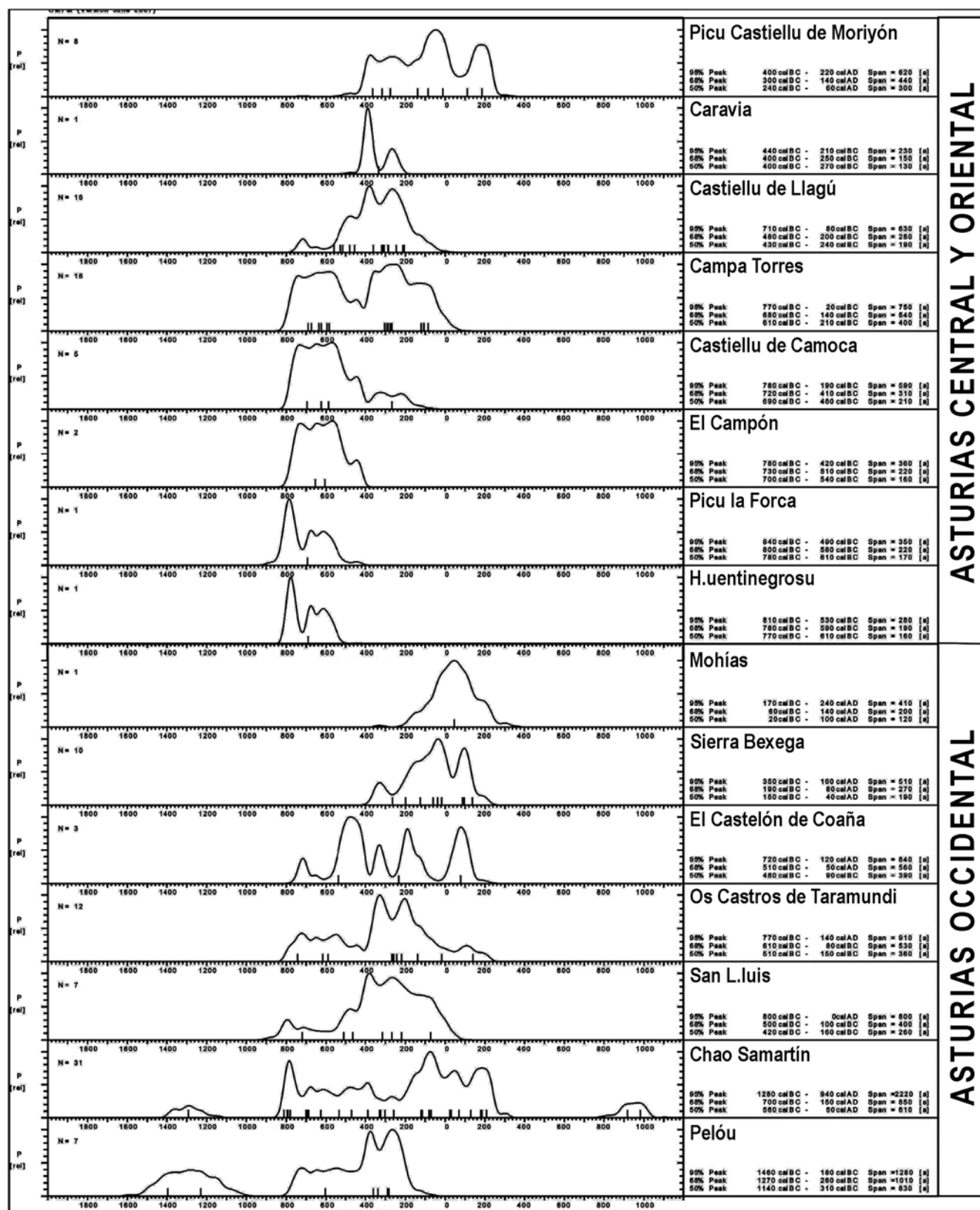
Una vez explicada la metodología por la cual hemos recalibrado las fechas radiocarbónicas disponibles para el sector cantábrico (capítulo 3), nos disponemos a continuación a trazar en líneas generales el esquema cronológico de las fases castreñas que se corresponden con la Segunda Edad del Hierro (fase II) y época romana (fase III). Para establecer las fases II y III del sector centro-occidental cantábrico tan sólo hemos tenido en cuenta fechas radiocarbónicas del sector asturiano, ya que prácticamente no existen fechas que abarquen estos periodos para los castros del sector central cantábrico. En otros casos no hemos contado con fechas del occidente cantábrico porque presentan problemas de escasa representatividad, ya sea por escasa o nula asociación entre la fecha y el objeto / estrato datado o por la evidente falta de sincronía entre ambos (Jordá, Mestres y García 2002: 28-30), o debido a deficientes interpretaciones. Un ejemplo de esto último es el castro del Chano (Peranzanes, León), en donde unas fechas radiocarbónicas de la fase II se asocian a niveles supuestamente romanos (Celis 2002: 191, 204-205), lo que le resta validez a la misma, dejando fuera de nuestro estudio una de las pocas publicadas para el sector cantábrico del norte de León. Tampoco hemos tenido en cuenta fechas obtenidas en castros de la provincia de Lugo ya que las disponibles quedan al margen del sector cantábrico, excepto en el caso de Fazouro. Creemos firmemente que uno de los principales objetivos de la investigación sobre la Edad del Hierro, una vez que en los últimos años se ha armado el esquema cronológico básico de los grupos castreños septentrionales y noroccidentales, reside en el correlato sistemático de las dataciones radiocarbónicas con las cronologías arqueológicas, tanto tipológicas como estratigráficas (Jordá y otros 2009: 95). En esta línea hemos utilizado 75 fechas,

englobadas todas en el sector asturiano, (fig. 4.1<sup>1</sup>); teniendo en cuenta la validez de las mismas según los mencionados principios de representatividad (asociación y sincronía) de las dataciones publicadas y descartando también aquellas con excesivas desviaciones típicas. A lo largo del capítulo se irá haciendo mención a varias de estas fechas.

En un reciente trabajo (Jordá y otros 2009) hemos podido cotejar este conjunto de fechas asturianas, más las que tuvimos en cuenta para la fase I (capítulo 3), definiendo así la amplitud cronológica de la ocupación de algunos de los yacimientos asturianos aludidos en este trabajo a partir de las curvas de probabilidad acumuladas tras la recalibración de las fechas publicadas (fig. 4.2). Además, con el fin de poder matizar los límites específicos para cada región de las fases generales propuestas para la Edad del Hierro, que habitualmente se han establecido sobre casos arqueológicos, procesos históricos y dataciones gallegas y nordportuguesas (por ej. Rey 1996; Arias 2002; González Ruibal 2003a), se ha comparado el grupo de fechas asturianas ya mencionado con el de las regiones castreñas del Noroeste (fig. 4.3). Como hemos podido comprobar a lo largo de la presente tesis, la variedad cultural de los diferentes grupos castreños del norte y noroeste de la Península es grande. Vimos como el comienzo de los primeros castros cantábricos es retardatario en comparación con focos más dinámicos como As Rías Baixas o la costa norte portuguesa. En cuanto a la Segunda Edad del Hierro también estamos en condiciones de justificar la cronología de las fases propuestas (ver síntesis y esquema en el capítulo 1). En concreto debido a las sumas de probabilidad de las fechas asturianas (ver fig. 4.3) y a la caracterización cultural de algunas de esas fechas, que no sitúan ante cambios de hondo calado en las sociedades castreñas cantábricas durante la fase II, tales como la aparición de un nuevo tipo de defensas -las murallas de módulos- entre finales de la

<sup>1</sup> Ver al final de la tesis.



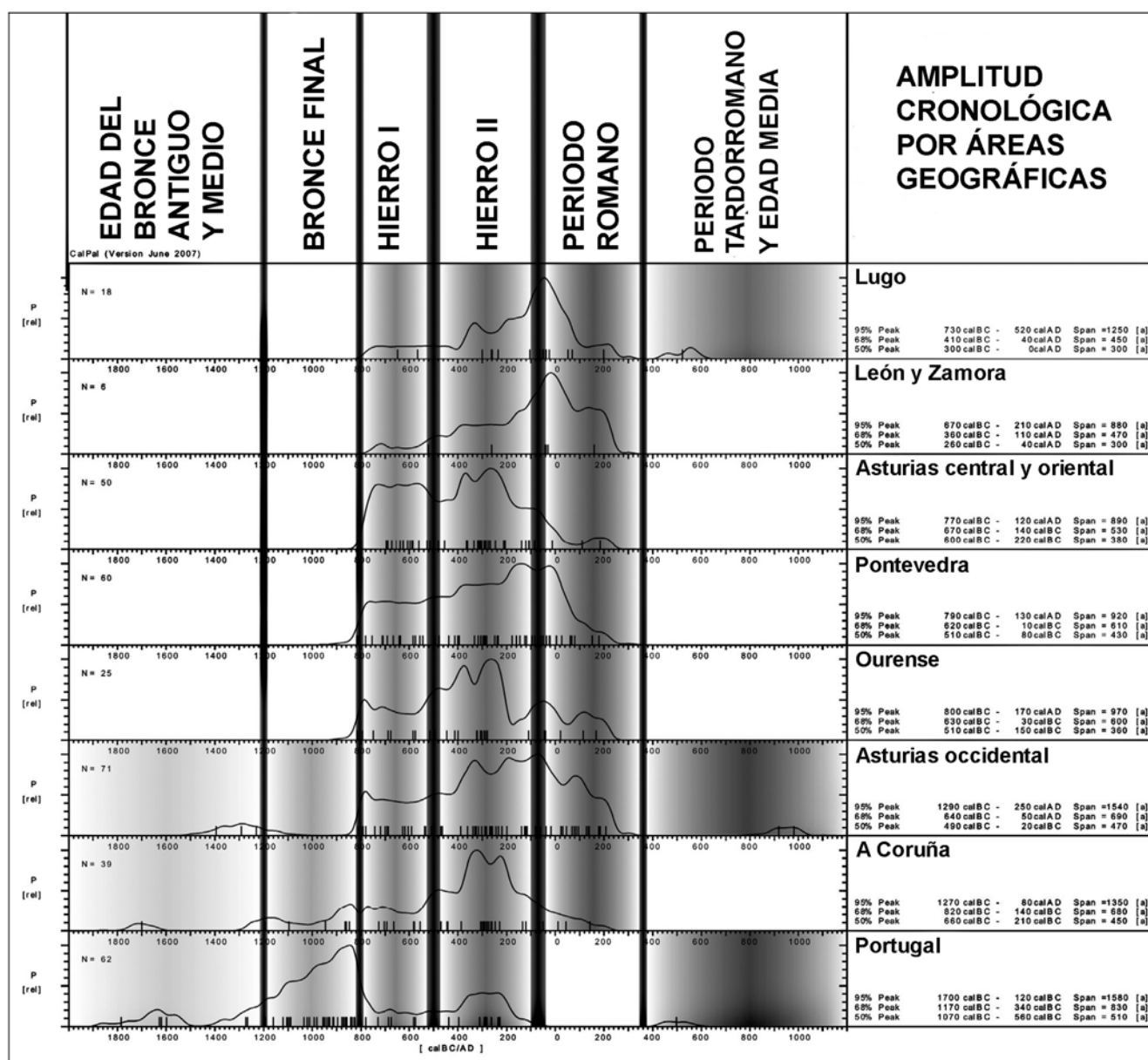


**Figura 4.2:** curvas de probabilidad acumulada obtenidas de la calibración de fechas radiocarbónicas de yacimientos de la Edad del Hierro de los sectores occidental y centro-oriental de Asturias mediante la curva de calibración CalPal 2007 Hulu, incluida en el software CalPal (Version March 2007) (Weninger, Danzeglocke y Jöris 2007), a partir de los datos de las figuras 3.1 y 4.1. (a partir de Jordá y otros 2009, modificado).

fase I c y los comienzos de la fase II, la petrificación de la arquitectura doméstica en el extremo occidental cantábrico, el desarrollo de nuevos tipos cerámicos, la

fabricación y uso de útiles de hierro o la importación de algunos materiales púnicos (fig. 4.4).

Por todo ello el arranque de la fase II para el centro-occidente cantábrico, aún sin tener

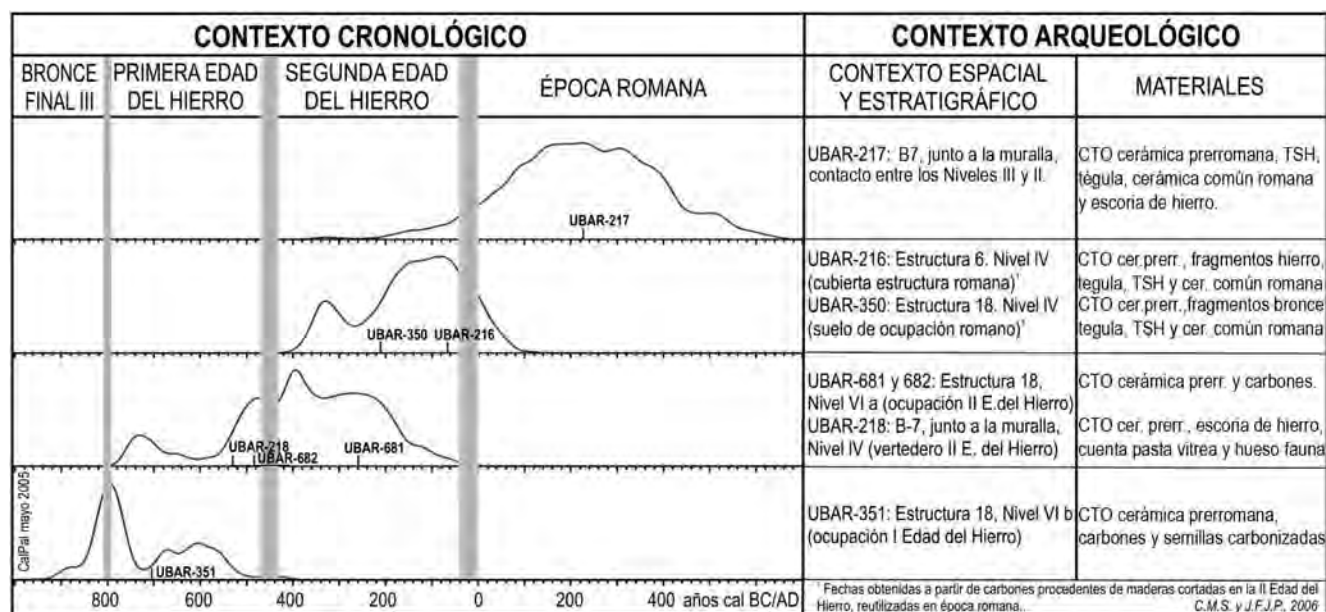


**Figura 4.3:** amplitud cronológica de la Edad del Hierro en diferentes áreas geográficas del noroeste de la Península Ibérica y del occidente cantábrico, a partir de las curvas de calibración CalPal 2007 Hulu, incluida en el software CalPal (Version March 2007) (Weninger, Danzeglocke y Jöris 2007) (a partir de Jordá y otros 2009, modificado). Para las filas “Asturias central y oriental” y “Asturias occidental” han sido utilizadas las fechas de las figuras 3.1 y 4.1. Nótese las particularidades de los sectores asturianos que justifican las fases cronológicas propuestas para el sector centro-occidental cantábrico.

prácticamente ninguna fecha en la zona central cantábrica, puede hacerse coincidir con los finales del s. V cal AC y comienzos del s. IV cal AC, para finalizar en el momento en el que se terminó la conquista de la zona cantábrica por parte de Roma en el 19 a.C. con las Guerras Cántabras (19 a.C.). Tras ese momento comienza de forma rápida la fase romana de los castros del sector. De hecho la buena precisión de la fase de transición I c (600-400 cal AC) (capítulo 3) y el hecho de que las murallas de módulos, que inauguran la fase, se fechen de forma mayoritaria a partir del 400 cal AC, nos hace situar sin titubeos en esta fecha el comienzo de la fase II o Segunda Edad del Hierro, al igual que lo propuesto recientemente para el Noroeste (González Ruibal 2003a), aunque con

las particularidades culturales cantábricas y la fragmentación territorial que ahora se observa. Además, por las distintas concentraciones de fechas (ver fig. 4.3) podríamos diferenciar entre una fase II a (400-200 cal AC) y II b (200 cal AC - 19 a.C.). Ello coincide, *grasso modo*, con dos ciclos comerciales que en parte afectaron al sector cantábrico, especialmente al costero: el ciclo púnico antiguo y el ciclo púnico reciente o romano republicano, así como con la cronología de diferentes importaciones meseteñas, que llegan desde el sur, como es el caso del numerario celtibérico, encuadrable en la fase II b.

Para la fase romana de los castros creemos que las fechas radiocarbónicas y la cronología precisa de muchos objetos que aparecen en este momento no



**Figura 4.4:** ejemplo de correlato entre fechas radiocarbónicas calibradas, y las fases que se derivan de ellas, con estructuras, estratos y materiales arqueológicos en el castro de San L.luis (a partir de Marín y Jordá 2007: fig. 4).

dejan dudas de un final de los poblados fortificados a finales del s. II d.C. Marcaremos por ello una fase III a para el periodo romano de los castros cantábricos, que coincide prácticamente con los dos primeros siglos de la Era, y dejaremos abierta la posibilidad de alguna ocupación castreña tardorromana por la aparición de algún material diagnóstico del tipo de la *Terra Sigillata* Hispánica tardía. Para ello planteamos la fase III b, que podemos situar en los ss. III y IV d.C., de la cual no tenemos fechas radiocarbónicas pues, como decimos, prácticamente todos los castros cantábricos se habían abandonado antes del final de la fase III a. Este hecho marca una diferencia con respecto al Noroeste, en donde fue más habitual la ocupación tardía de castros (capítulo 5). Creemos que dentro de esta fase final castreña (III a) es más adecuado precisar cronológicamente por importaciones del tipo de la *Terra Sigillata*, que por las fechas radiocarbónicas, cuya desviación no permite ser excesivamente preciso.

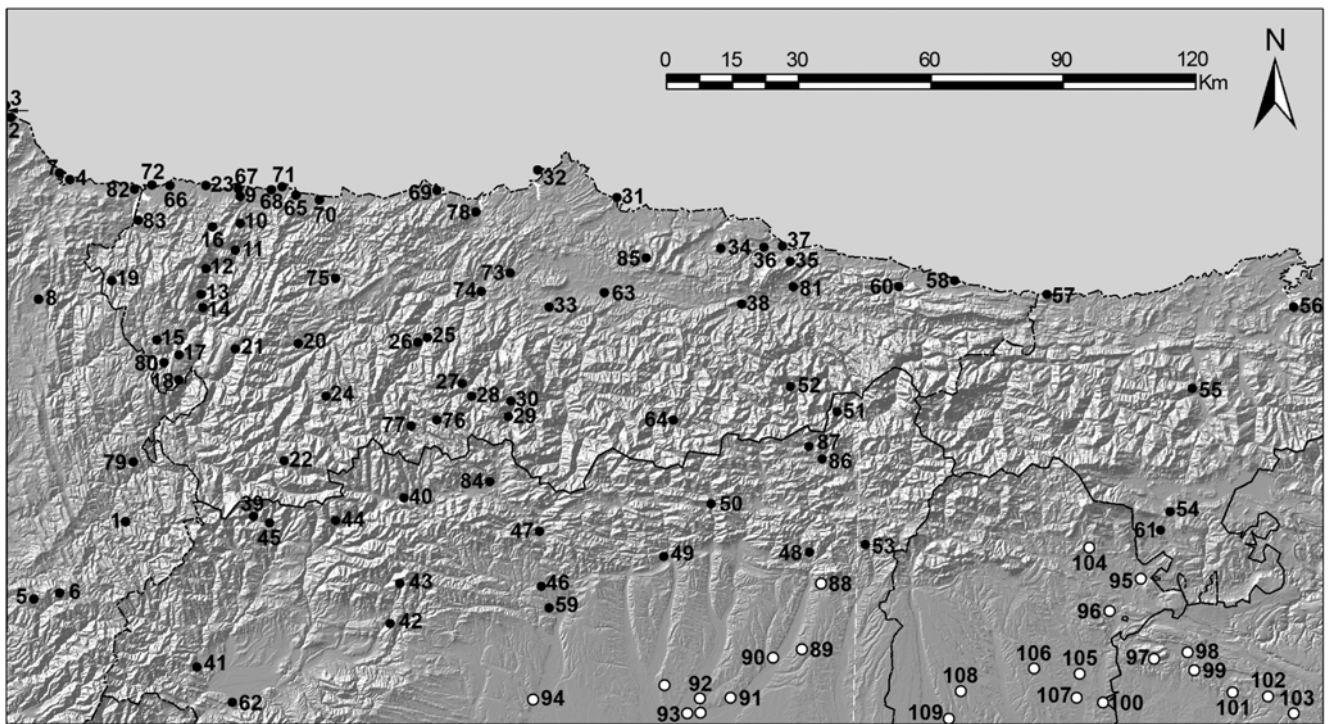
Desde fines del s. III a.C., pero sobre todo durante el s. II a.C., hay un claro cambio en la zona entre el Duero y el Miño (González Ruibal 2003a) y las planicies interiores de León (Orejas 1996), áreas en las que tradicionalmente se ha producido un contacto más abierto con otras regiones más alejadas desde la Edad del Bronce, como con el sur de la Península Ibérica (Orejas y Sánchez-Palencia 1999; González-Ruibal 2004b) o con el resto del Arco Atlántico durante el Bronce Final (capítulo 2). Ese carácter más dinámico -léase más tendente a la desigualdad- provocó el cambio del que hablamos, que sobre todo se percibe en la concentración de mucha población en grandes asentamientos (Sastre 2008: 1024) o proceso de *oppidización*. Ello ha justificado por ejemplo que para el Noroeste la fase II termine en el 125/100 a.C y que en la subsiguiente fase III se aúne la complejización social de los *oppida* y la conquista romana (González Ruibal

2003a: 49), cuyos primeros conatos en el Noroeste fueron previos que en la zona cantábrica (capítulo 5). El sector cantábrico es periférico y refractario respecto a esos procesos, por lo que será a partir de la fase II b en donde más difiera nuestra propuesta cronológica con respecto a la del Noroeste, ya que hemos preferido simplificar las fases y ajustarlas a los procesos culturales e históricos propios de las montañas septentrionales.

## 4.2 LOS PAISAJES CASTREÑOS.

### 4.2.1 Los diferentes modelos de poblamiento cantábricos (fig. 4.5).

Como ya defendimos en el capítulo anterior la composición demográfica y las estrategias de producción de los castros sugieren que la segmentación fue una las opciones más viables durante la fase I para dirimir los conflictos internos y / o cuando el crecimiento de la población pudo amenazar el carácter indiviso y el *statu quo* igualitario de la comunidad. Se ha dicho que el hecho de que los castros no crecieran y que tuvieran un sistema de intensificación de la producción fácilmente reproducible en terrenos similares indica que el crecimiento demográfico y el conflicto fueron gestionados mediante la fundación de nuevos asentamientos (Sastre 2008: 1031). Pero el problema de este modelo es que los castros sí crecieron, como hemos podido corroborar en diferentes ejemplos desde la fase I c. Por lo tanto la fase II debe entenderse como más compleja con respecto a la fase anterior. No sólo se seguirán fundando nuevos poblados que, como en la fase I, seguramente sean consecuencia de procesos de segmentación desde poblados ya existentes, sino que además observamos



**Figura 4.5:** castros de la fase II del centro-occidente cantábrico citados en el texto de los que existen materiales o alguna información relevante: 1. Santa María de Castro (Sabadelle, Cervantes); 2. Punta Atalaia (San Cibrao, Cervo); 3. Punta do Castro (Barreiros); 4. Fazouro (Foz); 5. O Modorro de San Pedro (Incio); 6. Castro de Fózara; 7. Castro Marzán (Foz); 8. Castro de Bretoña (Pastoriza); 9. El Monte del Castro (Mohías, Coaña); 10. El Castelón de Coaña; 11. Pencia (Boal); 12. La Escrita (Boal); 13. El Castelón de Eilao (Illano); 14. Pico da Mina (Pesoz); 15. Os Castros de Ferreira (Santalla d'Ozcos); 16. La Corona (Arancedo, El Franco); 17. Chao Samartín (Grandas de Salime); 18. El Pico el Castro / Castrelo de Pelóu (Grandas de Salime); 19. Os Castros (Taramundi); 20. San Lluís (Allande); 21. El Pico Castiello (Berducedo, Allande); 22. El Castro (Llarón, Cangas del Narcea); 23. Cabo Blanco (Valdeparres, El Franco); 24. Las Torres (Tremáu de Carballo, Cangas del Narcea); 25. El Castro (Ondes, Belmonte); 26. La Mata'l Castu (Vigaña, Belmonte); 27. La Cogollina (Castro, Teverga); 28. La Garba (Berrueño, Teverga); 29. La Picon (Ricabo, Quirós); 30. Cochao Castro (Villamarcel, Quirós); 31. La Campa Torres (Xixón); 32. El Castiellu (Podes, Gozón); 33. El Castiellu (Llagú, Uviéu); 34. Picu Castiellu (Moriyón, Villaviciosa); 35. El Picu'l Castu (Caravia); 36. El Castiellu (La Riera, Colunga); 37. La Isla (Colunga); 38. Argandenes (Piloña); 39. El Chano (Peranzanes); 40. El Castiecho (Villablino, Llaciana/Laciana); 41. San Sadurnín (Corullón); 42. El Corón (Folgo de la Ribera); 43. Castro de la Reguerina (Iguña); 44. Cabeza de Castro (Palacios de Sil); 45. El Castro (Peranzanes); 46. Villaceld; 47. Mallos de Luna; 48. La Cildad (Sabero); 49. Castro de Robledo de Fenar; 50. Castro Grande (Villalfeide de Torío); 51. Peña del Castiello / Cueto Songa (Ribota, Oseya de Sayambre/Oseja de Sajambre); 52. Taranes (Ponga); 53. Morgovejo; 54. Las Rabas (Celada Marlantes); 55. Cueto del Agua/Ceja de las Lombas (Arenas de Iguña); 56. Castilnegro; 57. Castrillo de Pallezo (Val de San Vicente); 58. Punta de Jarri (Llanes); 59. Adrados (Adrados de Ordás); 60. Picu Castiellu (Rales, Llanes); 61. Castrillo del Haya; 62. Castrelin de San Juan de Paluezas (Borrenes); 63. El Castiellu de Fozana (Siero); 64. Les Mueles (Llanos, Ayer); 65. El Castiello de Otor (Valdés); 66. El Castelo del Esteiro (Tapia de Casariego); 67. Punta da Figueira (Medal, Coaña); 68. El Castrillón (Andés, Navia); 69. La Cavona (Llamuño, Cuidero); 70. Castiel (Llano, Valdés); 71. El Castiel (Soirana, Navia); 72. O Corno (Viyadún, Castropol); 73. El Castiellu de Los Vallaos (Grao); 74. El Castiellu de la Mata (Grao); 75. El Castiechu (El Castu, Lluernas, Tinéu); 76. El Castu (Arbilales, Somiéu); 77. La Corona'l Castu (La Pola, Somiéu); 78. Castiellu de San Martín (Soto del Barco); 79. Liñares de Queizán (Navia de Suarna); 80. Folgosa (Grandas de Salime); 81. Picu Fáeu (Parres); 82. Os Castros de Ribadeo; 83. Os Castros de Piñeira (Castropol); 84. La Majúa; 85. Picu Castiellu la Collada (Siero); 86. Burón; 87. La Uña. Y *oppida* y/o poblados de cultura meseteña: 88. Villapadierna; 89. San Cipriano de Rueda; 90. Nava de los Caballeros; 91. Ardón; 92. Villafañe; 93. La Griega y Lancia; 94. Turcia; 95. Monte Bernorio; 96. Monte Cildá; 97. Peña Amaya; 98. La Uña; 99. Santa Cruz; 100. Los Lentejares; 101. Peñas de Albacastro; 102. San Mamés / El Perul; 103. San Vicente; 104. Monasterio; 105. Villabermudo; 106. La Fresnada (Revilla de Collazos); 107. Calahorra de Boedo; 108. San Cristobal (Villasur); 109. La Morterona (Saldaña).

novedades como pueden ser, en ciertos casos, los abandonos de poblados habitados durante la fase I, y, sobre todo, la ampliación de los caseríos y el crecimiento demográfico de muchos poblados que arrancaron su andadura durante la fase I b.

Para el Noroeste se ha dicho que en esta nueva fase se aprecia un incremento notable de la cantidad de asentamientos, la densidad de ocupación del

territorio y la variedad y amplitud de áreas ocupadas, aunque son modelos que se centran sobre todo en las áreas mejor conocidas (las áreas meridionales y las zonas costeras). Por ello se matiza que esta extensión del poblamiento se realiza de formas diferentes y con pautas no exactamente iguales en todas las regiones. En algunas zonas orientales y en el interior de Galicia los patrones de asentamiento y ocupación del espacio

parecen registrar ciertas diferencias o particularidades, que se manifiestan en diferentes ámbitos: un poblamiento más uniforme en tamaño y complejidad de los poblados, adaptado a geografías menos compartimentadas, con menor densidad de ocupación del territorio y, posiblemente, con un ritmo algo más lento de incorporación (Parcero y otros 2007: 195). Aunque sin diferenciar los castros de la Primera de los de la Segunda Edad del Hierro, es interesante ver como la mitad de los castros manejados en el estudio de Xulio Carballo (1996: 318) -occidente de A Coruña, vega media del Ulla, La Cabrera o el noroeste de Zamora- presentan una superficie habitable de entre 0,5 y 1 Ha, aunque también son frecuentes los inferiores a 0,5 Ha. En menor medida los comprendidos entre 1 y 1,5 Ha y muy escasos los que superan las 1,5 Ha. El problema de las dos últimas zonas es que existirían castros de época romana y poblados muy grandes de finales de la Edad del Hierro que alterarían estas estimaciones. Descontando la zona del sur de Galicia, en la que se desarrollaron grandes *oppida*, como veremos, en el centro y norte de Galicia son muy raros los castros que superan las 2 Ha, no llegando ninguno a las 4 o 5 (Ibid.: 318). Para la cuenca media del Ulla, en concreto, la media está en 0,78 Ha (Carballo 1990: 47). Los tamaños que barajamos para los poblados del centro-occidente cantábrico encajan perfectamente en este modelo.

En la cuenca media del río Ulla se han podido realizar buenos cálculos partiendo de la base de que los poblados tipo C son de la fase I mientras que los de los tipos A y B son de las fases II y III locales (ambas en la Segunda Edad del Hierro). Los primeros suponen un 11% mientras que los segundos son el 77% de los poblados, por lo que el incremento de castros habitados entre la Primera y Segunda Edad del Hierro sería notable. En la misma línea, aplicando diferentes métodos correctores de las propuestas clásicas de Hassan, se ha calculado cómo un castro antiguo del Ulla, como Salgueiros, de 0,23 Ha pudo tener entre 23 y 70 habitantes, mientras que uno como Cartimil, que en el cambio de era tendría unas 2,18 Ha pudo haber albergado una población de entre 218 y 645 personas. En total esta comarca pudo haber tenido en el cambio de era unos 10 hab./Km.<sup>2</sup> (en Carballo 1990: 187-188). Pese a que por la escasez de datos es complejo realizar en la zona cantábrica cálculos como los desarrollados en Galicia, podríamos pensar también que, en líneas generales, el paso de la fase I a la fase II supuso un crecimiento de la población dentro de cada castro y a su vez un notable aumento del número de castros.

### **El occidente cantábrico I: el centro-occidente asturiano y el este de Lugo.**

En una de las zonas limítrofes con nuestra área de estudio, en concreto al oeste de la misma, se

encuentra la región lucense de Terra de Lemos e Incio, que es una zona mucho menos montañosa que la comarca de O Caurel -extremo occidental de la Cornisa Cantábrica- a la que delimita por el este. Se trata básicamente de la depresión sedimentaria tectónica de Lemos que posee una altura media de entre 300 y 400 m.s.n.m. Pese a esa diferencia orográfica tiene, no obstante, un rasgo compartido con el mundo cantábrico que no es otro que la continuidad del poblamiento de la fase II en los mismos lugares que los de la fase I, marcando un claro contraste con zonas más dinámicas como el sur de Galicia o la zona costera (Arizaga y Ayán 2007: 493-496; Ayán 2005b). Evidentemente no todos los poblados son contemporáneos, pero esta zona denota rasgos bastante cantábricos en lo que a modelos de poblamiento se refiere, algo que no es raro si pensamos que se trata de la periferia inmediata de este mundo y si tenemos en cuenta que la Dorsal Gallega supuso un auténtico límite cultural entre aquella zona lucense y la costa occidental gallega (Carballo 2003). La “cultura castreña” del Noroeste deviene en diferentes grupos arqueológicos castreños de menor tamaño y entidad situados geográficamente hablando en áreas de menor tamaño que las que maneja el discurso historicista.

Sin embargo, algún castro que sí podemos entender como cantábrico, como Santa María de Castro (Cervantes, Lugo) precisamente en las montañas de O Caurel, en las cercanías del nacimiento del río Navia, con cabañas circulares en combinación con otras en planta de naipes -muy similares a las del cercano Chao Samartín- se asegura que es contemporáneo a la explotación romana del oro de las minas sobre las que se sitúa, ya que por análisis radiocarbónicos y por materiales habría que fecharlos entre el 50 a.C. y el s. II d.C. Al igual que en el Chao Samartín, también fue reutilizado en el s. XI como necrópolis, apareciendo hasta el momento 63 muertos (López Marcos 2009: 83). Como veremos a lo largo del capítulo, esa combinación de arquitectura doméstica es uno de los rasgos diagnósticos de la fase II en la cuenca del Navia, por lo que debemos entender el origen de este castro, cuanto menos, en la Segunda Edad del Hierro. Si en Terra de Lemos e Incio se observa como característica general la perduración de muchos castros durante la fase II, siendo este un rasgo bastante cantábrico, como decíamos, es lógico pensar que en O Caurel y en Os Ancares sean frecuentes también los castros de larga duración, en las mismas posiciones conspicuas que durante la Primera Edad del Hierro. El inmediato valle del Navia provee de numerosos ejemplos para así entenderlo.

Hacia la costa de la Mariña Oriental ocurre lo mismo, un castro como el de Punta Atalaia en la península del faro de San Cibrao (Cervo, Lugo) se entiende como “galaico-romano”, pero por el mero

hecho de que en su última fase de ocupación aparezca la típica mezcla de materiales indígenas y romanos (TSH, común romana, ímbrices, tégulas, cerámica indígena, aguja de cabeza en espiral, fíbula de largo travesaño sin espiral, etc.). Aparte de su potente conchero y los interesantes datos que indican que pudo ser una isla, aunque hoy sea una península, nos interesa porque es un claro ejemplo en nuestro límite occidental de estudio de un castro marítimo de, al menos, la Segunda Edad del Hierro (Ramil González 2009: 152-153; Castro Vigo 2009: 154-155). En la excavación en área se documentaron al menos dos cabañas circulares castreñas, con otros muros medievales y modernos por encima, que dan la mezcla de materiales ya citada, aunque lo que abundan son las cerámicas castreñas, de decoración incisa y con labios redondeados -no hay dibujos y las descripciones son malas- pero, nuevamente, sólo se sigue datando por su último momento de ocupación, entre los ss. I-III d.C. (Cabrera Tilve 2009: 156-157).

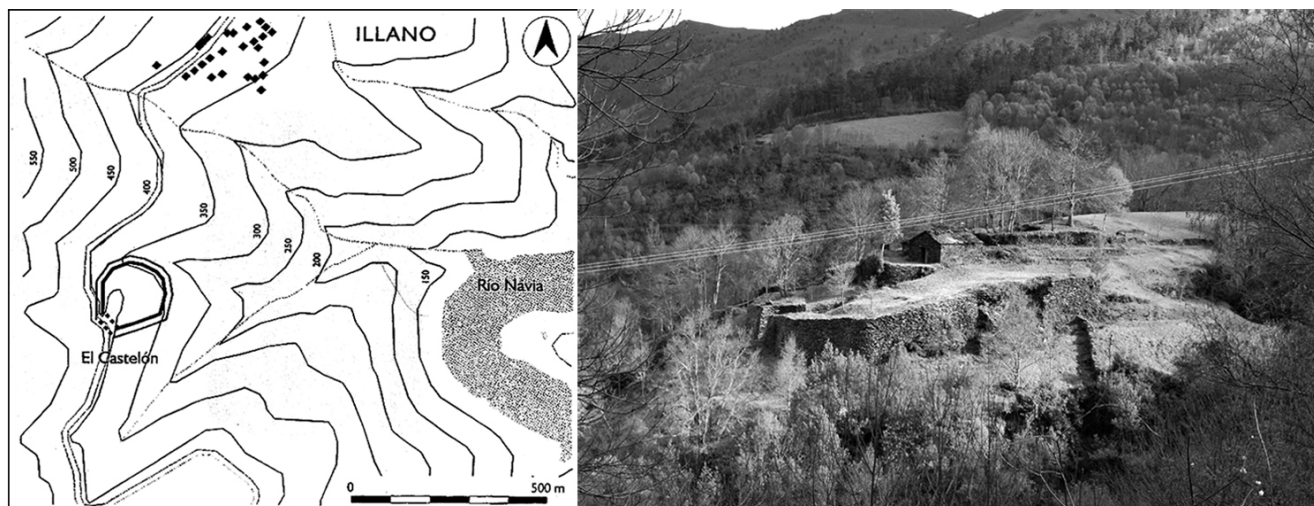
En general, el tramo occidental de la costa cantábrica (occidente de Asturias y Lugo), más concretamente el comprendido entre Burela y el río Navia, posee una alta concentración de castros (Romero Masiá 1980; Ramil y otros 1995: fig. 1C; Camino 1995b) incorrectamente datados como romanos, en función de los materiales más recientes encontrados en ellos y de la hipótesis de que las defensas complejas y multivalladas, muy frecuentes en éstos, no podían ser prerromanas (Camino 1995b: 154-179). Al margen de la cuestión cronológica, en la costa occidental cantábrica (costa oriental lucense y costa occidental asturiana) hasta el río Negro (Valdés, Asturias), hay un castro costero cada dos o tres Km. Sirvan como ejemplo los cinco castros de la margen oriental de la ría del Eo, los cuatro de la de Foz o los siete de la de Ortigueira. Las escasas rías en este tramo de costa, caracterizado por su carácter rectilíneo y ligeramente escarpado, sobre todo si se compara con la de A Coruña, proporcionaron los mejores entornos posibles para el hábitat castreño, ya que son lugares óptimos para mantener los lazos de comunicación marítima. Al este del río Negro aparecen grandes vacíos de costa sin poblamiento castreño o distancias entre ellos que suben a los diez Km. (Romero Masiá 1980: 74-75; Camino 1995b: 146-148). Con el afán individualizador y de separación física de la lógica castreña se escogen los emplazamientos propicios para tal fin que ofrece el medio costero, básicamente penínsulas, que lógicamente son las que aportan las defensas naturales más ventajosas, cabos o cerros destacados junto a los acantilados, sin que sea relevante la intervisibilidad (Camino 1995b: 148-150), como ejemplifica la Punta do Castro (Barreiros, Lugo) con dos parapetos cerrando el istmo de una península de superficie aplanada (Ramil y otros 1995: 87-91).

A la ya citada alta concentración de castros de la costa occidental cantábrica con respecto a la central y

oriental asturiana (Romero Masiá 1980; Camino 1995b: 149), se le puede sumar el hecho de que destaquen en los tramos costeros entre el Eo y el Porcía y el Porcía y el Navia, los castros por encima de las 0,5 e incluso una hectárea, con tamaños medios en ambos tramos costeros de 1,13 y 0,95 Ha, frente a otros tramos costeros asturianos todos por debajo de 0,66 Ha (excepto el tramo en donde se sitúa la Campa Torres, cuyo anómalo tamaño distorsiona la media) (Camino 1995b: 176-179). Todo ello nos hace suponer que es dicho tramo costero en donde se dieron las mayores concentraciones y densidades poblacionales de todo el sector centro-occidental cantábrico. Quizás ello pueda explicar el hecho de que se funden durante la fase II poblados como el de El Monte del Castro de Mohías (concejo de Coaña, Asturias), en un “paraje accesible” a un Km. de la costa y cerca de la desembocadura del Navia, con unas dimensiones de en torno a unas 0,7 Ha, que constituye un excelente ejemplo de cómo el proceso de sustitución de los paisajes convexos por los cóncavos que caracterizó a las zonas más dinámicas y de mayor complejización social del Noroeste (Parcero 2000) también se puede encontrar en la costa occidental asturiana. Este poblado, más que “conquistar el valle”, pese a estar situado junto al arroyo Jarrio, se ubica en una zona no destacada en el terreno, en la rasa costera, lo que obligó a sus ocupantes a redoblar los esfuerzos defensivos, como demuestran los tres enormes fosos concéntricos excavados en la roca (Martínez Fernández 1970: 125; Martínez y Junceda 1968: 188; Maya 1987/88: 48-49; Carrocera y Jordá 1986-87: 216) (ver fig. 3.12). Mohías ejemplifica en el sector cantábrico cómo la monumentalización artificial puede sustituir casi completamente a la natural. Pese a que nunca se han publicado las excavaciones “científicas” desarrolladas en el castro de Mohías, conocemos lo suficiente de su cultura material y arquitectura (Martínez Fernández 1970; 1971; Martínez y Junceda 1968; Maya 1987/88: 48-49) para poder defender su fundación durante la fase II, pese a que luego se mantuviera ocupado en la fase III o época altoimperial. También se alude a una fecha radiocarbónica del 100 a.C. obtenida del carbón de una casa (Maya 1987/88: 49).

Todo ello está indicando que la costa occidental cantábrica vivió un cierre sobre sí misma, una fragmentación del paisaje durante la fase II, lo que conlleva severos procesos de territorialización entre todas estas aldeas fortificadas. Es por ello por lo que podríamos asegurar que ésta es una de las zonas más dinámicas y mayores cambios culturales de todo el sector cantábrico.

Continuando aguas arriba del Navia hay argumentos materiales para situar el origen del castro de La Escrita en la fase I (capítulo 3) y para, ya que se localizaron abundantes materiales romanos, poder pensar que, al igual que otros muchos poblados del



**Figura 4.6:** esquema del Castellón de Eilao (en Francisco y Villa 2003/2004) y vista general del castro (fotografía de David González Álvarez).

Navia, se mantuvo ocupado y petrificó sus estructuras durante la fase II (como Coaña, Chao Samartín o Peláu). Curiosamente, en las campañas de excavación que dirigió Elías Carrocera en los años ochenta no se documentó ningún nivel prerromano, poniéndose incluso en duda los materiales antiguos localizados anteriormente en el poblado (Carrocera 1990b: 160). En el curso medio del río debemos aludir a dos poblados conocidos desde hace tiempo, y que por su arquitectura y cultura material se fechan en la fase II, si es que no vienen de antes, como ocurre con la mayoría de los ejemplos de este valle. Nos referimos al Castellón de Eilao (conocido como de Illano) y al Pico da Mina (San Martín de Oscos, junto al límite del concejo de Pesoz). El primero de ellos es un claro ejemplo de castro cantábrico de la fase II que se sigue manteniendo en posiciones claramente destacadas (fig. 4.6). Se trata de un cerro en espolón desgajado de la sierra en donde se sitúa, con una gran altura relativa respecto al fondo del valle del Navia, el cual controla desde su posición eminentemente conspicua. Cuenta con al menos dos recintos fortificados en donde son reconocibles las puertas y tres cabañas de piedra, dos circulares y una rectangular (Maya 1987/88: 32-33), que demuestran su ocupación y crecimiento poblacional durante la fase II. Al igual que en la fase I sigue controlando el acceso a las brañas de la sierra aplanada de la que se descuelga (sierra de San Isidro) mediante el acceso directo por los dos arroyos que lo delimitan, siendo éstas económica y socialmente mucho más importantes que el impracticable fondo de valle. Por su parte, Pico da Mina es un recinto de unos 3.750 m<sup>2</sup> que posee una cultura material (muralla pétreo de lienzo continuo, cabañas castreñas, cerámicas indígenas de pastas groseras y superficies espatuladas y bruñidas, fibulas de la fase II) que no deja dudas sobre su datación en la Segunda Edad del Hierro. Además de muralla cuenta con fosos de entre cinco y siete metros de anchura, en cuyos contrafosos se sitúan defensas de piedras hincadas (Villa 2004a: 6;

2007a: 208). No creemos que ello desmerezca su datación y origen, al menos, a comienzos de la fase II, ya que tan exóticas defensas se corresponden con la reforma generalizada del lugar al construirse en época altoimperial un campamento estable romano, el de San Isidro, para la explotación del oro. Se ha planteado la ubicación extrema de este castro, no tanto por su altitud excesiva (en torno a los 600 m.s.n.m.) como por su orientación, que le haría pasar inviernos rigurosos (Villa 2007a: 208). Por nuestra parte creemos que la localización de este poblado sigue los parámetros habituales de la montaña cantábrica (fig. 4.7), sobre un espolón o cerro destacado hacia el sur de la sierra de San Isidro, sobre el actual pueblo de Bousoño, con un amplio control visual de una buena porción de la cuenca media del río Navia y de su afluente el Agüeria, y por debajo de la línea de cumbres planas de las sierras situadas entre las dos corrientes fluviales mencionadas y el río Ahío. No deja de ser llamativo que por su lateral pase la carretera que sube a estas cumbres, en concreto a la sierra de San Isidro, de actual uso preferentemente ganadero y cuya explotación compartiría con el Castellón de Eilao, entre otros, pues para este pequeño concejo se conocen hasta seis castros (Díaz y Sierra 1999: 319). De nuevo el modelo cantábrico (capítulo 3) se repite en estas sierras (La Bobia, San Isidro y San Roque) en donde destacan las necrópolis tumulares en los *chaos* (llanos), collados y líneas de cumbres, documentándose además variadas tipologías de dólmenes y piedras con cazoletas (Ibid.: 319).

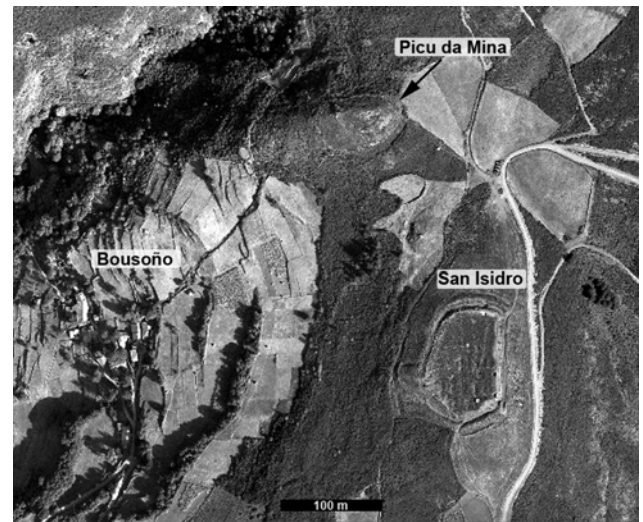
Siguiendo el curso del mencionado río Agüeria, afluente del Navia por la izquierda, nos encontramos con otro tándem castreño: Os Castros de Ferrerira y el Cortín dos Mouros de Brañavella, ambos en Santalla d'Ozcos (Villa 2004b: 8-10). Aludimos al segundo de ellos en el capítulo previo, como ejemplo conspicuo de la fase I, y como Os Castros puede ser perfectamente el poblado que hereda la población durante la fase II. Os Castros de Ferreira se sitúa en un crestón rocoso,



descolgado de la sierra y sobre el río, con una clara posición preeminente en el paisaje, que le permite tener que fortificar sólo el flanco que conecta con la sierra (dos fosos, muralla y torre). Pero topográficamente se encuentra por debajo del Cortín dos Mouros, que se enclavaba en la cima de la sierra. Ya dijimos que la tendencia de la montaña cantábrica es la continuidad de los castros de la fase I durante la fase II, mediante remodelaciones arquitectónicas y ampliaciones del espacio habitable. Es decir, que la norma suelen ser los castros de larga duración. Pero en este caso concreto pudo haberse desplazado la población entera a una cota más baja ya que en el Cortín dos Mouros no hay espacio suficiente para las habituales ampliaciones de comienzos de la fase II, tanto en la costa (Coaña, Pendia) como en las montañas interiores (San L.luis, Chao Samartín) y, por otro lado, prueba clara del crecimiento poblacional en todos los sectores cantábricos en la transición entre las fase I y II (fase I c). Un paralelo con ubicaciones parecidas, con un castro sobre otro, lo tenemos en O Caurel (Lugo) con los ejemplos de Mogoxe y Torre do Castro (Acuña Castroviejo 1996: 322).

Contrasta por tanto el modelo de la fase II del centro-occidente cantábrico, en donde en líneas generales se mantiene el carácter conspicuo en cerros destacados, espolones desgajados de las sierras o en elevaciones intrefluviales, con respecto a la zona situada inmediatamente al oeste, A Terra Chá lucense, que, como es lógico, es la zona que más castros sobre terrenos llanos o ligera pendiente (emplazamientos tipo E) tiene de todo el Noroeste (Carballo 1996: 316). Y también con respecto a la costa occidental cantábrica, en donde lo que se puede apreciar durante la fase II es la combinación de las ubicaciones conspicuas, que se mantienen, con otros ejemplos de “conquista del valle” y “paisaje cóncavo” (como por ejemplo el citado Monte del Castro de Mohías). La densidad de castros en la costa occidental asturiana y costa lucense, y esta combinación de modelos, que, *grosso modo*, podríamos definir como cantábrico y noroccidental, nos hace situar la costa occidental cantábrica en la esfera cultural y tendencias poblacionales del resto de la mitad norte de Galicia. Ello, además, se ratifica con otros rasgos sociales y culturales, como veremos en este capítulo. Por lo tanto, con excepción del modelo mixto de poblamiento de este sector del extremo occidental de la costa cantábrica, lo que caracterizará al resto del centro-occidente cantábrico, y por contraste con amplias zonas del Noroeste, es, como hemos dicho, la perpetuación del modelo conspicuo, protagonista en el paisaje, de la fase I durante la fase II y, en muchos casos, durante época altoimperial.

En esta línea el castro de La Corona de Arancedo, puede entenderse como una fundación de la fase II, ya que de momento no se conoce ningún resto que nos haga sospechar una fundación más



**Figura 4.7:** fotografía aérea del castro de Pico da Mina y del recinto campamental romano para la explotación del oro de San Isidro. Nótese la cercanía del castro de Pico da Mina a las terrazas de cultivo y al pueblo de Bousoño (a partir de <http://www.ign.es/iberpix/visoriberpix/visorign.html>).

antigua. Por el ajuar cerámico y la evolución arquitectónica del poblado ya propusimos una fundación durante esa fase (Marín 2008), pese a que reiterativamente se clasificaba como romano por el error de fechar un yacimiento por su última fase de ocupación y por la reiterada confusión entre la cerámica prerromana y la común romana. La cerámica de importación no aclara la cronología prerromana ya que tanto las ánforas como la *Terra Sigillata* ofrecen fechas altoimperial. Sin embargo, si tenemos en cuenta la combinación de cabañas en planta de naipes con otras circulares y la abundante cerámica de la Segunda Edad del Hierro, sí que podríamos aventurar una fecha de la fase II para este poblado (Marín 2008: 305-306).

Más al sur, en la cuenca del Narcea, desconocemos las fechas de fundación de muchos de los castros del concejo de Ayande, con la excepción de San L.luis. Lo que sí es interesante es ver como estos poblados están unidos por caminos que, por mucho que se quieran vincular a la fase romana y a la minería del oro, se acaba reconociendo que deben ser prerromanos y que se vinculan con el acceso a zonas de altura de explotación ganadera (Santos Yanguas 2002: 363). Como ya explicamos para San L.luis y para algunos de estos castros (como El Castro, El Castello/El Castiellu o El Pico Castello/El Pico Castiellu) (capítulo 3), tienen ubicaciones y en ocasiones materiales que nos hacen pensar en un origen en la fase I. Pero al igual que San L.luis, y como también demuestra El Pico Castiellu de Berducedo, de donde procede una arracada de oro, o el castro de La Garganta (Castro), en donde se aprecian tanto molinos barquiformes como circulares (Maya 1987/88: 48; Fanjul 2005: 181-183), este tipo de ubicaciones se mantuvieron durante la fase II, sin muchas variaciones. Estos poblados castreños, así como algún



**Figura 4.8:** vista general del castro de Tremao de Carballo (Cangas del Narcea) desde el sureste (en Flórez, García y Fanjul 2005).

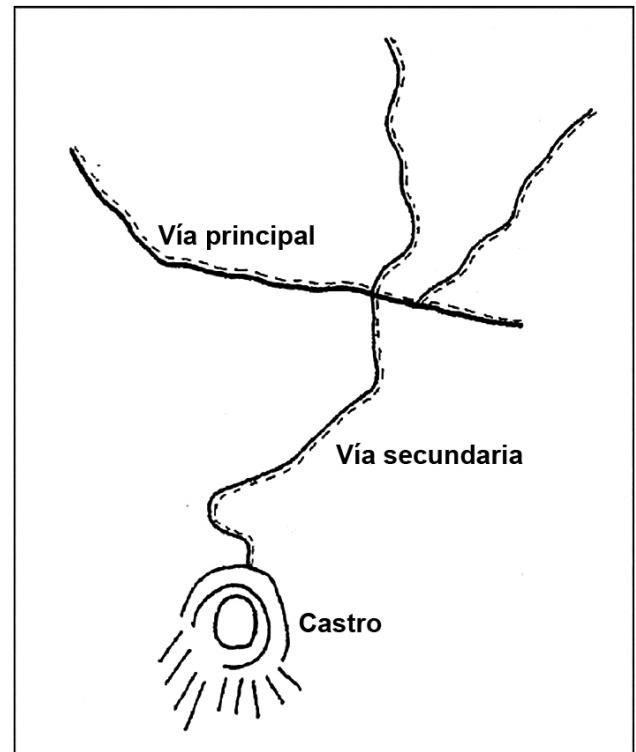
otro como El Picu el Castru (Arbeyales), se encuentran unidos entre sí por vías de las que hay que buscar sus orígenes ya no en la Edad del Hierro, sino seguramente en la Edad del Bronce, pues se desarrollan por lugares de altura en donde abundan los monumentos tumulares (Santos Yanguas 2002: 365). De hecho, la vía a la que aludimos se encuadra entre los castros de Berducedo y Arbeyales, dejando en medio las brañas de Santa Coloma para luego tender hacia el norte, a zonas donde ya no hay castros aunque sí explotaciones mineras romanas en torno al río del Oro (Ibid.: 364) así como un campamento romano, el de Moyapán (González y Menéndez 2007). Por un lado podemos pensar en el origen prerromano de estas vías y por otro en que estos castros estuvieron todavía en uso cuando los romanos comenzaron a explotar el oro, consolidando algunos de estos caminos para dichas explotaciones auríferas. También podríamos pensar que la vía de Berducedo a Bustantigo y variantes, que en líneas generales se dispone de sur a norte, y La Carreiriega de los Gallegos, que se cruza con la anterior y que va de este a oeste, son todas de origen prerromano y tenían como fundamento comunicar a los castros entre sí a través de lugares de explotación ganadera de la Sierra del Palu, de la Sierra de Carondio y del Cordal de Berducedo, en donde son bastante frecuentes los monumentos tumulares por las brañas por donde pasan las propias vías mencionadas, como por ejemplo en Santa Coloma, y también al lado de castros como el Cuturullón de San Pedro (Graña 1983; Álvarez, Menéndez y Jiménez e.p.). Siguiendo en la cuenca del alto Narcea y afluentes, podemos observar cómo en el concejo de alta montaña de Cangas de Narcea, en donde hay documentados al menos veinticuatro castros, algunos arrojan materiales asimilables a las fases II y III, tales como cerámica romana o molinos circulares, como en el Castro de Adrales, situado sobre un promontorio con una importante altitud relativa sobre el fondo del valle y dominando ampliamente el río Narcea (Fanjul 2005: 184-194). Es, como decimos, una disposición del poblamiento heredera directa del modelo de la fase I

(capítulo 3), con escasos cambios en un sentido cualitativo, aunque sí cuantitativo, por el aumento del número de los poblados fortificados en este momento y por sus mayores tamaños, lo que conllevaría una mayor complejidad en la articulación de la doble territorialización que creemos siguió dándose.

En líneas generales, todos estos castros se sitúan en posiciones muy similares a las de la fase I, de lo que cabe deducir que también en el suroccidente asturiano la tendencia sea el mantenimiento del hábitat en los mismos poblados, como corroboraríamos con el castro de Llarón, con una posición dominante sobre el fondo del valle y controlando directamente el acceso a un puerto de montaña (capítulo 3), y con abundantes materiales de fines de la Edad del Hierro y época romana (Maya y Blas 1983). No sabemos si otros ejemplos conocidos por prospección puedan ser continuación de poblados fortificados de la fase I, como es el caso de Las Torres de Tremao de Carballo, con una acrópolis donde podrían situarse presuntamente los niveles antiguos. No obstante, se trata de un poblado de 1,5 Ha, sobre un espolón colgado a media ladera a 625 m.s.n.m. y a 125 m sobre el fondo de valle del río Cimea. Podríamos pensar que en tan estrechos valles el poblamiento de vega es casi imposible, sin embargo en los fondos de las vegas encontramos pueblos actuales de los que de muchos hay referencias medievales. Tremao de Carballo posee materiales (cerámicas, molinos circulares) y estructuras (murallas de módulos) de la fase II y romanos (Fanjul, Flórez y García 2005; 2005-2006), por lo que se corrobora el conservadurismo cultural que perpetúa un modelo de poblamiento muy similar al de la fase I (fig. 4.8).

Los poblados de la alta montaña asturiana de la cuenca del Narcea suelen situarse en el hombro o terraza de los antiguos valles glaciares erosionados por los valles fluviales posteriores (González Álvarez 2009). Se trata de ubicaciones que marcan el modelo cantábrico por excelencia, que se repetirá prácticamente hasta la costa, y que es heredero del modelo de la fase I, sin grandes cambios. Las ubicaciones sobre estos hombros hace que en muchas ocasiones ni siquiera se tenga control visual directo del fondo del valle (como por ejemplo en el castro de Ondes, Belmonte de Miranda). Es evidente que los fondos de valle no fueron importantes para estos poblados, que disponen de suficientes tierras agrícolas, de suelos ligeros, como en la fase I, en las llanadas y laderas que tienen en sus laterales, y que siguen siendo las que hasta no hace mucho han cultivado algunos de los pueblos actuales situados en las inmediaciones de estos poblados. Suelen situarse los castros en lugares en donde existen en las inmediaciones tierras pardas y rendsinas pardas, buenas para la agricultura y la ganadería de tipo extensivo. Como se ha dicho para Miranda y Somiedu (Fernández Mier 1999: 168-169) estos castros de montaña tienen una peculiar relación

con el espacio económico que les rodea puesto que mientras que controlan directamente los terrenos agrícolas de sus inmediaciones, no controlan el principal recurso por el que se encuentran situados en esas posiciones, los pastos de explotación extensiva de las partes altas de las sierras donde se ubican. En la línea de lo que decimos los poblados fortificados se suelen situar controlando vías de acceso a las brañas y puertos de las sierras en donde se hallan. Por las cimas de estas sierras suelen discurrir caminos principales, muchos de ellos reutilizados en época romana, como es la vía de La Mesa, o La Serrantina, el Camino Francés o el que discurre por la cima de La Sobia y del que hay abundantes pruebas de su uso para comunicar con León desde la edad del Bronce al menos (capítulos 2 y 3). Aparte, hay otro tipo de caminos o vías principales que corren junto los castros, los que discurren a media ladera, similares a las carreteras que actualmente comunican los pueblos de estas zonas de montaña de Miranda y Somiedu, y que debemos entender como los caminos por los que se producía la comunicación habitual entre los castros que se situaran en las laderas de las mismas sierras. Por lo tanto, junto a estos castros se sitúan dos tipos de vías, las de acceso del propio castro a los pastos de altura, que podríamos llamar de ascensión, y las que faldeando comunican los castros entre sí, o transversales (González Álvarez 2009). Sin embargo, los poblados no se suelen levantar directamente sobre estos caminos, ya que las ubicaciones que incluyeran los requisitos de tipo defensivo, así como de protagonismo visual en el paisaje (monumentalización natural), obligaron a buscar los espolones y cerros destacados de estas laderas. Esta combinación de motivos hizo que se ubicaran muy cerca de los caminos principales, incluso de la intersección de los dos tipos de vías que hemos mencionado, pero ligeramente retraídos, al final de pequeños caminos secundarios que nacen de las vías principales y de las intersecciones de éstas. Si pudiéramos trasponer los análisis arquitectónicos de la espacialidad al paisaje (Hillier y Hanson 1984), diríamos que se sitúan en los lugares de menor permeabilidad, algo así como si hubieran elegido para vivir la habitación del fondo de la casa, a la que se llega tras atravesar más puertas y estancias. A ello le debemos unir el carácter conspicuo de las localizaciones, pues se siguen escogiendo referentes naturales en el paisaje, al igual que en la fase I (fig. 4.9). Se trata de un modelo espacial castreño que se ha llamado radial, frente a un modelo de círculos concéntricos de las villas medievales, que se sitúan junto a los castros. Se ha explicado dicha dicotomía por la mayor o menor preponderancia de la agricultura y la ganadería en cada caso (Fernández Mier 1999: 180-181). Sin embargo no creemos que esa sea la causa, ni siquiera que el modelo económico castreño variase en exceso con respecto al romano, ya que las aldeas abiertas que sustituyeron a los castros se



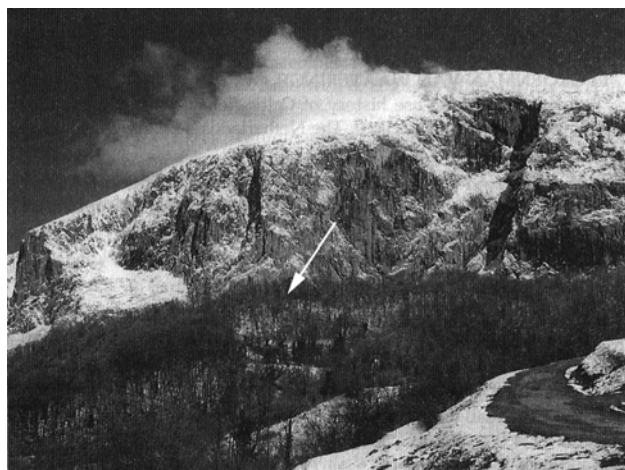
**Figura 4.9:** las ubicaciones castreñas combinan aquellos lugares que permiten a la par el control directo de las principales vías de comunicación y una gran impermeabilidad espacial, propia de los lugares con buenas defensas naturales (a partir de Fernández Mier 1999, modificado).

encuentran en las inmediaciones de éstos en la mayoría de los casos, precisamente por debajo de esas villas medievales y, por lo tanto, prácticamente con las mismas ubicaciones espaciales, con el mismo control de las tierras agrícolas inmediatas y de los caminos que suben a las brañas (capítulo 5). Creemos que lo que subyace detrás de cada modelo son diferentes identidades políticas y modelos territoriales. El modelo castreño está claramente orientado por la fragmentación y competitividad territorial y por las cuestiones defensivas que se derivan, puesto que se obliga a acceder a los castros sólo por una determinada vía, la única que permite el tránsito en estos accidentados terrenos, y que en muchas ocasiones es la que presenta las defensas más potentes ya que suele coincidir con las puertas principales de los poblados. Pensemos por ejemplo en la red de fosos monumentales y antecastro del castro de La Garba (Fanjul y otros 2007). Este modelo es posible por la fragmentación política y territorial del paisaje castreño, originada en la fase I (capítulo 3) y desarrollada durante esta nueva fase, en donde cada castro, referente en el paisaje, es símbolo de la apropiación y dominio de un territorio, que se explota agropecuariamente y que sólo se controla visualmente en parte, puesto que los pastos estivales quedan a cotas más elevadas. Lo que sí se controlan directamente son las vías de acceso a dichos pastos estivales, recurso crítico, pero que ya no se poseen en

exclusividad, sino con otros poblados castreños que también los explotan. Esta fragmentación política y territorial se perdió tras la conquista romana al integrarse políticamente todo el territorio, por lo que dejó de ser necesaria la construcción de defensas para las aldeas, que pasan a ser abiertas y a situarse junto a los castros (capítulo 5). Lo que también explicaría el cambio de relación de las aldeas con respecto a la red viaria que los circundan.

Pese a que estudios de poblamiento específicos como los del valle del Pigüena (Fernández Mier 1999) tienden a catalogar los castros como romanos, no hay ningún motivo para ello (ver la crítica en el capítulo 5). En algunos de ellos hay restos de murallas, de terrazas exteriores y estructuras circulares de piedras, como en Vigaña, que sigue el modelo espacial descrito (González Álvarez 2009). Muy similares a los castros de la alta cuenca del Narcea son los del concejo de Teberga, como La Garba, ubicado en un promontorio en ladera que controla la totalidad del valle de Teberga, a 734 metros de altura. La Garba es un castro de grandes dimensiones, estructurado en hasta cuatro terrazas fortificadas a diversa altura a las que se accede después de atravesar un sistema defensivo complejo formado por un enorme antecastro, fosos y contrafoso central excavado en la roca. Los sondeos practicados, aparte de aclarar el uso habitacional en diversas épocas de las terrazas fortificadas, han dado con la muralla exterior del poblado, que viene a ser, por su longitud entre 300 y 400 metros, una de las murallas castreñas prerromanas más extensas de Asturias (Fanjul y otros 2007). En este caso, la mencionada sierra de La Sobia, con sus monumentos tumulares y vías de largo recorrido de la Edad del Bronce, es la que aglutina la explotación estival no sólo de La Garba, sino de castros ubicados al otro lado de la misma, como La Picona de Ricabo (Quirós), también con materiales de la fase II (Maya y Blas 1973). Este castro posee buenas defensas artificiales gracias a dos arroyos que le rodean, y por ello sólo defendieron artificialmente el norte con un talud y una muralla y el sureste mediante un foso (Maya 1987/88: 61-62). La Garba controla claramente el camino que tradicionalmente se ha usado para subir a esta sierra, aunque ligeramente retirado de ésta debido a los imperativos defensivos y de monumentalización natural a los que aludíamos (fig. 4.10). Del mismo modo, el vecino castro de La Cogollina también se encuentra anexo a las sierras ganaderas de Santa Ana (Fanjul y Fernández 2009: 125).

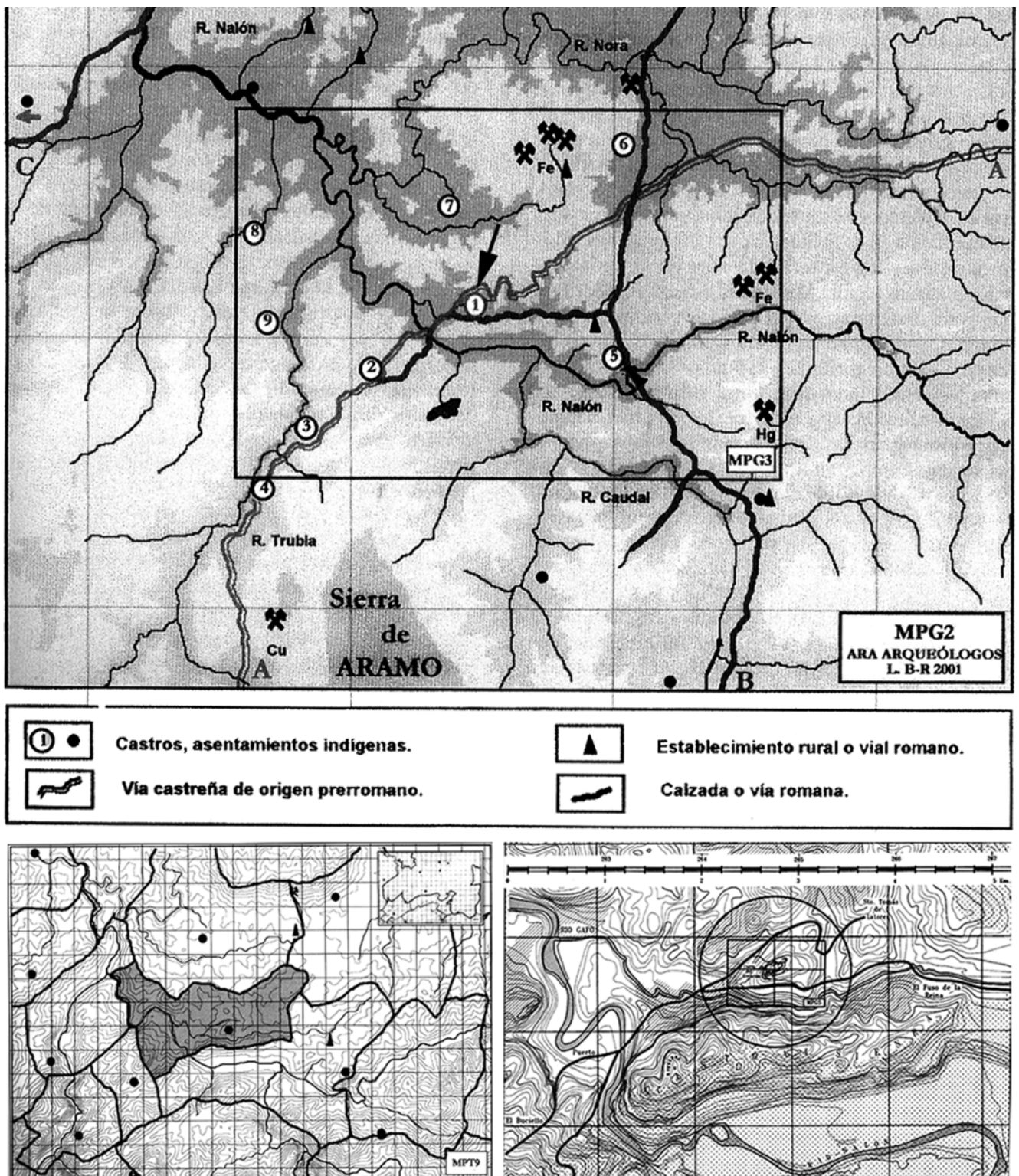
Hacia el este, continuando por la alta montaña asturiana limítrofe con León, en el concejo de L.lena, encontramos la mayor concentración de poblados fortificados del centro de Asturias. Se trata de un escarpado territorio que destaca por su potencial ganadero y minero, con ejemplos como el Castichu-Las Coronas (Tiós), El Curuchu de Reconcos o el de Tiós, entre otros, algunos de ellos caracterizados por



**Figura 4.10:** el castro de La Garba (Teberga) con la sierra de La Sobia nevada al fondo (en Fanjul y otros 2007, modificado) (ver mapa de La Garba en fig. 3.23).

las desproporcionadas dimensiones de sus defensas, especialmente de los fosos, sobre todo si se comparan con sus pequeños tamaños. De nuevo son posiciones elevadas y con amplios controles visuales, pero es casi imposible poder asignarles cronología (Fanjul y Menéndez 2004: 84-118).

Para el sector centro-oriental asturiano se han planteado una serie de características generales de poblamiento hasta el río Sella (Camino 2002: 142-143). Aunque se omite la posibilidad de que haya castros de alta montaña, se trabaja sobre un catálogo conservador y no se diferencia correctamente entre los castros de la fase I y II. Los castros se adaptarían a tres grandes unidades geográficas: la franja costera -con la rasa costera y los valles litorales- como por ejemplo la cubeta de Gijón, la ría de Villaviciosa o el sector de Colunga, con unos veinte castros en 50 Km., con penetraciones en los cortos valles costeros y altitudes que no superan los 200 m; el surco prelitoral, de nuevo con unos 20 castros en 50 Km., distribución lineal paralela a la anterior, con ramificaciones a pequeños valles y entre 200 y 300 m de altitud; y los valles interiores, principalmente el del Nalón, con unos doce castros en 40 Km. o el del Ayer con unos seis castros en 25 Km., llegando a los 700 m de altitud (Ibid.). No estamos de acuerdo con que en los tramos iniciales de los ríos no haya poblamiento castreño, ya que otros catálogos han documentado diversos castros, por ejemplo en el alto Ayer, como pueden ser Los Castiechos de Pola del Pino o el Castiechu de Felechosa (Fanjul 2007; Fanjul y Menéndez 2004). Para Jorge Camino (2002: 142) se podría hablar de una dispersión regular y extensiva, con hiatos que no superan los 10 Km. lineales, y distribuciones lineales adaptadas a valles fluviales, pero de modo discontinuo, pues se suelen adaptar a emplazamientos a media ladera de las formaciones orográficas, con alturas sobre el fondo del valle, en espolones en ladera o pequeños cerros resaltados que dominan visualmente. Se escogen vertientes en solana y la mayoría no pasa



**Figura 4.11:** el Castiellu de Llagú en su entorno: arriba, vinculación de Llagú a vías de comunicación, lugares de explotación económica y otros poblados castreños; abajo izquierda, posibles territorios de explotación económica de Llagú y los castros que le rodean; abajo derecha, entorno inmediato de Llagú y posibles vías prehistóricas de acceso al poblado (a partir de Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b, modificado).

de media hectárea. Son muy pocos los que superan la hectárea y ninguno las dos hectáreas. Se trata de ubicaciones con conexión a vías de comunicación principales, pero con distanciamiento de los caminos principales, con intervisibilidades sólo ocasionales. Compartimos la idea de que estas características deben hacer que dejemos de entender esta zona como

extensión o prolongación del núcleo del Noroeste (Ibi.: 143-144), ya que corroboran el modelo conservador cantábrico. Sin embargo, no estamos de acuerdo con que los castros no controlen puntos clave como pasos angostos, intersección de valles o puertos de montaña, o que no haya estrategias conjuntas con conexiones recíprocas entre poblados, como se ha

defendido (Ibid.: 144), ya que, por un lado, y como estamos viendo, muchos castros controlan directamente los puntos de acceso a los pastos de altura de las sierras en las que se ubican. Precisamente, si atendemos a la importancia tanto social como económica de las prácticas ganaderas entre aquellos grupos, nos daremos cuenta de que las “estrategias conjuntas” pueden observarse precisamente en estas actividades ganaderas extensivas, mientras que las prácticas agrícolas permanecerían tanto espacial como socialmente hablando a nivel de cada poblado.

Para la cuenca de Uviéu/Oviedo, en el sector central asturiano, contamos con la excavación íntegra del castro de Llagú (conocido también como Cellagú, Latores, Uviéu/Oviedo), medida llevada a cabo antes de que fuera destruido completamente por una cantera (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002a: nota 1). Se trata de una fundación de la fase II, ya que no puede llevarse más allá del s. V cal AC por sus dataciones radiocarbónicas. Se sitúa sobre un cerro calizo, al norte del arroyo Gafo, subsidiario del Nalón por la derecha. El control efectivo es sobre la vega de este arroyo, ya que al estar situado en una especie de olla con cordales que le rodean, no posee un control visual efectivo superior a 5 Km. (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 25). Sin embargo, no es del todo cierto que este castro de 1,2 Ha y 282 m.s.n.m. se halle tan cerrado sobre sí mismo, puesto que hacia el oeste se controla la vega del río Nalón, a menos de 2 Km. lineales, de la cual posee una altitud relativa de casi 200 m, justo en el vado de Puerto-Caces, por donde se cruzaría para ir en dirección a la sierra de l'Aramu. Mientras, hacia el este y el norte, todas las colinas están por debajo de esa altitud (por el norte en concreto hasta llegar a la ciudad de Uviéu/Oviedo, a la sierra del Naranco, de la cual le separan algo menos de 7 Km.), aunque se ha propuesto que su territorio llegara hasta algo antes, en la divisoria de agua con el Nora. Es por el sur por donde al otro lado del arroyo una sierra le cierra toda la visibilidad. Tras esta pequeña sierra y el río Nalón comienza la imponente montaña de l'Aramu, que llega a 1785 m. de altitud. Por todo ello, tanto por tamaño como por situación espacial, no es del todo diferente a las fundaciones de la fase I, con control de rutas como la que supuestamente pasa a sus pies y que remonta el río Trubia, por el costado de l'Aramu, hacia el sur y con una dirección general SW-NE. En época romana pasa muy próximo al castro la Vía de La Carisa. De hecho el camino que parte de Llagú se junta con La Carisa en un vado del río Nalón controlado por el castro de Picu Llanza (Ibid.: 29) (fig. 4.11), ya comentado en el capítulo previo, que no supera la media hectárea y que por materiales podría entenderse como de la fase I.

Gracias a la intervención de Llagú se ha realizado sobre este sector de la cuenca central asturiana algunos análisis territoriales, con los castros situados entre 5 y 10 Km. de Llagú, dentro de los

tradicionales *site catchment analysis* en donde se tiene en cuenta la orografía, las pendientes, las zonas potenciales de explotación, los caminos tradicionales, la visibilidad, etc. Se marcan así una serie de territorios para cada poblado, existiendo una distancia media entre ellos de 4 a 7 Km. Además, se refuerza la idea de que Llagú controla preferentemente, dentro de su territorio, el vado del río Nalón (vía hacia l'Aramu) y hacia el otro lado el desarrollo de esta vía hasta unir con la de La Carisa, que ya no se controla directamente, sino que lo hace -si es que sigue poblado en la fase II- el Picu Llanza. El problema es que esta vía secundaria puede ser romana, mientras que desde la otra que pasa a su lado, la prerromana que iría desde l'Aramu hasta Villaviciosa, tan sólo se controla un pequeño sector (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 37-40) (ver fig. 4.11). Lo que veríamos por tanto, si es que todos estos poblados son contemporáneos, es una fuerte compartimentación del paisaje y territorialización, desarrollo de las tendencias originadas en la fase I, ya que se calcula para Llagú un territorio subrectangular, alargado, de unos 2-4 Km. de ancho por unos 7 de largo, de unos 22 Km<sup>2</sup>, al que se accede rápidamente a todos sus puntos (en media hora), compuesto por prados, suelos agrícolas, vías de comunicación y manchas de bosque (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 41-42). Ampliando el *zoom* para todo el centro-oriental asturiano, se ha asegurado que cada castro controla su espacio circundante, que coincidiría con sus recursos subsistenciales, con radios entre 2 y 10 Km., por lo que, aunque no hubiera grandes dominios territoriales, el territorio económico sería la base del territorio político y se conjugaría la autonomía económica con la política (Camino 2002: 154). En esta misma línea se ha dicho, para el noroeste leonés, que los territorios de cada castro son excluyentes y que el territorio controlado por cada castro es el visible (Fernández-Posee y Sánchez Palencia 1998: 140-141). No estamos del todo de acuerdo con esta concepción de la territorialidad castreña y creemos que no habría que pensar en un paisaje completamente compartimentado, propio sin embargo de otras zonas como la costa occidental cantábrica, ya que, volviendo de nuevo a Llagú, el control de la vía que cruza el Nalón en dirección a l'Aramu, jalonada por diversos castros, no sólo posibilita la explotación de cobre, sino también el aprovechamiento de pastos estivales (ver fig. 4.11), ya que este territorio tan “pequeño” no podría sustentar una economía con tanto peso de la ganadería de bóvidos, que es, como veremos, la habitual en los castros cantábricos. Por lo tanto, creemos que en la mayoría de los casos cantábricos, y especialmente cuando nos alejamos de la costa, el territorio económico y político no coinciden de forma exacta. El pastoreo hacia prados de altura supuso una parte fundamental de sus estrategias económicas y sociales y de su modo de producción y reproducción, lo que



tuvo que obligar a la continua negociación social y, necesariamente, a compartir el control político de dichos recursos entre varios poblados. Creemos que el modelo de sociedad campesina y territorialidad cerrada no encaja para el caso cantábrico, sino que aún a finales de la fase II se mantenían notables herencias de la movilidad y espacialidad precastreña, propio del conservadurismo social de los *deep rurals*, como veremos. El hábitat en zonas de montaña hace que las características económicas, mentales y sociales de los castros difieran -sobre todo si lo comparamos a la zona llana del Bierzo, por ejemplo- y que se hereden bastantes elementos de la Edad del Bronce (Fanjul 2005b).

Uno de los mejores lugares para ver la fundación de nuevos castros en la fase II es la costa centro-oriental asturiana, con el final de Camoca y El Campón y la aparición del Picu Castiellu de Moriyón (Camino 1996). Como paralela a Moriyón podríamos entender la fundación del Picu'l Castu de Caravia, gracias a las recientes dataciones radiocarbónicas publicadas (Cid, González y Adán 2009). Pese a la localización de éstos muy cerca de la costa, siguen modelos como los de la alta montaña, en donde se sacrifican las posiciones de fondo de valle por posiciones más conspicuas incluso que las de sus predecesores de la fase I, como Camoca. Puede que ello fuera por volcarse a un paisaje más cerrado sobre sí mismo, a un territorio en donde las comunicaciones de largo recorrido cedieron importancia en favor de las vías de corto radio, por el acceso a recursos que se controlan con claridad, como es el caso del Picu'l Castu de Caravia con respecto a los pastos de la sierra del Sueve. A este respecto destaca Caravia más que Moriyón, ya que aunque éste se encuentra a una altitud algo superior a la de los ejemplos de la fase I (222 m de altitud frente a los 177 de Camoca) su ubicación relativa sigue siendo bastante similar a los de aquella fase, en cerros destacados de la rasa costera, controlando la ruta de largo recorrido que por aquí discurre y que cerca de este punto vadearía la ría de Villaviciosa. La distancia que media entre Moriyón y las cimas del Sueve es de unos 12 Km. en línea recta, lo que hace factible la explotación ganadera de estos recursos por los castros costeros de este sector. Otros ejemplos de esta zona, como el castro de la Isla, por el contrario sí que están en posiciones mucho menos conspicuas, condicionados a las altitudes y defensas naturales que ofrecen los cabos costeros elegidos para asentar un castro. Por lo tanto, no se materializaría en esta zona un “paisaje cóncavo” (Criado, dir. 1992: 250) o una “conquista del valle” (Parcero 2000: 87-88), como ocurre en el occidente de Galicia en la Segunda Edad del Hierro o en en ciertos casos del extremo occidental de la costa cantábrica, sino que más bien el modelo se asemeja al de otras zonas montañosas que basan su riqueza en la ganadería de bóvidos como Tras-os-Montes (González Ruibal 2003a: 229). En

cierta medida, en la ría de Villaviciosa y en Colunga / Caravia hay un comportamiento anómalo con respecto al resto del territorio cantábrico, en donde las fundaciones de la fase II (Moriyón, Caravia) están, en algunos casos, en posiciones más conspicuas que en los de la fase I (Camoca, Campón), y, sobre todo, porque se aprecian nuevas fundaciones que no continúan los castros de la fase I. De nuevo es en un tramo costero en donde se aprecia una mayor variabilidad de los modelos de poblamiento durante la fase II. Al igual que en otros territorios atlánticos con procesos históricos muy similares a la costa cantábrica, como la costa de Sussex (Hamilton y Manley 1997), vemos que castros como el de Caravia que se cierran sobre sí mismos, alejándose del control de las grandes rutas típicas de la fase I (como la de la rasa costera) y primando el control del acceso a la sierra del Sueve. No deja de ser, al fin y al cabo, la exacerbación de las características cantábricas que venimos definiendo, sólo que en una zona costera, de la que cabe esperar un crecimiento poblacional superior al de las zonas de montaña, lo que podría justificar el mayor número de fundaciones durante la fase II. Por lo tanto, este tramo de la costa centro-oriental asturiana posee rasgos típicos de la montaña cantábrica junto a otros que vemos, por ejemplo, en la costa occidental. Cercano a éstos, el castro de La Riera (Colunga) es un castro complejo estructuralmente y bastante grande para lo que es habitual en el mundo cantábrico. Se le pueden calcular unas 2,3 Ha, teniendo en cuenta todos los espacios defendidos por murallas/terraplenes y el antecastro. Se trata de un castro de forma alargada en el que se aprecia con claridad una acrópolis en la parte más elevada, que posee una caída vertical sobre el río Llibardón, hacia el sur, y posteriores terrazas alargadas a cotas más bajas, por el lado norte. En la zona más próxima al pueblo actual hay una elevación en la que se aprecian restos de muros, a modo de antecastro, y que, al igual que lo sería en la Edad del Hierro, es la entrada al poblado. Como vimos (capítulo 3), el origen antiguo del poblado puede aventurarse por la noticia de la aparición de un “hacha céltica de cobre” (seguramente un palstave) en el castro durante el s. XIX. La otra fase de la que se puede asegurar su ocupación es la romana, por los materiales que se conocen también desde el s. XIX. Y entre medias hay que suponerle, evidentemente, una ocupación durante la fase II. Ocupa una posición curiosa, a menos de 3 Km. del mar y a unos 4 de castros costeros de la fase II como el de La Isla, en un lugar de transición entre la rasa costera, tradicional vía de comunicación (la autovía del Cantábrico pasa a su lado), y las primeras elevaciones de la gran sierra del Sueve. De hecho, se sitúa sobre un cerro descolgado de estas laderas por la acción del río Rozaya, que rodea al poblado. Si el Picu'l Castu de Caravia controla el acceso oriental a las alturas de la Sierra del Sueve mediante el paso de El Fitu, La Riera se encuentra controlando el acceso





**Figura 4.12:** el castro de La Isla (Colunga) visto desde las defensas del Picu'l Castu de Caravia (fotografía del autor).

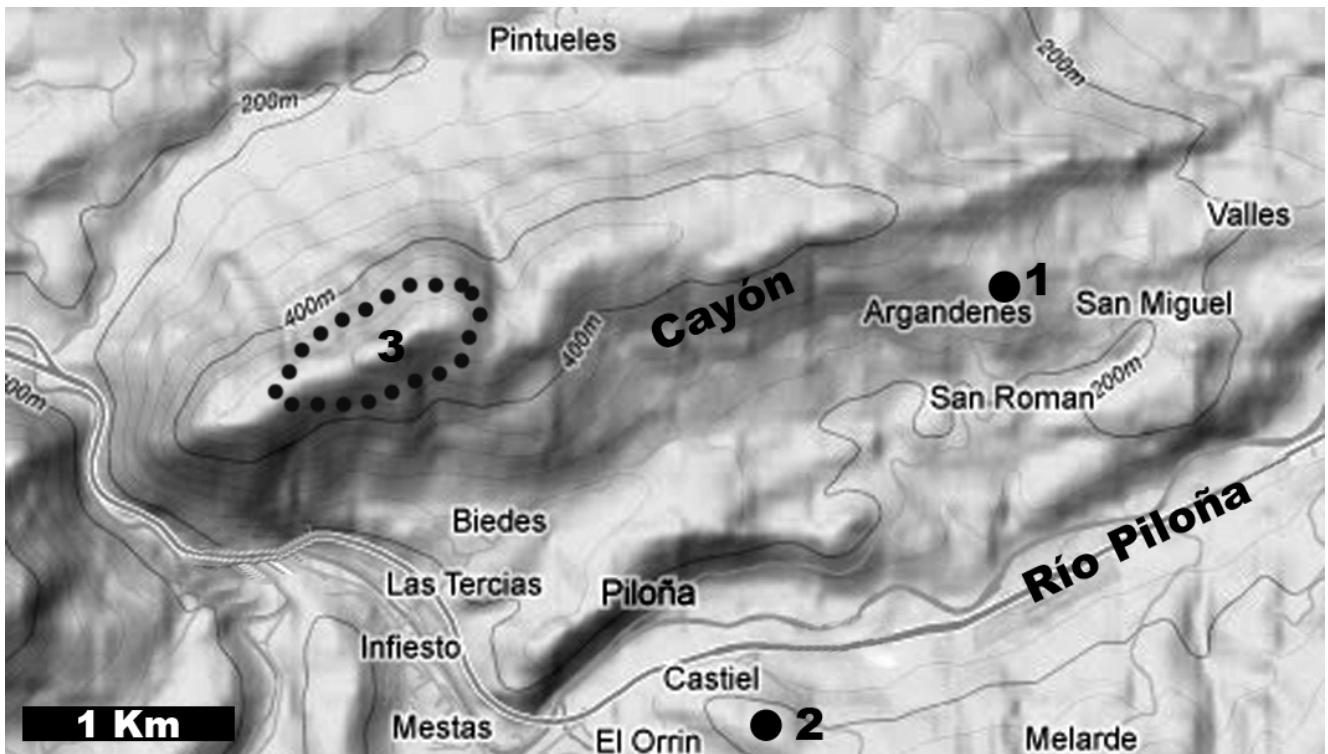
occidental más sencillo, que es el que remonta el río Rozaya hacia Llibardón y de ahí al Altu la Llama, aunque se encuentra a mucha menor altitud que aquel (sólo a 91 m.s.n.m.). En definitiva, el Picu'l Castu de Caravia es una clara fundación de la fase II (Cid, González y Adán 2009), que sigue los patrones locacionales manejados para la fase I, ratificando que según avanzamos hacia el centro cantábrico no sólo se sigue perpetuando el modelo heredado de la fase anterior sino que, como en este caso, parece agudizarse. El castro se sitúa en una posición claramente destacada, en un cerro que se individualiza de la sierra del Sueve por una amplia vaguada, lo que le hace ser visible desde un amplio sector de la costa y que a su vez tenga una gran visibilidad. Como hemos dicho, controla directamente un paso natural de acceso a la sierra del Sueve, por donde ahora transcurre la carretera que comunica ambas laderas por el Puerto de El Fito (fig. 4.12).

Para todo este sector de la costa de Villaviciosa a Caravia, y por el interior los concejos de Parres y Piloña, la importancia económica y simbólica de la sierra del Sueve debió de ser de primer orden. Podemos decir que se repite el modelo de montaña de la fase I, algo más complejo por situarse esta gran sierra junto a la costa, en la que observamos multitud de castros en las laderas y hombros descolgados de esta sierra. De nuevo las cimas del Sueve y sus laderas, que actualmente siguen siendo de mayoritario uso ganadero, son lugares en donde se documentan necrópolis tumulares, como es el caso de los alrededores de Llibardón, en valles altos que dominan pasos de montaña (Adán 1995b: 240). Y como decíamos, la importancia del Sueve no es sólo económica, sino también social y simbólica. No es de extrañar que las sierras que actualmente siguen siendo importantes por sus pastos estivales, en donde se documentan monumentos tumulares y megalíticos, y de los que conocemos castros descolgados por sus laderas, sobre espolones y cerros destacados, tengan nombres como Sueve, que proceden de la latinización

mediante el romano Júpiter (*Mons Iovis*) de una divinidad prerromana que seguramente para los habitantes prerromanos de la zona residiera en este lugar.

Al otro lado de la sierra del Sueve, en su cara norte, y a ambos lados del río Piloña, se encuentra una zona que, pese a no contar con ninguna excavación, podemos entender como de gran dinamismo durante la fase II. No son muchos los castros conocidos para este sector, ya que el catálogo más completo se ha centrado en la mitad occidental del concejo de Piloña (Martínez Vega 2003) y en contados reconocimientos del de Parres. De hecho, son abundantes los castros en este sector, mucho más que los reconocidos en algunos inventarios recientes (Fanjul 2005). No obstante, pese a las dudas de poder considerar el Pico Viyao sólo como un *castrum aestiva* de la conquista romana (capítulo 5) o, como además de campamento romano, castro de la fase I, para la fase II contamos con una serie de castros que se sitúan en posiciones menos conspicuas, con la excepción del Picu Mancobiu (Parres), del cual, no obstante, no se puede fijar ninguna cronología (Camino y Viniegra 2002). De todos modos, el río Piloña vertebra un territorio de buena comunicación Este-Oeste, principalmente a través de la continuación del surco prelitoral Uviéu/Oviedo-Nava -que realmente se puede definir como Uviéu/Oviedo-Cangues d'Onís (Martínez Vega 2003: 15)- y con el control tanto de los pastos del Sueve como el de todas las sierras a las que se accede por los afluentes del Piloña por la derecha, llegando a los pastos, aún hoy en uso y controlados por los habitantes de las diferentes parroquias piloñesas, que se encuentran fronterizos con Ponga y Campu Casu (Rubio de Lucas 2003: 138-139). En las sierras descolgadas hacia el suroeste respecto a la del Sueve, como la sierra de Cayón -continuación natural de aquella- encontramos algunos de los castros con más renombre de Piloña, como es el castro de Argandenes, en la cara sur de esta sierra. No dudamos del carácter castreño de este poblado (frente a Fanjul 2005: 107-108), con taludes que perfectamente pueden entenderse como restos de defensas y del que se conocen cerámicas de tipo prerromano y grandes bloques de piedra con motivos entrelazados (Martínez Vega 2003: 91-93). En este caso, es en sus cimas aplanadas en donde se constatan las necrópolis tumulares (seis túmulos en el Pico Fario) (González 1973: 18), alguno dolménico, como el de la Llosa Cuetu (Martínez Vega 2003: 50). Podemos deducir que de nuevo se sigue un modelo de poblamiento heredado de la fase I, que es el mayoritario en todos los sectores de montaña cantábrica, incluso en las sierras litorales como el Sueve (fig. 4.13).

Los castros del Piloña no son de un tamaño superior a los del resto de la zona cantábrica (pensemos que el recinto más reconocible de Argandenes no supera la hectárea), pero muchos sí

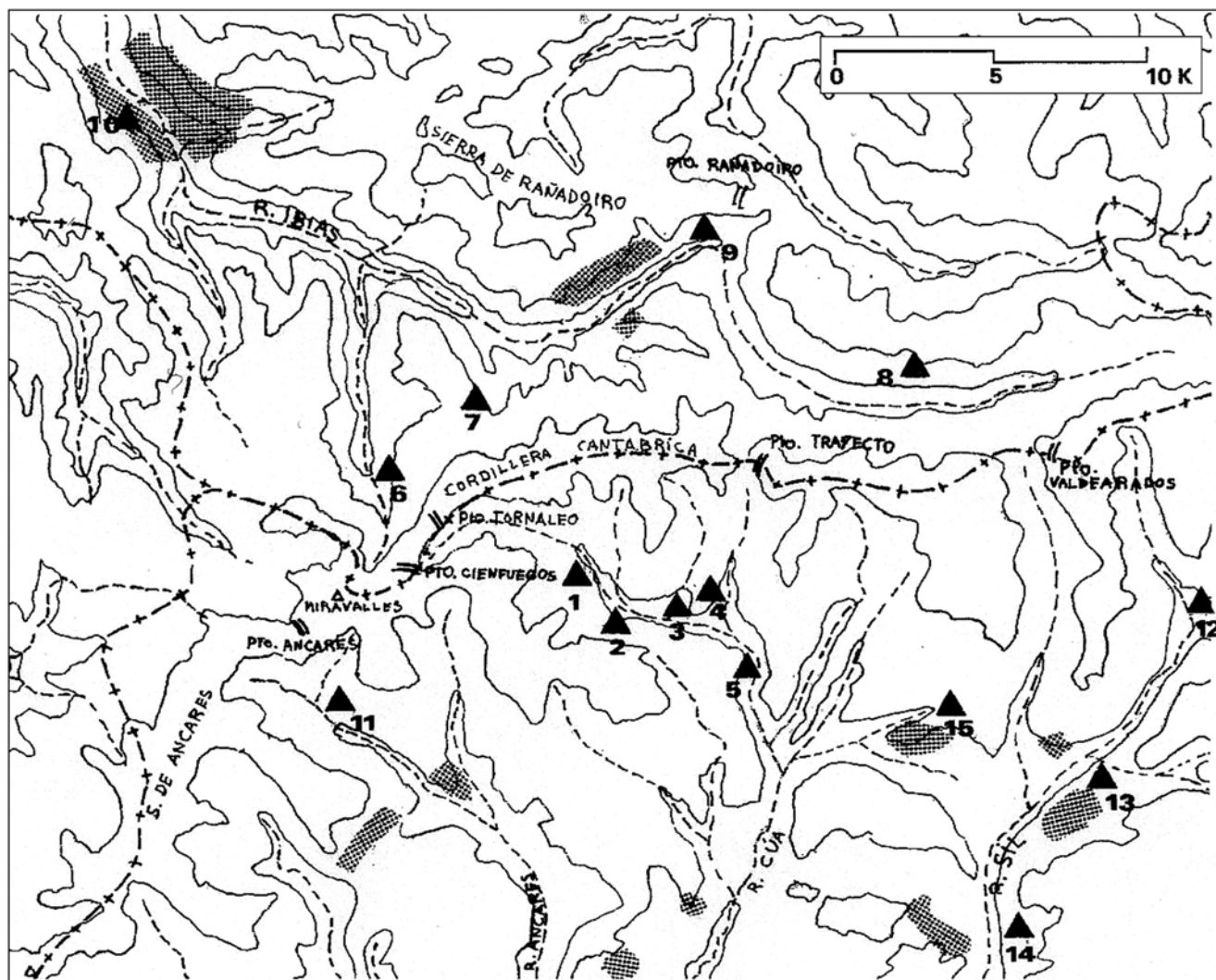


**Figura 4.13:** 1. Castro de Argandenes; 2. Castro de El Castiellu; 3. Necrópolis tumular del Picu Fario (mapa base obtenido de <http://maps.google.es/maps>).

que se sitúan en los hombros laterales del río, o de su afluente la Marea. Por esto su carácter conspicuo, sin llegar a perderse, es mucho menos relevante que en algunos ejemplos de la cara norte del Suevo (Caravia, por ejemplo). No obstante, lo que nos hace pensar sobre todo en el carácter dinámico de este territorio, es el hecho de que se trata de una isla de hallazgos relevantes rodeado de un vacío de información. Contamos con ejemplos de bajorrelieves realizados en piedra con motivos de entrelazados que proceden de castros -por ejemplo Argandenes, Piloña (Martínez Vega 2003: 91-93)-. Asimismo, de esta zona procede el ejemplo más oriental de orfebrería -las famosas diademas de Moñes-, y para los dos primeros siglos de la Era, en donde desconocemos cuántos castros siguieron ocupados durante la fase III o periodo romano, la cara sur del Suevo destaca por los epígrafes en donde aparecen mencionadas *gentes* (concejos de Piloña y Parres). Todo ello nos hace pensar en cotas de alta competitividad social entre los castros de este sector, con posibles conflictos por los pastos adonde llevar el ganado, principalmente vacuno. Quizás por ello se desarrollasen pactos, luchas y alianzas a larga distancia por parte de las elites locales, con el recurso simbólico de ciertos elementos (orfebrería, arquitectura decorada), que en principio son más propios de la mitad occidental asturiana.

El problema del estudio de los modos de poblamiento en la zona centro-occidental cantábrica es que, cuando nos alejamos mínimamente de la costa, el modelo para la fase II parece ser el mismo que el de la fase I, o al menos muy similar. Por ello, es mucho más complejo que en el Noroeste poder asociar tipos de

emplazamientos con cronologías. No obstante, podría aventurarse una dualidad de procesos históricos para el tránsito de la fase I a la II en el occidente cantábrico: por un lado tendríamos las montañas y valles interiores, más conservadores en lo que se refiere a los modos de poblamiento; y, por otro, la costa, con ocupaciones más intensas y con mayor concentración poblacional que en el interior. En la costa vemos las clásicas ubicaciones que ofrecen las penínsulas, cabos y promontorios de la rasa costera, cuyas particulares morfologías son una traba a la hora de establecer modelos, y a su vez puede diferenciarse en un modelo para la costa occidental asturiana y otro para la costa centro-oriental. La mayor intensidad del poblamiento costero podría deducirse de la concentración de castros desde la fase I, por ejemplo en la ría de Villaviciosa (Camoca, La Corolla, El Olivar), o a las orillas del bajo Navia (Coaña, Pendia, La Escrita). El carácter más dinámico e intensamente ocupado de la costa pudo haber provocado que los cambios en la transición a la fase II fueran más notables que en el interior, dentro de un proceso más generalizado de abandono y fundación de poblados, así como de cambios del modelo de poblamiento y de la orientación económica de los nuevos castros. Así, para el bajo Navia y costa occidental asturiana, aparte de que muchos poblados seguirían ocupados con los cambios y reformas arquitectónicas propias del momento y las ampliaciones provocadas por el crecimiento poblacional (Coaña, Pendia, Cabo Blanco), veríamos también la fundación de nuevos poblados, como Arancedo, que seguiría manteniendo ubicaciones similares a las de la fase anterior, o



**Figura 4.14:** castros cantábricos en la unión entre Lugo, León y Asturias: 1. El Castro de El Chano; 2. Reconquius; 3. Las Melandriegas; 4. El Castro de Peranzanes; 5. El Castro de Cariseda; 6. Cecos; 7. Villameirín; 8. Los Castros de Degaña; 9. El Castro de L.larón; 10. El Castelo de San Clemente (Ibias); 11. La Corona de Espinareda de Ancares; 12. Cabeza del Castro de Palacios de Sil; 13. Techocastro de Páramo de Sil; 14. El Corón de Santa Cruz de Sil; 15. El Castro de Anllares (a partir de Celis 2002, modificado y corregido).

Mohías, que supone una clara ruptura con el modelo castreño previo y un ejemplo de “paisaje cóncavo” que de momento hemos de circunscribir a la costa occidental cantábrica. Por su parte la costa centro-oriental asturiana tuvo también drásticos cambios, pues dicha transición supuso el fin de varios poblados, y su sustitución por otros de nueva planta (Moriyón, Caravia) que, al contrario que en la costa occidental, no perpetúan el modelo previo ni conquistan el valle, sino que parecen situarse en puntos más conspicuos en el paisaje. Se trata de un tipo de enrocamiento en el paisaje que no es del todo extraño en otras zonas castreñas atlánticas “poco dinámicas”, como ciertos sectores del sur de Inglaterra, en donde el interés durante el segundo Hierro parece estar centrado en el control directo de ciertos recursos (pastos de montaña para el caso de Caravia y seguramente también Moriyón) más que en los contactos a larga distancia que ofrece la situación costera (contacto marítimo y terrestre a través de la rasa costera, como vimos en Camoca).

Mohías y Caravia suponen dos modos dispares de territorialización, dos modelos castreños distintos y contemporáneos en el tiempo, que *grosso modo* podemos relacionar con un modelo más noroccidental para el primero y con otro más cantábrico para el segundo. Por otro lado el interior cantábrico, las altas montañas y valles compartimentados que en estas latitudes nacen junto a la misma costa, parecen seguir modelos similares a los de la fase I. Pese al abandono de castros (Picu la Forca) y la presumible construcción al comienzo de la fase de otros muchos nuevos, así como el mantenimiento del hábitat de los ya ocupados, que por norma general suelen ampliar sus recintos y construir nuevas defensas, los modelos de poblamiento parecen ser prácticamente idénticos a los de la fase I (capítulo 3). Se advierte la preocupación por controlar el acceso a los pastos de altura y destacar en el paisaje, a modo de legitimación simbólica y efectiva del territorio que cada poblado controla y explota. A la hora de hablar de la ganadería tendremos

ocasión de ver algunos ejemplos concretos en casos de alta montaña.

### **El occidente cantábrico II: la Montaña Leonesa.**

Este sector se caracteriza por la escasez de intervenciones arqueológicas, con la excepción de la de los castros de Adrados y Villaceid, o la del Chano, pero con grandes áreas vacías de información. Tan sólo podremos recurrir a las características locacionales y tamaños de los poblados para conseguir un doble objetivo. Por un lado intentaremos vincular todo este sector con el área asturiana, pese a que algunos prefieran relacionarlo con la zona llana leonesa o con el Noroeste (Celis 1996: 60), antes que con el territorio del que forma una unidad geográfica y, pretendemos demostrar, cultural. Los tamaños y ubicaciones de los castros muestran rasgos claramente cantábricos, vinculación que se corrobora por las escasas muestras conocidas de objetos muebles (cerámica, metalurgia) y estructuras (principalmente algunas cabañas circulares). Por otro lado pretendemos ir marcando la posible frontera cultural entre los grupos cantábricos y los meseteños, es decir, entre los grupos caracterizados por regirse por formas de economía moral de los que lo están por economías políticas.

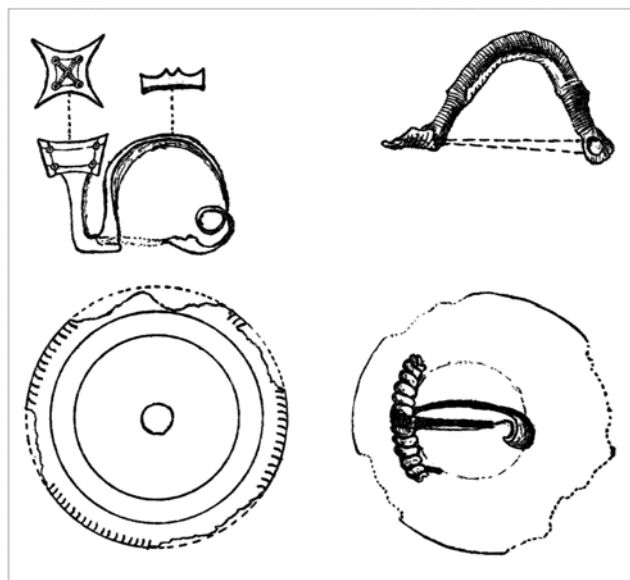
Se observa en esta región cierta variabilidad locacional, con castros en oteros no excesivamente elevados. No obstante la mayoría sigue los parámetros cantábricos, heredados de la fase I, pues son castros de pequeño tamaño (no suelen superar la hectárea) que se sitúan en auténticos farallones rocosos con escarpes calizos o cuarcíticos, en emplazamientos tales como cerros cónicos, troncocónicos, mesetas tabulares, espolones o cordales calizos, colgados sobre las vegas de los ríos, pero no en ellas. Las defensas monumentales consisten en fosos, terraplenes, entradas protegidas, antecastros o fortines, añadidas sobre las defensas naturales (Gutiérrez González 1986-87; Celis 1996: 59-60) sin que se aprecien sistemas multivallados.

Comenzaremos por el extremo noroccidental de León, en los Ancares, alto Cúa y alto Sil. Hay numerosos castros localizados y se reconoce que hay muchos más sin catalogar. Aunque habitualmente se tiende a vincularlos con la minería del oro, lo cierto es que por morfologías y ubicaciones, así como por la comparación con el único excavado en este sector (el Chano, Peranzanes), claramente de la fase II, podemos aventurar ocupaciones principales en este periodo para la mayoría de ellos. Es interesante observar como se sitúan siguiendo los cursos fluviales, en los laterales de éstos, sobre cerros y espigones descolgados de las sierras que delimitan dichas corrientes. Se reconoce que muchos de ellos sacrifican las mejores tierras agrícolas, como el Chano, situadas en los fondos de

vega, por controlar los accesos a espacios de los que evidentemente se buscaba una explotación ganadera. En este sentido forman una unidad junto al inmediato río Ibias (Asturias) y el alto Navia (Lugo). Al igual que el castro asturiano de Llarón controla el paso por el puerto del Rañadoiro, estos castros leoneses están situados sobre rutas que permiten el acceso rápido a los puertos que comunican ambas vertientes de la Cordillera Cantábrica, caso del castro de La Espinareda de Ancares con respecto al puerto de Ancares, el Chano con respecto al puerto de Tornaleo y Cienfuegos, o los de Las Melandriegas y el Castro de Peranzanes con el puerto del Trayecto (Celis 2002: 199-200) (fig. 4.14). Por un lado, estos datos ponen de manifiesto las similitudes culturales de todo el suroccidente de la Cornisa Cantábrica y, por otro, nos indican una continuidad locacional y socioeconómica de las montañas cantábricas durante la fase II con respecto a la fase I.

Gracias a las descripciones arqueológicas de Tomás Mañanes contamos con información del norte de León (Ancares, Alto Bierzo y Llaciana/Laciana) de importante trascendencia cultural. En Rioscuro (Llaciana/Laciana, León) hay un castro a 2 Km. del pueblo, sobre la margen izquierda del Sil, denominado La Devesona/El Castiecho/Cerro del Castro y la Muela del Castro. Está flanqueado al sur por dos fosos, zona donde también se aprecia la muralla de pizarra de entre 2,8 y 4,4 m de anchura, aunque en la puerta llega a los 5,6 m., y allí aparecieron en rebuscas tres casas redondas de 3,5 m de diámetro y también otras con esquinas interiores angulares. También utensilios de hierro, monedas romanas, molinos circulares y fragmentos de TSH (Mañanes 1988: 17). De nuevo se aprecian restos de estructuras circulares, ubicadas en diferentes terrazas, en el castro del monte San Sadurnin (Corullón, muy próximo a la vía actual que une el Bierzo con Galicia). A 1000 m de altitud su planta es alargada, tiene muy buena visibilidad y se aprecia algo de la muralla y el foso (Ibid.: 59). También aparecen casas circulares en El Corón de Folgoso de la Ribera, en un cerro testigo sobre el río Boeza, protegido con muralla, tres fosos y una fuerte pendiente natural (Ibid.: 63). Entre el Boeza y el arroyo de La Reguerina también está el Castro de la Reguerina (Igueña), protegido de la zona que da al monte con una muralla y un gran foso de 10 m de anchura. Habría “hornos” circulares que seguramente haya que entender como cabañas de planta circular (Ibid.: 68). En La Mata del Castro (Cabanillas de San Justo), rodeado completamente por una muralla y un foso, tiene varios pozos circulares con piedra alrededor que asemejan cabañas, de entre 2,5 y 3 m de diámetro. Uno de ellos tenía dentro un molino circular (Ibid.: 72).

En Palacios de Sil la Cabeza de Castro se sitúa al final de un cordal montañoso, en espigón y rodeado por arroyos y por el mismo río Sil. Emplazamiento en



**Figura 4.15:** fibulas y apliques decorativos de la fase II del castro de Villaceid (en Morán 1956/61).

altura que además tiene un potente foso al norte, en la zona de unión con la montaña. Es difícil reconocer la muralla. Se han documentado varias casas escalonadas en la ladera, rectangulares de esquinas exteriores redondeadas e interiores en ángulo recto. Una de ellas tiene 3,4 m de lado. Apareció material romano como TS y vasos de paredes finas, pero también otro claramente prerromano, como es cerámica indígena. Tiene aspecto de castro romanizado (Mañanes 1988: 79-80). El Castro de Peranzanes también tiene restos de casas circulares. Está en un cerro testigo pizarroso sobre el río Cúa. Tiene tres fosos y la muralla sólo se aprecia en la zona de más pendiente (Ibid.: 85).

Como venimos argumentando desde el capítulo 2, la zona del Bajo Bierzo mantiene desde al menos el Bronce Final unos rasgos propios que, como vía de comunicación y zona de paso entre el noroeste de la Meseta y el suroccidente gallego, le hacen beber de ambos mundos. No por casualidad discurrirá por allí en época romana el tramo de la Vía XIX que unía *Asturica Augusti* y *Lucus Augusti*. Por ello, conforma un grupo arqueológico muy particular para la Segunda Edad del Hierro que, cuanto menos, resulta extraño que se haya tomado como “paradigma” de lo castreño (por ej. Sastre 2008). En lo que a nuestro estudio se refiere, podemos decir que son formas culturales que, pese a su cercanía geográfica con el mundo cantábrico occidental que acabamos de describir, difieren bastante de las de éste. El río Cúa posee en su tramo alto un poblado como el Chano, eminentemente cantábrico y con formas culturales que lo hacen asimilable a castros del suroeste asturiano como San L. Luis. Mientras, en su curso medio, un castro como el del Cerro Vizcaíno (Quilós, Cacabelos), con una situación en espolón aprovechando un meandro del río (Díaz y Garín 1998) como en muchos casos cantábricos, y un tamaño grande, unas 2,7 Ha, podría ya estar anunciando una

transición hacia las características culturales del Bajo Bierzo.

Pero sin duda, serán dos de los ejemplos clásicos de este territorio septentrional leonés, los que mejor nos servirán en el propósito de marcar un *límite* cultural. Nos referimos a los castros de Adrados y Villaceid que, por materiales, pueden ser adscritos a la Segunda Edad del Hierro y entroncar ambos con época romana. El castro de Adrados (Adrados de Ordás, León), en la ribera del Órbigo, ofreció, entre la mucha cultura material de allí obtenida por Morán, varias piedras de granito aplanadas por uno de sus lados que por las descripciones dadas parecen ser molinos barquiformes (Morán 1956/61: 103). Pese a ser un yacimiento catalogado como un castro perteneciente a la montaña norte leonesa (Gutiérrez González 1986/87: cuadro) y, por tanto, en la supuesta onda de los castros cantábricos, presenta unos rasgos que en buena medida pueden ser catalogados como meseteños, por lo que nos es útil para marcar el límite meridional de nuestra zona de estudio en esta parte de la provincia de León. Como ya dijimos (capítulo 3 y fig. 3.14), a tan sólo 7 Km. de éste encontramos el castro de Villaceid, con un tamaño excesivo para lo que es la norma en el ámbito cantábrico (Morán 1956/61: 105), y con claras evidencias de haber ampliado su caserío. Seguramente arranque de la fase I, aunque está ampliamente representada la cultura material de la fase II (fig. 4.15), por lo que de momento no sabemos qué extensión del poblado cabe asignar a cada momento. Es curioso constatar cómo si en el anterior los niveles de la Segunda Edad del Hierro se caracterizaban por las casas cuadrangulares de entre 9 y 12 m<sup>2</sup>, alineadas a modo de calles rectas y con muros medianiles, en el de Villaceid esos mismos niveles se ven representados por casas circulares y “calles tortuosas y curvas”, aunque también existe alguna casa cuadrada. Además, Villaceid se encuentra en una loma casi inaccesible, con muy buenas defensas naturales. Lo llamativo de este poblado, y por lo que podría pensarse en un origen en la fase I b del mismo, es que de él proceden dos hachas de piedra pulimentada (una triangular de corte recto a doble bisel y la otra alargada), así como un gran hacha de cobre de filo curvo “que imita a las de piedra”, y otra más pequeña a modo de escoplo (Ibid.: 107-108). Por lo tanto, la distancia entre Adrados y Villaceid es también una distancia cultural, asentada sobre una distinción geográfica, pues si Adrados se encuentra en los confines septentrionales meseteños, Villaceid ya lo está en el piedemonte cantábrico. Al norte de Villaceid observamos en el río Luna, en la comarca de Babia, el castro de Hurgas de Babia en el que se han reconocido todos los elementos defensivos descritos más arriba, así como estructuras circulares en el de Mallos de Luna (Celis 1996: 60). Debemos por tanto entenderlo como un *continuum* desde Villaceid hasta el territorio asturiano, con las

estructuras domésticas circulares documentadas en castros de la vertiente asturiana, caso del mencionado de La Garba (Teberga). De hecho algunas fibulas de Villaceid, con placas circulares decoradas, con anillas concéntricas y botón cilíndrico, se entienden como tipos propios, no meseteños, y se han comparado a otros ejemplares de La Cildad de Sabero. Por tanto todo el sector leonés entre Las Omañas, L.laciana/Laciana y Babia puede entenderse como culturalmente cantábrico por las características de los castros que allí aparecen, ya que pese a que de muchos no contamos nada más que con someras descripciones, se pueden inferir posiciones conspicuas y una combinación recurrente entre defensas artificiales y buenas defensas naturales. Algunos ejemplos en torno al río Omañas son Las Coronas (Vegarienza), en alto, con defensas naturales y planta circular; La Cerca (Guisatecha) sobre un lugar estratégico, con grandes fosos en la roca madre y un bastión defensivo; o El Cerco (entre Riello y Oterico) sobre un monte inaccesible en algunos de sus lados por la verticalidad, con dos grandes fosos defensivos e interior llano, entre otros. Además, la mitología recogida en estos lugares repite los esquemas de la asociada a los castros asturianos y cántabros, con presencia de moros y reinas moras, pero también de juegos de bolos de oro macizo, y con un especial protagonismo de la Noche de San Juan (Morán 1956/61), que como vimos (capítulo 1), son una importante fuente de conocimiento arqueológico. Son muy interesantes todas las vías tradicionales, como la “rodera asturiana”, que comunican estos castros y que discurren *grosso modo* de sur (Astorga, y procedentes de Extremadura) a norte, a los puertos con Asturias (la Magdalena, L.leitariegos / Leitariegos), y que tradicionalmente han sido cañadas de merinas (Morán 1956/61: 129; Rodríguez Pascual 2003: 215).

La línea o frontera cultural que venimos manejando desde la Edad del Bronce entre los grupos cantábricos y meseteños para la provincia de León no sólo se siguió manteniendo a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, sino que ganó consistencia. Se ha marcado una falla que corre de este a oeste, la cual delimita por el sur a la Cordillera Cantábrica y corta el curso de unos ríos que principalmente se disponen de norte a sur, desde el Luna al Esla, por lo que además es una buena vía de comunicación (Gutiérrez González 1986-87: 330). En esta misma falla ya hay abundantes castros (Ibid.: mapa 1), en muchos casos auténticos guardianes de las puertas naturales que son las vegas de los ríos, una vez que se encajonan, hacia los cursos altos situados al norte. Los castros de esta falla y los que se sitúan en la cuenca alta de los ríos leoneses a partir de ella han de ser considerados castros cantábricos ya que, al igual que propusimos para la Edad del Bronce y fase I, con quien comparten rasgos culturales es con Asturias, antes que con la llanura sedimentaria leonesa (ver fig. 4.5).

Por lo tanto, desde el arranque mismo del piedemonte cantábrico, que en el centro-norte de León podemos situar a la latitud del pueblo de La Robla, encontramos castros de tipo y tamaños cantábricos. Un ejemplo es El Castro de Orzonaga, al cual Gutiérrez González le calcula unos 80 x100 m en sus ejes principales (1986-87, cuadro), mientras que nosotros hemos podido calcular su extensión en 1,3 Ha gracias a la fotografía aérea, pareciéndonos desmedida la de 100 x 200 m que presentan algunos (González García y Miranda Pérez-Seone 1989: 106), aunque por ciertas formas visibles en el terreno no habría que descartar posibles ampliaciones. A menos de 2 Km., hacia el sur, en la entrada natural hacia el pie de monte cantábrico que forma el río Torío entre Robles de la Valcueva y Naredo de Fenar, llamada Vega Ipina, encontraríamos el primer castro que, viniendo desde el sur, podríamos calificar como cantábrico, El Castro de Naredo. De forma cónica, con dos líneas concéntricas de taludes-aterrazamientos que esconden una defensa y unido por el norte a otra elevación mayor llamada el Cueto (González García y Miranda Pérez-Seone 1989b: 75) le hemos calculado casi 2 Ha. El primero se encuentra a 1052 m.s.n.m., mientras que el segundo llega a los 1094 m.s.n.m. Estos dos castros han sido vinculados con los otros castros de la cuenca alta del Torío, como son los de Cármenes, Getino o Villalfeide (Ibid.: 330), aunque habría que pensar en un sistema más complejo y no tan lineal, con otros poblados castreños sobre los valles secundarios que forman los ríos y arroyos subsidiarios del Torío. Sería el caso del castro de La Valcueva (Ibid.: cuadro y mapa 1) o el posible castro de Llaneces, en donde aparte de una topografía adecuada se encontraron restos de molinaria plana (González García y Miranda Pérez-Seone 1989: 106). O los del valle de Villalfeide que forma el arroyo Carrecillas (González García y Miranda Pérez-Seone 1991-1992), pero destacando, sobre todo, los castros del valle de Fenar, como es el caso de El Castrillo de Rabanal (González García y Miranda Pérez-Seone 1989b: 74) a medio camino entre el valle del Torío y el del Bernesga, o el del Castrillo de Robledo, en la vertiente sur del valle de Fenar, en una zona mucho menos abrupta (Gutiérrez González 1986-87; González García y Miranda Pérez-Seone 1989b: 75).

Tanto el castro de Orzonaga como el de Naredo repiten de nuevo el modelo que ya vimos en ejemplos que arrancan de la fase I, como el castro de Alava (Salas, Asturias), en donde sobre una ubicación claramente estratégica se controla directamente una vía de comunicación importante, en este caso la estrecha vega del río Torío que corre del norte al sur. Pero por otro lado, a través de vías secundarias como es la del arroyo Rodavalle, que pasa por límite mismo del castro de Orzonaga, se accede a brañas de altura de explotación ganadera a algo más de 2 Km. lineales. Por ejemplo a algunas con sugerentes nombres como

Bustatall, y a algo más de 4 Km. lineales las actuales sierras y brañas del término de Llaneces, valoradas por sus pastos para ganado “mayor y menor”, el cual puede pastar allí tanto de día como de noche, así como por sus prados de guadaña y rozo, lo que propició numerosos litigios por la explotación de todo ello entre Llaneces y Orzonaga entre los ss. XIII y XVI (González García y Miranda Pérez-Seone 1989: 87-89). Precisamente en estas sierras, la referencia a límites y mojones de los términos medievales con la forma “la arca a la Collada de Lombera”, “la muria que llaman de Corollos”, “un arca (...) situada a la fuente Bajera”, “o una piedra grande arrimada a un Roble” (Ibid.: 90) nos hacen pensar en monumentos megalíticos sobre estos pastos de altura, reutilizados como marcadores de límites e hitos de término desde época medieval (Martinón Torres 2001). Todo ello unifica, en cierta medida, el modelo para todo el sector centro-occidental cantábrico que ya definimos ampliamente para la fase I (capítulo 3) y que se perpetuó durante esta fase II, desde el mismo piedemonte cantábrico (tercio norte de León y el extremo norte de Palencia y Burgos) hasta alcanzar no pocas zonas de la costa septentrional peninsular.

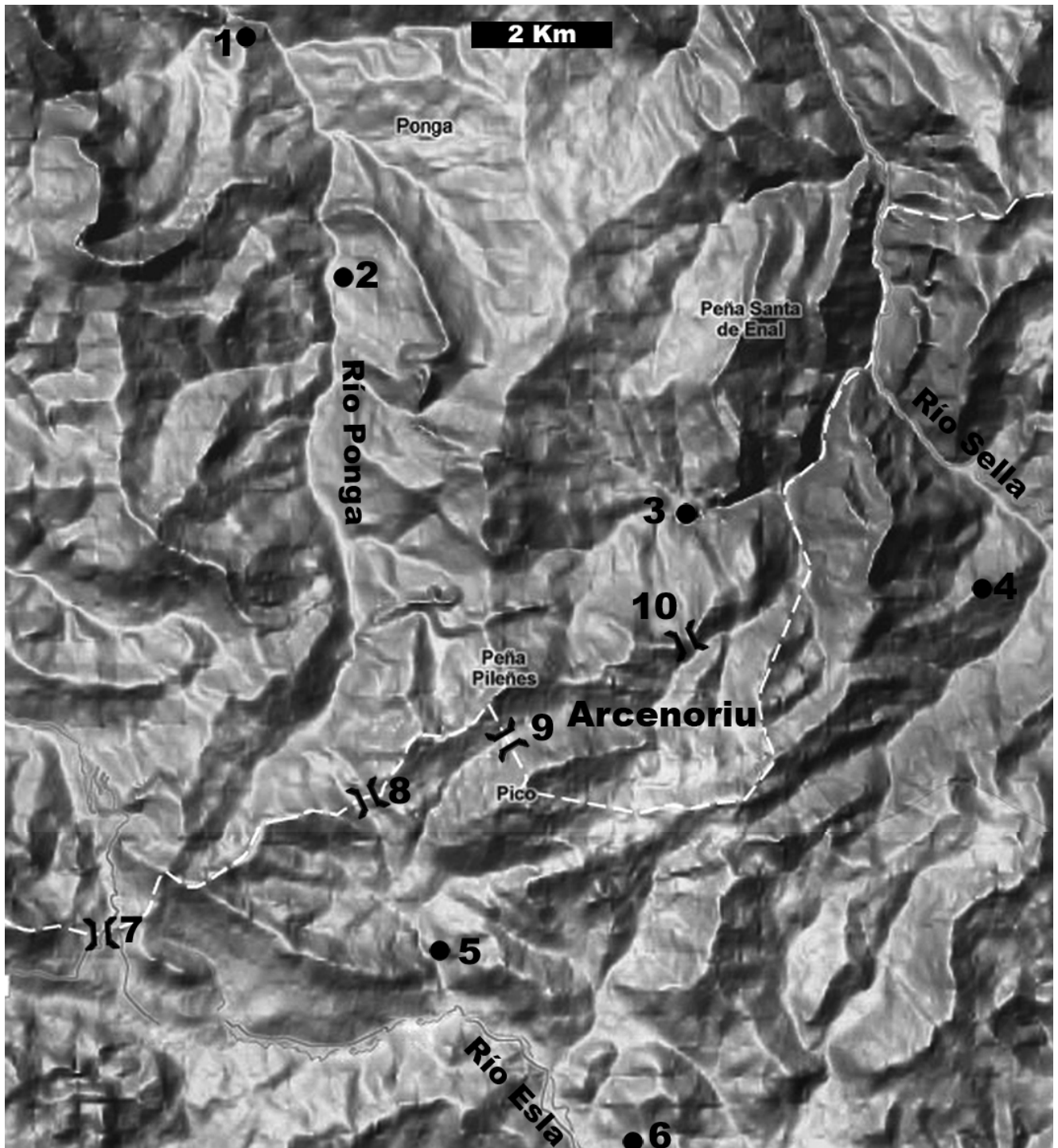
No obstante, si tuviéramos que establecer una cronología relativa entre los diferentes poblados castreños de esta zona del centro-norte de León, podríamos aludir a cómo en el Castro de Orzonaga, que cuenta con la ermita de San Juan en sus inmediaciones, se han encontrado varios fragmentos de molinos planos, reutilizados en las paredes de dicha ermita, y una fusayola cerámica (González García y Miranda Pérez-Seone 1989: 106). También al hallazgo de un fragmento de molino plano en el Castro de Noredó, entre las dos líneas de taludes / aterrazamientos (González García y Miranda Pérez-Seone 1989b: 75). Como vimos en el capítulo 3, los molinos barquiformes podrían ser uno de los rasgos diagnósticos para fechas antiguas, así como el carácter conspicuo y estratégico dentro de las comunicaciones, rasgos que comparten ambos yacimientos. Aunque por otro lado, sus tamaños entre 1,3 y casi 2 Ha y la cercanía de los dos poblados -recordemos que dos rasgos típicos de los poblados de la fase I son los tamaños pequeños y la baja densidad de ocupación-, han hecho que nos decanemos por situarlos en la fase II, si bien perfectamente pudieran arrancar de la fase I c. Ello no quita para que contrasten con el castro de Robledo, en donde se ha constatado cerámica romana y se aprecian “restos de construcciones” en superficie (Gutiérrez González 1986-87: cuadro; González García y Miranda Pérez-Seone 1989b: 75). Además, se trata de un poblado que, aunque de tamaño es muy similar a los otros dos, se sitúa a una cota inferior y en la parte sur del valle de Fenar, mucho menos abrupta y escarpada que la norte. Podríamos entenderlo como un paisaje cóncavo y este castro como un atisbo de conquista del valle, pues está justo situado junto al río

Fenar, en una loma escasamente conspicua, en este sector bisagra con el complejo cultural meseteño. Dada la ausencia de excavaciones podríamos explicar estos dos modelos tanto por cuestiones de cronología relativa como de influencias culturales, pues nos hallamos justo en una zona de frontera cultural, como hemos dicho, de contacto entre los grupos meseteños y los cantábricos. Este último poblado fortificado podría estar ya marcando el cambio o transición hacia los poblados del Hierro II culturalmente meseteños, al igual que lo podemos establecer en otros ejemplos de frontera cultural, como ya vimos para los casos de Villacid y Adrados. Podríamos clasificar estos poblados como “castros de transición” (López Fernández 1983: 85-86).

Por su parte, el Castrillo de Rebanal comparte con el de Robledo su posición de puerta hacia el ámbito cantábrico. Situado sobre el valle del río Fenar, que discurre sobre la mencionada falla que va de este a oeste, tiene unas dimensiones en la línea de los otros casos descritos (unos 100 x 200 m) (González García y Miranda Pérez-Seone 1989b: 74), habiéndole calculado nosotros, por fotografía aérea, 1,7 Ha. Su sistema defensivo parece poseer un gran foso en la zona más accesible y una serie de taludes por el norte y este, mientras que la muralla de piedras es aún visible al oeste en forma de derrumbes.

Algo más al norte, siguiendo el curso alto del río Torío, encontramos el ya referido valle Villalfeide, con el arroyo Carrecillas subsidiario del mencionado río. Si en el valle del Fenar, límite entre dos complejos culturales, encontrábamos algún ejemplo que podría considerarse como de transición hacia fórmulas culturales meseteñas, en el valle Villalfeide podemos hablar de castros cantábricos de alta montaña con toda claridad. El Castro de Correcillas es, por ejemplo, el típico caso de espolón al final de un cerro calizo, con excelentes defensas naturales por las caídas hacia los dos arroyos que allí confluyen y con la clásica combinación de potente foso excavado en la roca y muralla al interior de éste. El problema es que no se conocen materiales del lugar (González García y Miranda Pérez-Seone 1991-1992: 99). En todo caso, es un poblado que no alcanza ni la media hectárea. Su situación es estratégica pues se trata de un auténtico cruce de caminos en una zona escarpada de alta montaña, ya que no sólo controla pasos hacia el norte y oeste, sino que al este controla la difícil vía que salva las Hoces de Vegacervera, con la cual se comunica la vega del Torío con la del Curueño (Ibid.: 99). En esta última también encontramos una serie de castros cantábricos (Gutiérrez González 1986-87), por lo que el modelo de poblamiento es prácticamente idéntico al del sector asturiano de alta montaña, con castros en ladera sobre espolones y cerros destacados que controlan los principales accesos a las zonas de sierra más elevadas de potencial explotación ganadera, en este caso compartidas por castros de la vega del Torío





**Figura 4.16:** castros, posibles castros y puertos de montaña entre Asturias y León, al oeste de los Picos de Europa: 1. El Castiellu de Taranés (Ponga); 2. Sobrefoz (Ponga); 3. Porru Castiellu (Ponga); 4. Peña del Castiello o Cueto Songa (Ribota, Pío); 5. Peña del Castiello (La Uña); 6. La Corona (Acebedo, La Uña); 7. Puerto del Pontón; 8. Puerto de Ventaniella; 9. Collada de Les Arriondes / del Cardal; 10. Collada Guaranga (mapa base obtenido de <http://maps.google.es/maps>).

como de la del Curueño. La importancia del pastoreo y de la economía ganadera de los pueblos actuales, que sistemáticamente se encuentran a los pies, en las vegas, de los diferentes castros, queda recogida en la documentación medieval (González García y Miranda Pérez-Seone 1991-1992: 106 y nota 9).

El conocido como Castro Grande de Villalfeide, a 1345 m.s.n.m., en la falda meridional del pico Polvoredó, de más de 2000 m. de altitud, posee

defensas naturales reforzadas por un gran foso artificial que aprovecha un farallón calizo (González García y Miranda Pérez-Seone 1991-1992: 100). Se trataría de uno de los castros cantábricos situado a mayor cota y de él sólo se conocen algunos fragmentos de molinos barquiformes. Lo curioso de este poblado es que cuenta con el Castro Pequeñín a unos 200 m, que también combina defensas naturales con artificiales, de estructura escalonada, de nuevo

orientado al mediodía. Como material arqueológico sólo ha ofrecido molinos barquiformes (Ibid.: 100). El Castro Grande de Villalfeide tendría un máximo de 1,5 Ha, mientras que para el Castro Pequeño no hemos podido calcular correctamente su área. Llama la atención la cercanía de ambos poblados, y que el Castro Grande se encuentre a mayor cota que el Pequeño. Dichas características hacen que sean de difícil interpretación ambos poblados, pero pensamos que al menos el Castro Grande podría situarse en la fase II. Por otro lado, el conocido como el Castro en el término de Villalfeide, del cual se reconocen taludes, un muro de piedra suelta y otras estructuras (Gutiérrez González 1985: 150), se trata para otros simplemente de relieves y taludes de origen agrícola, constatándose que el lugar no se llama El Castro sino El Calvillo desde el s. XVI, por lo que se descarta que haya ningún castro en esta localización (González García y Miranda Pérez-Seone 1991-1992: 128).

En la confluencia entre un arroyo y el Torío se encuentra El Cardayal o Castro de Retuerta, al final de un espolón calizo, muy bien defendido naturalmente que, como es habitual en esta zona, combina un gran foso aprovechando la estructura de un estrato rocoso, al cual se le añade una muralla de cantos rodados de la cual se aprecia una base de 2 m de anchura (Ibid.: 103). Le hemos podido calcular casi 1,2 Ha. Si seguimos remontando el río Torío, hacia su cabecera encontramos los castros de Cármenes y Getino, de tamaños parecidos a los que acabamos de describir, pero de los que prácticamente no se ha publicado nada (Gutiérrez González 1986-87), la tónica general en este sector. Sin duda, viendo que cuando se han realizado estudios intensivos sobre valles secundarios concretos han aparecido numerosos castros, creemos que el catálogo de poblados castreños para el norte de León es aún incipiente. Éstos no sólo se concentran linealmente sobre las cabeceras de los principales ríos, como da la sensación en algunas publicaciones (Gutiérrez González 1986-87: mapa 1; Celis 1996: mapa), sino que se trató de una red de poblamiento más compleja en la que a estos poblados en espolones y otros sobre las cabeceras de los ríos hay que añadir otros castros siguiendo los cauces de los arroyos tributarios, sobre los terrenos elevados de los espacios interfluviales, como hemos podido comprobar para este tramo cantábrico del alto Torío.

Por su parte en el Alto Esla, al sur del embalse de Riaño, contamos con estructuras circulares en la Cildad de Sabero (Celis 1996: 60) que podrían estar marcando por este sector el límite cultural que venimos describiendo, mientras que más al norte del embalse, en el camino natural hacia los puertos asturianos de Tarna y Ventaniella, contamos con una serie de castros, algunos grandes para lo que es habitual en el mundo cantábrico. Este es el caso de La Corona (entre Acebedo y la Uña), a 2 Km. del primero, a la izquierda del río y dominando el paso

hacia el puerto de Tarna. De unos 100 x 50 m., conserva fosos y muros al N-NO (en esa zona se ha documentado un foso con unos 7 m de ancho y una muralla con unos 3). Es un lugar estratégico que controla dos pasos de montaña hacia Asturias, el de la Uña y el de Maraña, por los que se accede a los puertos antes mencionados y que claramente se vinculan a rutas ganaderas (Mañanes y Bohigas 1979; Martino 1980: 103). Por fotografía aérea hemos podido calcularle unas 2,3 Ha, ya que sus defensas son claramente apreciables. Algo más al sur, en Burón, se mencionan dos castros, uno sería la Peña del Castiello, asimilado por algunos con la *Bérgida* de las fuentes clásicas en donde los cántabros presentaron batalla a las tropas de Augusto, así como el de La Magdalena (Martino 1980: 102-103). El problema del primero es que es un crestón calizo que no se asemeja con un hábitat castreño, pese a su sugestivo nombre y recreación histórica. Respecto al segundo, se trata de un farallón rocoso en la confluencia entre el Esla y un arroyo, que no llega ni a media hectárea. Habría que añadir además los castros de La Corona y Castilluengo en Maraña, en el acceso natural hacia los puertos con Asturias, y otro castro más en La Uña (Ibid.: 103). Para la vega del río Esla podemos situar la zona de frontera cultural, es decir, la transición entre las montañas cantábricas y las llanuras, entre los castros cantábricos y los poblados meseteños, a la altura del pueblo de Cistierna.

También en el techo de la Cordillera Cantábrica, los Picos de Europa, en concreto en la vertiente leonesa, vemos poblamiento castreño. Encontramos sugestivos topónimos sobre morfologías propicias como son la Peña del Castro, el Monte Corona o Prados de Castro junto al río Cares, entre Cordinanes de Valdeón y Caín, sin que ninguno de ellos sea seguro un castro. Como castro supuestamente seguro se cita La Corona en Valdeón, reutilizado según la tradición en época altomedieval para la coronación de Pelayo cuando reclutaba seguidores entre estos pueblos de la cara sur de los Picos de Europa (Martino 1989: 180), aunque no hemos podido localizar tal yacimiento. Con más seguridad sí que se trata de castros otros ejemplos citados en el alto Sella (Sajambre, León), límite occidental de los Picos de Europa. En concreto entre los pueblos de Ribota y Pío vemos la Peña del Castiello o Cueto Songa, del que se apreciarían viviendas circulares (Martino 1979: 113-114). Este castro, pese a situarse administrativamente en León, geográficamente es asturiano, ya que se encuentra en la vertiente atlántica de la cordillera. A sus 1085 m de altitud no se diferencia de otros castros cercanos, ya en territorio asturiano, como el de Taranés. Se trata de un cerro destacado con defensas naturales casi verticales en la ladera de una escarpada sierra, colgado sobre el fondo de valle que forma un pequeño afluente del Sella, y con un claro control de las rutas que acceden a las zonas de pastos de esta sierra, puesto que a sus pies

pasa la pista que, hacia poniente, sube a diferentes majadas con sugestivos nombres como Majada les Merines, por ejemplo. A su recinto principal se le puede calcular un máximo de 1,7 Ha. Al otro lado del Sella se encuentra La Corona, con restos de trinchera o foso (Ibid.: 114), entre Ribota y Soto de Sajambre y en una posición en el paisaje muy similar al anterior. Aunque ambos castros custodian las subidas a las respectivas sierras en las que se asientan, que son las que delimitan al alto Sella, conjuntamente también conforman una especie de puerta hacia el Puerto del Pontón y el paso a la vertiente meridional cantábrica. Habría que añadir El Castiello en la falda del monte Beza (Ibid.: 114). Estos poblados son interesantes si pensamos que geográficamente se sitúan en el sector oriental asturiano, zona que la tradición historiográfica no ha atendido correctamente y de la cual se ha repetido hasta la saciedad el tópico de la ausencia de poblados fortificados del sector, justificándolo de todo tipo de maneras, como la que achaca a los Picos de Europa el carácter de barrera infranqueable que impidió la celtización de este sector asturiano y, por tanto, el desarrollo de los castros (González y Fernández Vallés 1976; 1978). Además, este rincón de altas cumbres y profundos valles al mediodía de los Picos de Europa, formado por las comarcas de Sajambre y Valdeón, es interesante precisamente por lo que significó en cuanto a las comunicaciones. Hoy en día la Nacional 625, tras atravesar el Puerto del Pontón y cruzar Sajambre, discurre por el Desfiladero de los Beyos, siguiendo el curso del río Sella hacia Cangues d'Onís, pero este es un camino abierto a dinamita a comienzos del s. XX, impracticable hasta entonces. A cualquiera que se le preguntara por los caminos antiguos contestaba que antes iban “por arriba”. Una de las vías tradicionales desde la Meseta para cruzar la cordillera por tan abruptas tierras sería, aparte de las más occidentales por los puertos de Tarna, y sobre todo por el de Ventaniella tras remontar el alto Esla, la “vía saliamica”, como se la denomina en la literatura medieval, que procede de la zona de Riaño hacia los puertos del Pontón y de Panderruedes. Es una vía que divide por este sector del Esla a los pueblos denominados Cantabros y Astures por los romanos, y que debió de servir en las batallas de conquista, en concreto en los episodios de *Bérgida* y el *Mons Vindius*, si es que realmente se corresponden con Valberga (Riaño) y los Picos de Europa. Por Pandetrave se alcanza el valle del Liébana y por tanto el camino para rodear por el este los Picos de Europa. Pero los caminos para rodear el Cornión, que es como tradicionalmente se conoce al macizo occidental de los Picos de Europa, son los que aquí nos interesan. Una de las vías posibles es la que sube al puerto de Arcenoriu y ahí empalma con la vía que antes mencionamos que de Vadeburón va con dirección a Ponga mediante el puerto de Ventaniella (Martino 1994: 52), no sin antes rodear la Peña Ten. Si

no se rodea la Peña Ten de Arcenoriu se puede acceder hacia el norte por el collado de Guaranga, y avanzar por el bosque de Peloño hacia Beleño y de nuevo el río Ponga. Lo significativo de estos caminos de alta montaña es que sus accesos están custodiados por castros. Ya explicamos cómo la Peña el Castiello o Cueto Songa se sitúa sobre el camino que sube del alto Sella (Sajambre) al puerto de Arcenorio. Por otro lado vimos el castro de La Uña controlando el acceso tanto al puerto de Ventaniella como al de Tarna, y de forma inmediata al de Ventaniella el castro de la Peña del Castiello. Ya pasando al lado asturiano si se opta por la vía de Ventaniella ya explicamos (capítulos 2 y 3) cómo la puerta natural desde Asturias hacia este puerto por el río Ponga es Sobrefoz, cuya ubicación y depósitos bronceos nos inclinan a pensar que el actual pueblo se ubica sobre un castro. Y si se opta por la de Guaranga y Beleño, nada más pasar la collada de Guaranga vemos el más que probable castro de Porru Castiellu, tras el cual se baja a San Xuan de Beleño -posible poblado de época romana debido a la aparición de lápidas vadinienses en su entorno- y al río Ponga, bajo el control de la atalaya que supone el castro de el Castiellu de Taranes. Todos estos castros, tanto los de la vertiente leonesa como asturiana, por lo tanto controlan las rutas de comunicación que cruzan la cordillera cantábrica por este difícil sector y por las que en un radio corto se accede a los pastos estivales de las innumerables majadas y puertos (fig. 4.16). Sin embargo, el camino más usado para acceder desde León a Asturias por Sayambre/Sajambre, para no dar este rodeo por Arcenoriu y Ventaniella, era la Senda del Arcediano, que sigue una vía romana, prolongación asturiana de la vía saliamica citada. La Senda del Arcediano discurre por la divisoria entre Sayambre/Sajambre y Valdeón, cruza por el puerto de Veza y costea el valle del Dobra justo a los pies del Cornión o macizo de Peña Santa, para llegar al río Sella, por el puente del río Dobra (Martino 1994: 52), o probablemente antes por Amieva y Mián, donde su famoso dolmen nos indica lo arcaico de dichas rutas. Este nudo de comunicaciones que acabamos de describir es el que se perpetuó en época romana por los grupos que conformaron la *Civitas Vadiniense*, ya que son los pasos que engarzan el grupo de estelas de Riaño y alrededores con el del río Ponga y vega de Corao.

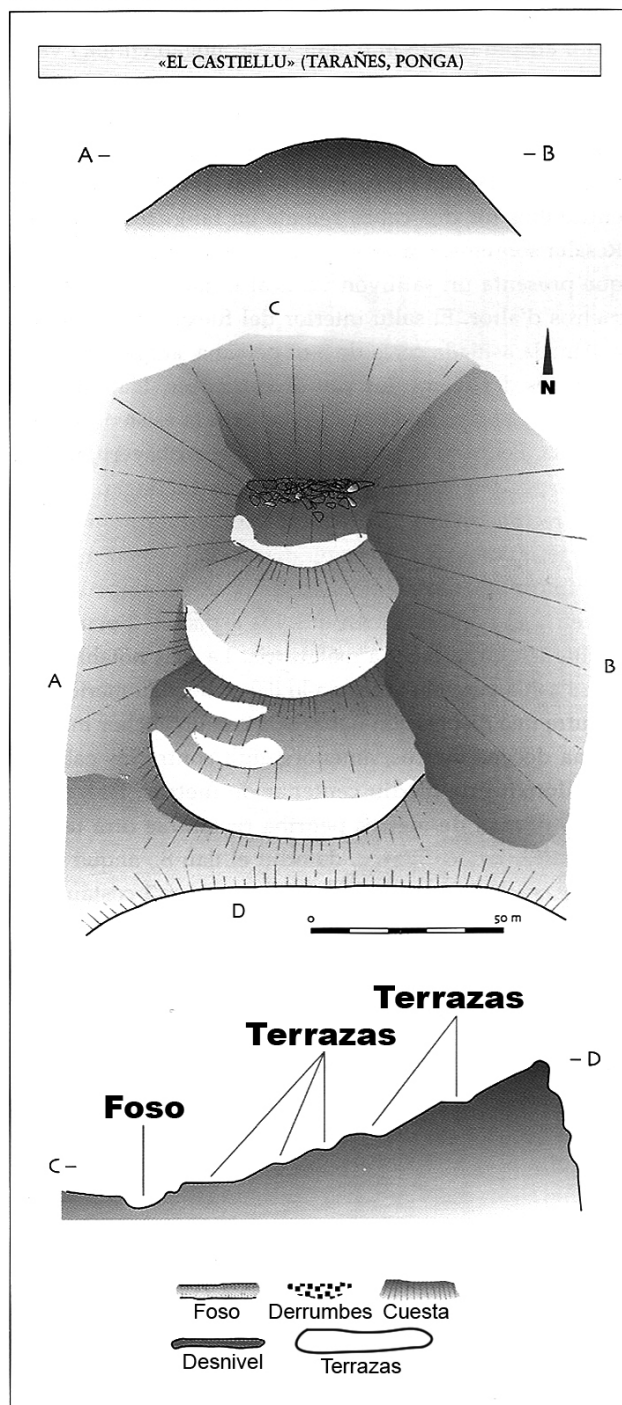
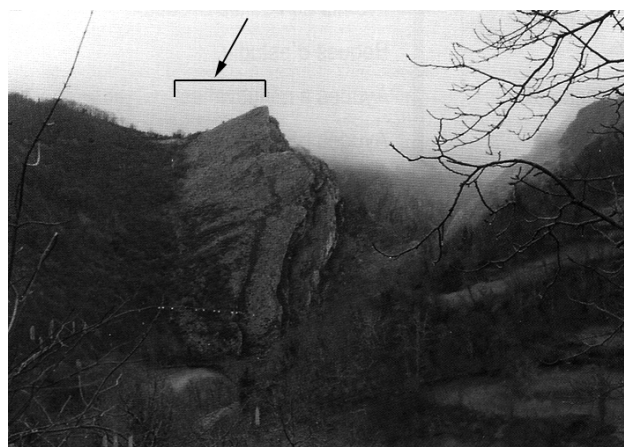
En Morgovejo, tenemos un castro ya excavado por Luengo (1936-1940), casi en el límite con Palencia, en el monte de la Canalina, con materiales de la fase II y del que ya se anunció su carácter no meseteño debido a la ausencia de cerámica “pintada de tipo numantino” que, por otro, lado abunda en poblados leoneses como Lancia, Bedunia y Ardón (Ibid.: 177; Celis 1996: fig. 5). Otros autores (Mañanes y Bohigas 1979) que han prospectado este castro y otros poblados de la zona han apreciado restos de muralla hacia el sur y, por vegetación diferencial, una planta

circular de una casa castreña de 4 m de diámetro y de 50 a 55 cm. de anchura de muros. Al suroeste se ven restos de la muralla a hueso y evidencias domésticas, como barro cocido -¿manteado de las cabañas?- y cerámica vulgar. Al oeste del castro discurre una cañada de merinas hacia el norte. Pasa por el valle de río Yuso y luego por Salio a Pedrosa del Rey, bifurcándose ahí hacia los puertos de San Glorio y de Tarna. Respecto a la “cañada real leonesa” que define Dantín (1936), o cañada leonesa oriental (Rodríguez Pascual 2003: mapa), ésta se dispondría sobre un camino antiguo pues pasa por la Canalina de Morgovejo y por los lugares de Ricastro, los Castros, el Castellón y la antigua ermita de Santa María de Mental (Mañanes y Bohigas 1979), por lo que seguramente se pueda hacer arrancar del Bronce Antiguo (capítulo 3)..

Si para algo nos tiene que servir tan exhaustiva descripción, es para poder consolidar la propuesta de que la Montaña Leonesa, vinculada al menos desde la Edad del Bronce al sector asturiano, durante la Edad del Hierro poseyó unos paisajes castreños con las mismas características que la alta montaña asturiana (ubicaciones destacadas en el paisaje que huyen de los fondos de valle, alta monumentalización tanto artificial como natural de los sitios o control de las rutas de acceso a pastos de altura). Pese al vacío de información y de investigación en los castros del norte de León, podemos observar que incluso aquellos poblados en los que se conocen materiales de la fase II siguen ocupando posiciones conspicuas en el paisaje, lo que indicaría la perpetuación del modelo de la fase I durante la Segunda Edad del Hierro, debido al conservadurismo cultural propio de las sociedades castreñas cantábricas. También observamos en este sector la importancia y magnitud de las obras defensivas, en donde es frecuente la combinación de murallas y fosos. Un rasgo propio de esta zona podría ser el tamaño algo mayor de los poblados con respecto a los asturianos, pues como acabamos de ver, existen varios casos que tienen entre 1 y 2 Ha. No obstante, a nivel de análisis de poblamiento, podemos establecer un grupo arqueológico más o menos homogéneo entre el sector asturiano, especialmente el de alta montaña, con el de la Montaña de León.

#### **El sector central cantábrico: oriente asturiano y occidente de Cantabria.**

Podríamos asegurar que si las prospecciones arqueológicas destinadas a buscar castros avanzaran, tanto en la mitad occidental de Cantabria como en el oriente asturiano, aparecerían muchos más yacimientos de los conocidos. Podríamos matizar entonces viejas teorías que pecan de un excesivo determinismo medioambiental y geográfico (González y Fernández Vallés 1976; 1978), no obstante reactualizadas (Fanjul 2005b), para explicar la ausencia de castros en este sector. El oriente asturiano a la



**Figura 4.17:** vista general y esquema del castro del Castiellu de Taranés (a partir de Camino y Viniegra 2002, modif.).

altura del alto Sella (concejo de Ponga) posee una serie de interesantes castros de altura, como el conocido Picu Castiellu de Taranes, y los nunca definidos como tal de Valle Moru o de Porru Castiellu (ya dentro del bosque de Peloñu), pero que por fisonomía y toponimia podrían serlo (ver fig. 4.15). Como decimos el Picu Castiellu de Taranes sí es conocido desde antiguo, y da la pauta para interpretar otros ejemplos no catalogados como tal. Este poblado se sitúa sobre un espolón desgajado de una sierra, a 616 m.s.n.m., y dominando el valle del río Ponga, con una caída vertical sobre el mismo de unos 200 m, lo que constituye un auténtico monumento natural visible desde grandes distancias. Posee un gran foso, hoy colmatado, que lo separa de la sierra en la que se ubica, y pese que se ha aludido a restos de murallas (Camino y Viniegra 2002: 25-26), no hemos podido localizarlas en nuestro reconocimiento (fig. 4.17). El caserío sólo es factible en los dos aterrazamientos con los que cuenta. La única posibilidad de dar una referencia cronológica a este poblado es gracias a la aparición hace años de una fibula anular hispánica en la carretera que discurre bajo el poblado (Ibid.: 26). Si correlacionamos la cronología de la fase II que ofrece la mencionada fibula con la ocupación del castro de Taranes, tendríamos que defender un poblamiento eminentemente conspicuo para este sector durante la Segunda Edad del Hierro, siguiendo la tónica general de la montaña cantábrica. Estos poblados de Ponga se relacionan directamente con los mencionados para el noreste de León y la zona meridional de los Picos de Europa, a través de puertos como los de Ventaniella y Tarna, o la collada de Arcenoriu. Pasando al río Sella sólo se hace referencia al Picu Mancobiu de Parres y a El Cuetu de Cangues d'Onís y El Cuetu del Llano de Margolles (Camino y Viniegra 2002; capítulo 3), aunque si aplicásemos el triple enfoque propuesto (capítulo 3): orografía, toponimia y folklore, sería posible rastrear muchos más poblados fortificados, pese a que se haya dicho que si no “se ven más castros en el oriente [de Asturias] es porque no los hay” (Ibid.: 27). Ya vimos en el capítulo 3 la posibilidad de reconocer algunos, como son el Picu Castiellu de Rales, el Picu Castiellu de Parres, el Picu Castiellu de la Pereda o el Picu Castiellu de Cardosu, entre otros muchos. Por el rastreo que hemos realizado, aunque aún sin pruebas arqueológicas fehacientes, podríamos ver un alto número de presuntos castros tanto en la rasa costera llanisca, como en las sierras entre ésta y la vega del Güeña, así como en los concejos que lindan con los Picos de Europa, y por tanto abarcando los variados biotopos del oriente asturiano, desde la línea de costa a las mayores altitudes de la Cordillera cantábrica: los Picos de Europa. Un ejemplo puede ser la Torre de Peña Manil (Cebia, Cangues d'Onís), una auténtica fortaleza caliza, de la que desde antiguo se conocen cerámicas toscas con decoraciones incisas de triángulos y líneas oblicuas que tradicionalmente se



**Figura 4.18:** fotografía aérea del posible castro del Picu Castiellu de Rales (Llanes) (a partir de <http://www.ign.es/iberpix/visoriberpix/visorign.html>).

asimilan con la Edad Media (Requejo 2003-2004: 487-489). Pero hasta que se intervenga arqueológicamente deberíamos dejar abierta la posibilidad de que varios de estos castillos y fortificaciones medievales se superpongan a niveles prerromanos, más aún cuando se conocen diversos ejemplos por la geografía asturiana de encastillamientos medievales sobre los privilegiados asentamientos que ofrecen numerosos castros (Gutiérrez González y Suárez 2009: 496). Como vimos el Picu Castiellu de Parres, el de Rales, la punta de Jarri o el Picu Castiellu de Cardosu pueden tratarse de formas castreñas de la fase II, evolución de los casos más conspicuos de la fase I (castro de San Martín o el Picu Castiellu de la Pereda) (fig. 4.18).

En Cantabria, el límite que acabamos de ver entre las culturas meseteñas y cantábricas, que hemos estado definiendo en la Montaña Leonesa *grosso modo* sobre la línea de la falla tectónica mencionada, se trasladaría hacia el norte, siguiendo el repliegue en este sentido de la Cornisa Cantábrica en este sector. De hecho, como yacimientos cantábricos, pero junto a este límite, se podría citar el castro de Las Rabas (Celada Marlantes) y el del Castrillo del Haya, situados a ambos lados de los caminos que proceden de la Meseta y que se unifican en el puerto del Pozazal. El primero de ellos es un poblado de la fase II que no presenta signos de romanización, a 980 m.s.n.m., en un altozano rodeado de pequeños valles formados por arroyos, y controlando directamente una vía de acceso tradicional de La Meseta a la cuenca del Besaya (por donde actualmente va el ferrocarril, la carretera nacional y la autovía). Se considera que por allí iría la calzada romana que uniría Herrera de Pisuegra con *Juliobriga* y la cuenca del Besaya con dirección a la costa. Se trata de un poblado de tamaño superior a la media de los cantábricos, aunque en la línea de otros poblados leoneses fronterizos con los grupos arqueológicos meseteños. Se han calculado unas 10

Ha, aún sin conocerse exactamente el trazado de todas las obras defensivas (Bolado y Fernández 2010: 404). Esta cifra nos parece excesiva, ya que por fotografía aérea puede recalcularse su extensión en unas 6 Ha.

Inmediatamente al norte posee una serie de cuestos que ascienden a Peña Cutral, desde donde ya se divisa la cuenca de Campoo de Suso y de Yuso (ríos Hija y el alto Ebro) (García Guinea y Rincón 1970: 7-10), y hacia el oeste a la sierra de Las Labras, una zona de explotación ganadera que como veremos debió de estar frecuentada también por los habitantes de los *oppida* del entorno de Aguilar de Campoo (Monte Bernorio y Monte Cildá, principalmente), contemporáneos a Celada Marantes y que marcan ya claramente una transición hacia las formas culturales meseteñas en este sector -se trata de ciudades de decenas de hectáreas-. De hecho todo, el sector al oeste de Reinosa, en donde nace el río Hija, que forma la actual frontera entre Cantabria y Palencia, posee bastantes muestras de arte esquemático y estacionales megalíticas y tumuliformes (Gutiérrez Morillo 2000). Ello podría justificar, como ya vimos para el castro de La Campana (capítulo 3), que todas estas zonas de altura siguieran siendo frecuentadas durante la fase II, y en concreto por parte de los moradores de Las Rabas, pero sobre todo por los del Castrillo del Haya, así como por parte de los *oppida* mencionados. Del Castrillo del Haya se conocen las murallas y los fosos y posibles estructuras circulares de hábitat (García y Bellido 1956: 178) (fig. 4.19), aunque por los materiales y estructuras conocidas no haya que descartar que mas que un castro se trate de un campamento militar romano, o de un campamento sobre un castro (Fernández y Bolado 2010: 381-386). Otros castros de esta comarca de Reinosa, o la más amplia de Campoo-Los Valles, aparte del discutido de Aradillos, son el Castillo del Moro (Aldueso, al noreste de Reinosa), con cerámica oxidante pintada de tipo meseteño, y el de Cañeda, que formarían un auténtico tapón de entrada a la parte atlántica de Cantabria (García y Bellido 1956: 133, 171-173. y figs. 57 y fig. 58). De hecho se trata del sector con mayor concentración de poblados castreños de Cantabria, con unos 12, de variado tamaño (Fernández, Martínez y Serna 2010: 614).

Como vimos en el capítulo 1, en los últimos tiempos se ha dado un notable avance científico en cuanto a la prospección y documentación de poblados de la Prehistoria reciente en Cantabria (Serna, Martínez y Fernández 2010). Si hasta hace muy poco tiempo no pasaba de una veintena el número de castros localizados para la actual Cantabria (Peralta 2003: 52, 54), hoy casi se ha duplicado el número, llegando a unos 37 los castros de la Edad del Hierro catalogados (Fernández, Martínez y Serna 2010: 589). El catálogo aún es escaso, al igual que ocurre en el tramo asturiano al oriente del río Sella, pero más por falta de investigación que por ausencia real de



**Figura 4.19:** murallas y casas circulares del Castrillo del Haya (en García y Bellido 1956).

poblados castreños, como hemos tenido ocasión de comprobar en el concejo de Llanes. Tanto el oriente asturiano como el occidente de Cantabria destacan por el arte y los yacimientos paleolíticos y postpaleolíticos, periodos que han primado en la investigación arqueológica de estas zonas. Además, a los escasos proyectos de reconocimiento de poblados castreños le debemos sumar el hecho de que en Cantabria la documentación de nuevos poblados y el reconocimiento científico de los mismos se suele ver inmerso en las luchas científicas, y por tanto políticas, de los diferentes especialistas que allí trabajan. Por ejemplo Aja y otros (1999: 65) descartan que Peña Cildá (valle de Santullán, San Cebrián de Mudá, Palencia, pero ya muy próximo al límite con Cantabria), que Ocejó y Peralta (1996) entienden como un castro inédito de la Edad del Hierro, sea tal, además de que no estaría inédito, puesto que ya habría alguna referencia previa. Lo descartan porque se encuentra a 1611 m de altura, y a 400 por encima de la vega. Además, lo que Peralta y Ocejó ven como muralla y estructuras, los otros autores lo entienden como un canchal natural, estructuras de caza o de la Guerra Civil, a lo que se añade que la superficie de habitación sería muy pequeña. Por otro lado hay castros marítimos, como El Cueto de Pechón (Val de San Vicente), controlando la desembocadura del Nansa en la ría de Tina Menor, de 1,5 Ha, con restos de estructuras y con varios anillos murados (Cisneros y González Morales 2000: 320-321) que sin embargo Eduardo Peralta (2003: nota 341) entiende, por el contrario, que son terrazas agrícolas. En otras ocasiones se ha querido ver como castros algunos poblados de los que no se ofrece ni una sola cerámica o estructura castreña, como es el caso de la Espina del Gallego, pese a haberse intervenido arqueológicamente en ellos (Peralta 2000; 2003: 52; Póo, Serna y Martínez 2010). Como veremos en el capítulo 5 es posible que este poblado, al contrario de lo que piensan sus excavadores, no fuera reocupado por los romanos tras



haber realizado un asedio a los indígenas, sino que sea todo una fundación romana.

Destacamos varios ejemplos del río Besaya. Por ejemplo la Ceja de las Lombas, sobre el Cueto del Agua, en una sierra que separa Cieza de Iguña, a 650 m.s.n.m. Posee unas potentes murallas de grandes bloques que cierra por tres de sus lados y delimita una extensión de unas 5,4 Ha hectáreas. Se puede fechar en la fase II, por las murallas de piedra, pero sobre todo por la fíbula de torrecilla y la “cerámica celtibérica” aparecida (Peralta 2003: 73-77; Serna 2010d: 248-249). Al otro lado del Besaya se encuentra el Castro del Alto del Cueto / La Corona de Cueto Moroso, con una altura algo menor y también con una potente muralla de piedra, con bloques trabados en seco, y con tramos que quedan en pie. Controla el paso natural entre los valles de Iguña y Buelna (Serna 2010c). Por las ampliaciones concéntricas de sus líneas defensivas propusimos que fuera un castro de la fase I ampliado y reconstruido durante la fase II. Entremedias Castro Pepín, también con murallas visibles, pero de mucho menor tamaño (0, 2 Ha) (Serna 2010e: 252) frente a las 10 Ha estimadas para el Alto del Cueto. En los tres casos se alude a estructuras tumulares en el interior de los recintos de las que no se dice mucho más (Peralta 2003: 73). Por último, podemos citar al castro de Los Agudos, a 1200 m. de altitud, sobre la sierra del monte Obias y con una potente muralla, que sí sería realmente un castro, no como el de Aradillos, documentado como castro y vinculado a la *Aracillum* de los textos clásicos (por ej. García y Bellido 1956: 133) y reinterpretado como cerradero de ganado (Peralta, Fernández y Ayllón 2000: 289-290; Peralta 2003: 73). Para la zona de Reinosa, en concreto al oeste del embalse del Ebro y muy cerca del castro de Fontibre-Argüeso, se encuentra el Castrijón (Naveda de los Calderones, Campoo de Suso) a 1018 m. de altitud, con unas medidas de 261 x 137 m. y defendido íntegramente por murallas a las que se suman las excelentes defensas naturales y otras líneas de “vallados” y “terraplenes” (Marcos 1986-1987: 482).

Se puede desprender de esta sucinta descripción que los castros del centro de Cantabria, al igual que en Asturias y norte de León, siguen ocupando posiciones claramente destacadas en el paisaje como en la fase I - recordemos el castro de La Campana (capítulo 3)-, lo que en ocasiones les sitúa a grandes altitudes relativas respecto a los fondos de valle. Sigue siendo clave el control físico y simbólico de los puntos de paso claves en la alta montaña, sin que se aprecien síntomas de cambios del modelo de poblamiento respecto a la fase anterior, pese a lo reducido de la base documental (fig. 4.20). La única nota discordante respecto a la tónica general cantábrica es el tamaño excesivamente grande de algunos castros, como por ejemplo el de la Ceja de las Lombas. Aunque ya hemos visto casos anómalos en lo que al tamaño se refiere como la Campa Torres,

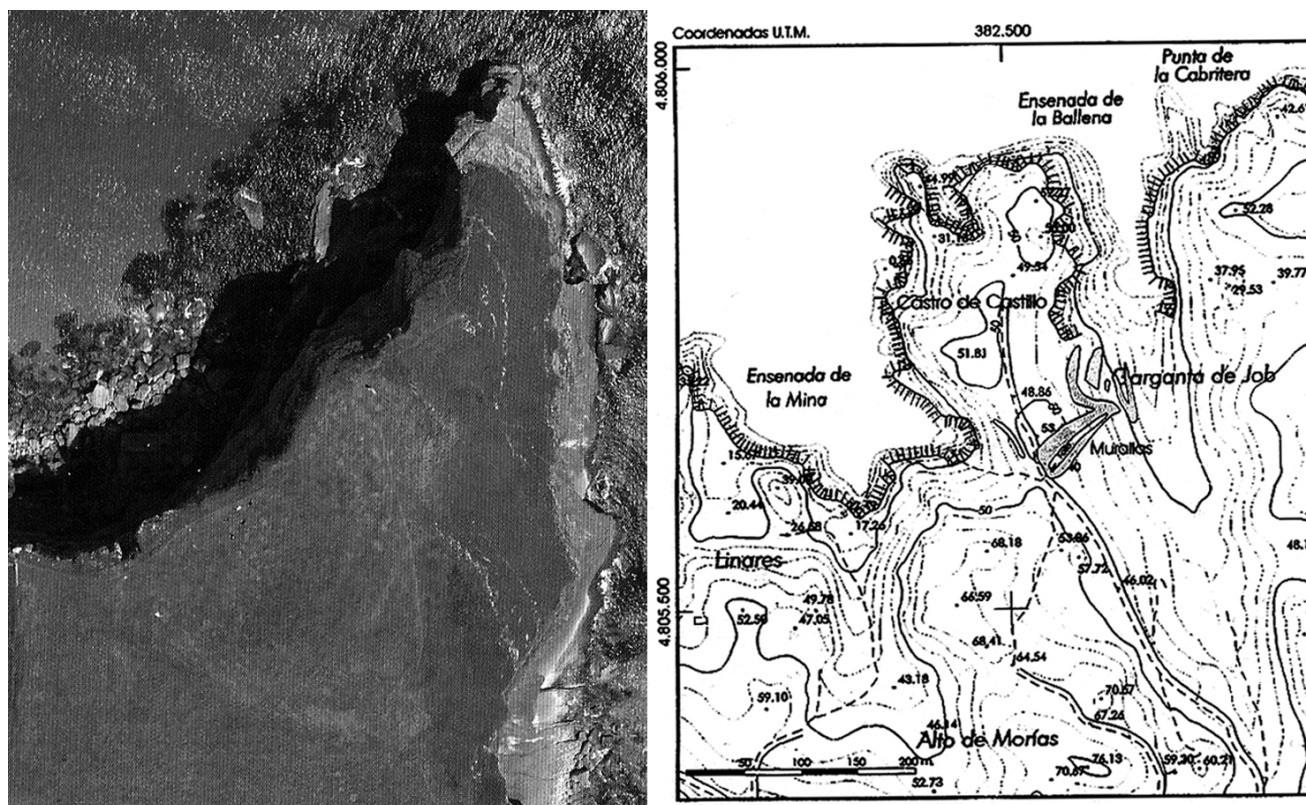


**Figura 4.20:** el castro del Cejo de las Lombas, sobre el Cueto del Agua (en Peralta 2003).

en este caso es bastante probable que en el cálculo se haya incluido todo un sector occidental del cual no hay constancia que esté amurallado y del que tan sólo se conoce un “muro pequeño que cierra un amplio recinto que llega a la ladera” (Peralta, Fernández y Ayllón 2000: 290), por lo que preferimos incluir como castro sólo las 2,3 Ha que sí parecen estar defendidas con murallas, resultando una superficie mucho más acorde a los tamaños que venimos manejando.

Las ubicaciones, como decíamos, pese a ser de la fase II, suelen seguir el modelo cantábrico, en altas lenguas o cerros aplanados descolgados de las sierras principales, y con un gran control visual y bastante altura relativa sobre el fondo del río Besaya. En la parte cántabra de los Picos de Europa continúa el poblamiento de alta montaña que ya vimos para el sector leonés de estas cumbres en los castros lebaniegos de Llan de la Peña (Doborganes), Cahecho y Lerones (Cisneros y Díaz 2000: 222; Fernández Fernández y otros 2003: 162; Gómez Casares 2010), demostrando de nuevo que incluso las cumbres más elevadas de la cordillera, más que barreras para el fenómeno castreño, brindaron puntos de encuentro y comunicación para los diferentes castros que las rodean. En general, los castros de las montañas de Cantabria suelen estar en lugares topográficos destacados, con control visual de grandes extensiones, a la vista de otros castros, muchas veces en cimas de montes o cordales, lo que les permite controlar los pasos de un valle a otro y los caminos por los cordales (Ibid.: 164). Se trata de un modelo heredado de la fase I que, al igual que en el occidente cantábrico, se perpetuó durante las fases II y III, tal y como también parece que ocurrió en el oriente cantábrico, como por ejemplo en la Peña de Sámano (Sámano, Cantabria) (Bohigas y Unzueta 2000: 323-325). En líneas generales los diferentes modelos y evoluciones históricas del poblamiento castreño cantábrico son más o menos parecidas entre sí, pese a las variaciones regionales que venimos comentando, y diferentes de la evolución de las áreas castreñas gallegas, tradicionalmente mejor estudiadas.





**Figura 4.21:** dos ejemplos de castros costeros en el sector central cantábrico: izquierda, la Punta de Jarri (Llanes), y derecha, planimetría del Castrillo de Prelezo (Val de San Vicente) (a partir de Camino, del Frade y Barroso 2002; Fernández y otros 2003).

En torno a la bahía de Santander ya vimos castros como el de Castilnegro (Medio Cudeyo), con tres líneas concéntricas de murallas (Valle 2000: 357-358) y cuyos niveles de la fase I parecen circunscribirse a la acrópolis (capítulo 3). Situado en lo alto de la Peña Mora, Castilengro controla una vía que cruza la sierra de Peña Cabarga, con lo que se evita rodearla (Valle y Sena 2003: 357). La aparición de fibulas de torrecilla, algunos útiles en hierro y la ampliación en dos ocasiones de los recintos fortificados hasta alcanzar una extensión de 6 Ha harían pensar que, al igual que en otras zonas del occidente cantábrico, en este poblado hubo un crecimiento poblacional durante la fase II que obligó a ampliar los espacios de hábitat con nuevas líneas defensivas, y por lo tanto, una continuidad en el mismo espacio de hábitat. De todos modos, pese a la complejidad que supone entender las áreas sondeadas en la publicación específica, sólo fueron fértiles los sondeos efectuados en la acrópolis (áreas I a IV), mientras que en el sondeo V (“entre las murallas de la cara norte”) no hubo resultados (Valle y Serna 2003: 357-374). Si excluimos todo el sector externo, del que no hay pruebas de habitación ni tampoco de que lo que se entiende como derrumbes de muralla lo sean (Ibid.: fig. 2), nos queda un recinto de 1,85 Ha, acorde con las medidas que venimos manejando para el ámbito cantábrico. Por lo tanto, también es factible plantear que la fase II en este poblado se diera sólo en el sector de la “acrópolis” y que las defensas pétreas y puerta de entrada allí

localizada (capítulo 3) se correspondan con reformas de la fase II, algo que con la información publicada hasta el momento no podemos aclarar. En la misma sierra de Peña Cabarga (Liérganes), sobre el Pico Llin, se encuentra el castro de Peñarrubia, de 1 Ha, y a tan sólo un Km. del anterior. Los materiales sondeados no son claros sobre su cronología. Para otros castros del entorno de la bahía de Santander, como el castro del Pico Vizmaya (Entramabasaguas), tan sólo podemos decir que repite las ubicaciones clásicas en espolón calizo destacado, y que parece tener murallas pétreas que cerrarían 5 Ha, mientras que para otros casos inmediatos a la bahía (El Alto del Gurugú o El Ostrero) ni siquiera queda claro ni su carácter castreño ni que sean prerromanos (Ibid.: 380-385; Fernández y otros 2003: 163).

Supuestamente estos castros de Cantabria poseen tamaños superiores a los de Asturias, de entre 4 y 7 Ha (Fernández y otros 2003: 163). Una de las características del sector central cantábrico por lo tanto, al menos en lo que se refiere a la actual Comunidad Autónoma de Cantabria, es el mayor tamaño de los recintos castreños, especialmente si se compara con el occidente cantábrico. De una base documental de unos 37 castros sólo unos 15 se encuentran por debajo de las 2 Ha, siendo destacable que 8 poblados tengan entre 6 y 10 Ha. (Fernández, Martínez y Serna 2010: 610-613). Sin llegar a las superficies de los poblados normeseteños de la Segunda Edad del Hierro sí que podría defenderse el

mayor tamaño de los castros del sector central cantábrico con respecto al occidental durante la fase II. Creemos, no obstante que, como hemos criticado más arriba, muchas de estas medidas no son precisas, ya que no se explicita si para medir los tamaños de los poblados se han tenido en cuenta el perímetro máximo de los anillos defensivos o simplemente el caserío, y porque a veces se tiene en cuenta supuestas defensas naturales de dudosa funcionalidad.

El Castro del Castillo (Prellezo, Val de San Vicente) es uno de los que no supera las 2 Ha. Ya vimos (capítulo 3) cómo este poblado pudo tener un origen en la fase I, pero por otros materiales que también arroja (tachuela de *caligae*, cerámica común romana) y su fisonomía podemos pensar en un castro costero en península, multivallado (Fernández y otros 2003: 165-169), con posibles ampliaciones durante la fase II, como en otros casos de la costa centro-occidental cantábrica. El reconocimiento de este castro de Cantabria y de otros del concejo de Llanes, como la Punta de Jarri (Camino, Del Frade y Barroso 2002) (fig. 4.21), supone extender el modelo de la costa lucense y centro-occidental asturiana hacia el oriente, con lo que se demuestra que el sector central cantábrico posee unas pautas de poblamiento similares a las del occidente cantábrico, y que el desconocimiento del fenómeno castreño se debe a falta de investigación, y no a cuestiones culturales (Camino y Viniegra 2002) u orográficas. La Punta de Jarri (Llanes, oriente de Asturias) es un castro marítimo en península que por morfología, tamaño -en torno a una hectárea- y tipo de defensas (Camino, Del Frade y Barroso 2002) no difiere prácticamente en nada de la Punta do Castro (Barreiro, Lugo), en el extremo occidental de la costa cantábrica.

### **Síntesis del poblamiento castreño del centro-occidente cantábrico.**

Una de las características de la zona centro-occidental cantábrica tomada en conjunto es que la “conquista del valle” que se ha defendido para la fase II del Noroeste sólo se aprecia en contados sectores de la zona costera y en alguna amplia vega y depresión. En éstos contados casos, los castros que se fundan en la fase II siguen estando en las posiciones más elevadas posibles, dentro de lo que les permiten las nuevas ubicaciones vinculadas a tierras más bajas, en donde la posibilidad de encontrar lugares conspicuos disminuye, con lo que las posiciones resultantes suelen ser menos prominentes, se sacrifican las visibilidades a larga distancia, pero se gana en control visual y accesibilidad de las tierras cercanas, de laboreo intensivo por norma general (Parcero y otros 2007: 188-190). Es decir, se implanta en estas zonas, que no obstante son la excepción dentro del mundo cantábrico, un paisaje cóncavo. El principal ejemplo

excavado lo tenemos en la desembocadura del Navia, en el castro de Mohías.

Pero si la conquista del valle hubiera supuesto un proceso generalizado en el territorio centro-occidental cantábrico, observaríamos que muchos castros que estuvieron ocupados en la fase I dejarían de estarlo durante la fase II, como sucede en Galicia con Torroso, Penalba o Penarrubia. Sin embargo, en el sector cantábrico este proceso sólo es documentable en ciertos sectores costeros, en donde sí se observa un abandono de los castros de la fase I (como Camoca o La Garma) y una fundación de nuevos poblados, como el citado Mohías en la rasa costera occidental, o Caravia y Moriyón que, por contra, se encuentran en posiciones más conspicuas que sus predecesores de la misma zona. En las zonas montañosas e interiores, lo que destaca, en los casos excavados o de los que conocemos algunos materiales, es la continuidad del modelo de poblamiento de la fase I, con la adecuación estructural de los poblados para que permitan la ampliación de sus defensas y por tanto de su espacio habitado, como revelan numerosos ejemplos (Chao Samartín, Peláu, Taramundi, San L. Luis, L. Larón, Alava, Castilnegro, etc.), así como en ciertos casos costeros como Campa Torres o Castillo de San Martín, entre otros. No obstante, para las zonas montañosas habría que destacar que en muchos estrechos valles no hay más alternativas locacionales para el poblamiento, caso de los valles de origen glaciar del Somiedo y del Alto Narcea (González Álvarez 2009) si lo que se quería seguir primando son las posiciones conspicuas, las facilidades defensivas y seguir manteniendo la cercanía a los accesos a brañas y partes altas de las sierras. Por todo ello, en líneas generales podríamos pensar que en la zona centro-occidental cantábrica hubo durante la fase II un aumento tanto del tamaño de los poblados que siguieron ocupados como del número de poblados, puesto que los datos disponibles parecen indicar que se fundaron bastantes castros nuevos en este momento, desde los comienzos de la fase, e incluso desde finales de la fase I. Por lo tanto, tendríamos que pensar en una mayor ocupación y compartimentación del espacio durante la fase II, es decir, en un aumento de la territorialización, mediante procesos de segmentación, pero con la característica de que en la mayoría de los casos estas nuevas fundaciones se producirían sobre posiciones muy similares a las de la fase I. Esta es la principal característica en cuanto a los modelos de poblamiento de los grupos castreños del centro-occidente cantábrico y el principal punto de contraste con respecto a los del Noroeste: la perpetuación de los modelos típicos de la fase I durante la fase II, tanto si los definimos con el modelo 1 de Cesar Parcero (2000: 82) o bajo los modelos I y II de Pastor Fábrega (2005) (capítulo 3). Por ello tanto, en los numerosos “castros de largo recorrido” del centro-occidente cantábrico, que podría entenderse como otra de las características

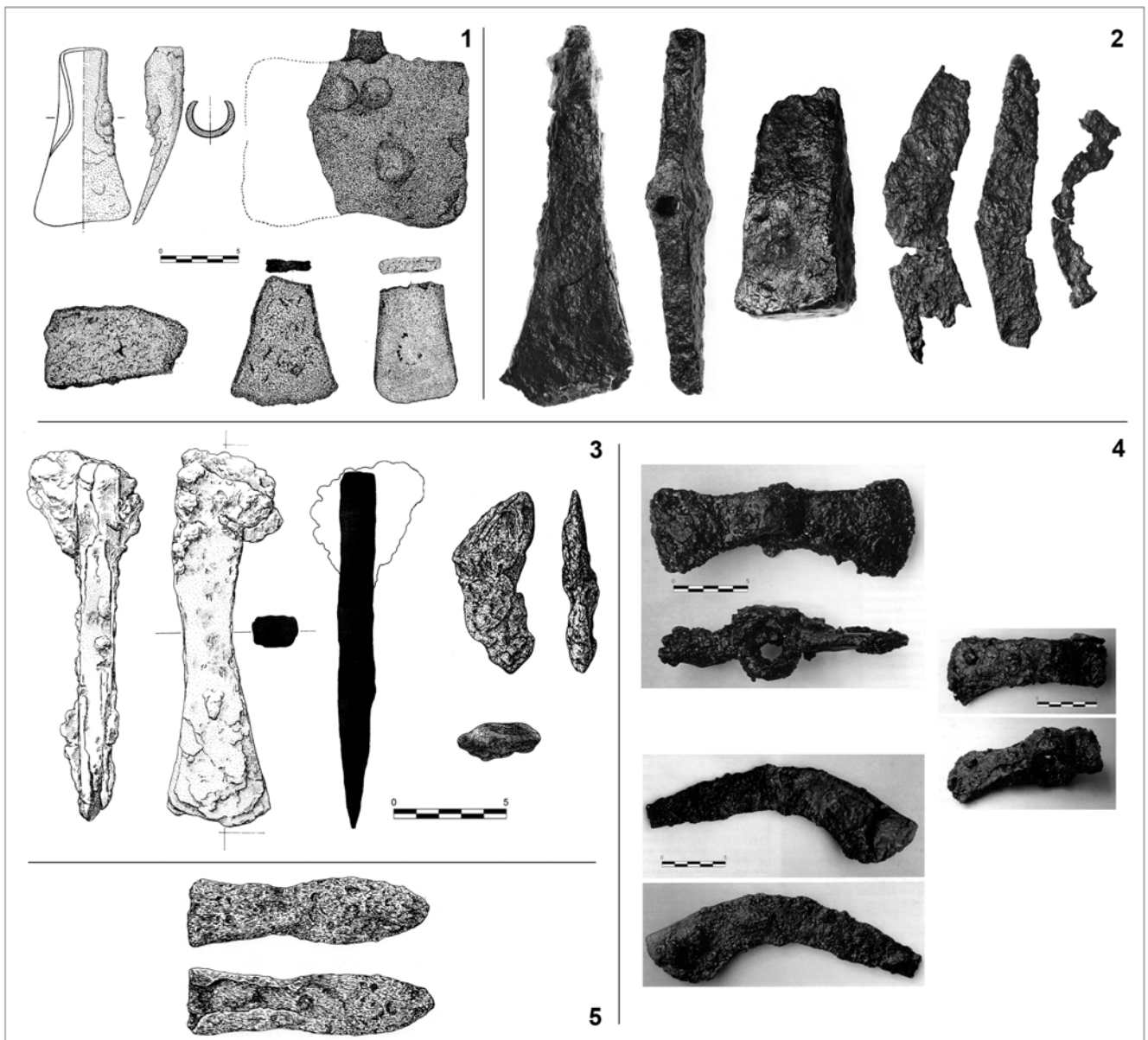
culturales del sector, como en las fundaciones de la transición entre las fases I y II o de comienzos de la II, no se corrobora el modelo de poblamiento denominado “tres para dos”, ya que pese a pretender ser generalizador ha sido obtenido con los datos de las zonas más dinámicas del castreño gallego (Parcero 2000). En la mayoría de las zonas de las montañas cántabras, por el contrario, lo que se constata es un tres para uno: la perpetuación del mismo modelo de poblamiento castreño a lo largo de las tres fases en las que hemos dividido la vida de estos poblados (Primera Edad del Hierro, Segunda Edad del Hierro y época romana, o fases I, II y III).

#### **4.2.2 Hacia la intensificación del modo de producción castreño.**

Justo al oeste de nuestra zona de estudio, en el centro-oriental de Lugo, pero ya en la zona más llana de la provincia (ayuntamientos de Samos y Sarria), puede apreciarse cómo los castros se situarían entre las tierras de labradío y de monte, o entre las tierras “frías” y las “calientes”, en la terminología de los campesinos de la zona. Es decir, que a nivel agrícola se ubican entre aquellas tierras de suelos pesados y espesos, poco aireados que retienen excesivamente el agua y que se resisten al arado, frente a las “calientes” o de suelos ligeros, con buena capacidad para absorber como para drenar aguas, en las que el aire puede circular, aireándolas, y más dóciles al arado y a la herramienta. En las frías se asientan los prados, los bosques y el cultivo intensivo de labradío, mientras que en las calientes está el monte (para abonado y pastoreo) y el cultivo extensivo y de roza de cereal. Ambas serían cultivadas por los habitantes castreños de aquel sector (Rodríguez Fernández 1994: 159), deberíamos pensar, como consecuencia de la progresiva bajada a los valles en los castros del Noroeste según avanza la Edad del Hierro. Sin embargo, para el área centro-occidental cántabrica, en cuanto nos alejamos mínimamente de la costa los castros siguen situándose preferentemente en un entorno de tierras “calientes”, huyendo de los fondos de valle, debido a la perpetuación de los modos de poblamiento de la fase I, como acabamos de ver.

Felipe Criado (1992: 248) entiende el mundo castreño como un contexto cultural caracterizado por una actitud de agresión progresiva sobre la naturaleza, lo que habrá de conllevar la realización de obras de alteración y modificación del entorno para adaptarlo a las necesidades productivas. Esto se traduciría en la construcción de estructuras visibles y manifiestas en el entorno inmediato de los castros, de las que hoy serían perceptibles restos en el terreno: caminos de caja profunda, terrazas de cultivo, estructuras de cierre que abrazan el recinto habitacional y sus elementos adyacentes. La arquitectura en negativo, enterrada e invisibilizada, constituida por los fosos que delimitan

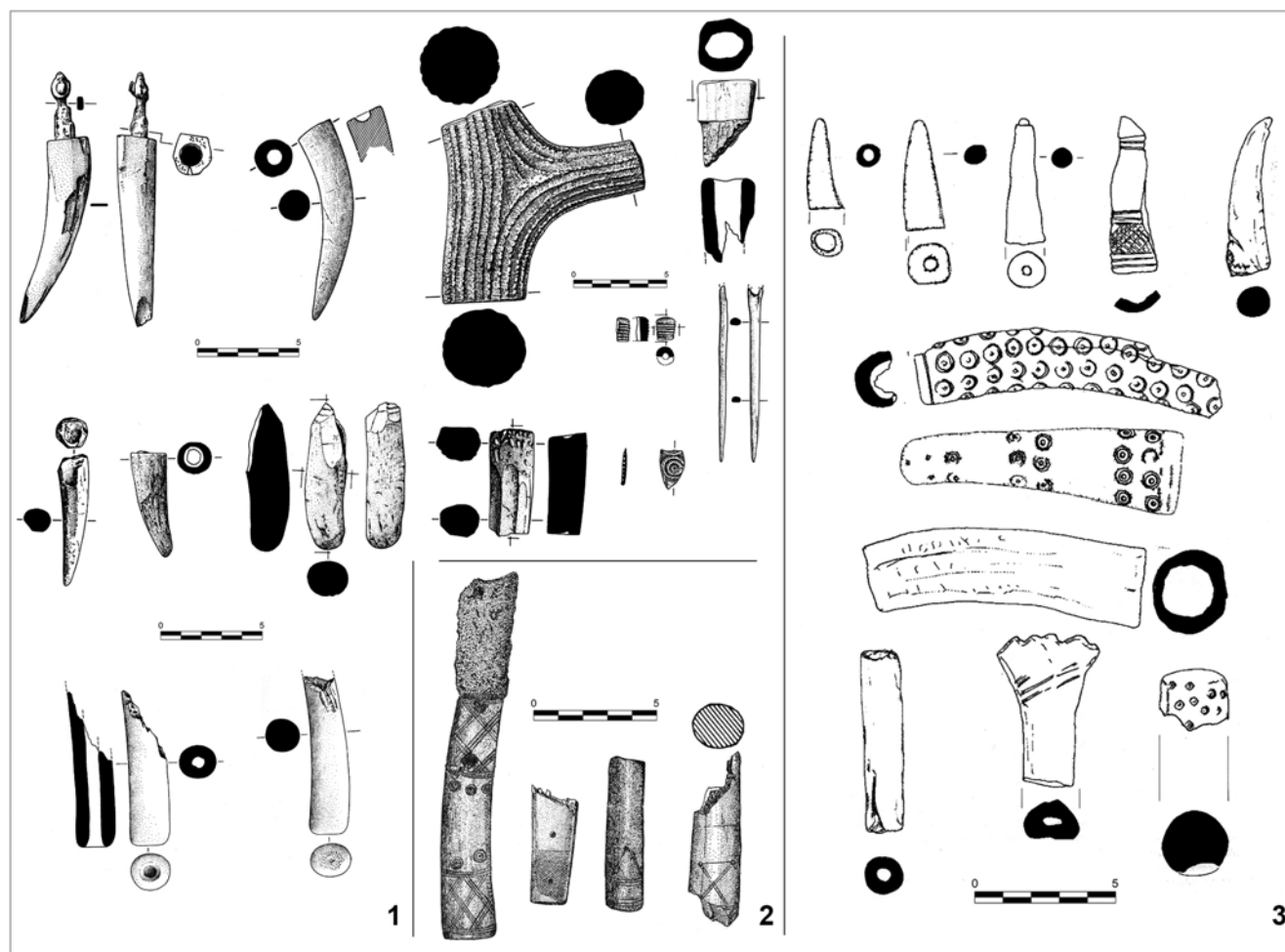
los espacios y recintos aterrazados que caracterizan a los poblados, probablemente se extendiese originariamente más allá del espacio mismo del asentamiento. Esto es lo que ocurre con los fosos en V relacionados con la defensa del sistema de acceso al castro de Follente (Caldas, Pontevedra) o adoptando funcionalidades diferentes como la delimitación espacial de áreas de cultivo, como ejes organizadores del sistema de terrazgo. De este modo se documentan grandes estructuras lineales con sección en U y V, como los fosos de más de 2 m de ancho en la boca y profundidad superior a 1 m en el rellano de O Salto, en las proximidades del Coto do Castro (Cabanas, A Coruña) o los registrados en el castro de Follente (Caldas de Reis, Pontevedra) o el castro de Mirás de Arriba (Ames, A Coruña) (Parcero 1996). La presencia de estas estructuras (vías de tránsito, bancales, fosos etc.) demuestra que el vacío arqueológico preexistente en este sentido venía dado no sólo por la invisibilidad de este tipo de registro (alterado y colmatado en un paisaje antropizado), sino también por la marginación -inconsciente a veces- y desconsideración como objeto de estudio de esos espacios periféricos a los poblados. De hecho, las investigaciones recientes sobre la territorialidad y el poblamiento castreño en el Noroeste muestran cómo este proceso de artificialización del paisaje se desarrolló plenamente en la Segunda Edad del Hierro, constatándose una notable proliferación de asentamientos, muchos de ellos de nueva planta, sobre todo en aquellas zonas con una mayor potencialidad agrícola (Carballo 1990; Parcero 2002). Este fenómeno se ha puesto en relación con la consolidación de una sociedad campesina que llevaría a cabo una ocupación más intensiva del medio a través de una actividad de deforestación continuada y una explotación intensiva de las zonas de valle. Con correctos programas de investigación, gestión arqueológica y modificación del impacto de obras públicas, que tengan en cuenta tanto los espacios interiores de los poblados como los exteriores, se pueden documentar, como ha ocurrido en diversos ejemplos gallegos, silos de almacenamiento de cereal en los aterrazamientos exteriores a las murallas, caminos de acceso, zonas de expansión de usos agrícolas y/o ganaderos, zonas de trabajo minerometalúrgico, etc. (Aboal, Ayán y Prieto 2003: 64-65). En el Noroeste, este aumento de la antropización del medio como resultado de la intensificación del modo de producción castreño puede verse en el alto número de polen no arbóreo (NAP), como es el *Plantago* y la *Genista/Ulex*, así como la aparición de *Cerealia* en los diagramas, con algo de roble y avellano en los análisis de la turbera de la laguna de Braña Rubia (A Coruña), precisamente a partir de fechas que coinciden con el comienzo de la fase II. El desarrollo del helecho *Pteridium aquilinum* se vincula también a campos de cultivo quemados o abandonados (Törnqvist, Janssen y Pérez 1989: 189).



**Figura 4.22:** herramientas y aperos agropecuarios de hierro: 1. Reja de arado, azadón y hachas de Las Rabas (a partir de García Guinea y Rincón 1970, modificado); 2. Azuela, pico, martillo y hoces del Picu'l Castu de Caravia (a partir de Escortell 1982, modificado, sin escala); 3. Hacha y podón de la Campa Torres (a partir de Maya y Cuesta 2001 eds., modificado); 4. Hachas y azada de Moriyón (a partir de Camino 1996, modificado); 5. Reja de arado de La Porida o Llendecastiellu (a partir de Maya 1987/88, modificado).

Ello encaja con la secuencia planteada para la también coruñesa sierra de O Bocelo, prácticamente deforestada a finales del primer milenio a.C., y donde fueron frecuentes los campos de cereales (Díaz, Criado y Méndez 1994: 158). En definitiva, como vimos en el capítulo anterior, se trata de un incremento de las prácticas agrícolas y ganaderas con la consolidación de los grupos castreños, lo que desembocaría en el desarrollo total de una “estepa cultural”, caracterizada por la fuerte deforestación de origen antrópico (Ramil 1994: 123). Respecto al uso de pastos y praderías habría que pensar tanto en las naturales como en las creadas artificialmente, como ya propusimos para la Primera Edad del Hierro (capítulo 3), y cuyo indicador arqueológico son los pólenes de gramíneas, tréboles, helechos o *Cruciferae*

principalmente (Parcero y otros 2007: 204-205). En general, pese a algunos cambios, lo que caracteriza al Modo de Producción en el Noroeste durante la fase II es un marcado continuismo respecto a las especies cultivadas, con la única excepción de la introducción de centeno, pese a que haya discusión sobre si este cereal se introduce en época romana para despuntar su cultivo durante la Edad Media o si bien ya se cultivaba en época prerromana, ya que al aparecer para los castros de Cortegada, Cameixa, Saceda o Viladonga al menos habría que pensar en su introducción en el cambio de Era. Se trata de un cereal resistente a las heladas y a la altura que crece en zonas donde la cebada y el trigo lo tienen difícil, lo que explicaría su aceptación y extensión por el Noroeste y Norte de la Península Ibérica (discusión en Parcero y otros 2007:



**Figura 4.23:** herramientas de hueso y asta: 1. Mangos de hueso y asta, extremos de cuerno tallado, aguja, plaquita decorada y remate moldurado de la Campa Torres (Maya y Cuetsa eds. 2001, modificado); 2. Mangos decorados de Las Rabas (a partir de García Guinea y Rincón 1970, modificado); 3. Mangos y puntas de hueso y asta de Cellagü (a partir de Berrocal, Martínez y Ruiz 2002 b, modificado).

205). Y uno de los derivados del cultivo de cereales es la cerveza, de la que Estrabón, pese a haber escrito que los pueblos del Norte no cultivaban cereales, hace referencia (Santos 1984). En Galicia se han podido obtener testimonios arqueológicos de cerveza en el castro de O Peto, mediante el reconocimiento de esqueletos silíceos de *Hordeum* en el interior de un fragmento cerámico (Prieto, Treserras y Matamala 2003).

Todos estos datos han de ser entendidos en relación al aumento del número de poblados y del tamaño mismo de los poblados, que a todas luces esconde un aumento de población durante la fase II. Sin embargo, las características particulares de los modelos de poblamiento castreño en el área cantábrica durante esta fase, como acabamos de ver, y la particular evolución de algunos rasgos culturales en este sector, debe hacer que nos planteemos hasta qué punto son aplicables en nuestra área de estudio los rasgos económicos generales que se han aplicado al caso gallego.

Para el sector que nos atañe, una de las formas de acercarse a la potencialidad agrícola de los suelos inmediatos a los castros del occidente cantábrico ha

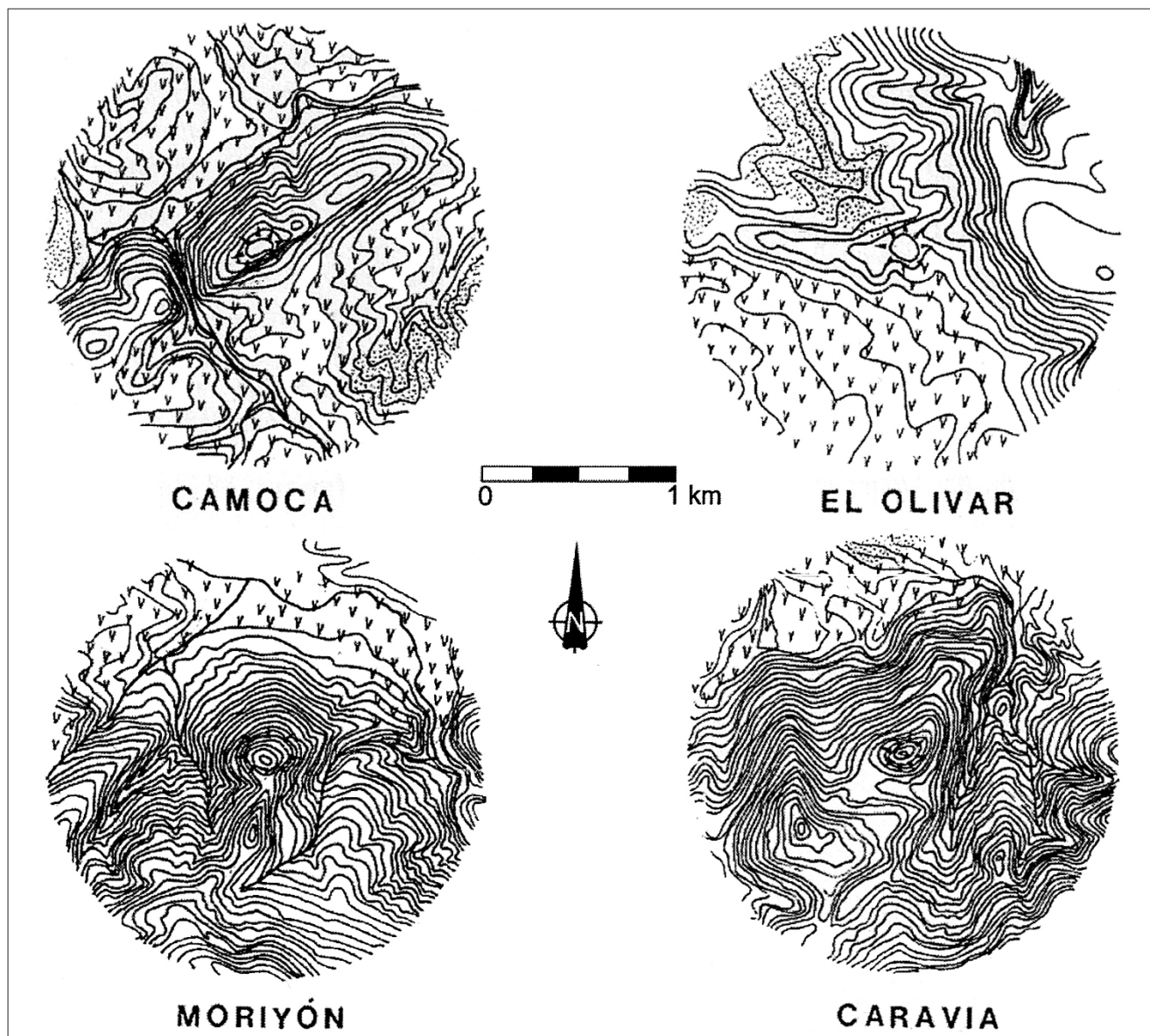
sido analizar la composición de éstos, a lo que se puede añadir el análisis de la distancia con respecto a las aldeas actuales (Camino 1995b; Fanjul 2005). Por ejemplo, entre los castros costeros asturianos la mayoría, excepto la Campa Torres, se encuentran rodeados de tierras pardas o tierras similares, aptas para el cultivo, y al estar situados junto a la rasa costera la accesibilidad a las mismas es muy sencilla. De nuevo todos excepto la Campa Torres se encuentran a menos de un Km. de alguna aldea actual. Además, las escasas distancias a las sierras litorales hicieron que la explotación silvo-pastoril de las mismas fuera posible, siguiendo los esquemas tradicionales agropecuarios de la costa asturiana (Camino 1995b: 182, 184-187). Para el sector centro-oriental asturiano se ratifica, en líneas generales, la continuidad del modo de producción entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro, gracias a los datos obtenidos en la ría de Villaviciosa, aunque se plantean algunos cambios, como es la mayor variedad de especies cultivadas según avanza el milenio. En todas las cabañas de Moriyón se aprecia policultivo cerealista, con representantes tanto de invierno como de verano, y leguminosas, seguramente *Vicia faba minor*, algo que igual no se desconocía en el

Hierro I, pero que se intensifica antes de Roma. A ello se deben unir las mejores herramientas agrícolas de esta fase, ya realizadas en hierro (hoces, hachas de enmangue en ojiva, alcotanas). No se conocen los campos de cultivo de los castros, pero a nivel teórico se ven terrenos aptos como tierras agrícolas en un radio de un Km. También se plantea la posibilidad de aterrazamientos y de pequeñas parcelas, pero nada de eso se puede corroborar de momento (Camino 2002: 143-144; Camino y Viniegra 1999: 244).

Evidencia de la agricultura y de las mencionadas herramientas de hierro vemos en el castro de Las Rabas una gran hoz de hierro con mango de hueso y una reja de arado (García Guinea y Rincón 1970: 18), aunque podría pensarse que esta última no fuera tal, sino más bien una azada con enmangue de abrazadera. También aparecen tres hachas de hierro y una gran azada del mismo material (Ibid.: fig. 22 y 25). Podríamos decir que se trata de unos de los castros del centro-occidente cantábrico con mejor lote de herramientas de hierro para la explotación del medio, tanto en un sentido agrícola como ganadero. El mismo protagonismo de aperos de labranza de hierro lo observamos en el centro-oriente asturiano, caso de las azadas y hoces de Moriyón (Camino 1996: 32), de las hoces, hachas y otras herramientas de hierro de Caravia (De Llano 1919) y de las hachas, podones y ganchos/bicheros de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 147), datados en los tres casos en la fase II, o en las hachitas, hoces/podaderas, azuelas y guadaña con refuerzo exterior de Villacid (Morán 1956/61: 109-110) (fig. 4.22). Es bastante probable que muchos de los útiles realizados principalmente en asta fueran mangos para este tipo de útiles de hierro, como es el mango de hoz de la transición de la fase I a la II de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001:199) (ver fig. 3.25) a lo que deberíamos sumar muchos mangos de hueso y asta para cuchillos de hierro, en muchos casos decorados (fig. 4.23). Sin duda, el desarrollo de la metalurgia del hierro en la fase II ayudó a la mejora de las tareas productivas mediante la fabricación de herramientas específicas que, entre otras cosas, debieron posibilitar unos laboreos agrícolas cada vez más intensivos, debido a que el aumento del número de castros debió limitar en ciertas zonas las tierras explotables. De todos modos, al igual que defendimos para la fase I (capítulo 3 y fig. 3.25), hemos de pensar en multitud de herramientas de materiales perecederos (*mesories*, arados de madera, layas) que no serían visibles en el registro y en los que se fundamentaría el mayor porcentaje de los trabajos del campo. Otro importante cambio tecnológico que también podemos vincular con el nacimiento de esta fase, al igual que el hierro, y con importantes consecuencias en el aspecto socioeconómico, es la aparición de los molinos giratorios y los morteros de cazoletas, estos últimos exclusivamente para los castros del occidente asturiano. Como veremos, el mundo cantábrico fue

pionero con respecto al Noroeste en el uso de esta molinaria, lo que podría hacer pensar en una creciente importancia en esta fase del procesado de cereales y un aumento de los mismos tanto a nivel de cultivo como de dieta. Pero los análisis realizados sobre molinos circulares en el *oppidum* soriano de Numancia, en donde se ha demostrado que muchos de ellos se utilizaron para molturar bellotas (Sanz Gimeno y otros 1999), desaconseja que realicemos tales asociaciones mecánicas. No obstante, la asociación en los castros del occidente asturiano de molinos circulares, morteros de cazoletas y, en algunos casos como Arancedo, de molinos planos rectangulares hace suponer funcionalidades específicas para cada tipo de útil, como desarrollaremos más adelante.

En la Campa Torres las improntas de los manteados de barro muestran de nuevo que las características económicas de la fase II continuaron como las de la fase I, pues se ven helechos, brezos y gramíneas que indicarían terrenos de pastos para el ganado y aprovechamiento del *rozu* tanto para acomodar el ganado como para construir, formando parte del barro de los manteados. También se documentan avellanos, usados tanto por sus frutos como por la dureza y flexibilidad de sus cañas, con las que se forman las estructuras o *cébatu* que luego reciben los manteados, y cereales, que de nuevo se cultivan y consumen, pero que también se utiliza para realizar las techumbres (Nava y Fernández 2001). Aparte de por esta información también se conocen las semillas por criba, aunque de cientos de litros de tierra cribada tan sólo se obtuvieron una veinte semillas: trigo sin determinar, *Triticum dicoccum* o “escanda menor” (de rentabilidad media y fácil trilla) y *Hordeum*, en ningún caso *Triticum spelta* (Maya y Cuesta 2001: 235-236), que sí es documentada, sin embargo, en el estudio específico sobre los restos paleoarqueológicos (Buxó y Echave 2001a: 308). La cebada no es panificable, pero se puede comer en gachas, dar de comer a los animales de tiro o hacer cerveza. Es llamativa la escasa presencia de cereales en la Campa Torres, tanto en el registro polínico como carpológico o en las improntas de los manteados, a lo que hay que sumar las escasas tierras cultivables en los alrededores del poblado, rodeado por zonas pantanosas y abruptos acantilados, excepto por el sur. Sus excavadores plantean que la ganadería pudiera haber tenido mucho más peso que la agricultura, sin descartar la posibilidad de ir a cultivar a unos 6 Km. hacia el SE, donde se sitúan las mejores tierras y veremos aparecer más tarde las villas romanas, aunque ello les haría entrar en conflicto con los castros de el Castiellu de Serín y el Castiellu de Bernueces -a 8 y 9 Km. de la Campa Torres respectivamente- o hacia el otro lado de la ría de Aboño, aunque de nuevo entrarían en la zona de influencia del castro de Llogrezana (Carreño) (Maya y Cuesta 2001: 235-236). De hecho, a partir de los análisis polínicos se ha



**Figura 4.24:** áreas de captación de castros del centro-oriente de Asturias, de la fase I (arriba) y de la fase II (abajo) (a partir de Camino 2002, modificado). Obsérvese la particularidad de las ubicaciones de los de la fase II (Caravia, Moriyón), en zonas menos aptas para la agricultura que los de la fase I.

planteado un paisaje abierto alrededor de la Campa Torres dominado por brezos y herbáceas, con escasos árboles y en donde grandes extensiones serían prados, pero a partir de análisis polínicos de niveles de la fase I (Burjachs i Casas 2001: 298) (capítulo 3). No obstante también se tomaron muestras de pólenes del interior de los pozos de agua -que hoy sabemos que son romanos- (capítulo 5), que ponen de manifiesto un paisaje muy parecido al de la fase I, pero más abierto aún, con más prados y menos brezos, y también más castaños, potenciados por el cultivo humano, así como cereales (Ibid.: 298) (fig. 4.24). Este análisis nos parece muy interesante, ya que creemos que el más que probable crecimiento poblacional de la fase II (fundación de nuevos castros y ampliación generalizada de los que vienen de la fase I) debió conllevar un incremento de las tensiones inter e intragrupal entre otros motivos por la necesidad

creciente de tierras en sistemas agropecuarios que en la zona cantábrica debieron de seguir siendo mayoritariamente extensivos, tanto en la agricultura como en la ganadería. Seguramente las tensiones provocadas por la competitividad de tierras para estas dos actividades reforzaron el encastillamiento y la fragmentación política, a la par que obligaron a los poblados a negociar para el uso común de ciertas tierras, siendo el caso más evidente el de los pastos de puertos y majadas de montaña a los que accedían varios poblados durante el estío. Pero sobre todo los datos de la Campa Torres están indicando que el modo de producción castreño de la fase II, e incluso de la fase III, fue muy similar al de la fase I, sólo que intensificando sus rasgos y aumentando la presión sobre el medio, notándose especialmente la antropización en la continua apertura de la vegetación para conseguir cada vez más prados. De todos modos,

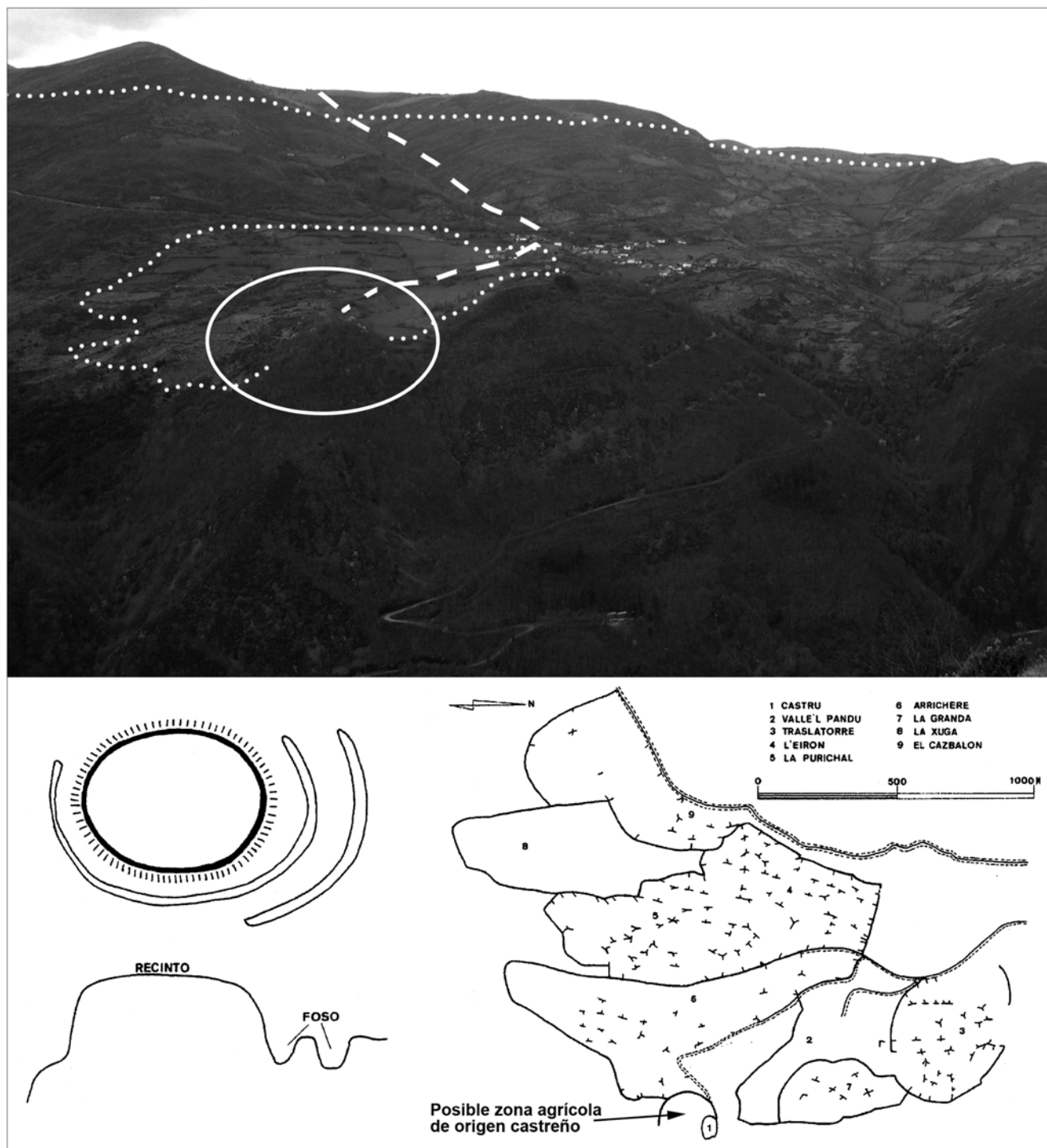


como hemos visto, la mayoría de los análisis de la Campa Torres suelen ser muy vagos a la hora de datar los restos que se están estudiando, tanto vegetales como animales, por lo que en la mayoría de los casos no sabemos si tratamos con información de la fase I, II o III. No obstante, pese a la intensificación de los rasgos que indican la antropización del medio, el paso a sistemas agrícolas algo más intensivos, el crecimiento poblacional, la aparición o desarrollo de algún nuevo cultígeno, como el centeno, y ciertos cambios tecnológicos (molinaria circular y herramientas de hierro) no habría argumentos para dejar de considerar este sistema económico como un Modo de Producción Doméstico (MPD), al igual que en la fase anterior, como intentaremos demostrar. Pese a que en esta fase ya podemos aludir a alguna estructura de almacenamiento (como en Moriyón), éstas seguirán siendo las grandes ausentes del registro; y cuando se documentan no siempre son para cereales o leguminosas, ya que las hay para los frutos de la silvicultura, como las bellotas. De todos modos podemos pensar en la posibilidad de que estas estructuras fueran aéreas, tipo *cabazo*, de las que tan sólo quedaría en el registro algún agujero de poste, o que para tal fin se utilizaran grandes contenedores cerámicos, de los que hay ejemplos. En otros casos es posible pensar en la combinación de ambos tipos de almacenes / graneros, en donde las bases de los hórreos tendrían mayor entidad arqueológica, como es el caso de nuestra reinterpretación de la estructura 5B del barrio bajo de San L. Luis. Se trata de una estructura circular de lajas de pizarra, como el resto de cabañas del poblado, pero sin cara interna. Se trataba realmente de una plataforma circular, sobre la que pensamos iría un granero del tipo *cabazo* u hórreo circular, apoyado sobre postes. La abundancia de fragmentos de grandes contenedores cerámicos avalaría esta hipótesis (Marín 2007: 156-157).

La ausencia arquitectónica de graneros en los castros cantábricos contrasta con, por ejemplo, los castros excavados de la olla de El Bierzo (San Juan de Paluezas, Corona de Corporales y Borrenes) en donde podemos ver una forma y distribución de sus estructuras domésticas muy diferente a las cantábricas y, sobre todo, sus enormes graneros, realizados en piedra, de planta cuadrangular como las casas y adosados a éstas. También es reseñable la ubicación de estos poblados en tierras sedimentarias llanas aptas para la agricultura intensiva y cómo entre la ganadería priman los ovicápridos y no el vacuno (Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1998), que por el contrario será la norma para el caso cantábrico. Analizamos también las fuertes influencias meseteñas de este grupo arqueológico ya desde la Edad del Bronce - capítulo 2- y también durante la Primera Edad del Hierro, con poblados soteños -capítulo 3-. Pese a todo ello, su modo de explotación agropecuario se ha considerado como el “típico de las comunidades de la

Cultura Castreña” (Sastre 2008: 1029). Como ya hemos visto, los intentos generalizadores de esta autora para una falsamente homogénea e inventada “Cultura Castreña”, que se proyecta acríticamente por todo el Noroeste y por todo el sector de lo que luego será el *Conventus Asturum*, no hace sino esconder la diversidad cultural y social de la que intentamos dar cuenta. Por todo ello, la supuesta “consolidación del sistema agrario” de este sector de El Bierzo, más que como modelo, nos sirve de contraste para el modelo cantábrico que acabamos de describir. Se han usado las características del modo de producción de estos poblados y sus particularidades arquitectónicas, en donde destacan las estructuras de piedra destinadas a granero y en donde no se ven espacios comunales sino viviendas separadas físicamente unas de otras y con patios privados, para afirmar que las fuerzas centrífugas definidas por Sahlins serían visibles en el registro arqueológico. Se debe suponer una tensión entre las familias y la comunidad en la que las posibles desigualdades puedan echar raíces. En función de factores tan diversos como el tamaño de la fuerza de trabajo y la variabilidad climática anual, algunas familias pudieron en algún momento haber producido más que otros, aunque el control social colectivo nunca habría sido abandonado (Sastre 2008: 1029-1031). Esta autora argumenta que si bien para Parcero (2003) el potencial para la producción diferencial entre los hogares finalmente dio lugar a un conflicto y consolidó las desigualdades sociales; la estabilidad a largo plazo de las viviendas y de sus áreas de almacenamiento sugieren que las comunidades tuvieron los mecanismos sociales para contener esa potencial diferenciación. La intensificación doméstica durante la Edad del Hierro, entonces, no habría sido demostrada (Sastre 2008: 1029-1031). Curiosamente, lo que afirma esta autora nos parece apropiado para nuestra zona de estudio, pero no para la zona baja de El Bierzo, ni para otras zonas castreñas como la costa pontevedresa. Con los datos disponibles para San Juan de Paluezas, Corona de Corporales y Borrenes, creemos que se puede hablar perfectamente de consolidación de desigualdades sociales y conflicto entre grupos familiares, más aún si lo comparamos a otras zonas cantábricas en donde todos esos rasgos se encuentran ausentes. Curiosamente, pese a haberse intentado definir con estos ejemplos bercianos el modelo pancastreño de sociedades segmentarias estos poblados caen mejor, precisamente, en la clasificación de “sociedades de casa” (González Ruibal e.p., fig. 15), como veremos más abajo.

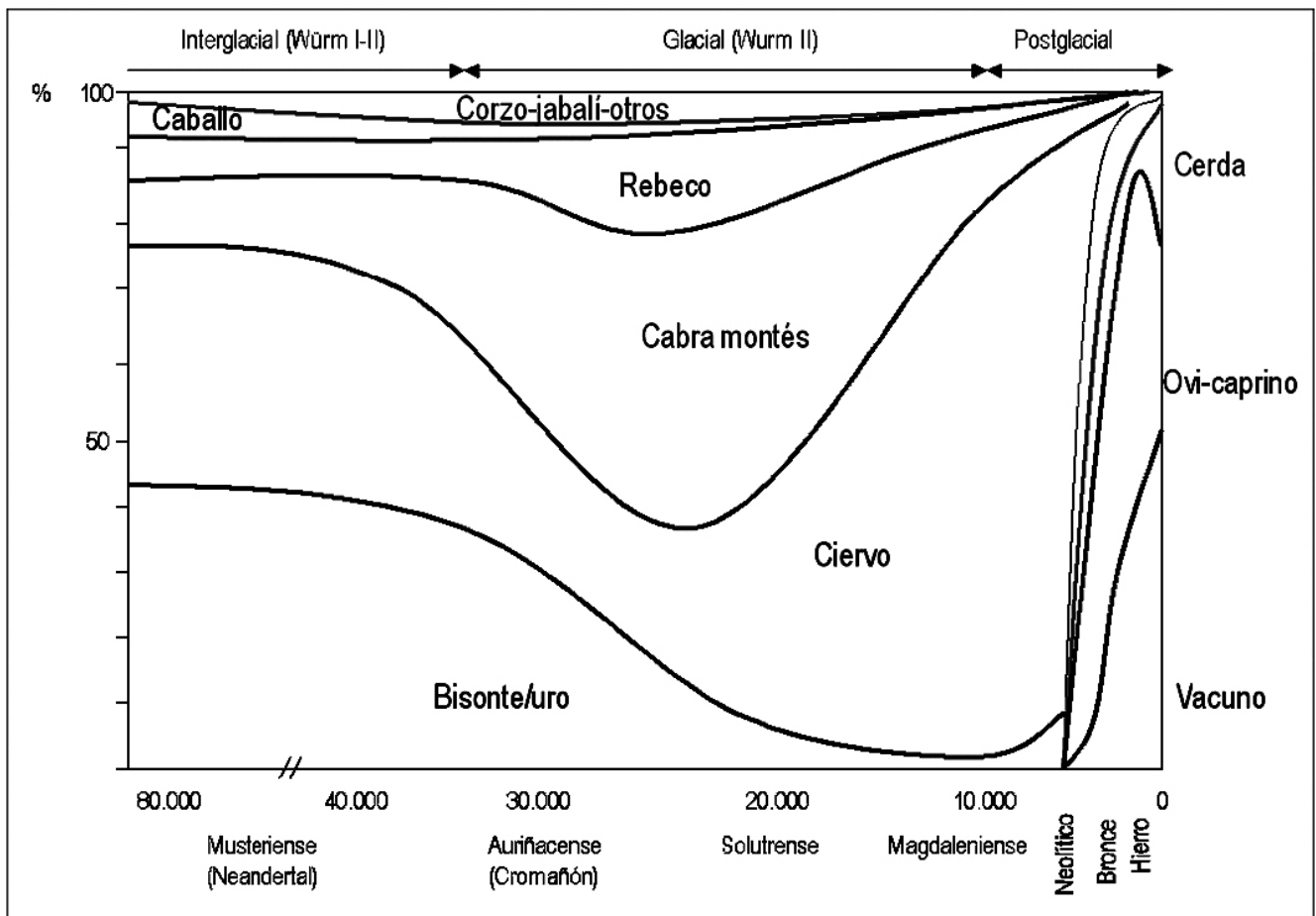
Por el contrario, cuando en el caso cantábrico se hable de intensificación y desarrollo agrícola, habrá que pensar por ejemplo en el paso de una sola variedad de trigo en Camoca a la presencia de varios cereales y leguminosas en Moriyón, en la ría de Villaviciosa, por lo que se podría hablar de un impulso de la agricultura cerealista durante la fase II (Camino



**Figura 4.25:** territorio de explotación y doble territorialización en un castro de montaña: La Mata'l Castru (Vigaña, Belmonte): arriba, vista general con las zonas de explotación agrícola y ganadera inmediatas al poblado, las brañas de altura de uso ganadero estival y el camino de acceso a las mismas (a partir de González Álvarez 2009, modificado); abajo izquierda, planta y sección del castro; abajo derecha, estructuras agrarias medievales y subactuales en torno al castro, y posible zona semicircular de explotación agraria intensiva en torno al poblado (a partir de Fernández Mier 1999, modificado).

1996: 35; 1999: 156-157), más que de una intensificación agropecuaria *sensu stricto*. Si Camoca se caracterizaba por tener un registro faunístico superior a Moriyón, en cuanto a los restos vegetales será al revés: en diferentes cabañas se documentaron trigo, cebada y avena, y en menor lugar mijo/panizo y leguminosas, aparecidas en el registro siempre que se hayan carbonizado, y en concentraciones tales que hace pensar en silos o lugares de almacenamiento.

También se registraron semillas de cerezas. Por polen registrado se puede aludir también a nabo/berza y lino. Se documentó, además, un almacén de bellotas exterior a la cabaña 2. En el poblado se usaron seguramente varas de avellano (lisas, rectas y resistentes) como material constructivo, tomadas del bosque atlántico que hubo en los alrededores del poblado, ya que el polen muestra esta especie junto a fresno, olmo, sauce, castaño y tojaes, acompañados de



**Figura 4.26:** fauna cazada y domesticada en Asturias según el área de Zoología de la Universidad de Oviedo (a partir Cid, González y Adán 2009: 89-90 y fig. 2), basado en Adán (1997), Altuna (1992), Castaños (1992) y Maya y Cuesta (2001). Nótese el fuerte aumento del ganado vacuno a partir de época neolítica.

herbáceas y helechos (Camino 1997: 80-82; 1999: 156-157). Otros análisis polínicos de castros del occidente de Asturias han sido publicados de modo muy resumido, por lo que es difícil manejar su información. Podría destacarse el hecho de que en Mohías haya deforestación en la fase de ocupación, con menos abedul o sauce, y más helechos y brezales (Carrocera 1992: 131-132).

Quizás también sintomático de la intensificación de la agricultura en las zonas interiores de montaña es la aparición de algunas estructuras agrarias, del tipo terrazas, o la estructura subcircular exterior a las murallas del castro de Vigaña (Miranda), de suelos poco profundos y muy apta para el cultivo de la escanda, puesto que es lo que tradicionalmente se ha plantado allí (Fernández Mier 1999: 138-144 y fig. 49) (fig. 4.25). Se podría interpretar como un primitivo campo de cultivo castreño, junto al camino de acceso al poblado. Los aterrazamientos no serían tan diferentes de los *lynchets* a los que aludimos para la fase I (capítulo 3). Por la cima de la sierra donde se sitúa el poblado se encuentra el Camino Francés y los pastos estivales de claro aprovechamiento ganadero. El castro controla el camino secundario que comunica con éste (Ibid.: 138-144; 260-26), siguiendo el modelo de poblamiento descrito más arriba, herencia de las

formas de poblar de la Primera Edad del Hierro. Deberíamos plantear por tanto que incluso entre los castros de montaña, en donde la ganadería de bóvidos tuvo un papel social y económico tan importante, se podría entender que hubo cierta intensificación agrícola durante la fase II, con la construcción de estructuras agrarias y plantando nuevos cultígenos, puede que por la menor disponibilidad de tierras, al crecer el número de castros y fragmentarse más aún el paisaje, y por el más que probable crecimiento poblacional de esta fase II.

Ya hemos hecho mención a algunos frutos como la bellota, que debió tener un importantísimo papel en la dieta, y al aprovechamiento de algunos arbustos y árboles, especialmente utilizados para construir. Todo ello nos sitúa ante prácticas de silvicultura, más que de agricultura, aunque el límite entre ambos tipos de aprovechamientos en ocasiones se nos presenta como excesivamente artificial. En la vecina Galicia se documentó en Castrovite el uso de madera de roble y avellano, con evidencias de haber sido cortada a hacha. Ambos árboles son frecuentes en los medios boscosos del norte peninsular, y de ambos es aprovechable el fruto (Carballo en Parcero y otros 2007: 208), el cual puede llegar a constituir una importante fuente de alimentos complementaria a los

cereales. Además, la madera del primero es de gran dureza, mientras que las varas del segundo, de porte arbustivo, son muy elásticas y resistentes, por lo que habitualmente son las utilizadas en las construcciones denominadas “de materiales perecederos” consistentes en un entrelazado de las susodichas sobre ejes verticales a las que luego puede aplicárseles o no, según la funcionalidad de la estructura, un manteado de barro. Este tipo de construcciones es lo que en asturiano se conoce como de *cébatu* y en gallego *pallabarro*. En Saceda, entre el s. V y el III a.C., también se documentó madera de castaño. La aparición diferencial en el registro entre las bellotas de los diferentes tipos de *Quercus* y las castañas se podría deber a que las primeras, para reducir el amargor que les provoca un tanino, se torrefactarían; mientras que las segundas pueden comerse crudas o cocidas, lo que las hace menos visibles arqueológicamente (Ibid.: 208-209). Para el uso y consumo de bellotas se han propuesto varios modelos. Por un lado, pueden ser secadas y molidas y hacer panes con esta harina, que podrían ser almacenables. También pueden asarse y comerse directamente, como se hace actualmente con las castañas. Y también pueden rallarse y macerarse con agua formando gachas. Aparte, es interesante el enorme rendimiento que tiene esta forma de silvicultura, pues para los templados bosques de robles y avellanos del Holoceno Medio que cubrirían las tierras bajas de Cantabria se calcula de media a una tonelada/hectárea de avellana, cerca de 3 toneladas/hectárea de castaña y de 500 a 1000 kilos de bellotas por cada roble maduro (Clark 1986: 166-167). Que las bellotas fueron consumidas y almacenadas en los castros de la fase II cantábricas no deja lugar a dudas, ya que de hecho los análisis sobre manos de molino barquiformes de la Campa Torres evidencian que fueron utilizados básicamente para molturar estos frutos (Maya y Cuesta 2001: 223). En Moriyón, uno de los pocos lugares de almacenamiento castreño documentados en el ámbito cantábrico, también estaba dedicado a guardar bellotas, como vimos.

Respecto a la ganadería en la Iberia húmeda castreña es el vacuno el que presenta un gran dominio, fundamentalmente con una explotación secundaria como animal de carga y para productos alimenticios (leche, queso...) (Cid, González y Adán 2009: 90) (fig. 4.26). Igualmente, la cabaña ganadera que prima en el Noroeste sigue siendo la de bóvidos, como durante la fase I, tanto por su carne, como por sus productos secundarios, por su fuerza de trabajo o como bien de intercambio (Parcero y otros 2007: 209; Fernández Rodríguez 1996). No obstante, los sesgos culturales y tafonómicos del registro son grandes y es necesario que se diferencie claramente en las publicaciones entre el Número Mínimo de Restos (NMR) y el Número Mínimo de Individuos (NMI), ya que si no podemos llevarnos impresiones falsas. Por ejemplo, en el poblado de Punta dos Prados (Ortigueira, A Coruña),

muy afín a los de la costa occidental asturiana, en las campañas de 1987 y de 1988 al género *Bos* le corresponden el 82 y el 74 % de los restos, pero en definitiva en ambos casos se trataba de una sola vaca/toro, un ovicáprido y un cerdo. Esas dos vacas/toros tienen marcas de descarnado, y los de ovicápridos son de individuos jóvenes, mientras que de los tres cerdos uno es juvenil y los otros dos adultos (Penedo Romero 1995/96: 63-68). No obstante, la poca atención que se le ha prestado a los restos animales y vegetales tradicionalmente durante las excavaciones castreñas, sumado a la deficiente conservación de este tipo de registros en los ácidos suelos septentrionales, ha dado como resultado que en la mayoría de las publicaciones nos encontremos con vagas referencias del tipo “bóvidos, de los que aparecieron huesos en Coaña” (en Maya 1987/88: 300) o simples referencias a que en San L. Luis hay presencia de *Bos taurus* pequeño y suidos (Jordá 2001: 71). Por otro lado, gracias a estudios faunísticos en poblaciones vivas africanas se ha podido ver que exclusivamente con los análisis de la fauna aparecida en un poblado tras la excavación arqueológica no puede llegar a entenderse correctamente el papel que jugó la ganadería para cada grupo concreto, porque aparte del sesgo tafonómico encontramos particulares sesgos culturales (tipos de sacrificios, prácticas de descarnado, prescripciones y prohibiciones rituales, etc.) que pueden infrarrepresentar precisamente aquella cabaña que fue más abundante (Parker Pearson 2000). Por ello, para poder analizar el peso de la ganadería en los grupos castreños cantábricos, aparte de los datos zooarqueológicos también se ha de tener en cuenta la ubicación concreta de los poblados y sus áreas de captación de recursos.

Con las excavaciones en la Campa Torres se ha avanzado en la información zooarqueológica. En la excavación en área tras las murallas del poblado han sido recuperados unos 15000 restos, de los cuales un tercio es identificable. No obstante, en el estudio específico al respecto sólo han sido estudiados los restos del “primer nivel de cenizas” que equivale al s. II-I a.C. (Albizuri y Canadell 2001: 318), por lo que nos sirven como representación de la fauna del poblado en la fase II b. Se corroboran los datos del Noroeste pues el principal animal representado es el *Bos taurus*, con 70 animales como mínimo, usados para carne, leche y tiro, como se deduce de la exostosis de los huesos por haber soportado duros trabajos. Hay dos ejemplares que son más grandes que el resto, lo que demostraría que estuvieron castrados para ser usados como animales de tiro. Se aboga entonces por la presencia de carro entre aquellas gentes. Otros muchos bóvidos fueron, sin embargo, sacrificados jóvenes, en torno a los dos años, así que nunca llegaron a ser usados para labores agrícolas. La preponderancia de bóvidos sobre ovicápridos es un rasgo típico de toda la fachada cantábrica, ya que es

una ganadería basada en pasto herbáceo fresco, frecuente en estas latitudes. Por detrás están los ovicápridos (unos 196), mayores en número, pero menores en kilogramos de alimento potencial, aunque por los sacrificios entre los 1,5 y los 2 años puede pensarse que fueron usados también para leche y lana, aparte de la carne. Una quesera aparecida en el poblado corroboraría este uso de los productos secundarios. Vemos también la preponderancia de bóvidos, seguida de ovicápridos y suidos, en otros castros costeros de la costa occidental cantábrica, como el de A Devesa (Ribadeo), pese a que los autores responsables del estudio partan de un inadecuado esquema cronológico que sitúa todas estas manifestaciones económicas en periodo romano (Vázquez Varela y Rodríguez 1997-98: nota 18). Se plantea que tanto en este castro como en el de Punta dos Prados hay un aprovechamiento directo de los recursos ganaderos y marinos, lo que indicaría una “cierta autarquía” en su economía de subsistencia (Ibid.: nota 20).

Volviendo a los estudios zooarqueológicos del castro gijonés, vemos como los cerdos también tendrían importancia en la alimentación cárnica de los habitantes de la Campa Torres. Parece que se reservaron las hembras para parir y se consumieron los machos jóvenes. Respecto a los caballos de la Campa Torres estos son de pequeño tamaño, tipo pony, similares a los actuales asturcones, en número de seis, viejos (pasan de los 10 años) y domesticados, con pequeñas fracturas en las patas delanteras, lo que indicaría que fueron de monta y no de tiro. Caballos y perros (reconocidos unos tres) ayudarían al pastoreo y la caza (Albizuri y Canadell 2001: 319-338), aparte de todo el simbolismo social que en principio ganaría el caballo entre los hombres guerreros de cada poblado durante la fase II, posiblemente como símbolo de estatus (fig. 4.27). Los excavadores de la Campa Torres no descartan que además de aprovecharse los pastos inmediatos al poblado, los habitantes del castro también pudieran llevar sus ganados a los pastos de montaña en verano (Maya y Cuesta 2001: 233). Pueden ser esos momentos del año los utilizados para realizar actividades cinegéticas. No obstante, las evidencias de caza (ciervos jóvenes, cabras montesas, corzos, jabalíes y aves) suponen un porcentaje mínimo con respecto a los animales domésticos en este castro (Ibid.: 233; Albizuri y Canadell 2001: 338-341). Creemos que la caza, aparte de por cuestiones subsistenciales o de aporte calórico, puede explicarse por cuestiones lúdicas, por ritos de paso en donde los jóvenes guerreros pudieran obtener un presa en el bosque como símbolo de valentía, para aprovisionarse de ciertos materiales como las astas de algunos animales, etc. De hecho, una tradición que parece mantenerse durante toda la Edad del Hierro es la de usar los huesos y las astas de los animales cazados para enmangar toda suerte de herramientas (ver fig. 4.23).



**Figura 4.27:** ponys asturcones asturianos (en Martín y Bermúdez 2006).

Lo podemos ver en los mangos decorados de cuchillos de poblados del norte de Palencia y sur de Cantabria como Celada Marlantes, Monte Cildá y Monte Bernorio (Torres 2003b: 177), que explotaron tanto los pastos como la caza de este sector de la Cordillera Cantábrica, por lo que debieron de entrar en contacto con los grupos cantábricos en la llanura de Reinosa y las elevaciones que la circunvalan, como ya defendimos para la Edad del Bronce. En el caso de Las Rabas (Celada Marlantes) se aprecian huesos y astas de ciervo y cabra para realizar mangos (García Guinea y Rincón 1970: 24), sin que sepamos si las cabras eran domésticas o salvajes, al igual que en otros muchos castros cantábricos como Caravia, San Lluís, Llagú o la Campa Torres, con buenas colecciones de mangos de asta decorados (Adán 2001a; Maya y Cuesta 2001; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 202). Se sabe que Aurelio de Llano encontró en el castro de Caravia huesos de jabalí y ciervo, mientras que en las excavaciones dirigidas por Gema Adán aparecieron restos de ovicápridos como única evidencia de ganadería (Cid, González y Adán 2009: 91-92). En Llagú son de hueso o asta la mayoría de los mangos encontrados, tanto de animales domésticos como cazados, y desde los niveles más antiguos del poblado (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 202), lo que indica la importancia y valoración social que debieron tener las tecnologías relacionadas con productos animales (pensemos en el cuero o los tendones también, de los que nada queda). Volviendo a la Campa Torres, es interesante observar cómo la carne no se cocinaría directamente, sino que más bien se utilizaría para embutidos, salazones, secada o hervida, puesto que sólo un 5% de los huesos de carne consumida fue expuesta directamente a una fuente de calor (Albizuri y Canadell 2001: 341-342), lo que amplía notablemente nuestro conocimiento sobre las prácticas culinarias de la Edad del Hierro.

En el recién mencionado castro de Llagú, gracias a las cronologías de la fase II y III del poblado, también podemos asegurar que los estudios zooarqueológicos se corresponden con un momento avanzado de la Edad del Hierro, aunque se han estudiado preferentemente los restos de momentos



**Figura 4.28:** tecnologías de despiece y carnicería castreña: selección de huesos con huellas antrópicas (flechas) del Castiellu de Llagü: 1. Radio de Vaca en norma dorsal; 2. Escápula de ciervo en norma ventral; 3. Húmero de cerdo en norma medial; 4. Pelvis de ciervo en norma ventral; 5. Maleolar de vaca en norma lateral; 6. Hemimandíbula de ovicaprino en norma lateral (en Liesau y García 2002).

romanos (Liesau y García 2002). Hay una presencia abrumadora (98 %) de animales domésticos sobre los salvajes, y una representación de las mismas especies que en la Campa Torres, donde de nuevo destacan los bóvidos, con un 43 % de las unidades y una tanatomasa del 76 % del total, suponiendo el principal aporte de carne. Están representados individuos de diferentes edades y también hay algún posible castrado. El porcino es marginal en aporte de carne, aunque en NMI van por delante de los ovicápridos. Se suelen sacrificar los animales más jóvenes. Se aprecian las marcas de corte en todas estas especies, en donde cerdos y vacas son despiezados formas parecidas (fig. 4.28). Sólo se reconoce un caballo de pequeño tamaño, que podría ser una mula. Como dijimos, la caza es marginal (ciervo, corzo y cabra montés). Aunque destaque el vacuno hay que tener en cuenta que éstos son los restos procedentes de las prácticas alimentarias, por lo que no tiene porqué ser un fiel reflejo de la composición de las cabañas ganaderas (Ibid.: 260-271). No obstante, pese a los sesgos tafonómicos y culturales, podríamos inferir de estos datos no sólo una preponderancia del ganado vacuno en las cabañas ganaderas prerromanas, sino también, como veremos, una gran importancia tanto económica como social.

Ciertos autores apuestan por el origen prerromano de algunas de las razas de vacas “autóctonas” de la Cordillera Cantábrica, como la Tudanca que vemos en el occidente de Cantabria (González Echegaray en Torres 2003b: 178), aunque no se está seguro de si pertenece a ese primitivo tronco común a la Cordillera Cantábrica, Galicia y norte de Portugal, o si procede de una variedad europea arcaica. Otros creen que la Tudanca, al igual que la Carreñana o Asturiana del Valle, la Casina o Asturiana de las Montañas, la Manteguera leonesa, la Morena del Noroeste (oriente de Orense), La Alistana-

Sanabresa (Zamora) y la Mirandesa (Tras-os-Montes) son variantes del Grupo Cantábrico o Grupo Castaño, o lo que en Asturias se conoce como la *vaca roxa* (rubia). Al encontrarse paralelismos para estas vacas en el Macizo Central francés, se deduce que fueron traídas por los celtas con las invasiones que supuestamente tuvieron lugar en la Prehistoria Reciente (Álvarez Sevilla 1997: 52-54).

Más allá de que las razas de vacas autóctonas de la Cordillera Cantábrica puedan proceder de la Prehistoria, y rechazando de antemano las desfasadas teorías invasionistas, lo interesante de la ganadería tradicional cantábrica es que nos puede dar abundante información para entender cómo se produciría el aprovechamiento de los pastos a distintas alturas (González Álvarez e.p. b). No se trata de realizar analogías directas, sino de entender cómo los fuertes condicionantes orográficos, climáticos y vegetales de la Cordillera Cantábrica marcan unas pautas muy determinadas cuando se produce una especialización ganadera fundamentada en los bóvidos, algo que parece haber ocurrido tanto en la Prehistoria reciente, tal y como muestra el registro faunístico de los castros, como en época subactual. En líneas generales los movimientos ganaderos no debieron variar en exceso con respecto a los de la fase I, ya que como hemos visto las pautas locacionales de los poblados se mantuvieron sin grandes variaciones. Quizás la diferencia resida en que en esta nueva fase pudo haber mayor presión por los recursos, debido al presumible aumento de población. La fórmula más habitual en las montañas cantábricas hasta hace muy poco tiempo han sido los movimientos de radio corto, tradicionalmente llamados transterminantes o “trashumancia corta”, con numerosos ejemplos desde los 3 / 4 Km. hasta los cerca de 60 (Rubio de Lucas 2003: 135-139; García Martínez 2003). Suele seguirse un “modelo vertical”, en el que se van buscando los niveles más elevados posibles en calidad de los pastos, lo que en lugares con fuertes variaciones altitudinales y “maduración escalonada” se consigue subiendo en primavera-verano a las brañas, majadas y puertos. En zonas con tanta variación altitudinal, estos nichos ecológicos complementarios se encuentran bastantes próximos entre sí. El forraje nunca será un buen sustituto del pasto fresco, que asegura una mejor alimentación (Torres 2003b: 180-181; González Álvarez e.p. b). En torno a abril, siguiendo modelos etnográficos actuales, se suelen subir las vacas a los pastos de altura, brañas y majadas. A éstas las suelen acompañar cabras y ovejas, en donde quedan sueltas. Pero también puede haber casos en los que haya cerraderos de ganado para que pasen la noche, usándose frecuentemente las cuevas en este sentido. El uso de estos pastos de altura suele estar regulado a través de la ley comunal. El ganado es atendido por diversa gente, con variación de fórmulas; desde subir y bajar todos los días a las brañas, a permanecer todo el



**Figura 4.29:** izquierda, vaca *rxu* o del país en la majada de Ariu. Al fondo Los Urriellos (macizo central de los Picos de Europa) (fotografía J. Ramón Lueje, en *Muséu del Pueblu d'Asturies* 2006); derecha, vaca *rxu* y ternero en las cumbres del Picu Pienzu (sierra del Suevo) con Cangues d'Onís al fondo y detrás el macizo occidental y central de los Picos de Europa (en González y Fernández-Vallés 1978).

verano con el ganado en las cabañas construidas para tal fin. En este último caso suelen ser las mujeres y la gente joven las que pasan el verano en el puerto, cuidando el ganado, ordeñando, haciendo quesos... ya que muchos hombres permanecen en las aldeas, pues es en estas fechas cuando se siega el centeno y el heno. Estas altas montañas, lejos de ser barreras, en verano se convertían en auténticos lugares de encuentro, con gentes venidas desde diferentes sitios, lo que generaba el clima propicio para conocer a los de las otras aldeas, para cortejar, para hacer fiestas y juegos (bolos, saltos con palos, carreras...) o intercambiar productos. En septiembre se bajan las vacas otra vez a los pastos cercanos a los poblados al tiempo que se recogen hojas de roble para dar de comer a las cabras en invierno. Los cerdos permanecen todo el tiempo en el poblado, lo que puede ser un síntoma del pastoreo especializado a las brañas de verano. En los meses duros del invierno el ganado estaría todo estabulado en los poblados (Torres 2003b: 180-181; González Álvarez e.p. b; Izquierdo y Barrera 2006; Albizuri y Canadell 2001: 343-344; García Martínez 2003) (fig. 4.29). En la Campa Torres se puede corroborar esta última afirmación gracias a la documentación de coprolitos de ganado estabulado (Bergadá 2001: 280).

No obstante, los datos paleoeconómicos procedentes de excavaciones para castros de alta montaña son muy escasos en la zona cantábrica, por lo que básicamente sólo podemos jugar con las pautas de poblamiento. Contamos casi exclusivamente con la documentación de unos cuantos huesos de vaca, cerdo, cabra y oveja en los castros teberganos de La Garba y La Cogollina (Fanjul y otros 2009; Fernández Rodríguez 2007). Con estos datos se ha asegurado la mayoritaria presencia de vacuno (Fanjul y Fernández 2009: 127), aunque hemos de ser cautos ya que realmente el NMI para vacuno no supera la unidad en La Cogollina (Fernández Rodríguez 2007: tabla 1) o de

dos para La Garba (Fanjul y otros 2009: tabla 1), por lo que difícilmente se podrán sacar conclusiones sobre los tipos de cabañas ganaderas o las pautas de sacrificio de los animales. A nivel agrícola es interesante observar cómo castros de alta montaña como La Garba, con ubicaciones propias de la fase I, controlando la ruta que sube a las brañas de la sierra de la Sobia, poseen en su entorno inmediato aterrazamientos utilizados para plantar cereal -centeno y escanada, principalmente- por los pueblos cercanos hasta hace muy pocos años, aunque hoy se encuentren utilizados como prados. En este sentido también es relevante la documentación de guisantes en una de las cubetas en donde aparte de restos de trabajo metalúrgico aparecieron los restos de fauna recién comentados (Fanjul y otros 2009: 470-471). Esta presencia de una planta nitrogenante en un castro de montaña está en la línea de otros ejemplos gallegos, como por ejemplo las bolsas en el interior de algunas estructuras de la fase II del castro de Vilela con habas, centeno y algo de mijo (Álvarez, López y López 2006: 19), en la transición entre las montañas cantábricas y la zona llana del centro de Lugo. Todo ello puede querer decir que aunque en estos ejemplos de alta montaña las ubicaciones de los poblados, conspicuas como en la fase I y controlando los caminos de acceso a los pastos de altura, siguen poniendo de relieve la importancia social y económica de la ganadería, también se dieron procesos de cierto desarrollo agropecuario (inversión de trabajo social en obras agrarias, rotación de cultivos, doble cosecha de cereal al año, etc.) con respecto a la fase anterior. Ello ayudaría a fijar a los grupos al territorio y a sostener los incrementos de población durante la Segunda Edad del Hierro, que en los castros de Teberga se puede sostener por la construcción de nuevas líneas de defensas que cierran un espacio de caserío cada vez más amplio. Por ello, incluso en los casos de alta



montaña como La Garba, se siguió dando una complementariedad, y creemos que cierto desarrollo, antes que intensificación, entre agricultura y ganadería. Para esta última, que puede que estuviera monopolizada por los bóvidos, sería fundamental, aunque no se puede corroborar por la parquedad de los datos, el mantenimiento y explotación de los pastos frescos de altura en época estival, en concreto los de la sierra de la Sobia para La Garba y los de la de Santa Ana para La Cogollina. En ambas ha habido una explotación ganadera fundamentada en bóvidos en época estival hasta hoy día, por lo que se ha defendido una explotación similar para la Edad del Hierro (Fanjul y Fernández 2009: 127). La primera de estas sierras, como ya dijimos (capítulo 2), se caracteriza por los monumentos tumulares en su cima así como por las rutas ganaderas que por ella discurren, siendo un caso claro las marcadas por el arte esquemático de Fresnéu para salvar por las cimas la comunicación con el leonés río Luna, al igual que lo hace la inmediata vía de la Mesa.

Insistimos en la importancia económica y social de estos pastos de altura en las cimas de las sierras, en donde confluían y pactarían los diferentes grupos castreños que a ellos suben en verano (en este caso concreto, por ejemplo, los habitantes de La Garba y los de los castros quirosanos del otro lado de esta sierra, entre otros) (ver fig. 3.23). Pero no sólo creemos que, como hasta no hace mucho, estas brañas fueron lugar de encuentros, de festividades, de intercambios, de alianzas matrimoniales..., sino que también debió ser fundamental en la configuración de las mismas y en la conceptualización que de ellas se tenía su carácter como residencia del mito. El carácter sagrado de estos espacios, y la reapropiación simbólica que de ellos se debió hacer, está marcado, principalmente, por la presencia en estas sierras de túmulos y arte esquemático. Si estos monumentos han seguido siendo fundamentales en las mentes de los campesinos cantábricos como anclajes de las explicaciones míticas del paisaje hasta no hace mucho tiempo, con mucho mayor motivo para los grupos de la Edad del Hierro que al fin y al cabo son los descendientes directos de los que los construyeron. Además, en algunos casos concretos podemos ver la perpetuación del hecho religioso hasta la romanización, gracias a la latinización de dioses prerromanos vinculados a estas montañas, como el mismo ejemplo de La Sobia pone de manifiesto, ya que este orónimo procede de (*Mons Iovis*), el Monte de Júpiter, como en otros muchos ejemplos de este sector peninsular (García Arias 2000: 428). Y al igual que tiempo después, cuando para San Isidoro de Sevilla el *saltus*, territorio vasto y silvestre, excluye a los pastos (*compascuus*) (Pereira Menaut 1983: 175), podríamos pensar que en época prerromana esas brañas, majadas y puertos por muy salvajes o distantes que nos puedan parecer hoy día, eran, sin embargo, lugares

frecuentados, antropizados y simbólicamente relevantes para aquellas comunidades.

Siguiendo con la información referente a la ganadería más al occidente son interesantes los datos del Chano (Peranzanes) al noroeste de León, pues es un castro fundado en la fase II en un lugar malo para el aprovechamiento agrícola, pero muy bueno para el ganadero, puesto que lo que destaca en el entorno son los pastos de herbáceas. Los análisis polínicos dan taxones arbustivos y arbóreos equilibrados, con pino, encina y carrasca, más que robles. Entre los arbustos destacan los brezales (ericáceas) y herbáceas fruto de la deforestación antrópica para aprovechamiento ganadero. No hay datos de especies cultivadas y, sin embargo, sí se ve la preponderancia en el registro de los bóvidos, por delante de ovicápridos y suidos (Celis 2002: 197-198), aunque los datos faunísticos no están presentados de modo riguroso.

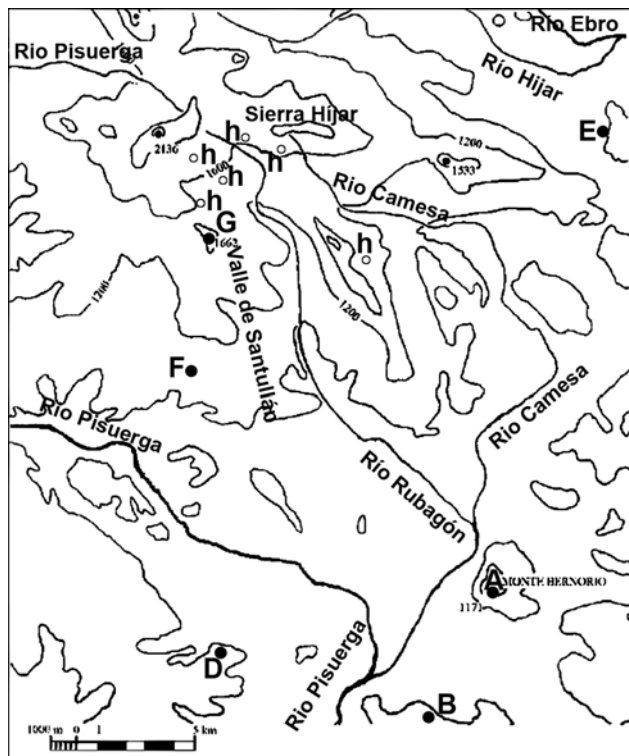
Por lo tanto, podemos observar que tanto en la alta montaña cantábrica como en la costa se siguió un modelo de explotación ganadera y agrícola, y de movilidad en el paisaje, heredado directamente de la fase I, con escasos cambios, pero con síntomas de una mayor complejidad económica o desarrollo agropecuario, sin que por ello tengamos que salirnos del Modo de Producción Doméstico defendido páginas atrás (capítulo 3). Algunos autores apuestan por el uso del arado para la Segunda Edad del Hierro en Galicia, ya que es habitual en otras partes de Europa, argumentando que si no difícilmente se podría alimentar a toda la población calculada (Carballo 1990: 191). No obstante, el modelo del centro-occidente cantábrico no es como el del resto de Europa, ni siquiera como el de muchas zonas de Galicia. El predominio de poblados en zonas altas aún durante la fase II hizo que, pese a los someros datos en la línea de una cierta intensificación agrícola, los suelos cultivados fuesen como los de la fase I, es decir, ligeros. Por lo tanto argumentamos que perfectamente pudo seguir dándose una agricultura de tala y roza en nuestra zona de estudio hasta la romanización, primando las formas de ganadería y agricultura extensiva. Por otro lado, otra de las características del centro-occidente de la Cornisa Cantábrica es el importante peso que tuvo la ganadería, en concreto la de vacuno. Esto es especialmente relevante si se compara con las áreas circundantes, y no sólo en un sentido económico, sino que seguramente todo un entramado simbólico y de relaciones sociales -pactos matrimoniales, enfrentamientos entre poblados por pastos, rituales cotidianos, ritos de paso, acumulación de poder por parte de las elites locales...- debió de girar en torno a las vacas, como ocurre en otros muchos pueblos de tendencia igualitaria y alto protagonismo socioeconómico del ganado vacuno (por ej. Evans-Pritchard 1997; o Parker Pearson 2000, para diferentes ejemplos africanos).

Ello además nos sirve de contrapunto respecto a otros sectores castreños como el Bajo Bierzo donde, aunque se hayan entendido como paradigmáticos de la “cultura castreña”, los rasgos de intensificación agrícola que vimos y la preponderancia de ovejas en su registro faunístico (Fernández-Posse 2000b; Sastre 2008: 1029), refuerzan la idea de la asimilación de rasgos meseteños entre estas poblaciones. Usar los poblados del Bajo Bierzo como modelo para interpretar la “*Asturia transmontana*” conlleva importantes errores, en especial en cuanto al papel que desempeñó la ganadería entre aquellas comunidades y, en consecuencia, sobre qué conceptos sociales de movilidad se barajaron. Es cierto que para el área en donde luego se definirá la *Civitas Vadiniense* (cuenca del Sella, del Ponga y alto Esla) se han repetido muchos tópicos, entre los que cabe destacar la supuesta ausencia de poblamiento castreño del sector y la perpetuación de formas de vida nómadas como las neolíticas. Como hemos visto, ello responde más a una secular falta de investigación arqueológica que a una realidad histórica. Sin embargo, algunas críticas parten exclusivamente de la información epigráfica, y la arqueológica, cuando se usa, es obtenida de la hoya berciana o de referentes gallegos. Así se ha llegado a decir que la supuesta importancia de la ganadería del ámbito vadiniense no sería tal, puesto que se ha demostrado en estudios sobre la “cultura castreña astur-galaica” cómo la base económica era la agrícola, cómo la ganadería era un recurso más en la explotación integral del territorio y cómo la vida seminómada no se puede corroborar (Sastre 2001: 156). Llama la atención que para tales afirmaciones no se cite ni un sólo castro del ámbito vadiniense, tanto del sector asturiano como del leonés, y sin embargo se apliquen acríticamente modelos bercianos o de As Rías Baixas. Como intentamos demostrar en este capítulo el sector centro-occidental cantábrico precisamente se caracteriza por poseer unos modelos de poblamiento durante la fase II más similares a los de la fase I que a los de la fase II de otras zonas castreñas, como buena parte de Galicia. Precisamente vimos más arriba que los castros de la zona vadiniense ponen de manifiesto el modelo que defendemos, y es clara su vinculación a las vías de acceso a puertos y pastos de altura. La importancia de la ganadería móvil, de una movilidad que más que “forma de vida seminómada” preferimos llamar pastoreo especializado, no implica que no hubiera agricultura, pero sí sería complejo que ésta fuera intensiva y de arado.

Por último, en cuanto a la ganadería, podría asegurarse que los ganados de los *oppida* del extremo norte meseteño, como en el caso palentino de Los Barahaones o Monte Bernorio, también debieron aprovechar los pastos estivales cantábricos. Esto se deriva de la localización de los mismos y de las áreas de captación de cada uno, como se ha refrendado en un reciente estudio paleopaisajístico (García Sánchez

2009: 88 y fig. 5). Entre otros motivos porque los pastos de la vertiente meridional cantábrica, en donde se sitúan estos grande *oppida* meseteños, son de tipo “prieto”, es decir, de buena calidad por la mayor insolación, pero de crecimiento limitado por el menor régimen de lluvias de esta zona de clima continentalizado, que llega a agostar los pastos en verano. Por ello debió de ser necesario subir a los puertos de montaña para buscar pastos frescos en verano con los que engordar al ganado para que pudieran afrontar la invernada, ya de vuelta a las zonas más bajas inmediatas a los poblados, debido a las inclemencias invernales de las zonas de altura. De hecho, podría pensarse en una primera subida desde el fondo del valle a las zonas medias con el deshielo, y una segunda a las zonas de brañas más altas cuando estuvieran maduras ya en verano. Durante la bajada se aprovecharían los frutos de hayas y robles para terminar de engordar al ganado. No sería en absoluto descabellado pensar que estos grupos meseteños del confín septentrional de Palencia y Burgos aprovecharan sus subidas estivales para explotar la riqueza mineral del alto Pisuerga (azuritas, malaquitas, óxidos de hierro), como es la propia Cueva del Cobre, entre otras, en donde nace el citado río y con claras evidencias de explotaciones antiguas (Torres 2003b: 181, 184-185). En este sentido ya no son grupos nómadas meseteños como los de la Edad del Bronce (los Proto-Cogotas y Cogotas I) los que llegados desde tierras lejanas al sur del Duero, explotaron los pastos y recursos minerales cantábricos; sino que en estos momentos de la fase II son los grupos meseteños inmediatos al piedemonte cantábrico los únicos que se asegurarían el acceso a estas zonas de altura de importantes recursos, para lo que tuvieron que seguir entrando en contacto con los “montañeses” cantábricos, como veremos más abajo. Quizás la potencialidad de pastos de la planicie en altura de Reinosa (alto Ebro) sea la clave que explique la formación de grandes ciudades-estado con poblamiento jerarquizado como son los *oppida* citados del piedemonte cantábrico, así como la situación de control de la puerta natural hacia esta comarca en la que se encuentra el castro de Las Rabas (Celada Marlantes), en el puerto de El Pozazal (fig. 4.30).

Volviendo a los castros costeros, y aunque ya nos referimos en parte a ello en el capítulo previo, indicaremos de nuevo que una característica de muchos yacimientos castreños de la costa cantábrica es la presencia de concheros (*concheiros* en la tradición investigadora gallega) o acumulaciones de conchas en zonas concretas de los poblados, indicativos de la explotación del medio marino. A pesar del nombre estos depósitos cuentan con más restos que conchas de moluscos, tanto ecofactos como artefactos: restos de actividades de cocina, de actividades metalúrgicas, de vasijas de almacenamiento y cocina, de materia vegetal, huesos y dientes de animales domésticos y



**Figura 4.30:** principales poblados meseteños o de fuerte influencia meseteña en el sector central del extremo norte de la Meseta: A. Monte Bernorio; B. Los Barahones; D. Monte Cildá; E. Celada-Marlantes; F. Monasterio; G. Peña Cildá; y posibles poblados sin fortificar para la explotación estival de los pastos de altura de la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica: h (a partir de Torres 2003b, modificado y reinterpretado).

salvajes, etc. (Vázquez Varela y Rodríguez 1999-2000: 343).

Para Galicia se han marcado una serie de características generales que nos pueden servir como guía. En la Segunda Edad del Hierro la explotación de los recursos marinos cobraría cierta importancia entre los castros costeros y cercanos a la costa. Se capturaron las especies de carácter más comestible teniendo en cuenta su tamaño, cantidad y calidad, primando la zona intermareal (tanto de rocas como de arenas) antes que las especies de fondo. También se explotaron los terrenos inmediatos a los castros, aunque para las almejas y berberechos a veces se aumenta el área de captación. Sólo en Galicia, se aprecian diferentes modelos a la hora de marisquear, pero tienden a primarse las especies de aguas tranquilas, arenosas. Las capturas se realizaron tanto desde tierra firme como desde pequeñas embarcaciones cercanas a la costa, empleando anzuelos y redes (Vázquez Varela y Rodríguez 1999-2000: 345-346). Para el castro de Punta dos Prados (Espasante, A Coruña), con muchas concomitancias con los de la costa occidental asturiana y costa lucense, como veremos, se puede apreciar cómo el radio de explotación por marisqueo es de unos 4 Km. También cómo se prefieren para dicha actividad el medio rocoso normal (semibatido) y el estuario: el primer

caso por un acceso rápido y fácil, en el segundo por preferirse aquellas especies (almejas finas y berberechos). El arenoso semibatido a los pies del castro, sin embargo, está infraexplotado. No habría sobreexplotación del medio porque no aparecen especies de pequeño tamaño. Estas interpretaciones generales se pueden proyectar sobre otros castros de la costa lucense (Fazouro, A Devesa y Punta do Castro), que ya quedan dentro de nuestro ámbito de estudio. En casi todos se explota el medio más inmediato, a veces con esfuerzo, como en A Devesa (Ribadeo). Estos casos lucenses parecen haberse especializado en el medio rocoso, orientado a ostras, lapas y púrpura, esta última tanto como alimento como para producir tintes (Vázquez Varela y Rodríguez 1995/96: 88-101; Ramil Rego y otros 1995: 110-112).

En concreto los datos de malacofauna del citado castro de A Devesa (Ribadeo), en la costa oriental lucense, no tienen una cronología clara, ya que aunque los autores de su estudio sitúan el conchero en un contexto romanizado, es sin duda porque se basan por un lado en las referencias cronológicas de los castros costeros asturianos, aún fuertemente influidas por el paradigma romanista en ese momento, y por la presencia de una necrópolis tardoantigua dentro del castro (Vázquez Varela y Rodríguez 1997-98), pero no habría que descartar que dichos ecofactos pertenezcan a niveles de la fase II. Pese a la ambigüedad cronológica de la formación de los concheros del poblado (Hierro II / época romana) tendremos ahora en cuenta esta información, entre otras cosas porque la dispersión del conchero por una zona “muerta” del poblado, es decir, separada de donde se concentra el hábitat es similar a la de otros yacimientos costeros cantábricos (Ibid.: 97-98) lo que nos parece que responde a prácticas culturales que al menos debieron nacer durante la fase II, sino antes, como ponen de relieve los concheros del inferior de la secuencia estratigráfica de la Campa Torres (capítulo 3). En esta línea estaría la notable ausencia de especies de fondo en el conchero, excepto algún resto minoritario y rodado y que pudo ser recogido en la costa, ya que es en época romana cuando se aprecia el desarrollo de las artes de fondo (Vázquez Varela y Rodríguez 1999-2000: 360). Por ello nos inclinemos a interpretar este conchero como prerromano, pese a la ausencia de excavación. Destaca en A Devesa la ostra (*Ostrea edulis*) no tanto en NMI como en peso total, lo que indica su alto valor alimenticio. Es un molusco que se puede encontrar en otros castros de la marina lucense y también en poblados de época romana. Contrasta el tamaño (pequeño-medio) de las ostras consumidas en el castro con el de las encontradas en el Lugo romano, de tamaño más grande, lo que indica una selección de las mayores para comerciar con ellas. Por el tamaño de los ejemplares se puede ver que fueron recogidos principalmente entre finales de junio y noviembre, cuando este bivalvo posee el mayor valor alimenticio

(Ibid.: 101-102). Respecto a la ostra portuguesa (*Crassostrea angulata*) han aparecido sólo dos individuos, pero es un hallazgo importante ya que no se encuentran en la costa occidental cantábrica, lo que indica que en aquellos momentos la temperatura del agua era superior a la actual. De lapas (*Patella*) hay tres especies, componiendo más de la mitad de los individuos de la muestra, pero no tanto en peso y aporte calórico. Se recogieron aprovechando las bajamares y el mayor porcentaje de una especie meridional frente a una septentrional indica, al igual que con las ostras, una temperatura media del mar superior a la actual (Ibid.: 104; Ramil y otros 1995: 110-111). También la púrpura (*Thais haemastoma*), abundante en este castro como en otros de la costa lucense, ya no habita esta zona en la actualidad porque es de aguas más cálidas. Un 75% aparece entero y el resto fragmentado. Para extraer el animal de cara a la elaboración del pigmento púrpura a los ejemplares pequeños se les hacía un agujero, mientras que los grandes podrían dejarse enteros. En la muestra representada podrían verse indicios de la elaboración de dicho pigmento, ya que aunque son muy pocos los ejemplares rotos como para asegurarlo (Vázquez Varela y Rodríguez 1999-2000: 106), en el cercano castro de Punta do Castro la *Thais haemastoma* presenta la mitad de los individuos enteros y la otra mitad muy fragmentados, lo que indicaría que los primeros fueron destinados a la dieta mientras que los segundos se utilizaron para extraer el famoso tinte purpúreo (Ramil y otros 1995: 111). La *Púrpura haemastoma* aparece también en diferentes castros costeros asturianos que abarcan toda la Segunda Edad del Hierro y el periodo romano como son O Corno, Castiellu, Caravia y Xivares (Rodríguez, Vázquez y Camino 2005: 66), por lo que podríamos proyectar ese doble uso como alimento y como materia prima para tintes a toda la costa del occidente cantábrico.

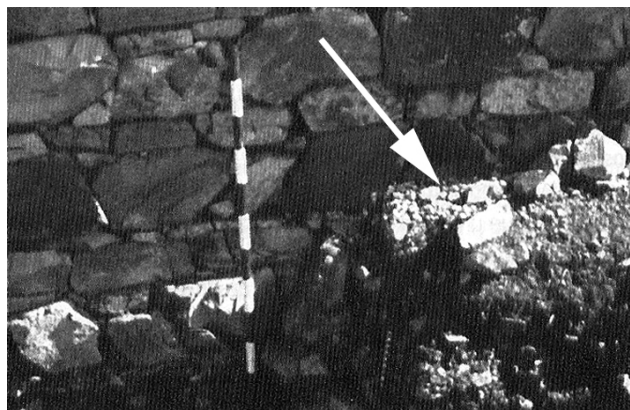
Por su parte, el citado conchero de la Punta do Castro se conoce por materiales descontextualizados, pero parece situarse en la cara sur del parapeto defensivo interior, en la típica ubicación de los *concheiros* junto a las defensas de los poblados. En este caso destacan tanto en NMI como en NR los distintos tipos de *Patella*, en donde suelen aparecer los restos de las conchas enteros, pero con pequeñas escotaduras que indican que fueron arrancada de la roca haciendo palanca con un instrumento (Ramil y otros 1995: 110). Por último destacaría la *Monodonta lineata* que también habita en el intermareal y la *Ostrea edulis*, que en otros poblados tiene mayor presencia y de la que se sabe que fue muy valorada en época romana (Ibid.: 111). Respecto a las zonas de recolección se puede determinar que la mayoría fueron recogidas en un medio rocoso batido o semibatido, y que se aprovechó intensamente el espacio intramareal, por lo que seguramente se explotó intensamente el entorno inmediato del yacimiento (Ibid.: 112-113).

El conchero de Fontias (Castropol, Asturias) fue utilizado por G. Mary para intentar argumentar que hace dos mil años la altura del mar estaba de media un metro por encima con respecto a la actual, pero dicho conchero no parece natural, sino que sería antrópico, ya que es el propio del castro marítimo de O Corno (Camino 1995b: 41). Principio que negaría su origen natural y por tanto no podría usarse para dicha caracterización (Vázquez Varela y Rodríguez 1997-98: nota 30). De todos modos, la mayor altitud media del mar en aquel momento, que haría que las ensenadas y rías fueran algo más extensas que las actuales, es un hecho que parece aceptado por casi todos (Rodríguez, Vázquez y Camino 2005: 66). La mayoría de las especies (lapas, bígamos, mejillón) proceden de la zona intermareal, y en mucha menor medida de la infralitoral, por lo que podría apuntarse al tramo al este del castro como el más idóneo para llevar a cabo dichas prácticas, ya que al oeste priman los sectores arenosos. Para las ostras habría que pensar en su extracción en la ría del Eo, de alguna concentración o banco. La mayoría de las especies proceden del medio rocoso más inmediato (75% de los individuos identificados) y secundariamente de una costa cerrada a 7-8 Km. que podría coincidir con la parte exterior de la ría del Eo para las ostras (Vázquez Varela y Rodríguez 1997-98: 111-113 y nota 35).

Para el sector central asturiano son de nuevo los datos de la Campa Torres de los pocos que podemos manejar. Los concheros abundan en los sectores tras la muralla del poblado, desde los niveles más antiguos hasta los romanos. Se componen tanto de especies de roca como de arena (con rastrillo). Vemos lapas, bígamos, mejillones, berberechos, percebes, espinas de erizo, caracolas y púrpura (Maya y Cuesta 2001: 234).

Comparando A Devesa con otros castros cercanos como Fazouro y Punta do Castro, y en menor medida Punta dos Prados, más atlántico que cantábrico, se ve como el último de los castros aprovecha tanto el entorno inmediato rocoso como arenoso, mientras que el resto de poblados costeros lucenses se especializan en especies de roca, lo que podríamos extender a los casos conocidos de la costa asturiana. Por lo tanto, pueden apreciarse condicionamientos geográficos, pero también claras preferencias a la hora de explotar los recursos marinos (Vázquez Varela y Rodríguez 1997-98: 116-117), lo que de nuevo nos podría llevar a reconocer decisiones culturales mediatizadas por tradiciones geográficamente situadas.

Por otro lado, las frecuentes ubicaciones de los concheros junto a las defensas de los poblados (A Devesa, Punta do Castro, Campa Torres y seguramente Caravia) y los especiales hallazgos que suelen aparecer junto a las conchas nos indican que estos particulares depósitos son buenos ejemplos para afirmar que los espacios y los materiales del pasado no tiene únicamente un sentido funcional o ritual, sino



**Figura 4.31:** detalle del conchero situado junto a la base de la cara interna de la muralla de la Campa Torres (en Maya y Cuesta eds. 2001).

que ambos pueden estar embebidos en los mismos lugares y restos (Bradley 2004), aunque sean “desechos” o basura, como podríamos pensar de las conchas de los moluscos consumidos. Dos concheros recientemente excavados en Galicia, el del castro de Montealegre y los de los castros de Neixón, son indicativos en este sentido. El primero de ellos es un potente conchero, delimitado por un robusto muro, en un espacio periférico del poblado, en el que se ha podido documentar un molde de hacha de cubo en los niveles basales, cerámica decorada de toda la secuencia de la Edad del Hierro, aunque principalmente del Hierro II, por lo que el conchero se formaría preferentemente en esta fase, fíbulas que abarcan todo el espectro cronológico castreño e importaciones mediterráneas de fines de la Edad del Hierro (González Ruibal y otros 2007: 48-59). En Neixón Grande, en el *concheiro* del foso 1 principalmente, aparecen cerámicas importadas desde variadas localizaciones del Mediterráneo (cerámica púnica, ibero-púnica, ebusitana), desde la fase I c, lo que unido a los singulares hallazgos de este mismo foso y del foso 2 (enmangue de asta de cérvido, esqueletos de un perro y de un lechón, ampolla cerámica, fíbula de bronce, rasqueta de hierro) hacen pensar a sus excavadores en las defensas y puerta del poblado como un espacio simbólico asociado a su carácter liminal. Allí se llevarían a cabo rituales por parte de la comunidad tales como banquetes en donde también se consumirían bebidas alcohólicas, como metáfora de la reproducción de la vida y del cuerpo social (Ayán 2008b: 414-415; Bejega y Fernández 2008). Ya vimos (capítulo 3) el carácter ritual y comunitario de ciertas actividades realizadas durante la fase I en las defensas de los castros cantábricos, especialmente gracias a los depósitos de bronce, y veremos cómo durante la fase II también se puede rastrear la ritualidad desarrollada en estos espacios liminales, por lo que igualmente también podría defenderse para el caso cantábrico rituales de comensalidad comunal para los concheros situados junto a las defensas (fig. 4.31).

Pero la explotación de los recursos marinos no se circunscribió exclusivamente a los moluscos, como es lógico, ya que la pesca debió ser un recurso importante entre los castros costeros. Es relativamente alta la frecuencia de anzuelos en poblados tales como la Campa Torres y Mohías, incluso de dos tipos, como en el primero de estos castros, lo que demostraría que en época prerromana se pudieron desarrollar diferentes artes de pesca, entre ellas algunas de tipo palangre. No sabemos hasta qué punto algunos de los objetos de plomo (fichas, cilindros, cuentas) encontrados en castros como Coaña o Arancedo pueden responder a pesas para alguna de estas artes de pesca. Pero sin duda es llamativa la presencia de anzuelos en castros como Caravia (Maya 1987/88: 90; Maya y Cuesta 2001: 128-132), así como de moluscos costeros (*Littorina littorea*, *Patella*, *Cardium* y *Purpura*), en las dos fases de ocupación (de Llano 1919: 47-48), como ya dijimos. La información arqueológica de este poblado, que tiene una ubicación en altura aunque no excesivamente alejada de la costa, demostraría que incluso este tipo de poblados no costeros, cuyos intereses estratégicos se orientan a la explotación de pastos de altura de la sierra del Sueve, también complementarían sus estrategias económicas de amplio espectro, con la explotación de los recursos marinos. Dichos recursos incluyen, aparte del marisqueo, la pesca de especies de roca (pargo, breca, dorada, chicharro, lubina o mujol), cuyos restos aparecen en la Campa Torres en contextos domésticos y en los basureros. Otros como la caballa y el verdel no significarían pesca de altura, sino que podrían pescarse desde los acantilados o con pequeños botes, aprovechando que se acercaran a la costa. Es lo que sucedería con la ballena gris de la que procede la escápula encontrada en el poblado, que fue descarnada y de la que seguramente se usó su grasa (Maya y Cuesta 2001: 233-234).

### 4.3 LAS TECNOLOGÍAS CANTÁBRICAS.

“En algunos pueblos salvajes, grupos vecinos que viven bajo las mismas condiciones crean modas, a veces muy dispares, merced a las cuales subrayan el hermetismo interior del grupo, juntamente con su diferenciación hacia fuera” (Simmel 1923: 366).

En torno al 400 cal AC se produjo una profunda transformación de la cultura material en los castros del Noroeste que afectó a todos los ámbitos, pero sobre todo en el entorno doméstico (González Ruibal 2007: 279). Algunas viviendas se hacen, si no más monumentales como en ciertas zonas de Galicia, sí más duraderas, se decoran los hogares que ahora son de obra, la cerámica sufre un proceso de transformación sin precedentes, se generaliza el uso de los útiles de hierro... Que el cambio material -cultural- se produjera en la esfera doméstica no es baladí: en la Edad del Hierro la unidad social básica era la casa, por

lo que cualquier cambio en su seno supone un importante cambio social. Cosas tan nimias como la decoración cerámica nos pueden estar hablando de la retórica de lo político. Una mayor población trajo consigo un incremento en el número de castros, una circunscripción territorial más acentuada y una mayor tensión política, que se advierte en una cultura material más variada e igualmente circunscrita territorialmente (Ibid. 280). Veremos a continuación en qué terminos se produjo ese notable cambio cultural entre las fases I y II, empezando el análisis por las defensas castreñas, símbolo de la comunidad y en donde revirtió la mayor parte del trabajo colectivo del grupo.

### 4.3.1 Nuevas tensiones castreñas: urbanismo y defensas.

“La arquitectura no es equivalente a la cultura, sino que es una parte de la cultura, pero sí podría decirse que las relaciones sociales son influidas e influyen sobre el medio construido. Esta relación puede observarse en como entre las actividades y la arquitectura, mediando la cultura, el espacio construido afecta, guía y constriñe al comportamiento (Rapaport 1990: 9-11)”.

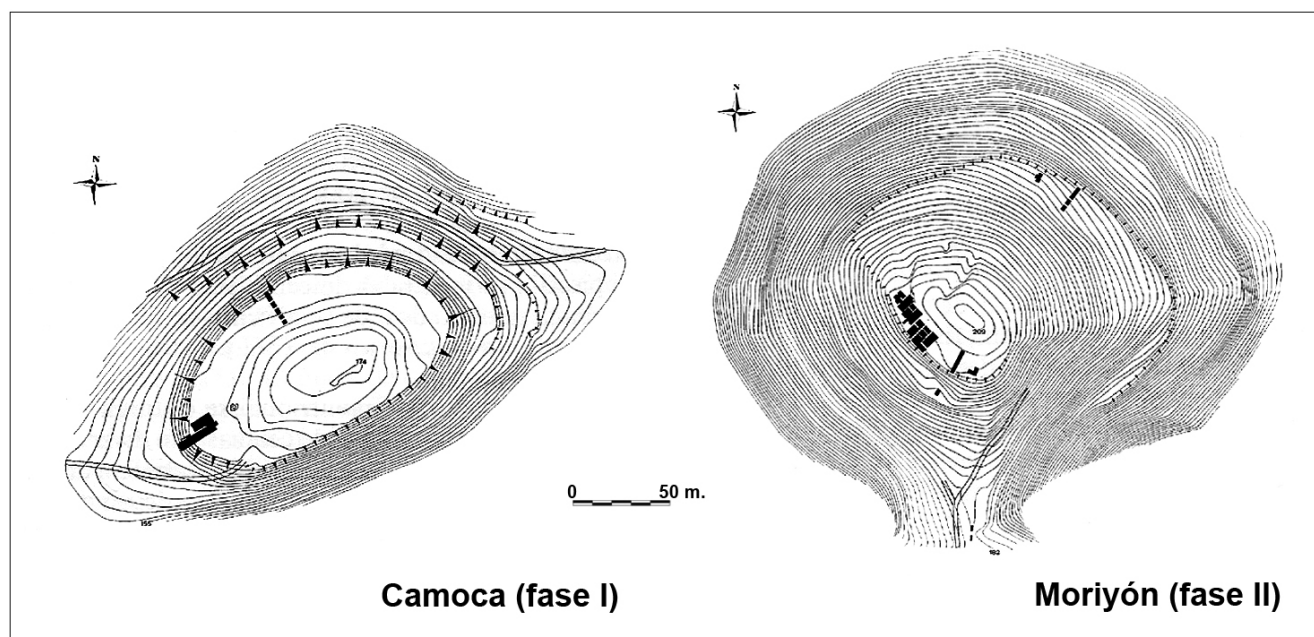
#### Urbanismo y demografía.

Durante la fase II, y seguramente ya desde la fase I c (capítulo 3), lo que apreciamos en el caso cantábrico es, como ya dijimos, que muchos poblados siguieron ocupados, manteniendo el modelo de castro conspicuo. Modelo que precisamente en muchas áreas de la vecina Galicia se comenzó a abandonar en ese mismo momento, por lo que podemos entender este fenómeno como una característica típicamente cantábrica. Como vimos más arriba, sería el “tres para uno” cantábrico frente al “tres para dos” noroccidental (Parcero 2000). Dicho proceso se vio acompañado de un aumento de población, lo que obligó a muchos poblados a regularizar los terrenos exteriores a sus acrópolis, donde se situaban los primigenios castros. Los ejemplos de San L.luis y el Chao Samartín, y posiblemente Pendia, dan pie a pensar que todo ello arrancó de la fase I c, con una expansión del caserío hacia estas zonas circundantes de las “acrópolis”, que de nuevo se vuelven a cerrar con obras de fortificación (capítulo 3). Por lo tanto, a comienzos de la fase II lo que se constata no es tanto que estos poblados crecieran hacia zonas inmediatas a las acrópolis, puesto que como acabamos de ver este proceso ya empezaría, al menos en algunos casos, desde finales de la fase I, sino el hecho de que estas ampliaciones de los poblados se ratifican arquitectónicamente de forma completamente novedosa. En varios ejemplos se construyeron defensas pétreas, en muchos casos murallas de módulos, que o bien encierran un espacio mayor que

el delimitado por las defensas primitivas del poblado, o bien sustituyen a las defensas de las ampliaciones de la fase I c (Chao Samartín, San L.luis). Dichas obras defensivas consolidaron el aumento de tamaño de los poblados y regularizaron el terreno donde luego va a ser levantado el nuevo caserío, que en el occidente asturiano es ya de piedra. Los mejores ejemplos de lo que decimos los encontramos en el occidente cantábrico, en casos como el Chao Samartín, San L.luis, Pendia, Coaña o Cabo Blanco, por lo que es posible que los crecimientos poblacionales sean un rasgo más destacado en este sector que en el resto del territorio cantábrico, acorde con formas más complejas de urbanismo y con arquitecturas domésticas mucho más segmentadas que en el resto de Asturias y Cantabria.

En esta línea el Castelón de Coaña es un caso paradigmático. Como dos de sus excavadores más notables indican: “Como consecuencia quizá de una gran densidad de población forzada por lo reducido del espacio utilizable dentro del castro, las cabañas o edículos se hallan contruidos uno al lado del otro, pegando en muchos casos su paredes” (García y Bellido y Uría Riu 1940: 115). Pese a las más que probables, y en algún caso probadas, reformas altoimperiales, la fisonomía general del castro es prerromana, puesto que conserva un urbanismo y arquitectura típicos de la fase II. Al no ser un territorio de explotación aurífera romana mantuvo mejor su fisonomía indígena durante la fase III o altoimperial que otros poblados fuertemente reformados por su reutilización romana con tales fines mineros, caso del Chao Samartín o a San L.luis, lo que no le eximió de ciertas reformas urbanísticas y arquitectónicas (capítulo 5). Además se encuentra prácticamente excavado en su totalidad, a excepción de la acrópolis, de la que se conoce muy poco, lo que permitió realizar una reconstrucción hipotética del caserío (ver fig. 1.12) y que hoy podamos acercarnos a su lógica espacial. Indicativo del crecimiento poblacional durante la Segunda Edad del Hierro, siguiendo la tendencia marcada en la fase I c, podrían ser también los ejemplos de estructuras habitacionales extramuros, como la documentada en el Castrelo de Peláu, con fechas de la fase II (Montes y otros 2009: 319).

Para el centro-oriente asturiano no se percibe con tanta claridad el crecimiento de los poblados entre la fase I y la II (pensemos en las 1,2 Ha de Moriyón -fase II- frente a la hectárea de Camoca -fase I-), o en que el Picu'l Castru de Caravia -fase II- pasa por poco de la media hectárea (fig 4.32). No obstante, en la ría de Villaviciosa podríamos apreciar cierto crecimiento si recordamos los pequeños tamaños de algunos castros de la fase I en este sector, como por ejemplo la Corolla de Ambás, o a través del hecho de que este tramo de costa alrededor de Villaviciosa posea la mayor concentración de castros del tercio oriental asturiano, y una de las mayores de la costa después de



**Figura 4.32:** comparativa del tamaño de castros de la ría de Villaviciosa de la fase I (Camoca) y de la fase II (Moriyón) (a partir de Camino 1995c, modificado).

la del Navia (Camino 1997: 51, 53). De todos modos el crecimiento poblacional para la costa cantábrica durante la fase II habría que remarcarlo especialmente para su tramo más occidental. Respecto al interior montañoso hay datos también para defender el aumento poblacional en los casos del alto Navia y el alto Narcea. Incluso es posible que en otras zonas más orientales -Teberga- puedan defenderse ampliaciones de los poblados según avanza la Edad del Hierro, como nos hacen pensar los diferentes recintos aterrazados/murados del castro de La Cogollina (Fanjul 2007).

Hemos de pensar que a nivel demográfico hubo algunas excepciones que destacaron por exceso, como puede ser el caso de la Campa Torres, ya que contamos con su gran tamaño (unas 8,6 Ha calculadas por Camino 1995b: cuadro 4), muy superior a la media cantábrica, y con que se documentaron casas prerromanas tanto tras las murallas como en la llanada interior (Maya y Cuesta 2001: 85-86). Podemos deducir de ello una alta concentración humana en este recinto, sin equivalentes en el ámbito cantábrico, ya que se calculan entre 860 y 2580 habitantes, según el número de habitantes por hectárea que se aplique (Camino 1995b: cuadro 4). Para Llagú, un castro de 1,2 Ha, ya en la media cantábrica, se calculan no más de 300 habitantes en el s. I d.C. (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 321), cifra excesiva si tenemos en cuenta que para un poblado de la Edad del Hierro como el de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara), de arquitectura cuadrada y abigarrada y unos 2000 m<sup>2</sup> de superficie, se calculan no más de 50 habitantes al mismo tiempo. Estos datos son más fiables que otros llevados a cabo en la Meseta si pensamos que para los cálculos desarrollados se cuenta con una información excepcional puesto que se ha excavado la totalidad de

la superficie del castro, así como de la necrópolis aneja (Cerdeño y Sagardoy 2005/2006). En proporción, si el Ceremeño tuviera 1,2 Ha, daría el mismo número de habitantes que Llagú, inviable si tenemos en cuenta la arquitectura doméstica circular castreña y los grandes espacios vacíos sin edificar dentro de los castros cantábricos, especialmente al oriente del río Narcea, en claro contraste la alta densidad arquitectónica de otros grupos castreños peninsulares como pueden ser los del norte y noreste de Guadalajara. Precisamente para el centro-oriente asturiano se han realizado cálculos (Camino 2002) del número estimado y tamaño de las unidades de ocupación y del número de ocupantes de cada una de ellas a partir de la superficie habitada de los castros. Se trata de un sector caracterizado por los poblados-patio, como veremos, en donde la población se concentraría en el anillo perimetral tras las defensas. Aplicando patrones del Antiguo Régimen y censos de la Edad Media se podría pensar en familias nucleares y calcular unos 4/5 habitantes por estructura y unas 27 cabañas para Moriyón (Ibid.: 145, 147), alejado de los 8 habitantes por estructura y unos 40 “habitáculos” que estimaba Aurelio de Llano para Caravia (de Llano 1919: 43-44), que suponen datos llamativos si pensamos que el primero es casi tres veces más grande que el segundo. Siguiendo los cálculos de Camino (2002: 147) se podrían estimar para Moriyón unos 120 habitantes. Siguiendo este método se ha recalculado la población media de Llagú en unas 150 personas, sobre la idea de que no habría más de 30 cabañas ocupadas a la vez (Ibid.: 148).

Estos cálculos serían coherentes con los llevados a cabo en otras regiones castreñas para las que, con tramas urbanas más densas, se considera que cada poblado, hasta el final de su historia, no pasarían de 200/250 habitantes (Fernández-Posse y Sánchez



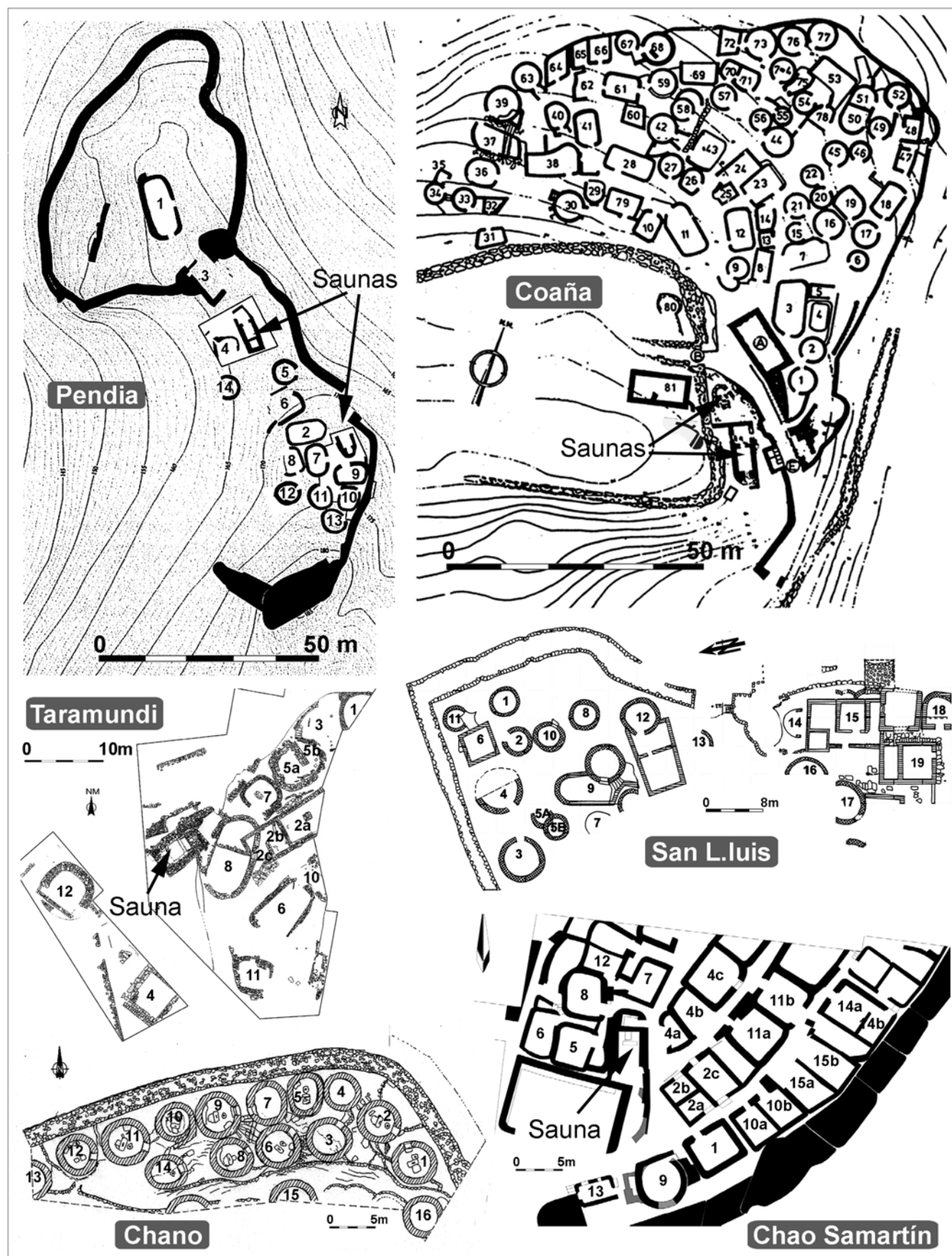
Palencia 1998; Carballo 1990). Otras estimaciones demográficas para castros asturianos, en concreto los costeros, en lugar de intentar calcular el número de estructuras se aplican diferentes índices por superficie (100, 200 o 300 habitantes por hectárea) (Camino 1995b: cuadro 4). Son cálculos menos fiables ya que se están equiparando las densidades de población de castros muy diferentes entre sí, como son los de la costa centro-oriental asturiana (tipo Moriyón o Caravia), o poblados-patio, con los de la costa centro-occidental (tipo Mohías), de arquitecturas domésticas de piedra y densas tramas urbanas, y en donde debemos de pensar que la ratio de habitantes por hectárea tuvo que ser necesariamente superior. A este último sector costero, y en general a todo el extremo costero occidental cantábrico, debemos sumarle la existencia de castros algo más grandes que la media y, sobre todo, una mayor concentración de poblados, por lo que puede entenderse como el sector cantábrico de mayor concentración poblacional de toda la Cornisa Cantábrica. No obstante, pese a la intensificación de los rasgos en el extremo occidental cantábrico, las sucesivas ampliaciones del caserío mediante líneas de muralla en Castilnegro desde la fase I nos hace pensar que el crecimiento poblacional debió de ser un rasgo común para todo el centro-occidente cantábrico durante la fase II.

Tanto para los castros con mayor población del extremo occidental cantábrico, como en el resto, habría que pensar que en ningún caso se llegaría al mínimo de población necesaria para la reproducción biológica endogámica. Una sencilla solución son los intercambios matrimoniales entre castros vecinos, de modo paralelo a como en el occidente de Asturias, en el Antiguo Régimen, un quinto de los matrimonios eran con gente de fuera de la parroquia, mientras que si tomamos como unidad de poblamiento la aldea el índice extralocal pasa a ser mayoritario (Camino 2002: 149). Por lo tanto, no debió de ser necesario recurrir a contactos a larga distancia para asegurar la reproducción social y biológica de aquellas aldeas prehistóricas. Seguramente las redes sociales entre los castros situados en una misma unidad orográfica, que al mismo tiempo es una unidad social y económica, serían suficientes para tal fin.

Es evidente que para justificar la fase II o Segunda Edad del Hierro hemos de realizar un juego conceptual entre los cambios y las continuidades culturales. El castro sigue siendo la única forma de hábitat en el centro-occidente de la Cornisa Cantábrica durante esta fase, lo que proporciona un claro elemento de continuidad cultural, como también es cierto que a partir de la fase I c se aprecian cambios en los modos de poblamiento de ciertas zonas. Pero, sobre todo, lo que justifica esta nueva fase son los profundos cambios arquitectónicos que se observan ahora en los castros. Somos conscientes de que el término “urbanismo” *sensu stricto* sólo puede usarse

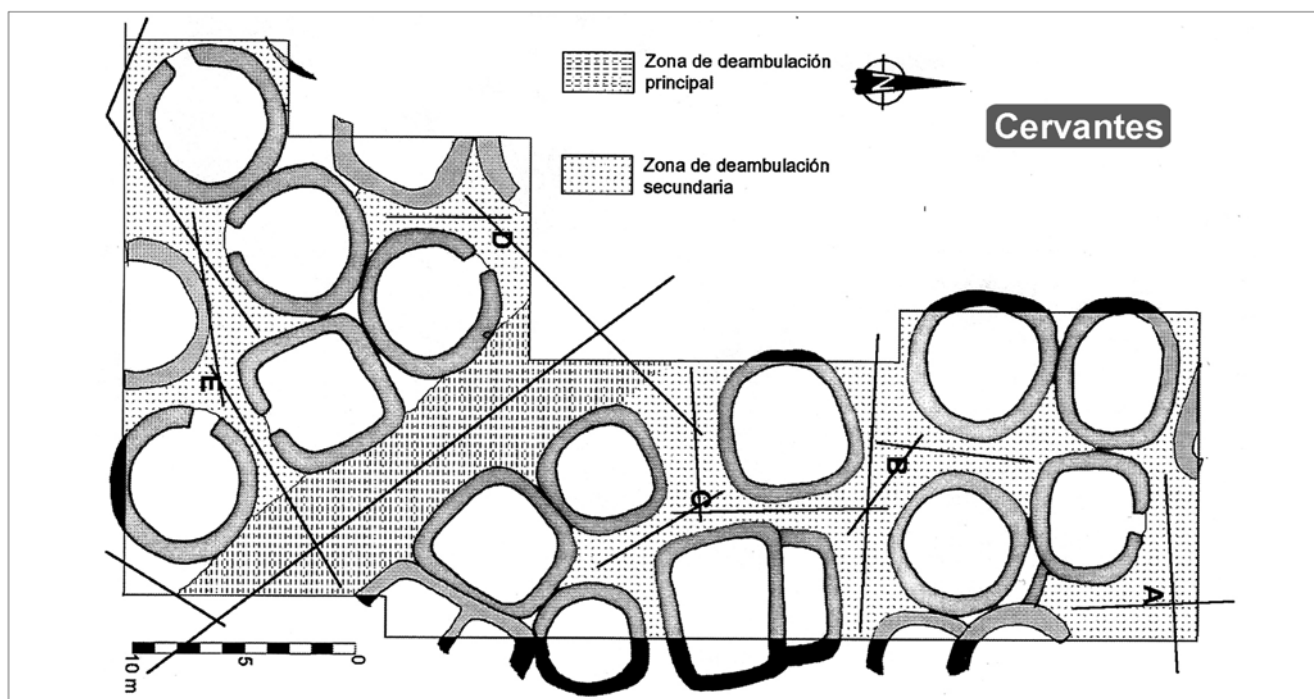
con propiedad con conglomerados urbanos, propios de formaciones estatales (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002a: 329). No obstante, utilizaremos el término de un modo general para referirnos a la lógica espacial de la arquitectura de cada castro en conjunto, así como a los cambios perceptibles en la misma. Entre otros motivos porque un tópico historiográfico de la arqueología castreña ha sido el de afirmar que estos poblados no tenían “urbanismo” y que las cabañas se colocaban sin orden, cuando por ejemplo en los casos del centro-oriental asturiano se puede apreciar con claridad la misma forma de poner las casas en cada castro, es decir, siguiendo un modelo urbanístico (Camino 2002: 146). Por ello podemos decir que durante la fase II los castros que continuaron habitados por norma general aumentaron su superficie habitada, para lo que llevaron a cabo profundas reformas urbanísticas, especialmente en el extremo occidental cantábrico, en donde vemos aparecer nuevos tipos de casas y defensas. Para el resto del territorio cantábrico también puede apreciarse un crecimiento de los poblados, aunque no tan marcado como en el caso del extremo occidental, y tampoco hay claros cambios en la arquitectura doméstica por lo que la fase II sobre todo se caracterizará por nuevos tipos de defensas y por la aparición en el registro de una nueva cultura material mueble. En líneas generales podríamos decir que si bien en el periodo precedente el castro se adaptaba al terreno, en esta nueva fase el terreno es el que se adapta al castro, con una multiplicación de las obras defensivas, una yuxtaposición de los recintos castreños y un mayor volumen de obra tanto en el acondicionamiento del terreno como en la mayor envergadura de las obras defensivas, como en el caso gallego (Parcero y otros 2007: 184-187).

Como venimos comentando es en estos casos del extremo occidental cantábrico donde vemos el urbanismo más abigarrado y que parece mostrar continuas adaptaciones al crecimiento de los grupos. Quizás uno de los casos donde se puede ver con más claridad es precisamente en uno de los pocos representantes del paisaje cóncavo excavado en la zona occidental cantábrica. Nos referimos el castro de Mohías, con una trama urbana muy compacta, en donde se calculan entre 50 y 60 casas, que la mayoría de las veces están pegadas, y una ratio aproximada de dos estructuras en planta de naípe por cada una circular (Martínez Fernández 1970: 127). En las 17 estructuras excavadas en los años setenta se observa que unas se encuentran junto a las otras, a ambos lados de una calle (Maya 1983-84: 187). El urbanismo concreto de Mohías se ha definido como planteamiento estandarizado, en donde el hábitat está dividido en manzanas de casas separadas por calles ortogonales, hacia las que se orientan todas ellas (Carrocera y Jordá 1986-87: 218). Así, en Os Castros de Taramundi se aprecian diferentes abancalamientos



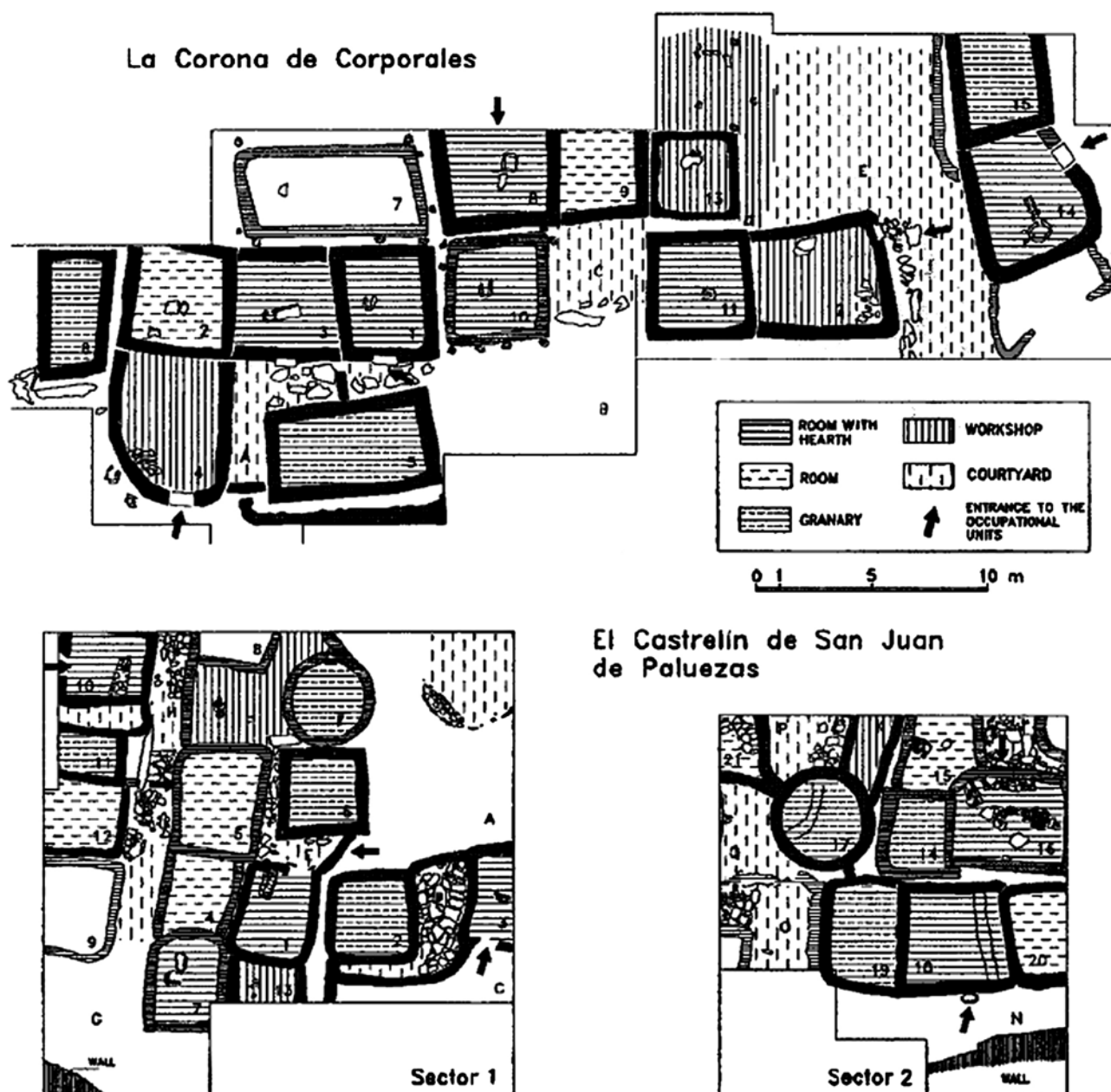
**Figura 4.33a y 4.33b:** urbanismo abigarrado, petrificado y planeado de la fase II en el extremo occidental cantábrico: Pendia, Coaña, Taramundi, San L. Luis, el Chano, Chao Samartín y Cervantes, respetando la numeración de las estructuras por parte de cada autor e indicándose las saunas castreñas (a partir de Rodríguez del Cueto y Villa 2009; Maya 1983-84; Menéndez y Villa 2009; Marín y Jordá 2007; Celis 2002; Blas y Villa 2009; Villa 1999-2000; López y Álvarez 2001, modificado en González Ruibal 2003a; modificados). Cabe señalar que las estructuras cuadrangulares de esquinas vivas, como por ejemplo en San L. Luis o el Chao Samartín, se han de encuadrar en la fase romana de estos poblados.

al exterior del recinto amurallado, creados con muros



potentes, aunque no se les podría denominar exactamente murallas. En éstos se han documentado diversos materiales de vida cotidiana, entre los que destacan fragmentos de cerámica común romana y *Terra Sigillata*, por lo que cabe la posibilidad de que sean ya ampliaciones de época altoimperial (Menéndez y Villa 2009: 457). Es difícil poder interpretar cómo fue la evolución del urbanismo desde la fase I a la II en este poblado ya que de la fase más antigua contamos con escasa información (capítulo 3). No podemos ir más allá de ciertas generalidades como es la petrificación de la arquitectura y la reforma de las defensas, pues se aprecia que la sauna de la fase II amortiza el foso de la Primera Edad del Hierro y una gran cabaña comunal que interpretamos como de la fase de transición I c (capítulo 3). Sin embargo, en Pendia podríamos plantear que el primitivo poblado de la fase I, circunscrito al barrio norte, se desarrolló hacia el sur, único espacio útil por el que pudo extenderse. Para ello se añadió una nueva muralla, que es también de lienzo continuo, como la de la fase anterior o como la documentada en el cercano Casteln de Coaña, más un potente torreón y foso defensivo. En este barrio sur se han localizado hasta catorce estructuras (dos de ellas son saunas) y alguna más bajo las ruinas del torreón. Además, pese a su uso continuado hasta época altoimperial, en las últimas intervenciones se ha podido documentar reformas del nuevo aparato defensivo (muralla y foso) del barrio sur ya en época prerromana, como demuestra el relleno entre las estructuras C-9 y C-10 (con un molino circular completo y cerámica indígena) y con una fecha radiocarbónica que indica que la reforma se realizó sobre el s. IV cal AC. Si las defensas se arreglaron, también ocurrió lo mismo con diversas cabañas durante la fase II, construyéndose unas sobre otras, con plantas prácticamente idénticas (Rodríguez y Villa

2009). Cabría esperar que esta primitiva defensa del barrio sur, a la que le acompañarían todavía estructuras de material perecedero, y por lo tanto la ampliación general del poblado hacia este nuevo sector, ocurriera a finales de la fase I; es decir, en la fase I c, como ya defendimos para el Chao Samartín o San Lluís, con evoluciones urbanísticas muy similares. Otras fechas radiocarbónicas indican más reformas de las defensas a finales de la fase II (ss. II-I a.C.). Ya en León, el Chano presenta un urbanismo completamente adaptado a la dificultad del terreno en el que se sitúa, una ladera muy pendiente, para lo cual tuvieron que regularizar el terreno en tres terrazas, defendiendo la segunda de ellas con una muralla y la unión con la parte alta de la ladera con fosos. De la hectárea de extensión tan sólo una cuarta parte fue superficie habitable (2300 m<sup>2</sup>). Pese al estrecho espacio es posible apreciar la lógica de la distribución de las casas en tres líneas paralelas este-oeste a tres alturas distintas, con callejones entre medias, zonas de paso junto a la muralla, muros de nivelación y escaleras. Se entiende todo como una obra unitaria en el tiempo, con la arquitectura abigarrada dentro del estrecho espacio que permiten las terrazas (Celis 2002: 189-195). En Lugo también vemos ejemplos de calles construidas para organizar el espacio de los castros, como en Barán, empedrada, delimitada por los muros de las estructuras y de 1,70 m de anchura; así como una técnica constructiva que va regularizando el terreno mediante aterrazamientos sobre los que posteriormente se construyen las estructuras (Álvarez Núñez 1995-96b: 45-46). Desde antiguo se conocen algunos materiales procedentes de este castro que deben hacer que despejemos toda duda sobre sus niveles prerromanos, y en concreto de la fase II, como es el caso de una fibula Transmontana (Lage 2003-2004: 55-56). Pero más similar al Chano es el Castro



**Figura 4.34:** plantas de la Corona de Corporales y el Castreín San Juan de Paluezas (en Sastre 2002). Pese a la combinación de estructuras cuadrangulares y circulares durante la fase II obsérvese la preponderancia de las primeras, la articulación espacial en torno a calles lineales, la alta densidad de la trama urbana, y la fuerte especialización de las diferentes estructuras que conforman cada unidad de ocupación o *compounds*.

de Santa María do Castro (Cervantes, Lugo), que Barán o Vilela, ya que también es geográfica y culturalmente cantábrico. En Cervantes vemos la típica combinación de estructuras circulares y en planta de naípe del extremo occidental cantábrico (al oeste del río Navia), muy agrupadas, dejando calles principales o zonas claras de deambulación primaria, que luego se ramifican hacia otras zonas de deambulación secundaria, entre las unidades de ocupación formadas por diversas estructuras (López y Álvarez 2001: 533-539; González Ruibal 2003a: 299-300) (fig. 4.33a y 4.33b).

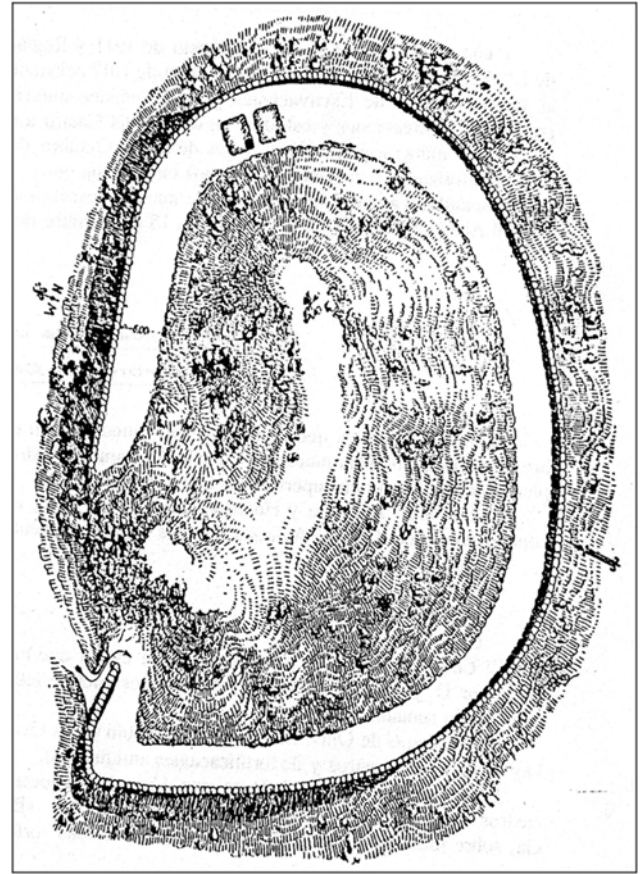
En todos estos ejemplos del extremo occidental cantábrico lo que se percibe es un planeamiento “urbanístico” previo a la construcción de los nuevos

barrios y ampliaciones, en donde la erección de las murallas, sean de módulos o no, permite regularizar el terreno sobre el que se construirán las nuevas viviendas. Existió por lo tanto una planificación previa y de conjunto de las obras defensivas (murallas y fosos) y domésticas, como tendremos ocasión de detallar para el caso concreto de las murallas de módulos de San L.uis.

Para el caso de la zona baja berciana en ejemplos como El Castreín de San Juan de Paluezas o la Corona de Corporales vemos que todas las unidades de ocupación parecen haber sido totalmente autosuficientes desde el punto de vista económico, lo que implica un nivel de independencia que se refleja en las formas de organización espacial dentro del castro.

Las viviendas consistían en espacios funcionalmente especializados (hogar, almacén, patio) que llenaron casi todos los espacios abiertos dentro de la muralla, siendo ésta un punto de referencia en el asentamiento. El resultado fue una vivienda generalmente alargada que le dio al poblado una apariencia “urbana” ilusoria. Cada vivienda tiene su propia área privada, al aire libre, de modo que el acceso era totalmente independiente e invisible para los demás hogares. No hubo articulación comunal del espacio dentro del poblado. Por otra parte nunca las viviendas comparten paredes, cada casa fue construida de forma independiente, y sólo hubo estrechos espacios entre ellos, que no calles (Sastre 2008: 1029) (fig. 4.34). En otros casos del Bajo Bierzo sólo conocemos que la muralla fue construida con grandes bloques de cuarcita a soga, formando dos caras que luego fueron rellenas con piedra menuda (Díaz y Garín 1998: 83). Es suficiente información para poder constatar el urbanismo diferencial entre este sector leonés y el inmediato del occidente cantábrico, en donde el primero se presenta como muy poco castreño, en el sentido de que son evidentes las influencias meseteñas en la organización ortogonal de las calles, la ausencia de espacios comunales, el abigarramiento del espacio interno a las murallas y las plantas cuadradas de prácticamente todas las estructuras.

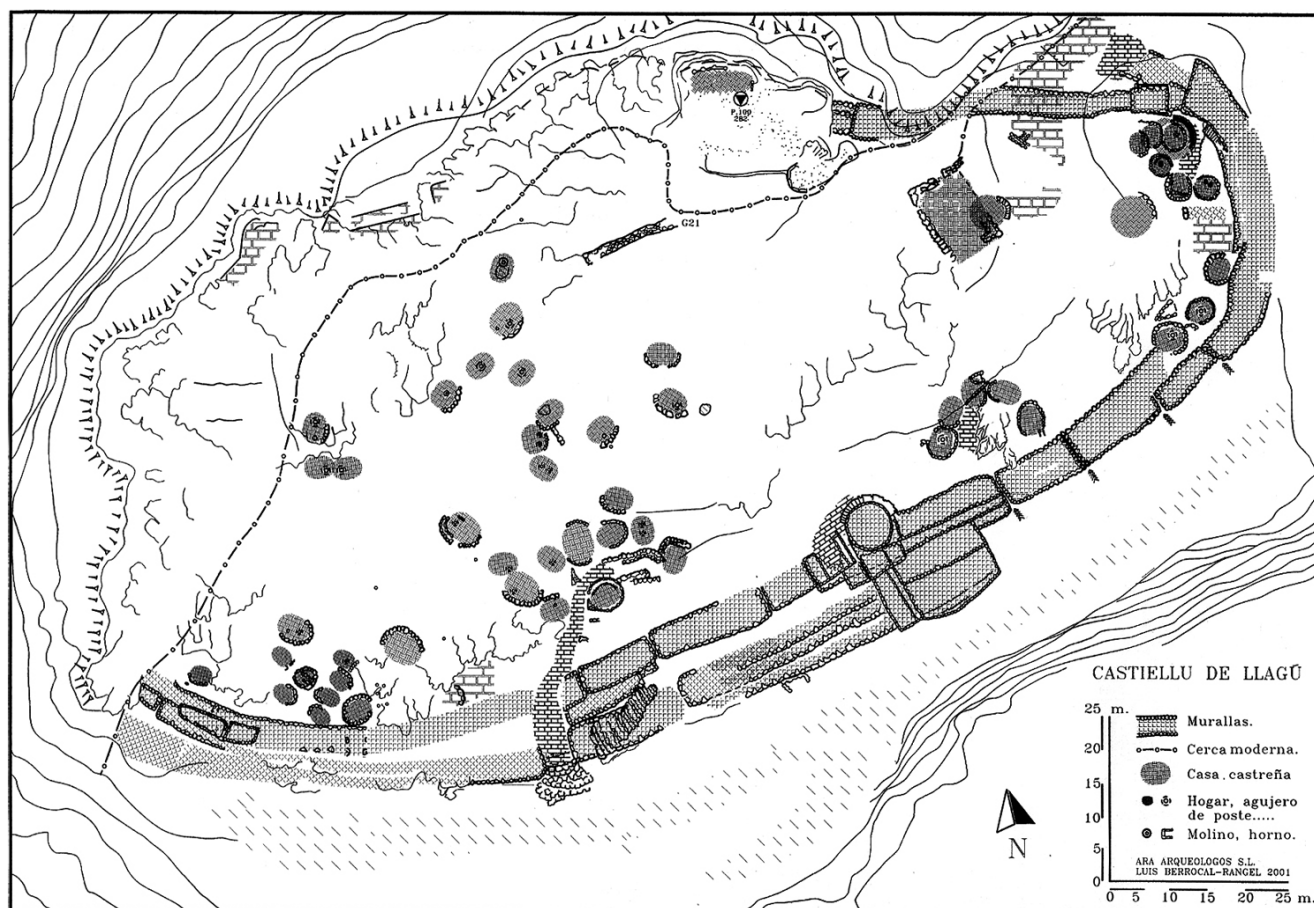
Por su parte, ciertos castros del centro-oriente asturiano de los que tenemos información arqueológica (Moriyón, de 1,5 Ha, y Caravia, de 0,5 Ha) poseen unas estructuraciones espaciales en donde también las defensas definen el espacio en el que van a construirse las estructuras domésticas. Pero el resultado es un urbanismo mucho menos denso que en la mitad occidental asturiana, ya que en los ejemplos mencionados vemos un anillo perimetral en donde se sitúan las cabañas justo tras las defensas y el espacio central del poblado vacío de estructuras. En Caravia es evidente este hecho por el gran afloramiento calizo que tiene el poblado en el sector central. Por ello se han definido estos castros como “poblados-patio” (Camino 1996: 31), similares a otros “poblados de espacio central” de la Europa templada (Camino 2002: 147), en donde un cerro cónico con agudas pendientes se le dotó de un anillo o plataforma acorde a las curvas de nivel donde se asienta la muralla, siendo el anillo interior a ésta el espacio de asiento de las estructuras domésticas. La plataforma constructiva puede llegar a tener entre seis y quince metros en Moriyón, para lo cual se arranca material de la zona más elevada en el centro del poblado, que suele quedar vacía de construcciones, y se arrastra como relleno de la plataforma interna a la muralla, que aparte de defender sirve de muro de contención. Todo ello le da al conjunto arquitectónico (murallas y cabañas) un carácter urbanístico unitario, situándose las cabañas a modo de anillo perimetral tras la muralla, en una sola línea. A veces hay bancales propios para



**Figura 4.35:** el Picu'l Castru de Caravia ejemplifica perfectamente a los poblados-patio frecuentes en el sector central cantábrico (en De Llano 1919).

las cabañas que hacen que la terraza general no llegue a chocar contra la cara interna de la muralla (Moriyón), pero en otros casos se aprecia como las cabañas chocan contra la cara interna de las defensas (Caravia) (de Llano 1919: 47; Adán 1997b:17; Camino 1997: 76) (fig. 4.35, y ver fig. 4.32). Contrasta claramente este modelo de poblado-patio y anillo circular de viviendas de materiales perecederos con el modelo de urbanismo abigarrado del occidente asturiano de arquitectura pétrea, por ejemplo. Por otro lado, el modelo de poblado-patio está heredado de la fase I (Camoca, Peña Campana) y es el que cabe esperar en otros castros del sector central cantábrico. Sin duda el espacio central vacío de estos poblados, posible redil de ganado de uso comunal, refuerza arquitectónicamente el sentido de comunidad, frente a los castros del extremo occidental cantábrico en donde los espacios de uso comunal se desvanecen durante la fase II, a no ser por ciertas cabañas y edificios rituales de connotaciones muy particulares, lo que es indicativo de diferentes estructuraciones sociales dentro del ámbito de estudio.

Llagú, en el centro asturiano, sigue un modelo mixto. Al excavar en área todo el poblado se documentaron cincuenta estructuras de las cuales sólo diez estaban completas. El caserío se encuentra en líneas generales orientado hacia el lado sur, principalmente tras la muralla, que sirve de asiento y



**Figura 4.36:** el Castiellu de Llagú puede entenderse como un modelo mixto, con grandes espacios vacíos, como los poblados-patio, pero con una organización “alveolar” de las estructuras que conforman las distintas unidades de ocupación (en Berrocal, Martín y Ruiz 2002b).

regularización de las estructuras domésticas. Se protegen así de los vientos del norte, pero el sector que queda vacío no es tanto el central sino el lateral septentrional, el más elevado o “acrópolis”. Puede que fuera usado para concentrar el ganado en su interior, hacer rituales y/o reuniones sociales (bailes, fiestas...). Se trata sin duda del sector menos apto para la habitación por estar situado al norte y por no contar con la protección que ejerce la muralla, ya que este lateral contaba con buenas defensas naturales. No obstante, no debe descartarse que en las áreas vacías pudieran haber existido otras estructuras, que se habrían perdido por la fuerte erosión del lugar (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 115, 120-122). Por otro lado, las cabañas de Llagú no se sitúan alineadas tras las defensas como en Moriyón o Caravia, sino que parecen agruparse en barrios, unidas entre sí por caminos, puede que con un sentido familiar. Es decir, podríamos estar ante extensas unidades de ocupación (fig. 4.36).

Por lo tanto, dentro del sector centro-occidental cantábrico pueden verse diferentes tipos de urbanismo castreño, que necesariamente nos sitúan ante diversas formas de organización y estructuración social. A su vez sin urbanismos que contrastan con otros sectores castreños inmediatos como A Terra Chá lucense o el Bajo Bierzo. Todos estos modelos de organización del

espacio interno de los poblados tienen en común el hecho de que siguen planes preestablecidos en donde las líneas de defensa por lo general delimitan y acondicionan el sector donde se construirán los nuevos, y a veces sucesivos, caseríos. Respecto a estas líneas defensivas, se aprecia en la zona litoral gallega que los fosos ceden protagonismo a los parapetos y murallas. No así al este de la Dorsal Gallega, pues observamos la construcción de fosos monumentales (Ibid.: 198), haciendo esta zona similar a la Cornisa Cantábrica, especialmente a su sector occidental, donde en la fase II aparecerán murallas más potentes acompañadas en muchos casos de un sistema de fosos múltiples -como en el lado meridional de San L. Luis, con seis fosos y sus respectivos parapetos- y/o de fosos de gran tamaño, ciertamente monumentales, tanto en la costa -caso de Cabo Blanco-, como en el interior -casos del Castiellu de Fozana, en Siero, o El Curuchu, en Reconcos, L. Lena, con 25 m de longitud, 10 de profundidad y hasta 7 de anchura en la parte superior- (Fanjul 1998-1999: 370 y planta castro; Fanjul y Menéndez 2004: 98) (fig. 4.37). Precisamente estos dos últimos poblados nos introducen en la problemática de las defensas complejas y sus cronologías.



### La monumentalización artificial.

Las defensas complejas basadas en fosos, terraplenes y murallas en castros costeros las podemos ver en multitud de ejemplos marítimos en la región atlántica -como en Galicia y Bretaña (González Ruibal 2003a: 444) o en Cornualles, Gales, oeste de Escocia y oeste de Irlanda (Cunliffe 2001: 362-363)-. Éstas arrancan en la Segunda Edad del Hierro y son de formas muy similares a los ejemplos asturianos. En líneas generales entre los castros costeros asturianos sólo cinco de los catalogados por Jorge Camino (1995b: 158-159) cuentan con una única línea de defensa. La mayoría tiene dos, pero hay algunos con tres y cuatro, como Cabo Blanco. No sabemos si son cuestiones relacionadas con la ubicación, culturales, de evolución urbanística de los poblados o una combinación de todas ellas, las que hacen que sean los castros entre los ríos Esva y el Navia los que cuenten con más defensas que el resto (Ibid.: 163) (fig. 4.38). Como decimos, podemos destacar y usar como ejemplo el castro marítimo de Cabo Blanco (El Franco, Asturias), cuyas monumentales defensas basadas en enormes líneas de fosos y murallas que separan el cabo de tierra firme hizo que se pensara, en consonancia con el paradigma romanista imperante en la época, que se trataba de una fundación romana (Camino 1995b: 69-74, 164). Ya en aquel primer momento se constataron cinco líneas de fosos y al menos tres parapetos. El tercero de estos fosos es el de mayores dimensiones (ver fig. 4.37). Posee un perfil en artesa que recorre en arco de una línea de acantilado a otra, con 295 m de longitud, profundidades que llegan a los 10 m y anchuras entre 4 y 7. Pese a no haberse podido datar esta estructura, lo cierto es que parece conformar un todo coherente con la muralla que se encuentra a su interior, planteándose la posibilidad de que la entrada se produjera por una zona con solado de chapacuña, mediante pasarela sobre el foso y hacia una puerta en la muralla protegida por dos bastiones. Al exterior de este foso central no se han constatado estructuras de habitación. La muralla situada tras este enorme foso está realizada a hueso, con mampostería de pizarra, y ensancha la traza de una estructura anterior. Posee escalones para acceder a un posible paseo de ronda y es bastante probable que se trate de una muralla de módulos. Se ha podido datar el episodio de reforma de la antigua cerca entre los ss. IV y II cal AC. Respecto a la última línea de defensa, la más interna del poblado, también se ha podido asociar un foso con una línea de muralla (Fanjul, Villa y Menéndez 2009: 256-259). Podríamos pensar en un origen del poblado en este sector, ya que en otros castros costeros también se aprecia el desarrollo desde la punta hacia el interior según avanza la Edad del Hierro y porque es en esta zona amurallada donde vemos las secuencias más complejas de reformas y reconstrucciones de estructuras. De

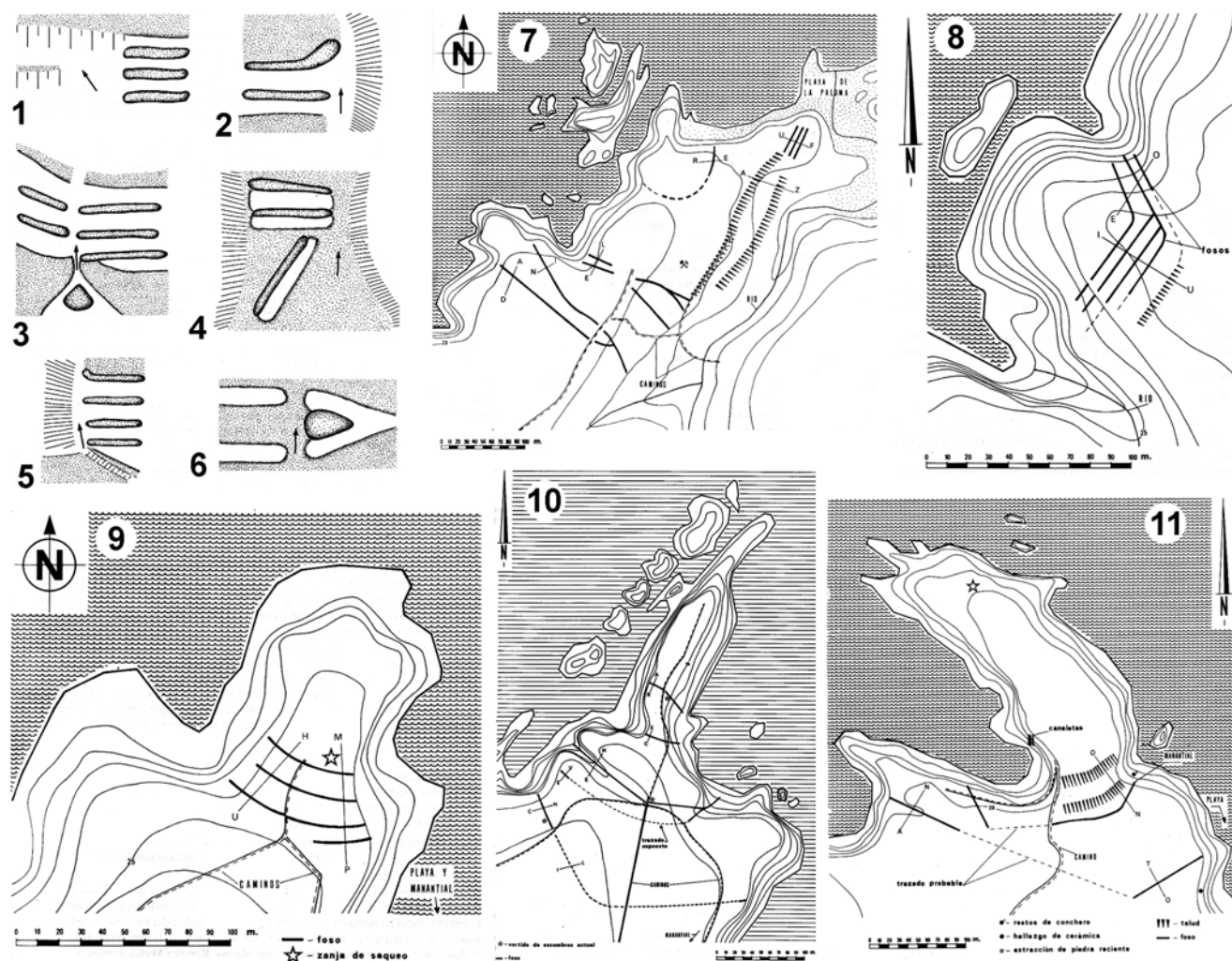


**Figura 4.37:** la monumentalización artificial mediante fosos defensivos de gran tamaño: arriba, El Castiellu de Fozana (Siero); en medio, Les Mueles (Ayer); abajo, El Castiello de Otur (Valdés) (a partir de Fanjul y Menéndez 2004; González Álvarez 2009).

hecho en algunas de estas reformas sólo se reconocen materiales prerromanos, y en algún caso sobre estructuras amortizadas definidas por zanjas de cimentación con pizarras clavadas (Ibid.: 262), que podrían llevarnos a pensar en una primera ocupación del lugar durante la fase I, momento en el que el castro se circunscribiría exclusivamente al recinto norte o extremo del cabo.

En el grupo de los castros costeros y multivallados podemos introducir a O Corno, al Castelo del Esteiro, al Castiecho y, en menor medida, a la Punta'l Castiellu (Camino 1995b: 160). Pese a que se



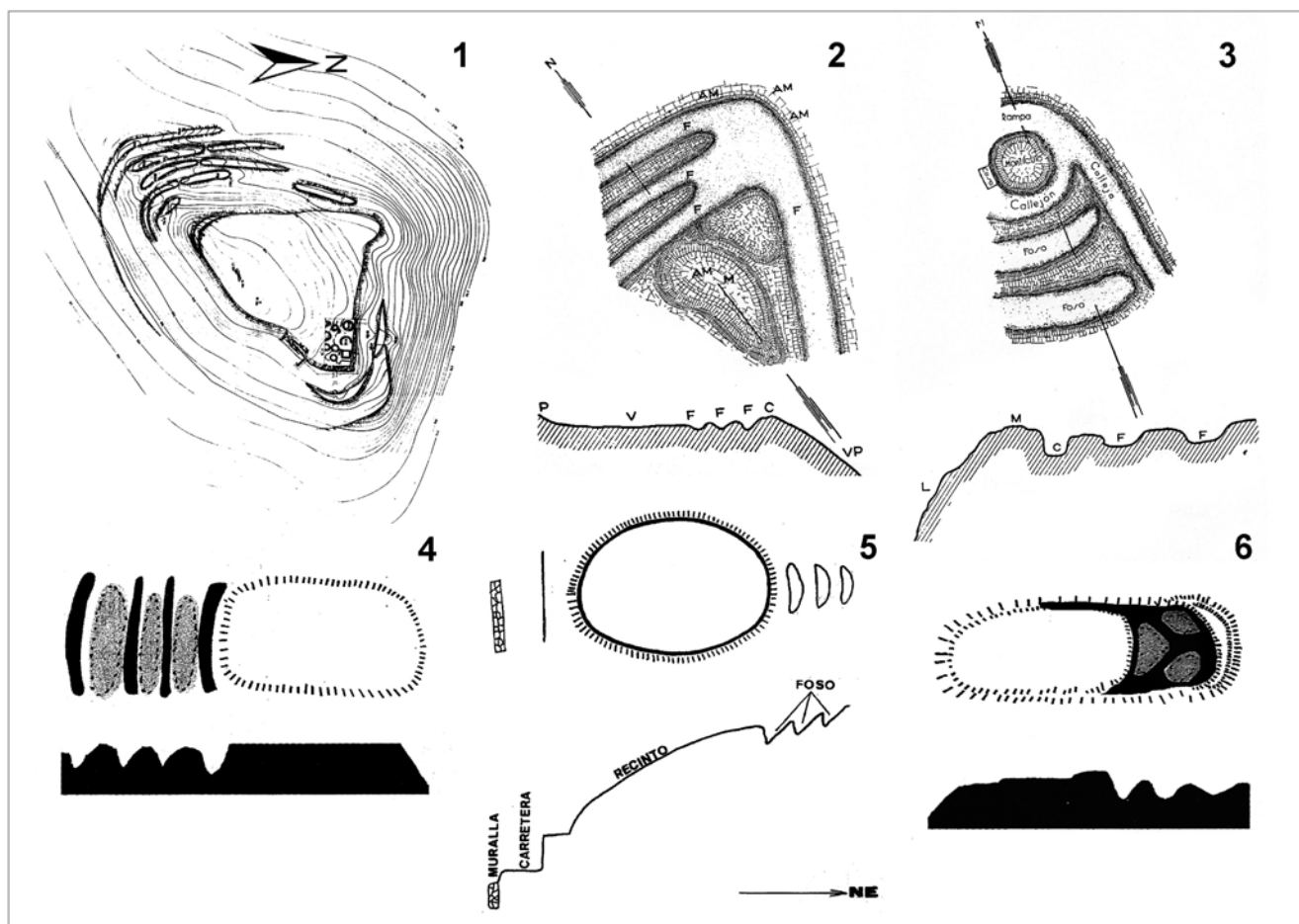


**Figura 4.38:** esquemas y planimetrías de diferentes castros de la costa cantábrica occidental con sistemas de defensa multivallados: 1, 6 y 7. El Castelo del Esteiro (Tapia de Casariego); 2. Punta da Figueira (Medal, Coaña); 3 y 9. El Castrillón (Navia); 4. La Cavona (Cuideru); 5. Castiel (Valdés); 8. El Castiel (Navia); 10. Cabo Blanco (El Franco); 11. O Corno (Castropol) (a partir de Camino 1995b, modificado).

hayan datado como romanos precisamente por contar con este sistema defensivo y por tener materiales romanos (Ibid.: 164, 209-213), podemos situarlos en la fase II al menos. Argumentos a favor de una fase prerromana en estos sitios los encontramos en los propios tipos cerámicos “indígenas”, de Os Castros (Castropol) y del Castelo del Esteiro.

Pero las defensas complejas o castros multivallados, al igual que los fosos monumentales, no son sólo propios de la costa, ya que en el interior montañoso son también habituales, dependiendo de si pudieron beneficiarse o no de buenas defensas naturales. Ya en el clásico trabajo de José Manuel González (1952: figuras) sobre tres vetustos *castielllos* de Grao (el de la Mata, el de Cabruñana y el del significativo nombre de los Vallaos), podemos apreciar buenos ejemplos de defensas complejas mediante yuxtaposición de fosos y contrafosos, en algunos casos de enormes tamaños. Por ejemplo el castro de San L.uis, al consolidarse el crecimiento del caserío durante la fase II, tuvo que levantar una nueva muralla (de módulos) y defender su lado más vulnerable, el

sur, con hasta seis fosos con contrafosos, mientras que el resto de los laterales tan sólo cuenta con un foso defensivo delante de las murallas (Adán y otros 2000: 15). No tenemos dudas del carácter unitario de toda esta obra a comienzos de la fase II (Marín 2007). O Llarón, con cinco fosos sucesivos al oeste (Blas 1980). Para Mohías el origen durante la fase II nos parece claro y creemos que los tres fosos que defienden sus lados sur y este, los más vulnerables, que llegan a dimensiones ciertamente monumentales -192 m de desarrollo, 11 m de anchura y 4,5 de profundidad- (Martínez y Junceda 1968: 188), también pertenecen a la Segunda Edad del Hierro. Las murallas son peor conocidas. Por estos motivos otros ejemplos monumentales de defensas complejas del interior cantábrico también pueden ser entendidos como de la fase II. Podría ser el caso del Castiechu de Luciernas (Tinéu), defendido por hasta cuatro fosos y contrafosos paralelos de gran tamaño y excavados en la roca, pero sólo por el lado norte, que es la zona más accesible (Fanjul 2005: 176-177, lámina 10) o del Castru (Arbichales, Somiedu) con tres fosos al Noreste

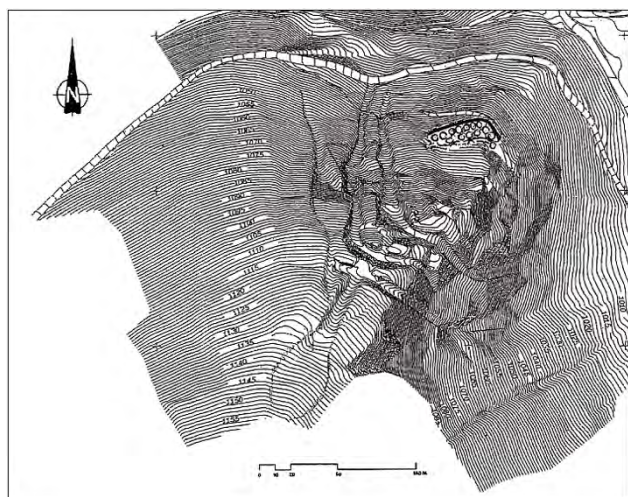


**Figura 4.39:** sistemas de defensas multivallados en castro del interior: 1. San L.uis (especialmente los seis fosos defensivos del sector meridional); 2. El Castiellu de Los Vallaos (Grao); 3. El Castiellu de la Mata (Grao); 4. El Castiechu (El Castru, Luciernas, Tinéu); 5. El Castru (Arbil.lales, Somiéu); 6. La Garba (Berrueño, Teberga) (a partir de Maya 1983/84; González y Fernández-Vallés 1952; Fanjul 2005; Fernández Mier 1999; modificados).

que le separan de la sierra (Fernández Mier 1999: 155, fig. 32). En otros casos se aprecian complicadas o “laberínticas” combinaciones de fosos y contrafosos, que en algún caso se pueden calificar como antecastros, para encauzar a los visitantes hacia la puerta principal, en poblados de la alta montaña como La Garba (Fanjul y otros 2007; Fanjul y Fernández 2009) (fig. 4.39). El mismo razonamiento no sirve para los tres fosos del castro de La Escrita por los lados no protegidos por la caída al río (Maya 1983-84: 179). Da la sensación de que según avanzamos hacia el oriente las defensas complejas van desapareciendo, como por ejemplo en el centro-oriente asturiano o Cantabria, donde no hay ningún ejemplo claro. En estos sectores las defensas suelen contar con muralla y foso, o sólo foso como en el Castro de Taranés, y si vemos alguna multiplicación de las líneas defensivas suele ser jugando con las murallas y aterrazamientos, más que con los fosos, como puede ser el caso de Castilnegro. Quizás una de las causas sea la mayor complejidad a la hora de extraer la piedra caliza con respecto a la pizarra, que se desgaja con facilidad.

Sobre las defensas complejas y las técnicas novedosas que se aplican en la fase II, creemos que fechar como romano o “técnica minera” el uso de la

fuerza del agua para excavar fosos no es acertado en todos los casos. Especialmente si nos referimos a la forma de defender poblados castreños en los que no hay materiales ni fechas romanas, como el Chano (Peranzanes, León), en donde las únicas dataciones radiocarbónicas obtenidas son claramente de la fase II y en una zona geográfica en la que, además, se reconoce que no hay oro en el entorno inmediato (Celis 2002: 191, 204-205), por lo que perdería sentido la aducida “técnica minera”. El propio Morán (1956/61: 124) alude a cómo entre los campesinos de la montaña leonesa es habitual la técnica de recoger agua en un estanque, obteniéndola de hilillos o pequeños arroyos, para una vez acumulada, reventar la presa y regar de golpe una buena porción de huertas y prados. Podemos deducir fácilmente que para usar el agua como fuerza excavadora no hacen falta ni excesivas infraestructuras, ni mucha mano de obra, ni una inserción de los poblados en una estructura estatal. En este sentido, recientemente se ha planteado que los fosos excavados con la fuerza del agua en el Castrelo de Peláu pudieron haber sido realizados en época prerromana, al igual que las murallas documentadas (Montes, Hevia y Villa 2010: 20) (ver fig. 5.26). De todos modos respecto al Chano no hay



**Figuras 4.40:** planta general del castro de El Chano (Peranzanes) (en Celis 2002). Obsérvese el embalse a una cota superior a la del poblado, usado seguramente para crear los fosos mediante la erosión del agua.

que descartar que la tercera terraza o inferior, no excavada, sea la que contenga los niveles romanos, ya que se menciona la presencia de “muros rectos”. No obstante, esta tercera terraza no posee defensas (Celis 2002: 191), por lo que no se entendería el esfuerzo defensivo por el lado que une a la montaña mediante los fosos con “técnica minera” y que a la par se deje descubierto el otro flanco. Por otro lado, las excavaciones han puesto de manifiesto una muralla de módulos en la segunda terraza, de lo que se deduce que en la zona de contacto ladera arriba de la montaña tuvo que haber algún sistema defensivo, pues es la zona más vulnerable. Por lo tanto, creemos que no puede descartarse que en época prerromana pudiera haber sido usada la fuerza del agua para construir los fosos defensivos (fig. 4.40). De igual modo, para el Castelón de Eilao ya hace casi 100 años que Aurelio de Llano (1928) dijo que se aprovechó un riachuelo que discurre por el norte y oeste para realizar el foso. También en el castro de las Cogollas (Linares, Salas) es posible que el supuesto canal minero que se encuentra a 200 m. (“el frente de los moros”) pudiera haber servido para excavar con la fuerza del agua el enorme foso de 10 m de anchura por 10 de profundidad (Fanjul 2005: 157), aunque está muy alterado el entorno por las trincheras de la Guerra Civil (Álvarez, Expósito y González 2007: 23).

Podemos concluir que una de las características de la fase II en cuanto a las defensas será la aparición de sistemas defensivos más monumentales (como los ejemplos de grandes fosos), más complejos (como los multivallados), mediante la yuxtaposición de elementos (fosos, contrafosos, murallas, antecastros) y la implementación de nuevas técnicas (como pueden ser las murallas de módulos y puede que el uso de la fuerza del agua). Es decir, que la balanza entre la monumentalización natural y la artificial comenzó a ceder hacia el segundo de los términos. Sin embargo

este tipo de defensas no es mayoritario y seguiremos viendo muchos castros ocupados durante la fase II que utilizaron, al igual que en la fase I, cierto tipo de ubicaciones para servir de las defensas naturales que aquellos lugares les proporcionaban, modificando tan sólo mínimas zonas, como puede ser excavar un foso en la zona de unión con la sierra o unidad geográfica principal. Claros ejemplos de esto último los tenemos en el castro de Taranes (Ponga) o en el Castiel.lu de L.lamardal (Somiedu), así como en variados ejemplos en península costera. En un punto intermedio estarían la mayoría de los poblados castreños cantábricos, defendidos por una muralla, o por una muralla y un foso.

En relación con esta creciente monumentalidad podemos añadir en este momento algunas estructuras no vistas con anterioridad en la zona cantábrica, como son las torres en las zonas de las defensas. Se trata del paso definitivo en la adición de monumentalización artificial a la monumentalización natural que ya percibíamos en la fase I. Como vimos, los emplazamientos de los castros cantábricos de la fase II siguen en posiciones muy similares o idénticas a las de sus predecesores. Ello supone un claro punto de contraste con respecto a amplias zonas del Noroeste en donde las características de la fase II son la “conquista del valle” y el paisaje cóncavo, y la sustitución de la monumentalización natural de los emplazamientos de la fase I por una monumentalización artificial (murallas, fosos) que supliría el carácter menos conspicuo de los emplazamientos del Hierro II (Parceró 2005b). Podríamos argumentar entonces que las características particulares de la monumentalización castreña cantábrica indican unas dinámicas históricas propias, diferentes a las del Noroeste. En líneas generales la monumentalización natural de los emplazamientos se mantuvo muy estable a lo largo de toda la Edad del Hierro, mediante la reiteración del hábitat en los mismos lugares o la fundación de nuevos poblados, pero con ubicaciones muy similares a las de la fase I. Además, al contrario que en muchos casos del Noroeste, aquella monumentalización contaba ya desde el principio con importantes obras defensivas, lo que le sumaba protagonismo paisajístico a los asentamientos (fosos, murallas, empalizadas y aterrazamientos de la fase I), llegando en la fase II a las máximas cotas de monumentalización artificial mediante la ampliación de los recintos habitacionales y la construcción de imponentes murallas, tanto de lienzo continuo como de módulos, enormes fosos, sistemas de defensas múltiples y / o, en algunos casos, torres (fig. 4.41). Este proceso más que diluir el rápido encastillamiento y fragmentación del paisaje de la fase I lo reforzó, creando imponentes fortalezas, visibles desde la lejanía.

Un posible ejemplo de torre prerromana lo poseemos en los interesantísimos resultados de las



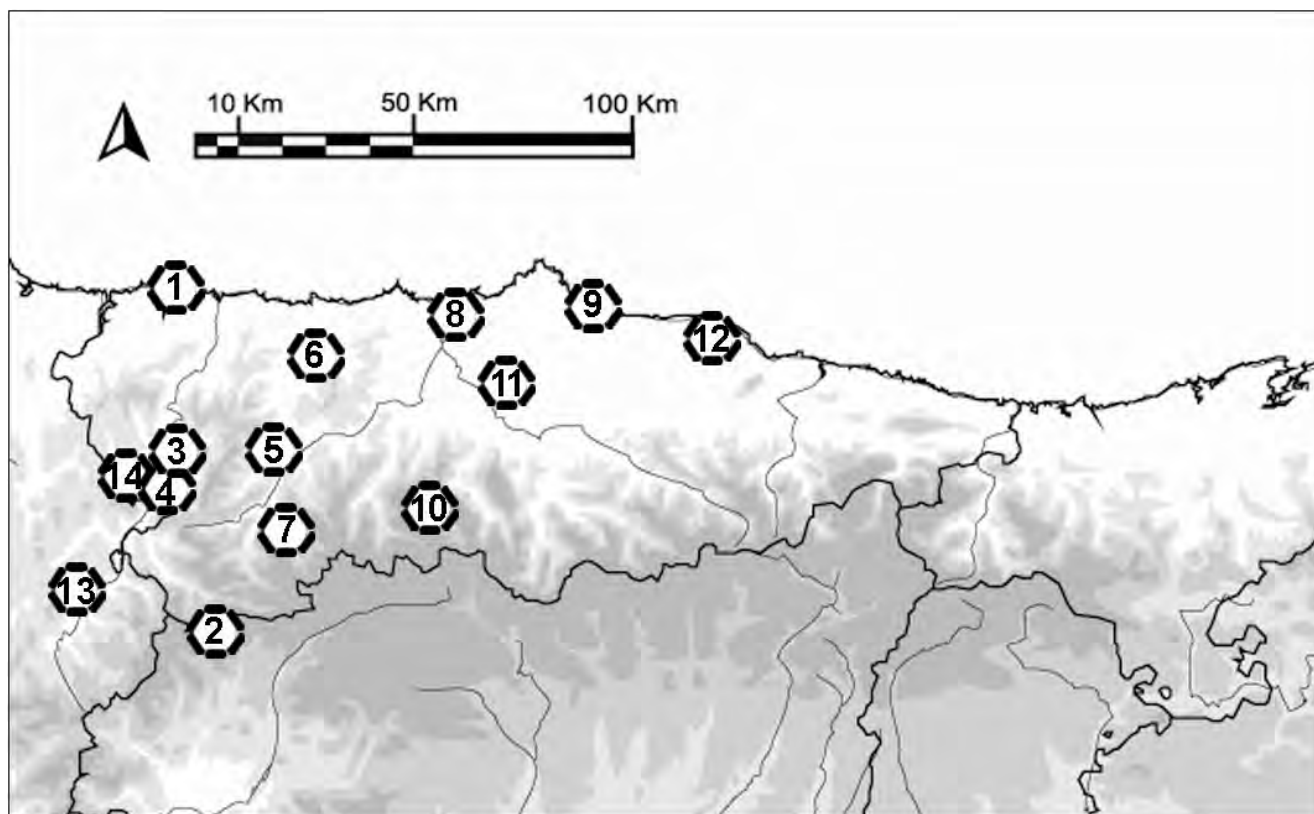
**Figura 4.41:** características locacionales, urbanísticas y arquitectónicas de los castros cantábricos durante la fase II. Imagen de fondo: vista general de La Corona'l Castru (La Pola, Somiáu) (a partir de González Álvarez 2009, modificado).

recientes excavaciones en el Castrelo de Peláu. Allí se documentó al norte del poblado una estructura maciza rectangular de unos 11 x 7,5 m de planta, en posición dominante, flanqueando la vía y puerta de acceso al recinto, que por las monedas recuperadas podría fecharse en época bajoimperial. Esta torre se construyó sobre una estructura previa, quizás un bastión o torre prerromano. Los paramentos oeste y norte de la estructura prerromana resuelven su encuentro en esquina curva (planta de naipe), y el último de estos paramentos se desarrolla unos 8 m hasta empalmar con la muralla de módulos. Para levantar esta estructura se destruyó buena parte de la sauna indígena. La construcción de esta torre en la fase II está fuera de toda duda, ya que la fecha Beta-236631 marca su *terminus ante quem*. Entre esta zona y las defensas pasa el vial de acceso con un pavimento en chapacuña que puede entenderse como contemporáneo del caserío prerromano por mucho que siguiera en uso todo ello en época altoimperial (Montes y otros 2009: 317, 319-320 y nota 10). Es una construcción que debemos entender tanto como un observatorio, como para ser vista, con funcionalidades defensivas, pero también identitarias. No es casual que esta torre forme un conjunto arquitectónico en la zona de entrada del poblado junto a la cabaña comunal de la transición de las fases I y II y la sauna ritual castreña, otorgándole a este espacio público o comunal un característico sentido guerrero, como tendremos ocasión de analizar con las cabañas comunales y las saunas rituales. Otra posible torre de la fase II, aparte de bastiones adelantados o destacados como ocurriría en los laterales de la puerta principal de Cabo Blanco o en el bastión adelantado de la Campa Torres, la

encontramos en Pendia. Por un lado existe un ensanchamiento de la muralla entre los dos recintos del poblado, que puede entenderse a modo de torre o bastión, pero sobre todo habría que entender como tal la enorme acumulación de piedras / ensanchamiento de la muralla en la unión con la sierra. Este punto también se encuentra defendido por un potente foso (García y Bellido 1942b: 291-292) (ver fig. 4.34). Menos se sabe del posible torreón en el lado sur del castro de San L.uis, ya que no ha sido excavado este sector, pero por la acumulación de piedras que allí se observa se podría interpretar como tal, precisamente en el sector de más difícil defensa (Jordá y otros 1989: 41; Adán y otros 2000: 15). También se ha defendido la existencia de una torre al final del complejo sistema de entrada del castro de La Garba (Fanjul y otros 2007: 50), pero este caso es mucho menos claro.

### Murallas. Metáforas de la complejidad social.

Aparte de los fosos, monumentales o no, las defensas multivalladas y las torres, el protagonismo casi absoluto en las defensas de los castros durante la fase II lo tendrán las murallas. En el bajo Navia observamos castros con murallas de la fase II como las de Pendia y Coaña, de lienzos continuos, en la tradición de las de la fase I. Para Pendia se conserva el perímetro íntegro, con alturas de hasta 4 m y anchuras medias de 2 a 3 m, destacando el torreón citado. En el caso de la muralla de Coaña, la de la ampliación del poblado es más estrecha que la de la acrópolis -de 2-3 m de anchura y con encajes para la puerta, que se interpreta como levadiza-. La del barrio de la ladera septentrional o caserío se reconoció en las excavaciones de los años cuarenta como un muro de apenas 0,5-0,6 m de anchura y escasa altura, que delimita el caserío y contrasta fuertemente con la de la acrópolis (García y Bellido 1942a: 217-218; 1942b: 291-292; Maya 1987/88: 28; Uría 1942: 87-88) (ver fig. 4.34). La muralla exterior de Coaña además tuvo un paseo de ronda interior, enlosado y donde se reutilizaron molinos circulares. Por el lado por donde el poblado no da al río las defensas se complementan con dos fosos de importante tamaño y excavados en la roca (Carrocera 1990b: 161; 1992: 130). El problema es que desconocemos si la muralla de la acrópolis es fruto de reformas de una muralla previa durante la fase II, aunque lo que sí parece seguro es el origen prerromano de la línea de muro continuo que protege el barrio inferior o muralla exterior de Coaña, a tenor de las recientes excavaciones realizadas, aunque aún insuficientemente publicadas. El curso del bajo Navia marca un contraste con el resto del sector occidental cantábrico, ya que desde Galicia hasta este río los castros se defienden con murallas de lienzo continuo, mientras que entre el Navia y el Sella el modelo más extendido de muralla es la de módulos, que nace en



**Figura 4.42:** mapa con la distribución de las murallas de módulos citadas en el texto: 1. Cabo Blanco (El Franco); 2. El Chano (Peranzanes); 3. Chao Samartín (Grandas de Salime); 4. Pelóu (Grandas de Salime); 5. San L.luis (Allande); 6. Castillu Veneiru (Tinéu); 7. Tremáu de Carbal.lo (Cangas de Narcea); 8. Castiellu de San Martín (Soto del Barco); 9. Campa Torres (Xixón/Gijón); 10. La Cogollina (Teberga); 11. Llagú (Uviéu/Oviedo); 12. Moriyón (Villaviciosa), y las dudosas de: 13. Liñares de Queizán (Navia de Suarna) y 14. Folgosa (Grandas de Salime).

este periodo. Este particular tipo de murallas es el referente arquitectónico más característico de los castros del occidente cantábrico. En general, puede fecharse su comienzo en la transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro Cantábrica (fase I c y II a), o lo que es lo mismo, a partir del s. V-IV cal AC. Las murallas de módulos y la petrificación de la arquitectura son los dos rasgos arqueológicos que inauguran en el occidente cantábrico la fase II o Segunda Edad del Hierro (Jordá Pardo y otros 2009: 96).

Las murallas de módulos o de cajones han dado, desde que fueran reconocidas por vez primera en las excavaciones inéditas de los primeros años sesenta en el castro de San L.luis (Marín 2007: 138), para abundante literatura, especialmente centrada en los aspectos cronológicos, en ocasiones con enconadas discusiones, como ya vimos para el caso de la de la Campa Torres (capítulo 3). Algunos erróneamente las circunscriben exclusivamente al occidente asturiano (Parcero y otros 2007: 201), a lo que deberíamos responder que realmente son el modelo protagonista del occidente cantábrico, es decir, del sector asturiano y del norte de León que se extiende al oeste de la ría de Villaviciosa. Su límite occidental precisamente es el río Navia, por lo que el extremo occidental asturiano -cuenca del Eo- justamente se caracteriza por la ausencia de las defensas modulares (fig. 4.42). De

hecho, de confirmarse la posibilidad de que el castro lucense de Liñares de Queizán (concejo de Navia de Suarna) también tenga este tipo de defensas (Villa 2007a: 199) no cambiaría el límite occidental situado en el alto Navia. Es reseñable el hecho de que en el tramo bajo de este río los castros no se defiendan con este tipo de obras y sí en el curso alto, sobre todo cuando en otros aspectos, como veremos, la unidad de las formas culturales de todo el valle del Navia es evidente. Nos referimos a la organización urbanística de los poblados, a la presencia de saunas rituales o a ciertos tipos cerámicos. Así en el curso medio de este río todavía las defensas siguen siendo de lienzo continuo, como se ha defendido para Pico da Mina<sup>2</sup> (Villa 2007a: 208), que por materiales es un castro que al menos, si no antes, fue fundado a comienzos de la fase II. También hemos podido comprobar visualmente en el Castellón de Eilao (de nuevo en el tramo medio del Navia) la obra continua de sus defensas, en la línea de las de Coaña y Pendia, puesto

<sup>2</sup> Las piedras hincadas situadas sobre los contrafosos que acompañan a los dos fosos del lado oriental de Pico da Mina, única muestra cantábrica de este tipo de defensas tan típicas en le Meseta, lo que ha generado diversas interpretaciones (por ej. Carrocera 1990a), realmente se corresponden con reformas militares romanas vinculadas al establecimiento campamental de San Isidro, situado a apenas 200 m del castro, y que también cuenta con campos de Frisia (Villa 2007a: 211).



que sus murallas aún se encuentran exentas (fig. 4.43). Podríamos pensar en una mayor vinculación cultural del bajo Navia con la costa lucense y el Noroeste, debido a las comunicaciones marítimas y a su inmediatez geográfica, lo que explicaría este grupo arqueológico de murallas de lienzo continuo durante la fase II. Por otro lado hemos defendido los contactos culturales de los poblados castreños del alto Navia con otros grupos castreños como los de las montañas del sudoeste cantábrico y cuenca alta del Narcea, entre otros motivos por el aprovechamiento conjunto de ciertos pastos de altura. Ello podría explicar que en el medio/alto Navia aparezcan murallas de módulos, así como la divergencia cultural respecto al bajo/medio Navia. Podemos ver entonces cómo teniendo en cuenta la misma cuenca fluvial, y según el rasgo de cultura material que sea tenido en cuenta - murallas, saunas rituales, puñales de antenas, cerámicas- ésta puede ser dividida en subzonas, según las diferentes influencias culturales sobre los diversos tramos del río, o ser entendida como una unidad.

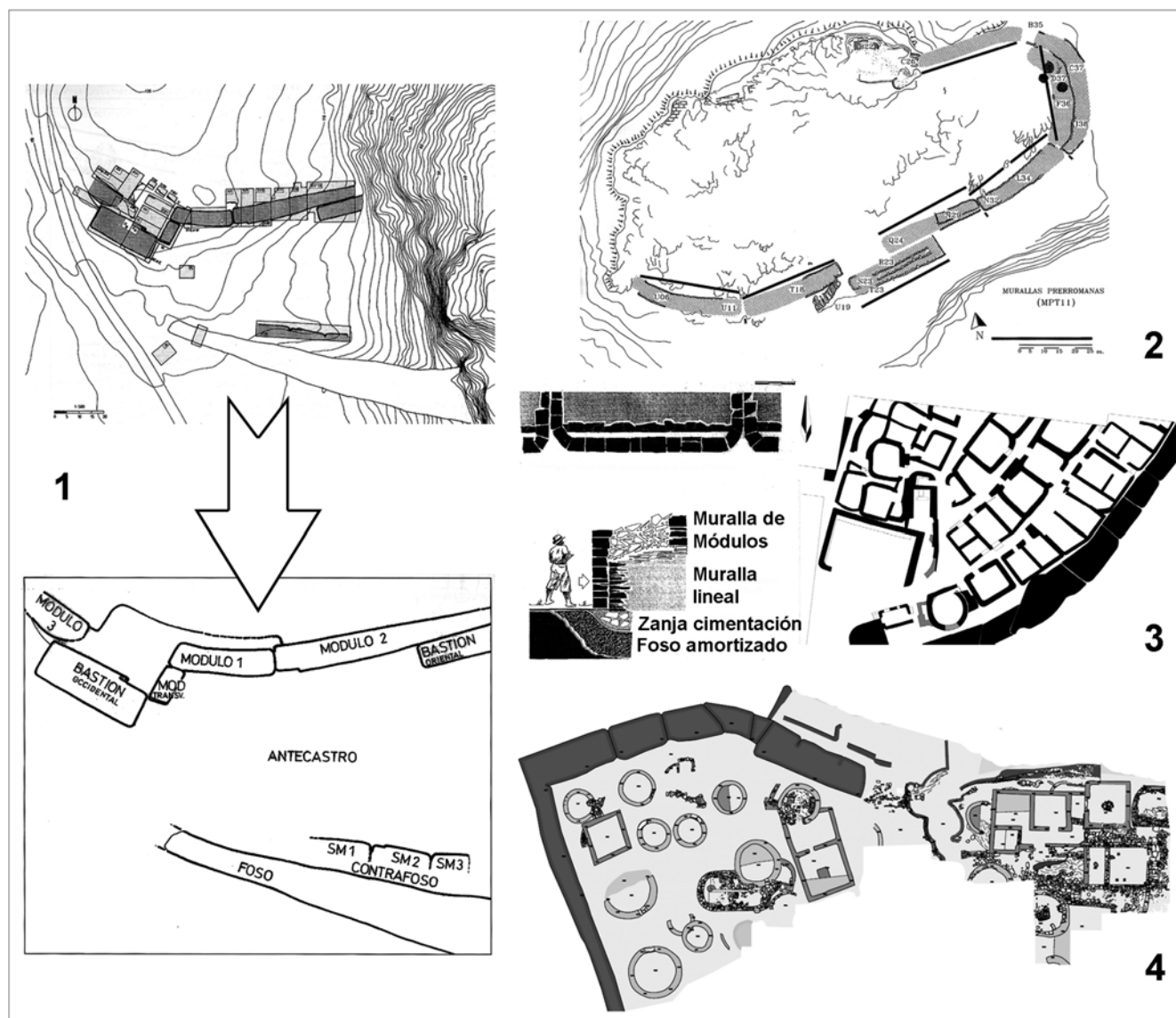
Por el sur es precisamente en estas montañas del suroeste cantábrico pertenecientes al Alto Bierzo, en concreto en el castro del Chano (Peranzanes, León), en donde se ha localizado la muralla de módulos más meridional. Si atendemos a las sucesivas reformas de las defensas en el poblado del Chao Samartín durante la Primera Edad del Hierro, recordaremos que sobre un foso amortizado que delimitaba el primitivo recinto se levantó una cerca de lienzo continuo que situamos en la fase I c (capítulo 3), un periodo de fuertes cambios que adelantaba lo que supondría la Segunda Edad del Hierro. Esta primitiva cerca de pizarra y lienzo continuo fue embebida por una muralla de módulos que nace en la Segunda Edad del Hierro, y se fecha en el s. IV-II a.C. El lienzo externo de la muralla previa quedó oculto tras la nueva fisonomía modular, de la cual se conocen uno 60 m de desarrollo y ocho módulos, de entre 5 y 8 m y unos 3 de profundidad. En la nueva obra se usó la cuarcita a hueso en combinación con la pizarra. A ello se le añadió un nuevo foso exterior de grandes dimensiones y con una diferencia de cota con respecto a la plataforma en donde se asienta la nueva muralla de entre 5 y 9 m (Villa 2007a: 200-201 y fig. 7). Los módulos poseen evidencias de haber sido reformados profusamente a lo largo de su vida útil. Suelen tener la cara externa e interna de cuarcita, aunque en algún caso se usa la pizarra, y un relleno de tierra y cascotes. El módulo 1, el más próximo a la puerta principal del caserío de la fase II, se ensancha a modo de bastión. El módulo 2 estaba completamente desarmado en el momento de la excavación y se documentó por el rebaje practicado en la roca y por alguna hilada inferior. Posee una anchura de unos 2,3 m. El módulo 3, mejor conservado, es de planta irregular, con una extensión de unos 9,5 m y una anchura máxima de 5,1 m. El módulo 4 es el más



**Figura 4.43:** muralla de lienzo continuo y puerta de acceso de El Castelón de Eilao (Illano) (fotografía David González Álvarez).

regular de todos, con planta rectangular de esquinas redondeadas, una longitud de 3,7 m y una anchura máxima de 5,4 m (Villa 1999-2000: 389-391). El monumental foso de Cabo Blanco, recientemente excavado, podría estar acompañando a una posible muralla de módulos (Villa 2007a: 201) como dijimos, y también se han defendido para el Castro de Folgosa (Grandas de Salime) (Villa 2002a: 180) (fig. 4.44, y ver fig. 4.33). Otra muralla de módulos, documentada por José Manuel González en 1973, es la del Castiellu Veneiro (Calleras, Tinéu) con hasta 5 módulos de 5 a 9 metros de longitud, entre 2 y 3 de anchura y 1,5 de altura, visibles sin excavación ninguna (Maya 1987/88: 35; Camino 2000: 27).

Una de las últimas murallas de módulos documentada es la del Castrelo de Peláu (Grandas de Salime). Sobre una primitiva cerca de la fase I (capítulo 3) se realizó una ampliación en la fase II, amortizando los rellenos de la muralla antigua y doblando la anchura de la misma (casi 5 m, al menos en el sondeo 1), pero con una mampostería y técnica constructiva muy similar (mampuestos pizarrosos montados a hueso). En los sondeos del NE del yacimiento (sondeo 5) se han reconocido hasta cuatro módulos a lo largo de unos 20 m, con valores para cada módulo de unos 5-6 m por 2,5 m de anchura. La dificultad del terreno por su pronunciada pendiente, su trayectoria oblicua a la misma o la existencia de defensas previas, multiplicaron los riesgos de ruina y obligaron a continuas reformas, entrando ya la última de ellas en la fase III (s. I d.C.). Pero el origen de la cerca de módulos se puede llevar a comienzos de la fase II, ya que la fecha Beta-201677 (ver al comienzo del capítulo) marca su *terminus ante quem*. Puede pensarse que entre los ss. IV y III cal AC estaría completada la obra, contemporánea de la estructura circular de piedra C-2 (Montes y otros 2009: 315-319) matizándose de este modo la propuesta previa de Ángel Villa, quien subió la fecha para la construcción de estas defensas incluso al s. V cal AC en función de la combinación de diferentes fechas radiocarbónicas (Villa 2007a: 202 y nota 100).

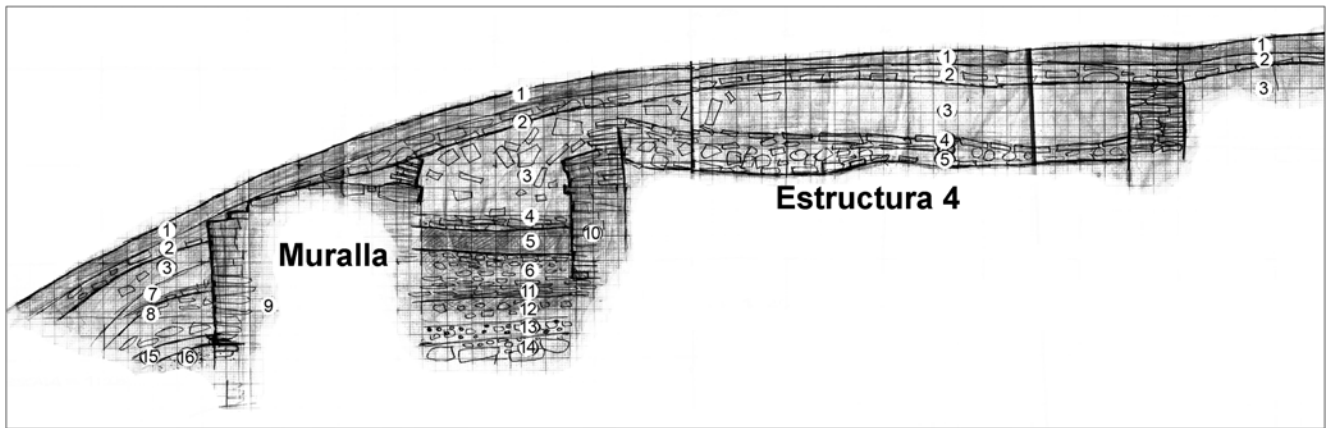


**Figura 4.44:** principales murallas de módulos documentadas en el occidente cantábrico: 1. Planimetría y croquis de la Campa Torres; 2. Módulos de la fase prerromana de Llagü; 3. Esquema de la evolución de las defensas del Chao Samartín en el perímetro alcanzado tras el crecimiento del caserío de la fase I c (foso defensivos), tras el que se suceden una muralla lineal y una de módulos (fase II), y planimetría general de las defensas y el caserío; 4. Planimetría actualizada de San L. Luis en donde se puede observar la distinta morfología de cada módulo (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Villa 2007a; Blas y Villa 2009, modificado).

La muralla de módulos de San L. Luis fue la primera en documentarse científicamente en un castro cantábrico. Encierra una superficie que se puede calcular en unas 0,7 Ha, ya que cuando se habla de las casi 3 Ha de este poblado se hace refiriéndose a todo el perímetro protegido, incluyendo los fosos, pero la superficie habitable responde a la primera cifra. La muralla dibuja un espacio triangular, y tiene unos tres metros de anchura y tres de altura conservada. Los módulos se realizaron a piedra seca, y en el lado este se ubica la principal puerta del poblado, de complicado mecanismo, que aún no ha sido bien explicado. Hay un posible baluarte o torreón al sur, justo en la zona de más fácil acceso, en donde a la muralla de módulos se suman, como dijimos, hasta seis fosos, mientras que en el lado oeste pueden contarse hasta tres (Jordá y otros 1989: 41; Adán y otros 2000: 15). Respecto a las

defensas llama la atención el diferente tamaño de los módulos documentados -esquinazo noreste del poblado-, que suelen ser de planta rectangular de esquinas redondeadas, pero también hay otros de planta trapezoidal para solucionar las zonas curvas. Reuniendo diferentes datos, de las distintas campañas de excavación, se puede aventurar una cronología para esta obra, así como para la “petrificación” general del poblado, a comienzos de la fase II (Marín 2007; Marín y Jordá 2007). Las diferentes dataciones radiocarbónicas (Cuesta y otros 1996; Jordá Pardo, Mestres y García 2002) nos permiten rastrear una evolución de casi un milenio en San L. Luis. No obstante los siete niveles geoarqueológicos y los seis arqueológicos documentados en los años ochenta en el “barrio alto” (Cuesta y otros 1996: 229-230) creemos que no deben aplicarse monolíticamente sobre todas





**Figura 4.45:** corte estratigráfico original de las excavaciones inéditas de los años sesenta en el barrio norte de San Lluís, en donde se puede apreciar como las muralla de módulos y la estructura 4 fueron levantadas sobre los mismos niveles de nivelación (con los números 13 y 14), lo que demostraría el carácter unitario de la obra por la que se amplió el caserío y se construyó la muralla de módulos (a partir de Marín 2007, modificado).

las zonas del poblado. El riesgo de dicha generalización sería pasar por alto las diferentes y específicas sucesiones estratigráficas (en las que no sólo deben tenerse en cuenta los depósitos, sino también las superficies interfaciales positivas -sí documentadas en el diario de los años 60 en la forma de muros- y las negativas, como son las zanjas y fosos en sí -no documentadas-) así como las relaciones físicas concretas (Harris 1991; Carandini 1997), que en definitiva son las que nos van a permitir los análisis contextuales y la cronología relativa entre depósitos y estructuras. Lo que sí puede realizarse en un último momento es vincular las diversas relaciones estratigráficas de las diferentes partes del yacimiento con los distintos momentos de ocupación del castro. En este sentido la fase de la Primera Edad del Hierro queda representada por la fecha UBAR-351, que a su máxima probabilidad no baja del 530 a. C. (Cuesta y otros 1996: 231). Pero lo que fecha no es la estructura circular de piedra de los cuadros C-21 y D-21, sino seguramente una estructura previa de material perecedero (ver en capítulo 3). Tras esta estructura de material perecedero de los cuadros C-21 y D-21 del “barrio alto” de San Lluís, fechada en la fase I, ahora veremos cómo en ese mismo lugar se sustituyó aquella cabaña por una circular realizada en piedra, en el nivel VI, bien fechado por las dataciones UBAR-350, UBAR-681 y UBAR-682 (Jordá Pardo, Mestres y García 2002) entre el s. IV y el I cal AC, y por tanto en la fase II. Es en esta fecha de comienzos del s. IV cal AC en la que se produjo un cambio radical en el poblado. No sólo se petrificaron las estructuras habitacionales del “barrio alto”, si no que éstas se extendieron hacia el “barrio bajo” en un plan constructivo en el que previamente se levantó una muralla de módulos, así como los diferentes fosos y parapetos, se niveló la zona interna de la muralla y se levantaron una serie de estructuras circulares de lajas de pizarra, todo como parte de un mismo plan constructivo. Todo ello se deriva de la reinterpretación estratigráfica que hemos realizado de la

documentación de las excavaciones de los años sesenta (Marín 2007). Contamos además con una datación para el “barrio bajo” (UBAR-218) que sitúa un basurero anejo al interior de la muralla, con huesos, cerámicas y algún metal, entre el siglo VI y el IV cal AC (ver fig. 4.1). Es un nivel arcilloso, propio de la descomposición de la base rocosa, muy rico en carbones (Cuesta y otros 1996: 232-233), justo en la zona en la que la muralla de módulos hace una curva hacia el interior. Sus excavadores -esta es una de las zonas que se remató en las campañas de los años 80- lo llamaron nivel arqueológico VI y lo hacen coincidir con el SC.1 del “barrio alto” (Ibid.: 231). Materialmente podemos corroborar esa fecha, ya que en el nivel IV de este mismo cuadro B7, se obtuvo en 1985 una cuenta de pasta vítrea oculada, que se puede fechar a comienzos de la fase II. La capa por la que se fecha la muralla es muy similar a la capa VII (estrato 12), también gris, arcillosa y con carbones, y a la VIII (estrato 13), de barro casi negro, con carbones, de las excavaciones de los años sesenta. Ambas se depositan sobre un nivel de roca descompuesta (Marín 2007: fig. 2) (fig. 4.45).

Con toda esta información en conjunto podemos pensar que antes de la construcción de la muralla y de las estructuras del “barrio bajo” se realizó una quema de la vegetación de la zona. Posteriormente se construyó la muralla sobre la roca madre, que en la zona interna habría pasado a formar ese nivel de roca descompuesta. En un segundo momento se movería tierra de la zona más interna de este “barrio bajo” y a una cota más elevada, es decir, de la ladera de la acrópolis, hacia la muralla, con el fin de nivelar el terreno para crear una plataforma interior a aquella donde poder construir el nuevo caserío, ya de estructuras circulares de piedra. Se correspondería con las capas VI y VII de la zanja 1, con abundantes carbones y cenizas por ser fruto de esa quema inicial. Estratigráficamente hablando se puede observar, además, cómo se proyectaron zonas vacías, por ejemplo el lugar donde se dató la muralla, por ser una

zona destinada a trabajos metalúrgico. Mientras, en el extremo noreste, en un periodo cronológico muy corto desde la construcción de las nuevas defensas, se realizaron nivelaciones de lajas de pizarra (capa VI), en la que se sustenta el muro de la estructura 4, lo que a su vez selló la zona impidiendo que a las capas VII y VIII le llegaran restos de actividad doméstica alguna (ver fig. 4.45). De esta secuencia estratigráfica deducimos la rapidez con la que se realizó esta obra con respecto a la construcción de la muralla. Posterior a la construcción de la estructura 4 es un pavimento de pequeñas piedras entre la casa y la muralla (capa V), seguramente muy cercano en el tiempo a las capas infrayacentes, pues parece todo consecuencia de un mismo plan constructivo que comprende desde la erección de la muralla a la preparación del terreno y levantamiento de la mayoría de las viviendas circulares de la zona. Teniendo en cuenta la posible ampliación del poblado hacia el barrio bajo mediante una muralla sencilla de lienzo continuo, ya en la fase I c, y las fechas radiocarbónicas, materiales arqueológicos y relaciones estratigráficas con las que contamos para datar la muralla de módulos que sustituiría a la anterior cerca, sería razonable pensar en la transición entre la fase I c y la II a, es decir, a fines del s. V y comienzos del s. IV cal AC para la construcción de la muralla de módulos y las primeras cabañas circulares de piedra de San L.luis.

Las murallas de módulos, abarcan todo el sector cantábrico occidental desde la ría de Villaviciosa hasta el Navia, como dijimos. Por lo tanto se incluye la parte de la Montaña Leonesa que queda en este sector cantábrico. Las murallas de módulos del Chano (Peranzanes), así como su arquitectura idéntica a la del alto Narcea (por ej. San L.luis), refuerza esta propuesta geográfica. Por desgracia en el tercio norte de León las excavaciones brillan por su ausencia, por lo que es complejo establecer los paralelismos culturales. No se ha desarrollado mucho la descripción de la muralla de módulos del Chano, y de hecho se la ha llamado también “muro de nivelación” por delimitar la terraza donde se asienta el caserío excavado y por su estrecho tamaño (1,8 m de anchura) (Celis 2002: 192). Se trata de una combinación de módulos muy alargados, casi murallas de lienzo continuo, junto a otros módulos de pequeño tamaño. Además van unidos unos sobre otros, sin que tengan todas sus caras autónomas, no como en los casos asturianos descritos (Ibid.: lam III). De todos modos podría seguir definiéndose esta muralla como de módulos. El hecho de que sirviera como refuerzo (“muro de nivelación”) para la terraza, no debe entenderse como un argumento para diluir su carácter defensivo, ya que, como vimos en San L.luis, durante la ampliación del poblado y consolidación de la misma en las fases I c / II a, la construcción de las murallas, el aterrazamiento interno arrastrando tierras desde la zona más elevada y la construcción del caserío



**Figura 4.46:** unión de tres módulos en la muralla de Tremáu de Carballo (en Fanjul, Flórez y García 2005).

se entendió y desarrolló como una obra unitaria, planeada en su conjunto previamente.

Recientemente se ha podido documentar una nueva muralla de módulos también en la cuenca del alto Narcea, en Tremao de Carballo (Cangas de Narcea), que, al igual que le ocurrió a Aurelio de Llano en los años veinte con la del Castellón de Eilao, los arqueólogos que han prospectado el yacimiento se han encontrado en pie, con más de tres metros de altura, asentada sobre la roca madre y realizada con grandes bloques regulares y alargados de pizarra, a hueso, y con relleno de grava de pizarra. En el sector sur se diferencian perfectamente tres módulos con distintas facturas, tamaños y acabados (Fanjul, Flórez y García 2005), lo que la asemeja a la de San L.luis (fig. 4.46).

Más al oriente, en la alta montaña asturiana inmediata al límite con León, pudimos documentar una nueva muralla de módulos en el castro de la Cogollina (Teberga). Se trata de la unión de dos de los módulos, localizados en un pequeño sondeo (fig. 4.47) de la muralla que parece delimitar el espacio externo del caserío de este poblado en espolón de forma alargada y complejo sistema defensivo de fosos y contrafosos en la unión con la sierra. No obstante, más al exterior de la terraza formada por la muralla, se encuentran otros aterrazamientos de los que no está clara su funcionalidad. En concreto la muralla de módulos documentada tiene una anchura de unos 3,5 m. y un nivel de basurero de la cara interna repleto de carbones, desechos de fauna y cerámica exclusivamente indígena, sellado por el derrumbe de la muralla, donde se pudo obtener la fecha de carbono14: Beta-206701: 2160 ±40 BP; 360-80 cal AC (Fanjul 2007: 29-30). Se ha comentado que esta fecha y la relación estratigráfica de donde se ha obtenido asegura una construcción de la muralla en la Primera Edad del Hierro y un abandono del poblado a comienzos de la Segunda (Fanjul 2007: 30-33; Fanjul y Fernández 2009: 127-129). En primer lugar deberíamos advertir que el estrato de donde fue tomada la fecha realmente se circunscribe a la unión

de los dos módulos, que pudo servir a modo de desagüe (Fanjul 2007: 32), por lo que perfectamente puede ser material que proceda de arrastre y que se encuentre en posición secundaria, restándole validez a la hora de ser utilizado para datar la muralla. No obstante, si tenemos en cuenta esta fecha, podemos entender que como *terminus ante quem*, y por su amplitud cronológica, nos puede llevar tanto a la fase I c como a la fase II, por lo que no entendemos que se asegure la construcción de la muralla en la Primera Edad del Hierro ni que se utilice como argumento para un posible origen de estas defensas en el centro de Asturias, dentro de un argumento por el cual se expandirían a oriente y occidente durante la Segunda Edad del Hierro (Fanjul 2007: 32; Fanjul y Fernández 2009: 128-129).

Más o menos a la misma longitud que La Cogollina, pero en la costa, la muralla de módulos del castro de San Martín en la desembocadura del Nalón (Carrocera y Camino 1996: 60), de la que apenas se dijo nada en su momento, parece estar asociada en un primer periodo a sedimentos caracterizados por la presencia de cerámicas indígenas y alguna fibula de torrecilla que sugeriría su probable vigencia entre los ss. IV y II a.C. (Villa 2007a: 200). Aunque siguiendo este razonamiento podríamos hacer extensible el lapso cronológico hasta prácticamente el cambio de Era. Hemos de pensar que esta muralla no nació a la par que la fundación del castro, sino como fruto de una reforma posterior, ya que su construcción amortizó alguna cabaña circular con zócalo de piedras (Carrocera y Camino 1996: foto) (fig. 4.48). No obstante, el resto de murallas de módulos conocidas fueron levantadas en torno al s. IV cal AC, por lo que apoyamos la cronología aventurada en este caso para dicho poblado. La estructura circular amortizada puede pertenecer a la fase I c, al menos, por lo que origen de este castro puede fijarse en la Primera Edad del Hierro.

Una de las murallas de módulos que más polémica desató fue la del yacimiento gijonés de la Campa Torres, ya que sus excavadores le dieron una fecha temprana en torno a los ss. VI-V a.C. Como ampliamente discutimos en el capítulo anterior, abogamos por fechar de este modo una muralla previa, representada por la “zapata fundacional”, de lienzo continuo y en la línea de otras murallas de este tipo que se aprecian en la ampliación que sufrieron muchos castros (Chao Samartín, San L.luis) durante la fase I c o de transición a la Segunda Edad del Hierro. La muralla de módulos de la Campa Torres habría que fecharla después del s. V a.C., justo con el nacimiento de la fase II, gracias a la relectura que realizamos de su secuencia estratigráfica y acorde con el resto de dataciones para este tipo de defensas. De hecho, consideramos del mismo momento o muy cercanos en el tiempo la construcción de los diferentes módulos, del “paseo de ronda”, del potente foso o “la Canal de



**Figura 4.47:** vista del proceso de excavación de la muralla de módulos del castro de la Cogollina (Castro, Teverga), con la unión de dos módulos en primer plano (a partir de Fanjul y Fernández 2009: fig. 4).

los Moros” -con hasta 18 m de anchura y 10 m de profundidad- y de los tres módulos que forman el contrafoso, ya que se comparten las mismas técnicas constructivas: paramentos exteriores de calizas con talla centripeta que queda almohadillada, con la cara irregular hacia adentro, colocada a hueso, con las hiladas a nivel, y un relleno de los módulos con gravas. A lo largo de unos 100 m se desarrollan cinco módulos longitudinales, de los cuales dos están avanzados a modo de “bastiones” y uno transversal (fig. 4.49). El bastión occidental posee unas escaleras de acceso que parten del “paseo de ronda” (Maya y Cuesta 2001: 35-55), y además se fecha en el s. IV a.C. (Ibid.: 55), de lo que deducimos el carácter unitario de todo el conjunto, algo que la estratigrafía publicada no contradice (ver crítica en capítulo 3). Como analizaremos más abajo, funcionalidad defensiva y simbolismo se unen en muchas defensas del Hierro II. El carácter ritual del conchero que nos permitió revisar la estratigrafía de la muralla nos hace entrever asimismo la ritualidad asociada a estas defensas.

Las diferentes intervenciones en Llagú (Uviéu/Oviedo) han permitido documentar no sólo una muralla de módulos fechada también a comienzos de la fase II, sino todo el sistema de caminos de acceso al poblado, que en definitiva siguen un esquema claramente defensivo. Se trata de tres caminos principales, dos de ellos proceden del Norte, de la vía prerromana Aramu-Villaviciosa ya comentada, que convergen en la puerta principal, al nordeste, entre ésta y el antecastro. El tercero procede del Sur y es camino carretero, pero antes de llegar a la puerta este recorre toda la base de las murallas de módulos por las plataformas resultantes de los aterrazamientos exteriores al poblado por el lado sur. Se junta con los otros dos en un foso defensivo, como ya dijimos, entre la puerta y el antecastro. Hay otra posible puerta, no para carros, en el módulo avanzado a modo de bastión que cuenta con escaleras exteriores. Los lados sur, este y nordeste son los únicos que cuentan con defensas (muralla de módulos a lo que hay que añadir antecastro y fosos al este), ya que los otros lados se



**Figura 4.48:** esta fotografía de la superposición de una muralla de módulos a una cabaña circular es de lo poco que se ha publicado para el Castiellu de San Martín (Soto del Barco) (en Carrocera y Camino 1996).

protegen de modo natural por los farallones calizos y por una pequeña empalizada de la que quedan los agujeros de poste. De todos modos no está del todo clara la cronología de los dos fosos, aunque se interpreta el A como romano y el B como prerromano, que se colmataría al construir el romano y reformar el sistema de acceso al poblado (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 43-44, 95, 99, 106). La muralla, como decimos, es de módulos, realizada con caliza, con terrazas exteriores y diferentes tipos de aparejos. El problema de esta obra defensiva, en un sentido interpretativo, es que fue ampliamente modificada en época romana, hasta varias veces en el s. I d.C. No obstante se han conseguido identificar y fechar radiocarbónicamente algunos módulos (D 37 y F 36) y la puerta de entrada (B 35), al nordeste/este del castro, a comienzos de la fase II, precisamente mediante las fechas más antiguas del poblado, que se podrían llevar a comienzos del s. IV cal AC. Ambos módulos se asientan sobre una zapata o regularización del lapiaz con grandes bloques calizos, de la que se duda si pudo haber formado parte de una primitiva muralla, a lo que les siguen sillarejos calizos y algún sillar, ya retranqueados. Debido a las potentes reformas romanas la propuesta interpretativa de los módulos prerromanos no deja de ser aproximada. Podríamos, no obstante, aludir a módulos largos y anchos para momentos prerromanos, con claros paralelismos con las murallas de módulos de la Campa Torres, pues al igual que allí en Llagú hay algún módulo adelantado a modo de bastión, reforzado por terrazas (R 23/S23/T23), y con unas escalinatas de acceso laterales (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002a: 324; 2002b: 72-79, 319) (fig. 4.50). En relación con las defensas y con el carácter fortificado del poblado es importante señalar que Llagú es uno de los pocos casos cantábricos en los que se ha documentado un nivel de incendio generalizado en el poblado, especialmente en el sector sureste, que sella los niveles prerromanos y tras el cual se da la ocupación romana (Ibid.: 84).

Sobre ello se volverá en el capítulo 5, a cuenta de la conquista romana.

Por último, la muralla de módulos de Moriyón es la más oriental de las documentadas hasta el momento. Tiene de 400 a 500 m de longitud, de 3 a 5 m de anchura y unos 5 de altura. Se construyeron con mampuestos las caras externa e interna y el interior se rellenó con tierra y restos. Se presenta su técnica constructiva como un avance ya que los bloques utilizados son sillarejos tabulares, y se añaden paseos de ronda, escalinatas o caminos de lajas. Especialmente su manufactura mediante módulos o cajones sería un gran avance funcional, ya que el daño en una parte no afectaría al conjunto. Se han documentado reformas y arreglos en la muralla, como el que se produjo tras un pequeño alud en la construcción (Camino 1996: 30). Se trata de una muralla de casi medio kilómetro de longitud que asienta directamente sobre la roca madre y, a veces, sobre una zapata. Los módulos suelen tener cara interna y externa con relleno, pero en ocasiones un tercer lienzo interno le daría robustez a la obra y a su vez pudiera ser el sustento de un paseo de ronda, interpretación acorde con algún escalón reconocido en estos puntos (Camino 1997: 72-73). La fecha CSIC-874 ( $2200 \pm 50$  BP, cal BC 390-100)<sup>3</sup> asociada al proceso de construcción de esta muralla (*t.a.q.*) y CSIC 875 ( $2320 \pm 45$  BP, cal BC 410-240) que fecha una fase de ocupación previa a la muralla (*t.p.q.*), no dejan dudas sobre el momento de construcción de la misma, ya que como muy antigua es de comienzos de la fase II. De esta última fecha y de CSIC-873 ( $2280 \pm 50$  BP, cal BC 400-190), procedente del relleno de la muralla y fruto de la amortización de estructuras domésticas más antiguas (placas de barro con improntas de ramaje) para la construcción de la misma (Camino 1999: 159; 2003: 160), se deduce un episodio de ocupación del poblado, puede que puntual, previo a las murallas de módulos. Ello no es óbice para plantear la fundación de este poblado a comienzos de la fase II, o en la transición entre las fase I c y II a, al igual que planteamos para las ampliaciones del Chao Samartín y San L. Luis, y darle una duración de entre cuatro y cinco siglos, por lo que podría llegar a los dos primeros siglos de la Era (Camino 2003: 162-163 y fig. 1) (fig. 4.51).

Con toda esta información podemos asegurar que en la transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro se desarrolló en el sector occidental cantábrico un tipo novedoso de murallas, realizado en tramos independientes que se juxtaponen los unos a los otros, y cuya técnica arquitectónica básicamente consiste en realizar cajeados mediante muros de mampuestos, que en planta suelen quedar como rectángulos de esquinas redondeadas, que son rellenados con tierra y cascajo. En algún caso pueden

<sup>3</sup> Ver la recalibración de estas fechas en la figura. 4.1.

tener zócalos, escaleras laterales, aterrazamientos exteriores, muros internos de contención, paseos de ronda, etc. Creemos firmemente en la autoctonía de este modelo defensivo (Marín 2005: 130), que no resiste comparaciones cerradas con ningún otro tipo de defensas peninsulares, y que sustituye en muchos casos a las murallas de lienzo continuo (perfectamente visible en el Chao Samartín, en donde la de módulos engulle a la de lienzo continuo, en San L. Luis o en la ría de Villaviciosa en donde Camoca tiene talud y muralla de lienzo continuo y Moriyón una de módulos). De hecho, creemos que es uno de los pocos rasgos culturales que le dan especificidad y unidad al conjunto del occidente cantábrico dentro de la fase II, con respecto a la Meseta Norte y al Noroeste, ya que si bien la cerámica, la metalurgia o la arquitectura doméstica también es diferencial con respecto a estas zonas, son rasgos que a su vez presentan una notable variedad dentro del ámbito cantábrico. Las murallas de módulos las veremos tanto en poblados-patio del centro-oriental asturiano como en castros de abigarrada trama urbana del centro-occidente asturiano, este de Lugo y noroeste de León; tanto en poblados de arquitectura doméstica de materiales perecederos como acompañando a procesos de petrificación de las cabañas.

Es interesante constatar cómo otros han recurrido a decimonónicas y complejas explicaciones difusionistas que hacen arrancar esta tipología defensiva del Próximo Oriente -en concreto de las murallas de cajones-, para llegar a la Península de la mano fenicia e introducirse por el interior en época helenística, en concreto a través del valle del Ebro para posteriormente llegar a Asturias, aunque ningún hito intermedio corrobore esta hipótesis. Se niega tajantemente la posibilidad de que las sociedades castreñas cantábricas puedan crear esta tipología defensiva ya que, en principio, procedería de un ámbito tecnológico mucho más sofisticado como es el Mediterráneo oriental, llegando a la Península por los contactos coloniales (Camino 1997: 74-75; Camino y Viniegra 1999: 244-245; Camino 2000: 36-39). Ya decía Gordon Childe en los años 30 del siglo pasado que “invocar gratuitamente migraciones o influencias exteriores puede servir simplemente para enmascarar la pereza y tiene por efecto el relegar entre bastidores toda la acción de los tiempos prehistóricos” (en Renfrew 1984: 119). Por el contrario, incluso desde posiciones también claramente difusionistas e historicistas, se incide en que las murallas de módulos son muy diferentes del resto de murallas compartimentadas de la Península Ibérica y Mediterráneo, por lo que pueden entenderse como típicas de los castros del Cantábrico (Berrocal y Moret 2007: 28). Corroboramos la afirmación de José Luis Maya de que se trataban de una invención específicamente “astur” (1983b: 299). Como adelantábamos más arriba, tampoco se corroboran ni

en el registro ni en las dataciones radiocarbónicas que poseemos actualmente otras recientes explicaciones difusionistas de corto radio, que marcan el origen de las defensas por módulos en la “Primera Edad del Hierro” en una franja central asturiana (Campa Torres, Llagú, La Cogollina) para extenderse a oriente y occidente en la Segunda Edad del Hierro. Todo este razonamiento se ha estructurado a partir de una fecha radiocarbónica para la muralla de módulos, supuestamente obtenida de un nivel de abandono, que indicaría el origen de este tipo de defensas en la Primera Edad del Hierro (Fanjul y otros 2009: 468-469). Pero la fecha radiocarbónica obtenida es del s. IV a.C., por lo que el *terminus ante quem* para las defensas modulares de La Cogollina se engloba en las del conjunto de murallas de módulos asturianas.

Tampoco sabemos hasta qué punto pueden aplicarse las interpretaciones realizadas por compañeros gallegos para aquella región, en donde supuestamente el paso a la Segunda Edad del Hierro habría supuesto una modificación en el papel social de la guerra, pues habría pasado de ser un mecanismo efectivo de relación entre comunidades a una herramienta más tácita de relación dentro de cada comunidad o grupo de comunidades (Parcero y otros 2007: 215). Nuestras dudas se fundamentan en que esta propuesta se basa en que los castros de la fase I poseen una mayor monumentalidad natural que construida, mientras que en la fase II la arquitectura (artificial y conspicua) sustituye al emplazamiento como fundamento del carácter defensivo. Esto supondría una menor efectividad práctica, pero una mayor monumentalidad, y una reformulación del castro como modelo de asentamiento y como forma de posicionamiento en el espacio de los grupos humanos (Ibid.: 215-216). Sin embargo, como vimos en el capítulo 3 y a lo largo del presente, por un lado el rasgo distintivo de los castros cantábricos del centro-occidente cantábrico con respecto al Noroeste es que la monumentalidad construida, con auténticas murallas pétreas y fosos, la apreciamos desde el momento más antiguo, desde el origen mismo de los castros, evidentemente unida a la natural o emplazamiento conspicuo. Por otro lado, en la mayoría del territorio centro-occidental cantábrico la “conquista del valle” (Parcero 200: 87) y el paso a un paisaje cóncavo nunca se llegó a dar. Por lo tanto, la forma de situarse en el espacio durante la fase II en la mayoría de los grupos cantábricos es muy similar a la de la fase I, mediante un marcado continuismo cultural, sólo modificándose en el hecho de que los poblados ahora son de mayor tamaño y albergan a grupos más numerosos. Como dijimos, todo ello le otorga al sector centro-occidental cantábrico unas características culturales y evoluciones históricas propias con respecto a los grupos castreños de una buena parte del Noroeste peninsular.

Sin embargo, lo que sí nos parece aplicable es entender que las comunidades de pequeña escala



**Figura 4.49:** murallas de módulos cantábricas: arriba, detalle del bastión occidental y del módulo transversal de la muralla de la Campa Torres (fotografía del autor); en medio, tres de los módulos de la muralla del Chao Samartín (en Villa 1998a); abajo, caserío del barrio bajo de San L.uis con muralla de módulos al fondo (fotografía del autor).

castreñas empezarán a partir del s. IV a.C. a tener una acusada división interna en unidades familiares, entre las que comienzan a desarrollarse desigualdades que poco a poco irán haciéndose más acusadas (Parcero y otros 2007: 216), ya que para esto sí encontramos un correlato material en el sector cantábrico tanto en las murallas como en las unidades de ocupación. Para el Noroeste se ha defendido un MPG (Modo de Producción Germánico) (Gilman 1997; Parcero 2003: 272) que se basa en que las posibles formas de

explotación social se encuentran limitadas por las relaciones de parentesco y se materializan como una forma de intercambio desigual entre grupos familiares. El desarrollo de un sistema social de valores basado en la violencia ocasionaría la monumentalización de los signos materiales de la guerra, es decir, las murallas y defensas, funcionales y simbólicas a la par. El conflicto había sido empleado en la fase I como mecanismo para restringir los procesos de división social, y se convierte en la fase II en el fundamento de su



consolidación (Parcero y otros 2007: 216). Los modos de producción no son compartimentos estancos sino modelos teóricos. Ya defendimos más arriba, por los datos con los que disponemos en el sector cantábrico, un MPD (Modo de Producción Doméstico) para los castros de este sector, lo que no quita para que se pudieran compartir rasgos de uno y de otro. En concreto creemos que lo que sí se observa en el registro arqueológico, especialmente a partir del análisis arqueológico de las unidades de ocupación del sector más occidental, es una competitividad entre los distintos grupos familiares que componen cada poblado a lo largo de la fase II. La Segunda Edad del Hierro está marcada por la tensión entre la secular identidad comunal, o de poblado, y la familiar, lo que no quiere decir que los medios de producción dejaran de ser comunales, como en el MPG. En este contexto tendría sentido que para las murallas de módulos del occidente cantábrico se haya propuesto recientemente que las separaciones visibles entre tramos de murallas podrían reflejar una repartición de la obra edilicia entre distintos equipos o grupos. Cada tramo o módulo “pertenecería” a uno de esos grupos, posiblemente familiares, que estarían encargados de su construcción y de su mantenimiento. Desde esta perspectiva, la diferenciación arquitectónica creada por el sistema de módulos ensalzaría el papel de los grupos familiares en la estructuración de la comunidad formada por los habitantes del castro (Berrocal y Moret 2007: 29), en la línea de lo propuesto para los monumentos funerarios del Neolítico temprano del sur de Inglaterra, contruidos en segmentos, fruto de diferentes fiestas de trabajo, lo que demostraría la participación de comunidades separadas en su construcción (Bradley 1991: 50-51). Las murallas de módulos son auténticas metáforas materiales de la estructuración social de las comunidades castreñas durante la fase II, pues reflejan la tensión entre la identidad comunal, la aldea fortificada, representada precisamente por las defensas que simbolizan, protegen y le confieren unidad al grupo social, y la identidad familiar, que en este caso estaría representada por cada módulo de la muralla. Creemos que la complicación de las relaciones sociales entre las fases I y II, consecuencia entre otros motivos del aumento de población generalizada, explica mucho mejor el paso de las murallas de lienzo continuo a las de módulos que las explicaciones difusionistas que inciden en supuestas influencias desde el Mediterráneo.

Como vimos en el capítulo 3, las reformas continuas de las defensas de los primeros castros nos informaban de que el propio trabajo de reforma y mantenimiento debió de ser tan importante como la obra final, pues suponía realizar unas labores que aglutinaban al grupo y reforzaban su identidad (Henderson 2007), además de ser un trabajo asociado al símbolo material de la comunidad, la propia muralla que estructura el caserío en el que se vive y que



**Figura 4.50:** entrada prerromana en el castro de Cellagú mediante las escaleras del módulo U 19 (en Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b).

defiende de los enemigos. Por ello rechazamos la idea de que participaran varias comunidades para levantar las murallas de un poblado (Sastre 2008: 1032). Podríamos pensar por tanto en cierta codificación cultural y recurrencia en el tiempo de unos trabajos que se corresponden con “actividades de mantenimiento físico del grupo” (en la terminología de Conkey y Spector 1984) o con “producción de mantenimiento” (que se refiere tanto a objetos como sujetos sociales) (Castro y otros en Falcó 2003: 217). Durante la fase I las actividades de mantenimiento destinadas a levantar y mantener las defensas serían trabajos colectivos de las pequeñas comunidades y servirían, además, para reforzar los lazos comunales. Lo que proponemos para la fase II, momento en el que muchos castros han crecido de tamaño y están habitados por más personas, es que estas actividades de mantenimiento físico del grupo o producción de mantenimiento asociadas a las murallas y defensas en general, debieron estar asociadas a los grupos familiares, quienes se encargarían del mantenimiento de cada módulo, al menos en el territorio occidental cantábrico, que es donde vemos las murallas de módulos. Esto no es incompatible con seguir entendiendo las defensas como el símbolo material de la comunidad. Las formas y tamaños diferenciales de los módulos de la muralla de San L.uis o del Chano podrían explicarse entonces por ser fruto de los diferentes grupos familiares que habitan cada castro. Por otro lado, el Chao Samartín es un claro ejemplo de remodelación continua de sus defensas (fosos, empalizadas y murallas) a lo largo de su milenio de existencia, lo que podría corroborar el sentido aglutinante y cohesionador del trabajo comunal que tiene que ver con las estructuras defensivas (erección de murallas y empalizadas, excavación de fosos, amortización de estructuras obsoletas, reformas y mantenimiento de las estructuras ya construidas, etc.). De hecho, la fase II en el poblado se caracteriza por la consolidación del barrio exterior a la acrópolis como lugar de habitación, para lo que se cegó el foso defensivo asociado a la primitiva empalizada, sobre el





**Figura 4.51:** unión de dos módulos de las murallas de Moriyón (en Camino 1996).

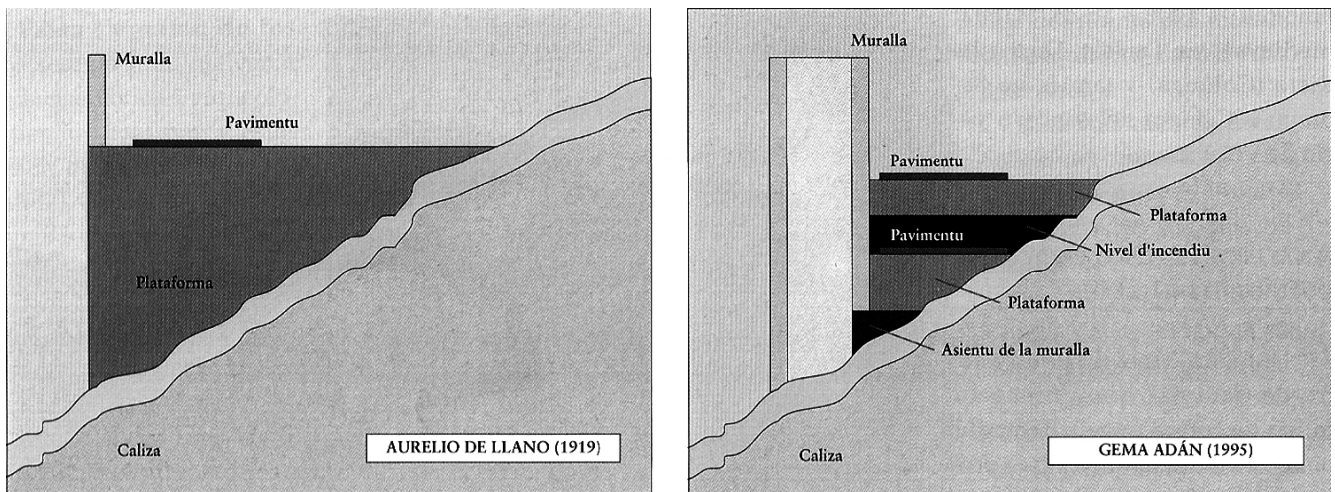
cual se construyeron cabañas, que ya son de mampuestos pétreos. Además, se amortizó la primitiva cerca de pizarra y lienzo continuo, así como los dos fosos defensivos que tenía por delante, mediante la construcción de la muralla de módulos.

Al este de la ría de Villaviciosa, y antes incluso de llegar al límite cultural que fue el río Sella desde la Edad del Bronce, vemos poblados de la fase II como Caravia, con dataciones radiocarbónicas que lo corroboran (Cid, González y Adán 2009), pero que parecen cerrarse con murallas de lienzo continuo o, al menos, así parece documentarse en las dos intervenciones realizadas en el lugar (de Llano 1919: 47; Adán 1997b: 17; Adán, Martínez y Díaz 1994). No obstante hemos de precisar que, pese a que en la temprana publicación de Aurelio de Llano se describe con precisión, y se añaden planos, dibujos y fotografías, en concreto de la muralla encontrada en todo el perímetro del cerro, no se reconoció la cara interna de la misma. De hecho Aurelio de Llano alude al sistema defensivo del castro como un cretón calizo de forma ovoide defendido por accidentes naturales que presenta una plataforma amesetada caída, de casi 6 m de anchura (ver fig. 4.36). Esta plataforma se habría conseguido mediante un “muro vertical sobre la roca viva y rellenando hasta nivelar con piedra en bruto (lajas de 10-20 cm. de espesor de caliza que obtuvieron del recinto) mezclado con tierra” (Llano 1919: 43-44). A partir de este muro se levantaría una muralla vertical “pared lisa de 45° de inclinación y cinco m de altura” (Ibid.:40) y se obtendría una superficie entre seis y nueve m de ancho para levantar las cabañas. En las excavaciones de 1992 Gema Adán corrigió esta secuencia ya que se muestra un recinto más pequeño, pues la plataforma donde irán las cabañas no pasa de cuatro m de anchura, flanqueado por una muralla caliza realizada por dos parapetos de unos 50 cm. de ancho, de dos a tres m de anchura, y levantada a hueso, cuyo extremo exterior se asienta sobre roca y el interno sobre una plataforma de losas grandes. El relleno se obtuvo mediante piedra menuda y arcillas, adaptándose este relleno al metro de desnivel existente entre ambos paramentos (Adán, Martínez y Díaz 1994:

348) (fig. 4.52). No obstante, la muralla parece ser de lienzo continuo, aunque igual es conveniente esperar a posibles intervenciones en área para corroborarlo. Sea de módulos o de lienzo continuo, lo interesante es que fue levantada durante la fase II a, como se desprende de la fecha radiocarbónica recién publicada. Al este del poblado se obtuvo una secuencia estratigráfica de 11 niveles: una primera etapa, en la que se levantó la muralla y en la que se evidencian dos plataformas pétreas de asentamiento, una para la muralla y otra colocada encima para el pavimento, un piso de arcilla que demarcaría una choza castreña. Después de un potente nivel de incendio habría una reconstrucción del recinto dando lugar a una nueva fase de ocupación. En este segundo momento, se constata una nueva nivelación sobre la que se asienta un pavimento que parece ser muy similar a los que Llano ya habría descrito y un arreglo de la muralla. Para finalizar, se identificó un nivel de derrumbe/abandono del poblado de manera no violenta. Precisamente del nivel de incendio, que es de donde Aurelio de Llano obtuvo la mayor parte de sus materiales arqueológicos, es de donde se ha tomado un hueso para datarlo, cuya fecha<sup>4</sup> nos ofrece un *t.a.q.* para la muralla a finales del s. V cal AC o comienzos del IV, y una cronología de la fase II a para la mayoría de los materiales obtenidos en el castro (nivel de cenizas). Para la segunda fase de ocupación se barajan fechas anteriores al s. II-I a.C., que es cuando se entiende que se abandonaría el poblado (Cid, Gutiérrez y Adán 2009: 93-94). Al margen de la tipología de la muralla estas nuevas fechas presentan un proceso homogéneo para el territorio cantábrico a comienzos de la fase II (Segunda Edad del Hierro) con ampliaciones de los espacios habitacionales de los muchos castros que siguieron poblados, a la par que se inauguraron otros nuevos, en ambos casos mediante murallas pétreas (tanto de módulos como de lienzo continuo), que pueden ir combinadas con otros sistemas defensivos como fosos o antecastros.

Pasando al sector central cantábrico *sensu stricto* uno de los castros de la fase II del que más información hay disponible es el de Las Rabas, del cual, a nivel arquitectónico, tan sólo se conocen las defensas. En la conocida como “Cata Poblado” se definieron los límites de éste por el sector sudoccidental puesto que apareció el lienzo exterior de la muralla. Esta obra muraria se encuentra realizada con sillares de caliza bastante regulares, hasta un número de cinco hiladas conservadas, dispuestos a soga, y con cambios de dirección importantes. Se sugiere la posibilidad de una puerta, con refuerzos en los cimientos en este sector, en el codo defensivo. Además, se alude a otra línea de muro metros más abajo y en las fotografías se pueden apreciar diferentes

<sup>4</sup> Beta-245009: 2300±40 BP que calibrado a 2 sigmas es de 410 a 360 cal AC (Cid, Gutiérrez y Adán 2009: 93-94).



**Figura 4.52:** de momento al oriente de la ría de Villaviciosa habría que defender murallas de lienzo continuo en la fase II. En la imagen, muralla y plataforma para el hábitat del Picu'l Castu de Caravia, según Aurelio de Llano (1919) y según la reinterpretación de Gema Adán (1995) (en Adán 1997b).

lienzos de muro yuxtapuestos (García Guinea y Rincón 1970: 17-18). En recientes revisiones se ha precisado que la doble línea de muralla iría acompañada por un foso paralelo a la más interna o muralla B, de la que se presupone una estructura con lienzo externo y terraplén al interior. Se deduce de los dos tipos de fábrica muraria sendos momentos cronológicos para la erección de las defensas (Bolado y Fernández 2010: 408-411). En todo caso nada hace pensar que no se trate de murallas de lienzo continuo.

Para la costa central cantábrica tan sólo contamos con el corte efectuado por una pista a las defensas exteriores del castro del Castillo de Prellezo, lo que ha dado pie para interpretar la presencia de una muralla de unos 5 m de anchura, formada por sendos lienzos de muro con relleno de cascajo, tierra y arcilla. A unos 3 m. hacia el exterior se dispone un foso que llega a tener 6 m de anchura (Serna 2010: 178 y fig. 1). Evidentemente por la naturaleza de la información no es posible determinar si se trata o no de una muralla de lienzo continuo.

#### 4.3.2 La arquitectura doméstica. De cabañas a unidades de ocupación.

“Toda sociedad dispone de ciertas tecnologías para domesticar el espacio, para construir el espacio doméstico. Dado que son tecnologías constructivas podemos, metafóricamente, denominarlas arquitectónicas: la arquitectura, las estrategias de uso del medio, las artesanías... Pero esa construcción es una producción que depende de sistemas de representación. Esas tecnologías no consisten sólo en dispositivos mecánicos que construyen el espacio social, sino que incluyen dispositivos conceptuales que configuran (definen, articulan y nombran) el espacio del saber (Felipe Criado en Mañana, Blanco y Ayán 2002: 7)”.

#### La variedad del registro cantábrico.

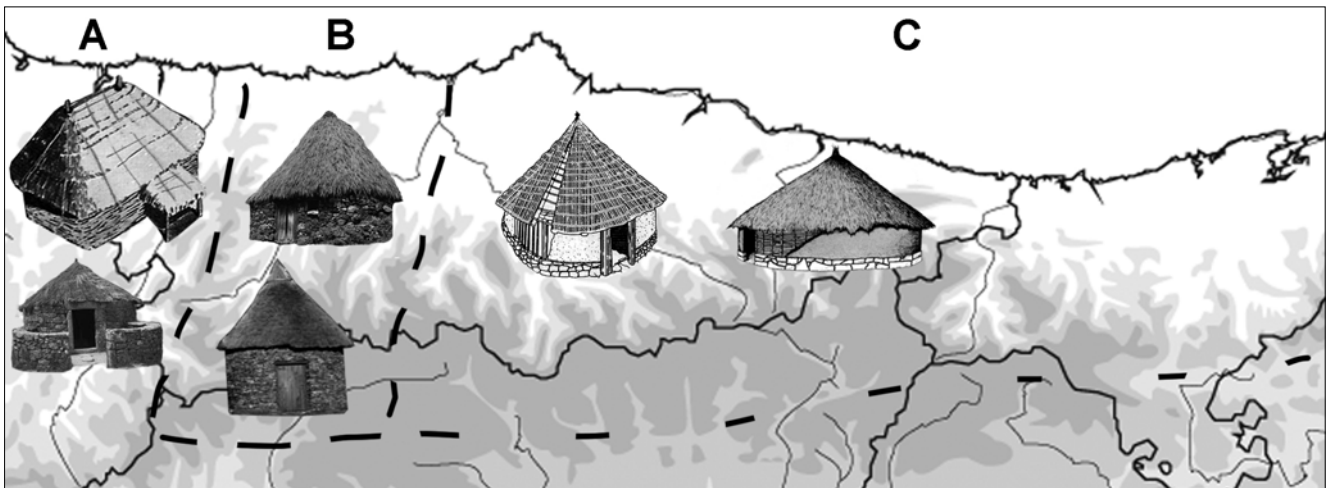
Pese a haberse desbancado el paradigma romanista desde hace años, algunos siguen sosteniendo que gracias a Roma se unificó la cultura material en el Noroeste y que a partir de Augusto es cuando el urbanismo castreño cantábrico alcanzaría su máximo desarrollo (Ríos 2000: 94). Sin embargo, la tendencia general en el Noroeste para la Segunda Edad del Hierro es la consolidación de la arquitectura pétrea y la construcción de terrazas alrededor de las *croas*, acrópolis o partes centrales de los poblados, en donde irán construidas las nuevas cabañas (Ayán 2008: 936). En este periodo hay un proceso gradual de artificialización y monumentalización del espacio doméstico, especialmente visible en los nuevos castros que surgen en este momento y como resultado de los cambios en los modelos de ocupación que ahora se implantan. Ello es especialmente visible en las Rías Baixas y Norte de Portugal, en una zona que estuvo en los circuitos comerciales fenicios y púnicos, con procesos de protourbanización y de consolidación de lugares centrales (Ibid.: 937). Analizando las diversas zonas del Noroeste según el tipo de arquitectura y urbanismo se podría marcar la tendencia de la menor monumentalización de la arquitectura doméstica según se avanza de oeste a este. De este modo el límite oriental del grupo de las Rías Baixas se puede situar en la Dorsal Gallega, al este de la cual encontramos otro conjunto que abarca hasta la provincia de Lugo, y por tanto hasta el extremo occidental de nuestra área de estudio, en las sierras más occidentales del sistema cantábrico, justo antes de la caída hacia la llanura de A Terra Cha. Este grupo, que también encuentra sus raíces en la tradición local, está representado por castros como A Graña, Cameixa, Coto do Mosteiro, A Moura (Samos) o Vilela (Ibid.: 943), estos dos últimos ya en Lugo. El último de estos poblados tiene una ocupación datada entre los ss. IV y III a.C., con casas cuadradas de esquinas redondeadas realizadas con

materiales perecederos (en Ayán 2008: 943-944). También Xurxo Ayán (2008: 943) plantea cómo en la zona llana de El Bierzo hay una tradición arquitectónica propia, que hace de la habitación cuadrada o rectangular construida con esquistos la unidad básica de las estructuras domésticas que allí encontramos. Éstas marcan la independencia de las unidades familiares, autosuficientes, con espacios claramente diversificados, en donde la estructura que tiene mayor importancia es el granero. Esta arquitectura se puede ver en cierta manera en La Corona de Corporales y el Castrelín de San Juan de Paluezas, que tienen ocupación desde el s. III a.C., aunque con serios matices como son los grandes graneros cuadrados (por ej. Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1998). Podríamos decir que esta zona llana de El Bierzo es una mezcla entre elementos meseteños y castreños, pero deberíamos matizar que los elementos castreños son muy similares a los de la zona inmediata del oriente de Ourense y algunos de la zona llana de Lugo, único lugar del Noroeste en donde se aprecia esta arquitectura y organización del espacio (González Ruibal 2003a: 303), más que a los del inmediato occidente cantábrico. Por lo tanto los rasgos arquitectónicos del Bajo Bierzo son más parecidos a ejemplos gallegos de casas cuadradas de esquinas redondeadas y circulares que al grupo del Alto Bierzo (como por ejemplo El Chano), que por otro lado forma una unidad con los del suroeste asturiano como San L. Luis, en donde lo que priman son las estructuras circulares de piedra. La estructura básica en el bajo Bierzo es la cuadrada de esquinas vivas, como en el valle del Duero, pero también se ven esquinas redondeadas y alguna estructura circular (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1988) (ver fig. 4.34 y 4.57).

Igual es posible pensar que, con la alta complejidad de estos grupos bercianos, se fueran abandonando las estructuras circulares - propias de la zona en la época previa, si tenemos en cuenta el modelo básico de las cabañas soteñas (capítulo 3)- en la transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro. Se estaría demostrando de este modo las fuertes influencias meseteñas de este sector castreño tan particular, cuya evolución arquitectónica es muy similar a la de la Meseta Norte, pese a lo cual se haya intentado coger como modelo a partir del cual interpretar toda la “cultura castreña” (por ej. Sastre 2002; 2008). De hecho se trata de una arquitectura en la que se demuestra el conocimiento de los modelos celulares meseteños, que en última instancia proceden del Mediterráneo (González Ruibal 2003a: 303). Por lo tanto la arquitectura de la zona llana berciana no hace sino corroborar la tendencia de comunicación que ya vimos desde el Bronce Final Atlántico y que no es otra que la que por un lado comunica con A Terra Chá lucense y este de Ourense, y por otro con el extremo noroeste de la Meseta. Hay muchos rasgos sociales de estos castros del Bajo Bierzo durante la fase II que

deberían ser interpretados más que como paradigma de las supuestas sociedades segmentarias castreñas (Sastre 2008), en la línea de los profundos procesos de jerarquización social de las sociedades meseteñas que de modo contemporáneo a estos poblados estaban desarrollando auténticas ciudades-estado, o al menos jefaturas complejas, en los *oppida*. Pese a que se intentan destacar los rasgos comunales de San Juan de Paluezas y Corona de Corporales (Sastre 2002; 2008), estos poblados, comparados con los castros cantábricos y con los del sector lucense, son los que menos rasgos comunales muestran, ya que han desaparecido los espacios comunales, las unidades de ocupación se aíslan con muros, privatizando sus patios y entradas, los graneros poseen una importancia y protagonismo sin parangón en otras zonas castreñas, hay indicios de trabajos especializados a tiempo completo, como en la metalurgia, de una creciente intensificación agraria en pesadas tierras de fondo de valle, etc. (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1998; Fernández-Posse 2000, 2000b; Fernández-Posse y otros 1993; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1985, 1986). En tan particulares castros existen bases reales para pensar en una importante competitividad entre los grupos familiares, en una creciente desigualdad social y en una pérdida importante del *ethos* igualitario. La economía de estos poblados sí que podría entenderse bajo un modelo tipo MPG en lugar de un MPD, ya que los datos arqueológicos tienden a seguir esa línea. Si tuviéramos que situar los rasgos sociales de este grupo castreño tan particular en una línea imaginaria entre un castro cantábrico y un *oppidum* meseteño evidentemente estaría más cerca del primero, pero pueden ser resaltadas todas las fuertes influencias meseteñas de la zona, como es la desigualdad social más acusada que entre sus vecinos del norte, y ponerse en duda la validez de un modelo interpretativo que se pretende universal. Con lo que sí podemos quedarnos es con el hecho de que las sociedades castreñas, las definamos o no como segmentarias, son sociedades con desigualdades sin clases. Más bien la tensión social nace de la relación entre la comunidad y los grupos familiares (Sastre 2001: nota 27), a lo que tenemos que añadir la tensión de las relaciones de género. La fase II se caracterizaría precisamente por el desarrollo de estos conflictos. Si ello es posible rastrearlo arqueológicamente en las murallas de módulos, no lo es menos en la arquitectura doméstica.

Veremos a continuación hasta qué punto se comparten en el ámbito centro-occidental cantábrico los modelos y tecnologías arquitectónicas a las que acabamos de aludir. Existe cierta confusión con los modelos arquitectónicos del occidente asturiano porque se ha dicho que lo que caracteriza a un buen número de castros como el Chao Samartín, Peláu, Cabo Blanco o San L. Luis es la combinación de casas cuadradas con circulares (Ayán 2008: 946), aunando



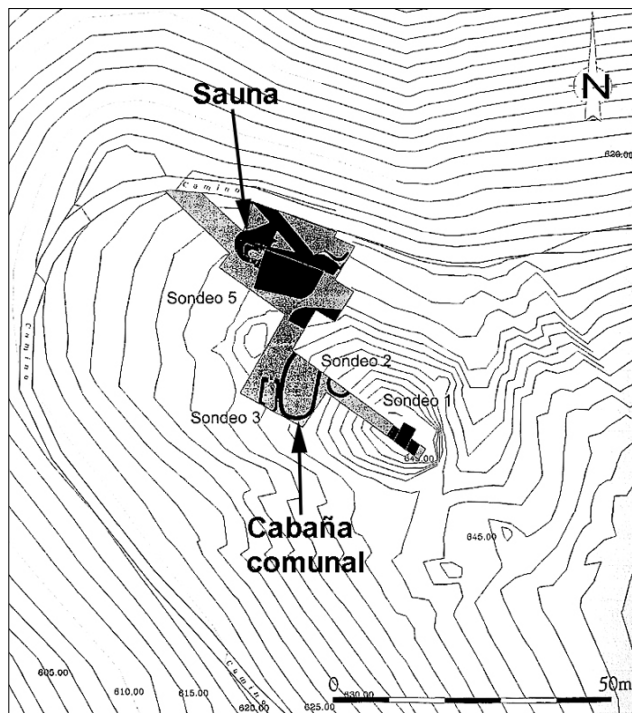
**Figura 4.53:** la variedad arquitectónica castreña del área cantábrica: A: estructuras de piedra circulares / oblongas, con o sin construcciones adjetivas, y estructuras cuadrangulares de esquinas redondeadas; B: estructuras circulares / oblongas de piedra; C: estructuras circulares / oblongas de materiales perecederos sobre zócalos de piedra (íconos tomados de González y Fernández-Vallés 1978; Camino 1996; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Paredes 1997; entre otros).

bajo el mismo paraguas grupos arqueológicos diversos. Realmente es en los valles del Navia y del Eo donde vemos ese modelo, con la diferenciación necesaria de las de esquinas vivas de las de planta de naípe, ya que no podemos asegurar que este modelo sea prerromano en todos los casos. Si por ejemplo en el Chao Samartín, Cervantes, Os Castros de Taramundi, Pendaria, Castrelo de Pelou, Arancedo, Cabo Blanco, Mohías o Coaña podríamos asegurar que dicha combinación de plantas cuadradas de esquinas redondeadas y circulares/oblongas arranca de la fase II, en San L. Luis y el Chano la planta que impera hasta la conquista romana es la circular, siendo las estructuras cuadrangulares, de esquinas vivas, todas de época romana (en el caso de San L. Luis, porque el Chano no tiene niveles romanos documentados). Por ello el matiz que habría que introducir es el del tipo de esquina: las plantas cuadradas de esquinas redondeadas o plantas de naípe son tipos de estructuras que arrancan a comienzo de la fase II en el valle del Navia, del Eo y otras zonas del Noroeste -como por ejemplo el curso medio del Miño, en la zona llana lucense- a la par que las murallas de módulos y, especialmente, que las saunas rituales castreñas del grupo septentrional, puesto que plantas de naípe y saunas rituales septentrionales tienen una dispersión geográfica similar. Por otro lado las plantas cuadradas de esquinas vivas ya parecen tipos netamente romanos, como podría apreciarse en la multitud de reformas de los castros occidentales en el periodo altoimperial.

El valle del Navia posee una cierta unidad en cuanto a sus formas arquitectónicas, que no se comparten en todo el suroeste cantábrico. De hecho el suroeste asturiano y noroeste leonés, incluyendo al menos el Alto Bierzo y la L. Laciana/Laciana, con castros como San L. Luis y el Chano, forman un grupo arqueológico propio, ya que al este del valle del Navia las plantas que imperan durante la Segunda Edad del Hierro son las circulares y oblongas, sin ningún

ejemplo rectangular de esquinas redondeadas. Se aprecia por lo tanto una franja geográfica ya sólo de estructuras circulares pétreas y aún sobre un sustrato rocoso de pizarras, al este del valle del Navia desde la costa, en el entorno del río Esva, hasta el interior, con el grupo cultural que forman San L. Luis y el Chano en la cuenca del alto Narcea y Alto Bierzo. Por la costa vemos cómo en los castros del río Esva (Valdés) ya sólo se localizan plantas circulares de pizarra, como es el caso de las cuatro estructuras conocidas en La Porida de Treviás (Maya 1987/88: 62); o cómo más hacia el sur, en el concejo de Tinéu, de nuevo el modelo habitacional consiste en estructuras circulares de pizarra, como en los Castros de Riocastello (Santiago de Ceredo) (Ibid.: 42). Podríamos hacer extensible esta región cultural de casas circulares de piedra a los afluentes del Narcea, como es el Pigüena y a su vez a su afluente el Somiedu, ya que hay referencias de estructuras circulares de piedra visibles en algunos de los castros localizados en este sector, como es La Corona'l Castu en Pola de Somiedu, entre otros (Fernández Mier 1999: 164).

En el amplio sector centro-occidental cantábrico restante las diferencias culturales por zonas en cuanto a la arquitectura doméstica vendrán no tanto por los tipos de plantas como por los materiales con los que se levantaron las cabañas. Al oriente de la cuenca del Narcea comienza otra gran zona en lo que se refiere a la arquitectura doméstica, definida por las plantas circulares y oblongas, pero ya construidas con materiales perecederos, generalmente sobre algún zócalo de piedras. Se corresponde con la cuenca del Nalón, ya que por el interior vemos claros representantes de este tipo de cabañas en castros de Teberga como La Garba (Fanjul y otros 2007), y que podríamos hacer llegar hasta la costa a la altura de la desembocadura misma del río, por lo que se desprende de la foto publicada para una cabaña amortizada por la muralla de módulos en el Castillo de

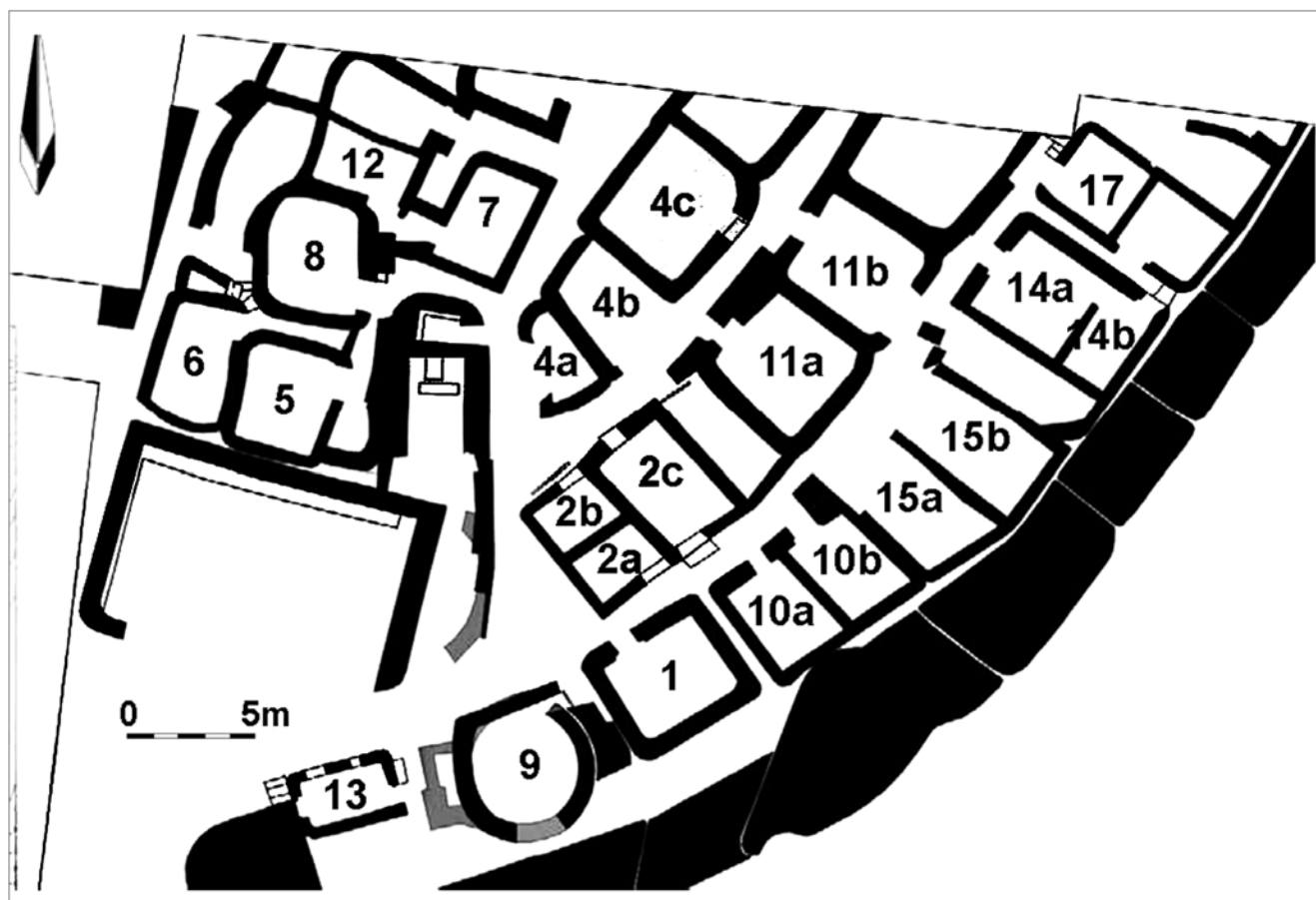


**Figura 4.54:** planimetría del sector excavado en el Castrelo de Pelóu (a partir de Montes y otros 2009, modificado).

San Martín (Carrocera y Camino 1996), aún a riesgo de que aquella estructura sea de la fase I c, como razonamos más arriba, y por tanto previa a la petrificación de la arquitectura doméstica (ver fig. 4.48). Como veremos a continuación este tipo de estructuras habitacionales de materiales perecederos son las protagonistas del resto del área de estudio, y seguramente lleguen hasta el sector atlántico del País Vasco. Sus hitos principales los tenemos en Llagú, Campa Torres, Moriyón o Caravia (fig. 4.53).

No deja de ser llamativo que los mejores ejemplos de estructuras de uso comunal las encontramos, aparte de algún ejemplo del norte de Portugal (como el castro de Cossourado, Paredes de Moura) (en Parcero y otros 2007: 203) en el caso cantábrico, bien mediante la arquitecturización de las mismas a modo de cabañas comunales (Chao Samartín, Castrelo de Pelóu, Os Castros de Taramundi, Pendía o Coaña pueden ser buenos ejemplos), bien mediante la disposición de un espacio central diáfano, como parece ser frecuente en casos del centro-oriente asturiano y Cantabria. De la fase II con seguridad son las grandes cabañas comunales oblongas del extremo occidental cantábrico de Os Castros de Taramundi, Castrelo de Pelóu y el Chao Samartín, que demuestran la importancia de esos espacios colectivos ya que se suelen situar junto a las saunas castreñas y en las zonas más próximas a las entradas de los poblados, lo que define un tipo de gramática arquitectónica propia del extremo occidental cantábrico. Entre las escasas estructuras domésticas documentadas en el Castrelo de Pelóu, debido a la escasa superficie intervenida, vemos la C-2 circular y la C-3, oblonga, bien datadas ambas en la fase II a (Beta-

201676) (fig. 4.54). Esta última posee un eje de algo más de 12 m de longitud, por unos 6 de anchura y paredes por aparejo irregular de pizarra ciertamente anchos (entre 75 y 100 cm). La techumbre descansaba sobre dos pies derechos situados en el eje principal. El uso de el espacio puede ser previo pues se documentaron agujeros de poste bajo la estructura (Montes y otros 2009: 316-317 y nota 5), que pueden remitirnos a la fase I. Lo interesante de esta cabaña comunal, aparte de estar bien datada en la fase II y de corroborar el esquema típico del valle del Navia al situarse en la zona más pública y de tránsito del poblado, junto a la sauna ritual y la entrada al castro, es el posible significado que se desprende de los hallazgos que allí se exhumaron, que nos dan pie a reinterpretar otras cabañas comunales en la misma línea. En concreto nos referimos a dos puñales de tipología antigua, con empuñaduras de antenas y de disco (Ibid.: 316). Al parecer para construir la plaza de época altoimperial del Chao Samartín tuvieron que hacer frente a las irregularidades del terreno, principalmente los afloramientos pizarrosos y el blando terreno que suponía el el relleno de un primitivo foso que defendía el primitivo poblado o acrópolis durante la fase I (capítulo 3). Además, se amortizó una cabaña que ha de entenderse como grande, puede que de un tamaño parecido al de la posterior plaza (Villa 1999-2000: 384). El tamaño de esta cabaña prerromana y su ubicación en un espacio público, en donde se encuentra la sauna, muy próximo a la entrada principal del poblado hace que tengamos que entenderla como heredera de las grandes cabañas comunales de la fase I del occidente asturiano, cuyo mejor ejemplo es la situada en la acrópolis de este mismo poblado. Por las plantas publicadas se puede apreciar una porción de muro en arco de dicha construcción por debajo de los muros de la sauna. Podría pensarse por ello en un momento antiguo para esta gran cabaña, pero asociado a la expansión del caserío fuera de la acrópolis, puesto que ciega el foso defensivo de aquella. Nos decantamos por la fase I c (600-400 cal AC), en donde iría acompañada de las estructuras de material perecedero a las que aludimos (capítulo 3) y con una función similar a la que tuvo la gran cabaña comunal de la acrópolis en el periodo anterior (fase I b: 825/800-600 cal AC). Con la construcción de la muralla de módulos y la petrificación de la arquitectura doméstica en el arranque de la fase II, la ritualidad comunal asociada a dicha cabaña debió de ser sustituida, o al menos acompañada, por la de la propia de la sauna, cuyos muros amortizan a los de la cabaña aunque puede que no la anulara como estructura funcional. Se ratificaría el significado comunal de ese espacio por haberse amortizado dicha cabaña para la construcción de una plaza enlosada en época romana, mientras que la sauna ritual continuaba en uso. Otros poblados de este sector en los que también se ven algunas de las



**Figura 4.55:** planimetría general del caserío del Chao Samartín (a partir de Blas y Villa 2009, modificado).

cabañas de la fase II más grandes que el resto, y de las que también se podría desprender una lectura en clave comunal, son Pendia, Coaña, Os Castros de Taramundi y Mohías. En este sentido es llamativo observar cómo la cabaña de mayor tamaño del barrio sur de Pendia (estructura 2), oblonga / rectangular de esquinas redondeadas, orienta su puerta hacia el espacio vacío que queda a la entrada de una de las dos saunas castreñas localizadas. También una de las cabañas de mayor tamaño de Coaña (estructura 3) se encuentra junto a la torre / plaza situada a la entrada del barrio bajo, en una zona de carácter público en donde se encuentra también la sauna, aunque en este caso no está en contacto directo con ella. Siguiendo esta misma lógica espacial la estructura 8 de Os Castros de Taramundi, una de las de mayor tamaño de las exhumadas y de forma oblonga, dirige su puerta al espacio por donde se accede a la sauna (ver fig. 4.33). Como vimos (capítulo 3) esta estructura, al estar parcialmente amortizada por la sauna, puede fecharse también en un momento de transición (fase I c) o de comienzos de la Segunda Edad del Hierro. El proceso es muy similar al del Chao Samartín recién comentado, lo que marca una pauta cultural del sector naviego, en donde podrí interpretarse que la ritualidad comunal de la fase I asociada a las grandes cabañas comunales fue siendo sustituida, o complementada, a lo largo de la fase II por la de las saunas rituales, que nacen en esta nueva fase.

Creemos que estos ejemplos muestran por un lado la herencia y tradición cultural de las grandes cabañas comunales que ya vimos desde el nacimiento de los primeros castros en la fase I (principalmente las de la acrópolis del Chao y la del barrio norte de Pendia) y, por otro que, pese a que durante la fase II se verá una creciente tensión entre los grupos familiares y la comunidad castreña, aún se percibe un fuerte sentimiento de identidad comunal (de *ethos* igualitario). Ello es rastreable arquitectónicamente en estos conjuntos de construcciones situados en las zonas más visibles, simbólicas y de tránsito generalizado, como son las entradas a los poblados. Pero cabe un matiz de importante calado, y es que los depósitos de las cabañas comunales de la fase I consistían básicamente en hachas (metálicas y líticas), que, por mucho que interpretemos como posibles armas, masculinas, es también evidente su vinculación con labores de explotación del medio en las que podía verse representada metafóricamente toda la comunidad (capítulo 3). Sin embargo, la gran cabaña comunal del Castrelo de Pelóu indica un significado eminentemente masculino de las mismas por la presencia de los puñales, no sabemos si en forma de depósitos rituales o no. La cercanía de estas grandes cabañas a las saunas rituales, los puñales citados, y la consolidación de la ideología guerrera que vemos claramente en la fase II - por la monumentalización de la violencia, la iconografía, el armamento y el desarrollo de las

tecnologías del cuerpo masculino guerrero- podrían indicar un apropiación de los espacios comunales por parte del conjunto de hombres guerreros durante la fase II, y una posible prescripción masculina en el uso de las saunas rituales. Si dijimos que la fase I, con el origen del paisaje castreño en el centro-occidente cantábrico, podría entenderse como el surgimiento de los géneros como tal en este sector (capítulo 3), la fase II supuso la consolidación de la diferenciación sexual y de las funciones sociales específicas para cada género. Todo ello se vehiculó mediante la consolidación y desarrollo de la ideología guerrera, del *ethos* guerrero, para lo que se emulará o tomarán préstamos especialmente de aquellas zonas donde ya existen en esta época formaciones sociales jerarquizadas y con aristocracias guerreras, como son los territorios de los *oppida* meseteños y bracarenses. Los principales contactos a larga distancia que se documentarán en este momento irán destinados a, y serán impulsados por, el reforzamiento del *ethos* guerreros, eminentemente masculino.

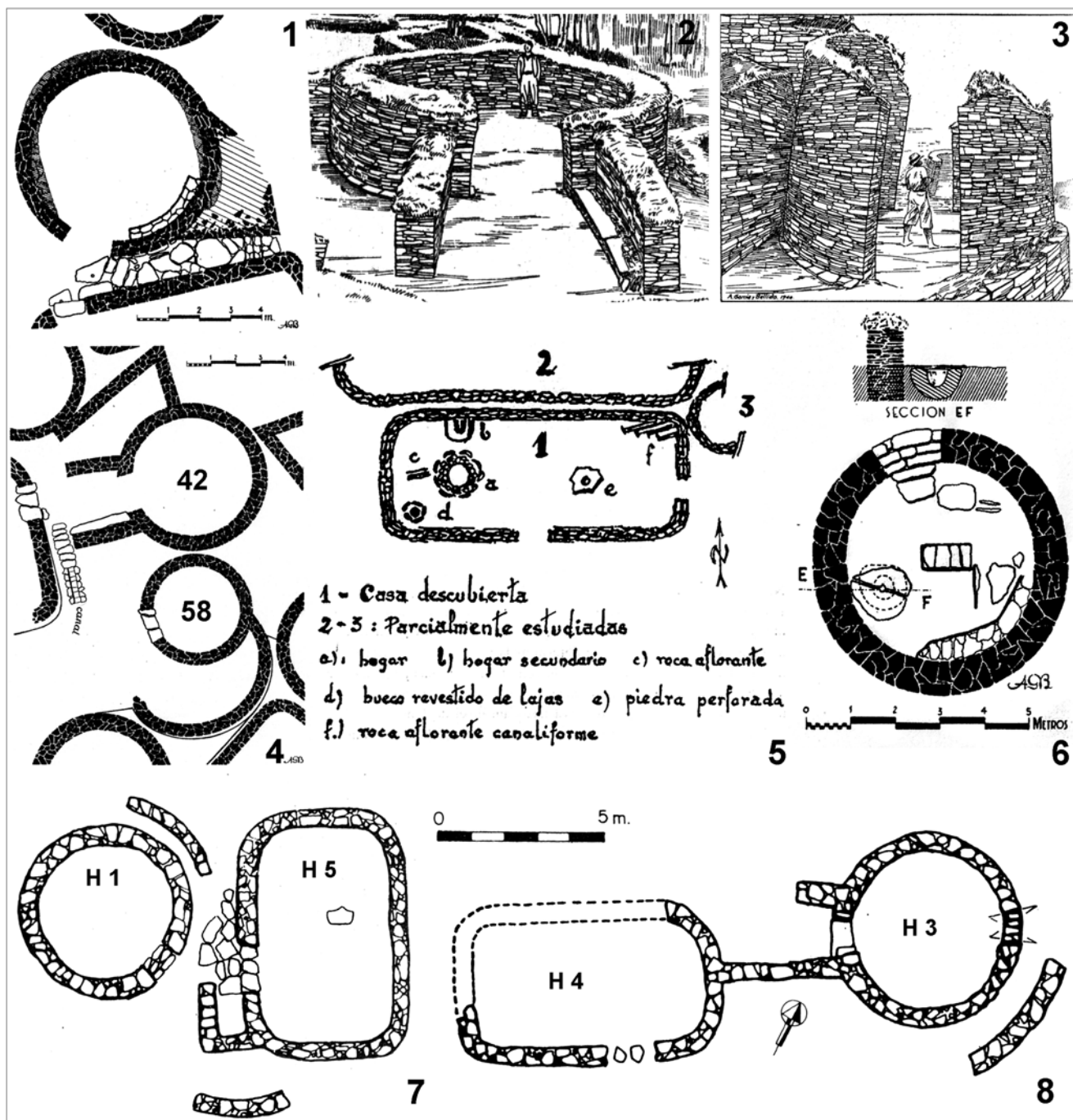
Si entendemos que para el resto del territorio cantábrico el lugar comunal por excelencia en los poblados es el espacio que suele quedar en medio de la plataforma construida, veremos dos gramáticas arquitectónicas bien diferentes dentro del área cantábrica que denotan una mayor complejidad social para el extremo occidental, continuando la tendencia de la fase I.

Más allá de las cabañas comunales o públicas, si atendemos a la arquitectura exclusivamente doméstica del occidente cantábrico, por ejemplo del Chao Samartín, por ser uno de los poblados mejor conocidos, veremos que los niveles de la Segunda Edad del Hierro han quedado notablemente sepultados “por un excepcional horizonte romano de carácter excluyente” (Villa 1999-2000: 378). Recordemos que si bien los restos de la fase I b fueron localizados principalmente en la acrópolis, el barrio inferior es el que alberga el caserío de la Segunda Edad del Hierro y el de la fase altoimperial, que modificó ampliamente el anterior. No obstante, hay indicios suficientes como para plantear cómo pudo ser aquella arquitectura castreña. Podría pensarse que en el periodo de expansión de su caserío por la zona inferior del poblado, durante la fase I c, momento en el que se construiría la muralla de lienzo continuo, la arquitectura aún debió de seguir siendo de materiales perecederos, puede que con algún temprano ejemplo de piedra, como la cabaña comunal recién comentada. Será con el arranque de la fase II, y con la sustitución de la muralla de pizarra de lienzo continuo por la muralla de módulos, cuando se petrifique la arquitectura, dando como resultado la típica combinación para esta zona de estructuras circulares y rectangulares en planta de naípe (fig. 4.55).

De las estructuras domésticas *sensu stricto*, la C-9, de planta que tiende a circular, y ampliamente

reformada al menos en época altoimperial, fue una de las primeras en ofrecer evidencias de la fase prerromana del poblado. Originalmente se trataba de una estructura circular, con un diámetro máximo de 4,56 m, y con un vano de entrada en el mismo lugar en donde luego se abriría la puerta de época romana (de un metro de anchura y con encaje para la puerta en las jambas). El piso es de barro apelmazado localmente cubierto con otro más amarillento. No se conoce el hogar de la fase II. Al igual que en otras estructuras de época romana, en estas del periodo prerromano se ve cómo usaron principalmente la pizarra, aunque a veces se combina con la cuarcita, como es este caso, para las cimentaciones de los muros que se disponen directamente sobre la roca madre. En esta primera fase contaba también esta cabaña con un pequeño espacio auxiliar anexo de planta irregular (Villa 1999-2000: 379). Como vimos al comienzo del capítulo, la estructura C-9 cuenta con una serie de dataciones radiocarbónicas asociadas a los diferentes momentos de ocupación que permiten corroborar la secuencia arquitectónica propuesta y asegurar un origen de la cabaña durante la fase II. La planta circular prerromana (4,65 m de diámetro) se modificó en época romana con la añadidura de algún tramo recto, algo que también veremos en algún otro poblado como San L. Luis (capítulo 5). Su último hogar, con tégula reaprovechada, cuenta con un murete protector del viento del vano principal. Este rasgo se verá en otros hogares del poblado. Al norte de la estructura C-4 vemos otra estructura en planta de naípe que nos puede dar la clave para interpretar las que poseen esta planta como prerromanas, remontándolas hasta el s. IV a.C. No obstante, la estructura visible actualmente es la de época romana, cuyos muros montan sobre los prerromanos, y el hogar romano sobre uno prerromano (Blas y Villa 2009: fig. 3). Aquel hogar prerromano es al que aludimos en el capítulo 3, pues es donde se localizó el depósito de un palstave, en un nivel datado que abarca desde fines del s. II cal BC a comienzos del I AD (Ibid.: 283). Otro ejemplo es la estructura C-1, rectangular de esquinas redondeadas, cuyos muros de pizarra descansan sobre la roca madre, y de la que podría sospecharse que su construcción arrancase durante la fase II; sin embargo al excavar se sólo se documentó un hogar realizado de tégulas y ladrillos romanos reaprovechados (Villa 1999-2000: 370). Por lo que o bien se construyó durante la fase III o bien la reforma en época romana vació el primitivo suelo para construir de nuevo el pavimento y el hogar, algo que no es improbable ya que en el castro de San L. Luis también hemos podido documentar pavimentos complejos de época romana para los cuales se vaciaron los interiores de las estructuras que se amortizaron. La mencionada estructura C-4 también parece presentar una factura prerromana: casi 13 m<sup>2</sup>, cuadrangular con esquinas redondeadas, con vanos de entrada enfrentados, muros curvos añadidos al exterior para





**Figura 4.56:** la arquitectura doméstica del bajo Navia: 1. Superposición de una cabaña circular sobre las ruinas de una oblonga y cabaña rectangular de esquinas redondeadas en Coaña; 2. Estructura circular con atrio de lados rectos de Coaña; 3. Estructura circular de gran altura junto al torreón / plaza de Coaña; 4. Variedad morfológica de estructuras habitacionales de Coaña (circulares con atrios de lados rectos, circulares con atrios de lados curvos, rectangulares de esquinas redondeadas); 5. Estructuras circulares y rectangulares de esquina redondeada de Mohías; 6. Cabaña circular de Pencia; 7 y 8. Diferentes asociaciones de estructuras circulares y en planta de naípe del barrio norte del castro de Arancedo (a partir García y Bellido 1941a; 1942b; Martínez y Junceda 1968; Maya 1987/88; modificados).

generar espacios adjetivos y un piso de tierra apisonada sobre la roca madre y donde se localizó un hogar algo excéntrico formado por una losa de cuarcita larga y estrecha con un compartimento anexo formado por lajas verticales de pizarra (Ibi.: 373-374). De nuevo podría ser el caso de C-5, asentada sobre el antiguo foso amortizado de la acrópolis, pero tan reformada en época romana que se hace difícil saber incluso su forma en época prerromana; o de los

niveles más antiguos de C-6, realizados con aparejo de pizarra, frente a las reformas más modernas en las que se conjuga pizarra y cuarcita y que podrían relacionarse con época romana. Aunque en todas las reformas que cambiaron la forma de C-8 de circular a tendente al rectángulo se combinaron las pizarras y las cuarcitas. Su hogar es de losas de cuarcita y pizarra y se localizó a su lado una base de molino circular. Una canalización bajo el nivel antiguo podría considerarse

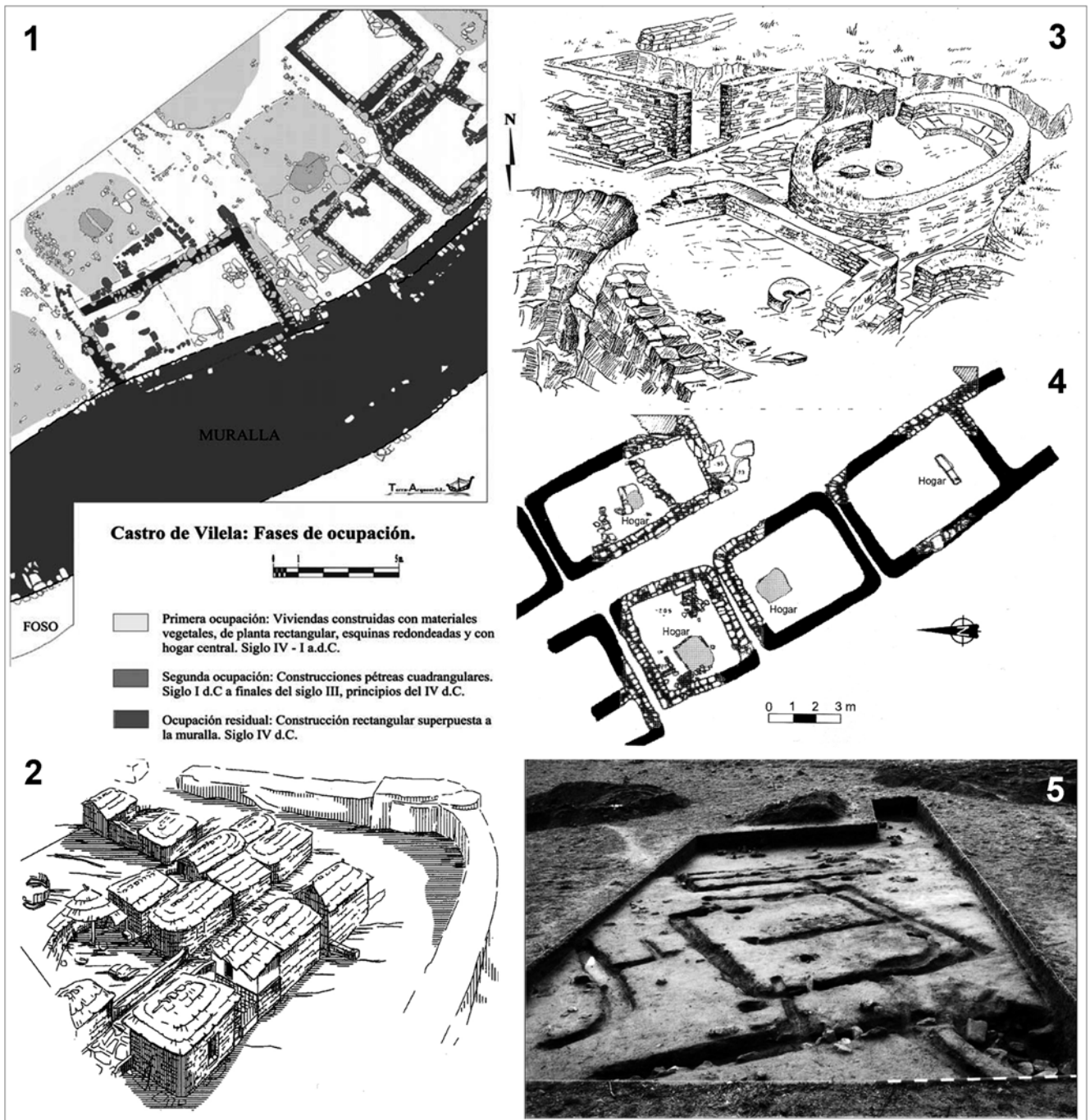
asimismo como prerromana. Tampoco habría que descartar que la forma final de alguna de las estructuras visibles en el poblado y de las que sabemos que son fruto de reformas y amortizaciones de estructuras previas, pese haber sido utilizadas en época altoimperial, procedan de remodelaciones arquitectónicas todavía prerromanas. Podría ser el caso de C-10, de planta de naípe, subdividida en dos mediante un murete con alacena, y con hogares en donde no se aprecia tégula ni ladrillo romano, y en un caso con un horno asociado, excavado en el suelo. Sabemos que en su último momento de ocupación (periodo altoimperial) hubo una importante actividad metalúrgica en esta estructura, como veremos más adelante.

En el cercano Peláu se han documentado escasas tres estructuras de la fase II y también responden a una circular y una cuadrangular de esquinas redondeadas, aparte de la oblonga o gran cabaña comunal comentada. Están bien datadas radiocarbónicamente a comienzos de la fase II, en este caso la de planta de naípe (C-1) consolidó esta apariencia durante la fase altoimperial del asentamiento, desarrollándose a partir de una estructura circular previa que sí se data, de nuevo, a comienzos de la fase II (Montes y otros 2009: 317 y nota 8). En Os Castros de Taramundi se aprecian diversas estructuras que seguramente arranquen de los comienzos de la fase II, puesto que algunas de ellas se ven amortizadas o profundamente reformadas en época romana. En general se incluyen en el panorama ya descrito de plantas circulares/oblongas y rectangulares de esquinas redondeadas (Menéndez y Villa 2009), aunque sólo se ha intervenido en un sector muy puntual del poblado (ver fig. 4.54).

Hacia la costa vemos en Pendia que hay una posible fase de transición entre las estructuras de material perecedero que podrían haber acompañado a la gran cabaña comunal durante la fase I, y las estructuras de piedra circulares/oblongas y en planta de naípe típicas de la fase II, bien documentadas estratigráficamente en las últimas intervenciones y con numerosas dataciones radiocarbónicas que corroboran la cronología de la Segunda Edad del Hierro para el barrio sur (Rodríguez y Villa 2009). Nos referimos al agujero de poste y calzos y restos de barro con improntas semicirculares y planas bajo la estructura C-12 (Ibid.: 164-165), ya intervenida por García y Bellido en los años 40 (1942b) (ver fig. 4.33). Las dataciones radiocarbónicas de las maderas adheridas a los manteados nos sitúan en comienzos de la fase II ((Rodríguez y Villa 2009). Por estas fechas y por lo defendido para otros casos occidentales como San L. Luis o el Chao Samartín (capítulo 3), podría pensarse que la expansión, debido al crecimiento poblacional y complejidad del grupo, desde el núcleo original (barrio norte) al barrio sur pudo darse ya durante el final de la fase I (en concreto fase I c, como demostrarían las

remodelaciones de las murallas previas al s. IV cal AC que vimos más arriba), y que todavía durante comienzo de la fase II se estaba produciendo la sustitución de la arquitectura de materiales perecederos por la de muros de pizarra. Esta última ya posee todos los elementos estructurales que podríamos entender como clásicos del mundo castreño del sector septentrional del Noroeste, aunque con los elementos propios del bajo Navia. Por un lado observamos cabañas circulares como la estudiada en detalle por Antonio García y Bellido (1942b: 295 y fig. 3) (fig. 4.56), de sólidos muros de pizarra, con un hogar central rectangular con lajas de pizarra horizontales y otras delimitando a modo de “paredita”, un banco corrido de pizarra en el lado opuesto al de la puerta principal, que posee escalones de entrada. Aparte encontramos una losa en el suelo que cubre el mortero de cazoleta enterrado en el piso, y que como veremos se trata de un tipo de útil muy propio del bajo Navia. En líneas generales la misma arquitectura y la misma combinación de plantas se documentó en Coaña, con unas ochenta estructuras exhumadas. El 50 % de las mismas son circulares y con diámetros entre los 4,5 y 6 m, mientras que alguna elíptica llega a los 14 m (ver fig. 4.33). Las techumbres serían presumiblemente vegetales. Las paredes son de pizarra, de unos 60 cm. de anchura y con sólidos cimientos y trabazón de barro, que en algún caso llegan a los 3 y 4 m de altura, lo que evidencia la posibilidad de segundos pisos, y existen aceras exteriores a algunas viviendas y canalillos/desagües bajos las estructuras. Pero una novedad de este poblado con respecto al resto de los poblados del occidente asturiano es la presencia de vestíbulos en algunas estructuras circulares, tanto de lados rectos como curvos (García y Bellido 1941a: 191-194 y fig. 2-4; 1942a: 217-223), lo que es indicativo, una vez más, y como veremos con abundantes ejemplos de la cultura material, de influencias claras sobre este poblado provenientes de las zonas más dinámicas del castreño noroccidental, en concreto del Baixo Miño y Rías Baixas.

Ya eminentemente costero, entre las desembocaduras del Navia y del Eo, el castro marítimo de Cabo Blanco posee una arquitectura doméstica en consonancia con el resto de ejemplos del extremo occidental asturiano. Se han documentado diez estructuras al interior de la línea central y principal de defensas, de las cuales seis se encuentran en el recinto principal del poblado, y el resto en el recinto más septentrional. Se trata de una trama más o menos densa de construcciones, realizadas con lajas de pizarra y apoyadas sobre la roca madre, aunque se ven episodios de remodelaciones y reconstrucciones, con superposiciones de pisos en ciertos casos. Se han documentado tanto plantas de naípe como estructuras circulares/oblongas. Estarían en un uso desde comienzos de la Segunda Edad del Hierro, como se demostraría con diferentes fechas radiocarbónicas



**Figura 4.57:** la periferia castreña cantábrica: 1. Castro de Vilela (Lugo, cuenca media del Miño), con estructuras rectangulares de esquinas redondeadas de material perecedero de la fase II; 2. Castro de Borrenes (Bajo Bierzo), con una combinación de estructuras cuadrangulares en planta de naipes y cuadrangulares de esquinas vivas, dispuestas en calles lineales, mezcla de los modelos normeseteños mediterráneos y los del Medio Miño; 3. Castro de Fazouro (Mariña Lucense), de arquitectura muy similar al occidente cantábrico, en concreto al bajo Navia y costa occidental asturiana (estructuras oblongas y en planta de naipes); 4. Castro de Barán (Paradela, Lugo), siguiendo el modelo urbanístico y arquitectónico del Medio Miño; 5. Castro de Dorra (Lugo), en la línea de Vilela y Barán (a partir de Álvarez, López y López 2006; Fernández-Posse 2000b; Chamoso 1963; Álvarez Núñez 1993-94, modificados).

obtenidas de los niveles antiguos de diversas construcciones, hasta época altoimperial. Periodo este último en el que se observa la típica mezcolanza de materiales indígenas -cerámica de rotaciones lentas-, con vajillas de importación, caso de los vasos de paredes finas, vidrios o la TS (Fanjul, Villa y Menéndez 2009). Para este mismo concejo costero también hemos defendido fechas de la fase II para la

arquitectura del castro de Arancedo, en donde además se observan módulos básicos formados por una estructura circular y una en planta de naipes, unidas en ocasiones por un muro. Básicamente defendemos esta cronología por la combinación de estas plantas y por la primacía del lote cerámico perteneciente a la CTO prerromana, así como por la presencia de estructuras

cuadradas de esquinas vivas netamente romanas (Marín 2008: 305-306).

Al igual que en el Noroeste, es notable la variedad regional de soluciones y modelos arquitectónicos de la estructuras habitacionales, pero también se puede ver como en cada poblado existe un modelo más o menos único que es el que sufre una repetición constante (Parcero y otros 2007: 201). Más allá del poblado observamos cómo en el extremo occidental cantábrico, y en concreto en las tierras del río Navia hacia occidente y costa norte de Lugo, existe una arquitectura doméstica durante la fase II en donde son muy frecuentes las plantas cuadradas de esquinas redondeadas (planta de naípe), la combinación de éstas con las plantas circulares y oblongas, los muros anchos (en torno a unos 80 cm.) y los hogares centrales cuadrados. También es bastante probable que muchas estructuras, con muros que en algunos casos llegan a los 4 metros de altura, poseyeran un segundo piso. Estos rasgos se comparten con una amplia zona del Noroeste que se extiende por la provincia de Lugo y el norte de la de Ourense, así como por poblados prerromanos del noroeste leonés, ya que es en cierta medida comparable a la de la Corona de Corporales, y llega a traspasar en algún punto al occidente de la Dorsal Meridiana, como puede ser el caso coruñés de Os Castros de Brañas (González Ruibal 2003a: 303). Poseemos ejemplos excavados de Lugo (fig. 4.57), en la periferia inmediata del ámbito cantábrico, como es el castro de Barán (Paradela), con estructuras cuadrangulares de esquinas redondeadas, con las piedras colocadas a hueso aunque con un alma central en los muros de barro y ripio, empedrados y pavimentos apisonados para los pisos, y hogares centrales cuadrados (Álvarez Núñez 1992: 157-158; 1995-96b: 39-45) dentro de un castro que, como en numerosos casos cantábricos, especialmente en la zona de explotación aurífera romana, se mantuvo ocupado también en época altoimperial. Pero no debemos fechar todo el poblado en este periodo (Ibid.: 1995-96b: 47), sino sólo su último momento. Indicativo de la “petrificación” de la arquitectura durante la fase II en este poblado es la bolsada llena de fragmentos de “pallabarro” con improntas vegetales, inferior a un muro de piedra levantado a sogas y tizón y trabado a hueso (Álvarez Núñez 1993-94: 205-206). Sustitución arquitectónica que, debido a la ausencia de materiales altoimperiales, habría que situar en la fase II. Este caso concreto recuerda más a castros de la zona llana leonesa como la Corona de Corporales, por la organización del espacio en calles, la independencia del espacio construido y la densa ocupación (González Ruibal 2003a: 303), así como por la casi total ausencia de estructuras circulares / oblongas. Todo ello marca un contraste con el modelo del extremo occidental cantábrico. Más semejanza con este grupo arquitectónico tiene el castro costero de Fazouro (Foz, Lugo), del cual pese a situarse, como indica su

topónimo, en una zona de explotación aurífera y poseer claros niveles y edificios de la fase romana, no tenemos por qué descartar que la combinación de una planta oblonga con otra rectangular de esquinas redondeadas (Suárez y Sela 1963: 165; Chamoso 1963: 112 y fig. 1) sea la propia de la fase II en el castro.

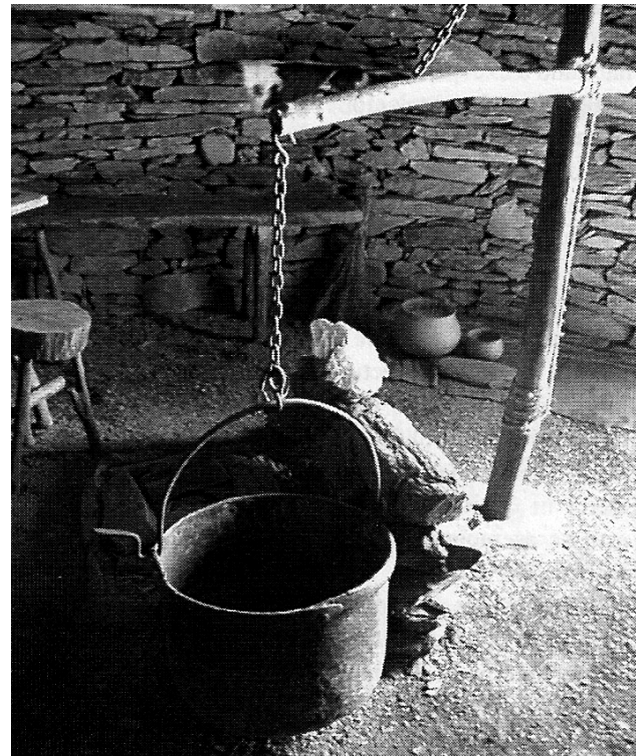
En otros casos lucenses de las zonas más llanas cercanas al río Miño, como es el caso del castro de Vilela (Taboada) o en el cercano Castro de Dorra (Monterroso), observamos la misma secuencia que en el valle del Navia (estructuras en planta de naípe sustituidas por otras de planta rectangular de esquinas vivas en época romana) (ver fig. 4.57), pero con la salvedad de que en estos casos de Lugo las cabañas en planta de naípe de la fase II son de material perecedero (agujeros de poste, piedras hincadas que marcan el perímetro y hogares son los elementos que las definen), petrificándose la arquitectura ya en el cambio de Era, con el comienzo de la fase romana (Álvarez, López y López 2006: 8, 25 y nota 9). No creemos, al contrario que sus excavadores, que dicha elección se deba a un desarrollo más lento en sus formas culturales (Ibid.: 8) ya que esto sería cierto si los comparamos sólo mirando hacia el oeste (costa atlántica gallega), pero no si atendemos también hacia el este (occidente cantábrico), con quien tiene los paralelos culturales más claros, como hemos visto. Por lo tanto podríamos entender que se trata de una decisión tecnológica propia de esta comarca y que tiene un sentido cultural. No obstante, pese a los paralelos en cuanto a morfología de las estructuras o tipos cerámicos con poblados del extremo occidental cantábrico, la diferencia es notable, ya que se trata de un tipo de poblado de fondo de valle, en una localización que no resalta prácticamente nada del entorno inmediato, lo que contrasta con el modelo cantábrico.

Por lo tanto, si el alto Narcea y el Navia responden a dos tradiciones arquitectónicas diferentes, el castro de Llarón se encuentra en un punto intermedio, ya que aunque pertenece a Cangas de Narcea, geográficamente habría que incluirlo en el Navia, puesto que el río Ibias es subsidiario de aquel, pero también se encuentra inmediato a las fuentes del Narcea. De todos modos, la escasa superficie excavada y las dos estructuras documentadas no dan información suficiente como para realizar demasiadas elucubraciones, ya que tan sólo conocemos una cabaña de planta circular y pavimento de arcilla al norte del poblado, a la que se le añadió una “construcción adjetiva” subrectangular de esquinas redondeadas (Maya y Blas 1983: 160-161) que no observamos ni en San L. Luis ni en el Chano. Pero tampoco llega a ser una cabaña en planta de naípe como las de los valles del Navia y del Eo, aunque recuerda a algunos de los atrios de ciertas estructuras circulares de Coaña, como es el caso de la estructura 35 en relación a la 34 (Maya 1987/88: fig. 4). La otra estructura de habitación

documentada se encuentra al sur del poblado, que también es circular y parece amortizada por una estructura de época romana (Ibid.: 164-166). Por ello, y por su situación cercana al Chano de Peranzanes (alto Bierzo), podríamos situarlo de forma preventiva en el grupo de casas circulares de piedra que se desarrolla como un subgrupo de la arquitectura castreña por la costa centro-occidental asturiana, cuenca del Narcea y el alto Bierzo, y puede que por la Laciana/Llaciana. El hogar de esta estructura circular de L.larón es de piedras planas con otras verticales delimitando un espacio rectangular de 1,4 x 1,3 m (Maya y Blas 1983: 161). Como bien indican sus excavadores, hogares parecidos los encontramos en el occidente asturiano (cuencas del Navia y del Eo), como Coaña, Arancedo, Pendia o Mohías, pero también en castros de la cuenca del Narcea como San L.luis (Marín 2007: fig. 3).

Como anunciábamos, la arquitectura doméstica del Chano es prácticamente idéntica a la de San L.luis. La ausencia de niveles romanos en este poblado además permite observar un caserío de la fase II (ver fig. 4.33) sin alteraciones arquitectónicas altoimperiales. Cronologías que se corroboran con las fechas radiocarbónicas tomadas del vigamen de la techumbre quemada de una de estas estructuras, que indican que los árboles usados para la misma estuvieron vivos a partir del comienzos del s. IV cal AC (Celis 2002: 204). No debe haber dudas de que estamos ante un caserío prerromano, y no romano, como paradójicamente defiende su excavador. Sólo hay cabañas circulares de pizarra, con las puertas orientadas principalmente al este y sur y con los entalles para las puertas de madera, al igual que en San L.luis. Pese a las semejanzas arquitectónicas entre los dos poblados, en el leonés las casas se caracterizan por los altos muros que aún se conservan, indicativo de un segundo piso al que se accedería por escaleras de madera, en contraste con los muros que se conservan en San L.luis. En el barrio bajo de este poblado ayandés se documentaron unas quince estructuras circulares, mientras que en el barrio alto unas siete, aunque en ocasiones es complejo definirlas, debido a las fuertes alteraciones de ciertos sectores en época romana (Adán y otros 2000: 16). No obstante, en el barrio alto vemos casas circulares, asociadas a estratos donde únicamente aparece cerámica indígena, y amortizadas por estructuras de época romana. Además ya defendimos a la hora de hablar de la muralla de módulos las fechas de comienzos de la fase II para esta petrificación de la arquitectura (Marín 2007; Marín y Jordá 2007).

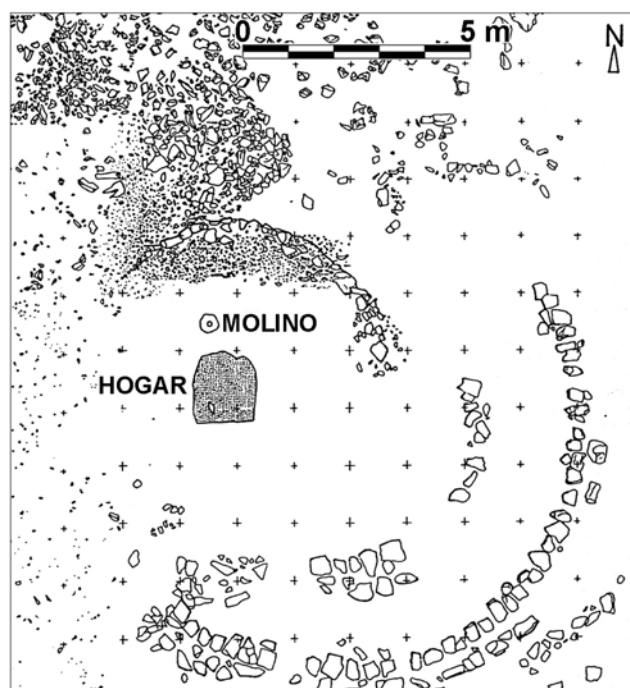
En San L.luis las ollas de cocina, como las de orejeta perforada, se colgarían de un cabrio montado sobre el poste central de la cabaña, el que sujeta la techumbre, cuyo mejor ejemplo es el caso de la estructura 4, con sustento de obra en el centro para el poste de la cabaña (Marín 2007: 154 y figura 3). Para el



**Figura 4.58:** hogar con cabrio y calamillera en una cabaña reconstruida de El Chano (en González Ruibal 2003a).

Chano los interiores de las estructuras IX y XII diferirían algo de este esquema ya que se suele encontrar una piedra perforada con marcas de giro, que sería donde se sustentaría el cabrio, y luego un estructura central que sirve a la par de paravientos para el hogar que viene a continuación así como de sustento de la viga central (Celis 2002: 193) (fig. 4.58). Sin embargo, creemos errada esta interpretación y que el cabrio también debió haberse montado sobre el poste central, ya que si estuviera sobre la piedra perforada el poste central impediría o dificultaría bastante el poder situar sobre el fuego las cerámicas de cocina. Además, como veremos más abajo, creemos que dichas piedras perforadas son cazoletas que debieron ser usadas como morteros (Marín 2007: 154). Los hogares del Chano, de nuevo, están realizados sobre grandes lajas de pizarra con otras lajas menores clavadas verticalmente. Los suelos son de barro apisonado. Pese a las características propias de cada poblado, en general puede defenderse este grupo arqueológico en función de la arquitectura doméstica, caracterizada por las casas circulares de piedra.

En la costa centro-oriental de Asturias la característica para la arquitectura de la fase II es, al contrario que en la mitad occidental asturiana, la ausencia de petrificación y la perpetuación de formas y técnicas constructivas que en líneas generales ya habíamos visto en esta área durante la fase I (capítulo 3). Poseemos datos dispersos y de difícil interpretación de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 55-58, 69, 77; Nava y Fernández 2001), tanto de los sectores tras las murallas como de la llanada interior (fig. 4.59), con



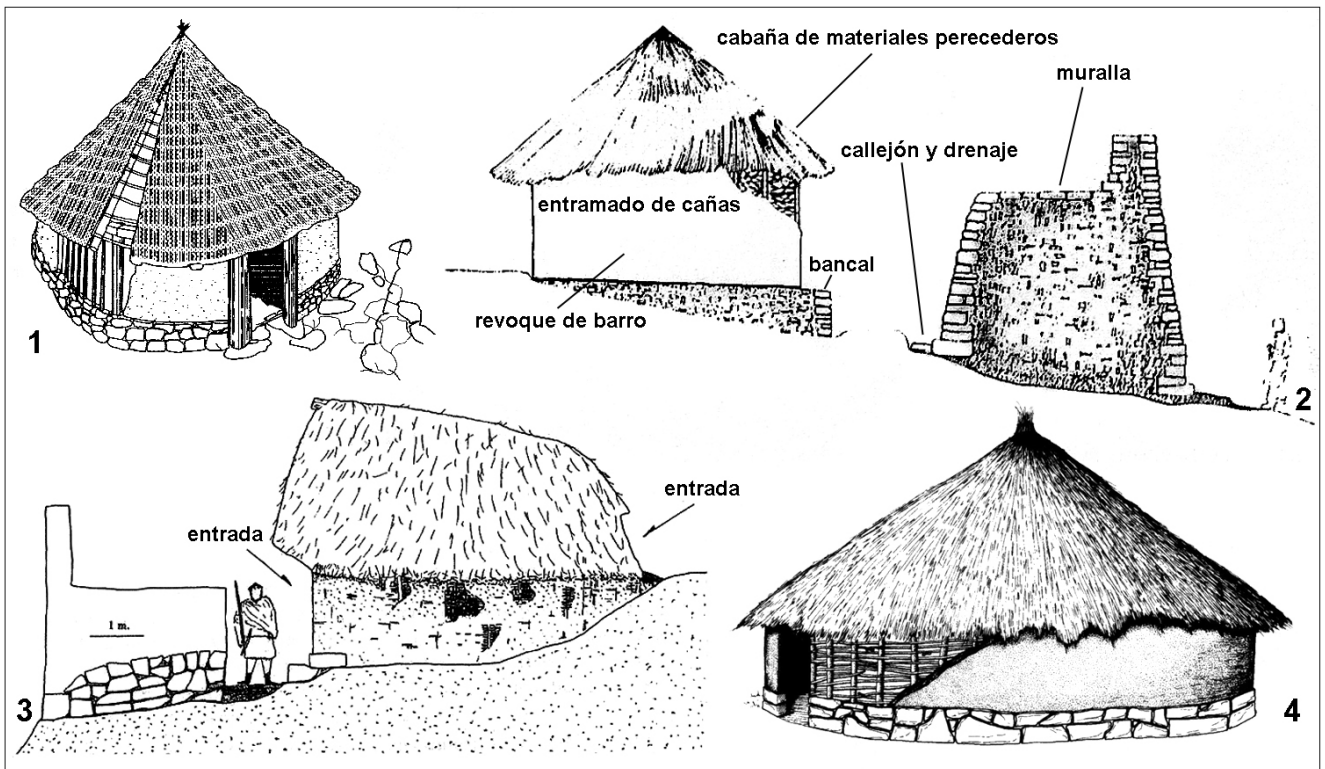
**Figura 4.59:** planta de una estructura circular de la fase II de la llanada interior de la Campa Torres (en Maya y Cuesta eds. 2001, modificado).

casas fechadas en la fase II muy similares a las descritas para la fase I, con la mínima evolución arquitectónica que pudimos advertir para los primeros momentos de este poblado y en la perpetuación de los modelos domésticos de Camoca en el poblado de la fase II de Moriyón. En el castro de la Campa Torres tenemos evidencias de las técnicas constructivas de las paredes de las cabañas gracias al estudio de las improntas vegetales en los manteados de barro. Al parecer, sobre una estructura de varas de avellano y sauce entrelazadas, se aplicaron los manteados, que cuentan con abundantes tojos y brezos troceados para darle consistencia. En manteados cercanos a la techumbre se aprecian marcas finas de cereal que indican el tipo de cubiertas vegetales que tuvieron estas chozas. Se aprecia la redundancia espacial de los espacios domésticos en algunas estructuras de la fase II situadas sobre otras de la fase I, con la superposición de suelos y de un hogar sobre otro. Especialmente en el lado oriental del sector tras la muralla se aprecia la constante nivelación de los suelos para poder levantar las casas, debido a la pendiente. Sólo unas pocas cabañas fueron documentadas en planta. Éstas presentan formas circulares y diámetros de entre 3 y 6,5 m, pavimentos de arena amarilla, con perímetros formados por una línea de piedras o zócalo que en ocasiones puede ser doble, en cuyo hueco central irían clavados los postes que formarían las paredes, techumbre vegetal y hogares formados por barro rubefactado, en algunas ocasiones excéntricos. De hecho, se deduce cierta convivencia de diferentes soluciones constructivas desde comienzos de la fase II. En los ss. IV-III cal AC -fase II a- vemos tanto agujeros de poste, como zócalos de una línea de

piedras o dobles. También convivirían hogares lisos con otros decorados con impresión de esterilla o con retícula incisa. Es muy interesante que, pese a ser esta arquitectura endeble y mucho menos duradera que la pétrea del occidente asturiano, también permite observar cierto interés en el espacio doméstico y en el mantenimiento de las casas en los mismos lugares. Como dijimos, la superposición de hogares debe ser indicativo del deseo de las familias por construir en los mismos lugares donde lo hicieron sus antepasados, en una forma de identidad topográfica, espacial, que ha pivotado a lo largo de la Edad del Hierro desde la comunidad castreña en su conjunto a los grupos familiares que la componen. Además, ahora es cuando aparecen los hogares decorados (que se sustentan sobre una cama de piedras y grava), con fechas tanto de la fase II a como de la II b, y no antes, lo que demostraría el simbolismo de los mismos y la posible identificación del grupo familiar con la arquitectura doméstica a través de ellos. Todo ello son procesos propios de la Segunda Edad del Hierro.

Quizás la Campa Torres y Llagú puedan formar un subgrupo en lo que se refiere a arquitectura doméstica (fig. 4.60). Ambos yacimientos no sólo comparten las murallas de módulos o ciertos tipos y decoraciones cerámicas (ver más abajo) sino que en el segundo poblado se ven, al igual que en el primero, la convivencia de los dos tipos de zócalos pétreos (sencillos y dobles) para las estructuras circulares de materiales perecederos y manteados de barro. En general siguen la tecnología constructiva mencionada para la Campa Torres, con la misma variedad de zócalos pétreos y diámetros muy similares (de 3 a 5 m.). Sólo en el sector noreste se aprecian superposiciones de estructuras, básicamente de los pavimentos realizados con mampuestos de caliza, debido a que es el único que poseía potencia arqueológica; mientras que en otros sectores las estructuras tan sólo pudieron documentarse por los rebajes en la roca. Ello da idea de lo complejo que es en este yacimiento poder dar cronología a las estructuras de habitación. En líneas generales se documentan bancos corridos realizados por mampuestos calizos junto a las paredes o rectos, hogares sencillos (placas endurecidas junto al suelo), suelos de tierra apisonada y agujeros de poste central. Destacan las cabañas F 35 y F 31 en los sectores norte y noreste por sus tamaños, con diámetros de unos 10 m., lo que ciertamente podría interpretarse como cabañas comunales (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 115-126, y fig. 22). Al igual que hemos defendido con los dos grupos anteriores de arquitectura doméstica cantábrica, es bastante probable que este también se reparta desde la costa hasta las cumbres más elevadas de la cordillera. Nos referimos a los datos obtenidos en los poblados teberganos de La Cogollina y La Garba. En el primero de ellos, junto a la unión de los dos módulos de la muralla aparecieron unas piedras de





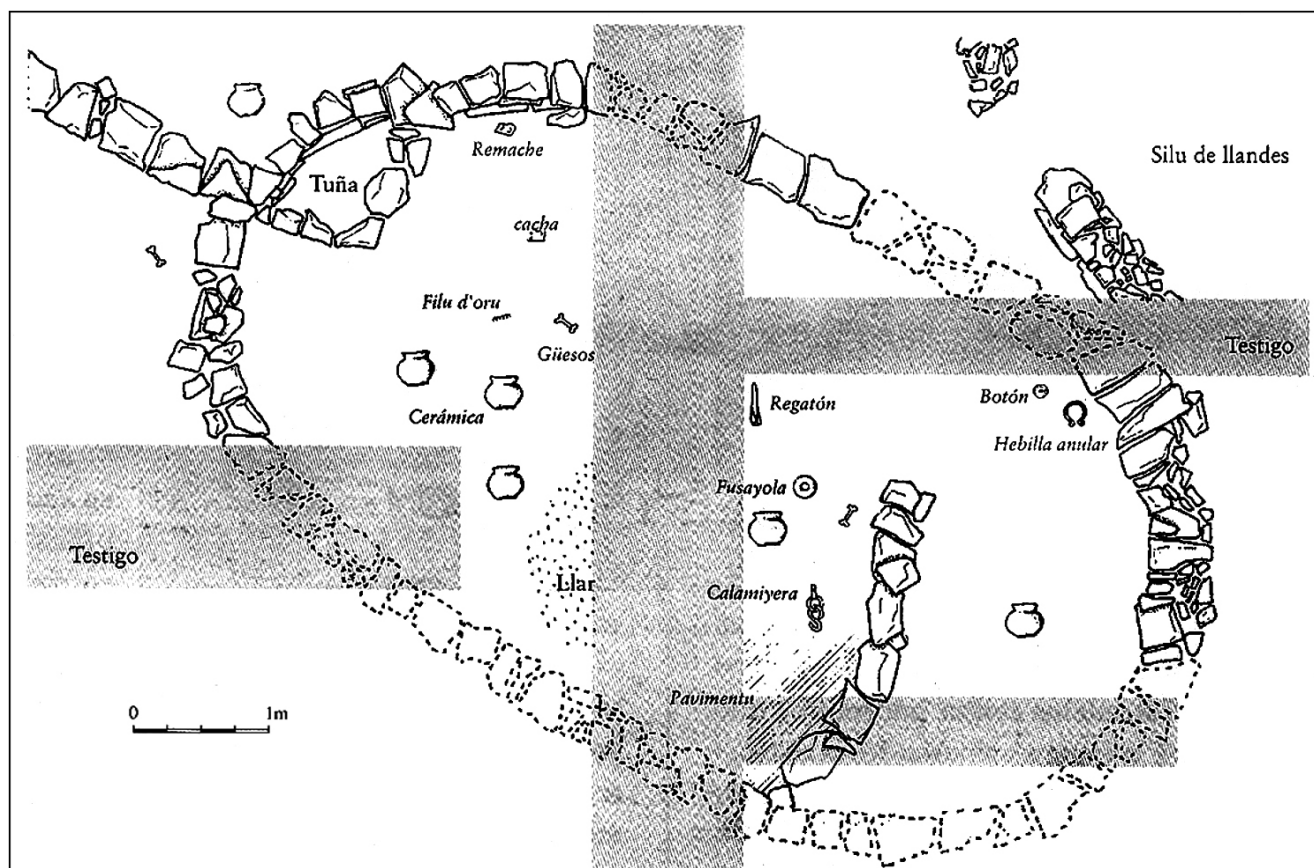
**Figura 4.60:** la arquitectura en materiales perecederos y revoques de barro es la cantábrica por excelencia, ya que se extiende desde el río Narcea hasta el Pirineo: 1. Recreación de una cabaña de Cellagü; 2. Esquema básico de la relación arquitectónica entre las cabañas y la muralla de módulos en un poblado-patio costero como Moriyón; 3. Recreación de la misma relación pero en la alta montaña, caso de La Cogollina; 4. Recreación de una cabaña de Moriyón (a partir de Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Camino 1996; 1997; Fanjul 2007).

caliza alineadas que pueden ser los restos de un zócalo de una estructura doméstica de material perecedero (Fanjul 2007: 28-29, y figs. 3-5), como las de la Campa Torres, Llagü y Moriyón. Más clara es la información del sondeo practicado en la acrópolis del castro de La Garba, en donde pudimos desenterrar un tramo de un zócalo curvo, a modo de sección de circunferencia, de una cabaña. Posee en la segunda hilada huecos para sustentar los postes que formarían las paredes y al exterior de la estructura se documentaron restos de arcilla rubefactada, seguramente del manteado de las paredes vegetales (Fanjul y otros 2007: 53, figs. 5 y 6).

En el centro-oriental asturiano la mejor información doméstica de la fase II procede del Picu Castiellu de Moriyón. Allí se localizaron y excavaron cinco estructuras, de las cuales dos corroboran las plantas ovales, realizadas con paredes vegetales de entrelazado de varas y manteados de barro, como demuestran las improntas recocidas, y también tapial con vigas. En los laterales de estas paredes vegetales insertas en zanjás se colocaban piedras hincadas a modo de calzos, más que de zócalos. Se superpondría una cubierta vegetal sobre vigas colocadas radialmente con otras más pequeñas situadas transversalmente, en la línea de las que ya se veían en el vecino Camoca para la fase I. Se aprecia cierta evolución de los tipos arquitectónicos en el poblado ya que en la segunda fase del castro aparecen zócalos de piedra sobre los que descansaría la madera y el barro y paredes pintadas

con arcilla blanquecina. Los lares se sitúan sobre los suelos de barro endurecido, y a veces se usan lajas, barro o piedras para formarlos. En dos casos llevaban un bastidor. Se calculan plantas de entre 25 y 35 m<sup>2</sup>. En el ejemplo mejor documentado y publicado de Moriyón (cabaña 2) se aprecia un tabique para evitar el aire al lar, a modo de vestíbulo, y un almacén de grano de 1 m<sup>2</sup> realizado con varas, y fuera de la cabaña otra estructura para pocilga, leñera, etc. adosada al roquedo. Habría otra estructura exterior más que funcionaría a modo de *cuerria* o almacén de bellotas, recuperadas en el sedimento, y realizada con el aparejo de la inmediata muralla, de lo que se deduce una fase tardía para esta construcción, cuando la muralla estuviera abandonada. La cabaña 2 además tenía un caramillera de hierro de la que debía colgar un caldero de bronce remachado, como se deduce de los fragmentos recuperados (Camino 1996: 27-29; 1997: 62-70) (fig. 4.61), siguiendo una tradición que se remonta a la Edad del Bronce, aunque este caso es la primera prueba clara de vinculación de un caldero de este tipo a un conjunto doméstico normal. Para Caravia sabemos que Aurelio de Llano (1919) excavó en los sectores norte y sureste de la terraza y que bajo 20 cm. de tierra vegetal apareció un pavimento de arcilla batida de 7-10 cm. de grosor. Al abrir el área encontraron que esos pavimentos son dos rectángulos de 3 x 4 m y separados unos 90 cm., cada uno con restos de un hogar en una de sus esquinas, realizado





**Figura 4.61:** cabaña 2 del Picu Castiellu de Moriyón y cultura material asociada (en Camino 1996, modificado).

sobre toscas losas. En las excavaciones de 1992 se documentaron, como dijimos, dos fases de ocupación con un nivel de incendio o “piedras ennegrecidas” entre medias, ya advertido por Aurelio de Llano (ver fig. 4.52). En ambos niveles se corroboran los suelos de ocupación de arcilla, pavimentos de unos 7/10 cm. de potencia y de unos 4x3 m., aceptándose la explicación original de que se trataba de cabañas de planta rectangular con paredes de madera (Adán 1997b: 20; Cid, González y Adán 2009: 91). Particularmente creemos que aquellos pavimentos puedan corresponderse con estructuras de plantas ovaladas, como hemos visto en el cercano Moriyón, ya que ni las excavaciones antiguas ni las modernas son excesivamente explícitas en este sentido y ya que no creemos acertada la comparación cultural del poblado con la meseteña “cultura Miraveche-Monte Bernorio” (Cid, González y Adán 2009: 91). Ya aludimos más arriba a alguna estructura circular de castros de la Montaña Leonesa, pero siempre desde informaciones poco explícitas o imprecisas. En líneas generales las construcciones circulares, ya sean de piedra como en el Chano, o las de materiales perecederos como en Teberga, junto a León, habría que llevarlas hasta el límite geográfico que consideramos más arriba como límite de los grupos meseteños y cantábricos. Al fin y al cabo en Villacide todavía siguen imperando las casas circulares, como vimos.

Como venimos denunciando a lo largo de la tesis, el sector central cantábrico es bastante estéril en

cuanto a restos arqueológicos que nos permitan interpretar sus principales rasgos culturales. No obstante, habría que pensar que en los castros de la fase II de este sector las viviendas seguirían pautas similares a las de la fase I (capítulo 3), como acabamos de ver en el oriente y centro asturiano. Es decir, estaríamos hablando de cabañas de material perecedero circulares u oblongas. De hecho, en las primeras intervenciones en el castro de Las Rabas se localizaron las murallas, pero no estructuras de habitación. Sin embargo, en algún momento se nos dice que en la cata 3 -situada en una de las zonas más elevadas del poblado- aparecieron niveles de ceniza alternando con tierra y arcilla rojiza, como quemada (García Guinea y Rincón 1970: 13), lo que nos hace sospechar, junto a los abundantes materiales que aparecieron en esta cata, que pudieran corresponderse con los diferentes arreglos y reformas de un piso de una cabaña de material perecedero, como los documentados por Aurelio de Llano para el Picu'l Castu de Caravia. Habría que pensar que varios de los clavos y apliques encontrados (Ibid.: fig. 18-31) pertenecerían a estas presuntas estructuras y a sus muebles. En las excavaciones más recientes de los años 80 presuntamente se descubrieron estructuras de habitación, de adobe, subcirculares, con suelos de arenisca y techumbres vegetales, aunque las pruebas materiales son muy escasas, ya que no pasan de algunos pedazos de manteados de barro, algunos con

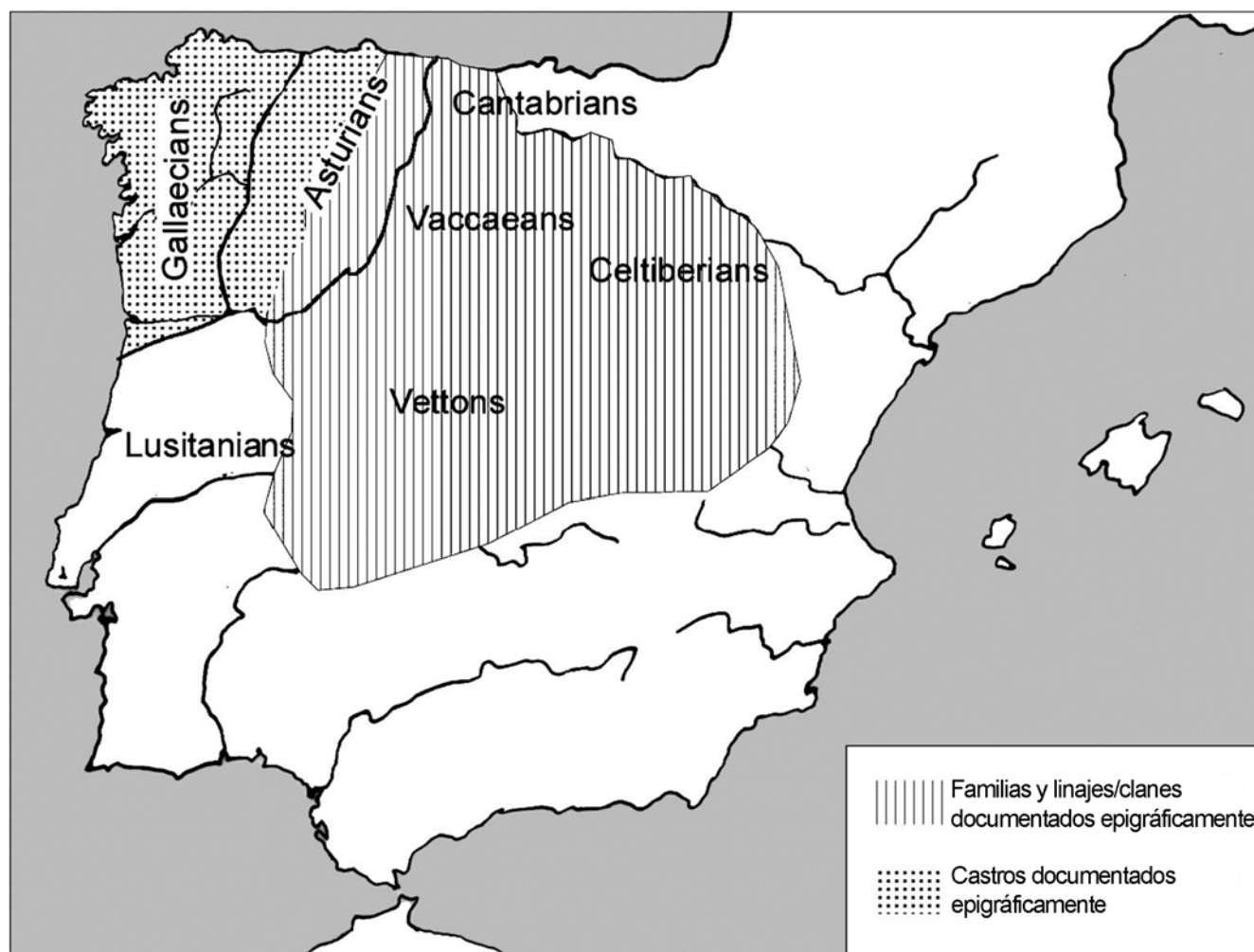
círculos impresos a modo de cenefa (Bolado y Fernández Vega 2010: 411-413).

### Familia y comunidad.

Aparte de los tipos de plantas vemos algunos rasgos arquitectónicos del extremo occidental cantábrico, tanto en la costa (Coaña, Mohías) como en el interior (San L.luis), que tienden a privatizar ciertos espacios que eran semipúblicos y que ahora pasan a ser usados sólo por la familia que habita cada unidad de ocupación. Estos rasgos son una arquitectura pétrea más cuidada, por ejemplo en las caras internas de los muros, mediante el uso de mortero o con apliques decorativos, y, sobre todo, ciertas reformas constructivas. Son procesos que no se aprecian con tanta claridad en el resto de los territorios castreños septentrionales, seguramente por lo perecedero de su arquitectura, que hace mucho más compleja cualquier lectura estratigráfica, pero seguramente también por ser el extremo occidental cantábrico un territorio que desde la fase I ha destacado por tener una complejidad social mayor, o al menos más visible arqueológicamente. Los referentes más inmediatos para estos procesos arquitectónicos los encontramos en la particular evolución de ciertos poblados de la zona bracarense hacia la formación de auténticas ciudades u *oppida*, pero también en otros castros del Noroeste que, al igual que los cantábricos, tampoco evolucionaron hacia formas urbanas o protourbanas (Ayán 2008). Pese a que la decoración plástica de las casas se restringe principalmente a ciertas áreas del sur de la *Callaecia*, también en ciertas zonas cantábricas, como por ejemplo el occidente asturiano y la zona meridional de la cordillera del Suevo, se puede apreciar un uso de la decoración en piedra, principalmente con entrelazados o motivos de cestería. Ello podría llevarnos a pensar que, pese a que no se produzcan en estas zonas los procesos de agregación urbana y jerarquización social que se dieron en la región bracarense, la casa pudo convertirse también en un símbolo de prestigio y distinción para los grupos familiares, es decir, que llegaron a asimilarse rasgos de las *sociétés à maison* (sociedades de casa). Este concepto levistrausiano es ambiguo, pero en definitiva debe aplicarse exclusivamente a aquellas sociedades jerarquizadas en donde a la par que la clasificación y estructuración por el parentesco, las casas comenzaron también a tener un importante rol como principio de organización y competitividad social, hasta el punto de que el parentesco puede ser manipulado y alterado para que el grupo vinculado a cierta casa no pierda su cotas de poder o acumulación de capitales específicos (González Ruibal 2006b: 144-146, 161-163; 2009: 246-251). Respecto a los grupos cantábricos éstos se definen, ya desde la Edad del Bronce al menos, por su carácter reacio al cambio cultural y por el conservadurismo social, que más adelante definiremos

bajo la categoría antropológica de *deep rural*. No podemos olvidar que precisamente esas características destacan y en definitiva existieron como tal por su relación de oposición a otros grupos, que por el contrario, ya desde el Bronce Final, y especialmente en la Segunda Edad del Hierro, destacaron por sus formas sociales desigualitarias, llegando a formar auténticas ciudades-estado (*oppida*). Estos grupos se reparten por la franja al sur de los grupos cantábricos, como veremos más abajo, y básicamente son los *oppida* de la Bracarense y los *oppida* de cultura normeseteña, de oeste a este. Es lógico pensar, y así parece mostrarlo el registro arqueológico, que los grupos castreños más igualitarios del norte de Galicia y del extremo occidental cantábrico, situados justo al norte de la zona bracarense, emularan, copiaran y tradujeran a sus códigos propios rasgos sociales de prestigio de aquella zona del norte de Portugal y sur de Galicia, como puede ser la decoración de las casas o las saunas rituales, mientras que el resto del territorio cantábrico lo haría principalmente de las formaciones sociales meseteñas que se reparten por el territorio llano leonés, Palencia y Burgos. El grupo arquitectónico de las casas circulares de piedra al que pertenecen el Chano y San L.luis, asimilable *grossa modo* con la cuenca del Narcea / Alto Bierzo, marca la transición en el territorio cantábrico entre las influencias bracarenses y las normeseteñas, rastreables en la cultura material. Límite que también coincide, a nivel epigráfico, durante la fase III, con la distribución de las *gens* y *gentilitas* frente a los *castella* (fig. 4.62) (capítulo 5).

Como decíamos, precisamente el territorio por donde se reparten los *oppida* bracarenses tiene unos rasgos arquitectónicos durante la fase II que ha llevado a definir a estos grupos como *sociétés à maison* (fig. 4.63) (González Ruibal 2006b: 161-163; 2009: 246-251). En concreto en *oppida* como Sanfins, entre otros, se puede observar la organización del poblado en unidades de ocupación (*compound*s) asimilables a casas, estructuradas sobre la unión de diferentes estructuras circulares, cada una con una funcionalidad definida, mediante muros de mampuestos que cierran espacios a modo de patios, que son privados de cada familia. Las estructuras circulares principales en ocasiones se decoran arquitectónicamente con jambas de piedra con entrelazados para las puertas, con símbolos astrales (esvásticas, trisqueles) también realizados en piedra y/o con esculturas de guerreros. Además, en estos poblados observamos estructuras especiales, como las saunas o las cabañas de reuniones (¿senados?), la apropiación de ciertos rituales y representaciones del orden cósmico dentro de las casas, o ciertas unidades de ocupación de tamaños claramente diferenciales, lo que se corresponde con familias con claras diferencias de poder, riqueza y/o capital simbólico. El carácter biográfico de las casas y su importancia como estructurador de la identidad familiar también se observa en la reconstrucción y



**Figura 4.62:** pueblos del noroeste de la Península Ibérica referidos por autores greco-latinos (s. III-I a.C.), dispersión de castros documentados epigráficamente (puntos) y de familias, linajes y/o clanes documentados epigráficamente (rayas) (a partir de González Ruibal 2006b, modificado).

construcción de una casa sobre las ruinas de otra, en los mismos lugares, estableciendo un lazo de continuidad con los antepasados, como se observa claramente en la excavación que efectuamos en el castro pontevedrés de Pena Redonda (González Ruibal 2003a; 2005; 2006b; 2009).

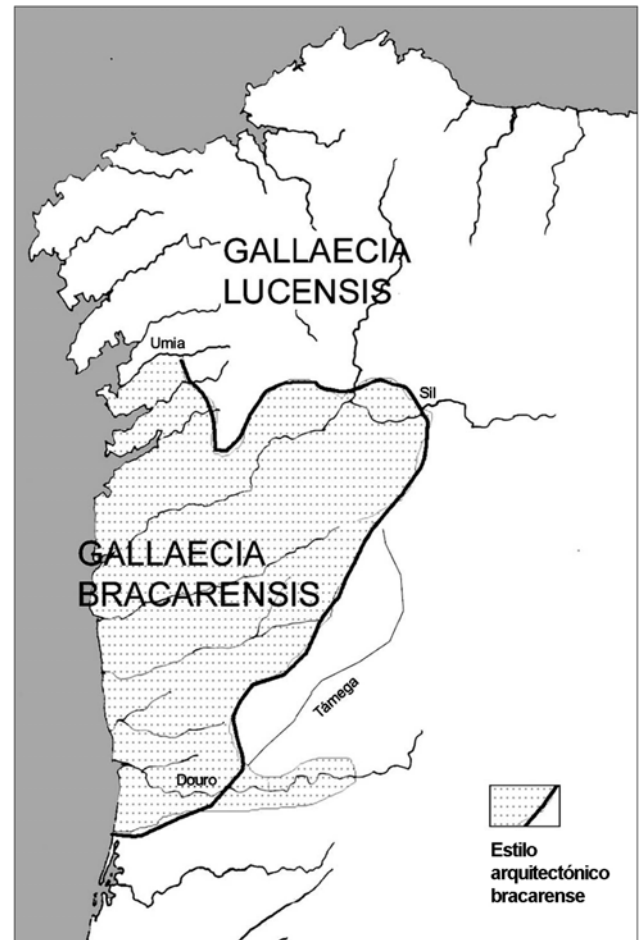
Como ya hemos dicho no sería del todo correcto aplicar el concepto de *société à maison* a los castros cantábricos ya que lo debemos restringir a formaciones sociales desiguales, tipo *oppidum*, con verdadera competitividad social (por ejemplo entre las familias debido a un MPG), con evidentes concentraciones de riquezas por parte de ciertos personajes (en la forma de joyas de oro o de importaciones mediterráneas), con unidades de ocupación (*compounds*) de variados tamaños, etc. como ocurre en la zona Bracarense (González Ruibal 2003a). No obstante, el propio Alfredo González Ruibal (2006b: 170) entiende que, partiendo de la variedad etnográfica de sociedades de casa, que va desde grupos de tendencia igualitaria a formaciones estatales, y viendo que algunos de estos rasgos de la Bracarense se extienden también por el occidente cantábrico (referencias a *castella* en epígrafes, concentraciones de

riqueza en la forma de joyas de oro como los torques, o la división sexual del trabajo, algo que sorprendió notablemente a los historiadores griegos y romanos y que deviene en fundamental en las sociedades de casa) podría pensarse que también en este sector septentrional habría este tipo de organización social o alguna parecida. De todos modos se termina por considerar que sólo en los *oppida* de la Bracarense se llegaron a subvertir realmente los lazos de parentesco en favor de las casas como soporte de las desigualdades del grupo, mientras que en el occidente cantábrico el mantenimiento del *ethos* comunal durante la fase II permitió luchar, en última instancia, contra el desarrollo de aquellas desigualdades sociales. En líneas generales compartimos la propuesta de este autor ya que consideramos que todos los grupos castreños cantábricos pueden englobarse bajo el amplio concepto antropológico de *deep rurals* (ver más adelante) caracterizado por la lucha contra la aparición de desigualdades.

Pero no deja de ser llamativo que en la zona de influencia de la Bracarense hacia el norte, entre los que se encuentran los grupos del extremo occidental cantábrico, con numerosas concomitancias con los de

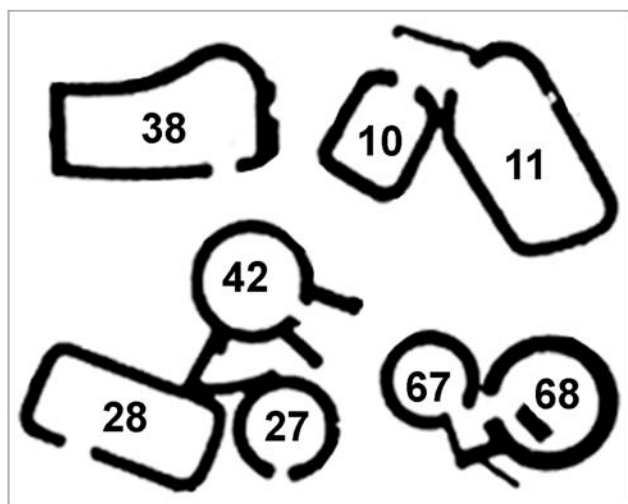
la costa norte gallega, encontremos también, aparte de los rasgos mencionados (epígrafes con C invertida, joyas de oro, alguna importación mediterránea o armas con largas biografías, como el puñal de antenas de Taramundi), estructuras especiales como las cabañas comunales o de reunión, las saunas castreñas del tipo septentrional (ver al final del capítulo), los procesos de reforma de ciertas unidades de ocupación que tienden a privatizar espacios, la reconstrucción reiterada de casas en los mismos lugares, a veces durante casi 1000 años, la aparición de hogares decorados o bajorrelieves en piedra con motivos astrales y/o de cestería. De hecho, algunos de estos rasgos se reparten por zonas del sector asturiano que quedan al margen de la arquitectura doméstica en piedra y del sector de los epígrafes con C invertida, como pueden ser algunos ejemplos de joyería de oro y de bajorrelieves en piedra por el valle del río Piloña. No dejan de ser, en última instancia, síntoma de la creciente tensión durante la fase II entre las identidades familiares y las comunales, y del riesgo continuo de ruptura del *ethos* comunal. Veremos a continuación los rasgos arquitectónicos de este proceso.

El Castelón de Coaña es un ejemplo único ya que, pese a las poco metodológicas excavaciones de Flórez, García y Bellido y Uría Rúa, está prácticamente excavado en su totalidad y es un excelente ejemplo del grupo arqueológico de arquitectura que combina las estructuras circulares/oblongas con las de planta de naipe. Además, casi no cuenta con alteraciones o remodelaciones romanas de calado. De este poblado se conocen unas ochenta estructuras domésticas, primando las plantas circulares y las cuadrangulares de esquinas redondeadas, sin contar las dos saunas rituales castreñas y el torreón / plaza elevada, que seguramente ya sea de época romana. Ello permite apreciar posibles reformas prerromanas y la creación de unidades de ocupación mediante la vinculación de diferentes estructuras, que en principio deberíamos entender como propias de cada grupo familiar. Es decir, nos permite intuir los procesos de complejización social a lo largo de los cuatro siglos que duró la fase II. Un ejemplo puede ser la estructura 38, en la que se aprecian las formas de las dos estructuras previas, cabañas circulares en algún caso, dando lugar a una planta compleja que perfectamente puede entenderse como prerromana, ya que el resultado final posee esquinas redondeadas en tres de sus lados. Poseía canal bajo el piso y escorias en su interior (Maya 1987/88: 25). Este caso concreto y el hecho de que en la acrópolis, de la que sospechamos que se trata del primitivo castro de la fase I (capítulo 3), sólo se hayan documentado dos estructuras circulares de época prerromana (la 80 y la amortizada por la romana 81), nos hace pensar en posibles evoluciones de las formas arquitectónicas durante la fase II en este territorio occidental cantábrico desde estructuras exclusivamente circulares / oblongas al



**Figura 4.63:** *oppida* del sur de la zona galaica y estilo arquitectónico bracarense (a partir de González Ruibal 2006b, modificado).

comienzo de la fase a otras de plantas de naipe a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, que se combinarían con las primeras. Aunque también hemos visto casos en donde una circular sustituye a una oblonga (ver fig. 4.56). La estructura circular 42 (ver fig. 4.56 y fig. 4.64) también parece poseer en un momento original los dos brazos que salen de la puerta a modo de atrio o vestíbulo, siendo un esquema muy típico de este poblado (García y Bellido 1941a; 1941b), para más adelante añadirle el muro que le une a 28 y el que une 27 a 28, proporcionando un espacio privado a partir de ese momento. La casa 11, que estuvo ocupada en época romana como demuestra la aparición de TSH, posee un *catillus* en su interior, y añadió a su puerta un murete (Maya 1987/88: 27) que privatiza ese patio-casa y que hace que veamos una relación directa con la estructura 10, por lo que ambas y el patio formarían una unidad de ocupación. Si este ejemplo lo forman dos estructuras en planta de naipe es posible ver otros ejemplos de puertas enfrentadas en estructuras circulares, como por ejemplo la 76 y la 77, la 44 y la 56, la 20 y la 22, puede que en relación también con la 45, con todo ese espacio intermedio a modo de patio semiprivado, y con claridad la 67 y 68, que aparte de tener las puertas enfrentadas poseen un muro que le da privacidad a las mismas. La evolución



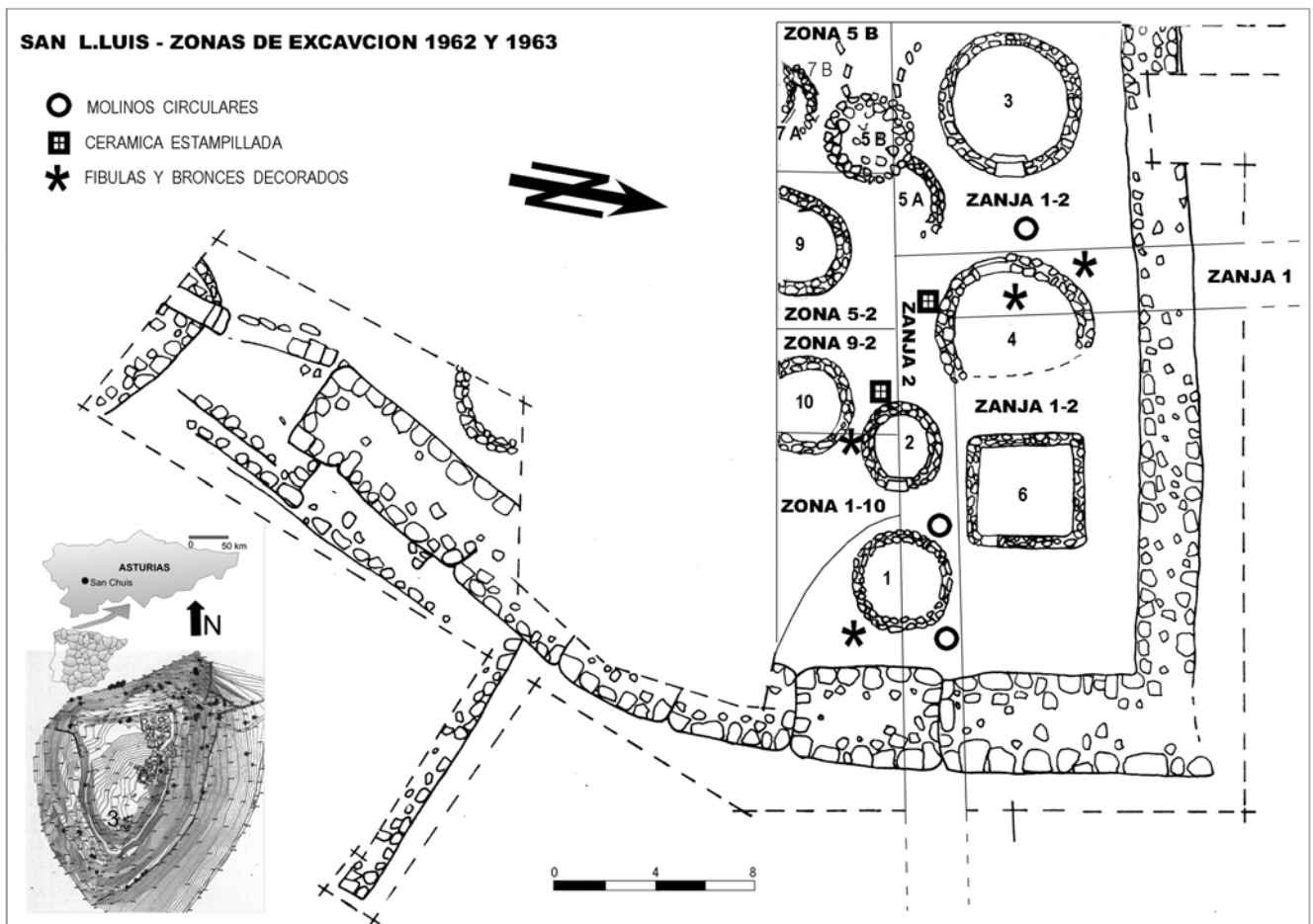
**Figura 4.64:** diferentes ejemplos de reformas arquitectónicas y de privatización de espacios semipúblicos en el Castelón de Coaña (sobre planimetría de Maya 1987/88).

arquitectónica del caserío de la fase II de Coaña, en donde se aprecia la tendencia a unir estructuras con muros (privatización de espacios públicos o semipúblicos), cerrando físicamente cada unidad de ocupación, y la división de algunas estructuras con muros medianeros (ambos procesos ejemplificados en la estructuras 50, 51 y 52) (Maya 1987/88: 28), son procesos que debieron desarrollarse principalmente durante la fase II. Se pone de manifiesto la creciente complejidad social de la que hablábamos, que nos lleva a pensar en el creciente peso que comenzaron a ganar ciertos grupos familiares con respecto al conjunto del grupo social que forma el poblado. El momento prerromano de buena parte de dichas reformas arquitectónicas se deduce de la morfología de las mismas, frente a otras de época romana, que en San L.luis se individualizan perfectamente por superponer estructuras cuadrangulares de ángulos vivos y muros rectos en general sobre las cabañas circulares previas (capítulo 5). Como decíamos más arriba, en este sector cantábrico se emulan formas culturales del sur de Galicia como referentes de prestigio, algo que vemos tanto en ciertas estructuras como las saunas como en la cultura mueble, caso de la cerámica. En concreto en Coaña podríamos también interpretar en este sentido los atrios o vestíbulos a modo de pinzas de cangrejo que algunas cabañas, como la 42, parecen poseer desde su construcción, ya que es un modelo recurrente en los *oppida* del sur de Galicia y norte de Portugal (González Ruibal 2003a: 315-322) y que no se observa en otros sectores castreños.

Gracias a los análisis contextuales de la cultura material se nos abren nuevas vías de investigación para la Edad del Hierro. Atendiendo a la morfología y disposición de las estructuras de San L.luis y a la dispersión de los objetos muebles, podemos reconocer unidades de ocupación de la fase II que englobarían varias estructuras (fig. 4.65). En este sentido las

estructuras 3, 4 y 5A-B podrían considerarse una unidad de ocupación compuesta por una estructura con hogar (3) y una aparentemente sin hogar y con banco corrido (4) que tienen sus puertas de entrada enfrentadas. El molino circular corroboraría un lugar de trabajo femenino en el patio ubicado entre ambas, como veremos. Añadimos además la estructura 5B que debe interpretarse como la base de un posible granero tipo cabazo, como también parece indicarlo la alta concentración de contenedores cerámicos de esta zona. El muro curvo 5A por tanto debemos entenderlo como una zona de trabajo, quizás artesanal, que podría estar representado por la fusayola, aneja a este granero. Desconocemos qué posible función pudieron tener los dos alineamientos de grandes piedras sin trabajar de la parte occidental de 5B. Las estructuras 1, 2 y las amortizadas por 6 pudieron haber constituido otra unidad de ocupación. De ello se desprende otra hipótesis, que podría ser corroborada con futuras excavaciones en área en castros occidentales, y es el hecho de la asociación de un depósito de cerámica estampillada por cada unidad de ocupación (ver más abajo). Por lo que a los significados fundacionales y apotropaicos que se desprenden de estos depósitos cerámicos quizás habría que añadirle otros en un sentido identitario del grupo familiar/unidad de ocupación, frente al conjunto del castro, ya que empezaríamos a ver ciertos rasgos de las sociedades de casa como es el hecho de la apropiación y reproducción de ciertos rituales por parte del grupo familiar (Marín 2007: 152-157).

El estudio de las excavaciones inéditas de comienzos de los años sesenta en San L.luis y de los materiales, principalmente cerámicos, obtenidos en aquellas nos ha permitido, aparte de sentar las bases de la cadena tecnológica operativa (CTO) de la cerámica prerromana para el occidente asturiano (ver más abajo), entender el sentido histórico de las estructuras de habitación que se levantaron a comienzos de la fase II. Como es lógico, las estructuras de habitación en materiales perecederos del centro y oriente asturiano, y del occidente de Cantabria, con frecuencia tuvieron que ser remodeladas e incluso sustituidas por nuevas estructuras, como demuestran las diferentes superposiciones de suelos en diferentes poblados excavados. Pero las estructuras de piedra del extremo occidental cantábrico también fueron remodeladas, e incluso sustituidas por estructuras de iguales características. En San L.luis hemos podido documentar dichas reformas en momentos prerromanos, lo que permite reinterpretar la evolución de otras estructuras del occidente cantábrico. Es el caso de la estructura 3. En ésta vemos (fig. 4.66) que a la par que se construyó la zapata del muro -algo más ancha que los muros en sí- se levantó con la misma técnica una estructura central de lajas de pizarra, que muere a la misma cota que la zapata. Maya erróneamente interpretó esta estructura central y el



**Figura 4.65:** área excavada del castro de San Lluís en los años 60. Se localizan los límites aproximados de los sectores de aquellas intervenciones inéditas y se ubican algunos de los hallazgos descritos en el diario (a partir de Marín 2007, modificado).

hogar que se situó en parte sobre ella como dos hogares que demostrarían dos momentos de ocupación (Maya 1987/88: 52). Realmente se trata de la sujeción de un poste central para la techumbre. La zona entre esta estructura y el muro perimetral se niveló (capas VII y VI) y posteriormente se realizó el pavimento antiguo de la casa (capa V) en el cual se hizo el hogar (número 2). A ese momento de uso le corresponde el escalón de entrada de la puerta. Por lo tanto, el hogar y la estructura central son prácticamente sincrónicos. En un momento posterior se decidió remodelar el interior de la cabaña, para lo cual se practicó un vaciado previo y luego un relleno (capa IV), sobre el que se realizó el pavimento (capa III) que tapó el escalón y que sí marca un segundo momento de uso. Los materiales de las capa V y III de la estructura 3 son exclusivamente prerromanos (CTO cerámica prerromana) y por lo tanto señalan dos momentos de ocupación prerromanos que *grosso modo* habría que situar a partir del 400 cal AC. Otros procesos constructivos o remodelaciones también dentro de la Fase II pueden verse en la estructura 7 (ver fig. 1.15): la capa II de esta zona se encuentra junto al muro de 7A, lo que estratigráficamente hablando supone que el muro es anterior a la capa. En esta capa II la mayoría de la cerámica es de la CTO prerromana aunque también hay galbos decorados de

TSH. Por tanto podría postularse que la estructura 7A pudo construirse en un momento cercano a la romanización y que seguramente siguió en uso en época romana. Sin embargo, el muro curvo paralelo de 7B, con la capa III unida a él, parece que nació y murió en época prerromana. 7A sería una vivienda realizada sobre el arrasamiento de una estructura previa (7B). En la misma línea podríamos decir que pese a que la estructura 4 (ver fig. 4.45) no fue aparentemente reformada en su dilatada vida, sí lo fue el pavimento exterior original (capa V), al cual se le añade en un momento avanzado de la Edad del Hierro otro pavimento de pequeñas piedras (capa III), lo que nos indica la antigüedad de la cerámica estampillada recuperada en el nivel de uso del pavimento primitivo (capa IV) (Marín 2007: 152-157).

Gracias a estas interpretaciones hemos de dejar de justificar exclusivamente con la fase romana de los castros las reformas de las estructuras de habitación, ya que durante 400 años éstas tuvieron una intensa vida de arreglos, reformas y sustituciones, claramente diferenciales en este poblado a las remodelaciones de época romana (capítulo 5). Por este motivo también podemos entender como prerromanas las reformas en otra unidad de ocupación, la 9 (fig. 4.67), que es fruto de la unión de al menos dos estructuras circulares previas, privatizando con muros un espacio que en el

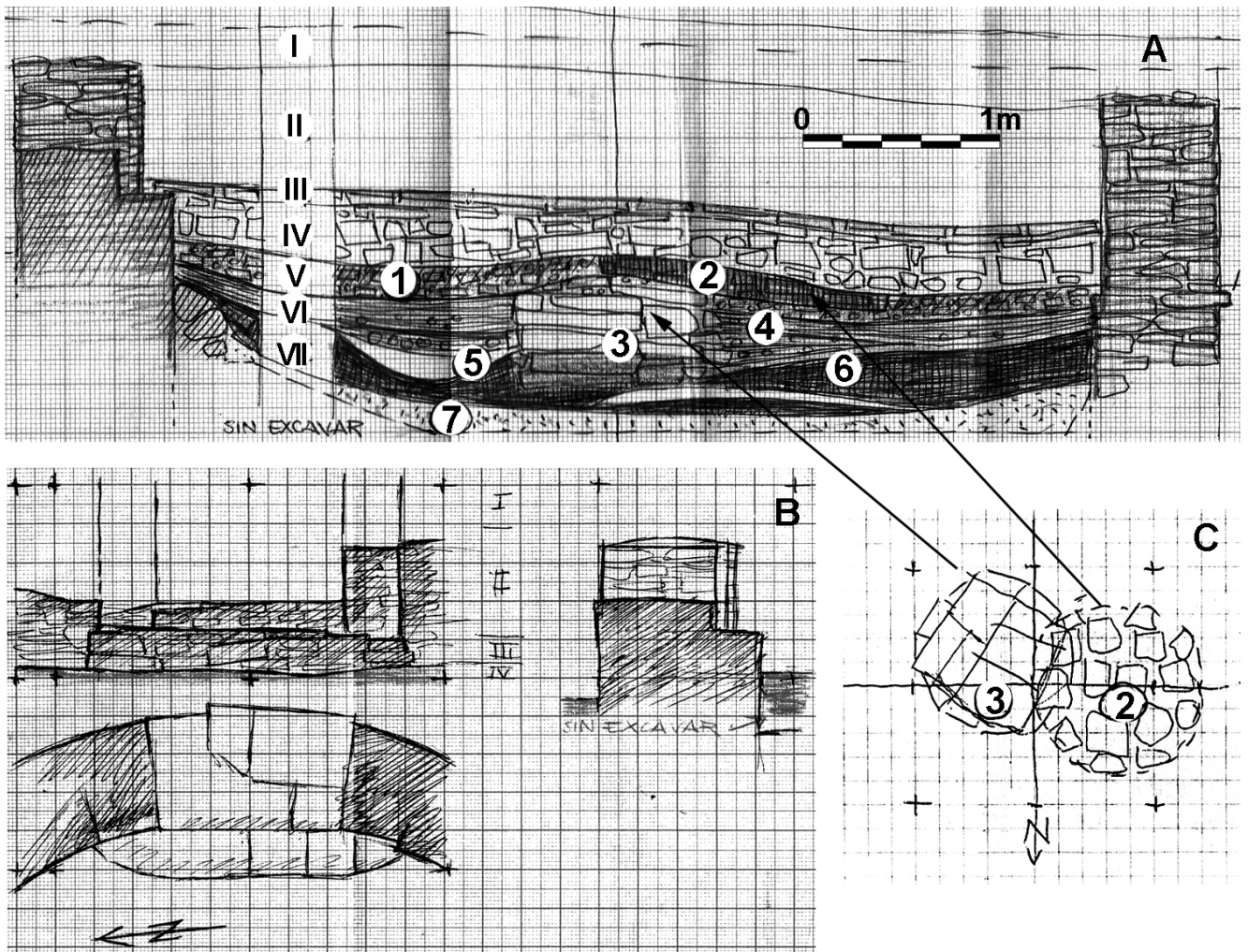
resto de unidades de ocupación es semipúblico. Además se le añadieron otros muros curvos y unas escaleras para solventar el desnivel entre las principales estructuras. En el castro marítimo de Cabo do Mar (Vigo) encontramos evoluciones arquitectónicas prácticamente idénticas a la que comentamos, con la remodelación de estructuras circulares / oblongas de la fase II durante esta misma fase, con nuevos muros que encierran y unifican a ambas estructuras (Acuña, Caramés e Iglesias en González Ruibal 2003a: 289). Este hecho y que en San L.luis y otros castros cantábricos las reformas romanas se fundamenten en la adición de estructuras cuadrangulares y/o brazos rectos a las circulares previas nos hace situar tanto la construcción de las estructuras originales como de sus reformas en la fase II. Quizás no sea de extrañar que sea en este particular ejemplo arquitectónico de San L.luis el único en el que se haya documentado una escultura de una cabeza cortada (Adán y otros 2000: 18), como ejemplo más oriental de una tradición castreña bien asentada en el Noroeste, con una fuerte concentración al norte de Galicia (González Ruibal 2003a: 364-365). Por su lugar de hallazgo pudiera estar formando parte de la puerta principal de este complejo arquitectónico. Además, es en esta misma puerta en donde también se documentó un umbral decorado, que para otros se corresponde ya con una reutilización de época romana a modo de tablero de juego (Villa 2006:174-175 y Lam. VII). Se trata de un ejemplo de evolución diferencial de la arquitectura de una “unidad de ocupación” que debe relacionarse con el aumento de poder y/o acumulación de capitales específicos de este grupo familiar con respecto al resto de la comunidad castreña, lo que les llevaría a exhibir la identidad familiar mediante las reformas arquitectónicas mencionadas y con la decoración de la puerta de este conjunto, ya que es la parte de la casa con mayor simbolismo. Algunas de las cabezas cortadas más cercanas a San L.luis serían las del castro lucense de Barán (Paradela), aunque en este caso no son de bulto redondo sino bajorrelieves y con una fisonomía en “cara de lechuza” que en poco se parece a la de San L.luis, pero que también parecen proceder de estructuras domésticas. Concretamente en lo que posiblemente sea el centro de una estancia, sobre la roca madre, y cuyas bases se encontraban cubiertas por el duro pavimento de la estructura. Yuxtapuesto a estas dos insculpturas se localizó un hogar (Álvarez Núñez 1992: 159-160; 1995-96b: 43-44), por lo que podríamos entender que estos bajorrelieves pidieron haber estado colocados a la vista de todo el mundo en la fachada de dicha estructura para ser amortizados en el último momento de uso de la misma. Otro ejemplo lucense es el Cabezón de Relle, esta vez de bulto redondo y factura tosca, como en el caso de San L.luis, procedente del castro de Vilela, pero en donde se han representado los brazos y una porción del tronco (Álvarez, López y López 2006: 28 y fig. 17). Pese a los

intentos por vincular este tipo de escultura castreña con momentos romanos (Calo 1994: 720; Villa 2006: 176), proponiéndose incluso para el caso de San L.luis que pudiera tratarse de una representación rústica de Hermes (Adán y otros 2000), existen ejemplos suficientes como para datarlas con seguridad en época prerromana y entenderlas como una tradición de raigambre claramente castreña, pese a que pudieran seguir fabricándose en época altoimperial (González Ruibal 2003a: 365). Por otro lado ya vimos el simbolismo de las cabezas en los primeros castros (capítulo 3), situadas en las puertas de los mismos, como la de la cista de la entrada a la acrópolis del Chao Samartín. Por lo tanto, ¿pudieran ser estas cabezas de piedra representaciones de antepasados? Si fuera así, podríamos estar hablando de nuevo de la apropiación de un símbolo que en la fase I era comunal por parte de ciertos grupos familiares durante la fase II.

Creemos que Jesús Celis se confunde al limitar el concepto de unidades de ocupación con el de cabaña con hogar, y entender que todas las cabañas del Chano tuvieron la misma función (2002: 194-195) ya que precisamente algunas no tienen hogar. Las unidades de ocupación de la fase II en este sector del occidente cantábrico suelen estar formadas por diferentes estructuras, más los espacios semipúblicos o ya completamente privados que se encuentran en medio, en donde se realizarían diferentes tipos de trabajos domésticos y/o productivos. Por ejemplo la estructura VII sin hogar del Chano enfrenta su puerta a la IX con hogar (Ibid.: lam. III), por lo que se podría entender como una unidad de ocupación, puede que también en relación a VIII, y al espacio que queda entre medias de ellas. Las estructuras III y IV, que comparten sendos tesorillos de denarios celtibéricos, podrían formar otra unidad de ocupación.

Para poder establecer qué estructuras pertenecen a una misma unidad de ocupación y continuación comparar sus tamaños, morfologías y recursos decorativos, es necesario contar con buenas excavaciones en área. No es lo que ocurre en el castro de Arancedo, en donde los sondeos de los años 50 al norte y al sur del poblado sólo dejaron a la vista unas pocas estructuras (ver fig. 4.56). Pese a ello podemos observar reformas, que perfectamente pudieron haberse dado en época prerromana, ya que al igual que en otros castros occidentales las reformas urbanísticas romanas suelen desarrollarse sobre tipo mediterráneos de estructuras vivas, que en este caso concreto arrasan estructuras circulares previas (Marín 2008: 298). En concreto bajo la estructura en planta de naípe SH 1 parece meterse un muro curvo (Maya 2001: fotos 12-14), lo que hemos interpretado como una posible sustitución arquitectónica de estructuras circulares previas por las de planta de naípe (Marín 2008: 298), como interpretamos para Coaña. En el sector norte de Arancedo, por otro lado, podríamos ver el módulo





**Figura 4.66:** estructura 3 de San L. Luis según los diarios de excavación de 1962 y 1963: A. Perfil estratigráfico E-W; B. Detalle de la puerta de entrada; y C. Planta de la superposición del hogar sobre la estructura central (a partir de Marín 2007, modificado; se corrige a Maya 1987/88: fig.17, B).

básico de las unidades de ocupación para la fase II, compuestos por una estructura circular y una en planta de naípe, como son los casos de H 1 y H 5 con sus puertas enfrentadas hacia un vestíbulo que ratifica ese espacio común y ambas con hogar, y sobre todo H 3 y H 4, de las que deducimos su pertenencia a la misma unidad de ocupación por la reforma en un momento dado del muro que formaba el vestíbulo de la circular, hasta conectar con la pared de la de planta de naípe (Marín 2008: 298-299). En general, reformas de unidades de ocupación como las de Coaña, San L. Luis o Arancedo que hemos visto nos sitúan ante historias de vida, ante las biografías de unas casas que debieron interactuar con las de sus habitantes humanos, anclando a la gente en el espacio y enlazándoles con el tiempo. La dimensión temporal está presente tanto en la continuidad como en las propias reformas y reconstrucciones vividas de generación en generación (González Ruibal 2006b: 159).

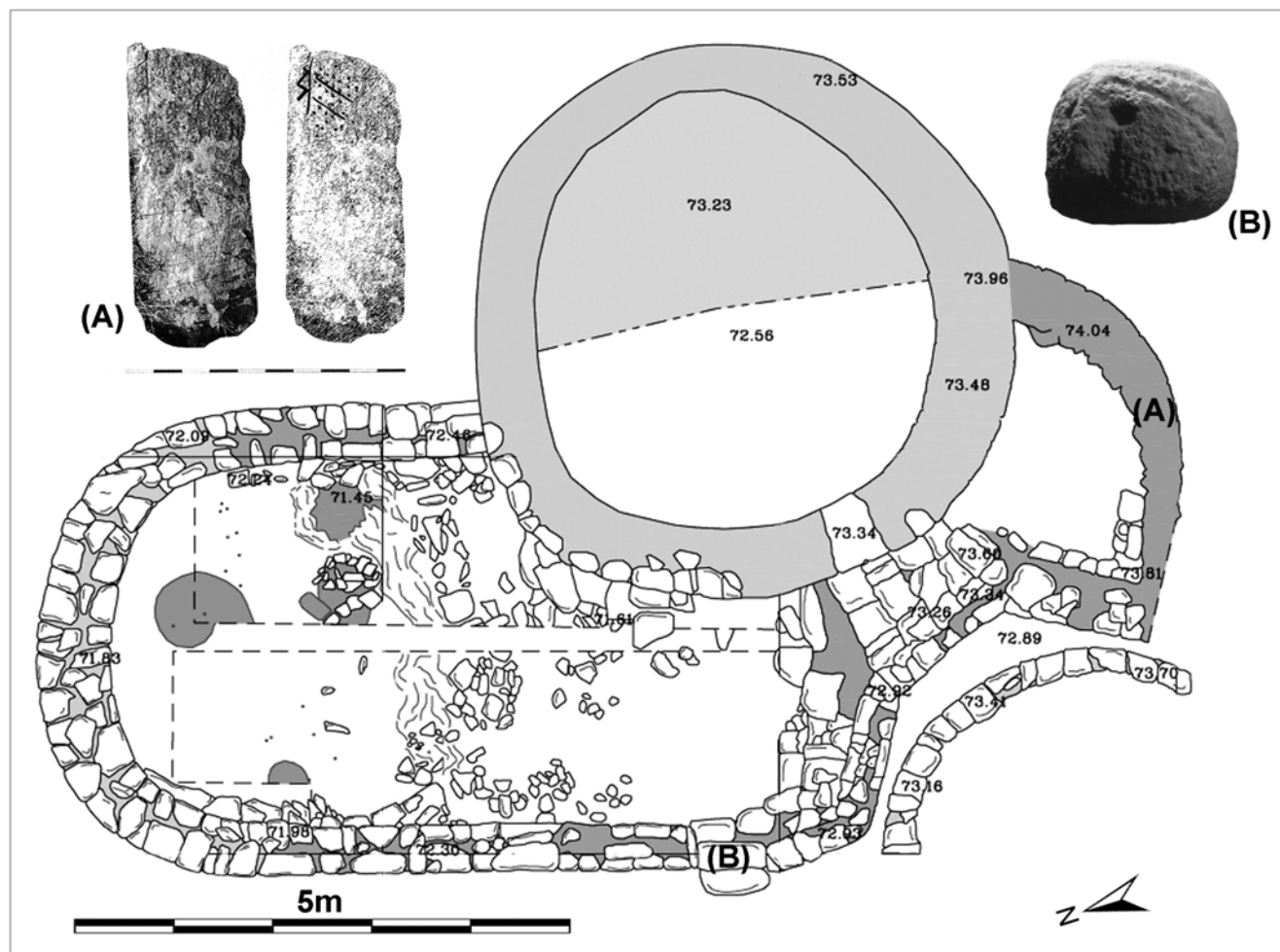
En otros casos como Llagú sí se encuentra excavada toda la superficie del poblado, pero con el inconveniente de que su arquitectura, al ser mucho más endeble, es más compleja de ser interpretada. En este poblado sus excavadores ya advirtieron que las

cabañas se organizan en grupos o “unidades de ocupación” que siguen un modelo alveolar (fig. 4.68). Por un lado tendríamos agrupaciones de cabañas abiertas a espacios de tránsito o espacios para circular, irregulares y pavimentados, adaptados a la disposición de las cabañas y de la roca emergente. En otros casos las agrupaciones siguen esquemas lineales a lo largo de espacios de tránsito alargados (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 122). Como las 50 estructuras excavadas en Llagú, que se desarrollaron entre el s. IV y II a.C., siguen un sistema alveolar, se ha defendido que debieron de copiarse localmente ciertos modelos de prestigio, aunque su disposición sea mucho menos hermética y cerrada que en el caso de los *oppida* bracarenses y mucho menos abigarrada que en los ejemplos del bajo Bierzo como San Juan de Paluezas o Corona de Corporales (Ayán 2008: 958-959). Precisamente en dos de estas agrupaciones que debemos entender como “unidades de ocupación”, situada una en el sector nordeste, en la esquina interior que forma aquí la muralla, pero junto a la puerta principal del poblado en época prerromana, y la otra justo al lado opuesto, en el sector suroeste, en otra agrupación evidente, junto a la que será la puerta

principal de época romana y en un sector que puede ser entendido como metalúrgico (ver más abajo), encontramos, al igual que hemos comentado para San Lluis, que algunos de estos conglomerados arquitectónicos añadieron piezas decoradas, como un recurso simbólico más de ciertas familias del poblado por diferenciarse del resto. En concreto nos referimos a las dos piezas escultóricas, una de caliza y otra de

también reviste a estos elementos con un halo de prestigio.

No dejan de ser llamativas estas influencias estilísticas en el centro de Asturias, ya que el ámbito de influencia de los *oppida* bracarenses llegó especialmente hasta la cuenca del Narcea, como dijimos. Hemos de pensar que en el resto del sector occidental cantábrico se mezclaron las influencias bracarenses con las



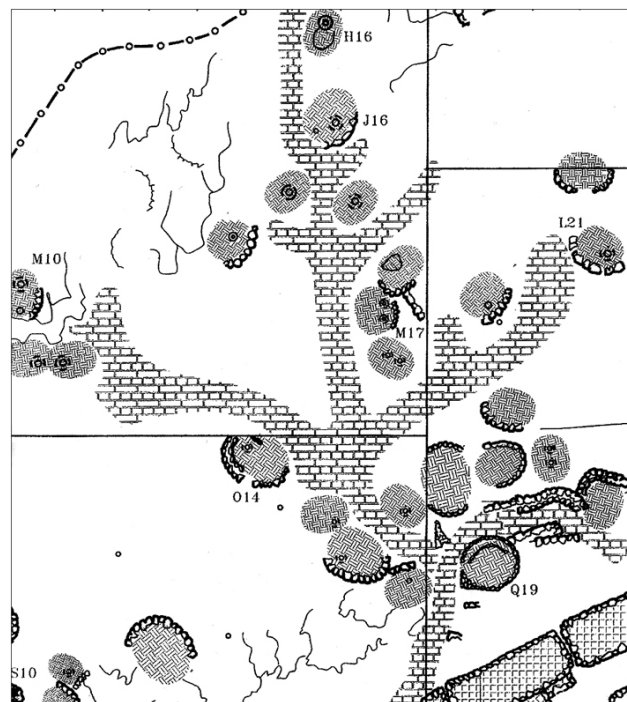
**Figura 4.67:** planimetría de la unidad de ocupación 9 de San Lluis, en donde se aprecian, al menos, dos momentos constructivos, con la unión de estructuras circulares previas mediante muros rectos. Se marcan el lugar de aparición del umbral decorado y de la cabeza cortada (a partir de Adán y otros 2000; Villa 2006; sobre planimetría inédita).

barro, que muestran sogueados típicos del mundo castreño noroccidental y cantábrico, encontradas junto a las estructuras D 36 y T 09 (Ibid.:124), por lo que no tienen ni porqué ser fechadas en época julio-claudia ni entendidos como ojos esquemáticos (Ibid.: 128), ya que poseemos numerosos paralelos prerromanos para sogueados, entrelazados y/o motivos de cestería tanto en cerámicas como en orfebrería o arquitectura castreña del Noroeste y ámbito cantábrico (fig. 4.69). La copia de modelos arquitectónicos y escultóricos no sólo diferencia formalmente, aunque sea mínimamente, unas unidades de ocupación de otras, sino que conlleva la apropiación de un simbolismo y ritualidad asociados con ese arte esquemático, por no hablar de lo que supone incorporar elementos que de algún modo conectan con tierras lejanas, lo que

normeseteñas, para monopolizar exclusivamente las meseteñas las influencias estilísticas sobre el sector central cantábrico. Casi en la cuenca del Sella, límite entre los sectores central y occidental cantábricos, vemos todavía influencias del “gran estilo bracarense”, tanto en la decoración de ciertas joyas de oro como en la aparición de otros entrelazados realizados sobre piedra. Nos referimos en concreto a los bloques con decoraciones geométricas procedentes del castro de Argandenes (Piloña), reaprovechados en la iglesia de origen prerrománica del inmediato pueblo de San Román, y las del vecino castro del Picu Faéu (Castiellu, Parres), aparecidos en las fincas aledañas al castro. Los hallazgos de ambos castros son muy similares, con motivos de cestería o entrelazados, muy parecidos a los de la cerámica o la orfebrería. Algunos poseen

huecos como para ser encajados con otras piezas (Martínez Vega 2003: 91-93; Hevia Llavona 2008: 37-41). Son llamativas estas piezas “arquitectónicas” en poblados cuya arquitectura doméstica hemos de entender, por analogía con otros castros del centro-oriental asturiano, como de materiales perecederos. Tampoco sabemos qué ubicación exacta pudieron tener, si en espacios domésticos, al modo de jambas de entrada a alguna casa, o en espacios públicos, como las puertas del poblado.

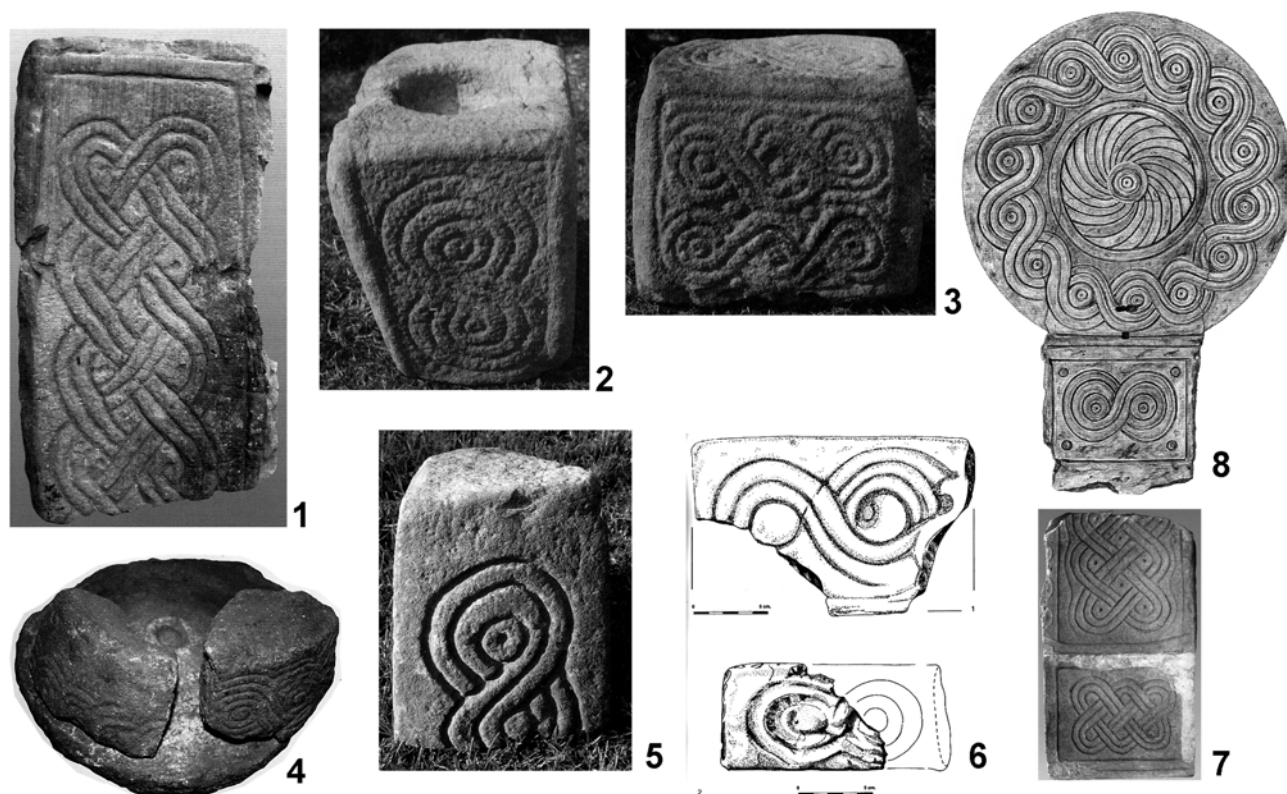
En esta misma tradición decorativa hemos de aludir a dos manifestaciones culturales exteriores a los recintos castreños, pero que se pueden vincular perfectamente con ellos. Nos estamos refiriendo a las estelas de Coaña y a la de Duesos (Caravia). Pese a que se haya dicho que las estelas del ámbito castreño son romanas y que su introducción se debe a una emulación por parte de los indígenas de la alta cultura que procede de Roma (Fernández-Posee 2002: 89) creemos que estos ejemplos los podemos considerar como manifestaciones culturales prerromanas o, al menos, de clara tradición prerromana. Estelas como la de Coaña, llamada en la tradición Piedra de Santa María, se le supone una vinculación a algún cementerio cercano al Castellón de Coaña, y por lo tanto con un sentido funerario (García y Bellido 1942a: fig. 16; Maya 1983b: 247). Sabemos que se encuentra muy cerca del poblado, en un lugar en el que destaca la presencia de un túmulo y la aparición de orfebrería. Respecto a la de Duesos, apareció también reutilizada en una iglesia, la del pueblo de Duesos, y está muy fragmentada. Se conservan partes del pie y del disco de la estela, por lo que se ha podido proponer una reconstrucción. No obstante se duda de si su cronología más ajustada es prerromana, romana o medieval (Adán 1997b: 14; Fernández y Miyares 1987). En primer lugar, estilísticamente la decoración de estas estelas tiene paralelos cerrados con muestras culturales castreñas prerromanas (tanto en orfebrería como en cerámica o decoraciones en piedra de molinos, como los de Coaña). Por otro lado la vinculación de la estela de Coaña con el Castellón es clara, pero también pudo ser recuperada la estela de Duesos del inmediato Picu'l Castu de Caravia, o de sus alrededores, al igual que los entrelazados de Argandenes acabaron en la iglesia de San Román. Además la combinación de entrelazados con símbolos astrales (crescentes lunares, discos, esvásticas, estrellas...) en las estelas se debe relacionar con la localización astral de la vida de ultratumba, con el último viaje (Marco 1997: 31), o al menos con elementos astrales en un sentido amplio (González Ruibal 2006b: 163). Ello puede hacer que entendamos los entrelazados de castro como Coaña, Llagú, Argandenes o Picu Fáu en un sentido cosmológico, similar al de trisqueles, esvásticas, etc. y por lo tanto claves en la reproducción natural y social del grupo (Ibid.). Podemos pensar en las implicaciones



**Figura 4.68:** modelo alveolar de organización espacial del castro de Llagú (en Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b).

que tendría que ciertas familias pudieran estar apropiándose de estos símbolos para sus casas.

Pese a esta generalización de motivos (principalmente entrelazados y en segundo lugar motivos astrales como trisqueles, flores de agua / sextiles, esvásticas, motivos con multitud de brazos curvos, etc.) no podemos concluir que se hubiera creado un “gran estilo”, al modo del “arte de los *oppida* bracarenses” (González Ruibal 2004: 116-123; 2007: 298-299) en nuestro ámbito de estudio, ya que este sector cantábrico no posee en absoluto esas características sociales. No hay argumentos para defender en nuestra área de estudio una desigualdad tan marcada ni unas elites claramente diferenciadas, con una cultura material propia y exclusiva, y sobre todo con casas (unidades de ocupación) mucho más grandes que el resto. Ni tampoco grandes poblados en donde ciertas familias pudieran explotar económicamente al resto. Nada de esto se ve en la Edad del Hierro del ámbito cantábrico. Lo que sí puede observarse en el centro-occidente cantábrico es cómo las elites sociales, de poder mucho más efímero que sus homólogos de la Bracarense o llanura normeseteña, utilizaron como recursos simbólicos ciertos elementos inspirados en los “grandes estilos” del Noroeste -motivos de entrelazados y solares, que se tallan en piedra, se aplican sobre la cerámica o se usan en la decoración de joyas de oro- y de la Meseta Norte -fibulas de caballito, de torrecilla, en algún caso importación de cerámica a torno oxidante con decoración de bandas rojas, etc.-. Esta particular combinación de grandes estilos amalgama elementos esotéricos (los motivos astrales, seguramente también los entrelazados), exóticos (la lejanía de la que



**Figura 4.69:** la arquitectura decorada: los entrelazados castreños: 1 a 3. Bajorrelieves de procedentes del Castro de Argandenes (Piloña); 4. Molino de Coaña; 5. Bajorrelieve del castro del Picu Fáeu (Parres); 6. Morillo y elemento arquitectónico del Llagú; 7 y 8. Diversos fragmentos de la estela de Duesos (Caravia) (a partir de Adán 1997b; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Martínez Vega 2003; Marqués 1997; Hevia 2008).

proceden algunos de estos objetos) y sociales (la representación del poder mediante el uso de un torques o cinturón, sólo reservado a unos pocos), cuyo fin es sustentar sus inestables posiciones.

#### **Los espacios domésticos y las actividades de mantenimiento: las relaciones de género castreñas.**

El análisis del ámbito doméstico es la escala espacial más propicia para reconocer los diferentes tipos de trabajo y hacer visible la invisible presencia de las mujeres en el pasado. Atendiendo al género no se trataría de estudiar un espacio exclusivamente masculino o femenino, sino de demostrar el hecho de que se puede tratar de espacios compartidos en el que ambos sexos realizaran tareas de igual importancia y de tener cuidado con la tendencia, mayoritaria por otro lado, de masculinizar todos los trabajos que se reconocen en el registro arqueológico (Tringham 1999; Falcó 2003: 158, 164-165). De este modo, precisamente la producción y el consumo de alimentos se considera como un medio para determinar las relaciones de género, ya que las áreas donde se practican estas actividades son un centro de interacción social, siendo una información de primera mano para poder estudiar las relaciones sociales. Según los contextos etnográficos, las mujeres se encargan de

preparar y servir los alimentos, por ello se asocia al género femenino la existencia de hogares y equipamientos de cocina y desechos (Hastork 1991: 133-134). También se entiende que este espacio doméstico es uno de los lugares en donde más fácilmente se puede reconocer las actividades de mantenimiento femeninas (Falcó 2003: 203-206), espacio que, por otro lado, sería fundamental en la sociabilidad de las mujeres, y en la estructuración de sus identidades, que suelen ser relacionales, frente a las identidades más individualizadas masculinas (Hernando 2000: 29; 2002).

Uno de los trabajos más interesantes para el ámbito castreño en cuanto al estudio y relación de lo doméstico con el género es el llevado a cabo por M<sup>a</sup> D. Fernández-Posse (2000) en los castros de la Corona de Corporales y San Juan de Paluezas, en el Bajo Bierzo, territorio inmediato a nuestra área de estudio. En éste hay un análisis arqueológico del género, mediante la interpretación de la funcionalidad de las estructuras que forman cada unidad de ocupación. El análisis de esta autora es interesante porque es uno de los primeros en intentar estudiar las relaciones de género castreñas desde la Arqueología y no desde las fuentes clásicas, que ha sido lo habitual, aunque este principio se traiciona en varias ocasiones en el estudio. Sea como fuere, nos parece un importante avance el reconocimiento de que las actividades tanto ganaderas

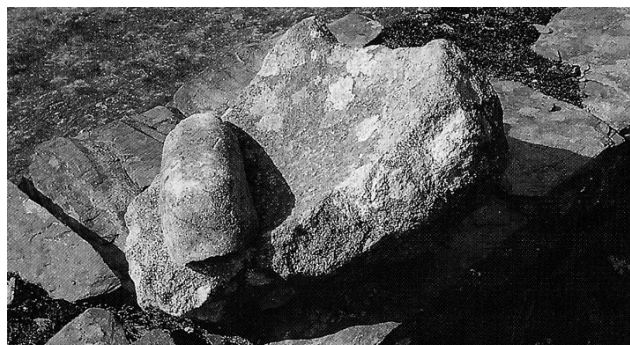
como agrícolas, incluyendo la agricultura de arado, pueden ser compartidas entre hombres y mujeres (Ibid.: 155-156), al contrario de lo que se suele asegurar desde las fuentes clásicas o el paradigma de sociedad heroica, que asocia a los hombres con la ganadería y la guerra como un tándem indisoluble. En las conclusiones del artículo se afirma que en este tipo de grupos, al ser la unidad familiar una unidad de producción y consumo, y ser sociedades donde hay mecanismos que inhiben la estratificación social y las desigualdades, no pudo haber una excesiva distancia social entre hombres y mujeres. Por otro lado, el protagonismo de las mujeres castreñas sólo sería defendible en el ámbito doméstico y familiar (Ibid.: 158).

Los análisis de Fernández-Posse suponen una auténtica primicia en el mundo castreño ya que nunca antes se había intentado realizar una interpretación de género a través de la materialidad y, en concreto, la espacialidad, de las diferentes unidades de ocupación. El problema a la hora de aplicar este estudio en la zona cantábrica es doble, ya que por un lado parte del paradigma de las sociedades campesinas (Ibid.: 150), el cual no consideramos de aplicabilidad en el ambiente castreño. La aplicación de dicho concepto, aparte de las críticas que se le pueden realizar por estar desarrollado para sociedades estatales (ver capítulo 3), supone reificar un cierto modelo de movimiento y espacialidad, en el que las mujeres se hallan atadas al ámbito doméstico y los hombres son los que se mueven a mayores distancias. Así, cuando Fernández-Posse defiende que la agricultura y la ganadería pudieron estar compartidas entre hombres y mujeres realmente es porque se reconocen actividades ganaderas y agrícolas que pudieron desarrollarse en las cercanías del poblado, y por tanto también por mujeres: se trataría del peso de los trabajos de huerta y de recolección, en contraste con la agricultura cerealista, y también del protagonismo de “los trabajos de cuidado y explotación ganadera dentro de cada unidad doméstica, quedando pues dentro del ámbito de la mujer” (crítica en Falcó 2003: 193-195). Por otro lado, el punto de partida del estudio son los castros del bajo Bierzo como el Castrelín de San Juan de Paluezas o la Corona de Corporales, con unidades de ocupación formadas por varias habitaciones cuadradas, en donde una de ellas suele ser un granero de grandes dimensiones. Por mucho que sean definidos como “castros astures” no resisten una comparación estricta con los castros cantábricos, como venimos criticando, en donde hemos de pensar que el peso simbólico y económico de la agricultura y la ganadería, así como de la movilidad que supuso cada práctica, fue completamente distinto al Bajo Bierzo. Respecto a la información ofrecida por el geógrafo griego Estrabón, cuando éste afirma para los cántabros que son “las mujeres o las hijas las que heredan” puede que no se refiera a la tierra, ya que Tácito por ejemplo para los

germanos dice que la mujer recibía unos bienes como dote, los regalaba al marido y los transmitía también a sus hijos, pero siempre se trataba de un tipo de objetos relacionados con el aspecto guerrero de la sociedad, por lo que las mujeres eran depositarias de unos bienes relacionados con el matrimonio y en un contexto claramente masculino (González Rodríguez 1993). Por ello se supone que las mujeres de los “castros astures” también transmitían por herencia aquellos bienes denominados domésticos, ya que, según Estrabón, cuando describe las características de las mujeres castreñas, la mayoría se consideran propias de la esfera doméstica de las relaciones familiares, en un tipo de organización social donde las mujeres están unidas a la producción económica y a la par a la vivienda, entendida como la unidad de producción. Por ello M<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse (2000: 157) concluye que el ámbito doméstico es el único donde puede proponerse la igualdad material de la mujer con el hombre.

Pese al avance y novedad que supuso el trabajo de Fernández-Posse creemos que puede ser matizado en varios aspectos. Ciertamente pensamos que la extrañeza de Estrabón ante las costumbres de los pueblos del norte de la Península seguramente se deba, entre otros motivos, a que estas gentes tendrían unas relaciones de género en donde las mujeres detentarían un nivel de protagonismo social al que la mirada de un griego no estaría acostumbrada. Incluido el ámbito de la producción, ya que por ejemplo Silo Itálico dice claramente que entre los galaicos son las mujeres en exclusiva las que plantan y aran los campos mientras los hombres permanecen inactivos (en González Ruibal 2006b: 168). Aunque, insistimos, antes de sacar conclusiones de género sobre estas afirmaciones se ha de tener en cuenta la visión mediterráneocéntrica de aquellos autores (Bermejo Barrera 1994). No obstante podemos obtener la idea general de que entre los pueblos del norte las mujeres detentaban un protagonismo social no sólo en el ámbito doméstico sino también en los espacios públicos de los poblados y en los espacios productivos, tanto agrícolas como ganaderos. Situación que quizás no tenga paralelismos en otras partes de la península, lo que claramente se relaciona estructuralmente con el hecho de que estos pueblos montañoses sean los que en esas fechas todavía mantuvieran fuertes tendencias igualitarias, lo que a nivel de género supone una menor distancia social -desigualdad- entre hombres y mujeres. Por otro lado también debemos pensar que, desde un punto de vista de las heterarquías (Crumley 2002), hay múltiples fuentes de poder y de estatus en la sociedad, incluida la producción agrícola, la artesanía, el comercio, el combate o el poder ritual (Levy en González Ruibal 2006b: 168). Como veremos más abajo, el control de ciertas tecnologías, como la cerámica en manos femeninas, es un rasgo que ni siquiera se da en los poblados meseteños contemporáneos, en donde esta misma tecnología ha sido industrializada y





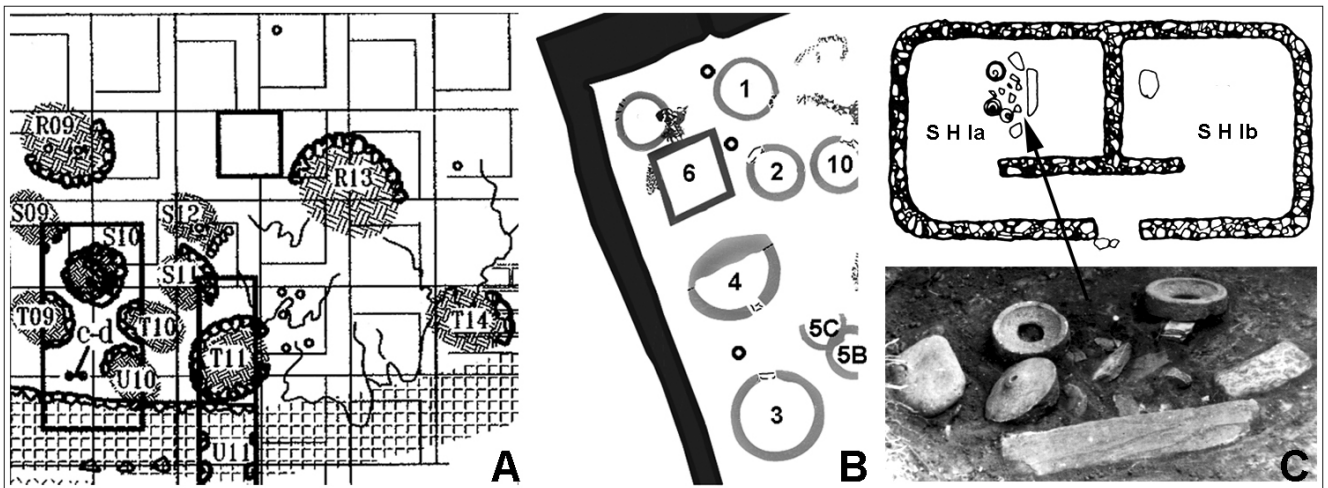
**Figura 4.70:** la molinaria castreña: molino de vaivén, circular y piedra con cazoletas procedentes del Castrolón de Coaña (a partir de Pedregal 1990, modificado).

monopolizada por las manos y símbolos masculinos, que es lo que se esconde tras la denominada “cerámica celtibérica” y su producción en alfares semi-industrializados.

Pese a que en líneas generales se puede argumentar a favor de una menor desigualdad de género entre las sociedades cantábricas de la Segunda Edad del Hierro con respecto a sus contemporáneas meseteñas, un análisis ajustado ha de tener en cuenta el carácter guerrero y de disputa territorial permanente entre las diferentes comunidades castreñas desde el origen mismo de la Edad del Hierro, lo que configuró una nueva ideología guerrera y por lo tanto reconfiguró las relaciones de género en esta dirección. De hecho, propusimos que el género como tal, entendido como una relación desequilibrada que supera la milenaria complementariedad de funciones entre hombres y mujeres de las sociedades cazadoras-recolectoras y de las primeras productoras de alimentos (Hernando 2008), nacería en el sector centro-occidental cantábrico con los primeros castros de la fase I b (capítulo 3). Como veremos, durante la fase II no deja de reforzarse la ideología masculina guerrera. Por otro lado, como apuntamos, el

paradigma de sociedad campesina no es adecuado para las sociedades castreñas cantábricas por los argumentos que ya esgrimimos, así que preferimos utilizar modelos antropológicos como el de *deep rural* (ver más abajo), desarrollado precisamente para grupos de tendencia igualitaria, refractarios al cambio y situados en la periferia de sociedades estatales, lo que encaja bastante bien con los grupos del centro-occidente cantábrico. Además, ya hemos llamado la atención a lo largo de la tesis sobre lo incongruente que supone sustentar el paradigma de la “cultura castreña astur” sobre unos castros de El Bierzo que poseen una tradición histórica desde la Edad del Bronce tan particular, con fuertes influencias meseteñas, como podría verse en las mismas unidades de ocupación del Castrelín de San Juan de Paluezas o la Corona de Corporales. Este tipo de unidades de ocupación en donde lo que priman son las estructuras cuadrangulares sobre las circulares (mínimas), que configuran un espacio completamente abigarrado con los espacios privatizados y aislados físicamente de los espacios públicos (calles y plazuelas) y con grandes graneros es un modelo que no se repite en ningún otro punto “astur”, por lo que más bien deberíamos decir que es un modelo propio, circunscrito a la hoya de El Bierzo, y diferente de los modelos arquitectónicos cantábricos.

Además, creemos que el modelo por el cual cuanto más cercana se encuentre una actividad del ámbito doméstico/privado más posibilidades tiene de ser una actividad femenina hay que tomarlo con cautela, ya que es una interpretación que, paradójicamente, es heredera del androcentrismo a la par que lo refuerza. Las dicotomías y oposiciones estructuralistas privado/público, femenino/masculino, doméstico/salvaje... son lugares comunes en los que solemos caer en las interpretaciones arqueológicas, pero que, en concreto en lo que se refiere al género, no son categorías de análisis lo suficientemente operativas ya que establecen rígidas diferencias que tienden a recluir al grupo doméstico únicamente a la esfera física de la casa, a la par que niegan construcciones alternativas del género. Sería un claro avance poder realizar una crítica simétrica de estos pares opuestos (Webmoore 2007). La teoría social tradicional ha construido el ámbito doméstico, materializado físicamente en el espacio de la casa, como lugar donde las mujeres desarrollan sus actividades. Además, este espacio doméstico se ha hecho coincidir con el espacio privado, en clara oposición al público, con un claro sesgo androcéntrico, ya que lo privado se excluye del discurso histórico pues se ha desarrollado por sujetos políticos masculinos, asociados al ámbito público. Es inadecuado asociar el ámbito de lo doméstico a lo privado, y tanto lo privado como lo público pueden calificar a lo doméstico (Montón 2000: 46-48; Falcó 2003: 211-212, 222).



**Figura 4.71:** la externalización de las viviendas: A. Molinos circulares dentro y fuera de las viviendas del castro de Llagü; B. Molinos circulares fuera de las viviendas del castro de San L.luis; C. Molinos circulares en el interior de una habitación de una de las estructuras excavadas en el barrio sur de Arancedo (a partir de Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Marín 2007; Maya 1987/88; 2001, modificados).

Los castros del centro-occidente cantábrico durante la fase II poseen ubicaciones que no tienen nada que ver con la de los dos ejemplos bercianos descritos. Como hemos repasado (capítulo 3 y 4, más arriba), se trata de concepciones del paisaje en donde la movilidad de base ganadera tuvo bastante importancia económica y social. Hemos propuesto una perpetuación del modelo de poblamiento de la fase I durante la fase II debido a un tipo de movilidad espacial que hemos definido como pastoreo especializado, lo que explicaría que siguieran siendo frecuentes las posiciones conspicuas en el paisaje y el control de los accesos a las brañas y pastos de altura. Ningún referente etnográfico, ni siquiera los subactuales de la Cordillera Cantábrica, nos impide pensar en un papel activo de las mujeres del grupo aldeano en este tipo de desplazamientos asociados a actividades productivas como es la subida con el ganado a los pastos de altura, así como a otro tipo de actividades vinculadas a estos movimientos tales como la silvicultura, con la recogida de castañas y bellotas y el mantenimiento de los árboles y sus entornos para tal fin, la elaboración de productos lácteos como el queso, etc. Es más, diferentes referentes etnográficos, especialmente subactuales de la Cordillera Cantábrica, sitúan a las mujeres en una posición protagonista en muchas de estas actividades (Izquierdo y Barrera 2006; González Álvarez e.p. b). Por lo tanto en primer lugar, y en contra de las propuestas de Fernández-Posee (2000), no tenemos por qué descartar la presencia de mujeres en actividades productivas que impliquen movilidad durante la Edad del Hierro, tales como desplazarse y vivir en cabañas, chozos o cuevas durante los meses estivales en los pastos de altura, así como atender al ganado y todas las actividades derivadas, o realizar actividades agrícolas extensivas como las propias de tala y roza, o internarse en los bosques para la recolección de frutos como bellotas o castañas, o batear oro en los placeres fluviales, o

explotar cobre en las galerías mineras. Sobre todo teniendo en cuenta el pequeño tamaño y el sentido igualitario de estos grupos, así como el carácter estructurador de las relaciones sociales que tuvo la movilidad mediante la fórmula del pastoreo especializado.

Por otro lado, gracias a la reformulación del binfordiano concepto de “actividades de mantenimiento” desde una perspectiva de género (Conkey y Spector 1984), se han desarrollado propuestas muy interesantes que poseen una especial aplicabilidad en los contextos domésticos, ya que se diferencia entre las actividades de mantenimiento físico del grupo (como puede ser la construcción y/o reparación de casas o murallas) de las de mantenimiento social del grupo (como pueden ser las tareas asociadas con la reproducción, la salud, la vida ritual y las relaciones en el propio grupo). Estas últimas se pueden equiparar con la producción de mantenimiento (conservación y mantenimiento de los sujetos y objetos sociales) (Castro y otros en Falcó 2003: 217), reconociéndose como tareas productivas al fin y al cabo, y no sólo las que tienen que ver con las áreas “económicas” por excelencia (agricultura y ganadería). Pensemos en la fantasiosa separación entre el modo de producción y los sistemas de sexo-género, crítica que ya se atisba en Engels (en Rubin 1986: 102-103), más aún en grupos pequeños como los que tratamos con un MPD. Es decir, no tendría sentido hablar de agricultura y ganadería, sin aludir a quién y cómo cocina, almacena y dispone de los recursos. Varias arqueólogas españolas han teorizado sobre este concepto de “actividades de mantenimiento” que, en un sentido amplio, se puede definir como el conjunto de actividades que exigen cierta especialización relacionadas con el sostenimiento y el bienestar de los miembros de un grupo social, de tal manera que las actividades de mantenimiento incluyen todas las actividades cotidianas tales como la preparación,



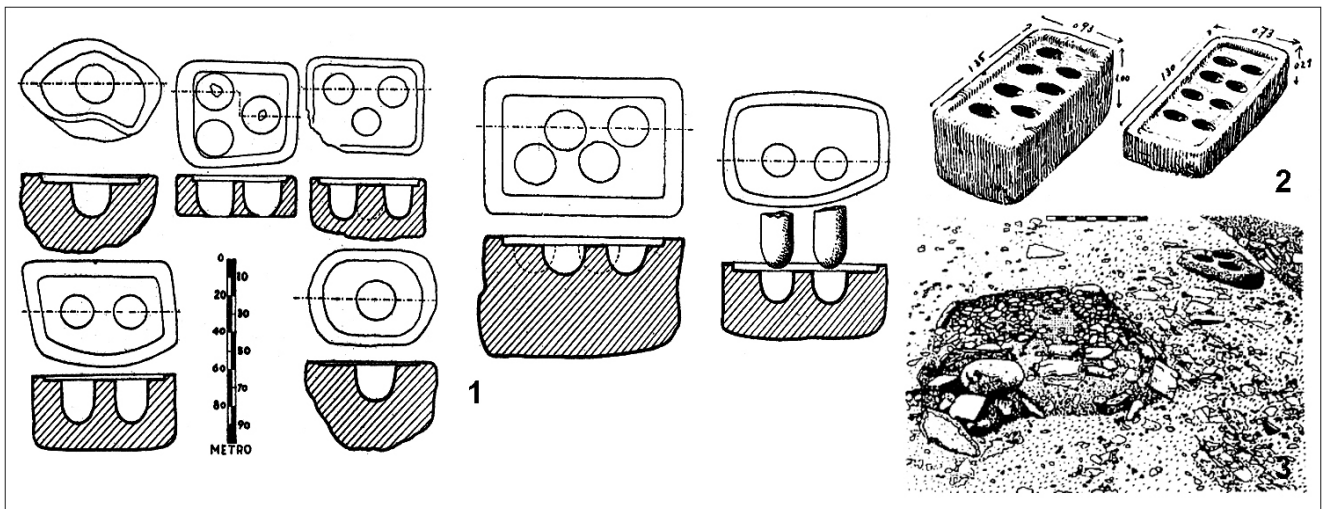
distribución, consumo y almacenamiento de los alimentos, el cuidado, la salud, la higiene y la protección de todos los miembros del grupo, y en general, todas las actividades relacionadas con la socialización (Montón 2000: 52-53), y que por definición se suelen entender como actividades monótonas, repetitivas, de reproducción de la tradición, lo que no les debe restar historicidad ni que se mantengan al margen de la explicación de los cambios culturales (González, Montón y Picazo 2005: 2-3). Las actividades de mantenimiento se pudieron desarrollar a lo largo de todo el espacio ocupado, y no sólo en el *household*, *compound*, unidad de ocupación o casa en un sentido genérico, y tanto por hombres como por mujeres. El objetivo sería identificar el conjunto de prácticas que engloban las actividades de mantenimiento y ver cómo se expresan sus respectivos espacios (Montón 2000: 54; Falcó 2003: 219). Que no desvinculemos a las mujeres tanto de las actividades productivas como de mantenimiento que impliquen desplazamiento y movilidad no quiere decir que mediante el análisis de cada *household* -cada unidad mínima de producción, determinada por un espacio físico y por unas determinadas actividades denominadas domésticas, y que por ello podemos asimilar espacial y arquitectónicamente a cada *compound*- aseguremos el estudio de espacios donde las mujeres operaron con toda probabilidad (Falcó 2003: 224). Para ello se debe intentar ver la articulación de las actividades desarrolladas en cada una de las unidades de ocupación con el resto de unidades espaciales, es decir, aunar el análisis interno y externo de las estructuras, para entender las diferencias de género, cómo las mujeres también actúan fuera de las casas y los hombres dentro de ellas (Pallarés 2000: 74). El espacio de las actividades de mantenimiento traspasa el *household* y en cierto modo no necesitan de la presencia de estructuras arquitectónicas identificadas como casas y/o espacios privados, ya que pueden darse en espacios públicos como plazas, calles, mercados... (Montón 2000: 54-55; Falcó 2003: 227). De todos modos no es una tarea sencilla, ya que las sociedades de categoría II (*sensu* Kent 1990: 132), en donde cabría meter a los grupos castreños cantábricos, a veces poseen, tanto dentro como fuera de las estructuras circulares de habitación, espacios propios para cada género y grupo de edad, pero en otros casos no, todos los espacios son usados por todos los miembros.

En relación directa con las estructuras domésticas de los castros cantábricos poseemos la evidencia material de algunas actividades de mantenimiento típicamente femeninas, como es la molienda, en la forma de los molinos, que en la fase II pasan a ser circulares, aunque aún siguen en uso los planos o de vaivén. Como ya explicamos (capítulo 3), los molinos barquiformes no son exclusivos de la fase I, y siguieron siendo utilizados durante la Segunda

Edad del Hierro, aunque ya en combinación con los circulares (fig. 4.70). Se ha documentado la convivencia de ambos tipos de molinaria en un castro de la fase II como Moriyón (Camino 1996: 32; 1997: 69), e, incluso, en la fase altoimperial de algunos castros, como Arancedo. Aunque en este caso ya no se trata de los típicos molinos barquiformes de la fase I, sino de modelos más rectangulares que barquiformes, que por su combinación con molinos circulares en la misma habitación (SH 1a) (Maya 2001: foto 11) (fig. 4.71) debe hacernos pensar en su mantenimiento debido a una funcionalidad muy específica. Vemos en otros ejemplos cómo, dentro de la alta frecuencia de aparición de molinos barquiformes y circulares en el castro lucense de Barán (Álvarez Núñez 1993-1994), se reutilizaron conjuntamente un *catillus* y un molino barquiforme para la reforma del pavimento junto al hogar de una habitación (Álvarez Núñez 1992: 159), lo que demostraría su uso -y reutilización- a la par en el tiempo. Podemos pensar, no obstante, que la molturación que en líneas generales se realizaba en la fase I con los barquiformes pasaría en la fase II a los circulares. De hecho en otros castros fundados en esta última fase, como el cercano Picu'l Castu de Caravia, ya sólo se han documentado los circulares (Cid, Gutiérrez y Adán 2009: 92).

Pese a que algunos hayan dicho que los “castros astures” no adoptan la molinaria circular hasta la conquista romana (Fernández-Posse y otros 1993: 198) lo cierto es que, como hemos visto, en el área centro-occidental cantábrica la fase II (a partir del s. IV cal AC) marca el desarrollo de este tipo de molinos. Hasta el punto que esta innovación tecnológica la podemos marcar como una característica cultural de este sector, ya que en otras zonas castreñas como en el inmediato Noroeste la introducción de la molinaria circular, pese a constatarse ya en algunos niveles de los ss. IV-III a.C., no se generalizará hasta la época romana. Se trataría de un claro ejemplo de resistencia tecnológica de los castros del Noroeste frente a este tipo de molinos, que se debe relacionar con el que también hubo con la cerámica a torno que llevaban los comerciantes púnicos a las costas gallegas (González Ruibal 2006: 143). Un ejemplo gallego de lo que decimos lo encontramos en A Terra Chá, inmediata al extremo occidental cantábrico, como es el caso del castro de Vilela, en donde no se documenta la molinaria circular hasta la fase romana del poblado, mientras que durante la fase II lo que destacan son los molinos planos o barquiformes (Álvarez, López y López 2006: 22). Por el contrario en la zona centro-occidental cantábrica, con un casi nulo contacto con los comerciantes mediterráneos y con una centenaria tradición refractaria a las formas culturales meseteñas, a partir del s. IV cal AC vemos la generalización de la molinaria circular.

Respecto a los molinos circulares de los castros cantábricos, básicamente estamos hablando de dos



**Figura 4.72:** piedras con cazoletas o morteros del Bajo Navia: 1. Diferentes ejemplos de Coaña; 2. La Escrita; 3. Mohías (a partir de García y Bellido 1941a; 1942b; Carrocera 1995b, modificados).

tipos, los que poseen una moldura o reborde en el *catillus* y los que no, aparte de diferenciar los no decorados de los decorados (Maya 1987/88: 260), aunque se podrían añadir también diferencias notables en función de los espesores de los mismos. Es raro el castro de la fase II que no haya ofrecido algún tipo de molinaria circular, y en algunos casos aparecen reaprovechados como lajas (dados la vuelta) en época julio-claudia, como en la cabaña F37 de Llagú, lo que hace pensar en su uso como molino originalmente durante la fase II (Berrocal, Martínez y Triviño 2002b: 206-207). Sin duda los casos más claros para fecharlos en la Segunda Edad del Hierro son los de los castros no romanizados de Moriyón y Caravia.

Pese a la alteración de los niveles prerromanos fruto de las remodelaciones urbanísticas de la posterior fase altoimperial en muchos de los castros, especialmente en los del occidente cantábrico (capítulo 5), se aprecian diferentes modelos espaciales para la distribución de los molinos con respecto a las estructuras domésticas. Podríamos pensar que la norma en los castros del valle del Navia y de la costa occidental cantábrica al poniente de este río, es que los molinos se encuentren en el interior de las estructuras. Así se documenta en castros como el Chao Samartín, Arancedo, Pendia, Cabo Blanco, Coaña, Fazouro o Vilela, ya fuera del área cantábrica, por poner algunos ejemplos. Poseemos un ejemplo claro en el castro de Arancedo. Lo que apreciamos es que en este tramo de la costa occidental asturiana en donde está Arancedo, el espacio arquitectónico se encuentra mucho más compartimentado, donde ciertas tecnologías se enmarcan en un ámbito más privado, sobre todo si lo comparamos a las montañas sudoccidentales (San L. Luis, el Chano). Es lo que revelan las labores de molienda de SH 1 a, SH 2 y H 2, y textiles de SH 1 b del castro de Arancedo, desarrolladas en las zonas menos permeables y más privadas, como es el caso claro de las que tuvieron lugar en la estructura SH 1 a, cuyo muro en forma de T impide el acceso y la visión

directa desde el exterior. En esta última habitación se encontraron dos *catilli*, una *meta*, situados sobre un enlosado que sólo recubre esa parte de la habitación (Maya 1987/88: 262; Marín 2008) (ver fig. 4.71), a lo que hemos de añadirle los dos molinos planos rectangulares comentados más arriba y una gran piedra prismática que debió de ser usada como banco (Maya 2001: fig. 11). Como mencionamos, los análisis de la Campa Torres permiten relacionar los molinos planos con la molturación de frutos como bellotas; mientras que los circulares pudieron haber sido preferentemente usados para el cereal, aunque no descartamos la polifuncionalidad de todos ellos. Contamos también con el juego completo de un molino giratorio, *in situ*, junto a un complejo hogar, dentro de la habitación 4 de Mohías, y el fragmento de otro al interior de la habitación 1 (Martínez Fernández 1970: 136; Martínez y Junceda 1968: 194) o la vaga referencia de que en Coaña aparecieron molinos circulares tanto dentro como fuera de las estructuras (García y Bellido y Uría Rúa 194: 120). R

Resulta interesante la distribución espacial de la molinaria en los castros del Navia sobre todo si la comparamos con las labores de molienda y textiles documentadas en San L. Luis, a unos 35 Km. de Arancedo a vuelo de pájaro, ya que gracias a la información de las excavaciones inéditas de los años sesenta en el “barrio bajo” (Marín 2007) sabemos que los molinos se sitúan siempre fuera de las estructuras, en espacios semipúblicos abiertos, entre las distintas cabañas que forman las unidades de ocupación, excepto en el caso de la casa-patio romana del “barrio alto”, en donde se documentó un molino circular junto a una piedra con cazoleta (Jordá 2001: fig. 14). Si pensamos que estas dos tecnologías, la textil y la molienda, casi con seguridad, fueron actividades de mantenimiento controladas por las mujeres del poblado, podríamos interpretar, por tanto, que los sistemas de sexo-género, la distancia social entre géneros y el simbolismo y valor social de ciertas



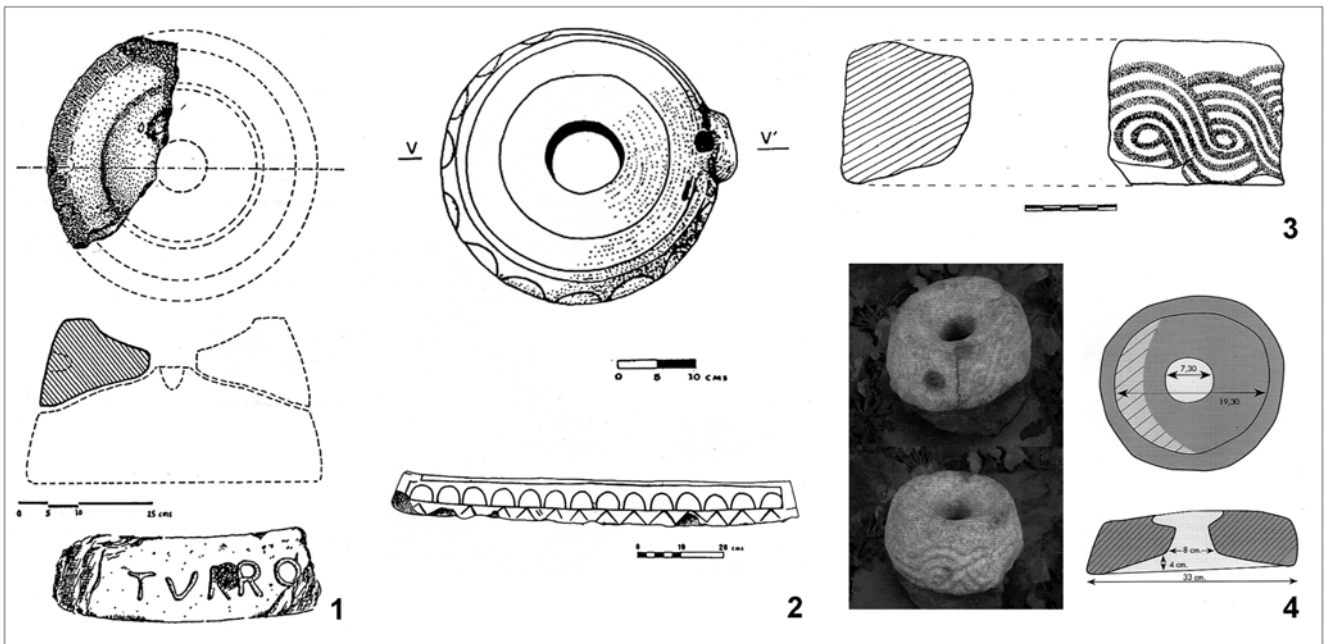
**Figura 4.73:** piedra con cazoletas y hogar en una de las estructuras excavadas del castro de Mohías (en Carrocera 1990).

actividades femeninas, varían incluso dentro de un área relativamente pequeña (el extremo occidental cantábrico), aunque muy compartimentada, orográficamente hablando. De hecho, podrían establecerse dos modelos claros para este tipo de actividades de mantenimiento y, en consecuencia, de externalización (ver más abajo) de las casas: uno para las montañas sudoccidentales-alto Narcea (Marín 2007; 2008) y otro para la costa occidental asturiana-valle del Navia. Este último igual puede extenderse también a la costa central asturiana, puesto que de las pocas plantas prerromanas publicadas para la Campa Torres, en las dos a las que se alude a molinaria circular, en ambos casos se sitúan al interior de las estructuras, junto a los hogares (Maya y Cuesta 2001: 85 y fig. 35), acorde con la complejidad estructural y tamaño de este poblado. Los datos de Llagú son poco claros al respecto. Se menciona un molino circular empotrado en el interior de la estructura F 37, en un nivel prerromano, pero que realmente está dado la vuelta y hace de cimiento a la casa romana posterior, o en la planta publicada para la estructura H 16 (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 123, fig. 40 y 31), pero por otras plantas publicadas podría también pensarse en molinos circulares exteriores a las viviendas, pese a que según sus excavadores no se encontrarían en sus posiciones originales (Ibid.: 206-207, fig. 28). Quizás podamos alinearlo al modelo montañés de San L. Luis y no al modelo costero. En Moriyón los molinos recogidos dentro de las viviendas son los de vaivén, mientras que no se menciona el lugar de aparición de los circulares (Camino 1997: 69). Ante esta diversidad de los sistemas de sexo-género dentro del mismo occidente cantábrico, ¿tiene sentido seguir aplicando los más rancios tópicos androcéntricos y continuar hablando de la “mujer celta” (Cueli 2006), homogeneizando artificialmente de este modo la diversidad social prerromana, ya no sólo para el sector asturiano sino a la escala del Arco Atlántico?

En vinculación directa con lo que acabamos de proponer, la zona del bajo Navia y en general el extremo occidental de la costa asturiana, así como en el suroccidente cantábrico, existe un tipo de cazoletas

realizadas en piedra que quedan enterradas en el piso de las cabañas de forma que la boca de las mismas queda a la cota de aquel. Se taparían cuando no fuesen usadas, para ganar espacio (Carrocera 1995b: 84). Las vemos en Coaña, Mohías, La Escrita, Pendia, San L. Luis o el Chano. En el bajo Navia suelen poseer una moldura en donde iría encajada una tapadera (una laja o un tablón) y las hay desde de una sola cazoleta hasta de ocho, como en dos ejemplos del castro de La Escrita, realizados sobre sillares prismáticos de granito de gran volumen -el lado mayor de uno de ellos llega a los 1,35 m- (García y Bellido 1942b: fig. 9). Mientras que en Coaña las vemos desde los que sólo tiene una, cuyas bocas quedan al nivel del suelo de las cabañas y están tapadas con lajas de pizarra, a los de cuatro cazoletas, que llegan a tamaños parecidos al comentado de La Escrita (García y Bellido 1941a: 203-205, fig. 10 y 11; 1942a: 234, fig. 17) (fig. 4.72). Cuando han sido encontradas *in situ* se ha podido establecer su clara relación con los hogares, de los que se sitúan a menos de 1 m., y se ha planteado que las piedras con cazoletas, los molinos circulares y los hogares serían el triángulo fundamental del espectro alimenticio de estos poblados. Por las marcas a modo de perforaciones que poseen la mayoría de estas cazoletas se ha defendido su uso para machacar alimentos con un instrumento blando, pero no gramíneas, ya que para éstas ya estaría el molino circular, sino algún otro tipo de fruto como las castañas o las bellotas (Carrocera 1990: 133; 1995b: 84). De todos modos a tenor de los mazos de piedra encontrados en Coaña (García y Bellido 1941a: fig. 10), podríamos pensar que fueran éstos los utilizados para la molturación (ver fig. 4.72) y no los de madera. Para el suroccidente cantábrico (castro de El Chano) puede plantearse un tipo de cazoleta diferente, de un sólo recipiente y sin moldura en el borde, en consonancia con la cultura material diferencial de este sector, tanto en arquitectura doméstica, como en cerámica.

En San L. Luis hay ejemplos en horizontes de tradición prerromana, como es la estructura circular 12, a la que en época romana se le añadieron dos habitaciones cuadradas, y que posee banco corrido, hogar realizado con tégula y un suelo enlosado en donde se encuentra una de estas piedras con cazoleta. Otro ejemplo lo tenemos en una de las habitaciones de la casa-patio romana de la acrópolis, que mencionamos más arriba (Jordá 2001: 69). Como dijimos más arriba creemos que las piedras con huecos del castro del Chano son también útiles con esta misma funcionalidad, y no sustentos de cabrios, mostrando una estructuración espacial y organización de las actividades de mantenimiento muy similar a San L. Luis. Al documentarse en el castro leonés en niveles prerromanos y en el ayandés en niveles altoimperiales hemos de pensar que este tipo de actividades domésticas llevadas a cabo por mujeres se



**Figura 4.74:** molinos decorados del occidente cantábrico: 1. Molino epigráfico de San L.luis (seguramente de la fase III); 2. La Picon de Ricabo (Quirós); 3. Castellón de Coaña; 4. Boal (a partir de García Linares 1984; Maya 1987/88; Fernande 1997, modificados).

mantuvieron sin excesiva variación después de la conquista y mientras estuvieron ocupados los castros. Lo que también nos lleva a interpretar del mismo modo las actividades relacionadas con la molturación mediante molinos circulares, lo que justifica nuestra idea de que los diferentes tipos de actividades de mantenimiento debieron de mantenerse sin muchos cambios durante la fase romana o fase III, junto a otras tecnologías femeninas como la cerámica.

Estas piedras con cazoletas, que en su momento justificaron la celticidad de los castros asturianos ya que se interpretaron como receptáculos para las cenizas de los muertos una vez incinerados (García y Bellido 1942b: 303), pueden perfectamente ser interpretadas como morteros, al estilo de los *pisnecos* tradicionales asturianos, y debieron servir para acciones complementarias a las de la molienda mediante los molinos circulares y de vaivén. En consonancia con la mayor ocultación y privacidad de las actividades de mantenimiento de esta zona costera cantábrica y en general de su arquitectura durante la fase II, es coherente que estos morteros se encuentren en el interior de las estructuras, junto a los hogares, como se deduce de varias de las cabañas estudiadas en Coaña, Pendia y Mohías (ver fig. 4.56, fig. 4.72 y fig. 4.73). Sin embargo en el Chano y San L.luis, que al menos el segundo de ellos tenía los molinos circulares fuera de las estructuras, también tienen las piedras con cazoletas al interior de las mismas. Se trata de un tipo de útil de molturación muy propio del bajo Navia y del que debemos pensar una funcionalidad diferente a la de los molinos circulares.

Por lo tanto ya sólo dentro del ámbito occidental cantábrico podrían verse diferentes estrategias inhibitoras y de ocultación (Mañana y otros

2002: 29) en lo que se refiere a las actividades de mantenimiento vinculadas a las *households* o unidades de ocupación. De hecho lo que podremos apreciar es cómo en el alto Narcea y noroeste Leonés (por ejemplo San L.luis o el Chano) existen unas estrategias de “externalización” de la casa (sensu González Ruibal y otros 2009: 58) que en el valle del Navia no se dieron o estuvieron inhibidas. Por externalización de la casa podemos entender el hecho de que la mayoría de las actividades domésticas (actividades de mantenimiento) se realizan físicamente fuera de las estructuras habitacionales, en los espacios semipúblicos que quedan entre ellas y que, aunque no se encuentren contruidos ni delimitados arquitectónicamente hemos de entender también como parte de estas unidades de ocupación (*compounds*). La consecuencia inmediata de este proceso de externalización es que la mayoría de dichas actividades quedan a los ojos de los vecinos, mientras que en el valle del Navia / costa occidental cantábrica la molienda, el cocinado o las tecnologías textiles se desarrollaron en el interior de las viviendas, en ocasiones tras muros que ocultan la visibilidad desde la puerta. Podríamos por ello deducir, pese a la escasez de materiales en planta publicados, que la “externalización” de la vivienda es uno de los rasgos característicos del área cantábrica, al menos del valle del Narcea y de la zona central asturiana, frente al Noroeste (a partir del valle del Navia hacia el occidente). La externalización de la vivienda iría en consonancia con las menores cotas de privacidad y de privatización arquitectónica del espacio, y en consonancia también con los espacios menos fragmentados, con los urbanismos menos complejos y abigarrados, pensemos en los poblados-patio que caracterizan a numerosos sectores cantábricos, frente

al extremo occidental cantábrico y el Noroeste, como vimos. Que dichas actividades domésticas o de mantenimiento sean visibles por todo el grupo social parece encajar bien con el carácter más igualitario y con la economía moral de los castreños cantábricos, lo que en cuestiones de género podría entenderse también como una menor distancia social entre los géneros y un mayor protagonismo social de las mujeres en el septentrión peninsular durante la Edad del Hierro frente al Noroeste, pero especialmente si lo comparamos con la Meseta Norte. De hecho, como ya hemos visto en parte, no deja de ser llamativo que precisamente sea a partir del valle del Navia hacia el oeste donde apreciamos, además del desarrollo de las actividades de mantenimiento al interior de las estructuras domésticas, una arquitecturización de la ideología guerrera en la forma de saunas rituales y cabañas comunales, que seguramente estuvieron reservadas sólo para los hombres.

Dentro de la molinaria circular de la fase II poseen especial relevancia el alto número de molinos decorados presentes en el registro arqueológico. En la línea de la argumentación que venimos desarrollando podríamos pensar que precisamente estos molinos decorados, que podrían estar demostrando una consideración social y un simbolismo elevado de una actividad de mantenimiento típicamente femenina, se repartieran por un sector cantábrico excluyente con el valle del Navia y costa occidental cantábrica. Pero no es así, puesto que se conocen dos fragmentos de *catilli* decorados con temas de cestería, de dos molinos distintos, del castro de Coaña (fig. 4.74) (Maya 1987/88: 260-261). Estos motivos de cestería, habituales tanto en la cerámica, como en la orfebrería y el trabajo de la piedra en todo el sector occidental cantábrico, también los encontramos en Llagú en la forma de un lazo simple, no exactamente sobre molinos circulares, sino sobre otros “apliques” domésticos, tanto en piedra como en barro cocido, como vimos, que en algún caso se interpreta como un posible morillo (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 168-169), lo que no nos aleja de momento de las actividades de mantenimiento femeninas (ver fig. 4.69). Del propio castro de Alaba (Salas) se conocen dos molinos circulares, uno de ellos decorado con un hueco enmarcado por un cuadrado grabado de cuyos ángulos salía una línea rematada por un circulito (Maya 1987/88: 35, 261). Otros molinos decorados castreños son el de Peña Tayada (Mieres), que como en el caso anterior concentra su decoración en torno a la perforación en donde iría sujeto el mango y el quirosano de la Picon de Ricabo, cuyo *catillus* posee una decoración a base de semicírculos y triángulos en todo su perímetro exterior, y que es de un espesor inferior a los otros molinos conocidos (González y Fernández-Vallés 1966; Maya y Blas 1973: 717-722). Podríamos añadir, por los paralelismos, un ejemplar que procede del mercado negro y que podría ser

originario del concejo asturiano de Boal (Fernande 1997: 101-102).

Estas actividades de mantenimiento continuaron siendo socialmente significativas y puede que sin notables cambios en la fase romana de los castros, de lo que da cuenta un molino circular de San L. Luis que en lugar de decoración posee es un epígrafe, en concreto “TV[R]RO”, que parece un antropónimo no latino. Con este nombre se puede relacionar el topónimo Turolles, al sur de San L. Luis, documentado en la Edad Media, mantenido en la actual Veiga Truelles (García Linares 1984: 10-11) (ver fig. 4.74). Al igual que en los *oppida* del Noroeste se aprecia la aparición de epígrafes en las puertas de las casas durante la fase III con el nombre de las familias que allí residen (González Ruibal 2009: 248); en San L. Luis llamativamente la única referencia epigráfica vinculada a la arquitectura, independientemente de que sea un antropónimo masculino o no, se presenta sobre el soporte mencionado, típico de una actividad de mantenimiento femenina. Mediante su uso cotidiano se sustentan y reproducen las identidades femeninas, puesto que la identidad no sólo de género, sino la sexual en sí, se refuerza cotidianamente con la performatividad que suponen las prácticas diarias, especialmente las gestuales (Butler 2003: 55). La perpetuación del topónimo en fincas cercanas a San L. Luis puede estar haciendo referencia a una de las familias que cogerían protagonismo tras la conquista, promocionadas por el poder romano. Al igual que se aprecia el peso de los hombres en los grupos familiares destacados de los *oppida* bracarenses a lo largo de las fases II y III, podríamos pensar que la decoración de los molinos del área cantábrica usando referentes simbólicos que se aprecian en otras tecnologías (sogueados, decoraciones geométricas), así como la escritura misma en época romana, claro elemento de prestigio, nos debe hacer pensar en la importancia social de las mujeres a la hora de sustentar las identidades familiares y grupales y en el simbolismo de sus trabajos y herramientas con los que se desarrollan. De todos modos no hemos de descartar que el epígrafe fuera realizado sobre el molino ya fragmentado, por lo que no sería usado como tal, sino como aplique decorativo arquitectónico, puede que en alguna puerta principal de una unidad de ocupación, como en el caso gallego.

El temprano desarrollo de la molinaria circular en la Cornisa Cantábrica desde comienzos de la fase II, especialmente significativo si lo comparamos con el Noroeste, y la ausencia de paralelos claros para los molinos decorados y epigráficos nos hace pensar en unas formas propias de las actividades de mantenimiento femeninas. Éstas tendrían una mayor proyección pública y reconocimiento social que en otras áreas aledañas, fruto del carácter más igualitario propio de los grupos tipo *deep rurals* y de la, en principio, menor desigualdad de género de las

sociedades castreñas cantábricas con respecto a los grupos que las rodean, y en concreto, con respecto a la Meseta Norte. Las decoraciones en los molinos de hecho podría entenderse como un síntoma de algún tipo de resistencia simbólica femenina en un contexto, el de la fase II, en donde se impone a marchas forzadas un *ethos* guerrero, una violencia simbólica masculina, para el cual no faltan referentes en las regiones en donde se están desarrollando formaciones sociales altamente desigualitarias, como la Meseta Norte.

### 4.3.3 Cerámica: cambio tecnológico y grupos arqueológicos.

En Asturias han sido frecuentes las adscripciones etnicistas de la cerámica. Los primeros ejemplos los encontramos en el núcleo duro del historicismo cultural, ya sea en el sentido de los capsenses africanos (Martínez Santa-Olalla 1930: 100) o cuando se afirmó la celticidad de los castros asturianos usando como argumento un galbo de cerámica excisa de Coaña (Uría Riu 1941: 347), que realmente no es tal. Otros ejemplos más recientes los encontramos en los intentos de J. L. Maya de definir tres zonas culturales en Asturias usando como argumento la supuesta cerámica soteña de la Campa Torres que vincularía esta zona con la Meseta y las líneas bruñidas que enlazarían el occidente de Asturias con el Noroeste (1989: 63). En la misma línea podemos situar el intento de Ángel Esparza de buscar una “cerámica astur” (1983: 86). Esta tendencia historicista y tipologicista desgraciadamente se encuentra aún muy presente en los estudios cerámicos de la Protohistoria de la Meseta Norte, donde las producciones a torno oxidante con bandas pintadas se siguen llamando “celtibéricas” (Escudero 1999: 275; Romero Carnicero 2001: 137), usándose como argumento por algunos autores para afirmar el carácter celtibérico de los castros de la Cantabria actual y la zona oriental de Asturias (Peralta 2003: 288), pese a que estas producciones no superen la latitud marcada por el castro de Celada Marlanges. Junto a los análisis etnicistas otro tipo de estudios frecuentes son los funcional-economicistas, en los que sólo se tienen en cuenta la función culinaria o de almacenamiento de los cacharros (p. ej. Manzano 1985), sin compaginar estas explicaciones con los significados históricos concretos de las piezas, es decir, con el aspecto simbólico de toda cultura material, y, sobre todo, analizando exclusivamente las formas finales y decoraciones de los cacharros.

A ello se suma en el occidente de Asturias la todavía hoy frecuente confusión de la cerámica “común romana” con la prerromana (por ejemplo en Manzano 1985 para el castro de San Luis o en Carrocera 1988 para los nueve castros sondeados por él en el valle del Navia), ya que al compartir ambos

conjuntos formas y decoraciones es dificultoso diferenciarlas si sólo tenemos en cuenta el aspecto formal final de las piezas, y no las decisiones tecnológicas que tuvieron lugar a lo largo del proceso de creación de los cacharros. Sólo por citar algunos ejemplos podemos aludir al borde de la vasija de Os Castros (Castropol) -de cocción reductora, exvasada y degasante cuarcítico y micáceo grueso-, que Camino (1995b: 209) fecha en un periodo claudio-flavio y asocia a otro borde del castro de O Corno, pero que, sin embargo, tiene sus paralelos más evidentes en los bordes facetados que desde el s. IV a.C. son frecuentes en amplias zonas del NO (González Ruibal 2003a: 410), especialmente en la zona cantábrica, con un buen repertorio en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001) y en el interior de Galicia, con numerosos ejemplos en el pontevedrés yacimiento de Castrovite (González Ruibal y Carballo 2001). Lo mismo ocurre con las vasijas de perfil flexionado y borde exvasado, como la obtenida del Castelo del Esteiro, que si bien primero se califica como “una olla de cocción de producción indígena” (Camino 1995a: 54), más adelante se le otorga al poblado una fecha claudio-flavia (Camino 1995a: 210). Otro ejemplo de la incomprensión y desconocimiento de la cadena tecnológica prerromana es la confusión del preparado superficial mediante espátulado y peinado -lo habitual en piezas realizadas mediante colombinos- con un tipo de decoración peinada, lo que ha llevado a algunos a fechar algunas piezas claramente prerromanas en la Alta Edad Media. Se justificaba con ello la ocupación tardía de los castros cantábricos (Maya 1987/88: 247-248), tópico ampliamente repetido. Otro problema añadido es la ausencia casi total de publicaciones de la cerámica prerromana de los castros excavados metodológicamente en el ámbito cantábrico, especialmente de los del extremo occidental cantábrico. Estas confusiones han hecho que tradicionalmente se caiga en el error, ya anunciado por Aurelio de Llano hace casi cien años, de datar los castros en su última fase de ocupación -que en la mayoría suele ser romana- (De Llano 1919: 48), ya que toda la cerámica que se obtenía se solía entender como tal.

La cerámica no es, o no sólo, un fósil director y delimitador cronológico-espacial, sino que, como el resto de la cultura material, debe entenderse como reflejo de la sociedad que la produjo, inserta en su contexto espacial y temporal. Para su análisis, mejor que los tradicionales estudios tipologicistas, que sólo se fijan en las formas finales y que destacan las piezas decoradas sobre las no decoradas, creemos que es mejor tener en cuenta las Cadenas Tecnológico Operativas (CTOs), y poder entender las tecnologías en un sentido holístico (por ejemplo Lemonnier 1986; 1993; Dobres 1991; Martínón 2002; y aplicadas a las cerámicas por ejemplo Van der Leeuw 1993; Mathias 1993). Las CTOs se engarzan en cada contexto

cultural y en sus condicionantes territoriales, económicos, sociales imaginarios... (Cobas y Prieto 1998: 153-154; Marín 2007; Marín y Jordá 2007), como tuvimos ocasión de ver especialmente con la metalurgia de base cobre durante la Edad del Bronce (capítulo 2). En definitiva se trata de entender cómo la tecnología de cada grupo es diferente ya que responde a pautas sociales, por lo que los constreñimientos medioambientales son sólo uno de los factores que se deben tener en cuenta como criterio analítico, pero no el único. Las CTOs nos permiten estudiar todas las “decisiones tecnológicas” -y por tanto culturales- que llevan una materia prima desde su estado natural a su estado fabricado, y que en definitiva son las leyes que gobiernan la acción sobre el mundo material. Desde esta perspectiva se le da tanta importancia al conocimiento tecnológico específico -que no está sólo constreñido por los fenómenos físicos, como la materia y la energía, como postulan las aproximaciones tradicionales, sino que se encuentra embebido en un amplio sistema simbólico- y a la acción, como a la materia prima y las herramientas, formando todos ellos un sistema tecnológico -no en un sentido sistémico de redes causales-. Las CTOs nos permiten entender mejor la “vida social de los objetos”, desde que se recoge la arcilla, a los significados de cada decisión y gesto tecnológico durante la manufactura de una pieza, el uso y significados de la misma durante su uso, amortización y posibles segundas vidas, como demuestran las diversas piezas prerromanas decoradas (estampillas, incisas, acanaladas, líneas bruñidas) que en la Campa Torres fueron utilizadas como vasijas hornos en la reducción de metales de base cobre (Maya y Cuesta 2001: 92-95). De hecho desde la perspectiva de las CTOs podemos analizar relaciones estructurales, complementariedades, exclusiones y/o tabúes rituales entre diferentes cadenas tecnológicas, como la cerámica y la metalúrgica, por ejemplo. Dos tecnologías “calientes” que precisamente por eso suelen estar simbólicamente enlazadas. En este tipo de estudios se evita el determinismo unidireccional, primándose la correlación y reciprocidad entre sistema tecnológico y organización social, a la par que permite aplicar uno de los principales avances del postprocesualismo, como es aunar en un mismo modelo explicativo lo funcional y lo simbólico del mundo material. El estudio de las técnicas nos permite aproximaciones sociológicas porque las técnicas son sobre todo producciones sociales, siendo la cultura el principal constreñimiento de la técnica, y no la naturaleza.

Estamos hablando por tanto de métodos de aprender y transmitir un conocimiento tecnológico, de modelos mentales de procesos materiales, de una especialización hereditaria y de decisiones tecnológicas fuertemente regidas por normas sociales (Mathias 1993: 167-168). Por paralelos etnográficos creemos que las cerámicas castreñas del ámbito cantábrico

debieron de ser manufacturadas por mujeres. Tanto las decisiones tecnológicas, las características de una CTO, las herramientas utilizadas, los productos finales o los espacios del castro dedicados a llevar a cabo dichas decisiones pueden experimentarse en un sentido identitario por las artesanas que desarrollaron la cerámica, quizás en clave de género, de identidad de artesanas especializadas o de ambas cosas a la vez. Si atendemos a la complementariedad de las tecnologías de cada sociedad uno de nuestros objetivos debe ser el modo en el que las sociedades castreñas estructuraron simbólica y espacialmente una artesanía metalúrgica en manos masculinas que refuerza la ideología guerrera (Fanjul y Marín 2006) con una artesanía cerámica en manos femeninas (Marín 2007; Marín y Jordá 2007). En un sentido *queer* las identidades sexuales y de género se refuerzan cotidianamente con la performatividad que suponen las prácticas diarias, especialmente las gestuales (Butler 2003: 55), como dijimos hablando de la molinaria. No obstante hemos de tener en cuenta que no toda la decoración cerámica es siempre simbólica y transmisora de significados, y tampoco tiene por qué tener siempre un sentido identitario, ni a nivel de género ni de grupo étnico (Barley y Davis en David, Sterner y Gawa 1988: 376-380).

Las aplicaciones concretas de las CTOs a la cerámica han puesto el acento en dos componentes analíticos básicos: por un lado estarían las conceptualizaciones que el/la alfarero/a tiene del cacharro que va a realizar. En éstas se incluye la forma de la pieza, las partes de la misma -o cómo se conceptualizan las diferentes partes del cacharro- y la secuencia de montaje de dichas partes. Por otro lado se encuentran las funciones ejecutivas y las herramientas usadas para llevarlas a cabo, donde básicamente lo que podemos estudiar es la rotación - presente prácticamente en casi todas las CTOs cerámicas, excepto en las que usan moldes, y que añade más información que las generalistas “mano”, “torneta”, “torno”-, los soportes utilizados para la rotación y montaje de las partes y el control de la forma de la vasija. Existen otras funciones ejecutivas cuyo fin no es tanto crear formas sino corregir las ya obtenidas, como puede ser cortar, raspar o alisar (Van der Leeuw 1993: 256-283). Conceptualizaciones y funciones ejecutivas se corresponden con los momentos y componentes estratégicos de una CTO, que nos dan la clave de los límites dentro de los que puede variar una CTO sin que ésta se vea alterada completamente. Lo importante para nosotros como científicos sociales es ver qué tipo de control social tuvieron esos componentes estratégicos (Lemonnier 1986: 154-155). Mención aparte merece la decoración - o la ausencia de ella-, como veremos más abajo.

Los estudios físico-químicos y arqueométricos, al igual que vimos con la metalurgia, devienen en fundamentales para el estudio de las CTOs, pero



contamos con el problema de que sobre materiales cerámicos de los castros del centro-occidente cantábrico son prácticamente inexistentes. No obstante podemos echar mano de los de grupos arqueológicos cercanos que circunrodean nuestro ámbito de estudio y similares en cuanto a tecnología cerámica. Contamos con estudios de este tipo para las cerámicas de la Segunda Edad del Hierro de El Castrelín de San Juan de Paluezas (León) en la zona arqueológica de Las Médulas (Galván y otros 1993), con otro de tipo general para los castros de la vertiente atlántica gallega (Rey y Soto 2002), en el que se observan interesantes evoluciones tecnológicas entre la fase I y la II, en lo que se refiere a la calidad de las pastas y la cocción de las mismas; y otro centrado en análisis petrográficos de asentamientos protohistóricos de Guipúzcoa (Larrea y otros 2001), del que se desprende una cuidada selección de las arcillas y una adición de calcitas trituradas a las mismas.

A partir del estudio del lote cerámico del castro de San L.uis (Marín 2007; Marín y Jordá 2007) podemos aludir a las características generales de la CTO de la fase II de los diferentes grupos arqueológicos cerámicos del centro-occidente cantábrico. Más adelante aludiremos a las características propias de cada grupo concreto. En los castros de la fase II que fueron luego romanizados encontramos una CTO prerromana y dos CTOs romanas. Estas últimas son la de la “vajilla común romana” o cerámica de tradición indígena realizada en época romana y la de la *Terra Sigillata*, a la que podríamos añadir otra más, minoritaria, la de las “cerámicas de paredes finas” (capítulo 5). Como dijimos es la CTO de la cerámica común romana la que habitualmente se ha confundido con la CTO de la cerámica prerromana (por ejemplo Carrocera 1988; Maya 1987/88). Es importante este hecho, ya que si se hubieran reconocido las cerámicas prerromanas se habrían podido documentar en los castros del occidente asturiano durante los años 80 y 90 niveles exclusivamente prerromanos, con lo que el paradigma romanista no habría podido darse, tal y como hemos podido documentar en San L.uis (Marín 2007). Para el estudio de las formas y la conceptualización de las partes tenemos el inconveniente de que en pocos casos contamos con perfiles completos, por lo estéril del registro en muchos casos y por la escasa atención que se le ha dedicado a la cerámica prerromana en la tradición investigadora cantábrica. No obstante, por la información que se desprende de los fondos y del arranque de los hombros y de algunas vasijas publicadas con el perfil completo o casi completo podemos decir que los cuerpos de las vasijas tienden a ser globulares, con los perfiles continuos. Los fondos son casi siempre planos y entre los bordes se cuenta con mayor variación (bordes facetados/aristados, bordes rectos/ligeramente exvasados con inflexión marcada en el arranque del hombro, bordes exvasados

curvos con orejeta perforada, borde rectos de gran tamaño con el labio engrosado y redondeado con la parte superior plana y los bordes de grandes platos o fuentes) cuyas proporciones dependen sobre todo del grupo arqueológico concreto con el que tratemos.

Respecto a la conceptualización de la pieza y secuencia de montaje lo característico de esta CTO, en claro contraste con la CTO común romana, es que las piezas al menos fueron realizadas en dos partes: por un lado la base y el cuerpo, y por otro el borde. Posteriormente se unen ambas partes, pero no contamos con datos suficientes como para saber en qué orden se crearon dichas partes. Respecto a las funciones ejecutivas con las que se confeccionaron aquellas cerámicas podemos decir que la rotación nos da una de las claves de esta CTO. Los fondos y las panzas se realizaron mediante churros o colombinos, lo que supone una rotación lenta en la que las manos se deslizan sobre la pieza más que la pieza entre las manos. Es lo que habitualmente se caracteriza como torneta o torno lento, pero que simplemente puede tratarse de una estera a la que se hace girar sobre el suelo de tierra, de un cacharro previamente hecho sobre el cual se sitúa la nueva pieza, etc. Un rasgo característico de esta ejecución son los fuertes cambios de grosor de las panzas en la misma horizontal, algo muy improbable en rotaciones rápidas como las del torno de pie o cualquier tipo de torno rápido. Sin embargo los bordes fueron realizados mediante una rotación más rápida y un acabado más cuidado, asimilable a lo que se conoce como torneta. Ello les da un aspecto de torno rápido, hecho que ha llevado a error a numerosos investigadores, ya que muchas veces son estas partes de las piezas las únicas que se tienen en cuenta a la hora de realizar tipologías. No obstante en muchos hemos apreciado de nuevo los cambios de grosor característicos, lo que indica que la rotación no fue muy rápida. Una consecuencia de la secuencia de montaje es el hecho de que haya tan pocos bordes en los que se conserve parte de la panza ya que las cerámicas tienden a romperse precisamente por la zona por la que fueron unidas. El resto de funciones ejecutivas con las que se consigue la forma final de las piezas son básicamente dos, que tienen una estrecha relación con las técnicas de urdido de colombinos: el espatulado y el escobillado, con las cuales se matizan las diferencias de grosor y superficie. El escobillado lo vemos aplicado de modos muy diversos, pues aparece de modo cuidado, especialmente en piezas que luego llevarán decoración, y también de forma más grosera. Se aplica tanto en una sola dirección como en direcciones cruzadas, lo que Maya llamó “peine alternante”, que confundió con cerámicas medievales (1987/88: 247). Indirectamente hemos documentado en San L.uis (Marín 2007: 141) la existencia de unas herramientas, posiblemente de madera, que debieron tener unas cuatro o cinco púas alineadas en un frente de no más de 2 o 3 cm, usadas



**Figura 4.75:** cerámica de la CTO prerromana procedente de Coaña, decorada con incisiones de peine y triángulos rellenos de líneas bruñidas.

tanto para suturar los colombinos -se aprecian claros negativos de esta herramienta en algunas orejetas- como para los posteriores escobillados. Es con esta herramienta con la que una vez urdidos los colombinos se realizan decoraciones de “peine impreso”, muy típicas del occidente cantábrico, que son las que fueron confundidas con supuestas cerámicas excisas en Coaña (fig. 4.75). En general las coloraciones de las piezas son pardas y anaranjadas, con frecuentes cambios de color en un mismo cacharro, que denotan cocciones mixtas en hornos sencillos en los que seguramente el combustible estuvo en contacto directo con las piezas, y en los que se llegaría con dificultad a cocciones entre 800 y 100 ° C (Clop 2001).

El Noroeste es el sector septentrional mejor conocido arqueológicamente para la Edad del Hierro y no lo son menos sus cerámicas. Durante la Segunda Edad del Hierro se aprecian notables cambios en cuanto a las tecnologías cerámicas de este sector (Parcero y Cobas 2004: 36-37; González Ruibal 2007: 280-282) que *grosso modo* se pueden hacer extensibles al área cantábrica. Comienzan a generalizarse las formas flexionadas, frente al predominio de los perfiles continuos del periodo precedente, aunque en nuestra área de estudio, por el contrario, no hay indicios del uso de torno alfarero -rotaciones rápidas- hasta la llegada de Roma. Lo que sí se comparte, especialmente con el interior de Galicia, es la alta presencia de bordes aristados. Los degreasantes, principalmente cuarcíticos, pasan a ser más finos y las arcillas más cuidadas, aunque debe tenerse en cuenta la variedad geológica del sustrato cantábrico (capítulo 1), y por lo tanto de las arcillas utilizadas. En el Noroeste se desarrollaron notablemente las decoraciones tanto en temática, como en técnica y morfología, pues se ven ahora motivos continuos que rodean toda la pieza, extendiéndose por toda ella y no sólo en el hombro o parte más visible de la vasija como ocurría durante la

fase I, diferenciándose además mediante líneas horizontales las diversas franjas de decoración, por lo que ahora se puede hacer una lectura de ésta tanto vertical como horizontal. Por el contrario, en la Cordillera Cantábrica, pese a observarse en algunos ejemplares esta tendencia, el hombro de las piezas sigue siendo el área preferencial para aplicar la decoración, lo que indica que, pese a los cambios que se perciben respecto a la fase I, éstos no fueron tan agudizados como los que vemos en el Noroeste.

Respecto a las técnicas decorativas, el estampillado también es en el área cantábrica la principal innovación de la fase II. La decoración estampillada es un fenómeno propio de la Segunda Edad del Hierro que no es sólo propio del Noroeste o el norte peninsular, sino que se aprecia por grandes zonas de la Península Ibérica. Puede que tenga relación con las conexiones de las tecnologías cerámicas con otras tecnologías como las vinculadas con el metal (Pepa Rey en Parcero y Cobas 2004: 36). Se ha propuesto para el Noroeste y norte peninsular que el mar fuese el elemento unificador de esta técnica decorativa, pues al menos en Galicia se puede apreciar cómo se comparten motivos entre puntos costeros distantes, mientras que en castros cercanos del interior no se ve tal copia. Las estampillas son la forma de decoración predominante en la costa meridional gallega o Rías Baixas (González Ruibal 2007: 280-283).

Precisamente las estampillas nos indican que, aparte de la cuestión local, las cerámicas de la fase II de la zona cantábrica también nos pueden ofrecer información sobre contactos lejanos. La cerámica de esta época es fundamentalmente local, tanto en su producción como consumo, y la dispersión de las decisiones tecnológicas propias de cada taller o subgrupo no suelen exceder límites comarcales. Que las producciones cerámicas son eminentemente locales, producidas y consumidas a nivel de cada castro, podría corroborarse en la comparativa entre los degreasantes de los cacharros prerromanos de dos castros cercanos como La Garba y la Cogollina, pues el primero tendría anorthita-plagioclasa mientras que en el segundo destacan el feldespato y la mica, lo que parece estar en relación con el sustrato geológico de cada lado del valle (Fanjul y otros 2009: 471). Sin embargo se ha llamado la atención sobre el hecho de que no debe ser casual que en diferentes zonas del Arco Atlántico (sur y centro de Portugal, occidente de la Meseta, Bretaña e Inglaterra) comiencen las decoraciones estampilladas en fechas similares, e incluso se han podido establecer paralelos estrechos entre una estampilla de As Rías Baixas con una de Bretaña (González Ruibal 2007: 287-288, y fig. 72). Podríamos pensar que estos motivos compartidos entre distintas zonas atlánticas y aplicados sobre cada tradición cerámica local responden a contactos entre aquellas zonas más dinámicas que desde siglos atrás ya mantuvieron contactos a larga distancia dentro de lo

que se conoce como “Bronce Final Atlántico”, del cual el centro-occidente cantábrico prácticamente no participó y, podríamos decir, rechazó (capítulo 2). Las *SS* suelen aplicarse en Bretaña sobre unas urnas con pedestal que se han comparado con el tipo Borneiro A de Pepa Rey, frecuente en el norte de Galicia y Asturias (Ibid.: 288). De hecho algunos de los motivos decorativos compartidos entre el Noroeste y Bretaña, como los frisos corridos, a veces con *SS* entrelazadas, también se encuentran en cerámicas cantábricas, concretamente asturianas, y en algún caso y de formas muy estilizadas también sobre cacharros con pedestal, como en el Chao Samartín, como veremos. Que estos motivos decorativos se compartan como fruto de contactos marítimos puede quedar corroborado por el hecho de que este tipo de decoraciones son frecuentes en los castros costeros asturianos, mientras que hacia el interior tienden a desaparecer. Podría pensarse perfectamente que los mejores puertos del occidente cantábrico siguieron siendo referentes en la navegación de cabotaje y lugares intermedios para los contactos atlánticos, como ya propusimos para los primeros castros. Al igual que con la decoración arquitectónica, la orfebrería o cierta ritualidad como la de las saunas el “gran estilo bracarense” también fue un referente estilístico de prestigio para ciertas decoraciones cerámicas.

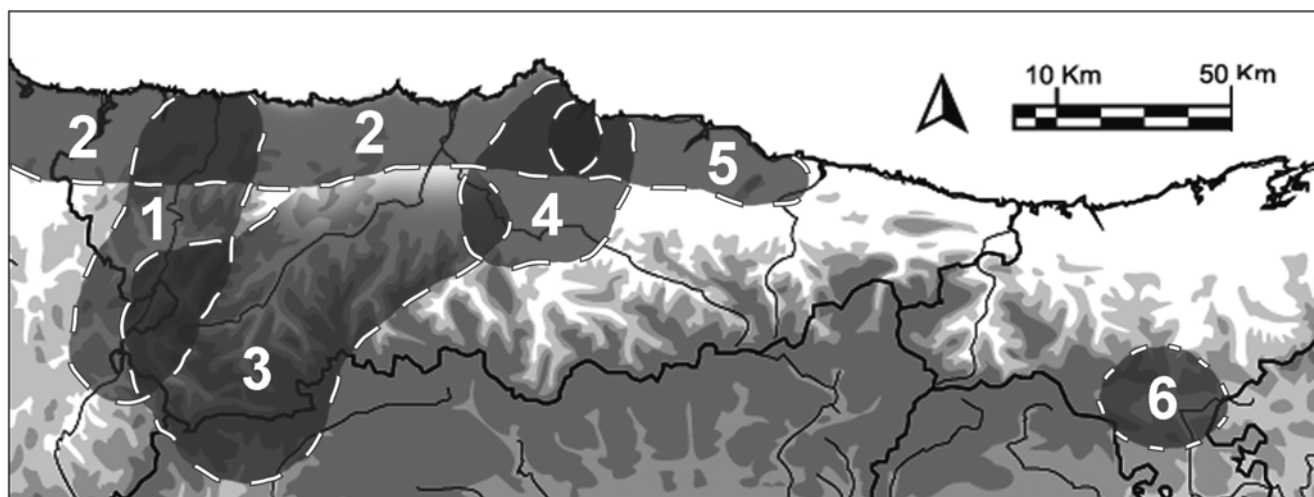
En esta línea observamos dentro de las producciones cerámicas de la fase II de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 171, figs. 120 y 121) algunos bordes con unos apliques definidos como “orificios protegidos por receptáculo cónico” que se suelen interpretar tanto como picos vertedores, como protectores cerámicos de orificios de sustentación, puede que para que la cuerda o cuero de la que penden estas piezas no sea quemado por el fuego. Lo llamativo de estas piezas es que sus paralelos más cerrados se encuentran en la zona de As Rías Baixas, con alguna penetración hacia el interior por el río Miño (Rey 1980). No obstante la explicación funcional de estos apliques no es sencilla, puesto que en los casos gallegos no se observan ni restos de hollín ni marcas de cuerda en los orificios que puedan demostrar que fueron colgadas para cocinar, y también se descarta su uso como picos vertedores pues no serían funcionales para tal fin (Ibid.: 229). Sea cual sea su funcionalidad, estas piezas nos sitúan, de nuevo, ante las evidencias de contactos comerciales entre la costa sur de Galicia y la Campa Torres, demostrando la importancia de este puerto cantábrico durante la Segunda Edad del Hierro, como tendremos ocasión de ver cuando hablemos de las importaciones mediterráneas en este castro. Otros autores aluden también a estas redes de intercambio marítimas para el caso de las cerámicas, puesto que Moriyón, Caravia y la Campa Torres comparten las mismas decoraciones (Camino 2002: 150), lo que de nuevo corrobora el

contacto entre la costa central asturiana con la cordillera del Suevo en su vertiente costera.

Pero aparte de las estampillas, una de las decoraciones típicas del occidente cantábrico serán las retículas líneas bruñidas. En contra de las tesis tradicionales, con su frecuente confusión de la cerámica prerromana con la romana y la asimilación de las líneas bruñidas como una decoración típicamente romana (Hidalgo Cuñarro 1980; Carrocera 1988), debemos decir que las líneas bruñidas suponen una de las principales decoraciones de la CTO cerámica prerromana de la fase II, siendo en algún caso, como el suroeste asturiano y noroeste leonés, la decoración mayoritaria en los niveles prerromanos de los castros.

En general puede pensarse que las tensiones inter e intracomunitarias se reflejan en variaciones formales y tecnológicas en las cerámicas. Por ello en las zonas más dinámicas del Noroeste, como son las rías Baixas, en donde primero se produjeron los contactos con los comerciantes mediterráneos, antes se monumentalizó la arquitectura, se usó el hierro o surgieron sociedades desiguales al final de la Edad del Hierro en los *oppida*, tiene sentido que se desarrollasen las cerámicas más complejas técnicamente hablando, con decoraciones más barrocas, etc., frente a las zonas montañosas o del occidente leonés, por ejemplo (González Ruibal 2007: 285-286). Pese a que podemos aceptar lo dicho como una tendencia general, ello no explicaría por qué una zona como el sudoccidente asturiano / noroeste leonés, montañosa y de tendencia igualitaria, posee cerámicas más decoradas que en la depresión berciana (ese mencionado “occidente leonés”), con claros indicadores de una mayor desigualdad social (arquitectura más abigarrada, unidades de ocupación familiares aisladas físicamente unas de otras, privatización de espacios, grandes graneros familiares, especialistas a tiempo completo...), como vimos.

Respecto al trabajo especializado que tiene que ver con la alfarería, puede que en zonas tales como As Rías Baixas hubiera ciertos artesanos especializados en realizar algún tipo de cerámica compleja -pensemos en las vasijas tipo Borneiro (Rodríguez Corral 2008)-, pero en zonas interiores y montañosas, donde la producción cerámica es monótona y no hay cambios tecnológicos de una pieza a otra, sería el mismo grupo de artesanas las encargadas de realizar las piezas (González Ruibal 2007: 287). Compartimos con este autor la creencia de que seguramente fueran mujeres las encargadas de manufacturar la cerámica, para lo que básicamente contamos con información etnográfica, como el ya clásico trabajo de Helene Balfet (1965), por el cual se marca una tendencia general en la que cuando las cerámicas son realizadas a mano y producidas y consumidas localmente, tiende a ser una tecnología controlada por mujeres, mientras que cuando estas pasan a producirse más industrialmente, por ejemplo mediante la aplicación



**Figura 4.76:** talleres o grupos arqueológicos cerámicos del centro-occidente cantábrico: 1. Valle del Navia; 2. Extremo occidental costa cantábrica; 3. Cuenca del Narcea / suroccidente cantábrico; 4. Sector central asturiano; 5. Costa centro-oriental asturiana; 6. Sector central cantábrico. Nótese los grandes vacíos de información.

del torno de pie, como en la Meseta Norte en estas fechas con la “cerámica celtibérica”, tiende a ser una tecnología acaparada por los hombres. Por ello, pensamos que la perduración de la cerámica a mano en el sector cantábrico hasta la romanización no es síntoma de atraso cultural o incapacidad técnica, como podrían pensar algunos, sino que revelaría que al menos esta artesanía no sería monopolizada por los hombres, como sí ocurrió a partir del siglo II a.C. en el área bracarense (González Ruibal 2003a: 420). O en los *oppida* meseteños productores de cerámicas a torno, en alfares especializados en las afueras de las ciudades, con artesanos, seguramente hombres, a tiempo completo y hornos bicamerales. Las cerámicas de rotaciones lentas cantábricas quizás estén indicando una resistencia tecnológica femenina, posible en grupos de pequeño tamaño y de tendencia igualitaria.

Para el Noroeste de la Península Ibérica se ha dicho que uno de los principales factores de diferenciación de las diversas regiones geográficas durante la Edad del Hierro viene expresado por las cerámicas (Carballo 2003: 333). Tenemos que destacar en este sentido la propuesta de síntesis y clasificación cerámica realizada para el Noroeste y en donde se incluye parte de nuestra zona de estudio en concreto el extremo occidental cantábrico (valle del Navia y costa occidental asturiana), en el taller cerámico “Cantábrico”, pese a que se quieran hacer llegar hasta el río Sella, que abarca también toda la franja costera norte de Galicia, y que se define por las ollas de cuellos exvasados simples o aristados, ollas de perfil flexionado, cuencos de bordes invasados, recipientes globulares y anchos, decoración menos abundante y variada que en el sector Rías Baixas-Miño, el escaso porcentaje de estampillas, la frecuencia de retículas bruñidas y la presencia de decoraciones plásticas, más hacia el sector gallego (González Ruibal 2003a: 386, y fig. 4.126). El problema, como decimos, es que en esta clasificación sólo se tiene en cuenta el extremo

occidental cantábrico, como zona periférica del Noroeste que es. Por otro lado, incluso en castros alejados de las montañas cantábricas, como el de Louredo (cerca de Ourense capital), dentro de un taller cerámico diferente a los cantábricos, como es el del “Miño” en el valle medio de este río (González Ruibal 2003a: fig. 4.141), se compartirían en líneas generales las formas, secuencias de montaje y decoraciones que vemos en castros del occidente de Asturias, montañas del oriente de Lugo y costa del occidente cantábrico, y con cronologías a lo largo de la fase II: bordes exvasados curvos sobre los que se aplica o no un baquetón, bordes facetados, orejetas perforadas, vasijas de perfil flexionado con el cuello recto y el labio exvasado, así como impresiones de círculos, de peines, de SSS (puede que no impresas sino realizadas con el peine) y líneas bruñidas verticales (por ej. Seara Carballo 1990-91: fig. 3-10), sólo que con una barroquización de la gramática decorativa en líneas generales mayor que la de los talleres cantábricos. Algo parecido ocurre con el repertorio cerámico del castro de Vilela (Taboada, Lugo) y al de Barán, que es muy similar al del valle del Navia y extremo occidental cantábrico, pese a lo cual pertenecerían al taller “Interior oriental” (González Ruibal 2003a: 387), ya que vemos bordes planos, facetados, los de hombro flexionado con borde recto y labio exvasado, o los perfiles en S, así como cerámica decorada con SSS, círculos, círculos concéntricos con pezoncito cónico en el centro (Álvarez Nuñez 1992: 159; (Álvarez, López y López 2006: 18 y fig. 9). Sin embargo existen otros rasgos, como en Vilela, que ya difieren del sector cantábrico, como son los abundantes fondos con pie, frente a los clásicos planos cantábricos, o las decoraciones plásticas con acanaladuras (Álvarez, López y López 2006: 18 y fig. 9), pero tampoco están ausentes del valle del Navia, como veremos. Más cercano al extremo occidental cantábrico, o de hecho ya prácticamente participando de los primeros relieves

de la Cornisa Cantábrica, se encuentra O Modorro de San Pedro (Incio, Lugo). Pese a la deficiente excavación y publicación de los materiales (sólo se representan secciones, que están mal orientadas y se confunden materiales prerromanos con los romanos) (Acuña Castroviejo y García Martínez 1968: fig. 3), se podría reconocer un pequeño castro de la fase II luego romanizado. Se pueden apreciar formas de cerámica de la “CTO prerromana” como son un cuello flexionado, uno recto de labio exvasado y un borde facetado, de hecho con facetas cóncavas como en alguna pieza singular de San L. Luis de acabado bruñido. La fase prerromana de este poblado podría corroborarse además por un borde y asa de ánfora que por el dibujo (Acuña Castroviejo y García Martínez 1968: fig. 1) podría ser una Dressel 1, con una cronología entre mediados del s. II a mediados del I a.C. (González Ruibal y otros 2007: 55). Este poblado, junto a otros como Viladonga, podría incluirse también en el taller “Cantábrico” (González Ruibal 2003a: 386), sin embargo, sus rasgos son similares a los del extremo occidental cantábrico, pero no a los del resto del área cantábrica.

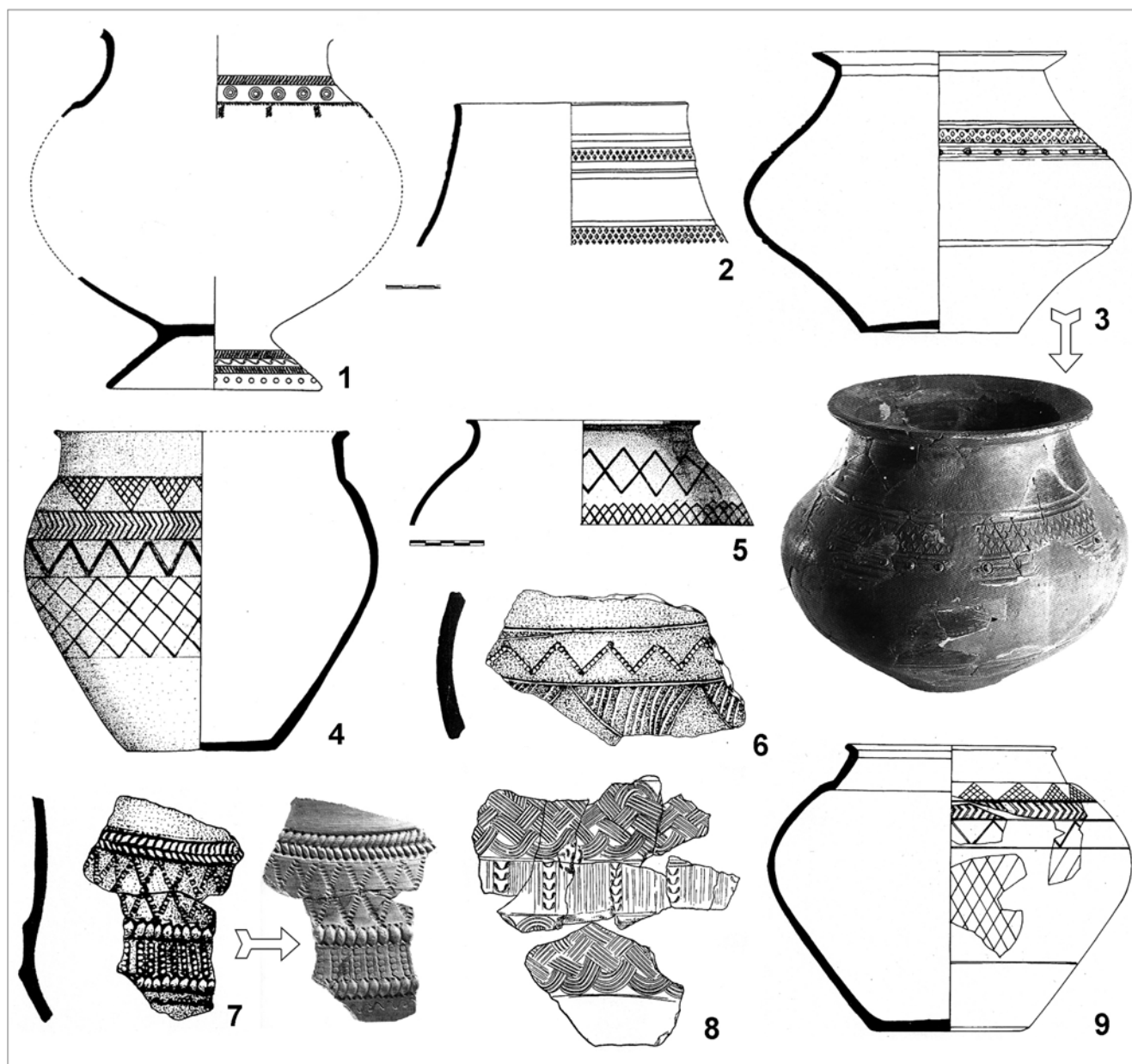
A continuación veremos, pese a la parquedad de los datos publicados, los posibles talleres cerámicos del sector centro-occidental cantábrico, que en sí mismo, si sólo tuviéramos en cuenta los amplios rasgos tecnológicos que se comparten, podría también entenderse como un único taller (fig. 4.76):

### Valle del Navia.

En el valle del Navia (Coaña, Pendar, La Escrita, Chao Samartín) se aprecian tipos que claramente pertenecen a la CTO cerámica prerromana. Sus cuerpos son mayoritariamente ovoides y globulares. Las cocciones suelen ser mixtas con variaciones de color en una misma pieza, y en ocasiones presentan en sus caras externas restos de hollín por haberse situado junto a la lumbre. En cuanto a las pastas, en muchas ocasiones resultan hojaldradas y algo quebradizas, diferenciándose en algún caso (Chao Samartín) entre pastas depuradas y toscas, el degreasante micáceo, los perfiles tanto continuos (en S y otros más troncocónicos) como flexionados. También variados, pero limitados, tipos de bordes (rectos, exvasados curvos, flexionados o facetados, multiaristados o multifacetados, planos y bordes rectos o exvasados con orejeta perforada), fondos mayoritariamente planos (aunque en contados casos, como en el Chao Samartín, encontramos potentes pies), y en ocasiones grandes tamaños con bocas superiores a los 30 cm. de diámetro (García y Bellido y Uría Rúa 1940: fig. 4 y 5; García y Bellido 1942b: figs. 6 y 10; Maya 1987/88: 156-158; Villa 1999: 121; Villa 2003: 123; Carrocera 1988), como en Pendar que, aunque desgraciadamente no se han publicado los materiales cerámicos de los niveles

indígenas, sí sabemos que había algunos de gran porte destinados a almacenamiento (Rodríguez y Villa 2009: 166-167). Se trata por tanto de un conjunto muy similar a la ergología cerámica de otros territorios del occidente cantábrico y de la franja norte de Galicia, como hemos visto más arriba. Se comparten formas y decoraciones con otros talleres cerámicos cantábricos, como son el del valle alto del Narcea/sudoccidente cantábrico, así como con el de la costa occidental cantábrica, en las principales decisiones tecnológicas incluyendo las formas y decoraciones finales, como veremos más adelante.

Pero si atendemos a las particularidades podemos entender el valle del Navia en su conjunto de forma aislada. De todos modos se diferenciarán aquellas características que le son propias de las compartidas con regiones más vastas. Podemos adelantar que lo que hace al valle del Navia particular no son tanto las formas o técnicas decorativas particulares, ya que en líneas generales se observan las mismas que en el resto del sector cantábrico occidental (líneas bruñidas, impresiones de peine, algunos estampillados, incisiones de peine que generan motivos de cestería/entrelazados y aplicaciones plásticas: cordones/molduras y clavos), como la particularidad procedente de la barroquización y segmentación de la gramática decorativa, en ocasiones mediante la combinación de varias de las técnicas mencionadas. Hay razones para individualizar los castros del valle del Navia en función de sus combinaciones decorativas, como es el caso de algunas cerámicas de bordes facetados y de bordes planos de Coaña, cuya decoración mediante líneas bruñidas sigue complicados esquemas que no se ven en otras áreas en donde son frecuentes las decoraciones de este tipo, como el alto Narcea (San L. Luis) o la costa occidental cantábrica (Arancedo). Se trata de decoraciones segmentadas, divididas en franjas horizontales, cada una de la cual repite horizontalmente el mismo motivo, que suele realizarse mediante la combinación de líneas oblicuas paralelas, creando diferentes combinaciones de retículas, triángulos, triángulos rellenos de retículas, etc. (fig. 4.77) (Maya 1987/88: fig. 41; 42A). En otros casos lo que apreciamos entre las piezas de Coaña son combinaciones de líneas bruñidas con triángulos, cuadrados y rayas oblicuas realizadas mediante impresiones de peine -las famosas supuestas excisiones célticas de Uría Rúa, 1941b- (Maya 1987/88: 154; fig. 51A). Claros ejemplos de decoración segmentada y de combinación de diferentes técnicas decorativas los poseemos en una serie de galbos de Coaña de una cerámica bien depurada y bruñida que podrían ser del mismo cacharro obtenidos de la cara interna de la muralla de la acrópolis y detalladamente descritos por José Luis Maya (1987/88: 171): destaca un galbo compuesto en franjas horizontales de decoración y que, de arriba a abajo, combina una franja vacía cercana al borde, un banda con

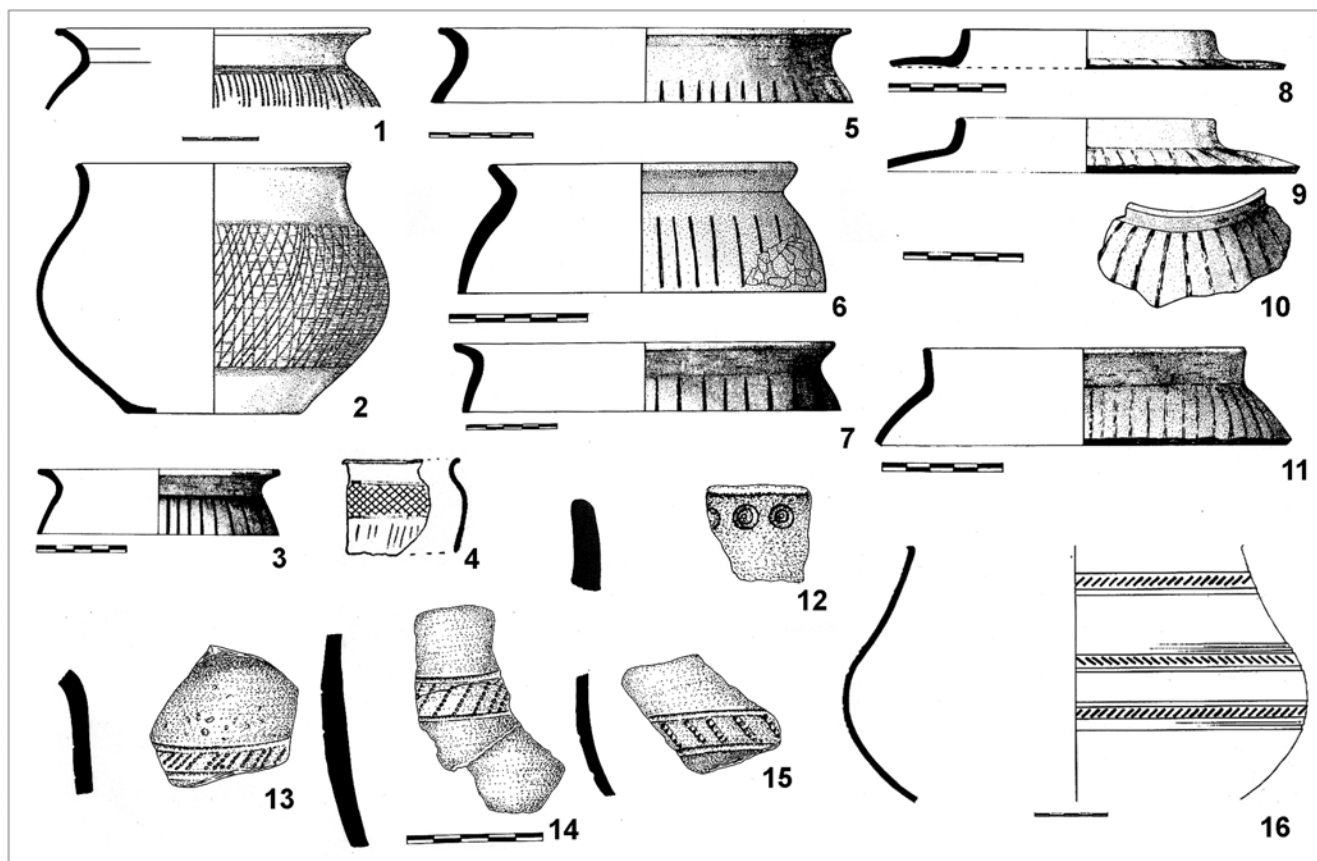


**Figura 4.77:** cerámica distintiva del valle del Navia: 1 y 2. Chao Samartín; 3 a 9. Coaña (a partir de Villa 1999; Maya 1987/88; Feito 1985; García y Bellido 1941a, modificados) (sólo tienen escala 1, 2 y 5).

impresiones de espiga o sogueado, un franja con impresiones de peine formando una retícula romboidal (con las puntas de las púas rectangulares), un cordón cuya parte superior e inferior se decoró con un zig-zag inciso, luego unido a los vértices, lo que genera la impresión de hexágonos, un franja de líneas verticales compuesta por puntitos, otra moldura decorada y una línea incisa curva (fig. 51 E). Lo interesante es que todos estos motivos y técnicas decorativas los encontramos en otros poblados del occidente y centro asturiano, pero no dichas combinaciones. Del mismo modo podemos motivos de “entrelazados impresos” de Coaña (Maya 1987/88: 173) -que realmente estarían realizados arrastrando el peine usado para el urdido de los colombino- compartidos con otros poblados de la costa occidental cantábrica (por ejemplo Arancedo), y que, dispuesto en bandas, se combinan con una banda

intermedia decorada con impresiones de líneas verticales y arquillos (García y Bellido 1941a: fig. 13).

El hecho de tomar el valle de Navia de forma global como subgrupo cerámico dentro del occidente cantábrico, y no sólo su cuenca baja, se debe a la presencia de cerámicas con formas y decoraciones complejas también en la cuenca alta del río, como puede observarse entre los contados ejemplos de cerámicas prerromanas publicadas para el Chao Samartín (Villa 1999: Lam. III). Entre las formas particulares de este poblado vemos una cerámica lisa de perfil acampanado y otra gran cerámica de cuerpo globular y borde flexionado, ya mencionada más arriba por la novedad que supone en el ámbito castreño cantábrico su potente pie piramidal. Estas dos cerámicas destacan por las formas finales y la segunda por las partes en las que fue conceptualizada y realizada. Además, esta última posee una decoración



**Figura 4.78:** cerámica decorada del valle del Navia similar al resto del occidente cantábrico: 1-11. Decoración de líneas bruñidas; 12. Impresión de estampilla de círculos concéntricos; 13-16. Impresión de peine (Chao Samartín: 1, 2 y 16; Coaña: 3, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14 y 15; La Escrita: 4, 10) (a partir de Villa 1999; Maya 1987/88; García y Bellido 1942b, modificado).

que, como en Coaña, combina diferentes técnicas decorativas y que se presenta en franjas horizontales de decoración. Al igual que en los ejemplos comentados para Coaña, ahora la decoración de estos particulares cacharros llega a cubrir toda la pieza, y no sólo los hombros y/o cuellos, como en la fase I (capítulo 3). De hecho en el caso de la del Chao Samartín, pese a no conocer gran parte del cuerpo de la vasija, se observa la intencionalidad de decorar el cuello (franja de impresiones de peine formando líneas oblicuas, otra de impresiones de círculos concéntricos, y otro formada por una línea horizontal de la que penden líneas verticales puede que también realizada mediante impresiones) y el pie (franja de líneas mediante impresión de peine inclinadas hacia la derecha, onda incisa, franja de líneas impresas a peine inclinadas a la izquierda y círculos impresos). Como ya comentamos, la base de esta cerámica puede denotar una influencia del taller cerámico “Interior oriental” de Lugo sobre el Chao Samartín, ya que en castros como Vilela son frecuentes este tipo de pies realzados.

Otros temas decorativos compartidos entre el bajo y alto Navia (Coaña y Chao Samartín) son las bandas horizontales generadas mediante la impresión de estampillas romboidales, enmarcadas por franjas/líneas acanaladas, aunque sobre piezas de diferentes formas (bicónica y borde facetado en el

primer poblado y cuello recto invasado indiferenciado del cuerpo en el segundo). En el caso de la de Coaña además de las líneas acanaladas se disponen dos líneas de estampillados angulares concéntricos que enmarcan a los rombos, y una línea de apliques que imitan puntiagudos clavos entre las líneas acanaladas que cierran por abajo la franja principal, que podría indicar influencias de la costa norte gallega, ya que vimos que las decoraciones plásticas como las puntas de diamante y clavos son más propias de este área. El carácter especial de esta pieza además se advierte por el fino acabado bruñido de la superficie (Maya 1987/88: 174 y fig. 52 E; Villa 1999: Lam. III). Llama la atención cómo si bien el inmediato valle del Narcea, y sudoccidente cantábrico en general, es refractario a todo este elenco y combinaciones de motivos decorativos (un claro ejemplo es San Lluís, como veremos) sin embargo es posible encontrar cerámicas de imitación de clavos también en la zona central asturiana, tanto en la costa (como es el caso del gran recipiente de la Campa Torres, a modo de gran contenedor bitroncocónico de labio plano, que combina los clavos con impresiones de arquillos) como en el interior (siendo llamativo que en Llagú encontremos la misma combinación de estampillas de rombos y clavos que en Coaña) (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 60.6 y 60.7).



En general tanto en Coaña como en Campa Torres y Llagú podemos ver que los clavos se suelen acompañar de otro tipo de decoraciones. El hecho de que los recipientes que imitan clavos sean de gran tamaño y posean buenos acabados bruñidos ha hecho pensar tradicionalmente que imitan recipientes metálicos del tipo de los calderos de bronce de planchas remachadas. También se reconoce lo relativamente abundante que es este tipo de apliques en los castros del Noroeste (Maya 1987/88: 173-174; Maya y Cuesta 2001: 192-194). No sabemos hasta qué punto este tipo de vasijas que imitan clavos puedan ser consideradas importaciones desde zonas del Noroeste, como la costa meridional gallega y área bracarense, en donde las decoraciones perladas son abundantes en este momento, así como las estampillas romboidales comentadas más arriba (González Ruibal 2003a: 408-412). Encontramos complejo el hecho de que este tipo de grandes vasos viajen cientos de kilómetros, pero sí compartimos que haya que relacionar la llegada/creación de estos vasos con una ritualidad comunal que podemos seguir asociando con la redistribución de comida (banquetes, ceremonias conspicuas), como se ve también en la perduración de los calderos metálicos, que durante la fase II pueden estar ocultando las formas sociales cada vez más complejas de fines de la Edad del Hierro (González Ruibal 2003a). No es extraño que estos vasos aparezcan en las zonas de mayores cambios y mayores evidencias de contactos a larga distancia del territorio cantábrico (valle del Navia, Campa Torres), en lo que podríamos entender como una incorporación de elementos del “gran estilo bracarense”, así como de otros talleres cerámicos del Noroeste, a las formas propias del occidente cantábrico.

Por lo tanto en el valle del Navia encontramos los modelos y temas decorativos más complejos y desarrollados de todo el ámbito cantábrico que combinan diferentes técnicas, tienden a cubrir toda la pieza mediante franjas horizontales y, en algunos casos, presentan divisiones verticales a modo de metopas en donde se enmarcan temas decorativos específicos. Este tipo de composiciones recuerda en parte al barroquismo decorativo que se alcanzó a lo largo de la fase II en castros de las Rías Baixas y contrasta claramente con otras zonas castreñas como es el interior de Galicia o el Bajo Bierzo, en donde priman las paredes lisas. De hecho para el Baixo Miño y Rías Baixas se ha relacionado este tipo de decoraciones con altos grados de competitividad social intra e intercomunitaria y con ciertas percepciones del espacio y la sociedad que tiene que ver con un grado de ocupación del territorio sumamente elevado (González Ruibal 2003a: 392-412). En concreto para la interpretación de la riqueza y variedad decorativa de la cerámica de las Rías Baixas y el Miño se parte de la coincidencia entre la zona donde más se desarrolla la decoración y aquella donde se observa una

arquitectura más compleja y una organización del espacio más densa. Desde el punto de vista de la mentalidad, la cerámica “Rías Baixas-Miño” resulta coherente con el espacio. En esta zona se produce una fragmentación y especialización del espacio doméstico, unidos a una densa ocupación del espacio, que en otras zonas o bien no se dan o bien constituye un fenómeno tardío. La cerámica de la zona presenta una igualmente densa ocupación de su superficie con motivos decorativos, una gran fragmentación de la pieza y una “especialización”, en el sentido de que cuello, panza y fondo aparecen claramente delimitados por la decoración, el tratamiento superficial o simples líneas separadoras. La decoración de las vasijas equivaldría a la monumentalización de la arquitectura (Cobas y Prieto 1999: 48; González Ruibal 2003a: 392-412). No pretendemos por tanto comparar el valle del Navia con el proceso histórico del Baixo Miño-Rías Baixas, pero sí es interesante señalar que el tramo de costa en donde se encuentra Coaña es el más densamente poblado de la Asturias castreña (Camino 1995b), o cómo el caserío de este poblado, de morfología eminentemente prerromana, tuvo un intenso proceso de remodelaciones y privatizaciones de espacios semipúblicos que no se aprecia en otros poblados, como vimos. El valle del Navia y el interfluvio Eo-Navia en su conjunto se caracteriza por un desarrollo urbanístico particular ya desde la fase I, por la petrificación de su arquitectura desde comienzos de la fase II, por las continuas remodelaciones y reformas tanto de las defensas como de las unidades de ocupación y por la segmentación y privatización progresiva de los espacios domésticos, en donde se confinan la mayoría de las actividades de mantenimiento. Es en el valle del Navia en donde vemos ciertos conjuntos arquitectónicos formados por saunas, defensas y cabañas colectivas, posiblemente destinadas a los guerreros. Por todo ello no es descabellado asociar estructuralmente las ornamentadas cerámicas que hemos comentado (Coaña, Chao Samartín) de esta región alfarera con las mayores cotas de competitividad social que desvela la arquitectura y con la alta densidad de ocupación del espacio (paisaje urbano segmentado) de aquella geografía castreña. Es interesante en este sentido comparar el valle del Navia con el alto Narcea, como por ejemplo San L. Luis (con arquitectura petrificada, pero con mucha menor actividad de remodelaciones de las unidades de ocupación, con mucha importancia de los espacios semipúblicos para realizar actividades de mantenimiento, y al margen del fenómeno de las saunas rituales y los conjuntos arquitectónicos que las acompañan, y con una cerámica monótonamente decorada mayoritariamente mediante líneas bruñidas en los hombros) o con el interior de A Coruña (por ejemplo los castros de San Xiao o A Graña) sin estructuras sólidas ni cerámicas decoradas, o el oriente de Lugo (castro de Lóuzara), con endebles y

espaciadas construcciones y una cerámica monótona y predominantemente lisa (en González Ruibal 2003a: 386-392).

Volviendo a lo que une al valle del Navia con el resto del occidente cantábrico, más que con lo que le separa, observamos algunos ejemplos de bordes facetados con decoración de líneas bruñidas a lo largo de todo el valle que siguen esquemas más sencillos, consistentes en líneas verticales u oblicuas, como en Coaña, Pendia, La Escrita y el Chao Samartín podemos apreciar (García y Bellido 1942b: figs. 6 y 10; Maya 1987/88: fig. 43 B y C; 44A; 46 B, C Y D; 47B; Villa 1999: Lam. III) (fig. 4.78), y que se comparten en amplias zonas del occidente cantábrico y del territorio lucense. Otra decoración que no es exclusiva del valle del Navia y que también apreciamos incluso en el sector sudoccidental cantábrico (San L.luis), son las estampillas de círculos concéntricos, que difieren de las de Caravia, ya que en el occidente asturiano las estampillas se presentan o de forma aislada (Coaña, San L.luis) (Maya 1987/88: fig. 49A y B) o, como vimos, dentro de variadas combinaciones de técnicas decorativas (Chao Samartín). Tanto para Coaña como para el Chao Samartín apreciamos sencillas impresiones de peine en líneas oblicuas, que se comparten tanto con San L.luis como con la Campa Torres (Maya 1987/88: fig. 50 B-D; Maya y Cuesta 2001: fig. 142; Villa 1999: Lam. III). De igual modo el tema de las estampillas de SSS estilizadas presentes en Coaña, y que se aprecian por una gran zona peninsular, se combinan con otro tipo de estampillas consistentes en sucesiones de puntos, resultando un tema compartido tanto en Coaña (Maya 1987/88: fig. 52 A para Coaña) como en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: fig. 143.2). Por último algunos motivos de cestería de Coaña (García y Bellido 1941a: figs. 12C y 14) parecen ser sencillos, sin combinación con otras técnicas, como ocurre en Arancedo, o los motivos de imitación de clavos (Ibid.: fig. 12 B), presentes también en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: figs. 143.4-9 y 144).

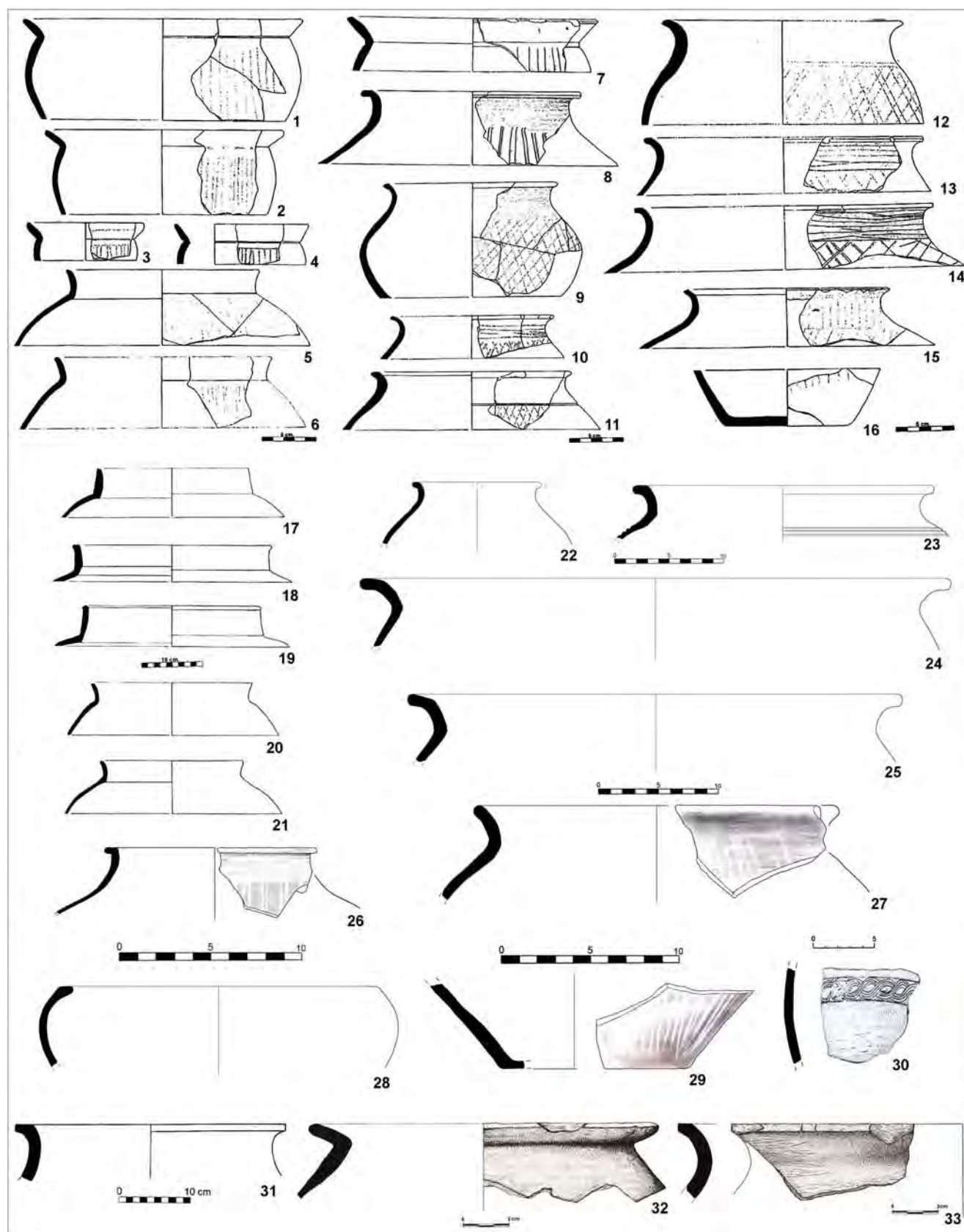
#### **Extremo occidental costa cantábrica (Arancedo-Punta do Castro).**

El sector costero del norte de Galicia, por lo tanto, posee unos paralelos tipológicos y unas concomitancias mucho mayores con el occidente asturiano, especialmente con el tramo costero, que con los castros de la costa occidental gallega (con las famosas jarras tipo Toralla, los bordes marítimos o tipo Cíes, los recipientes tipo Borneiro o los bordes reforzados tipo Vigo) (Rey 1990-91: 149-157), ya que este área de As Rías Baixas forma uno de los talleres cerámicos mejor definidos del Noroeste. La cerámica del norte de Galicia, y en concreto la del norte de Lugo (con castros como Fazouro o Viladonga), tiene escasos recipientes decorados, y abundan los

espatulados o bruñidos, los bordes aristados y los cuencos de borde vuelto. Se lleva tiempo vinculando este sector con los castros asturianos y leoneses (Rey 1986-87: 189-190), pese a que en esos años se entendieran todas las cerámicas de castros asturianos como romanas. Ello ha justificado la inclusión de todo este sector en el taller “Cantábrico” (González Ruibal 2003a: 386 y fig. 4.126).

En líneas generales se trata de un grupo que mantiene altas concomitancias con el grupo del valle del Navia, pero que decidimos individualizar por ciertas características que, no obstante, igual acabarán por difuminarse cuando avancen las excavaciones metodológicas en el sector, ya que para este taller sólo contamos con los materiales de superficie de Punta do Castro (Barreiros, Lugo) (Ramil y otros 2005) y con el reciente estudio que hemos realizado con los materiales obtenidos en las excavaciones de los años cincuenta del castro de Arancedo (El Franco, Asturias) (Marín 2008), las ya mencionadas de Pendia, Mohías y Coaña, y alguna pieza suelta más de castros como Os Castros de Piñera (Camino 1995a: 36) y Os Castros de Ribadeo (Fernández Ochoa y Rubio 1983). En Cabo Blanco la cerámica prerromana parece ser como la del cercano Arancedo, pues se alude a cerámicas sin torno, y con alguna decoración mediante líneas bruñidas y baquetones, sin que se haya publicado ni una sola imagen (Fanjul, Villa y Menéndez 2009: 262).

En general comparte con el valle del Navia la mayoría de las decisiones tecnológicas: cocciones mixtas, abundantes degreasantes cuarcíticos y micáceos, rotaciones lentas mediante urdido de colombinos, realización por partes de las piezas, con mayores velocidades de rotación para los bordes, bases planas y formas globulares. Las formas se pueden individualizar por los bordes: exvasados curvos, bordes facetados, cuellos flexionados, bordes rectos / ligeramente exvasados con labios planos y cuencos de labio engrosado; preparados superficiales mediante escobillados / peinados, espatulados y bruñido horizontal por rotación; decoraciones consistentes en baquetones, líneas bruñidas verticales y oblicuas, y motivos de cestería (Marín 2008: 304-305) (fig. 4.79). Pero como rasgos propios costeros hemos de señalar principalmente el protagonismo casi absoluto de las decoraciones mediante líneas bruñidas (principalmente líneas oblicuas y en retícula), que en Punta do Castro representa prácticamente a todas las decoraciones de la CTO cerámica prerromana encontrada. En este caso se combina con incisiones, impresiones de peine y molduras con incisiones verticales. En Arancedo es también claramente mayoritaria, junto a alguna decoración de cestería, que se comparte con castros como Coaña (Ramil y otros 1995: 92-100, fig. 6-11; Maya 1987/88; Marín 2008: 300-304, figs. 4 y 5), siendo llamativa la ausencia de estampillas (ver fig. 4.79). Aparte del protagonismo de la decoración mediante líneas bruñidas hemos de hacer mención a



**Figura 4.79:** cerámica del extremo occidental de la costa cantábrica: cuellos estrangulados de bordes exvasados rectos (1, 2, 3, 4, 7, 32); bordes de cuello cilíndrico y labio flexionado y horizontal (8, 14, 22, 26); cuencos (28); bordes facetados (11, 15, 18, 19, 23, 24, 25, 31, 33); cuellos cilíndricos de labio exvasado curvo / bordes exvasados curvos (10, 12) (Punta do Castro: 1-21; Arancedo: 22-30; Os Castros de Ribadeo: 31; El Castelo del Esteiro: 32; Os Castros de Piñeira: 33) (a partir de Ramil y otros 1995; Marín 2008; Maya 1987/88; Fernández Ochoa y Rubio 1988; Camino 1995a, modificados).

dos tipos de bordes que también individualizan este sector de la costa cantábrica por su presencia

mayoritaria: los cuellos estrangulados o bordes de perfil flexionado exvasados rectos, sobre ollas

globulares, que en ocasiones se encuentran ligeramente engrosados y que por debajo de la inflexión pueden ir decorados con líneas bruñidas; y los bordes que tras un cuello que tiende a ser cilíndrico sufren una inflexión y dejan un pequeño labio plano. También pueden ir decorados con líneas bruñidas (Maya 1987/88: fig. 43A; Ramil y otros 1995: fig. 3, 4, 5, 9, 10 y 11; Marín 2008: fig. 4 y 5).

Una forma que supuestamente es muy común en la zona occidental cantábrica y zona llana de Lugo son los grandes cuencos abiertos o cazuelas abiertas de forma globular que pudieron haber estado destinados a la preparación de gachas (González Ruibal 2007: 287), y que podemos ver tanto en castros gallegos como Viladonga como en la Campa Torres (Arias 1988; Maya y Cuesta 2001), siendo muy similares entre sí (González Ruibal 2003a: 386), pero que de momento sólo hemos podido reconocer en un sólo caso de Arancedo (Marín 2008: fig. 5).

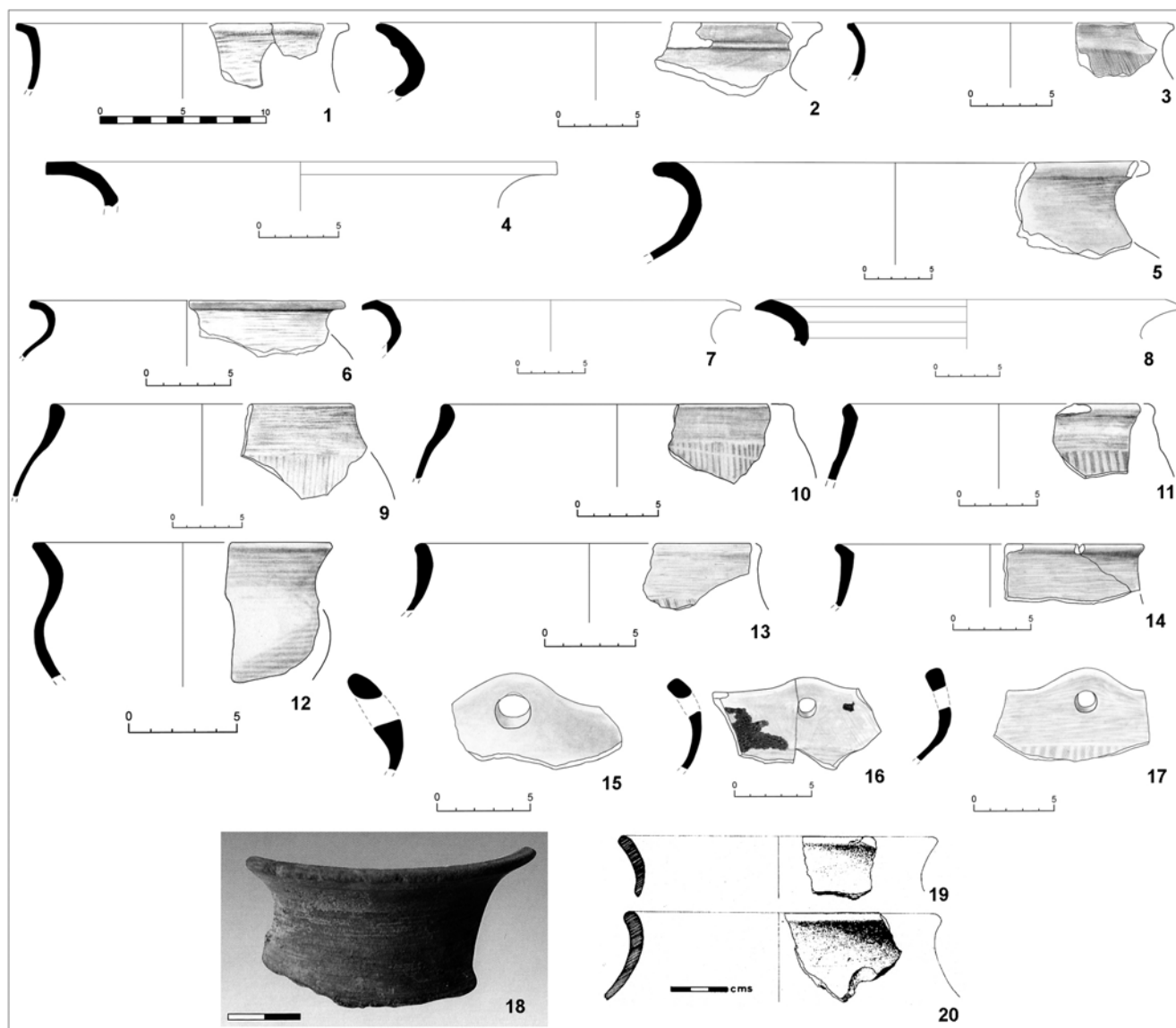
#### **Sudoccidente cantábrico (San L.luis-Chano-Tremao de Carbal.lo-L.larón).**

Para este grupo las únicas publicaciones utilizables que ofrecen suficiente información son las referentes a San L.luis (Marín 2007; Marín y Jordá 2007), puesto que del resto de poblados se han publicado contadas piezas. Es posible incluir en este grupo castros no excavados de afluentes del Narcea como el Pigüña, como el Castu de El Valle (Fernández Mier 1999: 82), gracias a alguna cerámica encontrada en superficie, pues comparte las características que comentaremos a continuación, y sobre todo de otros afluentes de la cuenca alta como el Cimea o el Luiña ya que los materiales de Tremao de Carbal.lo (Flórez, García y Fanjul 2005) coinciden en líneas generales con los de San L.luis. En el valle del Pigüña se han publicado algunas cerámicas encontradas superficialmente en castros, como el de Ozana, que son presentadas sistemáticamente como medievales (Fernández Mier 1999), pero que por decoraciones y morfologías pueden perfectamente ser prerromanas, compartiendo los rasgos principales del grupo que comentamos. Para el noroeste de León en el Chano no contamos con ningún dibujo, pero por las descripciones (Celis 2002: 201-202) se puede equiparar completamente al repertorio prerromano de San L.luis. No sabemos hasta qué punto los materiales cerámicos encontrados en Villacid, con hojas de acacia incisas y marcas “hechas en frío” -¿líneas bruñidas?- (Morán 1956/61: 108) pueden equipararse a este taller cerámico, puesto que la primera de esas decoraciones igual puede relacionarse mejor a las cerámica prerromanas “a mano” de Lancia, de perfiles en S y espigas impresas (Celis, Gutiérrez y Liz 2002: 266). Las cerámicas prerromanas de L.larón son muy escasas, pero en líneas generales se pueden comparar con el grupo caracterizado por San L.luis, pues vemos tanto

cuellos exvasados curvos como cilíndricos -cuellos rectos- donde luego el cuerpo se abre, grandes vasijas que hay que entender como contenedores, y decoraciones por líneas bruñidas oblicuas (Maya y Blas 1983: 182 y fig. 12) (fig. 4.80).

De nuevo los cuerpos tienden a ser globulares, con los perfiles continuos en la mayoría de los casos, aunque también encontramos algunos perfiles flexionados (grandes contenedores de cuello recto y labio ensanchado y vasijas de cuello recto y labio exvasado, principalmente). Los fondos son siempre planos y entre los bordes contamos básicamente con seis tipos, representados por diferentes variantes: bordes exvasados curvos, bordes exvasados facetados/aristados, bordes rectos/ligeramente exvasados en su extremo con inflexión marcada en el arranque del hombro, bordes exvasados curvos con orejeta perforada (en un momento avanzado desaparece la orejeta), borde rectos de gran tamaño con el labio engrosado y redondeado con la parte superior plana y, en un último momento, los bordes de grandes platos o fuentes. Las pastas son en líneas generales hojaldradas, poco compactas, con grasas cuarcíticas sobre todo -en algunos contenedores aquellos son de gran tamaño-, acompañados en ocasiones de nodulillos naranjas -quizás por haberse utilizado cerámica ya cocida y machacada como grasante-. Las coloraciones son pardas y anaranjadas, con frecuentes cambios de color en un mismo cacharro, que denotan cocciones mixtas en hornos sencillos en los que seguramente el combustible estuvo en contacto directo con las piezas. La función ejecutiva más frecuente en el elenco cerámico prerromano, al menos de San L.luis, son las líneas bruñidas horizontales por rotación. No se trata de una decoración sino de un preparado superficial, presente en todos los tipos cerámicos, y aplicado desde el labio hasta el fondo, y tanto en el interior como en el exterior, por lo que uno de los fines de esta técnica quizás sea impermeabilizar las vasijas. Los bruñidos homogéneos son minoritarios en comparación con los escobillados y las líneas bruñidas por rotación, y creemos que se desarrollaron principalmente al final de esta CTO, quizás en un momento en el que ya se solape con la CTO de la cerámica común romana (Marín 2007; Marín y Jordá 2007).

Las decoraciones que imperan son las líneas bruñidas verticales, las líneas bruñidas oblicuas, la combinación de ambas y la retícula bruñida. En San L.luis sólo se aplican sobre los bordes rectos y en los bordes de orejeta perforada, y en ambos casos sólo a partir del arranque del hombro. A veces se marca el arranque de la decoración con una línea bruñida horizontal más amplia. Los bordes de orejeta perforada son ollas para cocinar que cuentan con manchas de hollín en los exteriores y que utilizarían los cabrios mencionados más arriba. Los bordes rectos

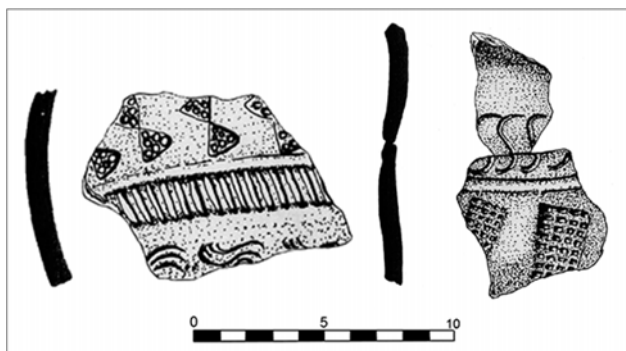


**Figura 4.80:** cerámica del sudoccidente cantábrico: bordes facetados (1, 4-8); bordes exvasados curvos (2, 3, 12, 18-20); cuellos cilíndricos de labio ligeramente flexionado / exvasado (9, 10, 11, 13, 14); bordes de orejeta perforada (15-17) (San L.luis: 1-17; Tremáu de Carbal.lo: 18; L.larón: 19-20) (a partir de Marín 2007; Marín y Jordá 2007; Fanjul, Flóez y García 2005; Maya y Blas 1983).

seguramente sean botellas para contener líquidos (agua, cerveza...) (Marín 2007: 157). En As Rías Baixas las jarras tipo Toralla de tamaños reducidos, pastas muy cuidadas y que siempre presentan decoración se emplearían con toda seguridad para contener bebidas alcohólicas, antes que agua, ya que en muchas sociedades tradicionales los recipientes para bebidas alcohólicas suelen estar decorados porque se emplean en ocasiones rituales, festivos o sociales (González Ruibal 2007: 286-287). Podríamos pensar que los cacharros de cuellos rectos con labio engrosado y decoración de retícula bruñida podrían ser las botellas de este sector cantábrico. Igual podría pensarse en una funcionalidad específica para las ollas de orejeta ya que no se posan sobre el hogar sino que se cuelgan y también van decoradas. Una posibilidad que ya apuntamos es que entre estos grupos del suroccidente cantábrico sólo se estuvieran decorando los cacharros que tuvieran relación con actividades productivas y de

mantenimiento típicamente femeninas (cocinar, transportar agua, confeccionar cerveza...) (Marín 2007: 157), pero aún es pronto para poder afirmar esto.

En San L.luis y el Chano las estampillas son muy escasas, pero parecen compartirse los motivos (círculos, ondas y SSS). Estos motivos combinados se ven también en castros del norte de León sobre vasijas realizadas a torno, como en Adrados (Morán 1956/61: 101), en consonancia con el entramado cultural meseteño que se aprecia en este poblado, como dijimos al comienzo del capítulo. Como sabemos no podemos aventurarnos a plantear una tradición cerámica mixta (vasijas a torno de tipo meseteño con estampillas típicas cantábricas) ya que las SSS estilizadas como los círculos tienen una amplia difusión. Si en Coaña y la Campa Torres aparecen motivos estampillados muy similares (SSS estilizadas con estampillas de sucesiones de puntos) ahora veremos cómo la combinación de SSS con estampillas



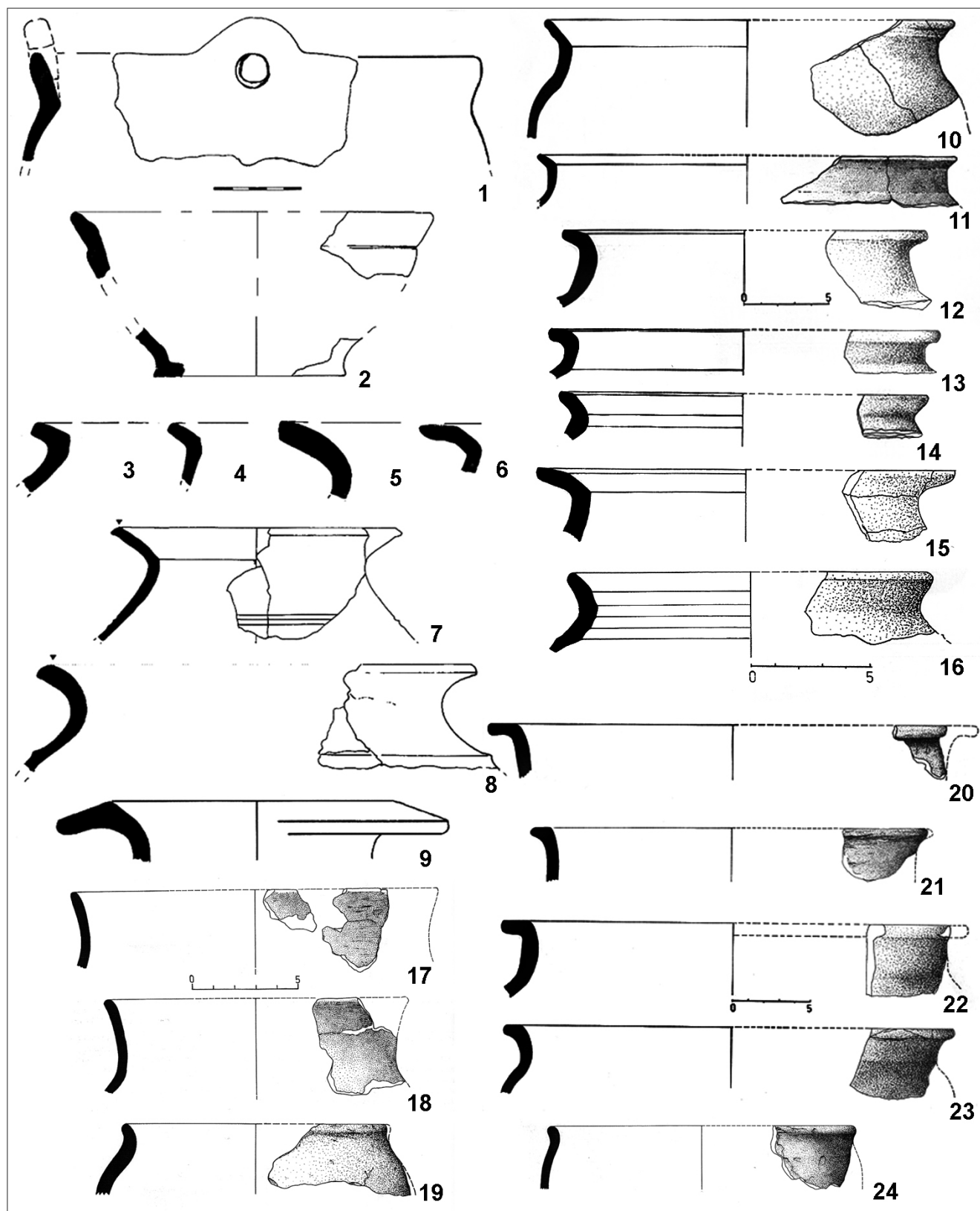
**Figura 4.81:** cerámicas estampilladas de San L. Luis, que podemos asociar con ritos fundacionales de algunas unidades de ocupación (a partir de Maya 1987/88).

de triángulos o rectángulos rellenos de puntos son temas compartidos entre este último poblado (Maya y Cuesta 2001: fig. 143.2) y San L. Luis (Maya 1987/88: fig. 52 C y D), con composiciones casi idénticas en ambos poblados (figs. 4.81 y comparar con 4.83). El simbolismo de las SSS como anátidas esquematizadas y las supuestas connotaciones religiosas que conllevan, que los triángulos rellenos de puntos sean un tema también presente en la orfebrería, el hecho de que las estampillas sean muy escasas en este taller cantábrico y que sus referentes estén en lugares tan alejados como la Campa Torres debe hacernos pensar en el significado especial de las vasijas decoradas con estampillas en el suroccidente cantábrico. A ello le debemos añadir el hecho de que en San L. Luis las escasas muestras de vasijas con estampillas aparecieron en los niveles fundacionales al exterior de dos estructuras pertenecientes a dos unidades de ocupación diferentes (ver fig. 4.65), lo que por una lado nos hace fechar estas estampillas a comienzos de la fase II y por otro nos lleva a entender que estas vasijas debieron tener significados especiales asociados a rituales de fundación y/o apotropaicos de las diferentes unidades de ocupación (Marín 2007: 154). Tampoco habría que descartar la posibilidad de que las propias mujeres realizaran cerámicas con mensajes estrictamente masculinos o utilizados en ritos protagonizados por hombres. Podría ser el caso de estas cerámicas estampilladas o del borde exvasado con cuatro acanaladuras concéntricas y bruñido homogéneo. Pero tampoco que en estos ritos fundacionales, al contrario de lo que habitualmente pensamos, el papel femenino sea trascendental. La calota craneal de una mujer en la cista que se halla en la entrada del recinto antiguo o acrópolis del Chao Samartín (Villa y Cabo 2003) y los restos humanos, seguramente también femeninos, en los niveles más antiguos del interior de la muralla de la Campa Torres (Mercadal i Fernández 2001) así podrían indicarlo.

#### Sector central asturiano (Campa Torres - Llagú).

Tanto la Campa Torres como Llagú tienen rasgos en sus talleres cerámicos que podrían hacer que fueran introducidos tanto en los grupos de la costa occidental cantábrica como en el específico para la costa centro-oriental asturiana. Dicha mezcla particular de tradiciones nos inclina a unirlos en un grupo propio. De hecho las cerámicas de la Campa Torres de la Segunda Edad del Hierro suponen una interesante combinación entre los dos talleres cerámicos costeros de los cuales este poblado es un punto intermedio. Este castro además recibe influencias cerámicas mucho más lejanas, que proceden de la costa meridional gallega (Rías Baixas), y que no encontramos en otros puntos cantábricos, lo que podría estar demostrando que las importaciones mediterráneas del poblado, que llegaron por vía marítima, pudieron ser fruto no tanto directamente del comercio púnico como de los contactos con los dinámicos grupos castreños de las Rías Baixas. Si la Campa Torres recibió la visita de los comerciantes mediterráneos directamente habría que pensar que aquellos son los que tuvieron sus bases comerciales precisamente al sur de Galicia (González Ruibal 2006). Quizás este carácter abierto que le ofreció ser uno de los mejores puertos cantábricos es lo que provocase el eclecticismo de sus producciones cerámicas. Por ello pondremos a la Campa Torres como eje o punto intermedio de tres talleres cerámicos distintos, ya que comparte rasgos tanto con el sector central asturiano (especialmente con Llagú), como con la costa centro-occidental asturiana y lucense (bordes multiaristados, decoración mediante retícula o líneas paralelas bruñidas, motivos estampillados) o la centro-oriental (bordes digitoungulados, decoraciones incisas y acanaladas). Ello mostraría que la Campa Torres, además de mantener contactos por vía marítima a larga distancia, también mantuvo otros contactos de radio más corto con el resto del territorio occidental cantábrico, tanto por costa como por interior. De hecho un poblado en el que la actividad metalúrgica fue tan notable, no dispuso de fuentes de aprovisionamiento de metal en su entorno inmediato, lo que le obligaría ir l'Aramu, hacia el Sur, o al monte del Sueve, hacia el Este, a por cobre, a unos 35/40 km en línea recta. Mientras que al Suroeste, a partir de Salas, y por lo tanto en la cuenca del Narcea, pudo abastecerse de estaño (Maya y Cuesta 2001: 239), lo que podría explicar los motivos estampillados que comparte con San L. Luis, por ejemplo. Todos estos contactos a media distancia pudieron favorecer el carácter ecléctico de las tradiciones cerámicas de la Campa Torres.

En Llagú las cerámicas de la CTO cerámica prerromana son muy escasas, entre otros motivos porque en la principal campaña de excavación llevada

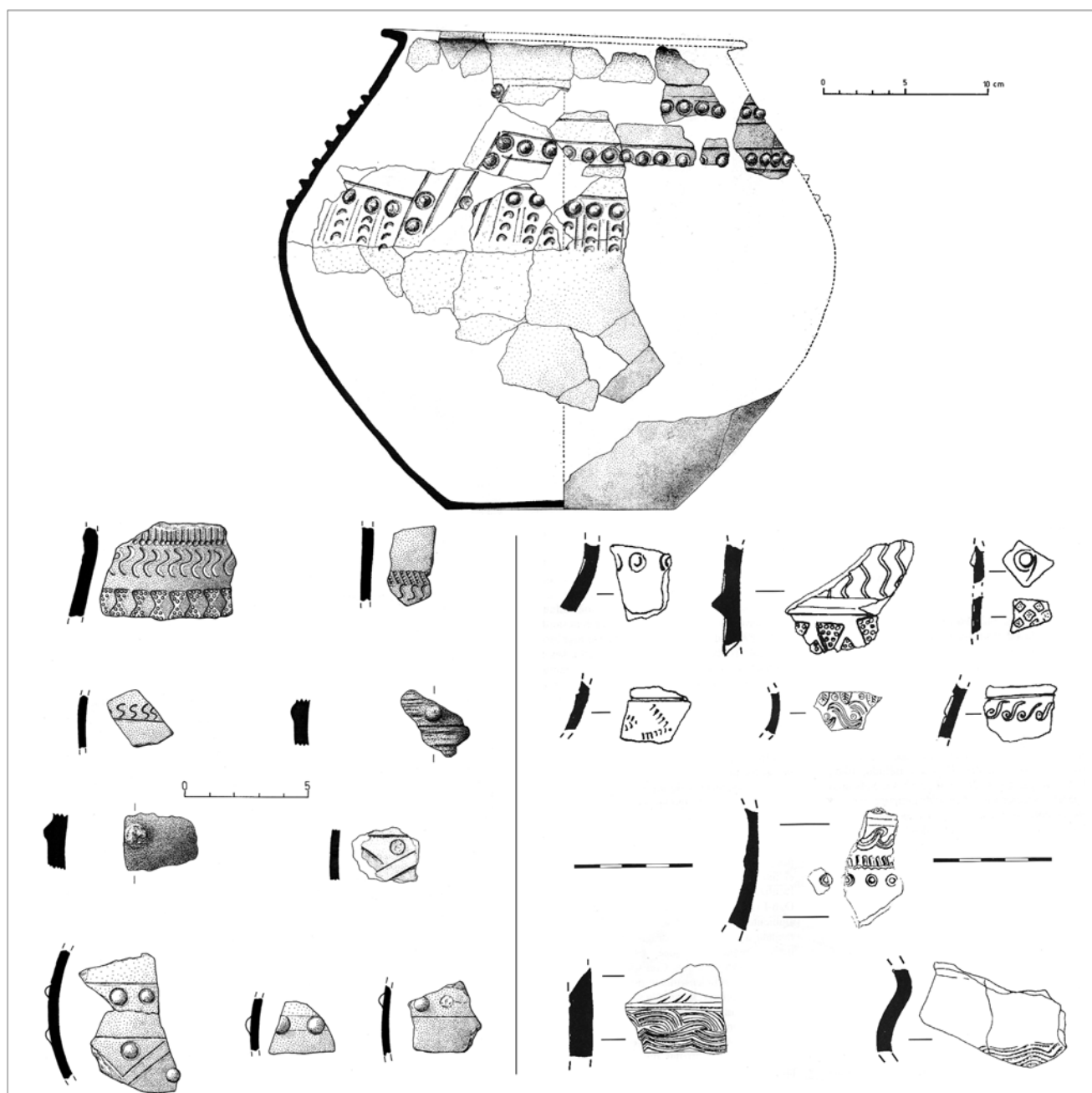


**Figura 4.82:** cerámicas del sector central asturiano: orejeta perforada (1); bordes facetados / aristados (3, 4, 6, 7, 9, 10-16); bordes exvasados curvos (5, 8, 17, 19, 24); bordes rectos de labio plano horizontal (20-23) (Llagü: 1-9; Campa Torres: 10-24) (a partir de Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Maya y Cuesta eds. 2001, modificados).

a cabo en el poblado se decidió no excavar muchas estructuras supuestamente prerromanas para respetar las cabañas posteriores. Metodología cuanto menos curiosa cuando el castro iba a ser arrasado por una cantera (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 164).

Posteriormente se ha intervenido en los testigos Wheeler que la excavación dirigida por Luis Berrocal dejó para “comprobaciones futuras”, obteniendo gran cantidad de materiales cerámicos prerromanos, de los que desgraciadamente aún no hay nada publicado. La

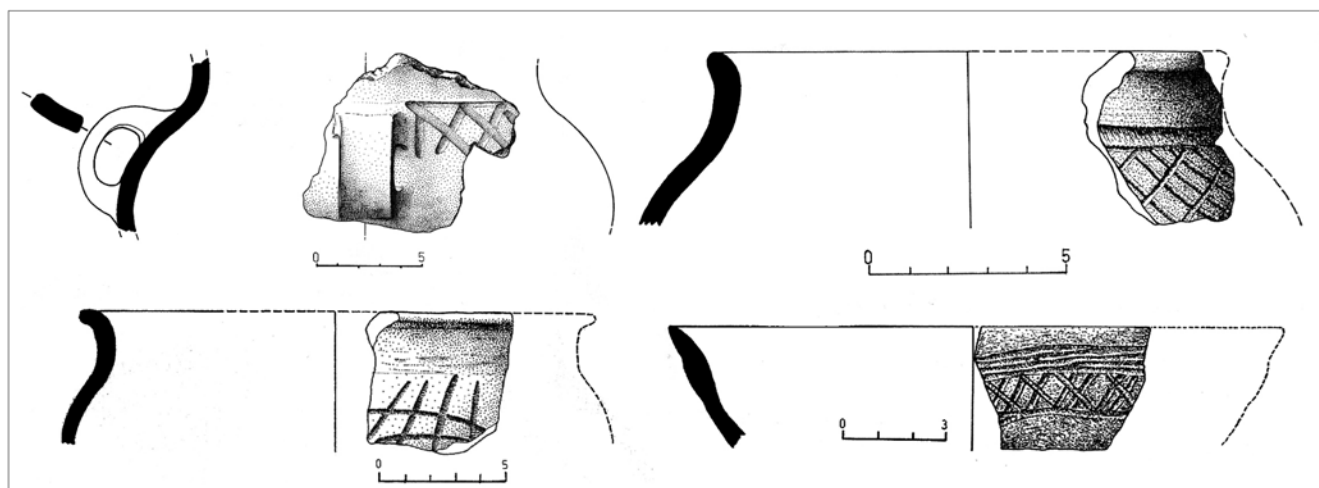




**Figura 4.83:** estampillas del sector central asturiano: olla con estampillas e imitación de clavos de la Campa Torres y diferentes galbos con estampillas, peine impreso, imitación de clavos y entrelazados de la Campa Torres (izquierda) y Llagú (derecha) (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002, modificado).

posición central de Llagú, en el surco prelitoral asturiano, y en el camino hacia las importantes minas de cobre de l'Aramu de nuevo le da ese aire mixto a sus producciones cerámicas, por lo que hemos decidido meterlo en el mismo grupo que Campa Torres, pues ambos poblados comparten bastantes rasgos. Ambos poblados cuentan con producciones realizadas mediante rotaciones lentas, de cocciones sencillas, lo que proporciona la característica coloración parda que puede pasar a ser más oxidante en unas zonas de la pieza o tender a reductora en otras, con degreasantes cuarcíticos y micáceos, bases planas, cuerpos ovoides, destacando los perfiles sencillos en S y los cuencos. Las piezas que no están bruñidas poseen marcas de alisado y espatulado,

especialmente en la unión del borde con el cuerpo. En ambos poblados las vasijas sin decoración son mayoritarias (Maya y Cuesta 2001: 159; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 164). Habría que pensar también en conceptualizaciones unitarias y confecciones sólo mediante colombinos para algunas piezas, como los cuencos. Ya criticamos la asimilación de piezas de la Campa Torres al horizonte meseteño Soto y las contradicciones de plantear una evolución de las formas cerámicas en donde los perfiles sencillos en S y los bordes exvasados curvos sean posteriores a los bordes planos y a los multiaristados (capítulo 3). Teniendo esto en cuenta veremos cómo durante la fase II siguen siendo predominantes las ollas de perfiles sencillos y bordes exvasados curvos en ambos



**Figura 4.84:** cerámica decorada con retícula bruñida de la Campa Torres (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001, modificado).

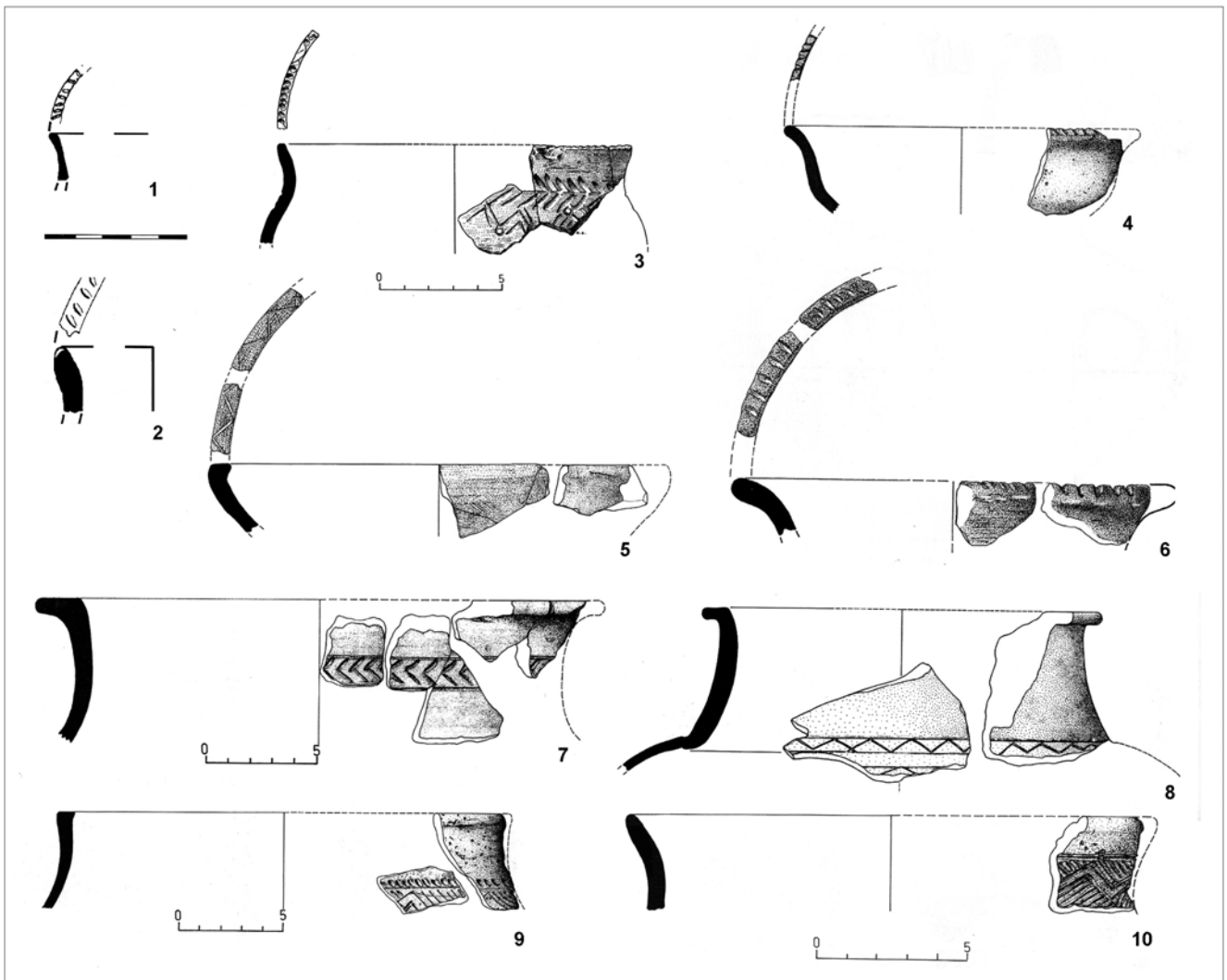
yacimientos, siguiendo la tendencia de la fase I (capítulo 3), aunque ahora los labios son redondeados o apuntados, y en menor medida aplanados. Aparte del protagonismo de cuencos y ollas sencillas de perfiles en S y bordes exvasados curvos, ambos poblados también comparten los bordes flexionados, y los bordes aristados o facetados y multiaristados (fig. 4.82).

Siguiendo con los rasgos que unen a ambos poblados con los talleres del extremo occidental cantábrico podemos aludir a las decoraciones estampilladas, o mejor dicho, a ciertos tipos de decoraciones estampilladas. Éstas no son muy frecuentes, al menos en el castro gijónés (Maya y Cuesta 2001: 191-192), pero cuando aparecen son las estampillas típicas de los castros del occidente asturiano y de Galicia, al igual que las imitaciones de clavos, como vimos más arriba (Maya y Cuesta 2001: fig. 143 y 144; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 60) (fig. 4.83). Observamos las estampillas, con mayor o menor intensidad por todo el sector centro-occidental cantábrico. Lo que observamos para el centro-occidente asturiano (incluyendo por el oriente a la Campa Torres y Llagú) son motivos estampillados que si hemos de vincularlos con algún territorio lo haremos preferentemente con el Noroeste más que con la Meseta, por los motivos utilizados, mientras que para la zona central cantábrica (Las Rabas, por ejemplo, como veremos más adelante) las estampillas tienen una clara influencia meseteña.

Pero no todos los rasgos de los talleres occidentales cantábricos están presentes en los dos poblados. Por ejemplo en Llagú encontramos los típicos bordes con orejeta perforada (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 59.1) típicos de los valles del Narcea y del Navia, pero no decoraciones de líneas bruñidas o bordes planos (ver fig. 4.82). En Campa Torres es a la inversa, puesto que estas decoraciones ya se anunciaban en la fase I y durante la II las retículas bruñidas pasan a ser la decoración más frecuente (Maya y Cuesta 2001: 179) (fig. 4.84). Los

motivos bruñidos y las formas de las piezas sobre las que se aplican asemeja mucho estas decoraciones a piezas del alto Narcea o la costa occidental, mientras que en otros casos se aplican sobre piezas con asas, infrecuentes en los niveles prerromanos del occidente asturiano y por otro lado muy habituales en el castro gijónés. Los mencionados bordes planos, como vimos, son muy típicos de la costa occidental cantábrica, pero también frecuentes en niveles de la fase II de la Campa Torres (Ibid.: 171 y figs. 100-107). Hemos de señalar que algunos de los bordes catalogados como planos en este yacimiento habría que definirlos mejor como multiaristados (Ibid.: fig. 108).

Pero como hemos dicho, este taller cerámico se caracteriza por aunar rasgos occidentales con orientales. Entre estos últimos hay que señalar principalmente las decoraciones incisas y las digitoungulaciones en los labios (fig. 4.85). Los bordes con labios ungulados y digitados son muy típicos del sector central cantábrico y abarcan la mitad oriental asturiana, hasta estos dos castros del centro de Asturias como límite occidental (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 60.1-3; Maya y Cuesta 2001: fig. 137-139). Hemos de entender que este tipo de decoraciones suponen una herencia que podríamos hacer remontar a la Edad del Bronce (capítulo 2). Por otro lado las decoraciones incisas, prácticamente ausentes en la mitad occidental, son comunes en Llagú, pese a no haberse publicado ninguna (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 164-165), así como en Campa Torres, tanto en ollas con borde plano, como exvasado curvo, con o sin asa, y en los labios de los cuencos (Maya y Cuesta 2001: figs. 122-128, 140). Aquí incluiríamos tanto las que José Luis Maya y Paco Cuesta definen como incisas como las acanaladas. Podemos diferenciar dos motivos básicos: las pequeñas líneas paralelas oblicuas, que muchas veces se presentan dobles, a modo de espigas, y los motivos triangulares, sencillos o compuestos, y vacíos o rellenos de líneas paralelas (horizontales, oblicuas y en retícula). Como veremos más abajo los perfiles



**Figura 4.85:** las características orientales: digitaciones y ungulaciones en los labios, triángulos rellenos de líneas paralelas y espigas, mediante incisiones y acanaladuras, de Llagú (1 y 2) y la Campa Torres (3-10) (a partir de Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Maya y Cuesta eds. 2001, modificado).

sencillos y los flexionados y los motivos decorativos incisos son los propios del taller de la costa centro-oriental asturiana y marcan una clara continuidad tecnológica desde fechas del II mil. a.C. (capítulo 2).

#### **Costa centro-oriental asturiana: Caravia-Moriyón.**

En el sector centro-oriental asturiano destaca la información, para la fase II, de Caravia y en menor medida de Moriyón (Villaviciosa). Paradójicamente, pese a que el primero se excavó en 1917 y los de Villaviciosa en los años 90 por Jorge Camino Mayor, conocemos mejor la cerámica de Caravia, ya que se han publicado diversos dibujos, fotografías y descripciones (De Llano 1919; Escortell 1982). Para Moriyón nos tenemos que conformar con alguna descripción general, como es que son cerámicas con pastas algo más finas y mejor horneadas que las de Camoca, que están realizadas a torneta, y que aumentan las formas y las decoraciones con respecto al periodo previo. Así se alude a incisiones y temas

bruñidos, motivos impresos, plásticos y pintura roja. Se trataría de un *corpus* que reclama autoctonía y con un desarrollo poco permeable a contactos externos (Camino 1996: 31) (fig. 4.86). Respecto a la pintura roja veremos (capítulo 5) que el autor seguramente se está refiriendo a platos y cuencos de cerámica común romana decorada con “rojo pompeyano”. Para aludir al uso o no de torneta, habría que analizar también la secuencia de montaje y partes en las que se conceptualiza la pieza, ya que lo normal, como hemos podido comprobar con el repertorio cerámico de castros del occidente asturiano, es realizar el borde a torneta y el cuerpo mediante colombinos, para luego unir ambas partes. Casi con seguridad se trata de cocciones mixtas, sencillas, lo que deja superficies pardas con variaciones de color. En Caravia y Moriyón destacan las cerámicas con cuellos rectos que se unen al cuerpo tras una potente flexión, de labios aplanados/biselados, y decoraciones incisas tanto de líneas paralelas verticales como oblicuas, así como en retícula oblicua, que parece aplicarse principalmente en el hombro y tercio superior de la pieza. Son muy

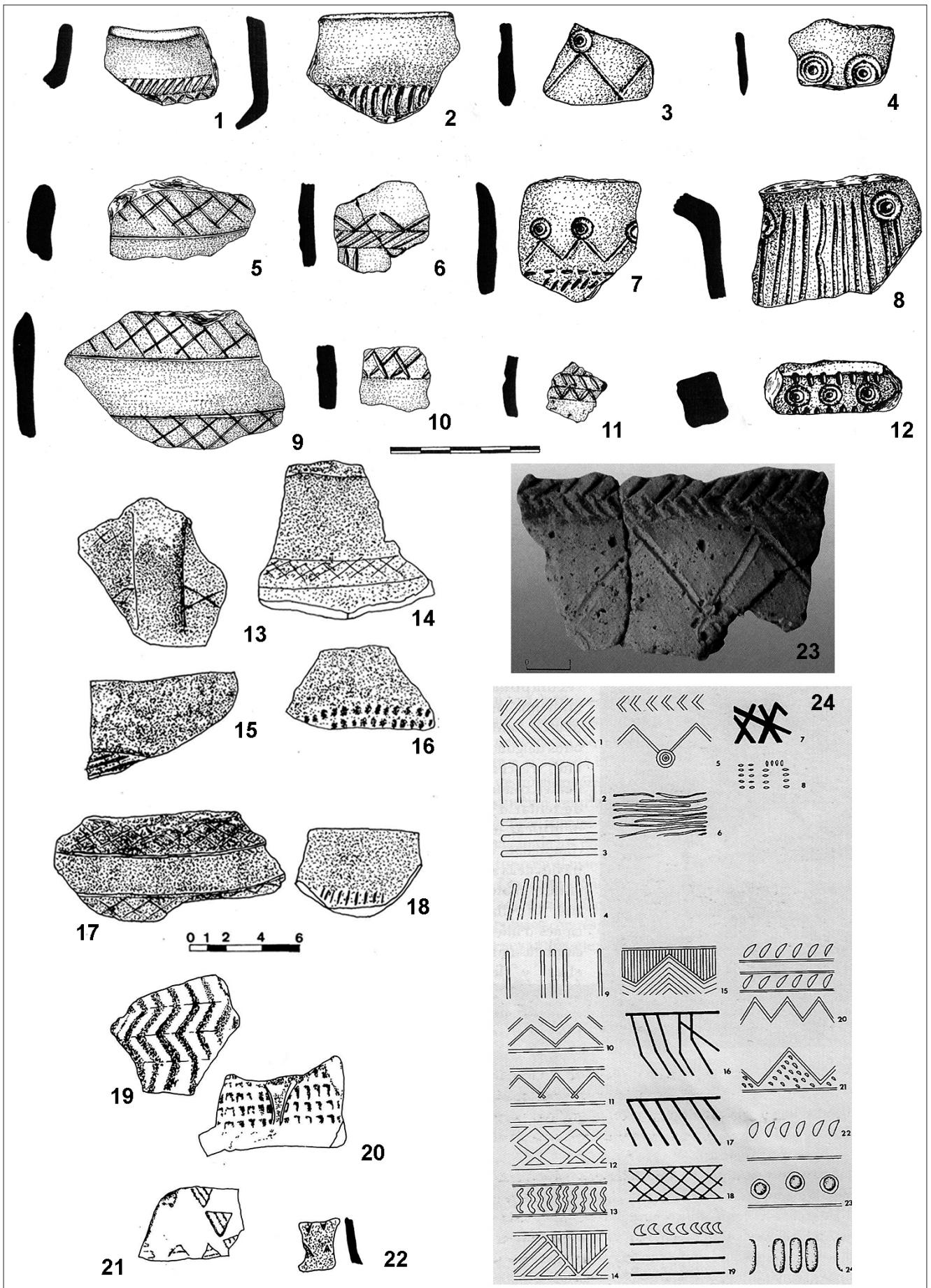
características las ungulaciones de diverso estilo en los labios y también los triángulos incisos. En ocasiones tanto los triángulos como las líneas verticales incisas se combinan con estampillas de círculos concéntricos, que dejan un pezón en el centro, y de las cuales se encontraron las estampillas cerámicas en la excavación de Caravia de 1917, lo que corrobora la autonomía de cada poblado castreño en cuanto a las manufacturas cerámicas (ver fig. 4.86-12). Aparecen también decoraciones plásticas como bandas de mamelones e imitaciones de clavos (Maya 1987/88: fig. 40; 49 C-F; fig 49 G; Camino 1997: 58; Camino y Viniegra 1999: 244; De Llano 1919). Para Moriyón también se cita alguna línea y retícula bruñida desde los comienzos de la secuencia (Camino y Viniegra 1999: 243-244), por lo que no se debe descartar que llegara alguna influencia del occidente asturiano, como ya vimos que ocurría en la fase I con las hoces tipo Castropol de Camoca. En Moriyón los temas y técnicas decorativas se comparten con Caravia, pero se hace hincapié en el predominio de las cerámicas lisas, algo que también debió ocurrir en Caravia, ya que los herederos de Aurelio de Llano sólo donaron los materiales decorados.

Significativamente ni en Moriyón ni en Caravia apreciamos bordes facetados o multiaristados, y la decoración mediante líneas bruñidas es claramente minoritaria o inexistente con respecto a la incisa y acanalada. De la similitud de algunas piezas de Moriyón con respecto a Camoca (Camino 1997: 57-58) se deduce la evolución de las formas culturales entre la fase I y la II en este sector, al igual que ocurre con la arquitectura doméstica. No sabemos hasta qué punto la influencia de este grupo pueda extenderse hacia el sur, pero el caso es que al este de la Montaña Leonesa, en castros como el de Morgovejo, las estampillas de triángulos rellenos de líneas horizontales y reticulados y las acanaladuras verticales de trazados en zig-zag parecen demostrar que estamos ante otro taller cerámico diferenciado, pero dentro del ámbito cantábrico, aunque quizás los dientes de lobo incisos puedan marcar ciertas semejanzas en cuanto a los temas decorativos. El problema del repertorio cerámico de Morgovejo es que se define como “a torno” (Luengo 1936-40: 170, fig. 1; Bohigas 1986-87: 125, fig. 7), sin que podamos aclarar si se dieron este tipo de rotaciones. Otras cerámicas del norte de León (Morán 1956/61) sí encajan mejor en este taller oriental asturiano, pero la información aún es muy endeble.

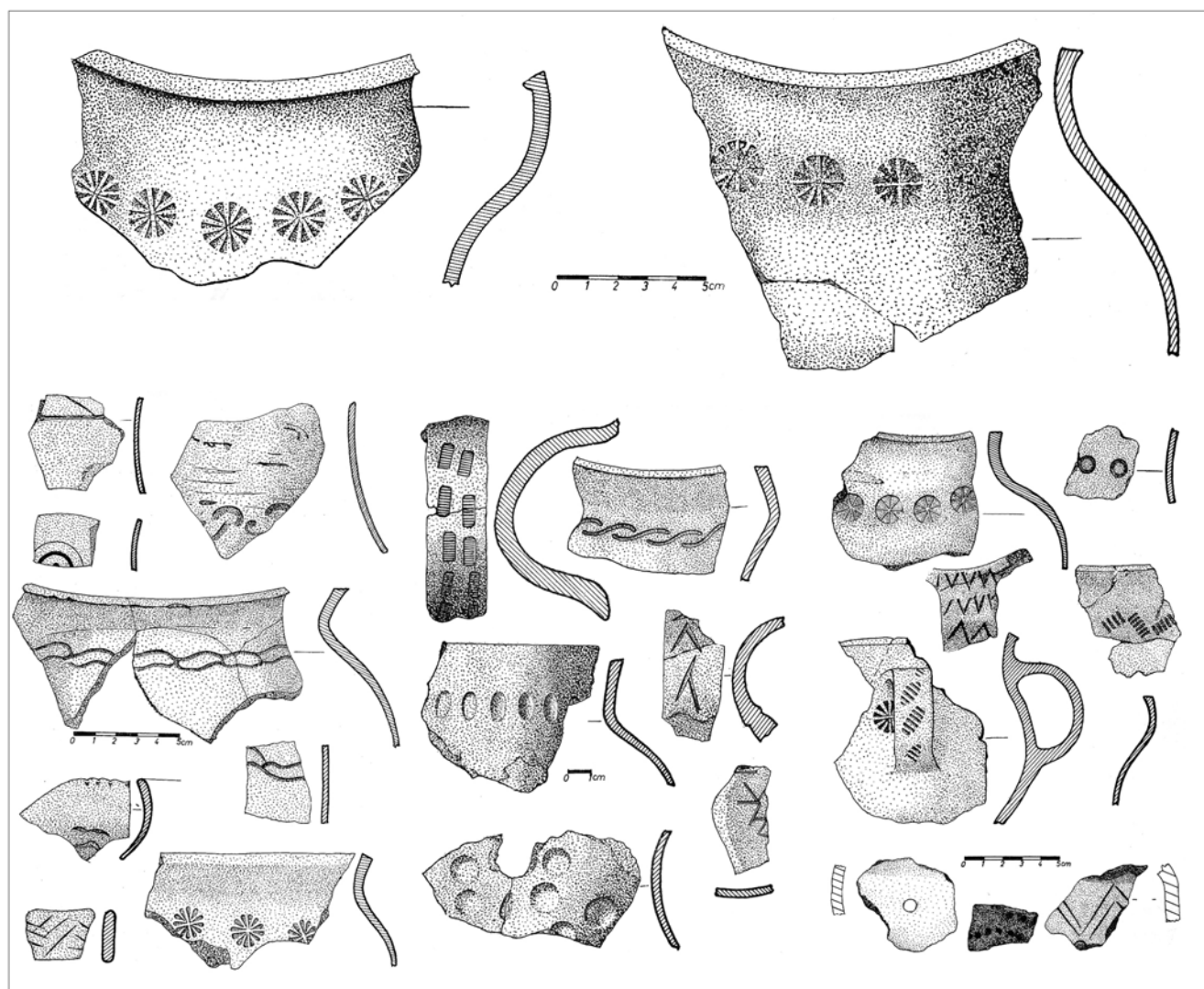
#### **Sector central cantábrico (Las Rabas).**

De nuevo el castro de Las Rabas (cercano a Reinosa) es el poblado que nos permite conocer algunas de las características tecnológicas y tipológicas de las cerámicas prerromanas en este sector, sin que prácticamente tengamos información para la costa, a no ser que proyectemos los rasgos de la costa oriental

asturiana que acabamos de describir. En primer lugar habría que advertir que este poblado, que por materiales habría que situar en la fase II, no llegó a estar romanizado, o al menos no se han localizado materiales diagnósticos como es la *Terra Sigillata*, sino tan sólo algún fragmento de campaniense (Bolado y Fernández 2010: 414-417) que hay que relacionar con importaciones previas a la conquista augustea. Las Rabas tendría dos lotes cerámicos, uno de vasijas realizadas “a mano” con coloraciones pardas y cocciones mixtas, y otro minoritario de cerámicas a torno, de cocciones oxidantes y decoraciones pintadas rojizas o color vino (García Guinea y Rincón 1970: 14, 19-22, figs. 1-8). Teniendo en cuenta el carácter de frontera cultural de este poblado y la cercanía de grandes ciudades normeseteñas como Monte Bernorio y Monte Cildá, no es de extrañar que reciba influencias e importaciones de materiales meseteños, como puede ser este segundo lote cerámico, que comentaremos en su momento. No obstante la cerámica de tipo meseteño no supone más que el 7 % del total de las piezas (Bolado y Fernández 2010: 413). Por lo tanto el lote de cerámicas “indígenas” (fig. 4.87) se compone básicamente de ollas globulares de bordes que tienden a rectos y en muchos casos de labios aplanados. Se menciona un caso con perforación para suspensión. No se aprecian ni perfiles ni bordes flexionados. Los fondos son planos y las bocas tienen entre 10 y 20 cm. de diámetro. Destacan las asas que arrancan del borde y se pegan a la panza. Las asas están decoradas de multitud de formas, adelantando una de las características de dicho lote cerámico, la abundancia de piezas decoradas, mediante incisiones, digitaciones, estampillas y acanaladuras. Este tipo de decoraciones las vemos también en castros del oriente de Cantabria como es la Peña de Sámano (Castrourdiales) (Bohigas y Unzueta 2000; 2009). El lote de Las Rabas sigue en la línea de lo descrito para el sector asturiano: cerámicas realizadas con barro locales y modeladas a rotaciones lentas, cocidas a bajas temperaturas (600-800°C) en hornos monocamerales y de cocciones mixtas (acabados grises, pardos, marrones, anaranjados) (Bolado y Fernández 2010: 412). Respecto a las decoraciones vemos bordes con ungulaciones y con incisiones de líneas transversales, y espigas incisas en la zona de contacto entre el borde y la panza, a veces combinado con digitaciones. Entre las incisiones se observan dientes de lobo o triángulos compuestos, en algún caso con círculos impresos en sus vértices. Algunos han estructurado las decoraciones de las cerámicas de Las Rabas en una secuencia cronológica: CM-A (s. IV a.C.-primera mitad del III, mamelones, ungulaciones en los labios, impresiones triangulares), CM-B (segunda mitad del s. III a.C. -primera mitad del II, estampillados y digitaciones) y CM-C (segunda mitad del s. II a.C. - I a.C., decoraciones complejas con incisiones en zig-zag con impresiones circulares) (Marcos García en Bolado



**Figura 4.86:** materiales cerámicos de la costa centro-oriental asturiana: 1-18. Picu'l Castu de Caravia; 23-24. Moriyón (cerámica y tabla de los principales motivos decorativos de la cerámica); se añade Morgovejo (19-22) por la posible vinculación con este grupo (a partir de Maya 1987/88; Bohigas 1986-87; Camino 1996, modificados).



**Figura 4.87:** lote cerámico de Las Rabas (Celada Marlantes) (a partir de García Guinea y Rincón 1970, modificado).

y Fernández 2010: 413). Dicha clasificación no parece ciertamente arriesgada cuando precisamente las digitaciones y ungulaciones son herederas de la fase I y a su vez de la Edad del Bronce, por lo que no entendemos que se sitúen en momentos cronológicos dispares. Tanto digitaciones como ungulaciones como impresiones / estampillas típicas de la fase II son minoritarias en el occidente cantábrico respecto a otras decoraciones, y marcan el principal punto de contraste entre ambos sectores. Hemos visto como la Campa Torres y Llagú marcan el punto de inflexión entre el lote de los motivos decorativos del Cantábrico central hacia los del occidental. Por el contrario en este sector central llama la atención el alto número de piezas con estampillas, en concreto se reconocen ruedas de diferentes radios, formas oblongas y rectangulares rellenas de líneas paralelas, círculos y SSS. Como veremos los triángulos de líneas dobles y las SSS serán temas también presentes en algunos metales del poblado, como por ejemplo en un enganche de tahalí. En concreto, las SSS estilizadas se entienden como esquematizaciones de ánades, que serían representadas por sus connotaciones religiosas (Fernández Carballo 2003) aunque, en contra de este autor, no sólo están

presentes en cerámicas y metales del Noroeste sino que, como hemos visto, se reparten también por la zona cantábrica y por la Meseta Norte, así como por otras regiones atlánticas. De hecho estampillas de ruedas radiadas y SSS se ven por toda la Meseta Norte, incluso por el piedemonte del Sistema Central, frente al amplio espectro de motivos estampillados de As Rías Baixas, por ejemplo, y en parte del occidente cantábrico. Estos dos motivos estampillados son los que destacan en los poblados meseteños a ambos lados del río Duero. Parecen marcar un momento de transición sobre el s. IV-III a.C. entre la tecnología cerámica de rotaciones lentas (en donde debemos aunar la “cerámica soteña” y la “cerámica a peine”, pues son dos momentos cronológicos de la misma CTO) y las producciones que a partir de esa fecha se producen ya a torno rápido, y que debemos diferenciar en dos CTOs distintas: la de la cerámica de cocción oxidante y decoración pintada (conocida incorrectamente como “cerámica celtibérica”) y la de cocciones mixtas sin decorar (conocida como “cerámica común a torno”). Vemos estampillas en las últimas cerámicas de rotaciones lentas y en las primeras a torno, para hacerse cada vez más raras a

partir del s. III a.C., que es cuando se generalizan estas dos últimas CTOs que acabamos de sintetizar (Álvarez Sanchís 2003: 204; Escudero 1999; Álvarez Sanchís y otros 2008). Por todo ello, pese a las evidentes influencias meseteñas de las estampillas utilizadas en el castro de Las Rabas, y teniendo en cuenta que en principio aparecen asociadas a materiales de finales de la Edad del Hierro (cerámica oxidante con decoración pintada, fíbulas anulares en omega, fíbulas de torrecilla) podría aventurarse que las características tecnológicas de esta CTO cerámica en la zona central cantábrica (al menos en este sector meridional y fronterizo) es la perpetuación de las rotaciones lentas (“cerámica a mano”) hasta la conquista romana, y la aplicación de estampillas de tipo meseteño sobre cerámicas que nunca son a torno y en combinación con otras técnicas y motivos típicamente cantábricos (triángulos incisos, dobles, sencillos y/o rellenos de puntos, líneas y/o con círculos en los vértices, ungulaciones/digitaciones en el labio, espiguillas incisas en el cuello, etc.) y que no vemos en estas fechas en la Meseta Norte. Desgraciadamente no hay mucha más cerámica publicada de la fase II del sector central cantábrico con la que poder comparar.

### 4.3.4 Una “verdadera” Edad del Hierro: la metalurgia del hierro cantábrica.

#### Los datos: objetos, hornos y escorias.

Curiosamente, los estudios sobre la Edad del Hierro castreña en el Noroeste lo que menos han estudiado ha sido al propio hierro. La tradición investigadora se ha centrado más en las piezas bronceas y de oro, y en la minería de ambas, ya cuando se han tratado los objetos de hierro ha sido en su vertiente tipológica, sin que se haya dicho mucho sobre sus cadenas tecnológicas o lugares de extracción de las materias primas (Aboal, Ayán y Parcero 2003: 69-69). En el occidente cantábrico es más que evidente que la mayoría de los estudios relacionados con la minería castreña han estado casi siempre centrados en la explotación aurífera, desde los trabajos pioneros de Domergue (por ejemplo Domergue y Sulliers 1977). La minería del oro, de gran importancia económica y social, fue responsable de una monumental huella sobre el paisaje del occidente de nuestra área de estudio (occidente de Asturias y León y este de Lugo), vinculada principalmente a la fase romana de los castros. De hecho el reconocimiento científico de esta minería de gran magnitud fue fundamental para sustentar el paradigma romanista (Marín 2004a) por el que se entendía que los castros se originaron como consecuencia de la reorganización que supuso la explotación romana del oro (Jordá 1984: 12; Carrocera 1994), principio que inclusive se defendió para territorios en donde no existe este mineral, como el bajo Nalón (García Díaz 1995). Como veremos, una

vez que sabemos que los castros no son de época romana, quedaría pendiente la discusión sobre si en época prerromana hubo minería de oro o este metal tan sólo se obtenía mediante bateo en los ríos. Sea como fuere, estos debates han situado en un segundo plano las investigaciones sobre otras actividades extractivas, como el hierro, estaño, cobre o cinabrio durante la Edad del Hierro.

La renovación que ha vivido la arqueología de la Edad del Hierro cantábrica desde mediados de los años 90 también ha supuesto ciertas renovaciones metodológicas y datos novedosos con respecto a la metalurgia del hierro (Criado, Martínez y Bravo 2002; Gómez 1996; Rovira y Gómez 2001). Sin embargo, todavía es muy frecuente que no se diferencien las escorias de bronce de las de hierro en las publicaciones y que no se ofrezcan cronologías de los restos. Las interpretaciones sociales de las evidencias metalúrgicas son ciertamente escasas, o se encuentran amparadas por los principios teóricos del historicismo, sin explotar todo el potencial y variedad interpretativa de la cultura material, y en concreto de la tan connotada a nivel simbólico metalurgia del hierro, incluso entre poblaciones subactuales europeas.

Los primeros objetos de hierro en la Península Ibérica son importaciones datadas en el Bronce Final, fruto de contactos precoloniales desde el Mediterráneo oriental (Almagro Gorbea 1993). En el norte de Portugal tenemos algunos de estos tempranos ejemplos (Grupo Baioes-Santa Luzia), como el caso de un escoplo/cinzel de hierro con enmangue de bronce del depósito de Nosa Senhora de Guia, Baioes (Ibid.: 84), los cuchillos afalcatados de Monte do Frade o una pieza de Moreirinha (González Ruibal 2003a: 68). Hubo que esperar a las primeras colonias fenicias del Levante peninsular en el s. VIII a.C. para encontrar las primeras producciones locales, siendo precisamente el comercio llevado a cabo por ellas el principal difusor de la tecnología del hierro a nivel peninsular, ya asumida en el mundo tartésico, así como en los Campos de Urnas tardíos del NE, a partir del s. VII a.C., aunque para esta última región también se plantea un origen a partir de grupos transpirenaicos (Almagro Gorbea 1993: 88; Pons 1986-87: 252, 261). Mientras que para su difusión hacia la Meseta se ha planteado la vía del valle del Ebro (Ruiz Zapatero 1992: 110-112), hemos de pensar que en el NO sea la vía marítima, de nuevo a través del comercio fenicio y sustituyendo a las relaciones atlánticas previas, la que tenga mayor relevancia, lo que explicaría las producciones siderúrgicas -hoja de hoz con enmangue contrario al filo- en poblados de la primera Edad del Hierro como Torroso (Pontevedra), en torno al s. VII a.C. (De la Peña 1988: 351-355), los restos informes de Castrovite (Pontevedra) fechados radiocarbónicamente entre los siglos VIII-VI a.C. o los pequeños fragmentos que se localizaron en el castro de la Primera Edad del Hierro de Neixón Pequeno (González Ruibal 2003a: 198-



199). Siguiendo con las regiones circundantes a nuestra área de estudio sabemos que hay una escoria de hierro datada radiocarbónicamente en el siglo IX a. C. en el Castillo de Burgos (Junyent 1992: 27). Del s. VI y principios del V a. C. parecen ser los escasos objetos de hierro encontrados en estaciones soteñas del NO de la Meseta (La Mazada, Valencia de D. Juan, Villacelama, Gusendos de los Oteros y Manganeses de la Polvorosa). Entre los objetos reconocibles destacan los puñales -uno de ellos afalcatados- y un hachita plana (Celis 2002: 115).

Desplazándonos ahora hacia la región cantábrica vemos ciertos datos en Asturias que atestiguan que la siderurgia no era una desconocida total en la fase I. La datación por C14 de la madera del empuñe del puñal de antenas de Os Castros (Taramundi) (capítulo 3) podría corroborar dicho conocimiento, aunque, como vimos, no deja de ser problemática dicha fecha tan alta para un objeto de hierro cantábrico, más aún cuando en la vecina Galicia los puñales de antenas con hoja de hierro y mango de bronce -Santa Trega, Lebosandaus y San Cibrán de Las- pertenecerían a la Segunda Edad del Hierro, así como las conteras encontradas similares a la del puñal asturiano -Borneiro, Viladonga, Fozara- (González Ruibal 2003a: 186-187, 358). Como vimos en el anterior capítulo en el Castillo de Camoca (Villaviciosa) apareció tan sólo una varilla de hierro (Camino 1995c: 122) que, atendiendo a la equivalencia estadística de las fechas radiocarbónicas tomadas en dicho yacimiento (Camino 1999: 156), podría datarse como muy tarde en el s. VI a.C., si no antes. No hay ninguna muestra de metalurgia de hierro en Camoca, aunque sí abundantes sobre el trabajo del bronce (Camino 1996: 31; 2003: 166). Sin embargo, el vecino asentamiento del Picu Castiellu de Moriyón muestra objetos de hierro “irreconocibles” desde el nivel más antiguo, previo a la construcción de la muralla (Camino 1992: 140). Si bien esta “incierto fase” se supone similar a las de la Primera Edad del Hierro de Camoca (s. VIII-VI cal AC) más adelante se data radiocarbónicamente como muy pronto en el s. IV a.C., siendo además esta fecha el *terminus post quem* para la construcción de la muralla de módulos (Camino 1999: 158-160), por lo que hemos de asimilarla con la fase II a. Otro testimonio antiguo de uso de hierro en la región asturiana es un punzón en el nivel fundacional de la Campa Torres, fechable en el s. VI a.C. (Maya y Cuesta 2001: 76-77, 146).

Respecto al norte de León podríamos hacer referencia a la azuela/martillo de empuñe directo que apareció junto al caldero de remaches de Lois (León) (Delibes de Castro y Fernández Manzano 1983: 49-50), de especial relevancia debido a la frecuencia con la que estos calderos aparecen en territorio cantábrico, principalmente en contextos de la Primera Edad del Hierro, pero como también perduran en la fase II sería más factible llevar el caldero de Lois hacia

esta cronología que fechar ese cincel de hierro en la fase I.

Si para la zona occidental cantábrica existen, como acabamos de ver, evidencias de uso de objetos de hierro, que no de fabricación, durante las fases I b y c, para la zona central cantábrica puede que la tecnología de la metalurgia del hierro fuese conocida desde comienzos de la Edad del Hierro por los bronceístas de cada poblado. En esta línea podríamos entender los tempranos restos -escorias de hierro y posible horno de reducción en niveles del s. VII a.C.- en el castro de Castilnegro (Valle y Serna 2003: 363, 376), y los numerosos restos de escorias de este mismo metal en el castro de comienzos de la Edad del Hierro de La Garma (Pereda 1999: 76), ambos en Cantabria. Sin embargo los errores metodológicos en la excavación del primero (capítulo 3) y la confirmación de que las escorias del segundo puedan proceder de una ferrería histórica situada en las faldas del poblado, que aprovecharía las mineralizaciones de hierro de la zona (Arias y otros e.p.), nos hace dudar a la hora de otorgar fechas tempranas para la siderurgia de la zona central cantábrica.

Todavía no contamos con pruebas claras para defender que en la zona central cantábrica la metalurgia del hierro comenzara antes que en el sector occidental, pese a que se haya propuesto para la zona del Alto Ebro la posibilidad de entrada de estos conocimientos tecnológicos a través de los pasos del Pirineo occidental en momentos precoloniales (Junyent 1992: 27). Podemos decir que aunque durante la fase I los castros del centro-occidente cantábrico no son del todo refractarios a la nueva metalurgia, sí que se aprecia un proceso diferencial con respecto a las regiones circundantes (el Noroeste y la Submeseta Norte principalmente), en donde la zona cantábrica siguió especializada en las producciones bronceístas (capítulo 3). Por los datos disponibles habría que pensar en la fase I c para la llegada de los nuevos objetos de hierro seguramente por contactos con la Meseta puesto que no se atestigua presencia mediterránea más al norte de las Rías Baixas hasta el s. V a.C.

Por todo ello y pese a estas limitadas evidencias en niveles antiguos castreños cantábricos, que no sabemos si ya fueron fabricadas localmente o fruto de importaciones o intercambios, el uso y fabricación del hierro se generalizó a partir del s. IV a.C., o lo que es lo mismo, a partir de la Segunda Edad del Hierro o fase II a, en los castros del occidente cantábrico (Villa 2002b: 153; Camino 2002: 143) y podríamos decir que también en los de la zona central cantábrica, presuponiendo un proceso similar en ambos sectores. Un buen conjunto de objetos de hierro lo encontramos en el Picu'l Castu de Caravia: picos, un puñal tipo Monte Bernorio, azuela, fragmento de martillo, navajas de afeitar, trozos de hoces, puntas de flecha, etc., entre lo que podemos destacar alguna

fíbula ya realizada en el nuevo metal (Escortell en Rios y García de Castro 1998: 56; Maya 1987/88: 78-90) (fig. 4.88). El puñal Monte Bernorio se trata seguramente de una importación meseteña, pero debemos considerar la fabricación *in situ* del resto de los objetos de hierro, ya que su excavador ofreció datos sobre lingotes, escorias y herramientas de herreros, así como sobre las cercanas minas de hierro del Fitu (en la sierra del Sueve) (De Llano 1919). Las analogías entre las cerámicas aparecidas en este yacimiento con el cercano Picu Castiellu de Moriyón podrían datar los aperos y armas de hierro descritos a partir del s. IV a.C. (Camino y Viniegra 2002: 22), lo que concuerda con las fechas radiocarbónicas obtenidas del Nivel VII, de donde procederían la mayoría de los objetos metálicos, cerámicos y faunísticos de Caravia (Cid, González y Adán 2009: 91). Precisamente es el Picu Castiellu de Moriyón (Villaviciosa) el castro que ofrece el segundo mejor lote de materiales de hierro en Asturias: hoces, hachas, puñales, una lanza, regatones, alcotanas, azuelas, enganches de tahalí, grapas y la caramillera de un hogar (Camino 1995c: 122-123; 1996:32) en un nivel asociado a la muralla de módulos, que podría datarse entre los siglos IV y III a.C. (Camino 1999: 160). Debemos suponer unas fechas similares para el fragmento de pared de horno aparecido en este yacimiento (Gómez Ramos 1996: 149). Más reducido, y confuso, es el conjunto de objetos muebles realizados en hierro de la Segunda Edad del Hierro en el castro de Llagú (Uviéu/Oviedo). Restos de hierro aparecen en una fíbula de caballito realizada en bronce, de la que se desconoce el contexto estratigráfico, pero que tipológicamente podría ser más antigua que las de la Campa Torres y Caravia. Un objeto del cual no se encuentran paralelos tipológicos, y del que también se desconoce cuál fue su ubicación estratigráfica, es un puñal de hierro con el mango de bronce del que se dice que también pudo haber sido una punta de lanza. Pese a todo ello, se adscribe a un momento prerromano. Los mismos problemas existen para varias chapas y un bocado de caballo (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 186-194), por lo que no nos sirven para precisar la datación de los frenos y piezas de gruperas encontrados en una cueva del Pueblo Bajo de Lledías (Llanes) pese a que sean asumidos vagamente como “astures” (Maya y Cuesta 1995: 72).

Respecto a los trabajos metalúrgicos en sí, en Llagú destacan los restos relacionados con el trabajo del bronce, en el que parece estar especializado el asentamiento. Dichos trabajos se concentran en zonas específicas del castro, en las que también hay evidencias de la reducción de hierro, como son algunas escorias y un posible horno. También se alude a toberas fragmentadas y piqueras de aireación. Hornos exentos, toberas y piqueras pudieron servir tanto para la producción de bronce como para la de hierro. De hecho se expone que la metalurgia pudo abarcar al



**Figura 4.88:** la utilización del hierro incluso para pequeños objetos decorativos pone de manifiesto la rápida asimilación de la nueva metalurgia durante la fase II (fíbula de hierro de la Campa Torres, en Maya y Cuesta eds. 2001).

bronce y al hierro o bien que la presencia de hierro se deba al uso de fundentes férricos para beneficiarse del cobre (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 198, 320), práctica frecuente en la metalurgia avanzada de base cobre (Rovira 1993: 58). Sí es conocida la cronología de numerosos clavos de cabeza plana circular, de un martillo/yunque de posiciones múltiples y de un cincel, ya que se exhumaron en cabañas de fechas julio-claudias y flavias, y en un “vertedero romano” en el caso del cincel (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 186-194). Las escorias de hierro recogidas en este yacimiento se adscriben globalmente también a los niveles romanos (Criado, Martínez y Bravo 2002: 310-312). El panorama en el yacimiento gijonés de la Campa Torres es parecido, ya que la metalurgia del bronce rebasa por mucho a la del hierro. Sin embargo, en este poblado costero contamos con claras evidencias del trabajo siderúrgico en la Segunda Edad del Hierro. Destacan los puñales, de dorso recto y afalcatados, arrancando los primeros desde el s. IV a.C. y situándose los segundos en el s. I a.C. Otros útiles aparecidos son un podón, un hacha, un gancho, unas herramientas con filo denominadas “navajas de afeitar”, varias barritas de hierro, entendidas como materia prima para los metalurgos, y otros útiles enmangados de difícil clasificación, que grosso modo podemos situar entre los siglos IV y II a.C. Es también llamativo que los dos regatones recuperados en la Campa Torres tengan unas fechas tardías (s. II-I cal AC), al igual que los cuchillos afalcatados, las otras evidencias claras de armas (Maya y Cuesta 2001: 146-154). Dentro del amplio repertorio de fíbulas de la Campa Torres para la fase II, hay algunas que están realizadas en hierro, siendo mayoría las de bronce. De las de hierro una es tipo La Tène con resorte bilateral y pie rematado en forma de cabeza de serpiente, pero sin contexto cronológico claro al aparecer en una zona removida por una excavadora, mientras que otra tipo La Tène con el pie fusionado al puente sí que se encaja

en un nivel del s. II-I cal AC. Tendríamos que añadir una fíbula anular de la que se desconoce la ubicación exacta y dos enganches de tahalí, situándose uno de ellos también en la fase II b (Maya y Cuesta 2001: 149-154). También de fines de la Segunda Edad del Hierro deben ser el regatón, la punta de lanza y los dos fragmentos de cuchillo de sección triangular (Escortell y Maya 1972: 43, 47-48) -posiblemente afalcatados- del Picu Castiellu de Siero, si nos guiamos por los paralelos de la Campa Torres.

Como anunciábamos, en el yacimiento gijonés destacan las cubetas prerromanas de la zona interior destinadas a crear lingotes de bronce mediante vasijas-hornos / vasijas de reducción, actividad para la que también se utilizarían las toberas encontradas (Maya y Cuesta 2001: 91-98). No obstante, algunas de estas toberas y, sobre todo, una pared de horno del s. I a.C., así como diferentes escorias de hierro procedentes de hornos pequeños de cubeta sin sangrado, confirman la metalurgia del hierro en fechas prerromanas (Maya y Cuesta 2001: 239; Rovira y Gómez 2001: 380-383).

En el castro de Mohías, en el occidente asturiano, encontramos un posible taller metalúrgico ubicado en la “casa 3”. La disposición subcircular, más gruesa -50 cm.- y tosca de sus muros, así como el hallazgo en su interior de un gran hogar elevado, de moldes de fundición, de escorias de hierro, de objetos de hierro como cuchillos, de restos de pared quemados y de una conducción de agua que procede del exterior de la estructura y muere junto al hogar, pondrían de manifiesto este uso artesanal (Martínez Fernández 1970: 132-137), que pese a la pobre descripción ofrecida podríamos considerar como una fragua. Si bien en la contigua “casa 1” las dos escorias de hierro y el pequeño objeto de hierro encontrado parecen de época histórica al estar asociados a un suelo de ocupación con “cerámica romana” (Martínez y Junceda 1968: 196, 198), más dudas albergamos sobre la cronología del taller metalúrgico, ya que los “restos industriales” aparecieron a un metro de profundidad, mientras que los “útiles personales y la cerámica” lo hicieron 50 cm. más arriba (Martínez Fernández 1970: 135). Estos dos niveles, con tipologías cerámicas diferenciadas, también se aprecian en el basurero encontrado entre las casas 1, 2 y 3. Por todo ello es posible que todo este conjunto de estructuras domésticas y artesanales arranque de un momento temprano dentro de la fase II. Problemas parecidos presenta el cercano Castelón de Coaña. Sabemos que en el interior de alguna de las cabañas aparecieron escorias de hierro (Flórez 1878: 15), como en la estructura 21, así como en otras toberas con hierro adherido y cazoletas (Maya 1987/88: 20), y también que los objetos de hierro son escasos (García y Bellido 1941a: 208), pero con los datos disponibles es difícil precisar si se trata de materiales de la fase prerromana o de la fase romana del yacimiento. Sin embargo, sabemos que en el castro mejor y más

ampliamente excavado del occidente asturiano, el Chao Samartín (Grandas de Salime), los objetos de hierro son frecuentes a partir del s. IV a.C. (Villa 2002a: 184).

Aparte de la Campa Torres y los castros de Villaviciosa también contamos con evidencias de metalurgia de hierro en otros castros costeros. Ya Madoz aludió a mediados del s. XIX a escorias y objetos de hierro en el castro de O Corno (Castropol) (en Camino 1995b: 41). En el Castelo del Esteiro (Tapia de Casariego) hay noticias de escorias y mineral de hierro, así como de un tubito de hierro (Labandera 1969b: 491) que se identifica con un regatón (Camino 1995b: 56). También se exhumaron un horno, al que se vinculan escorias, cenizas, carbones y fragmentos irregulares de arcilla roja, y al año siguiente más estructuras de pizarra entre las que apareció algún objeto de hierro (Camino 1995b: 57). En el Castiechu (Valdés) los vecinos del lugar dan fe de la aparición de “escorias de fragua” en el recinto del castro (Camino 1995b: 98), mientras que en el castro de la Punta'l Castiellu (Gozón), aparte de una pequeña torta de fundición de hierro (Camino 1995b: 122), es destacable la aparición de abundantes escorias de hierro, de mineral en bruto para fundir y de fragmentos de crisoles, todo ello en superficie (Álvarez 2002a: 21).

También es complejo datar una escoria de hierro recogida recientemente en superficie en el Castiellu de Fozana (Siero). Pese a haberse otorgado fechas romanas y alguna reocupación medieval por la aparición de cerámicas como TSH y un fragmento con decoración peinada (Fanjul 1998-99: 374), creemos que por la morfología general del castro, la aparición de manos de molinos barquiformes, de algún fragmento de cerámica indígena de cocción reductora y de una fíbula de caballito, hemos de tender a fechar el origen del poblado al menos en la fase II. Quizás con más seguridad podamos otorgar fechas de la Segunda Edad del Hierro para una gran escoria plano-convexa proveniente del castro de las Torres de Tremao (Cangas del Narcea), y actualmente en poder de un vecino del lugar, quien también cuenta con un amplio lote de materiales, destacando la cerámica indígena, debido a las reiteradas labores agrícolas en el interior del poblado (Fanjul y Marín 2006: 117).

En los recientes sondeos efectuados en el castro de La Garba (Teberga) (Fanjul y otros 2007) han aparecido nuevos e interesantes datos sobre paleometalurgia del hierro. Adosado a la cara exterior de la zapata de la línea de muralla más externa, exhumamos el relleno de un hoyo de estructura ovoide excavado en la roca caliza y de casi un metro de profundidad. En su interior aparecieron numerosos carbones, fauna y escorias de hierro, así como gotas de fundición de bronce, ayudándonos todo ello a fechar los momentos en que esa línea defensiva estaba en pleno uso. Las posibles interpretaciones como cubeta

metalúrgica, al modo de los de la Campa Torres, como basurero de un taller metalúrgico cercano o como horno para la reducción de hierro, hipótesis que vendría avalada por los numerosos restos de arcilla rubefactada unidos a las escorias de hierro, pero que se encuentra con el inconveniente de la excesiva profundidad de la solera, hay que tomarlas con precaución ya que sólo ha sido desenterrada una parte mínima de la estructura por ubicarse justo en la esquina del sondeo practicado. Junto a estas evidencias también hallamos algunos restos del despiece de areniscas ferruginosas con mineral de hierro, que demuestran un proceso por el cual las areniscas con más mineral de hierro serían transportadas en pequeños bloques hasta el poblado, donde se realizaría su progresiva separación (Fanjul y Marín 2006: 117-118). Además los materiales de la cubeta se pueden fechar con claridad a comienzos de la fase II gracias al concurso del radiocarbono (Fanjul y otros 2007: 60).

Del castro de Llarón (Cangas del Narcea) sabemos que apareció un fragmento de hierro en la cimentación de una cabaña circular del sector 1 cuya vida debió alcanzar el periodo romano, ya que en el basurero contiguo apareció el único fragmento de TS localizado en las intervenciones efectuadas (Maya y Blas 1983: 162). Aparecieron otros objetos de hierro irreconocibles en otros sectores de este yacimiento, que estuvo ocupado, por la tipología de los materiales obtenidos, desde comienzos de la Edad del Hierro hasta el periodo altoimperial.

Una punta lanceolada de lanza y enmangue tubular y un cuchillo con espiga para el enmangue y arito de bronce para sujetar el mango del Chao Samartín, encontrados en contexto doméstico, se fechan en el s. I d.C., asociados a la última fase de ocupación (VV.AA. 1995: 268). Parece que en este castro occidental hay un aumento cuantitativo de objetos de hierro en época romana, representado en diversos útiles asociados a la vida cotidiana, como pueden ser los miles de clavos o los goznes de la puerta de madera de la gran plaza junto a la puerta del poblado (Villa 1998a: 15, 22). De hecho se asume la presencia de herreros entre los artesanos que trabajaron en los dos primeros siglos de la era en este lugar (Villa 1998b: 38).

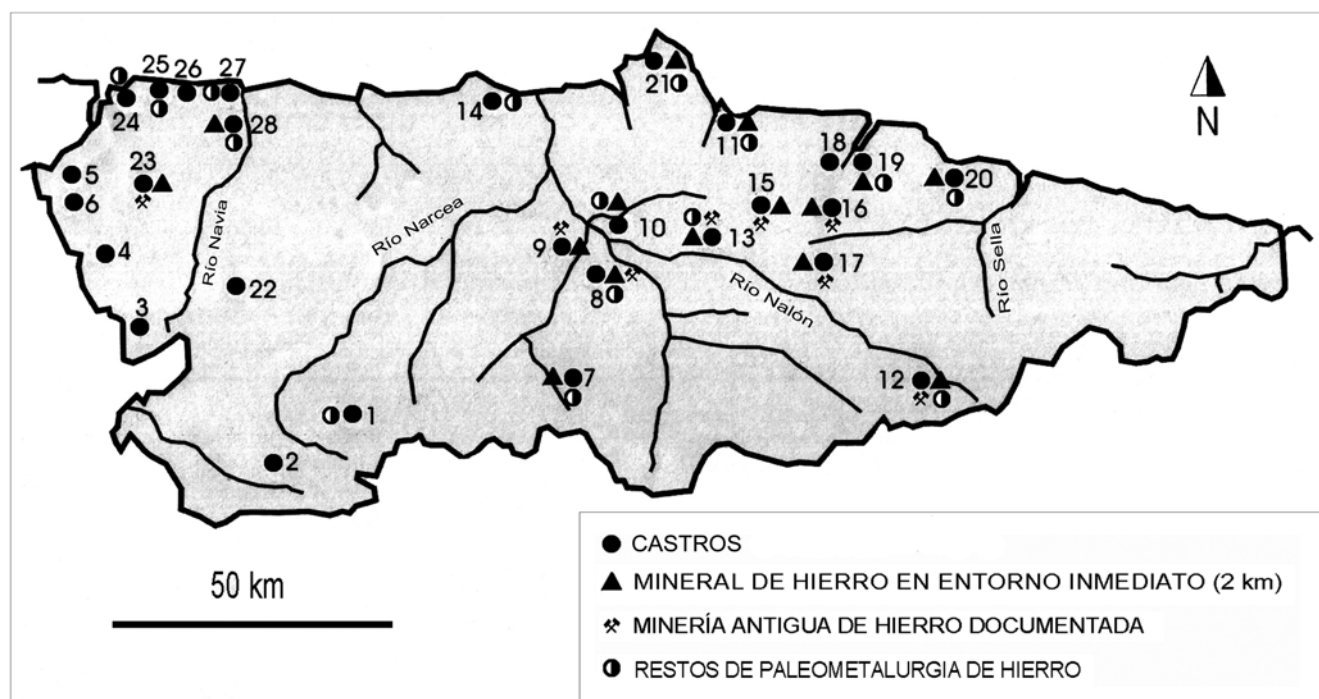
Hasta hace poco para San L. Luis se habían publicado escorias recogidas en la “casa Estrabón”, sin aclarar si son producto de la metalurgia del hierro o de la del bronce, aunque si es clara su cronología a partir del s. I d.C. puesto que aparecieron junto a *Terra Sigillata*, cerámica a la barbotina y cerámica de engobe rojo (Jordá 1990: 154). La revisión de los materiales de estas excavaciones que actualmente se está llevando ha aclarado que la práctica mayoría de las escorias recuperadas en este poblado son de hierro. En general en este poblado destacarían los objetos de hierro por encima de los de bronce, y en concreto aquellos materiales relacionados con la carpintería y la

construcción como clavos y escarpas, de los que hay miles, aunque también aparecen algún cuchillo y “escorias vidriadas” (Adán y otros 2000: 18). Sin embargo tras el proceso de restauración de materiales metálicos que se ha llevado a cabo últimamente podríamos destacar, además, algunos objetos de hierro tales como piezas de guarnicionería y una punta de jabalina. Algunas piezas de guarnicionería (amalgamas de placas con clavos, varillas de extremos enrollados, etc.), al ser recuperados en el Nivel IV del cuadro D9, podría hacernos pensar en genéricas fechas de la fase II, en todo caso prerromanas. Estos objetos de hierro de San L. Luis formados por una varilla retorcida que deja dos formas abiertas a modo de lazos en los extremos tiene paralelos en el castro de Vilela, ya para la fase altoimperial del mismo y son interpretados como elementos de sujeción (Álvarez, López y López 2006: fig. 14). Pero sobre todo hemos de añadir dos avances notables con respecto a la tecnología siderúrgica prerromana: mediante la revisión de los materiales de las campañas de los años ochenta hemos podido documentar la zona de reducción de hierro, así como localizar una escoria que aún conserva carbón en sus oquedades, lo que ha permitido datarla directamente por C14, en un tramo de comienzos de la fase II (ver comienzo del capítulo) (Marín, Jordá y García-Guinea 2008: 57, 59-60). Esta escoria procede del Nivel IV del cuadro B7, y se encontraba acompañada por otras 6 escorias de hierro, algunas de gran tamaño.

Por último mencionamos el castro de Las Rabas, que sin duda destaca sobre el resto de poblados comentados debido al abundante y variado conjunto de objetos de hierro que allí fueron localizados. Hemos hecho mención más arriba a tres hachas de hierro, de variada morfología, a diferentes azadas, a una gran hoz con mango de hueso, a cuchillos tanto rectos como afalcados, frenos de caballo, cencerros, puntas de lanza, regatones, alcotanas, agujas, fibulas en omega y toda suerte de apliques y objetos variados (García Guinea y Rincón 1970). Muchos de estos objetos irían enmangados con los frecuentes mangos de hueso y asta encontrados en el yacimiento, algunos de ellos decorados con líneas y círculos. Sin dudar que la mayoría de los objetos pertenezcan a la Segunda Edad del Hierro deberíamos tener en cuenta, debido a las escasas garantías metodológicas de la intervención, que algunos de estos objetos puedan proceder de niveles superficiales y que por lo tanto sean subactuales. Algunos objetos de hierro fueron analizados y se deduce que se trata de hierro dulce. Las escorias recogidas en el poblado demostrarían que se trata de fabricaciones locales (Ibid.: 41-43).

### Las minas de hierro castreñas.

Los principales problemas en la relación entre castros, minas y tecnología siderúrgica prerromana



**Figura 4.89:** castros asturianos citados en el texto con mineral de hierro en sus entorno inmediato (menos de 2 Km.), minería de hierro antigua documentada y/o restos de paleometalurgia documentados en el poblado: 1. Las Torres de Tremáu (Cangas de Narcea); 2. L.larón (Cangas de Narcea); 3. Chao Samartín (Grandas de Salime); 4. Os Castros (Taramundi); 5. As Croas de Castro (San Tirso de Abres); 6. As Croas de Salcido (San Tirso de Abres); 7. La Garba (Teberga); 8. Peña Constancio (Santo Adriano); 9. El Picu'l Cogollu (Uviéu/Oviedo); 10. Castiellu de Llagú (Uviéu/Oviedo); 11. Campa Torres (Xixón/Gijón); 12. El Cerco la Pumará (Llaviana); 13. El Castiellu de Fozana (Siero); 14. El Castiechu (Valdés); 15. El Picu Castiellu la Collada (Siero); 16. La Cogolla de Cesa (Nava); 17. El Picu Castiellu de Melendreras (Bimenes); 18. El Castiellu de Camoca (Villaviciosa); 19. El Picu Castiellu de Moriyón (Villaviciosa); 20. El Picu'l Castru (Caravia); 21. La Punta'l Castiellu de Podes (Gozón); 22. San L.luis (Ayande); 23. Peñacova (Ozcós); 24. O Corno (Castropol); 25. Castelo del Esteiro (Tapia de Casariego); 26. Cabo Blanco (El Franco); 27. Mohías (Coaña); 28. El Castelón (Coaña) (a partir de Fanjul y Marín 2007).

residen en que, por un lado, aparte de desconocer la cronología de muchos de los emplazamientos fortificados aún no se ha conseguido fechar en la Edad del Hierro ningún lugar de extracción de mineral de hierro, y que existe la ya mencionada dificultad de interpretar como minería férrea muchos de los túneles y trincheras existentes, sobre todo en el sector occidental, donde podrían ser restos de minería aurífera -como ocurre en las cercanías de los emplazamientos castreños de As Croas de Castro y As Croas de Salcido, en San Tirso de Abres- (Fanjul y Marín 2007: 119).

El mineral de hierro se encuentra generalizado en todo el territorio asturiano en diversos modos, ya sea en bolsadas dentro de la caliza o mezclado con areniscas ferruginosas u otros materiales (Aramburu y Bastida 1995), por lo que se puede entender como un marco geológico propicio para la metalurgia del hierro, especialmente en la zona centro-oriental (Maya, Rovira y Cuesta 1993: 153). Las principales áreas de concentración del mineral en la región son las siguientes: el Monte Naranco -con limonita-, Teberga, Somiedu -especialmente el Valle del Pigüña-, Lena, Ponga... y en general las calizas de la montaña central, el Valle del Narcea -en lugares como Bisuyu-, el Valle del Navia -con limonita-, la sierra del Sueve y diversos puntos de la costa central -Aboño y Gozón- y

occidental -como la siderita de Castropol o la ghoetita de Valdés- (Aramburu y Bastida 1995; Maya 1990: 197). En la vecina Cantabria, de geología muy similar al centro-oriental asturiano, también son muy frecuentes las mineralizaciones de hierro. Baste recordar que Peña Cabarga, al sur de la bahía de Santander, en donde se encuentran algunos de los castros más señeros de este territorio, como Castilnegro, posee fama desde antiguo por las mineralizaciones de hierro como nos es referido en la *Naturalis Historia* de Plinio (Torres 2003b: 183), y que el mismo caldero de Cabárceno apareció dentro de una mina de hierro. Y lo mismo podríamos decir para el norte de León, con casos de minería de hierro como Lois, también muy próxima a castros cantábricos y de nuevo con un depósito de un caldero metálico. (fig. 4.89). Dentro de este amplio panorama hemos de señalar que el extremo occidental del área de estudio, cuyo sustrato geológico es pizarroso y no calizo, es el más complejo a la hora de estudiar la minería de hierro prehistórica. Ello se debe a que al estar mezclado el mineral de hierro en la cuarcita y la pizarra, a veces con escasa potencia, las huellas que permiten su identificación como áreas de extracción son mucho más escasas y, en ocasiones, cuando permiten observar sistemas de túneles, al estar anexos a zonas de posible explotación aurífera, suelen ser identificados como

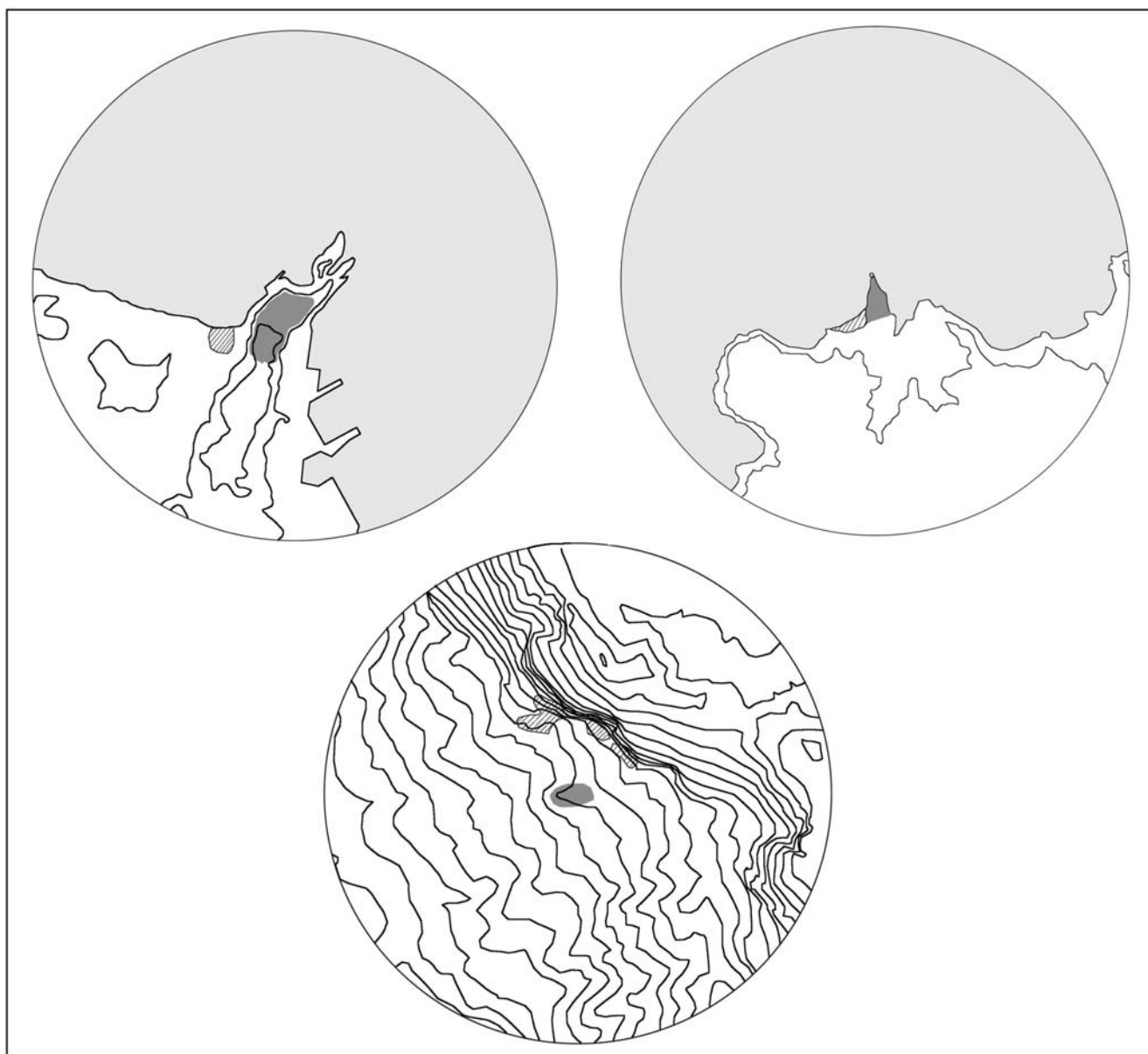
restos de minería de oro de época romana (Fanjul y Marín 2007: 119). En general las galerías son difíciles de documentar, pero sobre todo es difícil reparar en ellas cuando las explotaciones se dieron sobre simples grietas o covachas, en lo que se han llamado “yacimientos mineros de tipo alpino” (Mohen en Torres 2003b: 184).

Entre esos sistemas de explotación también es posible encontrar una amplia diversidad de huellas en el paisaje, entre las que destacan las ya mencionadas galerías. Además, encontramos minería de superficie, trincheras, frentes rocosos, socavones en bolsas y pozos verticales (Gutiérrez González y otros 1999: 18). Algunos autores consideran que la explotación de minerales de hierro mediante pozos verticales y galerías no pudo darse en tiempos protohistóricos (Esparza 1986: 233), mientras que otros sólo asumen como posibles en época antigua las pequeñas explotaciones a cielo abierto (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 30). Sin embargo, el reciente hallazgo de pozos de sílex neolíticos de hasta 20 m de profundidad y completamente verticales en el yacimiento de Casa Montero (Madrid) (Consuegra, Gallego y Castañeda 2004), las ya mencionadas (capítulos 2 y 3) minas de cobre en galería de l'Aramu, también neolíticas (por ej. Blas 1996), o las referencias etnográficas de minería mediante galerías entre grupos de tecnología sencilla y desarrollado igualitarismo socioeconómico, como son los de la región de Phalaborwa en Sudáfrica (Van der Merwe y Scully 1971: 181), nos hacen pensar que estas formas extractivas fueron perfectamente viables en la Edad del Hierro cantábrica, y que su negación para este periodo proviene de ciertas concepciones evolucionistas de la tecnología y del primitivismo al que se suele asociar a los grupos más igualitarios. De hecho dos dataciones radiocarbónicas claramente prerromanas sobre restos de madera encontrados entre 13 y 50 m de profundidad en el complejo minero de Boinás (Belmonte de Miranda, Asturias) lleva a Ángel Villa (1998c: 178) a plantear “la práctica de algunas formas de minería compleja por parte de poblaciones indígenas...”. Las explotaciones de mineral de hierro de Peña Cabarga (Cantabria), que pudieron haber sido trabajadas desde la Primera Edad del Hierro (ver discusión en capítulo 3), también comprenden todas las formas posibles: galerías, ampliación de grietas, seguimiento de filones superficiales y pequeños pozos o socavones (Torres 2003: 273-274). Estos últimos ejemplos parecen ser los que se siguieron en el área arqueológica de O Peto y de O Castro Pequeño do Peto (Vedra, A Coruña), inmediatos al Castro de Merín. Allí, en las inmediaciones del citado castro, se documentaron una serie de estructuras lineales, de fosos con secciones en U y V, y otras estructuras indeterminadas. El trazado aleatorio e irregular de los fosos y estructuras lineales hace pensar a sus excavadores que no se trata de sistemas defensivos, parcelaciones de campos o

conducciones de agua, sino del resultado de labores extractivas de vetas o filones de mineralizaciones férricas, cuya escasa riqueza obligaría a un ingente trabajo extractivo. Hipótesis que se refuerza con la aparición de numerosos restos de escorias en dichos fosos, así como restos de hornos en alguna de las estructuras negativas (Aboal, Ayán y Prieto 2003: 62, 66).

La documentación de estos yacimientos de minerales de hierro en Asturias, aparte de las referencias a explotaciones antiguas en la bibliografía minera (Fuentes 1884) y de la prospección arqueológica, proviene mayoritariamente de un análisis intensivo de la toponimia local, donde los términos mayoritarios de “Venero”, “Lavadero”, “Ferrero” o “Mina” (Argüello 1996) nos ayudan a localizar antiguas áreas de explotación o transformación del hierro, como en los ejemplos de Los Castros y El Castro, en Los Oscos. Con esta información pudimos apuntar diversas consideraciones respecto al paisaje castreño. En primer lugar, la mayoría de los asentamientos que disponen de escorias de hierro distan siempre menos de 1'5 - 2 kilómetros a las áreas de extracción, coincidiendo además entre ambas, siguiendo los casos que disponemos, vías naturales que facilitan la comunicación (ver fig. 4.89). Algunos ejemplos los tenemos en el castro de Peña Constancio (Santo Adriano) -donde la carta arqueológica local da noticias de la aparición de una escoria de hierro- con respecto al valle minero de Lavares, en donde se encuentran bolsas de mineral de hierro en galerías; en el ya citado Castiellu de Fozana con respecto a la sierra de la Grandota, en la que se han localizado minas en galería, y donde se corrobora la vía prehistórica, transversal a una posterior vía de paso romana, por la densidad de yacimientos en ese eje (Fanjul 1998-99: 376); o el Picu Castiellu de Melendreras de Bimenes con una mina en galería de hierro en la sierra de Peñamayor a menos de 1 Km. en línea recta (Fanjul y Menéndez 2004: 107). El Castro de Oré (Valdés) también posee a sus pies veneros y explotaciones de minerales de hierro, datadas en época medieval, pero que indican el alto potencial para la minería de hierro de la parroquia de Muñas, como mucha documentación medieval avala (Sánchez, Rodríguez y Menéndez 2009).

Pese a la cercanía evidente entre numerosos yacimientos costeros y algunas de las vetas de mineral de hierro más importantes de la costa cantábrica, así como las noticias de hallazgos de escorias férricas y huellas de trabajos metalúrgicos mencionados más arriba, algunos autores no consideran oportuno tener en cuenta estas referencias por la falta de un claro contexto cronológico y funcional de las mismas (Camino 1995b: 191). Sin embargo, parece bastante probable que el mencionado castro de La Punta'l Castiello de Gozón explotara los veneros de las inmediatas Playa Negra, Playa de Portazuelos y del



**Figura 4.90:** zonas de potencial explotación de mineral de hierro (trama rayada) en un radio de 2 Km. alrededor de tres castros (gris oscuro) en los que hay evidencias de metalurgia de hierro. Arriba los marítimos Campa Torres (izquierda) y El Castiellu de Gozón (derecha) y abajo La Garba (a partir de Fanjul y Marín 2007).

yacimiento de Llumeres (Álvarez Peña 2002a: 20-21). En el caso de la Campa Torres, la riqueza en minerales de hierro de la inmediata ría de Aboño tampoco sería desconocida para sus habitantes. También José María Flórez (1878: 11) reconoció restos de “óxido de hierro” en el mismo monte en el que se sitúa el Castelón de Coaña. Del mismo modo el Picu'l castru de Caravia debió explotar la riqueza férrica del Fitu, en la cercana sierra del Sueve (De Llano 1919: 66). Respecto a Llagú, sus excavadores reconocen filones de hierro cercanos a la vía romana que discurre en el entorno del yacimiento, pero se descarta, sin motivos aparentes, su explotación antigua (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 29-30). Dentro del mayoritario paisaje calizo que rodea el castro de La Garba, adosado a la pared occidental de la sierra de la Sobia y a menos de un kilómetro del yacimiento, hemos localizado un barranco con numerosas grietas naturales de escaso

tamaño, conocido en la zona como Las Fuercigas (García Arias 1993), que viene a ser el único área de todo el entorno de 5 kilómetros alrededor del yacimiento donde se puede extraer el tipo de arenisca que encontramos como desecho, dentro y alrededor del hoyo con restos metalúrgicos comentado más arriba (fig. 4.90).

La cercanía entre castros y explotaciones antiguas de mineral de hierro se percibe también en algún yacimiento muy cercano a los castros de Teberga, pero ya en territorio leonés, como es el caso de la Collada de Aralla (Gutiérrez 1986-87: 330-331), zona con la que el territorio tebricense tiene excelentes comunicaciones a través del paso natural del puerto de Ventana. También en Cantabria hay numerosos ejemplos de vinculaciones de yacimientos a explotaciones de hierro, siendo los casos más evidentes los castros que, como el ya citado de



Castilnegro, se sitúan en Peña Cabarga. Esta sierra podría corresponderse con el altísimo monte cercano a la costa formado todo por hierro, que Plinio menciona (Torres 2003: 273). En general la costa de Cantabria, donde últimamente se están localizando multitud de castros, es muy rica en hierro (Peralta 2000: nota 712). Inmediato a nuestra zona de estudio podemos decir que en ciertas zonas de León las mineralizaciones de hierro se encuentran a menos de 5 Km. de castros como la Corona de Corporales o el Castrelín de San Juan de Paluezas (Fernández-Posse, Montero Sánchez Palencia y Rovira 1993: 215), y que para el noroeste de Zamora parece que hay una fuerte vinculación entre los castros y el afloramiento del mineral de hierro, con numerosos ejemplos en los que éste aflora en el propio poblado, planteándose incluso la existencia de poblados especializados en la minería y la metalurgia del hierro (Esparza 1986: 233-234). Sin duda ello contrasta llamativamente con la hipótesis de este mismo autor mencionada más arriba sobre la minería prehistórica.

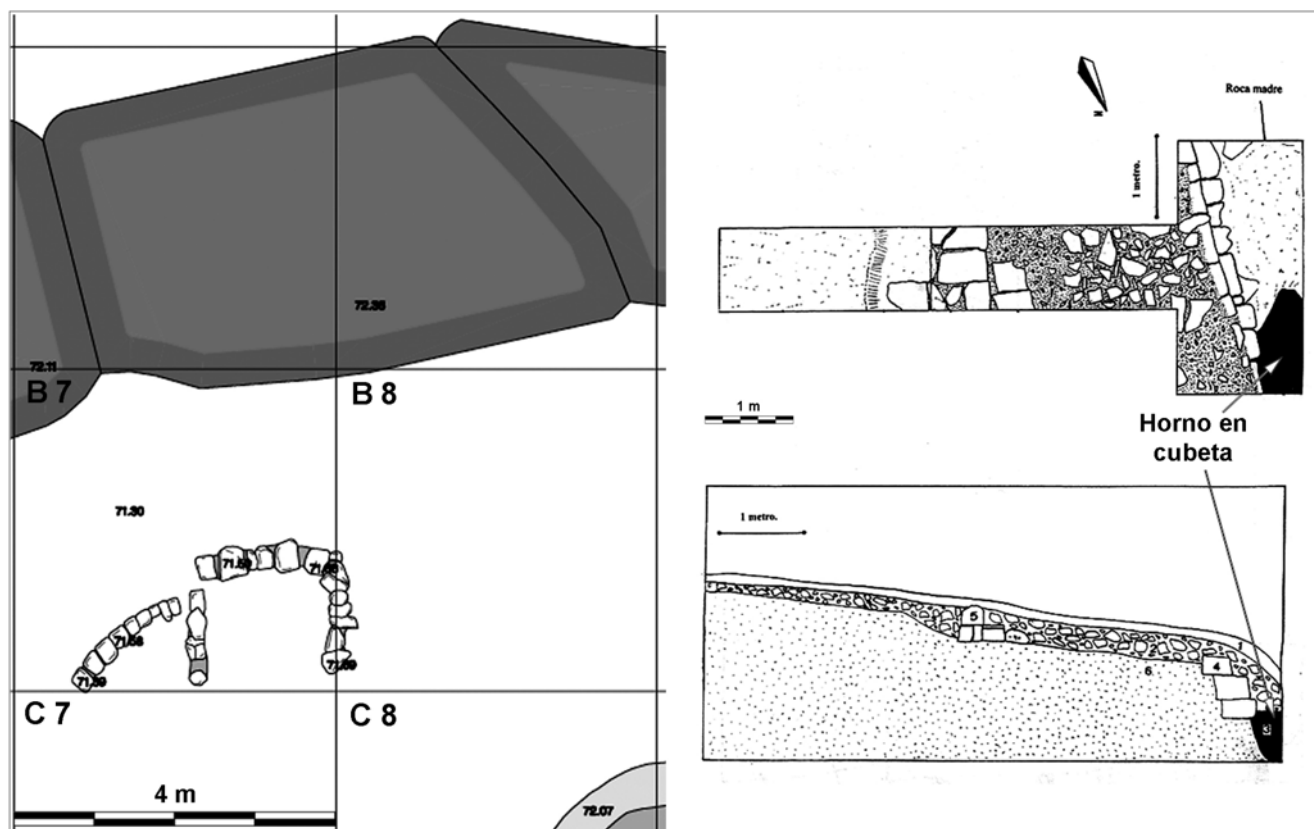
En otros muchos casos la presencia de minas de hierro es mucho más inmediata, incluso a menos de 300 metros del poblado, en la línea del mencionado caso gallego de O Peto. Es lo que ocurre en los ejemplos de la Cogolla de Cesa en Nava, del Picu Castiellu de la Collada en Siero o de Peñacova en los Oscos. Otro grupo de yacimientos, sin disponer de grandes vetas en sus cercanías, parece que aprovechan pequeños filones que surgen en sus entornos cuarcíticos, igualmente en la misma base geológica donde se localiza el poblado -caso de El Picu'l Cogollu de las Cuestas, Uviéu/Oviedo-, hallándose en algunos de estos lugares marcas de cuñas metálicas que nos indicarían su método de extracción -como las encontradas en un filón a 300 m de El Cerco la Pumará, Laviana, de unos 5 cm. de longitud- (Fanjul y Menéndez 2004: 91), aunque no podemos asegurar que se trate de una explotación prehistórica. El caso del Alto de La Garma también proporciona abundantes mineralizaciones de hierro, propias de las areniscas cretácicas de la zona, adecuadas para su posterior transformación (Arias y otros e.p.). La concentración del poblamiento castreño en torno a los cursos fluviales debió aumentar las posibilidades de obtención de mineral, debido tanto al hecho de que a veces el hierro aparece en bloques individuales en los ríos -el caso más significativo en el bajo Trubia-, como por la ayuda que significa la erosión hidráulica en la base de peñas rocosas que disponen de mineral. No nos debe extrañar este modo de obtener la materia prima ya que en numerosos ejemplos africanos se constata cómo se suele recurrir al hierro de los pantanos, de peor calidad pero de obtención mucho más sencilla (González Ruibal 2003b: 42).

Por todo ello podríamos pensar que en aquellos casos en los que estemos tratando con fundaciones de la fase II la cercanía a una zona de mineralización de

hierro pudiera ser también una causa más en la elección de los lugares para asentar un castro, aunque no creemos que este factor tuviera excesivo peso. Por otro lado algunos de los ejemplos en los que más cerca se encuentran las vetas de mineral respecto a los castros, como el Picu Castiellu la Collada, el Cerco la Pumará o La Garma, son fundaciones de la fase I, por lo que habría que pensar que esos filones no tuvieron ninguna importancia a la hora de elegir el lugar y que éstos serían explotados sólo a partir de la fase II. Lo que sí podríamos concluir es que la abundancia de las mineralizaciones de hierro en la zona cantábrica hace que los territorios de obtención de estas materias primas se encuentren en multitud de ocasiones en radios inferiores a los 2 Km., dentro de los territorio políticos y económicos de explotación inmediata de cada poblado, por lo que el retraso en la adopción de la metalurgia del hierro en este sector no se debe en absoluto a que éste sea un recurso crítico, sino que, de nuevo, tiene que ver con cuestiones sociales, en donde las fórmulas reacias al cambio cultural siguen aún bastante vigentes.

### **Los significados sociales del trabajo metalúrgico.**

Como vimos más arriba, sería a partir del arranque de la fase II cuando se asimile y desarrolle definitivamente la metalurgia del hierro, por lo que para los escasos objetos de hierro de la Primera Edad del Hierro podemos suponer una escasa repercusión social. Sin embargo, para la fase II no se constata un proceso homogéneo en el territorio centro-occidental cantábrico. La zona oriental asturiana, con yacimientos como Moriyón o Caravia, destaca claramente por la cantidad y diversidad de sus lotes de objetos de hierro. Básicamente se trata de herramientas (azuelas, hachas, martillo, hoces, alcotanas, caramillera) y de objetos que tienen que ver con el mundo masculino de la representación de la violencia y con la construcción social del cuerpo masculino (puñales, puntas de lanza, regatones, puntas de flecha, enganches de tahalí, fíbulas) (Maya 1987/88; Camino 1997). Ante este elenco de objetos es evidente que el conjunto de herramientas de hierro tiene una clara conexión con la explotación más intensiva del medio (Parcero 2000: 88; Sastre 2008: 1029). Sin embargo, la ubicación de los dos yacimientos citados (Camino 2002: fig. 5) pone de manifiesto que en este sector durante la Segunda Edad del Hierro algunos poblados de nueva fundación sacrificaron las tierras agrícolas de fondo de valle por ubicaciones más conspicuas en el paisaje, por lo que no se constata el modelo generalista propuesto en otras zonas castreñas por el que la adopción del hierro supuso la definitiva sedentarización de los habitantes castreños (Sastre 2008: 1029). Es posible que en estos casos concretos que comentamos, el control de los yacimientos de óxidos férricos (Camino 1995c: 125),



**Figura 4.91:** izquierda, zona de trabajo metalúrgico y posibles paravientos junto a la muralla de módulos en el castro de San L. Luis; y derecha, cubeta con restos metalúrgicos y posible horno junto a la cara externa de la muralla exterior de La Garba (planta y sección) (San L. Luis sobre planimetría inédita y La Garba a partir de Fanjul y otros 2007, modificado).

así como de pastos para el ganado bovino, esté detrás de las nuevas ubicaciones en altura, y que la metalurgia del hierro supusiera un modo de intensificar la producción agrícola de los terrenos de altura, sin descontar el posible uso de muchos de estos útiles -hachas, hoces, alcotanas- no sólo en un sentido agrícola sino sobre todo ganadero, para clarear el bosque y ganar terrenos de pradera (Romero Masía 1987; Teira Brión 2003). En general, el conjunto de herramientas de hierro de los castros cantábricos hace pensar en una menor dedicación de éstas a las labores agrícolas, y también una menor variedad tipológica, que en el caso gallego (Teira Brión 2003), especialmente los de la costa occidental, que es donde la intensificación agrícola fue mayor, pese a que el autor recién citado mezcle acríticamente objetos de variada cronología. No obstante hemos de pensar en la invisibilidad arqueológica de muchos aperos agropecuarios ya que muchas de aquellas actividades pudieron seguir realizándose con tecnología de madera, como dijimos a la hora de hablar de la actividad agropecuaria castreña.

Lo que también es cierto es que seguramente varias tecnologías líticas como son la confección de molinos circulares, los grabados y bajorrelieves, y ciertas tallas de sillares y sillarejos tanto de murallas como de cabañas, que se desarrollan en la fase II, necesitaron de herramientas de hierro para poder llevarse a cabo (Rodríguez Hernández 2009). Por lo

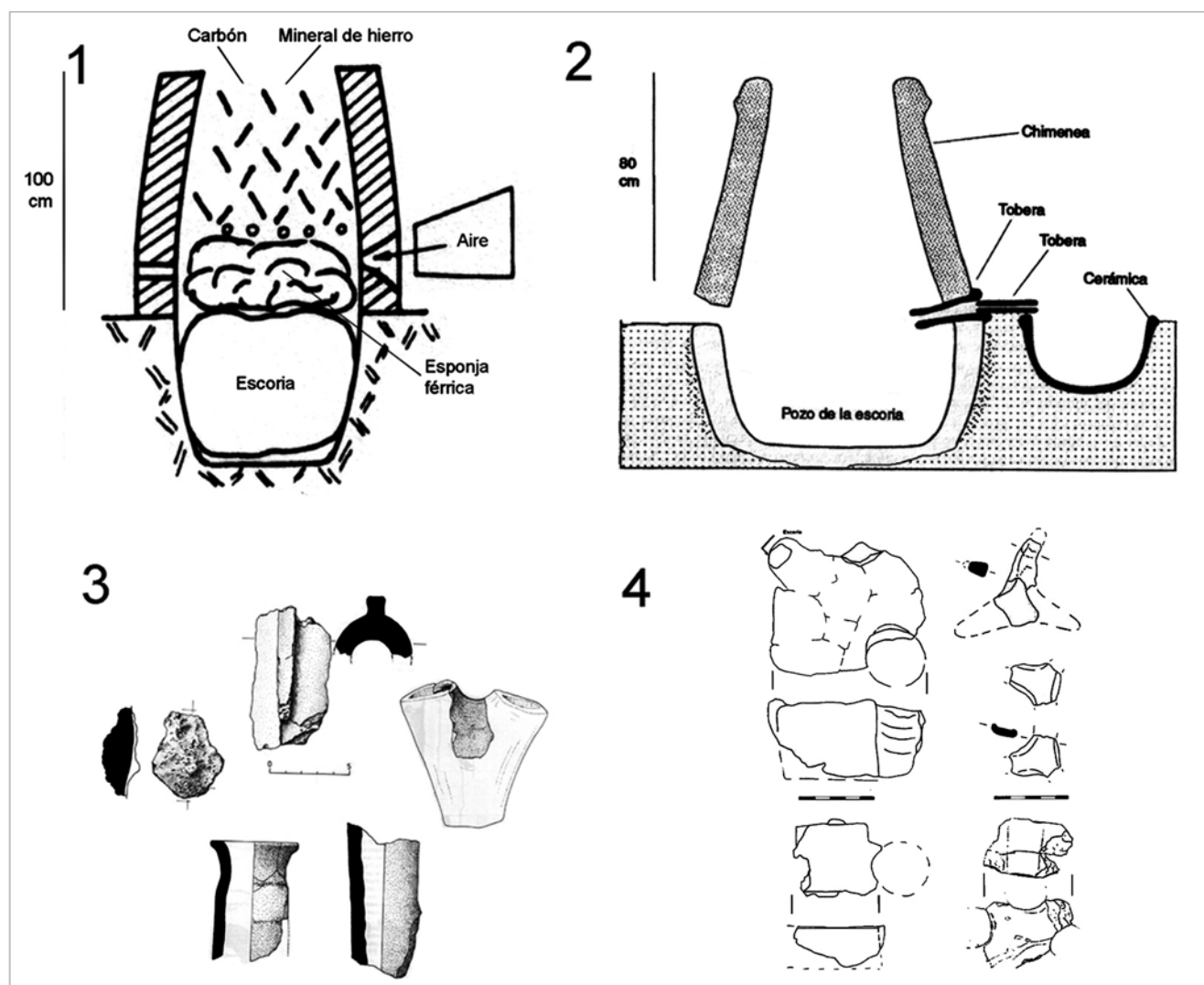
que el desarrollo de la metalurgia del hierro no hay que entenderlo únicamente vinculado a una mayor intensificación del modo de producción, sino también con el desarrollo de la arquitectura y de la talla de piedras, tanto para generar mampuestos como para realizar decoraciones, del mismo modo en el que también se encuentra íntimamente ligada al desarrollo de las tecnologías del cuerpo y en concreto a la tecnología de la violencia.

Si bien en estos ejemplos de castros del oriente asturiano la siderurgia ganó terreno con respecto a la metalurgia de bronce, que no obstante se siguió dando tanto en Caravia como en Moriyón, en castros del centro de Asturias como Campa Torres o Llagú la metalurgia del bronce continuó ostentando un puesto de importancia en la producción artesanal, con unos materiales de gran calidad, casi siempre dentro de los objetos de adorno y prestigio, como ya adelantó Maya (1988/89). Para el gran castro de la Campa Torres, con un elevado número de importaciones mediterráneas para el contexto cantábrico, con excelentes puertos naturales a los pies del yacimiento y el carácter de hito referencial del Cabo Torres para los marineros actuales, hace pensar a sus excavadores que la orientación básica del yacimiento es comercial y que precisamente son los objetos manufacturados de bronce los que usarían los habitantes del castro para sus intercambios (Maya y Cuesta 2001: 252-256). Es evidente que la producción metalúrgica de este

yacimiento supera la escala de autoconsumo o de intercambio local. Más bien encontramos un aumento y especialización de la producción, algo que también comprobamos en otros casos del Noroeste como Coto do Mosteiro (Orero Grandal 1988), por lo que recientemente se ha interpretado este castro orensano como un suministrador de objetos metálicos a los castros vecinos (González Ruibal 2003a: 261). Podríamos pensar en una especialización parecida para Campa Torres. Por su parte la situación de Llagú como comunidad de paso entre los yacimientos cupríferos de la sierra de l'Aramu y las vías de comunicación del centro de la región, así como el control de los vados de Puerto-Caces, podría explicar la alta producción broncea del poblado y su clara orientación metalúrgica (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 27-30). Común a la Campa Torres y a Llagú es el hecho de que la metalurgia del hierro, si bien está presente, tiene un papel muy pequeño con respecto a la del bronce. Seguramente las producciones de hierro fueron orientadas al consumo interno, en los sentidos mencionados más arriba, y no tanto al intercambio, como ocurriría con las piezas de bronce.

Dicha especialización cobra una especial relevancia si además tenemos en cuenta las diferentes zonas de captación de materias primas, en particular de minerales de hierro y cobre. Si para el hierro ya mencionamos cómo ambos poblados poseen en sus inmediaciones filones importantes, tales como la ría de Aboño, inmediata por el oeste a Campa Torres, o los que circundan la vía que controla Llagú; para el cobre y el estaño ambos poblados comparten la necesidad de contactos a larga distancia para su obtención. Para Llagú se ha propuesto l'Aramu, a unos 10 Km., para la obtención del cobre (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 27). Para la Campa Torres se asumen también las minas de esta montaña, así como las del Sueve, a unos 35/40 Km. en línea recta hacia el oriente, mientras que para el estaño habría que irse a unos 50 Km. en dirección a Galicia (Maya y Cuesta 2001: 239), como ya indicamos a la hora de hablar de la vida de este poblado en la fase I (capítulo 3). Como queda de manifiesto no se pueden aducir determinismos geológicos para esta metalurgia diferencial bronce/hierro, ya que precisamente se especializaron en la metalurgia cuya materia prima era más compleja de conseguir, la de base cobre. Al menos para estos dos yacimientos no sirven ciertos modelos propuestos para los castros del Noroeste en los que se entiende que son comunidades cerradas sobre sí mismas que se autoabastecían de materias primas (Sastre 2002; Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1998), puesto que ya una vez que se desarrollaron los territorios políticos y económicos de cada castro en la fase I (capítulo 3) hemos de suponer algún tipo de transacción e intercambio para que ciertos poblados pudieran abastecerse de materias primas como el cobre.

El carácter especial de la metalurgia de la Campa Torres también se corrobora por la mayor ubicuidad de sus restos metalúrgicos. Frente a la localización en una zona concreta del poblado, que es lo habitual en el resto de ejemplos cantábricos, como veremos más abajo, en la Campa Torres se procesó el metal tanto en la zona de las murallas como en la llanada interior (Maya y Cuesta 2001: 238). El caso de Llagú es muy parecido, pues parece haber restos metalúrgicos por todo el yacimiento, aunque destacan los localizados en el sector Sudoeste, junto a la muralla, en una zona con unas doce cabañas y supuestos talleres metalúrgicos allí instalados (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 90, 195-200). Llagú nos introduce en la tónica de lo que suele ocurrir en el ámbito cantábrico en donde las labores metalúrgicas se suelen concentrar en zonas específicas de los poblados, casi siempre en las cercanías de las murallas (fig. 4.91). Como por ejemplo en Moriyón, en donde los hornos metalúrgicos parecen concentrarse en el sector norte del poblado (Camino 1999: 158). Lo mismo podemos decir de las escorias localizadas en el Castiellu de Fozana (Fanjul 1998/99), concentradas en un sector de difícil orografía para el hábitat. También se señaló más arriba cómo en el castro de La Garba se han localizado recientemente restos metalúrgicos en la cara externa de lo que parece la muralla exterior del poblado. Pero sin duda los casos más llamativos son los del occidente asturiano. Así en el Chao Samartín se descubrieron dos hornillos excavados en el suelo, relacionados con la metalurgia del bronce, en un pequeño pasillo entre la muralla y las estructuras C-1, C-9 y C-13. Al menos uno de ellos es de 0,25 m de profundidad y 0,20 de diámetro, está recubierto de arcilla, delimitado por piedras y fechado radiocarbónicamente (ver al comienzo del capítulo) entre los siglos IV-III a.C. En ellos aparecieron carbones, escorias y fragmentos de crisol. En un angosto pasillo muy cercano al descrito, y frente a la puerta sureste del poblado, también se descubrieron crisoles, lingoteras y un molde de sítula, todo ello asociado a cerámica y también fechado en el s. IV a.C. En el suelo de la inmediata estructura C-10 aparecieron 2,4 kg de cobre en 24 tortas plano-convexas en una olla bajo el suelo. Sobre el suelo aparecieron tortas de plata cercenadas y un crisol (Villa 1999-2000: 390; 2002: 165-166). También son significativos espacialmente los depósitos de residuos metalúrgicos (como crisoles y moldes) en el espacio comprendido entre la trasera de las estructuras C-5 y C-6 y el muro de la cabaña, presuntamente de tamaño grande y uso comunal, que en época romana fue sustituida por una plaza (Villa 1999-2000: 386). El posible horno metalúrgico del castro de Mohías se encuentra junto a las defensas del poblado, en la zona donde seguramente se encontraba la puerta de entrada, también en la zona SE del yacimiento (Martínez y Junceda 1968). Por el contrario en el Castellón de



**Figura 4.92:** Reconstrucciones de hornos para la reducción de hierro: 1. Polonia, siglos I-IV d. C (según Nosek 1985, modificado). 2. Sur de Etiopía, actual (según Haaland y Haaland 2000, modificado en González Ruibal 2003b). 3. La Campa Torres y Llagú (según Maya y Cuesta 2001). 4. Castiellu de Llagú (según Berrocal, Martínez y Ruiz 2002a).

Coaña las escorias de hierro, así como los moldes de fundición para piezas de bronce, son claramente ubicuos, pese a que uno de éstos apareciera en las proximidades de la muralla interior (Maya 1987/88: 25-26, 259). El Picu Llanza, en el sector central asturiano, ofreció en prospección un molde de varillas, también en las defensas (Ibid.: 259).

Respecto a la zona de producción metalúrgica de San L. Luis se encuentra definida por unos pequeños muros, a modo de paravientos, principalmente en las cuadrículas B7, B8, C7 y C8 (Marín, Jordá y García-Guinea 2008), en la esquina noreste del poblado. Allí se han recuperado abundantes restos de escorias, justo en una zona vacía de estructuras, al interior de la muralla de módulos e inmediata a ésta, en un recodo que forma el módulo que allí se encuentra, en el sector noreste del poblado. En este sector se localizó en 1985, en concreto en el cuadro B9, en el contacto del nivel IV con el III, la mencionada escoria cuya datación radiocarbónica nos sitúa en un buen tramo de comienzos y mediados de la fase II. Ninguno de estos

niveles contiene exclusivamente cerámicas de la CTO prerromana, aunque sea la predominante, pero el hecho de que la TS que encontramos se encuentre completamente sobrepasada por el calor nos hace por un lado interpretar que este sector del poblado se utilizó para la reducción de hierro, y suponemos que también de cobre, tanto durante la Segunda Edad del Hierro como en época altoimperial; y que estas últimas labores debieron mezclar los materiales, al realizar los hoyos en donde irían los hornos, lo que explicaría que aparecieran esos materiales cerámicos romanos acompañados de escorias netamente prerromanas (Ibid.: 57).

Este tipo de localizaciones liminales de las labores metalúrgicas se repite también en Galicia. En Coto do Mosteiro la mayor parte de los 300 moldes de fundición, así como escorias de hierro, se localizaron en el relleno del foso, aunque éstas también se localizaron en otros sectores del yacimiento (Orero Grandal 1988: 8). En el coruñés castro de Borneiro, las abundantes escorias de bronce y hierro, los fragmentos

de crisoles y diversos objetos de bronce y hierro se encontraron en un pasillo entre la estructura 11 y la muralla, en el lado oriental del poblado. Allí también aparecieron tres hogares exteriores, algún agujero de poste y abundantes restos de cerámica y huesos (Romero Masiá 1984: 55). En el sector C del castro de A Forca (Pontevedra), el más próximo a la muralla y en el lado sur del poblado, aparecieron varias estructuras pétreas, circulares y rectangulares de esquinas redondeadas, entre las que se encontraba un patio enlosado. Sobre este patio, y también dentro de la estructura A, se descubrieron restos de crisoles, moldes y escorias (Carballo 1987: 16-22). En el valle del Támega, en el norte de Portugal, destacan los restos de un horno de reducción de hierro y las escorias de hierro y bronce en una cabaña de material perecedero junto a la cara interna de la muralla en el castro de Muro da Pastoria (Soeiro 1985/86: 24-25). Más cerca del sector cantábrico vemos en el lucense Viladonga los únicos restos relacionados con la metalurgia entre la segunda y tercera muralla, en el nivel más antiguo del castro, y también en el sector este del mismo, con una zona definida de trabajo y otra de basurero (con escorias) (Llana y Varela 1999).

La tesis tradicional ha explicado estas ubicaciones periféricas en los poblados por cuestiones funcionales como son evitar los humos y alejar el riesgo de incendios (Maya y Cuesta 2001: 238; Calo 1993: 159). Desde la Etnoarqueología algunos también explican estas localizaciones en los límites de los asentamientos por la necesidad de colaboración entre los artesanos especializados (Bernus y Echard 1985: 77). Sin descartar dichas hipótesis, ciertos indicios nos hacen sospechar que la localización liminal de los trabajos metalúrgicos dentro de los poblados pueda responder también a cuestiones simbólicas, y en concreto con ciertos tabúes sociales, que debemos vincular con la representación social del metalurgo en los grupos castreños. Lo que la localización de estas artesanías en lugares específicos de los yacimientos indica es que la metalurgia en la Segunda Edad del Hierro comenzó a especializarse y tener un reconocimiento social particular. En algunos lugares como Baroña, el taller se ubica en el exterior de la muralla interna, y en otros como la citania de Sanfins (Portugal) el taller del metalurgo se ubica en la casa X a, en la esquina interior de la primera línea de muralla, pero físicamente en el centro del poblado (Silva 1986: 47), por lo que la marginalidad de los metalurgos sería más social que funcional (González Ruibal 2003a: 417), como se puede corroborar en diferentes ejemplos etnoarqueológicos (por ejemplo Tobert 1985: 279-280). Esos lugares liminales -murallas- además pueden tener otros significados según la orientación en la que se hallen. Hingley (1997: 12-13) propone que las orientaciones al Este -que en el Noroeste de la Península Ibérica podemos ejemplificar con Borneiro, Viladonga y Muro da Pastoria- y Sur -

como Baroña y Corona de Corporales- sería por la relación de la metalurgia con la fertilidad. Estas orientaciones son compartidas en Asturias especialmente por los castros occidentales -San Lluís, Mohías y el Chao Samartín- como vimos más arriba. Los dos últimos ejemplos, además, se encuentran en lugares con tanta carga simbólica como son las puertas de acceso al poblado, ya que en San Lluís la zona metalúrgica está cerca de la puerta, pero no junto a ella, y en el caso del Chao el carácter simbólico y ritual del lugar se refuerza con la presencia de una gran cabaña comunal y de una sauna rústica (Villa 2002a: 166). Se trata de un carácter liminal que en cierta medida recuerda a los depósitos de productos metalúrgicos de bronce -hachas de talón y anillas de la fase I b, principalmente- en las defensas de los primeros castros (capítulo 3).

Estas ubicaciones de las actividades metalúrgicas nos llevan a reflexionar sobre el papel del metalurgo dentro de la sociedad castreña, que es un tema ampliamente debatido. Pese a ello, en casi todas las interpretaciones se suele atribuir a estos especialistas, sin muchos motivos según Fernández-Posse, Montero, Sánchez Palencia y Rovira (1993: 205), cierto prestigio y poder dentro del grupo al que pertenecen. No obstante, en los ejemplos etnoarqueológicos africanos, encontramos posiciones muy variadas del metalurgo dentro de la sociedad, desde respeto y posición destacada a desprecio. Lo que sí parecen compartir casi todos los grupos en los que se da este tipo de tecnologías es la asociación de éstas, y de los especialistas que las desarrollan, con ciertos elementos míticos como son la muerte, el fuego, la procreación, el peligro, la violencia, la magia... (González Ruibal 2003b: 50). Los conocimientos especializados del artesano metalúrgico le convierten en muchas sociedades en prácticamente un semimagico (Ruiz Gálvez 1998: 130). Por ello es absurdo, como recientemente se ha criticado para el caso asturiano, seguir manteniendo las tesis de la teoría económica formalista en nuestros estudios sobre paleometalurgia (Camino 2003: 165), y continuar interpretando las economías preindustriales del mismo modo que las capitalistas, así como seguir separando lo económico -donde supuestamente hay que situar la producción metalúrgica para muchos autores- del resto de facetas sociales (Dalton 1976). El riesgo de todo ello es que nuestras interpretaciones posean un claro sesgo presentista y etnocéntrico, ya que se proyectan hacia el pasado las formas económicas del capitalismo europeo (Rowlands 1986: 745), así como dejar de interpretar toda la carga simbólica y semántica que poseyeron las tecnologías prehistóricas, sobre todo cuando, como hemos visto con el caso de la siderurgia, a nivel productivo es posible que no supusieran ningún avance significativo.

A la hora de rastrear quién o quiénes se encargarían de la metalurgia del hierro en los poblados

castreños durante la fase II y las posibles connotaciones sociales de dicha tecnología, hemos de repasar algunas de las decisiones tecnológicas de la CTO metalúrgica rastreables en el registro arqueológico. En primer lugar, respecto a la tecnología empleada para la reducción del hierro, diversos autores creen que en la Protohistoria peninsular los hornos con sangrado de escoria serían una excepción, ya que esta tecnología era desconocida, en líneas generales, en estas fechas (Gómez Ramos 1996: 152), y en concreto en el Noroeste (Gómez Filgueiras 2003: 86), tal y como podría verse en los trabajos realizados sobre el área minerometalúrgica castreña prerromana de O Peto, en donde en ningún caso hay sangrado de escorias en los hornos (Aboal, Ayán y Prieto 2003: 66).

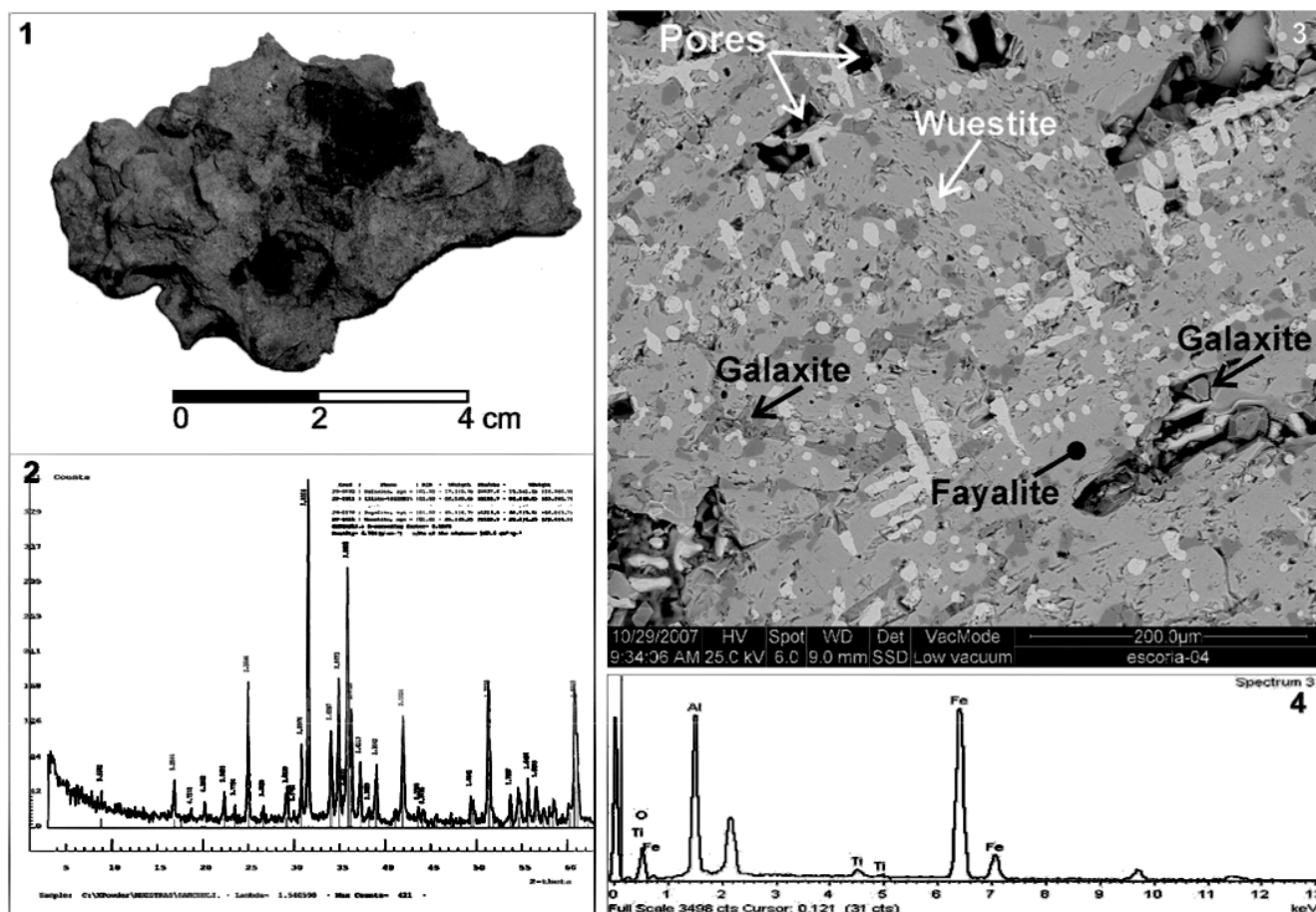
Básicamente se proponen dos tipos de horno; el de cubeta y el de chimenea, cuyas diferencias radican en las diversas proporciones entre altura y anchura. Ambos son tipos pequeños, con la solera excavada en el suelo, y no pasarían de 50 cm. de diámetro y de un metro de altura, aunque en las excavaciones es difícil diferenciarlos porque no suelen quedar partes estructurales (Gómez 1996: 147; Rovira 1993: 59), ya que para la extracción de la esponja férrica frecuentemente se desmontan las paredes del horno, que suelen tener unos 10 cm. de grosor (Nosek 1985: 166). Como vimos más arriba aparecen restos de paredes de hornos en la Campa Torres, el Picu Castiellu de Moriyón y Llagú, además de las vagas noticias del Castelo del Esteiro (fig. 4.92), y que genéricamente hemos de encajar en esta tipología de hornos. De todos modos no se debe descartar la posibilidad, especialmente en aquellos casos en los que las zonas de extracción de mineral de hierro están muy próximas a los castros, de que la reducción del mineral se hiciera en el entorno inmediato de dichos lugares. En este sentido podrían interpretarse unas estructuras localizadas en un monte denominado El Castiellu, a unos 300 m del mencionado castro de El Cerco la Pumará (Laviana). En aquel lugar se observa una antigua explotación de mineral de hierro en un frente de entre 30 y 50 m mediante la técnica de seguir el filón, pero siempre a cielo abierto y sin restos de galerías o túneles (Fanjul y Menéndez 2004: 91).

Las toberas de aireación, de las que tenemos ejemplos variados en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 239), se situaban muy cerca del suelo exterior del horno, donde solía haber un pequeño agujero en la cara opuesta para la salida de los gases (Nosek 1985: 168, figs. 2-7). Es a la altura de las toberas donde la temperatura alcanzada es mayor y donde, siempre que se sobrepasen los 800° C, se forma la esponja férrica embebida en escorias (Rovira 1993: 58-59). No obstante, para este panorama general del centro-occidente cantábrico y Noroeste contamos con algún dato excepcional, cercano al cambio de era, como son los hornos bajos muy desarrollados de Santa Comba (Ferrol), que alcanzaban temperaturas de entre 1100°

C y 1380° C, con un alto rendimiento siderúrgico y con sangrado de escoria (Gómez Filgueiras 2003: 85), aunque constituyen una excepción para el panorama general, como ya hemos dicho. El horno con sangrado de escorias parece ser una introducción romana, y se trata también de un método directo, como en el caso anterior, también de chimenea -algo más alto- y con entradas de toberas, pero con la novedad de una salida taponada con arcilla para que pueda salir la escoria en un momento dado del proceso -sangrado-, con lo que se obtienen lupias férricas con menos impurezas y de mayor tamaño (Ibid.: 86).

Aurelio de Llano ya adelantó que por la oxidación de los materiales podría tratarse de “hierro dulce” el encontrado en el Picu'l Castru de Caravia (1919: 66-68). Hoy sabemos que es precisamente este tipo de hierro el que se produjo a lo largo de toda la Península Ibérica en tiempos protohistóricos debido al uso de combustible vegetal (tostación de maderas duras como el tojo, la retama y sobre todo la raíz de brezo, en Gómez Filgueiras 2003: 86) en lugar de carbón mineral, lo que imposibilitaba llegar a la temperatura de fusión del hierro (1560° C) (Ramos 1996: 146). El hierro dulce, caracterizado por tener menos del 0.02 % de carbono, es más duro que el cobre, pero menos que el bronce de calidad (Rovira 1993: 62). Sin embargo, solían ser frecuentes los procesos de carburización en la Edad del Hierro con el posterior trabajo del hierro dulce en la fragua, lo que aumentaba la dureza de los útiles (Rovira 1993: 64-65). De hecho, el puñal tipo Monte Bernorio de Caravia podría hacernos pensar en la arribada a Asturias de técnicas metalúrgicas meseteñas, más desarrolladas que las del Norte y Noroeste; puesto que en el área celtibérica se aprecia un acero de gran calidad, tenacidad y resistencia (en Aboal, Ayán y Prieto 2003: 71). En concreto, al norte del área Celtibérica encontramos técnicas tan desarrolladas como el DCH o “revestimiento chapado de hierro con soldadura intermedia de bronce, sobre un núcleo de hierro” que parece haberse aplicado sobre numerosos puñales y tahalies de tipo Monte Bernorio de la necrópolis alavesa de La Hoya -s. IV a.C.- (Alonso, Cerdán y Filloy 1999: 32). Sin embargo, y pese a no haberse realizado análisis metalográficos sobre el ejemplar de Caravia, creemos que se trata de una importación y no de una copia local. Lo que sí parece evidente hasta el momento, viendo que las minas de hierro son mucho más ubicuas que las de cobre, y que la tecnología necesaria para reducir hierro pese a ser ligeramente diferente a la del cobre (para la que es necesaria menos temperatura y vasijas-hornos, Rovira 2003) es también sencilla, es que los conocimientos tecnológicos heredados del Bronce Final fueron lo suficientemente completos y desarrollados como para que se adoptara la tecnología del hierro sin muchos problemas. Ello además se corroboraría con la similitud de los





**Figura 4.93:** escoria datada del castro de San Lluís: 1. Aspecto de visu; 2. Difractograma (XRD) que muestras las diferentes fases minerales; 3. Fotomicrografía ESEM bajo electrones secundarios de las diferentes fases minerales presentes en la escoria; 4. Análisis químicos por energías dispersivas de las fases minerales de la escoria (a partir de Marín, Jordá y García-Guinea 2008).

primeros objetos de hierro con los de bronce (Junyent 1992: 23).

Además de todo lo expuesto anteriormente, si tenemos en cuenta que los restos metalúrgicos de base cobre y los de base hierro suelen aparecer asociados en los mismos espacios castreños -un buen ejemplo lo poseemos en la zona metalúrgica de San Lluís, en donde encontramos escorias de hierro, de bronce y puede que alguna de estaño<sup>5</sup>, o el taller metalúrgico de la Corona de Corporales (Fernández-Posse y otros 1993: 215)-, podríamos concluir que aquellos metalurgos que durante la fase I se encargaban de la metalurgia de bronce fueron incorporando a partir de la fase I c, y especialmente durante la fase II, la metalurgia de base hierro, en diferentes proporciones según los poblados, como ya hemos visto. Pero sin duda hay una “decisión tecnológica” de la CTO (*sensu* Lemonnier 1993; 1986: 149-152) metalúrgica prerromana cantábrica especialmente significativa, culturalmente hablando, en este sentido. Sabemos que en los hornos tanto de bronce como de hierro de la Campa Torres se arrojaron fundentes silíceos (Rovira y Gómez 2001: 382-383), práctica que también hemos podido documentar en la escoria de hierro analizada

de San Lluís a la que aludimos más arriba, gracias a las diferentes analíticas a la que fue sometida (Marín, Jordá y García-Guinea 2008: 59-60)<sup>6</sup>. Desde una perspectiva formalista, tradicional y presentista de la tecnología metalúrgica, los autores responsables del estudio de la Campa Torres muestran su perplejidad ante la “poco rentable” práctica de añadir fundentes silíceos en los hornos de bronce cuando este procedimiento sólo es útil en los hornos de hierro (Rovira y Gómez 2001: 382-383). Sin embargo, para nosotros, más allá de su “rentabilidad económica”, lo que demuestra esta decisión tecnológica concreta es que la metalurgia del hierro fue asumida por los bronceístas de cada poblado, hasta tal punto que ciertas decisiones tecnológicas particulares de la tecnología siderúrgica fueron aplicadas también a la de base bronce (Fanjul y Marín 2006: 127). Por otro lado la aplicación de sílice a la reducción de hierro permite hablar de una siderurgia de cierta complejidad.

<sup>5</sup> Le agradecemos esta información a la restauradora Irene Fernández.

<sup>6</sup> Con objeto de conocer los diferentes componentes mineralógicos de la citada escoria hemos realizado, aparte de la datación radiocarbónica mencionada, análisis mineralógicos y químicos utilizando diferentes técnicas: difracción de rayos X (DRX), fluorescencia de rayos X (FRX), microanálisis mediante Microscopía Electrónica de Barrido Ambiental (MEBA, o Environmental Scanning Electron Microscopy, ESEM) y por Energías Dispersivas de Rayos X (EDX).



Panorama que podemos completar si tenemos en cuenta que, en la escoria analizada de San Lluís, rastreamos la presencia de texturas dendríticas de la Wuestita (FeO) observadas mediante MEBA, características de enfriamientos rápidos tras la fundición, así como la existencia de FeO, que indica que utilizaban algún tipo de carbón en el proceso metalúrgico (Marín, Jordá y García-Guinea 2008: 59-60) (fig. 4.93). Es decir, podríamos pensar en un trabajo siderúrgico complejo con un trabajo de forja posterior a la reducción del hierro, que además endurecería los útiles férricos mediante la asimilación de carbono por parte del hierro. Y creemos que estos especialistas, que no trabajarían a tiempo completo en estas tareas, no sólo se encargaban de la metalurgia de base bronce, y de la recién llegada siderurgia, sino que seguramente les debamos también a ellos la orfebrería. De hecho la orfebrería es una tecnología metálica en la que también vemos innovaciones tecnológicas, con la asimilación de técnicas mediterráneas como la filigrana y el granulado, pero que en muchos casos se imitan mediante moldes, lo que indica la traducción a los códigos locales de técnicas foráneas. Por otro lado en la orfebrería castreña observamos algunas decisiones tecnológicas que pueden acercarla a la metalurgia de base bronce, ya que si bien la frecuente presencia de plata en las aleaciones de las piezas de oro puede deberse a que la materia prima utilizada proceda del oro aluvial; no así la presencia de estaño y cobre, que parecen ser aportes intencionales de los metalurgos / orfebres para conseguir bajar el punto de fusión del oro y también jugar con el color y aspecto final de las piezas (García Vuelta 2007: 34).

Recientemente se ha dicho que la ausencia de granero en la casa del metalurgo del castro de la Corona de Corporales (Bierzo, León), granero que tienen el resto de viviendas, evidencia la interdependencia de las familias y los metalurgos. Por tanto, este sería un rasgo de cohesión comunitaria (Fernández-Posse y otros 2003: 202-205; Sastre 2008: 1031). Sin embargo podríamos contravenir este argumento puesto que lo que se está evidenciando no es tanto una mayor especialización del trabajo metalúrgico como una mayor dedicación en tiempo al mismo, puede que ya de continuo, lo que es un claro rasgo de complejidad de las relaciones sociales y del grupo social en general. Este es un rasgo propio de estos yacimientos del Bajo Bierzo, dentro de las características particulares de estos poblados, que no han de proyectarse sobre el ámbito cantábrico ni sobre el Noroeste. Por el contrario, es muy poco probable que los especialistas metalurgos de los castros cantábricos siguieran el modelo berciano de aplicación a tiempo completo, pese a encargarse conjuntamente de las producciones bronceas como de las siderúrgicas, sino que más bien se trataría de ocupaciones estacionales, lo que suele ser habitual en sociedades sin grandes diferencias sociales y en las que

no hay evidencia de producción de excedentes (Rowlands 1971: 212-213). Podríamos pensar en un metalurgo o en varios metalurgos, quizás pertenecientes a la misma familia y heredando el trabajo de padres a hijos, con las mismas ocupaciones agropastoriles que el resto, excepto en el momento de trabajar el metal. Quizás la excepción sea el pueblo de los Cilúrnigos (“caldereros”), que es el que habitó en la Campa Torres a finales de la Edad del Hierro, si proyectamos hacia atrás los datos epigráficos (Fernández Ochoa y Pérez 1990), puesto que sus producciones bronceas podrían haber estado incentivadas por demandas comerciales, tanto marítimas como terrestres. Respecto al trabajo metalúrgico podríamos pensar en una división sexual del trabajo, puesto que en la mayoría de las sociedades estos trabajos son exclusivamente masculinos y suponen una serie de tabúes y normas, en muchas ocasiones de carácter sexual (González Ruibal 2003b: 50-51). De toda la CTO metalúrgica, a nivel etnográfico sólo se aprecia la presencia de mujeres en las tareas extractivas o de minería, mientras que el resto de decisiones y gestos tecnológicos suelen estar en manos de los hombres (Murdock 1967). Lo podemos comprobar con el oro en la región de Benishangul-Gumus (Etiopía), donde se sigue extrayendo de forma artesanal no muy distinta probablemente de la prehistórica. En el río Shegol al norte de Mende, grupos de mujeres mineras de etnia Berta, con la participación de algún varón, realizan pequeños pozos, que a veces llegan a formar galerías subterráneas de algunos metros de longitud desde el pozo, para extraer tierras que luego lavan en bateas de madera, con agua obtenida de los mismos u otros pozos por hallarse en la estación seca (Fernández Martínez y González Ruibal 2001). Tampoco debemos descartar la posibilidad del trabajo infantil, especialmente en la minería, ya que el pequeño tamaño de los niños les permite acceder a lugares angostos como galerías. Por otro lado, si pensamos en la perduración de la “cerámica indígena” mediante rotaciones lentas hasta época romana y asumimos que estuviera controlada tecnológicamente por las mujeres o por ciertas mujeres dentro de cada poblado, podríamos pensar en cierta complementariedad social y simbólica de ambas CTOs: la de la cerámica y la de la metalurgia. Una relación estructural que puede estar condicionada por ser ambas cadenas tecnológicas tecnologías calientes, como ocurre en el Cabilia, en donde la metalurgia se entiende como una artesanía que está a medio camino entre lo masculino y lo femenino debido a que como interviene el fuego y el calor se asocia con el parto. Precisamente en estos poblados magrebíes los trabajos metalúrgicos se encuentran al este y sur de los mismos para ratificar la masculinidad de los mismos, pues estos sectores de las aldeas son preferentemente masculinos (Bourdieu 2000: cuadro).

Por último y volviendo a las posibles connotaciones del metalurgo o metalurgos dentro de cada poblado, no hay datos concluyentes que nos hagan ver que éstas fueran negativas. No obstante, algunos autores creen que en sociedades donde lo pastoril tiene mucho peso -como es el caso de la mayoría de los castros cantábricos- y también en las que la metalurgia lleva relativamente poco tiempo -recordemos que el desarrollo de la siderurgia en Asturias es a partir del siglo IV a.C.- hay más posibilidades de que se considere de un modo negativo a estos artesanos (Rowlands 1971:216). De todos modos la metalurgia del hierro fue asumida por aquellos especialistas que ya trabajaban el bronce, y que seguramente también trabajaban el oro, ya que poseemos ejemplos de zonas de trabajo compartidas, de útiles que combinan hierro y bronce y de decisiones tecnológicas de marcado carácter cultural presentes en ambas cadenas tecnológico-operativas, por lo que no pudo entenderse como una recién llegada, a no ser que el nuevo metal tuviera connotaciones simbólicas específicas ausentes en el bronce. Lo que sí es significativo es que el trabajo metalúrgico se concentrara en determinadas zonas de los poblados, en muchos casos al sur y este de los mismos, especialmente en las cercanías de las murallas, más por cuestiones simbólicas que funcionales, lo que nos lleva a pensar que los metalurgos, pese a ser unos miembros más del grupo social, de la comunidad castreña, debieron tener una consideración social o estatuto especial (Aboal, Ayán y Prieto 2003: 74). Podría aventurarse la hipótesis de cierta marginalidad, más social que funcional, de los metalurgos por cuestiones simbólicas y de una posible concepción ambigua, más que negativa, de su trabajo (Fanjul y Marín 2006: 128), en donde estaría siempre el riesgo de polución y contaminación. Quizás no sea casual que en ciertas leyendas asturianas se conciba a los herreros como personajes sanadores que contactan con la divinidad, es decir, como la clásica figura del brujo o chamán (De Llano 1993 [1925]: 308).

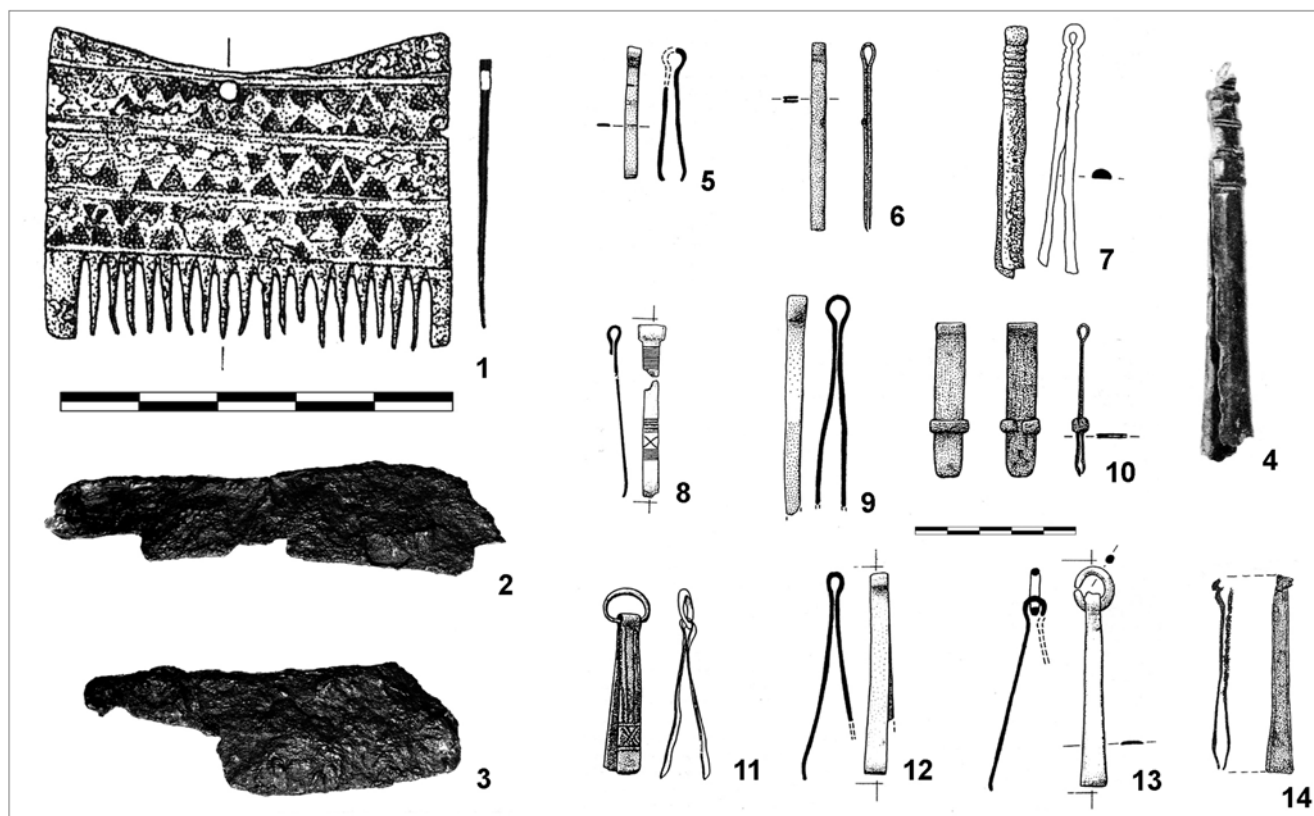
### 4.3.5 El desarrollo de las tecnologías del cuerpo.

#### El cuerpo colectivo.

Si pudimos relacionar los útiles de hierro con el aumento de productividad tanto agrícola como ganadera, también se constata el prestigio de esta tecnología en lo que a la acumulación de capital simbólico (*sensu* Bourdieu 1994) se refiere, especialmente en relación a la esfera masculina. Casos como el Picu'l Castu de Caravia, con su cinturón de casas tras la línea de muralla, de tamaños semejantes y construidas con materiales perecederos, y sin evidencias de acumulación de excedentes -características muy similares a las de Moriyón (Camino

2002: 146)-, no hablan de una sociedad jerarquizada sino más bien de una de tipo comunal, pese a que algunos autores justifiquen vagamente una "jerarquización social" por la mera presencia de metalurgia (Camino y Viniegra 2002: 31). En la arquitectura hemos visto la tensión entre lo comunal y lo familiar, sin que lo segundo se llegara a imponer realmente, por lo que hemos de pensar que los mecanismos sociales que evitaron la diferenciación social y remarcaron lo comunal debieron de seguir actuando hasta la llegada de Roma. En este sentido el registro de la fase II sigue ofreciendo calderos remachados y asas de sítulas -por ejemplo en Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 128)- que ya interpretamos en clave de rituales de comensalidad comunales (capítulo 3). Pero ello no quiere decir que no existan las desigualdades sociales o que las relaciones sociales aparentemente no jerarquizadas, posean un alto potencial para pasar a serlo, ya sea en el sentido de las heterarquías propuestas por Sastre (2001: 50: 2002), en la tensión entre las familias y la comunidad castreña o en el de las asimétricas relaciones de género.

Algunas de estas tensiones, especialmente las últimas, pueden rastrearse gracias a las tecnologías del cuerpo. Lo que presenciaremos durante la fase II es una mayor importancia del cuerpo, del cuerpo vestido, adornado, depilado... como lugar de negociación social. El conjunto de los hombres del poblado, aquellos agricultores y ganaderos que a la par son guerreros, consolida una ideología belicosa (*ethos* guerrero) en la Segunda Edad del Hierro que les hace acumular poder y distanciarse del otro gran grupo social, el de las mujeres, también agricultoras y ganaderas. Al estar equilibrados los trabajos productivos entre géneros se equilibró la posible distancia social entre ambos, generada por el desarrollo de aquella ideología que nació a la par y sustentó la construcción de poblados fortificados. Recordemos que, al contrario de lo que ocurre en los *oppida* meseteños o bracarenses, los castros cantábricos no fueron una sociedad con guerreros sino una sociedad guerrera (capítulo 3). Además, las mujeres cantábricas, al contrario que las meseteñas, tienen en sus manos el control, mantenimiento y reproducción de diversas cadenas tecnológicas como la producción de la cerámica, realizada mediante rotaciones lentas hasta la romanización, y los textiles; así como un gran elenco de actividades de mantenimiento y productivas, que en muchos lugares se siguieron desarrollando en espacios semipúblicos o públicos hasta la romanización. Ello demostraría una integración de dichas actividades en el marco social general. No obstante, en la fase II es cuando se consolidó una ideología guerrera, como veremos en la iconografía de algunas piezas de orfebrería, y cuando aparece una panoplia guerrera como tal en el registro arqueológico. Podríamos decir que es en esta fase cuando en el



**Figura 4.94:** instrumental para la tecnología del cuerpo: peine (1), navajas de afeitarse (2 y 3), y pinzas de depilar (4-14) (Campa Torres: 1, 5-13; Caravia: 2-3; San Lluís: 4; Las Rabas: 14) (2, 3 y 4 sin escala) (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001; Escortell 1982; García Guinea y Rincón 1970, modificados).

mundo cantábrico se aprecia una preocupación por “la belleza del guerrero” (Treherne 1995), por la proyección pública de la imagen del hombre-guerrero, como en otras partes de Europa ya sucedía desde la Edad del Bronce. Para este fin se combina una panoplia guerrera, una decoración corporal (mediante fibulas, “diademas” / placas de cinturón, torques...) y un cuidado y mantenimiento del cuerpo. Y es precisamente el esfuerzo por crear un cuerpo colectivo masculino, diferenciado físicamente de las mujeres, el principal responsable de la introducción en el ámbito cantábrico de elementos materiales y estilísticos foráneos, en concreto procedentes del gran estilo bracarense y del gran estilo normeseteño, a todas luces propiciados y fomentados por los hombres de cada poblado.

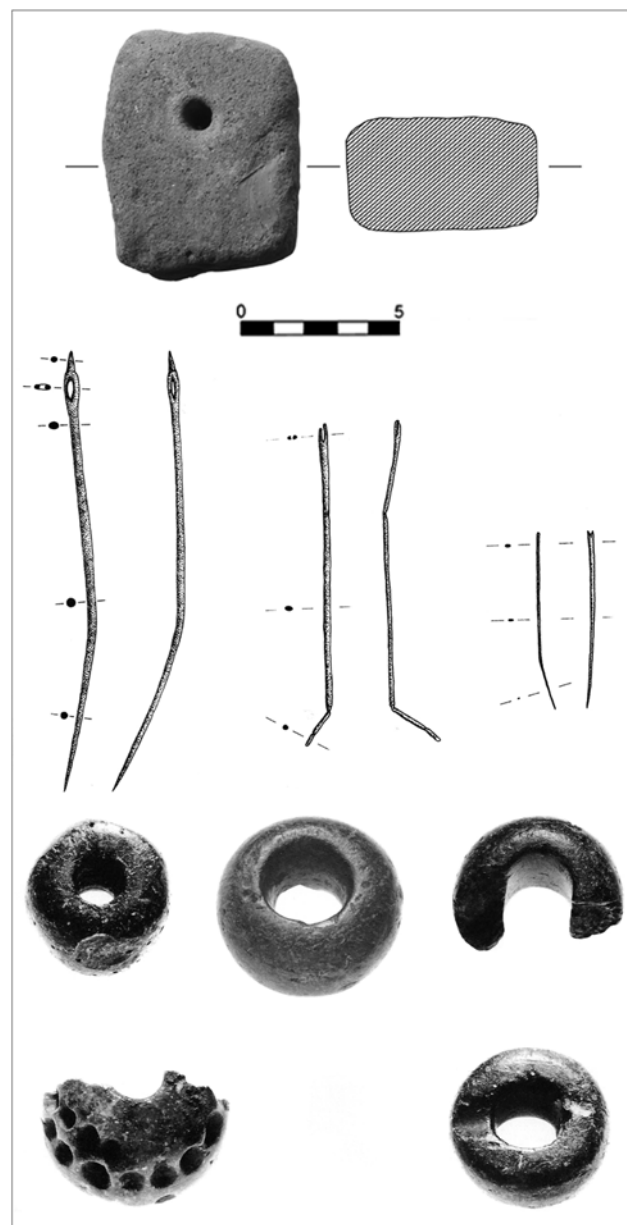
Desconocemos los peinados, ropajes, escarificaciones, tatuajes y/o pintura corporal que pudieron llevar, pero en el registro vemos la importancia de las pinzas de depilar y de las navajas de afeitarse para conseguir una representación cotidiana del cuerpo masculino guerrero (fig. 4.94). De nuevo vemos como la Campa Torres y San Lluís se reparten los ejemplos cantábricos de pinzas de depilar, de bronce, decoradas en ocasiones y que suelen llevar anillas de suspensión (Maya y Cuesta 2001: 126), aunque no hay que descartar que en algún caso se trate de apliques para sujetar prendas de ropa, más que de pinzas (ver fig. 4.94-10). En la misma línea podrían ser interpretadas las cuchillas/navajas de afeitarse de Caravia

y la Campa Torres, realizadas en hierro, o alguna gran aguja, como la aparecida en la Campa Torres, que pudo servir tanto para sujetar una prenda de ropa (Ibid.: 126, 147; Maya 1987/88: 80) como para sujetar el pelo, tal y como se ha propuesto para alguna de hueso y cabeza moldurada de Llagú (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 184). No sabemos hasta qué punto el peine de bronce de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: fig. 44) puede interpretarse en el mismo sentido, aunque lo que sí es cierto es que en el Noroeste no son infrecuentes los peines de hueso, que tienen sus paralelos más cercanos en el Arco Atlántico (Inglaterra, Irlanda) (González Ruibal 2003a: 442-444). Los motivos decorativos de triángulos rellenos de puntos de este peine / peinetas son prácticamente idénticos a los de las cerámicas de este mismo poblado e incluso a los de algunas piezas de orfebrería, por lo que puede pensarse en una producción local. Se trataría por tanto de una nueva disciplina del cuerpo la que ahora nace, que incidiría en la idea de separación, individualización y orden que se advierte en todas las producciones materiales y sociales de fines del Edad del Hierro (González Ruibal 2003a: cap. 4), y que en nuestro caso concreto podemos ver en el hecho de que aunque muchas fibulas, placas de cinturón o torques siguen esquemas generales para su ejecución, finalmente se encuentran altamente individualizados por su formas y decoraciones finales. Partiendo de la idea de asociar los pendientes amorcillados y las arracadas con las mujeres, y las fibulas, torques, placas

de cinturón y pinzas de depilar a los hombres, podría deducirse, como veremos, que dicha individualización está más presente en las joyas y apliques decorativos masculinos que en los femeninos, lo que se encuentra en consonancia con la tendencia generalizada por parte de los hombres de sustituir las identidades relacionales por las identidades individuales en momentos de cambio cultural o complejización socioeconómica (Hernando 2002).

En relación con la tecnología textil y con la vestimenta en el segundo Hierro se percibe en el Noroeste un aumento del número de fusayolas, así como la decoración de muchas de ellas o la reutilización de fragmentos de cerámica importada para fabricarlas. Comparándolas con las herramientas tradicionales gallegas de hilado (huso y ruecas) se ve que estos dos objetos son de los pocos con decoración en el rural gallego, lo que encaja bien con la enorme importancia social que poseían las labores de hilado y tejido, especialmente por lo que se refiere a la creación de una identidad y solidaridad femeninas, al igual que propusimos para los trabajos de molienda o para la confección de cerámicas. Podría pensarse por ello que el aumento del número y decoración de las fusayolas durante la fase II pudiera responder a cuestiones parecidas (González Ruibal 2007: 291-292). Ciertamente la fase II en la Cornisa Cantábrica supone un momento de desarrollo de las fusayolas, pues no sólo aparecen más en el registro, sino que, al igual que en Galicia, las encontramos decoradas. En Cantabria vemos varias en Las Rabas, aunque sin decorar y con algunos ejemplares que más que fusayolas serían fichas perforadas por su delgadez (García Guinea y Rincón 1970: fig. 15). Para la Campa Torres las tenemos realizadas tanto en hueso, como piedra y cerámica, con un ejemplo antiguo de la fase I c, troncocónica y de cerámica, mientras que las más recientes suelen ser en forma de rodete (Maya y Cuesta 2001: 222), quizás síntoma de cambios en la tecnología textil entre la fase I y la II. Las decoraciones de las de Llagú son sencillas (radios y puntos) y todas las recogidas son de piedra, como casi todas las que conocemos de las excavaciones de Aurelio de Llano en el Picu'l Castu de Caravia (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 207, 209, fig. 82; Escortell 1982: 72) (fig. 4.95). Son muy frecuentes las fusayolas realizadas sobre fragmentos de cerámica reutilizados, con importantes variaciones de tamaño y peso, como se puede observar en diferentes castros de la costa gallega (Aboal, Ayán y Prieto 2003: 57), pero sin embargo en el occidente asturiano lo que apreciamos en San L. Luis son pequeñas lajas de pizarra subcirculares y perforadas que pudieran ser fusayolas, pero no podríamos asegurarlo.

Para los castros gallegos se piensa que las pesas de telar de cerámica serían ya propias de época romana, ya que las prerromanas suelen ser de piedra (Aboal, Ayán y Prieto 2003: 57). De momento no podemos desmentir este principio puesto que los



**Figura 4.95:** ejemplos de la tecnología textil cantábrica de la fase II: pondus de barro cocido de Arancedo; diferentes tamaños de agujas de la campá Torres; y fusayolas de piedra de Caravia (a partir de Marín 2008; Maya y Cuesta eds. 2001; Escortell 1982).

pocos casos cantábricos que conocemos (las nueve de la construcción C-7 de Pendia y una en Arancedo en la habitación SH 1 b) (Rodríguez y Villa 2009: 161; Marín 2008: 301) son de barro cocido y se encuentran en niveles de uso claramente romanos (ver fig. 4.95). En el caso de la de Pendia se trata de una cabaña elíptica, por lo tanto de morfología claramente castreña, reconstruida sobre una cabaña previa, aunque ello no quiere decir que la reforma no se hubiera producido todavía en época prerromana. Para Arancedo nos parece interesante el grado de privatización, segmentación y diferenciación funcional del espacio de la estructura en donde apareció el peso. Ya aludimos a los diferentes modelos de actividades de mantenimiento y de externalización de las viviendas

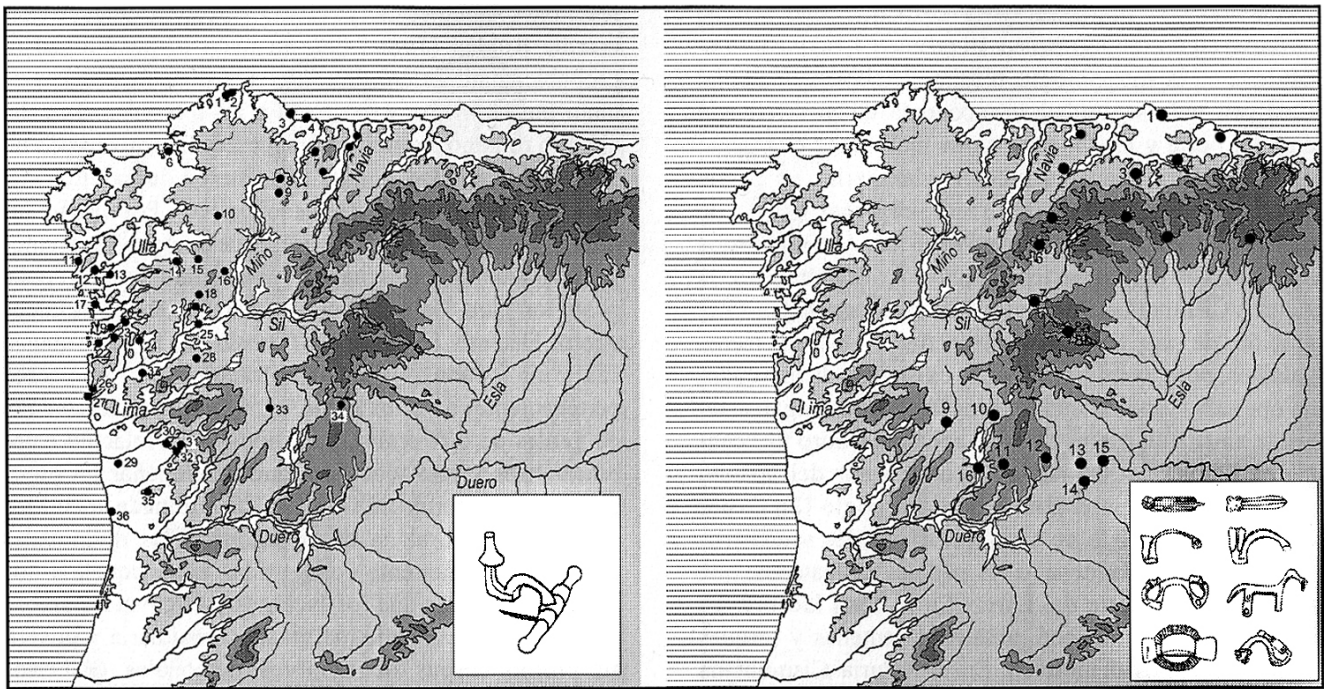
entre castros occidentales como éste que tratamos y San L.luis a cuenta de los trabajos de molienda. Esta misma estructura de planta de naípe con la división interna en T a la que aludimos, que concentra el trabajo de molienda y procesado de alimentos en una de las dos habitaciones/áreas de trabajo en las que se divide (S H 1 a), es la que en la otra habitación gemela tenía la pesa de telar (S H 1 b) (Marín 2008: 303-304) (ver fig. 4.71). La aparición de un par de pesas de telar precisamente en la estructura C-1 también de planta de naípe del cercano castro de Cabo Blanco (Fanjul, Villa y Menéndez 2009: 260) podría constatar este modelo propio de la marina occidental asturiana en cuanto a las actividades de mantenimiento relacionadas con la tecnología textil y la privatización de los espacios en las que se desarrollaron. De nuevo podemos contraponer este modelo a la aparición de fusayolas en San L.luis en zonas abiertas entre estructuras, en concreto al exterior de 5A y 5B, que interpretamos como una zona de trabajo abierta junto a un granero (Marín 2007). Si tenemos en cuenta las similitudes arquitectónicas entre Coaña y Arancedo, no sólo en la combinación de plantas circulares/oblongas y plantas en naípe, sino en las subdivisiones internas de las estancias, y las ubicaciones de las diversas actividades de mantenimiento, podremos deducir que es la costa occidental asturiana uno de los sectores cantábricos menos cantábricos, es decir, con formas de segmentación y privatización del espacio muy similares a las de otras zonas del Noroeste, más que a las de otros territorios cantábricos. Pese a que ello se ha explicado como una consecuencia de la romanización (Villa 2002a), hay suficientes evidencias para pensar que estas privatizaciones de los espacios familiares, de las subdivisiones internas de las cabañas, especialmente de las rectangulares de esquinas redondeadas, y de escasa externalización, son fruto de la propia evolución histórica prerromana. De hecho por algunas estructuras de Cabo Blanco en planta de naípe con una subdivisión en dos estancias mediante un tabique trabado con el muro perimetral, como es la C-6 (Fanjul, Villa y Menéndez 2009: 261) o la mencionada de Arancedo (S H 1) (Marín 2008: 299), en donde luego vemos estructuras de clara factura romana, podría corroborarse que estas reformas arquitectónicas que tienden a una mayor segmentación de los espacios no son consecuencia de la ocupación romana (Villa 2007b: 129) sino que responden, como decíamos, a la evolución histórica particular de las comunidades castreñas de la segunda mitad de la fase II. Este proceso se vería agudizado especialmente en el extremo occidental cantábrico, donde las familias fueron cobrando un importante peso social con respecto a la comunidad castreña, privatizándose espacios que antes eran semipúblicos, y en donde la diferenciación de género cada vez se acentuaría más. Quizás por ello ciertas actividades de mantenimiento típicamente femeninas (molienda, cocinado, tecnología

textil...) pasen a ocupar los espacios menos permeables de las estancias, sin visibilidad directa desde las puertas.

Junto a las fusayolas y las pesas de telar, otra herramienta vinculada directamente con el tejido y el hilado de la vestimenta son los peines de telar, como el encontrado en la cueva del Aspío (Cantabria), que aún conserva los hilos entre sus dientes y que situamos en el Bronce Final (ver capítulo 2). Que apareciera en una cueva, contexto claramente ritual, podría corroborar el papel social privilegiado de las tecnologías textiles, seguramente en manos femeninas, como la cerámica, durante la Segunda Edad del Hierro. Estos peines de telar de madera se presuponen de origen atlántico, ya que hay buenos paralelos en las Islas Británicas. En Galicia contamos con dos ejemplares del castro de Montealegre y otro del de A Lanzada aparentemente de un estrato prerromano (González Ruibal 2007: 292). Por último la tecnología textil también se sirvió de las agujas de coser, presentes en Caravia, Arancedo, Celada Marlantes, Llagú y Campa Torres, en donde significativamente ya aparecen incluso en los estratos fundacionales del poblado (Maya y Cuesta 2001: 128). Es posible que las de ojal pequeño sean para lino y las de ojal mayor para lana (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 184, y fig. 68).

Íntimamente relacionado con la vestimenta se encuentran las fíbulas y broches, hasta el punto de que en ciertos casos muy estandarizados, como en el de los laciformes, podría pensarse que lo que se intercambia son más los mantos a los que irían unidos que el propio aplique metálico en sí. Se considera que a partir del s. IV a.C. es cuando en el Noroeste se da la expansión y desarrollo de las fíbulas. El proceso general parece estar marcado por una creciente individualización de los tipos. Esta progresiva personalización de las fíbulas podría ponerse en relación con la similar importancia de la individualización de las casas y las familias dentro del poblado y con la fragmentación dentro de todos los órdenes (políticos, social, cognitivo) de las comunidades castreñas de la Segunda Edad del Hierro (González Ruibal 2007: 296), así como en la consolidación de los roles e identidades de género vinculados con el grupo guerrero que se asocia con cada castro.

De todos modos hemos de recordar el carácter retardatario del ámbito cantábrico con respecto a la Meseta Norte (en donde ya vemos aparecer las fíbulas en los últimos momentos de Cogotas I) (capítulo 2) y el Noroeste (en donde en la fase I c ya se puede observar un buen elenco de ellas) (capítulo 3). Ello indicaría un conservadurismo en las tecnologías del cuerpo (atuendos, peinados y decoraciones corporales) propio de los grupos igualitarios, en los que el aspecto físico de los hombres de cada poblado por un lado y de las mujeres por otro, suele ser bastante similar, y en ocasiones parecidos también entre sí. Podemos

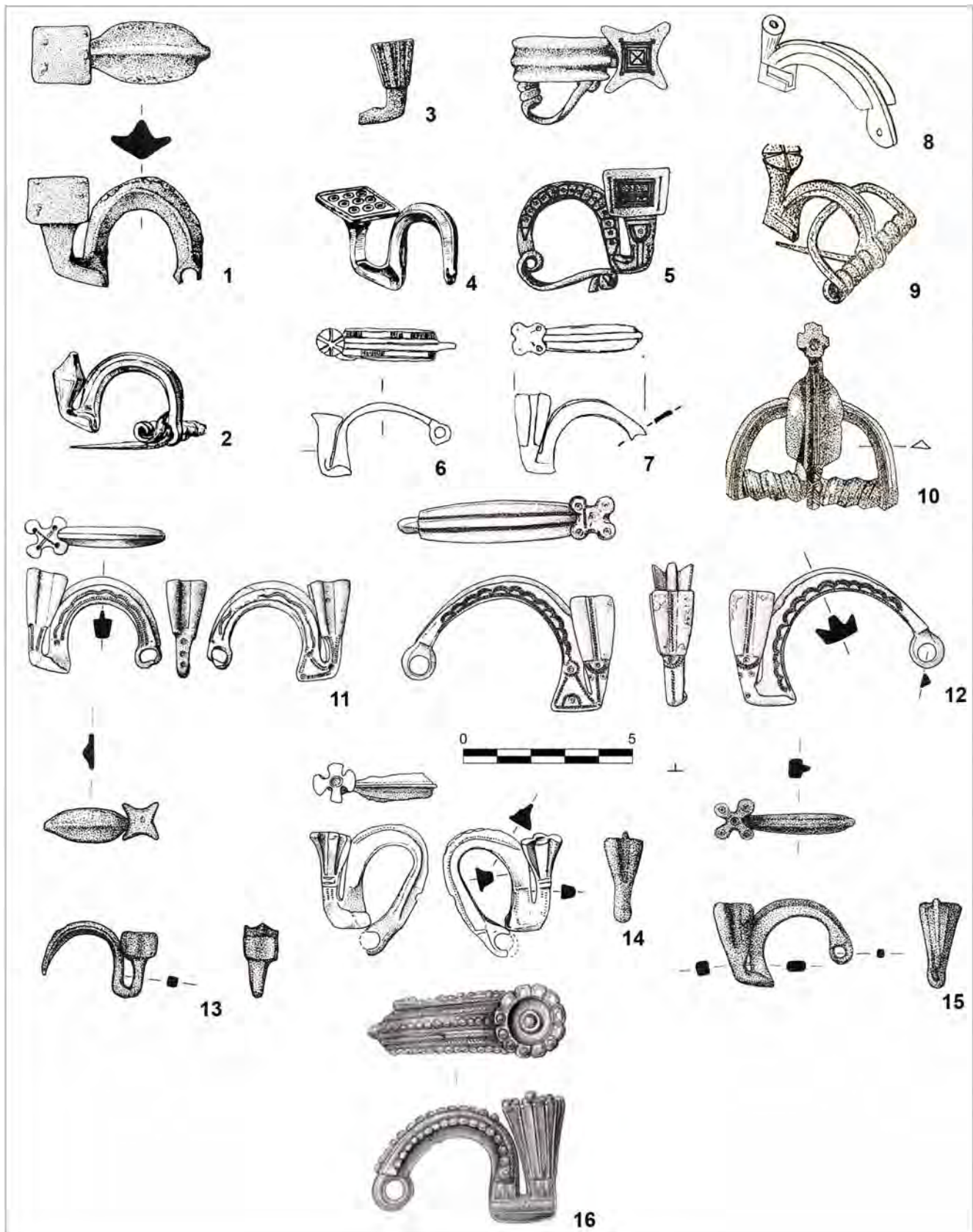


**Figura 4.96:** distribución de fibulas de “longo travesao sem espira” (izquierda) y de tipos meseteños (torrecilla, caballito, de pie vuelto, simétricas) (derecha) (a partir de González Ruibal 2003a, ampliado). Nótese como en el occidente cantábrico el interfluvio Navia-Narcea supone la transición de la influencia meseteña a la noroccidental, en cuanto a las tecnologías del cuerpo.

entender las tecnologías del cuerpo de la fase I todavía como herederas de las de la Edad del Bronce, con los laciformes como elemento innovador, si es que no procede de la Edad del Bronce también, pero homogeneizador, para comenzar a experimentar fuertes cambios durante la fase II, puede que de nuevo como consecuencia de la consolidación de una ideología guerrera y de la necesidad de los hombres de destacar como guerreros del poblado. En líneas generales vemos la influencia en nuestra área de estudio de los broches desarrollados en las zonas más complejas, y más desigualitarias, socioeconómicamente hablando, que rodean por el sur y por el oeste al sector cantábrico: los *oppida* normeseteños y el Noroeste. Sería lógico pensar, por tanto, que en el sector oriental de nuestra área de estudio, representado por el castro de Las Rabas, las fibulas que apreciamos sean tipos básicamente originados en la Meseta, caso de las de torrecilla y las anulares en omega (éstas tanto en bronce como en hierro) (García Guinea y Rincón 1970: figs. 26-28), y que no veamos ninguno de los imperdibles típicos del Noroeste (fibulas transmontanas o las de largo travesaño sin espiral -“longo travesao sem espira”). Según vamos avanzando hacia el oeste por el sector cantábrico se aprecia la aparición, junto a modelos meseteños, de fibulas del Noroeste, caso de las transmontanas. Por ejemplo, mientras que en el castro de Caravia apreciamos básicamente tipos meseteños o de inspiración meseteña (fibulas de torrecilla, fibulas de caballito) (Maya 1987/88: 96, 104), si avanzamos hacia el occidente encontramos que la tipología de

fibulas es más variada, como en Moriyón, con ejemplos golfo de León, simétricas, de torrecilla, anulares en omega (Camino 1996: 32), o especialmente en el dinámico puerto de la Campa Torres, en donde existe una nutrida representación tanto de los tipos de inspiración meseteña como de los originados en el Noroeste, tales como fibulas de pie alto rematado que podríamos incluir dentro de los tipos Sabroso y Santa Luzía, transmontanas, simétricas, de torrecilla, de caballito, anulares en omega... (Maya y Cuesta 2001: 102-111). También en la zona central asturiana, pero en el interior, se encuentra el castro de Llagú, con un repertorio de fibulas muy similar al de la Campa Torres (de torrecilla, de caballito, anulares) (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 65), aunque sin representantes transmontanos ni Sabroso o Santa Luzía (o de mesa y tulipa). Y más hacia el occidente, por ejemplo en el poblado de San L. Luis, no se han documentado fibulas de torrecilla o de caballito, y sí transmontanas, anulares y simétricas, así como laciformes (Maya 1987/88: 96-107). Por último llegamos a los castros de Pico da Mina (San Martín d'Ozcos), en la orilla izquierda del curso medio del Navia, en donde sólo se reconocen los broches típicos del Noroeste: transmontana y de largo travesaño sin espiral (Villa 2007a: 208), y al de Punta do Castro (*marina lucense*) en donde sólo vemos el segundo de estos broches (Ramil y otros 1995: 105 y fig. 16), y que incorrectamente se han fechado en época romana o cercanas al cambio de Era (Villa 2003: 131 y nota 23). Por el contrario un tipo de broche que se comparte en todo el sector centro-occidental cantábrico, desde el





**Figura 4.97:** diferentes ejemplos de fibulas de torrecilla y pie vuelto rematado del centro-occidente cantábrico: Tineo (1); Caravia (2-5); Cellagú (6-7); Las Rabas (8-10); Campa Torres (11-15); Ceja de las Lombas (16) (a partir de Maya 1987-88; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; García Guinea y Rincón 1970; Maya y Cuesta eds. 2001; Peralta 2003, modificados).

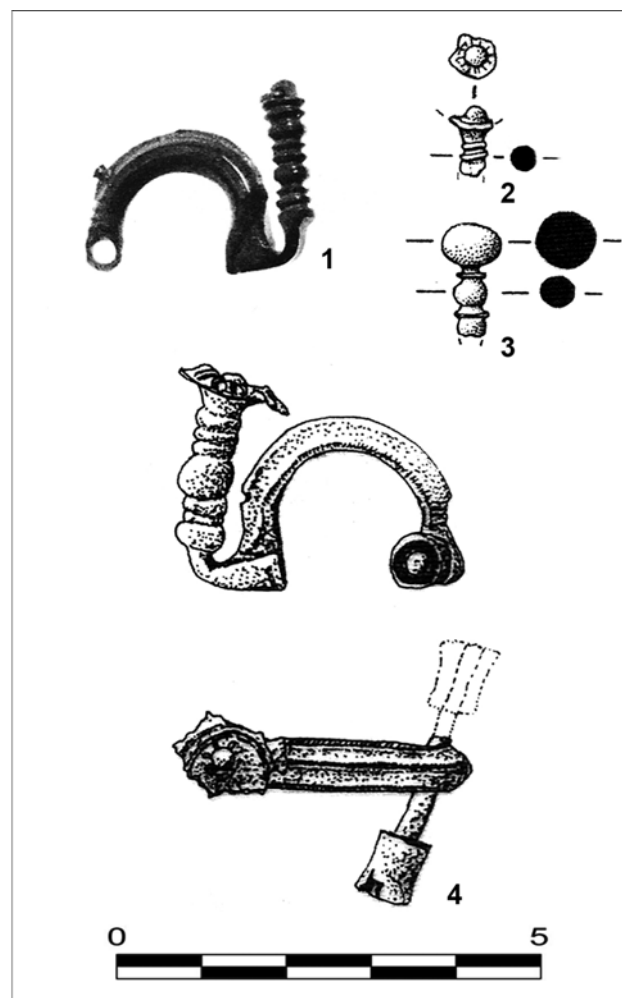
centro de Cantabria al este de Lugo, son las hebillas anulares en omega (fig. 4.96).

Respecto a la fibula de Moriyón tipo Golfo de León o de pie recto lo cierto es que este ejemplar marcaría en líneas generales la transición entre la fase I



y la II, acorde con las dataciones más antiguas del poblado, lo que es importante no sólo a nivel cronológico, sino que a nivel social es síntoma de la generalización de los imperdibles para la ropa desde los comienzos mismos de la fase II. No obstante no hemos de confundir los tipos de pie recto y larga mortaja con pequeño botón terminal (tipo Acebuchal y Golfo de León) (por ej. González Ruibal 2003a: fig. 3.55), de cronologías antiguas dentro de la Edad del Hierro, con otros tipos de pie recto y prácticamente sin mortaja, aparecidos en contextos estratigráficos del s. I a.C., tal y como son confundidos por los excavadores de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 102).

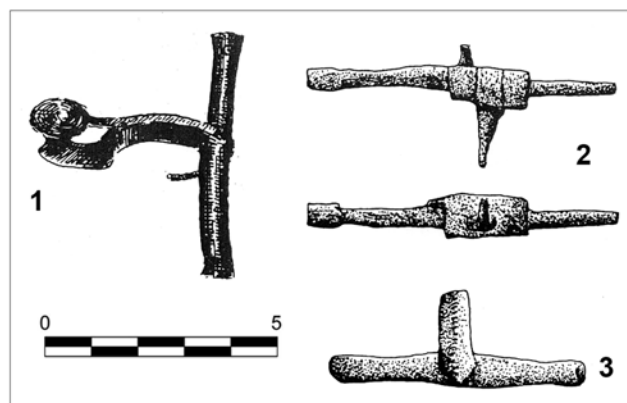
Entre las fíbulas más antiguas contaríamos entonces con las llamadas tipo Sabroso y tipo Santa Luzía, sustitutas en la transición entre la fase I y la II de las ya mencionadas de pie recto, que para evitar confusiones también podrían ser descritas como fíbulas de mesa y fíbulas de tulipa. En la Meseta, en donde habría que buscar su origen, arrancan del s. VI a.C. y un ejemplar puede ser datado en fechas similares en Sao Juliao, al norte de Portugal. Durarían hasta el s. III a.C., momento en el cual las de pie vuelto de estilo laténico serán las que imperen. Respecto a la individualidad mencionada se percibe como las de mesa están más estandarizadas que las de tulipa, más decoradas y variadas en forma, y en donde las más evolucionadas y barrocamemente adornadas recuerdan ya a las transmontanas (González Ruibal 2003a: 212; 2007: 292-293). Dentro de las de mesa podríamos insertar todo un variado grupo de prendedores en “remate plano” que apreciamos tanto en Caravia (Maya 1987/88: 96) como en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 104), mientras que algunas de las de “pie alto rematado” de este mismo poblado (Ibid.: 104 y fig. 48.2) podemos encajarlas en las de mesa. Muchos de estos ejemplares serían locales o versiones locales de tipos meseteños, como algunas del depósito de La Majúa de torrecilla con troqueles de círculos concéntricos, y que compartirán diversos castros del sector meridional cantábrico como Celada Marlanges, Castillo de los Barrios de Luna, La Valcueva y Sabero; o aquella otra a la que aludíamos al comienzo del capítulo que compartían Villaceid y La Cildad de Sabero. A estas les deberíamos añadir las fíbulas de tipo La Tène que también se observan en castros del norte de León. El depósito de La Majúa, aparte de las piezas antiguas que contiene, puede englobarse en la fase II ya que contiene otras fíbulas de pie vuelto, de puente ensanchado o rematadas en meseta cuadrada en cono (Morán 1956/61: 109; Celis 1996: 61). En líneas generales todo este grupo de fíbulas de la fase II (de mesa, de tulipa, de botón, de torrecilla) se podría insertar en el grupo general de “fíbulas de pie alto rematado” que sigue el esquema general de las laténicas, del cual, por los hallazgos de la Campa Torres, podemos afirmar que posee cronologías



**Figura 4.98:** fíbulas transmontanas en el occidente cantábrico: San Lluís (1) y Campa Torres (2-4) (a partir de Escortell 1982; Maya 1987/88; Maya y Cuesta eds. 2001).

generales de la fase II, con representantes de todas ellas en estratos datados a partir del s. IV cal AC (Ibid.: 104), y que son ejemplares fuertemente individualizados. Todo ello da pie a pensar en producciones locales sobre referentes generales de amplia circulación y en que fueron adaptadas a los gustos de cada usuario concreto. Si las contadas fíbulas de la fase I respondían a importaciones, originadas principalmente en el sur peninsular, la fase II se caracterizará por las producciones locales y la variedad tipológica de los imperdibles, inspirados en modelos que superan la escala regional (fig. 4.97, y ver fig. 4.15).

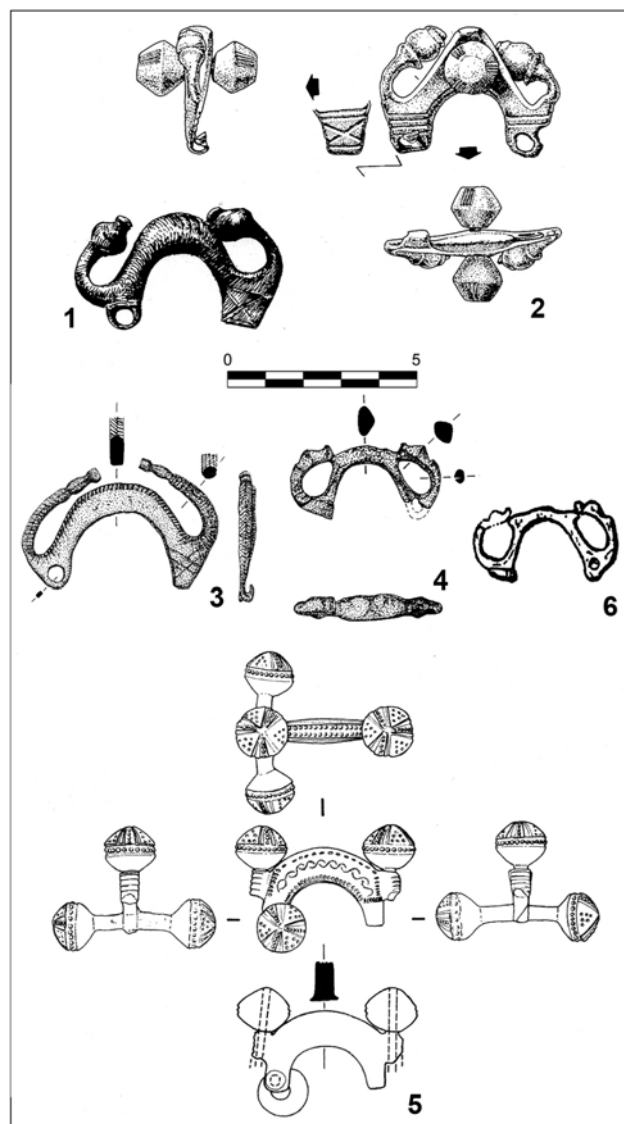
Algunas de las fíbulas de tulipa de la transición entre las fases I y II en el Noroeste se asemejan mucho a las fíbulas transmontanas, las típicas del Noroeste durante la fase II (González Ruibal 2003a: 214), como decíamos. Las fíbulas transmontanas tienen su origen en el extremo occidental peninsular, dentro del área lusitano-galaica, por su distribución, pero, al contrario que el resto de la cultura material galaica, tuvo éxito fuera de sus fronteras y se ven desde Soria hasta Badajoz. Debió de aparecer a fines del s. III a.C. y su momento de auge fue el s. II a.C., por su cercanía a las latenienses. Llegaría a fines del s. I a.C., cuando



**Figura 4.99:** fibulas de largo travesaño sin muelle de Coaña (1 y 2) y La Escrita (3) (a partir de Maya 1987/88).

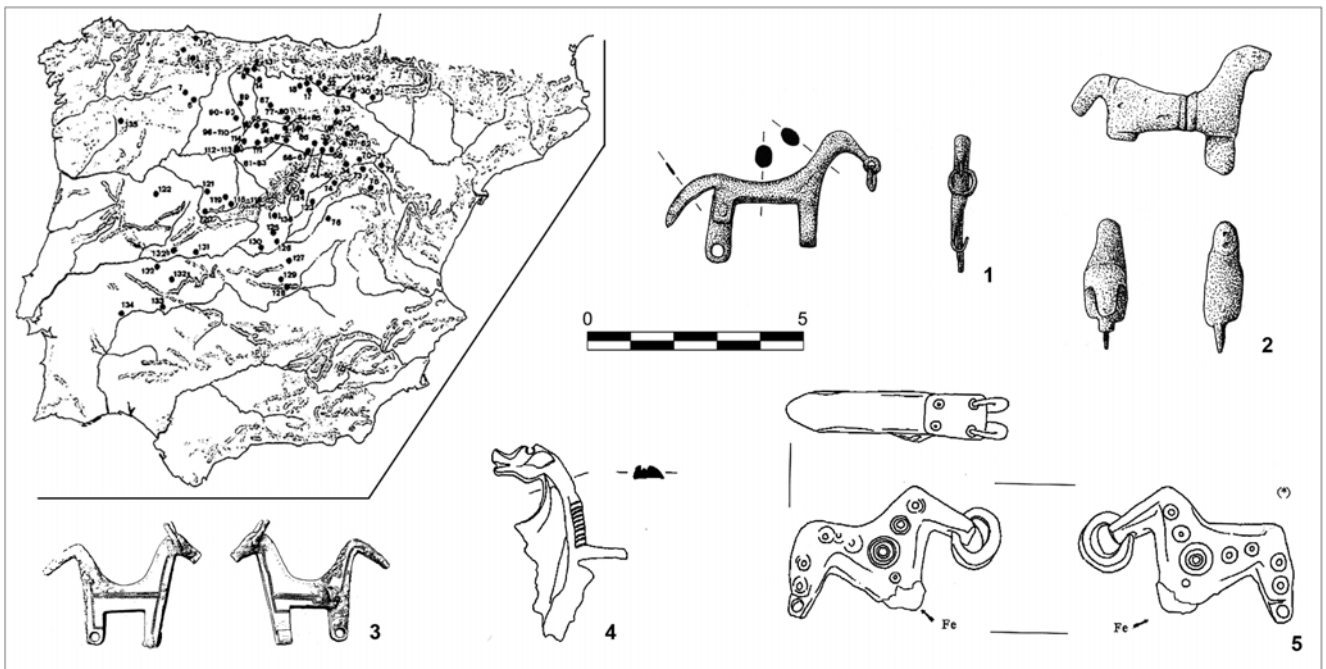
empezó a ser sustituida por las aucissas de procedencia romana (González Ruibal 2007: 293-294). Como hemos visto en la zona cantábrica tienen como límite oriental el castro marítimo de la Campa Torres, documentándose algún otro ejemplar en San L. Luis. No obstante, si tenemos en cuenta el anómalo repertorio de materiales de la Campa Torres, tanto en productos metálicos como cerámicos, seguramente por la importancia que poseyó su puerto marítimo, y que en castros no relativamente lejanos como Llagú el repertorio de fibulas parece seguir exclusivamente la inspiración de modelos meseteños, podríamos pensar que la influencia de las hebillas típicas del Noroeste (transmontanas, largo travesaño sin espiral) no sobrepasó el occidente asturiano, a la altura de la cuenca del río Narcea. Respecto a las fibulas transmontanas se puede hacer una lectura doble de ellas. Por un lado, debido a su principal área de distribución -desde el centro de Portugal al norte de Galicia- sería un artefacto que conectaría de algún modo a personas que vivían a una gran distancia, dentro del área galaico-lusitana, pues es una de las hebillas predominantes, y el hecho de que sean tan parecidas indica que había contactos, ideas y gustos compartidos, como hemos podido comprobar en otras facetas de la cultura material. Pero por otro lado, pese a reconocerse como transmontanas, y al contrario de lo que ocurría en la fase I, cada hebillas está altamente individualizada: a través de la forma, el tamaño, la decoración, los apliques... la fibula informa sobre el estatus de la persona, su identidad local, su edad o papel social (González Ruibal 2007: 295) (fig. 4.98).

Por su parte las fibulas de “largo travesaño sin espiral” (*longo travessao sem espira*) tienen un origen también dentro de los castros del Noroeste, pero mientras que la transmontana se origina en el sur del área galaico-lusitana, la de largo travesaño sin espiral (muelle) nace en la zona norte, pues es en Galicia donde más ejemplares se han recuperado, decreciendo el número en el norte de Portugal, mientras que al sur del Duero desaparecen. Con una cronología menos clara que los otros casos se podría decir que su uso se desarrolla a lo largo de toda la fase II (s. IV-I a.C.). Un



**Figura 4.100:** fibulas simétricas del occidente cantábrico: Tineo (1), L.larón (2), Campa Torres (3-5) y Morgovejo (6) (a partir de Maya 1987/88; Maya y Cuesta eds. 2001; Luengo 1936-40) (la 6 sin escala).

punto compartido entre estas fibulas y las transmontanas es que ambas permiten establecer identidades compartidas en amplios territorios, y que ambas son susceptibles de un alto grado de individualización -en ambas se ha encontrado nielados en plata-. Pero las amplias identidades compartidas en el caso de las de largo travesaño se circunscriben sólo a los límites de la Gallaecia, sin desbordarlos por el sur, como ocurre con las transmontanas (González Ruibal 2007: 296). La aparición de una fibula de largo travesaño sin espiral en el castro de La Escrita (Boal), más los dos ejemplares documentados en Coaña (Maya 1987/88: 97) (fig. 4.99), por un lado ratificarían las cronologías prerromanas de estos poblados y por otro vuelve a situar al valle del Navia en el ambiente cultural del Noroeste. Se entiende que en época romana se reinterpretara dicha corriente fluvial como límite oriental de la Gallaecia. No creemos que el ejemplar supuestamente documentado en la Campa



**Figura 4.101:** distribución de fibulas de caballito en la Península Ibérica y fibulas de caballito cantábricas: 1 y 2: Campa Torres; 3. Caravia; 4 y 5: Cellagú (a partir de Almagro-Gorbea y Torres 1999; Maya y Cuesta eds. 2001; Maya 1987/88; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b).

Torres (Maya y Cuesta 2001: 107, fig. 48.2) deba ser interpretado en este sentido, ya que creemos que podría tratarse realmente de una fibula de tulipa en transición a una transmontana (ver fig. 4.98-4).

En la línea de las producciones inspiradas sobre modelos meseteños y del alto Ebro estarían las fibulas simétricas, que siguen la tendencia general de las laténicas, y que vemos en castros del norte de León así como en los asturianos de San L. Luis, los dos ejemplares de la Campa Torres o la bella fibula de L. larón, considerada de origen meseteño y con una cronología de la Segunda Edad del Hierro (Maya 1987/88: 98; Maya y Cuesta 2001: 107; Morán 1956/61: 109; Celis 1996: 61; Maya y Blas 1983: 173-177). (fig. 4.100). Es de destacar el hecho de que se mantengan ausentes de los castros del Noroeste, definiendo de nuevo la particularidad de los rasgos e influencias culturales del sector occidental cantábrico. En la misma línea debemos interpretar las fibulas de caballito, otra clara influencia meseteña, que al igual que las fibulas simétricas, las anulares o las de torrecilla, están presentes en numerosos castros del centro-occidente cantábrico, pero no se documentan durante la fase II en el territorio que en época romana se llamará Gallaecia, pese a que se haya dicho que es un síntoma de la “celtiberización” de los pueblos pertenecientes a la “Hispania Celta”, cuando precisamente el Noroeste sería una de esas regiones celtas hispanas (Almagro Gorbea 2006 y mapas). Vemos estas fibulas, que aparecen en la Península Ibérica a comienzos de la fase II, y con importantes variaciones que responden a distintos talleres, por toda la Meseta Norte, con importantes concentraciones en Burgos (16) y Palencia (28), llegando al pie mismo de

la Cornisa Cantábrica, y zona llana leonesa (2: Lancia y la Vega de Magaz) (Ibid.: 10-11). Asimismo las encontramos en el centro-occidente cantábrico en Caravia, Campa Torres, Llagú (Ibid.: 6-8) y posiblemente el Castiellu de Fozana (Fanjul com. pers.). Destaca en el grupo asturiano la fuerte personalidad tipológica de estas fibulas (rasgos estilizados del caballito, ausencia de jinetes), que debe responder sin duda a creaciones locales sobre gustos o modas foráneas (meseteñas) que se reinterpretan (Almagro Gorbea 2006: 10-15). Además sería posible pensar en grupos locales cantábricos para las fibulas de caballito septentrionales, debido a las semejanzas entre las de Caravia, Campa Torres y Llagú (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 178, fig. 65) (fig. 4.101).

Las hebillas anulares, que perdurarán hasta época altomedieval, tan sólo llegarán al Noroeste a partir de la conquista romana, excepto en algún caso contado como en Montealegre (González Ruibal 2003a: 270-271, 371). José Luis Maya (1987/88: 106) entiende las fibulas anulares en omega (de terminales vueltos y rematados en botones) como una producción típicamente ibérica que puede estar originada en el valle del Duero y alto Ebro. El hecho es que las encontramos en un gran número de castros cantábricos (San L. Luis, Campa Torres, Arancedo, Coaña, L. larón, Caravia, Llagú, Moriyón, Las Rabas, Triquineja). No son necesariamente romanas, pese a que perduren con Roma, y por comparación con otros poblados se fechan a partir del 300 a.C. (González Ruibal 2003a: 271) e incluso a partir del s. IV cal AC, por interpretaciones estratigráficas en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 124), y desde el s. V a.C. hasta el s. I d.C. según otros autores (Erice 1995: 212-215).



**Figura 4.102:** fíbulas anulares en omega del centro-occidente cantábrico: Coaña (1-4); San L.luis (5 y 6); Arancedo (7); Caravía (8 y 9); Las Rabas (10-13); L.larón (14 y 15); Moriyón (16 y 17); Llagú (18-20); Campa Torres (21-24); Morgovejo (26) y fíbulas anulares hispánicas de Taranés (25) y Siero (27) (a partir de Maya 1987/88; García Guinea y Rincón 1970; Camino 1996; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Maya y Cuesta eds. 2001; Camino y Viniegra 2002; Luengo 1936-40; Escortell 1982, modificados) (26 y 27 sin escala).

Quizás una cronología tan alta sea exagerada, pero el problema que tenemos con estas hebillas es su alta imprecisión cronológica. Por otro lado pese a ser uno de los tipos de hebillas más estandarizado, los diferentes motivos esquemáticos con las que se decoran muchas de ellas, así como las variadas secciones de sus cuerpos y formas de los botones terminales, individualizan bastante muchas de ellas. Existe una variante de fíbula anular hispánica de “timbal con variante de cúpula”, también propia de la Meseta Norte, en concreto del área cultural Miraveche-Monte Bernorio, que vemos en Asturias en el hallazgo a los pies del castro de Taranés (Ponga

(Maya 1987/88: 104) (fig. 4.102). Es interesante comprobar cómo en el yacimiento zamorano, pero muy próximo al límite con León, de Manganeses de la Polvorosa, en su fase de la Segunda Edad del Hierro, aparece todo este mismo elenco de fíbulas “meseteñas” (sencillas, de pie alzado, con meseta circular o cuadrada, torrecilla, en omega...) que también vemos en el área cantábrica (García Martínez y otros 2003). Ello no es óbice para pensar que estas hebillas de inspiración meseteñas sean fabricadas localmente en la mayoría de los casos, con ciertas excepciones, como puede representar el caso, quizás, de la de Taranés.

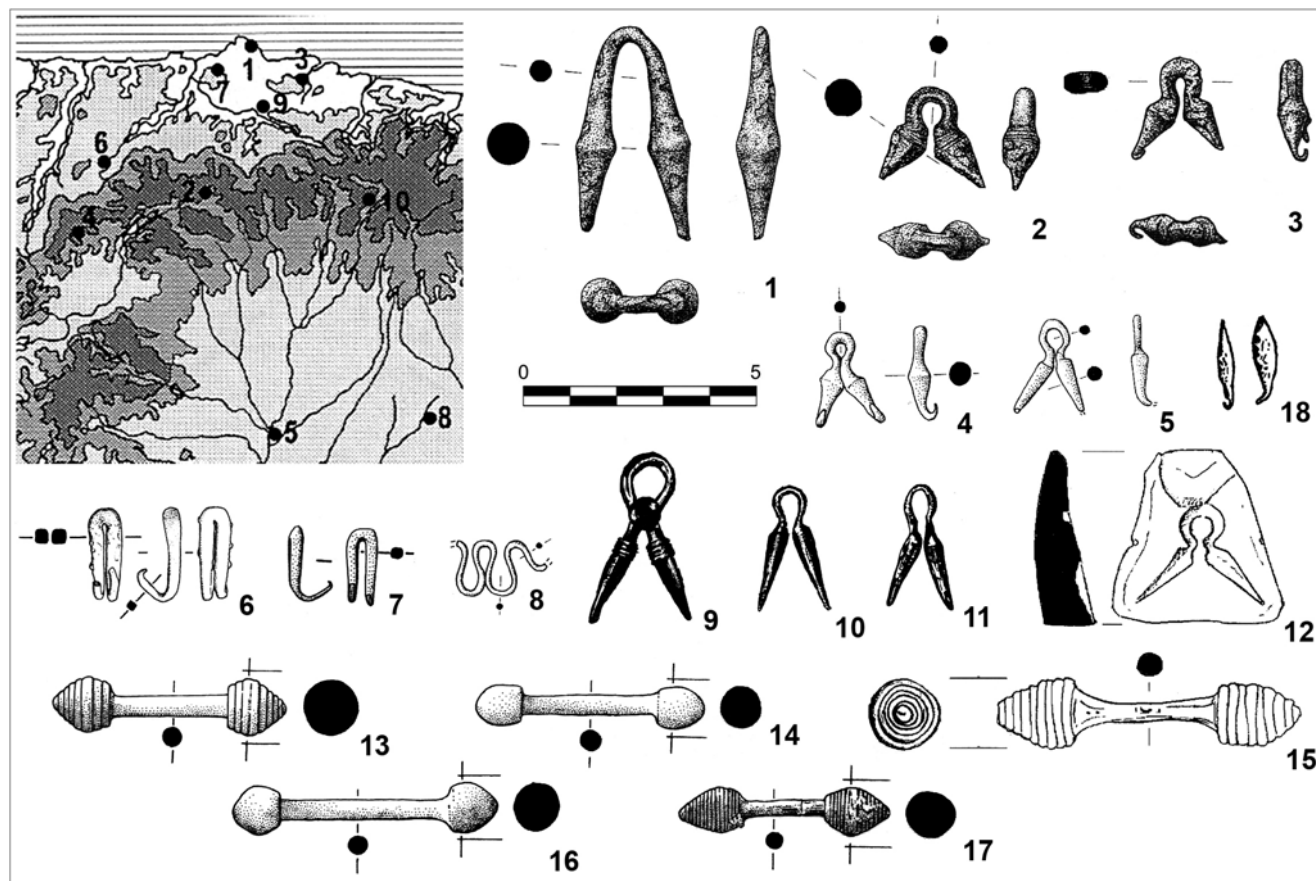
A la explosión tipológica de fíbulas durante la fase II le sigue acompañando el broche cantábrico típico de la fase I, el laciforme (capítulo 3), que perduró hasta la romanización. Los vemos en San L. Luis, Llagú y en la Campa Torres en niveles claramente de la fase II, y en castros del norte de León como Morgovejo (Maya y Cuesta 2001: 118; Marín 2007: 155; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 66; Luengo 1936-40: 174, fig. 3.9 y 3.10). Pese a que durante la fase II uno de los poblados donde más laciformes han aparecido sea el *oppidum* meseteño de Pintia (Padilla del Duero), en tumbas de incineración de la Segunda Edad del Hierro (Sanz Mínguez 1998), y que no sean infrecuentes en otros yacimientos del valle del Duero por las provincias de Burgos, Valladolid y Zamora, no por ello debemos de dejar de verlos como un tipo de broche eminentemente cantábrico. De su fabricación local en castros septentrionales no hay dudas, pues en el poblado ovetense de Llagú ha aparecido un molde para fabricarlos (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 66.4) (fig. 4.103). Su aparición, difusión y aceptación generalizada en algunos de los grandes poblados de la Meseta Norte lo que puede estar indicando, por un lado, es que si bien los grupos cantábricos se caracterizaron más por recibir y asimilar rasgos culturales foráneos que por compartir rasgos propiamente suyos, como es lo habitual en las relaciones entre grupos más igualitarios (*deep rural*s) en sus relaciones con grupos jerarquizados (jefaturas complejas, estados), hay algunas excepciones, como la de los broches laciformes, que demostrarían cierta bidireccionalidad de los intercambios y que estas relaciones se siguieron dando como en los tiempos pretéritos. Creemos que dichas relaciones entre grupos cantábricos y meseteños, como se demostraría en las importaciones y copias “meseteñas” del mundo cantábrico (fíbulas, armas) responden a monopolios masculinos y a la creciente necesidad de sustentar y reproducir el *ethos* guerrero de los grupos castreños. Como ya dijimos en el capítulo 3, es posible que lo que valoren los grupos meseteños no sea tanto el broche laciforme como el tejido, el manto, en donde iría cosido, y que la aparición de los mismos tipos de fíbulas y broches a ambos lados de la Cordillera Cantábrica pueda interpretarse en el sentido de que tanto en la zona cismontana como transmontana se compartieron algunas modas en la vestimenta. Sin embargo, no se aprecian en el Noroeste (González Ruibal 2003a: 371), y de momento tampoco los conocemos para el sector central cantábrico. Por lo tanto laciformes y pasadores en T, que al igual que los anteriores perduran durante toda la fase II, como ha quedado bien demostrado en la Campa Torres y Llagú (Maya y Cuesta 2001: 124; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 180), así como la posterior asimilación de tipos de fíbulas meseteñas, serían para el sector centro-occidental cantábrico lo que las fíbulas transmontanas y las de largo travesaño

sin espiral para el Noroeste. Que se conserven los broches y hebillas típicas de la fase I durante la Segunda Edad del Hierro de nuevo corrobora el conservadurismo de las formas culturales de estos montañeses.

Junto a los broches laciformes y los pasadores en T, existe otro tipo de aplique decorativo propiamente cantábrico y que también se hereda de la fase I (ver fig. 3.52), los aritos con barrita moldurada, que vemos tanto en los niveles prerromanos de la Campa Torres como del castro de San L. Luis, así como en los de la fase I de Camoca, y que pueden entenderse bien como parte de collares (Jordá Pardo y García Martínez 1999: fig. 5; Maya y Cuesta 2001: 98), bien como apliques corporales o para la ropa. Sea como fuere también es un objeto típicamente cantábrico (fig. 4.104).

Lo que se observa en el área cantábrica es una paulatina asimilación, o más bien una reinterpretación, de las modas en el vestir y en la decoración corporal que se desarrollaron tanto en la Submeseta Norte como en el Noroeste, ya que de estas dos grandes áreas es de donde proceden la mayoría de fíbulas y apliques conocidos de los castros de Cantabria, Asturias y norte de León. En la mayoría de los casos más que importaciones debemos pensar en copias y variaciones locales. Ello no contradice lo que defenderemos más abajo, que no es otra cosa que el rechazo consciente de los grupos cantábricos a las influencias externas, en concreto de las más jerarquizadas sociedades meseteñas. Como dice el historiador Joseph Pérez también en la corte de Luis XIV se copiaban las formas cortesanas de los Austrias, sus formas de vestir, y hasta sus guantes de cuero, lo que no era inconveniente para que se rechazase de lleno el papel protagonista de los Habsburgo en la escala internacional.

Por tanto la copia local de fíbulas meseteñas y del Noroeste, e incluso importación en algunos casos - como las de doble resorte de la fase I (capítulo 3)-, no quiere decir “celtiberización” o “galaicaización” de los castros de la Cordillera Cantábrica (en contra de Almagro Gorbea 2006, por ej.), ni tampoco creemos que se trate de artefactos que conecten a gentes de grandes territorios en un sentido identitario, ya que precisamente el mundo cantábrico se caracteriza por el rechazo político de lo meseteño ya desde la Edad del Bronce sino antes. Más bien debemos entenderlo dentro del creciente proceso de la fase II de resaltar el cuerpo para conseguir metas sociales, del uso de toda una tecnología del cuerpo (arracadas, fíbulas, torques, colgantes, pulseras, broches de cinturón, agujas...) destinada a destacar la apariencia física de quien los lleva y construir su identidad (social, de género, étnica) (González Ruibal 2007: 297). Sin llegar a los extremos desigualitarios y de individualización, eminentemente masculina, de los *oppida* bracarenses o normeseteños de finales de la Edad del Hierro, en el territorio



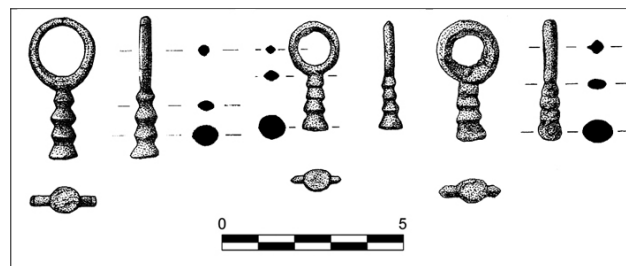
**Figura 4.103:** la forma tradicional de vestir o las herencias de la fase I: dispersión de los broches laciformes por el sector occidental cantábrico y periferia inmediata y diferentes ejemplos de laciformes (1-7, 9-11, 18), posible mortaja para los mismos (8), molde (12) y pasadores en T. Mapa: 1. Campa Torres; 2. La Majúa; 3. Camoca; 4. El Chano; 5. Villacelama; 6. San L. Luis; 7. Cueva del Hueso (Pillarmo); 8. Castromochó; 9. Llagú; 10. Morgovejo (a partir de González Ruibal 2003a; modificado y ampliado). Objetos: Campa Torres (1-8, 13-14, 16-17); San L. Luis (9-10); Cueva del Hueso (11); Llagú (12 y 15); Morgovejo (18) (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001; Maya 1987/88; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Luengo 1936-40, modificados) (9, 10, 11 y 18 sin escala).

cantábrico también se aprecia una creciente tensión entre los grupos familiares -las unidades de ocupación de cada castro- y el poblado durante la fase II. Podemos observar un correlato de dicho proceso en las tecnologías del cuerpo en la forma de fíbulas, torques o pinzas de depilar individualizadas, que tienen que ver con una disciplina del cuerpo que a nivel espacial tiene relación con la mayor ordenación y fragmentación urbanística, incluso privatización de espacios públicos, de los castros. Sin llegar a los extremos de los *oppida* podríamos entender que la nueva organización espacial de los castros tuvo un correlato estructural en el cuerpo de sus habitantes (González Ruibal 2007: 297-298), o en determinados cuerpos, principalmente masculinos. Como tecnología que es, la del cuerpo se puede manipular para imponer elecciones tecnológicas en la línea de conseguir ciertas cotas de distinción, contraviniendo los principios sociales básicos fuertemente igualitarios de las comunidades castreñas, y en consecuencia acentuando ciertos procesos de individualización, aunque siempre en un estado incipiente. Es por esta causa por la que se copian e importan objetos que tienen que ver con el resalte y mantenimiento del cuerpo, eminentemente del cuerpo guerrero masculino, como las fíbulas, las

pinzas de depilar, etc., para lo cual la atención se focalizó en aquellos grupos donde estos procesos desiguales e individualizadores ya han arraigado con fuerza y donde las relaciones de género se han visto profundamente alteradas en la fase II, como son las de los *oppida* de toda la franja al sur de la Cordillera Cantábrica. La aparición de fíbulas de torrecilla (de supuesto origen meseteño), de una transmontana (típica del Noroeste) y de restos de fíbulas simétricas entre los materiales que acompañan a las vasijas-horno de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 93-96, 110) puede hacernos pensar en fabricaciones locales sobre modelos foráneos, usando los pequeños crisoles localizados, a no ser que estuvieran en ese lugar para ser reparadas por los metalurgos del poblado. Sin descartar la llegada de algunos ejemplares, nos inclinamos por las fabricaciones locales de fíbulas, lo que explicaría que los paralelos más cerrados para algunas de las de torrecilla de la Campa Torres se encuentren en Caravia (Maya y Cuesta 2001: 102) o que las fíbulas de caballito del sector cantábrico posean tantas peculiaridades con respecto a las meseteñas (Almagro Gorbea 2006: 10-15; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 178). Ello por no hablar de todo el repertorio de fíbulas de pie alto decorado

(tulipa, meseta, disco) que en muchos casos no tienen paralelos claros y parecen producciones locales.

Las fíbulas en el centro-occidente cantábrico, en donde no hay apenas escultura, y en donde hay unas condiciones objetivas de producción de poder propias de los *deep rurals*, que inhiben ostentosas exhibiciones, pudieron servir para mostrar y reproducir diferencias de estatus dentro de la comunidad. Pero también, e igual con mayor importancia, para la perpetuación y consolidación de un particular sistema de sexo-género que nació asociado al primer paisaje castreño (capítulo 3), al igual que al norte de la Gallaecia se usaron fundamentalmente los torques, y al sur, en la Bracarense, una combinación de arquitectura decorada, saunas decoradas, estatuas de guerreros y orfebrería con fuertes connotaciones orientalizantes (González Ruibal 2007: 314). Nos referimos más arriba a los pendientes como uno de los apliques metálicos que podrían relacionarse con la decoración del cuerpo femenino, aunque no debemos descartar que también fueran usados por los hombres. En líneas generales los pendientes cantábricos son muy sencillos (normalmente amorcillados), realizados tanto en bronce como en hierro, de los que conocemos diversos ejemplos en Caravia, Llarón, Picu Castiellu la Collada o Campa Torres, así como un ejemplo de plata en el último de estos yacimientos, de donde también proceden brazaletes de igual morfología, emparentados con los de La Majúa (Maya 1987/88: 115; Maya y Cuesta 2001: 98, 102, 146; Maya y Blas 1983: 167). Es bastante probable que el acabado dorado del bronce es lo que se valorara de los múltiples apliques, fíbulas y adornos que vemos en este material, incluidos estos sencillos pendientes, por lo que su brillo y su esquema general amorcillado / en creciente lunar debe hacer que los acerquemos al otro gran grupo de joyas femeninas por excelencia, el de las arracadas de oro. La ausencia de objetos de oro en el sector central cantábrico (ver más abajo) puede hacer que entendamos los objetos de bronce, de acabados dorados, como equivalentes en este sentido. Como dijimos, no podemos asegurar el uso femenino de los pendientes amorcillados de bronce, pero en caso de ser así lo cierto es que la estandarización prima sobre la individualización, lo que podría estar marcando un claro rasgo diferenciador de los adornos masculinos con respecto a los femeninos en el mundo cantábrico. Además, su uso demostraría una práctica conservadora de las tecnologías del cuerpo, ya que arrancan del Bronce Final y se mantienen sin excesivos cambios durante toda la Edad del Hierro. Del mismo modo las cuentas metálicas de collares (cilíndricas y troncocónicas), conocidas en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 98) o el castro de La Garba (Fanjul y otros 2007) (fig. 4.105), pueden entenderse como objetos femeninos, al igual que aquellos collares de importación formados por cuentas de pasta vítrea (ver más abajo), y cuyos modelos parecen estar imitando,



**Figura 4.104:** anillas con barritas molduradas de la Campa Torres (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001, modificado).

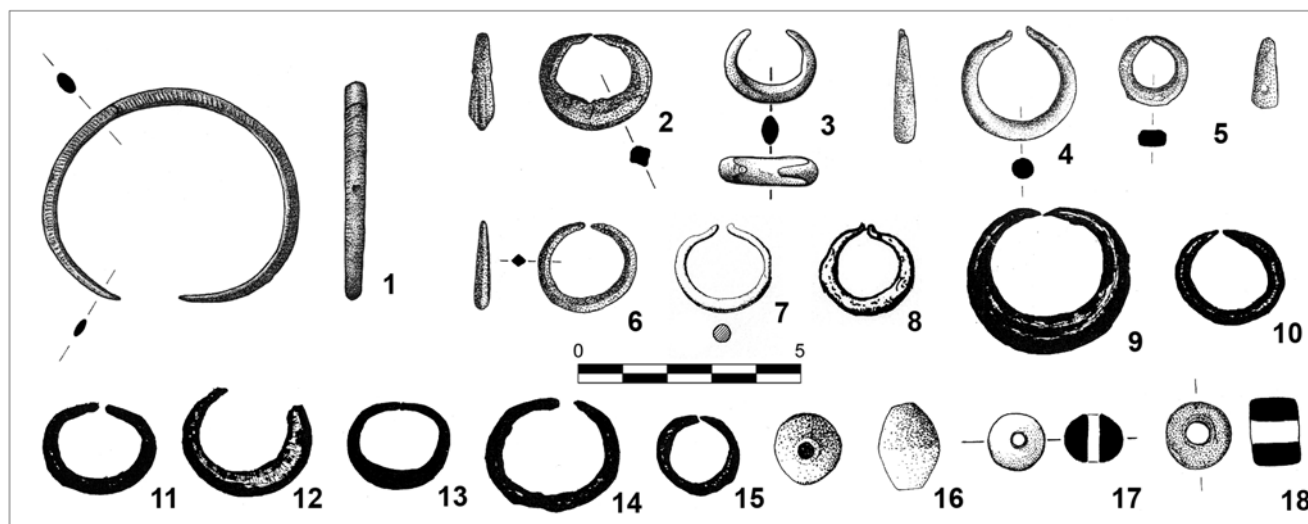
especialmente en lo que se refiere a las cuentas bitroncocónicas.

### El cuerpo individualizado.

Un apartado muy importante dentro de las tecnologías del cuerpo está protagonizado por la orfebrería, sobre la cual se han planteado interesantes debates en los últimos tiempos. Pese a que muchas veces se ha adjudicado al contacto con Roma el desarrollo de la orfebrería castreña, todo parece situar el origen de ésta desde el comienzo de la fase II, con un notable auge en los dos siglos previos al cambio de era (González Ruibal 2007: 304) o fase II b. Los discos de oro del Bronce Antiguo del occidente asturiano o el anillo de oro en un dólmen de Mata'l Casare no dejan dudas sobre la capacidad tecnológica indígena para desarrollar la orfebrería, desde mucho tiempo antes de que empezara la Edad del Hierro (Maya 1989: 55-56). En el sector occidental cantábrico contamos, además, con suficientes datos estratigráficos como para corroborar las fechas de la fase II para la orfebrería castreña, como veremos.

Hablando de la minería de hierro apuntamos la posibilidad de que las poblaciones indígenas prerromanas explotasen de forma directa los yacimientos primarios, es decir, mediante galerías mineras. Aunque, por otro lado, es posible que con la escasa cantidad de oro consumida por aquellas poblaciones no fuera necesario, en la mayoría de las ocasiones, más que el bateo de los placeres fluviales para conseguir la materia prima necesaria. El bateo es una actividad sencilla que se suele realizar en el estío, cuando los ríos bajan con menos agua (García Vuelta 2007: 32-33). Siempre y cuando se encontraran en territorios auríferos, claro está. En este sentido tan sólo unas cuantas piezas grandes exigirían la colaboración de varias unidades domésticas para proveer la cantidad suficiente de oro, lo que no contradiría el carácter eminentemente doméstico, o mejor dicho, a nivel de cada poblado, de la explotación del oro. Deberíamos ser cautos entonces a la hora de explicar estos objetos áureos en términos de objetos de prestigio en términos jerárquicos (Sastre 2001: 70-72; 2008: 1033, 1035), lo que tampoco quiere decir que los torques fueran todos objetos colectivos y que no fueron adornos (contra Armbruster y Perea 2000: 98).



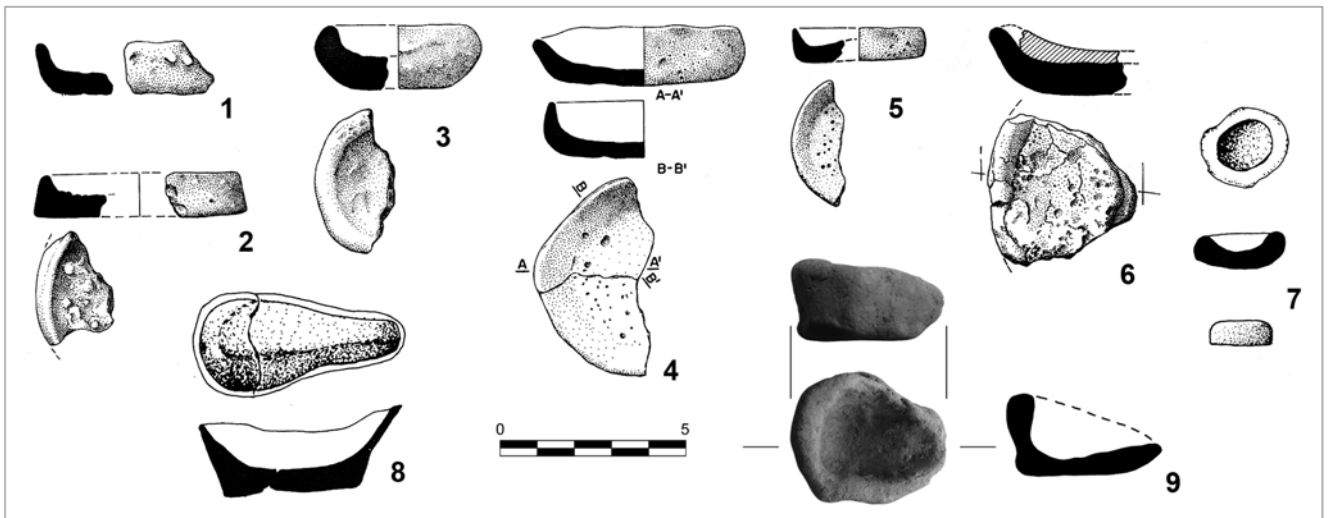


**Figura 4.105:** ¿el cuerpo femenino?: brazaletes (1), pendientes amorcillados (2-15) y cuentas metálicas de collares (16-18) del centro-occidente cantábrico (Campa Torres: 1-6, 16-18; Llarón: 7; Morgovejo: 8; Caravia: 9-13; Picu Castiellu la Collada (14-15) (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001; Maya y Blas 1983; Maya 1987/88; Luengo 1936-40, modificado).

Por un lado existe un nutrido corpus de representaciones europeas de individuos hombres con torques al cuello (desde Anatolia, a las Islas Británicas, pasando por las esculturas funerarias hallstáticas), por lo que incluso hasta pesados torques como el de Burela (1,8 Kg. de oro) pudieron haber sido vestidos en ocasiones especiales (González Ruibal 2003a: 350). Por otro lado, si hubieran sido objetos colectivos, pertenecientes a dividos (*sensu* Fowler 2005), no se entendería el hincapié en la distinción decorativa y morfológica tanto de estas piezas, como de las diademas / placas de cinturón y arracadas (González Ruibal 2003a: 351) y que aquellas mismas autoras denuncian (Armbruster y Perea 2000: 111). Además, los torques del conjunto de Cangues d'Onís poseen marcas de uso (García Vuelta 2001: 117) por lo que es evidente que fueron empleados como elementos de adorno corporal, de personas concretas, y no como tesorizaciones colectivas. Hemos de distinguir, por lo tanto, entre los tipos de piezas a los que nos estamos refiriendo, y estudiar, en la medida de lo posible, los contextos de aparición. No es lo mismo la “diadema de Moñes”, útil suntuario aparecido en un lugar que puede entenderse como posible límite entre dos territorios castreños, como veremos, que el pequeño pendiente de oro de la base de la muralla de Moriyón o que el hilo de oro encontrado en el interior de la cabaña 2 de este mismo poblado (Camino 1997).

Como ya dijimos más arriba es bastante posible que sean los mismos metalurgos encargados del hierro y el bronce los que también se encargaran de la producción de objetos de oro, ya que disponían de la capacidad tecnológica suficiente para tal fin. De hecho todas las técnicas documentadas en piezas de orfebrería castreña como es la cera perdida, la soldadura, filigranas y granulados, decoraciones a punzón, etc. ya se documentan durante el Bronce Final. No obstante, la orfebrería castreña aún técnicas locales que proceden de la Edad del Bronce, como

hemos dicho, con otras de origen mediterráneo (Armbruster y Perea 2000: 102-108). De todos modos se ha propuesto que quienes fabricaron las “diademas” y las arracadas no fueran los mismos artesanos que los que fabricaron los torques, ya que en las “diademas” no se ven técnicas del “Bronce Final Atlántico” y sí mediterráneas (soldadura, lámina fina repujada o estampillada, filigrana y granulado) (Ibid.: 108). Basándose en las producciones de bronce se ha planteado que la orfebrería sea una actividad de carácter doméstico, poco especializada, a tiempo parcial y que no deja una impronta detectable arqueológicamente. Aunque el trabajo con oro no necesita de una infraestructura especial para su desarrollo, es compleja en cuestiones de conocimiento, por lo que algunos creen que el bronceista es una persona diferente al orfebre. De hecho la variabilidad o diversidad tipológica castreña hacen pensar a algunas autoras en la teoría clásica del orfebre ambulante, que se adapta a las disponibilidades de materia prima en cada poblado (Armbruster y Perea 2000: 108-109). Ya hemos criticado más arriba el tópico del metalurgo ambulante que, aunque sustentado por algunos modelos etnográficos, creemos que se trata de una versión renovada de intentar explicar el cambio cultural exclusivamente por “influencias externas”. Sin embargo no estamos seguros de que los bronceistas y los orfebres sean personas distintas, ya que las evidencias de trabajo orfebre, pese a ser escasas, en ocasiones han aparecido en vinculación a otros restos de trabajos metálicos, como es el caso de los pequeños crisoles, conocidos como “juguetitos”, de la Campa Torres. Estos fueron usados para manufacturar oro ya que poseen gotas adheridas de este metal. Se reparten por las mismas zonas de actividad metalúrgica tras la muralla que ya comentamos, con fechas prerromanas que abarcan toda la fase II. Se podría interpretar en este mismo sentido uno muy parecido encontrado en Coaña (Maya y Cuesta 2001: 251 y nota 62) o el de



**Figura 4.106:** crisoles de orfebrería del occidente cantábrico: Campa Torres: 1-6; San Lluís: 7; Coaña: 8; Arancedo: 9 (a partir de Maya y Cuesta 2001; Maya 1987/88; Marín 2008, modificados).

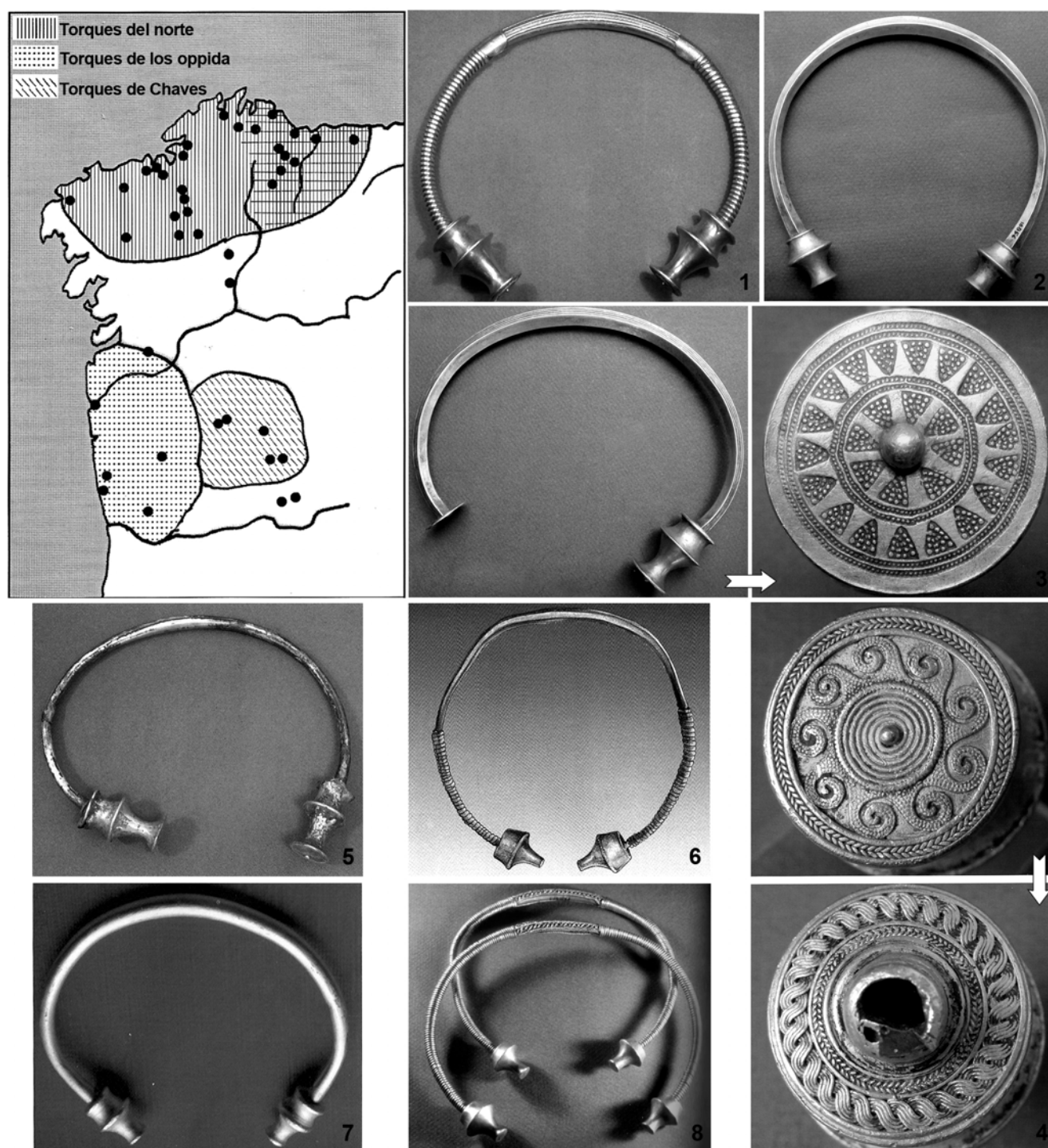
Arancedo, que seguramente proceda del exterior de la habitación H 5 (Marín 2008: 303 y fig. 4.8) (fig. 4.106). Estos datos demostrarían, aparte de la cronología amplia de la Segunda Edad del Hierro para la orfebrería castreña, que si no fueron las mismas personas las que trabajaron con los bronce, el hierro y el oro, aunque todos los indicios parecen indicar que sí, al menos se desarrollaron estos diferentes trabajos metalúrgicos y orfebres en los mismos y connotados lugares, incluso en poblados como la Campa Torres, en donde no hay posibilidad de explotar oro en sus cercanías. En el Chao Samartín es en la citada área metalúrgica entre las cabañas y la muralla (ver más arriba) en donde aparecieron fragmentos de cerámicas de fundición, con salpicaduras de oro y plata, tortas de fundición de plata y cobre y algunos útiles como una lámina de oro para recubrimiento de algún otro artefacto (Villa 2003: 124; Villa 2004b), aunque en este caso no se puede asegurar la cronología prerromana. No obstante no deja de ser llamativo que de nuevo se comparta el área de trabajo con el resto de metalurgias.

De hecho la variabilidad tipológica dentro de la orfebrería castreña, frente a la estandarización de las joyas de otras áreas peninsulares, lo que puede estar demostrando es, por el contrario, que habría especialistas en cada poblado que desarrollarían las joyas según patrones culturales generales dentro de los cuales se introducirían decisiones tecnológicas específicas, puede que para personalizar la joya a cada usuario mediante una decoración y morfología particular. Si se tratara de orfebres ambulantes las joyas castreñas destacarían por la estandarización, y no por lo contrario. Además, el modelo del orfebre ambulante no encaja con el principio de que los objetos de oro sean inversiones comunitarias, a modo de seguro colectivo ante situaciones de incertidumbre (Armbruster y Perea 2000: 111) ya que, aparte del tono económico formalista de la propuesta, no se entendería que la comunidad se involucrara en todo el proceso tecnológico, desde la extracción del oro a su

fundición, pero no en la elaboración de objetos concretos. Por otro lado no hemos de confundir trabajo especializado con trabajo a tiempo completo, pues si bien la orfebrería no tuvo por qué ser un trabajo a tiempo completo, desarrollándose por los metalurgos / orfebres en determinadas épocas del año sólo, sí que las técnicas necesarias para su desarrollo (filigrana, granulado, cera perdida) (Armbruster y Perea 2000; García Vuelta 2001, 2007) indican que fue un trabajo claramente de especialistas.

Es también interesante cómo en líneas generales se pueden diferenciar dos grandes grupos de orfebrería “astur”, pese a que ambas posean gran variabilidad morfológica y combinen técnicas de origen mediterráneos (soldadura, filigrana, granulado) junto a otras locales (vaciado a la cera perdida, vaciado adicional, estampación). Por un lado habría un grupo septentrional vinculado al territorio asturiano y en clara consonancia con la orfebrería del Noroeste, que básicamente usa oro, y por otro lado uno meseteño con clara relación con las joyas celtibéricas del alto Duero, que preferentemente usa plata, aunque también oro (García Vuelta 2001: 113), y cuyo máximo exponente sería el tesoro de Arrabalde.

Entre los objetos de oro dedicados al adorno personal destacan los torques. Los denominados torques castreños se distribuyen por el Noroeste, al norte del río Duero, con algunos ejemplos en el centro de Asturias (Llangréu) y zona llana leonesa (Astorga, La Bañeza) como representantes más orientales (Prieto 1996: fig. 1). Estos torques del Noroeste, en donde debemos incluir el sector occidental cantábrico, han sido fechados entre el s. III y el I a.C. (Armbruster y Perea 2000: 98). Un método para datarlos también puede ser la comparación de los motivos decorativos con los de la cerámica castreña de la fase II ya que ya sólo en los terminales del conjunto de Cangues d'Onís (por ej. García Vuelta 2001: lams. X y XI) encontramos estampillas de SSS, estampillas de triángulos con puntos dentro o motivos cordados que



**Figura 4.107:** torques y detalles del grupo septentrional: 1: torques de Llangréu; 2: provincia de Lugo; 3. Cangues d'Onís (Colección Soto Cortés): general y detalle del disco exterior del terminal; 4. Cangues d'Onís: detalles de los discos exterior e interior de un terminal en doble escocia; 5. Museo Arqueológico de Asturias; 6. Torques de Valentín (cercanías del Castellón de Coaña); 7. Astorga; 8. Torque de A Madorra (Cospeito, Lugo) (a partir de González Ruibal 2003a -mapa-; Prieto 2000 -5, 6 y 7-; García Vuelta 2007 -1, 2, 3, 4 y 8-).

vimos en vasijas de numerosos castros cantábricos bien datadas en la fase II. De hecho, pese a que se ha aludido al desarrollo de estos objetos en la fase postrera del segundo Hierro (ss. II-I a.C.), no se descarta en absoluto que esta tecnología del cuerpo nazca con dicha fase, en torno al s. IV a.C. Lo que no tendría sentido es seguir aludiendo a la romanización como fenómeno explicativo para esta joyería castreña (González Ruibal 2003a: 344-345).

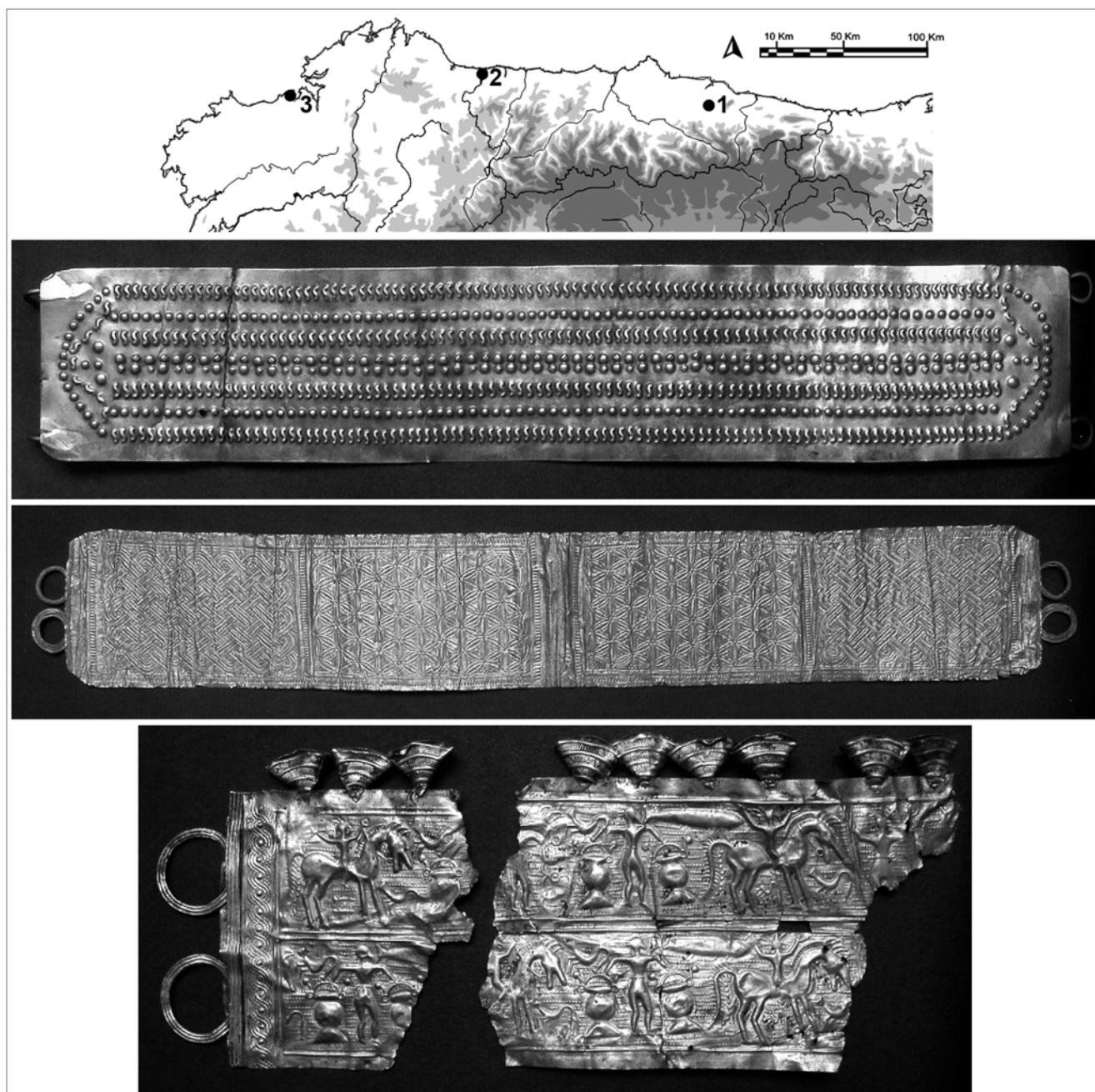
Desde hace más de cien años son muy variadas las tipologías de torques que se han utilizado. Una relativamente reciente, aunque no por ello sencilla, es la de Prieto Molina (1996; 2000), que se puede entender como una reformulación de las interpretaciones etnicistas clásicas. Esta tipología parte de una contradicción, puesto que si primero se insertan los torques castreños en la amalgama “céltica hispana”, luego se defiende que la “escuela asturiana”

tuvo un sentido étnico distintivo respecto a los pueblos vecinos (Prieto Molina 2000: 19-30). Además, a esta autora le debemos una tipología basada exclusivamente en criterios formales y decorativos, que, como dijimos, es excesivamente compleja, y que no tiene en cuenta el potencial cultural y de significado social de las diferentes decisiones tecnológicas o CTOs (ver más arriba). Los torques de la zona occidental cantábrica, caracterizados por sus cabezales rematados en doble escocia, frente a los piriformes de otras zonas del Noroeste, quedarían englobados dentro de la “escuela asturiana” de López Cuevillas o del similar “grupo astur-norgalaico” de Monteagudo y Pérez Outeiriño, que abarca también al norte de Lugo. El caso es que estos torques de la “escuela asturiana” se caracterizarían por tener los terminales asimétricos, rematados en doble escocia, decorados con roleos o motivos radiales, y aros con tramos de alambre enrollado, espirales y decoración en bandas longitudinales en su parte central. López Cuevillas incluía en la “escuela asturiana” el torque de Llangréu y alguno de los de Cangues d’Onís, mientras que Monteagudo en su grupo astur-norgalaico añade los de Coaña, Marzán o Burela entre otros (en García Vuelta 2007: 50-51). Esta distribución contrastaría, y en parte se solapa, con la de la “escuela del norte de Galicia”, con varillas sin decorar y remates piriformes, que se reparte por el Noreste de Galicia, pero que no penetran en Asturias (Prieto 1996: 197; Armbruster y Perea 2000: 99). En líneas generales los resultados de la tipología de Susana Prieto no difieren en exceso de lo ya conocido, pues su tipo VIII (torques con alambre enrollado en la varilla y remate en doble escocia) se reparte principalmente por el área 1 (territorio entre el Sella y el Eo). Por otro lado el área 2 (del Eo al Ulla) tiene sobre todo presencia de torques tipo IV (varillas de sección circular y remates en perilla) y tipo III (varilla de sección romboidal/cuadrangular y remates en perilla) (Prieto 1996: 204). Hay una clara concentración de estos tipos de torques y variantes, así como de arracadas del tipo 1 de Prieto (que llamaremos septentrionales más abajo), precisamente en el extremo occidental cantábrico y transición a la llanura lucense, así como en la costa lucense y la norte de la coruñesa, por lo que se han denominado “torques del norte” (Prieto 1996: 201-206, fig. 3 y 6; y tipología simplificada en González Ruibal 2003a: “la tecnología del cuerpo”) (fig. 4.107).

Sobre la asociación de estas joyas con los poblados castreños en Lugo han aparecido varios torques en castros, en ocasiones junto a tortas plano-convexas de metales como oro y plata, y otras veces en otros ejemplos gallegos dentro de vasijas junto a estas tortas y arracadas y collares de oro (Armbruster y Perea 2000: 99-101). Un ejemplo puede ser Viladonga, con un torque aparecido en contexto doméstico (García Vuelta 2007: 30 y nota 18). Para el ámbito cantábrico se sabe que a 1 Km. del castro de Coaña

apareció el torque de Valentín, sacando piedra de un agujero por parte de unos vecinos (García y Bellido 1942a: fig. 14), mientras que en el castro de Marzán (Foz, Lugo) el torque de medio Kg. apareció dentro del propio castro (Chamoso 1963: 111). En la desembocadura del Nalón (Pravia) hay constancia de la aparición de una de estas joyas en el Castro de Doña Palla (Maya 1987/88: 36), poblado con evidencias claras de una ocupación tanto en la fase II como en época romana. Con una relación más estrecha estaría el supuesto torque que apareció en el Monte Castiello de Miravalles en el s. XIX, sin que se sepa mucho más sobre él. Otros aparecieron casualmente al realizar trabajos comunales en caminos o en obras diversas, como el de Riosico, los del Campo de Villabona, Ablanosa de Fresnedo en Piloña o los dos de Argul (Pesoz) (Maya 1987/88: 140-141) que podrían relacionarse con el presunto castro de Argul, ya que habrían aparecido en un lugar conocido como La Siara del Cornu, al pie de dicho poblado (Díaz y Sierra 1999b: 325).

Sin duda aparte de los torques en el sector occidental cantábrico poseyeron mucha importancia las conocidas como “diademas”, y en concreto las de Moñes (Piloña). Por las representaciones figurativas que portan, que más que reificar la “celticidad” de los castros asturianos *sensu* Martínez Santa-Olalla o García y Bellido (Marco 1996: 12, 16 y nota 6), pueden ser leídas en clave de género y entenderlas, al igual que los torques, como la corroboración de una ideología guerrera y de la consolidación entre las poblaciones norteñas de un poder patriarcal institucionalizado (Cid, González y Adán 2009: 96), en expansión desde el nacimiento mismo de los paisajes castreños. En concreto se conocen sólo unas pocas “diademas”: fragmentos de las de Moñes, tres de Ribadeo prácticamente idénticas, una del castro de Elviña, una del conjunto de Bedoya, del que se desconoce su procedencia, y otra del Conjunto de Cangues d’Onís, llamado así por proceder de la colección Soto Cortés, y de la que también se desconoce su procedencia exacta. Se dispersan, por tanto, por el territorio norgalaico y asturiano, siendo su límite oriental la de Moñes (García Vuelta 2001: 114; García Vuelta y Perea 2001: mapa fig. 1) (fig. 4.108). Dicha distribución está en consonancia con otros rasgos de la cultura material, y en concreto, a excepción de la de Moñes, con los “torques del norte” (González Ruibal 2003a: fig. 4.95). Realmente más que diademas habría que pensar que se tratara de placas decorativas sobre soportes flexibles, como tela o cuero, tales como cinturones (García Vuelta 2001: 114-115), por lo que se las ha definido como “diademas-cinturón”. Es muy interesante el hecho de que, al igual que los torques, las diademas-cinturón posean marcas de desgaste por uso, como en las de Moñes, reparaciones antiguas, como en Bedoya o Vega de Ribadeo, o reutilizaciones con cambio de uso en Elviña, lo que indicaría un uso



**Figura 4.108:** dispersión de las diademas-cinturón castreñas: 1. Moñes; 2. Ribadeo; 3. Elviña; y ejemplos concretos: arriba, ejemplar de la colección Soto Cortés; en medio, una de las de Ribadeo; abajo, fragmento de una de las diademas de Moñes (a partir de García Vuelta 2007, modificado).

más frecuente que el que puntualmente se les pudiera dar en un acto ritual aislado (García Vuelta y Perea 2001: 4-8). En general se trata de estructuras laminares de oro, decoradas (mediante repujado y estampación), con elementos de cierre o sujeción en forma de ganchos o anillas, a los que en algunos casos se le añaden elementos plásticos (soldadura), como son los ánades de la de Elviña y los conos de las de Moñes. Las decoraciones son abstractas (motivos solares, estilizaciones de ánades), a excepción de las de Moñes, la única que cuenta con motivos figurativos (García Vuelta 2007: 28). Por lo tanto de nuevo hay similitudes entre la cultura material del norte de Galicia con la de la región occidental cantábrica. En este sentido, las diademas cinturón de Vegadeo, pese a no conocerse el

lugar de exacto del hallazgo, poseen una decoración abstracta (rosetas realizadas a compás y motivos de lacería) que por un lado las vinculan a motivos decorativos realizados en piedra como los de la estela de Duesos (Caravia) o el epígrafe de Cornellana (García Vuelta y Perea 2001: 5), aunque también con la cerámica de este mismo sector de la costa occidental cantábrica (Coaña, Arancedo), de donde procede el hallazgo. Como decimos esta diadema-cinturón ratifica las similitudes entre el extremo occidental cantábrico, especialmente en la costa, con el área norte de Galicia, tanto en la arquitectura doméstica, como en piezas cerámicas o de orfebrería (diademas-cinturón, torques, arracadas) como en arquitectura ritual, caso de las saunas.



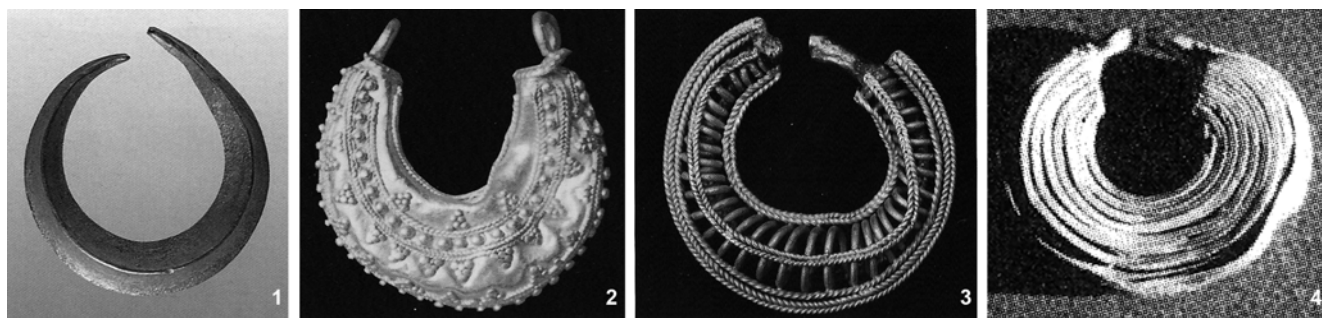


**Figura 4.109:** detalle de uno de los fragmentos de la diadema de Moñes (en García Vuelta 2007).

Por su parte las al menos dos “diademas-cinturón” de Moñes (García Vuelta y Perea 2001) son una auténtica excepción con respecto al área de distribución normal de la orfebrería clásica castreña (torques, diademas-cinturón y arracadas). La presencia de objetos de oro en los castros de Villaviciosa y en la Campa Torres normaliza la presencia de estas joyas de oro en Piloña. Sin duda se deben a una influencia cultural desde el extremo occidental cantábrico. Como vimos Piloña se sitúa en medio del pasillo natural Uviéu/Oviedo-Cangues d’Onís, lo que facilita este tipo de comunicación cultural, en donde se copiarían formas ajenas al centro-oriente asturiano (diademas-cinturón) y se adaptarían al gusto local (representación figurada). Proceden de un lugar en el concejo de Piloña en el que en principio no han sido documentados castros (Fanjul 2005; Martínez Vega 2003: mapa 8). De hecho el lugar, a nivel arqueológico, estuvo presidido por un dolmen, hoy ya destruido, que se situaba junto a la capilla de Moñes, en un lugar de gran visibilidad. Cercano al dolmen se encuentra el prado La Foyaca, con una cueva en una cantera, que es de donde se recuperó este objeto de oro a fines del s. XIX (Conceyu [...] Belenos 1996a). Dicha ubicación y la cercanía del dolmen descrito, referente en el paisaje, nos hace pensar en que esta joya pudo ser objeto de un depósito ritual en el límite de dos territorios castreños, bien para marcar dicho límite usando el

dolmen como referencia paisajística y mítica, bien para regular la explotación de dicha zona liminal, aunque el problema es que la mitad oriental del concejo de Piloña es precisamente la zona menos trabajada a nivel de prospecciones (Martínez Vega 2003). Los castros más cercanos son el Cierrón (entre Castiel y Valle) y el castro de Argandenes. No obstante nuestro reconocimiento del lugar nos ha aportado indicios de posibles emplazamientos castreños en el entorno inmediato de la aldea de Moñes, así como en las márgenes de los ríos por los que se accede a los pastos de altura del sur del Concejo (límitrofes con Caso y Ponga). En este sentido no hemos de olvidar que estos ríos de la margen derecha del Piloña, como son el río Color y el río Pequeño, que enmarcan a la población de Moñes, son tradicionales vías de subida de ganado hacia los mencionados pastos.

Por su parte la iconografía guerrera de estas placas de oro es incuestionable (fig. 4.109), ya que tanto los personajes que van a pie como los jinetes, portan armas (caetras, espadas cortas o puñales, lanzas, cascos con triple penacho) mientras que sólo los jinetes llevan torques, lo que reforzaría el significado guerrero y de prestigio de estas joyas, y da pie a entender las diademas-cinturón como joyas masculinas. Sólo los portadores de los calderos no llevan armas (Cid, González y adán 2009: cuadro 7). Más que una escena realista parece ser una escena



**Figura 4.110:** representantes cantábricos de las arracadas de tipo septentrional: 1. Moriyón; 2. El Castillo de Berducedo; 3. Chao Samartín; 4. Bretoña (a partir de Camino 1996; Villa 2010b; Chamoso 1975).

mítica ya que las líneas de puntos se entienden como el agua bajo la cual se desarrollaría la escena. Los peces y los pájaros se relacionan con las decoraciones de pájaros de ciertas cerámicas, como podrían ser las SSS estampilladas a modo de ánades estilizadas, y se entienden como símbolos astrales, de vida y fecundidad. Sería una escena psicopompa de paso de vida a la muerte a través del agua (Marco 1996: 19-24). Han sido fechadas entre el s. IV a.C. y el cambio de Era (Marco 1996: nota 13).

Referimos al comienzo del apartado que entre las joyas de oro que podríamos considerar femeninas destacan los pendientes, y en concreto las arracadas. Las arracadas tienen sus influencias más claras y su origen último en el mediodía peninsular. Se han marcado dos estilos para el Noroeste, uno septentrional (Morfortipo I; Tipo general I/II), de forma arriñonada, y otro meridional (Morfortipo II; Tipo general IV), con colgante triangular. El meridional, seguramente no por casualidad, presenta concomitancias más marcadas con la orfebrería ibérica y púnica, especialmente el Morfortipo III (Pérez Outeiriño 1982: 173, 181). Para el sector cantábrico es conocida la ayandesa del Pico Castillo de Berducedo, que sigue de nuevo el esquema de las del grupo septentrional del Noroeste, de formas amorcilladas o en creciente lunar y la decoración a base de filigrana y granulado (Maya 1987/88: 127), de igual modo que la encontrada en el castro de Bretoña (Pastoriza, Lugo) en los confines occidentales del sistema cantábrico (Chamoso 1975: 271 y fig. 13). En otros casos como en el Chao Samartín no se puede asimilar la arracada allí aparecida ni al tipo septentrional ni al meridional (Villa 2005), ni tampoco sabemos si pertenece a niveles romanos o prerromanos. Las arracadas en general tienen una distribución homogénea: aparecen en toda Galicia, norte de Portugal y Asturias. Al igual que ocurre con el caso de las diademas, su distribución no se circunscribe exclusivamente al extremo occidental cantábrico, sino que llegan al centro-oriental asturiano, como pone de manifiesto el caso de la arracada áurea de Moriyón, interesante por su posición geográfica así como por asegurar fechas prerromanas para estas joyas (Camino 1996: 32). No obstante la pieza de Moriyón es de una forma sencilla, en creciente lunar, sin apliques de ningún tipo, y muy

similar a los pendientes amorcillados cantábricos (fig. 4.110).

Pero si nos fijamos en los diferentes tipos de arracadas advertiremos, al igual que ocurre con los torques, una distribución diferencial. Alfredo González Ruibal alude a que, así como algunos ejemplares de tipos meridionales se localizan en el norte de Galicia (Cances, A Graña y Espasante), los tipos septentrionales no lo hacen en el sur, en la línea de otras influencias meridionales en el castreño septentrional gallego (como en la alfarería). La aparición de arracadas meridionales en Lugo y A Coruña plantea la posibilidad de alianzas matrimoniales a larga distancia. Serían las joyas femeninas, por encima de los torques, las que más viajan, las que salen de sus territorios "naturales". ¿Se trataría por tanto del reflejo de un sistema exogámico y virilocal de matrimonio? Si se entiende que la región bracarense podía actuar como una reserva simbólica de prestigio para los habitantes de la zona septentrional de Galicia y occidente cantábrico -al igual que los *oppida* normeseños lo serían para los castros del centro-occidente cantábrico- se podría entender que sus elites se sintieran tentados de adquirir mujeres en el sur. Las arracadas del tipo septentrional forman un grupo que se reparte principalmente, al igual que los torques de oro, por el sector lucense, encontrándose allí una de las mayores concentraciones del Noroeste (González Ruibal 2003a: 347-351), por lo que los ejemplares de Ayande (Pico Castillo de Berducedo) y Grandas de Salime (Chao Samartín) podemos entenderlos como los representantes más orientales de dicha área de dispersión lucense, puesto que hemos visto las abundantes concomitancias culturales (arquitectura doméstica, saunas rituales, cerámica, armas) del extremo occidental asturiano con respecto al norte de Galicia. De hecho el aislado ejemplar de Moriyón podría ser explicado por contactos marítimos, en la línea de lo propuesto para mucha de la cultura material "anómala" de la Campa Torres, o puede que como consecuencia de un intercambio matrimonial con aquella zona castreña más dinámica que la cantábrica y que con Roma se unificará en el *Conventus Lucense*. No obstante, pese al vacío geográfico de arracadas entre la ría de Villaviciosa y el extremo occidental asturiano, quizás



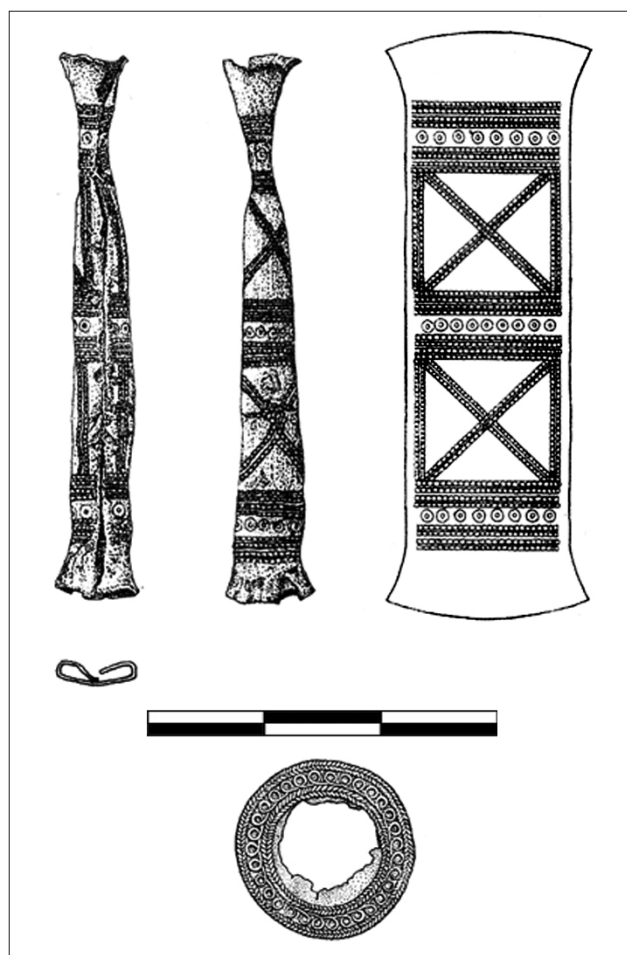
éste no lo sea tanto si asociamos estos pendientes a los torques de oro, ya que si bien ambos tipos de adornos se concentran del río Narcea hacia el occidente, vimos algunos ejemplos de torques en el mismo concejo de Villaviciosa, donde se encuentra Moriyón, como los del Monte Castiellu de Miravalles, o los posibles de Piloña, de donde también procede la famosa placa de cinturón decorada de Moñes.

En función de las mencionadas concentraciones de torques y arracadas se ha propuesto que, al contrario que en el sudoeste galaico, la forma de concentrar y ostentar capital simbólico en el área lucense no se basaba en el espacio doméstico, sino en bienes transportables de gran valor intrínseco, a lo que habría que añadir la impresión de que la cabaña bovina en el norte de Galicia y Asturias poseía un mayor tamaño e importancia social y económica que en el sur de Galicia, zona esta última donde a pesar de contribuir con más carne a la dieta, numéricamente resulta inferior a la de ovicápridos. Joyas y vacas, por lo tanto, pueden ser los elementos de diferenciación social en las comunidades del norte de Galicia (González Ruibal 2003a: 347-351) y, podríamos añadir, de amplias zonas del occidente cantábrico, ya que si bien torques y arracadas se concentran en el occidente asturiano, incluyendo el valle del Narcea, podríamos hacer llegar al río Sella el sector por el cual, aunque con mucha menos intensidad que en el sector lucense, se distribuyen estas joyas de oro (torques, arracadas y placas de cinturón). Respecto al sector occidental cantábrico ya vimos la importancia económica y social que tuvo la cabaña bovina, tanto por la ubicación de los castros como por los restos de macrofauna recuperados, quizás en mayor proporción que en el norte de Galicia. Las vacas dan capital económico y social, mientras que los torques aportan la posibilidad de acumular capital simbólico (Ibid.: 347-351). Quizás la diferencia a un lado y a otro del eje que marcaría el valle del Navia y el alto Narcea pueda ser que al occidente de dicho eje sean los objetos de oro más importantes que las vacas a la hora de concentrar y ostentar el capital simbólico, mientras que entre el río Navia y el Sella pudieron invertirse los términos y pasar a tener más importancia la acumulación de ganado bovino.

Centrándonos en la Segunda Edad del Hierro del Noroeste llama la atención el enorme volumen de joyas existente (siguiendo a González Ruibal 2003a: 344-345). En la actualidad se conocen más de 120 torques y cerca de medio centenar de arracadas, en su inmensa mayoría de oro. Simplemente la distinta cantidad entre los primeros y las segundas ya resultaría significativo. Es el cuerpo de los hombres el que recibe mayor atención, al que le corresponden las joyas más pesadas, ostentosas y conspicuas. Pese a las pobres condiciones de hallazgo de la mayoría de estos oros se ha podido plantear alguna hipótesis: son varios los castros en que se han localizado arracadas durante

una excavación arqueológica controlada. Cuando ha sido así, por lo general se encuentran vinculadas a las zonas de habitación -Baroña, A Graña, Chao Samartín-, aunque no siempre -Punta dos Prados-. Por el contrario, los torques aparecen con frecuencia formando parte de conjuntos -Foxados, Bagunte, A Madorra, etc.-, que se depositan en la periferia del castro, en el contexto de ceremonias políticas o religiosas. Para A Coruña se conocen los casos de aparición de torques en ciertos lugares que así hace pensarlo: en concreto el torques de Agro da Matanza (Melide) y el de Capela (Cedeira). Ambos aparecieron a un Km. de los castros más cercanos, y en el segundo caso en una situación equidistante a dos castros. Es decir, que en ambos casos aparecieron en zonas marginales o fronterizas respecto a los territorios que controlaba cada castro. Además en el caso del de Capela apareció en un afloramiento rocoso denominado Pena da Bendición o Pena do Sol, lugar de culto tradicional por parte de los vecinos de la zona. Otros casos gallegos y portugueses también son vinculados a humedales, rocas junto a ríos, etc., es decir, espacios marginales y de frontera que repiten pautas de deposición de artefactos del Bronce Final. Para el caso asturiano contamos la deposición del torques de Valentín a un Km. del castro de Coaña o los que se pueden vincular al castro de Argul. Ya dijimos que a nuestro entender el contexto de aparición de la placa de cinturón de Moñes responde también a una ritualidad castreña en un territorio no tanto marginal como presuntamente compartido entre diferentes poblados. Habría que entender esas deposiciones de joyas de oro entonces no como actividades profanas sino como ritos especiales organizados por la elite de uno o más poblados (González Ruibal 2007: 310), lo que no es óbice para que participe toda la comunidad castreña, siguiendo una tradición que vendría al menos desde el Bronce Final.

A ambos lados del eje Navia-Alto Narcea, en lo que luego será *grosso modo Gallaecia* y *Asturia*, se manifestarían asimismo diferencias en la ostentación del cuerpo masculino, con torques, cascos y fibulas de largo travesaño en el oeste y fibulas celtibéricas y ausencia de torques y cascos en el este (González Ruibal 2003a: 353-354). No obstante, por lo que hemos visto más arriba, podría matizarse este principio. Si bien es cierto que entre el Navia y el Sella prácticamente no existen fibulas de largo travesaño sin espiral, ni cascos, y sí fibulas y armas de origen o inspiradas en tipos meseteños, sí que existe una orfebrería (torques, placas de cinturón, arracadas) que claramente se vincula al sector norte de Galicia, antes que con las joyas meseteñas, realizadas principalmente en plata. Ello indicaría que si bien el sector lucense tuvo como referente, como lugar de reserva simbólica íntimamente ligada con el poder, al sector bracarense, el sector occidental cantábrico entre el Navia y el Sella



**Figura 4.111:** orfebrería prerromana del occidente cantábrico: tubito de oro y aplique circular de la Campa Torres (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001, modificado).

tuvo a partes iguales al Noroeste como a los *oppida* meseteños que se sitúan justo al mediodía de la Cornisa Cantábrica. De hecho la ausencia de orfebrería y de fíbulas clásicas del Noroeste al oriente del Sella nos hace pensar que para el sector central cantábrico la única reserva simbólica se centró en la retórica guerrera meseteña, en desconexión total con el Noroeste.

Por su parte un adorno femenino como las arracadas resulta omnipresente en todo el Noroeste, lo que indicaría una menor individualización de las mujeres y una capacidad más limitada de utilizar y negociar las reservas simbólicas por su parte. Los adornos, además, revelan claramente que la cuestión de la etnicidad no tiene que ver exclusivamente con sentimientos de identidad compartida, sino con el poder, el género o la edad. Así, el grado de individualización de las mujeres, o su manejo de las reservas simbólicas, resultaría menor que entre los hombres, puesto que las arracadas trascienden con más facilidad territorios étnicos que los torques y los varones poseen más elementos de adorno y distinción -torques, fíbulas, cinturones- que las mujeres (González Ruibal 2003a: 351-352).

Por último existen una serie de objetos áureos diversos. De la Campa Torres procede, aparte de una serie de pequeños apliques, un tubito realizado en chapa decorado a troquel con líneas de puntos y círculos concéntricos del que se desconoce su funcionalidad y paralelos. Lo interesante es que este aplique decorativo procede de un nivel por debajo de una estructura romana, se asocia con materiales indígenas y puede relacionarse con otros tubitos decorados aparecidos en el mismo poblado, aunque con sintaxis decorativas diferentes y realizados en bronce, en estratos de la fase II, y a veces vinculados a estructuras domésticas (Maya y Cuesta 2001: 98, 134, 146). Por un lado este hallazgo estaría corroborando fechas prerromanas para la orfebrería castreña, al igual que la arracada de Moriyón, y por otro nos acerca de nuevo a la posible ambivalencia que en ciertos casos pudieron tener los apliques decorativos realizados tanto en oro como en bronce, puesto que esta última aleación recién trabajada también posee un aspecto dorado. Otro aplique circular de la Campa Torres también nos asegura una cronología prerromana para la orfebrería castreña, pues procede del primer nivel de cenizas (Ibid.: 146), añadiendo además el interesante dato de que la morfología, tamaño, técnica -filigrana- y decoración de esta pequeña chapa es muy similar a la de los discos de los cabezales en doble escocia de los torques castreños (fig. 4.111).

Greg Woolf (2002: 11, y aplicación para el Noroeste en González Ruibal 2007: 299) ha propuesto para la Galia que la ostentación pública de la riqueza por parte de las elites indica que el reconocimiento de su poder no depende tanto de los pares (de los aristócratas) como de otros individuos que no pertenecen a la elite. Mientras que en el mundo romano la riqueza de las casas nobles está orientada hacia el interior, para que sea vista y disfrutada por otros nobles que vengan de visita, en otras partes de la Europa templada que el poder dependa de la sanción pública da poder al pueblo. Como vimos, mientras que en la zona Bracarense esta demostración pública de poder implica poseer casas más grandes y decoradas profusamente, disfrutar de objetos lejanos de origen mediterráneo, poseer pesadas joyas de oro y elaboradas armas de bronce o poseer esculturas con representaciones de guerreros; en el occidente cantábrico, aparte de contados casos de bajorrelieves en piedra, esta demostración pública de riqueza se circunscribe básicamente al uso de torques de oro -para el confín occidental cantábrico- y de las mal llamadas diademas, de modo parecido a lo que ocurre en el norte gallego. El equivalente en demostración de prestigio, más que poder, para la zona central cantábrica, en donde no se documentan estas joyas de oro, serían las armas de origen meseteño, como por ejemplo el puñal Monte Bernorio de Caravia, o alguna importación de cerámicas oxidantes de bandas, vinculadas a ritos de comensalidad y bebida de las

elites meseteñas. Si para la jerarquizada sociedad bracarense de finales de la Edad del Hierro se mantiene la importancia social de la gente corriente para la legitimación del poder (González Ruibal 2007: 299), mucho más aún entre los castros cantábricos en donde aún no se ha perdido el *ethos* igualitario al que aludíamos para el primer Hierro, pese a las grandes corrientes peninsulares que han desembocado en formaciones estatales o jefaturas complejas en numerosos territorios. Es en este contexto de pequeños castros con no mucha población, que compiten entre ellos por el territorio, y donde los jefes tienen un poder muy efímero, en donde debemos entender el uso y exhibición de joyas de oro y exóticas armas.

Los objetos de oro no son sólo objetos de prestigio y poder por su valor intrínseco (lo costoso que es movilizar a suficiente gente un tiempo determinado para conseguir los gramos de oro necesarios para elaborar un torques, por ejemplo), sino que también hay que pensar en otros mecanismos que refuerzan el significado de estos objetos. Los “aristócratas” se encuentran muy interesados en el pasado, en el tiempo, y desarrollan “poder social sobre el tiempo” (*sensu* Bourdieu), por ejemplo resaltando las biografías de los objetos, las historias de los personajes que los han poseído antes que ellos, ya los hayan obtenido por intercambio, por regalo o en combate, lo que le añade capital simbólico a dichas piezas (González Ruibal 2007: 300-301).

Otra forma de añadirle valor a los objetos, aparte de la biografía, es la decoración, no tanto en un sentido ornamental, sino por el simbolismo de los temas aplicados, como las frecuentes flores de agua o rosáceas, los trisqueles, las esvásticas... que protagonizan las composiciones de la orfebrería cantábrica. Este tipo de símbolos son cósmicos y han de ser leídos necesariamente en un sentido esotérico, por ejemplo profiláctico (protección contra la polución simbólica, el mal de ojo y otras enfermedades mágicas). Son símbolos repetidos sobre diferentes soportes y no son mera decoración, sino que debieron estar asociados a elementos críticos de la cosmovisión de aquellas gentes, a valores y creencias relevantes. Y principalmente esos símbolos aparecen en objetos vinculados a las elites, como torques o “diademas”, y no en cerámicas de uso común, lo que quiere decir que los grupos dominantes intentan apropiarse de los símbolos más dominantes para la sociedad y presentarse en garantes del orden que simbolizan dichos símbolos, de los elementos religiosos que con ellos se asocian y que toda la sociedad comprende. Ello explicaría además por qué muchos de estos símbolos perviven bajo Roma, por ejemplo en las estelas y epígrafes (González Ruibal 2007: 304-307) o en los cordados y entrelazados del arte prerrománico asturiano. Sin que llegue a crearse en la zona cantábrica un “gran estilo” (*sensu* Earle en González

Ruibal 2007: 306-307), pues este es propio de las sociedades más jerarquizadas y complejas, sí que es posible rastrear todo un código similar de símbolos (flores de agua o rosáceas, trisqueles, esvásticas, cordados y entrelazados que a veces parecen imitar a la cestería), que se ejecutaron sobre jambas y dinteles en algunos casos, y sobre todo en torques, planchas decorativas de cinturón y otros elementos de orfebrería. Podría argumentarse que a finales de la Edad del Hierro, en un momento en el que los *oppida* y los “grandes estilos” normeseño y bracarense están en pleno auge, las elites cantábricas multiplicaron sus esfuerzos para poder exhibir y mantener esos símbolos de estatus. Los resultados, en cuanto a jerarquización, desigualdad y poder de las elites no fueron ni mucho menos parecidos a los de sus vecinos meseteños del sur. El poder de un jefe cantábrico durante la fase II, pese a portar un pesado torques de oro decorado con flores de agua en sus cabezas terminales y / o una placa de cinturón con toda una escena cosmogónica en la que se refuerza el papel social del hombre guerrero, como es la de la diadema de Moñes, sigue siendo más parecido al poder de los jefes de los primeros castros de la fase I -discutido, no hereditario e inmerso en toda una red de estrategias sociales en las que se prima el mantenimiento del *ethos* igualitario- que la de los aristócratas y elite de un *oppidum* como Lancia o Monte Bernorio.

Sin llegar a ser el caso llamativo de la exaltación de la belleza del cuerpo guerrero masculino como en el caso de las estatuas de los guerreros de los *oppida* bracarenses, lo que sí es cierto es que una de las pocas representaciones humanas que encontramos en el centro-occidente cantábrico es la de la placa de cinturón de Moñes, realizada sobre una joya de oro que debemos asociar con la elite, masculina y guerrera. Ello sería indicativo de que las mujeres de los castros cantábricos, pese a vivir en sociedades mucho más igualitarias que las de los grupos que les rodean por el sur, estarían en inferioridad de condiciones con respecto a los hombres, por lo que el proceso de creciente desigualdad entre los géneros, que ya se percibía a comienzos de la etapa castreña (capítulo 3), se habría afianzado durante la fase II y especialmente durante su tramo final. Por ello descartamos los paralelismos que algunas han efectuado entre las supuestas elites principescas guerreras numantinas, cogoteñas o bracarenses con las que supuestamente están reflejadas en la placa de cinturón de Moñes (Marco 1996: 13-16; Cid, González y Adán 2009: 97), ya que, en la línea de lo que expusimos para la fase I (capítulo 3), si los grupos cantábricos pueden ser definidos en la Edad del Hierro como sociedades guerreras, los grupos que habitaron los *oppida* de la Meseta o del norte de Portugal son más bien sociedades con guerreros, matiz que, en lo que a cuestiones de jerarquización social y asimetría de los sistemas de sexo-género se refiere, es de gran calado.

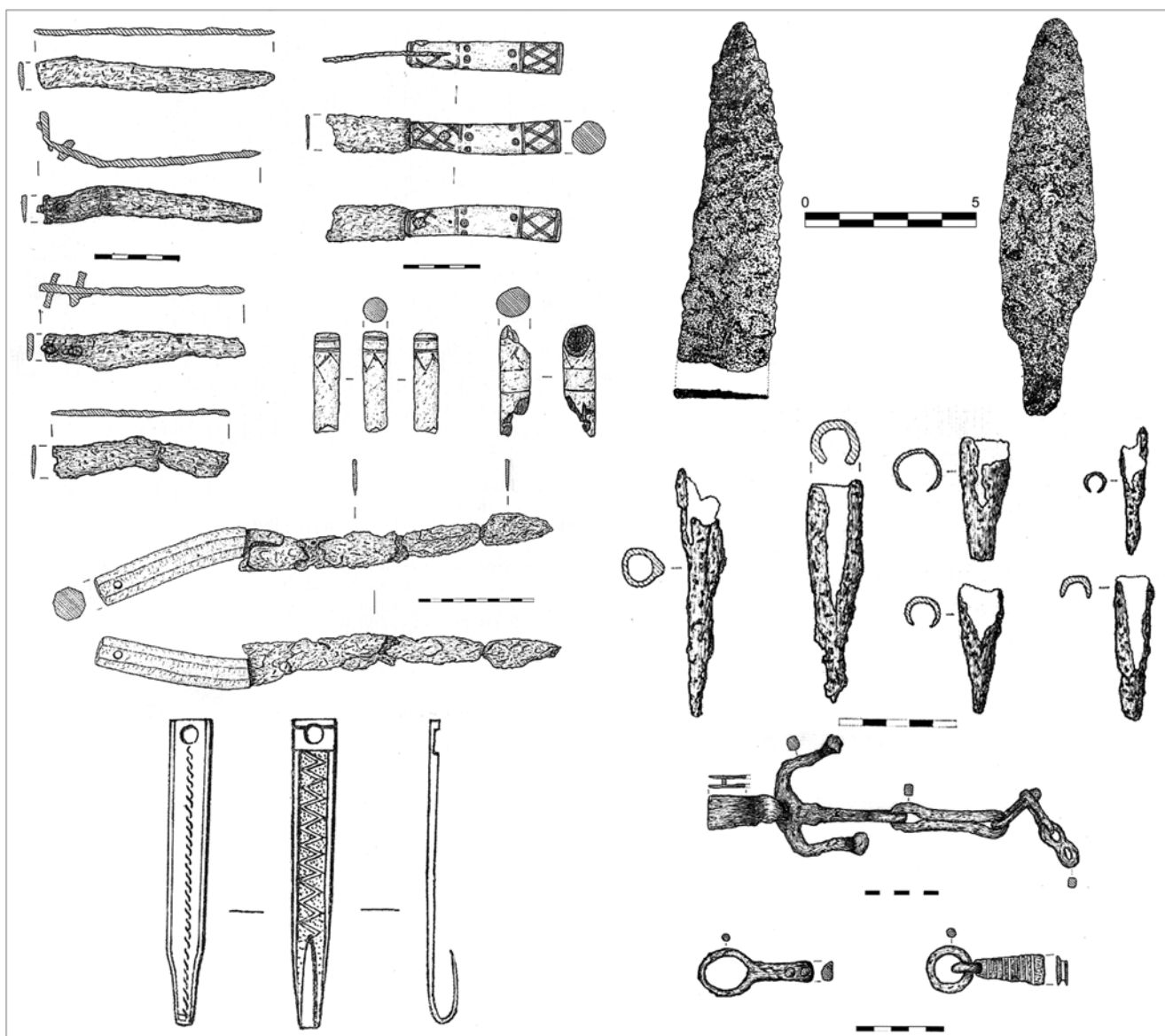
Sí estamos de acuerdo en que esas joyas y esa iconografía transmiten un sistema de valores en los que prima la guerra como sistema de acceso al poder (Cid, González y Adán 2009: 98). Aparte de los motivos representados habría que pensar en que la mayoría de joyas de oro recuperadas son masculinas (como las placas de cinturón o los pesados torques) frente a unas pocas arracadas (pequeñas y de poco peso). A esto se añaden los contextos de aparición, en depósitos votivos en las áreas marginales de los castros o fuera de éstos en el caso de las masculinas placas de cinturón o los torques, y en contextos domésticos para las arracadas (González Ruibal 2007: 311), lo que refuerza la asimetría y desigualdad de género. Siguiendo la teoría de la práctica bourdiana (esbozada de forma genérica al hablar de los primeros castros, capítulo 3) las joyas no sólo reflejan una realidad sino que contribuyen activamente a crearla y reproducirla y hacen que la gente asimile su posición en el campo social. La orfebrería a través de la práctica construye unos *habitus* diferenciados entre hombres y mujeres que trascienden las relaciones de poder y de rango para construir otras más sutiles de género. No sólo las joyas sino su uso contribuyen a ordenar las relaciones dentro de la comunidad, a asimilar una *hexis* corporal. El uso de joyas de oro pudo ser utilizado por los jefes para corroborar su poder por el material con el que estaban hechas, la habilidad necesaria para realizarlas, los motivos empleados, las biografías de los objetos y/o el contexto de uso y deposición. Los artefactos construyen a la elite igual que la elite manda construir los artefactos. Y lo mismo en el sentido del género, ya que los adornos corporales hacen asimilar a cada uno su puesto en la sociedad. Lo grande, pesado, visible... se relaciona estructuralmente con lo viril, guerrero, poderoso. Lo pequeño, ligero y poco visible con lo femenino, el trabajo cotidiano, la ausencia de poder. “El cuerpo de la mujer no es un cuerpo político, o lo es secundariamente [...] Podríamos decir, metafóricamente, que el peso de su torques es su peso político en la comunidad” (González Ruibal 2007: 312-313).

### La belleza del guerrero.

Hablar de la consolidación de un *ethos* guerrero durante la Segunda Edad del Hierro en el sector centro-occidental cantábrico y de los castros como sociedades guerreras supone hablar de armas. El problema es que una característica importante del registro cantábrico es que todos los elementos del universo ideológico masculino nos son conocidos por el registro doméstico, al contrario que en la Meseta, en donde las buenas colecciones conocidas proceden prácticamente en su mayoría de ajuares funerarios. Este hecho, sumado a la escasa diversidad tipológica del armamento cantábrico, hace que nuestro conocimiento de la panoplia guerrera cantábrica sea

limitado. Por el contrario, el carácter doméstico de los restos nos informa de la performatividad de la práctica, de la cotidianeidad y recurrencia de la diferenciación mediante las tecnologías del cuerpo, por lo que hemos de entender el uso y exhibición de las armas en combinación con las tecnologías del cuerpo comentadas más arriba.

El yacimiento de Las Rabas (Celada Marlantes) será de nuevo importante para hablar de la panoplia guerrera en este momento, y por dos motivos. Por un lado, en su registro arqueológico hay un buen número de armas y apliques, apareciendo los tipos básicos del mundo cantábrico: puntas de lanza, regatones, enganches de tahalí, puñales y bocados de caballo, como en otros castros cantábricos (Caravia, Campa Torres, Moriyón). Por otro su carácter de frontera cultural y la posibilidad de comparar esta panoplia con la del cercano *oppidum* de Monte Bernorio también es sugestivo. Lo que vemos en este poblado son regatones y puntas de lanza de hierro, cuchillos rectos y, sobre todo, afalcatados, enganches de tahalí, hebillas para correas/cinturones y apliques y frenos de caballo (García Guinea y Rincón 1970), a lo habría que añadir un posible glóbulo de bronce con decoración de círculos concéntrico atribuible a un puñal biglobular (Bolado y Fernández 2010: 419), en definitiva una muestra más de las importaciones meseteñas vinculadas a la articulación y práctica de la ideología guerrera. Además, podríamos pensar en la fabricación local de muchas de estas armas, pues se podría corroborar las manufacturas metálicas por la aparición de escorias en el poblado. A nivel estilístico es llamativo que algunas piezas posean la misma decoración que la cerámica, lo que es un argumento añadido en este sentido. En concreto vemos un enganche de tahalí que se decora por un lado con una sucesión de triángulos de líneas dobles con puntos en su interior y a la vuelta con una sucesión de SSS / ánales estilizados (Ibid.: 15 y fig 32), que, como vimos, son los mismos motivos de la cerámica (fig. 4. 112), y los mismos motivos que pueden observarse en otras piezas metálicas, cerámicas y de orfebrería del occidente cantábrico, como Campa Torres, San Luis o el Chano. En el extremo opuesto de nuestra área de estudio y ya en la periferia del ámbito cantábrico encontramos el castro lucense de Barán, entre cuyos escasos objetos metálicos vemos lo que podríamos definir como la panoplia básica para la fase II: el extremo distal de una punta de lanza con nervio central, aletas y cavidad interior de sección circular, regatón de hierro y cubierta de bronce, y el fragmento de la hoja de hierro de una espada con nervio central (Álvarez Núñez 1992: 159), aunque deberíamos entenderlo más como un puñal o espada corta que como una espada propiamente dicha. No obstante no puede asegurarse que todo ello sea prerromano. Tampoco para la punta de lanza de bronce de Fazouro, en la costa lucense, aunque corrobora que la

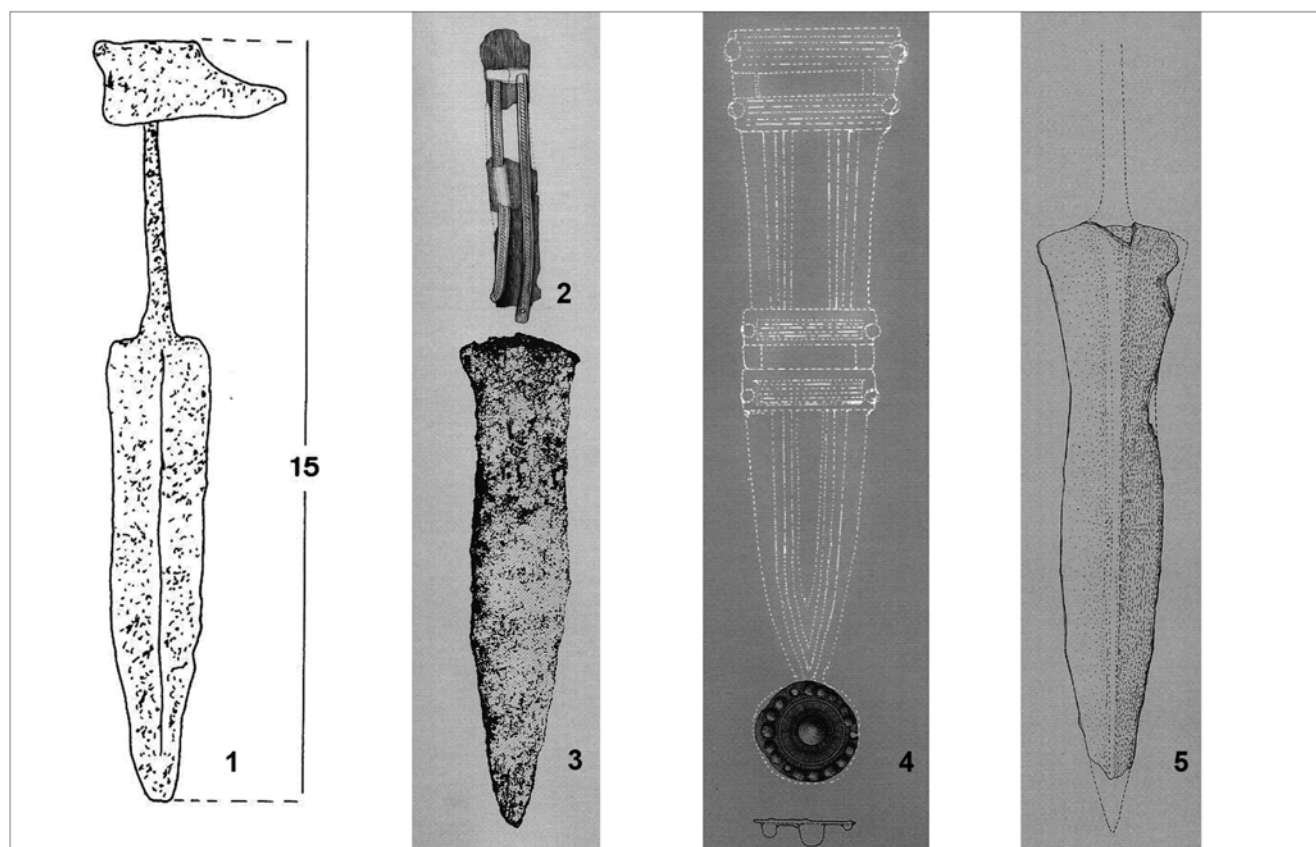


**Figura 4.112:** la panoplia guerrera cantábrica se resume en el castro de Las Rabas: cuchillos rectos y afalcatados, puntas de lanza, regatones, enganches de tahalí y frenos y apliques de correajes de caballos (a partir de García Guinea y Rincón 1970; Bolado y Fernández 2010, modificado) (el enganche de tahalí sin escala).

panoplia guerrera cantábrica es muy similar a la del norte de Galicia, ya que en el Noroeste pueden aparecer algunas espadas durante la fase II, seguramente fruto de importaciones, pero especialmente para el sector sur o área bracarense.

Pese a las carencias de conocimiento, otra de las características del armamento cantábrico es la importancia de las armas arrojadizas (lanzas) frente a la ausencia de espadas, que sí se registran en las necrópolis de incineración meseteñas (por ej. Lorrio 1993). Habría que pensar en las lanzas complementadas con escudos, seguramente de materiales perecederos, de los cuales tan sólo quedaría algún aplique metálico, como mucho, por lo que no se han reconocido en el registro. Como veremos sí que hay puñales, como los de antenas o un ejemplar Monte Bernorio, pero no espadas en sí, lo que marca un claro contraste con el armamento de las poblaciones meseteñas, de aquellos grupos que definimos como

sociedades con guerreros, es decir, con una elite guerrera especializada o aristocracia, que seguramente usarían la espada como un elemento de distinción. Los puñales Monte Bernorio, denominados así por la abundancia con la que aparecieron en las excavaciones antiguas de la necrópolis de ese poblado, son típicos de la Meseta y se entienden como un indicador de estatus (San Valero 1944: lamina VII; Esparza 2001). Así se deduce de los hallazgos y asociaciones de estos puñales en la necrópolis vallisoletana de Las Ruedas (Sanz 1998) o en otras del sur del valle del Duero (Álvarez Sanchís 2003: 190), en donde claramente estos puñales, que a veces llevan ricos y complejos damasquinados y decoraciones en plata y oro, aparecen en tumbas de guerreros y se asocian con escudos, lanzas, arreos de caballos y en menor medida espadas largas, más propias del oriente de la Meseta. Es interesante el hecho de que el momento de auge de los puñales Miraveche-Monte Bernorio se sitúe en el s.



**Figura 4.113:** puñales tipo Monte Bernorio del centro-occidente cantábrico: 1. Picu'l Castu de Caravia; 2. Empuñadura de la cueva de Peña Sota III; 3. Hoja del puñal de la cueva del Aspio; 4. Elemento decorativo de la vaina de un puñal de la cueva de La Llosa o la Arena; 5. Hoja de puñal de Cofresnedo (a partir de Maya 1987/88; Smith 2010, modificados) (excepto 1 el resto sin escala).

IV a.C. y sobre todo en el III (Álvarez Sanchís 2003: 190), lo que encaja bien con las fechas que se barajan para el origen del Picu'l Castu de Caravia. Por todo ello debemos entender el ejemplar de Caravia como una importación que seguramente fue valorada por las connotaciones de estas piezas con el estatus guerrero. El ejemplar de Caravia, al distribuirse principalmente este tipo de armas por la cuenca del Duero y su reborde montañoso, se puede entender como una excepción fuera de sus fronteras habituales (Griño 1986-87: 304, nota 2) (fig. 4.113). Podríamos añadir al ejemplar de Caravia, y también como importación meseteña, la hoja de otro puñal tipo Monte Bernorio aparecido en la cueva de Cofresnedo (Matienzo, Cantabria), junto a una *doa* oculada y otros objetos de la Segunda Edad del Hierro, y otra más de la cueva del Aspio, así como el posible fragmento decorativo de la vaina de otro de estos puñales de la cueva de La Llosa, Arredondo), y el posible fragmento de mango de la cueva de Peña Sota III (Asón), ya para el cantábrico oriental. Todos estos hallazgos de Cantabria se relacionan con depósitos y rituales vinculados a las cuevas, típicos del sector central cantábrico (Smith 1985; 2010), clara herencia de lo que apreciábamos durante la Edad del Bronce.

Por el Picu'l Castu de Caravia también sabemos la importancia que debieron tener en época prerromana los cuchillos, como por ejemplo los

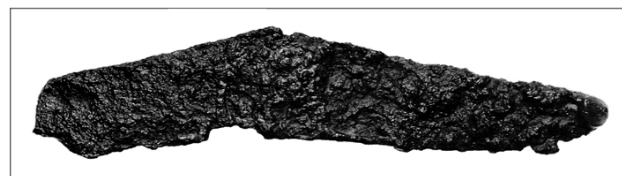
afalcados (Maya 1987/88: 80), cuya valoración como armas no es del todo clara, pero que vemos también en Campa Torres, y en el sector meridional cantábrico, en castros como Morgovejo, Villaceid o Celada Marlantes, y que se comparten tanto con la Meseta Norte como con el Noroeste. Estos son objetos de larga tradición y posible origen fenicio que en algunos casos están representando las primeras piezas de hierro conocidas en castros de la fase I (capítulo 3) (fig. 4.114, y ver fig. 4.112).

Para las placas de cinturón y enganches de tahalí tanto de Caravia como de San L. Luis José Luis Maya defendió un origen meseteño (Ibid.: 108), aunque en otro lugar, comparándolas con las aparecidas en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 111, 115) se desvanece este presupuesto ya que no existen claros paralelos, por mucho que las placas de cinturón “de tipo céltico” meseteñas también se sirvan de garfios. Lo cierto es que la similitud entre los dos ejemplares de San L. Luis y la de la Campa Torres (remaches para la sujeción al cuero, amplios estrangulamientos de las placas para definir un tema central a base de círculos y la presencia de un sólo gancho) nos hace pensar en que pueda tratarse de un tipo propiamente cantábrico, pese a que pueda estar inspirado en modelos meseteños. El mismo ambiente meseteño es referido para los enganches de tahalí aparecidos por el momento en Caravia (cuatro), Moriyón, Campa Torres

y el Chano, de donde procede un nutrido grupo, de variadas formas, incluyéndose algunos de calados semicurvus muy similares a los de Caravia, otros en los que aún se conservan las cadenas y algún ejemplar en los que se combina el bronce del cuerpo del objeto con remaches realizados en hierro (Camino 1996: 32; Maya y Cuesta 2001: 115). Está ampliamente documentada su presencia en estratos datados en la fase II, fecha que compartirían con los de Caravia. Es significativa la presencia de uno de estos enganches, que en principio habría que pensar que irían asociados a puñales, en el suelo arenoso de una cabaña fechada en el s. IV-III cal AC (Maya y Cuesta 2001: 115). De nuevo las decoraciones de algunos de estos útiles, como son las SSS estilizadas, los cordados (incisiones oblicuas paralelas) o las sucesiones de triángulos rellenos de puntos, como en el Chano (Celis 2002: fig. 10), puede hacer pensar en la producción local de los mismos, por sus paralelismos con otros objetos decorados cantábricos tales como la cerámica, la orfebrería o ciertos bajorrelieves en piedra (fig. 4.115, y ver fig. 4.112).

Armas, fíbulas y enganches de tahalí aparecen en contextos domésticos tanto en Caravia (De Llano 1919:44) como en Moriyón -por ejemplo el regatón de la cabaña 2- (Camino 1996: 28), Campa Torres o el Chao Samartín. Ello indica no sólo la total asimilación de la nueva tecnología siderúrgica en las prácticas cotidianas, cuyo exponente más evidente es la caramillera del hogar de la cabaña 2 del Picu Castiellu de Moriyón (Camino 1996: 28) o los pequeños objetos de hierro de la Campa Torres en contextos domésticos (ganchito, anilla o barra en suelos de habitación de la fase II a, Maya y Cuesta 2001: 146), sino también la naturalización de una nueva construcción social del cuerpo masculino, como cuerpo político y guerrero, que se integra en este sentido en la práctica cotidiana. Esta mayor atención al cuerpo de los hombres se constata por el creciente número de elementos de adorno del cuerpo masculino en los siglos finales de la Edad del Hierro (González Ruibal 2003a: 344), como pueden ser los distintos tipos de fíbulas, la mayoría de bronce -un buen repertorio lo encontramos en la Campa Torres-, o los torques en el occidente de la región, en contraposición a alguna arracada y brazalete, presumiblemente joyas femeninas, a lo que debemos sumarle la panoplia armamentística. La exhibición doméstica y cotidiana de las armas y atalajes, al ser incorporadas a la vestimenta masculina, revela la configuración de un nuevo *habitus* y la asimilación de una *hexis* corporal diferencial para hombres y mujeres. Este proceso puede que se acelerara a partir del s. II a. C., o fase II b, como revelan las puntas de lanza, regatones y cuchillos afalcatados así fechados en la Campa Torres.

En general la panoplia guerrera cantábrica se compone de lanzas y puñales: de antenas en el extremo occidental, un ejemplo Miraveche-Monte



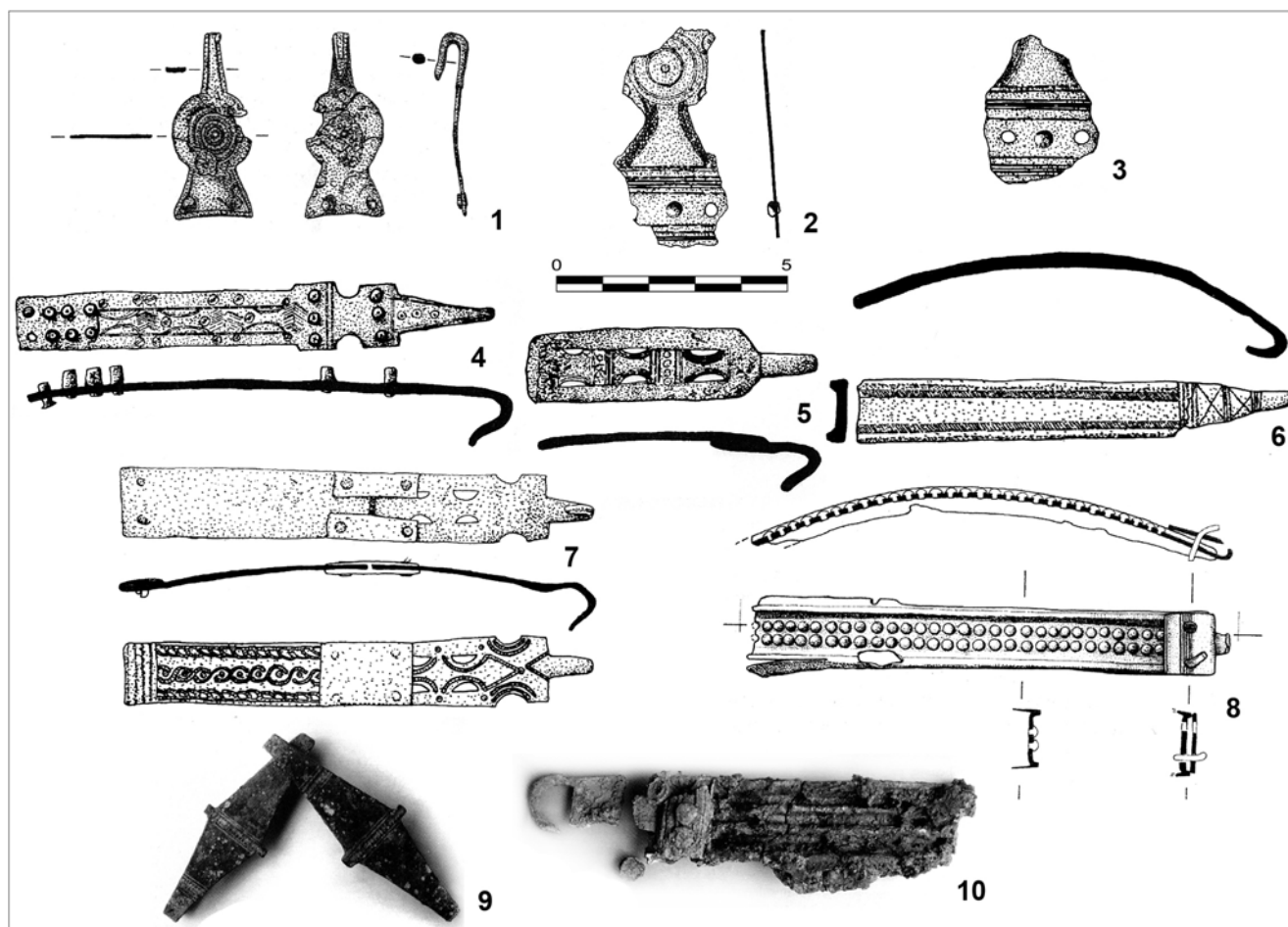
**Figura 4.114:** cuchillos afalcatado del Picu'l Castru de Caravia (en Escortell 1982, sin escala).

Bernorio en Caravia y un posible biglobular en Las Rabas (Bolado y Fernández 2010: 419), ya que el largo puñal de Campa Torres es de un nivel superficial y paralelos poco claros (Maya y Cuesta 2001: 146), y tampoco estamos seguros de que los cuchillos afalcatados del resto de la zona cantábrica fueran armas, aunque perfectamente pudieron acompañar a la panoplia cantábrica, especialmente los de mayor tamaño (Bolado y Fernández 2010: 419). Un peculiar cuchillo del que no se tiene paralelos ni prerromanos ni meseteños es el aparecido en el Castrelo de Pelou, de hoja afalcatada en hierro y mango en bronce, del que destaca la decoración del disco calado del extremo del mango. Se han propuesto paralelos como los de la necrópolis de La Osera (Montes, Hevia y Villa 2010: 11-12).

Respecto a las lanzas se conocen varios ejemplos por toda la geografía asturiana procedentes de castros (La Escrita, Mohías, Picu Castiellu la Collada, Coaña, Caravia, Las Rabas), y tanto en bronce como en hierro (Maya 1987/88: 80-81), y del norte de León, como la punta de lanza en hoja de suace y los dos de dardos de Morgovejo (Luengo 1936-40: 170-171; Bohigas 1986-87: 124) aunque no son claras las cronologías. Sólo podríamos asegurar fechas de la fase II para los dos ejemplares en hierro y enmangue tubular de Caravia, así como para los tres regatones cónicos del mismo poblado (Ibid.: 81), o los regatones de Moriyón (Camino 1996: 32), mientras que los ejemplares de Morgovejo van acompañados de una cultura material que podría entenderse como de la fase II. La ausencia de espadas largas, y por tanto de una posible lucha aristocrática como en el Bronce Final del Noroeste o de la Meseta Norte, casa bien con la escasa jerarquización social de estos grupos. Asimismo encaja con la idea propuesta (capítulo 3) de que se tratara de sociedades guerreras más que de sociedades con guerreros, y con las noticias que arrojan las fuentes clásicas sobre el modo de guerrear de estas gentes, mediante la guerrilla y la emboscada principalmente (fig. 4.116, y ver fig. 4.112).

Quizás uno de los tipos armamentísticos más propiamente noroccidentales sean los puñales de antenas, que arrancan de la fase I (capítulo 3) y de los que también bebe el extremo occidental cantábrico. De hecho es en este territorio a caballo entre las formas culturales cantábricas y las noroccidentales en donde vemos una de sus principales concentraciones (González Ruibal 2003a: fig. 4.110). La contera de la vaina de un puñal encontrado en el Chao Samartín



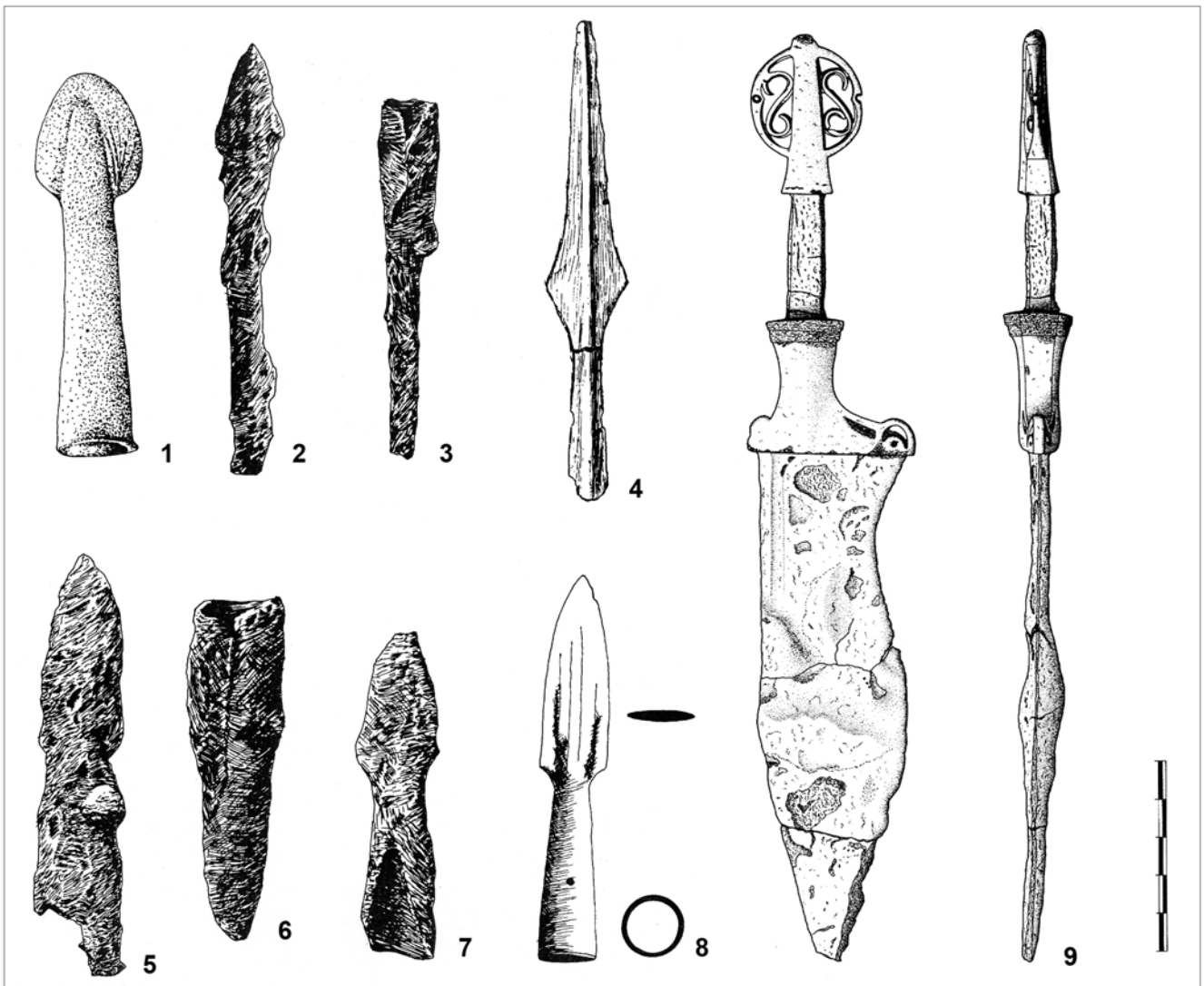


**Figura 4.115:** placas de cinturón (1-3) y enganches de tahalí (4-10) cantábricos: Campa Torres (1, 6-8); San L. Luis (2 y 3); Caravia (4 y 5); Moriyón (9 y 10) (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001; Maya 1987/88; Camino 1996, modificados) (10 sin escala).

(Villa 2002a) posee claros paralelos con otras del Noroeste, como las de Cidade de Caneiro y Castro de Borneiro, ambas datadas a comienzos de la fase II (ss. IV-III a.C.), o la de Viladonga (Arias Vilas 1990-91: 107) por lo que se puede concluir que pertenece a un ejemplar de antenas. Recientemente se ha podido corroborar la cronología prerromana para estas conteras de puñales de antenas en las intervenciones llevadas a cabo en Pendia, puesto que ha aparecido una de hierro muy similar a la ya conocida del Chao Samartín, en un nivel de la fase II, junto a cerámicas prerromanas, amortizado por la estructura C-12 y al que se le puede asociar una fecha radiocarbónica en ese sentido (Rodríguez y Villa 2009: 164-165). Ya nos referimos más arriba a los dos puñales, uno de antenas y otro de empuñadura de disco, de la cabaña comunal junto a la sauna castreña del Castrelo de Pelóu, a los que habría que sumar la aparición de la empuñadura de otro de antenas en este mismo poblado (Montes y otros 2009: 316; Montes, Hevia y Villa 2010: 11). Son dato de especial relevancia porque pueden servirnos para resignificar los espacios públicos de los castros del occidente asturiano (puertas del castro, cabaña comunal, sauna iniciática) como espacios eminentemente masculinos y guerreros. Por otro lado contamos con el puñal de Os Castro de Taramundi,

datado radiocarbónicamente en la fase I gracias a la madera encontrada en el interior de la vaina, pese a que la hoja es de hierro y la contera del mismo es más similar a las que acabamos de describir (Fanjul y Marín 2006: 114), por lo que podríamos estar hablando de un objeto con una importante biografía, que haya perdurado durante centurias, a modo de reliquia (fig. 4.117).

De hecho todos estos puñales de antenas que combinan bronce y hierro en el extremo occidental cantábrico (cursos del Navia y del Eo) y Terra Chá lucense se han definido como puñales tipo Taramundi, claramente emparentados con los ejemplares de Viladonga. Este conjunto occidental cantábrico de hecho es uno de los más importantes del Noroeste (González Ruibal 2003a: 358). No es de extrañar que las cuencas del Navia y del Eo posean una panoplia guerrera como la del Noroeste y se separe de las del resto del territorio cantábrico, puesto que el resto de tecnologías también convergen en este sentido. Por ello podríamos de nuevo marcar el Navia como límite oriental para los puñales de antenas, y justificar gracias a los puñales tipo Taramundi que los asturianos del tipo Vilalba (Penácaros y el de Los Ozcos, mal conocido como de Sobrefoz) sean de la fase I. En esa línea se ratificaría el límite oriental que supone la

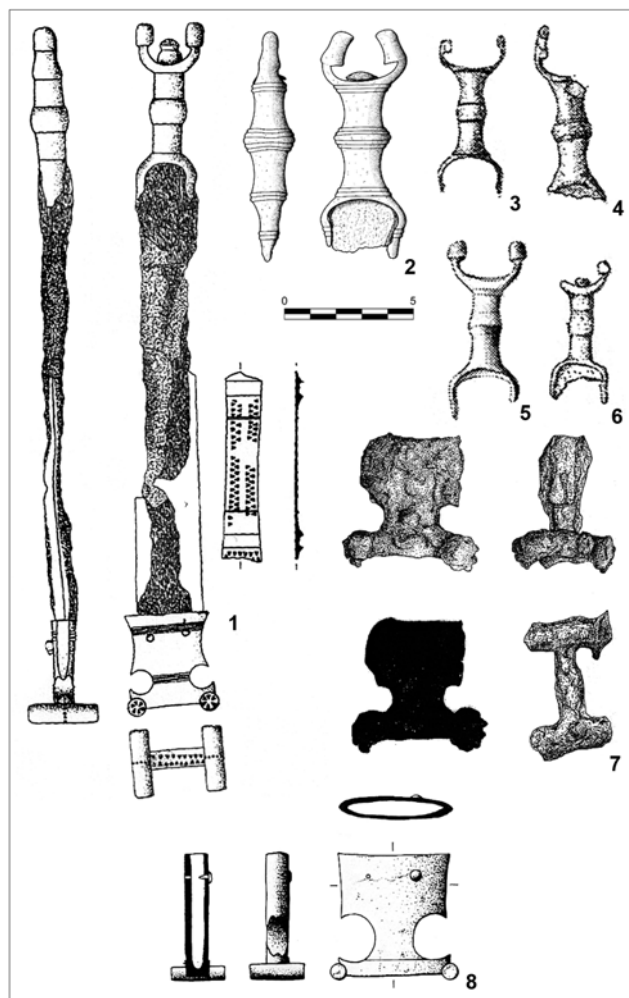


**Figura 4.116:** puntas de lanza y regatones cantábricos (Picu Castiellu la Collada: 1 y 2; Caravia: 3, 5-7; Tinéu: 4; La Escrita: 8) (a partir de Maya 1987/88, sin escala); y ejemplo de cuchillo de hierro y mango de bronce de El Castrelo de Pelóu (en Montes, Hevia y Villa 2010).

cuenca del Navia ya para las fases antiguas y podrían entenderse el de Penácaros y Los Ozcos (capítulo 3) como los precedentes de los del tipo Taramundi. Como ya hace años se defendió por Marisa Ruiz Gálvez, no hay paralelos claros para este tipo de puñales, que son tan antiguos como algunos de los que supuestamente procederían (1980: 86-87), por lo que podemos pensar en producciones locales que combinan diferentes tradiciones.

En líneas generales el sector gallego y occidental asturiano, por donde se reparten los puñales de antenas, es, al igual que el resto del territorio centro-occidental cantábrico, refractario a las espadas largas, por ejemplo las falcatas del norte de Portugal. La panoplia cantábrica se consiste en puntas de lanza y puñales, por lo que se ha defendido un tipo de sociedad en donde los jefes no se diferenciaban en exceso del resto de guerreros y donde primaría la guerrilla, la emboscada, sobre el enfrentamiento abierto, tal y como aseguran las fuentes clásicas (González Ruibal 2003a: 358). Todo ello cuadra

perfectamente con el tipo de violencia institucionalizada que defendemos para los pequeños grupos castreños (sociedad guerrera y no sociedad con guerreros) y con el carácter igualitario de estas pequeñas comunidades *deep rurals*. De hecho el carácter autárquico, independiente y diminuto de los poblados castreños no es impedimento para que mantuvieran relaciones conflictivas o abiertamente violentas entre ellos. Las grandes obras de fortificación castreñas indican un deseo o una necesidad consciente por parte de los castros de defenderse de sus vecinos en un clima de tensión motivado por el incremento demográfico y la lucha por el territorio agrario y ganadero. Como muestran diversos ejemplos etnográficos son sólo los vecinos cercanos los que necesitan estar preocupados por el mantenimiento de sus fronteras comunes. Los principales conflictos se darían entre castros vecinos, que comparten incluso cultura material y que pueden pertenecer o compartir la misma identidad cultural (luego traducida, en momentos romanos, a las *civitates* y *populi*), más que



**Figura 4.117:** puñales de antenas y conteras de vainas tipo Taramundi: Taramundi (1); Pelóu (2); Viladonga (5 y 8); Pendaria (7); procedencia desconocida (3, 4 y 6) (a partir de Villa 2002a; Hevia, Montes y Villa 2010; González Ruibal 2003a; Rodríguez del Cueto y Villa 2009; Arias 1990-91, modificados) (3-6 sin escala).

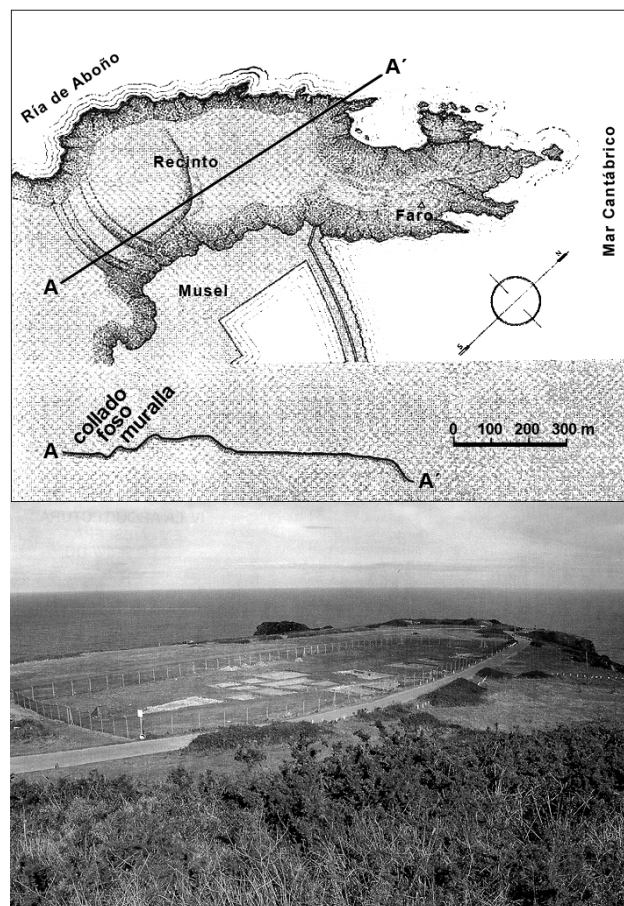
con castros alejados con los que no tienen ninguna vinculación. No debe desecharse la idea de asedios a los castros, pues pueden unirse varias comunidades para atacar a otras y en Inglaterra hay muestras de hechos de este estilo. Tampoco se puede desechar que participaran las mujeres en la defensas de los poblados, pues hay referentes etnográficos para esto y las fuentes clásicas recogen la participación puntual de las mujeres en la lucha. No obstante ha de pensarse que en comunidades con pequeños grupos de guerreros y tácticas de guerrilla como los Nuer sudaneses o en Papúa-Nueva Guinea, más que infrecuentes guerras de conquista, lo que suelen producirse son ataques a las aldeas al romper el día, ataques a los hombres que trabajan sus campos o ataques en los caminos del bosque, para lo cual no hace falta un gran número de guerreros. Ello nos puede hacer imaginar el tipo de violencia cotidiana que se viviría por parte de las comunidades castreñas (González Ruibal 2003a:358-361).

En relación con este tema se ha defendido la presencia de elites ecuestres en los castros cantábricos, por influencia celtíbera, dentro de un proceso de “celtiberización” de las sociedades protoceltas septentrionales. Ejemplos de este proceso serían las fibulas de caballito, los arneses y arreos de caballo encontrados en castros o la iconografía de jinetes armados de la diadema de Moñes (por ej. Almagro Gorbea 2006; Peralta 2003). No sabemos hasta qué punto los grabados sobre pizarras del Chao Samartín en los que se muestran unos caballos de forma esquemática (Villa 2002a) se puede relacionar con este ambiente de valoración social del caballo. La cuestión es que ya no son únicos puesto que un castro relativamente cercano, el de Formigueiros (Samos, Lugo) aparecen en las losas que cubren el suelo de una placilla entre dos estructuras cuadrangulares de esquinas redondeadas y una circular, tres peces, dos caballos (sin crin), círculos con rayos, triángulos contrapuestos, círculos y semicírculos concéntricos. El material es de Segunda Edad del Hierro mezclado con algún material romano (TSI y as de Tiberio: 14-37 d.C.) (Meijide Camaselle 2009: 64-65). Deberíamos reflexionar si se puede hablar o no de la asimilación y valoración del guerrero caballero (como se aprecia en la iconografía de la diadema de Moñes) por parte de los grupos cantábricos. Es evidente que la figura del jinete armado es claramente de influencia meseteña, y que no debió de ser usado simplemente como recurso ideológico, ya en el registro vemos frenos de caballo, como el de Las Rabas (García Guinea y Rincón 1970: 23) o los de Caravia y La Escrita, siendo mucho menos claro el ejemplo de Moriyón (Maya 1987/88: 89). Y no es menos cierto que en el registro faunístico aparecen restos de caballos de pequeño tamaño con marcas óseas de haber sido montados y / o usados para tirar de carros, como vimos. Pese a todo ello, y por mucho que durante la fase II ciertos guerreros o jefes pudieran usar los caballos como símbolos de prestigio con connotaciones guerreras, creemos injustificado que se defienda la presencia de elites ecuestres en estos pequeños poblados cantábricos, de poblaciones tan reducidas, y en donde todos los hombres del grupo serían a la par que ganaderos y agricultores, guerreros. Proponer la presencia de una aristocracia guerrera o de una elite ecuestre supone trasponer acríticamente modelos meseteños desarrollados sobre ciudades-estado a las pequeñas aldeas cantábricas.

#### 4.4 UN MUNDO SIN *OPPIDA*.

Algunos autores han intentado homogeneizar los procesos históricos del sector “céltico” de la Península Ibérica. Según esta perspectiva diferentes “grupos etnoculturales”, procedentes de un mismos substrato protocelta, sufrieron diferentes celtizaciones. En la Segunda Edad del Hierro todo ello tuvo como consecuencia la creación de grandes unidades de

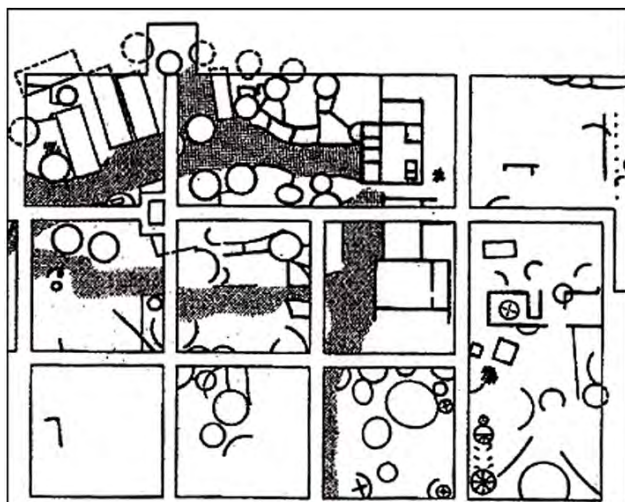
poblamiento u *oppida* debido a la aculturación colonial mediterránea (Almagro Gorbea 1992; 2002). Nosotros, por el contrario, planteamos que lo que caracteriza al sector centro-occidental cantábrico en la Segunda Edad del Hierro, más allá de poseer un “factor local” anómalo o un “conservadurismo cultural” que le impide seguir las pautas del modelo general (Almagro Gorbea 2002: 47-48), son elementos muy poco “célticos”. De hecho en el ámbito septentrional lo que observamos es la ausencia tanto de procesos de sinecismo, como de grandes concentraciones urbanas y de paisajes jerarquizados, así como el absoluto protagonismo, al igual que en la fase I, de los poblados fortificados de pequeño tamaño (castros), lo que abre aún más la brecha cultural y social entre la Meseta Norte y la Cornisa Cantábrica. Utilizar tan sólo, o principalmente, el tamaño como criterio a la hora de identificar un *oppidum* como tal (Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 210) nos parece arriesgado y sesgado. Nótese, no obstante, que pese a ser utilizado este único criterio, significativamente sólo se ha encontrado en todo el sector occidental cantábrico un poblado que pueda llamarse *oppidum*, la Campa Torres, identificada con la *Noega* de los textos, mientras que el resto de los “*oppida* astures” se sitúan en Zamora, excepto el de Lancia, que es el único situado en León, pero fuera de la zona cantábrica. Para los galaicos tan sólo se alude a poblados del sur de Galicia y norte de Portugal, mientras que para los cántabros también es llamativo que más al norte de Monte Cildá y Monte Bernorio (en la zona palentina de Aguilar de Campoo) tan sólo se cite *Iuliobriga*, en Reinosa (Ibid: 212-213 y fig. 1), que es una fundación romana, pero que se ha seleccionado por su terminación en *-briga* ya que supuestamente hace referencia a “colonias célticas” dentro de la Península Ibérica (Almagro Gorbea 2002: 57). Entonces, si exceptuamos esta fundación romana junto a Reinosa, el único *oppidum* del centro-occidente cantábrico referido por estos autores en su intensivo rastreo sería el poblado de la Campa Torres. Ya explicamos más arriba (capítulo 3) las condiciones orográficas específicas del Cabo Torres que hicieron que incluso desde la fase I el poblado contase con este anómalo tamaño<sup>7</sup> puesto que por cuestiones poliorgánicas los pobladores de tal lugar debieron decidir situar las defensas ladera abajo de la pequeña colina que se sitúa en el istmo del Cabo Torres. Sin embargo prácticamente no conocemos cómo era el caserío prerromano de la llanada interior, la densidad de construcciones, etc. Y de todos modos ¿el hecho de



**Figura 4.118:** la orografía como causa principal de los castros cantábricos de mayor tamaño (arriba, planta general de la Campa Torres a partir de José Manuel González y Fernández-Vallés, en Maya y Cuesta eds. 2001, modificado; abajo, vista general de la llanada interior de la Campa Torres vista desde la colina situada tras las murallas, en Marín Valdés 1990).

considerar un poblado como *oppidum* depende exclusivamente de su tamaño, en concreto, de que posea más de 10 Ha (Almagro Gorbea 2002: 50)? Ni siquiera vemos poblados de 10 Ha en la zona centro-occidental cantábrica, que supuestamente serían los propios de las áreas célticas montañosas y de base ganadera (Almagro Gorbea: 215-216). Habría que irse al cantábrico oriental para ver un castro de excepcional tamaño como es la Peña de Sámano (Castro Urdiales), que llegaría a 16 Ha. (Martínez 2010: 570). De hecho en el sector central cantábrico, en donde se han documentado castros de tamaño algo mayor que en el sector occidental, tan sólo 8 superan las 6 Ha. (Fernández, Martínez y Serna 2010: gráfico 1). De todos modos de éstos tan sólo Las Rabas (Celada Marlantes) cuenta con excavaciones arqueológicas, aunque antiguas y de deficiente calidad. Ello ha llevado a que muchos de los cálculos de las superficies de los castros de este sector se hayan realizado mediante la interpretación de fotografías aéreas, lo que ha llevado a ciertos excesos, como hemos analizado más arriba en casos concretos, como Castilnegro. Por otro lado, al igual que lo expuesto para la Campa Torres, ciertos

<sup>7</sup> 8,6 Ha calculadas por Camino (1995b: cuadro 4), frente a las 30 Ha calculadas por Maya y Cuesta (2001: 34 y nota 22), para toda la superficie del Cabo Torres, desde la línea inferior del acantilado hasta la línea de los fosos defensivos, de las cuales algo menos de 10 Ha se corresponden a la superficie habitable, en concreto unos 63.271 m<sup>2</sup> para la llanada interior y unos 30.480 m<sup>2</sup> para el montículo situado tras las murallas.



**Figura 4.119:** estructuras cuadrangulares de tipo mediterráneo de la Segunda Edad del Hierro sobre otras circulares de adobe de la fase soteña en el poblado de La Corona / El Pasadero (Manganeses de la Polvorosa) (a partir de Misiego y otros 1998, modificado).

beneficios poliercéticos y la adaptación de los poblados a la orografía concreta de los emplazamientos, pudo hacer que fuera conveniente adaptar las defensas a determinadas morfologías -caso de La Peña de Sámano-, proporcionando en consecuencia tamaños superiores a la media. Por todo ello el tamaño no debe ser el único criterio a tener en cuenta para reconocer o no un *oppidum* (fig. 4.118).

Sea como fuere la cuestión es que los propios autores del estudio concreto de los *oppida* peninsulares acaban reconociendo que en la zona transmontana de “Astures” y “Cántabros” los *oppida* brillan por su ausencia, manteniéndose hasta la romanización el hábitat disperso en pequeños castros (Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 221-222; Almagro Gorbea 2002: 58). No obstante, nos sorprende también que, desde esta perspectiva histórico-cultural anclada en las interpretaciones más etnicistas a partir de las fuentes clásicas, y pese al anterior reconocimiento, se acabe por aunar en un sólo grupo a la Campa Torres con Lancia (León), Boya y Las Labradas (Zamora) pues serían todos “Astures” (Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 222 y fig. 4). Especialmente cuando la Campa Torres no posee ningún elemento de cultura material que resista dicha comparación, ni tan siquiera desde una perspectiva clásica de “culturas arqueológicas”, más allá de ciertas importaciones que tiene que ver con la ideología guerrera (por ejemplo alguna fibula). Nos parece un sinsentido metodológico aunar yacimientos por las divisiones administrativas que realizaría Roma tras la conquista, en época imperial, y darle a ello un contenido étnico para la Edad del Hierro. Esta misma lógica también conlleva diferenciar estos poblados “astures” zamoranos y leoneses de los *oppida* vacceos cuando son los que tanto geográfica como culturalmente son más cercanos. En este sentido nosotros preferiremos hablar de *oppida* meseteños,

haciendo especial hincapié en los del norte del Duero. Y si comparamos o aunamos culturalmente a Lancia o las Labradas no será con ningún poblado cantábrico, sino con los inmediatos *oppida* “vacceos” de *Pallantia*, *Viminatum*, Cuenca de Abajo o Melgar de Abajo, de las provincias de Palencia y Valladolid, o “astures” de Zamora como Manganeses de la Polvorosa (*Brigecio*), Arrabalde o San Martín de Torres (*Bedunia*) (Esparza 2001), ya que desde una perspectiva de los “grupos arqueológicos” tienen mucho en común. Como recientemente se ha propuesto, los procesos de concentración de población y los fenómenos culturales más significativos perceptibles en la zona llana de León durante la Segunda Edad del Hierro no difieren de los advertidos en la zona nuclear de los *vacceos*, es decir, en el centro de la cuenca del Duero, llegándose a hablar incluso de “vacceización” de los *oppida* leoneses (Celis, Gutiérrez y Guiral 2002: 269 y nota 40). De hecho, el tamaño de los *oppida* supuestamente “astures” tendría de media 20 Ha y la de los “vacceos” unas 29 Ha. Debemos tener en cuenta que en el primer grupo se ha incluido a la Campa Torres, lo que bajaría la media de los poblados “astures”. Por lo que si desligamos al yacimiento gijonés del estudio citado (Almagro-Gorbea y Dávila 1995), el tamaño de los *oppida* “astures” y “vacceos” sería muy parecido. De hecho entre los “astures” algunos poblados como Lancia contarían con unas 40 Ha. (Ibid.: 221-222), actualmente rebajado a unas 35, como veremos. Entendemos, al igual que Celis, Gutiérrez y Liz (2002: 269) que los *oppida* astures de Lancia, Fuentes de Ropel, La Dehesa de Morales, *Baedunia* (San Martín de Torres) o Arrabalde participaron de una evolución histórica muy similar a la del resto de la cuenca del Duero, convirtiéndose a finales de la Edad del Hierro, antes de la conquista romana, en *oppida*. Y las características de la *oppidización* no sólo hemos de circunscribirlas al hecho de llegar a tener decenas de hectáreas, sino también en el de concentrar a mucha población, albergar a una población diferenciada funcionalmente, con estratificación social que puede que conllevar a diferenciación económica, que produce y accede a bienes producidos semiindustrialmente, y cuyos excedentes pudieron sustentar a elites que detentaron un estatus social elevado, rastreable arqueológicamente en ciertos bienes de prestigio (Celis, Gutiérrez y Liz 2002: 269).

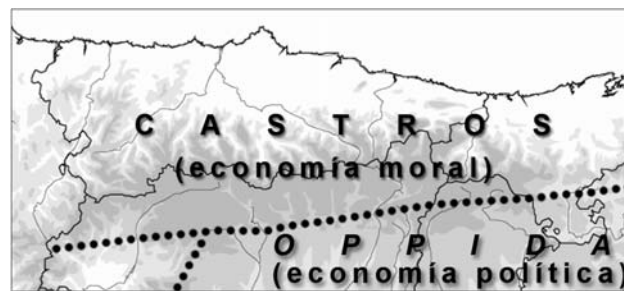
Un claro ejemplo donde se ha podido estudiar en área dicha evolución desde comienzos del primer milenio a.C. es el caso del poblado u *oppidum* “astur” de La Corona / El Pasadero, en Manganeses de la Polvorosa (Zamora), de 11 Ha, cuya fase soteña de la Primera Edad del Hierro ya poseía inequívocos signos de complejidad socioeconómica (capítulo 3). Las reformas de la Segunda Edad del Hierro dieron lugar a un poblado complejo, con manzanas de casas cuadradas, frente a las anteriores cabañas circulares de adobes, con calles empedradas y con actividades



industriales o semiindustriales en la forma de alfares (Misiego y otros 1998: 26-33) (fig. 4.119).

No obstante, los excavadores de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 262-267) tienden a marcar la centralidad de este poblado, aún sin denominarlo *oppidum*, en función de su tamaño y de que se encuentra rodeado de castros que no superan la hectárea, que supuestamente dependerían del poblado gijonés. En este sentido podría decirse que es cierto que por las importaciones mediterráneas del poblado, ausentes en otros lugares cantábricos, y por su tamaño, no es un castro habitual, a lo que debemos añadir su posible identificación con la *Noega* de los textos clásicos (González 1954: 53; Maya y Cuesta 2001: 261-267). Debió ser una de las comunidades castreñas cantábricas más conocidas de su momento, tanto dentro como fuera del contexto montaños. Incluso es posible que este papel destacado se pudiera llevar a cabo por las relaciones específicas de intercambio con los poblados de su *hinterland*, por ejemplo con los castros gijoneses de Castiellu de Bernueces y de Castillo de Baones, o con el vecino castro de La Barrera (Llogrezana, Carreño), en donde podrían intercambiarse importaciones mediterráneas por metales o pastos adonde llevar las vacas y/o tierras de cultivo. Pero ello no justifica que se pueda entender que los otros poblados dependiesen políticamente de la Campa Torres, ya que en principio mantienen su carácter fortificado y su aparente autonomía política. Los rasgos sociales que definen los *oppida* meseteños y normeseteños en ningún caso son aplicables a un castro del centro-occidente cantábrico, ni siquiera la Campa Torres. Debemos caracterizar a los *oppida*, frente a los castros, por cuestiones de complejidad socio-económica y de economía política, y no sólo por el tamaño.

Para nosotros es clara la existencia de una línea, a modo de frontera cultural, mucho más rígida que la defendida para los momentos postreros de la Edad del Bronce, ya que ahora se desarrolla entre sociedades sedentarias, tanto al sur como al norte, entre las que caben diferentes formas de pastoreo especializado, y que por lo tanto separa a las sociedades castreñas del centro-occidente cantábrico de las sociedades meseteñas que devinieron en *oppida* a finales de la Edad del Hierro. Esa línea en la Segunda Edad del Hierro se ha convertido definitivamente en una *border line* (sensu Parker 2006: 79-81), en una frontera que delimita dos ámbitos culturales y sociales distintos, dos formas diversas de economías de poder y de complejización socioeconómica. Esa línea se sitúa de un modo muy similar a la que ya pudimos definir, de forma mucho más blanda y permeable, desde el Bronce Final, si no antes. Podemos observar cómo al norte de ella se sucedieron unos montañoses muy reacios al cambio cultural y a las influencias externas, en concreto meseteñas. Sin embargo al sur de esa línea, en la zona sedimentaria leonesa y en la mayor



**Figura 4.120:** la frontera entre las zonas con y sin *oppida* es a su vez la divisoria de dos formas de economía de poder.

parte de las provincias de Palencia y Burgos, lo que caracterizó a la Segunda Edad del Hierro, y como evolución de los poblados soteños que ya comentamos en el capítulo 3, son los grandes *oppida*, auténticas ciudades-estado o, al menos, ciudades en las que se desarrollaron jefaturas complejas (fig. 4.120). Por lo tanto los *oppida* no son un fenómeno que podamos generalizar a todo el Norte y Noroeste sino más bien todo lo contrario. El centro-occidente cantábrico y lo que luego será el *Conventus Lucense* son regiones refractarias a este fenómeno. Este contraste entre sociedades con *oppida* y sociedades sin *oppida* puede observarse en otras zonas europeas tales como las Islas Británicas (Hill 1995a) o Europa central (Wells 1998), en la línea de las dicotomías de poblamiento a las que ya aludimos en el capítulo 3.

Tradicionalmente los *oppida*, tanto de la zona del sur de Galicia / norte de Portugal como del norte de la Meseta, han sido entendidos como un producto cultural propio del cambio de Era y consecuencia de la pacificación y promoción de Roma, o al menos de la mediterraneización previa a la conquista, lo que devendría en el desarrollo del plano ortogonal, las plantas cuadradas en las casas, los motivos decorativos en las casas, la construcción de infraestructuras de uso público, etc. (por ej. Almeida 1984, para el Noroeste, y Orejas 1996, para el noroeste del valle del Duero). En concreto para la zona sur de Galicia se ha reaccionado a esta visión tradicional y desde hace unos años se asegura que ni el comercio ni las incursiones de Décimo Junio Bruto son la clave del fenómeno, sino que son el resultado de las transformaciones ocurridas en el propio Noroeste por la propia dinámica indígena de creación de sociedades más complejas (Carballo 1996: 334), es decir, más desigualitarias. De este modo los *oppida* del Noroeste se han insertado en las dinámicas y evolución general de las sociedades de la Edad del Hierro de la costa atlántica y Europa central, esgrimiendo para ello contundentes argumentos arqueológicos fundamentados en las estratigrafías de los poblados excavados y en la cronología de muchos elementos de cultura material tanto mueble como inmueble, por lo que se podría asegurar que los procesos de concentración territorial, desaparición de castros pequeños y complejización socioeconómica que dieron lugar a los *oppida* del área bracarense se pueden atisbar ya desde el s. III a.C., y sobre todo

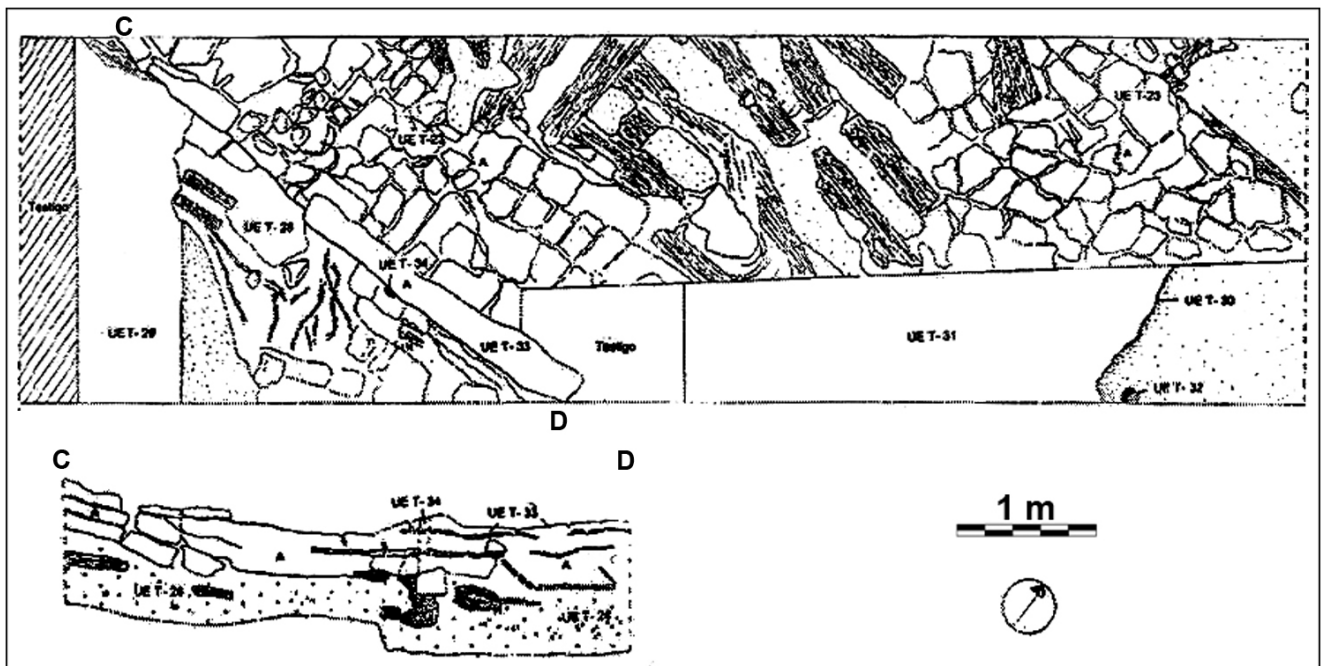
entre finales del II y durante el s. I a.C., como son los de sinecismo poblacional. En todo caso desde momentos claramente prerromanos (González Ruibal 2003a: 267-283), es decir, en la línea de otros *oppida* europeos, como los laténicos de Europa central o los del sur de Gran Bretaña (Woolf 1993: 224). Esos asentamientos mayores y de relaciones socioeconómicas más complejas ya no se entienden como fruto de la romanización sino como el resultado de evoluciones endógenas o como una progresión tardía hacia el concepto de ciudad introducido desde las regiones mediterráneas hacia el norte y el oeste de la Península (Parcero y otros 2007). Sea como fuere son concepciones “urbanas” y evoluciones hacia la formación de “urbes” propias de cada región, como podríamos inferir del análisis de la cultura material del Noroeste, ya que a partir del estudio arquitectónico de los principales *oppida* de esta zona se ha inferido la consolidación de modelos sociales cuya unidad básica sería la familia extensa, ocupando las complejas y diversificadas unidades de ocupación, compuestas por diferentes estructuras circulares, cada una con su funcionalidad, que definen un espacio privado para el grupo familiar (Ayán 2008: 952-956). Podemos entender que tanto Sanfins, con sus extensas unidades de ocupación formadas por estructuras circulares, como Lancia o Monte Bernorio, con casas de tipo mediterráneo durante la fase II, pueden ser entendidos como *oppida*, cada una dentro de su propia tradición cultural e histórica. *Oppidum*, entonces, es un concepto ambiguo, que puede definir a sociedades ciertamente variadas, pero que en líneas generales, más allá de que tengan dimensiones grandes (más de 20 / 25 Ha), sobre todo se caracterizarían por sus funciones urbanas y por su carácter defensivo. El urbanismo es un concepto complejo, de difícil comparación entre zonas y que fácilmente puede caer en concepciones mediterraneocéntricas de lo que se considera una ciudad, como por ejemplo el hecho de medirlo exclusivamente sobre la presencia o no de organizaciones urbanísticas ortogonales o mediante la asimilación o no de las estructuras arquitectónicas cuadrangulares. No obstante, si lo utilizamos, y teniendo en cuenta la variabilidad de casos, lo que cabría esperar es al menos algún grado de especialización y diferenciación funcional entre los diferentes tipos de asentamientos, entre las ciudades y los poblados rurales, que dependen mutuamente los unos de los otros, ya que no existen ciudades sin aldeas, granjas o poblados de menor entidad. También cabe esperar diferencias de poder en la sociedad en relación a la producción y consumo de bienes. Y una estructuración jerárquica y con claras diferencias internas dentro de los poblados (como pueden ser lugares de producción artesanal que tiende a ser industrializada, zonas monumentales, residencias de las elites, etc.), así como entre poblados. Como se puede ver por ejemplo en Bohemia o en Francia, los *oppida*

tienden a monopolizar la producción de ciertas tecnologías tales como la cerámica (Woolf 1993: 224-230).

Volviendo a la tipología de economías de poder (en González Ruibal e.p.) que venimos manejando podríamos argumentar que los *oppida* del extremo norte meseteño, al igual que los del sector bracarense, también se caracterizan por tener una economía política en la que lo económico ya trasciende los límites de la unidad de ocupación/casa. La economía política, en contraposición a la economía moral, sería un conjunto de estrategias y prácticas que proveen del entramado necesario para producir y reproducir las desigualdades. Solemos hablar de economía política cuando tratamos de sociedades en procesos de jerarquización, de formación de estados o de aparición de desigualdades. Estos mecanismos son utilizados por la elite, por los individuos aristocráticos o por ciertas casas para incrementar y mantener su poder. Podríamos sintetizar las estrategias movilizadas por los actores políticos en las economías políticas en relaciones patrón/cliente, tributos, regalos políticos, sistemas de bienes de prestigio, conocimiento esotérico y especializado, redes comerciales a larga distancia, culto a los ancestros aristocráticos, festines competitivos, producción y mantenimiento de excedentes, etc. (en González Ruibal e.p.)

Tales economías de poder han hecho que se establezcan paralelismos entre la Callaecia Bracarensis, cuyo sistema social podría ser definido con el levistrausiano término de “sociedades de casa”, y la Asturia Cismontana, cuyo sistema se ha definido como jefaturas basadas en el parentesco (González Ruibal 2003a: 282; e.p). Rasgos que podemos extender sin problemas hacia las provincias de Palencia y Burgos, ya que estos sistemas sociales no se acotan a esta zona sino que sería el sistema propio de muchas partes de Iberia y de la Europa continental. No debe sorprendernos esta comparación si tenemos en cuenta que ambas regiones compartieron procesos históricos muy similares tales como el origen del poblamiento estable sobre el 1000 cal AC, y por tanto antes que en la zona cantábrica, o como ambas regiones pueden ser englobadas en el Bronce Final Atlántico, con códigos aristocráticos compartidos y relaciones a larga distancia, de nuevo frente al refractario sector centro-occidental cantábrico (capítulo 2). Podríamos hablar en ambas regiones de economías de poder político de larga duración monopolizadas por elites que tienden a la centralización, al mantenimiento del poder en las mismas familias y a las conexiones de larga distancia. Mientras que los Callaicos Bracarense destacaron la casa como forma de subvertir las éticas más colectivas, en la Asturia Cismontana -y valle del Duero en general- se desarrollaron sociedades centralizadas y jerarquizadas, articuladas en *oppida*, y en donde lo que se destacó no fue la casa sino el lenguaje del parentesco. Esa sería la idea que se percibe de la



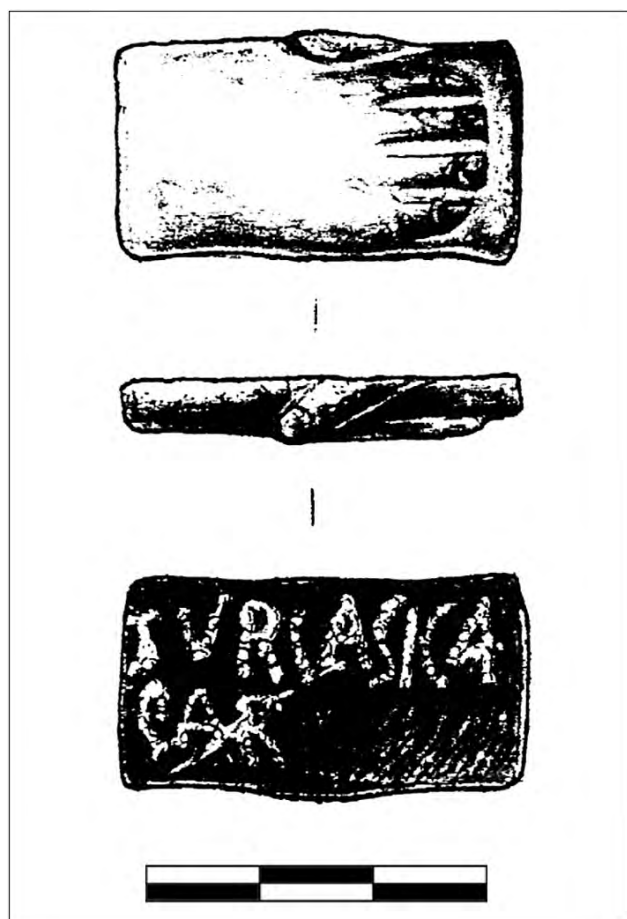


**Figura 4.121:** planta y sección C-D del sector Talancón del *oppidum* de Lancia: se puede observar una estructura de adobe de compleja interpretación en donde se recuperaron diferentes materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro (a partir de Celis, Gutiérrez y Liz 2004-2005).

epigrafía romana, ya que en este sector, así como en otras zonas de la Península Ibérica, es donde encontramos en la epigrafía a las *gentes* y *gentilitates*. El noroeste de la llanura sedimentaria del Duero es una zona no muy bien conocida (Orejas 1996), pero podría verse como un territorio con unas estrategias muy similares a las del sur de la Callaecia (González Ruibal e.p.). Se ha planteado que el uso de referencias de prestigio que procedan del sector mediterráneo de Iberia, así como del ámbito celtibérico -como puede ser la joyería de plata, o la panoplia y fíbulas de estilo celtibérico- pudieron jugar un importante rol en la construcción de una identidad común entre los *oppida* de la Asturia Cismontana y en la negociación del poder de las elites locales que pudieron desarrollar una cultura de elite generalizada (González Ruibal e.p.).

Quizás uno de los *oppida* más famosos del extremo norte de la Meseta, perteneciente a lo que tras la conquista romana se conocerá como Asturia Cismontana, sea Lancia. El *oppidum* de Lancia se originó como evolución del poblado soteño al que ya aludimos. Se ubica en un cerro entre los ríos Esla y Porma, muy cerca de León capital. Ya desde el s. XIX se conocen para el castro de Villasabariego, identificado con *Lancia*, una serie de mosaicos romanos procedentes de unas muy tempranas intervenciones arqueológicas (Almagro Gorbea y Cardito 2000: 137-139) y que nos indican una evolución particular no comparable a los poblados de las montañas norteñas. Pese a haber sido excavada esta ciudad “romana” desde los años cincuenta por el equipo del profesor Jordá Cerdá, tan sólo se han documentado niveles prerromanos *in situ* en los últimos años, que debemos vincular a este mítico

*oppidum* que se enfrentó a las legiones romanas, ya que se trata de niveles (calles empedradas, suelos de tierra apisonada, hogares, agujeros de poste, silos) fechables entre el s. II y I a.C. y de “marcado acento centromeseteño y, por lo tanto, emparentados con las culturas celtiberizadas” (Celis, Gutiérrez y Liz 2002: 257-259; 2004-2005: 108-109). Se han documentado niveles de hábitat de finales de la Edad del Hierro que hacen sospechar la existencia de un poblado prerromano mayor al considerado hasta entonces, con molinos circulares, de vaivén, huesos, cerámicas de tipo meseteño, y ya alguna importación como *Terra Sigillata Itálica*. Entre la cerámica prerromana se han constatado tanto vasijas torneadas, de cocción oxidante y decoración pintada de “tipos celtibéricos”, con motivos clásicos de círculos concéntricos, cerámica común a torno, y otros pequeños vasos “a mano” de perfiles en S o troncocónicos, que a veces llevan decoración de espigados impresos (Celis, Gutiérrez y Liz 2002: 261-268 y fig. 3; 2004-2005). La continuidad de poblamiento propuesta podría justificarse por haberse reconocido en el lugar los tres tipos básicos de cerámica de la Edad del Hierro en la Meseta, *grosso modo* sucesivas en el tiempo, la cerámica soteña, la a torno estampada y la “cerámica celtibérica” (Mañanes 1983: 175-177; Celis, Gutiérrez y Liz 2004-2005: 109), entre las que destaca especialmente el lote de cerámicas tardoceltibéricas fechadas a partir de época sertoriana (Celis 1996: 58), pero de la que no habría que descartar fechas más antiguas, ya que desde el s. III a.C. vemos su producción semiindustrial en otras zonas de la Meseta Norte. Los niveles romanos, y en concreto los de las termas han alterado notablemente los prerromanos, lo que no ha impedido



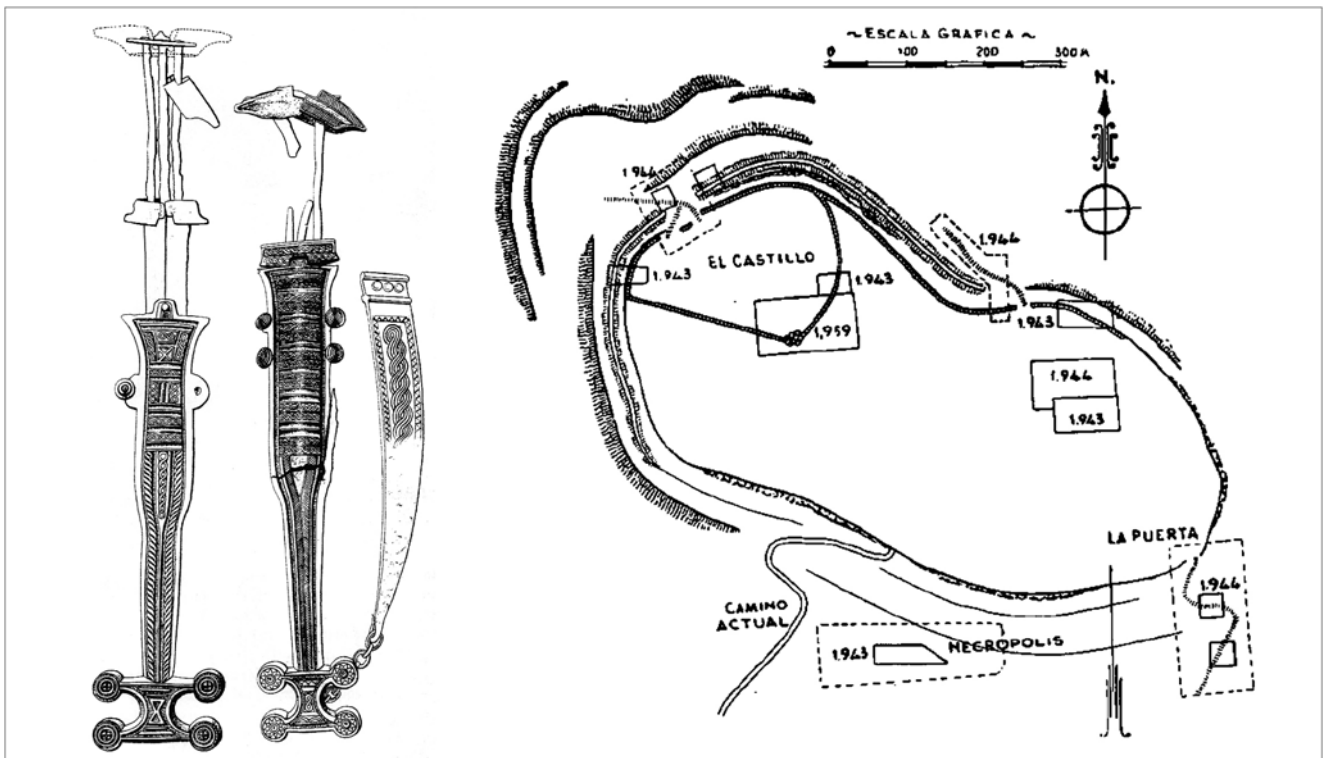
**Figura 4.122:** *tessera* de hospitalidad de Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia) (en Peralta 2003).

que se reconozcan estructuras, interpretadas como domésticas, de forma no claramente definida -líneas rectas que se incurvan en su extremo-, delimitadas por agujeros de poste de empalizadas que pudieron tener, además, adobes. En una de estas estructuras se documentó un horno en su interior con restos de fauna cocinada. Frente al horno un gran vaso de “cerámica celtibérica pintada”, seguramente un contenedor que estaría medio enterrado. Podría interpretarse por los agujeros de poste sellados por estos niveles que hubo varios momentos de construcción y reconstrucción de este espacio. Contando con todas las evidencias de la Edad del Hierro conocidas en el yacimiento de Villasabariego, y aunando algún poblado inmediato, que no obstante cuenta con sus propias defensas, se calculan unas 35 Ha para el *oppidum* prerromano de Lancia (Celis, Gutiérrez y Liz 2002: 261-268 y fig. 3; 2004-2005) (fig. 4.121).

En Palencia ya vimos (capítulo 3) que los Barahones, poblado de 12 Ha, tuvo una secuencia cultural que arrancaba de niveles cogotianos, para pasar por una fase soteña, con las particularidades “castreñas” de los poblados soteños en zonas no sedimentarias, como pueden ser los del occidente zamorano, para evolucionar a un poblado complejo en la transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro. En este último momento se defendió por una

muralla pétrea, pero sin que se hayan podido documentar estructuras o niveles de la fase II, por lo que se propone su abandono en dicha transición (Barril 1995: 408). Si esta autora está en lo cierto igual podríamos estar viendo procesos sociales muy similares al de otras parte de Europa con fenómenos de urbanismo durante la Segunda Edad del Hierro, como son el abandono de ciertos poblados y la concentración poblacional (sinecismo) en otros de gran tamaño u *oppida*. Entre los segundos, en esta misma zona palentina del piedemonte cantábrico, podríamos referirnos a Monte Bernorio y Monte Cildá. Ambos núcleos controlan los accesos a la Cordillera Cantábrica desde la Meseta y los pasos norte-sur y este-oeste: un evidente control estratégico del territorio desde el punto de vista económico y militar (Torres 2003b: 190). Se ha celebrado la aparición de una *tessera* de hospitalidad en Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia) como la primera que aparece entre los cántabros (fig. 4.122), hecho que es usado para corroborar la celticidad de todo el sector de Cantabria hasta la costa (Peralta 1993: 223). Pero precisamente, por la distribución meseteña de estos epígrafes y por el significado que se les suele dar en el sentido de que sellan la colaboración y ayuda mutua entre grandes poblados, lo que corroboraría dicha *tessera* es la asociación de estos grandes *oppida* del piedemonte cantábrico con los del resto del valle del Duero, pero no con los castros del sector central cantábrico, donde dichas expresiones epigráficas se encuentran completamente ausentes. Si las elites de los “astures meridionales y occidentales” pudieron realizar pactos de hospitalidad con las elites vettonas y lusitanas (Sastre 2001: 256-258) debido a que estos “astures” ya eran afines a las otras zonas citadas desde época prerromana, lo mismo podemos argumentar para los “cántabros del sur”.

Quizás Monte Bernorio (Villarén, Pomar de Valdivia) sea uno de los *oppida* más conocidos de la Península Ibérica. Se trata de un cerro amesetado de unas 28 Ha, con unas magníficas defensas naturales debido a los escarpes casi verticales. En sus laderas se detectan restos de murallas, fosos, algunos excavados en la roca, y otras obras de fortificación como terraplenes y trincheras dispuestas concéntricamente. Se encuentra en una situación privilegiada, sobre una muela caliza de 1.173 m. de altura con forma de meseta. Controla el Pisuerga y sus afluentes, el acceso al alto valle del Ebro, a las formaciones montañosas de Sierra Híjar y Sierra de Peña Labra, y con ello a las comarcas de Campoo y La Pernía, todo ello ya en la Cornisa Cantábrica, así como con el corredor natural que comunica Burgos con León. Domina una encrucijada de itinerarios, marcados por la orografía, que determinan los accesos desde la Meseta hacia los puertos de paso a la vertiente norte de la Cordillera Cantábrica, hacia los valles del Saja y el Besaya a través de Valderredible y Valdeolea (Torres 2003b: 189-190).

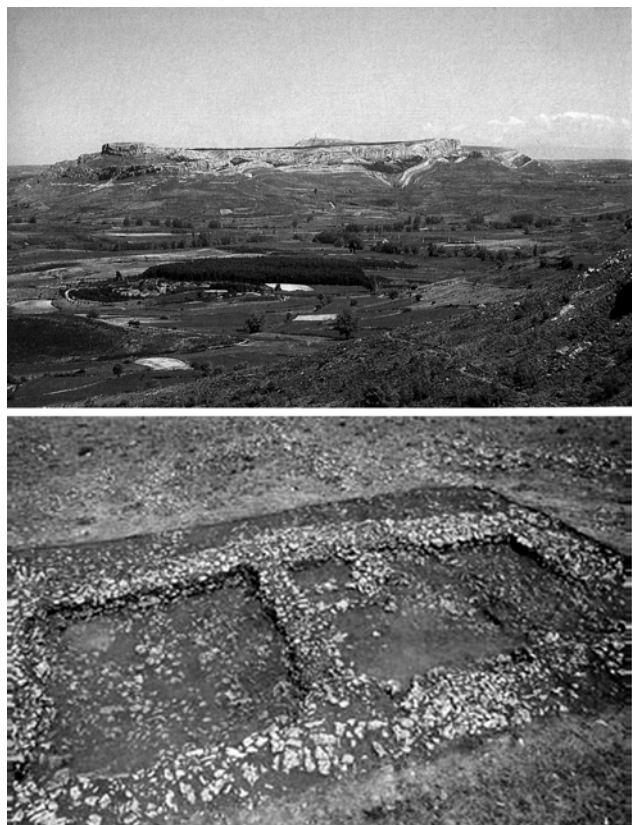


**Figura 4.123:** puñales tipo Monte Bernorio y enganche de tahalí de la necrópolis del yacimiento homónimo (Cabré en Peralta 2003) y planimetría antigua de este poblado con indicación del lugar de una de las necrópolis y de los sondeos efectuados hasta ese momento (en San Valero 1965).

De excavaciones decimonónicas se conoce la necrópolis, con ajuares muy llamativos con piezas como los famosos puñales que llevan el nombre del yacimiento. Asimismo tramos de muralla en torno a las puertas del lado norte y sudeste, posibles estructuras tanto circulares como cuadrangulares, y el interior de la acrópolis (San Valero 1944; 1965; Torres 2007), que ya interpretamos como el poblado original soteño de la fase I (capítulo 3). Las recientes prospecciones en la ladera sur han documentado abundante material de filiación meseteña, como son “cerámicas celtibéricas” (Torres 2007: 84), pero sobre todo nos parece muy significativo el hecho de que en los sondeos del Área 2, en la zona central del *oppidum* y fuera de la acrópolis, se hayan documentado estructuras cuadrangulares y rectangulares, adosadas o formando retículas, en las que se encuentran molinos de mano y cerámica, pero que poseen muy poca entidad debido a que debieron de estar construidas principalmente de materiales perecederos (los manteados de barro así lo confirmarían) (Ibid.: 89-90). En el Área 3 aparecen más estructuras cuadrangulares, realizadas con adobes y estructuras vegetales sobre zócalos de piedras, y adosadas a la muralla, que es de piedra, de unos 4 m de anchura y rellena de cascajo. De nuevo aparece cerámica pintada de tipo celtibérico y cerámica a mano, aparte de mucha fauna, y una punta de proyectil romano, lo que unido a otra información arqueológica recogida en el poblado (como son tachuelas de *caligae*), deja clara la

participación de este poblado en *Bellum Cantabricum* (Ibid.: 91-93) (fig. 4.123).

Al noroeste de la provincia de Burgos, muy cercano a los límites con Cantabria y Palencia, y *oppida* como Monte Bernorio o Monte Cildá, se encuentra el *oppidum* de La Ulaña (Humada, Burgos) en la comarca de Las Loras, con inmejorables lugares para la ubicación de poblados en alto y defensivos (Sacristán de Lama y Ruiz 1985). Si al castro cantábrico de Las Rabas, uno de los más grandes del sector cantábrico y ocupado hasta finales de la Edad del Hierro -cerámica campaniense-, le calculamos entre 6 y 10 Ha, al *oppidum* de la Ulaña, a unos 30 Km. a vuelo de pájaro del anterior, se le calculan unas 285 Ha, con lo que sería uno de los mayores de Europa, y claramente mayor a los otros *oppida* de su redolada, puesto que Monte Bernorio tendría unas 25 Ha, Monte Cildá unas 12 Ha y Peña Amaya, a unos 4 Km de La Ulaña, unas 46 (Cisneros y López 2004: 3-4 y nota 1). Estas inmensas extensiones, junto a una cultura material claramente diferencial, pone de manifiesto el sinsentido arqueológico de aunar bajo el concepto etnicista e historicista de “cántabro” poblados como La Ulaña y Peña Amaya con Las Rabas y La Campana, por ejemplo (en contra de Peralta 2003, o Marín y Cisneros 2008, entre otros). No obstante, al igual que ocurre con el *oppidum* de Ulaca, en Ávila, con unas 80 Ha, hay que diferenciar los grandes tamaños de estos poblados de la densidad de ocupación que tuvieron, ya que en La Ulaña se trata de un cerro plano de inmejorables defensas naturales al que se añadieron



**Figura 4.124:** vista general del cerro de La Ulaña (en Peralta 2003) y estructura de habitación cuadrangular de la Segunda Edad del Hierro del *oppidum* de La Ulaña (en Cisneros y López 2007).

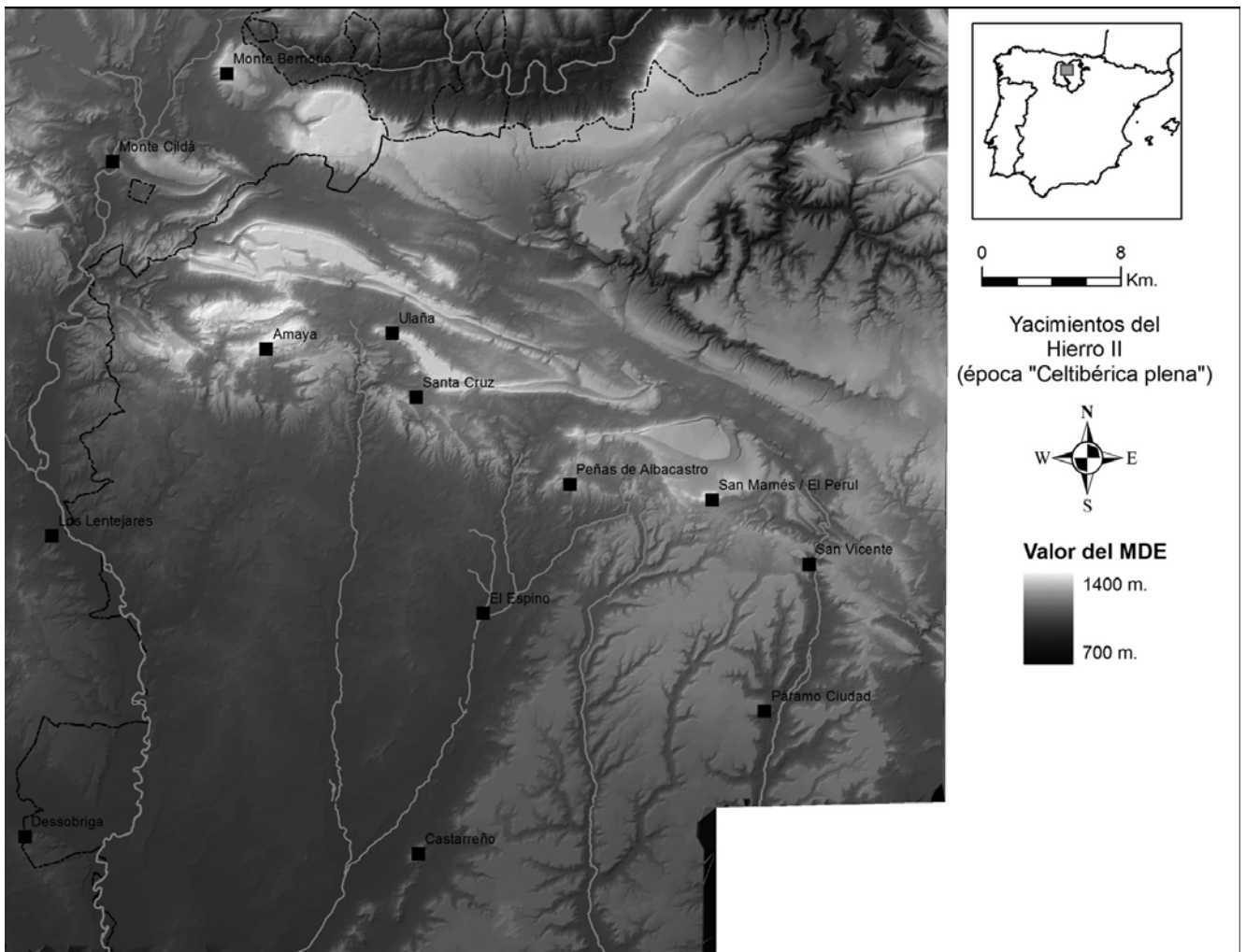
defensas artificiales en la forma de murallas (de unos 3,5 m de anchura y unos 4 o 5 de altura y con entradas en esviaje, como en los poblados del Sistema Central), tanto perimetrales como otra que corta transversalmente esta alargada muela, pero en su interior tan sólo se contabilizaron en un primer momento unas 68 estructuras, tanto circulares como cuadradas, que formarían unas 24 “unidades de ocupación”. Podría verse cierta jerarquización de las estructuras domésticas del poblado (Cisneros 2002; Cisneros y López 2004: 6, 11). Más adelante el número de estructuras contabilizado llega a 267, pero se reconoce que en esta cifra se están recogiendo también las de época histórica de uso del lugar. No obstante, de este total unas 47 son las que se corresponden con las circulares, de aspecto tumuliforme (Cisneros y López 2007: 299, 308). Se ha intervenido en dos de estas unidades de ocupación de la Edad del Hierro y el resultado son estructuras cuadrangulares, con varias habitaciones, y con ejes de más de 15 m. Se trataría de muros con zócalos de sillarejo trabado con barro y techumbre vegetal (Cisneros y López 2007: 304-307).

En la muralla norte apareció bastante material óseo, metálico y cerámico y un denario celtibérico de Turiaso (Cisneros y López 2004: 12). Del elenco óseo es muy interesante destacar como el porcentaje mayoritario de los animales reconocidos se corresponde con ganado vacuno (Marín y Cisneros 2008: 156). Respecto a los barros en general se

documentaron dos elencos cerámicos, la “cerámica celtibérica” por un lado y otro que, supuestamente, es previo a ésta, de transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro, y que también es a torno, pese a lo cual es el protagonista de la intervención en la muralla transversal, que supuestamente es la más moderna. También está presente en los ámbitos de ocupación (Ibid.: 17; Marín y Cisneros 2008: 154). Estas incongruencias se deben a que no se han reconocido como contemporáneos, pero con funcionalidades y simbolismos diferentes, los dos principales conjuntos cerámicos de los *oppida* meseteños: la “cerámica común” y la “cerámica celtibérica”, como veremos. De hecho el primer lote, el de las ollas de borde vuelto, a torno y cocciones mixtas, en algún caso con alguna espiguilla incisa, tendría paralelos en Monte Bernorio, mientras que las oxidantes con decoración pintada (las conocidas como “celtibéricas”) poseen paralelismos en la zona riojana y en la zona “vaccea”. Los materiales y fechas radiocarbónicas son coherentes y puede suponerse, tras la calibración de las mismas, una ocupación entre la transición de la Primera y Segunda Edad del Hierro y finales del I a.C. (Cisneros y López 2007: 307-308) sin que se aprecien, aparentemente materiales romanos, aunque Eduardo Peralta alude a una moneda de la caetra partida, glandes de onda y clavija de tienda de campaña romana procedente de esta poblado (Peralta 2003: nota 62), lo que podría vincularlo a los episodios de conquista y al campamento romano de Sasamón (fig. 4.124).

Son varios los poblados burgaleses de Las Loras (Rebolledo Traspaña, Icedo, Acedillo, Valtierra de Albacastro u Ordejón de Arriba y Ordejón de Abajo) junto a La Ulaña o Peña Amaya, que tradicionalmente se sitúan como “poblados cántabros”, sobre parámetros filológicos y de Historia Antigua, que no arqueológicos, y reconociéndose, no obstante, que en un sentido arqueológico es muy difícil diferenciar estos poblados fortificados de otros de tipo “vacceo” o “celtibérico” (Sacristán de Lama y Ruiz 1985). El cercano poblado de Peña Amaya posee varios recintos murados de distintas cronologías, incluyendo un castillo medieval, pero hay una muralla ciclópea en la acrópolis que se suele identificar como de la Segunda Edad del Hierro (Cisneros y López 2004: nota 33).

Este sector de las Loras burgalesas, cuya primera Edad del Hierro puede vincularse al mundo soteño (capítulo 3), al igual que ocurre con Palencia, también posee una evolución muy similar al resto de la Meseta para la transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro, ya que vemos el desarrollo de las necrópolis de incineración con una cultura material en cierto modo particular (placas de tipo Bureba, umbos de escudo y espadas de tipo Miraveche-Monte Bernorio, y fíbulas de doble resorte), como por ejemplo la necrópolis del castro de La Polera (Ubierna), o las de los poblados epónimos de Monte Bernorio (Lora palentina) y Miraveche (noreste de



**Figura 4.125:** principales *oppida* del sector central del piedemonte cantábrico en el límite entre las provincias de Burgos y Palencia (a partir de García Sánchez 2009: fig. 3).

Burgos). De hecho este sector del norte de Burgos y Palencia se ha marcado como un subgrupo dentro de la regionalización que se percibe en la Meseta Norte con el fin del mundo soteño y el tránsito hacia la Segunda Edad del Hierro. En estos poblados, y especialmente en sus necrópolis, ya se veía la instauración social de una elite guerrera y una desigualdad social evidente, cuyo rasgo arqueológico más evidente es la aparición de una rica panoplia guerrera, con damasquinados de plata sobre algunas piezas (Sacristán de Lama y Ruiz 1985; Romero y Jimeno 1993; Griño 1986-87). No nos debe extrañar entonces que la “etapa celtibérica” (a partir del s. III a.C.) coincida con un momento de máximo desarrollo de los grandes poblados fortificados u *oppida*, ya que son el resultado histórico de unas formas sociales tendentes a la desigualdad que ya se anunciaban desde los comienzos del mundo soteño.

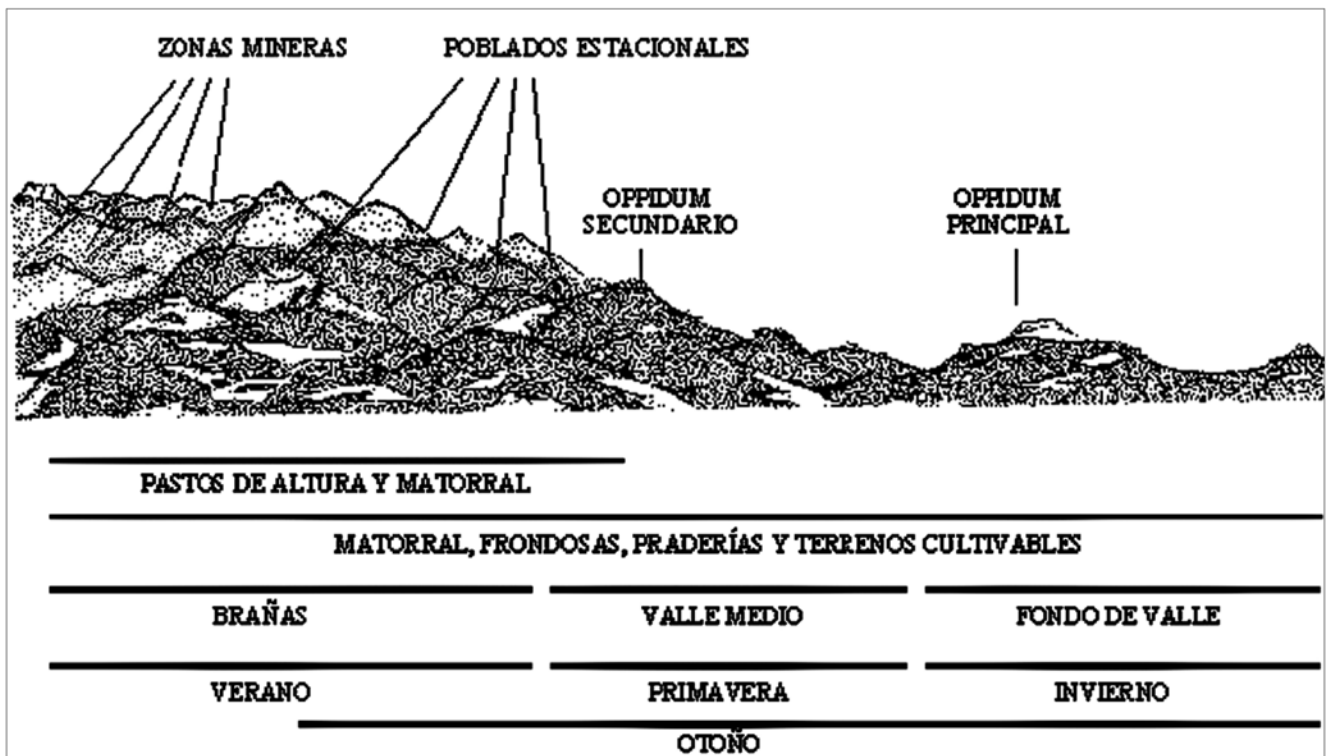
Como ya apuntamos para la fase I, y mucho más para estos momentos de la Segunda Edad del Hierro con la aparición de jefaturas complejas y formaciones estatales en los *oppida*, así como la fuerte compartimentación espacial y territorialización que ello supone, sólo los poblados de tipo meseteño situados en el piedemonte cantábrico serían ahora los

que aprovecharan los pastos y riqueza mineral de las alturas cantábricas. Ello podría explicar que se hubieran desarrollado grandes *oppida* como Monte Cildá y, sobre todo, Monte Bernorio, como desarrollo de los anteriores poblados soteños justo en las vías de acceso por el piedemonte cantábrico a las citadas alturas (fig. 4.125). Quizás el caso más evidente de continuidad de poblamiento y crecimiento del mismo, sea el mencionado Monte Bernorio, con fases cogotianas y soteñas que podemos circunscribir a la acrópolis (capítulos 2 y 3) y con un aumento de población durante la fase II hasta convertirse en un *oppidum* y ocupar toda la muela donde se asienta. Estos grandes poblados fortificados meseteños, los podemos considerar como jefaturas complejas y / o ciudades-estado, por las semejanzas y paralelismos con otros *oppida* meseteños mejor conocidos. Seguramente, de entre los diferentes *oppida* de la parte norte del valle del Duero, serían estas formaciones prácticamente urbanas del piedemonte cantábrico las que controlasen y monopolizasen los recursos de la Cordillera Cantábrica. Habría que plantearse, al igual que se ha hecho para los castros cantábricos (González Álvarez 2009), algún tipo de poblamiento estacional de altura para explotar la brañas que, tratándose de *oppida*,

podrían tener mayor entidad que los propuestos para los desplazamientos castreños. En este sentido nos parece muy interesante la reinterpretación que ha realizado Kechu Torres (2003b: 191-192, en contra de Cisneros, Díez y López 1995; 1996; Aja Sánchez y otros 1999; 1999b). Este autor ha visitado y reinterpretado una serie de supuestas “necrópolis tumulares” en Culazón (Brañosera), La Braña (Salcedillo, Brañosera), Comuestro (Brañosera) y Valdepicos (Barruelo de Santullán) que se sitúan en el límite de los bosques y el comienzo de las brañas, precisamente en la ladera meridional de la sierra que rodea por el sur la cuenca de Reinosa y que ya vimos que se explotaba desde la Edad del Bronce por grupos meseteños, como delatan los hallazgos del inmediato Celada de Robledo (capítulo 2). Kechu Torres reinterpreta estos conjuntos no como necrópolis tumulares, sino como enclaves con vestigios de lo que parecen viviendas y otras estructuras asociadas a éstas. Esta reinterpretación se fundamenta en una serie de rasgos observables, como son: la ubicación en ladera de estos conjuntos -incluso en zonas de fuerte pendiente, o cuando hay zonas próximas más llanas, para tratar de conseguir un efecto de protección de los vientos dominantes y de las precipitaciones-, la orientación meridional de estos enclaves en áreas que permiten una mayor insolación, la falta de uniformidad en las formas y tamaños de los supuestos túmulos -con presencia de otros tipos de estructuras como restos de muros y terrazas, así como la distribución y relación de éstos en el espacio que ocupan-, y la ausencia, en los túmulos abiertos, de cualquier elemento relacionado con inhumaciones y/o cremaciones -ya sean restos óseos calcinados, restos de ajuar o cerámicas asociadas a ellos-. El número total de agrupaciones y túmulos es muy variable ya que debemos considerar que son visibles aquellos a los que el arrastre de materiales causado por la marcada escorrentía no ha cubierto. Podríamos hablar de un número variable con grupos pequeños, de tres o cuatro túmulos, como las agrupaciones de Casa de Campo-Peñas del Sendo (Barruelo de Santullán-Brañosera). Otras de mayor número y tamaño como el de Matarredonda-El Centenar (Brañosera). Las grandes agrupaciones, por último, como la mayor de todas ellas que debe sobrepasar la centena, en el espectacular conjunto de La Braña (Salcedillo, Brañosera). Los “túmulos” se sitúan escalonadamente en las laderas, en algunos casos en terrazas naturales o acondicionadas artificialmente. Presentan formas circulares y ovaladas compuestas por amontonamientos de sillares. Su disposición, comparada con los restos recientes de cabañas de pastores derruidas, presenta una disposición similar. Además de estas construcciones, tendríamos otras estructuras como cercas, muretes y probablemente porches. Resulta frecuente la aparición de líneas de muro caídas, recintos en torno a algunos túmulos, etc.

La construcción de estas viviendas se realizaría utilizando sillar, con cubierta de tipo vegetal probablemente. Asociadas a estos núcleos podrían existir otras formas de habitación compuestas por estructuras más endebles y perecederas, establecidas de modo circunstancial para pasar cortos períodos de tiempo en las zonas de subida, en las zonas del “valle medio”, o directamente en las brañas, acompañando desplazamientos y estancias más cortas (fig. 4.126). Precisamente en Campoo junto a la vía de comunicación (actual Autovía Cantabria-Meseta A-67) entre estos dos grandes *oppida* de la comarca de Aguilar de Campoo (Monte Bernorio y Monte Cildá) y el *limes* cultural que fue la comarca de Reinosa se encuentran otras estructuras “tumulares” (túmulo de la Fuente del Dajo de la Rama) así como los restos de La Torrecilla I y II (San Cristóbal del Monte) con muros de adobes, estructuras circulares y algún molino barquiforme (García-Soto Mateos 2000: 141-143). Quizás todo ello pueda ser reinterpretado en la misma línea que los restos de Brañosera y Barruelo de Santullán, es decir, vinculados a un presunto modelo de poblamiento jerarquizado, que como vimos era una de las condiciones para hablar de *oppidización* y de formas socioeconómicas complejas, y fruto del pastoreo especializado de los grandes *oppida* del extremo norte de la Meseta sobre el piedemonte cantábrico, o como el antecedente soteño de lo que proponemos (capítulo 3).

Este tipo de hallazgos no deja de consolidar la idea de la sustitución de la forma de vida móvil por el pastoreo especializado en la Edad del Hierro, seguramente ya desde los primeros momentos del Soto pleno. También se ratifica el interés de los grupos del septentrión meseteño por la explotación del piedemonte y alturas cantábricas, seguramente desarrollando a gran escala un modelo que heredaron de la fase soteña. Necesariamente ello les obligó al contacto y la negociación con los grupos castreños cantábricos, y por tanto que se tuvieran que relacionar grupos de tendencia igualitaria con otros que se pueden clasificar como jefaturas complejas o directamente como ciudades-estado. Debemos pensar en la consolidación en este momento de unas fronteras que ya fueron descritas para la Edad del Bronce (capítulo 2), aunque no obstante, el carácter estacional, así como flexible y de negociación de las brañas y puertos, haría innecesaria y problemática la fortificación de estos poblados estacionales. Pese a que en la Segunda Edad del Hierro las fronteras políticas pasaron a ser mucho más estables y rígidas, podríamos pensar que en las zonas de pastos de altura, incluso en aquellas donde convergieron grupos culturales tan distintos como los provenientes de un *oppidum* meseteño y los que lo hicieron de castros cantábricos, la frontera aún poseería cierta flexibilidad, es decir, aún poseería ciertos rasgos propios de épocas anteriores -porosas, zonales, fluidas-. Además, entendemos que a



**Figura 4.126:** esquema de la posible explotación de la Cordillera Cantábrica por parte de los *oppida* del piedemonte cantábrico (en Torres 2003b).

un hábitat estable de mayor entidad (*oppida* y poblados meseteños en general, como los del noroeste de la llanura sedimentaria leonesa) les corresponde poblados estacionales de mayor entidad que los esperables para los castros, lo que parece confirmarse con los hallazgos descritos de la Montaña Palentina. No por ello hay que dejar de pensar que los pastos a los que subiera cada grupo humano estuvieran ya de antemano claramente definidos, como fruto de la negociación y de la tradición.

También se ha defendido una evolución de la mayor parte de la provincia de León (zona sedimentaria o páramo), a partir del s. IV a.C., en consonancia con las culturas meseteñas clásicas de la Segunda Edad del Hierro y por lo tanto con una clara tendencia a la concentración poblacional (*oppidización*), con fabricación y difusión de las cerámicas de tipo “celtibérico”, el hierro y la orfebrería, directamente sobre los niveles soteños que definieron el Hierro I, como se aprecia con claridad en Valencia de Don Juan. Aunque sin que de momento se conozcan en tierras leonesas necrópolis de incineración como las de las vecinas Palencia y Burgos, con materiales significativos como los puñales tipo Miraveche-Monte Bernorio, las placas Bureba, los puñales de antenas atrofiadas, etc. (Celis 1996: 55; Orejas 1996: 74). Algunos marcan como límite occidental de dicha vinculación meseteña la línea que marca el río Órbigo, puesto que al oeste de este río, en la zona de transición hacia los Montes de León o cuenca noroccidental del Duero, lo que se veía es una transición hacia formas montañosas o castreñas y el desvanecimiento del

fenómeno de los *oppida* (Orejas 1996: 74-101), por lo que la hoya de El Bierzo y los Montes de León, pese a contar con rasgos meseteños desde la Primera Edad del Hierro (capítulo 3) debería excluirse de la secuencia histórica general para la Meseta Norte en lo que se refiere al urbanismo de finales del periodo. De todos modos cabe reseñar que de los nueve asentamientos tenidos en cuenta en el estudio de Almudena Orejas para la cuenca noroccidental del Duero, tres de ellos superan las 5 Ha, con un caso (Regueras) que llega a las 18 Ha, mientras que el resto se sitúan entre 1 y 5 Ha, por lo que el verdadero contraste habría que marcarlo con las zonas de La Médulas, Eria y La Cabrera, en donde tan sólo un caso (Castrelín de San Juan de Peluezas) supera las 2 Ha (Ibid.: 84-85), por lo que deberíamos matizar las impresiones de esta autora. Dudamos de la supuesta frontera cultural que fue el río Órbigo (Ibid.: 94) y vinculamos todo este sector, tanto por materiales y secuencia desde al menos el Hierro I, como por el tamaño de los asentamientos, más con el resto del páramo leonés que con los castros del Noroeste, por mucho que se les defina como “castros”. De hecho se reconoce la abundancia de materiales “celtibéricos” en los mismos y de agregados poblacionales de hasta unos 1800 habitantes (Ibid.: 95-95, 97), pese a lo cual se evita por todos los medios definir a alguno de estos poblados como un *oppidum* (Ibid.: 96). Pero es evidente que por tamaños, concentración poblacional, cultura material y secuencia histórica desde el Bronce Final toda esta zona se asemeja mucho más a las formas culturales meseteñas que a las castreñas.



La diferencia entre grandes *oppida* y poblados más “pequeños”, pero que siempre se encuentran por encima de las medias cantábricas -y en concreto de los castros de la inmediata Montaña Leonesa- no quita para que todos ellos compartan una serie de rasgos comunes de tipo meseteño. De hecho, y matizando las palabras de Jesús Celis, y precisamente en el río Órbigo, encontramos necrópolis de incineración como la de la Dehesa de Hinojo (5 Km. al norte de La Bañeza), conocida tanto por materiales en superficie como, sobre todo, por los desmontes realizados en un barranco junto al río, y que pueden correlacionarse con el poblado protohistórico del cercano cerro donde se encuentra una ermita. La necrópolis parece responder a la clásica forma meseteña de urnas de incineración con ajuar, en la que al parecer se observan tanto cerámicas grises con decoraciones estampilladas como otras realizadas a torno (Descosido Fuertes 1981), sin que sepamos si se trata de cocciones oxidantes propias de la segunda mitad del Hierro II meseteño. La continuidad de poblamiento en el lugar desde la Edad del Bronce podría corroborarse por la aparición de un hacha plana de este metal de filo distendido. De otros poblados como Castrocabón, Castrotierra o el castro de Turcia también podría suponerse una ocupación desde época soteña plena (Celis 2002: mapa 3) hasta la Segunda Edad del Hierro y época romana, pudiéndose ver en algún caso las viviendas primitivas y variados restos cerámicos en superficie, como es la “cerámica de color rojo” -que hemos de asimilar a cerámica oxidante a torno de tradición meseteña-, o molinos circulares en el caso de Turcia (Descosido Fuertes 1981; López Fernández 1983). Que los poblados del Hierro II evolucionen sobre poblados soteños no quiere decir que todos los soteños tengan continuidad en esta época, pero sí que los que siguen poblados (Nava de los Caballeros, Valle de Mansilla, Ardón, Turcia, Sacaños, Gusendos, Villacelama) aumentan notablemente de tamaño, caso del mencionado Lancia o San Martín de Torres, que pudieron superar las 10 Ha (Celis 1996: 56), lo que podría ser un buen argumento para los supuestos procesos de sinecismo y de crecimiento poblacional que se dieron con el surgimiento de los *oppida*. Se trata por lo tanto de un proceso histórico muy similar al de Palencia o Burgos.

Por su parte en León también vemos aparecer poblados de nueva planta en zonas más llanas próximas a los ríos, con talleres y cenizales en las periferias, y extensiones entre 6 y 9 Ha (Celis 1996: 57). Habría una fase de cerámicas estampilladas entre los niveles soteños y los de cerámicas de tipo “celtibérico”, visibles en poblados como Lancia, San Martín de Torres-Bedunia, Turcia, Valle de Mansilla, etc. aunque aún no se ha podido aislar estratigráficamente, con motivos como círculos concéntricos, SSS / ánales estilizadas, que se ven tanto en el resto de la Meseta como en la zona

cantábrica y el Noroeste, y que ya se veían en algunos casos en las últimas cerámicas soteñas (caso de Algadofe) por lo tanto con una evolución muy similar al resto de la Meseta Norte. En casi todos estos poblados de la zona llana leonesa y en otros como Castro de Villafañe, Castro de la Candamia o Castro de Valderas se aprecia una ulterior fase de la Edad del Hierro con las típicas cerámicas de cocciones oxidantes y decoración pintada mediante líneas horizontales paralelas o semicírculos concéntricos, y en menor medida con motivos figurativos (Luengo 1961: 111-119; Celis 1996: 58).

Entre los representantes metalúrgicos observamos también tipos en la línea de los meseteños, como son las fíbulas rematadas en torrecilla o meseta, las simétricas con remates vueltos, las zoomorfas, las de caballito con jinete, como por ejemplo las de Lancia, las zoomorfas o las tipo La Tène (Celis 1996: 58; Luengo 1983; 1987: 23 y fig. 12). Asimismo se observa la abundancia y asimilación de otros broches que a priori podemos entender de origen extrameseteño, como los laciformes (Celis 1996: 58) ya que éstos, pese a verse desde la fase I en los castros cantábricos (capítulo 3), es en la fase II donde verdaderamente abundan, en yacimientos meseteños como la necrópolis vallisoletana de Las Ruedas, en Padilla del Duero (Sanz 1998).

Como podemos observar, tras este somero repaso, al sur del sector centro-occidental cantábrico, desde la provincia de Burgos hasta prácticamente las montañas al oeste de la provincia de León, se desarrollaron unas formas urbanas durante la Segunda Edad del Hierro, seguramente ya desde el s. III a.C. y sobre todo a lo largo del II que, pese a la ausencia general de buenas dataciones y estratigrafías, no tenemos porque entender como consecuencia de la conquista o influencia romana. Estas formas de jerarquización social no conocidas hasta este momento que devinieron en poblados complejos y *oppida*, sean las del sur del Noroeste castreño o las meseteñas, algunos las explican por proceso endógenos de las sociedades (por ej. Woolf 1993). Compartimos esta línea ya que sólo es posible entender las formas desigualitarias de finales de la Edad del Hierro en la cuenca sedimentaria del Duero si tenemos en cuenta que este territorio (junto al norte de Portugal y las Rías Baixas) participaron activamente del Bronce Final Atlántico, de una ideología aristocrática y de fórmulas de poblamiento estable tiempo antes que en el ámbito cantábrico. No podremos entender la formación de una jefatura compleja o estado en la forma de *oppidum* sino tenemos en cuenta que las desigualdades sociales se han ido forjando, reproduciendo socialmente y perpetuando en estos territorios desde el Bronce Final. Sin embargo, otros creen que estos grupos del noroeste de la cuenca del Duero, Rías Baixas o norte de Portugal llegaron a tales cotas de desigualdad y jerarquización poblacional sólo a partir del s. II a.C.

por la inmediata presencia de Roma. O más concretamente que los “factores externos pusieron en marcha factores históricos nuevos”. Entre los ejemplos de asentamientos grandes de la zona “astur cismontana” al este del río Órbigo, que sería la que supuestamente poseería claras influencias celtibéricas, se cita a *Brigaecium* (Fuentes de Ropel), *Baedunia* (castro de San Martín de Torres) y Lancia (castro de Villasabariego) (Sastre 2001: 46, 47). Pero deberíamos pensar que más bien que una cuestión de causa y efecto (llegada de Roma = jerarquización) se trató de dos procesos que coincidieron en el tiempo (Delgado y Grande 2009: 88). Si a aquellas sociedades la presencia de Roma les pudo influir a la hora de incentivar sus formas desigualitarias es porque en su seno ya estaban instaladas formas de economía política que ideológicamente justificaban y reproducían las distintas formas de poder hegemónico. Especialmente si tenemos en cuenta que los procesos de oppidización en el valle del Duero podrían comenzar ya en el 400 a.C. (Burillo y Ortega 1999: 135), mucho tiempo antes de la irrupción de Roma en la Península.

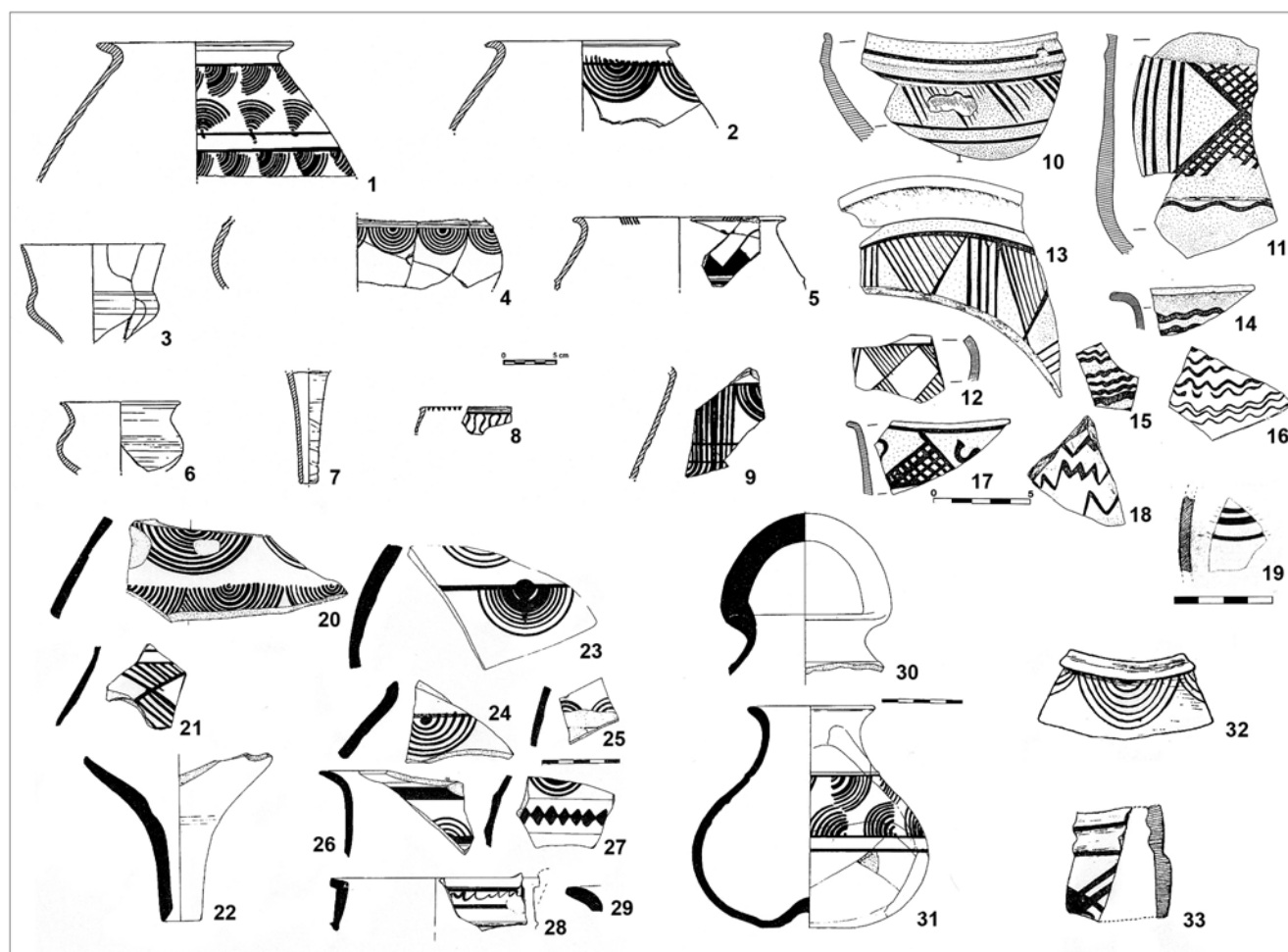
En los *oppida* hemos de pensar ya en formas políticas tales como las jefaturas complejas e incluso formaciones estatales del tipo ciudad-estado, formados a partir de procesos de sinecismo, con un territorio político que se controla y en el que puede haber otros tipos de poblamiento (granjas, alquerías, pequeñas aldeas) que dependan políticamente del *oppidum*. A nivel social ya no hay ningún rastro del *ethos* igualitario. De hecho el momento de transición entre formas de economía moral a formas de economía política en la Meseta Norte, o pérdida del *ethos* igualitario, seguramente se encuentre en la Primera Edad del Hierro, con el profundo cambio que supuso el paso de Cogotas I a los poblados sedentarios de tipo Soto, en los que ya se apreciaba urbanismos densos, diferencias reseñables entre unidades de ocupación, importancia del almacenaje en cada conjunto doméstico, presencia de bienes exóticos o de prestigio llegados desde tierras lejanas, etc. (capítulo 3). Lo que sí es casi seguro es que a partir del s. IV a.C. lo que prima es un *ethos* de tipo guerrero que legitima la jerarquía y la distinción de clases entre los principales actores políticos, donde se respalda la autoridad de los líderes y, a veces, la coerción física. Se trata de formaciones políticas en las que se ha dado la transición irreversible de “jerarquías de dominio reversible” a “jerarquías de dominio ortodoxo”, pues la autoridad pasa a ser fuerte y transmitida generacionalmente y la gente pasa a estar clasificada en categorías jerárquicas que devienen en fundamentales en sus vidas. No obstante, todavía quedan resquicios para la resistencia y para limitar la dominación (Boehm 1993: 240).

Unas de las principales características de los *oppida* de finales de la Edad del Hierro son la estandarización y la especialización de la cultura material, fenómeno que en el marco de comunidades



**Figura 4.127:** un ejemplo de industrialización y estandarización de la cultura material: el horno alfarero número 2, de cocción cerámica, del barrio artesanal de Carralaceña, del *oppidum* de Pintia (Valladolid) (en Romero Carnicero y Sanz Mínguez 2008).

protoestatales está bien comprobado arqueológica, histórica y etnográficamente, y que se advierte en toda la Europa templada desde la Edad del Hierro (González Ruibal 2007: 290). Ello responde a la apropiación de los recursos económicos por parte de las elites dirigentes de los lugares centrales. En el caso de la cerámica para el área bracarense queda registrado arqueológicamente de modo explícito en las estampillas o grafitos de los cacharros con el nombre más que del alfarero de la casa o familia que controla el *oppidum* y del cual dependen los nuevos talleres cerámicos y la gente que en ellos trabaja (Ibid.: 290), lo que significa la superación definitiva de la producción cerámica doméstica y una pérdida de poder simbólico para las mujeres, ya que es una manufactura que al industrializarse pasaría a manos masculinas (Marín 2007). Para el occidente meseteño nosotros mismos hemos podido comprobar este mismo fenómeno en *oppida* del sector abulense gracias a la excavación en área de barrios artesanales extramuros, como es el caso de Ulaca (Solosancho), en donde el reconocimiento de un alfar de los dos siglos previos al cambio de la era es seguro, en una zona antes dedicada a necrópolis y que en un momento dado se convirtió en barrio artesanal. Un alfar en línea del localizado hace años en el cercano *oppidum* de Las Cogotas (Álarez Sanchís 2003: 207-213; Álvarez Sanchís y otros 2008; Ruíz Zapatero y Álvarez Sanchís 1995). Más al norte, en pleno territorio vacceo, desde hace años también se conoce el barrio artesanal de Carralaceña, vinculado al *oppidum* de Pintia, que se compone de zona residencial, zona de trabajo, con hasta tres hornos de cocción cerámica, y escombrera (Sanz y Escudero 1993) (fig. 4.127). Si pensamos que los *oppida* con los que Ulaca y su territorio político limita, como puede ser el propio poblado de Las Cogotas, tienen también cada uno su propio alfar o alfares altamente industrializados en barrios extramuros de signo artesanal, y sin embargo entre los tipos y decoraciones cerámicas los paralelos



**Figura 4.128:** ejemplos de cerámicas de cocciones oxidantes y decoración pintada de bandas y semicírculos en el tramo septentrional de la Meseta Norte: Dessobriga (Palencia-Burgos) (1-9); Monte Cildá (Palencia) (10-18); Monte Bernorio (Palencia) (19); Valle de Mansilla (León) (20-21); San Martín de Torres (León) (22); San Cipriano de Rueda (León) (23-29); Lancia (León) (30-31); Castro de Valderas (León) (32); Castro de Ardón (33) (León) (a partir de Misiego y otros 2003; Bohigas 2987/88; Torres 2007; Celis 1996; Luengo 1961, modificados) (32 y 33 sin escala).

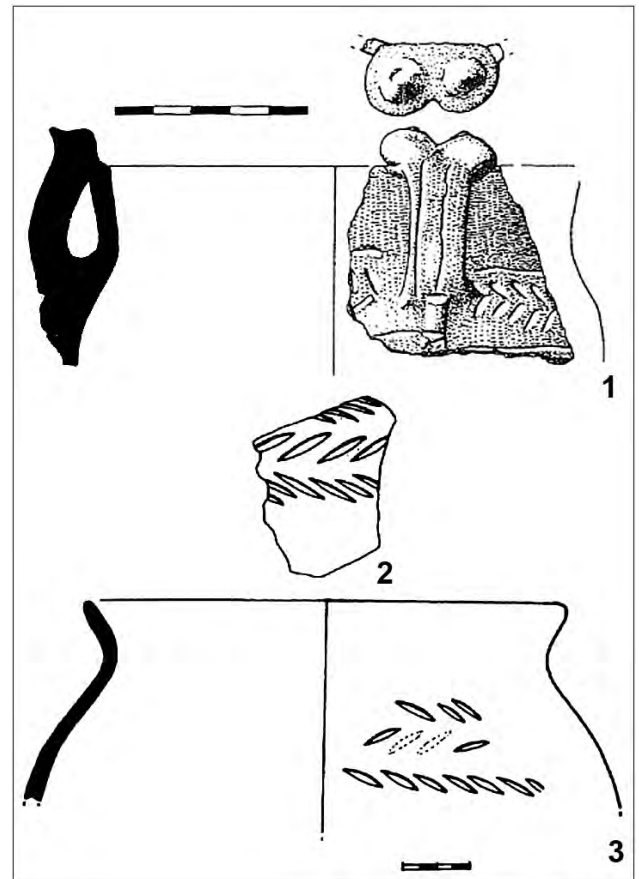
son muy estrechos, podemos aplicar también al caso meseteño los principios de estandarización y especialización de la cultura material ya mencionados. De hecho la cerámica oxidante con decoración pintada rojiza de semicírculos y bandas, y en ocasiones figurativa (incorrectamente denominada “cerámica celtibérica”), que hemos comparado entre Ulaca y los *oppida* que le rodean y cuyo origen se puede situar en la transición de los ss. IV-III a.C. (Álvarez Sanchís 2003: 206-207) está ampliamente representada por toda la Meseta Norte, llegando al mismo piedemonte cantábrico, como hemos visto ampliamente en Monte Bernorio o La Ulaña, penetrando incluso hasta los primeros castros cantábricos, en el entorno de Reinosa (por ej. en Las Rabas) (fig. 4.128). Pero no sólo vemos paralelismos entre el piedemonte del Sistema Central y el resto de la cuenca del Duero en esta CTO cerámica sino también en el otro gran grupo que acompaña a las cerámicas de cocción oxidante y pintadas, que es el que ya mencionamos a cuento del castro de Las Rabas, el de la CTO cerámica de cocciones mixtas o “cerámica común a torno”, que no son otras que las cerámicas de cocina y almacenamiento, que suelen ir

sin decorar (en ocasiones alguna estampilla), con pastas más groseras y mayor tamaño de los degreasantes, por sus funciones culinarias. Encontramos formas, cadenas de montaje (en dos partes, realizando el fondo con umbo por un lado y el resto de la pieza por otro) y conceptualizaciones de las piezas muy similares entre la necrópolis y barrio artesanal de Ulaca (Solosancho, Ávila), con las de poblados de Burgos (como Roa, entre otros), Palencia (Paredes de Nava) y Valladolid (Padilla de Duero) (Álvarez Sanchís y otros 2008; Escudero 1999: 276-277). Estas dos CTOs cerámicas sustituyen en la Meseta Norte a las cerámicas de rotaciones lentas (las conocidas como “cerámicas soteñas” y las “cerámicas a peine”, que no dejan de ser la evolución y barroquización decorativa de las primeras).

No obstante, pese a que los confines septentrionales de la Meseta poseen procesos históricos muy similares a los de la cuenca central del Duero y piedemonte norte del Sistema Central, también es posible ver ciertas particularidades según avanza la Edad del Hierro, rompiéndose paulatinamente la absoluta homogeneidad cultural de

los grupos Cogotas I debido a la fragmentación política del nuevo periodo. En este sentido es posible ver un tipo de cerámicas entre los poblados meseteños más norteños, aún realizada por rotaciones lentas (“a mano”) y decorada con espigas de trazos anchos, que se han definido como impresas, pero también como incisas, con lo que coincidimos más. Aludimos a ellas a colación de las CTOs cerámicas prerromanas cantábricas, argumentando que algún poblado que aún pudiendo ser catalogado como de tradición cantábrica, como Villaceid (Morán 1956/61: 108), las tenía, seguramente por su posición tan meridional cercana al *limes* cultural que hemos definido. Por otro lado las vemos en los niveles prerromanos de Lancia (Celis, Gutiérrez y Liz 2002: 266), acompañando incluso a las dos CTOs de cerámica a torno que hemos descrito más arriba (la de las piezas oxidantes a torno y decoración pintada y la de las piezas a torno y cocciones mixtas). Por último también las observamos en poblados palentinos como Paredes de Nava, dentro de un elenco material claramente asimilable a la Segunda Edad del Hierro y época romana, acompañando de nuevo a la mal denominada “cerámica celtibérica” (Nieto 1942-43: 190, lámina V), así como en el burgalés *oppidum* de La Ulaña, en donde se defiende una cronología de transición entre la Primera y Segunda Edad del Hierro (Cisneros y López 2004: 17-18 y fig. 15). De hecho hemos de pensar que estas producciones “a mano” son la antesala de los profundos cambios que sufrirán muchos de estos poblados a partir del s. IV, y sobre todo III a.C., con la oppidización de los mismos. Sería sobre estas fechas cuando las dos CTOs de producciones cerámicas a torno que hemos descrito más arriba, sustituirían a las últimas representantes realizadas por rotaciones lentas, como estas vasijas decoradas con amplias espigas, evolución de las cerámicas soteñas o CTO cerámica de rotaciones lentas de la Primera Edad del Hierro normeseteña (fig. 4.129).

De hecho esta sustitución coincide con el desarrollo de los *oppida* como tal, y la debemos vincular con el paso de la producción cerámica doméstica a una industrializada, con el desarrollo de los artesanados a tiempo completo (alfares como tal que fabricaron las dos nuevas CTOs cerámicas, ya en barrios artesanales) y, por lo tanto, con claros signos de complejización y desigualdad social, en donde destacamos la pérdida femenina del control de la tecnología cerámica. Como hemos podido comprobar en el alfar del *oppidum* de Ulaca (Álvarez Sanchís y otros 2008) estas dos CTOs fueron realizadas en los mismos centros artesanales, y mientras que las pastas decantadas, anaranjadas por las cocciones oxidantes y decoradas con pintura, tuvieron una función más conspicua en el espacio social, formando parte de actividades rituales y sociales, ya que muchas estarían destinadas al consumo y servicio de vino, la segunda CTO estuvo destinada principalmente a contenedor y



**Figura 4.129:** los últimos compases de las rotaciones lentas en el extremo norte de la Meseta. Cerámicas decoradas con espigas de Lancia (1) y La Ulaña (2-4) (a partir de Celis 1996; Cisneros y López 2004, modificados).

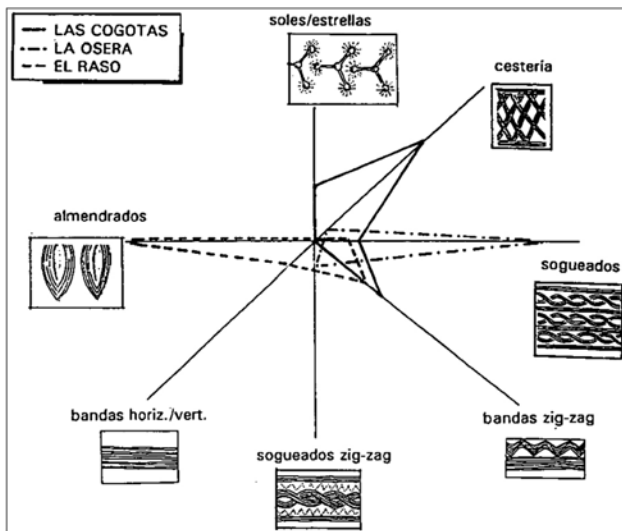
olla de cocina, puesto que son las únicas piezas en las que se documenta hollín y en las que aparece grano quemado en su interior, así como otras viandas (carne) en la necrópolis vallisoletana de Las Ruedas (Álvarez Sanchís y otros 2008; Escudero 1999: 285-286).

Las relaciones políticas entre los diversos *oppida*, o mejor dicho, entre las elites de los diversos poblados, explicaría la rápida expansión de formas cerámicas muy similares a lo largo de grandes áreas, entendidas como bienes de prestigio, y vinculadas a determinada ritualidad y gestualidad que marcara distinción, aunque el área de distribución real de las producciones seguramente se encontraría restringido en buena medida a los alrededores de cada *oppidum* (su territorio político) (González Ruibal 2007: 290). De hecho la cerámica oxidante a torno rápido y con decoración pintada de bandas y semicírculos (incorrecta o histórico-culturalmente denominada “cerámica celtibérica”) que encontramos por los *oppida* de la Submeseta Norte con seguridad a partir del s. III a.C. funcionaría en el sentido de un “gran estilo” como más arriba hemos descrito, que abarcaría desde el Sistema Central hasta el piedemonte cantábrico. Un “gran estilo” es propio de una sociedad en donde ya existen, al menos, jefaturas complejas y forman parte de sus mecanismos de construcción del poder y de diferenciación social (Earle 2002: 162). Los grandes

estilos se asocian a las elites, que son quienes los crean y pueden usar e interpretar, aunque algunos de los elementos aparecen también en las expresiones de los dominados, ya que al fin y al cabo casi todos los símbolos proceden de una “reserva simbólica” de la que participan todos los grupos sociales (González Ruibal 2007: 307). Un “gran estilo” de parte de la Europa templada sería, por ejemplo, el estilo de La Tène, cuyos elementos llegaron incluso a la Península Ibérica. Esto fortalece los lazos entre los dominantes, que comparten el mismo lenguaje, y los aparta de la gente común, es decir, les aporta un capital simbólico superior al del resto. Pero como los motivos pertenecen a esa reserva simbólica común ello impide que la separación entre el pueblo y la elite dirigente sea tan marcada como en una sociedad estatal consolidada o en una imperial como Roma. Para la zona de los *oppida* Bracarense habría un gran estilo que se puede observar sobre joyas, ropajes, etc., pero sobre todo quedaría claro en los programas decorativos de las casas (esvásticas, trisqueles, entrelazados y cordados), con códigos compartidos entre las elites y que a la vez sirven para la competencia por el poder entre ellas. Al estar tan ligados a la elite cuando cae su sistema de poder, el sistema de desigualdades que lo sustenta, también cae el estilo. Es lo que ocurre cuando conquista Roma, en donde los viejos símbolos perdieron validez, y donde antes había una casa decorada o un torques de oro, ahora vemos que el poder se negocia sobre nuevos símbolos (vestimenta togada, viviendas de estilo romano, vajilla romana, el latín) (González Ruibal 2007: 308). De todos modos observamos momentos de transición en donde símbolos y elementos de los viejos grandes estilos se reinterpretan, como puede ser el caso de la aplicación de símbolos astrales sobre epígrafes escritos en latín en numerosas zonas de la Meseta Norte o de la zona cantábrica, o la aplicación de textos en latín sobre uno de los principales símbolos de las elites del territorio vetton, los verracos (Álvarez Sanchís 2003: 215-294), que en definitiva están marcando una transición entre dos formas de autorrepresentar el poder por parte de las elites, con elementos pertenecientes a la tradición y otros nuevos tomados de los conquistadores.

Podemos aplicar las ideas de Gosden (en 1985: 476, 485-490) a los *oppida* meseteños ya que se refiere a zonas con contactos con el mundo mediterráneo desde la primera Edad del Hierro, como Centroeuropa, y en concreto Bohemia. Adoptar el torno de alfarero supuso, en sociedades con ausencia de alianzas estables entre los grupos, un ejemplo de cómo el control de la producción -de la tierra y de los medios de producción- es la base del poder político, más que el control del comercio. El control del comercio sólo fue importante en esas áreas donde el contacto con las potencias mediterráneas fue directo. En la clasificación de Van der Leeuw (1993) sobre los niveles de producción cerámica, en una buena parte de

centroeuropea, ya en Halstatt D y La Tène A, se habría pasado de una industria doméstica a una de taller, con avances tecnológicos como el torno rápido, y con una gran especialización por parte del ceramista. De forma paralela a la Submeseta Norte en la Segunda Edad del Hierro se ve como la arcilla se escoge con mayor cuidado (fuentes de aprovisionamiento distintas). Y tampoco es que se constate una mayor producción de cacharros sino un mayor esfuerzo en hacer productos de lujo (bienes de prestigio) que tampoco se mueven mucho más allá de un radio cercano al poblado, ya que una característica de los *oppida* meseteños durante la fase II es que son autónomos en la producción de sus cerámicas a torno oxidantes y decoradas con pintura roja, por centrarnos sólo en uno de sus aspectos de cultura material más cuantioso y conocido. Puede que los movimientos de estas cerámicas entre los poblados respondan a regalos como consecuencia de las obligaciones de parentesco - algo que sólo es posible si se controlan los medios de producción-, y puede que lo que se regale o intercambie sea más el contenido que el contenedor. Para la Meseta Norte podemos pensar en sistemas de parentesco tipo Omaha-Crow (sistemas en donde todos los descendientes de un linaje están excluidos como pareja para ese linaje, funcionando como un sistema de matrimonio asimétrico, en donde hay regularidad de funcionamiento y periodicidad en la devolución, y que podría entenderse como un punto intermedio entre las formas más elementales de matrimonio y las más complejas en donde hay múltiples lazos entre familias y grupos (Gosden 1985: 481, 491-492), como se ha propuesto a partir de la documentación de *gens* y *gentilitas* en este territorio o por la ordenación de los cementerios en grupos familiares (Sánchez Moreno 1996; González Ruibal 2006). Los usuales modelos de centro y periferia sólo podrían tenerse en cuenta para aquellos pueblos que entraron en contacto directo con griegos, etruscos, fenicios y cartagineses, etc., por lo que no nos viene bien para pueblos como los meseteños de la Edad del Hierro. Teniendo en cuenta la importancia del parentesco en las formas de organización social de la Meseta Norte podrían tenerse en cuenta los modelos fundamentados en bienes de prestigio, para entender la complejización social que desembocó en la oppidización de muchos poblados. El comercio tiene el poder de establecer las relaciones sociales bajo ciertas condiciones, pero habría que diferenciar en qué casos es importante y decisivo y en cuales no. Las sociedades estructuradas fuertemente sobre sistemas de parentesco pueden ocupar posiciones intermedias entre sociedades en las que las alianzas regulares canalizan los movimientos de personas y cosas, y las que tienen formas más complejas de intercambio ya no tan influido por el parentesco, y con una naturaleza más comercial. Gracias a esto podría entenderse como los intercambios pueden depender de complicados



**Figura 4.130:** motivos de la cerámica a peine de diferentes *oppida* del sur de la Meseta Norte y diferencias estilísticas a nivel de asentamiento (en Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís 2002). Es posible que la manipulación de las obligaciones de parentesco pueda estar detrás de la complejización socioeconómica de la Meseta Norte y que las diferencias estilísticas se correspondan a tradiciones tecnológicas controladas por las mujeres de cada poblado y los motivos compartidos a intercambios exogámicos de mujeres entre poblados.

sistemas de matrimonio, siendo resistentes a lazos de comercio más regulares, y recayendo el sistema más sobre la producción local. Esto sin duda debe estar detrás de la aparición de los *oppida* (Gosden 1985: 481, 491-492). Si pensamos en las cerámicas a peine y la proporción de los motivos decorativos de las mismas, que varía de un poblado a otro al sur del río Duero (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís 2002), y en cómo éstas pueden explicarse aún en estos momentos de transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro como producciones femeninas, podríamos pensar que el pequeño porcentaje que tiene cada poblado de decoración diferencial puede ser producto del intercambio de mujeres entre poblados por obligación a reglas de parentesco (fig. 4.130). Podríamos entender del mismo modo que los regalos entre las elites ya en momentos de consolidación de los *oppida* y de industrialización de la cerámica a torno rápido pueda seguir respondiendo a regalos dentro de sistemas de bienes de prestigio por deudas contraídas por enlaces matrimoniales, sólo que ya en momentos en los que las cotas de jerarquización social habían llegado a niveles muy altos, donde la sociedad se había fragmentado definitivamente en clases sociales con el desarrollo de una elite dirigente de marcado carácter guerrero y las mujeres habían perdido definitivamente buena parte del espacio social. Seguramente los vasos cerámicos de cocciones oxidantes y decoración pintada, máximos exponentes de lo que podría denominarse “gran estilo meseteño”, serían destinadas al consumo de vino, y cerveza en algún caso, como por ejemplo las copas de pies realzados, para el

consumo de forma individualizada, mientras que los grandes vasos lo serían para el consumo colectivo (Romero, Sanz y Górriz 2009: 236-250). Todo ello se puede relacionar con ritos de comensalidad por parte de la oligarquía guerrera, como elemento vertebrador de las relaciones sociales, tanto dentro de cada poblado, para ganarse el favor y las alianzas de los subordinados, como entre poblados, dentro de un código aristocrático simposiaco, evolución al fin y al cabo de los ritos de comensalidad soteños asociados al Bronce Final Atlántico.

Sean como fueren los procesos exactos por los que se llegaron a fórmulas irreversibles de “jerarquías de dominio ortodoxo” lo que sí parece evidente es que el desarrollo de los *oppida* y de sus “grandes estilos” en la forma de bienes de prestigio producidos ahora de forma mucho más sistemática e, incluso, semiindustrializada, como la cerámica, ofreció mayores posibilidades de que estas piezas llegaran a manos de las elites cántabras (pensemos en algunas fibulas meseteñas, en el puñal tipo Miraveche-Monte Bernorio de Caravia o en la cerámica a torno pintada de Las Rabas), que serían reinterpretadas como formas de acumular prestigio entre aquellas gentes de comportamientos más igualitarios.

#### Los contactos con los “*oppida*”.

Dentro de una interpretación etnicista y finalista se entiende como un proceso natural la celtiberización de Vacceos, Vettones, Lusitanos, Galaicos, Astures, Cántabros, Turmogos, Bárdulos... ya que todas estas regiones de la “Hispania celta” compartirían un mismo substrato protocelta (Almagro Gorbea 2002: 53-54). Sin embargo pudimos estudiar cómo en la zona cántbrica el proceso histórico en la transición entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro no permite corroborar ese supuesto sustrato común (capítulo 2). Aparte no entendemos cómo se produjo esa supuesta expansión “cultural y étnica” de los Celtíberos sobre el resto de la “Hispania celta” explicada por el “marcado carácter aguerrido y su gran fuerza expansiva” (Ibid.: 60) ya que, al menos en la zona cántbrica, tan sólo apreciamos la asimilación de ciertos rasgos estilísticos y decorativos, que podríamos vincular al mundo ideológico guerrero y masculino, como pueden ser por ejemplo las copias locales de algunas fibulas de caballito. De hecho para la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica podría hablarse de una “gran estilo celtibérico”, que podemos llamar también “meseteño”, que recoge tradiciones continentales y mediterráneas, y que se expande por toda la Meseta y el norte de la Península; otro “ibérico” en la zona levantina y meridional; y otro “estilo galaico-lusitano” para el cuadrante noroccidental. No son culturas o etnias, sino rasgos específicos, ideas, detalles técnicos o artefactos significativos que viajan a través de culturas, etnias y comunidades que, con frecuencia,

son bastante distintas. Suelen ser elementos de los grupos dominantes que los utilizan como fórmulas de distinción social, de rango podríamos decir, más que étnica (González Ruibal 2007: 313). Hemos de marcar aquí la situación marginal del centro-occidente cantábrico con respecto a dos de estos grandes estilos, el “meseteño” y el “galaico-lusitano”, recibiendo influencias de ambos en diferente proporción según nos movemos de oriente a occidente. Por otro lado el mero hecho de ser receptores de las influencias estilísticas y materiales de dos grandes estilos, siempre dentro de una marcada tendencia a la refracción cultural, y el hecho de que no haya un gran estilo cantábrico que se exporte, de nuevo vuelve a poner de relieve las características sociales más igualitarias de los castros cantábricos, que caracterizaremos más adelante bajo el concepto antropológico de *deep rural communities*.

Entre los siglos III y II a.C. hubo importantes cambios en las partes oriental y sur de Galicia, noroeste de Portugal y las llanuras sedimentarias de la Meseta Norte por el proceso de oppidización descrito. Se ha documentado comercio a larga distancia, así como el surgimiento de grandes asentamientos que implica una concentración de la población y tal vez una jerarquía de los poblados. Algunos artefactos de metal pueden indicar la existencia de contactos entre estas zonas y las comunidades más igualitarias. En reacción a estos cambios, algunas comunidades de tendencia igualitaria pudieron haber fortalecido sus tendencias antijerárquicas y reforzar su aislamiento, lo que pudo haber significado la consolidación de la estabilidad de aquellas sociedades agrarias. Desde este punto de vista, tanto el proceso de segmentación -al norte- como el desarrollo de las jerarquías -al sur- algunos lo clasifican como el resultado de un contacto intercultural, y en general como una reacción a la presión romana en los territorios periféricos más allá del control directo (Sastre 2008: 127), aunque ello supone olvidar que los contactos entre las comunidades antijerárquicas cantábricas y las meseteñas vienen de mucho más atrás, de la Edad del Bronce al menos (capítulo 2), y especialmente de la Primera Edad del Hierro, en donde las cantábricas siguen siendo de tendencia igualitaria pero no así las meseteñas, insertas en redes de larga distancia (Bronce Final Atlántico) y con códigos aristocráticos. Las comunidades de tendencia igualitaria no serían ejemplos históricos de pasividad, sino que fueron entidades directamente involucradas en los procesos históricos (Sastre 2008: 127). Así los castreños cantábricos pueden ser entendidos como en el caso de la *Gallaecia* norte, es decir, como periferia de los centros de poder que fueron la zona indoeuropea meseteña y la lusitana, que a su vez son periferia del mundo mediterráneo (Delgado y Grande 2009: 88). Así que los *deep rural communities* cantábricos serían periferia de la periferia, lo que no debemos entender en términos de

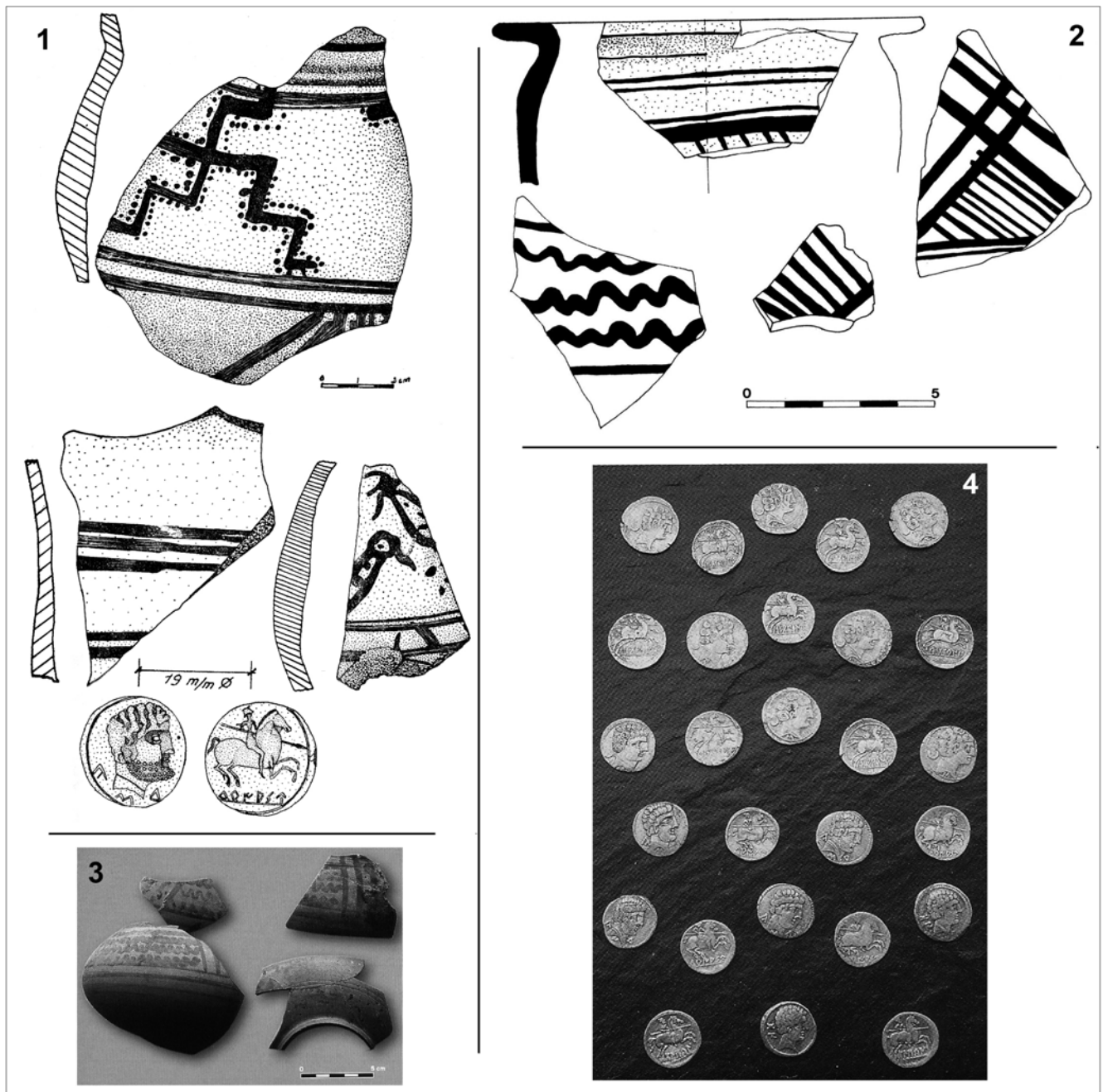
incapacidad social o pasividad, sino todo lo contrario, como el resultado histórico de fuertes tendencias sociales de resistencia y refracción al cambio. Es en este contexto en el que debemos entender las relaciones y contactos entre los *oppida* meseteños y del sur de la *Gallaecia* con los castros cantábricos.

Ya dijimos más arriba que el castro de Las Rabas se encuentra en una situación fronteriza y que la zona de brañas de Peña Labra, presuntamente explotada por este poblado, estaría compartida también con ganaderos de los *oppida* de Monte Bernorio y Monte Cildá. No es de extrañar por ello que en Las Rabas se hayan localizado materiales meseteños, como son cerámicas realizadas a torno, cocciones oxidantes y decoraciones vinosas (básicamente semicírculos y líneas paralelas, así como dos famosos fragmentos, uno con una conocida esvástica compleja con puntos alrededor y otro con unos pájaros esquemáticos) (García Guinea y Rincón 1970: 20-22, 34; Bolado y Fernández 2010: 412-420), que también están presentes en el cercano poblado de la Serna (Argüeso) (Peralta 2003: 61). Junto a estas importaciones también podríamos citar un denario celtibérico de la ceca de Turiaso en Las Rabas. Las diversas fibulas de torrecilla y los enganches de tahalí en este poblado (García Guinea y Rincón 1970: 20-22, 34) pudieron ser tanto importaciones como copias locales de modelos del “gran estilo meseteño”.

Es posible que en el sector de Cantabria este tipo de cerámicas importadas lleguen mucho más al norte que en el sector occidental cantábrico pues se han encontrado algunas de estas piezas en diferentes cuevas, formando parte de conjuntos que podrían entenderse como rituales, incluyendo en este apartado también los contextos funerarios. Ejemplos de lo que decimos son los barroes encontrados en la cueva de La Graciosa I (Medio Cudeyo), junto a inhumaciones, cerámicas locales y materiales de hierro (Valle y Serna 2003: 386). Estas vasijas meseteñas llegarían prácticamente a la costa cantábrica, como es el caso de la Cueva de las Cáscaras (Ruiloba) (Bohigas 1986/87: 120-121). También habría que entender como “celtibéricas” las vasijas de cocción oxidante y pintadas con ondas de la cueva de El Aspío (Ruesga) (Smith 2010: 688).

En el mismo sentido que Celada Marlantes el Castro de la Cildad de Sabero, que ya nos sirvió para marcar las penetraciones de los grupos nómadas meseteños en el área cantábrica durante la Edad del Bronce (capítulo 2), también puede entenderse en un sentido fronterizo. En este lugar también ha sido localizada “cerámica celtibérica” (Celis 1996: 61). De igual modo tanto La Cildad de Sabero como Morgovejo, ya muy cerca del límite con Palencia -y que pueden entenderse perfectamente al modo de los castros cantábricos- también tienen presencia de denarios celtibéricos (Ibid.: 62). Al parecer en el castro de Morgovejo apareció un denario acuñado en





**Figura 4.131:** algunas importaciones meseteñas en el ámbito cantábrico: 1. Las Rabas (cerámica oxidante pintada y denario celtibérico); 2. Cueva de las Cáscaras (cerámica oxidante pintada); 3. Cueva del Aspio (cerámica oxidante pintada); 4. El Chano (tesorillo de denarios celtibéricos) (a partir de García Guinea y Rincón 1970; Bohigas 1986/87; Smith 2010; Celis 2002; modificados).

Segóbriga (Luengo 1936-40: 176-177; Gómez Moreno en Luengo 1987: 14). Otros denarios celtibéricos de los ss. II-I a.C. se ven por Cildá, Celada Marlantes, Juliobriga, Requejo y Soto Iruz (Iglesias 1986-87: 436). Asimismo, más hacia el occidente, apareció a comienzos del s. XX otro denario celtibérico acuñado en Aregorada, posiblemente la actual Ágreda (Guadalajara), en las cercanías de la localidad somedana de Gúa y fechado entre el 100 y el 27 a.C., muy cerca del límite entre Asturias y León. No muy lejos de aquel lugar aparecieron otros denarios celtibéricos en el “Cavao de las pesetas”, acuñados en Segobirices y fechado hacia el 130 a.C. (Maya 1983b: 221-222;

1987/88: 281). Al parecer aparecieron cuando unos paisanos realizaban una *sestaferia* (trabajo comunal) en un camino. No es de extrañar localizaciones de este tipo, justo en la entrada del valle de tradicional uso ganadero por el que se accede a los lagos de Somiedu, y por el cual se puede acceder a los leoneses valles de la Majúa en Babia como al de las fuentes del Sil. Este espacio de la alta montaña asturiana posee hoy en día una clara orientación ganadera de la mano de las brañas de verano *vaqueiras*, y destaca por el potencial de sus pastos. Con un fuerte peso de la ganadería se han interpretado los castros de este sector cantábrico, a los que se pueden vincular dichas monedas, como

por ejemplo los de Llamardal (González Álvarez 2009). En el área cantábrica destaca el tesoriillo de denarios celtibérico de las estructuras III y IV del Chano (noroeste de León) que pese a haber fechados en época romana (Celis 2002: 196) pertenecen a los dos siglos de antes de la Era y a un castro que no tiene materiales romanos ni reformas arquitectónicas en esta época. Se trata de la mayor concentración de monedas de este tipo en un castro cantábrico (27 monedas en la estructura IV). Pese a que el reparto de los contados denarios celtibéricos en el ámbito castreño se circunscribe a la franja meridional cantábrica, que es la que mantuvo contactos directos con las poblaciones meseteñas del piedemonte cantábrico y de la llanura sedimentaria, hay alguna referencia a denarios celtibéricos también más al norte, en concreto en las proximidades de Uviéu/Oviedo, aunque la referencia es muy insegura (Maya 1987/88: 281) (fig. 4.131).

Este numerario se reparte principalmente, por lo tanto, por el área de los *oppida* del piedemonte del sector centro-occidental cantábrico, con alguna penetración puntual hacia el ámbito castreño propiamente dicho. Podría entenderse históricamente dentro de las alianzas y luchas que tuvieron lugar en el siglo previo a la conquista del norte por Roma y en donde estos “cántabros y astures del sur”, es decir, los *oppida* del piedemonte cantábrico, participaron (capítulo 5). Como vimos en el cercano poblado de La Ulaña también apareció un denario celtibérico de Turiaso, por lo que estas importaciones “meseteñas” o “celtibéricas” pueden explicarse por las relaciones y contactos entre los castros cantábricos y los *oppida* inmediatos del piedemonte cantábrico, en la línea de las relaciones que los *deep rurals* mantienen con los estados de los que suelen ser periféricos y con los que negocian y comercian, pero de los que se aseguran su independencia social y económica (ver más abajo). Suponemos que estas relaciones debieron de estar marcadas por el interés de las jefaturas complejas y/o estados desarrollados en los *oppida* en explotar los recursos que quedaban en el ámbito geográfico cantábrico y que no controlaban políticamente (pensemos básicamente, como tiempo atrás, en pastos de altura para el periodo estival y recursos metálicos, como cobre y hierro). Al igual que en la Edad del Bronce ciertos depósitos metálicos de tipos meseteños en la zona cantábrica pueden explicarse como resultado de las negociaciones entre diferentes tipos de nómadas (capítulo 2), ahora vemos la lógica del regalo, de economías basadas en los bienes de prestigio, para afianzar los pactos y alianzas que permitieron, por ejemplo, los desplazamientos estivales de los habitantes de La Ulaña, Peña Amaya, Monte Cildá o Monte Bernorio hacia la zona de la Montaña Palentina y hacia Reinos. Seguramente se regalase vino, contenido en aquellos vasos oxidantes y decorados con semicírculos, a partir de los análisis realizados en este tipo de vasijas cerámicas en diversos yacimientos

vacceos como *Pintia* (Romero, Sanz y Górriz 2009), más que la cerámica en sí. Puede también que se regalara alguna de las fíbulas meseteñas que comentamos más arriba, como las de torrecilla, o las monedas celtibéricas, aunque no creemos que con un sentido monetario. Productos meseteños que pudieron luego viajar hacia otros castros cantábricos ya como fruto del intercambio *down-the-line* entre las elites castreñas.

Si más arriba vimos como los puñales tipo Miraveche-Monte Bernorio son los típicos de *oppida* meseteños y no tan sólo de los del extremo norte de Palencia sino también de poblados vallisoletanos como *Pintia*, los del sur del Duero y piedemonte del Sistema Central para los momentos tempranos de la Segunda Edad del Hierro (San Valero 1944; San 1997; Álvarez Sanchís 2003), entonces el mango de un puñal de este tipo encontrado en el Picu'l Castu de Caravia o el ejemplar de la cueva de Cofresnedo podrían entenderse también como importaciones meseteñas, por lo menos hasta que la analítica despeje la duda sobre si son fabricaciones y copias locales o no.

Por los materiales que vemos que se importan de la Meseta durante al fase II (fíbulas de torrecilla y de caballito, denarios celtibéricos, algún puñal tipo Monte Bernorio, en las zonas más fronterizas alguna cerámica oxidante con decoración pintada, etc.) no se trataría tanto de una ruptura de las fórmulas sociales igualitarias y reacias al cambio de los grupos cantábricos como una consolidación de la ideología guerrera durante la fase II entre los hombres castreños, lo que facilitó el contacto e intercambio de materiales que tengan que ver con el refuerzo de dichos principios belicosos. Ello no justifica que se defienda una celtiberización o aculturización de las formas sociales cantábricas, que siguieron siendo bastante autónomas con respecto a las de los *oppida* del norte de la Meseta hasta la conquista romana. De hecho, la mayoría de la cultura material cantábrica que entendemos como meseteña realmente habría que decir que está influida por el “gran estilo meseteño”, por sus connotaciones de prestigio social o guerreras, lo que no quiere decir que sean importaciones, sino que en muchos casos sería producciones locales sobre modelos foráneos, como vimos a la hora de hablar de las fíbulas de caballito. Más bien lo que se aprecia es la dispersión de cultura material genuinamente meseteña preferentemente en la franja sur cantábrica, lo que debe entenderse como el resultado de la actualización y mantenimiento de las seculares relaciones entre los castros cantábricos y los desarrollados poblados meseteños en donde éstos últimos optarían a poder explotar los pastos estivales cantábricos, para lo que tendrían que negociar con los legítimos dueños de los mismos, los castreños cantábricos de la franja meridional. Quizás esta sea la explicación más convincente para los tesoriillos de denarios celtibéricos en la franja cantábrica. Pero hay otros materiales que

quizás nos están alertando de otro tipo de relaciones, o de la sanción de pactos y relaciones entre grupos mediante casamientos. Este puede ser el caso de algunas joyas cantábricas o noroccidentales como es el caso del sencillo torques áureo de Villazala -yacimiento ubicado en el páramo leonés a las orillas del Órbigo y ocupado a lo largo de toda la Edad del Hierro- o la arracada de oro de Lancia, muy similar a las castreñas, que aunque se haya vinculado a las del tesoro de Arrabalde, Padilla de Duero o Palencia (Grau Lobo coord. 1993: 43, 48) quizás haya que pensar más en paralelos en el Noroeste, como puede ser el morfotipo 3 del área bracarense (González Ruibal 2003a: 350-351).

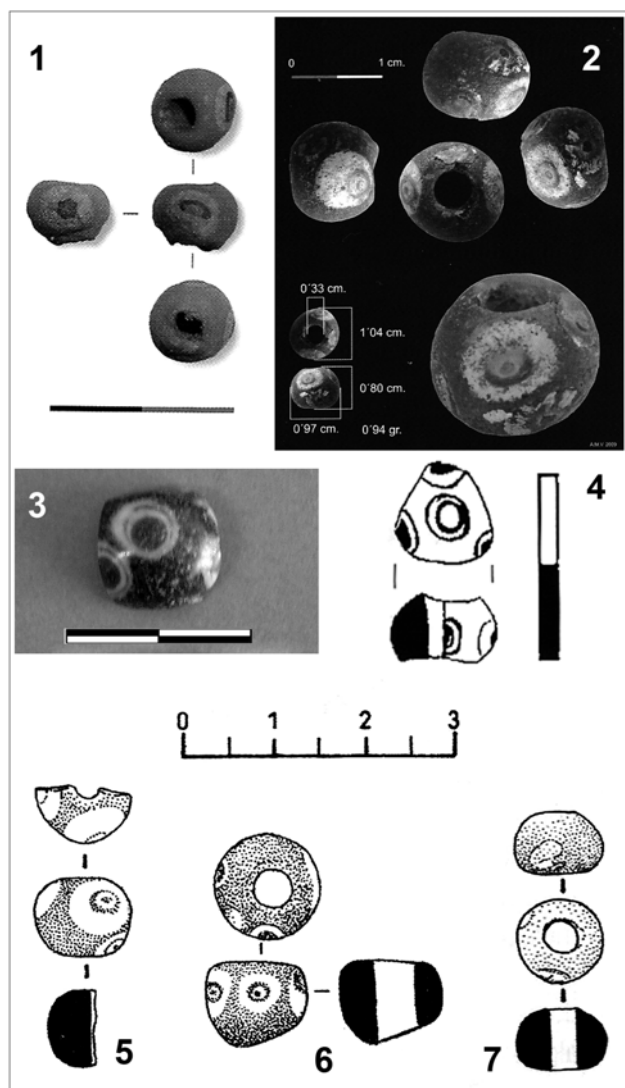
### Los contactos con el Mediterráneo.

Respecto a las relaciones comerciales de los castros del Noroeste (zona galaica) con el mundo mediterráneo pueden marcarse tres grandes periodos: 1) comercio con fenicios y, sobre todo, tartésicos (s. IX-VI a.C.); 2) comercio púnico (s. V-II a.C.); 3) comercio romano (s. I a.C.-s. I d.C.). Sin embargo este esquema no sería tan sencillo, especialmente en su tramo final, en el paso del comercio púnico al romano. Durante el s. II a.C. la ruta del Noroeste sigue en manos gaditanas, y es en el 96 a.C. cuando Publio Craso realiza la primera expedición hacia las Cassitérides y en el 61 a.C. cuando Julio Cesar llegaría al puerto de La Coruña. Estas expediciones habrían que entenderlas como intentos de controlar las rutas hacia el Noroeste (González Ruibal y otros 2007: 43-44). La Cordillera Cantábrica, de momento, sólo posee muestras de la llegada de materiales mediterráneos a partir de la fase II, ya dentro del ciclo púnico antiguo, como veremos a continuación, a no ser que alguna muestra de objetos de hierro de la fase I, como el ejemplo de Camoca, se lo adjudiquemos al contacto directo con los fenicios-tartésicos, pero pensando siempre en el carácter excepcional de este hecho. En líneas generales podríamos decir que la zona centro-occidental cantábrica se inserta en esta red de contactos comerciales a larga distancia a partir de la fase II, pero sólo de forma muy somera, con contactos puntuales por parte de algunos castros costeros poseedores de buenos fondeaderos, y como resaca periférica de la centralidad de los contactos comerciales acaparada por los castros complejos y *oppida* de la costa sur de Galicia y norte de Portugal.

La mediterraneización sería un concepto vago y difuso en un sentido cultural, pero lo cierto es que en la segunda mitad del primer milenio a.C. las comunidades mediterráneas compartieron un conjunto híbrido de elementos culturales que se originaban en diferentes lugares como el Levante mediterráneo, Grecia, Italia o el norte de África. Estos elementos se expandieron más allá del foco mediterráneo, por lo que puede hablarse de una mediterraneización del Mar

Negro o del Sur de Portugal. Los púnicos de las colonias atlánticas podrían entenderse como mundos autocontenidos y multiculturales, en cierto sentido híbridos o “turbios” (*sensu* Van Dommelen en Alzola 2005: 575-476), pero que mantuvieron una lengua semítica y una vinculación con Cartago, por lo que no habría que dejar de entenderlos como mediterráneos. Sabemos que tuvieron importante presencia en la costa de Marruecos, que circunvalaron África o también que llegaron al noroeste de Europa, todo ello incluso desde antes de que comenzara la segunda mitad del milenio. En líneas generales para la costa lusa las colonias fenicias decaerían sobre el s. VI a.C., seguramente por la decadencia de Tiro y sus colonias occidentales, momento tras el cual es una de ellas, Cartago, la que sustituye a la metrópolis. El viaje de Himilco se relacionaría con este momento (González Ruibal 2006: 123-124, 128). Si las expediciones púnicas y griegas al Atlántico norte (como las de Pytheas, Eutímenes de Massalia o Himilco) pueden explicarse por el propósito de los mediterráneos de conocer las fuentes de metal de este área, como quedaría bien reflejado en fuentes escritas tipo la *Ora Marítima* de Avieno que incide especialmente en las tierras con recursos en estaño (Galicia) y que usa cierta información del viaje de Himilco (González Ruibal 2006: 126) ¿porque la presencia púnica en la costa cantábrica, rica en metales como el cobre, no deja de ser meramente testimonial y se circunscribe a algún puerto como Coaña o Campa Torres?

Este nuevo impulso de la mediterraneización llevada a cabo por los púnicos se aprecia en el Noroeste en castros datados entre fines del s. VI y los comienzos del IV a.C., en la forma de cerámica, cuentas de pasta vítrea oculadas y *aryballos* de vidrio policromo como los de Neixón Pequeno (Ayán 2005c; González Ruibal 2004b: 296). A época púnica, y especialmente a fechas a partir de los siglos V-IV a.C. corresponderían algunas cuentas oculadas características que menudean en los castros del Noroeste: las más antiguas presentan grandes óculos que ocupan todo el anillo y colores blanco, negro y verde. A partir del siglo IV a.C. se generalizan cuentas con óculos múltiples y de color turquesa, azul marino y blanco que llegan hasta fines del siglo II a.C. y cuyo uso perdura seguramente en el siguiente (González Ruibal 2003a). Las cuentas de pasta vítrea de Saceda y Santa Tegra serían de la fase I por razones tipológicas, mientras que la oculada del castro pontevedrés de Montealegre es previa al s. II a.C. Pero nos interesan especialmente las del yacimiento pontevedrés de Pena Redonda, en donde pudimos obtener durante las dos campañas realizadas varias de estas cuentas, en estratos que van desde la transición entre la fase I y la II a la II propiamente dicha. El yacimiento se encuentra a 15 kilómetros lineales de la costa, con la que se comunica por el valle del Oitavén, y a 30 Km. lineales del asentamiento de Cabo do Mar, un centro marítimo de



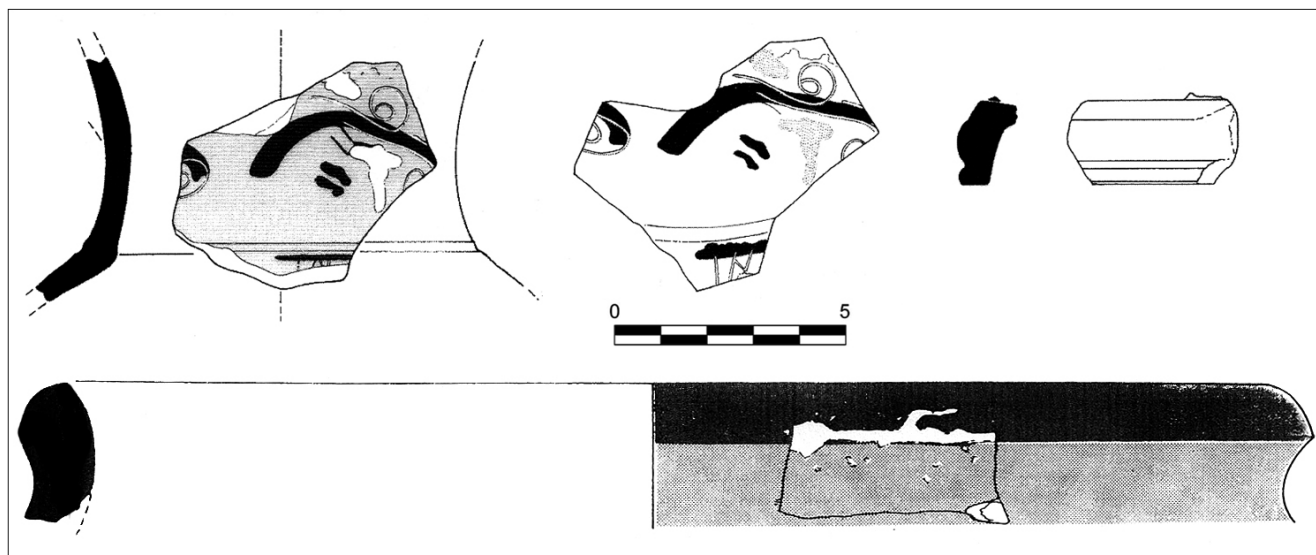
**Figura 4.132:** el ciclo púnico antiguo en el ámbito cantábrico: las cuentas oculadas: 1. Las Rabas; 2. Cofresnedo; 3. San L.luis; 4. Llagú; 5-7. Campa Torres (a partir de Bolado y Fernández 2010; Smith 2010; Marín 2007; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Maya y Cuesta eds. 2001, modificados).

comercio púnico. Las importaciones púnicas decrecen según se avanza de la costa al interior, no solo cuantitativamente sino también cualitativamente: los objetos que aparecen en la costa no son los mismos que los que aparecen al interior. Al interior llegan sobre todo elementos fácilmente transportables *down-the-line*. Parece lógico que las cuentas, por su facilidad de transporte, casi un universal del intercambio hablando en sentido geográfico e histórico amplio, penetren mucho más al interior (Saceda, Castrovite, Pena Redonda), que la cerámica, cuya dispersión es fundamentalmente costera (González Ruibal 2003a; 2004b: 303; 2005; González Ruibal y otros 2007: 50). Esa capacidad de penetración de los abalorios mediterráneos se demostraría con la presencia de una de estas cuentas en el castro lucense da Ourela (S. Xurxo-Augas Santas, Palas de Rei, Lugo) significativamente asociada a cerámica de la Segunda Edad del Hierro y en un yacimiento donde no hay

materiales romanos tipo *Terra Sigillata*, ímbrices, ánforas, etc. (Álvarez Merayo 2009: 59).

En el sector centro-occidental cantábrico constatamos perfectamente este principio. Ante las numerosas cuentas de pasta vítrea, de variada tipología, documentadas en la Campa Torres y las “cuentas de pasta vítrea oculadas o no” de Moriyón (Camino y Viniegra 1999: 246), más la aparecida en el castro de Hinojedo, que también podemos entender como costero por su situación al final de la “ría” del Saja-Besaya (Ontañón 2010: 183-185) para el interior sólo hemos reconocido cuatro, en San L.luis, Llagú, la cueva de Cofresnedo y el castro de Las Rabas (fig. 4.132). Pese al evidente contraste entre el número de importaciones entre la costa y el interior, lo cierto es que este tipo de materiales suponen las únicas muestras del comercio púnico en los castros de la montaña cantábrica. En San L.luis, que se sitúa a unos 35 Km. lineales de la desembocadura del río Navia, al interior de su muralla de módulos, en la cuadrícula B7, caracterizada por ser una zona vacía de construcciones y muy próxima a un área de trabajos metalúrgicos, fue localizada en 1985 la mitad una de estas cuentas de pasta vítrea, de las denominadas oculadas, con los “ojos” en blanco sobre un fondo azul oscuro. Significativamente apareció en el “nivel IV” del que sólo hemos reconocido cerámica de la CTO prerromana (Marín 2007: 152; Marín y Jordá 2007), y que hemos podido datar, gracias a una fecha obtenida del carbón de una escoria, genéricamente en la fase II a<sup>8</sup>, lo que encaja perfectamente en la cronología propuesta para estos abalorios mediterráneos. En claro contraste, en la Campa Torres se han encontrado hasta 15 de estas cuentas, aunque no todas oculadas. Las que sí lo son también poseen fondos azul oscuro con los motivos oculados tanto en blanco como en amarillo. Algunas se fechan en el s. I a.C., demostrando su perduración, mientras que otras, situadas sobre la roca madre, lo estarían en entre los ss. IV y II cal AC. Estas cuentas suelen asociarse a unas anillitas de pasta vítrea muy finas amarillas y blancas. Las anillitas de pasta vítrea azules, son otro de los productos importados en la Campa Torres, así como las gallonadas y bicónicas transparentes o con dorado interior, que ya se entienden como romanas (Maya y Cuesta 2001: 229, fig. 154). No obstante, la aparición de cuentas de pasta vítrea de los últimos tipos mencionados (anillitas azules y bitroncocónicas con dorado interior) y agallonadas, pero en bronce, en la necrópolis del *oppidum* abulense de Ulaca (Álvarez Sanchís y otros 2008), en contextos de los ss. II y I a.C., debe hacer que fechemos estas importaciones de la Campa Torres en los dos siglos previos a la Era, y que entendamos que sean este tipo de collares los que sustituyeron a las cuentas oculadas, todavía en momentos prerromanos,

<sup>8</sup> Gracias a la fecha BETA-224527:  $2.270 \pm 40$  BP (460 - 180 cal BC) (Marín, Jordá y García-Guinea 2008: 57).



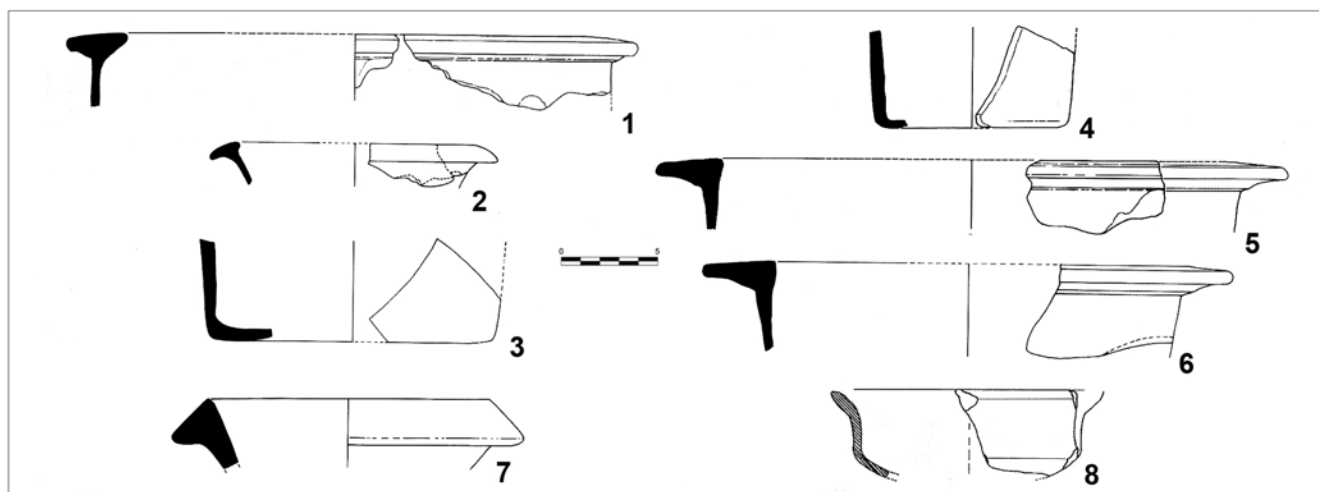
**Figura 4.133:** el ciclo púnico antiguo: la cerámica mediterránea: áticas de la Campa Torres (arriba) y púnica de Coaña (abajo) (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001; Maya 1987/88, modificado).

dentro del ciclo púnico reciente o romano republicano. A unos 30 Km. lineales de la Campa Torres se sitúa Llagú, al cual se accede desde la costa por caminos que debieron estar frecuentados en época prerromana y que en época romana se consolidaron como las principales vías del centro de Asturias. En Llagú de nuevo el contraste. Una sola cuenta, pero diferente a las documentadas en la Campa Torres, pues es de las mencionadas anteriormente de fondos verde fuerte con los ojos alternando el azul oscuro sobre el blanco, por lo que se le ha asignado una cronología a partir del s. IV a.C. (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 175-176), aunque, como vimos, puede ser incluso algo más antigua, de la fase de transición I c. Dijimos más arriba que en la cueva de Cofresnedo (Matienzo), en el cantábrico central, y a algo más de 20 Km. a vuelo de pájaro de la bahía de Santander, apareció otra cuenta oculada asociada a un puñal tipo Monte Bernorio, que se fecha en el s. III a.C. (Smith 1985: fig. 5D), a la que debemos sumar la de Las Rabas, en la transición entre el ámbito cantábrico y la Meseta, y de la cual se ha defendido una posible llegada por vía terrestre desde la Meseta, a tenor del resto de materiales de importación que aparecieron en este poblado, como por ejemplo la cerámica oxidante con decoración pintada -“cerámica celtibérica”- o la cerámica campaniense (Bolado del Castillo y Fernández 2010: 420).

En la línea de las importaciones de cuentas oculadas del ciclo púnico antiguo habría que entender un borde de una cerámica realizada a torno, de pasta rosácea, y decorada con engobe rojo y anaranjado, clasificada como púnica y fechada en el s. VI a.C. (Maya 1987/88: 193, 297 y fig. 57A), cronología que entendemos como algo elevada, puesto que habría que situarla a partir del s. IV o III a.C., como el resto de este tipo de cerámica importada, de cocciones oxidantes y decoraciones “vinosas”, de las costas del

sur de Galicia, como en A Lanzada y Neixón Grande (Ayán y otros 2007: 194), y en paralelo a las fechas de las cuentas oculadas. También pertenecientes al ciclo púnico antiguo hemos de situar una serie de cerámicas de origen mediterráneo, tales como el cuello de una jarra de barniz negro sobre la que se aplicaron decoraciones pintadas en otros colores. Es una técnica ática del s. VI a.C. que se difunde por el Mediterráneo sobre el s. IV a.C., con centros en Apulia y paralelos claros con piezas de Córcega (Maya y Cuesta 2001: 155), lo que cuadra estratigráfica y cronológicamente con el lugar del hallazgo (fig. 4.133). Hemos de pensar que llegaría de la mano de los mismos comerciantes púnicos responsables de la arribada a las costas cantábricas de cuentas de pasta vítrea y cerámica a torno de pasta rosa, del mismo modo que muchos mitos griegos fueron llevados hasta este “lejano oeste” por los mismos comerciantes púnicos (González Ruibal 2006: 136).

Las importaciones de mediados del s. II a.C. hasta la época de la conquista (ca. 150-25 a.C.) se les ha llamado “importaciones de período tardorrepublicano”, sólo para dar un marco cronológico y político (control del Mediterráneo occidental por la Roma republicana) no como identificación cultural de los productos, que sería variada, ni de los comerciantes, que casi con toda seguridad eran púnicos del Estrecho hasta mediados del s. I a.C. (González Ruibal y otros 2007: 51). Si el ciclo púnico antiguo se corresponde con nuestra fase II a, el ciclo republicano lo hace *grosso modo* con la fase II b. A esta fase corresponden una variada tipología de ánforas (itálicas, tardopúnicas, turdetanas), cerámica común de la Bética, *kalathoi* del Nordeste peninsular, *askoi* de tradición púnica y cuentas de pasta vítrea monocroma (azul marino oscuro o de brillo dorado) (Ibid.: 51), como las que hemos reinterpretado de la Campa Torres. Es en castros costeros o cercanos a la



**Figura 4.134:** el ciclo tardorrepblicano: *kalathoi* ibéricos de la Campa Torres (1-6); boca de ánfora vinaria greco-italica de la Campa Torres (7); y cerámica campaniense de Celada Marlantes (8) (en maya y Cuesta eds. 2001; Bolado y Fernández 2010, modificados).

costa (Coaña, Campa Torres y Arancedo) donde encontramos importaciones de ánforas mediterráneas, pero de momento tan sólo podemos asociar con claridad al ciclo comercial tardorrepblicano algunas de las aparecidas en la Campa Torres, ya que las Dressel 7/11 y Dressel 20 / Beltrán 5 de Coaña y Arancedo tendrían fechas altoimperiales. Para la Campa Torres sí que podría hablarse de ánforas pertenecientes al ciclo comercial tardorrepblicano pues se han documentado ánforas itálicas tipo Dressel 1C, fechables entre mediados del s. II y mediados del I a.C., Dressel 2/4 Itálica, puede que la Pascual 1, ya que abarca desde el s. I a.C. al I d.C., y seguro la ánfora vinaria greco-italica, fechada entre el s. IV y II a.C. (Maya 1987/88: 231-232; Carreras 2001: 389-390) (fig. 4.134). Este tipo de ánforas se encuentran, en el Noroeste, desde la zona de los *oppida* bracarenses hasta estos castros asturianos (González Ruibal y otros 2007: 55-56) y demuestran como en la fase II b el tramo costero del occidente cantábrico comenzaba a entrar en redes comerciales de largo alcance a través del comercio marítimo, cuyas bases comerciales estables más cercanas se encontraban en la zona de las Rías Baixas. Este contacto con las Rías Baixas se desprende de algunos productos llegados por vía marítima a la Campa Torres, como las cerámicas con perforaciones cubiertas por un receptáculo cónico y por las cerámicas con decoraciones barrocas cuyas combinaciones y motivos tienen su referente más claro en el Baixo Miño y Rías Baixas, como vimos en el apartado de la tecnologías cerámicas. Dichas ánforas vinarias pueden explicarse por haberse introducido el vino como bebida simposiaca en los rituales castreños de final del periodo, de ahí que fuera demandado y consumido en ciertos castros. No se trata, por tanto de punización o romanización, al igual que tampoco la cerámica meseteña de Las Rabas significa “celtiberización”, ya que el vino consumido y demandado entre los grupos castreños del Noroeste y

centro-occidente cantábrico lo fue bajo parámetros culturales indígenas, y como consecuencia de la creciente complejidad social indígena de la fase II. La mayoría de las ánforas del Noroeste, en concreto las ubicuas Haltern 70, se entienden principalmente como contenedores de vino, más que de salazones u otras salsas de pescado, algo que parecería raro en una zona costera y con gustos bien diferentes a los mediterráneos. Los comerciantes béticos llevarían vinos fuertes y de baja calidad a los “bárbaros” del Norte en estos contenedores (González Ruibal y otros 2007: 69), que en la costa cantábrica vemos en el lucense Punta do Castro (Ramil y otros 1995: 102-103), por ejemplo.

En el castro marítimo de Campa Torres también aparecen *kalathoi* ibérico procedentes del Noroeste peninsular, de los tipos Fontescaldes y A2 y A5 de Conde. Pueden fecharse entre mediados del s. II a.C. y comienzos del s. I a.C. (Maya y Cuesta 2001: 157). Los del tipo A1 a 3 se fabricaron en el entorno de Ampurias, mientras que los del tipo B se corresponden con producciones de Fontescaldes (Tarragona). *Kalathoi* ibéricos aparecen en diversos castros del Noroeste, como Santa Trega, Vigo, A Lanzada, Castrolandín y Neixón. Todos ellos, al igual que Campa Torres, fueron importantes emporios comerciales (Castrolandín, al interior de Pontevedra sería una excepción), que en determinados casos (Santa Trega, Vigo o Campa Torres) se erigieron en centro políticos de su territorio. Su relativa frecuencia en el Mediterráneo, así como estos ejemplos del cantábrico, puede deberse a que fueran utilizados como recipientes para algún tipo de producto (miel, frutos secos, salazón) (Ayán y otros 2007; González Ruibal y otros 2007: 62-63), que en el caso concreto de Campa Torres ha sido relacionado con una compota de frutas con miel, tras análisis de fitolitos (Juan y Maya 2001: 373; Maya y Cuesta 2001: 157), aunque este tipo de análisis han quedado en los últimos

tiempos en un cierto descrédito, ya que todas las analíticas en vasos similares han fracasado. La ruta de estos vasos hacia el Atlántico está marcada por hitos como Huelva, Lixus o Conímbriga (González Ruibal y otros 2007: 63). Por último podemos mencionar la cerámica Campaniense A y B de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 155, 157) que debe ser igualmente vinculada al ciclo púnico tardío o tardorrepublicano, y por lo tanto llegaría a la Campa Torres por vía marítima. Para la cerámica campaniense reconocida en Celada Marlanges podría defenderse tanto una llegada desde la costa como desde la Meseta (Bolado y Fernández 2010: 415-419) (ver fig. 4.134). Cabría preguntarse por último si fueron sólo los comerciantes púnicos los que llegaron a las costas de la Campa Torres, sino más al oriente, o pudieron en algún caso haber comerciado directamente gentes castreñas de la costa sur de Galicia. Algunas piezas típicas de las Rías Baixas, como las mencionadas cerámicas con perforación protegida por un receptáculo cónico o alguna otra decoración comentada más arriba, pudo perfectamente haberse traído por los mismos comerciantes púnicos. Maya y Cuesta proponen (2001: 255-256; Cuesta y Maya 1995a: 207) que, aparte de poseer un excelente puerto, en la Campa Torres se ven metales de dos zonas bien distintas de Asturias, por lo que podría entenderse como centralizadora de metales y productora de bronce, que es lo que se ofrecería a cambio de los exóticos productos mediterráneos que hemos analizado, y lo que enriquecería a sus elites, quizás no tanto en un sentido económico como de capital simbólico, lo típico en las economías que se fundamentan en los bienes de prestigio.

Pero en líneas generales debemos considerar que son muy escasos los ejemplos de importaciones mediterráneas en la zona centro-occidental cantábrica anteriores a la conquista romana (Coaña, San L. Luis, Campa Torres, Arancedo, Moriyón, Las Rabas, Cofresnedo). Además el castro de la Campa Torres, con su magnífico puerto natural, y su tamaño superior al del resto de los castros cantábricos, concentra la mayoría de ellas. Los estudios arqueológicos de los contactos coloniales, por ejemplo entre púnicos e indígenas, a lo largo del primer milenio a.C. se han basado en su mayor parte en relaciones de poder concebidas a través de modelos tradicionales dicotómicos como los de ‘centro-periferia’, ‘dominación-resistencia’ y ‘colonizadores-colonizados’, cuyas resonancias inmediatas son de intrusiones, conquistas, explotación económica y dominación (Rowlands 1998: 327). La agencia e influencias socio-culturales se nos suelen mostrar en estos estudios como imposiciones directas e incontestadas por parte de los colonizadores a los colonizados. Los colonizados, por otro lado, se representan como elementos pasivos, receptores y subyugados (Alzola 2005: 475). Desde una perspectiva clásica podríamos

pensar que sino hay más importaciones púnicas es porque los comerciantes mediterráneos omitieron la zona cantábrica por resultar de escaso interés, excepto en aquellos lugares en donde poder atracar y hacer escala (Coaña, Campa Torres, ría de Villaviciosa). Esta perspectiva no dejaría de resultar extraña si pensamos que los comerciantes mediterráneos fundamentalmente buscaban fuentes de aprovisionamiento de metales y que el sector cantábrico es muy rico en este sentido, en cobre por ejemplo (capítulo 2). Por el contrario deberíamos pensar, desde una perspectiva postcolonial, si no serán cuestiones de economía política las que se encuentran detrás de este hecho, ya que como venimos analizando, los *deep rurals*, formaciones sociales que inhiben la aparición de elites que se diferencien del resto, se caracterizarían por la refracción a los elementos externos y a los contactos a larga distancia, puesto que se ven como peligrosos, puesto que pueden desestabilizar el sistema. De ello se desprendería un rechazo del valor que se le otorga en otros lugares a esos bienes de prestigio mediterráneos así como a las prácticas que les acompañan, como por ejemplo los rituales simposiacos o el consumo de vino.

Por otro lado las muestras de comercio púnico en Gran Bretaña o Bretaña son realmente escasas y muchos de esos elementos no tienen porque explicarse únicamente por la presencia de comerciantes mediterráneos, sino que pudieron ser fruto de un intercambio *down-the-line* entre aristócratas. Además, las importaciones mediterráneas en esos lugares anteriores a la conquista romana son muy escasas, por lo que podría pensarse que la última zona en la que los comerciantes mediterráneos llevaron directamente el mercado sobre bases regulares, aunque sin establecer colonias o puestos de mercado, fue el noroeste de la Península Ibérica, mientras que al resto de Europa tan sólo habrían realizado viajes puntuales (González Ruibal 2006: 128-129). Este motivo, unido a los previamente descritos, puede explicar porque son tan escasas las importaciones mediterráneas en la costa del centro-occidente cantábrico. Es cierto que las tierras gallegas, a más de 1000 Km. de Gadir (Cádiz) debieron entenderse como un lugar extraño, ajeno al Mediterráneo familiar, y que aunque fuera formando poco a poco parte de la *oikumene*, del mundo familiar, seguramente se asociaría a sus habitantes más a los míticos hiperbóreos que con otros pueblos más cercanos (González Ruibal 2006: 130). De todos modos no debemos olvidar que precisamente el sector del Noroeste en donde vemos mayor influencia mediterránea en la forma de importaciones (las Rías Baixas) (por ej. Ibid.: fig. 5) es el que protagonizó los contactos a larga distancia en lo que se ha llamado el “Bronce Final Atlántico”, que fueron contactos entre elites que compartieron una ideología aristocrática común. Es decir, que para poder explicar por qué los comerciantes mediterráneos pudieron interactuar y



comerciar con unos indígenas sí, pero con otros no, hay que investigar y estudiar si esos indígenas estaban predispuestos al contacto, otorgándoles un papel activo a los mismos, como parece que sí pasó en el sector sur del Noroeste, en donde los contactos a larga distancia fueron utilizados por parte de las élites sociales desde el Bronce Final Atlántico (capítulo 2). Los grupos cantábricos, por su parte, se mantuvieron, en gran medida, al margen de este proceso ya desde momentos antiguos (capítulo 2). Por ello, por muy extraños o hiperbóreos que pudieran ser conceptualizados los habitantes del Noroeste por parte de los comerciantes mediterráneos, lo cierto es que las élites castreñas de este sector estaban familiarizadas y predispuestas a los contactos a larga distancia y al intercambio, y en su universo mental hubo un lugar reservado para “los mediterráneos”, unos mediterráneos que ya interactuaron con los locales en aquellos tiempos de la metalurgia Baioes-Venat del “Bronce Final Atlántico”. No por casualidad es la zona castreña en donde luego veremos la aparición de grandes *oppida* (González Ruibal 2003a), precisamente en momentos del ciclo púnico antiguo. Se ha puesto en relación el aumento de las importaciones mediterráneas en el Noroeste, especialmente activo en ciertos castros costeros de las Rías Baixas, como Montealegre -que sustituiría a Punta do Muíño y Toralla- y especialmente Santa Trega, Vigo y A Lanzada, con el auge de los *oppida* a partir del s. II a.C. De hecho Santa Trega y Vigo son *oppida*. No sería descabellado pensar que las élites de estos grandes poblados, en concreto las involucradas en la economía política de los banquetes, fomentasen las relaciones comerciales con el Mediterráneo, como se puede ver en otras partes de Europa en donde también se dio ese proceso urbano (González Ruibal y otros 2007: 67-68). Gallaecia estuvo, por lo tanto, dentro de la misma red comercial que pone en contacto todo el Mediterráneo occidental, el norte de África o Conímbriga (Ibid.: 68). Todo este proceso no es baladí en lo que respecta a la imagen que trascendió y se perpetuó de los “pueblos del norte” como “célticos” no tanto por poseer unas características culturales compartidas como por poseer unas formas de economía moral que les hicieron mantenerse al margen o no del comercio mediterráneo, por lo que la diferenciación de Plinio en su *Naturalis Historia* de unos *Celtici* en la parte norte de Galicia -con los que tenemos que relacionar a los grupos más occidentales de nuestro estudio- y unos *Helleni* y *Graii* (griegos) de la parte sur, depende del mayor o menor contacto entre indígenas y mediterráneos, hasta el punto de que los grupos de la zona de *oppida* y de mayor jerarquización social de As Rías Baixas llegaron a asimilar sus nombres con los de pueblos mediterráneos, a reclamar orígenes familiares lejanos (no habría que descartar a élites de aquellos poblados casándose con comerciantes púnicos) y,

significativamente, los guerreros “galaicos” lucharon junto a Hannibal en la Segunda Guerra Púnica (González Ruibal 2006: 137-138).

Sin embargo, entre los montañeses cantábricos, exceptuando a algún castro costero más abierto y dinámico por ser un buen fondeadero, habría que pensar en una actitud activamente pasiva respecto a los comerciantes extranjeros. En el norte peninsular parecen seguir enrocados en su refracción y resistencia al contacto y al intercambio con el comerciante foráneo, al igual que en la Edad del Bronce. Por lo tanto, desde una perspectiva postcolonial en la que entendamos la agencia y el papel activo del colonizado, no se trataría tanto de que la ausencia de desarrollo estatal y la ausencia de “cultura” en la que vivían muchos nativos hiciera que los comerciantes púnicos rechazasen formar colonias en aquellos lugares, como se ha dicho para zonas remotas de África (Presedo y otros en González Ruibal 2006: 129), sino que los nativos tuvieron un papel activo en ese rechazo, pues como *deep rurals* (ver más abajo) se caracterizarían, aparte de por el tamaño pequeño de sus castros, por un *ethos* colectivo que hace que prevalezca la comunidad sobre el estatus individual y por censurarse las relaciones con los foráneos (González Ruibal 2006: 130-131). Frente a la concentración de hallazgos, templos, cabañas y puertos ocupados por los comerciantes púnicos en As Rías Baixas, lo que se aprecia según seguimos avanzando hacia el norte es una dispersión de restos mucho más difuminada y asociada a referentes paisajísticos de la costa y a puertos, como son las seis monedas púnicas de *Gadir*, *Abdera* y *Eubussus*, del puerto de Bares (frontera natural entre Lugo y A Coruña), junto al Cabo de la Muller Mariña (Ibid.: 135). Hay también una escultura de bronce orientalizante descubierta como ofrenda votiva en el río Dola, muy cerca del mencionado cabo de la Muller Mariña de Bares, por lo que vemos un objeto mediterráneo traído por comerciantes púnicos, pero depositado dentro de una tradición indígena (González Ruibal 2006: 142). Lo cierto es que los hallazgos de Coaña o la Campa Torres habría que entenderlos en este sentido, como fondeaderos necesarios para una ruta marítima que partía desde Galicia y costeaba por el norte de España, posibles, por otro lado, por tratarse de los poblados más complejos, socio-económicamente hablando, de la costa cantábrica, por lo que pudieron tratar, y no rechazar, a los comerciantes mediterráneos, así como consumir sus productos. Pero salvo estos escasos ejemplos el resto de castros cantábricos debió de mostrarse bastante hostil ante los comerciantes mediterráneos, ya que, al igual que las ciudades-estado u *oppida* que les rodean por el sur, no dejan de ser amenazas exteriores que podían desequilibrar los frágiles sistemas igualitarios en lo que aún vivían.

## 4.5 LAS POLÍTICAS DE LA IDENTIDAD EN LA CORNISA CANTÁBRICA:

### 4.5.1 De la arqueología etnicista a la arqueología de la etnicidad.

Creemos, al igual que John Collis (1996b: 176; 1997: 199), que el tipo de arqueologías histórico-culturales en las que se proyectan en el tiempo unas etnias como los celtas, o, en nuestro caso, unos normativos astures y cántabros, y se entiende que la cultura material es reflejo de la información procedente de los autores clásicos, son racistas y políticamente peligrosas. Paradójicamente, estas arqueologías histórico-culturales y etnicistas, se presentan así mismas como objetivas, desde el entramado conceptual positivista de la búsqueda de la verdad, y, sin embargo, cada autor escoge las marcas de etnicidad de los grupos pretéritos de modo completamente subjetivo, se ajustan de modo forzado los datos arqueológicos e históricos, incurriendo frecuentemente en contradicciones, y en muchas ocasiones lo que se deduce es un gran desconocimiento de la cultura material que se traen entre manos. Como vimos en el capítulo 1 el máximo exponente de la tendencia historicista apadrinada por Kossina en el ámbito cantábrico podríamos fijarlo en la colaboración de Antonio García y Bellido y Juan Uría Rúa y sus “intervenciones arqueológicas” en Coaña y Pendia en los duros primeros años de la posguerra. Recordemos como ilustrativo ejemplo el hecho de que se intentara demostrar el carácter celta de Coaña a través de un fragmento de cerámica de la Segunda Edad del Hierro con impresiones de peine que se malinterpretó como “cerámica excisa” (Uría Rúa 1941b). Además, para los que se han ocupado de tiempos protohistóricos, le han hecho un flaco favor a la disciplina arqueológica puesto que al subsumir el guión de la etnicidad a las fuentes clásicas han pasado frecuentemente a utilizar los restos arqueológicos como mero relleno material de un guión preestablecido en otra parte, es decir, han desarrollado una falsa autonomía del campo científico de la Arqueología (Marín 2004a: 91). Es falsa la inocente identificación histórico-cultural entre lengua, pueblo/etnia y cultura material. Pero tampoco es una salida razonable la tendencia de mucha de la Arqueología realizada actualmente que en pos de la “objetividad científica” omite conceptos como etnia, debido al riesgo de contaminación ideológica o política que ello pudiera conllevar, y que de hecho ha supuesto que durante muchos años no se haya ofrecido ninguna explicación o crítica, por ejemplo entre los arqueólogos que trabajan en Asturias, ante el hecho de que los Celtas o los Astures hayan desaparecido del relato arqueológico de la noche a la mañana (Marín 2004a; 2005a).

Como decimos, la alternativa no es omitir la cuestión étnica y el complejo laberinto de las identidades colectivas o criticar con dureza a los que sí lo hemos intentado (Camino 2006), sino que el verdadero reto que tiene la Arqueología en la actualidad es desarrollar un método propio para abordar el tema de la etnicidad (por ejemplo Fernández Götz 2008: 119-141), y ver en qué modo puede conjugarse la información arqueológica y la textual (Morris 2000) ya que la información escrita y la material en ocasiones se complementa y en otras es totalmente contradictoria y excluyente. Desgraciadamente el rechazo al uso historicista de las etnias, tampoco se ha visto acompañado de una alternativa teórica y metodológica viable en la tendencia postprocesual, ya que tradicionalmente ha estado más interesada en la agencia y en el individuo que en los *ethoi* estructurales y colectivos (González Ruibal e.p.). La solución no es eludir la existencia de etnias, tanto en el pasado como en el presente, sino dar el paso desde una arqueología etnicista, a una arqueología de la etnicidad, o si se quiere, de las identidades colectivas. La arqueología etnicista va en paralelo con el historicismo-cultural, ya que este entramado teórico y epistemológico políticamente va de la mano de la justificación de los estados-nación, o de las distintas regiones que los forman y que a su vez quieren justificar su existencia en el pasado (Thomas 2004). El primer paso para hablar de etnicidad sería desprendernos de cualquier justificación de realidades políticas presentes, se llamen estas España, Asturias o Cantabria. Sólo así podremos problematizar el tema de la etnicidad en la Edad del Hierro considerando el rol de la política, la influencia de los autores antiguos sobre nuestra percepción de los grupos étnicos (capítulo 5) y la naturaleza múltiple de la identidad. Defendemos con todo ello, que la Arqueología, tras una labor de deconstrucción historiográfica, tiene mucho que decir sobre la etnicidad y sobre la vertiente política de esta. Es decir, debemos dar el paso desde la definición paleoétnica usando exclusivamente las fuentes clásicas, cuyas categorías son ajenas, exoétnicas, a las realidades culturales que se definen, a hacerlo mediante los restos arqueológicos y, cuando sea pertinente, mediante la combinación con fuentes escritas, para intentar encontrar rasgos de autodefinición por parte del grupo étnico, si es que los hay. Creemos que merece la pena intentar llegar a reconocer identidades colectivas pretéritas, como las étnicas, a través de los restos arqueológicos, como ya se está intentando realizar en otros lugares peninsulares (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2002; Ruiz Zapatero 2009).

En esos mismos años en los que se estaba “excavando” en Coaña y Pendia el sociólogo alemán Max Weber definió las etnias como grupos humanos que, fundamentándose en similitud de hábitos y costumbres, o en recuerdos de la colonización y

migración, abrigaban una creencia subjetiva en una procedencia común, la cual es más consecuencia que causa de la acción política colectiva. Weber combinó los aspectos subjetivos y objetivos de los grupos étnicos, así como de mantener en equilibrio sus bases culturales y políticas (en Fernández Götz 2008: 63). Tras este trabajo pionero la literatura en ciencias sociales sobre la etnicidad, incluida la Arqueología, es inabarcable, pero podríamos destacar, como bien ha sintetizado Manuel Fernández Götz (2008: 65-82) el debate entre la perspectiva primordialista e instrumentalista, por un lado, y la objetivista y subjetivista, por otro. Podría aludirse a F. Barth y al gran avance que supuso su síntesis instrumentalista y subjetivista de la etnicidad, puesto que a partir de él podemos marcar el comienzo de los estudios *emic* de la etnicidad y también la idea de que la percepción y expresión de la identidad étnica de una persona puede variar en distintas situaciones dependiendo del contexto y la escala de interacción. Al romper con concepciones esencialistas como la correlación exacta entre cultura y etnicidad, o el determinismo biológico / psicológico del primordialismo, contribuyó a la descripción y explicación de los aspectos dinámicos y situacionales de la etnicidad (en Jones 1997: 75-76). Clave en Barth, desde su posición *emic* de la etnicidad, es que “los grupos étnicos son categorías de adscripción e identificación que son utilizadas por los actores mismos y tienen, por tanto, la característica de organizar interacción entre los individuos”. Los rasgos que son tomados en cuenta en la etnicidad no son la suma de diferencias “objetivas” sino solamente aquellas mismas que los actores consideran significativas. De ahí que la identidad étnica, al ser un proceso social dinámico, el sentimiento de pertenencia puede persistir sobre la base de nuevos parámetros, una vez que éstos hayan adquirido un nuevo significado social. Por todo ello ni la lengua, ni la cultura, ni el origen, ni la religión... puede considerarse *per se* elementos objetivos de adscripción étnica (en Fernández Götz 2008: 78), lo que es una afirmación de importante calado para la Arqueología.

Podríamos añadir además que para que un grupo sea realmente un grupo étnico, tiene que tener conciencia de sí mismo como tal y poseer un nombre para definirse a sí mismo, un etnónimo (Renfrew 1990: 177). Podríamos añadir los tres rasgos básicos que tendría cualquier definición de etnicidad según Shennan (en Ruiz-Zapatero y Álvarez Sanchís 2002: 255): la propia percepción del grupo que en definitiva es lo que genera el sentido de la identidad; la delimitación del territorio ocupado (el territorio del grupo étnico); y la asunción cierta o inventada de una continuidad a partir de unos ancestros comunes.

El principal problema de la etnicidad entonces, de cara a una interpretación arqueológica, es que no se define ni con la lengua, ni con la cultura de un grupo, sino que la etnicidad es algo pensado que parte de la

subjetiva oposición entre “nosotros” y “ellos” (Jones y Graves-Brown 1996: 6). Los grupos étnicos son sistemas fluidos autodefinidos y no existe una identificación entre cultura y etnicidad. Sino la etnicidad sería algo tan sencillo como buscar los límites culturales, en Arqueología los fósiles-guía. La etnicidad en un grupo procede de la comparación con las prácticas culturales de otras etnias particulares, y siempre conlleva una interpretación de la diferencia cultural. Cada grupo conceptualiza su etnicidad de un determinado modo y además ésta cambia, se transforma y reproduce (Jones 1997: 70).

Siguiendo a Simon James (1999: 70) podemos sintetizar algunas características generales de la etnicidad como resumen de la variedad de propuestas que existe al respecto: es una construcción cultural que tiene más que ver con lo que la gente cree sobre sus orígenes y su identidad que con la Historia real o verdadera; las identidades étnicas no son estáticas, son procesos sociales complejos, y más que poseídas son vividas; no hay porque tener una identidad étnica, sólo surge por oposición a otras identidades étnicas; tiene más que ver con las diferencias respecto a otros que a las similitudes; las identidades étnicas pueden ser múltiples, y conjugarse con otras identidades, como la de género; la identidad étnica dentro de un grupo puede tener mayor importancia para unos que para otros; raramente son homogéneas, más bien tienen una alta complejidad interna; la similitud cultural no tiene porque ser un indicador de la etnicidad; raramente tiene límites precisos; son fluidas y situacionales, no se expresan todo el tiempo; las identidades étnicas cambian continuamente; sus símbolos no son fijos; se suele legitimar a través de la Historia, que se hace ficticia y partidista; y el desarrollo de cada etnicidad depende de circunstancias históricas específicas.

Si tenemos en cuenta estas características fundamentales sobre la etnicidad, resumidas por Simon James, podríamos llegar a la paradoja de que sin textos escritos es verdaderamente difícil intentar rastrear una identidad étnica. Si los grupos étnicos deben ser definidos desde la perspectiva de sus miembros esto en la mayoría de los contextos arqueológicos es de muy difícil aplicación, lo que nos lleva a asumir que sólo la información escrita permite la identificación de grupos étnicos pretéritos, así como de los indicadores materiales utilizados en la expresión de su identidad (Fernández Götz 2008: 95-96). Debemos matizar que para tal fin en nuestro ámbito de estudio y durante el periodo prerromano contamos tan sólo con la cultura material (Marín 2005: 121-136), ya que incluso para época “histórica” si en algo se caracteriza este territorio es por la escasez y carácter tardío del repertorio textual (por ej. Roldán 1970).

Los textos escritos son analogías contemporáneas para finales de la Edad del Hierro que pueden decirnos lo que los artefactos pueden

significar, y pueden ayudarnos en nuestro afán por establecer analogías relacionales y descripciones densas (capítulo 1). Ello en definitiva implicaría tender, en los estudios de la Edad del Hierro, a un análisis contextual de las fuentes literarias y arqueológicas (Hill y Cumberpatch 1993: 132). El problema en nuestro caso de estudio es que no nos encontramos precisamente ante un fenómeno del que podamos hacer una “descripción densa” (Geertz 1992), es decir, un contexto en el que contemos con multitud de fuentes a la hora de interpretar. Este motivo y el hecho de que las primeras referencias sobre Asturias sean tardías - época de Augusto- y genéricas hizo que algunos autores como J.M. González y Fernández-Vallés (1966: 255), que recordemos se había formado en la filología e Historia Antigua, llevaran la perduración de la protohistoria asturiana hasta el s. VIII d.C., momento en el que los hechos acontecidos en esta región comenzaron a fijarse por los cronistas e historiadores locales. Por otro lado nos encontramos con el problema de que cuando aparecen fuentes escritas éstas suelen hacer referencia a las clases altas, y a momentos posteriores a la conquista, por lo que surge la duda de si la identidad étnica fue vivida de igual modo por todos los miembros del grupo social, cómo afectó a las identidades la conquista romana, etc.

Para la Edad del Hierro del centro-occidente cantábrico partimos por tanto de una situación compleja si lo que queremos es rastrear identidades pasadas, como la étnica, a partir de la cultura material. No obstante es el escalón principal tras el cual podremos empezar a plantearnos las comparaciones y analogías con los testimonios epigráficos y a barajar los posibles contenidos culturales e identitarios de las divisiones administrativas romanas o de los pueblos citados por los autores clásicos. No se trata de negar la información de las fuentes escritas sino de no negar la capacidad de la Arqueología para producir conocimiento sobre las sociedades del pasado. Además, debemos tener en cuenta que, aunque encontremos puntos de conexión entre los diferentes tipos de fuentes, sólo podemos usar estas analogías para los momentos tardíos de los castros y especialmente para los de época romana. Asumiendo esto y que la etnicidad cambia a lo largo del tiempo resulta absurdo denominar astur o cántabro un castro del s. VI a.C., pese a que este tipo de naturalizaciones son frecuentes en la tradición historiográfica hispana, en donde podemos ver una Edad del Hierro con los celtíberos, los vettones, los vacceos, los carpetanos... como frecuentes protagonistas del discurso, aludiendo a estos grupos como tal incluso en el Bronce Final, que es cuando supuestamente comienza su etnogénesis (ver variados ejemplos en Ruiz Zapatero y Almagro Gorbea 1992). Aparte de que el concepto de etnogénesis es cuanto menos ambiguo, ya que supondría asumir que los grupos de la Edad del Bronce no tuvieron etnicidad. Contar con diversos

tipos de fuentes para poder estudiar un periodo concreto, como ocurre con la Protohistoria, es un lujo al que no podemos recurrir para el resto de los tiempos prehistóricos, pero no por ello debemos confundir el método de ambas disciplinas, vicio excesivamente extendido entre los estudios de la Edad del Hierro (Marín 2005: 131-132).

Por otro lado es necesario remarcar de nuevo que hay diferentes tipos de etnicidades (Jones 1997: 86), no sólo comparándolas entre grupos sino que la etnicidad se vive de modo diferente dependiendo de la posición de cada agente dentro del campo o campos sociales, que es en definitiva una posición política, ya que depende de las estrategias de cada agente en relación al resto y de qué tipos de capitales se acumulen y cómo se usen. No es que haya grupos sociales sin etnicidad, como vimos que apuntaba más arriba Simon James (1999: 70), sino que la etnicidad igual depende no tanto de una cuestión identitaria como política, que sería lo que haría variar la cultura material. De hecho, para pensar la Edad del Hierro podemos usar unas nuevas “políticas de la identidad”, que no tienen tanto que ver con la idea posmoderna del multiculturalismo, derechos de las minorías y libertad individual, sino con una política que tiene en su núcleo el poder, la hegemonía, la ideología y la economía (González Ruibal e.p.). Por ello no podrá ser igual la etnicidad de un *oppidum* meseteño o del piedemonte cantábrico que la de un castro cantábrico. Un *oppidum* lo podemos entender como una jefatura compleja o incluso como una formación estatal, siendo por tanto una sociedad divisa, con patentes desigualdades sociales de clase y género, y en la que según la posición de cada agente su práctica social hará que se apropie de la cultura del grupo de diferente manera. En el seno de una sociedad de este tipo puede haber prácticas asimétricas e incluso divergentes, también en lo que a la identidad étnica se refiere. De hecho sería posible entender ciertos etnónimos como Vetton o Celtíbero, una vez conquistados su territorios por Roma, o los nombres de los principales *oppida* en un sentido indentitario, como un modo de hegemonía social, impulsada por cierta clase guerrera y masculina, por lo que seguramente pudo haber rechazo y / o resistencia a los mismos por otros colectivos humanos integrantes de esas comunidades. Pensemos en lo diferente que tuvo que ser sentirse como miembro de un determinado *oppidum*, pese a que seguramente funcionaron como referente identitario y étnico, para un miembro de la elite guerrera, para un artesano especializado, para una mujer que igual nació en otro *oppidum*, pero se casó con un hombre de éste, o para un aldeano que vive en una alquería que depende políticamente de esa “capital”. Igual la identidad étnica en muchos de estos grupos provocó más resistencia que adhesiones incondicionales, y puede que otras identidades tuvieran más presencia e importancia que la étnica en la vida cotidiana de muchas personas,

como puede ser la de grupo de edad, la de gremio artesanal o campesinado, la de género, etc.

Por otro lado un castro cantábrico, como hemos visto a lo largo de los capítulos 3 y 4, se caracterizaba por su pequeño tamaño, su reducido número de habitantes (en el umbral de la reproducción biológica y cultural) y por un *ethos* igualitario lo que no quiere decir que no hubiera desigualdades sociales (capítulo 3), como pueden ser la de género por la implantación de un *ethos* guerrero o la tensión creciente entre los grupos familiares y la comunidad castreña, aunque éstas tensiones siempre se asentarán sobre distancias sociales más pequeñas que en los grupos meseteños. La cuestión es que en los grupos humanos con una menor complejidad social y económica la identidad de las personas tiende a ser relacional, antes que individual, lo que quiere decir que está mucho más determinada por las relaciones del grupo en el que viven (Hernando 2002). Asimismo, el esquema básico de la estructura de la personalidad tiende a mostrar una mayor consonancia con la estructura básica del grupo social correspondiente (Elías 1990), por lo que podríamos pensar en identidades étnicas castreñas sino más fuertes, al menos sí compartidas de forma más homogénea por los diferentes miembros del grupo, que en el caso de los *oppida* meseteños o *bracarenses*.

Se han propuesto recientemente algunos ejemplos etnográficos para entender de qué modo pudo darse la etnicidad entre la gente de lo que los romanos luego llamarían *Callaecia* y *Asturia*. Así vemos montañeses thailandeses o cameruneses, con formas sociales mucho más igualitarias que sus vecinos de las tierras llanas, que suelen tener formas estatales y con comercio a larga distancia, y en donde la etnicidad no es sólo una etiqueta cultural sino también de estatus en el caso thailandés (los montañeses pagan tasas a los estados de las llanuras) o de oposición (en el caso camerunés, pese a que sus economías y formas de vida dependen del otro). En este último caso la identidad montañesa Wandala, más igualitaria, se fundamenta por oposición a la economía de poder de sus vecinos. En Madagascar, pese a ser reformulada su variedad cultural en tribus o “grupos étnicos” por los franceses, aquellos se diferenciaban por cuestiones de identidad política, entre los que seguían dinastías reales y formas estatales, y los que rechazan el estado (González Ruibal e.p.).

Alfredo González Ruibal (e.p.) parte de la idea de que en el Noroeste durante la Edad del Hierro hubo diferentes articulaciones políticas, que crearon diferentes tipos de oposiciones y permitieron la emergencia de diferentes identidades colectivas. Básicamente podríamos hablar de que hubo comunidades en donde la economía política como tal estaba en funcionamiento, lo que permitió la producción de desigualdades y jerarquización, mientras que en otras lo que primó es la economía moral, que enfatizó los valores igualitarios y el *ethos* colectivo.

Algunas de estas comunidades se organizaron como sistemas políticos centralizados mientras que otras rechazaron el estado. Estas diferentes economías de poder modificaron severamente la cultura material y el paisaje. Las diferencias regionales resultantes, junto a otras idiosincrasias culturales, fueron transmitidas por los autores clásicos a través de una serie de oposiciones (*Celtici* / *Helleni*; *Bracarenses* / *Lucenses*; *Transmontani* / *Cismontani*) que los modernos investigadores interpretan de modo excesivamente rígido en términos étnicos, geográficos o culturales. En las economías políticas, asociadas a formaciones sociales complejas, es normal la creación de “grandes estilos”, usados como reserva simbólica, que se suelen reelaborar con influencias externas, y que es básicamente un estilo de la elite, aunque se democratice en unas cuantas generaciones. La elite, dentro de una estrategia político-económica, se apropia de esos estilos y lo usa en su cultura material de prestigio, situándose como garantes del orden social y cosmológico representado por esos símbolos. Estilos y cultura material que pueden ser un refuerzo de la identidad étnica, pero que sobre todo es algo que tiene que ver con un fenómeno de la elite (González Ruibal e.p.), con el poder.

El concepto de economía moral es mucho menos frecuente, pero estaría en relación con aquellos grupos que enfatizan los valores colectivos y la isonomía. La economía moral se refiere a normas y obligaciones no esencialmente económicas, en el sentido occidental, que median en las relaciones sociales, políticas y económicas de la gente. En éstas los cálculos para el interés propio o la eficiencia suelen estar ausentes, son secundarios o se camuflan. Se enfatizan los valores igualitarios o colectivos, canalizados a través del mito y el ritual, y se impide la ganancia individual a expensas de los otros. En las economías morales las estrategias de trabajo suelen incluir trabajo agropecuario comunal, ayuda mutua y reciprocidad, riesgos compartidos e instituciones de asistencia social. La articulación de las normas sociales, los principios de reciprocidad y la expresión simbólica de los valores comunitarios no sólo intervienen dentro de la comunidad sino con otros grupos. De hecho es más visible la economía moral de los grupos en momentos de contacto cultural entre sociedades que no son de mercado y sociedades orientadas al mercado. Economías morales las encontramos en diversos tipos de sociedades, como las puramente igualitarias, las transigualitarias, las heterárquicas, las sociedades campesinas o las sociedades “deep rural”, e incluso como restricción al poder de los gobernadores en sistemas estatales. Al igual que en la economías políticas el *ethos* reforzado en las economías morales puede ser fundamental para definir una particular identidad étnica, incluso reforzando la economía moral, en donde el mercado, el intercambio o las importaciones se ven como amenazas, para reforzar la

identidad étnica. En algunos grupos los principios igualitarios son los que nos informan de su etnicidad. Por lo tanto la existencia de un tipo u otro de economía de poder es fundamental a la hora de definir la identidad en general y la identidad étnica en particular, ya que los grupos igualitarios suelen tener sentimientos étnicos mucho más frágiles y movilizarlos con menor frecuencia. El vínculo entre el poder y la etnicidad no sólo actúa en las instituciones, rituales y prescripciones sociales, sino también en la cultura material. Las economías políticas favorecen los grandes estilos, los bienes exóticos y los artefactos de lujo. Por su parte las economías morales reducen el mercado y poseen tecnologías más democráticas favorecidas por un modo de producción doméstico (González Ruibal e.p.).

Desde un punto de vista etic o de etnicidad objetiva (Hoz 1997) podemos ver como la división realizada por los romanos de *Callaecia, Asturia* (la parte transmontana principalmente) y el *Conventus Cluniense* puede tener un correlato general con ciertos rasgos sociales, como arqueológicos y lingüísticos. En la primera zona se comparten una serie de divinidades (Navia, Bandua o Reve), así como elementos de cultura material (las saunas rituales, los torques de oro, las arracadas, los calderos de bronce, espadas de antenas y algunos tipos de fibulas) y probablemente se hablara la misma lengua o lenguas muy parecidas. Además, aquellas gentes tendrían un elemento muy particular que los diferencia respecto a otros territorios peninsulares, que es basar su organización social en el territorio, el asentamiento y la casa, entendida en un sentido amplio (frente alas zonas que lo hacen en linajes, clanes, *gentilitates* o *gentes*), aunque con el matiz de que este último rasgo también se extiende a una buena parte de la antigua Asturia, en donde las *gentes* y *gentilitates* son la norma (González Ruibal e.p.). No obstante veremos más adelante (capítulo 5) que igual esta última diferenciación no fue tan rígida como se pretende. Para el caso de la Asturia transmontana también podemos marcar una serie de divinidades propias de este territorio, como Lug, Taranis y Navia. Por otro lado es frecuente la alusión a que las variantes de la lengua asturiana así como sus límites geográficos proceden de diferentes sustratos lingüísticos prerromanos, que además coinciden con los ríos Navia y Sella, es decir, con los límites conventuales (Lucense, Asturum y Cluniense) (González 1976, 1978), por lo que podríamos entender que en época prerromana se hablaron en cada una de estas grandes zonas conventuales sino la misma lengua sí lenguas muy parecidas entre sí, en las que tradicionalmente se reconocen elementos preindoeuropeos, indoeuropeos preceltas e indoeuropeos celtas. Como ya dijimos la Asturia transmontana queda dividida, epigráficamente hablando y ya para época romana, en un territorio de *castella* al occidente del río Narcea y de *gentes/gentilitates* al oriente, lo que no coincide con ningún límite

conventual romano. El mismo razonamiento filológico que acabamos de esbozar nos sirve para entender cierta unidad lingüística en el oriente asturiano y la mitad occidental de Cantabria, que formarían parte de lo que con Roma pasó a conformar el Convento Cluniense. La falta de investigación en el territorio central cantábrico no nos ofrece ningún rasgo arqueológico definitorio claro, en un sentido mueble, que no sea también compartido por otras regiones cantábricas, ya que lo que sí es evidente es que es un territorio con un paisaje castreño como el de Asturias, norte de León o norte de Galicia, quizás con castros de tamaños algo superiores, pero que en absoluto puede asimilarse a los *oppida* del norte de Burgos y Palencia, por mucho que algunos autores entiendan todo ello como el territorio de los antiguos cántabros. Para el territorio occidental cantábrico el rasgo arqueológico que mejor define la etnicidad objetiva son, como ya vimos más arriba, las murallas de módulos, aunque hay otros elementos vinculados a las tecnologías del cuerpo, a la vestimenta, como los enganches laciformes y los pasadores en T que también podemos entender típicamente de este sector, pero que geográficamente también se esparcen por la zona Cismontana.

Estos grandes grupos de los que podemos definir ciertos elementos de etnicidad objetiva y que pudieron ser reinterpretados por los autores de la Antigüedad en la forma de Galaicos, Astures y Cántabros y, en cierta manera, servir a Roma en sus diversas divisiones administrativas, difícilmente pudieron servir como elementos de identificación para la gente de la Segunda Edad del Hierro, debido a sus grandes tamaños y a la, por otro lado, enorme variabilidad cultural interna, como hemos podido comprobar con el repaso de sus tecnologías edilicias o cerámicas, por ejemplo. Más visos de poseer un contenido étnico o de identificador colectivo cultural, en un sentido emic, son las otras subdivisiones menores romanas, los *populi* y/o *civitates*, tales como pésico, lugón, vadiniense u orgenomescio, aunque sobre todo ello volveremos en el capítulo 5.

Volviendo a la etnicidad muchos autores consideran que la autoidentificación es un aspecto clave de la etnicidad, aunque algunos creen que no se puede reducir la etnicidad a un fenómeno de autoidentificación y se nos invita a separar la etnicidad de los procesos de aserción de identidad y la identidad étnica de la situación creada por esos procesos (Ruby en González Ruibal e.p.). Sea como fuere ni Calaicos, ni Astures, ni Cántabros serían grupos étnicos en esos términos, porque no hay evidencia de que se considerasen a sí mismos como colectivos singulares, insertados en una identidad común, o con un origen mítico compartido. Y quizás la clave para entender la ausencia de identidad compartida entre aquellos grupos esté en el terreno político, ya que la etnicidad es un fenómeno que tiene bastante que ver con la

emergencia del estado. El estado no es indispensable para la etnicidad, pero es un mecanismo propicio para la creación y generalización de amplias “comunidades imaginadas”, más que en las sociedades de pequeña escala o media categoría. La comunicación y la interacción son elementos básicos para mantener la identidad étnica y ello se consigue mejor en contextos políticos centralizados. Por lo que es difícil que en la *Callaecia* o en *Asturia* se generasen sentidos étnicos comunes.

Nos parece poco ajustado seguir entendiendo las categorías cántabros, astures o callaicos como “grupos étnicos” o “culturas”, ya que bajo estas categorías hay una gran diversidad, igual que son diversas y complejas las identidades étnicas de los grupos que estudian los antropólogos e historiadores. Se ve sobre todo la complejidad y diversidad de escalas de las identidades colectivas en contextos coloniales, en donde más que grupos homogéneos, estáticos y bien definidos, lo que vemos son mosaicos étnicos y multitud de escalas de la identidad colectiva y una diversidad de posiciones y homologías que se entrecruzan con la política y la cultura y que generan diferentes conceptos de pertenencia étnica. El sentido de estático, bien delimitado y homogéneo de la *Callaecia* y *Asturia* es obra del estado romano que, como cualquier estado, tiende a que las cosas sean legibles en el sentido de hacer efectivo su poder, lo que implica reduccionismo, simplificación y clasificación para poder sustituir un orden por otro (Marín e.p. b).

Por ello se ha propuesto una tipología de sistemas sociopolíticos o economías de poder, con los que se entrecruza la identidad étnica, y que se pueden resumir en sociedades de casa, jefaturas basadas en el parentesco, sociedades heroicas y comunidades *deep rurals*. Estas clasificaciones son mucho más importantes que los grandes grupos tipo Callaicos, Astures y Cántabros para definir la identidad colectiva aunque por desgracia son los que los arqueólogos consideran habitualmente en primer lugar (González Ruibal e.p.).

#### **4.5.2 Entre sociedades heroicas y *deep rurals*: la caracterización sociológica de los castreños cántabros.**

“El peligro de la mezcolanza y confusión que mueve a las clases de los pueblos civilizados a diferenciarse por sus trajes, maneras, gustos, etc., falta a menudo en las estructuras sociales primitivas que, por una parte, son más comunistas, y por otra, mantienen rígida y definitivamente las diferencias establecidas” (Simmel 1923: 367).

En este apartado partiremos de una perspectiva que podría parecer objetivista, *étic* o de etnicidad objetiva, ya que intentaremos rastrear cierto contenido

étnico en función de la percepción de la diferenciación sociocultural por parte del analista. Aunque como veremos quizás no se trate tanto de mantener una posición objetivista puramente *étic* sino entender que hay ciertos rasgos de la organización social de los grupos pretéritos, a modo de formas organizativas o estrategias colectivas, que pudieron ser reconocidos o no por los agentes, pero que en cierto modo fueron fundamentales para el desarrollo y reproducción de las identidades colectivas, entre ellas la étnica, que pudieron desarrollarse en cada momento histórico, y que por ello pueden ser rastreados arqueológicamente. Quizás no se trate de escoger entre una perspectiva exclusivamente *emic* y otra *étic*, sino de intentar complementar ambas, pues ambas son aspectos necesarios para abordar el complejo tema de la etnicidad a partir de, eminentemente, restos materiales (Fernández Götz 2008: 82, 125-126). De hecho el científico social raramente describe la realidad sino que lo que suele realizar es generar una realidad de la realidad social que estudia (Bourdieu 1994), puesto que la perspectiva *emic* en ciencias sociales la consideramos como una peligrosa fantasía. Primero veremos la cuestión de la etnicidad en términos políticos más que identitarios, siguiendo la reciente aportación de Alfredo González Ruibal (e.p.), en donde intentaremos clasificar a los grupos castreños cántabros en diferentes categorías sociales inspiradas en modelos antropológicos, sin ánimo de que sean entendidas como compartimentos estancos, para en el siguiente apartado intentar una aproximación contextual a la etnicidad castreña.

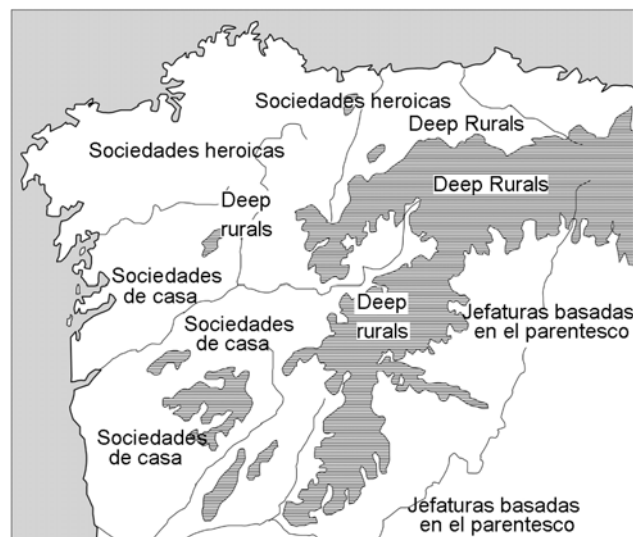
Recientemente se ha insertado el sector occidental cántabro dentro de una tipología de formaciones sociales entendidas como fundamentales en la configuración identitaria de aquellos grupos. En concreto se tienen en cuenta dos modelos: las sociedades heroicas y las *deep rurals communities*. Repasaremos las características de cada uno de los modelos, aunque para comenzar ambos tienen en común ser sociedades contra los *oppida*, sociedades contra el estado desarrollados en la franja al mediodía de este territorio. Ser sociedades contra el *oppidum*, usando la metáfora clastriana de sociedades contra el estado (capítulo 3), significa que se dio un paisaje democrático, con castros de tamaños muy parecidos y con un territorio que no está políticamente jerarquizado o regionalizado. Ello es importante si pensamos que la política define el paisaje y que tanto la política como el paisaje modelan la identidad (González Ruibal e.p.).

En las sociedades heroicas el paisaje sería heterárquico con una multiplicidad de centros autónomos, autocontenidos. Es posible que los castros realizasen alianzas y creasen confederaciones. Quizás el énfasis en la autonomía hizo que las fronteras y lugares neutrales tuvieran tanta importancia en la región, en donde los espacios entre castros muchas



veces se marcan como espacios naturales sagrados, o santuarios con petroglifos y/o túmulos, u ofrendas en los ríos o depósitos de armas o joyas de oro. Por el contrario los *oppida* tienden a incorporar los santuarios dentro de los poblados. El concepto de sociedad heroica se vincula también al modo en el que se evita la tensión social interna mediante la exacerbación del conflicto hacia fuera del grupo, con los otros grupos que rodean, especialmente con los vecinos más cercanos, convirtiéndose así en sociedades guerreras. Pero sobre todo lo que caracteriza a las sociedades heroicas es que, pese a ser sociedades contra el estado, no significa que fueran sociedades contra la jerarquía sino que también desarrollaron ciertas formas de economía política. En concreto estaríamos hablando de la que tiene que ver con el Modo de Producción Germánico que se asume para este tipo de sociedades, en donde, como vimos, la competitividad fundamentada en el parentesco fue uno de sus rasgos distintivos (González, Parceró y Ayán e.p.; Parceró 2003; González Ruibal e.p.). Frente a las sociedades heroicas otras sociedades sí que rechazaron completamente la desigualdad, que son las que podríamos definir como *deep rurals*.

Por lo tanto las sociedades heroicas estuvieron jerarquizadas, tuvieron una economía política con estrategias de diferenciación, y una idea de valor que es similar al de otras comunidades supuestamente célticas. Esa idea de valor que se puede considerar como economía política se fundamentaría en la relevancia de los bienes portables (como la joyería), el ganado y la guerra. Arqueológicamente se vería en la ausencia de una fuerte tradición arquitectónica en el área (frente a las sociedades de casa de los *oppida* bracarense), en la sobreabundancia de joyas, especialmente torques, que se reparten preferentemente por el norte de Callaecia, por el alto porcentaje de huesos de vacas en los castros o por el paisaje militarizado caracterizado por castros fuertemente defendidos. La economía de bienes de prestigio se centra en los artefactos locales, especialmente torques, más que en productos exóticos, que suelen estar bastante ausentes. Los lazos entre comunidades podrían verse en el hecho de que aparezcan torques típicos de una determinada zona fuera de esa región (como regalos o efectos de razzias) o en la existencia de estilos cerámicos compartidos (que indica que hubo un conjunto de elementos culturales compartidos), o por la repetición de un determinado estilo de sauna sobre este área, que revela creencias compartidas y similares exhibiciones sociales. Todas estas prácticas así como los principios comunes de valor probablemente funcionaron como un “gran estilo”, al modo del de los *oppida*, proveyendo un sentimiento de pertenencia compartida entre estas comunidades (González Ruibal e.p.). De hecho vimos más arriba como el sector norte de Galicia y el extremo occidental cantábrico, básicamente el tramo a



**Figura 4.135:** caracterización sociológica del noroeste de la Península Ibérica, incluyéndose el sector occidental cantábrico (a partir de González Ruibal e.p., modificado).

partir de la cuenca del Narcea, recurrió frecuentemente a la emulación y reinterpretación, e incluso en ocasiones importación, de diversos elementos del área bracarense, del gran estilo bracarense, sin duda en un sentido de elementos de prestigio. Hasta el punto de que este sector septentrional llegó a tener características de las “sociedades de casa”, como vimos a la hora de hablar de la arquitectura, pero sin que llegamos a definirlo como tal ya que en ningún caso llegaron a formaciones sociales tan complejas como las que se suelen vincular a las “sociétés à maison”.

De todos modos las relaciones entre los “grandes estilos” y las identidades compartidas se han discutido mucho más arqueológicamente que las relaciones entre la identidad y los *ethoi* más igualitarios. No obstante puede decirse que las economías morales serían una importante fuente de autoidentificación colectiva, frente a otras comunidades de la Edad del Hierro. Los *deep rurals* son casi como el negativo de otras sociedades de la Edad del Hierro, por ejemplo como las que habitan los *oppida*. Tuvieron un *ethos* igualitario generalizado y fuerte que unificó su cultura y sustentó sus particulares regímenes de poder. No se trata de comunidades igualitarias, ya que esto es complejo encontrarlo, pero sabemos que dentro de las comunidades desiguales existen desde las que están escasamente jerarquizadas a los imperios. Como ya hemos discutido más arriba y en el capítulo 3 los grupos castreños cantábricos no serían realmente tribales o segmentarias (por ej. Sastre 2001: 52-53), porque este término se suele aplicar a comunidades de una escala más pequeña y más igualitarias. En la misma línea tampoco sería viable denominarlos campesino, por mucho que ciertos rasgos socioeconómicos encajen (por ej. Fernández-Posee y Sánchez Palencia 1998), ya que ese término implica la integración en sociedades complejas, especialmente en

las de tipo estatal, puesto que por mucha autonomía económica y social que posean los grupos campesinos en última instancia siempre son explotados por un poder exterior (de la Peña 2001: 135; y para el ámbito castreño Parcerio 2003: 270-271). Quizás sean términos más adecuados las heterarquías (por ej. Sastre 2002; Crumley 2002) o los transigualitarios, aunque el problema es que es difícil definirlos en términos sociopolíticos (González Ruibal e.p.).

Alfredo González Ruibal apuesta por el concepto de *deep rural* (e.p.) para encuadrar a un buen número de grupos castreños montañoses (fig. 4.135), el cual no es menos problemático que los que recién hemos criticado, pero que puede ser productivo, especialmente a la hora de caracterizar sociológicamente a los castreños cantábricos y a sus conscientes y activas formas de resistencia. Los grupos *deep rurals* (o *rural profonde*) suelen encontrarse en los alrededores de los estados y se caracterizan por su conservadurismo cultural, por el mantenimiento de una fuerte economía moral y por el rechazo al contacto con extranjeros, especialmente los poderosos (mercaderes, misioneros, representantes del estado...), pese a lo cual ha sido un concepto también utilizado en comunidades campesinas europeas subactuales (por ej. Diry 2000).

Básicamente los *deep rural* (siguiendo a Jedrej 1995: 3-4) serían todas aquellas poblaciones rurales que buscan evitar deliberadamente la subordinación, así como la asimilación cultural, respecto a los grupos predominantes adyacentes y sus agentes. Es habitual que este tipo de relaciones se den en las tierras fronterizas, más aún si coinciden diversos tipos de límites (geográficos, políticos y/o culturales), como puede ser la Cordillera Cantábrica. De hecho Jedrej usa el concepto de *deep rural* para referirse a una serie de “culturas de resistencia” que se encuentran en las zonas limítrofes o fronterizas, como los Ingessana en una colinas en el bajiplano entre Sudán y Etiopía, y que se sienten iguales a otros grupos sencillos que como ellos resisten ante los históricos envites de amharas, oromos, el sultanato Funj de Sudán, etc. Por ejemplo se reconoce que algunos de estos grupos no Ingessana que también pueden ser definidos como *deep rurals* no viven en colinas sino en el bajiplano *sensu stricto*. De todos modos se reconoce que en el caso de los Ingessana el hecho de habitar en colinas hace que se aprovechen esas posibilidades topográficas a la hora de desarrollar la resistencia, por ejemplo en la forma de guerrillas. La mayor o menor subordinación intencional de las poblaciones se lleva a cabo a través de un conjunto de técnicas que incluyen la fuerza física, el clientelismo, las relaciones comerciales desiguales y la inducción a la emulación de la cultura dominante, así como también se resiste mediante la adopción de toda una variada serie de estrategias militares, económicas, institucionales y rituales. La resistencia no es siempre completa o negativa y los *deep*

*rurals* pueden llegar a vincularse a las representaciones e instituciones de la sociedad dominante en donde se puede ganar una cierta ventaja en otros términos. Es en este sentido en el que deberíamos entender la presencia de elementos de los “grandes estilos” meseteño y bracarense en las montañas cantábricas, no como una aculturización (pensemos por ejemplo en los que hablan de celtiberización), ya que la resistencia no dejó de funcionar en ningún momento.

En los casos en los que se ha aplicado el concepto de *deep rural*, por ejemplo para definir a alguna de las poblaciones periféricas al sultanato Funj primero y después del moderno estado de Sudán, encontramos diferentes modos de sociabilidad entre los grupos: en algunos grupos el sentido de comunidad es experimentado a través de una forma de territorialidad, en donde los límites sociales se expresan dándole una atención institucionalizada a los límites espaciales. Otros grupos se basan más en el parentesco para definir lo que les une (Jedrej 2004: 712). Precisamente estos dos principios de autoidentificación colectiva son los que podemos rastrear en el paisaje castreño cantábrico, y en la información de la arquitectura y la epigrafía de época altoimperial. Seguramente la arribada de elementos de los grandes estilos de las formaciones estatales bracarense y normeseteñas se deba más bien a apuestas estratégicas de los guerreros de estas sociedades guerreras cantábricas, para afianzar su posición mediante símbolos y códigos guerreros foráneos, que en general podemos englobar en las tecnologías del cuerpo guerrero, aprovechando una distancia social entre géneros creada desde el primer paisaje castreño.

Algunos de estos pueblos reacios a dejarse esclavizar y subordinar económicamente por los poderes estatales (sultanato Funj, reino turco-egipcio de Sudán) se refugiaron en las montañas. En consecuencia, al no querer mantener relaciones comerciales con los posibles grupos que les podrían someter, cuando necesitaban algo de aquellos era en la forma de pillajes o *razzias*, y renunciando a participar en las redes comerciales a larga distancia (Jedrej 2004: 716). La estrategia de “cambio conservador” de estos montañoses es lo que este autor denomina *deep rural*, como serían los Ingessana, que van asumiendo la modernidad, pero a su propio modo (Ibid.: 718 y nota 11). También es sugestivo el hecho de que en las montañas Ingessana hubiera una estructura social a mediados del s. XX basada en la territorialidad combinada con la gerontocracia. El acceso a los recursos o a la tierra lo controla un grupo de 6 o 7 hombres viejos. Las disputas las gestiona un grupo mayor de hombres que son los mayores de la comunidad. El grupo de los hombres está estratificado en ancianos, solteros y niños. Las mujeres en ancianas, mujeres / esposas y niñas. Son distinciones que se entienden como prioritarias, tras las del género, pero

antes que las de parentesco y descendencia, al menos en muchos tipos de reunión. Es un orden en el que los jóvenes le deben respeto y obediencia a los mayores, que al menos entre los hombres es estricto y se refuerza violentamente. La organización jerárquica y territorial representada y corporeizada por los santuarios, junto al gerontocrático orden de la gente, permite a los ancianos movilizar a los individuos para cacerías comunales o para rituales de aflicción con el fin de conducir las cosas malvadas fuera de las colinas/territorios. Esas acciones rituales que se presentan como actos dirigidos a los agentes no humanos que infestan los territorios se llevan a cabo tanto en cada detalle (procedimientos, armas y vocabulario) como en acciones militares coordinadas. Y pueden llevarse a cabo igualmente contra intrusos humanos hostiles y mundanos. Se trata de un tipo de organización social no jerárquica, pero tampoco igualitaria, en donde la distinción de género, y posteriormente la de edad están estableciendo unas diferencias básicas y fundamentales. Hemos de pensar en las sociedades castreñas cantábricas y sus desigualdades internas en términos similares.

Otro ejemplo de grupos *deep rurals* lo encontramos al norte de Camerún en donde está el estado islámico de Wandala, de cuya capital es importante su mercado, al cual bajan los montañeses, llamados paganos, y entendidos por los musulmanes como salvajes. Han tenido una relación de miedo y conflicto en los últimos 400 años: la sociedad musulmana Wandala es centralizada y letrada, y desde el s. XVII esclavizó a los montañeses del perímetro sur, que es una sociedad acéfala, rural y no musulmana. Una sociedad estatal que usó su tecnología más avanzada para controlar a sus vecinos más simples, lo que les obligó a defenderse continuamente en sus superpoblados territorios. Hay muchos ejemplos africanos de como ciertos grupos con superioridad tecnológica controlan o intentan controlar a sus vecinos más simples, grupos más poderosos y grupos menos poderosos: europeos, musulmanes, no musulmanes, gentes del llano... frente a paganos, montañeses, etc. Los grupos que pensamos que tienen menos poder suelen mantener su independencia y su ventaja competitiva por su posición geográfica (entienden la vida en las montañas como un refugio), mediante el control de los recursos (en concreto mineral de hierro, con el que comercian con las gentes de los estados del llano), por el control de las actividades ceremoniales o rituales, por el control del precedente histórico o simplemente por su descentralización en muchas sociedades de pequeña escala (Maceachern 1993: 247-248, 256-258). Pensemos que a nivel geográfico las montañas cantábricas como una auténtica barrera física, la fragmentación política en cientos de aldeas fortificadas independientes, el mantenimiento de la movilidad ganadera -en la forma de pastoreo especializado en un

sentido de estrategia política más que de imperativo medioambiental- o el control de recursos de los que la Meseta Norte era deficitaria -mineral de cobre o pastos frescos en verano, por ej.- pudieron ser factores que ayudaron a la independencia de las sociedades castreñas cantábricas.

Volviendo al ejemplo camerunés también es interesante que muchos de esos grupos étnicos montañeses son más producto de las administraciones coloniales que entidades política o socialmente cooperativas, puesto que dentro de un supuesto mismo grupo étnico hay patrilinajes que defienden diferentes tradiciones de origen y que se casan, luchan o comercian tanto con linajes de su supuesto clan como con otros de fuera. De hecho la unidad primaria de autoidentificación de estos grupos es más el linaje que el supuesto grupo étnico al que pertenecen. El patrilinaje es importante para la relación entre los montañeses, y la identidad de montañés (*keirdi*) es significativa a un nivel social y cultural sólo para las relaciones con los de fuera de las montañas. La identificación étnica es una más de las identificaciones que pueden asumir aquellos individuos, pero no tiene porque ser la más importante. La reificación colonial de los grupos étnicos es algo bastante habitual en África (Maceachern 1993: 252). De hecho vemos que muchas etnicidades tal y cual las vemos hoy en pueblos africanos han sido reforzadas ya no tanto en época colonial como en el periodo postcolonial por instituciones como la iglesia o los misioneros protestantes por lo que puede que en épocas pasadas no fueran tan fuertes como ahora (Martínez Fernández y González Ruibal 2001), lo que nos da la clave de los cambios en las identidades colectivas castreñas especialmente tras la conquista romana. Es interesante como en la relación con muchos de estos grupos montañeses *deep rurals* las sociedades estatales con los que interactúan los suelen ver como analfabetos, bárbaros, primitivos, paganos, gente peligrosa... Ideas que luego suelen transmitir a los imperios coloniales europeos (Maceachern 1993: 268-269; Fanthorpe 1998: 21-23). Quizás los estereotipos sobre los montañeses cantábricos que manejaron griegos y romanos, como los que podemos leer en Estrabón, fueron transmitidos, en un sentido parecido, por las propias sociedades meseteñas que llevaban cientos de años interactuando con ellos.

Un ejemplo más de *deep rurals* lo podemos encontrar en los Limba de Sierra Leona, grupo etnolingüístico con unos 30 mil miembros, en una zona montañosa y accidentada, entre el bosque y la sabana. Se les considera uno de los grupos menos islamizados y cristianizados del país, casi como si fueran una isla separada de las principales corrientes históricas de aquella zona (Fanthorpe 1998: 17-18). Algunos autores basándose en textos históricos dicen que lo que les caracteriza es la guerrilla en la forma de combate, lo que les ha permitido su supervivencia

histórica. Sin embargo muchos aspectos culturales de los Limba son como los de los grupos vecinos: aldeas vinculadas a clanes, con la relación política básica hermano de la madre / hijo de la hermana entre linajes. Un clan extenso puede controlar varias aldeas. Lo que más destacan los Limba en su identidad étnica es la lengua que hablan, pues otras características las comparten con sus vecinos, y ven como Limbas a aquellos que hablan esa lengua, aunque no sean de su grupo, y viceversa. También en su autoconciencia juega un papel importante su modo de vida rural y el cultivar arroz. Los Limba han creado su propio y autoconsciente mundo en oposición a los europeos y reinos musulmanes de la zona, de los que pueden obtener algún beneficio, pero de los que se mantienen independientes (Ibid.: 25-26).

Se ven clanes circunscritos a un pueblo o que se esparcen por una red pequeña de aldeas se presentan como Limba o Mandingos, pero como los individuos de los diferentes grupos étnicos pueden pertenecer al mismo clan y no toman este hecho como base de sus relaciones sociales (Ibid.: 29). Todas las características descritas concuerdan con el concepto de “deep rural”: enclaves situados en los márgenes de una metrópolis de la que sus ocupantes intentan escapar a sus constreñimientos institucionales y económicos; una concentración sobre la producción primaria de comida como clave en la estrategia que permite explotar los mercados urbanos sin que su independencia se vea amenazada. En los tiempos largos estas estrategias se convierten en cultura y pasan a fijarse en los mapas mentales urbanos y adquieren la etiqueta de tribal. La dedicación de los Limba a la agricultura y a las artesanías, su vinculación al territorio y a las fuerzas de la naturaleza ha creado su imagen de sucios, supersticiosos y obtusos para los agentes metropolitanos (Ibid.: 35-36).

Pero ¿por qué hay sociedades de pequeña escala en comunidades localmente autónomas de como mucho unos pocos centenares de personas que aparentemente viven en igualdad política, cuando, podríamos añadir, se encuentran rodeados por grupos sociales mucho más estratificados con los que además interactúan? Suele esgrimirse toda una amplia variedad de factores exógenos para justificar los mecanismos niveladores que impiden la jerarquización, en concreto para los nómadas, y como la subsistencia nómada limita la acumulación material, u otros muchos argumentos que tienen en cuenta la alternancia de los sistemas tipo “big-men”, los recursos críticos, los sistemas descentralizados de redistribución, el intercambio de mujeres, etc. (en Boehm 1993: 227-228), pero ninguno permite desarrollar una teoría general de lo que en antropología se suele definir como tribus o bandas. Además, no todos los grupos igualitarios son nómadas o recolectores, ya que los hay pastores, con sistemas “big-man”, etc. (Ibid.: 228). Aparte de que por definición son menos centralizados

políticamente y menos estratificados socialmente que los que viven en jefaturas, sus principales características compartidas es que viven en grupos relativamente pequeños y que poseen ideologías igualitarias, lo que no quiere decir que estos dos argumentos sean la causa de que existan las sociedades igualitarias (ni el tamaño ni el *ethos* igualitario). Boehm cree (1993: 228) en la importancia del rol causal de las intenciones, por lo que los estilos políticos igualitarios se desarrollaron sólo después del surgimiento de la capacidad humana para las sanciones morales. La aparente ausencia de jerarquía es el resultado de la dominación de los seguidores hacia sus líderes, más que al revés. La causa primaria y más inmediata del comportamiento igualitario es una determinación moral de los principales actores políticos del grupo local que no permiten que ninguno de sus miembros domine sobre los otros. El comportamiento determinado es lo que modela la sociedad y la vida política. Y el “comportamiento igualitario” es todo aquel comportamiento intencional que con resolución suprime las relaciones jerárquicas entre los adultos como actores políticos. El comportamiento igualitario se ve en muchos tipos de sociedades, desde las acéfalas hasta otras con sistemas “big-man” y sus variantes “great-man”, e incluso en jefaturas cuyos liderazgos son relativamente débiles. Para comprobar sus hipótesis el autor realiza un rastreo y estudio de cientos de grupos políticamente autónomos y del comportamiento de sus principales actores políticos, que pueden definirse como las personas que son miembros completos del proceso político cuando se realizan y deciden los más importantes consensos políticos, incluidos la localización del grupo, aspectos cooperativos de subsistencia, las sanciones sociales a los individuos que se desvían o la defensa / agresión externa. Ello nunca incluye a los niños y aunque las mujeres pueden ser incluidas siempre están infrarrepresentadas en las monografías antropológicas, aunque debería partirse de la idea de que en la mayoría de las sociedades a nivel de “bandas” los hombres y mujeres estarían al mismo nivel en cuanto que actores políticos (Boehm 1993: 229 y nota 3). En esta línea hay una serie de mecanismos y estrategias en estos grupos muy valiosas a la hora de mantener sus estructuras igualitarias: la opinión pública (que puede actuar como un importante freno a los liderazgos y frenar el comportamiento autocrático, por ejemplo cuando los jefes tiene que ser sancionados por la comunidad para que sus decisiones se puedan llevar a cabo), la crítica y el ridículo (dirigida a los líderes, incluso cuando éstos son guerreros o cazadores destacados), desobediencia, sanciones extremas (como es asesinar a los jefes déspotas, a personas excesivamente agresivas, cambiar a un líder por otro o desertión del grupo al completo). Muchas de las sociedades en donde se han constatado estos procesos son nómadas que principalmente recolectan, cazan o

pastorean rebaños y también tribus sedentarias que cultivan o tienen ganado, todas ellas dentro de lo que tradicionalmente se denominan bandas o tribus, pero también hay numerosos ejemplos de sociedades tipo “big-man” así como de jefaturas (Ibid.: 231).

El *ethos* podría definirse como las afirmaciones idealizadas sobre como la gente debe o no debe ser o portarse (Kroeber en Boehm 1993: 233). Es significativo que en muchos de estos grupos se entiende que los líderes, si es que se conceptualizan como tales, deben ser generosos, valientes en el combate, sabios en las decisiones vinculadas con la subsistencia o con lo militar, aptos para resolver los conflictos intragrupal, buenos oradores, imparciales, tácticos, sin tacha moral, que no sean agresivos ni irascibles hacia dentro de la comunidad, pero sí hacia afuera, que eviten la preeminencia social, etc. Aunque hay ambivalencia suele primar la concepción de los jefes como un *primus inter pares*, en los pocos casos en los que hay una descripción etnográfica del *ethos* político, ya que en la mayoría de los grupos se sobreentiende la paridad de los actores políticos. Todo ello no quiere decir que en las sociedades igualitarias no haya otras formas de dominio y control: los niños son manipulados y disciplinados físicamente, por ejemplo. Los hombres jóvenes y las mujeres frecuentemente son tratados como cosas que se pueden intercambiar en las estrategias de casamientos, las mujeres casadas son controladas muchas veces por los hombres, en sistemas matrilineales y matrilocales los hombres a menudo se casan por controlar económicamente, la descendencia adulta debe trabajar en las unidades domésticas y bajo la autoridad de los padres, etc. (Boehm 1993: 233-234).

Las conclusiones de este estudio son muy interesantes y aplicables en líneas generales a los grupos *deep rural* cantábricos. Si se acepta que tanto en las jefaturas como las bandas y tribus designadas como acéfalas o igualitarias son capaces de frenar los abusos de poder y que en algunas sociedades en ciertos momentos pueden usar el poder de forma abusiva, se puede argumentar entonces que hay algún grado intencional de frenado de poder mediante la coalición de los subordinados que toma lugar, aunque sea ocasionalmente, en cada grupo humano. El dominio individual es sobre todo sancionado negativamente entre los grupos menos estratificados y de pequeña escala. Por lo tanto la nivelación intencional vinculada al *ethos* igualitario es una causa de las sociedades humanas ampliamente extendida para coartar el desarrollo de liderazgos autoritarios o coercitivos. No es la escala o tamaño de los asentamientos, ya que son los propios mecanismos de nivelación los que a su vez también limitan el tamaño de los asentamientos. En grupos pequeños en donde se limita la aparición de liderazgos se subdividen cuando llegan a un cierto tamaño, de unos pocos cientos de personas, y ello en muchas ocasiones ocurre no cuando escasean los

recursos sino cuando son abundantes y las poblaciones sedentarias (Boehm 1993: 236), que es precisamente lo que hemos defendido para la forma en la que unos castros surgieron de la segmentación de otros, manteniendo siempre su población en números pequeños. Pero sobre todo nos parece muy interesante la idea de que pese a que haya importantes constreñimientos en la escala social, en la organización social, o en la ecología política y cultural, puede entenderse la intención humana como una variable poderosa e independiente que interactúa con las demás, y que es fundamental para mantener el *ethos* igualitario. Conscientemente se desea mantener el *ethos* igualitario, se oponen a la jerarquía y toman medidas para no ser dominados. Son, por tanto, comunidades intencionales (Boehm 1993: 236, 239) y no grupos pasivos que dependen de las circunstancias orográficas, medioambientales, demográficas, etc. Esta idea es fundamental para poder entender a las sociedades castreñas cantábricas como activas y protagonistas de sus decisiones, frente a los que aluden, precisamente amparándose en el “primitivismo” de aquellas gentes, a cómo fueron asumiendo elementos foráneos, de forma pasiva, caso de los que aluden a la “celtiberización” de los grupos septentrionales (por ej. Almagro Gorbea 2002), o a los que han visto a estos mismos grupos como un epifenómeno de la “cultura castreña galaica” (por ej. Fernández-Posse 1998).

Precisamente la clave de los grupos *deep rural* es su identidad colectiva fundamentada en sus formas de economía moral y en la defensa de su *ethos* igualitario, lo que les llevó al rechazo y protección de sus formas culturales respecto a aquellas sociedades más “dinámicas”, es decir, más desiguales, que les rodeaban. Por ello estamos de acuerdo con Inés Sastre (2008: 1036) cuando afirma que el contacto intercultural de los castreños con los romanos y otras sociedades del Mediterráneo en la Península Ibérica, directamente o a través de otras comunidades más jerárquicas -como son los *oppida* de la franja al sur de la Cordillera Cantábrica-, pudo haber reforzado el aislamiento y las tendencias antijerárquicas de estas comunidades segmentarias antes de la conquista, pese a que nosotros creamos precisamente que estos rasgos encajan mejor con el concepto de *deep rural* que con el de sociedad segmentaria.

Ya vimos como los grupos nómadas cantábricos desde la Edad del Bronce tuvieron un alto control y explotación de los recursos metalíferos, y un alto desarrollo de la metalurgia de base cobre, pero formas sociales de escasa complejidad y con relaciones a larga distancia muy vagas. De hecho planteamos el rechazo consciente por parte de aquellos nómadas montañeses de fenómenos culturales de amplio espectro como son las formas sociales e ideológicas asociadas al vaso campaniforme, que sí vemos en el Noroeste y en la Meseta Norte, o más adelante a los

círculos comerciales o contactos a larga distancia del Bronce Final Atlántico, precisamente por ir asociados a unas formas aristocráticas con las que aquellas gentes no se identificaban o las veían como una amenaza para sus formas igualitarias (capítulo 2). Pero pese a que en aquellos grupos que podemos definir como *deep rurals* lo que primaba era el mantenimiento de su doxa social y evitar el cambio, el cambio cultural acabó dándose, y los poblados abiertos y temporales de aquellos grupos se sustituyeron a gran velocidad por un paisaje muy fragmentado de aldeas fortificadas independientes políticamente que a partir de ese momento se mantuvieron en perpetua tensión (capítulo 3). Pero tras el fuerte y rápido cambio cultural, un momento de aceleración del tiempo histórico, de nuevo se volvió al mantenimiento de la doxa social, que siguió fundamentándose en el *ethos* igualitario. Los habitantes de los castros propiciaron la tensión intergrupar hacia fuera para poder mantener la igualdad social hacia adentro. Además, gracias a los análisis contextuales de los depósitos de hachas de talón y anillas, así como de algunas hachas líticas, de los primeros castros, que recurrentemente aparecen en zonas que claramente refuerzan la identidad comunal, como pueden ser las defensas -fosos y murallas- o las grandes cabañas comunales -como ocurre en Pendía o el Chao Samartín-, podemos pensar que al contrario que muchos depósitos meseteños en el caso cantábrico se tratase más de depósitos comunales o que refuerzan lo comunal, que de depósitos asociados a las elites. No sería de extrañar que en un momento tan crítico como el que supuso el profundo cambio cultural marcado por el fin del nomadismo y la aparición de los primeros poblados estables, se diera precisamente una exacerbación de la retórica y la práctica comunal, ya que el riesgo de ruptura del antiguo *ethos* igualitario era más que evidente. De nuevo un rasgo que caracteriza a estos montañeses o *deep rurals* y que seguiremos viendo durante toda la Edad del Hierro, no es otro que el mantenimiento de las formas sociales propias y el rechazo a los influjos exteriores, lo cual es propio de grupos con escasa diferenciación social y en donde las elites sociales tiene un papel muy limitado. Es decir, de sociedades indivisas (*sensu* Clastres 1978). Otro tópico frecuente que debemos replantearnos es explicar el nomadismo y su sucesor el pastoreo especializado, así como la agricultura extensiva de tala y roza, exclusivamente a causas medioambientales y/o a cierto grado de determinismo económico. Por el contrario, la movilidad ganadera también pudo ser, a nivel interno, un mecanismo social de reducir la desigualdad, mientras que en el externo puede servir para evitar la coerción y control por parte de otros grupos. Es decir, la movilidad pastoril puede estar causada también por razones políticas, como amortiguante de la jerarquía y la centralización, y tanto aquella como la agricultura extensiva, practicadas en entornos de alta montaña,

pueden tener un claro sentido identitario, como hemos visto en diversos ejemplos de *deep rurals* africanos.

Pese a las grandes variaciones de los grupos *deep rurals*, sobre todo si pensamos que fue un concepto definido en principio para el África occidental, habría una serie de lugares comunes que pueden hacer que comparemos a estos grupos entre sí y a su vez usar el modelo también para la Segunda Edad del Hierro cantábrica. Una de estas características es la ya mencionada frecuencia con la que muchos de los grupos resistentes que podemos entender como *deep rurals* se vinculan a medios montañosos o poco accesibles, lo que les proporciona un marco topográfico ideal para la resistencia al cambio, al cambio cultural en definitiva. Por ello se ha propuesto (González Ruibal e.p.) que la situación de muchas comunidades castreñas del norte peninsular es comparable a la de estos modernos *deep rurals*, ya que viven en regiones periféricas montañosas. Por añadidura, al igual que en los ejemplos africanos comentados, los *deep rurals* cantábricos vivieron rodeados de regímenes más jerárquicos, en ocasiones estados, como son los *oppida* meseteños y bracarenses, con los que interactuaron, pero no por ello acabaron insertándose en las redes de mercado de larga distancia ni a supeditarse políticamente a ellos, sino que lo que les caracterizó fue el rechazo a las importaciones y tecnologías extranjeras. Los *deep rurals* de los castros del centro-occidente cantábrico son muy conservadores en términos culturales, ya que tienen una cultura material a finales de la Edad del Hierro que no es muy diferente de la de comienzos, como podría verse en las cerámicas o en las cabañas de material perecedero al este del valle del Narcea. Si las sociedades heroicas rechazan los *oppida*, aunque desarrollan jerarquías a través de otras estrategias materiales, los *deep rurals* sospechan de cualquier sistema obvio de diferenciación, incluso a nivel ideológico. Las marcas arqueológicas de esta economía de poder son múltiples: ausencia absoluta de joyas, casas muy similares en tamaño y forma, no hay monumentos como saunas en los que se pueda negociar la diferenciación social, la cultura material es monótona, homogénea y producida en las casas. Esto último es bastante evidente en las cerámicas. Sin embargo nunca imitaron estilos foráneos, sino que desarrollaron unos más democráticos entre los que no se ve diferenciación entre las casas / unidades de ocupación y en los que no hacen falta técnicas muy complejas o un conocimiento muy especializado. La igualdad del conjunto de la comunidad se reafirma a través de los medios más cotidianos. En este sentido, y más allá de los cambios culturales entre la fase I y II, que sí hubo, el principal y fundamental rasgo de semejanza entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro cantábrica fue el mantenimiento de un modelo de poblamiento conspicuo y de un tamaño de los asentamientos que en líneas generales siguió siendo

pequeño y que albergaban a grupos humanos en el umbral crítico de la reproducción biológica y social.

Tanto los grupos de la Edad del Bronce cantábrica como los de la Edad del Hierro pueden ser caracterizados como *deep rural communities*, con unas formas de economía moral definidas por el *ethos* igualitario. Podríamos pensar que en ambos periodos se evita de forma activa la aparición de liderazgos, y que en los dos momentos históricos se entiende el cambio cultural como peligroso, pudiendo ser caracterizados socialmente por la preeminencia de las actividades de mantenimiento sobre las de cambio, por la reproducción de la doxa social, de la tradición, y por rechazar los influjos exteriores, por mucho que interactúen con sociedades más estratificadas. Pero entonces podemos preguntarnos ¿qué es lo que cambió entre el II y el I milenio antes de la Era, entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro?

Para responder a esta pregunta debemos entender como entre las sociedades igualitarias, entre las que hay líderes y jefes, aunque sean jefes de poder blando, se puede ir pasando hacia fórmulas más desigualitarias, pese a todos los mecanismos sociales de nivelación del poder que hemos visto. Podría pensarse que en sistemas big-man, como los de los Baruya, se permiten las diferencias entre individuos siempre y cuando ello conlleve el bien común, lo que puede darse en momentos de conflictividad abierta, en donde el líder o jefe puede utilizar la coyuntura para acumular más cotas de poder bajo la idea de la defensa del grupo frente a otros. Los sistemas igualitarios o “jerarquías de dominio reversible” pueden verse afectados por la concentración de la población, por la sedentarización, por el seguimiento de líderes carismáticos, tanto en la guerra como en la conexión con lo sobrenatural, o en la mezcla de todo ello (Boehm 1993: 237-238). Como vimos en el capítulo 3, y al margen de que ciertos líderes, jefes o “big men” pudieran haber aprovechado la coyuntura histórica, la clave del cambio cultural que supuso el surgimiento del primer paisaje castreño fue un aumento de la distancia social entre los hombres y mujeres de cada poblado aprovechando, o amparándose, en el clima político de fragmentación y enfrentamiento generalizado de la fase I b. Durante la fase II apreciamos con más claridad esta tensión social en clave de género, asociada en ciertos sectores al ascenso social de ciertos líderes o jefes, ya que en el registro arqueológico observamos ciertos rasgos de poder y prestigio (joyas de oro, fibulas y armas importadas, casas decoradas y más grandes...) y poblados algo más grandes y con más gente que en la fase I, especialmente al oeste del Narcea. Arqueológicamente hablando se puede observar el comienzo del fin del igualitarismo social en la creciente tensión de la fase II entre los grupos familiares (representados en las unidades de ocupación) frente a la comunidad (los castros), especialmente en el extremo occidental

cantábrico, sin que por el momento haya pruebas para defender el mismo proceso en el resto del territorio cantábrico. No por ello debemos interpretar a aquellos grupos como jefaturas, ya que seguramente siguieron manteniendo sus principios básicos igualitarios hasta la romanización, con el impedimento de la perpetuación del poder de manera hereditaria, el mantenimiento del tamaño de los grupos, la refracción al control por parte de los *oppida* del sur, etc. Pueden por ello ser clasificados como *deep rurals* hasta la conquista romana.

Pero sin duda la principal diferenciación social que se desarrolló entre los grupos castreños cantábricos entre las fases I y II es la concerniente con los sistemas de sexo-género. Si defendimos que en el ámbito cantábrico podemos comenzar a hablar arqueológicamente del género como tal con el arranque de la fase I y el origen del paisaje castreño (capítulo 3), y que de hecho el aumento de la distancia social entre hombres y mujeres y la aparición de un sistema de poder fundamentado en la violencia simbólica de los primeros sobre las segundas pueden ser algunas de las claves que expliquen el cambio histórico por el que se produjo el primer paisaje castreño, lo que observaremos durante la fase II es una exacerbación de la asimetría de género, de nuevo especialmente significativa en el extremo occidental cantábrico. Este tipo de interpretaciones deben ser realizadas huyendo de las pretensiones generalizadoras que habitualmente observamos bajo la excusa de que las sociedades de la “Hispania celta” comparten supuestamente una serie de rasgos sociales, ya que, como dijimos más arriba (capítulo 3), no es lo mismo una sociedad guerrera cantábrica que una sociedad con guerreros meseteña o bracarense. Pese a que los “sistemas de sexo-género” que existen en cada sociedad siempre se desarrollan en términos discriminatorios para las mujeres, con la excepción, quizás, de algunos grupos cazadores-recolectores en donde existe la complementariedad de funciones y aún no se ha desarrollado el género como tal (Rubin 1986: 105; Hernando 2008), lo que debemos determinar como investigadores son los modos empíricamente opresivos en los que se han organizado los mundos sexuales. Y los “sistemas de sexo-género” no dependen tanto de los modos de producción como de cuestiones de “economía política” -y de “economía moral”, podríamos añadir-, es decir, de los modos de organización social, con un amplio abanico entre sociedades igualitarias o socialistas y sociedades estratificadas en clases sociales. Hay sistemas estratificados por género que no pueden describirse exactamente como patriarcales, como en ciertas sociedades de Nueva Guinea, pero que son perversamente opresivos para las mujeres y en donde el poder de los hombres en esos grupos no se basa en sus papeles de padres o patriarcas, sino en su masculinidad adulta colectiva, encarnada en cultos secretos, casas de hombres, guerra, redes de



intercambios, conocimientos rituales y diversos procedimientos de iniciación (Rubin 1986: 105).

Como vimos en algunos de los ejemplos africanos aludidos, entre los *deep rurals* la clasificación social básica, tras la que suele venir el resto, es la de género. Por ello debemos entender en este sentido la discriminación y asimetría de los sistemas de sexo-género cantábricos durante la Edad del Hierro, como una modificación de las formas de la economía moral de los *deep rurals* nómadas de la Edad del Bronce desde los comienzos mismos del paisaje castreño. Ello consistió en una mayor distancia social y discriminación de las mujeres por parte de los hombres, o dicho de otro modo, en la adición al secular *ethos* igualitario un *ethos* guerrero que se irá reforzando a lo largo de toda la Edad del Hierro.

Por su parte para las jefaturas complejas y formaciones estatales de la Meseta Norte se pueden defender formas de economía política y cotas de discriminación de sus sistemas de sexo-género de mayor calado, en concordancia con formas sociales estratificadas (jefaturas complejas, estados), con la presencia de aristocracias guerreras y elites ecuestres con cierta distancia social respecto a los campesinos y artesanos, con una cultura material y unos códigos simbólicos (“grandes estilos”) sólo de la élite, con la pérdida de control por parte de las mujeres de ciertas tecnologías que en el ámbito cantábrico siguieron siendo femeninas como la cerámica o las manufacturas textiles una vez que se industrializan éstas a partir del s. IV-III a.C. (por ejemplo con la “cerámica celtibérica” elaborada semi-industrialmente en alfares), etc.

Todos estos rasgos se encontrarían ausentes entre los *deep rurals* cantábricos, pero no por ello dejamos de observar una clara asimetría de género en la fase II, como decíamos, que continúa y amplifica a la de la fase I, ya que complejidad social no es lo mismo que jerarquía (Saitta 1994). Vimos en el capítulo 3 como el mero surgimiento del paisaje castreño es en sí mismo el acta de nacimiento de la institucionalización de una ideología guerrera que separa a los pequeños grupos que habitan en los castros en hombres y mujeres, puesto que los primeros son los garantes y protagonistas de dicha prácticas guerreras, de la organización de la construcción colectiva de las defensas, y de sus continuas reformas, necesarias socialmente y no solo funcionalmente, de hacer la guerra, alianzas y pactos con los castros vecinos, son los protagonistas de los ritos de paso y ceremonias guerreras, etc. La diferenciación entre los agentes sociales que observamos en los sistemas de sexo-género en la fase I se vincula más a estas cuestiones ideológicas que al modo de producción castreño o a las actividades de mantenimiento, ya que no hay argumentos a favor para no ver a hombres y mujeres en ambos tipos de actividades. En cuanto al control de ciertas tecnologías observables

arqueológicamente, podríamos proponer cierto equilibrio entre las tecnologías cerámicas realizadas por mujeres y las metalúrgicas llevadas a cabo por especialistas masculinos.

Si bien estos monopolios tecnológicos se siguen viendo durante la fase II, con un innegable desarrollo de la metalurgia al entrar en juego el hierro, y ya no sólo el bronce como en la fase anterior, otra serie de rasgos arqueológicos de esta fase nos indican el desarrollo de la ideología y prácticas guerreras, y en consecuencia de la desigualdad y diferenciación social entre hombres y mujeres. Vimos más arriba como el nacimiento de la fase II va acompañado de toda una nueva serie de rasgos arquitectónicos como son nuevos tipos de defensas o de estructuras domésticas, pero también con la aparición de una orfebrería orientada a la exhibición y ostentación del cuerpo masculino guerrero (torques, diademas/placas de cinturón), que además presentan rasgos individualizadores, lo que nos sitúa también ante la posible diferenciación social con respecto al resto del grupo de ciertos individuos, jefes de poder blando y capilar, en unos grupos que precisamente se habían caracterizado hasta ese momento por estar formados por individuos. Como es bien sabido los procesos individualizadores entre grupos igualitarios suelen estar protagonizados por hombres (Hernando 2002, 2005). Sin duda este proceso puede ponerse en relación, históricamente hablando, con el creciente protagonismo de ciertas familias con respecto al grupo castreño en su conjunto durante la fase II. Como hemos visto el crecimiento de los castros y los nuevos tipos de defensas (murallas de módulos) o la complejidad de las mismas (sistemas multivallados), la presencia de fíbulas copiadas o importadas desde la Meseta y el Noroeste asociadas a la vestimenta masculina (los casos más claros son las de caballito) y la presencia en el registro arqueológico doméstico de la panoplia guerrera (principalmente lanzas y puñales / espadas cortas, con variación de los tipos según las zonas), son rasgos que podemos vincular al refuerzo de la ideología y prácticas guerreras, del *ethos* guerrero, que se comparten en todo el área de estudio durante la fase II. Otros, sin embargo, tienen una dispersión menor, como ciertos tipos de orfebrería masculina (caso de las diademas-cinturón, que llegan al centro oriente asturiano de forma puntual), pero que sobre todo se circunscriben al extremo occidental cantábrico, que en este sentido está en consonancia con la franja norte de Galicia. Es también el extremo occidental cantábrico en donde vemos la presencia de saunas rituales (valles del Navia y del Eo), en los lugares más públicos de los poblados, las zonas de entrada, dentro de conjuntos arquitectónicos definidos por la puerta del castro, en algunos casos torres de vigilancia/control y grandes cabañas comunales de planta oblonga que significativamente ya no tienen depósitos rituales “comunales” como en la fase I

(hachas metálicas y líticas, calderos) sino objetos masculinos (armas). Son rasgos propios del extremo occidental cantábrico que de nuevo están en consonancia con la franja norte de Galicia y que han sido entendidos como los síntomas materiales de una forma de economía política propia de las sociedades heroicas, junto a la acumulación de riqueza en la forma de ganado vacuno (González Ruibal e.p.), como dijimos. Además, esta zona no sólo se caracteriza por poseer las tramas urbanísticas más complejas y las tensiones más evidentes entre los grupos familiares y la comunidad castreña, sino que además se trata del territorio cantábrico en donde la desigualdad de género y el desarrollo de la ideología y prácticas rituales guerreras habría alcanzado mayores cotas, con la apropiación masculina de los espacios públicos a la entrada de los poblados. Creemos que las saunas rituales y las grandes cabañas comunales que se suelen situar junto a ellas debieron de ser frecuentadas durante la fase II exclusivamente por hombres, para la realización de prácticas y rituales vinculados al mantenimiento y reproducción del *ethos* guerrero, que a la par que refuerzan la solidaridad masculina van abriendo una brecha cada vez mayor en el sistema de sexo-género. Es por ello por lo que viendo en conjunto a todos los grupos castreños del área de estudio (centro-occidente cantábrico) podemos ver una gradación en la desigualdad de género, de menor a mayor, desde la zona central de Cantabria hasta el occidente asturiano y este de Lugo.

Como hemos visto si unimos la información meramente arqueológica con la de la epigrafía de los primeros momentos de la conquista romana sería sugestivo tomar el valle del Narcea / Alto Bierzo como el límite de las sociedades heroicas respecto a las tipo *deep rurals*. Precisamente este río marca el límite entre los epígrafes que aluden a formas de autoidentificación colectiva fundamentada en el poblado (el *castellum* o C invertida) y los que, por el contrario, hacen referencia al parentesco (*gens* y *gentilitas*). Asimismo el valle del Narcea es el límite oriental de la petrificación de la arquitectura durante la fase II, ya que más al este la arquitectura castreña siguió siendo como la de la fase I. Y también es el límite de los casos más evidentes de crecimiento del tamaño de los poblados entre la fase I y la II (por ejemplo en el valle del Navia o en San L.luis), de las muestras claras de la tensión entre los grupos familiares y los poblados (como vimos para San L.luis), y también es el límite oriental del grueso de las muestras de orfebrería conocidas. Sin embargo, desde un punto de vista meramente arqueológico, no podemos ser taxativos en estas clasificaciones (sociedad heroica Vs. *deep rural*), ya que si bien las sociedades heroicas están íntimamente relacionadas con el MPG nosotros defendemos para la mayoría de los casos cantábricos, incluyendo el valle del Navia y extremo occidental cantábrico, un MPD, con los datos

disponibles. Por otro lado, tanto al oriente como al occidente del Narcea vemos la perpetuación generalizada del modelo de poblamiento conspicuo de la fase I durante la fase II, con tamaños similares de los poblados en ambos sectores, y al oriente del Narcea también conocemos ejemplos de poblados que crecieron y ampliaron notablemente sus recintos fortificados según avanzaba la Edad del Hierro, así como muestras de la tensión entre los grupos familiares y la comunidad castreña en la forma de murallas de módulos, al menos hasta la ría de Villaviciosa. También encontramos muestras de orfebrería en el centro-oriental asturiano (Campa Torres, Moriyón y sobre todo la diadema de Moñes) y rasgos arquitectónicos de las “sociedades de casa” en lugares tan alejados como es la cuenca del Piloña. Por último, la preponderancia socioeconómica del ganado vacuno, y del pastoreo especializado, es un hecho común a todo el ámbito cantábrico. Por todo ello debemos matizar las clasificaciones sociológicas tajantes. Creemos que todo nuestro ámbito de estudio puede ser clasificado bajo la categoría de *deep rurals*, sólo que al occidente del valle del Narcea es donde apreciamos la mayor complejización de las formas sociales, de la desigualdad, seguramente más de género que de rango, e incipientes formas de economía política.

### 4.5.3 El castro como fundamento de la identidad colectiva en la Edad del Hierro cantábrica.

Como vimos más arriba se han planteado serias dudas sobre la capacidad de la Arqueología para rastrear identidades colectivas, como la étnica, sin el concurso de fuentes escritas. No obstante uno de los trabajos fundadores de la Etnoarqueología marcó el hecho de que numerosos elementos de cultura material permitían establecer diferenciaciones entre grupos étnicos, y que, pese a que otros rasgos cruzaban dichos límites, el uso de la cultura material en la diferenciación entre grupos étnicos podía dar lugar a discontinuidades en la distribución de ciertos elementos del registro y por lo tanto ser rastreables arqueológicamente (Hodder 1982: 58, 186-187). Un matiz importante a este respecto es la obra de Pierre Lemonnier (1986) ya que en su estudio antropológico de la tecnología entre grupos primitivos vemos como las decisiones tecnológicas que intervienen en cualquier cadena tecnológica pueden contener tanta información sobre etnicidad como el objeto terminado, así como el carácter arbitrario de aquellas, como se puede observar en la actual Etiopía en donde conviven hachas que recuerdan a nuestro Bronce Inicial con otras que mentalmente asimilamos al Bronce Final y Primera Edad del Hierro europea y que se usan como correlatos de la identidad étnicas de Bertas y Gumuz por un lado y Ahmaras y Oromo por

otros (Fernández Martínez y González Ruibal 2001), es decir, diferencia pueblos que podemos definir como tribus frente a otros que son jefaturas complejas o estados. Por ello para ciertos autores es posible rastrear identidades colectivas, como la étnica o la de género, a partir de la cultura material, pese a la variabilidad y el carácter contextual de las mismas.

Por ejemplo, sin salirnos de las formaciones sociales tipo *deep rurals*, como las que rodeaban al sultanato Funj, encontramos diferentes modos de sociabilidad entre los grupos: en algunos grupos el sentido de comunidad es experimentado a través de una forma de territorialidad, en donde los límites sociales se expresan dándole una atención institucionalizada a los límites espaciales. Otros grupos se basan más en el parentesco para definir lo que les une (Jedrej 2004: 712). Estos dos tipos de identificación colectiva (poblado-territorio y parentesco) podrían tener cierto correlato en la epigrafía del periodo inmediatamente previo a la conquista romana y a los primeros compases de la romanización, pues veremos (capítulo 5) dos grandes zonas para el cuadrante noroeste de la Península Ibérica, una que se corresponde *grosso modo* con la Callaecia en donde priman las referencias epigráficas a los castros (mediante la C invertida que hace referencia a los *castella*) y otra que se corresponde con la Meseta Norte y sector centro-occidental cantábrico (hasta la cuenca del río Narcea) en donde las referencias a las clasificaciones indígenas se centran en distintos conceptos que tienen que ver con las organización de parentesco, ya sea en la forma de *gens* o *gentilitas*, y que conocemos principalmente bajo la forma de las *tesseras* de hospitalidad. La importancia de la organización social en función del parentesco, real o ficticio, también se puede deducir de la organización de las tumbas de varias necrópolis bien conocidas, como son las del área vettona, frente a la ausencia de cementerios en el Noroeste. Ello podría indicar sistemas sociales en los que los identificadores colectivos fueran distintos, uno centrado en el territorio y en el poblado para la zona de los *castella* y otro en los lazos de parentesco para la Meseta y el norte peninsular (González Ruibal 2006b: 158-150).

Sin embargo, pese a que se haya vinculado al Noroeste con formas de identificación colectiva fundamentada en el castro frente al parentesco, ya vimos como varios consideran que en este sector la explotación social se restringe al parentesco, en donde las unidades familiares se organizan jerárquicamente y todas las relaciones del poblado se vinculan a lazos de parentesco (Parcero 2003: 271). Además, durante la fase II, en la zona más dinámica de la Callaecia, la Bracarense, se puede observar la competitividad de los grupos familiares que viven en cada poblado, ya que se aíslan físicamente unas unidades de ocupación que por otro lado se decoran profusamente y asocian a nombres de antepasados, lo que ha llevado a

caracterizar a estos grupos como “sociedades de casa” (González Ruibal 2003a; 2006b). Otros autores de hecho van más lejos y aluden exclusivamente a los sistemas basados en el parentesco para el Noroeste, puesto que supuestamente no habría sistemas políticos basados en el territorio (Brañas en González Ruibal 2006b: 151). De hecho el propio Alfredo González Ruibal (2006b: 151-152) recorre una variada muestra de monografías etnográficas de varias partes del mundo con el fin de demostrar que multitud de grupos que supuestamente se organizan sobre principios de parentesco, realmente sería la villa, aldea o pueblo lo que tendría mayor importancia identitaria. Todo ello difumina la nítida separación que parece ofrecer la epigrafía.

Por otro lado en el territorio centro-occidental cantábrico, aquel en donde encontramos las *gens* y *gentilitas* no aparecen, sin embargo, *tesseras* de hospitalidad, lo que marca un contraste claro respecto a la Meseta Norte (ver desarrollo de esta discusión en el capítulo 5). De hecho, desde un punto de vista ya exclusivamente arqueológico creemos que la organización territorial y política de todo el sector centro-occidental cantábrico se centró desde los primeros momentos de la Edad del Hierro en la aldea fortificada, el castro, y el territorio que política y económicamente controla (capítulo 3 y 4), lo que tuvo que tener claras repercusiones en un sentido identitario. Además, frente aun MPG en donde la explotación social se centra en la competitividad de las familias, para la mayoría de los castros cantábricos apostamos por unos medios de producción comunales (MPD), en donde la identidad comunal de todos los habitantes del castro debió de seguir siendo aún importante, pese a que ya se comenzaran a observar tensiones entre las familias y el colectivo que constituye la aldea. Ello nos debe hacer entender que pese a que por la epigrafía podamos pensar en dos formas de organización social dentro del ámbito castreño cantábrico (González Ruibal 2006b: 151-152), en definitiva esta diferencia se puede corresponder con dos ámbitos distintos de influencias culturales sobre grupos de tendencia igualitaria, por un lado el extremo occidental cantábrico en la órbita o periferia de la Bracarense, y por otro lado el resto de la zona cantábrica, periférica a la Meseta Norte. Creemos que en ambas zonas cantábricas, el castro fue la clave de la identidad colectiva, de una identidad territorial o topográfica que no excluye su engarce con formas de organización parentales, como sugiere la información cruzada de Arqueología, Etnografía y la Epigrafía.

Deberíamos pensar que en este tipo de sociedades pequeñas, indivisas, sociedades contra el estado, o grupos *deep rurals*, los territorios pequeños, las sierras antes que los valles, y los castros fueron la escala en la que se desarrolló y reprodujo la identidad colectiva. Hay numerosos correlatos etnográficos al respecto. Alfredo González Ruibal (e.p.) nos recuerda

como los Kalinga de Filipinas pese a compartir costumbres, lenguaje y cultura material, las relaciones sociales, la organización social y la identidad se materializan a nivel de poblado o unidad de valle. Entre los Mafa y los Bulahay la identidad étnica se basa en el “Dza” que es tanto el poblado en sí, como la montaña donde se encuentra el poblado, como el espíritu de la montaña (David, Sterner y Gawa 1988), algo que, como veremos, puede tener estrechos paralelismos con el ámbito cantábrico. De hecho las diferencias rígidas entre la autoidentificación colectiva con el poblado o con el parentesco no tienen sentido, ya que hay numerosos ejemplos en donde se mezclan ambas como entre ciertos pastores nómadas del sur de Sudán en donde los poblados toman el nombre de un personaje relevante o del nombre del clan que los habita, ya que la movilidad hace que los nombres geográficos sean más efímeros (Jedrej 2004: 192).

Muchos autores consideran al castro como célula organizativa de lo social, ya que se asegura que no hubo unidades territoriales por encima del castro que funcionaran como unidades políticas o étnicas (Sastre 2001: 89). Frente a modelos que buscan la jerarquización poblacional castreña, las características de los castros cantábricos, con sus pequeños tamaños, sus posiciones dominantes en el paisaje perpetuando el modelo de poblamiento de la fase I y con un creciente reparto del territorio, encajan bien con los planteamientos de Fernández-Posse (2000: 148-149) cuando afirma que los emplazamientos destacados más que intervisibilidad lo que buscan es visibilización, ser vistos. Las murallas cohesionan internamente a la comunidad castreña y hacia afuera expresan la identidad de un grupo social frente a otro muy similar, de un castro frente a los otros castros que tiene alrededor, con los que seguro que tuvo relaciones, más sociales que económicas, porque los entre 100 y 200 habitantes por castro obligarían a relaciones exogámicas de poblado. Los castros serían la comunidad territorial y política básica, económicamente autosuficientes, y ajenos a la jerarquización de asentamientos o a sistemas de lugar central, lo que no excluye la posibilidad de tipos de identidad supralocales (Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1998: 129). La clave en toda esta discusión sería entender si el castro como comunidad constituye una célula esencial de estructuración social y por tanto el único nivel de estructuración territorial o si hay ciertas formas de estructuración territorial supralocales, por encima de los poblados individuales. Para el Noroeste si bien, como en el caso cantábrico, no es posible observar diferencias notables de tamaño entre castros, sí que se han apreciado ciertas diferencias de complejidad estructural y/o locacionales (Parceroy otros 2007: 192) sin que por el momento éstas sean significativas o justifiquen tales estructuraciones supralocales. Para algunas autoras es más que evidente que los castros funcionaron como

unidades espaciales y sociales, que materializan a la comunidad en su territorio (especialmente mediante la muralla que ciñe al grupo) y que refuerzan la identificación directa de la comunidad con su territorio de explotación. La comunidad es la unidad de coherencia del sistema social, y esa unidad social es la comunidad castro, pese a que se subdivide en grupos familiares de relativa independencia (Sastre 2001: 40, 43). El castro, a modo de aldea agropecuaria, encierra toda la potestad pública que la comunidad posee. No hay ningún elemento de poder estable superior al castro en el mundo prerromano. La apropiación del espacio inmediato al castro, dejando zonas de *impass* entre las aldeas, certifica la imposibilidad de establecer un poder territorial amplio y coherente, desprovistos de fronteras tal como nosotros las entendemos (espacios privativos), diseñando fronteras como espacios de transición. La visibilización en el paisaje, el desarrollo de estructuras de apropiación del mismo y la protección de la comunidad, hecho patente en el diseño de las murallas, expresan la autoafirmación del grupo, autosuficiencia y autarquía frente a otros castros/comunidades (Delgado y Grande 2009: 82-83).

Creemos que hay suficientes datos materiales con respecto a diferentes tecnologías (arquitectura doméstica, cerámicas, etc.), como vimos más arriba, como para entender que entre los castros de una determinada zona pudo haber una identidad cultural compartida, que hoy nos llegaría a nosotros en la forma de una similar cultura material. Es con estos castros de identidad cultural compartida con quienes se realizarían intercambios matrimoniales, pactos por usos de pastos compartidos en las mismas sierras, etc. Pero estas identidades culturales compartidas no son un impedimento para que las identidades políticas básicas en el mundo castreño fuesen, precisamente, de castro. De hecho consideramos que será tras la conquista romana, con la traducción y reinterpretación de estas identidades culturales a subdivisiones administrativas de los conventos jurídicos en la forma de *civitas/populi* cuando aquellos territorios (egobarros, albiones, pésicos, luggones, vadinienses, orgenomescos...) comenzaron a tener un sentido de identidad política, puede que étnica. Pero hasta la conquista romana el referente básico para las identidades políticas y sociales creemos que fue el castro, la aldea fortificada.

Nos parece muy interesante la aproximación a la cuestión de la etnicidad a través de la Teoría de la Práctica bourdiana, como la desarrollada por Bentley (en Fernández Götz 2008: 102) o Sian Jones (1997), porque permite un acercamiento eminentemente arqueológico. Como dijimos las dicotomías objetivismo / subjetivismo, o *etic* / *emic*, se desvanecen con el concepto de *habitus* (Bourdieu 1994: 19): “principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una

posición en un estilo de vida unitario, es decir, un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas”. Todo orden social establece una serie de posiciones que unifican a los individuos, por una serie de disposiciones comunes, en colectivos de identidad que dan sentido a sus prácticas. Estas disposiciones están conformadas por lo que llamamos *habitus* (Falquina, Marín y Rolland 2006). Este principio establece las prácticas de cada posición social de una forma naturalizada, guiado por los principios que rigen el orden social, puesto que ni los sujetos son libres en sus elecciones -el *habitus* es el principio no elegido de todas las elecciones- ni están simplemente determinados -el *habitus* es una disposición que se puede reactivar en conjuntos de relaciones distintos y dar lugar a un abanico de prácticas distintas-. Para Jones (1997: 120) las sensaciones de afinidad étnica están basadas sobre el reconocimiento, tanto a nivel consciente como inconsciente, de disposiciones similares y habituales, las cuales se corporeizan en prácticas culturales y relaciones sociales en las que la gente está inmersa. Entonces la cultura práctica y material de las regiones castreñas sería central no sólo para reproducir el orden social sino también para crear un sentido de identidad común entre comunidades similares y en oposición a otras comunidades que no compartieron esos valores fundamentales (González Ruibal e.p.), que como vimos más arriba se puede relacionar a grupos con unas economías de poder similares, como son los montañeses con formas de economía moral frente a los de la llanura con formas de economía política. Sin embargo, pese a esa afinidad general entre regiones o subregiones es posible que la sensación de afinidad étnica, o al menos de una identidad colectiva política más que cultural, estuviera fundamentada en las experiencias cotidianas generadas bajo similares condiciones de vida. Mientras que la gente percibe diferencias y similitudes entre ellos mismos, el dominio práctico de esos dominios no requiere una consciencia de sus bases objetivas. Es decir, que el arqueólogo puede identificar elementos culturales constitutivos de una determinada identidad étnica o colectiva aunque éstos no hayan sido conscientemente percibidos o asumidos por los propios actores. Aunque no hay ningún aspecto de la cultura material -o de las decisiones tecnológicas que intervienen en su consecución- que pueda ser considerado *per se* inequívoco u objetivo de etnicidad, puesto que cualquier elemento puede poseer significación étnica, como vimos, tampoco quiere decir que dentro de cada contexto cultural la decisión sea arbitraria o mecánica (Fernández Götz 2008: 131), ya que la expresión de etnicidad a través de la cultura material está ligada a las disposiciones estructurales del *habitus*, que son las que le infunden las características de un particular estilo de vida a todos los aspectos de las prácticas culturales y de las relaciones sociales. Aunque los límites étnicos y culturales no tienen

porque coincidir, la afinidad de prácticas y diferencias proporcionan el núcleo sobre el que se construyen nuevos discursos de identidad en circunstancias históricas cambiantes (Jones 1997: 120; 273).

Esa experiencia común y la preconsciencia del *habitus* que genera es lo que les da a los miembros del grupo étnico su familiar sentido de ser con respecto a los otros. En todo caso diferentes contextos sociales pueden evocar distintos elementos del *habitus* asociados a un determinado comportamiento, estableciéndose diferentes niveles de identidad en función de parámetros como la clase social, el género, la edad, etc. (Bentley 1987: 32-33; Fernández Götz 2008: 103). En la misma línea Sian Jones (1997: 93-94, 125-126) propone que la etnicidad no es algo estático sino una categoría histórica que se define en el proceso histórico y cuyas raíces se encuentran en el seno de las propias prácticas sociales de los grupos humanos. Un análisis diacrónico de los contextos culturales a partir de una variedad de fuentes y clases de datos constituye una parte esencial de toda aproximación arqueológica a la etnicidad. En este sentido, a nivel tecnológico, material, lo que nos daría la clave de la identidad colectiva básica, de la materialidad que configura el *habitus* cotidiano, sería el castro en sí, la aldea fortificada, y en especial la construcción y reparación continua de las murallas de cada poblado, que en definitiva supone, como vimos más arriba, la preparación, organización y reorientación del urbanismo de cada castro, sea este abigarrado, como en el extremo occidental cantábrico, o poblado-patio, como en el resto del centro-occidente. Pese a poder corroborar que las tecnologías metalúrgicas y cerámicas se desarrollaron dentro de cada poblado, siendo en este sentido autónomos tecnológicamente hablando, se nos hace difícil poder hablar de identidades de poblado a través de ellas, porque más bien creemos que responderían a otro tipo de identidades, como las de género, las de gremio o artesanía, o, incluso, a identidades culturales más amplias, supralocales. No sabemos hasta que punto se puede denominar identidad étnica a la identidad de poblado, vista la variedad de la información etnográfica y el carácter contextual de la identidad étnica, pero sí que creemos que durante la Edad del Hierro la aldeas fortificadas autónomas económica y políticamente, que a nivel cotidiano estructuraron arquitectónicamente los *habitus* de sus moradores, fueron el referente básico de las identidades colectivas en un sentido político.

Por lo tanto no es que neguemos las relaciones entre castros, sino todo lo contrario, creemos que los sistemas de pastoreo especializado de la montaña cantábrica y el aprovechamiento ganadero de brañas estivales mantuvieron los contactos entre los poblados de forma periódica. De hecho la cultura material compartida en áreas específicas (ver, por ejemplo, los talleres cerámicos propuestos o los subgrupos de

arquitectura doméstica) nos hace pensar en identidades culturales colectivas supralocales, que incluso en algún caso pudieron tener un sentido étnico, pero que en ningún caso desmerecen al castro como referente de la identidad colectiva política básica de aquellas gentes. Lo que sí debe descartarse es el hecho de que las relaciones entre castros se pudieran llevar a cabo desde la jerarquización o desigualdad (Sastre 2001: nota 20), ya que aquellas fueron fruto de la negociación entre grupos autónomos política y económicamente. En este sentido nos parece interesante, más que definir a estas comunidades como campesinas, ya que vimos lo inapropiado del término, entender que los castros cantábricos responden a las características genuinas de la vida aldeana (Ríos y García de Castro 1998: 102), pudiéndose marcar en la Primera Edad del Hierro el origen histórico de este tipo de organización social. De hecho, es llamativo como a mediados del s. XX, en la Asturias rural, en concreto en el llanisco valle de Ardisana, la identidad que seguía primando, podríamos decir que incluso en un sentido étnico como el que aquí manejamos, es la de aldea y parroquia, en donde los entrevistados no eran capaces de conceptualizar espacialmente todo el territorio de Asturias más al occidente de Villaviciosa, por lo que difícilmente podría ser esta región un referente identitario para ellos (Gómez Pellón 1994).

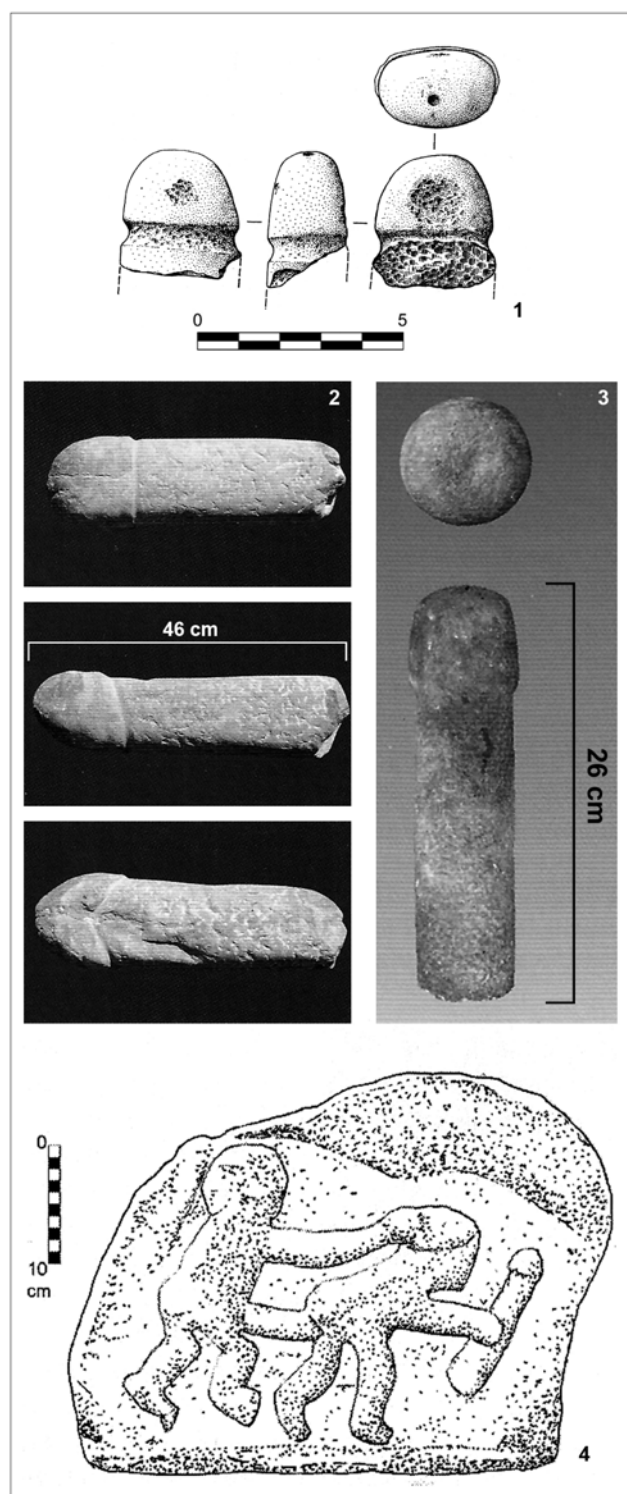
### 4.6 RELIGIÓN, RITUALIDAD Y MUNDO FUNERARIO.

Es cierto que muchos estudios sobre las sociedades castreñas, y en concreto aquellos que tienen que ver con la religión, como los de Marco Simón, Rosa Brañas o García Quintela, están muy influidos por los estudios de religión celta, en el marco del estructuralismo dumeziliano y partiendo en muchas ocasiones de un conjunto perfectamente articulado de significaciones y referentes simbólicos definidos como “lo celta”, que incluye la trifuncionalidad indoeuropea (tanto social como divina: soberana, guerrera y productora) y que se proyecta sobre todo tipo de sociedades, se un *oppidum* de 60 Ha, con miles de habitantes y dirigido por una aristocracia guerrera, o un pequeño castro de 1 Ha, 150 habitantes y marcada tendencia igualitaria entre sus miembros, porque todos serían “sociedades celtas” (ver por ejemplo, en esta línea que criticamos, la reciente síntesis de Torres 2010). Además, esa supuesta trifuncionalidad en el caso cantábrico es ciertamente difícil de defender. Aparte de esta crítica, en muchas ocasiones percibimos como a problemas arqueológicos se responde con recursos literarios, siendo habitual la referencia a las disquisiciones de Julio Cesar sobre los galos y también a los textos altomedievales irlandeses, presuponiendo entre los grupos castreños una vinculación con ese simbolismo celta que ni siquiera se justifica o argumenta (crítica en Sastre 2001: 78). Uno de los

principales problemas que encontramos para la aplicación de este modelo es que este supuesto conjunto de creencias, ideas y símbolos que compartirían todos los pueblos celtas de Europa realmente es un modelo que va parejo a sociedades jerarquizadas, a sociedades con aristocracias heroicas, como las descritas por Cesar (Ibid.: 79), y que no son las que encontramos en las montañas cantábricas, como hemos venido anotando, sino que más bien podría ajustarse con el área meseteña inmediata a la cordillera o con el norte de Portugal y sur de Galicia. El modelo interpretativo dumeziliano, en el que todo se reduce a una noción universal de la Céltica Antigua, también ha sido criticado metodológicamente por intentar esclarecer la función e identidad de los dioses exclusivamente a partir de la etimología, como haría Francisco Marco Simón por ejemplo al interpretar al dios Nimmedo como “bosque sagrado” por relacionarse supuestamente con la voz celta “nemeton”, ya que se trata de un funambulismo metodológico, ya desechado en el s. XIX, cuyo único fin es buscar una identidad religiosa céltica (crítica en Ríos y García de Castro 1998: 114-115). Desde un sentido teórico y metodológico estamos en contra de la aplicación apriorística de estos grandes modelos interpretativos, que en definitiva tienden a homogeneizar lo que realmente es diversidad cultural. Además, observando el registro material y epigráfico del centro-occidente cantábrico podremos observar las importantes particularidades culturales de la región, lo que debe obligarnos a bucear en estos casos históricos concretos, dejando al margen las frecuentes amalgamas generalistas filocélticas.

Evidentemente por nuestra formación y capacidad no vamos a entrar en disquisiciones filológicas y etimológicas sobre los sustantivos y epítetos de los dioses que se conocen para el norte peninsular, básicamente a partir de la epigrafía. Sino que simplemente vamos a intentar un acercamiento arqueológico a la religión y ritualidad prehistórica, a partir del análisis espacial de los restos, tanto a una escala micro como macro, y usando en la escala macro la información epigráfica y toponímica disponible. Es decir, un acercamiento arqueológico que pueda complementar los clásicos estudios de religión prerromana, que en la mayoría de los casos se realizan a partir de epígrafes de época romana.

Sabemos que la diferenciación entre lo sagrado y lo profano en las sociedades preindustriales es un artificio conceptual bastante presentista. A pesar de ello podemos entender como claramente rituales algunos objetos encontrados en contextos domésticos, como es un pene realizado en piedra en el suelo de una estructura doméstica de la Campa Torres y fechado en la fase II a (Maya y Cuesta 2001: 228), de los que hay algún otro ejemplo en Asturias, como el de San Román (Piloña), que seguramente proceda del castro de Argandenes (Martínez Vega 2003: 57), así



**Figura 4.136:** esculturas fálicas castreñas: 1. Campa Torres; 2. Concejo de Ayer; 3. San Román (Piloña) seguramente asociado al castro de Argandenes; 4. Representación sexual de Briteiros (norte de Portugal) (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001, Peña, Fernande y Paredes 1997; González Ruibal 2003a, modificados).

como otro procedente del concejo de Ayer, del que se desconoce el contexto original (Peña, Fernande y Paredes 1997: 103). Un cajón de sastre explicativo para todas estas manifestaciones materiales suele ser el que las vincula con prácticas rituales relacionadas con la fertilidad, la reproducción, la regeneración, llevadas a

cabo por mujeres, muy parecidas a las que aún hoy día pueden encontrarse en diversos territorios atlánticos vinculadas a monumentos prehistóricos, como vemos por ejemplo en el castro de A Lanzada (Pontevedra) (Xurxo Ayán com. pers.). Sin embargo, si la Segunda Edad del Hierro supuso en el ámbito castreño la definitiva implantación del *ethos* guerrero, rastreable a partir de todas las joyas, apliques y armas que en el registro crecen considerablemente durante la fase II y estaban destinadas a ensalzar la belleza del cuerpo guerrero, y en consecuencia los valores masculinos, ¿por qué no asociar estos falos con rituales de este tipo? De hecho en el castro de Briteiros existe un bajorrelieve que ha sido reinterpretado como una escena sexual entre dos hombres. Ello, junto a las esculturas de los guerreros galaicos, se engarza en una exacerbación de las representaciones masculinas. Al ensalzar lo masculino -virilidad, fuerza, belleza del guerrero- se crea un ideal masculino para todo el grupo social y se refuerzan asimismo las solidaridades entre los hombres. Unas solidaridades en donde violencia y sexo son dos caras de la misma moneda (González Ruibal 2003a: 367-368). Multitud de referencias etnográficas corroboran la frecuente asociación de prácticas sexuales entre hombres y la ideología guerrera, por ejemplo en sociedades acéfalas o sociedades guerreras, como los Baruya de Nueva Guinea (por ej. Godelier 1986). Además, si nos fijamos bien, lo que parece estar agarrando uno de los personajes de la representación de Briteiros es un falo como los que aquí comentamos (fig. 4.136). En este caso estaríamos tratando una ritualidad que tiene que ver directamente en la construcción simbólica del género, en lo que colectivamente se espera que sean hombres y mujeres.

Podríamos pensar igualmente en la importancia ritual, dentro de la práctica cotidiana, de los espacios construidos, desde las murallas que definen y delimitan a los grupos castreños, como vimos a la hora de la situación de los espacios metalúrgicos o de los concheros, hasta los espacios domésticos, con hogares y molinos decorados en algunos casos, cabezas cortadas a la entrada de algunos conjuntos de habitación en otros, o depósitos rituales de cerámicas estampilladas para sacralizar la construcción de una nueva unidad de ocupación, a modo de ritual fundacional. Al igual que en los primeros castros se sacralizaron los primeros espacios habitacionales con cabezas humanas, siendo el caso más claro el de la acrópolis del Chao Samartín. Sin duda alguna contamos con arquitecturas claramente rituales en el extremo occidental cantábrico, como son las saunas castreñas, como veremos en detalle. Pasando a una escala macro de nuevo debemos hacer referencia a los parajes de altura, a las brañas y puertos que sirvieron de espacio de contacto para varias comunidades castreñas, pues allí confluían con sus ganados de primavera al otoño. El carácter sagrado de estos



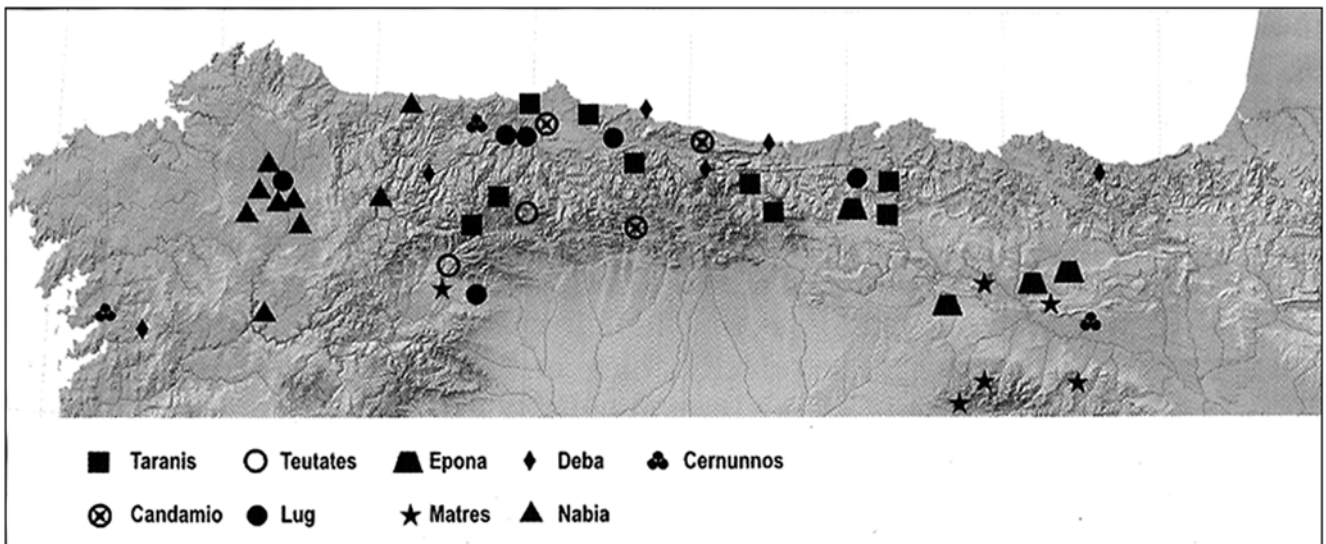


Figura 4.137: distribución de los principales teónimos del cantábrico (en Torres 2010).

espacios se deduce de la presencia de túmulos, dólmenes y petroglifos, que sin duda fueron resignificados y reapropiados durante la Edad del Hierro (capítulo 3), como medio de vincular a las comunidades castreñas con el paisaje. De ahí la importancia del culto a los montes que se deduce de las fuentes clásicas, toponimia y epigrafía del primer momento romano. Es bastante probable que, a diferencia de otras zonas de la Península, en el septentrión hispano durante la Edad del Hierro no hubiera santuarios como tal, lo que no quiere decir que no hubiera especialistas en el hecho religioso y místico, aunque no imaginamos castas sacerdotales como las que por ejemplo el altar del *oppidum* de Ulaca (Ávila) invita a pensar.

#### 4.6.1 El panteón cantábrico en el paisaje.

Hablar de la religión de los pueblos prerromanos de la zona cantábrica ha supuesto tradicionalmente tener que hablar de la cuestión celta. Se ha dicho que “el conjunto de evidencias sobre la religiosidad de los primeros pueblos históricos de Asturias, a pesar de ser corto, es válido para mostrar su vinculación al marco general de la religión celta” (Marco 1997: 23). Sin embargo este mismo autor, más adelante reconoce que los elementos religiosos indígenas se conocen bajo el sincretismo que suponen las manifestaciones epigráficas romanas, que la zona de estudio no puede integrarse dentro de las poblaciones peninsulares que hablaron lenguas celtas, que no se puede defender ninguna invasión celta a partir de la Arqueología y que lo específicamente céltico en la Península Ibérica habría que vincularlo con lo celtíbero (Ibid.: 24-25). A ello le debemos añadir que precisamente las poblaciones cantábricas se caracterizaron por las resistencias culturales a casi todo lo meseteño desde la Edad del Bronce, excepto a lo que se refiere a la iconografía, modas e ideología

guerrera en definitiva, pero reinterpretándolo bajo los parámetros propios de unos grupos de tendencia igualitaria, como hemos visto, en donde un secular ethos *igualitario* comenzó a ser combinado a un *ethos* guerrero desde los comienzos de la fase I. Si, como venimos presentando, las poblaciones cantábricas presentan claras particularidades culturales y de organización social (*deep rurals*) desde la Edad del Bronce, deberíamos deducir también particularidades culturales en el universo religioso. Además, se documentan algunas divinidades propias de esta zona, como vamos a ver. Entonces podríamos preguntarnos ¿que avance en el conocimiento científico supone insertar la religiosidad cantábrica en la del resto de la supuesta Europa celta? De hecho, si comparamos el panteón prerromano documentado en Galicia, cuyas divinidades principales son Bandua, Coso, Reve y Nabia (Brañas 2000; Prósper 2002; y síntesis en González Ruibal 2003a: 452-453) con el de Asturias, con protagonismo de Lug, Taranis y Nabia, especialmente gracias a la información que ofrece la toponimia (Mangas 1990: 216-218) (fig. 4.137), ya estaríamos viendo claras diferencias entre dos presuntos territorios célticos geográficamente contiguos.

Supuestamente una serie de hidrónimos (Sella, Bedón, Dobra, Güerna...), antropónimos (Ambatus, Clutosus, Dovidena...) y gentilicios (Abilicorum, Arcaedunum, Corovesum, Lugones, Orgenomescos...) demostrarían este sustrato lingüístico céltico (Marco 1997: 26; González y Fernández-Vallés 1978: 56-117), lo que por otro lado es puesto en duda por algunos autores, que consideran que los escasos testimonios de dioses indígenas que se pueden inferir a partir de la epigrafía no son reducciones tópicas de una noción universal de la Céltica Antigua, como vimos, sino que son divinidades tutelares de comunidades menores, acorde con el modelo de poblamiento y la autonomía política de las

comunidades castreñas (Ríos y García de Castro 1998: 113-114).

Por otro lado contamos con unas fuentes escasas y muy diversificadas para el conocimiento de la religión prerromana: mitología tradicional -aunque es muy complejo poder discernir lo qué se ha originado en época prerromana de lo de periodos posteriores-, la toponimia, la epigrafía, las escasas noticias de autores clásicos y alguna información arqueológica (Mangas 1990: 214). Ello hace que, aunque el método comparativo e histórico-filológico pueda entenderse como un avance teórico y metodológico para el estudio de las religiones, los resultados sean tan precarios. El análisis dumeziliano resulta verosímil cuando se dispone de un nutrido volumen de fuentes (González Ruibal 2003a: 450), algo que no ocurre ni en el norte ni en el noroeste de la Península, por lo que las asociaciones de las divinidades con alguna de las tres funciones indoeuropeas (protección del poder político y sacerdotal, protección de los guerreros y protección de agricultores, ganadería...) es cuanto menos forzada en la mayoría de los casos.

Respecto a la tesis naturalista, que muchas veces se pueden contraponer a las tesis célticas (González Ruibal 2003a: 450-451), por la que se daría culto a montes, árboles, agua y algunos animales, realmente se afirma que galaicos, astures y cántabros no darían culto directo a las fuerzas de la naturaleza sino que la divinidad que es invisible se manifiesta como árbol, fuente, animal o monte, lo que a nivel epigráfico daría los nombres de dioses con epíteto que conocemos (Marco 1997: 27). En este sentido, como arqueólogos, quizás lo más interesante sea entender el sentido en el que cada comunidad se sirvió del paisaje para construir el mito, pues al fin y al cabo ese paisaje contiene los elementos que sirven de representación del mundo sagrado, por lo que no se pueden separar los mitos de los elementos significativos del paisaje con los que se engarzan (Hernando 2002: 137). Entre los agricultores de tala y roza no cabría separar entre divinidades con forma humana y manifestaciones de la naturaleza, sino que más bien sería la naturaleza misma con comportamiento humano, como se observa también en grupos cazadores-recolectores, con un vasto *continuum* entre personas, animales y plantas, sin una cesura tan tajante entre naturaleza y sociedad (por ej. Descola 2004). Según la actitud con respecto a la naturaleza vaya pasando de pasiva a activa se irá dando una desacralización de la naturaleza: si en el Neolítico los nuevos lugares sagrados se relacionan con el espacio humano (como megalitos y tierras cultivadas) no sería raro pensar que entre las comunidades castreñas proliferaran los númenes protectores de los poblados (González Ruibal 2003a: 451), lo que explicaría, teniendo en cuenta la tremenda fragmentación política de las comunidades castreñas, la diversidad de divinidades protectoras de la comunidad que se pueden rastrear a partir de la

epigrafía. No obstante, como ya hemos argumentado (capítulos 3 y 4), los grupos castreños cantábricos, con su movilidad estacional con las cabañas ganaderas y con el mantenimiento de formas de movilidad heredadas de tiempos anteriores, seguramente tuvieron una actitud menos activa con el medio que, por ejemplo, otros grupos castreños como los de As Rías Baixas y sur de la *Galacia* en general. Es posible que lo que marque la especificidad religiosa de los castreños cantábricos sea el peso de las divinidades vinculadas a las montañas en donde se asientan tanto los castros como las zonas de pastos que aprovecharon en el verano, y que, como vimos, fueron fundamentales en la economía y mantenimiento de las formas sociales de aquellos grupos. En la mayoría de los casos las montañas y sierras ya se encontrarían sacralizadas desde tiempos anteriores, como demuestra la presencia de túmulos y megalitos en muchas de ellas. Montes que son lugares de la manifestación de la divinidad no por la altitud a la que se encuentren o magnificencia de los mismos, sino por la importancia de éstos y de las aguas que en ellos nacen para las prácticas agrícolas y ganaderas de cada comunidad (Mangas 1990: 218). Este tipo de religiosidad no es extraña en las sencillas comunidades *deep rurals* ya que si recordamos el concepto de “Dza” entre los Mulahay veremos que se refiere tanto al poblado en sí, como a la montaña donde se encuentra el poblado, como el espíritu de la montaña. Este concepto, además, es la base de la identidad étnica, y por tanto también política, de los habitantes de cada poblado (David, Sterner y Gawa 1988). Podríamos pensar en divinidades protectoras de cada poblado manifestándose tanto en el propio poblado como en las otras montañas de las sierras donde se asentaba cada castro.

Más allá de esta cuestión también es interesante el hecho de que los galaicos fueran descritos como ateos o que los celtíberos adoraban a dioses sin nombres vinculados al sol y la luna, lo que puede deberse a que no hubiera dioses de carácter personal sino propiedades divinas de las diferentes esferas de la vida social y natural. Quizás por ello las abundantes inscripciones a Júpiter (especialmente importantes en Asturias y Galicia) se deban a que su carácter universal permitía personificar en este dios romano númenes o dioses sin nombre de los indígenas (Marco 1997: 26-27). En el Noroeste y en el Norte hay diferentes evidencias epigráficas con dedicaciones a *Iovi Optimo Máximo*, en algunos casos dedicadas por la comunidad castreña entera, pues aparecen con el símbolo de la C invertida (*castellum*), como es el caso de una del castro de Montejos en Ponferrada, o por dedicantes indígenas como los *Arronideaci* y *Colliacini* de Serrapio (Ayer), y que por otros ejemplos de Ourense, se puede pensar en divinización de montes y peñascos que en algunos casos harían de límite territorial entre comunidades aún castreñas. Ha de pensarse que estos territorios o *saltus* de cada castro se perfilan con Roma,

aunque el verdadero referente territorial y administrativo para los castros de época altoimperial será la *civitas* (Pereira Menaut 1983: 173-175; Marco 1997: 28). No obstante puede perfectamente pensarse que, para el territorio cantábrico, el *saltus* de cada castro incluiría terrenos agrícolas próximos al poblado y otros de preferente explotación ganadera que serían los pastos de altura en la cima de los montes y sierras. Los pastos de las sierras, eran lugares de encuentro, pero también discutidos, entre diferentes comunidades castreñas, para lo que se realizarían ritos, seguramente asociados a aspectos míticos de los antepasados, como podría demostrar el hecho de que en estas localizaciones de altura se suelen encontrar túmulos y dólmenes. Con Roma lo que veríamos es la formalización de los derechos de cada castro y a su vez la continuidad de la sacralización de dichos montes, ya bajo advocaciones romanas, como a Júpiter, bajo las que, en muchos casos, se esconderían deidades indígenas (fig. 4. 138).

Como dijimos más arriba igual habría que pensar en divinidades compartidas por varios castros, y asociadas a los montes y sierras en donde se comparten los pastos de altura, y en donde ya se aprecia un carácter sacro de los mismos a partir de la presencia de megalitos y túmulos. Pero por la epigrafía podríamos pensar también que la divinización de esos montes se puede referir incluso a las propias elevaciones en donde se sitúan los propios poblados castreños, y por extensión al propio castro, ya que existen divinidades con epítetos que coinciden con los de los topónimos de algunos *castella* conocidos por el símbolo de la C invertida. En esta línea para los castros del Noroeste, se ha planteado que, al disfrutar de una notable autonomía, más amplia que la que tuvieron luego dentro de las organizaciones políticas de época romana (*populi* o *civitates*), tendrían sus propias deidades protectoras (*Genium Castellī*), a quienes se dedicaron altares. Cada castro entendido como una institución y persona moral puedo erigir monumentos a los dioses, ya sean nativos o romanos (González Ruibal 2006b: 152). Estos montes divinizados solemos conocerlos por epígrafes dedicados a Júpiter (dios de la luz y del rayo), y en algún caso a Marte. Lo normal es Júpiter o Júpiter más algún epíteto que hace referencia a la deidad indígena que esconde, como es el Júpiter Candamius. En concreto para la zona trasmontana, arrancando desde La Robla en la Montaña Leonesa, se conocen fórmulas de IOVI CANDAMIO, que se puede vincular al pueblo de Candanedo de Fenar. Ese epíteto podría tener que ver con “kand”: brillar, arder, resplandecer (Albertos 1974: 149, 152). De un Saliaeno (del oriente de Asturias) sería la dedicación a *IOM Candiedonus* que se debe asociar con la misma divinidad vinculada al cielo, los montes y el trueno (Marco 1997: 28). En El Bierzo vemos una dedicación de un grupo castreño, en concreto el del castro de San Andrés de Montejos, a



**Figura 4.138:** ara votiva consagrada a Iovi Optimo et Maxsumo, hallada en la iglesia de Serrapio (Ayer) (en Mangas 1990).

IOVI por los ) [C invertida] *Queledeni* (Sastre 2001: 265). Al norte de Palencia, en una ara de Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia) hay una dedicación a *Iovi Deo Candamo* por parte de un indígena (Untermann en Peralta 2003: 217).

Respecto al culto a los montes y rocas ya vimos (capítulo 2) como desde el Bronce Antiguo en el territorio cantábrico fueron divinizados y / o sacralizados ciertas rocas significativas en el paisaje, como Peña Tú como caso paradigmático, vinculadas tanto a espacios de actividades productivas y domésticas como funerarios. Esta misma idea es la que estaría detrás de la roca a cuyo pie se hizo una hoguera en el perímetro del primer poblado de la fase I b del Chao Samartín (capítulo 3), quizás el lugar en donde se llevaran a cabo los rituales por los que la comunidad, que en ese momento pasó a ser castreña, exacerbaba los rituales a una de estas deidades protectoras que se manifestaban en las rocas, y lo que es lo mismo, en el propio castro. Y en la misma línea estaría el fenómeno que puede rastrearse en otras grandes rocas, de llamativos perfiles y sin duda referentes en el paisaje, en las que además se han encontrado epígrafes de época romana en sus cercanías, como es el caso del Peñón de Obaya en Colunga o la Peral de Ayer (Fanjul



**Figura 4.139:** rocas sacralizadas de la Edad del Hierro: 1. La Peral (Ayer); 2. Peñón de Obaya (Coolunga); 3. La Mesa (Las Tuerces, Pomar de Valdivia, Palencia); 4. Crestón rocoso de la acrópolis del Chao Samartín (a partir de Fanjul 2005; Peralta 2003; Villa 2003).

2005: 317 y fig.: 17), o de la peculiar roca con forma de mesa de La Tuerces (Palencia), visible desde muchos kilómetros a la redonda, y con cerámica de la Edad del Hierro en sus alrededores que podrían indicar algún tipo de sacrificio u ofrenda (Peralta 2003: 218 y fig. 104). Por lo tanto la epigrafía de época romana nos sitúa, en algunos casos, ante los nombres propios de algunas de estas rocas y montes divinizados de la última fase de la Edad del Hierro, pero que hacen referencia a unas prácticas religiosas cuanto menos centenarias (fig. 4.139).

Como vimos al comienzo del capítulo el carácter sagrado de las zonas de brañas y pastos de altura y la reapropiación simbólica que de ellos se debió hacer durante la Edad del Hierro está determinado por la presencia de túmulos y arte esquemático. Además, en algunos casos concretos podemos ver la perpetuación de este hecho religioso hasta la romanización, gracias a la latinización de dioses prerromanos vinculados a estas montañas y rocas destacadas, como pone de manifiesto la toponimia y la epigrafía. Un ejemplo paradigmático de lo que proponemos sería la sierra de La Sobia (fig. 4.140), espacio de tradicional aprovechamiento ganadero, por donde discurren rutas ganaderas que arrancan del Bronce Antiguo, como ponen de manifiesto las pinturas de Fresnéu (capítulo 2) o los túmulos, y rodeada de castros conspicuos de la fase II como La Garba o la Picona de Ricabo, y cuyo orónimo procede de (*Mons Iovis*), el Monte de Júpiter (García Arias 2000: 428). En la misma línea podrían interpretarse otros orónimos como el Sueve, cuyas características arqueológicas no distan mucho de lo que hemos propuesto. También es interesante que entre los astures augustales se ve la divinidad Teleno

en los montes que llevan su nombre (Albertos 1974: 150). Por lo que vemos que las advocaciones bajo la versátil fórmula romana de Júpiter sirvieron tanto para divinidades de los castros en sí como de las sierras en donde se asientan, lo que debe de poner de manifiesto la complejidad que se esconde tras el habitual “culto a los montes” de las gentes del norte, en donde podríamos ver desde rocas, a las elevaciones en donde se ubican los castros o a sierras enteras.

Vemos otras divinidades en el área cantábrica como *Reus Pecius Paramacus* en Colláu (Riosa), cuyo nombre se relaciona con Reue/Reue, muy frecuente en área galaico-portuguesa y vinculado a la guerra, y el epíteto, al poder vincularse con “páramo”, igual puede referirse al campo de combate (Marco 1997: 28). Es interesante que aparezca un epígrafe dedicado a Paramacio dentro de un castro, el del Picu Castiellu de Collao (Riosa), aunque para otros son lápidas funerarias (ver discusión entre Manzanares y Diego Santos en Maya 1987/88: 271-272). Y también de un castro (Picu Castiellu de Molleda) procedería un epígrafe dedicado a los Dioses Manes, por parte de un individuo de 65 años (Maya 1987/88: 272). En Naraval (Tinéu) vemos un ara a *Evedutonium Barciaecus* con el epíteto -eco que se vincula con el Noroeste (Marco 1997: 27) aunque otros los relacionan con el topónimo “barcia”, como lugar húmedo (González 1976, 1978). El *...ovius Tabaliaenus* de los *Luggoni Arganticaeni* de Grases (Villaviciosa) se interpreta como el dios *Dullovius*, que se ve en Cáceres y el sur de Francia (Marco 1997: 28), pero también como *Tulovio*, *Tolovio...* (Mangas 1990: 219). Ya dijimos que sería posible vincular esa *gentilitas* con el castro de Argandenes en Piloña, así que igual podría entenderse como una dedicación a un dios que no tuviera culto en



**Figura 4.140:** izquierda, vista general de la sierra de La Sobia con el castro de La Cogollina en primer término (flecha); derecha, vista de la sierra del Suevo desde el Picu'l Castu de Caravia (fotografías del autor).

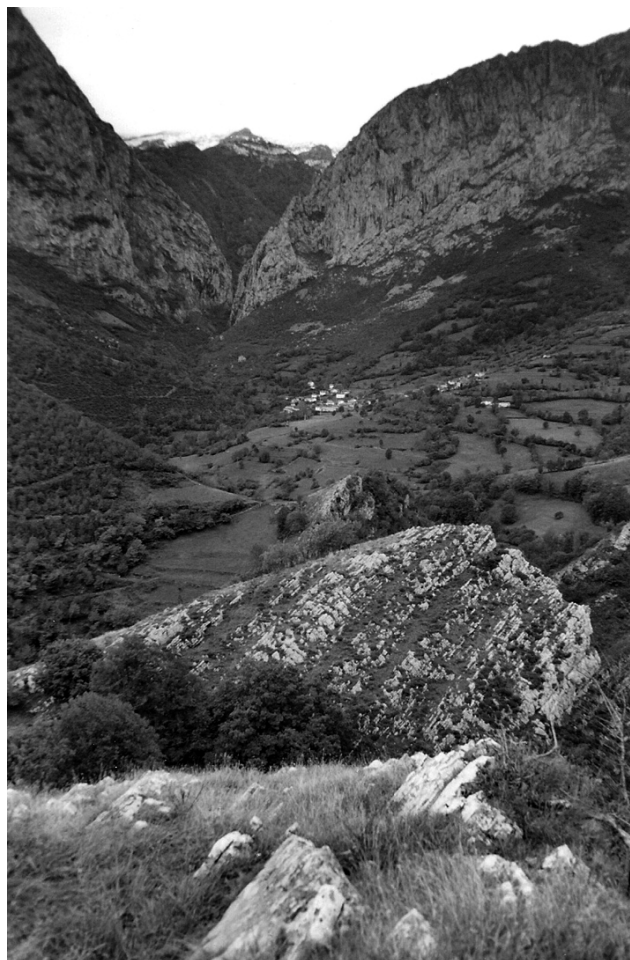
la zona en donde apareció la inscripción. En ese sentido llama la atención que en la ladera del castro haya una fuente con el topónimo Tabayón, vinculable al epíteto del dios de la estela, y que se repite más abajo aún, junto al río Borines, en Miyares (Martínez Vega 2003: 97).

Son muy escasos los datos, pero por algunos de los epígrafes que hemos comentado más arriba, junto al hecho de que algunos hayan aparecido en castros, y con algunos datos arqueológicos como el de la roca del Chao Samartín, podría plantearse que a nivel religioso lo que sucedió a lo largo de la Edad del Hierro, y especialmente durante la fase II, sería la creciente apropiación por parte de cada comunidad castreña de divinidades, a modo de númenes protectores de cada poblado -como sospechan Ríos y García de Castro 1998: 113-114-, que puede que en los tiempos previos fueran compartidas por varios poblados, como los que aprovecharían comunamente los pastos de altura. Estos mitos y ritualidad que cada castro, como espacio físico y como monumento entre natural y cultural tiene asociado, podrían explicar las frecuentes ermitas que se construyen en los perímetros de muchos castros o en los propios castros en tiempos posteriores, debido al anclaje de ciertos mitos en estos lugares, reproducidos por las siguientes generaciones de campesinos.

Aparte de la epigrafía otra importante fuente de conocimiento es la toponimia. Dioses que se verían en la toponimia son Belenos, Cernunnos, Navia y especialmente abundantes son los topónimos con el dios Lug (*Lucus Asturum*, *Lucus Augusti*, Lloxu, Lugás, el gentilicio Luggones, etc.) aunque en muchos casos también podrían venir del latín *lucus*, lugar, pero en referencia a un lugar o bosque sagrado. Realmente no hay ninguna inscripción o epígrafe dedicado a este dios en Asturias, y sólo se puede inferir su culto por la toponimia (Marco 1997: 30; Mangas 1990: 217). Esta supuesta divinidad pancéltica, que sería una de las principales del panteón, sí está representada por varios

epígrafes de Lugo, además de por el nombre de la capital (González Ruibal 2003a: 459). Lo mismo ocurre con Taranus/Taranis, supuesto dios de la guerra, del rayo y de las tormentas, que también se ve en el Noroeste, y del que no hay epígrafes, pero sí numerosos topónimos (Taraño, Taraña, Taranes, Tarañu, Taraniellu, etc.) en Asturias. Pudo haberse asimilado tras la conquista con ese versátil Júpiter (Mangas 1990: 217-218; Marco 1997: 30) que acabamos de ver en epígrafes castreños y en algunos orónimos. Una de las deidades más significativa del Noroeste y Norte vinculada a las aguas es Navia/Nabia, con abundantes dedicaciones e hidrónimos, seguida de Deva, con numerosos ejemplos tanto de fuentes y río, como de peñas en Asturias (Albertos 1974: 147; Marco 1997: 30). Tampoco hay epígrafes que justifiquen a Deva y Cernunnos como dioses, pero sí topónimos, especialmente para la primera, que sería una divinización de las aguas (Mangas 1990: 218-219). En el Noroeste sí hay epígrafes a esta divinidad, que suelen aparecer en lugares despoblados (bosques, montañas) y fuentes sagradas, por lo que quizás no haya que circunscribirla a las aguas y pudo haber sido polifuncional (González Ruibal 2003a: 453) (fig. 4.141).

Otro tipo de fuente con la que contamos para la religiosidad prerromana es la mitología, cuyo estudio es muy interesante porque en muchos casos son seres que proceden de cultos prerromanos, como es la *Xana* asturiana o la *Jana/Injana* cántabra, latinizada mediante la diosa Diana, que en muchas ocasiones aparece asociada al *Cuélebre*, gran serpiente alada, a modo de dragón sin patas, que custodia a *les xanes* en cuevas y otros lugares, el *Nuberu*, los *Ojancanos*, etc. Aunque lo complejo en este tipo de estudios es poder discernir qué elementos proceden de época prerromana y cuáles del periodo romano y posteriores (Mangas 1990: 214), ya que el tiempo del mito difiere notablemente del tiempo histórico. Lo llamativo de estas leyendas no es



**Figura 4.141:** la toponimia sagrada: pueblo de Taranés (Ponga) visto desde el castro de El Picu Castiellu de Taranés (fotografía del autor).

sólo que puedan encerrar mitos o parte de mitos prerromanos, si no que, además, en multitud de ocasiones se asocian tanto con cuevas con restos arqueológicos, como con megalitos y castros, por lo que en cierta medida la mitología de las sociedades tradicionales cantábricas ha funcionado de modo similar a la de tiempos prehistóricos, anclada a hitos paisajísticos, monumentos tanto naturales como culturales, al igual que ocurría entre los castreños con respecto a los túmulos y dólmenes previos o entre los nómadas de tiempos megalíticos. El estudio de la mitología en este sentido podría ser una de las principales fuentes de alteridad con la que contamos para poder imaginar como se engarzaron los mitos prerromanos en el paisaje (capítulo 1).

Por último nos gustaría referirnos brevemente a otro tipo de enclave de “sacralidad inmanente” (Torres 2010: 697): las cuevas, de amplio protagonismo en la mitología del norte peninsular. Un repaso por la bibliografía referente a la Prehistoria reciente cantábrica es elocuente en este sentido, ya que quizás sean las cavidades tanto naturales como artificiales (minas) los espacios que más enterramientos y cultura material “ritual” han arrojado, siendo el *floruit* de este proceso la época calcolítica y decreciendo en

importancia según se avanza de oriente a occidente en el ámbito cantábrico (Armendariz 1990; Blas 2010: 138-146). En concreto para la Edad del Hierro nos hemos referido a lo largo de la tesis al enterramiento de la fase I en una covacha de Huentinegrasu (en la sierra del Cuera) o a las ofrendas rituales de calderos en Lois y Cabárceno (ver capítulo 3). El problema es que muchos de los objetos y restos humanos aparecidos en cuevas y que podemos vincular a la Edad del Hierro en general carecen de una buena documentación arqueológica (Torres 2010: 714). No obstante, podría asegurarse que se trata de un fenómeno que tiene especial incidencia en el sector central cantábrico, en donde se han localizado unas 137 cavidades con materiales asociados a la Edad del Hierro (Smith 2010: 678). Región que podemos hacer llegar hasta el río Sella, y en donde entrarían otros ejemplos como la Cueva de la Zorra (Purón, Llanes), con cerámicas de la Segunda Edad del Hierro en un contexto que parece claramente ritual (Arias, Pérez y Trevín 1986).

Pese a que se haya dicho que los materiales rituales aparecidos en cuevas de Cantabria tienen innegables paralelos con la Meseta Norte (Peralta 2003: 51; Torres 2010: 715) lo cierto es que el grueso de materiales asociados a este tipo de contextos son cerámicas de tradición local, siendo excepcionales las “cerámicas celtibéricas” (Smith 2010: 681). Ello no es óbice para que hayan aparecido ciertas importaciones meseteñas y mediterráneas en cavidades, que no pueden asociarse a contextos domésticos o de habitación temporal, caso del puñal Monte Bernorio, las placas de cinturón, la fibula en omega y la cuenta de pasta vítrea de Cofresnedo, el ajuar textil (de la fase I) y las cerámicas tanto locales como meseteñas (de la fase II) de la Cueva del Aspio, por ejemplo (Smith 2010). Respecto a los enterramientos las cuevas que han ofrecido restos humanos son escasas y en muchas ocasiones su asociación a materiales de la Edad del Hierro no es seguro, pudiéndose destacar tan sólo unas nueve cuevas, en donde lo normal es que aparezcan restos de un sólo individuo (Smith 2010: 690), por lo que no podemos hablar de necrópolis como tal (Torres 2010: 715-716), sino de enterramientos extraordinarios e individualizados en cuevas por motivos que desconocemos. De todos estos hallazgos se deducen usos de las cuevas durante la Edad del Hierro tanto en un sentido funerario como en el de santuarios rupestres. Ello es especialmente interesante en los casos de cavidades vinculadas directamente a castros, como es la cueva del Eremitán respecto al Castiellu de Llagú, de donde supuestamente procede una moneda de Trajano (Maya 1989: 84), lo que podría indicar el mantenimiento de esos cultos en época imperial. Pero sobre todo habría que marcar el caso de cueva Ferrán (Piloña), en donde en el s. XIX apareció una pequeña representación en bronce de Minerva / Eros apolíneo (según la

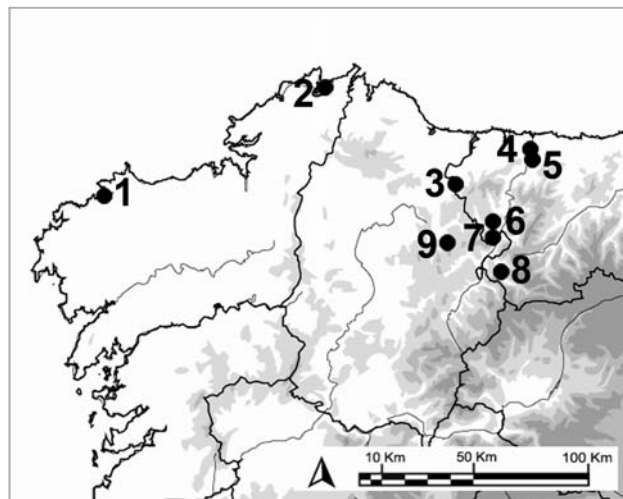


interpretación), que se puede fechar en época altoimperial (Fanjul y otros 2010: 17), y que se debe poner en relación con el presunto castro de La Cogolla (San Vicente, Piloña), de donde procederían monedas de época romana y donde el reconocimiento de defensas castreñas y de mitología que lo vincula con un asentamiento de moros harían pensar que efectivamente se trata de un castro (Martínez Vega 2003: 125-127).

#### 4.6.2 Saunas rituales.

Al igual que dijimos que las murallas de módulos pueden entenderse como una manifestación cultural típica del occidente cantábrico, y para ser más exactos, del sector comprendido entre los río Sella y Navia, puede decirse también que las saunas iniciáticas son una forma cultural intrínsecamente galaica (González Ruibal 2007: 314) de la fase II, ya que sus dos principales núcleos de concentración se reparten por los que en época romana serán los dos conventos de la Gallaecia (el Bracarense y el Lucense). Esos dos núcleos además definen *grosso modo* dos tipos de saunas diferentes. No obstante en los castros situados en el río Navia, que tras la conquista romana será utilizado como límite entre el *Conventus Asturum* y el *Lucense*, encontramos una importante concentración de saunas castreñas prerromanas. Por todo ello, al igual que vimos con la cerámica, la arquitectura, ciertos torques o algunas armas, con quien debemos comparar el extremo occidental cantábrico, y en concreto la cuenca del Navia, la cuenca del Eo o la costa occidental asturiana, no es tanto con la Gallaecia en general, ya que la variedad regional en la Edad del Hierro de esta vasta región llamada así por lo romanos es enorme, como venimos viendo a lo largo de este estudio, sino con un área que podemos hacer coincidir con la franja costera del norte de Lugo y del norte de A Coruña. Como dijimos en los castros asturianos del valle del Navia, como es el Chao Samartín, se ha podido documentar recientemente, despejando dudas que procedían de los años cuarenta, las funcionalidades concretas de dichas saunas así como su carácter eminentemente prerromano. Aprovechamos para llamar la atención sobre la mezcla de tradiciones culturales presentes en el Alto Navia (Chao Samartín y Castrelo de Pelóu), ya que igual que beben de la ritualidad de las saunas de la franja costera septentrional del Noroeste también poseen murallas de módulos, o comparten abundantes tipos cerámicos con la cuenca del Narcea y noroeste leonés.

Una vez superadas las tesis tradicionales que las veían como monumentos crematorios para los muertos, con lo que se justificaba el celtismo de los castros asturianos (Uría Riu 1941c), así como versiones rústicas de las saunas romanas (por ejemplo Conde Valvís o Chamoso en los años 50, en González Ruibal 2003a: 471) o como hornos de pan, hornos de

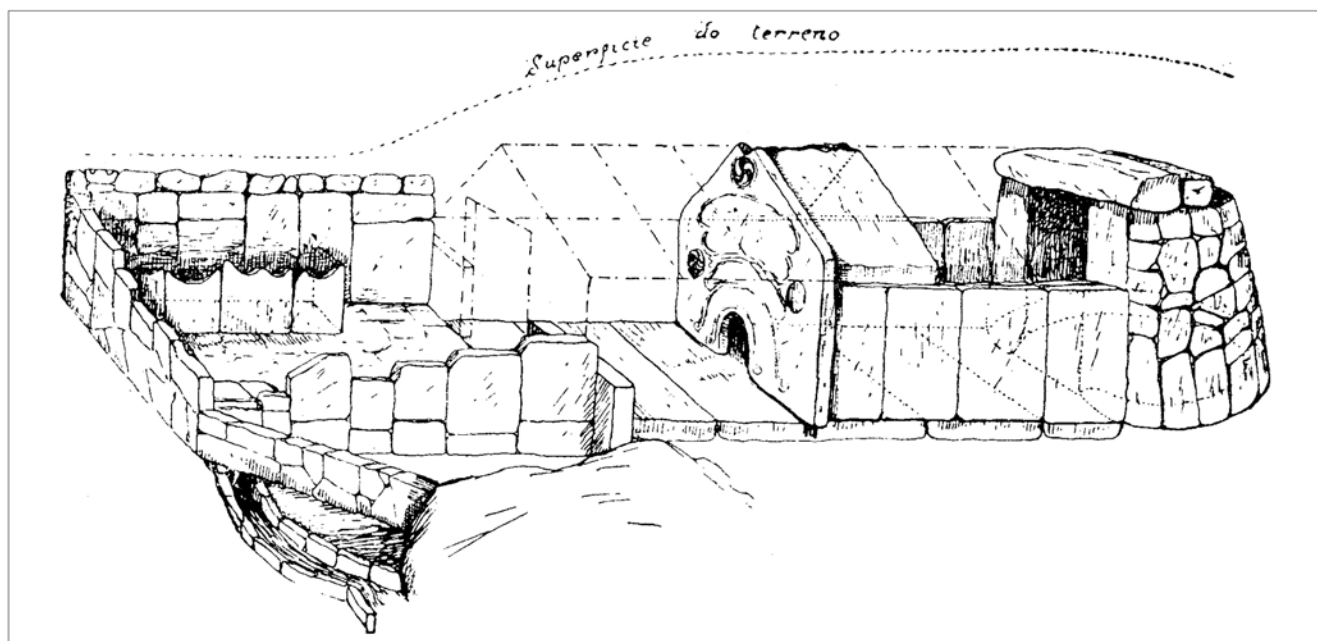


**Figura 4.142:** distribución de los castros con saunas castreñas del grupo septentrional: 1. Borneiro; 2. Punta dos Prados; 3. Os Castros de Taramundi; 4. Castelón de Coaña; 5. Pendia; 6. Chao Samartín; 7. Pelóu; 8. El Castro de Cecos; 9. El Castelón de Castañoso.

fundición de metales o monumentos de culto a las aguas, entre otras (Ramil González 1995/96: 17-18), o tras incomprensibles resistencias actuales a entenderlas como prerromanas (Ríos 2000), estamos en disposición de abordar el estudio de las saunas castreñas entendiéndolas como uno de los monumentos prerromanos cantábricos de los que más sencillamente podemos vislumbrar sus funciones rituales. Criticar el paradigma celta y los razonamientos circulares, como hace Sergio Ríos (2000: 116-117), no significa negar el carácter prerromano de las saunas castreñas ni entenderlas como adaptaciones “rústicas” del modelo termal romano, ya que, como veremos, está estratigráficamente demostrado que así es. Además, en contra de lo que propone este autor, en el *oppidum* de Ulaca hay que pensar necesariamente en el origen prerromano de la sauna, puesto que no existe ningún indicio de romanización en el poblado, a tenor de las últimas excavaciones que allí pudimos realizar, en donde significativamente excavamos niveles de los ss. II y I a.C. que se correspondían con el último momento de ocupación del poblado, claramente indígena. Además, son abundantes los manantiales y fuentes en toda la superficie habitada de este *oppidum*, por lo que lo de la ausencia de agua no es tal problema (Álvarez Sanchís y otros 2008; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís 1992).

Podríamos hablar de dos tipos de saunas rituales. Un tipo septentrional que es *sensu stricto* castreño, repartido por el norte de Galicia (la recientemente identificada en Borneiro -Cabana de Bergantiños- y la del castro de Punta dos Prados, Espasante -Ortigueira-) y en la cuenca del Eo, todavía en Lugo, la sauna del castro de El Castelón de Castañoso (Fonsagrada), y ya en Asturias, la de Os Castros de Taramundi, y en el valle del Navia y afluentes las de Coaña, Pendia, Chao Samartín,





**Figura 4.143:** reconstrucción de la sauna castreña del grupo bracarense de Briteiros I (según Cardozo en Almagro-Gorbea y Moltó 1992). Obsérvese el número de estancias y la ubicación de la *pedra formosa*.

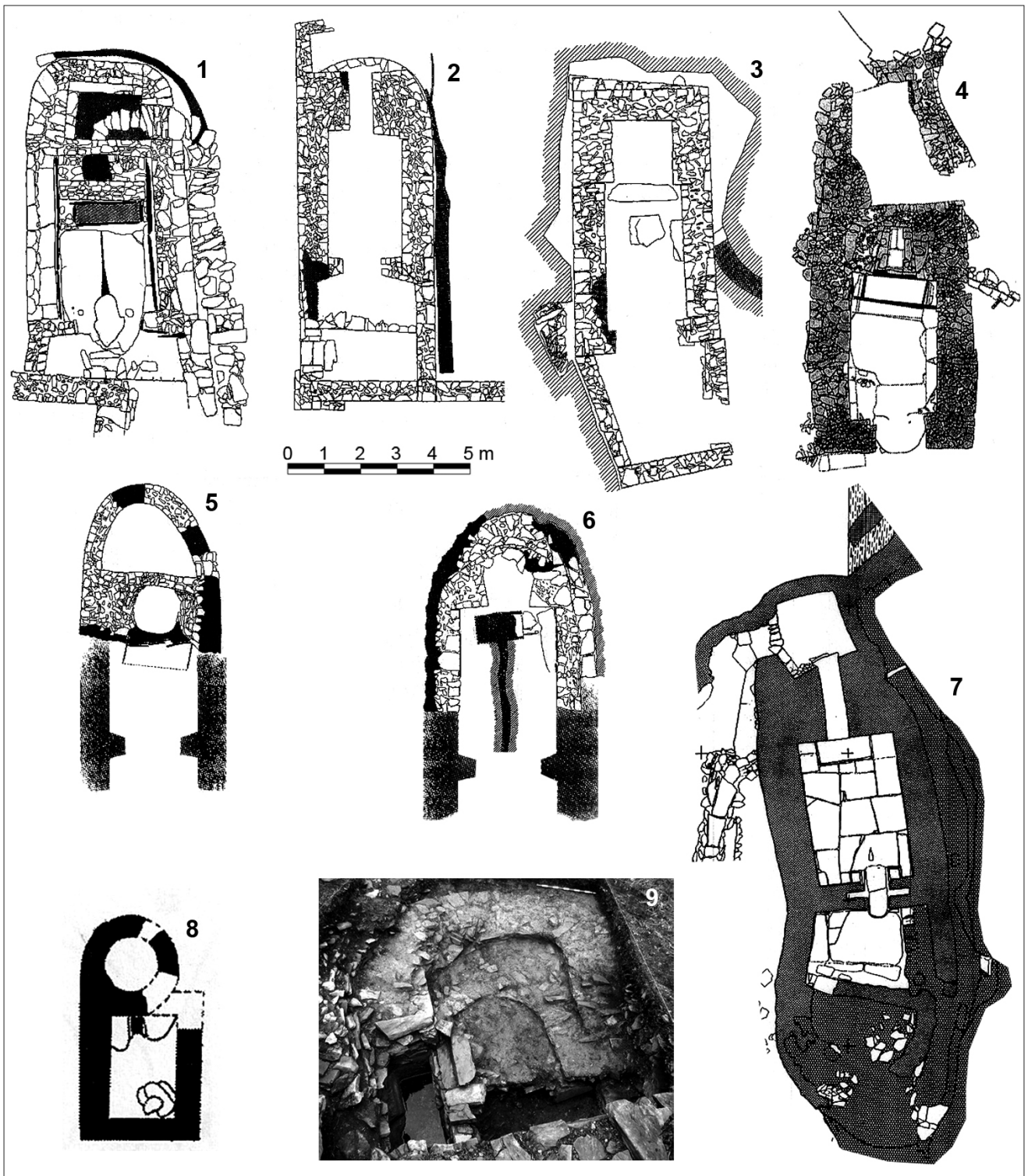
Castrelo de Pelóu y la de El Castro de Cecos (González Ruibal 2003a: 473-474; Menéndez y Villa 2009: 458; Montes y otros 2009: 318; Villa 2007f: nota 11), que preferimos llamarlo de este modo antes que “grupo asturiano” (Villa 2001a: 22), ya que su distribución excede claramente los límites de Asturias (fig. 4.142). Y decimos que el grupo septentrional es el eminentemente castreño porque el grupo meridional aparece preferentemente en poblados tipo *oppidum*. Este grupo meridional más conocido historiográficamente por sus *pedras formosas* se reparte principalmente por el norte de Portugal entre el Miño y el Duero, en lugares como Armeá, Eirás (Arcos de Valdevez), Santa María de Galegos, Sabroso, Briteiros, Monte da Saia, Eirás (Vilanova de Famalicão), Sanfins, Freixo y Sardoura. El grupo meridional se caracteriza por tener un atrio enlosado al aire libre, más ancho que largo, con pila de agua fría que suele venir por una canalización desde una fuente cercana, una sala templada o antecámara cubierta con grandes lajas a dos aguas, separada del atrio por una puerta con arco de medio punto en una losa pentagonal y grandes losas en el suelo) y una sala caliente o cámara (separada de la anterior por las famosas *pedras formosas* que también se realizan sobre losas pentagonales, con una pequeña apertura por la que hay que arrastrarse para entrar en la cámara y con la decoración mirando hacia la antecámara) y aparte el horno (con falsa cúpula y mano para alimentarlo de leña). Han aparecido piedras rubefactadas que demostrarían que no se trataba de calor seco sino de vapor arrojando agua sobre las piedras calentadas al fuego. Se calcula que podrían estar a la vez unas 8-10 personas en la cámara (fig. 4.143).

Sin embargo el modelo septentrional o lucense que abarca nuestra zona de estudio se caracteriza por

no tener sala tibia o antecámara, y en general por ser edificios más pequeños, separadas las salas por lajas grandes o maderas (sin *pedras formosas*), por poseer unas salas cálidas de entre 8 y 12 m<sup>2</sup> y por techarse con falsa bóveda (González Ruibal 2003a: 473-474; Ríos 2000: 99-101, 109-110). Pese a la aparente homogeneidad en plantas y tamaños del grupo también encontramos diversas soluciones constructivas, pues Pendia 2 es prácticamente hipogea, Pendia 1 semihipogea, la del Chao Samartín es semihipogea sobre podio, mientras que en Coaña las vemos totalmente exentas) (Villa 2001a: nota 2) (fig. 4.144).

Como decimos las saunas de Coaña se encuentran situadas sobre una plataforma elevada junto a la vía de acceso a la acrópolis del poblado. Se barajan para las dos estructuras fechas de la fase II para su origen constructivo. Por ubicación y relaciones estratigráficas se entiende que Coaña 1 es la más antigua. Sus ruinas resultaron parcialmente sepultadas durante las importantes reformas que se practicaron sobre el cierre de la acrópolis, la puerta de acceso y la red viaria interior. Parece que la construcción de Coaña 2 amortizó un muro de Coaña 1 por lo que no debieron de funcionar ambas a la par. Coaña 2 es la mejor conservada y ya fue excavada por García y Bellido, y años después por Jordá Cerdá. Posee antecámara, estancia con falsa bóveda y estrecho callejón (con puerta de salida que da a un porche en ángulo), y al sur gran pila de granito, que debe estar desplazada pues tiene un rebaje que encaja con las canalizaciones de la sauna, ya mencionados en las excavaciones decimonónicas de José María Flórez (Villa 2001a: 22-23; Ríos 2000: 107, 110).

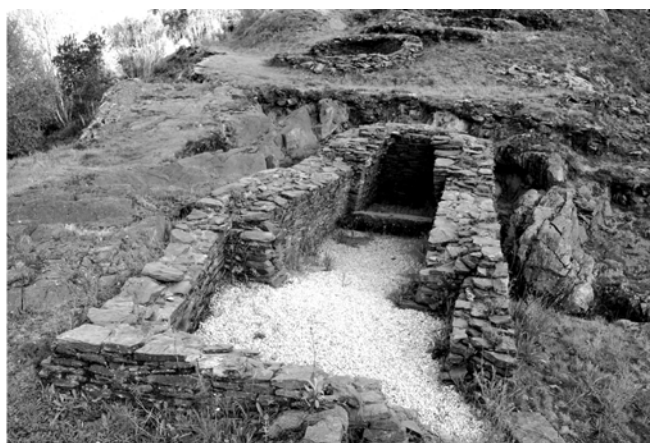
Como sabemos, el castro de Pendia, aguas arriba del Navia, también posee dos saunas, al igual que Coaña, una al abrigo de la muralla, sobre una



**Figura 4.144:** saunas castreñas del grupo septentrional: 1. Chao Samartín; 2. Coaña II; 3. Pendia II; 4. Os Castro de Taramundi; 5. Coaña I; 6. Pendia II; 7. Punta dos Prados; 8. Briteiros; 9. Castrelo de Pelóu (a partir de Villa 2002a; Menéndez y Villa 2009; Álvarez Sanchís y Almagro Gorbea 1993; Montes, Hevia y Villa 2010; Ramil 1995/96).

pequeña plataforma en el lugar por el que se accede al poblado, y otra frente al núcleo principal de cabañas, también frente a la entrada del recinto. Pendia 1 tiene un tercio destruido, posee la cabecera hipogea y paramentos sobre la roca basal. Su orientación es NO-SE por lo que coincide con Coaña 2. El horno es ultrasemicircular, hipogeo y por aproximación de hiladas, y la cámara central poseía suelo de lajas de pizarra *in situ* en las excavaciones de García y Bellido.

En el medio una pileta realizada con lajas de pizarra también y un canal subterráneo. Pendia 2 por su parte se encuentra en la suave vaguada que separa los dos recintos fortificados, para lo que se rebajó la roca y se cortó el pavimento de chapacuña que regularizaba la superficie de tránsito entre el caserío y el recinto septentrional. En la reexcavación llevada a cabo se han podido documentar algunas canalizaciones inéditas (Villa 2001a: 24; 2007f: 284-289). Es interesante poder



**Figura 4.145:** izquierda, sauna castreña Pendia I; derecha, sauna castreña Pendia II (fotografías de David González Álvarez).

confirmar la cronología relativa de esta secuencia estratigráfica y poder corroborar que los pavimentos de chapacuña son prerromanos, y así poder entender muchas de las reformas urbanísticas de Coaña, como las que tienen que ver con la acrópolis y su acceso, en este sentido. El eje de orientación de Pendia 2 está ligeramente desplazado respecto a los que ya hemos visto. La cámara principal también tuvo una solera de lajas de pizarra y se aprecia el arranque de los anchos muros que cerrarían por falsa bóveda. Con las reexcavaciones de Ángel Villa se documentaron canalizaciones de agua cubiertas que se meten por debajo del edificio (Villa 2001a: 24) (fig. 4.145).

Las excavaciones del Chao Samartín han permitido corroborar el origen claramente prerromano de las saunas del grupo septentrional. Se sitúa este monumento en el entorno de la puerta principal del poblado, y junto a la calle que organiza la red viaria interior. No se vio afectada por las importantes reformas urbanísticas de época romana, sino que además se amplió (Villa 2001a: 25), es decir, que siguió en uso durante el periodo romano o fase III de los castros, lo que explicaría también por qué las de Coaña y Pendia se conservaron durante este periodo postrero de los castros cantábricos. Comparte con el resto de saunas la falsa bóveda, las cubiertas con grandes lajas y el remate absidado. Lo interesante de esta sauna es que, mientras que estuvo en uso hasta el s. II d.C., se aprecia que su construcción viene de época prerromana. Además, posee claros paralelismos con Coaña 1, y ambas han sido reconstruidas sobre edificios más antiguos (Villa 2001a: 25).

La recientemente documentada del Castrelo de Peláu quedó muy arrasada y amortizada por reformas posteriores en el poblado, aunque no por ello deja de aportar una información muy valiosa. Del monumento se conocen básicamente la zona de combustión u horno y la caldera transversal. Se sabe que fue ampliamente reformada aún en época prerromana, manteniendo la misma morfología, pero aumentando de tamaño los espacios (Montes y otros 2009: 318). Por su parte en Os Castros de Taramundi observamos una sauna muy similar a Pendia 2, Chao Samartín y

Coaña 2, que se sitúa en los límites del poblado, incluso parece que está en parte amortizando el foso defensivo. Su eje principal posee dirección NE-SO y consta de cabecera, horno y sala de vaporización, que también tiene una pileta de dimensiones notables junto a la boca del horno (Menéndez y Villa 2009: 458-460), seguramente para introducir las piedras calentadas en el horno y generar el vapor o para contener el agua que luego se echaría sobre las piedras. La cabecera sufrió las últimas remodelaciones en la fase avanzada del poblado y la sala de vaporización se cerraría con una puerta de madera. La techumbre sería de grandes losas de pizarra como en el Chao Samartín y de la fase prerromana del edificio quedan varias canalizaciones en el suelo (Ibid.: 461).

Pasando a Galicia en Borneiro (Cabana de Bergantiños, A Coruña) recientemente se ha reexcavado el “monumento con horno de función balnearia”, es decir la sauna castreña conocida desde hace tiempo, corroborándose que todo ello forma un conjunto con una construcción oblonga y un aljibe. Al limpiar apareció también una “pedra formosa”, pero sin decoración, es decir, un tabique separador de los espacios funcionales de la sauna. La estructura del edificio es idéntica al esquema del grupo asturiano (cabecera absidata, sala de vaporización y pequeño vestíbulo / antecámara, encontrándose también vinculada a un edificio público de grandes dimensiones y planta ovalada). Se aprecia que este lugar estuvo sujeto a constantes reformas, ya que se han documentado varios momentos constructivos (López González 2009b: 70-71 y nota 1).

En la zona de las defensas del castro de Punta dos Prados (Espasante-Ortigueira), en concreto en la zona del primer foso defensivo y no lejos del camino de acceso, se constataron dos momentos constructivos, uno prerromano con estructuras de esquinas redondeadas, de cuando se erigió el poblado y el foso era el único elemento defensivo, y un segundo momento en donde este foso se reaprovechó para construir la sauna, rellenándolo para poder situar sobre este relleno parte del empedrado del monumento. No obstante se reconoce que los

materiales exteriores al monumento salen en contextos estratigráficos muy revueltos. La sauna posee un suelo de grandes losas en su primera habitación, con dos arquetas. Los muros de hiladas horizontales de lajas trabadas con arcilla superan el metro de anchura. La segunda habitación tiene lajas más grandes en el suelo y en partes directamente la roca madre. El aparejo de los muros es más irregular. En el vano de entrada a esta habitación se encuentra una de las arquetas o piletas mencionadas y en el lado opuesto el vano que comunica con el horno y que también tiene delante una piscina rectangular (excavada en la roca y con paredes de hiladas horizontales). El horno posee falsa bóveda y comunica también con una sala que cierra con un muro en ábside. Por lo tanto posee vestíbulo, antecámara, cámara, horno y zona de alimentación del horno. Se aprecia un hueco en el muro entre cámara y antecámara que más que para una *pedra formosa* (Ramil González 1995/96: 45) habría que pensar que sería para un cierre de madera en donde estaría el vano de madera, o un cierre de madera levadizo a modo de gillotina (Ríos 2000: 106). Todo ello cuenta con un canal exterior a la antecámara y al vestíbulo y otro desagüe que arranca del exterior de la cámara. En la parte externa del muro absidal hay restos muy variados: cerámica indígena y cerámica común, fragmentos de moldes y crisoles, parte de una fíbula de largo travesaño, escorias, cuñas, y huesos de vacas, cerdos y ovicápridos, restos de un conchero o un as de bronce de época imperial (26 a.C.) (Ramil González 1995/96: 28-29, 50-51). Es interesante el relleno de las fosas de cimentación del monumento, independiente de este otro relleno generado posteriormente por el arrastre contra los muros de la sauna, y en el que salieron huesos, conchas, cerámicas y escorias (Ibid.: 51), pero para el que no se citan materiales romanos.

Por último debemos descartar como sauna castreña los rebajes en la caliza del castro de Llagú, pues nos parece demasiado aventurado definir dichas formas que perfectamente pueden ser naturales como una sauna cuando no se cuenta con ninguno de los elementos característicos de las mismas. Además, la relación entre estas formas calizas y un cercano pavimento julio-claudio nos parece forzada (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 115-116).

Por todo ello creemos que, en un sentido cronológico, lo que se demostraría con la sauna de Punta dos Prados no es tanto que se hubiera construido en la fase romana del castro como que siguió en uso en esa fase, pero perfectamente pudo haber sido construida durante la Segunda Edad del Hierro. De hecho para las del occidente asturiano, y que claramente forman un grupo homogéneo con las del norte de Galicia, especialmente con la de Punta dos Prados, se ha propuesto un origen a comienzos de la fase II (sobre el s. V a.C.), en concreto para Coaña 1, Pendia 1, Castrelo de Pelóu y la fase más antigua del Chao Samartín y la fase también antigua de Coaña 2.

Pendia 1 al ser hipogea y estar limitada por la roca basal no podría haberse reformado y por ello se habría construido la más moderna de Pendia 2. En la reforma de la del Chao Samartín se ve la ampliación de esta con un atrio y el uso de piedras cuarcíticas, que vienen de la muralla, reformada en época flavia, por lo que se adivina su uso y reforma después de la conquista. En la de Os Castros de Taramundi también se aprecia con claridad un origen en la fase II y las postreras reformas durante época romana. Y ninguna duda ofrece la de Pelóu puesto que las variadas dataciones radiocarbónicas de los estratos que la sellan hacen pensar a sus excavadores en un origen del monumento entre fines del s. V y comienzos del IV cal AC (Villa 2001a: 26-27; Menéndez y Villa 2009: 461; Montes y otros 2009: 318 y nota 11; Montes, Hevia, Villa 2010: 16). Por todo ello se puede asegurar que las saunas rituales castreñas del grupo septentrional son un tipo de monumento diagnóstico del comienzo de la fase II de los castros del occidente cantábrico y seguramente también del norte de Galicia, pese a que siguieran en uso y se reformasen durante toda la Segunda Edad del Hierro y época altoimperial (fase III). Las saunas del modelo septentrional o lucense son de dimensiones más modestas que las bracarenses, no poseen sala templada o tibia, y tampoco tienen la decoración de las meridionales (*pedras formosas*), pero no hay ningún motivo para pensar que fueran posteriores a las de los *oppida* de sur de Galicia y norte de Portugal.

En Punta dos Prados se ven basureros rituales en las cercanías, con huesos de vacas, ovicápridos y cerdos, es decir de banquetes, aunque eso no quiere decir que entrase todo el mundo a las saunas, ya que seguramente habría un acceso restringido según criterios culturales que pudieron estar relacionados con el género, el rango o la edad (González Ruibal 2003a: 474). Es bastante probable que sólo un grupo determinado de la población accediera a las saunas rituales y viera, en el caso de las sureñas, las grandes lajas con motivos astrales mientras arrastraban su cuerpo para acceder a la sala cálida. En general tanto en el conjunto sureño como en el septentrional hay un juego que tiene que ver con el paso de la luz a la oscuridad, del frío al calor, a la humedad, del espacio liso a otro decorado (en el caso meridional), del cuerpo vestido al cuerpo desnudo. Además, para entrar en la última estancia hay que arrastrarse. Por todo ello se ha relacionado con formas de exhibición del cuerpo, lo que en la zona bracarense además se refuerza con las estatuas de guerreros galaicos, y con el uso de éste para negociar el poder. No se trataría de lugares lúdicos o de higiene, o no sólo. Además, la decoración, al contrario que en las termas, no es visible, y ésta en las sociedades premodernas no se desarrolla por cuestiones estéticas, sino que decoración y religiosidad se encuentran íntimamente ligadas (por ej Lévi-Strauss 1995: 263-299). Esta decoración coincide con la de los guerreros galaicos (esvásticas, símbolos astrales, SSS

ondulantes) y con decoraciones de arquitectura doméstica (González Ruibal 2003a: 474) y, como hemos visto más arriba, con motivos de la orfebrería, la cerámica, etc. En nuestra zona de estudio vemos también estos mismos motivos pertenecientes al “gran estilo bracarense” en ciertos ejemplos de decoración arquitectónica, y ampliamente en la orfebrería, la cerámica y en algún aplique de bronce. Pero en relación a las saunas de momento tan sólo contamos con algunas piezas líticas decoradas con sogueados, procedentes de las cercanías de la sauna del Castrelo de Peláu, y posiblemente vinculadas a la arquitectura de aquella. Se ha propuesto que estas grafías más que soluciones estrictamente decorativas puedan ser alegorías de la divinidad misma, vinculada al medio acuático (Montes, Hevia y Villa 2010: 20). Tampoco sabemos si los cierres de madera que harían las veces de *pedra formosa* en el grupo norteño pudieran ir tallados y/o pintados de motivos astrales como en el grupo sureño. No obstante habría que pensar que los mensajes que de estos lugares se obtienen se pueden relacionar con el poder, la protección simbólica y el cosmos (González Ruibal 2003a: 475).

Es posible que en los *oppida* bracarenses las saunas puedan haber sido utilizadas como una forma donde unir poder y orden, usando símbolos compartidos y comprendidos por todos los habitantes. Además, en aquellos grandes y complejos poblados, donde están sobradamente constatadas las diferencias sociales entre sus habitantes, las saunas se sitúan en posiciones periféricas, liminales, de los poblados, frente a los santuarios urbanos que son de integración (González Ruibal 2003a: 476). Sin embargo las saunas del grupo septentrional necesitan otra explicación puesto que tanto si utilizamos el modelo antropológico de *deep rurals* como el de sociedades heroicas estamos ante grupos mucho más pequeños e igualitarios. Y salvando las distancias, las ubicaciones difieren con respecto a las sureñas, ya que si la de Punta dos Prados se encuentra en el foso y la de Coaña en la entrada, en Pendar y el Chao Samartín se encuentran en el centro, en un lugar donde están los restos de una gran cabaña comunal de la fase II y en el último caso en un lugar que en época romana fue sustituida por una plaza enlosada, por lo que el carácter público y de encuentro de este sector del castro parece evidente (ver fig. 4.33). En principio la variedad de orientaciones de las saunas indican que este rasgo no puede ser tenido en cuenta para determinar su carácter ritual.

Existen claras diferencias en las ubicaciones con respecto a las del grupo meridional, entre otras cosas porque los castros cantábricos, incluso los de urbanismo más complejo como son estos del extremo occidental que tienen saunas, no llegaron nunca a la especialización de espacios de aquellos *oppida*. No obstante, los lugares donde se encuentran las saunas, pese a ser susceptibles de ser entendidos espacialmente

como públicos (junto a las puertas, en zonas centrales o de tránsito, etc.) también poseen algunos rasgos específicos que nos permiten ciertas matizaciones. En concreto las cabañas comunales que se asocian en algunos casos a las saunas rituales pueden ser entendidas como lugares de agregación masculina, con connotaciones guerreras, como demuestra con claridad la aparición de dos puñales de tipología antigua en la cabaña comunal de la fase II junto a la sauna ritual del castro de Peláu (Montes y otros 2009: 316-317 y nota 5; Montes, Hevia y Villa 2010: 10-16). Por todo ello una posible interpretación que cobra fuerza a tenor de las recientes excavaciones es que la ritualidad asociada a las saunas iniciáticas tenga que ver con ritos de tipo guerrero, masculino, y que el acceso a las mismas estuviera orientado exclusivamente a los hombres guerreros de cada poblado. Toda la simbología y connotaciones cosmogónicas, religiosas, de estos monumentos comenzarían a estar monopolizadas por el sector masculino de cada grupo castreño. En sociedades de tendencia igualitaria y comunalismo económico el monopolio del conocimiento esotérico, la manifestación del mito de un modo privado y no público, en definitiva el monopolio del orden simbólico, por parte de los hombres con respecto a las mujeres, puede entenderse como una de las principales formas de diferenciación y de acumulación de poder, en la forma de capital simbólico. Por lo tanto la ritualidad de las saunas desde los orígenes mismos de la fase II no hace sino corroborar la implantación del *ethos* guerrero durante este periodo, hasta el punto de que el conjunto de hombres ganaderos-guerreros de cada poblado se aseguró el acceso y disfrute de ciertos espacios privativos, definidos y monumentalizados claramente mediante la arquitectura, que en definitiva son espacios de poder. De nuevo el extremo occidental cantábrico se nos presenta como el sector castreño en el que la desigualdad de género fue mayor. Por todo ello no creemos que su pervivencia durante época romana se deba a su reconceptualización como saunas lúdicas o sanitarias por parte de Roma (Villa 2001a: 27), sino porque precisamente una de las principales consecuencias de la romanización fue la ruptura del milenarismo *ethos* igualitario, disparándose la desigualdad de rango, jerárquica, mediante la promoción de ciertas familias de la elite indígena, y asimismo la de género, lo que deviene en un esquema social donde la ritualidad masculina asociada a las saunas sigue encajando bien.

#### 4.6.3 Evidencias funerarias.

“Los castreños vivían, pero no morían”, decía irónicamente Alfonso del Real (en Parcero y otros 2007: 135), o dicho de otra forma, aquellas prácticas sociales vinculadas con la muerte no dejaron un registro material perdurable, a lo que debemos sumar



**Figura 4.146:** vista general del abrigo de El Puyo (Miera) con alguna de las estructuras tumulares reconocidas (en Fernández Acebo 2010).

la mala conservación de los restos orgánicos en esta zona húmeda de España por la acidez de los suelos (Ibid.: 135-136).

Pese a que se haya asegurado que los indígenas castreños quemaban a sus muertos (González y Fernández-Vallés 1976) lo cierto es que a día de hoy prácticamente no contamos con datos sobre el mundo de los muertos de la Edad del Hierro cantábrica. Más allá de la hipótesis de que los pequeños túmulos funerarios puedan llegar a solaparse cronológicamente con los primeros castros (capítulo 3), con fechas de comienzos del primer milenio a.C., como parece documentarse con los túmulos de incineración en zonas del Cantábrico oriental y Pirineo occidental (Ríos y García de Castro 1998: 115-116), y concretamente con la cista con una calota craneal de la puerta de la acrópolis del Chao Samartín (Villa y Cabo 2003), o de ciertas prácticas puntuales de enterramiento en cueva en el sector Cantábrico central, heredadas en la fase I (H.uentinegrosu) (capítulo 3) y también durante la fase II (ver más arriba), no contamos con apenas evidencias.

Parcero y Cobas (2004: 3-4) aluden a que un rasgo típico del noroeste es que hay una total ausencia de necrópolis o enterramientos. Suelos ácidos de granito y rituales que no debieron dejar evidencias hacen que estas no se conozcan, y no por falta de estudio, porque con grandes seguimientos de arqueología de gestión sí que se identifican otras estructuras funerarias previas que también eran invisibles en el registro. Ello no quiere decir que no hubiera ritos funerarios o una ideología de la muerte. El mundo castreño siempre nos depara sorpresas y no hay que descartar que aparezcan enterramientos o estructuras vinculables a rituales funerarios e, incluso, alguna posible necrópolis. En esta línea ha aparecido una extraña estructura en El Castriño de Bendoiro (Lalín, Pontevedra) que tiene 91 m de longitud, con cabecera redondeada, y de 8 a 10 m de anchura -parece que lo que se documenta por las fotografías es el negativo del muro, que parece vegetal y ancho-. A ello

habría que añadir tres posibles tumbas de inhumación -todas estas estructuras están en la zona 1, y aunque no se da más información parece por las fotografías que una de las tumbas, Es-13, es un túmulo de piedras en donde aparece dentro un brazalete de bronce; y es posible que dos de estos túmulos estén dentro de las gran estructura alargada ya citada-. Lo que sí parece claro es que todo el conjunto es prerromano (Fernández Pintos 2009: 210-212). Por otro lado algunos hallazgos en corrientes fluviales, como la fíbula del castro de Taranés, que realmente apareció en el río al pie del castro, pudieran ser testimonios de prácticas funerarias en donde se arrojaran los cadáveres a las aguas, por lo que no quedarían restos arqueológicamente localizables.

En Asturias algunos han planteado una posible perduración de los enterramientos en cueva a partir del hallazgo llanisco del Pueblo Bajo de Lledías, donde apareció una urna con arreos de caballos y huesos, al parecer de animales (Maya 1983b: 246), pero no queda claro el sentido funerario del mismo, ni de que se trate de un ritual incinerador. La tradición de enterramientos en cueva del sector central cantábrico durante la Edad del Bronce (capítulo 2) y la perduración de este ritual durante la Edad del Hierro, así como el alto número de hallazgos que se pueden considerar como rituales y funerarios en cuevas de Cantabria durante la fase II (Smith 2010), debe dejar abierta la posibilidad de que durante la Segunda Edad del Hierro el ritual de inhumaciones en cueva también se extendiera por el oriente asturiano. Por el contrario lo que sí parece mantenerse en el sector central cantábrico es la tradición de enterrar en cuevas (capítulos 2 y 3), como decíamos. Se conocerían unas 137 cuevas con restos relacionados con la Edad del Hierro y unas 59 con restos de enterramientos en Cantabria, asociadas algunas a cerámicas de tipo meseteño (oxidantes con pintura), y otras a cerámicas “del Hierro”, así como a rejas de arado, lanzas, escudos o bocados de caballo, aunque en muchos casos es problemático el reconocimiento de esos

materiales como pertenecientes a la Edad del Hierro (Valle y Serna 2003: 386-387; Smith 2010: 678-679). La de La Graciosa I (Medio Cudeyo) tiene ocho inhumaciones asociadas a supuestas cerámicas de la Edad del Hierro, cerámicas celtibéricas y objetos de hierro, mientras que en La Graciosa II los restos humanos se reducen a ocho cráneos acompañados de objetos similares. En otras se han encontrado fíbulas. La mayoría de estas cuevas se encuentran al este de la bahía de Santander, fuera de nuestro área de estudio (Valle y Serna 2003: 386-387; Peralta 2003: 70-71), pero el principal problema para su estudio son las deficientes intervenciones arqueológicas y las publicaciones poco claras (Smith 2010). Es llamativo, por ejemplo, que se tenga tan clara la cronología de la Edad del Hierro para las cerámicas aparecidas cuando no hay referentes localizados en castros y cuando las digitaciones en los bordes y las incisiones son también rasgos típicos de las cerámicas de la Edad del Bronce en este sector (capítulo 2). De todos modos estos hallazgos le dan sentido a los del Pueblo Bajo de Lledías, y podría marcar los enterramientos en cueva como una característica cultural del centro cantábrico, hasta el Sella, como herencia directa de la Edad del Bronce, y con hitos intermedios en la fase I como en H.uentínegrosu. No obstante habría que aclarar que en ningún caso se trataría de necrópolis como tal, sino de casos excepcionales (Smith 2010: 690-691).

Justo en el límite oriental de nuestra área de estudio, el río Miera, se excavaron hace algunos años algunos de los 23 túmulos del abrigo del Puyo. Se supone una finalidad funeraria para estas estructuras, pero lo cierto es que los huesos aparecidos son de animales, sin que con claridad se haya reconocido un sólo fragmento humano (Fernández Acebo 2010: 559-560). Es cierto que en la entrada de este gran abrigo se localizaron niveles quemados, cerámicas realizadas a mano, industria lítica y una fíbula de cubo / torrecilla, y que por carbono 14 se fecha todo ello en el s. III a.C. (Peralta 2003: 64-65; Fernández Acebo 2010: 560). No dudamos por ello de su adscripción a la fase II, y de que deba vincularse con algún tipo de acción ritual ya que la orientación al norte del abrigo haría complejo su uso como lugar de habitación, pero no estamos seguros de que se trate de la muestra que justifique la introducción del ritual cremador meseteño a la vertiente costera de Cantabria (fig. 4.146).



#### 4.7 HISTORIA DE LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO.

La Segunda Edad del Hierro comenzó en el sector centro-occidental cantábrico en la transición entre el s. V y el IV cal AC. Podríamos definir esta fase como el definitivo momento de implantación de los rasgos definitorios de la Edad del Hierro, tras un periodo de transición (fase I c: 600-400 cal AC) en los que ya se adivinaban. Rasgos que podemos sintetizar en la implantación de un *ethos* guerrero y su solapamiento con, más que sustitución de, el tradicional *ethos* igualitario. Sin embargo, en las montañas cantábricas veremos unas particularidades culturales, coherentes con el carácter más tradicional de estos grupos, que difieren de la tendencia general reconocida en diversas zonas del Noroeste. En Galicia, especialmente en los territorios más dinámicos como el sur o As Rías Baixas, pero también en zonas de la costa norte, podría hablarse de un cambio de modelo de poblamiento durante la fase II, con castros en posiciones menos conspicuas, en lo que se ha denominado como “conquista del valle” o “paisaje cóncavo”. Pero en la Cornisa Cantábrica el modelo montañés se mantuvo en esta nueva fase. De hecho una de las características principales en cuanto a los modos de poblamiento es los “castros de largo recorrido”, que mantienen el hábitat en los mismos lugares que en la fase I, siempre que haya espacio para que puedan ser ampliados los caseríos. Ello nos lleva a otra característica de esta nueva fase, que es el crecimiento demográfico y, en consonancia, los castros de mayor tamaño, especialmente en el extremo occidental cantábrico. También se observa la fundación de nuevos poblados, en ocasiones en posiciones incluso más conspicuas que los de sus predecesores de la fase I, lo que puede entenderse como un cierre de cada castro sobre el territorio que controla económica y políticamente. Pero estos territorios castreños no son cerrados y excluyentes ya que, al igual que en la fase I, podemos seguir hablando de una “doble territorialización”, ya que la primacía del ganado bovino en las prácticas agropecuarias de aquellos grupos les obligó a seguir manteniendo sistemas de pastoreo especializado, con la subida estival a puertos, majadas y brañas, y la negociación con otros grupos castreños que también subirían allí sus ganados. De nuevo la zona costera, especialmente la del extremo occidental cantábrico, parece tener unas dinámicas propias, en consonancia con el resto de la costa norte de Galicia.

La información arqueológica para esta fase nos permite establecer diferentes grupos arqueológicos, según hablemos de cerámicas, metales, joyas de oro, tipos de casas o murallas, que raramente se solapan entre sí. A excepción de las murallas de módulos para el sector central cantábrico no hay ningún rasgo material que nos permita rastrear identidades culturales

en la Edad del Hierro que se puedan equiparar a los Astures transmontanos o a los Cántabros de las fuentes clásicas. De hecho, los grupos arqueológicos reconocidos son siempre más pequeños (valle del Navia, valle del Narcea / noroeste leonés, costa centro-oriental asturiana, etc.), lo que nos hace plantear la hipótesis de que algunas de las *civitates* / *populi* (albiones, pésicos, luggones, orgenomescos...) definidos por Roma tras la conquista pudieron ser reinterpretaciones de identidades culturales forjadas durante la Edad del Hierro. Más allá de las identidades culturales compartidas entre castros de una misma zona, las identidades políticas por excelencia siguieron siendo de aldea, de castro.

Lo que sí comparten todos estos grupos son unas formas de economías de poder muy similares. Hemos planteado, siguiendo a Alfredo González Ruibal (2006-2007), las diferentes influencias que se perciben en el ámbito cantábrico, en donde algunos rasgos de los valles del Narcea, Navia y Eo nos recuerdan a las “sociedades de casa”, desarrolladas principalmente en la zona bracarense, o cómo en el extremo occidental cantábrico en general hay otros rasgos, como la acumulación de bienes de prestigio en la forma de joyas de oro o la exaltación de la ritualidad guerrera bajo fórmulas arquitectónicas (saunas castreñas), que quizás encajen mejor con los modelos de las “sociedades heroicas”. No obstante, pese a las particularidades e influencias de cada subzona, no terminan de encajar completamente en ninguno de estos modelos. Sin embargo todos estos montañeses del centro-occidente cantábrico, desde la Bahía de Santander hasta prácticamente A Terra Chá lucense, pueden ser entendidos con el genérico término de *deep rural communities* o “sociedades contra el estado”. Precisamente sería este momento histórico, en el que en la periferia sur cantábrica se desarrollaron formas sociopolíticas estatales bajo la forma de ciudades-estado u *oppida* -tanto en el territorio normeseteño como en el sur de Galicia / norte de Portugal-, en el que más sentido tendría hablar de *deep rurals*. De hecho, una de las características de estos grupos es estar en la periferia de formaciones sociales mucho más desigualitarias, con las que entran en contacto, y a la par ser resistentes a los cambios que aquellas les pudieran producir. En general la resistencia cultural se produjo (vemos formas de cultura material propia a lo largo de toda la Edad del Hierro), excepto en lo que se refiere a la ideología guerrera. Según avanzamos de oriente a occidente en el ámbito cantábrico veremos una gradación de la influencia de las formaciones estatales meseteñas a las bracarenses, o lo que es lo mismo, del “gran estilo meseteño” al “gran estilo bracarense”, pero casi siempre en elementos que tienen que ver con la ideología guerrera masculina. Así en Cantabria o en el centro-oriental asturiano, periferias de la Meseta Norte, veremos fíbulas de caballito y torrecilla, o puñales Monte Bernorio,

mientras que en el extremo occidental cantábrico, periferia tanto del noroeste de la Meseta como de la zona bracarense, veremos puñales de antenas, fíbulas de largo travesaño sin espiral o un tipo particular de saunas para ritos iniciáticos guerreros cuyo referente se encuentra en las saunas bracarenses.

Es decir, que a la par que se mantuvieron las formas culturales propias (cerámica, metalurgia, arquitectura doméstica o defensiva, modos de poblamiento, pastoreo especializado) y las formas sociales aparentemente igualitarias (mediante el tamaño pequeño de los grupos y la segmentación y fundación de nuevos castros tras los frecuentes momentos de crecimiento poblacional de esta fase), los hombres guerreros de cada castro buscaron referentes de prestigio precisamente entre aquellos grupos con los que se mantuvo el rechazo cultural -la Meseta Norte y el área bracarense- y que tenían elites guerreras claramente diferenciadas del grueso social (sociedades con guerreros). El fin de aquella emulación e importación de joyas, fíbulas, armas y rituales fue sustentar y reforzar un sistema de sexo-género originado en la fase I y desarrollado plenamente en este momento, que combina una aparente igualdad social con una clara acumulación de poder por parte de los hombres, fundamentada en una masculinidad adulta colectiva de tipo guerrero (sociedades guerreras), que controla y posee una ritualidad propia (saunas iniciáticas), espacios propios (cabañas de guerreros), redes de intercambio, conocimientos esotéricos, etc. No obstante, el análisis de ciertas tecnologías como la cerámica o de algunas actividades de mantenimiento como la molienda, así como la presunción de que en grupos pequeños con pastoreo especializado las tareas productivas tuvieron que estar repartidas entre hombres y mujeres, nos hacen plantear que todavía a finales de la Edad el Hierro las mujeres cantábricas tuvieron unos espacios de resistencia y un cierto control del espacio social que en otros lugares, como la Meseta Norte, ya se había perdido.

## CAPÍTULO 5.

# ENTRE LA ROMANIZACIÓN Y EL FINAL DE LOS CASTROS (fines s. I a.C. – s. II d.C.)

*Soy pastor, nací en el monte y pastora fou mio madre,  
morrería yo en el llanu, sí, sí, que me faltaría el aire.  
Comiendo pan de centenu, descalzu y durmiendo en rama,  
tengo yo en estes altures, sí sí, la tranquilidad nel alma.*

La romanización de la zona cantábrica ha sido un tema ampliamente debatido y sobre el que sólo desde hace muy poco tiempo se han aplicado nuevos aportes teóricos. Tradicionalmente desde la Historia Antigua se ha entendido que la romanización de las montañas cantábricas fue muy somera, debido a lo atrasado que eran aquellos pueblos, como bien se encargaron de demostrar los escritores de la Antigüedad, lo que pone de manifiesto una sospechosa semejanza del discurso. La evidencia más clara de que esto sería así es que el proceso urbanizador es ciertamente parco. Sería este un concepto de romanización en el que no se tienen en cuenta las realidades sociales que fueron romanizadas, como si la “formación social urbana y cívica de tipo clásico” fuera el único modelo a seguir (Sastre 2001: 19). Ello, por un lado, ha dado pie, durante décadas, a excesos historiográficos de corte claramente esencialista, como es suponer que la formación de las sociedades feudales altomedievales se engarza directamente en las realidades sociales prerromanas, debido a esa escasa o nula “romanización”, por lo que podría verse un *continuum* entre ambos periodos (Barbero y Vigil 1979a). Un ejemplo recurrente en nuestra zona de estudio es el tradicional enlace entre el supuestamente indígena pueblo vadiniense y la formación del primer reino asturiano con capital en Cangues d’Onís durante el s. VIII o, en menor medida, la vinculación entre los poderes monásticos en el territorio de Cangas del Narcea equiparándolo con el territorio del pueblo pésico.

Por otro lado, desde la Arqueología, hemos visto (capítulo 1) como los castros pasaron de ser la prueba material de la celticidad de Asturias y Cantabria a entenderse por parte de algunos a partir de los años 80, especialmente en el Principado, como producto del proceso romanizador, resultado lógico del mestizaje entre sociedades atrasadas y el benefactor poder romano. Una vez que hemos visto la profundidad histórica de los castros del centro-occidente cantábrico y que hemos desarrollado sus principales características sociales y cambios culturales, desarrollaremos en este capítulo el carácter mestizo, novedoso, de las formaciones sociales resultantes de la conquista violenta y rápida de sociedades de tendencia

igualitaria (*deep rurals*) por parte de una sociedad estatal, que por ejemplo usó a los indígenas del occidente cantábrico como mano de obra para enriquecer las arcas del Estado nada más terminar la conquista, y cómo ello provocó un profundo y, esta vez seguro que sí, traumático cambio cultural que tuvo como efecto más inmediato el trascendental abandono de la centenaria forma de vida castreña a lo largos de los dos primeros siglos de la Era.

### 5.1 HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DE LA CONQUISTA.

#### 5.1.1 Los *castra aestiva* y el frente cantábrico.

La conquista del norte peninsular puede entenderse como la consecuencia de los intereses concretos del Estado romano, y en concreto dentro de la política de Augusto de dominar los territorios periféricos, para consolidar las fronteras y estabilizar el Imperio, y de explotar los recursos mineros, que aparece como uno de los objetivos prioritarios en este territorio, conformando el eje de la dominación durante el Alto Imperio. Por lo tanto múltiples causas que hicieron de este conflicto una de las guerras que más resonancia tuvo en el reinado de Augusto, quien participó directamente en la contienda en los años 27 y 26 a.C. (Sastre 2001: 95 y nota 47; Fernández Ochoa 1990: 144-145).

Las fuentes no son precisas, entre otros motivos porque los escritores de la Antigüedad que refieren la contienda (básicamente Floro y Orosio, siguiendo los datos hoy perdidos de Tito Livio, y la relación de los protagonistas militares de la contienda de Dion Casio) no participaron directamente en ella y tienen posiciones claramente partidistas (Fernández Ochoa 1990: 138-139), en lo que se ha definido como “voluntad propagandística” (Morillo 1995: 41). Además, las identificaciones de los lugares citados a veces han llevado a discusiones científicas de compleja resolución. Como ejemplo podríamos citar la ubicación del *Mons Medulius*, uno de los últimos escenarios de la conquista del norte, que se ha situado tanto en Cantabria, como en León, Asturias y Galicia,

aunque la discusión suele centrarse, al citar las fuentes que se encuentra en *ulteriores Gallaecia partes*, en situarlo en diferentes zonas de Galicia, como es el alto Miño, o en las Médulas, o entre León, Lugo y Orense. Existe una tendencia historiográfica que sí diferencia dos conflictos: el *Bellum Cantabricum* y el *Bellum Asturum*, sucesivos en el tiempo, descartando las tesis tradicionales de Schulten (1943), quien entendía un frente amplio de unos 400 Km. para tomar todo el Norte y Noroeste a partir de tres columnas romanas que partirían de tres campamentos (*Segisamo* -Sasamón-, *Asturica* y *Bracara*). Pero últimamente se vuelve en cierta medida a dichas tesis porque se ha planteado que todos estos eventos debieron darse a la vez en el tiempo y que si Floro, Orosio y Dion Casio los separan es por cuestiones de temática, no de cronología. De hecho, al citarse el *Mons Medulius*, y su ubicación en Galicia o cerca de ella, podría querer decir que cuando se refieren las fuentes a Cantabria esta es en un concepto amplio, es decir, como todas las tierras norteñas bañadas por el *Mare Cantabrum* y por tanto que la *Asturia* prebélica se circunscriba exclusivamente a las montañas situadas al sur del Bierzo y a las llanuras orientales de éstas (Rodríguez Colmenero 2000: 19-20), o lo que es lo mismo, a los *oppida* de cultura meseteña que se reparten por el sur de la Cordillera Cantábrica. Algunos autores creen que en el *Bellum Cantabrum*, aunque prácticamente no se alude a los Callaicos, los montañeses de la *Callaecia*, lo que luego sería el *Conventus Lucense*, serían un *continuum* de los grupos montañeses que arranca en el País Vasco y llegan hasta Tras-os-Montes, y por lo tanto también objetivo de Roma. Los montañeses callaicos están entre los objetivos de Roma entre otros motivos porque también son aludidos por Estrabón como “montañeses”, porque Roma establece otro campamento militar en *Lucus Augusti*, a 50 Km. de las tierras altas, lo que indica que los montañeses de este sector también eran un objetivo, y porque las monedas que usa Roma para pagar a los soldados en la campaña del 25-23 a.C. tienen las armas de los Callaicos del sur (caetra, falcata y lanza), cuya distribución en la *Callaecia*, aparte de por el campamento de *Lucus Augusti*, principalmente es por la región de los *oppida* del sur de Galicia y norte de Portugal, lo que demostraría que estos callaicos del sur pusieron guerreros para luchar contra sus parientes del norte (González Ruibal e.p.). Estas monedas de la caetra estarían acuñadas en *Lucus Augusti*, pues han aparecido allí dos troqueles, y tuvieron un carácter eminentemente militar para pagar a la tropa (Cavada Nieto 1990-91: 235, 250). De hecho es posible que tras la llegada de Cesar al golfo Ártabro en el 61 a.C. cierta parte de lo que después iba a ser la *Gallaecia* hubiera quedado ya conquistada, pero el carácter augusteo para la ciudad de *Lucus Augusti* ratificaría el hecho de que el norte de Galicia o parte de él quedó definitivamente asimilado a Roma algo más adelante, con las guerras

por las cuales se conquistó el sector centro-occidental cantábrico (García Quintela 2007: 326). En cierta medida el carácter montañés de ciertos pueblos del Noroeste y que fueran conquistados a la par que los del territorio cantábrico centro-occidental, es decir, que fueran conceptualizados por los ojos extranjeros del mismo modo, corroboraría las semejanzas culturales, las relaciones históricas y la caracterización sociológica de todos ellos como *deep rurals* que hemos venido explicando páginas atrás. Pensemos que desde el centro de Cantabria al norte de Galicia es posible identificar variados grupos arqueológicos en función de la cultura material, así como diferentes proporciones de las influencias del “gran estilo meseteño” y del “gran estilo bracarense”, existiendo una gradación de unos a otros según avanzamos longitudinalmente, lo cual no es ningún inconveniente para caracterizar a todos estos montañeses como *deep rurals* con unas formas muy similares de economía moral (capítulo 4).

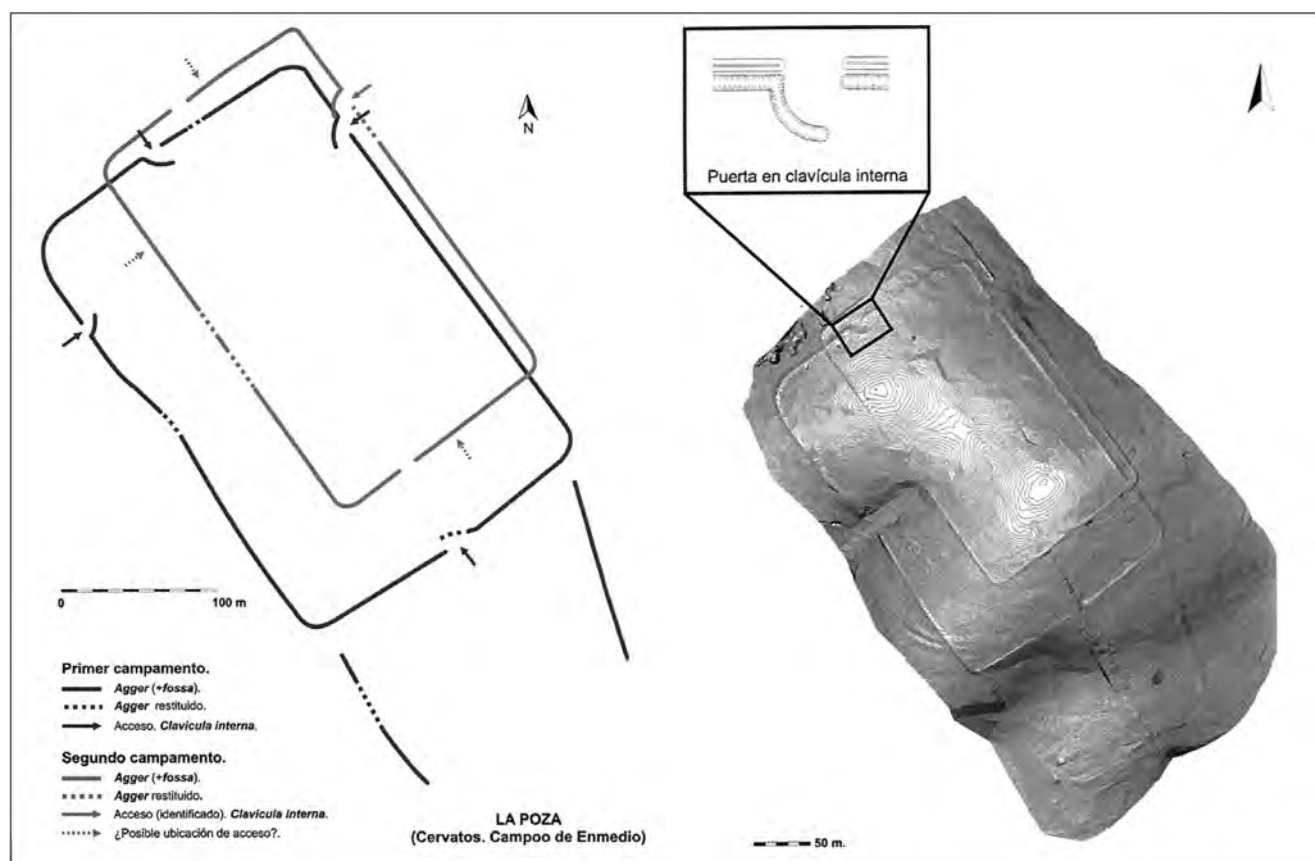
El *Bellum Cantabricum* comenzó tras dos años de dudosas victorias (29-27 a.C.) por parte de Roma tras las que el propio Augusto vino a la Península Ibérica para ponerse al frente de los ejércitos. De hecho es en el 27 a.C. cuando Octaviano recibe el título Augusto y se reparte con el Senado el gobierno de las provincias del espacio perimeditarráneo conquistado por Roma: en Hispania se reserva la Citerior y la Ulterior Lusitana, recién creada, y como legados a Cayo Antistio y Publio Carisio, respectivamente. Desde la Galia llega a Tarragona ese mismo año y allí conoce las noticias de las batallas de Statilio Tauro y C. Calvisio Sabino contra Vacceos, Cántabros y Astures los dos años antes, que como veremos, no tiene aún por que tratarse de enfrentamientos en las montañas cantábricas sino más bien contra *oppida* del norte de la Meseta. Desde Tarragona planificó la guerra con grandes preparativos militares. Tras este momento se trasladó Augusto a Segisama (Sasamón, Burgos). De aquí partirían tres columnas, la central dirigida por Augusto, y alguna de las otras por Antistio. Las fuentes aluden a la primera batalla contra los cántabros bajo las murallas de Bergida, y al refugio posterior de éstos en el *Mons Vindius* y la toma de *Aracillum*. Se suele identificar *Bergida/Vellica* con Monte Cildá (al sur de Aguilar de Campoo), el *Mons Vindius* por tanto con la Montaña Palentina (Sierra Híjar, Peña Labra, etc.) y *Aracillum* con Aradillos en la fuentes del Besaya (Fernández Ochoa 1990: 146-150; Rodríguez Colmenero 2000: 18-19). Puede que la campaña contra *Aracillum* haya que situarla entonces en torno al castro de Aradillos, cerca de Reinosa, que fue catalogado como castro (García y Bellido 1956: 133), aunque descatalogado posteriormente como tal ya que realmente se trataría de un “cerradero de ganado” (Peralta, Fernández y Ayllón 2000: 289), por lo que habría que identificar *Aracillum* con la Espina del Gallego, supuesto castro prerromano luego reformado

por el ejército romano a modo de campamento estable (Peralta 1999: 207-210), pese a que no se haya presentado ningún dato fehaciente de la fase prerromana del mismo (Poo, Serna y Martínez 2010). Para otros la resistencia de los “Cántabros” bajo las murallas de *Bérgida*, tras la que se dio la batalla del *Mons Vindius*, tendría otros escenarios. Pudiera ser que ese *Bérgida* se sitúe en el Alto Esla (Burón, cerca de Riaño), y concretamente en la atalaya que es la Peña del Castiello. Esta hipótesis se fundamenta en el topónimo de la vega que por allí discurre (Valberga > Valle de Bérgida), constante desde el s. XI. No sería difícil entender por tanto el *Mons Vindius* como los inmediatos Picos de Europa, en donde se refugiarían los indígenas tras esta derrota (Martino 1979: 116-117; 1980: 103). Recordemos que para otros autores la batalla de *Bérgida*, a la que se refieren también como Bélgica -pese a que en Floro aparece como Bérgida (Roldán 1970: 181)- habría que situarla en Cacabelos (*Bergidum*) o en *Vellica*, asociada al *oppidum* de Monte Gildá (Fernández Ochoa 1990: 140-141; Mañanes 1983: 141), como ya mencionamos. El problema de la interpretación de Eutimio Martino (1979) es que difícilmente podemos entender la Peña del Castiello como un castro (capítulo 4), aunque no debemos descartar que la localización de *Bérgida* en Burón sea correcta. En caso de que esa localización sea correcta aquella batalla campal pudo darse en lo que hoy cubren las aguas del embalse de Riaño, en el alto Esla, y a escasos kilómetros del Puerto del Pontón. Por el puerto del Pontón se accede al alto Sella, a los caminos de altura para acceder a la costa oriental asturiana, así como al alto Cares, que es el acceso más directo a los Picos de Europa. Los derrotados, de ser ciertas dichas localizaciones, se refugiarían en los Picos de Europa (*Mons Vindius*) a través de los puertos del Pontón y Panderruedes. Tendría sentido esta localización ya que las fuentes aluden a como los indígenas bajarían posteriormente de las montañas nevadas para atacar a las tropas romanas a través del río Esla. Por otro lado es conocido el papel que las fuentes otorgan a esta corriente fluvial en la conquista y, más aún, no sería extraño que este eje por el cual los ejércitos romanos accedieron a la conquista de este sector cántabro fuera precisamente por este hecho reinterpretado posteriormente como límite administrativo entre el *Conventus Asturum* y el *Cluniense*, más allá de las realidades sociales que quedaran a cada lado.

Como acabamos de citar según las fuentes escritas los principales episodios del posterior -o contemporáneo- *Bellum Asturum* (a partir del 25 a.C.) tuvieron lugar en las riberas del río Esla (*Asturia*), donde había hasta tres campamentos romanos. Los Astures, con intención de atrapar por sorpresa a los romanos, bajarían de sus nevados montes, pero la traición de los “brigacinos” desbarató sus planes, alertando a Carisio, que acudiría a socorrer a estos tres campamentos, por lo que los Astures fueron

sorprendidos y se refugiaron en Lancia. Esta ciudad, una de las mas potentes de los Astures según las fuentes, e importante *oppidum* en la llanura central leonesa (capítulo 4), fue asediada y tras ella supuestamente alguna otra más en esta zona. Posterior a estos hechos serían los controvertidos del *Mons Medulius*, puede que en alguna zona de El Bierzo, como dijimos, o incluso algo más al oeste. Diferentes revueltas posteriores, especialmente en el 22 a.C., hicieron que no se den por concluidas las guerras hasta el 19 a.C. (Fernández Ochoa 1990: 150-151; Rodríguez Colmenero 2000: 21). En líneas generales poseemos muy pocas fuentes sobre el *Bellum Cantabricum* y el *Bellum Asturum*, hasta el punto de no saber, por ejemplo, si la zona más afín a la Meseta del territorio leonés había caído ya en las Guerras Sertorianas o cayó, al igual que el territorio cántabro, en el las Guerras Cántabras.

Por ello es fundamental recurrir a las fuentes arqueológicas (Mañanes 1983: 139). Arqueológicamente hablando la conquista del norte peninsular vinculada al *Bellum Cantabricum* se había hecho pivotar sobre una serie de campamentos estables (*castra stativa* o *castra hiberna*) que ya se conocían: *Legio* (León), *Asturica Augusta* (Astorga), *Petavonium* (Rosinos de Vidriales I, y más tarde Rosinos de Vidriales II), Herrera de Pisuerga, Ciudadela, *Aquis Querquennis* y Sasamón (Burgos), la posible *Segisama* de las fuentes, base de operaciones a donde acudió el propio Augusto en el 26 a.C., que realmente no serían los campamentos que intervinieron directamente en la conquista sino los acuartelamientos donde se concentraron las tropas antes de lanzar las ofensivas bélicas y donde se refugiaron y acuartelaron las legiones romanas al final de las campañas estivales o ya una vez terminada la conquista para vigilar este *limes* norteño, acantonadas aquí en época de Tiberio, junto a tropas auxiliares, y seleccionadas de las 8 o 9 legiones que pasaron, en diversas fases de la contienda, por el frente cántabro. Tras la conquista habría que vincular la *Legio X Gemina* con Astorga, la *Legio VI Victrix* con León y la *Legio IV Macedonica* con Herrera de Pisuerga, que en si mismas forman el *exercitus hispanicus* adscrito a la Tarraconense, manteniéndose como única guarnición estable en la Península, al menos durante el periodo julio-claudio (Morillo 2003: 84; Menéndez Blanco y otros e.p.). Pero, como hemos dicho, esto serían *castra stativa* o *castra hiberna*, como los del cerco de Numancia o los de Cáceres el Viejo (de las Guerras Celtibéricas y de las Sertorianas, respectivamente) y no *castra aestiva*, o campamentos de campaña, que serían la correspondencia arqueológica de los acontecimientos bélicos citados por las fuentes, y usados para acciones concretas de conquista y no por mucho tiempo (Peralta 2002b: 49-51). No obstante, en ese mismo sector del norte de la Meseta en donde se han documentado *castra stativa* de durante y, sobre todo, después de la contienda, también hay presencia de los



**Figura 5.1:** un ejemplo de *castra aestiva* en el sector central cantábrico: planimetría y reconstrucción topográfica de los dos campamentos de conquista superpuestos de La Poza (Cervatos, Campoo de Enmedio), a menos de 2 Km. del castro de Las Rabas (en Martínez Velasco 2010b, modificado).

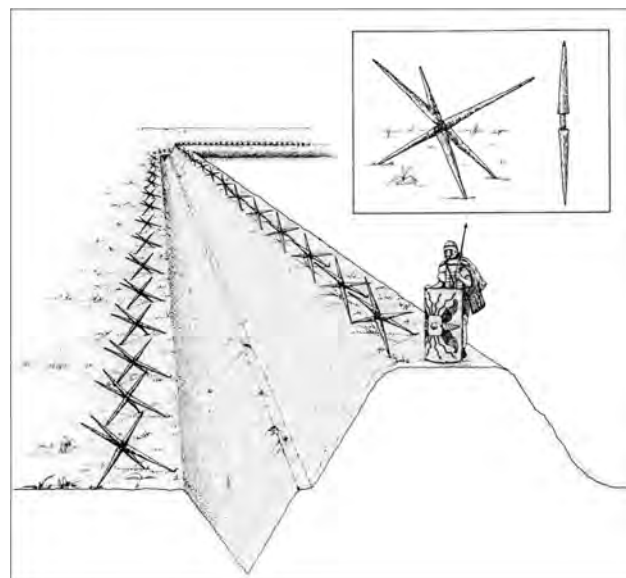
*castra aestiva* que debieron de ser los verdaderos protagonistas de los eventos bélicos narrados por las fuentes. Nos referimos a los posibles campamentos de Castromuza (Calzadilla de la Cueva, Palencia), Valdemeda (León), que también se puede vincular a la explotación del paisaje minero de La Cabrera, Castrucarbón (León), Villalazán y el recientemente documentado de Huerga de Frailes (León) (Menéndez Blanco y otros 2011; e.p.).

Eduardo Peralta ha dado a conocer en los últimos 15 años nuevos *castra aestiva* para el sector central cantábrico (norte de Palencia y Burgos y sur de Cantabria) (por ej. Peralta 2002c). En una reciente revisión se han llegado a contabilizar hasta 19 *castra aestiva* solamente en el territorio de la actual comunidad autónoma de Cantabria, cifra que si se extiende a las vecinas Burgos y Palencia llegaría a 37 el número de asentamiento relacionados con la conquista, entre *castra aestiva* y otro tipo de lugares de fisonomías menos canónicas (Fernández, Martínez y Serna 2010: 189, 633-634), lo que da idea de la envergadura del fenómeno, desconocido hasta hace escaso tiempo (fig. 5.1). A estos datos hay que añadir los que, más recientemente, se están documentando en el sector occidental cantábrico (norte de León y Asturias, especialmente en su franja montañosa meridional).

Al parecer ya Cesar usó en la Guerra de las Galias diferentes soluciones campamentales, de variada forma, pero fue con él cuando ya se impusieron las formas rectangulares de esquinas redondeadas y puertas en cuarto de círculo o *claviculae*. No obstante con Augusto se ven tanto campamentos rectangulares de esquinas redondeadas como otros de variadas formas. Estos campamentos de conquista se adaptan a las circunstancias (a veces no daba tiempo a construirlos por la inminencia del enemigo), y pueden ser de una noche o da varios meses. La cuestión es que por razones tácticas y logísticas se partía de una planta cuadrada que intentaba adaptarse al terreno, en donde cada uno de los 5000 o 6000 miembros que tenía cada legión (10 cohortes, 120 jinetes de exploración y tropas auxiliares) ya sabía dónde situar su tienda y qué función desempeñar. Es interesante entender las características de estos campamentos de conquista porque luego veremos algunas de estas soluciones constructivas realizadas también por el ejército romano en castros del occidente asturiano y en relación con la explotación del oro. En época imperial existe un *praefectus castrorum*, que se encarga de diseñar y organizar los campamentos, y los agrimensores militares (*metatores* o *gramatici*) son los que definen la planta cuadrada de esquinas redondeadas e intentan adaptarla al terreno, y también sitúan los estandartes y estacas para que se sepa donde irá la tienda del general

(*praetorium*), el cuartel general (*principia*), el estandarte de la legión (el águila, que va en el medio) y las tiendas de los legionarios (de cuero, una para cada 8 hombres, y clavadas al suelo con clavijas). Poseen dos calles principales que se cruzan en el medio y la *porta praetoria* va cara al enemigo mientras que la *decumana* se sitúa al lado opuesto, en la parte más elevada, pero en general las cuatro puertas de los campamentos de conquista se protegen con la prolongación de las defensas en cuarto de círculo o *clavicula*. Mientras una parte de la legión vigila el resto comenzaba por levantar las defensas. Éstas suelen contar con un foso sencillo (en V o *fossa fastigata* o con una cara inclinada y otra vertical o *fossa punica*) o doble (*fossa duplex*) del que se extrae la materia prima para levantar un terraplén (*agger*) sobre el que se sitúa el camino de ronda y una empalizada (*vallum*) que se construye o bien con un enramado sobre postes (*lorica*) o bien clavando las estacas que portaban los legionarios (las de roble y encina de doble punta y estrechamiento central irían de tres en tres para formar haces y situarlos de forma defensiva). En general se clavaban tanto en los fosos como en los contra-*agger* estacas puntiagudas endurecidas al fuego a modo de campos de Frisia. Sumando el foso, el terraplén y la empalizada estas rápidas defensas llegaban a contra con 4,5 m de altura (desde el fondo del foso a la cima de la empalizada) (Peralta 2002b: 52-62) (fig. 5.2).

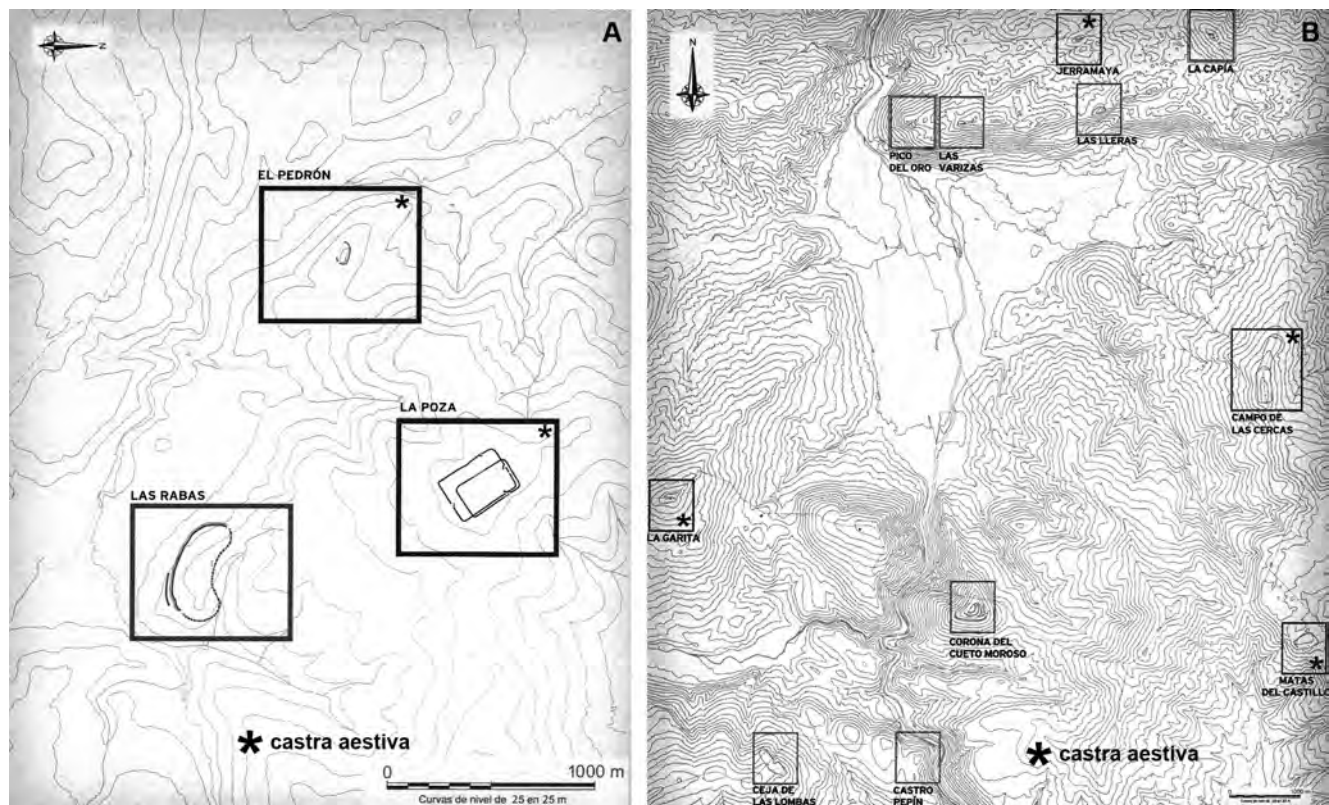
Como es comprensible estos campamentos dejan muy escasos restos. Las defensas casi nunca son pétreas y en muchas ocasiones sobre el terreno prácticamente no se aprecia nada. La forma de localizar estos sitios suele ser mediante fotointerpretación de fotografías aéreas y/o usando detectores de metales que permitan obtener alguna tachuela de las *caligae* de los legionarios, alguna moneda, restos de armas o alguna clavija de las tiendas de campaña. Es obvio que los legionarios romanos no portaban prácticamente cerámicas en las acciones de conquista, por lo que argumentar que no son campamentos romanos por no aparecer ánforas o *Terra Sigillata Itálica*, por ejemplo, es absurdo. El equipo de los legionarios era lo más reducido posible, aunque nada les eximía de portar unos 20 Kg. de armamento (casco, coraza, escudo, espada, daga y *pilum*) más otros 20 de víveres, haciendo distancias de hasta 48 km al día. El agua se transportaba en odres de cuero, y aparte llevan cacerolas metálicas para cocinar y comer. Debe entenderse que la cerámica es muy poco práctica para los movimientos y acciones bélicas. En carros tirados por mulas iría lo más pesado: herramientas, tiendas plegadas, etc. No obstante sí que se ha reconocido algún fragmento de cerámica “celtibérica”, de común romana y de *dolia* en alguno de los campamentos recientemente documentados (nunca *Terra Sigillata* ni cerámica campaniense). Los mejor documentados (con fosos o fosos dobles, taludes y puertas en clavicula) son los cántabros de Cildá (Corvera de Toranzo y Arenas de Iguña), Campo de



**Figura 5.2:** esquema de las defensas de un *castrum aestiva* (a partir de Gillivier 2003; obtenido de Menéndez Blanco y otros e.p.).

las Cercas (Puente Viesgo y San Felices de Buelna), La Poza (Cervatos, Campoo de Enmedio) y El Cantón (Molledo y Arenas de Iguña), el de El Cincho (Población de Yuso), El Castillejo (Pomar de Valdivia, Palencia), y La Muela (Villamartín de Sotoscueva, Burgos). Los dos primeros tienen 22 y 18 Ha respectivamente, son de planta rectangular de esquinas redondeadas, y se sitúan siguiendo la cumbre de los montes. Cildá además posee otro recinto adosado por el oeste, para alguna tropa auxiliar, otro irregular con línea defensiva semicircular al sur, y algún *castellum* como el Cantón o La Redonda (pequeños o casi circulares). En Cildá se documentan los tres tipos de fosas romanas (púnica, fastigata y de fondo plano), *agger* y contra-*agger*, plataformas para catapultas, estructuras tumuliformes romanas y tanto la *vía Praetoria* como la *vía Principalis* empedradas, de donde salen diversos restos, especialmente metálicos. En Campo de las Cercas aparecen acuñaciones indígenas del valle del Ebro del s. I a.C. y bronce romanos contemporáneos de las Guerras Cántabras. Al excavar una de sus puertas en *claviculae* se documentaron los agujeros de poste de la estructura de madera (torre) que iba sobre la puerta misma. Apareció tanto numerario celtibérico como romano, alguna fíbula, restos de armas, etc. Por su parte El Castillejo posee un recinto rectangular central y otras líneas defensivas con *agger* y fosos adaptados al terreno donde está. La Muela está sobre un cerro en forma de península de fácil defensa, por lo que tan sólo se construyó *agger* y puerta en clavicula en el istmo. Por lo tanto se ven campamentos de una misma guerra con variedad de plantas y soluciones, y adaptados a cada terreno. Además en los modelos ideales de Pseudo-Hyginio los *castra aestiva* deberían tener unas 35 Ha, por lo que se aprecia que los casos cántabros son mucho más pequeños. En líneas generales se sitúan





**Figura 5.3:** dos escenarios de conquista, con castros de la Edad del Hierro y *castra aestiva*: A. Escenario Poza-Pedrón-Rabas; B. Escenario Dobra-Buelna-Iguña (a partir de Fernández, Martínez y Serna 2010, modificado).

sobre líneas de cumbre, con un claro control estratégico tanto de los alrededores como de los pasos de altura hacia el Norte, hacia la costa cantábrica. Los tamaños parecen responder directamente al contingente que albergaron (campamento legionarios - entre 16 y 23 Ha-, alas de caballerías, dos cohortes, etc.) (Peralta 2000: 363-364; 2002b: 66-74; Peralta, Fernández y Ayllón 2000: 290-292; Fernández, Martínez y Serna 2010: 626-634) (fig. 5.3).

En otros casos se han querido ver eventos bélicos donde no hay evidencia de los mismos. Es el caso de La Espina del Gallego, un poblado de Cantabria en el cordal entre los valles del Pas y del Besaya, sobre el que se ha intervenido varias veces. Se ha querido ver en este poblado un castro cantábrico conquistado por los ejércitos romanos y arrasado hasta tal punto del que no quedarían prácticamente nada de los niveles indígenas, excepto en la ladera oeste. Sin descartar que este lugar hubiera estado ocupado por los castreños cantábricos antes de la conquista las pruebas que se han presentado no son concluyentes. En la parte más alta del poblado se documentó un barracón militar romano, de unos 5 x 100 m, con interior de losas irregulares y arcilla, evidencias de fundición de hierro dentro, tesoro de denarios republicanos (del 116 al 39 a.C.), dos *pila catapultaria* de *scorpio*, utillaje metálico y lítico, etc. El barracón posee una hilera central de postes para sustentar la techumbre. La datación radiocarbónica de la madera de unos de estos postes da una fecha de fines del s. II a.C. de lo que se deduce que el barracón se construyó

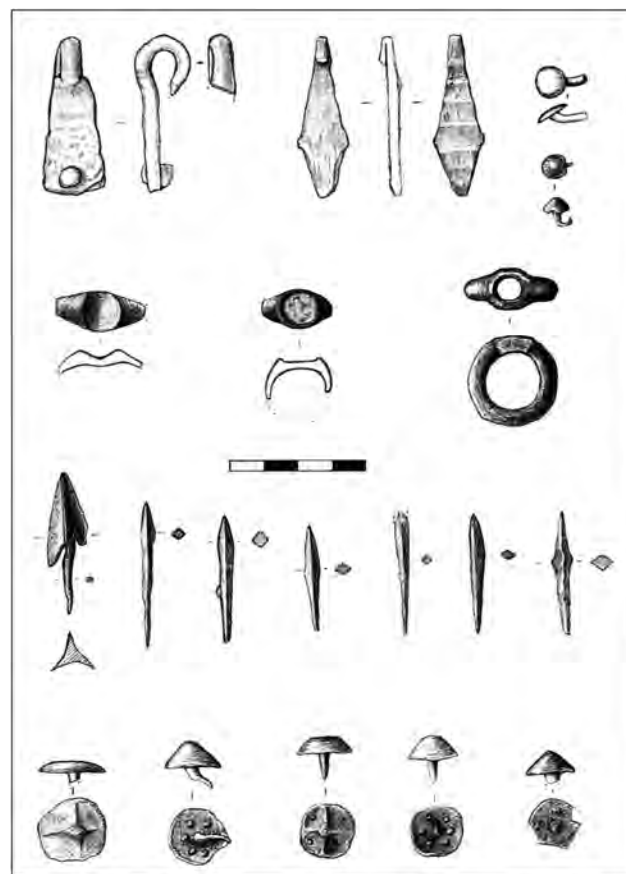
sobre un nivel indígena previo (Peralta 1999: 197-201; 2000: 363). Sin embargo esta fecha posee asociación pero no sincronía. Como vimos para el caso de una estructura de la fase romana de San L. Luis (capítulo 4) la fecha radiocarbónica puede aludir perfectamente a un momento de vida del árbol que se está utilizando para hacer el poste, pero no al momento en que fue cortado el árbol y utilizado como poste in situ. Además, la factura y estructura, incluido el agujero de poste datado, es completamente romano, por lo que no se entiende la conclusión de que existe un nivel indígena en este recinto. También es llamativo que se defiende un origen castreño para este poblado y que, por otro lado, se diga que las diversas murallas tienen en la base un sistema de cuñas que pudiera ser romano antes que indígena, y que es bastante probable que la segunda línea de muralla esté levantada o rehecha por los romanos (Peralta 2000: 365). Además, las supuestas 27 estructuras castreñas son de planta rectangular, de unos 5 x 2 m, puertas con escalón, suelos de arcilla apisonada y calzos de postes junto a los muros que demuestran techumbres vegetales a dos aguas (Ibid.: 364), si tenemos en cuenta las características de la edificación prerromana en el sector cantábrico central (capítulo 4) podremos entender sencillamente como estructuras romanas. Por todo ello, hasta que se presente una prueba sólida sobre el origen castreño de la Espina del Gallego lo que deberíamos preguntarnos es la funcionalidad de este campamento romano, que evidentemente ya no se trataría de un *castrum aestiva*, ya que las murallas pétreas con *vallum*, y las estructuras de

habitación de materiales duraderos indican que los legionarios romanos debieron estar cierto tiempo acantonados aquí, siempre dentro del periodo de las Guerras Cántabras, como indicarían los hallazgos numismáticos. ¿Podría tratarse de un *castrum stativa* o *hiberna* en plena Cordillera Cantábrica y previo a los mencionados más arriba, situados en el piedemonte cantábrico?

Sin embargo, en donde sí podría hablarse de un enfrentamiento directo y de la conquista por parte del ejército romano de un poblado indígena es al norte de Palencia, en Monte Bernorio, precisamente en un *oppidum* normeseteño, que es probable que fuera utilizado y reformado por las legiones romanas a modo de *castrum aestiva* más, para utilizarlo como base de ulteriores penetraciones hacia el norte, tal y como se sospecha de alguna de las reformas de las defensas de la acrópolis del poblado y por la abundancia del material militar romano encontrado tanto en prospección como en los sondeos realizados (tachuelas de *caligae*, puntas de flecha, puntas de proyectil de catapulta, bronces para correajes, gancho de suspensión de un *gladius*, etc.) (Torres 2007: 92-97) (fig. 5.4).

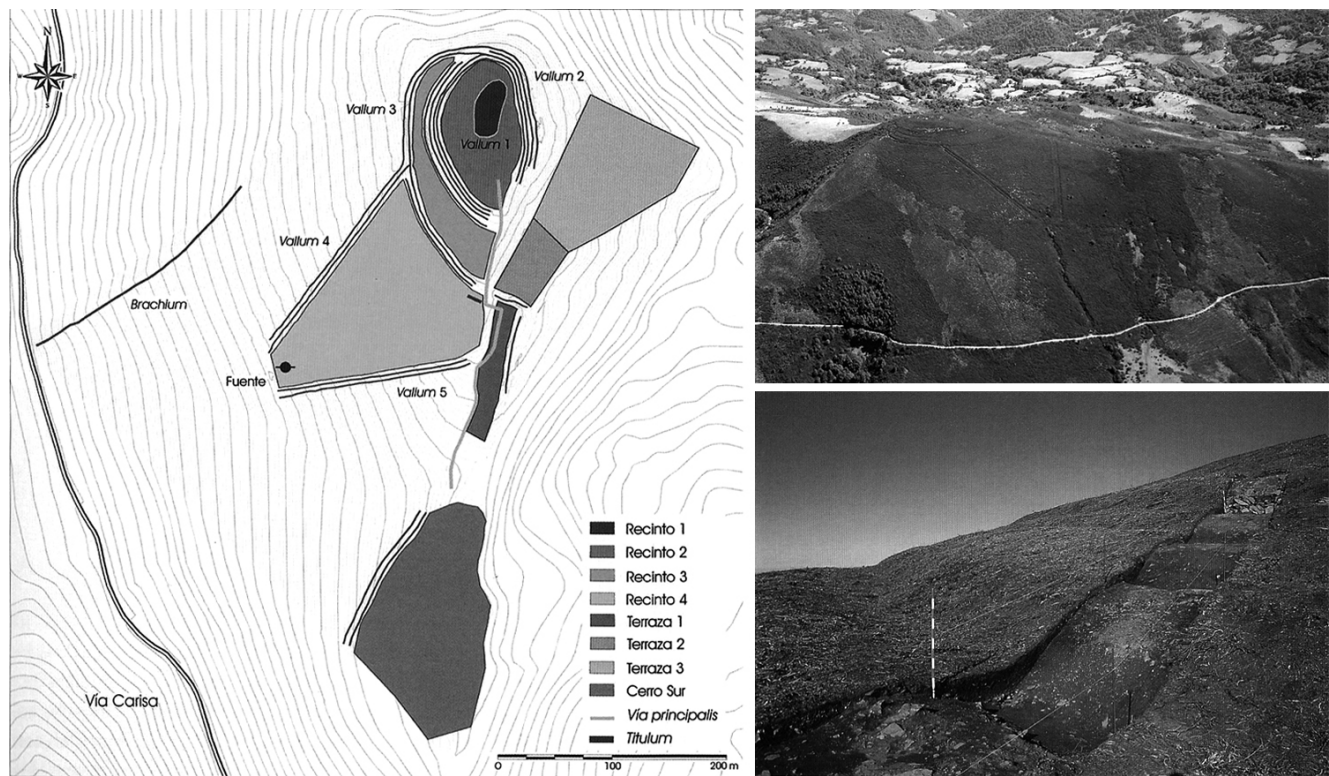
Todos estos campamentos de la zona central cantábrica pueden relacionarse por un lado con los enfrentamientos del *Bellum Cantabricum*, que principalmente debieron tener lugar, si combinamos la información de las fuentes con la arqueológica, en el piedemonte de la Cordillera, mientras que específicamente los que se encuentran en el cordal entre el Pas y el Besaya demostrarían que ésta fue la ruta de penetración del ejército, y no los fondos de los valles, por donde irán algunas de las posteriores calzadas, como es la que proveniente de la Meseta atravesaba Julióbriga. Puede que este último grupo de campamentos esté en relación con la campaña de Cayo Antistio del 25 a.C., cuyo objetivo sería alcanzar la costa, en concreto *Portus Victoria Iuliobrigensium* (Santander) y *Portus Blendium* (ría de Suances) (Peralta 2003: 313-314).

Pasando al sector occidental cantábrico uno de los *castra aestiva* mejor estudiados es el de Castil.lu de la Carisa o Picu Curriel.los (L.Lena-Ayer), en el territorio asturiano, tradicionalmente considerado un castro estacional, por encontrarse a 1728 m.s.n.m (González y Fernández-Vallés 1976; Maya 1989). Se han documentado los típicos elementos defensivos de este tipo de campamentos (*fossa duplex*, el *agger* y el *contraagger*), pero multiplicados en complejos sistemas de defensa o líneas de *vallum*, con algunos ejemplos en donde la anchura total de las defensas llega a los once metros, formando líneas concéntricas. Se trata de un espacio complejo, con al menos cuatro recintos. Tres de ellos se desarrollan a modo de líneas concéntricas, defendido cada uno por diferentes tramos de *vallum*, mientras que el cuarto, el mayor de todos, se defiende por tramos rectos de *vallum*, y



**Figura 5.4:** elementos de sujeción, anillos de hierro, puntas de flecha o tachuelas de *caligae* (sandalías) son algunos de los elementos que testimonian la presencia de legionarios romanos en el *oppidum* de Monte Bernorio (en Torres 2007, modificado).

seguramente estuvo destinado a la apropiación y defensa de una fuente. Pero a todo este conjunto hay que añadirle hasta tres terrazas al oeste y el cerro sur, defendido por un tramo de *vallum*, que también son posibles recintos acondicionados para la habitación. Pensemos en el gran tamaño de todo el conjunto, cuando solamente los tres principales recintos concéntricos tienen 3 Ha. Está situado a cuatro días de marcha del mar, visible desde este lugar. No obstante se encuentra inmediato a la actual frontera con León (4 Km.). Se propone esta entrada como una de las principales de los ejércitos romanos, ya que está en el meridiano de la Campa Torres, y porque después se crearía por este lugar la vía que uniría *Asturica Augusta* con *Lucus Asturum*. Por lo tanto, se trata de un recinto campamental, inmerso en la conquista romana de la zona transmontana, para unas legiones que puede que estuvieran comandadas por Publio Carisio. Habría que pensar que partirían desde el campamento de León - siempre y cuando éste fuese fundado en ese momento y no después- tras la conquista de Lancia, lo que también explicaría el nombre dado a esta vía romana. Se han documentado dos momentos sucesivos, puede que vinculados a dos cuerpos legionarios distintos de distintas campañas. Pero queda clara su vinculación con las ofensivas bélicas sobre el territorio



**Figura 5.5:** planimetría de los principales recintos y sistemas defensivos del monte Curriechos; vista general de la ladera occidental en donde se aprecian claramente las defensas de la fuente y la vía de La Carisa; y sucesión de cuatro fosas y sus caballetes intermedios del *vallum* 2 (a partir de Camino, Viniegra y Estrada 2005, modificado).

transmontano comandadas por el legado Publio Carisio (Camino, Estrada y Viniegra 2001: 24-29; Camino, Viniegra y Estrada 2001; Camino, Viniegra y Estrada 2005: 53-95; Camino y otros 2007) (fig. 5.5). Las tropas romanas vendrían del leonés valle de Bernesga y atravesarían el cordal por La Collá Propinde, por la vía de La Carisa, que se construiría en esas fechas. También la vía de La Mesa, debido a la cronología relativa que ofrecen las fortificaciones altomedievales allí documentadas, sería de época romana, y usada por las tropas legionarias en su avance de sur a norte (Camino y Viniegra 2010).

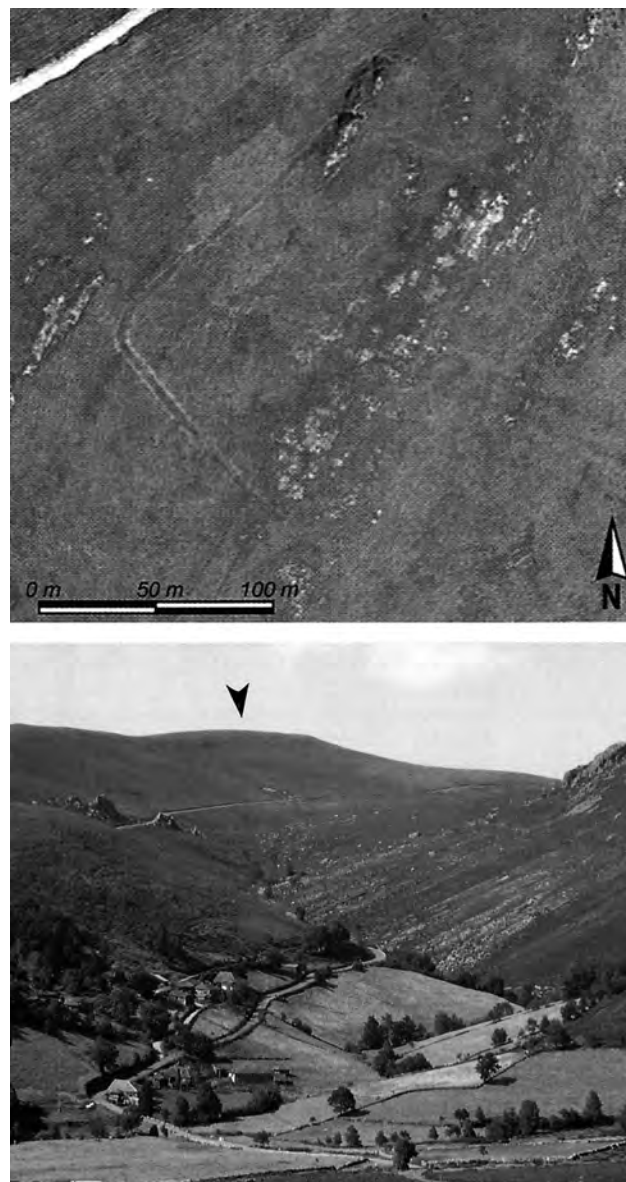
El problema de estas excavaciones es que se sobreinterpretaron, llegando a defenderse que la aparición de una “muralla de módulos” a cierta distancia del campamento romano, en el lugar del Homón de Faro, se correspondía con la fosilización de un campo de batalla entre Astures y romanos (Camino, Viniegra y Estrada 2005: 110-212), principio que se ha tenido que desmentir posteriormente al datar radiocarbónicamente esta muralla, que no consideramos de módulos, en época altomedieval (Camino, Viniegra y Estrada 2007).

En los últimos tiempos en Asturias se está documentando una nueva serie de campamentos romanos de conquista que demostraría en primer lugar, que al menos el territorio cantábrico que más adelante fue englobado en el *Conventus Lucense* también cayó definitivamente bajo el poder romano en estos mismos momentos del *Bellum Cantabricum*, con lo que se corroboraría la equiparación de al menos algunos de

los grupos castreños del norte de Galicia con el resto de montañeses cantábricos a ojos mediterráneos. Por otro lado estos nuevos campamentos también están demostrando como en la estrategia bélica romana se aunaron prácticamente en el tiempo el control efectivo del territorio peninsular que aún era libre con los intereses económicos romanos centrados en la explotación del oro. El campamento de Moyapán (Ayande, Asturias), uno de los últimos campamentos de conquista o *castra aestiva* documentados para el frente cantábrico, es significativo en este sentido. Se sitúa sobre el alto de Bustantigo (a 1081 m.s.n.m.), de forma trapezoidal para adaptarse al terreno y en un terreno con abundantes manantiales, como el propio topónimo del poblado indica, y posee una superficie de 1,5 Ha. Está definido, como en otros casos similares, por las defensas, un *vallum* compuesto por un parapeto de tierra (*agger*) y dos fosos (*fossae*). Habría que pensar en algún material lúneo completando la defensa. La puerta de entrada se ha localizado en el lado sudoccidental, en una discontinuidad de la línea defensiva, sin que se hayan podido reconocer las características puertas en clavícula. Es de reseñar que el campamento militar se encuentra situado en las tierras altas ayandesas, que comunican la cuenca del Narcea con la del Navia, es decir en un histórico lugar de comunicación (González Álvarez y Menéndez Blanco 2007), como tuvimos ocasión de comprobar con los túmulos de la Edad del Bronce de La Carreiriega de los Gallegos y el uso de estos pasos en los movimientos ganaderos estivales de la Edad del

Hierro (capítulos 2 y 3) (fig. 5.6). Pero aparte de que los *castra aestiva* estén la mayoría de las veces utilizando milenarios caminos ganaderos para su penetración en las montañas cantábricas, lo que es interesante de este caso concreto es su vinculación directa a minas de oro romanas, como veremos más abajo. En este mismo sentido también podemos interpretar algunas construcciones de nueva planta y reformas de castros ya habitados por parte de los ejércitos romanos de conquista, dotándose en algunos casos de piedras hincadas las defensas de los mismos.

Las defensas mediante piedras hincadas en la zona centro-occidental cantábrica, tienen como ejemplos más orientales a los casos de San Isidro y Pico da Mina, en el límite entre Samartín d'Ozcos y Pezós, en el sector asturiano, mientras que en el inmediato sector cantábrico de Lugo son variados los ejemplos de reformas romanas en este sentido, como podemos observar en O Caurel, con castros como Foz, Losada, Piñeira o Torre do Castro (Acuña Castroviejo 1996: 322). Como veremos en el caso asturiano se trata de la construcción de un recinto campamental romano (San Isidro) junto a un castro prerromano (Pico da Mina), conjunto que fue dotado de defensas complejas, entre las que se encuentran las piedras hincadas (Villa 2004a: 4-6) (fig. 5.7, y ver fotografía aérea en fig. 4.7). No obstante es bastante probable que todo ello haya que vincularlo más a un momento del s. I d.C., y orientado a la explotación masiva del oro que a las guerras de conquista en sí mismas, aunque el sentido claramente campamental de Moyapán y su vinculación directa a minería de oro romana, debe hacernos pensar que debió mediar muy poco tiempo entre el final de la contienda y los comienzos de la explotación masiva de este metal. Por lo tanto este tipo de defensas mediante piedras hincadas colocadas en los contrafosos, habría que vincularlas a reformas defensivas de época romana, bien de campamentos de nueva planta, como San Isidro, bien de poblados castreños de la Segunda Edad del Hierro que en época altoimperial se reutilizaron dentro del marco de explotación de los recursos auríferos por parte del estado romano, como el mencionado Pico da Mina o el caso del castro da Torre (Sobredo, Caurel, Lugo), en donde se reforzó el sistema de fosos de la zona de más fácil ataque con el mencionado sistema (Álvarez Núñez 1995-96a: 9) o de los castros de Formigueiros, Cidades do Castro da Margarita y A Casa dos Mouros (Samos y Sarria, Lugo) y también asociados a zonas de explotación aurífera, en lo que parecen ser castros prerromanos fuertemente readaptados y reforzados sus defensas en época romana con torreones, parapetos y líneas de piedras hincadas (Rodríguez Fernández 1994: 164). Estas nuevas técnicas defensivas que se aprecian en la fase romana de los castros del extremo occidental cantábrico vinculados a la explotación del oro como las torres y, especialmente, las piedras hincadas o



**Figura 5.6:** vista aérea y vista desde el sur de la ubicación del campamento romano de Moyapán (Ayande) (a partir de González y Menéndez 2007, modificado).

campos de Frisia hemos de entenderlas como de origen meseteño, seguramente implementadas por el ejército romano por la gran cantidad de *auxiliae* con este origen entre sus tropas.

Por último nuevas prospecciones e interpretación de fotografías aéreas están dando resultados muy sustanciosos en el extremo occidental cantábrico, en concreto en la convergencia de Asturias, León y Lugo, pues se han podido documentar una serie de *castra aestiva* que, como en el caso de Cantabria, o en los de La Carisa, marcan las rutas de penetración de sur a norte por parte de las legiones romanas, aunque de momento en este sector no aparecen las tan bien marcadas las líneas de penetración, ya que de momento sólo se conocen dos. Nos referimos a A Granda das Xarras y A Recacha, sobre una divisoria de aguas y en torno a un paso natural de montaña entre León (Valouta) y Asturias (Ibias). El primero posee planta canónica cuadrangular



**Figura 5.7:** vista general del campo de piedras hincadas del recinto campamental de San Isidro (Pesoz) y sección de un tramo excavado con este tipo de defensas (a partir de Carrocera 1990a, modificado).

de esquinas redondeadas y 5,5 Ha de extensión, por lo que no contendría a una legión entera (para lo que son necesarias entre 17 y 25 Ha) sino a una unidad auxiliar o a una *vexillatio* compuesta por unas pocas cohortes. Tanto este como A Recacha (Navia de Suarna, Lugo), que dista a pocos centenares de metros, se reconocen por las huellas en el terreno dejadas por los fosos y taludes típicos de estos campamentos. Pero A Recacha es de planta irregular, de 0,7 Ha y parece estar controlando el valle del río Valouta, por lo que, pese a no tener intervisibilidad con A Granda das Xarras, puede que tuviera un sentido estratégico de vigilancia y control de uno de los flancos más desprotegidos de aquel (Menéndez Blanco y otros e.p.) (fig. 5.8). Más al norte, y también en esta misma longitud definida por

el río Navia, se acaban de reconocer nuevos *castra aestiva* que seguramente haya que poner en relación con la penetración de las tropas romanas de A Granda das Xarras y A Recacha. Se trata de los campamentos de A Garganta (Taramundi / Vilanova d'Ozcos), A Pedra Dereta (Boal / Castropol) y El Chao de Carrubeiro (Boal), ya muy cercanos a la costa<sup>1</sup>. No deja de ser llamativo que sea el valle del Navia una de las líneas de penetración de las tropas romanas para la conquista del territorio occidental cantábrico, río que más adelante se reinterpretaría como límite conventual.

Con toda esta información histórica y arqueológica es importante señalar que las fuentes clásicas hagan sólo referencia a episodios bélicos en la zona cismontana, ya que siempre y cuando asociemos *Aracililum* con Aradillos (en el alto Ebro o cuenca de Reinosa) y el *Mons Vindius* con los Picos de Europa, estos puntos marcarían los límites septentrionales de las principales batallas referidas por las fuentes. No hay ni una sola referencia de las fuentes clásicas a enfrentamientos bélicos en el actual territorio de Asturias (Fernández Ochoa 1990: 152). Entonces esos “astures” y “cántabros” refugiados en las nevadas montañas, ¿no serían los habitantes de los poblados, entre los que hay que destacar algunos *oppida* (Lancia, Monte Cildá, Castro Ventosa), del piedemonte cantábrico más que los castros cantábricos? Serían *oppida* de filiación meseteña como *Lancia* (Villasabariego), , Fuentes de Ropel, La Dehesa de Morales, *Brigaecium*, *Baedunia* (San Martín de Torres), Arrabalde, Monte Bernorio... los que estuvieron envueltos en las guerras de conquista del *Bellum Cantabricum*, pasando a convertirse los tres primeros en *civitates* tras el enfrentamiento y ya desde época altoimperial (Celis, Gutiérrez y Liz 2002: 269). Los *castra aestiva*, comentados más arriba, de la zona sedimentaria del extremo norte meseteño fueron, seguramente, los encargados de llevar a cabo las batallas narradas por las fuentes (fig. 5.9).

Al fin y al cabo algunos de estos grandes poblados del extremo norte meseteño ya llevaban un tiempo participando en los juegos de la política romana, como puede comprobarse en la participación de algunos de estos grupos en las Guerras Sertorianas, décadas antes de que comenzara la conquista del norte (Peralta 2003: 259-261). Para Alfredo González Ruibal (e.p.) supuestamente a finales del s. I a.C. los *oppida* de la franja al sur de los montañeses cantábricos ayudaron a Roma en su guerra contra aquellos. Se basa para ello en afirmaciones de Roldán en el que dice que estas gentes de los *oppida* no querían resistir a cualquier precio ya que estaban muy expuestos a Roma y además tenían miedo de la actitud de sus vecinos del norte, que procede de un régimen económico diferente. Para el autor no es un régimen económico

<sup>1</sup> Le agradezco esta información inédita a David González Álvarez.



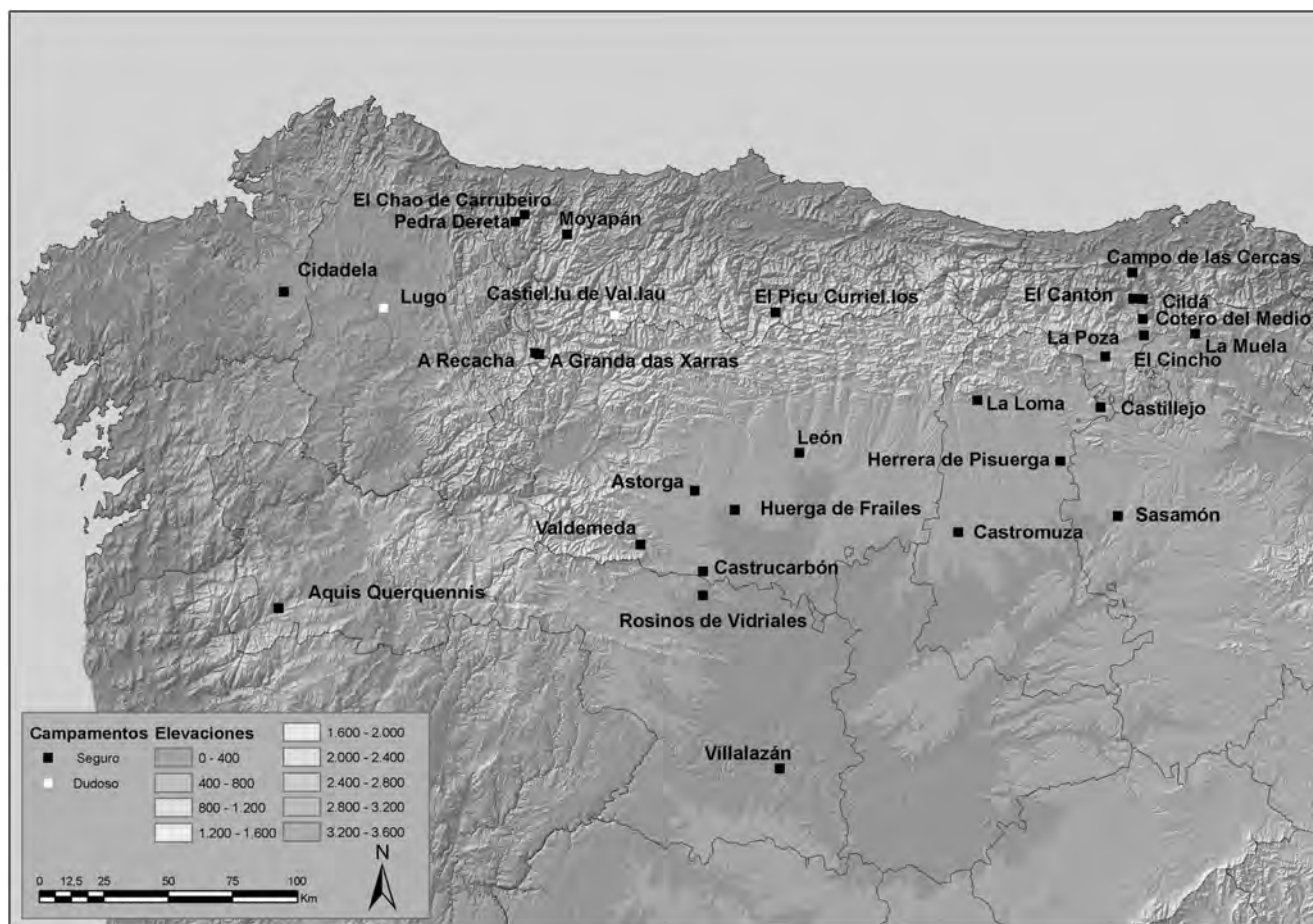


**Figura 5.8:** izquierda, campamento legionario de As Grandas das Xarras, en la confluencia entre León, Asturias y Lugo; y derecha, vista del espolón del inmediato campamento de A Recacha, visto desde el noreste (a partir de Menéndez y otros e.p., modificado).

diferente sino un sistema económico-moral (capítulo 4), que es lo que le da identidad a los montañeses frente a otros grupos, en concreto las ciudades-Estado meseteñas. Hay campamentos militares de conquista en la *Asturia Cismontana*, lo que revelaría la cooperación entre los Astures meridionales y los romanos, así como sabemos que los romanos respetaron alguna ciudad como Lancia, entre otras, como *Brigaecium*, que colaboró activamente con los invasores, por la información de Floro (González Ruibal e.p.). El bronce de Bembibre, como veremos más abajo, también muestra a algunos de estos grupos de cultura meseteña, del extremo sur de los Astures cismontanos, que colaboraron con Roma, por lo que tras la conquista -15 a.C.- disfrutaron de cierto beneficios (Rodríguez Colmenero 2000). Es posible que tras la conquista de los “vacceos” en la cuenca central del Duero no se pudiera seguir la conquista hacia el norte por los problemas de política interna romana en el periodo postsertoriano y que no se decidiera continuar con dicha conquista hasta que Augusto en el 29 a.C. lo tomara como programa político para poder conseguir una *pax romana* en todos los confines del Imperio y poder sustentar su posición política como pacificador del orbe (Fernández Ochoa 1990: 142-143). Da la sensación de que la principal resistencia que encontraron los romanos en su conquista de la “provincia Transduriana” fue la de estos grandes poblados de la zona sedimentaria y piedemonte cantábrico.

Por otro lado los datos arqueológicos ponen de relieve una serie de *castra aetiva* que marcan claras líneas de penetración del sur al norte, atravesando difíciles pasos de la Cordillera Cantábrica, desde el centro de Cantabria al límite entre Asturias y Lugo, y que no se pueden vincular a ningún evento bélico de las fuentes clásicas. No contamos además, con ningún castro cantábrico que presente niveles de destrucción o incendio para los momentos de la conquista, no como en el piedemonte cantábrico, con casos claros

como Monte Bernorio. La excepción en territorio trasmontano sería el incendio de Llagú de finales del s. I a.C., en un poblado situado en una clara situación estratégica en la zona central asturiana cuya conquista sería clave para cualquiera que quisiera avanzar hacia la costa central del Principado (Campa Torres), puesto que por allí discurriría posteriormente el “ramal trasmontano de la Ruta de la Plata”, la principal vía de penetración sur-norte de la región (Fernández Ochoa 2006: 282; 2008). La potente fortificación de este poblado tras la conquista y el asentamiento de tropas romanas en el mismo, así como el incendio citado, podrían ser indicios para pensar en que fuera tomado por las armas de forma violenta por Roma, para después reutilizar el lugar como nódulo desde el cual controlar el territorio y la red viaria que desde allí se controla, y que conecta la Meseta con la zona costera de Xixón/Gijón. Salvo esta excepción, el resto de poblados cantábricos lo que muestran es precisamente todo lo contrario, un marcado continuismo del poblamiento y una cultura material indígena que progresivamente, pero desde el mismo momento en que terminó la conquista (comienzos del s. I d.C.), fue asimilando las formas culturales romanas, con mayor celeridad en aquellos casos en los que se asentó personal militar y administrativo romano para organizar la explotación del oro (Chao Samartín o San L. Luis, entre otros), para el control viario (Llagú) o por cuestiones propagandísticas (como representa el monumento-faro dedicado a Augusto por Calpurnio Pisón en el castro de la Campa Torres, en la reciente reinterpretación de Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005). También se plantea la posibilidad de que en los primeros momentos tras la conquista este poblado tan bien defendido hubiera servido para acantonar tropas romanas y como plataforma para la ordenación romana del territorio y posible embrión de la administración en la zona trasmontana, hasta que a mediados del s. I d.C. veamos aparecer nuevos tipos de asentamientos (Fernández Ochoa 2006: 282-283).



**Figura 5.9:** *castra stativa* y *castra aestiva* del Noroeste de la Península Ibérica reconocidos por la bibliografía hasta el momento (a partir de Menéndez y otros e.p., modificado y ampliado con información inédita de los propios autores).

De hecho la presencia militar romana en castros del cantábrico occidental, y en concreto en estos casos vinculados a la explotación y control del territorio, y en contra de lo que se creía hace tiempo (por ej. Sánchez Palencia 1995), se dio desde el mismo momento en el que finalizó la conquista, es decir, a finales del gobierno de Augusto (hasta el 14 d.C.) y durante el mandato de Tiberio (14-37 d.C.), como corroboran las evidencias arqueológicas que últimamente se han ido conociendo en el occidente asturiano (Villa 2007a: 207; Villa, Menéndez y Gil 2006). La erección de monumentos sacros para conmemorar las victorias augusteas, como sería el faro-torre del Cabo Torres tiene paralelos en otras partes del Imperio. De hecho la erección de este monumento en época augustea tiene mucho simbolismo, así como el lugar erigido para levantarlo: zona del Cabo Torres, en la zona central de la *Asturia Transmontana* donde finaliza la principal vía de comunicación con la Meseta, lugar de uno de los mejores fondeaderos naturales del cantábrico y sobre el mayor asentamiento de los Astures, el poblado de *Noega*. Ello se ha vinculado con la reorganización militar de todo el territorio astur, que se produciría con el acantonamiento en León de la *legio VI victrix* hacia el cambio de Era, en donde se aseguraría que el principal campamento de la *Asturia Augustana* enlazase

en condiciones óptimas con el puerto astur mejor situado (Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005: 140).

Por lo tanto si tenemos todos estos datos en cuenta y pensamos en las características sociales y vinculaciones históricas (por ejemplo en las Guerras Sertorianas) de los *oppida* de tipo meseteño (auténticas ciudades-estado con pactos políticos entre ellas, como demuestran las *tesserae* de hospitalidad, que luego fueron reinterpretados por Roma como *civitates*) y los comparamos con los pequeños poblados castreños cantábricos y su patente fragmentación política, podríamos deducir fácilmente que quienes estuvieron en condiciones de asociarse, formar grandes ejércitos y hacer frente a las legiones romanas, así como pactar y aliarse con ellas, fueron los grandes poblados de tipo meseteño u *oppida*, más que los castros cantábricos, como se corroboraría con los datos tanto históricos como arqueológicos con los que contamos. Podría pensarse que una vez que se superaron estos escollos en la franja norte meseteña y el piedemonte cantábrico la penetración y control del resto de las montañas cantábricas hasta la costa fue relativamente rápida, como se observaría en la temprana explotación del oro, con mano de obra indígena, en ciertos lugares del occidente asturiano, en la reorganización romana de muchos castros del occidente cantábrico para tal fin desde el cambio de Era, o en la fundación de nuevos



asentamientos romanos -tanto ciudades como villas- desde estas tempranas fechas en lugares como la cuenca central asturiana. Los *castra aestiva* de la Cordillera Cantábrica parecen por lo tanto de un segundo momento de conquista, una vez que se controlaron a los grandes poblados normeseños, y destinados a controlar de forma efectiva el territorio, haciendo frente a eventuales revueltas de los castreños, a establecer la primera red viaria y a comenzar a organizar la explotación del oro del extremo occidental cantábrico. El propio proceso de conquista que muestran las fuentes históricas y arqueológicas en definitiva se está refiriendo a la diferente percepción y el diferente grado de interrelación que tuvieron los conquistadores con los distintos grupos del norte.

### 5.2 LA REORGANIZACIÓN TERRITORIAL.

#### 5.2.1 *Conventus Asturum* y *Conventus Cluniense*: ¿límites étnicos o administrativos?

Hemos visto en el capítulo previo que las diferentes economías de poder no deben reducirse a economía o a política, sino verse como fundamentales en la generación de una identidad común, que difícilmente podemos entender como étnica, ya que para ello habría que pensar en mitos de orígenes compartidos por los “astures”, o por lo “gallaicos” o por los “cántabros”. Sería más bien algo así como el reconocimiento de unas formas de vida montañosas, tanto desde dentro de los grupos como desde fuera de los mismos, de unos rasgos sociales que hemos identificado con las *deep rural communities*. Este tipo de identidades tendrían especial importancia o protagonismo en el día a día entre aquellos montañoses castreños de la franja sur cantábrica, los que estuvieron en contacto con otras formas de vida, de organización social radicalmente distintas, como las estatales de los *oppida* meseteños. Es probable que entre los montañoses cantábricos que no tuvieran tanto contacto con los meseteños aquellas identidades laxas radicadas en sus formas sociales estructuradas por la economía moral no tuvieran tanta importancia en la práctica cotidiana, a nivel identitario, sobre todo porque como ya vimos (capítulo 4), la identidad política básica prerromana estaría fundamentada en la aldea fortificada, en el castro. Aparte de ello también es posible rastrear arqueológicamente algún tipo de identidad supralocal (cultural y / o étnica) en ciertas zonas cantábricas, que *grosso modo* se pueden asimilar a los posteriores *populi* y *civitates* romanos, pero nunca a los *conventi*. Es decir, que no hay ninguna identidad colectiva prerromana que justifique a los galaicos, astures y cántabros de después de la conquista. Por todo ello parece ciertamente difícil poder hablar de estas entidades como identidades étnicas prerromanas, sobre todo, como veremos más adelante, porque todos los indicios históricos y arqueológicos tienden a

corroborar que estas nomenclaturas proceden de la interpretación y división administrativa romana. Como decíamos sí que hay una serie de formas de economías de poder, en concreto de economías morales, que asemeja enormemente a los diferentes grupos castreños cantábricos y del norte de Galicia, al menos ante los ojos de los extranjeros, ya que por ejemplo Estrabón alude a todos estos grupos septentrionales, incluidos los Callaicos del norte, como *boi oreinoi* (“montañeses”) (en González Ruibal e.p.). Seguramente esta visión de los grupos castreños septentrionales, como más primitivos, atrasados, etc. ya la tendrían desde antes de la conquista romana los habitantes de los *oppida* del norte de la Meseta, con los que llevaban cientos de años interactuando, heredándose en época romana, con la alusión y diferenciación por ejemplo entre astures transmontanos y augustanos o cismontanos. La cuestión fundamental en este debate, entonces, es la conveniencia de usar o no categorías administrativas romanas en un sentido étnico y para unas realidades prerromanas (Fernández-Posse 2002: 84; Pereira Menaut 1994: 855-856).

Gracias al Bronce de Bembibre (fechado en el 15 a.C.) se sabe que a Lucio Sestio Quirinal le correspondió el mandato de una provincia Transduriana, aparentemente creada hacía poco, bajo su mandato. Dicha provincia se repartiría por las tierras al norte del Duero, como bien indica su nombre, hasta cierta zona al sur de las dos grandes regiones que ahora se configuran: Gallaecia y Asturia. Se configuran estas dos regiones tal y como aparecerán el resto del Alto Imperio, como unidades de referencia inmediatamente subordinadas a la provincia, añadiendo cada una a su ámbito territorial las porciones que restaban hasta el mar Cantábrico, recién conquistadas. Gallaecia y Asturia se incorporaron a la provincia Ulterior Lusitana. Cantabria, la verdadera Cantabria, pasó a formar parte de la Citerior (Rodríguez Colmenero 2000: 21-22). Todavía con Augusto -como se desprende de la Tabula del Caurel- se remodeló la división y Gallaecia (con sus dos conventos: el Lucense, con capital en *Lucus Augusta*, y el Bracarense, con capital en *Bracara Augusta*), el *Conventus Asturum* (con capital en *Asturica Augusta*, y que previamente se había llamado *Conventus Araugustanus*) y el *Conventus Cluniense* (con capital en Clunia, y en donde está insertada la Cantabria) pasaron a formar parte de la Tarraconense (Fernández Ochoa 1990: 152-153). Por lo tanto la provincia Transduriana se mantuvo hasta esta reorganización augustea, lo que explicaría que los textos hagan referencias a las tierras al norte del Duero. Dos de estas capitales conventuales (Lugo y Astorga), antes que ciudades, seguramente fueron centros campamentales importantes, activados por ser todavía una etapa inestable. El primero se orientó al control del norte de

Galicia y Astorga sería el eje del control de la nueva Asturia (Rodríguez Colmenero 2000: notas 46 y 47).

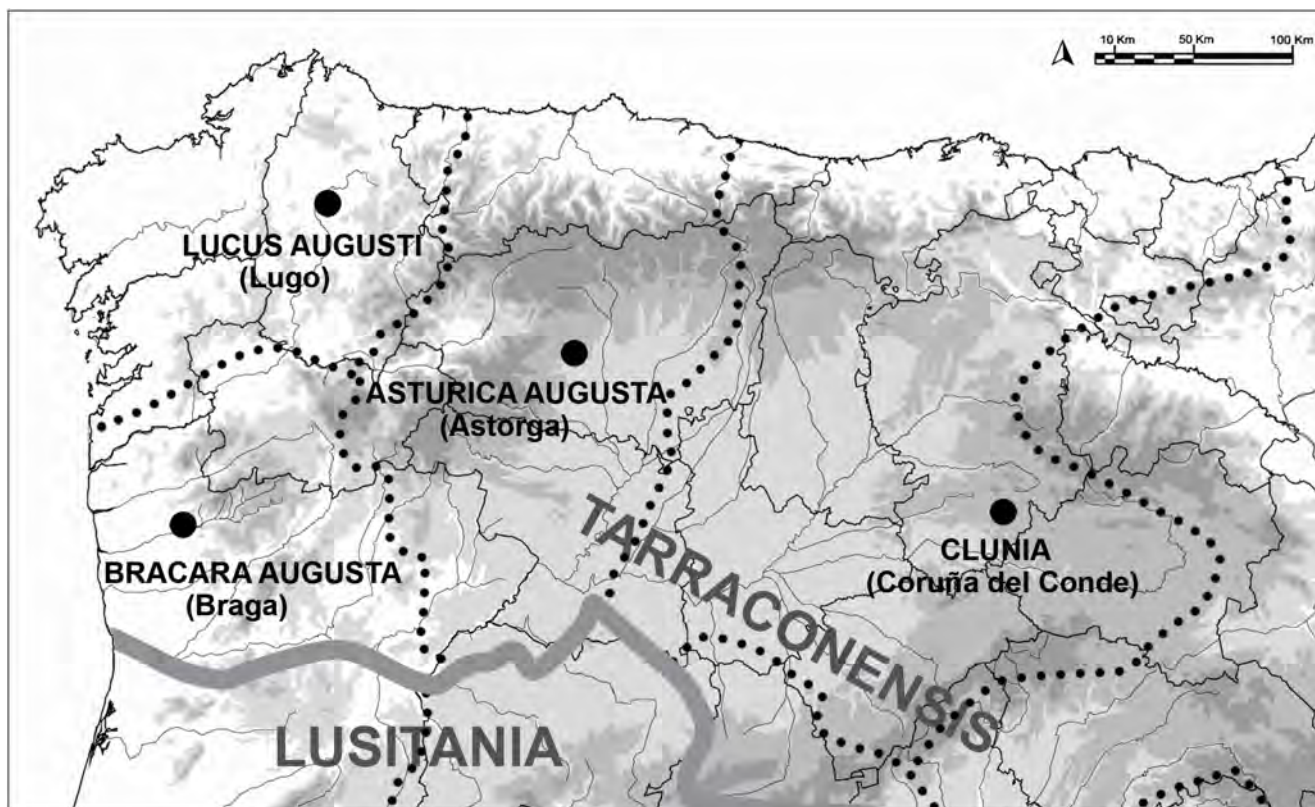
En concreto la *Gallaecia* antigua ha estado frecuentemente distorsionada tanto por arqueólogos como por historiadores mediante la aplicación de viejos clichés y tópicos. Sin embargo ha de pensarse que es un concepto creado por los romanos al llegar a estas tierras y que, aunque no esté al margen de tintes étnico-culturales, hace referencia a una división geográfica y que no presupone ningún axioma *a priori* sobre la naturaleza de los pueblos del Noroeste. El concepto de *Gallaecia* puede ser tildado de artificial, pero no lo es menos el de Cultura Castreña, con el que se equipara habitualmente. En este sentido poseería mayor realidad histórica que el de Cultura Castreña, ya que si se prescinde de su posible contenido étnico y cultural, lo que sí es cierto es que fue definido por Roma (Delgado y Grande 2009: 63, 66-67). El origen del término geográfico para definir la porción del Noroeste que queda al norte del Duero se encuentra en las operaciones de Décimo Junio Bruto el Galaico (180-120 a.C.), quien tuvo un encontronazo con 60000 *Callaicoi* en el río Duero, de donde era originario este pueblo (zona de *Cale*, en la desembocadura), pasando a perseguirlo y a prospectar hasta el Miño y el Sil. De ahí, la transliteración entre el pueblo preciso de los *Callaicoi* y el genérico atribuido a todos los habitantes de la *Gallaecia*. Crearon así una identidad supra-regional que no existía anteriormente o al menos no estaba forjada de manera política-administrativa (Delgado y Grande 2009: 67 y nota 3). En este sentido, como veremos, no es tan diferente del origen de la *Asturia* antigua, definida originalmente por el río *Asturia* (Esla) también en un contexto bélico, ya que dicha corriente fluvial tuvo un papel protagonista en las Guerras Cántabras, como hemos explicado más arriba.

Por tanto, la *Gallaecia* que integró Roma puede definirse como diversa, antes y después de dicho proceso. Sin embargo, no sólo se ha generalizado, en la tradición historiográfica, a la *Gallaecia* y a la más o menos equivalente “cultura castreña”, sino que además dichas generalizaciones se han proyectado sobre el resto de grupos septentrionales que fueron sometidos durante las Guerras Cántabras por Roma, lo que ha conllevado visiones simplistas (Delgado y Grande 2009: 69). Entre las tesis simplistas sobre la romanización podemos ver estudios en los que se aboga por los beneficios y el aumento de la calidad y del nivel de vida de los castreños asturianos una vez fueron conquistados por Roma, momento de auge o cenit de la “cultura castreña” (Carrocera 1990a) o, por el contrario, interpretaciones que perpetúan las tesis tradicionales que abogan por la escasa o nula romanización de pueblos como, por ejemplo, los vadinienses, por las que se perpetuarían durante la Alta Edad Media las formas de vida nómadas y pastoriles que supuestamente se dieron en la Edad del Hierro

(crítica en Sastre 2001). Ambos tipos de interpretaciones parten de una perspectiva *naïf* que no tiene en cuenta el poder y la desigualdad, ni los fuertes mecanismos de cambio cultural que se producen tras una conquista violenta, así como un desconocimiento del registro arqueológico ya que los castros existían desde 800 años antes de que llegara Roma a las montañas cantábricas. Castros que, por cierto, también existen en la zona vadiniense. A lo largo de los diferentes capítulos de esta tesis hemos podido comprobar como la realidad arqueológica tanto del Noroeste como del centro-occidente cantábrico es, cuanto menos, diversa, de lo que habría que deducir, al menos, una diversidad de formaciones sociales y de procesos diferenciales para la “romanización” de las diferentes zonas.

El extremo occidental de nuestro ámbito de estudio quedó dividido en el s. I d.C. por la administración romana que separó Asturia y Callaecia, dividiendo a su vez ambos territorios en subregiones (*Asturia Cismontana* y *Transmontana*, *Callaecia Lucensis* y *Bracarensis*), usando el río Navia como límite de la zona cantábrica, entre la *Asturia transmontana* y la *Callaecia Lucensis*. También quedó dividido nuestro área de estudio por el oriente en la diferenciación entre el *Conventus Asturum* y el *Cluniense*, en este caso usándose el río Sella como límite geográfico del territorio montaños. El límite lingüístico del río Sella es claro para marcar el límite geográfico de ambos conventos, ya que se ha fosilizado en la toponimia la nueva regionalización impuesta por Roma, por ejemplo en el pueblo de Cofiñal en la zona de Sajambre (alto Sella) y más al norte en Cofiñu (Parres, en la ladera del Sueve en la margen izquierda del Sella), que vendrían de *confinium* (confín), marcando claramente la diferencia entre el asturiano oriental con *h* aspirada del asturiano central con *f* inicial latina. Estos cuatro conventos a los que nos referimos pasaron a pertenecer a la Provincia Tarraconense (fig. 5.10).

Ya vimos en el capítulo 4 como desde un punto de vista de etnicidad objetiva o *etic* hay motivos suficientes para reconocer características culturales propias de cada región de la Cordillera Cantábrica perteneciente a cada convento romano, de las que se podría deducir un reconocimiento de la diversidad cultural por parte de Roma: pensemos por ejemplo como desde el Navia hacia el oeste vemos una particular combinación de arquitectura doméstica (plantas circulares junto a plantas de naípe), un gran desarrollo de la orfebrería con tipos de torques y arracadas particulares, el fenómeno de las saunas castreñas septentrionales, etc. En el sector astur transmontano quizás sean las murallas de módulos el mejor referente material que otorgue unidad, ya que ni por arquitectura doméstica, ni por talleres cerámicos, vemos tal homogeneidad. La información para el sector central cantábrico, al este del río Sella, es muy escasa, pero una arquitectura doméstica de materiales



**Figura 5.10:** división provincial y conventual de la zona de estudio tras finalizar la conquista del norte peninsular (a partir de Mangas 1980; Sastre 2002).

perecederos, de plantas circulares u ovales, y una cerámica con decoraciones incisas y unguiladas / digitadas, puede dar cierta idea de una cultura material compartida. Que el Navia y el Sella supongan límites lingüísticos actuales, entre el gallego y el asturiano occidental por un lado, y el asturiano central con el oriental y dialectos cántabros por otro (González y Fernández Vallés 1976; 1978; Martino 1979), también debe ser indicativo de la diversidad lingüística sobre la que evolucionó el latín en toda esta vasta región septentrional, dando idea de grandes espacios lingüísticos que también pudieron haber sido reconocidos por los conquistadores. No obstante en el sector astur transmontano, pese a compartirse las murallas de módulos, vemos diversidad lingüística entre el asturiano occidental y el central, que *grosso modo* se corresponde con una diversidad de tradiciones arquitectónicas. Por un lado podría vincularse la zona del asturiano occidental con una arquitectura doméstica de piedra durante la fase II, y con muestras epigráficas específicas, pues sería la zona en donde todavía se ven epígrafes con C invertida. Por otro lado encontramos el dominio lingüístico del asturiano central, que es la zona que durante la fase II tuvo una arquitectura doméstica de material perecedero, y que durante los primeros compases de la romanización que se caracterizó epigráficamente por las *gens* y *gentilitas*. Simplificando la primera zona equivale al valle del Narcea y afluentes, al Alto Bierzo y la costa centro-occidental asturiana, hasta el Navia, y podría vincularse al *populus* pésico, y la segunda de las zonas al valle del

Nalón y costa centro-oriental asturiana hasta el Sella y podría vincularse a los luggones también como *populus* o *civitas*. Podría pensarse que los romanos prestarían atención a las economías políticas y morales de esas áreas y, en un sentido más general, a la constitución política de las diferentes comunidades que encontraron. Esas diversas economías de poder, que en un sentido amplio habrían sido sancionadas por Roma, habrían sido construidas por la población local y pueden ser identificadas arqueológicamente. No es casual que los romanos vieran una diferencia clara entre el sur y el norte, entre las planicies y las montañas y que lo expresasen en términos étnicos: Ptolomeo alude a *Kallaikoi Loukénsioi* en el norte y a *Kallaikoi Brakároi* en el sur, y Plinio que los Astures están divididos en Augustanos, también llamados Cismontanos, y Transmontanos (González Ruibal e.p.), que como vimos (capítulo 4) coincide con sociedades con *oppida* al sur, que en el caso de los Astures cismontanos se corresponde con sociedades de cultura meseteña, y con sociedades sin *oppida* en donde imperan los castros al norte. Además, podemos pensar que específicamente para los montañeses pudieron haber sido usadas diferencias culturales existentes entre aquellas poblaciones castreñas de la Edad del Hierro, como podría deducirse a nivel lingüístico y sobre todo arqueológico, lo que le daría cierto sentido cultural, en un sentido *etic*, al *Conventus Lucense* y a los astures transmontanos. En el caso de la *Callaecia* ello además se sancionó administrativamente con la creación de dos conventos, el Lucense (al norte,

con su capital *Lucus Augusti*) y el Brcaraense (al sur, con su capital *Bracara Augusta*) (González Ruibal e.p.). Revelador de la diferencia cultural o etnicidad *etic* reconocida por Roma es que cuando organizaron aquellas regiones listaron a aquellas comunidades como *civitates* en el sur y las planicies, ya que realmente sí que encontraron ciudades en estas regiones (*oppida*), y como *populi* en el norte y las montañas. El problema es que este mismo dualismo cultural genérico lo encontramos también en el convento Cluniense en donde existe una zona meridional de *oppida* meseteños frente a la cornisa cantábrica al norte, castreña, sin embargo toda esta diversidad cultural y de economías de poder fue unificada en la misma división administrativa romana. Lo mismo podemos decir del convento Astur entendido como división administrativa romana, con su capital (*Asturica Augusta*) situada en una zona que en la Edad del Hierro había quedado al margen de los procesos culturales de los castros cantábricos. Como hemos visto, ni siquiera la parte astur transmontana *sensu stricto* tiene una homogeneidad cultural que la justifique. ¿Tendría sentido, por tanto, hablar de galaicos, astures y cántabros para las sociedades de la Edad del Hierro o habría que reservar estos términos sólo para momentos posteriores a la conquista? ¿Poseen algún significado étnico estas divisiones conventuales?

Ya Juan Uría Rúa en su intento de definir las características étnicas de los Astures dudó de la aplicabilidad del término puesto que mientras que Estrabón lo usó en torno al cambio de era Posidonio no. Según este autor los romanos aplicaron un nombre que en principio estaría circunscrito a los habitantes del río *Asturia* (Esla) sobre un conjunto heterodoxo de pueblos. Por ello el término Astures tendría un sentido territorial más que social o gentilicio, conviviendo dentro de este territorio diferentes razas, culturas, religiones y organizaciones sociopolíticas (Uría Rúa 1941a: 70). Pese a estas tempranas críticas al concepto de Astures, que mayoritariamente compartimos, el paradigma filológico que imperaba en esos momentos en la arqueología española hizo que se asentaran las forzadas identificaciones histórico-culturales entre pueblos mencionados por los autores clásicos con historicistas culturas arqueológicas supuestamente homogéneas, presuponiéndose por tanto la información étnica que ciertos objetos transmitían, pese a que el desconocimiento arqueológico de las mismas en aquellos momentos fuese notorio (capítulo 1). No debe extrañarnos que sea principalmente a partir del periodo franquista cuando aparezcan términos como los de colgantes astúricos, las hachas de apéndices laterales astúricas o los torques norastúricos para definir la cultura material de la Edad del Hierro. Tal naturalización de los Astures en los discursos arqueológicos que tratan el primer milenio antes de la era ha hecho que en el actual periodo historiográfico su uso sea aún muy frecuente. Son

numerosos los trabajos que abogan por el uso del término astur. José Luis Maya (1987/88, 1989), dentro de una clara tradición historicista, inventó el término “cultura castreña asturiana”, relleno arqueológico de los Astures como pueblo, con una no casual asimilación de lo Astur con un territorio bastante extenso que coincide con el actual Principado de Asturias, para lo cual se incluyen zonas no astures desde la perspectiva clásica (galaicas por el oeste y cántabras por el este). Defiende este autor que el origen en el mundo soteño de la “cultura castreña asturiana” es lo que proporcionará una unidad cultural que es la que luego fue reconocida por Roma y que por ello fueron englobados estos pueblos en el *Conventus Asturum*. Ello es lo que le hace usar lo astur como una categoría étnica válida para la Primera Edad del Hierro e, incluso, para el origen en el Bronce Final de todo este proceso (Cuesta y Maya 1995a; Cuesta y Maya 1995b). Posturas muy parecidas, pero desde una perspectiva mesetocéntrica, son las de Ángel Esparza por un lado y las de Germán Delibes y Julio Fernández Manzano por otro. El primero de estos autores alude al origen soteño de los Astures Cismontanos, centrando el discurso en los yacimientos leoneses y zamoranos de tradición meseteña. Esta zona también se caracterizaría por la influencia “celtibérica” en la Segunda Edad del Hierro (Esparza 1983a). Más adelante el mismo autor vuelve a ocuparse de los Astures en general pero se sigue aludiendo principalmente a la zona leonesa y zamorana, sin contar prácticamente con la información de los yacimientos asturianos y del norte de León, y reconociéndose, paradójicamente, la falta de unidad cultural del territorio astur. Pese a ello el concepto astur sigue manteniéndose como válido (Esparza 2001). Los segundos autores de nuevo vuelven a recurrir al mundo del Soto del Bronce Final III y Primera Edad del Hierro para “rastrear las raíces de los históricos astures”, sin contar en su explicación con ningún yacimiento asturiano o trasmontano (Delibes y Fernández Manzano 1983: 52). De hecho encontramos incluso alarmantes excesos que ponen de manifiesto la imposible corroboración de los pueblos de las fuentes clásicas por medio de la cultura material y el uso acrítico y etnicista de ésta. Así, un yacimiento soteño como es el de La Corona / El Pasadero (Manganeses de la Polvorosa) se califica como astur por encontrarse en territorio zamorano, para más adelante asignarle una “fase celtibérica” por la presencia de cerámica oxidante a torno, y terminar diciendo que es un poblado englobable dentro de los “astures transmontanos” (Misiego y otros 1998; 2003b), pese a encontrarse en el área cismontana.

En los últimos años otros siguen defendiendo la validez del término astur para adjetivar étnicamente un castro, como es el de Llagú (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 34), pese a originarse en la fase I c. Y algunos aluden a la “conciencia nacional” de pueblos como

Cántabros y Astures, unidos en un “lazo nacional” basado en el sentimiento de pertenecer a un mismo grupo (Peralta 2003: 140). En esta línea vemos también a Carmen Fernández Ochoa (1990: 138) cuando naturaliza a cántabros y astures como “etnias prerromanas del Norte peninsular”, protagonistas de la lucha y resistencia contra los romanos, y “conocidas relativamente bien a través del estudio arqueológico de sus lugares de habitación”. Pese a ello se reconoce que las fuentes más antiguas sobre los cántabros se refieren a la información de Catón (s. II a.C.) de que el Ebro nace en territorio cántabro, así como a la vinculación de cántabros y aquitanos por César (s. I a.C.). Los astures, por su parte, no aparecen en las fuentes hasta el 29 a.C., cuando empezó la conquista del norte peninsular por Augusto. Como vimos en el capítulo 4 y sucintamente acabamos de resumir es sumamente complejo seguir manteniendo, tanto teórica como metodológicamente hablando, a unas “etnias” prerromanas que coincidan con la información -muy tardía y sesgada- de las fuentes clásicas y, menos aún, con las divisiones administrativas romanas.

Pero si, pese a ello, una gran mayoría de arqueólogos sigue manteniendo conceptos como galaico, astur y cántabro para la Edad del Hierro quizás sea hora de objetivar al sujeto objetivante. Todo ello nos hace pensar hasta qué punto se sigue dando un hilo bidireccional entre el pasado prerromano y el presente y hasta qué punto nos afectan en nuestras interpretaciones del pasado, nuestras ideas políticas, nuestros condicionamientos sociales y la propia tradición académica en la que vivimos (Marín 2005) ya que, recordemos una vez más, las ciencias sociales nacieron en el s. XIX como una forma de pensamiento culto, urbanita y burgués que justificara y legitimara ideológicamente a las Estados-nación del momento (Thomas 2004; Vilar 2004). Si pese a la evidencia de los datos la arqueología protohistórica que realizamos sigue teniendo como protagonistas a unos pueblos cuyo origen es la *interpretatio* romana ello se deba quizás a la tradición positivista en ciencias sociales. La trayectoria de la ciencia histórica ha tendido desde el siglo XVI a legitimar la existencia de los Estados modernos primero y los Estados-nación después, rastreando la verdad esencial de estas entidades políticas de la Modernidad en las brumas del pasado y la memoria. El nacimiento de las ciencias sociales está íntimamente ligado con estas necesidades legitimadoras de las formaciones sociales occidentales contemporáneas. El Estado-nación, protagonista de una historia lineal, se consigue naturalizar mediante el recurso al “pueblo” (o su equivalente en nuestra disciplina, la “cultura arqueológica”), que se mantendría en el tiempo debido a una constante de espíritu. Por otro lado estos Estados-nación y esas concepciones de los “pueblos” son las creaciones más recientes en la historia de occidente, por lo que no tiene ningún sentido utilizarlos como categorías

científicas a la hora de hacer historia en esos periodos del pasado (Fontana 2002: 7; Hobsbawm 1997: 5, 16; Vilar 2004: 38-48). Mantenerse en esta tradición epistemológica donde los protagonistas del discurso son pueblos naturalizados en el pasado para usos políticos en el presente es una constante de las interpretaciones sobre prehistoria reciente que se realizan en España. Mantener a los Vettones, Galaicos, Astures o Carpetanos como los protagonistas de la Primera y Segunda Edad del Hierro, utilizando para ello “culturas arqueológicas” supuestamente homogéneas, supone seguir manteniendo la falsa autonomía de nuestro campo científico y seguir brindando como especialistas el principal argumento, de tinte político claramente reaccionario en la mayoría de las fórmulas que se han desarrollado en el solar ibérico, para las identidades nacionales fundamentadas en esencias trashistóricas (Falquina, Marín y Rolland 2006).

Desde un punto interno a nuestro campo científico creemos que mantener a estos pueblos en la Edad del Hierro también perpetúa la ortodoxia reaccionaria habitual en nuestra disciplina, impidiendo que realicemos al registro otras preguntas que las tradicionalmente planteadas. Naturalizando las identidades de los “pueblos” se produce una falsa homogeneización y equilibrio social que esconde las dialécticas y luchas que se dan en todo grupo humano, por muy igualitario que sea (capítulos 3 y 4); nos impide plantear cuáles son las formas del poder en cada momento dado y cómo evolucionan y se modifican éstas; qué tipo de identidades además de la étnica se dan en cada momento (como puede ser el caso de las identidades de género, de edad, de profesión, de aldea... que en muchos casos se debieron de vivir con mayor intensidad que la étnica); cómo podemos rastrear todo ello a partir de la materialidad, etc. En definitiva, mantener la categoría Galaicos, Astures o Cántabros para las sociedades del primer milenio antes de la Era hace que nuestro conocimiento histórico siga siendo muy limitado y con tintes políticamente reaccionarios, ya que más que entender la alteridad proyectamos sobre el pasado formas del presente.

Cogiendo el *Conventus Asturum* en su totalidad veremos desde una perspectiva eminentemente arqueológica que la falta de unidad de los grupos arqueológicos que allí se dieron a lo largo de la Edad del Hierro es absoluta. El sector cismontano tiene zonas bien diferenciadas por ejemplo respecto a la denominada “celtiberización” y perduración del Soto (Esparza 1983a; 2001; Carrocera 1995a; Carrocera y Camino 1996; Celis 1996, 2002), mientras que en el sector trasmontano la variabilidad de la cultura material, de los grupos arqueológicos, de la Edad del Hierro no coincide con las divisiones en *populi* de las fuentes clásicas (Carrocera y Camino 1996: 57, nota 1), aunque en este caso sí que cabe esperar mayor

homogeneidad cultural, como hemos visto, por ejemplo si atendemos a los grupos cerámicos o a la arquitectura. Además, el fenómeno soteño, pese a supuestas vinculaciones cerámicas de algunos (Maya y Cuesta 2001), no se dio no sólo en la actual Asturias sino ni siquiera en la Montaña Leonesa. El área meseteña atribuible a los Astures es una zona donde se produjo un sedentarización en poblados estables a comienzos del primer milenio a. C., puede que hasta más de un siglo antes que en la zona cantábrica, y poseyendo una arquitectura, una cerámica y una “metalurgia atlántica” también diferencial con respecto al sector del norte peninsular (capítulo 3). En la Segunda Edad del Hierro (capítulo 4) esa zona normeseteña vivirá un proceso similar al resto de la Meseta y norte de Portugal-sur de Galicia, que no es otro que el de la aparición de los grandes *oppida*, auténticas ciudades-estado en donde se dieron formas de explotación social, especialización artesanal seguramente a tiempo completo, almacenamiento de excedentes de alimentos, desigualdad de clase y de género... que no se dieron entre los grupos cantábricos. Y dentro de la zona centro-occidental cantábrica contamos con formas de vida más similares entre sí, pero en absoluto hay ninguna homogeneidad material sino que, por el contrario, encontramos numerosas zonas bien diferenciadas por la arquitectura, los espacios domésticos y distribución urbana, la cerámica, las armas utilizadas, la orfebrería, etc. Por lo tanto, ni siquiera desde un punto eminentemente histórico-cultural existen argumentos a favor de la unidad cultural, y menos étnica, de Astures y Cántabros puesto que no hay ninguna “cultura arqueológica” asimilable con ellos, ni siquiera con una porción de éstos, como podrían ser los astures transmontanos.

Si la perspectiva para analizar a los Astures la adoptamos desde la Historia Antigua tampoco tendríamos argumentos para utilizar estas categorías con las sociedades prerromanas. Por ejemplo ya hemos dicho que los Astures aparecen muy tardíamente en las fuentes clásicas, no antes de las Guerras Cántabras (29-19 a. C.) (Roldán 1970). Algunos, desde la Historia Antigua, se plantean que si la división conventual romana no responde a la etnicidad de las poblaciones indígenas sino que es un *interpretatio* romana ¿hasta cuando pueden retrotraerse términos como astures y cántabros? (Santos Yanguas 1992: 420). La indefinición tanto territorial como étnica de estos términos, similar a lo que ocurre con la Vettonia (López Jiménez 2004) o la Carpetania (Abascal y González-Conde 2007), antes de la división conventual augustea es patente, e indican cómo términos como los de cántabros, vettones o galaicos se mantienen en época romana pese a las reformas conventuales y provinciales por inercia histórica, pero no porque encierren identidades indígenas previas.

Sabemos por las fuentes clásicas la importancia que tuvieron las batallas en la zona cismontana, en torno a *oppida* como Lancia, dispuestos en el río *Asturia* (Esla) (Esparza 2001; Peralta 2003: 266), situando los romanos a las orillas de este río uno de sus campamentos en el 26 a. C. Hasta la reorganización provincial de Augusto la provincia en la que se englobaron estos territorios es la recientemente conocida como Transduriana, con un contenido eminentemente geográfico. Al igual que Transduriana se refiere a lo que está más allá del río Duero, la *Asturia* y el posterior *Conventus Asturum* son realidades geopolíticas romanas tomando como referencia este importante río, protagonista de los enfrentamientos bélicos de conquista en el extremo norte de la Meseta, como pueden ser las referencias al *oppidum* de Lancia (junto a León capital) o la traición de los Brigaecinos de la zona de Benavente. La importancia geográfica del río *Asturia* también fue entendida por las tropas napoleónicas cuando crearon el Departamento del Esla (Luengo 1961), y pese a que algún investigador sí que ha usado este paralelo en este sentido (Syme 1970), nos parece poco apropiado otorgarle un contenido étnico o que pueda responder a alguna realidad política previa. Por todo ello, y teniendo en cuenta que a los *Astures transmontani* se les cita algo más tarde, sobre el s. I d.C., hemos de pensar que es un nombre generado en las guerras de conquista por el papel geopolítico que jugó el río Esla (*Asturia*) en esta tesitura, y que luego fue proyectado hacia el norte y el oeste al generarse las nuevas divisiones administrativas.

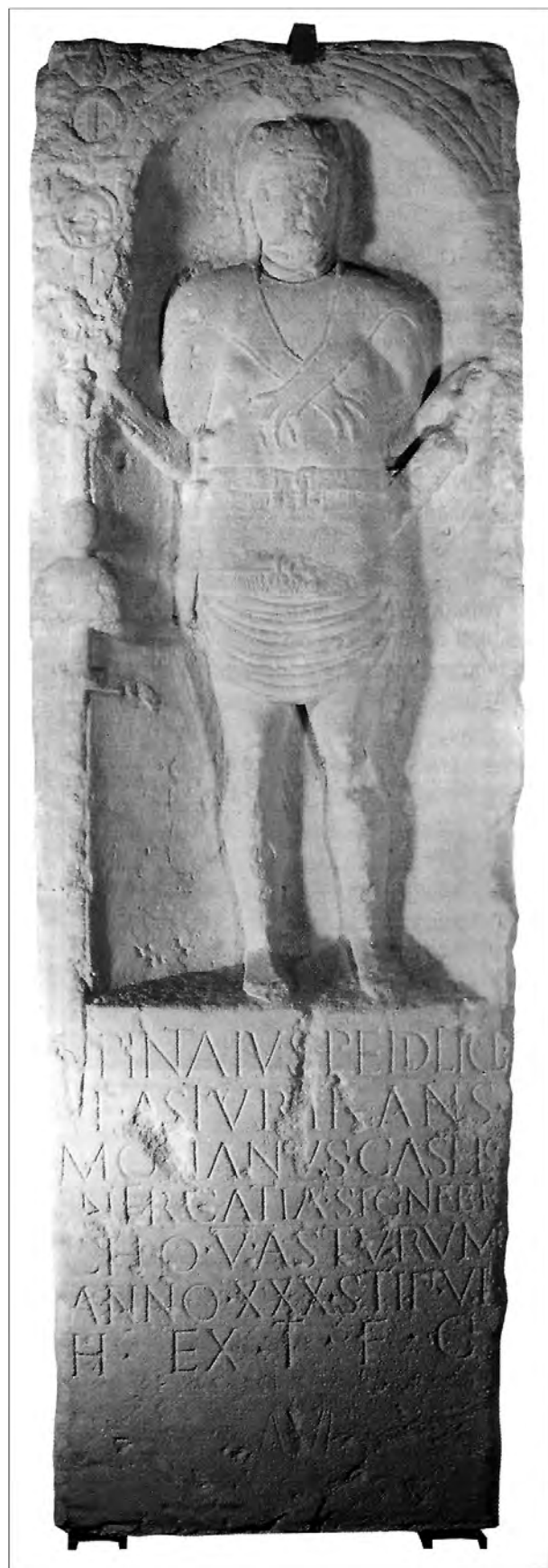
La división conventual de Augusto supuso el soporte básico de la organización jurídica y columna vertebral de la administración romana. El *Conventus Asturum* no tuvo ningún sentido étnico, y como mucho podríamos aludir a rasgos culturales, que no étnicos, compartidos por la zona transmontana, responsables de que los representantes del mundo mediterráneo vieran cierta cohesión en dicha zona montañosa, aparte de por cuestiones eminentemente geográficas. Menos sentido étnico aún, si cabe, hemos de sospechar para el convento Cluniense, llamado así por su capital *Clunia* (Coruña del Conde, Burgos), y que engloba a grupos muy diversos tanto meseteños como del cantábrico centro-oriental, ya que se reparte desde el Duero hasta el mar cantábrico. Respecto al *Asturum* en general parece que engloba dos zonas económicamente complementarias desde la perspectiva romana: una zona llana cerealista, la cismontana, y la importante zona montañosa rica en recursos auríferos, en su sector centro-occidental, y que se desarrolla también por el *conventus Lucense*, lo que en parte podría explicar su configuración. Son infinitamente mucho más similares entre sí, a todos los niveles sociales, dos castros que estén uno en el centro-oriente de Asturias y otro en el centro de Cantabria, pese a que luego con Roma pasen a ser dos



conventos distintos, que un castro asturiano con un poblado de Zamora o Bragança, pese a que ambos formen parte del *Conventus Asturum*. De hecho este límite sur del *Conventus Asturum* en la confluencia entre el Esla y el Duero parece ser definido por Roma para poder insertar en él a la *civitas zoelarum* (repartida entre Tras-os-Montes oriental y Aliste, Zamora) (Sastre 2001: 143). Una vez más los límites que impuso Roma dependen más de cuestiones políticas y administrativas que étnicas o culturales.

La unidad inferior al *conventus* en la organización territorial romana es la *civitas*, asimilable a los *populi* que citan varios autores de la Antigüedad. La documentación epigráfica muestra que entre los indígenas la referencia básica de autoidentificación política, puede que étnica, siguió siendo en época altoimperial el poblado -el castro-, al igual que en la Edad del Hierro (capítulo 4). Gracias a la combinación de la información arqueológica y epigráfica podemos entender el paulatino proceso por el que se fueron asumiendo como propias las formas impuestas por la administración romana, principalmente la *civitas* (Rodríguez Colmenero 2000; Sastre 2001), pero muy raramente la de *conventus*. Un ejemplo paradigmático de lo que decimos puede ser el conocido epígrafe de Pintauius, encontrado en Bonn (Alemania), monumento funerario de un astur romanizado ya que llegó a ser *signifer* (portaestandarte) de la cohorte V de astures, un grupo de infantería del ejército romano de época julio-claudia integrado únicamente por astures. Pese a ello este personaje sigue manteniendo la onomástica indígena (filiación), y pese aludir a la división conventual romana (astur transmontano), normal en un miembro del ejército, se refiere también explícitamente al castro del que procede para marcar su origen (castellum Intercatia) (Santos Yanguas 1997: 40-41) (fig. 5.11).

Lo astur o lo cluniense son invenciones administrativas romanas aplicadas sobre un conjunto heterodoxo de pueblos, al igual que hicieron los españoles tras la conquista del nuevo mundo. Pueblos cuyas identidades colectivas de mayor trascendencia social estuvieron basadas, seguramente y como ha ocurrido en el mundo rural peninsular hasta mediados del siglo XX, sobre la unidad de referencia más inmediata, el poblado. Así parece evidenciarlo ciertas características de la cultura material (pensemos por ejemplo en la fuerte independencia política y paisajística de unos castros respecto a los que les rodean) y sobre todo la epigrafía (con la referencia al poblado -castros- como referente identificador de muchos indígenas, incluso entre algunos con *tria nomina*). Astures, por ejemplo, es una categoría *etic*, cuyo posible contenido étnico depende de la *interpretatio* romana. Es por tanto una categoría científica válida para después de la conquista y teniendo en cuenta que es una imposición romana, exterior a las sociedades conquistadas, y que muy



**Figura 5.11:** “Pintaio, hijo de Pedilicio, astur transmontano, originario del castro (*castellum*) Intercatia, portaestandarte de la cohorte V de los astures, con 30 años de edad y 7 (tal vez 6) de servicio (aquí está enterrado). Su heredero procuró erigirlo de acuerdo con su testamento” (traducción a partir de Santos Yanguas 1997; fotografía Astur Paredes en Cid 1990).



lentamente fue asumida por parte de aquellas, principalmente por las elites indígenas promocionadas por el poder estatal. El contenido identitario de lo astur se desarrolló en un lento proceso que comenzó a darse tras la conquista romana y, seguramente, como también ocurre con el altomedieval reino de Asturias, tenga más que ver con formas de autorrepresentación de las elites (en este sentido podría definirse ya como una identidad política) que como un concepto que aglutine al grueso de la sociedad y en el cual se vea representada en su conjunto (identidad étnica). El empleo de estos términos a partir de la conquista romana tampoco debe hacerse en un sentido legitimador del presente, sino que lo que verdaderamente creemos que es interesante a nivel histórico es entender como se utiliza este nuevo término por parte de las elites indígenas promocionadas, dentro de las nuevas formas de desigualdad social que se dan en la nueva formación estatal romana, no conocidas previamente.

Por lo tanto concluimos que podemos usar las categorías egobarro, cántabro, luggon, pésico, vadiniense, astur, orgenomesco... para los castros cantábricos sólo a partir de su referencia por los autores clásicos y su aparición en la epigrafía, es decir, para la fase III o fase romana de los castros cantábricos. Y no por ello debemos naturalizar de forma mecánica el supuesto contenido étnico o político de los mismos, sino que debemos dejar abierta la posibilidad de que sean exclusivamente comarcas administrativas romanas de límites arbitrarios como fruto de la conquista. Puede que algunas de ellas, en concreto las circunscripciones menores tales como los *populi* o *civitates* (como los pésicos, por ejemplo), pudieran estar traduciendo por parte del poder romano ciertos aspectos culturales compartidos que en algún caso es posible rastrear arqueológicamente. Es interesante estudiar como las *civitates* se convirtieron en el nuevo condicionante efectivo de las identidades indígenas tras la conquista, y en mucha menor medida los conventos. Podríamos usar estas categorías en Arqueología siempre desde un punto de vista crítico, para unos castros cuya organización social se haya visto profundamente alterada por la integración del territorio en el Imperio Romano (Fernández-Posse 2002; Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1998; Orejas, Sánchez Palencia y Sastre 2002) y teniendo en cuenta que son categorías impuestas desde fuera de estas sociedades y en momentos tardíos, por lo que no se pueden retrotraer a toda la Edad del Hierro, ni siquiera a su tramo final, y mucho menos al Bronce Final.

### 5.2.2 Del castro a la *civitas*: transición y cambio de las identidades colectivas indígenas.

“El sistema administrativo romano, factor determinante de las formas de integración de las

comunidades en el imperio, se basó en el reconocimiento de las comunidades locales como «sujetos» jurídicos y fiscales y de su autonomía en lo que respecta a las formas de organización y actuación política interna, siempre y cuando esté garantizado el buen funcionamiento del sistema tributario” (Sastre 2001: 124). Para poder comprender si la *civitas* de época romana pudo poseer algún contenido cultural o étnico, por tanto identitario, heredado de época prerromana y para entender como se modificaron las identidades colectivas indígenas en la fase III es necesario comprender cómo se configuró esta subdivisión territorial. El sistema romano pudo imponerse gracias a la *civitas*, que fue la comunidad fundamental en donde se encuadraron todos los grupos conquistados, siendo la unidad básica para la tributación y a su vez el marco básico en el que se encuadraron las nuevas formas de organización social. Inés Sastre (2001: 114-115) nos explica como tras el rendimiento de las diferentes comunidades el estado romano les devolvía la propiedad de las tierras que ocupaban con lo que se iban conformando las diferentes *civitates*, que pasaron a integrarse en el imperio con un estatuto peregrino, y sobre un suelo que tenía carácter *stipendiarius*, es decir, por el que se paga un tributo. Este carácter tributario del suelo implica que la constitución de una *civitas* va unida al registro de esa relación de propiedad entre la comunidad y su suelo en un censo. El sistema tributario provincial tiene como elemento de referencia la comunidad y no los individuos (tanto con las *civitates*, como con las colonias y los municipios). La comunidad como sujeto fiscal y entidad jurídica, en donde existía libertad para repartir internamente sus cargas, en mano de los gobiernos locales. El territorio de las *civitates* se define por el perímetro, elaborado por el agrimensor, y se asigna a la comunidad peregrina, con lo que se da un vínculo jurídico entre la comunidad receptora y el suelo. Ese territorio es el que tiene carácter tributario y la personalidad jurídica la posee la *civitas* propietaria, y no los dueños de las respectivas parcelas de tierra o de las diferentes colectividades o agrupaciones que se encuentran en su interior (*castella, vici, pagi...*). Roma cobraba según fuera el territorio de cada *civitas*, pero no entraba en cómo se repartía ese pago dentro de la comunidad, pues ésta lo decide según su propio derecho. El problema en el territorio castreño es que no existían entidades por encima de los castros, no había ciudades ni jerarquización del poblamiento, al contrario que en la Meseta, por lo que la intervención administrativa y fiscal romana exigió una reorganización de esta zona mucho más profunda que el mero acto de reconocimiento de las comunidades preexistentes (Ibid.: 124).

En este punto las aristocracias locales tuvieron un papel fundamental porque actuaron como bisagras entre el Estado y las comunidades locales,

conformando el brazo ejecutor del Estado en los territorios sometidos. Si antes los territorios de cada castro tenían una propiedad comunal, tras la conquista los territorios quedaron a merced de las aristocracias que controlan los gobiernos locales y que se encargaron de repartir la propiedad (Ibid.: 97-98, 119), seguramente siguiendo modelos previos, al menos durante el tiempo que estuvieron en uso los castros, aunque ahora entre las principales preocupaciones está conseguir un excedente para poder pagar las tributaciones. Esas aristocracias locales, esos indígenas que comienzan a diferenciarse de su grupo amparados por Roma y a asumir los modos culturales romanos, son los que veremos en la epigrafía. Roma supuso el pistoletazo de salida para la ruptura de las formas igualitarias de los castreños cantábricos, amparando y promocionando la aparición de elites locales, que seguramente procederían de aquellas familias mejor situadas antes de la conquista.

Augusto hizo mucho uso de este sistema organizativo y seguramente fue una organización paralela y convergente con la de los territorios recién conquistados del norte. Seguramente los datos de Plinio sobre los *populi* de tres conventos del Noroeste en su *Historia Natural* recoja la labor censal bajo Vespasiano y Tito en los años 73-74 de la Era y serían datos coherentes con la organización territorial y fiscal de la *civitas*. De hecho el bronce de Bembibre indica que en fechas inmediatas al fin de la conquista (15 a.C.) ya había *civitates* (Gigurros y Susarros) mencionados como *gentes*, pero que debe entenderse como sinónimo de *civitates*, pues en otras zonas del imperio se usan ambos términos indistintamente. De hecho luego Susarros y Gigurros aparecen como *populi* y como *civitates* (Sastre 2001; Rodríguez Colmenero 2000: 27).

El pilar fundamental sobre el que se erigió el control de los territorios imperiales fue la ciudad, pero la propia pluralidad de la geografía humana y política de las áreas conquistadas hizo que no siempre se pudiera llevar a cabo, como es el caso de la *Gallaecia* antigua. El resultado de la conquista fue la conversión de las comunidades que integraban a esta, en estipendiarias según el punto de vista jurídico-administrativo. Este hecho hizo que en algunos casos comunidades no urbanas fuesen tratadas como tal a través de la organización de una entidad territorial, administrativa y fiscal con facultades semejantes a la *urbs*: las *civitates*. No eran ciudades, pero funcionaban como tal, entendiendo su deber para con el control de la población y la explotación económica. Para ello Roma impone nuevos cargos e instituciones, o fomenta algunas que ya existían, manteniendo, matizando o ampliando su poder (caso de los *principes*, *magister*, etc.). Lo esencial era el control de la región, a nivel censal, fiscal y militar (Delgado y Grande 2009: 73-74). La organización administrativa y del poblamiento siguió diseñándose desde la *civitas*, y

algunas de ellas tuvieron a estos centros protourbanos como núcleo central a modo de capital, pero no de manera mecánica y exclusiva. Es decir, las *civitates* del interior galaico se articularon desde sí mismas, desde el propio rural, y no tuvieron necesidad de crear un centro cívico sino que la capitalidad pudo ser un castro -el de mayor ascendencia- o simplemente no existir un centro único ni unívoco de poder a modo de *urbs* (Ibid.: 77-78). Una dificultad para los arqueólogos es que raramente los *castella*, *populi*, *gentilitates* o *civitates* son distintivos desde la cultura material (González Ruibal e.p.). Pero lo que sí debe ser claro es que el proceso de reforma administrativa romana mediante las *civitates* tuvo que ser radicalmente distinto en aquellas zonas en las que sí había ciudades previas a la conquista (*oppida* de la Meseta o del norte de Portugal-sur de Galicia) que en aquellas otras de paisajes muy fraccionados territorial y políticamente en multitud de pequeñas aldeas fuertemente fortificadas (castros) del norte peninsular (Cordillera Cantábrica y norte de Galicia).

Para muchos autores, dentro de lo que podríamos llamar tesis tradicionales, se pueden intentar rastrear formas supralocales de organización indígena en las *populi* que supuestamente fueron integrados en las *civitates*, como se ha pretendido en numerosas ocasiones con los Vadinienses, por ejemplo (Vigil 1983: 110), mientras que para otros eso sería una falacia pues supondría asumir retrotraer a época prerromana las divisiones y organización romanas, y suponer que los romanos tuvieron en cuenta las formas indígenas para su organización administrativa (Sastre 2001: 89, nota 70), aunque no se descarta del todo para esta autora que Roma reinterpretara formas prerromanas de organización suparalocal. En este punto es de especial interés el mencionado bronce de Bembibre. En él vemos dos *castella* (Pameiobrigenses y Alliobrigaecines) cada uno de una *gens/civitas* distinta. Los primeros de los Susarros y los segundos de los Gigurros. Esos *castella* se pueden identificar con castros, ya que aunque este término se utiliza en otras partes del Imperio para aludir a variadas formas de hábitat que se integran en una *civitas* (Sastre 2001: 127), en el Noroeste y norte peninsular debemos de pensar que es equivalente a castro pues no hay otra forma de poblamiento prerromana, y sobre todo en estas fechas tan tempranas. A los habitantes del primer castro se les mantienen sus tierras y su estatuto peregrino se ve mejorado, ya que dejan de pagar tributos, seguramente por haberse mantenido fieles a Roma en las guerras de conquista. Sin embargo los del segundo castro, que debieron de dar algún tipo de problema a Roma, se les vuelve a meter en la condición de *dediticii*, se les cambia a la *gens/civitas* de los Susarros y se les obliga a pagar los tributos que antes pagaba el otro castro (Ibid.: 125-126). Algo que sólo es posible si ambas *civitates* son fronterizas, como parece que así era, pues los Susarros estarían en el Bierzo, sin llegar al Bierzo Bajo, al oeste del Sil, pues esta posición la tendría la *civitas* cuya



**Figura 5.12:** principales *civitates* / *populi* y referencias epigráficas a *gentilitates* y *castella* de la zona de estudio (a partir de Cid 1990, modificado).

capital fue *Bergidum Flavium* (Castro Ventosa, Cacabelos). Susarros y Bergidenses limitarían por el oeste con los Gigurros del valle de Valdeorras y sus montañas (Rodríguez Colmenero 2000: 34). En este temprano epígrafe quedan claras dos cosas. Por un lado vemos que tras la conquista, y pese a las reorganizaciones administrativas romanas, los castros aún siguieron siendo el referente social y político de las comunidades indígenas, herencia sin duda de las formas de organización social, política y territorial de la Edad del Hierro, y que los castros siguieron manteniendo sus tierras, aunque ahora ya dependen de una *civitas* y se insertan en relaciones de desigualdad. Por otro lado queda bastante claro que pese a que ciertos territorios de las recién creadas *civitates*, que es un modelo urbano aplicado por Roma paradójicamente a un lugar sin ciudades, pueda corresponderse *grosso modo* con realidades culturales, que no políticas, prerromanas, la creación y límites de las *civitates* responde única y exclusivamente a los intereses romanos. No se pueden retrotraer los territorios de época romana, y en concreto los de las *civitates*, al mundo indígena, porque además Roma modificó profundamente a los indígenas (González Rodríguez 2004: 25). De todos modos si recordamos cómo el valle del Navia posee rasgos culturales homogéneos entre sí desde la fase I y cómo después se aplica a este territorio, o al menos a la cuenca baja y media del río, la *civitas* de los albiones, conocida por epígrafes y por mención de los autores clásicos (Plinio el Viejo y Ptolomeo) (García y Bellido 1943: 425), mientras que la cuenca media-alta del Navia pudo estar englobada en la *civitas Ovela* (ver más adelante), o cómo la cuenca del alto Narcea comparte rasgos culturales entre sí durante la fase II incluso con territorios del Noroeste de León (recordemos los fuertes parecidos urbanísticos, arquitectónicos y cerámicos entre el castro de San L. Luis y el Chano) y cómo es posible incluir todo este territorio en la *civitas* pésica, incluyendo precisamente también el sector leonés en

donde se habla asturiano occidental (Laciana/L.laciana, Babia y Luna) (Santos Yanguas 1992: 421; Morillo 1995: 50), o de nuevo los parecidos culturales a distintos niveles (arquitectura doméstica, murallas, cerámicas) entre Moriyón y la Campa Torres, ambos en una supuesta *civitas* lugona, podríamos pensar que pese a que los límites de las *civitates* respondan a los intereses romanos, para la creación de las mismas se reinterpretaron identidades culturales prerromanas, lo que no quiere decir que esas identidades culturales se puedan traducir de forma mecánica en identidades políticas y/o étnicas (fig. 5.12).

Cuando hemos defendido relaciones entre castros vecinos por la aparición de nuevos poblados a partir de la segmentación poblacional de poblados que ya existían, por los intercambios rituales y/o económicos, matrimonios exogámicos, tensiones violentas por tierras agrícolas y/o pastos, y convergencia de un cierto número de poblaciones castréñas en las majadas de sierras y puertos en los periodos estivales (capítulos 3 y 4) siempre habría que pensar en territorios más pequeños que los que se barajan para una *civitas*, puesto que las propias ubicaciones de los castros al pie de sierras y la fragmentación política del territorio en época prerromana nos impedía pensar en desplazamientos ganaderos excesivamente largos en aquella época. Sería difícil pensar en una posible identidad compartida en la Segunda Edad del Hierro entre un habitante de un castro de la zona de Riaño con uno del sector de Cangues d'Onís en época prerromana, pese a que luego todos fueran insertados en la *civitas vadiniense*, o el de un "pésico" de la costa de Pravia (si es que esta zona era de la *civitas* pésica) con el de otro "pésico" de Babia o L.laciana/Laciana. Además, en ciertas zonas existen algunas indefiniciones como es el sector central de la costa asturiana donde no queda claro si es lugon o es astur, ya que la epigrafía y la información de los autores clásicos parece contradecirse, pues si bien un

epígrafe del Suevo equipara a los lugones con los astures y otros epígrafes de Piloña muestran a los lugones como una *civitas* más, autores clásicos como Estrabón, Mela y Plinio sólo citan a los astures (Santos Yanguas 1992: 422).

No obstante, a lo largo del capítulo 4 vimos semejanzas culturales entre castros cantábricos de zonas cercanas que, en cierta medida, podrían refrendar la idea de que aunque los límites exactos de las *civitates* o *populi* dependan de los intereses romanos, es posible encontrar cierta identidad cultural detrás de algunos de ellos. Está fuera de toda duda, por ejemplo, la identidad cultural del valle del Navia desde la fase I, especialmente entre el curso bajo y medio, lo que no quita, insistimos, para que las identidades políticas más relevantes fueran a nivel de castro. Murallas de lienzo continuo, arquitectura pétrea circular y en planta de naípe, saunas rituales, puñales de antenas y tipos y decoraciones cerámicas compartidos podrían refrendar el contenido cultural, cierta identidad cultural compartida de los Albiones, a lo largo de las dos orillas del río y sus afluentes. Hacer lo mismo para los Pésicos teniendo en cuenta toda la cuenca del Narcea es complejo ya que la principal identidad cultural compartida (arquitectura pétrea circular, murallas de módulos, tipos y decoraciones cerámicas: preponderancia de decoraciones mediante líneas bruñidas y escasez de estampillas) es entre la cuenca alta del Narcea y el extremo noroccidental leonés (San L. Luis, L. Larón, Chano, posiblemente Alava), pero a su favor tendría el hecho de que la costa “pésica” nos es prácticamente desconocida a nivel arqueológico, por lo que cuando avance la investigación quizás veamos los mismos rasgos arqueológicos en la costa centro-occidental asturiana que en el alto Narcea, como sospechamos (capítulo 4). A ello habría añadir que, como ya decía José Manuel González (1978), ese territorio péstico coincide con el sector donde se reparte principalmente el dialecto occidental de la lengua asturiana (como puede observarse en los nombres de los tres primeros castros citados), al igual que el sector del Navia y del Eo se corresponde con la zona asturiana en donde hoy en día se habla gallego (o gallego-asturiano). No es casual si recordamos como este sector es el que más influencias tuvo de la costa norte gallega. Como decimos contamos con pocos datos de la costa centro-occidental asturiana como para poder extender los rasgos culturales de las montañas suroccidentales hacia la desembocadura del Nalón y entender que lo péstico tuvo un claro referente cultural prerromano. Al menos podemos asegurar la identidad cultural de un sector péstico, el montañés, y no el costero. Más complejo aún es querer ver una identidad compartida lugona, entre otros motivos porque, como ocurre en la mayoría de los casos, ni siquiera se conocen con exactitud los límites de estas *civitates*, pero en el caso lugon aún es mucho más complejo. Podría entenderse,

en líneas generales, toda la zona centro-oriental asturiana (Campa Torres, Llagú, Moriyón, posiblemente Caravia), hasta el Sella, como lugona. De nuevo si queremos traer a colación cultura material que pudiera respaldar una identidad cultural compartida prerromana no tendríamos problemas (murallas de módulos, arquitectura circular / oblonga en materiales perecederos, protagonismo de las decoraciones cerámicas incisas...), aunque también hay argumentos para subdividir todo este gran sector en compartimentos más pequeños. De igual modo tampoco creemos que pudiera haber una identidad compartida entre la costa centro-oriental asturiana con los castros de la montaña central asturiana (por ejemplo la Garba o La Cogollina) o de la Montaña Leonesa. Una vez traspasamos el Sella hacia el oriente (Orgenomescos, Vadinienses, Camáricos) el desconocimiento arqueológico de época castreña es tan grande que sería muy aventurado hacer cualquier tipo de elucubración de este tipo. No obstante, si pésicos, lugones y, sobre todo vadinienses, se desarrollan tanto por territorio asturiano como por la Montaña Leonesa, estaría indicando que en las divisiones territoriales de las *civitates* se estaban reconociendo de forma general la diferencia sociológica entre las poblaciones meseteñas con ciudades (*oppida*) formas de economías políticas y las castreñas con formas de economía moral, ya que, como venimos defendiendo la Montaña Leonesa es a todos los efectos parte de las formas culturales cantábricas al menos desde el Bronce Final. Que el extremo norte palentino, de tradición cultural meseteña durante la prehistoria reciente, se incluya en el *populus* / *civitas* de los Camaricos y en el de los Vellicos, que también incluiría la parte meseteña del sur de la comunidad autónoma de Cantabria y el norte de Burgos, y que éstos no traspasen al norte de la Cordillera Cantábrica (Peralta 2003: 124-125, y fig. 65) podría estar corroborando lo que proponemos.

Es muy interesante el hecho de la imposición del sistema de *civitates* porque, aunque sigan existiendo los castros en su interior, la *civitas* es el nuevo referente o esfera de poder en el que se desarrollarán las diferentes familias aristocráticas que constituyeron las elites locales, con un poder basado en el control del territorio y de las comunidades que lo trabajan (Sastre 2001: 130). Por lo tanto podemos pensar que aquella creciente tensión entre los grupos familiares y la comunidad castreña que caracterizó a la fase II (capítulo 4) desembocó tras la conquista y la reorganización territorial y administrativa romana, y amparado por ella, en una creciente y rápida desigualdad entre aquellas familias que estaban mejor posicionadas para tales fines, pero que antes de la conquista no lo habían llevado a cabo por los frenos sociales del todavía imperante *ethos* igualitario, y la comunidad misma. En los nuevos tiempos esas familias serán las que aseguren los objetivos



**Figura 5.13:** la Tabula del Caurel, arriba, y la inscripción de Vegadeo, abajo, son buenos testimonios epigráficos del surgimiento de elites locales promocionadas por Roma, tanto a nivel de castro como de *civitas* (a partir de Hernando Sobrino 2002; Cid 1990, sobre fotografía de Astur Paredes).

imperialistas: cobro del tributo y acceso regular a la mano de obra. Las *civitates* son el marco de nuevas relaciones sociales, nuevas formas de explotación y nuevas estructuras de dependencia social. Incluso relaciones clientelares entre indígenas, ciertamente impensables para momentos prerromanos, como en O Caurel, en el confín occidental cantábrico, como vemos en la Tabla de O Caurel, con Tilego hijo de Ambato y los *Lougei* (*civitas*) del *castellum* toletense (castro) (Ibid.: 176-177), es decir, un indígena destacado, miembro de la elite o aristocracia local, que, aún conservando su nombre indígena (pensemos que es la temprana fecha del 28 d.C.), sería intermediario entre Roma y la *civitas* de los Lougeios, en una zona

minera de alto interés para Roma, para lo que se realiza y se sanciona un pacto clientelar al modo romano, con uno de los castros en donde aún vive la población. ¿Su castro quizás? Seguramente sí, ya que de esta manera habría que entender a los *princeps* (príncipes) de la epigrafía que acompañan al símbolo de la C invertida, como miembros de las aristocracias de cada castro, promocionados por Roma, como es el caso del *princeps Albionum*, encontrado en la zona de Vegadeo. De hecho, habría que entender que Nicer, hijo de Clutoso, que es claramente un indígena por su nombre, pertenece al castro (*castellum*, mediante el símbolo de la C invertida) Cariaca, que a su vez se integra en la *civitas* de los Albiones, de la que llegó a ser uno de sus miembros dirigentes, y por lo tanto intermediario entre los indígenas, no sólo del castro Cariaca, sino de todos los castros de esta *civitas* y el poder romano (García y Bellido 1943: 420-425; Sastre 2001: 190-191 y nota 104) (fig. 5.13). Estas nuevas aristocracias locales, que podemos ver incluso a nivel de castro, deben ser las herederas de la tensión entre los grupos familiares y la comunidad, rastreables arqueológicamente durante la fase II por la evolución de ciertas unidades de ocupación en los castros y por la aparición de determinadas joyas como los torques o las diademas-cinturón (capítulo 4). Tensión que se resolvió con el concurso de Roma y el interés directo en la explotación del territorio, mediante el cobro de tributación y, sobre todo en ciertas zonas del occidente cantábrico, mediante la extracción de los recursos auríferos. Hemos de pensar además en el ejército como otra de las formas de promoción indígena y, por tanto, de diferenciación social entre éstos, como son buena prueba los abundantes testimonios epigráficos que indican el alto número de astures que formaron parte de tropas auxiliares (alas y cohorte) con el étnico *Asturum*, destinadas en los distintos frentes del Imperio (Pastor 1977: 192-193; Cid 1990: 172-173; Santos Yanguas 1997: 44-47; Lombardía 2001) (ver fig. 5.11).

Todo ello propició que, finalmente, se consolidaran las desigualdades entre las diferentes familias de cada castro, que se rompiera el secular *ethos* igualitario de los castreños cantábricos. Además, es probable que la extensión del *ius Latii* con Vespasiano asegure la ciudadanía romana a estas aristocracias locales, por haber desempeñado funciones de magistratura o gobierno dentro de cada comunidad, así como que se reconocieran sus propiedades, puesto que ahora serían ciudadanos romanos y no peregrinos como sus convecinos, poniendo fin a la propiedad comunal castreña. Como vimos (capítulo 4) el topónimo “Turro” del epígrafe sobre un fragmento de molino de San L.uis se ha perpetuado sobre fincas cercanas al castro, lo que puede estar detrás de estos procesos de privatización de las antiguas tierras comunales castreñas por parte de aquellas familias promocionadas tras la conquista, o que supieron

aprovechar las nuevas circunstancias históricas para promocionarse, y romper definitivamente a su favor la secular tensión entre los grupos familiares y la comunidad castreña. Además, las elites indígenas de cada castro mientras estos continuaron ocupados, controlarían el acceso al ejército romano, que debió ser el principal canal de difusión de ciudadanía. Otro importante momento de reformas en este sentido fue a mediados del s. II d.C., con Trajano y Adriano (Sastre 2001: 222-227), que no por casualidad coincide con la puntilla final al poblamiento castreño cantábrico.

Por ejemplo el castro de Castro Ventosa (Cacabelos), que se identifica con *Bergidum Flavium* (Celis 2003: 13), cobraría importancia con el desarrollo de la explotación aurífera romana, y de la red viaria *ad hoc* como es la vía XVIII, la vía minera por excelencia, que comunica las minas del Alto y Bajo Bierzo por el paso del Manzanal. En este sentido *Bergidum* sería el eje centralizador, a modo de capital, de la *civitas* que lleva su nombre (Bergidoflavienses). De hecho se piensa que este reforzamiento de la *civitas* pudo darse en época flavia, con *Bergidum Flavium* o *Interamnium Flavium* (Bembibre o alrededores, Alto Bierzo), así como también las *civitates* de Lougeios, Gigurros y Susarros (Sastre 2001: 150-153). Por lo tanto es más que factible que castros prerromanos, como *Bergidum*, con la reorganización en *civitates* pasasen a poseer cierta centralidad o capitalidad, en donde cabe esperar un papel más activo de las aristocracias locales promocionadas por Roma. Castro Ventosa no era ni llegó a ser una gran ciudad como las de la Meseta, ya que esta región, así como otras muchas de la Península Ibérica, tuvo un proceso urbano propio previo a la conquista (*oppida*). Pero el anómalo tamaño de Castro Ventosa (6,2 Ha), su fisonomía amesetada, de fácil defensa, y unos orígenes en la fase I asociados al grupo Soto (Celis 2003: 17-18), nos llevó a relacionarlo más estrechamente con los *oppida* normeseteños que con los castros cantábricos (capítulo 4).

En otros casos, sin embargo, las *civitates* no tienen porque poseer una capitalidad, como en el caso Vadiniense, entre Asturias y León. Pese a ello, y gracias a la epigrafía, podemos ver como ciertos núcleos tuvieron una especial relevancia, caso de Riaño, Crémenes, Liegos o Corao para el caso Vadiniense (Sastre 2001: 154-155). Podríamos añadir que precisamente la zona cantábrica se caracteriza por su carácter rural conservador, en concreto bajo la forma castreña, que inhibió la aparición de ciudades u *oppida*, u otro tipo de núcleos de población, lo que hizo más que difícil poder desarrollar un modelo de *civitates* con verdaderas ciudades que funcionaran como capitales de estos territorios. De hecho esos núcleos con especial concentración de epígrafes vadinienses seguramente se correspondan más con poblamiento abierto aldeano de época romana que con castros. En otros casos habría que pensar que las posibles

“capitales” o núcleos a la cabeza de las *civitates* pudieran ser fundaciones romanas, incluso en la zona transmontana, caso de Flavionavia para los Pésicos, si es que se identifica con Pravia (Sastre 2001: 273), identificación que otros no comparten (Fernández Ochoa 2006: 283 y nota 10). Otras fundaciones romanas que actuarían como capitales de *civitates* serían el núcleo romano de Cimadevilla (Xixón/Gijón), que posteriormente pasará a ser una ciudad amurallada, y *Lucus Asturum*, sobre dos territorios que se pueden asimilar con la costa central asturiana y con la cuenca de Uviéu/Oviedo (Ibid.: 283; Fernández Ochoa y Gil 2008).

Respecto a la posible capitalidad de castros en las nuevas *civitates* a modo de *caput civitatis* podemos encontrar ejemplos de poblados fortificados que con Roma asumieron cierta capitalidad dentro de la *civitas*, como dijimos para el caso de *Bergidum Flavium* (Cacabelos) o, más propiamente cantábrico, para el caso de *Paelontium* (Belonciu, Piloña) para los Lugones, como se derivaría de la identificación Belonciu-*Paelontium* (Uría Riu 1941a: 88) y del reconocimiento de un castro, el mayor de los documentados en Piloña y con materiales romanos (tegulas, “cerámicas romanas” y un posible tablero de juego sobre una laja reticulada) en este lugar, en concreto en El Práu Cura, en los alrededores de la iglesia de San Pedro (Martínez Vega 2003: 102-107). De la ocupación romana de algunos de los castros de Piloña dan buena cuenta los hallazgos que desde finales del s. XIX se vienen documentando en Cueva Ferrán (Piloña) (Fanjul y otros 2010), que, al igual que la cueva del Ermitán con respecto a Llagú, se encuentra en la base del castro de La Cogolla (Ferrán, Piloña). Y al igual que en la mencionada cueva de Llagú también en Cueva Ferrán Diego Santos dio a conocer bronceos romanos (Minerva con perro y corzo). Es bastante probable que esta cavidad esté relacionada con antiguas galerías y explotaciones mineras romanas (en Martínez Vega 2003: 33-34). Cueva Ferrán y el citado castro se sitúan en el valle paralelo al de Belonciu (valle de Espinaréu y de La Marea, respectivamente) y no llega a tres kilómetros la distancia que los separa.

También como lugar central de los Lugones se ha propuesto la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001: 261), lo cual no sería descabellado si tenemos en cuenta el uso propagandístico del poblado por Roma con la instalación de un faro-torre en el mismo y la remodelación urbanística en donde en líneas generales se sustituyeron las casas circulares por las cuadrangulares y se abrieron infraestructuras tales como pozos de agua con escalinatas. Del mismo modo se ha propuesto la importancia y centralidad de algunos castros respecto a los territorios circundantes, puede que sancionando ciertos prestigios y centralidades que vendrían de época prerromana, como puede ser el caso de Coaña para los Albiones, San L. Luis para los Pésicos o el Chao Samartín



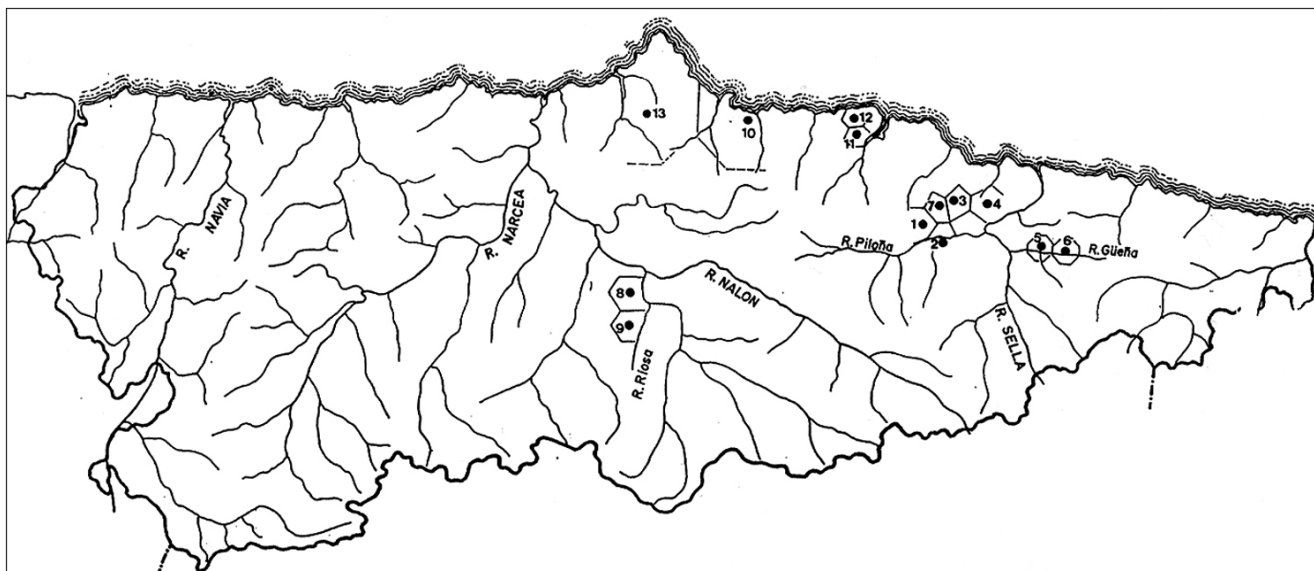
**Figura 5.14:** juego de pesas encontrado en el edificio situado junto a la gran plaza del Chao Samartín (en Villa 1996).

respecto a los pueblos lucenses del interior (Villa 2009b: 17). Como veremos, las remodelaciones arquitectónicas de Coaña, pero sobre todo de San L. Luis y el Chao Samartín permiten aventurar ese protagonismo territorial durante los dos primeros siglos de la Era, pero en contra de este autor no estamos seguros del protagonismo de los mismos en época prerromana, ya que el argumento esgrimido de que cuentan con un tamaño superior a la media de los que les rodean, en concreto San L. Luis, no es cierto. Para Ángel Villa es posible identificar al Chao Samartín con una *caput civitatis*, puede que la denominada *Ocela* (por una inscripción encontrada sobre el hombro de un vaso) desde donde se ejercería el poder en sus vertientes militar, fiscal y judicial, cobrando el *tributum* del territorio que le compete, es decir, básicamente en estos tempranos momentos de los otros castros que se encuentran en esta misma *civitas*, así como organizando la explotación del oro de esa comarca y teniendo un papel destacado en las comunicaciones pues por su lado discurre la vía que unía *Lucus Asturum* con *Lucus Augusti*, todo para lo cual se vería ayudado por otros castros altamente militarizados como el Monte Castrelo de Pelóu. Es posible que el juego de pesas del Chao Samartín tuviera un papel importante en la recaudación de impuestos y en la contabilidad del oro (Villa 2009b: 19-20) (fig. 5.14). En esta misma línea también se ha propuesto que San L. Luis pudiera haber ejercido de *caput civitatis* para lo que se han aducido argumentos como es su modificación arquitectónica severa en la fase romana, con ciertas connotaciones de la arquitectura militar, su amplio control visual de la cuenca del río Arganza o su vinculación a un territorio con fuerte presencia de minería aurífera (Fernández Ochoa 2006: 284; Villa 2006: 176-178). Otro argumento a favor sería su anormal tamaño, que llegaría a las 4,5 Ha, cuando lo normal en el territorio asturiano, incluidos los castros del entorno, es que no superen las 2 (Ibid.). Como decíamos esta última apreciación habría que matizarla ya que este tamaño ya sería alcanzado por San L. Luis en época prerromana, y en un momento antiguo, con las ampliaciones del caserío de la fase I c o de comienzos de la fase II. Por

otro lado se trata de unos cálculos ciertamente excesivos, ya que si tenemos en cuenta exclusivamente el caserío y tomamos como referente la muralla que lo delimita, el espacio habitado no supera 1 Ha. Al cálculo de 4,5 Ha sólo podemos llegar teniendo en consideración el complejo sistema defensivo que por el lado sur cuenta con cinco fosos principales y un sexto que encierra una amplia zona, necesarios por ubicarse el poblado en una colina de no excesiva altura sobre una sierra plana, lo que limita las posibilidades de defensas naturales con las que si cuentan otros poblados (capítulo 4). Por ello, y por la autonomía política que tuvo cada castro durante la Edad del Hierro, no creemos acertada la apreciación de que San L. Luis, el Chao Samartín, Coaña o La Escrita hubieran funcionado como lugares centrales, incluso antes del s. VIII a.C., como se ha defendido (Villa 2003: 129), ya que contradice los datos con los que contamos actualmente respecto a los patrones de poblamiento y modelos sociales, así como a las fases castreñas, que hemos propuesto gracias al carbono 14 calibrado (ver capítulos 3 y 4). La presunta capitalidad de algunos de estos poblados es algo que sólo podemos asociar a momentos altoimperiales y como fruto de las estrategias de explotación del poder romano.

Como vemos, para poder acercarnos al posible sentido idnetitario y cultural de las *civitates* y a su posible correspondencia con realidades sociales prerromanas es fundamental poder realizar descripciones lo más “densas” posibles combinando la información arqueológica y la de la nueva fuente histórica que aparece tras la conquista, la epigrafía. La epigrafía suele entenderse como homogeneizadora de todo el Imperio con sus fórmulas, y cuando algo se sale de la norma o bien se entiende como una imperfección en el proceso romanizador o bien como una “pervivencia indígena”, caso de las unidades organizativas del Norte y Noroeste. Pero si se interpretan como un instrumento de las elites rurales locales esta visión cambia, pues éstas se quieren presentar así mismas como romanas, contexto en el que habría que entender esas fórmulas. De hecho podemos pensar que este sí que es el momento histórico en el que se establece una sociedad campesina en el ámbito castreño, con un acceso desigual a las tierras en el marco de una explotación estatal, y en donde en los ámbitos rurales es fundamental el concurso de las aristocracias locales para conseguir que los campesinos paguen los tributos y a su vez ellas pagar al Estado. Por ello habría que entender este modelo jerárquico encuadrado en la *civitas* (Sastre 2001: 159-161). Si seguimos el modelo propuesto por Inés Sastre (2001: 164-176) veremos como las unidades organizativas que aparecen en la epigrafía y que habitualmente se entienden como “pervivencias indígenas” (las *gentilitates* del pacto de los Zoelas, las *gentes* de la Asturia transmonatana oriental, los genitivos de plural especialmente en el área





**Figuras 5.15:** distribución de *gentes* en Asturias, a los que se les ha aplicado polígonos Thyessen: 1. Viromenigos (Villamayor); 2. Ablaidacos (Borines); 3. Ratios (El Sueve); 4. Pambelos (Collía); 5. Aroniaecinos (Corao); 6. Corovescos (Villaverde); 7. Penios (Cofiñu); 8. Abilicos (Morcín); 9. Cadabros (Riosa); 10. Cilurnigos (Xixón-Gijón); 11. Lugones Arganticaenos (Grases); 12. Cilaridos (La Lloraza); 13. Vincianos (Molleda) (en Maya y Cuesta 2001).

vadiniense, los dos ejemplos de *cognationes* o los ejemplos de C invertida del occidente asturiano, zonas mineras de El Bierzo y el Noroeste) pueden ser entendidas dentro de este nuevo proceso de reformulación territorial y administrativa vinculado a la *Civitas*. A excepción del signo ) o C invertida, que Albertos interpretó hace años como *castellum* (Pereira Menaut 1983: 177; Albertos 1988), es decir, castro, el resto de referencias de los epígrafes a colectivos se suelen interpretar como grupos de parentesco, como fórmulas prerromanas de organización social heredadas en época romana, que se permiten por Roma por estar asociadas a la esfera privada, al ámbito del parentesco y por no poseer contenido político, no contravenir a la nueva organización político-administrativa en *civitates*. Sin embargo para Inés Sastre sería absurdo pensar en que las aristocracias locales usaran fórmulas tan anticlásicas y sin contenido político, cuando lo que quieren es presentarse como romanas. Además, el parentesco poseería un contenido político, marcaría el linaje o grupo de descendencia de la clase que ahora se impone como dominante. Para esta autora no tendría sentido la identificación con elementos de dentro de la *civitas* cuando ésta supone la única referencia administrativa, jurídica y fiscal. Por el pacto de los Zoelas y el nuevo bronce de El Bierzo *gens* se puede entender como equivalente a *civitas*, pero en el segundo pacto de los Zoelas y en las *gentes* astures transmontanas deben entenderse como elementos que funcionan dentro de la *gens/civitas*, y por lo tanto de modo equivalente a las *gentilitates*. La diferencia en su aplicación vendría por su uso en momentos históricos diferentes o en territorios con distintos ritmos de integración. Se diferencia habitualmente las *gentes/gentilitates* de lo genitivos de plural. Por lo tanto el significado de *gens* no es unívoco

y depende del contexto en el que se utilice (Rodríguez Colmenero 2000: 27).

Sin embargo, creemos que las identidades no son algo que puedan mutar con tanta rapidez, sobre todo si tenemos en cuenta como el castro en época prerromana fue el eje de las identidades políticas colectivas y como los grupos cantábricos, por muy traumático y desestructurador que fuera el cambio cultural tras la conquista romana, se caracterizaban por el conservadurismo de sus formas sociales, por el mantenimiento de la tradición. Estamos de acuerdo en ver un sentido político y a la par de parentesco, de lazos grupales, a los conceptos de *gens/gentilitas*, pero sobre todo de darle un sentido político de primer orden dentro de las identidades colectivas indígenas en los primeros momentos romanos. No compartimos con Inés Sastre que la única identificación política que pueda darse sea la de *civitas*, por mucho dirigismo de la élites, de las aristocracias locales, sobre todo cuando durante 800 años el castro ha cumplido ese papel (capítulos 3 y 4). Además ¿no es llamativo que en la mitad occidental asturiana se usen en los epígrafes referentes colectivos identitarios aún fundamentados en el castro, como es el *castellum* representado por el símbolo de la C invertida, y, sin embargo, en la mitad oriental sólo se usen supuestas referencias parentales, cuando el castro, la identidad local, ha sido en este sector también el fundamento de la sociedad prerromana? ¿No será por desconocimiento del registro arqueológico por lo que Tranoy (1993) vincula los *castella* tanto con lugares como con grupos parentales y, sin embargo, las *gentilitates* sólo con grupos de parentesco, sin relación a ningún contexto geográfico preciso? ¿Que pasaría si la *gens/gentilitas*, además de a un grupo con vínculos de parentesco, también le asociamos un castro, es decir, la

equiparamos con el *castellum* de la C invertida? ¿O sería más correcto vincular los epígrafes con *gens* / *gentilitas* y con genitivos de plural con las aldeas abiertas que sustituyeron a los castros? ¿No estaría todo ello indicándonos que los dos primeros siglos de la Era se caracterizarían en la zona centro-occidental cantábrica tomada en su conjunto por una transición entre la centenaria identidad colectiva fundamentada en la aldea, sea esta todavía fortificada, castreña, o ya abierta, por una nueva identidad política impuesta por Roma cuya base y unidad básica es la *civitas*/*populus*?

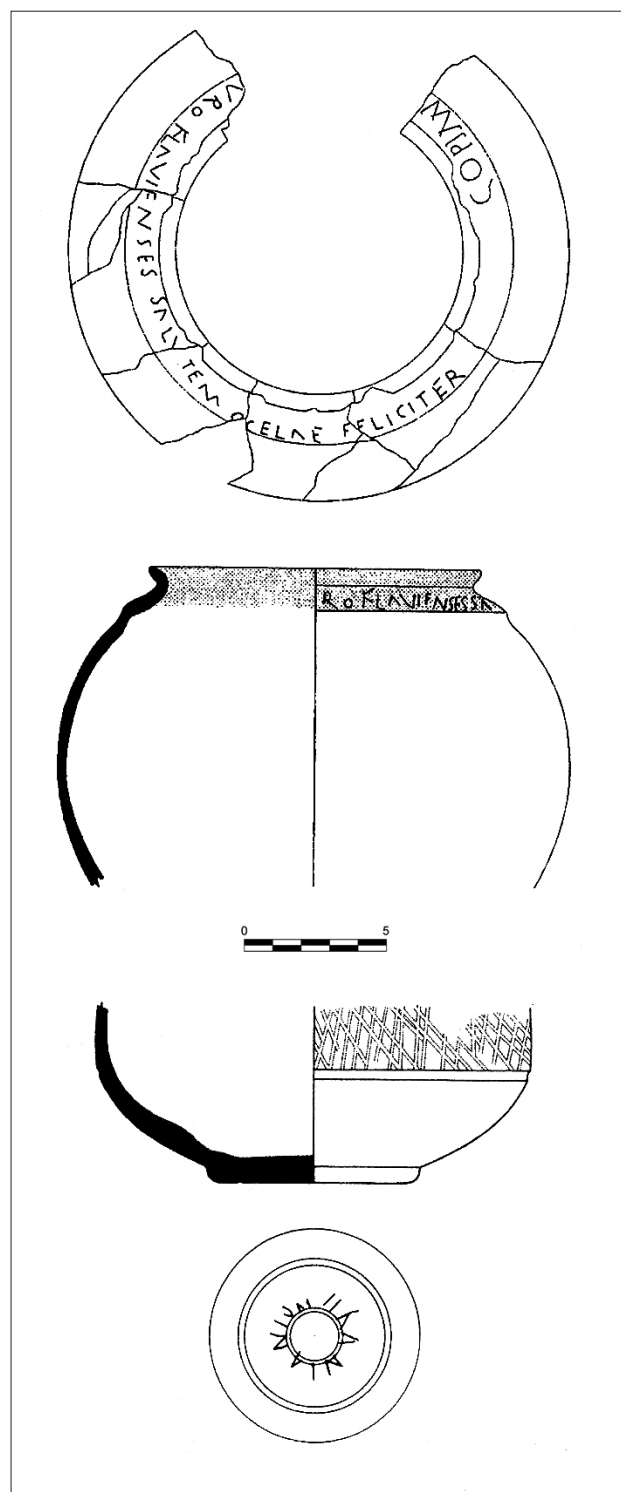
En este sentido nos parece muy oportuna la aproximación realizada por José Luis Maya y Paco Cuesta (2001: 257-258) a los epígrafes con referencias a *gentes* de la mitad oriental asturiana y su vinculación con castros o, al menos, con territorios castreños (fig. 5.15). Partiendo de la base de que los habitantes de la Campa Torres pueden corresponderse con una nueva *gens* documentada en Asturias, la de los *Cilúrnigos*, conocida por un epígrafe aparecido como relleno de la muralla romana de *Gijia* (Gijón) (Fernández Ochoa y Pérez 1990), se llega a la identificación de los distintos grupos familiares que compondrían una *gens*, que estarían unidos por lazos de sangre y se entenderían como descendientes de un antepasado común, con un castro. Ello tiene sentido ya que tanto los términos *gens* como *gentilitas*, que son claramente polisémicos, proceden del verbo *gignere*, que hace mención al conjunto de personas que tienen un antepasado común, que es el que les da un nombre como comunidad (*gentilicum nomen*) (González Rodríguez 2000: 36). De hecho la Campa Torres es el ejemplo menos sólido para sustentar esta teoría, puesto que los epígrafes más cercanos con mención a *gentes* se encuentran a 20/35 Km. Sin embargo para la zona al pie de la cara sur del Suevo y al norte del río Piloña (concejos de Piloña y Parres), que podemos entender como perteneciente a la *civitas* / *populus* de los Lugones, contamos con cinco epígrafes de *gentes* (Viromenigos, Abaldecos, Ratrios, Pembelos y Penios) con distancias entre ellos de 3,5 a 8,5 Km. Para el río Gueña, al este de Cangues d'Onís, y territorio que habría que entender como de la *civitas* *Vadiniense* poseemos también la mención a las *gentes* de Aroniaecinos y Corovescos, que distan unos 10 Km. Y lo mismo para los Abilicos y Cadabros, en Morcín y Riosa, en la montaña central asturiana, separados por 5 Km. (Maya y Cuesta 2001: 257-258). Estos dos últimos ejemplos marcan el límite occidental de los epígrafes con *gentes*, en el curso de río Nalón, puesto que más hacia el occidente, en el del Narcea, ya lo que encontramos son los epígrafes con C invertida (Cid 1990: mapa 1). Quizás sea menos claro el caso de los Luggones Arganticaenos de Grases y de los Cilaridos, a poniente de la ría de Villaviciosa, puesto que tradicionalmente se vincula a los Arganticaenos con la población de Argandenes (Piloña) (Mangas 1990: 219), en donde se encuentra el castro homónimo,

precisamente situado en la zona mencionada más arriba de concentración de epígrafes. En definitiva, exceptuando el caso de los Cilúrnigos, en el resto de epígrafes ninguno supera los 10 Km. con respecto a la *gens* más cercana, con una media de 6,6 Km. Por ello en unos 3 Km. se llegaría al radio de acción de otra *gens* lo que ha llevado a estos autores a correlacionar dichos territorios con los de los castros y, en definitiva, a respaldar arqueológicamente del mismo modo tanto a los *castella* como a las *gentes*, es decir, mediante los castros, por lo que ambos términos pueden equipararse en este sentido (Maya y Cuesta 2001: 257). Como vemos estos cálculos son bastantes parecidos a los obtenidos para la fase II en Llagú y los castros de los alrededores (capítulo 4), situados más hacia el oeste que el conjunto epigráfico de Piloña/Parres, en el surco prelitoral Uviéu/Oviedo-Cangues d'Onís, del que Piloña forma parte. Como crítica o matiz a esta identificación entre castros y *gentes* podríamos argumentar que en un territorio como el centro-oriental asturiano, en donde parece que muchos castros fueron abandonados nada más realizarse la conquista (Moriyón, Caravia), podría pensarse perfectamente que en un momento dado el referente poblacional para las *gentes* pudiera haberse trasladado de los castros a las aldeas abiertas que sustituyeron a los poblados fortificados, y que en muchas ocasiones hay que buscar en las inmediaciones de los propios castros. La reciente aparición de restos de un cementerio de época romana (vidrios, cerámicas, huesos) en la aldea de Argandenes, al pie del castro homónimo<sup>2</sup>, podría estar en la línea de lo que proponemos, e igual habría que vincular a los *Luggoni Arganticaeni* del epígrafe más con este tipo de poblamiento abierto que con el castro en sí. Lo que no tendría sentido es equiparar estas *gentes* con las *civitas* de las divisiones administrativas romanas (en contra de González Rodríguez 2000: 45), ya que sino tendríamos que entender que en un territorio mínimo del concejo de Piloña habría tres *civitates*, algo raro si pensamos que los autores clásicos mencionan 22 *populi* / *civitates* para todo el *Conventus Asturum*. Para la zona de la Cordillera Cantábrica más bien habría que pensar que tanto las *gens* / *gentilitates* como los *castella* se pueden identificar con castros, y que en ambos casos fueron los núcleos de población básicos de las *civitates* durante los dos primeros siglos de la Era, a la par que en éstas fueron apareciendo novedosos tipos de poblamiento (*villae*, *vici*) que acabarían sustituyendo al poblamiento castreño.

Desde esta perspectiva las identidades colectivas castreñas cantábricas no difieren tanto de las del Noroeste, pese a que algunos aboguen por lo contrario (Pereira Menaut 1983: 188). Más aún si pensamos que los epígrafes con C invertida no sólo se

<sup>2</sup> Excavaciones dirigidas por Rogelio Estrada, aún inéditas, dadas a conocer por la prensa (Blanco 2010).

reparten por el Noroeste sino que un buen porcentaje de los mismos los encontramos también en el territorio occidental cantábrico perteneciente a la *Asturia* romana, en concreto en el Bierzo y para la parte transmontana hasta el Narcea como límite oriental (Mangas y Olano 1995: 346-347; Fernández Mier 1995: 374). De hecho para algunos, aunque los Albiones del río Navia y los Pésicos que llegan de la costa a Tinéu y al alto Narcea sean *civitates* en donde se utilice la fórmula del *castellum*, y los luggones y vadinienses sean *civitates* en donde no vemos la C invertida y sí las *gentilitates*, no habría porque diferenciar el aspecto territorial del gentilicio, la organización territorial de la organización familiar, en ninguno de los dos casos (Fernández Mier 1995: 372-374). Justo sobre el límite conventual que es el río Navia vemos recientemente un epígrafe con referencia al CASTE[L]LV[M] o CASTEL[L]O en el propio Castro de Pelóu (Villa, De Francisco y Alföldy 2005: 274), que además de su secuencia histórica para toda la Edad del Hierro posee claras evidencias de ocupación y reformas altoimperiales. Ese epígrafe podría demostrar la relación de la C invertida con los poblados castreños. Además se ha planteado que este *castellum* sea una circunscripción administrativa menor de la *civitas* *Ocela*, asociada con el Chao Samartín como capital de la misma o *caput civitatis*, como se deduce de la inscripción de una cerámica encontrada en éste. De hecho la inscripción “COPIAM [.] VROFLAVIENSES SALVTEM OCELAE FELICITER” vincula a Ocela (Chao Samartín) con los Buroflavienses, que se puede identificar con Puebla de Burón (cerca de A Fonsagrada, Lugo), a 26 Km. o un día de camino, es decir, como un regalo entre dos contingentes de romanos, puede que de militares, de dos *civitates* vecinas de la Gallaecia, a partir de época flavia. La segunda de las *civitates* es citada por Ptolomeo en el s. II d.C. (Francisco y Villa 2003/2004: 18-25). No es de extrañar que este epígrafe sólo haga mención a la *civitas*, al sistema de división administrativa romana, puesto que está realizado por romanos, seguramente militares. Se trata por tanto de un castro, el Chao Samartín, completamente transformado y elegido como *caput Civitatis* de una *civitas* donde tuvo especial importancia la explotación del oro, y de la que pasarían a depender todos los castros y núcleos de población de esta nueva división administrativa romana. Por lo tanto Ocela puede hacer referencia tanto al castro del Chao Samartín como a la *civitas* que depende de su administración, pero también conocemos otros términos que hacen sólo referencia a los habitantes de un castro, y al castro en si, como es el aparecido en otra vasija de cerámica común romana en el Chao Samartín, en la que se puede leer “ILLANIANIVM”, es decir, “de los habitantes de *Elanium*”, “de los Elanianos”, o lo que es lo mismo, de los habitantes del castro que aún hoy es conocido como el Castellón de Eilao (castellanizado a Illano),



**Figura 5.16:** cerámica común romana del Chao Samartín con epígrafes que hacen referencia a topónimos (a partir de Francisco y Villa 2003/2004, modificado).

que puede que proceda de un antropónimo (Francisco y Villa 2003/2004: 26), pero que está haciendo referencia sólo a los habitantes de un castro, bajo un término común que los identifica. Los habitantes del castro de *Elanium* (Eilao) que parecen estar haciendo un regalo a los de la posible capital de la *civitas* a la que pasarían a pertenecer tras la conquista, que se encuentra a 30 Km. (un día de camino) aguas arriba del Navia. En este sentido el castro de *Elanium* se

puede identificar como un *castellum* más de esta *civitas* cuya capital es el Chao Samartín y diferente a la *civitas* de los Albiones del bajo Navia (fig. 5.16).

El otro epígrafe encontrado en Peláu es también interesantísimo porque nos sitúa ante el desarrollo del sistema administrativo romano pues se trata de una *tabula censualis* en la que se refleja el número de varias decenas de individuos o grupos familiares sometidos a control tributario (Montes y otros 2009: 321; Francisco y Villa 2003/2004: 28). De hecho, si tenemos en cuenta que el río Narcea sería el límite oriental de los epígrafes con C invertida, lo que coincide precisamente con el límite oriental de la explotación romana del oro, y así mismo, con el sector cantábrico en donde la mayoría de los castros tuvieron una segunda vida de la mano de dicha explotación, podríamos pensar entonces que la generalización del término *castellum* se deba más a la consideración que el personal militar y administrativo romano pasó a tener de estos asentamientos fortificados, y refortificados por ellos mismos, y muy efectivos en el control policial del territorio, que por traducir formas de identidad previas. No creemos por tanto que la zona en donde hay epígrafes con C invertida (*castella*) se haga referencia a una identidad exclusivamente topográfica mientras que la de *gens/gentilitas* lo haga a una familiar, puesto que, como hemos dicho, en ambos sectores cantábricos hay castros con poblamiento estable desde comienzos de la Edad del Hierro, fundamentos de la identidad colectiva prerromana y altoimperial, y con los que debemos vincular redes de parentesco precisas u organizaciones familiares, tanto a oriente como a occidente del valle del Narcea. Es decir, que tanto a oriente como occidente de este río se puede deducir un sentido de identidad topográfica, castreña (capítulo 4), que perduraría y se diluiría progresivamente a lo largo de los dos primeros siglos de la Era. Lo que debió ocurrir es que al occidente del río Narcea, debido al especial papel que jugaron los castros para Roma en la explotación territorial particular de este sector (minería del oro), se desarrollaría el término *castellum* para definir a los castros readaptados por Roma para sus fines, lo que hizo que los indígenas de este sector, que seguían teniendo sus identidades colectivas fundamentadas en el poblado en el que vivían, como demuestran claramente los epígrafes de Nicer Clutosi, el de los Lougeios, en la tabula del Courel o el de *Elianum*, fueran asumiendo dicho término latino para referirse a sus poblados. Como dijimos, que el valle del Narcea sea también el límite cultural oriental de un tipo de arquitectura pétrea, más allá del cual lo que predomina es la arquitectura de materiales perecederos (capítulo 4), indicando diferencias culturales claramente rastreables por medio de la Arqueología entre el centro-occidente y centro-oriente asturiano, pudo también ayudar a la implantación y uso de esa diversidad de términos

(*castella*, *gens / gentilitas*) para referirse a los castros durante los dos primeros siglos de la Era.

Por mucho que el término latino *castellum* se usara en otras partes del Imperio, con lo que se justificaría que no pueda referirse a los castros prerromanos (Orejas, Sánchez-Palencia y Sastre 2002: 254), en el occidente cantábrico y en el Noroeste la única realidad de poblamiento heredada de momentos prerromanos es el castro, por lo que para nosotros no hay duda de que este término sí se refiere a los poblados fortificados castreños. De hecho podemos plantearnos hasta que punto es diferente la zona de C invertida (*castellum*) de la de *gentilitates* cuando por ejemplo en toda Asturias observamos la alta frecuencia de los topónimos *castiellu*, *castiel.lu*, *castiello*, *castiel.lo*, *castello*, *castelo*, etc. para nombrar a los castros (capítulos 3 y 4), términos que precisamente derivan del latino *castellum*, que a su vez es un diminutivo de *castrum* -campamento-. Los derivados de *castrum* y *castellum* pervivieron ampliamente en las lenguas neolatinas en la forma de topónimos que designaban campamentos, destacamentos y poblados fortificados. Pese a que los arqueólogos hayamos convenido en denominar como castros a los poblados fortificados de la Edad del Hierro los autores clásicos nombraron a estos mismos poblados preferentemente como *castella*, aunque a lo largo de la Edad Media se puede apreciar la alternancia de los términos “castro” y “castello” para referirse a los mismo enclaves, con una alta indefinición de ambos términos en las crónicas medievales (González y Fernández-Vallés 1952: 353-354; García Arias 2000: 229-231; Gutiérrez González 2002: 302). Pese a esta ambivalencia toponímica medieval, y a que en la actualidad en muchos lugares donde hay poblados fortificados de la Edad del Hierro se pueden constatar topónimos provenientes tanto de *castrum* como de *castellum*, podríamos pensar que muchos de los topónimos *castiellu*, *castelo*, *castiello*, etc. asociados a castros proceden de época romana. Lo interesante es que éstos no se limitan al área de epígrafes con C invertida.

En líneas generales compartimos algunas de las críticas que le realiza Marco García Quintela (2007: 336-337) a Gerardo Pereira cuando este último asegura que la ausencia de formas de parentesco entre los castreños de la Gallaecia indicaría que la forma básica de organización sociopolítica entre los indígenas debió de corresponderse con el castro, ya que para el primero de ellos la organización familiar debió de tener también un peso especial entre los castreños del Noroeste. No obstante, como hemos dicho más arriba, sí que creemos en el castro como fundamento de la identidad colectiva castreña en el ámbito centro-occidental cantábrico. Como comunidades político-territoriales autónomas los castros pudieron ser asumidos fácilmente por el sistema político imperial y funcionarían como referentes del *origo* de sus habitantes, que es cuando comenzaríamos a ver los

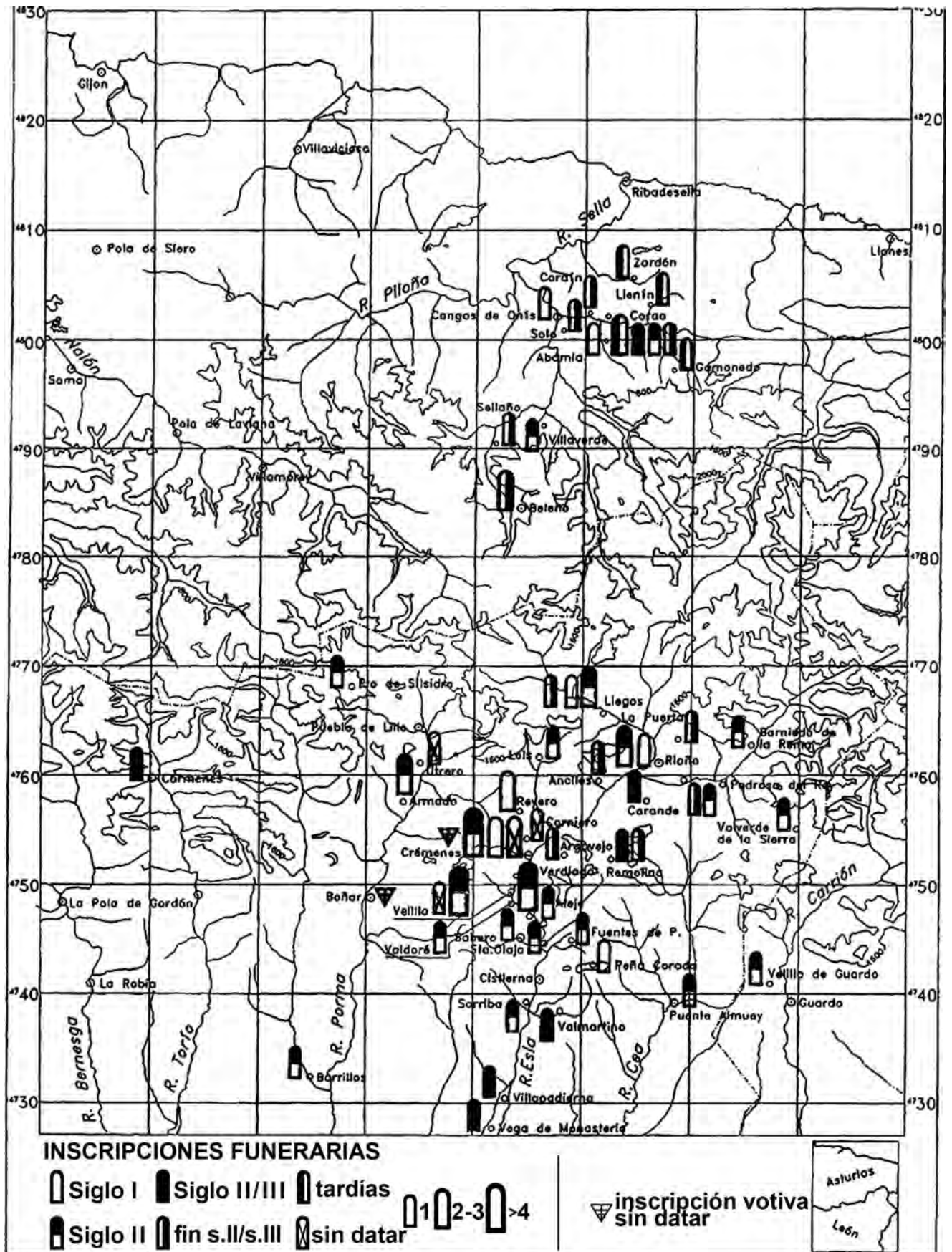


Figura 5.17: distribución, tipología y cronología de las inscripciones de la *civitas vadiniense* (a partir de Sastre 2001, modificado).

epígrafes con C invertida. Al avanzar la romanización los *castella* se verían obligados a integrarse en sus respectivas *civitates*, perdiendo su independencia inicial

(Pereira en García Quintela 2007: 336-337). Dichos epígrafes con C invertida (*castellum*), relacionados directamente con la “cultura castreña”, pertenecerían



**Figura 5.18:** ejemplo de epígrafe vadiniense del grupo septentrional: estela funeraria de Voconia Careca (Cangues d'Onís). Nótese la esvástica en la parte superior (en Reyes Hernando 1998, sobre fotografía de Astur Paredes).

sólo al s. I d.C., y comienzos del II (Pereira Menaut 1983: 182-183) momento tras el cual sólo se observa la mención exclusiva a la *civitas*. Ello se ha vinculado con la concesión del *ius Latii* por Vespasiano (73/74 d.C.) (Pereira y Santos 1980). Por lo tanto, si los epígrafes con C invertida están bien datados, corroborarían la cronología que desde un punto de vista arqueológico le damos al final de los castros a lo largo del s. II d.C. (ver más adelante) y nos permite afianzar la idea de que las identidades colectivas prerromanas estuvieron fundamentadas en el castro durante la Edad del Hierro (capítulo 4) y justo tras la conquista, tras lo cual, a lo largo del s. I d.C. y comienzos del II, fueron basculando hacia la nueva división administrativa y territorial básica impuesta por Roma, la *civitas*, hasta el punto de que a lo largo del s. II d.C. los castros habían dejado de tener su tradicional funcionalidad defensiva y su significado de identificador colectivo del grupo. De hecho la transformación de las identidades colectivas y el cambio cultural fue de tal calado que los

castros, ejes de la vida prerromana, dejaron de tener sentido para los propios indígenas hasta el punto de que, los que todavía quedaban habitados, fueron definitivamente abandonados.

En un sentido similar la epigrafía de la *civitas vadiniense* suele entenderse como tardía, de los ss. II y III d.C., aunque alguno podría llevarse al s. I d.C. (Sastre 2001: 234), o entre los ss. II y IV d.C. de forma general (Reyes 1998: 21). De las más de 24.000 inscripciones latinas que se conocen para *Hispania* sin duda el grupo de estelas vadinienses, repartido entre el oriente de Asturias y el noreste de León, ha sido uno de los que más páginas se le han dedicado, seguramente por lo excepcional del conjunto, con unos 80 ejemplares repartidos entre la zona montañosa del alto Esla y la cuenca del Sella en el oriente asturiano. Poseen unas características comunes como es la especificación del *origo* Vadiniense casi siempre mediante la abreviatura *Vad* (Martino 2002: 143-144) (fig. 5.17). En las estelas vadinienses vemos otro argumento a favor de la artificialidad de la *civitas* y no ya de su escaso contenido étnico, sino cultural, puesto que existen notables diferencias entre los diversos grupos “vadinienses”, ya que el grupo norte o asturiano se caracteriza por la onomástica indígena, mientras que en el sur (en torno a Riaño), destaca la onomástica romana y la fórmula D M (Dioses Manes) comparte protagonismo con la de M (*monumentum*), algo que no sucede al norte. Además, a nivel decorativo los torques sólo los vemos en los leoneses (González y Santos 1984: 89-90, 94) (fig. 5.18). Diferentes ritmos y formas de romanización rural dentro de una misma *civitas* montañesa que podrían indicar diferentes lazos y relaciones culturales prerromanos, siempre a una escala más pequeña que la de la *civitas*.

Si el *castellum* de los epígrafes es el castro del registro arqueológico, según afirma Albertos (1988), ya que incluso hay topónimos actuales que coinciden (en Sastre 2001: 187), y hemos defendido un correlato similar para los epígrafes con mención a las *gens / gentilitas*, en donde no sean excluyentes las formas de identidad colectiva basada en el parentesco y a su vez en la identificación colectiva con el poblado fortificado, con el castro, ¿sería posible poder relacionar los epígrafes vadinienses en los que aparece explicitado el gentilicio (Corovesum, Arcaedunum, Armunimorum...), aparte de la *civitas vadiniense* en sí, con alguno de los castros de este sector cantábrico (capítulo 4)? Si asumimos las fechas propuestas para esos epígrafes y, sobre todo, que por la propia evolución de los epígrafes se percibe como el término Vadiniense se va asumiendo como propio por parte de los indígenas hasta el punto de que es el único que perdura, mientras que los gentilicios desaparecen por completo de los epígrafes (Reyes 1998: 24), podríamos pensar entonces que el recurso a los gentilicios perduró mientras el poblamiento castreño estaba en



uso o hacía muy poco que había desaparecido, ya que realmente los epígrafes suelen aparecer en lugares abiertos (Sellaño, Beleño, Corao) más propios de *vici* de tipo romano que de emplazamientos castreños.

En este sentido en el epígrafe de Collía (Parres) vemos un dedicante indígena (Bovecio, hijo de Bodero) a los dioses Manes, ciudadano Orgenomesco, de la gente de los pombelos (Santos Yanguas 2000: 110). Si pensamos que existe otro epígrafe a los orgenomescos en Fuentes, en el mismo concejo de Parres, ya sin referencia a ninguna *gentilitas* y que justo a 2 Km. al oeste de Collía se encuentra Cofiño (de *confinium*) podríamos entender que seguramente sean estas estribaciones orientales del Suevo, y no río el Sella en si mismo, lo que marque el límite entre los conventos Cluniense y Astur, o lo que es lo mismo en este punto, entre las *civitates* de orgenomescos y luggones, y que, por lo tanto, esos epígrafes a orgenomescos estén dentro de los límites establecidos por Roma para esa *civitas*. De este modo castros muy cercanos entre si y con una cultura material tan semejante (bajorrelieves con entrelazados) como son el de Argandenes (Piloña) y el del Picu Faéu (Castiellu, Parres) (ver capítulo 4) pasarían a integrarse en la fase III no sólo a dos *civitates* distintas (luggona y orgenomesca respectivamente) sino también a dos conventos distintos (Astur y Cluniense). Así, aunque se suele situar a la *civitas* de los orgenomescos entre el Sella y el Nansa (Santos Yanguas 2000: 108), es posible que, como la toponimia y la epigrafía ponen de manifiesto, este límite occidental se separe a veces del río. De hecho, si en la costa el límite del Sella se movió hacia el oeste para alcanzar las primera estribaciones del Suevo (Cofiño, en la subida al puerto de El Fitu) hacia el interior vemos también estelas vadinienses al oeste del Sella (Reyes 1998: 19), por lo que es posible que también el límite conventual esté desplazado hacia el oeste con respecto al Sella, y no tanto por las montañas de la margen izquierda de este río (Morillo 1995: 49), sino por las sierras de la margen izquierda del río Ponga quedando todo el concejo de Ponga y todas las estelas vadinienses dentro del *Cluniense* (Martino García 1998: 250 y mapa). De aquí, pasando por el puerto de Tarna, se enlazaría con el pueblo leonés de Cofiñal, con un topónimo paralelo al de Cofiño, y a una longitud también parecida, y con restos supuestamente romanos, ya que se entiende que por aquí viene de Asturias una vía de época romana, en concreto del mencionado puerto de Tarna, y que en este punto de Cofiñal cruzaría el río (Rabanal 1984: 138). De Cofiñal ya puede tender hacia el Esla, pasando antes por Puebla de Lillo, y ya ser este río el límite conventual por la provincia de León, con lo que se dejaría también el grueso del grupo vadiniense del norte de León dentro del mismo convento que el grupo asturiano.

De todos modos por los lugares de hallazgo de los epígrafes de los Orgenomescos, que al igual que los

Vadinienses son una de las nueve *civitates* de los Cantabros o *Conventus Cluniense*, también sea posible vincularlos más sencillamente con algún tipo de poblamiento abierto que con castros, lo que concuerda bien con el carácter tardío de estos epígrafes (s. II-III d.C.) y con que sólo se mencione en ellos la *civitas* como referente identitario (González Rodríguez 2004: 24-29), lo que quiere decir que el castro como identificador colectivo indígena ya se había diluido completamente. En ese sentido es interesante que el epígrafe con mención a Orgenomescos de Torrevega (Llanes) saliera en la vega del río Les Cabres (Santos Yanguas 2000), junto al mencionado pueblo en el que destacan los restos de una torre medieval, lo que encaja bien en el modelo que defenderemos más adelante por el cual a partir del s. II d.C. los castros fueron sustituidos por aldeas abiertas, que son el fundamento de muchas aldeas actuales. O el de Llenín, donde se ve el casamiento de una mujer vadiniense con un hombre orgenomesco, a menos de un kilómetro del posible castro de La Cotería de El Táran.

La combinación de toda esta información arqueológica y epigráfica nos hace ver como todo el centro-occidente cantábrico tuvo procesos similares de desintegración de las identidades grupales indígenas tras la conquista romana, que habían estado fundamentadas en el castro, en la aldea que ocupaba cada grupo y que era políticamente independiente. Partimos de la equiparación de los términos *castellum* (C invertida) y *gens* / *gentilitas* de la epigrafía, pues creemos que ambos hacen referencia a esas formas de identidad topográfica entrelazada con redes familiares heredadas de la Edad del Hierro. Quizás la clave en este sentido sea la vinculación de la zona cantábrica con referencias epigráficas a *castella* (castros) con la zona de minería de oro romana (desde el río Narcea hacia el occidente) y con la segunda vida de muchos castros en este sector de la mano de los intereses y estrategias de explotación romanas (ver más abajo). Es probable que por este motivo el poblamiento castreño, como veremos, terminara antes en la zona en donde no hubo explotación de oro (en este sentido es llamativa la ausencia casi total de materiales romanos en castros de la fase II como El Picu'l Castu de Caravia o El Castiellu de Moriyón) que en la que sí, de la cuenca del Narcea hacia el occidente o que en el norte de Galicia en general, en donde vemos todavía ocupación de castros en el Bajo Imperio y en la Alta Edad Media. De hecho hemos visto como epígrafes con mención a *gens* / *gentes* y genitivos de plural (tanto de los luggones, como de los orgenomescos y vadinienses, es decir, tanto del convento Astur como del Cluniense), se vinculan espacialmente preferentemente a fondos de valle, es decir, a los lugares de presunto poblamiento en abierto que sustituyeron a los castros, más que a los castros en si. Por ello es posible pensar que estos grupos, pese a



mantener formas de identidad colectivas fuertemente locales, basadas en el colectivo aldeano, al abandonar tras la conquista de una forma tan rápida el poblamiento castreño y sustituirlo por unas aldeas abiertas que en muchos casos se encuentran en los alrededores de los propios castros, los términos que utilizaron para autonombrarse colectivamente hacen referencia exclusivamente a los lazos familiares que les identifican como grupo (*gens*, *gentilitas*, genitivos de plural), pero ya no al castro (*castellum*), pues este ha dejado de ser habitado.

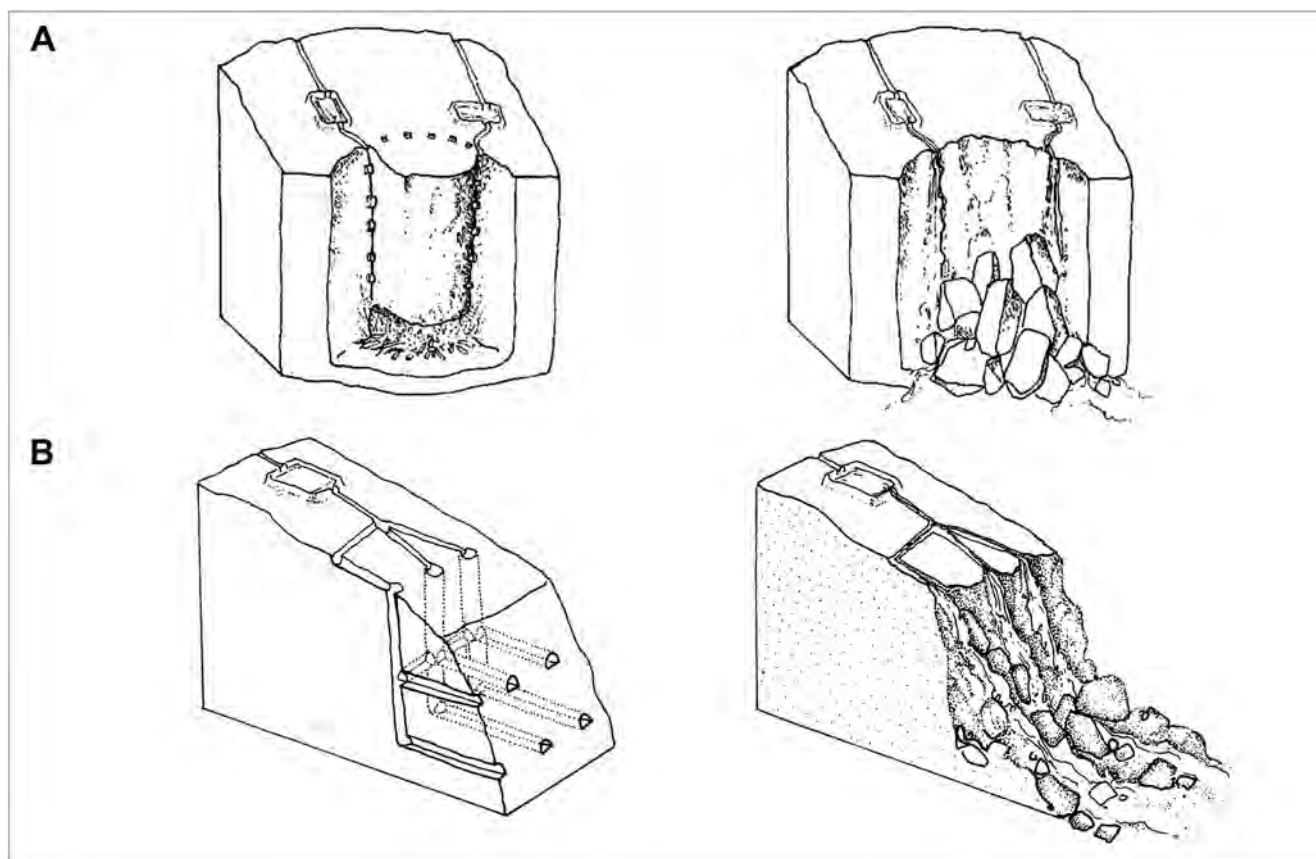
Por el contrario en la zona de explotación de oro, esta segunda vida de los castros durante la fase III hizo posible la referencia al poblado fortificado como identificador colectivo indígena. Como vimos (capítulo 4), la identidad topográfica fundamentada en el castro y la identidad colectiva centrada en lazos de parentesco serían dos caras de la misma moneda en el conjunto del sector centro-occidental cantábrico. De todos modos lo que se aprecia en ambas zonas, bien en la que la identidad colectiva siguió anclada a los castros, como en la que las identidades aldeanas se transfirieron de los castros a las aldeas abiertas que los sustituyeron, es que durante la fase III aquellas identidades colectivas fundamentadas en la aldea (sea esta fortificada o no), heredadas de la Edad del Hierro, fueron siendo sustituidas gradualmente por nuevas identidades de claro cuño romano, como son las fundamentadas en la *civitas* / *populus*, que son las únicas mencionadas por los autores clásicos, lo que indica que son términos clasificatorios eminentemente romanos, al contrario que *gens*, *gentilitas*, *castellum* o genitivos de plural. La referencia a la *civitas* / *populus* como referente de identidad estaría impulsado y sería relevante al menos por parte de aquellos miembros de la elite indígena que son a los que debemos responsabilizar de los epígrafes que conocemos, y que serían los que más intereses tendrían en asimilar las formas culturales romanas, como una forma de distinción social. Frente a ello, no obstante, no habría que descartar que a partir de finales del s. II d.C., cuando desaparecen los castros en el sector cantábrico incluso de la zona de explotación aurífera, las aldeas abiertas que sustituyeron de forma generalizada a las aldeas fortificadas siguieran funcionando como el nuevo condicionante efectivo de las identidades colectivas de la gran masa de población indígena.

### 5.2.3 La explotación estatal de los recursos cantábricos.

La zona con más minería aurífera en época altoimperial fue el *Conventus Asturum*, especialmente todo su reborde occidental, aunque se comparte el protagonismo con el *Lucense* (Domergue 1990). Fueron explotados tanto yacimientos primarios (mediante trincheras, cortas a cielo abierto o sobre filón) como secundarios (lavados superficiales, series

de surcos en arado, zanjas-canales, cortas de arrastre, cortas de minado, que se denominan en época clásica “ruina montium” o “arrugia”) y explotación sobre aluvión en general (Sánchez Palencia 1980: 218). Los yacimientos secundarios, especialmente los placeres fluviales, se concentran al norte del Duero y oeste del Narcea. Estos serían los que en principio se explotasen por las poblaciones prerromanas, especialmente con la bajada del nivel de los ríos en el estío. Es posible que para la necesidad de oro de las poblaciones prerromanas cantábricas, cuyas producciones se concentran, como vimos, en su extremo occidental, no se necesitara más tecnología que la del bateo en los placeres fluviales dentro del territorio de explotación de los castros (Sánchez Palencia y Pérez García 1983: 231; Sastre 2008: 1033), puede que durante el parón de los trabajos agropecuarios que supone el periodo estival y siempre y cuando hablemos de la zona aurífera, claro está, que se corresponde con el occidente de nuestra zona de estudio. Pero ello no quita para que planteemos también la posibilidad de pudieran haber existido ciertas explotaciones de yacimientos primarios mediante minas y galerías ya en época prerromana, puesto que para el cobre las vemos desde época neolítica (capítulo 4).

Respecto a los yacimientos primarios asociados a calizas, cuarcitas y pizarras se ven por la región asturleonera y oriente de Galicia, mientras que los que van vinculados a rocas intrusivas se aprecian especialmente en las zonas graníticas y en filones de cuarzo del occidente de Asturias, y sobre todo en el occidente de Galicia y norte de Portugal. Este tipo de yacimientos primarios es sobre los que se centró la explotación romana (Sánchez-Palencia y Pérez 1983: 227-231) (fig. 5.19). Es interesante constatar como la explotación de estos recursos auríferos comenzó nada más terminar la conquista militar. En el río Órbigo los poblados mineros excavados por Domergue tienen fechas del 15-20 d.C. (Ibid.: 237), por lo que 30 o 40 años después de haber terminado la conquista ya se ve este sistema de explotación a gran escala en marcha. De hecho debió mediar muy poco tiempo entre que se remató la conquista del Norte y se comenzaron a explotar masivamente los recursos auríferos. Tanto sobre argumentos arqueológicos como históricos se puede pensar que en los primeros años del s. I d.C., y puede incluso que antes del cambio de Era, el estado romano ya estaría explotando masivamente este preciado metal en el Noroeste y que sobre el año 50 ya se encontraban a pleno rendimiento importantes explotaciones auríferas del occidente asturiano (Sánchez-Palencia y otros 1998: 160; Villa 1998c; 2003: 127; 2010b: 103-105). Habría que entender este proceso dentro de la lógica de los acontecimientos marcada por diferentes decisiones de Augusto, como son la reforma provincial del 27 a.C. o la reforma monetaria del 23 a.C., que pudo ser planteada por saberse que ya disponían de las reservas auríferas del



**Figura 5.19:** esquema de la explotación romana tipo *ruina montium*. A. Sobre yacimientos auríferos primarios (roca); B. Sobre yacimientos auríferos secundarios (aluvión) (a partir de Maya 1990, modificado).

septentrión hispano, por lo que es bastante probable que nada más finalizar la contienda se comenzaran a explotar las minas cantábricas (Villa 2003: 127). Ello es rastreable arqueológicamente en la similitud formal de algunos campamentos romanos de conquista con los de otros vinculados a las minas, así como en las tempranas reformas, *manu militaria*, de algunos castros del occidente cantábrico vinculados a territorios con riquezas auríferas.

Supuestamente la explotación del oro del occidente cantábrico fue más una consecuencia que una causa de la conquista del Norte, en donde primarían los factores políticos, de estrategia, propaganda y prestigio político de Augusto, antes que los factores exclusivamente económicos, como sería el precario estado del erario romano tras las Guerras Civiles (en Fernández Ochoa 1990: 144). Sea cual fuese la principal motivación para la conquista del norte peninsular la cuestión es que las minas fueron de propiedad estatal y de explotación directa por parte del estado, debido a la vinculación del oro con el sistema monetario imperial, ya que tras la reforma de Augusto el oro pasó a ser el patrón de referencia y se comenzó a acuñar moneda en este metal. Esa explotación directa se hizo a partir de la imposición de las minas al sistema administrativo local bajo la supervisión de funcionarios del fisco, primero *praefectus* y desde fines del s. I d.C. *procuratores*, que actuaban principalmente desde *Asturica Augusta* y en estrecho contacto con la

capital provincial, *Tarraco* (Sastre y Sánchez-Palencia 2002: 219). El ejército tuvo un papel fundamental en la explotación del oro, tanto a nivel técnico como de vigilancia, como se desprende de la epigrafía de algunas zonas como el Duerna y Astorga, del sistema de campamentos estables creados desde los primeros momentos de la conquista al sur de la Cordillera Cantábrica (Sánchez-Palencia 1995: 146-147), así como de los campamentos estables y semiestables en las propias áreas de explotación y de los propios militares romanos instalados en castros cantábricos.

Las zonas de minería aurífera del occidente leonés y asturiano y del este de Lugo, principalmente, fueron explotadas con población indígena local, bajo cuadros administrativos romanos. El carácter de la explotación y de la propiedad era estatal y los trabajadores libres. Aportar trabajadores para las minas era una de las obligaciones de la *civitas* con el Estado. No se ven ni esclavos ni trabajadores asalariados, lo que es coherente con las escasas monedas del registro arqueológico. En estas zonas mineras cabría esperar un papel más activo de las élites locales que en el resto del territorio conquistado, y en epigrafía podría verse, por ejemplo en Asturias, como al oriente destacan los epígrafes funerarios y con onomástica peregrina, y al occidente, zona minera, más los votivos y la onomástica más romanizada (Sastre 2001: 262), por lo que podría entenderse que la explotación del oro fue un mecanismo que aceleró la romanización de ciertos

sectores, y en concreto, del extremo occidental cantábrico, como también veremos arqueológicamente.

Las explotaciones mineras no estaban encuadradas en las *civitates*, sino que eran *metalla publica* y por lo tanto *ager publici*, formando islas de este tipo de suelo dentro de los territorios de algunas *civitates*. Estaban controladas por el fisco, pero no sólo las minas, sino también los lugares por donde pasaban los kilómetros de canales, o el agua en si. Los trabajadores que estaban obligados a hacer jornadas en las minas también trabajarían en otras labores relacionadas, como en los campos de cultivo necesarios para mantener la alimentación de toda la mano de obra, y seguramente los castros de altura por donde pasan los canales mineros tuvieran labores vinculadas al mantenimiento de dichos canales e infraestructuras necesarias para el funcionamiento de las minas. El ejército controlaría y supervisaría estos trabajos. Además, los militares fueron fundamentales en la planificación de las explotaciones mineras, y en concreto en el diseño de todas las conducciones de agua necesarias para la explotación del oro (Sastre 2001: 122-124, 260 y nota 65; Sastre y Sánchez Palencia 2002).

Se ha dicho que asentamientos de planta totalmente romana como puede ser Huerna o Las Pedreiras de Lago, ambos en la Valduerna y relacionados con la explotación de Las Médulas, serían para los militares que controlaban ese trabajo, aunque también pudieron ser posibles núcleos de centralización de la labor gestora de las elites locales. Algunas *civitates* como *Bergidum Flavium* funcionarían más como centralizadoras de la organización y control regional de las minas, que como estructuras de integración de las comunidades indígenas. Sería, en definitiva, el núcleo central de la minería de El Bierzo occidental (Sastre 2001: 122-124, 260 y nota 65; Sastre y Sánchez Palencia 2002). En esta misma línea veremos más adelante qué papel tuvieron algunos castros del occidente cantábrico en la explotación romana del oro.

A partir de la conquista y como parte del proceso de integración del territorio en el imperio hay determinadas áreas en las que se pusieron en marcha procesos rápidos y profundos de reorganización territorial. Estos procesos son especialmente claros y llamativos en zonas ricas en oro, como son las que rodean Bragança, las del occidente de Zamora, León y Asturias, y las de la parte oriental y más montañosa de Lugo y Ourense (Parcero y otros 2007: 244-245), en donde vemos que se inserta una buena porción del occidente cantábrico. Fruto de ello es la reorganización amplia del poblamiento, para movilizar a la mano de obra indígena para las explotaciones y crear una infraestructura adecuada. Injustificadamente se ha propuesto que precisamente ello coincide con unos “territorios que (...) muestran, antes de ahora, un

poblamiento poco denso, más tardío y notablemente menos complejo que otras partes del Noroeste” cuya área mejor estudiada sería la zona de Las Médulas (Parcero y otros 2007: 245). Para tales afirmaciones se parte de la idea de que en la zona de Las Médulas y del bajo Bierzo no se habría documentado aún un poblamiento “castreño” de la fase I y en que algunos de los castros excavados de la zona son “castros mineros”, creados o impulsados por Roma con el fin de explotar los yacimientos auríferos. Ello nos lleva de lleno a la problemática de los castros mineros, para los cuales se lleva bastantes años defendiendo que son fundaciones romanas en zonas mineras para albergar a las gentes que trabajaron en las minas de oro, en función de los intereses romanos, como supuestamente se podría ver en A Torre de O Caurel, Santa María de Cervantes en Os Ancares, el Chano en el alto Bierzo (León), el castro de Trcuhas y el de Corporales para el occidente leonés, o San L.uis en Asturias. No todos serían fundaciones *ex novo*, pero sí la mayoría, dándose por hecho la fundación de “buena parte de los castros” en época romana en multitud de autores sin aportar pruebas claras al respecto (Sánchez-Palencia 1980: 226, 228; Sánchez-Palencia y Pérez 1983: 243; Ayán 2008: 968; Orejas 1996: 56). También se ha dicho que viendo estos ejemplos podría pensarse que los romanos reutilizaron la tradición arquitectónica castreña para diseñar nuevos modelos espaciales en áreas significativas y todavía habitadas por indígenas. Ello evidenciaría la relación ambivalente entre continuidad y cambio, la modificación de las mentalidades y cómo la arquitectura castreña siguió aún teniendo fuerza (Ayán 2008: 969).

En general las propuestas que defienden la creación de castros mineros en época altoimperial y auspiciados por el poder romano, pero paradójicamente manteniendo una fisonomía y arquitectura prerromana, se fundamentan por un lado en modelos de poblamiento del área cantábrica y del noroeste leonés de los que se deducen cronologías, pero sin contar ni con materiales ni con dataciones que las corroboren, o mejor dicho, obviando los materiales y las dataciones prerromanas de la mayoría de estos castros. Por otro lado se siguen los modelos interpretativos generados en las excavaciones de O Caurel (Luzón y Sánchez-Palencia 1980), ancladas aún en un fuerte paradigma romanista, así como en las propuestas de Margarita Fernández Mier (1999) para los concejos asturianos de Miranda y Somiedu, cuyo paisaje castreño también se vio profundamente alterado por la explotación aurífera romana, siendo una tesis válida y novedosa en multitud de aspectos, pero que creemos que yerra a la hora de interpretar la secuencia histórica y, en concreto, las fases postreras de los castros, ya que también se halla imbuida en el paradigma romanista que caracterizó a la investigación asturiana hasta al menos mediados de los años noventa, y que explicaban todo lo castreño como



**Figura 5.20:** coronas de fundación romana orientadas a la explotación minera en la sierra del Teleno (León): izquierda, vista aérea de la Corona de Boisán, con doble foso defensivo y su forma muy regular; derecha, detalle del doble foso defensivo de la Corona de Quintanilla (a partir de Domergue 1971, modificado).

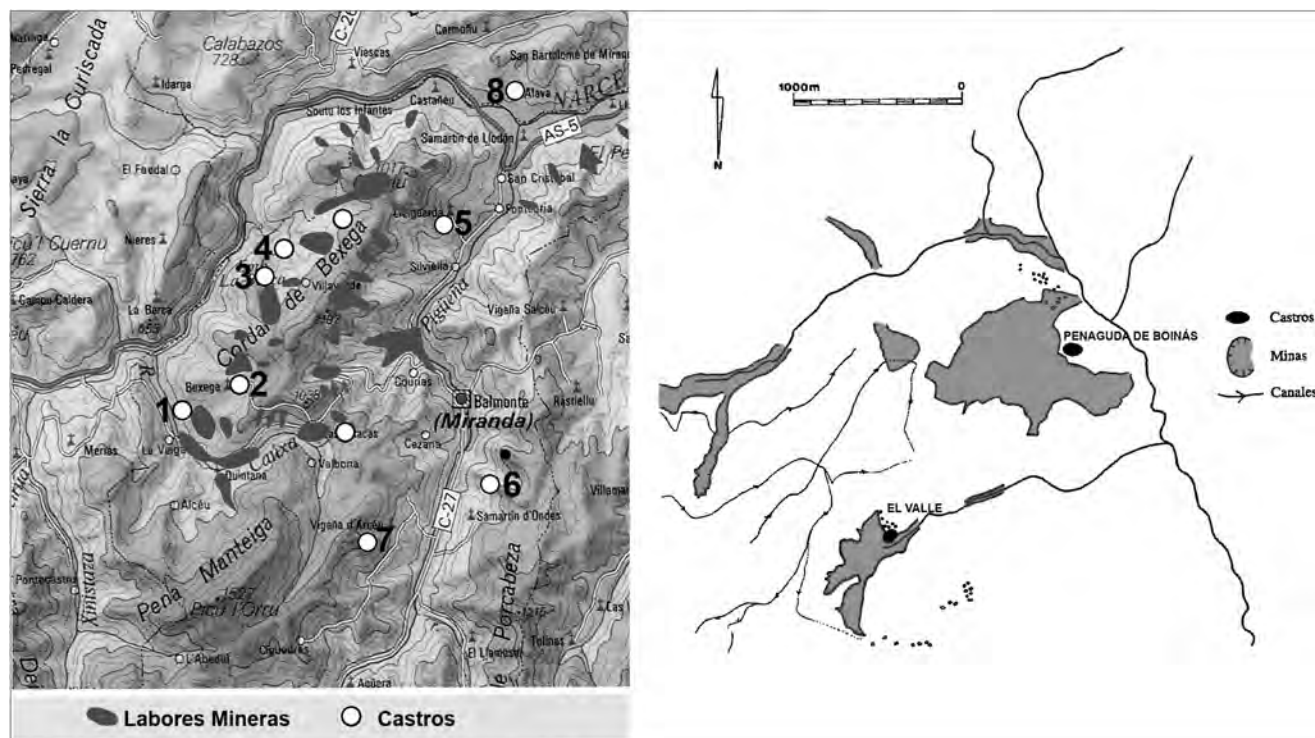
epifenómeno de la romanización (por ej. Carrocera 1990a; Camino 1995b).

Ya desde los primeros estudios arqueológicos sobre minería aurífera en el Noroeste (Domergue 1977: 45-46) observamos cierta confusión entre poblados castreños y poblados mineros fortificados de fundación romana. No obstante Domergue a los segundos los denominaba “coronas”, como Boisán o Luyego, en el Duerna, en el entorno minero de Las Médulas (León). Éstos serían poblados de reducidas dimensiones (de 2 a 3 Ha), ovalados y fortificados, situados sobre el mismo depósito de aluviones de las explotaciones mineras, que no serían suficientes para albergar a la mano de obra que trabajara en la minería del oro. Estas coronas de formas ovaladas bastante perfectas, fosos dobles al estilo de las *fossae duplex* romanas y adaptadas a los lugares de explotación hacen que debamos descartarlas como castros de tradición prerromana y que corroboremos la fundación romana de los mismos, seguramente por ingenieros militares, puede que para el atrincheramiento de los militares que gestionaban dichas explotaciones. Ejemplos paradigmáticos de este tipo de poblados mineros fortificados serían la Corona de Boisán y la Corona de Quintanilla (fig. 5.20).

Así por ejemplo en las principales zonas del oriente gallego con minería aurífera romana se ha propuesto la creación de castros mineros con Roma. La zona de Terra de Lemos e Incio, que ya comentamos someramente en el capítulo previo a propósito de los modelos de poblamiento de la fase II, se trata de una de las principales zonas de explotación de recursos auríferos por parte de Roma (en concreto en los municipios de Quiroga, Ribas de Sil, Pobra de Brollón, O Courel y Samos). La riqueza aurífera de la zona dio lugar a una explotación intensiva entre los ss. I y II d.C. modificando radicalmente el paisaje y la

evolución de las poblaciones indígenas que allí habitaban (Arizaga y Ayán 2007: 496-497). Para estos autores el modelo de ocupación romano se basa en una doble dinámica: por un lado el aprovechamiento selectivo de los poblados fortificados anteriores, dependiendo de las características estratégicas, económicas y de relación con otros asentamientos, y por otro la creación en el s. I d.C. de nuevos recintos castreños como forma de imponer una nueva articulación demográfica y territorial, relacionados con la explotación agrícola y minera. De este modo se construirían una serie de poblados *ex novo* ubicados en las cercanías de las propias explotaciones, cerca de los cursos fluviales, las vías de comunicación y generando una red de intervisibilidad que englobaba todo el territorio, los principales ríos y alguna vía secundaria que alcanza la vía de *Bracara* a *Lucus*. El resto de la comarca, de gran potencialidad económica, contaría con toda una serie de pequeños asentamientos y *villae*.

Ya para el occidente asturiano vemos de nuevo el paradigma de los castros mineros de la mano de Margarita Fernández Mier (1999). Por ejemplo para el poblamiento castreño de la cuenca del Pigüena, subsidiario del Narcea, se parte del paradigma romanista, en donde supuestamente todos los castros serían fundaciones orientadas por Roma para poder explotar el oro, por lo que para esta autora estarían ocupados durante toda el periodo romano, tendrían claras evidencias de ocupaciones medievales y pasarían a ser sustituidos por aldeas abiertas situadas junto a los mismos en la Alta Edad Media. Sólo se reconoce la posibilidad de poblamiento castreño prerromano en zonas no auríferas (Ibid.: 41-48). También llama la atención por parte de esta autora que se sitúe a la mano de obra minera en los castros, aunque se reconozca en otra parte que deberían de estar ubicados cerca de las minas, y que por otro lado se aluda a que



**Figura 5.21:** izquierda, labores mineras y castros de las sierras de El Couriú y Bexega: 1. Penaguda; 2. El Valle; 3. Villaverde; 4. Miera; 5. Beyu; 6. Ondes; 7. Vigaña; 8. Alava; (a partir de Álvarez Alba y Fernández Mier 1996; Fernández Mier 1999, modificado); derecha, detalle de las labores mineras en las inmediaciones o sobre los propios castros de Penaguda y El Valle (a partir de Fernández Mier 1999, modificado).

los castros están cortados, erosionados o destruidos por las cortas mineras, como en el caso de Penaguda, separado de la sierra por una explotación minera, o de El Castro de El Valle, cuyo sector oriental está destruido por el mismo motivo, así como en La Corona, sobre Las Estacas y Carricéu, afectado por una explotación anterior, etc. (Ibid.: 68, 80, 81, 92) (fig. 5.21). ¿Tendría sentido que vivieran los mineros en un asentamiento que las explotaciones que ellos están llevando a cabo destruyen directamente? Creemos que precisamente lo que muestra este hecho es que se trata de castros fundados en época prerromana y que en el periodo altoimperial ya habían perdido la población y su sentido habitacional, puesto que no fueron respetados por el poder romano, al igual que hoy se sacrifican pueblos para construir pantanos. Ello no quiere decir que en otros casos, al igual que en el alto Narcea, el Navia o la costa occidental cantábrica no se reaprovecharan castros indígenas prerromanos para dirigir y explotar las minas desde allí, especialmente en los casos en los que se encuentran junto a las explotaciones mineras, como en Arancedo.

Nuestra hipótesis parte de que con Roma la fundación de nuevos castros, sin descartar que en algún caso ocurriera, debió ser una rara excepción. Desde la tradición historiográfica de las tres últimas décadas, tanto la que aún se encuentra fuertemente influida por el paradigma romanista (ver capítulo 1) como la que reconoce la fase prerromana castreña, se alude a “castros mineros” como fundaciones romanas

específicas para tal fin, que pueden convivir o no con otro tipo de poblamiento (Sánchez-Palencia y otros 1998: 165-166; Fernández-Posse 2002: 86-87). No hace falta repetir (capítulo 3 y 4) que no sólo la mayoría de los castros no son fundaciones romanas sino que el origen de muchos de ellos hay que buscarlos ochocientos años antes de la conquista, como San L.luis o el Chao Samartín, dos claros ejemplos de castros reutilizados y reformados por el poder romano para coordinar y gestionar la explotación del occidente cantábrico, y que tradicionalmente han sido y son calificados como “castros mineros”. Creemos que hay que diferenciar claramente el hecho de que con Roma se ocupen militarmente numerosos castros, en donde convivirían romanos -seguramente personal militar y administrativo- e indígenas, para llevar desde allí la explotación y gestión de las minas cercanas, junto a otro tipo de poblados a pie de mina, no quiere decir que esos castros estén fundados en época romana, puesto que como ya nos recordaba Aurelio de Llano (1919) hace casi cien años sería caer en el error de fechar un yacimiento por su última fase de ocupación. Como veremos más adelante precisamente en casos de castros reaprovechados para la explotación romana del territorio, como San L.luis o el Chao Samartín, lo que se aprecia es la aparición de un nuevo tipo de arquitectura, tanto doméstica como defensiva, que de hecho sella, se contrapone formal y estructuralmente y se superpone a los niveles y arquitectura prerromana,

que deja de ser significativa en esos momentos o al menos deviene en formas mestizas o creolizadas.

Por ejemplo para el caso de El Chano, se ha justificado su carácter de castro minero romano entre otros motivos por haberse utilizado la fuerza del agua para el vaciado de los fosos defensivos, ya que ésta se considera una “técnica minera” similar a la de la *ruina montium*, pero a menor escala (Parcero y otros 2007: 245-246). Ya criticamos en el capítulo previo que se considere exclusivamente romano el hecho de usar la fuerza del agua para excavar los fosos defensivos, pero aparte de ello estos autores no consiguen explicar por qué en algunos casos se construyeron poblados abiertos de signo minero junto a las explotaciones auríferas y en otros casos se construyeron castros de nueva planta con murallas y cabañas idénticas a las de la fase II, sin materiales ni estructuras de tipo romano, como en El Chano, y poco funcionales a nivel logístico para la explotación del oro y el trabajo vinculado a ello como es la construcción de los canales, embalses, etc. ya que quedan lo suficientemente alejados del frente de explotación como para que sea una pérdida de tiempo que los trabajadores tengan que ir todos los días desde el castro hasta la mina. La explicación ya la adelantamos en el capítulo 4: El Chano no es de fundación romana, frente a lo que piensa su excavador (Celis 2002b), y no es un “castro minero”, puesto que no hay oro que explotar en sus alrededores, sino que es un poblado prerromano de la fase II. En este sentido, por materiales y arquitectura, también habría que apostar por el origen en la fase II de Santa María de Cervantes.

Ante esta tendencia historiográfica que defiende la creación de castros mineros con Roma sólo podemos decir que en todo el sector centro-occidental cantábrico, a día de hoy, ni siquiera en las zonas de minería de oro de las cuencas del Narcea y el Navia, vemos ni un sólo castro fundado durante la fase III sino que, sistemáticamente, los castros que continuaron en uso en época altoimperial tienen un origen en la Edad del Hierro, en donde muchos además, siguiendo lo que llamamos “castros de largo recorrido”, arrancan de la fase I. Otra cosa bien distinta es la fundación de “coronas”, que no castros, para albergar a la mano de obra minera, o de campamentos romanos que sistemáticamente se han confundido durante años con castros, como El Castiel.lu de la Carisa o, sobre todo, San Isidro, paradigmático en este sentido, ya que se trata de un recinto militar romano de tipo campamental, evidentemente fortificado, junto a un castro prerromano y en relación directa con explotaciones mineras de oro, lo que nos da la pauta de los tipos de yacimientos que sí son fundaciones romanas en el área cantábrica y que no se deben confundir con los castros indígenas de tradición prerromana. En esta línea deberíamos plantearnos si los poblados de nueva planta creados por Roma para la explotación del oro y



**Figura 5.22:** imagen de la sierra de Bexega en donde se puede ver una gran cárcava producto de la minería de oro romana (en Álvarez Alba y Fernández Mier 1996).

otras tareas auxiliares, como el poblado no fortificado de Orellán, con una clara finalidad metalúrgica (Sánchez-Palencia 1995: 149) o las “coronas” que hemos mencionado más arriba, deberían seguir llamándose castros, y en concreto “castros mineros”, ya que sólo se introduce confusión con esta nomenclatura puesto que se equiparan castros cuyo origen se sitúa en el s. VIII cal AC como Pelóu, San Lluís, Llarón o el Chao Samartín, por mucho que luego tuvieran una importante fase romana en vinculación con la gestión de las explotaciones auríferas, que no con la explotación directa, con otros poblados de nueva planta levantados por el Estado romano y que sí que tienen que ver directamente con los trabajos mineros, seguramente para albergar a la mano de obra indígena, lo que explicaría la cultura material de muchos de ellos.

Quizás deberíamos reservar el término castro para aquellos poblados fortificados de la Edad del Hierro, sigan o no ocupados en época romana, y sean utilizados o no para la explotación del oro. De este modo podrían diferenciarse correctamente de los poblados tipo “corona” creados explícitamente por Roma para la explotación del oro y albergar a la mano de obra minera, situados en medio de las explotaciones auríferas, y que en muchas ocasiones tienen defensas (fosos) creadas con técnicas mineras, pese a que sus topónimos tradicionales sean “castro”, como son las cinco coronas excavadas por Domergue o los castros de Truchas y Corporales en la Valdería (Sánchez-Palencia 1980: 238). Creemos que estos poblados mineros, pese a contar con defensas en muchos casos y tener población minera indígena, como se deduciría de sus cerámicas y cabañas (Sánchez-Palencia y otros 1998: 165-166), en el fondo tienen poco que ver con un castro, ya que son fruto del poder estatal romano, y no de la autonomía indígena, se vinculan a amplias redes de poblamiento y comunicaciones, y se levantaron con una finalidad clara: maximizar la explotación minera. Estos poblados ya no son el referente paisajístico y arquitectónico de las identidades indígenas, ni el símbolo de su autonomía política, sino más bien todo lo contrario.

Por ejemplo para una de las grandes explotaciones auríferas romana más orientales de Asturias, las de la sierra de Bexega<sup>3</sup>, situada en el interfluvio Narcea-Pigüenza, se han estudiado dos yacimientos mineros, los de Boinás y El Valle, y además se han propuesto un par de emplazamientos como posibles lugares de habitación, los castros de Peña Aguda de Boinás y el castro de Miera (Villa 1998c; Villa y Río Narcea 1997). El yacimiento de El Valle se encuentra en el extremo oriental del *Cinturón del Río Narcea*, una franja con importante mineralizaciones de oro que se extiende a lo largo de unos 45 Km. y que posee un 1 Km. de ancho. Se trata de uno de los sectores cantábricos con minería aurífera en donde mejor información arqueológica ha sido obtenida. Las explotaciones mencionadas se dividen en tres sectores (El Valle, Boinás Oeste y Boinás Este), siendo perfectamente visibles hoy día los efectos paisajísticos de la minería antigua en las laderas de la sierra, en la forma de cortas, de amplias conchas excavadas sobre la superficie, de ampliación del cauce de los arroyos o en la apertura de numerosas zanjascanal. También son perfectamente visibles tanto en las laderas como en el fondo de valle los efectos del abatimiento, arrastre y deposición del gran volumen de roca y tierra desplazado (fig. 5.22). El caudal de agua exigido en las minas romanas representaba un factor fundamental en el correcto desarrollo de las labores de desmonte, acarreo y lavado de los materiales abatidos. Para asegurar el suministro suficiente fue diseñada una compleja red hidráulica auxiliar con captación de recursos en las cotas más elevadas, excavación de depósitos (*piscinae* o *stagna*), canales de distribución (*corrugi*) y canales de explotación (*emissaria*), muchos de los cuales han sido reconocidos. Algunos de los canales de aprovisionamiento proceden de lugares a unos 6 Km. de distancia, como el que tiene su origen en la braña de Acicorbo. En general suelen tener sección semicircular y lecho de arcilla.

Mención aparte merecen los tramos de galerías subterráneas sobre materiales terciarios de Boinás Oeste y El Valle, aunque no es seguro que se correspondan todas ellas con el laboreo antiguo ya que la explotación de cobre en esta zona se documenta hasta fechas muy recientes. En este sentido se han reconocido diferentes tramos de galerías, tanto en El Valle como la galería de El Alto La Cueva. La primera porción de la primera y la segunda podrían ser romanas ya que las secciones de las galerías son poligonales, con unos dos metros de altura, y por tanto parecidas a las de otros lugares con minería de

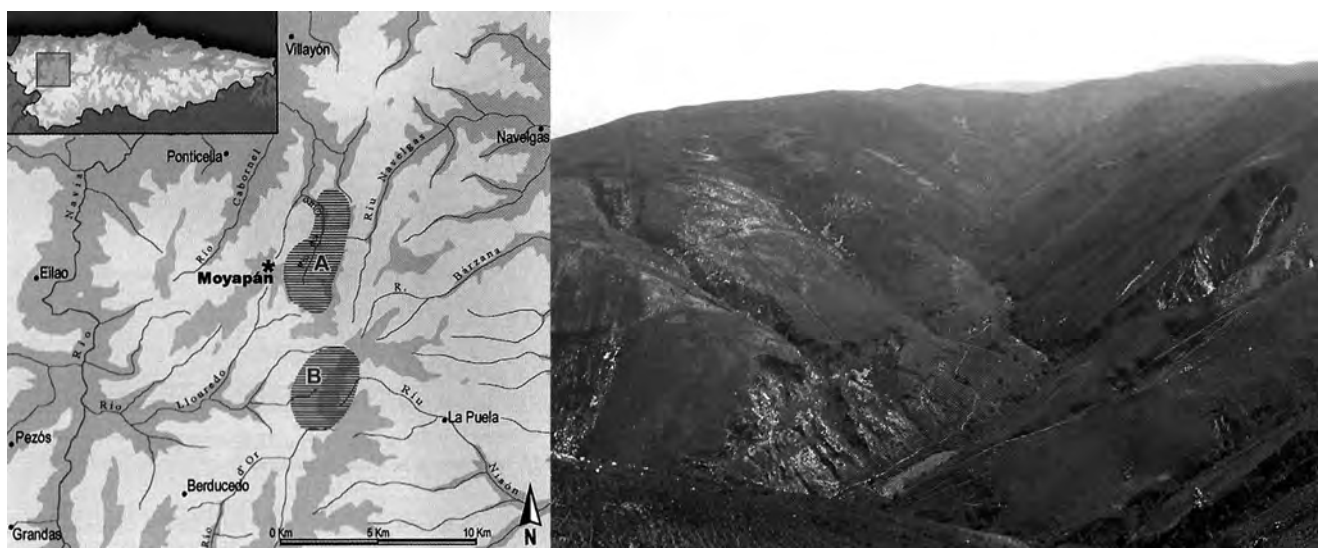
oro romana en Asturias, como son las galerías mineras de Las Cárcobas de Pena o las de Trabúas (ambas en El Franco) o en los túneles de la red hidráulica auxiliar de la minería de Penafurada (Grandas de Salime). Si bien en la Galería de El Alto La Cueva existe una potente escombrera en la puerta, de hasta 4 m de potencia, al parecer los especialistas dicen que no sería extractiva ya que no se advierte mineral en sus paredes. Así mismo se descarta que la de El Valle sea un acueducto o canalización de agua (Villa y Río Narcea 1997).

Por último en el paraje Las Escorias (Las Caolinas, cerca de El Valle) se realizaron una serie de sondeos sobre lo que puede ser una instalación metalúrgica, ya que bajo la potente capa de escorias que se ha documentado se aprecia una superficie sometida a la intensa acción del fuego por donde se dispone un canalillo y en donde se han documentado abundantes carbones (Villa y Río Narcea 2007). Lo interesante de este lugar es que aquí fueron halladas piezas de *Terra Sigillata Sudgalica* que se pueden fechar en la primera mitad del s. I d.C., por lo que es posible que estas instalaciones estuvieran ya a pleno rendimiento en el 50 d.C., y que los tres grandes frentes de este sector también lo estuvieran en esta fecha, como una explotación unitaria y planificada (Villa 1998c: 176) y, por lo tanto, que al igual que lo propuesto para el occidente leonés, mediara muy poco tiempo desde el final de la conquista al comienzo de la explotación del oro, pese a que se haya defendido cierto retraso de las explotaciones asturianas con respecto a las leonesas (Ibid.: 178).

Es muy interesante observar que desde el primer momento de la conquista se marcaron los objetivos económicos y como el ejército romano tuvo un papel destacado en este proceso, en donde la organización y la gestión de la explotación del oro se puede entender casi como una extensión de los movimientos tácticos de la conquista. Podríamos decir que la explotación a gran escala del oro cantábrico ya se estaba llevando a cabo antes de lo pensado, puede que, incluso, antes de estar pacificado completamente el territorio recién conquistado. Es significativo en este sentido que un campamento romano de conquista o *castrum aestiva* como el ya citado de Moyapán (Ayande), que podría ser así definido por sus parecidos formales y locacionales con otros campamentos similares ya investigados en el sector cantábrico, además, tenga un control visual directo del importante complejo minero de El Río del Oro, con cortas tan espectaculares como las de los yacimientos primarios en roca de La Fana de La Feitarbosa, así como cercanía al también sector minero de El Altu'l Palu, con cortas como La Fana de Freita (Sánchez-Palencia 1995: 151; González Álvarez y Menéndez 2007: 20), aunque de momento desconocemos si el campamento y las explotaciones pudieron coincidir en el tiempo (fig. 5.23). Por su parte La Fana de La Feitarbosa, a 800 m.s.n.m. y en la

<sup>3</sup> Desgraciadamente en el año 1996 se volvieron a abrir, tras 2000 años de inactividad, de nuevo dichas explotaciones por la empresa de capital canadiense Río Narcea Gold Mines, lo que ha supuesto una grave destrucción del patrimonio natural, arqueológico, histórico y etnográfico, demostrando que pese al estudio histórico repetimos continuamente los mismos errores. Sobre este tema Álvarez y Fernández Mier 1996.



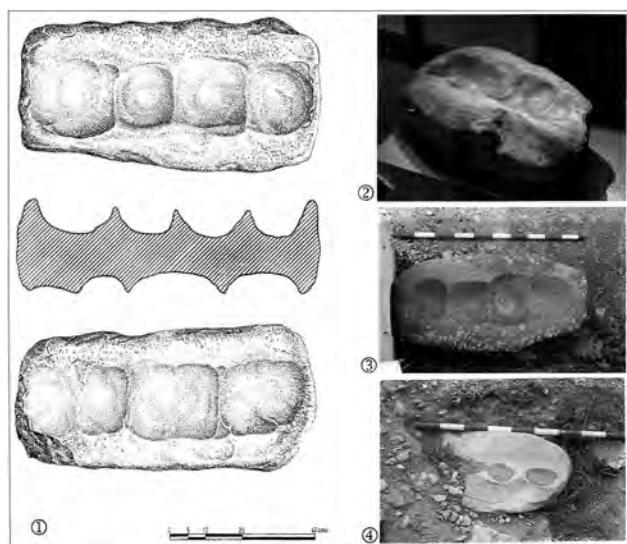


**Figura 5.23:** relación del campamento romano de Moyapán con áreas de minería de oro (A: El Río del Oro; B: El Cordal del Palu) y vista de algunas de estas cortas mineras desde el propio campamento (a partir de González Álvarez y Menéndez 2007, modificado).

margen derecha del Arroyo del Oro, posee canales de agua y un embalse en la parte superior del frente. Es la mayor explotación del entorno y se calcula que de allí se pudieron mover unos 8000 m<sup>3</sup> de materiales, entendiéndose que son de las principales explotaciones de oro del occidente cantábrico, y de donde Roma pudo haber obtenido de 4000 a 5000 Kg. de oro. Enfrente tiene el yacimiento del Sautón de las Cárcabas de Bustantigo, también con canales y depósito en la cima. Más arriba todavía se encuentran otras explotaciones como La Reguera del Vallón o Puente del Plátano. La vía de Berduedo a Bustantigo recorre estas explotaciones por el arroyo del oro (Santos Yanguas 2002: 376-381). Podemos pensar que aunque la mano de obra proceda de los castros de la zona se quedarían alojados los trabajadores en barracones y poblados abiertos de las cercanías de las minas, pues no hay castros que se encuentren lo suficientemente cerca como para defender otra opción. Evidencias directas de la obtención del oro romana en estas explotaciones son unas piedras con cazoletas que se situaban en los canales de lavado para que el oro fuera decantándose, y de las que se han recuperado cuatro, una de Fresnéu (Ayande), las de Cecos y Pousadoiro (Ibias), y otra en Salave (Sánchez-Palencia 1984-85; Villa 2010b: 100) (fig. 5.24). Habría que añadir a este instrumental otro realizado en hierro, como las *dolabrae* o alcotanas recuperadas en la explotación romana de Carlés (Salas) (Villa 2010b: 100).

No sería del todo descabellada la opción de una funcionalidad doble para el campamento de Moyapán si tenemos en cuenta que para el citado yacimiento de San Isidro se ha propuesto algo similar. Este poblado se ha considerado tradicionalmente como un castro (Carrocera 1990b; 1992), pero más bien se asemeja por morfología y situación a un *castrum aestiva*, aunque habría que considerar su carácter estable (*castrum*

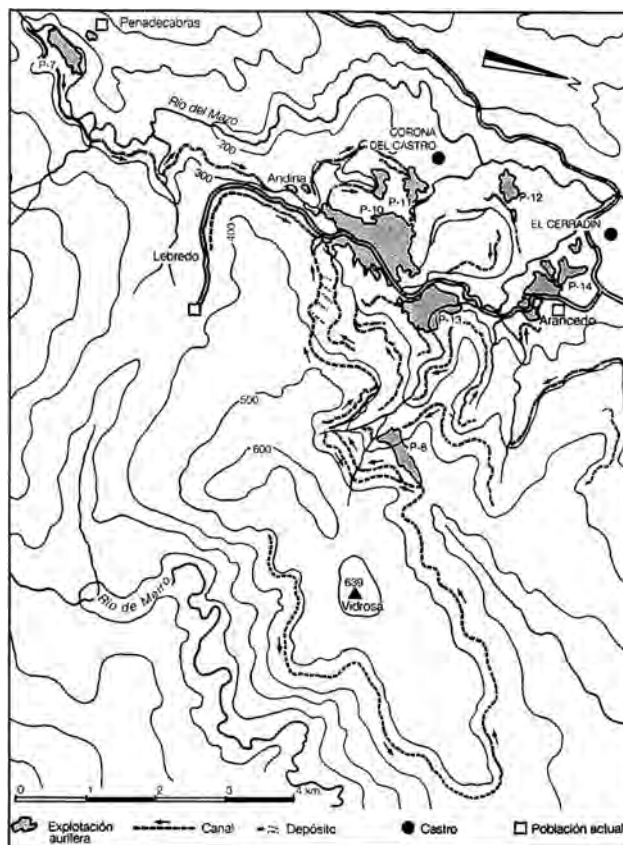
*stativa*). Se trata de un poblado que ya fue comentado a cuenta del castro prerromano del Picu da Mina (capítulo 4), pues se sitúa a 200 m del mismo. San Isidro es de mayor tamaño que Pico da Mina pues cuenta con 5700 m<sup>2</sup>. Se sitúa en el parteaguas de la cumbre de la sierra donde se ubica y posee una curiosa traza poligonal, fuertemente defendida por fosos y contrafosos (hasta cuatro para proteger la puerta) por delante de una muralla de lienzo continuo, de entre 2 y 3 m de grosor, de aparejo de pizarra a hueso. Los contrafosos se defendieron con piedras hincadas, al igual que Pico da Mina (ver fig. 5.7). Mientras que la única estructura exhumada es una gran cabaña rectangular con esquinas redondeadas, de aspecto castreño, la cultura material mueble es toda del s. I d.C.: TSH, numerario flavio y cerámica común romana. Se ha defendido que Pico da Mina y San Isidro sean cuerpos de guardia y asentamiento de mano de obra minera para el control de las abundantes explotaciones de oro de la cuenca media del Navia y el Agüeria, ríos que se controlan visualmente desde esta altura, como por ejemplo las de las Covas de Reselao, a un kilómetro de distancia. Ello podría explicar tan exóticas técnicas defensivas (los campos de Frisia o piedras hincadas) si entendemos que los militares romanos allí asentados pudieron ser originarios de la Meseta (*auxiliae*), en donde es una técnica defensiva habitual en poblados prerromanos (Carrocera 1990a: 133; 1990b: 161; Villa 2004a: 4-5; 2007a: 210-211). Por lo tanto podríamos pensar que San Isidro es una especie de campamento del tipo de los de conquista, por la situación y forma poligonal, pero ya estable, con una función muy concreta: la vigilancia y el control de la explotación del oro, y ya no la conquista. Además, aparte de personal militar romano seguramente residiría ya en él mano de obra indígena, porque sino no se entendería que hubieran realizado aquella gran cabaña en planta de naípe. Seguramente el castro



**Figura 5.24:** morteros de cazoleta múltiple realizados sobre grandes cantos de cuarcita: 1. Fresnedo (Allande); 2. Pousadoiro (Ibias); 3. Cecos (Ibias); 4. Salave (Tapia de Casariego) (en Villa 2010b; dibujo sobre Sánchez-Palencia 1984-1985).

prerromano de Pico da Mina, con fehacientes pruebas materiales para situar su origen en la fase II (capítulo 4), no era lo suficientemente grande para esta nueva función vinculada a la minería del oro y se decidió ampliar su superficie habitable con la construcción del inmediato poblado de San Isidro. Que los dos poblados tuvieron durante el s. I d.C. funcionalidades similares se deduce de haberlos protegido a ambos con la misma técnica defensiva. Teniendo en cuenta las tempranas fechas del Chao Samartín y los materiales aludidos para San Isidro, creemos que perfectamente todo ello pudiera haberse llevado a cabo en la primera mitad del s. I d.C., e interpretarse en conjunto todo ello como la evolución de las formas de control del territorio y de explotación del oro de los primeros momentos, en los que todavía se usarían campamentos como los de conquista, como demostraría el caso de Moyapán. Es posible por ello que Moyapán responda a una doble funcionalidad, de conquista del territorio y de organización de la inmediata labor extractiva de oro a gran escala por parte de Roma (González, Menéndez y Álvarez 2008).

Ya nos hemos referido a los posibles castros asociados a las explotaciones mineras de la sierra de Bexega, al igual que se han documentado castros supuestamente vinculados a los laboreos auríferos en Valabilleiro (Grandas de Salime) o Cecos (Ibias) (Villa y Río Narcea 1997), y a como la mayoría de estos castros han de ser interpretados como poblados prerromanos -L.larón, Chao Samartín, Os Castros de Taramundi, Pelóu, Arancedo o San L.luis- (capítulos 3 y 4) reutilizados por Roma por su especial cercanía a explotaciones auríferas o por su estratégica situación por ejemplo en nudos de comunicaciones. También el castro de L.larón controla las explotaciones de oro del valle de Ibias, y en concreto las de El Corralín son las



**Figura 5.25:** plano de las explotaciones auríferas de La Andina (Arancedo, El Franco), inmediatas a La Corona<sup>1</sup> Castu de Arancedo (en Maya 1990).

más cercanas, a unos 2000/2500 m, mientras que las de La Muracal ya están algo más alejadas (Maya 1983b: 235; Maya y Blas 1983: 155, 186). De nuevo en relación directa a minas de oro se encuentra el castro de Arancedo ubicado en el centro de una concentración de explotaciones auríferas, como por ejemplo las de La Andina (Maya 1983b: 232; 1990: mapa 1) (fig. 5.25). No nos parece descabellado que algunos de los castros de Tapia de Casariego fueran utilizados en época romana para la explotación del oro, como los que se encuentran inmediatos a las explotaciones de los lagos de Silva, como es el Castro del Figo (Labandera 1969a: 64-66). De hecho el argumento de que los castros que poseen fosos defensivos construidos con técnicas mineras, es decir, usando la erosión del agua depositada en balsas a cotas superiores, son fundaciones romanas (Sánchez-Palencia 1995: 149-150) se desmonta no sólo con casos en los que hemos visto que no llegaron estar romanizados, como el Chano, sino en otros en los que estas defensas pudieron estar realizadas en la fase romana del poblado, por militares romanos y en clara vinculación con la explotación del oro, como en el caso del Castrelo de Pelóu con respecto a las explotaciones auríferas de Vala Billeiro o Pedras Apañadas, pero en un poblado cuyo origen hay que rastrearlo 800 años antes. Se hace extraño, pues, que se pueda aludir a un castro del tipo de Pelóu como castro minero. De hecho este pequeño castro de unos 3000

m<sup>2</sup> en la fase prerromana, pudo llegar a doblar su superficie con los fosos realizados mediante “técnicas mineras” (Montes y otros 2009: 313-315). No obstante, se ha planteado recientemente una interpretación contraria puesto que existen indicios de que tales fosos, pese a haber sido realizados con la fuerza del agua, puedan fecharse en momentos prerromanos. Por lo tanto el poblado no crecería en época romana, sino todo lo contrario, reduciría drásticamente de tamaño (Montes, Hevia y Villa 2010: 20). Pese a su vinculación a las explotaciones auríferas se descarta que su funcionalidad en época romana sea la de albergar a la mano de obra minera (Montes y otros 2009: 313-315) (fig. 5.26).

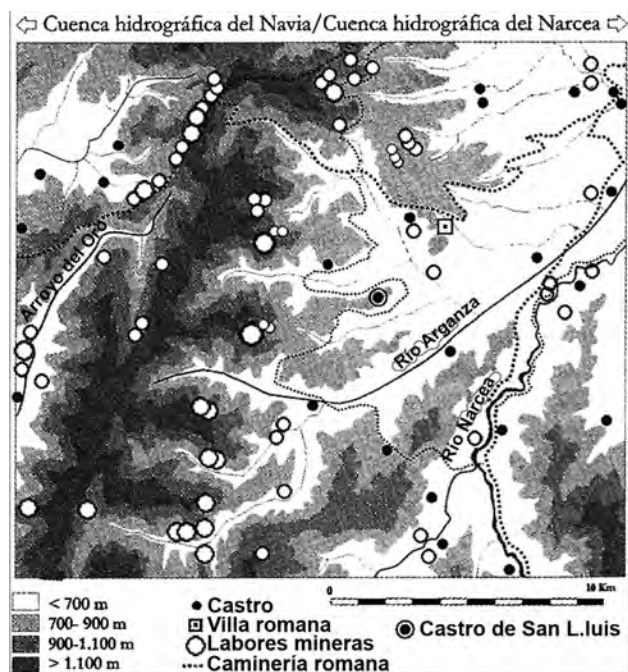
Para el caso de San L.luis, si se quiere vincular su fase romana y sus reformas urbanísticas del “barrio alto” a la explotación estatal de los recursos auríferos, habría que pensar más en actividades gestoras y de control, como en el caso del Chao Samartín, ya que no tienen una relación directa con minería aurífera *sensu stricto*, puesto que no hay evidencias de explotaciones antiguas de oro en los alrededores inmediatos. Ni siquiera creemos que el Castello de Berducedo pueda vincularse a las explotaciones del Altu'l Palu, pese a lo que se ha afirmado (Maya 1983b: 232). De hecho para el caso de las explotaciones auríferas situadas en Ayande se reconoce que es difícil relacionar los castros y la red de caminos que los unen con dichas explotaciones, por lo que se aboga por el carácter prerromano de los mismos y por un acomodo de la mano de obra principalmente en barracones de madera o tendejones junto a los cortes mineros (Santos 2002: nota 12). San L.luis, de hecho, se sitúa entre medias de dos frentes de explotación, las de alrededor de La Puela y las del pueblo de Iboyo, ambas en una radio de unos 5 Km., estas últimas hacia el sur. En un radio de 10 Km. se engloban hacia poniente los conjuntos de Bustantigo, Sierras del Palu y de Valledor, al norte las cortas de Montouto y La Mortera, al este los frentes que beneficiaron las mineralizaciones del Narcea. Todo ello vertebrado en torno a la cuenca del río Arganza, dominada visualmente desde San L.luis, y por donde discurren algunos de los principales caminos de la época, que tienden a cruzarse en las proximidades del castro: las vías que proceden de la capital conventual, Astorga, y pasan por los puertos del Trayectu y L.leitariegos/Leitariegos, la que transversalmente comunica *Lucus Asturum* con *Lucus Augusti*, o las “rutas del oro” por las sierra del Valledor, Los Lagos y río del Oro, con ramales de salida hacia el mar (Maya 1983b: 232; 1990: mapa 1 y 2; Villa 2006: 169, 172, 176-178 y figura 2) (fig. 5.27).

Es posible por tanto que este yacimiento pudiera haber sido también una de las *officinae metallorum*, es decir, uno de los establecimientos de rango secundario desde los que se ejercería de forma efectiva el control técnico y supervisión administrativa



**Figura 5.26:** vista aérea del Castro de Pelou en donde se pueden apreciar los fosos que lo separan de la sierra, el depósito ladera arriba y los canales que comunican ambas obras. Es posible que todo ello pueda tener cronologías prerromanas (en Montes, Hevia y Villa 2010).

de las zonas mineras, como se ha propuesto recientemente para el Chao Samartín (Villa 2009b: 22). A favor de tal condición para el Chao Samartín puede argumentarse la presencia abundante de instrumental y subproductos metalúrgicos empleados en el tratamiento del oro y la plata (herramientas cerámicas de fundición con salpicaduras y goterones metálicos, piedra de toque, etc.) cuya presencia se registra tanto durante el periodo de tutela militar como durante la segunda centuria. Evidentemente también las potentes reformas militares de las defensas y la construcción de la suntuosa *domus* en su acrópolis son argumentos a favor de la nueva funcionalidad del Chao Samartín en relación con la minería del oro (Ibid.: 22). Para San L.luis los razonamientos son similares ya que, como veremos, la estructura cuadrangular, compleja, con varias habitaciones alrededor de un patio central en el “barrio alto”, debe entenderse como la residencia de un personaje del ejército o de la administración romana, como representación física del poder romano, en relación a la explotación del oro (Jordá, Marín y García-Guinea e.p.). No es extraño que se reinterpretara San L.luis en estos términos, no tanto porque fuera durante la fase II un referente central de un amplio territorio, sino más bien por su control directo de diferentes vías y, como hemos visto, por



**Figura 5.27:** minería de oro y red viaria romana en el entorno del castro de San L. Luis (a partir de Villa 2006, modificado), y fotografía aérea de este castro, de la sierra plana en donde se asienta, y de las sierras con recursos auríferos de Valledor y El Palu (al fondo) (en Villa 2007g).

estar situado en un espacio central de diferentes explotaciones auríferas, desde el cual se pueden controlar visualmente. Tampoco debe ser casual, por tanto, que en la *domus* de la acrópolis del Chao Samartín se hayan localizado numerosos restos metalúrgicos, incluyendo fragmentos de cerámicas indígenas con salpicaduras de oro y plata, por lo que podría pensarse que la función del personaje romano destacado que allí moraría fue la de procesar los metales preciosos antes de enviarlos a la capital del convento (Villa 2003: 130 y nota 19; 2010). Preliminarmente podríamos pensar por ello que quienes viviesen en las casas de estilo mediterráneo situadas en las respectivas acrópolis del Chao Samartín y San L. Luis fueran personajes de alto rango, por las lujosas características arquitectónicas de estos lugares, y en concreto puede que *procuratores metallorum*, es decir, miembros de la administración situados a la



**Figura 5.28:** vista general de la excavación de la fábrica de salazones de época romana de la plaza del Marqués (Xixón-Gijón) (en Fernández Ochoa y García Díaz 1995).

cabeza de minas o conjuntos de explotaciones, que a partir de época flavia dependerán del *legatus iuridicus per Asturiam et Gallaeciam* (Sánchez-Palencia 1995: 147-148).

Con los datos disponibles podríamos decir que los sistemas de explotación minera de oro por parte de Roma y de los poblados mineros asociados cesarían su actividad a finales del s. II o principios del s. III d.C., desapareciendo sin dejar más huella que los meros yacimientos arqueológicos, fosilizándose en el paisaje (Sánchez-Palencia 1995: 148; Sánchez-Palencia y otros 1998: 165; Arizaga y Ayán 2007: 488).

Otro tipo de explotaciones llevadas a cabo desde los primeros momentos de la conquista son la que tienen que ver con los recursos agropecuarios y pesqueros. Respecto a los pesqueros destacan las industrias de salazones, con una arquitectura propia en la que destacan las piletas revocadas o *cetaria* que se ven en diferentes puntos de la costa gallega, estando los más cercanos a nuestra zona de estudio en la playa de Area (Viveiro), para seguir con las localizadas en la villa romana de Bañugues (Gozón, junto al Cabu Peñes), las del puerto de Xixón/Gijón (protegidas por el Cabu Torres, sobre el cual se encuentra la Campa Torres) y fuera de la zona amurallada, y por tanto habitada, para evitar los malos olores. Respecto a la del Puerto de Xixón/Gijón se documentaron piezas de TSH de larga cronología, alguna de paredes finas y otras claramente tardías, que situarían los restos entre los ss. III y IV d.C., y para los de Bañugues se conocen fragmentos lisos de TSH (Fernández Ochoa y Martínez Maganto 1994: 117-122; Fernández Ochoa y García Díaz 1995: 279) (fig. 5.28). Por tanto podría pensarse un origen incluso anterior para estas industrias de salazón de pescado, más aún cuando se han localizado restos muy similares en el Támesis datados radiocarbónicamente en el s. I d.C. Esta industria se asociaría en momentos altoimperiales a castros romanizados y más adelante a villas costeras (Fernández Ochoa y Martínez Maganto 1994: 125), aunque para el caso asturiano habría que matizar que todas se asocian a núcleos de explotación de

poblamiento romano, como es el enclave portuario de *Gijja* o la villa de Bañugues, lo que no quiere decir que no se comenzara con su explotación ya en época altoimperial puesto que desde el s. I d.C. vemos el funcionamiento de *villae* en el área cantábrica. Habría que pensar por lo tanto que estos centros de salazón romano estuvieron orientados hacia los mercados locales y/o regionales, y que comenzaron en época altoimperial, para potenciarse entre los ss. III y IV d.C. (Fernández Ochoa y Martínez Maganto 1994: 131; Alonso Rodríguez 2008).

### 5.3 IMPLICACIONES DE LA ROMANIZACIÓN.

La “romanización”, término ampliamente debatido y criticado, pero cuyo uso se sigue manteniendo por comodidad (Orejas 1996: 22), ha dado pie en nuestra zona de estudio no sólo a múltiples discusiones sino a corrientes interpretativas, como las que definimos bajo el título de “paradigma romanista” (capítulo 1) por la cual todo lo castreño era un epifenómeno de la conquista romana y la Edad del Hierro suponía un gran tiempo oscuro, un salto en el hilo narrativo histórico desde la Edad del Bronce al cambio de Era. Sin embargo, desde mucho antes de dicho paradigma, y también en paralelo a este, llama la atención que buena parte de la investigación, atendiendo exclusivamente a la información textual (fuentes clásicas y epigráficas), y desatendiendo el enorme potencia interpretativo que posee la Arqueología para este tema, y pese a reconocerse la rápida expansión del latín, de la onomástica y divinidades latinas, haya minimizado la romanización del sector cantábrico y abogado por una perpetuación de las estructuras sociales prerromanas incluso hasta época medieval (por ej. Sánchez Albornoz 1972; Barbero y Vigil 1979b; Iglesias Gil 1977: 179; Pastor Muñoz 1983). Sirva como muestra la siguiente afirmación, que encierra en sí misma una contradicción: “La incorporación del territorio de la primitiva Asturias al imperio romano trajo consigo profundos cambios a nivel administrativo y en la explotación de sus riquezas; no obstante, el sometimiento de los astures no supuso transformaciones ni profundas ni inmediatas en la organización de la sociedad, al igual que ocurrió con cántabros y galaicos” (Cid 1990: 158). También es llamativa la corriente interpretativa que, desde la Arqueología, entiende que la conquista romana supuso una mejora en las condiciones de vida de los indígenas. En cierta medida es justificable que desde el paradigma romanista, al considerarse que los castros cantábricos son fundaciones romanas, se dijera que “El aumento del nivel de vida y del bienestar general auspiciado por los mecanismos de control y de abastecimiento romanos serían los factores y armas de pacificación” (Carrocera 1990a: 136; 1994: 220), aunque no deja de

ser llamativo que se asocie el aumento de los mecanismos de control con el aumento del nivel de vida. Menos comprensible es, desde luego, que los excavadores del castro de Llagú, que reconocen claramente su origen prerromano, aludan a “mejoras en las condiciones de vida de los habitantes de Llagú” por disponer de casas más amplias y mejor edificadas, murallas más monumentales y nuevas vajillas de importación (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 321), precisamente en un poblado que es de los pocos ejemplos cantábricos en donde se ha localizado un nivel de incendio generalizado producido seguramente por la conquista romana, ya que es el interfacial de los niveles prerromanos y romanos. Ello estaría en la incongruente línea interpretativa que ya se avanzaba hace años en Galicia, cuando se fijaba “la fase de apogeo de la cultura castreña” precisamente en época romana (Peña 1992, y crítica en Fernández-Posee 2002: 83).

Por otro lado es llamativa la banalización del término cuando se habla por ejemplo de “romanización” temprana de la Campa Torres, previa a la conquista, por la presencia de *Terra Sigillata Itálica* en este poblado (Cuesta y Maya 1995a: 208), confundiendo por lo tanto la presencia de una importación mediterránea llevada a cabo, seguramente, por comerciantes púnicos (capítulo 4), con el cambio social producido tras la conquista militar del territorio por parte de Roma. Sí que creemos que se pueda estudiar la romanización a partir de las fuentes arqueológicas, constatando los cambios de cultura material, como por ejemplo con las cerámicas, en los castros cantábricos (Fernández Ochoa 1983: 219), pero dicha constatación no explica por sí misma los profundos cambios sociales y el proceso de ruptura histórica sino es interpretada desde un punto de vista sociológico.

Una vez reconocida toda la densidad histórica castreña de la Edad del Hierro nosotros nos situamos con quienes piensan que la inserción del Norte y Noroeste en la esfera imperial romana tras las Guerras Cántabras poco antes del cambio de Era supuso un punto de transformación indudable, ya que, cuando menos, existió una modificación absoluta de las condiciones objetivas de desarrollo de las comunidades locales. Con la romanización son perceptibles cambios radicales en la autonomía política de los castros, de la noche a la mañana se cortó de raíz la milenaria tendencia, mediante variados mecanismos sociales, a mantener con celo las identidades comunales, el *ethos* igualitario, las comunidades castreñas, por muchos intentos diferenciadores que pudiera haber habido por parte de ciertos grupos familiares y/o de ciertos personajes destacados durante la fase II, y, por supuesto, la romanización supuso un acicate para la desigualdad de género, reificando una tendencia que vimos nacer desde la creación de los primeros castros, con el desarrollo de

una ideología guerrera. No es que la romanización no supusiera un momento de cambio, es que la romanización puede considerarse, junto al capitalismo, uno de los principales momentos de transformación social y cultural que han vivido las comunidades del centro-occidente cantábrico en su Historia. Pese a muchas herencias que puedan reconocerse en las sociedades tradicionales cantábricas, incluso hasta en las del s. XX, respecto a las comunidades castreñas, por ejemplo en formas de entender el paisaje, en los modos de combinar el asentamiento estable con la movilidad ganadera sobre el territorio, incluso en la preponderancia de las identidades locales (de aldea, de parroquia) sobre cualquier otra, la romanización supuso cruzar un umbral del que ya se no pudo dar marcha atrás. Pensemos por ejemplo que a partir de ese momento ya no podremos hablar de autonomía política “real” de las comunidades aldeanas, o de cómo los agricultores y ganaderos cantábricos hay que pasar a definirlos bajo el término “campesinado”, ya que no habrá momento histórico en el que no dependan de instancias superiores a las que le deban tributación. En las *villae* nace un nuevo tipo de poder rural económico, político y militar, personificado en el *possessor* de la *villa*, marcando el origen de un modelo de dependencia y tributación que se repetirá en el tiempo, incluso tras la caída del Imperio Romano, pero del que no hay precedentes en el mundo indígena. Con Roma se rompió la estructura social prerromana y se instauró una estructura social tributaria con un doble grupo dominante: la administración imperial y la aristocracia local promocionada por el propio sistema imperial (Orejas, Sánchez-Palencia y Sastre 2002: 243-244). Como se ha dicho para la romanización de los castros gallegos, aplicando a Lévi-Strauss, “cada orden social implica al que precede, pero el tránsito de uno a otro está marcado por una discontinuidad significativa” (Rodríguez Fernández 1994: 158).

Hasta el momento de la conquista el poblamiento se sustentaba únicamente en poblados fortificados (castros) autónomos o semiautónomos políticamente. A partir del cambio de era surge una amplia gama de nuevos asentamientos: ciudades mayores (como las capitales conventuales) o menores (como *Lucus Asturum* o *Iulobriga*), explotaciones agropecuarias señoriales (*villae*), núcleos de población menores de diverso tipo (*vici*, *pagi* o “aglomerados secundarios”), asentamientos viarios (*mansio*), así como los primeros poblados indígenas no fortificados en casi mil años (por ej. Parceroy otros 2007: 242), por lo que se ha dicho que la escala mínima de referencia para entender el paisaje pasa del castro en época prerromana a la *civitas* en época romana (Orejas, Sánchez-Palencia y Sastre 2002: 243). Como veremos este proceso no fue tajante, y a lo largo de los dos primeros siglos de la Era los castros se fueron abandonando paulatinamente, con desiguales ritmos según la zona, formando parte de las *civitates* al igual

que los otros nuevos núcleos de población que aparecieron. Por tanto hemos de pensar que dicha perduración de hasta casi dos siglos de los poblados fortificados bajo el poder romano, por otro lado normal si pensamos en que los castros fueron la clave de la identidad colectiva prerromana y en que los grupos *deep rurals* evitan por todos los medios el cambio social (capítulo 4), permitió que las identidades locales, de poblado, aún perdurasen y compartieran protagonismo con otro nuevo tipo de identidades políticas colectivas, como la de *civitas* / *populus*, tal cual se aprecia en la epigrafía.

Para el Noroeste se supone que la incorporación al imperio no implicó una masiva llegada de colonos romanos, como sí ocurrió en otras zonas, sino que la mayoría de la población siguió siendo local, a la cual podría llamársela ahora indígena, ya que existe un componente foráneo. El Norte y el Noroeste se caracterizan por un proceso urbanizador menor que en otras áreas de Hispania -hasta época flavia las únicas ciudades eran las capitales conventuales: *Lucus*, *Bracara* y *Asturica* (Parceroy otros 2007: 242)- en donde incluso se aprovechan las ciudades indígenas para refundar sobre ellas las ciudades romanas, algo que sería imposible de realizar en el ámbito cantábrico, en donde vimos que una de sus características en la Segunda Edad del Hierro era la ausencia de *oppida* (capítulo 4). Significativamente *Asturica* y *Lucus* se fundaron sobre campamentos militares romanos de conquista. La colonización del espacio rural por los romanos en asentamientos tipo *villae* es también relativamente tardía, con los primeros ejemplos a partir de época flavia, como se aprecia por ejemplo en la villa de Veranes (Xixón/Gijón), con una fase antigua del s. I d.C. (Fernández Ochoa y Gil 2008: 438), pero especialmente a partir de los ss. II y III d.C. (Santos Yanguas 1984b; Fernández Ochoa y Gil 2008). Lo mismo podríamos decir para los otros asentamientos urbanos que surgen de forma tardía, como *Gigia* vinculada al control del tráfico marítimo, junto a Vigo y A Coruña, o *Lucus Asturum*, que nace en función de la principal vía de comunicación entre la capital conventual de los Astures y la ciudad costera de *Gigia*.

Entre las fases de romanización del Noroeste se suele diferenciar entre un primer periodo (del 25 a.C. al 70 d.C.), con revueltas ocasionales en los primeros momentos, y en la que se puso a punto la infraestructura básica (instalación de una red viaria, fundación de *Asturica Augusta*, *Bracara Augusta* y *Lucus Augusti*) y la regulación de los elementos de gestión y control (con un papel esencial del ejército) y la inserción en el marco administrativo romano. Una segunda etapa se reconoce desde los años 70 del primer siglo de la Era, a finales del s. II o principios del III, que nacería con las reformas de los emperadores flavios, en donde se consolida la estructura desarrollada por Augusto, se crean nuevos núcleos



(*Bergidum, Interamnium Flavium, Legio VII* en el año 74) y se refuerza la red viaria con la Vía Nova. Es interesante como a partir de la epigrafía se ve al ejército a finales del s. I d.C. no sólo en los puntos de control y comunicaciones, sino en la gestión efectiva y técnica de las minas, con una relación estrecha y efectiva con la administración civil (Orejas 1996: 104, 110; González y Vidal 2005: 172), aunque habría que pensar que, pese a la fundación de campamentos estables como el de *Legio VII*, el papel del ejército en aquellas tareas de gestión se puede apreciar desde los primeros momentos tras la conquista, como sospecha Carmen Fernández Ochoa (2005) y comprobar arqueológicamente en los yacimientos arqueológicos del Chao Samartín, San L.uis o Moyapán.

Otra de las principales características del momento es que los castros no desaparecieron inmediatamente y que muchos a finales del s. I y comienzos del II d.C. todavía seguían ocupados, especialmente en el occidente cantábrico, que no por casualidad es la zona que coincide con la explotación de oro por parte de Roma, como vimos más arriba. Quizás la inestabilidad y la provisionalidad de los primeros momentos tras la conquista hizo aconsejable que la explotación del territorio se llevara a cabo desde lugares fortificados, para lo cual, aparte de poblados de nueva planta para tal fin (caso de San Isidro) se mantuvieron y reutilizaron muchos poblados castreños.

Antes que nada debemos hacer referencia a que la mayor o menor romanización de los pueblos del norte tras la conquista efectiva que supuso el *Bellum Cantabricum* no debe ser estudiada por la presencia o ausencia de materiales romanos (Pereira en Orejas 1996: 22), o no solamente, ya que lo que aquí intentaremos abordar, y lo que entendemos como romanización, son los profundos cambios sociales, en gran medida traumáticos, que supuso la conquista militar y la imposición de un régimen estatal tributario y una sociedad de clases. De hecho se ha definido el proceso de romanización como el desarrollo histórico de formaciones sociales a partir de relaciones de explotación de carácter imperialista, pasando a convertirse los grupos castreños -que nosotros hemos preferido definir como *deep rurals communities*, frente a conceptos como el de sociedades segmentarias- en sociedades campesinas sujetas a tributación. Se impuso un sistema administrativo con control político directo por representantes del estado, integrándose el norte y noroeste peninsular en el contexto común del Imperio, aunque con características particulares. Si la romanización significa hacer romanos a los indígenas entonces no hubo romanización ni en el Norte ni en el Noroeste, pero si por el contrario entendemos como romanización el proceso de cambio que sufrieron las comunidades indígenas al integrarse al mundo romano, obligadas a adaptarse al imperialismo, entonces la romanización fue profunda y completa,

tanto que supuso la imposición de una sociedad de clases (Sastre 2001: 95, 291-292) en un territorio que destaca dentro de la Península Ibérica precisamente por ser uno en los que durante la Edad del Hierro se mantuvieron las formas sociales más igualitarias. Por todo ello podríamos concluir que el cambio cultural y la trascendencia histórica de la romanización en el sector centro-occidental cantábrico fueron mucho mayores que en otras zonas peninsulares, como la Bética o la Meseta Norte.

Pero además, podemos añadir que los profundos cambios sociales que acontecieron a partir de ese momento pueden rastrearse en la asimilación de una nueva vajilla, pero también en la modificación de los modelos de poblamiento, en la pérdida de control tecnológico por parte de ciertos sectores de población o en las nuevas disposiciones urbanísticas. Quizás ello no haya sido explorado en muchas ocasiones o porque bien se abordaba el estudio únicamente desde las fuentes escritas o, si se hacía desde la Arqueología, se abordaba la cuestión mayoritariamente desde el paradigma romanista o desde la frecuente confusión de lo romano con lo prerromano (tanto en vajillas, como en estructuras de habitación, orfebrería o saunas castreñas) por lo que resultaba ciertamente difícil estudiar este trascendente cambio cultural. Si durante la fase II rastreamos diferentes modelos en cuanto a las economías morales y políticas, los modos de poblamiento o los modos productivos, no podemos pensar que la romanización afectase a las diferentes comunidades por igual. De hecho el choque cultural y el trauma histórico que supuso la conquista romana debió de ser mayor para las comunidades *deep rurals* que para las sociedades que ya presentaban formas de desigualdad importantes previas a la conquista como pueden ser las de *oppida* de la *Bracarense* o de la Meseta Norte. En este sentido, si pensamos en la “romanización” como la inclusión en una sociedad cívica plena (el modelo que Roma asume y exporta) en el noroeste y norte peninsular este modelo no se pudo desarrollar completamente porque si por algo se caracterizan estas zonas es por el carácter rural de la romanización que allí se produjo.

Tras la conquista, la población y sus propiedades pasan del estatus *dedicti* a *stipendarii*, es decir, dependientes bajo tributo centralizado. Este proceso marca la participación -en el vagón de cola- de la sociedad indígena en la articulación social estratificada romana, pero también conlleva la aparición de un grupo intermedio e intermediario (y nunca mejor dicho) de población local que sea transmisor entre la población indígena estipendiaria y el nuevo grupo dominante extranjero. Esa es la clave de la más rápida y mayor integración en el imperio. Este nuevo bloque colaboracionista (sin el tono peyorativo actual) es el canal de comunicación bidireccional entre los explotadores y los explotados, y sale beneficiado de esta relación al acaparar excedente,



recibir rentas o convertirse en propietario (o fortalecer ese papel). Este proceso es más sencillo en las zonas jerarquizadas ya en época prerromana, pues ya existen unas elites con las que tratar por parte de Roma, pero allí donde no existían -caso de los *deep rurals*- pero que interesa someter (como son las zonas mineras, pero no exclusivamente, porque hubo otro tipo de explotaciones agrícolas, ganaderas y pesqueras) se impuso rápidamente un modelo en el que se crearon unas jerarquías antes inexistentes para el control y explotación agraria y minera del territorio. Un nuevo grupo local dominante que transmite los impuestos y la renta al conquistador beneficiándose de esa transacción económica (Delgado y Grande 2009: 84-85). Un grupo humano adopta los valores de la cultura extranjera si, tras su conversión, no se quedan relegados al último lugar en esa cultura (Veyne en González Ruibal 2006: 123). El colonialismo siempre implica la presencia de uno o más grupos en una región a cierta distancia de su lugar de origen (son los “colonizadores”) y la existencia de relaciones socioeconómicas asimétricas de explotación o dominación entre los colonizadores y los habitantes de la región colonizada.

Por tanto una de las características de la romanización en la zona cantábrica es que supuso un choque cultural, cuyos rasgos se resaltan si lo comparamos por ejemplo con la zona cismontana, que ya vivía formas de explotación social importantes antes de la llegada de Roma. Con Roma podríamos decir que esas formas de explotación social se expandieron hacia las montañas septentrionales. Otra de las características es el desarrollo de un sistema exclusivamente rural, con una importancia secundaria de la vida urbana, pese a que desde la conquista de Sicilia en el s. III a.C. se tendiera a fundar ciudades en los territorios conquistados. Hubo pocas ciudades, pero estratégicamente situadas para el control administrativo y militar, y donde también se promocionaría la aristocracia local (Sastre 2001: 96). Los terrenos conquistados fueron sometidos de diferentes modos, pero todos efectivos. No todas las tierras pasaron a ser *ager publicus* romano, y existen diferentes ejemplos de adaptaciones de los modelos a las realidades indígenas. Para la zona que nos ocupa, tras las Guerras Civiles y las reformas de Augusto, se baraja la posibilidad de un *ager publicus* vendido, alquilado o distribuido por el Estado, a los diferentes poseedores. Pero también con las comunidades que se rindieron, tras pasar un periodo por la categoría de *dediticiae*, pueden volver a recuperar sus tierras pasando a ser *peregrinae*, y dejando ese territorio de ser *ager publicus* para volver a sus “legítimos dueños”. Pero es un territorio que ahora es entendido como *ager stipendiarius* o *solum peregrinarium civitatum*, es decir, por el que las comunidades han de pagar un tributo al Estado romano. Tanto si la propiedad era peregrina como pública romana la dominación existía. Lo

normal es que en las provincias hubiera formas de propiedad inferiores a las itálicas (*de optimo iure*), es decir, tributarias, tanto si se rigen por las leyes romanas (colonias y municipios) como por las leyes indígenas (comunidades peregrinas) (Sastre 2001: 106-108).

### 5.3.1 La pervivencia de los castros bajo Roma.

Respecto a la presencia romana en los castros se advierten una serie de hechos incuestionables. Por un lado existen castros que se abandonan tras la llegada de Roma a estas tierras, y por otro hay poblados castreños que continuaron ocupados, pero que transforman notablemente sus caseríos y sus sistemas de fortificación, tanto por cuestiones estratégicas, como de explotación agrícola o minera. Algunos de estos cambios se conectan directamente con la presencia militar romana ya en las fases más antiguas. La política seguida por Roma hubo de ser pragmática y conservadora en un primer momento, limitándose a potenciar de forma selectiva los viejos núcleos indígenas para convertirlos en centros administrativos locales y regionales, es decir, que se tuvieron que apoyar en las estructuras de poblamiento precedentes y en los pactos con las elites castreñas (Fernández Ochoa 2006: 281-282), ya que el fenómeno urbano se encontraba ausente antes de la conquista romana (capítulo 4). La Gallaecia interior oriental, perteneciente al *Conventus Lucense*, así como el sector montaños del *Conventus Asturum* y parte transmontana del cluniense, mantuvieron su ruralismo, con la excepción de la capital conventual del primero, *Lucus Augusti*. El caso de *Lucus Augusti* puede considerarse como un centro productivo, de consumo y redistribuidor de todo tipo de productos (Rodríguez Colmenero 2002: 335), sin embargo no crea una red de poblamiento ordenada y bien establecida en su *hinterland* ya que, al igual que *Asturica Augusta*, se trata de una ciudad impuesta por dominio e intereses romanos, no surgida de una evolución estructural indígena (Delgado y Grande 2009: 77).

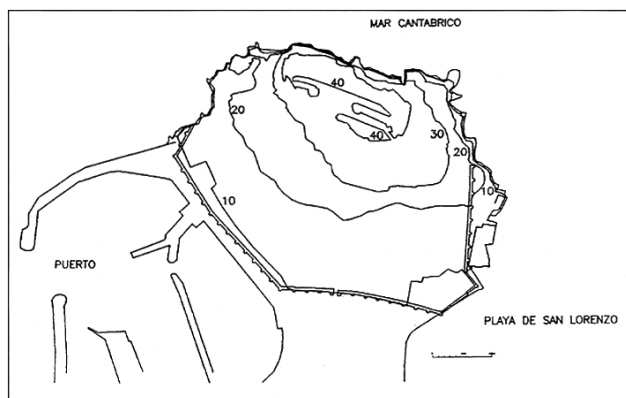
Como hemos visto, *civitas* y ciudad no son equivalentes, y ciudades como tales en el Noroeste sólo se reconocen las tres capitales conventuales y *Aquae Flaviae* (Chaves), para los primeros momentos. Es un modelo importado que se usó para apoyar a la administración y al ejército, pero no fueron ejes de la estructuración del territorio. En *Asturica Augusta* (Astorga) se encontraba la gestión de todas las zonas mineras, y poco a poco fue centro administrativo de toda la región, sobrepasando sus límites conventuales e interviniendo en la gestión de las otras capitales. Tienen todas estas ciudades poco peso en la romanización, ya que el grueso de la población es rural. En esta línea fueron clave para la romanización de las mayoritarias zonas rurales las aristocracias

locales (Sastre 2001: 140), que en los primeros tiempos están todavía claramente vinculadas a los castros, especialmente en el sector con minería de oro, y puede que ya a las primeras aldeas abiertas que paulatinamente fueron sustituyendo a los castros, como hemos visto desde la epigrafía. Porque aunque se haya dicho que los *castella* romanos son esencialmente distintos a los castros prerromanos (Sastre 2001: 194), entre otros motivos por el desconocimiento de esta autora de los niveles prerromanos de muchos yacimientos como Arancedo, Coaña, Pendia o La Escrita calificados como “castros romanos” (Ibid.: 192), por nuestra parte creemos que el castro a lo largo del s. I d.C. siguió siendo la principal forma de poblamiento indígena y que no podemos entender los notables cambios en la organización y fisonomía de estos poblados en época altoimperial sin haberse estudiado previamente las características de los mismos en el periodo prerromano.

En este contexto de reorganización territorial y administrativa y explotación estatal de los recursos cantábricos, no sólo en las zonas mineras, sino también en el resto de *civitates* mediante el cobro de tributaciones, empiezan a aparecer asentamientos en llano y abiertos (*vici*, *pagi*, etc.), que convivieron con los castros, en donde todavía seguía viviendo mucha población indígena y que aún se mantenían como elementos fundamentales del paisaje, al menos hasta el s. II d.C. Ahora ya no son los poblados autónomos políticamente que conocíamos (capítulo 4), sino que dependen de una *civitas* en donde han sido integrados. Vemos como algunos cobran una nueva vida, bien por sus nuevos roles vinculados a la explotación romana del oro, bien por ser centrales o desempeñar algún tipo de capitalidad dentro de una *civitas*. Sin embargo, el fundamento del castro, su independencia política respecto a otros poblados similares, tras 800 años se ha diluido, lo que les hace dejar de tener sentido para sus propios pobladores, especialmente cuando las fuertes identidades colectivas prerromanas fundamentadas en el castro se vayan olvidando y sustituyendo por las nuevas identidades promocionadas por Roma, como la de *civitas* o la de *conventus*. Si a esto añadimos que la continuidad del asentamiento castreño tras el periodo de conquista con Augusto depende de las diferentes funciones que pueda desempeñar cada castro influido por diferentes contextos socio-económicos (Fernández Mier 1999: 42), y que sino éstos se abandonaron a los largos del s. I d.C., sino justo tras la conquista, podríamos reflexionar hasta que punto podríamos seguir llamando castreños a los habitantes de los castros simplemente por seguir viviendo en este tipo de poblados en época romana, puesto que bien diferente es que se sea un aldeano de la Edad del Hierro, que un indígena trabajador en una explotación imperial de oro.

Para el interior oriental gallego se ha propuesto que los castros en los dos primeros siglos de la Era convivirían con algún centro protourbano -tipo *fora* o *vici*- de mucha menor entidad constructiva / urbana y de poder que en el sector costero o bracarense (Pérez Losada 2002). Para el Noroeste en general se ha revisado recientemente la secuencia clásica de la fase romana de los castros que ha imperado hasta no hace mucho y que se basaba en materiales completamente descontextualizados (Arizaga y Ayán 2007: 483-485). Esa secuencia clásica estaba estructurada sobre la ocupación-abandono-reocupación de los castros y, resumidamente, consistía en: abandono definitivo de algunos castros con posterioridad a la conquista y hasta época julio-claudia; pervivencia de castros en zonas costeras bien comunicadas y construcción de nuevos castros en zonas de explotación aurífera (sierras orientales de Lugo, valles del Lor, Navia o Sil); a partir de época flavia se constataría el abandono de los castros y surgirían nuevas pautas de poblamiento (*villae*, *vici*, *fora*), en general poblados abiertos de fondo de valle; a partir del s. III d.C. se daría una revitalización y reocupación de los castros (comprobable arqueológicamente por tesorizaciones y materiales cerámicos tardíos); y en este último periodo podría observarse un esquema de poblamiento dúplice castros - *villae*.

En general criticamos esta secuencia ya que como vimos la fundación de “castros mineros” se trata de un mito historiográfico, y por que en el centro-occidente cantábrico el abandono de los castros parece no superar el s. II d.C. Son muy escasos los ejemplos de niveles medievales en castros, y con claros cambios de uso del espacio, como por ejemplo sucede con la necrópolis del Chao Samartín (Villa 2008b). Este último hecho marcaría un contraste con el caso gallego no cantábrico, en donde sí parece haber una mayor perduración de los castros durante el Bajo Imperio. Pese a ello ambas zonas tienen en común, especialmente respecto al interior gallego, el hecho de que se trata de asentamientos de escasa entidad, con un fuerte ruralismo indigenista y un exiguo sentido urbano / protourbano (Delgado y Grande 2009: 78). Para el centro de Asturias seguramente las fundaciones de *Lucus Asturum* (Llugo de Llanera) y *Gigia* (Xixón/Gijón) jerarquizarían el poblamiento (Sastre 2001: 273). Lo que no tendría fundamento arqueológico alguno es decir que El Cantu de San Pedro, castro inmediato a la llanura donde se encuentra *Lucus Asturum* y del que proceden *tegulae* y cerámicas romanas, jerarquizara el poblamiento en época prerromana, en concreto con respecto a los castros cercanos de El Cuetu y La Cogolla (García y López 2002: 219-220). Más bien podría entenderse que estos tres castros autónomos trasvasaron su población a la nueva fundación romana. En un sentido similar a *Gigia*, y también con un claro contenido propagandístico, se encontraría la fundación romana



**Figura 5.29:** muralla romana de Xixón-Gijón, seguramente una de las principales ciudades de nuestra zona de estudio en época romana (en Fernández Ochoa y García Díaz 1995).

de *Portus Victoriae Iuliobrigensium* en lo que hoy es Santander. De hecho se han documentado bajo la catedral de esta ciudad unas termas, una calle y una fortificación robusta que se corresponderían con dicha fundación altoimperial (Casado Soto 2000: 57). De igual modo podríamos citar la ciudad de *Iuliobriga* en el entorno de Reinosa y sobre la vía que comunica el sector central de la Meseta Norte con la Santander romana (Muñiz e Iglesias 2000) (fig. 5.29).

Las ciudades y *villae* no serían los únicos modelos de asentamiento aparte de los castros, sino que la mayoría de nuevos poblados en las zonas rurales y montañosas serían pequeñas granjas agrícolas y ganaderas denominadas *vici* o *pagi*, y que comenzarían a desarrollarse hacia finales del s. I d.C. En Galicia se ha visto como algunos de estos establecimientos son típicamente romanos, mientras que otros, como Agro de Ouzande (Pontevedra) muestran una cultura material fuertemente indígena (Parcero y otros 2007: 244). En todo caso estos establecimientos muestran una localización claramente agraria, en fondos de valle, en tierras aptas para una explotación intensiva, y por tanto en situaciones muy similares a los castros de la fase II de aquel sector, localizándose en muchos casos en los alrededores de éstos (Parcero y otros 2007: 244). Por lo tanto con el modelo de evolución del poblamiento propuesto para la zona costera meridional gallega el caso cantábrico comparte el hecho de que los *vici* / *pagi* se encuentran también en los alrededores de los castros y en que un punto de inflexión importante es que se abandone el modelo fortificado por el de la aldea abierta a lo largo de los dos primeros siglos de la Era, pero no así las localizaciones, pues en el centro-occidente cantábrico los castros siguen estando en zonas elevadas en muchos casos, perpetuando los modelos conspicuos de la fase I. Además el supuesto fuerte peso de la agricultura no sería tal, sino que la ganadería seguiría siendo un sector importante, tanto a nivel económico como social.

En líneas generales en el centro-occidente cantábrico vemos dos zonas distintas en cuanto al

mantenimiento de los poblados castreños durante la fase III, es decir, dos formas distintas de romanización castreña. Ya Jorge Camino, refiriéndose al caso asturiano, ha marcado una clara diferencia entre los castros de la mitad occidental del Principado, que mayoritariamente tienen un origen prerromano, pero florecerían en época romana, con respecto a los de la mitad oriental, ya que pese a estar igualmente fundados en época prerromana, son pocos los que tienen evidencias de romanización (2002: 142) o estas son mucho más someras que en el extremo occidental cantábrico. Por lo tanto dentro de la romanización de los castros del centro-occidente cantábrico hemos de marcar dos zonas claramente diferenciales: una iría desde nuestro límite oriental de estudio, a la altura de la bahía de Santander, hasta la cuenca del río Narcea, mientras que la otra se extiende desde esta corriente fluvial hasta los confines occidentales de la Cornisa Cantábrica, en el oriente de Lugo. Esta última zona (tercio occidental de Asturias, este de Lugo y noroeste leonés) es la caracterizada por la explotación aurífera romana, y por tener fases romanas en los poblados con importantes reformas urbanísticas y defensivas. Son raros los castros de esta zona que no presenten materiales romanos y ocupación durante los dos primeros siglos de la Era. Hablaremos de estos cambios en la cultura material de la fase romana de estos poblados *in extenso* más abajo, pero habría que aludir a que cada vez hay más ejemplos de la presencia de efectivos militares romanos, que debemos entender en compañía de personal administrativo, de ingenieros y de mano de obra especializada para la explotación del oro, en castros del occidente cantábrico, en donde convivirían con la población indígena, como se ha defendido para el Chao Samartín (Villa, Menéndez y Gil 2006) o San L. Luis, en donde, además, se asentarían importantes personajes romano, pues sino no se explicaría la ostentosa *domus* desenterrada en la acrópolis del primero (Villa 1998a: 26; 2007a: 207; Marín, Jordá y García Guinea 2008). La aparición de monedas de la caetra, usada para pagar a los militares romanos durante la época de la contienda y poco después, es buena muestra de esta presencia militar (Menéndez y Villa 2009: 458). Como decimos no casualmente es en esta zona cantábrica en donde se sitúa el sector de explotación aurífera romana, por lo que en si mismo define un tipo de romanización particular y de interacción de los castreños con los romanos. No es casual tampoco que en este sector veamos tan importantes remodelaciones urbanísticas en los poblados, con construcciones ya no sólo de estructuras cuadrangulares, sino de auténticas casas de estilo mediterráneo o de defensas con una fuerte impronta militar romana (*fossae duplex*, piedras hincadas). Además, aparte de por la potencialidad de poder explotar una materia prima tan preciada como el oro, precisamente este sector cantábrico es el que ya durante la fase II se caracterizaba por un urbanismo

más denso y una petrificación de la arquitectura, con la combinación de plantas circulares con otras cuadrangulares de esquinas redondeadas (capítulo 4). Estas particularidades culturales que en su momento vinculamos con rasgos emulados a la bracarense, a la zona con “sociedades de casa”, sin duda debieron ayudar bastante a que tanto las mentes mediterráneas de los romanos como las de los meseteños que los acompañaban (*auxiliae* del ejército) pudieran reinterpretar los castros del extremo occidental cantábrico no tanto en clave urbana, sino al menos como poblados donde, tras las pertinentes reformas urbanísticas y arquitectónicas, poder asentar a personal militar y administrativo romano.

Por otro lado contamos con el resto del sector centro-occidental cantábrico (zona central y oriental asturiana y mitad occidental de Cantabria), en donde más que una segunda vida de los castros durante la fase III lo que apreciamos es la agonía de los mismos, tanto en los que aguantó algo más el poblamiento, en donde se ve incluso la asimilación de cultura material romana por parte de sus moradores indígenas, como sobre todo en aquellos que fueron abandonados tras la conquista, cuyo paradigma sería el *Picu'l Castru de Caravia*, con una significativa ausencia de materiales romanos. Los ejemplos de materiales romanos del s. I d.C. en el centro-oriental asturiano son variados. Por ejemplo la TSH del Castiellu de Fozana (Fanjul 1998-1999: 374), la fibula Aucissa de la Punta'l Castiellu (Podes, Gozón) (Álvarez Peña 2002a: 22) o el ya ejemplo clásico de La Riera (Colunga) (fig. 5.30). Este se trata de un castro grande (unas 2,3 Ha) del que se conocen una serie de materiales desde el s. XIX, entre otros romanos (una piedra grabada con el busto de Augusto y montada en cobre, *tegulae*) que fueron recogidos por Braulio Vigón (Adán 1999: 191-192; Maya 1983b: 229; 1987/88: 34). Nosotros pudimos encontrar algún resto de material constructivo romano (posiblemente un fragmento de *tegula*) al reconocer el lugar. En otros casos se alude a “algunos materiales romanos” fechables en la mitad del s. I d.C., como en Moriyón, con fragmentos de TSH y platos de rojo pompeyano “arrojados” al interior de la estructura nº 2 (Camino 1997: 59; Camino y Viniegra 1999: 246). Moriyón posee fechas radiocarbónicas que corroborarían una última fase de ocupación, en el lapso cronológico radiocarbónico entre el 60 AC y el 10 AD, mientras que los materiales romanos a los que hemos aludido serían de un momento cronológico en el que, supuestamente, ya estaría abandonado el poblado. Por todo ello se baraja la posibilidad de un abandono en el cambio de Era y posteriores reocupaciones marginales, o un languidecimiento sin apenas contacto con lo romano hasta la mitad del s. I d.C. (Camino 1997: 59-60; Camino y Viniegra 1999: 246). No creemos correctas estas interpretaciones puesto que aquellos materiales romanos no tienen sentido si el poblado ya estuviera abandonado, ni



**Figura 5.30:** sucesión de terrazas que se corresponden con las defensas del castro de La Riera (Colunga) (fotografías del autor).

tampoco entendemos, visto el final de otros castros cantábricos, el sentido de esas “reocupaciones marginales”. También es contradictorio aludir a la ausencia de contactos con el mundo romano cuando el territorio ha sido conquistado militarmente y reorganizado política y administrativamente. Otra cosa muy distinta es aludir a los mecanismos de resistencia identitaria indígena que son los que estuvieron detrás de la paulatina asimilación de las vajillas de importación, pero cuando éstos se fueron incorporando lo hicieron por parte de los mismos indígenas que ya vivían ahí antes de la conquista. Como dichas cerámicas, especialmente la TSH, son más modernas que la última de aquellas fechas radiocarbónicas habría que pensar que el poblamiento continuó en Moriyón por lo menos hasta la segunda mitad del s. I d.C., que es cuando presumiblemente se abandonaría. En el resto del territorio de estudio prácticamente no hay datos provenientes de excavaciones con los que poder aventurar una fecha final para los castros, excepto Las Rabas, en donde los materiales más modernos son previos a la conquista (cerámica campaniense). Sin embargo, ya fuera de la

zona de estudio, contamos con la información de las excavaciones de la Peña de Sámano (Castro Urdiales), en donde se alude a materiales romanos en los últimos momentos de ocupación, aunque aún no han sido debidamente publicados (Fernández, Martínez y Serna 2010: 623). Por todo ello barajamos la vigencia de algunos castros de todo este vasto sector a lo largo del s. I d.C., y puede que comienzos del II, pero ya serían escasos los ejemplos y con las murallas amortizadas, sin sentido defensivo.

Las excepciones en este sector cantábrico serían aquellos poblados que, por algún motivo, fueron promocionados por Roma. La importancia de Campa Torres (*Noega*) y de su territorio como puerto seguro y referente para navegantes debió de jugar un importante papel en la propaganda romana, como se desprende de la presunta colocación de las Aras Sestianas dedicadas al culto Imperial en el propio castro o en su *binterland*, aunque también es posible que no estuvieran en este tramo de costa sino más bien en la costa norte gallega (Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005: 130-132), y de la construcción de un faro-torre romano similar al de *Brigantium* (Ibid.: 137-145). En otros casos los castros del oriente y centro asturiano pudieron ser reinterpretados por Roma como *caput civitatis*, como se ha propuesto para el caso de Belonciu (*Paelontium*) con respecto a la *civitas* de los Luggones. Algo similar podríamos pensar para el castro de La Riera, pero para los Luggones de la vertiente septentrional del Sueve.

Pero ello no quiere decir un menor grado de romanización, ni mucho menos, de esta zona con respecto a la que tuvo minería de oro, puesto que abandonar los castros, eje de las estructuras sociales indígenas, supuso el segundo cambio cultural de envergadura después de, precisamente, la desaparición del nomadismo residencial con los primeros poblados fortificados. Por lo tanto no es que en la mitad occidental de Cantabria y centro-oriental asturiano la romanización fuera menor que en el occidente asturiano, sino que adoptó una forma distinta, dinamitando de forma rápida la vida castreña y haciendo que los poblados fortificados fueran sustituidos seguramente por poblados abiertos, lo que supone un cambio cultural de primer orden, un “cambio de ser” (González Ruibal 2003a: capítulo 5). Se trataría de un sector en donde en líneas generales observamos una fase romana de los castros más corta o directamente inexistente, lo que debería hacernos sospechar sobre la posibilidad de un posible traslado de la población hacia aldeas abiertas en fechas algo más tempranas que en el extremo occidental cantábrico, puede que ya a lo largo del s. I d.C., con la subsiguiente desestructuración identitaria y social de las formas prerromanas. Ello explicaría, como vimos más arriba, por qué la translación de las identidades locales indígenas a la epigrafía usaría términos distintos

en estos dos sectores cantábricos, sobre todo si fechamos dichos epígrafes a partir del s. II d.C.

Pese a esta diversidad de procesos en la transición al mundo romano, derivada de la diversidad cultural prerromana durante la fase II así como de las diferenciales posibilidades de explotación del territorio, lo que sí es cierto es que el abandono de las aldeas fortificadas supuso la pérdida para las poblaciones indígenas de cualquier tipo de sentido, incluso el último posible, el de la tradición (Parcero y otros 2007: 244).

### 5.3.2 La nueva arquitectura castreña o la materialización de la violencia simbólica.

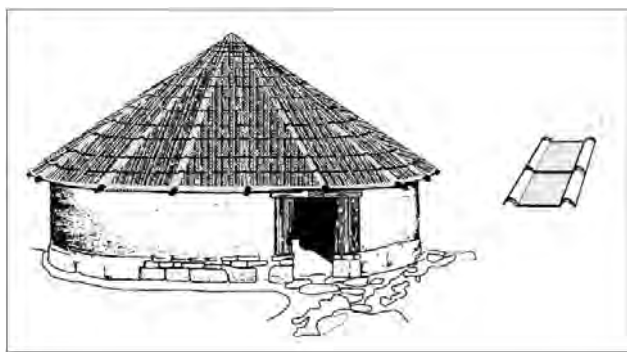
Al igual que Pendar, el Castellón de Coaña, pese a situarse en el valle del Navia, y en la zona de su desembocadura, de comunicaciones más sencillas y variadas que en el curso alto del río, y pese a haber estado claramente ocupado en época altoimperial, posee una arquitectura doméstica y un urbanismo de la fase II bastante bien conservada, sin apenas remodelaciones durante la fase romana o fase III, al contrario que otros casos comentados, como el Chao Samartín, lo que nos lleva a sospechar que si bien los castros del curso alto del Navia, así como del Narcea (San L. Luis), fueron intensamente ocupados por funcionarios y militares romanos, que convivieron con los indígenas en cada poblado, en el bajo Navia, en poblados como Pendar y Coaña, la mayoría de la población debió seguir siendo indígena durante el periodo altoimperial en el que aún siguieron ocupados. Es llamativo si comparamos la arquitectura de Coaña y Pendar con la de Arancedo. Los tres poblados pertenecen al grupo del extremo occidental cantábrico y franja norte de Galicia de arquitectura pétreo que combina plantas circulares con otras en planta de naipes (capítulo 4), y sin embargo, pese a que los tres siguieron ocupados en época altoimperial, en los dos primeros apenas se aprecia la construcción y reformas bajo parámetros típicamente romanos, y sin embargo en Arancedo, pese a la escasa porción del castro intervenida, se documentaron claramente estructuras romanas cuadrangulares de esquinas vivas. Sin duda la clave reside en que en la desembocadura del Navia no hay minería de oro romana primaria o sobre roca, y sin embargo sí es muy abundante en los alrededores de Arancedo, al igual que ocurre, aunque ya no de formas tan inmediatas (en un radio de entre 5 y 10 km), en los casos del Chao Samartín, Peláu, San L. Luis y L. Larón (Maya 1990: mapa y cuadro). Por ello el mayor o menor protagonismo asignado a estos poblados occidentales en la explotación de los recursos cantábricos (como puede ser la gestión de las minas de oro) y / o en la reorganización administrativa romana (pensemos en castros promocionados como *caput civitatis* o ampliamente reformados por cuestiones propagandísticas como la Campa Torres) debe ser

crucial para que entendamos las distintas formas de romanización, o la mayor o menor intensidad de la misma, en los castros del centro-occidente cantábrico. De todos ellos sin duda destaca la romanización de aquellos del extremo occidental cantábrico que participaron directamente en la explotación del oro y en donde se asentó personal militar y administrativo romano, ya que supondrían la cohabitación de los explotadores con los explotados en los mismos poblados. Pese a esta confirmación es paradójico como incluso hasta las propuestas interpretativas más elaboradas mantienen cierto toque *naïf* en lo que se refiere a la romanización de unos poblados que hasta hacía muy poco tiempo habían sido políticamente independientes. Así leemos para los castros occidentales de Asturias como “calles y plazas enlosadas, canalización de aguas residuales, espacios de probable disfrute público, decoración pictórica de las viviendas, etc. ilustran un modo de vida que, aún conservando rasgos tradicionales evidentes, adopta como propios y con innegable entusiasmo gustos y modelos de comportamiento característicos del mundo romano” (Villa y Río Narcea 1997). Por el contrario, desde nuestra perspectiva creemos que tanto los profundos cambios arquitectónicos que se observan en muchos castros del occidente cantábrico durante la fase III, así como los abandonos generalizados de otros muchos poblados fortificados tras la conquista, no dejan de ser más que las muestras materiales de un nuevo orden hegemónico impuesto por la fuerza tras una conquista violenta. Donde algunos ven “entusiasmo” por la asimilación de las modas romanas nosotros vemos el nacimiento histórico de unas clases subordinadas o subalternas, que no existían antes de la conquista, que paulatinamente aprendieron a ver la sociedad a través de los ojos de los gobernantes gracias a su lugar en el sistema. Lo interesante de los análisis arquitectónicos es que nos permiten rastrear un tipo de violencia sin la cual es imposible mantener la hegemonía, ya que es mucho más constante, eficiente y perdurable en el tiempo que la violencia física, ya que actúa casi de forma inconsciente mediante la *praxis* cotidiana. Nos estamos refiriendo a la violencia simbólica, concepto bourdiano (Bourdieu 1994; 2000) que nos sitúa ante la paradoja de las situaciones en las que los subalternos comienzan a mirar el mundo con los ojos de los dominadores, a estructurar y comprender el mundo en las claves conceptuales de los privilegiados, como puede ser el caso de mujeres con un pensamiento “machista” viviendo en un orden patriarcal, o el de grupos humanos recién sometidos que comienzan a reconocer la cultura dominante como legítima y la suya propia como ilegítima.

Es en estos parámetros en los que creemos que debemos estudiar los cambios arquitectónicos y los nuevos modelos de espacialidad que surgieron en muchos castros del Norte y Noroeste en el cambio de

era, ya que estos poblados siguieron siendo el principal lugar de habitación de la sociedad indígena-romana (Ayán 2008: 962). Durante el s. I d.C. se ve como cambia el diseño y arquitectura de los principales poblados castreños de Galicia, especialmente de aquellos que están estratégicamente colocados en las principales vías de comunicación que corren hacia el interior de la región (Ibid.: 963). En esta región, tras el cambio de era, comienza a apreciarse una sustitución de las estructuras circulares por las de planta angular en la zona meridional y costera, y lo mismo más una petrificación de las edificaciones en el interior, así como una redistribución de los espacios domésticos. Cuntis, Os Castros de Toques, A Graña o Montealegre son buenos ejemplos (Parcero y otros 2007: 250). En Montealegre se aprecia ese cambio arquitectónico, con el cambio de orientación de las casas, con la aparición de nuevos edificios de estructuras cuadradas compartimentadas, sobre las ruinas de las construcciones circulares previas. Las novedades de las casas galaico-romanas de los castros gallegos durante el s. I d.C. incluyen el uso de un aparejo más cuidado, que forman esquinas vivas en las estructuras, innovaciones como el uso de *tégula* para las techumbres y un nuevo modelo espacial definido por grandes estructuras rectangulares. Además, en el Noroeste se aprecian una serie de características, como es la expansión del uso de los molinos circulares, el uso de las cerámicas de mesa romanas, tanto la cotidiana como la *Terra Sigillata*, las ánforas de almacenaje que se encuentran dentro de las casas... que son todos ellos claros signos de nuevos modelos de comportamiento en el trabajo diario doméstico (Ayán 2008: 963-964). Así en casos como Montealegre o San Cibrán de Las, en castros con casas con o sin patio, se ve la compartimentación de habitaciones como las cocinas, con espacios que ahora sirven para actividades específicas, perdiendo las características multifuncionales del espacio de las casas prerromanas. La cocina en sí misma está dividida en áreas funcionales, con el lugar del horno separado del del mortero embutido en el suelo. En Castrolandín (Cuntis) aparte de asumirse el modelo de casa con patio bracarense antes de la conquista, luego, con Roma, se ve también la imposición de un modelo de casa cuadrada en un lugar determinado del castro, pero cubierto con techumbre vegetal (Ibid.: 964-965).

En líneas generales la evolución y cambio de la arquitectura y urbanismo de los castros de la Cornisa Cantábrica durante la fase III sigue las tendencias marcadas para el Noroeste, aunque debemos marcar una serie de importantes matices. Si para el Noroeste se responsabiliza a la conquista romana de la aparición de la molinaria circular, ya vimos (capítulo 4), como en las montañas cantábricas los molinos circulares inauguran los importantes cambios castreños de comienzos de la fase II. De igual modo, pese a que en el interior de Galicia la arquitectura se petrifique como



**Figura 5.31:** ejemplo de usos alodóxicos de la cultura material, tegulas romanas aplicadas a un tejado de material perecedero en una cabaña de tradición prerromana en Llagú (en Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b), aunque seguramente en la reconstrucción habría que limitar el uso del material latericio al alero de la techumbre.

consecuencia de la romanización, en el extremo occidental cantábrico lo que observamos es la superposición de muros romanos sobre otros prerromanos, ya que desde el Narcea hasta el límite occidental de este sistema montañoso la arquitectura se petrificó desde comienzos de la fase II, con diferentes tradiciones arquitectónicas, la de las casas circulares y la que combina las circulares con las cuadrangulares de esquinas redondeadas. Tampoco creemos que las compartimentaciones o especialidad funcional de las cocinas castreñas fundamentadas en la separación funcional y espacial de la zona con el hogar de la que tiene el mortero con cazoletas enterrado responda a cambios romanos, ya que de nuevo numerosos ejemplos nos aconsejan situar estos cambios junto a la petrificación de la arquitectura a comienzos de la Segunda Edad del Hierro. Por otro lado en el Noroeste se observarían en este momento mejoras en las labores de cantería y el uso de instrumental de hierro, sustituyendo al uso común del bronce, así como un importante desarrollo del trabajo de carpintería, y al tratarse mejor la cara interna de los muros se extendería el uso del enlucido, así como las tejas para cubrir las casas (Parcero y otros 2007: 250). Sin embargo el uso de tejas en el ámbito cantábrico fue muy reducido. Se conocen fragmentos de tejas, tanto curvas como planas, en algo más de una quincena de castros (ver listado en Maya 1987/88:234-235). El más oriental de ellos es el castro de La Riera (Colunga) en donde nosotros mismos pudimos recoger de su superficie un fragmento de tégula plana. No obstante en los poblados excavados en extensión (como Coaña, Campa Torres o San Lluís) los fragmentos de tégulas son mínimos. Compartimos con Maya (Ibid.) la idea de que tanto el escaso número de tejas en la fase romana de los castros como la perduración de las estructuras circulares, para las cuales las tejas no son muy adecuadas, nos deben hacer pensar en otros sistemas de cubrición, en concreto en la perduración de las techumbres vegetales. Por lo tanto la presencia de tégulas y

ladrillos en los castros cantábricos debe responder al uso de dichas piezas cerámicas como material latericio “accesorio” en refuerzos de muros, enlosados, basares u hogares (Maya 1987/88: 235; Berrocal, Martín y Ruiz 2002b: 169), como tendremos ocasión de ver. Es decir, podríamos estar hablando de un uso alodóxico de la cultura material romana (*sensu* Bourdieu, aplicado en González Ruibal 2003a: 441 para las ánforas en el Noroeste). Se trataría de un uso heterodoxo de la cultura material foránea, por desconocimiento (ausencia de capital cultural, en definitiva) para, precisamente, ganar capital cultural respecto a los convecinos. No obstante no habría que descartar del todo que pudieran haber sido utilizadas estas tejas en las techumbres, del modo en el que lo hemos podido comprobar recientemente en otros contextos indígenas, como es el *oppidum* madrileño de La Dehesa de la Oliva (Gómez, Marín y Falquina 2007), en donde un gran edificio alargado y porticado, que seguramente contaba con techumbre vegetal de tradición prerromana, fijó los aleros laterales con tejas romanas planas y curvas. De hecho es lo que se ha propuesto para la estructura E 36 de Llagú -aparte de los fragmentos usados como material constructivo de una estructura rectilínea- en donde se recogieron muchos clavos y tégulas, de un posible tejadillo adosado a las cubiertas de material orgánico (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 115-126) (fig. 5.31). Sea como fuere, cualquiera de los dos casos más que síntomas de romanización en abstracto deben de verse como la adaptación y reconceptualización de la nueva cultura material romana bajo los parámetros mentales indígenas, en donde se le dan usos a los materiales romanos que no veríamos en un poblado de fundación romana.

Por otro lado, como veremos, pese a la ruralidad del extremo occidental cantábrico, en concreto si lo comparamos con la zona bracarense, el hecho de que se desarrollara allí minería de oro, hizo que en algunos de estos castros la imposición de una arquitectura de estilo mediterráneo sea más evidente que en otros muchos ejemplos noroccidentales. De hecho la notabilidad de la arquitectura romana y el arrasamiento de los niveles previos prerromanos en alguno de estos castros seguramente es lo que ha causado que de alguno de ellos, de los que sospechamos su origen en la fase I, tan sólo se hayan publicado estructuras de la fase romana, como es el caso de la estructura cuadrangular de esquinas vivas y muros unidos con argamasa del castro de La Escrita, usada, además, para reificar el paradigma romanista y justificar la fundación de castros por Roma para la explotación del oro, para lo cual no se tuvieron en cuenta, intencionalmente, los materiales prerromanos del poblado (Carrocera y Rasilla 1989-90: 65-71).

Vemos claros ejemplos de reformas urbanísticas en castros que, no obstante, hay que entender como de fundación prerromana. Puede ser el caso del Castro



da Torre (Caurel, Lugo) ya que pese a que toda la cerámica que aparece se presenta como romana (Álvarez Núñez 1995-96a: 19) debemos recordar la frecuente confusión entre las CTOs prerromana y común romana (capítulo 4). Por otro lado vimos que el tópico de los “castros mineros” de fundación romana no puede seguir justificándose, a no ser que hagamos el matiz de que seguramente fueran castros prerromanos reconvertidos a castros mineros tras la conquista. Este hecho es lo que además explica las importantes reformas urbanísticas que sufren. En el mencionado Castro da Torre en una cata de 20 x 20 metros se localizaron al menos 5 estructuras rectangulares de pizarra de esquinas vivas, techumbres del mismo material y con acabados interiores a base de enlucidos de color rojo intenso, frente a tan sólo una circular, de muros considerablemente más anchos y con trabazón de barro (Álvarez Núñez 1995-96a), que debemos entender de clara filiación prerromana mientras que las otras se corresponderían con la vasta reforma urbanística de época romana. Estas importantes reformas urbanísticas consisten en la construcción de las estructuras cuadrangulares, dispuestas alrededor de una calle que recorre la parte alta del poblado y que parte de una torre cuadrangular y de un aljibe, continuando sobre la roca madre de una “plaza central” (Ibid.), a lo que deberíamos sumarle, como ya comentamos, las reformas defensivas consistentes en piedras hincadas que refuerzan la defensa de los fosos, de los que algunos también pudieron ser construidos o reformados en época romana, como el caso del Chao Samartín evidencia.

Precisamente decir que el Chao Samartín es un ejemplo de castro de época romana que representa a aquellos en los que las modificaciones de las estructuras internas bajo Roma son casi imperceptibles (Parcero y otros 2007: 257) es realmente arriesgado, por no decir totalmente equivocado. Para estos autores el Chao Samartín pasaría durante el s. I d.C. a ser un lugar central, e incluso se le califica como *oppidum*, pero con formas dentro de una continuidad indefinida o ininterrumpida (Ibid.: 257). Precisamente están aludiendo a uno de los castros cantábricos mejor estudiados y que más fuertemente vio modificada su estructura y trama urbana y sus defensas en época romana, en donde se puede constatar la presencia de efectivos militares (las remodelaciones de las defensas mediante *fossa duplex* así lo revelan), y de altos cargos (quizás un *Procurator metallorum*) habitando la casa romana con columnas, hipogeo y paredes con estuco y pinturas murales de su zona alta. Como veremos las reformas no sólo competen a esta gran estructura doméstica de la acrópolis sino que el resto de arquitectura doméstica también fue modificada, así como la gran cabaña comunal de la ampliación de la fase II, que será sustituida por una plaza en donde se desarrollaron mercados. Con todo ello nos parece sorprendente situar al Chao Samartín como ejemplo

de castro “interior” que sigue las formas prerromanas en época altoimperial. Baste una comparación rápida con Pendia o Coaña para comprender como el Chao Samartín sufrió una reestructuración urbanística de gran calado que, precisamente, complica el estudio de la fase prerromana correspondiente a la Segunda Edad del Hierro, por la profunda alteración de los niveles. Como decimos sufrió una reestructuración desde momentos muy tempranos, dirigida por personal militar, cuya presencia en el poblado fue necesaria para consolidar sus funciones de capitalidad administrativa del territorio y de las poblaciones circundantes, así como para organizar la explotación del oro. El yacimiento no es que ofrezca testimonios de su posición “próxima al poder, sino como residencia física del mismo” (Villa 2007a: 207).

Quizás este poblado sea el que mejor ejemplifica a nivel urbanístico y arquitectónico los cambios que supusieron la conquista romana y la subsiguiente explotación masiva del oro en el occidente cantábrico. Por lo que se extrae de las diferentes publicaciones habría que pensar que el caserío de la Segunda Edad del Hierro sufrió diferentes remodelaciones y que éstas se heredaron e impulsaron durante la fase romana del poblado. Ello propició una importante reforma de las estructuras tanto de habitación como defensivas en época altoimperial, aplicándose a este rincón de las montañas cantábricas tradiciones arquitectónicas mediterráneas y militares romanas. Aunque no es exacto que dichos cambios consistan en la sustitución generalizada de las estructuras circulares por las cuadrangulares (Ayán 2008: 965), ya que en fase prerromana ya se verían estructuras cuadrangulares, pero de esquinas redondeadas. Sí que sería cierto el hecho de que en la fase romana se ve una mayor compartimentación de los espacios, con un mayor control del acceso a las estructuras, en las que se ganaría en privacidad, como las llaves y cerrojos que se encuentran frecuentemente delatan (Ibid.: 965).

Las murallas de módulos del poblado, que pudieron haber estado en uso hasta cuatro siglos, serán amortizadas en época altoimperial, a lo largo del s. I d.C., y usadas como elemento de sustentación de las nuevas construcciones, consistentes en nuevos paños de pared para evitar el desplome de las viejas murallas. Ello se dio especialmente hacia el lado norte de la acrópolis, para proteger la *domus* que allí se instaló, en donde además se acondicionó el foso excavado al pie y se limpió y acondicionó la ladera a modo de glacis. Además se instalaron dos cuerpos de guardia a ambos lados de la entrada principal, y machones para atravesar el foso defensivo, que se reabrió. De hecho el viejo foso prerromano colmatado casi completamente en época preflavia se reexcavó y acompañó de otro foso exterior, resultando una estructura idéntica a las *fossae duplex* que ya comentamos más arriba a cuenta de los *castra aestiva*.



**Figura 5.32:** perfil estratigráfico de los fosos defensivos del Chao Samartín (a partir de Villa 2007a, modificado) y vista general de los mismos (en Villa 2002a).

En este lado oriental la muralla modular no fue arreglada ya que la *fossa duplex* garantizaba la defensa de este flanco. La técnica constructiva de los fosos hace pensar que fueron realizados por militares romanos (Villa 1999-2000: 394; 2007a: 207 y fig. 13), cuya presencia queda de nuevo reflejada en el uso de

determinados productos muy del gusto castrense (Villa, Menéndez y Gil 2006) (fig. 5.32).

Todo este nuevo y reestructurado sistema defensivo se acompañó de otras trincheras más alejadas del poblado, por las fincas que rodean el castro en la actualidad, que complican el acceso al mismo y que dejan dentro de su control las fuentes de

agua de las laderas norte y sur del promontorio, que secularmente abastecieron al poblado (Villa 2007a: 208), y que, al igual que las *fossae duplex* es otro rasgo típico de las fortificaciones de campaña de las legiones romanas en su conquista del norte peninsular, como por ejemplo vemos en El Castiellu de La Carisa. No obstante ni la cronología ni la secuencia constructiva de las reformas de las defensas en época altoimperial son del todo claras, ya que si se afirma la presencia de militares romanos desde época augustea, y la importancia del poblado desde los primeros momentos como capitalidad territorial y centro de control de la explotación del oro, no se entendería que las murallas “semiabandonadas” se recuperaran sólo a finales del s. I d.C. y que la *fossa duplex* se abriera en época flavia. Si esto hubiera sido así el poblado habría quedado demasiado expuesto a posibles ataques, precisamente en el momento de máxima inestabilidad, recién conquistado el territorio y con el arranque de la explotación masiva del oro. A no ser que las defensas prerromanas no estuvieran tan arruinadas y hubieran cumplido su rol defensivo hasta que fueran sustituidas por las nuevas defensas. De hecho es posible que lo que se ha entendido como una “sedimentación preflavia” (por ej. Villa 2007a: fig. 13) del foso prerromano sea realmente un relleno preflavio intencional, rápido en el tiempo, realizado a comienzos del primer siglo de la Era por manos castrenses romanas, para poder generar el perfil típico de la “fosa púnica” que, como vimos más arriba, es aquella que tiene un lado vertical y otro inclinado, como en este caso. Si reinterpretemos este depósito arqueológico dibujado en los perfiles del foso (ver fig. 5.32) no como fruto de una lenta sedimentación, sino como producto de un momento de obra, rápido en el tiempo, generado para poder luego cavar un foso según la técnica militar romana, y seguimos fechando dicho depósito intencional en momentos preflavios, como señalan sus excavadores, entonces podemos pensar que las reformas de las defensas no se dieron a finales del s. I d.C. sino en la primera mitad del mismo. Ello cuadraría mejor con la importancia de este poblado, ya que desde esta reinterpretación no dejaría de estar defendido en ningún momento de su historia, puesto que podemos hacer que se solapen en el tiempo las defensas prerromanas con las romanas. Desde esta reinterpretación se comprende mejor la idea de que seguramente fuese en el s. II d.C. cuando el poblado hubo perdido su condición fortificada, con el abandono a la par de las defensas y de la *domus* (Villa 2009b: 12). Por lo tanto la temprana explotación del oro y control del mismo desde la *domus* del poblado, así como la reforma de las defensas prerromanas por parte de militares romanos, debieron de ser procesos contemporáneos en el tiempo, que se pueden situar en la primera mitad del s. I d.C.

Como decíamos la gran *domus*, construida dentro del recinto amurallado durante el s. I d.C., no

puede ser interpretada más que como residencia del poder mismo. El edificio muestra en la actualidad una planta próxima a los 500 m<sup>2</sup>, superficie que se distribuye, salvados los cuerpos de guardia, patio y fauces, en una docena de estancias organizadas en torno a un atrio columnado de estilo toscano. Entre ellas pueden reconocerse el *triclinium*, varios *cubicula*, el *tablinum* y la cocina, a través de la cual se accede al cuerpo oriental del edificio donde se suceden varias estancias calefactadas mediante *hipocaustum* y tuberías cerámicas parietales. Por el momento no cabría descartar el uso termal de esta parte del edificio tras la aparición de la base de una pequeña piscina o estanque y el programa ornamental desplegado sobre sus paredes. Al menos dos escaleras daban acceso a la planta superior sobre cuyas paredes se desplegó un amplio repertorio de motivos pictóricos (Villa 2009b: 10) que presenta un rico programa ornamental mediante estucos y pinturas del tercer y cuarto estilo pompeyano (Villa 2007a: 207) (fig. 5.33). En este espacio constructivo menudean los testimonios que prueban la manipulación habitual de metales preciosos, lo que hace sospechar a su excavador una función como centro receptor del metal producido en las minas de su entorno, tal vez para la afinación definitiva antes de enviarlo a la capital del convento (Villa 2004b). Esta estructura suntuaria la entendemos como un símbolo del poder y de la imposición del mismo sobre la población indígena, puesto que además de la clara diferencia estructural y arquitectónica con respecto al resto de las casas del poblado, también es destacable el hecho de que se encuentre situada en el espacio más elevado del poblado, la antigua acrópolis tan cargada de ritualidad. Se trata de una clara metáfora espacial y arquitectónica del poder y el control, estructura estructurante de la violencia simbólica ejercida. Que esta ubicación protagonista en el espacio intramuros del poblado responde a un plan preestablecido da cuenta la similar situación de la estructura romana de varias habitaciones en torno a un patio central del “barrio alto” de San Lluís.

Aparte de la *domus* uno de los cambios urbanísticos más importantes consistió en la remodelación de un gran espacio del castro para poder construir una plaza pavimentada, de 67 m<sup>2</sup>, rodeada por muros excepto por el lado sur, que está abierto, y con un banco corrido junto al muro norte. El pavimento de ordenadas losas de pizarra sólo se rompe en el centro por algunas de cuarcita, lo que hace pensar que pudieran ser la base de la estructura de madera que cubriera dicho espacio, puede que con un emparrado (Villa 1999-2000: 383-384) (fig. 5.34). Este espacio se superpone a una gran cabaña comunal de la fase II y en, parte, a la escalinata de acceso a la sauna ritual del poblado, por lo que heredaría y reproduciría, en cierto sentido, el simbolismo prerromano del lugar, que como vimos (capítulo 4),



**Figura 5.33:** vista aérea de la *domus* situada en la acrópolis del Chao Samartín, detalle de las columnas del atrio y fragmento de decoración figurativa de una de las estancias (en Montes, Hevia y Villa 2010; Villa 2007b; Hevia y Montes 2009).

pudo tener un significado colectivo, pero reservado a los hombres guerreros del poblado. Sin embargo ahora, en época romana, el nuevo espacio está connotado por el poder romano, jerárquico y estamental, y de hecho se ha interpretado (Villa 2009b: 12-13) como una versión rural de los *fora* romanos,

como un espacio apto para la celebración de los actos públicos y ceremonias consustanciales con su función administrativa. De hecho se trata de un espacio muy similar al del torreón de Coaña, que no sería tal, sino, como recientemente se ha reinterpretado (Villa 2009b: 12-13), un espacio rectangular como el de esta plaza del Chao Samartín, sólo que sobreelevado, a modo de tribuna. Se trata del espacio fundamental para representar y ejercitar ritualmente -y realmente- el poder. Por añadidura el esquema coincide en ambos poblados (fig. 5.35), pues tras atravesar la puerta principal, custodiada por dos cuerpos de guardia, se llega a los espacios que durante la fase II tuvieron un simbolismo más claro vinculado con el poder, como se desprende de las saunas rituales y las grandes cabañas comunales junto a ellas. En época altoimperial serán nuevamente estas mismas partes frontales de los poblados, tras las puertas principales, las que sirvan de escenario para el nuevo poder en la forma de *fora*, poder que ejerce no sólo una violencia simbólica (la altura del *forum* de Coaña sería el mejor ejemplo), sino que es un poder inseparable de la violencia física potencial que es consustancial a los propios militares asentados en estos poblados, y que en esta escenografía del poder está representada por los cuerpos de guardia que custodian ambos lados de las puertas principales.

Pero no sólo la gran *domus*, en proceso de excavación, de la acrópolis del castro cuenta pinturas murales en sus muros sino que otras estructuras más modestas, fruto de remodelaciones de cabañas prerromanas, como la C-2 o la C-11, con formas finales rectangulares o rectangulares con esquinas redondeadas, ofrecieron varios metros cuadrados de mortero de cal, alisado y decorado con temas sencillos y estilísticamente muy similares (franjas o líneas paralelas) y colores básicos (blanco, amarillo, ocre, rojo, verde y negro). En el caso de la estructura C-2 aparecieron estas placas en el suelo de los dos añadidos más modernos de la estructura (C-2a y C-2b), pero en las paredes no se aprecia resto ninguno, por lo que se sospecha o bien que pudiera estar aplicado sobre un soporte orgánico que mediara entre el mortero y la pared, o que pudieran proceder de un piso superior. Las estructuras C-2 y C-11 son contiguas y poseen un espacio intermedio, a modo de patio, de unos 12 m<sup>2</sup> (Villa 1999-2000: 371, 382), lo que podría hacernos pensar de una relación entre todas estructuras a modo de unidad de ocupación. El hogar de C-11 es de ladrillo y tegula, así que podría pensarse en una severa reforma de las construcciones previas ya durante la fase III.

Como dijimos (capítulo 4) las reformas arquitectónicas del poblado a lo largo del primer siglo de la Era son de tanto calado que incluso se hace difícil poder reconocer las plantas de las estructuras prerromanas. En este sentido contrasta con el no lejano castro de San L.uis ya que en este último, como

veremos, pese a las profundas reformas y añadidos romanos podemos determinar con claridad la forma y tamaño de las estructuras de la fase II. Por su parte las estructuras del Chao Samartín (ver fig. 4.55) sufrieron continuas reformas, tanto en durante la fase II como en la romana. Vimos que desde comienzos de la Segunda Edad del Hierro se aprecia, a la par que la muralla de módulos, la nueva arquitectura en piedra que combina las plantas circulares con las rectangulares de esquinas redondeadas (capítulo 4). Durante el periodo romano del poblado veremos reformas y remodelaciones en casi todas las estructuras prerromanas y la construcción de estructuras *ex novo*, como la C-2, con esquinas vivas y con un pavimento que seguiría el método vitruviano que consiste en un nivel de cantos de cuarcita menudo (*statumen*), para asegurar la filtración, más una segunda capa de grava y arena que haría las veces de hormigón (*rudus*) y finalmente una capa de mortero de cal con gravilla fina de río (*nucleus*) como superficie de tránsito. También cuenta con dos canalillos bajo los muros que van a parar una alcantarilla y las dos estancias con pinturas murales (C-2a y C-2b) que comentamos antes (Villa 1999-2000: 371) por lo que podría asegurarse que es una estructura netamente de época romana. C-7 posee esquinas en ángulo recto (Ibid.: 376-377), lo que podría interpretarse en la misma línea. De hecho se han comparado algunas de estas construcciones de nueva planta, de planta rectangular con esquinas redondeadas y tabiques internos, caso de la C-14 y la C-17, con los *contubernia* campamentales, lo que de nuevo brinda argumentos para pensar en personal militar romano habitando el castro. Ambos casos tendrían una segunda planta, pero mientras que C-14 tendría un uso residencial, en C-17 se habrían desarrollado actividades textiles (*pondera*, *tegulae*, ladrillos o la vasija con el topónimo *Ocela* proceden de esta construcción) (Villa 2007b: 128-131) (fig. 5.36).

Llama también la atención la estructura C-13, pues su tamaño es pequeño (7,2 m<sup>2</sup>), comparada con el resto, y porque su planta, pese a ser rectangular de esquinas redondeadas, como en otros casos, posee hasta cuatro vanos que debieron estar en uso al mismo tiempo, dos mirando a la calle que se encuentra entre esta estructura y la plaza enlosada, y otros dos en lo laterales. El del lateral que mira hacia la estructura C-9 es el mayor y el único que tiene encajes en las jambas para la puerta. Los otros tres son iguales. El suelo de la estructura es complejo, posee canales cubiertos para aliviar el agua, y un pavimento de mortero calcáreo que lo cubre, y sobre el cual se excavó un nivel de sedimentación terroso con mucha materia orgánica en el cual ha aparecido el repertorio más notable de hallazgos del castro (tablero de juego sobre pizarra, punta de lanza de hierro, juego de pesas de bronce, varilla de bronce y cadenilla de bronce) (Villa 1999-2000: 382-383 y lam. VIII). Estas características indicarían que no se trata de una estructura de

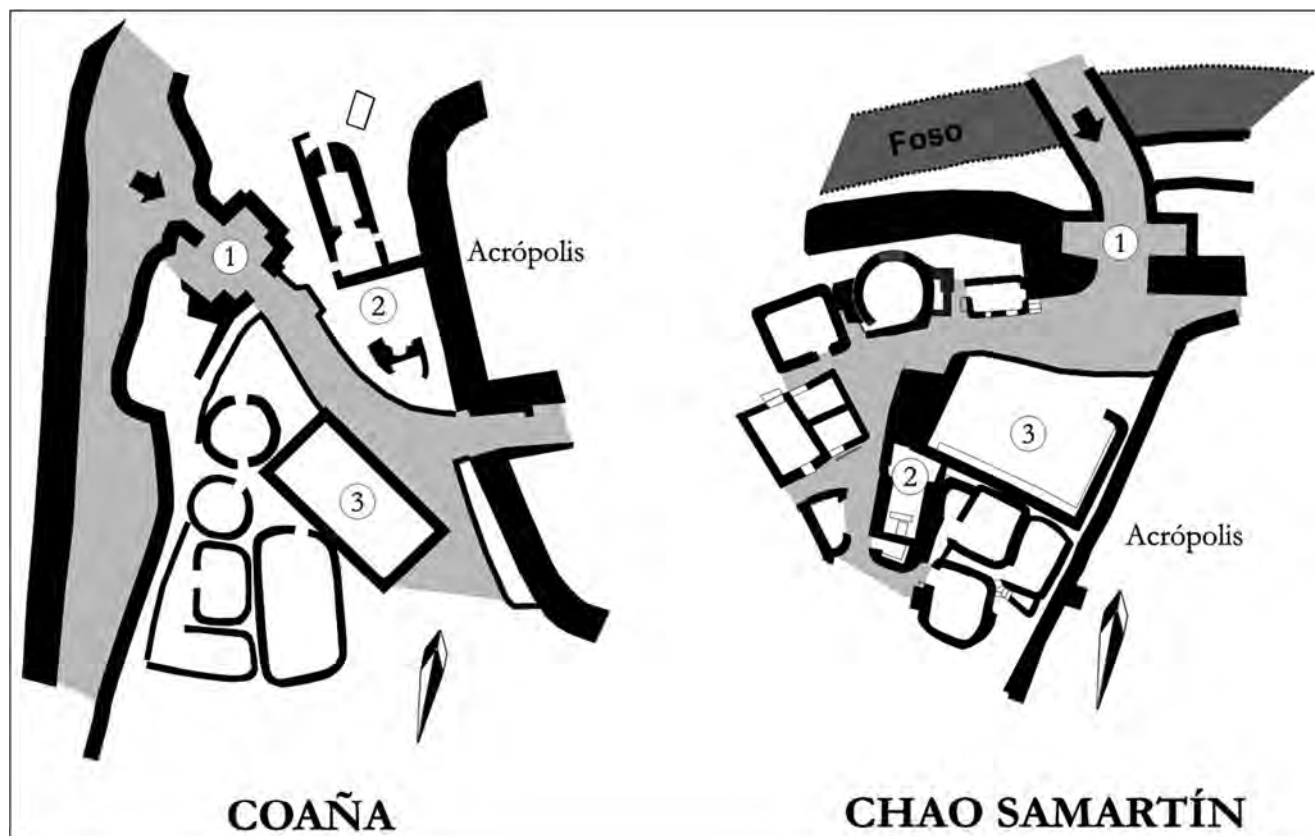


**Figura 5.34:** plaza con banco corrido que sustituyó durante la fase romana del Chao Samartín a una gran cabaña comunal (en Villa 2010).

habitación, sino más bien de un almacén, taller o tienda relacionado con el espacio público (la plaza) que se encuentra en frente. Tampoco habría que descartar que esas funciones se compatibilizaran con la de granero o pajar en un posible segundo piso vegetal, lo que podría explicar la concentración de materia orgánica, su peculiar forma y tamaño, así como los numerosos vanos que no serían puertas.

En un sentido urbanístico la remodelación del poblado trajo consigo mejoras en la pavimentación de las callejuelas del castro, muchas de las cuales pasan a tener canales de conducción de agua para evacuarla ladera abajo, y son enlosadas con pizarra plana, regularizando la roca madre o en chapacuña cuando la pendiente es grande, como es el caso de la calle R-2 en la zona más próxima a la puerta principal del poblado. Las estructuras de habitación, prácticamente todas reformadas en este periodo, abren sus puertas hacia estos estrechos callejones, que no tiene más de 2 m de anchura (Villa 1999-2000: 385).

Creemos que hay una serie de rasgos que deben hacernos reflexionar sobre quiénes vivieron en el Chao Samartín desde la conquista romana hasta su trágico abandono a lo largo del s. II d.C., concretamente en el 140 de la Era, a causa de un sismo (Villa 1998a). Como hemos visto una serie de indicios han llevado a pensar a diferentes investigadores que durante época altoimperial tuvo que habitar en el poblado personal militar romano. La reforma del primitivo foso asociado a la muralla de módulos mediante el sistema de *fossa duplex*, al igual que se aprecia en los *castra aestiva* de conquista asociados a las guerras astur-cántabras, pone de relieve que hubo una mano ejecutora militar en dichas remodelaciones. No sería raro que en este momento de claro interés de Roma por explotar los recursos auríferos de la comarca se mandara a militares a residir en algunos poblados (Villa 1999-2000: 394). El estudio numismático de las piezas procedentes del yacimiento ha revelado una significativa y recurrente relación con cecas militares del valle del Ebro, justificada en la necesaria participación de personal



**Figura 5.35:** *fora* del Castelón de Coaña (torreón) y del Chao Samartín (plaza enlosada) en relación a las puertas de entrada y a las saunas castreñas: 1. Entradas Principales a los castros; 2. Saunas castreñas; 3. *Fora* (en Villa 2010).

técnico experimentado en el control y desarrollo de las labores mineras (Gil 1999: 163). Esta nueva etapa del poblado, bajo control romano, pudo darse a partir del año 50 (Villa 1999-2000: 394), aunque con las reinterpretaciones realizadas no habría porque no llevarla a fechas previas.

Pero por otro lado hemos de pensar que estos nuevos habitantes debieron convivir con los habitantes originales del poblado, o con una parte de los mismos. Muchas estructuras prerromanas se reformaron para que pasaran a disponer sus muros de forma rectilínea, al estilo mediterráneo, pero sin llegar a conseguirlo en muchas ocasiones, deviniendo entonces en curiosas formas mixtas, caso de las estructuras C-5, C-6, C-8 o C-9. Al igual que en el caso de San L. Luis lo más razonable es pensar que se tratara de familias indígenas reformando sus casas ya bajo nuevos parámetros culturales, lo que tuvo como resultado una arquitectura mixta, que no es ni castreña ni romana, como en el caso de la “cerámica común romana” que veremos. Por otro lado si no hubiera vivido población indígena durante la fase altoimperial del poblado no se habría mantenido en uso la sauna, que responde a una ritualidad prerromana, ni se habría reinterpretado el espacio público prerromano (una gran cabaña) junto a la sauna, de nuevo como un espacio público en la fase romana mediante la construcción de la plaza cubierta por una parra, aunque evidentemente este nuevo espacio de interrelación social posee claras connotaciones de

extracantábricas. En Os Castros de Taramundi parece clara las remodelaciones de algunas cabañas prerromanas y la construcción en esta fase de las estructuras C-4 y C-2, rectangulares de esquinas vivas, con subdivisiones internas la última de ellas y amortizando la gran cabaña comunal (C-8) de la fase II (Menéndez y Villa 2009: 461-462), de la que dijimos que formaba todo un conjunto arquitectónico de significado comunal junto a la sauna ritual. Estos ejemplos demostrarían como la arquitectura de la fase romana de los castros cantábricos es reveladora de los fuertes cambios sociales que vivieron las poblaciones indígenas tras la conquista, ya que si bien éstas habían hecho gala de su independencia política durante cientos de años, ahora tendrían que aprender a cohabitar junto a sus explotadores, en donde sin duda se tuvieron que dar diferentes formas tanto de colaboración como de resistencia.

Como metáfora final del cambio de ser de un castro, en concreto el Chao Samartín, es muy significativo que sus defensas, aquellas defensas que surgieron hacia casi mil años y sin las cuales un castro no puede ser definido como tal, fueran abatidas completamente en torno al 100 d.C., al igual que los fosos defensivos, que tras varias reformas en el primer siglo de la Era fueron amortizados a finales de éste (Villa 1999: 120). Pese a que este castro todavía siguió habitado algo más, por lo menos durante el s. II d.C., habría que pensar que quizás ya no tiene sentido que a partir de ese momento sea definido como tal, ya que

pasaría más bien a constituir una aldea “abierta”, no castreña, como las que en la zona cantábrica sustituyeron de forma generalizada al poblamiento castreño (ver más abajo).

El cercano Castro de Pelóu, pese a ser de menor tamaño, tuvo una evolución histórica muy similar, con una fase romana vinculada a la explotación del oro y a la presencia de personal militar romano en el propio poblado. A nivel arquitectónico de momento no se han documentado estructuras domésticas de clara factura romana, sino que más bien lo que se aprecia es el uso de las viejas estructuras prerromanas, como la gran cabaña C-3, pues aparece TSH y una daga característica del ejército romano en el primer siglo de la Era (Montes y otros 2009: 316). Las que sí fueron claramente reformadas en época romana son las defensas, asentando un nuevo fortín sobre las murallas prerromanas. Las variadas muestras de puñales, brazaletes y fíbulas, así como un texto interpretado como *tabula censalis*, permite interpretar el poblado como un *castellum* vinculado a la *civitas Oceli* con funciones fiscales y de policía sobre el territorio asignado a su control (Villa 2007a: 208), tal y como ya desarrollamos.

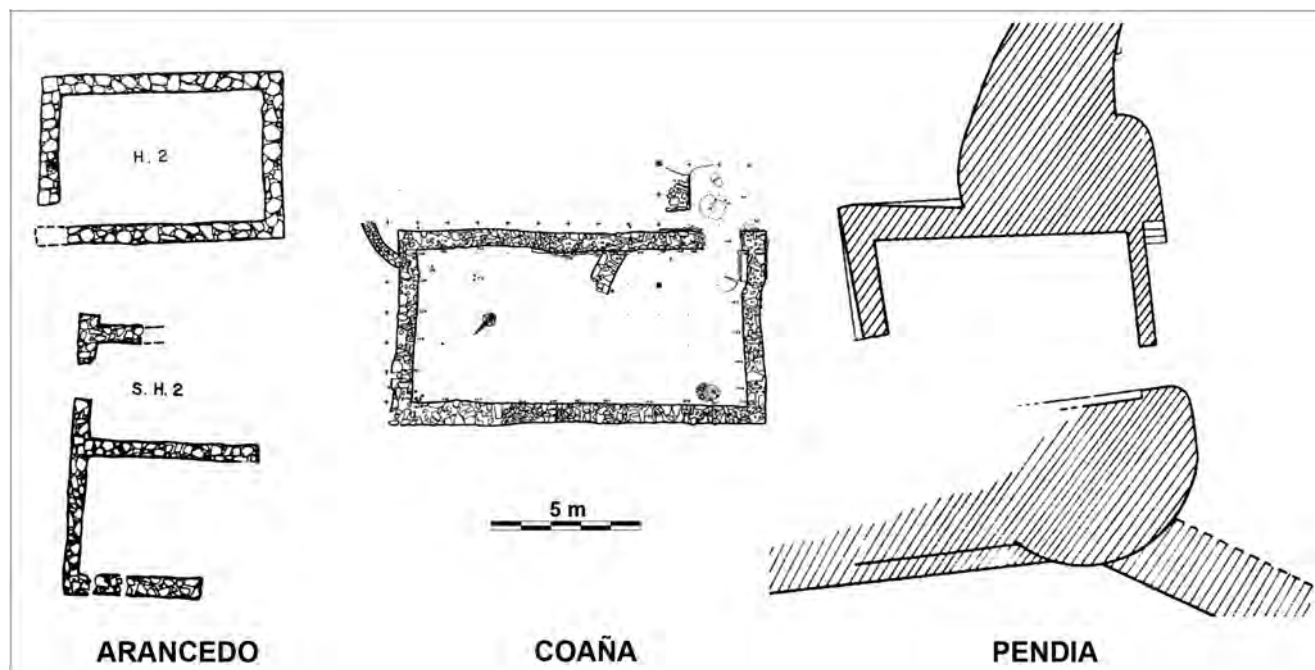
Las estructuras de Pendia, pese a que siguieron habitadas en la fase III, muestran morfologías claramente prerromanas, sin que se note, al igual que lo que ocurre mayoritariamente en la vecina Coaña, la imposición de estructuras de factura y gusto netamente romanos, pese a que en ambos ejemplos sea más que evidente que la mayoría de las estructuras prerromanas continuaron habitadas en los dos primeros siglos de la Era, como demuestra el repertorio cerámico y numismático encontrado en la mayoría de ellas. No obstante, tanto en Coaña como en Pendia, pese a encontrarse en zonas no auríferas, es posible encontrar alguna muestra de arquitectura romana, con ubicaciones altamente simbólicas dentro de los poblados. Para Antonio García y Bellido (1942b: 293) la estructura cuadrangular de Pendia, situada en el tramo de muralla ensanchada (posible torreón) que separa los recintos norte y sur, debe ser entendida como romana. La diferencia constructiva y en planta con el resto de estructuras y los paralelos de San L.uis y el Chao Samartín nos hacen ratificar este principio. Y significativamente la única estructura (81) que se puede vincular a una factura claramente romana en el Castrolón de Coaña se encuentra en la acrópolis, también junto a la puerta que separa el barrio bajo del de la acrópolis (fig. 5.37). Dicha estructura 81 arrasa una estructura circular previa, y es de esquinas vivas, al igual que la de Pendia. El problema de la estructura 81 es que ya fue excavada por García y Bellido, pero nunca fue publicada, así que cuando intervinieron en ella Maya y Jordá prácticamente no encontraron materiales (Maya 1987/88: 28). Pese a que los poblados del bajo Navia (Coaña, Pendia) conservaron su fisonomía prerromana y una población



**Figura 5.36:** dos ejemplos de cabañas castreñas del Chao Samartín reformadas en época romana: arriba, estructura C-14; abajo, estructura, C-17 (a partir de Villa 2007b, modificado).

eminentemente indígena durante época altoimperial, las dos estructuras romanas ratifican arquitectónicamente el dominio y la violencia simbólica que ejerce el nuevo poder imperial, ya que ambas, cuadrangulares de esquinas vivas, se encuentran en zonas liminales, con un claro sentido de control, ya que se sitúan en o junto a las puertas que separan los dos barrios de estos poblados, en las zonas más altas o significativas de los mismos (barrio norte de Pendia y acrópolis de Coaña) y junto a los primitivos espacios asociados al poder masculino guerrero de la fase II caracterizados por las saunas, las puertas de entrada y las grandes cabañas comunales. Quizás en estos casos más que personajes extracantábricos incrustados en un castro, podría tratarse de las propias elites indígenas, aquellos intermediarios a los que nos referíamos entre la masa social indígena y el nuevo poder romano. Estos ya habrían asumido una forma romana de mirar al mundo (las propias estructuras de esquinas vivas lo demostrarían), pero para poder mantener su poder todavía no pudieron prescindir de la tradición, lo que explicaría la reinterpretación arquitectónica de los connotados espacios en donde se levantan estas estructuras. Este contraste entre el bajo y el alto Navia ratificaría que las potentes reformas de castros como el Chao Samartín o, fuera del Navia, San L.uis se deben





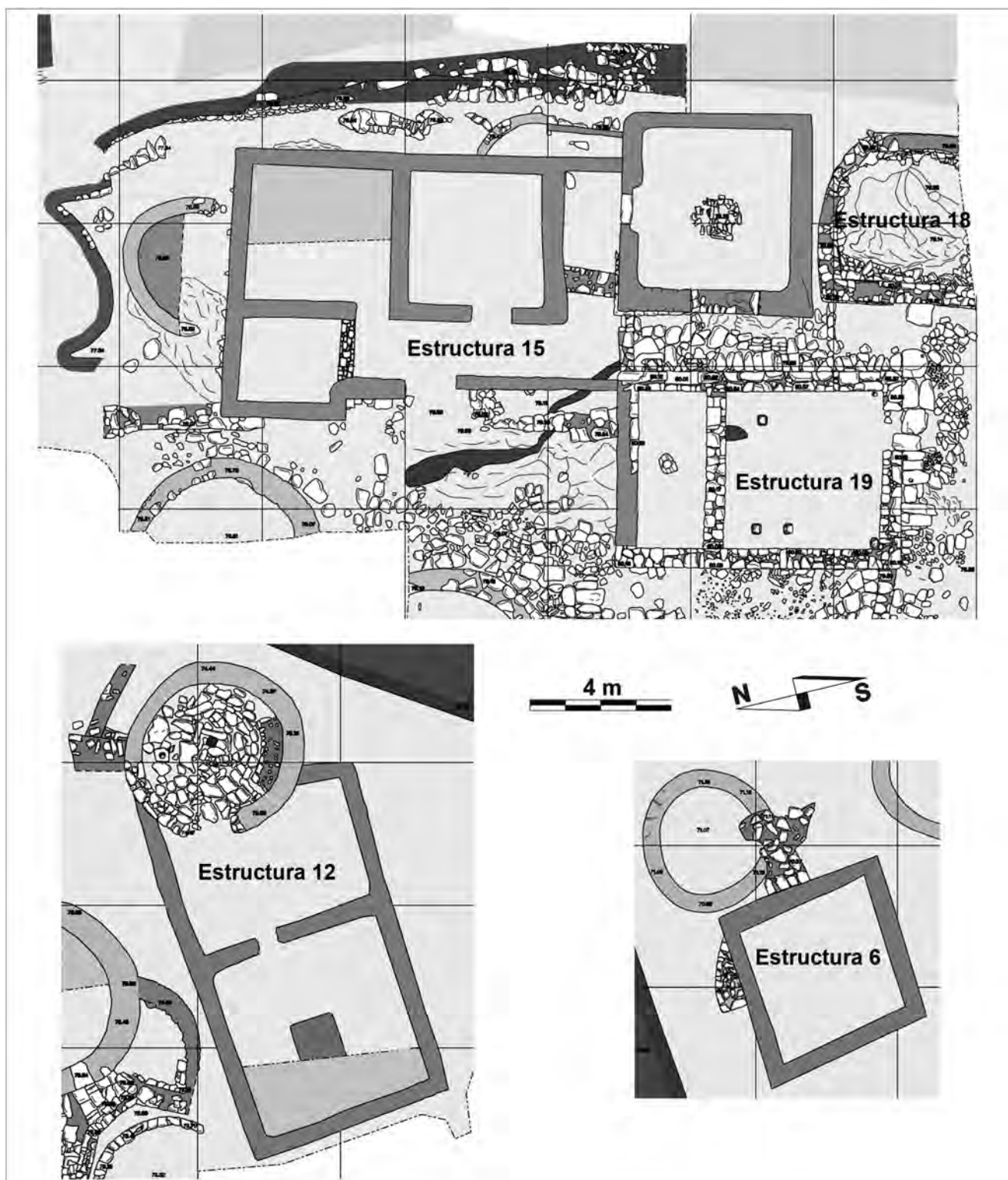
**Figura 5.37:** estructuras de posible cronología romana en castros del occidente asturiano (a partir de Maya 1987/88; Maya 1983/84; García y Bellido 1942b, modificados).

a la explotación del oro y a haberse utilizado como establecimientos de personal de cultura mediterránea.

Para Cabo Blanco, al igual que en Arancedo, podríamos pensar que las reformas de la fase romana se corresponden a nivel de estructuras de habitación con las reformas de ciertas cabañas a las que se les corrigen los muros dejándolos en esquinas vivas, como vemos para el primero de ellos en la estructura C-5, que deja ver por un enlosado primitivo como la estructura prerromana previa era circular. Además, le acompaña una fecha (Beta 217991) que indica que tanto esta reforma como la de la regularización del camino que lleva a la muralla, debieron de realizarse con anterioridad al 70 d.C. (Fanjul, Villa y Menéndez 2009: 261 y nota 4). En el segundo de ellos, inmerso en una zona de con numerosas muestras de minería de oro, la mejor prueba de una arquitectura romana son las estructuras cuadrangulares H 2 y SH 2 de esquinas vivas y muros medianeros la segunda de ellas (ver fig. 5.37), para cuya construcción se amortizaron estructuras prerromanas previas. Estas estructuras romanas quedaron a medio excavar en los años 50, especialmente la segunda. No obstante, por el análisis de los materiales muebles creemos que debieron de coexistir con el resto de estructuras que las rodean puesto que, pese a ser de factura prerromana, tienen materiales altoimperiales que así lo indicarían. Lo interesante es que en estas dos estructuras aparece una mezcla de materiales: CTO cerámica prerromana y CTO cerámica común romana (Marín 2008) que podría hacer que las interpretemos como residencia de familias indígenas que ya habían asumido a grandes rasgos las formas culturales de los conquistadores. Por otro lado estas dos estructuras se encuentran tanto en los sondeos del barrio norte como del sur, lo que

podría estar indicando que se trata de un nuevo tipo de arquitectura que se repartió por todo el poblado durante la fase III.

San L. Luis es otro de los poblados que, al igual que en el Chao Samartín, gracias a su excavación en área permite interpretar las reformas romanas de la fase III (fig. 5.38). Como adelantábamos también es en su acrópolis donde se aprecia el cambio arquitectónico más significativo, pues para construir una gran casa-patio (estructura 15) de al menos ocho habitaciones cuadrangulares de esquinas vivas, construida con grandes y escuadrados sillares de arenisca que contrastan con la omnipresente pizarra de las fases prerromanas, se amortizaron varias estructuras circulares previas. No obstante, dentro de este nuevo conjunto arquitectónico romano, pese a que todo ello tiene cierta unidad, podría diferenciarse entre propiamente la casa-patio, realmente un pasillo distribuidor, o estructura 15, y la estructura 19, muy similar a los *contubernia* analizados en el Chao Samartín, y cuya entrada mira hacia el sur. En este nuevo espacio cobra sentido la remodelación de la estructura circular prerromana número 18, de pizarra, a la que se le añadieron brazos rectos usando también cuarcita, precisamente hacia su parte más pública, la fachada, para homogeneizarla respecto al nuevo tipo de arquitectura (fig. 5.39). La fisonomía de todo este conjunto posee un claro sabor mediterráneo. Su ubicación en el “barrio alto” y una cultura material exclusivamente romana (ver más abajo) debe hacer que la entendamos en un sentido similar a la *domus* del Chao Samartín, es decir, como un conjunto residencial de algún militar y / o funcionario romano encargado de la gestión de las abundantes minas de oro que se controlan y gestionarían desde este poblado, así como



**Figura 5.38:** diferentes ejemplos y procesos arquitectónicos de las remodelaciones de época romana en el castro de San L. Luis: las estructuras 6 y 15 amortizan estructuras circulares prerromanas; la 18 se reforma al gusto romano; y la estructura prerromana 12 es respetada, pero se le añaden dos habitaciones cuadrangulares (sobre planimetría inédita).

de los soldados que le acompañarían (Marín y Jordá 2007). Es bastante probable que al construirse estas nuevas estructuras en el “barrio alto” o acrópolis aparte de amortizar varias estructuras circulares previas también se remodelara la muralla en este sector. No sabemos aún si en algún momento esta defensa pasaría a abandonarse.

Respecto a la estructura 18 (fig. 5.40) para su fase de uso romana contamos con la fecha UBAR 350,

que no obstante da cronologías prerromanas (Adán y otros 2000: 12-13) (ver fig. 4.1), lo que no sería incoherente si pensamos que está tomada de un vigamen quemado del interior de la cabaña, por lo que podemos pensar que con la reforma romana pudieron respetarse vigas de la estructura de madera previa.

Pero estas reformas no se circunscribieron a la acrópolis sino que en el “barrio bajo” vemos también como unidades de ocupación prerromanas, como la 12



**Figura 5.39:** vista de varias de las habitaciones que conforman la casa-patio romana o estructura 15 del “barrio alto” de San L.uis y detalle del paramento de una de ellas, realizado con grandes sillares de arenisca porfiroide (a partir de Adán y otros 2000, modificado).

(ver fig. 5.38), se adaptaron a los nuevos tiempos añadiendo dos habitaciones cuadrangulares y reformando el suelo (pavimento de las), y un hogar central realizado con téglas, alrededor del cual se construyó un banco corrido. Es posible que cogieran la piedra para tal obra de la estructura circular 13, que quedó amortizada, al igual que para construir la estructura cuadrangular 6 amortizaron la mitad oriental de la estructura prerromana 4 (Adán y otros 2000: 15-16; Jordá 2001: 69-71; Marín y Jordá 2007: fig. 1). En todas estas unidades de ocupación prerromanas reformadas en época romana mediante la adición de estructuras cuadrangulares de esquinas vivas a las circulares o mediante la sustitución de las segundas por las primeras deberíamos pensar que siguieron viviendo indígenas, ya que la combinación de cerámicas de la CTO prerromana con cerámica común romana, con *Terra Sigillata* y con vasos de paredes finas así lo evidencia.

En Llarón los niveles romanos son ciertamente poco elocuentes con respecto a las fases prerromanas, y se reducen a un fondo de TSH (Maya y Blas 1983: 180), y a la posibilidad de que entendamos como romana una curiosa estructura cuadrangular de anchos muros, de unos 5 x 2 m, realizada con bloques prismáticos y argamasa, rematada en esquinas vivas, con una escalera tallada en la roca en unos de sus laterales, que parece amortizar una estructura circular previa, aunque no se pudo comprobar (Ibid.: 164-166) (fig. 5.41). Esta supuesta superposición estratigráfica y las características constructivas de esta edificación hacen pensar en su cronología romana y en una posible funcionalidad como base de un granero tipo hórreo, aunque lo llamativo es que en su interior se recuperaron dos hebillas anulares en omega (Ibid.: 168), poco esclarecedoras a nivel cronológico pues sabemos su origen prerromano y su permanencia en época romana.

Pero si hablamos de violencia simbólica mediante una nueva arquitecturización de los poblados y paisajes castreños quizás tengamos que destacar de todo el sector centro-occidental cantábrico que no

intervino en la explotación masiva del oro el faro-torre de la Campa Torres (fig. 5.42), como símbolo del nuevo poder. Y por varios motivos, ya que es indudable su carácter monumental, pudiendo llegar a tener varias decenas de metros de altura y puede que conteniendo la famosa inscripción de Calpurnio Pisón dedicada al culto imperial. También por su temprana edificación en torno al año 9-10 d.C. y por haberse situado sobre uno de los castros más famosos del territorio trasmontano, la Campa Torres, que probablemente sea la *Noega* de los textos clásicos (Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005: 139-145), y uno de los poblados prerromanos más conocidos a finales de la Edad del Hierro fuera del territorio cantábrico (capítulo 4). Hemos de pensar que este faro-torre pudo ser uno de los más antiguos de la costa atlántica del Imperio y que seguramente, aparte del carácter conmemorativo y simbólico, tuvo algún tipo de vinculación con el ejército y la reorganización territorial de éste, en una región tan militarizada como la de *Asturia trasmontana* (Ibid.: 142-143).

Pero la fase romana del poblado, especialmente perceptible en la llanada interior, se caracteriza, aparte de por el faro-torre, por la construcción de nuevas casas, en las que se apreciaría por primera vez en la historia de este poblado claras diferencias sociales entre sus ocupantes, ya que las hay tanto de sencilla planta rectangular, con hogar en el centro y techumbre vegetal, así como de varias habitaciones, a veces con pavimentos cerámicos y techos de téglas (Cuesta y Maya 1995a) (fig. 5.43). Dentro de las reformas de la Campa Torres en época altoimperial (TSG, TSH y fibula tipo Iturissa) habría que marcar también la construcción de algún pozo de agua (fig. 5.44), que se alimenta con el nivel freático, y al cual se le añadieron escaleras para facilitar el abastecimiento (Menéndez y Sánchez 2009). De ellos se habían dudado de su vinculación con un momento prerromano o ya altoimperial, decantándose alguno de sus excavadores por la primera de las opciones al aparecer algún material “indígena” como por ejemplo una taza con decoración bruñida y asa (Maya y Cuesta 2001: 86-91),



**Figura 5.40:** dos ejemplos de las reformas urbanísticas de la fase romana en el castro de San Lluis: izquierda, para la construcción de la estructura 6, cuadrangular y de esquinas vivas, en el “barrio bajo”, se amortizó un estructura circular previa y la mitad de la estructura circular 4; derecha, estructura circular 18, del “barrio alto”, a la que durante la fase romana se le añadieron brazos rectos en ángulo recto (fotografías del autor).

que perfectamente podría ser reinterpretada como cerámica común romana.

Contrasta el interés mostrado en la fase romana del poblado con la construcción de nuevas casas e infraestructuras hidráulicas con el abandono de las defensas, puesto que el derrumbe de éstas cae prácticamente sobre el último estrato prerromano, con un nivel romano prácticamente imperceptible que podríamos situar en época altoimperial (*Terra Sigillata* y cerámicas de palmetas) (Cuesta y Maya 1995a: 210; Maya y Cuesta 2001: 77), y no en el Bajo Imperio (Ibid.: 77), conclusión a la que llegaron sus excavadores por haberse confundido la cerámica de palmetas con cerámica de imitación paleocristiana. Este abandono de las defensas puede justificar que el poblamiento en la fase romana del poblado omitiera este sector y se centrara en la campia interior. Lo que resulta más llamativo aún si pensamos que es en esta fase cuando algunos castros como el Chao Samartín o Pelóu vivieron una segunda tanda de trabajos de fortificación. Es posible por ello que la Campa Torres perdiera su carácter fortificado, castreño, a lo largo del s. I d.C., lo que no quiere decir que se abandonara, puesto que la construcción de casas y de abastecimientos de agua indican un deseo de permanencia en el lugar, pero ya como poblado abierto, perdiendo paulatinamente su condición castreña, seguramente hasta que la población indígena se acabara integrando en la nueva ciudad romana fundada en la península / isla de Cimadevilla.

Sin duda la cuestión de las defensas es lo que más contrasta entre la Campa Torres y Llagú, muy parecidos en su cultura material prerromana, lo que es indicativo de que ambos castros fueron reinterpretados y dotados de funcionalidades muy diversas tras la conquista. Si el primero se caracteriza por el abandono de las murallas de módulos y la pérdida del carácter fortificado durante la fase romana, en el segundo lo característico será, ya desde momentos julio-claudios, la reforma generalizada de

las defensas, en donde se regularizó la muralla con más sillares que sillarejos, dándole más altura, se levantaron nuevos módulos, más pequeños y homogéneos, con nuevas escaleras de acceso y, sobre todo, se construyó una torre circular de control territorial y de defensa. También se ganó un paseo de ronda, con los mampuestos superiores colocados a modo de pavimento. La primitiva puerta del NE fue cegada con un módulo pequeño. Podemos ver en la fase romana como se acoplaron los nuevos muros sobre los antiguos, lo que de nuevo complica la interpretación estratigráfica, y como en líneas generales los módulos son más pequeños y sobre una medida base de 7 m ya que un módulo prototípico es el de 14 x 3,5 m, o el torreón, que tiene 7 m. de diámetro, aunque sube en talud. La puerta prerromana al nordeste y la de las escaleras del bastión adelantado fueron cegadas, y abierta una nueva puerta al sureste, para carros, protegida por dos módulos de nueva construcción. La puerta noreste prerromana después de cegada volvió a abrirse y consolidar el pavimento con chapacuña (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 99-115). Curiosamente el torreón cuadrangular *-forum* elevado de Coaña tiene 7 x 15 m. Cerca de la torre circular, pero separada de ella por el paseo de ronda que comunica con los bastiones aterrazados, hay una habitación cuadrangular o “cuerpo de guardia”, como los comentados para Coaña y Chao Samartín, techado con tegula e ímbrices, en donde se encontró un tablero de juego, lo que podría ser un argumento a favor para defender la presencia de un retén militar permanente en el lugar. El control directo de la torre, a la que dos escaleras enfrentadas le debieron de proporcionar un rápido acceso en caso de defensa, es sobre la inserción de la vía por la que se accede al Aramu con la de la Carisa (Ibid.) (fig. 5.45). La presencia de un retén militar romano orientado al control de las vías de comunicación explicaría la evolución diferencial de este poblado con respecto a la Campa Torres durante la fase III.



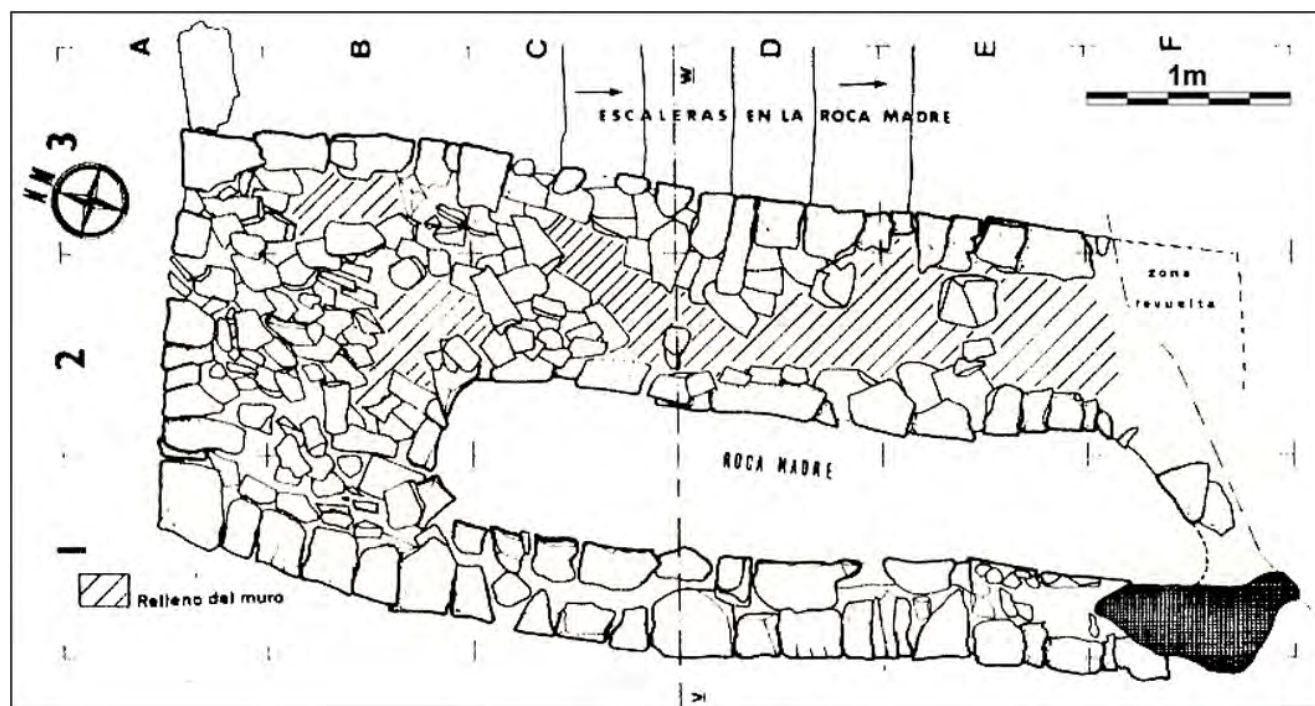


Figura 5.41: posible estructura romana del castro de L.larón (en Maya y Blas 1983).

De las cinco fases constructivas de las murallas, entonces, tres de ellas se corresponden con el s. I y la primera mitad del II d.C., arrancando dichas reformas, como hemos dicho, en la primera mitad del s. I d.C., y mantenidas durante época flavia, acorde por lo tanto con las fechas que proponemos para el origen de las remodelaciones romanas de las defensas del Chao Samartín, también llevadas a cabo por militares. A lo largo del s. II d.C. las defensas se fueron abandonando progresivamente, y se convirtieron en fundamento de nuevas casas y caminos pavimentados (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 62-66, 102-107, 123) lo que de nuevo encaja con la cronología propuesta para el abandono de las defensas del citado castro grandalés. Lo que no queda claro es por qué las reformas de las defensas se realizaron usando técnicas prerromanas (murallas de módulos) y no sólo romanas, como en el Chao Samartín. Es posible que la escasa o imperceptible potencia estratigráfica en muchos sectores de Llagú haya hecho que se daten las reformas de los módulos con los únicos materiales que formaban el registro, los romanos, como prueba que se haya encontrado TSG y TSH en todos los niveles y todos los sectores (Ibid.: 156-157), pese a ser un poblado que arranque de comienzos de la fase II. Ello podría indicar como reformas romanas la construcción de la torre, el recerido de la muralla, la creación de un paseo de ronda, etc. (ver fig. 5.45), pero es posible que muchos de los módulos que se achacan a reformas romanas se hubieran realizado realmente dentro de la fase II y mantenidos durante la fase III. Sea como fuere el caso es que en aquellos casos en los que los castros fueron fortificados de nuevo tras la conquista, bien por su funcionalidad a la hora de articular la explotación del oro (Chao Samartín, Pelóu) bien por

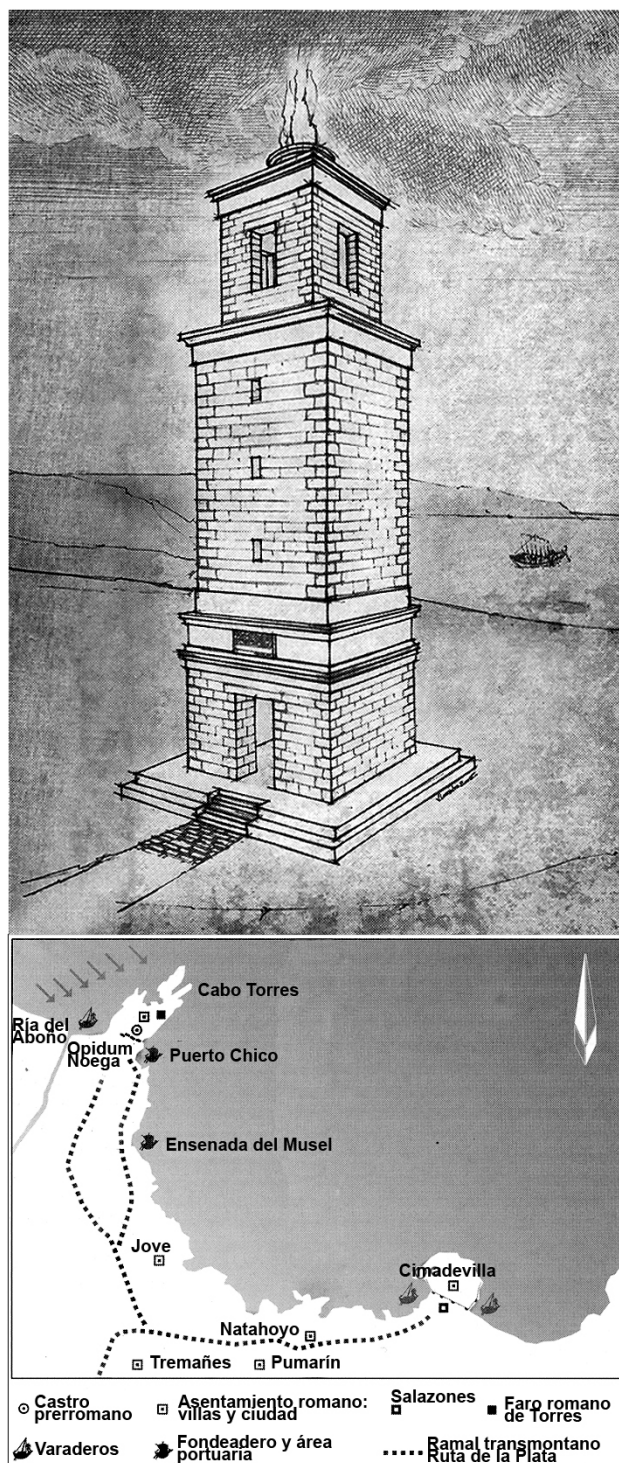
ser excelentes puntos desde los que realizar labores policiales de control territorial y viario (Llagú), hemos de irnos a fechas julio-claudias (primera mitad del s. I d.C.). El interés romano por mantener estos lugares fortificados durará todo el s. I d.C., como las reformas durante época flavia ponen de manifiesto, y comienzos del s. II d.C. Seguramente ya desde principios, y sobre todo mediados, del s. II d.C. dejaron de tener interés estratégico estos lugares fortificados y se dejaron morir sus defensas.

Podríamos pensar que la arquitectura castreña habría cambiado en la fase romana ya que también lo habrían hecho los principios estructurales de los grupos cantábricos. Lo más llamativo de este proceso de cambio sería la paulatina modificación del modelo de organización espacial, ya que la sustitución de las plantas circulares por las cuadrangulares supone una honda modificación de la lógica social de ordenación del espacio doméstico y una maximización del espacio interior de la vivienda. Se asumirían modelos organizativos más “racionales”, que permiten un urbanismo más ordenado, de origen mediterráneo, con muros medianeros, en donde la circulación interna es mejorada mediante el uso de escaleras y pequeñas calles pavimentadas. Las formas rectangulares sobre todo implican la aparición de divisiones internas dentro de las estructuras domésticas, compartimentándose áreas y delimitándose físicamente espacios, ganando en consecuencia un mayor grado de privacidad y preservando un control acusado del acceso a esas estancias. Se trata de una segmentación del espacio doméstico que implica una complejización socio-espacial notable con respecto a las estructuras circulares prerromanas (Parceró y otros 2007: 250, 252; Ayán 2008: 965-967). Pese a ser una ley de

carácter muy general lo que es cierto es que a mayor complejidad social, como puede ser el surgimiento de la estratificación social y el paso de una sociedad de tendencia igualitaria a otra campesina con clases sociales y tributación durante el periodo altoimperial de los castros, mayores serán las compartimentaciones de la arquitectura, más segmentadas las actividades, o los elementos restringidos por género más acentuados (Kent 1990: 128). Todo ello parece corroborarse en la arquitectura de la fase III de los castros cantábricos que continuaron en uso.

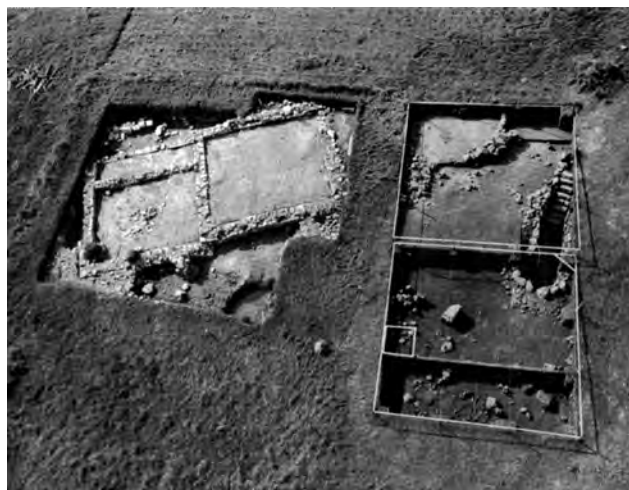
Ahora en los poblados se perciben mayores dosis de individualización, e incluso se ha dicho que en la fase romana de los castros primaria más el individuo que el grupo social (Mañana, Blanco y Ayán 2002: 79). Pese a la dificultad de poder hablar de individuos entre estos grupos sí es cierto que la anterior homogeneidad urbanística prerromana se ha diluido, y que ahora, en la fase III, observamos una vinculación entre la casa y el estatus social del individuo y / o familia que mora en ella, en donde su interior se enriquece y el exterior se monumentaliza según ese estatus (Ibid.: 79). En este sentido son ahora notables las claras diferencias entre las unidades de ocupación de castros como el Chao Samartín, San L.uis o Campa Torres, en concreto en los dos primeros casos mediante el uso de arquitecturas híbridas que indican que fueron habitadas por indígenas. No obstante, como ya estudiamos (capítulo 4), un incipiente proceso de individualización podría rastrearse ya incluso en época prerromana, en el contexto de la tensión entre los grupos familiares y la comunidad castreña, por lo que el poder romano aprovecharía estas tensiones inherentes a los grupos cantábricos para acelerar la creación de una sociedad de clases en donde aparentemente había tan sólo igualitarismo social.

También se ha dicho que con Roma se dio la sustitución generalizada de las casas circulares por las rectangulares, por lo que se racionalizaría el espacio al modo mediterráneo (casas adosadas, espacio optimizado dentro de cada casa, se favorece la aparición de divisiones internas) por lo que podríamos hablar de mayores cotas de privacidad, de complejización socioespacial y de la aparición de limitaciones físicas al acceso. Todo ello supondría una clara aculturación sobre la sociedad indígena (Mañana, Blanco y Ayán 2002: 86-87). Podríamos matizar estas afirmaciones en el hecho de que dicha sustitución generalizada no es tan evidente, ya que, aparte de ciertos ejemplos en donde sí se corrobora, también hemos visto modelos híbridos en donde a casas circulares y rectangulares de esquinas cuadrangulares se les adosan muros rectos o directamente habitaciones cuadradas, resultando diferentes tipos de modelos mixtos que combinan las formas prerromanas con las romanas. La sustitución de estructuras prerromanas por otras romanas sí es evidente en los casos en los que los moradores fueron



**Figura 5.42:** reconstrucción hipotética del faro-torre del castro de la Campa Torres y planimetría de los principales emplazamientos romanos de la bahía de Xixón-Gijón (a partir de Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005, modificado).

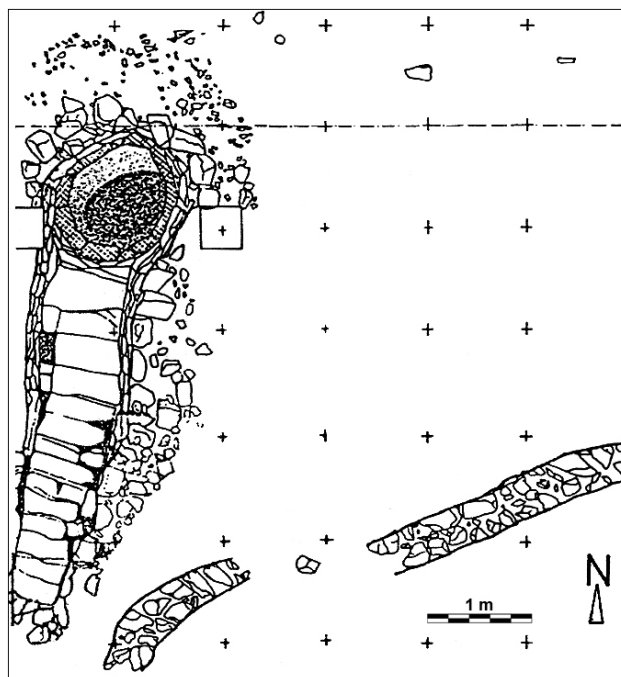
personajes extracantábricos (*domus* del Chao Samartín, casa-patio del barrio alto de San L.uis), pero no lo es tanto cuando los habitantes siguieron siendo indígenas, en donde lo que solemos ver es la mezcla de rasgos arquitectónicos prerromanos con otros importados, y usos alodóxicos de los materiales constructivos. Por lo tanto pese al acercamiento del modelo urbanístico de los castros al



**Figura 5.43:** casa cuadrangular y pozo de agua con escaleras de la fase romana de la Campa Torres (en Maya 1983/84).

de tipo mediterráneo, puede que sustancialmente no se modificara radicalmente el concepto de espacio doméstico. Hay casos etnográficos de grupos que cambian y reemplazan completamente sus formas arquitectónicas como resultado de un cambio de los valores de prestigio y como reconocimiento de los beneficios de la nueva arquitectura, pero normalmente no se da un reemplazo completo de la estructura mental socio-espacial previa, de la visión del mundo que dirigió el uso tradicional del espacio doméstico (Ayán 2008: 965-966). Está claro que los castros durante los dos primeros siglos de la era muestran la aculturación de un grupo socioeconómicamente gobernado por Roma. Pero esa aculturación fue diferente según las áreas geográficas. Por ejemplo en la costa y en el sur de Galicia hay transformaciones grandes de los planos de las ciudades e importantes transformaciones arquitectónicas, mientras que en el convento lucense se van incorporando paulatinamente las innovaciones introducidas por Roma (Ibid.: 966), excepto en la zona con minería de oro, en donde tales transformaciones fueron bastante rápidas en el tiempo. Evidentemente tuvo que haber algún tipo de mantenimiento de las estructuras mentales previas porque sino no podríamos entender la combinación de las estructuras circulares y de planta de naípe prerromanas con las nuevas cuadradas. El reemplazo de las viejas arquitecturas por las nuevas, o el uso combinado de ambas, se deberá en muchos casos al valor prestigioso y a la calidad constructiva de la nueva arquitectura, más que a una inutilidad o falta total de adecuación de un modo de vida que se continuaba practicando (Parcero y otros 2007: 253).

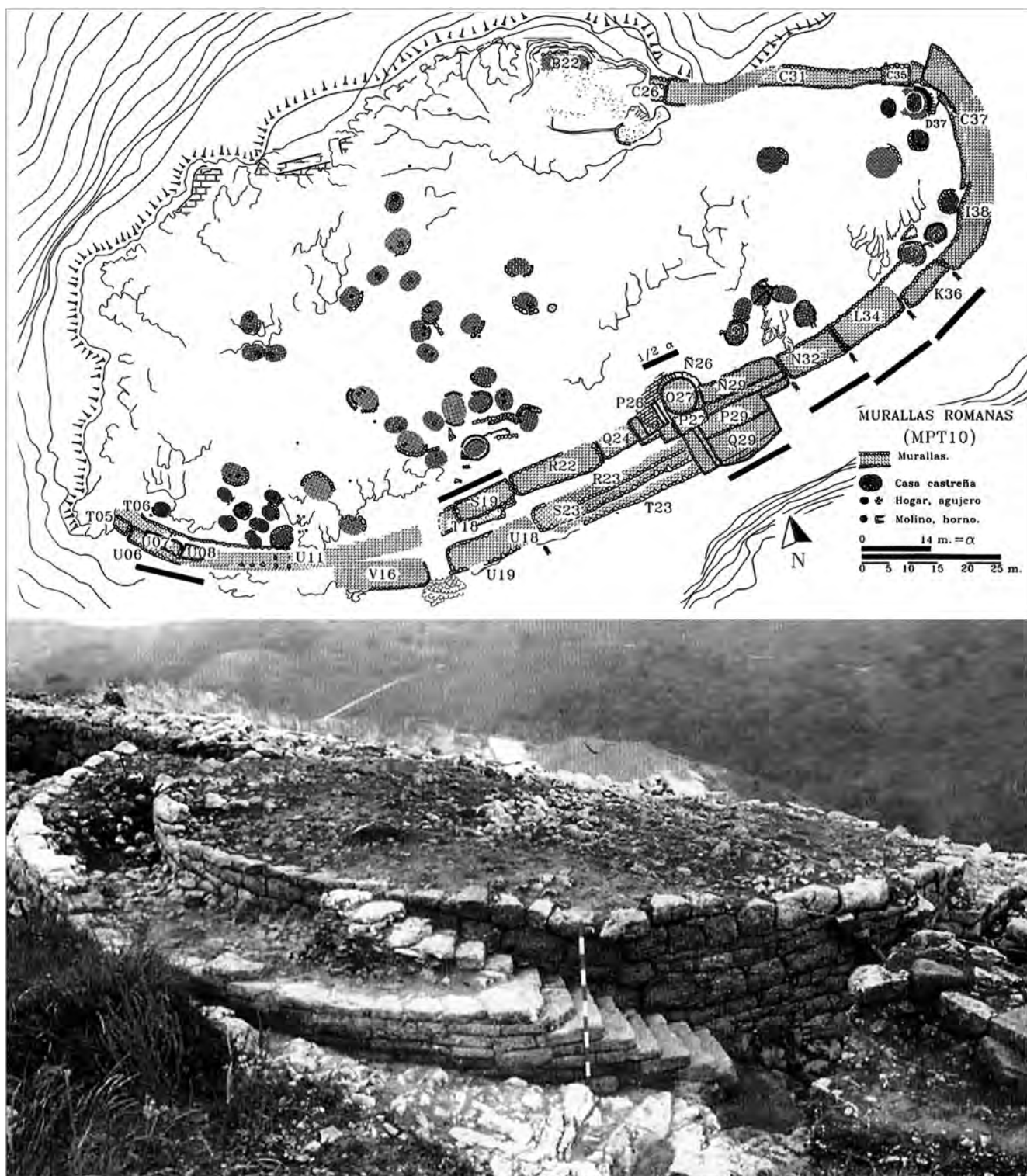
Fueron cambios graduales, pero sustanciales, al insertar las sociedades rurales castreñas en el nuevo entramado económico, caracterizado por la producción cerealista, con un crecimiento de la actividad artesana y de las redes de comercio, gracias, entre otras cosas, a nuevas carreteras. En ese sentido la romanización provocó fuertes cambios y reestructuró las visiones del mundo, incluido el concepto de familia



**Figura 5.44:** pozo de agua con escaleras de la Campa Torres (a partir de Maya y Cuesta eds. 2001, modificado).

en la sociedad castreña (Ayán 2008: 967). La política de integración de la dinastía Flavia (*ius Latii*, nuevas tasas y censos) y la privatización de la tierra, acabó modificando intensamente las estructuras indígenas previas. Se trata de cambios paulatinos, pero profundos, producto de un proceso de aculturación que va minando la legitimidad y estabilidad de la tradición arquitectónica prerromana. Como vimos a la hora de hablar del primer paisaje castreño (capítulo 3), en la materialidad de todo cambio cultural -y la romanización ha sido uno de los principales cambios culturales que se ha vivido en la historia de las sociedades cantábricas- quedan cicatrices de los anteriores órdenes sociales. Quizás la arquitectura híbrida que surgió en la fase III castreña pueda ser interpretada en ese sentido. Para profundizar en el sentido cultural de esa arquitectura híbrida algún día sería interesante poder compararla con la de las aldeas abiertas (*vici / pagi*) que sustituyeron a los castros cantábricos. Tampoco contamos con datos que nos permitan demostrar que durante la primera romanización (fase III a) se construyeran cabañas siguiendo los patrones culturales prerromanos, algo que en otras partes del Imperio se ha visto como una forma de resistencia cultural a los valores romanos por parte de algunos segmentos de la población indígena (Hingley 1997b). No obstante, como hemos dicho, incluso en castros intensamente romanizados, con presencia de personal administrativo y militar romano, como en San L. Luis, junto a la arquitectura híbrida y romana la arquitectura castreña siguió en uso. Sería el caso de las estructuras 1, 3, 5, 8 o 10, como se deduce de la particular combinación de vajillas romanas y locales allí aparecidas (Marín 2007). El mantenimiento y uso de las casas y cerámicas locales pueden verse





**Figura 5.45:** planimetría general de la fase romana del castro de Cellagú, en donde destaca la reforma generalizada de las defensas, con nuevas murallas y un torreón de vigilancia, y fotografía del torreón circular con doble línea de escaleras (a partir de Berroval, Martínez y Ruiz 2002b, modificado); obra única en el contexto castreño que desgraciadamente ha sido destruida.

igualmente como formas de resistencia cultural, al menos durante la fase III a.

De momento podría plantearse que la consolidación definitiva del nuevo modelo espacial se pudo producir con el abandono de los poblados fortificados, en donde la tradición arquitectónica ya habría perdido su peso y su legitimidad, y donde “la sociedad y el modo de vida castreño ha cambiado definitivamente, hasta el punto de que su forma

arquitectónica, su modelo de espacialidad modifica su sentido en una realidad social, política y económica distinta” (Parcero y otros 2007: 253).

### 5.3.3 Cerámicas, vidrios y epígrafes: la materialidad de un cambio social.

Como hemos visto en el sector centro-occidental cantábrico el registro arqueológico más que

poner de manifiesto episodios de violencia física -con la excepción del nivel de incendio de Llagú- lo que permite rastrear la violencia simbólica inherente a la nueva cultura material romana. Como violencia simbólica que es, no se trata de una imposición por la fuerza, sino que es un tipo de dominación consentida, justificada y reproducida por los subordinados o subalternos. En los castros con importantes niveles romanos podemos ver como sobre una materialidad continuadora de la de la fase II rápidamente se adaptaron las casas a las formas foráneas o se asumieron nuevas vajillas romanas. Seguramente el concurso de las elites locales fuera importante para la paulatina asimilación de los usos y costumbres foráneos (Fernández Ochoa 2006: 282), pero en muchos casos cantábricos lo que veremos es una generalización de la nueva materialidad por todas las estructuras de los poblados.

En el área cantábrica es complejo poder extraer qué cambios afectaron a la tecnología cerámica de tradición prerromana durante los casi dos siglos que continuaron en uso ciertos castros bajo el poder romano. Además, se trata de un estudio que principalmente hay que desarrollarlo con la información del extremo occidental cantábrico, pues es la zona de mayor perduración castreña del área cantábrica. Sea como fuere creemos que de todos modos son cambios que acentúan rasgos que ya se apreciaban en la fase anterior (Parcero y Cobas 2004: 46-47), siendo prácticamente la misma CTO cerámica, que tiende a ir desapareciendo y ser sustituida por las nuevas producciones (la llamada “cerámica común romana”, la *Terra Sigillata*, los vasos de paredes finas o los recipientes de vidrio), que se caracterizan por ser productos industriales o semi-industriales y por estar producidos fuera del área cantábrica.

Contamos con algún análisis arqueométrico para cerámicas de poblados mineros de nueva planta vinculados a las explotaciones auríferas de Las Médulas, en concreto para el poblado metalúrgico de Orellán (Carmona y otros 2008). El problema de dicho trabajo es que no cuenta con imágenes de las cerámicas estudiadas ni con análisis de los gestos técnicos propios de cada cadena tecno-operativa, en concreto de la cerámica común romana, de la cerámica de tradición indígena y de las jarras grises, que son los tres conjuntos, aparte de los materiales de construcción, que se tienen en cuenta. Por los análisis realizados se llega a la conclusión de que estos materiales fueron cocidos entre 700 y 800/850° C seguramente en hornos complejos bicamerales. Los dos grupos cerámicos reconocidos en el yacimiento por análisis arqueométricos (con diferentes fracciones granulométricas y perfiles químicos diferenciados) poseen representantes tanto de la cerámica común romana como de la de tradición indígena, por lo que se concluye, curiosamente, que ambas tipologías cerámicas fueron fabricadas localmente (Carmona y

otros 2008: 286). Y decimos curiosamente porque al comparar estos resultados con los del cercano poblado prerromano de El Castrelín de San Juan de Paluezas, se llega a la conclusión de que el grupo cerámico prerromano de este último conforma una agrupación química diferenciada de los dos grupos definidos en Orellán, supuestamente por haberse producido también localmente. Se justificaría en este estudio, por tanto, la producción local de la cerámica común romana por una pervivencia de los patrones de producción cerámica indígena en las comunidades ligadas a la explotación de las minas de oro de Las Médulas, lo que ratificaría el carácter rural y tributario de estas comunidades, con un acceso muy restringido a las rutas comerciales del Imperio (Ibid.: 286). Con todo, no queda en absoluto claro en este estudio qué es lo que se entiende por cerámica común romana y cerámica de tradición indígena ya que, por un lado ambas parecen compartir los mismos procesos técnicos, o al menos aquellos que se pueden caracterizar mediante los análisis petrográficos como son las composiciones de las pastas, el tipo y tamaño de los degreasantes o las cocciones. Otro tipo de decisiones tecnológicas, no menos importantes a la hora de definir una cadena técnico-operativa, como la conceptualización de las partes de cada pieza, la secuencia de montaje, las acciones concretas que tienen que ver con el terminado final de la pieza, la velocidad y tipo de rotación o la decoración, no se han tenido en cuenta. Además de todo ello podríamos añadir en claro contraste a lo que se propone en este trabajo que en otras zonas mucho más rurales y de comunicaciones mucho más complejas, como el suroeste asturiano, en época altoimperial se mantuvo la producción de la CTO cerámica prerromana (definida en el capítulo 3) a nivel local de cada castro, mientras que a la par se fue incorporando progresivamente la CTO de cerámica común romana, fabricada en centros alfareros especializados, como fue la propia ciudad de *Lucus Augusti*, así como otras producciones más lejanas tales como la *Terra Sigillata Hispanica*, como veremos más abajo. Por todo ello debemos ser cautos con las interpretaciones obtenidas sobre las cerámicas de Las Médulas que ya que, a priori, se podría estar confundiendo, una vez más, la cerámica prerromana con la común romana, ya que ambos lotes en muchos casos comparten formas y decoraciones.

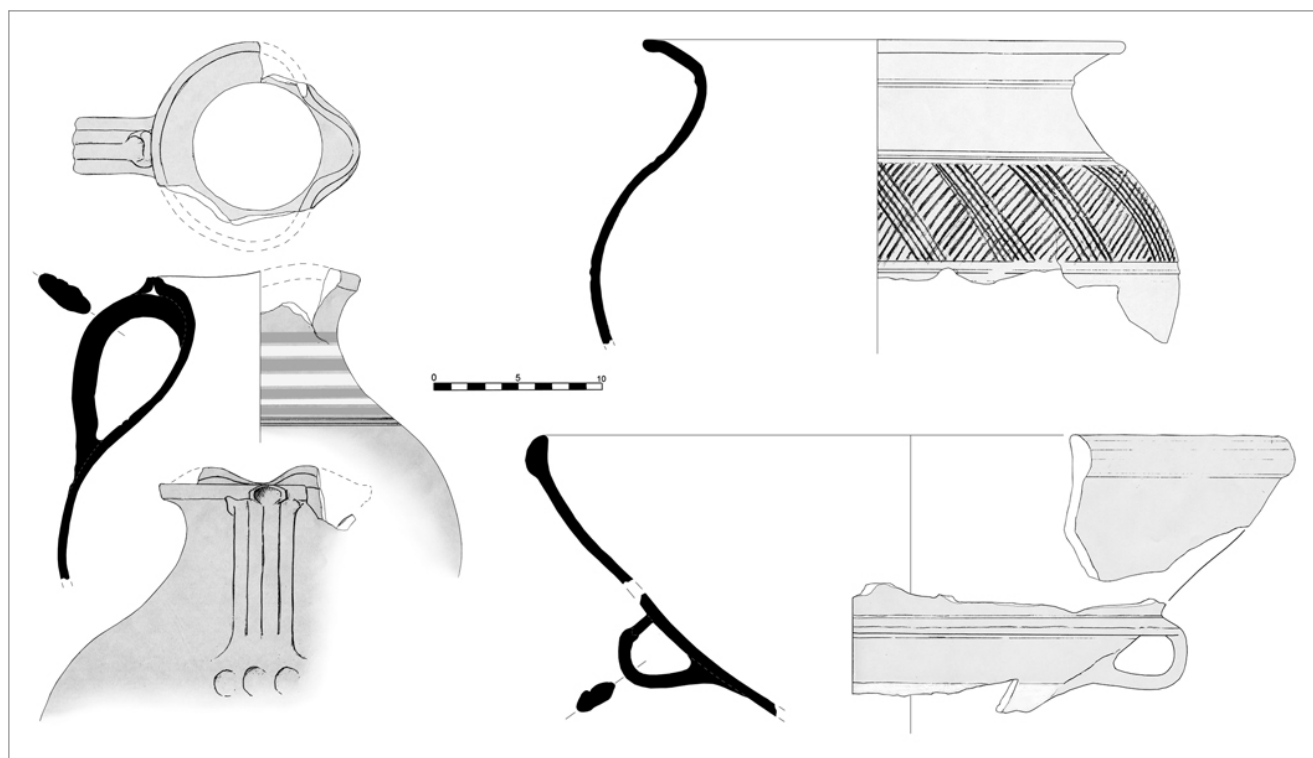
Otros estudios arqueométricos sobre cerámica común romana de la provincia de Lugo (Doval 1997-1998: 27) también corroboran esas temperaturas de cocción, pero además presentan una descripción tipológica de las piezas acompañadas de aparato gráfico, con lo que podemos corroborar que se trata de cerámica común romana, en concreto jarras ampuritanas, de borde simple, perfil sinuoso, asa del cuerpo al hombro, pastas grises y suelen ir bruñidas o alisadas. Se conocen en abundantes yacimientos del

Noroeste y Norte Peninsular, y sobre todo en el territorio circundante de Ampurias. Respecto a las botellas se afirma que existió una gran variedad dependiendo de la zona y el alfar. Al comprobarse que estos ejemplares de jarras y botellas estuvieron realizados en algún lugar calizo, por lo tanto fuera de la provincia de Lugo, se concluye que no sólo se importaba la *Terra Sigillata* y la cerámica de paredes finas en esta zona del Imperio, sino también lo que se suele denominar como “cerámica común romana”. Podría tratarse tanto de talleres lusitanos como del norte de la Meseta (Ibid.: 29). Podríamos pensar por ello que en los primeros compases de la capital conventual se importaba cerámica desde la zona circundante, conquistada ya tiempo atrás. De hecho tras la fundación de *Lucus Augusti* (sobre los años 15/13 a.C.) se observa como se configura urbanísticamente a lo largo del s. I d.C. (como el foro, las termas o el acueducto, finalizado bajo el emperador Claudio). En el periodo preflavio de la urbe se va viendo como se configura una nueva materialidad, que aún bebe de los indígenas que sin duda formaron parte del contingente poblacional de la nueva ciudad. Sería en estos momentos cuando se ven las cerámicas importadas (las primeras sigillatas, itálicas, en la primera década del s. I d.C., las ánforas béticas o tarraconenses, vinarias, que desaparecen al final de la centuria, o las lucernas, vasos de paredes finas o los morteros) (Alcorta Istoraza 2005: 17). El problema es que para el análisis de la cerámica común romana consumida y / o producida en Lugo existen ciertas ambigüedades entre los especialistas. Podría pensarse que en esos primeros momentos de la ciudad la cerámica común romana procedía, al igual que la *Terra Sigillata* o las ánforas, de fuera del Noroeste (como la Meseta Norte o Portugal), para ir a lo largo de la centuria sustituyéndose por las propias producciones de Lugo. Pero por ejemplo en el análisis de Alcorta (2005) no queda del todo claro a qué se refiere con cerámica de tradición indígena y cerámica común romana. Así se asegura que en estos primeros momentos serían muy escasas las piezas romanas, ya que al ser de bajo coste y ser el grueso de la población indígena y todavía afín a sus gustos tradicionales, este papel aún lo cumpliría la cerámica de tradición indígena, que aparece en gran número en la ciudad de Lugo, siguiendo modelos claramente continuistas con respecto a los últimos compases de la Edad del Hierro (Ibid.: 17). Sin embargo a lo largo de la centuria se apreciaría una cierta influencia de las formas y técnicas romanas sobre las indígenas en unas pocas piezas. Supuestamente no se influiría sobre las formas porque siguen siendo vasijas de perfil cerrado, ollas o “vasos”, de perfil globular sinuoso. Si se vería una cierta influencia de los gustos romanos en la aparición de fuentes y platos, desconocidos en el acerbo indígena. Entre los elementos ornamentales novedosos están los copiados de la TS, especialmente la gálica, trasladados

no en relieve sino mediante la técnica indígena del estampillado, y en segundo lugar el engobado, que entra en el catálogo indígena no como mero recubrimiento sino como técnica ornamental (Ibid.: 17-18). Desgraciadamente el autor realiza un análisis clásico de las producciones cerámicas, en donde se analizan las formas y decoraciones finales, sin prestarle atención a las decisiones tecnológicas concretas que definen cada CTO. Por ello lo que Alcorta denomina como “cerámica indígena” (cerámicas con palmetas y arquillos estampados, cerámicas con engobes de tipo rojo pompeyano, etc.), que sería la que se fabricaría y usaría en *Lucus Augusti* a lo largo del s. I d.C., creemos más oportuno denominarla “cerámica común romana” (Montes, Hevia y Benítez 2001: 29), ya que la CTO es suficientemente distinta con respecto a la cerámica prerromana como para llamarla igual. Otros no confunden la CTO cerámica prerromana de la fase II con la CTO cerámica común romana de la fase III, pero adelantan los rasgos de la primera excesivamente en el tiempo, ya que se asegura que las asas de orejeta perforada pueden entenderse como una modificación de la CTO prerromana ya en la fase imperial (Parcero y Cobas 2004: 48), algo que debemos rechazar ya que por San L. Luis o el Chano vemos que son características formales propias del elenco cerámico de la Segunda Edad del Hierro, al menos en el occidente cantábrico. De hecho lo que en su día propusimos para el occidente cantábrico es que la cerámica con orejetas perforadas de tradición prerromana, precisamente en la fase III, por influencia de la nueva cerámica común romana importada en los castros, tiende a perforar el borde, pero sin realizar la orejeta (Marín 2007: 140).

Lo que sí podría decirse es que la “cerámica común romana” que se fabrica en *Lucus Augusti*, seguramente por parte de alfareros indígenas romanizados, es un tipo de *kitsch*, al igual que otro tipo de cultura material de la fase romana de los castros (González Ruibal 2003a), ya que toma elementos formales y decorativos de la cerámica de la fase II prerromana, pero reinterpreta otros tomados de las cerámicas romanas, como son las influencias de la TSG a las que alude Alcorta, y que vemos en algunas decoraciones, o el engobe rojo (el llamado rojo pompeyano). Además, en época prerromana, al menos en el área cantábrica, sí que se conocían las fuentes.

Pero sobre todo queremos hacer hincapié en que se trata de una CTO novedosa en el sector cantábrico, que no se puede asimilar a la CTO prerromana, que usa el torno rápido, que está fuertemente estandarizada, que se produce masivamente en la capital conventual en alfares industrializados, seguramente en manos masculinas, y que a lo largo del s. I d.C. acabará consumiéndose en una amplia zona, que incluye a los castros del occidente cantábrico, como son los del occidente asturiano, este de Lugo y noroeste leonés, con



**Figura 5.46:** ejemplos de cerámica común romana del castro de San L. Luis (a partir de Marín, Jordá y García Guinea 2008, modificado).

importantes fases de ocupación romana debido a la explotación imperial del oro. Sin descartar alguna posible influencia romana sobre la CTO de cerámica prerromana, como es la aplicación de engobe sobre tipos de clara tradición prerromana (Alcorta 2005: 19-20 y fig.1, pese a no describirse la CTO), el resto de ejemplos que presenta este autor “como cerámica indígena con influencias romanas” (Ibid.: figs. 2-15) realmente es lo que desde hace tiempo se viene considerando como cerámica común romana, tales como son las ollas de cuello cóncavo y de cuello recto (Montes, Hevia y Benítez 2001), o la cerámica con palmetas y arquillos, de época altoimperial (Villa 1999: 112; 2002a: 160), que antes erróneamente se clasificaba como paleocristiana, lo que servía -y sirve aún hoy- para justificar ocupaciones medievales en los castros (Carrocera y Requejo 1989), o los platos, cuencos y fuentes conocidos como de imitación de rojo pompeyano. En todos estos casos, como en otros bien estudiados (Benítez, Hevia y Montes 1999; Hevia, Montes y Benítez 1999), se trata de cerámicas realizadas a torno rápido y con una conceptualización de la secuencia de montaje y de las partes de los cacharros muy diferente a la de la CTO prerromana, por mucho que algunas formas y decoraciones se parezcan, por lo que nos parece muy poco acertado denominarlas “indígenas”. Por diferentes intervenciones de urgencia en Lugo se fechan las cerámicas de arquillos y palmetas -que imitan formas de la TSI, TSG y TSH temprana- y las fuentes y platos de imitación de rojo pompeyano a lo largo del s. I d.C. (Alcorta 2005). De hecho, esas cerámicas producidas

industrialmente y para el mercado, sí están imitando en algunos casos decoraciones de la TSI y de la TSG, por lo que podrían estar llegando a los castros del occidente de Asturias y sustituyendo a la cerámica indígena fabricada localmente ya en la primera mitad del s. I d.C. De hecho la presencia de *Terra Sigillata Sudgálica* en castros como el Chao Samartín o San L. Luis que es preflavia y que decae sobre los años 70 del primer siglo de la Era (Sánchez y Menéndez 2000: 49; Adán y otros 2000) así lo corroboraría. Por lo tanto, al menos para el extremo occidente cantábrico, y abarcando tanto las cuencas del Eo y del Navia, así como al menos la alta del Narcea, se podría aplicar una síntesis y secuencia como la propuesta por Alcorta (1991: 38-39), en donde la “cerámica común romana” por un lado supone una explosión tipológica antes desconocida (cada función doméstica exige un tipo) así como la suspensión absoluta de la alfarería doméstica, es decir, la realizada a nivel de cada castro, como en época prerromana. Ello se desarrollaría en dos fases, una altoimperial, con especial significado el s. I d.C., y otra que abarca el resto del periodo. En ese primer momento destaca la vasija de importación y los modelos plenamente romanos (ánforas, platos de rojo pompeyano, jarras estrechas y estilizadas, *Terra Sigillata* y paredes finas). Pero, al contrario de lo que opina Alcorta, y como podemos observar en diferentes yacimientos asturianos como el Chao Samartín o San L. Luis, también la “cerámica común romana”, que, insistimos, no ha de confundirse con la “CTO cerámica prerromana” aparece de forma masiva en los poblados. De hecho el s. I d.C. se caracteriza en los

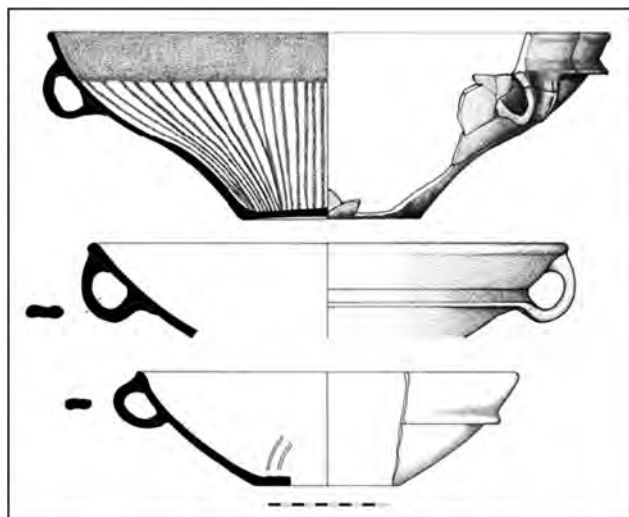


**Figura 5.47:** principales tipos de cerámica común romana del Chao Samartín (a partir de Villa 1998, modificado).

castros por la importación de todos estos nuevos lotes cerámicos, que llegan desde diferentes talleres extrapeninsulares (como la TSG), peninsulares como los meseteños para el caso de las de paredes finas de Melgar de Tera (Zamora) o la *Terra Sigillata Hispánica* de Tricio (La Rioja) o algunas ánforas de la bética. También es el caso de la “cerámica común romana”, con la mayoría de tipos que proceden de Lugo, la capital conventual -pese a que algunos la hayan hecho

proceder del valle del Ebro (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 161)-, aunque su distribución excedería los límites del Convento ya que la vemos también en San L.luis (fig. 5.46). También este tipo de cerámicas llega de otros centros productores situados entre dos capitales conventuales (Astorga y Lugo), como se ha propuesto para los platos y cuencos de rojo pompeyano, que se distribuyen por castros del occidente y centro de Asturias. Todos estos nuevos





**Figura 5.48:** fuentes biasadas del Chao Samartín (en Hevia y Montes 2009).

lotes cerámicos siguen conviviendo con la “CTO cerámica prerromana”, pues aparecen asociados en los mismos niveles. Podría pensarse en el primer siglo de la Era como el periodo en el que se dio la sustitución entre la tecnología cerámica prerromana por la romana, es decir, las producciones domésticas locales por las producciones industrializadas que se importan desde variados centros productores, de una tecnología controlada ancestralmente por mujeres a unas piezas creadas por hombres bajo parámetros industriales romanos. Un rasgo más del profundo cambio cultural que supuso la conquista romana, y también un parámetro para poder estudiar la tensión entre hegemonía y resistencia, entre la aceptación del nuevo orden o el mantenimiento de la tradición. Sería interesante poder comprender qué papel jugaron las nuevas vajillas en las prácticas diplomáticas de los romanos con las elites indígenas, en la forma de regalos, al igual que podría pensarse de ciertos atesoramientos de numerario (Hanson 2002: 836), como el encontrado en el castro de Arancedo formado por más de 100 denarios de Augusto y Tiberio (Bouza 1963: 46). Sea como fuere podría pensarse en el papel activo de las elites de cada poblado, interlocutores con el nuevo poder, en la aceptación paulatina del nuevo orden material.

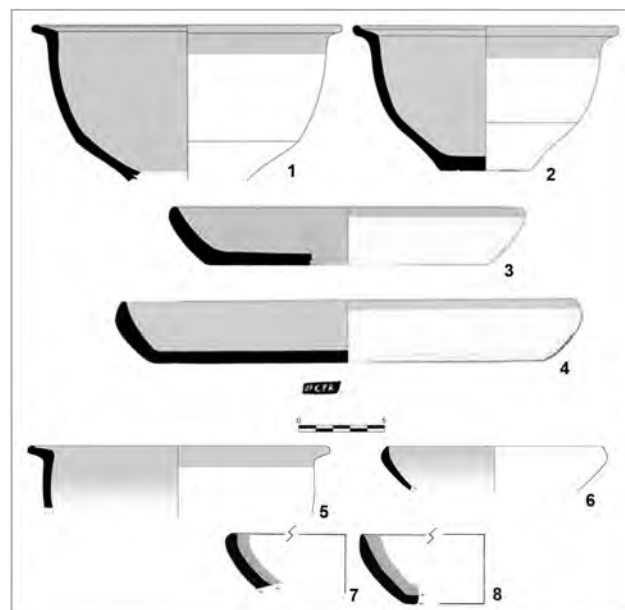
La CTO de la “cerámica común romana” que encontramos en el extremo occidental cantábrico, muy similar a la del resto del *Conventus Lucense* y que seguramente fueron importaciones desde la capital conventual *Lucus Asturum*, ha quedado bien definida tipológicamente en artículos recientes sobre el lote cerámico del Chao Samartín (Benítez, Hevia y Montes 1999; Hevia, Montes y Benítez 1999; Hevia y Montes 2009), a lo que recientemente hemos añadido la publicación de las piezas de esta CTO reconocidas entre lo materiales de Arancedo y San L.luis (Marín 2007; 2008). Resumiendo algunas de sus características principales podríamos decir que respecto a las formas que se conceptualizan en época romana una de las

características principales es la multiplicación de tipos. Si bien las ollas de borde exvasado curvo siguen teniendo un papel preponderante, compartido en época prerromana con aquellas piezas de borde exvasado facetado (capítulo 4), y también se mantienen las grandes orzas con nervaduras, ahora aparecen bordes cóncavos a los que se les aplican tapaderas, ollas monoasadas, vasos y tazones con carenas y asas, jarras de diferentes tipos, platos, cuencos y fuentes engobados, etc. Los fondos siguen siendo en su gran mayoría planos. Aparecen ahora los cuerpos flexionados -en época prerromana en San L.luis sólo ocurre con los bordes- mediante carenas, y se desarrollan notablemente los elementos de sujeción como las asas (fig. 5.47). Pero quizás lo más característico sea la secuencia de montaje ya que en época romana se realiza de una sola vez, levantando la pieza desde la base al borde, algo que está íntimamente ligado a la función ejecutiva que caracteriza la CTO de este periodo, la rotación rápida mediante torno de pie, contrastando claramente con las rotaciones lentas de época prerromana (recordemos que básicamente en época prerromana se hacían las piezas en dos partes, por un lado el cuerpo con colombinos y por otro el borde mediante torneta, con una rotación algo más rápida). Vemos como el espatulado, el escobillado y las líneas bruñidas horizontales por rotación prácticamente desaparecen como tratamiento superficial, pues son técnicas de acabado superficial propias para las cerámicas realizados “a churro”, no para las torneadas, y por el contrario un buen número de piezas pasan a tener bruñidos homogéneos por toda la superficie externa, especialmente en la “vajilla para beber”. Respecto a las decoraciones las líneas bruñidas -verticales y en retícula, principalmente- se aplican sobre un número mayor de tipos que en época prerromana. Se mantienen las molduras sobre ollas y orzas de borde cóncavo, y aparecen también decoraciones novedosas como el engobe “rojo pompeyano” y la pintura -especialmente sobre las jarras, tanto de cuello cilíndrico como las trilobuladas-, aunque las piezas en las que encontramos estas dos últimas técnicas decorativas, como veremos, seguramente se estén fabricando en otros lugares que no son Lugo, como demostraría el hecho de que, especialmente las mencionadas jarras trilobuladas y la fuentes monoasadas, pertenezcan al pequeño porcentaje de piezas con pastas de terminado poroso y con presencia de esquistos, frente al porcentaje mayoritario de las piezas que poseen pastas micáceas, que les da un aspecto brillante. Casi un 10% de las piezas de la “vajilla de mesa y despensa” poseen pastas bien decantadas, compactas, de roturas rectas (Benítez, Hevia y Montes 1999; Hevia, Montes y Benítez 1999; Hevia y Montes 2009).

En lo que se refiere a los recipientes para servir dentro de la cerámica común romana producida en *Lucus Augusti* encontramos las fuentes, con la

particularidad de las biasadas tanto en el Chao Samartín como en San L.luis, muy amplias, con nervadura en el tercio superior de la que parten las asas, y labio engrosado redondeado. Pudo haber pocas fuentes quizás por convivir con recipientes de madera o grandes platos de TSH. Al no tener marcas de fuego se entienden que son para servir alimentos tanto fríos como calientes o incluso aguamaniles (Benítez, Hevia y Montes 1999: 29-30; Hevia y Montes 2009: 131-134). En San L.luis son bastante numerosas y abundan especialmente en la estructura romana de varias habitaciones del barrio alto. De hecho observamos alguna de gran tamaño, con una amplia pestaña a media panza de la que salen las asas, al igual que en varios ejemplos del Chao Samartín (fig. 5.48, y ver fig. 5.46).

Como hemos dicho la cerámica común romana producida en *Lucus Augusti* se reparte por su territorio conventual, desbordando su límite este ya que encontramos en San L.luis los mismos tipos que en el Chao Samartín o Arancedo. Aparte existen otras producciones de “cerámica común”, como son los cuencos de rojo pompeyano mencionados, llamados también cuencos engobados (Hevia y Montes 2009: 135-142), de los que se ha propuesto un posible centro productor en la línea de Astorga a Lugo (Montes, Hevia y Benítez 2001: 30) cuya dispersión ya es mayor, puesto que los vemos tanto en las fases romanas de los castros del occidente asturiano, como Arancedo, Coaña, Pendia, el Chao Samartín, Monte Castrelo de Peláu, Os Castros de Taramundi o San L.luis, como en castros del sector central asturiano tales como Llagú y Campa Torres o del oriente de la región como Moriyón (Menéndez y Benítez 2002: 282-289; Marín 2008: 300-304; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 160; Maya 1987/88: 225; Hevia y Montes 2009: 136). Las producciones de “rojo pompeyano” pueden dividirse tipológicamente en cuencos carenados de borde engrosado, cuencos de borde exvasado y los platos / fuentes (Benítez, Hevia y Montes 1999: 26-28), pero comparten las mismas características tecnológicas y decorativas, por lo que procederían de los mismos centros de fabricación (fig. 5.49). Sus cronologías generales están en los dos primeros siglos de la Era. Al igual que otras producciones importadas, como la TS, las vajillas de rojo pompeyano están presentes tanto en los castros como en las villas romanas del occidente cantábrico, así como en poblados del norte del valle del Duero, del norte de Portugal y de Galicia (Maya 1987/88: 230; Hevia y Montes 2009: 136). Como hemos podido comprobar con el repertorio de San L.luis muchas de estas piezas poseen restos de hollín en su cara externa por lo que debieron de servir tanto para calentar los alimentos directamente sobre el hogar como para consumirlos. Se trata de un tipo de vajilla (platos y cuencos) muy extendida por el cuadrante noroeste de la Península Ibérica en época altoimperial y que



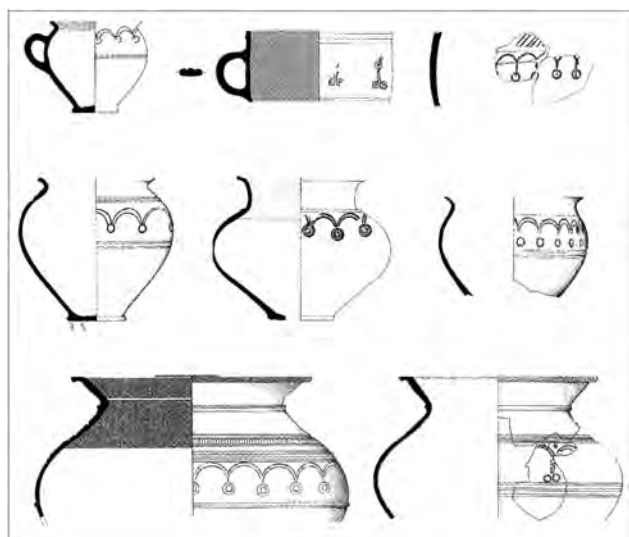
**Figura 5.49:** platos, fuentes y cuencos con engobe “rojo pompeyano”: 1-4. Chao Samartín; 5-6. San L.luis; 7-8. Cellagú (a partir de Hevia y Montes 2009; Marín 2007; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b).

estructura los cambios en los usos culinarios y de comensalidad en este periodo, ya que se trata de cacharros de uso individual.

En otras ocasiones encontramos otras producciones de “cerámica común” que por las cocciones oxidantes y la decoración pintada recuerdan mucho al ambiente tecnológico de la Meseta (Álvarez Sanchís y otros 2008). Claros ejemplos entre los castros romanizados de Asturias los tenemos en algunas jarras de cuellos cilíndricos y otras trilobuladas. De las del tipo trilobulado y de cocciones oxidantes la primera que fue publicada procedía de Coaña (García y Bellido 1942b: fig. 10), pieza que se ha fechado en época augustea, aunque se reconoce que perduraría bastante tiempo (Maya 1987/88: 234). Aquella jarra comparte la tecnología y forma final, incluso hasta en el detalle de los tres botones aplastados en la base del asa, con un bello ejemplar policromo (franja anaranjada horizontal y blancas) procedente de San L.luis (Marín, Jordá y García-Guinea 2008). Otros ejemplos cantábricos proceden de Llagú (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 56) (ver fig. 5.46). En ciertos casos es posible encontrar decoración pintada con motivos circulares sobre estas piezas (Benítez, Hevia y Montes 1999: 25). Por todo ello creemos que los talleres para este tipo de jarras habría que buscarlos en algún lugar de la Meseta Norte.

Algunos de los representantes de la cerámica común romana poseen decoración estampillada de arcos y palmetas. Como dijimos hoy se fecha claramente en época altoimperial (Villa 1999: 112; 2002a: 160), como el resto del elenco alfarero que describimos, pero hasta no hace mucho tiempo fue confundida con cerámica de imitación paleocristiana (Carrocera 1990a: 128; Carrocera y Requejo 1988) y se





**Figura 5.50:** cerámica común romana decorada con arquillos y palmetas y acabados bruñidos procedente del Chao Samartín (en Villa 2002a).

usó como justificante de las ocupaciones tardías de los castros. La decoración estampillada de estas piezas no tiene nada que ver con las estampillas prerromanas y más bien debería buscarse sus referentes en las decoraciones de las sigillatas (Hevia, Montes y Benítez 1999: nota 62). De hecho, tras el estudio del conjunto cerámico de San L. Luis, más que estampillas parecen golpes de punzón, formando los arquillos y las palmetas, sobre cerámicas realizadas a torno, a las que frecuentemente se les da un acabado final mediante bruñidos homogéneos, y tanto con colores finales negros como oxidantes (rojizos) (fig. 5.50).

Sin duda son las cerámica pertenecientes a las series de *Terra Sigillata* (*Itálica*, *Sudgálica* e *Hispánica*) las más estudiadas de las fases romanas de los castros y a las que se ha acudido para defender la cronología romana de los mismos, ya que, como vimos y acabamos de repasar, hasta hace muy poco tiempo la cerámica común romana se confundía sistemáticamente con la prerromana. Desde que se excavó a finales del s. XIX el Castelón de Coaña por parte de José María Flórez (1878), con la bella acuarela de un fragmento de *Terra Sigillata* de la publicación original, esta ha sido una cerámica bastante estudiada, ya que pueden dar fechas relativamente precisas, no quedando dudas de que es un claro elemento cultural romano (Menéndez y Benítez 2002: 281). Excepto el caso anómalo de Campa Torres con importaciones de *Terra Sigillata Itálica* (TSI) (Maya 1987/88: 194), lo normal es encontrar en la fase romana de los castros cantábricos *Terra Sigillata Sudgálica* (TSG) y *Terra Sigillata Hispánica* (TSH), que a veces son difíciles de diferenciar, y que abarcan un periodo cronológico entre el 40 d.C. y finales del s. II d.C. (Menéndez y Benítez 2002: 294). La TSI de la Campa Torres (fig. 5.51) debe entenderse no tanto dentro de la tendencia de este particular poblado a recibir importaciones mediterráneas -especialmente durante la fase II b

(capítulo 4)- sino más bien como las más antiguas muestras de cultura material romana una vez realizada la conquista del norte peninsular, ya que estas producciones suelen ser las que aparecen en los campamentos romanos estables o *castra stativa* asociados a las guerras cántabro-astures (Morillo y García 2002-2003). No es de extrañar que aparezcan en poblados fundados por Roma y en campamentos romanos (Julióbriga, Herrera de Pisuerga, Astorga, León) (Maya 1987/88: 194) o en castros como la Campa Torres (Maya 1987/88: fig. 57), que jugó un papel fundamental en la propaganda política romana y en el desarrollo del culto imperial nada más finalizar la contienda. Respecto a los supuestos fragmentos de TSI aparecidos en las primeras intervenciones de Llagú hoy por hoy no pasan de ser meras suposiciones (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 140). La TSI puede ser encuadrada entre el 25 a.C. y el reinado de Tiberio, pues fue reemplazada por la TSG durante el reinado de Claudio (Tuset i Buxeda 1995; Fernández y Roca 2005). Para algunos la temprana *Terra Sigillata Sudgálica*, que procedería de los talleres galos de Montans y La Graufesenque, sería la primera vajilla de importación que se aprecia de forma generalizada en los castros cantábricos, especialmente en los del occidente, y podría venir por vía marítima a partir de puertos como el de *Flaviobriga* (Castro Urdiales), entre otros (Iglesias 2000: 196). Por su parte la TSG fue reemplazada a partir de época flavia (década de los 70 del primer siglo de la Era) por las producciones hispanas (TSH) (Fernández y Roca 2005; 2008), ya que éstas tienen como fechas más antiguas los años centrales de la primera centuria (Mezquíriz 2004: 421). Las que se encuentran en los yacimientos cantábricos proceden en su gran mayoría de talleres del valle del Ebro, como el riojano de *Tritium*. La TSH es por tanto la vajilla de importación que acompañará la fase postrera de ocupación de los castros cantábricos ya que de forma generalizada fueron abandonados a lo largo del s. II d.C. y la TSH perduró hasta el s. III d.C., momento en el que comenzó a ser sustituida por la *Terra Sigillata Hispánica* tardía (TSHt).

Observamos TSG y TSH, como hemos dicho, principalmente en castros del extremo occidental cantábrico (Coaña, Mohías, La Escrita, Arancedo, Chao Samartín, San L. Luis, Llarón, entre otros), pero también en el sector central asturiano (Campa Torres, Llagú), enrareciéndose su presencia según avanzamos hacia el sector central cantábrico (Álvarez Santos 2005), seguramente no tanto porque este sector central hubiera quedado en una posición secundaria en su integración con el resto de Hispania, que ya vimos que no, como por ser menos frecuente en esta zona el mantenimiento del hábitat castreño durante la fase III. Como veremos más adelante la distribución diferencial de estas vajillas ya es un indicador claro de las diferentes “romanizaciones” y de los diferentes finales de los grupos castreños cantábricos. Como es lógico

su presencia se concentra en aquel sector en donde los castros tuvieron una segunda vida en época altoimperial.

La mención a la *Terra Sigillata* suele estar acompañada de expresiones tales como “cerámica de lujo”, la cual contrasta claramente con la tosquedad de la cerámica prerromana (por ej. Pedregal 1990: 188). Sin embargo, pese a la aparición de algunas sigillatas no demasiado frecuentes, como es la TSG *marmorata*, fechables a partir del 40 d.C. (Sánchez y Menéndez 2000-2001: 218), lo interesante en el Chao Samartín es que aparezcan sigillatas en todas las estructuras intervenidas. Por añadidura se aprecia un uso conservador de las mismas mediante el empleo de lañas. Y además destacan las formas Dragendorf 15/17, 35, 27, 46 y entre las decoradas la 37, que en su mayor parte proceden de los alfares riojanos como *Tritium Magallum* (Sánchez y Menéndez 2000: 50-52; Hevia, Méndez y Sánchez 1999: 163-168) (fig. 5.52). De hecho el estudio monográfico sobre las sigillatas de la estructura C-10 del poblado grandalés ha permitido plantear una serie de cuestiones respecto al uso y cronología de estas vajillas en la fase romana de los castros cantábricos. Por un lado habría que dejar claro que pese a que estas vajillas están presentes en la mayoría de los castros con fase romana y de forma ubicua en casi todas las estructuras de los mismos, el Chao Samartín posee un conjunto cerámico mas potente que el resto (Hevia, Méndez y Sánchez 1999: 161), en donde se han llegado a documentar hasta más de medio centenar de vasijas de sigilata en alguna de las estructuras (Villa 1998a: 20-21). Ello puede ser debido a su capitalidad dentro de la *civitas Ovela*, como ya se propuso más arriba, así como por constituirse en residencia de personajes administrativos y / o militares romanos destacados en la *domus* de la acrópolis.

El reconocimiento de TSG en el Chao Samartín, que como dijimos arranca ya en el reinado de Tiberio (14-37 d.C.) (Hevia, Méndez y Sánchez 1999: 162; Sánchez y Menéndez 2000), al igual que en San L.luis (Adán y otros 2000), de nuevo corroboraría la rapidez con la que se puso en marcha la maquinaria estatal romana para la explotación del oro en estas recónditas tierras del suroeste asturiano. Las piezas que mas destacan en el Chao Samartín, con un 60 % de los cacharros recuperados, son las Dragendorff 15/17 de TSH (Hevia, Méndez y Sánchez 1999: 163), un plato, y por detrás el resto de tipos mencionados, que básicamente son cuencos y ollas, lo que podría indicar las preferencias indígenas dentro de todo el amplio elenco tipológico de las sigillatas, tanto de las sudgálicas como de las riojanas. Estas últimas, aún fabricándose en La Rioja, se entiende que se redistribuirían desde *Lucus Augusti* (Ibid.: 169). En otros poblados del occidente asturiano que mantuvieron una fisonomía más castreña durante la fase romana que el Chao Samartín, como por ejemplo Coaña, pero también en San L.luis, Mohías o

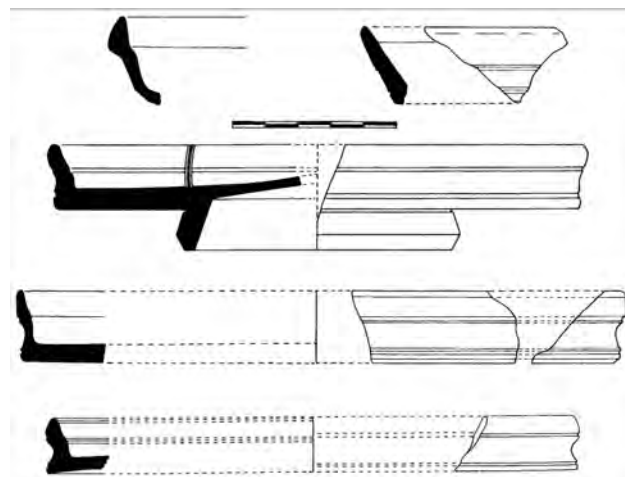


Figura 5.51: Terra Sigillata Itálica de la Campa Torres (en Maya 1987/88).

Arancedo, se puede apreciar como destacan las formas Drag. 15/17, Drag. 29 y Drag. 37 para la TSH, tanto en las formas decoradas como en las lisas. En parte se ve un protagonismo similar entre las sudgálicas (Maya 1987/88: 195-216), aunque en algunos poblados como Llagú, aunque las ollas también tiene una importante presencia, se ven más servicios de mesa que en otros poblados (Berrocal, Martín y Ruiz 2002b: 145-156).

Al igual que en el Chao Samartín en San L.luis este tipo de vajillas “de lujo” están presentes en todas las unidades de ocupación intervenidas, tanto en la que hemos de entender que siguieron ocupadas por indígenas hasta el abandono final del poblado, como en las de nueva planta ocupadas por miembros del grupo conquistador (Marín 2007; Adán y otros 2000). Todo ello nos hace pensar que esta vajilla no fue tan “lujosa” como habitualmente se ha pensado, ya que se asumió de forma más o menos generalizada por la población indígena de los castros del occidente cantábrico principalmente a lo largo de la segunda mitad del s. I d.C. de la mano de la TSH, pese a que en algún caso, como en el Chao Samartín, la población “romana” tuviera un peso más importante incluso que la indígena. El protagonismo en el registro arqueológico de las formas específicas de TS mencionadas más arriba podría hacernos pensar que estas vajillas fueron asimiladas a las prácticas culinarias y gastronómicas indígenas, prefiriéndose platos (Drag. 15/17) y, sobre todo, ollas (Drag. 29 y Drag. 37), usadas para servir el alimento, lo que podríamos vincular a prácticas de comensalidad de tipo comunal. No obstante hemos de ser cuidadosos con este tipo de razonamientos, debido a que en ciudades de cultura netamente romana, como es la capital conventual *Asturica Augusta*, la presencia mayoritaria dentro de la TS la poseen estos mismos tipos (Mañanes 1972: 190-191, 204-208).

En relación a los contenedores la distribución de ánforas romanas en Asturias es básicamente costera (Coaña, Arancedo, Campa Torres) (Hevia, Montes y Benítez 1999: nota 49), lo que demostraría su



**Figura 5.52:** este fondo de *Terra Sigillata Sudgálica* del Castellón de Coaña fue la primera cerámica publicada de un castro asturiano, por parte de José María Flórez y González (1878) (en Marín Valdés 1990, sobre foto de Astur Paredes).

distribución marítima y que no penetren casi hacia los castros del interior, con la excepción del borde de Dressel 8 de Llagú (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 161), explicable precisamente por la importancia y carácter estratégico de este poblado en época romana por controlar una de las principales rutas de comunicación entre la costa asturiana (Gijón), *Lucus Asturum* y la Meseta a través de la vía romana de La Carisa. Ya vimos como durante la fase II b llegaron ánforas a Coaña, Arancedo y Campa Torres fruto del comercio marítimo púnico y del ciclo romano republicano. Pero una vez conquistado el norte peninsular, en la fase romana de estos castros, siguieron llegando ánforas. Básicamente son las Dressel 7/11-Beltrán 1 para transporte de salazones de Coaña, Arancedo y Campa Torres, y las Dressel 20-Beltrán 5 para aceite, encontradas en los mismos yacimientos, y que siguen procediendo de la Bética y levante peninsular, como en época prerromana. También se han documentado diferentes pivotes cónicos de ánforas, de más compleja clasificación, en ambos poblados, mientras que de la Campa Torres procede uno de los pocos fragmentos de Haltern 70, para transporte de vino, documentados en el ámbito cantábrico, así como un ánfora Rodia, similar a la Dressel 2-4, que llegaría al Mediterráneo occidental ya a partir de Augusto, y una Dressel 28 que abarca los dos primeros siglos de la Era. Más complejo es saber si la vinaria Pascual 1 de la Campa Torres debe ser asociada con las importaciones mediterráneas previas a la conquista o ya con las del s. I d.C., pues perdura todo este tiempo (Maya 1987/88: 231-237; Carreras 2001: 389-391). Es posible que alguna de las ánforas de Coaña esté mal clasificada y no sean realmente Dressel 7/11 sino Haltern 70, ya que es una frecuente confusión. No obstante es interesante comprobar como antes y después de la conquista los puertos

marítimos castreños que se valoraron fueron los mismos, destacando de nuevo los magníficos puertos de Coaña y la Campa Torres. Por lo tanto en época romana se consolidaron rutas de comercio que se habían originado durante la fase II, gracias a lo que se ha denominado ciclo púnico y ciclo republicano de comercio (González Ruibal 2003a: 423-442), pero si bien en época prerromana sólo vemos ánforas vinarias (ánfora greco-italica, Dressel 1C, Dressel 2/4 Itálica y puede que la Pascual 1), para el periodo altoimperial destacan las que contenían aceite y salazones (fig. 5.53).

Aunque la muestra es muy reducida podría decirse que los castros del occidente cantábrico difieren de las pautas generales para el Noroeste en cuanto al consumo de los productos transportados en este tipo de contenedores. Si en la costa cantábrica son las salazones y aceite lo que predomina, para el Noroeste el porcentaje mayoritario de importaciones de ánforas se corresponden con las “ubicuas” Haltern 70, para vino. De hecho se ha considerado un hecho insólito dentro del Imperio tal concentración de Haltern 70 en el Noroeste (Carreras 2001: 391). Pese a que la llegada de todas estas ánforas pertenezcan a un ciclo propiamente romano o romano reciente (de Augusto en adelante), sucesor y continuador de los ciclos comerciales prerromanos (púnico y neopúnico o romano republicano), que estandarizó en cierto sentido los usos, las modas y los productos que se reparten por la costa atlántica, la concentración de Haltern 70 en el Noroeste no puede explicarse como síntoma de “romanización”. Que el 98% de las ánforas de este periodo transporten vino en el Noroeste no supuso más que la exacerbación de la tendencia ya constatada en época prerromana, en donde el vino jugó un papel social muy importante, especialmente para las sociedades castreñas de la Galicia meridional. Tras la conquista los *oppida* bracarenses siguieron consumiendo ingentes cantidades de vino, que ya no es sólo itálico (Dressel 1), sino hispánico (catalán con las Pascual 1 todavía en época preaugusta, e hispánico en general con las Haltern 70). De hecho ello contrastaría con las ánforas que suelen ser frecuentes en este momento en los poblados y ciudades romanas como *Brigantium*, *Lucus* o *Bracara*, en donde precisamente destacan las oleícolas y salazoneras Beltrán 1, Dr. 7/11 y Dr. 20 (González Ruibal 2003a: 438-441). Podríamos pensar, por lo tanto, que los tipos de ánforas presentes en los castros cantábricos analizados son fruto de la fuerte romanización de los mismos, más que del mantenimiento de ciertas prácticas prerromanas, como se ha defendido para el Noroeste. Es lo que puede plantearse para Arancedo, por sus cambios arquitectónicos en época altoimperial y su vinculación a minería de oro, así como por haber aparecido uno de los bordes y pivotes de Dr. 20 en el interior de la estructura de esquinas vivas SH 2, de clara factura romana y puede que uso no indígena

(Marín 2008). En Coaña el aspecto es más indígena, y de nuevo las ánforas pueden estar mostrando la romanización de las prácticas indígenas. De hecho la aparición de una boca de Dr. 20 entre las casas 36 y 37 de Coaña (Maya 1987/88: 231) y del borde de otra de las ánforas de Arancedo en la estructura cuadrangular de esquinas redondeadas H 5 (Marín 2008) hace pensar en el consumo indígena de estos productos importados. Como vimos (capítulo 4) esta refracción al vino mediterráneo por parte de los castreños cantábricos ya se podía documentar para el periodo prerromano, en donde, si comparáramos con los castros del sur de Galicia, lo que podíamos destacar en nuestra zona de estudio era el escaso peso de las importaciones mediterráneas y, en concreto, del vino, de nuevo con la excepción de la Campa Torres. Serían cuestiones ideológicas y de economía moral heredadas de época prerromana las que explicarían porqué el consumo de productos romanos entre los castros varía del área cantábrica al Noroeste.

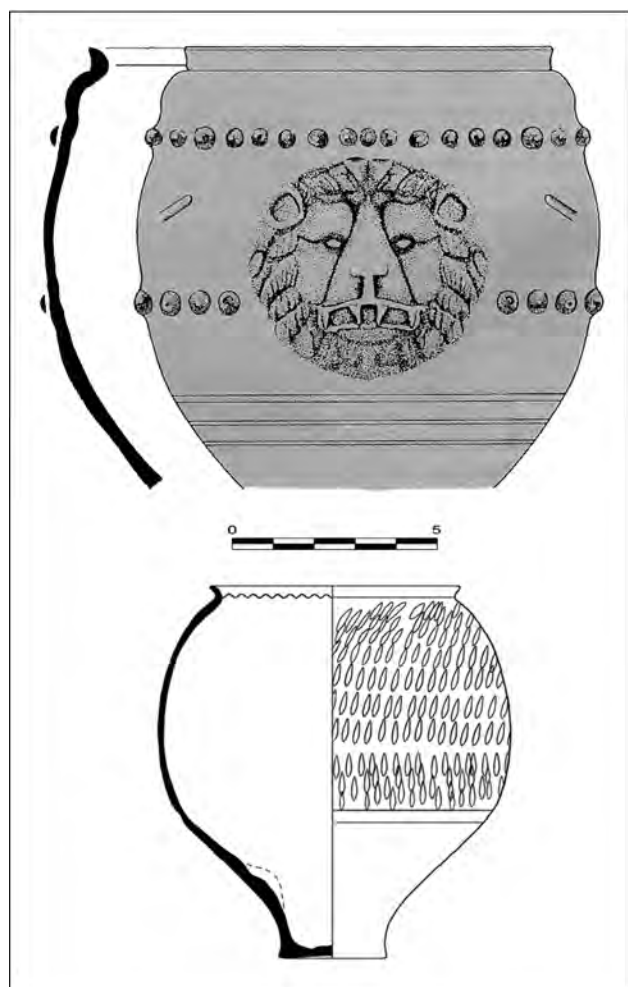
Precisamente en relación con el vino y dentro de las importaciones que aparecen en los castros durante la fase romana vemos también un tipo de vasos o cubiletes conocidos como vasos de paredes finas, conjunto heterogéneo que engloba producciones de diferentes talleres y cronologías. En la vecina Galicia se observan vasos de estos tipos, tanto los más antiguos, de finales de la República y de origen itálico, como los ya altoimperiales producidos en talleres hispánicos (como Rubielos de Mora en Teruel, Melgar de Tera en Zamora, El Coscojal en Navarra o Calahorra), sin que haya mucha presencia de producciones béticas (Rodríguez y Peralta 1990-91; Benítez, Hevia y Montes 1999: nota 10). En el sector centro-occidental cantábrico los encontramos especialmente en castros con una importante fase romana vinculada a la presencia de personal administrativo y militar, tanto para la minería (Chao Samartín, San L. Luis o Arancedo), como para el control efectivo del territorio y de las principales vías de comunicación (Llagú). De la Campa Torres se conocen varios ejemplares, lo que no es extraño en un poblado tan romanizado como este, pero por motivos distintos a los anteriores (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: fig. 55; Maya 1987/88: 218). Sánchez-Palencia y Fernández Posse (1985) sitúan estas producciones de alfares meseteños entre el 60/70 d.C. y la segunda mitad del s. II d.C. Estos vasos se han relacionado con el uso y consumo individual de vino (Rodríguez y Peralta 1990-91: 269), por lo que no debería extrañarnos que aparecieran precisamente en aquellos lugares ya no tan romanizados, sino con presencia romana directa. No sabemos hasta que punto la población indígena de estos castros pudo asumir las modas romanas de beber vino de forma individualizada, frente al previo consumo comunal de cerveza, y también nos faltan elementos de análisis (por ejemplo los recipientes realizados en madera),



**Figura 5.53:** fragmentos de ánforas del castro de Arancedo: 1. Borde de Beltrán V, destinada al transporte de aceite; 2. Borde de Beltrán 1, destinada al transporte de salazones; 3. Pivote de ánfora sin especificar (fotografía del autor).

pero este tipo de importaciones refuerzan la idea de que los principales cambios sociales entre los castreños (y sobre todo entre los que se encuentran en las zonas de minería de oro y con presencia romana directa) se deben asociar con formas de individualización social antes prácticamente desconocidas. En Asturias vemos diversos tipos que habría que entender como de diversa procedencia (Melgar de Tera en Zamora, Rubielos de Mora en Teruel), como son los “vasos grises” y los “vasos anaranjados”, y con decoraciones a la barbotina, por ruedecilla y con aplicaciones plásticas, que se combinan en los mismos poblados, como en San L. Luis o Campa Torres (Benítez, Hevia y Montes 1999: 17; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 157, 160; Maya 1987/88: 217-218; Jordá y otros 2009) (fig. 5.54).

El ciclo romano de importaciones de época imperial entre los castros de la Cornisa Cantábrica también difiere con respecto a los del Noroeste en los cuencos de vidrio, en este caso destacando el sector asturiano sobre el gallego. Es el poblado de Llagú donde se pueden reconocer, de entre la veintena de piezas de vidrio, varios cuencos de costillas, de época augustea. Destacan dos ejemplares de vidrio mosaico a molde o *millefiori*, con barrocas decoraciones florales y múltiples colores. Si bien son habituales en las plazas romanas de León y Astorga, para el Noroeste sólo se han documentado en Santa Trega (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 173-175). Para Asturias se conoce un fragmento de este tipo en Coaña (García y Bellido 1941a: 211). Por otro lado en Llagú se documentaron de dos a tres cuencos de costillas de vidrio verdoso translúcido (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 173-175). El otro único castro en donde han aparecido este tipo de cuencos, en concreto los de color verdoso, es en el de Arancedo (Maya 1987/88: fig. 85 C y D), que



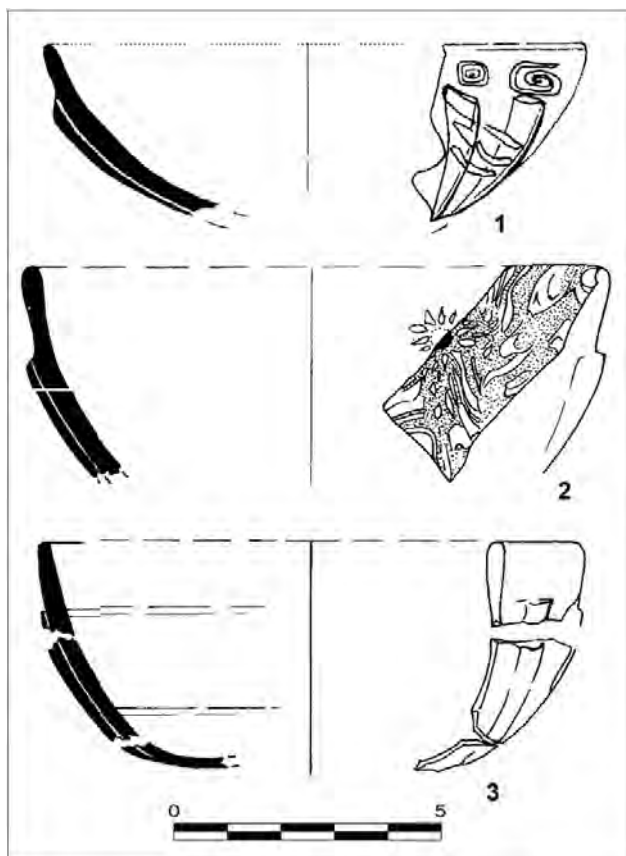
**Figura 5.54:** vasos de paredes finas del Chao Samartín (arriba) (a partir de Carrocera 1990a, modificado) y de san L.luis (abajo) (dibujo del autor).

tuvimos ocasión de revisar y redibujar (Marín 2008: fig. 5). Es interesante resaltar que los dos fragmentos de cuencos de costillas de Arancedo aparecieron en las excavaciones de Francisco Jordá tanto en la habitación SH 1b, que como vimos (capítulo 4) sería el espacio dedicado a habitación *sensu stricto* y no tanto a actividades de mantenimiento, de una estructura cuadrangular de esquinas redondeadas, así como en la estructura SH 2, rectangular de esquinas vivas (Marín 2008), por lo que, al igual que la sigilata, podría desprenderse el carácter ubicuo de los restos, y en contextos claramente indígenas, de los que no se desprende ningún uso exclusivo para estos cacharros (fig. 5.55). No obstante, en líneas generales, hemos podido comprobar como en los sondeos del barrio sur aparecieron muchas más importaciones romanas que en el norte, lo que puede estar en relación con la estructura SH 2 (Marín 2008).

Un claro ejemplo de como la cerámica importada romana no se conceptualizaba igual que la prerromana lo podemos encontrar en el castro de San L.luis. Si bien en la fase romana del poblado encontramos en las diferentes estructuras circulares y cuadrangulares con añadidos cuadrados romanos (arquitectura híbrida) una asociación de cerámica

prerromana o de tradición indígena (CTO prerromana, fabricada localmente y tendente a la desaparición), con cerámica común romana (fabricada en diferentes talleres, como por ejemplo los de Lugo capital, y por lo tanto importada), de TS y de vasos de paredes finas (en ambos casos importados), en la estructura compleja del “barrio alto” formada por diferentes estancias cuadrangulares en torno a un patio central, sólo se ha podido documentar cerámica común romana, TS y vasos de paredes finas, con una ausencia total de la CTO cerámica prerromana. Todas estas estructuras fueron contemporáneas, pero mientras que en el resto de chozas circulares e híbridas vivían indígenas, en la casa del “barrio alto” hemos de pensar que fue habitada por un personaje romano, en relación con la gestión de la explotación del oro de las abundantes minas que rodean San L.luis. Un personaje, militar o no, ajeno y reacio al código cultural indígena, lo que explicaría que se construyera una casa de tipo mediterráneo en medio de un castro cantábrico, y que no se consumiera ningún tipo de producción artesanal indígena, como se puede apreciar en la ausencia de CTO cerámica prerromana en estas estructuras. Pero sin embargo la cerámica más abundante de esta casa-patio del “barrio alto” es la que denominamos CTO cerámica común romana, que se trae principalmente desde *Lucus Augusti* pero también desde otros alfares, caso de los cuencos y platos de rojo pompeyano. Pese a que Lugo es la capital de otro *conventus* (San L.luis pertenecería al *Conventus Asturum*), es la ciudad con la que mejor comunicación tiene ya que es más cómodo acceder al alto Navia y de ahí a la zona llana de Lugo que no atravesar los altos puertos con León, como el de L.leitariegos, impracticables en invierno. Es decir, que la CTO común romana en general, tanto la que procede de Lugo (ollas de borde vuelto y cóncavo, con decoraciones de retícula bruñida, etc.), como de otros alfares (piezas de rojo pompeyano), incluso de alfares más lejanos de la Meseta Norte (caso de las jarras oxidantes con decoración policroma), es en todos los casos fruto de importaciones desde variados lugares y se considera como una cerámica romana más, para cocinar y almacenar, servir y escanciar, consumida e importada igual que la TS, los vasos de paredes finas o los cuencos de costillas realizados en vidrio. Socialmente, el uso exclusivo de “cerámicas romanas” (ya sea cerámica común romana, Terra Sigillata o vasos de paredes finas) debió de vivirse por parte de aquellos pobladores extracantábricos de poblados como San L.luis, Chao Samartín, Llagú o Campa Torres, como una forma de distinción frente a sus convecinos indígenas, que siguieron aún en el primer siglo de la Era fabricando y consumiendo cerámica de la CTO prerromana, aunque cada vez más en combinación con más vajillas romanas.

Es probable que la gradual asimilación por parte de los indígenas de las nuevas vajillas importadas, en



**Figura 5.55:** recipientes de vidrio: cuencos de costillas del castro Llagú: 1. Vidrio Mosaico; 2. Tipo *millefiori*; 3. Cuenco de vidrio verde transparente (a partir de Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b, modificado).

detrimiento de las suyas propias, fabricadas localmente, también supongan cambios culinarios, en la forma de preparar y consumir los alimentos, asumiendo progresivamente rasgos romanos en este sentido, que ya se aprecian en ciudades romanas como *Lucus Augusti* (Alcorta 1991). Así en esta ciudad se ha propuesto que la harina se utilizaría tostada para realizar *puls* o *pulmentum*, a modo de gachas con agua, leche o miel (Ibid.: 36), lo que no sería muy diferente a las gachas prerromanas. Pero en Llagú apareció un posible horno de pan que da fechas altoimperiales (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 123-124). Podría pensarse que tras la conquista comenzara a panificarse la harina en los castros. Por otro lado desde los niveles más antiguos de la ciudad se ven ánforas olearias y vinarias, que representan muy bien la entrada de estos nuevos productos en el Noroeste, y que también vemos en los castros en la forma de ánforas, que indican que se estaba consumiendo aceite y salazones. Pero no sólo se trataría de nuevos productos o recetas, sino de cambios en la forma de cocinar y consumir los alimentos. De hecho, aún desconociendo los recipientes de madera que pudieron haber utilizado, lo que sí podría apuntarse es que las vasijas prerromanas denotan grados muy bajos de individualización, pues sobre todo son piezas para cocinar, almacenar o transportar agua / cerveza. Sin embargo, en la vajilla

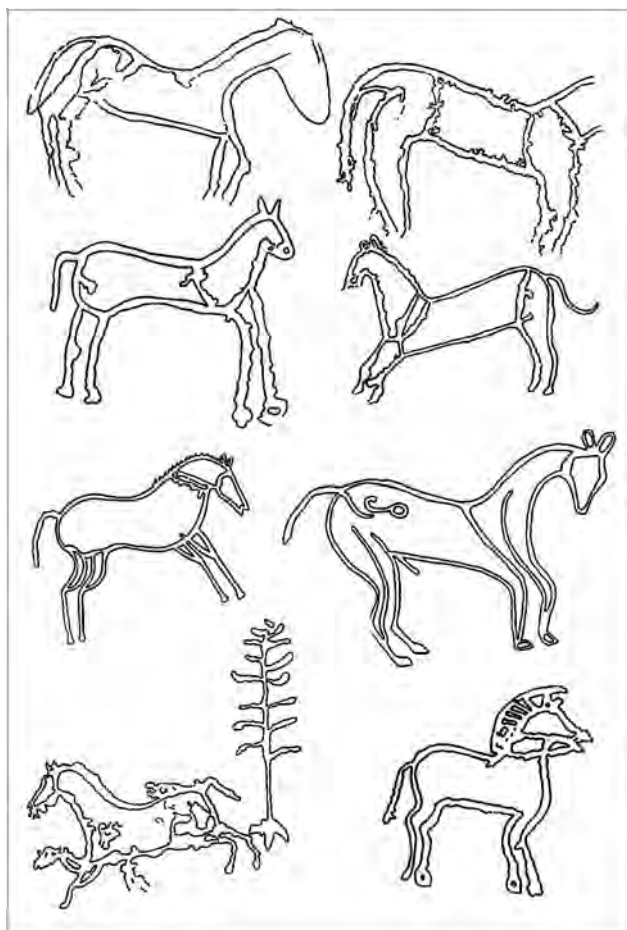


**Figura 5.56:** mortero del castro de Arancedo (fotografía del autor).

romana encontramos platos y cuencos, como los decorados con rojo pompeyano, vasos, etc., y algunos recipientes como los morteros para tratar alimentos fríos, con buenos ejemplos en Arancedo (Maya 1987/88: 233) (fig.5.56).

Lo interesante de todos estos lotes cerámicos es que la mayoría están bien estudiados y datados. Ello nos permite situar la fase romana de los castros, que ya adelantamos por las dataciones radiocarbónicas, en los dos primeros siglos de la Era. Hemos de suponer que en la transición entre el s. II y el III d.C. la mayoría de los castros cantábricos que habían tenido ocupación en época romana ya habían sido abandonados.

Al igual que las casas o las cerámicas, las muestras epigráficas de la fase III pueden ser también estudiadas como cultura material. La epigrafía se puede ver como un signo del proceso romanizador, pues es una herramienta al servicio de las elites, que cumple funciones de monumentalidad, evergéticas, etc. Pero que también se extiende por el cuerpo cívico (inscripciones privadas, como las funerarias o votivas). De hecho en el Noroeste estas últimas son las manifestaciones epigráficas que más abundan, redundando en el carácter rural y privado, y en donde se ven las formas de expresión de las aristocracias locales (Sastre 2001: 159-161). Se ha dicho que la información epigráfica debe ser estudiada en relación con la Arqueología, y en concreto con la arqueología del paisaje, para que ambas fuentes de información se doten de coherencia mutua, algo que no se ha realizado habitualmente. El epígrafe es un integrante del paisaje mismo, da información concreta sobre aquel (normativas, límites, etc.) y es en sí mismo un elemento de cultura material que configura el paisaje en cuanto que son plasmación de la dimensión espacial de la estructura de explotación (Sastre 2001: 29). Al fin y al cabo los epígrafes son la materialización de la escritura, la escritura de una lengua foránea, la latina, que sin duda fue utilizada como elemento de prestigio por parte de las elites indígenas. Pero seguramente el epígrafe tenga dos niveles de interpretación: para los pocos que saben leer y para los que no, de ahí la



**Figura 5.57:** representaciones de caballos en las estelas vadinienses del sector leonés (a partir de Luengo 1987, modificado).

profusión de elementos gráficos (símbolos solares, caballos, casas, cabezas, árboles) tomados en muchos casos de la propia tradición indígena. A “través de ciertos símbolos comprendidos por los diferentes estratos sociales se construye materialmente una idea de comunidad” (González Ruibal 2003a: 513). Hemos de pensar que las elites indígenas que encargan epígrafes en los últimos castros o en los primeros *vici* que los sustituyen están inmersos en la vida social de la comunidad, por lo que necesitan renegociar continuamente su poder recurriendo a símbolos de la tradición (Ibid.: 516) (fig. 5.57).

Son variadas las muestras epigráficas en las que se ve la asociación de signos propios de la ideología guerrera masculina, asociada a los caballos y a los jinetes, con el uso del latín como un nuevo símbolo de prestigio y manipulación por parte de las elites. Contamos con el ejemplo de dos plaquetas encontradas en Lancia en donde pueden verse, en una de ellas, un jinete a caballo por un lado con lanza y espada, y por el otro una especie de divinidad u oferente con los brazos extendidos, mientras que en otra de ellas en una cara se ha grabado un caballo o ciervo, y en la otra el nombre indígena AVCA AIVNI (F) (Luengo 1987: 16-17 y fig. 7). Ya dentro del área cantábrica contamos con numerosos ejemplos entre

las estelas y epígrafes vadinienses, aunque en ocasiones acompañan a enterramientos de mujeres y en cuatro casos el nombre del difunto se inserta en el caballo, por lo que quizás estos caballos tengan un sentido simplemente psicopompo (Reyes 1998: 22), más que de jinetes guerreros, pero en otros casos vemos jinetes montándolos claramente, como en el caso de la de Septimio Silo (fig. 5.59). En el famoso epígrafe vadiniense de Beleño pueden verse, sobre un canto rodado, el epígrafe en sí, dos caballos, una rama o árbol y en la parte superior un arma que se solía identificar con un puñal de antenas prerromano, lo que reforzaría la iconografía indígena del epígrafe. Sin embargo, aparte del uso del latín en el epígrafe, algunos ven ese puñal como claramente romano, en concreto un pugio en creciente lunar de los usados por las tropas romanas (Peralta 2002b: 71), lo que tendría más sentido que un puñal de antenas, entre otros motivos porque, como vimos (capítulo 4), éstos se circunscriben al Noroeste, por lo que sólo aparecen en el sector occidental asturiano y no en el oriental, que es por donde se reparten las inscripciones funerarias vadinienses. Quizás es demasiado recurrente en las explicaciones de la iconografía de los epígrafes vadinienses el tema de la pervivencia de elementos indígenas. Sin duda existen elementos del universo simbólico prerromano (como los árboles, los caballos psicopompos o los torques), pero otros como las hojas de hiedra, el puñal que acabamos de mencionar, los epígrafes oikomorfos del norte del área de distribución y el uso en sí del latín vulgar y de las fórmulas en las que este se expresa (Liz Guiral 1996: 84; González y Santos 1984: 93-94), o los árboles representados entendidos como palmas romanas y no como tejos (Marco 1997: 30 frente a Reyes 1998: 22-23), nos ha de recordar en todo momento la asimilación por parte de las elites locales indígenas de los códigos “cultos” y “literarios” romanos con el fin de conseguir cierta distinción sobre sus grupos sociales. Por otro lado estaríamos hablando de una romanización rural, lo que se notaría en el uso de un latín vulgar y en el uso de grandes cantos rodados para los epígrafes, no sólo vadinienses, puesto que éstos son rasgos que también se aprecian en los alrededores de la sierra del Sueve (concejos de Piloña y Villaviciosa) o incluso en el occidente asturiano (González y Santos 1984: 87). El uso de soportes tan poco canónicos indicaría que son prácticas asumidas por las elites indígenas aculturizadas, y no impuestas por Roma.

El uso del latín por dichas elites promocionadas por Roma se observa tanto en el propio uso de la escritura como en la onomástica. Ambos principios podrían estar registrados, por ejemplo, en la estela de A Veiga (García y Bellido 1943) el *princeps albionum* Niger ya cuenta con un nombre latino, mientras que el padre del mismo, Clutosus, aún lo mantendría indígena, por lo que, paulatinamente, generación tras generación se están asumiendo los códigos culturales



romanos como signos de distinción. Estos mayores rasgos de individualidad se pueden observar en otros usos de la lengua escrita, como por ejemplo en los grafitos que aparecen en diversas cerámicas de los castros romanizados, en donde se escribirían los nombres o iniciales de los mismos de diferentes personajes, sin duda destacados dentro de la comunidad, y siempre sobre cerámica importadas, ya sean vasijas de *Terra Sigillata* o vasos de paredes finas, como podemos comprobar en el castro de San L. Luis (fig. 5.58), pero nunca sobre cerámicas indígenas.

En la epigrafía del Noroeste (en Lugo y Ourense) además se han podido apreciar otros cambios identitarios de primer orden, como son los que afectan a las tecnologías del cuerpo, ya que algunos de los representados, pese a tener nombres indígenas, aparecen con vestimenta togada (González Ruibal 2003a: 504-505). En el área cantábrica ya vimos algún ejemplo de representaciones de indígenas con ropajes de los conquistadores, como puede ser el *signifer Pintains* (ver fig. 5.11), pero tampoco faltan representaciones de togados por parte de otros indígenas, como vemos en el epígrafe de Los Cabos (Pravia), que tal vez pudiera fecharse a fines del s. I o comienzos del II (Santos Yanguas 1998-1989: 289-290). En Relación con los nuevos gustos y modas en la vestimenta, símbolos claro de cambio cultural, hemos de relacionar nuevos tipos de hebillas que tienden a sustituir a las antiguas fibulas cuyo referente de prestigio era la Meseta Norte o el Noroeste, aunque éstas no desaparecen del todo. En este sentido es como habría que explicar la aparición en los niveles altoimperiales de algunos poblados castreños de fibulas de tipo Alessia (Llagú), Aucissa (San L. Luis, Mohías y Campa Torres, en donde son abundantes en la llanada interior) o la posterior Iturissa (Llagú) (Maya 1987/88: 104-105; Maya y Cuesta 2001: 111; Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b: 179-180) (fig. 5.59). La aparición de nuevas fibulas y ropajes, junto a las antiguas hebillas, son pruebas de que los cambios en la vestimenta, al igual que vimos en las casas o en las vajillas que se utilizan en las cocinas, aúnan antiguos elementos con otros nuevos, y que por tanto pueden explicarse como el afán de las elites indígenas de mostrar a un tiempo la antigua imagen de jefe guerrero y la nueva faceta de *regulus* al servicio de Roma (González Ruibal 2003a: 504-505).

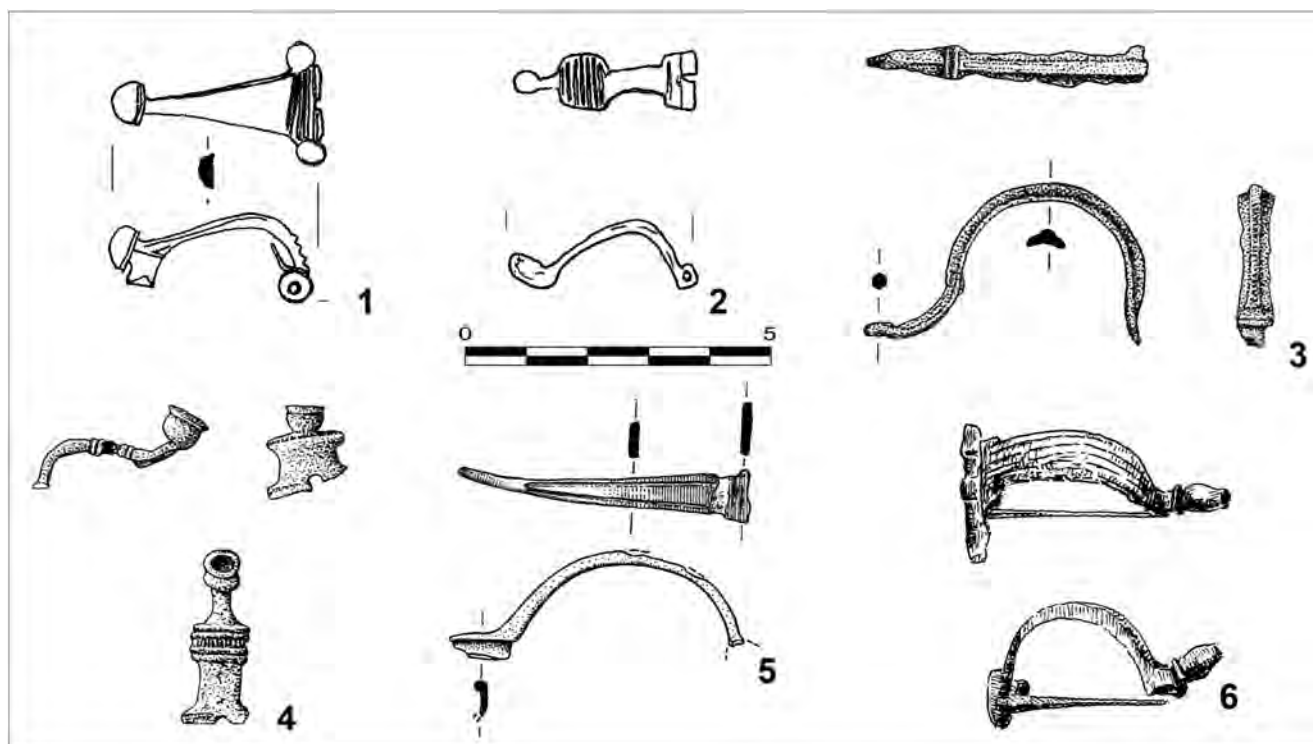
Nuevas estructuras cuadrangulares de esquinas vivas y compartimentadas unidas a estructuras circulares, cerámicas realizadas con una nueva tecnología, pero incorporando formas y decoraciones prerromanas, epígrafes escritos en latín, pero con simbologías de origen prerromano, modas en el vestir que combinan viejos elementos con otros recién incorporados, familias cuyos padres y abuelos tienen nombres indígenas mientras que las nuevas generaciones usan el *tria nomina*... ¿no están demostrando un potente, pero a la par particular,



**Figura 5.58:** fondo de una cerámica Drag. 37 de *Terra Sigillata Hispanica* del castro de San L. Luis en donde se puede leer el nombre (C) (/) \ L P V R N / \ (en Adán y otros 2000).

cambio cultural e identitario entre las poblaciones indígenas castreñas poco tiempo después de haberse finalizado la conquista? Al contrario que otras poblaciones de la Edad del Hierro centroeuropeas o meseteñas que incorporaron elementos mediterráneos desde la Primera Edad del Hierro, las cantábricas se caracterizaron en época prerromana por la inmersión (*embeddedness*), por la repetición de la tradición a lo largo de unos tiempos largos en donde los cambios culturales fueron muy paulatinos, o lo que es lo mismo, por la seguridad ontológica o modo inauténtico heideggeriano que permite la reproducción social (González Ruibal 2002). Para estos grupos cantábricos de tendencia igualitaria y mecanismos sociales para evitar el cambio cultural, ya que se percibe como peligroso para la estabilidad, características ambas típicas de los *deep rurals*, la romanización supuso, más que en ningún otro caso peninsular, la ruptura de la seguridad ontológica (la destrucción de rutinas, prácticas recurrentes y cosmovisiones).

En este nuevo tiempo histórico ya no se sabe quien es uno, y surge de nuevo la necesidad de comprenderse en esta nueva situación de temor y ansiedad, que produce la apertura del nuevo mundo (González Ruibal 2002). Alfredo González Ruibal ha tratado en su tesis doctoral (2003a: capítulo 5) la romanización desde una perspectiva fenomenológica y poscolonial. Para este autor no podemos seguir viendo a las poblaciones indígenas como pasivas, que asimilarían o emularían las formas culturales de los conquistadores a más o menos velocidad, sino que debemos entenderlas como grupos sociales con un papel preponderante, en continua negociación. La conquista violenta supuso un duro choque cultural, especialmente para los *deep rurals*, y provocó sin duda un estado de ansiedad, de desorientación generalizada. La cultura material de la fase III castreña nos da algunas de las claves de cómo pudo darse el intento de resolución de semejante conflicto social. Tras la conquista violenta, la imposición de un sistema tributario y de clases, que conllevó un aumento de la explotación social y de la desigualdad de género, se



**Figura 5.59:** fibulas romanas en castros del occidente cantábrico: tipo “Alessia” (1), tipo “Iturissa” (2) y tipo “Aucissa” (3-6), de los castros de Llagú (1-2), Campa Torres (3-5) y San L.luis (6) (a partir de Berrocal, Martínez y Ruiz 2002b; Maya y Cuesta eds. 2001; Maya 1987/88, modificado).

produjo una pérdida de seguridad ontológica. Ahora se abre para los castreños un abanico de posibilidades estilísticas desconocido, o mejor dicho rechazado, en los tiempos previos. A nivel de cultura material una de las respuestas más habituales en estos momentos es el sincretismo, mestizaje o *kitsch*, en el sentido que le da (Bentley en González Ruibal 2003a: 506-507). La base de la gramática del *kitsch* es la repetición, en donde se copian elementos de los altos estatus (asociados tras la conquista a lo romano, es decir, a las nuevas elites sociales) pero también de las tradiciones vernáculas que se van desvaneciendo, lo que permite una red de familiaridad y comodidad. La innovación cultural se supedita a un mensaje familiar previo y así se domestica y se logra una vuelta a cierta seguridad ontológica. El *kitsch* mediante una conversación o negociación permite estar en lo abierto del ser, permite que la nueva metáfora de transformación se haga común y cotidiana, por lo que se amortigua el impacto que supuso la conquista de este territorio por Roma y las transformaciones sociales a todos los niveles que ello conllevó. Los nuevos platos, vestimentas o casas como cultura material que son encapsulan metafóricamente todo el contenido estructural de una cultura. En concreto Roma con su nueva cultura material impuesta desencadenó un choque y un temor, cambiando la identidad en las poblaciones conquistadas, que pasaron a sentir el mundo que hasta entonces parecía obvio como extraño y no familiar. Y el *kitsch*, aunque supone la destrucción de la antigua cosmovisión, esta no es del todo destruida gracias al sincretismo, lo que también estría demostrando un

largo periodo de lucha que significa tener al Ser en lo abierto (González Ruibal 2002).

En la cotidianeidad de las prácticas sociales este nuevo y tajante cambio cultural supuso la sunción generalizada de una sociedad estratificada nunca antes conocida en el solar cantábrico. No es una cuestión, o no sólo, de indígenas y romanos, sino que tras la conquista se estratificaron las propias comunidades indígenas, ya que los mecanismos que contuvieron el cambio cultural durante centurias se diluyeron. Para ello fue fundamental el nuevo rol que desempeñaron las elites indígenas, intermediarias entre el estado y la masa social, con un discurso ambivalente en donde la acumulación de capital simbólico, de poder, procede de la *romanitas*, pero que para que pudiera ser aceptado, y por lo tanto aplicado, tuvo que vestirse con los ropajes de la tradición (*kitsch* o cultura material mestiza). Elites indígenas que vemos adoptando las ropas, los nombres, los dioses y la lengua de los conquistadores, que se encargaron de que la tributación que se exige por el Estado se recaude, o que seguramente organizaron a los trabajadores que periódicamente extrajeron el oro de las minas. La nueva arquitectura o las nuevas vajillas son mestizas, pero en aquellas casas hay mayores cotas de privacidad y de segmentación del espacio. Las nuevas casas son reflejo de un proceso de individualización antes desconocido, y de ocultamiento de las actividades de mantenimiento. Asumir vajillas fabricadas en alfares de Lugo o del valle del Ebro supone que las mujeres castreñas perdieran el control de una tecnología que habían desarrollado desde cientos de años atrás. Pese a

la presunta vuelta a la seguridad ontológica que pudo traer la asimilación de una cultura material *keitsch* la desigualdad social que se asumió tras la conquista, tanto en la aparición de clases sociales como en la mayor distancia social de los géneros, ya raramente pudo dar marcha atrás. De hecho la profunda crisis identitaria y cultural que supuso la conquista romana y la romanización entre los *deep rurals* cantábricos tiene como elemento material más evidente el abandono generalizado de los castros durante los dos primeros siglos de la Era.

### 5.3.4 El final de los castros.

Vimos a comienzos del capítulo 4 que radiocarbónicamente hablando sólo podemos justificar la fase III a para los castros cantábricos, que coincide con los dos primeros siglos de la Era, mientras que durante la fase III b fue raro el castro que se mantuvo ocupado. De hecho durante la fase III a se mantuvieron ocupados principalmente aquellos castros que fueron utilizados por el poder romano para sus políticas de explotación y articulación territorial, bien sea en la forma de centros desde los que controlar la explotación del oro, controlar el territorio y las vías o ser *caput civitatis*. En otros muchos casos hemos de pensar que tras la conquista los castros fueron abandonados de modo rápido y sustituidos por aldeas abiertas, especialmente en aquella zona que no contaba con oro en su subsuelo (Moriyón, Caravia). A nivel de dataciones radiocarbónicas habría que pensar que el s. II d.C. fue el último en el que se mantuvieron ocupados aquellos castros cantábricos que tuvieron una segunda vida tras la conquista romana. Arqueológicamente vemos además como es en este siglo cuando las nuevas defensas construidas por Roma se dejan morir (Chao Samartín, Llagú) lo que demuestra una pérdida de interés en estos lugares también por parte del nuevo poder imperial. Habrá que pensar por lo tanto en su sustitución generalizada por aldeas abiertas, como abordaremos más adelante.

En Asturias son raras las unidades de ocupación o cabañas castreñas que hayan ofrecido materiales cerámicos posteriores al s. II d.C. Como excepción encontramos un fondo de TSH tardía en la cabaña que exhumamos en la acrópolis del castro de La Garba (Teberga), fechado entre el s. III y comienzos del IV d.C. (Fanjul y otros 2009: 469), lo que podría indicar cierta perduración del hábitat castreño hasta el s. III d.C. en aquellas zonas de la alta montaña cantábrica en las que no hubo explotación de los recursos auríferos por parte de Roma.

Respecto a los hallazgos de numerario romano en los castros y los posibles *terminus post quem* que puedan ofrecer hemos de decir que la mayoría puede fecharse en la fase altoimperial de los castros, y más concretamente en el periodo augusteo. Destaca el tesoro del castro de Arancedo que originalmente

estaba compuesto por más de cien monedas, correspondientes a épocas de Augusto y de Tiberio. Hoy en día no se conoce el paradero de una moneda del “barrio extramuros” de Coaña, del emperador Quintilo y fechable en el 270-271 d.C. Respecto a la ocultación de monedas del Palacio de Doña Urraca se duda de la ocultación conjunta de las mismas, pues pertenecen a un lapso cronológico de cuatro siglos (Maya 1987/88: 281-285; Fernández Ochoa 1977). Si el Chao Samartín a lo largo del s. II d.C. dejó de comportarse efectivamente como un castro, puesto que perdió su carácter fortificado, poco después quedaría completamente destruido por un seísmo, por lo que la ocultación de monedas tardorromanas ha de entenderse como de un momento en el que ya no funcionaba como poblado (Villa 1998a: 26-27), lo que podríamos vincular a otras monedas, como las referidas para Coaña del s. III, ya que no cuentan con otros correlatos materiales que justifiquen que ese poblado se mantuvo ocupado hasta tal fecha.

Para el Noroeste se ha dicho que los modelos de asentamiento, territorialidad y las formas de estar en el espacio de los momentos inmediatamente prerromanos se mantuvieron durante los primeros tiempos de integración en la estructura romana, manteniendo su vigor (Parcero 2000). Sin embargo las transformaciones operadas en otros niveles, como en las formas de organización social, las mentalidades, los desarrollos tecnológicos o los modos de relación entre indígenas y romanos, irán actuando contra el mantenimiento de un modelo de poblamiento que al cabo terminará por perder su sentido (Parcero y otros 2007: 248; Ayán 2008: 968), para desaparecer en torno a época flavia, en la segunda mitad del s. I d.C. (Carballo 1989: 27-41) o principios del II (Ayán 2008: 968). Ello se notará en Galicia especialmente a partir de finales del s. I d.C. en la zona costera y prelitoral, cuando surgen *villae*, *vici*, *pagi*, asentamientos vinculados a vías terrestres o a puertos, etc. (Parcero y otros 2007: 248). Un nuevo paisaje rural de asentamientos abiertos en los fondos de los valles que mantuvieron cierta cultura material indígena, como se puede ver en algún *vicus* recientemente excavado como el de Agro de Ouzande (Silleda, Pontevedra) (Ayán 2008: 968).

Para esta región se ha propuesto que a partir del cambio político y económico que supuso el s. III d.C. se vería como los castros ya no están ocupados, y como el modelo de poblamiento se ha sustituido completamente, pero también como se apreciaría una reocupación de muchos castros, lo que tradicionalmente se ha explicado como ocupaciones temporales, por ser un momento de inestabilidad del Bajo Imperio y de invasiones de grupos germánicos y latinos, y que responde a una tradición historiográfica que entiende el final del periodo clásico como una “vuelta a las montañas” y esas reocupaciones como producto de bandidos, tropas germánicas o refugio de

gente indeseable, y por haberse degradado la vida en las *villae*. Recientes excavaciones en el Noroeste demostrarían que esas reocupaciones fueron más permanentes y duraderas de lo imaginado, y además no se documenta sólo en las montañas sino también en importantes castros costeros que mantienen un comercio mediterráneo, como A Devesa do Viso, Laías o Santomé, en la Depresión Meridiana y Bajo Miño. Aunque en la costa y vinculado a las *villae* tuvo mucha importancia el comercio de la sal, así como en el interior en lugares a los pies de los castros, hay grandes áreas sin evidencias de ocupaciones agropecuarias romanas, o mineras o que denoten algún tipo de especialización, al contrario que en ciertas zonas de Asturias, como la cuenca de Uviéu/Oviedo y la costa central. En esas áreas sobrevivirían los castros, por lo que tendríamos que replantearnos el modelo clásico de evolución del poblamiento: castro - *villae* - asentamiento altomedieval (Ayán 2008: 970-971). La supervivencia o reutilización de ciertos castros no debe verse como un renacer indígena sino como un modelo de asentamiento que no terminó del todo de desaparecer. Lo vemos al norte de la provincia de Lugo en donde castros como Fazouro o Viladonga estuvieron ocupados del s. II al IV d.C. en las cercanías de la capital conventual *Lucus Augusti*, lo que no se debe ver como una anomalía del proceso romanizador, sino que el conservadurismo arquitectónico de estos castros más tardíos se inscribe en un proceso de aculturación marcado por la renegociación de la identidad y del trasfondo simbólico de la cultura material indígena (Arizaga y Ayán 2007: 490). De hecho para algunas zonas de Galicia se ha defendido que al llegar el periodo altomedieval el castro siguió siendo el principal tipo de asentamiento en donde vivía la gente desde época prerromana (Ayán 2008: 971-972), o al menos hasta los ss. V-VI d.C., como se ha defendido para los castros del centro-orient de Lugo (ayuntamientos de Samos y Sarria) (Rodríguez Fernández 1994: 160, 162, 164). El problema de estos estudios es que parten de trabajos de prospección y datan estas ocupaciones tardías por supuestas perduraciones de la cerámica común romana que, como vimos para el caso asturiano, en muchas ocasiones realmente son de fechas altoimperiales. También es problemático entender que por estar en una zona de minería aurífera romana muchos castros, especialmente los enclavados en zonas conspicuas y agrestes y vinculados a vías de largo recorrido, fueran fundaciones romanas, cuando perfectamente puede estar tratándose de los castros previos a la conquista del valle, es decir, de los más antiguos poblados de la fase I.

Para el caso de Terra de Lemos e Incio se propone (Ayán 2005a; Arizaga y Ayán 2007: 497-498) que a partir de época sueva ciertos castros significativos continuaron habitados a la par que comienzan aldeas abiertas sin connotaciones

defensivas al pie de castros que muestran en su toponimia la presencia de *possesores* germánicos. Se conformaría entonces la base del poblamiento altomedieval, caracterizada por una significativa continuidad entre el castro fortificado y la nueva aldea abierta, explicable por la pervivencia del modelo de explotación agrícola y del patrón cultural indígena, tal que si bien se abandonan algunos castros en época tardía, la mayor parte acogerán en su seno o en su entorno inmediato aldeas altomedievales, para lo que se compara con la zona de Sarria y Samos (López Quiroga y Rodríguez Lovelle 1999-2000), y con la cuenca asturiana del Pigüña (Fernández Mier 1999). De 103 castros considerados en Terra de Lemos e Incio el 62 % se mantendría ocupado como emplazamiento habitacional hasta la actualidad (en el 26 % de los casos la aldea tradicional se ubica en el propio castro, mientras que en el 35,9 % lo hace al pie). En la depresión de Samos-Sarria el 71 % de los castros se mantendría ocupados hasta hoy, y muchos fueron sancionados simbólicamente con la construcción de capillas. Es significativa la recurrente coronación de castros por capillas e iglesias parroquiales, lo que en algunos casos se corresponde con la continuidad de hábitat, pero en otros responde a una clara estrategia de sanción simbólica de un espacio antiguo, con casos que llegan al 40 % de los castros de una comarca gallega cristianizados de este modo (Ayán 2005a; Arizaga y Ayán 2007: 497-498). Quizás más que hablar de la continuidad del hábitat castreño habría que precisar que las aldeas abiertas mantuvieron las mismas ubicaciones fisiográficas que los castros a los que suceden, como en Samos-Sarria, en Lugo, con aldeas abiertas sobre castros (8,6 %), inmediatas al castro (34,2 %) y proximidades del castro (28,6 %), con un 28,6 % de casos en los que se abandonó definitivamente la situación fisiográfica castreña. Como se puede observar a nivel de la capacidad de explotación agropecuaria del entorno en la mayoría de los casos ésta no varía prácticamente entre las aldeas abiertas y los anteriores castros, ya que se encuentran enclavados en las mismas unidades del paisaje (Rodríguez Fernández 1994: 181).

Por ello no debemos confundir mantenimiento de las mismas ubicaciones fisiográficas por parte de las aldeas abiertas que sustituyeron a los castros con mantenimiento del poblamiento castreño. La parición de capillas y cementerios tampoco son argumentos para mantener el poblamiento castreño, ya que en la mayoría de los casos se trata de cristianizaciones medievales de lugares despoblados, pero con una fuerte carga simbólica y mítica. Además las afirmaciones de Xurxo Ayán (2008) se fundamentan nuevamente en castros de la provincia de Lugo, de los que no se cuenta con apenas excavaciones, y sobre los que se aplican los modelos generados en la alta montaña asturiana por parte de Margárita Fernández Mier (1999), anclados en importantes errores

cronológicos, como ya en parte hemos visto, por confundirse la cerámica prerromana con la cerámica medieval y por asumir que ciertas producciones de cerámica común romana altoimperiales perduraron mucho más de lo que realmente lo hicieron.

Sí que nos parece muy interesante que se puedan datar en época sueva por criterios toponímicos algunas de las aldeas abiertas que sustituyen a los castros de Lugo y que se ubican junto a ellos, es decir, ya desde el s. IV d.C. (Rodríguez Fernández 1994: 184). Por todo ello deberíamos corregir las propuestas de Álvaro Arizaga y Xurxo Ayán para Lugo y proponer que, pese a algunos ejemplos como Fazouro o Viladonga, la sustitución generalizada de castros por aldeas abiertas tuvo que darse en los dos primeros siglos de la Era, y no entre el s. V d.C. y época altomedieval.

Como decimos ello no entra en contradicción con el hecho de que en la provincia de Lugo, en su zona extracantábrica, se observe el mantenimiento de algunos poblados castreños hasta el Bajo Imperio. Es probable que este proceso de ocupación tardía de los castros de la lucense Terra Cha haya que vincularlo con las mayores cotas de modificación del paisaje por acción antrópica documentadas precisamente en este sector para el periodo postromano (López Sáez y otros 2003: 150-151), puede que síntoma de modelos de poblamiento más intensos en donde tanto aldeas abiertas como algunos castros pudieron estar ocupados a la par, en un territorio influido por la capital conventual, mientras que en otros sectores gallegos como A Coruña precisamente lo documentado para el periodo postromano y altomedieval ha sido lo contrario, la recuperación del bosque de robles y la disminución de matorral (Törnqvist, Janssen y Pérez 1989: 176).

Por lo tanto una de las primeras consecuencias del panorama esbozado en Galicia es que podemos pensar que existieron evoluciones y procesos particulares durante el Bajo Imperio según la zona que se esté tratando, en lo que al mantenimiento de la ocupación de castros y su sustitución por otro tipo de poblamiento se refiere, por lo que no podemos extender un modelo interpretativo único hacia el área cantábrica. De hecho los únicos ejemplos claros de ocupaciones tardoantiguas y altomedievales en poblados fortificados se encuentran todos fuera del área cantábrica, repartidos por Galicia (Viladonga, San Cibrán de Las, Cidá do Castro de San Millán) como por el Bierzo (Castro Ventosa) y norte de la Meseta (Monte Cildá, Muelas de Pan o Bernardos), ya que los argumentos cerámicos para defender las ocupaciones tardías en los castros cantábricos carecen de toda base, como hemos desarrollado más arriba. Otra cuestión muy diferente es que muchos de estos puntos estratégicos en el paisaje cantábrico en donde se documentan castros sean reutilizados en época medieval para levantar torres de vigilancia, dentro de

un ambiente prefeudal, sin que ello signifique ningún renacer o mantenimiento del entramado social castreño (Gutiérrez González 2002: 304-305).

En Asturias y Cantabria se ha especulado sobre si los sufijos en -ana de muchos topónimos pueden hacer referencia a villas romanas, en concreto a los nombres de sus *possesores* (Bobes 1960; 1961; Santos Yanguas 1984b: 161-162). No obstante se conocen arqueológicamente muchas de ellas desde antiguo (Veranes y Murias de Beloño en Xixón/Gijón, Andallón en Las Regueras, Muries de Paraxuga en Uviéu/Oviedo, Puelles en Villaviciosa, Memorana en L.Lena, puede que la de La Isla en Colunga, Les Mueries de Ponte en Sotu'l Barcu, Pravia), etc. (Santos Yanguas 1984b: 161-162; Fernández Mier 1999: 51-52, y fig. 4; Fernández Ochoa y Gil 2008). Materiales que han permitido fechar el arranque de las mismas en fechas tempranas del s. I d.C., caso de Veranes (Xixón/Gijón), Murias de Beloño (Cenero, Xixón/Gijón), Las Murias de Tramañes (Xixón/Gijón), Puelles (Villaviciosa) o Valduno (Las Regueras), para Asturias, o San Juan de Maliaño (Parayas), La Jerra (Suances), para Cantabria (Fernández Ochoa y Gil 2008), dentro de las estrategias de explotación agrícola y ganadera de los nuevos territorios conquistados. Aunque se desarrollan algo más adelante, en torno a los ss. II y III d.C., perdurando muchas hasta época tardoantigua, su implantación en el territorio cantábrico, al igual que la minería del oro, es más temprana de lo que habitualmente se venía manejando. Vemos su distribución en el paisaje especialmente en las zonas centrales del Principado, de relieves abiertos, y / o junto a vías de comunicación, así como en la costa, patrón que parece repetirse en Cantabria, junto a las principales vías de comunicación romanas y preferentemente en la costa (Ibid.: 467). Pese a que puedan aparecer más villas en otras zonas montañosas, y que conozcamos algunos “aglomerados secundarios” como *Lucus Asturum*, *Iuliobriga*, *Portus Victoriae* o *Gigia*, lo cierto es que, al igual que en Galicia, no es viable pensar que todo el poblamiento indígena, tras la disolución de los castros, se hubiera trasladado a *villae*, por muchos caseríos dependientes que pudieran tener los señores romanos e indígenas promocionados que habitaron dichas residencias. Tampoco los “aglomerados secundarios”, poblados de nueva fundación con mayor entidad que un *vicus* pero denominados así por no llegar a tener las características propias de una ciudad al estilo de las capitales conventuales (Pérez Losada 1996; 2002), podrían haber albergado a las masas de población indígena. Habría que pensar, por lo tanto, que el grueso de la sustitución del poblamiento castreño cantábrico fue de la mano de pequeñas aldeas abiertas levantadas en los entornos inmediatos de los castros, pero este poblamiento rural tipo *fundus* o *vici* aún apenas está documentado arqueológicamente

(Fernández Mier 1999: 55). Por otro lado habría que matizar las fechas generalizadas para estas sustituciones, ya que si bien en buena zona del centro-occidente cantábrico, al igual que se ha propuesto para varias zonas de Galicia, el trasvase de castros a aldeas abiertas pudo darse a lo largo del s. I d.C., incluso en los primeros momentos, nada más producirse la conquista, en la zona con minería de oro, entre Asturias, Lugo y León, habría que pensar mejor en fechas del s. II d.C. Pero sobre todo la diferencia con Galicia radica en que en el caso cantábrico no se aprecia a día de hoy, ningún ejemplo de castro que mantuviera el poblamiento en época bajoimperial o ya en el periodo postromano.

Es probable que en los casos en los que los castros se encuentran alrededor de aglomeraciones secundarias de fundación romana, y con fechas que arrancan en algunos casos desde el mismo fin de la contienda, la población castreña se trasladara a los mismos. Contamos con el caso de la Campa Torres, un castro especial, con una historia no compartida por el resto de castros cantábricos, y con un final también diferente al del resto, ya que mientras que la mayoría de la población castreña se integró en aldeas abiertas, la población de la Campa Torres, posiblemente la *Noega* de los textos, pasaría a formar parte de la nueva *civitas* de *Gigia* (en la cercana península / isla de Cimadevilla) a lo largo del periodo altoimperial. La nueva ciudad romana seguramente tuvo actividad desde el periodo preflavio, y ya en época flavia pasaría a tener cierta capitalidad sobre el territorio trasmontano, contando con un fantástico puerto, con industrias de salazones y con un faro-torre, como punto clave de rutas marítimas, por el magnífico puerto que custodia y por ser el Cabo Torres referente visual de las navegaciones marinas, así como destino final de las principales rutas terrestres que proceden desde León. La importancia del nuevo centro urbano de *Gigia* también se deduce de las abundantes villas romanas de sus alrededores, situándose en el concejo de Xixón/Gijón una de las mayores concentraciones de esta tipología de asentamientos de la zona cantábrica (Fernández Ochoa y Martínez 1994; Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005; fig. 7; Fernández Ochoa y Gil 2008). La presencia de algunas de las cerámicas mal llamadas de “imitación paleocristiana” en algunas de estas villas indicaría que arrancan también en el s. I d.C., al igual que la propia *Gigia*. Este nuevo núcleo que, junto a *Lucus Asturum*, tuvo que ser el más importante de la Asturias romana, no sólo se nutriría de los habitantes de la Campa Torres sino también del resto de castros del entorno (Castiellu de Bernueces, El Cueto, Castiellu de Serín o Pico Alba en Peñaferuz) (Fernández Ochoa y Gil Sendino 1996: 158-162; Fernández Ochoa y Pérez 1999: 264; Fernández Ochoa, Morillo y Villa 2005: 137-145).

El mismo trasvase de población castreña en los dos primeros siglos de la Era hacia núcleos urbanos puede plantearse en la zona central asturiana con respecto al poblado complejo o aglomerado secundario de *Lucus Asturum* (Llugo de Llanera). Se trataría de un modelo similar al de *Gigia*, ya que en los alrededores de *Lucus Asturum* y de lo que actualmente hoy es Uviéu/Oviedo hay varias villas romanas. *Lucus Asturum* se encontraría en torno a los yacimientos romanos de Santa María de Lugo y la Ería de la Castellana, formados por estructuras cuadrangulares que ya arrancarían de mediados del s. I d.C., como la TSG y los vasos de paredes finas demuestran (Fernández Ochoa, García y Zarzalejos 2001; Fernández Ochoa y García 1999: 163-164). Podría tratarse de un hábitat disperso, en una zona estratégica de cruce de vías de comunicación, en concreto las que van hacia *Gigia* desde las montañas, pero con el cual cabe la posibilidad de relacionar unas termas en la finca de La Castellana (Fernández Ochoa y García 1999: 171), aún sin excavar, y puede que algún establecimientos industrial, como pueden ser los hornos de ladrillos y tegulas de La Venta del Gallo (Cayés, Llanera) (Requejo 2007: 305-310). Este poblado de fundación romana pudo nutrirse de la población de los castros cercanos, de los cuales sin duda destaca el pequeño El Cantu de San Pedro (Castiellu, Llanera), en una posición destacada dominando la amplia llanura en donde se fundó el poblamiento romano, con unos 170 m de altitud relativa, y que estuvo ocupado en época altoimperial, como demuestra la presencia de cerámicas a torno y material constructivo allí localizado (Maya 1987/88: 20; Fanjul 2005: 143). Pese a ello, en recientes intervenciones en las supuestas defensas del lugar, no se ha podido documentar de momento esta presunta fase castreña prerromana, ya que en los niveles basales, junto a la roca madre tan sólo han sido documentadas cerámicas de la CTO común romana (Requejo y Álvarez 2009: 523, nota 16). Son aún escasos los datos, pero cronológicamente permiten establecer un periodo de sincronía entre este poblado y el aglomerado urbano de *Lucus Asturum*. Del resto de castros de este concejo, los más cercanos a *Lucus Asturum*, son La Cogolla y El Cueto que comparten con el anterior las ubicaciones conspicuas, sobre destacados picos calizos (García y López 2002: 220; Fanjul 2005: 142-144), y que tras un periodo de convivencia y dependencia con respecto a la nueva población romana acabarían desapareciendo e integrando a su población en *Lucus Asturum*.

Podríamos pensar en algo similar para *Iuliobriga* (Retortillo, Campoo de Enmedio, Cantabria), fundada justo tras terminarse la conquista (15-13 a.C.). La ausencia de materiales romanos en poblados castreños cercanos de la fase II, como el de Las Rabas (Celada Marlantes), podría indicar que ese trasvase de la población indígena pudo producirse en momentos

muy tempranos, poco después del cambio de Era. A lago más de 4 Km. hacia el norte del castro de Las Rabas (Celada Marlantes), y sobre una calzada romana, se fundó el poblado romano de *Iuliobriga*, en la cuenca del alto Ebro, al sureste de Reñosa, y de la que cabría esperar que se alimentó de población indígena de los alrededores, como es el castro mencionado, del que significativamente se desconocen materiales romanos. De hecho ya Antonio García y Bellido (1956: 136-154) confirmaba la presencia de materiales indígenas (cerámicas reductoras y cerámicas oxidantes con pintura en bandas y figurativa de tipo meseteño) en los alrededores de la ciudad romana y entre los materiales romanos. Elementos indígenas que en siguientes trabajos arqueológicos se han vuelto a reconocer (Iglesias y Teja 1988). Por todo ello esta ciudad o poblado complejo romano, auténtica guardiana de la puerta natural hacia la costa desde la Meseta, y con grandes edificios y calles porticadas, se alimentaría de la población indígena de los poblados castreños que la rodean, que no solamente es el de Celada Marlantes, sino también los más cercanos de Castillo del Moro, Cañeda y el discutido de Aradillos. Los materiales del yacimiento de La Llanuca, donde se situaría *Iuliobriga*, como cuencos de costillas y TSH (García y Bellido 1956: 136-154), que se pueden fechar en el s. I d.C., y que aparezcan cerámicas oxidantes pintadas de tipo meseteño de igual tipo a las encontradas en los inmediatos castros de Las Rabas y Castillo del Moro, podría corroborar dicha traslación poblacional de los castros inmediatos a la nueva ciudad romana o aglomerado secundario durante el s. I d.C.

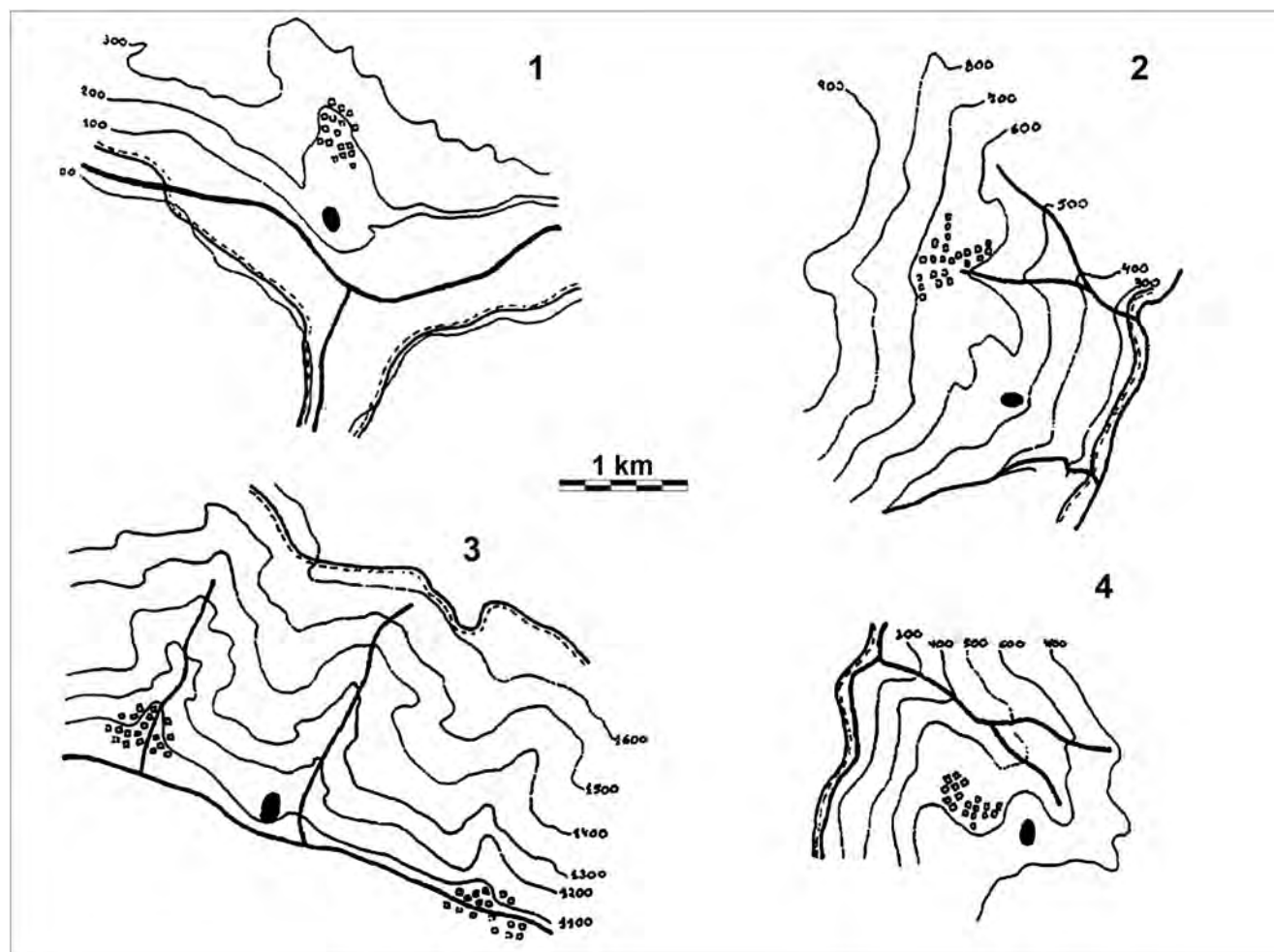
Pero aparte de estos ejemplos de castros situados en los alrededores o áreas de influencia de algunas de estas aglomeraciones secundarias y / o *villae*, la población de la mayoría de los castros cantábricos pasaría, a lo largo de los dos primeros siglos de la Era, a habitar poblados abiertos a los pies y alrededores de las antiguas aldeas fortificadas. Poblados abiertos que seguramente, en muchos casos, se encuentran bajo las casas de aldeas actuales, lo que en parte podría justificar su invisibilidad arqueológica. En este sentido podemos usar algunos de los ejemplos de evolución del poblamiento que hemos visto para Galicia o también lo defendido para la cuenca noroccidental del Duero a lo largo de los dos primeros siglos de la Era, en donde se ha propuesto que no existe una única morfología de asentamientos sino que junto a los poblados castreños se encuentran diversidad de tipos de asentamientos abiertos (en llano) que van desde pequeños núcleos a otros de considerable envergadura (Orejas 1996: 115). Llama la atención que pese a la ausencia de cronologías en la cuenca noroccidental del Duero se haya defendido la existencia de 15 castros de fundación romana frente a 9 prerromanos, sin que se haya planteado la posibilidad de un origen anterior para los primeros y que perdurasen, no que se fundaran, en época

altoimperial. De hecho se reconocen castros vinculados a explotaciones de minería de oro, pero otros que no cuentan con estos restos en sus alrededores por lo que, supuestamente, tendrían una orientación agropecuaria (Ibid.: 116-123). Más allá de las críticas que ya realizamos a este modelo interpretativo anclado en la propuesta de los “castros mineros”, lo interesante es que junto a los castros se presentan hasta 26 poblados romanos en abierto, con las dudas de poder diferenciar si se trataba de *vici*, *villae* o *mansios*. En muchos casos estos poblados se encuentran en los alrededores o bajo los pueblos actuales (Ibid.: 153-155). Además, algunos de estos poblados en abierto se encuentran junto a algunos de los castros, como es el caso de los restos documentados al pie del Castro de la Mesa o los amplios restos al pie del castro de El Morión. Asentamientos que por ello son denominados “de pie de castro” (Ibid.: 165). Al igual que en el caso de la provincia de Lugo, observamos como la mayoría de las aldeas abiertas que sustituyen a los castros se encuentran ubicadas en las mismas unidades del paisaje, lo que no quiere decir que se mantuviera el poblamiento castreño.

Para intentar comprender el final de los castros y el paso a aldeas abiertas en un territorio cantábrico como es la alta montaña asturiana fronteriza con León de la cuenca del Pigüena (afluente del Narcea), en los concejos de Somiedo y Miranda, es útil el estudio territorial de Margarita Fernández Mier (1999), no sin realizar una profunda crítica y revisión del mismo, por los motivos ya esgrimidos, y aplicando modelos generados en otros territorios. Coincidimos con la autora en su propuesta de que la mayoría de los castros fueron sustituidos por aldeas abiertas en las inmediaciones de los mismos, sólo que consideramos, a tenor de las evidencias arqueológicas disponibles, y por la información de las regiones vecinas a Asturias, que dicha sustitución se produjo principalmente durante los dos primeros siglos de la Era, cuando todavía Roma estaba explotando masivamente el oro cantábrico, y no en la Alta Edad Media. Los materiales arqueológicos presentados, principalmente del occidente asturiano, que justificarían las ocupaciones medievales de los castros con los que se paraleliza a los del Pigüena (Fernández Mier 1999: 41-50, 116), realmente son piezas pertenecientes a la CTO cerámica prerromana o a la falsa cerámica de imitación paleocristiana, cuyas fechas son altoimperiales, por lo que en ningún caso son pruebas arqueológicas del mantenimiento de la población castreña hasta fechas altomedievales.

Por otro lado sí que se reconocen algunos posibles poblados en llano contemporáneos a la actividad minera romana de la zona y en relación con ésta, como son los poblados de Villasecura (Antuñana), con un topónimo sugerente que podría indicar el nombre del poseedor, y abundantes escorias.





**Figura 5.60:** relaciones de castros del valle del Pigüña con las aldeas actuales, posibles sustitutas del poblamiento castreño durante la fase III: 1. Alaba; 2. Vigaña; 3. Arbichales; 4. Ondes (a partir de Fernández Mier 1999, modificado).

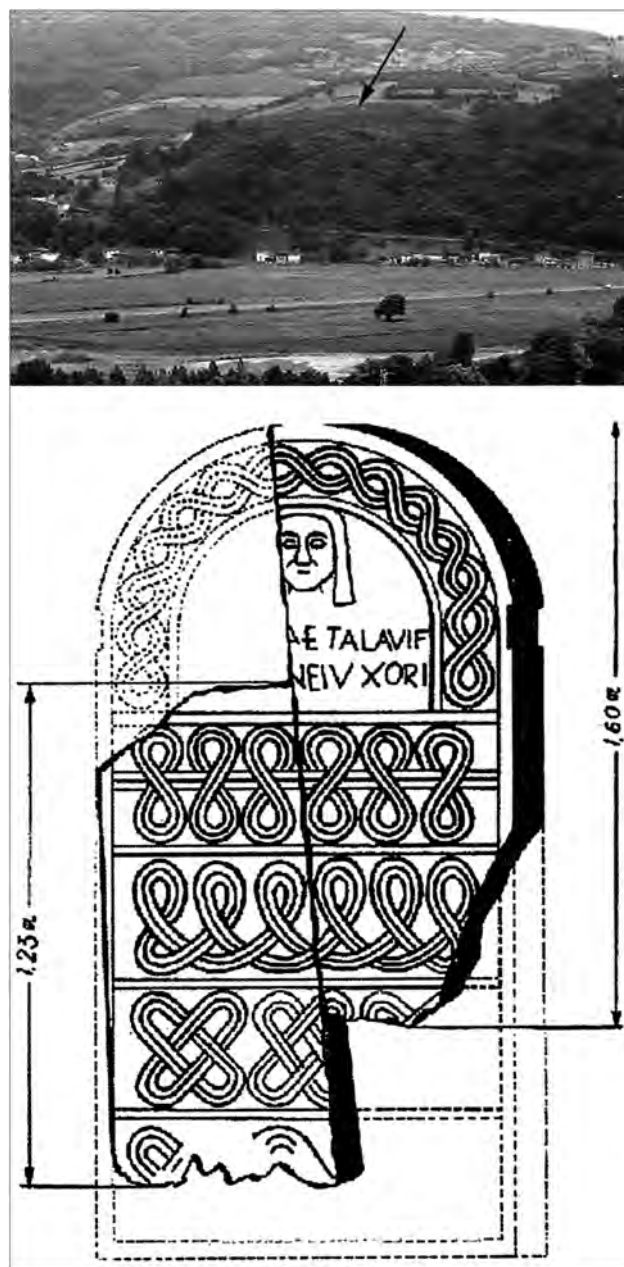
Al situarse en el embudo del lavadero podría vincularse con la actividad de separar el oro y con la manufacturación de herramientas de hierro para la actividad minera (Fernández Mier 1999: 86-89). Otro ejemplo de poblado romano en llano puede ser Boinás, junto a las explotaciones auríferas mencionadas, ya analizado cuando hablamos de la minería del oro, y que supuestamente sustituiría al castro de Penaguda. Por otro lado hay documentación altomedieval para este pueblo, así como para Antuñana o Villaverde, de los que también se defiende su origen altoimperial (Ibid.: 114-116). Creemos por tanto que los poblados abiertos que se crearon en época altoimperial, que sustituyeron precisamente a los castros y que mantuvieron el poblamiento hasta época medieval, momento en el que se ven los primeros textos que aluden a estos pueblos que en muchas ocasiones perduran hasta la actualidad, es la tónica general y no la excepción. Durante el colapso del mundo castreño en la fase III y la pérdida de sentido para los indígenas de sus antiguos poblados fortificados la población se trasladaría a poblados abiertos, muchos situados junto a los antiguos castros. Este proceso pudo estar acelerado en las zonas de explotación minera en la forma de poblados mineros junto a las explotaciones o

poblados especializados en la fabricación de herramientas, por ejemplo. En estos valles de la montaña central asturiana, pero no sólo aquí, con estrechos hombros donde asentar el poblamiento y a una altitud relativamente grande en ocasiones con respecto al fondo de los valles (González Álvarez 2009), podemos pensar que muchas de las actuales aldeas que se encuentran hoy día junto a los castros o ladera abajo, son las herederas de aquellos poblados abiertos que sustituyeron a los poblados fortificados de la Edad del Hierro a lo largo de los dos primeros siglos de la Era.

Sabemos que todos los pueblos o villas medievales que se sitúan junto a los castros del Pigüña ya estaban ocupadas en el s. XII, desconociéndose documentación previa (Fernández Mier 1999: 170). Pero por algún indicio puede pensarse en fundaciones previas, y por lo tanto cuadrar con el esquema histórico que proponemos. Un ejemplo en este sentido puede ser el La Mata'l Castru, analizado como representante de la fase II (capítulo 4), con respecto al inmediato pueblo de Vigaña, del que su topónimo es seguramente de época romana (de *vicus*) pues en época medieval se suele usar el término *villa*. Otro ejemplo lo tenemos justo enfrente, en el hombro que se forma al otro lado del río Pigüña, con

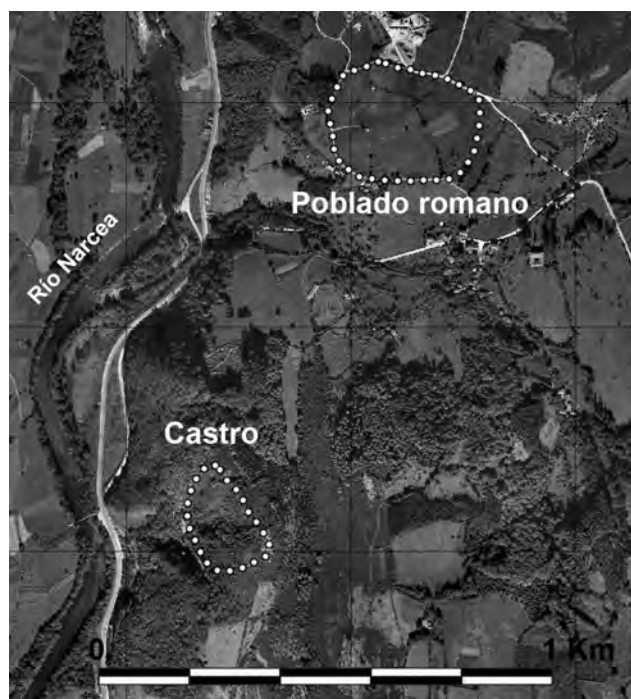
el Castro de Ondes sobre el pueblo de Ondes, controlando un rellano en altura de uso agrícola, y el acceso a la sierra, siguiendo el modelo clásico cantábrico (capítulo 4). Es interesante porque existe un despoblado medieval entre Ondes y Samartín d'Ondes y aparte documentación medieval para la iglesia de Samartín d'Ondes, por lo que se podría pensar en un traslado de ese despoblado hacia Samartín y Ondes en el s. XIII (Fernández Mier 1999: 138-139; 145-147). De hecho podría pensarse en un traslado del castro al despoblado medieval en época romana y una pervivencia del despoblado hasta el s. XIII, por lo que tendríamos todo el escalonamiento cronológico del poblamiento, todo dentro de un ámbito geográfico muy reducido, de pocos Km<sup>2</sup>, aunque no se debe descartar que el sustituto del castro en época romana sean varias aldeas y no sólo una, ya que en Ondes apareció cerámica oxidante con pintura (Ibid.: 151) que podría ser romana (fig. 5.60). Otro ejemplo de una posible sustitución de un castro por una aldea abierta en este mismo sector es el caso del mencionado castro de Miera y el inmediato pueblo actual de Antoñana, sobre la sierra de Bexega, altamente alterada por las explotaciones auríferas romanas. Se ha propuesto que sería en el castro en donde habría que pensar que habitase la población que trabajó en las minas (Villa y Río Narcea 1997). Dicho castro posee una ubicación no del todo diferente a casos paradigmáticos como San L. Luis, en un cerro destacado sobre la planicie que forma la cima de una sierra amesetada. Lo cierto es que, sin descartar este principio, y partiendo del posible origen latino de los sufijos en -ana para las villas romanas, podríamos estar ante un nuevo caso de sustitución del poblamiento castreño por otro de aldeas abiertas justo a sus pies. Si tenemos en cuenta la inmediatez de las explotaciones de oro romanas, y su datación en los dos primeros siglos de la Era sería lógico asociar esta sustitución del modelo de poblamiento a dichas explotaciones.

En esta misma cuenca del Narcea, pero más hacia la costa, hay otras claras evidencias de materiales de época romana asociados a castros, que como dijimos (capítulo 4), mantienen la tendencia de las ubicaciones conspicuas y protagonistas en el paisaje. Así por ejemplo la estela de Doriga fue encontrada a los pies de El Castiellu de Villar (San Esteban de Doriga, Salas) (González y Fernández Vallés 1951; Maya 1987/88: 33). Por lo tanto es interesante que más que asociarse al castro en si, recinto castreño que se separa de la sierra por fosos, se asocie a los pies del mismo. Además, hemos de añadir que se trata de un entorno bastante romanizado, con el vial romano que desciende de la Vía de La Mesa hacia la vega del Narcea -donde recientemente se ha documentado un puente de época romana sobre el río Narcea, en La Ponte, Doriga, Salas (Requejo 2007b)- y de ahí hacia la "mítica" *Flavionaria*. También se han documentado asentamientos rurales tardorromanos, como la villa de



**Figura 5.61:** vista general del Castiello de Villar y estela de Doriga (a partir de Álvarez, Expósito y González 2007, sobre dibujo de J. M. González 1951, modificado).

Doriga, o existen evidencias toponímicas como es el inmediato pueblo de Curniana/Cornellana (Álvarez, Expósito y González 2007: 18). Por ello es posible que la estela, que sigue patrones híbridos como los comentados más arriba, con uso del latín por un lado, pero por otro con onomástica indígena y entrelazados de la tradición local, más que asociarse con el castro, lo haga con un posible poblado romano de nueva planta construido a los pies del mismo (fig. 5.61). Se trata del mismo caso que los epígrafes encontrados en un caserío cercano al Picu Castiellu de Collao (Santa María de Vega, Riosa), que pese a ser relacionados con el castro (Maya 1987/88: 50) encajarían mejor con un poblado abierto tipo *vicus* en las inmediaciones del mismo. Ello no quita para que en algunos casos los epígrafes hayan sido recuperados en los propios



**Figura 5.62:** relación espacial del castro de El Castiello (Doriga) con respecto al yacimiento romano de Las Murias (Doriga, Salas) (a partir de la fotografía aérea obtenida de <http://www.ign.es/iberpix/visoriberpix/visorign.html>).

poblados castreños, como podría ser el caso poco claro de los dos fragmentos de estela antropomorfa con inscripciones del Picu Castiellu de Molleda (Corvera) (Maya 1987/88: 51).

Volviendo al río Narcea podría pensarse en una sustitución de castros por otros poblados romanos *ex novo*, pero ya no tan inmediatos. Nos referimos al castro de El Castiello (Doriga, Salas) (Álvarez, Expósito y González 2007: 19), que dista unos 700 m. del poblado recién documentado de Las Murias (Doriga, Salas), del cual se han recogido *tegulae*, *later e imbrex*, cerámicas de TSHt y cerámica común romana, que se fechan en el s. IV d.C., pero del que no se descarta un arranque en época altoimperial. También se han documentado algunas estructuras cuadrangulares alargadas. Se trata de unos restos recuperados por una superficie superior a las 8 Ha, en un antozano aplanado sobre el núcleo de Doriga, pero del que no se presentan con claridad las evidencias constructivas, debido al pequeño tamaño de los sondeos efectuados. Este poblado se ha interpretado como una *villa rustica* o, quizás, un *vicus viarius*, vinculado al Camino de Santiago y por lo tanto a la vía que comunicaba *Lucus Asturum* con *Lucus Augusti* (Estrada 2007d) (fig. 5.62). Si pensamos en el origen altoimperial de este poblado romano de nueva planta en líneas generales encajaría con el modelo propuesto de sustitución de los castros por poblados abiertos en los primeros momentos de época romana, cuando ya se estaba explotando el oro de forma masiva.

La sustitución de castros por poblados abiertos, por muy cerca que se encuentren unos de otros,

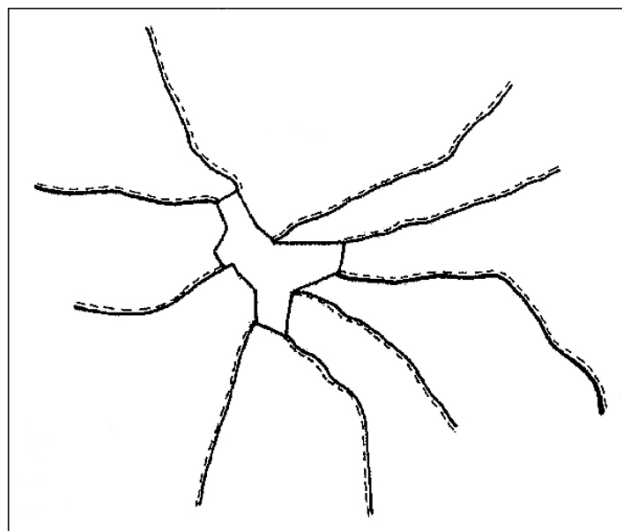
supone un cambio total en la concepción del paisaje, pues se pasa a una forma de interrelación entre poblados en donde se prima la comunicación, la integración de unos con otros, para lo que se sitúan junto a los principales caminos, que en estos sectores de alta montaña muchas veces discurren por las cimas de las sierras o por las laderas, en el cruce de los mismos, como pueden ser los que discurren a media ladera con los otros secundarios que suben a las brañas y majadas de verano, cuya explotación se sigue manteniendo, o con grandes vías como pueden ser la que comunicaba *Lucus Asturum* con *Lucus Augusti* o la que comunica la Vía de La Mesa con el Narcea, mientras que los castros de este sector se situaban cerca de estos cruces de caminos y de estas vías, pero en lugares impermeables (fig. 5.63), no sobre los cruces y vías mismas, sino cerca de ellas. Esta nueva relación con las vías de comunicación sólo es posible tras la integración política del territorio que se realizó con Roma, básicamente en la forma de *civitas*, por lo que, pese a que cada comunidad continuara explotando los territorios que como castro disfrutaba, la cercanía entre castros y poblados abiertos así lo pondría de manifiesto, ya no es necesario fortificar las aldeas, puesto que la fragmentación política castreña se ha diluido tras la conquista y comienzan a imponerse nuevas formas de identidad supralocales, como es la de *civitas*.

También para León, tanto para la zona llana de filiación meseteña, como para la Montaña norte vinculada al mundo cantábrico, se aboga por que el principal tipo de poblamiento romano sea el asentamiento rural tipo *vicus*, con diferentes proporciones entre la agricultura y la ganadería según el lugar donde se sitúe, que sustituiría a los castros cuando éstos fueron obligados a bajar a vivir al llano. A este tipo de poblamiento le acompañan las ciudades y villas, principalmente (Mañanes 1983: 153-158). Como sabemos por la continuidad de poblamiento en los castros hasta el s. II d.C. la medida conocida por las fuentes clásicas de que Augusto obligó a bajar a vivir al llano tras la conquista o no fue efectiva o lo fue en algún caso muy concreto. De hecho para el norte de León podríamos corroborar el paso a aldeas abiertas, en muchas ocasiones junto a los castros, a lo largo de época romana, y como éstas quedan frecuentemente invisibilizadas por aldeas medievales que no son sino la continuación de aquellas. Algunos ejemplos los tenemos en el yacimiento romano de Los Tejares, en la vega del río Lomberas y a los pies de El Castrillo de Rabanal. De todos modos podríamos pensar en el carácter especializado o militar de este yacimiento pues aparecen abundantes sello de la Legio VII Gemina. Aunque a menos de 1 Km. se han localizado también muros romanos bajo las casas, en concreto en las Escuelas, del mismo pueblo de Candanedo (González García y Miranda Pérez-Seone 1989b: 74), lo que nos serviría para sustentar nuestra

propuesta interpretativa. Además, a nivel prospectivo, en León siempre ha sido mucho más sencillo conocer la variedad cronológica de los yacimientos inventariados, como pueden ser los abundantes restos romanos en los alrededores del yacimiento soteño de Castroalbón, en la Valdería, ya fuera de la zona cantábrica (Descosido Fuertes 1979). También en el Bierzo vemos que poblados romanos como el de El Curón se encuentran de nuevo a los pies de un castro como el del Cerro Vizcaíno (Quilós, Cacabelos) (Díaz y Garín 1998), cuya ergología nos hizo situarlo en la fase II.

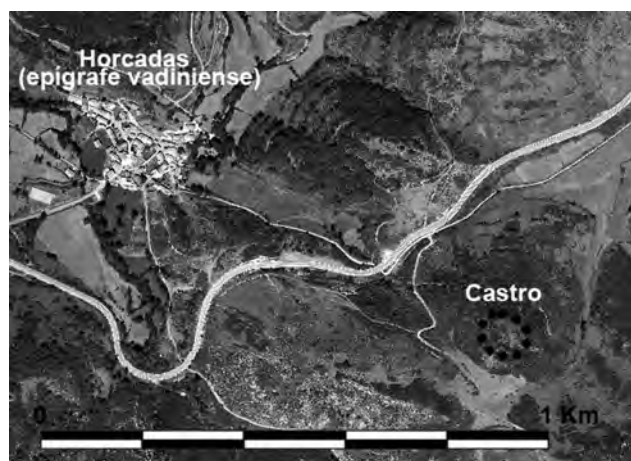
Otro indicador de como las aldeas abiertas sustituyeron a los castros es el hecho de que algunas estelas vadinienses aparecieron en zonas de vega, presumiblemente en lugares en donde hubo poblados en abierto, de nueva planta. Por ejemplo el epígrafe de Puente Almuhey (noreste de León), aunque estuviera reutilizado en una casa (Martino García 1995: 58) se encuentra en la zona la vega o, al menos, en la más baja de la ladera. O las dos estelas vadinienses de Pedrosa del Rey, en la hoy inundada vega de Riaño (González Miguel 1988), sobre todo si tenemos en cuenta que los castros más cercanos a estos epígrafes, La Puerta y Riaño 1, se encuentran por encima del Riaño actual (Gutiérrez González 1986-87: mapa 1) mientras que el Pico Castro se sitúa a 7 Km. al sureste del antiguo Riaño (González Miguel 1988: 98) a 1325 m de altitud. No obstante se asegura que las tres estelas de Riaño aparecieron, con toda probabilidad, en una extensión de unos 100x800 m sobre el Castro de “Cima de la Cueva” (Ibid.: 100), el cual no hemos podido localizar, pero que parece situarse justo al lado de la casa en la que apareció uno de estos epígrafes (Marcos Vallaure 1971: 71). En algún caso, como el epígrafe de La Uña, pese a haberse encontrado en una huerta del pueblo, casi enterrada por completo, y supuestamente “fuera de todo contexto arqueológico”, se aboga por poner dicha inscripción en relación con el cercano castro de La Corona de La Uña (Martino 2002: 150), aunque no por ello debemos descartar que el verdadero contexto arqueológico sea la huerta en donde se ha encontrado. De hecho, algún otro fragmento encontrado recientemente, como es el de Horcadas (Riaño), se puede asegurar que procede del espacio que ocupa el actual pueblo pues fue descubierto al realizar los cimientos de una casa (Ibid.: 153), lo que no deja de ser significativo si tenemos en cuenta el probable castro que se sitúa a menos de 1 Km. hacia el este, lo que podría corroborar que numerosos epígrafes vadinienses de la zona leonesa habría que vincularlos con poblamiento de tipo romano, más que castreño (fig. 5.64).

Por lo tanto el poder relacionar estos epígrafes con una u otra forma de poblamiento es un tema complejo al no conocerse el origen exacto de muchas de estas inscripciones, ya que cuando han sido analizadas suelen estar reutilizadas o guardadas en



**Figura 5.63:** esquema de la relación espacial de una villa medieval -y seguramente también de los *vici* y *pagi* que sustituyeron a los castros- con su entorno y con las vías de comunicación (a partir de Fernández Mier 1999, modificado). Comparar con la fig. 4.9.

casas actuales, y también debido al gran desconocimiento que poseemos de los castros en esta zona, pero sobre todo del poblamiento romano en abierto y de poca entidad típico *vicus*. Los epígrafes podrían proceder tanto de los numerosos castros localizados en esta zona del alto Esla (capítulo 4), y en donde se conocen epígrafes vadinienses como en Riaño o La Uña, por ejemplo, o de las inmediaciones o de los mismos pueblos actuales, a los pies de los castros, y que entendemos como la evolución del poblamiento romano abierto que sustituyó a los poblados castreños. Más seguros parecen ser los casos vadinienses del sector asturiano. De hecho la concentración de epígrafes vadinienses en torno a los pueblos de Sotu de Cangues y Coraín deben vincularse a los orígenes romanos de alguna de estas localidades y de la capital del concejo, Cangues d'Onís, como recientes excavaciones en la iglesia de Villaverde (Ríos 2009a; 2009b) o la noticia de un miliario romano en Corao o las *tegulae* y cerámicas y estructuras medievales documentadas en el seguimiento de las obras de una carretera en Corao (Requejo 2003-2004: 485-486) ponen de manifiesto. De hecho podría pensarse que en la vega del Güeña en torno a Cangues d'Onís se encontrarán algunos de los núcleos más importantes de la *civitas Vadiniense*, ya que los cimientos de *opus caementicium* documentados bajo una iglesia románica en el pueblo de Villaverde, no muy lejos de Corao, indican un edificio de gran entidad, con muros de hasta 1,8 m de anchura y que dibujan una planta cuadrangular de 5,9 x 4,2 m (Ríos 2009: 194, 196), lo que haría pensar que alguna de estas localidades fuera *caput civitatis* de los vadinienses, sino la propia Vadinia. Quizás, la importancia del nuevo poblamiento romano en la vega del Güeña sea uno de los motivos por los que allí se levantara la primera capital del reino



**Figura 5.64:** relación espacial del pueblo de Horcadas (Riaño), en donde apareció un epígrafe vadiniense, con el presunto castro que se encuentra en sus inmediaciones (a partir del mapa obtenido en <http://www.ign.es/iberpix/visoriberpix/visorign.html>).

asturiano, que presuntamente pudiera entroncar con el poblamiento romano rural asturiano, pero no así con el prerromano. De hecho se ha planteado que Don Pelayo perteneciese a una familia de terratenientes de este sector asturiano, heredera de aquellos *possesores* de época romana (Menéndez Bueyes 2001; Gutiérrez González en Fernández Ochoa y Gil 2008: 460). Sea como fuere la información arqueológica disponible para este sector asturiano, y aún a expensas del mal conocimiento que tenemos de la Edad del Hierro en esta zona, parece indicar que el modo de poblamiento aldeano actual se superpone al medieval y éste a su vez a fundaciones romanas (Cangues d'Onís, Corao o Villaverde serían buenos ejemplos de lo que decimos). Como hemos dicho, la aparición de epígrafes vadinienses en erías, como la de Sosierra, cerca del Sotu de Cangues, las de Corao o la cercana a la capilla de Santa Eugenia en Corain o las de las vegas de Sellañu, la de San Xuan de Beleño o la de la capilla de Santa Marina en Gamonéu (Diego Somoano 1961: 126-132) (fig. 5.65), nos hace pensar en un poblamiento rural romano que sustituiría a los castros de este sector, en la forma de *vici* o *pagi*, que se encontrarían en las inmediaciones o bajo los actuales pueblos, y que tendría una especial concentración y dinamismo en la vega del Güeña, debido a la capitalidad que pasó a tener el entorno de Cangues d'Onís durante la fase III.

Una posible explicación a esta diversidad de poblamientos para las estelas vadinienses podría deberse a cuestiones cronológicas. Pese a la supuesta cronología tardía de los epígrafes vadinienses (en torno a los ss. II y III d.C.) (Sastre 2001: 234), algunos autores han apuntado a que los epígrafes de la zona leonesa pudieran ser más antiguos que los de la asturiana, por diferentes motivos morfológicos y textuales. En algunos casos como el de La Uña se data incluso entre finales del s. I d.C. y comienzos del II (Martino 2002: 152). En este sentido podríamos

pensar que si los epígrafes vadinienses arrancan en el s. II d.C. es probable que justo estas poblaciones hiciera muy poco tiempo que hubieran pasado por el trascendental proceso de abandonar los castros como lugar estable de residencia para pasar a hacerlo a poblados abiertos. Por ello en la zona leonesa sería posible poder asociar las estelas tanto con lugares de fondo de valle (presumiblemente en donde habría algún poblado abierto de nueva planta) como con los alrededores de algún castro, como vimos. Sin embargo, para el sector asturiano todos los indicios apuntan a lugares en las vegas o zonas de ladera, pero en ningún caso en los alrededores de alguno de los escasos castros conocidos. Igual ello lo que demuestra es que el abandono de la forma de vida castreña ya era un proceso irreversible cuando se desarrollaron las estelas vadinienses en este sector. En este sentido la aparición de cerámicas medievales y de una moneda romana (Fernández Ochoa 1977) en el actual pueblo de Taranes (Ponga) podría estar indicando que sería esta la ubicación del cercano castro de el Castiellu de Taranes (fig. 5.66). Otros epígrafes como los de los orgenomescos apuntan a ubicaciones similares, como el de Torrevega (Llanes), donde sólo se menciona como identificador colectivo a la *civitas* de los Orgenomescos. Este epígrafe apareció junto a la vega del río Beón (Santos 2000), en lo que podría entenderse como la necrópolis del inmediato pueblo de Torrevega, en el que destacan los restos de una torre medieval, por lo que podría justificarse de nuevo la transición del poblamiento castreño al abierto del tipo *vicus* en torno al s. II d.C. y la asociación de muchos de los epígrafes en los que ya no hay referencia ni a *castellum* ni a *gentilitas*, sino sólo a la *civitas*, con este nuevo tipo de poblamiento. De hecho el caso de Torrevega nos dejaría ver que algunas aldeas actuales tienen una fase medieval y a su vez un origen en época romana, como en la cuenca del Güeña. De todos modos no debemos olvidar que las estelas vadinienses y orgenomescas, entre otras, lo que estarían marcando son lugares de necrópolis, no poblados, aunque podemos pensar en la cercanía de unos respecto a los otros. Precisamente para el sector leonés de las estelas vadinienses a algunos autores les ha llamado la atención, tras realizar prospecciones arqueológicas (Mañanes y Bohigas 1979) que no hayan encontrado más poblados romanos, y que por el contrario sea casi todo medieval o prerromano. Plantean por ello que aparte de haber poblamiento romano en algún castro, como ya se documentó en Morgovejo, lo romano estaría sobre todo bajo los niveles medievales y actuales de los pueblos de la comarca. Como vimos podría pensarse lo mismo para la distribución de epígrafes con referencia a *gens* / *gentilitas* en Piloña, en donde podría incluso hablarse de una red de poblados abiertos que sustituiría la red previa de castros (ver más arriba).

Pasando de nuevo a la costa, para la ría de Villaviciosa se ha planteado un posible traslado de población del castro de Moriyón a las villas romanas de Puelles y Rodiles (Camino 1996: 36), aunque si tuviéramos que decantarnos por alguna de las dos habría que pensar en la segunda de ellas, que realmente se trata de un conjunto diverso y disperso de restos, pero que en líneas generales puede entenderse como un *vicus* asociado a la red viaria costera y al aprovechamiento marino, más que una *villa*, mientras que la de Puelles sí que sería, *sensu stricto*, una *villa*, ya que fue exhumado un complejo termal y una galería porticada con columnas (Fernández Ochoa 2008: 451, 458). Se haría raro pensar en indígenas abandonando un castro y trasladando su población a una residencia aristocrática. Habría que pensar que dicho traslado se dio, por los materiales romanos aparecidos en Moriyón, en la segunda mitad del s. I d.C. No obstante, los casi 4 Km. que separan los restos de Rodiles de Moriyón ha de dejar abierta la posibilidad de poblados en abierto más cercanos al castro. Indicativos de estos poblados abiertos que sustituyeron a los castros podemos aludir también a los restos de revoque romanos hallados en el lugar de La Rotella (Duz, Colunga) (Adán 1999: 192) y sobre todo los restos romanos, incluidos el Mitreo y un pequeño puerto-embarcadero, bajo el pueblo de La Isla y especialmente en el sector que se encuentra junto a la playa, y junto al castro de mismo nombre (Adán y Cid 1998). Más allá de que el poblado de La Isla de Morál pueda ser catalogado como una *villa* (Fernández Ochoa y Gil 2008: 453), el caso es que la cercanía entre castro y poblado romano debe hacernos pensar en el traslado poblacional de uno a otro, seguramente ya desde comienzos de la fase III, y en la sustitución de un tipo de poblamiento por otro (Adán y Cid 1997: 274-275) (fig. 5.67).

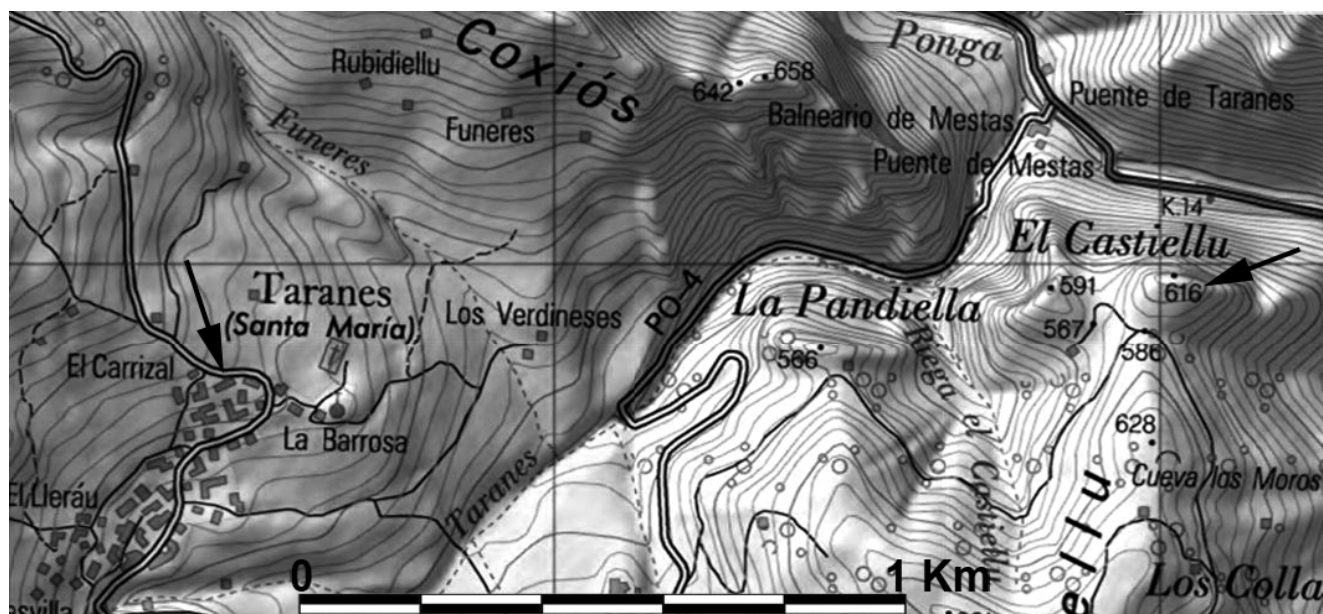
Con toda esta información podríamos plantearnos dos finales diferenciales para los castros cantábricos, uno más temprano nada más terminar la conquista, por la información que conocemos por Floro y Estrabón de que Augusto obligó a los sometidos a abandonar los sitios encastillados por otros en llano, y otro final más tardío (a lo largo del s. II d.C.) para aquellos castros reinterpretados como lugares estratégicos por parte del poder romano, ya sea para organizar la explotación del oro, por ser promocionados como *caput civitatis*, por control policial de las vías y / o por cuestiones propagandísticas. Deberíamos entender, por lo tanto, que muchos de las pequeñas aldeas abiertas que sustituyeron a los castros durante los dos primeros siglos de la Era (fase III a) mantuvieron su poblamiento hasta época medieval, continuando en bastantes ocasiones hasta hoy día. Como decíamos al hablar del surgimiento de los nuevos poblados fortificados (castros) a partir de grupos nómadas, durante la transición de la fase I a la I b (capítulo 3), lo complejo, históricamente



**Figura 5.65:** el pueblo de San Xuan de Beleño (Ponga), lugar de hallazgo de epígrafes vadinienses, con los Picos de Europa al fondo (en González y Fernández-Vallés 1978).

hablando, es poder entender los mecanismos por los que se da o no se da el cambio cultural, especialmente si hablamos de grupos de tendencia igualitaria, reacios a dicho cambio, y si la explicación ha de centrarse básicamente en cuestiones endógenas. Sin embargo ahora, pese a estar hablando del segundo gran hito de la historia del paisaje aldeano cantábrico, la conquista violenta del territorio por parte del poderoso y expansivo estado romano no deja dudas de la causalidad histórica del cambio cultural. Ese hito se refiere a un momento trascendental de cambio en la historia del paisaje aldeano cantábrico ya que tras la conquista del territorio y la reorganización administrativa, aquellas aldeas que aparecieron a comienzos de la Edad del Hierro en la forma de pequeños asentamientos altamente fortificados y autónomos, durante el Alto Imperio devienen en paisaje aldeano que, con mayores o menores cambios, se ha mantenido hasta el s. XX, ya que se trata de aldeas abiertas, no fortificadas, junto a las vías de comunicación, integradas en unidades políticas y / o administrativas mayores (como la *civitas*, el latifundio de un *poseedor*, el señorío feudal o un concejo subactual) y habitadas por “campesinos”, cuyo acta de nacimiento hemos de situar precisamente en la fase III. Pese a que funcionalmente estos nuevos aldeanos pudieran haber vivido formas tendentes al





**Figura 5.66:** relación espacial del castro de El Castiellu de Taranés con respecto al pueblo de Taranés (a partir del mapa obtenido en <http://www.ign.es/iberpix/visoriberpix/visorign.html>).

igualitarismo social y a la colaboración socioeconómica entre las distintas familias, puesto que al situarse las nuevas aldeas en muchos casos en unidades del paisaje muy cercanas a las castreñas cabe deducir prácticas agropecuarias muy similares a las de la fase II. Además, podríamos aludir al presunto pequeño tamaño de muchas de las aldeas que sustituyeron a los castros, de las que no cabe interpretar excesivas asimetrías sociales. Sin embargo en la práctica se trata de una sociedad de clases, en donde se obliga a tributación a todos los habitantes, y en donde las pequeñas aldeas ya no son autónomas políticamente, sino que le deben cuentas a instancias administrativas mayores, que arqueológicamente se perciben en el comienzo de un paisaje jerarquizado no conocido hasta ese momento, con la aparición de aglomerados secundarios, ciudades, *villae*... Además, tanto la epigrafía como la arqueología nos dan a entender que la desigualdad social latente entre los indígenas durante la fase II se debió desarrollar notablemente tras la conquista, en donde ciertas elites indígenas cobraron un importante poder, no sabemos si tanto económico como centrado en el capital simbólico, cuyos roles sociales fueron fundamentales en la asimilación y reproducción del nuevo orden hegemónico en cada comunidad indígena.

Pero pese a que este profundo y decisivo momento histórico de cambio cultural está propiciado por una conquista violenta del territorio, por la imposición de un nuevo modelo político y social, se puede observar tanto una resistencia al cambio cultural, como una amortiguación del mismo y asimilación de un nuevo orden hegemónico, aunque no sin problemas. No podríamos esperar algo distinto de sociedades que hemos definido como *deep rural communities*, caracterizadas por sus mecanismos sociales para omitir y oponerse a la desigualdad. De hecho

incluso entre los castros más “romanizados”, en donde hubo asentamiento seguramente de militares romanos, como San L.luis o el Chao Samartín, no se aprecia una sustitución generalizada y rápida de una cultura material (cerámica, vestimenta, arquitectura doméstica) por otra, romana, sino la asimilación paulatina de los nuevos códigos culturales, generando modelos híbridos o *kitsch*, así como usos alodóxicos de la nueva materialidad, que al fin y al cabo nos están indicando los caminos de la resistencia identitaria y de la amortiguación del conflicto social que supone comenzar a perder una seguridad ontológica tan fuertemente arraigada. Por otro lado es cierto que los castros que no interesaron a Roma fueron rápidamente abandonados (el Picu'l Castu de Caravia sería el paradigma), pero quizás no fue tan rápido en todos los casos, ya que si observamos resistencia cultural a la hora de mantener la materialidad de tradición prerromana ¿qué elemento material reúne en si mismo de modo más completo los fundamentos de la identidad castreña que el propio castro en si, como aldea fortificada que aúna a la comunidad castreña espacial y socialmente hablando? De hecho si observamos algunos ejemplos como Moriyón, Fozana, La Riera o La Garba, entre otros, con materiales romanos que abarcan desde mediados del s. I d.C. hasta el s. III d.C. en la TSHt del poblado tebergano, podemos aventurar que muchos castros de la fase II, pese a no ser reutilizados ni reinterpretados por Roma en ningún sentido, mantuvieron a su población indígena todavía unas cuantas décadas, e incluso en algún caso puntual hasta varias centurias, lo que es un claro síntoma de resistencia cultural, y de que las medidas de Augusto debieron de ser llevadas a cabo, si acaso, de forma muy puntual.

Pero el cambio cultural, pese a las resistencias de unas comunidades que habían destacado por su



igualitarismo social, acabó produciéndose, ya que a lo largo del s. I y II d.C. (fase III a) la mayoría de los castros habían perdido su razón de ser para los propios indígenas y, tras abandonarlos, fueron sustituidos por otras formas de poblamiento (conglomerados secundarios, *civitates*, *villae*...), pero especialmente por pequeñas aldeas abiertas (*vici*, *pagi*...) situadas en los alrededores o a los pies de los antiguos castros, como también se ha documentado en la vecina zona llana de Lugo, en concreto en el concejo de Vilalba (Ramil 2001), lo que es, sociológicamente hablando, altamente significativo. Se trata de una sustitución aldeana que nos permite aventurar alguna propuesta sobre como se produjo y se vivió dicho cambio por parte de las últimas comunidades castreñas del ámbito cantábrico. De hecho el mantenimiento de las nuevas aldeas abiertas en unidades del paisaje similares a las castreñas, sólo que sin la necesidad de las posiciones conspicuas, debe hacer que desechemos explicaciones economicistas, sino más bien otras de tipo cultural e identitario.

Aparte de lo casos en los que se mantuvo el poblamiento por los intereses directos romanos, que estarían ocupados hasta mediados del s. II d.C., cuando decae la explotación masiva del oro y ya está pacificado el territorio, podríamos pensar que en la mayoría del resto de los casos se fueron desocupando sin presiones externas, es decir, que fue el profundo cambio cultural que operó tras la conquista el que hizo que los castros pasaran a concebirse por parte de sus antiguos moradores como los símbolos de formas de vida que ya habían perdido su sentido, como las metáforas materiales de un modo de vida superado, pasado, con el que ya no se identifican. Como bien se ha aplicado a la Edad del Hierro del Noroeste (González Ruibal 2003a), así como para otros contextos de cambio cultural en sociedades tradicionales subactuales de Galicia y Ávila (González Ruibal 2003c; Falquina 2005), el *vici* junto al castro es muy similar al fenómeno de los nuevos chalets y casas modernas al lado o encima de las ruinas de las casas tradicionales de muchos pueblos de España, en muchos casos más cerca de la carretera que su predecesoras, y ocultando, no sólo visualmente, las casas en donde vivieron las generaciones previas. En el caso de las sociedades tradicionales subactuales el factor histórico que propició el cambio fue el capitalismo, que acabó por modificar radicalmente las estructuras sociales preindustriales, lo que a nivel material se refleja en un intento de ocultar el periodo previo, entendido como miserable y oscuro.

Pero ¿como se produjo ese cambio identitario entre los indígenas que allanó el terreno para el cambio cultural? ¿Se dio realmente una sustitución de identidades durante la fase III a? Para el caso de las sociedades montañosas y campesinas de la serranía de Gredos se ha planteado que la desidentificación cultural se produciría en un modo simple, por la



**Figura 5.67:** relación espacial del castro de La Isla (Colunga) con el poblamiento romano que se desarrolló a sus pies (a partir de Adán y Cid 1997, modificado).

adquisición de una nueva identidad. Se presenta el proceso poniendo demasiado énfasis en lo cognitivo, pues se mantiene que simplemente se daría un cambio en la matriz significativa hegemónica que estructura la identidad y las prácticas de los campesinos. Desde esta perspectiva no resulta problemático el cambio cultural ya que se asume sin más una nueva identidad, conformada por un nuevo habitus (Izquierdo en Falquina 2005). Para el caso de las sociedades preindustriales del s. XX de Terra de Montes (Galicia), se trata de una explicación similar aunque más argumentada, ya que se mantiene que el cambio cultural se da por medio de un mecanismo ideológico que ponen en práctica los propios campesinos. Este consistiría en construir en el presente una narración de superación y triunfo sobre el pasado campesino. Esta narración no es oral o puramente cognitiva, sino que es material. Se genera y expone a través de la casa, pues esta responde a la metáfora “la casa es la vida”. En la cultura campesina gallega la casa siempre ha sido el lugar donde los individuos “escribían” su biografía, por lo que la nueva mirada sobre el mundo, la superación del pasado campesino, tiene lugar a través de la casa (González Ruibal 2003c: 212-223).

El cambio cultural en Galicia, del mundo preindustrial al capitalista a lo largo del s. XX, se trata de un cambio de lenguaje, tan potente desde un punto de vista material, que el verbal parece ir siguiendo los pasos del primero. Se trata de un potente cambio en las metáforas materiales creadoras de la realidad, especialmente en aquellas que entre los grupos preindustriales tienen un mayor peso en un sentido identitario, la casa y la aldea. Se trata de nuevas metáforas que jerarquizan el tiempo y dominan la

Historia, de metáforas estructurales, materiales, que se acaban imponiendo hasta dar una nueva mirada a aquellos que cambian, que les permite ver directamente sin tratar de entender lo que ven. Pero no se trata sólo de que la nueva materialidad, las nuevas casas y aldeas, puedan entenderse como metáforas materiales, adecuadoras del *habitus* a los nuevos tiempos y de una forma de estar en el mundo, sino que las casas y aldeas abandonadas, como los castros durante la fase III, también son objeto de mitos y leyendas, de comentarios y discursos, en definitiva reflejos o metáforas de la sociedad que las idea. La casa, la aldea abandonada, así como la nueva aldea vivida, junto a la anterior, y ya sin defensas, son ambas generadoras de metáforas de vida. Se puede intentar controlar el mundo a través de la arquitectura, pero tanto de la arquitectura construida como de la destruida, pues ambas son caras de la misma moneda, tanto en sociedades tradicionales como capitalistas. Partiendo de la idea de que la cultura material juega un papel fundamental en la articulación del mundo simbólico, un papel de primer orden en la enculturación y educación social del individuo, podemos decir que la arquitectura vivida, la casa y la aldea, así como la arquitectura abandonada, en ruinas, encapsulan todo un contenido metafórico fundamental en la identidad de los individuos, ya que les sitúa y resitúa en el mundo, especialmente tras importantes procesos de cambio cultural, como son la conquista romana o la asimilación del capitalismo entre las sociedades tradicionales. Ello nos sitúa de forma dramática ante los nuevos conceptos de Historia y de identidad, ya que cualquier elemento material permite escribir no verbalmente un relato histórico e identitario, que siempre será construido metafóricamente o, más concretamente, metonímicamente. Existe una relación metonímica entre el contenido de la casa y la casa, y entre la casa y el individuo. Y la metonimia es histórica, transmite y transforma diversos mensajes a través de los mismos vehículos materiales (González Ruibal 2003c: 212-234). Que los indígenas construyeran durante los dos primeros siglos de la Era una nueva aldea, abierta, sin defensas, sobre las principales vías de comunicación de aquellos territorios en donde habitaban, e incluso en el cruce de las mismas, dejando a sus espaldas las antiguas aldeas fortificadas, los castros, ya en ruinas, podemos relacionarlo con el nacimiento de una nueva metáfora de vida, un metáfora aniquiladora del pasado, de superación, memorizada respecto a su pasado y etnocida respecto a su cultura, así como con el afán de demostrar su integración en las nuevas realidades político-administrativas. Se habría materializado definitivamente un nuevo discurso hegemónico no tanto en la casa, que hoy por hoy nos es desconocida arqueológicamente, como en la ubicación de las nuevas aldeas, que pese a situarse en unidades del paisaje muy similares a las castreñas, demuestran una

clara intención de integración (ausencia de defensas, vinculación directa a vías de comunicación).

Pero la pregunta que podemos hacernos es ¿hasta que punto las *deep rural communities* de la fase III sustituyeron de una forma tan tajante sus metáforas de vida, aniquilando su pasado de forma memorizada? Es cierto que no contamos con aldeas tipo *vici* excavadas como para poder realizar una comparación entre estas y los castros y desgranar los pormenores de tan trascendental cambio cultural. No obstante, la importancia y centralidad del castro, de la aldea fortificada, en un sentido identitario y socioeconómico, entre las pequeñas y aparentemente igualitarias comunidades cantábricas de la Edad del Hierro, que dichas identidades locales (*castella*, *gens*, *gentilitas*) se mantuvieran incluso una vez abandonados los castros y sustituidos por las nuevas formas de poblamiento, y el fuerte peso simbólico y religioso que tuvieron aquellos castros mientras estuvieron en uso, pero también después, como referentes paisajísticos de las sucesivas mitologías campesinas cantábricas, que se puede apreciar tanto en los hagiopónimos de muchos castros, como en las iglesias, capillas y necrópolis que se construyeron sobre ellos en distintos momentos, así como en la mitología que aún hoy se les asocia, debe hacernos plantear que, al menos, la relación de los nuevos aldeanos de la fase III con respecto a los castros que recién acababan de abandonar, al menos fue ambigua, y no necesariamente negativa, o no solamente.

En este sentido es muy interesante el estudio etnoarqueológico realizado sobre las poblaciones abulenses de la Sierra de Gredos (Falquina 2005). En este estudio se ha podido comprobar que una vez operado el cambio en las sociedades tradicionales de la montaña abulense, por la asimilación del capitalismo y la definitiva introducción de aquellas comunidades en un sistema estatal, aún así permanecen una serie de características propias del mundo y la mentalidad campesinos, que a nivel material se pueden observar en el intento de no transgredir la estructura y configuración espacial del poblado, soporte donde en último término descansa el reducto final de la comunidad que existió y desapareció, dejando de ser el principio estructurante de la realidad, pese a que se hayan construido nuevas casas con nuevas morfologías y distribuciones. ¿Cuáles son las causas de esas persistencias “tradicionales”, de ese mantenimiento de vestigios de un pasado campesino en un nuevo contexto capitalista, de la recuperación de un *habitus*? Este autor alude a que la cultura material significa, incluida la de los abandonos, pero no siempre en un sentido justificativo del momento presente, ya que también existen las permanencias, las corrientes subterráneas que de los procesos de tiempos largos. Las resurgencias y las permanencias no siempre responden al carácter significativo, ideacional, de los principios estructurales. En el caso de la extraña

permanencia de cierta idea de comunidad entre los antiguos campesinos abulenses, cuando están incluidos dentro de un orden social hegemónico perfectamente establecido, lo que se percibe es lo que Žižek (en Falquina 2005) llamaba el espectro de lo real, lo que no se puede simbolizar. Como ya vimos con el surgimiento de los castros (capítulo 3) cuando se impone un nuevo orden hegemónico, sea el de las elites de la fase I en su justificación de la sedentarización y territorialización, el capitalista estatalista que define a las personas como ciudadanos o el estatalista impuesto por Roma tras la conquista, no deja de ser un sistema de símbolos estructurado en las prácticas sociales que genera. Pero no consigue imponer un orden de forma armónica, pues la realidad -el orden- no es lo real -el infinito juego de las diferencias-. Lo real no puede ordenarse, simbolizarse por completo, por que ontológicamente supone alteridad y el orden lo que hace es definir lo Mismo frente a lo Otro. Como todo orden tiende a la armonía, a ser una totalidad cerrada, aunque nunca pueda llegar a constituirse plenamente, sus mecanismos hegemónicos tratan de imponer suturas, en el sentido lacaniano, pero que siempre dejan marcas. Esto quiere decir que siempre que se impone un orden hegemónico no es capaz de asumir las diferencias del orden u órdenes sobre los que se impone, por lo que lo soluciona a través de suturas. Estas diferencias no desaparecen, por lo tanto, sino que se acumulan como un palimpsesto de significaciones. Las huellas de lo pasado no pueden ser destruidas sino que permanecen como depósitos sedimentarios, esto ocurre incluso, y aun especialmente, cuando lo nuevo intenta con más fuerza excluir lo pasado (Barret en Falquina 2005). Así, si el pasado campesino trata de suturarse por medio de mecanismos ideológicos propios del orden hegemónico impuesto, esto aparecerá de forma fantasmática, es decir sin una forma completamente constituida. Esto es lo que ocurriría con los vestigios materiales de comunidad campesina que se observan en el medio rural abulense y gallego, que en muchos casos se mantienen como ruinas o se incorporan de muy diversos modos a las nuevas casas y aldeas. Los *habitus* serían tan potentes que no es sencillo que fueran modificarlos de una forma tan tajante, ya que la dinámica del cambio cultural no es tan sencilla como una simple sustitución en la mirada sobre el mundo. La imposición de un modelo de orden sobre otro anterior implica una serie de emociones que pueden expresarse a través de la frustración o de la simple nostalgia. La cultura material es el elemento del mundo que más claramente nos pone en contacto con la alteridad, con el espectro de lo real: lo que no se puede constituir o se ha desconstituido: lo que el orden no puede aprehender por ser, por definición, excluyente de la alteridad. A través de las superposiciones formales y simbólicas que se representan en la cultura

material podemos acceder al infinito juego de la diferencia. Ahora bien, podremos familiarizarnos con lo Otro, nunca poseerlo (Falquina 2005).

Al fin y al cabo, si las ruinas de las casas tradicionales que se observan en los pueblos de Galicia y Ávila, son las cicatrices materiales de órdenes hegemónicos que no han sido superados del todo, que siguen manteniendo su fuerza causal, pero en una forma fantasmal, podríamos pensar lo mismo para las ruinas de los castros durante la fase III. Al fin y al cabo levantar las nuevas aldeas junto a los antiguos castros indica la ambigüedad de querer superar un pasado, aniquilarlo de forma memorizada, ya que se trata de una forma de vida que ahora se entiende como superada, pero a la par de pone de manifiesto la imposibilidad de superar definitivamente dicho pasado, aquellas identidades castreñas y los *habitus* que allí se desarrollaban. La relación espacial de castros y aldeas abiertas así lo pone de manifiesto, ya que si la ruptura hubiera sido total, se habrían levantado las nuevas aldeas en lugares mucho más alejados. Si esto es posible plantearlo para las sociedades subactuales, pese a haber sufrido uno de los cambios más tajantes en la Historia de la humanidad, como es la asimilación del capitalismo y del individualismo que conlleva, no nos parece descabellado plantear que las nuevas comunidades cantábricas asentadas en aldeas abiertas tuvieran hacia sus antiguos poblados castreños una relación ambigua: por un lado la asimilación de un nuevo dominio hegemónico les haría entender a aquellas aldeas fortificadas como símbolos materiales de un mundo superado, con el que se desea terminar, porque ya ha dejado de tener sentido, pero por otro lado suponen lo fantasmal, la herida abierta que aún no ha cicatrizado, las metáforas materiales de un orden social que ya no existe, en el que las comunidades castreñas eran comunidades políticamente independientes y primaba la comunidad sobre el individuo. Los castros en conjunto, ya abandonados y en ruinas, junto a las nuevas aldeas en donde se habita, pasaron a constituirse en las ambiguas metáforas materiales, a modo de antimonumentos, de ese pasado que se ha superado, de las nuevas identidades que se han fundamentado y de la nostalgia de los viejos *habitus*. No obstante si este proceso fue tal como lo planteamos, hemos de abogar por una modificación de los *habitus* indígenas en esta nueva situación histórica, pero no de modo radical, sino que seguramente sea posible seguir rastreando elementos estructurales del *ethos* igualitario, ya que dichos elementos, en una u otra forma, han aguantado hasta las sociedades preindustriales cantábricas del s. XX. Ese carácter fantasmal y ambiguo de la forma de vida superada y, a su vez, puede que añorada, así como todo el engarce mítico y religioso que cada comunidad castreña tuvo con el poblado fortificado que ocupaba (capítulo 4), es lo que seguramente provocó que desde el mismo momento en el que se abandonaron como poblados

pasaran a ser, como ya lo eran durante la Edad del Hierro los túmulos, los principales configuradores paisajísticos de los mitos.

### 5.3.5 De castros a casas del mito.

Pese a las críticas que hemos realizado a las tesis que plantean para el sector centro-occidental cantábrico la pervivencia del hábitat castreño en época bajoimperial y altomedieval, cuando, como hemos visto, la mayoría de los castros cantábricos de la fase II se abandonaron en los dos primeros siglos de la Era, bien distinto es defender que los castros pasaron a ser, tras su abandono, importantes configuradores del paisaje tradicional centro-occidental cantábrico, junto a los túmulos, vías de comunicación antiguas y ríos, como muestra la toponimia o multitud de documentación medieval. Al igual que hicieron sus antepasados casi mil años antes con los paisajes tumulares que reinterpretaron y se apropiaron simbólicamente (capítulo 3), los habitantes de las aldeas abiertas que sustituyeron a los castros siguieron vinculados a éstos mediante el mito, la representación ideológica de un pasado, puede que dorado y odiado a la par, y de un cambio cultural traumático, personificado en un presente de seres suntuosos y formidables que habitan en y bajo los castros, y que marcan un claro contraste con la dura vida “campesina”, con todas las implicaciones socioeconómicas que conlleva el concepto, del paisanaje de las aldeas abiertas. Con el tiempo, seguramente tras la conquista musulmana de la Península y por el papel protagonista de la iglesia Católica en la demonización de las prácticas paganas, esos míticos seres fantásticos que habitaban castros y *castiellos* serán asimilados con los moros / mouros.

Aurelio de Llano, buen conocedor del folklore y de las tradiciones asturianas, dejó recogidos algunos mitos vinculados al *Picu'l Castu* de Caravia (1919: 184) y que recogemos a continuación por incorporar muchos de los elementos del folklore castreño:

*En la mañana de San Juan, les Xanes salen a peinar sus cabellos de oro a los rayos del sol naciente, los Cuélebres se enroscan y duermen; entonces, las princesas que están encantadas en la fuente del Alisu, en un palacio de cristal, aprovechan el sueño del guardián para ir al Pico del Castro a limpiar la cadena de oro que le circunda; y al regreso, después de coger en el cotollar florecillas silvestres para tejer coronas y ceñirlas a sus sienes, en el campo de la Llana, danzan ágilmente, corren de un lado a otro respirando el aroma delicado que flota a su alrededor, y juegan a los bolos con bolas de oro y marfil. Y si durante el sueño del Cuélebre algún mortal introduce una medalla en el ojo de la fuente, se suspende momentáneamente el encanto; las princesas, llenas de alegría porque van a conseguir la libertad, hacen que su libertador se acerque con ellas a la fuente y le dicen: -Toma nuestra riqueza y danos tu pobreza. Y si en aquel momento no les entrega un objeto bendito, despierta el Cuélebre, y las princesas vuelven otra vez a su encantamiento.*

Los castros y túmulos jugaron un importante papel en los límites de las villas medievales, antepasadas directas de las actuales parroquias. Son escasos los ejemplos de reutilizaciones o continuidades de poblamiento de espacios castreños en el área cantábrica, y siempre ya fuera de los parámetros sociales de lo que significó un castro cantábrico de la Edad del Hierro. Podríamos citar la refortificación del Monte Castrelo de Peláu a fines del s. III o comienzos del IV, a modo de hito de control viario en un momento en el que las ciudades de la provincia *Gallaecia* pasaron a fortificarse (Braga, Lugo, León, Astorga y Gijón), seguramente todo ello motivado por el importante papel de Hispania en ese momento en el avituallamiento de las fronteras de *Britania* y *Germania* (Villa 2008b: 820-821). Por otro lado podemos ver la reutilización de algunos recintos castreños en la Alta Edad Media para asentar ciertas fortalezas, caso de Boanga, Tudela, El Castillo de San Martín o El Peñón de Raíces (Gutiérrez González 2002: 302; González 1976: 128-129), aunque ello no significa necesariamente continuidad del poblamiento, sino la reutilización de ciertos lugares por sus características defensivas y estratégicas.

Sin embargo sí podemos pensar que tanto algunos castros deshabitados desde época romana, así como ciertos túmulos, pasarían a formar parte, desde antes de época altomedieval, de los referentes territoriales de las nuevas geografías campesinas bajoimperiales y devenir en protagonistas de una cartografía mítica en la que los castros pasaron a ser espacios habitados por mouros/moros y/o gentiles o estar dedicados al culto a los santos, al igual que antes, durante la fase II, algunos castros abandonados de la fase I habían sido ritualizados, o antes aún, cuando los primeros castreños resignificaron los monumentos tumulares previos. Los castros pasaron a formar parte de las parroquias, como representantes de aquellos lugares menos domesticados, con su propio mundo representativo y simbólico. Pese a ser espacios no domésticos en los que habitan seres imaginarios, paganos, opuestos al paisaje culturizado de la aldea, fueron ritualizados sirviendo de espacio colectivo y referente identitario dentro del territorio (Arizaga y Ayán 2007: 512), quizás heredando parte de la carga identitaria que poseyeron durante la Edad del Hierro y época altoimperial. Al fin y al cabo los castros representan una notable antropización del paisaje, sin precedentes en el área cantábrica, un “subrayado paisajístico” que trascendió varios siglos en el tiempo a las sociedades que los construyeron, y que de hecho llega hasta el s. XX como hito de la geografía mítica de las sociedades tradicionales cantábricas. Y quizás sea porque los castros, antes que plazas fortificadas ventajosas defensivamente hablando fueron una “formulación ideológica” (Villa 2008b: 826), es decir, el símbolo de la cohesión de la identidad castreña, de la presencia de cada grupo, políticamente autónomo,



**Figura 5.68:** arriba, ermita del Santo Ángel de la Guarda (Polanava, Nava) construida en el acceso del castro del Castiellu de Salas; abajo, ermita de San Juan (Chanuces, Quirós) construida en un recinto castreño (en González y Fernández-Vallés 1978, modificado).

Lluis, o se reutilizaron como necrópolis, como en el Castillo de San Martín o el Chao Samartín, en donde también lo que indica actividades vinculadas a la brujería (Adán y otros 2008; Villa 2008b: 829-830) (fig. 5.68). Las advocaciones religiosas en el rural gallego permiten acercarnos a la apropiación simbólica de estos poblados por parte del campesinado, proceso sancionado positivamente por las autoridades eclesiásticas, que autorizaron la construcción de capillas dedicadas a los mártires paleocristianos (san Cibrao, santa Mariña, santa Cristiña, san Lourenzo, san Martiño, santa María, san Xoán, Santiago, san Pedro, O Salvador, san Xiao, santo Estevo, santa Eulalia, san Vicente) para cristianizar cultos de origen prerromano, percibiéndose ciertas regularidades en los cultos a santos paleocristianos más practicados en el centro-sur de la provincia de Lugo (Arizaga y Ayán 2007: 513, nota 57). Proceso que también podemos rastrear en el occidente cantábrico debido a la multitud de castros con hagiotopónimos, con presencia de templos, tanto iglesias como capillas, y cementerios. Seguramente el pertinaz encubrimiento litúrgico efectuado por la Iglesia se debió al importante papel de los castros en la “geografía sagrada” del ideario popular, ya que fueron los lugares en donde se siguieron llevando a cabo rituales paganos, ampliamente documentados por diferentes tipos de fuentes, y seguramente amparados por un clero rural poco formado (González 1978: 245; Villa 2008b: 829-830). Pero aparte de ser cristianizados siguieron siendo un soporte simbólico, un lugar privilegiado de encuentro y circulación entre seres humanos y sobrenaturales, un lugar de tránsito entre el mundo oculto y el visible, y resguardo de los tesoros de los moros (Arizaga y Ayán 2007: 513).

en el paisaje durante toda la Edad del Hierro. Quizás ello sea lo que nos explique cómo estos poblados fortificados, una vez que con Roma se desarticulaban definitivamente unas formas de organización social que nunca más se volverán a dar, especialmente tras el s. II, cuando ya de forma generalizada no apreciamos prácticamente ningún castro cantábrico ocupado, el castro deviene en referente paisajístico de los nuevos mitos que tienen en estos lugares su anclaje, en muchos casos a modo de herida abierta que recuerda una “edad dorada”, puede que personificada en esos maravillosos moros o gentiles, más ricos, más altos y con una vida más llevadera que la de los nuevos campesinos, que como tal, como productores sujetos a tributación, surgen en este tiempo histórico.

Tras su abandono, los castros pasaron a ser un lugar más de captación económica para los parroquianos, aunque su carácter de monumento o resto material del pasado pagano no pasó desapercibido para los aldeanos ni para la Iglesia, por lo que, aparte de construirse iglesias parroquiales y capillas, se celebraron misas, procesiones, romerías (Arizaga y Ayán 2007: 512), mercados, como en San



### 5.4 HISTORIA DE LA FASE ROMANA DE LOS CASTROS:

El centro-occidente cantábrico fue la última zona peninsular en caer bajo el poder romano, en época de Augusto, cerca del cambio de era. Más allá de cuáles fueron las verdaderas razones para terminar de conquistar Hispania, lo cierto es que los datos arqueológicos ponen de manifiesto un rápido desarrollo de la explotación de los recursos auríferos del occidente cantábrico por parte del estado romano. Ello supuso una segunda vida para muchos castros que se encontraban en la zona cantábrica con recursos auríferos (del valle del Narcea hacia el occidente), mientras que en el resto de la región los castros, aldeas fortificadas autónomas políticamente, dejarán de tener sentido en el nuevo contexto estatal y tributario, y serán paulatinamente abandonados, a lo largo del s. I d.C. Los que se mantuvieron ocupados fruto de los intereses romanos, bien para albergar mano de obra minera o, sobre todo, como lugares desde los que controlar y gestionar la explotación del oro (Chao Samartín, Arancedo, San Lluís), estuvieron seguramente ocupados hasta al menos mediados del s. II d.C.

En los castros que se mantuvieron ocupados observamos un nuevo tipo de cultura material, como por ejemplo ciertos cacharros cerámicos, que son producciones industrializadas y producidas fuera del ámbito cantábrico. Estas vajillas todavía comparten protagonismo con las ollas fabricadas localmente. También observamos la adaptación de la tecnología arquitectónica a los nuevos gustos romanos, con estructuras indígenas de planta circular y rectangulares de esquinas redondeadas a las que se añadieron otras de lados rectos y esquinas vivas. Podríamos extender este cambio cultural a la vestimenta (como demuestran los nuevos tipo de fíbulas que aparecen o las representaciones de togados en los epígrafes), la alimentación, la lengua (con la paulatina asimilación del latín), o los usos funerarios. De hecho, la romanización, entendida como un cambio cultural forzoso tras la conquista del territorio por las armas, tuvo que ser mucho más traumática y de mayor calado en el territorio cantábrico que en el resto de la Península, ya que el carácter igualitario de los grupos norteños hizo que al ser insertados por la fuerza en un sistema estatal y tributario la desestructuración social (“cambio de ser”) fuera de gran calado. Una metáfora arquitectónica de la violencia simbólica ejercida por el poder romano, y que sustituyó a la violencia física de la conquista, son las casas de estilo mediterráneo de las acrópolis de los castros del Chao Samartín y San Lluís, probablemente ocupadas por funcionarios y / o militares romanos encargados de dirigir la explotación del oro.

Seguramente, para conseguir la integración de las comunidades castreñas en el nuevo sistema

tributario y en la nueva configuración administrativa fundamentada en las *civitates*, suscripciones menores de cada *conventus*, fue vital el concurso de las elites locales, promocionadas por el poder romano. La conquista romana supuso que la secular tensión entre la comunidad castreña y los grupos familiares que la componen, tendiera finalmente hacia la jerarquización de las diferentes familias, asumiendo aquellas que acumularon mayor poder (elites) las formas culturales romanas para consolidar sus estrategias de distinción social. Ello propició la asimilación de una nueva cultura material en el ámbito de estudio, mucho más homogénea que en etapas precedentes.

Si sumamos la información arqueológica con la epigráfica, podremos entender la profunda crisis y el cambio identitario de la fase romana de los castros cantábricos (fase III). Durante los dos primeros siglos de la era la identidad política básica que aún primaba entre los indígenas fue la de castro o aldea, como en la Edad del Hierro. Ese sería el sentido de las referencias a *gentilitates* y a la C invertida de los epígrafes. A lo largo de la fase III los indígenas irían asumiendo las nuevas formas administrativas romanas en donde han quedado integrados sus castros, las *civitates*, que en muchos casos, al estar siguiendo más o menos los límites de identidades culturales previas, ayudarían a su asimilación por parte de los indígenas. Dicha crisis identitaria y la pérdida del sentido político y social de los castros provocó que éstos se fueran abandonando por parte de los propios indígenas. Como decíamos, sólo debieron de aguantar algo más aquellos que fueron reutilizados para la explotación del oro o para otras finalidades, como el control policial de los caminos o servir a la propaganda romana. De nuevo la combinación de información arqueológica y epigráfica indica que la mayoría de los castros fueron sustituidos por pequeñas aldeas abiertas tipo *vici*, situadas en las cercanías de los castros, a veces a los pies de los mismos. Si históricamente hablando la fase I, con el surgimiento de los castros, supuso el acta de nacimiento del primer paisaje aldeano como tal en el ámbito cantábrico, las *villae* y, especialmente los *vici*, al sustituir a los castros desde que se produjo la conquista y ya de forma generalizada en el s. II d.C., se convirtieron en fundadores, en el punto de partida, de un modelo de hábitat o de ordenación del territorio que tendrá continuidad hasta principios del s. XX, como se ha defendido para el caso lucense (Rodríguez Fernández 1994: 173).

Tras su abandono los castros, poblados fortificados en donde se habían depositado y reproducido las identidades locales durante centurias, lugares sacralizados que fueron morada de dioses y antepasados, pasaron a configurar los principales hitos de las geografías sagradas de los aldeanos cantábricos, sobre los que se proyectaron ambiguos mitos, que mezclan la superación de una forma de vida con la añoranza de una edad dorada.





# BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F. J.** (1997) El significado de la cerámica decorada de Cogotas I. *BSAA*, 63: 71-96.
- ABARQUERO MORAS, F. J.** (1999) Rasgos de identificación de la cerámica de tipo Cogotas I fuera de la meseta, en R. Balbín Behrmann y P. Bueno ramírez (eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular, T.III, Primer milenio y metodología*, Universidad de Alcalá de Henares y Fundación Rei Alfonso Henriques, Madrid: 113-127.
- ABARQUERO MORAS, F. J.; DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C.; GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> L.; y LÓPEZ SÁEZ, J.A.** (2009) Una ojeada a la hipótesis de la hipermovilidad de los “pastores de excisión y boquique” a la luz de los documentos de “El Pelambre”, en M<sup>a</sup> Luz González Fernández (coord.) “El Pelambre”. *Villaornate, León. El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*, Tragsa Grupo: 291-301.
- ABARQUERO MORAS, F. J.; DELIBES DE CASTRO, G. y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> L.** (2009) La colección cerámica de la Edad del Bronce: formas, decoraciones y pastas, en M<sup>a</sup> Luz González Fernández (coord.) “El Pelambre”. *Villaornate, León. El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*, Tragsa Grupo: 87-190.
- ABARQUERO MORAS, F. J. y DELIBES DE CASTRO, G.** (2009) La posición cronológica del yacimiento prehistórico de “El Pelambre”: apreciaciones tipológicas y dataciones absolutas, en M<sup>a</sup> Luz González Fernández (coord.) “El Pelambre”. *Villaornate, León. El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*, Tragsa Grupo: 197-214.
- ABARQUERO MORAS, F. J. y DELIBES DE CASTRO, G.** (2009b) “El Pelambre” (Villaronate, León): un yacimiento de la periferia noroccidental del “Área Nuclear” de Cogotas I, en M<sup>a</sup> Luz González Fernández (coord.) “El Pelambre”. *Villaornate, León. El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*, Tragsa Grupo: 267-290.
- ABASCAL PALAZÓN, J. M. y GONZÁLEZ-CONDE, P.** (2007) Carpetania: argumentos para una definición del territorio en época romana. *Zona arqueológica (Ejemplar dedicado a: Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania)*, 10 (1): 290-301.
- ABASOLO ÁLVAREZ, J. A.** (1974) Carta arqueológica de la Provincia de Burgos. Partidos judiciales de Belorado y Miranda de Ebro. *Studia Archaeologica*, 33.
- ABOAL FERNÁNDEZ, R., AYÁN VILA, X. y PRIETO MARTÍNEZ, M<sup>a</sup> P.** (2003) *Arqueología en la ACEGA 2: el área arqueológica de O Peto (Vedra, A Coruña)*. CAPA 17, Cadernos de Arqueoloxía e Patrimonio, LAFC, USC, Santiago de Compostela.
- ABOAL FERNÁNDEZ, R. y otros** (2005) Yacimientos sin estratigrafía: Devesa do Rei, ¿un sitio cultural de la Prehistoria reciente y la Protohistoria de Galicia? *Trabajos de Prehistoria*, 62(2): 165-180.
- ACEVEDO Y HUELVES, B.** (1893) *Los Vaqueiros de Alzada*. Imprenta del Hospicio Provincial, Uviéu/Oviedo.
- ACEVEDO Y HUELVES, B.** (1900a) Navia. Villayón, en F. Canella y O. Bellmunt (eds.), *Asturias*, T. III: 325-336.
- ACEVEDO Y HUELVES, B.** (1900b) Coaña, en F. Canella y O. Bellmunt (eds.), *Asturias*, T. III: 361-364.
- ACUÑA CASTROVIEJO, F.** (1996) Os sistemas de fortificacións nos castros de O Courel (Lugo). *Humantas. Estudos en homenaxe ó Profesor Carlos Alonso del Real*, Vol. 1, Universida de Santiago de Compostela: 319-324.
- ACUÑA CASTROVIEJO, F. y GARCÍA MARTÍNEZ, M.C.** (1968) “O Modorro” de San Pedro (Incio, Lugo). *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 27: 270-276.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.** (1995) San Martín del Rey Aurelio (1993): Carta arqueológica y conservación del patrimonio. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-94*, 3: 220-223.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.** (1995b) Colunga - Caravia: Carta arqueológica. 1992. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-94*, 3: 239-242.

- ADÁN ÁLVAREZ, G.** (1997a) La Comisión de Monumentos de Oviedo (1844-1978): génesis y desarrollo, en M. Díaz-Andreu y G. Mora (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional*, Málaga: 259-264.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.** (1997b) El Padrimoniū hēstoriku de Caravia (Asturies): el Castru de Caravia. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 3: 11-22.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.** (1999) La comisión de monumentos histórico y artístico de Asturias y su imbricación en los Museos Asturianos durante el siglo XIX y principios del XX (1844-1919): El Museo Arqueológico Provincial. *Boletín de la ANABAD*, 49(2): 175-204.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.** (2001a) La dieta y l'artesanía ósea nel pobláu de Cellagú (Llatores, Uviéu). Un castro de los siglos V e. C. al II d. C. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 11: 22-37.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.** (2001b) El servicio de Investigaciones Arqueológicas de Asturias (S.I.A.): F. Jordá Cerdá (1952-1964). *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 41 (1-2): 207-224.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. y CID LÓPEZ, R. M<sup>a</sup>** (1997) Nuevas aportaciones sobre el culto a Mitra en Hispania: la comunidad de San Juan de la Isla (Asturias). *Memorias de historia antigua*, 18: 257-298.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. E. y MARTÍNEZ FAEDO, L.** (1999) L'azáu d'apéndices llaterales de Piñera (L. Lena, Asturias). *Asturies, memoria encesa d'un país*, 7: 104-105.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. E., MARTÍNEZ FAEDO, L. y DÍAZ GARCÍA, F.** (1994) Limpieza estratigráfica del castro de Caravia (Caravia, Asturias): Reconstrucción arqueológica/histórica. *Zephyrus*, XLVII: 343-352.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. y otros** (2000) El Castru de San Chuis (Allande) más de milenta años d'ocupación nun pobláu protohestóricu del occidente asturianu. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 10: 4-25.
- AIRA RODRÍGUEZ, M. J. Y GUTIÁN OJEA, F.** (1985-86) Contribución al estudio de la Cultura Castreña gallega: análisis palinológico de los castros de Vixil y Penarrubia (Lugo). *Pontevedra Arqueológica*, 2: 191-200.
- AIRA RODRÍGUEZ, M. J. Y VÁZQUEZ VARELA, J. M.** (1985) Nuevos datos palinológicos sobre la agricultura prehistórica en Galicia (España). *Trabalhos de Antropología e Etnología* 25 (2-4): 242-252.
- AJA, E.** (1992) Balance polémico. La España de las Autonomías. *Extras de Historia de España. Historia 16*, 200: 51-60.
- AJA, J. R. y otros** (1999) *El poblamiento de montaña en el Sector Central de la cordillera Cantábrica (España). Fuentes escritas y arqueológicas. El ejemplo de la comarca de La Braña (Palencia)*. BAR-International Series, 759, Oxford.
- AJA SÁNCHEZ, J. R.; CISNEROS CUNCHILLOS, M.; Díez CASTILLO, A.; LÓPEZ NORIEGA, P.** (1999b) Aportaciones al estudio del poblamiento de un área de frontera en Cantabria: la comarca de La Braña (Palencia), en J. Iglesias y J. A. Muñiz (eds.) *Regio Cantabrorum*, Caja Cantabria, Santander: 157-166.
- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L.** (1974) El culto a los montes entre los Galaicos, Astures y Berones y algunas de las deidades más significativas. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6: 147-157.
- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L.** (1988) Sobre los "castella" del Noroeste Peninsular, en G. Pereira Menaut (dir. congr.), *Actas 1er. Congreso Peninsular de Historia Antigua. Santiago de Compostela, 1-5 julio 1986, Vol. 2*: 191-195.
- ALBIZURI Y CANADELL, S.** (2001) Estudio arqueozoológico de los mamíferos salvajes y domésticos de la Campa Torres (Gijón): estratos de los ss. II y I a.C., en J.L. Maya y F. Cuesta (eds.) *El Castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP Editorial, Xixón/Gijón: 317-347.
- ALCALDE CRESPO, G.; MARCOS ORTEGA, M. y SÁEZ HIDALGO, I.** (1986-87) El castro de los Barahones, Gama (Palencia). *Santuola*, 5: 71-80.
- ALCALDE CRESPO, G. y RINCÓN VILLA, R.** (1980) El conjunto funerario de Cueva Tino, la Horadada (Mave, Palencia). *Publicaciones del Instituto Tello Téllez de Meneses*, 42: 63-101.
- ALCORTA IRASTOZA, E. J.** (1991) Cerámica de cocina e mesa na Galicia romana a través dos achádegos de *Lucus Augusti*. *Larouco*, 1: 35-52.
- ALCORTA IRASTOZA, E. J.** (2005) Anotaciones a las primeras vasijas engobadas tempranas, sobre cerámicas indígenas de *Lucus Augusti*. *Boletín do Museo Provincial do Lugo*, 12(1): 15-40.
- ALMAGRO BASCH, M.** (1939-40) Bronces de la Meseta en el Museo Arqueológico de Barcelona. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 6: 47-56.
- ALMAGRO BASCH, M.** (1971) El ídolo de Noceda (León). *Trabajos de Prehistoria*, 28: 305-312.
- ALMAGRO BASCH, M.** (1972) Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo estela de Tabuyo del Monte (León). *Trabajos de Prehistoria*, 29: 83-124.
- ALMAGRO GORBEA, M.** (1972) La espada de Guadalajara y sus paralelos peninsulares. *Trabajos de Prehistoria*, 29: 55-82.
- ALMAGRO GORBEA, M.** (1992) El origen de los celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y celtas. *Polis*, 4: 5-31.
- ALMAGRO GORBEA, M.** (1993) La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el periodo protoorientalizante. *Complutum*, 4: 81-94.
- ALMAGRO GORBEA, M.** (1994) Urbanismo de la Hispania "Céltica". Castros y *oppida* del centro y occidente de la Península Ibérica. *Complutum Extra*, 4: 13-75.
- ALMAGRO GORBEA, M.** (1995) Secuencia cultural y etnogénesis del centro y NO de la península Ibérica.

XXII Congreso nacional de Arqueología, Vigo, 1993, Vol. I: 121-136.

**ALMAGRO GORBEA, M.** (1998) "Precolonización" y Cambio Socio-Cultural en el Bronce Atlántico, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*. Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 81-100.

**ALMAGRO GORBEA, M.** (2002) Urbanismo y Sociedad en la Hispania húmeda. En Blas Cortina, M. A. y Villa Valdés, A. (Eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 47-79.

**ALMAGRO GORBEA, M.** (2004) (ed.) *Prehistoria. Antigüedades Españolas I*, RAH (Catálogo del Gabinete de Antigüedades), Madrid.

**ALMAGRO GORBEA, M.** (2005-2006) Etnogénesis del País Vasco: de los antiguos mitos a la investigación actual. *Munibe (Antropología-Arqueología)*, 57(2): 345-364.

**ALMAGRO GORBEA, M.** (2006) Les febielles astures "de caballín". *Asturies, memoria encesa d'un país*, 21: 4-15.

**ALMAGRO GORBEA, M. y CARDITO, L. M<sup>a</sup>.** (2000) *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Castilla y León. Catálogo e Índices*, RAH, Madrid.

**ALMAGRO GORBEA, M. y DÁVILA, A. F.** (1995) El área superficial de los oppida en la Hispania "Céltica". *Complutum*, 6: 209-233.

**ALMAGRO GORBEA, M. y MOLTÓ, L.** (1992) Saunas en la Hispania prerromana. *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia antigua*, 5 (Ejemplar dedicado a Termalismo Antiguo): 67-102.

**ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G.** (Eds.). (1992) *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum Extra, 2. Madrid.

**ALMAGRO GORBEA, M. y TORRES, M.** (1999) *Las fibulas de jinete y caballito. Aproximación a las elites acuestres y su expansión por la Hispania céltica*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

**ALONSO LÓPEZ, J., CERDÁN, R. y FILLOY NIEVA, I.** (1999) *Nuevas técnicas metalúrgicas en armas de la II Edad del Hierro*. Diputación Foral de Álava, Vitoria.

**ALONSO MATTHIAS, F.** (2002) Fechas de Carbono 14 en los castros asturianos. En Blas Cortina, M. A. y Villa Valdés, A. (Eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 337-344.

**ALONSO, F. y RUBINOS, A.** (2002) Las aplicaciones del carbono-14, En L. Berrocal-Rangel; P. Martínez Seco y C. Ruiz Triviño, *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*, R. A. H., Madrid: 297-304.

**ALONSO RODRÍGUEZ, N.** (2008) Notas sobre el estudio del territorio del litoral del Cabu Peñes. La ensenada de Bañugues. Portus secundario, factoría de salazones o villae a mare, en C. Fernández Ochoa, C.,

V. García-Entero, y F. Gil Sendino (Eds.), *Las villae tardorromanas en el occidente del Imperio. Arquitectura y función*, Trea, Xixón/Gijón,: 545-550.

**ALONSO, N.** (1996) Els molins rotatius: origen i expansió en la Mediterrania occidental. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 6: 183-198.

**ALONSO SILIO, M<sup>a</sup> R. y otros** (1987) Inventario arqueológico de la provincia de Palencia. *Actas del 1er Congreso de Historia de Palencia*. Diputación Provincial de Palencia.

**ALTUNA, J.** (1992) Asociaciones de macromamíferos del pleistoceno superior en el Pirineo occidental y el cantábrico, en A. Cearreta y F. M. Ugarte (eds.), *The late Quaternary in western Pyrenean region*. Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao: 15-28.

**ÁLVAREZ ALBA, M<sup>a</sup> D. y FERNÁNDEZ MIER, M.** (1996) Los demontres del ouru n' Asturias. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 1: 66-73.

**ÁLVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARONDO, C. L.** (1987) *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el valle Alto y Medio del Ebro*, Historia 8, Logroño.

**ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y.** (1993) Arqueología del paisaje: modelos de ocupación y explotación de los castros del valle de Noceda (León). *Complutum*, 4: 265-278.

**ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y.; LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F. y LÓPEZ MARCOS, M. A.** (2005) Recuperación e posta en valor do conxunto arqueolóxico dos Castros de Neixón, en X. Ayán (coord.) *Os castros de Neixón. Boiro, A Coruña, Toxosoutos, Noia*: 93-123.

**ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y.; LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F. y LÓPEZ MARCOS, M. A.** (2006) La secuencia cultural en el castro de Vilela (Taboada, Lugo). *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 119: 7-29.

**ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.** (2010) *La Arqueología en Asturias a finales del siglo XIX a partir de los diarios de Sebastián de Soto Cortés*. Trabajo de Tercer Ciclo inédito, Departamento de Historia, Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Oviedo.

**ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.; EXPÓSITO MANGAS, D. y GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.** (2007) Los castros del Concejo de Salas. *Salas en el Camino*, 3: 16-26.

**ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.; MENÉNDEZ BLANCO, A. y JIMÉNEZ CHAPARRO, J. I.** (e.p.) Percepciones míticas y pautas de comportamiento en torno a los espacios megalíticos de montaña. Un caso de estudio: "La Carreiriega de los Gallegos" (Ayande, Asturias), *Actas del JLA 2009*, celebrado entre los días 6-8 de mayo de 2009 en la facultad de Geografía e Historia de la UCM.

**ÁLVAREZ MERAYO, I. A.** (2009) Sondaxes arqueolóxicas no castro da Ourela, S. Xurxo-Augas Santas, Pals de Rei (Lugo), en *Actuacións arqueolóxicas*.

Año 2007, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 58-59.

**ÁLVAREZ NÚÑEZ, A.** (1986a) *Informe de la excavación arqueológica realizada en el castro de Penalba (Campo Lameiro –Pontevedra), en el año 1985. 4ª campaña.* Informe inédito depositado en el Servicio de Arqueología de la Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.

**ÁLVAREZ NÚÑEZ, A.** (1986b) *Castro de Penalba. Campaña 1983.* Arqueología/Memorias, 4. Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.

**ÁLVAREZ NÚÑEZ, A.** (1992) Castro de Barán 91. (Informe de la primera intervención arqueológica). *Boletín do Museo Municipal de Lugo*, 5: 153-178.

**ÁLVAREZ NÚÑEZ, A.** (1993-94) Castro de Barán 92. (Informe de la segunda intervención arqueológica). *Boletín do Museo Municipal de Lugo*, 6: 199-223.

**ÁLVAREZ NÚÑEZ, A.** (1995-96a) Castro da Torre (Sobredo, O Caurel). Informe de la intervención arqueológica de 1993. *Boletín do Museo Municipal de Lugo*, 7(2): 9-32.

**ÁLVAREZ NÚÑEZ, A.** (1995-96b) Castro de Barán 93. (Informe de la intervención arqueológica). *Boletín do Museo Municipal de Lugo*, 7(2): 33-63.

**ÁLVAREZ PEÑA, A.** (1996) La Muyer Sierpe. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 1: 45-50.

**ÁLVAREZ PEÑA, A.** (2002a) El castru de la "Punta'l Castiello". Podes (Gozón). *Asturies, memoria encesa d'un país*, 13: 20-25.

**ÁLVAREZ PEÑA, A.** (2002b) *Celtas en Asturias*, Picu Urriellu, Xixón.

**ÁLVAREZ PEÑA, A.** (2003) *Mitología Asturiana*, Picu Urriellu, Xixón.

**ÁLVAREZ PEÑA, A.** (2006) Hachu neolítico atopáu nel Castru les Pedreres. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 22: 96.

**ÁLVAREZ PEÑA, A.** (2007) Mitos y folklores de las cuevas asturianas, en A. Fanjul Peraza (coord.) *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Tevera (Asturias)*. I.E.P.A., Santander: 217-224.

**ÁLVAREZ PEÑA, A.** (2007b) Arqueología y tradición oral asturiana, en A. Fanjul Peraza (coord.) *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Tevera (Asturias)*. I.E.P.A., Santander: 225-235.

**ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R.** (2003) *Los Vettones*, RAH, Madrid.

**ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R. y ALMAGRO GORBEA, M.** (1993) La 'Sauna' de Ulaca: Saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico. *Cuadernos de arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 177-254.

**ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. y RUIZ ZAPATERO, G.** (2002) Vettones, etnicidad y cultura material, en M. Molinos y A. Zifferero (eds.), *Primi popoli d'Europa. Proposte e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa mediterranea*, Firenze.

**ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R., MARÍN SUÁREZ,**

**C., FALQUINA APARICIO, A. y RUIZ ZAPATERO, G.** (2008) El "oppidum" vettón de Ulaca (Solosancho, Avila) y su necrópolis. *Zona arqueológica. Arqueología Vettona: La meseta occidental en la edad del hierro*, 12: 338-363.

**ÁLVAREZ SANTOS, J.A.** (2005) *La "Terra sigillata" en Cantabria: fondos del Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria y del Museo Arqueológico Nacional*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

**ÁLVAREZ SEVILLA, A.** (1997) Les Races Autóctones: resclavos so'l orixe de los Ástures. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 4: 47-55.

**ÁLVAREZ SEVILLA, A.** (2004) El gochu celta. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 17: 72-81.

**ALZOLA ROMERO, A.** (2005) ¿Colonizadores colonizados? Acercamientos teóricos recientes al papel fenicio en el Sur de la Península Ibérica, en A. Blanco, C. Cancelo y A. Esparza (eds.) *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de jóvenes investigadores*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca: 469-478.

**ARAMBURU, C. y BASTIDA F.** (1995) *Geología de Asturias*, Xixón/Gijón.

**ARAMBURU, C.; MÉNDEZ-BEDÍA, I.; ARBIZU, M. y GARCÍA-LÓPEZ, S.** (2004) La zona cantábrica: estratigrafía. La secuencia preorogénica, en J. A. Vera (ed.), *Geología de España. Sociedad Geológica de España*, MEC, Madrid: 27-33.

**ARBIZU, M., ALLER, J. y MÉNDEZ-BEDÍA I.** (1995) Rasgos geológicos de la región del Cabo Peñas, en C. Aramburu y F. Bastida (eds.) *Geología de Asturias*. Ediciones Trea, Xixón/Gijón: 231-246.

**ARGENTE OLIVER, J. L.** (1986-1987) Hacia una clasificación tipológica y cronológica de las fíbulas de la Edad del Hierro en la meseta norte. *Zephyrus*, 39-40: 139-157.

**ARGÜELLES, M. y otros** (1981) *Naturaleza y vida en los Picos de Europa*, INCAFO.

**ARGÜELLO MENÉNDEZ, J.** (1996) *Artesanos e industria artesanal del país asturiano en la Edad Media*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Oviedo.

**ARIAS CABAL, P.** (1986) La cerámica prehistórica del abrigo de Cueto de la Mina. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 119: 805-831.

**ARIAS CABAL, P.** (1987) Toponimia n'asturianu y yacimientos arqueológicos: El caso de Peña Tú. *Fueyes dixebraes de Lletres Asturianas*, 26: 41-51.

**ARIAS CABAL, P.** (2007) Prólogo, en R. Barroso Bermejo, J. Camino Mayor, P. Bueno Ramírez y R. de Balbín Behrmann, *Fuentenegroso: Un enterramiento del I milenio a.C. en la sierra del Cuera, Asturias*. Cajastur, Uviéu/Oviedo.

**ARIAS, P. y ARMENDÁRIZ, A.** (1998) Aproximación a la Edad del Bronce en la región cantábrica, en R. Fábregas (ed.), *A Idade do Bronce en Galicia: novas perspectivas*, Sada-A Coruña: 47-80.

**ARIAS, P. y ARMENDÁRIZ, A.** (e.p.) Las

- sociedades indígenas del I milenio a.C. La Cantabria del Bronce Final y la Edad del Hierro. *Historia de Cantabria. Prehistoria*, El Diario Montañés: 65-72.
- ARIAS, P. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1999) El Bronce Final en el territorio de los antiguos cántabros, J. M. Iglesias Gil y J. A. Muñiz Castro (eds.) *Regio Cantabrorum*, Caja Cantabria, Santander. 1-10.
- ARIAS, P.; GONZÁLEZ, C.; MOURE, A. y ONTAÑÓN, R.** (1999) *La Garma. Un descenso al pasado*, Consejería de Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria, Universidad del Cantabria.
- ARIAS, P.; MARTINEZ, A. Y PEREZ, C.** (1986) La cueva sepulcral de Trespando (Corao, Cangas de Onís, Asturias). *BIDEA*, 120: 1259-1289.
- ARIAS, P. y ONTAÑÓN, R.** (1999) Excavaciones arqueológicas en la Cueva de Arangas (1995-98). Las ocupaciones de la Edad del Bronce. *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*, 4: 75-88.
- ARIAS, P. y ONTAÑÓN, R.** (2000) Sondeos arqueológicos en yacimientos en cueva del municipio de Entrambasaguas. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 237-239.
- ARIAS, P.; ONTAÑÓN, R.; CEPEDA, J. J. y CUETO, M.** (e.p.) El problema de los inicios de la Edad del Hierro en el sector central de la región cantábrica. Algunas aportaciones del castro del Alto de La Garma (Omoño, Cantabria). *Actas del II Congreso de Arqueología en la cuenca del Navia. La génesis del hábitat fortificado en el norte peninsular: Los castros en el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro*, Ayuntamineto de Navia, Navia.
- ARIAS, P., PÉREZ, C. y TEIRA, L. C.** (1995) Nuevas evidencias acerca del megalitismo de la región de los Picos de Europa. *Férvedes*, 2: 35-58.
- ARIAS, P., PÉREZ, C. Y TREVIN, I.** (1986) Las cerámicas de la Cueva de la Zorra (Purón, Llanes). *B.I.D.E.A.* 117: 235-241.
- ARIAS VILAS, F.** (1979) El castro de Penarrubia (Lugo) y la novedad de su datación por C-14, en *XV Congreso nacional de Arqueología, Lugo, 1977*, Zaragoza: 613-622.
- ARIAS VILAS, F.** (1983) Novos materiais arqueoloxicos do castro de Viladonga no Museo de Lugo. *Boletín del Museo Provincial de Lugo*, 1: 203-205.
- ARIAS VILAS, F.** (1990-91) Achado dunha conreira no castro de Viladonga (Lugo). *Boletín Auriense*, 20-21: 105-117.
- ARIAS VILAS, F.** (2002) Las fases de la Cultura Castreña en Galicia: un debate abierto, en de M.A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia, Ayuntamiento de Navia: 127-137.
- ARIZAGA CASTRO, A. Y AYÁN VILA, X. M.** (2007) Etnoarqueología del paisaje castreño: La segunda vida de los castros, en F.J. González García (coord.) *Los pueblos de la Galicia celta*, Akal, Madrid: 445-531.
- ARMADA PITA, L.** (2003) Los calderos del Castro de A Peneda (Redondela, Pontevedra): datos y argumentos para una revaloración. *Gallaecia*, 22: 103-142.
- ARMADA PITA, X. L.** (2005) Los celtas ante la arqueología del mañana: ideas y perspectivas desde Galicia. *Complutum*, 16: 175-181.
- ARMADA PITA, X. L.** (2008) ¿Carne, drogas o alcohol?: calderos y banquetes en el bronce final de la Península Ibérica. *Cuadernos de prehistoria y arqueología de la Universidad de Granada*, 18: 125-162.
- ARMBRUSTER, B. y PEREA, A.** (2000) Macizo / hueco, soldado / fundido, morfología / tecnología: El ámbito tecnológico castreño a través de los torques con remates de doble escocia. *Trabajos de Prehistoria*, 57:97-114.
- ARMIT, I.** (1990) Epilogue: The Atlantic Scottish Iron Age, en I. Armit (ed.), *Beyond the brochs: changing perspectives on the Later Iron Age in Atlantic Scotland*: 194-222.
- ARMENDÁRIZ, A.** (1990) Las cuevas sepulcrales en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42: 153-160.
- AURA TORTOSA, J. E.** (13/9/2004) Francisco Jordá Cerdá, catedrático de Arqueología y Prehistoriador. *El País*.
- AYÁN VILA, X. M.** (2001) *Arqueotectura: La vivienda castreña. Propuesta de reconstrucción en el castro de Elviña*, TAPA 23, LAFC, USC, Santiago de Compostela.
- AYÁN VILA, X.** (2005a) Os castros despois dos castros: un espazo simbólico na paisaxe rural tradicional galega, en P. Ballesteros (coord.) *Encontros coa etnografía*, Toxosoutos, Noia: 63-136.
- AYÁN VILA, X. M.** (2005b) Arquitectura doméstica y construcción del espacio social en la Edad del Hierro del NW, en A. Blanco, C. Cancelo y A. Esparza (eds.) *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de jóvenes investigadores*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca: 34-54.
- AYÁN VILA, X. M.** (2005c) (coord.) *Os Castros de Neixón*. Boiro, A Coruña, Ed Toxosoutos (Serie Keltia), Noia.
- AYÁN VILA, X. M.** (2008) A Round Iron Age: The Circular House in the Hillforts of the Northwestern Iberian Peninsula. *E-Keltoi. Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6. The celts in Iberian Península: 903-1003  
[<http://www.uwm.edu/Dept/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/index.html>].
- AYÁN VILA, X. M.** (2008b) Oa Castros de Neixón: de espazo natural a paisaxe cultural, en X. A. Ayán Vila (coord.) *Os Castros de Neixón II.*, Ed Toxosoutos (Serie Keltia), Noia: 403-425.
- AYÁN VILA, X. M. y ARIZAGA CASTRO, A. R.** (2005) Os castros de Neixón como espazo simbólico na paisaxe rural tradicional (notas etnográficas e reflexións sociais), en X. A. Ayán Vila (coord.) *Os Castros de Neixón*. Boiro, A Coruña, Ed Toxosoutos

(Serie Keltia), Noia: 291-327.

**AYÁN VILA, X.M. y otros** (2007) Un espacio monumental de la Segunda Edad del Hierro: el acceso SE al recinto superior de O Castro Grande de Neixón (Boiro, A Coruña), en A. Fanjul Peraza (coord.) *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A., Santander: 189-209.

**AYÁN VILA, X. M. y otros** (2008a) Excavación arqueológica no Castro Grande de Neixón: campaña 2006. Síntese de resultados, en X.M. Ayán Vila (coord.) *Os Castros de Neixón II*, Toxosoutos (Serie Keltia), Noia: 99-139.

**AYÁN VILA, X. M. y otros** (2008b) Excavación arqueológica no Castro Grande de Neixón: campaña 2005. Síntese de resultados, en X.M. Ayán Vila (coord.) *Os Castros de Neixón II*, Toxosoutos (Serie Keltia), Noia: 143-191.

**AZEVEDO NETTO, C. X.** (2005) A informação da arte rupestre. Un problema de discurso, en M. Santos Estévez y a. Troncoso Meléndez (coord.) *Reflexiones sobre arte rupestre, paisaje, forma y contenido*, TAPA 38, Santiago de Compostela: 17-27.

**BALFET, H.** (1965) Ethnographical observations in North Africa and archaeological interpretation, en F. R. Matson (ed.), *Ceramics and man*, Viking Fund Publications in Anthropology 41, Wenner-Gren Foundation, Nueva York: 161-177.

**BARBERO, A. y VIGIL, M.** (1979a) *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Crítica, Barcelona.

**BARBERO, A. y VIGIL, M.** (1979b) *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Ariel, Barcelona.

**BARLEY, N.** (2000) *Bailando sobre la tumba: encuentros con la muerte*, Anagrama, Barcelona.

**BARNES, B.** (1980) Sobre la recepción de las creencias científicas, en VV.AA., *Estudios sobre Sociología de la Ciencia*, Alianza Universidad, Madrid: 262-283.

**BARREIRO FERNÁNDEZ, X. R.** (1993) A Historia da Historia. Aproximación a unha historiografía galega: De Murguía a Risco. En Beramendi, J. G. (coord.), *Galicia e a Historiografía*, Tórculo Edicións, A Coruña: 183-209.

**BARRET, J. C.** (1988) Fields of discourse: reconstituting a social Archaeology. *Critique of Anthropology*, 7, 4: 5-16.

**BARRETT, J. C.** (1989) Food, gender and metal: questions of social reproduction, en M.L.S. Sorensen y R. Thomas (eds.) *The Bronze/Iron age transition in Europe*. BAR, International Series, N° 483: 304-320.

**BARRET, J. C.** (1989) Time and tradition: the ritual of everyday life, en H-A. Nordström y A. Knape (eds.) *Bronze Age studien: Transactions of British-Skandinavian colloquium in Stocholm. May 10-11 1985*. Stokcholm Historiska Museum Studies n° 5: 113-126.

**BARRETT, J. C.** (2001) Agency, the duality of structure, and the problem of the archaeological record, en I. Hodder (ed.), *Archaeological theory today*, Blackwell Publishers Ltd. y Polity Press, Malden, MA:

141-161.

**BARRIENTOS, J.** (1934-35) La estación arqueológica del Cerro de San Pelayo, en Castromochó. *BSAA*, 3: 411-413.

**BARRIL VICENTE, M.** (1995) El castro de los Barahones (Valdegama, Palencia). Un poblado en el alto valle del Pisuerga, en F. Burillo Mozota (ed.), *Poblamiento Celtibérico III. Simposio sobre los celtiberos. 1991, Daroca, Zaragoza*: 399-408.

**BARRIO ALONSO, M<sup>a</sup> A. y SUÁREZ CORTINA, M.** (1989) Asturias, en J. P. Fusi Aizpúrua (dir.), *España. Autonomías*, Espasa-Calpe, Madrid: 123-166.

**BARROSO BERMEJO, R.; CAMINO, J.; BUENO, P. y DE BALBÍN, R.** (2007) El enterramiento de Fuentenegroso, Preñamellera Alta, Asturias. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 259-266.

**BEJEGA GARCÍA, V. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C.** (2008) O aproveitamento dos recursos mariños no Castro Grande de Neixón, en X.M. Ayán Vila (coord.) *Os Castros de Neixón II*, Toxosoutos-Serie Keltia, Noia: 195-222.

**BELLIDO BLANCO, A.** (1996) *Los campos de hoyos. Inicios de la economía agrícola en la Submeseta Norte*, Studia Archaeologica, 85, Valladolid.

**BENÉITEZ GONZÁLEZ, C., HEVIA GONZÁLEZ, S. Y MONTES LÓPEZ, R.** (1999) Cerámica común romana del Chao Samartín (Grandas de Salime-Asturias). I. Vajilla de mesa y despensa. *Lancia*, 3:11-48.

**BENTLEY, G. C.** (1987) Ethnicity and Practice. *Comparative Studies in Society and History*, 29(1): 24-55.

**BERGADÁ, M.** (2001) Análisis micromorfológico de la secuencia estratigráfica del yacimiento de la Campa Torres (Gijón, Asturias). Resultados preliminares, en J.L. Maya y F. Cuesta (eds.) *El Castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP Editorial, Xixón/Gijón: 279-287.

**BERMEJO BARRERA, J. C.** (1994) *Mitología y mitos en la Galicia prerromana*, I., Akal, Madrid.

**BERMEJO BARRERA, J. C.** (1996) Las fuentes literarias y la Historia Antigua de los pueblos del Noroeste de la Península Ibérica, en C. Fernández Ochoa (coord.), *Actas del Coloquio Internacional Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, Xixón/Gijón: 21-25.

**BERMEJO BARRERA, J. C.** (2002) ¿Qué debo recordar? Los historiadores y la configuración de la memoria. *Memoria y civilización: Anuario de Historia de la Universidad de Navarra*, 5: 191-218.

**BERNUS, S. y ECHARD, N.** (1985) Metal working in the Agadez Region (Niger): an ethno-archaeological approach", en P. T. Craddock y M. J. Hughes (eds.), *Furnaces and smelting technology in Antiquity*. British Museum, Occasional Papers, 48: 71-80.

**BERROCAL RANGEL, L.; MARTÍNEZ-SECO, P. y RUIZ TRIVIÑO, C.** (2002a) Cuestiones de



- Metodología instrumental en Arqueología de Castros. El Proyecto "Llagú" (Latores, Oviedo), en M. A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 317-336.
- BERROCAL RANGEL, L.; MARTÍNEZ SECO, P. y RUIZ TRIVIÑO, C.** (2002b) *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*, RAH, Madrid.
- BERROCAL RANGEL, L. y MORET, P.** (2007) Las fortificaciones protohistóricas de la *Hispania* céltica. Cuestiones a debate, en L. Berrocal Rangel y P. Moret (eds.), *Paisajes Fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*, RAH, Madrid: 15-33.
- BETTENCOURT, A. M. S.** (1995) Dos inícios aos finais da Idade do Bronze no Norte de Portugal. *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, Lisboa: 110-115.
- BETTENCOURT, A. M. S.** (1998) O conceito de Bronze Atlántico na Península Ibérica, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlántica*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 18-39.
- BETTENCOURT, A. M. S.** (2000a) O vale do Cávado dos finais do III milénio aos meados do I milénio AC: sequências cronológico-culturais. *Actas do III Congresso Peninsular de Arqueologia IV*, Vila Real: 79-93.
- BETTENCOURT, A. M. S.** (2001) O povoado da Santinha, Amares, Norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronze. *Cadernos de Arqueologia Monografias*, 12. Braga: Universidade do Minho.
- BINFORD, L.R.** (1992) *En busca del pasado*, Crítica, Barcelona.
- BLANCO, L.** (2010) Cultura ve indicios de la existencia de una villa romana junto al osario de Argandenes. *La Nueva España*, 8/12/2010.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1973) Las hachas planas de bronce de Figares y Santianes. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 79: 403-409.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1974) Los grabados rupestres del Picu Berrubia. *Ampurias*, 36: 63-86.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1975a) Un probable depósito del Bronce Final en Pruneda (Asturias). *Santuola*, 1: 135-147.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1975b) Un interesante molde para fundir hachas de cubo y anillas, en *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 507-513.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1977) Notas sobre el conjunto tumular de el valle, Cabruñana (Grado). *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 93-94: 323-333.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1980) El depósito de la Edad del Bronce de Gamonedo. *Zephyrus*, 30-31: 103-128.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1981) Los túmulos de Silvota de Bobes y Altu la Mayá. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12: 11-42.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1981b) Excavaciones arqueológicas en el castro de Larón. *Entrambasaguas*, 4.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1983) *La prehistoria reciente en Asturias*, Fundación Pública de Cuevas y yacimientos prehistóricos, Uviéu/Oviedo.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1984-85) El molde del Castro Leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares. *Zephyrus*, 37-38: 277-296.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1987a) Los primeros testimonios metalúrgicos en la fachada atlántica septentrional de la Península Ibérica. *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica II*, Fundación José Ortega y Gasset, Madrid: 66-96.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1987b) La ocupación megalítica en el borde costero cantábrico: el caso particular del sector asturiano. *El megalitismo en la Península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid: 127-141.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1990) Pastores, agricultores y metalúrgicos. El Neolítico y la Edad del Bronce. *Historia de Asturias, tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 101-120.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1996) La primera minería metálica del N peninsular: las indicaciones del C-14 y la cronología prehistórica de las explotaciones cupríferas del Aramo y El Milagro. *Complutum Extra*, 6 (1): 217-226.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1997a) Megalitos en la región cantábrica: una visión de conjunto, en A. Rodríguez (ed.), *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo*, Santiago de Compostela: 311-334.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1997b) El arte megalítico en el territorio cantábrico: un fenómeno entre la nitidez y la ambigüedad. *Brigantium*, 10: 69- 89.
- BLAS CORTINA, M.A. DE** (1999a) Asturias y Cantabria, en G. Delibes de Castro e I. Montero (coords.) *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II. Estudios regionales*, Fundación Ortega y Gasset, Madrid: 41-62.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (1999b) La fuente de Frieras: ¿un lugar de culto prehistórico a las aguas? *Bedoniana*, 1: 67-73.
- BLAS CORTINA, M. A. DE** (2002) El primer esbozo de la geografía castreña de Asturias: el profesor José Manuel González y su contribución fundamental entre 1948 y 1973, en Blas Cortina, M. A. y Villa Valdés, A. (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 19-37.
- BLAS CORTINA, M. DE** (2003) Estelas con armas: arte rupestre y paleometalurgia en el Norte de la Península Ibérica, en *El arte prehistórico desde los inicios del s. XXI. Primer simposium internacional de arte prehistórico de Ribadesella*, RIDEA: 391-417.
- BLAS CORTINA, M. DE** (2003b) La mina como ámbito infraterreno y el cadáver como ofrenda ritual: a

propósito de los esqueletos humanos hallados en las explotaciones cupríferas del Aramo, en J. Fernández Manzano y J. Ignacio Herrán Martínez (coords.), *Mineros y fundidores en el inicio de la Edad de los Metales: el midi francés y el norte de la Península Ibérica*: 32-48.

**BLAS CORTINA, M. A. DE** (2004) El jarro litúrgico de tipo visigodo de "Galacieso" y la amina de cobre de El Milagro. *Sulcum sevit. Estudios en homenaje a Eloy Benito Ruano*, Universidad de Oviedo, Uviéu/Oviedo: 49-67.

**BLAS CORTINA, M. Á. DE** (2005) Recursos faunísticos y minería prehistórica del Cobre: la utilidad de los cérvidos en las explotaciones de Asturias, en N.F. Bicho (ed.), *Animais na Pre-história e Arqueologia da Península Ibérica. Actas do IV Congresso de Arqueologia península (Faro 14-19 de Setembro de 2004)*, Universidade do Algarve, Faro: 69-79.

**BLAS CORTINA, M. Á. DE** (2006) Túmulos prehistóricos en Las Regueras: de su descubrimiento por José Manuel González a las excavaciones de los años ochenta, en *Estudios ofrecidos a José Manuel González en el centenario de su nacimiento*, Asociación Cultural La Piedriquina, Las Regueras: 47-55.

**BLAS CORTINA, M. A. DE** (2007) Fechas radiocarbónicas AMS de restos humanos de las minas de cobre de El Aramo. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 117-121.

**BLAS CORTINA, M. Á. DE** (2007-2008) Minería prehistórica del cobre en el reborde septentrional de los picos de Europa: las olvidadas labores de "El Milagro" (Onís, Asturias). *Veleia*, 24-25: 723-754.

**BLAS CORTINA, M. A. DE** (2009) Los calderos de Lois (León) y Cabárceno (Cantabria) y su paradero subterráneo: ¿azar u oblación a la tierra?, en *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica, Estudios y Catálogos 17*, Museo de León: 238-256.

**BLAS CORTINA, M. A. DE** (2010) El expolio del subsuelo y las prácticas rituales en la minería prehistórica: a propósito del hallazgo de esqueletos humanos en las explotaciones de cobre en Asturias, en J.A. Fernández-Tresguerres (coord.) *Cobre y Oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*, RIDEA, Uviéu/Oviedo: 127-169.

**BLAS CORTINA, M. A. DE y CARROCERA E.** (1985) La Cova del Demo (Boal). Una estación rupestre de arte esquemático en el occidente asturiano. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 51: 47-81.

**BLAS CORTINA, M. A. DE y FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1992) Asturias y Cantabria en el primer milenio antes de Cristo. *Complutum Extra, Paleoetnología de la Península Ibérica*: 399-416.

**BLAS CORTINA, M. A. DE y MAYA, J. L.** (1974) Hachas pulimentadas en castros asturianos. *B.I.D.E.A.*, 81: 191-216.

**BLAS CORTINA, M. Á. DE y SUÁREZ FERNÁNDEZ, M.** (2009) Investigaciones arqueológicas de 2005 y 2006 en las minas de cobre

prehistóricas de la Sierra del Aramo, Texéu (Riosa). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 6: 421-434.

**BLAS CORTINA, M. Á. DE y SUÁREZ FERNÁNDEZ, M.** (2009b) Utilaje faunístico inédito de las labores de cobre prehistóricas de La Profunda (León) y su datación C14 (AMS). *Zephyrus*, 64: 5-18.

**BLAS CORTINA, M. Á. DE y SUÁREZ FERNÁNDEZ, M.** (2010) La minería subterránea del cobre en Asturias: un capítulo esencial en la Prehistoria reciente del norte de España, en J.A. Fernández-Tresguerres (ed.), *Cobre y Oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Uviéu/Oviedo: 43-82.

**BLAS CORTINA, M. A. DE y VILLA VALDÉS, A.** (2009) La presencia no accidental de un hacha de talón en un fondo de hogar en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), en *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica, Estudios y Catálogos 17*, Museo de León: 280-289.

**BOBES, M. C.** (1960) La Toponimia romana en Asturias. *Emerita*, 28: 241-284.

**BOBES, M. C.** (1961) La Toponimia romana de Asturias (continuación). *Emerita*, 29: 1-52.

**BOEHM, C.** (1993) Egalitarian behavior and reverse dominance hierarchy. *Current Anthropology*, 34(3): 227-254.

**BOHIGAS ROLDÁN, R.** (1986-87) La Edad del Hierro en Cantabria. Estado de la cuestión. *Zephyrus*, 39-40: 119-138.

**BOHIGAS ROLDÁN, R.** (2000) Prospecciones arqueológicas en la Cueva Cofiar o de los Trillos (Macizo del Hornijo, Soba). *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 151.

**BOHIGAS, R.; MOLINERO, J. T. y MUÑOZ, E.** (1992) Los materiales de Cueva Cofiar o de Los trillos (Hoyo Masayo, Sierra del Hornijo, Soba), en *Actas del V Congreso español de Espeleología. Camargo-Santander. 1-4 de noviembre de 1990*, Santander: 229-241.

**BOHIGAS ROLDÁN, R. y UNZUETA PORTILLA, M.** (2000) Estudio de la Edad del Hierro en Cantabria oriental. Excavación del castro de la Peña de Sámano (Sámano, Castro Urdiales). *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 323-325.

**BOHIGAS ROLDÁN, R. y UNZUETA PORTILLA, M.** (2009) Las investigaciones arqueológicas en el oppidum de la Peña de Sámano (2000-2005), en A. Llanos Ortiz de Landaluze (coord.), *Medio siglo de arqueología en el Cantábrico Oriental y su Entorno: actas del Congreso Internacional*: 977-992.

**BOLADO DEL CASTILLO, R. y FERNÁNDEZ VEGA, P. A.** (2010) Castro de Las Rabas, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las*

- guerras con Roma. *Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 403-428.
- BOURDIEU, P.** (1977) *Outline of a theory of the practice*, Cambridge University Press, Cambridge.
- BOURDIEU, P.** (1994) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Gedisa, Barcelona.
- BOURDIEU, P.** (1999a) El campo científico, en P. Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires: 75-110.
- BOURDIEU, P.** (1999b) La causa de la ciencia. Cómo la historia social de las ciencias sociales puede servir al progreso de estas ciencias, en P. Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires: 111-127.
- BOURDIEU, P.** (2000) *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
- BOURDIEU, P.** (2002) *Pensamiento y acción*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- BOUZA BREY, F.** (1963) Noticias históricas de la villa de La Caridad y otras cédulas arqueológicas del occidente. *B.I.D.E.A.*, 48: 46-49.
- BRADLEY, R.** (1988) Hoarding, recycling and the consumption of prehistoric metalworking: technological change in western Europe. *World Archaeology*, 20(20): 249-260.
- BRADLEY, R.** (1990) *The Passage of Arms. An anthropological analysis of Prehistoric hoards and native deposits*, Cambridge University Press, Cambridge.
- BRADLEY, R.** (1991) The pattern of change in British prehistory, en T. Earle (ed.), *Chieftdoms: power, economy and ideology*, Cambridge University Press, Cambridge: 44-70.
- BRADLEY, R.** (1997) *Rock art and the prehistory of Atlantic Europe: signing the land*, Routledge, Londres.
- BRADLEY, R.** (1998) *The significance of monuments. On shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*, Routledge, London.
- BRADLEY, R.** (2000) *An Archaeology of Natural Places*, Routledge, London.
- BRADLEY, R.** (2004) Life Less Ordinary: the Ritualization of the Domestic Sphere in Later Prehistoric Europe. *Cambridge Archaeological Journal*, 13: 5-23.
- BRADLEY, R., CRIADO, F. y FÁBREGAS VALCARCE, R.** (1994) Los petroglifos como forma de apropiación del espacio; algunos ejemplos gallegos. *Trabajos de Prehistoria*, 51(2): 159-168.
- BRADLEY, R. y FÁBREGAS VALCARCE, R.** (1999) La "ley de la frontera": grupos rupestres galaico y esquemático y Prehistoria del Noroeste de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 56 (1): 103-114.
- BRAÑAS ABAD, R.** (2000) *Deuses, héroes e lugares sagrados na Galicia Castrexa*, Sotelo Blanco, Santiago de Compostela.
- BRAÑAS ABAD, R.** (2005) Arqueología versus sentido común. *Complutum*, 16: 156-170.
- BROOKS, A. y YELLEN, J.** (1987) The preservation of activity areas in the archaeological record: ethnoarchaeological and archaeological work in Northwest Ngamiland, Botswana, en S. Kent (ed.), *Method and Theory Activity Area Research*, Columbia University Press, Nueva York: 63-106.
- BRÜCK, J.** (1995) A place for the dead: the role of human remain in Late Bronze Age Britain. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 61: 245-277.
- BRUGOS, V.** (1995) *Conceyu Bable: venti años*, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo.
- BRUN, P.** (1998) Le complexe culturel atlantique: entre le cristal et la fumée, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 40-52.
- BRUN, P., AUBRY, F., GIRAUD, F. Y LEPAGE, S.** (1997) Dépôts et frontières au Bronze Final en France. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 63: 97-114.
- BUENO RAMÍREZ, P.** (1983) Estatuas-menhir y armas en el norte de la Península Ibérica. *Zephyrus*, 36: 153-158.
- BUENO RAMÍREZ, P., BALBÍN BEHRMANN, R. y BARROSO BERMEJO, R.** (2005) Hiérarchisation et métallurgie: statues armées dans la Péninsule Iberique. *L'anthropologie*, 109: 577-640.
- BUENO RAMÍREZ, P., BALBÍN BEHRMANN, R. y GONZÁLEZ CORDERO, A.** (2001) El arte megalítico como evidencia de culto a los antepasados. A propósito del dolmen de La Coraja (Cáceres). *Cuadernos de prehistoria y arqueología castellonenses*, 22: 47-72.
- BUENO RAMÍREZ, P. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M.** (1981) El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias). *Altamira Symposium*: 451-467.
- BURILLO MOZOTA, F. y ORTEGA ORTEGA, J. M.** (1999) El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.): algunas consideraciones acerca del concepto de "ruptura", en J.A. Arenas Esteban y M<sup>a</sup>V. Palacios Tamayo (coords.), *El origen del mundo celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico. Molina de Aragón, 1-3 de octubre de 1998*, Ayto. Molina de Aragón: 123-142.
- BURJACHS I CASAS, F.** (2001) Informe del análisis polínico del yacimiento arqueológico de La Campa Torres (Asturias), en J.L. Maya y F. Cuesta (eds.), *El castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP editorial, Xixón/Gijón: 297-305.
- BURKE, P.** (2007) *Historia y Teoría Social*, Amorrortu, Buenos Aires.
- BUTLER, J.** (2003) Críticamente subversiva, en R.M. Mérida Jiménez (ed.), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*, Icaria, Mujeres y Cultura: 55-80.

- BUXÓ, R. y ECHAVE, C.** (2001a) Estudio de los restos paleocarpológicos del yacimiento de la Campa Torres, en J.L. Maya y F. Cuesta (eds.), *El castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP editorial, Xixón/Gijón: 307-310.
- BUXÓ, R. y ECHAVE, C.** (2001b) Análisis de una nueva muestra de semillas procedente del yacimiento de la Campa Torres, en J.L. Maya y F. Cuesta (eds.) *El castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP editorial, Xixón/Gijón: 311.
- CABRERA TILVE, I.** (2009) Escavación en área nunha parcela en solo urbano, no xacemento Punta Atalaia, no contorno da rúa do faro de San Cibrao, Cervo. *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 156-157.
- CAEAP** (2003) Las investigaciones del CAEAP y su aportación a la arqueología de Cantabria (1978-2003), en VV.AA. *CAEAP. 25 años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria*, Santander: 15-37.
- CALO LOURIDO, F.** (1993) A Cultura castrexa, en *Historia de Galicia*, 3. Edicions A Nosa Terra, Vigo.
- CALO LOURIDO, F.** (1994) *A plástica da cultura castrexa galego-portuguesa*. 2 vols. Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, Catalogación Arqueológica y Artística del Museo de Pontevedra, A Coruña.
- CALO LOURIDO, F. y SIERRA, X. C.** (1983) As orixenes do castrexo no Bronce Final, en G. Pereira Menaut (ed.), *Estudos de cultura castrexa e de Historia Antiga de Galicia*, Santiago de Compostela: 19-85.
- CAMINO MAYOR, J.** (1992) Excavaciones arqueológicas en castros de la Ría de Villaviciosa: un poblamiento de la Edad del Hierro. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1987-1990*, 2: 137-144.
- CAMINO MAYOR, J.** (1995a) El honor del paisaje. Arqueología y medio rural en Asturias, Consejería de Agricultura, Principado de Asturias, Uviéu/Oviedo.
- CAMINO MAYOR, J.** (1995b) *Los castros marítimos en Asturias*, Fuentes y Estudios de Historia de Asturias, 7, Real Instituto de Estudios Asturianos, Uviéu/Oviedo.
- CAMINO MAYOR, J.** (1995c) Excavaciones arqueológicas en los castros de Villaviciosa: apuntes para una sistematización de la Edad del Hierro. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1991-1994*, 3: 117-126.
- CAMINO MAYOR, J.** (1996) Una incursión na Edá del Fierro. El poblamiento castreño de la Ría de Villaviciosa. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 2: 21-37.
- CAMINO MAYOR, J.** (1997) Excavaciones en los castros de la ría de Villaviciosa. Estudios del poblamiento prerromano de la Ría de Villaviciosa. *Cuadernos de Cubera*, 9: 43-86.
- CAMINO MAYOR, J.** (1999) Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 4: 151-161.
- CAMINO MAYOR, J.** (2000) Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias: bases para un debate. *Archivo Español de Arqueología*, 73: 27-42.
- CAMINO MAYOR, J.** (2002) Algunos comentarios sobre las pautas territoriales y sociales de los Castros del Oriente de Asturias, en M. A. de Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 139-157.
- CAMINO MAYOR, J.** (2003) Los castros de la Ría de Villaviciosa: contribución a las interpretaciones de la Edad del Hierro en Asturias. *Trabajos de Prehistoria*, 60(1): 159-171.
- CAMINO MAYOR, J.** (2006) A la contra d'una falsa historiografía de la Edá del Fierro n'Asturies. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 21: 94-100.
- CAMINO, J.; BUENO, P. y BALBÍN, R. DE** (2007) El enterramiento de Fuentenegro, Peñamellera Alta, Asturias. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 5: 259-265.
- CAMINO, J.; DEL FRADE, H. y BARROSO, R.** (2002) "La Punta la Torre", ¿el primer castru de la mariña oriental d'Asturies? *Asturies, memoria encesa d'un país*, 14: 34-35.
- CAMINO, J.; ESTRADA, R. y VINIEGRA, Y.** (2001) El Campamentu Romanu d'El Castichu la Carisa. Una avanzada militar n'Asturia Transmontana. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 12: 24-29.
- CAMINO, J.; ESTRADA, R. y VINIEGRA, Y.** (2008) El castru inacabáu de La Forca (Grau). Un exemplu atípico nos anicios del mundu castreño. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 26: 22-35.
- CAMINO, J.; ESTRADA, R. y VINIEGRA, Y.** (2009) El castro inacabado de La Forca (Grado, Asturias). Un dominio territorial frustrado. *Trabajos de Prehistoria*, 66(1): 145-159.
- CAMINO MAYOR, J. y VINIEGRA PACHECO, Y.** (1995) Noticia de la carta arqueológica del Concejo de Castropol. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1991-94*, 3: 168-173.
- CAMINO MAYOR, J. y VINIEGRA PACHECO, Y.** (1999) El horizonte cronológico y cultural de la Edad del Hierro en Asturias. El caso de la Ría de Villaviciosa, en R. Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular, T.III, Primer milenio y metodología*, Universidad de Alcalá de Henares y Fundación Rei Alfonso Henriques, Madrid: 239-248.
- CAMINO MAYOR, J. y VINIEGRA PACHECO, Y.** (2002) Los castros de la fastera oriental d'Asturies. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 14: 20-35.
- CAMINO MAYOR, J. y VINIEGRA PACHECO, Y.** (2010) La vía Carisa y la jerarquización del territorio en Asturia Transmontana, en P. Bueno Ramírez, A. Gilman, C. Martín Morales y F.J. Sánchez-Palencia (eds.), *Arqueología, Sociedad, Territorio y Paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M.ª Dolores Fernández-Posse*, CSIC, Bibliotheca Praehistorica Hispana, 28, Madrid: 375-395.

- CAMINO, J.; VINIEGRA, Y. y ESTRADA, R.** (2001) El campamento romano de la Vía Carisa en Asturia Transmontana. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 14: 261-276.
- CAMINO, J., VINIEGRA, Y. y ESTRADA, R.** (2005) *La Carisa. Astures y romanos frente a frente*, Caja de Ahorros de Asturias.
- CAMINO, J.; VINIEGRA, Y. y ESTRADA, R.** (2007) A propósito de las fortificaciones lineales ástures de El Homón de Faro (La Carisa) y El Muro (La Mesa). *Territorio, Sociedad y Poder*, 2: 53-64.
- CAMINO, J., VINIEGRA, Y., ESTRADA, R., RAMOS, F. y JIMÉNEZ, F.** (2007) El campamento y la vía de La Carisa. Reflexiones arqueológicas y militares, en J.A. Fernández-Tresguerres (ed.), *Astures y romanos: Nuevas perspectivas*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Uviéu/Oviedo: 61-93.
- CANCELA CEREIJO, C.** (2006) Material lítico, en R. Aboal y V. Castro (coords.), *O castro de Montealegre. Moaña, Pontevedra*, Toxosoutos, Noia: 205-234.
- CANCELO MIELGO, C.** (2005) El primer milenio a.C. en Vizcaya, en A. Blanco, C. Cancelo y A. Esparza (eds.) *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Fundación Duques de Soria, Universidad de Salamanca: 412-431.
- CANELLA SECADES, F.** (1897): Villaviciosa, en F. Canella y O. Bellmunt (eds.), *Asturias*, T. II: 107-142.
- CANELLA, F. y BELLMUNT, O.** (eds.) (1895), *Asturias*, T. II, Xixón/Gijón.
- CANELLA, F. y BELLMUNT, O.** (eds.) (1897), *Asturias*, T. II, Xixón/Gijón.
- CANTERO FERNÁNDEZ, C.** (2003) *Etnohistoria del Cotu Curiel (Cenere/Xixón)*, Red de Museos Etnográficos de Asturias, Xixón/Gijón.
- CARANDINI, A.** (1997) *Historias en la tierra: manual de excavación arqueológica*, Crítica, Barcelona.
- CARBALLO ARCEO, X.** (1987) Castro da Forca. Campaña 1984. *Arqueoloxía/Memorias*, 8.
- CARBALLO ARCEO, X.** (1990) Los castros de la cuenca media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico. *Trabajos de Prehistoria*, 47: 161-199.
- CARBALLO ARCEO, X.** (1996) Os castros galegos: espacio e arquitectura. *Gallaecia*, 14-15: 309-357.
- CARBALLO ARCEO, X.** (2003) La Dorsal Gallega como barrera intracultural durante la Edad del Hierro. *Madrider Mitteilungen*, 44: 333-345.
- CARMONA, N. y otros** (2008) Producción cerámica en las Médulas (León). Una comparación diacrónica a través de métodos arqueométricos, en S. Rovira Llorens, M. García Heras, M. Gener Moret e I. Montero Ruiz (eds.), *Actas VII Congreso Ibérico de Arqueometría (Madrid, 8-10 octubre 2007). S3: cerámica y vidrio*: 277-287.
- CARRERAS ARES, J. J. y FORCADELL ÁLVAREZ, C.** (eds.) (2003) *Usos públicos de la Historia*, Marcial Pons Prensas Universitarias de Zaragoza, Madrid.
- CARRERAS MONFORT, C.** (2001) Ánforas de la Campa Torres (Campañas 1985-1997), en J. L. Maya y F. Cuesta (eds.), *El castro de La Campa Torres. Periodo prerromano*, VTP editorial, Xixón/Gijón: 389-392.
- CARRERA Y DÍAZ IBARGÜEN, F.** (1927) *El celtismo cantabro-astur*, El Oriente de Asturias, Llanes.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.** (1988) *El valle del Navia en época prerromana y romana*, Tesis doctoral inédita, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Oviedo.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.** (1990a) La cultura castreña en Asturias. *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 121-136.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.** (1990b) El castro de San Isidro: informe de las excavaciones arqueológicas 1986. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1983-1986*, 1: 157-162.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.** (1990c) El horizonte cultural castreño del occidente asturiano y sus relaciones exteriores. *Gallaecia*, 12: 135-138.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.** (1992) Excavaciones arqueológicas en el occidente de Asturias (Campañas de 1987-1990). *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1987-1990*, 2: 129-136.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.** (1994) Estudio crítico de la cultura castreña asturiana. *Traballos de Antropología e Etnología*, 34 (3-4): 213-221.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.** (1995a) El territorio de los astures: los castros. *Astures, Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*, Asociación Astures y Gran Enciclopedia Asturiana, Xixón/Gijón: 53-65.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.** (1995b) Algunos aspectos de la economía castreña: retomando a los autores López Cuevillas y Vázquez Varela. El Valle del Navia como argumento. *Férvades*, 2: 71-85.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. y CAMINO MAYOR, J.** (1996) La Edad del Hierro en el territorio histórico de los astures o la realidad de un espacio administrativo romano. *Actas del Coloquio Internacional: "Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana"*, Xixón/Gijón, 10-12 de julio de 1995: 57-60.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. y JORDÁ PARDO, F. J.** (1986-87) Medio geológico y hábitat en los poblados fortificados del occidente asturiano. *Zephyrus*, XXXIX-XL: 215-229.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. y RASILLA, M. DE LA** (1989-1990) Análisis arqueográfico e interpretación histórica de una cabaña castreña. *Brigantium*, 6: 65-76.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. y REQUEJO PAGÉS, O.** (1989) Producciones cerámicas tardías en castros y villas asturianas. *Boletín de Arqueología Medieval*, 3: 21-30.
- CASADO SOTO, J. L.** (2000) La carta arqueológica subacuática de Cantabria (CARSUCAN) y otras

actuaciones en el Patrimonio Marítimo regional. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 1984-1999*, Santander: 57-67.

**CASO GONZÁLEZ, J.** (1959) El celtismo de la canción tradicional asturiana. *BIDEA*, 38:434-436.

**CASTAÑOS, P.** (1992) Evolución de los macromamíferos durante el tardiglaciario cantábrico, en A. Cearreta y F. M. Ugarte (eds.), *The late Quaternary in western Pyrenean region*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao: 45-56.

**CASTELEIRO, L. y LEÓN, P.** (2004) La declaración de Castropol como Conjunto Histórico. *Campo de Tablado*, 2: 49-64.

**CASTRO MARTÍNEZ, P. V. y MICÓ PÉREZ, R.** (1996) El C14 en la resolución de problemas arqueológicos. La convergencia de una reflexión. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 5: 252-260.

**CASTRO, P. V., MICÓ, R. Y SANAHUJA, M. E.** (1995) Genealogía y cronología de la cultura de Cogotas I (El estilo cerámico y el Grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico). *BSAA*, 61: 51-118.

**CASTRO VIGO, E.** (2009) Sondaxes valorativas nunha parcela en solo urbano, no contorno do xacemento de Punta Atalaia e rúa do faro de San Cibrao, Cervo. *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 154-155.

**CÁTEDRA TOMÁS, M.** (1989) *La vida y el mundo de los vaqueiros de alzada*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

**CAVADA NIETO, M.** (1990-91) Monedas hispano-romanas halladas en Galicia. *Boletín Auriense*, 20-21: 233-254.

**CELIS SÁNCHEZ, J.** (1996) Origen, desarrollo y cambio en la Edad de Hierro de las tierras leonesas. *Arqueoleón. Historia de León a través de la arqueología*, León: 41-67.

**CELIS SÁNCHEZ, J.** (1998/99) Una fibula de codo en las estribaciones de la Cordillera Cantábrica: "La Cildad", Sabero, León. *Lancia*, 3: 287-296.

**CELIS SÁNCHEZ, J.** (1999) Reseña de la ocupación prehistórica en Lancia, en J. Celis y M<sup>a</sup> J. Gutiérrez (coords.), *Lancia, historia de la investigación arqueológica. Homenaje a F. Jordá Cerdá*, Diputación de León, Instituto Leonés de Cultura, León: 75-84.

**CELIS SÁNCHEZ, J.** (2000-2001) "El castillo de los Barrios de Luna". Un yacimiento del Bronce Inicial-Medio en el occidente de la cordillera cantábrica. *Lancia*, 4: 85-102.

**CELIS SÁNCHEZ, J.** (2001) Los celtas, un enigma histórico. *Argutorio*, 6: 40-42.

**CELIS SÁNCHEZ, J.** (2002) El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Noroeste de la Meseta, en M. A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Navia: 97-126.

**CELIS SÁNCHEZ, J.** (2002b) La ocupación castreña en el alto valle del río Cúa: "El Castro" de

Chano. León, en M. A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Navia: 189-210.

**CELIS SÁNCHEZ, J.** (2003) Notas sobre las etapas de la cultura castreña en el Bierzo, en J.A. Balboa de Paz, I. Díaz Álvarez y V. Fernández Vázquez (coords.), *Actas de las jornadas sobre Castro Ventosa, Cacabelos-León, 2-6 octubre 2002*: 13-33.

**CELIS, J.; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, M<sup>a</sup> J. y LIZ GUIRAL, J.** (2002) Nuevos datos y aportaciones a la secuencia cultural de la ciudad de Lancia (Villasabariego, León, España). *Zephyrus*, 55: 257-282.

**CELIS, J.; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, M<sup>a</sup> J. y LIZ GUIRAL, J.** (2004-2005) Las investigaciones en el yacimiento arqueológico de Lancia (Villasabariego, León) entre los años 2000 y 2005: apuntes para un balance de resultados. *Lancia*, 6: 103-109.

**CERDEÑO, M<sup>a</sup> L., MARCOS, F. y SAGARDOY, T.** (2002) Campos de Urnas en la Meseta oriental: nuevos datos sobre un viejo tema. *Trabajos de Prehistoria*, 59 (2): 135-147.

**CERDEÑO, M<sup>a</sup> L. y SAGARDOY, T.** (2005/2006) Estudio paleodemográfico sobre el celtibérico antiguo. *Kalathos*, 24-25: 219-237.

**CHAMOSO LAMAS, M.** (1963) Excavaciones arqueológicas en el castro de Fazouro, en Foz (Lugo). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 7: 111-115.

**CHAMOSO LAMAS, M.** (1975) Avance informativo sobre las excavaciones arqueológicas realizadas en Bretoña (Lugo) durante las campañas de 1970 y 1971. *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, 4: 267-271.

**CHAMPION, S.** (1994) Regional Studies: a question of scale, en K. Kristiansen and J. Jensen (eds.), *Europe in the first millennium BC*, Sheffield Archaeological Monographs, 6, Sheffield: 145-150.

**CHAMPION, T.** (1994) Socio-economic development in Eastern England in the First Millennium B.C., en K. Kristiansen y J. Jensen (eds.), *Europe in the first millennium B.C.*, Sheffield Archaeological Monographs, 6, Sheffield: 125-143.

**CHAMPION, T.** (1996) The celt in Archaeology, en T. Brown (ed.), *Celticism*, Rodopi, Amsterdam-Atlanta: 61-78.

**CHESNEAUX, J.** (1981) *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la Historia y de los historiadores*, Siglo XXI Editores, Madrid.

**CID LÓPEZ, R.** (1990) La sociedad Astur bajo la Dominación Romana. Pervivencias Indígenas. *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 157-176.

**CID LÓPEZ, R.; GONZÁLEZ SANTANA, M. y ADÁN ÁLVAREZ, G. E.** (2009) El castro de Caravia y la Edad del Hierro en la Asturias oriental: Caravia - diadema de Moñes - vadinienses, en C. Marín Suárez y J. Jordá Pardo (eds.), *Arqueología castreña en Asturias. Entemu*, 16: 85-111.

- CISNEROS CUNCHILLOS, M.** (2002) La vivienda en la Cantabria prerromana: el castro de La Ulaña (Humada, Burgos), en J. Torres (ed.), *Historia et philologica. In honorem José María Robles*, Universidad de Cantabria: 241-253.
- CISNEROS CUNCHILLOS, M. y Díez CASTILLO, A.** (2000) Hábitat y cultura material cántabrorromana en los valles del Deva y del Nansa. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 222-225.
- CISNEROS, M.; Díez, A.; López, P.** (1995) Aportaciones arqueológicas sobre la cuenca del Rubagón (Palencia). *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, Palencia: 401-414.
- CISNEROS, M.; Díez, A.; López, P.** (1996): Vestigios y pervivencias indígenas en las cuencas del Rubagón, Deva y Nansa. *La Arqueología de los Cántabros, Actas de la Primera Reunión sobre La Edad del Hierro en Cantabria (Santander, Mayo de 1995)*, Fundación Marcelino Botín, Santander: 21-63.
- CISNEROS CUNCHILLOS, M. y GONZÁLEZ-MORALES, M. R.** (2000) Itinerarios arqueológicos en los valles del Saja y del Nansa. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-99*, Santander: 319-332.
- CISNEROS, M. y LOPEZ NORIEGA, P.** (2004) El sistema defensivo del castro de La Ulaña (Humada, Burgos). *Archivo Español de Arqueología*, 77: 3-22.
- CISNEROS, M. y LOPEZ NORIEGA, P.** (2007) El castro de La Ulaña (Humada, Burgos): primeros resultados de la actuación arqueológica. *Caesaraugusta*, 78: 295-308.
- CLARK, G. A.** (ed.) (1979) *The north Burgos Archaeology survey. Bronze and Iron Age. Archaeology on the Meseta del Norte (Province of Burgos, North-Central Spain)*, Anthropological Research Papers, 19.
- CLARK, G. A.** (1986) El nicho alimenticio humano en el Norte de España desde el Paleolítico hasta la Romanización. *Trabajos de Prehistoria*, 43: 159-184.
- CLASTRES, P.** (1977) Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva. *Libre*, 1: 137-173.
- CLASTRES, P.** (1978) *La sociedad contra el estado*, Monte Ávila Editores, Barcelona.
- COBAS FERNÁNDEZ, I. y PRIETO MARTÍNEZ, M<sup>a</sup>. P.** (1998) Regularidades espaciales en la cultura material: la cerámica de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en Galicia. *Gallaecia*, 17: 151-175.
- COBAS FERNÁNDEZ, I. y PRIETO MARTÍNEZ, M<sup>a</sup>.P.** (1999) *Introducción a la cerámica prehistórica y protohistórica en Galicia*, TAPA 17, LAFC, USC, Santiago de Compostela.
- COFFYN, A.** (1977) Les haches a talon de type hispanique en France, en *XIV Congreso Nacional de Arqueología, Vitoria, 1975*, Zaragoza: 487-502.
- COFFYN, A.** (1985) *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Iberique*, Bocard, Paris.
- COFFYN, A.** (1998) Une entité contestée: le Bronze Atlantique, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 166-178.
- COLLIS, J.** (1996b) Celts and politics, en P. Graves-Brown, S. Jones y C. Gamble (eds.) *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*, Routledge, London-New York: 167-178.
- COLLIS, J.** (1997) Celtic Myths. *Antiquity*, 71: 195-201.
- COLOMER, L y otras** (Comps). (1999) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*, Icaria, Barcelona.
- COMPANY, G.** (2009) *Del pars pro Todo a la puesta en duda que instala la intemperie. Un hacer arqueológico en un centro clandestino de la ciudad de Rosario: El Pozo (1976-1979)*, Sol en Turín, Buenos Aires.
- CONCEYU D'ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS BELENOS** (1996a) Les Diademes Asturianas con guerreros de Moñes (Piloña). *Asturies, memoria encesa d'un país*, 1: 7-10.
- CONCEYU D'ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS BELENOS** (1996b) Delles notes sobre un calendariu antigu n'Asturies. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 2: 13-20.
- CONCEYU D'ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS BELENOS** (1998a) Sección "Arcu Atlánticu". *Asturies, memoria encesa d'un país*, 5.
- CONCEYU D'ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS BELENOS** (1998b) *Asturies memoria celta*, Fundación Belenos, Uviéu/Oviedo.
- CONCEYU D'ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS BELENOS** (1998c) Sección "Arcu Atlánticu". II Congreso Internacional sobre la cultura celta. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 6: 111-112.
- CONKEY, M. y SPECTOR, J.** (1984) Archaeology and the study of gender. *Advances in Archaeological method and theory*, 7: 1-38.
- CONSUEGRA RODRÍGUEZ, S.; GALLEGO GARCÍA, M<sup>a</sup> del M. y CASTAÑEDA CLEMENTE, N.** (2004) Minería neolítica de sílex de Casa Montero (Vicálvaro, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 61 (2): 127-140.
- CRiado BOADO, F.** (1989) Asentamiento megalítico y asentamiento castreño: una propuesta de síntesis. *Gallaecia*, 11: 109-127.
- CRiado BOADO, F.** (dir.) (1992) Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (campanas de 1987, 1988 y 1989), *Arqueología/Investigación*, 6.
- CRiado BOADO, F.** (1993) Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje. *SPAL* 2: 9-55.
- CRiado, F. y SANTOS, M.** (1998) Espacios simbólicos. Del panel al paisaje *Arqueología Espacial*, 19-20: 503-505.
- CRiado PORTAL, A. J.; MARTÍNEZ GARCÍA, J. A. y BRAVO MARTÍNEZ, E.** (2002) Análisis paleometalúrgicos de escorias y elementos de hornos, en L. Berrocal-Rangel; P. Martínez Seco y C. Ruiz



Triviño, *El Castiellu de Llagü. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*, RAH, Madrid: 305-312.

**CRIBB, R.** (1991) *Nomads in Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.

**CRUMLEY, C.** (2002) Alternative forms of social order, en V.L. Scarborough, F. Valdez, Jr. y N. Dunning (eds.), *Heterarchy, political economy and the ancient Maya*: 135-143.

**CRUZ, P.J. y QUINTANA, J.** (1999) Reflexiones sobre la metalurgia de Bailes-Venat en el interior de la Submeseta Norte y su relación con los contextos de tránsito del bronce al hierro, en R. Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*, T.III, Alcalá de Henares: 161-170.

**CUELI CANTO, D.** (2006) Delles notes sobre la importancia la muyer nes sociedaes celtes. *Asturies, Memoria encesa d'un país*, 22: 66-75.

**CUESTA, F. y MAYA, J. L.** (1995a) El castro astur de la Campa Torres, *Astures, Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio Romano*, Asociación Astures y Gran Enciclopedia Asturiana, Xixón/Gijón: 201-211.

**CUESTA, F. y MAYA, J. L.** (1995b) La cultura mobiliar de los astures, *Astures, Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio Romano*, Asociación Astures y Gran Enciclopedia Asturiana, Xixón/Gijón: 67-75.

**CUESTA, F. y MAYA, J. L.** (1999) Cronoestratigrafía de la Campa Torres, Gijón (1995-1998) *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 4: 125-135.

**CUESTA, F. y otros** (1996) Radiocarbono y cronología de los castros asturianos. *Zephyrus*, 49: 225-270.

**CUNLIFFE, B.** (1990) Before hill-forts. *Oxford Journal of Archaeology*, 9(3): 323-336.

**DALTON, G.** (1976) Teoría económica y sociedad primitiva, en M. Godelier (comp.), *Antropología y Economía*, Anagrama, Barcelona: 184-207.

**DANTÍN CERECEDA, J.** (1936) Las cañadas ganaderas del Reino de León. *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 76 (2): 464-499.

**DAVID, N., STERNER, J. y GAWA, K.** (1988): Why pots are decorated. *Current Anthropology*, 29(3): 365-389.

**DAVIDSON, I.** (1979) Transhumance, Spain and ethnoarchaeology. *Antiquity*, 54: 144-147.

**DÁVILA BALSERA, P.** (2005) The educational system and national identities: the case of Spain in the twentieth century. *History of Education*, 34(1): 23-40.

**DE LA PEÑA SANTOS, A.** (1988) Metalurgia galaica en la transición Bronce-Hierro: el castro de Torroso. *Espacio, tiempo y forma. (Serie I-Prehistoria)*, 1: 339-360.

**DE LA PEÑA SANTOS, A.** (1992) Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990. *Arqueoloxía/Memorias*, 11.

**DE LA PEÑA, G.** (2001) Los desafíos de la clase incómoda: la antropología americanista frente al

campesinado, en M. León-Portilla y otros (eds.), *Motivos de la antropología americanista. Indagaciones en la diferencia*, FCE, México: 134-166.

**DELGADO BORRAJO, M. y GRANDE RODRÍGUEZ, M.** (2009) La Gallaecia Antigua: diversidad, paisaje rural, estructura social y poblamiento. *Herakleion*, 2: 61-92.

**DELIBES DE CASTRO, G.** (1975) Piezas Del Bronce Final, procedentes de Saldaña, en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia. *Santuola*, 1: 149-159.

**DELIBES DE CASTRO, G.** (1978) Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria*, 35: 225-250.

**DELIBES DE CASTRO, G.** (1980a) Nuevos materiales prehistóricos del Museo Diocesano de León. *Archivos Leoneses*, 67: 385-397.

**DELIBES DE CASTRO, G.** (1980b) Un presunto depósito del Bronce Final del Valle de Vidriales (Zamora). *Trabajos de Prehistoria*, 37: 224-246.

**DELIBES DE CASTRO, G.** (2003) Del Neolítico al Bronce, en M<sup>a</sup> Mariné (coord.), *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*, Institución "Gran Duque de Alba" de la excma. Diputación de Ávila, Ávila: 21-92.

**DELIBES, G., AVELLO, J. L. Y ROJO, M.** (1982) Espadas del Bronce Antiguo y Medio halladas en la provincia de León. *Zephyrus*, 34-35: 153-164.

**DELIBES, G. y ESPARZA, A.** (1985) Neolítico y Edad del Bronce, *Historia de Burgos (T. I Edad Antigua)*, Caja de Ahorros Municipal de Burgos, Burgos: 115-177.

**DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1978) Los palstaves sin asas de la Península Ibérica: justificación de su presencia y aproximación a su cronología. *Revista de Guimaraes*, 87.

**DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1979) Una espada de lengua de carpa excepcional procedente del Bierzo. *Trabajos de Prehistoria*, 36: 439-444.

**DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1982) En torno al depósito de la Edad del Bronce de Valdevimbre (León). *Santuola*, 3: 101-119.

**DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1983) Calcolítico y Bronce en tierras de León. *Lancia*, 1: 19-82.

**DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1983/84) Bronce Final Atlántico en el Noroeste de la Cuenca del Duero. *Portugalia*, 4/5: 111-119.

**DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y CELIS, J.** (1992-93) Nuevos "ganchos de carne" prehistóricos de la Península Ibérica. *Tabona*, 8(2): 417-434.

**DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y HERRAN, J. I.** (1994) El depósito del Bronce Final de Pico Cuerno, Sotoscueva (Burgos): sobre la cronología y distribución de las hachas planas con

anillas de la Submeseta Norte. *Boletín del Instituto Fernán González*, 209 (2): 239-277.

**DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y HERRAN, J. I.** (1999) Submeseta Norte, en G. Delibes de Castro e I. Montero (eds.), *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II. Estudios regionales*, Fundación Ortega y Gasset, Madrid: 63-94.

**DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y MIÑANO DOMÍNGUEZ, A.** (1990) Nuevos materiales de la Edad del Bronce en el Museo Diocesano de León. *Archivos Leoneses*, 87-88: 331-348.

**DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J.** (1997) Posibles exvotos de la Edad del Bronce en fuentes termales y minero-medicinales de la Submeseta Norte, en M<sup>a</sup> J. Pérez Agorreta (ed.), *I Congreso Peninsular. Termalismo Antiguo, Arnedillo (La Rioja)*, Casa de Velázquez, UNED, Madrid: 117-127.

**DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M.** (1981) La tumba de Celada de Robledo (Palencia) y los inicios del Bronce Antiguo en el valle medio y alto del Pisuerga. *Trabajos de Prehistoria*, 38: 153-188.

**DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M.** (1987) Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I. *Zephyrus*, 39-40: 17-30.

**DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., FONTANEDA, E. y ROVIRA, S.** (1999) *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La Colección Fontaneda*, Colección Arqueológica de Castilla y León, Monografías, 3, Zamora.

**DELIBES, G. y MAÑANES, T.** (1979) La espada pistiliforme del Bronce Final de Veguellina de Orbigo (León). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 45: 158-168.

**DELIBES, G. y otros** (1995) Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero Medio, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León: 49-146.

**DELIBES, G. y ROMERO, F.** (1992) El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural, en G. Ruiz Zapatero y M. Almagro Gorbea (coords.), *Complutum*, 2-3. *Paleoetnología de la Península Ibérica: actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 13-15 diciembre de 1989*: 233-258.

**DELIBES, G., ROMERO, F. y RAMÍREZ, M<sup>a</sup> L.** (1995) El poblado “céltico” de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León: 149-177.

**DE LLANO ROZA DE AMPUDIA Y DE VALLE, A.** (1919) *El libro de Caravia*, Uviéu/Oviedo.

**DE LLANO ROZA DE AMPUDIA Y DE VALLE, A.** (1993 [1925]) *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, Uviéu/Oviedo.

**DE LLANO ROZA DE AMPUDIA Y DE VALLE, A.** (1927) *Recuerdos y bellezas de Asturias*, Uviéu/Oviedo.

**DESCOLA, Ph.** (2004) Las cosmologías indígenas de la Amazonía, en Surrallés y García Hierro (ed.), *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*, IWGIA, Documento n<sup>o</sup> 39, Copenhague: 25-35.

**DESCOSIDO FUERTES, M.** (1976) Castrocabón. Consideraciones históricas. *Tierras de León*, 16(25): 46-54.

**DESCOSIDO FUERTES, M.** (1979) Castrocabón: arqueología y documentación. *Tierras de León*, 19 (34-35): 95-106.

**DESCOSIDO FUERTES, M.** (1981) Aspectos arqueológicos de Hinojo y Tabarilla. *Tierras de León*, 21 (45): 5-15.

**DÍAZ, I. y GARÍN, A.** (1998) El yacimiento de Castro Vizcaíno (Cacabelos). Aportaciones a la carta arqueológica de León. *Tierras de León*, 37(105-106): 81-88.

**DÍAZ-ANDREU, M.** (1988) El análisis discriminante en la clasificación tipológica: aplicación a las hachas de talón de la Península Ibérica. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 54: 25-64.

**DÍAZ-ANDREU, M.** (1993) Theory and Ideology in Archaeology: Spanish Archaeology under Franco regime. *Antiquity*, 67 (254): 74-82.

**DÍAZ-ANDREU, M.** (1996) Constructing Identities through Culture, en P. Graves-Brown, S. Jones, y C. Gamble (eds.), *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*, Routledge, London-New York: 48-61.

**DÍAZ-ANDREU, M.** (1997a) Nación e internacionalización. La Arqueología en España en las tres primeras décadas del S. XX, en M. Díaz-Andreu y G. Mora (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga: 403-416.

**DÍAZ-ANDREU, M.** (2003) Arqueología y dictaduras: Italia, Alemania y Francia, en F. Wulff Alonso y M. Álvarez Martí-Aguilar (eds.), *Antigüedad y Franquismo (1936-1975)*, CEDMA, Málaga: 33-73.

**DÍAZ-ANDREU, M. y MORA, G.** (1995): Arqueología y Política: el desarrollo de la Arqueología española en su contexto histórico. *Trabajos de prehistoria*, 52 (1): 25-38.

**DÍAZ CASADO, Y.** (1993) *El arte rupestre esquemático en Cantabria. Una revisión crítica*, Universidad de Cantabria, Santander.

**DÍAZ-DEL-RIO, P. y otros** (1997) Paisajes agrarios prehistóricos en la Meseta Peninsular: el caso de “Las Matillas” (Alcalá de Henares, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2): 93-111.

- DÍAZ GARCÍA, F. y MARTÍNEZ FAEDO, L.** (1995) Carta arqueológica de Bimenes. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1991-94*, 3: 224-225.
- DÍAZ GUARDAMINO URIBE, M.** (2010) *Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral, Departamento de Prehistoria de la UCM (<http://eprints.ucm.es/11070/>).
- DÍAZ NOSTY, B. y SIERRA PIEDRA, G.** (1995) Carta arqueológica del Concejo de Boal. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1991-94*, 3: 182-184.
- DÍAZ NOSTY, B. y SIERRA PIEDRA, G.** (1995b) Carta arqueológica del Concejo de Carreño. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1991-94*, 3: 211-212.
- DÍAZ NOSTY, B. y SIERRA PIEDRA, G.** (1999) Carta arqueológica del concejo de Illano. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-98*, 4: 319-320.
- DÍAZ NOSTY, B. y SIERRA PIEDRA, G.** (1999b) Carta arqueológica del concejo de Pesoz. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-98*, 4: 325-326.
- DÍAZ NOSTY, B., SIERRA, G. y BLANCO, L.** (1999) Carta arqueológica del concejo de Belmonte de Miranda. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-98*, 4: 303-306.
- DÍAZ SANTANA, B.** (2002) *Los Celtas en Galicia. Arqueología y Política en la creación de la identidad gallega*, Toxosoutos, A Coruña.
- DÍAZ VÁZQUEZ, M., CRIADO BOADO, F. Y MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F.** (1994) Dinámicas de pendientes y acción antrópica en Galicia durante el Holoceno reciente: un caso de estudio derivado de la Sierra de O Bocelo (Coruña), en J. Jordá Pardo (ed.), *Geoarqueología*, ITGE-AEQUA, Madrid: 153-162.
- DIEGO SOMOANO, C.** (1960a) La colección "Soto Cortés" de Labra. Cangas de Onís. Sección primera. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 40: 269-291.
- DIEGO SOMOANO, C.** (1960b) La colección "Soto Cortés" de Labra. Cangas de Onís. Sección segunda. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 41: 440-452.
- DIEGO SOMOANO, C.** (1961) La colección "Soto Cortés" de Labra. Cangas de Onís. Sección sexta. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 42: 125-140.
- DÍEZ CASTILLO, A. y RUIZ COBO, J.** (1995) Cromlechs y círculos de piedras: los datos en el sector central de la Cornisa Cantábrica. *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología, Vigo, 1993*, Volumen 1: 47-53.
- DIRY, J-P.** (2000) *Campagnes d'Europe: des espaces en mutation*, Paris, La Documentation Française.
- DOBRES, M.-A.** (1991) *Technology and Social Agency*, Blackwell, London.
- DOMERGUE, C.** (1971) Las minas de oro romanas de la provincia de León: razones de una excavación arqueológica. *Tierras de León*, 11(14): 37-51.
- DOMERGUE, C.** (1990) *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*. Roma, École Française de Rome.
- DOMERGUE, C. y SULLIERS, P.** (1977) Minas de oro romanas en la provincia de León. I. La Corona de Quintanilla: excavaciones 1971-73. Las Coronas de Filiel, Boisés, Luyego 1 y 2. Exploraciones 1973. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 93.
- DOVAL GALÁN, J.F.** (1997-1998) Cerámica común romana del Museo Provincial de Lugo: estudio morfológico y análisis de pastas de varias piezas. *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 8(1): 19-36.
- DOWSON, Th. A.** (1998) Homosexualitat, teoria queer i arqueologia. *Cota Zero*, 14: 81-87.
- EAGLETON, T.** (1997) *Ideología. Una introducción*, Paidós, Barcelona.
- EARLE, T.** (2002) *Bronze Age economics. The beginnings of political economies*, Westview, Boulder.
- EAGLETON, T.** (1997) *Ideología. Una introducción*. Paidós, Barcelona.
- EL FIELATU** (2001) Xenéticamente celtas. *El Fielatu*, 42:20.
- ELIPE, X. "XUNE"** (1996) *Llingua y Rock*, Editorial Ayda, Uviéu/Oviedo.
- ELIPE, X. "XUNE"** (1998) Hacia una nueva reestructuración de la música asturiana. *Al debalu*, 8: 2.
- ERICE LACABE, R.** (1995) *Las fibulas del nordeste de la Península Ibérica: siglos I A.E. al IV D.E.*, Institución Fernando El Católico, Zaragoza.
- ESCORTELL, M.** (1973) Dos puñales de la Edad del Bronce hallados en el Puerto del Gumial (Alto Aller). *BIDEA*, 79: 411-419.
- ESCORTELL, M.** (1982) *Catálogo de las Edades de los Metales del Museo Arqueológico de Oviedo*, Uviéu/Oviedo.
- ESCORTELL, M.** (1982b) *Catálogo de la Colección Etnográfica del Museo Arqueológico de Oviedo*, Uviéu/Oviedo.
- ESCORTELL, M. y MAYA, J. L.** (1972) Materiales de «El Pico Castiello» Siero en el Museo Arqueológico Provincial. *Archivum*, 22: 37-48.
- ESCUDERO NAVARRO, Z.** (1999) Datos sobre la cerámica común a torno de época Vaccaea, en R. balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*, T. III, Alcalá de Henares: 275-288.
- ESPARZA ARROYO, A.** (1978) Hacha de apéndices laterales del castro de Fradellos (Rabanales, Zamora). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 44: 346-348.
- ESPARZA ARROYO, A.** (1982) Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia). *Publicaciones del Instituto Tello Téllez de Meneses*, 47: 395-408.
- ESPARZA ARROYO, A.** (1983) Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio astur. *Lancia I. Cantabros y Astures*: 83-101.
- ESPARZA ARROYO, A.** (1983b) Sobre el límite oriental de la cultura castreña, en *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste, Santiago de Compostela, 1980*, Madrid: 103-109.
- ESPARZA ARROYO, A.** (1986) *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*, Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, Zamora.

- ESPARZA ARROYO, A.** (1990) Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 56: 106-143.
- ESPARZA ARROYO, A.** (2001) Los Astures, en M. Almagro Gorbea; J. Álvarez Sanchís y M. Mariné (eds.), *Celtas y Vettones*, R. A. H. e Institución Gran Duque de Alba: 350-360.
- ESTRADA GARCÍA, R.** (1995) Reseña del inventario arqueológico del concejo de Parres. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1991-94*, 3: 236-238.
- ESTRADA GARCÍA, R.** (1999) Carta arqueológica del concejo de Grado. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 4: 315-318.
- ESTRADA GARCÍA, R.** (2007) Inventario arqueológico del Concejo de Quirós. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 441-446.
- ESTRADA GARCÍA, R.** (2007b) Inventario arqueológico del Concejo de Teverga. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 435-440.
- ESTRADA GARCÍA, R.** (2007c) Inventario arqueológico del Concejo de Ribera de Arriba. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 465-469.
- ESTRADA GARCÍA, R.** (2007d) Estudio de la vertiente meridional del yacimiento romano de "Las Murias" (Doriga, Salas). *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 323-327.
- ESTRADA, R., JORDÁ, J., MESTRES, J. S., YRAVEDRA, J. y MARÍN, C.** (e.p.) Torca l'Arroyu: A new holocene site in the centre of Asturias (North of Spain), en Mariana Diniz (coord.) *XVth Congress of the International Union for Prehistoric and Protohistoric Sciences UISPP. Coloquio C-44 "Early Neolithic in the Iberian Peninsula: Regional and transregional components"*. B.A.R.
- EVANS-PRITCHARD, E.E.** (1997 [1966]) *Los nuer*, Anagrama, Barcelona.
- FÁBREGA ÁLVAREZ, P.** (2005) Tiempo para el espacio. Poblamiento y territorio en la Edad del Hierro en la comarca de Ortegá (A Coruña, Galicia). *Complutum*, 16: 125-148.
- FABREGAS VALCARCEL, R. y BRADLEY, R.** (1995) El silencio de las fuentes: prácticas funerarias en la Edad del Bronce del Noroeste y su contexto europeo. *Complutum*, 6: 153-166.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y RUIZ-GÁLVEZ, M.** (1994) Ámbitos funerario y doméstico en la Prehistoria del NO. de la Península Ibérica. *Zephyrus*, 46: 143-159.
- FABREGAS VALCARCE, R. y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1997) El Noroeste de la Península Ibérica en el IIIer y IIº Milenios: Propuestas para una síntesis. *Saguntum*, 30: 191-216.
- FALCÓ MARTÍ, R.** (2003) *La arqueología del género: espacios de mujeres, mujeres con espacio*, Sant Vicent del Raspeig, Centre d'Estudis sobre la Dona.
- FALQUINA APARICIO, A.** (2005) *Etnoarqueología de las comunidades campesinas en transición: cambio cultural en la Sierra de Gredos*, Trabajo de Tercer Ciclo, inédito, Departamento de Prehistoria, UCM
- FALQUINA, A., MARÍN, C. y ROLLAND, J.** (2006): Arqueología y práctica política. Reflexión y acción en un mundo cambiante. *Arqueoweb*, 8 (1) ([http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero8\\_1/conjunto8\\_1.htm](http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero8_1/conjunto8_1.htm)).
- FALQUINA APARICIO, A. y otros** (2008) Arqueología de los destacamentos penales franquistas en el ferrocarril Madrid-Burgos: el caso de Bustarviejo, en A. González Ruibal (ed.), *Arqueología de la Guerra Civil Española*, Complutum, 19(2):175-195.
- FANJUL, J.A.; VILLA, A. y MENÉNDEZ, A.** (2009) El castro de Cabo Blanco, Valdeparés (El Franco): informe sobre los trabajos de acondicionamiento y exploración arqueológica (2004-2007). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 255-264.
- FANJUL PERAZA, A.** (1998-99) El yacimiento de «El Castiello en Siero». *Memorias de Historia Antigua*, XIX-XX: 369-377.
- FANJUL PERAZA, A.** (2001) Rituales de curanderismo nel valle del Eo. *Asturies, Memoria encesa d'un país*, 11: 52-59.
- FANJUL PERAZA, A.** (2002-2003) El poblamiento castreño en la cuenca minera central asturiana. *Lancia*, 5: 77-97.
- FANJUL PERAZA, A.** (2005) *Los castros de Asturias. Una revisión funcional y territorial*, Ayto. de Teverga.
- FANJUL PERAZA, A.** (2005b) Nuevos datos sobre el poblamiento castreño en los valles de alta montaña cantábrica, en A. Blanco, C. Cancelo y A. Esparza (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de jóvenes investigadores*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca: 77-93.
- FANJUL PERAZA, A.** (2007) Excavaciones en el castro de la Cogollina. Nuevas perspectivas sobre las defensas artificiales de los castros asturianos, en A. Fanjul Peraza (coord.), *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A., Santander: 25-39.
- FANJUL PERAZA, A.; ÁLVAREZ PEÑA, A.; HIERRO GARATE, J. Mª. y SERNA GANCEDO, A.** (2010) El santuariu astur-romanu en cueva d'El Ferrán (Piloña). *Asturies, memoria encesa d'un país*, 29: 16-23.
- FANJUL PERAZA, A. y FERNÁNDEZ RIESTRA, F.** (2009) Evolución del poblamiento castreño en el valle de Teverga. Observaciones hacia una arqueología de alta montaña y de los espacios ganaderos en Asturias, en C. Marín Suárez y J. Jordá Pardo (eds.), *Arqueología castreña en Asturias. Entemu*, 16: 123-137.
- FANJUL PERAZA, A.; FLÓREZ DE LA SIERRA, D. y GARCÍA ALVAREZ-BUSTO, A.** (2005) El castro de Tremáu Carbachu (Cangas de Narcea). *Asturies: Memoria encesa d'un país*, 19: 14-23.

- FANJUL PERAZA, A.; FLÓREZ DE LA SIERRA, D. y GARCÍA ALVAREZ-BUSTO, A.** (2005-2006) Nuevos datos estructurales y materiales del castro de Tremao (Cangas de Narcea, Asturias). *Lancia: revista de prehistoria, arqueología e historia antigua del noroeste peninsular*, 6: 87-101.
- FANJUL, A. y MARÍN, C.** (2006) La metalurgia del hierro en la Asturias castreña: nuevos datos y estado de la cuestión. *Trabajos de Prehistoria*, 63(1): 113-131.
- FANJUL PERAZA, A. y MENÉNDEZ BUEYES, L. R.** (2004) *El complejo castreño de los astures transmontanos*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- FANJUL PERAZA, A. y otros** (2007) Excavaciones en el castro de La Garba (Teverga), Asturias. Primeros trazos arqueológicos del poblamiento castreño en la alta montaña, en A. Fanjul Peraza (coord.), *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A., Santander: 49-75.
- FANJUL PERAZA, A. y otros** (2009) Excavaciones en los castros de La Cogollina y La Garba (Teverga). Pautas del poblamiento castreño en un valle de montaña. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 465-472.
- FANTHORPE, R.** (1998) Limba 'deep rural' strategies. *Journal of African History*, 39: 15-38.
- FARIÑA BUSTO, F. y XUSTO RODRÍGUEZ, M.** (1991) Coto de San Trocado (San Amaro - Punxín - Ourense). *Arqueoloxía / Informes 2. Campaña de 1988*. Xunta de Galicia, A Coruña: 209-214.
- FEITO, J. M.** (1985) *Cerámica tradicional asturiana*, Madrid.
- FERNANDE, G.** (1997) Dos piezas arqueolóxicas. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 4: 101-102.
- FERNÁNDEZ ACEBO, V.** (2010) Cueva de El puyo (Miera). Necrópolis de Incineración en la vertiente marítima de Cantabria, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 551-562.
- FERNÁNDEZ ACEBO, V.; MARTÍNEZ VELASCO, A. y SERNA GANCEDO, M. L.** (2010) Los poblados fortificados de la Edad del Hierro y las estructuras campamentales romanas en cantabria: reflexiones sobre el poblamiento, el reparto geográfico y la configuración, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 587-637.
- FERNÁNDEZ BUELTA, J. Mª** (1949) Castro de La Escrita o de Riu de Castro-Boal. *B.I.D.E.A.*, VIII: 121-127.
- FERNÁNDEZ BUELTA, J. Mª** (1950) El Castro de Arancedo. *B.I.D.E.A.*, X: 179-190.
- FERNÁNDEZ CARBALLO, L.** (2003) Achega ó estudo dos ornitomorfos acuáticas da cultura castrexa galaica: anaco de fíbula indixena ornado cun pato cullerete (*Anas clypeata*). *Gallaecia*, 22: 143-155.
- FERNÁNDEZ DE MIRANDA, A.; ALONSO, C. y GONZÁLEZ, X.** (1999) *Doctrina Asturianista*, Ediciones Trabe, Xixón/Gijón [reedición del original editado en 1918].
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, F. y otros** (2003) El hábitat castreño en la Cantabria litoral: el Castro de Castillo (Prellezo, Val de San Vicente), en VV.AA. *CAEAP. 25 años de investigación sobre el patrimonio cultural de Cantabria*, Santander: 161-172.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, J.** (2004) Delles costumes asturianos relacionaes cola primavera y el verano: (notes de quempu recoyíes en conceyu d'Ayer). *Asturies, memoria encesa d'un país*, 18: 58-65.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Mª I. y ROCA ROUMENS, M.** (coords.) (2005) *Introducción al estudio de la cerámica romana: una breve guía de referencia*, Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Mª I. y ROCA ROUMENS, M.** (2008) Producciones de Terra Sigillata Hispánica, en D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba (coords.), *Cerámicas hispanorromanas: un estado de la cuestión*. 307-332.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, X.** (2000) Identidad asturiana y nacionalismo. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 9: 76-86.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M.** (2008) *La construcción arqueológica de la etnicidad*, Editorial Toxosoutos (Serie Keltia), A Coruña.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, G.** (2001) Los celtes y la etnoxénesis astur. Mito y Realidad. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 11: 38-51.
- FERNÁNDEZ McCLINTOCK, J. W.** (2002) El resurdimiento céltico y la comunicación de la cultura. Al rodriu de la política del signigicáu. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 14: 36-51.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1981a) Nuevas hachas de bronce de la provincia de León. *Archivos Leoneses*, 69: 177-184.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1981b) Dos brazaletes de la Edad del Bronce procedentes de los alrededores de Astorga. *Numantia*: 181-184.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1986) *Bronce Final en la Meseta Norte Española: el utillaje metálico*, Valladolid.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J.** (1996) Calcolítico y Edad del Bronce en la provincia de León, en VV. AA. *Arqueoleón. Historia de león a través de la Arqueología*, León: 29-40.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y ARIAS CABAL, P.** (1999) El Bronce Final en el territorio de los antiguos cántabros, en J.M Iglesias y J.A. Muñiz (eds.), *Regio Cantabrorum*, Caja Cantabria, Santander: 1-10.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y GUERRA DOCE, E.** (2003) El caldero de Cabárceno, en C.

Fernández Ibáñez y J. Ruiz Cobo (eds.), *La Arqueología de la Bahía de Santander (tomo I)*, Fundación Marcelino Botín, Santander: 335-349.

**FERNÁNDEZ MANZANO, J. y HERRÁN MARTÍNEZ, J. I.** (2004-2005) Una espada de lengua de carpa hallada en Paradela de Muces (El Bierzo, León). *Lancia*, 6: 77-85.

**FERNÁNDEZ MANZANO, J.; HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. y ROVIRA LLORENS, S.** (2005) Los depósitos metálicos burgaleses y la metalurgia del Bronce Final en la Meseta Norte: algunas reflexiones. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 71: 137-159.

**FERNÁNDEZ MANZANO, J. y MONTERO, I.** (2001) El estudio de la metalurgia: una historia de frustraciones y aciertos, en M. Ruiz Gálvez (coord.), *La Edad del Bronce ¿primera Edad de Oro de España? Sociedad, Economía e Ideología*, Crítica, Barcelona: 31-54.

**FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. y GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2001) Historia, Arqueología e Identidad de un pueblo fronterizo: los Berta de Benishángul (Etiopía occidental). *ArqueoWeb*, 3(3) [<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>].

**FERNÁNDEZ MIER, M.** (1995) Epígrafes con ) en Asturias. *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 66: 371-375.

**FERNÁNDEZ MIER, M.** (1999) Génesis del territorio en la Edad Media. *Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*, Uviéu/Oviedo.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.** (1977) La numismática romana de Asturias: una aproximación a su estudio. *Cuadernos de prehistoria y arqueología*, 4: 128-168

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.** (1982) *Asturias en época romana*, Madrid.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.** (1983) Aspectos del proceso romanizador de Asturias: la cerámica romana, en *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste, Santiago de Compostela, 1980*, Madrid: 217-223.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.** (1990) Roma y la conquista del Norte Peninsular. *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 137-156.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.** (ed.) (1996) *Actas del coloquio Internacional: "Los Finisterres en la Antigüedad. Época prerromana y romana"*, Xixón/Gijón, 10-12 de julio de 1995.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.** (2006) Los castros y el inicio de la romanización en Asturias. Historiografía y debate. *Zephyrus*, 59: 275-288.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.** (2008) El ramal transmuntano de la Vía de la Plata, en A. M. Montalvo Frías (coord.), *La Vía de la Plata: una calzada y mil caminos*, Museo Nacional de Arte Romano, Mérida: 127-142

**FERNÁNDEZ OCHOA, C. y GARCÍA DÍAZ, P.** (1995) Excavaciones arqueológicas en Cimadevilla (Gijón). *Excavaciones arqueológicas en Asturias: 1991-94*, 3: 277-285.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C. y GARCÍA DÍAZ, P.** (1999) Excavaciones en Santa María en Lugo de Llanera (Asturias). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 1995-98*, 4: 163-174.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.; GARCÍA, P. y ZARZALEJOS, M.** (2001) *Excavaciones arqueológicas en Santa María en Lugo de Llanera (Asturias). Memoria de las campañas de 1991 a 1995*, RIDEA, Uviéu/Oviedo.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C. y GIL SENDINO, F.** (1996) La investigación sobre Gijón y su concejo en época romana: estado de la cuestión, en C. Fernández Ochoa (ed.), *Actas del Coloquio Internacional Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época Prerromana y Romana*, Xixón/Gijón: 157-163.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C. y GIL SENDINO, F.** (2008) La villa romana de Veranes (Gijón) y otras villas de la vertiente septentrional de la Cordillera Cantábrica, en C. Fernández Ochoa, V. García-Entero y F. Gil Sendino (eds.), *Las "villae" tardorromanas en el occidente del Imperio: arquitectura y función*. IV Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, Ediciones Trea, Xixón/Gijón: 435-480.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C. y MARTÍNEZ MAGANTO, J.** (1994) Las industrias de salazón en el Norte de la Península Ibérica en época romana. Nuevas aportaciones. *Archivo Español de Arqueología*, 67: 115-134.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C. y MORILLO CERDÁN, A.** (1994) *De Brigantium a Oiaso. Una aproximación al estudio de los enclaves marítimos cantábricos en época romana*, Madrid.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO CERDÁN, A. y VILLA, A.** (2005) La Torre de Augusto en la Campa Torres (Gijón, Asturias): propuesta interpretativa sobre las antiguas excavaciones y el epígrafe de Calpurnio Pisón. *Archivo Español de Arqueología*, 78: 191-192.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C. y PÉREZ FERNÁNDEZ, D.** (1990) Inscripción romana hallada en la muralla de Gijón. Una nueva "gens" entre los Astures Transmontanos. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 17: 255-265.

**FERNÁNDEZ OCHOA, C. y RUBIO, I.** (1983) Materiales arqueológicos de "Los Castros" (Ribadeo, Lugo). *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, T. III: 173-188.

**FERNÁNDEZ PINTOS, M<sup>a</sup> P.** (2009) Segunda fase de intervención arqueológica no castríño de Bendoiro, Lalín (Pontevedra). *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 210-212.

**FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D.** (1986) La cultura de Cogotas I. *Actas del Congreso de Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, *Cuevas de la Almazora, 1984*, Sevilla: 475-487.

- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D.** (1986-87) La cerámica decorada de cogotas I. *Zephyrus*, 39-40: 231-237.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D.** (1998) *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Síntesis, Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D.** (2000) La mujer en la cultura castreña astur, en P. González Marcén (ed.), *Espacios de Género en Arqueología, Arqueología Espacial*, 22: 143-160.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D.** (2000b) Las comunidades castreñas astures en época prerromana, en F. J. Sánchez-Palencia (ed.), *Las Médulas: Un paisaje cultural de la Asturia Augustana*, Instituto Leonés de Cultura, León: 47-108.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D.** (2002) Tiempos y espacios en la cultura castreña, en M. A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 81-95.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D. y MONTERO, I.** (1998) Una visión de la metalurgia atlántica en el interior de la Península Ibérica, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântica*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 192-202.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D.; MONTERO, I. SÁNCHEZ PALENCIA, F. J. y ROVIRA, S.** (1993) Espacio y metalurgia en la cultura castreña: la zona arqueológica de Las Medulas. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 197-220.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D. y SÁNCHEZ PALENCIA, F. J.** (1988) La Corona y el Castro de Corporales II. Campaña de 1983 y prospecciones de la Valdería y la Cabrera (León). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 153.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D.; SÁNCHEZ PALENCIA, F. J. y OREJAS, A.** (1994) Estructura social y territorio en la Cultura Castreña Prerromana. *Cuadernos de Antropología e Etnología*, 34, 3-4: 191-212.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D. y SÁNCHEZ PALENCIA, F. J.** (1998) Las comunidades campesinas en la cultura castreña. *Trabajos de Prehistoria*, 55(2): 127-150.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C.** (1996) La ganadería y la caza desde la Edad del Hierro hasta los inicios de la Edad Media en el Noroeste. *Férvedes*, 3: 201-216.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C.** (2007) Análisis de los restos óseos de macromamíferos del castro de La Cogollina (Asturias), en A. Fanjul Peraza (coord.), *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A., Santander: 41-48.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. y RAMIL REGO, P.** (1992) Fechas de C14 en yacimientos arqueológicos, depósitos orgánicos y suelos de Galicia. *Gallaecia*, 13: 433-445.
- FERNÁNDEZ SUÁREZ, A. y MIYARES FERNÁNDEZ, A.** (1987) La Estela de Duesos. *B.I.D.E.A.*, 124: 1035-1054.
- FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J. A.** (coord.) (2010) *Cobre y Oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Uviéu/Oviedo.
- FERNÁNDEZ VEGA, P. A. y BOLADO DEL CASTILLO, R.** (2010) Castro y Campamento de Santa Marina (Monte Ornedo, Valdeolea), en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 379-386.
- FERNÁNDEZ VERGARA, R. y MOLINERO ARROYABLE, J. T.** (2003) El macizo de Punta Peña (Castro Urdiales-Guriezo, Cantabria): noticia de los antiguos cierres ganaderos de cuevas y los yacimientos prehistóricos del Alto de la Jaya, en VV.AA. *CAEAP, 25 años de investigaciones sobre el patrimonio cultural de Cantabria*, Santander: 145-159.
- FLACHSLAND, C.** (2003) *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*, Campo de Ideas, Madrid.
- FLÓREZ Y GONZÁLEZ, J. M.** (1878) *Memoria relativa a las excavaciones de El Castellón en el Concejo de Coaña (Asturias)*, Uviéu/Oviedo.
- FONTANA, J.** (2002) ¿Qué Historia enseñar? *Pasajes*, 9: 5-14.
- FORTE, J., CRUZ, G. y DABEZIES, J.M.** (2008) Sistemas defensivos pre-romanos no noroeste de Portugal. Povoados fortificados no Minho e em Trás-os-Montes occidental, en OrJIA (coords.), *Actas de las Primeras Jornadas de Jóvenes en investigación arqueológica: dialogando con la cultura materia, T. I*, Editorial CERSA, Madrid: 341-344.
- FONTIJN, D.** (2002) Sacrificial landscapes: cultural biographies of persons, objects and 'natural' places in the Bronze Age of the southern Netherlands, c. 2300-600 BC. *Analecta Praehistorica Leidensia*, 33-34.
- FOUCAULT, M.** (1978): *Microfísica del poder*, Las Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- FOWLER, Ch.** (2005) *The Archeology of Personhood. An Anthropological Approach*, Themes in Archaeology, Routledge, London & New York.
- FRANCISCO MARTÍN, J. DE y VILLA VALDÉS, A.** (2003/2004) Toponimia de algunos asentamientos castreños en el occidente de Asturias. Nuevos datos epigráficos sobre vasos cerámicos. *Revista de Filología Asturiana*, 3/4: 13-29.
- FRIERA SUÁREZ, F.** (1977) Dos hachas pulimentadas procedentes de 'El Llagón'. *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 90-91: 415-422.
- FROCHOSO, M. y CASTAÑÓN, J.C.** (1990) El medio natural (I): los rasgos generales. *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 1-16.
- FROCHOSO, M. y CASTAÑÓN, J.C.** (1990b) El



medio natural (II): Las Unidades Básicas. *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 17-32.

**FUERTES ACEVEDO, M.** (1884) *Mineralogía asturiana. Catalogo descriptivo de las sustancias así metálicas como lápices de la provincia de Asturias*, Uviéu/Oviedo.

**FUNARI, P. P. A. y VIEIRA DE OLIVEIRA, N.** (2006) La Arqueología del conflicto en Brasil, en P.P.A. Funari y A. Zarankin (comps.), *Arqueología de la Represión y la Resistencia en América Latina 1960-1980*, Encuentro Grupo Editor, Córdoba: 121-128.

**GALCERÁN HUGUET, M.** (1997) *La invención del marxismo. Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana de finales del siglo XIX*, Iepala, Madrid.

**GAGO RABANAL, E.** (1902) *Estudios de arqueología protohistórica y etnografía de los Astures Lancienses (boy leoneses)*, León.

**GALVÁN, V.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.D.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y GALVÁN, J.** (1993) Tipos cerámicos y geoquímica: El Castrelín de San Juan de Paluezas (León). *Archivo Español de Arqueología*, 66: 248-257.

**GARCÍA ARIAS, X. LL.** (1993) Teverga. *Toponimia*, 31.

**GARCÍA ARIAS, X. LL.** (2000) *Pueblos asturianos. El porqué de sus nombres*, Alborá Llibros Ediciones, Xixón/Gijón.

**GARCÍA-BELLIDO GARCÍA DE DIEGO, M. P.** (2002) El yacimiento de Coaña y Antonio García y Bellido, en M. A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayto. de Navia, Navia: 39-45.

**GARCÍA CARCEL, R.** (1994) La manipulación de la memoria histórica en el nacionalismo español. *Manuscripts*, 12: 175-181.

**GARCÍA CHAÍN, P. y LÓPEZ BLANCO, M. A.** (2002) Las prospecciones del entorno: castros en el cauce medio del Nalón, en L. Berrocal-Rangel; Martínez Seco, P. y C. Ruiz Triviño, *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*, RAH, Madrid: 215-233.

**GARCÍA DÍAZ, J. A.** (1996) Hestoria d'un personaxe ayeranu. "Xuanón de Cabanaquinta". *Asturies, memoria encesa d'un país*, 1: 45-50.

**GARCÍA DÍAZ, P.** (1995) Poblamiento castreño en el territorio Praviano. Concejos de Pravia y Muros del Nalón (Asturias), en *1er Congreso de Arqueología Peninsular. Actas V*. Porto: 234-263.

**GARCÍA GUINEA, M. A. y RINCÓN, R.** (1970) *El asentamiento cántabro de Celada Marlanges (Santander)*, Instituto de Prehistoria y Arqueología "Sautuola", Santander.

**GARCÍA LINARES, A.** (1984) Hallazgo de un fragmento de molino circular epigráfico en el castro de San Chuis (Allande). *La Maniega*, Nov-Dic 1984: 10-11.

**GARCÍA MARTÍNEZ, A.** (1988) *Los vaqueiros de alzada de Asturias. Un estudio histórico-antropológico*, Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias, Uviéu/Oviedo.

**GARCÍA MARTÍNEZ, A.** (2003) La trashumancia en Asturias, en L.V. Elías Pastor y F. Novoa Portela (coords.), *Un camino de ida y vuelta: la trashumancia en España*, Lunverg, D.L., Barcelona: 94-107.

**GARCÍA MARTÍNEZ, M. I. y otros** (2003) Las fíbulas del yacimiento de la Corona/El Pasadero, Manganese de la Polvorosa (Zamora). *Segundo Congreso de Historia de Zamora. Actas 1*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Zamora: 257-275.

**GARCÍA OLAGORTA, G.** (dir.) (1998) *Aerogüña del litoral de Cantabria y Asturias*, Editorial Planeta.

**GARCÍA PEDRAYES, D.** (2003) De la supuesta rellación de los astures colos antiguos exipcios. *El Fielatu*, 50:37-38.

**GARCÍA QUINTELA, M. V.** (2007) La organización social y política de los Galaico-Lusitanos, en F. J. González García (ed.), *Los pueblos de la Galicia céltica*, Akal, Madrid: 323-375.

**GARCÍA QUINTELA, M. V. y SANTOS ESTÉVEZ, M.** (2000) Petroglifos podomorfos de Galicia e investiduras reales célticas: estudio comparativo. *Archivo Español de Arqueología*, 73: 5-26.

**GARCÍA SÁNCHEZ, J.** (2009) El poblamiento y la explotación del paisaje en la Meseta Norte entre la Edad del Hierro y época romana altoimperial. Una aproximación a través de la arqueología espacial. *Zephyrus*, 64: 81-96.

**GARCÍA SANJUÁN, L.** (2005a) Grandes piedras viejas, memoria y pasado: reutilizaciones del dolmen de palacio III (Almadén de la Plata, Sevilla) durante la Edad del Hierro, en F. Javier Jiménez Avila y S. Celestino Pérez (coords.), *El período orientalizante: Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Vol. 1: 595-604.

**GARCÍA SANJUÁN, L.** (2005b) Las piedras de la memoria. La permanencia del megalitismo en el Suroeste de la Península Ibérica durante el II y I milenios ANE. *Trabajos de Prehistoria*, 62(1): 85-109.

**GARCÍA SANJUÁN, L., GARRIDO GONZÁLEZ, P., LOZANO GÓMEZ, F.** (2007) Las piedras de la memoria (II). El uso en época romana de espacios y monumentos sagrados prehistóricos del Sur de la Península Ibérica. *Complutum*, 18: 109-130.

**GARCÍA-SOTO MATEOS, E.** (2000) Prospecciones arqueológicas en las comarcas de Valderredible y Campoo. *Actuaciones arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 141-143.

**GARCÍA VUELTA, O.** (2001) El conjunto de Cangas de Onís: arqueología del oro castreños asturiano. *Trabajos de Prehistoria*, 58(2): 109-127.

**GARCÍA VUELTA, O.** (2007) *Orfebrería castreña*, MAN, Madrid.

**GARCÍA VUELTA, O. y PEREA, A.** (2001) Las

diademas-cinturón castreñas: el conjunto con decoración figurada de Moñes (Villamayor, Piloña, Asturias). *Archivo Español de Arqueología*, 74: 3-23.

**GARCÍA Y BELLIDO, A.** (1941a) El castro de Coaña (Asturias) y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura. *Archivo Español de Arqueología*, XIV, 42: 188-217.

**GARCÍA Y BELLIDO, A.** (1941b) Excavaciones en el Castellón de Coaña. Nuevos datos y consideraciones. *Revista de la Universidad de Oviedo*, VIII: 85-113.

**GARCÍA Y BELLIDO, A.** (1942a) El castro de Coaña (Asturias). Nuevas aportaciones. *Archivo Español de Arqueología*, XV, 48: 216-224.

**GARCÍA Y BELLIDO, A.** (1942b) El castro de Pendar. *Archivo Español de Arqueología*, XV, 49: 288-305.

**GARCÍA Y BELLIDO, A.** (1943) Los albiones del NO de España y una estela hallada en el Occidente de Asturias. *Emerita*, XI: 419-430.

**GARCÍA Y BELLIDO, A.** (1956) Excavaciones en Iulobriga y exploraciones en Cantabria. II Relación: campañas de 1953 a 1956. *Archivo Español de Arqueología*, 29: 131-199.

**GARCÍA Y BELLIDO, A. y URÍA RÍU, J.** (1940) Avances a las excavaciones del Castellón de Coaña. *Revista de la Universidad de Oviedo*, 2: 105-131.

**GAUCHER, G. y MOHEN, J. P.** (1972) *Typologie des objets métalliques de l'Âge du Bronze en France*, Fascículo 1º, Epées.

**GEERTZ, C.** (1992) Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura, en C. Geertz, *La Interpretación de las culturas*, Editorial Gedisa, Barcelona.

**GEERTZ, C.** (2001 [1973]) *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.

**GIBBS, L.** (1987) Identifying gender representation in the archaeological record: a contextual study, en I. Hodder (ed.), *The Archaeology of Contextual Meanings*, Cambridge University Press, Cambridge: 79-89.

**GIDDENS, A.** (1984) *The constitution of society: outline of the theory of structuration*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles.

**GIDDENS, A.** (1990) El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de la cultura, en A. Giddens y otros, *La teoría social, hoy*, Alianza Editorial, Madrid: 254-289.

**GILBERT, A.S.** (1983) On the Origins of Specialized Nomadic Pastoralism in Western Iran. *World Archaeology*, 15 (1): 105-119.

**GIL FARRÉS, O.** (1948) Un nuevo tipo de hacha en España. *Archivo Español de Arqueología*, 71: 173-181.

**GIL SENDINO, F.** (1999) Excavaciones en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias). Aproximación a la circulación monetaria en la Asturias transmontana en el siglo I d.C. *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 20: 159-167.

**GILLIVER, C.M.** (1993) Hedgehogs, caltrops and palisade stakes. *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 4: 49-54.

**GILMAN GUILLÉN, A.** (1981) The development of social stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology*, 22: 1-24.

**GILMAN GUILLÉN, A.** (1997) Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos. *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2): 81-92.

**GILMAN GUILLÉN, A.** (1998) Introductory remarks, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 15-17.

**GINZBURG, C.** (1991) *Historia nocturna*, Muchnik, Barcelona.

**GIRIBET ABASOLO, A. Mª** (1999) Materiales metálicos de la Edad del Bronce Final en Cantabria, en J.M Iglesias y J.A. Muñiz (eds.), *Regio Cantabrorum*, Caja Cantabria, Santander: 21-29.

**GIRÓN MIRANDA, P.** (2000) Los Movimientos nacionales na Celtia. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 10: 94-107.

**GODELIER, M.** (1986) *La producción de grandes hombres: poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*, Akal, Madrid.

**GÓMEZ CASARES, G.** (2010) Castro de Llan de la Peña (Dobarganes, Vega de Liébana), en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 135-142.

**GÓMEZ CASARES, G.** (2010b) Castro de Sebrango, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.) *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 143-148.

**GÓMEZ CASARES, G.** (2010c) Castro de La Corona (Vega de Liébana, Pesaguero), en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 165-168.

**GÓMEZ FILGUEIRAS, F.** (2003) Apéndice 1. Estudio de los registros arqueometalúrgicos, en R. Aboal Fernández, X. Ayán Vila y Mª P. Prieto Martínez, *Arqueología en la ACEGA 2: el área arqueológica de O Peto (Vedra, A Corniña)*, CAPA 17, Cadernos de Arqueoloxía e Patrimonio, LAFC, USC, Santiago de Compostela: 82-93.

**GÓMEZ HERRANZ, J.; MARÍN SUÁREZ, C. y FALQUINA APARICIO, A.** (2007) *Trabajos de excavación y limpieza para el acondicionamiento previo a los trabajos de restauración y consolidación en el pórtico y abrigo del yacimiento de la Debesa de la Oliva (Patones, Madrid)*, Informe inédito entregado en la Dirección General de Patrimonio de la CAM.

**GÓMEZ PELLÓN, E.** (1994) *Vida tradicional y proceso de cambio en un valle del Oriente de Asturias: estudio*

*antropológico del Valle de Ardisana*, Principado de Asturias.

**GÓMEZ RAMOS, P.** (1996) Análisis de escorias férreas: nuevas aportaciones al conocimiento de la siderurgia prerromana en España. *Trabajos de Prehistoria*, 53 (2): 145-155.

**GÓMEZ-TABANERA, J. M.** (1975) La cultura castreña astur y los modos de producción en las sociedades castreñas del Noroeste hispano. *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 557-578.

**GÓMEZ-TABANERA, J. M.** (1980) Aspectos de la Cultura Castreña en sus manifestaciones en Asturias y de los modos de producción en las sociedades prehistóricas del Noroeste de la Península Ibérica, en *Actas do seminario de arqueoloxía do Noroeste Peninsular*, Vol. II, Guimaraes: 87-110.

**GÓMEZ-TABANERA, J. M.** (1983) El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias). Mito y religión en la prehistoria astur. *Zephyrus*, 36: 265-276.

**GÓMEZ TABANERA, J. M.** (1991) Leyenda y realidad del celtismo cántabro-astur. *Actas de XX Congreso Nacional de Arqueología, Santander 1989*, Zaragoza, sobre tiro.

**GONZÁLEZ, M<sup>a</sup> C. y SANTOS, J.** (1984) La epigrafía del *Conventus Cluniense*. I. Las estelas vadinienses. *Memorias de Historia Antigua*, 6: 85-111.

**GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.** (2007) Aproximación etnoarqueológica a los Vaqueiros d'Alzada: un grupo ganadero trashumante de la montaña asturiana. *Arqueoweb*, 8(2).

[<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>].

**GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.** (2008) Etnoarqueología del paisanaje tradicional como fuente de información arqueológica, en OrJIA (coord.), *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material*, Tomo I Madrid, 3-5 de septiembre de 2008 (JIA 2008): 237-244.

**GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.** (2009) *La Cuenca del Pigüeña (Asturias) en el I milenio a.C.: poblamiento y subsistencia*, Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid, Trabajo inédito de Tercer Ciclo.

**GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.** (e.p.) Arqueología, Folklore y comunidades locales: los castros en el medio rural asturiano. *Complutum*, 22(1).

**GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.** (e.p. b) Traditional Pastoralism in the Asturian mountains: An ethnoarchaeological view on mobility and settlement patterns. 5<sup>o</sup> *Convegno di Etnoarcheologia "Etnoarcheologia come ricerca di campo"*. Associazione Italiana di Etnoarcheologia-Onlus, Istituto Italiano per l'Africa e l'Oriente, Roma 13-14 de mayo 2010.

**GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. y MENÉNDEZ BLANCO, A.** (2007) Un nuevo emplazamiento romano n' Asturias: el campamento de Moyapán (Ayande). *Asturies, memoria encesa d'un país*, 24: 16-21.

**GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D., MENÉNDEZ BLANCO, A. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.**

(2008) El campamento de Moyapán (Ayande, Asturias). *Férvedes*, 5: 363-371.

**GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.** (1966) *Los cántabros*, Guadarrama, Madrid.

**GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. L. y VIDAL ENCINAS, J. M.** (2005) Recientes hallazgos sobre el campamento de la *Legio VII Gemina* en León: la situación de los *Principia* y la configuración de los *Latera Praetorii*. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 71: 161-184.

**GONZÁLEZ GARCÍA, F. J.** (2009) Between warriors and champions: warfare and social change in the later prehistory of the north-western Iberian Peninsula. *Oxford Journal of Archaeology*, 28(1): 59-76.

**GONZÁLEZ GARCÍA, J. M. y MIRANDA PÉREZ-SEONE, J.** (1989) El valle de Orzonaga: carta arqueológica y estudio histórico. *Tierras de León*, 29 (75): 83-110.

**GONZÁLEZ GARCÍA, J. M. y MIRANDA PÉREZ-SEONE, J.** (1989b) El valle de Fenar: contribución al estudio de su poblamiento antiguo y medieval. *Tierras de León*, 29 (76): 69-98.

**GONZÁLEZ GARCÍA, J. M. y MIRANDA PÉREZ-SEONE, J.** (1991-1992) El valle de Villalfeide y Correcillas: carta arqueológica y estudio histórico. *Tierras de León*, 31 (85-86): 93-130.

**GONZÁLEZ GARCÍA, F. J.; PARCERO-OUBIÑA, C. y AYÁN VILA, X.** (e.p.) Iron Age societies against the state. An account on the emergence of the Iron Age in the NW Iberian Peninsula, en T. O. Moore y L. Armada Pita (eds.), *Atlantic Europe in the first millennium BC: Crossing the divide*, Oxford University Press.

**GONZÁLEZ MARCÉN, P.; LULL, V. y RISCH, R.** (1992) *Arqueología de Europa, 2250-1200 a.C. Una introducción a la "edad del bronce"*, Editorial Síntesis, Madrid.

**GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN SUBÍAS, S. y PICAZO GURINA, M.** (2005) Introducció, en P. González Marcén, S. Montón Subías y M. Picazo Gurina (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs d'Arqueologia 11, Universitat Autònoma de Barcelona : 1-4.

**GONZÁLEZ MIGUEL, E.** (1988) La nueva estela vadiniense de Pedrosa del Rey (Riaño). Algunos aspectos en relación con el problema de los Vadinienses. *Tierras de León*, 28(72): 89-102.

**GONZÁLEZ MORALES, M. R.** (1994) Justificando las raíces: política y arqueología en la España autonómica. *Argcritica*, 8: 8-10.

**GONZÁLEZ PRATS, A.** (1992) El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Sureste y Levante de la Península Ibérica. *Complutum. Paleoetnología de la Península Ibérica*, 2-3:137-150.

**GONZÁLEZ-QUEVEDO GONZÁLEZ, R.** (2002) *Antropología social y cultural de Asturias: introducción a la cultura asturiana*, Ediciones Madú, Granda-Siero.

**GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M. C.** (1993) El papel

de la mujer entre los cántabros, en J. Santos (dir.), *Indígenas y romanos en el norte de la Península Ibérica*, Editorial Universidad del País Vasco, San Sebastián: 51-65.

**GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M. C.** (2000) Nuevos afayos epigráficos y viejes interpretaciones sobre la organización política y social del los astures nel cambiu d'Era. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 9: 35-47.

**GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M. C.** (2004) Identidá y llende ente les polaciones del norte hispánicu: L'exemplu de los Orgenomescos. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 17: 18-31.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2001) Etnoarqueología de la vivienda en el África subsahariana: aspectos sociales y simbólicos. *Arqueoweb*, 3(2). [<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>].

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2002): Ser-en-el-mundo e identidad: elementos de la estética y la ontología de Heidegger para la arqueología. *Arqueoweb*, 3(3). [<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>].

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2003a) *Arqueología del primer milenio en el Noroeste de la Península Ibérica*. Tesis doctoral inédita, Departamento de Prehistoria de la UCM [existe versión publicada: González Ruibal 2006-2007].

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2003b) *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*, Akal Arqueología, Madrid.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2003c) *Etnoarqueología de la emigración. El fin del mundo preindustrial en Terra de Montes (Galicia)*, Diputación Provincial de Pontevedra, Pontevedra.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2004) Artistic expression and material culture in Celtic Gallaecia. *E-Keltoi Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6. *The Celts in the Iberian Peninsula*: 113-166 [<http://www.uwm.edu/Dept/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/index.html>].

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2004b) Facing two seas: Mediterranean and Atlantic contacts in the north-west of Iberia in the first millennium BC. *Oxford Journal of Archaeology*, 23:287-317.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2005) Resultados das sondaxes nun xacemento atípico da Idade do Ferro: Pena Redonda (Pontecaldelas, Pontevedra). *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 118: 173-197.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2005b): ¿Para qué sirven los celtas? *Complutum*, 16: 181-185.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2006) Past the last outpost: punic merchants in the Atlantic Ocean (5th-1st century BC). *Journal of Mediterranean Archaeology*, 19(1): 121-150.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2006b) House societies vs. kinship-based societies: An archaeological case from Iron Age Europe. *Journal of Anthropological Archaeology*, 25:144-73.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2006-2007) *Galaicos: Poder y Comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica*

(1200 a.C. - 50 d.C.). *Brigantium*, 18 y 19, Museo de San Antón, A Coruña.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2007) La vida social de los objetos castreños, en F. J. González García (ed.), *Los pueblos de la Galicia celta*, Akal, Madrid: 259-322.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (2009) Economía política y tecnología del espacio: "sociedades de casa" en el noroeste de la Península Ibérica (s. II a.C. - I d.C.), en C. Belarte (ed.), *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània Occidental (Ier mil·lenni aC): actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell-Tarragona, 6 al 9 de març de 2007)*, Universidad de Barcelona, Barcelona: 245-252.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A.** (e.p.) The politics of identity: ethnicity and the economy of power in Iron Age Northwest Iberia, en S. Stoddart y G. Cifani (eds.), *Landscape, Ethnicity, Identity in the Archaic Mediterranean Area*, Cambridge.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A. y CARBALLO ARCEO, L. X.** (2001) Cerámicas de Castrovite (A Estrada, Pontevedra). *Boletín Auriense*, 31: 35-81.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A., AYÁN VILA, X., FALQUINA APARICIO, A. Y SAHLE, Y.** (2009) *Arqueología de los pueblos nilóticos: una prospección arqueológica y etnoarqueológica de la región de Gambela (Etiopía occidental)*, Informe inédito, Instituto de Patrimonio Cultural de España, Dirección General de Bellas Artes, Madrid.

**GONZÁLEZ RUIBAL, A. y otros** (2007) Comercio mediterráneo en el castro de Montealegre (Pontevedra, Galicia). Siglo II a.C. - inicios del siglo I d.C. *Archivo Español de Arqueología*, 80: 43-74.

**GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J. M.** (1951) Un fragmento de la estela de Cornellana. *B.I.D.E.A.*, 13: 237-239.

**GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J. M.** (1952) Tres vetustos castiellos de las cercanías de Grado. *Archivum*, II: 352-368.

**GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J. M.** (1954) *El litoral asturiano en época romana*, Instituto de Estudios Asturianos, Uviéu/Oviedo.

**GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J. M.** (1958) Monsacro y sus tradiciones. *Archivum*, 8: 48-81.

**GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J. M.** (1966) Catalogación de los castros asturianos. *Archivum*, XXVI: 255-291.

**GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J. M.** (1973) Recuento de túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias. *Archivum*, 13: 5-42.

**GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J. M.** (1976) *Antiguos pobladores de Asturias protohistórica*, Colección Popular Asturiana nº3, Uviéu/Oviedo.

**GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J. M.** (1978) *Asturias Protohistórica. Historia de Asturias*, 2, Ayalga Ediciones, Uviéu/Oviedo.

**GOSDEN, Ch.** (1985) Gifts and kin in Early Iron Age Europe. *MAN*, 20(3): 475-493.

- GOSDEN, Ch. y LOCK, G.** (2007) The aesthetics of landscape on the Berkshire Downs, en C. Haselgrove y R. Pope (eds.), *The Earlier Iron Age in Britain and the near Continent*, Oxbow Books, Oxford: 279-292.
- GOSSELAIN, O.P.** (1999) In pots we trust. The processing of clay and symbols in Sub-Saharan Africa. *Journal of Material Culture*, 4(2): 205-230.
- GRANDE RODRÍGUEZ, M.** (2008) Los castros de la *Gallaecia* interior: arqueología, poblamiento y sociedad. *Herakleion*, 1: 85-119.
- GRAÑA, A.** (1983) El conjunto tumular de la "Carreiriega de los Gallegos" (Sierra de Carondio, Allande). *Ástura*, 1: 21-34.
- GRAU LOBO, L. A.** (coord.) (1993) *Guía-Museo de León. Guía catálogo de 100 piezas*, Objetos de Historia, León.
- GRAU LOBO, L. A.** (1996) Eruditos, pioneros e historiadores de la arqueología leonesa, en VV. AA. *ArqueoLeón. Historia de León a través de la Arqueología*, León: 225-239.
- GREGORY, C.** (1980) Gifts to men and gifts to god: gift exchange and capital accumulation in contemporary Papua. *MAN*, 15: 626-652.
- GRINÓ FRONTERA, M. DE** (1986-87) Los puñales de tipo Miraveche-Monte Bernorio. *Zephyrus*, 39-40: 297-306.
- GUMBRECHT, H. U.** (2005) *La producción de presencia*, Universidad Iberoamericana, México.
- GUTIÉRREZ CUENCA, E.** (1999) La agricultura en la Prehistoria Reciente de la región cantábrica: evidencia arqueológica y modelos explicativos. *Nivel Cero*, 6-7: 61-84.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A.** (1985) *Poblamiento antiguo y medieval de la montaña central leonesa*, León.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A.** (1986-87) Tipologías defensivas en la cultura castreña de la Montaña Leonesa. *Zephyrus*, 39-40: 329-335.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, A.** (2002) Del *castrum* al *castellum*. Los castros entre la Antigüedad y la Edad Media, en M.A. de Blas y A. Villa (eds.), *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayto. de Navia, Navia: 301-316.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. y AVELLO ÁLVAREZ, J. L.** (2000) *Las pinturas rupestres esquemáticas de Sésamo, Vega de Espinareda (León)*, Madrid.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. y SUÁREZ MANJÓN, P.** (2009) Castillo y fortificaciones medievales en Asturias. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 495-517.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. y otros** (1999) Notas para el estudio de la minería y metalurgia férrea en Asturias medieval. *Memoranda*, 3: 4-31.
- GUTIÉRREZ MORILLO, A.** (2000) Prospecciones de Arqueología Prehistórica en los términos municipales de Campoo de Suso, Enmedio, Santiurde de Reinosa y Reinosa. Megalitismo. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 1984-1999*, Santander: 155-157.
- GUTIÉRREZ MORILLO, A. y GARCÍA AGUAYO, A.** (1998) El ídolo de Peñalaveja (La Aguilera, Cantabria): una nueva manifestación de arte esquemático en el Monte Hijedo. *Espacio, Tiempo y Forma (Prehistoria y Arqueología)*, 11: 179-189.
- HABERMAS, J.** (1980) La ciencia y la tecnología como ideología, en VV.AA., *Estudios sobre Sociología de la Ciencia*, Alianza Universidad, Madrid: 344-364.
- HAMILTON, S. y MANLEY, J.** (1997) Points of review. Prominent enclosures in 1<sup>st</sup> millenium BC Sussex. *Sussex Archaeological Collections*, 135: 93-112.
- HAMILTON, S. Y MANLEY, J.** (2001) Hillforts, monumentality and place: a chronological and topographic review of first millennium BC hillforts of south-east England. *Journal of European Archaeology*, 4(1): 7-42.
- HANDLIN, O.** (1980) La ambivalencia en la reacción popular ante la ciencia, en VV.AA., *Estudios sobre Sociología de la Ciencia*, Alianza Universidad, Madrid: 247-261.
- HANSON, W.S.** (2002) Zones of interaction: Roman and natives in Scotland. *Antiquity*, 76: 834-840.
- HARAWAY, D. J.** (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Feminismos, Madrid.
- HARDING, D.W.** (1990) Changing perspectives in the Atlantic Iron Age, en I. Armit (ed.), *Beyond the brochs: changing perspectives on the Later Iron Age in Atlantic Scotland*: 5-16.
- HARING, L.** (2004) Cultural Creolization. *Acta ethnographica Hungarica*, 49 (1-2): 1-38.
- HARRIS, E. C.** (1991) *Principios de estratigrafía arqueológica*, Crítica, Barcelona.
- HARRISON, R. J.** (1974) Nota acerca de algunas espadas del Bronce Final en la Península Ibérica. *Ampurias*, 36: 225-233.
- HARRISON, R. J.** (1984) Nuevas bases para el estudio de la Paleoeconomía de la Edad del Bronce en el Norte de España, en J. Fortea (ed.) *Scripta Praehistorica*, Francisco Jordá Oblata, Salamanca: 287-315.
- HARRISON, R. J.** (1995) Bronze Age Expansion 1750-1250 BC: The Cogotas I Phase in the Middle Ebro Valley. *Veleia*, 12: 67-77.
- HARRISON, R. J., CRADDOCK, T. y HUGHES, M. J.** (1981) A study of the Bronze Age metalwork from the Iberian Peninsula in the British Museum. *Ampurias*, 43: 113-179.
- HARRISON, R. J. y MORENO, G.** (1985) El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios. *Trabajos de Prehistoria*, 42: 51-82.
- HASSAN, F. A.** (1981) *Demographic archaeology*, Academic Press, Nueva York.
- HASTORK, C. A.** (1991) Gender, Space, and Food in Prehistory, en J.M. Gero y M.W. Conkey (eds.),

*Engendering archaeology. Women and Prehistory*, Basil Blackwell, Oxford: 132-159.

**HAWKES, C. F. C.** (1952) Las relaciones en el Bronce Final entre la Península Ibérica y las Islas Británicas con respecto a Francia y la Europa Central y Mediterránea. *Ampurias*, 14: 81-119.

**HENDERSON, J. C.** (2007) The Atlantic West in the Early Iron Age, en C. Haselgrove y R. Pope (eds.), *The Earlier Iron Age in Britain and the near Continent*, Oxbow Books, Oxford: 306-327.

**HERNANDO, A.** (1992) Los enfoques teóricos en Arqueología. *SPAL*, 1: 11-35.

**HERNANDO GONZALO, A.** (1997) Sobre la Prehistoria y sus habitantes: mitos, metáforas y miedos. *Complutum*, 8: 247-260.

**HERNANDO GONZALO, A.** (1999) El espacio no es necesariamente un lugar: en torno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria. *Arqueología Espacial*, 21: 7-27.

**HERNANDO GONZALO, A.** (2000) Hombres del tiempo y mujeres del espacio: individualidad, poder e identidades de género. *Arqueología Espacial*, 22: 23-44.

**HERNANDO GONZALO, A.** (2001) Sociedades del Pasado y Prehistoria del Presente. El caso del Calcolítico de la Península Ibérica. *Complutum*, 12: 217-236.

**HERNANDO GONZALO, A.** (2002) *Arqueología de la identidad*, AKAL Arqueología, Madrid.

**HERNANDO GONZALO, A.** (2005) ¿Por qué la Historia no ha valorado las actividades de mantenimiento?, en P. González Marcén, S. Montón Subías y M. Picazo Gurina (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs d'Arqueologia 11, Universitat Autònoma de Barcelona : 115-133.

**HERNANDO GONZALO, A.** (2006) Arqueología y Globalización. El problema de la definición del otro en la Postmodernidad. *Complutum*, 17: 221-234.

**HERNANDO GONZALO, A.** (2008) Género y Sexo. Mujeres, identidad y modernidad. *Claves de Razón Práctica*, 188: 64-70.

**HERNANDO SOBRINO, M<sup>a</sup> DEL R.** (2002) Nota sobre nota. El bronce de El Bierzo y la Tábula del Caurel. *Gerión*, 20 (2): 577-584.

**HEVIA LLAVONA, N.** (1997) Un nuevo hachu neolítico atopáu n'Asturies: l'hachu de L'Arbeyal y les piedras del rayu. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 4: 36-39.

**HEVIA LLAVONA, I.** (2008) El castru d'El Picu Fáeu, en Castiellu, Parres. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 26: 36-45.

**HEVIA, S., MENÉNDEZ, A. y SÁNCHEZ, E.** (1999) Terra sigillata del Chao Samartín (Grandas de Salime). *Lancia*, 3: 159-190.

**HEVIA GONZÁLEZ, S. y MONTES LÓPEZ, R.** (2009) Cerámica Romana Altoimperial de fabricación regional del Chao Sanmartín (Grandas de Salime, Asturias). *Cuadernos de prehistoria y arqueología*, 35: 27-190.

**HEVIA, S.; MONTES, R.; BENÉITEZ, C.** (1999) Cerámica común romana del Chao Samartín (Grandas de Salime-Asturias): vajilla de cocina y almacenamiento. *B.S.A.A.*, 65: 153-196.

**HIDALGO CUÑARRO, J. M.** (1980) La cerámica con decoración bruñida en el Noroeste peninsular. *Gallaecia*, 6: 81-100.

**HILLIER, B. Y HANSON, J.** (1984) *The social logic of space*, Cambridge University Press.

**HILL, J. D.** (1989) Re-thinking the Iron Age. *Scottish Archaeological Review*, 6: 16-24.

**HILL, J. D.** (1995a) The Pre-Roman Iron Age in Britain and Ireland (ca. 800 B.C. to A.D. 100): An Overview. *Journal of World Prehistory*, 9(1): 47-98.

**HILL, J. D.** (1995b) How should we understand Iron Age societies and hillforts? A contextual study from Southern Britain, en J.D. Hill y C.G. Cumberpatch (eds.), *Different Iron Ages, Studies on the Iron Age in Britain and Ireland: recent trends*, J. R. Collis Publications, Sheffield: 45-66.

**HILL, J. D.** (1996) Hill-forts and the Iron Age of Wessex, en T. C. Champion e J. R. Collis (eds.), *The Iron Age in Britain and Ireland: recent trends*, Sheffield Academic Press, Sheffield: 95-116.

**HILL, J. D.** (2006) Are we any closer to understanding how later Iron Age societies worked (or did not work)?, en C. C. Haselgrove (ed.), *Les mutations de la fin de l'âge du Fer: Actes de la table ronde de Cambridge 7-8 juillet 2005. Celtes et Gaulois: l'Archeologie face à l'histoire*, Collection Bibracte, Glux-en-Glenne: 169-79.

**HILL, J. D. y CUMBERPATCH, C. G.** (1993) Volviendo a pensar la Edad del Hierro. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 127-137.

**HILL, J. D. y CUMBERPATCH, C. G.** (eds.) (1995) *Different Iron Ages, Studies on the Iron Age in Britain and Ireland: recent trends*, J. R. Collis Publications, Sheffield.

**HINGLEY, R.** (1990b) Boundaries surrounding Iron Age and Romano-British settlements. *Scottish Archaeological Review*, 7: 96-113.

**HINGLEY, R.** (1996) Ancestors and identity in the later prehistory of Atlantic Scotland: the reuse and invention of Neolithic monuments and material culture. *World Archaeology*, 28(2): 231-243.

**HINGLEY, R.** (1997) Iron, ironworking and regeneration: a study of the symbolic meaning of metalworking in Iron Age Britain, en A. Gwilt y C. Haselgrove (eds.), *Reconstructing Iron Age Societies*, Oxbow Monograph 71, Oxford: 9-18.

**HINGLEY, R.** (1997b) Resistance and domination: social change in Roman Britain, en D.J. Mattingly (ed.), *Dialogues in Roman imperialism: power, discourse, and discrepant experience in the Roman Empire*, Portsmouth (RI), *Journal of Roman Archaeology*: 81-100.

**HOBSBAWN, E.** (1983) Introduction: Inventing Traditions, en E. Hobsbawn y T. Rangers (eds.), *The*

- invention of tradition*, Cambridge University Press, Cambridge: 1-14.
- HODDER, I.** (1982) *Symbols in action: ethnoarchaeological studies of material culture*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HODDER, I.** (1998) Trazando el mapa del pasado postmoderno. *Trabajos de Prehistoria*, 55 (1): 5-17.
- HODDER, I.** (2003) *Archeology beyond dialogue*, University of Utah Press, Salt Lake City.
- HOLTORF, C.** (1998) The life-histories of megaliths in Mecklenburg-Vorpommern (Germany). *World Archaeology*, 30(1): 23-38.
- HOLTORF, C. y GAZIN-SCHWARTZ, A.** (1999) "As long as ever I've known it". On folklore and archaeology, en A. Gazin-Schwartz y C. Holtorf (eds.), *Archaeology and Folklore*, Routledge, Londres: 3-25.
- HOZ, J. de** (1997) Lingua e etnicidade na Galicia antiga, en G. Pereira Menaut (ed.), *O Feito Diferencial Galego. I. Historia*. Vol. 1. Museo do Pobo Galego, Santiago de Compostela: 101-140.
- IGLESIAS, I.** (1999) *La identidad asturiana*, Ámbitu, Uviéu/Oviedo.
- IGLESIAS GIL, J. M.** (1977) Estructura social, poblamiento y etnogenia de Cantabria. *Memorias de Historia Antigua*, 1: 179-187.
- IGLESIAS GIL, J. M.** (1986-87) La cultura meseteña en la Edad del Hierro y la penetración en el territorio de Cantabria en la Antigüedad: las fuentes escritas. *Zephyrus*, 39-40: 433-436.
- IGLESIAS GIL, J. M.** (2000) Actuaciones arqueológicas en *Flaviobriga* (Castro Urdiales). 1991-1997. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 193-196.
- IGLESIAS GIL, J. M. y TEJA CASUSO, R.** (1988) El elemento indígena y el elemento romano en la arquitectura de Juliobriga: el ejemplo de la "casa de los Morillos", en G. Pereira Menaut (dir. Congr.) *Actas 1er. Congreso Peninsular de Historia Antigua: Santiago de Compostela, 1-5 julio 1986*, Vol. 2: 531-544.
- IZQUIERDO, J. y BARRENA, G.** (2006) *Marqueses, Funcionarios, políticos y pastores. Crónica de un siglo de desencuentros entre naturaleza y cultura en Los Picos de Europa*, Ediciones Nobel, Uviéu/Oviedo.
- JAMES, S.** (1999) *The Atlantic Celts. Ancient people or modern invention?*, British Museum Press, London.
- JEDREJ, M. C.** (1995) *Ingessana: The Religious Institutions of a People of the Sudan-Ethiopian Borderland*, E.J. Brill, Leiden.
- JENSEN, O. W.** (1997) When Archaeology meets Clio. A critical reflection on writing the History of Archaeology. *Archaeological review from Cambridge*, 14 (2): 79-92.
- JIMENO, A.** (2001) El modelo de trashumancia aplicado a la cultura de Cogotas I, en M. Ruiz Gálvez (coord.), *La Edad del Bronce ¿primera Edad de Oro de España? Sociedad, Economía e Ideología*, Crítica, Barcelona: 139-178.
- JOCILES RUBIO, M<sup>a</sup> I.** (1994) En torno al nombre de Rioja, en R. Sanmartín Arce (coord.), *Antropología sin fronteras: ensayos en honor a Carmelo Lisón*: 527-542.
- JOHNSON, M.** (2000) *Teoría arqueológica. Una introducción*, Ariel, Barcelona.
- JONES, S.** (1997) *The Archaeology of Ethnicity: constructing identities in the past and in the present*, Southampton.
- JONES, S. y GRAVES-BROWN, P.** (1996) Introduction: archaeology and cultural identity in Europe, en P. Graves-Brown, S. Jones y C. Gamble (eds.), *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*, Routledge, London-New York: 1-24.
- JORDÁ CERDÁ, F.** (1969) *Guía del castrillón de Coaña*, Opera Minora, Salamanca.
- JORDÁ CERDÁ, F.** (1983) *Nueva guía del Castro de Coaña (Asturias)*, Guías de Arqueología Asturiana, 1, Uviéu/Oviedo.
- JORDÁ CERDÁ, F.** (1984) Notas sobre la cultura castreña en el Norte Peninsular. *Memorias de Historia Antigua*, 6: 7-14.
- JORDÁ CERDÁ, F.** (1985-86) Sobre la celtización tardía de Asturias. *Veleia*, 2-3: 261-264.
- JORDÁ CERDÁ, F.** (1990) Informe preliminar sobre las excavaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Beduledo, Allande) Asturias. Campaña de 1986. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1983-1986*, 1: 153-156.
- JORDÁ CERDÁ, F.** (2001) Un viaje por los castros asturianos. Primera etapa: el castro de San Chuis en el concejo de Allande. *Terralia*, 23: 66-73.
- JORDÁ CERDÁ, F.** (2002) Un viaje por los castros asturianos. Segunda etapa: el valle del Navia I. *Terralia*, 24: 70-79.
- JORDÁ CERDÁ, F. y otros** (1989) El castro asturiano de San Chuis (Allande, Asturias). *Revista de Arqueología*, 95: 38-48.
- JORDÁ PARDO, J. F. y GARCÍA MARTÍNEZ, M.** (1999) Investigaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Allande, Asturias): Últimos trabajos y memoria final (Estratigrafía isotópica y Trabajos realizados durante 1997). *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 4: 137-150.
- JORDÁ PARDO, J. F.; MARÍN SUÁREZ, C. y GARCÍA-GUINEA, J.** (e.p.) Discovering San Chuis hillfort (North of Spain): archaeometrical data, handcraft technologies and social interpretation. *Western Europe in the First Millennium BC: Crossing the divide*. Department of Archaeology, Durham University, UK. November 23-25<sup>th</sup>, 2007.
- JORDÁ PARDO, J. F. MESTRES TORRES, J. S. y GARCÍA MARTÍNEZ, M.** (2002): Arqueología castreña y método científico: nuevas dataciones radiocarbónicas del castro de San Chuis (Allande, Asturias). *Croa*, 12: 17-35.
- JORDÁ PARDO, J. F., ESTRADA GARCÍA, R., MESTRES TORRES, J. S., YRAVEDRA SAINZ DE LOS TERREROS, J. y MARÍN SUÁREZ, C.**



- (2008) Un asentamiento neolítico de superficie en el interior de una cueva: Torca l'Arroyu (Llanera, Asturias, España). *Actas del IV Congreso del Neolítico Peninsular. Alicante 27 al 30 de noviembre de 2006. Tomo I*, Museo Arqueológico de Alicante, Alicante: 208-215.
- JORDÁ PARDO, J. F., REY CASTIÑEIRA, J., PICÓN PLATAS, I., ABAD VIDAL, E. y MARÍN SUÁREZ, C.** (2009) Radiocarbon and Chronology of the Iron Age Hillforts of Northwestern Iberia, en R. Karl y J. Leskovaar (eds.), *Interpretierte Eisenzeiten. Fallstudien, Methoden, Theorie. Tagungsbeiträge der 3 Linzer Gespräche zur interpretativen Eisenzeitarchäologie. Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich*, 22. Oberösterreichischen Landesmuseum, Linz: 81-98.
- JORGE, S. O.** (1985) Povoados da pré-história recente do Norte de Portugal (IIIº e começos do IIº milénios a.C.): resultados e problemas das escavações dos últimos anos. *Revista da Faculdade de Letras. História*, 2: 297-308.
- JORGE, S. O.** (1998) Contexto e objetivos do coloquio, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântica*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 9-10.
- JOVE Y BRAVO, R.** (1896) Mitos y supersticiones de Asturias, en F. Canella y O. Bellmunt (eds.), *Asturias*, T. II: 143-155.
- JOVELLANOS, G. M. DE** (1981) *Cartas de mi viaje a Asturias*. Tomo 1, en J.M. Caso González (ed.), Ayala Ediciones, Xixón/Gijón.
- JUAN I TRESERRAS, J. y MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (2001) La Campa Torres (Gijón): análisis preliminar de indicadores microscópicos y bioquímicos, en J.L. Maya y F. Cuesta (eds.), *El Castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP Editorial, Xixón/Gijón: 373.
- JUNYENT, E.** (1992) Els orígens del ferro a Catalunya. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2: 21-35.
- KAMP, K.A.; TIMMERMAN, N.; LIN, G.; GRAYBILL, J. Y NATOWSKY, I.** (1999) Discovering childhood: using fingerprints to find children in the archaeological record. *American Antiquity*, 64(2): 309-315.
- KENT, S.** (1990) A cross-cultural study of segmentation, architecture and the use of space, en S. Kent (ed.), *Domestic architecture and the use of the space. An interdisciplinary cross-cultural study*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press: 127-152.
- KHUN, T.** (1980) Los paradigmas científicos, en VV.AA., *Estudios sobre Sociología de la Ciencia*, Alianza Universidad, Madrid: 79-102.
- KRISTIANSEN, K.** (1994) The emergence of the European World System in the Bronze Age: divergence, convergence and social evolution during the first and second millennium BC in Europe, en K. Kristiansen y J. Jensen (eds.), *Europe in the first millennium BC*, Sheffield Archaeology Monographs, 6: 7-30.
- KRISTIANSEN, K.** (2002) The tale of the sword - swords and swordfighters in Bronze Age Europe. *Oxford Journal of Archaeology*, 21(4): 319-332.
- LABANDERA CAMPOAMOR, J. A.** (1969a) Castros de Occidente. *B.I.D.E.A.*, 66: 61-83.
- LABANDERA CAMPOAMOR, J. A.** (1969b) Identificación y estudio del castro del Esteiro. *B.I.D.E.A.*, 68: 475-496.
- LABANDERA CAMPOAMOR, J. A.** (1970) Cultura de los Castros. *B.I.D.E.A.*, 69: 105-124.
- LABANDERA CAMPOAMOR, J. A.** (1974) Castro del Toxal y origen de Tapia. *B.I.D.E.A.*, 81: 185-197.
- LACLAU, E. y MOUFFE, CH.** (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid.
- LAGE PILLADO, M.** (2003-2004) Fíbulas del Museo Provincial de Lugo. *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 11(1): 53-66.
- LA NUEVA ESPAÑA** (3/1/1940) Navia y el "castellón" de Coaña. *La Nueva España*, 956: 5.
- LARREA, F.J. y otros** (2001) Análisis petrográfico de cerámicas protohistóricas de Guipúzcoa. *Isturiz*, 11: 51-71.
- LAYTON, R.** (1999) Folklore and world view, en A. Gazin-Schwartz y C. Holtorf (eds.) *Archaeology and Folklore*, Routledge, Londres: 26-34.
- LEMONNIER, P.** (1986) The study of material culture today: toward an Anthropology of Technical Systems. *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 147-186.
- LEMONNIER, P.** (1993): Introduction, en P. Lemonnier (ed.), *Technological Choices. Transformation in material cultures since the Neolithic*, Routledge, Londres: 1-35.
- LERNERZ DE WILDE, M.** (1986-1987) Problemas en la datación de fíbulas en la meseta hispánica. *Zephyrus*, 39-40: 199-213.
- LÉVI-STRAUSS, C.** (1995) *Antropología estructural*, Paidós, Barcelona.
- LEVY, T. E.** (1983) The Emergence of Specialized Pastoralism in the Southern Levant. *World Archaeology*, 15 (1): 15-36.
- LIESAU, C. y GARCÍA GARCÍA, J.** (2002) Los restos óseos: estudios de paleodieta de industria ósea, en L. Berrocal-Rangel; Martínez Seco, P. y C. Ruiz Triviño *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*, RAH, Madrid: 259-282.
- LIGHTFOOT, K.G. y MARTÍNEZ, A.** (1995) Frontiers and boundaries in archaeological perspective. *Annual Review of Anthropology*, 24: 471-492.
- LIMA OLIVEIRA, E. y PRIETO MARTÍNEZ, Mª P.** (2002) *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 16: Excavación del yacimiento de Monte Buxel*, TAPA 27, LAFC, USC, Santiago de Compostela.
- LINZ, J. J.** (1981) La crisis del Estado unitario, nacionalismos periféricos y regionalismo, en R. Acosta y otros, *La España de las Autonomías (pasado, presente y futuro)*, Espasa-Calpe, Madrid: 651-752.
- LISÓN TOLOSANA, C.** (1979) *Antropología cultural de Galicia*, Akal.

- LIÓN BUSTILLO, F. J.** (1993) Excavaciones en el yacimiento de la Primera Edad del Hierro del “Cerro de San Pelayo” (Castromochó, Palencia). *Numantia. Arqueología en Castilla y León, 1989/1990*, 4: 111-127.
- LIZ GUIRAL, J.** (1996) Epigrafía y Arqueología vadinienses, en VV.AA, *ArqueoLeón. Historia de León a través de la Arqueología*, León: 83-90.
- LLANA RODRÍGUEZ, C. y VARELA ARIAS, E.** (1999) Una aproximación a las actividades realizadas en la zona oriental del barrio norte del castro de Viladonga (Castro de Rei, Lugo). *Croa*, 9: 14-29.
- LLANOS, A.** (1990) La Edad del Hierro y sus precedentes, en Álava y Navarra. *Munibe (Antropología-Arqueología)*, 42: 167-179.
- LLANOS, A.** (2004) Materiales metálicos del Bronce Final Atlántico en Álava. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 21: 97-110.
- LLIGA CELTA D’ASTURIES** (1983) Lo qu’atalantamos por celtismu. *Ástor*, 5: 20-24.
- LOMBARDÍA, C. y LÓPEZ ÁLVAREZ, J.** (eds.) (2003) *José Ramón Lueje. La montaña fotografiada (1936-1975)*, Gijón: Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, Ayuntamiento de Gijón.
- LOMBARDÍA, L.** (1990) Asturias na cultura atlántica. *Ástor*, 17: 11-26.
- LOMBARDÍA, L.** (2001) Les ales y cohortes astures nel muriu d’Adrianu (Britannia). *Asturies, memoria encesa d’un país*, 12: 4-22.
- LOMBARDÍA, L.** (2006) *Radiografía de un panfletu. Sobre'l llibru “Astures y Asturianos. Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias”, de Carlos Marín Suárez*, Fundación Belenos, Uviéu/Oviedo.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F.** (1951) *Las joyas castreñas*. Instituto de Arqueología y Prehistoria “Rodrigo Caro”, CSIC, Madrid.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, F. J.** (1983) Los Astures augustanos y sus castros. *Tierras de León*, 23(52): 79-90.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F.** (2009) Posta en valor do castro de Castromaior para fomento do turismo cultural no Camiño de Santiago, Portomarín (Lugo). *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 38-39.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F.** (2009b) Escavación arqueolóxica e consolidación no castro de Borneiro, Cabana de Bergantiños (A Coruña). *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 70-71.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F. Y ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y.** (2001) El poblado minero de Sta. María de Castro (Cervantes, Lugo). *Actas do 3º Congreso de Arqueología peninsular. Volume V. Proto-historia da Península Ibérica*, ADECAP 1999, Porto: 533-539.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F., ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. y LÓPEZ MARCOS, M. A.** (1999) Excavación en el castro de Llagú, Latores (Oviedo, 1998). Avance de resultados. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 4: 237-251.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, O.** (2001) Europa y la creación de los modelos “célticos”. El origen del paradigma étnico-cultural. *Trabajos de Prehistoria*, 58 (2): 69-88.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, O.** (2004) Las fuentes antiguas y la creación literaria de la Vetonia. *Gerión*, 22(1): 201-214.
- LÓPEZ MARCOS, M. A.** (2009) Limpieza no castro de Santa María de Castro, Cervantes (Lugo). *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 83.
- LÓPEZ-MERINO, L.** (2009) *Paleoambiente y Antropización en Asturias durante el Holoceno*, Departamento de Ecología, Universidad Autónoma de Madrid, Tesis Doctoral inédita.
- LÓPEZ-MERINO, L., LÓPEZ-SÁEZ, J. A. y LÓPEZ GARCÍA, P.** (2006) Estudio palinológico de la turbera litoral holocena de Las Dueñas (Cudillero, Asturias, España). *Revista Española de Micropaleontología*, 38(2-3): 299-308.
- LÓPEZ-MERINO, L., MARTÍNEZ CORTIZAS, A. y LÓPEZ-SÁEZ, J. A.** (2010) Early agriculture and palaeoenvironmental history in the North of the Iberian Peninsula: a multi-proxy analysis of the Monte Areo mire (Asturias, Spain). *Journal of Archaeological Science*, 37: 1978-1988.
- LÓPEZ QUIROGA, J. y RODRÍGUEZ LOVELLE, M.** (1999-2000) Un modelo de evolución del poblamiento rural en la Galicia interior (s. V-X): el territorio en torno a la depresión de Sarria y al monasterio de Samos. *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, IX: 173-185.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A. y BLANCO GONZÁLEZ, A.** (2005) La mutación Bronce Final/Primer Hierro en el suroccidente de la cuenca del Duero (provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social?, en A. Blanco, C. Cancelo y A. Esparza (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Fundación Duques de Soria, Universidad de Salamanca: 229-250.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A.; LÓPEZ GARCÍA, P. y LÓPEZ MERINO, L.** (2006-2007) El impacto humano en la Cordillera Cantábrica: Estudios palinológicos durante el Holoceno Medio, en J.M. Maillo y E. Baquedano (eds.), *Zona Arqueológica 7, Miscelánea en Homenaje a Victoria Cabrera*: 2-11.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A.; LÓPEZ MERINO, L. y PÉREZ DÍAZ, S.** (2009) Estudio arqueopalínológico de cuatro hoyos de la Edad del Bronce de “El Pelambre”, en M<sup>a</sup> Luz González Fernández (coord.), “El Pelambre”. *Villaornate, León. El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*, Tragsa Grupo: 259-265.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A. y otros** (2003) Paleopaisajes concretos: polen, suelos y arqueología del yacimiento de As Pontes (Abadín, Lugo). *Trabajos de Prehistoria*, 60(1): 139-151.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A. y otros** (2009) Landscape and climatic changes during the end of the Late Prehistory in the Amblés Valley (Ávila, central Spain), from 1200

to 400 cal BC. *Quaternary International*, 200: 90-101.

**LORRIO, A.** (1993) El aramamento de los celtas hispanos, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Actas, Madrid: 285-326.

**LUENGO, J. M.** (1936-40) El castro de Morgovejo (León). *Atlantis*, 15: 170-177.

**LUENGO, J. M.** (1941) El periodo Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de León, en *Corona de estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires*, Madrid: 125-137.

**LUENGO, J. M.** (1961) Castros leoneses, en *VI Congreso Nacional de Arqueología, Oviedo, 1959*, Zaragoza: 102-121.

**LUENGO, J. M.** (1983) Lo celta y lo celtíbero en la provincia de León, en *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, III.

**LUENGO, J. M.** (1987) Sobre lo prerromano y lo celto-romano en la provincia de León. *Tierras de León*, 27(66): 1-34.

**LUZÓN NOGUÉ, J. M<sup>a</sup>.** y **SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F. J.** (1980) El Caurel. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 110. M<sup>o</sup> de Educación y Cultura, Madrid.

**MACEACHERN, S.** (1993) Selling the iron for their shackles: Wandala-montagnard interactions in northern Cameroon. *Journal of African History*, 34: 247-270.

**MAC WHITE, E.** (1951) *Estudio de las relaciones atlánticas de la Península Ibérica en la Edad del Bronce*, Disertaciones Matritenses, 2, Madrid.

**MALINOWSKI, B.** (1986) *Los argonautas del Pacífico Occidental: un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*, Península, Barcelona.

**MALLO VIESCA, M. y PÉREZ PÉREZ, M.** (1970-1971) Pinturas rupestres esquemáticas de Fresnedo (Teverga) (Asturias). *Zephyrus*, 21-23: 105-138.

**MALUQUER DE MOTES, J.** (1960) Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Península Ibérica, en *Primer Simposium de Prehistoria de la Península Ibérica, septiembre de 1959, Pamplona*: 125-150.

**MANGAS, J.** (1980) Hispania Romana, en *Historia de España, Tomo I*, Historia 16, Madrid.

**MANGAS, J.** (1990) La Primitiva Religión de Asturias: Cultos indígenas, Romanos y Orientales. *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 213-232.

**MANGAS, J. y OLANO, M.** (1995) Nueva inscripción latina. *Castella y Castellani* en el área astur. *Gerión*, 13: 339-347.

**MANZANO HERNÁNDEZ, M. P.** (1985) Avance sobre la cerámica común del castro de San Chuis. Pola de Allande. *Zephyrus*, 39-40: 397-410.

**MAÑANA BORRAZAS, P.; BLANCO ROTE, R. y AYÁN VILA, X.A.** (2002) *Arqueotectura 1: bases teórico-metodológicas para una Arqueología de la Arquitectura*,

TAPA 25, LPPP, USC, Santiago de Compostela.

**MAÑANES, T.** (1972) Terra Sigillata de Astorga. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 38: 189-209.

**MAÑANES, T.** (1975) Un nuevo ídolo de la Edad del Bronce y una punta de lanza del museo de Villafranca del Bierzo (León). *Trabajos de Prehistoria*, 32: 187-193.

**MAÑANES, T.** (1981) *El Bierzo prerromano y romano*, León.

**MAÑANES, T.** (1983) La implantación romana en el territorio leonés. *Lancia*, 1: 139-185.

**MAÑANES, T.** (1988) *Arqueología de la cuenca leonesa del río Sil*, Valladolid.

**MAÑANES, T. y BOHIGAS, R.** (1979) Hallazgos arqueológicos en la zona vadiniense leonesa. *Tierras de León*, 36-37: 71-82.

**MARCO SIMÓN, F.** (1996) Heroización y tránsito nes Diademes de Moñes (Piloña, Asturias). *Asturies, memoria encesa d'un país*, 1: 11-29.

**MARCO SIMÓN, F.** (1997) La relixon de los pueblos indíxenes d'Asturies nel Marcu de la España Indoeuropea. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 4: 23-34.

**MARCOS CONTRERAS, J. y otros** (2003) Intervención arqueológica en el perímetro murado de Castro Ventosa (Cacabelos, León). 2001, en J.A. Balboa de Paz, I. Díaz Álvarez y V. Fernández Vázquez (coords.), *Actas de las jornadas sobre Castro Ventosa*, Cacabelos-León, 2-6 octubre 2002: 203-226.

**MARCOS GARCÍA, M. A.** (1986-87) Estructuras defensivas en los castros cántabros de la cabecera del Ebro. *Zephyrus*, 39-40: 479-483.

**MARCOS ORTEGA, M., ALCALDE CRESPO, G. y SAÉZ HIDALGO, I.** (1988) Metalurgia del Bronce Final. Crisoles de la Lora Palentina. *Revista de Arqueología*, 81: 56-58.

**MARCOS VALLAURE, E.** (1971) Nuevas lápidas vadinienses de la provincia de León. *Tierras de León*, 11(14): 67-78.

**MARÍN ARROYO, A. B. y CISNEROS CUNCHILLOS, M.** (2008) Consideraciones económicas sobre el oppidum de La Ulaña (Humada, Burgos): la explotación ganadera. *Zephyrus*, 62: 151-162.

**MARÍN SUÁREZ, C.** (2004a) Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias. *Complutum*, 15: 75-97.

**MARÍN SUÁREZ, C.** (2004b) Recensión: II Coloquios de Arqueología de la Cuenca del Navia. *Complutum*, 15: 271-275.

**MARÍN SUÁREZ, C.** (2005a) *Astures y asturianos. Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias*, Editorial Toxosoutos (Serie Keltia), A Coruña.

**MARÍN SUÁREZ, C.** (2005b) El celtismo asturiano. Una perspectiva arqueológica. *Gallaecia*, 24: 309-333.

**MARÍN SUÁREZ, C.** (2006) Arqueología castreña en las cuencas del Eo y Navia. *Campo de Tablado*, 3: 89-113.

- MARÍN SUÁREZ, C.** (2007) Los materiales del castro de San L.Luis (Allande, Asturias). *Complutum*, 18: 131-160.
- MARÍN SUÁREZ, C.** (2008) Revisión y estudio de los materiales del Castro de Arancedo (El Franco, Asturias), en E. Ramil Rego (ed.), *I Congreso Internacional de Arqueología de Vilalba. Férvades, número monográfico*, 5: 297-306.
- MARÍN SUÁREZ, C.** (2009) De nómadas a castreños. Los orígenes de la Edad del Hierro en Asturias, en C. Marín Suárez y J. Jordá Pardo (eds.), *Arqueología castreña en Asturias. Entemu*, 16: 19-44.
- MARÍN SUÁREZ, C.** (e.p.) Las montañas del centro-occidente cantábrico en el II y comienzos del I milenio a.C.: un espacio de encuentro entre los grupos cantábricos y meseteños, en *Actas del JLA 2009*, celebrado entre los días 6-8 de mayo de 2009 en la facultad de Geografía e Historia de la UCM.
- MARÍN SUÁREZ, C.** (e.p. b) ¿Astures, celtas o Edad del Hierro en Asturias? *Archaiá*, 6.
- MARÍN SUÁREZ, C. y JORDÁ PARDO, J. F.** (2007) Las cerámicas indígenas del castro de San L.Luis (Allande, Asturias), en A. Fanjul Peraza (coord.), *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A., Santander: 135-152.
- MARÍN SUÁREZ, C.; JORDÁ PARDO, J. F. y GARCÍA-GUINEA, J.** (2008) Arqueometría en el castro de San Chuis (Allande, Asturias, España), en E. Ramil Rego (ed.), *I Congreso Internacional de Arqueología de Vilalba. Férvades, número monográfico*, 5: 53-62.
- MARÍN SUÁREZ, C. y otros** (e.p.) Última estación. Arqueología de los destacamentos de trabajos forzados en el ferrocarril Madrid-Burgos (España), en E. Zarankin (ed.), *Estudios sobre arqueología de la represión en América Latina*.
- MARÍN VALDÉS, F. A.** (1990) Arte de la Romanización en Asturias, *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 233-252.
- MARIÑO FERRO, X. R.** (2000) *Antropoloxía de Galicia*, Xerais, Vigo.
- MARKALE, J.** (1996) Les fiestes de los antiguos celtes. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 2: 4-12.
- MARQUÉS, A.** (1997) La estela d'Argandenes (Piloña). *Asturies, memoria encesa d'un país*, 3: 109.
- MARTÍN CISNEROS, D. y BERMÚDEZ GUTIÉRREZ, J.** (2006) L'outru Asturcón. Las burras esquecidas. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 21: 18-36.
- MARTÍN VALLS, R.** (1986-87) La segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. *Zephyrus*, 39-40: 59-86.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.** (1972) Nuevos yacimientos de la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte. *Boletín de Estudios de Arte y Arqueología*, 38: 5-54.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.** (1975a) Problemas en torno a la Primera Edad del Hierro en el sector occidental de la Meseta norte, en *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 545-550.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.** (1975b) El poblado protohistórico del Cerro de San Andrés en Medina de Rioseco. *Archivos Leoneses*, 57-58: 195-202.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.** (1977) Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV). *BSAA*, 43: 291-319.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.** (1978) Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V). *BSAA*, 44: 321-346.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.** (1981) Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VII). *BSAA*, 47: 153-186.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, J.** (1970) Castro de Mohías. Nuevos hallazgos y descubrimientos. *B.I.D.E.A.*, 69: 125-140.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, J.** (1971) Castro de Mohías: resultados de una investigación geocronológica. *B.I.D.E.A.*, 73: 355-356.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, J. y JUNCEDA AVELLÓ, J. M.** (1968) Descubrimiento del castro de Mohías. Primeras excavaciones y primeros hallazgos. *B.I.D.E.A.*, 63: 185-199.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J.** (1930) Cerámica incisa y cerámica de la cultura del vaso campaniforme en Castilla la Vieja y Asturias. *Anuario de Prehistoria Madrileña*, 1: 99-130.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J.** (1942) Escondrijo de la Edad del Bronce Atlántico en Huertas de Arriba (Burgos). *Actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, 17.
- MARTÍNEZ VEGA, A.** (2003) *La población primitiva en el Valle de Piloña*, R.I.D.E.A., Uviéu/Oviedo.
- MARTÍNEZ VELASCO, A.** (2010) Castro de la Peña de Sámano, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 569-578.
- MARTÍNEZ VELASCO, A.** (2010b) Campamentos (*castra aestiva*) de La Poza, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 397-402.
- MARTÍNEZ VELASCO, A. y BOLADO DEL CASTILLO, R.** (2008) El hacha de Tudanca, Cantabria. *Férvades*, 5: 193-201.
- MARTINO GARCÍA, D.** (1995) Noticia sobre lápida vadiniense en Puente Almuhey (León). *Tierras de León*, 35(99): 57-62.

- MARTINO GARCÍA, D.** (2002) Novedades de epigrafía vadiniense. Dos lápidas reaparecidas y un fragmento inédito. *Tierras de León*, 40(115): 141-156.
- MARTINO, E.** (1979) Sajambre: los cántabros y la reconquista. *Tierras de León*, 34-35: 110-137.
- MARTINO, E.** (1980) León prerromano y cántabro. *Tierras de León*, 20(38): 99-112.
- MARTINO, E.** (1994) Sajambre, Valdeón y los Picos de Europa. *Tierras de León*, 34(95-96): 49-58.
- MARTINO GARCÍA, D.** (1998) La inscripción a Mitra de San Juan de la Isla (Colunga) y el límite entre astures transmontanos y cántabros en época romana. Nuestro Museo. *Boletín anual del Museo Arqueológico de Asturias*, 2: 241-252.
- MARTINÓN TORRES, M.** (2001) Los megalitos de término. Crónica del valor territorial de los monumentos megalíticos a partir de las fuentes escritas. *Trabajos de Prehistoria*, 58 (1): 95-108.
- MARTINÓN TORRES, M.** (2002) Chaîne Opératoire: The concept and its applications within the study of technology. *Gallacía*, 21: 29-44.
- MARTINS, M.** (1998) As economías da Idade do Bronze: a problemática do comercio e intercambio. Uma introdução ao tema, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 73-80.
- MARY, G., BEAULIEU, J.L. y MEDUS, J.** (1973) Un diagramme sporopollinique et des datations C 14 pour la tourbière du Llano Ronanzas (Asturies-Espagne). *Comp. Rend. BSGF*, fasc. 2, T. 7: 37-38.
- MATHIAS, M<sup>a</sup> C.** (1993) Pottery techniques in India. Technical variantes and social choice. Technological Choices, en P. Lemonnier (ed.), *Transformation in material cultures since the Neolithic*, Routledge, Londres: 157-180.
- MATHIEU, J.R. y MEYER, D.A.** (1997) Comparing axe heads of stone, bronze and steel: studies in experimental archaeology. *Journal of Field Archaeology*, 24: 333-350.
- MAUSS, M.** (1934) Techniques du corps. *Sociologie et anthropologie*.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1974) Puñal con antenas de Penácaros (Asturias), en *Miscelánea Arqueológica II. XXV Aniversario de los cursos de Ampurias (1974-1971)*, Barcelona: 71-73.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1983/1984) Hábitat y cronología de la cultura castreña asturiana. *Portugalia Nova Serie*, Vol. IV/V: 175-198.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1983a) La Cultura Castreña Asturiana: de los orígenes a la romanización. En *Indigenismo y romanización en el Conventus Asturum*, Uviéu/Oviedo.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1983b) La cultura castreña asturiana. Su etapa romano-provincial. *Lancia I. Cántabros y Astures*: 221-262.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1987/1988) *La cultura material de los castros asturianos*, Estudios de Antigüedad, 4/5, Publicaciones de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1989) *Los castros en Asturias*, Silverio Cañada, Xixón/Gijón.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1990) La explotación minera y la metalurgia romana en Asturias, *Historia de Asturias. Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 193-212.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1994) El factor indoeuropeo y su influencia en el NO de la Península Ibérica. *Aquitania*, 12: 297-321.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (1998) Castros asturianos: cronología y atribución étnica. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 6: 4-15.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.** (2001) Documentación fotográfica de les escavaciones n'El Castru d'Arancedo. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 12: 44-51.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. y BLAS, M. A. DE** (1973) El molino del castro de la Picon y notas sobre la introducción de los tipos giratorios en Asturias. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 80: 717-722.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. y BLAS, M. A. DE** (1983) El castro de Larón (Cangas del Narcea, Asturias). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 15: 153-192.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F.** (1990) Excavaciones en la Campa Torres. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1983-1986*, 1: 163-164.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F.** (1992) Excavaciones en la Campa Torres (1986-1990). *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1986-1990*, 2: 145-152.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F.** (1995a) Primeros resultados de los niveles prerromanos de la Campa Torres (Gijón, Asturias). *Actas del XXII Congreso nacional de Arqueología*, Vigo, 1993, I: 93-100.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F.** (1995b) Estratigrafía e interpretación histórica de La Campa Torres (1991-1994). *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1991-1994*, 3: 105-115.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F.** (1999) Cronoestratigrafía de La Campa Torres, Gijón (1995-1998). *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 4:125-135.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F.** (2001) Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres, en J. L. Maya y F. Cuesta (eds.), *El Castro de la Campa Torres. Período prerromano*, VTP editorial, Xixón/Gijón: 11-277.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F.** (eds.) (2001) *El castro de la Campa Torres. Periodo prerromano*, VTP Editorial, Xixón/Gijón.
- MAYA, J. L. y MESTRES, J. S.** (1998) Dataciones prerromanas del Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo). *Revista de Arqueología*, 211: 6-11.
- MAYA, J. L.; ROVIRA, S. y CUESTA, F.** (1993) Metalurgia del bronce en el poblado prerromano de la Campa Torres (Asturias). *Pyrenae*, 24: 151-158.

- MEDEROS MARTÍN, A.** (1997) Nueva cronología del Bronce Final en el occidente de Europa. *Complutum*, 8: 73-96.
- MEGAW, J. V. S. y MEGAW, M. R.** (1996) Ancient Celts and modern ethnicity. *Antiquity*, 175-181.
- MEIJIDE CAMESELLE, G.** (1991) Tres dataciones de C-14 del castro de A Graña (Toques, A Coruña) y su contexto arqueológico. *Gallaecia*, 13: 111-135.
- MEIJIDE CAMESELLE, G.** (2009) Excavación arqueológica no castro de Formigueiros, Samos (Lugo) en *Actuacions arqueoloxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 64-65.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F.** (1994) La domesticación del paisaje durante la Edad del Bronce gallego. *Trabajos de Prehistoria*, 51 (1): 77-94.
- MENÉNDEZ BLANCO, A., GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D., JIMÉNEZ CHAPARRO, J. I. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.** (2011) Un nuevo campamento militar romano en El Páramo leonés: Huerga de Frailes. *Argutorio*, 26: 32-35.
- MENÉNDEZ BLANCO, A.; GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V. y JIMÉNEZ CHAPARRO, J.I.** (e.p.) Nuevas evidencias de la presencia militar romana en el extremo occidental de la Cordillera Cantábrica. *Gallaecia*, 30.
- MENENDEZ BUEYES, L. R.** (2000) El complejo castreño protohistórico de los Astures transmontanos (norte de la península ibérica). Análisis contextual y ordenación cronológica. *Rivista di studi liguri*, LXVI: 89-154.
- MENÉNDEZ BUEYES, L. R.** (2001) *Reflexiones críticas sobre el origen del reino de Asturias*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y BENÉITEZ GONZÁLEZ, C.** (2002) La ocupación romana en castros asturianos a través del ajuar cerámico: análisis historiográfico, en Blas Cortina, M. A. y Villa Valdés, A. (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 279-299.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y SÁNCHEZ HIDALGO, E.** (2007) Inventario arqueológico en Laviana: breve informe de sus resultados. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 5: 477-481.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y SÁNCHEZ HIDALGO, E.** (2007b) Inventario arqueológico del Concejo de Caso. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 5: 483-488.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y SÁNCHEZ HIDALGO, E.** (2009) Informe de la excavación de cuatro sondeos arqueológicos en el exterior del pozo de agua nº 1 del castro de la Campa Torres (Gijón). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 275-281.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y VILLA VALDÉS, A.** (2009) Os Castros de Taramundi: reseña sobre el plan director e informe relativo al avance de las excavaciones arqueológicas. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 455-463.
- MERCADAL I FERNÁNDEZ, O.** (2001) Estudio paleoantropológico de un resto óseo procedente de la Campa Torres (Gijón), en J. L. Maya y F. Cuesta (eds.), *El castro de la Campa Torres. Periodo prerromano*, VTP Editorial, Xixón/Gijón: 289-294.
- MERCÈ BERGADÀ, M.** (2001) Análisis micromorfológico de la secuencia estratigráfica del yacimiento de la Campa Torres (Gijón, Asturias), en J.L. Maya y F. Cuesta (eds.) *El Castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP Editorial, Xixón/Gijón: 279-287.
- MERRIMAN, N.** (1987) Value and motivation in Prehistory: the evidence for "Celtic Spirit", en I. Hodder (ed.), *The Archaeology of Contextual Meanings*: 111-116.
- MEYERS, C.** (2005) Harina de otro costal: género y cambios tecnológicos en la producción de harina en la Galilea romana, en P. González, S. Montón y M. Picazo (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs d'Arqueologia 11, Barcelona: 25-50.
- MEZQUIRIZ IRUJO, M<sup>a</sup> A.** (2004) Terra "sigillata" hispanica. *Trabajos de arqueología Navarra*, 17: 419-563.
- MISIEGO TEJADA, J. C. y otros** (1997) Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de "La Corona/El Pasadero", en Manganeses de la Polvorosa (Zamora). *Anuario del instituto de estudios zamoranos Florián de Ocampo*, 14:17-41.
- MISIEGO TEJADA, J. C. y otros** (1998) Arqueología en territorio Astur. La Corona / El Pasadero (Zamora). *Revista de Arqueología*, 208: 24-35.
- MISIEGO TEJADA, J. C. y otros** (1999) Excavaciones arqueológicas en el castro de Sacaojos (Santiago de Valduerna, León). *Numantia. Arqueología de Castilla y León*, 7: 43-65.
- MISIEGO TEJADA, J. C. y otros** (2003) Excavación arqueológica en el poblado protohistórico de Dessobriga (Osorno, Palencia/Melgar de Fornamental, Burgos), en *Actuaciones arqueológicas en la Autovía del Camino de Santiago (A-231, León-Burgos). Provincia de Burgos (2000-2003)*, Junta de Castilla y León, GICAL.
- MISIEGO TEJADA, J. C. y otros** (2003b) Últimas investigaciones de la Edad del Hierro en la provincia de Zamora: el yacimiento de "La Corona/El Pasadero" en Manganeses de la Polvorosa. *Segundo Congreso de Historia de Zamora. Actas 1*, Insituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Zamora: 103-141.
- MISIEGO TEJADA, J. C. y otros** (2005) Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila): Reconstrucción de la vida y la economía de un poblado en los albores de la Edad del Hierro, en A. Blanco, C. Cancelo y A. Esparza (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Fundación Duques de Soria, Universidad de Salamanca: 207-228.

- MISIEGO TEJADA, J. C. y otros** (e.p.) Enterramientos humanos de la Edad del Bronce en el yacimiento de Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca): ¿Un cementerio del horizonte Cogotas I?, en *Reunión científica. Homenaje a María Dolores Fernández-Posse, Cogotas I: Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*, Valladolid 19-22 de octubre de 2009, Valladolid.
- MOLINA, F. y ARTEAGA, O.** (1976) Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1: 175-214.
- MOLINERO, J. T. y AROZAMENA, J. F.** (1992) Materiales inéditos de la Edad del Bronce procedentes de la cueva de La Lastrilla (Sámano, Castro Urdiales, Cantabria), en *Actas del V Congreso español de Espeleología. Camargo-Santander. 1-4 de noviembre de 1990*, Santander: 221-228.
- MONTERO GUTIÉRREZ, J. y ARNÁIZ ALONSO, M. A.** (2003-2004) El yacimiento de Cogotas I de "Tres Chopos - Abarre" (Villegas, Burgos): esbozo paleo-económico e implicaciones en las formas de organización social. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 69-70: 75-114.
- MONTES LÓPEZ, R.; HEVIA GONZÁLEZ, S. y BENÉITEZ GONZÁLEZ, C.** (2001) La cerámica común del Chao Samartín. Bases para una tipología en el territorio lucense. *Revista de Arqueología*, 247: 28-37.
- MONTES LÓPEZ, R.; HEVIA GONZÁLEZ, S. y VILLA VALDÉS, A.** (2010) "Monte Castrelo" de pelóu: un asentamiento prehistórico de larga perduración en Grandas de Salime. L'ocasu del paradigma castreño d'aniciu romanu n'Asturies. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 30: 4-27.
- MONTES LÓPEZ, R. y otros** (2009) Monte Castrelo de Pelóu (Grandas de Salime). Avance sobre su secuencia estratigráfica e interpretación histórica. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 313-322.
- MONTEVERDE, J. L.** (1958) Los castros de Lara. *Zephyrus*, 9: 191-199.
- MONTÓN SUBIÁS, S.** (2000) Las mujeres y su espacio: una historia de los espacios sin espacio en la Historia. *Arqueología Espacial*, 22: 45-59.
- MOORE, H. L.** (2004) *Antropología y feminismo*, Cátedra, Madrid.
- MORA, G.** (2003) El CSIC y la Antigüedad, en F. Wulff Alonso y M. Álvarez Martí-Aguilar (eds.), *Antigüedad y Franquismo (1936-1975)*, CEDMA, Málaga: 95-109.
- MORÁN, C.** (1925) *Por tierras de León. Historia, costumbres, monumentos, filología y arte*, Salamanca.
- MORÁN, C.** (1949) Excursiones arqueológicas por tierras de León. *Archivos Leoneses*, 3 (6): 4-93.
- MORÁN, C.** (1956/61) Excavaciones en castros de la provincia de León. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 5: 98-134.
- MORENO, A. y otros** (e.p.) Revealing the last 13,500 years of environmental history from the multiproxy record of a mountain lake (Lago Enol, northern Iberian Peninsula). *Journal of Paleolimnology*.
- MORILLO Cerdán, A.** (1995) Cantabros y Astures, pueblos prerromanos del Norte de la Península, en *Astures. Pueblos y Culturas en las fronteras del Imperio Romano*: 41-51.
- MORILLO Cerdán, A.** (2003) Los campamentos romanos de Astorga y León. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 16: 83-110.
- MORILLO Cerdán, A. y GARCÍA MARCOS, V.** (2002-2003) Notas sobre la Terra Sigillata itálica procedente de León y Astorga: nuevos datos cronológicos y productivos. *Lancia*, 5: 141-152.
- MORRAS, A.** (1998) Entrevista a Tomás Díez, responsable de Naciones Celtas II. *Al devalu*, 8:3.
- MORRIS, I.** (2000) *Archaeology as Cultural History: words and things in Iron Age Greece*, Blackwell, Oxford.
- MOURE ROMANILLO, A.** (1996) Prehistoria de Cantabria. Más de un siglo de Bibliografía e Historiografía, en M. Suárez Cortina (ed.), *Historia de cantabria. Un siglo de Historiografía y Bibliografía*, Fundación Marcelino Botín, Santander: 37-68.
- MOURE ROMANILLO, A.** (1999) *Arqueología del arte prehistórico en la Península Ibérica*, Editorial Síntesis, Madrid.
- MOYA MALENO, P. R.** (2008) La sacralidad y los ritos circumbalatorios en la Hispania Céltica a través de las tradiciones populares, en F. Burillo Mozota (ed.), *VI Simposio sobre celtíberos. Ritos y Mitos*. Fundación Segeda-Centro de Estudios Celtibéricos, Daroca: 553-562.
- MUÑIZ CASTRO, J. A. y IGLESIAS GIL, J. M.** (2000) Historia y reconstrucción de la red viaria antigua de Cantabria y sus relaciones con el espacio geográfico, en R. Ontañón (coord.), *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999*: 127-132.
- MUÑIZ LÓPEZ, I. y GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A.** (2007) Castrillón (Asturias). La tierra de los castros entre la Antigüedad y el Altomedievo, en A. Fanjul Peraza (coord.), *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A., Santander: 153-188.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E.** (1992) Las cavidades con yacimiento arqueológico en Cantabria, en *Actas del V Congreso español de Espeleología. Camargo-Santander. 1-4 de noviembre de 1990*, Santander: 247-255.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y MORLOTE EXPÓSITO, J. M.** (2000) Documentación arqueológica de la Cueva del Calero II y la sima del Portillo del Arenal, en Piélagos. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 263-266.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, J.** (1982) *Geografía de Asturias vol.1: El relieve, el clima y las aguas*, Ayala ediciones, Uviéu/Oviedo.
- MURDOCK, G. P.** (1967) *Ethnographic Atlas*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.



- MURIAS, R. L.** (2007) El Principado investiga la excavación del mayor túmulo funerario de la comarca. *La Nueva España*, 8 de junio de 2007.
- MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES** (2006) Memoria Gráfica d'Asturies. José Ramón Lueje. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 21: 38-47.
- NAVA FERNÁNDEZ, H. y FERNÁNDEZ CASADO, M<sup>a</sup> A.** (2001) Informe sobre las improntas de la Campa Torres, en J.L. Maya y F. Cuesta (eds.), *El castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP editorial, Xixón/Gijón: 313-315.
- NAVEIRO FERNÁNDEZ, J.** (1991) *El comercio atlántico en el Noroeste peninsular*, Monografías urxentes do Museo, 5, A Coruña.
- NEEDHAM, S.** (2001) When expediency broaches ritual intention: the flow of metal between systemic and buried domains. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 7(2): 275-298.
- NEEDHAM, S. y BOWMAN, S.** (2005) Flesh-hooks, technological complexity and the Atlantic Bronze Age feasting complex. *European Journal of Archaeology*, 8(2): 93-136.
- NIETO, G.** (1942-43) El yacimiento prerromano de Paredes de Nava (Palencia). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 9: 189-190.
- NORIEGA, J.** (1995) *La noche celta*, Tarán, Uviéu/Oviedo.
- NOSEK, E.** (1985) The polish smelting experiments in furnaces with slag pits, en P. T. Craddock y M. J. Hughes (eds.), *Furnaces and smelting technology in Antiquity*. British Museum, Occasional Papers, 48: 165-177.
- OCEJO HERRERO, A. y PERALTA LABRADOR, E.** (1996) El poblamiento de la Edad del Hierro en el Sector Central Cantábrico, en *La arqueología de los cántabros: actas de la primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*, Santander: 21-63.
- O'CONNELL, M.** (1986) *Petters Sports Field, Egham. Excavations of a Late Bronze Age /Early Iron Age site*, Guildford.
- OLAETXEA, C.; PEÑALVER, X. y VALDES, L.** (1990) El Bronce Final y la Edad del Hierro en Gipuzkoa y Bizkaia. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42: 161-165.
- OLMOS, R.** (1997) La reflexión historiográfica en España: ¿una moda o un requerimiento científico? En Díaz-Andreu, M. y Mora, G. (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga: 19-29.
- OLSEN, B.** (2003) Material culture after text: remembering things. *Norwegian Archaeological Review*, 36 (2): 87-104.
- OLSEN, B.** (2007) Genealogías de la asimetría: por qué nos hemos olvidado de las cosas. *Complutum*, 18: 287-291.
- ONTAÑÓN PEREDO, R.** (2000) El yacimiento al aire libre de El Castro (Hinojedo, Suances). *Actuaciones arqueológicas en Cantabria. 1984-1999*: 211-214.
- ONTAÑÓN PEREDO, R.** (2003) *Caminos hacia la complejidad. El Calcolítico en la región cantábrica*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander.
- ONTAÑÓN PEREDO, R.** (2003b) El Campaniforme en la región cantábrica: un fenómeno arqueológico en el seno de las sociedades calcolíticas del norte de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 60(1): 81-98.
- ONTAÑÓN PEREDO, R.** (2010) Yacimiento de La Masera-El Castro, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 181-186.
- ONTAÑÓN PEREDO, R. y TEIRA MAYOLINI, L. C.** (2000) Revisión de los grabados rupestres del Collado de Sejos: Polaciones, en R. Ontañón (coord.), *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999*: 285-288.
- ORDÓÑEZ, J. A.** (30/9/2007) Un poblado de la Edad del Bronce en la Carisa. *La Nueva España*.
- OREJAS, A. O** (1996) *Estructura social y territorio: el impacto romano en la cuenca noroccidental del Duero*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 15. Madrid, CSIC.
- OREJAS, A.; SÁNCHEZ PALENCIA, F. J. y SASTRE, I.** (2002) Los castros y la ocupación romana en zonas mineras del NO de la Península Ibérica, en M. A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 241-259.
- ORERO GRANDAL, L.** (1988) Castro «Coto do Mosteiro». Campañas 1984-85. *Arqueoloxía/Memorias*, 10.
- OSTOGA-ZAGÓRSKI, J.** (1994) "Homo oeconomicus" in central Europe at the Transition from Bronze Age to the Iron Age, en K. Kristiansen and J. Jensen (eds.), *Europe in the first millenium BC*, Sheffield Archaeological Monographs, 6, Sheffield: 93-94.
- PAJARES BORBOLLA, G.** (2010) *Rastreando los orígenes de la cultura castreña en Asturias: sus raíces en el Bronce Final*, Trabajo de Tercer Ciclo inédito, Departamento de Prehistoria de la UCM.
- PALLARÉS, M.** (2000) Género y espacio social en arqueología. *Arqueología Espacial*, 22: 61-92.
- PALOMINO LÁZARO, A. L. y RODRÍGUEZ MARCOS, J. A.** (1994) El yacimiento arqueológico de "Las Empedradas": un enclave del Bronce Medio en la Ribera del Duero burgalesa. *Numantia*, 5: 59-71.
- PALOMINO LÁZARO, A. L., NEGREDO GARCÍA, M<sup>a</sup> J. y ABARQUERO MORAS, F. J.** (1999) Cabañas, basureros, silos y tumbas en el yacimiento de El Cerro, La Horra (Burgos): a vueltas

sobre el significado de un campo de hoyos en la Edad del Bronce de la Meseta. *Numantia*, 7: 21-41.

**PARCERO OUBIÑA, C.** (1995) Elementos para el estudio de los paisajes castreños en el Noroeste peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 52(1): 127-144.

**PARCERO OUBIÑA, C.** (1998) *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 7: hacia una Arqueología Agraria de la Cultura Castreña*. TAPA 9, LAFC, USC, Santiago de Compostela.

**PARCERO OUBIÑA, C.** (2000) Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico. *Trabajos de Prehistoria*, 57 (1): 75-95.

**PARCERO OUBIÑA, C.** (2002) *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico*, Fundación F.M. Ortegá, Ortigueira.

**PARCERO OUBIÑA, C.** (2003) Looking forward in anger: social and political transformations in the Iron Age of the North-Western Iberian Peninsula. *European Journal of Archaeology*, 6(3): 267-99.

**PARCERO OUBIÑA, C.** (2005) Los celtas en la cara oculta de la luna. *Complutum*, 16: 152-155.

**PARCERO OUBIÑA, C.** (2005b) Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la Península Ibérica, en A. Blanco, C. Cancelo y A. Esparza (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de jóvenes investigadores*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca: 11-33.

**PARCERO OUBIÑA, C.** (2006) Los paisajes agrarios castreños. Modelos de construcción del espacio agrario a lo largo de la Edad del Hierro del noroeste. *Arqueología Espacial*, 26: 57-85.

**PARCERO, C. y AYÁN, X. M.** (2009) Almacenamiento, unidades domésticas y comunidades en el Noroeste prerromano, en R. García Huerta y D. Rodríguez González (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*, Publicación Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.

**PARCERO, C. y COBAS, I.** (2004) Iron Age Archaeology of the Northwest Iberian Peninsula. *E-Keltoi. Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6: 1-72. [<http://www.uwm.edu/Dept/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/index.html>].

**PARCERO OUBIÑA, C., X. M. AYÁN VILA, P. FÁBREGA ÁLVAREZ y A. TEIRA BRIÓN** (2007) Arqueología, Paisaje y Sociedad, en F.J. González García (coord.), *Los pueblos de la Galicia Céltica*, Akal, Madrid: 131-258.

**PEREDES, A.** (1997) Oríxenes y desendolcu de la casa tradicional asturiana: la casa redonda. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 4: 56-67.

**PARKER BRADLEY, J.** (2006) Toward an understanding of borderland processes. *American antiquity*, 71(1): 77-100.

**PARKER PEARSON, M.** (2000) Eating money. A study in the ethnoarchaeology of food. *Archaeological Dialogues*, 7: 217-232.

**PARTÍU ASTURIANISTA** (1997) *Cartafueyu Asturianista*, Fundación Nueva Asturias, Asturias.

**PASTOR MUÑOZ, M.** (1977) Participación indígena astur en la vida social romana. *Memorias de Historia Antigua*, 1: 191-200.

**PASTOR MUÑOZ, M.** (1983) Aspectos de la romanización de la Asturias Transmontana: Prosopografía y Sociedad. *Lancia*, 1: 199-220.

**PEARCE, M.** (1998) Reconstructing prehistoric metalworking knowledge: the Northern Italian Copper and Bronze Ages. *European Journal of Archaeology*, 1: 51-70.

**PEDREGAL RODRÍGUEZ, A.** (1990) Las villas romanas en Asturias. *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*, La Nueva España, Uviéu/Oviedo: 177-192.

**PENEDO ROMERO, R.** (1995/96) Informe sobre los restos óseos del yacimiento castreño de Punta dos Prados (Ortiguera, A Coruña). Campañas de 1987 y 1988. *Brigantium*, 9: 61-74.

**PEÑA, B. A.; FERNANDE, G. y PEREDES, A.** (1997) Notes sobre dos esculturas faliformes n' Asturias. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 4: 102-103.

**PEÑA SANTOS, A. DE LA** (1992a) El primer milenio a.C. en el área gallega: Génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología, en M. Almagro y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum Extra*, 2, Madrid: 373-394.

**PEÑA SANTOS, A. DE LA** (1992b) *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990*. Arqueoloxía/Memorias 11. Xunta de Galicia, A Coruña.

**PEÑALVER IRIBARREN, X.** (2001) El Bronce Final y la Edad del Hierro en la Euskal Herria atlántica: cromlechs y castros. *Complutum*, 12: 51-71.

**PEÑALVER IRIBARREN, X.** (2008) *La Edad del Hierro. Los Vascones y sus vecinos en el último milenio anterior a nuestra era*, Txertoa, San Sebastián.

**PERALTA LABRADOR, E.** (1993) La tesera cántabra de Monte Cildá (Olleros de Pisuega, Palencia). *Complutum*, 4: 223-226.

**PERALTA LABRADOR, E.** (2000) El asedio augústeo de la Espina del Gallego. Campañas arqueológicas de 1997 a 1999. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 363-367.

**PERALTA LABRADOR, E.** (2002) Los Cántabros, en M. Almagro Gorbea; J. Álvarez Sanchís y M. Mariné (eds.), *Celtas y Vettones*, R. A. H. e Institución Gran Duque de Alba: 361-367.

**PERALTA LABRADOR, E.** (2002b) Los campamentos romanos de campaña (*Castra Aestiva*): evidencias científicas y carencias académicas. *Nivel Cero*, 10: 49-87.

**PERALTA LABRADOR, E.** (2002c) Castros y campamentos de campaña de las guerras cántabras, en M.A. de Blas y A. Villa (eds.), *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica. Formación y desarrollo de la Cultura Castreña*, Ayuntamiento de Navia, Navia: 225-

**PERALTA LABRADOR, E.** (2003) *Los Cántabros antes de Roma*. RAH, Madrid.

**PERALTA LABRADOR, E.** (2005) *Fidelidad sagrada al candillo-guerrero indoeuropeo* (www.nuevoorden.net).

**PERALTA, E.; FERNÁNDEZ, F. y AYLLÓN, R.** (2000) Castros prerromanos y campamentos romanos de Iguña, Cieza y Toranzo. Prospecciones de 1996. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria. 1984-1999*, Santander: 289-292.

**PEREDA SAIZ, E.** (1992) Sobre celtas y cántabros: de la atracción al engaño. *Nivel cero*, 1: 49-50.

**PEREDA SAIZ, E.** (1999) El alto de la Garma: un castro de la Edad del Hierro en el Bajo Miera, en *Regio Cantabrorum*, Santander: 63-77.

**PEREIRA GONZÁLEZ, F.** (1996) Unha contribucion o estudio da historia da arqueoloxia galega: o emprego da informacion arqueoloxica en Galicia (1800-1922). *Gallaecia*, 14-15: 7-29.

**PEREIRA GONZÁLEZ, F.** (2000) O Mito Celta na Historia. *Gallaecia*, 19: 311-333.

**PEREIRA MENAUT, G.** (1983) Los castella y las comunidades de Gallaecia, *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste, Santiago de Compostela, 1980*, Madrid: 167-192.

**PEREIRA, G. y SANTOS, J.** (1980) Sobre la romanización del noroeste de la Península Ibérica: las inscripciones con mención del origo personal, *Actas do seminario de arqueología do noroeste peninsular*, Guimaraes: 117-130.

**PEREIRA MENAUT, G.** (1994) Sobre la función del pasado histórico en los movimientos nacionalistas, en Sáez y Ordóñez (eds.), *Homenaje al profesor Presedo*: 851-862.

**PÉREZ-CAMPOAMOR MIRAVED, E.** (1997) La Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Oviedo. Su papel en la consolidación de la Arqueología asturiana, en M. Díaz-Andreu y G. Mora (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga: 249-258.

**PÉREZ-CAMPOAMOR MIRAVED, E.** (2000) El Diccionario Geográfico-Histórico de Asturias (1800-1818). Los yacimientos arqueológicos y sus materiales en la etapa castreña y romana. Primeras conclusiones. *Archaia*, 1:73-87.

**PÉREZ GARZÓN, J. S. y otros** (2000) *La gestión de la memoria. La Historia de España al servicio del poder*, Crítica, Barcelona.

**PÉREZ LOSADA, F.** (1996) Hacia una definición de los hábitats rurales en la Gallaecia: poblados (*rici*) y casas de campo (*villae*), *Los Finisterres Atlántico en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, Madrid.

**PÉREZ LOSADA, F.** (2002) *Entre a cidade e a aldea. Estudio arqueohistórico dos "aglomerados secundarios" romanos en Galicia*, Editorial Brigantium-Museo Arqueológico e histórico Castelo de San Antón, A Coruña.

**PÉREZ OUTEIRIÑO, B.** (1982) *De ourivesaría castrexa*. I. Arracadas. *Boletín Auriense. Anexo 1*. Museo Arqueológico Provincial, Ourense.

**PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J. y FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J. M.** (1993) Sobre la cocción de cerámica durante la Edad del Bronce. El yacimiento de "La Venta" (Alar del Rey, Palencia). *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 41-60.

**PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J.; MISIEGO TEJADA, J. C., SANZ GARCÍA, F. J., MARCOS CONTRERAS, G. J., MARTÍN CARBAJO, M. A. y FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J. M.** (1994) "La Huelga". Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la Cuenca del Duero (Dueñas, Palencia). *Numantia. Arqueología en Castilla y León, 1991/1992*, 5: 11-32.

**PÉREZ SUÁREZ, C. y ARIAS CABAL, P.** (1979) Túmulos y yacimientos al aire libre de la Sierra Plana de la Borbolla (Llanes, Asturias). *B.I.D.E.A.*, 98: 695-715.

**PONS i BRUN, E.** (1986-87) El principio de la metalurgia del hierro en Catalunya. *Zephyrus*, 39-40: 251-263.

**PÓO GUTIÉRREZ, M.; SERNA GANCEDO, M.L. y MARTÍNEZ VELASCO, A.** (2010) Castro y *castellum* de La Espina del Gallego, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 283-303.

**POPE, R.** (2007) Ritual and the roundhouse: a critique of recent ideas on the use of domestic space in later British prehistory, en C. Haselgrove y R. Pope (eds.), *The Earlier Iron Age in Britain and the near Continent*, Oxbow Books, Oxford: 204-228.

**PORTA ALLENDE, X.** (2003) El texu: símbolu nacional d'Asturies. *El Fielatu*, 50:34-36.

**PRECIADO, B.** (2008) *Testo yonquí*, Espasa, Madrid.

**PRIETO, P.; TABARÉS, M. y BAQUEIRO, S.** (2005) Estudio da cultura material de A Devesa de Abaixo - Os Torradoiros, en F. Criado y E. Cabrejas (coords.), *Obras públicas e patrimonio: estudo arqueolóxico do corredor do Morrazo*, TAPA 35, LAFC, USC, Santiago de Compostela: 120-124.

**PRIETO, P.; TRESSERRAS, J. y MATAMALA, J.C.** (2003) The ceramic technological chaîne in the north-western Iberian Peninsula: a study of some of functional features of pottery through the analysis of organic material, en *Actas 7th European Meeting on Ancient Ceramics. Série Monográfica del Instituto Portugues de Arqueologia*.

**PRIETO MOLINA, S.** (1996) Los torques castreños del noroeste de la Península Ibérica. *Complutum*, 7: 195-224.

**PRIETO MOLINA, S.** (2000) Los torques áureos de los Ástures. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 9: 18-33.

- PRÓSPER PÉREZ, B. M.** (2002) *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- QUINTANA, J. y CRUZ, P. J.** (1996) Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte. *Boletín de Estudios del Seminario de Arte y Arqueología*, 62: 9-78.
- RABANAL ALONSO, M. A.** (1984) Vías de época romana entre Asturias y León. *Memorias de Historia Antigua*, 6: 137-155.
- RAMIL GONZÁLEZ, E.** (1995/96) O monumento con forno do Castro dos Prados-Espasante (Ortigueira, A Coruña). Memoria de Investigación. *Brigantium*, 9: 13-60.
- RAMIL GONZÁLEZ, E.** (1999) Ortigueira entre o Paleolítico e a Idade do Ferro (cap. 1)/ Ortigueira entre a Cultura dos Castros e a Etapa Altomedieval (cap. 2), en E. Ramil, X.C. y Grandío, E., (eds.), *Historia de Ortigueira*, Vía Láctea, Vigo: 23-74.
- RAMIL GONZÁLEZ, E.** (2001) Xacementos romanos no concello de Vilalba (Lugo): A súa relación co entorno xeográfico. *Gallaecia*, 20: 193-204.
- RAMIL GONZÁLEZ, E.** (2009) Escavación en área para valoración dun concheiro galaico-romano en Punta Atalaia, no contorno do faro de San Cibrao, Cervo. *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 152-153.
- RAMIL REGO, E. y otros** (1995) El yacimiento de Punta do Castro (Reinante, Barreiros, Lugo). Materiales de superficie y perspectivas. *Férvedes*, 2: 87-115.
- RAMIL REGO, P.** (1993) Paleoethnobotánica de yacimientos arqueológicos holocenos de Galicia (N.O. Cantábrico). *Munibe* 45: 165-174.
- RAMIL REGO, P.** (1994) Antropización y evolución del medio vegetal dentro de la segunda mitad del Holoceno en las sierras septentrionales de Galicia, en J. Jordá Pardo (ed.), *Geoarqueología*, ITGE-AEQUA, Madrid: 119-134.
- RAPAPORT, A.** (1990) Systems of activities and systems of settings, en S. Kent (ed.), *Domestic architecture and the use of the space. An interdisciplinary cross-cultural study*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press: 9-20.
- RENERO ARRIBAS, V. M.** (1997) Historiografía e Identidad cultural: la recuperación histórica en la Cantabria antigua y su influencia en la sociedad montañesa (S. XVIII-XIX), en M. Díaz-Andreu y G. Mora (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga: 91-97.
- RENFREW, C.** (1984) *El alba de la civilización: la revolución del radiocarbono (C14) y la Europa prehistórica*, Istmo, Madrid.
- RENFREW, C.** (1990) *Arqueología y Lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Crítica, Barcelona.
- REQUEJO PAGÉS, O.** (2003-2004) El registro arqueológico en el territorio de Cangas de Onís: producciones cerámicas tardías y altomedievales. *Espacio, tiempo y forma. Serie I, Prehistoria y arqueología*, 16-17: 479-539.
- REQUEJO PAGÉS, O.** (2007) Noticia sobre el descubrimiento de los hornos romanos de la Venta del Gallo (Cayés, Llanera, Asturias). *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 305-310.
- REQUEJO PAGÉS, O.** (2007b) Antiguo puente sobre el Narcea en Casas del Puente (Cornellana, Salas, Asturias). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 329-333.
- REQUEJO PAGÉS, O. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.** (2009) Actuación arqueológica en relación con las obras de duplicación de la carretera As-18 Oviedo-Gijón. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 2003-2006*, 6: 519-526.
- REY CASTIÑEIRA, J.** (1980) Notas sobre algunhas pezas singulares da cerámica castrexa. *Gallaecia*, 6: 229-234.
- REY CASTIÑEIRA, J.** (1986-87) Algunas consideraciones sobre la cerámica castreña. *Zephyrus*, 39-40: 185-192.
- REY CASTIÑEIRA, J.** (1990-91) Cerámica indígena de los castros costeros de la Galicia occidental: Rías Bajas. Valoración dentro del contexto general de la cultura castreña. *Castrelos*, 3-4: 141-163.
- REY CASTIÑEIRA, J.** (1994) Estudio y catalogación de castros de la provincia de La Coruña. *Gallaecia*, 7/8: 59-147.
- REY CASTIÑEIRA, J.** (1996) Referencias de tempo na cultura material dos castros galegos, en J.M. Hidalgo Cuñarro (ed.), *A cultura castrexa galega a debate*, Instituto de Estudios Tudenses, Tui: 157-206.
- REY CASTIÑEIRA, P. y SOTO ARIAS, P.** (2002) Estudio preliminar del análisis físico-químico aplicado a la cerámica castreña: vertiente atlántica gallega. *Gallaecia*, 21: 159-176.
- REYES HERNANDO, O.** (1998) Delles notes sobre los Vadinienses. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 5: 18-28.
- RÍOS GONZÁLEZ, S.** (2000) Consideraciones funcionales y tipológicas en torno a los baños castreños del Noroeste de la Península Ibérica. *Gallaecia*, 19: 93-124.
- RÍOS GONZÁLEZ, S.** (2002) Recensión: Peralta Labrador, Eduardo: Los Cántabros antes de Roma. RAH. Publicaciones del Gabinete de Antigüedades. Bibliotheca Archaeologica Hispana 5. Madrid. 2000. 326 págs. Ilust. *Gallaecia*, 21: 393-397.
- RÍOS GONZÁLEZ, S.** (2009a) Excavaciones arqueológicas en Santa María de Villaverde (Cangas de Onís). 2002-2003. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 193-200.
- RÍOS GONZÁLEZ, S.** (2009b) Excavaciones arqueológicas en Santa Eulalia de Abamia (Cangas de Onís). 2005-2006. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*.

- 2003-2006, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 201-208.
- RÍOS GONZÁLEZ, S. y GARCÍA DE CASTRO, C.** (1998) *Asturias castreña*. Editorial Trea, Xixón/Gijón.
- RÍOS GONZÁLEZ, S. y GARCÍA DE CASTRO, C.** (2001) Observaciones en torno al poblamiento castreño de la Edad del Hierro en Asturias. *Trabajos de Prehistoria*, 58(2): 89-107.
- RIVAS, D. M.** (1997) La crisis d'Asturies ya dellos tisbios pa dexala lloñe. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 3: 91-99.
- ROBERTS, B. y OTTAWAY, B. S.** (2003) The use and significance of socketed axes during the Late Bronze Age. *European Journal of Archaeology*, 6(2): 119-140.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A.** (2000) El más antiguo documento (año 15 a. C.) hallado en el Noroeste Peninsular Ibérico. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 17: 9-42.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A.** (2002) Lucus Augusti y los inicios del urbanismo en el Noroeste hispánico, en J.M. Iglesias Gil (coord.), *Actas de los XII Cursos Monográficos sobre el Patrimonio Histórico (Reinosa, julio-agosto 2001)*: 335-355.
- RODRÍGUEZ CORRAL, J.** (2008) Una propuesta de estudio tecnológico de la cerámica castrexa: el caso de Borneiro B. *Gallaecia*, 27: 205-225.
- RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M<sup>a</sup> J.** (2005) *Metalurgia y metalúrgicos en el Valle del Ebro*, RAH e Institución Fernando el Católico, Madrid.
- RODRÍGUEZ DEL CUETO, F. y VILLA VALDÉS, A.** (2009) Excavaciones arqueológicas en el Castro de Pendia (Boal). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 160-170.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, T.** (1994) El fin del mundo fortificado y la aparición de las "aldeas abiertas". La evidencia del Centro-Oriente de Lugo (Samos y Sarria). *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 7: 153-189.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, X. y PERALTA BEJARANO, I.** (1990-91) A propósito de la cerámica de paredes finas y la romanización de Galicia. *Boletín Auriense*, 20-21: 255-276.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, J.** (2009) *El lenguaje de las piedras*, Trabajo de tercer ciclo inédito, Departamento de Prehistoria de la UCM.
- RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J. E.** (1992) *La perspectiva sociológica. Historia, teoría y método*, Taurus Humanidades, Madrid.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, C.; VÁZQUEZ VARELA, J.M. y CAMINO MAYOR, J.** (2005) Concheros castreños y romanos del Cantábrico occidental (Asturias y Galicia). *Gallaecia*, 24: 61-73.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. y PALOMINO, A. L.** (1999) Un asentamiento castreño del Bronce Antiguo en la cuenca del Duero: el "Pico Romero" en Santa Cruz de Salceda (Burgos), en R. Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular, Vol. III*, Fundación Rei Alfonso Enríques, Zamora: 579-590.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. y otros** (1999) Excavaciones arqueológicas en "Las Vegas" (Jabares de los Oteros), un yacimiento arqueológico del "Horizonte Protocogotas I" en la provincia de León, en J. M. Vidal Encinas (ed.), *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones arqueológicas en la autopista del Camino de Santiago (1994-97)*, León: 49-81.
- RODRÍGUEZ PASCUAL, M.** (2003) Evolución de la trashumancia leonesa durante el siglo XX y su adaptación al siglo XXI, en L.V. Elías Pastor y F. Novoa Portela (coords.), *Un camino de ida y vuelta: la trashumancia en España*, Lunwerg, D.L., Barcelona: 215-225.
- ROJO GUERRA, M.** (1987) Asentamientos prehistóricos en la Cuenca de la Nava: estudio de sus relaciones, *Actas del I Congreso de Historia de Palencia. I. Arte, Arqueología y Edad Antigua, Monzón de Campos*, 1985. Palencia: 409-422.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M.** (1970) Fuentes antiguas sobre los Astures. *Zephyrus*, 21: 171-238.
- ROLLAND CALVO, J.** (2005) "«Yo [tampoco] soy marxista». Reflexiones teóricas en torno a la relación entre marxismo y arqueología". *Complutum*, 16: 7-32.
- ROMERO CARNICERO, F.** (1980) Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. *BSAA*, 46: 137-153.
- ROMERO CARNICERO, F. y JIMENO MARTÍNEZ, A.** (1993) El valle del Duero en la antesala de la Historia: los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro, en M. Almagro Gorbea (coord.), *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid: 175-222.
- ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ, M. L.** (1996) La cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero Medio y las tierras del sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro, en M<sup>a</sup> A. Querol y T. Chapa (eds.), *Homenaje al Profesor M. Fernández Miranda*, Complutum Extra 6 (1): 313-326.
- ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ, M. L.** (2001) Sobre el "celtismo" de la "Cultura" del "Soto". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 67: 49-80.
- ROMERO CARNICERO, F. y SAN MÍNGUEZ, C.** (2008) Nuestros ancestros Los Vacceos. *Vacceia*, 1: 14-18.
- ROMERO CARNICERO, F.; SAN MÍNGUEZ, C. y GÓRRIZ GAÑÁN, C.** (2009) El vino entre las elites vacceas. De los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo, en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, Vaccea Monografías 2, Valladolid: 222-251.
- ROMERO MASIÁ, A. M.** (1980) Asentamientos castrexos costeros no Norde de Galicia. *Gallaecia*, 6: 61-80.

- ROMERO MASIÁ, A. M.** (1984) Castro de Borneiro. Campañas 1983-84. *Arqueoloxía/Memorias*, 7.
- ROMERO MASIÁ, A. M.** (1987) Dous instrumentos de traballo no Castro de Borneiro. *Gallaecia*, 9/10: 229-233.
- ROVIRA LLORENS, S.** (1993) La metalurgia de la Edad del Hierro en la Península Ibérica: una síntesis introductoria, en R. Arana Castillo y otros (eds.), *Metalurgia en la península Ibérica durante el primer milenio a. C. Estado actual de la investigación*, Universidad de Murcia, Murcia: 45-70.
- ROVIRA LLORENS, S. y BLAS CORTINA, M. A. DE** (2005-2006) Huellas de la actividad prehistórica en un medio montañoso extremo: en torno a una Palmela en la garganta del Cares, Picos de Europa (Asturias). *Munibe: Antropología-Arqueología*, 57 (2): 287-299.
- ROVIRA LLORENS, S. y GÓMEZ RAMOS, P.** (2001) La metalurgia prerromana de la Campa Torres, en J.L. Maya y J. Cuesta (eds.), *El castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*, VTP Editorial, Xixón/Gijón: 375-384.
- ROVIRA LLORENS, S., MONTERO, I. y CONSUEGRA, S.** (1997) *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. I. Análisis de materiales*, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid.
- ROWLANDS, M.** (1971) The archaeological interpretation of prehistoric metalworking. *World Archaeology*, 3(2): 210-224.
- ROWLANDS, M.** (1984) Conceptualizing the European Bronze Age and Early Iron Ages, en J. Bintliff (ed.), *European Social Evolution*, University of Bradford, Bradford: 147-156.
- ROWLANDS, N.** (1998) The Archeology of Colonialism, en K. Kristiansen y M. Rowlands (eds.), *Social Transformations in Archaeology*, Routledge, Londres-Nueva York: 327-333.
- ROWLANDS, M.** (1994) From "the Gift" to Market Economies: the Ideology and Politics of European Iron Age Studies, en K. Kristiansen and J. Jensen (eds.), *Europe in the first millenium BC*, Sheffield Archaeological Monographs, 6: 1-5.
- RUBIN, G.** (1986) El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva Antropología*, 8: 95-145.
- RUBINOS, A. y ALONSO, F.** (2002) Las aplicaciones del carbono-14, en L. Berrocal Rangel; P. Martínez-Seco y C. Ruiz Triviño, *El Castiellu de Llagü. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*, RAH, Madrid: 297-303.
- RUBIO DE LUCAS, J. L.** (2003) Desplazamientos de ganado y caminos pecuarios en la Cornisa Cantábrica, en L.V. Elías Pastor y F. Novoa Portela (coords.), *Un camino de ida y vuelta: la trashumancia en España*, Lunverg, D.L., Barcelona: 133-143.
- RUBIO DE MIGUEL, I.** (2006) Pastores de ovejas y cultivadores de trigo: el color rojo domestica la naturaleza. Mirando las paredes. Contextualización cultural de los abrigos con Arte Postpaleolítico (Pintura Esquemática). Discusión Cronológica, en M.R. Lucas Pellicer, L.M. Cardito Rollán y J. Gómez Hernánz (coords.), *Dibujos en la roca. El arte rupestre en la Comunidad de Madrid*, Consejería de Cultura y Deportes de la CAM: 263-309.
- RUIZ COBO, J.** (1992) El poblamiento del sector central de la Cornisa Cantábrica durante la Edad del Bronce. *Nivel Cero*, 2: 33-41.
- RUIZ COBO, J.** (1999) La Cueva de Cofresnedo (Matienzo, Cantabria): bases para su estudio, en J.M. Iglesias y J.A. Muñiz (eds.), *Regio Cantabrorum*, Caja Cantabria, Santander: 31-41.
- RUIZ COBO, J.** (2000) Recogidas de material arqueológico de superficie en la Cueva de Las Grajas (Matienzo, Ruesga). *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 1984-1999*, Santander: 235-236.
- RUIZ COBO, J. y SMITH, P.** (1997) El depósito cerámico de la Cueva de Las Grajas (Matienzo, Ruesga). *Munibe (Antropología-Arqueología)*, 49: 65-76.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1979a) El Bronce Antiguo en la fachada atlántica peninsular: un ensayo de periodización. *Trabajos de Prehistoria*, 36: 151-172.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1979b) El depósito de Hío y el final de la Edad del Bronce en la Fachada Atlántica peninsular. *El Museo de Pontevedra*, 33: 129-150.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1980): Consideraciones sobre el origen de los puñales de antenas gallego-asturianos. *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular*. Vol. I. Guimarães: 85-112.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1982): Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas. *El Museo de Pontevedra* 36: 181-196.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1987) Bronce Atlántico y "cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 251-264.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1992) La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica. *SPAL*, 1: 219-251.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1993) El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce. *Complutum*, 4: 41-68.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1995a) El Noroeste de la Península ibérica en el contexto de la Prehistoria reciente de Europa Occidental, en *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*, Vigo: 11-16.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1995b) Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa occidental, en M. Ruiz-Gálvez (coord.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Complutum Extra 5: 79-83.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.** (1995c) El significado de la ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones



producidas en la transición Bronce Final / Edad del Hierro, en M. Ruíz-Gálvez (coord.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Complutum Extra 5: 129-155.

**RUIZ-GÁLVEZ, M.** (1998) *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Crítica. Barcelona.

**RUIZ-GÁLVEZ, M.** (1999) Ancient Routes and Modern motor-ways. A lasting tradition of Communications in the Iberian Peninsula from the Bronze Age onwards, en C. Orrling (ed.), *Communications in Bronze Age Europe. Transactions of the Bronze Age Symposium in Tanumstrand, Bobuslan, Sweden*, Stockholm: 81-92.

**RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. y FÁBREGAS VALCARCEL, R.** (1997) El Noroeste de la Península Ibérica en el IIIer y IIº milenio: propuestas para una síntesis. *Saguntum*, 30: 191-216.

**RUIZ GUTIÉRREZ, A.** (2000) El poblamiento prerromano en Cantabria: estudio arqueológico del Castro de Argüeso -Fontibre (Hermandad de Campoo de Suso). *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 341-342.

**RUIZ GUTIÉRREZ, A.** (2010) Castro de La Campana, en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 363-368.

**RUIZ ZAPATERO, G.** (1992) Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno alfarero en el NE de Iberia. *Gala*, 1: 103-116.

**RUIZ ZAPATERO, G.** (2003) Historiografía y "Uso Público" de los celtas en la España Franquista, en F. Wulff Alonso y M. Álvarez Martí-Aguilar (eds.), *Antigüedad y Franquismo (1936-1975)*, CEDMA, Málaga: 217-240.

**RUIZ ZAPATERO, G.** (2006): The Celts in Spain. From archaeology to modern identities, en S. Rieckhoff (dir.), *Celtes et Gaulois: l'Archéologie face à l'Histoire: Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne. Actes de la table ronde de Leipzig, 16-17 juin 2005*, Centre archéologique européen, Glux-en-Glene: Bibracte: 197-218.

**RUIZ ZAPATERO, G.** (2009) Etnicidad protohistórica y arqueología: límites y posibilidades. *Arqueología espacial*, 27 (Ejemplar dedicado a: Identidades. Homenaje a M.<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse): 13-27.

**RUIZ ZAPATERO, G. y ALMAGRO GORBEA, M.** (coords.) (1992) *Paleoetnología de la Península Ibérica: actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 13-15 diciembre de 1989*. Complutum, 2-3.

**RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.** (1992) Ulaca: la Pompeya vettona. *Revista de arqueología*, 216: 36-47.

**RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.** (1995) Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta, en B. Cunliffe y S.J. Keay (eds.), *Social complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD*. Proceedings of the British Academy 86, London: 209-236.

**RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J.** (2002) Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los Vettones. *Spal*, 11: 253-275.

**SACRISTÁN DE LAMA, J. D. y RUIZ VÉLEZ, I.** (1985) La Edad del Hierro, *Historia de Burgos. I. La Edad Antigua*, Burgos: 210-311.

**SAITTA, D. J.** (1994) Agency, class, and archaeological interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology*, 13: 201-227.

**SALAS, L.** (1994) Los primeros productores agrícola-ganaderos del Cantábrico, en J. Jordá Pardo (ed.), *Geoarqueología*, ITGE-AEQUA, Madrid: 135-141.

**SALZMAN, Ph. C.** (2002) Pastoral nomads: some general observations based on research in Iran. *Journal of Anthropological Research*, 58: 245-264.

**SAMANIEGO BORDIU, B.** (1999) Espacios simbólicos en el Bronce Antiguo del Alto Duero. *Complutum*, 10: 47-69.

**SANCHES, M. DE J.** (1995) Alabardas de tipo Carrapatas, *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, 29, Lisboa.

**SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.** (1972) *El Reino de Asturias*, I, Uviéu/Oviedo.

**SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. y otros (e.p.)** Campus de batalla: estudio de una trinchera republicana en la Ciudad Universitaria de Madrid, en OrJIA (coord.) *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica*, Madrid, 6-8 de mayo de 2009 (JIA 2009).

**SÁNCHEZ HIDALGO, E. y MENÉNDEZ GRANDA, A.** (2000) Terra Sigillata en Asturias. La serie cerámica del Chao Samartín. *Revista de Arqueología*, 232: 46-53.

**SÁNCHEZ HIDALGO, E. y MENÉNDEZ GRANDA, A.** (2000-2001) Terra sigillata marmorata Chao Samartín. *Memorias de historia antigua*, 21-22: 217-225.

**SÁNCHEZ HIDALGO, E., RODRÍGUEZ DEL CUETO, F. y MENÉNDEZ GRANDA, A.** (2009) Trabajos arqueológicos en el área minero-metalúrgica de la parroquia de Muñas (Valdés). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 473-478.

**SÁNCHEZ MORENO, E.** (1996) A propósito de las "gentilitates": los grupos familiares del área vetona y su adecuación para la interpretación de la organización social prerromana. *Veleia: Revista de prehistoria, historia antigua, arqueología y filología clásicas*, 13: 115-142.

**SÁNCHEZ MORENO, E.** (1998) De ganados, movimientos y contactos. Revisando la cuestión



transhumante en la protohistoria hispana: La meseta occidental. *Studia historica. Historia antigua*, 16: 53-84

**SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.** (1980) Prospecciones en las explotaciones auríferas del Noroeste de España (Cuencas de los ríos Eria y Cabrera y sierra del Teleno). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 8: 213-249.

**SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.** (1984-85) Los “morteros” de Fresnedo (Allande) y Cecos (Ibias) y los lavaderos de oro romanos en el Noroeste de la Península Ibérica. *Zephyrus*, 37-38: 349-259.

**SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.** (1995) Minería y metalurgia de la región astur en la Antigüedad, en *Astures. Pueblos y Culturas en las fronteras del Imperio Romano*, Gran Enciclopedia Asturiana, Xixón/Gijón: 141-157.

**SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F. J. y FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup>. D.** (1985) *La Corona y el Castro de Corporales. Truchas (León). Campañas de 1978 a 1981*, Ministerio de Cultura, Madrid.

**SÁNCHEZ PALENCIA, F. J. y FERNÁNDEZ POSSE, M<sup>a</sup> D.** (1986) Hábitat y urbanismo en la Corona de Corporales. *Arqueología Espacial*, 9: 139-154.

**SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; OLMOS, R.; OREJAS, A. y PÉREZ GARCÍA, L. C.** (1998) Las Médulas (León), la formación de un paisaje cultural minero. *Boletín Geológico y Minero*, 109 (5 y 6): 577-588.

**SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y PÉREZ GARCÍA, L. C.** (1983) Las explotaciones auríferas y la ocupación romana del Noroeste de la Península Ibérica, en *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste, Santiago de Compostela, 1980*, Madrid: 225-246.

**SAN MARTÍN, P.** (1998) *Asturianismu políticu: 1790-1936*, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo.

**SAN MARTÍN, P.** (1999) Prólogo, en A. Fernández de Miranda, C. Alonso y A. González, *Doctrina Asturianista*, Editorial Trabe para la Fundación Nueva Asturias, Xixón/Gijón.

**SANTOS GRANERO, F.** (1998) Writing history into the Landscape: Space, myth, and ritual in contemporary Amazonia. *American Ethnologist*, 25(2): 128-148.

**SANTOS YANGUAS, N.** (1984) La arqueología castreña y el sector económico agropecuario. *Memorias de Historia Antigua*, 6: 43-66.

**SANTOS YANGUAS, N.** (1984b) Las Villas Romanas en Asturias. *Memorias de Historia antigua*, 6: 155-173.

**SANTOS YANGUAS, N.** (1989-1990) La ciudad astur-romana de Flavionavia. *Memorias de Historia Antigua*, 19-20: 275-320.

**SANTOS YANGUAS, N.** (1992) Astures y Cántabros: estudio etnogeográfico. *Complutum Extra, Paleoehtnología de la Península Ibérica*: 417-430.

**SANTOS YANGUAS, N.** (1997) Lápida funeraria del s. I d.C., dedicada al astur Pintaius. *Nuestro Museo: Boletín anual del Museo Arqueológico de Asturias*, 1: 29-48.

**SANTOS YANGUAS, N.** (2000) La inscripción de Torreveiga (Llanes) y los orgenomescos en el occidente de la Cantabria Antigua. *Veleia*, 17: 103-114.

**SANTOS YANGUAS, N.** (2002) La vía romana de Berducedo a Bustantigo en el Concejo de Allande (Asturias). *Gerión*, 20 (1): 359-387.

**SAN VALERO APARISI, J.** (1944) Excavaciones arqueológicas en Monte Bernorio (Palencia). 1ª campaña 1943. *Informes y Memorias*, Comisaría general de Excavaciones Arqueológicas, 5.

**SAN VALERO APARISI, J.** (1965) Monte Bernorio. Aguilar de Campoo (Palencia): Campaña de estudio en 1959. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 24: 97-135.

**SANZ GIMENO, A.; BENITO, J. P.; JIMENO MARTÍNEZ, A.; CHECA OLMOS, A. y TRESSERRAS JUAN, J.** (1999) Molienda y economía doméstica en Numancia, en F. Burillo Mozota (coord.), *Símpoio sobre los Celtíberos. Economía (4. 1997. Daroca)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 63-68.

**SANZ MÍNGUEZ, C.** (1998) *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla del Duero (Valladolid)*, Arqueología de Castilla y León, Memorias 6. Junta de Castilla y León, Salamanca.

**SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z.** (1993) Un centro alfarero de época vaccea: el horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid), en C. Sanz Mínguez, Z. Escudero Navarro y F. Romero Carnicero (ed.), *Arqueología vaccea: estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*: 471-492.

**SARO, J. A. y TEIRA, L. C.** (1992) El ídolo del Hoyo de Gándara (Rionansa) y la cronología de los ídolos antropomorfos en la Cornisa Cantábrica. *Trabajos de Prehistoria*, 49: 347-355.

**SASTRE, I.** (2001) *Las formaciones sociales rurales de la Asturias romana*, Ediciones Clásicas, Madrid.

**SASTRE, I.** (2002) Forms of social inequality in the castro culture of the North-West of Iberia. *European Journal of Archeology*, 5(2): 213-248.

**SASTRE, I.** (2004) Los procesos de la complejidad social en el noroeste peninsular: Arqueología y fuentes literarias. *Trabajos de Prehistoria*, 61 (2): 99-110.

**SASTRE, I.** (2008) Community, Identity, and Conflict. Iron Age Warfare in the Iberian Northwest. *Current Anthropology*, 49(6): 1021-1051.

**SASTRE, I y SÁNCHEZ PALENCIA, F. J.** (2002) La red hidráulica de las minas de oro hispanas: aspectos jurídicos, administrativos y políticos. *Archivo Español de Arqueología*, 75: 215-233.

**SCHULTEN, A.** (1943) *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Espasa-Calpe, Madrid.

**SEARA CARBALLO, A.** (1990-91) Algunhas cerámicas do castro de Louredo. *Boletín Auriense*, 20-21: 135-159.

- SELIGMAN, C-G. y SELIGMAN, B. Z.** (1932) *Pagan Tribes of the Nilotic Sudan*, G. Routledge & Sons, London.
- SENNA-MARTINEZ, J. C.** (1995) Entre Atlántico e Mediterráneo: algunas reflexões sobre o grupo Baioes/Santa Luzia e o desenvolvimento do Bronce Final Peninsular, *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, Lisboa: 118-122.
- SENNA-MARTINEZ, J. C.** (1998) Produção, ostentação e redistribuição: estrutura social e economia política no grupo Baioes/Santa Luzia, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântica*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 218-230.
- SENNA-MARTINEZ, J. C. y PEDRO, L.** (2000) Between myth and reality: the foundry area of Senhora da Guia de baioes and Baioes/Santa Luzia metallurgy. *Trabalhos de Arqueologia da EAM*, 6: 61-77.
- SEÑORÁN, J. M.** (2007) Etnoarqueología de los grupos pastores. *ArqueoWeb*, 9(1). [http://www.ucm.es/info/arqueoweb].
- SERNA GANCEDO, A.** (1992) Conclusiones previas a extraer del inventario de cavidades con yacimiento arqueológico en Cantabria, *Actas del V Congreso Español de Espeleología. Camargo-Santander, 1-4 de noviembre de 1990*, Santander: 256-279.
- SERNA GANCEDO, A.** (2010) Castro de Castillo de PELLEZO (Pellezo, Val de San Vicente), en M. L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.) *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 173-180.
- SERNA GANCEDO, A.** (2010b) Castro de Las Lleras (Sopenilla, San Felices de Buelna), en M. L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 203-210.
- SERNA GANCEDO, A.** (2010c) Castro de La Corona de Cueto Moroso (Arenas de Iguña-Los Corrales de Buelna), en M. L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 255-259.
- SERNA GANCEDO, A.** (2010d) Castro de Ceja de las Lombas, en M. L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 245-250.
- SERNA GANCEDO, A.** (2010e) Castro de Castro Pepín en M.L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 251-254.
- SERNA GANCEDO, M. L.; MARTÍNEZ VELASCO, A. y FERNÁNDEZ ACEBO, V.** (coords.) (2010) *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria.
- SHANKS, M. y TILLEY, C.** (1987) *Social theory and Archaeology*, Polity Press, Cambridge.
- SHERRATT, A.** (1981) Plough and Pastoralism: aspect of the secondary products revolution, en I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.), *Pattern of the Past: Studies in honour of David Clarke*, Cambridge University Press, Cambridge: 261-305.
- SHERRATT, A.** (1983) The secondary exploitation of animals in the Old World. *World Archaeology*, 15(1): 90-101.
- SIERRA PIEDRA, G. y DÍAZ NOSTY, B.** (1999) Carta arqueológica del concejo de Aller. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1995-98*, 4: 297-302.
- SIERRA PIEDRA, G. J.** (2007) Inventario arqueológico del Concejo de Cangas del Narcea. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*, 5: 423-427.
- SILVA, A.C.F. DA** (1986) *A Cultura Castreja no NO de Portugal*, Museu Arqueológico da Citania de Sanfins, Paços da Ferreira.
- SIMMEL, G.** (1923) Filosofía de la moda. *Revista de Occidente*, 2: 360-387.
- SMITH, P.** (1985) Restos de la Edad del Hierro en Matienzo (Santander). *Altamira*, 45: 45-65.
- SMITH, P.** (2010) Las cuevas de la Edad del Hierro en Cantabria, en M. L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 675-693.
- SOEIRO, T.** (1985/86) Muro da Pastoria, Chaves. Campaña de excavação 1982-83. *Portugalia*, 6-7: 21-28.
- SOMOANO, E. A.** (1983) ¿Qué relación existe entre celtas y Ástures? *Astoria*, 5: 4-7.
- SORENSEN, M.L.S.** (1998) The Atlantic Bronze Age and the construction of meaning, en S. O. Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico*, Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa: 255-266.
- SORENSEN, M.L.S.** (2000) *Gender Archaeology*, Polity Press, Oxford.
- SUÁREZ ACEVEDO, J. J. y DE SELA Y TORRES, J. G.** (1963) Noticia sobre el castro de Fazouro, en el municipio de Foz (Lugo). *Archivo Español de Arqueología*, 36: 162-165.
- SUÁREZ LÓPEZ, J.** (2001) *Tesoros, Ayalgas y Chalqueiros. La fiebre del oro en Asturias*, Museo del Pueblo de Asturias, Xixón/Gijón.
- SUÁREZ OTERO, J.** (2000) Las hachas de talón sin anillas y la introducción del Bronce Atlántico en el

Noroeste hispano. *Boletín Auriense*, 30: 9-46.

**SUÁREZ OTERO, J.** (2002a) Die Bronzezeit in Galicien. *Madriider Mitteilungen*, 43: 1-21.

**SUÁREZ OTERO, J.** (2002b) El puñal de "Mesa de Montes". Metalurgia y cultura del Bronce Final gallego. *Gallaecia*, 21: 87-114.

**SUÁREZ OTERO, J., CARBALLO ARCEO, L. X. y AMIL BALTASAR, J. C.** (1998) El Neolítico en Galicia: nuevas evidencias y nuevas perspectivas. *Madriider Mitteilungen*, 39: 1-13.

**SYME, R.** (1970) *The Conquest of North-West Spain, Legio VII Gemina*. León, Diputación Provincial de León, Cátedra de San Isidoro, Instituto Leonés de Estudios Romano Visigóticos: 79-107.

**TEIRA BRIÓN, A. M.** (2003) Os traballos agrarios e as ferramentas empregadas na cultura castrexa. *Gallaecia*, 22: 157-192.

**TEIRA MAYOLINI, L. C. y ONTAÑÓN, R.** (1999) Nuevas manifestaciones de arte esquemático en la comarca de Monte Hijedo (Burgos-Cantabria), en R. Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular, Vol. III*, Fundación Rei Alfonso Enríques, Zamora: 569-578.

**THOMAS, J.** (2001) Archaeologies of Place and Landscape, en I. Hodder (ed.), *Archaeological Theory Today*, Blackwell Publishers Ltd. y Polity Press, Malden, MA: 165-186.

**THOMAS, J.** (2004) *Archaeology and modernity*, Routledge.

**THOMAS, R.** (1989) The Bronze-Iron transition in Southern England, en M. L. S. Sorensen y R. Thomas (eds.), *The Bronze/Iron age transition in Europe*. BAR, International Series, N° 483: 263-286.

**THOMAS, R.** (1997) Land, kinship relations and the rise of enclosed settlement in first millennium B.C. Britain. *Oxford Journal of Archaeology*, 16(2): 211-218.

**TILLEY, C.** (1982) Social formation, social structures and social change, en I. Hodder (ed.), *Symbolic and structural Archaeology*, University of Cambridge Press, Cambridge: 26-38.

**TILLEY, C.** (1993a) *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*, Berg, Oxford.

**TILLEY, C.** (1993b) Introduction, en C. Tilley (ed.), *Interpretative Archaeology*, Berg, Oxford.

**TOBERT, N.** (1985) Craft especialisation: a seasonal camp in Kebkebiya. *World Archaeology*, 17: 178-188.

**TOLEDO CAÑAMERO, M<sup>a</sup> DEL C.** (1999) Panorama científico en las investigaciones sobre la producción cerámica de la Edad del Bronce en Cantabria, en J.M Iglesias y J.A. Muñiz (eds.), *Regio Cantabrorum*, Caja Cantabria, Santander: 13-19.

**TORNQVIST, T. E., JANSSEN, C. R. y PÉREZ ALBERTI, A.** (1989) Degradación antropogénica de la vegetación en el Noroeste de Galicia durante los últimos 2500 años. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 38 (103): 175-198.

**TORRES MARTÍNEZ, J. F.** (2001-02) Silvicultura, recursos forestales y paleoambiente en la economía de

la protohistoria final del norte peninsular. *Kalathos*, 20-21: 139-158.

**TORRES MARTÍNEZ, J. F.** (2003) *La economía de los celtas de la Hispania atlántica I*, Toxosoutos (Serie Keltia), A Coruña.

**TORRES MARTÍNEZ, J. F.** (2003b) Recursos naturales y economía de los cántabros de la Edad del Hierro. *Complutum*, 14: 169-196.

**TORRES MARTÍNEZ, J. F.** (2007) "Monte Bernorio en su entorno". Resumen de los trabajos arqueológicos efectuados en la campaña de 2004, en A. Fanjul Peraza (coord.) *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A., Santander: 77-101.

**TORRES MARTÍNEZ, J. F.** (2010) Arqueología de la religión protohistórica en los pueblos del norte: el caso cántabro, en M. L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 695-749.

**TORRES ORTIZ, M.** (2002) *Tartessos*, BAH, Madrid.

**TRANOY, A.** (1993) Communautés indigènes et promotion juridique dans le nord-ouest ibérique, en *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d.C.)*, Madrid: 27-35.

**TREHERNE, P.** (1995) The warriors's beauty: the masculine body and self-identity in Bronze-Age Europe. *Journal of European Archaeology*, 3 (1): 105-144.

**TRINGHAM, R. E.** (1999 [orig. 1991]) Casas con caras: el reto del género en los restos arquitectónicos prehistóricos, en L. Colomer y otras (comp.), *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*, Icaria, Barcelona: 97-140.

**TRONCOSO, J. S.; VÁZQUEZ, J. M. y URGORRI, V.** (1995/96) La malacofauna en la alimentación de la cultura castreña de la edad del Hierro de Galicia (Noroeste de España). *Brigantium*, 9: 107-114.

**TUSET I BERTRAN, J. y BUXEDA I GARRIGÓS, J.** (1995) Revisió crítica de les bases cronològiques de la terra sigillata hispanica. *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental*, 26: 171-188.

**URÍA RÍU, J.** (1941a) *Cuestiones relativas a la etnología de los astures. Discurso leído en la solemne apertura del Curso 1941 a 1942*, La Cruz, Uviéu/Oviedo.

**URÍA RÍU, J.** (1941b) Fragmentos de cerámica excisa en el Castelón de Coaña (Asturias). *Archivo Español de Arqueología*, 43: 345-347.

**URÍA RÍU, J.** (1941c) Ritos funerarios en las cámaras de Briteiros y Coaña. *Revista de la Universidad de Oviedo*, 5: 95-111.

**URÍA RÍU, J.** (1942) Excavaciones en el Castelón de Coaña. Nuevos datos y consideraciones. *Revista de la Universidad de Oviedo*, 4: 85-113.

- URÍA, J.** (1984) *Cultura oficial e ideología en la Asturias franquista: el IDEA*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Oviedo, Uviéu/Oviedo.
- VALLE GÓMEZ, A.** (2000) El poblamiento prehistórico en el arco sur de la Bahía de Santander. El castro de Castilnegro, *Actuaciones arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*. Santander: 357-358.
- VALLE GÓMEZ, A.** (2000b) El poblamiento prehistórico en el arco sur de la Bahía de Santander. El Alto del Gurugú, *Actuaciones arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*. Santander: 355-356.
- VALLE GÓMEZ, A. y SERNA GANCEDO, M. L.** (2003) El castro de Castilnegro y otros asentamientos de la Edad del Hierro en el entorno de la Bahía de Santander, en C. Fernández Ibáñez y J. Ruiz Cobo (eds.), *La arqueología de la Bahía de Santander*, T. I. Santander: 353-390.
- VALLE GÓMEZ, A. y SERNA GANCEDO, M. L.** (2010) Poblado de El Gurugú, en M. L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 467-472.
- VALLE GÓMEZ, A. y SERNA GANCEDO, M. L.** (2010b) Castro de Peñarrubia (Tarriba, Liérganes), en M. L. Serna Gancedo, A. Martínez Velasco y V. Fernández Acebo (coords.), *Castros y "castra" en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Acanto, Cantabria: 489-493.
- VAN DEN EYNDE CERRUTI, E.** (2000) Excavaciones en el castro de Peña Campana en Argüeso. Campaña 1990 y 1991. *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Santander: 171.
- VAN DER LEEUW, S.** (1993) Giving the potter a choice, en P. Lemonnier (ed), *Technological Choices. Transformation in material cultures since the Neolithic*, Routledge, Londres: 238-288.
- VAN DER MERWE, N. J. y SCULLY, R. T. K.** (1971) The Phalaborwa story: archaeological and ethnographic investigation of a South African Iron Age Group. *World Archaeology*, 3(2): 178-190.
- VAN DER VELDE, P.** (2001) An Extensive Alternative To Intensive Survey: Point Sampling in the Riu Mannu Survey Project, Sardinia. *Journal of Mediterranean Archaeology*, 14(1): 24-52.
- VAQUERO, M. y ALONSO, S.** (2009) Sondaxe arqueolóxica na cova de Valdavara. *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*, Consellería de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia: 249-250.
- VÁZQUEZ LIZ, P.** (2005) Idade do Bronce: Devesa de Abaixo - Os Torradoiros, en F. Criado y E. Cabrejas (coords.), *Obras públicas e patrimonio: estudo arqueolóxico do corredor do Morrazo*, TAPA 35, LAFC, USC, Santiago de Compostela: 63-68.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M.** (1997) La ideología en el arte megalítico de la Península Ibérica. *Brigantium*, 10: 15- 22.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. y RODRÍGUEZ LÓPEZ, C.** (1995/96) La fauna marina del castro de Punta dos Prados (Espasante, Ortigueira, A Coruña). *Brigantium*, 9: 75-106.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. y RODRÍGUEZ LÓPEZ, C.** (1997-98) Nuevos datos acerca del aprovechamiento de los recursos marinos en los castros de la costa cantábrica gallega: el yacimiento de A Devesa (Ribadeo, Lugo). *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 8(1): 91-123.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. y RODRÍGUEZ LÓPEZ, C.** (1999-2000): El aprovechamiento de los recursos marinos en la Prehistoria y la Antigüedad de Galicia. *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 9: 335-365.
- VEGA, C. y GARCÍA, A.** (1993) *Del Centru a la Periferia*, Ámbitu, Uviéu/Oviedo.
- VEGA TOSCANO, G., CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup> L. y CÓRDOBA DE OYA, B.** (1998) El origen de los mastines ibéricos: La trashumancia entre los pueblos prerromanos de la Meseta. *Complutum*, 9: 117-136.
- VICENT, J. M.** (1991) El neolítico. Transformaciones sociales y económicas. *Boletín de Antropología económica*, 24: 31-62.
- VICENT, J. M.** (1998) La Prehistoria del Modo Tributario de Producción. *Hispania* 58(3): 823-839.
- VIDAL ENCINAS, J. M.** (1986) La Arqueología en León. Datos recientes y reflexiones sobre su futuro. *Tierras de León*, 26(63): 97-110.
- VIDAL ENCINAS, J. M.** (2003) Bérigidum-Castro Ventosa: elogio de una zona arqueológica de El Bierzo, en J.A. Balboa de Paz, I. Díaz Álvarez y V. Fernández Vázquez (coords.), *Actas de las jornadas sobre Castro Ventosa*, Cacabelos-León, 2-6 octubre 2002: 173-187.
- VIGIL, M.** (1983) Los Vadinienses. *Lancia*, 1: 109-117.
- VILAÇA, R. y CRUZ, D. DA** (1999) Práticas funerárias e culturais dos finais da Idade do Bronze na Beira Alta. *Arqueologia*, 24: 73-99.
- VILAÇA, R.; CRUZ, D. DA y GONZÇALVES, A. A.** (1999): A necrópole de Trancoal dos Patudos (Alpiarça, Santarém). *Conimbriga*, 38: 5-29.
- VILAR, P.** (2004) *Pensar historicamente*, Crítica, Barcelona.
- VILLA VALDÉS, A.** (1998a) Chao Samartín. Ente la tierra y el tiempo. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 6: 10-28.
- VILLA VALDÉS, A.** (1998b) El castro del Chao Samartín. *Revista de Arqueología*, 211: 32-41.
- VILLA VALDÉS, A.** (1998c) Estudio arqueológico del complejo minero romano de Boinás, Belmonte de Miranda (Asturias). *Boletín Geológico y Minero*, 109 (5 y 6): 169-178.
- VILLA VALDÉS, A.** (1999) El castro del Chao

Samartín (Grandas de Salime): tres años de investigación arqueológica. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, 4: 111-123.

**VILLA VALDÉS, A.** (1999-2000) Descripción de estructuras defensivas e trazado urbano no Castro do Chao de San Martín (Grandas de Salime, Asturias). *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 9: 367-419.

**VILLA VALDÉS, A.** (2001a) Edificios termale en los castros asturianos. *Revista de Arqueología*, 241: 18-27.

**VILLA VALDÉS, A.** (2001b) Aportaciones al estudio de la evolución del espacio urbano castreño en el occidente de Asturias (siglos IV a. C.-II d. C.), *Proto-História da Península Ibérica, Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular*, Vila Real: 507-521.

**VILLA VALDÉS, A.** (2002a) Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias, en M. A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.), *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Navia: 159-188.

**VILLA VALDÉS, A.** (2002b) Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (ss. VIII a. C. – II d. C.). *Trabajos de Prehistoria*, 59(2):149-162.

**VILLA VALDÉS, A.** (2003) Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias: estado de la cuestión. *Boletín Auriense*, 33: 115-146.

**VILLA VALDÉS, A.** (2004a) Poblados y recintos fortificados en tierra de los Oscos. *Campo de Tablado*, 1: 3-15.

**VILLA VALDÉS, A.** (2004b) Orfebrería y testimonios metalúrgicos en el castro de Chao Samartín, Asturias (España), en A. Perea, I. Montero y O. García (eds.), *Tecnología del oro antiguo: Europa y América. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, Madrid: 253-264.

**VILLA VALDÉS, A.** (2005) *El castro del Chao Samartín. Guía para su Interpretación y Visita*, Grandas de Salime.

**VILLA VALDÉS, A.** (2006) El Pico San Chuis: reseña de un yacimiento pionero en la investigación castreña en Asturias. *Sautuola*, XII: 167-179.

**VILLA VALDÉS, A.** (2007a) El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias Protohistórica, en L. Berrocal y P. Moret (eds.), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*, RAH, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 28, Madrid: 191-212.

**VILLA VALDÉS, A.** (2007b) La excavación arqueológica del castro del Chao Samartín en el periodo 1999-2002. Precisiones sobre su origen y pervivencia. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*, 5: 123-134.

**VILLA VALDÉS, A.** (2007c) El castro de El Picón (La Corroza, Tapia de Casariego). Un castro de la Edad del Bronce en la marina occidental asturiana. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*, 5: 277-281.

**VILLA VALDÉS, A.** (2007d) Reseña del inventario arqueológico del concejo de Coaña y algunos apuntes relativos a su poblamiento prehistórico. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*, 5: 413-417.

**VILLA VALDÉS, A.** (2007e) Inventario arqueológico del Concejo de Villayón. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*, 5: 417-421.

**VILLA VALDÉS, A.** (2007f) Intervención sobre los edificios termale en el castro de Pendia (Boal): reexcavación, lectura consolidación con *addenda* judicial. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*, 5: 283-294.

**VILLA VALDÉS, A.** (2007g) Mil años de poblados fortificados en Asturias (s. IX a.C.-II d.C.), en J.A. Fernández-Tresguerres (ed.), *Astures y romanos: Nuevas perspectivas*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Uviéu/Oviedo: 27-59.

**VILLA VALDÉS, A.** (2008) La investigación arqueológica de ámbito castreño en el occidente de Asturias: el plan arqueológico del Navia-Eo, en V. Valentín, D. González y J.I. Jiménez (coords.), *Actas de las I Jornadas de Arqueología en Asturias (abril-mayo de 2005)*, Universidad de Oviedo: 69-92.

**VILLA VALDÉS, A.** (2008b) El ocaso del mundo castreño, en J. Rodríguez Muñoz (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*, Editorial Prensa Asturiana, Uviéu/Oviedo: 817-832.

**VILLA VALDÉS, A.** (2008c) El mundo castreño prerromano: la Edad del Hierro en Asturias, en J. Rodríguez Muñoz (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*, Editorial Prensa Asturiana, Uviéu/Oviedo: 673-720.

**VILLA VALDÉS, A.** (2008d) La Arquitectura doméstica en los castros prerromanos, en J. Rodríguez Muñoz (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*, Editorial Prensa Asturiana, Uviéu/Oviedo: 721-752.

**VILLA VALDÉS, A.** (2008e) Las transformaciones del paisaje castreño en época romana, en J. Rodríguez Muñoz (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*, Editorial Prensa Asturiana, Uviéu/Oviedo: 801-816.

**VILLA VALDÉS, A.** (2009a) A propósito del fenómeno tumular neolítico en Grandas de Salime: la datación Carbono 14 del túmulo 1 del Chao de Cereixeira. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 2003-2006*, 6, Editorial Trabe, Uviéu/Oviedo: 309-312.

**VILLA VALDÉS, A.** (2009b) ¿De aldea fortificada a Caput Civitatis? Tradición y ruptura en una Comunidad Castreña del siglo I D.C.: El Poblado de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 35: 7-26.

**VILLA VALDÉS, A.** (2010) Ceremonial spaces from late Bronze Age to roman in western cantabrian hillforts, en A. M. S. Bettencourt, M. Jesus Sanches, L. B. Alves y R. Fábregas Valcarce (eds.), *Conceptualising Space and Place On the role of agency, memory and identity in*

*the construction of space from the Upper Palaeolithic to the Iron Age in Europe*, BAR International Series 2058: 161-167.

**VILLA VALDÉS, A.** (2010b) El oro en la Asturias Antigua: beneficio y manipulación de los metales preciosos en torno al cambio de era, en J.A. Fernández-Tresguerres (coord.), *Cobre y Oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*, RIDEA, Uviéu: 83-125.

**VILLA VALDÉS, A. y CABO PÉREZ, L.** (2003) Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación. *Trabajos de Prehistoria*, 60(2):143-151.

**VILLA VALDÉS, A., MENÉNDEZ, A. y GIL, F.** (2006) Fortificaciones romanas en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), en A. Morillo (coord.), *Actas del II Coloquio de Arqueología Militar Romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*, Universidad de León: 581-599.

**VILLA VALDÉS, A., DE FRANCISCO, J. DE y ALFOLDY, G.** (2005) Noticia del hallazgo de un epígrafe altoimperial en el lugar de Pelou, Grandas de Salime. *Archivo Español de Arqueología*, 78: 271-274.

**VILLA VALDÉS, A. y MENÉNDEZ GRANDA, A.** (e.p.) Secuencia cronoestratigráfica de las murallas del castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo (Allande, Asturias). *B.I.D.E.A.*

**VILLA VALDÉS, A.; MENÉNDEZ, A. y FANJUL, A.** (2007) Excavaciones arqueológicas en el poblado fortificado de Os Castros, en Taramundi. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*, 5: 267-275.

**VILLA VALDÉS, A. y RÍO NARCEA GOLD MINES** (1997) Las explotaciones Auríferas Romanas de El Valle (Asturias). Un Modelo de Investigación Arqueológica en el contexto de la Minería Moderna, en *Actas del 49 Congreso Internacional de Americanistas (ICA). Quito Ecuador 7-11 julio 1997* [<http://www.naya.org.ar/miembros/congresos/contenido/49CAI/Valves.htm>].

**VILLAR, F. y PRÓSPER, B. M.** (2005) *Vascos, Celtas e Indoeuropeos. Genes y lenguas*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

**VV. AA.** (1995) Catálogo Astures. Piezas, en *Astures, pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*. Xixón/Gijón: 237-303.

**VV. AA.** (1999) *Cántabros, la génesis de un pueblo*, Santander.

**VV. AA.** (1996) *La arqueología de los Cántabros. Actas de la primera reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*, Fundación Marcelino Botín, Santander.

**VV. AA.** (2002) *Anuario de la Música Asturiana*, Ediciones L'Aguañaz.

**VV. AA.** (2002b) *Trabajar para comer. Producción y alimentación en la Asturias tradicional*, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, Ayuntamiento de Xixón-Gijón, Xixón/Gijón.

**VV. AA.** (2009) *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica*, *Estudios y Catálogos* 17, Museo de León.

**WEBMOORE, T.** (2007) Un giro más tras el "giro social". El principio de la simetría en arqueología. *Complutum*, 18: 296-304.

**WELLS, P. S.** (1988) *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*, Labor, Madrid.

**WENINGER, B., DANZEGLOCKE, U. y JÖRIS, O.** (2005) *Comparison of Dating Results achieved using Different Radiocarbon-Age Calibration Curves and Data*. [www.calpal.de](http://www.calpal.de), Universität zu Köln, Institut für Ur- und Frühgeschichte, Köln.

**WENINGER, B. y JÖRIS, O.** (2004) Glacial Radiocarbon Calibration. The CalPal Program, en T. Higham, Ch. Bronk Ramsey y C. Owen (eds.), *Radiocarbon and Archaeology. Fourth International Symposium (Oxford, 2002)*, Oxford.

**WENINGER, B., JÖRIS, O. y DANZEGLOCKE, U.** (2007) *Glacial radiocarbon age conversion. Cologne radiocarbon calibration and palaeoclimate research package <CALPAL>*. [www.calpal.de](http://www.calpal.de), Universität zu Köln, Institut für Ur- und Frühgeschichte, Köln.

**WOBST, H. M.** (2000) Agency in (spite of) material culture, en M.A. Dobres y J. Robb (eds.), *Agency in Archaeology*, Routledge, Londres: 40-50.

**WOLF, E.** (1982) *Los campesinos*, Labor, Barcelona

**WOOLF, G.** (1993) Rethinking the *Oppida*. *Oxford Journal of Archaeology*, 12(2): 223-234.

**WOOLF, G.** (1997) Beyond Romans and natives. *World Archaeology*, 28(3): 339-350.

**WOOLF, G.** (2002) Generations of Aristocracy. Continuities and discontinuities in the societies of the interior Gaul. *Archaeological Dialogues*, 9(1): 215.

**YAKAR, J.** (2000) *Ethnoarchaeology of Anatolia. Rural socio-economy in the Bronze and Iron Ages*, Emery and Claire Yass Publications in Archaeology, Jerusalén.

**ZARANKIN, A. y SALERNO, M. A.** (2008) Después de la tormenta. Arqueología de la represión en América Latina, en A. González Ruibal (ed.), *Arqueología de la Guerra Civil Española*, *Complutum*, 19(2): 21-32.

**ŽIŽEK, S.** (2003) Introducción. El espectro de la ideología, en S. Žižek (ed.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires-México D. F.: 7-42.





Yacimiento	Código fecha	Fecha BP	Desv	cal BC - AD	cal BP	Material	Contexto arqueológico	Bibliografía
Chao Samartín	CSIC-1427	1798	29	100-300 calAD	1850 - 1650 calBP	Carbón	Desconocido.	Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1428	1820	26	90 - 250 calAD	1860 - 1700 calBP	Carbón	Desconocido.	Alonso, 2002.
Moriyón	CSIC-1004	1820	25	90 - 250 calAD	1860 - 1700 calBP	Semillas	Construcción 5 de la 2ª fase	Camino 1995c Cuesta et alii 1996.
Chao Samartín	CSIC-1431	1829	31	90 - 250 calAD	1860 - 1700 calBP	Carbón	Desconocido.	Alonso, 2002.
Sierra Bexega-Boinás	CSIC-1445	1872	26	30 - 230 calAD	1920 - 1720 calBP			Alonso, 2002.
Sierra Bexega-Boinás	CSIC-1343	1903	28	30 - 150 calAD	1920 - 1800 calBP	Testigo geológico		Alonso, 2002.
Sierra Bexega-Boinás	CSIC-1444	1914	26	20 - 140 calAD	1930 - 1810 calBP	Entibado galería		Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1161	1885	40	0 - 240 calAD	1950 - 1710 calBP	Carbón	Casa C-10.	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1160	1930	24	0 - 120 calAD	1950 - 1830 calBP	Carbón	Casa C-9.	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
El Castelón de Coaña	BETA-Coaña 3	1920	35	10 calBC - 140 calAD	1960 - 1810 calBP	Carbones	Combustible usado durante el último uso de uno de los edificios termales	Nota de prensa Consejería de Cultura y Turismo 24/01/2008: <a href="http://www.elcomercio digital.com/gijon/20080124/sociedad/carbono-confirma-castro-coana20080124.html">www.elcomercio digital.com/gijon/20080124/sociedad/carbono-confirma-castro-coana20080124.html</a>
Moriyón	CSIC-849	1900	60	40 calBC - 240 calAD	1990 - 1710 calBP	Carbón	Sector bajo muralla	Cuesta et alii, 1996; Camino, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1159	1969	28	70 calBC - 90 calAD	2020 - 1860 calBP	Carbón	Casa C-9.	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.

Moriyón	CSIC-1025	2010	25	70 calBC - 50 calAD	2020 - 1900 calBP	Semillas	Construcción 3a. Granero de construcción de la segunda fase de ocupación.	Cuesta et alii, 1996; Carrocera, Camino, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Fazouro	UBAR - 117	1930	60	80 calBC - 200 calAD	2030 - 1750 calBP	Carbón	Capa de carbón en el interior de un pequeño hogar debajo de una capa compacta de escorias de fundición.	Carballo, Fábregas, 1991; Fernández, Ramil, 1992; Castro et alii, 1996.
Sierra Bexega-Boinás	CSIC-1339	2015	26	80 calBC - 40 calAD	2030 - 1910 calBP		Testigo geológico	Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1092	1968	40	90 calBC - 110 calAD	2040 - 1840 calBP	Carbón	Casa C-10.	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Sierra Bexega-Boinás	CSIC-1338	2031	27	120 calBC - 40 calAD	2070 - 1910 calBP		Testigo geológico	Alonso, 2002.
Sierra Bexega-Las Escorias	CSIC-1341	2045	26	140 calBC - 20 calAD	2090 - 1930 calBP		Centro metalúrgico	Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1429	2052	26	150 calBC - 10 calAD	2100 - 1940 calBP	Carbón	Desconocido.	Alonso, 2002; Villa, 2007b.
Mohías	CSIC-109	1950	87	160 calBC - 40 calAD	2110 - 1710 calBP	Huesos	Muestra recogida en el interior de la casa nº 16 que corresponde a un maxilar superior (posiblemente de un pequeño rumiante).	Carballo, Fábregas, 1991; Castro et alii, 1996; Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-	1960	81	180 calBC - 20 calAD	2130 - 1730 calBP	Carbón	Desconocido.	Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Os Castros	Beta-201683	2000	60	160 calBC - 20 calAD	2110 - 1830 calBP		Momento de construcción de la cabaña C-8.	Villa et alii, 2007.
Sierra Bexega - La Brueba	Beta-143511	2000	60	160 calBC - 120 calAD	2110 - 1830 calBP		Testigo geológico	Alonso, 2002, Villa, 2007b.
Chao Samartín	CSIC-1783	2050	34	170 calBC - 30 calAD	2120 - 1920 calBP			Villa, 2007b

Picu Castiello de Moriyón	CSIC-1024	2060	25	170 - 10 calBC	2120 - 1960 calBP	Semillas	Construcción 3b.	Cuesta et alii, 1996; Carrocera, Camino, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1425	2056	30	180 calBC - 20 calAD	2130 - 1930 calBP	Carbón	Desconocido.	Alonso, 2002.
San L.luis	UBAR-216	2050	50	210 calBC - 70 calAD	2160 - 1880 calBP	Carbón	Cuadro D-5, estructura 6. Nivel arqueológico IV (nivel de materia orgánica carbonizada que corresponde a la combustión del techo de la estructura romana).	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Sierra Bexega - Boinás	CSIC-1340	2102	26	210 - 50 calBC	2160 - 2000 calBP		Testigo geológico	Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1777	2089	38	220 - 20 calBC	2170 - 1970 calBP			Villa, 2007b
La Campa Torres	UBAR-374	2095	40	220 - 20 calBC	2170 - 1970 calBP	Huesos	Sector XVIII. Estratos V. La datación proviene de huesos de deshechos alimenticios de 409 g., en el estrato V.	Maya, Cuesta, 1995; Menéndez-Bueyes, 2000; Cuesta et alii, 1996; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC-1166	2096	32	220 - 20 calBC	2170 - 1970 calBP	Carbón	Desconocido.	Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
La Campa Torres	UBAR-373	2060	50	230 calBC - 50 calAD	2180 - 1900 calBP	Huesos	Sector XVIII de la muralla. Estrato III, 1º nivel de cenizas del que se recogieron 418 gramos de deshechos alimenticios.	Maya, Cuesta, 1995; Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
La Campa Torres	UBAR-382	2080	50	230 calBC - 10 calAD	2180 - 1940 calBP	Huesos	Sector XVI C. Estrato IIA, 1º nivel de cenizas. El material se corresponde con huesos	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya, Cuesta, 2001;

							dispersos, producto de deshechos alimenticios con un peso de 442 gramos.	Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
La Campa Torres	UBAR-370	2080	60	270 calBC - 50 calAD	2220 - 1900 calBP	Huesos	Huesos de deshechos alimenticios de 313 gramos. Sector XXI de la muralla respecto a la vivienda del sector XVI.	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Os Castros	Beta-201685	2100	60	300 calBC - 20 calAD	2250 - 1930 calBP		Interior de construcción con dos pavimentos superpuestos en C-5.	Villa et alii, 2007.
Sierra Bexega - La Brueba	Beta-143512	2130	60	420 calBC - 20 calAD	2370 - 1930 calBP		Testigo geológico	Alonso, 2002; Villa, 2007b.
Os Castros	Beta-201691	2160	40	420 - 60 calBC	2370 - 2010 calBP		Bajo el suelo de la C-7 se encontró un hogar sobre lajas.	Villa et alii, 2007.
Chao Samartín	CSIC-1158	2160	24	420 - 100 calBC	2370 - 2050 calBP	Carbón	Sector "horno de fundición" entre C-1 y C-9.	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Camino, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002; Villa, 2007b.
Sierra Bexega - Boinás	CSIC-1230	2177	39	420 - 100 calBC	2370 - 2050 calBP		Testigo geológico	Alonso, 2002.
La Campa Torres	UBAR-510	2195	45	420 - 140 calBC	2370 - 2090 calBP	Huesos	Sector XVIII/XIX, Estrato IIIA correspondiente al 1º nivel de cenizas.	Maya, Cuesta, 1999; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Picu Castiellu de Moriyón	CSIC-874	2200	50	420 - 140 calBC	2370 - 2090 calBP	Carbón	Unidad estratigráfica 46.	Cuesta et alii, 1996; Camino, 1999; Menéndez-Bueyes, 2000; Camino, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Pelou	BETA-201677	2220	60	420 - 140 calBC	2370 - 2090 calBP			Villa, 2007b

Castiellu de Llagú	Ua-18181	2140	55	430 calBC - 10 calAD	2380 - 1940 calBP	Carbones y tierras con cenizas	Cuadrícula S8, capa 1a, debajo de la cabaña	Rubinos, Alonso 2002; Rubinos, 2003
El Castelón de Coaña	BETA-Coaña 3	2150	35	430 - 30 calBC	2380 - 1980 calBP	Carbones	Combustible de un horizonte estratigráfico asociado al uso de los edificios termales	Nota de prensa Consejería de Cultura y Turismo 24/01/2008: <a href="http://www.elcomercio.digital.com/gijon/20080124/sociedad/carbono-confirma-castro-coana20080124.html">www.elcomercio.digital.com/gijon/20080124/sociedad/carbono-confirma-castro-coana20080124.html</a>
Castiellu de Llagú	CSIC-1503	2160	38	430 - 70 calBC	2380 - 2020 calBP	Carbón	Sondeo 5 del sector Oeste.	López et alii, 1999; Menéndez-Bueyes, 2000; Camino, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
La Campa Torres	UBAR-511	2185	45	430 - 110 calBC	2380 - 2060 calBP	Huesos	Sector XVIII/XIX. Estrato IIIB correspondiente al 1º nivel de cenizas.	Maya, Cuesta, 1999; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Camoca	CSIC-850	2190	50	430 - 110 calBC	2380 - 2060 calBP	Carbón	La muestra define dos capas subyacentes a la muralla.	Camino, 1992; Camino, 1995; Cuesta et alii, 1996; Castro et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Os Castros	Beta-201689	2190	50	430 - 110 calBC	2380 - 2060 calBP		Momento de construcción de la cabaña C-8.	Villa et alii, 2007.
San L.luis	UBAR-681	2200	60	430 - 110 calBC	2380 - 2060 calBP	Carbón	Cuadros C-21/D-21, estructura 18. Nivel VIa (ocupación II Edad del Hierro), por debajo del suelo de ocupación romana de la estructura 18.	Jordá et alii, 2002; Jordá, García, 2007; Marín, Jordá 2007.
Castiellu de Llagú	UBAR-491	2215	50	430 - 150 calBC	2380 - 2100 calBP	Carbón	Sector III/C. Nivel 4.	Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.

La Campa Torres	UBAR-383	2220	50	430 - 150 calBC	2380 - 2100 calBP	Huesos	La datación proviene de huesos de deshechos alimenticios de 250 gramos, en el estrato V del nivel sobre la roca.	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Castiellu de Llagú	Ua-18182	2225	55	430 - 150 calBC	2380 - 2100 calBP	Carbone s y tierra	Cuadrícula T9, capa 2a, debajo de la cabaña, basurero	Rubinos, Alonso 2002; Rubinos, 2003
La Campa Torres	UBAR-512	2225	45	430 - 150 calBC	2380 - 2100 calBP	Huesos	La muestra se tomó de la zona inferior del estrato, en contacto con VI.	Maya, Cuesta, 1999; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Pelou	BETA-201681	2230	60	430 - 150 calBC	2380 - 2100 calBP			Villa, 2007b
Chao Samartín	CSIC-1471	2306	27	430 - 350 calBC	2380 - 2300 calBP	Carbón	Pavimento inferior de la cabaña C-13.	Alonso, 2002; Villa, 2007.
Os Castros	Beta-201686	2150	60	440 calBC - 0 calAD	2390 - 1950 calBP		Interior de construcción con dos pavimentos superpuestos en C-5.	Villa et alii, 2007.
San L.luis	UBAR-350	2150	60	440 calBC - 0 calAD	2390 - 1950 calBP	Carbón	Cuadro C-21, estructura 18, interior de una estructura cuadrangular que descansa sobre otra circular antigua. Nivel arqueológico IV (suelo de ocupación romano con restos carbonizados de materiales vegetales anteriores)	Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Os Castros	Beta-201687	2190	60	440 - 80 calBC	2390 - 2030 calBP		Potente derrumbe que se extiende sobre el suelo de tierra apelmazada de la construcción C-7.	Villa et alii, 2007.
Chao Samartín	CSIC-1540	2243	38	440 - 160 calBC	2390 - 2110 calBP	Carbón	Desconocido.	Alonso, 2002.

La Campa Torres	UBAR-371	2250	50	440 - 160 calBC	2390 - 2110 calBP	Huesos	Sector XX de la muralla. Estrato V. Productos de deshechos alimenticios con un peso de 441gramos.	Maya, Cuesta, 1995; Cuesta et alii, 1996; Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Castiellu de Llagú	Ua-18180	2140	70	450 calBC - 30 calAD	2400 - 1920 calBP	Carbones y tierra	Cuadrícula D27, capa 2a, debajo de la cabaña, hoguera junto escalera del lienzo interior de la muralla	Rubinos, 2002; Rubinos, Alonso 2002
Os Castros	Beta-201684	2210	70	450 - 90 calBC	2400 - 2040 calBP		Muestra obtenida en un contexto de profunda reforma estructural de la construcción C-5.	Villa, 2007b; Villa et alii, 2007.
La Campa Torres	UBAR-513	2250	40	450 - 170 calBC	2400 - 2120 calBP	Huesos	Sector XVIII/XIX. Estrato VI. La muestra estaba en contacto con el estrato VII.	Maya, Cuesta, 1999; Menéndez-Bueyes, 2000; Maya, Cuesta, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Castiellu de Llagú	UBAR-492	2260	50	450 - 170 calBC	2400 - 2120 calBP	Carbón	Sector IV. Nivel 3.	Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001.
Castiellu de Llagú	UBAR-506	2265	40	450 - 170 calBC	2400 - 2120 calBP	Carbón	Testigo 2-3. Nivel 7	Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Castiellu de Llagú	UBAR-494	2270	47	450 - 170 calBC	2400 - 2120 calBP	Carbón	Sector VIII, N/2. Nivel 5.	Menéndez-Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
San L.luis	BETA-224527	2270	40	460 - 180 calBC	2410 - 2130 calBP	Carbón	Cuadro B-9, junto a la muralla. Nivel arqueológico IV. Carbón incluido en una escoria de fundición en un vertedero de la II Edad del Hierro	Jordá et alii, 2007 en prensa
Castiellu de Llagú	UBAR-489	2276	47	460 - 180 calBC	2410 - 2130 calBP	Carbón	Muestra extraída del depósito que rellenaba la trinchera de fundación de	Menéndez-Bueyes, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.



							la muralla , (sector I, cuadrícula B- E, nivel 7).	
Castiellu de Llagú	UBAR- 505	2280	45	460 - 180 calBC	2410 - 2130 calBP	Carbón	Sector 2-c. Nivel 7.	Menéndez- Bueyes, 2000; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Moriyón	CSIC- 873	2280	50	460 - 180 calBC	2410 - 2130 calBP	Carbón	Se obtuvo de la unidad 33 en el nivel de derrumbe de la muralla.	Cuesta et alii, 1996; Camino, 1999; Menéndez- Bueyes, 2000; Camino, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.
Chao Samartín	CSIC- 1472	2279	27	470 - 190 calBC	2420 - 2140 calBP	Carbón	Pavimento inferior de la cabaña C-13.	Alonso, 2002; Villa, 2007.
Chao Samartín	CSIC- 1518	2291	43	470 - 190 calBC	2420 - 2140 calBP	Carbón	Desconocido.	Alonso, 2002; Villa, 2007b.
Caravia	Beta - 245009	2300	40	470 - 190 calBC	2420 - 2140 calBP	¿Carbón ?	Muestra del nivel de incendio	Cid, R; González, M. y Adán, G. 2009
Pelou	BETA- 201682	2300	60	520 - 160 calBC	2470 - 2110 calBP			Villa, 2007b
Moriyón	CSIC- 875	2300	45	520 - 200 calBC	2470 - 2150 calBP	Carbón	Unidad estratigráfica 54.	Cuesta et alii, 1996; Camino, 1999; Menéndez- Bueyes, 2000; Camino, 2000; Ríos, García, 2001; Maya et alii, 2001; Alonso, 2002.

**Figura 4.1:** dataciones radiocarbónicas de la zona de estudio que pueden ser genéricamente englobadas en una genérica transición entre el Hierro I y el Hierro II, en la Segunda Edad del Hierro, así como en la fase romana de los castros, calibradas con el programa CalPal (2007 March-June version) of the University of Cologne ([www.calpal.de](http://www.calpal.de)) Weninger y Jöris 2004; Weninger, Danzeglocke y Jöris 2007). Ya han sido eliminadas las dataciones dudosas o no válidas por su escasa representatividad y / o excesiva desviación típica. Existen recientes dataciones para estas fases en los castros del centro-occidente cantábrico, que no se han tenido en cuenta para plantear las fases que se proponen, pero que no cambiarían sustancialmente la propuesta final. No obstante serán aludidas a lo largo del texto de forma específica cuando corresponda.

## Agradecimientos:

Sería imposible poder agradecer a todas las personas que de una manera u otra han contribuido a que yo pueda haber terminado esta tesis. Sin duda he de destacar a mis padres, y en general a mi familia, por su apoyo constante y por haberme ayudado en los momentos difíciles. Otros muchos también me han “alimentado” científicamente, por ejemplo permitiéndome leer trabajos suyos en prensa, o regalándome libros y artículos o cediéndome fotografías e imágenes. Entre ellos Paloma de la Peña, Marta Díaz Guardamino, Alfonso Fanjul, Alfredo González, Xurxo Ayán, Cesar Parceró, Valentín Álvarez, Ignacio Jiménez, Andrés Menéndez, David González, Cristina Cantero, Esperanza Martín, Miguel Ángel de Blas, Ángel Villa, Pablo Arias, Roberto Ontañón, Kechu Torres, Teresa Sagardoy, Manuel Fernández Gotz, Jesús Misiego, Juan Gómez, Jesús Álvarez Sanchís o Martín Almagro.

A Chus Jordá le tengo que dedicar un especial agradecimiento puesto que sin su colaboración no habría sido posible la gestión, recalibración e interpretación de las dataciones radiocarbónicas presentadas en la tesis, y la propuesta cronológica de la misma. Además, me ha permitido utilizar toda la información generada tras las excavaciones del castro de San Lluis, no sólo las de las últimas campañas, sino también las de los años sesenta, igualmente dirigidas por su padre, el Dr. Jordá Cerdá, y que en su mayor parte se encontraban inéditas. Se trata de un volumen de información que ha sido fundamental en el desarrollo de la tesis. Especialmente le quiero agradecer a David González el esfuerzo y dedicación que ha tenido con mi tesis, corrigiendo concienzudamente la forma y el contenido, ofreciéndome fotografías e información inédita sobre yacimientos, y regalándome muy buenos consejos, que espero haber sabido aplicar. Se trata de un trabajo impagable, con el valor añadido de haber sido realizado por un especialista en la Edad del Hierro cantábrica con el que comparto una forma de hacer y entender la Arqueología. María Cantabrana corrigió el estilo del texto y me ha ayudado en la maquetación. Le agradezco este arduo trabajo y el apoyo continuo que me ha brindado. Gracias por estar ahí. A amigos y compañeros del Departamento de Prehistoria de la UCM, como Almudena Hernando, Víctor Fernández, Jesús Álvarez Sanchís, Jorge de Torres y Sandra Lozano, por sus valiosos consejos, como por ejemplo en la sesiones de tercer ciclo en donde pude exponer mis dudas con la tesis, especialmente en el aspecto teórico de la misma. A Alfonso Fanjul (y su familia) su hospitalidad y haberme permitido excavar junto a él varios castros en la montaña asturiana (La Garba y La Cogollina, en Teberga), con las primeras nevadas de diciembre. Una experiencia única que compartimos con Pachu Fernández Riestra y su infinita sabiduría sobre etnografía cantábrica. También le agradezco toda la información inédita que ha compartido conmigo y todos los yacimientos arqueológicos que me ha mostrado. Su tesón y empeño es un ejemplo para todos. A Pachu Fernández le agradezco su hospitalidad en mis estancias en Uviéu y sus orientaciones bibliográficas. A Xurxo Ayán la oportunidad de haber aprendido en un auténtico laboratorio de la Edad del Hierro, Os Castros de Neixón, en una campaña que difícilmente olvidaremos. Y su hospitalidad, y la de Sonia García, en Santiago de Compostela. Las conversaciones con ellos suponen un aprendizaje continuo, y las excavaciones dirigidas por él en Os Castros de Neixón el mejor ejemplo que conozco de arqueología pública y de implicación con la comunidad local. Un ejemplo que deberían seguir todos los que se dediquen a castreño. La misma hospitalidad que han mostrado conmigo todos los investigadores del “Sarmi” (Instituto de Estudios gallegos Padre Sarmiento del CSIC) y del “Tana”, en mis visitas a Galicia. A Alfredo Mederos y Mariano Torres les agradezco sus ánimos y sus acertados comentarios sobre cronología, especialmente en lo que se refiere a la transición entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. Le agradezco a Jesús Rodríguez, Valentín Álvarez, Gustavo Pajares y David González haber permitido que leyera sus trabajos de tercer ciclo inéditos, obras de gran calidad que merecen ser dadas a conocer públicamente y que me han permitido manejar mucha información de gran utilidad para la tesis. A Marta Díaz Guardamino sus valiosos comentarios sobre el arte esquemático cantábrico y las fotografías que me ha cedido. A los empleados del Museo Arqueológico de Asturias les agradezco el trato familiar que me ofrecieron en las diferentes tandas en las que estuve consultando materiales en el almacén del polígono industrial de Silvota.

A Alfredo González Ruibal le debo una mención aparte. Amigo y maestro, *primus inter pares*, que me permitió excavar por vez primera un castro, el pontevedrés de Pena Redonda. Un ejemplo único de autoexplotación laboral por gusto. Además, corrigió los primeros capítulos de la tesis y

realizó muy buenos consejos sobre la especificidad cultural cantábrica. Su forma de hacer y pensar la Arqueología es para mí un referente. Tanto a él, como al resto de los miembros del equipo (Alicia Quintero, Jorge Rolland, Pedro Fermín, Gonzalo Company, Álvaro Falquina) con los que hemos desarrollado y desarrollamos diferentes proyectos de arqueología de la Guerra Civil y la posguerra, les tengo que agradecer todo lo que he aprendido de Arqueología junto a ellos. Es paradójico que el estudio de la materialidad del s. XX pueda enseñarnos tantas cosas y hacernos reflexionar teóricamente tanto sobre nuestra disciplina, y que todo ello revierta en una mejor comprensión de los procesos históricos de la Prehistoria Reciente. Además, junto a ellos he podido llevar a cabo proyectos en equipo que han combinado la calidad de las intervenciones y de las publicaciones con la horizontalidad de las decisiones y de las responsabilidades, el rigor y la objetividad científica con la implicación política. Gracias a ellos he aprendido y he puesto en práctica que otra forma de hacer Arqueología es posible. Sin duda este es el mismo espíritu que acompañó al equipo (Xurxo Ayán, Manu Elípe, Álvaro Falquina, Teresa Sagardoy, César Parcero) en la última campaña de Arqueología y Etnoarqueología dirigida por Alfredo González Ruibal en Etiopía. Vivir la alteridad en primera persona es una experiencia única, muy necesaria para poder abrir la mente a la hora de interpretar el registro arqueológico. A ellos les debo esa experiencia tan importante en mi formación personal y académica. A Soledad Biasatti y Gonzalo Company les debo mucho en general, y en particular en mi estancia en Argentina. Sus diferentes proyectos en arqueología contemporánea de la dictadura Argentina y en antropología de la educación han supuesto para mí un gran descubrimiento teórico, epistemológico y político. Gracias por haberme hecho pasar tan buenos ratos.

Por último no puedo dejar de agradecerla a Gonzalo Ruiz Zapatero, mi director de tesis, su compromiso y paciencia con la misma. Lázaro Carreter decía que de los maestros se aprende primero por asimilación y luego por contraste. Yo con Gonzalo sigo aprendiendo por asimilación. Le agradezco su respeto por las decisiones que he tomado tanto en la forma como en el contenido, y la libertad que me ha brindado. Espero haber sabido aplicar adecuadamente sus consejos e indicaciones.